R.176

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

Director: D. ANGEL SALCEDO Y RUIZ

COLABORADORES

Señoras:

Bourdón (Madame), Flórez (Julia), Orrea (Esperanza), Parcent (Condesa de).

Señores:

Acaico (Ipandro) Alcalde Valladares (Antonio),
Aguilar (Francisco), Balbín de Unquera (Antonio), Belda (Francisco José),
Bravo y Lecca (Tomás), Calvo (Leandro),
Cranent (Pauline Augustus), Enrique, E. T., E. A. S., Echegaray (Carmelo), Escudero (Florencio),
Forteza (Jerónimo), Fita (P. Fidel), Fernández Guerra (Aureliano), Franco (P. José),
Gracián (Pedro), Guijarro (Ricardo), Gesta y García (Enrique),
García Bravo (Enrique), G. (B.), Granadino (Francisco), Juliá (Ernesto),
J. C. G., Juliá (Enrique), Jiménez Campaña (Francisco), Lasso de la Vega (Angel), Lafont (C.), Lozano (Jesús),
Llanos y Torriglia (L.), M. (M. P. D.), Mier (E.), Misonte, Minguella (P. Toribio),
Mistigris, Obispo de Segorbe, Obispo de Tarazona, Obispo de Vich,
Obispo de Madrid-Alcalá, Olmedo (Antonio),
Ortega y Morejón (José M.), Ossini (El Abate), Paganell (Doctor), Polo y Peyrolón (Manuel),
Pontejos (Miguel de), Puente y Brañas (Ricardo), Roca (Mr.),
Rubio (Luis Beltrán), Salcedo (Angel), Salcedo (Francisco de P.), Safón (Celestino),
Sánchez de Castro (F.), San Julián (Rafael), Salgado y López (Francisco), Suárez Bravo (C.),
Tormo (Elías), Trenor y Palavicino (Leopoldo), U (F. L. S. D.),
Vigoroux (F.), Vargas (Pedro), Verdaguer (Jacinto),
Walter, Wisdon (Tomás), X.

TOMO XIII

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1890

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL (GRANADA)
Sala
Sección
Serie
Libro n.º

COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE GRANADA

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS GRANADA

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.
1890

ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS

Texto.

A

Acaico (Ipandro). — A una niña en su primera Comunión; pág. 21.
Alcalde Valladares (A.). — La esperanza; 213.
Aguilar (F.). — El pánico burocrático; 230 y 231. — Triaca antiburocrática; 260 y 261. — Resultas de un descarrilamiento; 304, 305, 316 y 317. — A D. José Díaz Macuso; 362.
Alonso (Bachiller). — Ciencia y Letras; 423 y 424.

B

Balbín de Unquera (Antonio). — Importación del Budhismo; págs. 28 y 29. — Poesía Mejicana; 78, 80, 103, 104, 105, 111, 112, 128, 129, 137, y 139. — Gloria á la Marina; 193 y 194. — La invención de la imprenta; 221. — Las representaciones del Santo Nacimiento; 427 y 428.
Belda (Francisco José). — Un descubrimiento artístico; 32 y 33. — La iglesia de Mogente; 44 y 45.
Brabo y Lecea (Tomás). — Un angel; 224 y 225.
Bourdon (Mad.). — Abnegación (novela); en los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16. — Una pariente pobre (novela); en los números 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28 y 31.

C

Carta de Su Santidad al Cardenal Benavides; pág. 96.
Cartas de León XIII; 402, 403, 414 y 415.
Calvo (Leandro). — Exposición de Bellas Artes; 164, 177, 178 y 179.
Cranent (Pauline Augustus) traducido por María de la Concepción. — Roberto de Mun; 296 y 297.
Congreso Católico Nacional. — ¿Qué son los Congresos Católicos? — Preparativos para el Congreso. — Sesiones. — Conclusiones aprobadas por el Congreso Católico, etc.; 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 346, 347, 348, 349 y 350.

D

Decreto de Su Santidad declarando día festivo en los dominios de España el de San José.

E

Enrique. — Década; págs. 97 y 98.
E. T. — Julián Gayarre; 12.
E. A. S. — Ilmo. Sr. D. Bernardo Sanchez Casanueva; 52, 53 y 54.
Echegaray (Carmelo). — El M. I. Sr. D. José Cigarraga y Garostidi; 207 y 208.
Escudero (Florencio). — Margarita; 256 y 257. — Ecos de todas partes; 275, 276, 287 y 288.

F

Forteza (Jerónimo). — El novelista Manuel Polo Peyrolón; págs. 171, 172, 173, 174 y 176.
Francisco García Romero, por un gaditano; 72.
Flores (Julia). — A una nave; 224.
Fita (P. Fidel) y *Fernandez Guerra* (Aureliano). — Recuerdos de un viaje. Santiago en España; 242 y 243.
Franco (P. José). — Benjamina (novela italiana), en los números 22, 23, 24 25, 26, 27, 28, 30, 31, 32 y 33.
Fernando. — Década: en todos los números excepto el 6, 8, 9, 17, y 29.

G

Gracián (Pedro). — La ciudad de Cádiz á principios del siglo XIX; págs. 20 y 21.
Guijarro (Ricardo). — La muerte de Jesús, 105 y 106. — La noche buena; 433 y 434.
Gesta y Garcia (Enrique). — El escéptico; 117.
García Brabo (Enrique). — Al Sagrado Corazón de Jesús; 212 y 213. — San Pablo en Atenas. A María Santísima en su gloriosa asunción á los cielos; 269 y 270. — El Jesuita; 387. — Brujerías; 393 y 396. — Mas allá; 408 y 409. — Al purísimo Corazón de María; 250.
G. (B). — El Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Tenerife; 267 y 268.
Granadino (Francisco). — Yo quiero ser periodista; 280 y 281.

J

Julià (Ernesto). — Fisonomías imposibles; págs. 5 y 8. — Arrepentida; 45.
J. C. G. — El muy Rdo. P. Eugenio Caldeiro; 39, 40 y 41.
Julià (Enrique). — A la caridad. La resurrección; 129.
Jiménez Campaña. — A Santo Tomás de Aquino; 80 y 81. — Sobre el mismo asunto. La muerte de Jesús; 106 y 107. — La madre loca; 117. — Flores á María; 149. — El Santo Cristo de las Azucenas; 188, 189, 197, 198 y 199. — El Laurel de la Zúbia; 237. — Los dos proscritos; 307 y 308. — Teresa de Jesús; 351. — Congreso Católico de Zaragoza; 362. — El Cid; 396. — La Aurora; 409. — A la Virgen de las Angustias; 416 y 417.

L

Lasso de la Vega (Angel). — El Misionero; págs. 56 y 57. — Aurelio Prudencio; 64, 65, 66, 67, 68 y 69. — El reloj; 177. — Miguel Cid; 316. — A San Francisco el Grande; 317, 318, 319 y 320.
Lafont (C). — Mi retrato; 261.
Lozano (Jesús). — A Isaac Peral; 194.

LL

Llanos y Torriglia (L.). — La charanga; págs. 117 y 118. — Las Ursulinas en Getafe; 188.

M

M. (M. P. D.). — En un Cementerio; pág. 32.
Mier (E.). — Revista de conocimientos útiles; 100, 113 y 115. — El instinto de los animales; 238. — Fecundación de las flores; 383, 384 y 385.
Misonte. — ¿Quién es....? ¿Qué es....?; 201 y 202.
Minguella (P.). — La Purísima Concepción. Discurso leído en el Congreso Católico de Zaragoza; 403, 404, 405, 406 y 408.
Mistigris. — Teatros; 387, 388, 390, 391, 415, 416, 426 y 427.
Monumentos de religiosos de Madrid en honor de San Isidro por un vecino de Madrid; 165 y 166.

O

Obispo de Segorbe. — La enseñanza católica; págs. 4 y 5.
Obispo de Tarazona. — El Rosario; 328 y 329.
Obispo de Vich. — La cuestión obrera y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; 372, 373, 374, 385, 386 y 387.
Obispo de Madrid-Alcalá. — Carta Pastoral sobre la urgente necesidad de un seminario conciliar; 421, 422, 423, 434 y 435.
Olmedo (Antonio de). — El encasillado; 421.
Ortega y Morejón (José M.). — El botijo; 284.
Orrea (Esperanza). — La noche de Reyes; 9. — El óbolo de la viuda; 45.
Orsini (El Abate). — La Purificación de Nuestra Señora; 26 y 27.

P

Paganel (Doctor). — Variedades; págs. 308 y 309.
Parcent (Condesa de). — El Pontificado; 281, 282 y 284. — A Santa Teresa de Jesús; 330, 332 y 333.
Polo y Peyrolón (Manuel). — Maestros á española usanza; 70 y 71. — Pintados por sí mismos; 105. — Desventuras de Mari Pepa; 140, 141 y 142. — ¡A San Ignacio! ¡A San Ignacio!; 257, 258, 260, 268 y 269. — Coplas satíricas; 261. — Como un perro y como un hijo; 294, 295 y 296. — Amores archiplatónicos; 358. — Dos lágrimas; 369 y 370. — Tres en uno; 428, 429, 432 y 433.
Pontejos (Miguel de). — Santiago de Liniers; 243 y 244.
Puente y Brañas (Ricardo). — La Virgen de la Pastoriza; 57.

R

Roca (Mr). — La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés. — En los números 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18 19, 20 y 21.
Rubio (Luis Beltrán). — Envejecer; 16 y 17.

S

Salcedo (Angel). — D. Vicente de la Fuente; págs. 8 y 9. — D. Alejandro Pidal y Mon; 17. — Salvador Rueda; 28. — La familia de León XIII; 45 y 46. — Recuerdos y apuntes de viaje: Segovia; 57, 58, 81 y 82. — El arte escénico en España; 64. — San José; 86. — Marqués de Cerralbo; 75 y 76. — Eduardo Palón; 92, 93 y 94. — Sánchez de Castro; 112 y 115. — Valentín Gómez; 125 y 126. — Antonia Díaz de Lamarque; 135 y 136. — Damián Isern y Miguel García Romero; 147 y 148. — La fiesta de Getafe; 161. — Fernán Caballero; 165. — Un artista de esperanza; 184 y 185. — Un libro curiosísimo; 189. — Otro artista de esperanza; 194. — El verano de los ricos; 196. — El verano de la clase media; 206 y 207. — Ilusión y realidad; 218 y 219. — La gran cuestión; 236 y 237. — Mil duros; 249 y 250. — D. Antonio María Fabié; 256. — D. Ceferino Suárez Brabo; 281. — La sombra de D. Tomás; 305, 306 y 307. — El Pilar de Zaragoza; 337 y 338. — El Arzobispo de Manila; 366 y 367. — D. Francisco Silvela; 381. — D. Antonio Lizarraga; 393. — Las Maravillas del amor (novela); en los números 28, 30, 31, 32, 33, 34, 35 y 36.
Salcedo (Francisco de P.). — A Gayarre; 11. — El miércoles de Ceniza; 71.
Safón (Celestino). — Maestro y discípulo; 60.
Sánchez de Castro (F.). — Nuestra esperanza; 9, 10 y 11.
San Julián (Rafael). — Los sablistas; 17 y 20.
Salgado y López (Francisco). — El campesino en Galicia; 176 y 177.
Suarez Brabo (C.). — El Tridente; 224.

T

Tormo (Elías). — La filosofía de Santo Tomás; págs. 129, 130, 149 y 152.
Trenor y Palavicino (Leopoldo). — De Ripoll á Rivas; 333, 334, 363 y 364.

U

U. (S. L. S. D). — La Hermana de la Caridad; pág. 21.

V

Vigeroux (F), traducido por D. Manuel Polo y Peyrolón. — Las plagas de Egipto; 199, 200, 201, 213, 214, 225 y 226.
Vargas (Pedro). — Los elegantes de antaño; 290 y 291. — Una hoja suelta; 303 y 304. — Misterios de la manigua; 320 y 321.
Verdaguer (Jacinto), versión de Polo y Peyrolón. — La Santa Casa; 363. — Lluvia huracanada; 408.

W

Walter. — Ecos de todas partes; 61 y 62.
Wisdon (Tomás). — El clero español juzgado por un inglés protestante; 321 y 322.

X

X. — De todo un poco; 410 y 411. Rafael Hidalgo de Cabiedes; 416.

Grabados.

RETRATOS

D. Vicente de la Fuente; pág. 1.
D. Julián Gayarre; 12.
D. Alejandro Pidal y Mon; 13.
Serpa Pinto; 25.
D. Salvador Rueda; 28.
El Rdo. Padre Caldeiro; 37.
D. Bernardo Sánchez Casanueva; 49.
El Cardenal Pecci; 54.
El Canónigo Duilbé de Saint-Projet; 61.
D. Antonio Vico; 64.
D. Emilio Mario; 64.
D. Francisco García Camero; 72.
D. José Zorrilla; 73.
Marqués de Cerralbo; 78.
Excmo. Sr. D. José Chinchilla; 82.
El penitente Casimiro Barello; 84.
San José; 85.
Ilmo. Sr. D. Eduardo Palou; 91.
S. S. León XIII; 96.
Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá; 97.
El P. Enrique Lacordaire; 110.
D. Francisco Sánchez de Castro; 115.
D. Valentín Gómez; 121.
El Cardenal Rampolla; 123.
El P. Félix; 132.
Excma. Sra. D. Antonia Díaz de Lamarque; 133.
D. Damián Isern; 145.
D. Miguel García Romero: 148.
Excmo. é Ilmo. S. D. Ciriaco Sancha, Obispo de Madrid-Alcalá; 157.
Fernán Caballero; 162.
D. Manuel Polo y Peirolón; 169.
Un artista de esperanzas; 184.
Excmo. Sr. D. Claudio Moyano; 186.
Macero del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza; 193.
D. José Cigarraga y Garostidi; 205.
Excmo. Sr. D. Estanislao de Urquijo; 210.
El Cardenal Lavigerie; 217.
Mons. Freppel; 229.
D. Santiago de Liniers; 241.
Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié; 253.
Excmo. Sr. Obispo de Tenerife; 265.
D. Ceferino Suárez Brabo; 277.
D. Juan Menéndez Pidal; 289.
Daniel O'Connell; 313.
Fray Ceferino González; 325.
León Taxil; 28, 330.
Luciano Brun; 330.
D. Ramón Nocedal; 337.
D. José Díez Macuso; 30, 353.
Excmo. P. Nozaleda, Arzobispo de Manila; 365.
Excmo. Sr. D. Francisco Silvela; 383.
D. Antonio Lizarraga; 389.
Rdo. P. Toribio Minguella; 401.
Hernán Cortés; 406.
Rafael Hidalgo de Cabiedes; 413.
P. Juan de Mariana; 425.

MONUMENTOS

El Acueducto de Segovia; págs. 55.
San Pedro del Vaticano; 78.
Puerta de Damasco en Jerusalén; 89.
Futura Catedral de Madrid; 114.
Ruinas de la Abadía de San Agustín y vista exterior de la Catedral de Cantorbery; 138.
Claustro de la Catedral de Oviedo; 144.
Convento de San Francisco de la ciudad de Palma; 150.
Catedral de Palma; 151.
La iglesia de San Isidro el Real en Madrid; 168.
El Hospicio de Madrid; 180.
Basílica de San Martín de Tours; 187.
Claustro de San Juan de las Viñas en Francia; 192.
Capilla de los Corporales en Daroca; 211.
La Catedral de Burgos, vista exterior; 222 — interior; 225.
Vista interior de la Basílica Franciscana en Asís; 259.
San Miguel del Fay en Cataluña; 264.
Catedral de Spira; 276.
Interior de la Catedral de Sigüenza; 282.
Capilla Mudéjar en la misma Catedral; 283.
La Villa Pía en los Jardines del Vaticano; 288.
Monasterio de Poblet; 294.
La Universidad de Oñate; 295.
Fachada principal de la Catedral de Guadix; 300.
Iglesia de los Redentoristas en Lyón; 301.
Ruinas del Monasterio de Tresdeswlls; 306.
Vista del Castillo de Astorga; 307.
Vista y Monasterio del Valle de San Millán de la Cogulla; 312.
Iglesia de San Miguel Arcángel en Barcelona; 324.
Escalera del Hospital del Nuncio en Toledo; 336.
La Capilla del Pilar en Zaragoza; 345.
Exterior del Hospicio de las Hermanas de la Caridad en París; 358.
Seminario de Nuestra Señora de los Angeles en Nueva-York; 364.
Iglesia de San Agustín en Manila; 370.
Iglesia de Sallo en Filipinas; 371.
Pórtico de la Gloria en la Catedral de Santiago; 395.
Palacio de Westminter en Londres; 407.
Cueva y Capilla de Covadonga; 418.
Puente de Almaráz sobre el Tajo; 419.
Casa Consistorial y Mercado de Breslau; 431.

ARTE

La enseñanza católica; pág. 4.
La adoración del Niño Jesús; 6.
La Virgen y el Niño; 7.
Carlos V en Yuste; 30.
Una noche de luna en Venecia; 31.
El óbolo de la viuda; 42.
La escuadra inglesa en Canarias; 48.
Maestro y discípulo; 60.
Atenas; 66.
Nueva York; 67.
La nave de San Pedro; 79.
Orillas del Río Jordán; 87.
El mar de Galilea; 88.
Jerusalén; 90.
Paisaje de Judea; 93.
El tío Pepet; 94.
La Resurrección de los muertos; 99.
Los Mártires Cristianos; 102.
Jesús en el huerto; 103.
El descendimiento; 108.
A la puerta de la Granja; 120.
La ciudad de Sfax; 126.
La Academia de los Arcades; 127.
El Salvador de los hombres; 139.
Casa de campo; 156
Gabinete de estudio de Fernán Caballero; 174.
Disputa de Teólogos sobre el misterio de la Trinidad; 175.
Ultima sesión del Compromiso de Caspe: cuadro de D. Emilio Fortún; 181.
Paso del río Duero por la ciudad de Oporto; 198.
Vista del Puerto de Vigo; 199.
Lago de Armenia; 204.
El canal de Suez; 216.
Calle Mayor de Fuenterrabía; 228.
Una calle de Malta; 234.
San Juan de Dios socorriendo á los enfermos; 235.
A la góndola; 240.
Estatua marmórea del Apóstol Santiago; 246.
Acrópolis de Santiago; 246.
Reconditario ó escondido donde se hallaron las reliquias de Santiago; 247.
Relicario de Santiago; 247.
Santiago bendice á Carlo-Magno; 247.
Un canal de Venecia; 252.
La plata, puerto de la Ensenada; 258.
San Pablo en Atenas; 270.
La Asunción de Nuestra Señora: cuadro del Ticiano; 271.
Santo Tomás de Villanueva: cuadro de Murillo; 318.
Muerte de San Bruno: cuadro de Enrique Leseur; 319.
Dos ángeles; 331.
Aula del Congreso Católico; 344.
Visita de Amberes, plaza Verde, pórtico de la Catedral; 359.
Mapa de las islas Canarias; 376.
Vista de Montecasinos; 382.
Estatua de Germanía; 388.
Cruzada ante Jerusalén; 394.
Paisaje de montañas; 407.

COSTUMBRES

Una cacería antigua; pág. 18 y 19.
La Ordenanza militar; 24.
En el Hipódromo; 36.
De regreso al hogar; 43.
Fiestas en Getafe; 160.
La romería de San Isidro; 163.
Salvajes carolinos; 406.
Tipos de montañeses griegos; 419.
Alegoría de la Noche buena; 430.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 1.º — Madrid 5 de Enero de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 pt. fs.
Un año..... 16 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pt. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Veranido. — *Abogacía* (novela), por Mad. de Bourdón. — *La enseñanza católica*, por el Ilmo. Sr. Obispo de Segorbe. — *Fisonomías imposibles*, por Ernesto Jolik. — *D. Vicente de La Fuente*, por Angel Salcedo. — *La noche de Reyes*, por Esperanza Orrio. — ALBUM DE POESÍAS: *Nuestra esperanza*, por V. Sánchez de Castro. — *A Gayarre*, (soneto), por Francisco de P. Salcedo. — *El mendigo negro* (novela), por Paul Feval. — *Julián Gayarre*, por E. T.

Grabados.

ILMO. SR. D. VICENTE DE LA FUENTE, *pág.* 1. — (Véase el artículo.)
LA ENSEÑANZA CATÓLICA, *pág.* 4. — (Véase el artículo.)
LA ADORACIÓN DEL NIÑO JESÚS, *pág.* 6. — Lo habían anunciado los profetas de Israel: el Deseado de las Naciones, nacido en la obscuridad y en la miseria, tenía que ser adorado por Angeles, Pastores y Reyes. Así lo representa el bello cuadro de que damos el grabado, y en el cual la exactitud clásica, ó sea la histórica, resulta sacrificada á la exactitud que podemos llamar mística. El Niño Dios es adorado á la vez por los Pastores, por los Reyes y por los Angeles.
LA MADRE DE DIOS, *pág.* 7. — Verdaderamente es Madre de Dios, á pesar de los herejes que lo han negado. El pueblo cristiano la saluda muchas veces todos los días con esas palabras: *Santa María, Madre de Dios.*
JULIÁN GAYARRE, *pág.* 12. — (Véase el artículo.)

familias cristianas; quiere que los hombres, abrumados por el peso de los negocios, y las señoras y señoritas, y los colegiales, y todos, en fin, los que necesitan distracción y son bastante cultos para buscarla en la lectura, la encuentren abundante y sazonada en las páginas de este periódico, y no tengan por consiguiente que ir á demandarla, con grave peligro para sus almas, en publicaciones impías, obscenas ó prácticamente ateas como las que hoy por regla general infestan nuestros hogares; quiere, finalmente, que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA sea, como hasta aquí ha procurado serlo, un socorro material para el *Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús*, en cuyo taller de imprenta, cada vez más acreditado, seguirá tirándose. ¿Se conseguirán estos bonísimos propósitos? Con elementos para ello se cuentan. Los escritores católicos más conocidos y mejor reputados han ofrecido su cooperación. Una escogida redacción, siempre de acuerdo con la Junta Central, y puesta, por decirlo así, bajo sus auspicios, bajo la censura además del censor eclesiástico nombrado por nuestro dignísimo Prelado, dirigirá los trabajos del periódico. Se procurará dar á éstos un carácter ameno y al mismo tiempo de actualidad, indispensable en este género de publicaciones. Ya hoy empezamos dando el retrato de D. Vicente de La Fuente, y el del tenor Gayarre, muertos en los últimos días. Del texto juzgarán los lectores.

***

Pero no todas son glorias en este mundo. Al mismo tiempo que la Junta Central parece que hasta ahora todo lo ha encontrado llano y fácil, ha sido para ella una triste contrariedad que D. Fernando Martínez Pedrosa no pueda continuar al frente de la redacción del periódico. Directores como el Sr. Pedrosa se encuentran pocos. Ahora que no nos oye bien podemos decir en alta voz lo que tantas veces hemos pensado de su persona: que es completa para todo, y muy especialmente para este género de trabajos. En él se reunen ingenio envidiable, amenísima erudición, conocimiento del mundo en que vivimos, aplicación muy poco frecuente y unas dotes de carácter como ya no se usan, en finura, discreción y tino para saber tratar á las gentes en sociedad y al público desde las columnas del periódico. Pérdida, y grande, es para éste (no hay por qué disimularlo) la de D. Fernando Martínez Pedrosa, y sólo atenúa en algún modo nuestro quebranto y nuestra pena la consideración de no ser aquella pérdida completa como las que produce la muerte; el Sr. Pedrosa seguirá honrando las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA con sus bellísimos artículos é inspiradas poesías; y con él seguirán indudablemente también los escritores que el Sr. Pedrosa trajo á la colaboración de nuestro periódico, entre los que no podemos por menos que citar y *ex-*

LA DÉCADA

A los pies de ustedes, señoras..... Beso á ustedes las manos, caballeros..... No encuentro mejor manera de saludaros, bellas lectoras y amables lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA..... Me introduzco aquí casi fraudulentamente; vengo á sustituir á aquel ingenio que tan querido era por nuestro público, y al que con cariño ya casi familiar se le conocía en los hogares cristianos por su mote de guerra, por el simpático seudónimo de *Tordesillas*.....

Es costumbre á principios de año ofrecer mejoras á los suscritores de una publicación como la nuestra. Algunas, y muy importantes por cierto, piensa introducir en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA la *Junta Central de Organización Católica*, que desde hoy corre con su dirección. Quiere dicha Junta que se perpetúe, mejorándolo á medida de lo que reclaman las crecientes necesidades de la época y las exigencias cada vez mayores del público, respecto á esta clase de periódicos, el pensamiento de Ernestina Manuel de Villena: quiere que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA sea un medio de propagar las buenas doctrinas en la sociedad española, y al mismo tiempo, de honestísimo recreo para las

ILMO. SR. D. VICENTE DE LA FUENTE.
† 26 Diciembre último.

citar á que no repose sobre las ya conseguidas glorias, sino que procure aumentarlas continuamente, á la simpática y amabilísima escritora que se oculta bajo el popular seudónimo de *Gonzalo del Río*.

***

Dos novelas interesantísimas empezamos á publicar en este número, y que serán seguramente del agrado de nuestros favorecedores. Una de ellas, *Abnegación*, de Mad. Bourdón, se elogia con sólo citar el nombre de su autora, tan conocida y estimada por todos los católicos y amantes de las bellas letras. De la otra, *El mendigo negro*, de Paúl Feval, cabe decir lo propio, y que siendo quizás menos sentida que la de la dulce y simpática escritora, es, sin embargo, más interesante: diferencia propia de la que media entre el ingenio y carácter de ambos escritores. Hubiéramos deseado, á pesar de todo, que las novelas fuesen españolas y no francesas; pero ya comprenderán nuestros lectores que para eso tropezábamos con serias dificultades. Pero no desistimos de nuestra idea de publicar más adelante alguna novela original; nuestro propósito es que el tomo del año de 1890 de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA comprenda, por lo menos, cinco ó seis novelas morales, amenas é interesantes.

***

La *grippe*, trancazo, dengue ó *influenza* no es el cólera morbo ni cosa que de lejos se le parezca. Pero lo cierto es que ha hecho tomar á Madrid un aire de tristeza lúgubre que hasta ahora era cortejo propio y exclusivo de las epidemias mortales. El que ha visto á Madrid en estos últimos días de Noche buena y Navidad no recuerda que en ningún otro año, por la misma época, presentase la Corte un aspecto parecido. Aun la Noche buena se deslizó silenciosa y triste, sin aquellas pandillas nocturnas de guitarristas, tamborileros y cantaores que no dejaban la calle hasta que la palidísima alborada de Diciembre sonreía en el firmamento. La Plaza Mayor, la de Santa Cruz y la calle de Toledo, centro de la animación pascual, apenas si se diferenciaban por su aspecto del que presentan ordinariamente. Un confitero, amigo mío, me ha revelado que su establecimiento ha realizado desde 1.º de Diciembre hasta éstos días 19.000 reales menos que en igual período del año anterior. Un comerciante, éste de vinos, me ha dado el siguiente dato: el año pasado, hasta el 25 de Diciembre, vendió doscientas sesenta botellas de vinos ricos; este año, hasta la mañana de hoy 4, llevaba vendidas media docena.

Yo mismo vi ayer en el Mercado de los Mostenses que ofrecían á 24 reales pavos de los que cuestan por término medio ordinario 15 pesetas. Y ni aun á precio tan bajo encontraban compradores.

Como el comercio de Madrid es de más apariencia que otra cosa, pues en realidad existen pocas casas verdaderamente fuertes, la ruina de estas Navidades se ha de reflejar mucho tiempo, y *traer cola*, como se dice con frase ya hecha. Algunos se han de arruinar para siempre. Otros disminuirán gastos, y de aquí la miseria para otros muchos. Mal año se presenta para Madrid el de 1890.

Los periódicos excitan la caridad, nunca desmentida, de los ricos madrileños para que acudan al socorro de estos males. Seguros estamos de que los suscritores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no serán de los últimos en acudir á este llamamiento de la caridad.

Terribles son los efectos de la epidemia que desde mediados de Diciembre viene afligiendo á Madrid, y que se traducen en muertes, miseria y ruinas. Pero también es consolador para el cristiano observar al lado de tan triste cuadro cómo la caridad, hija de Dios, da de sí las gallardísimas muestras que en Madrid está dando en estos días.

¿Quién puede leer sin emoción profunda, sin que acudan á sus ojos las lágrimas, los párrafos sentidísimos que dedicaba días pasados *El Imparcial* á describir la abundancia de donativos que la caridad del pueblo de Madrid ha depositado en su redacción?

«El número de donativos que la caridad deposita en la redacción de *El Imparcial*, decía el popular periódico, es tan grande, que durante todo el día no cesa el desfile por delante de la caja de la caridad. Si es triste ver cómo ayer acudían millares de personas pobres á inscribirse en el registro de la miseria, abierto en esta oficina, es consolador el ver también que los donantes tenían que guardar turno y esperar largo rato para entregarnos sus limosnas, á pesar de que la operación de inscribir nombre y suma en un recibo talonario y en la lista que se publica es brevísima. ¡Lamentable cuadro el de ese ejército de desgraciados! ¡Hermoso, conmovedor el espectáculo del apresuramiento con que acuden las personas generosas á dejar dinero, mantas, colchones y comestibles en esta casa!»

La conducta de *El Imparcial* y de otros periódicos ha sido en esta ocasión noble y cristiana. ¡Quisiera Dios que siempre fuese lo mismo!

En el Comedor de la Caridad del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús han sido socorridas, desde el 24 de Diciembre al 3 de Enero, 6.396 personas.

Nuestro amadísimo y celoso Prelado ha acudido, como siempre, el primero de todos al socorro de las necesidades de sus súbditos espirituales. *El Movimiento Católico* no ha cesado ni un momento de publicar artículos excitando la caridad del pueblo fiel; y de su bolsillo particular, S. E. I. ha prodigado los donativos en dinero y efectos. ¡Que Dios se lo premie, así como á todos los generosos donantes!

***

Los días serenos huyeron con gran contento de los que creían á la falta de humedad en la atmósfera causante de la epidemia y de todos los males que nos afligen. Ahora la mayor parte se deslizan bajo discretas y románticas nubes, color de ceniza, que dan á los horizontes madrileños vagas y poéticas perspectivas de septentrión, bañando las alamedas del Buen Retiro y del Campo del Moro de una luz descolorida, poco limpia, que recuerda la melancólica de Hide-Park; y que quizás por lo mismo, armoniza perfectamente con las carretelas tiradas por caballos de gran alzada y largo cuello, con los enormes y bien cuidados perros que andan pausadamente sobre las hierbas secas que tapizan las avenidas, detrás de tiesos caballeretes y empingorotadas señoras, unos y otras vestidos á la inglesa..... En ciertos barrios aristocráticos, como en el de la Fuente Castellana, por ejemplo, formados de hotelitos de riguroso patrón inglés, la ilusión es completa..... Y puede creerse en plena ciudad británica el que recorre las calles anchas y derechas, bordeadas de osamentas de árboles, alfombradas de hojas secas, con casas aisladas, altas, estrechas y cubiertas por una montera de pizarra, rodeadas de jardines minúsculos en que el césped muestra su color verde, signo de vida perenne, como una protesta contra la muerte universal que trae el otoño..... Ningún ruido turba vuestras meditaciones en esas calles solitarias, á no ser el de vuestras propias pisadas sobre las hojas secas, y de vez en cuando el timbre metálico de las campanillas que advierten á los dueños ó á los porteros de los hoteles que alguien se ha acercado á la verja del jardín..... ¡Silencio majestuoso, inamovilidad aristocrática, del mejor tono, que concluiría, si se prolongara mucho tiempo, ó si se extendiese á todos los barrios de la población, por secar, en nuestros corazones latinos, las fuentes de eterna alegría que son de las que procede nuestra vida meridional y española!

***

Nadie va al teatro, y por esto sin duda, hasta *La Virgen del Mar*, estrenada en Apolo, y que tiene todas las condiciones propias para entretener al público poco culto que llena los teatros en más felices tiempos, las tardes de los días festivos, no hace ahora ni la mitad del negocio que se prometían, sin duda, el autor y la empresa.

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *por F. de P. S.*

París 25 de Enero de 1800 y tantos.

Estarás fatigada, Octavia..... ¿Te encuentras con fuerzas para ir al baile de esta noche? Así me dijo mi tía hoy por la mañana. ¡Yo fatigada! le respondí. ¿Acaso fatiga la diversión.....? En todo caso, los primeros acordes de la música bastarían para disipar hasta la sombra del cansancio. Mi tía me ha comprendido, y esta noche iremos al baile, al gran baile de la temporada, al baile que formará época en los anales de las fiestas mundanas..... Me parece que ya oigo la música, y los pies me bailan solos..... Mi vestido espera sobre la cama que llegue la hora de ponérmelo: es blanco con flores y cintas azules, lo que, según dicen, sienta muy bien á las rubias, y por eso precisamente lo he preferido yo..... Mr. Julián, cuando me ve así, asegura que me parezco á la diosa Hebe..... ¿Tendrá razón? Lo que sí es verdad, que es una gran felicidad no tener más que diez y ocho años, ir á los bailes y ser sobrina de una tía tan cariñosa y complaciente como la mía..... Pues cuando mi tía, con no ser mi madre, es tan buena para mí, ¿que no sería mi madre si viviera....? Cuando se me ocurre este pensamiento, me pongo triste y no lo puedo remediar: me ataca este pensamiento muchas veces. Mi tía me riñe; porque lo que ella dice: las cosas tristes se deben desechar como malas ideas. ¡Mi tía es tan alegre....! Parece una muchacha..... ¡Cómo le gustan sus flores y sus pajarillos....! Vamos allá: cerca de ella no invade á una la melancolía.....

Enero 19.

El baile estuvo magnífico. ¿Quién ha podido decir que el mundo no da lo que promete? Mis amigas suelen hablar de desengaños..... ¿qué quieren decir? ¿tiene alguien desengaños? ¿No se divierte uno cuando hay música, luces, flores, trajes, muchachos que saquen á bailar; y sobre todo, cuando en su casa, á la vuelta, encuentra una madre cariñosa ó lo que es igual, una tía queridísima, y toda amor para su sobrina? Por lo menos para mí, la vida es de color de rosa..... Mis horizontes son azules como las pupilas de mis ojos..... ¿Se nublarán algún día.....? Me horroriza pensarlo..... Pero si llegan alguna vez tiempos obscuros y tempestuosos, el recuerdo de mi actual felicidad templará mis penas de entonces..... Volveré á leer las páginas de este cuadernito, y la ventura que en ellas se refleja será como un rayo de sol que calentará y alegrará mis malos días..... Pero ¿quién piensa en eso? ¿Por qué ha de venir la desgracia.....?

Febrero 18.

Me ha escrito mi padre: tan bueno y cariñoso como siempre. Sin embargo, no sé por qué, las cartas de mi padre me ponen un poquito triste..... Quizás sea porque me recuerdan aquella casa de mi padre, tan sombría, desnuda y casi miserable, de la que toda diversión está desterrada..... Y luego se me representa la figura más que severa de mi madrastra riñendo á mis hermanitos, pobres niños á

los que apenas conozco..... Pero lo que es á mi padre..... ¡Oh.....! ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto deseo verle feliz!

Marzo 18.

Desde hace algunos días no salimos de casa; á mi pobre tía la ha sorprendido el frío; engañada por el pérfido sol de Marzo, que parecía anunciar la primavera con su brillo y sus violetas, si no con su calor, ha cogido un constipado que la tiene postrada y soñolienta. No está en cama, sin embargo; pero echada en el sofá, no debe encontrarse bien, pues ayer hasta le molestó mi piano y me suplicó que lo dejase, á pesar de ser tan aficionada á la música; tampoco me he atrevido á leer en alta voz, pues está con los ojos cerrados y me parece algo amodorrada. Una buena noche la curará, y mañana estará perfectamente. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Pero, ¿qué esto, Dios mío? El médico preceptúa reposo absoluto. Quiere que guarde cama. Hasta el anochecer he estado en su cuarto y no parecía notar mi presencia..... ¿Qué será esto, Dios de mi alma? . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La noche ha empeorado nuestra situación..... ¡Mi tía no me conoce! Ha caído en una especie de delirio, un delirio dulce y mundano como ella. Habla de fiestas, de bailes, de sus grandes proyectos para la primavera, de trajes claros y vaporosos..... A veces me llama: Octavia, Octavia..... Yo me acerco y la pobrecita no hace más que mirarme como asustada, con sus grandes ojos que la enfermedad ha dilatado extraordinariamente. ¡Tía! ¡tía mía! ¡querida tía! y ella me responde frases incoherentes..... Se incorporó, y dijo: ¡Ah! ¿Es usted Alberto? ¡Cuánto me alegra verle.....! Creía que hablaba con mi padre..... No pude más, y me salí del cuarto. Victorina, la cocinera, lloraba en el pasillo. ¡Ay, señorita Octavia! exclamó al verme pasar, ¡qué desgracia.....! ¡Nuestra señora tan buena y tan cariñosa para todos!

Marzo 19.

He salido esta mañana para ir á Misa; se olvida una de Dios cuando es feliz; pero cuando se sufre, ¡cómo se necesita de Él! No podía rezar; lloraba solamente, y Dios veía el fondo de mi corazón, y con qué fervor le pedía la vida de mi bienhechora, de mi mejor amiga..... He vuelto..... ¡No estaba mejor! Cuando ha venido el médico, yo observaba su fisonomía..... Pero ¡ay! se obscureció al mirar á mi enferma. Escribió unas recetas, é interrumpiéndose, de repente me dijo: —Señorita, aquí haría falta una enfermera; usted es demasiado joven y demasiado delicada para pasar las noches en vela; haría falta una persona de experiencia y fuerte á la cabecera de Mad. d'Arthonay. — ¿Está, pues, de peligro? — dije á media voz y toda temblorosa. — No digo eso, pero..... — No concluyó. — ¿Qué es lo que tiene? — Una pleuresía con síntomas alarmantes.

Al oir esto, no pude contenerme y comencé á sollozar. Mi tía, que murmuraba palabras sin sentido, y cuyas miradas vagaban errantes por el vacío, pareció que oía mis lágrimas. Volvió en sí, y en tono alarmado preguntó: — ¿Qué tienes, Octavia? — Yo cogí sus manos y las bañé de lágrimas y besos..... ¡Ella se sonrió.....! ¡Nunca olvidaré aquella sonrisa.....! Era dolorosa como un adiós..... El médico me separó cariñosamente de la cama, reprendiéndome con dulzura. — Es preciso — me dijo — evitar estas emociones..... Calma, mucha calma..... Enviaré á usted una enfermera de confianza, y si la señora tiene familia, no haría usted mal en prevenirla.....—¡Qué horror! Las palabras y el acento del médico me lo han revelado todo: ¡Mi tía está en peligro de muerte!

. . . . . .

. . . . . .

Está completamente amodorrada..... Mi tía, la de Mr. Salvieu, ha llegado..... Un hosco silencio reina en esta casa, mansión hasta hace poco de la felicidad y de la alegría..... Me consuelo algún tanto escribiendo, ó mejor dicho, desahogando mi pena en este cuaderno..... ¡Pobrecita tía.....! ¡Sí, alguna vez leeremos juntas estas páginas, borrajeadas con tanta angustia!

. . . . . .

. . . . . .

Todo ha concluído. ¡Mi tía, mi segunda madre no existe ya.....! No puedo escribir..... El corazón parece que se me quiere romper y saltar en pedazos..... Me ahoga la pena.....

Marzo 30.

¡Qué soledad la mía! Ella era todo para mí, era mi vida, mi alma; era yo misma..... ¡Y nos han separado para siempre! Mi cariñosa tía no es ya más que una muerta..... Nuestra casa, aquella casa en que los días pasaban ligeros y alegres como parejas de baile, es ahora una casa vacía..... Me han traído aquí, á casa de Mad. de Salvieu, y tratan de consolarme, y hasta de distraerme..... Pero yo no quiero consuelos; yo no quiero distracciones..... Yo sólo quiero pensar en ella; recordarla; tener siempre delante de los ojos de mi alma aquellas facciones tan dulces, aquella benévola sonrisa que caía sobre mí como un rocío bienhechor..... ¡Diez y seis años juntas.....! ¡Dios mío! ¿Pero no volveré á verla?

. . . . . .

. . . . . .

Abril 18.

Mi padre no puede venir á París; sus enfermos se lo impiden. Mi padre me ha comprendido: habla en sus cartas de mi tía como se debe hablar; no se parece á estas gentes que me rodean, y que me destrozan el corazón cuando quieren consolarme; oyéndoles no hay más remedio que convenir en que mi pobre tía ha hecho bien en morirse. — Ya no era joven..... tenía el pecho delicado..... llegaba á la edad de los achaques..... — He aquí lo que me dicen para aliviar mi dolor; tengo ganas de contestarles: — ¿No era joven? Pues bien: Yo hubiera alegrado su vejez. ¿Estaba delicada? La hubiera cuidado. ¿No me ha cuidado ella? — Pero me callo: ¡para qué.....! Otros, y esto me indigna, dicen meneando la cabeza con aire desdeñoso: — Realmente, esa pobre Amelia no tenía juicio: le gustaban demasiado el mundo y las fiestas; así es que su salud no ha podido resistir á esa vida tan agitada: cada cosa á su tiempo.....

Y después de haberme ensartado este discurso, se creen perfectos consoladores y grandes filósofos. Cuando pienso en todo lo que me han dicho desde hace ocho días, no sólo me pongo triste, sino enfadada contra el mundo entero, excepción hecha de mi padre, que me comprende. Ha callado la única voz que sabía el camino de mi corazón, la voz que me alegraba siempre, que no me contristaba nunca, que me hubiera consolado de todas las penas. ¡Mi pobre tía! ¡qué desgraciada!

Un buen Sacerdote, el confesor de mi tía, ha venido á verme; me ha dicho que debo resignarme y repetir en el fondo de mi corazón: *¡Hágase tu voluntad!* pero no puedo..... más tarde: no puedo pedir á Dios sino que descanse en paz mi querida tía.

. . . . . .

. . . . . .

Por la tarde, mi tía Salvieu entró ceremoniosamente en mi cuarto; me besó con toda esa frialdad suya que tanto contrasta con el calor de afectos que se derramaba de mi tía Amelia, y me dijo: —Tu posición, hija mía, ha variado mucho..... No te aflijas..... Hay que someterse á la realidad de la vida, y tomar las cosas con juicio (mi tía es ante todo juiciosa: según ella todo debe ceder ante la razón). Has disfrutado del mundo y sus placeres con mi pobre sobrina, y eso, hija mía, acabó. Mi sobrina no era rica; tenía, como tú sabes, el usufructo vitalicio de la fortuna de su marido. Así que sólo ha podido dejarte su mobiliario y una cortísima renta, con la que no se puede hacer la vida que hacíais las dos.....—¡Por Dios! — interrumpí yo llorando. — ¿Qué me importa á mí eso? — Creo que sabrás sobreponerte á tu caída — siguió mi tía. — Tendrás que marchar de París. — Estoy pronta á ello — repuse yo. — Tendrás que volver al lado de tu padre. — No deseo otra cosa. — Tu padre no es rico. — Crea usted, tía, que no tengo apego al lujo ni á los placeres. — Mucho deseo que en efecto sepas acomodarte á la vida modesta que en adelante será la tuya. Vivirás con tu madrastra; es una mujer estimable, hacendosa, y que educa con trabajo á tus dos hermanitos. Tendrás que conformarte á sus ideas, á sus gustos, y hasta tratar de serle útil ayudándola en las labores de la casa. Esto es lo que exige de ti la razón. Necesitarás, tal vez, ánimo y voluntad para someterte á una existencia tan laboriosa, tan retirada, en un pueblo pequeño, en el seno de una familia que apenas conoces, y que no puede ofrecerte ninguno de los goces á que estás acostumbrada. ¡Ah! querida mía, lo confieso, más de una vez he vituperado á mi sobrina, aquella pobre Amelia que te quería con idolatría y que tanto te mimaba; hubiera querido que te diera gustos en armonía con tu suerte; pero ¡quiá! eran inútiles los raciocinios, no escuchaba más que á su cariño, y nunca á la razón. — ¡Me ha hecho tan feliz ese cariño durante diez y seis años! — ¡En hora buena! pero ahora es preciso empezar de nuevo, viviendo con tu buen padre. — Haré per contentarle. — Mucho deseo que lo consigas: pues tu padre, hombre que vale, aunque poco afortunado, no tiene más felicidad que la paz de la familia. — No seré yo quien la turbe. — Así lo creo, pero es preciso vencerse y tener juicio. — Tía, ¿cuándo partiré? — Tu padre quiere que sea á fines de mes; y muy bien, hija mía, eres más juiciosa que lo que yo pensaba.

Pues no, señor; no soy, ni quiero ser juiciosa como entiende el juicio Mad. Salvieu. Esas formas secas y frías que indican un fondo helado; esa crítica implacable, más que severa cruel, injusta, sí, muy injusta quizás por lo mismo que alardea de perfecta, esgrimida contra una mujer como mi tía Amelia, que fué toda corazón, toda bondad de alma, risueña y alegre, eso sí; pero con una alegría que á nadie perjudicaba, y que como la de los niños era inocentísima..... ¡Atrás el juicio que sólo sirve para mortificar al prójimo! ¡Fuera la razón que crea esa intolerancia rígida y antipática, que cuando no es producto de la estupidez, es una forma de la gazmoñería! ¡Pobre tía Amelia! ¡qué pocos te comprendían!

Y á mí, ¿qué me reserva la suerte? Hace diez y seis años que salí de casa de mi padre, y hoy aquella casa es para mí una casa extraña. Las costumbres que allí preponderan no son las mías; aquel no es mi mundo, el mundo de la elegancia y de los placeres. Mi madrastra es una señora severa: sólo al verla se le ocurren á una pensamientos sombríos. Mis hermanos no me conocen. Haré todo lo posible por contentar á mi padre. Pero ¿lo conseguiré? De todo desconfío desde que me ha visitado la desgracia. Antes me creía invulnerable. Ahora.....

(Continuará.)

LA ENSEÑANZA CATÓLICA

I

Hacía cuatro mil años que el mundo había salido de la nada obedeciendo á la voz del Criador, y apenas conservaban los hombres idea clara, ni costumbre pura, ni rastro alguno de la primitiva enseñanza de Dios.

La tierra estaba sembrada de altares levantados á tiranos que habían oprimido á sus semejantes, á sofistas que los habían engañado, á animales útiles y á animales dañinos, á seres insensibles, á conceptos abstractos, y hasta á las pasiones y á los pecados que pierden al hombre y hunden á las sociedades más robustas y mejor establecidas. Los filósofos, como los sacerdotes y aruspices, se reían de sí mismos y de sus propias enseñanzas, los poetas cantaban la borrachera y los amores impuros, las bellas artes parecían no tener otro destino que fomentar la licencia de las costumbres, y todos los elementos de civilización, habiendo torcido sus caminos, empujaban al mundo y á los hombres hacia las tinieblas, hacia la corrupción y hacia el caos.

Entregados los hombres al culto de la materia y á la concupiscencia, la religión sin Dios, á fuerza de llamar dioses á todas las cosas, la moral sin sanción, dominaba en aquella sociedad como principio supremo la fuerza material y bruta, besándose torpe y fatalmente los extremos de la cultura y de la barbarie. Para los débiles no había ley, justicia ni misericordia. La familia, descompuesta y endurecida, era tan cruel como la pública policía: el padre miraba al hijo como un mueble de cuyo abandono la ley no le pedía cuenta; la mujer, siempre flaca, era *cosa* de su padre cuando niña, instrumento de placer para el marido en la juventud, y si por raro vigor de su naturaleza, llegaba á la ancianidad, se veía arrinconada y escupida por sus hijos. Los hombres libres estimaban á los esclavos por el interés que les producían, teniéndolos por seres intermedios entre ellos y el mulo, según les enseñaba la filosofía.

Fácil era de prever, y así todos lo comprendían, que el mundo corría apresuradamente á un cataclismo inevitable, si Dios mismo no bajaba del cielo á enseñarle y redimirlo.

Tan espesas se habían hecho las tinieblas que envolvían al pobre linaje humano, que sólo una enseñanza divina podía disiparlas.

II

Afortunadamente, en medio de la oscuridad que confundía las inteligencias, brillaba todavía con débil resplandor la estrella de una esperanza en la venida de un Salvador. La promesa hecha por Dios á nuestros primeros padres había sido llevada por sus descendientes á todos los puntos del globo en que había hombres, y desde todos los países se dirigían miradas anhelantes hacia las orillas asiáticas del Mediterráneo, en donde, según la antigua tradición, habría de nacer el *Esperado de las naciones*.

Y cuando llegó la plenitud de los tiempos, EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS, y enseñó toda verdad, y restauró todas las cosas, y estableció la Iglesia, para que, conservando íntegra y pura su enseñanza, la transmitiese de generación en generación, hasta que se acabe en la tierra la raza de los hombres.

Cuando Jesucristo subió á los cielos, la congregación de sus discípulos era ya numerosa; poco tiempo después contaba por miles á los asociados; antes de concluir el primer siglo, la planta se había convertido en árbol frondoso, que cubría con sus ramas toda la redondez de la tierra. En Grecia y en Roma, en España y en África, en las Galias poco conocidas de los romanos, en las islas Británicas que apenas habían visitado, entre los Partos que las águilas de Roma no habían podido dominar, en Persia, y en las más lejanas extremidades de los continentes y de las islas, existían cristianos que habían abandonado el culto de los ídolos y de las pasiones para adorar al verdadero Dios, y vivir piadosa y castamente en todo tiempo, en todo estado y en todo clima que les hubiese cabido en suerte, los cuales no formaban más que una asociación en todo el mundo sin distinción entre pobres y ricos, entre poderosos y débiles, entre griegos y romanos, ni aun entre blancos y negros.

A la manera que cuando un árbol está á punto de perecer el hábil podador le ingerta un tallo nuevo, y comunicándose la savia de éste al viejo, vuelve el que parecía inútil á echar hojas y frutos abundosos, así la sociedad antigua, seca y carcomida, reverdeció y produjo virtudes grandes y nuevas por el prin-

cipio de vida que le había traído é ingertado la enseñanza de Jesucristo.

Mucho costó vivificar lo que casi estaba muerto, pero á los tres siglos el árbol tuvo bastante fuerza para resistir al vendaval de las invasiones de los bárbaros que se sentaron á su sombra, enamorados de su hermosura. El hacha y el fuego no se habían empleado contra lo viejo, sino contra lo nuevo: la mudanza feliz, el milagro eran debidos únicamente á la eficacia de la enseñanza cristiana, fecundada por gracia divina.

Esta enseñanza se llamó católica ó universal en contraposición á las enseñanzas antiguas, todas parciales y mezquinas, como que eran para un solo país, para una sola clase, y á veces para un solo templo. ¡Y bien merecía el nombre de católica una doctrina que comprendía todos los casos que pueden ocurrir en la vida de todos los hombres, y que á todos era predicada igualmente desde un polo á otro polo, formando del universo una sola escuela, y de todos los hombres una sola familia!

Esta enseñanza salvó al mundo, á pesar del mundo mismo. Por ella el linaje humano subsiste todavía. La civilización actual le debe el principio de su vida, su conservación y crecimiento durante veinte siglos.

Primeramente se enseñó en las catacumbas, en las concavidades de los montes, en el secreto de algunas casas privilegiadas, lejos de la luz del sol y de la libertad, como el ingerto echa su primera savia atado y cubierto por la mano del jardinero; después se enseñó en las plazas públicas, en los templos y en las escuelas, formando la enseñanza exclusiva en toda la cristiandad, que es como decir en todo el mundo civilizado.

¡Qué tiempos aquellos en que la enseñanza católica fué la única maestra de los hombres! Entonces se formaron y vivieron los héroes admirables de las leyendas: entonce se escribieron las obras en que la tradición es conservada en toda su plenitud y pureza, y la razón se gallardea elevándose hasta los últimos límites impuestos á nuestra naturaleza; entonces se edificaron las catedrales y tantos otros monumentos, á cuya vista se anonadan y descubren con admiración y respeto los hombres de fe y los hombres dotados de sentimiento estético; entonces fueron pintados los lienzos que constituyen la gloria de nuestros Museos; entonces la sociedad vivió tranquila y dichosa al amparo de los principios morales, que la defendían muchísimo mejor que en los tiempos modernos el sable y las bayonetas.

III

Todavía la cruz que el misionero clava entre la maleza de bosques vírgenes sobre una piedra toscamente labrada, atrae á los pobres salvajes, que corren á ella á apagar sus odios, á buscar consuelo y á animarse á sufrir la dura suerte que les ha cabido, con la esperanza de otra mejor; pero en los países que se llaman cultos, la situación actual es muy distinta.

Aquel feliz estado de cosas pasó. Apenas tenemos más escritores que plagiarios y sofistas; las bellas artes cuentan como un triunfo, si algún cuadro nuevo sabe copiar algunos rasgos de los antiguos, si algún músico acierta á conmover el ánimo rectamente, si se levanta un edificio en que la vil especulación no distribuya sus partes y sus piezas: la buena fe necesita envolverse en cien pliegos de papel sellado, y aun no se libra de las malas artes de los estafadores; el odio de clases ha revivido; los súbditos no respetan á los Gobiernos como á padres, ni los Gobiernos estiman á los vasallos como á hijos.

La inseguridad y la desdicha reinan por todas partes. La sociedad se bambolea sobre sus bases socavadas, y casi como antes de Jesucristo, los espíritus, agobiados bajo el peso de inauditos infortunios, prevén un cataclismo si Dios no viene otra vez á salvarla.

¿Cuál es la causa de ese nuevo malestar? ¿Qué rueda ó qué eje ha perdido la máquina social para estar así desequilibrada? ¿Qué le falta al árbol de la civilización para producir sabrosos y abundantes frutos? ¿No alumbra la tierra el mismo sol? ¿No la riegan los mismos ríos? ¿No la sombrean las mismas cordilleras? ¿No está dividida en los mismos continentes? ¿No gira sobre los mismos polos? ¿No conservan los hombres el ingenio? ¿Acaso ha dejado de latir y dar sangre su corazón?

¡Ah! lo que falta á la sociedad actual es la enseñanza católica.

Dijo: «¿á qué esa enseñanza recibida, siempre igual á sí misma como la verdad, siempre austera como la moral? Sacudamos ya su yugo é inventemos una enseñanza propia, más variable y acomodaticia.»

En ese trabajo se afanan los hombres desde hace tres siglos, pero con inútil empeño. Dios les ha enviado el castigo con que humilló á los gigantes de Babel: la confusión de lenguas y de voluntades.

Por esto el árbol se ha secado y la máquina se destruye.

IV

Conocida la causa del mal, se conocerá el remedio; no falta sino aplicarlo.

Vuelva el mundo á ser educado en la enseñanza católica y se reconstituirá la familia, la paz reinará en los pueblos, los Estados vivirán tranquilos, la caridad unirá todos los hombres en fraternal abrazo, la buena fe animará al comercio, el ingenio recobrará su vigor, el sol de justicia alumbrará y fecundará otra vez la tierra, y se verán en ella ejércitos de héroes, monumentos admirables, descubrimientos portentosos, virtudes cristianas.

Vuelva el Sacerdote en el templo, el padre de familia en el hogar doméstico, el maestro en la escuela, el jefe y el mayordomo en los talleres á enseñar animosa y francamente á los niños y á los pueblos las verdades y la moral católica, y el mundo se salvará.

¡Misioneros y maestros católicos! He aquí lo que le falta al mundo para cerrar el abismo, para enderezar sus caminos, para hacer revivir la fe que ha de salvarlo. «Las sociedades, decía Donoso Cortés, están desfallecidas y hambrientas desde que no reciben en ella el pan cotidiano. Todo propósito de salvación será estéril si no se restaura en su plenitud la gran palabra católica.»

Jesucristo no ha de volver á encarnarse: su palabra, consignada en el Evangelio, conservada é interpretada infaliblemente por la Iglesia, es higiene y medicina que basta para precaver y curar todas las enfermedades que pueden sobrevenir al linaje humano.

Esta es la enseñanza que proclamamos: á defenderla y propagarla consagraremos nuestros esfuerzos y el auxilio que las personas de buena voluntad nos presten. Poco valemos por nosotros mismos, pero si nuestra voz halla eco, si no se pierde en el desierto de la duda y de la indiferencia, podrá ser el grito de salvación que da un débil niño al ver las llamas salir por el tejado de la casa, ó las aguas removiendo sus cimientos, mientras los hombres duermen dentro.

Á nosotros, pues, los que amen á la sociedad y tengan fe en la enseñanza católica; á nosotros los Sacerdotes animados de celo; á nosotros los padres y madres que amen cristianamente á sus hijos; á nosotros los maestros que comprendan la sublimidad de su profesión. Solos y aislados podremos poco; juntos valdremos mucho.

La situación del mundo pende del extremo que se adopte de este dilema:

Restablecimiento de la enseñanza católica en todas las esferas sociales, ó un próximo y universal cataclismo que hundirá la sociedad y el mundo.

FRANCISCO DE A., *Obispo de Segorbe.*

FISONOMÍAS IMPOSIBLES

¡Vaya si existen!

Y no es lo peor que existan. Lo que verdaderamente desconsuela es la conformidad en que nos hallamos reconociendo incurable la enfermedad.

Pasa con esto lo que ocurre con la langosta.

Cuando empiezan á *darse* en un sembrado, ya lloverá á cántaros antes de conseguir extinguirlas.

¡Y se ve por ahí cada langosta, es decir, cada fisonomía!

Sin que los propietarios de tales desentonos humanos sean los culpables en primer término.

Porque..... ¿qué quieren ellos?

Naturalmente ¡cualquiera desea parecer bien! pero ¿cómo ha de parecer bien Doña Evelina, pongo por caso, con aquella protuberancia que le *aprisiona* la frente, y aquella cavidad en la mejilla derecha, donde coge con holgura una nuez?

Pues..... ¿y Doña Timorata?

¡Vamos! ¡Hay cosas que entristecen el ánimo!

Doña Timorata, como ustedes pueden tener ocasión de ver, es una Venus en toda la extensión de la palabra. Las líneas que forman su escultural persona obedecen las exigentes leyes del más académico modelado.

Carnes eburneas y sonrosadas, proporciones irreprochables. Desde la cándida garganta hasta el breve pie, aquella buena señora no tiene desperdicio.

Elegante por naturaleza, todo lo que cubren las ricas galas de su lujoso atavío se avalora más y más al ser tan coquetonamente velado, aumentando la atracción arrebatadora que su vista inspira; pero se va usted al toro, quiero decir á Doña Timorata, con ánimo de soltarle al paño un *¡olé, lo bonito!* ó cualquier dicharacho semejante, y se encuentra usted con que la eburnea y la mórbida y todo lo que usted quiera, me gasta un bigote de recaudador cesante, que para mí lo quisiera.

Y es lo que ella dice:

— Aunque me hubiera nacido esto en cualquiera otra parte, menos mal; pero, señor, ¡aquí, donde lo vea todo el mundo.....!

Convengamos en que hay desarrollos y excrecencias que piden una navaja barbera á voz en grito.

Tenemos una vecina pianista de profesión y poetisa por temeridad, que casi nos entristece sacarla á relucir, porque ciertas desgracias debían respetarse, pero.....

La chica en cuestión, con eso de los *acrósticos* y las *escalas cromáticas* ha perdido la hechura; cada día enflaquece más, y actualmente ha repasado los límites que en esto de la *obesidad* aconseja una mediana prudencia.

Dar un paso más en el arte de liquidarse resultaría de mayor heroísmo que salvar el Rubicón, porque si bien es cierto que después del histórico río había una perspectiva de linternazo limpio que el héroe aceptó en principio lanzándose á la memorable mojadura, estaba detrás el gobierno de la República; pero detrás del cutis de Emerenciana no hay más cosa de provecho que algún que otro cartílago en estado de merecer.

¿Conocen ustedes esos sombreros que usan *nuestras* elegantes?

Pues bien: la Emerenciana quiso tener, como

LA ADORACIÓN DEL NIÑO JESÚS.

LA VIRGEN Y EL NIÑO.

cualquiera otra persona que tuviera cara, su sombrero de *vertedera*, y acompañada de Doña Blasa, su respetable mamá, visitó el taller de una acreditada modista.

La dueña del establecimiento, con el buen tacto propio de la clase, aconsejó á la niña la adquisición de otra forma más en armonía con aquella cara de espátula; pero tanto ella como Doña Blasa insistieron en que había de ser de *canutillo*, y uno tomo y otro dejo, cuantos chapeos había en el local fueron posándose en aquel *corte vertical* de criatura.

¿Pero qué había de resultar?

Doña Blasa miraba á la niña á cada nueva probatura, y unas veces á ella, otras á la modista, decía:

— ¡Quita hija, quita! Pareces un espanta-pájaros.

— Esos sombreros son feísimos.

— Los que llevan las de Lechuguilla sí que están elegantes; pero eso..... es un adefesio.

Hasta que cansada la modista de tanta impertinencia, recogió la mercancía y mirando sonriente á la mamá y á la estrecha jovencita, les dijo con la más distinguida cortesía:

— Sí, la verdad es que no le caen bien á esta joven; pero pueden ustedes volver por aquí cuando la niña se reponga; porque con esa cara..... tan..... finita no es fácil poderla complacer.

Excuso decir que Doña Blasa lanzó una mirada descuartizadora á la artista en bullones; y la pobre de Emerenciana se desesperó de congoja, viendo que no era ella la llamada á pasear el anhelado *canutillo*.

¡No terminó con esto el mal rato de las señoras!

Cuando regresaban á casa á llorar su desventura, se cruzaron con dos condenados pollos de buen humor, que dirigiéndose á Doña Blasa la tiroteaban en los siguientes términos:

— Déle usted á esa niña hipofosfito.

— O hierro bravo.

Nada: que hay motivo para una dolora.

Del sexo fuerte peor es *mucatillo*, pues el número de los mamarrachos no constituye hoy por hoy la excepción.

Indudablemente hemos conseguido imponernos.

Todavía los que formamos entre los imposibles nos atrevemos á propalar aquello de que

El hombre y el oso
contra más feo, más hermoso.

Pero quien tiene razón es D. Robustiano; el buen señor dice:

— En eso de las caras ridículas vamos á tener que poner mano.

— ¿Y quién tiene la culpa de no ser un Adonis?

— Nadie; pero créame usted: desde que los feos se presentan en público con semejante profusión, ha venido el aumento de enfermedades de la niñez. ¡Yo sé bien lo que me pesco! No es el tifus, ni la coquelache, ni el sarampión..... ¿qué ha de ser? ¡Son los feos, hombre; los feos y nadie más que ellos! El 75 por 100 de criaturitas se mueren de susto.

ERNESTO JULIÁ.

DON VICENTE DE LA FUENTE

NADA se nos hace tan cuesta arriba á los que tenemos el pícaro oficio de escribir, como tratar dos veces el mismo asunto. Para mí resulta tan odioso, que tengo formada la intención de no imponerme jamás esa penitencia. Pero hay ocasiones, y esta es una de ellas, en que bien se puede faltar á tan cómodo y agradable propósito. En honor á la honradísima y gloriosa memoria de D. Vicente de La Fuente, no dos, cien veces escribiría yo, y aun me parecería no haber escrito nada. Y verdaderamente, ¡cuánto hay que escribir y cuánto debiera escribirse sobre ese hombre notable que acaba de pasar por entre nosotros derramando beneficios de todo género, ilustrando á sus semejantes, practicando las virtudes más heroicas, siendo en todo y por todo el modelo de los hombres de bien, de los sabios católicos y de los españoles castizos y tradicionales? Se dijo de Feijóo que había que levantarle una estatua y quemar al pie de la estatua sus obras; de D. Vicente sólo puede decirse que merece la estatua, y que sus obras deben leerse mucho, y por lo tanto, vulgarizarlas todo lo que sea posible entre la muchedumbre. Y ya que no estatua, porque este honor, desde que se reservó para generales revolucionarios y cabezas de motín, no es por cierto de los honores más envidiables, debiera por lo menos escribirse extensamente por docta y amena pluma su biografía-semblanza, comprendiendo en ella la mayor parte de las anécdotas, ingeniosidades, cuentos y chascarrillos que refería D. Vicente ó que de él se refieren, sus obras de caridad tan portentosas, los incidentes múltiples de su vida de Catedrático y de Rector, todo, en suma, lo que constituía la fisonomía moral de aquel varón doctísimo y original como pocos. Una biografía del Sr. La Fuente por estilo de la que de Aparisi escribió Galindo, sería, no sólo una obra de superior entretenimiento y solaz legítimo, sino provechosa para muchas almas.

A D. Vicente hay que estudiarlo como Catedrático, como sabio, como escritor público, como católico activo, como hombre de bien á carta cabal, como socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl, y después hay que estudiarlo también, y principalmente, como D. Vicente de La Fuente, esto es, hay que procurar sorprender el secreto de aquella nota tan suya, tan característica que lo constituía hombre originalísimo, y con el que ningún otro puede confundirse. Era lo que en literatura se llama *un carácter*, cosa que al ingenio cuesta tanto trabajo encontrar y que la naturaleza produce con harta parsimonia, ofreciéndonos á lo sumo media docena de ellos en cada siglo.

Las explicaciones de D. Vicente de La Fuente formaban, como escribí ya en *El Movimiento Católico* [1], un gran poema cómico cantado á coro por los más famosos personajes que han lucido en el mundo. Tenía una rara habilidad para coger las cosas por el lado ridículo, y una poco común agudeza para burlarse de ellas. Miraba por el revés los tapices flamencos; estaba enamorado del aspecto negativo del universo. Y, cosa que sorprendía á muchos, sin deber sorprender á nadie: este hombre, que tenía el mismo temperamento y las mismas propensiones que tuvo Voltaire, era, sin embargo, por lo que se refiere á la fe cristiana, el reverso de la medalla de Voltaire, prueba terminante de que la fe es una virtud, y que el poseerla ó el no poseerla no es cuestión de temperamento ni de idiosincrasia, como afectan suponer los pedantes bachilleres del naturalismo á la moda. D. Vicente, satírico hasta la médula de sus huesos, hombre, si los hay, de buen humor, era el tipo del cristiano creyente y fervorosísimo, del católico práctico y sincero. Amaba realmente á Dios sobre todas las cosas, y cuando llegaba á los linderos del santuario, rendía su sátira como un guerrero rinde sus armas, y entraba, humilde y sencillo, con la fe del niño y con el amor del santo. Hombre más bueno con dificultad podrá volverse á ver en España.

La fe profunda que tenía en los misterios del cristianismo inspirábale, naturalmente, un horror despreciativo hacia la superstición, que manifestaba sin rebozo y sin miedo con su ruda franqueza de aragonés y con su no afectada, sino muy real superioridad de verdadero sabio. Por este concepto su labor se asemejaba á la del insigne Benedictino que brilló en Oviedo á principios del siglo XVIII. Y no sólo á Feijóo, sino á casi todos los grandes eruditos españoles, pues todos, como él, fueron tan sinceros creyentes como enemigos no disimulados de las supersticiones que desnaturalizan la fe.

La de D. Vicente de La Fuente era una fe activa, práctica, emprendedora, que se resolvía en una caridad ardiente y nunca saciada. Este Académico, cuyas opiniones se oían con veneración en todos los círculos literarios, y se consultaban en toda Europa, no había buhardilla ni lugar infecto en Madrid que no conociese y al que no hubiese penetrado alguna vez con el socorro material en la mano y con el socorro espiritual del consejo en los labios.

Sobre su mesa de estudio, entre los cuadernos atestados de citas y datos históricos, alternando con las escrituras medio-evales, con los pergaminos góticos, encontraba el curioso una porción de notas reveladoras de que Fulana de Tal era viuda con cuatro niños pequeños, ó que á Zutano le había caído soldado el hijo único que tenía, ó que á Mengana, la pobrecita, la había salido un zaratán en el pecho..... Estas notas, que D. Vicente escribía con cuidado sumo, y que sin duda su Angel de la Guarda copiaba con no menor cuidado en el áureo libro de la vida eterna, eran para él más interesantes que las que le recordaban que algún D. Pedro Atarés había roto á la morisma, año mil doscientos y tantos, en las vegas de Murviedro, ó las que precisaban el día fijo en que D. Jaime el Conquistador subió por vez primera al minarete de la Mezquita de Valencia. Quería á los pobres, á sus pobres de Jesucristo, más que á los fueros antiguos de Aragón, que es cuanto puede decirse.

Su caridad lo llevó á las Conferencias de San Vicente de Paúl, y dentro de las Conferencias fué modelo y guía de los socios. El que quería ser un socio perfecto de las Conferencias, no tenía que hacer más que una cosa: imitar á D. Vicente.

Nunca fué político, al menos en los últimos cuarenta años de vida. De joven parece que trabajó con Balmes y con Cuadrado en la reconciliación de las dos ramas borbónicas; su familia era realista, y él recordaba, tan festivamente como lo hacía todo- que, siendo niño, le habían hecho recitar unos versitos latinos de Fernando VII, cuando este Rey pasó por Aragón para someter á los ultra-realistas de Cataluña. La verdad es que, ni el carácter independiente de D. Vicente se avenía con la estrecha disciplina de los partidos, ni su espíritu crítico y burlesco podía tomar en serio ningún programa político. Su programa era el famoso de San Felipe: *¿Quieres que se mejore la sociedad? Pues mejorémonos tú y yo, y ya se ha adelantado algo.*

Llegó en esto, como en todo lo que puso mano, á ser el tipo. Los carlistas decían: «Aquí sólo cabe ser católico, ó afiliándose al partido tradicionalista, ó siendo como D. Vicente de La Fuente.» «Ser católico á lo D. Vicente de La Fuente» es ya una frase vulgar y significativa de una manera de ser católico, que consiste en vivir conforme al Evangelio, haciendo muchas obras de caridad y favoreciendo toda obra católica, sin meterse para nada en que reine Juan ó Pedro, y prefiriendo dar un par de bonos á los pobres á pronunciar un par de discursos en el Congreso de los Diputados.

A raíz de la Restauración, los conservadores trabajaron mucho en atraerse á D. Vicente de La Fuente. Le ofrecieron con insistencia una senaduría vitalicia y todas las grandes cruces habidas y por haber. D. Vicente se rió, contó á los tentadores algunos de los cuentos de su repertorio y siguió adelante. Aceptó, sin embargo, un cargo: el de Rector de la Universidad, y, ¿saben por qué nuestros lectores? Pues porque de lo que se trataba era de expulsar de la Universidad á los catedráticos

1 Núm. 1 del 27 de Diciembre último.

impíos. Conviene advertir que D. Vicente tenía un cariño indecible á la Universidad de Madrid, y que era muy sensible á los afectos del compañerismo profesional. Lo que de él se pedía era, pues, un verdadero sacrificio. Pero como ante todo era católico, no tuvo reparo en sacrificarse: ofreció como un holocausto á Dios las exigencias y dulces lazos de la amistad privada y del compañerismo, y expulsó á casi todos los catedráticos racionalistas. A los que no expulsó fué porque no le autorizaron para ello; porque no pudo.

Naturalmente, esta buena obra, heroica para Don Vicente, provocó censuras ruidosas. «Ese Torquemada de la Universidad.....» (gritaba Navarro y Rodrigo en el Congreso de los Diputados). Otras amarguras tuvo también que probar en aquella ocasión, que en su alma generosa no dejaron huella ninguna.

Infatigable para el trabajo, D. Vicente acometía las más vastas y difíciles empresas de erudición y salía vencedor de ellas. Muchas de sus obras son verdaderos monumentos. La continuación de la *España Sagrada* del P. Flórez, la *Historia de las Sociedades secretas*, los *Procedimientos eclesiásticos* y la *Disciplina* [1]; sus prólogos en los tomos de la Biblioteca de Rivadeneyra; sus múltiples trabajos sobre Santa Teresa de Jesús, á la que profesaba una admiración sin límites y fervorosísima devoción; la *Historia del culto de la Virgen*, en que últimamente trabajaba, todos estos libros y otros muchos que sería prolijo enumerar, revelan una labor pasmosa, y á la que parece cosa de fantasía que pudiese dar cima en estos agitados tiempos un hombre solo.

Muchas veces los eruditos han de buscar los libros de D. Vicente de La Fuente, y los historiadores de las letras castellanas han de citar y escribir su nombre. Pero en cuanto viva la generación actual, ese brillo histórico mundano ha de ceder al brillo del recuerdo de sus virtudes públicas y privadas, y la memoria del sabio no podrá eclipsar la buena memoria del católico, del hombre de Dios y de los pobres..... — Q. E. P. D.

A. SALCEDO.

1 Estas últimas fueron escritas en colaboración con el Sr. Salazar, hoy Obispo de León.

LA NOCHE DE REYES

Cuando yo era niña ponía la víspera de Reyes mi mejor zapato en el balcón, y mi madre me decía: «no te duermas tan temprano, espérate hasta la media noche, y los verás descender del cielo montados en sus caballos blancos como la nieve; verás cómo llegan á nuestro balcón y llenan tu zapatito de ricas golosinas.»

Yo lo creía. ¿No había de creerlo?

Mi tío Federico, un volteriano impenitente, al que quiso Dios tocar con su gracia en sus últimos momentos, me dijo un día:

«No hagas caso á tu madre. Todo eso de los Reyes es una patraña. Ya tienes doce años, y es impropio de tu edad creer en esas majaderías.»

Yo me eché á llorar. Mi pura fe de niña empezaba á sentir los primeros helados soplos de la contradicción y del escepticismo. A los doce años ya no tenía, según mi tío, derecho á ser feliz.

No dije á mi madre ni una palabra. Pero me decidí á espiar.

Llegó la noche. Mi madre, como siempre, me exhortó á que no me durmiera, con objeto de que me durmiera antes. Yo me fingí dormida.

Mi mentira tuvo éxito: engañé á mi madre. ¡Qué gloria para una hija! Pero no era extraño: ciertas verdades como la de mi tío sólo pueden producir frutos de engaño. En algo se había de conocer que el volterianismo me había visitado aquella tarde: á la hora de oscurecer, lo recuerdo bien, me daban la lección; antes de la media noche era ya una perfecta embustera, y había engañado á mi madre.

Mi madre me dió un beso, y salió del cuarto.

— Joaquina — gritó llamando á la doncella.

— ¡Señorita!

— ¿Has traído eso?

— Sí, señorita, sobre la cómoda tiene usted el turrón, las peladillas y la libra de dulces, y en la cama, bajo la almohada, están la muñeca y el caballo de cartón. Buen susto pasé (añadió Joaquina riéndose), la chiquilla por poco me sorprende.....

¡Todo estaba descubierto..... ¡Mi tío tenía razón!

— Ya lo sé, ya lo sé — grité yo con más entusiasmo que Arquímedes cuando exclamó: *eureka*— los Reyes Magos es una mentira..... Tú, mamaíta, eres la única reina maga que yo tengo.....

Mi madre acudió á mis voces. Se conocía que estaba contrariada. Pero lo disimulaba riéndose.

Me abrazó, y me dijo:

— El tío Federico te lo ha dicho, ó mejor, te lo ha anticipado, porque yo iba también á revelártelo. Pero de seguro que tu tío no te ha añadido por qué las madres queremos que los niños crean en esto, y por qué tú ya no debes creerlo.

— No, mamaíta, no. No me ha dicho nada de eso.

— Pues mira. Que los Reyes Magos vienen esta noche es una verdad. Yo te lo aseguro. ¿No crees á tu madre?

— Sí..... — dije yo en el colmo de la incertidumbre. — Pero..... pero tú compras las golosinas y los juguetes.

— Así es en efecto, ó así era, porque tú ya eres una mujer, y los juguetes y las golosinas ya no te son propios. Lo que ahora tienes que hacer es comprender el significado de esas visitas de los Reyes en que has creído hasta ahora, y en las que has de seguir creyendo, aunque de diferente manera que cuando eras niña.

— Di, mamá, ¿qué quieres decir?

— Atiende. Los Reyes Magos son santos que están, como todos los santos, al lado de Dios, gozando de Dios é intercediendo por los hombres que son sus semejantes; porque ellos fueron de nuestra especie, aunque más buenos que tú y que yo..... Pues bien: los santos visitan en espíritu á sus devotos en este mundo, y sus devotos reciben también en espíritu su visita..... Esta noche que la Iglesia nuestra Madre celebra la fiesta de los Santos Reyes, los cristianos nos encomendamos á ellos, para que ellos nos encomienden á Dios. Y ellos, en cambio de nuestra devoción, nos conceden lo que les pedimos, y Dios, por su intercesión, nos lo concede también. Todo eso de los regalos, niña mía, es un símbolo, una representación gráfica de lo que sucede realmente.....

Yo encontraba perfectamente razonable cuanto me decía mi madre, la cual continuó:

— ¿Comprendes ahora el secreto? Ya para ti no hay símbolo. La edad que tienes exige de ti que mires la verdad cara á cara. Dejaste de ser niña: ahora te cumple rezar un Padre Nuestro á los Reyes Magos, pedirles su protección y, no lo dudes, ellos te harán un regalito mucho mejor que las golosinas que yo te daba en nombre de los Santos Reyes.....

— ¿Y qué regalo me harán? — pregunté yo.

— No lo sé, hija mía; pero que te le harán, no lo dudes.

Pasó el tiempo; los meses huían. Llegó la primavera: en las macetas del balcón florecían las rosas y los claveles. Era la mañana luminosa y radiante del día de la Ascensión.

Con otras niñas de mi edad hice yo aquella mañana mi primera Comunión. Antes me había confesado, y entre mis culpas referí al confesor la siguiente:

— «Acúsome, Padre, de que engañé á mi madre haciéndome la dormida, y con la mala idea de sorprender un secreto que mi madre guardaba con la intención de hacerme feliz, prolongándome la infancia.»

El Padre, después de mi poco retórica, pero sincera retahila, me dijo:

— «Eso estuvo muy mal hecho, y fué un pecado de curiosidad reprensible como el de nuestra madre Eva en el Paraíso.»

Cuando en el patio del colegio, después que salimos de la iglesia, me abrazó estrechamente mi madre, deslizó muy bajito, á mi oído, estas palabras:

— ¿No te aseguré que los Reyes Magos te harían este año un gran regalo? Pues ya lo tienes. ¿Qué mejor regalo podían hacerte que haber conseguido para ti el beneficio inapreciable de tu primera Comunión?

Y así esta *judía carnal*, que esperaba todos los años la visita de unos Reyes montados en caballos blancos y repartidores de golosinas y juguetes, se convirtió, por la gracia de Dios y por el talento de su buena madre, en una *judía espiritual*, ó sea en una cristiana verdadera; pecadora, eso sí, pero que por la divina misericordia cree firmemente y creerá mientras viva en todos los misterios de esta poética, filosófica y santa Religión que Dios mismo ha enseñado á los hombres.

ESPERANZA ORREA.

ALBUM DE POESÍAS

NUESTRA ESPERANZA [1]

Á LA INMACULADA VIRGEN MARÍA

ODA

¿Quién el camino sabe
Del águila que cruza el firmamento,
De la serpiente por la roca dura,
O el rumbo de la nave
Del anchuroso mar en la llanura?
El sabio de este modo meditaba
Y en dudas mil su mente se envolvía;
Pero en sus reflexiones encontraba
De más profunda oscuridad cercado,
El camino del hombre
Por la inconstante juventud guiado.

1 Inauguramos nuestro álbum de poesías del año 1870 con la siguiente bellísima oda del insigne poeta cristiano D. Francisco Sánchez de Castro, de cuyo fallecimiento, tan sentido por los católicos y por los amantes de las bellas letras, dió cuenta LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA en su último número del mes de Diciembre. Así, al par que facilitamos á nuestros lectores el conocimiento y conservación de una de las más inspiradas composiciones de la literatura católica contemporánea, rendimos un tributo á la buena memoria del eximio poeta, cantor de la fe y de las tradiciones españolas. Escrita esta oda del Sr. Sánchez de Castro en los últimos meses del terrible año de 1868, refleja la dolorosa inquietud que á todos los católicos españoles producía la inminente pérdida de nuestra unidad católica.

Así exclama el poeta en la última estrofa:

—... ¿qué voz extraña
Viene á turbar la célica armonía?
¡Oh.....! me espanta el oirla.....

La voz que espantaba á Sánchez de Castro era la de la impiedad, del racionalismo y materialismo modernos que, disfrazados de política expansiva y revolucionaria, entraban entonces en España sobre las ruinas de un trono veinte veces secular, y rompiendo de un modo brutal la gloriosa tradición española. Los temores del poeta no tardaron en convertirse en tristísima realidad de males sin cuento.

(*Nota de la Dirección de* LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.)

¡Ah! que cual nave en las revueltas olas,
Y por contrarios vientos combatida,
Vive la juventud; audaz se lanza
A impulso del amor y la esperanza
En el piélago inmenso de la vida.
Y en su ansiedad inquieta,
A veces presa del delirio insano,
Cierra los ojos á la luz del cielo,
Y errante por la duda quiere en vano
Descanso dar á su ferviente anhelo;
O busca en los placeres seductores
Calma para su afán, que es insaciable,
Y embriagada del mundo en los dulzores,
Cual áspid entre flores
Se arrastra por la tierra deleznable.

Pero también en su ansiedad vehemente
La juventud remóntase á la altura
Cual águila caudal; llega á la cumbre
De la región de luz, y su fe pura
Vivificada siente
Del sol eterno á la divina lumbre.
En su gigante vuelo
Ve la tierra cual átomo mezquino
De tristes sombras llena,
Y en la celeste luz embebecida
Cruzando va la bóveda serena.

Nosotros, ¿dónde vamos? Agitada
Vemos doquier la tempestad violenta;
Del mundo á nuestros ojos se presenta
La mar alborotada;
Sombras de muerte por doquier hallamos,
Y guerra encarnizada
En nuestro mismo corazón llevamos;
Sin lucha no hay victoria: combatamos.
Y de nuestros mayores
Con la fe poderosa que tenemos,
Y con la ayuda del Señor, seremos
Del mundo y de nosotros vencedores.
Nuestro triunfo es la fe, la fe nos guía;
Si el triste desaliento nos alcanza
Y nos cercan dolores de agonía,
Nos queda una esperanza,
La esperanza de España, que es María.

Sí, porque tú nos amas, Virgen pura,
Y el mismo Dios que aun antes de crearte
Se embelesó en tu gracia y hermosura,
Aplaca sus enojos al mirarte.
Mensajera del bien y la alegría,
Contigo al mundo vino
La salud y la paz que las naciones
Dolientes esperaron,
Tú nos trajiste al Redentor divino
Y cien generaciones
Tu nombre y tus grandezas ensalzaron.

¡Cuánto España te amó! Santificada
Dejó esta hermosa tierra, madre amante,
Tu presencia sagrada:
Y desde el dulce instante
En que te vió del Ebro la ribera,
España te aclamó su amparo y guía,
Y fué este noble pueblo
El pueblo de María.

Las altaneras frentes
No humilladas al yugo del romano,
Ante ti se inclinaron reverentes;
Y los que resistieron
Del invencible César las legiones,
Cayeron á tus plantas, Virgen pura,
Rindiéndote sus rudos corazones
Vencidos por tu amor y tu ternura.
Y nuestros padres con afán piadoso
Por doquiera elevaron tus altares,
Inmaculada siempre te llamaron
Y en todas las edades te ensalzaron
Con himnos y con fiestas populares.

Raudal de inspiración brotó en la mente
De los hijos de España, tus grandezas
Arrebatados de entusiasmo ardiente
Celebraron con cítara sonora,
Y en su amoroso anhelo
Por retratar tu faz encantadora,
Robaron sus matices á la aurora
Y su esplendor al cielo.
Y los mármoles duros
Con mágicos cinceles animaron,
Y tus bellas estatuas adornaron
Los bosques y las plazas y los muros.

Por ti fué nuestra España enaltecida:
La fe formó este pueblo
Y tu amor fué su gloria más querida.
Los que en lucha titánica asombraron
A la Europa, y al árabe vencieron,
Aquellos que dos mundos dominaron
Y los inmensos mares oprimieron,
Todos, oh Virgen, por la fe lidiaban,
Bajo tu dulce amparo se ponían,
Tu imagen en el pecho veneraban,
Y de los grandes triunfos que alcanzaban
Los gloriosos trofeos te ofrecían.
Y los fieles guerreros
Dando lauro mayor á sus victorias,
En tus sagrados templos, Virgen pura,
Colgaron sus espadas y armadura
Fatigados de triunfos y de glorias.
Y después de vencidas las naciones
En incesante guerra,
A tus plantas rindieron los pendones
A cuyo paso se inclinó la tierra.

¡Ah! ¿quién no te amará, madre de amores?
¿Habrá español ingrato que te niegue
Olvidando la fe de sus mayores?
¡Infeliz! Ese vive en tierra extraña:
Ese triste en su patria es extranjero;
¡Que no busque á sus padres en España.....!

De nuestra vida en el albor primero,
Nuestra madre cantando tus grandezas
Entre sus tiernos brazos nos mecía;
Nuestro sueño á tu amparo encomendaba
Y amante al despertar nos enseñaba
A pronunciar el nombre de María.
¡Oh! ¡benditas mil veces nuestras madres!

Apenas huyó la infancia venturosa
Y en el mar de la vida penetramos,
Nos asaltan la duda y los temores,
La guerra y el error doquier hallamos
Y nuestra vista ansiosa
En el mundo moral sólo ve horrores
Pero la fe divina que aprendimos
Nos anima y alienta;
Que una madre tenemos en el cielo,
Y en la tierra un consuelo
Y un faro esplendoroso en la tormenta.

Sí, que del mundo en el inmenso estrago
Que á la terrible destrucción camina;
Al ver sobre los pueblos el amago
De universal ruina;
Cuando tiemblan los hondos fundamentos
De las viejas edades,
Y vacilan los sólidos cimientos
De antiguas sociedades;
Cuando corren sin freno desatadas
Fieras revoluciones
Y estremecidas gimen las naciones
Por espantoso vértigo agitadas,
Cuando el mundo moral todo es tinieblas
Y caos y agonía,
Cuando las almas viven en las nieblas
De la duda sombría;
Cuando ruedan los tronos
Y el social edificio se desploma,
Alienta la esperanza del cristiano
Ese bendito anciano
Que se sienta en la cátedra de Roma.

Vedle: cuando á su lado
Brama la tempestad; cuando se encuentra
De enemigos terribles rodeado;
Cuando el mundo se agita en cruda guerra,
Y el azote de Dios al ver alzado
Tiemblan las potestades de la tierra;
Él, que está abandonado,
Con semblante sereno
Oye el rugir del trueno.
É inmóvil en el piélago iracundo
Conjura la tormenta
Y á nuestra absorta vista se presenta
Como visión bendita de otro mundo.

Por el Divino Espíritu dictada,
Ora sonó su voz, los cuatro vientos
En sus rápidas alas propagaron
Sus mágicos acentos
De remotas regiones
Del Norte y Sur, de Oriente y Occidente
Los Ungidos en Roma congregados
Ofrecerán la paz á las naciones
En el nombre de Dios omnipotente.
¡Oh momento supremo! ¡Cómo late
Henchido el corazón de fe cristiana
Al contemplar la Iglesia soberana
Dispuesta para el último combate!
¡Ah! ya la miro alzarse vencedora
Con grandeza inefable
Lanzando esta sentencia inexorable
Que los pueblos repiten asombrados
La sociedad al ver que se estremece:
« O el mundo vuelve á Roma,
O en horrible catástrofe perece. »

Salva, oh Virgen, al mundo;
Detén, madre amorosa,
El brazo del Señor; mira piadosa
Al Pontífice Santo
Por enemigos fieros combatido,
Y cubre con tu manto
A esta España infeliz que sufre tanto,
Cuya gloria y amparo siempre ha sido.
Acuérdate, María,
Que el inmortal Pío Nono ha proclamado
Tu Concepción gloriosa,
Y que España radiante de alegría
Recibió con el pecho entusiasmado
La nueva venturosa.
¿Consentirás que España triste llore
Largas horas de angustia y de tormento.....?
Abrevia su martirio y sufrimiento,
Mira su situación, ve su agonía,
Todo lo hemos perdido,
Pero aun queda tu amor, Virgen María.

Aun en nuestros hogares
Una santa inscripción está grabada;
No pasa sus umbrales el viajero
Sin saludar primero
Tu pura Concepción Inmaculada.
Aun acuden los pueblos á millares
A visitarte en santas romerías
Entonando en tu honor dulces cantares,
Que alegran las agrestes serranías,
Y en alfombras de verdes tomillares
Se elevan tus santuarios,
Y tu bendita imagen se venera
En medio de los montes solitarios.
Aun los valles sombríos
Y las vegas adornan tus ermitas
Formando pintorescos caseríos:
Aun su alegre campana
Despierta al labrador que te bendice
Al asomar la luz de la mañana;

Y gozoso y amante te saluda
Al volver á su aldea,
Cuando flota la niebla vespertina
Y el dulce techo del hogar humea:
Aun animadas de celeste llama,
A tu planta divina
Lleva perlas la dama
Y flores la modesta campesina,
Y hasta el pobre mendigo en sus pesares
El pan se quita de la hambrienta boca
Por llevar una ofrenda á tus altares.

¿Qué más quieres de España, madre mía?
Cuando vienen tus fiestas
Este pueblo se viste de alegría.
A tu paso bendito
Alfómbranse de flores nuestras calles,
Se eleva al cielo el fervoroso grito
De ardientes oraciones,
Y proclaman tus glorias soberanas
El alegre clamor de las campanas
Y el soberbio tronar de los cañones.

¡Ah! Cuando el ángel del Señor contemple
Tan sublime espectáculo en el cielo,
Cuando la fe de nuestra patria vea,
Dirá: — « Feliz nación; en ella sólo
La Cruz del Redentor doquier campea:
Al descargar la cólera divina
A ella perdonaré, porque en su suelo
Por la sangre de mártires regado,
Vive la fe de Cristo, y no hay un templo
Que no esté para el Cristo consagrado. »

. . . . . .

Pero..... ¿qué voz extraña
Viene á turbar la célica armonía?
¡Oh.....! me espanta el oirla..... ¡Madre mía!
¡Ten piedad de nosotros! ¡Salva á España!

FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO.

Madrid, 1868.

EN LA MUERTE DE GAYARRE

Oculto el ruiseñor entre el ramaje
Lanza al espacio célica armonía
Cuando al morir el resplandor del día
Se oculta el sol tras el postrer celaje.
De aspecto cambia súbito el paisaje,
Que otoño extiende en él su escarcha fría;
Y el cantor de la luz y la alegría
Se aleja huyendo en rápido viaje.
Otra vez volverá la primavera
A los campos su pompa, ora perdida.
Mas ¡ay! al ave que cantó altanera
No la esperéis; no más á la querida
tierra natal regresará parlera,
¡Que fiero el rayo le arrancó la vida!

FRANCISCO DE P. SALCEDO.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

I

Después de Vísperas.

Mediados del otoño de 1816, en el primer piso de una casa situada en la plaza de San Germán, en París, junto á la misma iglesia, dos jóvenes fumaban y hablaban echados de pechos sobre el balcón.

Era un domingo y el reloj acababa de dar las cuatro de la tarde.

Nuestros dos jóvenes, sin duda, esperaban que acabasen las vísperas para ver salir la gente de la iglesia y pasar revista á las damas.

Ambos eran altos y de buena figura, pero sus fisonomías formaban un completo contraste.

El de más edad, cuyo rostro moreno tenía una expresión de indulgencia singular, y cierta mezcla de irreflexión y vanidoso orgullo, parecía próximo á entrar en esa época cautelosa que sirve de extrema frontera entre la juventud y la edad madura. Es decir que había ya cumplido treinta y cinco años.

¿Desde cuándo....? He aquí un problema de difícil solución, porque su frente no tenía ni una sola arruga; sus cabellos negros, demasiado encrespados para ser hermosos, habían adquirido cierta distinción [1] y brillantez con el continuo uso de la pomada; sus ojos, aunque ardientes y llenos de fuego, los hacía bajar involuntariamente una mirada atrevida ó escrutadora; por último, su bigote fino y bien cuidado no tenía ni un pelo cano; pero dos arrugas perfectamente surcadas en cada uno de los extremos de la boca desmentían de un modo visible todo el aspecto de juventud de lo demás del rostro. Era preciso haber sonreído muchas veces y muy amargamente para conservar tan pronunciado este signo característico.

El personaje que describimos se hacía llamar el caballero D. Juan de Carral, noble español. Hablaba continuamente de su familia, que decía ser una de las primeras de Andalucía, y se mostraba en todas ocasiones muy orgulloso de su ilustre nacimiento.

En esto obraba como ciertas damas que se dejan elogiar la cabellera, que han comprado al peluquero, porque es menester que sepa el lector que Juan de Carral era un mulato, hijo de un negro, y esclavo de nacimiento; su verdadero nombre era Junquillo.

El que le acompañaba, mucho más joven, se llamaba Javier simplemente. Su frente grande y espaciosa estaba cubierta de magníficos cabellos rubios; su blanca tez parecía de alabastro al lado de la bronceada del mulato; su mirar, franco pero tímido y distraído, era por lo general triste y vago, comunicando á su fisonomía cierta tintura melancólica que parecía su expresión habitual.

Tenía veintidós años.

Por bajo de los dos personajes que quedan descritos, la plaza estaba enteramente vacía; sólo sobre el único escalón que tiene la puerta de la iglesia, un mendigo de pie y apoyado sobre un bastón, parecía esperar también la salida de vísperas.

Este mendigo era un negro, en verdad tan buen mozo, que veinte años antes hubiera podido representar admirablemente el papel de Otelo en la tragedia de Shakespeare.

Su cara, negra como el ébano, resaltaba más entre la barba y cabellos canos que la rodeaban; su alta talla no se había encorvado aun con el peso de la edad; se mantenía completamente derecho y llevaba con cierta fiereza los miserables harapos que cubrían su carne.

En 1816 esta descripción hubiera sido inútil para el lector parisién, porque nadie había que no conociese en la populosa capital de Francia al *Mendigo Negro* que pedía limosna en la puerta de San Germán.

Nunca hablaba; su mano extendida provocaba únicamente la ofrenda y cuando la había recibido se inclinaba con gravedad en señal de acción de gracias. Alguna vez si le daba la limosna una joven bonita, sonreía débilmente, y se ponía la mano sobre el corazón.

Los niños del barrio le tenían mucho miedo, y la tabernera del rincón aseguraba que el mendigo negro era el *rey de los salvajes* que había hecho prisionero el Emperador Napoleón en la época de sus glorias.

Ya lo hemos dicho, eran las cuatro de la tarde.

En tanto que el mendigo aguardaba inmóvil, los dos jóvenes seguían su conversación interrumpida frecuentemente por largos intervalos.

— Javier — exclamó de repente Carral, tirando su cigarro — ¡veo que estás enamorado, amigo mío!

Javier se estremeció y aparentó sonreir.

— ¿No lo estás tú también? — murmuró tímidamente.

— Sí; pero no como tú..... Todo el mundo lo está de cierta manera; pero yo me entiendo y tú me entiendes..... Digo que estás enamorado..... perdidamente enamorado..... loco de amor, ¿me explico?

— ¿Y por qué sospechas eso?

— En hora buena; eso es confesar tácitamente..... Preguntas por qué sospecho, ¿eh....? Yo tengo mis indicios y estoy cierto de no equivocarme. Nosotros los españoles somos terribles observadores, verdaderos Argos..... He observado.....

— ¿El qué? — preguntó con viveza Javier.

Don Juan soltó una carcajada.

— Vamos, te haces traición, y no sería prudente en mí sonsacarte.

Al ruido de la risotada, el mendigo se había vuelto y quitándose el sombrero de paja elevó la mano abierta hacia el balcón en señal de pedir.

Javier sacó al momento el bolsillo.

— Este negro me fastidia — dijo entre dientes Carral, sacando el bolsillo también.

Javier echó la limosna.

El mendigo, antes de bajarse para recogerla, se quitó el sombrero otra vez y puso la mano sobre el corazón.

— ¡Negro! ahí tienes cinco francos — gritó Carral; — te los doy á condición de que te irás de aquí y no te veremos más.

La moneda de cinco francos cayó en el sombrero del mendigo; pero en vez de recogerla la arrojó lejos de sí y tomó su primera inmóvil actitud.

— Le has ofendido — dijo Javier.

— ¡Ofender á un negro! — replicó el mulato escandalizado; — pero las opiniones son libres, y la verdad, ya me pesa haberle echado los cinco francos..... ¡Qué diablos! querido, ¡otra vez vuelves á tu melancólica distracción.....! Decididamente estás atacado de esplín.

Javier suspiró tristemente.

— El esplín—dijo—es enfermedad de las gentes dichosas, y yo no puedo padecerlo.

Al mismo tiempo dirigió á su compañero una mirada triste é indecisa; después, cediendo al impulso de expansión propio de la juventud, cogió la mano del mulato y estrechándola entre las suyas, le dijo:

— Carral, eres mi amigo, al menos así lo creo, y tengo confianza en ti. Puesto que has adivinado una parte de mi secreto, quiero decírtelo todo. ¡Yo sufro.....!

— Eso ya se conoce, querido; pero ¿por qué sufres?

— Soy pobre.

— Es un inconveniente muy común; tampoco soy yo rico.

— ¡Y me llamo Javier!

— Bonito nombre de pila—dijo Carral con pedantesca fatuidad—y confieso que sería bueno añadirle un apellido correspondiente. En este punto yo no tengo por qué quejarme de la suerte..... Pero ya ves, amigo mío, que si todo el mundo naciera noble, la nobleza no existiría.

— Además—replicó Javier, que apenas había entendido este decisivo argumento—además.....

(Continuará.)

[1] Téngase en cuenta la época á que se refiere la novela. (N. del T.

JULIÁN GAYARRE

La hermosura de Dios se refleja, si bien harto pálida, en las cosas creadas. El color, la luz, el sonido, son revelaciones de la divina belleza, y por medio de ellas podemos elevarnos á la contemplación del sér absoluto en que residen la suprema bondad, la suprema verdad y la beldad suprema.

La voz humana es una de las cosas creadas en que la infinita beldad se manifiesta de modo más visible y elocuente. Cuando esa voz consigue llegar en sus modulaciones armoniosas á la plenitud de su potencia estética, parece transportarnos á un mundo mejor que este en que vivimos, y que escuchamos como un eco lejano de las angélicas melodías que son propias del paraíso.

Este es indudablemente el secreto de la popularidad que logran los grandes cantantes. La muchedumbre va tras ellos enajenada; les considera como seres superiores, y en cierto modo lo son; porque hay en ellos una perfección que falta en los demás, perfección reveladora de otras muchas que pertenecen al mundo de lo desconocido.

El insigne tenor que ha muerto en estos últimos días, llegaba con su voz á donde pocos de su oficio han llegado; oyéndole á él, había momentos en que se creía uno transportado á la región de las melodías angélicas; *se elevaba el corazón*, como elocuentemente dijo el P. Félix.

Gayarre cantaba sin esfuerzo alguno; pero desde la grave enfermedad sufrida en Nápoles hace siete años no se sentía nunca completamente bien.

Al acabar una noche la función en que había tomado parte, alcanzando, como de costumbre, unánimes y frenéticos aplausos, tuvo que asistir á una fiesta que habían preparado en su obsequio en una quinta cercana á Nápoles. Volvió de madrugada, y al día siguiente se sintió enfermo. La enfermedad fué agravándose rápidamente. Hubo momomentos en que no se pudo hablar sino de la sola esperanza de un milagro.

Gayarre, viéndose morir, se acordó de su patria, de su padre, y de la Virgen del Pilar. Se encomendó á ésta é hizo voto de no volver á cantar, si sanaba, hasta que cantase en las fiestas de la Virgen en Zaragoza. Gayarre renunció todas las contratas que se le hicieron hasta que pudo cumplir su promesa. El efecto que produjo en la capital de Aragón fué indescriptible.

Fernández Bremón ha contado en uno de sus primorosos artículos interesantes episodios de la vida de Gayarre.

Todavía existe en Pamplona la herrería en cuyos yunques dió tantos martillazos el brazo robusto de Gayarre.

Gayarre estaba reñido con uno de los oficiales llamado Tolosana. Con objeto de reconciliarles, el maestro les envió una tarde á componer juntos el grifo de una fuente.

Trabajaron dos ó tres horas rápidamente y sin hablarse, concluyendo la obra antes de lo que habían calculado. Entonces Tolosana, rompiendo el silencio, propuso á Gayarre aprovechar las dos horas que faltaban de la tarde en procurarse un rato de expansión y de libertad.

La proposición era tentadora y ambos amigos se estrecharon la mano y pasaron la tarde cantando y bebiendo.

— ¿Por qué no te apuntas en el orfeón? — dijo Tolosana, conmovido por la dulce y poderosa voz de su amigo.

— ¿Y qué es orfeón?— contestó Gayarre.

— Orfeón es una sociedad en donde nos reunimos para cantar en coro.

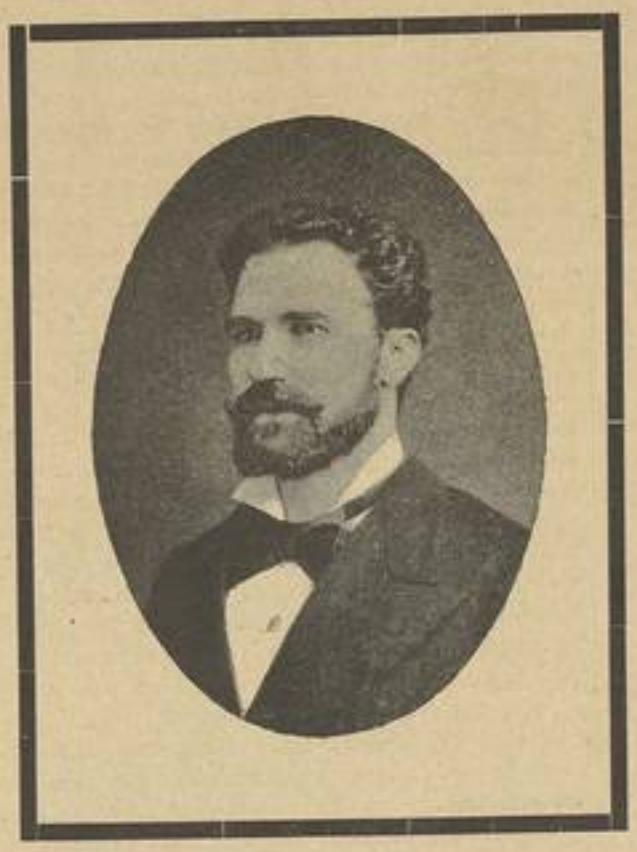
— ¿Y qué es coro?

— Pues coro es cantar muchos á un tiempo, unos por lo alto, otros por lo bajo, y todos la misma música.

— Llévame á esa casa.

Gayarre fué inscrito, confundiéndose su voz entre otras cien voces durante poco tiempo.

Los inteligentes notaron una que sobresalía entre todas, y resultó ser la de Gayarre, que fué nombrado primer tenor.



JULIÁN GAYARRE.
† en 2 de Enero de 1890.

El organista de la Catedral, D. Conrado García, se encargó de darle lecciones todos los domingos y quedó prendado de la rapidez con que comprendía y ejecutaba su discípulo las lecciones más difíciles.

Por aquel tiempo visitó á Pamplona el Maestro D. Hilarión Eslava.

— ¿Qué tienen ustedes de bueno por aquí? — preguntó un día á D. Conrado.

— Tenemos un verdadero tenor. ¿Quiere usted examinarle?

— ¡Hombre!— dijo el célebre maestro terciando la sotana—si fuera un barítono ó un bajo no tendría prisa, pero un tenor..... ¿puedo oirle ahora mismo?

Poco después entraba Gayarre en la habitación y sufría las miradas escrutadoras del inteligente Sacerdote.

—¿Con qué eres tú la alhaja?—le dijo. — ¿Qué sabes de música?

— Sé el método de solfeo de D. Hilarión Eslava.

—Vamos á verlo.

Y el maestro, sentándose al piano, le hizo ejecutar las lecciones más difíciles y probó su voz y su oído con ejercicios que improvisaba para examinar sus facultades.

D. Hilarión no dijo nada; guiñó el ojo á su amigo y sin mirar á Gayarre exclamó al cabo de unos instantes:

— Algo feillo es, pero vestido de guerrero y con un casco y con los colores y las luces del teatro, no parecerá del todo mal.

Gayarre salió furioso mientras Eslava decía á Don Conrado.

— Es un verdadero diamante sin pulir: hay que enviarle á Madrid inmediatamente.

Poco después se hacía una suscrición entre los obreros para pagarle el viaje, y ganaba en Madrid por oposición y por unanimidad una plaza en el Conservatorio, pensionada con 12 duros mensuales.

El herrero se había convertido en estudiante, y se pasaba las horas del día leyendo en las bibliotecas las partituras de los mejores maestros y las obras literarias que podían instruirle, con la tenacidad que antes forjaba el hierro á martillazos.

Posteriormente, cuando Gayarre cantó el *Lohengrin* en Londres, Wagner, que asistió á la representación de su obra, fué á ver á Julián, y le dijo:

— Usted es el *Lohengrin* que yo había soñado.

En París visitaba con mucha frecuencia la casa de Gounod. Una noche cantó allí, en presencia de las primeras autoridades literarias y musicales de Francia, la romanza del acto tercero del *Fausto*. Gounod, conmovido, se levantó de su asiento, y abrazando á Gayarre, exclamó:

— ¡Jamás he oído nada semejante! No creí nunca que *Fausto* pudiera cantarse de ese modo.

La vez primera que el famoso Dupier oyó á Gayarre la romanza de *Favorita*, no pudo contener su emoción y su entusiasmo. Lloró como un niño, y fué á decir á Gayarre que era el primer tenor del mundo.

Gayarre deja una fortuna de doce millones de reales, invertidos en su mayor parte en papel del Estado.

En el Roncal poseía varias fincas de gran valor y tenía depositados 50.000 duros en una casa de banca italiana.

El gran tenor había consagrado á su querido Valle del Roncal una parte de su fortuna. Hizo construir, hace años, un hospital, que dotó de todo lo necesario, y una escuela, que subvencionaba. Todos los años aumentaba el caudal de uno y otro establecimiento. No ha mucho dió 6.000 duros para edificar un frontón para juego de pelota. Aparte estas generosidades, socorría á no pocas familias de Navarra y protegía á todos los jóvenes de su país que revelaban aptitudes para el arte lírico.

Todo concluyó. El gran artista ha sucumbido en medio de este crudo invierno que ya ha hecho tantas víctimas. Su entierro desfiló bajo una gran nevada que la gente recibía con placer, creyendo que en sus alas blancas se llevaba los miasmas de la epidemia reinante. Que así sea y que Dios Nuestro Señor haya recogido en su seno el alma del gran Gayarre.

E. T.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Inventor 19, 3me des Italiens, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentifrico ejecutado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Perfumerías y Peluquerías.

Á VENCER SIN PELIGRO

Se suele triunfar sin gloria. Bajo este concepto, no era la gloria, ciertamente, lo que pretendían los Reverendos PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac, al componer su Elixir, porque como tenían la seguridad de vencer en su lucha contra los productos similares, siempre ineficaces, y á veces nocivos, sólo se propusieron contribuir, según la medida de sus medios, al bienestar de sus semejantes, combatiendo la afección más común, á la par que una de las más graves, por su acción directa sobre la salud general.

Los esfuerzos, coronados de pleno éxito, les procuró, si no la gloria, por lo menos la suprema satisfacción de haber dotado á la humanidad de un arma invencible contra la caries dentaria al crear el **Elixir de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac.**

Agente general.—A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

BANCO DE ESPAÑA

En el día de hoy se ha presentado en la Caja Central de este Establecimiento otro billete falso de la serie de cien pesetas, emisión de 1.º de Octubre de 1886, en que se notan imitados imperfectamente algunos de los transparentes que tienen los legítimos, siendo las demás diferencias que le distinguen de estos últimos las mismas consignadas en el anuncio de 25 del corriente mes.

Lo que por acuerdo del Consejo de gobierno se anuncia al público para su conocimiento.

Madrid 26 de Diciembre de 1889. — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 2,198.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 2.º — Madrid 15 de Enero de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pt. fs.
Un año..... 5 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pt. fs.
Un año..... 5 »

IMPORTANTE

Con este número repartimos á nuestros lectores de Madrid *El Movimiento Católico*. Suscribiéndose á LA ILUSTRACIÓN y á *El Movimiento*, sólo costarán en Madrid ambas publicaciones 2,50 pesetas mensuales.

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando.—*Abnegación* (novela), por Mad. de Bourdón (continuación).—*Exorjocer*, por Luis Beltrán Rubio.—*Don Alejandro Pidal y Mon*, por Angel Salcedo.—*Las solitarias*, por Rafael San Julián.—*La ciudad de Cádiz á principios del siglo XIX*, por Pedro Gracián.—ALGUNAS POESÍAS: *La Hermandad de la Caridad*, por J. L. S. de U.—*A una niña en su primera Comunión*, por Ipandro Acaico.—*El mendigo negro* (novela), por Paul Feval (continuación).—Necrología.

Grabados.

D. ALEJANDRO PIDAL Y MON.—(Véase el artículo.)

UNA CACERÍA ANTIGUA.—Las aficiones cinegéticas son muy antiguas, y se conservan hoy en todo su esplendor. Pero indudablemente han perdido la belleza estética que antes tenían, cuando los grandes señores feudales adiestraban á sus monteros para la guerra, llevándolos al combate con las fieras del monte. ¡Oh, qué hermosas resultaban entonces las monterías!

LA OBEDIENCIA MILITAR. Dibujo satírico.—(Véase la inscripción.)

LA DÉCADA

No sé si la vanidad me engaña. Pero lo cierto es que se me figura no haber sentido nunca la envidia. Hoy, sin embargo, la envidia me consume, y no ceso de exclamar para mis adentros: ¡Quién tuviera la pluma de Castro y Serrano! ¡Quién supiera escribir como el autor de las *Historias vulgares!* ¡Oh, qué interesante *historia vulgar* escribiría yo ahora!

Pero los deseos míos nada tienen que ver con la realidad de las cosas, y como me es imposible hacer lo que tantas veces ha hecho Castro y Serrano, me veo precisado á contar vulgarmente, en estilo pedestre, el argumento de la *historia vulgar* que yo escribiría *si supiese escribir*.....

***

¿Recuerdan nuestros lectores el artículo *Fisonomías imposibles*, que vió la luz pública en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA del 5 del corriente? De seguro que lo recuerdan, pues era un lindísimo artículo de género satírico, uno de esos artículos que revelan un verdadero ingenio festivo. El ingenio que había escrito *Fisonomías imposibles* se llamaba Ernesto Juliá, y su nombre, hasta hace poco enteramente desconocido en la república de las letras, empezaba á ser apreciado por el público: en *El Movimiento Católico*, á últimos del verano pasado, empezaron á ver la luz unas chistosísimas *escenas andaluzas*, llenas de gracia y desenfado de buena ley; muchas personas fueron á la redacción de *El Movimiento* á preguntar quién era el autor, y cuando se les decía que Ernesto Juliá, tomaban este nombre por seudónimo de algún literato de campanillas.

D. ALEJANDRO PIDAL Y MON.

Pocos sabíamos en Madrid que Ernesto Juliá eran verdaderos nombre y apellido correspondientes á un honradísimo padre de familia que ganaba con trabajo sumo el pan de cada día para él, para su mujer y para seis hijos, el mayor de quince años, y la menor de cuatro. Empleado en las oficinas de la imprenta de los *Sucesores de Rivadeneyra*, entraba al trabajo á las ocho de la mañana, y no salía hasta las siete de la tarde. Así lograba ganarse treinta duros mensuales. Pero ¿qué significan treinta duros para una familia como aquélla? Conviene advertir que Juliá había ocupado bien distinta posición allá en su país, en San Fernando (provincia de Cádiz), habiendo allí desempeñado importantísimas y pingües funciones docentes y administrativas en el acreditado Colegio de los Sres. de Pascua. La fatalidad, ó mejor dicho, la Providencia, que todo lo dispone para sus altos é inescrutables designios, trájole á Madrid con la engañosa esperanza de mejorar su ya buena fortuna y el honesto propósito de buscar á sus hijos honroso porvenir. Pero como tantos otros, Juliá sólo encontró en la Corte excelentes palabras y ningún auxilio. Todas las puertas se le cerraron: su decoro, sin duda, no le consintió volver á su abando-

nado destino de San Fernando, y la miseria vino á visitar aquel lugar en que hasta entonces habían reinado la relativa abundancia y el bienestar de las familias acomodadas de la clase media.

Honrado y pundonoroso hasta el extremo, Juliá no podía descender á lo que tantos otros descienden en su caso: al *sable*. Fué un pobre, sí, pero lo que verdaderamente se llama un pobre vergonzante. Al fin quiso Dios que encontrara modesta colocación en la imprenta de Rivadeneyra. Duro y penosísimo era el trabajo, y la retribución escasa para lo que él estaba acostumbrado. Pero en su paciencia de cristiano y en su grandeza de alma encontró nuestro desdichado amigo apoyo suficiente, no sólo para vivir resignado, sino para vivir alegre. Incapaz de pedir prestado un céntimo, se acomodaba á su duro diario, haciendo esos esfuerzos milagrosos de arreglo y de sobriedad en que consisten muchas veces los grandes misterios del interior de los hogares..... Lo único que al exterior se traslucía es que sus hijos, gracias á su colocación, engordaban y estaban alegres, y que él iba poco á poco enflaqueciendo, enflaqueciendo, hasta no ser ni la sombra de lo que había sido en sus días aureos y luminosos..... Era aquello un sacrificio lento, muy lento: Juliá, era indudable, se iba acostumbrando á no comer para que comieran sus hijos. ¿Quién no puede prever el desenlace de esta tristísima historia?

Que han llegado los fríos de este crudo invierno, y la epidemia de la *grippe*, ó de las pulmonías, ó de lo que sea, y que el pobre mártir del hogar no ha podido resistir: ha sucumbido, ó mejor dicho, ha volado al cielo. Y con ser esto tan malo para sus hijos, á los que tanto amó el infeliz sacrificado, no es lo peor, sin embargo: cinco días después de enterrado el cadáver de nuestro pobre amigo, la compañera de su vida, la madre de sus hijos, también ha desaparecido de este mundo..... ¡Seis hijos en la orfandad! ¡Seis hijos sin más amparo que las clemencias del cielo.....!

***

Ernesto Juliá era un verdadero católico, convencido y práctico. Ernesto Juliá era un hombre de bien á carta cabal. Ernesto Juliá tenía talento, y lo ha demostrado suficientemente con los artículos escritos en los últimos días de su vida. A pesar de todo, la verdad es que la sociedad no le ha socorrido, no le ha amparado durante su vida, como sin duda tenía él derecho á esperar, si es que alguien tiene algún derecho en este mundo. ¿Seremos ahora tan duros de corazón, que no acudamos al socorro de sus desgraciadísimos huérfanos?

***

Quizás parezca la anterior historia poco propia de este lugar del periódico. Pero la verdad es que sólo escribiendo historias de ese género es como puede darse alguna idea de los tiempos que corren ahora. Por todas partes adonde la vista se dirige, no se ven más que infortunios. Atajan el paso en todas direcciones fúnebres carruajes, y la mitad de los portales muestran una de las hojas de la puerta cerrada. El ángel de la muerte tiende sobre Madrid su vengadora espada de dos filos. ¡Acatemos los designios de la Providencia, y pidámosle con fervor que abrevie los días de tribulación que pesan sobre este pueblo!

***

El Palacio de nuestros Reyes, enlutado desde la muerte de Don Alfonso XII, también ha sido visitado por la desgracia. La enfermedad del niño-Rey, con sus fluctuaciones angustiosas y sus amargas incertidumbres, ha inundado de dolor el corazón de nuestra graciosa Soberana, y despertado sentimientos de lástima y compasión hasta en los más empedernidos adversarios de la institución monárquica ó de la dinastía que ahora la representa. No sabemos aún si tendremos que escribir un apéndice á esta crónica dando cuenta de más tristes sucesos. Sea como quiera, el hecho es que la virtuosísima Princesa que providenciales vicisitudes trajeron, sin pretenderlo ella, al trono de San Fernando, no experimenta desde que lo ocupa más que disgustos y hondísimas penas. Los últimos años del reinado de su marido fueron agitadísimos y de grandes desgracias. La enemiga de los partidos estuvo á punto más de una vez de producir una revolución. El cólera diezmó nuestras poblaciones. Alemania quiso arrebatarnos las Carolinas. Luego vino la muerte del Rey con su cortejo de inquietudes y zozobras: la viuda quedó embarazada, y nació un póstumo. Y ahora, cuando el horizonte parecía presentar más halagüeño porvenir, la enfermedad del Rey niño, de ese hijo en que la Reina tiene cifrados su cariño y sus esperanzas. ¡Reina de los tristes destinos! te podemos decir con el gran trágico, ¿por qué dejaste tu poética patria del Septentrión, tus pinos y tus abetos, la sombra de los castillos y de los monasterios góticos, las riberas románticas del Danubio y la sombra protectora de tu poderoso deudo, el Emperador, para venir á esta tierra, que á pesar de haberte dado un trono, no ha conseguido hacerte feliz?

***

Pero de algún consuelo pueden servir, y servirán sin duda á S. M. la Reina, las manifestaciones espontáneas de simpatía y aprecio de que es objeto por parte de todas las clases sociales, desde la más encumbrada y aristocrática hasta la popular por excelencia. Decaído y todo como anda, no sólo en España, sino en el mundo entero el sentimiento monárquico, la Reina Regente es, sin embargo, queridísima, y no por la monarquía que representa, sino por ella, por su dignidad, por sus virtudes, hasta por su majestuosísima figura, llena de gracia y natural distinción.

***

Recomendaba días pasados *El Resumen* á los españoles en un artículo bien escrito, ¿á que no saben ustedes qué? Pues que tomaran el sol. Aquí del maestro Manzoni: «*nunca es tan grande la autoridad de un sabio, como cuando trata de convencer á otros de lo que éstos otros ya están convencidos.*»

Siga, siga *El Resumen* haciendo propagandas por ese estilo, y verá á cuánta gente convence.....

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para La Ilustración Católica *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Abril 18....

MARCHAMOS. Mad. Salvién me acompaña hasta Saint-Omer. Han vendido los muebles de mi tía, y lo he sentido con todo mi corazón; pero no me he atrevido á decir nada; no se ha exceptuado más que el piano, las dos preciosas marinas que adornaban la sala, y algunas obras clásicas de la biblioteca. Me han entregado sus alhajas, cuya vista me ha hecho llorar amargamente, pues los alfileres, el collar y las pulseras me traían á la memoria el recuerdo de días más felices y que ya no han de volver. He colgado á mi cuello, para no quitarlo nunca, el medallón que contiene un rizo de mi madre, al que he añadido otro de mi tía. Sus iniciales, una P. y una A, Paulina y Amelia, están grabadas en el medallón, y me recuerdan estas dos muertas tan queridas, inseparables en mi cariño.

Me marcho de París, adonde probablemente no volveré nunca, y en donde dejo todos los recuerdos de mi feliz infancia y de mi primera juventud, tan dulce y tan florida. ¿Qué me espera, Dios mío, en otra parte? ¡Oh, qué pronto pasa la felicidad en la vida.....! Aunque volviera, no me atrevería ya á contar con ella.

Allí seguiré escribiendo este cuadernito, antes depositario de mis alegrías, el confidente ahora de mis dolores: esta expansión del alma por el papel no consuela, pero alivia.

Saint-Omer, Abril 18....

Heme, por fin, en casa de mi padre; pero tantos acontecimientos en tan pocos días me trastornan de tal modo la cabeza, que todo lo pasado me parece un sueño, pero un sueño que ocupa más lugar en mi vida que la misma realidad..... ¿No he leído en alguna parte que la vida era el sueño de una sombra.....? La mía está hastiada de soñar, pasando sin transición de las alegrías de una fiesta al luto y á la muerte; de la música de un baile á los himnos fúnebres. ¡Oh! ¡Si pudiera uno despertar de este mal sueño! No sé lo que escribo: volvamos á lo que ha sucedido estos últimos días.

Hemos hecho felizmente nuestro viaje; mi tía ha sido buena y dulce conmigo, pero fría como siempre: leía con atención una obra de Mad. Guizot, que parecía preocuparla mucho; yo, con el codo apoyado en la portezuela de la berlina, miraba huir los paisajes, tan risueños primero, mientras el camino sigue las orillas del Sena y del Oise, y tan monótonos, y hasta melancólicos, cuanto más se acerca uno al Artois. Al fin descubrimos de lejos Saint-Omer, con la flecha de la iglesia de Nuestra Señora, y la torre vacilante de la abadía de San Bertín.

Mi padre nos esperaba en el patio de las mensajerías; me recibió en sus brazos, me estrechó contra su pecho con una efusión que provocó mis lágrimas. —¡Hija mía! ¡Mi querida Octavia! — me dijo; — trataremos de que seas feliz con nosotros.

Yo no pude contestarle; pero, sin embargo, me comprendió. Subimos al coche, se cargó el equipaje, y después de un corto y silencioso trayecto, me hallé en el umbral de la casa paterna, que bien pronto conocí. Esperábame mi madrastra, que, abrazándome con aire cariñoso, y cogiéndome de la mano, me introdujo en la salita de familia. Madame Salvién entró con nosotros, y al poco rato mi padre, trayendo de la mano á una preciosa niña, que, según me dijo, era Francisquita. — ¿Eres tú mi hermana mayor? — preguntó, mirándome con toda la curiosa fijeza de sus pardos y hermosos ojos. Dí un beso á mi hermanita, y mi madrastra, señalándome con el gesto una cuna, á cuya sombra se veía un bultito blanco y redondo, añadió: — Ahí está Edmundo, mi querida Octavia.

Se había sonreído al decir estas palabras, pero en seguida recobró su semblante la expresión de seriedad que le es habitual, mientras me decía: — En otro tiempo hubiera tenido dos hijos que presentarte, ¡pero Dios se ha llevado á mi Ernesto.....! que su voluntad.....

No pudo concluir: también ella siente y llora, pensé; tampoco ella puede dominar por completo su corazón. Pero sobreponiéndose muy pronto, hizo servir la cena, de la que hizo los honores con cortesía y cordialidad. Mi padre me hizo sentar á su lado, diciéndome: — En adelante este será tu sitio, Octavia. — Y sus miradas cariñosas se fijaban en mí, mientras las mías le contemplaban con tristeza, pues le encontraban envejecido y cambiado: han blanqueado sus cabellos; una extrema flacura ha alterado sus nobles facciones; puede que sufra, pero se comprende que su voluntad domina sus sufrimientos. Yo apenas podía comer, y trataba de orientarme en el cuarto y en la casa: los recuerdos de mi

niñez se despertaban con la vista de los muebles, siempre los mismos; recordaba aquellas estampas representando la historia de Esther y de Asuero, que mi madre me explicaba cuando yo era niña; el péndulo de la esfera llevada por un negro, cuyo oscuro rostro me asustaba en otro tiempo. Un débil y alegre ladrido me hizo volver la cabeza. — ¿Es Dona? — pregunté. — Es descendiente de Dona, primera del nombre — contestó mi padre. — Yo había hecho un gesto, y el animalito me lamía la mano, recordándome el antiguo compañero de mis juegos. — ¿Y á mí, no me conoce usted, señorita? — preguntó la antigua criada que servía la mesa. — ¡Mi buena Verónica! — respondí, dándole un abrazo. — ¡Vaya, ya sabía yo que no me había olvidado! yo la enseñé á hacer calceta y á jugar al boliche — dijo Verónica con alegría.

Efectivamente, recordé que en otro tiempo, bajo un pabellón de lilas que había en el jardín, me enseñaba Verónica á manejar las agujas y á hacer figas, mi obra maestra, y que por la noche, junto al fuego, sobre la ancha piedra del hogar, solíamos jugar con una bola de marfil, juego en el que, por cierto, no era yo muy diestra.

Mis recuerdos se presentaban en tropel; parecían hacerme acogida en la casa de mi padre, y decirme: — No eres extranjera aquí.

Les pareció que debía estar cansada, y me hicieron acostar; encontré mi cuartito fresco y alhajado, y Francisquista, que con su madre me quiso acompañar, me dijo en voz baja; — Lo han arreglado para tí, Octavia. — Espero que aquí has de hallarte bien — me dijo mi madrastra — pues he reunido todo lo que puede servirte de consuelo.

Al mismo tiempo me mostraba la chimenea, cuyo entrepaño estaba adornado con un hermoso retrato de mi madre, hecho, según me han dicho, el año que murió. Sobre el dintel había colocada una linda efigie de la Santísima Virgen.....

Aquí haré mi oración..... Estaba rendida, todo se embrollaba en mi cabeza, me acosté y dormí un sueño profundo.

Saint-Omer, Abril 18....

Hacemos visitas, me presentan á nuestra familia, que es bastante numerosa, y á los amigos, cuyo círculo es limitado. Me miran con cierta curiosidad, mezclada, sin embargo, de benevolencia é ingenuidad.

— ¡Aquí tenemos á nuestra cortesanita! — dicen las señoras mayores, tías y primas, levantando las gafas bajo sus cofias: — ¿Qué tal, hija mía, nos acostumbraremos á Saint-Omer? Sí sí, todo se andará; ¡es tan buen país nuestro viejo Artois! Dicen que en París no hay ni leche ni manteca.

Rectifico esta calumnia; aseguro que me encontraré bien en Saint-Omer, y me dejan; hablan de otra cosa. Entonces las primas jóvenes me cogen por su cuenta, me hacen mil preguntas sobre las modas de París, sobre las laborcitas en que me ocupo, y me enseñan sus bordados á costura. Parecen buenas, y respondo con el mejor agrado que puedo á sus testimonios de amistad. Nos dan grandes comidas para festejar á Mad. Salvién, que se marcha mañana, comidas que duran una eternidad, y durante las cuales se ocupan muy poco de las pobres muchachas..... así es que tengo largo tiempo de pensar, de recordar y de entristecerme.

Saint-Omer, Mayo 18....

Mi tía se ha marchado, y la casa ha entrado en su estado normal. Mi padre visita á sus enfermos; y á menudo sale á la mañana y no vuelve hasta la noche, en la que todavía vela sobre sus libros, quebrantado de fatiga. Mi madrastra no cesa de trabajar; no creo que se puede ser más activa: ayuda á Verónica, cose, hace leer á Francisquita, cuida de Edmundo, á todo acude, y desde el amanecer la oigo levantarse para ir á Misa. Por aquí preludia siempre el incesante trabajo del día; pero entre tanta ocupación, jamás risueña, su semblante pálido y serio no se ilumina sino cuando mi padre vuelve ó cuando sus hijos le acarician, y aun entonces no es más que un destello pasajero, y hasta de su misma alegría puede decirse que no es más que una serena gravedad. La palabra *desfruncirse* parece criada para ella, pues nunca va más allá de una débil sonrisa. Cuando se mueve, cuando trabaja, parece preocupada, como si un pensamiento triste, un secreto sufrimiento le absorbieran y que su voluntad tuviera á cada instante un triunfo que obtener sobre un mal oculto. ¿Pero cuál es este pensamiento, qué sufrimiento es este? Ella no dice nada, y yo no me atrevo á preguntárselo; me limito á observar. En medio de esta incesante actividad, mi papel es bastante nulo, no encuentro nada que hacer, pues todo se hace con orden y rapidez; á veces mezo la cuna de Edmundo, juego con Francisquita, pero á pesar de todo se me hacen eternos los días..... antes volaban..... ¡Ah! y cuán bien lo siento; ya no soy el primer cariño de nadie..... mi padre, cuando vuelve, me besa, acaricia el cabello castaño de Francisquita, pero sus ojos buscan á su mujer, la mira con solicitud, á ella se dirige su alma. Yo veo esto, y lo comprendo; los ojos de mi pobre tía me seguían, me buscaban, me interrogaban; así..... he perdido en ella un bien que ya nunca..... encontraré..... Vuelvo los ojos al pasado; quisiera sumergirme en él, pero todo se acabó.....

Saint-Omer, Julio 18....

Quisiera encontrar el medio de acortar estos interminables días, pero no hallo gusto en nada. Mi dolor se convierte en un tedio que me consume y me devora. Me levanto, arreglo mi habitación, y desde que entro en ella, la vista de ciertos objetos que he traído de París, y que me fueron dados en otro tiempo por una mano querida, me entristece y desgarra el corazón; no tengo valor ni para coger mis libros, mis cuadernos ni mis lápices; me interesaban mis estudios cuando trabajaba á la vista de mi tía; pero hoy, ¿quién gozará de mi trabajo y de mis progresos? ¿Para quién mis adelantos serán una victoria.....? Salgo; mi padre me abraza y se marcha precipitadamente; mi madrastra se va también á sus ocupaciones, que son diversas y numerosas; Francisquita la sigue paso á paso, porque jamás se aparta de su lado, y yo, ó me quedo sola en el gabinete, ó salgo á dar algunas vueltas en el jardín, desde donde se descubren las ruinas del monasterio de San Bertín.

Es un hermoso cuadro; pero lo tengo ya tan visto, tan contemplado, que sé de memoria sus columnas de capiteles extraños, sus arcos quebrados, su torre tan alta y temblorosa..... Cuando vuelvo á casa, encuentro á todos ocupados; Verónica en la cocina, mi madrastra en su cuarto, Francisquita estudiando su lección, y Edmundo, como es natural, durmiendo. Renuevo las flores de los jarrones, arreglo un poco, doy algunas puntadas en mi bordado; pero la aguja del péndulo no anda, el fastidio me devora, y el recuerdo de mi vida pasada me hace llorar. ¡Ah, era demasiado feliz! Afección mutua, confianza, invariable dicha, placeres siempre distintos, inventados por una afección ingeniosa; de todo disfrutaba y nada me ha quedado. Un solo sér ha desaparecido, y me parece que el mundo está vacío..... Así pasa por fin el pesado día; nos sentamos á la mesa en cuanto vuelve mi padre, que siempre está muy cariñoso conmigo, pero conozco que tenemos poco que contarnos. Entre él y mi madrastra hay una confianza, una unión de corazón y de pensamientos, tan estrecha intimidad, en fin, que no queda lugar para un tercero, aun cuando éste fuera un hijo querido. Mejor que nadie lo comprendo yo, que he vivido así con mi pobre tía. Después de comer, y la mayor parte de las veces por acceder á los deseos de mi padre, me pongo al piano, toco música antigua que he encontrado aquí, pues sufriría horriblemente oyendo aquella música que tanto gustaba á mi pobre tía; más tarde, podré tal vez tocar aquellos aires que tienen para mí tantos recuerdos de días más dichosos; pero no por ahora; parece escucharme con placer; mi madrastra trabaja, grave y recogida como siempre, y algunas veces Dora, que es nerviosa, mezcla á la música un aullido lastimero. Así se pasa la velada; á las nueve entra Verónica, y mi madrastra hace la oración de la noche en alta voz; después, cada cual se retira, callandito, para no turbar el sueño de los niños, y ya se acabó un día, una parte de la vida que pasó.

He pedido á mi madrastra alguna ocupación; me ha contestado de un modo vago: — En todo lo que hagas nos darás gusto, querida Octavia. — ¿Pero no podría serle á usted útil? — Cultiva lo que sabes, para que puedas servir algún día de maestra á Francisquita. — Suspiré; ella me cogió la mano, y me dijo: — Hija mía, estás triste, y lo comprendo; pero créeme, no te abandones á esta pena que debilita el alma. Lee, pero lee buenos libros; instrúyete, estás en edad y tienes las disposiciones necesarias, y sobre todo, acércate á Dios: Él es el que consuela. — Quisiera poder emplearme en combatir estos recuerdos demasiado vivos, demasiado presentes todavía. — Me miró de un modo extraño. — Muy pronto, dijo, tendrás toda la ocupación que quieras y más de la que puedas desear. Ahora, estudia, piensa, reza, prepárate.....

¿Qué quiere decir?

Saint-Omer, Septiembre 18....

Entre las parientes que vienen á vernos, hay una que me demuestra más cariño que las demás, es una prima-hermana de mi padre, Mad. Duperrón, que tiene una hija de mi edad, llamada Fany. Desde hace algún tiempo estaba yo triste: la tristeza se convirtió en padecimiento, y caí enferma con unas tercianas, que me han tenido en cama más de quince días. Nuestras primas han venido á verme con frecuencia; Fany me traía flores, cultivadas por ella en su jardín, y una fruta magnífica, que es el orgullo de su madre. Apreciaba yo tanto más su compañía, cuanto que Fany es la más risueña y jovial de las muchachas, y la estancia de un cuarto de enferma debía parecerle muy poco agradable.

Desde el momento en que mi padre me declaró convaleciente, Mad. Duperrón ha querido, con el más cariñoso despotismo, apoderarse de mi persona. — Vendrá á pasar un mes con nosotros en el campo, y la haremos divertir, decía. — Consiento, respondió mi querido padre, y os la confío gustoso. — No la canséis demasiado, añadió mi madrastra; Octavia no es fuerte como vuestra hija. — ¡Oh! ¡Ya sé lo que es menester á nuestra cortesanita! ¡La cuidaremos bien! — Necesitará de su salud, dijo mamá con aquel acento particular que tiene á veces. Mi padre la miró con aire triste é inquieto; ella se sonrió, y cambió de conversación. Por lo demás, mi madrastra se ha portado durante mi enfermedad como una verdadera madre, llena de cuidados, de atenciones, de cariño, sin que me fuese nunca enojosa su solicitud, pues parece que una inspiración secreta le dicta puntualmente el momento en que hay que demostrarla. Quisiera expresarle más cariño, pero su aire triste y contenido me hiela; parece que en todo lo que hace, movimientos ó palabras, hay un esfuerzo, una lucha interior y penosa, y que dan hasta á sus más amables atenciones algo de violento. ¡Estaba acostumbrada á una bondad tan espontánea, á una conversación tan abierta y tan natural, á un trato tan agradable! ¡Estaba mimada, decía mi tía

a de Salvién; pero qué dulce es el mimo cuando procede de un exceso de amor!

Pasado mañana nos vamos á Blandecques, en donde está la casa de campo de Mad. Duperrón.

Fany acaba de entrar en mi cuarto bailando de alegría y diciéndome:

— ¡No más libros! ¿Allí ya no escribirás, Octavia?

— Sí, sí, siempre escribiré: me sirve de distracción.

— ¡Oh! A mí los libros y el papel me fastidian en extremo; no veo más que eso en el escritorio de mi padre, á quien ayudo ya. Tú no escribes más que por afición, está claro.

Efectivamente, olvidaba que la lindísima Fany es ya muy útil: ahorra un dependiente á su padre, que tiene un tráfico de bastante consideración; pero Baremo no le quita el buen humor, privilegio que le envidio.

¡Ella no ha perdido á ninguno de los suyos!

Blandecques, Octubre 18...

Ya estamos en el campo, muy cerquita de Saint-Omer, pues los negocios de M. Duperrón no le permiten alejarse de la villa, á donde va todos los días. Disfrutamos, sin embargo, de las delicias del campo, de la sombra de sus árboles, de la frescura de su agua y del sol, que se refleja en ella como en un espejo.

El otoño ha despojado á estas fecundas tierras de su más hermosa gala: las ondulantes espigas; pero los prados conservan aún su hermosura, y el follaje ha tomado el tinte de púrpura y ámbar con que les colora el pincel de la estación.

Todos los árboles del jardín tienen distintos matices; los castaños de color leonado; las hojas de los perales han pasado de un verde pronunciado á un color dorado; el fresno deja caer sus hojas anaranjadas; la viña muestra todavía sus anchas hojas de un rojo ardiente, y á sus pies brotan las flores que preceden al invierno; el crisantemo y las margaritas, cuyo débil perfume y aspecto melancólico parecen anunciar que el verano se va y el luto de la naturaleza se acerca.

La casa es grande, antigua, y antiguos son también los muebles con que está alhajada. Fany me ha colocado en el cuarto más bonito, del que descubro un hermoso estanque, en el que los niños de la aldea hacen navegar sus barquichuelos.

Estas preciosas vistas, este aire puro, bastarían por sí solos á recrearme; pero mis primas no lo entienden así; quieren divertirme, que tenga ó no tenga ganas, y desde mañana empezamos nuestras correrías á las aldeas de estos contornos.

(Continuará.)

ENVEJECER

ENVEJECER es tornar el rostro hacia la vida pasada, porque no nos queda horizonte en lo futuro.

Este ritornelo del libro de *El Doctor Lañuela* encierra una verdad desesperante..... ó consoladora.

«Lo breve que es la vida se demuestra con decir que de una edad á otra media un cabello. De niño á joven, de joven á provecto, de provecto á viejo: un cabello que nace, un cabello que encanece, un cabello que cae.»

Y con ser tan breve la vida, y tan tenue que pende de un pelo, ¡cuán larga no nos parece y cuán ponderosa no la sentimos, casi siempre!

Cuando ya «no nos queda horizonte en lo futuro,» al derramar la mirada sobre el camino recorrido, podemos comprobar una ilusión de óptica por demás peregrina: unas veces nos parece la senda larga, muy larga..... inconmensurable; otras se nos presentan los términos del cuadro tan juntos y tan apretados, que semejan superpuestos, desaparecen las lontananzas, y todo se nos viene encima.

Yo no sé si algún sabio de esos que explican los fenómenos más inexplicables por medio de hipótesis que suelen no poderse explicar (y á menudo ni aplicar tampoco), podría darme cuenta de lo que es el tiempo. Para mí, que lo mido por sensaciones ó no lo mido, ó me es igual cualquier medida, lo mismo me da horas, que años, que segundos.

Un sueño en un instante es una vida;

y así la mía, si me atengo á la partida de bautismo, á ese documento en el cual el Cura de la parroquia nos da estampada una fecha que no podemos compulsar, va siendo ya bastante larga; pero si trato de verificar por mí mismo la exactitud del hecho, como lo que ha sido ya no es, lo que ha de ser no es todavía, y lo presente no me dura nada, porque se halla empujado hacia el minuto que pasó por el minuto que viene, me parece siempre que estoy empezando á vivir, ó que no he vivido aún, ó que no he de vivir más. Y aquí se acaba el resultado de mi procedimiento cronométrico: total, cero.

Pero, si prescindo del reloj y del calendario, y me atengo á la mensuración de la existencia por las sensaciones, vuelvo á decir que «un sueño en un instante es una vida,» y un puñado de años puede no ser más que un segundo.

Y si, tornando el rostro hacia atrás, al hacer esta inspección retrospectiva se halla mi ánimo templado convenientemente para que en él vuelvan á vibrar las cuerdas del sentimiento en el mismo tono del recuerdo, ó en una tercera, ó en una quinta, ó en una octava de la cuerda en lo pasado percutida, entonces resurgen las mismas primitivas notas ó sus acordes, se armonizan otra vez, y resulta que vuelvo á oir, á distancia, poco importa de cuántos días ó de cuántos años, la misma sonata que yacía olvidada ó muda en los rincones de eso que llamamos tiempo, y que repito que no sé lo que es. Ha funcionado esa especie de *fonógrafo psíquico* que todos poseemos, lo que fué torna á ser; lo muerto resucita: vuelvo á vivir.

Y si ahora quisiera hacer una nueva combinación de medidas del tiempo de mi existencia, compaginando el sentimiento y el calendario, tendría que declarar que, según mi cuenta, he vivido centenares de años; cosa que parecería increible á la mayoría de los que la escuchasen, por ser absurda á simple vista; ó á vista de los ojos de la cara, y que, cuando más, me serviría sólo para pasar plaza de Matusalén apócrifo.

¡Oh.....! ¡si hubiera gozado tanto como he vivido.....!! Pero, por ley de la naturaleza, el dolor es el dueño de la vida humana; castigo desde Adán impuesto á toda su descendencia, hasta que deje de alentar el último hombre. El placer es sólo episódico y transitorio, fugaz como destello de estrella lejana que se apaga en el punto mismo en que empieza á brillar.

La filosofía del placer ha sido siempre filosofía de una secta, y no ha imperado más que á temporadas. Y aun mientras el epicúreo entonaba su himno de «Comamos, bebamos y coronémonos de flores,» queda por averiguar si efectivamente reía por de dentro tan continuo y con tanta frescura de risa, como de dientes afuera; que á menudo la sonrisa de los labios, ó la carcajada á mandíbula batiente, son máscara que encubre el tedio, ó estrépito que procura ahogar la voz del remordimiento. El despilfarro de la alegría derramada al exterior, no pocas veces hace oficios de recamada estofa, bajo la cual se oculta la laceria del alma.

La filosofía del dolor ha sido y será hasta el fin del mundo la filosofía de todos los pueblos, de todos los climas y de todas las edades. Por mucha, muy viva y muy constante que sea la aspiración del hombre á la dicha, la continua experiencia le va convenciendo, si ya de antes no lo tenía de creencia, que en el lenguaje habitual, á vueltas de otras inexactitudes, se comete la de llamar (como dice Alfonso Karr) felicidad á lo imposible, y desgracia á lo inevitable. Y colocado en el punto de tener que admitir que corre en este mundo, tras un ensueño irrealizable, tras un fantasma imposible de alcanzar, no le quedan más que dos caminos que seguir: ó se va con los estoicos y fatalistas, ó se va con los cristianos. O admite que viene á la tierra para sufrir, y se somete á su suerte por no poderla evitar ó funda en el dolor el merecimiento para gozar después de la muerte, esperando en otra vida fuera del tiempo, es decir, en la eternidad.

Así es que cuando morimos
descansamos,

según la feliz, cuanto sencilla expresión de nuestro incomparable Jorge Manrique.

Mientras andamos la jornada, viandantes por este mundo hacia el otro, resbalamos entre sensaciones contrapuestas, pasamos alternadamente de una á otra, y templando el llanto con la risa y ésta con aquél, ó superponiéndolas para que resulte agridulce mezcolanza, sembramos el camino de ilusiones y de recuerdos, que luego borran con los pies los viajeros que nos subsiguen. ¡Muy contados son los hombres que alcanzan á imprimir huellas indelebles, ó huellas respetadas por los que vienen detrás de ellos! Los más seguimos el sendero trillado, desde el bautismo al epitafio, sin dejar otro rastro de nuestra corta ó larga peregrinación, que un número obscuro é insignificante, sumando absorbido por las columnas de cifras de la estadística.

Ahora bien: la estadística, con sus cifras, es fría, razonadora é inflexible; no penetra en las recónditas interioridades de la vida íntima de cada hombre, y al que hace cincuenta años que nació le dice secamente que envejece, esto es, que le queda ya «muy poco horizonte en lo futuro.» Pero, si el hombre ese, desde mucho antes de llegar á la cincuentena, ha sentido la necesidad y ha adquirido el hábito de «tornar el rostro hacia la vida pasada» muy á menudo; si, en virtud de semejante procedimiento, resulta que «ha vivido muchas veces la misma vida,» al modo que un reloj de repetición puede tocar muchas veces la misma hora en muy pocos minutos, el individuo se sentirá envejecer aun antes de que su partida de bautismo le anuncie que va para viejo. Porque, viviendo, se gasta la vida ó los resortes de ella, y es evidente que, viviendo mucho, la vida tiene que acabarse pronto. Para que dure no hay como economizarla. He aquí por qué los que viven con parsimonia, minuto á minuto, sin tornar el rostro atrás á ver los minutos que fueron, y no desgastan los engranajes del sentimiento volviendo á sentir una vez y otra lo que ya sintieron; y sobre todo, los que han recibido de la naturaleza el don de uno de esos temperamentos psíquicos, cuya sensibilidad, medianamente obtusa, no admite traqueteos ni vibraciones sobrado fuertes ni demasiado sostenidas, son los que tienen en su favor mayores probabilidades de vivir luengos años, son los que tardan más á envejecer. En fin de cuentas, habrán vivido «mucha menor cantidad de vida» que los que nos hallamos en las opuestas condiciones; pero «mayor longitud de tiempo,» si se me pasa la expresión.

No sé, entre los dos extremos, cuál sea el preferible; sólo sé que no nos es dado escoger.

Bien se me alcanza que en esto, como en todo, caben infinidad de consejos y de preceptos; pero entiendo que ha de ser más fácil darlos que no seguirlos, y aunque se sigan, dudo de su eficacia. Reconocido que es perjudical ó nocivo sentir y pensar demasiado, nada más sencillo que formular

el oportuno precepto higiénico: lo peliagudo del caso comienza con la aplicación práctica. Para no sentir, ó para sentir poco, no basta rehuirlo, sino que es preciso no tener sensibilidad ó tenerla embotada, y en cuanto á lo del pensamiento, el que anda «pensando en no pensar,» va camino de volverse loco.

Dejémoslo, pues, y déjennos á cada cual vivir á nuestro modo, que á la postre, envejecer un poco antes ó un poco más tarde, tanto monta. En último resultado, lo importante es poder contemplar con serenidad «la vida pasada,» y sin zozobra y con esperanza «los horizontes de lo futuro,» de ese otro futuro que comienza en el punto mismo en que el futuro de la vejez acaba.

EDUARDO BERTRÁN RUBIO.

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

No teman nuestros lectores que vayamos á escribir un artículo *mestizo* en forma de apología de D. Alejandro Pidal. Los artículos *mestizos* y también los *íntegros* pasaron ya de moda; nuestro buen amigo D. Juan Antonio de Almela es el único que toma todavía esas cosas en serio. Hemos convenido ya en que una cosa es la religión y otra la política, y en que, si bien los católicos debemos defender ante todo y sobre todo á nuestra Santa Madre la Iglesia, no hay peligro para nuestra salvación en desear que Cánovas del Castillo sea Presidente del Consejo de Ministros, ni aun en que Elduayen ocupe el Ministerio de Estado.

Ya las cosas en este punto, es indudable que, si algunos siguen aún disputando de *tesis* y de *hipótesis*, de *íntegros* y de *mestizos*, no es más que por un efecto de la velocidad adquirida ó de la *fuerza de inercia;* pero por la misericordia de Dios pasaron los tiempos en que se creía por bonísimas personas que aceptar una credencial de 4.000 reales era ponerse en camino de condenación eterna. No diré yo aquí por qué argumentos sutiles y profundos se ha llegado á una conclusión práctica, tan halagüeña y tranquilizadora para muchas familias; el que sobre el asunto quiera más amplios informes, que pregunte á Isern, y si por desgracia no le encuentra, el mismo Hidalgo podrá satisfacer su curiosidad cumplidamente.

Es inútil ir contra la realidad de las cosas. El catolicismo, ni como sistema religioso, por el mismo Dios revelado, ni como Iglesia universal, por el mismo Dios establecida, cabe dentro de un partido político, ni aun de una escuela filosófica. Todo intento de achicar el catolicismo á la medida de las ideas, sentimientos ó preocupaciones dominantes en una nación ó época determinadas, ha de resultar ridículo, y volverse á la postre contra sus propios autores.

Tengo sobre la mesa el magnífico número que de *La Ciudad de Dios* acaban de repartir los Padres Agustinos. Trae por cabeza un artículo soberbio de Fr. Conrado Muiños, escrito como Fr. Conrado sabe escribir, y en ese artículo se leen, entre otras proposiciones, las siguientes: «*Una de las cosas que más daño han causado al Catolicismo en nuestros días, es el espíritu estrecho de no pocos polemistas católicos, empeñados en no hacer la debida distinción entre lo divino y lo humano, entre lo necesario y lo libre, y en imponer como verdades dogmáticas proposiciones relacionadas, sí, con el dogma, pero con relación demasiado lejana, en las cuales el espíritu amplísimo de la Iglesia ha dejado absoluta libertad á sus hijos.....*» «*..... muchos no aman á la Iglesia, porque erróneamente consideran sus doctrinas incompatibles con ciertas teorías científicas modernas.*» ¿A qué copiar más? Ya con lo transcripto se ve el sentido de la *Revista Agustiniana*, que es también el nuestro.

Y que ha sido siempre el del grande orador católico, cuyo retrato lucimos en la primera página. El *mestizismo*, como escuela, como partido ó subpartido dentro del conservador, ha nacido y vive, no merced á Pidal, sino á pesar de Pidal. Pidal no es *mestizo* propiamente dicho. Pidal ha predicado siempre la conciliación de los católicos, la unión en el terreno religioso bajo la conducta de los Obispos, únicos jefes de los católicos como tales católicos, y el respeto á la honesta diversidad de opiniones que caben en la ciencia, en el arte y en la política entre los mismos católicos. Con estas ideas, cierto es que otros que no son Pidal, han formado una especie de bando tan cerrado como el que combaten; pero de eso Pidal no tiene la culpa.

La filiación religioso-política y aun científica y literaria del Sr. Pidal y Mon hay que buscarla en la gran escuela que brilló con Lacordaire en el púlpito de Nuestra Señora de París, y con O'Connell sobre las verdes colinas y los no menos verdes llanos de Irlanda. Si Pidal hubiera vivido en la Italia de Carlos Alberto, su elocuencia hubiera estado al servicio de aquel partido italianísimo; pero güelfo, que soñaba con libertar la Lombardía del yugo tudesco por una nueva batalla de Legnano. Pío IX lo hubiera oído tronar en la *Consulta* contra la demagogia antipapal, y contra los partidarios del antiguo régimen. Sólo, después del asesinato de Rossi y de la fuga á Gaeta, Pidal hubiera renunciado al hermoso porvenir de la confederación italiana, presidida por el Pontífice, y de la alianza indisoluble entre lo antiguo y lo moderno.

Las circunstancias no han favorecido á Pidal. A su carácter de tribuno y orador ha faltado teatro. Él es el verdadero restaurador de las comunidades religiosas en España; pero su restauración no ha podido llevarla á cabo del modo épico como O'Connell restauró la libertad de Irlanda, ni del modo dramático como Lacordaire se presentó, vestido de dominico, á los diputados de la Asamblea constituyente. Ha sido una restauración obscura, conseguida por medio de cabildeos, conferencias y cartas de recomendación. Ha tenido que hacerse liberal-conservador para lograrla. Pero por eso, ¿ha sido menos eficaz? ¿Producirá menos frutos? ¿Será menos meritoria para el restaurador?

Después de su admirable campaña de 1875 contra el ministerio Cánovas, Pidal calló. No se volvió á oir en las Cortes su elocuentísima palabra hasta que subió al poder con Cánovas en 1884. En ese largo período de silencio fué, sin embargo, cuando Pidal prestó á la Iglesia española los más señalados servicios. Todos los días negociaba con el Gobierno el restablecimiento de alguna comunidad religiosa. Todos los días lograba que se diesen socorros á esta ó á la otra Diócesis, que se restaurase este ó el otro Seminario, que los Sacerdotes más sabios y ejemplares ocupasen los primeros puestos en la Iglesia y en la sociedad.

Hay muchos que dicen: nada de eso debió hacer Pidal. No debió salir de pronunciar discursos y más discursos en las Cortes. En nuestra época positivista no dejan de abundar las gentes sencillas, enamoradas de lo inútil. Una frase bonita, al final de un párrafo rimbombante, vale para esas gentes más que todas las buenas obras. ¿Qué significa un convento? ¿Qué se logra con que España esté llena de jesuítas, dominicos, agustinos, capuchinos y Hermanos de la Doctrina Cristiana? A todo eso puede renunciarse por el placer de oir un discurso de oposición.

La escuela religioso-política en que Pidal se ha educado se distinguió siempre por el carácter práctico de su propaganda y de su acción: es la única que en este siglo ha logrado frutos. De Maistre maldijo al mundo elocuentísimamente, lo cual es muy bonito y da gusto leerlo; pero O'Connell fué el que libertó á Irlanda. Donoso decía que *entre la razón humana y el error hay amor de madre é hijo*, y esto, la verdad, agrada por su mismo atrevimiento; pero Balmes fué el que restauró la filosofía cristiana. Veuillot, ¡oh! ¡qué bien escribía! pero no fué él, sino el doctrinario Lacordaire, el que consiguió que los religiosos volviesen á Francia después de medio siglo de proscripción.

Ya sabemos que nada significa el éxito, y que la victoria no siempre favorece al más digno. Pero ¿es cuerdo entrar en batalla con la idea preconcebida de salir derrotado?

Es indudable que á Pidal hubiera agradado, más que ser Ministro, representar en nuestras Cámaras el papel que representó Aparisi en las Cortes de Isabel II. Su importancia personal, su prestigio entre la muchedumbre, hubieran ganado extraordinariamente con eso. Todo le tentaba para ocupar ese puesto de orador libre, á lo Berryer, tronando constantemente contra todos los Gobiernos, siendo como la voz misteriosa que pronunciara el *mane, tezel, fares* al oído de los Baltasares de la restauración. Pero ¿qué se habría conseguido con eso? Un tomo más de discursos, editado por Catalina, y pare usted de contar.

Pidal lo comprendió así, y en aras de la Iglesia hizo el sacrificio que más debió costarle, el sacrificio de su elocuencia. Decía Aparisi que el mayor sacrificio que puede hacer un hombre es condenar al fuego una obra de que aguarde la inmortalidad; un orador el mayor sacrificio que puede hacer sin duda es condenarse al silencio. Y Pidal se condenó. Se condenó en aras de los intereses religiosos y sociales que ha defendido siempre. Y no se hable de los bueyes mudos. Porque ya lo dijo el Espíritu Santo: *hay tiempo de hablar y tiempo de callar.*

Pidal, como orador, es uno de los más insignes que han florecido en esta patria de la elocuencia. Convencido, impetuoso, tribunicio, despide rayos que iluminan á los suyos y ofuscan á sus contrarios. Es magnífico. Cultiva el párrafo, esa hermosa combinación rítmica de palabras que caracteriza y distingue á la elocuencia castellana. Convence ó persuade ordinariamente, y cuando no puede convencer ó persuadir, arrastra ó deslumbra.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, ajena á las luchas de los partidos, soldado del Catolicismo y nada más que del Catolicismo, se honra hoy publicando el retrato de uno de los más ilustres campeones con que la causa católica cuenta en Europa.

ANGEL SALCEDO.

LOS SABLISTAS

CABALLERO.....

—¿Qué manda usted?

—Soy un pobre padre de familia.....

—No puede usted calcular cuánto lo deploro.

—Pero es el caso que necesitaba un duro.....

—¡Un duro! ¿Pero usted sabe lo que pide.....? ¡Un duro y en estos tiempos! ¿Me ha tomado usted por López, el de los vapores-correos?

—¡Ah, no, señor, yo sé distinguir. Ese Sr. López y el otro López, el del chocolate, ó D. Matías para que usted me entienda, son otros López, á los que yo trato de otra manera..... Y si no, vea usted. Aquí en el bolsillo llevo un memorial para el naviero y una cartita muy cuca y muy bien puesta para el fabricante de chocolates. Pero de aquí á que esos señores resuelvan yo me moriré de hambre, y se morirán mi mujer y mis hijos, si usted no me socorre. ¿Con que me da usted el duro ó no me lo da?

—Pues no se lo doy á usted. Ya le tengo dados más de diez en lo que va de año, y usted, ni nunca se coloca, ni le viene nunca ese capital que aguarda

UNA CACERIA ANTIGUA

de la isla de Cuba, ni se acaba de morir ese tío que, según usted dice, tiene millonario, ni concluye usted de irse á Barcelona, como me aseguró el mes pasado que iba usted á colocarse de superintendente de una fábrica, ni nada, en fin..... Mucho siento decírselo á usted, amigo mío..... Usted es un atacante..... Hace diez meses que he debido conocerlo.

— Usted me insulta, caballero. Usted no guarda los respetos que merece la desgracia.

— Mire usted, yo guardo todo lo guardable, hasta la paciencia para oir á usted. Pero usted me ha engañado una infinidad de veces. Le he proporcionado trabajo, y lo ha despreciado. Quise meterle los chicos en un colegio en que les daban de comer, amén de la educación, y usted se resistió, y no los mandó, ya con un pretexto, ya con otro..... Usted, amigo, es, como le digo, un *sablista*. Usted no tiene más idea en este mundo que la de dar *sablazos*. Se ha fijado usted en esa cantidad de cinco pesetas, y no hay quien le apee: ya de un modo, ya de otro, usted se ha de sacar *su duro*.

— ¡Si creerá usted que yo tengo propósito firme de pedir siempre un duro! Pero es el caso que un duro suele ser lo que me hace falta casi siempre. Pero ya que se empeña, partamos la diferencia y deme usted.....

— ¿Dos pesetas? ¿Se contentará usted con dos pesetas?

— A falta de pan buenas son tortas. Démelas usted y pediré á otro amigo las tres que me faltan.

— Pues ahí las tiene usted y déjeme en paz. No me volverá usted á sacar ni un céntimo.

— Adiós.

— Adiós.

***

— ¿Se puede pasar?

— Adelante. ¡Oh! Creí que era mi amigo Gómez.....

— Y no se engaña usted. Yo me llamo Gómez y soy amigo íntimo de su amigo de usted, que también se llama Gómez..... Con que Gómez por Gómez.....

— ¡Caballero!

— Usted perdone mi llaneza. Pues usted que es andaluz sabe que los andaluces no podemos hablar en serio.

— ¿Es usted andaluz?

— Sí, coquinero, ó sea del Puerto de Santa María.

— ¿Del Puerto? Pues si yo soy de allí.....

— Claro, señor, como que á título de paisano ó de *conterráneo*, como dice Pereda, vengo yo á buscar á usted.

— Tengo mucho gusto. Pero ¿en qué puedo yo servir á mi paisano?

— Pues se lo diré: Yo soy abogado. La mala suerte me persigue, ó mejor dicho, me ha perseguido hasta ahora. Pero Dios nuestro Señor se ha apiadado de mí: en Valencia me ha salido un bufete.....

— ¿Que le ha salido á usted un bufete.....?

— Sí, señor, quiero decir que me han encargado de la dirección de un bufete.

— ¡Ah! ya..... sea en hora buena.

— Pero es el caso que me encuentro en situación muy precaria: no tengo un cuarto para emprender el viaje.

— ¿Y pretende usted acaso que yo se le pague?

— Que me pague usted precisamente, no; eso constituiría un abuso..... Pero que me ayude usted, sí..... Eso procede entre paisanos y casi amigos como somos nosotros.

— Pues, amigo ó casi amigo mío, lo que es ahora me es absolutamente imposible. Este mes ni siquiera he podido pagarle al casero..... Con que ya ve usted..... Cómo quiere usted que le pague yo un viaje tan costoso.....

— Si no le pido á usted un donativo: es un simple préstamo.

— Lo que usted quiera. Pero sin dinero no pueden hacerse ni préstamos ni donativos.

— Así somos los andaluces. ¡Qué poco nos ayudamos.....! Quisiéramos parecernos á los catalanes.

— Si usted quiere una peseta como ayuda de gastos de viaje, eso sí puedo facilitarle.

— ¡Una peseta! ¿Y qué voy yo á hacer con una peseta?

— No haga usted nada. Pero yo no tengo más.

— Deme usted la peseta, paisano, y veré si encuentro por ahí lo restante.

— Bien. Tome usted, y que le vaya perfectamente por Valencia.

Beso á usted la mano.

***

— ¿Cuánto has recogido tú?

— Yo dos pesetas. ¡Qué malo está Madrid!

— ¡Oh! Está pésimo. Yo he sacado tres, y he subido más escalones que mugre tiene mi levitín.

— Pues para mí no ha sido del todo malo el día. ¡Me he garbeado un durejo!

— ¡Un duro! Hace tiempo que no los veo. Pero es igual: los *sablistas* somos hermanos. Vámonos los tres á comer sendos bisteks con patatas, que buena falta nos hacen.

— ¿Con que pretendes darme á mí un sablazo?

— A cuenta de los muchos que tienes dados en este mundo.

— Bien, chicos, ¡viva el sable.....! A comer bistek con patatas.....

— Vamos.

— Vamos.

RAFAEL SAN JULIÁN.

LA CIUDAD DE CÁDIZ

Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Así como en las desiertas costas del mar se ve blanquear un nido de gaviotas en la concavidad de una peña, así aparece Cádiz en la concavidad de sus murallas [1]. Hoy Cádiz no es ni sombra de lo que fué á últimos del siglo pasado y en los primeros años del presente. «Ahora, escribía un viajero ilustre en 1873 [2], yace inerte sobre su escollo solitario, aguardando en vano las mil naves que un día vinieron llenas de galas y banderas á entregarle los tributos del nuevo mundo.» ¡Qué diferencia tan extraordinaria con lo que sucedía en la época á que nos referimos! «Entonces Cádiz [3] era el Rotschild de las ciudades, y hacían sus comerciantes la vida de rumbo con la grandeza propia de embajadores; la mayor parte de ellos tenían casas de campo en Chiclana, que se labraban y amueblaban con extraordinaria riqueza y buen gusto.» En aquella época Sevilla, la grave matrona, con su rosario en la mano, vestía aún la tiesa cotilla, el alto promontorio empolvado (que más que peinado parecía una carga), y los tontillos, con los que sólo por una puerta muy ancha podía pasar de frente una señora. Jugaba exclusivamente en sus austeros saraos á la básiga ó al tresillo con sus canónigos y oidores, con sus veinticuatros y sus maestrantes; no tenía teatro; un voto religioso se lo impedía; no tenía más alumbrado que las piadosas luces que ardían ante sus numerosos retablos; no tenía baldosas, ni Delicias, ni paseo de Cristina, y tenía actualidad, como se diría ahora, aquella regla de

En dando las diez
Dejar la calle para quien es,
Los rincones para los gatos
Y las esquinas para los guapos.

No había, es claro, vapores, esos *corre-ve-y-dile*, que han estrechado los vínculos de amistad entre las dos ciudades, joyas de Andalucía. Cádiz, tan bella ó más que lo es hoy, vestía en esta época, descotadísimamente á la griega, como vemos en sus retratos á Josefina, á Mad. Recamier y Mad. Tallien, nuestra paisana, que murió princesa de Chimay, y otras beldades de entonces. Cádiz, la seductora sirena de desnudo pecho y escamas de plata, nadaba en un mar de saladas aguas, en un mar de placer y en un mar de riqueza. Sabía hermanar admirablemente la cultura y el arte de la elegancia extranjera con el señorío, la gracia y la espontaneidad de la elegancia española; y así, aunque tomaba ciertas cosas extranjeras que le agradaban, no por eso dejaba la graciosa y entendida andaluza de ser esencialmente española; con lo que probaba su buen gusto, su delicado tino y apego á su nacionalidad.

Asombra leer en las Memorias de aquel tiempo los datos referentes á la grandeza mercantil de Cádiz. «Sólo el cargamento de ocho flotas que salieron de la bahía de Cádiz para Veracruz en los años de 1732, 1735, 1757, 1760, 1765, 1768, 1772 y 1776, importó 147.641.660 pesos fuertes» [4]. En 1796 se calculó que todos los años entraban en Cádiz 39 millones de pesos.

Tan extraordinaria grandeza comercial no podía por menos que reflejarse en todos los órdenes de la sociedad, en todas las cosas de la vida. Progresó la cultura, progresaron las artes, y la ciudad se convirtió en un emporio, gala y orgullo de los españoles, envidia y admiración de los extranjeros. Construyéronse soberbios palacios para morada de aquellos mercaderes opulentísimos. El trato de gentes engendró una cortesía fina, delicada y señoril, y sobre eje tan agradable giró la sociedad más culta, amable y discreta que se ha reunido nunca en España. No tenían los comerciantes gaditanos antigua prosapia, ni títulos nobiliarios, ni campeaban escudos heráldicos medio cubiertos de musgo sobre las anchas puertas de maciza caoba que daban acceso á sus fastuosos palacios: tampoco caían en la tentación ridícula de arrastrarse por las antesalas y despachos ministeriales en demanda de títulos improvisados y rimbombantes que cubrieran como una hoja de parra la oscuridad ó modestia de sus principios. Contentábanse con ser unos señores finos, corteses y discretos, y con educar admirablemente á sus hijos para que á ellos mismos los aventajaran en cortesía, discreción y finura. ¡Y qué tino revelaba esto! Las familias linajudas de Jerez de la Frontera y de Sevilla, cuyos antepasados habían acompañado á San Fernando y á Fernando el Católico, camaradas del gran Rodrigo Ponce ó de Guzmán el Bueno, alternaban sin reparo con los enriquecidos señorones de Cádiz, y ¡cuántas veces la ruinosa casa solariega de un vencedor del Salado se restauró merced á las rubias peluconas llevadas en dote por la hija de un armador gaditano!

Dicen los muy versados en achaques de nobleza y defensores acérrimos de sus privilegios históricos, que no es la riqueza brillante base de aristocráticos linajes. Participamos de esta opinión enteramente, y en el último tercio del siglo XIX, después de tantas revoluciones igualitarias y niveladoras, la gente se ríe aún de esos Garcías y Fernández, que después de pasarse la vida vendiendo azúcar ó almidón, resultan de la noche á la mañana convertidos en condes de Casa-García ó Casa-Fernández. Pero si el comercio y la riqueza no son cimiento firme de grandezas heráldicas; si la buena fortuna en los ne-

1 Fernán Caballero. — *No transige la conciencia.*
2 Edmundo de Amicis. — *España durante el reinado de Amadeo I.*
3 Fernán Caballero. — Novela citada.
4 D. Adolfo de Castro. — *Historia de Cádiz y su provincia.*

gocios no es seguramente hazaña digna de perpetuarse en los cuarteles de un escudo, tampoco cabe desconocer que el empleo magnánimo, caritativo ó patriótico de las mismas riquezas da un lustre y una consideración tales á los que directamente lo efectúan, que acaba por emular y aún por eclipsar en ocasiones á más difíciles y arriesgados hechos. Algo de eso sucedió á la opulenta Cádiz y á sus moradores. Los comerciantes gaditanos no se servían de sus naves tan sólo para traer canela, cacao y pesos fuertes: sabían también exponerlas en los graves trances de la patria á los fuegos certeros del enemigo.

El mercantilismo no había secado en sus corazones las fuentes generosas del patriotismo. Eran tan fervorosos católicos como entusiastas realistas. «¡Cosa extraña! En aquellos tiempos no se conocía el pomposo y campanudo *españolismo*, que hoy llena las *sábanas no santas* de los papeles públicos; y que resuena por todos los discursos, como esos truenos huecos y prolongados que se deslizan por entre obscuras y pesadas nubes. Ni brillaba en composiciones líricas, ni mucho menos se hacía con él arma de partido..... Se tenía amor y apego á lo español, sencilla y naturalmente, como tiene el valiente su denuedo, sin pregonarlo; como las estatuas griegas tienen su belleza, sin adornarla; como tiene el campo sus flores, sin ostentarlas. No estaba el españolismo en los labios: pero estaba en la sangre, en la índole, en los gustos. Y se hacía tan fino, tan amable, tan donoso, tan caballero; se le conservaba tanto su gracioso tipo meridional, que era la admiración y el encanto de los extranjeros» [1]. Y aún sin temor se pudiera añadir. En la batalla de Tolón, cinco naves mercantes gaditanas sirvieron con navíos de línea, y el comercio de Cádiz sostenía generalmente al Real Erario en todos sus apuros.

¡Admirable ciudad! ¡Generosos Fúcares! ¡Palacios soberbios! ¡Sociedad fina y distinguidísima! ¿A dónde sois idos? Brillasteis como un astro vespertino en el crepúsculo melancólico de la grandeza española, y ya ni memoria queda de vuestro esplendor ni de vuestro poderío. Pero en el sepulcro de lo pasado, en que como tantas otras glorias de la patria os sumergisteis, puede serviros de consuelo que nadie se alzó sobre las ruinas de vuestra envidiadísima prosperidad, y el consuelo también de haber inspirado con el espectáculo de vuestras suntuosidades, y con el ejemplo de vuestras virtudes, á uno de los mayores ingenios de la España contemporánea....

PEDRO GRACIÁN.

1 Fernán Caballero. — Novela citada.

ALBUM DE POESÍAS

LA HERMANA DE LA CARIDAD

Como la rica perla de Basora
En el mar escondida,
De la tierra ignorada, en ella mora
Una pobre mujer encantadora,
Que da la suya por la ajena vida.

Es de la santa Caridad Hermana;
¡Fuente de amor profundo!
¡Blanca toca la cubre y engalana;
Su hogar es todo el mundo,
Y su familia, la familia humana!

Angel con la terrena vestidura,
Olvidada del siglo y sus placeres,
Encuentra su ventura
En consolar el duelo y la amargura
De los humanos seres.

Miradla: el niño que sin madre gime
Halla refugio en su amoroso seno;
Dulces consejos en el alma imprime,
Y el hombre que del vicio bajó al cieno
Por ella se redime.

Si descubrir su pecho os fuese dado,
Vierais dos corazones:
Uno de dura roca, no domado
Por el rigor del mundo y sus pasiones;
Y otro de cera, para amar formado.

Y ella luchó; pero luchó con gloria,
Y al mundo vencer pudo;
Entre la humana escoria
Hizo de la virtud un fuerte escudo,
Que le dió la victoria.

¡Y vencida á sí misma, recorriendo
Siguió la tierra, males consolando,
Tesoros de virtudes esparciendo,
Lágrimas mil secando,
Amor y bendiciones recogiendo!

¡Si alguno sangre entre sus tocas halla,
Que no le cause horror, es que, valiente,
En el sangriento campo de batalla,
Y en medio del fragor y la metralla,
Mostró al peligro su tranquila frente!

¡Del triste moribundo
Sus labios el suspiro recogieron,
Y con amor fecundo,
Por salvar una vida, allí la vieron
Colocarse ante el hierro furibundo!

¡Mártir sublime, erguida
Ante el soldado que, en el suelo, inerte,
Arroja sangre de la abierta herida,
El ángel tutelar fué de la vida,
Que luchó con el genio de la muerte!

¡Émula de Jesús! ¡En tus amores,
La tierra por salvar sólo suspiras;
Dios, al verte contiene sus rigores,
Y en los hombros la cruz de tus dolores,
De caridad sobre el Calvario espiras!

¡Tú, con el egoísmo,
Que es del mundo señor, vives en guerra;
Y eres por tu heroísmo
La más preciada joya de la tierra,
La corona mejor del Cristianismo!

J. I. S. DE U.

(De *La Buena Lectura*, de Buenos Aires.)

Á UNA NIÑA, EN SU PRIMERA COMUNIÓN

¡Mariposa gentil, de raudas alas,
De vivos ojos é incesante vuelo,
Que al arco bello del nublado cielo
Con tus matices seductora igualas!

Dime: ¿qué significan esas galas,
Esa cándida veste y blanco velo?
¿Por qué la vista clavas en el suelo,
Y suspiros de amor lánguida exhalas?

— Ya no soy la fugaz mariposilla
Que volaba á tus hombros cariñosa
Del Bravo turbio en la caliente orilla.

Plegué mis alas; me lavó preciosa
La sangre del Cordero sin mancilla,
Y hoy mi Jesús conmigo se desposa.

IPANDRO ACAICO [1].

1 El Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Tamaulipas (México).

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA «LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA» POR F. G.

(Continuación.)

Pero antes de que hubiese acabado la frase, las puertas de San Germán se abrieron y los asistentes á vísperas inundaron la plaza.

Los dos amigos suspendieron la conversación.

El mendigo negro había empezado su recolección. Inmóvil y la mano extendida, parecía una estatua de ébano colocada allí para provocar la caridad de los transeuntes.

Casi todo el mundo le daba, porque era conocido, y la celebridad sirve también para los mendigos.

Javier se había inclinado sobre el balcón, y su alma parecía haber pasado á sus ojos.

— ¿*Está ella* en vísperas.....? — preguntó en voz baja Carral.

— ¿Quién? — replicó Javier, cuya frente se cubrió de rubor.

— ¡Todavía reticencias! Pero mi pregunta es inútil; yo sabía que *ella* estaba en vísperas: ¡héla aquí!

Javier se inclinó más.

Una joven de exquisita hermosura, vestida con esa sencillez aristocrática que encanta y que no se puede imitar ni describir, salía en este momento por la puerta de la iglesia.

Una dama de estrado, con el traje riguroso de su empleo, la seguía de cerca.

Al pasar por junto al mendigo, la joven puso en su mano una moneda y el negro sonrió cariñosamente.

En seguida la joven dirigió una mirada furtiva hacia el balcón y se puso colorada.

— ¡Le ama! — dijo entre sí Carral.

Javier juntó involuntariamente las manos.

A su vez mistress Blowter, la doncella, levantó los ojos al aire, pero nada más que para examinar el tiempo.

En efecto: el cielo, que había estado puro y sereno toda la mañana, acababa de cubrirse de nubes y caían algunas gotas de agua.

La inglesa se alarmó positivamente y recorrió con la vista toda la extensión de la plaza, sin duda en busca de un coche; no había más que uno, pero estaba al lado opuesto, y el cochero dormía sobre el pescante.

— Perfectamente — dijo Carral á media voz; — mientras que la señorita de Rumbrye está en la iglesia con una criada, la señora Marquesa, su madrastra, estará en paseo en la carretela y Mr. Alfredo des Vallées andará corriendo por el bosque de Bolonia, en el cabriolé de su padrastro. Así debe ser; el Marqués y su hija vendrán á pie ó en coche alquilado.

Lo último era en efecto lo más acertado en aquel momento, porque el agua arreciaba. La joven se arrimó al pórtico de la iglesia, y mistress Blowter, con un celo laudable, puso sus grandes pies británicos en movimiento para mandar acercar el carruaje.

— Amigo mío — dijo entonces Carral — con tu permiso me retiro, que yo no tengo iguales razones que tú para mojarme.

En seguida se quitó del balcón.

Toda la gente había desocupado la plaza y sólo junto á la iglesia quedaba el mendigo en su natural inmovilidad.

— Elena — dijo por lo bajo Javier.

La joven levantó los ojos, y no viendo á nadie más que á él en el balcón, hizo un ademán de alegría y pronunció rápidamente estas palabras:

— No faltéis esta noche.

Pero el carruaje había empezado á rodar sobre

el pavimento de la plaza y el pobre Javier no oyó nada.

Se inclinó más y aplicó el oído; todo en vano. Elena se había vuelto muda, por la sencilla razón de que mistress Blowter estaba ya á su lado.

El coche se abrió y se cerró en seguida que entraron en él las damas, partiendo luego al trote acompasado que usan los carruajes de plaza de París.

Javier no pudo retener una exclamación de cólera.

—¡Qué ha dicho, Dios mío! — gritó con desesperación.

— No faltéis esta noche — pronunció debajo del balcón la voz grave y gutural del negro.

— ¡Gracias! ¡gracias! buen hombre — dijo Javier.

— ¿A quién diablos dais las gracias, querido? — preguntó Carral volviendo al balcón.

Javier le salió al encuentro.

La expresión de tristeza que cubría antes su rostro había desaparecido, y una ligera sonrisa entreabría su boca.

— Hablaba solo — respondió á Carral. — A propósito, esta noche no puedo hacerte compañía, porque voy á casa del Marqués de Rumbrye.

— ¡A casa del Marqués de Rumbrye! — repitió Carral como admirado.

— ¿Ya te acordarás que el otro día recibí una invitación? Me había olvidado de ella y en este momento me ha ocurrido.....

— Vaya — dijo Carral con cierto aire malicioso — ¡haces conmigo el diplomático! Sin duda no quieres creer que yo conozco tus secretos tanto ó acaso más que tú mismo. ¿Piensas que ignoro que amas á una mujer de alta categoría?

Javier mudó de color y su rostro volvió á tomar el aspecto común de tristeza.

— ¡Es mucha audacia, amigo mío!

— Mucha locura, querrás decir — replicó Javier con amargura.

— No tal; he dicho audacia y nada más. La partida no es buena, pero puedes ganarla.

— ¡Ah! ¡si yo fuese rico! — exclamó Javier.

— Sería un tanto más á tu favor; pero esto no te daría el juego. Lo que necesitabas es un buen nombre; una familia ilustre..... como la mía, por ejemplo.

— Tú eres muy feliz en este punto, Carral.

— No puedo quejarme..... Por lo demás; aunque fueras hijo de un Par de Francia, hallarías siempre un obstáculo grande.

— ¿Cuál?

Carral tomó un aspecto grave.

— Tienes un enemigo mortal, Javier — le dijo — un enemigo poderoso, temible, y que no te perdonará..... No me preguntes su nombre, porque no puedo decirlo.

— ¡Un enemigo mortal! — repitió el joven — ¡un enemigo que no me perdonará.....! No puedo adivinar quién sea; yo creo que te burlas, Carral, porque estoy seguro de no haber ofendido en mi vida á nadie.

Don Juan, arrepentido sin duda de haber hablado, quiso neutralizar el efecto de sus palabras, y añadió con afectada indiferencia:

— Veo, mi amigo, que sin querer te he asustado; lo menos has creído que se trataba de algún traidor de melodrama. Nada de eso, querido; hay en el mundo una persona que no te ama; esto es todo lo que he querido darte á entender.

— ¿Y quién es esa persona?

— En realidad yo no puedo nombrártela; pero ¿qué importa? Un pequeño auxilio nunca viene mal. ¿Quieres aceptar mis servicios?

— No veo en caso presente — dijo Javier dudando — que.....

— Qué ventajas te puedan reportar, ¿no es verdad? — interrumpió el mulato. — Tampoco yo las puedo apreciar ahora; pero sabes que me reciben bien en casa de Rumbrye, y aunque hace algún tiempo que no he ido, preveo que antes de mucho me veré precisado á volver, y sobre todo, cuando tiene uno deseo de ser útil á un amigo, nunca falta el medio; la voluntad es todo.

Javier tomó la mano de su compañero, y se la apretó cordialmente.

— Eres un excelente sujeto, Carral; te doy gracias y acepto tus ofrecimientos. Pero para servir á cualquiera es necesario conocerlo á fondo, y tú no me conoces todavía.

— Sí, querido, sí te conozco — replicó Carral tomando de nuevo el tono de ligereza y buen humor que al principio había manifestado; — yo sé tu historia, ó por mejor decir, la adivino. Es la de una infinidad de héroes de novela. Tu madre, ó en lugar de ésta algún complaciente banquero, te hace entregar cada mes una módica pensión.....

— No es eso — interrumpió Javier.

— ¿No? Pues debe ser cosa muy parecida.

— Es cosa muy triste, Carral — dijo Javier con pena; — ignoro en efecto mi nacimiento..... no conozco ni madre ni padre..... En el colegio pagaban mi pensión por correspondencia, y después recibo mensualmente 300 francos.

— ¿No lo decía yo?

— Pero estos 300 francos, ¿quién me los da?

— ¿Qué te importa?

— ¿Me los darán siempre?

— Eso ya es más serio; pero todo induce á creer que sí. ¿Por mano de quién recibes las 300 francos?

— No lo sé.

— ¡Oh diablo! Eso no puede ser; es preciso que veas á alguno.

— A nadie.

— Es bien extraño.....

— Extraño, en efecto, y muy cruel también, Carral. ¡Oh! créeme, sin este amor insensato yo rehusaría un don misterioso que parece una limosna; rompería con la sociedad, donde ocupo una plaza hasta cierto punto usurpada, y trabajaría para vivir, pero.....

— ¡Bah! ¡bah! — interrumpió Carral: — no trabaja el que quiere, amigo mío, sino el que puede; hasta para ser albañil ó carpintero se necesita protección. Veo que declamas como se declama siempre á tu edad. Cuando seas un abogado célebre y hayas adquirido buen crédito, para lo que necesitas diez ó quince años lo menos, entonces será tiempo de rehusar ese donativo, que á mí me parece una cosa excelente. Por ahora, enamorado ó no, es preciso recibirlo y darse por contento. Pero vuelvo á preguntar, ¿cómo lo recibes?

— No me atrevo á decirlo, porque no me vas á creer.

— ¡Acaba con mil santos!

— Todos los meses, del 1 al 5, encuentro un paquetito cuidadosamente cerrado que contiene quince luises de oro.

— ¿Dónde encuentras eso?

— Aquí, en el mismo sitio en que estamos, en este balcón.

— ¡Cosa rara! — repitió Carral. — ¿Y no has procurado saber.....? Yo me hubiera estado en acecho.....

— Así lo he hecho, y algunas veces he pasado noches enteras detrás de la colgadura.

— ¡Y nada!

— Nada.

Don Juan se pasó la mano por la frente con cierto aire pensativo.

— Eso es cosa de alguna mujer — dijo al cabo de un instante.

— No lo creo — replicó Javier — nada he visto; el misterio no he podido penetrarlo, pero estoy seguro de que es un hombre quien echa este oro en mi ventana.

— ¿Por qué tienes esta certeza?

— Una noche, de esto hace ya más de un año, permanecí en mi puesto de observación hasta el amanecer; hacia las cuatro de la mañana, un débil ruido se dejó oir en el balcón; abrí precipitadamente y pude distinguir un bulto que se escondió por el ángulo de la iglesia. Era un hombre.

— De noche no puede asegurarse.....

— La misma reflexión hice yo; pero entonces estaban practicando algunos reparos en la casa antigua, y todo el pavimento se había cubierto de arena, que una lluvia abundante había desparramado por la noche. Encendí una bujía, bajé, y sólo vi en dirección á mi ventana las señales de los pies de un hombre calzado con zapatos gruesos y tres hileras de clavos.....

— ¡Zapatos de aguador..... ó de algún hortera del antiguo régimen! — exclamó Carral. — Con ese dato poco podemos adelantar, amigo mío.

Javier quedó un instante pensativo.

— Dime francamente, Carral — añadió después — ¿te parece que tengo yo traza de mulato?

Carral se estremeció y miró al joven con cierto aire amenazador. Esta pregunta le pareció al pronto un ultraje indirecto; pero la dulce y franca expresión del rostro de Javier le tranquilizó al punto, y reponiéndose lo mejor que pudo, respondió:

— No he conocido ningún mulato; cada uno, sin embargo, se forma á su modo idea de las cosas que ignora, y según la mía, eres enteramente lo contrario de lo que creo que un mulato debe ser.

Javier dejó escapar un suspiro de consuelo.

— Todo el mundo me dice lo mismo — añadió — y sin embargo.....

— ¿Por qué me has hecho esta pregunta? — dijo Carral.

— Por nada..... Me ocurren á veces pensamientos crueles; pero esto es una locura y no me atrevo á revelártelo.

— ¡Confesión general.....! Vamos, dime todo.

— No; si fuera así sería bien desgraciado.

Javier iba quizás á hablar, pero en el momento un carruaje tirado por dos magníficos caballos desembocó por la calle de San Germán y vino á pararse debajo de la ventana.

No había anochecido del todo; pero la oscuridad era bastante para no poder distinguir completamente los objetos.

— Hermosos caballos — dijo Javier — aprovechando este pretexto para no seguir la conversación.

Carral, en lugar de responder, limpió con presteza el cristal de su lente y lo dirigió hacia las armas del coche.

— ¡Rumbrye! — dijo entre dientes.

— Es muy tarde para venir á la iglesia — continuó Javier, que no había entendido á Carral. — Sin duda es alguna buena fortuna para un vecino nuestro.

Don Juan estaba pálido y temblando.

— Para ti quizás — añadió Javier; — para ti que no dices nada, buena pesca.

La portezuela se abrió.

Una mujer, de aspecto elegante y gracioso, bajó y dirigió una mirada al balcón.

El mendigo negro, que hasta entonces había permaneció inmóvil en su puesto, se aproximó y alargó la mano; pero la dama pasó con presteza por delante de él sin hacerle caso, y entró en la casa de nuestros jóvenes.

— Había calculado bien, por vida mía — dijo Javier.

— ¡Es ella! — murmuró entre sí Carral.

— He aquí una extraordinaria semejanza — exclamó el mendigo, cuyo rostro negro manifestó á un

tiempo la sorpresa y la duda. ¡Yo sabré quién es!

La dama entretanto subía la escalera y Javier arrimó el oído á la cerradura de la puerta para satisfacer su curiosidad, averiguando en casa de qué dichoso vecino entraba la bella desconocida.

En cuanto al mendigo, volvió á ocupar su puesto en la puerta de la iglesia.

Al cabo de breves instantes llamaron discretamente con tres golpes á la puerta del aposento donde estaban nuestros dos jóvenes.

— Tanto mejor — dijo con alegría Javier; — es para ti ó para mí.

— Para mí — replicó Carral con voz ahogada.

En seguida abrió la puerta y entró una mujer, cuyo rostro se ocultaba bajo un velo que el bordado hacía más espeso.

— Ahora te toca á ti — amigo mío — dijo Javier á media voz; — me retiro para prepararme á ir donde te he dicho.

En seguida saludó á la dama y salió.

En cuanto se hubo marchado, la fisonomía de Carral cambió súbitamente; su intrepidez, llena de arrogancia fanfarrona, desapareció como por encanto, é inclinándose profundamente tomó una actitud de respetuosa y tímida sumisión.

— Buen ama — dijo con voz casi trémula — ¿qué tenéis que mandarme?

II

Junquillo.

La que acababa de entrar era una mujer de mediana estatura, vestida con admirable elegancia.

Su fisonomía había perdido ya la frescura de la juventud; pero todavía era hermosa y más parecía que la palidez de sus mejillas y el lánguido aspecto de sus ojos negros rasgados lo producían la fatiga y el sufrimiento, que no los años. Era una de esas mujeres, sobre cuya edad no puede apostarse sin riesgo de perder, no teniendo la fe de bautismo en el bolsillo. Algunos no le hubieran calculado arriba de treinta años; los más instruídos acaso abrían llegado hasta cuarenta.

Si esta última hipótesis era verdadera, debemos confesar, á fuer de imparciales, que el tiempo había pasado muy impunemente por su encantadora fisonomía.

Por lo demás, ¿qué importan diez años más ó menos cuando una es bella? Parny ó Gentil-Bernard han dicho no sabemos dónde: „La hermosura no tiene edad, el amor no se ocupa nunca de estos detalles; una mujer bonita es siempre una mujer bonita."

Lo que á primera vista llamaba la atención en la que nos ocupa era esa lentitud de movimientos, ese abandono de posturas, esa molicie, en fin, peculiar á las hijas de los trópicos. Cada una de sus gesticulaciones añadía un atractivo á su fisonomía, cada uno de sus movimientos era una gracia natural sin esfuerzo ni afectación.

Sus músculos parecían desdeñar todo esfuerzo; sus miembros, modelo exquisito de perfección, buscaban instintivamente el reposo, y en el reposo el bienestar.

¿Quién no conoce las infinitas seducciones de esa indolencia criolla, bajo la cual arde comunmente una poderosa energía?

Esas mujeres que viven durmiendo pueden, si la pasión las despierta, obrar con una energía varonil.

Sus manos blancas, para las que la más fina batista no es bastante suave; sus manos, tan débiles que el peso de un abanico las rinde, se crispan alguna vez y aprietan, hasta lastimarla, la mano robusta de un hombre.

La Sra. Marquesa de Rumbrye era una criolla y unía á la gracia colonial las gracias no menos encantadoras de las parisienses, esas gracias adquiridas, mezcla interesante y sabia de natural y de estudio. Su larga permanencia en París la había iniciado en las costumbres y modales de la buena sociedad francesa.

Al saludo de Javier contestó con una política cortesía, y cuando éste hubo marchado arrojó atrás su velo.

— ¿Qué quereis de mí, buen ama? — repitió Carral, que conservaba la actitud de un reo esperando su sentencia.

— ¡Al fin te acuerdas de que soy tu ama, mulato! — dijo la señora de Rumbrye, señalando con el dedo un sillón.

Carral corrió á aproximárselo.

— Jamás lo he olvidado, señora — respondió.

La Marquesa se sentó, estiró los pliegues de su vestido de seda y empleó uno ó dos segundos en buscar la postura más cómoda. Cuando la hubo hallado, reclinó la cabeza y casi cerró los ojos.

— Es preciso venir á buscaros, Juan de Carral — continuó — ¿desde cuándo una palabra mía no es suficiente para tenerte á mis pies?

El mulato iba á excusarse, pero un gesto de la Marquesa le impuso silencio. En seguida y á una simple indicación de ésta con los ojos, Carral fué por una banqueta que había en el extremo opuesto de la pieza y la colocó á sus pies cuidadosamente.

La criolla entonces completó su instalación, cruzó sus piernas una sobre otra y se halló suficientemente cómoda. Carral permaneció de pie delante de ella en silencio y con los ojos bajos.

— Te he escrito dos veces — dijo la señora de Rumbrye..... — ¡Dos veces.....! á ti..... ¡yo! ¿Por qué no me has respondido?

— No me atreví.

— ¡No te has atrevido! ¿Por qué? ¿Por qué me has desobedecido?

— No, mi ama; vuestras órdenes se han ejecutado.

La fisonomía de la Marquesa cambió de aspecto.

— Eres un buen muchacho, Junquillo — dijo con esa voz aguda y armoniosa, á la que saben las criollas dar tan penetrante dulzura. — Veamos: ¿qué has hecho?

— Me he unido al joven — respondió Carral; — hace un mes que no nos separamos, y como veis, vivimos en un mismo aposento cual si fuésemos hermanos.

— Perfectamente; siempre te he tenido por un joven intrépido..... ¿y qué más?

— Conozco su historia y todos sus secretos.

— Tanto mejor..... ¿Después?

— Señora — dijo Carral con tono triste y suplicante — Javier me ama.... ¡Hace tanto tiempo que no me ama nadie en este mundo.....! ¡Piedad para él.....! No le hagáis ningún mal.

— ¡Pobre Junquillo! — murmuró la Marquesa tomando otra postura, pero con una ironía y sonrisa que hizo estremecer al mulato, quien por su parte sintió el corazón impregnado de un odio implacable.

— Juan de Carral — continuó la Marquesa fijando en él los ojos con indecible calma — ¿es eso todo lo que habéis hecho?

— ¡Es tan joven! — murmuró el mulato.

La señora de Rumbrye hizo un movimiento de graciosa coquetería que cualquiera inteligente hubiera declarado sublime, y después continuó con el tono más cariñoso del mundo:

— Tú divagas, mi buen Junquillo. Hablemos con formalidad; yo te he dado orden y tú no la has cumplido más que en parte. ¿Sabes que es muy peligroso el hacer las cosas á medias?

— Yo sé que os pertenezco, señora; sé que mi loco orgullo me hace vuestro esclavo, tanto ó más que si no estuviéramos en una tierra de libertad..... Fué un día fatal aquel en que, renegando de mi origen, me escudé con un nombre ilustre á fin de inspirar envidia, después de haber excitado por tanto tiempo compasión..... Yo creía que en Europa, como en nuestro país, el mulato era un sér de todos maldecido, objeto de la burla y del desprecio universal; un miserable, ¡un paria.....! Me equivocaba, bien lo sabíais, y sin embargo me dejasteis obrar..... Todavía me acuerdo de vuestra sonrisa cuando descubristeis mi metamorfosis..... Teníais razón de reir, porque esta circunstancia os volvía un esclavo, esclavo por miedo al ridículo, de modo que no pueden las leyes humanas darle la libertad.

— Estás elocuente, Junquillo — dijo tranquilamente la Marquesa.

— ¡Siempre ese nombre! ¡Olvidáis, señora, que el día en que yo vuelva á ser Junquillo, perderéis todo poder sobre mí!

— Es verdad, Sr. D. Juan de Carral, y yo necesito demasiado de una persona tan importante, para exponerme á semejante pérdida por tan poca cosa. Continuad, caballero, vuestra arenga.

El mulato quedó cortado con este tono sarcástico. Sin embargo, prosiguió así:

— Yo he nacido en vuestra casa, señora; alcancé la libertad y renunciando incautamente á ella me he vendido de nuevo, pero los esclavos se sublevan también alguna vez: ¡tened cuidado!

La Marquesa levantó la cabeza; esta vez el mulato resistió con valor su mirada.

— ¿Tratas de luchar conmigo? — le dijo sin salir de su desdeñosa indiferencia.

— Pedidme cosa que pueda hacer..... Yo no quiero perder á Javier.....

— ¡No quieres! — pronunció recargando el acento la Marquesa y dirigiendo sus ojos negros de una manera extraña al mulato, que á su vez sintió debilitarse sus fuerzas.

— ¡Mi ama! — exclamó — os repito que os compadezcáis de él. Tiene nada más que veintidós años; su corazón es generoso y puro. Ignora el mal.....

— ¡Ea, basta! — interrumpió la Marquesa. — ¡No parece, señor de Carral, sino que tratáis de provocar mi paciencia!

— Señora.....

— ¡Silencio!

La Marquesa dió un puntapié á la banqueta y se incorporó frente á Carral, que se puso á temblar dominado por una influencia magnética y victoriosa.

— Ya ves que tienes miedo, mulato — dijo la señora de Rumbrye con el mayor desprecio. — Hay en ti sangre de negro, y no te asemejas á los hombres de Europa más que en la miserable vanidad que parodia su varonil orgullo..... Me perteneces; tú lo has dicho, y has dicho la verdad; pero si cuento con tu esclavitud moral, no es porque seas hijo de un negro, sino porque he sondeado tu miseria, porque (¡suprema infamia!) porque tienes vergüenza de tu raza y en lugar de elevar tu frente como un hombre, has ocultado tu nacimiento bajo un nombre usurpado..... ¡Ah! bien puedo ahora hablar así sin temer, porque ya no es tiempo para ti de volver atrás. Es preciso que seas D. Juan de Carral, so pena de ser despreciado de todos y considerado como un cobarde ambicioso de baja especie.....

— ¡Maldición! ¡maldición! — gritó sordamente Carral.

— No tienes miedo que yo descubra tu vida pasada, ni te importaría que yo dijese: ese hombre es un infame que ha pasado su vida en ignominiosos y criminales manejos. Esto para ti no sería nada; lo que temes solamente, lo que á ti te espanta, es que yo te llame un día Junquillo ó mulato..... Escucha; te conozco y te juzgo. No es por piedad hacia Javier por lo que abogas por él, la piedad tú la desconoces, es para probar á rebelarte, es por ver si el yugo puede fácilmente sacudirse..... Te perdono

LA ORDENANZA MILITAR.

— Tened entendido que aquí con la una mano tenemos el pan, y con otra el palo. ¿Qué os parece de esto?

(El más listo de los cuatro.) — Mi alférez, que el pan que nos dan es tan duro como el palo.....

por esta vez; pero, óyeme bien, será la última.

Hubo tal variación en los modales, y hasta en las facciones de la Marquesa, mientras hablaba de este modo, que apenas se la hubiera reconocido.

Su cabeza, antes reclinada, se había elevado con fiereza; su cuello erguido no conservaba la redondez de sus contornos, su cuerpo todo había perdido sus graciosas ondulaciones. Sus ojos centelleaban; sus cejas se habían arqueado; sus labios habían perdido el color, y una arruga profundamente marcada surcaba su frente antes tersa.

Todo en ella demostraba una invencible y firme voluntad.

Apenas había pronunciado la última palabra, sus músculos, violentamente contraídos, adquirieron su laxitud natural; volvió á dejarse caer sobre el sitial y á tomar su indolente actitud.

Carral no trató de responder. Por un momento su rabia impotente le sugirió la idea de un crimen.

Sus manos se abrieron instintivamente como para despedazar aquella débil criatura que le insultaba, pero no se atrevió, y abrumado con el peso de su misma debilidad tuvo que confesarse vencido.

Carral había ido á unirse á Javier por orden de la Marquesa. Ningún trabajo le había costado captarse la amistad de este joven, y al verlo tan confiado y tan bueno le había tomado cariño.

(Continuará.)

NECROLOGÍA

†

R. I. P.

El Muy I. Sr. Dr. D. Bernardo Sánchez Casanueva, Canónigo de esta Santa Iglesia Catedral y Rector del Seminario Conciliar, falleció el día 13 de los corrientes.

La Ilustración Católica suplica á sus amigos que rueguen á Dios por el alma del ilustre finado.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Inventor 19, Bd des Italiens, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentifrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la Boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Perfumerías, Farmacias y Peluquerías.

UN CONSEJO POR DÍA

Hablaremos del mejor dentífrico, de aquel que tiene el público en particular aprecio, y cuyo éxito está más justificado, pues sirviéndose una vez de él es segura su adopción para siempre.

Nada hay más favorable para la dentadura, las encías y la pureza del aliento, que el **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac**; pero es preciso tener cuidado, porque este dentífrico sin rival no está libre de falsificaciones.

Agente general.—A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 2,136

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 3.º — Madrid 25 de Enero de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CENTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pr. fs.
Un año..... 4 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 7 »

SERPA PINTO.

SUMARIO

Texto.

La década, por Fernando. — *La Purificación de Nuestra Señora*, por el Abate Orsini. — *Abnegación*, novela, por Mad. Bourdon. — *Salvador Rueda*, por Angel Salcedo. — *Importación del budhismo*, por Antonio Ballín de Unquera. — *La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés*, por Mr. Rocca. — ALBUM DE POESIAS. *En un cementerio*, por M. P. de M. — *Un descubrimiento artístico*, por Francisco José Belda. — *El mendigo negro*, novela, por Paul Feval.

Grabados.

SERPA PINTO. — Ningún retrato puede ofrecer hoy la oportunidad ni despertar el interés que el del célebre militar y explorador lusitano, cuyos osadísimos hechos en Africa, dignos de la epopeya del siglo XV, son admirados y ponderados por todo el mundo culto. Los ingleses, eternos piratas de colonias, quieren hoy acabar de destruir el imperio portugués de Africa y de Asia, fundado por el valor y por la ciencia de tantos insignes varones, honra y prez no sólo del reino de Portugal, sino de toda la Península Ibérica. Las glorias y las desgracias de Portugal son para nosotros como si realmente fueran nuestras. Una política egoista y funesta ha separado á Portugal de España; pero no han podido arrancar de nuestros corazones ibéricos el amor á Portugal, parte integrante de nuestra desmembrada y decaida patria.

SALVADOR RUEDA. — (Véase el artículo).

CARLOS V EN YUSTE. — Después de Teodorico, último Emperador romano que reinó en Oriente y en Occidente, ningún hombre ha reunido bajo su cetro más poderoso y dilatado imperio que Carlos I de España y V de Alemania. En Europa, toda la Península Ibérica, menos Portugal, el imperio de Alemania, lo que hoy forma los reinos de Bélgica y Holanda y los Estados de Milán y Nápoles, formaban la base de su gigantesca monarquía, que comprendía además inmensas posesiones en Africa, América, Asia y Oceanía. Este coloso del poder simbolizó, sin embargo, toda la vanidad de la gloria humana, abdicó su cetro y se retiró al Monasterio de Yuste. Si grande aparece el Emperador en los días de su poderío, mayor quizás se nos muestra en aquel su melancólico y cristiano crepúsculo. La leyenda y el arte prefieren á Carlos V en su retiro sobre Carlos V dirigiendo el paso del Elba ó la toma de Túnez.

NOCHE DE LUNA EN VENECIA. — El tiempo con su acción destructora y los hombres con sus pasiones siempre variables, han quitado á Venecia su hegemonía marítima. La reina del Adriático es hoy modesta capital de provincia italiana. Pero ni el tiempo ni los hombres han podido despojar á la encantada ciudad de su hermosura sin par. ¡Oh Venecia, *reina de las tristes destinos*, tu grandeza artística sobrevive á tu grandeza histórica!

EN EL HIPÓDROMO. — (Véase la inscripción).

LA DÉCADA

La salud pública mejora, según cuentan los médicos y la estadística. Lo que nadie tiene necesidad de contar, porque lo vemos y palpamos todos, es que ha mejorado el tiempo. Á los días de frío seco y duro han sucedido espléndidas y luminosas mañanas de fresca primavera, tardes templadas y noches templadísimas en que da gusto tomar el sereno, paseando despacio por las anchas aceras de la Puerta del Sol. A pesar de todo, Madrid no recobra su aspecto habitual de invierno: tristeza honda y lúgubre se dibuja en la mayor parte de las fisonomías, y cae, como un paño de luto, sobre las tertulias más animadas. Los estudiantes tienen vacaciones hasta el día 27; las Academias y Centros literarios no han reanudado sus tareas después de las forzadas y largas vacaciones á que los han sometido las Pascuas y la epidemia; los salones no desenfundan el piano, ni encienden sus arañas; á los cafés va muy poca gente, y menos á los teatros. Hay miedo de salir por las noches, y eso que las noches se ofrecen hermosísimas, tentadoras. Este es un Madrid que no es Madrid.

Ya lo indiqué en una de mis anteriores *crónicas*. El golpe sufrido ha sido más duro y cruel, y sus consecuencias serán más duraderas y dolorosas por el tiempo crítico en que ha sido descargado. El mes de Diciembre y parte del de Enero es para Madrid la época de los grandes negocios. El tendero, ya de

comestibles, ya de telas, ya de otros efectos, que ha corrido un mal año hasta el punto de verse á dos dedos de la quiebra, se arrastra trabajosamente, haciendo milagros de equilibrio, para llegar á Noche-buena: Noche-buena es la rehabilitación segura, quizás el soñado triunfo. Cafés, restaurants y cervecerías que desde la última primavera no vieron más parroquianos que los que forman la eterna tertulia del rinconcito, aquellos militares retirados que charlan por los codos y siempre de las mismas cosas, siempre girando alrededor de los mismos lejanos recuerdos, esperan resignados á que los aguinaldos de Navidad se inviertan en su mayor parte dentro de sus recintos. Así es que el trancazo no sólo ha matado á muchas personas; ha secado también en flor muchas esperanzas. ¡Tristísimas contingencias de la vida social!

***

Con la mejoría del Rey, los políticos vuelven á hacerse oir..... relativamente. Se charla mucho en los círculos, el salón de *conferencias* rebosa de gentes todas las tardes; pero hablando con franqueza, nunca presencié crisis ministerial que menos interese al público. ¿Qué significa esto? ¿Es que la sociedad se ha emancipado ya totalmente de la política? ¿Es que nos bastamos ya, y no necesitamos para nada de los Gobiernos? ¿O es que se cree que lo mismo han de seguir agravándose los males públicos con Juan que con Pedro? ¿Es confianza ó es indiferentismo?

Cuestiones son éstas muy propias para tratadas en artículos de fondo ó en Memorias voluminosas para la Academia de Ciencias Morales y Políticas; pero que en estas sencillas revistas de la vida social no tienen la mayor importancia. Voy á apuntar, sin embargo, una circunstancia muy digna de tenerse en cuenta para juzgar de la actual crisis política, y muy digna de referirse, por descubrir un rasgo saliente de la fisonomía moral de la Reina Regente.

La refiere *El Diario de Cádiz*, importantísimo periódico andaluz, en la forma siguiente:

«Nos lo contó ayer un personaje de los que en el *caló* al uso se llaman de altura, dice *El Diario*. Según dicho personaje, en las conferencias que tuvieron lugar antes de la enfermedad del Rey como preliminares para la resolución de la crisis, la Reina Regente usó el siguiente procedimiento. Así que llegaba á la Cámara alguno de los hombres políticos consultados, la Reina le invitaba á exponer franca y completamente su pensamiento acerca de la crisis y de la mejor manera de resolverla. Después que el consultado había vaciado todo su dictamen en fraseología más ó menos ampulosa ó retórica, la Reina le decía: *«bien, bien, ya lo que quiero es conocer en concreto lo que usted piensa. De modo que tenga usted la bondad de anotar aquí sus contestaciones.»* Y acompañando la acción á la palabra, desdoblaba delante del interlocutor un pliego de papel, en que por la propia mano de S. M. estaban escritas diferentes preguntas á tenor de estas: *¿Cree usted que Sagasta debe continuar en el poder? En el caso de continuar, ¿en qué sentido deberá reformar su Ministerio? ¿Debo llamar á los conservadores? ¿Es posible un Gabinete intermedio.....?* etc. etc. Y no había mas remedio que escribir al pie de cada pregunta la respuesta categórica, terminante, sí ó no, como Cristo nos enseña. Por el mismo procedimiento seguirán indudablemente hoy ó mañana las conferencias que restan por celebrar.

»Es muy posible que á ciertos políticos no agrade esta conducta de la Reina. ¡Es tan hermoso, tan tranquilizador, tan cómodo, envolver el propio sentir en negocios graves en una nube de vaguedades! No hay político en España que ignore un arte: el de hablar cuatro ú seis horas seguidas sin decir una palabra en concreto.

»Aquellas respuestas famosas de los antiguos oráculos, que lo mismo podían interpretarse en uno que en otro sentido, parecen ser el modelo de la mayor parte de los discursos, profecías y pareceres de nuestros hombres públicos. En esa atmósfera vaga é incolora de que se rodean, es en donde se cuecen *los pasteles* que luego escandalizan á los que tienen el buen humor de escandalizarse. Pero si no conviene á los políticos, es indudable que á la Reina, en su doble calidad de Reina constitucional y de Regente, sí que conviene mucho esa actitud fría, metódica, germánica para decirlo de una vez, que convierte la solución de una crisis en un proceso político en que declaran los testigos y peritos, según su leal saber y entender y según su conciencia, y luego sentencia el juez conforme á la *resultancia de autos.*»

***

El nuevo Ministerio ha dado entrada en la política á un hombre que nada tiene, ni tuvo jamás de político, y que fué durante toda su vida un militar pundonoroso, valiente y disciplinado, un marino sabio y lo que aun más vale, un hombre de bien á carta cabal: tal es el Contraalmirante Sr. Romero.

Los nuevos Ministros restantes son bien conocidos del público. Nos parece acertado y digno de aplauso que un ganadero como el Sr. Duque de Veragua haya entrado en el Ministerio de Fomento. Precisamente la ganadería es una de las cosas que más conviene fomentar en este país. Y no tienen razón, por lo mismo, los copleros periodísticos que, á propósito de la entrada del Sr. Duque en el Ministerio, han salido ya con versos satíricos, como los siguientes:

«¡Magnífica solución
para el público torero!
Han metido á un ganadero
dentro de la situación.
Un Ministerio de cría,
con el Duque y con Becerra:
aun cuando éste es de otra tierra
no es de otra ganadería.
En días primaverales,
con perdón del presupuesto,
habrá fiestas, por supuesto,
de utreros ministeriales.
Yo, para gobernador,
aun cuando nadie me mete
elegiría á *Pepete*,
ó á cualquier *conocedor*.»

El Sr. Duque de Veragua lleva una gran ventaja á la mayoría de sus predecesores: entiende el ramo.

Lo que ha sido lamentable es la continuación del Sr. Becerra en Ultramar; porque sabido es que el Sr. Becerra es enemigo mal disimulado de las Órdenes religiosas, civilizadoras y conservadoras de nuestro imperio asiático.

***

Justos por pecadores, drama en tres actos del Sr. Ruiz Martínez, obtuvo en el Español un éxito lisonjero por extremo y merecido. Y no, á mi juicio, por el género á que pertenece, que es el que tanta nombradía dió á Echegaray. *Justos por pecadores* es lo que ahora se llama una violenta diatriba contra la sociedad, un choque salvaje de vicios más que de pasiones, de horrores más que de sentimientos. Pero no está mal hecho, sino todo lo contrario. Hay cierta lógica copiada de la naturaleza fielmente, que seduce.

La mujer mala, la madrastra infame que acusa á su hijastro de pretenderla de amores para de este modo levantar entre padre é hijo un muro infranqueable de odios, la madre corrompida que hace su querido del novio de su hija, es por cierto un tipo monstruoso, digno del infierno; pero que, desgraciadamente, no sale de lo humano.

¡Ojalá que no fuera así, y que sólo existiesen como lúgubres fantasías de poeta, esas cínicas mujeres, verdaderos demonios del hogar, que todo lo manchan y destruyen con su contacto! Pero como no es así, como en la realidad existen tan degenerados tipos y muchas personas honradas sufren por ellos los mayores tormentos que cabe soportar en este valle de lágrimas y miserias, hay que reconocer que el Sr. Martínez ha sabido interpretar de un modo fiel la realidad, y aun de un modo artístico; porque la maldad de aquella hiena contrasta bellamente con la inocencia de su hija y con la honradez de su marido y su hijastro. Quizá en los otros caracteres de su obra no ha estado tan feliz el Sr. Martínez; el hijastro se presenta muy bien, pero flaquea pronto. La revelación que hace á su padre de la torpe conducta de su madrastra, y más que nada, el exigir que su hermana, la hija de la adúltera, sea la que confirme á su padre las culpas de la que le dió el sér, son cosas que no cuadran á su carácter caballeresco y virtuoso. El padre también resulta demasiado crédulo: es un hombre insignificante.

Justos por pecadores está bien escrito, aunque no tanto como han dicho algunos periódicos. Un capitán de artillería que en pleno siglo XIX, cuando es arrojado de su casa, habla de *sus lares*, es cosa que no puede pasar.

FERNANDO.

LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

CUARENTA días después del nacimiento del Salvador, la Virgen se dirigió á Jerusalén para obedecer al precepto del Levítico, que prescribía la purificación de las madres y el rescate de los primogénitos. Sin duda esta ley no obligaba á María, porque ¿qué había de común entre la mancha y la casta Esposa del Espíritu Santo? Pero María, á pesar de su sublime inteligencia, no discutía las leyes de Moisés, sino que las observaba. Bien lejos de manifestar al mundo el prodigio asombroso de su maternidad virginal, María le cubrió con un triple velo, y quiso confundirse humildemente entre la multitud; ella se acordó de sus deberes como hija de Sión, y descuidó para llenarlos sus prerrogativas de Madre celestial: *Mariam supra legem fecerat gratia*, dice San Agustín, *sub lege fecit humilitas.*

En el momento en que José y María penetraban en el sagrado recinto con los siclos de plata del rescate y las palomas del sacrificio, un santo viejo llamado Simeón, á quien se había revelado por disposición divina que no moriría sin que antes hubiese visto al Cristo del Señor, entró en el atrio por un movimiento del Espíritu de Dios.

A la vista de la Santa Familia el pecho del hombre justo se sintió inspirado, y adivinando al Rey Mesías bajo los pobres pañales del hijo del pueblo, le tomó de los brazos de su Madre, le levantó á la altura de su rostro y se puso á contemplarle con el mayor pasmo, mientras que lágrimas de gozo rodaban sobre sus venerables mejillas. «Ahora es cuando, oh Señor, exclamó el piadoso anciano levantando sus ojos humedecidos al cielo; ahora es cuando Vos dejaréis morir en paz á vuestro servidor, según vuestra palabra, pues que mis ojos han visto al Salvador que Vos nos habéis dado, y á quien destináis para estar expuesto á la vista de todos los pueblos, como la luz de las naciones y la gloria de Israel.» Acabando estas palabras, Simeón bendijo solemnemente á los dos esposos, y dirigiéndose en seguida á María, después de un silencio triste y grave, añadió: que este niño, nacido para la pérdida y salvación de muchos, sería objeto de la perversidad de los hombres, y que el dolor traspasaría el alma de su Madre como la punta acerada de un cuchillo.

A esa luz inesperada que arrojaba una sombría

claridad sobre el gran destino del Cristo revelárense de repente á la Santa Virgen las ignominias, los tormentos y las agonías de la cruz. Las aciagas palabras de Simeón hicieron encorvar su cabeza como un viento de tempestad, y su corazón, en que pasaba una escena muda de martirio, experimentó una cosa semejante al contacto de un hierro incandescente que se hundiera lentamente en carne viva y chorreante. Pero María sabía aceptar sin quejarse todo lo que le venía de Dios; sus labios pálidos se arrimaron á ese cáliz de absintio y de hiel: ella lo agotó hasta las heces, y dijo en seguida con dulzura y devorando sus lágrimas: Señor, hágase vuestra voluntad. « Si ella hubiese podido, dice San Buenaventura, hubiera aceptado para sí misma los tormentos y la muerte de Cristo; pero para obedecer á Dios le hizo la grande ofrenda de la vida de su adorado Hijo, dominando, si bien con un profundo dolor, la extremada ternura con que le amaba. » En este instante compareció una profetisa llamada Anás, hija de Samuel, de la tribu de Aser; esta casta viuda estaba continuamente en el templo sirviendo á Dios noche y día en el ayuno y en la oración. A la vista del divino Niño se puso en altas voces á alabar al Señor y á hablar de Él á todos los que esperaban la redención de Israel.

« No solamente, dice con este motivo San Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sí que también los justos y los ancianos de Israel hacen brillar esta verdad.

» Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esa creencia confirmada con tantos milagros. Una Virgen concibe, una mujer estéril pare, un mudo habla, Elisabet profetiza, el mago adora, un niño encerrado en las entrañas de su madre hace sentir su alegría, una viuda confiesa ese suceso maravilloso, y el justo lo espera. »

Como el último patio del templo estaba prohibido á María, y como el Niño, por razón de su sexo debía allí ser ofrecido al Señor, José le llevó á la sala de los primogénitos, preguntándose á sí mismo si las escenas que acababan de suceder á la entrada de Jesús en la santa casa se renovarían en el atrio de los Pontífices hebreos.

Pero nada descubrió al niño Dios en esa parte privilegiada del templo, todo quedó en frío silencio bajo los nacientes rayos del *nuevo sol de justicia*. Un sacrificador desconocido á José recibió con distracción de las manos callosas del hombre del pueblo, á quien miraba *como basura del mundo*, las tímidas aves prescritas por la ley, y ni siquiera se dignó honrar á Cristo con una mirada. El amor del oro, esa vergonzosa idolatría que esconde entre sombras su culto ignorado cuando le queda todavía algún resto de pudor para avergonzarse de él, el amor del oro había cambiado en dura piedra el corazón estrecho, egoísta y lleno de pasiones de la mayor parte de los príncipes de la Sinagoga, dejando el monopolio de las virtudes y de las privaciones á los simples levitas; ellos pasaban cerca del indigente que yacía sobre sus umbrales de mármol y del viajero mortalmente herido en el camino de la montaña desviando la cabeza con indiferencia; en el fondo ellos no amaban á Dios ni á los hombres. Y he aquí lo que Nuestro Señor, que instituyó un sacerdocio todo de caridad, les reprocha con una santa y punzante ironía en la sublime parábola del Samaritano. Así como lo había anunciado Malaquías, *Dios maldecía sus bendiciones* y apartaba sus miradas de su templo, que bien pronto iba á entregar al hierro y fuego de los romanos.

La presencia del Mesías, que abrasaba el corazón de los discípulos de Emaus aun antes que hubiesen reconocido á su Maestro en la fracción del pan, deslizóse sobre el alma de los aaronitas como el rayo de la primavera se desliza sobre las eternas nieves del Ararat. Este momento solemne que suspendía en torno del trono de Dios los cánticos sagrados, y fijaba las miradas de la milicia celestial sobre un solo punto del universo, este momento, vaticinado por Ageo, en que la gloria del segundo templo ofuscaba la del primero, pasó desapercibido por delante de los ojos oscurecidos de los sacerdotes y de los doctores: ninguno reconoció *la ofrenda pura y nunca manchada* que había profetizado Malaquías. El Deseado de las naciones, Aquel cuyos ángeles habían preparado el camino, el gran Redentor, tan prometido y esperado estaba allí corporalmente en su santa casa, y nadie pensaba en recibirlo con palmas gritando sobre las murallas almenadas del templo y sobre los techos de Jerusalén. *¡Hosanna al hijo de David!* Preciso era á esos hombres un Dios sometido á sus miras privadas, un Dios esclavo del Sanhedrín, un Dios cubierto con los despojos teñidos en la sangre de Alejandro.

Y el niño Dios, que había reconocido al atravesar Jerusalén los sitios de la redención, contaba en silencio sus verdugos en esa multitud grave y dorada; en medio de los coros de música que cantaban sobre el arpa himnos de alabanza al Eterno, el Cristo distinguía las voces orgullosas y perversas que más tarde debían gritar violentamente: *¡Crucifícale, crucifícale!*

¡Raza de Aarón! ¿Dónde existes tú ahora? El soplo vengador del Crucificado te ha esparcido como una ligera paja por todas las direcciones del globo; absorbida en esas masas que despreciabas, no te conocen ni tus compañeros de destierro. Los sacrificadores hebreos ofrecían á Dios, que los desechaba, las víctimas escogidas. Uno de ellos tomó las palomas de José, subió la escalinata del altar, y ofreció al Señor aquel sencillo holocausto. « Y después que José y María hubieron cumplido lo prescrito por la ley, dice San Lucas, se volvieron á Nazaret de Galilea, su ciudad. »

DEL ABATE ORSINI.
(Traducido por F. A. y G.)

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Blandecques, Octubre 18....

VERDAD es que lo han conseguido, y me han distraído por fuerza. Desde hace quince días su amistad no me ha dejado descansar; excursiones á pie, en coche, en barco, todo se ha puesto en juego para distraerme, para sacudirme dice mi tía, para hacerme reir, añade Fany.

¡Efectivamente eran alegres las partidas!

No hemos dejado escapar una fiesta patronal, una romería, sin ir á ver, al menos, si las buenas gentes se divertían. M. y Mad. Duperrón conocen todo el país y en cualquier aldea que fuera la fiesta estábamos seguros de encontrar cordial y obsequiosa hospitalidad, en casa del escribano ó el maestro del lugar.

Allí se inmolaban para honrarnos pichones y pollos; mientras se calentaba el horno y se doraban los pasteles, y esperando á la comida, recorríamos la aldea. Fany saca partido de todo y todo le divierte; las tiendas de las ferias le entretienen, se ríe de todo su corazón en los juegos que tienen lugar con permiso de la autoridad; se interesa en el tiro de la ballesta y el de arcabuz, como si se tratara de un combate en campo cerrado; las comidas sobre la hierba, en casa de los colonos, le divierten como á un niño.....

¡Qué carácter tan feliz! En cuanto á mí, placeres más delicados han echado á perder estas rústicas diversiones, y conozco la razón de aquel dicho del bueno de la Fontaine:

Ne soyons pas trop difficiles
Les plus accomodats sont les plus habiles..... [1]

Estos placeres tan queridos de Fany no me han distraído en realidad más que una vez, la primera; parecíame estar viendo en acción algunos de los cuadros flamencos del Louvre.

¡Cortesanita!—me diría mi tía.—Sin embargo, reconozco que gracias á esta animación de vida se ha fortificado mi salud y estoy sumamente agradecida á mis buenas primas del bien que me han hecho y de todo el que han querido hacerme. No soy bastante cortesana para no apreciarlas y no quererlas. Mad. Duperrón es la misma bondad, y Fany lleva el mismo afán á sus labores, la misma animación al cumplimiento de sus deberes que á sus paseos, sus bailes y sus fiestas. ¡Dichosa Fany!

Dentro de ocho días volveremos á Saint-Omer. Tengo buenas noticias de todos, y hasta Franciquista ha ensayado el escribirme con su letra de seis años.

Saint-Omer, Octubre 18....

He vuelto contenta de ver á mi padre y á mi familia. He sentido una impresión de descanso y bienestar al entrar en mi cuarto, al volverme á encontrar con los objetos familiares, que todos tienen un lenguaje, y dicen: — ¿Te acuerdas? — Hago lo que puedo por aficionarme á la casa de mi padre, y fijar en ella mis afecciones y costumbres, y, gracias á Dios, siento que ninguna otra en la tierra me es ahora tan querida como ésta.

Saint-Omer, Noviembre 18....

Acabamos de tener una alarma bien viva. Nuestro pobrecito Edmundo ha estado á dos dedos de la muerte .con el garrotillo, que repentinamente le atacó de una manera horrible. Creí que se moría cuando le ví ahogándose y sin poder exhalar ni sus inarticuladas quejas. Su inocente mirada tenía una expresión desgarradora; nos miraba con aire doliente, pero confiado, y como si le chocara que no pudiéramos curarle. Mi padre estaba bajo el peso de una cruel angustia, y la pobre madre desgarraba el corazón. Una noche quise velar yo sola á mi hermanito, y consintió ella en ir á descansar algunas horas; pero mucho antes de amanecer volvió inquieta al lado de la cuna. El niño estaba dormido; le estuvo mirando mucho tiempo. — Está mejor, le dije; ya se ha salvado. ¡Qué contenta estoy de verle dormir así! — ¿Con que le quieres? dijo mi madrastra, dejando pesar sobre mis ojos su mirada dulce é interrogadora. —¡Ya lo creo! contesté. — ¡Ah! me alegro; y suspiró al besar la pálida frente de su hijo.

Los rayos de la lámpara calan en aquel momento sobre su semblante, que, como nunca, me chocó por la alteración de sus facciones. Ha sido hermosa; tiene un buen perfil, y una expresión tranquila y algo severa; pero parece que un fuego interior ha abrasado y consumido lo que había antes de juventud en los ojos, de brillo y de frescura en la tez. Es verdad que desde la enfermedad de Edmundo ha velado, llorado y sufrido mucho.

(Continuará.)

---

1 Que quiere decir: No seamos muy descontentadizos: los de mejor convenio son los más hábiles.

SALVADOR RUEDA

Salvador Rueda

Dentro de pocos días verá la luz pública un nuevo libro de Salvador Rueda, titulado: *Granada y Sevilla*. La Ilustración Católica aprovecha la ocasión para honrarse con el retrato del insigne poeta andaluz, y rendir de esta suerte un tributo de aplauso sincero, no sólo al modestísimo autor de *Bajo la parra*, sino á toda la nueva generación literaria, de que Rueda es quizás el más insigne y genuino representante.

Salvador Rueda ha escrito una novela y muchos artículos que llama él de costumbres andaluzas. Engañaríase, sin embargo, el que clasificase á Rueda entre los noveladores y costumbristas. Para una y otra cosa fáltale lo esencial, que es la *serenidad épica*, y tampoco le sobran gracejo y malicia. Rueda, lo mismo cuando escribe en verso que cuando lo hace en prosa, es poeta y nada más, ni nada menos que poeta. Es un poeta, enamorado de la hermosa naturaleza de Andalucía: sus novelas y sus artículos son odas, himnos, elegías ó idilios inspirados en la contemplación sincera y fervorosa de aquella meridional naturaleza. Su novela, especialmente, es un poema en que se demuestra, al modo poético, de qué manera el cielo, la tierra, el sol y el campo de Andalucía son capaces de volver locos á las personas más juiciosas y formales; en *El Gusano de luz*, que es la novela á que nos referimos, no sucede como en las demás novelas, como en las novelas verdaderas, que los personajes son personajes y el paisaje paisaje. Acontece al revés: el paisaje es el único personaje, el protagonista de la obra. Los personajes son *medios de comparación* para que el lector juzgue con acierto de la fuerza de la naturaleza en que aparecen colocados.

Es Rueda, por este concepto, un *poeta naturalista;* pero tomando esta palabra, hoy tan manoseada, en su legítima y noble acepción. Canta la naturaleza; pero no por eso se juzga dispensado de creer en el libre albedrío humano, ni autorizado para figurarse que el hombre es una bestia, como se lo figura Zola, ó quiere que los demás nos figuremos. Rueda es fiel á la gran tradición espiritualista y cristiana; no tiene miedo de estampar la palabra Dios en sus composiciones. Es un creyente.

La naturaleza que canta Rueda es esa naturaleza meridional, en cuya comparación la de los países del Norte parece triste y fría. Un peñasco de la bahía de Nápoles, herido por los rayos solares, es más alegre, más bello y dice más al espíritu, según Chateaubriand, que el más romántico paisaje de las montañas de Escocia ó de las orillas del Rhin. Lo que de la bahía de Nápoles escribió el autor de *Los Mártires* es perfectamente aplicable á la de Cádiz ó al puerto de Málaga; con la misma intensidad se reflejan en estas venturosas regiones que en las encantadas riberas de *Parthenope* los rayos del sol. Y en efecto: si es verdad que todo paisaje se compone de dos elementos, líneas y colores, no es menos cierto que el color es el elemento principal, el elemento madre, y que, por lo mismo, allí en donde el color es más vivo y brillante, en donde despide más luz, hay más belleza plástica, y por consiguiente, más digna del amor del artista.

Hasta principios de este siglo, y gracias á la literatura romántica, no se apreció la hermosura de las siempre verdes y nebulosas montañas y de las tristísimas riberas de los ríos septentrionales. Los ingleses del tiempo de Guillermo IV miraban como un castigo de la Providencia subir á los Grampianes: esos hondos valles, sobre los que tiende la espesa neblina su velo azulado; esos barrancos selváticos, esos abruptos precipicios, esas rocas de forma extraña, esa naturaleza selvática, en una palabra, que hoy encanta y enamora á tanta modista sensible y á tanto poético hortera, eran por nuestros antepasados tenidos por lugares de expiación, antesalas del infierno; á los montes se subía como subió la hija de Jepté, á llorar una inicua suerte; en los bosques se perdían los eremitas y se albergaban los bandidos.

Antes que la literatura romántica predominase en Europa, el paisaje digno de tal nombre, el que admiraba el hombre culto y finamente poético, era el paisaje clásico: la extensa llanura poblada de olivos, de naranjos y cinamomos, y bañada por un sol ardiente *que saque brillo á las piedras*.

Luz, mucha luz, luz franca é intensa, que convierta los colores en fuego, el agua en perlas y diamantes derretidos, y hasta los imperceptibles granos de arena en piedras preciosas, que despiden á su vez más luz que el *solitario* de un Sultán del Oriente. El símbolo del poeta es la alondra, que busca la luz en lo más elevado de la atmósfera. Los griegos, al padre de la luz solar, Apolo, hiciéronle también padre de las Musas.

Rueda es un poeta enamorado de la luz de Andalucía. Quisiera él con la pluma conseguir el mismo mágico efecto que logró Viniegra con el pincel en *La bendición de los campos*. Quisiera más: quisiera que su estilo resplandeciese como el sol que cae á torrentes de oro sobre la campiña de Jerez; quisiera que perfumase como el tomillo y la mejorana y la hierba buena que festonean las laderas de la sierra de Ronda; quisiera que volviese loco, como los ojos negros de las muchachas que se ven por las tardes de primavera en el paseo de las Delicias, orillas del Guadalquivir, ó en la Alameda de Málaga; quisiera que fuese vago y melancólico, como el *ay* de las playeras, y alegre y bullicioso, como las *seguidillas;* quisiera que oliese á marisco, como la Caleta de Cádiz, y á gloria, como el valle de Alora; quisiera, en suma, reflejar toda la luz, y toda la alegría, y todos los colores, y todos los cantos, y todos los recuerdos, y todos los sentimientos que inspira la naturaleza de Andalucía. ¡Empeño vano y superior á las fuerzas del hombre!

Salvador Rueda lucha, sin embargo, con valor y perseverancia, y la verdad es que consigue mucho. Claro es que á la postre resulta vencido; pero ese es el destino del poeta, y en general, del artista. ¡Pobres poetas y artistas miserables los que dominan su asunto! Los grandes artistas siempre caen derrotados; sus obras son constantemente inferiores al ideal que concibieron y que persiguen. «Sólo los necios se complacen en sus obras, dice Tamayo, y quedan contentos de sí.»

Rueda se aproxima muchas veces al ideal. Y cuando queda más lejos agrada por el esfuerzo hecho.

Lo que es de lamentar es que, en ocasiones, equivoca el camino y suele perderse por los laberintos del gongorismo y de la extravagancia. Pero ni aun en eso se eclipsa del todo el talento del joven escritor.

Angel SALCEDO.

LA IMPORTACIÓN DEL BUDHISMO

El día menos pensado oiremos á un almuédano predicándonos el Korán desde la torre Eiffel y mucho tememos no equivocarnos si auguramos que tendrá oyentes. Donde seguramente los tendría es en Londres, porque en la libertad del pensamiento y de conciencia todo cabe: desde la invención de nuevos errores hasta la recomposición de los antiguos, y á este último grupo corresponde la importación del Budhismo.

El conocimiento del sanskrit y de las cosas de la India se debe en gran parte á los estudios de los Misioneros: ¿quién les diría que cuanto estudiaban y descubrían con otro objeto que el progreso de la ciencia ó tal vez para demostrar que en el fondo de todas las religiones existía algo de la verdadera, habría de convertirse en armas para el genio del mal? Mas ¿cómo habían de sospechar que las falsas religiones habrían de aparecer como vestidas con nuevas galas y pretendiendo apoderarse del corazón por medio de los extravíos de la inteligencia?

Decimos esto, porque el budhismo, desfigurado, y tal vez abandonado ya en algunas regiones de Asia, quiere introducirse en Europa y en América. Para ello, y negando, por supuesto, que las doctrinas sean de Gautama-Budha, se ha fundado una Sociedad llamada Teosófica, que al parecer cuenta con algunas rentas, como acontece en los Estados Unidos y en Inglaterra con todas las nuevas instituciones, buenas ó malas, lógicas é ilógicas. No faltan á la indicada Sociedad legados testamentarios que aumenten sus recursos, y así va viviendo; pero no sólo vive, sino que publica libros de gran lujo como el titulado *Key to Theosophy (Llave de la Teosofía)* que acaba de salir de las prensas.

Si se dijera á los incautos prosélitos que la titulada nueva doctrina era el budhismo puro, el orgullo de ingleses y anglo-americanos se resistiría á recibirlo; pero se asegura que la Religión-Ciencia ha recogido todos los restos de la venerable antigüedad oriental, ya de la India, ya de la Persia, ya de la misma Biblia, que también es una Enciclopedia oriental (para ellos) de sublimes doctrinas religio-

sas; pero como pasan los adeptos de protestantes á budhistas, claro es que interpretan á su sabor los verdaderos libros sagrados. Procuran conciliar sus doctrinas con las cristianas, diciendo que en cuanto á la moral son idénticas; pero esto no es cierto, porque niegan el cielo, el infierno y el purgatorio, estos últimos principalmente; afirmando que la vida futura no es más que una serie interminable de transformaciones ó *avataras*. La ley de expiación, que los nuevos budhistas llaman *Karma*, no es más que una teoría asiática, fundada en que no caben el arrepentimiento ni el perdón, toda vez que la transgresión de la ley moral interesa á todo el universo que recibe con ella perjuicio, á la manera, dicen, que una piedra lanzada á un estanque, no sólo agita las aguas, sino la atmósfera que las rodea.

Es de advertir que así como cierto personaje dramático español, para mejor claridad, hablaba en griego, los nuevos budhistas hablan en sanskrito. El lugar en que las almas permanecen, después de la muerte, el *Dama-loka*, es una especie de Limbo de los *necios*, donde la residencia puede durar, sin que se nos diga de dónde se toma la noticia, de mil doscientos á mil quinientos años. Responde el autor del libro, Blavatsky, á la objeción segura de que no acordándose el *yo* humano de las anteriores existencias, éstas son una fábula, diciendo que no podrían buscarse ni con el mejor microscopio manchas de sangre en el vestido de que se despojara un asesino, y tampoco pueden buscarse ni reminiscencias en el que reviste un cuerpo nuevo; mala é insuficiente contestación, que de seguro á los platónicos, así antiguos como nuevos, no hubiera satisfecho. No se ve originalidad en estas disquisiciones, ó mejor dicho quimeras filosófico-religiosas, y en cambio se ven grandes contradicciones, porque los nuevos budhistas son adversarios implacables de los espiritistas, á los que califican de locos, y á nuestro parecer con muy buen acuerdo. También se revuelven con no menos razón contra los hipnotistas; todo lo cual nos prueba su gran intolerancia y que no quieren comunicarse más que con los partícipes de sus mismos errores, ó sea con los que los profesan literalmente.

Lo más curioso de una doctrina que quiere traer la luz á los pueblos, es que se divide en esotérica ó interna para los privilegiados, y en esotérica para el vulgo, y con ello acaban de calificar la demencia de los predicadores y de burlarse de la ignorancia de los pueblos. A este punto habíamos de llegar en el *filosofador siglo presente*. Los nuevos budhistas no desdeñan llamarse sucesores de los que celebraron los *misterios eleusinos* en Grecia y de los cabalistas judíos y de todos los soñadores antiguos y modernos, á los que pudiera aplicarse aquel conocido verso:

" *Et nati natorum, et qui nascentur ab illis,* "

Mr. Blavatsky examina los problemas del porvenir, como si los viera, á manera de brujo, retratados en un espejo, como Figuier en sus quimeras espiritistas y como Flammarión en sus delirios astronómicos. Tales y tantas inepcias, que no pueden explicarse bien ni aun en sanskrito, acumula en sus predicaciones Blavatsky que ni entre los más extravagantes ingleses ni americanos podrán hacer prosélitos. El aparato científico en la exposición de las doctrinas es un *gran matutero:* pero á fe que hay centinelas y guardas en la ciudad, y hoy no pueden pasar inadvertidos.

A la objeción de que hay individuos de la Sociedad teosófica que falsean sus doctrinas, contesta el escritor diciendo que han de juzgarse los principios y no los hombres, contestación que vale en unas ocasiones y en otras no, según sean buenas ó malas, aceptables ó inaceptables, lógicas ó disparatadas las doctrinas. Examina la conducta de una mujer (mujeres hay siempre al lado de todos los antiguos y modernos heresiarcas), que, según dicen, ha labrado una fortuna con la predicación de las nuevas doctrinas; no cita un ejemplo de teósofos verdaderamente perseguidos, y eso que la persecución debería ser cosa de poco momento para los que cuentan con indefinido número de avataras y de largas siestas de mil doscientos á mil quinientos años en la blanda almohada del *Dama-loka*. Lo que causa verdadera lástima es ver que el budhismo que se trae al continente europeo y se lleva al americano cuenta un gran número de libros, debidos muchos á personajes que perdieron el seso con las caballerías andantes de la India, pasando los días de claro en claro con los bracmanes, y las noches de turbio en turbio con los manuscritos sanskritos. Como el protestantismo ha desorganizado las inteligencias, abriéndolas á toda clase de quimeras, los que no se hacen materialistas y caen en los abismos de la doctrina de Darwin, ascienden á las cumbres del Himalaya, donde tampoco se respira. Afortunadamente en nuestra patria nada de esto se comprende, y libros como el de Bravatzky, en que se vende el opio de las doctrinas indias, no pueden traspasar las fronteras.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Deseando que se unan en nuestra ILUSTRACIÓN *lo útil y lo agradable, vamos á publicar un trabajo tan ameno como instructivo é interesante, y que habiendo logrado hace ochenta años gran boga, hoy, como tantos otros de la misma índole, está completamente olvidado. Tales son las «Memorias sobre la guerra de los franceses en España,» escritas en francés por Mr. Rocca, oficial de húsares y caballero de la Cruz de la Legión de Honor. En 1816 fueron dichas Memorias traducidas al castellano por el Sargento mayor de Infantería, y primer Ayudante del Regimiento de Burgos, 21 de línea, D. A. A., y se publicaron en Madrid (imprenta que fué de García).*

Nuestros lectores han de agradecernos seguramente la reproducción de un relato de la guerra de La Independencia española, en que se pintan muy al vivo las pasiones heroicas de nuestros gloriosos abuelos, y se rinde por pluma extranjera un tributo de admiración á nuestra patria. — (De la Dirección de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA).

CAPÍTULO PRIMERO

Fin de la campaña de Polonia. — Dos géneros de guerra diferentes. — De Alemania á España. — Carácter de los españoles. — El soldado francés. — El ejército grande. — Napoleón en Vitoria. — Lo que había sucedido en España.

El segundo regimiento de húsares, llamado antes Chamborán, en el que he tenido el honor de servir, recibió un año después de la campaña terminada por la batalla de Friedland y la paz de Tilsit, la orden de dejar la Prusia para marchar á España. De este modo tuve proporción de comparar dos géneros de guerra absolutamente diferentes, la guerra de tropas arregladas, que ordinariamente se interesan poco en el objeto de la querella que sostienen, y la guerra de resistencia que una nación puede poner á ejércitos de línea conquistadores.

Salimos de las llanuras arenosas del Norte de la Alemania, donde habíamos tratado con pueblos sujetos á Gobiernos enteramente militares, porque diferentes Soberanos del Imperio germánico hacía más de un siglo que habían procurado perfeccionar las instrucciones guerreras que podían asegurar su autoridad y su ambición personal; pero acostumbrando á sus vasallos á una sumisión exacta y minuciosa, habían debilitado el carácter nacional, que es el único baluarte invencible que las naciones pueden oponer á las invasiones de los extranjeros.

Cuando los franceses conquistaban una provincia de la Alemania, y que esta provincia no podía recibir ya órdenes de su Soberano, las clases inferiores que no tenían costumbre de hacer uso de su voluntad, no se atrevían á obrar sin el impulso de los Gobiernos ó de los Señores: la conquista subordinaba estos Gobiernos á la influencia de los vencedores, y los Señores, acostumbrados después de mucho tiempo al espectáculo de las vejaciones momentáneas que los soldados causaban á los pueblos, se resignaban más fácilmente á los males que la guerra trae consigo.

Las llanuras del Norte de la Alemania no permiten sustraerse tan fácilmente al yugo de los vencedores como en otros países de una naturaleza diferente. Pequeños cuerpos de tropas contenían en la obediencia una grande extensión de país conquistado y aseguraban las subsistencias de nuestros ejércitos. Los habitantes no hubieran podido encontrar guaridas seguras si hubiesen pretendido hacer contra nosotros revoluciones particulares: por otra parte, los alemanes, acostumbrados á un género de vida tranquila y regular, no toman un partido desesperado, sino cuando se les ha desarraigado enteramente todos sus hábitos.

Nada teníamos que temer allí de los habitantes del país conquistado, y la guerra de Alemania se hacía únicamente por tropas de línea, entre las cuales existen más bien rivalidades que rencores.

El suceso de una campaña dependía del impulso unánime de las operaciones militares, de la actividad, de la perseverancia de los jefes, de su habilidad en adivinarse, en prevenirse y en llevar á propósito y con prontitud grandes masas á puntos de ataques decisivos.

Se evitaban todos los pequeños encuentros que no conducen en la guerra regular más que á hacer infelices á algunos individuos, sin contribuir á ninguna ventaja importante; y los talentos de los Generales no se frustraban jamás por las voluntades individuales ó por los movimientos espontáneos de los pueblos.

En Alemania no teníamos que vencer más que Gobiernos y ejércitos; en la Península española, á donde íbamos á hacer la guerra, no había ya ni tropas arregladas ni Gobiernos. Napoleón había invadido la España y el Portugal, aprisionado y hecho huir á los Soberanos de estos países y dispersado sus fuerzas militares. No íbamos á pelear contra tropas de línea iguales con corta diferencia en todas partes, sino contra un pueblo á quien sus costumbres, y la naturaleza misma del país, aislaban de todas las demás naciones continentales. Los españoles debían oponernos una resistencia tanto más temeraria cuanto creían que el Gobierno francés quería hacer de la Península un solo Estado secundario, sometido irrevocablemente á la dominación francesa.

Las altas y estériles montañas que rodean y atraviesan la España están pobladas de razas guerreras, armadas siempre para hacer el contrabando, acostumbradas á rechazar las tropas arregladas de su nación, que frecuentemente se emplean en su persecución. El carácter indomable de los habitantes de la Península, la suavidad del clima, que permite vivir al raso casi todo el año, las retiradas inaccesibles de las montañas del interior, la mar que baña sus dilatadas costas, todas estas grandes circunstancias que provienen del clima y de las localidades, debían facilitar á los españoles proporciones sin número para sustraerse á la opresión de los vencedores, y para multiplicar sus fuerzas, ó bien transportándose con rapidez á los puntos en que los franceses tenían pocas fuerzas, ó bien poniéndose en salvo á sus persecuciones.

Cuando en fin de Agosto del año de 1808 dejamos nuestros cantones de la Prusia para ir á España,

CARLOS V EN YUSTE.

habíamos reflexionado muy poco en los obstáculos imprevistos que podíamos hallar en un país tan nuevo para nosotros. Creíamos marchar á una expedición fácil y de poca duración, y vencedores en Alemania suponíamos que nada podría en adelante resistirnos.

Nuestros soldados jamás preguntaban á qué paraje se les conducía, sino si había víveres á dónde iban; bajo este solo punto consideraban la geografía de la tierra. El mundo estaba dividido para ellos en dos partes: la zona feliz en que crece la viña y la zona detestable en que no se conoce.

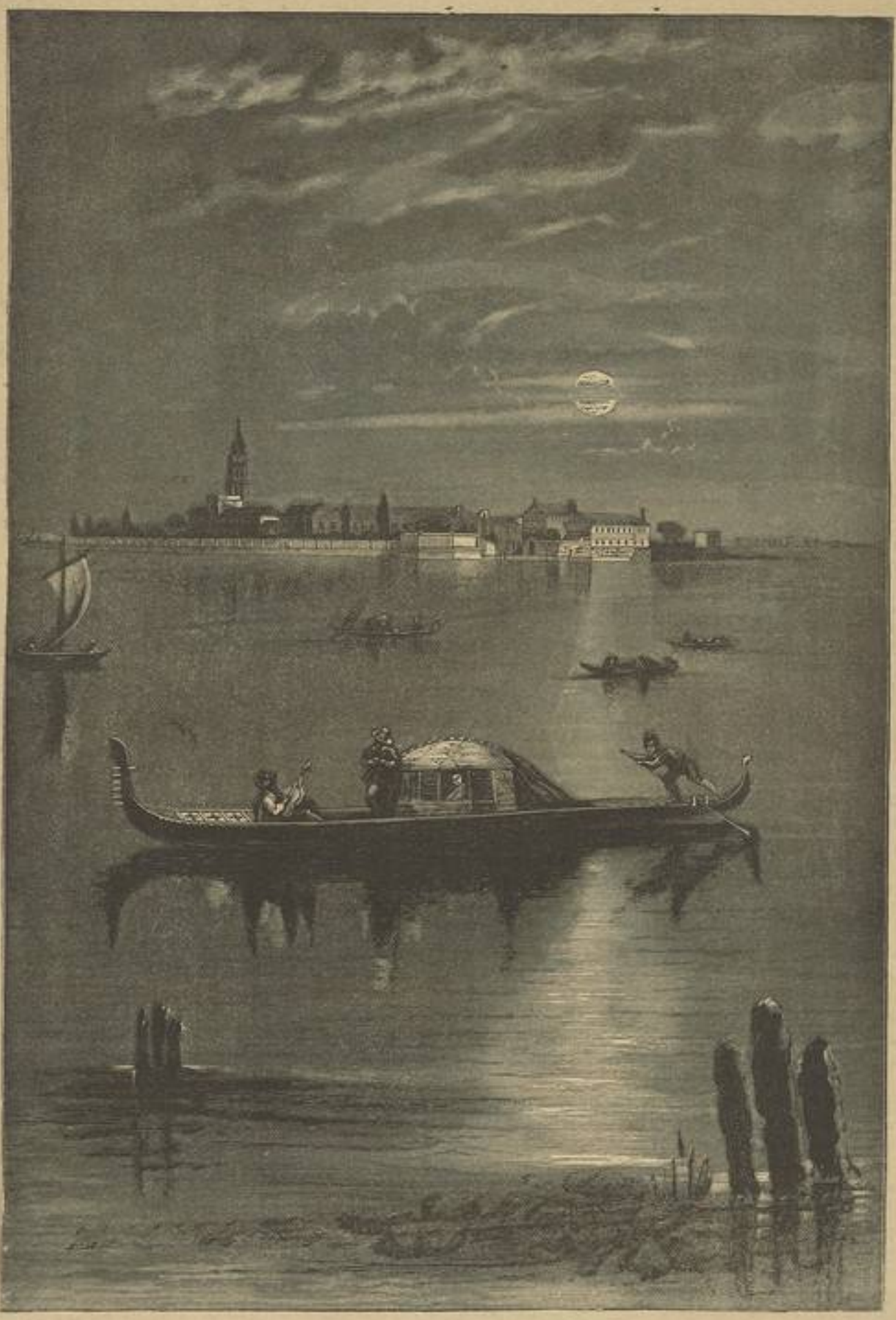
Habiendo oído decir al principio de cada campaña que darían el último golpe al poder vacilante de la Inglaterra, confundían este poder bajo todas sus formas con la Inglaterra misma. Juzgaban de la distancia que los separaba por el número de marchas que hacían después de muchos años de un extremo del mundo al otro, sin haber podido llegar aún á esta especie de país imaginario y lejano, que retrogradaba sin cesar delante de ellos. En fin, decían, si el desierto nos ha separado en Egipto, y el mar en Boulogne, llegaremos fácilmente por tierra atravesando la España.

Después de haber pasado el Elva y el Weser llegamos á la orilla izquierda de Rhin y á la Francia. Se hablaba hacía dos meses de una guerra próxima con el Austria; cuando salimos de Prusia en el mes de Septiembre de 1808 estabamos todos persuadidos que nos conducían sobre el Danubio. Nuestros húsares salieron de la Alemania, de este bello país que entonces habían conquistado, de esta patria de guerra, de la cual llevaban tantos recuerdos de gloria, y en donde se habían hecho estimar algunas veces individualmente, con una profunda tristeza, y casi con las lágrimas en los ojos.

Atravesamos la Francia, como si fuera un país nuevamente conquistado y sometido á nuestras armas. Napoleón había mandado que sus soldados fuesen bien recibidos y festejados en todas partes: venían diputaciones á cumplimentarnos á las puertas de las ciudades. Los oficiales y soldados eran conducidos inmediatamente después de su llegada á banquetes suntuosos preparados con anticipación; y cuando marchabamos, los magistrados nos daban aun las gracias porque habíamos tenido la bondad de gastar en un día los derechos municipales de muchas semanas. Los soldados del ejército grande no perdieron en Francia la costumbre que habían contraído en Alemania de maltratar algunas veces á los habitantes y á los paisanos, en cuyas casas estaban alojados. Los auxiliares aliados sobre todo no querían comprender por qué no habían de tratar á la Francia como á país enemigo, y decían que sin duda era esta la costumbre porque las tropas francesas se habían portado del mismo modo en la Alemania y en la Polonia. Los habitantes de las ciudades y de los campos por donde atravesábamos lo sufrían todo con impaciencia, esperando que acabase de pasar el torrente armado.

Nuestras tropas se componían (además de los franceses) de alemanes, de italianos, de polacos, de suizos, de holandeses, y también de irlandeses y de mamelucos. Estos extranjeros traían sus uniformes nacionales, conservaban sus costumbres y hablaban sus propias lenguas; pero á pesar de estas diferencias que oponen barreras entre las naciones, la disciplina militar llegaba fácilmente á reunirlo todo bajo la mano poderosa de uno solo: todos estos hombres traían la misma escarapela, y no tenían más que una sola voz de guerra y de unión.

Pasamos el Seine en París, el Loire en Saumur, el Garone en Bordeaux, y allí descansamos por la primera vez después de nuestra salida de Prusia algunos días, mientras que el resto del ejército se trasladaba á la otra orilla del río. Atravesamos en seguida los arenales incultos que están entre Bordeaux y Bayonne. En estas llanuras solitarias, como



UNA NOCHE DE LUNA EN VENECIA.

en los matorrales de la Prusia y de la Polonia, el suelo arenisco no resuena bajo los pies de los caballos, y el ruido regular y acelerado de sus herraduras no sirve para reanimar su ardor. Bosques inmensos de pinos y de alcornoques rodean el horizonte á grandes distancias; se ven de trecho en trecho pastores vestidos de pieles de carneros negros montados sobre zancos de seis á siete pies de altura, y apoyados á un largo varal: permanecen inmóviles en un mismo sitio sin perder jamás de vista sus ganados que pacen alrededor de ellos en los matorrales. Cuando Napoleón atravesó estos grandes arenales, la pobreza del país no permitió se le diese, según el uso, una guardia de honor de caballería; fué escoltado por un destacamento de estos pastores, que seguian con sus largos zancos el trote de los caballos en la arena. Á algunas leguas de Bayonne pasamos el Bidasoa, río que circunda la Francia en los Pirineos. En el momento que se pone el pie en el territorio español se advierte una mutación sensible en el aspecto del país, y en las costumbres de los hombres. Las calles estrechas y torcidas, las ventanas con rejas, las puertas de las casas casi siempre cerradas, el aire severo y reservado de los habitantes de todas clases, y la desconfianza que nos manifestaban generalmente, acrecentaban la tristeza involuntaria que se apoderó de nosotros cuando entramos en España.

Vimos pasar á Napoleón antes que entrase en Vitoria, que iba á caballo: la sencillez de su uniforme verde le distinguía entre los generales ricamente vestidos que le rodeaban. Hizo á cada oficial un saludo particular con la mano, por el cual parecía decirles *cuento con vuestra merced*. Españoles y franceses se habían reunido en gran número para verle pasar; los franceses veían en él sólo la fortuna del ejército entero; los españoles procuraban leer en sus miradas y en su semblante cuál sería la suerte de su desgraciada patria.

Á los últimos días del mes de Octubre del año de 1808 el ejército grande de Alemania vino sucesivamente á reunirse al ejército francés que el Rey José mandaba en España. Entonces fué cuando supimos con admiración de nuestros hermanos de armas una parte de los acontecimientos de la guerra de la Península, y los pormenores de las acciones desgraciadas, que habían obligado á los generales Dupont y Junot á capitular en Andalucía y en Portugal: al mariscal Moncey á retirarse de Valencia, y en fin, al ejército entero á reconcentrarse en la orilla izquierda del Ebro [1].

(Continuará.)

1 El Rey José estaba en Vitoria con el Estado mayor general de su ejército y sus guardias. El mariscal Moncey con su cuerpo de ejército estaba en Tafalla observando el ejército español del general Palafox, situado en Sangüesa en las fronteras de Navarra y Aragón. Las tropas á las órdenes del mariscal Ney ocupaban á Logroño y Guardias tenían á su frente á las guarniciones de Tudela de Ebro los ejércitos españoles mandados por los generales Palafox y Castaños, que reunidos debían acometer á cuarenta mil hombres. El mariscal Bessières cuartel en Miranda de Ebro había dejado sus guarniciones en el fuerte de Pancorbo; su posición estaba cubierta por la caballería numerosa y bien montada del general Lasalle. El mariscal Lefebre ocupaba á Durango: los cuerpos mandados por los mariscales Bessières y Lefebre estaban opuestos á los ejércitos del centro y de la izquierda de los españoles bajo las órdenes de los generales Belvedere y Blacke. El ejército del centro de los españoles situado en Burgos se componía de doce ó catorce mil hombres solamente: debía ser reforzado por veinticinco mil ingleses, que se avanzaban de Portugal y la Coruña bajo las órdenes de los generales Moore y Sir D. Baird. Este ejército estaba destinado á sostener el de la izquierda mandado por el general Blathe en la Vizcaya, y á mantener las comunicaciones con los ejércitos españoles en Aragón y Navarra. El ejército del general Blacke, aunque se componía de treinta y siete mil hombres, tenía poca caballería, y no se atrevía á bajar á las llanuras en las inmediaciones de Miranda y Vitoria: había dejado sus posiciones entre Orduña, Frías y Herrera para apoderarse de Bilbao, y se había avanzado al través de las montañas que separan la Vizcaya de la provincia de Alava hasta Zornoza, y Archanda hacia Durango, para insurreccionar el país y atacar la derecha y las comunicaciones del ejército del Rey José. Los ejércitos españoles de Navarra y Aragón debían ejecutar el mismo movimiento contra el centro y la izquierda de los franceses, á fin de obligarlos á retirarse por el camino de Tolosa, ó bien rechazarlos en los desfiaderos de Navarra hacia Pamplona. Tales eran los proyectos de los españoles y ésta la situación de las cosas cuando el Emperador Napoleón tomó en España el mando de los ejércitos. El 31 de Octubre de 1808 el cuerpo del mariscal Lefebre había atacado cerca de Durango al ejército del general Blacke, le había rechazado, y entrado al día siguiente en Bilbao. El cuerpo de ejército del mariscal Victor, que marchó el 6 de Noviembre de Vitoria sobre Orduña, debía formar, unido con el del mariscal Lefebre, el ejército de nuestra derecha.

1 La modestia de la discreta autora de esta composición nos impide publicar su nombre y apellidos, dignos por cierto de ser conocidos.

ALBUM DE POESÍAS

EN UN CEMENTERIO [1]

De la serena tarde
Las breves horas pasan,
Y sube melancólica
Por el cénit Diana.

Sobre las blancas tumbas
Extiende su luz clara
Cual paño mortuorio
Hecho en tisú de plata.

Mi sombra en este sitio
Tan sólo me acompaña
Cruzando de los muertos
La fúnebre morada.

Aquí sobre la arena
Cuando la noche avanza,
Doblando las rodillas
Se elevan mis plegarias.

Sobre una tumba miro
Una corona blanca;
Es de rosas marchitas,
Mojada por las lágrimas.

Tejióla el sentimiento
Para la frente cándida
De una niña preciosa
Como una flor temprana.

Y extática ante ella
Y fijas mis miradas
Un mundo de recuerdos
Mi pensamiento asaltan.

Al pie de los sepulcros
Mis penas ¡ay! se exhalan.
¿Quién comprendió mi angustia?
¿Quién mi dolor alcanza?

Murieron cuantos seres
Con más verdad me amaban,
Y en otros ya la muerte
Su víctima señala.

¡Y sola y triste! ¡ay! nunca
Risueñas esperanzas
De ventura imposible
Alegrarán mi alma.

Con lágrimas sin término
Mi mustia faz se baña,
Y el viento será sólo
El que vendrá á secarlas.

Suspiran de los sauces
Las tremolantes ramas:
¡Pienso que son lamentos
De madres desdichadas!

Destino inexorable
Y crudo en mí se ensaña:
Por eso habito y busco
Mansiones solitarias.

Mis gustos son extraños,
Mis afecciones raras;
Son sólo mis amigas
Las almas desoladas.

Insípidas novelas
Que autores varios fraguan
Ni mi atención atraen
Ni al sentimiento me hablan.

Tan sólo en el recinto
De este callado alcázar
Encuentro mis lecturas
En mármoles grabadas.

De historias dolorosas
Y de imprevistos dramas
En cada piedra leo
Una elocuente página.

A alguno á quien la suerte
Fué por demás infausta
Le vi enterrar llorosa:
¡Miré sellar su caja.....!

Y cual acero aleve
Hace profunda llaga,
El dardo del recuerdo
Mi corazón traspasa.

. . . . . .

. . . . . .

Junto á la humilde fosa
Que el cuerpo, aun tibio, guarda
De tiempos que no vuelven
Recuerdo horas pasadas.

La vida es sólo un soplo;
Aquí todo se acaba,
Y la muerte inflexible
A todos nos iguala.

Pavoroso silencio
Y soledad que espanta
Con majestad terrible
Al pensamiento hablan.

Letal y sutil brisa
Mueve mis negras gasas,
Y las aves nocturnas
Siniestramente graznan.

Alumbra el firmamento
La luna plateada.. ..
¡Todo es grande, imponente
De esta noche en la calma!

La inmensidad, lo eterno,
Me abisma y me anonada.
¡La muerte y Dios tan sólo
En este sitio se hallan!

Sobre el modesto templo
La santa Cruz se alza,
Madero del naufragio
De la existencia humana.

La Fe me dice cree.....
Un más allá te aguarda.
¡No muere con el hombre
La excelsitud del alma!

M. P. DE M.

12 de Enero de 1850.

UN DESCUBRIMIENTO ARTÍSTICO

NOTAS DE VIAJE

I

Principiaré mi relación como en las novelas.

Sonó la campana y el silbato; un estremecimiento convulsivo recorrió los articulados miembros del tren, y al momento emprendió su marcha entre las impenetrables oscuridades de la noche.

Al principio hablamos un rato del querido pariente á quien dudábamos hallar con vida; luego del mucho tiempo pasado desde que por última vez había yo visitado á Bocairente, y de muchos recuerdos, más tristes que alegres; por último, de la conjunción de Marte y Saturno, que casualmente íbamos á tener ocasión de contemplar, con todo lo cual, y alguna cabezada arrullada por el monótono estruendo, fuí-

mos pasando estaciones, y hasta dejamos atrás la de Alcázar, su efímero concurso de trenes y su gastrálgico chocolate.

A eso de las dos, un débil resplandor nos anunció la salida de la luna menguante; poco después, Venus, radiante de belleza; en seguida Marte y Saturno, tan juntos que parecían un solo astro, y más al Mediodía el gigante Orión con su nebulosa, su cinto de tres hermosas estrellas y el brazo extendido hasta tocar las cercanías del Zodiaco.

La espléndida hermosura del cielo me dió tanto en qué pensar, que sin sueño, se me fueron pasando las horas hasta ver cómo la luz del día iba poco á poco borrando las estrellas.

Y he aquí que, sin otros incidentes que un mediano desayuno en Chinchilla y dos cambios de tren, recorremos de punta á cabo el opulento valle de Biar y Benejama, y llegamos al término de nuestro viaje.

Está Bocairente edificado sobre una prolongada roca, que por Norte, Levante y Sur esconde sus cimientos en un profundo barranco; apiñados los edificios unos sobre otros hasta considerable altura, dejan, sin embargo, en la cima el espacio necesario para una hermosa iglesia flanqueada de gallardísima torre.

Por el Norte, cierra su horizonte una sierra pedregosa y estéril; al rumbo opuesto la de Mariola, coronada de perennes pinos, piérdese por un lado en la feracísima vega de Caudete y Villena, y por el otro camino del mar, se quiebra con caprichosas siluetas en la bendita peña de Agres. Entre una y otra cordillera, y en torno de la encumbrada villa, bordan la llanura olivos, vides, pinos, frutales diferentes, añosos cipreses agrupados á los blancos caseríos y los restos de un venerable convento de Franciscanos convertido en cementerio.

Asombréme de encontrarlo todo tan igual á los recuerdos de mi primera adolescencia; tanto cuesta á nuestra presunción convencerse de que los quince años que han bastado para llevarnos desde el comienzo al fin de la juventud, son un instante en la vida de la naturaleza.

¡Ese paisaje fué, á no dudar, contemplado sin sensible variación por mis remotos abuelos, y seguirá ostentando su impasible hermosura siglos después de haber yo desaparecido!

Con estas melancólicas ideas, templadas por la alegría de hallar vivo á nuestro enfermo, henos poco después en la efusión de los primeros abrazos.

II

A todo trance quería yo, tres días después de mi llegada, visitar algunas de las ermitas que á los cuatro vientos custodian la población.

En la del Norte veneran todos los pueblos del contorno la devotísima imagen de Cristo Crucificado entre los dos ladrones, Calvario esculpido hace tres siglos y medio en Valencia por Juan de Salas, artista á quien no citan, ni Ceán en su *Diccionario*, ni Araujo en su *Historia de la escultura en España*. La noticia consta, sin embargo, y ha sido por mí hallada en un curioso manuscrito.

La de Poniente, dedicada á San Antonio de Padua, cuya efigie de bulto conserva, no podía entrar en mi itinerario.

Corona la del Sur, ó de San Jaime, un pintoresco cerro, estribo de Mariola, y contiene un estimable retablo del siglo XVI ó fines del XV, con notorios dejos medio ovales y falsamente atribuídos, en mi concepto, á Juanes.

La ermita de Levante es de San Antonio Abad, y ha sido recientemente restaurada; su retablo, de arquitectura plateresca, siempre fué tenido por obra de Juanes, y con razón, con lo cual dicho está que las tablas pintadas de sus compartimientos son correctísimas de dibujo, francas de colorido, nobles y decorosas de composición y de expresión piadosísima, formando en conjunto un monumento artístico de gran valor, donde quizá ayudaran al maestro sus hijas ó sus discípulos, y que en todo caso debe ser conservado por la villa de Bocairente con amorosos cuidados.

Excelente idea fué para mí la de mi primo Don Francisco Miró, al calde presidente de aquel Ayuntamiento, de acompañarme en mi excursión, pues gracias á él pude curiosear á mi sabor, hasta el punto de averiguar que en cierta alacena de la ermita de San Jaime hay dos platos de loza morisca y reflejos metálicos, y además encontré sabroso desayuno preparado en una deliciosa quinta suya, que nos ofreció descanso y frescura á mitad del camino, y cuando el sol había desgarrado ya las nieblas matinales.

Confieso, pues, que mis exploraciones artísticas han carecido del mérito de las penalidades y peligros, y, sin embargo, han sido favorecidas con un notable hallazgo, como se verá más adelante.

La fortuna no es para quien la busca, sino para quien la encuentra.

III

He visto en algunas casas particulares de Bocairente buenas pinturas de los siglos XV y XVI; sin duda alguna, este pueblo ha tenido siempre riqueza y distinción; y como la locomotora, símbolo de la revolución, que para nivelar destruye, no ha llegado á él hasta hace un par de años, conserva todavía muchos de los timbres de nobleza heredados.

Así, existe casi la seguridad de que en el Ayuntamiento está la carta-puebla original del Rey Don Jaime, y bien pronto se dispondrá decoroso local para su archivo; se clasificarán todos los papeles, y si, como es de esperar, la carta-puebla parece, será colocada bajo cristales en el salón de sesiones.

La iglesia parroquial es de las mejores de la provincia, y muy digna de detenida visita: su arquitectura greco-romana, de severas proporciones, aunque á trechos muy breves y secundarios, cubierta bajo la hojarasca churrigueresca, que no afea el conjunto, luce en estucos, dorados y bronces. Hubo en ella un retablo de Juanes, dos de cuyas tablas fueron adquiridas por el Rey Carlos IV en 1802, y existen en el Museo de Madrid: sus asuntos son el *Descendimiento* y la *Oración del Huerto*. El remate quedó en la iglesia y es un frontón triangular, en cuyo tímpano está admirablemente representado el Eterno Padre. Se conserva en la sacristía.

Son también dignísimos de la admiración del artista en la misma parroquia los objetos siguientes:

En el tras-sagrario una tabla del siglo XV, que devota y hermosamente representa la *Cena*, una imagen de talla de la Inmaculada Concepción y el ostensorio ó viril.

En el altar extremo de la nave del Evangelio, otra tabla del siglo XV, con una muy estimable Virgen.

En la capilla de la Comunión, varias medianas, pero curiosísimas pinturas, relativas á la batalla de Lepanto y recuerdos del Pontificado de San Pío V, gran protector de esta Iglesia, á la que constituyó en situación canónica privilegiada, como diré después; y en un relicario de madera plateada cierta imagencita de Nuestra Señora con el Divino Niño, modelada y pintada con exquisito arte y devoción por el beato Nicolás Factor, fundador que fué del convento Franciscano, hoy en ruinas. Esta insigne Virgencita es digna de ser custodiada y venerada en áureo relicario.

En las bóvedas principales, algunas pinturas modernas estimables.

En la sacristía, además del *Padre Eterno* de Juanes, antes celebrado, varias auténticas reliquias, algunos otros Santos y retratos, un terno y capa de terciopelo verde con historias bordadas en sedas y oro, que decorosamente podría soportar la compañía de los que se guardan en el Escorial, una gran cruz de plata, esmaltes y perlas, en cuyo centro se ostenta un notable *Lignum Crucis*; un cáliz, por fin, de oro y plata con su patena, regalado, según tradición, por el Beato Juan de Ribera, y que es joya inestimable por su tamaño, por su prolija labor, por su puro estilo del Renacimiento, por sus repujadas historias y por su procedencia, del egregio y Bienaventurado Patriarca, Arzobispo y Capitán general.

Ocurrió, durante su prelacía, que la iglesia de Bocairente fué profanada con derramamiento de sangre en ella, y que al saberlo el Beato Arzobispo, acudió desde Valencia á reconciliarla y consagrarla sin que le detuviera el crudo temporal de nieves y lluvias que reinaba á la sazón; hízolo así con ardiente celo pastoral, y dejó como recuerdo este cáliz (sin duda la tradición es cierta) y una capa blanca con bordados de oro, que se describe en el acta solemne de reconciliación, cuya capa existe también, aunque muy deteriorada y según el acta deberá usarse en ciertos aniversarios fundados por el insigne sevillano.

En la antesacristía una preciosa pintura de la Concepción y un mediano retrato del P. Cabanes, Misionero y Mártir, natural de esta villa.

Cualquiera en mi lugar, después de haber visto con detenimiento todo esto, se habría declarado satisfecho y quizá harto; pero yo no hice tal cosa, y de ello me felicito. Sentía, como siempre, la comezón de ver lo arrinconado, lo desechado de todos, lo que por inútil se lleva al desván. ¡Tan aprendido tengo que la mitad de las cosas ensalzadas por la pública voz y fama no merece los elogios, y la mitad de las cosas despreciadas son dignas de la mayor estimación!

Conducido así en apariencia por mi desconfianza del juicio ajeno, y por la incansable benevolencia de aquellos señores Beneficiados, que allá para sus adentros ya me tendrían graduado de *curioso impertinente*, llevado en realidad de la mano por la Providencia, que todo lo dispone sin valerse ni del acaso ni del hado, tomé con buenos alientos el camino de la escalera, y la recorrí hasta el fin.

IV

El archivo parroquial, donde sabía yo existir memoria de la defunción y testamento del gran pintor Juanes, me ofrecía deleitoso entretenimiento para una semana, y ¡apenas podría detenerme en él un rato! Júzguese de la emoción con que al hojear los más antiguos cuadernos hallé partidas tan gratas á mi oído como éstas:

Ite a *a* XX *de giner batesam a Johan fill de Johan Belda. Foren padrins Johan Ferre fill den Bertomeu e Gines Llores. padrines Angela filla de P.e Figuera e Dalfina filla de Joha Asensio.*

Traducción. — En el mismo año (1530), á 20 de Enero, bautizamos á Juan, hijo de Juan Belda. Fueron padrinos Juan Ferre, hijo de Bartolomé y Ginés Llorens. Madrinas, Ángela, hija de Pedro Figuera, y Delfina, hija de Juan Asensio.

A xiy de dit fon feta remembrança del molt alt princep don carlos.

(Mayo de 1568, funerales del príncipe Don Carlos.)

A xxvy de dit remembrança de la Serenissima S.a mllr del Serenissim don felip rey despaña.

(Octubre de 1568, funerales de la reina Isabel, esposa de Felipe II.)

Primo a *iii mory agnes lobregada mllr q.o den Joan Belda Pastor ab testament rebut p Gabriel Joan Porcar noty lo primer de abril 1566.*

Traducción. — 1.ª partida: á 3 (Mayo 1566) murió Inés Lobregat, mujer de Juan Belda Pastor, con testamento recibido por Gabriel Juan Porcar, notario, el 1.º de Abril de 1566.

Tomé nota de muchas que revelan existir entonces como ahora en Bocairente el ilustre apellido de Juan, y adquirí el convencimiento de que no será difícil con una investigación más prolija dilucidar la parentela y descendencia de Vicente Juan Macip (Juanes) que, nacido en Fuente de la Higuera, fué á morir allí.

Quiso mi buena estrella que tropezara después, en un cuartito estrecho y polvoriento, con cierto cajón lleno de pergaminos y papeles, y allí, en un instante, pasé la codiciosa mirada por los siguientes:

Bula del Papa Sixto IV concediendo indulgencias á la iglesia de Bocairente.

Bula de San Pío V concediéndole el privilegio que aun goza, de que no exista en ella Cura párroco, y de que ejerza las funciones parroquiales el Capítulo de Beneficiados, que de su seno elige un Vicerrector.

Acta de la consagración verificada por el beato Juan de Ribera, y otros documentos por él subscriptos.

Auténtica de varias reliquias exhumadas y traídas de las Catacumbas de Roma.

Actas de visitas é instrucciones de los Arzobispos Borjas, y una de ellas firmada por mi venerado deudo Santo Tomás de Villanueva.

Varias cédulas Reales y un buleto del Nuncio César Fachenetti.

Híceme la promesa de *no comer pan á manteles* durante una semana para ordenarlo todo y copiar lo principal cuando á Bocairente vuelva, y acallada con esto la afición, fuíme de seguida á otro cuarto trastero, donde me decían haber algunos cuadros de desecho.

Allí me quedé absorto.

Figúrese ver, quien haya tenido la paciencia de seguirme, un retablito de unos dos metros de altura y muy delicado estilo plateresco, entre cuyas columnillas y cornisamentos lucen nueve tablas, en que Juanes derramó á manos llenas todas las dulzuras de su alma y todos los esplendores de su genio, y si no estima que estas pueden ser exageraciones caprichosas, se explicará mi admiración y el epígrafe de las presentes notas.

Tratábase de un verdadero é impensado descubrimiento, por cuanto ninguno de nuestros críticos ha mencionado jamás esta obra del gran artista, ni sospechado su existencia, y aun en el mismo Bocairente pocos la conocen, y nadie ha supuesto su procedencia ni su mérito.

Su disposición es la siguiente:

Sobre una *predella*, formada por tres de las tablas, se alza un cuadrado perfecto, dividido en un rectángulo central y cuatro laterales, y sobre el cuadrado un ático formado por la tabla novena, flanqueada de adornos y coronada de un remate.

Las tres tablas de la base representan: la del centro, Nuestra Señora en expectación del dichoso parto, con las manos juntas y un sol de oro en el regazo; la de la izquierda, los santos médicos Cosme y Damián, con trajes civiles del siglo XVI y los atributos de su profesión; la de la derecha, Santa Marcela y Santa María Magdalena, con la corona de espinas y el vaso de perfumes.

Al lado izquierdo del cuadro principal, San Miguel, venciendo á Satanás arriba, y la Natividad de Nuestra Señora abajo. Al lado derecho, y arriba, el Ángel custodio, con espada en una mano y áurea corona en la otra; y abajo, la Virgen de Loreto con su Divino Hijo en brazos, sentada sobre su Casa, que, á su vez, va conducida por tres muy expresivos angelitos.

En el ático, la Ascensión del Señor presenciada por su Santa Madre y los Apóstoles, divididos en dos grupos llenos de vida, movimiento y extática devoción.

En el rectángulo del centro, la Santísima Trinidad imponiendo magnífica corona á la Virgen Purísima, representada en el Misterio bendito de su Inmaculada Concepción, calzada de la luna y circuída de los graciosos símbolos de sus místicas alabanzas: allí, el sol, la estrella, el cedro, la puerta, la ciudad, el espejo, la fuente, el huerto cercado, proclaman con expresivo lenguaje, que se amplifica en bien combinadas filacterias, las virtudes y hermosuras de Aquella en quien el Soberano Hacedor y la inconmensurable y divina creación tienen puestas sus complacencias.

¡Deleitosos momentos fueron aquellos para mí! Tenía delante de los ojos una obra de Juanes, quizá más perfecta de ejecución y más mística y suave que la celebrada Concepción pintada para la Compañía de Valencia: su corrección, su ingenuidad y su pureza me penetraban el alma, y á un tiempo satisfacían mi entendimiento y mi corazón.

Poco á poco y á medida que mis ilustrados acompañantes notaban los motivos de mi entusiasmo, iban participando de él y acabaron por reconocer que aquello que hasta entonces había pasado inadvertido era una joya insigne de la pintura española.

Creo indudable que todas y cada una de las tablas son de mano del maestro, puesto que en ningún detalle he advertido los amaneramientos tan comunes en imitaciones y copias.

Al día siguiente de tan precioso hallazgo y horas antes de salir de Bocairente, valiéndome de una cámara fotográfica prestada, que coloqué sobre un improvisado catafalco de mesas y bancos, impresioné una placa que luego en Madrid he revelado. La prueba no pasa de mediana; pero basta por sí sola para demostrar, á quien no sea enteramente ajeno al arte, que el original es de primer orden.

¡Quiera Dios conservarlo para su mayor gloria y la de España al amparo de sacrílegas incautaciones y libre de restauraciones ó de abandonos indiscretos!

FRANCISCO JOSÉ BELDA.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Continuación.)

Sin embargo, la señora de Rumbrye había leído en el fondo de su alma cuando dijo:

"No es por piedad hacia Javier, sino por interés hacia ti, por lo que le defiendes."

El mulato á lo sumo tendría un débil deseo de salvar á su amigo, pero en cambio anhelaba vehementemente sacudir el yugo que pesaba sobre él.

Es preciso que el lector no se equivoque; este yugo era en efecto tan positivo como insoportable. Juan de Carral había mentido cuando dijo á Javier que era pobre.

Sea que la señora de Rumbrye le pagase, sea, y esto parece lo más probable, que hubiese sacado buen partido de sus anteriores intrigas, el mulato contaba con una fortuna más que suficiente para sostener con decoro la posición que había elegido y su pretendido ilustre nacimiento. No tenía que elegir entre una medianía tranquila y una peligrosa usurpación de nombre; una vez descubierto, tenía que renunciar á pasar por noble y caballero, y si los que lo son verdaderamente estiman su nobleza un tanto, ¿cuanto no deben estimarla los que la tienen postiza? Y todavía un noble fingido, si alguna vez se le descubre, vuelve á su estado de oscura medianía; se burlan de él una semana y después nadie se acuerda de semejante cosa; ¡pero pasar de noble á mulato; cambiar el nombre de Carral por el de Junquillo! esto no era posible, sobre todo si se tiene en cuenta la sorprendente y pueril vanidad de los hombres de color.

Medió entre los dos interlocutores un largo silencio, después del cual Carral, ocultando su rabia bajo una fingida humildad, tomó en fin la palabra.

— Buen ama — dijo — he hecho mal y me arrepiento..... En adelante os obedeceré sin murmurar.

— No hablemos de eso — dijo la señora de Rumbrye; — tú eres á veces muy testarudo; pero todos tenemos nuestros defectos. Dime la historia de ese joven.

Carral no se hizo repetir la orden, y refirió todo lo que sabía de Javier.

La Marquesa le escuchó con extraordinaria atención.

— ¡Bastardo! — murmuró entre dientes cuando D. Juan hubo acabado; — ya me lo figuraba, pero no esperaba tanto..... ¡Quince luises todos los meses! ¡Quince luises, cuyo orígen no puede justificar.....! ¡Lo tenemos en nuestro poder!

Permaneció un instante pensativa y dirigiendo después la vista á Carral:

— ¿Sabes por qué — le preguntó bruscamente — quiero que alejemos á ese joven?

— Yo no trato de penetrar nunca los secretos de mi buen ama — dijo hipócritamente Carral.

— Te creía más perspicaz..... Javier ama á la señorita de Rumbrye, mi hijastra.

— Me había olvidado de decíroslo.

— ¿Y no adivinas el resto?

Carral trató de dar á su fisonomía un aspecto de curiosa ignorancia.

— La señorita de Rumbrye — continuó la Marquesa — es la única heredera de mi marido, y mi marido tiene quinientos mil francos de renta.

— ¡Magnífica fortuna! exclamó el mulato — cuyos ojos brillaron como una chispa eléctrica.

— Alfredo, mi hijo, tendría tanto ó más si la revolución de Santo Domingo..... Pero esto ya pasó, y el hecho es que Alfredo no cuenta apenas con la décima parte.

— Ya entiendo..... Un casamiento.....

— Justamente; pero yo creo, Dios me perdone; que esa loca de Elisa piensa en Javier más de lo conveniente; y para colmo de desgracia, el Marqués de Rumbrye, que dice haber escapado de un gran peligro por causa de Javier durante los Cien Días, le dispensa una amistad decidida.

— Eso es un contratiempo fatal.

— Lo es en efecto, y por lo mismo, pensar en medios ordinarios para deshacernos de este huérfano misterioso sería inútil. El Marqués se opondría y su hija podría comprometerse. Es preciso emplear otra clase de recursos.

— Espero vuestras órdenes.

— Cuando te he enviado aquí—continuó la Marquesa—yo tenía mi plan que te expliqué en embrión, pero no me parece bien y renuncio á él.

— ¡Tanto mejor!—exclamó el mulato;—arrastrar poco á poco á un pobre joven al vicio, seguirle paso á paso para perderle.....

— ¡Silencio!—interrumpió la Marquesa;—cuando te pones á moralizar eres insoportable..... Mi nuevo plan es mucho mejor y sobre todo más breve; bastará una noche para ejecutarlo, y tu exquisita honradez (la Marquesa recargó estas palabras) no hallará, me parece, objeción que hacer..... Escucha.....

Aquí la Marquesa abandonó su pausada pronunciación criolla, para tomar un tono breve y positivo, mucho más conveniente cuando se trata de negocios, y expuso con una lucidez perfecta y maravillosa exactitud de locución, un plan que acaso al lector parezca pérfido cuando lo conozca, pero que prueba

la alta seguridad y distinguido talento de la señora de Rumbrye.

Carral por su parte escuchó á su buen ama con una respetuosa atención.

A medida que hablaba la Marquesa, el mulato, cediendo á su pérfida natural índole, se entusiasmaba con un proyecto tan hábilmente concebido, como bien combinado, hasta el extremo de dejar escapar de cuando en cuando algunas exclamaciones de admiración. Pero cuando la Marquesa concluyó, Carral, reflexionando un poco sobre el resultado probable, se estremeció con la idea de ser el ejecutor.

Este hombre conservaba algún resto de buenos sentimientos y el primer impulso valía en él mucho más que la reflexión.

— ¿Qué te parece?—preguntó la Marquesa después de una breve pausa.

Carral dudó.

— Mi ama – dijo al fin con timidez — vos no podéis exigir que yo os ayude en tan negra intriga.....

— ¿Y quién te ha hablado de ayudarme?

— Yo creí.....

— Tú te engañas..... No se trata de ayudar; tú obrarás por ti solo, sin que yo me mezcle en nada.

A esta conclusión inesperada, el mulato no pudo contenerse.

— ¿Mi papel no es bastante degradante, y queréis hacerlo más odioso con una burla? — dijo con amargura — pues bien, señora: aunque me hagáis todo el mal de que sois capaz, os rehuso mis servicios para tamaña maldad.

— Este hombre se va haciendo cada vez más insoportable — murmuró la Marquesa, levantándose con la mayor naturalidad..... — Adiós, pues, mi pobre amigo — continuó—yo me proporcionaré otro agente; nada hay perdido.

En seguida se aproximó al espejo y colocó graciosamente sobre sus hombros el chal de cachemira de Indias.

— ¿No vendréis esta noche á casa, Sr. de Carral? — dijo luego;—tenemos reunión de amigos.

Carral bajó la cabeza con aire taciturno, sin responder.

— Si os dignáis favorecernos — añadió la Marquesa — no os arrepentiréis, porque tengo proyecto de obsequiar á mis huéspedes refiriéndoles la historia del mulato Junquillo.

— ¡No lo haréis, señora!

— Allá veremos.

— ¡Piedad, piedad, mi buen ama!

El mulato se había puesto de rodillas; pero la señora de Rumbrye, dando su última mano al arreglo de su elegante chal, atravesó la pieza con paso lento y acompasado, abrió la puerta y desapareció.

El mulato se levantó precipitadamente.

Su rostro estaba lívido y su mirar era fijo y sangriento.

— ¡No ha de llegar mi turno! — exclamó con voz ronca y ahogada. — ¡Ah! si algún día se me presenta la ocasión, mi venganza será terrible....!

Al momento que la Marquesa salió del portal, el mendigo, que la había esperado pacientemente, se presentó de nuevo delante de ella y le tendió la mano.

— ¡Todavía este negro! — dijo con disgusto.

En seguida volvió la cabeza y se metió en el coche.

El negro no se dió por vencido; al contrario, se aproximó más y dirigió su vista al interior del carruaje.

La figura de la Marquesa se distinguía perfectamente á la luz de un reverbero inmediato.

En vista de esta atrevida insistencia, arrugó el entrecejo y corrió la cortinilla; pero el mendigo dió precipitadamente la vuelta al coche y fué á colocarse en la otra ventanilla.

— Dejadme en paz — gritó con cólera la señora de Rumbrye; — yo no doy nunca limosna á los negros.

— ¡Criolla! — gritó á su vez el mendigo.

El lacayo se aproximó para recibir la orden de su señora y el negro escuchó con avidez.

— ¡A casa! — dijo la Marquesa solamente, y corrió la otra cortinilla.

— ¡A casa! — repitió el mendigo — ¿qué casa? Y sin embargo es preciso que yo la vuelva á ver..... porque se le parece mucho. Son sus mismas facciones, con los cabellos de color diferente. Además es criolla, pues que nunca da limosna á los negros. ¡Será ella, Dios mío.....!

Al tiempo de emprender con lentitud la marcha para su retiro nocturno, vió debajo del balcón un bulto blanco; volvió atrás y lo recogió.

Era un pañuelo de batista bordado con guarnición de encaje, tan fino que fácilmente hubiera podido meterse dentro de una nuez.

El mendigo se aproximó al reverbero para ver la marca.

— Es su pañuelo — dijo, buscando la cifra..... — ¡Veamos.....! ¡F. A! ¡Dios mío! ¡Dios mío.....! Tantas circunstancias no pueden ser casuales. Es ella, no hay duda. Han pasado más de veinte años, pero no importa. Yo la haré recordar todas las circunstancias..... ¡Oh! la buscaré, la buscaré, y estoy seguro de hallarla. Es preciso, es indispensable, que yo la hable.

Diciendo esto bajó por la calle de San Germán, volvió la de la Abadía y se detuvo á la entrada de una casa de pobre apariencia situada en la esquina de la callejuela Borbón el Castillo.

En el quinto piso de esta casa había una habitación desmantelada, estrecha, baja de techo y de miserable aspecto. Era la que ocupaba el mendigo.

Los muebles estaban reducidos á un jergón y un cofre nada más, pero cerca de la lucerna que daba luz al aposento, una especie de trofeo contrastaba con el resto de los adornos.

Este trofeo consistía en dos charreteras de capitán, doradas, un sombrero de uniforme con escarapela tricolor, como el que usaban los oficiales de infantería en tiempo de la República y debajo un espadín con puño de nácar y dos ricas pistolas colgadas de un clavo.

En cuanto entró en su cuarto, el mendigo abrió el cofre que cerraba una excelente cerradura, y en el cofre había una suma bastante considerable en diferentes monedas y una cartera con una tarjeta de acero, en la que estaba grabado un nombre.

El negro añadió á su peculio la recolección de aquel día, que había sido abundante y después abrió con prontitud la cartera.

— Perfectamente — dijo, después de haber recorrido algunos papeles. — ¡F. A! Son sus iniciales.

Su emoción era tan violenta que sus piernas flaquearon bajo el peso del cuerpo y tuvo que dejarse caer en el jergón.

— Después de haber buscado pacientemente sin cesar..... por espacio de veinte años — dijo — ¿habré al fin encontrado lo que busco? ¡Ah! me he creído tantas veces á punto de tocar el término de mis diligencias, que temo ahora no ser más afortunado.

Su cabeza cayó sobre el pecho y permaneció un instante inmóvil y como abrumado por el desaliento, pero muy luego ostentó su elevada estatura y brillaron sus ojos de confianza y alegría.

— ¡No, no! — dijo — ¡ahora no me equivoco! Todo me indica que es ella y que mi tarea toca á su fin.

En seguida se levantó.

Su negro rostro, cuyas facciones perfectamente caracterizadas respiraban el vigor moral y la bondad, tomaron una expresión de dolor solemne. Se puso de rodillas delante del trofeo y llevó á sus labios para besarlas las charreteras de oro.

Así permaneció largo tiempo perdido en lejanos recuerdos; después dos lágrimas se escaparon de sus ojos y corrieron lentamente hasta su pecho de ébano.

— ¡Ah, mi amo! — dijo con voz dulce y tomando involuntariamente la jerigonza negra olvidada hacía mucho tiempo. — ¡Mi amo bueno!

Estas palabras parecieron despertar en él todo un pasado de amor y besó las charreteras con una especie de delirio.

— ¡Tú estás en el cielo! ¡tú me ves! — exclamó con una voz llena de pasión. — ¡Regocíjate, regocíjate.....! porque tu última voluntad se va á cumplir.

III

El baile.

La casa del Marqués de Rumbrye era un vasto y elegante edificio situado al extremo de un parque, cuya puerta exterior se abría á la calle Grenelle.

Los escudos derribados durante la época de la República no se habían restablecido; pero entre los adornos de los balcones de hierro se distinguía aún el dragón de Rumbrye y el bastón de mariscal de Francia.

Era en toda la extensión de la palabra un palacio de gran señor, con su pabellón para el portero y todos los accesorios indispensables.

Para llegar á la entrada principal era preciso subir una larga escalinata circular, cuyas gradas de mármol sostenían elegantes cajones de flores. Este día había fiesta en el palacio y el vestíbulo estaba iluminado.

Los lacayos, de gran gala, subían y bajaban sin ruido, como acostumbran los criados de las casas grandes, los tapizados peldaños de la escalera principal.

Desde afuera las salas y galerías se veían profusamente alumbradas.

Acá y allá se percibían, por entre una colgadura entreabierta, las cornisas talladas de los salones ó el cuadro dorado de algún retrato secular de la familia.

Magníficas arañas resplandecían al través de la gasa y de la seda, y su luz, reflejada en el cristal, iba á perderse en los muros de las casas contiguas.

Todo esto se veía, pero sólo cuando la puerta del parque abría sus dos hojas para dar paso á algún carruaje; una vez entrado éste, la puerta se cerraba y no se distinguía nada.

El mundo aristocrático se muestra muy celoso de sus goces, y sólo á hurtadillas pueden los profanos penetrar con una furtiva y curiosa mirada el misterio de sus nobles magnificencias.

No faltaban curiosos en las inmediaciones del palacio del Marqués, ni faltaban tampoco agentes de policía y rateros; los primeros abundaban mucho en París todavía en 1816; los segundos son innumerables en todos tiempos y en todas partes.

Cada vez que la gran puerta se abría, cincuenta miradas por lo menos se dirigían como otras tantas flechas atravesando el espacio del parque hasta el interior del vestíbulo.

— ¡Excelentes diamantes! — decía uno viendo bajar alguna señora del coche.

— Son falsos — replicaba otro encogiéndose de hombros.

— ¡Mira qué vestido bordado de oro! — exclamaba el de más allá.

— Sí, oro — añadía con desdén el optimista — lentejuelas, y gracias.....

— ¡Bonito peinado! ¡Hermoso pelo.....!

— Postizo..... Estos señores son como los comediantes.

Y al mismo tiempo una turba de mendigos desharrapados y andrajosos gritaba en coro:

¡Una limosna por amor de Dios!

EN EL HIPÓDROMO.

—¿Conque en primavera irán ustedes á Londres?
—¡Ah.....! No señor..... Pensamos ir á Chinchón.
—¿Hay allí carreras de caballos?
—Yo le diré á usted. De cinco á siete, todas las tardes, corren toda clase de animales.

Un nuevo carruaje interrumpía el diálogo, que volvía á animarse luego que descendían los que iban dentro de él.

En los intervalos solía pasar alguno de esos elegantes de baja esfera, que forman el público habitual de los billares y tiendas de vinos, y deteniéndose para inquirir la causa de la reunión, exclamaba con desdén después de haberla averiguado: « ¡Miserables.....! ¡El pueblo siempre será pueblo! » y seguía impávidamente su camino.

Hacia las diez de la noche la escena se animó y los carruajes se sucedían con tal rapidez, que el suizo tuvo que dejar abiertas las puertas.

Los curiosos pudieron entonces mirar á su gusto, y satisfecha la curiosidad, se retiraron á sus casas lamentando que el cielo no les hubiese dado medio millón de renta.

Pero los mendigos se mantuvieron á pie firme, aumentándose su falange con una buena porción de esos nómadas industriales que se ocupan en París de abrir y cerrar las portezuelas de los carruajes de alquiler. Por desgracia éstos estaban en gran minoría. Apenas algún humilde y vergonzante fiacre tenía la audacia de vez en cuando de deslizarse entre la suntuosa carretela y el elegante landó.

En lo interior, los salones empezaban á llenarse.

No era un gran baile lo que daba la señora de Rumbrye, era simplemente una *soirée*, al menos ella así lo entendía.

Por nuestra parte nunca hemos comprendido bien la diferencia que existe entre un gran baile y una soirée.

Para una soirée, es verdad que no se convida más que á los amigos, cuando para un gran baile se acostumbra á invitar á todos los conocidos, pero la lista es la misma y ciertamente es preciso que sean muy escasas las relaciones para no admitir á un conocido en el número de los amigos, cuando sólo se trata de llenar á toda costa los salones que vacíos harían muy mal efecto, y cuando no se puede lograr completamente el objeto si el público no es numeroso, en lo cual tampoco nada se arriesga.

Como quiera que sea, la *soirée* de la señora Rumbrye no era un baile, sin que esto impidiese para que hubiera trajes verdaderamente regios y una etiqueta perfectamente intachable.

Pero en rigor podía decirse, si esto es una *soirée*, ¿qué sería si la Marquesa diese un baile?

Esta posibilidad lisonjera explica, á no dudarlo, el objeto y el motivo de la sutil distinción que acabamos de indicar.

Eran las diez y media, la orquesta había preludiado y la dueña de la casa no se había presentado aún en el salón.

Elena, con una gracia admirable y ese tacto social que parece innato en las señoritas de ilustre familia, hacía los honores de la fiesta en ausencia de su madrastra y ocupaba dignamente su puesto; pero todos, sin embargo, se preguntaban al oído por la Marquesa; el mismo Marqués había dirigido dos ó tres veces sus inquietas miradas hacia la puerta del gabinete de su mujer.

(Continuará.)

AVISO

Se ruega á los Sres. Suscritores que no hayan renovado su suscrición, lo verifiquen lo más pronto posible, porque su tardanza interrumpe la marcha regular de la Administración.

También se ruega á los que no deseen continuar, que lo avisen directamente á esta Administración; pues la devolución de los números no surte el efecto que se proponen, porque raras veces llegan á nuestro poder.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentifrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Inventor 29, 31 des Italiens, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 2.178.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 4.º — Madrid 5 de Febrero de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 pt. fs.
Un año..... 16 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 12 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 9 pt. fs.
Un año..... 18 »

SUMARIO

Texto.

La década, por Veraudo. — *Abnegación* (novela), por Mad. Bocarmé. — *El M. Rdo. P. Eugenio Caldeiro*, por J. C. G. — *La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés*, por Mr. Rocca (capítulo II). — *La iglesia de Megente*, por Francisco Beltrán y Perez Nuñez. — *Album de poesías: El óbolo de la viuda*, por Esperanza Orrea. — *Arrepentida* (soneto), por Ernesto Julia y Hubert. — *La familia de León XIII*, por Angel Salcedo Ruiz. — *El mendigo negro* (novela), por Paul Feval.

Grabados.

El Rdo. P. Caldeiro. — (Véase el artículo.)
El óbolo de la viuda. — (Véase la poesía de la señorita doña Esperanza Orrea.)
De regreso al hogar. — Precioso cuadro de género, de felicísima composición, que respira elegancia y gracia. Los que vuelven al hogar son una dichosa pareja, ricos y apuestos; quizás vienen del viaje de novios. Y el hogar no es un pobre hogar, sino un lujoso hotel.
La escuadra inglesa en Canarias. — (Véase la década.)

LA DÉCADA

No ya para Madrid y España, sino para todo el orbe católico, el acontecimiento de la decena es la publicación de la magnífica Encíclica de Su Santidad León XIII. Impertinente y ridículo resultaría el elogio de un documento emanado del oráculo infalible de la verdad. Cuando habla el Vicario de Jesucristo, á nosotros, sus fieles hijos, no nos toca más que callar y obedecer. Las palabras del Papa son para la Iglesia como salidas de los labios de Jesucristo.

Ha tenido la buena idea *El Movimiento Católico* de insertar la Encíclica de Su Santidad, en su original latino y traducida en excelente castellano, en un folletón encuadernable, de suerte que forma un opúsculo de bonita impresión muy propio para leer con comodidad y conservar fácilmente las enseñanzas del Romano Pontífice. Y aun ha sido mejor idea, sin duda, la del director del citado periódico, señor D. Valentín Gómez, de escribir unos artículos magistrales, exponiendo, por decirlo así, al menudeo y para el común de los lectores, las doctrinas elevadísimas que en la Encíclica se contienen.

Felicitamos de todas veras al Sr. Gómez por el éxito de su trabajo. Nos consta que autoridades elevadísimas de la Iglesia española ya han felicitado por el mismo motivo que lo hacemos nosotros ahora al insigne director de *El Movimiento Católico*.

***

La muerte de Don Amadeo de Saboya evoca en nosotros el recuerdo de una persona simpática y bien nacida que vino á España en mal hora para servir de juguete á las facciones revolucionarias, y que cuando comprendió el desairado papel que querían hacerle representar, tuvo el feliz acuerdo de volverse á su patria. Careció Amadeo de aquellas cualidades sobresalientes que brillan en los fundadores de dinastías y en los héroes destinados por la Providencia para inaugurar nuevos períodos históricos. Pero en cambio, y en prueba de la eterna ley de las compensaciones, careció también de los vicios que suelen ser inherentes á las indicadas cualidades. Si no fué grande como César, ni como Carlos I, ni aun como Guillermo de Orange, tampoco, en cambio, fué ambicioso como lo fueron ellos. Verdad que no supo dominar á las facciones que rugían embravecidas al pie de su poco sólido trono; pero tampoco consintió que las facciones jugaran con él más tiempo que el que tardó en conocerlas. Su grande error fué creer que se puede fundar una nueva dinastía sin títulos históricos, y á falta de ellos, sin los títulos que dan el genio y la fortuna. Ciento noventa y un diputados lo trajeron á España, y para marcharse aun necesitó menos votos: le sobró con el suyo. Su venida á España costó la vida al general Prim; su brusca retirada hizo contraer á su virtuosa señora, la Princesa de la Cisterna, la enfermedad que la llevó al sepulcro. Entre la tumba de Prim y la de María Victoria relampaguearon aquellos dos años de reinado azaroso y turbulentísimo con que la Casa de Saboya empezó á purgar, por medio del ridículo en que se puso ante toda Europa, la usurpación sacrílega de los Estados Pontificios.

Amadeo era católico, y como dicen en Italia, *papalino*, esto es, católico de veras. Nunca quiso residir en el Quirinal. *El Liberal* ha dicho de él que era un fanático. ¿Cabe mayor elogio?

Recuerdo que una mañana de otoño jugábamos varios muchachos en las alamedas del Campo del Moro. Estaba todo aquello solitario, y con esa melancólica y serena belleza propia de la estación otoñal en Castilla. Embebidos en nuestros jue-

EL RDO. P. CALDEIRO.

gos, no reparamos á un caballero que cruzaba el paseo hacia las alturas del Palacio Real. Pero de repente, uno de los que jugaban se detiene y grita con el familiarismo despreciativo que los revolucionarios habían puesto de moda:

—¡Amadeo!

Todos volvimos la cabeza, y vimos al Príncipe que sonreía saludándonos, paseando solitario y á pie, con una flor en una mano que distraidamente iba deshojando con la otra. Con esa curiosidad propia de la edad, fuimos siguiendo á Don Amadeo hasta la puerta de la plaza de Oriente, por donde entró en Palacio. Siempre que pienso en Don Amadeo, recuerdo aquella mañana de otoño, melancólica como el destino del regio vástago de los Saboyas. ¿Qué flor era aquella que deshojaba? ¿Sería la de sus ilusiones?

***

La noticia del hecho (escribe Alfonso Pérez Nieva, el elegante cronista de *La Ilustración Tasso*) ha rodado por los periódicos y merece propagarse todo lo posible, para enseñanza de los inocentes que creen á pies juntos, fascinados por ciertos sistemáticos utopistas, que los reyes tienen hoy día poco menos que entrañas neronianas.

Tardes atrás, acompañada de su hermano el archiduque Eugenio, paseaba la Reina Regente en su coche por las hermosas alamedas de la Casa de Campo, cuando allá lejos, al través del bosque, brotando angustiosamente al otro lado de los enormes pobos, estalló un toque de bocina prolongadísimo y repetido, como si el sonoro instrumento pidiera auxilio con sus ecos. Guiados por la vibración de la bocina volaron la Reina y su hermano hacia aquel sitio, y encontraron tendido en el camino, revolcándose con espantosas convulsiones y presa de un accidente, á un pobre guarda, que era sin duda el que había llamado, antes de caer, por un supremo esfuerzo de voluntad; casi á la vez que las egregias personas, llegó el guarda mayor y se quedó perplejo sin saber cómo conducir á su domicilio á su compañero.

Pero allí estaba la Reina con su magnánimo corazón de soberana y su piedad de mujer, y ella resolvió el lance, ordenando á su hermano que ayudara al guarda mayor á subir al infeliz accidentado al coche, y en el propio carruaje Real fué llevado el humilde empleado á su casita situada dentro de la posesión. Huelga referir las bendiciones que la caritativa señora escuchó de la familia del guarda, turbada y llorosa de ver entrarse á la Reina por las puertas de su vivienda acompañando á su servidor. Y no paró aquí la cosa; en cuanto Doña Cristina regresó á palacio, envió un criado á enterarse del estado del guarda, encargó que le costeasen cuanto necesitara para su curación y le mandó de remate una espléndida cantidad en dinero.

***

Portugal sigue enredado entre las fuertes garras del leopardo inglés, chillando y alborotando contra su cruel verdugo; pero la verdad, sin conseguir cosa de provecho. Portugal, respecto de Inglaterra, está en la proporción de un niño de cuatro años respecto de un gigantón en la plenitud de su edad y de la fuerza.

Tendrán nuestros vecinos todo el derecho y toda la razón que quieran; pero ¿qué vale eso contra un Imperio como el británico, que cuenta los súbditos y el dinero de sus arcas por miles de millones? No hay que hacerse ilusiones: heroicos por mar y tierra son los portugueses, como lo han demostrado en infinitas ocasiones desde los siglos más remotos; pero si eso es cierto, y lo es sin duda, no lo es menos que vencer y sujetar á Portugal es para Inglaterra empresa más fácil que dominar á los muchos reinos de la India. Damos hoy la vista de la escuadra inglesa del Océano, actualmente preparada para simular un combate naval en el estrecho de Gibraltar, y que nuestro corresponsal artístico de Canarias nos envía, sacada cuando estuvo anclada la poderosa flota en aquellas islas. Esta escuadra es suficiente para derrotar á Portugal y bajar los humos de todos los patriotas de Lisboa.

En otras épocas había menos desproporción entre las naciones en punto á poder. Holanda podía desafiar á Felipe II, en cuyos dominios no se ponía el sol. Suiza triunfaba de Alemania. El reino de Aragón, bajo Pedro III, vencía al reino de Francia. Pero ¿hoy? Las naciones pequeñas nada pueden contra las potencias de primer orden. Y el que no lo quiera así, que trabaje y sea potencia de primer orden.

Portugal podía serlo, no sola y aislada como está hoy, sino unida á su hermana la nación española. De la potencia ibérica no se burlaría nadie impunemente. Pero ¡hablarles de eso á los portugueses! Primero quieren ser moros que españoles. Está bien; que se salgan con su gusto, pero que aguanten las consecuencias. No quieren el abrazo de sus hermanos. Pues que reciban el puntapié de los extraños. Repicar y andar en la procesión no puede ser. Formar un reino minúsculo y que no le traten como á reino minúsculo, tampoco es posible. Aviso á los separatistas cubanos y á los ilustres *catalanistas* de Barcelona.

***

Semana de muertos ilustres. Han fallecido cuatro Grandes de España. Entre ellos ha merecido el honor de un duelo universal el Conde de Toreno, uno de los personajes conspicuos del partido conservador. Era un hombre de bien y un buen cristiano. Cuando fué ministro de Fomento y tenía que optar entre un católico y un racionalista para proveer una cátedra vacante, prefería al católico. Esto era naturalísimo, sin duda, como también lo es que los impíos no lo llevasen á bien y pusieran al Conde como no quieran dueñas. Los católicos tenemos la obligación de honrar la memoria de un hermano nuestro que en las esferas del poder, y en estos tiempos de cruel indiferentismo y de afectada imparcialidad entre el bien y el mal, no tuvo reparo en obrar como se lo exigían sus deberes de católico. ¡Que descanse en paz el Conde de Toreno!

***

Hemos recibido la nueva y notabilísima edición que de su curso de Psicología ha publicado el ilustre Catedrático del Instituto de Valencia, Sr. D. Manuel Polo y Peyrolón. Y ya que citamos nombre tan simpático para todos los católicos españoles, hemos de añadir que, restablecido de pertinaz dolencia, e insigne escritor se propone volver á sus tareas literarias. ¡Buena noticia para los amantes de las letras!

***

De teatros sólo podemos citar el estreno de *La verja cerrada*, de Blanco Asenjo. Es un hermoso drama romántico muy bien escrito. Hace algunos años hubiera durado setenta noches en el cartel. Hoy..... Vamos..... Más vale no hablar de eso.....

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para La Ilustración Católica *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Diciembre 18....

¿Qué va á suceder? ¿qué nueva desgracia nos amenaza? Ayer estaba bordando al lado de la cuna de Edmundo, que se divertía tranquilamente con sus juguetes; Francisquita aprendía el punto de marca á mi lado, cuando oí á Verónica, que con voz inquieta me llamaba desde la cocina. Fuí corriendo. Encontré á Verónica hincada de rodillas delante de mi madrastra, que, completamente privada de sentido, estaba echada sobre una silla, pálida como la muerte. Creí que era un desmayo, un golpe; pero la criada me enteró en pocas palabras de que su ama había llevado la mano al pecho, dado un grito y caído sin conocimiento. Esta narración me asustó más que mi primera suposición. A fuerza de vinagre, de agua fría y de esencias volvió en sí, y en seguida quiso levantarse; pero sus piernas le negaron este servicio, flaquearon sus fuerzas, y dijo con voz débil:—Necesito acostarme. Háganme ustedes el favor de ayudarme á subir.

Cuando llegó á su cuarto, con gran trabajo, quise yo ayudarla á desnudarse; pero me contuvo dulcemente con la mano, diciéndome:—Lo haré yo misma, querida Octavia..... Gracias, mil veces gracias.....

Consiguió echarse en la cama, sola, sin ayuda, pero no sin grandes sufrimientos. Cuando estuvo acostada, me hizo seña para que me acercase á ella, y me dijo: —He rehusado tus servicios, hija mía, porque sin quererlo hubieras podido herirme, lo que hubieras sentido. Tengo un cáncer en el pecho.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamé— ¡y andaba usted y trabajaba usted!

—Dios me ha concedido esta gracia —respondió; —pero ahora ya toco al término.

Yo estaba pasmada; su fuerza y su serenidad me llenaban de admiración y asombro. Aquella violencia que se notaba en sus acciones era la del sér que triunfa de un sufrimiento mortal: aquella gravedad, que nunca le abandonaba, era la de la esposa, de la madre, viviendo en presencia de una muerte inevitable y próxima; ¡pero qué fuerza de alma en medio de tanta prueba, qué dulzura en medio de tanto sufrimiento, qué valor tan invencible delante de un porvenir tan negro!

Mi padre, llamado por Verónica, entró y corrió hacia ella.

Ella le tendió la mano. — Ha llegado el momento, esposo: — dijo — tus cuidados lo han alejado todo lo posible, pero conozco que Dios me llama.

Mi padre se deshacía en lágrimas y le abrazaba con un cariño desesperado, que traspasaba el corazón. Les dejé solos. Cuando más tarde salió del cuarto (y parecía que había envejecido diez años en una hora) fuí hacia él: — ¿La salvará usted? — dije.

Meneó la cabeza. — La ciencia es impotente — respondió — todo lo que puede el arte médico se ha probado, pero probado en vano; yo esperaba aún, pero sin tener en qué fundar mis esperanzas; su fuerza de alma sobrehumana le ha sostenido. Se ha acostado después de haber gastado su vida hasta lo último; es todo corazón, pero hoy, ni el corazón tiene ya más que un débil latido.....

—¿No tiene remedio?

—¡Ay, hija mía, hacía falta un milagro! El mal que la consume sólo era conocido de ella y de mí; ha querido luchar contra él con el valor, la actividad y la firmeza de un alma superior al sufrimiento, pero hoy se rinde el cuerpo. ¡Oh, mi querida Octavia, no sabes lo que perdemos!

No pudo concluir y entró vacilante, loco en el cuarto de la pobre enferma, como si hubiera sentido perder uno de los instantes que aun puede pasar con ella.

Saint-Omer, Enero 18....

¡Qué días tan tristes! Vive todavía, pero con indecibles sufrimientos, y sin esperanza alguna; pero todo lo que le queda de vida se lo da á Dios y á su familia. ¿Lo diré? Está más amable que antes: ya no lucha; y su alma, descansada en la paz de su conciencia y en la espera de la muerte, se deja llevar libremente de los sentimientos de que está llena, y

que ahora, como nunca, manifiesta. Tierna, cariñosa con su marido, solícita con sus hijos, atenta conmigo, y buena para Verónica, nos deja á todos sus recuerdos bajo la más conmovedora imagen, y no obstante, se conoce que no cesa de sufrir. ¡De dónde saca tanta fuerza! ¡Ay! Mi pobre padre está un millón de veces más abatido que ella: su dolor, aunque previsto, es inmenso, y su mujer es la que le consuela. Están de tal suerte unidos, que ni puede ni quiere ocultarle su pena: al lado de su cama es donde va á llorar; ella mira entonces á su Crucifijo, quien le inspira las palabras tiernas y fuertes que levantan el alma desconsolada de su marido y la sostienen. A veces he tenido celos de esta afección tan íntima y confiada, pero hoy la comprendo y la respeto.

Mi madrastra ha pedido y recibido los Sacramentos: y esta ceremonia, que tiene algo de terrible y de imponente, parecía sosegarla y alegrarla. Como á mí me chocaba, me dijo Verónica: —No es extraño, señorita; su pobre mamá de usted comulgaba con frecuencia; está acostumbrada á recibir á Dios..... ¡Ah! No le asusta: yo respondo de ello. ¡Le ama demasiado para eso!

¿Sería este el secreto de su vida y de su muerte?

Saint-Omer, Enero 18...

El terrible acontecimiento que se acerca me trae á la memoria los consejos de mi tía Salvien. Me predijo un fastidio que he sentido; la ausencia de una afección primera, que me ha sido dolorosa; la privación de ciertos placeres vivos y delicados, que he experimentado; pero yo no había previsto, ni ella tampoco, los graves, los pesados deberes que podrían pesar sobre mí. Si se muere mi madrastra, yo, la hermana mayor, soy la que tendré que ocupar su puesto. Esta idea me espanta. Hace un año era una niña sometida á la más dulce, á la más cariñosa autoridad; no tenía ni cargos ni responsabilidades, y tal vez antes de pocos días esté á la cabeza de esta casa, con obligación de educar, de cuidar de estos dos pobres huerfanitos. ¡Oh! ¡Y qué bien reconozco mi ignorancia y mi incapacidad! ¿Y quién vendrá en mi ayuda? El porvenir me da miedo, me aflijo; quisiera volver á ser niña. ¡Si pudiera resarcir mi infancia, mis serenos días y la mano tutelar que me guiaba sin que tuviera que inquietarme de las vueltas del camino!

Saint-Omer, Febrero 18...

Todo se ha acabado; mi pobre padre es viudo, y estos pobres niños han quedado huérfanos. Era ayer..... Me habían alejado de la cama en cuanto empezó la agonía, y estaba en el cuarto de los niños, que acababan de dormirse. Francisquita, sin embargo, no cedió al sueño sino después de muchos lloros é interrogaciones inquietas; pero tranquilizada con mis respuestas, concluyó por cerrar los ojos. Una lamparilla iluminaba tristemente el cuarto; no podía ni trabajar ni leer, pues con el oído atento escuchaba con angustia los débiles ruidos que partían del cuarto de la enferma. En el silencio de la noche oí una voz, la de Verónica, que recitaba una oración; sollozos ahogaban las palabras sagradas.... Después hubo un gran rato de silencio. Dona, que me había seguido, se enderezó, y escuchaba también, inquieta, yendo hacia la puerta y volviendo á buscarme.

De repente echó un gemido el pobre animalito. Francisquita se despertó y dijo con voz lastimera: —¡Mamá! ¡mamá! y Verónica, abriendo la puerta y dejando ver sus ojos anegados en lágrimas, me dijo

— Señorita, vaya usted al lado del señor, que está en su despacho.....

Fuí corriendo..... ¡Oh, qué lástima me dió la aflicción de mi padre! No pudimos más que llorar juntos sin poder hablarnos, pues las palabras espiraban en nuestros labios, ahogadas por las lágrimas; no quiso acostarse, y pasé el resto de la noche á su lado. Cuando amaneció el día, frío y húmedo, me dijo cariñosamente: —Mi querida Octavia, hija mía, es preciso que vayas á descansar; tendrás necesidad de conservar tus fuerzas, pues vas á tener muchos y graves deberes que cumplir, pobre niña. Yo no te he de servir de ayuda, lo siento, mi vida está aniquilada. Que esta palabra no te ofenda, hija mía; pero más tarde entenderás que no se sufre impunemente, y por dos veces, una desgracia semejante. ¡Dos veces! ¡Mis dos compañeras! Tu madre, Octavia, era el orgullo y el encanto de mis ojos, mi descanso, mi alegría..... ésta la fuerza de mi alma..... Dios lo ha querido, pero ¡qué sacrificio! — Papá, respondí, yo haré por cumplir bien y por devolver á mis hermanitos los cuidados que recibí de mi pobre tía. Viva usted para nosotros, que tanto necesitamos de usted. — Si puedo, dijo con aire de duda.

Le obedecí y me retiré; fuí al cuarto de los niños y me ocupé de ellos. ¡Heme, pues, ya madre de familia!

Saint-Omer, Febrero 18...

En el escritorio de mi madrastra se ha encontrado esta carta que me dirige á mí:

«Mi querida Octavia: Esta carta, que ha de ser mi última ocupación en la tierra, contiene también la expresión de mi último pensamiento y de los sentimientos más íntimos de mi corazón. Cuando la leas ya habrá dejado de existir la que te traza estas líneas con la pena de que su muerte va á imponerte una carga algo pesada tal vez. Estos deberes que he cumplido con tanto gusto, estas labores de la casa, estos cuidados de la esposa y de la madre, todo lo que hacía mi felicidad y que dejo con tanta pena, será tal vez para tí un enojoso estorbo, una esclavitud, de la que no sentirás más que las molestias, de la que no verás más que las asperezas. ¡Lo comprendo, y es un sacrificio que tengo que añadir á todos los demás: bendito sea Dios que los impone y los recompensa!

»Apenas te conozco, mi querida Octavia; no te he educado yo, no he podido inclinar tu alma hacia los pensamientos que la mía venera, ni doblegarte desde niña á las ocupaciones á veces fastidiosas, y á los deberes á menudo difíciles, que la suerte impone á las mujeres; desde que has vuelto á nuestro lado te he dejado libre, libre en tu muy justo dolor, libre en tus inocentes placeres, pero te he observado: eres buena, y esta bondad, que en ti no está desprovista de energía, es la que vengo hoy á reclamar de ti. Eres la mayor; á ti el derecho de la abnegación y del sacrificio; te dejo todo lo que quiero, Octavia, tu padre y mis hijos. ¡Sé para ellos lo que yo hubiera querido ser, consuelo y apoyo! ¡Ámales! No necesito pedirte tu cariño filial para tu padre; sé que le querrás, y que sabrás sacrificarte por él, y cariñosa y tierna reemplazar á su lado la esposa muerta, la amiga que ya no ha de ver; pero mi hijo, mi hija, estos pobres huérfanos, son los que te confío, Octavia, y para los que te pido piedad, cariño y protección. Sírveles de madre..... te traslado todos mis derechos..... ¡así pudiera trasladar á tu corazón el cariño de que el mío está lleno! ¡Los he querido tanto, y no volveré á verlos! Me engaño: los volveré á ver en Dios; todavía serán míos en aquella eternidad que temo y que deseo: la muerte para el cristiano es una palabra vana; sólo nos aleja temporalmente de lo que Dios nos ha permitido amar; y aquellos á quienes ha separado su bondad suprema los reune y los consuela. ¡Ah! Si soy admitida á los pies de este Dios de misericordia, ¡cómo pediré por ti, Octavia! No; tus Santos protectores, el Angel de tu guarda, tu madre, que también tuvo que dejarte, no elevarán por ti oraciones más ardientes que las mías si aceptas generosamente el depósito que quiero confiarte. ¡Oh! sírveles de madre: no olvides mis lágrimas y mis últimas angustias, y la deuda que contigo contraigo el Señor te la pagará.

»Es preciso dejarte; se extinguen mis fuerzas; mis ojos y mi mano me niegan su servicio. Conserva como recuerdo mío mis libros de devoción y mi Crucifijo; muchas veces me han dado luces los primeros, y el último me ha confortado siempre; y un día llegará, al menos así lo espero, en que tú también encuentres en estos religiosos pensamientos tus delicias y tu descanso. Adiós, querida Octavia, recibe mi bendición, y por última vez la expresión de mi cariño y de mi agradecimiento. Reza por mí. — María.»

Esta carta se ha grabado profundamente en mi corazón, y ha descorrido el velo que cubría á esa alma que tanto ha sufrido antes de subir al cielo. Lo que no he podido decirle á ella ni prometerle lo digo y lo prometo aquí: seré fiel á los deberes que su muerte me impone; me sacrificaré por mi padre, y amaré á estos pobres niños; seré su madre, se lo prometo á usted, que ya no me ve, pero quiza me oye.....

(Continuará.)

EL M. RDO. P. EUGENIO CALDEIRO

DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Provincial de las Escuelas Pías de Castilla.

No había de ser el religioso Instituto de las Escuelas Pías el que dejara de ofrecer como víctimas propiciatorias, para aplacar el enojo del Señor, algunos de sus más caros individuos, siquiera los méritos de estos hijos preclaros de la Iglesia y del Pío Instituto no fueran suficientes para alcanzar la conversión del mundo extraviado que, desatentado, marcha por los caminos de la perdición! Gracias, en medio de nuestra aflicción, tributamos al Altísimo por haberse acordado de nosotros, pues si nos vemos privados de la valiosa cooperación de nuestros hermanos en la tierra, confiamos en que nos servirán de ángeles tutelares en la mansión de los bienaventurados.

Entre las víctimas que ha causado la enfermedad reinante en las Escuelas Pías, son en extremo sensibles la del benemérito é ilustre P. José Jofre, Director que fué de la Escuela Normal de la Isla de Cuba; la del preclaro joven P. José Tapiola, en Cataluña, y la de nuestro queridísimo é inolvidable P. Eugenio Caldeiro, Provincial de las Escuelas Pías de Castilla.

Si triste es, y produce honda pena en el alma, el dar un último y triste adiós á los seres que acompañaban nuestra existencia por estos tristes caminos de la vida, y por acaso se quedaron atrás, ¡qué sentimiento tan desgarrador destrozará hoy nuestro corazón al separarse de nuestro lado para siempre en la tierra aquellos prudentes y celosos guías que, con sus sabios consejos, nos sirvieron de estela en el mar proceloso de la juventud, y que, con su mismo abandono, nos advierten hoy, al dejarnos solos, que también estamos próximos al fin de la jornada!!! No es, pues, de extrañar, por esta razón, que el alma atribulada no acierte á coordinar sus ideas y tampoco llegue á expresar todo cuanto siente.

No oscurezcas más, triste morada de la muerte, con tus lúgubres y negras sombras, la luz casi apagada de mi espíritu; no inquietes la tranquilidad de mi alma con la presencia de los fieros despojos de la implacable Parca..... veo entre tus descarnadas manos el yerto cadáver cuya actividad ha concluído, convirtiéndose en un terrón de materia inerte.....! ¡Cuán cierto es lo que dijo el sabio: «vanidad de vanidades y todo vanidad!» Se nubló ya aquella viva mirada que despedía brillantes rayos de fuego y

que hablaba con la voz del alma; ya palideció el carmín de aquellos labios, de los que brotaron en otro tiempo la dulce, tierna y consoladora palabra ó la arrebatadora improvisación, que tocando á las fibras más delicadas de nuestra sensibilidad, nos hubiera llevado al sacrificio..... ¡y sólo vemos la palidez mortal!! Ya todo ha concluído..... pero no..... sobre la losa fría que oculta el cuerpo del sér querido y hoy feliz, cuya pérdida lloramos, vemos oscilar la llama del espíritu, signo de la futura inmortalidad; sus virtudes nos hacen juzgar que efectivamente la disfrutará al lado del Altísimo.

Parece que la mano se resiste á escribir sobre asuntos de la tierra cuando el ánimo se encuentra ocupado en otras regiones; porque no es la tierra en que se nace la que engrandece al hombre, por más que sea ésta la capital de una nación gloriosa como España: ésta efectivamente fué la que iluminó con los primeros rayos de luz los ojos del niño Eugenio el día 15 de Febrero de 1817; por aquella época empezaba la Nación á disfrutar con alguna tranquilidad del dulce calor que la idea religiosa y el amor de la patria prestaba después de la gloriosa guerra de la Independencia; bajo esos dos poéticos ideales se desenvolvió la educación de Eugenio, cuyos honrados y muy cristianos padres encomendaron á los religiosos de las Escuelas Pías. Había recibido de su buena madre una educación moral y religiosa tan sólida, que unida á ésta el tener el niño un ánimo sumamente dócil, llegó á ser, como era natural, un fiel trasunto de las virtudes que adornaban á aquella humilde y cristiana señora, distinguiéndose por el acendrado amor á la Reina de los cielos. ¿A qué nos hemos de detener en hacer reflexiones sobre los primeros años de su vida si la empleó toda en la práctica de las virtudes, en los ejercicios de devoción y en el estudio de las letras humanas? Jamás le oímos, en aquellos ratos de expansión familiar en que los ancianos suelen con gozo referir á los demás los juegos y travesuras de sus primeros años, hacer mención de ninguna de aquéllas; parece que su gusto consistía en leer y leer mucho y hacer preguntas y reflexiones sobre su lectura cuotidiana. Así se iba preparando sin duda, con el estudio continuado, un caudal de conocimientos que habían de serle necesarios después para llenar los designios á que la Providencia le destinara! La asistencia á los ejercicios de piedad que celebraban las Congregaciones de Nuestra Señora de las Escuelas Pías y de San José de Calasanz en la iglesia de los Padres Escolapios era asidua y constituía la mejor de sus distracciones; y con estas devociones y aquellos estudios iba insensiblemente correspondiendo á la voz interior que le llamaba á la vida religiosa.

Fueron estos sus vehementes deseos, y atraído por los edificantes ejemplos de sus piadosos maestros, quiso seguir el hermoso camino de los que evangelizan; por más que si siempre penoso en este mundo, y más en aquella época aciaga, es de una gloria sin igual en el reino de los Cielos: y venciendo un tío suyo, que ocupaba una posición más desahogada que sus padres, cuantos obstáculos se oponían á su ingreso en la Corporación de las Escuelas Pías, contribuyó á que las bellas disposiciones que presentaba para la piedad y las letras fueran cultivadas, y á dar un día, el más feliz, al niño Eugenio, cual fué el del ingreso en el Santo Noviciado de las Escuelas Pías el día 11 de Enero del año de 1833; época asaz triste y de vergonzoso recuerdo para nuestra Patria. Y en aquel trienio en que tantas vocaciones se malograban y zozobraban otras, la de nuestro joven Eugenio se fortificaba y robustecía más y más, procurando aventajar á los más fervorosos de sus colegas. Cumplido el tiempo del noviciado, consagrado á los ejercicios de oración y de penitencia, pronuncia sus sagrados votos el 30 de Noviembre de 1834 y emprende, según lo ordena la obediencia, el estudio de la Filosofía primero, y de la Teología y Sagrada Escritura después, enamorado, por decirlo así, *de la doctrina* del Angel de las Escuelas, *cuya excelencia*, decía con frecuencia, *era sin igual.*

En el Real Colegio de San Antonio Abad de Madrid terminó sus predilectos estudios y los Superiores le encargaron de la enseñanza de las clases ínfimas; en éstas, rodeado de multitud de pobrecitos é inocentes niños, encontraba todas sus delicias; ¡cuántas veces se lo oímos referir asomando una lágrima á sus mejillas!! Recordaba entonces las palabras del divino Maestro: «Dejad que los pequeñuelos se acerquen á mí, pues de ellos es el Reino de los Cielos» y se juzgaba el más dichoso de los mortales imitando á Jesús y á su Santo Patriarca. Jamás se le vió ocioso, y en estos años, que según confesión del mismo fueron los más felices de su vida, aprovechaba el tiempo que le dejaban sus ocupaciones escolares en lecturas piadosas, en el estudio de los autores clásicos, al que se entregó con entusiasmo, y á la lectura de los Santos Padres, empezando por este tiempo á ganarse un gran nombre en la Corte como orador sagrado de grandes bríos. Ni sus ocupaciones como maestro, ni sus estudios como amante de la clásica literatura, ni aun sus trabajos en la oratoria, le impidieron inscribirse en la famosa asociación «La Escuela de Cristo,» á la que asistió cuanto le permitió la obediencia, concurriendo á los ejercicios que se celebraban en el templo llamado de los Italianos (hoy derribado), á la que pertenecieron el famoso Balmes y el Eminentísimo Cardenal Moreno antes de ser consagrado Obispo. «Eran los tiempos por que atravesaba entonces la Iglesia de España por demás azarosos, *dice uno de sus biógrafos*, y se necesitaba mucha firmeza en la vocación para perseverar en un Instituto religioso que había visto caer á su alrededor á todos los demás y que á cada momento se veía él mismo de igual suerte amenazado;» más á pesar de esto, haciéndose sordo á la seducción con que el mundo le halagaba, atento sólo al cumplimiento de su vocación, trabajó con el mayor celo en el desempeño de sus religiosas obligaciones, multiplicándose, por decirlo así, á medida que disminuían los operarios del Pío Instituto.

No brilla menos su obediencia y humildad cuando llamado por el Sr. Golfanguer, gobernador eclesiástico intruso del Arzobispado de Toledo, sufre que le increpe duramente porque no quería ordenarse y responde con toda mansedumbre quitando toda responsabilidad á sus Superiores: *No me detienen las Órdenes mis Superiores; si no me ordeno, es porque no me corre prisa, pues no me creo digno de tan alto ministerio.* En 1845, cuando tenía ya veintiocho años, fué ordenado de Sacerdote y su crédito y fama como orador sagrado crecía de un modo extraordinario, así que, trasladado en 1854, por la obediencia, al Colegio de Getafe, no pudo librarse de los compromisos que su fama de orador elocuente le proporcionó; y en las solemnísimas fiestas que se celebraron en la Corte con motivo de la definición dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción, tuvo que encargarse de los panegíricos de más importancia, completando de este modo su crédito como orador sagrado, teólogo y escriturista.

Asombra el celo del apóstol que desplegó durante su residencia en el Colegio de Getafe: dedicado las primeras horas de la mañana á oir confesiones, empleaba cuantas le dejaban libres sus clases y la dirección de aquel Seminario al estudio y á la predicación de la divina palabra. El trabajo inteligente y asiduo de este varón apostólico en aquella casa contribuyó en gran manera á que el Seminario de Getafe adquiriera tal nombre, que las grandes construcciones que por aquel entonces se hicieron fueran reducidas para dar cabida y poder satisfacer los deseos de tantas familias como llevaban allí sus hijos. Amante de que el culto divino si hiciese con la mayor magnificencia y esplendor, trabajó por que las fiestas religiosas se celebrasen con toda la pompa y solemnidad posibles. Su ardorosa palabra de apóstol y su ardentísima fe no estaban ocultas y traspasaron los pequeños límites de aquella población; así que se le consultaba de fuera y sus consejos eran tenidos por oráculos, encomendando los Superiores de diversas Órdenes religiosas á sus súbditos fuesen dirigidos en su espíritu por tan diestro maestro. También venció muchas dificultades y consiguió ver realizada la fundación del Colegio de las Hermanas de la Sagrada Familia (vulgo Concepcionistas) que llegó á alcanzar crédito no pequeño en la enseñanza de las niñas, allegando este gran beneficio á la población de Getafe, que miró siempre con gran cariño.

Humilde y celoso maestro, no buscaba los aplausos, y deseando tan sólo ser útil á sus discípulos, no escaseaba trabajo para conseguirlo: de este modo se explica el entrañable cariño que éstos le conservaron, tributando al mismo todo género de distinciones cuando aquéllos ocupaban los puestos más elevados de la Nación. Muchos ejemplos nos ofrece que imitar este benemérito escolapio, pues reunía al celo é instrucción literaria de un buen maestro las dotes de virtud, superioridad de carácter y penetración de espíritu que deben adornar á un buen pedagogo, juntamente que una palabra insinuante y persuasiva.

En el año de 1860, accediendo los Superiores á las reiteradas súplicas de los excelentísimos y muy piadosos Sres. Duques de Gor, se hizo la fundación del Colegio de Granada; esta ciudad, que con fe tan ardiente y entusiasmo sin rival celebra sus festividades religiosas, fué el ambiente que convenía al ardoroso celo del Apóstol, fué sin duda el campo preparado por el Señor á la actividad incansable de nuestro buen Padre: siendo muy corto el tiempo para atender á la dirección del espíritu de tantas personas como á él se confiaban, no obstante de invertir cuantas horas tenía libres de sus ocupaciones domésticas de la mañana y de la tarde, y sin que este penoso ministerio menoscabase en lo más mínimo el de la enseñanza ni el de la predicación, alcanzando tal nombre que era puesto por modelo de orador sagrado por el Catedrático de oratoria de aquel Seminario Conciliar y aun por el mismo Arzobispo Sr. D. Bienvenido Monzón, que siempre le distinguió con un afecto especial y del que fué su confidente, consultando con él mismo los más arduos negocios de su ministerio pastoral. Aun continuaba en Granada cuando los sucesos de Septiembre de 1868 vinieron á turbar la tranquilidad del país derrumbando seculares instituciones. Tarde, y por lo tanto difícil de dominar sin grandes desgracias, es un movimiento popular, cuando ya las pasiones se han desencadenado: la habilidad del que gobierna está en prevenirlo; pero el amor que le profesaba el pueblo, pues le miraba como á un padre cariñoso, la confianza que depositaban en él el Excmo. Sr. Arzobispo y el Excmo. Sr. Rey, Capitán General, á la sazón, que siguieron sus serenos consejos, libraron á Granada de aquellas horribles escenas que presenciaron en aquellos días aciagos tantas ciudades de Andalucía y aumentaron su crédito.

Había llegado el tiempo en que la ilustre ciudad de Toro, tan amante de las Escuelas Pías, que con una perseverancia sin igual venía solicitando por espacio de más de medio siglo una fundación del Pío Instituto Calasancio, viera realizado sus vehementes deseos. Sin omitir sacrificio alguno, el pueblo, con un entusiasmo que rayaba en delirio, y el Ayuntamiento, secundado por las personas más in-

fluyentes, entre las que merecen una mención especialísima D. Juan Rodríguez Lorenzo, D. Manuel Ruiz del Arbol y D. Román de la Higuera, habían levantado un magnífico edificio, en cuya construcción invirtieron enormes sumas y no pocos años. Justo era que los Superiores correspondieran á estos sacrificios de la población, á pesar de la escasez de personal que entonces, como siempre, había en la Corporación, y que hace sean desatendidas las súplicas de tantísimas poblaciones como tienen pedido este Instituto. Desde el primer momento se fijaron los Superiores en el P. Caldeiro para encargarle de la dirección de esta casa; y lo acertada que fué esta elección se probó por el crédito y nombre extraordinario que alcanzó aquélla como establecimiento docente, concurriendo al mismo alumnos, no ya sólo de la provincia y de España, sino del extranjero. Aquí, á pesar de las múltiples ocupaciones anejas al cargo de Rector, de las clases, que jamás dejó de desempeñar como un simple religioso, trabajó incansablemente por la magnificencia del culto divino y en la predicación de la divina palabra: aquella religiosa ciudad siempre recordará con entusiasmo y con cariño el nombre del que fué el primer Rector de su Colegio. Las ciudades de Zamora, Valladolid y Salamanca se disputaron la honra de oir su elocuencia en las principales solemnidades religiosas, y en la histórica ciudad de Doña Elvira se le escuchaba con tal entusiasmo, que horas antes de empezar las funciones en que era orador el P. Caldeiro se hacía imposible el ingreso en el templo.

Reelegido para este mismo cargo, consiguió lo que es bastante difícil de alcanzar y sostener por mucho tiempo, el ser querido y venerado de propios y extraños; jamás se le oyó siquiera una palabra que mostrase el más ligero resentimiento de persona alguna; y por otra parte, su bellísimo corazón, que se resolvía en obras de bondad, desarmaba á quien hubiera querido ser su enemigo!

Si la dicción castellana era correcta y elegante en todos sus discursos, no lo era menos en sus oraciones latinas. Sin que nos refiramos á sus trabajos de este género llevados á cabo en su juventud, el haber sido elegido para tener la oración inaugural latina en el Capítulo Provincial celebrado en el colegio de San Fernando de Madrid en 1872, y el haber sido honrado con igual distinción para tener la oración latina en el Capítulo General siguiente, que se celebró en el Real Colegio de San Antonio Abad, son un testimonio nada sospechoso del concepto que del mismo tenían formado sus Superiores.

De sentimiento general sirvió á la ciudad de Toro la noticia de que su P. Rector (así llamaban al Padre Caldeiro) no volvía á vivir entre ellos, porque había sido elegido con el mismo cargo para el Colegio del Escorial. Salió de aquí al poco tiempo para cumplir la voluntad del entonces Provincial de Castilla, M. R. P. Casimiro Serrano, que le encomendó la dirección espiritual de los jóvenes profesos. No podía la obediencia haberle ocupado en cosa mejor y más conforme con sus deseos; allí el P. Eugenio, como obediente y humilde religioso, encontraba en el dulce retiro y vida contemplativa su deseada felicidad.

Con aquella paz y sosiego que decían tan bien á su trabajado espíritu, del mismo modo descansaba que el intrépido guerrero cuelga el escudo y la coraza después de cien sangrientas batallas y se consagra del todo al disfrute de los dulces solaces que proporciona el hogar doméstico, no ocupando su espíritu sino aquel Señor á quien daba continuamente gracias por haberle asistido con su protección en tantos peligros!

El hijo de obediencia no debe fijar en cosa alguna su voluntad, pues de otro modo, si bien tendrá motivos hasta para ejercitar esta virtud de un modo heroico, podrá peligrar en el triunfo. Se encontraba disfrutando de las dulzuras de esta paz, que proporciona una vida retirada, cuando los Superiores le encargaron de la dirección de la Provincia religiosa de Castilla. ¡Cuán poco había disfrutado de la tranquilidad de ánimo que proporciona el retiro! Pero no se atreve á presentar evasivas á la orden de sus Superiores, en la que cree ver la voluntad de Dios, y cual aquel santo Apóstol, repite: «Aquí estoy, Señor; ¿qué queréis que haga?» Una y otra vez fué reelegido para el mismo cargo, justificando estas medidas su acertada dirección y la complacencia con que veían esto sus Superiores.

Ardoroso é infatigable apóstol, no perdía ocasión para dirigir á los religiosos fervorosas circulares ó pláticas inspiradas en el más vivo amor divino. No rehusó jamás, aun encontrándose con su salud quebrantada por los años, sus padecimientos y trabajos, el predicar la palabra divina: aún repiten las bóvedas de la iglesia de San Antonio Abad de Madrid los ecos de su elocuente voz, pocos días antes de su muerte, en los cultos con que se celebraba á su idolatrada Madre la Virgen Inmaculada! El brillo de su gloria tocaba á su término..... emitía sus últimos pensamientos, que consagraba al Sér que había sido el ídolo de sus amores y al que á tantos había hecho que le amasen..... era como el último canto del ruiseñor, más armonioso y dulce que los anteriores, pero velado por ciertos tonos de melancolía.....!

¿Quién había de imaginar que sería esta la última vez en que nos había de cautivar con su elocuencia desde la cátedra del Espíritu Santo? Pero ¡oh inescrutables designios de Dios! Su estado de salud, ya delicada hacía tiempo, se va lentamente agravando; y una pulmonía algún tanto encubierta, el mal de corazón y un ataque cerebral le postran en el lecho, del que ya no había de levantarse. ¡En vano se esfuerzan médicos notables en salvar aquella preciosa vida! Todo era ya inútil..... Se habían cumplido los días designados por el Señor para su existencia, y era llegado el tiempo de recibir el premio de sus trabajos y merecimientos por las batallas que había librado bajo la gloriosa insignia de San José de Calasanz, su esclarecido Patriarca, que le esperaba en el cielo para colocarle á su lado! Prueba inequívoca de esto fué el edificante fervor con que recibió los últimos Sacramentos; la entereza con que repetía en unión de todos los religiosos, á quienes hacía derramar copiosas lágrimas, las oraciones de la Iglesia. ¡Ya sólo piensa en Dios; desde este momento, tiene en su pecho á su Dios y con Él todas las cosas! A Él se eleva su espíritu por medio de breves jaculatorias, mientras sus labios tienen movimiento, besando el crucifijo, hasta que dulcemente entregó su espíritu al Criador. ¡Cuán feliz es la muerte del justo!

Así la tuvo el P. Caldeiro el 23 de Diciembre; y el toque del medio día se confundió con el triste sonido de las campanas que anunciaban esta pérdida irreparable!

No volveremos ya á escuchar su cariñosa voz, que se convertía en torrente impetuoso contra los vicios y pasiones; no oiremos, no, sus sabios consejos; pero piadosamente debemos esperar que sentiremos sus inspiraciones, y que el varón religioso que tuvo una vida tan meritoria y de sacrificio en favor de sus prójimos y de su propia alma, si ha dejado esta vida de miserias y aflicciones, habrá pasado á disfrutar de otra gloriosa y perdurable, y ceñirá sus sienes la corona por sus evangélicos trabajos merecida.—R. I. P.

J. C. G.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO II

Evoluciones, marchas y contramarchas.—Batalla de Burgos.—Burgos.—En el vivac.—Las mujeres fugitivas.—Cómo nos recibían los españoles.—Un ensueño.

Queríamos impedir que estos ejércitos se concentrasen sobre Madrid, si se retiraban, y cortarles la retaguardia sobre sus comunicaciones, si pretendían resistirse.

Á este efecto nuestro ejército de la derecha, formado de los cuerpos á las órdenes de los mariscales Víctor y Lefebre, debía continuar marchando contra el ejército de Blacke, que se retiraba sobre Espinosa, después de haber sido rechazado de Durango y Balmaseda. Nuestro ejército de la izquierda bajo las órdenes de los mariscales Lannes y Moncey permaneció á las inmediaciones de Logroño y Tafalla: esperaba para moverse hacia Zaragoza el resultado de la acción que sin duda ninguna íbamos á tener en Burgos.

El cuartel imperial llegó el 9 por la noche á Briviesca: el ejército bajo las órdenes del Emperador se acantonó en las inmediaciones de esta ciudad. Los habitantes del país se habían huído por todas partes á las montañas cuando nos acercamos.

El 10 al amanecer el mariscal Soult fué á reconocer con una división de infantería las posiciones del enemigo en la dirección de Burgos. Cuando llegó á la aldea de Gamonal fué recibido por una descarga de treinta cañonazos. Ésta fué para los franceses la señal de ataque. El mariscal Soult no esperó al resto del ejército que seguía detrás de él, empeñó al momento la acción, y arrolló á las Guardias Española y Walona, que era la principal fuerza del ejército enemigo. Habiendo llegado en seguida el mariscal Besieres con la caballería del ejército, envolvió las alas de los enemigos, acabó de ponerlos en entera derrota, y entró en Burgos á una con los fugitivos.

Nuestra brigada de húsares había quedado sola en un cantón separado dos leguas mas atrás de Briviesca. El ayudante que debía traernos la orden de marcha se había perdido porque no pudo hallar un guía, y no nos pusimos en marcha hasta las nueve de la mañana: seguimos todo el día las huellas del ejército sin saber una palabra de lo que había pasado la misma mañana delante de nosotros.

Cuando la noche sobrevino descubrimos á una gran distancia los fuegos de las guardias avanzadas del ejército. Á pesar de la obscuridad conocimos por el modo de andar de nuestros caballos que atravesábamos un campo de batalla: acortaban el paso de momento en momento, levantando sus pies con precaución por el miedo de tocar los muertos, por encima de los cuales pasaban. Se detenían también algunas veces para bajar la cabeza y olfatear con espanto los caballos muertos durante la acción.

Burgos había sido enteramente abandonada por sus habitantes. Esta grande población no era más que una vasta soledad cuando llegaron nuestras tropas después de la batalla; fué entregada al pillaje. En el barrio por donde entramos se oían por todas partes el murmullo y las voces confusas de los soldados que iban y venían en todas direcciones á buscar víveres y utensilios en las casas desiertas. Se alumbraban con grandes cirios que habían encontrado en los conventos. Más lejos en la parte de la ciudad menos frecuentada por nuestras tropas se oían los lamentos sofocados y lúgubres de los enfermos y de los viejos, que no habiendo tenido fuerzas para huir se habían refugiado á una iglesia, donde estaban amontonados en gran número: recitaban oraciones con sus Curas, esperando la muerte que creían

EL ÓBOLO DE LA VIUDA.

DE REGRESO AL HOGAR.

próxima: la opaca luz de la lamparilla sagrada se veía al través de las vidrieras de esta iglesia.

Llegamos á las once de la noche al vivac que nos estaba destinado á las márgenes de Arlanzón: cuando se hizo de día vimos en el río los cadáveres de algunos soldados españoles y de algunos frailes que habían muerto peleando el día antes.

El 11 nuestra brigada de caballería ligera se puso en marcha al salir el sol para explorar el país subiendo por la orilla del Arlanzón. Descubríamos á alguna distancia sobre las márgenes de este río tropas de paisanos y de habitantes de la ciudad, que se retiraban detrás de las alturas, ó se ocultaban entre las desigualdades de la ribera opuesta. Á veces no se descubrían más que sus cabezas, que levantaban de cuando en cuando de entre la maleza para ver si habíamos pasado.

Algunos de nuestros flanqueadores encontraron unas monjas que habían salido de Burgos la víspera durante la batalla. Estas pobres mujeres, de las cuales algunas jamás habían salido del recinto de sus claustros, habían con el terror marchado sin detenerse tan lejos como se lo habían permitido sus pies, y habían venido á esconderse en los bosquecillos cerca del río. Se dispersaron cuando nos vieron venir desde lejos; pero en seguida se reunieron cuando nos acercamos, y permanecieron de rodillas unidas entre sí, teniendo sus cabezas bajas y envueltas en sus velos. La que había conservado más presencia de espíritu se puso en pie delante de sus compañeras. Se veían en su semblante un aire de candor y de dignidad, y la apariencia de calma que proviene de una grande conmoción en un momento desesperado. La religiosa que estaba en pie decía, dando vuelta á las cuentas de su rosario, á los soldados que pasaban cerca de ellas, como para implorar su protección, estas solas palabras que sabía de nuestra lengua: *bon jour, mesieurs français: buenos días, señores franceses*. Se dejó en paz á estas pobres religiosas.

Pasamos cuatro días en una villa á cuatro leguas de Burgos, cuyo nombre ignoro, porque no hallamos nadie á quien preguntárselo. El cuartel imperial permaneció en Burgos hasta el 22. Esta ciudad era el centro de todas las operaciones militares, y desde ella se podía comunicar con igual facilidad con los diferentes cuerpos de ejército en la Vizcaya y en Aragón, observar la marcha de estos cuerpos, y sostenerlos en caso que hubiera sido necesario. El día siguiente á la acción de Burgos se enviaron numerosos destacamentos en todas las direcciones á la persecución de los enemigos, á fin de completar la destrucción de un ejército que una victoria fácil había dispersado, pero que podía no estar aún enteramente anonado. Diez mil hombres de caballería y veinte piezas de artillería ligera se pusieron en marcha para caer rápidamente por Palencia, León y Zamora sobre la retaguardia del ejército inglés, que se creía estaba en Valladolid. El mariscal Soult se trasladó por Villarcayo y Reinosa detrás del ejército de la izquierda de los españoles. Una división de infantería marchó por un camino más directo á ocupar las gargantas de las montañas hacia Santander: estas tropas, á pesar de la rapidez de su marcha, no encontraron ya enemigos. El ejército del general Blacke, en retirada después de la acción de Durango, había intentado en vano reunirse sucesivamente en

Güenes y en Balmaseda. Perseguido en la dirección de Espinosa por el mariscal Victor, y por el mariscal Lefebre en la de Vilarcayo, acababa de ser totalmente derrotado el 10 de Noviembre en Espinosa después de dos días de combate.

Los ejércitos del centro y de la izquierda de los españoles habían sido batidos en todas sus partes; no quedaba más que hacer antes de marchar á Madrid que dispersar sus ejércitos de la derecha. El cuerpo de ejército del mariscal Ney fué enviado con este objeto de Burgos por Lerma y Aranda, para subir por la orilla del Duero, y volver á bajar después en seguida hacia el Ebro, á fin de tomar en flanco los cuerpos de los generales Castaños y Palafox, que debían dentro de pocos días ser atacados de frente por nuestro ejército de la izquierda, á las órdenes de los mariscales Lannes y Moncey. Estos cuerpos franceses de nuestra izquierda ocupaban aún á Logroño y Tafalla, y se preparaban para volver á bajar al Ebro.

El 15 de Noviembre nuestra brigada de húsares fué á unirse en Lerma con el cuerpo de ejército del mariscal Ney, al que quedó agregada provisionalmente desde entonces.

El 16 el cuerpo de ejército del mariscal Ney marchó de Lerma á Aranda. Los habitantes abandonaban siempre sus moradas cuando nos acercábamos, llevando consigo á las montañas los efectos más preciosos: la soledad y desolación que dejan ordinariamente detrás de sí los ejércitos vencedores parecía haberse adelantado á nosotros en cuantos parajes llegábamos.

Acercándonos á las ciudades y pueblos de Castilla no se veían aquellos vapores de humo, que elevándose sin cesar en el aire, forman una segunda atmósfera encima de las poblaciones. En lugar del ruido y de los rumores continuos, no se oían más que las horas muertas, cuyo curso no había podido suspender nuestra llegada, ó los graznidos de las cornejas que se cernían alrededor de los campanarios elevados.

Las casas vacías por la mayor parte no eran más que ecos, que repetían de un modo tardo y desacorde los sonidos estrepitosos de los tambores y de las trompetas.

Los alojamientos se distribuían con prontitud: cada regimiento ocupaba un barrio, y cada compañía una calle, según la capacidad del pueblo: á poco tiempo de haber llegado nuestros soldados estaban ya restablecidos en sus nuevas moradas, como si hubiesen venido á fundar una colonia. Esta población guerrera y pasajera daba también nuevos nombres á los lugares que ocupaba: se decía: *el cuartel de dragones, la calle de tal compañía, la casa de nuestro general, la plaza de la gran guardia, la plaza de reunión*, etc. Se leían sobre las paredes de un convento estas palabras escritas con carbón: *cuartel de tal batallón*. Un vivandero se apresuraba á establecer en una celda del claustro abandonado su taberna ambulante, poniendo sobre la puerta una inscripción, que llevaba el nombre de una de las mejores fondas de París.

Cuando el ejército llegaba tarde al lugar en que debía descansar, no se podían distribuir los cuarteles con exactitud, y nos alojábamos militarmente, y sin observar ningún orden, en cuantas partes se hallaba sitio.

Al momento en que habían sido colocadas las grandes guardias, á una señal convenida, los soldados se separaban de la formación, se precipitaban todos juntos tumultuosamente como un torrente en el pueblo, y mucho tiempo después de la llegada del ejército se oían aun grandes voces, y el estremecimiento de las puertas que tiraban al suelo á golpes redoblados con hachas y con piedras. Los granaderos habían hallado un medio tan pronto como eficaz para abrir las puertas que se resistían obstinadamente; tiraban un fusilazo á quemaropa á la cerradura, y frustraban así las precauciones de los habitantes que cerraban siempre con cuidado sus casas antes de huirse á las montañas.

El cuerpo de ejército del mariscal Ney salió de Aranda el 20 por la mañana: subimos durante dos horas por las márgenes del Duero sin tener noticias del enemigo, y sin hallar en ninguna parte seres vivientes.

El 21, poco antes de ponerse el sol, advertimos de improviso alguna incertidumbre en los movimientos de nuestros descubridores. Formamos al momento los escuadrones, y poco tiempo después nuestra compañía de vanguardia se empeñó con un cuerpo enemigo, que rechazó con facilidad: hicimos algunos prisioneros al entrar en Almazán. El cuerpo de ejército pasó la noche al vivac bajo de las murallas de este pueblo, que había sido abandonado por sus habitantes. Era demasiado tarde para distribuir con arreglo víveres y demás, y desgraciadamente no se pudo impedir el saqueo durante media hora; para proveer á la necesidad de las tropas. La misma tarde se enviaron partidas de veinticinco húsares á hacer reconocimientos en distintas direcciones. El destacamento que fué por el camino de Sigüenza volvió en la noche trayendo consigo bagajes y algunos prisioneros. El ejército salió el día siguiente 22 de Noviembre para Soria. Mi regimiento 2.º de húsares quedó solo en Almazán para guardar las comunicaciones de Burgos por Aranda, y observar los cuerpos enemigos, que decían estaban en las inmediaciones de Sigüenza, de Medinaceli y Agreda.

El 24 al amanecer recibí la orden de hacer con veinte caballos un reconocimiento por el camino directo que conduce de Almazán á Agreda. No habiendo podido hallar un guía, subí con mi destacamento por la orilla derecha del Duero, según la dirección indicada por un mal mapa francés que me indujo en error, y nos perdimos. Descubrimos, después de cuatro horas de una marcha penosa por sendas de travesía, dos niños que huían á los matorrales dando gritos de espanto: los seguí, y me hallé en un momento en medio de un campo de mujeres, que habían salido de las aldeas inmediatas para refugiarse con sus hijos y sus ganados en una pequeña isla que forma el río. Llegué tan de repente, que conseguí por señas sosegarlas antes de haber sido seguido por mi destacamento. Las hice preguntar, por el intérprete que tenía conmigo, dónde estaba el camino directo que conducía de Almazán á Agreda. Un Cura muy viejo, el único hombre que había entre estas mujeres, me respondió que me había separado más de cuatro leguas, y nos indicó el verdadero camino por la otra parte del río: atravesamos una porción de lugares y aldeas que estaban habitados por hombres solamente, y llegamos finalmente á nuestro destino.

El intérprete que estaba conmigo era un desertor flamenco, que el hambre y el miedo de ser asesinado por los paisanos había obligado á rendírsenos después de la acción de Burgos: nosotros le habíamos puesto por mote Blanco, porque se había puesto para preservarse del frío encima de su uniforme viejo y derrotado de Guardias Walonas un hábito de fraile dominico que le habían dado los húsares, y también había puesto sobre su cabeza el sombrero de los religiosos de esta Orden. En los lugares habitados que hallamos, los paisanos creían viéndole marchar á pie delante de nosotros que era un verdadero fraile, á quien conducíamos por fuerza: le saludaban profundamente lastimándose de su desgraciada suerte, y daban dinero al Rdo. Padre, que ufano con tantos honores, no quería después dejar, cuando tuvo proporción, un traje que le era tan lucrativo.

(Continuará.)

LA IGLESIA DE MOGENTE

Aquellos de nuestros lectores que recientemente hayan viajado por la línea férrea de Madrid á Valencia habrán visto sin duda, y seguramente con extrañeza, cuando, pasado ya el puerto de Almansa y la estacian de Fuente de la Higuera, al páramo de Castilla sucede con súbita mudanza el feracísimo valle de Játiva, destacarse en el sombrío fondo de las montañas de Mogente y dominando la variada agrupación de su caserío la blanca mole de una iglesia nueva.

Va siendo ya tan raro en nuestra desdichada España el hecho de que se construya un gran templo, en tal estado de postración se hallan las fuerzas de nuestra patria que hace siglos, sin mengua de su vitalidad, se consagraban por toda la extensión de sus gigantescos dominios á la erección de hospitales y de iglesias, que creemos, no ya disculpable, sino lógica, la extrañeza de que antes hablábamos.

Acostumbrados estamos á ver desmoronarse en ruinas los monumentos de la piedad y del arte, tal vez saludamos la bendición de alguna nueva capilla mezquina y pobre, pero ¡qué contados serán los templos parroquiales que desde hace medio siglo se han levantado en la nación católica por excelencia!

La extrañeza del lector se convertiría, sin embargo, en incredulidad estupenda si le dijéramos que la iglesia de Mogente, con su armónica fachada, su calado rosetón, su esbelta torre, sus gallardas ojivas y su grandiosa cúpula, ha sido construída por la encendida caridad de un solo hombre, y que ese hombre es un pobre Párroco que muchos días durante nueve años ha tenido que pedir fiadas las vituallas para su frugal comida. Esta, no obstante, es la verdad.

Amenazaba ruina hace nueve años la iglesia de Mogente, cuando acababa de tomar posesión de aquel curato D. Constantino Quilis, y este fervoroso Cura decidió en el acto con resolución verdaderamente heroica aplicar á grandes males grandes remedios. Cerrados los caminos de procurarse solar adecuado, no vaciló el Sr. Quilis en habilitarlo donde el vetusto y nada artístico edificio se levantaba. Bien pronto aquello que algunos graduaron de locura no tenía remedio: la piqueta hacía prodigios, y mientras tanto, largas hileras de mujeres de todas las clases sociales conducían en espuertas la tierra y los escombros, dejando limpio el espacio para la venidera casa de Dios.

¡Y así han pasado nueve años!

Quien durante ellos haya querido ver al Cura de Mogente, lo habrá encontrado con la sotana llena de cal y de yeso, el rostro curtido por el sol, las manos encallecidas por el trabajo, ora dirigiendo la operación de sacar una hornada de cal en el mismo sitio cercano al futuro presbiterio, donde luego se ha abierto una sepultura por si le permiten ser allí enterrado; ora conduciendo una partida de bravos campesinos que con la azada ó el hacha al hombro y la esperanza de recibir el jornal en la otra vida, salían por aquellos montes á hacer leña, labrar maderos y despedazar canteras; ora diciendo Misa, predicando y confesando bajo un cobertizo entre montones de cal y de ladrillos; ora poniendo en práctica el millar de ingeniosos arbitrios que su caridad le sugería para enardecer la caridad de los demás; ora al lado del moribundo, ayudándole á sentir con palabras de penetrante elocuencia el dolor del pecado y la esperanza del perdón.

Era de ver el espectáculo que el pueblo ofrecía cuando al sabido toque de campana salía de cada casa una mujer con su correspondiente cántaro, y en un momento se llenaba la alberca de la iglesia; era de admirar la desenvoltura con que pululaban

por las casas los pollos de la iglesia que el Cura había repartido dentro del cascarón, y volvería á recoger cuando fueran *mozos;* era para asombrar cómo un valiente obrero, de pie sobre el alto paredón, izaba los sillares con una cuerda y un capacho é iba construyéndose sin andamios las bóvedas y la cúpula.

¡Y el Cura sin recibir nunca un céntimo de los presupuestos oficiales! ¡Y viendo cómo uno á uno iban declarándose rendidos los feligreses! ¡Y sufriendo contradicciones y calumnias y dos causas criminales seguidas de libre absolución! ¡Y la obra avanzando! ¡Y el dinero sin venir! ¡Y Dios desde lo alto dando fuerzas para todo y valor para todo..... y ahí tenéis á la santa Cruz colocada sobre la cubierta cúpula y escucháis la concertada resonancia de las ocho magníficas campanas de la torre, mientras se celebra el Divino Sacrificio en los recién construídos altares!

El primer sermón del Sr. Cura desde el nuevo púlpito al día siguiente de la bendición ha sido magnífico; subió á la Sagrada Cátedra..... y apenas pudo articular palabra por impedírselo los sollozos. El, que muchas veces es elocuente, tal vez ignore que nunca lo ha sido tanto. Aquella irresistible emoción comunicóse con dulce violencia á todos los corazones del apiñado concurso y todos los ojos pagaron con lágrimas el tributo debido á nueve años de cristiana abnegación.

Con nueve días de fiestas populares ha sido celebrada la inauguración, á que han concurrido millares de forasteros. Para éstos ha sido la iglesia objeto de admiración, pues es un monumento artístico que honra al arquitecto Sr. Ferrer que lo ha dirigido; para los naturales de Mogente, la mayor satisfacción que han experimentado en su vida; para el Sr. Cura, que es quien menos importancia da á sus trabajos, alguna tristeza se mezcla á tanta alegría, porque por disposición del Emmo. Prelado pasa á desempeñar uno de los más importantes curatos de la capital, y esto, que es un honroso premio, lo aleja algo, sin embargo, de su amada iglesia de Mogente.

Decíanos hace pocos días un mogentino lo que en Sevilla pasaría por andaluzada, y para quien visite la iglesia de Mogente es ciertamente verídico, que si el Sr. Quilis fuera de Arzobispo á Sevilla, los sevillanos no perderíamos nuestra incomparable catedral.

FRANCISCO JOSÉ BELDA.

ALBUM DE POESÍAS

EL ÓBOLO DE LA VIUDA

Cubierta con negra toca
Y envuelta en pobres harapos;
Hundidos los bellos ojos
En fuerza de llorar tanto;
De sus hermosas mejillas
Los colores apagados,
Que dieran envidia un tiempo
A los claveles de Mayo;
Casi desnudos los pies,
Que, en su doliente quebranto,
Sostener pueden apenas
El peso del cuerpo flaco;
Sin timón y sin velamen,
Pobre bajel destrozado
De los mares de la vida
En el horrible naufragio,
Una mujer desolada
Camina con lento paso
Precedida de dos niños
Y otro más pequeño en brazos.

Los tres son flores nacidas
De aquel enfermizo tallo
Cuando, á los rayos del sol,
Se alzaba enhiesto y lozano.
¡Pobre madre desolada!
¡Pobre bajel destrozado,
De los mares de la vida,
En el horrible naufragio!
Del templo sale, seguro
Refugio del fiel cristiano;
Puerto de salud y vida,
Siempre abierto para el náufrago.
De hinojos ante el altar
Las sombras la han encontrado,
Pidiendo á Dios que la ayude,
Que la ayude en su quebranto.
Y sale, henchido su pecho
De esperanzas y olvidados
Los punzadores recuerdos
Y los amargos cuidados.
Una moneda tan sólo
Conserva en su desamparo
Para comprar de sus hijos
El sustento necesario,
Y algunos leños que presten
Al triste hogar solitario
El calor que ahora le niegan
Los carbones apagados.
Pero al ir á atravesar
Del augusto templo el atrio,
Distingue sobre una mesa
Que se interpone á su paso
Pobre bandeja que, en mudas
Palabras, dice: «Cristiano,
Detén un punto tu marcha,
Y considera despacio
Que, en orfandad y miseria,
Algunos de tus hermanos
Gimen, pasando la vida
En lágrimas anegados.»
Detiénese la viuda;
Su corazón, destrozado
Por tantas penas, aun siente
La pena de sus hermanos;
Y sin poder contenerse,
En impulso arrebatado,
Deposita en la bandeja
Su único y pobre denario.
¡Óbolo de la viuda,
Delante de Dios más grato
Que el ostentoso presente
Del altivo millonario!
¿Qué has hecho, pobre mujer.....?
¡Ahora tus hijos en vano
Aguardarán que les compres
El sustento necesario;
Y en vano habrá de esperar
Tu pobre hogar solitario
El calor que ora le niegan
Los carbones apagados!
Sin duda así la mujer
Lo comprende en su quebranto,
Porque los ojos, llorosos,
Torna y fija en el Sagrario.
Quizás pidiendo perdón,
Que, en su arrogancia, ha robado
A los hijos de su alma
El sustento necesario.
Mas sus ojos resplandecen
Con un fulgor desusado;
Del aureo altar refulgente
Quiere apartarlos en vano;
Que, al fijar la vista, ansiosa
En el sacro Tabernáculo,
Pidiendo de su arrogancia
Perdón á Dios, ha notado
Que fulgura como un sol
La lámpara del Santuario.
Una celeste armonía
Resuena en el aire vago,
Y respondiendo á su triste
Torcedor, allá en lo alto,
La miran y se sonríen
Los ángeles del retablo.

ESPERANZA ORREA.

ENTREMÉS

ARREPENTIDA

SONETO

Es joven; mas sin restos de belleza,
anciana me parece y achacosa.
Es pálida su tez, antes de rosa,
y es un copo de nieve su cabeza.
Anda, y hace visible su torpeza;
mira, y es su mirada dolorosa;
su voz tan apagada y temblorosa
que al hablar no se sabe si habla ó reza.
No existe la arrogancia en su figura,
ni sonríe cual antes sonreía.
Hoy llora amargamente. Llora y gime.
No por sus atractivos y hermosura
que perdió en el gozar de un solo día.....
¡Llora, por ver si el llanto la redime!

ENRIQUE JULIÁ HUBERT.

Cádiz Enero del 90.

LA FAMILIA DE LEÓN XIII

La familia *Pecci* es antigua y nobilísima. Sus antepasados figuraron entre los más ilustres patricios de Siena, cuando esta ciudad era cabeza de poderosa república, rival de Florencia, y en toda Italia famosa por la opulencia de sus monumentos arquitectónicos, por la espléndida protección que dispensaba á las artes, por su correctísimo dialecto toscano, por la hermosura de sus mujeres y por sus ideas francamente gibelinas. Dante cantó en inmortales versos las glorias de Siena, cuyos fuertes muros servían de asilo á los gibelinos, perseguidos por el partido güelfo. Al alborear los tiempos modernos, eclipsóse la estrella de Siena, Juan I de Médicis la sitió y domeñó después de larga y heroica resistencia: entonces, cuantos amaban la libertad, huyeron para siempre á su patria: los *Pecci* fueron de éstos, estableciendo su solar en Carpinetto, pequeña villa de los Estados Pontificios.

Todavía puede admirar el viajero en la parte alta de la villa, al pie del enriscado monte Capreo, la imponente morada señorial en que han vivido desde el Renacimiento hasta nuestros días muchas generaciones de Condes de Pecci; y en el piso segundo de este palacio, no deja hoy ningún curioso de visitar la habitación en que vino al mundo, á 1.º de Marzo de 1810, fiesta del Papa San Simplicio, el Pontífice reinante León XIII.

Fué nuestro Santísimo Padre sexto hijo del conde Domingo Luis Pecci y de Ana Prosperi-Bucci, patricia, como su marido, y natural de Cosi, ciudad próxima á Carpinetto. Pusiéronle por nombres de pila Vicente Joaquín. De sus siete hermanos sólo viven hoy Juan Bautista, nacido en 20 de Octubre de 1802, y el Cardenal Pecci, que nació en 17 de Febrero de 1807, y disfruta universal reputación de teólogo profundo y filósofo eminente.

El padre de León XIII abrazó en su juventud la carrera de las armas, y, según algunos de los biógrafos de su venerable hijo, siguió las banderas de

Napoleón I, en cuyos invencibles ejércitos llegó á obtener por su valor el empleo de coronel. En 27 de Noviembre de 1791 casó con la madre de León XIII, señora que, á juzgar por el retrato que se conserva en uno de los salones del palacio de Carpinetto, fué de extraordinaria hermosura, sólo inferior á la belleza, también extraordinaria, de sus prendas morales. Ana Prosperi, por las memorias que de ella han conservado sus hijos y sus convecinos, fué una verdadera Cornelia cristiana. Su devoción por las cosas divinas sólo podía compararse con el cuidado que ponía en la educación de sus hijos y en el arreglo de su hacienda, siendo su vida toda una imitación cumplida del retrato de la Mujer Fuerte de la Escritura: cuando leemos el relato de sus virtudes de esposa y de madre, creemos estar leyendo *La perfecta casada*, de Fr. Luis de León.

Parece que los bienes de fortuna no guardaban proporción en la familia de los Condes de Pecci con lo rancio de los pergaminos. Antes de la revolución, y tanto en Italia como en España, abundaban mucho las familias nobles, cuyos antiquísimos patrimonios, consistentes en tierras y palacios, pingües en otro tiempo, habían venido extraordinariamente á menos por muchas causas que no es ahora del caso exponer, pero entre las que conviene no olvidar, la especie de menosprecio con que miraban los patricios las honrosas profesiones de la industria y del comercio, únicas en verdad capaces de proporcionar recursos en la medida que los requerían las necesidades del rango en que estaban colocados aquellos ilustres señores. Sucedía, pues, con harta frecuencia, que los envidiados y temidos moradores de las opulentas casas solariegas solían, en el interior de sus amplias y lujosas moradas, si no morirse de hambre, vivir una muy estrecha y trabajosa vida, no siendo raro que pasaran inviernos y más inviernos sin que en las artísticas chimeneas de ricos mármoles, esculpidos por los más hábiles escultores del Renacimiento, no se pudiera echar un haz de leña que templase las vastísimas salas del palacio, y aun era más común que sobre las mesas de tallado roble que campeaban en el centro de los hermosos comedores, no se sirvieran más platos que aquellos pobrísimos que constituían las comidas y cenas de nuestro Don Quijote.

Pedro Antonio de Alarcón ha descrito admirablemente en un capítulo de *El Niño de la Bola* esta decadencia de las antiguas familias patricias. Aquel D. Rodrigo Venegas, nobilísimo caballero de Guadix, que cayó tan necia y desgraciadamente en las redes del usurero D. Elías, es el tipo exacto de los caballeros españoles é italianos durante la primera mitad del siglo corriente. « Lo único, dice Alarcón, que ni por soñación pensó Venegas (en todo el tiempo de su decadencia) fué trabajar, comerciar, crear industrias, montar fábricas, ingeniárselas, en fin, de cualquier modo para ganar dinero por sí mismo..... y ¡ay de él, ay de su nombre, ay de su honra si tal camino hubiese tomado.....! Dígolo porque semejantes oficios ó *trapicheos* eran entonces, y han seguido siendo hasta hace pocos años, tareas impropias de caballeros andaluces, nacidos, á lo que se veía, para recordar, paseándose, las glorias y trabajos de sus mayores; para gastar alegremente y muy de prisa todo lo que éstos agenciaron, y para morirse luego de hambre en el último ricón de la ya subastada casa solariega, sin más testigos de su agonía que tal ó cual antiquísimo desvencijado mueble, de esos que hoy buscan á peso de oro los magnates de nuevo cuño, y que en aquella época desdeñaban hasta los defraudados usureros. »

Algo de esto debía ocurrir también en Carpinetto, en la casa señorial de los Condes de Pecci. De la regia esplendidez de estos señores nos dan testimonio los que cuentan que las fiestas de sus bodas, en las que tomó parte toda la villa, duraron quince días; y de la estrechez con que, á pesar de tanta y tan fastuosa prodigalidad, tenían que vivir, así como de las virtudes extraordinarias de Ana Prosperi, el hecho elocuentísimo de que para poder atender á la educación de sus hijos tuvo necesidad la ilustre señora de dedicarse á criar gusanos de seda, con el producto de cuya modesta industria pagaba los colegios en que seguían sus estudios el hoy Cardenal José, y el hoy también Pontífice León XIII.

Sin haber caído nunca en el feo pecado de nepotismo, León XIII, como todos los hombres de verdadera nobleza de alma, como todos los hombres verdaderamente superiores, ha consagrado siempre gran parte del tesoro de afectos de su corazón á su familia; ninguno como él tan cariñoso, tan previdente para sus deudos; ninguno que haya sabido conservar en la memoria, frescos, dulces y poéticos los recuerdos de sus primeros años, cuando niño todavía corría con sus hermanos, y bajo la mirada cuidadosa de su madre, por las vastas salas del palacio de Carpinetto. La sublime grandeza de sus destinos históricos, la formidable responsabilidad y gravedad más que humana de su cargo, sus profundos estudios sobre los objetos más elevados á que puede consagrarse la inteligencia del hombre, sus aficiones artísticas, sus vuelos de poeta, su religiosidad impregnada de suavísimo fragante misticismo, nada, en fin, de lo que constituye la personalidad augusta y venerable del Representante de Dios en la tierra, del Vicario de Jesucristo, del Pastor Supremo de la grey cristiana, han podido distraer á León XIII, ni por un momento, de aquellos dulces afectos familiares, que son como la atmósfera que envuelve á las almas superiores, ó como el pequeño jardín, oculto á las miradas del mundo, en que crecen las flores de aromas más exquisitos para el corazón, en que los hombres, condenados á vivir sobre los escenarios más visibles de la historia, gustan de recogerse algunas horas del día y paladear allí los goces supremos de la soledad y del recogimiento.....

Refiérese de un gran Pontífice (creo que de Sixto V, que fué hijo de un porquero), que en el día de su coronación, como introdujeran á su madre, tosquísima mujer del pueblo, en el salón, vestida con un lujoso traje de principal señora, volvió desdeñosamente la espalda y dijo: *no conozco á esta dama*. Y comprendiendo los cortesanos lo que quería decir el Santo Pontífice, sacaron fuera á la madre, atribulada por el aparente desdén de su encumbrado hijo, y haciéndola desnudar de las soberbias galas con que la habían adornado, restituyéronle los miserables andrajosos sayales que la pobre mujer vestía de ordinario, y con los que su hijo la había conocido, cuando él niño, andaban ambos descalzos y semi-desnudos por las montañas en que apacentaban el inmundo ganado. Introducida de nuevo la madre en el salón con aquel sucio atavío, vióse al Pontífice descender de su trono, abrirse paso por entre los Cardenales vestidos de púrpura y los príncipes resplandecientes de pedrería y oro, y llegándose á la pobre mujer del pueblo, cogerla entrambas manos y depositar un beso como de hijo en su tostada frente de campesina, y llevarla entre aquella muchedumbre de personas augustas hasta el trono mismo, en el que la sentó, revelando el semblante del venerable Pontífice aquel santo y ternísimo orgullo de que dió muestras Salomón, en el apogeo de su magnificencia y de su gloria, con su madre Bethsabée.

León XIII siente con la misma profundidad, con idéntica ternura, el cariño de la familia. Tuvo á su madre un amor tan intenso como respetuoso, y hoy la memoria de aquella nobilísima matrona es la flor más fragante de sus recuerdos. Á sus hermanos y á sus sobrinos profesa un afecto especialísimo. La muerte del mayor de los primeros, de Carlos, acaecida en Agosto de 1879, bañó durante muchos meses la venerable faz del Pontífice de una tristeza que parecía aumentar con sus tonos oscuros y lúgubres la tristeza grande y augusta del Rey destronado y del Pontífice prisionero. En cambio, cuando en las espléndidas recepciones del Vaticano descubre León XIII entre los Cardenales y los Prelados, ó en medio de la muchedumbre de peregrinos, arrodillada á sus pies, la graciosa figura de su sobrino, vestido de guardia noble, ó el rostro más simpático que correcto de su sobrina, entre los negros pliegues de la mantilla española, que es el tocado de etiqueta en la Corte pontificia, parece que los ojos del Pastor Supremo brillan con fulgores más vivos que de ordinario; su frente, sobre la que pesan tantos pensamientos, se desarruga, y toda su cara se reviste de esa placitud cándida, serena y cariñosa, que tan propia es de los padres cuando contemplan á sus hijos.

Uno de los primeros cuidados de León XIII al ascender al trono Pontificio, y uno de los pocos que no ha dedicado enteramente á la Iglesia Universal, fué la restauración del ya casi arruinado palacio de Carpinetto. Aquellos lugares en que había él jugado de niño, donde su madre le enseñó las primeras oraciones y le inspiró los primeros sentimientos, donde quizás al contemplar un día desde el balcón señorial la enriscada cumbre del monte Capreo y las graciosas ondulaciones que van delineando las montañas Lepinas en el horizonte purísimo de la Italia central, sintió inflamado su corazón en el divino fuego de la poesía y balbució su lengua de infante el primer himno, aquellos sitios eran queridísimos para el Pontífice, y exigían de él imperiosamente con las melancólicas voces de sus ruinas el homenaje y la caricia de una restauración.

El salón principal del restaurado palacio ha sido destinado á museo familiar, y allí se ven los retratos de toda la familia Pecci, entre los que descuellan los de los padres del Pontífice: él con su uniforme de Coronel, ella resplandeciente de hermosura, de gracia y de distinción, como en los mejores días de su primavera. Inmediato al salón de retratos está el cuarto que ocupó León XIII en su infancia, y cuando adolescente venía de vacaciones á pasarlas en el hogar doméstico. Esta habitación tiene para el visitante el encanto de conservar los muebles de que se sirvió en sus tiempos el estudiante Pecci: redúcense aquéllos á una cama de hierro y una mesita colocada delante de una ventana. En la pared cuelga hoy un retrato del Papa, cuando no era más que Obispo, y debajo del retrato vése también, en precioso marco, reguardada por un cristal, como una reliquia, la primera carta escrita por León XIII después de su exaltación al Solio Pontificio. La carta está dirigida á sus hermanos, y dice así:

« En el Vaticano á 20 de Febrero de 1878.

» Mis queridísimos hermanos: En el escrutinio de esta mañana el Sacro Colegio ha elevado mi humilde persona á la Cátedra de San Pedro. Mi primera carta es esta, dirigida á mi familia, para la cual imploro toda suerte de beneficios, y á la que envío, con mi cariño, la bendición Apostólica.

»Rogad mucho al Señor por mí.—LEO, PP. XIII.»

¡Qué dulce sería para León XIII poder visitar su restaurada casa de Carpinetto! ¡Con qué placer tan íntimo y tan profundo visitaría hoy de nuevo sus queridas montañas nativas, volver á ver la para él tan simpática silueta del monte Capreo, recostándose fantásticamente sobre el azul del cielo, y se detendría delante de la ancha puerta coronada del escudo heráldico de los Pecci! Pero este placer tan legítimo, tan puro, tan intenso, no podrá ciertamente paladearlo León XIII hasta que Dios se sirva disponer la inauguración de una nueva época para el Pontificado Romano, más venturosa que la que viene atravesando desde 1870.

ANGEL SALCEDO RUIZ.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA", POR F. G.

(Continuación.)

Al fin pareció ésta.

Todos los ojos se fijaron en ella; los de las mujeres con envidia, los de los hombres con admiración.

Un sordo murmullo recorrió el salón de parte á parte.

La señora de Rumbrye se había transformado completamente. No es decir esto que se despojara de su gracia natural; pero la había modificado.

Su habitual abandono estaba corregido y le reemplazaba una estudiada reserva; sus modales eran dignos y su mirar majestuoso: la criolla se había convertido en gran señora.

Atravesó lentamente el salón, variando hasta el infinito los saludos y las sonrisas, y fué á colocarse junto á la señorita de Rumbrye, que era la única que en tan brillante reunión podía disputarle el premio de la belleza.

Cuando la Marquesa había dejado á Juan de Carral eran más de las nueve.

A su edad, por muchos que sean los atractivos naturales, las operaciones del tocador no pueden abreviarse.

Tal había sido la causa del retraso.

Al llegar á su asiento hizo á Elena un movimiento de cabeza lleno de cariñoso afecto, al que respondió ésta con un reverente saludo.

En este saludo había, fuerza es confesarlo, mucha frialdad.

El baile empezó al momento.

Mientras tanto daremos á conocer ligeramente los personajes secundarios de nuestro drama.

El Marqués de Rumbrye era un antiguo noble, lleno de honor y de lealtad.

En algún tiempo había amado á su mujer con delirio, pero este amor se había extinguido y las malas lenguas decían que no sin razón.

El Sr. de Rumbrye, decían, había perdonado muchas veces; ahora tampoco daba escándalo, porque un hombre en cierta posición sabe contenerse; pero el mundo, á quien hacía el sacrificio de sus cóleras conyugales, no se mostraba por esto agradecido y á lo sumo se podía prometer por mucha recompensa que el noble nombre de Rumbrye se conservara sin mancha.

Esta situación, que la moral y la cortesía nos obliga á llamar excepcional, hacían al Sr. de Rumbrye reservado, frío y poco amigo de prodigarse.

Antiguo emigrado, colmado de dignidades y de honores por los Borbones, comprendía las obligaciones de su alta posición y las llenaba de un modo conveniente; pero estas fiestas le fatigaban y aburrían. Conocía de qué modo pensaban respecto á él los que le rodeaban, y se le figuraba oir pronunciar en voz baja una palabra insultante y fatal, por cuya razón hubiera querido, si ser pudiera sin escándalo, alejarse de todo trato.

Sin embargo, si la señora Marquesa había en algún tiempo y en una ó más ocasiones olvidado sus deberes conyugales, hecho que pasaba por notorio, fuerza es confesar que en la época á que se refiere nuestra historia su conducta bajo este aspecto nada tenía de reprensible.

El amor había sido para su corazón un entretenimiento; en la actualidad tenía otras ocupaciones y no se tomaba el trabajo de anudar sus intrigas galantes.

Amaba á su hijo con apasionada ternura y sin límites, y éste era quizás el único sentimiento laudable que abrigaba el corazón de esta mujer, que la naturaleza parecía no haber dotado de todas las seducciones, sino para ocultar el negro y repugnante temple de su alma.

Toda la afección del Marqués de Rumbrye se había reconcentrado en su hija, única que había tenido de un primer matrimonio en que fué feliz, y diariamente se regocijaba de no haber tenido hijos con su segunda mujer.

Por separado de Elena á nadie amaba en el mundo más que al Rey y á Javier, que una circunstancia imprevista había hecho que fuese su protector dos años antes, durante la reacción de los Cien Días. Este, sin embargo, fué uno de esos servicios que cualquier hombre de corazón puede prestar.

Javier, joven, y halagándole por instinto las glorias imperiales, había saludado con entusiasmo la vuelta de Napoleón.

Sus conocidas opiniones le habían facilitado el medio de defender eficazmente al antiguo emigrado contra los insultos de esa parte del pueblo dispuesta siempre á perseguir al caído y ensalzar al vencedor, cualquiera que uno ú otro sea.

Este buen servicio fué causa de entrar en relaciones con el Marqués.

A pesar de la diferencia de edades y opiniones, no obstante la extraordinaria distancia que los separaba en orden á categoría social, una especie de intimidad se estableció entre ellos desde luego.

El Marqués conoció al instante la nobleza de alma y la pureza de sentimientos del joven, y le amó positivamente.

En cuanto á Javier, amaba á la señorita de Rumbrye y era correspondido.

Estamos seguros que el lector no nos pedirá explicaciones sobre este hecho.

Javier era bueno, hablaba bien y se expresaba con vehemencia.

Elena le dió su corazón y su alma sin saberlo.

Cuando descubrió su amor, era demasiado tarde, y sintiéndose débil para resistirlo, no trató de combatir.

Elena era una niña encantadora de diez y siete años. El tipo de su fisonomía era completamente francés. Su belleza consistía más en la expresión que en la regularidad de sus facciones. Sus grandes ojos azules reunían un mirar dulce y delicado; su frente expresaba la solidez de sus pensamientos, y su boca flexible apenas tenía necesidad de hablar para hacerse entender.

Muchas veces una educación demasiado severa comprime el alma y la inteligencia de las jóvenes de su nobleza. A fuerza de aprender pierden las gracias naturales, y no saben sonreir, andar y expresarse, sino estudiadamente y según las reglas que les han enseñado.

Elena había salvado este escollo.

Su padre no la había confiado exclusivamente á los cuidados de la señora de Rumbrye, sino que la había dejado cierta libertad.

La Marquesa, por su parte, deseosa de captarse la confianza de su hijastra, se había mostrado maestra muy complaciente y jamás le había dicho sino dulces palabras.

Pero las mujeres no saben ni pueden engañar más que á los hombres; Elena desconfió desde luego de la Sra. de Rumbrye.

Desconfió, decimos, en cuanto á su edad puede desconfiarse; no creyendo en su cariño y ocultándola cuidadosamente todo cuanto tenía relación con Javier y con su amor.

Infinitas veces la Marquesa, con esas insinuantes é irresistibles maneras que constituyen la elocuencia en las mujeres, había tratado de provocar una confianza.

Para lograr este fin había empleado más engaños, más rodeos y más diplomacia que sería necesaria para seducir á tres embajadores experimentados; pero todo en vano.

Elena siempre estaba en guardia.

Demasiado bien nacida para perder el respeto á la esposa de su padre, se encerraba en una reserva que exasperaba tanto más, cuanto que no traspasaba los límites de la buena armonía.

Vencida en este terreno, la Marquesa se inquietó doblemente; porque calculó que el silencio de Elena era más significativo que su confesión.

Midió el amor de los jóvenes por su propio terror y se estremeció pensando que una niñada, un capricho de los pocos años, podría destruir el proyecto sobre que fundaba todos sus deseos y todas sus esperanzas.

Era mujer y criolla.

Indudablemente al principio sus temores fueron exagerados y su acalorada imaginación se exaltó á placer sobre un asunto que apenas hubiera preocupado un instante á un hombre positivo.

Pero ¿quién ignora que en semejantes circunstancias el presentimiento domina al cálculo y la fiebre vale más que la razón?

Madre, y sacrificando en aquel momento todo á su ternura maternal, la Marquesa quiso proveerse de armas poderosas para combatir el peligro real ó imaginario.

Veía en Javier un obstáculo, y á su parecer tan terrible, que desde el primer día le declaró una guerra á muerte.

Javier interceptaba el camino á su hijo, y por consiguiente se lo obstruía también á ella, que había reconcentrado en su amor de madre todo el ardor, toda la pasión de sus antiguos amores.

Por lo demás, cuando una mujer del temple de la señora de Rumbrye encuentra un obstáculo humano que se oponga á sus proyectos, no por esto los abandona, sino que sigue adelante, aunque para lograr el fin necesite pasar por encima de un cadáver.

El Marqués de Rumbrye había contribuído por su parte también á aumentar los temores de su mujer y el odio que debía ser su consecuencia.

La Marquesa le había interrogado, no directamente, sino como acostumbran á interrogar las mujeres, siguiendo las curvas concéntricas de una espiral que da mil vueltas alrededor de un objeto hasta que al fin lo toca.

El Marqués, por una inocente venganza, había dado á entender á su esposa que Javier le pertenecería algún día más de cerca.

¿Se necesitaba otra cosa para decidir á la señora de Rumbrye á empezar sus hostilidades y seguirlas sin tregua?

Sin embargo esperó, porque su carácter, tan prudente como fogoso y atrevido, sabía esperar cuando convenía.

Fáltanos decir una palabra de su hijo, causa inocente de esta cruel batalla, y base inactiva sobre la que descansaba todo el plan ambicioso de la Marquesa.

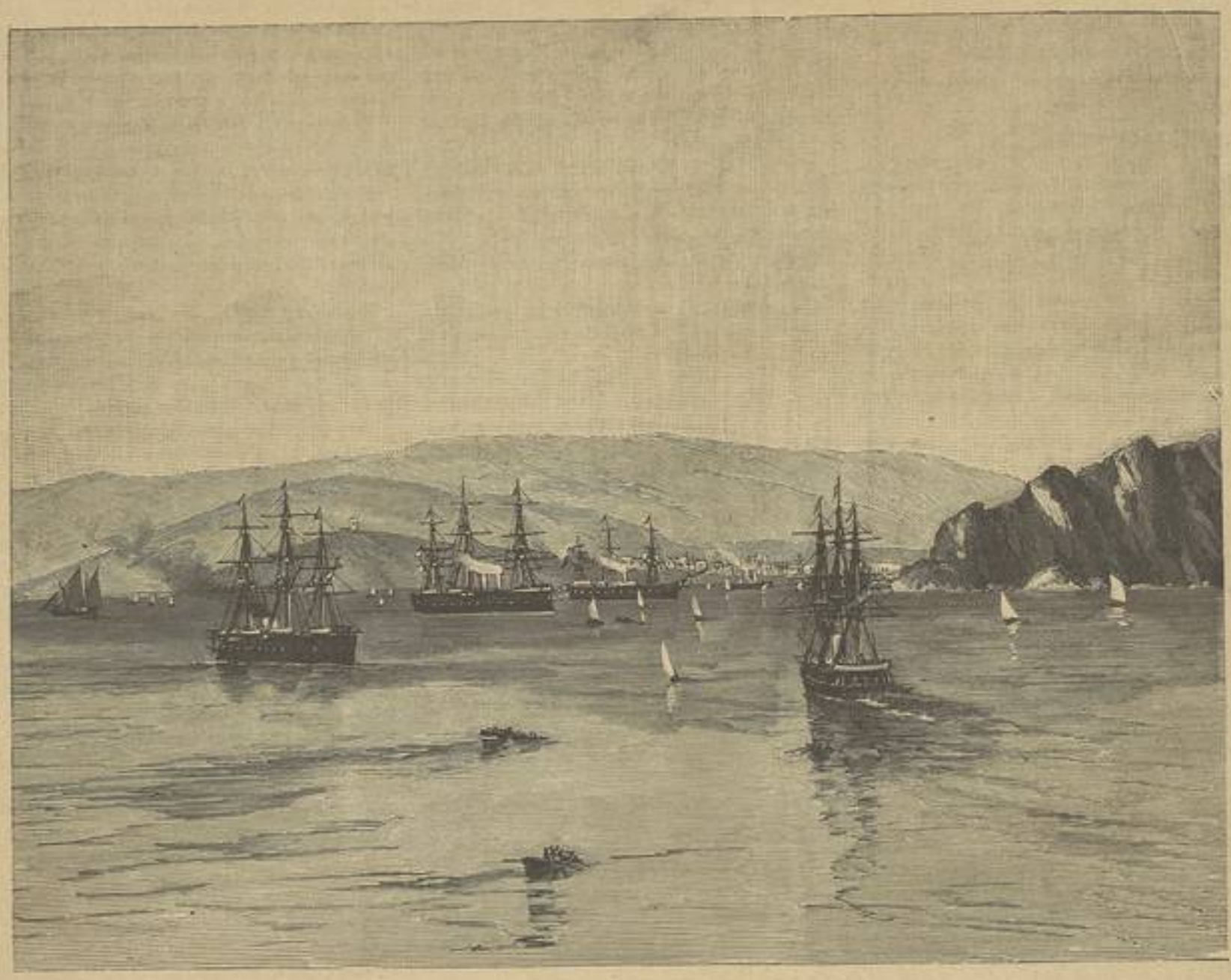
Este, pues, era un arrogante joven de cinco pies y siete pulgadas de estatura, cultivando la moda entonces naciente de los favoritos llamados *á la Guiche*, y pudiendo apenas respirar por la sofocante presión de su chaleco corsé.

Alfredo Lefebre de los Valles era considerado por su sastre como el más acabado modelo; hablaba con gran superioridad de caballos, y llevaba á veces su petulancia hasta el extremo de fumar en la calle, cosa en aquel tiempo inaudita.

Su madre aseguraba que tenía muy buen talento, y él á fuerza de oirlo decir había llegado á creerlo.

A fuer de imparciales debemos declarar que no era más imbécil que el común de los de su clase.

Este joven petimetre era el que la Marquesa quería dar por marido á su hijastra, y él se había resignado, porque Elena le parecía bastante bonita, y no tenía ninguna repugnancia á los 100.000 duros



LA ESCUADRA INGLESA EN CANARIAS.

de renta de su padre; por consiguiente, su asentimiento no era difícil de obtener.

El Sr. de Rumbrye, sin olvidar nunca la política conyugal, no se tomaba el trabajo de ocultar el poco caso que hacía de Alfredo Lefebre de los Valles, y no había gran probabilidad de que consintiera en una unión de este género, si la iniciativa no partíade Elena, á la que su padre nada sabía rehusar.

Este era el punto importante, y Dios sabe los esfuerzos que la Marquesa había hecho, los medios que había intentado y las trazas de que se había valido para que Elena se enamorase de Alfredo; pero en esto como en los interrogatorios de que hemos hablado más arriba, todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Por más que Alfredo se pavoneaba delante de Elena, luciendo su traje ingeniosamente escéntrico, no obtenía ni una sola mirada.

Un observador despreocupado no habría hallado esto extraño.

Las jóvenes de mediana capacidad y buen sentido detestan, en efecto, la ridícula afectación de los hombres que creen ganarse partido siguiendo todas las extravagancias de la moda, como sucedía á Alfredo.

Pero la Marquesa, mujer por lo demás de excelente gusto y buen tacto, estaba ciega con respecto á su heredero, y sus mismas ridiculeces le parecían otras tantas perfecciones, de manera que no podía explicarse la indiferencia de Elena.

Recapituló todos los motivos que tenía para concebir sospechas, y combinando su experiencia de mujer con su orgullo de madre, se dijo, no en tono de duda, sino positivamente y cual si fuese un axioma:

— Para desdeñar á mi Alfredo, es preciso que ame á otro.

Entonces buscó, dirigiendo alrededor su vista experimentada en las intrigas galantes.

Se despojó imparcialmente de las impresiones recibidas, y se fijó más en Javier que en cualquiera otro su ojo investigador.

Como es fácil pensar, abundaban los pretendientes alrededor de los 500.000 francos de renta del Marqués de Rumbrye.

¿Pero qué importa el número?

Entre todos los rivales, la Marquesa adivinó al instante quién era el que amaba á la joven por sí misma, y no por su herencia, y reconoció además con una precisión matemática que éste debía ser y era en efecto correspondido.

Inútil es que digamos que se fijó en Javier.

La certeza de sus sospechas llevó su desesperación al último extremo.

¡Javier, recién salido del colegio! ¡un hombre que lleva dos meses seguidos el mismo frac! ¡Javier! ¡un muchacho tímido y pacato, á quien Alfredo Lefebre de los Valles podía dar lecciones de equitación y de esgrima! Esto era no solamente terrible, sino en extremo humillante.

Entonces fué cuando la Marquesa empezó las hostilidades, y Carral, su cómplice, fué enviado á guisa de vanguardia, con orden expresa de hacer de Javier un mal sujeto, y en caso necesario algo más.

(Continuará.)

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico fabricant 23, 25 rue Taitbout, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

La delicadeza del perfume, la suavidad del gusto y la eficacia de la acción antineurálgica y calmante, tales son las propiedades esenciales que distinguen al **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac**. Aun cuando la falsificación haya sido impotente para imitar este precioso Elixir, que no tiene rival en la higiene dentaria, debe exigirse la firma del venerable DOM MAGUELONE, actual Prior de la Abadía de Soulac.

Agente general. — A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

AVISO

Se ruega á los Sres. Suscritores que no hayan renovado su suscrición, lo verifiquen lo más pronto posible, porque su tardanza interrumpe la marcha regular de la Administración.

También se ruega á los que no deseen continuar, que lo avisen directamente á esta Administración; pues la devolución de los números no surte el efecto que se proponen, porque raras veces llegan á nuestro poder.

Tip. de los Huérfanos. Juan Bravo, 5.—Teléfono n.º 98

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 5.º — Madrid 15 de Febrero de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1.50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7.50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 pr. fs.
Un año..... 16 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 pt. fs.
Un año..... 10 »

SUMARIO

Texto.

La década, por Veranido. — *Abnegación*, novela por Mad. Bourdón (continuación). — *El M. I. Sr. Dr. D. Bernardo Sánchez Casanueva*, por D. E. A. S. — *La guerra de la Independencia, contada y juzgada por un francés*, por Mr. Rocca. — *Album de poesías: El misionero*, por D. Angel Lasso de la Vega. — *La virgen de la Pastorisa*, por Don Ricardo Puente y Brañas. — *Recuerdos y apuntes de viaje: Segovia*, por D. Angel Salcedo. — *El mendigo negro*, novela por Paul Feval. — *Maestro y discípulo*, por Celestino Salón.

Grabados.

El Sr. D. Bernardo Sánchez Casanueva.—(Véase el artículo.)
El Cardenal José Pecci. — (Véase la *Década*.)
El acueducto de Segovia. — (Véase el artículo *Recuerdos y apuntes de viaje*.)
Maestro y discípulo. — (Véase la poesía.)

LA DÉCADA

Cuando en nuestro último número publicábamos el artículo *La familia de León XIII*, bien lejos estaba nuestro ánimo de suponer que casi en aquellos mismos momentos sufría Su Santidad el dolor inmenso de perder á su egregio hermano, el Cardenal José Pecci.

Había nacido este ilustre miembro del Sacro Colegio en Carpineto, patria del gran Pontífice que rige la Iglesia de Dios, año de 1807. Contaba diez años de edad cuando con su hermano Joaquín se trasladó á Roma, y ambos pasaron doce meses en casa de su tío D. Antonio, entrando poco después en el Colegio de los PP. Jesuítas de Viterbo.

En 1824 tuvieron la desgracia de perder á su madre, y al año siguiente los Padres de la Compañía les llevaron á su Colegio romano, y una vez terminados sus estudios, José entró en el Noviciado de la Compañía y Vicente Joaquín se matriculó en la Universidad gregoriana.

José Pecci era en extremo aficionado al estudio de las cuestiones filosóficas, y se mantuvo en la Compañía hasta la revolución de 1848, que expulsó á estos buenos religiosos de Roma.

Después de la restauración pontificia, Pío IX, de santa memoria, confió á Mons. Pecci una cátedra en la Sapienza, en donde el docto Sacerdote dió pruebas de la mayor erudición.

Al elevar á su hermano á la Cátedra de San Pedro, fué nombrado vicebibliotecario de la Santa Iglesia, y poco después el Soberano Pontífice le creó Cardenal Diácono en el Consistorio de 12 de Mayo de 1879. Además de su título cardenalicio, Su Eminencia formaba parte de las Sagradas Congregaciones del Indice, de Ritos y otras varias, así como también protector de las Religiosas de la Madre de Dios en París y de las Ursulinas de Parma y de Milán.

Cuando el Papa anunció en el Consistorio del 12 de Mayo de 1879 la nueva promoción de Cardenales, enumerando los méritos de algunos que se habían distinguido por sus virtudes y su saber, dijo hablando de su hermano:

«Entre estos Cardenales se encuentra Nuestro hermano José Pecci, Prefecto con el cargo de Vicario de nuestra Biblioteca vaticana, del cual Nós diremos sólo que ha desempeñado largo tiempo el cargo de Instructor en Letras y en Ciencias superiores, y que está ligado á Nós por vínculos de sangre y de cariño, que Nós le devolvemos. En su elección demostrateis con vuestros honrosos juicios las simpatías que os merecía, por lo cual os expresamos Nuestro reconocimiento, juzgándole conveniente.»

En los primeros años del Pontificado del Papa León XIII, su hermano ocupaba, como Cardenal palatino, una habitación en el Vaticano. Algunos años después tuvo que ir á vivir á otro barrio más sano de Roma, á causa de su quebrantada salud.

Era el Cardenal Pecci varón eminentísimo en ciencias y letras. *La Ilustración Católica* se honra hoy reproduciendo el retrato del insigne Cardenal, y eleva con el triste motivo de su fallecimiento el homenaje de su más rendido pésame al Padre de todos los cristianos.

***

La Iglesia y la insigne familia Calasancia están de enhorabuena. Por decreto de 12 de Enero último ha declarado nuestro Santísimo Padre León XIII *que se puede proceder con seguridad á la solemne beatificación del Venerable Pompilio María Pirotti*, cuyas virtudes ya por el mismo Sumo Pontífice habían sido declaradas heroicas.

EL SR. DR. D. BERNARDO SÁNCHEZ CASANUEVA
Primer Rector del Seminario Conciliar de Madrid, † el 13 de Enero de 1890.

Fué en esta vida el beato Pompilio natural de Montecalvo, aldea de las inmediaciones de Benevento, en el antiguo reino de Nápoles. Llamóse en el mundo Domingo, y fué cuarto hijo de un honrado y cristiano matrimonio. Nació el 29 de Septiembre de 1710.

Diéronle cristiana y piadosa educación. La historia de su niñez abunda en esos felices rasgos de virtud precoz que suelen admirarse en la infancia de muchos santos, en la de San José de Calasanz, v. gr. Domingo Pirotti repartía entre sus camaradas infantiles sus vestidos y sus ahorros, y, lo que es más digno de notarse, atraía con regalillos á niños miserables para enseñarles la doctrina cristiana. A la Santísima Virgen la llamaba *su Hermosa Madre*, y la devoción que la profesaba muy pronto tuvo ese dulcísimo tono poético y místico, propio del acendrado amor que sienten las almas verdaderamente escogidas por la Madre de Dios.

Su juventud fué la continuación de su niñez. Domingo Pirotti fué de esos espíritus valerosos y constantísimos que no conocen la flaqueza ni el desmayo. En la cuaresma de 1726 predicó en Montecalvo el P. Nicolás María, de las Escuelas Pías, hombre notable que llamaban *el Filósofo*, por la profundidad de sus conceptos en la predicación de la palabra divina. Domingo no faltaba á ninguno de los sermones del P. Nicolás, y éste, prendado de la devoción del joven, ó más bien dicho, inspirado por Dios, díjole un día: «*Hijo mío, entra en mi Religión.*» Domingo no resistió á las sugestiones de la gracia; lo dejó todo: patria, familia y amigos, y se consagró enteramente á Dios.

En la familia escolapia, Domingo Pirotti no tardó en ser el modelo y la edificación de sus hermanos. Diez y seis años contaba cuando tomó el hábito religioso, y cambió su nombre por el de Pompilio María de San Nicolás, con que fué conocido hasta su muerte, y ha de ser venerado en toda la cristiandad hasta la consumación de los siglos.

En el colegio de Chieti cursó los estudios superiores de su instituto. Parece que hizo grandes progresos científicos. Consta de modo indudable que, ya como profesor en los diferentes colegios á que lo destinaron sus superiores, ya como Sacerdote, ya como religioso, siempre obró Pompilio María según el espíritu de Dios, y estrechamente ajustado á las constituciones de San José de Calasanz. Los niños le adoraban, que nadie fué con ellos jamás tan profundamente cariñoso; sus superiores se envanecían de contarlo por súbdito; sus hermanos le querían con delirio; los pueblos y las ciudades se disputaban el honor de albergarlo, y las muchedumbres se agrupaban debajo del púlpito en que predicaba, ansiosas de que las ungiese con óleo de su palabra, divinamente inspirada. El P. Pompilio fué muy pronto popularísimo en toda Italia.

Tantas virtudes y tantos méritos, naturalmente habían de ser probados en este mundo en la piedra de toque de la adversidad. Acusáronle en cierta ocasión ante el Cardenal Sersale, Arzobispo de Nápoles, de suavidad punible en el confesonario. ¡Siempre los rígidos han sido enemigos de los Santos! El fariseo siempre acechó al justo, y le armó lazos. El Cardenal suspendió las licencias al P. Pompilio, y por complacer á Su Excelencia, los Superiores de la Orden le trasladaron á la casa de Posilipo para que hiciera ejercicios espirituales y estuviera incomunicado. Pero no paró aquí la cosa. Los acusadores del Padre Pompilio acudieron también al poder civil, obteniendo del rey de Nápoles, que lo era el que después se llamó en España Carlos III, una orden de destierro. Fué conducido como un criminal á Toscana.

¿Á qué decir que el P. Pompilio sobrellevó estos trabajos con heroica paciencia? Lo que sí conviene añadir es que, aun en esta vida, recibió parte del merecido premio. Levantáronle el destierro, y tuvo el consuelo de volver á Nápoles entre los aplausos y las bendiciones de todo un pueblo.

Sus penitencias eran extraordinarias. Él, tan suave y dulce para todos, se trataba á sí mismo con un rigor de que apenas podemos formarnos idea los cristianos regalones y cómodos. Una sardina salada con algunos bocados de pan era su ordinario alimento. Humildísimo, para que no notaran su abstinencia, leía durante la comida de la Comunidad, y así lograba comer solo. Su muerte fué á 15 de Julio de 1766, con circunstancias en un todo dignas de su gloriosa vida.

La fama de santidad del P. Pompilio, confirmada después de su muerte por milagros portentosos, ha ido poco á poco creciendo, y ahora Su Santidad acaba de proclamarla solemnemente con el decreto á que arriba nos referimos.

Solemnes prometen ser las funciones con que la familia escolapia en España celebrará tan fausto suceso. Buen presagio es de ellas el magnífico número que acaba de repartir la *Revista Calasancia*.

Adorna este número un precioso retrato del Beato Pompilio, y lo ilustran artículos magistrales y poesías inspiradísimas. El P. Carlos Lasalde ha escrito la biografía de que hemos tomado los anteriores datos; el P. Jiménez Campaña, un bellísimo romance, y los PP. Paulino Saja, Salvador Calvo, Miguel Villalta, Calasanz del Pilar, Joseph Calonge, Pompilio Díaz, Sánchez Iglesias, Concabellas, Caballero y A. Casado, lindísimos trabajos todos ellos, ya en prosa, ya en verso.

***

La industria moderna no descansa, ni nadie es capaz de suponer el término de sus invenciones, cada vez más peregrinas é ingeniosas. Ahora acaba de instalarse en Madrid bajo el título poco castizo de *Continental Express* una agencial universal de reclamos, noticias y encargos de todo género.

Entrando en el núm. 15 de la carrera de San Jerónimo, que es donde está establecida la Agencia, se halla cualquiera en comunicación con todos los puntos del globo; el criado diligente para un recado, el teléfono, el correo, el telégrafo, todo está á disposición del que quiera utilizar sus servicios.

¿Que canta esta noche la Nevada en el teatro Real y quiere usted ir, ¡oh amable lector! á escucharla? Pues mande usted un recadito al *Continental Express*, y tiene usted su billete sin necesidad de entenderse con revendedores.

¿Que va usted á emprender un viaje? Pues allí le sacan á usted el billete, le facturan el equipaje y usted no tiene más que meterse en un coche é irse á la estación muy descansadamente.

¿Que se le antoja á usted cualquier cosa de París, de Londres, de Viena, de cualquier parte? Pues con soltar el dinero lo tiene usted en seguida, si recurre á la Agencia *Continental Express*, pues todo esto hace, y además se encarga del cobro de letras, pagarés, facturas, en todas las partes del mundo; facilita cartas de crédito para todas las capitales importantes, compra valores, y hace, en fin, multitud de cosas.

El *Continental Express* es para los vivos lo que las funerarias para los muertos; éstas se encargan de facilitar todo lo necesario para llevar á los difuntos á la sepultura con todo el aparato que quiere la familia, y aquel importante centro facilita la vida.

Se encarga también de la contrata de artistas líricos y dramáticos; establece una Exposición permanente de Bellas Artes donde estarán de venta las obras de los socios del Círculo de la calle de la Libertad, y ha montado el servicio de recados mejor que ha habido hasta ahora en Madrid.

Muchachos de 12 á 15 años lujosamente vestidos hacen las comisiones por 30 céntimos cada media hora; con sólo 25 céntimos de prima se llevan á domicilio y al precio corriente los billetes de teatro; por 30 céntimos dan todo lo necesario para escribir allí una carta y se encargan de echarla al correo.

Las oficinas están instaladas con lujo, comodidad y elegancia; no se puede pedir más.

El Director de la Agencia, D. José García Castellote, es una persona simpática, muy activa y de mucha iniciativa.

***

Mal año para las personas ilustres: á la ya larguísima lista de fallecimientos de personas de viso hay que añadir el de S. A. R. D. Antonio de Orleans, duque de Montpensier. Pretendió el duque la corona de España en 1868, lo cual no fué del agrado de gran parte del público; y tuvo además la desgracia de no salir airoso en sus pretensiones, lo cual acabó de enajenarle las simpatías de las gentes. En la batalla de Alcolea, el duque de la Torre vistió el uniforme y montó el caballo de S. A. D. Antonio de Orleans; con esto, tuvo contra sí el Infante todas las desventajas que pudiera haberle causado su presencia personal en aquel lance, sin recoger en cambio ninguna de las ventajas que su presencia al frente de las huestes revolucionarias pudiera haberle proporcionado. Guillermo de Orange, ideal de los usurpadores, cuando quitó el trono á su suegro Jacobo, no se contentó con mandar sus insignias; se puso él mismo al frente de su escuadra, y fué el primero que desembarcó en Torbay.

Por lo demás, vemos por todas partes tan dolorosos, tristes y repugnantes espectáculos, tantas miserias y tantos crímenes, que la ambición de un Infante que quiere ser Rey no es suficiente para escandalizarnos. El que no sienta en su pecho el acicate de la ambición que tire la primera piedra; algunos, ya lo sabemos, no sienten esas grandes pasiones de reinado que han vuelto locos á tantos infelices humanos; pero en cambio suelen andar de ceca en meca, y revolviendo todo el pequeño mundo sujeto á su influencia por ganarse algunos ochavos. Vanidad de vanidades, y todo es vanidad.

El duque de Montpensier era económico, y esto no lo veían bien nuestros paisanos, lo cual creemos nosotros que no favorece mucho á los murmuradores. ¿Por qué un Príncipe ha de ser un despilfarrado, un maniroto? Pues porque es un príncipe, suele contestarse. La razón no es de las que convencen; pero sí de las que *aplastan*, como dice un ingenioso amigo nuestro.

El duque de Montpensier tenía para nosotros un título especialísimo de simpatía; fué el gran protector, ó mejor dicho, el gran amigo de Fernán Caballero. Fernán Caballero pagó aquella generosa amistad con lo que ella podía pagarla; con los frutos sazonadísimos de su ingenio. En las novelas de Cecilia Bolth se encuentra muchas veces escrito el nombre del duque de Montpensier con elogios y bendiciones. Q. E. P. D.

***

No lo teman nuestros lectores.

Este año hemos suprimido por artículo de lujo el que teníamos pensado escribir sobre el tema: *el Carnaval ha muerto*..... Que muera ó que viva, nos importa ya poco: lo que sí queremos es no repetirlo más.

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Marzo 18....

Hemos entrado, al menos exteriormente, en nuestra vida ordinaria; el lujo en los vestidos, un cuarto en el que ya no se entra, un cubierto de menos en la mesa: esto es todo lo que indica, por fuera, el paso de la muerte; á pesar de todo su poder, no puede detener por mucho tiempo la marcha habitual de la vida..... En el fondo de algunos corazones es donde hace el vacío y donde abre secretas heridas.

Ahora estoy al frente de la casa, me han entregado las llaves, y Verónica viene todas las mañanas á recibir mis órdenes. Ese momento en que aparece ante mí con un libro de cuentas en la mano y la misma frase en la boca: —¿Qué hay que hacer hoy, señorita? — Ese momento es siempre crítico para mí; ¡me siento tan novicia! Y muy á menudo, temiendo equivocarme y dar órdenes contradictorias, sea para las comidas ó para el arreglo de la casa, le consulto y me entiendo con ella; ¡pero conozco que pierdo en consideración á sus ojos lo que puedo ganar en instrucción casera! ¿Cómo remediarlo?

Mi padre ha exigido que tomara para nuestro servicio una muchachita que ha de cuidar de Edmundo. Me encuentra demasiado delicada para permitirme que tenga al niño á mi lado de noche y de día, como se lo había pedido. He obedecido, pues me ha parecido que una negativa hubiera contrariado á mi padre, tan afligido ya. El también ha vuelto á sus costumbres, visita á sus enfermos, vuelve á la hora de siempre: á los ojos indiferentes les parece tranquilo; pero yo leo claramente en su semblante y en su corazón la pena que le devora. No habla casi nunca; durante la comida, mira al sitio vacío enfrente de él, y muchas veces corren silenciosas lágrimas por sus descarnadas mejillas. Por la noche coge á Francisquita sobre sus rodillas, la mira, ¡se parece á su madre! y pasa la velada en muda contemplación. Vive con sus recuerdos, y sus recuerdos gastan y consumen su vida. Me trata con bondad y con cariño, pero no ejerzo ningún dominio sobre él; ¡no puedo ni consolarle ni distraerle!

Saint-Omer, Mayo 18....

¡Qué triste es la vida y qué pesada! Nada me sabe bien, y por más que haga, no me basta con mi buena voluntad. Tengo una autoridad nominal; pero mi juventud, mi falta de experiencia reducen esta autoridad á la nada, lo conozco. Empecemos por los niños: Francisquita primero, tiene un carácter difícil, colérico, que su madre contenía con una justa severidad mezclada de cariño; pero abandonada á sí misma durante la enfermedad que la dejó huérfana, Francisquita se ha hecho intratable. La he contemplado mucho á causa de su pena, y cada vez que me hablaba de su madre me enternecía, pero ya habla menos; la ligereza natural á sus años se sobrepone, y los defectos vuelven á aparecer más fuertes y numerosos que antes. No me obedece; no le puedo tomar una lección; replica con mal modo á mis observaciones y se burla de los castigos que le quiero imponer; en la cocina le muele á Verónica, que enfadada viene á quejarse á mí; pone llorando á Edmundo y agria su carácter, y de mil modos ejercita mi paciencia. ¿No he encontrado hoy rotas todas las ramas en flor de mis queridas lilas? Era la obra de Francisquista; me he quejado con tristeza: —Hija mía, trata de corregirla, pero sobre todo ten paciencia..... no es más que una niña y tú eres la mayor...!. Comprendí que podía esperar poco apoyo de mi padre; ¿no me lo había advertido ya?

¡Y Edmundo! El pobre niño no está alegre y hermoso como antes: temo que no reciba los cuidados á que estaba acostumbrado, y no obstante, no veo lo que le puede faltar; hacía falta un ojo más ejercitado que el mío para conocer la parte flaca; pero hay una, lo conozco.

Hasta la casa ha perdido aquel aire elegante en su sencillez, de esmerada limpieza y orden artístico que la hacían parecer más agradable que muchas habitaciones más opulentas. Verónica se resiente de la falta de una buena dirección y pierde el tiempo, y charla, y viendo el quehacer amontonado en su rededor, se pone de mal humor y se hace insoportable..... Mi tarea es pesada y no me siento con fuerzas para llevarla.

Saint-Omer, Julio 18....

Mi madrastra al morir confió mi padre á mis cuidados, invocó para él todo mi cariño y todo mi respeto; pero, ¿sabía hasta qué punto sería incurable la herida que recibía con su muerte? Nada puede distraerle ni consolarle. Vive maquinalmente absorto en un pensamiento; su cuerpo está en la tierra, pero su alma habita la región de las sombras con la que le ha precedido en la tumba. Cosa es que en verdad me aflige, que yo, tan débil, y que por él debiera ser sostenida, soy la llamada á servirle á él de apoyo y de sostén. Cuando á veces, inquieta yo misma, atormentada por los cuidados de la casa, por las travesuras de Francisquita, por la delicada salud de Edmundo, por las preocupaciones monetarias que se deslizan por entre nuestras penas, voy á él á pedirle consejo y ayuda, sale de su letargo y me dice: —Haz lo que mejor te parezca, hija mía; tú eres la dueña. Manda, dirige, suprime, te he entregado la administración de la casa y aprobaré todo lo que hagas. Hazme vivir á tu antojo, pero te suplico que no me inquietes con ninguna discusión..... ¡necesito tanta paz!

Estas palabras hacen espirar las quejas en mis labios; me enternecen tanto más, cuanto que el semblante de mi padre atestigua que realmente tiene necesidad de paz. La pena le devora. Yo quisiera ofrecerle un interior pacífico, goces dulces y puros que pudieran reanimar su corazón marchito, pero es ardua la empresa y nunca salgo airosa. En vano desearía que cada rueda de la vida doméstica se moviera sin ruido, que todas en armonioso concierto produjeran la calma y el bienestar; siempre algún desentonado sonido viene á frustrar mis combinaciones, y el alma enferma y herida, el pobre corazón dolorido, no encuentran en donde descansar; el respetuoso silencio que conviene á los grandes dolores es interrumpido, y yo, sin fuerzas en medio de estas contrariedades, me aflijo, lloro y no hago nada bueno.

¡Pobre madre de estos niños, no olvidaros que prometísteis rezar por mí!

Saint-Omer, Febrero 18....

Lloraba el otro día en mi cuarto, lloraba de fastidio, de cansancio y de desaliento. Verónica me había hecho pasar un mal rato respondiendo con mal modo á una justa observación que me permití hacerle; Francisquita había gastado mi paciencia, y no quería ni leer, ni escribir, ni trabajar; sólo Edmundo estaba tranquilo y jugaba en el jardín; lloraba, pues, representándome las enojosas luchas en que consumo mi tiempo y mis fuerzas, cuando se abrió la puerta y Fany entró en mi cuarto, alegre como siempre. ¡Qué fresca, qué alegre, qué contenta me pareció con la vida! Todo en ella sonreía; sus ojos azules, en los que brillaba la inocente alegría, sus labios bondadosos y francos, los hoyuelos que la risa hacía en sus mejillas, su traje fresco y claro, todo, hasta el ramillete de rosas que llevaba en la mano, y que echó sobre la mesa, como un don de alegre entrada. — ¿Qué tienes? exclamó con su viveza acostumbrada. ¿Lloras, Octavia? ¿Qué te ha sucedido, querida mía? — Nada, respondí; todo anda como de costumbre, es decir, que nada anda bien.

Y enuncié mis fastidios; Fany me escuchaba, y me dijo con simpatía: —¡Todo eso es bien fastidioso, mi pobre Octavia, y no tiene remedio; á nuestra edad no se puede dirigir una casa, no se puede más que obedecer, y á ti tu padre no te manda nada! — Pero á nuestra edad se casa uno, repliqué. — ¡Ah, eso es diferente; cuando uno se casa, no tiene una familia que dirigir; se hacen algunos disparates, de los que se ríe el primero el marido; ¡pero un padre! — Mi pobre padre no tiene ganas de reirse, te aseguro. — Ya lo sé, y por eso es preciso distraerte un poco. Ven conmigo á casa; espero algunas amigas, charlaremos, bordaremos, haremos una buena meriendita; ¡tengo unas peras deliciosas y unas uvas. Vamos, ¿te decides?

No tuve valor para negarme, y seguí á mi prima. Pasamos una buena tarde; y entre aquellas muchachas amables, alegres, llenas de animación y de gracia, olvidé mis fastidios. También ellas me han convidado para que á mi vez vaya á verlas, y casi lo he prometido. ¿Debo acaso secuestrarme absolutamente porque mi padre no quiera ver á nadie? El mismo no lo querría, estoy segura de ello; parece que ha aprovechado la pequeña distracción que me he permitido.

Saint-Omer, Noviembre 18....

He obtenido de mi padre permiso para enviar á Francisquita al colegio de junto á casa; ella estará más contenta, y se hará, al menos así lo espero, más tratable, y yo ganaré un poco de libertad en este arreglo. No puedo permanecer indiferente al cariño que Fany me demuestra, y paso con ella, en su casa pacífica y hospitalaria, todos los ratos que puedo robar á mis ocupaciones. El silencio taciturno de la nuestra me aburre, y como no veo que sea necesaria en ella mi presencia, en cuanto he determinado con Verónica el orden de las comidas y de las labores, cuando he dado las órdenes para Edmundo, y después de asistir á nuestra silenciosa y triste comida, en seguida me escapo, voy á casa de Fany, allí al menos se respira, siente uno que vive y la tristeza se adormece. Trabajo, charlo con mis primas, con ellas hago visitas, y aprovechamos de los últimos días de buen tiempo para dar todavía algunos paseos. Siempre me separo de ellas con pena, y el contraste que ofrece la animación de su casa con la tristeza de la nuestra me oprime el corazón; pero si no puedo tener toda la felicidad de que goza Fany, ¿es acaso un mal el que desee una partecita, y el que busque á veces el calor de un fuego y la alegría de una luz de que los demás disfrutan? A mi padre no le parece mal; solamente me dijo una vez: — ¿Sales mucho, hija mía? ¡En verdad que no me extraña, está tan triste nuestra casa!

Meneó la cabeza, y añadió: —¡Voló su ángel tutelar!

¡También el mío ha desaparecido: mi pobre tía! Todo dolor me recuerda aquel dolor, todo suspiro encuentra un eco en mi corazón.

¿Pero ella misma si viviera, vituperaría acaso el que busque un poco de distracción?

Saint-Omer, Enero 18....

Al fastidio sucede la desgracia..... Tengo á mi pobre Edmundo muy enfermo; escribo al lado de su cama, y á cada instante me llama con una voz dulce y plañidera que me llega al corazón. Pobre niño, no sabía yo quererle tanto; ahora siento que Dios me ha dado para él un corazón de madre, y me remuerde amargamente la conciencia el haber desconocido á un mismo tiempo mi deber y mi felicidad al alejarme de él. Lo que ha sucedido ha sucedido por mi culpa, lo conozco; y quiero apuntarlo aquí, como un *me-*

mento, que me advierta para que no lo olvide en adelante. Desde hace algún tiempo había contraído la costumbre de pasar las tardes con mis amigas; una vez en casa de una, y otras en la de otra, y algunas veces en la mía. Ayer estábamos en casa de Ana tocando el piano, y realmente, desde hace algunos años no me había divertido tan de veras; ningún presentimiento me inquietaba.

Muchas veces en nuestras pequeñas reuniones el recuerdo de la casa y de los niños que dejaba en ella turbaban el gusto que encontraba en estar con mis amigas; pero un día el canto de Ana, el arpa de Lucía me cautivaron por completo. Fany y su doncella me acompañaron hasta la puerta, y en seguida me anunció una desgracia el semblante de Verónica. No entendí entre sus palabras incoherentes y cortadas más que el nombre de Edmundo, y corrí á su cuarto. Allí estaba mi padre de rodillas al lado de la cama en la que estaba echado el niño con aire doliente y abatido. — ¿Qué tiene? exclamé. — Sufre, dijo mi padre con no acostumbrada sequedad, pues su tristeza está siempre llena de dulzura. — ¡No es la culpa de Dona! dijo el niño vacilando; no es su culpa, no hay que reñirla..... dame un beso, hermana, mi querida hermanita.

Obtuve una explicación; el niño, encontrándose solo, mientras su muchacha, desobedeciendo á mis terminantes órdenes, le había abandonado y salido fuera, se fastidió y quiso jugar, y como nadie le vigilaba, se escapó al patio, cubierto de una ligera capa de nieve, por lo que estaba muy resbaladizo. Allí comenzó á enredar á sus anchas con Dona, compañera inseparable de sus juegos, y se cayó, como tenía que suceder; y como también Verónica estaba fuera, el niño estuvo mucho tiempo sobre el suelo húmedo gritando y llorando sin que nadie viniera á socorrerle, hasta que volvió mi padre de sus visitas y oyó la voz del pobre Edmundo; le levantó y llevó sobre su cama; el niño continuaba quejándose: se le había dislocado una rodilla.

¡Oh! ¡Qué culpable me encontré al oir uno á uno estos detalles! Me había dejado llevar del fastidio y del desaliento, y cobardemente había desertado de mi puesto; había soltado las riendas y renunciado al deber de vigilancia materna que me estaba confiado. Aquel pobre niño era la víctima de mi descuido y me sonreía y me llamaba su buena hermana, y no sabía que tuviera nada que perdonarme. Mi padre estaba más triste y taciturno que de costumbre; me atreví á cogerle la mano, y dije en voz baja: — ¡Perdóneme usted!

— Nada tengo que perdonarte, hija mía;—dijo— es pesada tu carga, lo conozco, y para esta vigilancia exacta, este cuidado de todos los instantes, es preciso el corazón de una madre. — ¡Pero yo he prometido ser la suya! exclamé con pena. ¡Oh, que culpable he sido! Besé á mi padre, que me atrajo suavemente hácia él y me estrechó la mano, diciéndome: — Tienes el corazón; y Dios te da la voluntad de reemplazar á la que ha perdido. No llores, hija mía, pues la caída de Edmundo no ofrece ningún peligro. — ¡Ya no volveré á casa de Fany, ni á ninguna parte! dije con un sentimiento que la bondad de mi padre hacía más vivo. — Es prometer mil veces más de lo que pido, me respondió; modera un poco tus relaciones para que te quede tiempo para atender á la casa y á mis pobres hijos. ¿Lo quieres, Octavia? — ¡Oh! Sí, respondí llorando. Y usted, papá, déjeme velar esta noche á Edmundo.— Con todo mi corazón te lo permito, me dijo mirándome con fijeza. — Me hará provecho, añadí sonriéndome. — Así lo creo, y me volvió á besar.

¡Escribo esto por la noche; el niño se ha dormido poco á poco; puedo reflexionar á mis anchas; hace tiempo que no había hablado conmigo misma!

(Continuará.)

EL M. I. SEÑOR DOCTOR

D. BERNARDO SÁNCHEZ CASANUEVA

El día 13 de Enero del presente año murió la muerte del justo el M. I. Sr. Doctor D. Bernardo Sánchez Casanueva, Canónigo de la Catedral de Madrid y primer Rector del Seminario Conciliar. Honda impresión y amarguísima pena nos había causado ya la pérdida de católicos tan fervorosos y activos como el Sr. Sánchez de Castro, P. Caldeiro, D. Vicente de La Fuente y otros que han sido víctimas de la epidemia con que el Señor nos ha visitado en su misericordia durante los últimos días del año anterior y los primeros del presente; pero todavía debíamos sufrir la impresión dolorosísima de ver la desaparición del joven, ilustrado y celoso Sacerdote cuya memoria quedará grabada para siempre en el corazón de todos cuantos le conocieron y trataron. Treinta y cinco años contaba solamente, pero de él puede decirse con toda propiedad que *consummatus brevi, explevit tempora multa*. No es posible que en pocas líneas podamos dar una idea siquiera sea muy ligera de los trabajos y fatigas de su vida verdaderamente apostólica; apuntaremos solamente los rasgos más principales de ella con el único y exclusivo objeto de que, siendo conocida, se muevan nuestros lectores á encomendar su alma á Dios Nuestro Señor, ya que por tantos modos y maneras procuró difundir su gloria.

Nació en el Campo de Ledesma, Diócesis y provincia de Salamanca, el día 2 de Diciembre de 1854; y es su pueblo natal, como todos los que forman aquella región afortunada, un país excepcional, donde se conservan íntegras y puras las doctrinas y prácticas de nuestra Religión sacrosanta. Aun viven los padres de nuestro malogrado Sacerdote; en buena edad está el que entonces dirigía por los caminos de salud, en calidad de Párroco, á los sencillos habitantes de la parroquia de San Ramón Nonnato del Campo de Ledesma; y aprovechándose el niño Bernardo de la educación sólidamente cristiana que recibía en la casa paterna, oyendo con docilidad los consejos de su buen Párroco é instruyéndose en los rudimentos de las primeras letras, con admiración de su primer maestro, pudo á los diez años comenzar sus estudios de latinidad, bajo la dirección del ya citado Párroco, hoy Dignidad de Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Salamanca. El examen que después hizo en el Seminario Conciliar Central de la misma ciudad para la incorporación de los dos primeros años de latinidad, fué el primer triunfo en la serie no interrumpida de los que había de conquistar durante su carrera literaria. Los examinadores no dejaban de admirar ni de ponderar cómo un niño de tan corta edad, y careciendo hasta del hábito y costumbre de ver otras gentes que no fueran las de su pueblo, de corto vecindario, podía tener aquella serenidad y seguridad de juicio, dotes que acaso sean las más características en él, aparte de su laboriosidad infatigable. Obtuvo ya la nota de *Meritissimus* ó sobresaliente en el examen de incorporación, y esta misma fué la que conservó durante toda su carrera. El 3 de Octubre del año 1866 ingresó como alumno interno en dicho Seminario de Salamanca, y el 4 de Noviembre del mismo año obtuvo el primer premio de aplicación y buena conducta, que consistió en un elegante diploma, juntamente con el compendio del Catecismo de perseverancia por el Abate Gaume. Bien se ve que el Señor le escogía para que después fuese uno de los propagadores más decididos en estos tiempos de la enseñanza del Catecismo de la Doctrina Cristiana. En aquel solemne acto de los premios tuvo el privilegio el alumno Sr. Casanueva de atraerse las simpatías de los 300 alumnos internos que á él concurrieron. Todavía lo recuerda tan perfectamente como si hubiera sucedido ayer el que le dedica este testimonio de amistad y de cariño. Era entonces el niño Bernardo de constitución tan débil y de naturaleza tan enfermiza, que el Rdo. Padre Rector, D. Carlos María Maldonado, al hacer entrega del premio al alumno, hubo de decir una frase que, ingeniosa como todas las del sabio y virtuoso Jesuíta, causó la hilaridad de alumnos y profesores. No se tiene presente textualmente la frase, pero con ella dió á entender á los seminaristas cuánto le agradaba ver un niño que, en la apariencia, apenas podía con su cuerpecito, y llevaba ya sobre sus hombros el primer premio de su clase. Continuó haciendo sus estudios siempre con el mismo aprovechamiento, observando una conducta intachable, desempeñando con lucidez asombrosa las comisiones que se le confiaron en las academias y actos literarios, de tal suerte, que el año 1874 fué nombrado Catedrático de Latinidad del Seminario Conciliar de Salamanca. Para aquel tiempo se había ya desarrollado físicamente y habían desaparecido los temores de una muerte prematura, pues por el año de 1867, el médico del Establecimiento le envió á casa de sus padres casi desconfiando de que pudiera salvarse. Dos años desempeñó la Cátedra de Latinidad el *Benjamín* de los profesores de aquel Seminario Central, y tales pruebas dió de carácter, inteligencia y celo para gobernar y dirigir los alumnos, que era considerado por todos como una notabilidad en el difícil arte de instruir y de enseñar. Al mismo tiempo que formaba parte del profesorado del Seminario, continuaba la carrera eclesiástica; y sin desatender ésta, hizo la incorporación de sus estudios en el Instituto, recibiendo el año de 1875 el grado de bachiller en artes y matriculándose en la Facultad de Leyes en la Universidad de Salamanca.

El Prelado de santa memoria que regía aquella Diócesis, el Sr. Martínez Izquierdo, fijando su mirada en el joven profesor y reconociendo sus dotes excepcionales, le trasladó al Seminario de Ciudad Rodrigo en el año 1876, recibiendo antes en el central de Salamanca los grados de Bachiller y Licenciado en la Facultad de Sagrada Teología. Nombróle Catedrático de tercero de Latinidad y de Retórica, pero tenía el ilustre Prelado altas miras sobre aquel Seminario, y se valió del Sr. Casanueva y de otros operarios para realizar sus vastísimos y provechosos planes. Así es que además de esta cátedra desempeñó en él la de Historia Universal, la de Física y Química, la de Metafísica y Filosofía de Santo Tomás, la de Teología Dogmática y la Suma del mismo Doctor Angélico, todo esto sin perjuicio de colocar y estar al frente de los gabinetes de Física y de Historia Natural con que enriqueció aquel Prelado al Seminario; y de clasificar una escogida colección de minerales del país y de las provincias inmediatas, que con su industria y constancia le fueron facilitados. Ni era esto sólo, porque estuvo también encargado de la inspección literaria y disciplinar de los alumnos internos, supliendo al señor Vicerrector en ausencias y enfermedades, desempeñando su cometido con grande acierto, discreción y prudencia, según consta en las testimoniales que le expidió el mismo Prelado de Salamanca, entonces Administrador Apostólico de Ciudad Rodrigo. Fué, pues, nuestro llorado Sr. Casanueva uno de los instrumentos más aptos de que se valió el Sr. Izquierdo para levantar los Seminarios de Salamanca y Ciudad Rodrigo de la postración en que, como todos, se encontraban después de las revueltas de Septiembre de 1868, y de él se sirvió también para fundar el Colegio privado y el Seminario económico ó Patronato de San José en Ciudad Rodrigo; establecimientos tan útiles y tan provechosos, tanto para la Iglesia como para la sociedad misma.

Llamado por Dios al altísimo estado del Sacerdocio, recibió el sagrado Orden del Presbiterado el día 22 de Diciembre de 1877, diciendo su primera Misa el día 2 de Enero del año siguiente. Siendo Subdiácono se le encomendó ya el sermón que debía predicarse en la fiesta que á Santo Tomás de Aquino consagran todos los años los teólogos de aquel Seminario, y en este su primer sermón manifestó las cualidades que después conservó y perfeccionó en el oficio de la predicación de la divina palabra. Era ésta en sus labios la lluvia que gota á gota cae en campo bien dispuesto, porque difícil era escuchar al Sr. Casanueva en el púlpito, sin sentir en el corazón movimientos de gratitud hacia Dios, de devoción á la Santísima Virgen, de amor á la virtud ó de odio y aversión al pecado, según fuese la materia ó puntos que se propusiera tratar. Tenía su predicación algo de lo que caracteriza la predicación y la palabra del Santo de su nombre, del melifluo San Bernardo, una dulzura y una unción tan suave, que no era posible resistir ni á la fuerza de su razonamiento, ni á la manera y modo de insinuarse. Y ya que hablamos de su predicación, ó de sus dotes como orador, bueno es dejar consignado que fueron siempre sus sermones y sus pláticas verdaderamente originales, pues sólo conocemos un modelo, al cual se ajustó perfectamente. Este modelo era su Obispo, el ya citado Sr. Izquierdo, de quien aprendió á citar oportunamente al Doctor Angélico Santo Tomás y á la Doctora Seráfica Santa Teresa de Jesús. Después de los argumentos de la Sagrada Escritura, éstas eran las fuentes predilectas de nuestro nunca bien llorado amigo y hermano, y como su inteligencia era clarísima y su instrucción muy vasta, resultaban siempre sus sermones llenos de esa doctrina celestial que enamora los corazones y las almas.

Hecho Sacerdote y sin dejar las ocupaciones del Seminario, fué nombrado, primero Coadjutor de la Parroquia de la Catedral de Ciudad Rodrigo el 1.º de Febrero de 1878, y luego Ecónomo de la misma feligresía. Si como Catedrático y Profesor de los Seminarios se hizo justamente admirar, como Sacerdote y Pastor de las almas llegó á adquirir una reputación y un nombre imperecedero. No se borrará jamás éste de los habitantes de Ciudad Rodrigo, de cualquier clase y condición que fueren; porque á todas partes y en todas ocasiones se dejó sentir la acción fecunda de su sagrado ministerio. Á todo atendió y siempre fructificó la semilla que sembraba el inteligente y celoso labrador. Devotísimo hasta el entusiasmo por nuestra paisana Santa Teresa de Jesús, estableció en Ciudad Rodrigo la Archicofradía Teresiana para las jóvenes católicas que aspiran á mayor perfección por medio del ejercicio de la oración mental y demás prácticas piadosas, teniendo el consuelo de verla aumentar y prosperar, no habiendo apenas ninguna joven en Ciudad Rodrigo que no se alistase bajo las banderas de la virgen castellana. Y para aficionarlas á lecturas altamente provechosas, creó exclusivamente para ellas una Biblioteca, compuesta de libros que tuvieran por base la piedad, pero expuesta en forma amena y recreativa.

Además estableció en la misma parroquia de la Catedral la Cofradía del Santo Rosario, logrando que casi todos los habitantes de la ciudad se inscribieran en ella, disponiendo con este motivo funciones extraordinarias y llevando expresamente para la solemne instalación al Rdo. P. Solla, dominico que residía en el convento de San Esteban de Salamanca. Allí fué también, en Ciudad Rodrigo, donde hizo sus primeros ensayos para la enseñanza del Catecismo, instalando al efecto en la misma parroquia un centro de Catequesis para niños y niñas de la ciudad, valiéndose de mil y mil recursos ingeniosos para hacerlos dóciles y atentos durante las horas que duraba la explicación de la doctrina; y por último, sin contar con la eficaz cooperación que prestaba á otras obras de caridad y de celo, como la Sociedad de San Vicente de Paúl y las visitas frecuentes á las escuelas de la ciudad, como Vocal de la Junta local de Instrucción primaria, contribuyó á que se generalizara la saludable práctica de la frecuencia de los Santos Sacramentos por medio del Apostolado de la Oración. No es extraño que recibiese evidentes pruebas de veneración y respeto por parte de los agradecidos civitatenses, que veían multiplicarse y hacerse todo para todos á este celoso operario de la viña del Señor, y que los niños de la ciudad materialmente no le dejasen pasar libremente por la calle, viéndose rodeado de las inocentes criaturas á quienes tanto bien dispensaba.

Ocupado constantemente en las fatigas del ministerio parroquial (que mucho y harto trabajo proporciona una dilatada feligresía), llevando el alivio y el consuelo á los afligidos, visitando los enfermos, reconciliando á los enemistados y ejercitando las obras todas de misericordia, parece que no podría pensar en otra cosa que en llenar cumplidamente el cargo de la parroquia y el desempeño de las cátedras del Seminario. Y sin embargo, el hecho es, que después de recibir la borla de Doctor en la facultad de Sagrada Teología en el Seminario Central de Salamanca el 3 de Mayo de 1881, se mostró opositor á la prebenda lectoral de la Metropolitana de Burgos. Con qué lucimiento y desahogo hiciera las referidas oposiciones, no lo dice solamente el certificado que á la vista tenemos, en el cual consta que, aprobados los ejercicios, obtuvo tres votos en la elección de dicha canongía; pero además tenemos noticias particulares de testigos que presenciaron todos los ejercicios, los cuales fueron, en sentir de personas inteligentes, de mucho mérito. Reveló en ellos sus profundos conocimientos teológicos, sus dotes oratorias especiales y una facilidad admirable para dejarse entender aun en las cuestiones más difíciles y obscuras. Lo mismo sucedió en los ejercicios verificados el año 1883 para la Prebenda magistral de la Santa Iglesia Catedral de Tarazona, donde fué agraciado con cuatro votos. Los reverendos Prelados y Cabildos de una y otra Iglesia quedaron altamente satisfechos de las cualidades del opositor, y á no ser tan joven, ciertamente que en alguna de ellas hubiera sido elegido.

Mucho se complacía su dignísimo Prelado, el Excelentísimo Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, en las muestras que de su talento daba el joven Sr. Casanueva. Ya en el año de 1882, con ocasión del centenario y certamen literario de Santa Teresa, le hizo venir de Ciudad Rodrigo á Salamanca, teniéndole cerca de sí unos cuantos meses para confiarle trabajos de importancia, relacionados con el mismo centenario. Después, en el mes de Octubre de 1884, definitivamente lo trasladó á Salamanca, llevándole á su mismo palacio. Tenía éste Prelado el pensamiento de celebrar Sínodo diocesano, y al Sr. Casanueva encargó preparar, bajo su dirección, lo conveniente y necesario para que fuese el Sínodo lo que eran todas las obras que emprendía aquel eminente Obispo. Desde el mes de Diciembre de 1884 hasta que vino á Madrid, estuvo además al frente de la parroquia de San Benito de Salamanca; y consignado ya lo que hacía en Ciudad Rodrigo como Párroco, no hay necesidad de repetir que en Salamanca se condujo de la misma manera. Preconizado el Sr. Izquierdo para esta Iglesia de Madrid-Alcalá, con él hizo la entrada en Madrid el 2 de Agosto de 1885, y desde el primer momento supo conquistarse el joven Sacerdote el afecto de todas las personas que visitaron el Palacio episcopal. Nombróle Mayordomo el Prelado; pero conocedor éste de sus aptitudes y cualidades, le propuso para la cátedra de Religión y Moral de la Escuela Normal Central de Maestras de Madrid, cuyo título le fué expedido por el Excelentísimo Sr. Ministro de Fomento, el 1.º de Septiembre del citado año. Se propuso el primer Obispo de Madrid crear en su mismo Palacio cátedras de Latinidad que fueran como el fundamento del nuevo Seminario, y también confió la dirección de estas cátedras al Sr. Casanueva. En uno y otro centro literario se hizo acreedor á justas y merecidas alabanzas; y todavía suena su nombre con respeto y veneración en las aulas de la Escuela Normal. Al constituirse el Cabildo Catedral de Madrid, S. M. el Rey Alfonso XII (q. s. g. h.) le nombró Canónigo, y bien pronto principió á ser útil á la Corporación, instalando sus oficinas y desempeñando comisiones de importancia. Cuando ocurrió la muerte, llorada por todos los católicos, del primer Obispo de la nueva Diócesis de Madrid-Alcalá, el Ilmo. Cabildo le honró con el cargo de Ecónomo de la Mitra, y hasta que vino á regir la Diócesis de Madrid el segundo Obispo, dignísimo sucesor del Sr. Izquierdo, siguió el joven Canónigo entregado á los trabajos del ministerio sacerdotal y de la enseñanza.

El 8 de Septiembre de 1886 llegó á Madrid el Excmo. Sr. D. Ciriaco María Sancha y Hervás, y el 24 del mismo mes confirmó en favor del Sr. Casanueva el nombramiento que tenía del Sr. Izquierdo en orden á la dirección del Seminario: y recibiendo al mismo tiempo del excelentísimo Prelado pruebas las más absolutas de confianza, desplegó el Rector tal celo por la prosperidad del naciente Seminario, que á él y al Prelado se deben los resultados satisfactorios que desde entonces está dando. Todo lo organizó y todo lo puso en orden aquella privilegiada inteligencia. El era en los principios el Rector, Secretario, Mayordomo, Inspector, Bibliotecario, Director espiritual, y él suplía siempre á todos los Profesores cuando alguna indisposición les impedía la asistencia á las cátedras. Mejoró las condiciones del local hasta encontrar en él disposicion para todas las cátedras y oficinas que son necesarias en establecimientos de esta clase, y quedó bien pronto una parte de la planta baja y alta del Palacio Episcopal convertida en un verdadero Seminario. Después, cuando el número de alumnos fué en aumento y se completó el cuadro de Profesores, pudo ya el joven Rector presentar su Seminario en los días de apertura de curso, en la celebración de veladas literarias y en otras solemnidades con el aparato y esplendor que todos hemos tenido ocasión de admirar. Para el mejor régimen del Seminario publicó un reglamento, que es por el cual se gobierna, reglamento sumamente claro y adaptado á las circunstancias y condiciones de la localidad. Había recibido sin duda alguna de Dios el don de dirigir á los demás, y las ideas que él tenía concebidas sobre la manera de cómo deben regirse los Seminarios, tanto en la parte material como en la formal, las dejó consignadas en el discurso de apertura que pronunció el 1.º de Octubre de 1888, y que por orden del Excmo. señor Obispo fué publicado. En suma, como Rector del Seminario estaba adornado de prendas estimabilísimas, que los Profesores y alumnos han sabido apreciar con justicia al llorar su muerte, uniendo su sentimiento al sentimiento inmenso del excelentísimo Prelado.

Ni eran parte las ocupaciones del Seminario para impedir el que emprendiese otras obras de celo y de la mayor gloria de Dios Nuestro Señor. Publicó un libro titulado *Religión y Moral* el 12 de Mayo de 1887; y es este libro una explicación de los catecismos del P. Ripalda y P. Astete, tan completa y tan acabada, que dudarse puede si habrá otra que la iguale. Además comenzó á publicar otro que llamó el *Catecismo en ejemplos*, y cuya lectura, además de ser muy provechosa para los que se dedican

á la enseñanza de la doctrina cristiana, revela la constancia del autor para coleccionar tantos ejemplos y anécdotas, adaptándolos perfectamente á los puntos de la doctrina. ¡Lástima es que no haya podido concluir esta obra de tanto mérito! En el mes de Junio último fué autorizado por la Junta Central de organización católica en España para dar á luz el *Catecismo acerca del poder temporal del Papa*, recibiendo de la misma Junta, de no pocos Prelados y aun de Roma, pruebas las más inequívocas de la satisfacción con que se ha visto el referido *Catecismo*. El, además de esto, trabajó con verdadero entusiasmo en la celebración del primer Congreso Católico, siendo nombrado representante de varios Sres. Obispos de España, miembro de la Junta Central, de la Comisión permanente, Secretario de la Sección tercera, y últimamente individuo de la Junta Central de organización católica; él dirigía con acierto y con celo extraordinario la Escuela Dominical de San José; él presidía á veces en nombre del Prelado las Juntas generales de la Sociedad de San Vicente de Paúl, animando siempre á los socios con su dulce y persuasiva palabra; él puso en juego toda su actividad para que las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa se encargaran de la dirección del Colegio de niñas huérfanas del Refugio de esta Corte; él, en fin, fué alma y vida de todas las empresas que tuvieran por fin la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Por esto es que Dios Nuestro Señor, en su infinita misericordia, quiso salvar la suya, dándole conocimiento claro de que pronto debía abandonar esta tierra de dolor y de quebrantos. Tanto trabajo y fatiga tan continuada por el bien de los prójimos no podía quedar sin recompensa; había sembrado la paz en los corazones, y esa debía tener en los últimos días de su vida. No fué penosa la enfermedad hasta las últimas cuarenta y ocho horas, mas él, avisado sin duda con ilustraciones que no teníamos los que le acompañábamos, pensaba en el santo pensamiento de la eternidad. Así es que mandó llamar al confesor cuando la Iglesia nuestra Madre lo desea, al tercer día de calentura próximamente, y cuando ya se manifestó la gravedad del mal que le aquejaba, entonces recibió con todo fervor el Santo Viático, teniendo el consuelo de ver en aquellos solemnes momentos junto á la cabecera de su cama á su Prelado, á los más íntimos amigos de su alma, miembros del ilustrísimo Cabildo, Profesores y alumnos del Seminario. De ningún auxilio espiritual fué privado, porque su Director le hizo frecuentes visitas y en todas ellas repetía las jaculatorias y las aspiraciones piadosas que era para lo único que se le encontraba con las facultades no perturbadas. La noche del 11 de Enero recibió el sacramento de la Extremaunción, y en la mañana del 13 entregó su alma á Dios rodeado de un hermano Sacerdote, de otro que aspira á serlo, de su padre espiritual, de sus amigos y de los fieles y amantes seminaristas que durante su enfermedad le habían servido con el cariño de hijos que aman entrañablemente á su padre.

Dios Nuestro Señor sabe por qué ha exigido este nuevo sacrificio á la Diócesis de Madrid, y aun á la Iglesia española; porque sacrificio grande es vernos privados de los servicios que prestaba y que estaba llamado á prestar el joven Sacerdote D. Bernardo Sánchez Casanueva. Adoremos los inescrutables juicios de la Divina Providencia; muévannos ellos á ser fieles á las gracias que nos dispensa, y no olvidemos en nuestras oraciones al que fué primer Rector del Seminario de Madrid; que él desde el cielo se interesará por los que aquí quedamos llorando su pérdida y como él deseamos ofrecer nuestros humildes trabajos á la Iglesia de Jesucristo.

Madrid día 13 de Febrero y trigésimo de la muerte del Dr. D. Bernardo S. Casanueva.

E. A. S.

---

1 Dificultades nacidas de no haberse concluido antes el retrato del Sr. Casanueva, nos han obligado á retrasar la publicación de este artículo.

(Nota de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.)

EL CARDENAL PECCI, † EN ROMA.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO III

Falta de guías. — Agreda. — Batalla de Tudela. — Los aragoneses. — Un mártir.

Por no haber podido hallar un guía á nuestra salida de Almazán, nos perdimos, y caminamos nueve horas para andar cuatro leguas solamente. Esta dificultad de encontrar guías se renovaba á cada instante, porque los habitantes abandonaban los pueblos á nuestra llegada. Mi regimiento recibió la orden de salir de Almazán la misma tarde. Marchamos una noche y un día casi sin detenernos, y nos unimos al cuerpo del Mariscal Ney en el momento en que entraba en Agreda por el camino de Soria. La infantería se alojó en el pueblo: la caballería ligera fué una legua más lejos por el camino de Cascante, para cubrir la posición del ejército. Nos creíamos muy inmediato, y á retaguardia del ala izquierda de las fuerzas españolas.

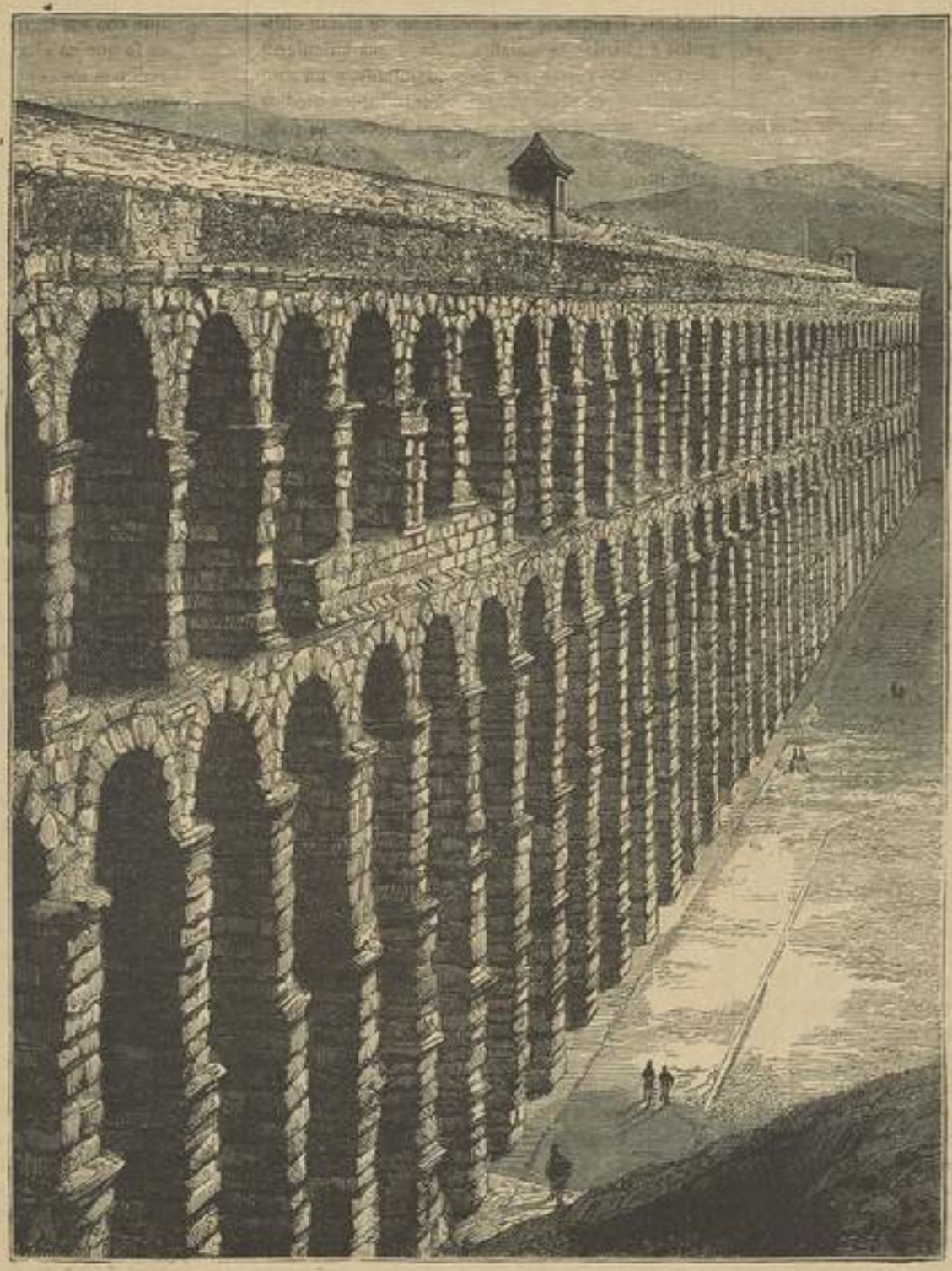
La villa de Agreda estaba desierta. El jefe del estado mayor de nuestra brigada de húsares hizo buscar en vano un guía, y nos vimos precisados á marchar con sólo el mapa en busca del cantón que se nos había señalado. Habiendo sobrevenido la noche, nos perdimos bien pronto en las montañas, y engañados por la ilusión de una noche tenebrosa nos creíamos siempre al borde de algún precipicio. Apenas se andaban cien pasos, cuando se hacían largos altos mientras que los que iban á la cabeza de la columna buscaban casi á tientas el camino entre las rocas, y se oían aún por largo tiempo en el profundo silencio de la noche los pasos y el estremecimiento de los caballos que tascaban los frenos impacientes de llegar y de descansar. Habíamos echado pie á tierra y marchábamos desfilando, escuchando alternativamente al acercarnos á los malos pasos y á los precipicios las advertencias que se repetían en voz baja para no alarmar á un cuerpo de tropas, cuyos fuegos medio apagados veíamos al otro lado de un barranco profundo. Ignorábamos si eran amigos ó enemigos, y en la situación en que nos hallábamos nos hubiera sido funesto un ataque de infantería.

Pasamos así la mayor parte de la noche en marchas y contramarchas continuas. Habiendo salido la luna un poco antes del día, nos hallamos con corta diferencia en el mismo sitio en que estábamos la víspera, y vimos al fin en el fondo de un valle estrecho la aldea donde debíamos pasar la noche: hacía treinta y seis horas que estábamos marchando. La imposibilidad de hallar guías nos ofrecía á cada paso mil dificultades de detalle de un género nuevo. En estos países desiertos, cuya población entera estaba contra nosotros, no hallábamos sino rara vez individuos que pudiesen, aun procurando engañarnos, darnos algunos vagos informes de los enemigos.

Supimos, pero muy tarde, que el ejército de los Generales Castaños y Palafox había sido derrotado completamente en Tudela el 23: si hubiéramos llegado un día antes á Agreda, hubiéramos encontrado y cogido en este pueblo las columnas dispersas de los españoles que se retiraban sobre Madrid.

Nuestro ejército de la izquierda, cuyo movimiento debíamos auxiliar, se había concentrado el 22 en el puente de Lodosa. El 23 había encontrado al ejército español de la derecha, formado en batalla en una legua de extensión, entre la villa de Tudela y la aldea de Cascante. El Mariscal Lannes hizo romper el centro de la línea enemiga por una división de infantería, que marchaba en columna cerrada: la caballería del General Lefebre pasó al momento por este claro, y envolvió por un movimiento oblicuo el ala derecha de los españoles; cortados ya en un punto no pudieron maniobrar, y se retiraron en desorden, dejando en el campo de batalla treinta cañones, muchos muertos, y un gran número de prisioneros.

Los españoles habían adquirido, después de la retirada del Rey José al Ebro en el mes de Julio, una confianza tan grande en sus propias fuerzas, que su



EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

cuidado cuando debían batirse con nosotros, no le ponían tanto en los medios de resistirnos, ó de hacer su retirada en caso de un revés, como en el miedo de que se les escapasen los franceses. Presagiaban del resultado del combate por el deseo ardiente que tenían de vencer y de destruir á sus enemigos: no sabiendo maniobrar, temían no desplegar sus columnas bastante pronto para envolvernos, y se situaban en largas líneas sin fondo, en llanuras donde la superioridad de nuestra táctica y nuestra caballería debían necesariamente darnos ventajas. Este orden de batalla, vicioso aún para tropas que supiesen maniobrar, quitaba á las de los españoles los medios de reforzar con rapidez los puntos atacados por nuestras columnas cerradas, ó de concentrarse para resistir á nuestras masas. Nuestras tropas habían hallado más resistencia en la Vizcaya y las Asturias, porque habían tenido que pelear en un país montañoso, y donde las dificultades del terreno y el valor individual pueden algunas veces trastornar los cálculos del arte militar: antes de llegar á Reinosa se vieron precisadas á vencer en Durango, en Zornoza, en Güenes, en Valmaseda, y en fin en Espinosa.

Ningún francés dudaba entonces que unas victorias tan rápidas no hubiesen decidido la suerte de los españoles. Nosotros creíamos y la Europa lo creía también, que no nos quedaba más que hacer que marchar á Madrid para completar la sumisión de la España, y organizar el país al estilo francés; es decir, aumentar los medios de conquistas con todos los recursos de los enemigos vencidos. Las guerras que habíamos hecho anteriormente nos habían acostumbrado á no ver en una nación más que sus fuerzas militares, y contar por nada el espíritu que animaba á los habitantes.

El 26 de Noviembre el cuerpo de ejército del Mariscal Ney marchó por Cascante á Borja. Una división del General Mauricio Mathieu nos procedía una jornada, haciendo un gran número de prisioneros en su marcha. El 27 llegamos á Alagón, villa situada á cuatro leguas de Zaragoza, cuyos numerosos campanarios vimos desde lejos.

Los aragoneses no se habían dejado abatir por los reveses recientes de sus ejércitos, y habían resuelto defenderse en Zaragoza. No habían podido cubrirse con fortificaciones regulares; pero habían hecho de cada habitación una fortaleza separada; y cada convento, cada casa exigía un asalto parcial: esta especie de fortificaciones es tal vez la mejor para hacer durar un sitio.

El General Palafox acababa de meterse en la ciudad con un cuerpo de diez mil hombres que había salvado de la batalla de Tudela, y estos mismos soldados del ejército de Aragón, que habíamos derrotado casi sin esfuerzo en campo abierto, hicieron como ciudadanos en el recinto de su principal ciudad una resistencia de cerca de un año.

Cincuenta mil paisanos armados corrían para defender á Zaragoza: se precipitaban de todas partes á esta misma ciudad por medio de nuestras mismas columnas vencedoras, temiendo llegar demasiado tarde á donde les llamaba el impulso de su alma, y el amor de la patria. La milagrosa Virgen del Pilar, decían ellos, nos ha protegido hace muchos siglos: en los tiempos de felicidad íbamos en peregrinación á implorar su auxilio en favor de nuestras cosechas, y ahora no dejaremos sus altares sin defensa.

El carácter de los españoles de estas provincias no se parece en nada al de las otras naciones de Europa. Su patriotismo es enteramente religioso, como lo era el de los antiguos, entre los cuales ningún pueblo perdía las esperanzas, ni se confesaba vencido á pesar de los reveses, mientras que conservase intactos los altares de sus Dioses protectores. Las águilas sagradas del Dios del Capitolio llevadas á los combates conducían á los Romanos á la victoria: y cuando después de los tiempos de la caballería nuestros ejércitos modernos fueron organizados á la romana, el pundonor reemplazó en nuestras tropas de línea el sentimiento religioso, que ligaba á los soldados de Roma á sus banderas. La disciplina, fundada sobre el pundonor militar, ha hecho triunfar los ejércitos en nuestros días; pero el patriotismo político ó religioso es el solo que hace á las naciones indomables.

Los pueblos de España estaban generalmente animados de un espíritu religioso, y no tenían ningún conocimiento práctico de la disciplina, ni de las leyes de la guerra. Abandonaban fácilmente sus banderas después de los reveses: no se creían obligados á guardar la palabra dada á sus enemigos; pero no tenían más que un solo interés, y un solo deseo, que era el de vengarse por todos los medios posibles del mal que los franceses hacían á su país.

Uno de estos paisanos insurgentes de Aragón entre otros fué alcanzado por nuestros descubridores: estaba armado con un fusil solamente y llevaba delante de sí un asno, que conducía víveres para muchos meses. El oficial que mandaba nuestra vanguardia, habiéndose compadecido, mandó que le pusiesen en libertad, y le hizo seña para que se escapase. El paisano hizo ademán de que lo entendía, pero habiendo quedado sólo cargó su fusil, y volvió bien pronto á apuntar á su libertador; por fortuna erró el tiro.

Este paisano español creía morir mártir matando á aquél que se había persuadido equivocadamente que era uno de nuestros principales jefes. Fué conducido en seguida á la presencia del Coronel del regimiento. Lo cercamos deseosos de verle, y habiéndose persuadido por un gesto que le hizo uno de nuestros húsares que le iban á fusilar, se arrodilló inmediatamente con fiereza, hizo oración á Dios y á la Virgen María, y esperó así la muerte. Se le hizo levantar, y fué enviado por la tarde al cuartel general. Si estos hombres hubieran sabido batirse, como sabían morir, no hubiéramos pasado tan fácilmente los Pirineos.

(Continuará.)

ALBUM DE POESIAS

EL MISIONERO

Su móvil, la caridad;
sus armas, sólo una cruz;
su defensa, la verdad;
su misión, verter la luz;
su gloria, la eternidad.
Su dicha, dar el consuelo
donde el infortunio ve;
el sacrificio, su anhelo;
su fin, con amor y fe,
mostrar la senda del cielo.
Y así al bien nunca reacio,
sólo tiene allende el mar,
el desierto, por hogar;
por todo abrigo, el espacio;
por toda ayuda, el azar.
Sér á quien ciega el delito
en su piedad sólo ve:
por eso el Dios infinito
deja con su sangre escrito
el soldado de la fe.
Siempre en pos de su ideal,
ora al trópico, ora al polo,
recorre, sér celestial,
con su Cristo y su fe sólo,
de la estepa al arenal.
Donde atento á su misión,
sordo á los duros ultrajes,
pone con su corazón
la enseña de salvación
frente á las hordas salvajes.
Y así la cruz sobre el pecho,
dice al tenderles las manos:
venid á mí, sed cristianos:
tenéis á mi amor derecho,
pues todos sois mis hermanos.
Rasgad el negro capuz
de la ignorancia á la luz,
y unos de otros en pos
venid en torno á la Cruz
donde os da sus brazos Dios.
Y las tiernas oraciones
que con sus lágrimas baña
su fe que en ellas entraña,
redimen los corazones
como *Cristo en la montaña*.
Y aun más su heroísmo muestra,
si agresivo en sus agravios
le asesina horda siniestra,
con el perdón en los labios
y el Crucifijo en la diestra.
Sólo, lejos de sus lares,
siempre expuesto á los azares,
en suelo inhospitalario
edifica sus altares
donde elevan su Calvario.
De sí mismo se desliga.
¿Qué es el salvaje delirio
en una tierra enemiga?
La privación, la fatiga
son las gradas del martirio.
Donde gime un sér humano
allí su anhelo se encierra,
hallando á su arrojo llano
la selva virgen, la sierra,
las nieves y el Océano.
Y allí lleva su misión,
cuyo nombre simboliza
la sublime redención,
que convierte y civiliza
con la ciencia y la oración,
infundiendo con su ejemplo
en sus pasiones la calma;
y es que al conquistar la palma
sucumbe; mas deja un templo
su holocausto en cada alma.
Y aunque le olvide la historia
y su huesa mortuoria
sea un ignoto precipicio,
el sendero del suplicio
tiene por final la gloria.
Y esas bárbaras naciones
en vuestras humildes tumbas
alzarán sus oraciones,
que renace en las misiones
la fe de las Catacumbas.
Y siempre á morir dispuesto,
sin que esa fe se derrumbe,
camina á su fin modesto:
si un Misionero sucumbe,
otro reemplaza su puesto.
El suplicio no le aterra,
da su vida por la luz,
y tanto heroísmo encierra,
que no hay un palmo de tierra
sin un mártir de la Cruz.
Feliz quien su vida dé
por Dios al feroz delirio;
pero infeliz quien no ve
la corona del martirio
en el héroe de la fe.

ANGEL LASSO DE LA VEGA Y FISCOWICH.

LA VIRGEN DE PASTORIZA [1]

Allá en un confín de *España*
Y en un rincón de *Galicia*,
Venera un pueblo creyente
La Virgen de Pastoriza.

—

Con su *Pilar Zaragoza*,
Con su *Ara-Celi Sevilla*,
Toledo con su Sagrario,
Segovia con su Fuencisla,
No viven más orgullosos
Ni contentos que Galicia
Con su milagrosa imagen
La Virgen de Pastoriza.

—

Halláronla unos pastores
En honda cueva sombría,
Y á la *Santa* un nombre dieron
Que aquel hallazgo confirma.

—

Tiene por templo una iglesia
Muy esbelta, y defendida
Del sol por fresnos muy altos,
Del mar por verdes colinas.

—

No hay en sus grandes columnas,
Ni en sus estrechas ojivas
Damasco ni terciopelo
Por tapices y cortinas;
Pero cubren sus paredes,
Que es mejor tapicería,
Mil y mil cuadros piadosos
Que veneración inspiran.
Si en ellos no brilla el arte,
La fe más ardiente brilla,
Y en sus asuntos revelan
Al devoto que los mira
Los más célebres milagros
De aquella imagen bendita.

—

No resuena en aquel templo
Del órgano [2] la armonía,
Ni las concertadas voces
De la musical capilla;
Pero suena la alborada
De la gaita campesina
Y el tamboril, que redobla
Al par que las golondrinas
En torno de los altares
Revolotean y pían.

—

Si no tiene gigantescas
Torres de labores finas,
Ni campanas armoniosas
En sus bóvedas repican [3],
Tiene un esquilón vibrante
Que santa oración inspira
Cuando por el valle extiende
Su voz al morir el día.

No hay á la puerta del templo
Carretelas ni berlinas [1];
Que á cumplir allí sus votos
Van á pie, van de rodillas,
Los mozos y los ancianos,
La gente pobre y la rica,
Ya en excursión solitaria
Ya en alegre romería.

—

Allí van desde la dama
Joven, delicada y tímida,
Descalzos los pies de nácar
Que en la arena se lastiman,
Hasta el rudo marinero
Que en la tempestad bravía
Se encomendó á su patrona
¡La Virgen de Pastoriza!

—

Todos fervorosos rezan
Entre lágrimas queridas
De gratitud ó esperanza
Según que cumple ó se obliga;
Y en redor del *Santuario*
Gozan en danza festiva,
Hasta que del sol poniente
El postrer rayo ilumina
La fiesta de los romeros,
Que á su casa se retiran
Lleno el corazón cristiano
De creencias y alegrías.

—

¡Reina y madre milagrosa!
¡Mi Virgen de Pastoriza!
Tú, que por los navegantes
Velas de noche y de día,
¡Ampárame! Sé mi norte
En los mares de la vida,
Y al puerto de eterna calma
¡Lleva mi pobre barquilla!

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

Madrid, 1868.

---

1 Con sumo gusto damos cabida en nuestro periódico á los preciosos versos que en el año de 1868 compuso para el Santuario de Nuestra Señora de Pastoriza el inspirado poeta D. Ricardo Puente y Brañas, y que será proporcionado estos días un alto funcionario de la Magistratura, que recientemente y expresamente fué de la Corte á visitar aquel venerado templo; persuadidos por nuestra parte agregar algunas notas para aclarar lo que, al ser la época en que escribió el malogrado Sr. Puente y Brañas la siguiente composición nada de lo que en ella cita existía, hoy se contempla en el renombrado santuario en cuestión, merced al nunca bastantemente ponderado celo del ilustrado Párroco de Pastoriza Sr. D. Víctor Cortiella. La poesía del Sr. Puente y Brañas es inspiradísima y digna de figurar entre las buenas de nuestro Parnaso. (*Nota de* LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.)

2 Al presente lo tiene, gracias al celo singular del virtuoso e ilustrado Sr. Cura párroco actual, Dr. D. Víctor Cortiella, que tanta infinidad de mejoras lleva en poco tiempo realizadas en ese hermoso santuario.

3 Elegante torre y sonoras campanas tiene hoy todo, también debido á aquel celosísimo Párroco.

RECUERDOS Y APUNTES DE VIAJE

I

SEGOVIA

Salí de Madrid á las siete y no sé cuantos minutos de la tarde. Llegué á Segovia ya muy cercana la media noche. Al día siguiente partimos de la estación de Segovia á las seis y treinta de la tarde. Total, que ni á la ida, ni al regreso, pude ver otra cosa del camino que las fantásticas moles de las montañas, corriendo velocísimas á los dos lados del tren; parecían ejércitos de sombras gigantescas que nos perseguían, esperando quizás envolvernos entre sus grandes velos; á veces lo conseguían, y quedábamos sepultados en el abismo; rugía la máquina como si hiciera sus premios esfuerzos para libertarse; un ruido ensordecedor nos aturdía; á poco habíamos vencido; la férrea y ondulante serpiente se había escapado otra vez de sus perseguidores; las sombras gigantescas se alzaban, y allá veíamos de nuevo, entre monte y monte, la plácida claridad del cielo, aquella noche de azul celeste vestido y tachonado de innumerables estrellas.

Aquel espectáculo, por su misma formidable vaguedad, me atraía y encantaba; parecíame que el paisaje cantaba una de esas baladas muy vagas y muy tristes, que como nada dicen con claridad, todo lo dicen verdaderamente. Lo grandioso siempre es indeterminado y confuso.

—¿Qué mira usted por ese ventanillo? — preguntóme un viajero. —¡Si no se ve nada!

— Pues eso miro — le respondí. — Miro que nada veo.

El viajero se encogió de hombros, me miró de alto abajo con cierta lástima, y se refugió en un rincón. Un hombre que mira lo que no se ve debe parecer loco ciertamente.

Yo tampoco me volví á acordar de él en todo el viaje. Cuando llegamos á Segovia, buscando mi maletilla y mi capote, ví allí acurrucado envuelto en una manta, un enorme bulto que roncaba discretamente. Sin duda era mi compañero de viaje.

Antes de llegar á Segovia los montes se bajan, y forman pequeñas colinas primero, luego ligerísimas ondulaciones de terreno, semejantes por su altura y abundancia á las que rodean á Madrid; esta es la famosa tierra segoviana, tan corrida de moros y cristianos en los tiempos heroicos. Por aquí andaría también aquel célebre alcalde Ronquillo á la cabeza de sus terribles escopeteros, cuando pugnaba por entrar en Segovia para *enforcar á un centenar de pelaires*. Hoy nos quejamos de que no se ahorque á nadie; los antiguos podían quejarse con razón de que se ahorcaba demasiado. Nuestro destino sobre la tierra es quejarnos siempre.

«¡Segovia! ¡Segovia!» gritaron los empleados del tren. En la Edad Media también se gritaba ¡Segovia! ¡Segovia! Pero no era para avisar á viajeros dormilones que habían llegado al término de su viaje, ó á una estación en que podían cómodamente cenar y estirar un ratito las piernas: era en las batallas, y el que gritaba, el *porta-estandarte* del concejo, no añadía, como los de ahora: *Parada y fonda*, sino que decía: «A mí todos, que aquí va *Segovia*.»

Los antiguos legaron á las sociedades cristianas la idea del Municipio, el sentimiento de la ciudadanía local; hasta muy entrada la Edad Moderna, no se conoció más amor patrio que ese. Durante la Reconquista, el segoviano amaba á Segovia, y el toledano á Toledo, como el ateniense amó á Atenas y el romano á Roma. Bien es verdad que en el corazón de atenienses y romanos no había más sentimientos: no había el de Religión universal, que hace considerar á todos los hombres como hermanos; y no había tampoco la fidelidad monárquica, el reconocimiento de un común señorío sometido por voluntad del cielo á un señor, el rey: este último sentimiento fué el que, purificándose y transformándose á través de los siglos, produjo el amor de la patria é inspiró la idea en que se funda este amor.

Pero por mucho tiempo, antes que tal purificación se verificase, España fué un conjunto de repúblicas municipales y de señores subalternos sometidos unas y otros á un señor principal. Segovia era de las más ricas, nobles y valerosas de aquellas repúblicas.

La milicia de Segovia fué de las huestes mejor reputadas en las guerras de moros y cristianos. Ella fué la que pasó una noche los montes, y entrando por lo que hoy es provincia de Madrid, quitó á los sarracenos este castillo que llaman *Mojerit*: escalaron los muros con tal agilidad que les llamaron *gatos*: de aquí viene, si no miente la tradición, que los madrileños sean así nombrados.

Uno de los hombres más ilustres de la España moderna tuvo el hermoso sueño de reconstruir la España antigua. Encantaban á Aparisi las Cortes regionales y los Municipios independientes. Aparisi, político sin embargo, comprendió que su sueño de poeta era..... eso precisamente..... ¡un sueño poético!

Pero ya estamos en tierra. La estación de Segovia es de las más amplias y de mejor aspecto de la línea del Norte. Tiene un restaurant, magnífico local, que ya lo quisiera *Venta de Baños*. Las mesas

1 Bastantes se ven ahora, y casi á diario, sin que por eso deje de ser verdad lo demás que sigue.

estaban cubiertas de apetitosas golosinas. En el centro de la principal veíase un bonito acueducto de piñonete.

Fuera de la estación esperaban á los viajeros una porción de ómnibus, y entre ellos los de Oliva, que son muy cómodos y hasta lujosos. Veíase un largo camino entre dos hileras de árboles, y pésimamente alumbrado por escasos farolillos de petróleo. En cambio la bóveda celeste resplandecía con inusitados fulgores: millares y millares de estrellas la convertían en un manto profusamente bordado de oro y piedras preciosas; corría un airecillo de otoño tónico y refrigerante.

Subí á uno de los ómnibus de Oliva, y cuando se llenó de viajeros, nos pusimos todos en marcha por el camino de árboles. Entonces me convencí de que efectivamente era largo: no concluía nunca.

Por fin torcimos á la derecha, y nos perdimos por un callejón digno de Toledo. Salimos á una plazoleta no más grande que un mantón extendido de los que llaman de ocho puntas; nos metimos en otro callejón inverosímil; salimos á otra plazoleta más pequeña que la anterior. Otra vez á otra plazoleta que en el reino de Liliput quizás hubiera pasado por Plaza Mayor. Y el callejón y la plazoleta, y yo me mareé de andar por aquellas estrecheces, y casi sentía angustia en el pecho.....

Recuerdo que uno de aquellos callejones era tal, que las ruedas del ómnibus chocaban á la vez con las paredes de ambos lados, produciendo estridentes chirridos. Por aquel pasadizo salimos á la plazuela del Azoguejo.

¡Cuántas veces, oh acueducto romano, soñé contigo! Eres de mis más antiguos conocidos. En el fondo oscuro de mis recuerdos de niño, allá lejos, muy lejos, diviso en la plaza de San Antonio de Cádiz un carretón conducido por un vejete; el carretón era nada menos que una caja de *vistas*. Y entre las *vistas aquellas* ninguna tan bonita, ó por lo menos que á mí me gustase tanto, como la del acueducto de Segovia. ¡Con qué placer daba yo al vejete mi moneda de dos cuartos para que me permitiese acercarme al carretón y gozar del mágico espectáculo de las *vistas* que guardaba! ¡Con qué emoción tan honda esperaba el momento de alzarse la tela negra que privaba de la contemplación de aquellas maravillas á los profanos, esto es, á los que no tenían la *mota* necesaria para gozarla! ¡Y con qué entusiasmo, por último, abría yo los ojos y ponía toda el alma para hartarme de mirar y sorprender los últimos y más íntimos secretos de aquellos paisajes, de aquellas perspectivas de ciudades famosas y monumentos célebres!

El acueducto, la *puente seca* de Segovia, era, si (¡oh, lo recuerdo bien!), mi vista predilecta. Otro muchachillo, muy amigo mío, y como tal siempre contrario á mí en opiniones y afectos (yo nunca he podido con los amigos que me dicen á todo amén); estaba por *los perros del monte de San Bernardo*, un hermoso paisaje en que se veían unos perrillos como ratones, corriendo sobre una cosa blanca que parecía un motón de yeso, y que, según el vejete, era nada menos que los Alpes. A mí no me entraban aquellos Alpes ni aquellos perros: prefería la severa y majestuosa sucesión de arcos, de traza gallarda y altura prodigiosa, desnudos de todo adorno superpuesto como si tuvieran plena conciencia de su hermosura, que no necesita para lucir de afeites. Encantábame aquella sencillez espartana, unida tan estrechamente á aquella gracia ática. Sobrecogíame de un confuso temor la consideración de que aquellos arcos eran anteriores, pero muy anteriores, á la venida al mundo de Nuestro Señor Jesucristo. Me fascinaba, por último, lo que decía y recalcaba mucho el vejete, á saber, que todo aquello estaba hecho *sin mezcla*, esto es, sin argamasa, poniendo una piedra sobre otra, como los niños construyen un castillo con piezas de dominó. Y á pesar, voceaba el vejete, no se viene abajo. ¡Ves tú, decía yo por lo bajo á mi amigo metiéndole el codo por las costillas, ves tú.....! No tiene mezcla y no se viene abajo.

¡Oh acueducto segoviano! Yo, como aquel andante caballero que se batió por la sin par hermosura de Doña Giralda, me he dado de puñadas por ti, por defenderte contra un follón malandrín que se atrevía á sostener que el monte de San Bernardo con sus perros era más bello que tú..... ¡Oh queridísimo malandrín! ¡Oh memorias ya tan desvanecidas! ¿A donde sois idos.....?

Pero el acueducto quiso indudablemente recompensarme aquel entusiasmo mío y aquellas defensas que yo había hecho de su retrato visto por cristales de aumento. Se me mostró en la plenitud de su belleza. Sobre el cielo azul celeste que la luna empezaba á platear, sus arcos se recortaban tan limpios, tan vigorosos, con una serenidad clásica, con una majestad romana, que casi imponía pavor. Todo estaba en silencio: allí sólo hablaba con el lenguaje mudo, pero elocuentísimo de los monumentos, aquel monumento gigante que se levantaba delante de nosotros como un coloso, como una esfinge, como una enorme sombra proyectada sobre nuestra civilización por otra civilización que desapareció hace veinte siglos.....

El acueducto es de los pocos monumentos romanos que no son una ruina, ó no han experimentado á través de los siglos una transformación para destinarlos á otros usos que los que quisieron los que los fundaron. Sirve hoy para lo que servía en el imperio de los Césares. Lleva el agua á Segovia, como la llevaría quizás cuando existía la república del Tíber. Cuando Sertorio, según cuenta un autor latino, mandó su caballería á Segovia, el acueducto probablemente ya estaría en pie, y el agua que bebieron aquellos soldados de Sertorio era la misma y venía por el mismo sitio que la que bebieron los navarros y guipuzcoanos de Zaratégui, cuando entraron en Segovia el año 1837 de la Era cristiana. Los cadetes de artillería, que tienen su Academia inmediata á los arcos del acueducto, podrían saber, si el acueducto hablara, muchos secretos de la táctica de los Scipiones y Pompeyos, y hasta muchas de las tretas y diversiones á que se entregarían bajo sus arcos los legionarios de la república y del imperio. ¡Ah, sí! Este coloso sería un gran maestro de historia militar. Gómez Arteche fingió la historia de *un soldado de veinte siglos*. Si este soldado existiese realmente, el acueducto podría tutearlo y llamarle *chiquillo*.

¡Cuántas gentes, y cuán distintas habrán desfilado bajo el Alcázar! El vió á la república romana convertirse en imperio, y vió cómo se derrumbaba el imperio romano; y probablemente bajo sus arcos encenderían las fogatas de sus campamentos vándalos y alanos, suevos y godos. Quizás debajo de este mismo arco, que ahora atraviesa el ómnibus de Oliva, pasó Leovigildo y pasaron los reyes godos más celebrados sobre sus carros de guerra. Quizás aquí mismo se dieron de puñetazos un godo y un hispanorromano sobre la cuestión del arrianismo. El acueducto ha sobrevivido á todos los enemigos y á todas las paces también. El vió cómo se constituyó bajo Recaredo el gran imperio español, y cómo se perdió este imperio, algunos siglos más tarde. De los árabes quizás no se acuerde ya, porque sabido es que á los viejos se les olvidan las cosas recientes; su memoria se fija en los recuerdos remotísimos.....

Y sin embargo, también tuvo el acueducto una época de decadencia, un eclipse en su historia. En los últimos siglos de la Edad Media, fué una ruina en gran parte. Isabel la Católica lo restauró cumplidamente. Un fraile fué el arquitecto que dirigió las obras de reconstrucción.

La gente del pueblo en Segovia cree aún que el demonio construyó el acueducto. Cuesta trabajo convencer á las gentes de que el demonio, ni hace, ni puede hacer cosa buena.

Salimos del Azoguejo para perdernos otra vez en estrechas, retorcidas y oscuras callejuelas. Después de dar mil vueltas y revueltas desembarcamos en la Plaza Mayor.

Es ésta amplísima, poco menor que la de Madrid. Más larga que ancha, y bastante irregular. Tiene por dos de sus lados bien construídos soportales y en el de la derecha una lujosa manzana de casas nuevas, en que se alojan la mejor fonda (La Burgalesa), un casino, un café y otros varios establecimientos de comercio. Junto á esta manzana de casas nuevas sale á la plaza la calle Real, principal arteria mercantil de Segovia, en la que se encuentran, así como en la plaza, las tiendas más surtidas y de mejor aspecto.

Pero el frente más hermoso de la plaza es, sin duda, el que cubre el costado izquierdo de la catedral, magnífica creación del arte gótico, construída en pleno Renacimiento. Está erigida esta Catedral sobre el solar de otra que los comuneros incendiaron para poder atacar mejor el Alcázar, que defendía por el Rey Carlos un buen caballero castellano. Opúsose el Cabildo eclesiástico á la iniquidad proyectada por el común revuelto de Segovia, pero se le contestó que la Catedral era del Municipio. Muchos de los males que ahora lamentamos no son de ahora ciertamente. *Nihil novum sub sole.*

Y me viene bien esta sentencia para concluir este larguísimo artículo. Si tengo humor y tiempo, lo continuaré otro día, pues aun me resta que decir de mis recuerdos de Segovia.

ANGEL SALCEDO.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Continuación.)

Para apreciar el mérito del plan puesto en obra por la Marquesa, es preciso penetrarse bien de esta circunstancia: el gran mundo se compone de dos clases esencialmente distintas: las gentes *obligadas* y las gentes *toleradas*.

Los primeros están en su puesto, y como no hagan méritos para ir á presidio, no se les puede echar, porque se hallan allí por derecho de herencia.

Los segundos, por el contrario, son admitidos por elección y pueden llamarse *recibidos;* su exclusión no molestará á nadie más que á ellos solos, porque no son como los otros, parientes ni aliados de ninguno y por consiguiente no tienen raíces.

Javier era del número de estos últimos. Aplicado el expediente de la Marquesa al baroncito de M....., ó al Vizconde de H..... hubiera sido inútil y acaso hubiera servido para poner el candidato á la moda. Dirigido contra Javier, tenía una fuerza temible, porque á las gentes toleradas nada se les perdona.

La Marquesa, sin embargo, había abandonado este plan por otro, que sin duda debía ser más infalible.

IV

Una historia á los postres.

Al entrar en el baile, los ojos de la Marquesa recorrieron todos los salones sin olvidar el más pequeño rincón.

Carral no estaba.

Una nube pasajera oscureció la frente de la Señora de Rumbrye.

— ¿Habrá roto decididamente su cadena? — se preguntó á sí misma.

El Marqués, que hablaba con Javier en el hueco de un balcón, se adelantó hacia su mujer, é inclinándose ceremoniosamente, la dijo:

— Estábamos inquietos con vuestra ausencia, señora.

Estas palabras envolvían una pregunta.

La criolla, antes de contestar, dirigió una encantadora y celestial sonrisa á Javier, que seguía al Marqués de cerca, y volviéndose á éste luego:

— Sois demasiado bueno — le dijo — y me recordáis ahora que debo dar las gracias á nuestra querida Elena, que sin duda me ha reemplazado.

— Mi hija ha cumplido con su deber y no tenéis por qué agradecérselo..... Pero volviendo á vos, me lisonjeo que no habrá motivado la tardanza ninguna indisposición de salud.

—No, ciertamente—respondió la criolla, dirigiendo su vista perspicaz hacia la austera y respetable figura de su marido;—me descuidé un poco en mis devociones de por la tarde, y cuando he querido acordar me he hallado con que se había pasado la hora.

El Marqués sonrió de un modo extraño, y haciendo una cortesía dejó llegar á Alfredo que acababa de aproximarse á saludar á su madre.

Entre tanto Javier había ofrecido su mano á Elena para una contradanza.

— ¿No has visto á Carral, Alfredo? — preguntó la Marquesa.

— Palabra de honor, mamá, que no me he ocupado de Carral — respondió Alfredo. — ¿Supongo que mi chaleco te parecerá bien?

— Sin duda.

— Pues mira, no está hecho por Staub. A ti te parecerá imposible, y sin embargo es verdad. Es obra de un sastre oscuro á quien me propongo proteger..... ¡Oh! y hará fortuna, no lo dudo.

— Ya lo creo — murmuró la Marquesa distraidamente.

— Palabra de honor, Marquesa, esta noche no me oyes — exclamó Alfredo. — ¡Es particular!

— Alfredo — murmuró la señora de Rumbrye — necesito hablar á Carral, hazme el favor de buscarlo.

— ¡Es particular! — repitió Lefebre — palabra de honor que no te conozco.

Y en seguida se fué á lucir su chaleco, que no era de Staub, por todos los salones. En ninguna parte encontró á Carral.

— El diablo me lleve — dijo para sí — si mi madre no ha perdido la cabeza. Me voy á echar un par de manos de ecarté.

La contradanza seguía.

Elena y Javier se habían colocado lo más lejos posible de la señora de Rumbrye y hablaban sin otro obstáculo más que la obligación de no faltar á las figuras.

Elena había dicho á Javier:

— No faltéis esta noche; — pero ni uno ni otro hicieron la alusión á esta circunstancia. Elena por pudor y Javier por timidez.

Su diálogo era una de esas conversaciones misteriosas que reproducidas naturalmente harían reir de puro indiferentes, pero en las que cada palabra tiene su significado, cada inflexión de voz su atractivo, cada intervalo su íntima felicidad.

¿Dónde hay nada más encantador y admirablemente gracioso que ese continuo cambio de pensamientos simpáticos, verificado entre dos corazones que se aman, por medio de palabras que en el lenguaje común tienen un sentido arreglado, exacto y nada tierno?

En semejantes casos, la gramática se transforma, la sonrisa acentúa la frase y le quita su significado indiferente; una mirada impregnada de pasión, una simple respuesta común; en una palabra, el amor puro puede decirse también que tiene su dialecto especial.

Pero este dialecto no se enseña y se olvida el día que no se ama, en llegando á cierta edad no hay medio de comprenderlo.

Es un lenguaje escogido, que sólo el corazón habla y entiende, un lenguaje cuya misteriosa sintaxis os revela la primera mirada que penetra vuestra alma; un lenguaje en el que cada palabra quiere decir dicha; un lenguaje, en fin, que la mayor parte de las personas no lo hablan más que una vez en su vida, pero que todos quisieran hablar siempre.

Elena y Javier no hablaban de amor.

Elena, sobre todo, se dejaba deslizar por la dulce pendiente de su pura é inocente ternura, sin reflexionar, sin pensar siquiera en el término, pero al mismo tiempo sin remordimiento y sin temor.

Amaba á un hombre que estimaba su padre y á quien este mismo llamaba su salvador.

¡Quién sabe! el espíritu de contradicción tiene cabida á veces también en almas generosas; acaso Elena amaba á Javier por lo mismo que la Marquesa le detestaba.....

En cuanto á Javier, amaba y he aquí todo.

Tenía veintidós años, sus sueños eran sonrisas, el recuerdo de un baile le hacía feliz para muchos días.

A la última figura, solamente Elena recordó en fin que tenía algo que decir á Javier.

Dirigió alrededor una mirada para asegurarse de que nadie la observaba, y tomó cierto aire de gravedad.

— Javier — dijo en voz muy baja — os he dicho que vinieseis esta noche.

— Si supierais, señorita, lo dichoso que me habéis hecho con semejante invitación! — replicó Javier con tono apasionado.

— Dejadme hablar — continuó la joven. — Ahora que he reflexionado me parece que he hecho mal. Quería poneros en guardia contra una persona..... pero no tengo ninguna certeza y me da miedo..... Sin embargo, Javier, creo que debéis andar con precaución.

— ¡Es extraño! Carral me ha dicho que tengo un enemigo.

— ¡Carral.....! ¿Y os lo ha nombrado?

— No ha querido.

— Pues bien, yo os lo nombraré — dijo la joven algo dudosa..... Desconfiad de la Marquesa de Rumbrye.

Apenas había pronunciado la última palabra cuando sintió que la tocaban ligeramente en la espalda.

Volvió la cabeza, y se estremeció.

La Marquesa estaba detrás de ella.

— Tened cuidado, hija mía — la dijo con el tono más cariñoso del mundo; — estáis faltando á la figura.

Elena partió confusa y temblando.

La señora de Rumbrye la siguió con una mirada maternal.

— ¡Qué linda y qué graciosa es! — exclamó en voz baja, pero de manera que pudiera oirla Javier.

— Elena se engaña — dijo éste entre sí, marchando también á ocupar su puesto en la figura.

Entonces el rostro de la Marquesa tomó un aspecto sombrío.

— Me han adivinado — dijo; — mucho debe quererlo cuando tanto se interesa por él..... ¡y ese miserable Junquillo sin venir.....!

Javier condujo á Elena á su asiento y fué á colocarse en un rincón desde donde podía verla, para esperar que la etiqueta permitiese volverla á invitar otra vez.

Elena menos feliz, tuvo que aceptar la mano de Alfredo Lefebre de los Valles, que le hizo los más extravagantes cumplidos y le juró por su honor que el chaleco que llevaba no se lo había hecho Staub.

Hacia las dos de la madrugada, Carral se presentó.

Estaba pálido y desfigurado.

Al entrar, sus ojos se bajaron y no osaba mirar á sus amigos cara á cara, tal era el temor que tenía de que lo acogiesen con una risa de desprecio; temor muy fundado, porque sabía que la señora de Rumbrye no era mujer que amenazaba en balde.

Cuando vió que cada uno le recibía según costumbre, se sintió aliviado del peso que le abrumaba, y recobrando una parte de su aplomo, se escurrió á un extremo del salón procurando ocultarse, para escapar las miradas penetrantes de la Marquesa.

— Observemos — dijo; — acaso no se atreverá á hablar, y si habla me presentaré.

Carral se equivocaba.

La señora de Rumbrye, que lo estaba esperando impaciente, no había quitado la vista de la puerta del salón; lo vió entrar y se retiró, segura ya de su triunfo.

Acaso no hubiera ella hablado si él no hubiese ido.

El baile empezaba á enfriarse.

Un gran círculo se había formado alrededor de la dueña de la casa.

La hora de cenar estaba próxima.

La señora de Rumbrye manifestaba una alegría deliciosa, y prodigaba sin tasa las sonrisas y las palabras ingeniosas, tanto que dos Académicos sexagenarios la habían ya comparado varias veces á madama de Deffant.

Un lacayo se presentó á anunciar la cena.

La Marquesa tomó con interesante abandono el brazo de Javier, y se dirigió á la galería donde estaban puestas las mesas.

Al pasar por junto á donde estaba Carral, se echó repentinamente á reir, como si le viniese á la memoria un recuerdo que provocase su hilaridad.

— Mi querido Javier — dijo en alta voz. — ¿Sabéis la historia de Junquillo?

Javier respondió negativamente, y Carral sintió el corazón traspasado, como si le hubiesen dado una estocada.

— ¿Y ustedes, señores? — continuó la señora de Rumbrye, dirigiéndose á los que la seguían.

— ¡Junquillo! — repitió el Marqués; — es un nombre singular.

— Es muy común entre los mulatos.

— ¡Palabra de honor! debe ser magnífica esa historia — dijo Alfredo Lefebre de los Valles.

— Tened la bondad de recordarme que os la refiera — continuó la señora Marquesa de Rumbrye dirigiéndose de nuevo á Javier; — estoy segura que ha de agradaros.

El joven se inclinó y los salones se fueron quedando desiertos.

Cuando no hubo nadie en ellos, Carral salió de su escondite.

Su rostro estaba desfigurado hasta un extremo espantoso.

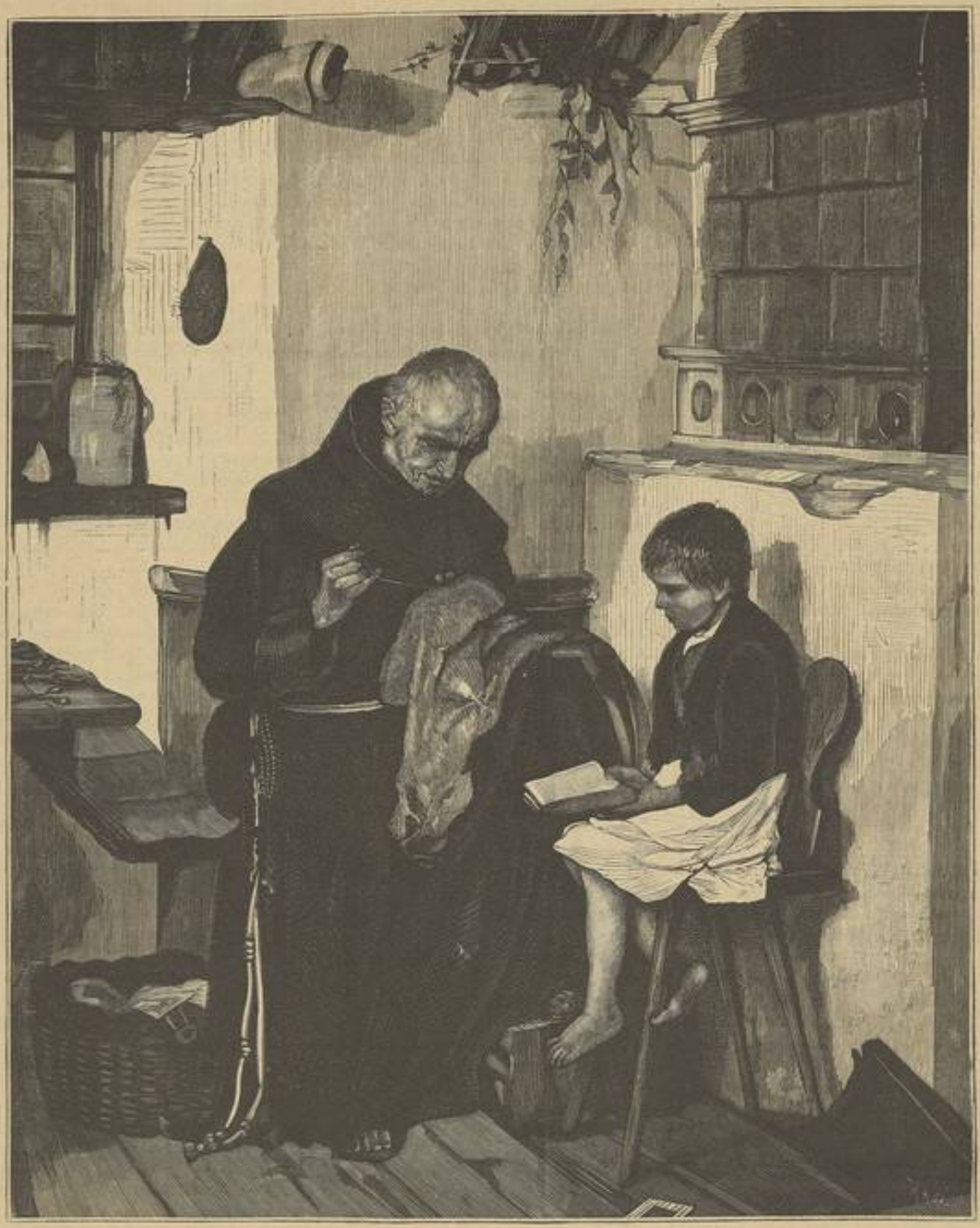
— Sabía que estaba aquí — murmuró rechinando los dientes — ¡y se complace en atormentarme! ¡Es á él, á Javier á quien encarga provocar el relato que ha de ser mi ignominia.....!

En seguida, reponiéndose un poco y procurando disimular todo lo posible, entró á su vez en la galería.

Alrededor de una mesa ovalada, y cubierta de sazonadas viandas, se distinguía un círculo compuesto de mujeres, cargadas de oro y diamantes, que la circunvalaba. Detrás de ellas los hombres de pie servían unos y comían otros según su gusto.

(Continuará.)

MAESTRO Y DISCÍPULO.



Cual si fuera hijo amado,
el maestro al discípulo cuidaba,
y por todos los medios procuraba
que fuera siempre limpio y remendado.
— No sé qué hacer contigo—le decía,
— yo me mato á coser, y tú jugando
destrozas una prenda cada día,
y ya me voy cansando:

Te has hecho ayer en estos pantalones
lo menos diez jirones,
y para que te enmiendes, te castigo
á que te estés sentado aquí, conmigo,
y mientras coso, estudies tus lecciones.
El muchacho, que atento le escuchaba,
con la vista media
los rotos que el maestro le cosía

con la lección, y viendo que acababa
el maestro, para sí decía:
— ¡No me da tiempo! pues para otro día,
cuando vuelva á romper los pantalones
he de tener en cuenta las lecciones;
y puesto que hoy el tiempo me ha faltado
en vez de diez, haré veinte jirones,
y con veinte, tendré tiempo sobrado.

CELESTINO LAFÓN.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El único Dentífrico ajustado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Perfumerías, Farmacias y Peluquerías.

—El dentífrico acabará con el dentista, porque, en suma, ¿cuál es la base de la profesión de este último? La inercia de ciertas personas, cuya boca se halla constantemente privada de cuidados. Habrá quien diga que, cuando duele un diente, no hay otro remedio que extraerlo. ¡Error profundo! Porque, cuando hace daño un diente, casi siempre es por culpa del que padece, pues debe cuidar sus dientes, si no quiere sufrir á causa de ellos, y, sobre todo, elegir con exquisito cuidado el dentífrico.

¡Ah! Los dentistas lo saben perfectamente, y como desean tener siempre una clientela de pacientes para poder operar, dudamos mucho que aconsejen nunca el empleo del **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac**, cuyas propiedades preventivas y curativas conocen, y las que han debido quitarles el sueño más de una noche.

Agente general. — A. SEGUIN, Bordeaux.
Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET único Inventor 29, Bd des Italiens, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos. Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.1[illegible]

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 6.º — Madrid 25 de Febrero de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pr. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pr. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

Ecos de todas partes, por Walter.—*Abnegación*, novela por Madame Bourdon (continuación).—*El arte escénico en España*, por Angel Salcedo.—*Aurelio Prudencio*, por D. A. Lasso de la Vega.—*La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés* (continuación).—*Maestros ó españoles mudos*, por D. Manuel Polo y Peyrolón.—ALBUM DE VERSOS: *El salvador de Cenia*, por Francisco de Paula Salcedo.—*El mendigo negro*, por Paul Feval (continuación).—*D. Francisco García Cámara*, por un gaditano.

Grabados.

EL CANÓNIGO DUILHÉ DE SAINT-PROJET.—Es el autor de la famosa *Apología de la fe cristiana*, que ha vulgarizado en España el ilustre literato, nuestro querido colaborador, D. Manuel Polo y Peyrolón. La *Apología* de Saint-Projet sólo tiene un defecto, según los críticos: el de ser demasiado breve. Pero al mismo tiempo se reconoce que su misma brevedad es aficiona para que nuestro público, enemigo de las lecturas largas, se aficione al libro. Está este admirablemente escrito, no sólo con profundidad científica, sino con esa chispa ingeniosa, verdadera sal ática de los tiempos modernos, que parece patrimonio de los autores franceses. Por otra parte, la *Apología* de Saint-Projet se acomoda á las exigencias de la polémica moderna. Por todo esto sin duda se ha agotado en breve plazo la copiosa primera edición española.

Dentro de pocos días verá la luz la segunda edición, adornada con el retrato del autor que hacemos hoy en primera plana, y cuidadosamente corregida por su ilustre traductor Sr. Polo. Auguramos á la segunda edición mayor éxito aun que á la primera, y excitamos el celo de los católicos ricos para que hagan circular entre las clases menos acomodadas, poco de relativa instrucción este hermoso libro, digno de los mejores tiempos de la literatura cristiana.

AUTORES ESPAÑOLES (VICO Y MARIO).—Corresponden estos retratos al estudio que sobre el *Arte escénico en España* empezamos á publicar en el presente número. Al dar cabida en nuestras columnas á este trabajo, de índole puramente crítico-literaria, debemos hacer presente nuestra protesta contra la costumbre ó mejor dicho corrupción que hace que no se cierren en Cuaresma los teatros, como sucedía en la cristiana sociedad de nuestros padres. Tanto los retratos que hoy publicamos, como otros que verán la luz en números sucesivos, nos han sido facilitados por el inteligente editor de la revista *El teatro*, Sr. Pinto.

ATENAS Y NUEVA YORK.—Hemos querido presentar juntas la ciudad del pasado y la ciudad del porvenir. Atenas es el prototipo de las ciudades antiguas, enaltecidas por el arte y por la elocuencia. Nueva York es la ciudad de las grandes fábricas, del movimiento mercantil, de la grandeza material en todos conceptos y en todas sus repetidas manifestaciones. La vista de Atenas sugiere recuerdos; la vista de Nueva York excita esperanzas.

D. FRANCISCO GARCÍA CÁMARA.—(Véase el artículo.)

ECOS DE TODAS PARTES [1]

Londres.—La Exposición francesa.—Mister Whibley y el coronel North.—El banquete anual del Hospital francés.—Bélgica.—El comisario de policía de Laeken y los Granaderos.—El burgomaestre y el general Vander Smissen.—La exposición de retratos.—Anuncia.—El carnaval en Viena.—Las palabras del emperador y la obediencia de los vienenses.—El asunto del duque de Orleans.—Los *príncipes franceses* en la Hofburg.—Bucharest.—Un discurso mayor que la torre Eiffel.

UNA Exposición exclusivamente francesa, que habrá de tener seguramente un éxito enorme, igual, por lo menos, al que obtuvieron las Exposiciones americana é italiana, se inaugurará en Londres el día 3 de Mayo próximo. Los edificios construídos al efecto en Earls

[1] No habiendo llegado á tiempo el artículo *La Década*, y no queriendo retrasar la publicación del número, lo sustituímos con los siguientes Ecos. (Nota de la I. C.).

EL CANÓNIGO DUILHÉ DE SAINT-PROJET.

Court son magníficos, y ocupan, contando los jardines, una superficie de nueve hectáreas; 10.000 metros cuadrados tiene el espacio cubierto destinado á los productos industriales, y á más, en los jardines, hay disponibles otros 4.000 para aquellos de los expositores que prefieran erigir sus instalaciones al aire libre, ó levantar, á sus expensas, pabellones especiales.

La Sociedad de Exposiciones de Londres, cuyos directores son M. Whitley y el coronel North, el célebre excéntrico, llamado en Inglaterra el *rey del nitrato*, que regaló á su hijo el día que cumplió los veinticinco años un *chèque* de 500.000 francos *para que echara una cana al aire;* esta poderosa Sociedad, decimos, gastó en la Exposición americana 3 millones de francos, y 4 en la Exposición italiana. La empresa, como se ve, es cosa seria, y se comprende fácilmente que el comercio francés haya acogido con entusiasmo la idea, y se prepare á atravesar el canal de la Mancha, seguro de volver á atravesarle de nuevo con pingües ganancias en los bolsillos.

***

El sábado último tuvo lugar en el hotel metropolitano de Londres el banquete anual del hospital francés, hermosa institución de caridad, fundada hace muchos años, y que hoy alcanza un grado de prosperidad envidiable.

Incalculables son los beneficios dispensados por la institución que nos ocupa á los franceses pobres, enfermos lejos de su patria y del cariñoso cuidado de sus familias: 366 enfermos han ingresado en el hospital durante el año último; y desde el lecho del dolor habrán bendecido, indudablemente, á los fundadores que supieron erigir para la pobreza y la enfermedad aquel techo hospitalario: 12.354 personas han acudido, además, á las consultas públicas del establecimiento, y recibido gratis las medicinas y los alimentos que su situación reclamaba.

El banquete fué presidido por el lord *maire* de Londres, y á él asistieron 250 invitados. El doctor Vintras, médico mayor del hospital, anunció la próxima terminación del nuevo y suntuoso edificio que se está levantando; y dió cuenta de la resolución adoptada por el comité ejecutivo de la Exposición de Eral's Court, de que hemos hablado antes, de organizar un gran festival, cuyos productos se destinen á la terminación de las obras.

Loable sería que nuestros embajadores en Inglaterra estudiaran el medio de llevar á cabo algo parecido, y pudiéramos contar los españoles con una institución semejante á la francesa, en la gran metrópoli británica.

***

Gran polvareda ha levantado en Bélgica la relación dirigida por el comisario de policía de Laeken á su jefe, el burgomaestre Bockstael, con motivo del incendio del palacio de aquella ciudad, donde pereció tan desastrosamente el aya de la princesa Clementina, la señorita Drancourt.

El jefe de policía, en su relación, después de referir que la víctima, sorprendida por las llamas, se asomó á una de las ventanas del palacio pidiendo socorro, aunque inútilmente, añadía:

«Estoy seguro de que si los heroicos individuos del cuerpo de bomberos se hubieran encontrado en el lugar del siniestro, hubieran tenido el valor suficiente para no dejar morir entre las llamas á una mujer, á la que, después de todo, no era imposible salvar.»

Calcúlese el efecto producido por esta carta en el destacamento que montaba la guardia del palacio en aquella tristísima noche, y en todo el regimiento de granaderos, á que el destacamento pertenecía. Todos los jefes y oficiales del regimiento protestaron con indignación, y el general Van der Smissen envió un comunicado á la prensa concebido en estos violentísimos términos:

«El burgomaestre de Laecken y su Comisario de policía han urdido una verdadera infamia; los granaderos, acusados de ser menos valientes que los bomberos, tienen derecho á una solemne reparación; yo la reclamo en su nombre y exijo la separación de los funcionarios que se han atrevido á injuriarlos.»

Y he aquí al Gobernador del Brabante que llama á toda prisa al burgomaestre; al ministro de la Guerra que llama al coronel de los granaderos; al consejo comunal de Laecken que se reune con urgencia para protestar contra la carta del general Van der Smissen; al general Van der Smissen que monta en cólera y dice que va á haber una que sea sonada; mientras que en la Cámara, el diputado M. Paul Zansen interpela al Gobierno y truena contra lo que llama intolerable intrusión del elemento militar en las prerrogativas de la autoridad civil, y el Gobierno, fiel á las buenas tradiciones parlamentarias, dice que todo se arreglará y que ya, por lo pronto, se ha abierto una información.

El resultado de todo esto no es dudoso. Lo mismo allá en Bélgica que aquí en España, es una verdad de á folio que la soga se rompe siempre por lo más delgado, y por lo tanto, creemos que el pobre Comisario de policía se marchará á su casa, donde podrá meditar á sus anchas sobre lo expuesto á quiebras que es poner en duda, por un momento siquiera, el valor acreditado de los granaderos belgas.

***

En los primeros días del mes de Marzo se abrirá en Bruselas, en el local del antiguo Museo, una Exposición de retratos de las grandes eminencias de este siglo, Exposición que promete ser instructiva é interesante como pocas. Esta Exposición ha sido colocada bajo la protección de la condesa de Flandes. En ella se reunirán los retratos de cuantas personalidades ilustres han ocupado, por cualquier título, la escena del mundo durante los últimos cien años. Arturo Stevens, hermano de los dos grandes pintores Alfredo y José, redactará el catálogo, que contendrá apuntes biográficos de los personajes que figuren en la Exposición, y Jorge Rodenbach dará conferencias semanales, que no serán por cierto, dada la fama del orador, la parte menos interesante del concurso.

Los pobres de la ciudad de Bruselas y la Caja de los Artistas han de obtener seguramente no pocos beneficios de la iniciativa tomada en este asunto por S. A. R. la condesa de Flandes.

***

Las fiestas del Carnaval han sido este año en Viena alegres y bulliciosas como no lo eran desde hace mucho tiempo. Habiendo ido á palacio una comisión de periodistas para invitar al Emperador al gran baile dado por *La Concordia*, una sociedad literaria y de recreo, á la que pertenecen casi todos los hombres de letras de la capital de Austria, el Emperador, después de darles las gracias por su atención, les dijo: "Me gustaría ver que Viena recobraba algo de su pasada animación."

Y no parece sino que los buenos de los vieneses han tomado por una orden terminante este sencillo deseo de su anciano y querido Emperador. Nadie recuerda en Viena Carnaval tan divertido como el pasado. Y no hay más que pasar la vista por la *Crónica danzante de la semana*, revista de todos los bailes, reuniones y fiestas públicas, para convencerse de ello. Es cosa que espanta. ¡Doce grandes bailes cada día de Carnaval! En la noche del segundo día se celebraron *veinte*, entre ellos el suntuoso del Ayuntamiento con 5.000 invitados; y esto, sin contar los saraos particulares, las reuniones íntimas, las recepciones de la Marquesa *A* ó de la Condesa *B*. Viena entera se ha pasado tres días haciendo piruetas y valsando al son de la música de Strauss.

***

El asunto del Duque de Orleans ha producido en Viena vivísima impresión. En las calles, en los teatros, en los cafés no se hablaba de otra cosa, y los periódicos eran materialmente arrancados de las manos de los vendedores. No puede negarse que la impresión general es favorable al joven Duque, y su conducta es objeto de muchas alabanzas, al par que se vitupera, sin rebozo alguno, al Gobierno de la República.

El Emperador, sobre todo, ha demostrado bien á las claras su preocupación; en cuanto llegaban telegramas de París se los hacía llevar, y los leía con mal encubierta ansiedad, dejando advertir lo mucho que le interesaban las peripecias del Príncipe. Los Orleans constituyen uno de los recuerdos juveniles del Emperador Francisco José. Aun recuerda éste el día en que vió llegar á la Hofburg al Duque de Orleans, abuelo del actual, acompañado de su hermano el Duque de Nemours. Tratábase, á la sazón, del matrimonio del hijo mayor de Luis Felipe con la hija del ilustre Archiduque Carlos, matrimonio cuya celebración impidió Metternich.

El recuerdo de los *Príncipes franceses* está vivo todavía, tanto en la Hofburg como en Schoenbrunn; y á la menor ocasión, claramente se revela.

***

La magnitud de la torre Eiffel acaba de ser superada, y no por ningún ingeniero, sino por el artífice que menos pueden imaginar nuestros lectores, por el Diputado Blahremberg, de la Cámara popular de Bucharest. Este Diputado acaba de pronunciar el discurso más largo que registran los anales parlamentarios del mundo; como que ha durado ¡treinta y seis horas justas! Las palabras pronunciadas por este orador inagotable ascienden á no sé cuántos millones, y se ha calculado ya que, impresas en una tira de papel, darían una longitud de 2.160 metros; es decir, siete veces la altura de la torre Eiffel.

¡Y pensar que los torrentes de esta elocuencia *eiffeliana* han resultado perfectamente inútiles! El Diputado Blahremberg pronunció aquel inmenso discurso para obtener de la Cámara la acusación y el juicio de los individuos del antiguo Ministerio Bratiano, y la mayoría ¡cruel sobre toda ponderación! votó en contra, sin tener para nada en cuenta aquel monumental trozo oratorio de 2.160 metros de largo.

Hablar por espacio de treinta y seis horas, y no conseguir absolutamente nada, es para que el hombre más tranquilo se desespere y para que reniegue del parlamentarismo el más empedernido parlamentario.

WALTER.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *por P. de P. S.*

(Continuación.)

Salso-Omer, Enero 18....

Lo conozco y lo confieso; desde hace algunos meses había abandonado enteramente los cuidados de la casa: Francisquita en el colegio, Edmundo con su muchacha, no me daban mucho en qué pensar; lo demás lo había dejado en manos de Verónica, bajo el pretexto de que lo hacía mejor que yo..... La desgracia de ayer y mis reflexiones de la noche me han hecho ver con claridad mis culpas, y quiero repararlas. Por la conversación que he tenido con Francisquita, he podido ver que, en el tiempo que ha pasado en su escuela, no ha aprendido nada, y ha olvidado mucho: Edmundo, descuidado, está enfermo por mi culpa: ya no me volveré á alejar de ellos, y que sea esta mi primera resolución. A los

dos les tendré á mi lado, y cuésteme fastidios, disgustos y sinsabores, al menos hasta cierta edad, yo me encargo de educarles é instruirles.

He examinado con minuciosa escrupulosidad los libros de cuentas de Verónica, las notas de nuestros proveedores, y me apercibo que nuestro presupuesto dista mucho de estar en equilibrio. Aunque sea triste, es preciso confesar que mi pobre padre, debilitado por los años y consumido por las penas, ve disminuir cada día su clientela, antes numerosa: luego no tendrá más enfermos que aquellos de quienes decía, como Boerhave: «Mis pobres son mis mejores enfermos, pues Dios me paga por ellos.» Esta recompensa del médico caritativo, simpático á todos los dolores, la tendrá en el cielo, pero aquí abajo parece destinado á la desgracia, que muchas veces abruma á los mejores. Mi deber consiste en dulcificarle sus sinsabores.

Sabré disminuir los gastos sin imponer privaciones á mi padre; esta es mi segunda resolución. Primero despediré á la muchacha de Edmundo, y haré sus veces; después suprimiré el colegio de Francisquita, yo seré su maestra; luego moderaré mis gastos personales, pues no se me oculta que nuestras reuniones citas de amigas, por sencillas que sean, me han ocasionado gastos de trajes bien inútiles.

Suprimamos todo esto, sin una lágrima ni suspiro.

Para animarme he vuelto á leer la carta de mi madrastra, é hincándome de rodillas, he prometido una vez más á Dios y á ella hacer todo lo que pueda.

Saint-Omer, Febrero 18....

Edmundo va mejorando; mi padre asegura que dentro de pocos días se podrá levantar. Está interesante por su extremada dulzura y esa paciencia de niño que se asombra de sufrir. ¿No parece este asombro de la inocencia ante el dolor un recuerdo de nuestro primer origen, de aquellos días de Edén, en que el hombre, sometido á Dios, no debía conocer ni el sufrimiento ni la muerte?

Saint-Omer, Febrero 18....

Esta mañana ha venido mi tía á verme; estaba yo preocupada y triste, y lo ha notado. — Vengo enviada por Fany, que se asombra de no verte, me dijo. — No puedo salir; la caída de Edmundo me ha demostrado que no debo abandonar la casa.

Y le referí lo que había sucedido. — Convengo, replicó con su cordial franqueza, que mejor obras quedándote; pero es preciso no exagerar las cosas; ¿piensas guardar clausura? — No, tía; iré á veros de vez en cuando. — ¡Bien! y también Fany vendrá con frecuencia, pues no sabes cuánto te quiere. Además, podrá ayudarte, pues entiende del gobierno de una casa, y sabe hacerlo todo como una brujita, y lo hace con alegría. — ¡No es poco feliz! dije yo. En cuanto á mí, estoy muy atrasada en esa materia, pues mi tía no se ocupaba de enseñármela. — Para eso hace falta la madre, que es la mejor maestra; yo he sido la de Fany, que desde que era muy pequeñita me seguía á todas partes, mirando lo que hacía, escuchando lo que decía, y así fué aprendiendo poco á poco. Pero tú, hija mía, si te ves atada en alguna cosa, ¿por qué no lo preguntas.....? Somos parientes; para algo ha de valer el que corra la misma sangre por nuestras venas..... y además somos amigas, ¿no es cierto, Octavia?

Di un brazo á mi excelente tía, y en un arranque del corazón le dije todo lo que me inquietaba. Al escucharme, tomó su semblante una expresión seria y grave, y después me contestó: — En cuanto á los niños, Octavia, has tomado, á mi modo de entender, el mejor partido; el que te honrará más y te traerá más provecho en todos sentidos, pues estos niños te pagarán con el mismo cariño que les hayas tenido tú. En cuanto á Verónica..... no te inquietes..... yo te daré mi método, mis secretos caseros, y al verte más instruída se hará más obediente; además de que en adelante podrás ejercer mayor vigilancia sobre ella. Y en lo que se refiere á los negocios pecuniarios, con un poco de economía podrás recuperar pronto este pequeño atraso; pero ten cuidado, hija mía, de que esto no se repita y de echar bien tus cálculos. Tu pobre padre está quebrantado, y mucho me temo que no recobre ni su salud ni su clientela. — ¡Ay, tía, dije; ya sabéis que yo, al menos, nunca le dejaré. — Sí, Octavia; sé que eres buena hija y buena hermana; y tú no te olvides que en nosotros tenéis unos parientes que os quieren bien, y que en todas vuestras penas, á ellos, y no á otros, es preciso acudir.

Pronunció estas palabras con fuerza y como cortada por la emoción, después de lo cual me dió un abrazo y se fué. Esta conversación me ha hecho mucho bien, siéndome menos aislada, menos triste, desde que un corazón franco y generoso ha simpatizado con mi pena: no es aquella tía que siempre lloro, aquella delicadeza de sentimientos, aquel agradable modo de expresarse, aquella alma, en fin, tan entusiasta y tierna; pero es bondadosa como ella. ¿Y qué cosa hay en esta vida que valga más que la bondad.....?

Saint-Omer, Marzo 18....

La casa anda algo mejor, pero no sin trabajo. Me he puesto á dar con regularidad lecciones á Francisquita, y he obtenido, si no progresos, docilidad al menos. Edmundo está ya completamente bien, no se separa de mí, y cada día me apego más á él. Verónica es tal vez la más niña de los tres, pues su mal humor y sus brusquedades son bien poco juiciosas; sin embargo, como quiere á la familia, y sobre todo á mi padre, á quien venera, encuentro en este cariño un poderoso auxiliar para obtener de ella lo que quiero; y cuando pretendo alguna cosa, no tengo más que pronunciar la palabra mágica: ¡El señor tendrá gusto en ello! Entonces se me obedece. Pero cuando vivía tranquila y sin cuidados al lado de mi querida tía, ¡quién me hubiese dicho que sería menester tanta paciencia y tanta diplomacia para llegar á un resultado, que á todo tirar, no es más que mediano é imperfecto!

Saint-Omer, Abril 18....

Esta mañana ha venido á verme Lucía. Es una amiga, á quien he conocido en casa de Fany; es medianamente guapa, medianamente lista, pero buena y franca. No peca por exceso de prudencia y de discreción. Al entrar me ha saltado al cuello, diciéndome con expansión: — No quiero que por otras tengas noticia del grande acontecimiento. ¡Me caso, Octavia!

La felicité con todo mi corazón, y en seguida entró en los detalles. Se casa con un hombre joven, rico, distinguido, y que la ama. — Seremos felices, — me dijo con convicción; — ¡es tan bueno, tan amable conmigo, tan atento con mis padres! Tendremos una casa preciosa, que se está arreglando á mi gusto, pues para todo me consultan; soy el ama, en fin, lo que es muy agradable. Mi equipo está concluído, y es precioso. ¡Ya lo verás! Mis tíos, mis tías me llenan de regalos: ¡no saben qué inventar para obsequiarme! ¡Soy una feliz muchacha, una dichosa novia!

Mucho tiempo habló de esta manera, enumerando con complacencia lo que le encantaba, pruebas de cariño, favores de la fortuna, promesas del porvenir, lo que embellece y honra la vida. Al principio la escuché con gusto, después se oprimió mi corazón como si una flecha lo hubiera atravesado, y cuando me quedé sola me eché á llorar.

¿Por qué soy desheredada? ¿Por qué la felicidad de los demás no ha de ser nunca la mía? ¿Por qué estoy desterrada del coro de los felices, que cantan tan alegres cánticos y se aplauden de ser y de vivir? La mala fortuna pesa sobre mí, graves deberes me encadenan, y nunca, nunca gustaré ni los sentimientos que llenan el corazón, ni el dulce bienestar en medio del que se dilata la felicidad, ni el descanso de espíritu y de cuerpo, del que, joven aun, siento ya la necesidad. Estoy sujeta, como una esclava, á un trabajo penoso, y del que nadie me remunera, pues mi padre no se consuela.

Mientras escribo esto, las lágrimas caen de mis ojos y mojan estos renglones, en los que trazo la amargura de mis pensamientos. Lloro sobre mí misma, sobre mi juventud sacrificada, sobre los largos días que me esperan, y que, cada vez más tristes, me llevarán á una vejez solitaria y á un sepulcro olvidado.....

Saint-Omer, Abril 18....

Ayer, en el momento en que escribía estas últimas líneas y en que me abandonaba á los lamentos y á las quejas, oí el repique de la campana de la parroquia. — ¿No parece que llaman? pensé. Y me rendí á aquella santa voz. Cuando llegué á la iglesia estaban cantando el *Magnificat*, y al poco rato subió un Sacerdote al púlpito.

Las lámparas no despedían más que débiles rayos, que me dejaban entrever en la sombra la alta y flaca figura del Sacerdote y su cabeza coronada de cabellos blancos. Predicó sobre la paz, tomando el siguiente texto del Evangelio: *Venid á mí todos los que sufrís y estáis cargados, que yo os aliviaré.* Le escuché al principio con el respeto que siempre merece la sagrada palabra; pero poco á poco fuíme sintiendo seducida y poderosamente conmovida. Parecía que aquel señor estaba leyendo lo que pasaba en mi corazón, y aunque su palabra renovaba mis heridas, era para derramar en ellas el bálsamo que las había de curar. Entonces comprendí por primera vez en mi vida que aquel Dios que pintaba tan grande en su misericordia podía consolar y llenar todos los huecos del corazón. *¡Nada falta á quien tiene á Dios: él solo basta!* repetía el predicador con Santa Teresa. No sabría decir si fué elocuente; pero lo que sí sé es que á su voz se iluminaba mi alma con una claridad interior, que me mostraba con toda verdad la brevedad de las cosas de la tierra, la nada de la felicidad y la alegría de una alma que busca en su inefable recompensa. Había dejado ya de hablar el Cura, pero yo escuchaba todavía la voz que hablaba en mi interior: acordábame de mi madrastra, cuyos sufrimientos y cuya muerte fueron dulcificados por esa Religión adorable; representábase á mi memoria todo lo que había leído ú oído bueno y piadoso, animándome á bien obrar; parecíame que me exhortaban á no pensar ya en el que me había turbado, á cumplir franca y generosamente con mi deber, aun á costa de algunos sacrificios, y á poner en Dios una confianza que no sería mentida. — ¡Lo quiero! dije repetidas veces. Y continuaba llorando; pero ¡qué lágrimas eran tan dulces y consoladoras! Se dejarían todos los placeres de la tierra por llorar así.

No era tarde, y tomé la resolución de confesarme aquella misma noche para cumplir con el precepto Pascual; me dirigí á aquel anciano cuya palabra había tenido tanto imperio sobre mi corazón. Le dije todo: debilidades, desaliento, languidez de mi alma para el bien, aspiraciones al descanso, á la felicidad de la tierra, nada le oculté, y supo comprenderlo todo y calmarlo todo. Habló poco, pero nunca olvidaré sus consejos; y, Dios mediante, los seguiré. Este día es realmente memorable para mí, pues desde hoy quiero renunciarme á mí misma para ser de Dios, y si estoy desanimada y abrumada, pues bien, acudiré á Él y me veré aliviada; la tempestad cesará y volverá la calma. El buen Sacerdote me lo ha prometido; y, además, ¿no están ahí las promesas de Dios?

(Continuará.)

EL ARTE ESCÉNICO EN ESPAÑA

Más bien que auxiliar, es el arte escénico elemento indispensable de la poesía dramática, y en su orden un arte tan bello como el que más. Así que comprendamos perfectamente que aquellas personas que no gustan de dramas ni de comedias y que pretenden la clausura de los teatros por creerlos de muchas maneras nocivos á la república, tengan en poco á los comediantes, y aun los desprecien ú odien. Pero lo que ya no se explica de modo tan satisfactorio es que durante algunos siglos millones de personas hayan gozado lo indecible asistiendo á la representación de piezas dramáticas, y hayan concedido á los autores ó compositores de dichas piezas, no sólo el honor de una exquisita consideración social, sino todos los lauros y ventajas de legítima, honrada y envidiable fama; y al mismo tiempo á los que han representado esas piezas los hayan tenido por gentes inferiores, sólo dignas de un trato despreciativo y humillante. No se compagina, en verdad, fácilmente, que Lope, Calderón, Tirso y Moreto hayan sido en su época no sólo admirados, sino respetados profundamente, y que al propio tiempo á los que han representado las obras de aquellos esclarecidos varones se les haya tenido en concepto de juglares ó payasos.

Porque lo cierto es que sin actores es tan imposible la poesía dramática como sin autores. Los dramas, las comedias y sainetes no se escriben para ser leídos, sino para ser representados. Verdad es que también se puede gozar, y se goza en efecto, leyendo á solas un buen poema dramático; pero es un goce muy relativo, inferior seguramente al que el mismo poema proporciona en la escena. Y aun en la lectura solitaria el lector se deleita imaginándose cómo aquello que lee aparecerá en las tablas. Es indudable: el medio natural y esencial de la poesía dramática es la representación, y por eso es materialmente imposible que esa poesía se desarrolle sin teatro y sin actores.

D. ANTONIO VICO.

Hay muchos, sin embargo, que miran el teatro con prevenciones á nuestro parecer injustificadas. Que es acicate poderoso, aseguran, de todas las pasiones y vicios del hombre; que cuando se desarrolla en una sociedad, síntoma es evidentísimo de que tal sociedad ha entrado en un período de franca decadencia; que sólo hombres degenerados ó decrépitos necesitan para deleitarse del estímulo poderoso de la farsa escénica.

Nosotros creemos que hay pocas cuestiones en este mundo en las que no quepa defender con probabilidad de razón el pro y el contra. En eso precisamente se fundó la vieja doctrina del *probabilismo*. Las cosas que se nos ofrecen en la vida suelen tener dos caras como las monedas, y á veces muchas más. Miradas por un lado parecen de un modo; miradas por el otro, del contrario. Por eso se agotaran las minas de oro de California y las de hierro de Vizcaya; pero los argumentos de los controversistas no se agotarán jamás. Hay razones para todo y refutaciones para todas las razones: la inventiva de los filósofos y de los críticos es más fecunda que la de los poetas.

Que el espectáculo teatral pueda ser para muchos ocasión de pecado, ¿cómo negarlo? Pero ¿por eso vamos á proscribir el teatro? Entonces, para ser consecuentes, debiéramos proscribir casi todo lo que hay en el mundo; porque casi todo lo que hay en el mundo puede ser ocasión, próxima ó remota, según los casos, de pecados gravísimos. Tu mayor enemigo eres tú mismo, dicen los autores, y en efecto, ¿quién duda que nuestra carne y nuestra sangre son enemigos de nuestra alma? Pero, aun en la misma alma, ¿no se cuelan los adversarios de nuestro reposo y de nuestra salvación? Pero ¿acaso la inteligencia, lo mejor que tenemos, no es para muchos de nosotros causa de ruina? No necesitó Lutero ir al teatro para convertirse de fraile observante en uno de los mayores enemigos de la Iglesia, ni para que sus pasiones carnales se encendiesen con siniestras llamas de impúdicos deseos y torpísimos sueños. Ventura sería para el linaje humano que el demonio sólo acechase á sus víctimas emboscado entre los bastidores y las bambalinas. Dichosos nosotros si la carne sólo se nos rebelase cuando estamos sentados en las butacas ó en los palcos de un teatro.

Que el desarrollo de la poesía dramática sea síntoma de progreso ó de decadencia para la sociedad, es problema que sólo puede resolverse fijando lo que se entiende por progreso y por decadencia de una sociedad. Es evidente que en aquellos tiempos primitivos que solemos llamar heroicos, en que los hombres tienen por exclusivas ocupaciones la guerra, el pastoreo y la agricultura, no puede haber teatro, ni lo hay en efecto. El hombre que pasa todo el día cultivando la tierra, cuidando del ganado ó dando y recibiendo porrazos en batalla con sus enemigos, cuando llega la noche de lo que tiene ganas es de que lo dejen descansar en su choza ó en su tienda, durmiendo á pierna suelta: que no vayan á ese hombre á decirle que asista á un teatro. Y por otra parte, en aquella primitiva sociedad, no hay elementos de ninguna clase para fundar un teatro. En tales condiciones, sin embargo, ya comienza el arte poético á despuntar, aunque no en su manifestación dramática. Empiezan las coplas, las consejas, las arengas militares, las observaciones meteorológicas indispensables para el laboreo de la tierra, puestas en forma rítmica para que se graben mejor en la memoria de las gentes: el anciano cuenta por las noches, antes que se acueste la familia, la historia de las hazañas y de los combates de la generación anterior á la que le escucha embebecida; el mancebo enfermo de amores suelta un día una exclamación, queja de sus males, en los que toda la tribu admira la precisión con que se describe una dolencia común á muchos; á lo mejor, una doncella á la que sus padres impusieron compañero contra su voluntad, muere de tristeza é invoca en su agonía el nombre del amante preterido: esto interesa y conmueve y se graba en la memoria de las gentes. Y así poco á poco van naciendo los asuntos y las formas de la poesía, lo que después se llama la materia fragmentaria que constituye la base de la poesía épica. Y al propio tiempo, casi brota la lírica. Pero la dramática no aparece hasta que ya la sociedad, muy adelantada en su camino, definitivamente asentada, puede entregarse sin temor á ocupaciones y trabajos de un orden complicadísimo, producto de combinaciones de cosas que en la edad primitiva se muestran sueltas y sencillas.

D. EMILIO MARIO.

Por esto, los que ven en aquellas edades primarias la plenitud del humano linaje, y en el apogeo de la cultura decrepitud y afeminación, es natural que sentencien que la poesía dramática es propia de la decadencia social. Y por la misma razón aquellos que ven en la mayor cultura mayor progreso, predican que el desarrollo del arte dramático es resultado de civilizaciones muy adelantadas.

ANGEL SALCEDO.

(Continuará.)

AURELIO PRUDENCIO CLEMENTE

POETA LATINO ESPAÑOL [1]

Gloria es de nuestra patria que en cualquier período de la historia de su saber donde se busquen los resplandores de la humana inteligencia, aun en los más distantes, siempre se admiren ilustres cultivadores de los varios géneros literarios que tanto la enriquecen. Si fijamos nuestra atención en la época en que el idioma latino se hallaba extendido por toda la Península española sometida al poder romano, ¡cuántos insignes escritores aparecen en ella cautivando con su clarísimo ingenio y el esmero con que manejaban aquél y aprovechaban el tesoro de sus bellezas! Prolijo fuera consignar la serie de escritores latinos españoles que honran nuestra nación en los tiempos á que nos referimos. La poesía, que tanto realce y galanura había prestado al idioma del Lacio en época aun anterior, quiso también obtener sus triunfos en el suelo hispano, y eligió como sus mejores intérpretes y adalides á Prudencio, Osio, Latroniano, Iuvenco y otros más, los cuales, dando un nuevo carácter á sus obras é inspirados por la musa cristiana, han dejado imperecedero nombre

1 Después de terminado el presente artículo hemos conocido el excelente y completo estudio, justamente laureado, debido al señor Conde de la Viñaza, sobre el célebre poeta español Aurelio Prudencio Clemente. Esta circunstancia nos hubiera decidido á no dar publicidad al nuestro, siquiera fuese por carecer de novedad y de la extensión con que está tratado aquel á que nos referimos, pero como cuanto pueda redundar en honra de tan ilustre cantor cristiano será siempre oportuno, no vacilamos en concurrir á tan laudable propósito con el distinguido autor del libro expresado, tan merecedor de todo encomio por sus acertados y detenidos juicios.

en la historia de las letras latinas. El primero de aquéllos fué hijo de la famosa Cesaraugusta, una de las ciudades que más engrandecen el suelo español, y es tenido por el gran poeta lírico del siglo IV, así como por el primero que pulsó la lira sagrada, sintiendo ese fuego y esa inspiración que forman el alma del cantor de todas las edades y esa sublimidad que constituye la gloria del genio. Es, pues, nuestro propósito recordar los merecimientos y virtudes de varón tan insigne, aunque tan escasa sea nuestra suficiencia para llevarlo á cabo felizmente.

La poesía tuvo un carácter religioso desde su origen. El pensamiento de Dios y de su omnímodo poder al sentirse el hombre dotado por el mismo Dios de inteligencia para comprenderle y de los dones físicos que le hacen gozar de la luz del astro del día y del tenue resplandor de los de la noche, de todos los encantos de la naturaleza, era necesario que produjera el himno de gratitud elocuente y apasionado en labios de aquél con toda la efusión, con todo el ardimiento que inspiran la admiración, la complacencia y la ternura. Tal necesidad de dirigirse en esta forma al Supremo Hacedor la han sentido todos los pueblos, y bastaría fijarse en el de Judá, que tantos recuerdos ha dejado de su amor y reverencia á su Dios en sus poéticos cantos. Nunca se extinguirán los ecos de las alabanzas de Débora, ni los suspiros del arpa del Rey profeta y penitente, y de las cítaras suspensas en los sauces de Babilonia. Esta poesía, como inspirada por el amor á un Sér inmensísimo y justo, el verdadero Dios tiene esa pureza y sinceridad que imprime sublime carácter, y ese grave tono que aparta al espíritu de lo simplemente humano y trivial, porque aspira á ser digna de Aquel á quien se consagra y dirige. He aquí, pues, la diferencia esencialísima que existe entre la poesía dedicada al Dios único y la helena y latina de los cantores paganos que ofrecen también un carácter religioso por referirse asimismo á los misterios de su culto los asuntos de sus obras. Los sucesos del Olimpo, la existencia semi-humana de sus dioses, sus complacencias terrenales y el infausto fatalismo que acompañaba á sus creencias, no son los elementos que producen esa poesía en que no sólo se busca el arte, la perfección y la belleza. La Musa helénica, y después la romana, su imitadora, seducen en verdad con sus encantos y atractivos; son las maestras de los tiempos que les sucedieron, y tanto la una vagando por las orillas del Alfeo ó descansando á la sombra del Partenón, como la otra elevando su solio en el siglo de Augusto al pie del Capitolio romano, supieron elegir sus intérpretes en esos genios de la antigua Grecia á cuyo frente camina un Homero, ó en esos otros que aparecen junto al Tíber y llevan los nombres de Ovidio, Virgilio y Horacio. Este último es el poeta filosófico inclinado á la virtud y á los modestos goces, y por esta circunstancia, la brillantez de su estilo y dogmática discreción, de los que más atraen y cautivan y el que ha llegado á ser en la forma el modelo y guía admirable de los consagrados al cultivo de la poesía en las generaciones que le han sucedido.

Después de este sabio maestro parece extinguirse el genio poético en las letras romanas, y apenas logra reanimarse un tanto en la escena donde se reproducen los asuntos del teatro griego, que llegó á tan alta perfección en el drama religioso. Séneca, el doctísimo español, consiguió renovar en Roma su recuerdo; mas son muy escasos los que con éxito completo continúan cultivando en ella la poesía lírica. El genio antiguo aspiraba á la vez á que el lenguaje, llevado por los avasalladores del mundo por donde quiera que extendían su dominación el de Horacio, Cicerón y Virgilio, renaciese de nuevo en las obras de la inteligencia, allí donde su imperio se impuso á la par por la soberanía de sus armas. Pero aquella misma musa tan ingeniosa y ligera, tan bucólica y dulce en la égloga y el idilio y el himno á las olímpicas deidades, tan sensual á veces como á veces tan sublime y llena de energía al inspirar su *Eneida* al cantor mantuano, despertaba en los siglos posteriores á la venida al mundo del Redentor de la humanidad, con un nuevo aspecto y despojada de sus antiguas vestiduras.

Todo asomo de impureza, toda reminiscencia de aquellas imágenes sugeridas por una religión en que el pudor, la más hermosa de las virtudes, no era tenida en cuenta para nada, que más parecía conducir á sus torpes placeres al autorizar sus nefandas bacanales y otras indignidades impropias de corazones honrados, habían desaparecido de esta inspiradora de una poesía entonces naciente, que, como celestial concierto, comenzaba ya á oirse en el siglo IV, allí donde la Iglesia latina se alzaba triunfante y poderosa. Este numen del Lacio, severo ya en su aspecto, purificado á los reflejos de una luz divina, regenerado por completo, parecía haberse apropiado la fisonomía de aquel que inspiró á David los sentidísimos cantos con que lloró sus culpas é imploró la misericordia eterna. No era el numen del Parnaso de los gentiles con sus profanos atavíos; era quien elegía para interpretar el sentimiento que guiaba á la humanidad á un cambio rápido y completo en su modo de ser, á ilustres cantores de cuya imaginación habían de brotar purísimos raudales de ciencia y armonía. Veíanse entre estos insignes Prelados humildes religiosos, algunos elevados hasta la Silla de San Pedro. Tales cantores de la divinidad eran los que, así como los elocuentes propagadores de la palabra divina que habían extendido la ley de Cristo y dado su vida, mártires de sus creencias, inclinaban los espíritus, valiéndose del hermoso lenguaje de la poesía, á la senda de la virtud, y cantaban las grandezas del Dios único y verdadero. Cúpole á la Iglesia latina tener en España al primero de estos poetas cristianos, el que lo fué tan grande entonces. Llamábase Aurelio Prudencio Clemente.

Los ecos de la lira horaciana no podían apagarse del todo aun en este nuevo período de la poesía latina, y ya en el siglo IV debió resonar el himno religioso con toda la solemnidad y grandeza que le prestaban los purísimos sentimientos del alma cristiana y la imaginación ardiente que dirigía sus vuelos hacia las regiones infinitas del Empíreo. La antigua Roma ya no existía. Aquella serie de Césares criminales, con escasas excepciones, que se habían disputado la púrpura con el puñal, el veneno ó la espada del pretoriano, se acercaba á su término. Los últimos dominadores del pueblo de Rómulo se ofrecían desprestigiados los más y sin el poder antes concedido á su soberanía. Una parte de la sociedad romana se regeneraba rápidamente, pero ¡á qué costa! Necesarios fueron tres siglos de sangre para la conquista de la verdad y la confusión de la idolatría. En tan implacable lucha no era el triunfo de los que parecían vencedores, sino de los vencidos, seres indefensos que doblegaban su cuello á la muerte, sufriendo bárbaros suplicios con faz serena, resignación heroica y el perdón en sus labios para sus verdugos.

Aun no era posible que en este período de horrores y vilipendio se levantara la voz de los cantores sagrados, sucediendo á la de los Apóstoles y discípulos del Mártir del Gólgota. Los himnos que habían de resonar bajo las bóvedas de los primeros templos cristianos eran todavía las mudas oraciones que se elevaban desde los sepulcros de los héroes de la fe, escondidos en las catacumbas romanas. La moral evangélica no llega á ser del dominio de la poesía hasta el siglo IV de nuestra era. El arte pagano aplicado á las letras y el idioma latino usado por el escritor habían sentido el influjo de la decadencia general y de tantas vicisitudes perdiendo aquella clásica pureza que aun es y será siempre la admiración de todos. Los nuevos poetas cristianos alcanzaban esta época contraria, y de aquí los defectos de que no era fácil eximirse, que la crítica severa señala en sus producciones.

La poesía que brotaba del corazón creyente en forma del canto de la liturgia cristiana desde los primeros siglos de nuestra era en los lugares consagrados á Dios, era sólo la expresión del sentimiento, y á pesar de sus hermosas imágenes, no podía llamarse en realidad una poesía formada y artística. La vida y muerte del Verbo divino, las alabanzas á su excelsitud, los pasajes de la Santa Escritura, el heroísmo de los mártires de la fe y la indignación que causaban las nacientes herejías, eran los asuntos que en breve habían de ser tratados por la musa cristiana.

Materia exclusiva de detenido estudio sería recordar los ilustres defensores de la religión predicada por el Redentor, que revistieron su palabra elocuente con las galas de la poesía, é iban apareciendo hasta llegar el tiempo en que floreció el insigne español Aurelio Prudencio Clemente, á quien consagramos estos modestos renglones. ¿Cómo no han de merecer especial estudio, entre otros, un San Gregorio Nacianceno, astro del Oriente, tan profundo teólogo cuanto inspirado poeta, y cómo no un Sinesio, que debió á Hipatia su saber y que no pudo renunciar por completo á las bellezas del arte pagano, y ensalzaba á la divinidad, con la expresión, las imágenes que adornan el himno anacreóntico, no acertando aún á desprenderse de la influencia que en él ejercía la doctrina de Platón; y cómo no recordar á otros preclaros varones, revestidos los más de sagrado carácter, que asimismo acudían á beber en las fuentes de la poesía sagrada, frecuentadas entonces por vez primera?

El poeta que aparece en realidad como inaugurando este género glorioso para las letras y como el más grande de los únicos sagrados de entonces es un español: es Aurelio Prudencio. Habíale precedido Aquilino Juvenco en nuestra patria con su *Historia Evangélica*, notable canto cristiano; pero carecía de esa exaltación del sentimiento que constituye el espíritu del arte y que exige algo más que la armonía y la ciencia. Prudencio es un digno competidor de su compatricio Séneca, Marcial y Lucano, considerado como cultivador de las letras latinas.

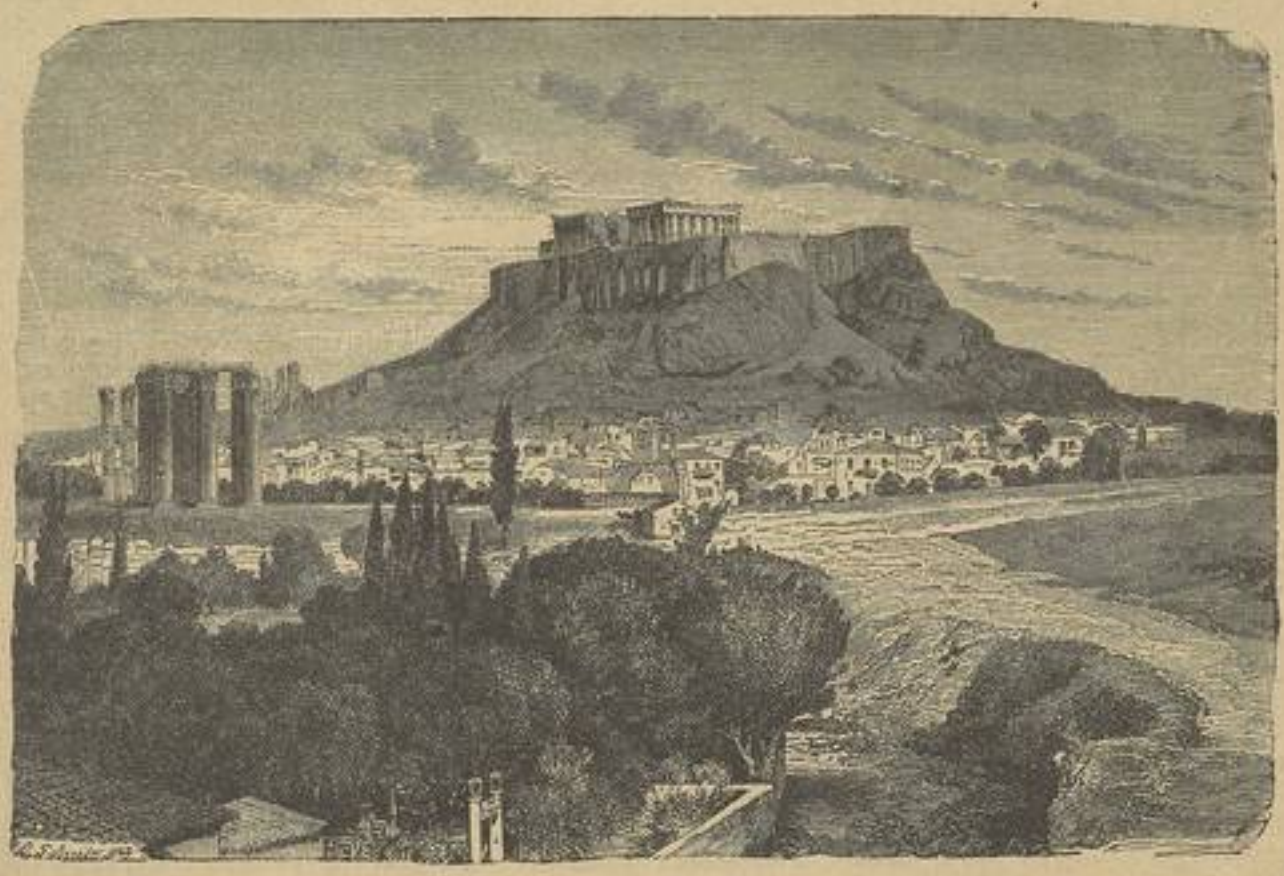
Aurelio Prudencio debió nacer por los años 348 á 350 de la era cristiana. Dispútanse la gloria de haberle dado cuna Zaragoza y Calahorra, y á la verdad que honra á entrambas ciudades tal pretensión, y á una y otra le ha sido difícil renunciar á sostenerla. De la controversia suscitada por esta duda se ha venido á tener por lo más probable, por no afirmar que lo cierto, que la antigua Cesaraugusta fué efectivamente la que vió nacer al afamado poeta; y no habría lugar á vacilación alguna si el mismo que, al referirse á los moradores del último pueblo, llama á éste *nestor populus* no emplease iguales palabras al nombrar á Tarragona y Calahorra. Los argumentos empleados por los que han disentido en opiniones sobre este punto son para tenidos en cuenta, dada la autoridad de éstos. Ambrosio de Morales y el P. Mariana hacen á Prudencio natural de Calahorra, y los Argensolas, hermanos doctísimos, no acceden en privar á Zaragoza de madre de varón tan preclaro. Nuestro modesto parecer, que se apoya en el de algún otro escritor moderno, nos coloca al lado de estos discretos ingenios, que son á la vez gloria de las musas aragonesas. Tampoco ha faltado quien sin fundamento haya querido hacerle hijo del suelo italiano. De todos modos, por nuestra parte no hemos de insistir en lo que se refiere á este particular, porque

es cuestión que acaso no se considere terminada [1].

Dícese por algunos que corrió Prudencio en su juventud las borrascas á que conducen las pasiones propias de esta edad de la vida, cuando las exalta un espíritu inquieto y vehemente que no resiste las seducciones del placer y los halagos del vicio. Si fué así, no es de extrañar se efectuara en él una reacción tan profunda y sincera, conduciéndole con tal entusiasmo y fervor al sendero de la verdad; ni es de sorprender asimismo el celo que manifestó en defensa de la santa causa que llegó al fin á abrazar. Ejemplos repetidos se ofrecen de estos cambios tan felices y radicales en hombres superiores que llegaron á ser gloria de sus tiempos y honra de la inteligencia humana. Bastaría sólo citar el nombre del célebre y sapientísimo Obispo de Hipona, y astro de la Iglesia latina, San Agustín. Tanto como fué desordenada y licenciosa la primavera de su existencia, tanto llegó á ser luego el admirable varón, modelo para todos de acrisoladas virtudes, que resplandecían aún más en él porque se hallaban bañadas con la luz de la ciencia divina.

Sábese que Prudencio fué inclinado al estudio desde sus primeros años y que se dió con gran afición al de las letras griegas y latinas, y toda su juventud la consagró al ejercicio de la abogacía, en el que fué juez íntegro y discreto; que después se despojó de la toga del magistrado para empuñar las armas, en cuya profesión llegó á alcanzar señalados puestos, mereciendo honrosas distinciones del César que entonces regía los destinos del imperio romano. Algunos de sus biógrafos dan por supuesto que fué gobernador de varias ciudades y que obtuvo este cargo en Cesaraugusta, así como un elevado empleo en la Corte de Honorio. Consignan éstos también que fué pródigo con exceso y aminoró en gran parte su fortuna, porque ésta la dividía con los infortunados, á quienes socorría con largueza, llevado de sus instintos piadosos.

Escasas son, por desgracia, las noticias que se tienen de este español ilustre. Cuando Simaco, prefecto de Roma, pidió á Valentiniano II, en nombre del Senado, el restablecimiento del altar de la Victoria, destruído por Graciano, y las rentas de los templos gentílicos por el mismo confiscados, Prudencio escribió contra aquél por los años 385 á 388. En 406 vivía en Roma. Debiéronle causar enojo la corrupción y viciadas costumbres de este pueblo, que marchaba á su ruina, fatigado de sus placeres y sus crímenes, y regresó definitivamente á España para consagrarse en el retiro, purificado de los extravíos en que pudo incurrir en sus juveniles años, á la oración y el estudio. Las puras brisas de su patria le dieron sin duda esa inspiración fresca y ardiente para sus cantos, halagándole de nuevo con sus soplos. Su fe enardecida hallábase temerosa de que no estuviese ésta arraigada profundamente en otros corazones no desprendidos aún de las costumbres gentílicas; y en tales inquietudes, en su celo vehementísimo por la causa de la verdad, y deseoso



ATENAS.

de aniquilar en su origen las herejías que comenzaban á vislumbrarse, hízose campeón decidido de la religión propagada por los discípulos de Jesús. Para fortalecer con el ejemplo á las almas indecisas ofreció con preferencia á la admiración de todos las heroicas virtudes de aquellas víctimas de la suspicacia y el odio de los tiranos, monstruos los más por sus sanguinarias violencias; de aquellos seres indetensos que, al sentir desgarradas sus carnes, veían sobre sus frentes la gloriosa corona del martirio, traída por los ángeles de un cielo que se rasgaba para darles paso, en medio de un torrente de luz deslumbradora, hermosísima y pura, como emanada del mismo trono del Eterno.

El célebre poeta religioso, el primero de esa serie de cantores de la divinidad que en todos tiempos han enriquecido el Parnaso sagrado de nuestra patria, debió terminar sus días en ésta, pero se ignora cuándo y en qué circunstancias, siendo de suponer fué en la oscuridad del paraje elegido por él para pasar el resto de sus días y ya de edad avanzada. No ha faltado quien considere á Prudencio como uno de los varones justos que llegaron á obtener la corona de la santidad; hecho no comprobado, puesto que no figura en los *Martirologios* y *Vidas* de los merecedores de tan glorioso dictado.

Los títulos de las obras de Prudencio son griegos en su mayor parte. *Harmatigenia*, una de ellas, significa *Origen de los pecados*. Combátense en él las doctrinas erróneas de los marcionistas y sabelitas. Su *Cathemennore* comprende varias oraciones ó himnos fervorosos que, conservados por la Iglesia, aun resuenan bajo la bóveda de sus santuarios. Se llama *Perytephanores*, ó sea *Las Coronas*, la más bella de sus inspiraciones poéticas, cuyo objeto es enaltecer la heroicidad de algunos mártires y especialmente de los que tuvieron su cuna en España, y en ella

[1] «Fueron deste tiempo, dice el P. Mariana, Clemente Prudencio, natural de Calahorra: de la milicia y el oficio de abogado, en que se ejercitó más moso, con la edad poeta muy señalado y famoso por los sagrados versos en que cantó con mucha elegancia los loores de los santos mártires. Juvenco, presbítero español y más viejo que Prudencio, escribía en versos heroicos la vida y obras de Cristo.»

Los anotadores del historiador de nuestra España, en la edición de su obra hecha en 1733, consignan lo siguiente: «Hay quien diga, es á saber, Máxima, que el padre de Prudencio fué de Zaragoza y su madre de Calahorra: que pudo ser causa de que en sus himnos á la una ciudad y á la otra la llame *nostra*, si bien el era natural de Zaragoza, como este autor y otros más modernos así lo sientan y debe ser lo más cierto.» Igualmente en las notas puestas á la edición siguiente, hecha en Valencia (1785), se lee lo que sigue: «Prudencio, natural de Calahorra. Siempre será un problema difícil de resolver la patria del célebre poeta cristiano Aurelio Prudencio Clemente. Zaragoza tiene bastante fundamento para probar su pretensión; pero no son menos robustas las que objeta Calahorra. El erudito Maestro Risco, que en el tomo XXXI de su continuación de la *España Sagrada* defiende la primera opinión, ha escrito la vida de Prudencio con reflexiones dignas de su pluma y sólo dejar nada que desear en la materia.»

En unos muy breves apuntes biográficos sobre Prudencio consígnase por un escritor extranjero que éste era natural de Tarragona, así como que nació en el año 348 y murió en 405. Ignoramos en qué puedan fundarse afirmaciones tan decisivas. Es muy posible que estas obedezcan á las conjeturas de todos los que han escrito sobre el poeta español.

conquistaron con su sangre la eterna ventura. La *Psicomachia*, que quiere decir *El combate del alma*, trata de lo que ésta sostiene con las pasiones. Se da asimismo como de Prudencio la obra titulada *Stexameron*, que viene á ser una especie de *Comentarios de los primeros capítulos del Génesis* y una *Exhortación al martirio*. Denominase *Enchiridion*, otro de sus libros tenido por algunos críticos como de sus menos superiores en mérito, por no juzgar muy limado su lenguaje, y es una colección de diversos pasajes tomados del *Antiguo y Nuevo Testamento;* y por último, también es del mismo autor la obra denominada *Apoteosis*, que es una ardiente defensa de la fe cristiana contra las sectas heréticas y del culto de los santos é imágenes sagradas practicado en la Iglesia desde sus primeros tiempos.

Para analizar todo el mérito de Prudencio como escritor sagrado y como poeta latino en las obras admirables debidas á su fecunda pluma, menester sería un estudio más completo y detenido, que no está en las condiciones de nuestro modesto trabajo, y reclama más docta pluma. En los libros que escribió contra el Prefecto Simaco se admira á Prudencio por la fuerza de razón con que hace ver la fragilidad humana de los que son tenidos por inmortales dioses, y cuyas liviandades y groseras aventuras constituyen los misterios de una religión favorecedora de las concupiscencias y desvaríos. Contestando al que tan alta dignidad revestía en la ciudad de los Césares, reclama asimismo la abolición definitiva de las inhumanas luchas de los gladiadores, que aquella parte más corrompida de la sociedad, y más estragada en sus aficiones, deseaba aún ver restablecida para ignominia suya y de la cultura, que tan rápidamente iba perdiéndose. En *El combate del alma*, como ya este título indica, ofrece el autor cómo la virtud se defiende de los vicios y cómo éstos no perdonan astucia alguna para seducirla y someterla á su imperio; pensamiento que, como observa muy oportunamente un distinguido historiador de nuestras letras, « no fué presentido siquiera por los poetas de la gentilidad, quienes, dominados por la creencia del destino, despojaban al hombre de toda libertad, sometiéndole al yugo del ciego fatalismo. »

Los asuntos tratados por Prudencio en sus poesías no eran sólo esos rasgos de exaltado lirismo, en que el poeta luce las galas de su ingenio y transmite las impresiones de su alma, sugeridas por las grandezas de aquéllos; ofrecen además, en ocasiones, otras miras de efectos más trascendentales.

NUEVA YORK.

Nuestro docto español discurre en sus poemas sobre altas cuestiones teológicas al combatir á los heresiarcas y al proclamar la divinidad de Jesucristo y la conversión de las gentes á su doctrina. No es menos admirable cuando presenta al hombre influído por el soberbio arcángel condenado á eterno tormento, rebelado también contra el dominador de cielos y tierra. Si tal es en *El origen del pecado (Harmatigenia)*, en la *Psicomachia*, en el combate del alma, una de sus mejores obras, aunque no sea en su forma de las más acabadas, donde hace uso de la poesía alegórica, se muestra igualmente profundo, y no sólo el poeta de imaginación brillante, sino el que, aun descendiendo á los razonamientos, no desmaya en los altos vuelos de su fantasía, ni decae en los arrebatos del entusiasmo y la expresión del sentimiento. Prudencio aparece, á la vez que poeta, razonador discretísimo en los dos poemas en que, enemigo implacable de la religión gentílica y de sus falsas deidades, destruye con energía y fuerza de argumentación las doctrinas de los que aun defendían aquélla en sus postrimerías.

Debió ser nuestro poeta uno de los admiradores de Horacio, y sin que pueda aceptarse por completo en buena crítica las alabanzas de Sidenio Apolinar, su contemporáneo, que pretendía colocarle á igual altura que al célebre clásico, éste fué, sin duda, objeto de su estudio. Prudencio no llegó á poseer la pureza de lenguaje de Horacio, su estilo y su tono; pero tampoco se puede convenir con los que extreman su dureza y le colocan entre los poetas de la decadencia del buen gusto, cuando ya iban desapareciendo los buenos latinistas. Tal parangón es inoportuno, y además nada tienen de común los géneros tratados por ambos poetas, ni el intento de uno y otro se asemeja en manera alguna. No cabe comparación, prescindiendo del esmero del lenguaje, entre el ferviente espíritu religioso y las aspiraciones de un alma purificada por el amor divino, que defiende una causa perseguida tan cruelmente, y que triunfa enarbolando el sagrado madero de la Cruz, y los deseos del poeta que canta con melancólica entonación y apacibles conceptos las dulzuras de la paz, la egoísta molicie, el alejamiento de las gentes y los goces materiales, y celebra las glorias del imperio, prodigando sus loores á los Mecenas y los Augustos.

No parece sino que la misma musa cristiana que

debía inspirar al Dante en la Edad Media aquella energía en la expresión y aquella viveza de colorido en los sombríos cantos en que describe los tormentos del infierno, con estro superior á los que consagra á las regiones del Paraíso y los lugares de la expiación, se anticipaba á acudir también al poeta latino, con su aliento de fuego, á inspirarle sus aterradoras descripciones, las de los bárbaros y horripilantes martirios y del inconcebible ensañamiento de que eran víctimas los heroicos sostenedores de la doctrina del Crucificado, cuya fortaleza de alma y abnegación sublime son asombro y maravilla. Es de notar ciertamente que este ardor poético que exalta al cantor de los mártires se advierte en él en esa edad en que suele perderse ya el vigor que acompaña á la juventud. Verdad es que la profunda persuasión de sus creencias, su indignación á tantas iniquidades y á tanta injuria á la virtud, así como su deseo de combatir sin tregua las licenciosas costumbres y supersticiones del paganismo, le prestaban esa vehemente elocuencia que tanto es de admirar. ¡Cuán bien ofrecidos se hallan los héroes de sus himnos cristianos! Catorce son los que forman el libro de *Las coronas*, que es el mejor de sus poemas. Su autor aparece en ellos poseído de hondo dolor; y tal es la exaltación de su espíritu, que impresiona á la vez que cautiva. Muestra su predilección por aquellas vírgenes y aquellos confesores que nacieron en España, y éstos son en su mayor parte los protagonistas de sus cantos.

Uno de tales seres bienaventurados, San Hipólito, le inspiró el más celebrado de sus himnos. Tan ilustre mártir es ofrecido por Prudencio con verdadera inspiración al sufrir el cruelísimo tormento á que le condenó una bárbara sentencia. Nada más aterrador que el sangriento espectáculo que el poeta nos ofrece, ninguna más dolorosa cuanto enérgica exclamación, observa el moderno y distinguido historiador de literatura española ya citado, que la que lanza aquella víctima inmolada al encono de sus perseguidores:

Hi rapiunt artus, tu rape, Christe, animam.

El inspirado pasaje que sigue á este grito escapado de su alma, según el mismo docto crítico, es digno de figurar en la historia de nuestras letras. Prestaba el cantor de la Iglesia latina y militante perseguida tan sin descanso, el vigor y viveza que se advierten en estos versos; ese sentimiento de justa indignación, que no era posible encontrar ya en los poetas latinos de la decadente época del gentilismo, en cuyas obras las más de las veces habían de reflejarse sus pasiones repugnantes, sus intentos sanguinarios y el olvido de las virtudes de que su sociedad hacía gala y cínica ostentación con desprestigio de la dignidad del hombre. Debían haberse gastado entonces, á no dudarlo, los resortes de la sensibilidad en las almas entregadas á los goces de la materia, á los enervantes placeres ó á los feroces espectáculos. Los poetas del paganismo, aun los que se ofrecían con carácter religioso por referirse en sus obras á los misterios de su culto, no podían prescindir de tener en cuenta los vicios propios de la naturaleza humana en que incurrían sus dioses inmortales á quienes se honraban con solemnes sacrificios, siendo más bien indignos corruptores de las costumbres por sus crímenes, sus adulterios y sus impurezas, que ejemplos para ser imitados. Entre los poetas paganos y los que cantaban las glorias del cristianismo en los primeros siglos de su existencia, no cabe parangón alguno; pero acúdenos involuntariamente á la memoria el recuerdo de un célebre autor latino de aquellos tiempos de decadencia, por la igualdad de nombres y análogo fin desastroso de uno de los protagonistas de su mejor tragedia, con el que de igual modo lo es del himno más admirado de Prudencio.

En manera alguna puede compararse el repugnante realismo de Séneca, que es el autor á quien nos referimos, al analizar minuciosamente en su acción dramática los destrozados miembros de Hipólito, inculpable víctima del criminal amor de Fedro con el idéntico suplicio que sufre el Hipólito cristiano, arrastrado también por indómitos corceles que, instigados por una plebe inicua, despedazan horriblemente su cuerpo, cantado por el poeta celtíbero. Muéstrase éste naturalista, es cierto, en la pintura de tales cuadros, trazados con terrible verdad y que se apartan en su estilo y gusto de la poesía patrocinada hasta entonces por la musa del Lacio; pero además que la acción de su poema es más humana y cierta, y que su protagonista es el varón adornado con las virtudes desconocidas del pagano, que entrega su vida en holocausto y voluntariamente al glorioso martirio, el poeta español, como también lo era para gloria nuestra el célebre trágico, se inspira en la moral cristiana, en un sentimiento más puro y no habla á aquella sociedad tan corrompida, tan decadente y amagada de la ruina de sus letras, que desde el tiempo de Augusto carecía de sobresalientes ingenios.

Poseídos de una entereza y valor sin igual, llevados hasta el más sublime heroísmo, ofrece Prudencio entre los Santos Mártires á quienes consagra sus loores á Inés, doncella romana, y á Eulalia, virgen emeritense, condenada á morir en abrasadora hoguera. Prueban éstas con su palabra que no les infunde temor ni angustia el suplicio para ellas dispuesto, antes bien con firme expresión desprecian á sus infames verdugos y ponen en Dios todas sus esperanzas y todas sus aspiraciones de eterna felicidad. Otra heroína de la fe, también cantada por el hijo de Zaragoza, es Engracia, aquella mujer que sufre el horrible martirio de sentir desgarrado su pecho con sobrehumano valor.

Preséntanos recostado en su lecho de ascuas á Lorenzo, piadosísimo Santo que tuvo en España su cuna, quien con abrumador acento recuerda á sus mismos jueces el desenfreno de los próceres á cuyo poder obedecen sumisos, las liviandades de los que así se mostraban sus enemigos y perseguidores, corrompidos por interna lepra, miserables opulentos que satisfacían sus goces sensuales y desordenados apetitos, pero pobres de alma, porque en ella no se aposentaban ni una sola de las virtudes que son la verdadera riqueza de los seres honrados y dignos. Igual firmeza y decisión manifiestan á los que les condenan al martirio, los Santos de Calahorra Emeterio y Celedonio. No se amedrentan ante las horribles torturas que les aguardan, rechazando indignados las halagadoras promesas de aquéllos, y provocan aún más sus impiedades y encono con el desprecio que hacen de sus dioses, falsos héroes de vergonzosas hazañas, y con el baldón que les arrojan al rostro al recordarles sus torpezas y criminales acciones. No se expresan con menos dignidad, rechazando prosternarse ante el ara de la deidad, ni es menos enérgico Romano Antiocheno al menospreciar los absurdos de una religión mentida que sólo la insensatez humana pudo hacer admisible. Los himnos de Prudencio no olvidan á un San Vicente, para quien se truecan en fragantes flores las piedras que maceran sus carnes, ni á los valerosos mártires nacidos en la ciudad cesárea, donde tuvieron su cuna ilustres Prelados que tan heroicamente terminaban su peregrinación en la tierra, ni á aquel santo Obispo que con sus piadosos compañeros los hermanos Augurio y Eulogio empapaban con su sangre la arena del circo tarraconense; ni á Quirino, Casiano, Román y Cipriano, Obispo cartaginense, y otros que alcanzaron las palmas del triunfo y la veneración de su posteridad.

A un ilustre español, á quien elevan sus virtudes hasta el Sumo Pontificado de la Iglesia y mereció la corona de la santidad, también inspirado poeta[1] el ilustre Dámaso, se deben asimismo otros himnos que, á semejanza de los de Prudencio, se consagraron á enaltecer la memoria de los que habían entregado su existencia á la barbarie y feroces instintos de los déspotas gentiles. ¡Cuán olvidadas se hallan tales glorias de nuestro suelo! La señaladísima honra que alcanza á nuestra nación al contar entre sus hijos á un varón tan eminente por su inteligencia, su virtud, su inspiración y por haber llegado á sentarse en la Silla de San Pedro, ciertamente exigía que fuese más conocida de todos.

Dignos son de especial recuerdo entre los himnos que contiene el *Cathemerinon* de Prudencio, aquél en que ingenio tan fecundo consagra sus preferencias á la adoración de un Sér Inmenso, único Dios á quien son debidas todas las gratitudes y todas las alabanzas, y las que mejor expresan el amor divino en que se abisma y en el que halla aquellos goces sólo concebibles para quien los siente y la sola gloria imperecedera que el hombre puede desear. A la luz del Eterno se desvanecen las sombras, como Sol que es de la augusta verdad, ante el que no puede tener vida y aliento el torpe error, ni los desenfrenados vicios. El canto fúnebre en que ofrece la perecedera existencia humana, transformándola en la que no se extingue nunca y que acude evocada por el Arcángel á la presencia del Creador, es también admirable. Bien enaltezca la majestad del Altísimo en las festividades del año, en las horas de la Iglesia, bien ofrezca en el sueño las desgarradoras inquietudes del que siente en su conciencia el remordimiento de sus infamias en contraste del que goza apacibles delicias de quien observa las virtudes cristianas y sus deberes y se ve amparado del cielo en sus días dulces y tranquilos. Y bien célebre el *Natalicio* del Verbo Santo con tan feliz acierto, así como la adoración de aquellos monarcas del Oriente que se humillan ante la grandeza de un recién nacido que tiene por cuna imperial un tosco establo, y bien, por último, cuando con gusto tan delicado refiere el martirio de los Santos Inocentes, *Salvete, flores martirum;* ¿quién no reconoce al poeta de originalidad suma, creador de un género, el primero con carácter sagrado de los que cultivaban las letras latinas? El himno que acabamos de citar se halla incluído en el Breviario Romano y se repite en la fiesta de aquellos que fueron en la tierra anticipados ángeles y alzaron al fin su vuelo á su natural morada después de sufrir el peso de la bárbara impiedad de seres que causarían horror á las más sanguinarias fieras, dejando anegada á la desolada Raquel en inconsolable llanto. Ya describa nuestro poeta aquel ejército rodeado de las olas del Mar Rojo, ya anatematizando el fastuoso lujo y la repugnante gula pagana comparada con la frugalidad y modestia de los que seguían las prácticas de una doctrina en que sólo resplandece la moral más pura; siempre es de admirar su ingenio y su fervor y otras cualidades entre las que no sobresalen menos las del filósofo defensor de la verdad, que en su celo religioso destruye los sofísticos argumentos de los marcionistas; las del firme creyente que considera á las almas justas como eficaces intercesoras para obtener la misericordia divina ante el altar del Cordero celestial para aquellos por quienes intercedan, ya profundos conocedores de los inescrutables designios del Eterno.

Prudencio es un verdadero poeta, pero poeta nacido exclusivamente para elevar sus cantos á la divinidad. En esta grata aspiración de su espíritu halla sus complacencias y no concibe á quien, dotado de alma, sea incapaz de sentir lo que él siente y no adorar como él adora al que es fuente de todo bien y dominador de todo cuanto existe.

---

1 *Exhortación al martirio.* Obra atribuída á Prudencio.

El conjunto de sus poesías presenta resumidos este deseo constante, este amor profundo parecido, si no en su forma, en su esencia, al que más tarde había de inflamar el corazón de una Teresa y un Juan de la Cruz, sus gloriosos compatricios. Tal es el carácter distintivo del ingenio zaragozano del siglo IV y el que le hace sobresalir entre tantos otros que, también españoles algunos para gloria nuestra, pulsaron con alta inspiración las armoniosas y siempre conmovedoras cuerdas de la lira sagrada.

¿Qué importa para su fama se observe por la exigente crítica que Prudencio no llegó á alcanzar por sus versos la perfección de los vates latinos del siglo de Augusto? ¿Podrá olvidarse acaso que en la época que alcanzaba se veían en sensible descuido la corrección, el esmero en el lenguaje del Lacio entre sus cultivadores, y que aun á pesar de hallarse sometido al influjo de estas contrarias corrientes, inauguraba un género nuevo, el que le inspiraba su fe religiosa, tan distinto al que se refería á las licenciosas tradiciones de la fábula? Aun así y todo, nuestro ingenio español superaba en mérito á los que entonces cantaban los hechos mitológicos y más profanos, y adornaban sus obras con imágenes sugeridas por los misterios de su religión.

Débese á Prudencio haber abierto en España las puertas del templo donde alza su trono el numen de la poesía á otros cantores de la divinidad, latinos también, que debían seguirle é imitarle para gloria de nuestra patria é imperecedera de su nombre. Es el primero que aparece en la historia de la antigua poesía sagrada enalteciendo la virtud, como el más poseído de ese sentimiento purísimo, expresado á veces con el tono conmovedor y melancólico que sólo inspira la luz resplandeciente de la doctrina del Evangelio. Bien puede afirmarse se debe á las inspiraciones de la musa cristiana que la poesía cristiana no hubiese desaparecido por completo.

Aun con los defectos todos que á ésta pudieran señalarse en su ya decadente estado, se advierten en ella los destellos del genio de la antigüedad clásica. El numen cristiano aventaja al del gentilismo, considerado también bajo el aspecto moral, en que no se ofrece ya en la época que recordamos festejado por las musas del Helicón y sobre un fondo de luz emanada del Olimpo, sino circundado por los divinos resplandores que descienden de las diáfanas y serenas regiones del cielo cristiano. Bastaba al genio inspirador de la poesía religiosa para cautivar con mayor embeleso que cuando revestido de las pomposas galas del tiempo de Augusto, reaparece exhalando el purísimo perfume de las virtudes evangélicas, fuente de inspiración, delicadeza y sublimidad divina.

El nombre de Prudencio no podía ser olvidado en los tiempos que le sucedieron, por más que sin razón lo fuese un tanto á la oposición de los poetas latinos del renacimiento. Sólo sus himnos debían perpetuar su memoria. La Iglesia los adoptó, como ya hemos indicado, y los hizo suyos, repitiéndolos constantemente en sus fiestas. En los siglos posteriores fué imitado y se enriqueció el tesoro de aquéllos con otros nuevos, debidos también á inspirados poetas. Innegable es, pues, el influjo de Prudencio en las letras patrias cuando éstas alcanzaban gloria en el lenguaje del Lacio, como lo ejerció en el sentido moral, considerándolo como el vehemente defensor del cristianismo en sus primeras centurias. Amando á Dios y cantando su excelsitud, era el Apóstol poeta que continuaba la obra de aquellos otros, ya con su elocuente palabra divina había convertido á las gentes á la religión de Cristo.

Algo hemos de decir de sus encomiadores: no fuera fácil de todos, pero sí lo haremos de los que por su autoridad deben ser escuchados con preferencia. Ya hicimos alguna indicación del juicio apasionado ciertamente de Sidonio Apolinar. De recordar es el muy estimable de Luis Vives, quien le considera entre los poetas aquellos «el que competía muchas veces con los antiguos, venciéndolos no pocas en elegancia y belleza.» En la imposibilidad por su número de mencionar á otros que han juzgado su mérito, sólo hemos de trasladar algunos de los encomios que le han sido tributados en el lenguaje de la poesía.

Hállase citado, en primer lugar, entre los poetas de Zaragoza el insigne Prudencio, en el *Aganipe de cisnes aragoneses*, obra del Dr. D. Juan Francia Andrés, cronista del reino de Aragón. Los versos que le destina son los siguientes:

Aurelio, el feliz Clemente
Murió plácidamente,
Y Zaragoza á sus piadosos manes
No sepultó entre flores y arrayanes,
Sino en el templo de la Sacra Aurora;
Bien que agora se ignora
Su claro monumento.
Pero ¿quién del olvido estuvo exento?
Pero á los himnos su memoria dura,
Ya que el tiempo ocultó su sepultura.

El preclaro Lope de Vega, al enunciar las excelencias de nuestros ingenios en su *Laurel de Apolo*, no olvidó al cantor de los mártires, al aragonés ilustre. He aquí los versos en que conmemora los antiguos poetas sagrados que son gloria de España:

Arte divino, ¿quién decir pudiera
Aquí tus altos loores,
Si de mi intento el fundamento fuera?
Dejando sus divinos profesores
En las letras sagradas
Y tantos escritores
Plumas de tantas plumas celebradas,
Honrara yo mi patria justamente
Con Dámaso divino,
Apolo de su cielo cristalino,
A quien los rayos de su docta frente
Sobre el laurel pontifical decora
Cubrió de sus sagrados cercos de oro,
Con el santo Orienció
Y el poeta de mártires Prudencio
A toda España honrara.

Las obras de Prudencio han sido reproducidas por la prensa en numerosas ediciones. La que cuenta mayor antigüedad es del año 1472. Existe otra, tenida en gran estimación, y anotada en 1613. La prueba más evidente del mérito de un autor se halla en esto mismo [1]: el deseo de conocer y admirar sus producciones no se pudo manifestar de una manera más elocuente. Prudencio era digno de este honor tributado á su ingenio y elevadas miras; digno también de que, aun en los tiempos presentes, se alce una voz autorizada, la de un erudito escritor, juez irrecusable, resumiendo las cualidades que le distinguen. «En vano quiso Prudencio—así se expresa éste á quien nos referimos *—ser fiel á la escuela antigua; al menos en el estilo y en los metros; porque la hirviente lava de su poesía naturalista, bárbara, *hematolatra* y sublime se desborda del cauce horaciano. Para él la vida es el campo de pelea, certamen y corona de atletas, y el granizo de persecución es semilla de mártires, y los nombres que aquí se escriben con sangre los escribe Cristo con áureas letras en el cielo, y los leerán los ángeles en el día tremendo, cuando vengan todas las ciudades del orbe á presentar al Señor canastillas de oro, los huesos y las cenizas de los Santos.»

¿Qué podríamos decir, por nuestra parte, para dar ya término á estas modestísimas observaciones? Siempre es Prudencio el cantor cristiano, pindárico también hasta en la forma, el lírico ardiente cuyo valor en nada amengua que no se encuentre exento de todo defecto y á la misma altura de los grandes maestros del Lacio, en una época tan poco favorable para las letras latinas, y siempre es el español ilustre, que ha dado á la historia de nuestro saber un nombre glorioso, y uno de los primeros poetas que, en tiempos ya distantes, aparece con los esplendores del genio y la aureola de la virtud honrando al suelo en donde tuvo su cuna.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

1 Pueden mencionarse otras, cuya fecha y lugar donde se imprimieron con sucesivamente los que á continuación se expresan: en Amsterdam, 1667; en París, 2687; en Colonia, 1701; en Italia, 1703 y 1739; en Roma, 1788 y 1789, en dos tomos, y formando una colección de poetas cristianos. Los versos de Prudencio se ofrecen, con algunas variantes, en esta edición, que fué revisada por los manuscritos del Vaticano: en Parma, 1789. Ya en nuestro siglo se han hecho otras, y son de éstas las más estimadas, una de Valencia, 1845, y otra de Leipsig, en 1860. El docto historiador D. José Amador de los Ríos dice conocer hasta doce ediciones de las obras de Prudencio de los primeros siglos de la Iglesia, seis del XVII y cuatro del pasado. Una se hizo en Zaragoza, en 1803, por el erudito Religioso Fray Lamberto Gil. Muchos de sus himnos se han incluído en Breviarios, historias de Santos, y según observa el mismo crítico distinguido, aun en obras de carácter histórico, como *La España Sagrada*. El P. Risco, continuador de ésta y agustino de reconocido saber, escribió, según ya indicamos, la vida de Prudencio. Entre tantos otros como han consagrado su pluma al recuerdo de este ilustre español, es de citar, en primer término, al erudítísimo D. Nicolás Antonio, que le hace cumplidamente en su *Biblioteca hispana vetus*.

Merece especial mención, por ser ya un libro raro y curioso, el de D. Luis Díez de Aux, que se titula *Compendio de Las fiestas que hizo la Imperial ciudad de Zaragoza por haber provisto Felipe III de Castilla al Ilmo. Sr. D. Fray Luis de Aliaga en el oficio y cargo supremo de Inquisidor General de España. Con la versión de tres himnos de Aurelio Prudencio Clemente*. Fué impresa en Zaragoza el año 1609. Aquéllos son los dedicados á los mártires Laurencio, San Vicente y Santa Engracia.

La traducción del himno comienza así:

«Antiguo cuadro de los falsos templos.....»

La mayor parte del tomo contiene poesías latinas y castellanas de diversos autores que concurrieron al certamen celebrado con aquel motivo.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO IV

Ventajas de los franceses.—Episodios de la invasión.—Heroicidades del autor de las Memorias.

El cuerpo de ejército del Mariscal Lanes permaneció en Aragón para hacer el sitio de Zaragoza: el del Mariscal Ney continuó persiguiendo á marchas forzadas las reliquias del ejército del General Castaños, que se retiraba sobre Guadalajara y Madrid. El 28 la división de vanguardia derrotó la retaguardia de los españoles, que querían defender el desfiladero de Bubierca sobre el Jalón.

Las grandes marchas de nuestro ejército se prolongaron muchas veces durante la noche, y se oían pasando cerca de los escuadrones italianos, alemanes ó franceses, que cantaban sus canciones nacionales para olvidar sus fatigas, y para tener en una tierra lejana y enemiga el recuerdo de la patria ausente.

El ejército se detenía por la noche muy tarde cerca de villas ó lugares desiertos, y á nuestra llegada nos encontrábamos en una absoluta falta de todo; pero al momento los soldados se esparcían por todas partes para ir á forrajear, y en menos de una hora transportaban á sus vivaques todo lo que quedaba aún en los pueblos inmediatos.

Se veían alrededor de los grandes fuegos encendidos de trecho en trecho todo el aparato de la cocina militar. Aquí se construían apresuradamente barracas de tablas cubiertas de ramaje por falta de paja: allí se hacían tiendas extendiendo sobre cuatro estacas las piezas de paño que se habían cogido en las casas abandonadas. Por una y otra parte estaban esparcidas en la tierra pieles de carneros, que se acababan de degollar, guitarras, cántaros, pellejos de vino, capillas de frailes, y vestidos de todas formas y de todos colores: aquí los soldados de caballería dormían armados, y más lejos los de infantería, disfrazados de mujeres, bailaban grotescamente entre los pabellones de las armas al son de una música discordante.

Luego que se marchaba el ejército bajaban los paisanos de las alturas inmediatas: salían de todas

1 D. Marcelino Menéndez Pelayo.

partes, como del seno de la tierra, de los sitios donde se habían escondido, y se apresuraban á volver á sus casas. Nuestros soldados no podían separarse del camino, ó quedarse detrás de las columnas, sin exponerse á ser asesinados por los paisanos de las montañas, y no nos atrevíamos como en Alemania á formar ambulancias en todas partes, ó á enviar solos á nuestros enfermos á los hospitales. Los soldados de infantería, que no podían andar, seguían á sus divisiones montados en asnos: tenían sus largos fusiles en la mano izquierda, y en la derecha la bayoneta en forma de espuela. Estos animales pacíficos no tenían ni frenos, ni sillas, como en otro tiempo los caballos de los Numidas indómitos.

El 1.º de Diciembre fuimos á dormir á una aldea que está una legua al Norte de Guadalajara: se acababan de repartir los alojamientos, y estábamos ya para dejar la formación y dispersarnos por el cantón, cuando vinieron á anunciarnos que se descubrían á lo lejos algunos soldados enemigos que huían. Parecía difícil alcanzarlos, pero dos ó tres de los más jóvenes de entre nosotros se divirtieron en perseguirlos después de haber recibido una señal de aprobación del Coronel. Yo me dediqué particularmente á uno de ellos, que corría más que los otros. Llevaba un uniforme azul, que era bastante brillante, lo que me hizo creer desde lejos que era un oficial.

Viendo bien pronto que no se me podía escapar, se detuvo y me esperó al otro lado de un foso, que acababa de saltar con ligereza. Creí al principio que se disponía á tirarme un fusilazo, pero cuando estuve á veinte pasos de él, dejó caer su arma, se quitó su sombrero, y me dijo en francés repetidas veces, haciéndome profundas reverencias en diferentes posiciones: *Señor, tengo el honor de saludaros: Señor, soy vuestro muy humilde servidor.* Me detuve tan admirado de su grotesca figura, como de oirle hablar francés: le serené diciéndole que nada tenía que temer. Me contó que era profesor de música, natural de Toulouse, y que cuando se verificó la leva en masa en Andalucía, le habían metido en un calabozo durante quince días, para obligarle á servir en el regimiento de Fernando VII, cuyo uniforme trata, lo cual era según decía enteramente contrario á su genio pacífico. Le mandé que fuese á la aldea donde estaba el regimiento. Hicimos también prisionero á otro francés, que era hijo de uno de los primeros Magistrados de la ciudad de Pau en Bearn [1].

Llevado por el ardor de correr y por la impetuosidad de mi caballo, monté una colina que estaba delante de mí, en seguida otra, atravesé un torrente, y después de media hora de una carrera rápida, llegué á una gran aldea. Los habitantes que me habían visto venir desde lejos creían que me siguiese alguna tropa numerosa: al momento se alarmaron todos, y se metieron por todas partes en sus casas, donde se ocupaban en cerrar la puerta de la calle, preparándose según costumbre para huir por encima de las tapias de los corrales. Viendo que era yo solo, salían poco á poco de sus aposentos: y vinieron á la plaza donde me detuve: oí repetir á algunos hombres con bastante energía la palabra *matar*, y como yo no sabía aún el español, creí al pronto que sería un modo de manifestar su admiración á la vista de un incógnito: en adelante supe el verdadero significado de aquella palabra. Los españoles no eran tan pacíficos como los habitantes de las llanuras de la Alemania, donde un solo soldado francés daba la ley á todo un pueblo. Cuando vi que se agolpaba la gente, y que se aumentaba la agitación, empecé á temer que los habitantes tratasen de detenerme prisionero, y entregarme á los enemigos. Piqué mi caballo y me puse fuera del lugar en una pequeña colina, á donde los hombres y también las mujeres me siguieron bien pronto: me entretuve en hacer dar vueltas á mi caballo, y le hice saltar muchas veces una pequeña pared, y un foso que había detrás de mí, para manifestar á los habitantes que no tenía miedo de ellos, y que fácilmente me podría escapar cuando quisiese. Detenido por la curiosidad (esta era la primera vez desde que habíamos pasado el Ebro que veía un pueblo enteramente habitado, y sobre todo por mujeres), volví á la altura donde me había situado al principio: hice señal con la vaina del sable á los habitantes que venían de nuevo hacia mí que no se me acercasen á más de diez pasos, y procuré hacerles entender que mi caballo tenía necesidad de comer. Los habitantes, envueltos en sus grandes capas, me miraban en silencio con una especie de admiración, conservando sin embargo siempre en sus miradas y en su talante la gravedad y dignidad que caracterizan á los castellanos de todas las edades y de todas las clases: parecía que despreciaban profundamente á un extranjero, porque no sabía su lengua. No pudiendo hacerme entender por señas, dije algunas palabras en latín: esta lengua nos era á menudo muy útil en España, para hacernos entender de los Curas, que la hablaban generalmente bastante bien. Un clérigo joven se apartó de la multitud, y volvió algunos momentos después con el Maestro de escuela del lugar: éste se alegró tanto de hablar latín, y de explicarme de qué modo había llegado á este grado de ciencia, que me hizo dar todo lo que necesitaba, y marché un momento después; me perdí en la obscuridad, volviendo á mi cantón, y era ya media noche cuando me incorporé á mis camaradas. Cuando mi regimiento pasó por aquella aldea la mañana siguiente estaba ya completamente desierta.

El día siguiente 2 de Diciembre fuimos á acantonarnos en las inmediaciones de la ciudad de Alcalá de Henares: encontramos un batallón de lanceros polacos, que el Mariscal Besieres había enviado desde San Agustín á hacer un reconocimiento hacia Guadalajara: supimos por ellos que la vanguardia del ejército del centro había llegado delante de Madrid; no estábamos más que á tres leguas de esta capital.

Napoleón había salido el 22 de Noviembre de Burgos para Aranda, á fin de observar y de sostener, si era necesario, los movimientos que hacía sobre el Ebro su ejército de la izquierda, contra los ejércitos de la derecha de los españoles. El 20 de Noviembre había marchado contra Madrid con el ejército del centro por el camino directo de las Castillas: había dejado el cuerpo del Mariscal Soult hacia las Asturias, para observar las reliquias del ejército español de Galicia.

(Continuará.)

1 El segundo de estos dos franceses se reunió solo al regimiento, y se le facilitaron medios para que se escapase al cabo de algunos días. No se le había querido enviar al depósito de prisioneros por miedo de exponerle á ser fusilado, por haber sido cogido con las armas en la mano, y con el uniforme español.

LOS MAESTROS A ESPAÑOLA USANZA

Llegó á mis manos pecadoras, no ha mucho, un libro eruditísimo, desenfadado, gallardamente escrito é ingenioso, como todos los suyos, de la gallega peritísima en el arte difícil de escribir, Doña Emilia Pardo de Bazán, que se rotula *De mi tierra*, y en el discurso sobre *Feijóo y su siglo* cautivaron mi atención las siguientes líneas. No afirmo «que en el día abunde más la gente docta y profunda, sino que no existe hueco ó zanja desde ella al vulgo, pues el intersticio lo colma esa clase media de la inteligencia, *los eruditos á la violeta*, en que Cadalso se retrató á sí propio, y que, según dice acertadamente Luis Vidart, en reciente trabajo sobre Feijóo, han llegado á formar lo que entendemos por *cultura general humana*. En esa zona intermediaria entre la ciencia maciza y la ignorancia virginal, es donde las ideas de cultura, perdiendo en profundidad, ganan en extensión y trascienden á todos los actos de la vida y á todas las manifestaciones del pensamiento.»

Conforme por completo con la autora insigne de *San Francisco de Asís* y entiendo además que dichas líneas cuadran sobre todo á los *profesores*, como enfáticamente se llaman ellos á sí mismos, ó maestros elementales y superiores de primera enseñanza, como todo el mundo los designa.

En recientes oposiciones á escuelas he aprovechado la ocasión para convencerme de que, salvas excepciones honrosísimas, que pongo sobre las mismas nubes, la mayor parte de los maestros que por cientos nos regalan anualmente las Normales españolas, son eruditos á la violeta, que no tienen ciencia maciza ni ignorancia virginal, pero que presumen de saberlo todo y de todo charlan magistral y pedantescamente, dándose ínfulas de pensadores profundos y accionando á la vez con tanta sinrazón como descomedimiento. Esta comedia docente producirá tal vez asombrosos efectos entre los patanes y niños lugareños, auditorio obligado de los maestros de escuela; pero causa risa ó compasión á los tribunales, que se ven precisados á autorizarla y á sufrirla.

Los pobres maestros no tienen, sin embargo, toda la culpa, sino la ley desatinada que, según lo preceptuado en el art. 49 del reglamento de 7 de Diciembre de 1888, les impone la obligación de saber:

Doctrina cristiana explicada.
Historia Sagrada.
Teoría de la lectura y de la escritura.
Gramática.
Aritmética.
Nociones de Álgebra.
Geometría con aplicación á la agrimensura.
Elementos de Geografía.
Elementos de Historia.
Conocimientos comunes de ciencias físicas y naturales.
Agricultura.
Nociones de Industria.
Nociones de Comercio y Pedagogía.

En justo castigo de aberración tanta, á los Ministros de Fomento, Directores generales y Consejeros de Instrucción pública, que tienen ó han tenido arte ó parte en semejante estado de cosas, les impondría yo la pena de tener que contestar, ante tribunal *competente* y en público, á diez preguntas nada más, durante una hora, de todas las asignaturas dichas. ¡Qué de fatigas, palidez, orgasmo, sudores, conatos secretorios y despropósitos!

Pero que, en lugar de tan campanudos y conspicuos señores, se siente en el banquillo del opositor un mísero maestro de escuela, después de haber presentado su trabajo escrito y en plica cerrada con el siguiente pareado lema:

«Si á indigente quieres llegar
Hazte maestro elemental.»

O con estos otros, también históricos:

«La esperanza que dilata lo que se desea aflige al alma.»

«El alma es inefable.»

«La virtud se alaba.»

«La oración es preferible al sueño.»

«El genio crea, el vulgo consagra.»

Sortead las preguntas y que le toque exponer la siguiente, v. gr.: Procedimientos para enseñar á leer bien y pronto. Nuestro erudito á la violeta no contestará categóricamente aunque le aspen, entrando desde luego lisa y llanamente en materia; sino que, ante todo, con prosopopeya grande, tomará

asiento en su banqueta de espinas, toserá dos ó tres veces sin ganas, se sonará sin necesidad y estrepitosamente las narices, beberá agua sin tener sed y con toda la rimbombancia de que sea susceptible su aparato fonético, disertará acerca de la importancia de la lectura en estos ó parecidos términos:

«Señores: Importantísima es la lectura, tanto en las altas dependencias, como en los bajos ramos en que se divide la humanidad. La lectura tiene por objeto en apropiarnos de las ideas que hay asignadas en algún objeto ó escrito. Y pienso yo que la cultura es hija de la lectura; pero á un arte tan difícil no le han faltado dificultades. Por medio de la lectura oímos hablar á los sabios que nos han precedido y ligamos nuestros conocimientos á las generaciones futuras. Sin lectura estaríamos aún en la obscuridad de los tiempos y no existirían ni la religión, ni el hombre; pero como tenemos necesidad de decir algo en abstracto y la misión sublime y delicadísima del profesor es proteger la ilustración, propagar las luces, diremos que los métodos principales que más debe citar el pedagogo en relación con sus discípulos para la enseñanza perentoria de la lectura, el primer día que el niño aparece á la escuela son el silabeo y el deletreo. Este método era una gran cosa cuando su autor dió su luz primera y aquél no ofrece cuidado ortográfico, pero lo más importante es saber que el silabeo es el que se dan á conocer las sílabas y el deletreo el que se dan á conocer las letras. ... »

¿Para qué seguir? Declaro en conciencia la más rigorista que el tejido del precedente discurso es obra mía; pero los materiales, es decir, las frases aisladas, tomadas de una en una y conservando el sentido en que fueron escritas ó pronunciadas, están literalmente copiadas del natural y me confieso además sin el ingenio gramatical necesario para inventarlas.

Suponed que el trabajo está escrito, por supuesto detestablemente escrito, y cuando indignados arrojáis el documento, llama vuestra atención cierta nota final, que á la letra dice así: «Hijo del poco tiempo que queda es la causa para no haber puesto la distribución de comas y signos ortográficos, que no pongo en duda faltarán.»

¿Queréis contestaciones exactas y categóricas ó definiciones bien hechas? Preguntad de las asignaturas nombradas cualquier cosa, lo más sencillo que primero se os antoje, y oiréis cosas peregrinas que os harán reir ó llorar.

— ¿Qué es concordancia?

— Una parte de la Sintaxis.

— ¿Qué es radical?

— La que precede á la terminación.

— Entonces ¿qué será terminación ó desinencia?

— La que sigue á la radical.

— Diga usted el pretérito perfecto de indicativo del verbo *caber*.

— Yo cupe ó he cupido.

Tú cupiste ó has cupido.

El cabió.....

— Basta. ¿Qué es género epiceno?

— El de aquellos animales que, cuando van por el campo, no se sabe á qué sexo pertenecen.

—¿Y género masculino?

— El de los hombres, animales ó machos que, sin tener sexo, el uso le ha aplicado ese género.

— ¿Qué es arado timonel?

— Un instrumento agrícola que lleva las caballerías dentro.

— ¿Qué son vegetales?

— Las plantas que se cultivan en las huertas, jardines y tierras de regadío, porque si están en el monte se llaman arbustos.

Si para muestra basta un botón, las preguntas y contestaciones copiadas bastan y aun sobran para que se forme idea de la instrucción de algunos *profesores* españoles de primera enseñanza; y digo de *algunos*, porque éstas fueron contestaciones excepcionales y las más desatinadas que de distintos labios y en diferentes días tuvimos ocasión de oir y que nos apresurábamos á copiar en el acto para solaz y enseñanza de nuestros sapientísimos legisladores.

M. POLO Y PEYROLÓN.

ALBUM DE POESIAS

EL MIÉRCOLES DE CENIZA

SONETO

Pasa ya, Carnaval, con tus furores,
tus locos y frenéticos placeres,
tus danzas y tus mágicas mujeres
y tus sueños de amor embriagadores.

Fingiendo risas y mintiendo amores
del sol canicular imagen eres,
que fiero abate á los humanos seres,
y seca arroyos y marchita flores.

Oye la voz de la verdad cristiana
que hoy advierte al hombre en su locura:
ilusión es la vida y sombra vana;

riquezas, juventud, gloria, hermosura,
polvo es no más que rodará mañana
al fondo de una pobre sepultura.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA «LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA» POR F. G.

(Continuación.)

Alfredo Lefebre de los Valles era de los que servían con gran detrimento de su chaleco, cuyas costuras iban saltando una á una.

Era un espectáculo verdaderamente mágico el que en aquel momento ofrecía la galería á la vista del curioso. Los soberbios candelabros de la mesa esparcían su luz al través de magníficas bombas talladas con mil figuras caprichosas, y el blanco rostro de las damas, vivamente iluminado por esta claridad, adquiría con el resplandor una frescura y brillantez ficticia, es cierto, pero admirablemente seductora.

No hay para qué decir que Carral no estaba de humor de contemplar este golpe de vista.

No tratando ya de ocultarse, se adelantó hacia la Marquesa.

— ¡Bravo! — gritó Alfredo; — mamá, aquí tienes á Carral que en toda la noche he podido encontrarlo.

— En verdad, caballero — dijo la Marquesa volviéndose al recién llegado — que hace un siglo que no tenemos el placer de veros.

Carral saludó con una inclinación de cabeza.

— Pero me parece que sufrís — continuó la señora de Rumbrye con tono de interés; ¿habéis estado malo?

— En efecto, señora — respondió Carral.

— El diablo me lleve si no tiene facha de desenterrado — dijo Alfredo, á quien el chaleco molestaba demasiado y había puesto ya de mal humor.

La Marquesa corrió á un lado su sillón.

— ¡Que traigan una silla al Sr. de Carral! — dijo con imperceptible ironía, sólo para él notable.

— Sentaos á mi lado — continuó — que los enfermos y las damas tienen iguales derechos.

Carral, con la docilidad de un autómata, se sentó y permaneció inmóvil.

La conversación, un momento interrumpida por ese incidente, volvió á hacerse general.

— La señora Marquesa — dijo Javier al cabo de un rato — me ha encargado que le recuerde una promesa que ha tenido la bondad de hacernos..... la historia de Junquillo.

— A los postres — replicó la Marquesa, interrogando á Carral con los ojos.

Este por su parte no hizo el menor movimiento; los músculos de su rostro parecían de bronce.

— Palabra de honor, mamá — exclamó Alfredo; — eso es abusar de nuestra paciencia.

— ¡Y vos que narráis tan bien! — dijo la condesa.

— ¡Y con tantísima gracia! — añadieron en coro dos barones.

La Marquesa dudó un instante. Entretanto Carral se volvió, sin duda maquinalmente hacia ella, y la miró de frente.

La señora de Rumbrye tomó esta mirada por un desafío, y como toda la reunión continuaba estrechándola, con sonrisa maligna y tono afable dijo:

— Sería ya en mí descortesía hacerme esperar más..... Escuchad, pues, la historia de Junquillo.

— ¡Silencio, por amor de Dios! — murmuró Carral en voz baja y suplicante.

— Había en Santo Domingo — dijo la Marquesa como si nada hubiese oído — un mulato llamado Junquillo; era hijo de una negra llamada Pasifae y de un criado blanco.....

— Basta — repitió Carral; — le perderé..... le mataré si es preciso.

La Marquesa continuó su relación, pero esta vez respondió á la súplica del mulato con una mirada significativa.

Entre ambos el pacto se había estipulado de nuevo.

Este acuerdo, sin embargo, no impidió que la señora de Rumbrye contase con todos sus pormenores la historia de Carral.

Había empezado y ya no era posible detenerse; lo único que hizo fué cambiar el nombre del héroe; pero como este cambio podía disminuir su dominio sobre el mulato, tuvo buen cuidado de advertir á su auditorio y concluyó diciendo:

— Todos ustedes, ó al menos la mayor parte de los que me escuchan, conocen á este personaje cómico. Hoy no puedo revelar su nombre, pero acaso algún día, no muy lejano, me hallaré en posición de ser menos reservada.

Una vez desembarazado Carral del temor de ser descubierto, había recobrado otra vez su natural audacia.

No es decir que al escuchar su propia historia, contada de una manera cómica, y adornada con picantes epigramas, no se indignara más de una vez ni dejara de subirle la sangre á la cabeza; pero al menos supo dominar perfectamente sus emociones.

Y aun más todavía: fué el primero á insistir para saber el nombre del impertinente mulato que había tenido el atrevimiento de fingirse caballero.

Sólo Alfredo Lefebre de los Valles gritaba más alto que Carral.

— Palabra de honor — decía; — diera de buena gana cincuenta luises por saber el nombre con que se cubre ese mulato.

La Marquesa se mostró inflexible y adquirió con este motivo gran reputación de discreta.

Cuando dejaron la mesa, tomó el brazo de Carral.

— Eres un testarudo, un loco — le dijo — y bien puedes agradecerme que no te haya castigado como merecías.

— Gracias, mi ama — respondió Carral.

— Cuidado para en lo sucesivo..... Veamos de entendernos ahora que estás en tren de obedecer. ¿Tú conoces sin duda alguna de esas casas que te indiqué.....?

— Conozco muchas.

— Busca la más sospechosa, la de peor nota.....
— Lo haré así.
— Sobre todo no te olvides del paso preliminar.....
— No me olvidaré de nada.

La Marquesa levantó por casualidad los ojos y reparó en una cuadrilla de que formaban parte Elena y Javier.

Los dos se hablaban bajo y sus rostros encendidos respiraban alegría y amor.

— ¿Lo ves?—continuó la señora de Rumbrye, indicándole los jóvenes—el tiempo urge..... ¿Cuándo lo habrás hecho?

— Mañana — respondió el mulato.

La Marquesa no pudo contener un movimiento de júbilo.

— Cuento contigo y te recompensaré.

Desde el principio de esta escena el Marqués de Rumbrye no los había perdido de vista: así, pues, cuando la Marquesa hizo á Carral, al dejarlo, un ceremonioso saludo, al que éste respondió con una respetuosa cortesía, el Sr. de Rumbrye meneó la cabeza.

— Hay algún secreto entre los dos — dijo para sí; — en la mesa he notado por una parte una actitud suplicante, por la otra una mirada imperiosa y amenazadora..... ¿Qué será ello? ¿Qué intriga traerá entre manos? Fué un día de eterno baldón aquel en que esta mujer pisó la tranquila morada de los Rumbrye..... ¡Paciencia!

V

La criolla.

En 1792 había en la ciudad del Cabo, en Santo Domingo, una joven huérfana de diez y seis años, que se llamaba Florencia Angela de los Valles.

Era á la vez la niña más bonita, y la heredera más rica de la colonia, pues no se le calculaba nada menos que diez millones de libras de capital.

Cuando se hablaba de ella, lo hacían todos con amor y con respeto, como se habla de un ángel, porque se la consideraba tan pura como bella y discreta.

Tenía por tutor un viejo muy honrado y probo, algo rutinero, de carácter rígido y costumbres severas, el cual velaba continuamente por su pupila sin permitirle la más pequeña libertad.

Florencia, á la edad en que las jovenes, y sobre todo las criollas, gustan de divertirse, no conocía el mundo, su vida la pasaba triste y solitaria, en casa de Duvivier, su tutor, sin ver ni tratar con nadie.

Hacia principios del año que acabamos de citar, Duvivier despidió á su dependiente principal, y eligió para reemplazarlo á un inglés, cuyo nombre no recordamos.

Este inglés era uno de esos personajes linfáticos, fríos y escuálidos, de rostro pálido y rubia cabellera, que la Gran Bretaña sabe producir con tan admirable abundancia.

Su corazón no valía más que su cara; era un pozo inagotable de egoísmo, de ambición y de cálculo.

Poco tiempo después de su entrada en casa de Duvivier, el carácter de Florencia cambió completamente.

Hasta entonces se había mostrado dulce, paciente, cariñosa y reservada; todas estas cualidades desaparecieron completamente.

Su verdadera naturaleza se reveló con notable violencia: se hizo imperiosa, arrebatada, irascible, y se sublevó contra la voluntad del tutor; pero como la obstinada firmeza de Duvivier le diese la victoria, Florencia cambió de plan: se hizo hipócrita, y aprendió á engañar.

(Continuará.)

DON FRANCISCO GARCÍA CAMERO

DEÁN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ

Es el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz una de las Corporaciones eclesiásticas que más gloria y mayores servicios han prestado en estos últimos tiempos á la Iglesia universal y á la patria española. De su seno han salido en cortísimo plazo tantos eminentes Prelados, y en él han vivido tantos doctores y tantos oradores sagrados elocuentísimos y de justo renombre, que admira sólo la enumeración de los apellidos de unos y otros. Orador incomparable y Prelado insigne fué el difunto Sr. Urquinaona, Obispo primero de Canarias, y de Barcelona después. Los mismos títulos ilustran el apellido del Sr. Herreros, que rigió la Diócesis de Vitoria, y ahora la de Córdoba, con aplauso universal de las gentes. Los Sres. Hue, Obispo de Tuy; Costa, de Lérida primeramente, y en la actualidad Arzobispo de Tarragona, y Rancés, del Priorato de las Ordenes Militares, ornamento han sido también del Cabildo de Cádiz, como los citados Urquinaona y

D. FRANCISCO GARCÍA CAMERO,
Deán de la S. I. C. de Cádiz.

Herreros, y como el actual Obispo de la misma Cádiz, Sr. D. Vicente Calvo, que antes gobernó la Diócesis de Santander. Y sin haber llegado á la dignidad episcopal, pero habiendo ilustrado extraordinariamente sus nombres en las letras y en el lucido desempeño del ministerio sacerdotal, ¡cuántos podrían citarse! Baste por ahora recordar el nombre inmortal del Magistral Cabrera, uno de los pocos naturalistas de verdad con que ha contado España en el presente siglo.

Hoy el Cabildo de Cádiz es en un todo digno de sus gloriosas tradiciones. El Congreso Católico de Madrid tuvo ocasión de admirar y aplaudir extraordinariamente á uno de los Canónigos de Cádiz más esclarecidos, al Sr. Murúa, tan docto en la cátedra como elocuente en la tribuna; toda España conoce y celebra el ingenio del Sr. León y Domínguez, y para no hacernos molestos, diremos que hay en el Cabildo gaditano figuras de primera magnitud en letras, ciencias y virtudes sacerdotales.

La Ilustración Católica, deseando rendir un modesto tributo á tan insigne Corporación eclesiástica, se honra hoy publicando el retrato del venerable Deán de la misma, Dr. D. Francisco García Camero, persona de las que por sí solas bastan para ennoblecer un Instituto, y que, aun en colegio tan esclarecido como el Cabildo gaditano, brillan con luz propia.

Cuarenta años, no ya de buenos, sino de notabilísimos servicios á la Iglesia gaditana, cuenta ya el Sr. Camero. Veinticinco años fué Magistral, tres sirvió la dignidad de Arcipreste, y actualmente desempeña el Deanato.

Nació este insigne veterano de la Iglesia en la ciudad de Huelva, á 7 de Abril de 1814. En la Universidad de Sevilla cursó las Facultades de Filosofía, Teología, Cánones y Leyes. Su carrera literaria está llena de triunfos: ejerció con lustre la abogacía en Sevilla y en Cádiz, y fué Catedrático de Teología primero, y luego de Lengua hebrea, en la célebre Universidad Hispalense.

Sus conocimientos en la lengua hebrea le valieron bien pronto justísima reputación en el círculo—harto estrecho por desgracia, de los hebraístas españoles. Es autor de una Gramática hebrea, que hemos oído elogiar á personas competentísimas.

Canónigo de Cádiz en tiempos del inolvidable Sílos Moreno, pronto se distinguió como Catedrático y como orador sagrado. Dirigió el Colegio de San Agustín; posteriormente fué decano y Profesor de Derecho canónico en la Facultad libre de Derecho, fundada en Cádiz en 1870, y Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas en el Ateneo de Cádiz.

En cuanto á la oratoria del Sr. Camero es la que corresponde á un varón de sus antecedentes literarios, educado en la pulcrísima escuela sevillana, de tradiciones tan académicamente clásicas. Los párrafos de sus sermones, que corren impresos, son modelos de bien decir, limpios, tersos y con esa brillantez, que no procede del exceso de color, ni de la pompa de las imágenes, sino de la intachable observancia de los preceptos retóticos y de la armonía de las proporciones, sabiamente combinada. Dígase lo que se quiera por los románticos contra esta manera de oratoria, lo cierto es, á nuestro juicio, que sólo ella es capaz de formar buenas tradiciones que preserven de las exageraciones y caídas que el mal gusto engendra. Oradores realmente fervorosos que puedan abandonarse á la inspiración, hay poquísimos; quizás en toda la historia se cuenten por docenas. Oradores como el Sr. García Camero forman discípulos y perpetúan los moldes del arte. De los sermones impresos del señor Camero es notabilísimo, por lo elegante y sentido, el que pronunció en las honras fúnebres del Obispo Sílos Moreno.

Que el Cabildo gaditano conserve mucho tiempo á su cabeza al ilustre y anciano Deán. Estos son los votos que hace La Ilustración Católica.

Un gaditano.

¡LA CLAVE DEL MISTERIO!

Dando únicamente crédito á los resultados de la experiencia, y eligiendo sólo las plantas cuyas propiedades eran conocidas desde hacía largo tiempo, es como lograron los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac, calmar sus esperanzas respecto á la composición de su Elixir dentífrico.

La mezcla en justas proporciones de tallos, hojas ó raíces que ejercen su beneficiosa acción sobre los dientes, las encías, la mucosa bocal y las glándulas salivares, hace del **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac**, el dentífrico incomparable. Por lo demás, cinco siglos de éxito constante lo demuestran superabundantemente.

Agente general.—A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET único Inventor 19, 3e rue Vivienne Paris | JABON VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 1.158.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 7.º — Madrid 5 de Marzo de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pe. fs.
Un año..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

ADVERTENCIA

No publicamos hoy el decreto de Su Santidad elevando á fiesta entera en los dominios de España la de San José, porque, Dios mediante, nuestro número del día 15 estará en gran parte dedicado al glorioso Patriarca, esposo de Nuestra Señora y padre putativo del Salvador.

SUMARIO

Texto.

La década, por Fernando.—*Abnegación*, novela por Mme. Bourdón (continuación).—*Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo*, por S.—*La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés* (continuación).—*Poesía mejicana*, por D. Antonio Ballín de Unquera.—ALBUM DE POESÍAS: *A Santo Tomás de Aquino*, por el P. Jiménez Campaña, de las Escuelas Pías.—*Recuerdos y apuntes de Segovia*, por D. Angel Salcedo.—*El mendigo negro*, novela por Paúl Feval (continuación).

Grabados.

DON JOSÉ ZORRILLA (pág. 73).—La última enfermedad y dolorosísima operación quirúrgica sufridas por el gran poeta castellano han hecho que toda la sociedad española vuelva los ojos al anciano vate que si en su grande obra tiene, como todas, defectos, en conjunto considerada aquella obra es gigantesco monumento en honor á las tradiciones cristianas y caballerescas de la patria española. Nosotros damos á Dios rendidas gracias por el restablecimiento de nuestro inmortal poeta.

EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO (pág. 78).—(Véase el artículo).

SAN PEDRO DEL VATICANO (pág. 78).—He ahí el grandioso templo, centro de nuestra fe y hacia el que deben constantemente volverse nuestras miradas y nuestro corazón. Allí, en el palacio que á la derecha se descubre, vive nuestro Santísimo Padre León XIII, prisionero de la revolución. ¡Que Dios Nuestro Señor abrevie los días de su amargura, y que pronto resuenen bajo las bóvedas de San Pedro los acentos del *Te Deum* en acción de gracias por la libertad del Vicario de Jesucristo.

LA NAVE DE SAN PEDRO (pág. 79).—He aquí un precioso símbolo de las borrascas que corre la Iglesia de Dios hace diez y nueve siglos. Las olas la combaten; pero no perecerá.

EXCMO. SR. D. JOSÉ CHINCHILLA (pág. 81).—(Véase la década).

EL PENITENTE CASIMIRO BARELLO (pág. 84).—(Véase la década).

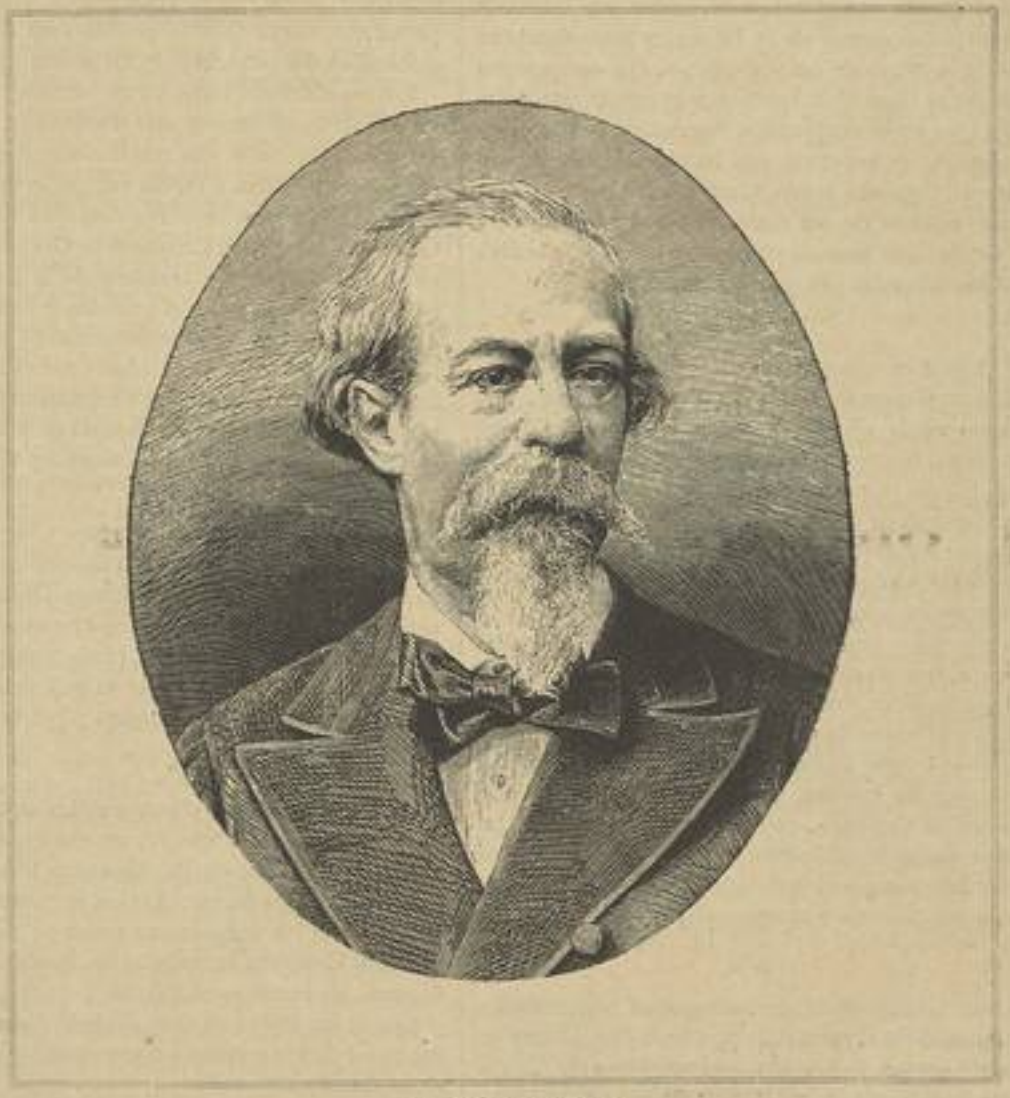
LA DÉCADA

ESTAMOS en el santo tiempo que para todos los cristianos debiera ser de penitencia, recogimiento y oración. La Iglesia nuestra Madre para todos abre el tesoro inagotable de sus gracias, y Dios derrama á manos llenas sus misericordias sobre el pueblo fiel.

El ayuno que la Iglesia prescribe á sus hijos en este santo tiempo, no sólo es utilísimo al alma como mortificación de los sentidos, sino que también al cuerpo, como han demostrado insignes fisiólogos y médicos eminentes. ¿Qué hay más propio, pregunta el famoso Dr. Virey, para mantener la moderación, la prudencia, la sabiduría, pureza de las costumbres, que esa dieta vegetal, que esos ayunos, guardianes de la sobriedad, de la templanza y de todas las virtudes? ¡Cosa asombrosa! son celebradas en Pitágoras y en el mismo Epicuro las lecciones de frugalidad, de precaución dietética que la medicina casi nunca deja de prescribir al principio de las enfermedades, como el medio más seguro de curación, ¿y se las vitupera en la religión como una tiranía....?

***

La benignidad nunca desmentida de nuestra Santa Madre la Iglesia ha dispensado este año de muchas de las obligatorias penitencias que las leyes canónicas nos prescriben. Su Santidad León XIII, en atención á las circunstancias de la última epidemia, ha facultado á los Obispos para declarar libres



D. JOSÉ ZORRILLA.

de la obligación cuaresmal á los fieles de todos los lugares en que reinaron, hasta hace poco, la *grippe* ó *trancazo*.

«Hasta de esto ha querido la impiedad, escribe con su acostumbrado fuego el Dr. Sardá en la incomparable *Revista Popular*, sacar argumento contra la fe de los católicos, y contra la obediencia y respeto por éstos debida á todos los actos de la Santa Sede. ¡Está visto que nada puede hacer el Catolicismo á gusto de la incredulidad! Lo hemos oído y nos ha hecho gracia lo chusco de la salida: «¡Ved, dicen, lo que es todo eso de los ayunos y abstinencias! ¡Cosas de los Curas, que ellos á su antojo ponen y quitan! ¡Así todo lo de la Iglesia!» Y tonto como es el argumento, encuentra, no obstante, cabezas todavía más tontas para aceptarlo como bueno, y añadir en seguida: «Pues ya se ve, cosas de los Curas, que ellos ponen y ellos quitan á su placer.»

No hace muchos días oímos á una persona del pueblo de Madrid tronar contra la Infalibilidad Pontificia á propósito de la restauración de la fiesta entera del benditísimo Patriarca San José. «¿Cómo quiere usted, nos decía, que creamos en la Infalibilidad Pontificia, si esos infalibles hoy dicen que no es fiesta San José, y mañana que lo es?»

¡Qué verdad es que lo que aquí se necesita, ante y sobre todo, es Catecismo, mucho Catecismo! La ignorancia sobre religión es profundísima, y más general ó extendida que lo que muchos creen. De esa ignorancia es de lo que se valen, unos para combatir á la Iglesia y otros para explotar á la muchedumbre: los impíos y los falsificadores del sentimiento religioso están interesados igualmente en que esa ignorancia continúe, y se acreciente cada vez más. ¿Por qué los católicos no habíamos de interesarnos también en su pronta y radical terminación? Organícese de un modo conveniente la enseñanza del Catecismo; que todos sepan lo que es el Cristianismo, lo que es la Iglesia, cuáles son legítimas autoridades dentro de la Iglesia, y hasta dónde se dilata la órbita de sus atribuciones. Que todos sepan lo que es lícito á un católico y lo que le está vedado. Que no se confunda lo dogmático con lo disciplinar, ni lo necesario con lo libre. Y cuando eso suceda, créannos nuestros lectores, habrán desaparecido muchos de los males que hoy nos afligen, y que, hoy por hoy, sin un milagro patente de la divina misericordia, son quizás irremediables.

***

Damos en este número el retrato del famoso penitente piamontés Casimiro Barello y Monti, que murió en la ciudad de Alcoy el día 9 de Marzo de 1884. No nos anticiparemos al juicio de la Iglesia. Ella es la que en su día, si lo juzga conveniente, ha de declarar sobre el valor real de las virtudes, al parecer heroicas y extraordinarias, del joven italiano. Pero sea cualquiera el juicio definitivo que sobre tales virtudes forme la Iglesia, el hecho es que, hoy por hoy, los cristianos habitantes de Cataluña y Valencia conservan la memoria de Casimiro Barello como la de un santo, y que se hacen lenguas recordando su modestia y humildad angelicales, y aquella devoción suya al Santísimo Sacramento del Altar, más que de hombre, propia de un serafín. La biografía de Casimiro, que por ahí corre impresa, es libro de gran edificación y provechosos ejemplos para este tiempo en que los cristianos fervorosos no se permiten otras lecturas que las de piedad.

***

Las iglesias de Madrid congregan por las tardes á considerables gentíos ávidos de oir la palabra de Dios, predicada por elocuentes misioneros. En la iglesia de San Luis, el Rdo. P. Moga, de la Compañía de Jesús, ha expuesto en una serie de admirables conferencias la doctrina espiritual contenida en los Ejercicios de San Ignacio. En *La Semana Católica* ha visto la luz un extracto, aunque breve, bien hecho y bien escrito de las conferencias del Padre Moga, en que fácilmente se advierte la delicada labor de un queridísimo amigo nuestro, insigne colaborador de nuestra Revista.

El P. Moga, más conocido en Andalucía que en Madrid, es uno de los ornamentos de la Compañía de Jesús en España. Es, por la índole de su talento, por la ternura de su corazón, por sus aficiones y por su carácter, un verdadero artista. Entusiasta por las maravillas del arte cristiano, él fué el que organizó en Sevilla aquel famoso Centenario de Murillo, que la intolerancia sectaria no dejó concluir en paz. El año pasado dió Misiones en Cádiz, y recogió un fruto abundantísimo. Algunos sermones del P. Moga que hemos visto impresos, delatan al escritor cultísimo, de estilo elocuentemente académico. Nosotros felicitamos al P. Moga por el éxito de sus trabajos apostólicos, y felicitamos al pueblo de Madrid por haber tenido ocasión este año de oir á tan insigne Misionero.

Pero no es sólo el P. Moga. Los Rdos. PP. Pedroso y Arcos, en las Comendadoras de Santiago; el P. Sanz en la capilla del colegio de Sirvientas; y el P. Mendía en la preciosa capilla del colegio del Sagrado Corazón, predican la palabra de Dios con la unción y elocuencia características en los ínclitos PP. de la Compañía de Jesús.

***

Las cuestiones políticas han caído en una especie de marasmo. Es opinión general que hasta que se aprueben el sufragio universal y los presupuestos no habrá crisis, y que en cuanto se apruebe la habrá, dimanando de aquí que todos los políticos de oposición deseen que cuanto antes queden aprobados aquellos proyectos de ley. Por el contrario, los ministeriales, á los que la crisis pueda naturalmente perjudicar, hacen todo lo posible para demorar la aprobación del sufragio y de los presupuestos.

Los republicanos no se hartan, entretanto, de lanzar al país manifiestos y más manifiestos. Y verdaderamente, lo único que manifiestan es que no se entienden, ni saben á dónde van, ni lo que se proponen. Los jóvenes conservadores han fundado un Círculo en la calle del Caballero de Gracia; D. Francisco Silvela, príncipe heredero de la jefatura del partido conservador, es el presidente honorario de ese Círculo juvenil, y el primogénito de los ilustres Condes de Argüelles su presidente efectivo. Los carlistas se muestran orgullosos y entusiasmados por el triunfo conseguido por el Marqués de Cerralbo en su viaje de propaganda por Cataluña y Valencia.

***

La muerte del General Salamanca lleva á Cuba de Capitán general al veterano Chinchilla, Ministro de la Guerra hasta hace poco tiempo. Disfruta el General Chinchilla de muchas simpatías en el ejército, y pasa por militar inteligente, probo y valerosísimo. El mando que va á ocupar es el más delicado que puede tener un General español. ¡Que Dios ponga tiento en sus manos!

***

El Siglo Futuro del sábado publica un artículo titulado *Asunto de la semana*, en que censura duramente la biografía de D. Alejandro Pidal y Mon, que vió la luz en nuestra Revista hace cuatro semanas. No son los trabajos que aparecen en La Ilustración Católica monedillas de cinco duros, y por lo tanto, nada más natural como que agraden á unos y á otros no. Pero ¿no cree *El Siglo Futuro* que su artículo hubiera resultado mejor titulándose *Asunto de hace cuatro semanas?*

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para La Ilustración Católica *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Mayo 18....

Dios es bueno conmigo, pues me da una buena voluntad, que, sin más, es ya una recompensa del bien que uno quisiera hacer. He leído en los Salmos estas palabras: *¡Hoy es cuando empiezo!* Muchas ganas tengo de aplicármelas, *hasta aquí* no he abrazado por completo el deber que me ha impuesto el cielo; no he querido con voluntad firme; no me he entregado sin reserva á mi tarea noble y grande sin embargo; no he aplicado á ella todo mi corazón, todas mis facultades, por cortas que sean; pero *hoy* empiezo. Lo primero establezcamos el plan; veamos mi posición; ¿cuál es mi empleo en este mundo? Cuidar de la casa, consolar á mi padre y educar á sus hijos. ¿Qué es preciso para esto? Orden y economía para la casa; para mi padre cariño, para los niños dulzura y perseverancia. Al examinarme reconozco que no poseo ninguna de estas cualidades, salvo el amor filial que siento real y vivo; pero soy bastante gastadora, sobre todo en las cosas pequeñas (y de ellas nace el déficit, como dice mi tía); tengo una dulzura aparente, pero me arrebato muy pronto y me desanimo más pronto todavía. ¿Qué se deduce de esto?

Que es preciso que me corrija, que me domine; unas veces privándome de un objeto del que tengo ganas, otras aguantando con paciencia las torpezas de Verónica, los defectos de los niños, y otras perseverando, aun cuando el éxito no me parezca posible. Lo que sobre todo necesito es esa dulzura que no es indiferencia ni fatalismo, y esa es la que voy á tratar de adquirir. Cuando me he arrebatado, cuando he dicho muchas palabras vivas, vanas y algunas veces duras, no se me obedece mejor; al contrario, lo he notado varias veces. Después de una observación brusca, Verónica pierde la cabeza, Francisquita llora, y entonces, afligida del mal que he hecho, no me atrevo á usar en mucho tiempo de mi autoridad; hago concesiones para reparar mis impaciencias. ¡Vamos, valor! Pienso que Dios me oye, y que mis pobres esfuerzos, aunque no me den resultado aquí abajo, no se perderán á sus ojos.....

Hay una extremada dulzura en el pensamiento de que Dios está presente, de que cuenta nuestros esfuerzos y de que la buena voluntad, aun cuando fuera estéril, tiene valor ante Él, y que todas nuestras obras, nuestros suspiros, nuestras lágrimas están contadas para la eternidad.....

Me he hecho también un plan para el día, en el que hago entrar mi oración, los cuidados de la casa, la costura, las lecciones que doy á los niños, y una hora de lectura ó estudio particular. Me encuentro bien con este método, y desde que he comulgado, que estoy, así lo espero al menos, en gracia de Dios, tengo un gran gusto en rezar y en pensar en las cosas del cielo. Estas ideas me sostienen y me consuelan; sola, soy demasiado débil para obrar con valor, para sufrir con paciencia, para no dejarme vencer por la pereza, llevar de la ira, ó ensoberbecerme; pero la mirada de Dios que siento sobre mí me contiene y fortifica.

¿No he leído en alguna parte, en una Epístola de San Pablo, según creo: *No puedo nada por mí mismo, pero todo lo puedo en Aquel que me conforta?* Seamos, pues, fuertes, ya que el Dios fuerte está con nosotros.

Saint-Omer, Junio 18....

¡Ay! ¡lo que son nuestros buenos propósitos! Me he enfadado esta mañana contra esa pobre Verónica, y le he dicho cosas duras y desagradables. Se

obstina en su antiguo método atrasado y rutinario y que la madre de Fany declara detestable, y cuando quiero explicarle una teoría, cuya práctica sería enteramente fácil, menea la cabeza y me dice con toda imperturbabilidad:

—Soy demasiado vieja para cambiar de costumbres, y la señorita es demasiado joven para entender de estas cosas. Si fuese de bordado, de piano, no digo, ¡pero de colada!

Y después continúa..... y yo me he impacientado y la he reprochado sin miramientos su tonta terquedad y sus incorregibles desobediencias. Primero ha querido replicar, pero la he obligado á que calle; al fin me ha dicho secándose los ojos con el delantal:

—¡Cómo me trata usted, señorita! ¡á mí que tan apegada estoy á la familia!

Esta palabra me ha desarmado, y cuando me he visto sola, me he preguntado si el momento en que hierve la sangre, en que late el corazón, en que las ideas se oscurecen y se precipitan las palabras, era el que debía escoger para sermonear á los demás.....

¡Valor, es preciso dominarse, es preciso trabajar! *¡Nada se alcanza sin trabajo!* ¡el deber, la felicidad, el éxito, todo esto lo obtendré con mis esfuerzos; un golpe todavía; ¡valor! Pero ¡Dios mío! ¡qué cambiada está mi vida!

Saint-Omer, Junio 18....

Fany, que es la excelente discípula de una excelente maestra, y que, gracias á su madre, está adornada de todo género de habilidades domésticas, me enseña..... á planchar. Veo que es preciso ayudar algo á Verónica, si ha de conservar la casa cierto aspecto de orden y de bienestar; que ciertas labores se harán muy mal si no las hago yo misma. La buena Fany ha venido en mi ayuda, y su alegría me sostiene tanto como su buen ejemplo. Todo lo hace riendo y cantando, y el otro día, al verla manejar con sus manecitas ágiles y fuertes montones de ropa y mojarla para prepararla á la acción del hierro; al verla ir, venir, siempre risueña; al escuchar su dulce voz que cantaba un aire del país, recordé involuntariamente aquellos versos de Shakspeare en *El cuento de invierno:* «Si cantarais, quisiera oiros siempre cantar: quisiera veros dar limosnas, rezar, arreglar vuestra casa, hacerlo todo cantando.....»

Hago lo que puedo para ser como ella, activa y laboriosa; pero me cuesta dejar aquellas lecturas, aquellos estudios que antes únicamente me ocupaban; hoy me absorbe la casa, á mí que he conocido tan nobles trabajos y tan dulces pasatiempos, y algunas veces me digo á mí misma:

—¡Si mi pobre tía me viera! Pues bien: si me viera me compadecería tal vez, pero de seguro me aprobaría. La literatura no consigue su objeto, las artes no llegan á su punto ideal sino cuando nos enseña el bien; y si bellas especulaciones, si la historia, si la poesía, si la música me distrajeran de mi deber, ¿no podría reprocharme á mí de descaminarles de su verdadero fin?

Saint-Omer, Julio 18....

No estoy descontenta: mi pobre Francisquita aprende bien; Edmundo me quiere con locura; sus caricias y sus juegos me dilatan el corazón. Le amo más que á un hermano, como á un hijo. Mi padre parece que está mejor, y algunas brillantes curaciones alcanzadas sobre enfermos desahuciados, al devolverle la confianza pública, le han devuelto la fuerza y el valor. Veo en el horizonte del porvenir aquellos pálidos y dulces rayos que presagian hermosos días.

Saint-Omer, Julio 18....

Acabo de padecer una ligera mortificación. Mis lutos, mis dos rigurosos lutos han terminado; pero continuaba llevando mis vestidos negros por economía, pues tengo que hilar delgado. Anteayer recibí una esquela de la madre de Fany, convidándonos á comer en el campo, y mi padre aceptó por él, por mí y hasta por Francisquita, á quien honraron con una invitación personal. En el momento de vestirme busqué entre mis antiguos trajes. Aquellos bonitos vestidos, aquellos sombreros de París habían perdido su frescura y su gracia, pues ya no eran de moda: fué preciso, sin embargo, elegir entre lo que me pareció menos anticuado; entristecíme al verme tan decaída de mi antigua elegancia, y cuando vestí á Francisquita fué más vivo este sentimiento, al que se unió un remordimiento. Había faltado de previsión, y no teniendo bastante dinero para renovar nuestros trajes, hubiera podido remediar esta falta de otra manera, y suplir con mi trabajo á la escasez de nuestros recursos. Un poco de gusto y de industria hubieran bastado tal vez.

— Vamos, me dije, aceptemos esta mortificación en expiación de mi negligencia; además, no habrá gente de fuera en casa de la tía.

¡Mucho me engañaba; era una reunión numerosa, era casi una fiesta! Las amigas de Fany con frescos trajes; niñas de la edad de Francisquita estaban agrupadas sobre la hierba á nuestra llegada, y, lo confieso, sonrojéme de mi vestido viejo y de mi sombrero mudado, al encontrarme en medio de aquel brillante corro. Me puse de mal humor. Me inquietaba también mi pobre Francisquita; la encontraba mal puesta, me la figuraba cortada, avergonzada tal vez, tal vez abandonada entre aquellas niñas admiradas de sus galas, y por lo mismo más burlonas que de costumbre. Penosos sentimientos me preocupaban, y me dejaban triste en el seno de aquella reunión risueña; me agasajaron mucho, me mostré esquiva; se alejaron de mí, y me ofendí de ello. Cuando las miradas de alguna de aquellas muchachas se fijaban en mí, figurábaseme que examinaba con desdén mi humilde traje; cuando una de ellas se reía, pensaba servir de blanco á sus burlas; cuando se hablaba bajo, creía ser el motivo de la conversación. En una palabra, mi corazón estaba anegado en las amargas aguas de la susceptibilidad; era muy desgraciada, pero también muy injusta. Respondí poco y mal á las afectuosas expresiones de Fany, y cuando me dejó para ocuparse de sus demás compañeras, me ofendí de ello. Volvió á mí, y me dijo con su natural ingenuidad:

— ¡Pareces triste, Octavia! ¿Qué tienes? ¿Y por qué no te quitas ese pesado sombrero? ¡Mira, déjame quitártelo y arreglarte un poco! ¡Te prestaré uno de mis adornitos de cintas si quieres.....!

La rechacé bruscamente, pues me parecía que se avergonzaba de mí ante sus amigas y que quería ocultarles mi pobreza.

— Déjame, dije, no necesito nada, y ya que mi sombrero te choca, pues bien, lo quitaré.....

Me miró asombrada.

— ¡Te has enfadado! me dijo, mi pobrecita Octavia; no he tenido intención de ofenderte, ¡yo que estaba hoy tan contenta! ¿Pues no sabes? ¡Mi hermano Héctor vuelve á fin de mes y pasará unos días con nosotros!

En otra ocasión me hubiera asociado á su alegría; pero entonces una secreta amargura me hizo estar seca y enfurruñada; Fany, no pudiendo obtener nada de mí, se alejó, y todavía quedé enfadada. ¡Cuántas faltas, Dios mío!

A la vuelta noté que Francisquita estaba triste, y le interrogué:

— ¡Las niñas se han reído de mí, me dijo con el corazón oprimido, porque no era bonito mi vestido, y también porque tenía un jirón!

Más ganas tenía yo de llorar que ella; pero cuando después de este penoso día me encontré sola, Dios me hizo reflexionar y ver con claridad mis faltas. He faltado á los deberes de mi estado, pues la posición de mi padre requiere que conservemos un exterior conveniente, y que, en su modestia, no se preste ni á la lástima ni á la risa; he hecho sufrir á los demás de una falta que era mía, y en lo tocante á Fany y á su madre, mi mal humor se parecía mucho á la ingratitud; ¡pues cuán buenas y cariñosas no son conmigo! He hecho sufrir á Francisquita, y su tierna alma ha recibido tal vez hoy por primera vez una impresión de envidia contra las niñas más favorecidas que ella de la fortuna. La madre no le hubiera expuesto á este sufrimiento, ¡y no soy yo su madre!

Perdón ¡Dios mío! Trataré de corregirme, y lo primero de hacer las paces con Fany.

Saint-Omer, Julio 18....

¡Ya hemos hecho las paces! Todo lo he confesado á mi encantadora prima; mi negligencia, mi mal humor, mis injusticias, todo me ha perdonado, y como prueba de reconciliación hemos sellado la paz con un abrazo. Además, Fany estaba hoy más amable aun que de costumbre, por la llegada de su querido hermano Héctor que le llena de contento. Éste acaba de ser nombrado para una administración en un puesto bastante elevado; pero como toda medalla tiene un reverso, este nombramiento le llama á uno de los departamentos del Mediodía, y antes de ir á tomar posesión, ha querido pasar unos días en la casa paterna. Su familia está loca de contento, y Fany pasa tan pronto de una infantil alegría á una emoción ufana y tierna, cuando habla de ese hermano, el orgullo y el amor de su familia.

Como no basta confesar las faltas, sino que es preciso remediarlas, me aplico á la costura, y trato de suplir para Francisquita y para mí el socorro de una aguja extraña. Soy novicia, tanteo, me equivoco, pero un pequeño éxito hace olvidar gran número de ensayos inútiles, y cuando me siento desanimada, cansada, leo algunas páginas de un buen libro, para recobrar ánimo y valor.

Los libros que me dejó mi madrastra sóame de grandísima utilidad: son verdaderos remedios para el alma estos libros que hablan el corazón afligido de un amigo celestial que le contempla, y que enseñan los esplendores del cielo á los que, rendidos bajo el monótomo peso de la vida, se sienten agobiados de sus luchas contra enemigos implacables. Tampoco en la vida cristiana soy más que una pobrecita novicia; pero ¡qué deseo tengo de avanzar!

Saint-Omer, Agosto 18....

Nuestros buenos parientes Duperrón no nos abandonan, y á pesar de la felicidad interior que les proporciona la presencia de su hijo, no se olvidan de nosotros. Fany, que cree que todos ven á su hermano con ojos de hermana, quiere á todo trance conocer mi opinión sobre él. ¡Y no la tengo! Le encuentro inteligente, y le creo bueno, pero no he buscado nunca, y tengo mis razones, analizar su carácter. Muchas veces he criticado interiormente á las jóvenes, que se ocupan así de los que podían llegar á ser sus maridos; hay en esta atención un no sé qué que hiere al mismo tiempo la dignidad y la modestia; así es, que buen cuidado tendré yo de no caer en ello, aunque estuviera para casarme, de lo que estoy muy lejos, y bien lo sabe Fany. Pero es tan buena hermana, que quisiera oir en boca de todos el elogio de su tan querido Héctor. Puede ser que cuando mi Edmundo crezca, tenga yo la misma debilidad.....

(Continuará.)

EL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO

En Francia la causa política que á sí misma se llama de la legitimidad ha contado siempre con la adhesión de las antiguas familias aristocráticas. Ha podido el espíritu moderno guillotinar á un rey de Francia y

deportar á otro; ha conseguido substituir la bandera blanca que tremolara Enrique IV en Ivrés por la bandera tricolor que guió á los granaderos de Bonaparte en el paso del puente de Arcole; hasta ha logrado hacer olvidar las glorias guerreras de la Monarquía feudal por las glorias militares del Imperio cesáreo. Pero con todo eso, no le ha sido dado avasallar á las gloriosas descendencias de los héroes francos; y hoy como ayer, los escudos heráldicos que brillaron en Poitiers y Azincourt, en Jerusalén y en Bizancio, en Marignán y en Rocroy, adorno son del estandarte flordelisado. Enrique V en su magnífico destierro de Frosdorf era el verdadero jefe de los barones franceses. Luis Felipe y Napoleón III fueron rey y emperador sucesivamente de los capitalistas, de los banqueros, de los burgueses y de los mesócratas; pero todos los años salían de los viejos palacios de Saint Germain procesiones de ilustres sombras que iban silenciosamente á la tierra de la proscripción á ofrecer á otra sombra augusta el homenaje que la ingratitud de los tiempos no consentía ya rendir, en los espléndidos salones de las Tullerías entre damas de peluca empolvada, abates de sotana de seda, gordos poetas asalariados y mariscales recién venidos de las fronteras en que acababan de humillar á la Casa de Austria ó al rey de Inglaterra.

Nada semejante á esto ha ocurrido en España. La causa similar de la legitimista francesa nunca contó con el apoyo de la aristocracia española. Curas del campo, labradores, algún que otro hidalgo, han sido aquí el nervio de nuestro partido carlista. Y la diferencia se explica históricamente. La Monarquía francesa nunca perdió su carácter feudal. La Monarquía española, por el contrario, fué siempre y esencialmente religiosa y popular. Ambas han encontrado en la hora de la desgracia á las clases y elementos que lisonjearon en la hora de la fortuna que no es la ingratitud tan humana y universal como se supone, ni dejan de cogerse en la historia centuplicados los frutos que se siembran y los beneficios que se reparten.

Carlos V en Oñate tenía una Corte de frailes y guerrilleros. Los héroes y mártires de la Monarquía netamente española han ilustrado con su heroísmo y con su martirio apellidos oscuros: la fidelidad á la tradición no ha sido aquí como en Francia una cualidad patricia como la elegancia; ha sido una virtud plebeya. Mientras tanto, en los partidos más avanzados han solido militar los individuos de las grandes casas. Ahora mismo, si se echa bien la cuenta, quizás haya más aristócratas entre los fusionistas que entre los conservadores.

De esta regla casi general es excepción el nobilísimo prócer, con cuyo retrato se honra hoy LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. Es el Sr. Marqués de Cerralbo el más retrógrado, y á la vez el más avanzado de los Grandes de España. Por sus gustos, por su temperamento de artista, por sus trabajos en pro de la agricultura, por su bien entendida magnificencia de gran señor, por sus aficiones, en suma, modernísimas, á nadie cede el Excmo. Sr. D. Enrique de Aguilera y Gamboa la palma de adalid del progreso; por sus opiniones políticas, á nadie cede tampoco la de campeón de lo tradicional y antiguo. Por esta duplicidad de carácter, más que á los carlistas que por aquí se usan, parécese el Sr. Marqués de Cerralbo á los magnates torys que durante todo el siglo XVIII conservaron, dentro de sus palacios y castillos, el culto á la descendencia de Jacobo II. Y eso, eso es, si bien se mira, el Marqués de Cerralbo: un lord de la más pura sangre normanda, que tiene en Huerta su castillo, y en el barrio de Argüelles tendrá pronto su palacio de invierno; providencia de todos los jacobitas pobres; magnífico, tolerante por carácter y educación, pero que no doblará jamás el espinazo ni lucirá sus insignias ante los poderosos de *Saint James*, sino que reservará su homenaje para rendirlo ante la majestad del infortunio, que para él es también la del derecho.....

No hay aquí para qué discutir el valor real, filosófico ó jurídico, de las opiniones del Sr. Marqués de Cerralbo en orden al complicadísimo problema social y político en que andamos empeñados los españoles hace cerca de un siglo. Quizás lo que el Sr. Marqués reverencia como expresión cumplida del Derecho no sea más que generosa fantasía de su espíritu poético y caballeresco. Quizás los que tengan al noble prócer por iluso sean los equivocados. ¿A dónde iríamos á parar si nos metiéramos en el fondo de esa cuestión que, ni con la palabra, ni con la pluma, ni á cintarazo limpio (que ha sido lo más lastimoso) se ha podido resolver todavía? Pero, sea como quiera, el hecho es que el Sr. Marqués ha tomado su partido, y que ajusta perfectamente su conducta, y emplea su tiempo, y se gasta su dinero, obrando siempre conforme á lo que le dictan su inteligencia y su corazón. Y ¿no es esto digno de alabanza?

Y disgustos, y no leves, le cuesta también su proceder. Entre ellos conviene recordar uno que, ya por su carácter acentuadamente cómico, ya por lo que significa como expresión de ideas y sentimientos de parte de la sociedad española en este último tercio del siglo XIX, es digno de eterna remembranza. Nos referimos á la famosa cuestión de los bailes.

Fué hace algunos, aunque pocos años. Las discordias intestinas del partido carlista parecían por aquel entonces apaciguadas. Había mar de fondo; pero para los de la parte del público, todo era unión y contento en la casa de la legitimidad. Don Carlos viajaba por el extranjero. *La Fe* y *El Siglo Futuro*, como el lobo y el cordero de la leyenda idílica, parecían beber en la misma fuente. Leoncio Granda no publicaba *El Cabecilla*. Antonio Valbuena la tenía emprendida con los Académicos. Nadie sospechaba que el heroico Cavero fuese más avaro de las h h y de las comas que de su sangre en el campo de batalla. El horizonte, para concluir de una vez, era de color de rosa: respirábanse efluvios de amistad y de ventura.

Pero he aquí que al Sr. Marqués de Cerralbo, en medio de tanta paz, se le ocurre dar un baile. Y según contaron todos los que al baile fueron, la fiesta resultó de lo más bello y suntuoso que en materia de bailes se puede concebir. El lujo y el buen gusto rivalizaron, y no se sabía á cuál de los dos adjudicar la palma de la victoria. Todo lo que Madrid encierra de noble y distinguido se dió cita aquella noche para casa de los Marqueses de Cerralbo. Las mujeres más hermosas y elegantes de la Corte alternaron allí con los más distinguidos próceres, con los oradores más elocuentes del Parlamento, con los escritores más ingeniosos y mejor reputados. La música que allí se oía era deliciosa: la cena fué opípara y espléndida. Las horas de la velada pasaron velocísimas para todos los invitados. No se hartaban los ojos de admirar tanta hermosura natural y artística, ni los oídos de oír tanto sonido bien concertado y tanta frase discreta ó ingeniosa, ni la inteligencia de admirar el orden y previsión que resplandecía en todo aquello tan bien dispuesto y tan bien organizado.

Acabó la fiesta, que todo en el mundo acaba, y esta es, según Fernán Caballero, la ley de las compensaciones. Pero al otro día, veinte periódicos carlistas rompen el fuego de la más severa y ascética crítica contra el Sr. Marqués, y contra su baile, y contra los que fueron al baile, y contra todos los bailes que en el mundo han sido. «¡Cómo! exclamaban en el colmo de la indignación, ¡ser carlista y bailar! eso no puede ser. Eso va contra la integridad de nuestros principios. En la bandera de Dios, patria y rey, no hay lugar para el baile. Que bailen los liberales; nosotros no podemos, ni debemos bailar. Es preciso, es urgente, es indispensable que nuestro rey y señor declare de una vez y sin ambages, si aquí vamos á ser carlistas de verdad ó si todo va á concluir en polkas y valses.»

Se armó la marimorena. Desde Pamplona, en donde atizaba el incendio un periodista de tanto talento como Rivas, hasta Sevilla, en donde *El Diario* de ídem no tiene por costumbre morderse la lengua cuando se plantean problemas tan trascendentales y complejos como el del baile del Marqués de Cerralbo, centenares y quizás miles de personas, bonísimas todas ellas, y llevadas del mejor deseo (eso es evidente) se manifestaron horrorizadas, y pusieron el grito en el cielo, ante el escándalo dado por un Grande de España que había permitido (ni sabían cómo decirlo), que en su palacio se bailase.....

Y protestaban de su inocencia, y ponían á Dios por testigo de que su corazón era puro, y no habían sido manchados por la abominación. Y lo que dolía más: que no acababa de llegar la Real orden de Don Carlos prohibiendo al Marqués de Cerralbo que volviese á bailar, ni que permitiese á nadie mover en su presencia los pies á compás de la música.....

Tal fué uno de los orígenes principales del último cisma que todavía subsiste en el partido carlista. Y basta lo apuntado para que cualquiera persona de mediana inteligencia comprenda que para un sujeto de los antecedentes, educación y costumbres del Sr. Marqués de Cerralbo, no han de ser todas rosas las que cosecha en el partido á que le han llevado honradas convicciones y desinteresados afectos.

Es el Marqués de Cerralbo ingenioso y sentido poeta. En una galería de personajes carlistas, recientemente publicada, hemos visto una preciosa décima que nos viene aquí como de molde para concluir estas cuartillas. Es composición de las que revelan, además de condiciones nada comunes para el cultivo de la poesía, lo que vale más que eso: un hermoso carácter moral.

Hela aquí:

Hambriento, roto y cansado
Se me cruza en el camino
Un mendigo peregrino
De limosna sustentado:
Una moneda le he dado
Que besa con humildad,
Y en mi obsequio su piedad
Santa oración alza á Dios:
Advierte cuál de los dos
Hizo mayor caridad.

S.

(Continuará.)

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO V

Paso del Somosierra. — Los lanceros polacos. — Ataque y toma de Madrid. — Madrid en 1809. — El saubor francés.

La vanguardia del ejército del Emperador había llegado el 30 al amanecer al pie de la montaña llamada Somosierra. El puerto estaba defendido por una división de 12 ó 15.000 españoles, y por una batería de 16 cañones. Tres regimientos de infantería del primer cuerpo y seis cañones empezaron el ataque. Los lanceros polacos de la guardia cargaron en seguida por la calzada, y tomaron de golpe las baterías de los enemigos. Los españoles, demasiado débiles para resistir el ejército del Emperador Napoleón, se salvaron huyendo por todas partes á las rocas. El cuartel imperial durmió el 1.º de Diciembre en San Agustín. El cuerpo de ejército del Mariscal Ney, al que estaba agregado mi regimiento, venía el mismo día á reunirse al ejército del Emperador por Guadalajara y Alcalá.

El 2 de Diciembre por la mañana el Emperador

Napoleón se adelantó del grueso de su ejército, y llegó con sola la caballería á las alturas inmediatas á la capital de España. En lugar del orden que se observa al acercarse á las plazas fortificadas, donde todos los acontecimientos de la guerra están previstos; en lugar de aquel silencio, que no es interrumpido sino por los gritos sordos y prolongados de *centinela alerta*, cuando los soldados que están de facción en la muralla se aseguran de su mutua vigilancia, se oían las campanas de todas las iglesias de Madrid con un repique continuo, y de cuando en cuando los gritos agudos de la multitud, y los redobles precipitados de los tambores.

Los habitantes de Madrid no habían pensado en defenderse sino ocho días antes de la llegada de los ejércitos franceses, y todos sus medios se resentían de su precipitación y de su inexperiencia. Habían colocado artillería detrás de las cortaduras y de los parapetos, y habían elevado atrincheramientos aceleradamente con sacas de lana y algodón. Las casas á la entrada de las principales calles estaban llenas de gentes armadas puestas á las ventanas detrás de colchones. Sólo el Retiro había sido fortificado con algún cuidado: es un Palacio Real situado sobre una altura que domina la capital. Un ayudante de campo del Mariscal Besieres fué desde la mañana según costumbre á hacer intimaciones á Madrid: estuvo muy expuesto á ser hecho pedazos por los habitantes, cuando les propuso que se rindiesen á los franceses, y no debió su vida sino á la protección de las tropas de línea españolas.

El Emperador Napoleón empleó la tardecita en reconocer los alrededores de Madrid, y determinar su plan de ataque. Habiendo llegado las primeras columnas de infantería á las siete de la noche, una brigada del primer cuerpo del ejército sostenida por cuatro cañones marchó contra los arrabales, y los tiradores del regimiento 16 se apoderaron del gran cementerio, después de haber desalojado á los españoles de algunas casas avanzadas. Se empleó la noche en colocar la artillería, y en hacer todos los preparativos de un asalto para el día siguiente.

Un oficial español hecho prisionero en Somosierra, á quien el Príncipe de Neuchatel envió á media noche á Madrid, volvió algunas horas después con la noticia de que los habitantes insistían en defenderse, y el 3 á las nueve de la mañana empezó el cañoneo.

Treinta piezas á las órdenes del General Cenarmont batían en brecha las paredes del Retiro, mientras que otras veinte de la artillería de la guardia, y algunas otras tropas ligeras hacían por otra parte un ataque falso para distraer la atención del enemigo, y obligarle á dividir sus fuerzas. Los volteadores de la división Villate entraron por la brecha en el Jardín del Retiro, y fueron al momento seguidos por su batallón, y en menos de una hora los 4.000 hombres que defendían este punto principal, fueron arrollados: á las once nuestros soldados ocupaban ya los puestos importantes del Observatorio, de la fábrica de Porcelana, el gran cuartel y el palacio de Medinaceli. Dueños del Retiro los franceses, podían en pocas horas abrasar á Madrid.

Cesó entonces el cañoneo: se detuvieron en todos puntos los progresos de las tropas, y se envió á la plaza un tercer parlamentario: convenía al Emperador conservar la capital del Reino, que destinaba á su hermano. Se puede establecer un campo sobre las ruinas, pero no una Corte. Madrid, reducida á cenizas, podía excitar con su ejemplo una resistencia desesperada á todas las demás ciudades del Reino; y por otra parte su destrucción hubiera privado á los franceses de recursos inmensos.

A las cinco de la tarde el General Morla, jefe de la Junta militar, y D. B. Iriarte, Diputado de la villa, vinieron con el parlamentario francés, y fueron conducidos á la tienda del Príncipe Neuchatel. Pidieron que se les concediese una suspensión de armas durante el día 4 para tener tiempo de persuadir al pueblo á que se rindiese. Napoleón los echó en cara con la mayor cólera en apariencia la falta de cumplimiento á lo tratado en Bailén, y la carnicería de los prisioneros franceses en Andalucía: quería atemorizar por esta cólera, que era fingida, á los enviados españoles, á fin de que volviesen en seguida á comunicar su terror á los hombres á quienes mandaban. Napoleón deseaba con ardor que la rendición de Madrid tuviese la apariencia de una sumisión voluntaria: se creía entonces generalmente que la España entera seguiría el ejemplo que diese la capital.

Entretanto, los habitantes rehusaban dejar las armas, y continuaban haciendo fuego á los franceses por las ventanas de las casas que caen al paseo del Prado. Se sabía por los prisioneros, que se hacían á cada instante, hasta qué punto reinaba en la villa la consternación y el furor: 50.000 habitantes armados y sin disciplina andaban errantes por las calles, pidiendo tumultuosamente que les diesen órdenes, y acusando á sus jefes de traición. El capitán general Marqués de Castelar, y todos los militares de una graduación superior salieron de Madrid durante la noche con las tropas de línea y 16 cañones. El 4 de Diciembre, á las seis de la mañana, el General Morla y D. F. Vera volvieron á la tienda del Príncipe de Neuchatel, y á las diez las tropas francesas tomaron posesión de Madrid.

Napoleón permaneció acampado con su guardia en la altura de Chamartín. Envió, según la táctica acostumbrada, el mismo día de la toma de Madrid, cuerpos numerosos en todas direcciones, á fin de no dar á los enemigos el tiempo de reconocerse, y de aprovecharse después de un gran acontecimiento, de la admiración y del terror, que duplican casi siempre las fuerzas de los vencedores, y paralizan momentáneamente las de los vencidos. El Mariscal Besieres persiguió con 16 escuadrones por el camino de Valencia el ejército español del General Lapeña. Este mismo ejército fué rechazado hacia Cuenca por la división de infantería del General Ruffin, y la brigada de dragones del General Bordesoutt. El cuerpo del mariscal Víctor fué á Toledo por Aranjuez. Las divisiones de caballería de los Generales Lasalle y Milhaud siguieron por el camino de Talavera de la Reina las reliquias de la división española que había sido rechazada en Somosierra, y las tropas que se habían escapado de Madrid. El General La Houssaye entró en el Escorial. Mi regimiento de húsares había pasado los días 2, 3 y 4 de Diciembre en las inmediaciones de Alcalá, á tres leguas de Madrid. El 5 tuvimos orden de ir temprano al cuartel imperial á pasar revista. Hacía sólo algunos minutos que habíamos llegado á la llanura inmediata al Palacio de Chamartín, cuando de repente vimos aparecer á Napoleón acompañado del Príncipe de Neuchatel y de cinco ó seis edecanes, que apenas podían seguirle: tan rápida era la carrera de su caballo. Todos los trompetas tocaron. Napoleón se paso á cien pasos delante del centro del regimiento, y pidió al coronel la lista de los oficiales, sargentos y soldados que habían obtenido distinciones militares. El coronel del regimiento los llamó al momento por sus nombres: Napoleón habló familiarmente con algunos de los soldados que se le presentaron; dirigiéndose en seguida al General que mandaba la brigada, de que componíamos parte, le hizo aceleradamente dos ó tres preguntas muy cortas: habiendo el General empezado á responder de un modo difuso, volvió brida sin esperar al fin del discurso empezado, y su partida fué tan imprevista y tan rápida, como lo había sido su llegada.

Después de la revista nos encaminamos á Madrid. Un profundo silencio había sucedido á la agitación tumultuosa que había la víspera dentro y fuera de la capital. Las calles por donde entrábamos estaban desiertas y aun no se habían abierto en las plazas las numerosas tiendas de comestibles. Los aguadores eran los únicos habitantes que no habían interrumpido sus funciones acostumbradas: se paseaban gritando con el acento gangoso y tardo que traen de sus montañas de Galicia: *¿Quién quiere agua?* No presentándose nadie á comprarla, el aguador se respondía de cuando en cuando tristemente á sí mismo: *Dios que la da:* y volvía á empezar á gritar.

Internándose hacia el centro de Madrid, se veían algunos grupos de españoles, que estaban en pie envueltos en sus grandes capas en los ángulos de una plaza, donde tenían anteriormente la costumbre de reunirse en gran número: nos miraban con ojos tristes y abatidos: su orgullo nacional era tan grande, que apenas podían persuadirse que soldados extranjeros hubiesen podido vencer á los españoles. Cuando venían por casualidad en nuestras filas caballos cogidos á la caballería enemiga montados por nuestros húsares, los conocían al momento en el paso y despertaban de su estupor, diciéndose los unos á los otros: *este caballo es español*: como si ésta hubiese sido la única causa de nuestros sucesos.

No hicimos más que atravesar á Madrid: mi regimiento fué á acantonarse por diez y siete días á Cebolla, no lejos de las márgenes del Tajo, hacia Talavera, y volvió el 19 de Diciembre á hacer parte de la guarnición de Madrid. Los habitantes de esta capital y los de las inmediaciones, habían vuelto ya de su grande aturdimiento, y se habían acostumbrado poco á poco á la vista de los franceses. El ejército observaba la disciplina más severa, y reinaba la tranquilidad, á lo menos en apariencia, como en tiempo de paz.

Causa admiración, entrando en Madrid á la mañana por la puerta de Toledo y la plaza de la Cebada, donde se hace el mercado, el concurso tumultuoso de las gentes del campo y de las provincias, diversamente vestidos, que llegan, marchan, van y vienen. Allá un castellano levanta con dignidad los pliegues de su ancha capa, como un Senador Romano envuelto en su toga. Aquí un boyero de la Mancha con un largo varal en la mano, está vestido de un coleto de piel de buey, que parece aún por lo antiguo de su forma á las túnicas que tenían los guerreros romanos y los godos. Más lejos se ven hombres, cuyos cabellos están envueltos en una redecilla de seda: otros traen una especie de chupa corta obscura guarnecida de azul y encarnado, que trae á la memoria los vestidos de los moros. Los hombres que traen esta vestimenta vienen de la Andalucía, y se distinguen por sus ojos vivos y negros, en sus miradas más expresivas y más animadas, y en un lenguaje más rápido. Mujeres puestas en los ángulos de las calles y en las plazas preparan alimentos para todo este pueblo forastero, que no está en Madrid más que de paso.

Llegan largas hileras de mulas cargadas de pellejos de vino y de aceite, ó bien numerosas bandas de asnos conducidos por un solo hombre que les habla sin cesar. Se encuentran también carros tirados por seis ú ocho mulas adornadas de campanillas, á las cuales conduce un hombre solo con una destreza admirable, sin servirse de riendas, sólo á la voz y dando grandes gritos. Un silbido agudo y prolongado basta para detener á todas estas mulas en un instante. Reparando en lo delgado de sus piernas, en su mucha alzada, y en sus cabezas elevadas y fieras, se podría creer que eran tiros de ciervos ó de alces. Las voces de los conductores de los carros y de los muleteros, el sonido de las campanas de las iglesias, que se oye incesantemente, estos hombres diversamente vestidos, la actividad meridional que manifiestan por sus gestos expresivos, ó por gritos en una lengua sonora que nos era

desconocida, y sus costumbres tan diferentes de las nuestras, daban á la capital de la España una apariencia del todo extraña para hombres que venían del Norte, donde para todo se nota el mayor silencio. Nos admirábamos tanto más, cuanto Madrid era la primera grande ciudad que habíamos hallado poblada después que habíamos entrado en España. A la hora de la siesta, sobre todo en verano, durante el calor del sol, se suspendían todos los ruidos: la villa entera estaba entregada al sueño, y no se oía en las calles más que el eco de los pasos de los caballos de algún piquete de nuestra caballería, que volvían de hacer una ronda, ó el tambor de un destacamento de infantería que montaba solitariamente la guardia. Este mismo había tocado la marcha y el ataque en Alejandría, en el Cairo, en Roma, y casi en todas las ciudades de Europa, desde Koenisberg hasta Madrid.

POESÍA MEJICANA

I

Si el estilo es el hombre y la literatura la expresión de las creencias y de los sentimientos de un pueblo, es natural que estudiando la poesía y la oratoria de una determinada nación, profundicemos en su conocimiento más que si estudiásemos su industria, sus artes, y gran parte de sus costumbres. En todo esto, puede reducirse á mirar á los extranjeros el pueblo que guarda el secreto de su personalidad en su expresión poética. De aquí el estudio cada vez más enterrado de la literatura popular y el de la lírica, eminentemente subjetiva es cierto, pero no por eso menos fiel intérprete del genio de las naciones todas.

SR. MARQUÉS DE CERRALBO.

Por más que del fondo de su alma tomasen su inspiración Homero y Ossion, aquél debió sentir la influencia de los tranquilos mares y de las risueñas islas de Grecia, y éste la de las nieblas de la Caledonia, de los imponentes y gigantescos escollos y de los misteriosos caminos del Océano Septentrional. Entonces las literaturas no se conocían entre sí; y por consiguiente, no vivían de imitación, privilegio de que ninguna volvió á gozar en la historia hasta que se conocieron en Occidente la de los árabes y otras orientales. Al espíritu cristiano estaba reservado traer de nuevo la originalidad que jamás había tenido la romana, y este espíritu, atravesando la Edad Media, sólo pudo adquirir nueva juventud después del

SAN PEDRO DEL VATICANO.

LA NAVE DE SAN PEDRO.

descubrimiento de la América, donde los aventureros creyeron por tan largo tiempo que existía una fuente maravillosa, que volvía la elasticidad á los fatigados miembros y poco menos que la inmortalidad á cuantos habían casi terminado su peregrinación sobre la tierra.

La influencia de Grecia y Roma, la del Oriente, las del feudalismo, las Cruzadas, y tantas otras de acontecimientos memorables, sobre la literatura, se han estudiado una y otra vez con buen resultado, agrandando así los horizontes de la ciencia. También se ha estudiado la influencia del descubrimiento de América en la economía política y en el gobierno de los pueblos; pero no así la de aquel suceso en la literatura general europea. Verdad es que las lenguas americanas dejaron de cultivarse y que los misioneros apenas las emplearon más que para extender la religión; pero no eran aquellas letras, sino aquella naturaleza la que debía servir de nueva musa para las creaciones del ingenio. Y que lo fué no cabe dudarlo cuando vemos que allí se transforman en historiadores y en poetas muchos soldados, algunos de los cuales no habían recibido educación literaria en las Universidades europeas. Si otros, como Ercilla, sabían bastante de la clásica antigüedad para engalanar sus poemas con episodios como el de la Reina Dido, no era en su exposición donde más laureles debían ceñirse, sino en el relato del valor de los salvajes y en la descripción de las bellezas naturales del Nuevo Continente. ¿Colón y Hernán Cortés no se hacen escritores elegantes cuando aquél descubre *la más hermosa tierra que ojos humanos vieron*, y éste las maravillas del palacio de Moctezuma? Los viajes á la India y al Egipto no habían producido poetas sino filósofos entre los griegos; y cuando los bárbaros del Norte dejaron sus regiones propias por el Mediodía de Europa, tampoco supieron cambiar el golpear de las frameas en los escudos, ni el rústico son del *bardito* por los maravillosos acordes de la poesía lírica. Y no es de admirar que tesoros y maravillas como los que en América contemplaban inspirasen á los ánimos de valientes soldados ú osados aventureros, ó misioneros profundamente creyentes, cantos que jamás hubieran brotado de su lira en Europa, donde comenzaba ya con toda su monótona regularidad y su prosa la vida de las sociedades modernas.

Con haberse estudiado muy poco las antiguas civilizaciones americanas, se han podido recoger restos de grandiosa poesía por el Inca Garcilaso, por Brasseur de Bourbourg; aquél entre los antiguos y éste entre los contemporáneos. Una especie de David mejicano, Nezahualcoyotl, acomodó á su lira los acentos de la elegía; el Imperio de los Incas tenía su poesía dramática, género que jamás aparece el primero, y por todas partes, frescas y cubiertas de rocío, como flores de primavera, brotaban del labio del pueblo mil y mil canciones, sepultadas algunas en el olvido de los pueblos que las produjeron y desenterradas otras en nuestros días, en que apenas hay lengua que no se estudie, ni raza que no merezca de los literatos algún aprecio.

Los europeos llevaron sus idiomas á los países conquistados, y claro es que con ellos irían las consejas de la infancia, los cantos de amor y los himnos guerreros; debió suceder en América lo mismo que en Sicilia, donde los vencidos de la expedición de Nicias se consolaban de su destierro entonando los versos de los poetas griegos, lo que á los proscritos hebreos, cantando salmos bajo los sauces de Babilonia. Después de los hombres de armas fueron los de letras, después se fundaron Universidades y en el espacio de tres siglos hubo tiempo suficiente para que nuestras letras y artes adquiriesen pleno goce de ciudadanía.

La edad de oro de nuestra literatura es contemporánea de los primeros establecimientos en América; el siglo XVI fué nuestro siglo como de Inglaterra el XVII y de Francia el siguiente. Nuestros místicos, historiadores y dramáticos adquirían en el mundo del espíritu posesiones tan vastas como en el material nuestros guerreros. Desde luego se creyó entre nosotros que los ingenios americanos excedían á los europeos, si no en la profundidad de las concepciones, que esto solía negárseles, porque *no era león el pintor*, en la fuerza de la imaginación creadora. Pronto cayeron nuestras letras en el culteranismo, dándonos flores por frutos ó más bien hojas por flores, y en este período fué cuando más trabajamos por la ilustración de los americanos. Y no fueron mejores las épocas siguientes, porque el siglo XVIII, donde no hacía que se moviesen los ánimos con actividad febril, los dejaba entorpecerse en la inercia. El nuestro, en cambio, no puede disimular la vida que por todas partes rebosa y así exalta una literatura para resucitar un pueblo, como levanta la estimación de otro á fin de estudiar los productos de su ingenio.

Toda revolución política de cierta importancia produce sus consecuencias en la cultura de los pueblos y en la vida de sus literaturas. Hablamos de las verdaderas revoluciones, que son tan pocas y serán cada vez menos. Por tanto, no extrañemos que añadidas las influencias extranjeras á la española desde la independencia americana y habiéndose estudiado allí todos los escritores que en la República literaria han sabido hacerse Presidentes y alguno hasta Rey absoluto, la literatura haya por mil caminos progresado y los géneros político, satírico y otros aparecido por fin para que más en la cantidad que en la calidad se distingan las nuestras de las letras americanas.

Nuestra conferencia sólo tendrá por objeto una parte de la mejicana, la poesía, materia que por circunstancias particulares hemos tenido que estudiar hace ya algunos años. Tres colecciones de poesías mejicanas hemos visto en España, cuyo plan no es el mismo; pero compuestas las tres de muy escogidos materiales. La de más antigua fecha es más moderna; se debe al Sr. Olavarría y es un pequeño tomo de la Biblioteca del Sr. Pi y Margall, cuyo apellido es tan benemérito de las letras americanas. La segunda, denominada *La lira mexicana* y que lleva un prólogo nuestro, fué publicada en esta Corte por el ilustre poeta D. Juan de Dios Peza; César Cantú, en su *Historia de treinta años*, menciona honrosamente este libro; la tercera y última colección ha comenzado á ver la luz en Méjico bajo la protección del actual Representante de la República en Madrid, D. Vicente Riva Palacios, y además de bien escritas biografías de los poetas contiene muestras de sus obras más notables.

De todas nos aprovecharemos para ofrecer á los que nos honran con su benevolencia ejemplos de aquella literatura española por el idioma y americana por el fondo de la mayor parte de sus composiciones.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

(Continuará.)

ALBUM DE POESIAS

Á SANTO TOMÁS DE AQUINO

ODA

Llévame, inspiración de raudas alas
Que en mi pecho te anidas,
Y por el alma fúlgida resbalas
Y la enciendes, hiriéndola de intento
Con el fuego voraz del pensamiento;
Llévame presto donde el alma quiere;
Arrástrame á los pies del Dios que muere
Por nuestra redención crucificado;
Que si hoy he de cantar la gloria augusta
Del divino Tomás, sol que ilumina
El mundo de la ciencia,
Tú eres fuente rüin, turbia y mezquina,
Y yo quiero beber del claro río
Que del costado abierto
Del moribundo Dios ardiente brota;
Que allí bebió Tomás su poderío,
Y es rico manantial que no se agota.

—

Lejos del mundo, en el oculto asilo
Donde los santos silenciosos monjes,
Cubiertos de la mística cogulla,
Fijos los castos ojos en el suelo,
No escuchan el placer que les arrulla,
Porque están conversando con el cielo;
Allí, entre los peñascos y las rocas,
Y los copudos árboles frondosos,
Y el despeñado y rápido torrente,
Con que el Monte Casino
Del grave cenobita la salmodia
Acompaña ferviente,
Del río, de la gruta y del ramaje,
Alzando hasta el Señor himno salvaje;
Allí se está formando, entre el silencio
Y la oración, que ensancha el horizonte
Del pensamiento humano,
El infante Tomás, águila implume,
Que, en los picos del monte,
Al mirar á sus pies el hondo abismo
Y arriba el sol con sus brillantes galas,
Tentado de heroísmo
Con ansias de volar abre las alas.

—

Cuando crezcan sus plumas
Y arda en sus negros, centellantes ojos
La sed de lo infinito,
Y alzándose en la roca de granito,
Vuele, sintiendo inextinguible anhelo
De remontarse más en el espacio,
¿Qué mano atajará su raudo vuelo?
Nobles de Aquino, que miráis ceñudos
Desde un rincón dorado del palacio,
Vestido del sayal del cenobita,
Al mancebo Tomás, y se os irrita
El corazón pegado á los escudos,
Dejadle caminar; no en su sendero
Le presentéis la bélica armadura
Y la sangrienta lanza del guerrero;
No encerréis en la inmunda cortesana
De lúbrica hermosura
Vuestra rüin y descompuesta idea,
Para apresarle el alma soberana;
Que ya en su fuerte mano centellea
Hacha de fuego, y desconcierta y hiere
Con la lasciva meretriz que corre
Entero vuestro plan, que se desploma
Ante la negra cruz que hace en el muro,
Como ante el ángel de los cielos, puro,
En un lago voraz se hundió Sodoma.

—

Dejad que vuele; rápida y constante
Remontándose va su inteligencia;
Cual nave que en la mar ancha se engolfa,
No alza tan alto el vuelo
La mente audaz y pródiga del Dante,
Y en alas de un amor inmenso quiso
Abrir las puertas del eterno cielo
Y mostrarnos por dentro el Paraíso.
Allí Beatriz está: la luz serena
De sus ojos ardió en su pensamiento.
Y triste y solitario aquí en el mundo,
Arrancando á las cuerdas de su arpa
Que en la tierra resuena,
Pregonando su fama por el viento,
Nerviosas notas, cantos de armonía,

Tendió al cielo una escala
De hermosa luz, que á la del sol iguala,
Y por ella, cantando su victoria,
Por ver á Beatriz subió á la gloria.

—

Angel Tomás, espíritu en la tierra
Que pugna por dejar el valle oscuro
Que la impudicia encierra,
Y en cuya frente pura
Las vagas ilusiones no agitaron
Sus alas de oro y rosa,
Que vierten la amargura;
Ni en cuya boca á la oración abierta
De un sueño en el olímpico embeleso,
Llamando de su espíritu á la puerta
Dejó el amor su delirante beso;
Angel con casto cíngulo ceñido
Que alas le da con que los aires hiende,
Y al alto cielo asciende
Donde se va á espaciar su inteligencia,
No de otro amor llevada
Que del amor divino,
Vuela y sube hasta Dios con la violencia
Que lleva en su camino
El peñón que, arrojado de la cumbre,
Baja al abismo lóbrego y sin fondo;
Y allí en el cielo, estático, arrobado
Bebe de la infinita dulcedumbre
De aquella eterna fuente donde mana
La ciencia que á los ángeles recrea,
Y es sol radiante de la raza humana.

—

Y ardiendo en viva lumbre
Desciende su gigante pensamiento
A este valle de lágrimas oscuro,
A dar su mandamiento
A las huestes de ideas, que, revueltas,
Se alzan en guerra por el campo, sueltas,
Luchando á su albedrío;
Así surgiendo de su frente rayos
De luz clara y serena
Que muestran su inaudito poderío,
Bajó Moisés del Sinaí que truena
Trayendo á la confusa y loca grey,
Entregada á la infiel idolatría,
Las tablas en que Dios grabó su ley
Y puso fin á la demencia impía.

—

Apóstol de la idea redentora
Vuelve Tomás los ojos á la Grecia,
Cuna tejida de entreabiertas flores,
Do se meció la ciencia encantadora
De los sabios mejores,
Y purga de los vicios la pagana
Palabra de Aristóteles fecundo,
Tornándola cristiana;
Y cuando por su análisis profundo
Ilustrándose van los pensamientos
Y echando de la cruz por el camino,
Parece que un Apóstol reverente
El agua bautismal sobre la frente
Derrama del insigne Constantino.

—

Guerrero de la Fe, que alumbra y arde
Cual luz de la verdad, persigue y hiere
Al escuadrón indómito y cobarde
Del error, que á sus plantas cae y muere;
Y parece Tomás en tal pelea,
Según rinde el sofisma y lo avasalla,
Que es Alejandro Magno en la batalla,
Y que al trote veloz de su caballo
De su patria se ensanchan los confines
Y que cantan victoria sus clarines
Porque hace al mundo entero su vasallo.

—

Ató el mundo á su carro de victoria
Alejandro potente,
Y llorando bajó la altiva frente,
Pues faltó tierra á su ambición de gloria;
Tomás, augusto rey del pensamiento,
Miró el mundo á sus plantas de rodillas
Rindiendo á su saber acatamiento;
Mas delante de Dios nunca orgulloso
Se tuvo, al concluir tales hazañas
Por siervo perezoso;
Por eso, dando pábulo á la mente
Que vuela por la sombra de los siglos,
Veo á la tierra bendida
En el día del Juicio temeroso,
Como granada abierta
Que á cortarla del árbol nos provoca;
Y descendiendo en rápida carrera
Ya de su fallo cierta
La turba de los necios pecadores;
Y sobre enhiesta y vacilante roca
Que se desploma al borde de la cima,
Á Alejandro, que á Dios mira en su duelo,
De luz, de paz, de gloria rodeado;
Á Alejandro, que en llanto está bañado
Porque no supo conquistar el cielo;
Mientras Tomás, en nube de oro y grana
Que se eleva fugaz hacia la altura,
Ve á la tierra liviana
Que despreció por Dios, su amor y dueño,
Cada vez más ruin, negra y oscura;
Y á Dios premio sin fin de su victoria,
Más grande cada vez, más halagüeño,
Entrándolo en el seno de su gloria.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

(De *Las Escuelas Pías.*)

RECUERDOS Y APUNTES DE VIAJE

—

SEGOVIA

II

Cerca de la una de la madrugada dí con mis huesos en uno de los cuartos de La Burgalesa. Tenía ésta una gran ventana que caía á espaldas de la Plaza Mayor, sobre una multitud de tejados y tejadillos, acá y allá interrumpidos, ya por verdes copas de árboles, ya por airosos campanarios bizantinos, uno de estos últimos de prodigiosa elevación y elegantísima traza que la luna agigantaba y embellecía.

Muchas veces se ha repetido, y siempre puede comprobarse. La luna es la amante de las ruinas; aun para las más insignificantes guarda el astro de la noche misteriosas caricias: una vieja pared, denegrida y agrietada, toma, cuando la luna la besa, cierto tinte monumental, se transfigura en algo artístico, que eleva el espíritu del contemplador y conmueve dulcemente su corazón.....

Yo permanecí largo tiempo (creo que más de dos horas) contemplando desde mi gran ventana cómo caían los rayos de la luna sobre aquella masa compacta é irregular de tejados, altos y extensos los unos, los otros hundidos y pequeños; cómo arrancaban reflejos extraños del verde de los árboles, y sobre todo, cómo abrillantaban la superficie de aquella torre esbeltísima que se levantaba en medio de la parte de ciudad que abarcaba mi vista, como un mástil, con el que quizás habría bogado Segovia á través de los mares de la historia.....

¡La historia! ¡Ah! Es imposible visitar estas viejas ciudades castellanas sin que los recuerdos acudan en tropel á la memoria, sin que os domine completamente la *obsesión* del pasado. Las ciudades modernas hablan del porvenir, de esa esfinge cubierta para unos con el velo negro del pesimismo, vestida para otros de los alegres colores de la esperanza. Hay en el fondo de nosotros, á veces dormido, á veces muy despierto, un sentimiento egoísta que nos impide deleitarnos en la contemplación del porvenir: el porvenir no es nuestro. La muerte no nos dejará llegar á él. Cuando se resuelvan los grandes conflictos que ahora nos apenan; cuando triunfen los ideales que perseguimos; cuando se saquen las últimas consecuencias de los principios que hemos sentado y que defendemos; cuando se armonicen en supremas y dichosas síntesis los elementos contradictorios que ahora vemos chocar unos contra otros en terrible combate, nosotros hará ya mucho tiempo que habremos sido borrados del libro de los vivientes..... Años y años vivió Cristóbal Colón soñando con su descubrimiento; descubrió al fin, y por último murió sin haber sabido lo que había descubierto.

Lo absolutamente ignorado del porvenir apena y sofoca el ánimo. Ese mendigo que se ha arrastrado hoy á los pies de vuestro coche pidiéndoos una limosna, puede mañana, en la persona de alguno de sus descendientes, ocupar el trono de toda la raza latina. En cambio, ¡cuántos descendientes de príncipes se arrastrarán hoy, ya en la mendicidad, ya en el ejercicio de rudas profesiones, confundidos entre la muchedumbre!

Del pasado sabemos poco; pero sabemos algo. Es lo bastante para que creamos nuestro el pasado.

Segovia es una maga evocadora de memorias históricas. Desde el acueducto, que oculta sus orígenes entre las nubes densas de la tradición, hasta la hermosa catedral, construída en el Renacimiento, guarda Segovia una serie de monumentos magníficos en que, como se ha repetido infinidad de veces, puede leerse gran parte de la historia de la humanidad.

Pero el gran recuerdo segoviano, el que os persigue por las estrechas callejuelas de la ciudad, por la desahogada y característica Plaza Mayor, ante el Alcázar y hasta bajo los arcos del acueducto, es el recuerdo de la guerra de las Comunidades. Las animadísimas y dramáticas relaciones de Sandoval toman allí un cuerpo, una consistencia escultural, que os parece que fué ayer cuando las turbas amotinadas recorrían las callejas sombrías; que os figuráis que á la vuelta de una esquina, sobre el pavimento de una plazoletilla, vais á encontrar el cuerpo ensangrentado del procurador Tordesillas, por infames sicarios arrastrado, ó la figura severa de aquel valeroso segoviano que no quiso presenciar en Villalar la muerte en suplicio del mejor caballero de Castilla.

Uno de los pocos sabios insignes con que nos envanecemos los españoles hoy en día ha calificado la guerra de las Comunidades de *oscura revuelta municipal* [1]. Los liberales, en cambio, han desfigurado la memoria de aquellos trastornos, queriendo ver en ellos el principio malogrado de las revoluciones modernas.

A mi humilde juicio uno y otros se equivocan. La guerra de las Comunidades no fueron una *oscura revuelta municipal*. Nada hay en ellas tampoco que permita enlazarlas con las revoluciones modernas.

La guerra comunera fué un choque terrible entre la Edad Media y la Moderna. Pelearon los municipios, representantes del fraccionamiento feudal, contra la corona, representante de la unidad nacional; pelearon los fueros municipales contra las Partidas; peleó el arte gótico contra el Renacimiento; pelearon los privilegios personales, las jerarquías nobiliarias contra el principio de igualdad, que en el siglo siguiente formuló un gran dramático diciendo: *Del rey abajo, ninguno;* peleó el sistema representativo con la monarquía absoluta; peleó la libertad andrquica con la tranquilidad general y con el orden basado en la disciplina social.

---

1 Menéndez Pelayo.

Por ambas partes el espíritu católico preponderó. Quizás fué suerte para España que aquella gran lucha fuese anterior á la protesta de Lutero. Las diferencias religiosas hubieran envenenado seguramente las diferencias políticas, como en el siglo XVII las envenenaron en Inglaterra.

En España no. Tan inspirados del Catolicismo estaban los concejos mancomunados como la corona. Si en Villalar hubiera triunfado Padilla, es seguro que el porvenir de la nación hubiera sido muy otro de lo que fué; pero por lo que respecta á la Religión, hubiera sido idéntico. Las Cortes hubieran mandado á los protestantes á la hoguera y hubieran expulsado á los moriscos, como hicieron los reyes, y como los Parlamentos ingleses quemaron á los católicos y oprimieron á los irlandeses.

La Iglesia católica fué fiel aliada del Imperio romano desde la conversión de Constantino hasta el cisma de Focio. Constantino, Teodosio, Mauricio, Heraclio y otros muchos Césares, tienen reservadas en la historia eclesiástica páginas brillantes, y la Iglesia conserva de ellos un recuerdo gratísimo.

La monarquía absoluta, que era la resurrección política del Imperio romano, no fué jamás mal vista por la Iglesia. Los Cánones y las leyes contenidas en el Código y en el Digesto marcharon juntos, y se consideraron como hermanos.

La fórmula que parece hoy más atrevida del Derecho Romano, *lo que el príncipe quiere tiene fuerza de ley*, no fué interpretada nunca por los grandes doctores católicos del Renacimiento en el sentido abusivo que le dan ahora los adversarios de la monarquía; esa fórmula sólo significó la potestad legislativa concedida á los reyes y emperadores, potestad necesaria en las humanas sociedades, y que si no la hubieran tenido los reyes habríanla tenido otros. Pero en el fondo es igual que la tengan los reyes que los procuradores; lo que importa á los pueblos es que el poseedor de ella la ejerza con arreglo á justicia, de un modo racional y *ad bonum commune*, como decía Santo Tomás.

Al alborear los tiempos modernos en todas las naciones europeas, se hizo irresistible un movimiento hacia la monarquía absoluta que había empezado en el siglo XIII. En todas partes ese movimiento llegó á su término, menos en Inglaterra. En España fué en donde quizás se desenvolvió primeramente.

Pongamos aquí punto, y empecemos otro capítulo, que las Memorias de las Comunidades es lo más interesante de los *Recuerdos de Segovia*.

A. SALCEDO.

EXCMO. SR. D. JOSÉ CHINCHILLA
Teniente general de los ejércitos nacionales, nuevo Capitán general de la isla de Cuba.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA «LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA», POR F. G.

(Continuación.)

Para que tal cambio se operase en tan corto tiempo, es indispensable ciertamente que el corazón de la joven criolla estuviese viciado de antemano; pero también es preciso que alguna circunstancia exterior contribuyera á apresurar el desarrollo de las malas simientes que en él germinaban.

Así fué en efecto.

El inglés, con esa depravación fría y calculada que sólo puede existir en un alma británica, había rodeado á Florencia de lazos, había destruído su educación y la había pervertido para hacerla suya.

La joven se había arrojado con ímpetu en esta nueva vida.

Su temperamento se había pronunciado bruscamente, al mismo tiempo que, gracias á los pérfidos consejos de su nuevo guía, todo principio púdico ó virtuoso iba desapareciendo.

El dependiente mayor se regocijaba interiormente de tan rápido y próspero resultado, y se contaba ya señor y dueño de la heredera más rica de la isla.

En estos momentos una sorda agitación reinaba entre los negros.

Los colonos habían manifestado repetidas veces sus inquietudes, y muchos, entre los más previsores, acusaban á la Inglaterra de atizar traidoramente el fuego de la rebelión.

El gobierno del Cabo pidió socorros á la madre patria y provisionalmente reclamó auxilios á las colonias circunvecinas.

De Guadalupe enviaron un cuerpo de infantería al mando del teniente Lefebre, que era un oficial de mucha capacidad y grandes esperanzas.

Su presencia contuvo momentáneamente á los rebeldes.

Lefebre había llevado consigo de Guadalupe un criado negro, á quien había él dado libertad y de quien francamente elogiaba sus buenas cualidades y el cariño que le profesaba.

Este negro, que se llamaba Neptuno, jamás se separaba de su amo, á quien seguía hasta en el campo de batalla.

La fermentación continuaba entre los negros.

Emisarios misteriosos recorrían incesantemente sus habitaciones, distribuían dinero y aguardiente, y predicaban la sublevación.

En varias ocasiones pudieron arrestarse algunos de estos agentes: todos eran ingleses.

Esta circunstancia hizo concebir sospechas á Duvivier; procuró espiar á su dependiente y se convenció de que este hombre era un traidor.

Sin otra forma de proceso, dispuso una noche que entre cuatro soldados lo condujeran á un buque, y lo hizo transportar á las costas de una de las Antillas inglesas.

Esto era á la verdad un acto de clemencia en aquella ocasión, y sin embargo Duvivier tuvo motivos para arrepentirse de él.

Al saber la noticia de la expulsión del inglés, Florencia Angela prorrumpió en amargas y dolorosas quejas, mezcladas de amenazas; en medio de su dolor y sus lágrimas, confesó que aquel hombre era su amante y que llevaba en su seno el fruto de su amor; esta confesión la hizo sin manifestar vergüenza ni arrepentimiento.

A las reconvenciones de su tutor respondió con un silencio altanero, y por último dijo que iba á dejar la casa de Duvivier; éste, por su parte, no atendiendo más que á su justo enojo, la dejó obrar, y renunció á la tutela.

Entonces empezó para Florencia una nueva vida.

Rica como era, é imbuída en los principios de su infame preceptor, tuvo el suficiente valor á los diez y siete años para desafiar á la opinión pública.

Su casa se hizo el punto de reunión de todos los aventureros que tanto abundan en las colonias.

Desplegó un lujo extravagante, dió rienda suelta á sus perversas inclinaciones y se granjeó en poco tiempo el desprecio universal.

El inglés fué olvidado al punto; sus propias máximas sirvieron para borrar su memoria.

Había criado dos divinidades en el corazón de la joven: el egoísmo y la voluptuosidad, y para estas dos pasiones la ausencia no existe.

Florencia al cabo de algunos meses dió á luz un niño; pero este acontecimiento apenas interrumpió sus fiestas y placeres.

Sin embargo, es preciso confesar que desde luego sintió una apasionada ternura por el joven Alfredo.

Era el hijo del inglés, y el inglés debía ser el único hombre por quien Florencia sintiera algo parecido al amor.

Sus demás afectos fueron ya meros caprichos, sin que amase jamás, en el sentido que las almas dotadas de nobleza comprenden esta palabra; pero en cambio fué amada, y amada con pasión.

¡Era tan hermosa.....!

El general Leclerc había desembarcado en Santo Domingo con tropas francesas.

Una de sus primeras disposiciones fué conferir el grado de capitán al teniente Lefebre, cuya conducta firme y resuelta había contribuído tanto á mantener la paz en la ciudad del Cabo.

Deseoso de corresponder á este favor, el nuevo capitán redobló su celo.

Muchas veces, seguido de su negro Neptuno, se metía solo en las inmensas plantaciones de caña y de café, que circunvalan la ciudad del Cabo; en otras ocasiones se aventuraba en las montañas á fin de conocer la posición de los negros sublevados.

Estos estaban ya definitiva y regularmente organizados. Sus fuerzas eran considerables y su sistema de guerra tan cruel como peligroso.

Más de una vez el capitán Lefebre, cogido en alguna emboscada, no debió la vida sino al prodigioso vigor é intrépida fidelidad de su criado negro.

Esto sería entonces un hombre de cuarenta años poco más ó menos; su talla era elevada; sus miembros robustos y bien formados; sus facciones tan regulares como pueden ser las de un negro.

Además su fisonomía difería marcadamente de los demás de su raza: la expresión general de su rostro anunciaba la franqueza, la adhesión y una gran fuerza de voluntad.

Esta última circunstancia, sin embargo, no impedía que fuese el más obediente y sumiso de los servidores.

Su amo lo había libertado y puede decirse que desde este día es cuando se había hecho verdadero esclavo.

Desde entonces, en efecto, tomó al capitán Lefebre un cariño extremado y se abandonó á él sin reserva.

Cualesquiera que fueran las órdenes del capitán, el negro las cumplía con la precisión de un autómata.

Discutir sus mandatos le hubiera parecido una locura, y olvidarlos un crimen.

No obstante esta completa abnegación y absoluto abandono, Neptuno se mostraba muy orgulloso de ser libre.

Con esta sencillez llena de buen sentido que distingue á todos sus semejantes, comprendía que el no usar de un derecho no es lo mismo que no tenerlo, y se deleitaba pensando en que el día que él quisiese podía romper su cadena.

Sin embargo, estaba decidido á no hacer semejante cosa, porque entonces tenía que separarse de su buen amo.

Entre el capitán Lefebre y él, el afecto era recíproco.

El capitán tenía en su negro Neptuno completa confianza, y le hubiera dado á guardar sin temor su más querido tesoro. Y con todo, le ocultaba un secreto.

El capitán Lefebre amaba á Florencia de los Valles, y todas las noches la iba á visitar misteriosamente.

La primera vez el negro había querido seguirlo, pero su amo se lo prohibió terminantemente y tuvo que renunciar á su designio.

Neptuno, en efecto, no era un buen servidor á manera de los criados de Europa, que sirven muchas veces á sus amos contra su propia voluntad.

Las órdenes del capitán eran para él inviolables; lo que el capitán decía que hiciera, aquello era lo que hacía, en términos que si le hubiese dicho un día: « mátame » de seguro el largo puñal del negro no hubiera permanecido mucho tiempo ocioso en su cintura.

De toda la ciudad del Cabo, el capitán Lefebre era el único quizás que ignoraba la conducta culpable de Florencia, á quien creía casta y pura.

Florencia, que lo había tomado por objeto de uno de sus apasionados y pasajeros caprichos, extendía su fascinadora belleza como un velo impenetrable entre su amante y la realidad.

El capitán por otra parte era muy fácil de engañar.

Repartido su tiempo exclusivamente entre el servicio militar y su amor, no veía en el Cabo más que á Florencia, y Florencia, cuando quería, sabía revestirse del angelical pudor de una santa.

Un casamiento civil era por ambos lados imposible entre los dos amantes; la joven, como menor de edad, no podía disponer por sí de su mano, y el capitán en aquellas críticas circunstancias no se atrevía á pedir la autorización á sus jefes: lo que hicieron fué unirse secretamente delante de un sacerdote.

No es necesario decir que Florencia Angela había ocultado á su nuevo esposo la existencia del hijo del inglés, de manera que cuando por segunda vez la criolla fué madre, el capitán tuvo una alegría positiva, sin mezcla alguna de disgusto y su amor aumentó, si es posible, otro tanto.

Florencia, al contrario, se puso triste; se le había pasado ya el capricho, y acordándose de que Alfredo se criaba lejos de ella, sólo indiferencia sintió hacia su segundo hijo, y disgusto y fastidio por su padre.

El nacimiento de este niño tuvo lugar en los momentos en que la guerra civil ardía en toda la extensión de la isla. Los negros sublevados empezaban á tomar superioridad, y la ciudad del Cabo, dos veces ocupada por los insurgentes, era presa de la más espantosa anarquía.

Todo lo que pudo hacer el capitán fué que constase religiosamente el nacimiento de su hijo, quien se bautizó con sus nombres legítimos, medio que tiene la misma fuerza legal que un acto civil en todo país católico.

Esta ceremonia tuvo lugar delante del sacerdote que había verificado el matrimonio, y la autorizaron con su firma los mismos testigos, que eran un criado de Florencia y un mulato llamado Junquillo, á quien ésta había dado libertad con objeto de que pudiese servir al efecto.

El capitán sacó una copia autorizada de la fe de bautismo de su hijo, y puso á criar á éste fuera de la ciudad en una habitación neutra regida por negros libertos.

Algunos días después, estando el capitán en el campo, recibió por un expreso una carta de su mujer, cuyo contenido es como sigue:

« Caballero:

»Creía que os amaba y me he equivocado. Esta es una desgracia sin duda, pero no está en mi mano evitarla, y os anuncio que no nos volveremos á ver. Había omitido participaros que cuando os conocí tenía ya un hijo á quien amo con delirio, porque su padre es el único hombre á quien he amado en este mundo. Me llevo conmigo este niño y os dejo el vuestro.

»También me llevo el acta de nuestro casamiento, porque podrá algún día ser útil á mi hijo; el vuestro no necesita más que de vos.

» No tratéis de seguirme, porque quiero una separación, y mis decisiones son irrevocables. Vuestras tentativas además serían infructuosas, porque tengo tomadas mis medidas al efecto. Esta resolución no es un acaloramiento, sino el producto de un frío y meditado cálculo. Adiós.

FLORENCIA ANGELA. »

El capitán creyó que estaba soñando; leyó tres ó cuatro veces esta epístola singular, y pensó volverse loco.

Tan extraordinaria impudencia le confundía tanto más, cuanto que hasta entonces había tenido por su mujer tanta veneración como amor.

Al pronto pensó en buscar á Florencia, aunque no fuese más que para vengarse; en seguida el desprecio sucedió á la cólera, y al desprecio la desesperación.

Todo su porvenir había desaparecido, porque en esta mujer cifraba su dicha.

El tiempo que había pasado á su lado le parecía un sueño delicioso que se hacía más cruel al despertar.

Un momento pensó en morir; pero era padre y resolvió vivir para su hijo.

No debía ser así.

La bala de un negro insurgente hizo las veces del suicidio.

Tres ó cuatro días después de haber recibido esta funesta carta, su destacamento fué atacado por los revoltosos en las márgenes del Río Grande.

El capitán, según su costumbre, combatió con valor heroico, pero en el momento de dar una carga á los negros, medio vencidos ya, recibió una bala que le atravesó el pecho y cayó en los brazos de su fiel servidor.

Su último pensamiento fué para su hijo, pobre huérfano que su muerte dejaba sin apoyo en la tierra.

En cuanto á la señora Florencia Angela Lefebre de los Valles, después de haber escrito de su puño y letra la amable carta que acabamos de copiar, reunió sus alhajas, recogió una gran suma de dinero y se embarcó para una de las posesiones inglesas, desde donde se trasladó á Londres en la primera ocasión.

Allí fué donde supo, por los periódicos franceses, la muerte de su marido.

Esta noticia hizo asomar una sonrisa á sus labios de rosa.

Quedaba libre, completamente libre, y en adelante su hijo tendría un nombre que nadie podría disputarle.

¿No era la viuda del capitán Lefebre?

Algún tiempo después recibió otra noticia menos agradable. La del triunfo completo de los negros en Santo Domingo y la expulsión de los franceses de la isla.

Florencia Angela se halló arruinada de la noche á la mañana; pero era joven, sorprendentemente hermosa, y sostenía gran tren á costa de sus últimos recursos.

Dos ó tres docenas de opulentos nobles se habían ya uncido á su carro.

Volviendo contra la Inglaterra los principios que le había inculcado un inglés, arruinó un número tal cual notable de miembros de la alta Cámara, sin desdeñar de introducir el desarreglo en algunas fortunas comerciales.

Después, cuando se cansó de esta vida brillante, aunque miserable en el fondo, se dignó dar su mano á un joven lord que se tuvo por el más feliz y glorioso de los mortales.

Así se procede en Londres.

Del tocador de una cortesana al tálamo nupcial de un lord, no hay más que un paso.

En este tiempo el joven Alfredo de los Valles se hizo un largo y flaco muchacho, que ocupaba su puesto muy al lado de su madre sobre los mullidos almohadones del coche de milord.

Nada sabía, pero tampoco quería aprender nada; lo que daba esperanzas desde luego de que con el tiempo sería hombre de provecho.

El mulato Junquillo había seguido á su ama.

Doblemente libre por haber sido libertado y por residir en Inglaterra, le ocurrió un día una idea deplorable que lo hizo esclavo de nuevo.

Por compensación pudo pavonearse con su nuevo nombre de Juan de Carral y hacer creer á todos que era andaluz y noble como el mismo rey de España.

Así transcurrieron para Florencia Angela y su séquito los últimos años de la república francesa.

Se hallaba á la cabeza de la elegancia británica y sus bailes rivalizaban con los de Atmack.

Lord Cornbury, que era propietario de la mitad del condado de Norfolk, hubiera dado sus veinte, y algunos más palacios, por una de sus sonrisas, porque la amaba tanto el buen señor, que apenas podía traspasar tres libras de *roast-beef* en cada comida.

Este ayuno extraordinario, ó acaso la fatal influencia que la bella criolla parecía llevar consigo, fué causa de que su señoría lord John Cornbury, del condado de Norfolk, muriese en la flor de la edad.

Lo enterraron en sus posesiones, y sus nobles amigos, que estimaban, como era justo, sus amables cualidades, bebieron muchas botellas de ron á la salud de su alma.

Florencia Angela quedó viuda por segunda vez.

No nos atrevemos á afirmar que ella sintiese la muerte de su marido; pero derramó sinceras y abundantes lágrimas por la pérdida de sus magníficas posesiones, que pasaron, con la dignidad de Par, á un nuevo lord Cornbury, sobrino del difunto en quinto grado por lo menos.

Florencia maldijo de todo corazón la brutalidad de las leyes inglesas que tan mal tratan á las mujeres, y juró no casarse jamás con ningún individuo de tan descortés nación, juramento que en verdad cumplió religiosamente.

Estábamos entonces en 1806.

Florencia había ya cumplido los treinta años, pero era siempre la misma encantadora; cualquiera hubiera dicho que el tiempo, enamorado también de su belleza, había querido respetarla.

Una multitud de pretendientes la rodeaban, solicitando su mano, y haciendo mil extravagancias por excitar su atención.

Florencia permaneció inexorable por que tenía su proyecto.

Hacía algún tiempo que un emigrado francés que hasta entonces había servido á Luis XVIII en Mittau y en Rusia, había ido á establecerse á Londres.

Este noble, no obstante las considerables pérdidas que con la revolución había sufrido, poseía aún bastantes riquezas para un francés en aquella época.

Para un lord inglés hubiera sido una bagatela, porque no habría tenido más que unos 10.000 duros que malgastar al mes.

Se llamaba el Marqués de Rumbrye, era viudo y tenía una niña de seis á siete años de edad.

El joven Alfredo Lefebre de los Valles iba á cumplir catorce, y Florencia calculó que la señorita de Rumbrye podría ser con el tiempo para su hijo un excelente partido.

Para realizar esta unión contó con su superior audacia, con la influencia que pensaba adquirir sobre el Marqués y con las seductoras cualidades del joven Alfredo.

Entre estas esperanzas alguna había muy razonable.

El Marqués de Rumbrye se mostraba prendado de las gracias de la criolla, y según todas las apariencias, cada día aumentaba su amor hacia ella. Por otra parte, la experiencia había demostrado infinitas veces á la linda viuda que un hombre, por tenaz que fuese, no podía resistir largo tiempo á su mágico imperio.

Pero ¿quién puede responder de los sucesos?

Por el pronto todo marchaba á satisfacción de Florencia Angela.

El Marqués de Rumbrye, viudo, y sintiendo sinceramente la pérdida de una mujer amable y virtuosa, creyó á la criolla digna de reemplazar la compañera que había perdido, y le ofreció su mano, que al punto fué aceptada.

Durante los primeros meses, la conducta de Florencia fué irreprensible; representó perfectamente el papel de madre de familia, y quiso encargarse de la educación de la joven Elena.

El Marqués era feliz, y cada día se regocijaba más con el acierto que había tenido en la elección.

Bien pronto una nube oscureció su dicha, porque supo que su mujer lo engañaba: Florencia no había podido guardar mucho tiempo la máscara, y demostró que siempre era discípula digna del inglés de Santo Domingo.

Después de su primera falta, fingió un sincero arrepentimiento, porque conocía que de la ternura del Marqués dependía el porvenir de su hijo.

El Sr. de Rumbrye perdonó, pero la hiel le quedó en el corazón; y ajado su orgullo, le parecía ver sin cesar que una mancha ignominiosa cubría sus escudos.

EL PENITENTE CASIMIRO BARELLO

Alentada la Marquesa con esta aparente mansedumbre, tomó á su marido por uno de esos hombres sin aprensión, que estiman en poco la opinión del mundo.

Se equivocaba miserablemente, y no tardó en variar de opinión; pero cuando conoció el error era ya tarde para volver atrás.

El Sr. de Rumbrye se había convertido para ella en un juez severo é inexorable, y ya no la amaba.

La Marquesa se arrepintió de veras, y lamentó amargamente su imprudencia, que, por un ligero capricho, la exponía á que fracasase su proyecto favorito: entonces fué cuando trató de replegarse sobre Elena.

Pero cerca de la joven debía sucumbir también, y esto por dos razones poderosas, aparte de Javier, que se atravesó incidentalmente en el camino. La primera, la indiferencia instintiva que la señorita de Rumbrye sentía hacia la mujer que había reemplazado á su buena madre, y la segunda, que el Marqués, una vez reconocido el carácter de su esposa, se interpuso, por decirlo así, entre ella y su hija.

No quiso, pues, que se estableciese entre ambas una estrecha intimidad, porque era hombre de experiencia y sabía bien que la propiedad de la corrupción moral, como la de la gangrena, es extender siempre su contagiosa influencia.

Mistress Blowter fué la persona que eligió el Marqués para dirigir á Elena.

A pesar de este obstáculo, la Marquesa no renunció á su designio.

Cuando ocurrió la restauración y la rama mayor de los Borbones ocupó el trono, de cuyas resultas la familia de Rumbrye volvió á Francia, Florencia cobró esperanzas, porque calculó que lejos del teatro de sus faltas, el Marqués acaso las olvidaría.

No las olvidó; pero respetando en su mujer el nombre de Rumbrye, á nadie hizo partícipe de sus penas interiores. En París la Marquesa pudo echarla de rígida y elevar su frente tan alto como las más irreprochables.

El bueno de Carral no había desperdiciado tampoco esta ocasión de presentarse y hacer papel.

El desgraciado fué á Francia como iba á todas partes donde había ruido y movimiento.

París era entonces un centro de fiestas y regocijos de toda especie, y el mulato se estableció allí sin desconfianza y sin recelo de ningún género.

¿Quién había de reconocerlo bajo su disfraz de hidalgo?

Pero pronto su alegría se convirtió en pesar.

Florencia Angela pronunció una palabra y el esclavo sintió la cadena más pesada que nunca liarse alrededor de su voluntad.

Bajó la cabeza y obedeció.

Acaso amaba á Javier, pero tenía que elegir entre Javier y él mismo.

En esta clase de alternativas, ¿puede ser dudosa la elección?

(Continuará.)

Aviso.

Se ruega á los Sres. Suscritores que no hayan renovado su suscrición, lo verifiquen lo más pronto posible, porque su tardanza interrumpe la marcha regular de la Administración.

También se ruega á los que no deseen continuar, que lo avisen directamente á esta Administración; pues la devolución de los números no surte el efecto que se proponen, porque raras veces llegan á nuestro poder.

¡ASEGURAR EL PORVENIR!

¿No contamos con sobradas enfermedades, contra cuya invasión somos impotentes, para que procuremos evitar otras, á las que estamos expuestos todos los días por nuestra culpa, siendo así que podemos conseguirlo? Será verdad que hasta ahora nuestros dientes se hallan en estado perfecto, pero ¿quién puede responder de mañana? Pues bien, ¡todos! pero con la única condición de no olvidarse nunca de las precauciones indispensables á la salud de la boca, así como la de usar con regularidad todas las mañanas el **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac.**

Agente general.—A. SEGUÍN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Inventor 19, Bd des Italiens Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Hnos. Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 8.º — Madrid 15 de Marzo de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 3 1/2 ps. fs.
Un año..... 6 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

LEÓN XIII Papa. — Para perpetua memoria. — Lo que hace aún pocos meses parecíanos deber esperar de los reverendos Prelados á quienes dirigimos letras encíclicas exhortando al pueblo cristiano á implorar el patrocinio del Santísimo Esposo de la Madre de Dios, vemos ya con grande alegría de nuestra alma que los mismos hechos han empezado á confirmarlo.

"Ofrécese brillante testimonio de esta devoción en las fervorosísimas súplicas que, después de haber dado conocimiento al Gobierno de España, elevaron á Nós muchos Obispos de aquel católico reino, exponiendo los votos del clero y el pueblo, que juzgaron que debía aprovecharse la ocasión ofrecida entonces, á fin de que la resolución que desde mucho tiempo habían adoptado pudiese obtener el éxito apetecido.

"Recordando la antigua devoción de los españoles y la íntima predilección de todas las almas al Santísimo Patriarca, llevaban á mal aquellos venerables Obispos que el día consagrado á su memoria, borrado del número de los días festivos, dejara de guardarse públicamente como de precepto, y de ello se lamentaban en general, con razón y justicia, cuantos llevan el nombre de cristianos; y por tanto, Nos pidieron con las más reiteradas súplicas que restableciéramos en su primitiva dignidad el día consagrado á San José.

"Y en verdad, nadie hay que no reconozca que este honor se debe á un varón tan bienaventurado. El que elegido Esposo de la Madre de Dios, fué partícipe de su dignidad por el vínculo conyugal que á ella le unía: el que

SAN JOSÉ.

Jesucristo, hijo de Dios, quiso que fuera su custodio y se reputara como Padre suyo; el que fué jefe de la familia de Dios en la tierra como por derecho de patria potestad: el que tiene confiada la Iglesia á su protección y tutela, sobresale con tal excelencia, que no hay obsequio alguno de que no merezca ser digno.

"Pero la ínclita nación española tiene, además, un motivo propio, en razón del cual tributa honor especialísimo al bienaventurado Esposo de la Madre de Dios y le venere y ensalce: motivo que oportunamente recordaba el Arzobispo de Valladolid, juntamente con los Obispos de la misma provincia eclesiástica, en las preces que Nos dirigía. Y es que en España, en aquella misma provincia de Valladolid, nació y pasó su vida, insigne por el ejercicio de todas las virtudes, la castísima virgen Santa Teresa, que enardecida en el vehementísimo amor de Jesús, venerando con una devoción increíble la eximia dignidad de San José, á quien Jesucristo nuestro Salvador quiso que se reputara como su Padre, predicó su patrocinio y promovió su culto.

"Accediendo, pues, con la más íntima satisfacción á estas súplicas, que han llenado Nuestra alma de gratísimo sentimiento, con Nuestra suprema autoridad establecemos y decretamos que el día 19 de Marzo, consagrado á San José, se ponga en el número de los días festivos en toda España y en los territorios sujetos á ella; de modo que todos los fieles tengan obligación, tanto de asistir al Santo Sacrificio de la Misa, cuanto de abstenerse por precepto de aquellas obras profanas que suelen llamarse serviles, mediante lo cual se rinda el debido obsequio al gran Patrono de la Iglesia, y la nación entera disfrute más copiosamente su eficacísimo patrocinio. Sin que obste nada de cuanto fuere en contrario, aun aquello que sea digno de especial é individual mención y derogación. Y es Nuestra voluntad que á los trasuntos ó copias de las presentes letras, aun á los ejemplares impresos, firmados de mano de algún notario público, y autorizados con el sello de persona constituída en dignidad eclesiástica, se preste absolutamente la misma fe que se daría á las mismas presentes, si fuesen exhibidas ó puestas de manifiesto.

"Dado en Roma en San Pedro con el anillo del Pescador el día veintiocho de Enero de mil ochocientos noventa, año duodécimo de Nuestro Pontificado. — *M. Cardenal Ledochowski.* — ✠ del sello."

SUMARIO

Texto.

Decreto de Su Santidad León XIII declarando día festivo en los dominios de España el de San José. — *San José*, por Angel Salcedo. — *Abnegación*, novela, por Mad. Bourdón (continuación). — *Un trozo de la Década*, por Fernandez. — *La guerra de la independencia contada y juzgada por un francés* (continuación). — *D. Eduardo Palou y Flores*, por S. — *El mendigo negro*, por Paul Veyal. — *Carta de Su Santidad al Cardenal Benavides.*

Grabados.

San José. — Orillas del Jordán. — El mar de Galilea. — Puerta de Damasco en Jerusalén. — Jerusalén. — D. Eduardo Palou. (Véase el artículo.) — Paisaje de Judea. — El tío Pepet, Agua del Alcotayal). — León XIII.

SAN JOSÉ

La figura histórica del Patriarca que hizo en la tierra oficio de Padre con el Redentor de los hombres es sin duda, no sólo de las de mayor grandeza moral, sino una de las más bellas, interesantes y poéticas que nos ofrece el Cristianismo. Sus hechos entre los hombres, si nos atenemos á los documentos auténticos, pueden escribirse cómodamente en la mitad de una cuartilla. Tampoco la tradición nos abre ancho espacio para que se dibuje con sólidos contornos en el horizonte de lo pasado aquel rostro venerable y aquel majestuoso continente, y sobre todo, aquel corazón encendido en amor de Dios y aquella purísima alma, más de angel que de sér humano, que caracterizaron sin género de duda al esposo de María. Las leyendas referentes á San José son escasas, y algunas de valor histórico muy dudoso. Puede creerse que fuera de lo poco que nos dicen los libros sagrados, no hay realmente materiales para reconstruir al estilo humano la figura histórica de San José.

Pero no es parte, sin embargo, esta relativa obscuridad para que el pueblo cristiano deje de tributar al gran Patriarca la más fervorosa devoción, ni para que deje de considerársele como uno de los mayores santos que la gracia de Dios, conjuntamente con la voluntad dócil de la criatura, ha producido en este mundo. Por el contrario, lo poco que de él se sabe basta y sobra para colocarlo en el primer rango de los bienaventurados. Fué esposo de María y con nuestro Redentor hizo el oficio de Padre. ¿Qué más hay que decir? Jesús vivió á él sujeto como si realmente fuese su hijo. Jesús, el Creador del cielo y de la tierra, el que todo lo mantiene y sustenta su Providencia infinita, por un misterio de amor al hombre, tan incomprensible como adorable, quiso aparecer en el mundo como un hombre, y que otro hombre le mantuviese y sustentase con el trabajo de sus manos, y ese hombre que le sustentó y le mantuvo fué San José. ¿Hay algo más grande? San José se enlaza de este modo de una manera directa y estrechísima con los más inefables misterios del Cristianismo. Fué un fiel observador de la ley mosaica, y con su esposa María el primer creyente de la ley cristiana. Tuvo á Dios en sus manos antes que otro hombre alguno, y así fué el primer sacerdote de la ley nueva. Su cabeza, que la tradición ha coronado de cabellos blancos, se inclinó la primera ante el Divino Libertador de los hombres. En San José concluyen los fieles del templo de Jerusalén, y empiezan los fieles del nuevo templo. La historia no reconoce más que dos edades: la edad de la sombra y la edad de la luz, la antigüedad que es la noche, y el Cristianismo que es el día; San José es el hermoso crepúsculo matutino del día espléndido que amanecía entonces.....

Todo lo que resume la humanidad, dice un brillante escritor contemporáneo, es sobrehumano. En San José todo lo es; porque las fases de su vida son resúmenes de las más interesantes fases de la humanidad. Como esposo de María, es más que un esposo modelo; es el tipo del buen esposo, es el esposo absoluto en toda su sublime abstracción moral. Como padre de familias, no es un padre de familias mejor ó peor; es el padre de familias, el padre típico, ideal. La devoción á San José sugiere ideas de hogar; es el Santo de la familia, y por eso quizás también la tradición le ha pintado con barbas y cabellos blancos, que nada como esto representa tan fielmente, ni pinta con tanto color al hogar doméstico, ese asilo inexpugnable y sagrado de los débiles y de los ancianos. En la historia humana todo lo simbólico es fabuloso. Júpiter para ser rey del Olimpo tiene que dejar su trono de Creta, único que en realidad tuvo jamás; Rama para simbolizar la raza aryana tiene antes que dejar de ser hombre. En la historia sagrada, la verdad y la poesía marchan no sólo juntas, sino enlazadas, más aún, formando uno solo é indivisible cuerpo; San José, sin dejar de ser personaje real é histórico, es para los creyentes un grande é inefable símbolo: el símbolo de la paternidad y de la familia.

La necesidad de patentizar á los hombres el origen divino del Redentor hizo que se hablase poco de San José durante muchos siglos. Pero vinieron tiempos diversos y circunstancias diferentes: el peligro desapareció. Y la vida de San José, que es un misterio de amor á Dios, y por Dios á los hombres, revelóse en toda su poesía sublime á una mujer española, doctora en amor divino como no la hubo antes tan aventajada, ni probablemente la habrá jamás: Teresa de Jesús comprendió á aquel á quien Jesús llamaba su padre.

Por Santa Teresa es la devoción al gran Patriarca una devoción clásica española. En nuestros cristianos hogares no se interrumpe jamás el culto á San José. Millares y millares de españoles llevan su nombre bendito. Abundan extraordinariamente las Cofradías instituidas para rendirle fervorosos cultos, y las sociedades que se han puesto bajo su amparo y protección. Los carpinteros, y en general todos los trabajadores, le reconocen por Patrono. No hay ciudad, ni villa en la Península que no tenga su *calle de San José*. Más de una nave de guerra, de gloriosa historia, y muchas mercantes, han llevado escrito ese nombre adorable por todos los mares del mundo.

El día de San José, como el de Nuestra Señora del Carmen, es fiesta popular en España. Nuestro Santísimo Padre no ha hecho con su reciente Decreto sino confirmar solemnemente una costumbre arraigadísima en nuestra patria.

Para festejar á nuestro modo tan hermosa festividad, damos á nuestros lectores la vista de aquellos paisajes de Judea y Galilea que mejor pueden sugerir al devoto peregrino el recuerdo del gran Patriarca. La ciudad de Jerusalén vista desde el Monte Olivete, y su puerta de Damasco; el mar de Galilea y las orillas del Jordán con una caravana asentada en las praderas, semejando á la que probablemente acompañaría á la Sagrada Familia en su fuga al Egipto, y las montañas de Judea que tantas veces atravesó el Patriarca en sus viajes, son vistas que inspiran bellas memorias de la vida del Esposo de Nuestra Señora. ¡Que su bendito Patrocinio nos salve á todos!

Angel SALCEDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para La Ilustración Católica *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Septiembre 18...

Esta mañana ha venido mi tía á casa y me ha encontrado sola; después de una conversación insignificante, me ha dicho:

— Héctor nos deja dentro de diez días; ¡es una gran pena para nosotros!

— Lo concibo, tía.

— Se aleja, va á los Pirineos, y no podemos esperar que vuelva cerca de nosotros en varios años al menos.... Pero — continuó ligeramente impresionada — estaríamos más satisfechos, menos inquietos si le viéramos casado..... casado con una persona según nuestro corazón, que fuese una hija para nosotros, y no una nuera, palabra que aborrezco; yo quisiera una persona de nuestro país, y hasta una persona de nuestra familia..... ¡esas bodas me gustan á mí!

Nada tenía yo que replicar; pero estas confidencias parecíanme extrañas.

— ¡Octavia — repuso estrechándome la mano; — no me comprendes! Te apreciamos mucho, hija mía; tu conducta desde la muerte de tu madrastra te honra, y si fueras la mujer de Héctor, estaríamos tranquilos sobre la felicidad de nuestro hijo querido..... El dinero no importa..... ¿Ya me comprendes ahora?

Yo estaba atónita, y hubiera dudado de la verdad de lo que oía, si el semblante conmovido, la presión de mano de mi tía, no me aseguraran que había entendido bien. Recogí mis ideas, y obstáculos invencibles se presentaron á un tiempo á mi pensamiento.

— ¡Soy hija y soy madre! — dije alto — y no puedo ser otra cosa. Mi querida tía, mi digna amiga, permítame usted que le agradezca con toda mi alma esta prueba de aprecio, y permítame usted también que no la acepte. ¿Qué haría mi padre? ¿Qué harían Edmundo y Francisquita?

— ¡Ah! ¡Esto es lo que yo temía! — balbuceó Mad. Duperrón.

— ¡Tía, juzgue usted de mi posición, y vea si es posible que acepte! ¡Mi primo Héctor encontrará otra mujer mejor que yo, pero mi padre no puede encontrar otra hija, ni estos niños otra hermana: es mi deber vivir para ellos, es su derecho contar conmigo!

— Es verdad, todo esto es verdad — dijo mi tía; — sin embargo, yo esperaba..... ¡Le convendrías tanto á Héctor! ¡Él y nosotros lo deseábamos tanto

La abracé con ternura, y ella añadió:

— Antes de pedirte oficialmente á tu padre, he querido hablar contigo, Octavia, pues no eres una niña con quien no se cuenta para tan grave asunto; tienes derecho á ser consultada, y esperaba obtenerte de ti misma..... ¡Si mi hijo te hubiera gustado!

— Siempre he tratado de que no me guste — dije riéndome. — No quiero casarme, y quiero guardar mi corazón.

— Pero — repuso mi tía volviendo á su asunto — Verónica podría cuidar de la casa de tu padre.....

— Y estaría sólo..... triste..... abandonado..... ¡oh, querida tía! ¿podría ser feliz á este precio? ¿y merecería ser querida de un buen hijo como el vuestro?

Bajó la cabeza, pero su alma, franca y buena, no se atrevió á insistir. Sin embargo, de un modo indirecto volvió á la carga, describiéndome las ventajas de la unión que me proponía. Dios me hizo la gracia de resistir, y á mí, que soy tan débil contra todo lo que es dulzura, ternura, amistad, me armó de fuerza, y me puso en la boca las palabras de tal modo decisivas, que persuadieron al fin á mi tía. Se marchó algo triste, pero convencida, lo espero, de mi profundo agradecimiento, y obtuve de ella la promesa de que todo esto ha de ser un secreto para mi padre. ¡No quiero que crea deberme algo á mí, que todo se lo debo! Además, la idea de que le he hecho un sacrificio tal vez le entristeciera, ¡y necesita tanto ser alegrado y consolado!

Cuando quedé sola, di las gracias á Dios desde el fondo de mi alma, y por la noche, ¡con qué alegría abracé á mi padre y cogí á los niños, mis niños, sobre las rodillas!

¡Los he comprado, hoy son míos!

ORILLAS DEL RÍO JORDAN,

TANTAS VECES VISTO Y ATRAVESADO EN SUS VIAJES POR EL PATRIARCA SAN JOSÉ

Saint-Omer, Octubre 18....

¡Mi primo Héctor se ha marchado; que Dios le haga feliz!

Su padre y su madre me tratan con su benevolencia acostumbrada; pero Fany, que estaba en la confidencia, ha descargado sobre mí un diluvio de reconvenciones.

—Yo no quería otra hermana que tú, ¡oh, si tú hubieras querido!

Yo espero que Héctor le dará otra hermana, una hermana mejor que yo, y que estos vanos proyectos de todos serán olvidados; sólo me acordaré de ellos delante de Dios, para encomendar á los que quisieron adoptarme por su hija. ¡Cosa extraña! ya no deseo nada casarme, y ahora podría Lucía encomiar mil veces su felicidad de novia sin que me costara un suspiro.

Hay amor propio en nuestras virtudes, y le hay hasta en nuestras penas.

Saint-Omer, Noviembre 18....

Ayer gozamos de una deliciosa velada, que puede servir de compensación á muchas penas. Eran los días de mi padre; Francisquita le había bordado una gorra de terciopelo; Edmundo había trazado para él su primera plana de escritura, y los dos habían aprendido versos para recitárselos. Los dijeron con gracia, y abrazaron al héroe querido de la fiesta con una ternura encantadora. Nuestro buen padre se enterneció; nos reunió á los tres en sus brazos, y me dijo:

—¡Octavia, te debo esta dicha! ¡Te bendigo mil veces, mi muy querida hija!

Yo también era dichosa, bien dichosa. Después de la cena me dijo mi padre con dulzura:

—Hija mía querida, cree que aprecio tus esfuerzos y tu abnegación, pero el porvenir será mejor que el pasado. Mi salud se fortifica, me vuelve la clientela, en este momento estoy acabando un trabajo científico que creo me ha de dar alguna reputación, y si el cielo me da vida, trabajaré y aseguraré el porvenir de mis hijos. Extremados sufrimientos morales me habían debilitado, pero no derribado, y bajo la influencia de tus cuidados, Octavia, revivo, y me siento con bastante vigor y fuerza para restablecer mi carrera y fundar la fortuna de mi familia. ¡Cuenta conmigo, hija mía, no trabajarás sola en adelante!

Estas dulces palabras, este elogio de mi padre, estas imágenes risueñas me llenaban de alegría; ya me lo habían dicho: *Dios no se deja vencer en generosidad*, y me devuelve con usura lo poco que he hecho. Nunca olvidaré esta conversación, ni esta velada; fué una felicidad completa que ninguna disonancia vino á turbar. Paréceme que hemos dejado á la desgracia detrás; ya estamos más allá; ahora caminamos hacia la tierra prometida.

Saint-Omer, Noviembre 18....

La Memoria científica de mi padre se ha publicado y le ha valido honrosas felicitaciones. No sabía yo que los elogios fuesen cosa tan dulce; oir elogiar á mi padre es una satisfacción que no me cansa: todo sonríe ahora á mis miradas; la sombría tristeza no habita ya en nuestra casa; una dulce intimidad preside en nuestra mesa; la escasez se aleja y vemos en un cercano porvenir un bienestar que me parece la fortuna. ¡Qué bueno es Dios! ¡concédame Él la gracia de usar bien de la dicha!

¡Dicha! desde hace algunos años creía que esta palabra ya no tendría sentido para mí, si no era en mejor vida.

Saint-Omer, Noviembre 18....

Pasamos las noches en familia, unos ratos charlando, otros tocando yo el piano y otros escuchando á mi padre, que siempre da un ratito de lección á los niños. Después que éstos se acuestan hablamos de ellos con el mayor interés y trato de aprovecharme de los consejos que me da mi padre, que los conoce bien y ayuda de esta manera mi inexperiencia. Muy á menudo también hablamos del pasado, de la familia de mi padre, de sus recuerdos de infancia; explícame las complicadas relaciones de la genealogía; me diseña escenas de personajes, para mí desconocidos; hacer revivir una porción de íntimos y queridos detalles, cuadros de interior en el que vuelven á ocupar su sitio parientes, vecinos, amigos, muertos hace desde algún tiempo.

Creo haberles conocido; á aquel abuelo severo, á aquella abuela tan dulce é inteligente, á aquel hermano algo travieso, pero tan divertido y tan bueno, y al tío Canónigo, y á las tías mayores de aire misterioso, y á las locuaces primitas, muertas ¡ay! á los sesenta años. En familia toma la vida más ancha perspectiva, y gracias á las narraciones de los ancianos parientes, ha vivido uno con las generaciones pasadas, y los niños, llenos de promesas y esperanzas, nos hacen vivir en el porvenir. Entre aquel pasado y este porvenir alcanza uno un extendido horizonte, y bendice uno á Dios, que ha unido con tan dulces lazos y vínculos tan estrechos á las generaciones humanas.

Saint-Omer, Diciembre 18....

Engañábame; no era más que un alto: y la inquietud que precede á la desgracia, como anuncia el viento á la tempestad, ha vuelto á este corazón que, desgraciadamente, la conoce también. Mi padre está enfermo; su cuerpo, abatido por la pena, no ha podido resistir un aumento de trabajo, guarda cama, y sus colegas que asiduamente le visitan no me sacan de cuidado. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué será de nosotros? ¿no os apiadaréis de estos ya medio huérfanos y nos llevaréis al único protector que nos queda? Pero no; espero en Vos, Señor, aunque mi alma está agobiada de angustias..... No me separo de mi padre, que no puede servirse de sus manos, encadenadas por la enfermedad, y á cada instante me llama con su mirada. En medio de tanta pena, cuánto bendigo á Dios que ha permitido que permaneciese fiel á mi padre tan querido! Si ahora estuviera casada y ligada á otros deberes, moriríame, creo, de dolor y de sentimiento.....

Saint-Omer, Febrero 18....

Ya respiro, pues espero vivirá. Los médicos, por tanto tiempo alarmados, parecen más tranquilos, escasean sus visitas, y me han consolado diciéndome positivamente: —La vida de su padre de usted está fuera de peligro.—Pero aun está muy débil, habla poco, sus ideas no se encadenan, sus manos no han recobrado el movimiento, en fin, la convalecencia no es completa. Por todas partes nos han demostrado un vivo interés, y cada vez me apego más á este

EL MAR DE GALILEA,

EN CUYA REGIÓN ESTÁ SITUADA NAZARETH, EN DONDE VIVIERON TANTOS AÑOS JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

pueblo de Saint-Omer, á donde llegué con tanta repugnancia. Aquí envejeceré, aquí moriré: ha sido mi cuna y será mi sepulcro. Pero antes de morir, cuento aún con pasar algunos años felices con mi padre y niños; él también lleva en el corazón un dolor incurable, llora á la compañera de su vida, como yo lloro á la amiga de mi infancia, pero su fuerza de alma le hará vivir y asegurará el porvenir de sus queridos pequeños. No estoy sin ambición para ellos; en cuanto á mí, quisiera realizar la divisa de San Francisco de Sales: *Desear poco y poco desear;* pero ¿no es permitido desear la felicidad para los seres queridos.....?

Saint-Omer, Abril 18...

Muchas semanas han transcurrido sin que haya abierto este cuadernito: ¿á qué describir las penas que me han inquietado estos días? ¿A qué decir bajo todas las formas que la desgracia es el constante huésped de la casa y el compañero inseparable de la vida? Así es sin embargo. Mi pobre padre languidecía desde hace varias semanas, y como no parecía que los médicos temieran por su vida, estaba yo llena de esperanza; creía que cada día iba á traer la mejoría tan deseada, que íbamos á llegar á aquella pacífica existencia, á la que el bienestar traería su descanso y las afecciones su alegría, que él mismo me había anunciado; no quedaba más que un paso por salvar..... pero cada día transcurrido nos dejaba en el mismo punto que la víspera, y el espacio que nos separaba del oasis encantado permanecía infranqueable. Aflígíame yo de la duración de esta enfermedad, sin prever el rigor de la sentencia que sobre nosotros iba á pesar. Un día el anciano Doctor Moeris, que cuida á mi padre con todo esmero, hízome bajar con él al jardín; y después de algunos instantes de silencio que me parecieron cargados de presagios, me dijo:—Siento, hija mía, que cuente usted tan absolutamente con la pronta curación de su papá de usted.—Qué, caballero, ¿le cree usted en peligro?—No digo eso: está á salvo su vida, pero temo.....—¡Hable usted, Doctor! ¡Cualquiera que sea la cosa que tenga que decirme, hable usted!—Pues bien, señorita: temo para mi querido colega una enfermedad larga..... digamos la palabra, incurable. La pena ha penetrado muy profundamente en esta hermosa organización, y ha alterado, no los principios de la vida, pero sí los del movimiento, y..... tal vez de la voluntad.....—¿Una parálisis, caballero?—Sí, ó poco menos..... un reblandecimiento de la médula.....—¡Oh, mi pobre padre! dije, y las lágrimas ahogaron mi voz.

—Es una gran desgracia, repuso el Doctor, pues es preciso no disimulárselo; el movimiento y la circulación cada día serán más difíciles..... contentos si esta terrible enfermedad no coge el cerebro.....

Mis ensueños de felicidad caían al suelo como las flores de una guirnalda de la que se ha roto el hilo; veía la desgracia inflexible, sin remedio, sin esperanza, y dije en el fondo de mi alma:—¡Que se haga la voluntad de Dios!

No sentí en aquel momento más que un dolor extremado, unido á una entera sumisión. El doctor continuaba hablando:—Dentro de poco estará completamente impedido; tendrá usted que servirle como á un niño, y, mucho lo temo, dentro de algunos años, de algunos meses tal vez, habránse cambiado los papeles entre usted y su padre: no podrá á usted dirigirla ni siquiera con la inteligencia; será usted protectora en vez de protegida, madre en vez de hija.—Caballero, le dije, yo espero en la bondad de Dios que no me impondrá una tarea superior á mis fuerzas, y me tendré por dichosa si puedo ser útil á mi padre.

El anciano me estrechó la mano, y después de algunas palabras, no de esperanza, sino de consuelo, me dejó. Enjugué mis ojos, y después de pasearme un poco para calmarme, volví á la habitación de mi padre.

Estaba dormitando; me senté junto á su lecho y miré con mudo enternecimiento aquel venerable semblante, que tantas veces ví animado por la inteligencia y por el amor; traje á mi memoria todos los ejemplos de valor, de resignación, de piedad, de honor, que nos ha dado nuestro padre; recordé las pruebas de cariño que particularmente he recibido de él, y sentí aumentar el respeto y el amor que le tengo; encontréme muy feliz de poder dedicarle mi vida.

Al poco rato se despertó, me vió y me tendió la mano.

—¿Te cansas, mi pobre Octavia? me dijo; te doy mucho que hacer.

Por toda respuesta le dí un abrazo, y se entendieron nuestras almas.

(Continuará.)

UN TROZO DE LA DÉCADA

EL DÍA DE SAN JOSÉ EN ESPAÑA

DON JOSÉ, DOÑA JOSEFA, PEPA, PEPITO, JOSEFINA. LOS CONFITEROS.—ALGO DE REPOSTERÍA.—UN AVISO ÚTIL.

En pocos hogares españoles dejará de celebrarse como solemnísima fiesta la de San José. Millones de Pepitos y Pepitas suspiran por la alegre mañana del 19 de Marzo: esperan estrenar el lindo juguete; hartarse de las ricas golosinas; coger el regalillo que tienen prometido desde mucho tiempo atrás para el día de su santo. Al mismo tiempo, innumerables Pepes y Pepas ansían por otros juguetes, no menos lindos, no menos sabrosos, no menos incitantes que los que recibieron y esperaron en los días vaporosos y ya desvanecidos en que los llamaban Pepitos y Pepitas. Quizás una preciosa Josefina, de ojos negros y talle ondulante, y largas y sedosas trenzas,

PUERTA DE DAMASCO EN JERUSALEN,

LA CIUDAD SANTA EN QUE TANTAS VECES FUE SAN JOSÉ Á VISITAR EL TEMPLO DEL SEÑOR

aguarda que, aprovechando la comida de familia que dará en día tan solemne la querida tía Josefa, vamos, aquel primo segundo por que Josefina suspira tanto tiempo: aquel Pepe, fornido, elegante y guapo mozo, deslizará en su oído las *palabrillas mágicas* que ya debían haberse pronunciado hace mucho tiempo..... ¡Y que no sabrá la encantadora Josefina tomar sus precauciones para que Pepe diga todo lo que quiera decir, sin que oídos indiscretos ó personas importunas corten los vuelos al muchacho.....! Ya tiene pensado que tomará asiento en la mesa al lado de D. José, el antiguo empleado, y hoy cesante, pantalla magnífica que librará á Pepe y á Josefina de las inquisitoriales miradas de la tía Josefa; y para mayor precaución, si Pepe no llega á tiempo, la niña Pepita ocupará su asiento, que luego cederá al gallardo primo con un pretexto cualquiera..... No, lo que es por ella no ha de quedar. Si Pepe no se decide, diga usted que no tiene gana de decidirse.

La fiesta de San José es también, y de un modo muy especial, el agosto de los confiteros. Ni por Noche-Buena, según testimonio de los interesados mismos, se hacen tan lucrativos negocios como en el día de San José. Mucho antes, casi desde primeros de Febrero, empieza en los obradores de dulces el trabajo preparatorio para este día. Los innumerables ramilletes que adornan hoy los escaparates de las confiterías son el producto de largas mañanas y noches de trabajo asiduo y fervoroso.

Nuestros confiteros, como buenos españoles, no se atreven á muchos escarceos fuera del cauce por que corren hace muchísimos años, desde tiempo inmemorial quizás. Todos los días de San José presentan en sus escaparates los mismos manoseadísimos modelos de ramilletes, y el que más se propasa es á sustituir las yemas de huevo que coronaban hace años la cúspide del dulce edificio por yemas de coco. Lo demás Dios nos libre.

En algunas confiterías he observado, sin embargo, alguna tendencia á lo nuevo; pero generalmente con poca fortuna. He visto un barco de piñonate, con sus palos y velas muy bien pespunteadas de merengue; pero aunque el dibujo me agradó, la consideración de que para la manufactura se había hecho indispensable sobar el piñonate más de lo justo, me quitó todo deseo de comérmelo. Y el buen confitero, cuando fabrica un plato de capricho, no debe nunca olvidar la materia sobre que trabaja, que es materia esencialmente comestible, y por lo tanto ha de huir con exquisito cuidado de que recuerde el comensal, ó sospeche, al contemplar el plato, que los dedos del fabricante han manipulado allí con largueza. El que trabaja en madera, *verbi gratia*, puede permitirse cuantas divisiones, subdivisiones y frotaciones de la materia bruta le parezcan convenientes, porque la madera no ha de comerse; pero el que trabaja en piñonate y merengue es preciso que sea tan diestro y tan moderado que presente una obra bonita, y en la que al mismo tiempo parezca que no han tocado manos. Si no es así, más vale una bandeja de dulces que el mejor ramillete.

FERNANDO.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO VI

Los españoles de 1809. — Conducta de Napoleón. — A través de Castilla. — Evoluciones, marchas y contramarchas. — Campaña contra los ingleses.

Mi regimiento estuvo casi un mes entero en la capital de España. Estaba yo alojado en casa de un viejo de un nombre ilustre, que vivía solo con su hija. Iba todos los días dos veces á Misa, y una á la Puerta del Sol á informarse de las novedades: se sentaba cuando estaba en su casa en un salón, donde pasaba el día en no hacer nada. Algunas veces encendía su cigarro, y disipaba fumando su tristeza y sus pensamientos: no hablaba sino rara vez, y jamás le he visto reirse: solamente cada media hora gritaba con un suspiro de abatimiento: *¡ay Jesús!* su hija le respondía las mismas palabras, y ambos volvían á quedar en silencio.

Un Sacerdote, el Director espiritual de la casa, venía todos los días á ver á mis patrones, con aquel cuidado perenne que los médicos ponen en otros países en visitar á sus enfermos. Traía una peluca roja, para ocultar su corona de Sacerdote, y estaba vestido como un habitante cualquiera, diciendo sin cesar que no se atrevía á traer sus hábitos sacerdotales por el miedo de ser degollado en las calles por nuestros soldados.

Aunque en la apariencia reinaba en Madrid la mayor tranquilidad, mi regimiento estaba, sin embargo, siempre pronto á montar á caballo, y nuestros caballos estaban siempre ensillados en la capital, como si estuviéramos en las avanzadas al frente del enemigo. Se decía que en el momento de la capitulación habían quedado ocultos en la villa 1.000 y 100 españoles determinados, esperando una ocasión favorable para insurreccionar á los habitantes, y pasar á cuchillo á todos los franceses.

Conservábamos en medio de los muchos cánticos de victoria de nuestros boletines, un sentimiento confuso de incertidumbre sobre las ventajas que acabábamos de conseguir: se podía decir que habíamos vencido á los volcanes. Napoleón no hizo su entrada pública en Madrid, como en las demás capitales de Europa: se decía que le eran embarazosas las formas á que la etiqueta debía sujetarle para con su hermano José, á quien ya consideraba como un Soberano extranjero. Siempre campado con su

guardia en las alturas de Chamartín daba diariamente decretos á la España, esperando la sumisión próxima de este reino del terror que habían debido producir los sucesos rápidos de nuestras armas.

Las proclamas fulminantes de Napoleón anunciaban sus triunfos á la Europa atónita, y hacían temer una suerte terrible á las partes de la Península que resistiesen aún; sin embargo, las provincias de España no se apresuraban en dar separadamente pasos para suavizar á un vencedor implacable, y desviar el golpe funesto que debían temer. Nadie se presentaba para traer á los pies de Napoleón, con los tributos exigidos, aquellos elogios obsequiosos á que lo habían acostumbrado en otros países. Las diputaciones de la villa de Madrid, y algunos Alcaldes enviados de los lugares ocupados por nuestras tropas fueron los únicos que vinieron al cuartel imperial de Chamartín á hacer sumisiones dictadas por el miedo. Mil doscientos padres de familia escogidos en la misma villa de Madrid fueron también llamados, y vinieron á prestar juramento de fidelidad al Rey José; pero se decía que los Sacerdotes mismos les habían librado de todos los juramentos que hiciesen á los vencedores.

La reducción de las Ordenes religiosas y la abolición de la Inquisición, que las autoridades francesas acababan de proclamar, lejos de hacer mirar á los franceses como libertadores, aumentaban el odio violento que les tenían los clérigos y sus numerosos apasionados. Los religiosos de todas las Ordenes, que habían sido despedidos de sus conventos, se esparcían por el país, y predicaban en todas partes contra nosotros. Los Sacerdotes decían altamente que la Inquisición no había sido establecida más que contra los extranjeros, y que sin Inquisición haría ya mucho tiempo que se habrían destruído los principios religiosos en España, como lo estaban en Francia hacía más de veinte años. El Tribunal de la Inquisición estaba muy suavizado hacía un siglo, y no inspiraba ningún miedo á los españoles. Los pobres se preguntaban dónde irían á buscar en los años de escasez el sustento diario, que recibían antes á las puertas de los conventos.

Pocos días después de la toma de Madrid, mientras que mi regimiento estaba aún acantonado en Cebolla, y en las márgenes del Tajo, recibí la órden de llevar al Mariscal Lefebre un pliego abierto del General Lasalle, que estaba delante de nosotros en Talavera. El Mariscal Lefebre debía leer este pliego, y enviarle en seguida directamente al Príncipe de Neuchatel. Encontré al ponerse el sol al Mariscal Lefebre en Maqueda, en el momento en que llegaba de Casarrubios. Este Mariscal, por ahorrar trabajo á sus edecanes, me mandó que continuase el camino, y que llevase al cuartel imperial el pliego que me habían confiado. Debiendo tomar la posta, me ví obligado á dejar mi caballo en Maqueda, y monté en una mula de requisición, que el Jefe del Estado mayor hizo que me diese el alcalde del pueblo. Me puse al momento en camino en una noche obscura sobre una gran mula de tiro viciosa, y cuyo crin habían esquilado: un paisano español me servía de guía, y estaba montado en otra mula, que formaba pareja con la mía. Cuando hubimos andado cerca de una legua, mi guía se dejó caer, y su mula escapó á galope para volver probablemente á su aldea. Yo creí que el paisano, aturdido de la caída, se había desvanecido, y eché pie á tierra para socorrerle. Le busqué en vano en el sitio en que le había visto caer; se había escurrido entre los matorrales espesos, y había desaparecido. Volví á montar en mi mula, no sabiendo cómo acertaría el camino que debía tomar. El animal, no oyendo ya á su compañera marchar delante de sí, no quería ir adelante ni atrás. Cuantos más espolazos la daba más redoblaba las coces: mis golpes, injurias y amenazas en francés no contribuían más que á irritarla. Ignoraba su nombre, y aun no sabía entonces que en España cada mula tiene el suyo, y que para hacerla andar es preciso decirla en su propia lengua: *¡arre mula!* *¡arre capitana!* *¡arre aragonesa!* *etc.* Habiendo echado pie á tierra para apretar la cincha de mi silla de madera, la mula impaciente dió un salto de lado, y me largó una coz en la barriga, que me tiró, y en seguida se metió en un sendero inmediato: cuando me levanté eché á correr con todas mis fuerzas detrás de ella, guiándome por el ruido que hacía uno de los estribos de mi silla, que acababa de dar vuelta, y que iba arrastrando por las piedras. Luego que hube corrido como una media legua encontré mi silla, de la cual había conseguido la mula desembarazarse: la tomé sobre mis costillas y entré á breve rato en una gran aldea, á la que acababa de llegar la vanguardia de una brigada del Mariscal Lefebre. Hice que el alcalde me diese un caballo, y me volví á poner en camino, teniendo cuidado de mantenerme siempre muy cerca de mi guía. No había ninguna guarnición francesa en la aldea donde mudé caballos la segunda vez.

JERUSALÉN, LA CIUDAD SANTA TANTAS VECES VISITADA POR SAN JOSÉ.
VISTA TOMADA DESDE LA CUMBRE DEL MONTE OLIVETE

El maestro de la posta vino él mismo á abrirme, despertó al postillon, y le dijo que pusiese mi silla á un caballo viejo, que apenas podía sostenerse; tan arqueadas tenía las manos. Hice algunas amenazas al maestro de la posta levantando la voz, y señalando el caballo que quería montar. El no se asustó, me cogió por la mano con una tranquilidad, que desarmó al momento mi cólera, y me enseñó, haciéndome seña de que no hiciese ruido, treinta ó cuarenta paisanos que dormian en el pajar, al otro extremo de la cuadra. Me aproveché de su consejo, y monté el caballo viejo sin decir palabra, admirado de los sentimientos diferentes, que indicaba este simple rasgo, y reflexionando las dificultades sin número, que nos oponía el odio de los españoles en medio de nuestras mismas victorias.

Llegué al cuartel imperial de Chamartín á la una de la mañana. Uno de sus edecanes despertó al Príncipe Neuchatel: le entregó el pliego de que era portador, y me volvieron á enviar el mismo día á las once de la noche á mi cuerpo de ejército con pliegos para el Mariscal Víctor. Llegué por la mañana á Aranjuez, y el comandante de la plaza me aconsejó que esperase para ir á Toledo la salida de algun destacamento. El director de postas del primer cuerpo de ejército había sido asesinado la víspera en el camino por haberse adelantado algunos

minutos á su escolta. Me habían dicho que las órdenes que llevaba corrían prisa, y continué mi camino montado en un pequeño caballo de requisición. Como estaba solo me veía obligado á servirme á mí mismo de vanguardia, retaguardia y flanqueadores, llegando de galope á las alturas, y mirando sin cesar al rededor de mí para no dejarme sorprender.

Los caballos salvajes de las yeguadas reales mezclados con los gamos, y los ciervos huían de cincuenta en cincuenta á mi llegada. Cuando estuve á algunas leguas mas allá de Aranjuez, ví desde lejos á los paisanos españoles, que acababan de atar á un soldado francés, y le arrastraban á los matorrales para degollarle. Marché á ellos con toda la velocidad de mi caballo, y tuve la fortuna de llegar aun á tiempo de librar al infeliz prisionero: era un soldado de infantería, que había salido la víspera del hospital de Aranjuez, y abrumado de fatiga se había sentado mientras que sus camaradas continuaron andando. Le escolté hasta su destacamento, que había hecho alto no lejos de allí y continué mi camino.

Nada más lastimoso que el espectáculo que se presentó en seguida á mis ojos. Encontré á cada paso los cuerpos mutilados de los franceses asesinados los días anteriores, y jirones de vestidos ensangrentados esparcidos aquí y allí. Estaban estampadas en el polvo las señales recientes de la lucha que algunos de estos infelices habían sostenido, y los largos tormentos que habían sufrido antes de espirar. Las chapas de cobre de sus morriones era lo único que daba á conocer que eran soldados, y á qué regimiento pertenecían. Los que atacaban así en el camino de Toledo á los franceses eran guardas de los bosques reales, y paisanos que habían abandonado sus aldeas á nuestra llegada, los cuales habían adquirido mucha ferocidad de costumbres, por el hábito de una vida vagamunda y solitaria.

Entregué en Toledo mis pliegos al mariscal Victor, y volví á mi regimiento la víspera del día que entró de guarnición en Madrid.

Los españoles de las llanuras de Castilla volvían ya en sí de la consternación momentánea, que les había causado nuestra llegada. Los habitantes de los lugares que ocupábamos, se habían retirado á las montañas, ó á los bosques, con sus mujeres é hijos; espiaban desde allí todos nuestros pasos, y se emboscaban cerca de los caminos reales para esperar nuestros correos y ordenanzas, ó para asaltar de improviso á pequeños destacamentos de fuerzas inferiores.

Cada día recibíamos algunas noticias funestas de los cortos destacamentos que habían quedado detrás del ejército para las comunicaciones. En todos los lugares en que habíamos dejado, como en Alemania, puestos de correspondencia de nueve ó quince hombres solamente, fueron degollados.

La Junta española se había retirado á Mérida, y en seguida fué á Sevilla. Acababa de enviar á los Alcaldes y á los Curas, aun en los lugares que ocupábamos, la orden de exhortar á los soldados españoles á que se reuniesen á los cuerpos á que pertenecían. Estos soldados de la Patria marchaban de noche por caminos extraviados, para evitar el encuentro de nuestras tropas; y así es como los ejércitos dispersos de los españoles se rehacían sin cesar de sus desastres con una facilidad inconcebible. Cuando el ejército de Castaños llegó á Cuenca después de la derrota de Tudela, estaba reducido á nueve mil hombres de infantería y dos mil caballos, y un mes después, cuando la acción de Uclés, este mismo ejército se componía de más de veinticinco mil hombres. Después de la derrota del ejército del general Black en Espinosa, costó mucho trabajo al Marqués de la Romana reunir cinco mil soldados, y á principios de Diciembre había ya reunido veintidós mil hombres en las inmediaciones de León.

Aunque la Junta española era un gobierno débil y mal consolidado, tenía sin embargo mucha influencia cuando auxiliaba el movimiento que la Nación se había dado á sí misma; este movimiento debía ser tanto más durable, cuanto era enteramente voluntario.

Los Generales españoles, como su gobierno, no tenían autoridad, sino cuando obraban en el sentido de la opinión de aquellos á quienes mandaban: no podían detener á sus soldados en los sucesos felices, ni contenerlos en los reveses; y estos ejércitos indisciplinados arrastraban consigo á sus jefes á la victoria ó á la huida. El orgullo nacional de los españoles era tan grande, que no querían jamás atribuir sus reveses á falta de experiencia, ó á la superioridad militar de sus enemigos: cuando eran batidos acusaban á sus jefes de traición. El General San Juan fué ahorcado por sus soldados en Talavera, las divisiones de Andalucía quitaron el mando al General Lapeña, y el Duque del Infantado se vió obligado á encargarse en Cuenca del ejército.

Los españoles eran un pueblo religioso y guerrero, pero no militar: despreciaban todo lo que era tropa de línea, y carecían de buenos oficiales, de sargentos y de todos los medios que caracterizan un ejército bien arreglado. Consideraban la guerra presente como una cruzada religiosa contra los franceses por la Patria y por el Rey; y una cinta encarnada con la inscripción: *vencer ó morir por la* PATRIA *y por* FERNANDO VII, era la única distinción de la mayor parte de sus soldados ciudadanos. Á la primera convocatoria los hombres de todas la provincias marchaban casi desnudos á las grandes reuniones, que ellos llamaban sus ejércitos. Allí el deseo que tenían de vencer los hacía soportar, con una paciencia admirable, privaciones á que todo el poder de la disciplina más severa no hubiera podido reducir á las mejores tropas de línea.

Los pueblos de las provincias manifestaban generalmente, aun en el tiempo de nuestras victorias, mucha incredulidad en cuanto á las ventajas que conseguíamos: ningún español quería creer los desastres de la España, y confesarla vencida: este sentimiento, que estaba en el alma de todos, hacía á la Nación invencible, á pesar de las pérdidas individuales y de las derrotas frecuentes de sus ejércitos.

Los ingleses habían entrado en España hacia el fin del año 1808. Trece mil soldados, á las órdenes del General Sir D. Baird, habían desembarcado en la Coruña el 14 de octubre, y se habían adelantado por el camino de Lugo hasta Astorga. Otro ejército de veintiún mil hombres al mando del General Moore, comandante en jefe de todas las fuerzas británicas, había salido de Lisboa el 27 del mismo mes, y llegó á Extremadura y á las Castillas por los caminos de Almeida, de Ciudad Rodrigo, de Alcántara y de Mérida. La división que marchaba por el camino de Mérida se había adelantado el 22 de Noviembre hasta el Escorial. Todos los cuerpos ingleses debían reunirse en Salamanca y en Valladolid, para ir á reforzar al ejército español del centro que estaba en Burgos. Cuando este ejército fué dispersado, así como el del General Black, Sir D. Baird se retiró de Astorga á Villafranca, y más tarde cuando los franceses marcharon sobre Madrid después de la batalla de Tudela, el General Moore llamó al cuerpo inglés, que se había adelantado hasta el Escorial, y concentró su ejército en las inmediaciones de Salamanca. Los ejércitos ingleses permanecieron cerca de un mes en Villafranca y Salamanca, sin saber lo que debían hacer: no podían ni marchar adelante contra las fuerzas inmensas de los franceses, ni retirarse por el recelo de desanimar á los pueblos de España, y de abatir su espíritu nacional, que aun existía á pesar de los grandes reveses.

Hubo una mala inteligencia momentánea entre los españoles y los ingleses, lo cual produjo la desunión en sus operaciones militares. Los españoles olvidando que los ingleses no eran más que auxiliares, les echaron en cara la lentitud de sus primeras marchas, y en seguida su inmovilidad. El General inglés culpaba á los españoles de haberle ocultado constantemente su situación y sus reveses, y de haber exagerado sin cesar la fuerza de sus medios de resistencia.

Se engañaba, como el jefe de los ejércitos franceses, sobre el carácter español, y miraba generalmente como engaño todo lo que el patriotismo hace creer y decir á pueblos desprovistos de recursos militares, pero fuertes por el carácter nacional, y que son indomables por lo mismo que exageran de buena fe sus recursos.

Los españoles llegaron á persuadirse que los ingleses querían abandonarles á su propia suerte. Los franceses creían también, según opinión general, que los ingleses no pensaban más que en reembarcarse en Lisboa y en la Coruña, y enviaron más allá de Talavera hacia Badajoz al Mariscal Lefebre, para amenazar la comunicación del General Moore, y obligarle á volver á bajar prontamente el Tajo. El Mariscal Soult, que había quedado en las fronteras del Reino de León, se preparaba también para entrar en Galicia: iba á ser reforzado por el cuerpo

ILMO. SR. D. EDUARDO PALOU Y FLORES
NUEVO SENADOR POR LA UNIVERSIDAD DE MADRID.

del General Junot, que venía de Francia, y se adelantaba hacia Burgos.

En este tiempo llegó la noticia el 21 de Diciembre al Cuartel imperial de Chamartín, que uno de los puestos del General Franchesci había sido hecho prisionero en Rueda la noche del 12 al 13, y que partidas de caballería inglesa habían despejado el campo, adelantándose hasta las puertas de Valladolid. Estas partidas avanzadas pertenecían al ejército del General Moore, que había salido de Salamanca el 13 de Diciembre, y había pasado el Duero para reunirse á los trece mil ingleses, que el General Sir D. Baird traía de Villafranca, proponiéndose hacer un ataque combinado con las tropas españolas del Marqués de la Romana contra el Mariscal Soult, que ocupaba con quince mil hombres los pueblos de Guardo, Saldaña y Sahagún á lo largo del pequeño Cea. El 21 una brigada de caballería de la vanguardia inglesa, á las órdenes del General Paquet, atacó y derrotó un regimiento de dragones franceses, que el Mariscal Soult había dejado en Sahagún.

El Emperador Napoleón, instruído del movimiento de los ingleses, salió el 22 de Madrid con su guardia y el cuerpo del Mariscal Ney, para ir á cortarles la retirada hacia la Coruña. Llegó el 23 á Villacastín, el 25 á Tordesillas, el 27 á Medina de Rioseco, y el 29 de Diciembre por la mañana su vanguardia, compuesta de tres escuadrones de cazadores de á caballo, mandados por el General Lefebre, se presentó delante de Benavente, donde estaba el ejército inglés. El General Lefebre, hallando cortado el puente sobre el Esla, pasó este río á nado, y rechazó hasta las puertas de la villa los puestos avanzados de los ingleses. Este General, llevado por el ardor de perseguirlos, se olvidó de reunir sus cazadores, y de hacerse preceder por descubridores, y vino bien pronto á las manos con la caballería enemiga. Los cazadores franceses fueron obligados á repasar el Esla, dejando en poder de los ingleses sesenta hombres heridos ó desmontados, entre los cuales estaba el General. Los franceses volvieron á formar en batalla en la margen opuesta, y se preparaban á tentar una carga desesperada para rescatar á su jefe prisionero, cuando los ingleses hicieron avanzar rápidamente cerca del puente cortado dos piezas de artillería ligera, que tiraron á metralla, y obligaron á retirarse á los escuadrones franceses.

Los ejércitos anglo-españoles habían tenido noticia de la marcha de Napoleón en el momento en que se preparaban para atacar al Mariscal Soult en la villa de Carrión: se habían retirado precipitadamente desde el 24 sobre Astorga y Benavente por los caminos de Mayorga, Valencia y Mansilla. Estos ejércitos hubieran sido cortados probablemente en los desfiladeros de Galicia, si el ejército francés no hubiera sido considerablemente detenido en su marcha por las nieves, que acababan de caer en la sierra de Guadarrama, y por los torrentes que habían salido de madre.

Napoleón llegó el 30 de Diciembre á Benavente, y no pasó más allá de Astorga; volvió el 7 á Valladolid con sus guardias, y pocos días después estaba en Francia haciendo preparativos para marchar contra Austria.

El Mariscal Ney permaneció en Astorga para guardar los puestos de Galicia y organizar el país: el Mariscal Soult continuó persiguiendo al ejército del General Moore hasta la Coruña. Los ingleses devastaban enteramente el país por donde se retiraban, y las tropas del Mariscal Soult se veían obligadas á ir á buscar cada día los víveres á grandes distancias del camino, lo que aumentaba sus fatigas, y retardaba considerablemente su marcha. La vanguardia del cuerpo del Mariscal Soult alcanzó sin embargo en Villafranca, y en seguida en Lugo la reserva del ejército enemigo, pero no era bastante fuerte para trabar una acción. En un encuentro que tuvo lugar en el primero de estos pueblos los franceses perdieron al General de caballería Colvert.

Los ingleses se vieron obligados el 16 á dar batalla delante de la Coruña antes de reembarcarse. La acción fué sangrienta y vivamente disputada. Los franceses ganaron al principio terreno, pero los ingleses volvieron á tomar por la tarde la fuerte posición en que se habían situado para cubrir su flota, y se embarcaron la noche del 16 al 17. El General Moore fué muerto por una bala de cañón durante la batalla, en el momento en que traía á la carga á un cuerpo que había sido rechazado.

(Continuará.)

DON EDUARDO PALOU Y FLORES

El Claustro universitario de Madrid, eligiendo el último domingo de Febrero para que lo represente en el Senado al Ilustrísimo Sr. D. Eduardo Palou y Flores, no sólo ha dado una prueba señalada de consideración á uno de sus más antiguos é insignes Catedráticos, sino que ha honrado á todo el Clero de esta Diócesis, y en general á todo el Clero español en la persona de un Sacerdote dignísimo. Nuestros plácemes al docto Claustro, y nuestra cordial enhorabuena también al Sr. Palou, que ha sabido con su conducta ejemplar, con sus bien aprovechados talentos y con sus condiciones de carácter poco comunes, granjearse este legítimo triunfo, y al mismo tiempo, conquistarlo para la clase respetabilísima á que pertenece.

Es el Sr. Palou uno de los más antiguos Catedráticos de la Universidad de Madrid. Apenas si habrá en ella quien pueda disputarle el Decanato. Por Real orden de 31 de Octubre de 1854 fué nombrado Catedrático sustituto de segundo año de Teología, y dos años después, en 1856, se presentó á las oposiciones para la Cátedra de Teología Dogmática, que fueron por cierto muy reñidas, y de las que salió el Sr. Palou victorioso por completo, pues el Tribunal lo colocó por unanimidad de votos en el codiciado y glorioso primer lugar de la terna. Magnífico remate de una brillante carrera fué tan señalado honor para el Sr. Palou, que se vió Catedrático por oposición en aquella edad en que los más se contentan con ser discípulos, y que le ha permitido adoctrinar á tres generaciones de estudiantes. En 1859 fué nombrado Decano de la Facultad de Teología, en cuyo cargo no cesó hasta que la muceta blanca fué desterrada del Claustro universitario. Catedrático excedente durante los calamitosos días de la Revolución, volvió al Profesorado activo en 1877, obteniendo la Cátedra de Lengua Hebrea en la Facultad de Filosofía y Letras, y luego pasó al Doctorado de Derecho en que actualmente presta sus servicios docentes. Hoy es Consejero de Instrucción pública.

Es el Sr. Palou muy querido por sus discípulos, á los que, más bien que como á estudiantes, trata como á verdaderos amigos. Sus discípulos lo eligieron hace pocos años Presidente de la Sección de Derecho Canónico en la Academia de Legislación y Jurisprudencia, y allí supo dirigir los debates con exquisita finura y consideraciones á todo el mundo; pero con una firmeza en punto al dogma y disciplina inmutable de la Iglesia, que satisfizo á los más exigentes en tan delicado asunto. No fué reelegido para el cargo, porque no quiso serlo.

Sus servicios á la Iglesia son innumerables, y las gracias que ha obtenido del Soberano Pontífice y de sus diocesanos no pueden escribirse sin fatigar al lector de más paciencia.

El 10 de Enero de 1857, 5 de Octubre de 1867 y 5 de Enero de 1872, fué Examinador y Juez Sinodal para la provisión de los Beneficios curados del territorio *vere nullius* de las Órdenes Militares. En 24 de Noviembre de 1862 el Sermo. Sr. Gran Castellán de Amposta, Bailío de Lora del Río y Comendador de Alcolea en la Orden de San Juan de Jerusalen, se sirvió nombrarle Visitador general eclesiástico, Juez de testamentos y Obras pías de las Iglesias Parroquiales, Capillas y Oratorios de la misma jurisdicción. Por Real decreto de 31 de Enero de 1865 fué nombrado Asesor letrado de la Sacra Asamblea de dicha Orden de San Juan en la Lengua de Aragón. En 5 de Octubre de 1867 y 5 de Enero de 1872, fué nombrado para componer el Jurado para la provisión de curato del territorio de las Órdenes Militares. Y en 19 de Febrero de 1869, 12 de Enero de 1870 y 25 de Abril de 1870, fué nombrado Defensor de Matrimonios en demandas de divorcio, por el mismo Tribunal especial.

En 22 de Mayo de 1872, le concedió licencias el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo para bendecir ornamentos, imágenes, y demás objetos del culto que se destinen á las iglesias del Arzobispado. En 6 de Febrero de 1878, fué nombrado Vocal Visitador de la Junta y Casa de Socorro del distrito de Palacio por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital.

Por el Supremo Tribunal de la Rota ha sido nombrado como Teólogo para censurar los ejercicios literarios de oposiciones á curato.

En 6 de Junio de 1872 y 27 de Septiembre de 1878, fué nombrado Juez Sinodal para la provisión de Capellanías castrenses.

Es Censor de obras eclesiásticas que se publican en esta Corte, y Examinador Sinodal de este Arzobispado y del de Sevilla y de los Obispados de Córdoba, Cuenca, Málaga, Jaén, Segovia, Menorca, Ceuta, y del territorio de las Órdenes Militares, desempeñando este cargo actualmente en el Sínodo de esta Vicaría.

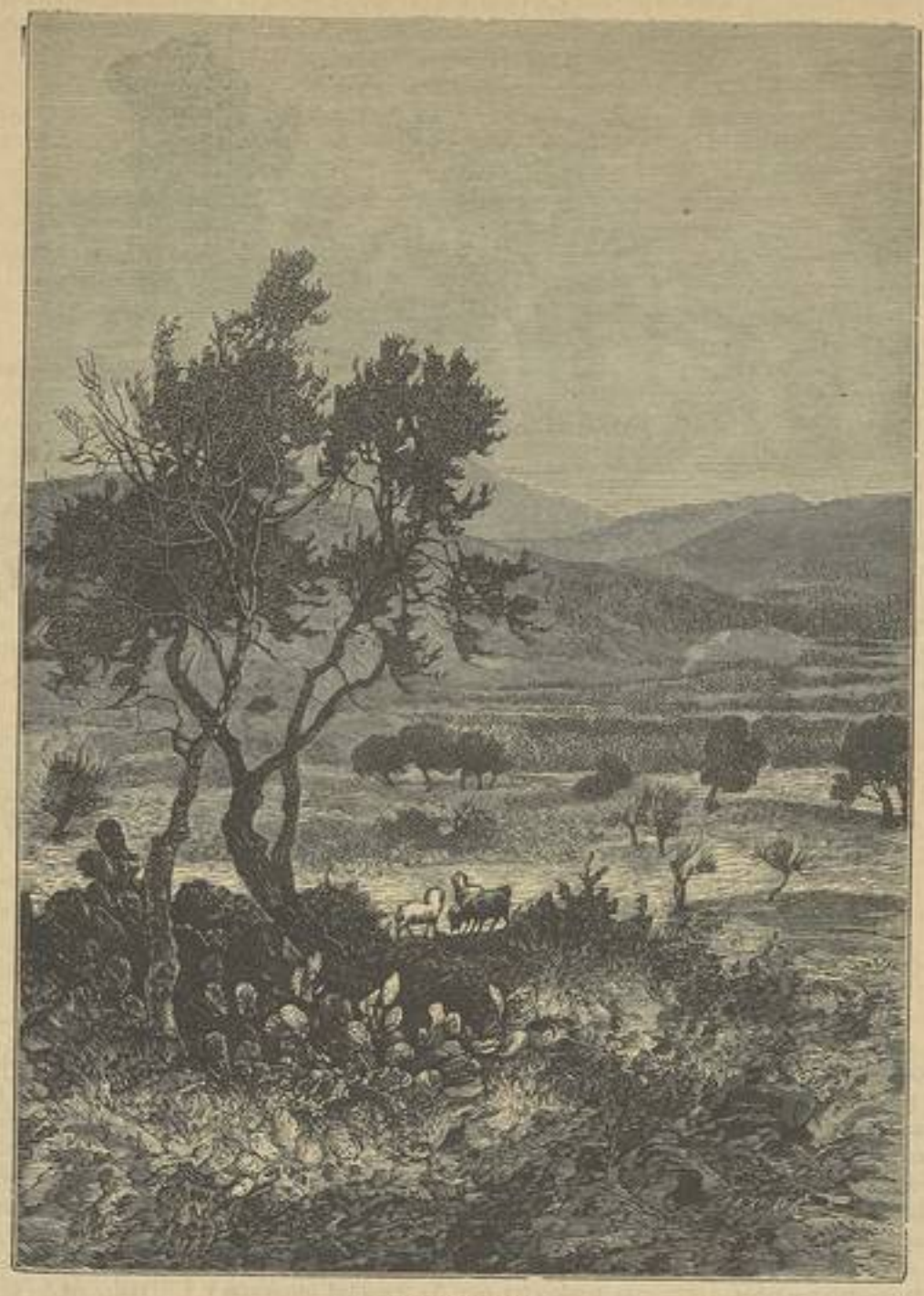
En virtud de Breves Pontificios tiene facultad para bendecir cruces, medallas y rosarios, con aplicación de indulgencias plenarias, para el artículo de la muerte; de conceder la misma indulgencia á los que asistieren espiritualmente, en el indicado caso; de celebrar tres días en semana en cualquier altar por las almas del Purgatorio, como si fuera privilegiado, y licencia para leer y retener libros prohibidos.

Tiene licencias absolutas de celebrar, predicar, confesar personas de ambos sexos, inclusas religiosas, y absolver de los casos reservados en esta y otras varias Diócesis, de la jurisdicción castrense, Abadías de San Ildefonso de Lerma, Obispado priorato de Santiago de Uclés, priorato de Alcántara y Monasterio de las Huelgas, y del Emmo. señor Cardenal Pronuncio Apostólico facultades extraordinarias para casos de conciencia.

Fué Inspector Jefe de la Real iglesia-hospital de San Antonio de los Alemanes, como Vocal de la Junta Directiva del Refugio, patrona de dicha Real iglesia.

Es Académico de la Romana de Religión Católica; Profesor de la Matritense de Jurisprudencia y Legislación; Numerario de la de Sevilla; Socio de número de la Económica Matritense; corresponsal de la Cádiz y de la de Emulación y Fomento Sevillana, individuo de otras corporaciones científicas y literarias.

En 28 de Mayo de 1864, el Rdo. Obispo de Comacchio, Vicario Apostólico, Administrador de la Diócesis de Ripatranzone, de consentimiento unánime del Capítulo de la insigne iglesia de San Nicolás de Monte Prandone, se dignó agraciarle con el título de Canónigo honorario de la misma con todos los privilegios inherentes al propio canonicato. En 12 de Agosto de 1866, el Emmo. Sr. Carde-



PAISAJE DE JUDEA

LAS MONTAÑAS QUE ATRAVESABA SAN JOSÉ CON LA VIRGEN SANTÍSIMA Y EL NIÑO DIOS EN SUS VIAJES Á JERUSALÉN

nal Ugolini, del título de Santa María *in Cosmedin* de la ciudad de Roma, previo sufragio del Capítulo, se dignó nombrarle Canónigo honorario de la insigne basílica del referido título de Santa María *in Cosmedin*, dándole solemne posesión en 15 del citado mes y año.

Por Reales decretos de 19 de Junio y 17 de Agosto de 1860, fué agraciado con el nombramiento de Comendador de las Órdenes de Isabel la Católica y Carlos III, expidiéndosele los correspondientes títulos. En 28 de Diciembre de 1878, S. M. el Emperador de Alemania le concedió la cruz de la Orden de la Corona Real de Prusia.

El difunto Rey Don Alfonso XII, que apreciaba en mucho el talento y el carácter del Sr. Palou, le nombró en 1876 sumiller de cortina, cuyo cargo conserva en la actualidad.

Dos veces, y por solemnes Reales órdenes, ha sido propuesto el Sr. Palou por el Ministerio de Fomento al de Estado por servicios extraordinarios para una Gran Cruz, libre de gastos, cuyo asunto no se ha resuelto todavía, sin duda por extravío de papeles ó demoras de los empleados, tan propias y características de nuestras malas costumbres burocráticas.

Tantos y tan variados servicios, tantos honores y distinciones acumuladas en una sola persona no son obstáculo por cierto para que el Sr. Palou sea, como lo es, el Sacerdote más llano, franco y amigo de las gentes, y de hacerles un favor, cuando cabe sin mengua de la justicia que se conoce. En una semblanza que ha publicado recientemente *El Diario de Cádiz* del nuevo Senador por la Universidad de Madrid, se dice de él que es amigo de toda la población de la Corte, empezando por la Reina y demás personas Reales y concluyendo por los pobres, que tienen en D. Eduardo (como le llaman familiarmente) uno de sus protectores más decididos, constantes y dadivosos. Modelo de legítima y honrosa popularidad, todos acuden á él, y todos sacan de él, ya limosnas, ya recomendaciones, ya corteses palabras de consuelo, cuando no tiene otra cosa que dar.

Nunca quiso figurar D. Eduardo Palou en ningún partido político. *Yo no soy más*, dice á todo el que quiere oirlo, *que un Sacerdote en comunión con la Iglesia Romana*. Y la verdad es que aunque no sea más que eso, ya es ser algo digno de respeto. El Sr. Palou viste siempre de hábito, y celebra todos los días el Santo Sacrificio de la Misa, en la capilla del Hospital de Incurables generalmente.

Tenía que ver el último domingo de Febrero como acudían al Paraninfo de la Universidad los doctores de todas las Facultades á votar para Senador al Sr. Palou. El día era por extremo desapacible, llovía á mares. Las aceras de la calle de San Bernardo eran estrechas, sin embargo, para contener á la multitud de graduados que, desafiando el temporal, ya bajo el tradicional paraguas, ya enfundados en feos y exóticos impermeables, iban á depositar en la urna sus votos favorables á Don Eduardo Palou. Veíanse allí por lo menos tres generaciones de Doctores: viejos de reluciente calva ó blancos cabellos para los que la Universidad, el Paraninfo y el Sr. Palou eran, sin duda, gratísimos lejanos recuerdos; hombres de edad madura, y jovenzuelos de semblantes frescos y aniñados, en que se pintaban el pueril orgullo de la reciente borla y la satisfacción noble de poder hacer un favor á un maestro querido. Fiesta fué aquella de todo el pueblo ateniense, como se decía pedantescamente cuando la conquista de la muceta, del birrete y los guantes se festejaba con tres corridas

EL TÍO PEPET ¡Agua del Alcoraya!

de novillos. Alrededor de la estatua de Cisneros, como los senadores romanos alrededor de la de Pompeyo, departían amigablemente los Doctores complutenses acerca de las grandes tradiciones de su Universidad, recordaban los días en que, jóvenes bulliciosos y más amantes quizás de Alfrodita y de Baco que de Minerva, alborotaban los severos claustros con sus frescas voces ó aplaudían estrepitosamente á un Catedrático de fácil palabra y fantasía florida: jóvenes y viejos, clérigos y seglares, los que llevan la borla como un signo verdadero de sabiduría, y los que suelen ocultarla para no hacer más visible por el contraste su pobreza de erudición, los veteranos de la ciencia y los desertores, todos, en fin, unidos en un mismo sentimiento de adhesión al más antiguo y popular de los Catedráticos se disputaban el honor de llegar los primeros á la mesa rectoral para depositar en la urna sus papeletas de sufragio.....

Han errado los que han atribuído carácter político á esta elección puramente académica y universitaria. Verdad que contra el Sr. Palou se presentó un candidato del partido liberal conservador, y muy digno por cierto por sus condiciones personales. Pero verdad es también que muchos, muchísimos conservadores no votaron por el candidato de su partido, sino por el Sr. Palou; prueba inequívoca que el partido no hizo de la votación cuestión de gabinete, como ahora se dice.

Es seguro que en el Senado el Sr. Palou ha de ser un representante del país independiente que no se afiliará á ningún bando de los que dividen á los políticos españoles. En las cuestiones religiosas y político-religiosas, el Sr. Palou votará siempre con los Prelados ó conforme á lo que los Prelados le indiquen. En las cuestiones libres su voto será sin duda conforme á lo que su conciencia le presente como más útil á los intereses generales del país y á los partidarios de la Universidad Complutense: esta conducta, en un todo ajustada á lo que Su Santidad quiere que sea el político católico, y á lo que el último Congreso Católico admitió con entusiasmo como norma suprema de política cristiana, no puede por menos que merecer el aplauso de periódicos como *El Movimiento Católico* y LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que no tienen otro fin sino el de propagar esas tendencias por Su Santidad inspiradas y favorecidas.

S.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Continuación.)

VI

La tentación.

Todavía estamos en el baile de la señora marquesa de Rumbrye.

En el momento en que ésta y Carral se separaron, Javier condujo á Elena á su asiento.

Era la tercera y también la última vez que bailaba con ella, porque Javier, con su exquisita moderación, había fijado el número de tres contradanzas, como un término á que podía llegarse, pero sin traspasarlo, para no dar motivo á murmuraciones.

Desde entonces la fiesta no tenía ya ningún atractivo para él, que había agotado, por decirlo así, su parte de felicidad.

En el ángulo más retirado del salón en que estaba Elena, contemplaba el bullicioso torbellino que pasaba y repasaba por delante de su vista sin fijarse en nada.

Su aspecto era triste como su corazón; desde que dejaba de oir el sonido de una voz dulce y amiga, su alma se llenaba involuntariamente de melancólicos presentimientos.

Se comparaba á los demás, y este examen de sí mismo rara vez dejaba de hacerlo desgraciado.

Los demás tenían una familia, un padre del que podían envanecerse, una madre, ¡una madre sobre todo á quien poder confiar las penas y los placeres!

Javier estaba sólo en el mundo.

Una mujer había querido compartir con él sus sufrimientos. Amaba y era correspondido, pero no podía abrigar la más remota esperanza de poseerla.

Muy luego, á medida que reflexionaba, sus tétricas preocupaciones se reanimaron con este triste pensamiento: Elena será acaso de otro, porque no puede ser mía.

Ante esa desconsoladora idea, todo cedía el puesto; olvidaba ese amor vehemente, aunque vago, que el huérfano conserva á su madre desconocida; olvidaba el incesante deseo de conocer á su padre, que ocupaba otras veces su pensamiento exclusivamente; todo lo olvidaba para no ocuparse más que de Elena.

¿Y no era Elena su único tesoro? ¿No era ella la primera que había aplicado un bálsamo consolador sobre la honda herida de su alma? ¿No tenía el amor de Elena en lugar de padre, de madre y de familia.....?

Sus miradas ávidas y fijas la seguían de cuadrilla en cuadrilla, envidioso de sus parejas y celoso de los que bailaban frente á ella.

Entre todos, el que más le incomodaba era el pobre Alfredo Lefebre de los Valles, que realmente no valía la pena de semejante cosa. Pero la inexperiencia de Javier le mostraba como grandes ventajas el lujo y la fastuosa elegancia del hijo de la criolla.

También hubiera querido brillar y ser envidiado. ¿Puede extrañarse esto á los veintidós años? Además, todos sus deseos tenían á Elena por objeto.

Cuando decía: «¡Si yo fuera rico!» es porque calculaba que la fortuna acorta todas las distancias.

Siendo rico hubiera dicho: «¡Si yo fuese noble!»

Rico y noble, nada hubiera tenido que envidiar, porque entre todos los jóvenes que llenaban los salones del baile, á él, sin duda, hubiera sido á quien el marqués de Rumbrye hubiese elegido por yerno con preferencia á otro.

En tanto que discurría de este modo, Alfredo Lefebre de los Valles pasó por delante de él apoyado en el brazo de un joven anglomano cuya blanca corbata tenía seis pulgadas de altura.

—¿Has estado de buenas esta noche, *mi dear!* dijo el joven.

—Puedes creerme, Santenac —respondió Alfredo; —no he ganado más que quinientos luises.

—¡Diez mil francos!—murmuró Javier estupefacto.

—Bagatela—replicó el anglomano;—*¡it is very....!*

Y como no halló la palabra, concluyó la frase con un barbarismo de terminación británica.

—Palabra de honor—exclamó Alfredo,—jamás he oído semejante palabra en Inglaterra, Santenac.

—No lo extraño—replicó éste con aplomo—porque es irlandés.

— Entonces bueno, Santenac; pero volviendo á ese bárbaro de Imbert de Presme..... ¿tú sabes quién es Imbert de Presme....?

— Sí, hombre, adelante.

— Pues créeme, si quieres, Santenac; ha ganado diez mil libras á lord Sidney Sturm.

— ¡Bonito golpe!

Los dos jóvenes se alejaron.

— ¡Diez mil libras!—dijo Javier;—doscientos mil francos!

— ¿Soñáis que soy millonario, amigo mío? — pronunció junto á su oído la voz de Carral.

Javier se puso colorado.

— ¡Qué disparate! — contestó; y reponiéndose luego: — ¿no me decís nada de vuestra fortuna de ayer tarde? — preguntó á su vez Carral.

Este hizo un gesto de desagrado.

— Querido — dijo con voz breve; — me haréis un servicio en no hablarme nunca de semejante cosa. ¿Queréis que demos una vuelta?

Javier se levantó, tomó el brazo del mulato y atravesaron juntos varios salones en silencio.

Javier estaba distraído, y Carral parecía meditar el medio de realizar algún plan.

El amante de Elena, arrebatado por una especie de idea fija, repitió maquinalmente en voz baja:

— ¡Doscientos cincuenta mil francos.....!

— ¿Cómo? — dijo Carral admirado.

— Nunca he jugado — exclamó bruscamente Javier mirando á su compañero; — ¿es verdad que se pueden ganar 250.000 francos en una noche?

Un rayo de alegría iluminó el ojo oscuro y profundamente hundido del mulato.

— En diez minutos, querido, — respondió.

— ¡Doscientos cincuenta mil francos!

— El doble..... el triple..... el cuádruple..... — repitió Carral recalcando cada palabra de esta fantástica progresión.

— ¡Es extraño! — murmuró Javier. — Puede uno sentarse pobre en una mesa de juego y levantarse.....

— Tres ó cuatro veces millonario — interrumpió Carral. — Esto se ve diariamente.

— ¡Cosa rara! — repitió Javier volviendo á su distracción.

Carral le dirigió una mirada de ave de rapiña.

Para cualquier observador hubiera sido evidente que esta mudanza de las ideas de Javier favorecían á no poder más el secreto designio del mulato.

— Al pobre joven le persigue la desgracia — decía éste entre sí. — Ojalá estuviese yo tan seguro de vengarme de esa detestable mujer, como lo estoy de hundirlo en el lodo..... ¡Él me ahorra la mitad del camino!

Y como si Javier hubiese querido confirmar este pronóstico, levantó la cabeza y empujando á Carral hacia la puerta del salón:

— Vamos á jugar — le dijo con la energía y entusiasmo de un niño.

— ¡A jugar! — repitió Carral, que tomó al punto el aire prudente y discreto de un mentor. — ¿Habéis perdido la cabeza, querido?

— ¿Y por qué? ¿No es todo el mundo libre de jugar?

— En rigor, todo el mundo puede jugar cuando quiera, en efecto..... pero.....

— Pero ¿qué? — replicó Javier con impaciencia.

— En vuestro lugar, yo no jugaría..... *aquí* — dijo friamente Carral, acentuando con fuerza esta última palabra.

Y como Javier le interrogaba curioso con la vista, el mulato añadió:

— Querido, veo que sois más inocente que una niña la víspera de su primera comunión. ¿No habéis nunca oído declamar contra los jugadores?

— Sí por cierto; pero.....

— Ya sé lo que vais á decir..... que Sautenac juega, que juega lord Sturm, y el comendador Keramblas también, y el bueno de Saint Didier; ¿no es eso.....? Pero el caballero de Sautenac espera cobrar una suma enorme por vía de indemnización de sus pérdidas durante la república, lo cual sabe todo el mundo; lord Sturm es inglés, y si no jugara renegaría de su nación; Saint Didier se ha casado con una mujer rica, y como no tiene hijos puede comerse impunemente su dote; en fin, el comendador está arruinado y jugando está en su puesto..... Pero nosotros, vos sobre todo, es muy distinto. ¡Qué diablo! ¿necesito yo por ventura dar aquí la razón de por qué.....? Cuando uno no tiene más patrimonio que su reputación, lo cual no es gran cosa en verdad, necesita conservarla, so pena de.....

— Ya os entiendo — interrumpió Javier, bajando la cabeza; — los que somos recibidos por gracia en estas reuniones no tenemos derecho á nada; tenéis razón..... No volveré á casa del marqués de Rumbrye.

— Sí por cierto, querido — replicó Carral; — bien puede pasarse por algún inconveniente, á trueque de bailar tres contradanzas.....- No tengáis cuidado ni me miréis con esos ojos, que no voy á nombrarla..... En cuanto al juego,....

— Yo no quiero jugar.

— Eso es otra cosa, — continuó Carral alarmado; — como gustéis, pero yo iba á proponeros un medio.....

Javier no respondió.

Su pasajero capricho había desaparecido; pero en el mismo momento, como si la fatalidad hubiese tomado á su cargo el despertarlo de nuevo, Alfredo Lefebre de los Valles se adelantó hacia los dos amigos, apoyado en el brazo del comendador de Keramblas.

Por la vigésima vez, acaso, refería el gran acontecimiento de la noche.

— Creedme, si queréis, Keramblas — decía — ese Imbert de Presme..... ¿Ya sabéis quién digo.....? Pues bien; ese diablo ha ganado diez mil libras en un momento, á lord Sidney Sturm!

— ¿Qué medio me ibais á proponer, Carral? — preguntó Javier aparentando indiferencia.

— Si no queréis jugar, es inútil; — respondió Carral.

— Es verdad que no quiero, pero sin embargo, decidlo, veremos.

— ¡Pobre joven! — murmuró el mulato.

Y llevando á Javier á un sitio apartado, con voz baja y tono misterioso le dijo:

— Yo soy jugador, ¿entendéis, Javier? y porque lo soy no quiero que vos lo seáis. Es una pasión terrible y mortal, de que sólo puede formarse una idea el que ha sentido sus efectos.

Carral decía la verdad.

Mientras hablaba de juego, su cuerda sensible vibraba con violencia, y no sólo le hacía parecer elocuente sino trágico.

— Pero vos jugaréis una vez — añadió; — una sola vez, porque la primera vez que se juega se gana siempre..... No me interrumpáis ni tengáis duda ninguna; lo que digo es muy cierto. La primera vez se gana siempre..... ¡Escuchadme! Jugaréis como he dicho, pero no en estos salones porque fuera una imprudencia.

Tampoco en una casa pública para evitar que os vean.

Yo conozco un Círculo clandestino.....

— ¡Un garito! — interrumpió Javier con disgusto.

— ¿Qué importa el nombre? Allí se reunen personajes de todas categorías, que han convenido no reconocerse nunca..... Esto es lo importante.

— Jamás me decidiré — dijo Javier.

Un eco lejano de la voz de Alfredo llevó á su oído estas palabras tentadoras:

— Palabra de honor, que ha ganado diez mil libras.

— Iré — exclamó Javier de repente — iré mañana.

— Iremos juntos — replicó el mulato disimulando una sonrisa de triunfo.

Los salones se iban desocupando lentamente.

Javier y Carral se dispusieron para retirarse también.

Al tiempo de despedirse del Marqués de Rumbrye éste alargó la mano respetuosamente á Javier y le dijo:

— Esta semana marchamos al campo á aprovechar los últimos días buenos que quedan; espero

MAL HAYA SEA QUIEN MAL PIENSE

Puesto que mediante su uso habéis logrado conservar hasta edad avanzada vuestros dientes tan sanos como blancos y tan sólidos como á los quince años, puesto que gracias á él exclusivamente poseéis todavía el aliento tan puro como un niño, tened, pues, el valor de proclamar altamente á cuantos deseen saber el secreto del enigma, que sólo debéis esa salud floreciente de la dentadura, de las encías y de toda la boca al **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac**. Y tanto peor para aquellos que os acusen en voz baja el servir de benévolo reclamo á este precioso producto. ¡Mal haya sea quien mal piense!

Agente general. — A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

ALMACENES GENERALES

DEL

LOUVRE

Casa de perfección y confianza fundada en 1870

R. YTURBIDE Y C.ª

2, Fuencarral, 2, Madrid

Equipos para novias, canastillas, ropa blanca, trajes de señora y niños, cortinajes, mantelería, muebles, géneros de punto, lencería, encajes y tapicería.—MUEBLES FRANCESES.

LA VERDADERA

AGUA DE BOTOT

El unico Dentifrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris

El mejor calmante contra los dolores de muelas.

Encomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT con Quina** *para los cuidados de la boca.*

229, Rue St-Honoré, Paris

Y en todas las buenas Peluquerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL DE **THRIDACE** | **VIOLET** unico Inventor 19, Rue des Italiens, Paris | JABON **VELOUTINE**

Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

mi joven y querido amigo, que tendremos el gusto de que nos acompañéis.

Más adelante veremos la influencia que tuvo en la suerte de Javier tan sencilla y natural invitación.

Estaba amaneciendo.

Una enorme fila de carruajes ocupaba todo el largo de la calle; los caballos piafaban, y los cocheros envueltos en sus capotes dormían casi todos sobre los pescantes, en tanto que los lacayos hacían lo mismo al pie de la escalera.

El palacio de Rumbrye no presentaba ya el alegre aspecto de que antes hicimos mérito. Ahora el edificio, negro y sombrío, contrastaba notablemente con la blanca claridad que inundaba el firmamento.

Las luces de las lámparas palidecían, y las altas ventanas no arrojaban al través de sus espesas colgaduras más que lívidos reflejos.

Las señoras que descendían incesantemente las gradas de la escalinata, envueltas en sus capotas, ocultaban sus rostros bajo los capuchones de seda, temerosas sin duda de mostrarlos tan ajados al naciente día.

No se oía más ruido que el pisar de los caballos, el rodar de los carruajes y la voz enfática de los lacayos, llamando á los cocheros ya por su nombre, ó ya por el título de sus respectivos amos.

Carral y Javier hallaron, no sin trabajo, un fiacre que los transportó á la plaza de San Germán.

— ¿Con que iremos mañana, es decir, luego? — preguntó Carral al tiempo de acostarse.

— Iremos — respondió Javier.

VII

La calle Servandoni.

Cuando nuestros dos amigos se despertaron era ya más de medio día.

Carral saltó precipitadamente de la cama y empezó á vestirse.

Javier se mostró más perezoso; había dormido algunas horas, pero con sueño agitado y fatigoso. Más de una vez soñando había estado en el palacio de Rumbrye; había visto á Elena, pero entre la joven y él se colocaba siempre la insignificante cara de Alfredo Lefebre de los Valles, quien abría de tiempo en tiempo la boca para repetir estas palabras:

— ¡Diez mil libras esterlinas!

Ya estaba vestido y Javier todavía dudaba; la idea de ir á un garito le causaba extraordinario disgusto.

Por otro lado estas palabras dichas por Carral la noche antes: «La primera vez que se juega se gana siempre,» le venían á la memoria y atizaban su capricho.

— No iré más que una sola vez — se decía, tratando de disculpar en su conciencia el paso que meditaba..... — Es necesario conocerlo todo.

Cuando entró en el cuarto de Carral éste estaba escribiendo una carta.

— Soy con vos al momento — le dijo, como si hubiese temido que Javier se aproximase demasiado y pudiera leer algo por detrás de sus espaldas.— Cada uno tiene sus misterios, querido, y yo os pido un instante.....

— Todos los que queráis, amigo mío — contestó Javier, y se volvió desde la puerta á su dormitorio.

En dos plumadas Carral acabó su carta, la puso el sobre, abrió la ventana é hizo señas á un mozo de la esquina para que se aproximase.

El mendigo negro estaba en su puesto, de pie, inmóvil y apoyado sobre su largo bastón, junto á la puerta de la iglesia.

Al ruido que hizo la ventana para abrirla, levantó los ojos hacia el balcón, pero al punto los bajó con indiferencia cuando vió que era Carral.

(Continuará.)

CARTA DE SU SANTIDAD

Á NUESTRO QUERIDO HIJO FRANCISCO DE PAULA, DEL TÍTULO DE SAN PEDRO EN EL MONTE JANÍCULO, DE LA SANTA IGLESIA ROMANA PRESBÍTERO CARDENAL BENAVIDES Y NAVARRETE, ARZOBISPO DE ZARAGOZA.

LEON PAPA XIII

Amado Hijo nuestro, salud y Bendición Apostólica:

Muchísimo Nos ha complacido la noticia que nos comunicas en tu carta del mes de Enero último, anunciándonos la celebración de un nuevo Congreso Católico Español, que habrá de verificarse en la ciudad de Zaragoza, presidido y autorizado por los Rdos. Prelados españoles. No menor satisfacción hemos experimentado al ver que pides á esta Silla Apostólica luz y consejo oportuno para que esa segunda Asamblea pueda llevarse á feliz término. Todo esto, en verdad, Nos sirve de grandísimo consuelo y alienta nuestra esperanza, porque ya el primer Congreso Católico celebrado en Madrid en el año anterior, renombrado justamente por los eminentes varones en dignidad, en ilustración y doctrina que en él tomaron parte y que tú presidiste, dió clarísimo testimonio de fe y de singular constancia y fortaleza al defender de una manera tan solemne los derechos de la Iglesia y de la doctrina católica.

De aquí nace la grata esperanza de que el segundo Congreso por tí convocado, y que ha de celebrarse en esa ciudad nobilísima por la piedad de sus habitantes, á la que tanto ennoblecen las palmas de sus mártires y la protección de la excelsa Reina de los cielos, no cederá en importancia al primero de Madrid; antes bien, confiamos en que aun será más célebre por el número de sus miembros y por los resultados que de él han de esperarse. Con gran oportunidad y sabiduría han sido escogidos los temas y propuestas las materias que en el referido Congreso serán objeto de estudio. Solamente resta que sean expuestas las tesis doctamente, y que se expliquen aduciendo valiosas razones que convengan para afianzar, tanto los fundamentos de la Iglesia como los de la sociedad en los tiempos actuales.

Abrigamos esta confianza apoyados en la que Nos inspira desde luego la recta y moderada prudencia y la autoridad de los Obispos que han de dirigir las deliberaciones del Congreso, y muy especialmente en la tuya, amado Hijo nuestro, pues de esa manera obrarás en armonía con la altísima dignidad de que estás revestido. Siendo los Obispos españoles los que presiden esta obra, servirá, sin duda alguna, para que todos los fieles de tan católica nación recuerden las tradiciones venerandas de sus mayores, y tengan en grandísima estima los beneficios de la religión católica, que fué siempre la causa de sus glorias y de su inmenso poderío.

Los copiosos frutos del segundo Congreso estarán en relación con la conformidad, unión y concordia de todos los ánimos para mirar con interés la causa común de la Santa Madre Iglesia, que en las actuales circunstancias tan afligida se encuentra. Esto es lo que muy principalmente encargamos á ti y á los demás Obispos. No se nos ocultan las causas de las constantes discordias y disensiones, que generalmente nacen de la diversidad de opiniones y criterios en materias puramente civiles; cuyas disensiones afectan, por otra parte, á varones católicos, pero que son ellas motivo para que se retraigan de las graves obligaciones que deben cumplir con Dios y con la misma Iglesia. Finalmente, tengan todos presente que han de obrar según les hemos enseñado con toda claridad en nuestra Encíclica de 15 de Enero último, y abandonando así toda lucha y contienda estéril é inútil, unan sus fuerzas á modo de invencible falange para defender la causa católica, puesta en grave conflicto. Por lo cual amonestamos una y muchas veces á ti y á los demás Prelados españoles que aprovechéis la oportunidad que os ofrece la celebración del segundo Congreso, y que no perdonéis trabajos ni fatiga alguna á fin de inclinar todos los ánimos para que no se dejen llevar más del espíritu de contienda, que se opone radicalmente al espíritu de mansedumbre y de paz del Divino Fundador de la Iglesia, y que tanta osadía presta á sus constantes y comunes enemigos. Advertidles, pues, según la naturaleza de este asunto lo pide; rogadles, argüidles, á fin de que no se les oculte que no puede romperse sin grave detrimento esta tan deseada concordia y unión tan elevada y que tan ópimos bienes produce.

Entretanto, recibid, como testimonio de nuestro paternal amor, la Bendición Apostólica, que enviamos á ti, amado Hijo, á los demás Prelados españoles, juntamente con el clero y fieles á vuestra vigilancia encomendados.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 15 de Febrero de 1890, de nuestro Pontificado el duodécimo.

LEÓN, PAPA XIII.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.158.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 9.º — Madrid 25 de Marzo de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pr. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 12 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La década, por Yurique. — *Abogacía*, por Mad. Bourdón (continuación). — *Revista de conocimientos útiles*, por D. E. Mier y B. — *La guerra de la independencia contada y juzgada por un francés* (continuación). — *Poesía mejicana*, por D. Antonio Ballín de Unquera (continuación). — *Pintadas por sí mismas*, por D. M. Polo y Peyrolón. — *Album de poesías: La muerte de Jesús*, por D. Ricardo Guijarro. — *Sobre el mismo asunto*, por el P. Jacobo Campaña. — *El mendigo negro*, novela por Paul Feval (continuación). — *Necrología*.

Grabados.

Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá. — Reproducimos hoy el retrato del Obispo-mártir, cuyo recuerdo en estos días de Semana Santa parece revivir en la memoria de todos los buenos católicos. ¡Que desde el cielo vele el Sr. Izquierdo por su Diócesis de Madrid-Alcalá, por su digno sucesor y por todos sus buenos súbditos los católicos madrileños!

La resurrección de los muertos. — Pág. 99.
Los mártires cristianos. — Pág. 102.
Jesús en el huerto. — Pág. 103.
El descendimiento. — Pág. 108.

LA DÉCADA

A los últimos huracanes del invierno, fríos como el hielo y mortíferos como la flecha envenenada, han sucedido casi sin transición las templadas brisas primaverales. La nieve se ha derretido, y al caer líquida de las copas de los árboles ha dejado descubiertos en las ramas los prematuros brotes. El sol ha lucido sus rayos de los días de gala; el cielo se ha vestido su traje azul; los pájaros han formado su lecho en el nido con las primeras brinzas, y la sangre ha apresurado su correr por las venas, libre ya de los encogimientos del invierno.

¿Quién se acuerda ya del *trancazo*? ¿Quién piensa en aquella horrible época durante la cual era tan frecuente asistir por la mañana á un entierro, por la tarde á un duelo y por la noche á la cabecera de un amigo enfermo? La naturaleza, egoísta y sabia al propio tiempo, olvida pronto los pesares, en cuya compañía no es posible la vida. Si la primavera quiere acreditarse de misericordiosa, preciso es que continúe como se inicia: ardiente, fértil, brillante, exuberante de luz en el cielo, de verdor en los campos y de alegría en las poblaciones. Sólo así podrá arrancar de nuestros corazones la triste impresión de *blanco y negro* que en ellos han dejado las nevadas de los féretros.

Todavía los trajes de duelo se destacarán, durante algún tiempo, sobre el fondo risueño del cuadro. Los vientos invernales han matado mientras han vivido, y todavía sobre la polvorienta carretera del Puente de Toledo se arrastran lentos y perezosos

ILMO. SR. D. NARCISO MARTÍNEZ IZQUIERDO
Primer Obispo de Madrid-Alcalá.

los entierros de las últimas víctimas de la pulmonía. Esta cruel enfermedad no ha respetado edades, ni méritos, ni virtudes. Lo segaba todo: desde el tallo incipiente hasta el robusto tronco, desde la hierba perjudicial hasta la espiga de trigo.

También la redacción de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA tiene que lamentar una desgracia. D. Angel Salcedo, su Director y activo propagandista, llora en estos instantes la pérdida de una madre amantísima; si algún consuelo cabe para estos dolores, sólo la fe es quien puede darlo, y la fe hará esperar al Sr. Salcedo que la que en el mundo fué una santa, en el cielo habrá merecido de Dios Nuestro Señor el justo premio. — R. I. P.

***

El acontecimiento capital de la década es un suceso político de gran resonancia, del cual, sin embargo, no nos ocuparíamos si no fuese porque sobre no haberse desarrollado en la candente arena de la política española, á la cual nos hemos propuesto no descender, tiene aspectos dignos de consideración y estudio para todo el que se precie de católico. Bismarck, el omnipotente y casi autócrata Canciller de Hierro, ha dimitido.

De tiempo atrás, antes de que el drama que empezó en San Remo y concluyó con la muerte del infortunado Federico III la hiciera patente y manifiesta, no era un secreto para nadie la antipatía latente que separaba al viejo servidor y amo al mismo tiempo de Guillermo I y al joven heredero de las dos coronas: no se suponía, sin embargo, que, ascendido al solio, Guillermo II tuviera la energía suficiente para apartar de los negocios públicos á un hombre en torno del cual se agrupaban tantos prestigios y tantas aureolas. La dimisión de Bismarck, aceptada si no impuesta por el novel Emperador, ha sido, pues, para todo el mundo una gran sorpresa.

¿Quién había de creer, por otra parte, que el nombre constantemente repetido en Europa, desde el Neva al Tajo; el nombre á cuya enunciación temblaban los turcos en Constantinopla y se agitaban los irlandeses en su verde isla, y se conmovían los *irredentistas* en Italia, y se alarmaba Egipto, y se le abrían las carnes á Francia, podría ser borrado en un instante de la lista del Gobierno alemán, sin que lo aclamara frenéticamente esa misma Alemania, cuya suerte se juzgaba íntimamente ligada con la del gran Ministro? Y sin embargo, así ha sucedido. Bismarck se ha retirado á su casa; la prensa ha discutido el asunto; las cancillerías han cambiado notas; los grupos de bolsistas y negociantes han cotizado la dimisión..... y nada más. Ni un movimiento de protesta; ni una manifestación de simpatía. Dijérase que, en vez de un coloso, había desaparecido de la escena política un pigmeo.

¿Por qué esto? ¿Será que el primer Ministro de tres Emperadores había llegado á una altura tal que desde ella sólo irradiase el desprecio para los de abajo y éstos hayan visto llegada con gusto la hora del desquite? ¿Será que el prestigio del Monarca, que ya lo tiene merced á su iniciativa y á su actividad prodigiosa, ha eclipsado la fama del Canciller, y que la figura de éste haya desaparecido, como en un cuadro disolvente, dejando poco á poco espacio libre para la de Guillermo II? Problemas son éstos que no pueden resolverse de lejos.

Pero el hecho es que Bismarck no influye ya para nada en los negocios públicos de Alemania, y que el Emperador, aunque cubriendo la vacante del Príncipe con un General semi-desconocido, ha tomado sobre sí el empeño de la alta dirección de la política. No es fácil predecir los rumbos que ésta seguirá; pero si con el Canciller de Hierro se retraen de la vida activa los que fueron sus partidarios y encumbradores, necesariamente Guillermo II tendrá que buscar apoyo en el Centro Católico, á cuyo frente marcha Waldersée. La significación y trascendencia que esto pudiera tener, á nadie se le oculta. Y en verdad que si el Emperador persiste en implantar desde el Trono el socialismo, preciso será que cuente con el partido católico, pues sólo así podrá dar á sus medidas ese carácter de misericordia y de favor al desvalido que predica nuestra religión, y sin el cual, tal vez el socialismo que quiere practicar Guillermo se trocaría en anárquico y demoledor.

Por lo demás, sería verdaderamente curioso que el único Monarca que ha tenido el atrevimiento de pisar el suelo de Roma para visitar á los usurpadores del dominio del Pontífice, se trueque en paladín de la Iglesia y solicite de ésta la fuerza y el auxilio necesario para poder sustituir á quien tal vez soñó con emular á Pipino el Breve, sin tener en cuenta que Herberto de Bismarck no es Carlo-Magno, ni Guillermo II un *Rey Holgazán*.

***

Viniendo á España, dan ganas de marcharse otra vez al extranjero, porque aquí no ocurre nada digno de especial mención para esta *Década*. Lo habrá seguramente para las sucesivas; ya están próximas las festividades de Semana Santa, ya empiezan los planes de diversiones para San Isidro, que este año se quiere celebrar con gran pompa, ya activan sus trabajos los pintores para la Exposición de Bellas Artes..... pero todo esto *irá saliendo* en las décadas correspondientes y aquí estaría fuera de lugar y de propósito.

Para entonces *Fernando*, el habitual cronista á quien hoy interinamente sustituyo, habrá vuelto á encargarse de esta sección, y él hará olvidar á los lectores este insulso paréntesis que la necesidad me ha obligado á abrir y que ya me corre prisa de cerrar cuanto antes.

ENRIQUE.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Mayo 18....

Mi pobre padre conoce ya su estado, y ve claramente la desgracia que nos amaga: hoy me lo ha confesado, diciéndome con un acento que resonará siempre en mi alma: — Mucho te compadezco, Octavia, y mucho siento ver tu juventud sacrificada á tan graves deberes. Mira, hija mía, no me hago ninguna ilusión; conozco mi estado, y sé que el mal es incurable; ya no puedo hacer nada por vosotros, pobres hijos míos; al contrario, en adelante no seré sino una carga.....

Le interrumpí, y, gracias al cielo, encontré en mi corazón con qué convencerle que nunca ha sido tan querido, nunca respetado como ahora. — Tienes el secreto de hacerme amar la vida, dijo; á ti me entrego, hija mía. — Sométile mis planes, expúsele nuestra corta fortuna; juntos discutimos el modo de emplearla, y mi querido padre, ya tranquilo, se persuadió de que con orden y economía podremos vivir, aunque privados en adelante del fruto de su honroso trabajo.

Tuve una gran satisfacción en recibir sus consejos, en someterle mis pensamientos, y si llegara un día en que, debilitada su noble inteligencia, no pudiese ya dirigirme, al menos quedaríame aún el consuelo de conformarme á sus órdenes, y de obedecer en vez de mandar.

Durante estas pláticas, me pareció mi padre más fuerte y más tranquilo; noté que se coordinaban mejor sus ideas; también él se apercibió de ello, pues me dijo con una triste sonrisa: — ¡Es el último destello, Octavia, que luce para ti!

Saint-Omer, Julio 18....

Desde que es definitiva nuestra desgracia y que se ha manifestado la voluntad de Dios en lo que á ella se refiere, siéntome más tranquila, y me he establecido en la situación que me espera. He arreglado nuestros gastos en conformidad con nuestro mezquino presupuesto; he determinado mis ocupaciones de manera que pueda estar siempre á disposición de mi padre, que pueda servirle ó distraerle, según lo necesite. En su cuarto es donde doy las lecciones á Francisquita y á Edmundo, pues conozco que esto le distrae, y algunas veces me ayuda en mi papel de maestra de escuela; en su cuarto también es donde hago labor, y frecuentemente me interrumpe para pedirme que le lea algunas páginas de sus queridos libros, que hemos recogido cerca de él. No salgo sino á Misa; una hora de recogimiento al pie del altar aligera, de antemano, el peso del día.

Confieso la bondad de Dios en medio de mis penas. Sí, ¡Dios es bueno! y no cambiaría mi vida tal como es con Dios, por la más dichosa existencia alejada de Él.

Cuando pienso en el tiempo pasado, en mi juventud tan llena de esperanzas, de risas y de locas alegrías, pero tan olvidada de Dios, tan profundamente ignorante del verdadero fin de la vida y de la *única cosa necesaria*, bendigo esa mano celestial que ha cargado sobre mí, que ha alejado de mis labios la copa en que me embriagaba, y que me ha traído al seno paternal del Señor; ahí, hasta donde las lágrimas no carecen de dulzura. ¡Oh caminos de la Providencia, caminos misteriosos, caminos sembrados de espinas, pero iluminados por la luz del Cielo, os bendigo y os adoro! ¡Sin la desgracia, Dios mío, no os hubiera conocido; no os hubiera amado: la desgracia es, pues, un bien y no un mal!

¡Y cuántos bienes, además, no tengo en medio de estas penas! El cariño tan tierno de mi padre, la felicidad de prodigarle mil cuidados, de serle necesaria, indispensable: los progresos de los niños, la amistad de nuestros buenos parientes, todo lo aprecio, nada se pierde para mi alma..... Cuando se bebe á copa llena en el mar de las prosperidades, ¿saborea uno de este modo cada gota de agua.....?

Saint-Omer, Diciembre 18....

Escribo poco; no tengo acontecimientos que contar, y, en cuanto á mis sentimientos, no han sufrido alteración. Las únicas novedades en nuestra vida son ligeros cambios en la situación de mi padre, tan pronto en bien como en mal, las rabietas de Francisquita, los cariños y las gracias de Edmundo. Olvido las primeras; en cuanto á las últimas, no necesito apuntarlas para tenerlas presentes. Inquiétame, no obstante, el carácter de mi hermana: tiene un fondo de impaciencia y de vanidad que no promete para el porvenir. Y el tiempo huye: dentro de un año hará su primera Comunión; cualesquiera que sean actualmente sus defectos, espero mucho de este acto, que es la verdadera aurora de la vida moral en nuestra alma.

Mi padre no cesa de sufrir, y se ve condenado á una inmovilidad completa, á una eterna reclusión; pero sufre como hombre, como cristiano firme, silencioso y paciente. Jamás se queja ni de Dios, de quien respeta las sentencias, ni de nuestros amigos del mundo, olvidadizos de nuestras desgracias, y de quienes excusa la negligencia y los desdenes.

Ha reflexionado mucho sobre la miseria humana, sobre la fragilidad de nuestra alma, tan pronto arrastrada por el placer, tan embebida por los negocios,

LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS.

tan fácilmente distraída de sus afecciones, cuando ya nada en ella halaga los sentidos, ni el amor propio. *Comprenderlo todo es perdonarlo todo.* Menos filósofa que él, siéntome algunas veces entristecida por estas ingratitudes, ofendida por estos olvidos, y herida de esta soledad, que la desgracia ha hecho en nuestro derredor; vivo en ella, sin embargo, con Dios y mi padre; encuentro en ella los dos soberanos consuelos: la oración y el trabajo; pero es difícil desprenderse de sí misma, y abdicar en un día todo lo que tuvo importancia á nuestros ojos.

La familia Duperrón nos ha sido fiel; así es, que la palabra amistad, tan á menudo profanada, es justa y merecida cuando la aplico á esta relación constante, tan poco egoísta, y que nada ha podido alterar. Hoy quiero ya á Fany como si fuera mi hermana.

Saint-Omer, Abril 18....

La buenísima Fany se casa y hace una boda á su gusto y al de sus padres. Me alegro de su felicidad sin que se mezcle ninguna triste reflexión sobre mí misma. Que goce de toda la felicidad que su alma pura y generosa sabrá dar á los demás; que sea esposa querida y madre respetada; que Dios la bendiga en sus bienes y en sus hijos. Todos los votos que el más tierno agradecimiento puede formar hágolos por ella al cielo, pues no puedo olvidar cuántas veces me ha animado, sostenido, consolado; cuánto dulce destello de alegría, su presencia y risueño semblante han derramado en nuestro triste hogar; qué amistad tan fiel me ha despostrado, ni lo que me valió su trato sencillo y cariñoso. Ella y su madre me han hecho conocer lo que vale la bondad, elemento necesario, y sin el cual nuestro pobre corazón se ahoga, se oprime y late con trabajo.

En los días frívolos de mi primera juventud gustábame, prefería la belleza, la elegancia, el talento, las habilidades; esclarecida por la experiencia, cedo el primer lugar á la bondad, que hace sonreír á los que los más brillantes dones de la inteligencia no podrían ni consolar siquiera..... Felizmente Fany no se aleja, se queda en nuestro pueblo, y por ello doy mil gracias á Dios.

Saint-Omer, Junio 18....

La primera comunión de Francisquita se acerca; la hará, Dios mediante, dentro de tres días; y como lo había esperado, los serios pensamientos que inspira, y las graves instrucciones con que la preparan á esta acción tan grande han modificado el carácter de mi hermana. Ha adquirido cierto dominio sobre sí misma, es menos viva con Edmundo, menos dura con Verónica, más respetuosa con mi padre, y más expansiva conmigo. La Religión modera también esa vanidad que me ha afligido tantas veces; no mira ya con envidia á las niñas de su edad vestidas por sus madres con elegancia; es mejor, en fin, y ¡pobre niña ignorante de la vida, no sabe que trabajar en su perfeccionamiento moral es labrar su felicidad! Ya, llevada de un humor violento y envidioso, ha conocido las amargas lágrimas de las malas pasiones; la he visto llorar de ira y de envidia, y he derramado sobre ella lágrimas de dolorosa compasión.

Dios parece haber oído estas oraciones que, desde el fondo de mi impotencia y de mi miseria, elevaba hacia Él, pidiéndole atrajera á sí ese corazón indócil, y por consiguiente desgraciado. Dentro de tres días vendrá este Dios al alma de Francisquita, tabernáculo vivo que he tratado de prepararle, y, me atrevo á esperarlo, acabará su obra. Será para ella el maná celestial que le haga olvidar los vanos placeres de la tierra, el misterioso pan de Elías que la fortifique durante el viaje, y le ayude á llegar al término del camino..... Muchas veces pensando en mi pobre hermana hele aplicado estos versos que gustan tanto á mi padre:

Si vous saviez comprendre et le peu qu'est la vie
Et de quelle douceur cette mort est suivie
Mais que sert de parler de ces trésors cachés
A des esprits que Dieu n'a pas encore touchés! [1].

Pero ha llegado el momento; así lo espero, y Dios tocará su alma para siempre. ¡Quién tendrá, ¡ay! más necesidad del apoyo de la Religión! Pobre, no necesitará de esta incorruptible riqueza. Huérfana, de esta Providencia maternal. Olvidada, abandonada de los felices, ¿no necesitará de estas esperanzas que levantan al alma más alto de la tierra, recordándole su noble origen y sus nobles destinos.....?

Si vous saviez comprendre....

Saint-Omer, Junio 18....

La grande acción se ha cumplido ya; mi querida Francisquita ha recibido con una emoción conmovedora el Pan de los ángeles, el don de Dios. La bendición paternal acompañábale al pie del altar; ¡pero cuánto se hacía sentir la ausencia de este padre querido! Por la mañana habíale llevado mi hermana, adornada de su velo y vestidos blancos; habíase hincado de rodillas, habíala él bendecido con una ternura que nunca olvidaré. — Mi bendición se extiende también á ti, hija mía, me dijo; ve ahora, lleva á Francisquita á la iglesia; tú haces las veces de padre y de madre.

Francisquita, que estaba muy enternecida, me besó y me dijo á media voz: — ¡Perdóname, Oc-

1 ¡Si supieras entender lo poco que es la vida y la dulzura que sigue á esta muerte! ¿Pero qué vale hablar de estos tesoros escondidos á espíritus que Dios no ha visitado aún con su gracia?

tavia! ¡Muchas veces te he faltado, algunas veces he sido muy mala, dí que me perdonas, para que vaya más tranquila á recibir á Dios!

¡Ah! no pudo dudar de mi perdón ni de mi amistad. Marchamos juntas con Edmundo, y tuve un rato bien dulce al ver el recogimiento de mi hermana en el altar.

¡Mi obra está medio hecha, y si Francisquita y Edmundo crecen para el bien y para la virtud, todos mis sacrificios quedarán más que pagados!

(Continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Su importancia. — Incredulidad vulgar. — Velocidad del viento, del sonido, de la luz y de la electricidad.

Tan grande es el progreso de las ciencias naturales; son tantas sus aplicaciones, tan numerosas las leyes de esta misma índole, que se conocen á fuerza de ingenio y de constancia, y es tanta, por último, la necesidad y la conveniencia para el hombre de saberlas por sus múltiples ventajas y por la disposición que se ha hecho de esos conocimientos por medio del libro y del periódico, que no parece inoportuno secundar esta tendencia de nuestros tiempos, y recordar, condensándolas, algunas de estas verdades importantes, diseminadas generalmente en obras áridas y de lectura y comprensión difícil, ya que ha sido dado á pocos sabios, como á Platón ó al Conde de Buffón, revestir conceptos científicos abstractos y confusos con las galas de la poesía, ó con las flores de su brillante imaginación.

Fenómeno es, por otra parte, curioso y digno de estudio, porque demuestra la desconfianza innata que la razón, diosa para algunos, y sencillamente facultad muy limitada para otros, tiene de sí propia la incredulidad que muestran los ignorantes cuando se les habla de las leyes y hechos naturales, en cuanto se elevan algo sobre las nociones vulgares. Ninguno cree que las estrellas son soles, centros probablemente de otros sistemas planetarios como el nuestro, ni en su masa inmensa, ni en las enormes distancias á que se encuentran unas de otras, ni mucho menos, y bajando ahora á nuestra tierra, que ésta es un globo compuesto de distintas materias, que se mueve sobre su eje dando una vuelta completa en veinticuatro horas, y que, paralela siempre á ese mismo eje y á una distancia media del sol de 38 millones de leguas, y á razón de 400 leguas por minuto, describe alrededor del sol una elipse inmensa, estando más cerca del mismo sol durante el invierno, época del frío, y más lejos el verano, cuando más nos calientan sus rayos, y cuando el astro que los envía debiera, al parecer, estar más cerca de nosotros.

Esta misma incredulidad se observa también cuando se habla de la velocidad de traslación de algunos agentes naturales, como el viento, el sonido, la electricidad y la luz.

Todos sabemos que el viento sopla con más celeridad en unas ocasiones que en otras. En nuestros climas su velocidad media es de cinco á seis metros por segundo; es regular cuando esta velocidad es de dos metros; si de 10 metros por el mismo tiempo, se llama fresco; de 20, fuerte; de 25, tempestuoso, y de 40, huracán. La causa de los vientos es el rompimiento del equilibrio de la atmósfera, producido por la diferencia de temperatura entre dos puntos más ó menos próximos de la tierra. Cuando se eleva la temperatura del suelo en cierta extensión, relativamente considerable, se calienta el aire, que se halla con él en contacto, y al calentarse se dilata y sube á las regiones más elevadas de la atmósfera, de donde corre, produciendo los vientos que soplan de los países cálidos hacia los fríos. Ese mismo equilibrio se halla roto también entonces al nivel del suelo por el peso mayor, que gravita lateralmente en las capas superiores de la atmósfera, á consecuencia del aire que acude á ellas, resultando de aquí en las capas inferiores corrientes en sentido inverso de las primeras.

El sonido corre por término medio 337 metros por segundo, ó 20 leguas de 4.000 metros en cuatro minutos.

Pero nada de esto es comparable con la velocidad de la luz y de la electricidad, porque la luz se propaga con una velocidad de 32 miriámetros por segundo, tardando en llegar del sol á la tierra ocho minutos y trece segundos. La electricidad corre 180.000 kilómetros por segundo; y, por consiguiente, siendo tan rápida en su transmisión y tan grande su fuerza y su poder, como se conoce desde la más remota antigüedad por los estragos de los rayos, y en nuestro tiempo por sus numerosas aplicaciones á la química, á la industria y á las necesidades de la vida, es fácil de comprender cuán grande no será el empeño del hombre en manejar á su arbitrio esta fuerza natural, y dirigirla en su provecho.

Pero si nos maravilla sobremanera el conocimiento de estos fenómenos y leyes naturales, no nos admiran menos los ingeniosísimos medios empleados por el hombre para averiguarlo.

Parece, en efecto, muy difícil fijar la velocidad de la luz y de la electricidad, siendo tan extraordinaria, y, sin embargo, no han faltado hombres ni recursos para conseguirlo. La de la luz fué conocida exactamente en 1676 por el astrónomo Roemer, observando los eclipses del primer satélite de Júpiter, porque comparando los momentos de su ocultación y de su aparición desde puntos diametralmente opuestos de la órbita de la tierra, llegó á averiguar que la luz tardaba en atravesar esa distancia, perfectamente conocida, un tiempo fijo y determinado, y que cuando la observación se hacía en el otro extremo opuesto, la luz del satélite llegaba el mismo tiempo antes. Otras experiencias posteriores han confirmado sus datos, y ya pasa como un axioma en óptica la verdad conquistada por el famoso astrónomo. La medida de la velocidad del fluido eléctrico parecía á primera vista más escabrosa, porque los fenómenos producidos por él son, en cuanto á velocidad, instantáneos para nosotros. Si se rodea una naranja con un alambre electrizado y se separan suficientemente las dos puntas, la chispa eléctrica salta de ambas en el mismo instante. Si el alambre recorre un circuito de algunas leguas, sucede lo mismo; y, por último, si fuera posible rodear ese alambre á toda la tierra de Oriente á Occidente, de Norte á Sur, ó al contrario, el fenómeno de las dos chispas sería también simultáneo. Debía deducirse, pues, de lo expuesto, que cualquiera que fuese la distancia que había de recorrer el fluido eléctrico, su transmisión era instantánea; pero el hombre dudaba del testimonio de sus ojos, y comprendía, sin embargo, por su razón que el fenómeno en sí no había de ser como aparecía. Y tanto se revolvía esta sospecha, tanto se pensó en la manera de desvanecerla, que al cabo se resolvió felizmente la dificultad. Se construyó para esto una máquina provista de un espejo y de una rueda, movidos velozmente por una rueda de reloj; se hizo el circuito del alambre, y mirando las puntas de éstos, se notó que la aparición de las chispas estando el espejo en reposo era instantánea, hallándose superpuesta una chispa á otra á igual distancia y en una dirección vertical (:); pero cuando el espejo se movía con la velocidad conocida de la máquina, siendo también conocida la longitud del alambre, ó la del trayecto recorrido por el fluido eléctrico, no se presentaban las dos chispas en el espejo en la dirección vertical anterior, sino más á la derecha la del extremo del alambre que terminaba el circuito, y que, por tanto, ésta era posterior en el tiempo á la primera *(:)*.

Y, no obstante, á pesar de estos portentosos descubrimientos, es lo cierto que en ciencias naturales sólo se conocen fenómenos y leyes, no siendo éstas más que una forma constante y necesaria de los primeros. No hay que hablar de las causas, de su naturaleza íntima, y del conocimiento ó explicación de su manera de obrar, porque éstas, en su casi totalidad, son un misterio para la flaca razón humana, á pesar de su divinización por los que trabajan en borrar á Dios de la ciencia, de la política y de la conciencia humana, como si se tratara de engrandecer y celebrar la importancia de un caminante, á quien se encuentra en cierto sitio, y no sabe contestar cuando se le pregunta, ni de dónde viene, ni á dónde va.

E. MIER Y B.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPITULO VII

Ingleses y españoles. — Batalla de Uclés. — En la Mancha. — Costumbres del vivac. — Los de caballería y los de infantería.

El ejército del Marqués de la Romana se había dispersado en las montañas al Oeste de Astorga. La ciudad de la Coruña, rodeada de fortificaciones, fué defendida por sus habitantes, y no se rindió hasta el 20 por capitulación. Las tropas inglesas sufrieron en su retirada todos los males á que están expuestos los ejércitos vivamente perseguidos, en que los soldados se exasperan con todo género de fatigas; y sin haber empeñado en ninguna parte batalla, perdieron más de diez mil hombres, la caja militar, muchos bagajes, y casi toda su caballería.

No se sabe bien cuáles fueron los motivos que empeñaron al General Moore á arriesgar la suerte de su ejército, haciendo contra el General Soult una expedición, cuyo resultado no podía ser en todo caso sino muy incierto, porque este Mariscal podía retirarse sobre Burgos, y ser reforzado por el cuerpo del General Junot. Dirigiéndose sobre Saldaña el General Moore facilitaba á Napoleón, que se preparaba para volver á Francia, la ocasión de atacarle con todas sus fuerzas reunidas.

El General Moore podía dirigirse desde Salamanca por detrás del puente de Almaraz sobre el Tajo á una posición casi intomable, y organizar los ejércitos españoles: esto era lo que más temían los franceses. El General Moore, saliendo de Salamanca, debía retirarse más bien en todo caso sobre Lisboa que sobre la Coruña, á fin de recorrer el camino más corto, y dar á los cuerpos de los Mariscales Lefebre y Soult comunicaciones más largas que guardar, y obligarles de este modo á debilitarse por la necesidad de dejar detrás de sí numerosos destacamentos: el General inglés hubiera proporcionado á las tropas del General la Romana, y á los paisanos de Galicia y Portugal, ocasiones numerosas de hacer la guerra á las partidas francesas. Esta última operación ha sido puesta en ejecución más adelante con el más feliz éxito por el General Sir A. Wellesley.

Se asegura que el General Moore fué engañado con relaciones falsas, y que se comprometió en esta ocasión á quebrantar las reglas del arte militar contra su dictamen y voluntad. Por lo demás es siempre fácil juzgar de las cosas después del suceso: la dificultad de todas las operaciones consiste en prever con anticipación los resultados probables.

Mientras que el cuerpo de ejército del Mariscal Soult rechazaba los ingleses en Galicia, el ejército español de Andalucía hacía delante de Cuenca diferentes movimientos, por los cuales parecía amenazaba á Madrid. El Mariscal Víctor salió el 10 de Enero de Toledo con el primer cuerpo de ejército,

para oponerse á este ejército español mandado por el Duque del Infantado.

El primer cuerpo de ejército estuvo algunos días en las inmediaciones de Ocaña, avanzando lentamente sin tener ningunas noticias del enemigo. Fuese por casualidad ó por ignorancia de la localidad, las divisiones francesas se hallaron el 13 por la mañana de tal modo empeñadas en medio de las de los españoles, que sin tener ninguna intención de cercarlas, ellas mismas se creían envueltas. La división Villate fué la primera que encontró una parte del ejército enemigo, formado en batalla sobre la cresta de una colina elevada y escarpada. Los españoles tenían más confianza en la fuerza de su posición que en la experiencia de sus tropas compuestas la mayor parte de nuevas levas. Cuando vieron la impetuosidad y la sangre fría con que los franceses trepaban por las rocas arma al brazo, se desordenaron después de haber hecho la primera descarga, y encontraron en su retirada no lejos de Alcaraz á la división Ruffin, que buscando al enemigo le había envuelto sin saberlo. Muchos miles de españoles se vieron entonces obligados á rendir las armas: un gran terror se apoderó de todo su ejército, y los diferentes cuerpos que le componían se precipitaban ciegamente en todas direcciones. Muchas de estas columnas enemigas, que procuraban escaparse, fueron á parar al parque de artillería del general Cenarmont, y fueron recibidas por descargas á metralla, que les obligaron á cambiar de dirección. La caballería enemiga encontró un cañón francés con los caballos muy fatigados, y desfiló en silencio por los dos lados del camino. Los franceses hicieron más de diez mil prisioneros, y tomaron cuarenta cañones, que abandonaron los españoles en su huida. Si la división de dragones del General Latour-Maubourg no hubiera estado demasiado fatigada para seguir al enemigo, el ejército español hubiera caído entero en poder de los franceses.

El 13 de Enero, día en que se dió la batalla de Uclés, mi regimiento salió de Madrid para reunirse al primer cuerpo del ejército: el 14 dormimos en Ocaña, el 15 encontramos á tres leguas de esta villa los prisioneros españoles, que venían de Uclés, y eran conducidos á Madrid: muchos de estos infelices caían abrumados de fatiga, y otros morían de desfallecimiento: cuando no podían andar más, eran fusilados inhumanamente. Esta orden sanguinaria había sido dada en represalias de que los españoles ahorcaban á los franceses que hacían prisioneros. Unos medios tan violentos tomados fuera de tiempo contra enemigos desarmados, que debían ser protegidos por su debilidad misma, no podían en ningún caso ser justificados por la necesidad de represalias: estas medidas tan crueles como impolíticas alejaban el gran objeto de la conquista, que debía ser la sumisión durable de los pueblos. Es cierto que impedían el que los paisanos españoles fuesen á sus ejércitos, pero el resultado era que la guerra de emboscadas sucedía á las batallas campales, en las cuales nuestra eminente superioridad de táctica probablemente nos hubiera dado siempre los medios de vencer á nuestros enemigos, y de someter en seguida por la dulzura á los hombres que la disciplina militar tenía ya medio domados. Los franceses hubieran tenido que lidiar con cuatrocientos mil hombres solamente en lugar de doce millones de seres vivientes animados por el odio, la desesperación y la venganza.

Uno de estos desgraciados españoles llamó particularmente nuestra atención: estaba tendido en el suelo, y herido mortalmente, sus largos bigotes negros y su uniforme hacían ver que era un soldado viejo: no se le oían más que palabras mal articuladas invocando la Vírgen y los Santos: procuramos reanimarle con aguardiente, pero espiró pocos minutos después.

Nada hay más horroroso que seguir á alguna distancia un ejército vencido. Como no habíamos tenido parte en los sucesos de nuestros camaradas, que acababan de batir á los enemigos delante de nosotros, ningún recuerdo de nuestros propios peligros, de nuestras fatigas ó de nuestras inquietudes pasadas disminuía el horror de los espectáculos que se presentaban á cada paso á nuestros ojos. Atravesábamos las campiñas desiertas y asoladas, y nos alojabamos á una con los muertos y con los heridos, que se habían arrastrado en el lodo para venir á espirar sin socorro á las casas inmediatas al lugar en que había sido la batalla.

Nos reunimos en Cuenca á nuestro ejército, y nos acantonamos por algunos días en las inmediaciones de San Clemente y de Belmonte. Esperábamos nuestra artillería, que con mucha dificultad andaba una ó dos leguas cada día, porque las lluvias habían inutilizado los caminos de tal suerte, que á veces era preciso reunir los tiros de muchos cañones para arrastrar uno solo. Atravesamos en seguida la patria de D. Quijote para ir á Consuegra y á Madridejos. El Toboso se parece perfectamente á la descripción que ha hecho de él Miguel de Cervantes en su inmortal poema de Don Quijote de la Mancha. Si este héroe imaginario no fué durante su vida de un gran socorro para las viudas y los huérfanos, al menos su memoria protegió contra los desastres de la guerra la patria supuesta de su Dulcinea. Cuando los franceses veían á la ventana alguna mujer decían riendo, *aquella es Dulcinea*. Su alegría dió confianza á sus habitantes, quienes en lugar de huir como acostumbraban á la primera vista de nuestras vanguardias, se reunieron para vernos pasar: las chanzas sobre Dulcinea y Don Quijote fueron un vínculo común entre nuestros soldados y los habitantes del Toboso, y los franceses bien acogidos trataron á los habitantes con dulzura.

Permanecimos más de un mes acantonados en la Mancha. Cuando habitábamos en las casas y cuando vivaqueábamos en los campos, nuestro género de existencia era siempre el mismo; sólo que en lugar de trasladarnos de una casa á otra, dejábamos nuestra hoguera para ir á sentarnos al rededor de la de nuestros compañeros. Allí pasábamos las largas noches en beber y en hablar de los acontecimientos presentes de la guerra, ó en oir la relación de las campañas pasadas. Algunas veces un caballo atormentado por el frío del rocío al acercarse la aurora arrancaba el piquete á que estaba atado, y venía con suavidad á poner su cabeza cerca del fuego para calentar sus narices, como si aquel antiguo servidor hubiera querido recordar que también él se había hallado en la batalla de que se hacía mención.

La vida que teníamos sencilla, agitada al mismo tiempo, tenía sus males y atractivos. Cuando estábamos al frente del enemigo veíamos á todas horas del día entrar y salir destacamentos que traían noticias de diferentes partes de España muy lejanas. Cuando recibíamos la orden de estar prontos á montar á caballo, podíamos ser enviados á Francia, á Alemania y á la extremidad de Europa, del mismo modo que una expedición de poca duración: cuando nos separábamos no sabíamos si nos volveríamos á ver: cuando nos deteníamos en alguna parte, ignorábamos si debíamos permanecer algunas horas, ó meses enteros. La más larga y más momentánea espera se pasaba sin fastidio, porque estábamos siempre aguardando un acontecimiento imprevisto. Las más de las veces carecíamos absolutamente de las cosas más necesarias á la vida; pero nos consolábamos en la escasez con la esperanza de una mudanza próxima. Cuando nos hallábamos en la abundancia, nos apresurábamos á disfrutar, nos acelerábamos á vivir, y todo lo hacíamos de prisa porque sabíamos que nada debía durar. Cuando el cañón de las batallas sonaba á lo lejos anunciando un combate próximo en un punto de línea enemiga: cuando los cuerpos marchaban en diligencia al lugar de la acción, se veían á los hombres, á los amigos que servían en diferentes cuerpos, detenerse para abrazarse, y darse un pronto adiós: sus armas se tropezaban, sus plumeros se cruzaban, y volvían prontamente á sus filas.

El hábito de los peligros hacía mirar la muerte como una de las circunstancias más ordinarias de la vida. Nos dolíamos de nuestros compañeros heridos; pero cuando ya no vivían no se manifestaba hacia ellos más que una indiferencia, que llegaba á menudo hasta la ironía. Cuando los soldados conocían al paso uno de los camaradas extendido entre los muertos, decían: *ya no tiene necesidad de nada: no maltratará más á su caballo; no podrá ya emborracharse*, ó algunas otras proposiciones de esta naturaleza, que manifestaban en los que las proferían un desprecio estoico de la existencia: ésta era la única oración fúnebre de los guerreros nuestros que fallecían en los combates.

Las diferentes armas que componían nuestro ejército, particularmente la infantería y la caballería, se diferenciaban mucho entre sí por sus costumbres y hábitos. Los soldados de infantería, no teniendo de qué ocuparse, sino de sí mismos y de su fusil, eran egoístas, grandes habladores, y grandes dormilones. Condenados en campaña por el miedo del deshonor á marchar hasta morir, se manifestaban inhumanos en la guerra, y hacían sufrir á otros cuanto podían todo cuanto habían sufrido ellos mismos: eran respondones, y algunas veces insolentes con sus oficiales; pero en medio de las excesivas fatigas que soportaban, una buena palabra los volvía siempre á la razón, y los hacía reir, y olvidaban todos sus males desde el momento en que se oía el primer fusilazo de los enemigos. Generalmente se acusaba á los húsares y cazadores á caballo de ser merodeadores, pródigos, amigos de beber y de creer que todo les era permitido al frente del enemigo. Acostumbrados á no entregar, por decirlo así, más que un ojo al sueño, y á tener abierto siempre un oído á la trompeta de alarma, á descubrir en las marchas muy adelante del ejército, á inquirir los ardides del enemigo, á adivinar los menores rastros de sus pasos, á registrar los barrancos, y á ver, como el águila, á lo lejos en la llanura, habían debido adquirir una inteligencia superior y hábitos de independencia. Sin embargo, estaban siempre silenciosos y sumisos delante de sus oficiales por miedo de que los pusiesen á pie.

Fumando sin cesar para adormecer la vida, el soldado de caballería ligera desafiaba en todos los países debajo de su ancha capa los rigores del clima. El jinete y su caballo acostumbrados á vivir juntos contraían algunos caracteres de semejanza. El jinete se animaba con su caballo, y el caballo con su señor. Cuando un húsar poco sobrio dirigía á su ligero caballo á los barrancos y á los precipicios, el caballo tomaba entonces el imperio que la razón daba antes al hombre: medía su atrevimiento, redoblaba la prudencia, evitaba los peligros, y volvía siempre después de algunos rodeos á tomar en la fila su puesto y el de su dueño. Algunas veces también durante la marcha el caballo amortiguaba poco á poco su paso, ó se inclinaba á propósito para mantener en la silla al húsar borracho que se había dormido. Cuando despertaba éste de su sueño involuntario, votaba, lloraba viendo á su caballo jadeando de fatiga, y hacía juramento de no volver á beber más. Durante muchos días marchaba á pie, y se privaba de su pan para partirlo con su compañero.

Cuando un carabinazo oído de la parte de las centinelas alarmaba á un campo de caballería ligera, en un momento los caballos estaban embridados, y se veía á los soldados salvar por todas partes los fuegos del vivac, los vallados y los fosos, y marchar

LOS MÁRTIRES CRISTIANOS.

JESÚS EN EL HUERTO.

con la rapidez de un relámpago al sitio de la reunión para rechazar los primeros ataques de los enemigos. Sólo el caballo del trompeta permanecía inmovil en medio del tumulto; pero desde que su jinete cesaba de tocar, saltaba con impaciencia, y se apresuraba á reunirse á sus camaradas.

Nuestro cuerpo de ejército salió de la Mancha á mediados de Febrero, y las tropas á las órdenes del General Sebastiani, que había reemplazado al Mariscal Lefebre, vinieron á las inmediaciones de Toledo á observar las reliquias del ejército del Duque del Infantado. Fuímos á ocupar á Talavera, el Arzobispo y Almaraz en la orilla derecha del Tajo enfrente del ejército español de Extremadura. Este ejército había sido dispersado el 24 de Diciembre en el Arzobispo, enfrente de Almaraz por el Mariscal Lefebre: se había en seguida reorganizado y reforzado bajo las órdenes del General Cuesta, había tomado á los franceses el puente de Almaraz, y volado los arcos principales, lo que detenía completamente la marcha de nuestras tropas, y nos ponía en la necesidad absoluta de construir un nuevo puente sobre el Tajo, bajo el fuego mismo de los enemigos, porque aunque poseíamos dos, uno en Talavera y otro en el Arzobispo, los caminos de estos puentes estaban entonces impracticables para la artillería. El Mariscal Víctor puso su cuartel general en el pueblo de Almaraz, á fin de estar más en proporción de proteger los trabajos, y de activar la construcción de las balsas.

Una parte de nuestra división de caballería ligera pasó á la margen izquierda del río para observar los movimientos del enemigo, y hacer reconocimientos hacia su flanco derecho sobre el Ibor.

Mudábamos á menudo de cantones por la dificultad que teníamos en procurarnos forrajes y víveres. Los habitantes habían abandonado casi todo el país que ocupaba el ejército. Tenían la costumbre de emparedar antes de marcharse en un sitio retirado de sus casas todo lo que no podían llevar consigo. De este modo nuestros soldados apenas llegaban á los alojamientos vacíos y sin muebles, empezaban á medir como arquitectos las paredes exteriores de la casa, y en seguida las piezas de lo interior para ver si había algún escondrijo. Se encontraban á veces cubas de vino enterradas. Estábamos acostumbrados á vivir de la casualidad, pasando semanas enteras sin recibir pan, y aun sin poder proporcionarnos cebada para nuestros caballos.

(Continuará.)

POESÍA MEJICANA

(Continuación.)

III

MUCHA parte de la poesía mejicana del siglo actual no lleva impresos los caracteres del país que la vió nacer, y en estas ligeras observaciones no podemos insistir en los autores que la representan. Pero en varios clásicos y en todos los románticos se descubren algunas señales de la influencia local y el predominio de la imaginación que no se halla en el mismo Valbuena, el autor del *Bernardo*, cuando intentó describir en su *Grandeza mejicana* las bellezas de la región. Verdad es que para el Obispo de Puerto Rico, imitador del Ariosto, más que las bellezas naturales eran dignas de estudio en Méjico las obras de los conquistadores. Teniendo que aprovechar el

breve espacio de unos artículos, empezaremos nuestro estudio por un clásico, por un admirador de la literatura bíblica, en una palabra, por Carpio.

Á falta del palacio de Motezuma, cuyas descripciones nos vemos obligados á leer en prosa, veamos el de Baltasar en aquella noche de la última cena, cuya misteriosa inscripción *Mane, Thecel, Phares*, acaba de encontrarse en nuestros días, según ciertos arqueólogos:

« El soberbio salón es un portento;
Las paredes de estuco están doradas,
Y forman el grandioso pavimento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras.
De los remotos climas del Hydaspes
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas
Todo lo animan con su viva lumbre;
Ocupan las estatuas de los dioses
Hermosos y brillantes pedestales,
Y arden enfrente, en pebeteros ricos,
Exquisitos aromas orientales.
Entre las nubes de flotante incienso
Que perfuma la sala reluciente,
Se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
Con regia pompa y con augusta calma,
Como entre humildes y modestas flores
Descuella al viento la soberbia palma. »

He aquí la maldición del Profeta, cumplida aquella misma noche:

« ¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Derrotadas tus bárbaras legiones,
En medio del furor de los combates
Se llevarán las ondas del Eufrates
Hombres, caballos, armas y morriones.
Espada contra el pueblo y los tiranos,
Espada contra magos y hechiceros,
Fuego voraz contra tus dioses vanos,
Contra templos y torres y trincheras,
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Luto se vestirán tus concubinas,
Luto también tus Sátrapas cautivos,
Y llorarán tus príncipes altivos
De Babilonia en las soberbias ruinas.
De esta sala y palacio tan brillantes
Quedarán los escombros y cimientos,
Y en sus despedazados pavimentos
Se arrastrarán las víboras errantes.
Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
Cantará triste el pájaro nocturno,
Y rugirán los tigres y leopardos;
Y crecerán los solitarios cardos
Donde apoyas tu espléndido coturno. »

La poesía sagrada, después de Herrera y de Fray Luis de León, no ha producido obra en que la musa religiosa se ostente más severa y al mismo tiempo más engalanada, pudiendo decirse de ella como de la diosa disfrazada de Virgilio:

« *Vertis pedes defluxit ad imos,*
Et vera incessu patuit Dea. »
Deslízase á los pies la vestidura,
Gozosa en el andar se manifiesta.

Comparando nosotros, en un escrito anterior á éste, á Carpio con Byron, que trató el mismo asunto, decíamos: « Carpio se proponía enseñar, y con la fe del católico, declamar contra la corrupción de las costumbres. También él había visto derrocarse un gran trono; Byron veía en el zénit el sol de su patria y murió viendo flotar sobre las cumbres de la Hélade un trono y un pueblo nuevos. Carpio era clásico, romántico Byron; no podía entrar con más desventajas en la lid con el vate mejicano, sea esto dicho en desagravio á los manes del gran cantor de Sevilla y de Venecia. « Carpio era de la familia de Elraj, que veía al Señor no siempre entre el fuego, ni entre la conmoción siempre; Byron era de otra familia, de la de los Profetas de Baal, que dudaban de la asistencia divina para conseguir la lluvia, y creían lograrla, ó fingían creerlo, con grandes alaridos. »

Después del Rey que profana los vasos del templo y los cuerpos, vasos de las almas, encenagándose en los deleites, el Rey que canta la nonada del mundo y las fantasmas de la gloria. He aquí la versión de algunas estrofas de Nezahualcoyotl por D. Juan Villalón:

« Los ríos, los arroyos y las fuentes
Corriendo van; pero jamás alcanzan
Volver á do nacieron sus corrientes;
Y corren más, y mientras más avanzan,
Más ahondan sus tumbas, y dolientes
Al mar se arrojan y por fin descansan.....
Tal es el curso de la vida humana;
Ayer no es hoy, ni hoy será mañana.
Aspiremos ¡oh nobles texarcanos!
Á la vida inmortal del alto cielo;
La materia perece entre gusanos,
Pero el alma hacia Dios levanta el vuelo.
Del Eterno en los campos soberanos
Todo es gloria y amor, paz y consuelo,
Y esos astros que tanto nos deslumbran
Lámparas son que su palacio alumbran. »

He aquí, dentro de la misma escuela poética, cómo José Cuéllar saluda á Cervantes:

« ¡Cervantes inmortal, mártir sublime!
¡De España los dolores
Y de émulos bastardos los rencores
Despertaron en tu alma la amargura!
Pediste pan dentro el hogar vacío,
Y sólo el hambre ¡ay Dios! llamó á tu puerta
Cuando el alma tenías,
Para dar gloria á España,
De par en par abiertas.
No hubiste pan, y altares merecías;
Lloraste, y hoy te llora el mundo entero;
La risa con que tú te estremecías
Resuena en nuestros días
Como un eco de gloria placentero;
Hondos fueron tus males
Viviendo en el olvido,
Y al escribir con lágrimas de sangre
Tu Quijote inmortal, legaste al mundo
En su dolor profundo
Tu época retratada
En su tremenda y ronca carcajada.
Es que el genio inmortal que al mundo vino
Tocado tu alma había,
Y en medio á los vaivenes del destino,
Tú soldado, ya pobre, ya doliente,
Brillaba ya sobre tu noble frente
Lauro inmortal que el mundo envidiaría. »

Peón Contreras, hablando de Cortés, canta:

« ¡La patria de los héroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
De la noble Castilla! El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellón ibero
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda al universo entero.
Y tú, gigante sombra, que apareces
Girando en torno mío,
El galardón recibe que mereces.
Harto, en momento impío,
Te hirió la ingratitud, cuando apuraste
El cáliz de la envidia hasta las heces;
Pues fué tan grande el mundo
Que legaste á tu patria con tu empeño,
Que te miró pequeño
Ante grandeza tanta.
¡Hoy la posteridad tu nombre canta;
La vil calumnia desarruga el ceño,
Y pedestal eterno te levanta! »

El Sr. Riva Palacio, usando un lenguaje intermedio entre clásicos y románticos, dedica este soneto al Escorial:

« Resuena en el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.
En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.
Palpita allí el recuerdo, que allí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano
Que la vida cruzó sin un amigo,
Aguila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo. »

Sobre Felipe II hay dos juicios enteramente contrarios y que pretenden ser imparciales; los adversarios apenas han encontrado frases como las del anterior soneto. Más pretenciosa quiso ser, pero no resultó tan bella, la de Théophile Gautier, cuando llamó el monumento:

« *La debauche de pierre du Tibère espagnol.* »

Quintana fué quizá mejor intérprete de un partido que oráculo de la historia cuando hizo hablar á los Monarcas sepultados en el mismo panteón. Quintana era principalmente un poeta político, y por eso fué coronado en la *edad de la política*, á la manera que Petrarca, cantor erótico, lo fué en la *edad del amor*.

Presentemos ya algunos ejemplos de poesía, por decirlo así, regional, y comencemos por los de Altamirano:

« ¡Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes;
Las neblinas de los valles
Hacia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan,
O en las cañadas se esconden;
En ascuas de oro convierten
Del astro rey los fulgores;
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres,
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores
En el manto de los prados
Y en la alfombra de los bosques. »

En su composición *Las Amapolas*:

« Arde la tierra, bien mío;
En busca de sombra vamos
Al fondo del bosque umbrío,
Y un paraíso finjamos
En los bordes de ese río.
Aquí, en retiro encantado,
Al pie de los platanares,
Por el remanso bañado,
Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.
Suelta ya la trenza oscura,
Sobre la espalda morena,
Muestra la esbelta cintura,
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.
. . . . . .
Entre las palmas se pierden.....
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.
Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida va,
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar. »

La mañana, descrita por Agustín Cuenca; este cuadro debe bastarnos para juzgar al autor como eminente colorista, digno de figurar en la escuela veneciana:

« Tiende el sol, cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos, la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.
Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores
La vidriera de colores
Del esbelto campanario.
Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso
Con un turbante de llamas.
Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas,
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Le envuelve en doradas blondas.

De carmín tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.
. . . . . .
Todo es luz, aves, aromas,
Fuego el sol, llanto el rocío,
Flores el juncar, las pomas
Roja grana, las palomas
Blanca nieve, espuma el río [1].
. . . . . .
Lasciva al placer arroja
Del pudor los blancos velos.....
Cesa su tebril congoja,
Y cuando ella se sonroja
Ya tienen bajo los cielos,
Los arroyos más cristales
Y los cardos más espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
Y el torreón más golondrinas.»

(Continuará.) A. BALBÍN DE UNQUERA.

PINTADOS POR SÍ MISMOS

No he comprendido nunca por qué el libre-pensador se refugia en la parte más recóndita y menos palpable de su sér en busca de epíteto que bien le cuadre para nombre de pila. Más propio sería denominarse libre-hablador y aun libre-operante, pues precisamente lo que caracteriza á dichos señores y los diferencia del resto de los mortales es que, no solamente piensan, sino, lo que es peor, hablan y obran libremente; es decir, sin respeto alguno á las leyes divinas ni humanas, y hasta sin el más trivial comedimiento de los que el trato social impone á las personas bien educadas. Y es el caso que al proclamar el libre pensamiento, la libre palabra y la libre acción, para ser consecuentes con sus principios, debieran querer para los demás estas libertades que se arrogan, y nadie por ende más liberal y tolerante que ellos. Precisamente sucede, pues, todo lo contrario: el libre-pensador de raza es ante todo y sobre todo sectario legítimo de su ideal, propagandista infatigable, absolutista, tirano de conciencias, intolerante, ferozmente intransigente. Si queréis hacerle perder los estribos, sacarle de quicio y sulfurarle, en una palabra, en uso de las mismas libertades que él proclama y practica, pensad, hablad y obrad como católico ferviente, propagad la buena nueva, obtened triunfos, haced prosélitos, y en vez de levantar tribuna contra tribuna, oponiendo escuela á escuela, periódico á periódico y libro á libro, hace lo que Judas, busca en el acto cuerda y árbol para ahorcarse. En prueba de mi aserto, paso á referir cierta hazaña cometida no hace mucho por los libre-pensadores de una capital de provincia, que no quiero nombrar, porque mi propósito se reduce á desenmascarar á dichos señores, poniéndoles la paleta en la mano para que se pinten á sí mismos, nunca mortificar á nadie, ni herir el natural amor propio de localidades determinadas.

Pues señor — y no va de cuento—se presentó en la capital dicha cierto fraile, sobre el cual Dios ha derramado á manos llenas el espíritu evangélico y la elocuencia. Desde sus primeros sermones cautivó la admiración de aquel piadoso vecindario que acudía á las iglesias en que el fraile predicaba, como acuden las abejas á la miel. Los pocos sectarios de la ciudad contestaron en sus periódicos con cachufletas de mal género á los triunfos oratorios y evangélicos del misionero. Pasaron días, dió el fraile unos ejercicios espirituales en una de las parroquias de la ciudad, produciendo tan honda impresión y efecto tal en el auditorio, que acudieron á la comunión general casi todos los adultos del pueblo. La presencia de tantos fieles, hombres sobre todo, e el banquete eucarístico sulfuró á los libre-pensadores. ¡Ellos que alardean de impiedad celebrando banquetes públicos de promiscuación en Viernes y Jueves Santo! Es lo cierto que desde entonces el fraile misionero fué, para el microscópico grupo de libre-pensadores de la capital, verdadera espina que taladraba su corazón, comidilla incesante que animaba sus conversaciones; negro fantasma que les robaba el sueño. Resolvieron, por lo tanto, perderle, como en ocasión análoga hicieron con Cristo, Señor nuestro, los Príncipes con los Sacerdotes y los fariseos; y para lograrlo comenzaron á espiarle y á tomar antecedentes de su vida y costumbres, que más ó menos veladamente publicaban después los periódicos sectarios.

— Pero, señor — decía uno de tantos — ¿qué quieren ustedes que haga? Joven él, bien comido y bebido él, desocupado él..... naturalmente..... yo haría lo mismo, y lo que siento es no haberme metido fraile.

— Aun está usted á tiempo. Cambie usted esos lienzos finísimos y suaves paños por el burdo sayal, el charol por la sandalia, el blando lecho por tarima dura, la carne por las berzas, y cátese usted á Periquito hecho fraile.

— Ríase usted, hombre, ríase usted. Todo eso son pamplinas: ahí los tiene usted lucios, colorados y rozagantes. Las berzas no crían ese pelo.

—Dice usted bien, amigo mío: no había yo caído en la cuenta de que ese aspecto sano y esa alegría del alma que en los colores del rostro se pintan eran hijos de las juergas, borracheras, comilonas, y sobre todo del hábito de pasar las noches de claro en claro junto al tapete verde y los días de turbio en turbio, levantándose cuando el sol declina y pastando á todas horas en los prados de Epicuro.

En esto estaban, cuando se presentó alborozado uno de los compinches diciendo:

— ¡Ya cayó.....! ¡ya cayó.....!

— ¿Quién?

— El fraile.

— ¿En dónde?

— Lo han cogido durmiendo en el departamento de las monjas.

— ¡Qué escándalo.....! Por fuerza, señor, por fuerza..... Lo que yo digo: joven él..... gordo él..... holgazán él.....

No contentos con comentar el hecho de esta manera incivil, por no calificarla de otro modo, en pleno casino y á altas horas de la noche, se apresuraron á telegrafiar lo ocurrido á periódicos de Madrid y de otras partes en estos ó parecidos términos:

« Se ha sorprendido al Padre fulano durmiendo tranquilamente en el departamento de las Hermanas de la Caridad de la Beneficencia. »

« No sabemos si tendrá consecuencias la quedada del Padre tal en la Beneficencia. »

Dirán mis lectores: literatura *motinesca*. ¿Quién se asombra ya de esos eructos literarios?

Hay, no obstante, motivo para asombrarse y aun para indignarse, porque lo ocurrido lisa y llanamente fué lo siguiente:

El Misionero daba ejercicios á las Hermanas de la Caridad de la Beneficencia, y para evitarle molestias, se acordó que durmiese en el cuarto del Director espiritual de las Hermanas; pero lo escandaloso, lo ridículo, lo indecente fué que, con el pretexto de averiguar si se habían escapado ó no unos asilados, se presentase á altas horas de la noche el Gobernador civil con sus acólitos á recorrer aquel asilo, y que al pasar por la puerta del cuarto dicho preguntase á la Hermana que le acompañaba:

— ¿Quién está ahí?

—Ahí duerme el Padre fulano de tal que nos está dando ejercicios espirituales.

No se atrevieron á entrar, y sin embargo, los partes, los comentarios y el escándalo consiguiente salieron de allí.

Al primero de los telegramas puso un periódico de la Corte que lo publicó el correctivo natural, burlándose de que el hecho de dormir *tranquilamente* de noche causase á nadie extrañeza.

Al segundo se lo pondremos nosotros diciendo: ahí los tenéis de cuerpo presente y pintados por sí mismos.

M. POLO Y PEYROLÓN.

[1] Lope de Vega define el alba en un verso:

« De frente de carmín y pies de plata. »

ALBUM DE POESIAS

LA MUERTE DE JESÚS

I

Orgullosa levanta
la gran Jerusalén, la ciudad santa,
sus pórticos, sus muros, sus palacios;
y con regio decoro,
radiante como el sol en los espacios,
altiva ostenta su mayor tesoro,
su prodigioso templo,
del mundo admiración, del arte ejemplo.
Allí en copas de oro
salta espumante el vino en los festines,
huelen á azahar y á rosa sus jardines,
y al romper el Cedrón los valladares
cuajando de esmeraldas sus riberas,
susurran blandamente las palmeras
los ecos del cantar de los cantares.

—

Pero ¡ay! esa Ciudad tan esplendente,
cuna de luz donde el placer se anida,
lleva en su corazón profunda herida,
su pronta ruina con terror presiente,
y allá en la noche, cuando está dormida,
un ángel al pasar, sobre su frente
este lema escribió: «*Ciudad deicida.*»

Hoy la ciudad emporio de riqueza
marchita ve su proverbial belleza.....
Hoy ruge..... y se retuerce..... y se anonada.....
Hoy es el día eterno y pavoroso,
más grande y majestuoso
que el día en que brotaron de la nada,
en fulgurante y celestial cascada,
del Hacedor bajo las áureas huellas,
la luz, el sol, el mundo y las estrellas.

De funerario címbalo el sonido
hiere los aires y amedrenta el suelo:
llena de horror, hacia el oculto nido
dirige el ave el espantado vuelo,
y es tan hondo el pavor que al orbe aterra
que no hay un astro en el nublado cielo,
ni hay una flor en la asombrada tierra.

II

Hirviente muchedumbre
camina del Calvario hacia la cumbre;
algo siniestro en su ademán se advierte;
gira en grupos con ronco vocerío,
y en torno van del populacho impío
presagios de dolor, sombras de muerte.
El Justo..... el Santo..... el Fuerte,
allá á lo lejos tras la densa nube
que la revuelta grey ciega levanta,
cruza el camino con celeste planta,
y lentamente hacia el Calvario sube.
La odiosa comitiva,
ébria de gozo al contemplar su presa,
hiere á Jesús..... le empuja..... le derriba
bajo la enorme cruz que tanto pesa.
Y Jesús, fuente viva
del más grande y feliz de los amores,

apura hasta las heces sus dolores,
sufre bajo la cruz fieros agravios,
y levanta la sien llena de abrojos
con la piedad en los divinos ojos,
con el perdón en los sublimes labios.
Llorad, llorad, estrellas solitarias
que en la noche serena
escucháis de los tristes las plegarias;
rompa el mar la prisión que le encadena,
mientras va caminando hacia el tormento
herido, y con su túnica hecha trizas,
el Dios que entre los soles de su asiento
puede envolver en humo el firmamento,
y aventar de los orbes las cenizas.
¡Llorad, llorad, criaturas,
ya Cristo va llegando á las alturas!
¡Ya terminó la dolorosa vía!
¡Ya tiene abiertos los benditos brazos
del pueblo vil entre la mofa impía!
¡Ya retumban terribles martillazos.....!
¡Ya se sienten sollozos de agonía.....!
¡Ya nauseabunda hiel sus labios toca.....!
¡Ya, al entreabrirse su marchita boca,
apenas se oye lo que amante dice!
¡Ya, cual pálida luz en Occidente,
dobla hacia el hombre la angustiada frente
y le ama, y le perdona, y le bendice.....!
Está desnudo en el atroz martirio
el Dios santo y clemente
que viste al ave, y que engalana al lirio.....
Y tiene sed, el Dios omnipotente
que arrancó de una roca en el desierto
agua fecunda en próvido torrente.
Y está lívido, y yerto,
con la faz anublada,
el Dios que enciende del volcán la hoguera,
el que ilumina la creación entera
con el fúlgido sol de su mirada.
Desgarrador gemido
se extiende de eco en eco repetido.....
Tumbas parecen los desnudos montes
y sudarios los anchos horizontes.....
se irrita el mar, el trueno se embravece.....
la desquiciada tierra se estremece.....
rasgan sus blancas vestes los querubes.....
y es que al rayo sangriento y moribundo
del sol que se apagó sobre las nubes
se alza en la cruz el Salvador del mundo.

III

Aterrador, luctuoso y solitario
se destaca entre sombras el Calvario,
mas ya venciendo la tiniebla fría
un destello de gloria el cielo envía.
Es lampo que desciende de improviso
rasgando el seno de la noche umbría.....
Parece ese fulgor por lo indeciso
nuncio de duelo, augurio de alegría.....
y es que un ángel entreabre el Paraíso
para alumbrar á Cristo y á María.
Perdona, oh Dios, que cante tu grandeza
falto de inspiración, pobre de galas;
pues soy tan sólo al pregonar tu alteza
insecto que en tu luz quema sus alas.
Deja que abrace el áspero madero,
signo de redención del mundo entero;
el lábaro divino,
que hará temblar al César en su solio,
los ídolos rodar del Capitolio,
y subyugar el mundo á Constantino.
Déjame que te adore,
que aborrezca mis culpas, y las llore.....
¡Son tan grandes, Señor, que he desgarrado,
como el soldado aquél, con mano ruda
tu dulce, tu purísimo costado!
Deja que humilde ante el Calvario acuda,
que me postre de hinojos,
que clave en ti los anhelantes ojos,
que bese tus pisadas postrimeras,
envidiando esas mansas golondrinas
de la gloria azuladas mensajeras
que sacan de tus sienes las espinas.
Haz que vivamos en tu amor cautivos,
pues tus brazos abiertos
son la hermosa esperanza de los vivos,
y el glorioso regazo de los muertos.

IV

Lejos está, pero el vislumbre asoma
del formidable tren de Vespasiano.....
¡Jerusalén! ¡Jerusalén.....! ¡En vano
tus guerreros aprestas contra Roma,
el mismo Dios que destruyó á Sodoma
hoy caerá sobre tí, pueblo inhumano!
El tenebroso porvenir arredra.....
Está escrito..... Ni piedra sobre piedra
quedará de ese templo portentoso.....
Has de llevar la usura en el semblante.....
y has de vagar errante,
pues sin Cristo no hay calma ni reposo.
¿Oyes el alarido
de la trompa guerrera
que convoca al soldado enardecido....?
Es que ha sonado ya tu hora postrera.
Mira allí, cual flamígera lumbrera
del grande Tito el rutilante escudo.....
al guerrero que arroja el dardo agudo.....
Oye el fragor de la mortal batalla.....
el golpe del ariete que en escombros
derriba tu fortísima muralla.....
Contempla de tus hijas el espanto.....
Mira cual flota en tus cansados hombros
hecho jirones tu vetusto manto.
Hoy caerá tu grandeza soberana,
y otras grandezas rodarán mañana.....
Sólo la cruz de Cristo no perece
y nos conduce á la inmortal victoria;
la cruz que en nuestras tumbas resplandece
puesta en pie señalándonos la gloria.

RICARDO GUIJARRO.

SOBRE EL MISMO ASUNTO [1]

LA MUERTE DE JESÚS

¿Por qué mueres, Jesús, siendo Tú el fuerte
Y tus verdugos míseros gusanos?
¿Quién enclavó tus poderosas manos,
De donde el rayo fragoroso nace,
En ese débil leño?
¿Por qué mueres, bien mío, de esa suerte,
Si es tu esclava la muerte
Y eres Tú de la vida el solo dueño?

—

Sangre á torrentes de tus llagas brota,
Huye la luz de tus divinos ojos,
Que miran y no miran los enojos
Del pueblo infame que el rencor no agota;
Falta á tu pecho trémulo el aliento;
Escóndese el vigor en tus heridas;
De tu Madre á las quejas doloridas
Tu voz ya no responde,
Pero tu amor divino que se inmola
Por nuestra suerte sola,
Ni fenece, ni escapa, ni se esconde.

—

¿Tú mueres, buen Jesús? ¿Tú, que eres fuente
De dulce vida al universo entero?
¿Tú, por quien brilla el sol en el Oriente
Y al ancho espejo de la mar se asoma?
¿Tú, por quien trina el ruiseñor parlero,
Boga el delfín, arrulla la paloma,
Viste la oveja su vellón de nieve,
Pinta el alba las nubes de escarlata,
El tenue insecto zumba
Y el torrente sonoro se derrumba
En blanca y espumosa catarata?

—

¿Tú mueres, manantial de la existencia,
En donde el tiempo su constancia bebe?
¿Tú de la eternidad inmoble asiento?
¿Tú, venero de luz en donde toma
Su rectitud la tímida conciencia,
Su fuerza la justicia,
Se adorna con hechizos la hermosura,
A deleitar aprende la dulzura
Y á combatir la célica milicia?

—

¿Tú mueres, centro y sol de los espacios,
Concierto de los astros que flamean
Y gloria en que extasiados se recrean
Los ángeles del cielo,
Parando el raudo y esplendente vuelo?
Tú mueres y aprisionas
La muerte de los astros fugitiva
Al leño de la cruz, y me perdonas
Mi maldad insensata;
Tú mueres, dulce Amor, porque ye viva.

—

Ya la muerte en su rostro se retrata:
Cárdeno el labio y hervoroso el pecho,
La augusta faz de púrpura cubierta,
Rendido el cuerpo, cual bajel deshecho,
Errante vaga la pupila incierta.
Un grito fuerte de su pecho arranca,
Nuncio de paz y gloria
Como el clarín que canta la victoria:
Todo se consumó, dice espirando;
Y coronada de punzante espina
Sobre su pecho la cabeza inclina.

—

Y el mar rugió y el pecho sacó fuera
Con ronca voz horrísona execrando
El deicidio del Gólgota sangriento;
El sol palideció como la cera;
La tierra se agitó trémula y ruda,
Negándose á llevar sobre la espalda
A aquella fiera de Israel sañuda
Que mata al Inocente;
Las sombras de la noche aterradoras
Vinieron como huestes invasoras;
El valle de los muertos solitario
Poblóse de repente
De esqueletos que arrastran el sudario,
Bajando, al caminar, la triste frente;
Y en la encrespada cumbre del Calvario
Donde Jesús espira,
Apareció nadando en viva llama
El sol de Redención, en paz fecundo,
Que en cascadas de lumbre se derrama
Iluminando el universo mundo.

—

Ya luce claro el sonriente día;
Ya el dolo no es virtud, ni es gloria el vicio,
Ni es la venganza de justicia indicio,
Ni la traición cobarde es bizarría.
Júpiter mira roto
Su cetro refulgente;
Venus desnuda y mísera se siente;
A Eolo arrastra furibundo el Noto;
Eris apaga la encendida tea;
A Juno se le ahuyentan los pavones
Y en los revueltos mares
Concluyen las nereidas sus cantares
Y á Neptuno sumergen sus tritones.
Y es, dulce Redentor, que en la pelea
Con Lucifer, Tú has sido solo el fuerte
Y su negro poder está vencido
Y postrado el imperio de la muerte.

—

[1] Con el mismo título y sobre el mismo asunto, hemos recibido estas dos composiciones magníficas, y de ninguna de ellas queremos privar á nuestros lectores. (N. de LA I. C.)

Rojo de ira y vomitando fuego
Del tártaro penetra en las regiones;
Convoca á sus indómitas legiones,
Que desconocen su tirano yugo
Llamándolo sin miedo su verdugo;
Y él, como va sus penas execrando,
Tu gloria y tu virtud está anunciando.

—

¿Quién, noble triunfador, habrá que cante
El himno de tu gloria,
Si es tanta tu victoria
Que mientras está tu cuerpo en el madero
Exánime cadáver lastimero,
Renovando la tierra
Y abriendo el cielo que la dicha encierra,
Baja al Seno de Abraham tu alma divina
Y rompe las pesadas ligaduras
De aquellos Patriarcas soberanos
Que esperan tu bajada peregrina,
Como el árbol desnudo
Por los rigores del invierno espera
La llegada del alma primavera?
¡Oh muerte de mi Dios, que tanto alcanza
Que encadena á Luzbel y abre los cielos!
Por Tí mitigo del pesar los duelos,
Ya no muere, pues vive mi esperanza.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
de las Escuelas Pías.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Continuación.)

LEVA esa carta donde indica el sobre — dijo éste al mozo, que había venido á colocarse debajo, echándole el billete en el sombrero.

El mozo lo tomó; pero en vez de marchar se sentó en la escalera de la iglesia.

— ¿Qué haces ahí? — preguntó Carral con impaciencia.

Por toda respuesta el bueno del mensajero, que era un joven montañés de rostro alegre y aire simple, se puso á deletrear en alta voz las letras del sobrescrito.

— Al señor..... al seño..... Co.....

— ¡Silencio! ¡Maldito! — gritó el mulato.

El mendigo, hasta entonces impasible, aplicó el oído para escuchar.

— Al Sr. Comisario..... — continuó laboriosamente el muchacho, sin cuidarse más que de descifrar el sobre, para saber á quién había de llevar la carta.

El balcón estaba en el centro de la fachada, y en un ángulo que hacía la casa se veía la ventana del cuarto de Javier medio abierta, y á él de pie delante de un espejo poniéndose su corbata.

Carral dirigió hacia esta parte una mirada inquieta.

— Te he dicho que calles, — repitió el mozo — ¡te prohibo que leas el sobre!

El montañés, absorto en su trabajo, que bien podría compararse á la labor de algún archivero paleógrafo, descifrando una carta merovingiana, no tuvo por conveniente hacer caso de esta orden y prosiguió:

— De..... policía..... del cuartel.....

— ¡Miserable! — gritó Carral fuera de sí.

Javier se asomó á la ventana.

— ¿Con quién reñís, amigo mío? — preguntó.

— No es nada..... nada absolutamente, — contestó Carral disimulando.

— De San Sulpicio — concluyó tranquilamente el muchacho.

En seguida se levantó, y quitándose la montera:

— Basta, señor, dijo dirigiéndose al mulato; ya sé dónde es. ¿Espero contestación?

— No, respondió Carral; anda vivo.

El mozo volvió la esquina de la iglesia.

— ¡Al señor comisario de policía del cuartel de San Sulpicio! — dijo entre sí el mendigo negro que todo lo había escuchado. — ¿Qué significa esto.....? Yo vigilaré á este hombre.

Cuando el montañés partió, Carral recobró otra vez toda su serenidad.

— Y bien, dijo alegremente, ¿vamos á probar fortuna?

— Hoy no, respondió Javier.

— ¿Os arrepentís, querido? Eso no me parece bien.

— No sé si es arrepentimiento ó cobardía, pero no me puedo resolver..... Por otra parte estamos á principios del mes y no tengo dinero.

— Eso no importa — respondió Carral. — Yo os prestaré.

Al decir esto tropezó con el pie en un paquetito que había en el balcón, y tomándolo en la mano exclamó:

— ¡Perfectamente! La maga bienhechora que preside á vuestros destinos, huérfano romántico, ha pasado por aquí esta noche mientras nosotros bailábamos, y ha dejado su contingente. Ya no necesitáis que os preste.

— He aquí la misteriosa ofrenda, y esta vez á la verdad viene oportunamente.

Javier deslió el papel que contenía quince luises como de costumbre.

— La suerte lo quiere — dijo; — ¡vamos á jugar!

Carral no pudo reprimir un gesto de alegría.

Al momento que salieron, el mendigo extendió la mano como de ordinario, pero Javier, distraído y preocupado, no le hizo caso.

— ¿Dónde vamos? preguntó á Carral.

— Detrás de San Sulpicio, á la calle Servandoni.

El mendigo había bajado la cabeza tristemente.

— Es la primera vez que me desprecia — dijo; — ¡este hombre pervertirá su corazón.....! Pero ahora que recuerdo; ha dicho detrás de San Sulpicio y la carta era..... ¡No entiendo nada, pero tengo miedo!

Y acto continuo echó á andar detrás de los dos amigos.

Estos llevaban bastante delantera y el mendigo no pudo verlos sino en el momento en que volvían la esquina del mercado de San Germán.

Para apresurar la marcha se quitó y tomó en la mano sus dos enormes zapatos guarnecidos de clavos, y pudo así redoblar el paso.

Al momento de desembocar en la calle Servandoni, los dos amigos entraron por una puerta y desaparecieron á su vista.

El mendigo continuó no obstante su camino y no se detuvo sino delante de la puerta que había dado paso á los que seguía. Esta puerta se abría á un patio estrecho y oscuro, al extremo del cual se distinguía una escalera de caracol.

A primera vista la casa parecía inhabitada.

Las cinco ventanas de su fachada tenían cerradas y echadas las persianas igualmente en los tres pisos de que la casa constaba, en términos que era imposible que la vista percibiese nada de la parte interior, donde tampoco se oía el menor ruido.

Mientras que todo era vida y movimiento en las habitaciones contiguas, esta casa parecía muerta.

Y sin embargo pocos minutos pasaban sin que uno ó más individuos atravesasen el patio.

Antes de entrar la mayor parte, miraban á derecha é izquierda con cierta inquietud, como si tuviesen miedo ó vergüenza.

El mendigo negro no conocía sino muy imperfectamente las costumbres francesas; pero precisamente por lo mismo desconfiaba de todo.

Lo que había visto desde su arribo á Francia, admirando á veces su razón sencilla, le había hecho concebir cierta vaga aprensión de los hombres, no por él, sino por otra persona querida á quien tenía su vida consagrada.

No pudiendo entrever la sociedad sino desde muy lejos y desde muy abajo, se exageraba, más bien que disimulaba, sus peligrosos misterios.

Sin poder explicarse el motivo de su temor, sospechaba un peligro detrás de las silenciosas paredes de esta extraña casa.

Tanto para tomar aliento, como para estar en acecho, se sentó en el escalón de una de las puertas de enfrente.

Durante el tiempo que permaneció allí, una infinidad de indicios, insignificantes en apariencia, contribuyeron á aumentar su inquietud.

A veces las persianas del piso tercero se removían como si alguien las corriese por dentro; entonces una risotada femenina bajaba hasta la calle, y se sentía cierto ruido metálico parecido al que pudiera hacer un puñado de monedas de oro arrojadas sin contar sobre una mesa.

Otras veces se veía salir un criado y llamar uno de los carruajes de alquiler estacionados en la esquina de la calle.

A esta señal no sólo se aproximaba el coche, sino también una nube de mendigos que abandonaba provisionalmente la puerta del costado de la iglesia de San Sulpicio, donde estaban situados.

Después salía un hombre con la cabeza elevada ó la frente tristemente abatida; la sonrisa ó la blasfemia en la boca, sonrosado de alegría ó lívido de desesperación.

En el primer caso la falange de pordioseros rodeaban el carruaje y pedían la limosna como se exige un tributo; en el segundo se dispersaba sin pedir nada, encogiéndose de hombros con cierto aire de desprecio.

— ¿Qué pasará ahí dentro? — se preguntaba nuestro negro.

Al cabo de una hora, poco más ó menos, Carral apareció en la puerta del patio.

A la vista del mendigo negro, hizo un gesto de despecho y pareció dudar; pero reponiéndose en seguida, atravesó resueltamente el umbral y se marchó á paso acelerado por la calle abajo.

Javier quedaba solo dentro.

El negro estaba confuso y agitado.

De repente una idea atravesó su imaginación y fijó su incertidumbre.

— Los hombres que salen — se dijo — unos desesperados y otros locos de alegría, las palabras que han dejado escapar los pobres de San Sulpicio, el aspecto de la casa, todo concuerda; no hay duda estoy delante de un garito.

¿Pero por qué ha huido Carral?.... ¿Por qué esta carta misteriosa? Esto oculta un lazo.

El mendigo se levantó de su asiento y atravesó la calle.

— Es preciso que yo le vea — añadió por último — es preciso que yo le hable....!

Al momento de entrar se detuvo.

Tres hombres vestidos de negro acababan de volver la esquina y se dirigieron hácia el sitio donde él estaba: el negro se apartó para que pasasen y pasaron en efecto; pero en vez de subir se quedaron en el patio hasta que vieron aparecer en el extremo de la calle una partida de sargentos de villa; entonces, como si fuera esto lo que esperaban, uno de los tres vestidos de negro, que parecía jefe de los demás, sacó del bolsillo una faja de seda blanca, se la lió á la cintura por encima del frac y en seguida

— Subamos, señores — dijo.

El mendigo se dió una horrible palmada en la frente.

— ¡Ya comprendo....! ¡ya comprendo! — gritó

EL DESCENDIMIENTO.

con angustia..... ¡La carta....! ¡han querido perderlo..... y no le puedo salvar!

He aquí lo que había pasado en este tiempo en lo interior del edificio:

Cuando Javier y Carral, después de subir la escalera de caracol, llamaron en el primer piso, un criado salió á recibirlos y los preguntó en qué los podría servir.

Carral respondió dándose á conocer, y entonces el criado abrió una segunda puerta é introdujo á los dos amigos en un vasto salón alumbrado con bujías, á pesar de que era medio día.

En esta sala había una gran mesa circunvalada por tres hileras de jugadores y en el centro un banquero tallaba el treinta y cuarenta.

A la entrada de nuestros dos amigos nadie volvió la cara.

Cada uno estaba tan absorto con las incesantes variedades y cambios del juego, que hubiera sido preciso la caída de un piso ó el arribo de un comisario de policía para distraer la general preocupación.

Carral y Javier tuvieron no obstante á quién hablar.

Un individuo, cuyo cuerpo hético y anguloso soportaba una fisonomía patibularia, se adelantó hacia ellos y saludó á Carral como antiguo conocido.

Era el dueño del establecimiento.

— ¿Cómo va? — le dijo: — ¿El señor es de los buenos? Esta última pregunta la hizo con voz baja y guiñando enérgicamente el ojo.

— El señor es mi amigo — respondió el mulato.

— Reconocedme por vuestro servidor — continuó el dueño dirigiendo á Javier una sonrisa de inteligencia que no produjo ningún efecto. Mi establecimiento está todo á vuestras órdenes. Aquí tenemos el treinta y cuarenta; en la sala de la derecha ecarté y en la de la izquierda golfo; en el segundo piso hay ruleta, banca y cientos, y en el tercero.....

(Continuará.)

NECROLOGÍA

Rogad á Dios por el alma de la Sra. Doña Serafina Ruiz de Salcedo, que falleció en esta Corte en la paz del Señor el día 20 de los corrientes.

Sus hijos D. Francisco de Paula y D. Angel, Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, su hija política, sus nietos, hermana política y demás parientes, ruegan á sus amigos se sirvan encomendarla á Dios.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentifrico ajentado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Inventor 19 bis Rue Vivienne Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 1.108.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el martes 1.° de Abril próximo, de once de la mañana á tres de la tarde, se pagarán por este Banco los intereses correspondientes al primer trimestre del corriente año, de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, y los de la Deuda perpetua al 4 por 100 interior, depositados en las Cajas del mismo ó entregados en garantía de operaciones.

Los interesados pueden presentarse en la Intervención de este Banco á percibir el importe de los intereses por el orden siguiente:

DEUDA AMORTIZABLE AL 4 POR 100

Martes 1.° de Abril de 1890.—Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Sábado	5 id. —	Depósitos transmisibles. —	Resguardos	núms.	170.223 á	212.000
Martes	8 id. —	Idem	id.	Idem	„	212.001 „ 244.100
Jueves	10 id. —	Idem	id.	Idem	„	244.101 „ 261.200
Sábado	12 id. —	Idem	id.	Idem	„	261.201 „ 271.088

DEUDA PERPETUA AL 4 POR 100 INTERIOR

Miércoles 2 de Abril de 1890. — Garantías de operaciones, depósitos intransmisibles, judiciales, necesarios, fianzas y cuentas corrientes de efectos.

Lunes	7 id. —	Depósitos transmisibles. —	Resguardos	núms.	180.594 á	204.100
Miércoles	9 id. —	Idem	id.	Idem	„	204.101 „ 227.200
Viernes	11 id. —	Idem	id.	Idem	„	227.201 „ 244.300
Lunes	14 id. —	Idem	id.	Idem	„	244.301 „ 258.400
Martes	15 id. —	Idem	id.	Idem	„	258.401 „ 261.500
Miércoles	16 id. —	Idem	id.	Idem	„	261.501 „ 266.600
Jueves	17 id. —	Idem	id.	Idem	„	266.601 „ 270.700

Los depósitos en Deuda amortizable al 4 por 100 que por resultado del sorteo de 1.° del actual contengan títulos amortizados necesitan ser retirados por los depositantes, á fin de poder hacer efectivo el importe de aquéllos con el libramiento que se les entregará en equivalencia de los mismos.

Madrid 26 de Marzo de 1890. — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 10. — Madrid 5 de Abril de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes ..... 1,50 ptas.
Tres meses ..... 4 » »
Seis meses ..... 7,50 »
Un año ..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses ..... 9 1/2 pe. fe.
Un año ..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses ..... 11 fr.
Un año ..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses ..... 3 pe. fe.
Un año ..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Decena, por Fernando. — *Abogacía*, por Mad. Bourdon (continuación). — *Poesía lírica mejicana*, por D. Antonio Balbín de Unquera (continuación). — *Sánchez de Castro*, por S. — *Revista de comerciointereses útiles*, por D. Eduardo Mier. — *La guerra de la independencia, contada y juzgada por un francés* (continuación). — *Album de poesías: La madre loca*, por Jiménez Campaña. — *El escéptico*, por D. Enrique Gesta y García. — *La charanga*, por D. I. Llanos y Torriglia. — *El mendigo negro*, por Paúl Feval (continuación). — *Anuncios*.

Grabados.

El P. Enrique Lacordaire. — El grande orador sagrado, honra de la Iglesia, de Francia y de la insigne Orden dominicana, cuyo retrato lucimos en la primera página de este número, nació en *Recey-sur-Ource* (Borgoña) el 12 de Mayo de 1802. En 1822 entró en el Liceo de Dijon, distinguiéndose muy pronto entre sus condiscípulos, pero enfriándose en los estudios sus creencias religiosas, que le habían inspirado sus buenos padres. En 1819 entró en la escuela de Derecho. Como abogado sobresalió tanto, que Berryer le dijo un día: *joven, figurarás en primera línea en el foro francés*. Pero muy luego abandonó su brillante carrera, porque Dios le tocó en el corazón, y volvió á profesar la dulce religión de su infancia. Su fervor le llevó al Seminario de San Sulpicio, cantando la primera misa en 22 de Septiembre de 1827.

Ya Sacerdote, Lacordaire colaboró con Lamennais, Montalembert y otros en *El Porvenir*, periódico cuya divisa era: *Dios y Libertad*, y en el que se desarrollaron las doctrinas de la escuela llamada católico-liberal. Lacordaire defendió calurosamente todas las libertades, especialmente la de imprenta. Extremándose, sin embargo, la tendencia liberal del periódico, quizás por efecto de las polémicas que sostenía, fué censurado por Su Santidad, é inmediatamente firmaron los redactores una solemne retractación. Lamennais tuvo la desgracia de rebelarse contra la autoridad de la Iglesia. Pero Lacordaire, siempre sumiso á la Silla Apostólica, publicó una refutación de las doctrinas de su antiguo director y maestro.

Muchas y muy importantes son las obras de Lacordaire; pero ninguna como las magníficas conferencias de N. S., verdadero monumento de sabiduría y elocuencia cristianas.

Muy conocidos son los acontecimientos posteriores de la vida de Lacordaire, y sobre todo la restauración de la vida religiosa en Francia, que consiguió, como O'Connell, la libertad de Irlanda, merced á esfuerzos maravillosos de valor y de talento. Su muerte fué ejemplar.

Futura Catedral de Madrid. — Justo es y conveniente de cuando en cuando reproducir el bello modelo de la futura Catedral de Madrid, para que los católicos se animen á contribuir á que pronto la Corte cuente con una basílica digna de la importancia de la ciudad y de los piadosos sentimientos de su vecindario.

Don Francisco Sánchez de Castro. — (Véase el artículo.)

A la puerta de la granja. — A la puerta de una granja solitaria que ha encontrado en su camino se sienta un momento á descansar el viajero fatigado. Es la hora solsticiosa en que el sol se oculta tras del lejano horizonte. La naturaleza toda se prepara al sueño. El viajero extiende sus ojos por el melancólico paisaje y permanece sumergido en hondas meditaciones.

LA DECENA

Las funciones de Semana Santa son para el pueblo cristiano las más solemnes de todo el año eclesiástico; nunca como en ellas se siente más al vivo la gravedad y dulzura de la Religión católica, y la sublimidad de sus misterios, ni se despliega con tanta pompa el culto. La Semana Santa para el hombre piadoso es fuente inagotable de espirituales delicias, y muchos que derrocharon las fuerzas de su alma en la disipación de los placeres mundanos sienten en estos días sonar la hora de Dios, se lavan en la piscina de la penitencia, y se alzan á las alturas por

EL P. ENRIQUE LACORDAIRE.

un esfuerzo generoso de arrepentimiento y de caridad.

***

Pues, señor, que no se ha caído el mundo por la retirada de Bismarck. No hay hombres indispensables. Ahora debe meditar en eso el buen canciller, allá en su retiro de Varcése, y si es vanidoso, como aseguran, ha de mortificarle mucho esa consideración. Van y vienen los reyes y sus ministros, los emperadores y los imperios. Pero ya lo dijo Bossuet: *Solo Dios es grande.* Y el Espíritu Santo inspiró aquellas palabras memorables: *vanidad de vanidades, y todo es vanidad.*

***

Pero ¿á qué venir con pensamientos graves, y casi tristes, cuando en España acabamos de conseguir una cosa tan buena, tan óptima, como el sufragio universal que nos han regalado generosamente nuestros legisladores? El sufragio universal es la panacea que ha de curar todos los males públicos, según dice Castelar, del cual es también la observación de que á las cinco y media de la tarde es cuando suelen conseguirse maravillas semejantes. Así por lo menos se lo dijo el gran tribuno á uno de los periodistas que andan por el salón de conferencias á caza de impresiones. Sin embargo, á la gente política más que el sufragio universal preocupa la cuestión Dabán, y la piña de generales que con motivo de ella se ha formado contra el gobierno. Otro periodista, amigo de recuerdos históricos, nos decía la otra tarde:

— Desengáñese usted. En este juego nadie resiste á las espadas. Malo es que hayan caído sobre la mesa del gobierno.

***

Nuestro respetable y querido amigo D. Valentín Gómez, el infatigable propagandista de los Congresos católicos, ha obtenido de Su Santidad León XIII la más honrosa distinción y el estímulo más poderoso que un escritor católico puede recibir. Tal es una carta autógrafa de su Emma. el Cardenal Rampolla, que á la letra dice así:

«Ilmo. Sr.:

»No podía dudarse que V. S. y sus colegas de redacción habrán acogido con sentimientos de gratitud filial la admirable Encíclica de Su Santidad, en la que se exponen con la mayor claridad los principales deberes de los ciudadanos que profesan la fe de Cristo; pero como quiera que V. S., por su carta de 22 del corriente, me ha dado el grato encargo de elevar al Trono Pontificio el homenaje de perfecta adhesión que con tal motivo quería renovar, me cabe la satisfacción de manifestarle que el Augusto Pontífice sintió verdadera complacencia al saber que sus enseñanzas, caídas en buen terreno, han dado á V. S. ocasión para ratificarse en el buen propósito de consagrar sus desvelos á la tan deseada unión entre los hijos de la Iglesia, siendo el primero en dar el ejemplo, con evitar polémicas, de que quiere conformarse de todo punto con las reglas trazadas por la Santa Sede á los publicistas católicos. Y á fin de que el propósito de V. S. pueda obtener aquellos frutos que fueron objeto de los deseos y votos de los Obispos reunidos en el primer Congreso Católico Español, el Padre Santo se ha dignado concederle la Bendición Apostólica que implora.

»Tengo el gusto de participárselo y de declararme con sentimientos de particular estimación.

»De V. S. afectísimo servidor, M. Cardenal Rampolla. — Sr. D. Valentín Gómez, director de *El Movimiento Católico*, Silva, 21, Madrid.

»Roma 30 de Enero de 1890.»

Nosotros, que en la insignificante medida de nuestras fuerzas hemos ayudado al Sr. Gómez en sus tareas de propaganda, en El *Movimiento Católico*, y en esta revista que de *El Movimiento Católico* es hermana, nos sentimos llenos de satisfacción y honrados más en la persona de nuestro director y amigo, considerando sus éxitos como propios nuestros. En este número pensábamos publicar el retrato del insigne campeón de la Iglesia española; pero las circunstancias por que atravesamos nos obligan á demorar el cumplimiento de este deber gratísimo hasta el próximo día 15. D. Valentín Gómez es una de las inteligencias más poderosas y uno de los corazones más puros que sirven á la causa de Dios en España.

***

También ha sido honrado en estos días con una carta de Su Santidad el Presbítero D. Félix Sardá, el infatigable propagandista de las doctrinas católicas en Cataluña, que ha merecido por sus extraordinarios méritos que se le llame el Balmes popular.

He aquí la carta:

«León Papa XIII. — Amado hijo, salud y bendición Apostólica. — De sumo contentamiento Nos fué que en la última fiesta de la Epifanía del Señor hayas querido, en tu nombre y de tus lectores, hacernos patente tu afecto, presentándonos obsequioso homenaje y piadosos votos por el triunfo de la Iglesia, haciéndose este acto mucho más recomendable, por haber, á imitación de los Santos Magos, acrecentado tal testimonio de tu devoción con el ofrecimiento á Nós del óbolo por ti recogido. Nada de eso, no obstante, se necesitaba para que conociésemos tu afecto á Nós, pues harto lo manifiesta el fin que muestras proponerte en la publicación de tu periódico: cual es, de que por su medio se propague cada día más la sana doctrina de la Iglesia. Muy de alabar es tal propósito, y en gran manera debéis esforzaros tú y tus compañeros en llevarlo perfectamente á cabo. Lo cual fácilmente se logrará, si los que se dedican á publicaciones diarias fomentan con diligencia el espíritu de concordia y paz, para no dejarse arrebatar del espíritu de partido, que en diversos sentidos agita á los fieles de España; si religiosa y fielmente obedecen á lo que tiene mandado la Sede Apostólica para extirpar estas disensiones, y asegurar en los ánimos la concordia y unión que Cristo Nuestro Señor quiso hubiese entre todos los que habían de creer en El. Finalmente, si en su modo de proceder enseñan y practican la obediencia debida á los Obispos, que siguiendo las tradiciones de sus gloriosos antepasados permanecen del modo más íntimo adheridos á este baluarte de la verdad.

»Siendo éstos los deberes de los periodistas, es ciertamente lamentable haya algunos que de ellos se desvíen, y que lleguen hasta á abusar de nuestras palabras y Letras, con las que mostramos á todos igual benevolencia, para atacar á quienes no piensen como ellos tocante á la cosa pública, atizando sensibles discordias. Que no hay ciertamente cosa más indigna, pues sólo atiende bajo pretexto de defender la Religión, al desahogo de particulares rencillas con gran daño de la misma y de la caridad, que ahincadamente y de continuo estamos recomendando, á fin de que sientan todos y procuren lo mismo en el Señor.

»Sabes, amado hijo, que para fomentar esta estrecha concordia (que es lo que Nós primariamente y con el mayor empeño hemos procurado en tiempos como los presentes, tan críticos para la Iglesia), se está oportunamente preparando el anunciado Congreso Católico de Zaragoza. Por lo cual no dudamos que tu periódico trabajará con el mayor esfuerzo en excitar á todos sus amigos y lectores á que en el modo y por todos los medios que estén á su alcance secunden los deseos de los venerables Prelados que presidirán este Congreso, á fin de que tenga el éxito apetecido.

»De ello confiados, á ti, amado hijo, y á tus compañeros y á cuantos están suscritos á tu periódico, y demás lectores del mismo, mandamos con el mayor afecto la Apostólica Bendición.

»Dado en Roma, en San Pedro, á los 15 de Marzo de 1890, año décimotercio de nuestro Pontificado. — León Papa XIII.»

***

En ambos documentos insiste Su Santidad, como se ve, en dos puntos: en la necesidad de la concordia entre los católicos y en la necesidad que tienen los católicos de vivir sujetos á los Prelados, ajustando enteramente su conducta á las instrucciones dictadas por los mismos Prelados. Tiempo hace que Su Santidad recomienda ambas cosas en cuantos documentos dirige á sus fieles hijos españoles. La repetición del consejo ¿no es signo evidente de que no se ha obedecido desde un principio? Pero nosotros tenemos confianza en el natural obediente y dócil de nuestros compatriotas, y nos alienta la esperanza de que pronto han de cesar del todo las rencillas y enemistades que sólo alegran á los enemigos de Dios. Nos confirman en tan dulce ilusión los auspicios favorables con que se va preparando el Congreso de Zaragoza. Católicos de todas las escuelas y partidos se apresuran á inscribirse en las listas de socios. El suceso que se prepara será magnífico.

***

El discurso pronunciado por nuestro celoso Pastor en la inauguración de las conferencias del Círculo de obreros, el día 23 de Marzo último, no sólo es un documento notabilísimo por la doctrina sana, profunda y provechosa que encierra y por las galas de estilo que lo revisten, sino que también, y muy principalmente, por la oportunidad y valentía con que se plantean en él los más interesantes problemas de nuestro tiempo. Que, como se ha dicho ya muchas veces, la cuestión social es hoy día la cuestión por excelencia, y ninguna otra tiene en la realidad de la vida tanta gravedad, ni exige que se la resuelva con tanta urgencia.

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para La Ilustración Católica *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Noviembre 18...

Mi Edmundo va á cumplir diez años, y, comprendiendo, por consiguiente, que mis lecciones y mi escasa ciencia le son ya insuficientes, deseaba, desde hace mucho tiempo, hacerle seguir el curso de un excelente colegio que tenemos aquí; pero ¿los medios? Nuestra renta se ajusta tan estrictamente á nuestros gastos, que es casi imposible sacar de ahí nuevas sumas; pensaba en ello con inquietud, pues el porvenir de mi hermana depende de estos estudios, cuando se me ocurrió una idea luminosa. ¿No tengo alhajas? ¿Este legado de mi primera amiga, de mi querida bienhechora, podría emplearlo mejor, y ella misma no había de dictarme este ligero sacrificio?

He abierto, pues, el cofrecillo, cerrado desde hace tantos años; he cogido, para empezar, un aderezo completo de perlas..... ¡Qué recuerdos ha despertado en mí su vista! ¡Oh! Mi juventud, mi primer cariño, mis alegrías, mis esperanzas, ¿qué ha sido de vosotros? ¡Cuántas veces no he visto á mi tía adornada con estas alhajas, y, bella, amable, risueña, encantando á todos los que le rodeaban, por su gracia y su bondad! Mis lágrimas han corrido sobre estos adornos, que me decían tantas cosas, y

mucho me ha costado el desprenderme de ellos. Decidíme, al fin, y llevélas á casa de un joyero.

Mientras desmontaba las piedras y las examinaba experimentaba yo una penosa vergüenza, pues es difícil acostumbrarse á la pobreza y á las humillaciones exteriores que exige. ¡Sométete, corazón orgulloso! ¿No es la voluntad divina la que habla? Y el Dios á quien adoras, ¿no ha sido pobre y desdeñado?

Recibí el dinero con cierta cortedad, pero la idea de que tal vez abría una feliz carrera á mi Edmundo trocó mi tristeza en alegría. Las perlas bastarán para dos años de clase, comprendiendo los libros necesarios; después vendrán algunos camafeos, corales y turquesas; los dones y la amistad de mi tan querida tía se hacen sentir aun después de su muerte; á ella deberemos los adelantos de mi hermano, y, ¡quién sabe! ¡todo su porvenir tal vez!

Saint-Omer, Noviembre 18...

Está en el colegio contento y ufano de sus primeros puestos. Puedo dedicarme más á Francisquita; también para ella la instrucción y la costumbre del trabajo serán un tesoro. Yo he vuelto á abrir mis libros; repaso el inglés y el italiano, que antes sabía; para su edad es ya buena música, y desearía legarle mi corto saber de pintura. Obedezco á las intenciones de mi padre cuidando de la educación de estos pobres niños, y no dejándoles decaer, intelectualmente al menos. Gústame la ignorancia cuando es la de los corazones rectos, sencillos y sometidos á Dios; la que elogió Jesús en la montaña de las bienaventuranzas. Gústanme la instrucción y las luces de la inteligencia, cuando estos dones sirven para el bien; cuando dóciles y nobles corceles hacen adelantar el carro de la fe y de la virtud. ¿Y qué son todos los bienes de la tierra si no sirven á la causa inmortal.....? Así es que no pido á Dios para los niños los progresos de la inteligencia más que en la justa medida, útil á su alma y al alma de los demás.....

Saint-Omer, Marzo 18...

Un pequeño, muy pequeño acontecimiento doméstico, nos ha afligido á todos esta mañana. Dona, la pobre perra vieja, enferma desde hace tiempo, se arrastraba, sin embargo, todas las mañanas hacia el cuarto de su amo; hacíale yo entrar, pues mi padre parecía verla con gusto. Dona no brincaba ya; sus ojos, antes tan dulces y tan vivos, estaban como muertos y sin brillo; echábase á los pies del enfermo y allí permanecía en melancólica quietud, buscando aún con su apagada mirada al amo que había querido. Esta mañana encontré al pobre animal más lánguido que de costumbre; mi padre quiso acariciarle y le llamó; Dona hizo un esfuerzo y trató de lamerle la mano; pero no pudo y cayó muerta.

Mi padre dijo suspirando: —Mi pobre mujer quería á este animal..... —Edmundo, á su vez lloró la muerte del antiguo compañero de sus juegos, y yo misma me entristecí, más de lo que hubiera creído, por la pérdida de la pobre Dona, tan acostumbrada á la casa, y cuyo cariñoso instinto siempre me había sorprendido. Mi tristeza me da un poco de risa y me hace pensar si será que empieza á tener manías de solterona. Pero no importa, aunque así sea, no he de sustituir á Dona.

Saint-Omer, Julio 18...

No puedo disimulármelo; en vano querría forjarme por más tiempo ilusión; la fatal predicción del Dr. Moeris se cumple, y la inteligencia de mi padre, esa luz que brilló por tanto tiempo tan viva y tan pura, se debilita y se apaga..... Se le va la memoria..... la hora transcurrida, el día de ayer no dejan huella alguna en su cerebro; pero recuerda antiguas fechas y habla gustoso y con minuciosos pormenores de su infancia, de su juventud y de los más fugitivos accidentes de aquellos tiempos que en él han dejado una indeleble marca..... ¡Oh, padre mío querido! en este ocaso de tu edad eres más que nunca querido y venerable para el corazón de tu hija; más que nunca quiere dedicarte ahora su vida..... te ocultaré á los ojos indiferentes; pero á los míos siempre serás el amigo más respetado y tierno.

Esta debilidad se va manifestando por grados; á veces la llama del espíritu, por un instante encendida, despide una brillante luz; luego sigue la noche triste noche, en que voluntad, memoria, inteligencia, se ocultan á un tiempo..... Estas imponentes ruinas de San Bertín, que desde mi ventana veo, ¿no ofrecen también lados enteros dignos de admiración? ¿No veo en ellas elegantes columnas, esculturas que ha respetado el tiempo, y junto á estos imponentes restos vacíos, bóvedas que se tambalean, bóvedas derribadas por los siglos? Tal es el espectáculo á que asisto; pero el alma vela en medio de estas ruinas del cuerpo, y aunque parezca agobiada por ellas un día su inmortal y pura esencia, victoriosa de la enfermedad y de la muerte, volará hacia otras riberas; un día, reunida á este cuerpo, hoy tan enfermo, le devolverá una eterna juventud..... yo lo sé, yo lo creo; si la religión no nos ofreciera estas consoladoras perspectivas, ¿cómo podría uno vivir y sufrir.....?

Saint-Omer, Octubre 18...

El tiempo corre, los años huyen, y ningún cambio feliz se opera en nuestra suerte. Mi padre..... no me atrevo á fijarme sobre su situación; pero, ¡qué aislada y agobiada me siento por la responsabilidad de mí misma, desde que la inteligencia que velaba sobre mí desde su cuerpo endeble se ha retirado! El cuerpo existe (¡Dios quiera prolongar por mucho tiempo esta vida, siempre tan preciosa!) ¡pero estoy sola! ¡sin égida y sin consejo! Sin embargo, aun me conoce mi padre: el instinto sublime de la ternura ha sobrevivido á las demás facultades, y se sonríe á mi vista, y, aunque sea muy triste el decirlo hablando de un padre, *me obedece*..... sí, mi voz es la única que quiere oír y la sola que conoce el camino de su oído, y la que algunas veces, muy pocas, vuelve á encontrar el camino de su corazón.....

¡Cuánto compadezco también á estos niños confiados en adelante á mi única tutela! Apenas conozco la vida, el círculo de mis relaciones es muy estrecho, mi instrucción muy limitada, mis luces insuficientes. En cuanto á Edmundo, no me asusta la tarea, pues profesores llenos de celo y de experiencia le educan y le instruyen, y su carácter, tan bueno naturalmente, no necesita sino de algunas advertencias. Pero á Francisquita, nacida con genio altivo y violento, ¡cuánta falta le haría un guía seguro, una dirección en que la autoridad, mezclada de ternura, solicitase á la vez la obediencia y la persuasión!

La impresión de sosiego y de devoción de la primera Comunión comienza á disiparse como el grano de la parábola caído en tierra estéril, y esparcido por los pájaros y el viento, y como el perfume precioso derramado en vaso que nadie se ha cuidado de cerrar, y cuya fragancia celestial se ha evaporado. Y digo esto, porque observo que reza menos en la iglesia, que vuelve la cabeza á todas partes, y que su atención se distrae; lo mismo que cuando una ligera reconvención mía ó una dulce travesura de Edmundo le hace subir los colores al rostro, ya no se contiene como antes, y la palabra vehemente y la respuesta fuera de tino se escapan, pues el saludable freno no las contiene. ¡Está impaciente, colérica del yugo, irritada ya de nuestra humilde y retirada posición; antes de mucho su vanidad se excitará, y tal vez se hará indomable, pues apercíbome con una mezcla de gusto y de cuidado, que Francisquita será hermosa, demasiado hermosa!

Cuando después de un día de trabajo y de lecciones la veo triste y fastidiada, envíola, custodiada por Verónica, junto á mi buena Fany, que siempre la recibe con agrado. Pero Fany, madre de dos hijos, y sobre quien pesan á la vez el cuidado de un gran comercio y de una numerosa familia, no tiene tiempo sobrado para distraer á Francisquita, y esta vuelve más fastidiada que nunca, sin tener, no obstante, de quién quejarse. Parécele nuestra casa muy monótona; sabe de memoria los antiguos cuentos de Verónica, á quien ha estado oyendo repetir desde sus más tiernos años las magnificencias de San Bertín, la trágica historia de Montbailly [1], y hasta los más insignificantes actos de nuestra familia (sin olvidar los de Dona), desde que entró á formar parte de ella. Algunas veces, cuando mis tareas me dejan un momento, trato de divertir á la pobre niña; invento charadas y las representamos. (Cordeliere y Trident obtuvieron días pasados un éxito completo.) Me pongo al piano, y hago bailar á los dos hermanos; pero Francisquita, aunque se presta á todos estos juegos, no se entrega á ellos, y hasta los trata con cierto desprecio; ¡los reflejos del mundo brillan á sus ojos! Frecuentemente me hace preguntas sobre París, sobre las fiestas á que yo he asistido en otro tiempo, y se animan sus ojos, á pesar de que mis respuestas son siempre vagas y sin brillo. Luego suele decirme con repentino abatimiento: —¡Yo no he de ver nunca eso! ¡Tendré que consumirme y morir aquí!

Un día Fany, por consolarla, tuvo la imprudencia de decirle: —¿Quién sabe? Eres bonita; si llegas á ser amable, y si adquieres habilidades, podrías ocupar algún día un puesto en el mundo.....

Chocóle á Francisquita esta respuesta; desde entonces estudia el piano con gran celo, y como yo le he enseñado á solfear, prueba á cantar mis viejas romanzas. Su voz será hermosa..... todo en ella parece hecho para el mundo..... ¡Cuánto peligro!

Dos de entre nosotros, al menos, se divierten de nuestras charadas y de nuestra música, Edmundo y mi pobre padre. El primero representa con un furor de colegial, compone papeles, inventa trajes, con un entusiasmo y un brío enteramente graciosos. Sus risas, sus cantos, alegran á mi padre; se ríe cuando oye la voz de su hijo, cuando ve pasar delante de sus ojos los trajes fantásticos con que Edmundo se adorna, pero esta risa me da pena, me hace llorar; ¡triste risa aquella en que no se refleja la inteligencia!

El rey Lear, en el colmo de sus desdichas, ¿no se reía, no cantaba también? Alma de mi padre, alma grande, generosa y tierna, ¿no os volveré á encontrar? ¿En dónde estáis? Será preciso aguardar á los eternos días para hallarla? ¡Valor! ¡Vivamos de la fe, mientras esperamos vivir de la luz eterna!

(Continuará.)

POESÍA MEJICANA

(Continuación.)

Joaquín Teller, *en presencia del Mar de Veracruz*, exclama:

« ¡El mar, el mar! Sus ondas encrespadas
Estréllanse á sus pies con ronco estruendo;
La gaviota gentil se está meciendo
Encima de las olas agitadas.

Allí se alzan las playas dilatadas
El Atlántico airado conteniendo,
Y el *Norte*, su melena sacudiendo,
Silba en montes y selvas y cañadas.

Ante este cuadro espléndido, sublime,
El pensamiento permanece mudo.....
Dios á los mares su grandeza imprime.

Sírvele, mar, á Méjico de escudo,
Contra todo poder que al pueblo oprime,
Y en terrible vaivén ruge sañudo. »

1 Montbailly, acusado de parricidio por dos falsos testigos, moría en el suplicio; su inocencia fué reconocida.

La poesía es, en nuestro concepto, como el arte militar; sus grandes triunfos son las sorpresas. Y lo es y grande el pensamiento final del soneto, que en un asunto así trillado, como la descripción del mar, imprime nueva belleza y vida.

De Hijar en sus *Recuerdos del hogar*:

« Un soberbio vapor, el *Siglo de oro*
Alzado sobre el mar, como un palacio,
En el tranquilo puerto me esperaba
Y haciendo rumbo en el marino espacio
A hender la inmensidad me convidaba.
. . . . . .
Era una madrugada;
La bruma entre oro y púrpura lucía,
Como ilusión en sueño acariciada;
Y en el marino espejo,
Que en perlas y en diamantes repartía,
La luz multiplicada
En cada ola retrataba un día.
De gaviotas blanquecinas el cielo
Brillante se pobló, como se puebla
La memoria de almas,
Que en cariñoso vuelo
Nos siguen en la sombra de la vida [1]. »

Quien como nosotros conozca á este autor, cariñoso amigo y dulcísimo poeta, le ven todo entero retratado en versos tan henchidos de melancolía, como desnudos de afectación. Así se logran los grandes efectos cuando menos al autor se le figura.

Hay quien supone enferma la poesía contemporánea, porque con frecuencia deja de mirar al cielo y gusta de conversar más con los *gnomos* de los subterráneos que con los ángeles, de cuyo idioma participa. La vemos incrédula, desesperada, huyendo de los altares y de los templos para formarse, no sabemos qué santuario y sacerdotes, suspirando, gruñendo siempre, acercándose á la muerte para arrancarle su secreto, ya que no puede el de la vida, sin aquella tranquilidad de los paganos, que hacían su paraíso de la tierra, son la de los genios cristianos, que la miran como valle de lágrimas para estación de un día. Tal fué Byron, tal Leopardi, y mucho más que los dos nuestro contemporáneo Carducci, el autor del *himno á Satanás;* pero éste al menos es pagano en el fondo y en la forma. En Méjico los representa Acuña, poeta de primer orden, cuyas obras se han publicado recientemente en edición lujosísima. Su composición *ante un cadáver* no se sabe si es de un materialista ó de un espiritista, de todo tiene; júzguese por los siguientes pasajes. Así como él habla debieron hablar los gladiadores, cuando desfilando ante la tribuna, colgada de oro y púrpura de los romanos Césares, veían ya leones y tigres, abiertas las fauces para devorarlos y á las damas que mimaban á un pajarillo, como la Libia de Catulo preparándose á dar la señal de muerte.

« ¡Y bien! Aquí estás ya sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.
Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro, á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.
Aquí estás ya..... tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor se retenía.
¡Miseria, y nada más! dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba donde empieza el de la muerte.
¡Pero no! tu misión no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos es la nada.
Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando al querer medirla, le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.
Tú sin aliento ya, dentro de poco,
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.
Y allí á la vida en apariencia, ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno,
Y al ascender de la raíz al grano
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano;
Tal vez para volver, cambiado en trigo [1]
Al triste hogar, donde la triste esposa
Sin encontrar un pan, sueña contigo
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto
Irá al lecho infeliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.
Y en medio de esos cambios interiores
Un cráneo lleno de una nueva vida,
En vez de pensamientos dará flores,
En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima tal vez, con que tu amada
Acompañó el adiós de tu partida.
. . . . . .
Pero allí donde el ánimo se agota,
Y perece la máquina, allí mismo
El sér que muere es otro sér que brota.
El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera,
Y forma y hace de él otro organismo.
Le abandona á la historia justiciera
Un nombre sin cuidarse indiferente
De que ese nombre se eternice, ó muera.
. . . . . .
La tumba sólo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto,
Que al fin de esta existencia transitoria
A la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas; pero nunca muere. »

Si no fuera tan bella, pediríamos perdón por ser tan larga la cita; Byron también compuso un poema á un cráneo; pero lo miraba como cáliz de olorosos vinos; no como el secreto de un mundo y un mundo de secretos. La *tersa rima*, hecha á sondear las profundidades del infierno y á traducir los lamentos de Job, manejada por Acuña, nos hace pasar como á los condenados del Dante, desde el frío polar al calor de los trópicos; con este poema esperamos y desesperamos y al cerrar el libro sentimos el frío que debió sentir Acuña en el anfiteatro médico, donde manejaba á un tiempo mismo la lira y el escalpelo.

III

¿Es el amor una enfermedad? Tal la creyeron los antiguos. Viendo que las naturalezas más fuertes y los mejor templados espíritus se rinden á su imperio; no comprendiendo el amor caridad de los cristianos, ni el de las cosas creadas; puesta la mira en el Creador, antojóse á griegos y romanos que no era otra cosa el amor que un sublime desfallecimiento del espíritu, una modificación del sér más pasiva que activa. Sensual y material, porque toda la belleza estaba para los antiguos en la forma, no encontraban indignas del poeta las estancias de Anacreonte, á quien las canas no impedían enamorarse, y no comprendían que nadie amase como Dante, apenas vista una vez á Beatriz; ni como Petrarca, guardando á la sombra desvanecida la misma fe, porque esta era la palabra, que á la beldad presente. Pero el amor volvió á transformarse, pasada la edad de la caballería, y desde el siglo XVI hasta el nuestro ha vuelto á ser como la enfermedad del alma que ponderaban los antiguos. Si difícil era ser poeta enamorándose como Dante y Petrarca, no lo es menos considerando el amor á la moderna usanza; y así es que tan cansados son los vates eróticos, destinados á pasar á la posteridad, y uno de éstos, si no nos equivocamos, hay en Méjico.

El amor á lo cristiano sólo tuvo un intérprete anterior al cristianismo en las literaturas profanas, Virgilio, aunque no en todas sus obras, pues claro es que en las églogas, donde resalta alguna que otra espina entre las flores y se confía en los filtros y conjuros para arrancar el amor, el poeta se conforma con los delirios del paganismo. Pero en la *Eneida*, cuando copia los lamentos de Dido y de una manera tan casta expresa sus afectos [1]; cuando se lastima de la suerte de los recién nacidos y en el mismo instante muertos [2]; cuando da cuenta de las sombras que en el Tártaro no hablan, pero lánguidamente miran á Eneas, llega el poeta á las más altas cumbres del espiritualismo. He aquí la razón de que Virgilio, durante la Edad Media, fuese mirado como hechicero, como santo, como algo superior á todo lo que en poesía había producido el gentilismo.

El amor arrebatado, furioso, más de fieras que de hombres, tuvo su intérprete en las tragedias de Séneca; él pudo hacer terrible á la celosa Medea, pero no supo hacerla interesante.

Otra variante del amor nos presenta quien quiera que sea el autor del *Pervigilium Veneris;* pero esta es completamente pagana. Ni un afecto viril penetra en toda la composición; es, aunque bella, más digna de una época de marcada decadencia moral que del siglo de oro de las letras latinas.

(Continuará.)

SÁNCHEZ DE CASTRO

La señora viuda de D. Francisco Sánchez de Castro acaba de publicar la obra póstuma de su ilustre marido *Curso de Literatura Española*. La ILUSTRACIÓN CATÓLICA aprovecha la ocasión de saldar una cuenta atrasada, publicando ahora, ya que no pudo hacerlo antes, el retrato del gran poeta cristiano, del orador de maravillosa facundia y fantasía riquísima, del docto Catedrático y propagandista infatigable. La memoria de Sánchez de Castro es de las que no se borran fácilmente: sus trabajos por la Iglesia, sus escritos, sus poesías han de durar más que el bronce de muchas estatuas. La generación actual conservará siempre el dulce recuerdo de su ameno trato, de la bondad de su alma, de sus genialidades infantiles. Su oda á la Inmaculada Concepción de María, que publicamos en el número correspondiente al 5 de Enero último, es un verdadero monumento de piedad cristiana, de sano entusiasmo y de sublime poesía.

La obra que ahora ve la luz bajo los auspicios de la virtuosa viuda del insigne Catedrático es de aquellas que no sólo los alumnos de Literatura, sino todas las personas amantes del saber y de las galas del estilo deben procurar adquirir. Es excelente, á nuestro humilde juicio, para la enseñanza de la *Literatura Española*, no sólo en las Universidades, sino también en los Seminarios. Es excelente para que los eclesiásticos que no hayan tenido ocasión de iniciarse en los misterios de las bellas letras castellanas tengan en ella una guía segura y facilísima para conocer los nombres, tendencias y méritos de nuestros principales escritores, poetas y prosistas. La profundidad de conceptos que avaloran este libro lo hace apto para que las gentes más doctas lo estudien con provecho. La sencillez y elegancia con que está escrito hacen grata su lectura á las personas de buen gusto más desprovistas de cultura. ¿Por qué, v. gr., las señoritas, en vez de consagrarse á la lectura de novelas, no habían de hacerlo á la lectura de obras como ésta, al mismo tiempo amenas é instructivas?

Nosotros felicitamos á la señora viuda de Sánchez

1 « Consendit oratas naves
Et post equitem sedet atra aura. (Hor.)

1 San Ignacio de Antioquía, puesto ante las fieras, decía que deseaba convertirse entre sus dientes en hostia digna de ser ofrecida á Cristo.

1 « Utinam mihi parvus in aula, luderet Æneas.
2 « Quos dulcis vitae ex sortes et ab ubere raptos
Et expulit atra dies et funere mersit acerbo. »

de Castro por su buen acuerdo de publicar esta obra, y nos atrevemos á manifestar nuestro deseo de que también publique la colección de poesías líricas y dramáticas de su ilustre finado esposo.

S.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

II

Máquinas maravillosas de la Exposición de París. — Máquina de la digestión, más maravillosa. — Circulación de la sangre. — Elementos y sustancias del cuerpo. — El hambre. — Economía de la naturaleza. — Formación y alimentos del cuerpo. — Lo que sabemos y lo que ignoramos.

La galería de máquinas de la Exposición de París era una verdadera maravilla del saber y del ingenio humano. Los agentes naturales, manejados por la industria, hacían allí portentos, y podían horadar montañas, sumergirse y barrer el fondo oscuro de los mares á miles de metros de profundidad, arrastrar pesos enormes con una velocidad de 13 leguas por hora, y transmitir instantáneamente nuestro pensamiento de un extremo á otro de la tierra.

Pero hemos sido muchos los hijastros de la suerte, que no hemos contemplado tantas maravillas, ni nos hemos enorgullecido modestamente con las invenciones ajenas, que nada nos deben. La mayoría de los visitantes, por otra parte, asustados ante aquella batahola infernal de ruidos extraños, de movimientos vertiginosos y de aparatos descomunales, han hecho una figura parecida á la del pobre estornino, dormido entre las cañas del arroyo, y soñando quizás que asiste á un banquete de aceitunas, á quien despierta de repente el cazador, acercando una luz á sus abiertos y espantados ojos. No han recogido otro fruto de su visita que la satisfacción de decir á todos que han estado en París, y visto la galería de máquinas de la Exposición. ¡Con qué poco nos contentamos!

¿Y no hemos de consolarnos de algún modo los que no hemos sido tan dichosos? ¿No nos será dable admirar otras máquinas, mucho más perfectas que las de París, más misteriosas y significativas, que fabrican productos más variados, y se fabrican á sí mismas por años y hasta por siglos, y sin movernos ni costarnos nada? ¡Veámoslo!

El niño recién nacido, y alimentado sólo con la leche de su madre, vive y crece con este líquido, al parecer tan sencillo, y de él sale su sangre, y de ésta los productos más distintos y opuestos, dientes y huesos, nervios, tendones y cartílagos, carne muscular, uñas, cabello, líquidos diversos, y cada uno de estos productos ocupa también diverso lugar y toma diversa forma, con el mayor orden, en cierta proporción y con recíproca dependencia, y observando una disciplina más constante y severa que los ejércitos romanos ó alemanes.

Más prodigiosa todavía es la manera con que se realiza este fenómeno.

El niño mama la leche maternal, que, al entrar en su boca, se mezcla ya con la saliva: llega al estómago, en donde se convierte en una pasta, combinándose con otros jugos, que destila esta víscera, con ayuda del calor natural, y pasa cuando está bien preparada al intestino, de donde, en virtud de ciertos vasos, de otros jugos, que se le agregan, y de modificaciones que experimenta en el largo trayecto de ocho ó diez varas, se convierte en dos partes, útil la una, que se transforma en sangre, é inservible la otra que es expulsada del cuerpo.

La sangre penetra á su vez en una sección del corazón, que la vierte en los pulmones, en donde se vivifica al contacto del aire, volviendo después á otra sección del corazón, gran depósito, que, por su propio movimiento, y por medio de canales de distinta capacidad, muchos microscópicos, la distribuye en todo el cuerpo, dando á cada parte lo que necesita, y recogiendo lo inútil, que ya es expelido fuera bajo diversas formas, ya renovado y rejuvenecido al desembocar en los pulmones para continuar el curso indicado.

España sería feliz si sus gobiernos dedujeran de este hecho la necesidad de construir canales de riego, que la fertilizaran y dieran vida, porque á pesar de nuestra vanidad nacional, habitamos una región árida y pobre; á pesar de nuestro engreimiento moderno, estamos más atrasados que los árabes que nos precedieron algunos siglos en Murcia y en Valencia; y, no obstante nuestras pretensiones á la originalidad, son la gran mayoría de nuestros políticos empedernidos rutinarios, que piensan y obran como los de Francia é Inglaterra, siendo España y los españoles una tierra y un pueblo, que sólo á sí mismo se asemejan.

Pero el cuerpo humano, analizado, se compone de muchas sustancias diferentes.

Hay en su formación oxígeno, hidrógeno, ázoe, carbono, azufre, calcio, hierro, fósforo, magnesio, cloro, fluor, sodio, en más ó en menos cantidad, y acumulándose con preferencia en partes determinadas del mismo, como el fósforo en el cerebro, el azufre en la bilis, la cal en los huesos, etc. Si la sangre, pues, si este líquido misterioso alimenta todas las partes del cuerpo, y estas partes se componen de los elementos simples enumerados, claro es que ha de llevarlos consigo para distribuirlos, segun su cantidad y calidad, en todos los complicados aparatos de nuestro organismo.

¿Se creerá por esto, acaso, que, tomando á cucharadas, en inhalaciones, en píldoras ó papelillos, y en la proporción conveniente, el hidrógeno, oxígeno, etc., que necesitamos, podremos vivir, despedir á los cocineros, y en vez de comprar pan y carne, instalar en nuestra casa una fábrica de productos químicos?

¡Medrados quedaríamos!

Esos cuerpos, casi nunca puros, existen en infinitas combinaciones de la naturaleza: son absorbidos por las plantas, y éstas devoradas por los animales; y, ya en los vegetales ó en las carnes constituyen nuestro alimento y forman nuestro cuerpo. Después convertidos en secreciones, mientras vivimos, vuelven á nuestra madre la tierra, que nos reclama al fin por entero á nuestra muerte para que brote de ella nueva vida.

Este movimiento constante de vida en muerte y de muerte en vida es el trabajo perpetuo de la naturaleza. El sol nuestro con todos sus planetas, algunos de los cuales, como Júpiter, tiene cuatro lunas, y es 1.400 veces mayor que la tierra, los arrastra á todos hacia la constelación de Hércules: la luna gira alrededor de nosotros, mirándonos siempre con la misma cara, como si estuviese enamorada, y valsara á nuestro son en esta danza gigantesca; la tierra, mientras da una vuelta sobre sí misma en 24 horas, corre con vertiginosa velocidad 144.000 leguas en el mismo tiempo, y dentro de ésta gira también en una órbita continua de vida y muerte una gran parte de la materia que la constituye. El hombre y su civilización ¿estarán condenados también, como han creído algunos, á dar vueltas sobre sí mismos sin saber á dónde los llevan?

Pero dejemos estas alturas que marean y no nos elevemos por los aires en un cesto, como Sócrates en las nubes de Aristófanes. Prosigamos nuestro cuento.

En la leche de la madre encuentra ya el niño esos cuerpos simples transformados en sustancia comestible ó potable, porque en ese líquido aparecen preparados en forma de caseina, butirina, azúcar de leche y agua.

¿Qué causa ó qué móvil ha obligado al niño á tragar ese líquido? ¿Lo hace voluntariamente, ó á la fuerza?

El resorte misterioso que lo impulsa es eficacísimo y de un uso incesante en la existencia humana; el dolor de la privación, ó de la necesidad, que produce el hambre, y el placer de su satisfacción, de suerte que, casi sin saberlo, y sin darnos cuenta de ello, y á pesar de nuestras aspiraciones á la libertad y á la independencia más absoluta, somos todos, sin excepción, mientras existimos, esclavos miserables del dolor y del placer, que nos llevan y nos traen peor que á sus desdichadas víctimas los mercaderes de carne humana del Africa.

El hambre proviene á su vez de las pérdidas que experimenta nuestro cuerpo en su trabajo continuo de composición y descomposición. Es involuntaria en todos los seres animados, y el aguijón, la orden soberana ó la condición esencial para vivir. Tan activo y tan completo es el trabajo de renovación de los átomos todos de nuestro cuerpo, que, en poco tiempo, ni existen los mismos, ni ocupan el mismo lugar, calculándose que en un solo día pierde y recupera la parte décimacuarta de su peso, y en 24 horas seis libras de agua.

Nuestro organismo se puede comparar con exactitud á un cajero entendido y diligente, que lleva sus libros con nimia escrupulosidad, y cuya data es siempre igual á su cargo. Calcula todas sus pérdidas y la justa compensación de cada una; tiene ocupados á todos sus dependientes, y á algunos de ellos, capaces de subsistir sin descanso, en continuo movimiento; divide el trabajo con tanta discreción, que cada uno hace el suyo, sin estorbarse, sino, al contrario, ayudando á sus compañeros. Es, además, un personaje invisible, pero no menos real, que lo prevé todo, y que lleva su inteligencia y su poder hasta el extremo de encomendar á algunos las funciones más importantes de su casa (las de la digestión, circulación de la sangre, etc.), sin dar parte á los demás, que, sin embargo, se aprovechan de ellas sin conocerlas ni casi sentirlas. Los hornos de su fábrica, mientras dura, están siempre encendidos; las corrientes, cuya fuerza y productos se explotan, siguen siempre la misma dirección; la fábrica, con los materiales que elabora, se alimenta á sí misma y crece con ellos á proporción, y lo más extraño é incomprensible es que disfruta del insólito privilegio de variar cuando se le antoja la postura de sus tierras, ríos y edificios, poniendo lo bajo en alto y al contrario, con todos sus dependientes, y nada se conmueve; los ríos siguen su curso hacia arriba como hacia abajo, los edificios se mantienen de pie, y los dependientes continúan trabajando, hasta en la posición, un tanto violenta, del Angel caído del Retiro.

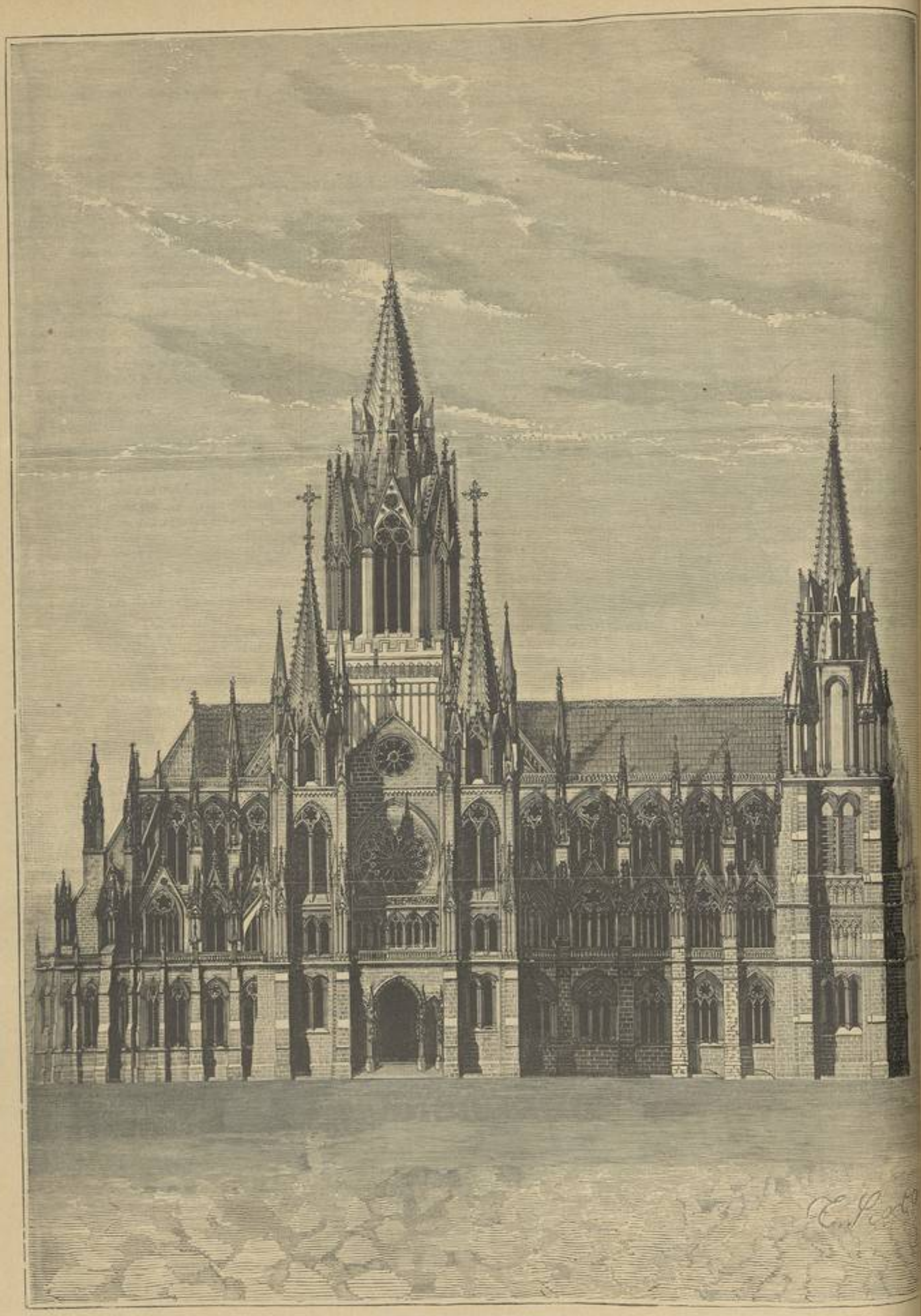
La maravillosa máquina, que examinamos, carece de calderas, de cilindros, de válvulas, de transmisores, de palancas, de ruedas, de bombas, de cuchillas, de pistones, y transforma, no obstante, en leche alimenticia la sangre de la madre, como antes ha convertido en sangre los distintos manjares, tomados por ella.

¿Qué contienen estos manjares?

Para que logren su fin es indispensable que haya en ellos agua, albúmina (clara de huevo), sales, grasa y azúcar en una proporción determinada.

El agua es tan necesaria, cuanto que los músculos están compuestos de un 75 por 100 de agua; pero si el hombre se alimentase sólo de carne sin agua, acabaría por morir, porque ese 75 por 100 de la carne consumida no bastaría para la renovación ó conservación de los demás líquidos de nuestro organismo.

La albúmina, que, con el agua, forma los músculos, no se halla sólo en los huevos, sino también en la caseina, en muchas plantas, en granos y en semillas. Las sales no se encuentran sólo en la usada



FUTURA CATEDRAL DE MADRID

D. FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO.

para los condimentos, sino en otras muchas sustancias alimenticias, y combinadas con el hierro, fósforo, etc. para formación de los huesos, dientes, cartílagos y cabellos. La grasa, que sirve principalmente para la respiración, se forma en el cuerpo por sí misma, y no es tan útil para engordar como se cree vulgarmente, puesto que los animales herbívoros y frugívoros llegan á ser los más obesos, y los más flacos los carniceros, bastando sólo para la transformación en la misma grasa del azúcar. Esta última no es indispensable pura, porque sale de la fécula ó almidón de muchos granos en la proporción conveniente para la grasa. El pan es el mejor de todos los alimentos, porque encierra albúmina vegetal, que se transforma en carne, las sales propias para el cuerpo, y almidón para la grasa.

Y ahora ¿cómo se han averiguado todas estas cosas tan antiguas y tan nuevas, tan vulgares y tan desconocidas, tan útiles y tan poco apreciadas?

Somos muy limitados, y además muy ignorantes todavía, aunque se subleve á veces al oirlo la soberbia de nuestro siglo décimonono, que, como los extraviados israelitas, se aparta con tanta frecuencia de la adoración de Jehová y danza embriagado de vanidad en torno del Baal de su egolatría.

Un moderno autor francés, consagrado á estudios geológicos y prehistóricos, se contenta con fijar la antigüedad del hombre sobre la tierra desde que, según su opinión, sube el peldaño de mono á sér racional, en muchos centenares de miles de años. Pero todo este tiempo, en opinión del sabio francés, y muchos miles de años, aunque no tantos, á juicio de los que no gozan de una dicha sin tasa, cuando creyendo morder á la religión que le ha enseñado lo poco bueno moral que poseen, se encuentren al cabo que han mordido al aire; todos estos años han sido, pues, necesarios para aprender cuáles son las funciones de la digestión de los alimentos del cuerpo, la circulación de la sangre, la nutrición de las plantas y el conocimiento químico por medio del análisis, de las sustancias que, formando naturalmente las más infinitas y variadas combinaciones de elementos simples, sufren continuas reparaciones y metamorfosis para ascender del mundo inorgánico al orgánico y subir el penoso monte de la vida animal y bajar con la muerte á su antigua mansión y prístino estado para comenzar de nuevo su giro perdurable.

Todas estas verdades las ha conocido el hombre por el método empírico, ó en virtud de la experiencia, después de multiplicadas observaciones y pruebas. Le han sorprendido los misterios de la digestión sacrificando animales á millares; se ha espiado al estómago humano en sus variadas funciones aprovechando enfermedades que dejaban penetrar en él á los ojos curiosos del sabio; y hasta ha existido un médico inglés que, á costa de su vida, ha demostrado los efectos de las diversas clases de alimentos.

Desgraciadamente para nuestra presunción no se conocen hasta ahora más que hechos, y no todos. La historia natural, como la de la humanidad, se burla cruelmente de nuestra ambición de ciencia, que, para ser formal, ha de fundarse en la explicación de las causas y en el encadenamiento lógico de los efectos; y al preguntarse á sí misma el objeto de la vida universal en la tierra y los derroteros señalados al hombre se queda muda y perpleja y no encuentra respuesta, ni aun satisfactoria en la apariencia.

Hasta en este terreno sólo en la religión encontramos luz y consuelo, porque ella sola nos dice que hay un Dios, Creador, Conservador y Regulador de cuanto existe, infinitamente sabio é infinitamente bueno; y creyéndolo así, y confiados en su sabiduría y en su bondad, esperamos que alguna vez disipará las tinieblas que nos cercan. Mientras tanto es nuestro deber, en la esfera de la ciencia, emplear en su servicio las facultades que nos dió, dejándonos su uso, en la firme inteligencia de que toda verdad viene de Él y á Él va, y de que esta fe, en lugar de ser obstáculo, es, al contrario, norte y garantía segura de adelanto y de acierto. Copérnico, Newton y Linneo fueron genios eminentes religiosos, y á esa religión debe la ciencia moderna sus más grandes descubrimientos.

E. MIER Y B.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO VIII

Emprendense las operaciones el 14 de Marzo.—Paso del Tajo: combate de la Mesa de Ibor.—Reunión en Trujillo.—Combate de Majadas.—Batalla de Medellín, dada el 28 de Marzo de 1809.

El 14 de Marzo se concluyeron por fin nuestras balsas, pero no podíamos echarlas al agua, ni construir un puente bajo el fuego de los enemigos; era necesario desalojarlos de la fuerte posición que ocupaban enfrente de Almaraz en la confluencia del Tajo y del Ibor.

El 15 de Marzo una parte del primer cuerpo de ejército atravesó el Tajo en Talavera y en el Arzobispo para caer sobre el flanco, y á retaguardia de la posición de los españoles. La división alemana, bajo las órdenes del General Leval atacó la primera al enemigo el 17 por la mañana en la aldea de Mesa de Ibor: 3.000 hombres de esta división, que no tenían artillería, arrollaron á la bayoneta 8.000 españoles que estaban atrincherados en una colina elevada, defendida por seis cañones. Se empleó todo el día 18 en rechazar á los enemigos de Valdecanar, y en perseguirlos de posición en posición, y de peña en peña hasta el puerto de Miravete. Mi regimiento estaba en el ala izquierda del ejército con la división Villate: subimos por la orilla derecha del Ibor rechazando sobre la marcha en todos los puntos á los españoles, que no se defendieron en ninguna parte después que se vieron envueltos.

El 19 de Marzo todo el ejército hizo alto mientras que se echaban al agua las balsas. Habiéndose concluído el puente volante antes de la noche, éste mismo día empezó á pasar la artillería y las tropas que habían quedado en la orilla derecha del Tajo, y el 20 todo el ejército se reunió en Trujillo. Un poco antes de nuestra llegada hubo delante de esta villa una escaramuza entre los cazadores á caballo del 5.º regimiento que formaban nuestra vanguardia, y los carabineros reales de la retaguardia enemiga. El número de muertos fué casi igual por una y otra parte: los españoles perdieron un jefe de escuadrón.

Los dos ejércitos pasaron la noche al frente uno de otro: el enemigo se puso en marcha el día siguiente una hora antes de salir el sol, y le seguimos inmediatamente. El 10 de cazadores formaba la vanguardia de nuestra división de caballería ligera, que precedía á todo el ejército. Cuatro compañías de volteadores pasaban delante de nosotros cuando atravesábamos países cortados por montañas ó por bosques.

Dos horas antes de ponerse el sol el escuadrón de vanguardia del 10 de cazadores alcanzó á la retaguardia enemiga, que viéndose estrechada se retiró al momento sobre el cuerpo del ejército español. El Coronel del 10 regimiento, dejándose llevar de un valor demasiado ardiente, dejó imprudentemente cargar á todo su regimiento, que se animó y persiguió á la caballería española más de una legua por la calzada entre colinas montuosas cubiertas de carrascos.

Cuando un regimiento ó un escuadrón de caballería carga en columna ó en línea no puede conservar mucho tiempo el orden que tenía en el momento de tomar el galope: los caballos se excitan los unos á los otros, su ardor crece progresivamente, y los jinetes más bien montados se hallan al cabo de poco tiempo muy adelantados á los otros, lo que rompe el orden de batalla. Un Comandante de vanguardia debe tener siempre cuidado de no dar sino cargas muy cortas, y de reunir á menudo á sus soldados á fin de dejar respirar á los caballos, y hacer salir descubridores para no caer en una emboscada. Además siempre es necesario cuando se ha adelantado demasiado, para ser socorrido á tiempo por otro cuerpo, conservar en reserva á lo menos la mitad de la tropa para sostener la otra, y para que los que acaban de atacar tengan una especie de muralla, detrás de la cual puedan reunirse si son perseguidos por un enemigo superior.

Los españoles emboscaron, no lejos de la aldea de Majadas, muchos escuadrones de su mejor caballería; esta caballería escogida cayó de improviso sobre los cazadores de nuestra vanguardia que marchaban dispersos y sin orden á grandes distancias los unos de los otros. Fueron oprimidos por el número: sus caballos fatigados por una carga á todo trance no pudieron reunirse para resistir, y en menos de diez minutos nuestros enemigos pusieron fuera de combate mas de ciento y cincuenta de los más valientes cazadores del 10 regimiento.

Habiendo tenido noticia el General Lasalle de lo que sucedía, nos hizo avanzar apresuradamente á socorrerlos. Llegamos demasiado tarde, y no vimos á lo lejos más que el polvo que dejaban detrás de sí los españoles que se retiraban.

El Coronel del 10 regimiento estaba ocupado en reunir sus cazadores, arrancándose los cabellos de desesperación á vista de los heridos tendidos aquí y allí en un espacio de terreno bastante grande. Habiendo sobrevenido la noche, volvimos á vivaquear detrás del sitio en que había sido la acción.

El 22 de Marzo atravesó el enemigo el Guadiana; nosotros nos acantonamos en las inmediaciones de San Pedro y de Miajadas. Habiendo, en fin, llegado el 23 nuestra artillería, la mayor parte del ejército se concentró en la ciudad de Mérida y sus inmediaciones.

En la noche del 27 al 28 todo el ejército se movió para marchar hacia el enemigo; hacía ya muchos días que el General Cuesta nos esperaba en las llanuras de Medellín, y había hecho reconocer de antemano por ingenieros la posición ventajosa en que situó su ejército.

Los españoles, á quienes la suerte de las batallas había sido tan á menudo adversa, buscaban motivos de todo género para conservar su confianza, y miraban la escaramuza de Miajadas como un presagio feliz. Los franceses sólo confiaban en la victoria misma.

Después de atravesar el Guadiana por un puente muy largo y estrecho se entra en el pueblo de Medellín: al salir de él hay una inmensa llanura, que se extiende subiendo por la orilla de Guadiana entre la madre de este río, la villa de Don Benito, y la aldea de Mingabril. Los españoles habían ocupado primero las alturas que separan estos dos pueblos, pero luego desplegaron más su línea de batalla, formando una especie de media luna, apoyada su izquierda en Mingabril; su centro adelante al frente de Don Benito, y su ala izquierda cerca del Guadiana.

Á las once de la mañana desembocamos de Medellín para formarnos en batalla: á corta distancia de este pueblo descubríamos un arco de círculo muy cerrado, comprendido entre el Guadiana y un barranco plantado de árboles y de viñas, que se extiende desde Medellín hasta Mingabril. La división de caballería ligera del General Lasalle fué situada en el ala izquierda, en el centro estaba la división alemana de infantería, y á la derecha la división de dragones del General Latour-Mourbourg: las divisiones Vi-

llate y Ruffin quedaron en reserva. Las tres divisiones que formaban nuestra primera línea habían dejado á retaguardia del ejército numerosos destacamentos para guardar las comunicaciones, y no llegaban á 7.000 soldados. El enemigo presentaba delante de nosotros una línea inmensa de más de 34.000 hombres.

La división alemana empezó el ataque: el 2.º y 4.º regimiento de dragones, habiendo cargado en seguida á la infantería española, fueron rechazados con pérdida, y la división alemana quedó sola en medio de la pelea: formó en cuadro, y resistió vigorosamente durante toda la acción los esfuerzos redoblados de los enemigos. El Mariscal Víctor restableció el combate con mucho trabajo, haciendo avanzar á dos regimientos de la división Villate. La caballería enemiga intentó en vano al principio arrollar nuestra ala derecha, y una parte de esta caballería marchó en seguida en masa contra nuestra ala izquierda, la cual, temiendo ser envuelta, se vió obligada á hacer un movimiento retrógrado para apoyarse de nuevo al Guadiana, que hace un recodo y estrecha la llanura, acercándose á Medellín. Nos retiramos cerca de dos horas lentamente y en silencio, deteniéndonos á cada cincuenta pasos para volver caras, presentar nuestro frente al enemigo, y disputarle el terreno antes de abandonarle, si hubiera querido apoderarse de él por fuerza.

En medio de los silbidos prolongados de las balas de cañón, que pasaban por encima de nuestras cabezas, y de los susurros sordos de las granadas, que después de haber surcado el aire, venían á remover la tierra al rededor de nosotros, no se oían más que las voces de los jefes, dando sus órdenes con tanta más calma y sangre fría, cuanto más nos apretaba el enemigo. Los gritos de los españoles se redoblaban á proporción que nos retirábamos: sus tiradores eran tan numerosos y tan atrevidos, que hacían algunas veces retirar á los nuestros. Nos decían á lo lejos en su lengua que no darían cuartel, y que la llanura de Medellín sería sepultura de los franceses. Si nuestro escuadrón hubiera sido roto y dispersado, la caballería del ala derecha de los españoles caía por esta brecha sobre la retaguardia de nuestro ejército, y le cercaba; entonces los campos de Medellín hubieran sido, según nos anunciaban los enemigos, la tumba de los franceses.

Cuando la caballería enemiga estuvo á tiro de fusil de nosotros, los tiradores de los dos partidos se retiraron, y no se veía en el espacio, que nos separaba de los españoles, más que los caballos de los muertos amigos y enemigos, que la mayor parte heridos corrían en todas direcciones. Algunos de estos animales se sacudían para desembarazarse del peso importuno de sus jinetes que arrastraban debajo de sus pies.

Los españoles habían enviado contra nuestro solo escuadrón seis escuadrones escogidos, que marchaban en columna cerrada, formando la cabeza uno de lanceros. Toda esta masa tomó á un tiempo el trote para cargarnos mientras que hacíamos nuestro movimiento retrógrado. El Comandante de nuestro escuadrón hizo hacer al paso una media vuelta á la derecha á sus cuatro compañías que componían ciento veinte húsares. Acabado el movimiento, rectificó el alineamiento de su tropa, con tanta tranquilidad como si no hubiéramos estado al frente del enemigo. Los españoles se aturdieron á vista de una sangre fría semejante, y acortaron involuntariamente el paso. El Comandante del escuadrón se aprovechó de este momento de perplejidad, y mandó al momento tocar ataque.

Nuestros húsares, que en medio de las amenazas y de las injurias de los enemigos habían conservado un silencio firme y contenido, cubrieron al cargar con un solo grito los sonidos agudos de la trompeta. Los lanceros españoles se detuvieron pasmados, volvieron bridas á medio tiro de pistola, y arrollaron á los escuadrones de su propia caballería, que estaban detrás de ellos. El terror se había apoderado de sus almas, y no se atrevían á mirarse los unos á los otros teniéndose mutuamente por enemigos. Nuestros húsares envueltos con ellos los acuchillaron sin resistencia. Les perseguimos de este modo hasta la retaguardia de su ejército, y habiendo tocado las trompetas llamada, abandonamos al enemigo, y volvimos á formar nuestro escuadrón en línea. Poco tiempo después de nuestra carga, toda la caballería española de la derecha y de la izquierda desapareció enteramente.

(Continuará.)

ALBUM DE POESIAS

LA MADRE LOCA

BALADA

—¿Por qué canta la hermosa
como madre que arrulla
al hijo del alma que llora,
si mece vacía la cuna?
¿Por qué los ojos cierra
á todas las preguntas
y finge que el niño se duerme,
si tiene vacía la cuna?
¿Por qué cierra las puertas
y pone el cuarto á oscuras
y viene pisando muy quedo,
si deja vacía la cuna?
¿Por qué los aires mueve
con deliciosas plumas
y el lecho pequeño refresca,
si nadie se duerme en la cuna?
¿Por qué de mansa tórtola
se torna en hiena adusta,
si quieren sacar del cuarto
sus deudos y amigos la cuna? —
— Dormía sosegada
la madre sin ventura
al lado del niño inocente,
que alegre jugaba en la cuna.
Entraron bandoleros
tras de riquezas sumas,
y, hallando la estancia sin oro,
dejaron vacía la cuna.
Despiértase la madre,
y de su niño en busca,
lanzó carcajada demente
mirando vacía la cuna.
De entonces canta y habla,
como madre que arrulla,
y pasa la vida soñando
que mece á su niño en la cuna.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
de las Escuelas Pías.

EL ESCÉPTICO

Una sonrisa siempre impresa está en su labio.
El que le vea, ¿acaso pudiera sospechar
que su desdén constante no era el desdén que el sabio
siente las mil flaquezas humanas al mirar?
Decidle cualquier cosa; habladle de mujeres.....
Se encogerá de hombros, vereisle sonreir,
y con burlona frase de objeto de placeres
dirá que solamente pudiéranle servir.
A través de las formas, su desgastada vista
un ángel del empíreo jamás podrá entrever;
un vuelo tan sublime su espíritu egoista,
en vicios enfangado, no puede ya tender.
Buscó en la noche oscura un goce solitario
y hora en su faz asoma precoz la senectud;
no tienen hoy sus ojos el temple necesario
para mirar de frente el sol de la virtud.
Por eso toma á burla cuanto hay de noble y santo
y de alimento apura su propia avilantez,
porque calmar no puede el torcedor quebranto
con que le martiriza de su conciencia el juez.
La alegría parece pintarse en su semblante;
con tal careta piensa poder disimular
el dolor que padece en ese mismo instante,
que ni noche ni día le deja descansar.
Ya mire un sacerdote, ya mire un pobre anciano,
sarcasmos de su boca al punto han de salir;
y es que se siente herido al ver un sér humano
que dichoso y tranquilo podrá quizás vivir.
Su corazón no turba el contemplar el daño
del prójimo, ni siente ver su necesidad;
para su propio medro hizo siempre peldaño
las puras afecciones de amor y de amistad.
Teme que si se casa se burlará de fijo
del tálamo y de la honra su compañera infiel;
á ser padre no aspira porque ha sido mal hijo.
¡Oh! cuando juzga á todos es que se juzga á él.
Y no encuentra á sus penas un bálsamo en el mundo.
¡Ríe! pero es su risa nerviosa y es febril.
Al mirarse á sí mismo y verse tan inmundo
acaso envidiaría la suerte del reptil.
Imitará, en el cieno al verse, á la serpiente,
contra la tierra el cuerpo rozando arrastrará;
su acerada ironía el silbo es estridente
que lanza del encono que en él germina ya.
Frenético se lanza en busca de la orgía
y persigue insensato la huella del placer.....
Sus sensaciones duermen y no conseguiría
su letárgico sueño que desaparezca hacer.
Y como ve en el cielo la bóveda azulada,
que al extender la noche su lóbrego capuz
se nos presenta á trechos de mundos salpicada,
cual salpican la tierra gusanillos de luz,
y no la sabia mano de un Dios omnipotente;
como de ese gran libro los ojos apartó;
como de orgullo henchido nególe maldiciente;
también Él sus consuelos ahora le negó.
Está desesperado, desprecia ya una vida
que los goces buscados desde hoy le ha de negar.
No tiene ya esperanzas.... Pero si se suicida,
también podrá mofarse de su cruel pesar.
. . . . . .
Colgando está de un árbol una figura enteca;
sus labios entreabiertos la lengua dejan ver.
¿Le habéis reconocido á través de su mueca?
Él es; ya en este mundo jamás otra ha de hacer.

ENRIQUE GESTA Y GARCÍA.

Madrid 22 de Enero de 1890.

LA CHARANGA

(CUADRO DE GÉNERO)

. . . . . .

Ya no la oigo, hace un instante no la oía tampoco. Sus acordes marciales no han hecho vibrar los cristales de mi balcón más que breves segundos.

Mas yo no sé qué tiene la charanga que me saca de quicio y me trastorna, despertando en mí, pacífico y tranquilo ciudadano, instintos belicosos y ansias de pelea. Cuando la escucho, experimento una sensación extraña, algo que me arrastra á *guardar el paso* y á marchar con la tropa: la sangre me colorea el rostro, el corazón palpita con energía y violencia desusadas y en el fondo de mi alma me creo un Cid del siglo XIX. Que nadie me contradiga en tal momento; la música militar me ha infundido alientos para combatir hasta caer rendido.

Si llegan — y ojalá no lleguen — días de guerra y épocas de lucha, haga Dios que no pase por mi calle una banda de regimiento.

Porque me voy tras ella.

***

¡Cómo se destacaban, sobre el fondo blanco de

la nieve cuajada en el suelo, los uniformes de la infantería!

Cuando atraído hacia la ventana por el agudo y lejano toque de las cornetas, me abalancé hacia ella, dejando chocar en la copa de cristal labrado el cuchillo con que abría las hojas de mi libro, aun los soldados no estaban á la vista: pero bien pronto, en pelotón disforme y andando de espaldas una docena de chiquillos desfiló por la calle arriba, con el cartapacio pendiente del cuello por mohosa correa y los maltrechos y mugrientos trajes salpicados de purísima nieve.

Eran desertores de la escuela. Y tal vez mañana lo serán también del servicio del Rey, si en el trance fatal de la entrega en caja no escuchan dentro de las medrosas cuadras del cuartel el varonil y resuelto acento de una marcha guerrera.

***

Después los gastadores; luego los cornetas: detrás ¡la banda! Al frente de ella, el músico mayor que, de cuando en cuando se vuelve de cara á sus satélites para dar entrada á unos instrumentos ó para marcar más tal ó cual frase del paso-doble, avanza valiente, erguido y satisfecho como si á él se debieran solamente todas las glorias pasadas del regimiento y en él cifrara éste sus esperanzas de futuros lauros.

Tal vez, cuando el pobre músico llegue á su casa, vea la miseria en que vive su familia y reniegue de su posición y de su carrera, pero mientras dirige la banda, no se cambia por nadie..... ¡ni siquiera por el Coronel que mira despreciativamente la estatua ecuestre de Espartero al pasar por delante de ella!

Ya hubiera querido el vencedor de Luchana tener un caballo como el del Coronel del regimiento, que amolda su braceo elegantísimo al rítmico compás de la marcha de *Cádiz*, y se levanta en graciosa corveta cada vez que la música dice:

¡Viva España!

***

No soy yo solo quien acude á la voz de la charanga.

Por cada puerta, por cada ventana de las casas próximas asoma un rostro en el que se pinta la emoción.

Allá veo una mujer que llora: es una madre que perdió á su hijo.

Allá veo una mujer que sonríe: es la novia de un Alférez.

La madre piensa en que su hijo sería ya Alférez.

La novia piensa en que el Alférez será algún día el padre de sus hijos.

Arriba, muy arriba, desde el balcón de un piso cuarto, un viejo Capitán, sobre cuya calva resbalan los copos, sigue con mirada sin vida las evoluciones del regimiento: abajo, muy abajo, asomando la despeinada cabeza por el enrejado de un sótano, un recluta disponible remeda grotescamente la importante actitud de sus oficiales.

Y como la madre, como la novia, como el retirado y como el recluta, por aquí y por allá, á pesar de la inclemencia del crudo temporal, arrebujados unos en abrigos improvisados, desprevenidos otros, el meditabundo á quien la música alegra, el enfermo á quien el espectáculo distrae, el tendero de la esquina que aprovecha la ocasión para abrir catedra de derecho internacional público, la portera que evoca en su memoria aquellos buenos tiempos en que era cantinera del ejército, forman inconscientemente el marco del cuadro, cuadro brillante, animado, lleno de luz á pesar de la oscuridad del cielo.

Comprendo que haya pintores como Detaille y Cusachs cuyo estudio parecía un cuerpo de guardia.

Si la milicia no sirviera más que de ornato, ni las charangas más que de incentivo al entusiasmo, sólo por eso merecerían ser conservadas.

***

Pero ya pasa.

Los rojos pantalones formando filas nutridísimas y avanzando á compás cierran la marcha con uniformidad inalterable.

De repente, un paño amarillo y encarnado aparece ondeando sobre las cabezas de un pelotón de tropa. Desde que se le divisa á lo lejos hasta que se pierde de vista parece que se oyen más vivos y que resuenan más dentro del alma los acordes de la charanga.

Esta se oye cada vez más amortiguada por la distancia; á intervalos la chillona voz de las cornetas hace llegar hasta nosotros algunas notas estridentes.....; después vuelve á apagarse el sonido de la música.....; gritan nuevamente las cornetas y..... todo queda en silencio.

Más tiempo continúa vibrando la copa de cristal que hirió descuidadamente el filo del cuchillo.

¡La charanga se ha ido!

I. DE LLANOS Y TORRIGLIA.

6 de Febrero 1890.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Continuación.)

BASTA, Sr. Montet, interrumpió Carral.

— ¡Hola! ¡hola! dijo el señor Montet, con una sonrisa cínica; ¿el señor no gusta de lo que tenemos en el piso tercero....?

Carral le impuso silencio con una seña.

— Está bien, está bien, añadió Montet volviendo la espalda; que pierda el dinero en el principal, en el segundo ó en el tercer piso, me es igual, porque al cabo todo queda en casa.

Javier durante esta conversación sentía un peso sobre su alma que le abrumaba.

Había recorrido con la vista, uno por uno, todos los jugadores que estaban al rededor de la mesa, y sus ojos no encontraron una sola cara soportable sobre que poderse fijar.

Una repugnante y uniforme avidez animaba todas las miradas unánimemente fijas en las manos del banquero.

La mayor parte de los que rodeaban el tapete verde estaban miserablemente vestidos, y muchos casi andrajosos, y sin embargo manejaban el oro á manos llenas.

Algunas mujeres brillantemente adornadas se mezclaban acá y allá con los jugadores.

Estas formaban parte de lo que el Sr. Montet tenía en el cuarto tercero.

— No hemos venido para observar, dijo Carral: no es muy agradable de ver, pero ¿qué importa? ¿Sabéis jugar al golfo?

— No, respondió Javier.

— ¿Y al ecarté?

— Muy poco.

— Eso no basta. Entonces es preciso que elijamos entre la banca y la ruleta..... ¿cuál preferís?

— No conozco el uno ni el otro.

— Eso no importa, querido; la ruleta y la banca son dos juegos igualmente estimables é inventados ambos para el uso de los ignorantes de vuestra especie..... Vos no tenéis que hacer nada, porque el banquero lo hará todo..... Decidme cuál es vuestro gusto, siguiendo vuestra inspiración, porque en cosas de juego es menester proceder así.

El gusto de Javier hubiera sido retirarse al instante, pero demasiado adelantado ya no se atrevió á retroceder.

— Vaya por la ruleta, dijo.

Carral se agarró de su brazo y subieron al piso segundo.

El Sr. Montet los había precedido.

— ¿Va á probar este caballero en la ruleta? les dijo; deseo que tenga buena suerte.

El salón del segundo piso era exactamente igual al del primero; solamente que en medio de una mesa cubierta de un tapete verde, al rededor de la cual estaban los jugadores, había una especie de vasija redonda de madera, cuyos bordes se dividían en pequeñas cajas negras y encarnadas alternativamente. En cada una de estas cajas había un número.

En el centro de la vasija, que estaba empotrada en un agujero practicado en la mesa, se elevaba una manezuela de metal y servía para comunicar al aparato un movimiento de rotación.

Todo al rededor de la vasija, la mesa estaba cubierta de cifras pintadas dentro de pequeños cuadrados y progresión del 1 al 36.

— He aquí la ruleta, dijo Carral; ¡juguemos!

Y diciendo esto empujó á Javier y lo hizo sentar en una silla que acababa de dejar un pobre diablo arruinado por la fatal mecánica.

Javier se sentó y observó.

Al pronto nada comprendía.

Las explicaciones de Carral, que se había quedado de pie detrás de su asiento, no servían sino para embrollarlo más.

La manezuela daba el impulso, rodaba la máquina y una pequeña bola despedida con notable agilidad rodaba también costeando los bordes de la vasija en sentido inverso, hasta que venía á caer en alguna de las cajas; la voz del banquero se elevaba entonces solemne, pausada y monótona, para designar el número añadiendo en lenguaje desconocido.

Encarnado, nones y faltas.

Y otras veces:

Negro, pares y pasas.

En seguida uno de los banqueros recogía el dinero de los que habían perdido, mientras que el otro pagaba á los gananciosos con una agilidad sin igual, en monedas de la misma clase que las habían puesto.

Al cabo de diez minutos, Javier sacó dos luises del bolsillo.

— ¿Dónde pongo esto, Carral?

— La inspiración, querido, la inspiración y nada más, dijo éste con énfasis. Ponedlo donde queráis.

Javier dirigió maquinalmente la mano, que se detuvo sobre uno de los cuadros de la mesa en que había pintado el número 23, y allí dejó un luis.

— El juego está hecho, dijo el banquero.

La vasija y la bola impulsadas en dirección contraria rodaron con prodigiosa rapidez.

Después la bola osciló: se metió en una caja, volvió á salir, cayó en otra de la que todavía saltó, y fué á parar definitivamente en una tercera.

— Veintitrés, encarnado, nones y faltas, pronunció la voz automática del banquero.

—¡Ganasteis! dijo Carral con sorpresa; habéis jugado como un loco; pero aun así es mejor: continuad.

El banquero echó treinta y seis luises sobre el que había puesto Javier.

Este no comprendía nada, pero la repentina ganancia le exaltó.

Arrimó su silla, puso los dos codos sobre la mesa, y cogido por ese demonio que vaga siempre por encima del tapete verde, dió al juego su alma toda entera.

Cuando Carral lo vió tan ocupado se escurrió sin decirle una palabra.

Nuestro joven no notó la ausencia de su compa-

ñero engolfado en su tarea; y seguía jugando con pasión y frenesí.

Haciendo gala de su inexperiencia, intentaba las suertes más disparatadas y difíciles, pero siempre el resultado premiaba su atrevimiento.

Al cabo de media hora tenía delante de sí un montón de oro y de billetes.

Los otros jugadores lo miraban de envidia, y el mismo Sr. Montet seguía su juego con evidente interés.

Sólo los talladores, máquinas insensibles que sirven de intérpretes á la suerte, sin experimentar sus vicisitudes, continuaban haciendo el juego con su indiferencia habitual.

Javier había perdido la cabeza.

Su rostro encendido parecía próximo á brotar sangre hasta por los ojos.

A medida que aumentaba su tesoro un delirio febril le devoraba el cerebro.

—¡Juego todo esto de una vez! dijo empujando el dinero que tenía delante y cuya suma acaso excedería de 30.000 francos.

El banquero interrogó con la vista al Sr. Montet para ver si debía admitir.

El Sr. Montet hizo un signo afirmativo.

Los demás jugadores retiraron sus puestas y todos quedaron en espectativa aguardando el resultado de este gran golpe.

El banquero puso en movimiento la ruleta.

Pero en el mismo instante, el Sr. Montet, que había dirigido una mirada hacia la puerta, lanzó un sordo gemido.

Algunos levantaron la cabeza y repitieron el mismo grito.

Un estremecimiento eléctrico y universal recorrió las triples líneas de jugadores.

Javier sólo continuaba observando los movimientos de la ruleta sin ver ni oir nada.

Ya lo hemos dicho; se necesita un acontecimiento muy extraordinario para distraer así la atención de los jugadores; el hundimiento del techo, por ejemplo..... ó la aparición repentina de un comisario de policía.

Una de estas dos catástrofes había sucedido: el hombre de traje negro y faja blanca estaba de pie en la puerta del salón.

El Sr. Montet, á la vista de la autoridad, había puesto una cara ridículamente compungida.

—¡Me han arruinado! decía con voz lamentosa y casi llorando.

Los jugadores hicieron un movimiento como para evadirse; pero el comisario les atajó el paso.

En este instante de terror y de silencio general, la ruleta acabando su última vuelta se detuvo y la bola entró en una casilla.

—¡Gané! ¡gané! gritó Javier con toda su fuerza.

Y después, viendo que el banquero permanecía inmóvil, añadió:

—¡Y bien! ¿á qué esperais? Pagadme.

Estas palabras agravaban por decirlo así el flagrante delito.

Los concurrentes bajaron la cabeza y el comisario de policía se adelantó hacia la mesa.

VIII

En saliendo del garito.

—Señores, dijo el comisario, ruego á ustedes que sean prudentes; ya he cumplido mi deber en el primer piso, y la menor resistencia no serviría más que para agravar vuestra situación, porque tengo abajo fuerza armada.

Javier volvió la cara estupefacto.

Este discurso, del que nada entendió, porque ignoraba completamente que hubiese nada de reprensible ante la ley en su actual conducta, no le parecía motivo suficiente para producir la consternación general.

—¿Por qué no se me paga? pregunto segunda vez removiendo maquinalmente su montón de oro.

—Cuanto hay sobre la mesa es propiedad del Fisco. No toquéis á nada, caballero, dijo imperiosamente el comisario.

—Pero esto es mío..... Yo lo he ganado, replicó Javier.

—¡Silencio....! gritaron varias voces al rededor suyo.

—Señores, continuó el comisario, van ustedes á tener la bondad de darme sus nombres y las señas de sus domicilios, á fin de que el señor procurador del rey pueda citarlos cuando lo tenga por conveniente.

—¡El procurador del rey! repitió Javier. ¿Y á que fin....?

—¡Silencio! repitió la asamblea, que tenía sus razones para mostrarse sumisa.

El Sr. Montet, dueño del establecimiento, fué el primero que inscribió su nombre en la lista del magistrado lanzando un agudo suspiro.

Después le imitaron todos los jugadores.

Es inútil decir que acostumbrados á semejantes escenas, tuvieron buen cuidado de dar un nombre falso y las señas de sus habitaciones, después de lo cual se fueron retirando, al parecer muy contritos. Sólo en este momento fué cuando Javier echó de menos á Carral, y se admiró de que no estuviese á su lado.

—¡Se ha escapado! dijo para sí; tanto mejor.

—Ahora os toca á vos, caballerito, dijo el comisario dirigiéndose á él.

Javier, siguiendo el ejemplo de los demás, consintió en dar su nombre y las señas de su casa.

Esta era acaso la única indicación verdadera que había en toda la lista; pero el comisario, que era buen observador, sospechó que le ocultaba la verdad.

—¡Javier! repitió al oir su nombre. ¿No os llamáis más que Javier? Caballero, eso no es posible.

Y al decir esto dirigió una mirada al dueño del establecimiento, quien ó por maldad ó por costumbre guiñó el ojo.

—Caballero, respondió secamente el joven; ignoro lo que puede resultarme de todo esto. Me he prestado á vuestras exigencias, porque vuestras insignias me indican el empleo que ejercéis; pero esas insignias no pueden daros derecho para ser insolente..... Os he contestado; tened la bondad de permitir que me retire.

—¡Tratar así al señor comisario de policía! exclamó el Sr. Montet, como escandalizado.

—Habláis muy recio, caballerito, dijo el comisario, y hacéis mal, muy mal..... Os he hallado aquí en una casa de mala nota, en un garito clandestino.....

—Cómo desprecia mi establecimiento, murmuró entre dientes Montet.

—Os he hallado solo junto á la ruleta, continuó el comisario, y el único dinero que hay sobre la mesa es vuestro, confesado por vos mismo..... El delito es grave y todo delito grave se niega..... Para escapar á los procedimientos me dais un nombre falso.....

—Es el mío, caballero.

—Podrá ser, no hay duda; pero yo desconfío, y usando de mi derecho os mando que me sigáis á la audiencia del señor procurador del rey.

—¡Al juzgado! dijo el Sr. Montet frotándose las manos.

—En cuanto á vos, añadió el magistrado volviéndose á éste, estad pronto á comparecer cuando se os avise.

—La justicia y yo nos conocemos, señor comisario, respondió Montet.

Javier había palidecido al oir nombrar al procurador del rey.

Se le había pasado la fiebre y empezaba á temer vagamente las consecuencias de este acontecimiento; pero tranquilo en su conciencia, y bastante versado en el código para saber que el haberlo hallado en una casa sospechosa no constituía un delito, estaba lejos de prever el funesto golpe que le amenazaba.

La señora de Rumbrye sí lo había previsto; el lector debe tener ya bastante buena opinión formada del talento de esta mujer adorable, para calcular que no se habría tomado tanto trabajo, por solo el placer de jugar al amante de su hijastro lo que vulgarmente se llama una *mala pasada*.

La condesa había querido perderlo, es decir, incapacitarlo de poder elevar la frente en adelante; en una palabra, había querido deshonrarlo.

Su plan había sido tan rápidamente concebido como audazmente ejecutado.

Hasta el presente todo marchaba á medida de su deseo, y el pobre Javier distaba mucho aún del término de sus penas.....

El comisario de policía le hizo bajar la escalera, en tanto que el Sr. Montet, dichoso en su desgracia, se felicitaba porque no habían visitado el piso tercero de su establecimiento.

Cuando Javier salió de la casa de juego, el mendigo estaba á la puerta esperando.

Hacía media hora que veía salir los jugadores en grupos y Javier no parecía, con lo que su inquietud iba en aumento.

—Espero, caballero, dijo el joven al comisario al llegar á la calle, que no me haréis pasar la vergüenza de llevarme entre soldados.

—Iremos solos, respondió el comisario; únicamente nos acompañarán estos dos señores, añadió designando los dos vestidos de negro, que eran el secretario y un escribiente de la comisaría.

Javier, avergonzado y figurándose que llevaba escrita en la frente con gruesos caracteres su aventura, emprendió el camino del Palacio de la justicia.

El mendigo los siguió de lejos.

—¡Preso! dijo con amargura. ¿Y por qué?

El infeliz se devanaba los sesos para adivinar qué motivos impulsarían al mulato á tenderle este lazo, cuyas consecuencias menos aun que Javier podía presagiar, pero lejos de tranquilizarlo esta ignorancia, contribuía á asustarlo más.

La única cosa que comprendía de todo era la intervención de la policía.

La policía no interviene sino para impedir un crimen ó castigar su autor, luego se trata de una de estas dos cosas; tal era su raciocinio.

Sin embargo, cualquiera que fuese la acusación que pesara sobre Javier, el mendigo negro lo creía en su conciencia inocente de toda culpa.

Pero su instinto le decía que era ya un mal precedente para el joven el haberlo hallado en una casa sospechosa.

Por otra parte, Javier estaba solo en el mundo y el mendigo, á pesar de su inexperiencia y poco conocimiento de la sociedad, sabía que difícilmente se absuelve al que no tiene quien lo defienda.

Apenas llegaron, Javier y el comisario fueron introducidos en el despacho del juez, el comisario hizo su relato y se marchó.

En 1816, época en que el monopolio del juego se ejercía públicamente en París, las casas clandestinas se consideraban aún más que en el día como innobles y peligrosas, y la autoridad las perseguía sin cesar con objeto de destruirlas; de modo que las que podían evitar esta vigilancia sólo recibían en su seno la hez de los jugadores.

Era, pues, muy fatal y aun peligroso el presentarse delante de un magistrado con la circunstancia

A LA PUERTA DE LA GRANJA.

agravante de haber sido arrestado en un garito clandestino.

El comisario además había acusado á Javier de ocultación de su nombre verdadero y había hecho mérito de la enorme suma que se le había encontrado sobre el tapete.

El procurador del rey dirigió al joven una mirada escrutadora á la par que severa.

— Caballero, dijo, ¿os llamáis Javier?

Este contestó afirmativamente.

— ¿Nada más que Javier?

— Nada más.

— ¿Qué profesión tenéis?

— No tengo ninguna, pronunció entre dientes y temblando el joven que empezó entonces á calcular el abismo que se abría á sus pies.

— ¡No tenéis ninguna profesión! repitió lentamente el magistrado. ¿Pues cuáles son vuestros medios de vivir?

Javier había previsto desde luego esta pregunta, á la que no sabía qué responder.

Su angustia aumentaba cada vez más y sentía abandonarle las fuerzas.

— Señor, dijo haciendo un esfuerzo; esas preguntas no se hacen sino á los criminales.

— ¿Es esa vuestra respuesta? preguntó friamente el juez.

— ¡En el nombre del cielo, caballero, no me exijáis otra! exclamó Javier. Hay cosas que referidas parecen fábulas y sin embargo existen; hay realidades tan extraordinarias.....

— La justicia puede averiguarlo todo, dijo con énfasis el magistrado.

— ¿Podrá la justicia lo que yo no he podido.....? No me atrevo á deciros.....

El procurador del rey sacó su reloj.

— No tengo más que un momento para oiros, dijo, hacedme el gusto de ser breve.

— Escuchadme, pues, y quiera Dios que deis fe á mis palabras.

Entonces contó Javier la extraña manera como recibía cada mes su pensión.

Una sonrisa incrédula y burlona asomó al rostro del grave magistrado.

— Eso en verdad, dijo cuando el joven acabó de hablar, no es imposible, pero puede muy bien ser falso.

— Es la verdad; os lo juro.

— ¡Quién podrá atestiguarlo!

— No lo he dicho más que á uno de mis amigos.

— ¿Como se llama?

— Juan de Carral.

— Ese nombre es extranjero, replicó el juez. ¿Tiene alguna profesión ese sujeto?

(Continuará.)

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

¡UN DIENTE QUE SE CAE!

Puede decirse, sin temor de ser tachado de exageración, que un diente que se cae extraña la pérdida de un año de existencia. En efecto, todos los dientes son necesarios para una masticación perfecta, sin la cual los alimentos pasan por el tubo digestivo sin ningún provecho para el organismo.

Es, pues, absolutamente preciso el cuidar con regularidad tan importantes órganos y usar un producto que los mantiene siempre en un estado de perfecta salud. Tal es el objeto que se puede con certeza obtener usando cotidianamente el **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac**, cuyo éxito constante después de cinco siglos responde de su eficacia.

Agente general. — A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

ALMACENES GENERALES
DEL
LOUVRE
Casa de perfección y confianza fundada en 1870
R. ITURBIDE Y C.ª
2, Fuencarral, 2, Madrid.

Equipos para novias, canastillas, ropa blanca, trajes de señora y niños, cortinajes, mantelería, muebles, géneros de punto, lencería, encajes y tapicería. — MUEBLES FRANCESES.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Recomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET único Inventor 19 bis Rue Vivienne, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.106.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 11. — Madrid 15 de Abril de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 pets.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pe. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Decena, por Fernando. — *Absorción*, novela por Mad. Bourdón (continuación). — *Valentín Gómez*, por A. Salcedo. — *La guerra de la Independencia contada y cantada por un francés* (continuación). — *Poesía mejicana*, por A. Balbín de Unquera (continuación). — *Album de poesías: A la Caridad. La Resurrección del Señor*, por Enrique Juliá. — *La filosofía de Santo Tomás*, por D. Elías Torno. — *El mendigo negro*, novela por Paul Feval (continuación).

Grabados.

D. Valentín Gómez. — (Véase el artículo).

El Cardenal Rampolla. — Damos hoy el retrato del insigne Cardenal Secretario de Su Santidad, que tantos servicios ha prestado á la Iglesia de Dios, y del que tan gratos recuerdos conservan los católicos españoles.

La ciudad de Spax (Túnez). — Algunos modernos escritores franceses han puesto de moda las descripciones del norte de África con su luz de levante, sus perspectivas de palmeras y sus viejas ciudades rodeadas de caminos polvorientos. Sfax es una de las más notables poblaciones del antiguo virreinato de Túnez, famosa por el sitio que la pusieron los franceses hace diez años, cuando nuestros vecinos se alzaron con el dominio del territorio tunecino.

La Academia de los Arcades. — Salidas son la historia y las prerrogativas de la célebre Academia romana. Nuestro grabado representa á los Árcades en día de gran sesión, como fué, v. gr., la que se celebró hace años en conmemoración del centenario de Metastasio.

El P. Félix. — Hemos dado ya el retrato del P. Lacordaire, el gran predicador de N. S. Al lado del insigne dominico no desmerece el P. Félix, que también en la elocuencia cristiana llegó á la perfección. Las conferencias del P. Félix forman un admirable conjunto, que es una obra magistral, *El progreso por el Cristianismo*, estudiado desde todos los puntos de vista imaginables y por todos sus aspectos.

LA DECENA

(DE VIAJE)

I

De Madrid á Alicante.

Pocas transformaciones de paisaje tan rápidas y agradables como las que nota el viajero que viene de Madrid á Alicante, no bien sale de la estación de Venta la Encina, nudo de los ferro-carriles del Este. Está la famosa Venta en el fondo de un vallecillo de piedras calcáreas festoneadas de matorrales bravíos; es tan estrecho el horizonte, que ahoga; á pocos pasos del andén húndese el terreno precipitadamente formando barranqueras y peñascales de medroso aspecto. Sopla allí de continuo un aire frísimo que penetra en los huesos. El conjunto es feo, desolado y triste, como el de aquellos valles bíblicos, sobre los que caía la maldición de Jehová. Parece que toda la negra melancolía de Castilla y de la Mancha se amontona en aquel obscuro y desabrigado rincón de la Península.....

Pero silba la locomotora y la serpiente de coches se arrastra, primero perezosamente, después con vertiginosa rapidez sobre los férreos lingotes..... Esperad un momento..... Sin transición apreciable, sin que nada lo anuncie previamente, todo ha cambiado á vuestro alrededor. El cielo no aparece ya, allá arriba, como si lo contemplarais desde el fondo de un profundísimo pozo; se ha despejado majestuosamente á derecha é izquierda, por delante de vosotros y á vuestras espaldas; las nubes que antes lo velaban han desaparecido, y ahora es un inmenso fanal de un azul celeste limpio y brillante que despide rayos fulmíneos de una intensidad de luz y de color maravillosos. Fuéronse los montes de siluetas medrosas, los barrancos por cuyos lechos de piedra obscura gimen los torrentes como almas en pena; fuéronse los matorrales bravíos asidos á la roca como náufragos á una tabla; fuéronse los hondos callejones y los precipicios abruptos, y se fué también el aire húmedo y helado. La madre tierra se muestra de súbito en toda su pompa y lozanía, dilatadísima y vestida con su gala vegetal. Bosquecillos de olivos parecen ofreceros la paz en nombre de la reina naturaleza con sus simbólicas ramas que mueve dulcemente una juguetona brisa primaveral; y el trigo y la vid, esos dos frutos que son para el hombre los más preciados, parecen recordaros que no es Dios padrastro, sino padre amantísimo de sus criaturas. Allá, lejos, sobre la verde alfombra de los campos, descollando sobre los olivares, veis elevarse gigantes y gallardas algunas palmeras..... Mas lejos aún, los rayos solares arrancan reflejos de topacio, de esmeralda y de brillante, de la cúpula multicolor de una parroquia de aldea.....

Estáis en plena luz, y en pleno calor, y hasta puede decirse que en pleno paisaje del Oriente. Nada de lo que veis os recuerda al Madrid que habéis abandonado: todo os habla de cosas bien diferentes. Un no sé qué difundido misteriosamente por la tierra, por el cielo, por la traza de los edificios, por las fisonomías y por los trajes de los labradores, y por la manera como cultivan la tierra, y por el género de cultivo, y por todo en fin; un no sé qué, que la razón no explica, pero que el corazón siente, os dice, y bien elocuentemente por cierto, que aquellos campos que atravesáis son pedazos del Oriente traídos á la Península Ibérica en siglos remotos por el activo y bienhechor Mediterráneo.

D. VALENTIN GÓMEZ.

II

Alicante.

Los pueblos valencianos, no negruzcos como los manchegos, sino blancos como los andaluces, aparecen tendidos en anfiteatro, al pie de las graciosas colinas que coronan ruinosos castillos engalanados de hiedra. En las estaciones se amontonan los barriles llenos de vino. Los naranjales alternan ya con los bosques de olivos; el horizonte es dilatadísimo, y ondea hasta allá muy lejos el verde mar de mieses. De cuando en cuando, dando al paisaje un tono levantino que agrada por igual á los ojos que á la fantasía, se alzan gigantescas y gallardas las palmeras, y armonizando perfectamente con ellas, las cúpulas multicolores de las iglesias recogen en sus azulejos, rojos, azules y amarillos, de brillo metálico, los rayos del sol, y los despiden á su vez sobre los terrados de las casas, adornados de macetas, sobre las parras que entoldan las callejas, y sobre la verde alfombra de mieses y de vides que cubre toda la campiña.

Más adelante, á los aromas de la tierra se unen los tónicos y refrigerantes del mar. Allí está Alicante, sentada sobre su muelle de piedra, presentando al mar, que es su amigo,

no una muralla ciclópea como Cádiz, sino un lindísimo paseo de palmeras. Graciosa coquetería es ésta, y si, como escribió Fernán Caballero, los puertos son balcones de los continentes, nadie podrá negar que el balcón alicantino es uno de los mejor adornados y más lindos del continente peninsular.

No veía yo á Alicante desde el año de 1873. En estos diez y siete años la ciudad ha progresado y se ha hermoseado mucho. La explanada y las calles principales no desmerecen al lado de las de cualquier capital de importancia. Las casas son altísimas y de buen gusto, los establecimientos suntuosos. El paseo central es un magnífico boulevard. El puerto está muy concurrido de embarcaciones, y, según me contaron, el comercio es cada vez más activo y floreciente. Algo falta, sin embargo, para que Alicante sea lo que debe ser, esto es, una gran estación de invierno de la gente rica del Norte de Europa. Todo se presta para eso: el clima es tan delicioso, que la temperatura, el día que varía más, es dos ó tres grados. ¡Igual que en nuestro dichoso Madrid! Desde primeros de Noviembre hasta Mayo, la primavera es constante. Nadie gasta chaleco de Bayona ni se usan los gabanes de pieles. Alonso Martínez en Alicante estaría desconocido. Las capas son prendas nocturnas. Ninguna casa está esterada ó alfombrada, y los braseros, las estufas y los chouberskuis pertenecen á la categoría de las cosas mitológicas; son parte de la leyenda del Septentrión....

A poco esfuerzo que hicieran los alicantinos, no habría lord ni lady ingleses, ni príncipes rusos, ni grandes señores alemanes que no vinieran todos los inviernos á dejarles buena porción de libras esterlinas, marcos y rublos. Pero ¡hablarles de eso! «Mire usted (contestan), aquí no se puede hacer nada, porque los Gobiernos son unos pillos, y porque hay caciques que quieren meterse en la Diputación provincial para comer á costa de la Beneficencia, y porque D. Fulano es enemigo de D. Zutano, y con tal de que D. Zutano quede tuerto, es capaz don Fulano de sacarse los dos ojos.» Y mudan en seguida de conversación, y preguntan qué hay de lo de Dabán, y si los conservadores vendrán pronto, y si Sagasta usa todavía tupé. Nada, lo de todas partes.

III

Palma de Mallorca.

Hablar de Mallorca y no empezar hablando de la Catedral, es imposible. La Catedral lo llena allí todo con su grandeza moral, y todo lo hermosea con su grandeza artística. Es á la vez el alma y la facción característica de la fisonomía de la ciudad. Apenas se dobla Cabo Blanco y se entra en la espaciosísima bahía, se la ve allá lejos, clara y distinta, recortando valientemente sus puras y enérgicas líneas, alzando á prodigiosa altura su torre del campanario. Entre tantos buques como pueblan el puerto, y cuyos palos y velámenes confunden y marean la vista, descuella la Catedral, que parece también una nave flotando sobre las azuladas aguas de la bahía, y dispuesta á surcar los mares..... La imagen de la nave, tantas veces repetida por los poetas y escritores católicos, en ninguna parte quizá se ve de modo tan evidente como contemplando esta magnífica Catedral de Palma desde la bahía.

No puedo describir minuciosamente la grandiosa obra de la Catedral, á menos de copiar lo que dicen las guías, y que cualquiera de nuestros lectores puede leer fácilmente. Que es un extenso cuadrilongo, con su más bello costado al mar; que tiene tres naves y tres torres; que las columnas que sostienen todo el edificio y dividen su interior son de siete palmos y medio de diámetro por doscientos y tantos de altura; que reposan en sus bóvedas muchos reyes y príncipes de la Casa de Aragón; que la mandó construir el gran Don Jaime; que....., ¿pero para qué continuar? Ni escribo una guía, ni creo haber descubierto á Mallorca, como el francés que descubrió á Berlín. Pero si esas noticias no valen, sí creo deber manifestar que la impresión que produce este templo, no sólo es gratísima, sino formidable: es la verdadera impresión de lo sublime. Aquellas columnas tan altas y tan delgadas, aquellas líneas correctísimas y puras, no desfiguradas por ningún adorno; todo, en fin, lo que constituye la Catedral, es, en el espíritu más vulgar y prosaico, motivo de impresiones profundas. ¡Que imponente, que fantástica resultaba la procesión del Santo Entierro á través de las naves laterales de la Catedral! La muchedumbre llenaba todo el templo, abriéndose trabajosamente para dejar paso á la procesión, y no había más luces que las que llevaban los Sacerdotes que formaban la comitiva, quedando la nave mayor en una especie de crepúsculo ya muy cercano á la noche, y los violines de la capilla lanzaban notas lastimeras que parecían trepar por las altísimas columnas, y correr por la crestería, y bajar de nuevo, en alas del aire, para inundar todo el espacio.... Espectáculo más poético y devoto no lo he visto jamás.

También es muy lucida la procesión que se hace el Jueves Santo, y que recorre las principales calles y paseos de la ciudad. Claro es que no puede compararse con las famosas de Andalucía; pero mejor que la de Madrid ya es. La Virgen de los Dolores, representada por una bonita efigie, lleva un manto elegantísimo de terciopelo y de gusto excelente, y, según me contaron, ese manto hace algunos años que apareció colocado sobre los hombros de la imagen, sin que hasta ahora se haya podido, no ya averiguar, sino ni aun sospechar quién lo puso allí. Sobre esto, que sin duda tiene algo de misterioso, pero no tanto como la gente del pueblo se figura, hace la dicha gente del pueblo mil comentarios.

Quizá el precioso manto de la Virgen de los Dolores represente el desenlace de una historia de amores y de infortunios, esto es lo que se figura el vulgo. Quizá todo ello no sea más que el cumplimiento de un voto vulgar y el celo de una vulgar modestia. ¡Vaya usted á saber!

IV

El monumento más insigne de Palma.

Mallorca, ó, mejor dicho, Palma (que así es como se llama la ciudad), encierra dentro de sus murallas, no sólo muchas y lindísimas iglesias; no sólo muchos y suntuosos edificios de grandeza extraordinaria, y que son verdaderos monumentos del arte y de la historia, sino que también guarda con legítimo orgullo un monumento viviente, ante el que no hay literato joven ó viejo, ni persona medianamente ilustrada, que pase sin descubrirse.

Ese monumento vivo coronado de cabellos blancos, que trabaja hoy en su gloriosa ancianidad con el fervor y los bríos de la juventud, es el maestro de los escritores, el descriptor ameno de los *Recuerdos y bellezas de España*, el mago que con su varita de virtudes, ó sea con su maravillosa pluma, ha evocado el grandioso espectro de la España que fué, y hecho vivir nueva y más hermosa vida que la real, la vida del arte, á nuestras viejas ciudades castellanas, y que ahora mismo descorre los velos de la historia para presentarnos, vivo y animado, el pasado de estas islas encantadoras. Todos mis lectores han comprendido ya, de seguro, que me refiero al insigne archivero de Palma, de tan limpia y nobilísima ejecutoria literaria, al amigo y compañero de Balmes, Piferrer, La Fuente y tantos y tantos otros filósofos, literatos, artistas y escritores: á D. José María Cuadrado, en una palabra. El hombre á quien toda España admira, vive aquí, en esta isla, con decorosa modestia, y rodeado, ya que no de bienes de fortuna, del respeto y del cariño de todos. Su gabinete de estudio, situado en el piso bajo de su casa, es limpio, humilde y alegre como la celda de un monje.

Por las paredes se ven los retratos de Balmes, de Piferrer y otros varios maestros, entre los que hay un D. Vicente de la Fuente, peinado á lo romántico y con una corbata amplísima alrededor del cuello, de aquéllas que exigían por lo menos siete vueltas, que no se parece nada, por cierto, al D. Vicente de la Fuente que todos conocimos y lloramos en Madrid; pero que, según el honrado testimonio de Cuadrado, es el D. Vicente de la Fuente del año 40, el D. Vicente de *Los españoles pintados por sí mismos* y de *La alianza dinástica*. ¡Hay, pues, que ir á Palma y entrar en el despacho de Cuadrado para cerciorarse uno de que nuestro querido D. Vicente fué joven alguna vez! ¡Y con qué cariño me habló el ilustre poeta de la España que fué de nuestro queridísimo colaborador y amigo! D. Vicente era para él más que un amigo, más que un camarada en letras: era un hermano.

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para La Ilustración Católica *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Abril 18....

Si Francisquita me da inquietudes, Edmundo me compensa de ellas. Ayer hizo su primera Comunión; estaba hermoso y devoto como un ángel, y se ha preparado á la grande acción con esos pequeños sacrificios que tanto valor tienen á los ojos de Dios. Se ha privado de sus recreaciones para enseñar la doctrina á un niño pobre de la vecindad, á quien le daba también sus dulces, sus estampas, su escaso sobrante, que era una riqueza para su pobre protegido. Me pidió también que le comprara vestidos de más mediana calidad á fin de poder añadir algo al traje de su discípulo. ¿No es esto virtud para tan corta edad? ¡Y cuán hermosa parece cuando brilla en la frente de un niño!

Al entrar en la Iglesia me abrazó, diciéndome: — Mi buena hermana, comprendo perfectamente cuánto te debemos; pero cuenta con que yo te indemnizaré más tarde y seré para tí hijo y hermano.

Ya estoy indemnizada: ¡una palabra del corazón paga todos los sacrificios, y hace olvidar tantas penas! ¡Es tan rico el corazón....! Sí; ¡pero cuántos hombres hacen con esta riqueza lo que los avaros con su oro! la esconden, sin que sirva para bien de nadie.

Los progresos de mi Edmundo responden á la bondad del alma: adelanta rápidamente. Los camafeos han pasado; el año que viene les tocará su vez á los corales; ya están mis alhajas colocadas en un hermoso y buen estuche.

Saint-Omer, Noviembre 18....

Francisquita cumple hoy sus diez y siete años. Luego hará los once que entré de luto en esta casa, que el luto iba á cubrir con sus crespones; hace diez años que tengo cargo de almas, y que el privilegio del derecho de primogenitura me ha constituído madre de familia.

Francisquita ha salido de la infancia, y es ya una jóven. ¿Qué tal la he educado? ¿Puede estar mi conciencia tranquila? Yo he hecho lo mejor que he podido; pero ¡ay! ¡cuán imperfecto es este mejor! Probablemente habré hecho lo mejor que he podido; pero no lo mejor que se podía hacer. Se han disimulado sus defectos, porque ha adquirido algún dominio sobre sí misma, y sobre todo un poco de trato de gentes; y esto le ha enseñado que la irritabilidad disgusta y que la vanidad rechaza; pero

EL CARDENAL RAMPOLLA.

existen todavía las dos manchas negras que bastan para gangrenar un alma. El orgullo sobre todo permanece entero, y crece con las frágiles gracias, á las que tanto valor da Francisquita. Sabe que es hermosa; Verónica y su espejo se lo han dicho; muy hermosa, efectivamente, y á veces yo misma me pongo á admirar ese rostro de líneas rectas y severas, esos hermosos cabellos de un negro azulado, esos ojos azules, pero azul oscuro, cuya mirada altanera no disgusta, ese talle naturalmente gracioso, esas hermosas manos dignas de una reina; encuentro á Francisquita hermosísima, y casi excusaría su vanidad si fuese la vanidad superficial de las muchachas, que una nada distrae, divierte, consuela, y que, aunque gustando de los bonitos vestidos, no envidien á los que los poseen. Pero mi pobre Francisquita padece de una vanidad más amarga; desde sus más tiernos años ha envidiado, niña, los bonitos juguetes; muchacha, envidia la riqueza, pues va derecha al objeto.

Quisiera ser rica, lo que para ella significa asistir á las fiestas, vivir con lujo y eclipsar á las demás con su fausto y su opulencia. Nuestra pobreza, que á mí me parece tan hermosa, le choca y le disgusta; desdeña nuestras pequeñas diversiones, nuestras modestas fiestas de familia. Fany misma, aunque rica, no está á la altura de los sueños de suprema elegancia que se forja mi pobre hermana..... ¡Oh! no, no he logrado lo que pretendía en la ardua empresa de la educación, pues no la he hecho ni buena ni feliz! Escribo esto con sentimiento, pero me atrevo á esperar que no es este juicio definitivo, y que las grandes lecciones de la vida la han de corregir.

La quiero, y si ella quisiera, seríame aún mil veces más querida: si su corazón respondiera al mío, si nos uniéramos en un mismo sentimiento de afección y de deber, aun habría dicha para nosotros. *El hermano que se apoya en su hermano es semejante á una plaza fuerte*, dice la Sagrada Escritura, y yo estoy sola. ¡Había contado durante mucho tiempo con la amistad de mi hermana: otra ilusión perdida! ¡Oh soledad del corazón, que nunca te he de aprender!

Saint-Omer, Febrero 18....

Al menos Fany es feliz. Tiene un marido excelente, hijos á quienes educa bien y de quien es idolatrada; una gran fortuna le permite (permiso del que usa) hacer mucho bien; le viven sus padres que disfrutan de una envidiable vejez; reune en torno de ella los goces de la adolescencia y los de la edad madura, como los naranjos que á la vez ostentan sus flores y sus frutos; su dicha ha sido frecuentemente para mí asunto de dulce contemplación. ¿Por qué hoy la vista de ese cuadro próspero y tranquilo me ha oprimido repentinamente el corazón? Había pasado una hora con Fany, estaba oscureciendo, y todos permanecíamos en silencio. Fany, sentada junto al fuego, tenía en sus rodillas á su hijo más pequeño, un hermoso niño que sonreía á las llamas, y á quien su madre miraba con delicia.

Su marido levantaba un castillo de naipes para la niña, que seguía temblorosa los progresos del edificio; de vez en cuando cambiaban una mirada, con la que se comunicaban sus pensamientos. Entre tanto, calceteaba Mad. Duperron unos botitos para su nieto, mientras su marido jugaba á las damas con el primogénito de la familia. Había tanta unión en aquel cuadro de la familia; comprendía yo que se entendían tan bien, en el silencio, aquellos corazones; penetraba tan perfectamente, y sentía mi alma tan bien la fuerza de los sagrados lazos que los unían, que me sentí como sobrecogida de una emoción involuntaria. Oprimióse mi corazón, bañáronse mis ojos en lágrimas, y más que en otra ocasión cualquiera sentíme sola, siempre sola, desterrada de la sociedad de los dichosos. —¡Nunca, me dije con amargura, nunca gustaré semejante felicidad, y sin embargo, tenía un alma hecha para comprenderla!

¡Perdonadme, Dios mío! Mucho sufrí en aquel momento, en el que un tormento desconocido penetraba en mi corazón. Vos veis este pobre corazón, sondeáis sus miserias y sus debilidades; quisiera apegarse de nuevo á la vida, no puede desprenderse de sí mismo. ¡Oh! ¡Enseñadle á no amar más que á vos, á colocar en vos únicamente sus esperanzas y sus deseos! ¡Dios mío, Padre mío, os necesito; venid en mi ayuda! ¡Apresuraos á socorrerme! No quiero querer más que á vos; no quiero desear más que el cielo!

Saint-Omer, Julio 18.....

Esta mañana ha venido á visitarnos un antiguo amigo de mi padre: es un hermoso anciano, vigoroso, tieso, con cabellos blancos como la plata, y una figura fina y distinguida. Ha servido con mi padre en la Cirugía militar. Recibíle del mejor modo posible; pero insistió para ver á su antiguo compañero, como él le llamaba, con tan franca cordialidad, que no tuve presencia de ánimo bastante para eludir sus instancias.

Entramos en el cuarto; mi padre estaba sentado en un sillón, con la cabeza inclinada sobre su pecho, y Francisquita estaba bordando á su lado; ofrecían el contraste de la caducidad más completa junto á la vida en su flor y juventud; el helado invierno y la alegre primavera; el alba risueña y la noche oscura.

—Querido padre, dije, aquí tenéis á M. Thurel, uno de vuestros antiguos amigos, que viene á veros. —¡Querido amigo, mi digno amigo! dijo M. Thurel, y las lágrimas ahogaron su voz, mientras estrechaba las manos paralizadas que no podían buscar las suyas.

Mi pobre padre, que había levantado la cabeza, pero que no le conoció, volvió los ojos hacia mí diciéndome con voz débil:— ¡Octavia, Octavia..... tú sola! nadie más que tú.....

Y su débil mano hizo un gesto para alejar á su amigo, como si presintiera el doloroso espectáculo que presentaba á su compasión. M. Thurel, penosamente afectado, le obedeció, y dirigiéndose á mí, que le había seguido, me estrechó la mano diciéndome muy conmovido:— Me felicito de mi llegada á Saint-Omer, señorita, que os proporciona un nuevo amigo. Debo mucho á su padre de usted, que me cuidó como á un hermano cuando estuve muriéndome en el hospital de Leipzig, y quisiera devolver á sus hijos el cariño que entonces me mostró.

Contestéle algunas palabras de agradecimiento,, y él añadió:— Mucho gusto tendría en que nos viéramos con frecuencia; tengo conmigo á mi hija y á mi hijo, que no son jóvenes ninguno de los dos, pero que nunca han querido separarse de su anciano padre. Vivimos en la mayor intimidad, y, Dios mediante, la muerte sola ha de separarnos. Mi hijo acaba de ser nombrado para uno de los primeros empleos de vuestra villa; esto es lo que fija nuestra residencia en Saint-Omer, y me aplaudo de ello, puesto que he encontrado á la familia de mi antiguo amigo, y que me atrevo á esperar que mi hija, mi Josefina, tendrá en usted una amiga..... ¡es digna de usted, ya lo verá!

Y me dejó.

No sé por qué me ha dado gusto esta visita. La franqueza y la bondad de M. Thurel han ganado mi corazón; y espero mucho de las relaciones con Josefina, una solterona como yo..... ¿esto es, tal vez, lo que me falta.....? Una intimidad, un lazo de afección, una amiga, lo que hubiera podido ser Francisquita, en una palabra, lo que nunca ha de ser.

Saint-Omer, Julio 18....

Creo en los buenos presentimientos: ya pensaba yo que las antiguas amistades de mi padre nos habían de proporcionar una herencia de dicha y de amables relaciones. Josefina Thurel me gusta extremadamente; tiene más edad que yo; pero si sus hermosas y finas facciones han sufrido el estrago de los años, sus ojos conservan su juventud y son de una hermosura incomparable, inteligentes y dulces, muy negros, muy rasgados, bajo largas pestañas que los velan sin ocultarlos. Esos ojos pintan, ó, por mejor decir, reflejan un alma, y dan todo lo que prometen. Es dulce sin insipidez, grave sin aspereza, razonable sin orgullo, instruída sin pedantería, discreta en su conversación lo mismo que en su silencio, distinguida en el sentido real de la palabra; es decir, inteligente, noble y sencilla á un mismo tiempo. Su carácter, apacible, es igual, franco y llano; y, aunque no es susceptible, la creo muy tierna y la veo mucha abnegación. ¡Con qué respeto trata á su padre! Con qué cariño á su hermano! ¡Y cómo le corresponden ellos á su vez! La vista de esta familia tan feliz, y que confirma con una afección voluntaria todos los deberes de la sangre, me hace provecho, haciéndome ver prácticamente que aun quedan seres dichosos en la tierra, y dichosos que permiten que otros menos favorecidos que ellos se calienten de lejos al sol de su felicidad.

Madama Thurel y sus hijos nos visitan con frecuencia, y comprendiendo los deberes que me detienen en casa, no exigen que yo les devuelva sus visitas. Pasamos juntos dulces veladas en el saloncito que precede al cuarto de mi padre y que tiene salida al jardín. Mientras charlamos junto al balcon abierto, en el que cultivo geranios y rosas, vemos la marcha silenciosa de la luna, que extiende sus pálidos reflejos sobre la torre de Saint-Bertin, aspiramos con delicia los suaves aromas de los jardines que nos rodean y escuchamos la vaga armonía de la música militar que vuelve á sus cuarteles. Hablamos..... como no he hablado desde hace doce años. La conversación de M. Thurel, de Josefina y de M. Raimundo, su hermano, me recuerda mi juventud, el salón de mi tía, y aquella vida intelectual que, á pesar mío, siempre he extrañado. Todos tres son de un ingenio flexible y agradable, más alegre y corriente en el padre, más reflexivo en la hermana y más profundo y grave en el hermano. Todo lo conocen y tienen ese arte de la conversación que como la abeja, sabe sacar miel de todas las flores y dar amenidad á la narración, quitar á la chanza la malicia, prestar al silencio benevolencia y amabilidad y gracia á la palabra. No me quejo de la monotonía de los días desde que disfruto de este dulce recreo y de esta amistad preciosa.

Suelo dejarles algun ratito para ir al lado de mi padre, á quien la mayor parte de las veces encuentro dormido. ¡Pobre padre, ya no goza ni con el espíritu ni con los sentidos; no ama sino por instinto, y ni la frescura de un pensamiento nuevo, ni los recuerdos de un antiguo amor ó de una amistad siempre joven, estremecen ni conmueven ya su corazón! ¡Pobre padre mío!

Durante estas veladas no se apartan los niños de nosotros. Ocúpase Josefina de mi hermana con bondad, y la da lecciones de música, que valen más que las mías, y de las que se aprovecha maravillosamente Francisquita, cuya voz dulce y vibrante es, en verdad, muy hermosa. M. Raimundo se constituye á veces en pasante de Edmundo, y veo que su conversación, los pequeños exámenes á que le somete, son un vivo estímulo para mi hermano, y un motivo de gratitud para mí.

Tambien Fany, al volver del paseo con sus hijos, suele venir á vernos un momento: quiere también á nuestros nuevos amigos, y no tiene celos del cariño que les profeso yo. —¡Te sonríes, estás animada, cuánto me alegro: me gusta verte así!

Es verdad; olvido mis penas, y algunas veces, sin saber por qué, vuelve la esperanza á mi corazón. ¿Qué es lo que espero? No lo sé, pero me parece

que el porvenir, que ántes me imaginaba tan triste y vacío, me reserva algo todavía.

M. Raimundo se asemeja á su hermana y los dos se parecen á su padre.

Saint-Omer, Agosto 18....

Acabo de gustar una alegría bien viva. Mi bueno y querido Edmundo ha tenido los cuatro primeros premios, y no sé cuántos accésit. Cuando me ha traído sus coronas en la distribución de premios, le han aplaudido con entusiasmo. Los asistentes, los padres y las madres, se acordaban de que es huérfano, y yo he llorado más de lo que hubiera querido, pues me sentía avergonzada con mi mal disimulada emoción. Fany y Josefina me estrechaban las manos, mientras Francisquita contemplaba á su hermano con cariñoso orgullo. El nombre de Edmundo, tantas veces proclamado, ha sido aplaudido siempre.

—¡No me olvido, Octavia, me dijo al salir, que algo te debo de esto, y que muchas veces has hecho tú los *pensum* que me daba tan á menudo mi catedrático de latín!— Algo era preciso hacer para que te quedara tiempo de jugar.— ¡No lo he olvidado, no, que tú te has fastidiado porque me divirtiera yo!— ¿Y M. Raimundo, no te ha ayudado también? —¡Oh! sí, y ¡cuántas cosas me ha hecho comprender que no cabían en mi cabeza, y cuántos castigos me han ahorrado sus explicaciones!

— Pues bien; es preciso que le des las gracias. — ¡Se las daré con todo mi corazón!

Llegábamos á casa y subí al aposento de mi padre con el feliz colegial, al que saludó Verónica con sus exclamaciones de alegría y con sus abrazos. —Papá, dije; Edmundo le trae usted á las coronas que ha merecido.

Aquí están, su premio de buena conducta, su premio de versos latinos, su premio de historia.....

Mi padre miraba las coronas y tocaba sus brillantes hojas; veía, pero ¡ay! no comprendía.— ¡Una corona de Edmundo! dijo al fin en voz baja, y como si se consultara á sí mismo, ¡ah! sí, es para el sepulcro de su madre.....

Desvanecióse mi alegría como caen las frágiles flores del mes de Abril con el viento del Norte, y asombréme entonces de haber podido estar tan contenta. Sentéme junto al pobre enfermo, y Edmundo, después de reflexionar un momento, se acercó á mí y me dijo muy quedo: — Tiene razón papá, llevaré mis coronas al Campo Santo: ¿no es así, Octavia?

Aprobé con un movimiento de cabeza, y cogí una hoja de una de aquellas coronas. La conservaré como el recuerdo de un hermoso y fugitivo día.

(Continuará.)

VALENTÍN GÓMEZ

Que Valentín Gómez es uno de los pocos escritores de verdad, esto es, que merezcan justamente título de literatos, y que cultiven hoy todavía el ingrato género del periodismo diario, cosa es que todos saben, y algunos con sinceridad lamentan. Porque ya se ha convenido en que las redacciones no son el asiento natural de los ingenios, y pasa por axioma que los *media-cucharas* de la literatura son los que arman para *confeccionar* un diario, y los que ciertamente los *confeccionan* mejor, ó por lo menos tienen más habilidad para granjearse el favor del público, y ganarse los cuartos con ese oficio. Ya en los periódicos, la verdad es que sobran los polemistas; porque desde el Sumo Pontífice hasta los lectores de ínfima clase, todos han declarado guerra implacable á las polémicas; y empiezan á no encontrarse bien los expositores de doctrinas serias, científicas, religiosas ó sociales; porque el escaso público que gusta de tan encumbradas cosas se ha recogido en las revistas, y abomina de la prensa diaria. El espacio abandonado por polemistas y expositores lo han llenado con creces los noticieros, y el noticierismo se ha perfeccionado hasta constituir un verdadero arte, difícil si se quiere, pero que no es arte-bello, y nada tiene que ver, por lo tanto, con la literatura. La poca que ha quedado en las redacciones de los diarios acapáranla hoy los revisteros de salones, de teatros y de la semana, gentes que son nietos degenerados por línea paterna de los antiguos críticos, y biznietos por la materna de los eruditos á la violeta, escritores que á todo se atreven y gustan de describirlo todo, que sueltan una gracia por remate de un párrafo grandilocuente, que están enamorados de lo fútil, y que bordan el estilo con avalorios y diamantes americanos.

Total: que entre noticieros, revisteros, músicos y danzantes, el literato digno de tal nombre no se encuentra bien en una redacción de periódico. Y por eso no deja de causar extrañeza que una firma como la de Valentín Gómez autorice todos los días un artículo de fondo, y que Valentín Gómez sea director de hecho y de derecho de un periódico diario como *El Movimiento Católico*. ¿Por qué eso? preguntan las gentes. ¿Por qué Valentín, como familiarmente le llaman muchos, en vez de escribir artículos y sueltos, no escribe libros tan lindos, ingeniosos y profundos como los que ya nos ha *regalado* con los títulos de *Harmonías cristianas*, *Los liberales sin máscara*, *Felipe II*, *El Señor de Calcena* y otros varios? ¿Por qué no sigue pidiendo á la musa de la dramática inspiraciones tan bellas como las que produjeron tantas y tantas obras admirables que pueden sufrir el cotejo con las más famosas de nuestro gran teatro? ¿Por qué no cultiva la lírica y se dedica exclusivamente á sorprender el secreto, la esencia poética de inmensos movimientos populares, como lo hizo con tanta gallardía en su composición *La espartana*, en donde cantó el heroísmo de la mujer vasca, que las últimas guerras civiles han revelado elocuentemente? ¿Por qué, finalmente, ya que nada de eso le tira, no se dedica á Diputado á Cortes, Senador del Reino, Subsecretario y Ministro? En cualquiera de esas cosas, concluyen las gentes, se ahorraría muchos disgustos, y ganaría más honra y más provecho que en la profesión de periodista diario que ahora ejerce.

Para satisfacer cumplidamente á los que así preguntan, conviene tener en cuenta varias circunstancias, que son como las notas características de la personalidad de Valentín Gómez. Hay que recordar, en primer término, que Valentín Gómez es un literato de primer orden, es verdad; pero que sobre su cualidad de literato resplandece la de hombre sincero y convencido, la de soldado de una gran causa, de la gran causa católica en España. No es Gómez de los que escriben por escribir; no es de los enamorados de la forma. Su estilo, con ser tan pulcro, tan animado, tan nervioso y pintoresco, no es para él un fin: es simplemente un medio. Gómez escribe con el propósito serio y honrado de convencer á su público. Escribe para defender á la Iglesia, para humillar á los enemigos de Dios; su pluma es una espada, y la espada no busca sitio para lucirse; acepta el que buenamente se ofrece, y es más útil para herir al adversario. El soldado muere allí en donde le mandan morir. Por eso Gómez recorre de punta á punta todos los géneros literarios, y se detiene en aquel paraje de la línea en que sus generales le mandan detenerse. Sus generales son los Obispos. El Reverendísimo de Madrid llamó un día á la puerta de su hogar, y le mandó colocarse á la cabeza de *El Movimiento Católico;* Valentín aceptó sin vacilaciones, y ahí está. Nadie creía que pudiera hacerse un periódico exclusivamente católico, sin preferencias políticas de ninguna clase. Valentín lo ha hecho, y hoy nadie niega que *El Movimiento* sea un periódico importantísimo, un instrumento precioso de pacificación para los católicos, y un ariete formidable contra los impíos.

Y si Valentín no es Subsecretario, ni Ministro, ni va para eso, ciertamente, efecto es también de la seriedad y formalidad de sus opiniones. Cuando era mozo creyó sinceramente que, restableciendo en España la monarquía tradicional, se prestaría á la Iglesia católica el mayor de los servicios. Animado por esa idea generosa, acababa de cumplir los veinte años cuando ya figuró entre los jefes del partido carlista, tomando parte activísima en las conferencias de Londres, que tuvieron lugar antes de la revolución de Septiembre. Al estallar ésta, Gómez emprendió una campaña de sangre y fuego contra los revolucionarios; entonces fué cuando su estilo tomó ese tono acre, incisivo, cruel, que lo confunde á veces con el de los más agrios polemistas franceses. Su periódico, *La Reconquista*, fué el más violento de los periódicos en una época en que la violencia del lenguaje era lo natural. Su libro *Los liberales sin máscara*, parece escrito con hiel; tiene ese libro un capítulo titulado *El cura liberal*, al lado del cual suenan á caramillo y zampoña las más desafinadas tocatas de Veuillot. Estalló la guerra, que cuando tales capítulos se escribían y encontraban lectores por centenares de miles, no podía naturalmente estallar otra cosa. Gómez fué al campo carlista, y dirigió *El Cuartel real*, aquel periódico que no era sino la *Gaceta* vuelta del revés. Para la *Gaceta* todos los carlitas eran cuatro sacristanes; para *El Cuartel real* todo el liberalismo se sostenía por el apoyo de cuatro barberos sin parroquianos. Las batallas se sucedían; el humo de la pólvora ahogaba la niebla que sube del fondo de los encantados valles vascones. Valentín Gómez peleó allí con su pluma tan heroicamente como los otros con su espada; y no porque matase en el papel más liberales que todos los caudillos carlistas en el campo de batalla, sino porque su constante predicación, inflamada en el más puro romanticismo religioso y político, contribuía poderosamente á sostener la tensión general de los espíritus, esa fuerza del ánimo más poderosa que la fuerza material de las trincheras y de los cañones.

Concluyó la guerra, y Valentín salió de las montañas, no sólo vencido, sino un poquito desengañado. Eso tienen todos los romanticismos: Aparisi habló elocuentemente de aquel amor de fantasía, que consiste en crearse un ídolo dentro del corazón y adorarlo. Eso fué lo que le sucedió á Don Quijote. Y tarde ó temprano se desencanta Dulcinea. ¿Se desencantó para Valentín? No lo sabemos. Lo que sí es indudable es que volvió del Norte dispuesto á dos cosas: la primera, á no hacer nada que fuese contrario á la conducta que había seguido en su juventud. La segunda, á no trabajar en adelante sino por la Iglesia y para el Papa. La barca de San Pedro, se dijo él, es la única que no zozobra.

Y ambas cosas las ha cumplido. Pidal le dijo un día: «Véngase usted á la política militante.» Y la política militante para Valentín era el acta inmediata y la posición envidiable á corto plazo. Pero Gómez respondió: «No puedo: he sido carlista, y no han de decirme jamás que vendí mis convicciones por un plato de lentejas.» Y en vez de la posición ofrecida, el escritor católico pidió un puesto de trabajo, la plaza de redactor en una revista agrícola.

Este es Valentín Gómez, el escritor consagrado exclusivamente á la defensa de la Santa Sede y de los Obispos. Allí está, en *El Movimiento Católico*, peleando como siempre á la vanguardia del ejérci-

LA CIUDAD DE SFAX.

to, soldado veterano de la cruz. Soldados de esa índole son los que necesita en España la causa del bien; pero, por desgracia, esos soldados abundan poco.

A. SALCEDO.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

Medellín. — Los prisioneros españoles. — Batalla de Ciudad-Real. — Los franceses en Oporto. — El Marqués de la Romana.

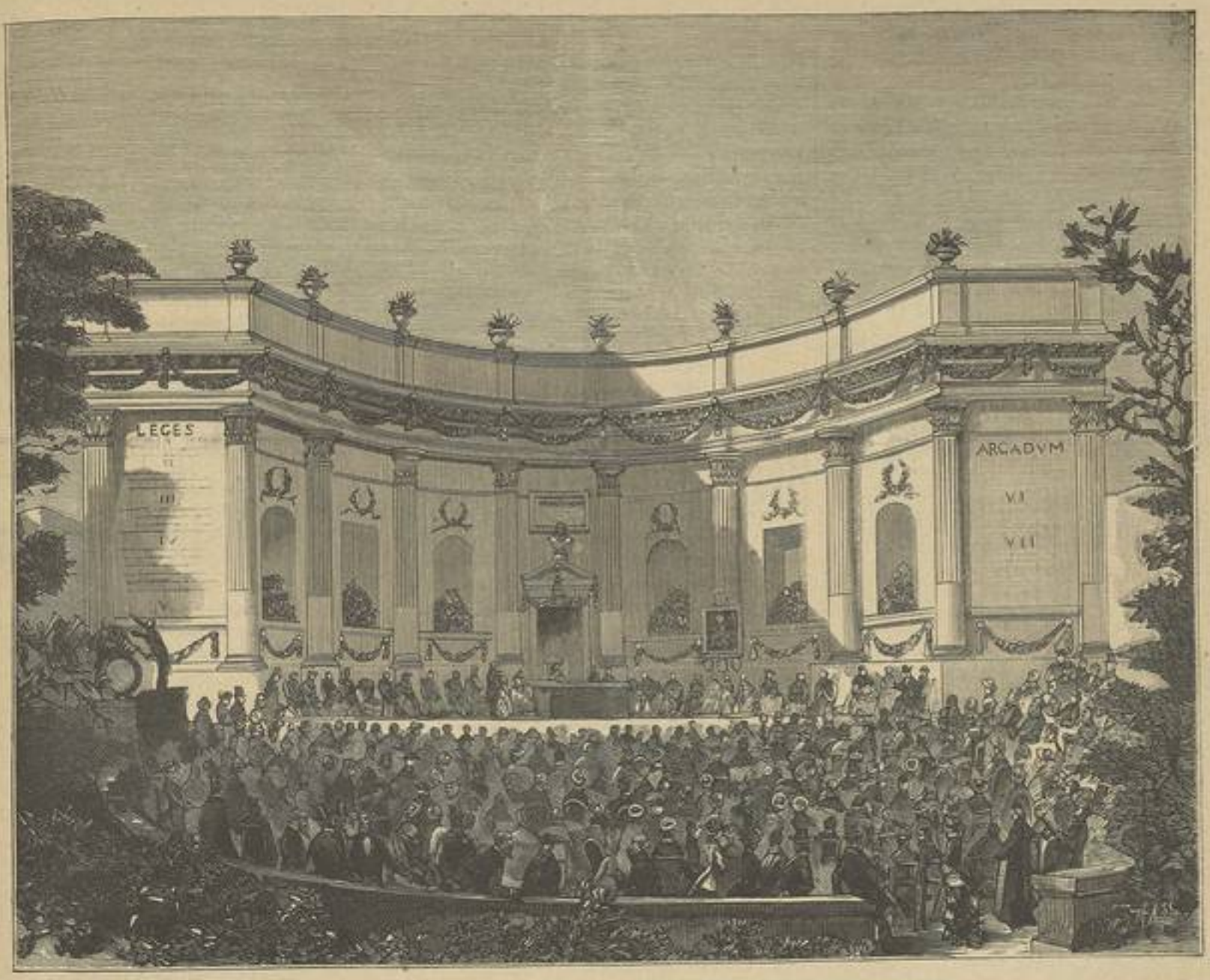
Los dragones, habiéndose reunido al rededor de sus compañías escogidas, se aprovecharon de la incertidumbre que notaron en la infantería enemiga, que veía huir á su caballería, é hicieron contra el centro de los españoles un ataque feliz y brillante. Dos regimientos de la división Villate atacaron al mismo tiempo con éxito la derecha de la infantería española cerca de las alturas de Mingabril. En un momento el ejército, que estaba delante de nosotros, desapareció como las nubes impelidas por los vientos. Los españoles huyeron arrojando sus armas, y cesó el cañoneo. Todos los cuerpos de nuestra caballería marcharon entonces en persecución del enemigo. Nuestros soldados, que se habían visto poco antes amenazados de una muerte próxima, si hubieran sucumbido al número, y que estaban irritados por una resistencia de cinco horas, no dieron al principio cuartel. La infantería seguía á lo lejos á la caballería, rematando á bayonetazos á los heridos. La ira de los soldados se dirigía particularmente contra los soldados que no traían uniforme.

Los húsares y los dragones se habían dispersado como forrajeadores, y volvieron muy pronto escoltando columnas inmensas de españoles que entregaban á la infantería para conducirlos á Medellín. Estos mismos hombres, que nos prometían con tanta seguridad la muerte antes de la batalla, marchaban entonces con las cabezas bajas, y con la precipitación del miedo. A las primeras señales de amenazas que hacían nuestros soldados corrían todos en un mismo momento, oprimiéndose hacia el centro de sus columnas, como las ovejas cuando oyen la voz de los perros que las persiguen. Cada vez que encontraban un cuerpo de tropas francesas gritaban con fuerza: *viva Napoleón y sus tropas invencibles*; algunas veces uno ó dos soldados de caballería se divertían en hacer repetir por ellos solos las aclamaciones, que sólo se debían á la masa de los vencedores.

Un coronel cortesano, edecán del Rey José, miraba desfilar á los prsioneros al frente de los regimientos, y les mandó en español que gritasen: *viva el Rey José*. Los prisioneros quisieron dar á entender que no comprendían, y después de un momento de silencio hicieron resonar todos á un tiempo el grito acostumbrado de *viva Napoleón y sus tropas invencibles*. El coronel se dirigió entonces particularmente á uno de los prisioneros españoles, repitiéndole con amenazas la orden que ya había dado. El prisionero español gritó *viva el Rey José*, y un oficial español que por casualidad no había sido desarmado, se acercó á este soldado de su Nación, y le envainó su espada en el cuerpo. Nuestros enemigos querían rendir homenaje á la fuerza de nuestros ejércitos vencedores, pero no reconocer aun en su abatimiento la autoridad de un señor que no era de su elección.

Volví á la villa de Medellín un poco antes de anochecer. Carros de municiones rotos y cañones abandonados con sus tiros de mulas, marcaban aún la posición que el ejército español había ocupado. El silencio y la calma habían sucedido á la actividad de la batalla, y á los gritos de la victoria. No se oían en la llanura más que los lamentos de los heridos, y los murmullos confusos de algunos moribundos: levantaban sus cabezas antes de espirar, para hacer oración á Dios y á la Virgen María. Se veían también caballos heridos que teniendo las piernas rotas por las balas del cañón, no podían moverse del sitio en que debían perecer dentro de poco; ignorando la muerte, y sin cuidado sobre el porvenir, pacían la hierba hasta donde sus cuellos podían alcanzarla.

Los franceses no tuvieron cuatro mil hombres fuera de combate. Los españoles dejaron en el campo de batalla doce mil muertos, y diez y nueve cañones, les hicimos siete ú ocho mil prisioneros pero de estos siete mil apenas dos mil llegaron á Madrid, porque hallaban en su propio país grandes recursos para escaparse. Los habitantes de las ciudades y de las aldeas iban en gran número á los parajes por donde debían pasar para distraer la atención de las escoltas francesas: tenían cuidado de dejar sus casas abiertas, y los prisioneros al paso se



LA ACADEMIA DE LOS ARCADES.

metían entre la multitud, ó se entraban en las casas, cuyas puertas se cerraban al momento. Nuestros mismos soldados, que después de la batalla eran humanos, se prestaban á estas evasiones, á pesar de la severidad de las ordenes que tenían.

Los prisioneros españoles decían en su lengua suspirando profundamente, y enseñando á lo lejos una aldea á un granadero encargado de conducirlos: *Señor soldado: aquel es nuestro pueblo, allí están nuestras mujeres y nuestros hijos. ¿Es posible que pasemos tan cerca de ellos sin volverlos á ver? ¿Es posible que vayamos á esa tierra de Francia que está tan lejos?* El granadero les respondía afectando un tono áspero: *si pretendéis escaparos, os mato; esta es mi consigna, pero me es indiferente todo lo que me rodea.* Daba al mismo tiempo algunos pasos adelante, los prisioneros huían á los campos, y volvían á sus ejércitos.

Una parte de nuestro regimiento quedó en Mingabril sobre el mismo campo de batalla de Medellín y cerca del sitio en que había sido más reñida la pelea. Vivíamos en medio de los cadáveres, y se elevaban continuamente al aire vapores negros y espesos que, arrojados por el viento, iban á llevar las enfermedades y epidemias á los países circunvecinos. Los numerosos rebaños de la Mesta, que según la costumbre habían venido á invernar en las márgenes del Guadiana, se alejaban con espanto de sus pastos acostumbrados. Sus balidos lúgubres, y los alaridos prolongados de los perros que los guardaban, daban á entender el instinto vago de terror que los agitaba.

Millares de buitres vinieron de toda España á este campo vasto y silencioso de la muerte. Puestos en las alturas, y vistos desde lejos en el horizonte, parecían tan grandes como hombres. Nuestros centinelas iban algunas veces á reconocerlos creyendo que eran enemigos. Estas aves no abandonaban sus pastos humanos para volar sino cuando estábamos á algunos pasos de ellas: entonces resonaban sobre nuestras cabezas las sacudidas fúnebres de sus alas enormes.

El 27 de Marzo, víspera de la batalla de Medellín ó de Mérida, el General Sebastiani había derrotado completamente en la Mancha cerca de Ciudad Real al ejército español destinado á guardar los desfiladeros de Sierramorena. La victoria de Ciudad Real, y la que acabábamos de conseguir en Medellín esparcieron la consternación hasta en el fondo de la Andalucía.

El Gobierno español no se dejó, sin embargo, abatir por estos dos grandes reveses. Como el Senado romano, que después de la derrota de Canas dió las gracias á Varrón, porque no había desesperado de la salvacion de Roma, del mismo modo la Junta superior de Sevilla declaró por un decreto que el General Cuesta y su ejército eran beneméritos de la Patria, y los dió las mismas recompensas que si hubieran sido vencedores. Quince días después de la batalla de Medellín, el ejército español se repuso de sus pérdidas, y vino á ocupar los pasos de las montañas, que había delante de nosotros con cerca de treinta mil hombres.

El General Sebastiani no se adelantó en la Mancha más allá de Santa Cruz de Mudela, y nuestro cuerpo de ejército permaneció acantonado entre el Tajo y el Guadiana. No podíamos pasar mucho más allá de este río sin exponernos á que se formasen á nuestra retaguardia nuevas reuniones de españoles, y á que nos interceptasen nuestra única comunicación con Madrid por el puente de Almaraz. Por otra parte, hacía mucho tiempo que no habíamos recibido noticias del cuerpo del Mariscal Soult, que debía haber entrado en Portugal, y con el cual debíamos ligarnos para cooperar. Los cuerpos del ejército francés no habían conseguido en el norte de la Península ventajas semejantes á las que acabábamos de obtener por la superioridad de nuestra disciplina en las llanuras de Extremadura y la Mancha. Estos

cuerpos, bajo las órdenes de los Mariscales Soult y Ney, habían tenido que pelear en montañas difíciles, donde los habitantes podían trastornar por su conocimiento del terreno, su actividad y número, los cálculos de la ciencia militar, y la experiencia consumada de los dos jefes más acreditados que teníamos.

Después de la retirada del General Moore, y la capitulación de las plazas de la Coruña y Ferrol en el mes de Enero, el Mariscal Soult se había dirigido hacia Portugal por Santiago, Vigo y Túy: no pudiendo hacer pasar á su ejército el Miño cerca de su embocadura bajo el fuego de las fortalezas de la margen opuesta, que pertenecen á los portugueses, subió por la orilla del río hasta Orense, donde atravesó el Miño el 6 de Marzo: el 7 derrotó completamente en las alturas de Osuna cerca de Monterey el ejército del Marqués de la Romana, y arrojó las reliquias de este ejército á las altas montañas hacia la Puebla de Sanabria.

El Mariscal Soult embistió el 13 á Chaves, ciudad de la frontera de Portugal, y se apoderó de ella por capitulación: el 19 entró en Braga después de haber forzado el desfiladero de Carbalho de Este, una de las posiciones más fuertes de Portugal: en fin, el 29 de Marzo Oporto, defendida por un campo atrincherado, y por doscientos setenta cañones, fué tomada por asalto por el cuerpo de ejército del Mariscal Soult, y la vanguardia de este ejército pasó el Duero, y se estableció sobre el Bouga, á cuarenta y cinco leguas de Lisboa.

Apenas los franceses entraron vencedores en Oporto, cuando las guarniciones que habían dejado atrás para contener el país, y guardar sus comunicaciones fueron hechas prisioneras en todas partes. Las tropas portuguesas de la fortaleza de Caminha, situada á la embocadura del Miño, atravesaron el río el 10 de Marzo, y se reunieron á un número considerable de soldados de la marina española, y de habitantes de la costa de Galicia, que habían tomado las armas bajo las órdenes de sus Curas, habían fortificado el puente de Sampayo contra los franceses que podían venir de Santiago, y se habían apoderado por capitulación de las ciudades de Vigo y Túy, donde el Mariscal Soult había dejado guarniciones con los depósitos y almacenes de su ejército. El General portugués, Francisco Silveira, que se había retirado á Villapouca á la llegada de los franceses, volvió á tomar á Chaves el 21 de Marzo: este General marchó después de la toma de Chaves á Amaranto sobre el Tamega para guardar esta fuerte posición, é inquietar desde ella la retaguardia de los franceses y los destacamentos de las inmediaciones de Oporto.

El 30 de Mayo la Romana bajó de las montañas de la Puebla de Sanabria con algunos miles de hombres, reliquias de su ejército batido, marchó sobre Ponferrada, é hizo prisioneros á un corto número de franceses: halló municiones y víveres, y volvió á tomar una pieza de á doce estropeada, la hizo componer, atravesó el camino de Castilla, y se apoderó con la ayuda del cañón de Villafranca, donde hizo prisionera la guarnición, que se componía de unos ochocientos hombres: al ruido de estos pequeños sucesos su ejército se engrosó bien pronto del mismo modo que la bola de nieve, que bajando de las montañas se aumenta y hace un témpano. La Romana obligó al Mariscal Ney á abandonar el Bierzo para concentrar su cuerpo de ejército en Lugo, y se metió en las Asturias, que estaban insurreccionadas, del mismo modo que la Galicia.

Los dos cuerpos franceses de Galicia y de Portugal, privados de todos los medios de comunicación, estuvieron desde entonces absolutamente aislados entre sí, y separados de los otros ejércitos, no pudiendo ayudar ni cooperar al fin común de las operaciones generales de la guerra, y se debilitaron desde entonces en muchas acciones parciales y sin resultado.

El Mariscal Ney intentó en vano someter á Galicia por el terror de las armas: las medidas violentas, lejos de abatir á los habitantes, aumentaron su odio á los franceses, y como sucede siempre en un país donde hay patriotismo, las medidas violentas continuaron con represalias aun más violentas. Los batallones y escuadrones enteros fueron degollados por los paisanos en una noche. Setecientos franceses prisioneros fueron ahogados de una vez en el Miño, y el furor de los habitantes, lejos de disminuirse, se aumentaba de día en día á proporción que se debilitaba el ejército francés.

(Continuará.)

POESÍA MEJICANA

(Continuación.)

Flores, el poeta mejicano á quien antes nos referíamos, además de sus composiciones propiamente eróticas, nos ha dejado otras en que este carácter se confunde con el descriptivo. Su Eva no es la del Génesis, que al dar á luz al primogénito de los humanos dice que *ha ganado un hombre;* no es la de Milton, dedicada á Dios por medio del hombre, así como lo está él al Sér Supremo sin intermedio de otro alguno [1]: es el resumen y cifra de cuanto bello, tierno y voluptuoso existe en la naturaleza, algo así como la *Madre de los Enéades, embeleso de los hombres y de los dioses*, que cantaba Lucrecio en el primer verso de su poema:

«La misma mano que extendió los cielos
Y los alumbra con auroras bellas;
La que salpica los etéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que viste de azul los horizontes,
Los campos de esmeralda
Y de nieve la cumbre de los montes,
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el iris esplendente
Diademas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nubes de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del iris los colores
Para con ellos colorar las plumas,
Para con ellos matizar las flores;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perennal hechizo;
La del eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer.....! esa te hizo.
La dulce palidez de la azucena,
La que se abre con la aurora
Y el blanco rayo de la luna llena
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz..... Los frescos labios
Como la flor de la granada rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas
En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.
Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso,
Eva era el alma en flor del Paraíso.

. . . . . .

Naturaleza toda, palpitante
Ceñía sus contornos voluptuosa;
Las hojas la cantaban
La canción del susurro melodiosa,
Al compás de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoroso;
La arrullaba la brisa con rumores,
Su cabello empapaba con aromas,
Y trinaban mejor los ruiseñores
Y lloraban más dulce las palomas,
En tanto que las flores,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia,
Su pie bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarte luego.»

Una de sus composiciones tituladas *Hojas* parece inspirada por la musa de Becquer.

«Allá, cuando era joven, el alma en primavera
Soñando ya en amarte, mi dulce compañera
Se desbordaba en flores
Y músicas de amor.
El aura de la vida ungió mi cabellera
Con el celeste aroma de la esperanza en flor.
Entonces una noche..... el cielo nos veía,
Con sus miradas de astros, la bóveda sombría
Era un inmenso templo,
El sacerdote, Dios.
Ante El tu fe me diste; ante El te dí la mía
Quedaron desposadas las almas de los dos.
Pero hoy la noche es negra. La bóveda enlutada
Es una inmensa tumba. Murió mi desposada
Y mi alma con la suya
Muriendo se llevó.
El templo está desierto. La lámpara apagada.....
¿Quién llora en las tinieblas? ¡Aun puedo llorar yo!»

En contraposición á estos afectos, véase cómo describe Juan de Dios Peza un *consejo* de familia, donde se trataba de consentir ó no en el matrimonio de un poeta.

«Con que vamos á ver, dijo indiscreta
La madre, por anciana impertinente,
¿Es verdad que eres novia de un poeta
Que ya ciñe un laurel sobre la frente?

. . . . . .

¡Un novio soñador y sin dinero,
Hija, esto sí que nadie lo perdona,
Ya que tiene corona, y no sombrero,
Fuera mejor que usara su corona.
¿O quién sabe? Agregó con triste acento
Una sonrisa, al parecer piadosa,
Si se irán á poblar el firmamento,
O á vivir en el cáliz de una rosa.
El regalo de boda, amigo mío,
Tendrá joyas riquísimas y bellas,
Junto á un collar de perlas de rocío,
El manto azul del cielo y sus estrellas.
Envidia te tendrán los serafines,
Pues tendrás, deleitando tu hermosura,
Una alfombra de nardos y jazmines.
Y un ruiseñor que cante en la espesura
El marido feliz te dará un beso,
Diciendo: tengo un ángel por esposa,
Y á la hora de comer, ¿quién piensa en eso?
Para el poeta la comida es prosa.

. . . . . .

Llamáronla mil veces; pero ella
Espléndida, graciosa, soberana,
Como asoma en los cielos una estrella,
El rostro fué á asomar por la ventana.
Ven, me dijo, mitad del alma mía,
Dicen que amarte es prueba de torpeza,
Que te deje por pobre, ¡qué ironía!
Que por pobre te olvide, ¡qué tristeza....!
Como no nos comprenden, es por eso
Que destruir mis amores se concilia,
Yo siempre seré tuya, dame un beso.
¡Se ha lucido el consejo de familia!

V

Si creyésemos á muchos que hoy desempeñan el oficio de críticos, la poesía lírica ha muerto, gastados ya todos sus recursos; la épica yace sepultada en esos grandes féretros que se llaman *Ilíada, Eneida, Paraíso perdido* y *Jerusalen libertada*, y la escénica, la única que puede vivir, no se hará vieja, sin embargo, si abandonando los trillados caminos por donde recogió tantos laureles, no se abre nuevas sendas á través de escándalos y lágrimas. La pregunta ¿para qué sirve un poeta? se formula por todos hoy y se desconoce su misión altísima, cuando no se pregunta por los títulos de la suya al privilegiado tenor, ni al pintor de historia. El verso es al fin un accidente y un mero adorno de la palabra, y antojásenos que propagando aquellas doctrinas, se

1 «He ford God onlz, the ford do Gin Him.»

le da demasiada importancia. Por más que la oratoria produzca siempre más flores que frutos y más hojas que flores, por más que bien mirada, sea otra forma de poesía, no se la llama á juicio como á ésta y antes bien parece que está llamada naturalmente al gobierno de los pueblos y á lograr y consolidar las grandes reputaciones. La poesía es inmortal y tan sólo convenimos con sus detractores en la necesidad de escasear más cada vez el dictado de poeta y en la de imponerle, en la manera de su canto; pero si objetos que puedan servir al adelanto de la época y de que la sociedad actual pueda recabar algún fruto. Y no podremos concederles más, porque si más pidiesen, les diríamos que no han comprendido lo que es el arte. Y á los poetas diremos que no sacrifiquen jamás el ideal de la poesía, bien conocido ya, á los caprichos ni exigencias de la moda, porque si las ciencias buscan la utilidad, el arte se contenta con la belleza, premio de sí misma, sin ambicionar otras coronas.

La poesía lírica, por eminentemente subjetiva, es pues la que más se desentiende de las circunstancias de tiempos y lugar para producir sus obras; puesto que la épica de hecho no aparece en las civilizaciones más adelantadas, y la dramática no se presenta sino en determinadas condiciones. América, sin embargo, al decir del Sr. Torres Carcedo, tiene en el *Gonzalo de Hoyón*, del colombiano Arboleya, el poema épico que faltaba á la literatura española; la obra no es bastante conocida entre nosotros para que el juicio de los escritores peninsulares pueda confirmar el del escritor americano; pero téngase en cuenta que además del ciclo de la conquista verdaderamente épico, por más que se desarrollase en plena edad moderna, tienen á su disposición aquellos pueblos otro peculiar suyo en las civilizaciones indígenas. ¿No es un excelente poema del género de las epopeyas el *Hiawatha* del norte-americano Lofellow, tan americano por otra parte que ha menester un glosario para que los lectores europeos entiendan su contenido? ¿No pertenece al mismo género *La Cautiva* del argentino Esteban Echeverría, que sostuvo siempre no era inferior á la poesía de los griegos la que pueden inspirar las pampas del Nuevo Continente? La epopeya podrá florecer en América y en todos los pueblos nuevos, cuando confesemos todos que no puede aparecer en el viejo mundo, porque si tres, cuatro ó cinco siglos que nos separan de aquellos hechos históricos nada significan en la vida de la humanidad, la magnitud de los cambios verificados en el Nuevo Mundo nos causa la misma ilusión que el largo número de siglos que nos separan de la guerra de Troya. Además que el Tasso y Camoens tampoco se dedicaron á cantar empresas de tanta antigüedad, bastándoles el sentimiento cristiano en contra del fatalismo de los árabes y el afán de los descubrimientos contrapuestos á otra época más reflexiva para producir en sus contemporáneos el efecto de la epopeya.

(Continuará.)

ALBUM DE POESIAS

Á LA CARIDAD

¡Quién cantarte pudiera,
Oh santa Caridad sublime y pura!
¡Quién de Dios recibiera
Sagrada inspiración, y la ventura
De mostrar á los hombres tu hermosura!

Que siendo tu belleza
¡Ay! de la humanidad ya conocida,
¿Quién habrá que á tu alteza
Se muestre indiferente y que decida
Vivir falto de ti, que eres la vida?

¿Quién habrá que los ojos
Torpemente dirija hacia otro lado
Sin temer los enojos
Y las iras de Aquél, á quien es dado
Crear y deshacer lo ya creado?

Ni quién habrá que cuente
Que oponerse á tu influjo desistiendo
El ánimo valiente,
No creyó vivir más tu imagen viendo
Y de gozo y placer estar muriendo?

Si me fuera otorgado
Hacerte conocer, ¡con cuánta pena
Mirara su pasado
El hombre pecador, y la cadena
Rompiera que al pecado le condena!

A Dios conocería,
Solicitara entonces su clemencia,
Y airado rompería
Los falsos dioses mil que su demencia
Levantó de su Dios en la presencia.

Al prójimo mirara,
Y la envidia y el odio desdeñando,
La vista al cielo alzara,
Y eterno amor al prójimo jurando
Su antiguo desamor fuera llorando.

¡Ay! ¿Cuándo deleitosa
Noche vendrás, tan breve como obscura,
Callada y misteriosa,
En cuyo seno encuentre sepultura
El origen del mal y desventura?

Y cuya noche sea
La precursora del dichoso día
En que el cristiano vea
El reinado de paz y de alegría
Suceder al de horror y tiranía.

¿Cuándo la deseada
Noche vendrá de estrellas reluciente,
En que la sien ornada,
Divina Caridad, súbitamente
Te presentes de gloria refulgente?

Entonces los alados
Ángeles cantarán tus perfecciones,
Y entonces los pecados
Desterrados serán, y las pasiones,
Y á tí se elevarán los corazones.

Y entonces..... ¡quién pudiera
Tus dones elogiar sólo un momento
De la misma manera
Con que David del arpa al dulce acento
De Saúl ahuyentaba el sentimiento.

ENRIQUE JULIÁ HUBERT.

LA RESURRECCIÓN

SONETO

Tembló la tierra, y al temblar, temblaron
Los que custodia del Señor tenían,
No queriendo mirar lo que veían,
Ni queriendo escuchar lo que escucharon.

«Gloria á Dios» en los cielos pronunciaron,
Y los cielos también se estremecían,
«Gloria á Dios» los arcángeles decían,
Y «Hosanna» los querubes contestaron.

Por su poder y su virtud gloriosa
Resucitó Jesús, y la malvada
Gente judaica huyó triste y medrosa,

Al no mirar su cara ensangrentada
Ni de la lanza la señal odiosa
Ni de espinas su frente coronada.

ENRIQUE JULIÁ HUBERT.

LA FILOSOFÍA DE SANTO TOMÁS
EN LOS SIGLOS XIII Y XIX

Discurso leído en la Academia Científico-literaria de la Juventud Católica de Valencia por el académico señor D. Elías Tormo y Monzó, alumno de la Facultad de Derecho, en la solemne sesión celebrada en honor del Angélico Doctor el día 7 de Marzo de 1890.

SEÑORES:

PASARON ya los tiempos de las apoteosis: significan éstas la glorificación de aquellos hombres extraordinarios, colocados á modo de jalones en el camino que siguen los pueblos á través de la historia en busca de civilización y de cultura. Unos han sabido encaminarlos á la victoria coronados de laurel en campos sangrientos conseguido; otros los han hecho adelantar de un salto en el progreso y en las artes de la paz; hay naciones que aun recuerdan el pasmo que les produjo al mostrarles otro las obras imperecederas de su genio, bien en la trabajosa persecución de la verdad, bien en el aprisionamiento difícil de la esquiva belleza.

Hoy, que con grande estrépito y clamor extraordinario caen los tronos de los reyes y los asientos de las autoridades legítimas á manos de la revolución; hoy, que los fueros de la razón y el principio de la libertad se desmoronan deshechos por el corrosivo materialismo; hoy, que venidos abajo los mezquinos edificios levantados por el racionalismo para conservar en ellos, ya que no el verdadero Dios del cristiano, el espectro de un Dios suficiente para ahogar el grito supremo de dolor que exhala el corazón al arrancarle con esta verdad en él más grabada el sentimiento más grande y necesario de su existencia, no podían quedar en el pináculo de su gloria esos reyes del pasado, esos monarcas de las artes y de las ciencias, de las letras y de las armas, héroes del romance y de la balada popular, como del canto épico del erudito poeta, cuyas efigies retratan los pintores en sus tablas y cuyos hechos llenan la historia de su pueblo y de su edad.

Y en efecto, la moderna escuela positivista al trasladar sus estudios al campo de la historia y entrar en ella cual nube de langostas dispuesta á agostar toda florescencia y toda vegetación, proclama por la autorizada boca de Taine, uno de sus más ilustres secuaces, que los grandes hombres no son más que la representación y personificación de los trascendentales hechos de la historia conservados en la imaginación de los pueblos, cual en otro tiempo se conservaban las leyendas de Hercadés que en sus doce trabajos significaba los doce meses del año recorridos por el sol en su majestuosa carrera. Su corifeo el fatalista Spencer no sólo dice que aquéllos que por sus singulares y extraordinarios trabajos se distinguieron son producto inconsciente de la constitución fisiológica y del clima, de la raza y de la cultura, es decir del *environment*, del medio vital, sino que niega en redondo su existencia.

No podemos negar, señores (aun prescindiendo de esta crudeza positivista), que en los tiempos actuales hay una tendencia grande y hasta cierto punto razonada á desmontar las altas cumbres que descuellan en los paisajes de la historia para llenar con sus tierras los valles y las hondonadas: se prefiere hoy estudiar, á aquellos hechos notables de armas y de diplomacia que juntos con la vida de los monarcas y las alternativas de sus privados llenaban antes las historias nacionales, el desenvolvimiento de la propiedad y las transformaciones de la familia, el progreso de las instituciones civiles y el desarrollo gradual y sucesivo de las clases sociales de un pueblo. Y en verdad que en honestos y justos límites contenida esta tendencia debe merecer nuestra aproba-

ción, y no seremos nosotros los que rompamos lanzas por el antiguo modo de escribir la historia: pero á pesar de todo no podemos menos que considerar á los grandes hombres como á tales, y si no nos atreveremos á decir con Lamartine que la historia de la humanidad es su historia, tampoco creemos que la nueva historia fuese tal, si de ellos prescindiera.

Pero como cada época, cada siglo, tiene su propia fisonomía, y no podemos negar que el actual período científico es cual ningún otro de examen, de crítica y de experimentación, los que de amantes de las ciencias nos preciamos no podemos rendir el tributo de nuestra admiración á ningún hombre por grande que sea sin pasarlo antes por el severísimo crisol del juicio científico y sólo después de salir de él con veredicto glorioso de primacía. Quédese para esos desatentados que pronunciando solemnes y aparatosas palabras de ciencia, libertad y progreso, tienen la inteligencia vacía de conocimientos y el corazón lleno de satánicos rencores, el levantar estatuas á los que *simbolizan* la impiedad y *personifican* las aberraciones de las escuelas racionalistas, de las que fueron precursores: no como los enemigos de nuestra fe levantan estatuas á Giordano Bruno, levantamos nosotros ese busto [1] que no significa admiración al hombre que podría simbolizar las grandes glorias y proezas extraordinarias de la cristiandad de su tiempo; sino que esta anual festividad que la Academia de la Juventud Católica Valenciana dedica al Ángel de las escuelas es un tributo de muy *racional* veneración á la inmarcesible gloria del profundo filósofo, del genial teólogo, del excelso santo.

Puesto por la Junta directiva de esta Academia en el grave aprieto de dirigiros hoy la palabra, grande es el compromiso en me hallo: falta por desgracia mi inteligencia del pasto de las grandes verdades de la primera de las disciplinas, de la emperatriz de las ciencias, nada acertaría á balbucir mi labio que en alabanza fuese del teólogo italiano; vacío mi corazón de virtudes y árido y seco en semillas de bondad, profanación sería que quisiese hablaros de su santidad grande, de sus virtudes heroicas; un solo camino me resta, que si bien está erizado de abrojos y lleno de dificultades, al menos tiene para mí la gran ventaja de haberlo recorrido alguna vez guiado por expertos maestros, y á él acudo en este trance apurado á fin de salir menos mal de mi cometido: fuerza será, pues, que del Tomás filósofo os hable.

Bajo dos aspectos se nos presenta el trabajo científico de Santo Tomás de Aquino. Podemos en primer lugar considerarle tal cual fué en el mismo momento de brotar de su inteligencia poderosa en medio de aquel siglo XIII que es el siglo de la religión, de la teología y de la filosofía, examinar las relaciones de filiación con los trabajos de los hombres que le precedieron en la sublime tarea de armonizar las divinas doctrinas del cristiano con el ansia de sabiduría del hombre racional; ver cómo venía á oponerse á los trabajos de aquellos filósofos de su tiempo que al poner el pie en el deleznable y resbaladizo terreno del error filosófico, llegaban casi siempre á la herejía más ó menos abierta, y completar este estudio demostrando la acción benéfica de la filosofía tomista en aquel tiempo, en que llegó á ser el robusto fundamento de las grandezas de tan admirable época.

Podemos considerar á Santo Tomás en segundo término trasladándole á la época actual. Es indudable: han muerto sistemas y teorías ayer ideadas por grandes genios, y Santo Tomás vive aún en su obra filosófica. Ahora bien: ¿cómo debe vivir Santo Tomás en la ciencia de nuestros días? ¿Hasta qué punto ha de tenerse en cuenta su labor científica en la labor científica contemporánea? Cuestión es esta de grande y palpitante interés, y á la tentación vivísima de tratarla no puedo ceder, porque si no útil mi opinión algo podrá sugerir en vuestra inteligencia, y con esto me considero pagado con creces.

He aquí, pues, el doble asunto de mi disertación: Santo Tomás en el siglo XIII, Santo Tomás en el siglo XIX, ó mejor especificado: la filosofía de Santo Tomás es la más vasta y grandiosa de las concepciones filosófico-cristianas; la filosofía de Santo Tomás debe ser la base fundamental de la ciencia católica de nuestros días.

I

Es el siglo XIII centuria de crisis grande en la civilización.

Puesto en el corazón de la Edad Media, siendo el período más saliente de esta edad cristiana y católica en las manifestaciones todas de su cultura y su progreso, es la cima culminante de la cristiandad en la historia, es la plenitud de sus tiempos, es la aurora de la edad moderna en todo cuanto ésta tiene de grande y elevado, cristiano y progresivo. Pero también el siglo de *Tomás* es el siglo *crítico*, pues fideicomisario y heredero del mundo antiguo, está ya en los albores de la edad moderna, en cuanto ésta, con el protestantismo y las revoluciones, tiene de alzamiento y de insurrección contra la Iglesia de Dios.

Las Cruzadas habían puesto en comunicación á los pueblos cristianos que nacen con el Imperio de Oriente que languidece extenuado; las Cruzadas no sólo inician la lucha entre la tajante espada del franco y el corvo alfange musulmán, sino que, poniendo en contacto la civilización oriental con la naciente civilización cristiana, transportan á ésta los muchos textos aristotélicos y neo-platónicos desconocidos hasta entonces, los comentarios de árabes y judíos, sus libros de Medicina y Astronomía, y al calor de esta lucha y fermentación de ideas brotan escuelas médicas y jurídicas como las de Salerno y Bolonia, llénase el mapa de la cristiandad de Universidades, honra y gloria de las ciudades que las contienen en su seno, el entusiasmo literario se extiende por todas partes, la juventud se agolpa por millares en las aulas, los Monasterios y hasta en las plazas, y para coronar esta ansia general de saber, se introduce el papel en Europa, ocasionando una revolución análoga á la que dos siglos más tarde produjeron las máquinas de Wutenberg. El feudalismo decrece dando lugar por un lado á la división de la propiedad territorial, estableciéndose la sanción jurídica de la misma, y por otro á la resurrección y poderío creciente de la clase media tras los poderes é intereses municipales. Y al mismo tiempo desde Amalfy renace el Derecho romano deslumbrando con sus luces á los jurisconsultos estatuarios, y como consecuencias del mismo se aspira tanto á la unidad de la legislación como al ensalzamiento de la autoridad real sobre los fueros de la nobleza, y los Emperadores Hohenstaufen, apoyados en el cesarismo de la legislación romana, combaten con más tesón que nunca los privilegios de los Pontífices, y hasta Federico II, más pagano que cristiano, llama y congrega en su Corte á los corifeos de la impiedad.

En esta misma época brotan de los labios del pueblo los cantos de sus héroes en la lengua nacional, y el medio punto románico siente en su interior la nostalgia del cielo y se eleva en forma de ojiva, ese portento de la arquitectura, que, como dice un escritor de nuestros días, fué la pupila por la que los pueblos de la Edad Media vieron á Dios.

Y mientras tanto renacen las herejías filosófico-teológicas de Erigena, Roscelín, Abelardo y Gilberto de la Porrée, reproducidas y acrecentadas por la influencia panteística del más grande de nuestros filósofos semíticos, del defensor del *intelecto uno:* de Averroes; y Amaury de Chartres y David de Dinant conservan y acrecientan la influencia deletérea del racionalismo y panteísmo medio-evales: sus errores repercuten en las masas y viene la explosión de las herejías albigense y valdense, su eco lógico y su encarnación social: y al peligrar la armonía de la razón y de la fe en los discursos de los filósofos, peligra la civilización cristiana en los corazones de los pueblos.

Hay que reconocerlo pues: entre las grandezas no igualadas de aquel siglo no faltaban las sombras y las vacilaciones y los peligros: era que la civilización moderna se encontraba en uno de esos momentos difíciles de su existencia; era que la crisálida quería romper su envoltura para espaciarse en nuevas regiones; era que al terminar la infancia de la sociedad europea se agravaban los síntomas de sus enfermedades en el momento decisivo del paso á la virilidad. ¿Cuál sería el resultado de la lucha de tan opuestos elementos? ¿Triunfarían el racionalismo y la herejía, las doctrinas cesáricas y el principio pagano, ó por el contrario, la Europa, al reconocerse robusta é independiente, abrazaría á la Iglesia que había sido su madre durante los siglos de hierro de su existencia?

Y he aquí que aparecen por providencia divina los dictadores de la civilización y por ellos encauzada dentro de salvadores principios, el pueblo cristiano besa arrodillado el cordón del Serafín de Asís, se extasía al oír las religiosas estrofas del amante de Beatriz de Portinari, sujeta su vida á códigos de tan cristiano espíritu como nuestras Partidas, y bajo los gloriosos estandartes de Luis de Francia, de Jaime de Aragón y de Fernando de Castilla la cruz es en el pecho del soldado el símbolo de la lucha por la fe, y renace el fervor puramente religioso de los primeros cruzados.

En esta gloriosa pléyade de genios cristianos que abocaron los pueblos á las soluciones cristianas, ¿cuál fué el lugar que cupo al Ángel de Aquino?

Es indudable: si el mal tenía su origen en las escuelas, si la razón sublevada de los maestros era la causa primordial y generadora de los errores de la época y de las calamidades del siglo, si el foco del mal estaba en las Universidades y tenía su raíz en los libros de los hombres sabios, el mejor remedio para los excesos de la razón y de la ciencia humanas que se separaban de las luminosas enseñanzas de la fe había de encontrarse en la razón y la ciencia humanas, aspirando á la sumisión á tan altos preceptos. Así sucede en la Edad Media, y frente á los errores panteísticos de Erigena y á las doctrinas de marcado sabor materialista de Roscelín y á los desbordamientos de la poderosa imaginación de Abelardo y á las doctrinas averroístas de Dinant, se levanta un San Anselmo, aparece un San Bernardo, un realista como Champeaux, una escuela mística tan prepotente como la de Hugo y Ricardo de San Víctor, un recopilador como el maestro de las sentencias Pedro Lombardo, un enciclopedista como Vicente de Beauvais, y un genio tan poderoso como el del gran Alberto, primero maestro del joven Tomás y discípulo de la escuela de Tomás después.

En manos de estos portentos de la filosofía medio eval se conserva y acrecienta con el amor á la ciencia el conocimiento de las verdades racionales. Pero ¿quién será el genio *que reuna y congregue los miembros dispersos* (según frase de León XIII) de la filosofía de las escuelas? ¿Quién es capaz de formar una unidad sistemática sin olvidar cada una de las partes? ¿Quién el que salve todos aquellos conocimientos de la disgregación y de la incoherencia, y formando un solo organismo científico, sea tan robusto en su constitución que sin grandes modificaciones conserve su prestigio á través de las más grandes revoluciones por las que pasa el pensamiento humano desde los albores de la la edad moderna? Esta fué la obra de Tomás.

---

1 Uno del Santo colocado sobre artístico pedestal en el estrado.

Para comprobarlo hagamos una breve reseña histórica de la filosofía cristiana pre-tomística.

—

El temor á los crueles martirios con que los Emperadores romanos trataban de ahogar las creencias cristianas, no sólo no era obstáculo para que éstas floreciesen por todas partes, sino que tampoco impedía que llenos de santo fervor los cristianos de los primeros siglos estudiaran en las mismas escuelas gentílicas para conocer sus errores y mejor pulverizarlos en sus *apologéticos*. Como al propio tiempo aparecieran las herejías, cizaña del fértil campo de la Iglesia, y estas herejías tomasen un carácter marcadamente filosófico, ora fuese pagano, ora oriental, para combatirlas necesitaron los Padres y Doctores de la Iglesia recurrir á las poderosas armas de la razón y al conocimiento exacto de las escuelas de la filosofía helena. Esto no pudo menos de producir cierto hervor y animación notable en los pensadores cristianos, y pronto tienen una filosofía propia, aunque casi reducida á aquellas sublimes verdades con las que el Cristianismo venía á transformar el mundo.

No cabiendo la discusión sobre éstas, y siendo en su conjunto sí lo completas para llenar el fin último de nuestra existencia, no lo suficiente para dar explicación entera á nuestra natural curiosidad, y presentándose ante los ojos de aquellos excelsos varones la grandeza del trabajo filosófico-nacional de los maestros de la Hélada, pronto aparecieron dos tendencias diametralmente opuestas en el campo de la naciente ciencia cristiana. La escuela africana, por boca de sus primeros corifeos Tertuliano, Arnobio y Lactancio, con el desprecio de la ciencia pagana, proclamaba la insuficiencia de la razón y la inutilidad de la Filosofía. La escuela catequética de Alejandría abría de par en par sus puertas para recibir los principios de la Filosofía pagana, que corregidos y armonizados con las verdades fundamentales y sacrosantas de nuestra Religión, recibiendo las aguas regeneradoras del bautismo filosófico, daban el tema para que excelsos poetas cantasen, personificándolo en San Clemente Alejandrino, el primer epitalamio de la razón y de la fe. Y mientras la escuela africana pierde paulatinamente su importancia, y sus principios apenas en momentos críticos de la Historia de la Cristiandad tienen resonancia (como sucedió á principios de este siglo con la sí elocuente y católica, falsa y escéptica doctrina del tradicionalismo), la base sublime sentada por San Clemente y Orígenes, el racionalismo católicamente entendido triunfa en la ciencia patrística y es el fundamento profundo, grandioso y permanente de la filosofía escolástica.

Abierto de este modo el camino, para la conciliación de la sabiduría griega con el Cristianismo, al elemento platónico, que á la ciencia cristiana aporta la escuela de Alejandría, se añade la lógica y psicología aristotélicas, que por las necesidades de la polémica teológica tuvieron que admitir los grandes debeladores del arrianismo Nemesio, San Gregorio de Nissa y San Gregorio Nacianceno, y la gran dosis de neo-platonismo, que con el elemento místico cristiano forma parte de los libros del falso Areopagita. Así que cuando San Agustín, cúspide gloriosa de este período, reune en sus obras los vastos conocimientos de sus predecesores, puede decirse que la filosofía griega es cristiana por derecho de conquista, y por ella ilustrado puede el gran Obispo de Hipona, partiendo del problema de la certeza, elevar el monumento de la ciencia cristiana hasta la inmensa altura donde coloca el faro de la *Ciudad de Dios* para iluminar desde allí con esplendores vivísimos el campo de la filosofía de la historia.

Todos sabéis la inmensa catástrofe que sobreviene al Occidente poco después de la muerte del gran Santo: una nevada copiosísima nos viene del Norte y cubre por completo los campos de la civilización y de la cultura antiguas; sólo sobre el blanco fondo del paisaje se distinguen las cúpulas del santuario, y cual los monjes de San Bernardo en las alturas de los Alpes, salen de él los misioneros que á través de los campos han de guiar á los nuevos pueblos por el camino de la perfección; pero ¿qué será de las ciencias en este triste período? No os apuréis, que Dios se encarga de colocar mojones en convenientes distancias que, sobresaliendo de la blanca sabana, indiquen el perdido camino al cansado viajero, y Marciano Capela y Mamerto Claudiano, Boccio y Casiodoro, nuestro gran San Isidoro y Reda y Alcuino, serán los maestros de las generaciones en tan obscura edad.

Llegado el siglo XI, la joven Europa siente nacer en su inteligencia el acicate de la verdad, y como colegial que en medio de sus entusiasmos, tal vez momentáneos, por la ciencia siente el hervor de su sangre moza, y lucha en las Academias como puede luchar en los recreos, y como este adolescente, discute tal vez sin comprender la trascendencia de las cuestiones y sin pensar que, puestas en sus manos, pueden ser juguete peligroso, los hombres de la Edad Media aleccionados en la silogística aristotélica, lucen las armas de su razón en la celebérrima discusión de los universales, que si cuestión es relacionada con las más importantes de la ciencia, tengo para mí que la Edad Media la trató más como apasionado ejercicio retórico que como tesis fundamental de un sistema científico, que serena y profundamente examinado diese la clave para la solución de importantes problemas. Ya el gran genio de la España de nuestro siglo, el insigne D. Jaime Balmes hace notar el espíritu juvenil de la escolástica anterior á Tomás de Aquino. No de otro modo se explican, sino por este espíritu batallador y polémico de aquella edad, así las argucias de los unos, como los errores hasta heréticos de los otros.

Al aparecer, pues, Tomás de Aquino, si la ciencia cristiana había recorrido el ciclo de la apropiación helénica, y el siglo XII contaba con filósofos de tan alto vuelo como el autor de la prueba ontológica de la existencia de Dios el inmortal Arzobispo de Cantorbery, y críticos como Juan de Salisbury, y místico-platónicos como los discípulos de la Abadía de San Víctor, y aristotélicos tan sólidos y profundos como Alberto el Magno, en cambio los peligros de la ciencia tomaban proporciones grandes en unas costumbres tan amantes de la batalla y del choque, fuese aquélla en los muros de Ptolemaida luchando con los moros, fuese éste esgrimiendo la potencia del silogismo en los claustros de la Sorbona.

(Continuará.)

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Continuación.)

JAVIER dudó un instante, porque conocía que cada una de sus respuestas llevaba el sello de la inverosimilitud y agravaba su situación.

— No lo sé, señor, contestó al fin, nunca se lo he preguntado.

— ¡Ah! dijo el magistrado; un solo hombre posee vuestra confianza y no conocéis bastante á este hombre para saber..... Eso no tiene sentido común.

Al mismo tiempo empujó su sillón y se puso de pie.

— Caballero, continuó con frialdad, pero sin dureza, todo lo que acabáis de decir podrá ser verdad; pero no lo creo.

— ¡Señor.....!

— ¡Silencio.....! recibís todos los meses trescientos francos, según acabáis de decir; con trescientos francos no pueden arriesgarse treinta ó cuarenta mil.

— ¿Lo he hecho yo acaso.....? exclamó Javier, para quien los acontecimientos de aquella mañana eran un verdadero sueño.

— Yo tengo la persuasión de que sí; por otra parte vuestra presencia en una casa infame, y vuestras equívocas respuestas, obligan á la justicia á practicar algunas investigaciones y entre tanto quedáis arrestado.

En este momento la mampara del gabinete se abrió lentamente, y la cara negra del mendigo, rodeada por sus cabellos y su barba, como de un cuadro de nieve, apareció, sin que el juez ni Javier reparasen en tal aparición.

El joven había bajado la cabeza. Este golpe imprevisto, cuyos vergonzosos resultados no podía evitar, le tenían abrumado.

— ¡Piedad! señor, dijo; ¡piedad! soy inocente: es la primera vez.....

— Siempre es la primera vez, interrumpió el magistrado. Mi deber ante todo; aunque no resulta contra vos ningún cargo, aparecéis como persona sospechosa y necesitamos averiguar vuestra vida.....

— Pero prenderme ¿por qué? ¿Cuál será el término de mi cautividad? ¿Hasta cuándo.....?

— Hasta que la justicia conozca vuestros medios de existencia y se asegure de que no sois un vago, un truhán..... ó hasta que alguna persona honrada se presente á responder de vos.

El nombre de Rumbrye vino á la memoria de Javier, pero le dió vergüenza y no quiso que el hombre que lo había tratado casi de igual á igual se enterase de semejante acontecimiento.

Este nombre, por lo demás, tampoco hubiera tenido tiempo de pronunciarlo, porque apenas el procurador del rey había dejado de hablar, cuando el mendigo negro, empujando bruscamente la mampara, se adelantó y se puso delante del juez.

— ¿Cómo es que os han dejado penetrar hasta aquí? ¿Qué queréis? ¿A qué venís? preguntó el magistrado frunciendo el entrecejo.

— Mis pies desnudos no hacen ruido, respondió el negro; soy el mendigo negro y vengo á salvar á este joven.....

Javier dirigió al negro una mirada que expresaba á la vez su sorpresa y su duda.

— Todo lo he oído, continuó éste. ¿Preguntáis cuáles son sus medios de existencia? yo os lo diré: ¿queréis que un hombre honrado responda de él? yo respondo.

Diciendo esto el negro, levantó en alto su frente y se cruzó de brazos.

Su cara expresiva manifestaba cierta dignidad orgullosa, pero sin altanería.

El procurador del rey, que al pronto había dejado escapar una sonrisa irónica, recobró su gravedad.

— Hablad, dijo, volviendo á sentarse.

IX

Buen amo mío.

El mendigo guardó silencio un instante y pareció meditar.

— Este joven os ha dicho la verdad, continuó; cada mes recibe quince luises, que yo mismo le echo en su balcón.

— Vos, exclamó Javier, ¿conocéis acaso.....?

— Ya hablaremos de eso cuando estemos solos, interrumpió el negro con voz dulce y muy cariñosa.

Después añadió dirigiéndose al magistrado:

— Yo soy quien le da mensualmente esos trescientos francos.

— ¿De parte de quién?

— De la mía.

El procurador del rey se encogió de hombros como dudando. El negro continuó con la vista fija en él.

—De la mía, vuelvo á repetir. Yo pido limosna hace mucho tiempo; todo el mundo me conoce y nadie pasa por delante del mendigo negro sin socorrerlo. El mismo joven no ha sido insensible á mis demandas porque tiene un corazón generoso..... Si quisiera, aun podría darle el doble.

—¿Pero por qué le dais esa suma?

—¿Por qué? exclamó el negro cuyas facciones expresaban una profunda é inocente sorpresa..... ¿Me preguntáis por qué le doy esa suma.....? Porque es por él y para él por lo que pido limosna; porque por él y nada más que por él me he hecho mendigo.

Javier estaba pálido como un difunto escuchando anhelante cada palabra del negro.

Un pensamiento penoso le tenía absorto y parecía mortificarlo.

El procurador del rey, por su parte, sin comprender del todo la escena que pasaba ante su vista, se iba interesando cada vez más y en su rostro severo se retrataba su creciente emoción.

—Vos decís la verdad, buen hombre, al menos así lo creo, dijo, y sin embargo, es una historia singular. Para una abnegación tan completa y tan rara se necesita un motivo muy poderoso.

—Si hubiera sido necesario hacer alguna cosa más difícil, replicó el negro con sencillez, también lo hubiera hecho.

—¿Amáis mucho á este jóven, según eso?

El mendigo dirigió á Javier una mirada de indefinible ternura.

—¡Oh! sí, le amo mucho, muchísimo; ¿y cómo podría no hacerlo?....

Aquí se detuvo como dudando.

EL P. FÉLIX.

El juez, interesado á su pesar, alargó el oído con la mayor curiosidad.

Javier bajó los ojos como si la palabra que iba á escuchar fuese su sentencia de muerte.

—Amo á él solo en este mundo, prosiguió el mendigo; le amo tanto que he querido ocultarle un beneficio cuyo origen le hubiera avergonzado: le amo con tal extremo, que jamás le he dicho: ¡hijo mío!.... ¡y sin embargo soy su padre....!

—¡Su padre! repitió el procurador del rey casi enternecido.

Javier se cubrió el rostro con las dos manos y cayó desfallecido sobre un sillón.

—¡Un negro! ¡un mendigo! murmuró entre dientes; ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Piedad....!

—No le acuséis, dijo el negro al magistrado que había dirigido á Javier una mirada de desprecio y compasión; tiene el orgullo de su edad. Su falsa vergüenza es por el pronto mayor que su reconocimiento; pero mañana, no lo dudéis, me pedirá perdón.

—Mucho lo deseo, respondió el magistrado. Caballero, añadió dirigiéndose á Javier; estáis libre y podéis seguir á vuestro padre.

El joven se estremeció violentamente al oir pronunciar esta palabra.

Una nube cubría sus ojos, al través de la cual veía pasar á Elena con su traje blanco de la víspera, mostrándole con el dedo aquel viejo mendigando á la puerta de una iglesia y diciéndole: ¡es tu padre! No era ya un obstáculo el que lo separaba de la señorita de Rumbrye; era un abismo insondable.

Se dirigió maquinalmente hacia la puerta, pero antes de abrirla se detuvo, y juntando sus manos las llevó á la frente.

—¡Padre mío! pronunció con voz conmovida..... ¡Mi pobre padre.....!

Y sin poder articular más palabra, se arrojó en los brazos abiertos del mendigo.

—¡Gracias, gracias! dijo éste por lo bajo.

(Continuará.)

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

¿QUERÉIS?

¿Queréis evitar con toda seguridad la caries y sus consecuencias, dolores, abcesos de las encías, periostitis, necrosis parciales del maxilar, etc., así como también las perturbaciones digestivas causadas por una masticación deficiente? ¿Queréis?

Pues pedid sin retardo el **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac,** cuya influencia saludable sobre el esmalte, las encías y las glándulas salivares pondrá los dientes en estado de resistir eficazmente á toda causa de alteración y contendrá rápidamente los progresos de la caries en el caso en que sea ya demasiado tarde para impedir las primeras manifestaciones.

Agente general.—A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitan pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

LA VERDADERA

AGUA DE BOTOT

El unico Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris

El mejor calmante contra los dolores de muelas.

Recomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina *para los cuidados de la boca.*

129, Rue St-Honoré, Paris

Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

ALMACENES GENERALES DEL

LOUVRE

Casa de perfección y confianza fundada en 1870

R. YTURBIDE Y C.ª

2, Fuencarral, 2, Madrid.

Equipos para novias, canastillas, ropa blanca, trajes de señora y niños, cortinajes, mantelería, muebles, géneros de punto, lencería, encajes, tapicería, bordados y

MUEBLES FRANCESES

Falta de Fuerzas

ANEMIA – CLOROSIS

EL HIERRO BRAVAIS

Ensayado por los mejores médicos del mundo, para inmediatamente á la vez sin causar desórdenes digestivos reconstituye y vuelve á dar á la sangre el color y vigor necesarios.

Cuidado con las falsificaciones y numerosas imitaciones.

Exigir la firma H. BRAVAIS en rojo.

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris

Curación segura

de la COREA, del HISTERICO de las Convulsiones, del Nerviosismo de la Agitacion Nerviosa de las Mujeres durante la evacuacion mensual y de la

EPILEPSIA

con las

GRAJEAS GELINEAU

En todas las Farmacias.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Inventor 19, 8.e des Italiens, Paris | JABON VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cútis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono n.º 98.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 12. — Madrid 25 de Abril de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1.50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7.50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 ps. fs.
Un año..... 16 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 ps. fs.
Un año..... 8 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Veranido. — *Abnegación*, por Mad. Bourdón (continuación). — *Antonia Díaz de Lamarque*, por A. Salcedo. — *La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés* (continuación). — *La poesía lírica mejicana*, por A. Ballón de Urquera (conclusión). — *Desventuras de Mari-Pepa*, por D. Manuel Polo y Peyrolón. — *El mendigo negro*, por Paul Feval (continuación). — *Anuncios*.

Grabados.

EXCMA. SRA. DOÑA ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE. — (Véase el artículo.)

RUINAS DE LA ABADÍA DE SAN AGUSTÍN Y VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE CANTORBERY. — El arte cristiano llegó en la isla de los Santos, ó sea en Inglaterra, á un grado de perfección poco común. Bellos ejemplares del mismo son los grandiosos monumentos cuya vista damos hoy á nuestros lectores. ¡Quiera Dios que Inglaterra vuelva pronto al seno de su Santa Madre la Iglesia romana!

EL SALVADOR DE LOS HOMBRES. — He aquí una de las más hermosas muestras del arte cristiano. ¡Qué majestad y qué dulzura respira la celestial cabeza de nuestro misericordioso Redentor!

CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE OVIEDO. — En el siglo XIII comenzó la restauración de esta Catedral, que terminó á mediados del XVI, tal como hoy en día le conocemos. En su exterior llama la atención la rebelda torre de estilo gótico formada por cinco cuerpos que van disminuyendo sucesivamente hasta terminar en una pirámide octógona; esta torre, cuajada de preciosas y delicadas labores, ha sufrido mucho por causa de los incendios y de las tempestades; pero las restauraciones se han hecho con felicísimo acierto.

Si penetramos en el interior del templo, cuya fachada ostenta todavía el estilo ojival bastante puro, nos admirará, no su riqueza ni su majestad imponente, sino la proporción y la sencillez. Aunque no merezca en rigor el nombre de grandioso, su construcción ligera y los muchos ventanales en sus muros abiertos dan al templo mayor desahogo, del que, al parecer, podían exigirse de los 240 pies de longitud por 78 de ancho que cuenta ese templo. La capilla mayor está formada por un ábside pentágono y ostenta un colosal retablo, que representa los principales pasajes de la vida y pasión del Redentor. El coro nos ofrece gran número de esculturas y una sillería cubierta de primorosas labores: el trascoro ostenta la pureza del estilo gótico, exceptuando el retablo de Nuestra Señora de la Luz, que es de estilo plateresco.

El resto de la Catedral, menos el claustro, que pertenece á los mejores tiempos del género gótico, es producto del greco-romano restaurado ó de su degeneración al churriguresco: tal es el estilo que domina en la capilla de Santa Bárbara, construida en 1660, y en la de Santa Eulalia, de fines del siglo XVII, debiendo, empero, consignarse, que la primera supo contenerse en ciertos límites que no se guardaron en la construcción de la segunda.

LA DÉCADA

¡Eh, la primavera.....! ¡Bien venida seas, amiga de los hombres.....! ¡Ya nos tenía hartos tu antecesor el invierno! La primavera es la vida del cuerpo y la del alma juntamente..... Sin primavera no hay rosas, ni lilas, ni fresas, ni se puede desafiar impunemente la intemperie..... Sin primavera no hay felicidad posible.....

Así gritaba la otra tarde mi amigo Pepe, plantado en la acera de la calle de Alcalá frente á Calatravas y gesticulando y accionando mientras hablaba que era un primor.

La verdad es que la tarde convidaba á ir ensartando plácidamente tonterías y más tonterías; porque el aire tibio y casi balsámico que se respiraba penetraba hasta lo más hondo del alma, y sumía todas sus potencias en un sopor profundo..... Costaba trabajo discurrir..... Las lenguas hablaban solas y hablaban despacio, muy despacio, como sujetas también á un perezoso ritmo..... No sabían ni podían salir de un círculo vicioso, cerrado por las majaderías, que son su argumento cuotidiano..... Toda la muchedumbre que bajaba por las anchas aceras de la calle de Alcalá sentía idénticos ó parecidos efectos..... Era que la primavera, la hermosa y enervante primavera meridional, acababa de anunciarse, difundiendo por la atmósfera serena de un día de invierno la primera brisa cálida y los primeros perfumes que se percibían aquel año..... Allá, á lo lejos, sobre el cielo azul, irisado con todos los colores del ocaso, parecía que la celeste ninfa se destacaba radiante y vencedora, con el enorme ramo de flores en la mano, y la sonrisa hechicera en los labios..... Cielo y tierra estaban como dominados por una ineluctable fascinación..... La atmósfera serena y templada; el sol poniente había ensanchado su resplandeciente disco, y derramaba con loca profusión sus rayos de oro hechos ascuas..... Para dejarle en los cielos espacio digno de su grandeza, elevaba el firmamento hasta el infinito su inmensa bóveda, nunca tan azul como aquella tarde.....

Abajo ¡qué bizarro espectáculo! Los encantos de la naturaleza realzábanse con los esplendores y galas del lujo cortesano, que, como desbordado río de charoladas carrozas, briosos corceles, mujeres lindísimas, deslumbradores aderezos, vistosas telas, sonrisas y miradas provocativas, caía en bulliciosa y creciente marea hacia el Prado.....

EXCMA. SRA. DOÑA ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

***

En orden á los grandes intereses religiosos, la última década se caracteriza por la publicación de la magnífica carta de Su Santidad León XIII al venerable Obispo de Urgel. Como en todos los documentos emanados de la Santa Sede, se recomiendan en éste la paz y unión de los católicos. ¿Cuándo acabaremos de enterarnos los católicos de que esa paz y unión es lo que de nosotros quiere principalmente nuestro Santísimo Padre?

Las inscripciones para el Congreso Católico de Zaragoza aumentan de día en día. Todo induce á creer que estamos en los preparativos de un grande acontecimiento religioso y científico. ¡Dios lo quiera! Los artículos que al futuro Congreso está dedicando el P. Sardá y Salvany en su *Revista Popular* son notabilísimos.

***

Lupercio, el ingenioso cronista de *La Hormiga de Oro*, transcribe en su última Revista el siguiente párrafo de un periódico de esta Corte que, por referirse á un asunto interesante por demás, copiamos también nosotros, sin que se nos quede en el tintero por supuesto el sabroso comentario puesto por Lupercio á los párrafos aludidos.

BIBLIOTECA DE HUMANIDADES GRANADA

Que dicen así:

«¿No da pena ver correr por el Prado á chiquillas con traje de raso ó de *peluche* que á lo mejor se dejan un trozo de costoso encaje entre los hierros de una silla? ¿No es cómico que ni siquiera para correr, para dar á la comba ó para jugar al aro dejen los guantes que llegan hasta el codo? Así se hacen unas marisabidillas que prefieren pasear para lucirse que jugar para divertirse; así adquieren humos y miran con desdén á las que no van tan elegantes como ellas.

El exceso del lujo tiene muchos inconvenientes; pero estos son mayores cuando se trata de los niños, á los que se hace adquirir hábitos que luego, cuando crezcan, les han de costar muchos sinsabores. Con eso se forman las generaciones de muñecas insustanciales y de sietemesinos tontos que constituyen una verdadera calamidad.

. . . . . .

A los chicos se les echa á perder con esos lujos y se les convierte en titiriteros.»

Y añade Lupercio:

«Algo peor que en titiriteros.

Porque se los convierte en niños profanos, en niños que pierden la inocencia angélica, lo cual es mucho peor.

Todo esto viste bien.

Pero ¿no le parece al periódico que discurre con tanta sensatez que los grandes, para enseñarlos mejor, debieran dar algun ejemplo á los pequeños?

Porque si á una niña se la viste de sarga ó de cretona y ve á su madre cubierta de blondas, de encajes, de sedas y pedrerías, es muy posible que caiga en la cuenta de que lo que se hace con ella es una injusticia, y las injusticias lo mismo llegan al alma de los grandes que de los niños.

No: es menester predicar y, á la vez, dar trigo.

De lo contrario se evitaría un mal y se caería en otro peor.

La sobriedad que se pide para los pequeños debe ser ejemplar. De lo contrario, induciría al desamor y al resentimiento y les haría aborrecer á los autores de sus días.

Modérese el lujo de los padres y el de los hijos, y se tendrá la justa medida de lo que han de vestir. Lo demás es no tirar de la cuerda para todos.»

Hacemos nuestras las opiniones del ingenioso escritor, y deploramos no poder hacer otro tanto con su brillante estilo.

***

Los estudiantes portugueses, ni nos han conmovido, ni distraído. A nuestro juicio cuanto se ha soñado con la unidad ibérica á propósito de la venida de los escolares lusitanos son..... puros sueños.

La política, como siempre, se complica. Dos Generales en otros tantos castillos encerrados; un Asesor mandado á muchas leguas del punto en que radicaba su Asesoría; un Gobernador civil depuesto; una memoria ó Memorandum que da en que pensar *de* y *á* un Ministro; el sufragio universal estancado en la cámara que llaman alta; los presupuestos sin acabar de salir, y á todo esto, el 1.º de Mayo encima, y los socialistas que prometen para ese día algunas de las suyas..... Todos estos son asuntos que preocupan naturalmente á las gentes; pero sobre los que en una revista de la índole de la nuestra hay que pasar como sobre ascuas.

***

De libros.—Se ha publicado el primer cuaderno de *Los grandes arcanos del Universo, ó filosofía de la naturaleza*, por el P. Tilman Pesch, de la Compañía de Jesús, obra de mérito extraordinario, monumento verdadero de la sabia Alemania, al alcance, no obstante, de toda persona de alguna cultura, y con la que se refutan los errores contemporáneos en el terreno elegido por la impiedad moderna, ó sea en el campo de la filosofía y las ciencias naturales.

Dice el P. Pesch al frente de su maravillosa obra: «Un conocimiento á medias de la naturaleza aparta á los entendimientos de la verdad; por el contrario, un conocimiento profundo de la naturaleza los vuelve á ella.»

La versión española, á cargo de los señores D. J. M. Orti y Lara y D. Eberardo Vogel, nada deja por cierto que desear, lo que, junto con el esmero y hasta lujo tipográfico con que la está publicando la Sociedad editorial de San Francisco de Sales, hacen esta obra sumamente recomendable.

El ilustrado doctor D. Marcelo Macías y García, Presbítero y Catedrático numerario de Retórica en Coruña, ha publicado un curiosísimo libro, intitulado *Poetas religiosos inéditos del siglo XVI.*

Por otra parte, la misma Sociedad editorial de San Francisco de Sales, que citamos arriba, acaba de repartir á sus abonados el primer cuaderno del *Diccionario Apologético de la Fe Católica*, que contiene las pruebas principales de la verdad de la Religión, y las respuestas á las objeciones sacadas de las ciencias humanas, compuesto por varios distinguidos sabios, bajo la dirección del insigne controversista el Abate J. B. Jaugey, y traducida al castellano por varios literatos, bajo la dirección del Sr. D. Joaquín Torres Asensio, Canónigo Lectoral de Madrid. Muéstrase en esta Apología en todo su esplendor el glorioso triunfo conseguido por la verdad Católica en toda la línea de los errores con que la combaten sus enemigos, y al mismo tiempo muéstranse también las armas victoriosas que han usado los insignes controversistas y que podrán usar con igual éxito todos los que desean utilizarlas aprovechándose de esta hermosa victoria.

***

—¡Que vanidosos eran los escritores antiguos! —dice Quintánez;—ahí tienen ustedes á Lope de Vega, que para que su nombre fuese conocido por la posteridad, tomó el de una de las calles de Madrid.

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Octubre 18....

El invierno está á la puerta con sus largas noches y las veladas á la luz de la lámpara; pero no temo ya su pálida y triste monotonía, pues nuestros amigos, consecuentes, acortan esas horas, antes tan largas. Unos ratos hablamos, otros leemos, escuchamos también el canto de Francisquita, que gracias á las preciosas lecciones de mademoiselle Thurel, hace verdaderos progresos en el arte. Ahora la escuchamos, no ya por complacencia, como á una niña, sino por gusto, como á una artista. ¡Y qué hermosa suele estar cuando canta, así, algún himno de los antiguos maestros, ó alguna melodía algo triste nacida á orillas del Rhin! Josefina no quiere que cante los aires apasionados, las melindrosas romanzas de nuestro tiempo y de nuestro país, y su voz inocente y fresca no interpreta sino los más puros acentos.

El carácter de Francisquita mejora también con el trato dulce y cordial de nuestros amigos. Ha adquirido cierta dulzura, que, indudablemente, la hace más agradable, tal vez por que comprenda la necesidad de agradar á personas cuyo juicio merece respeto. Alégrome de estas distracciones que se le proporcionan á ella, tan joven aún, tan poco dispuesta á sufrir, y estoy cierta que si pudiera ser completamente feliz, sería completamente amable. ¡Pero quién es feliz en la tierra!

Yo misma, en medio de la felicidad que encuentro en la afección de nuestros nuevos amigos, al saborear el encanto vivo y real de su trato, no me veo perseguida por la triste idea, que no desecho, para que mi pobre corazón no se apegue con demasiada fuerza.—Esto ¿no ha de durar? Efectivamente; lazos de este género no pueden ser más que pasajeros; es un encuentro en el camino de la vida, y mañana, tal vez, vea yo inmóvil en el mismo sitio, en el sitio en que tanto he sufrido, alejarse para siempre á estos amigos tan queridos. La casualidad les ha traído al pueblo en donde vivo; otra casualidad les llevará á otra parte. Un ascenso llamará á M. Raimundo á París; su padre y su hermana le seguirán, y yo quedaré sola como antes. Este temor del porvenir, porvenir próximo quizá, acibara mi alegría..... ¡Ah, y qué bien lo siento! Sólo á Dios debería uno apegarse, y, si fuéramos discretos, no daríamos nuestros pensamientos y nuestra alma sino á aquel que no cambia, que no abandona; pero queremos más ser traqueteados por las tormentas de este mundo, que echar resueltamente nuestra áncora en aquel mar sin borrascas que se llama cielo.

Saint-Omer, Noviembre 18....

Este pensamiento, que expresaba la última vez que escribí, no he podido menos de confiárselo á Josefina. Hablábame de su amistad con aquel calor y aquella sencillez que no permiten una duda, y de repente me dijo:

—¡Parece usted triste, Octavia! ¿Duda usted de nosotros?

—No es de ustedes de quienes dudo, respondí, sino del porvenir. No se quedarán ustedes en Saint-Omer, se alejarán, y yo, que encuentro tanto consuelo en su presencia de ustedes y su amistad, siempre les echaré de menos. Así es, querida Josefina, que si me ve usted triste á menudo, es porque pienso que no serán ustedes más que una aparición en mi vida.

Me besó entonces, y me dijo, fijando en mí su expresiva y cariñosa mirada:

—¡Ingrata! ¿Como ha podido usted creer que podríamos ya vivir sin usted? ¿No ha conocido usted que la consideramos ya de la familia? ¡Ah! mi querida Octavia, bien debe comprender que mi padre la quiere como una hija, que yo encuentro en usted una hermana..... Pero ¿no ha adivinado usted nuestros deseos? ¿No me entiende, en fin?

Demasiado lo entendía; pero qué, ¿será posible? ¿Y esta idea en que no me atrevía á fijar mis pensamientos se les habrá ocurrido también? ¿Habré hallado yo este apoyo, mis pobres hermanitos tendrían semejante protector, mi padre un hijo como éste? Pues conozco á Raimundo, tan bueno con su padre, nunca querría separarme del mío. Ningún cambio se operaría en mi vida sino para hacerla más dichosa.....

Saint-Omer, Diciembre 18....

No hablo sino con Dios y conmigo misma de este sueño tan dulce y al que una palabra ha dado su brillo y sus floridas perspectivas. ¡Qué *fiat lux* ha sido sobre una vida sombría esta palabra mágica! ¡eres querida! conocerás aquellos bienes, objeto de una involuntaria envidia, serás el todo para él, que será el todo para tí; podrás, sin recelo, amar, confiarte, sacrificarte; serás comprendida y amada, tendrás un amigo para el tiempo y la eternidad. Juntos viviremos, juntos envejeceremos, juntos aguantaremos las penas inevitables en este mundo, juntos serviremos á Dios, y llenos de una santa emulación, nos prepararemos juntos á aquella unión sin término de las almas que están en posesión de una vida eterna. ¡Cuántas horas, cuántos días, cuántos años felices

entreveo en este momento! ¡Ah, lo conozco! ¡Yo estaba hecha para el hogar doméstico, para sus fuertes afecciones y sus íntimas alegrías! Hasta aquí he amado, he amado á mi padre y á los niños que me fueron confiados, he conocido la satisfacción que Dios derrama en los corazones de buena voluntad; pero no he sido querida..... ¡Será cierto que me está reservada tanta dicha!.... Josefina me lo ha dicho: no hubiera querido hacerme caer en un error tan cruel Lo dice; luego es porque lo sabe.

Ayer cantaba Francisquita: su hermosa y conmovedora voz vibraba más melodiosa que nunca: era un *lied* alemán sobre los placeres del domingo por la mañana cuando el marido y la mujer van á la iglesia, andando por entre las rosas silvestres, sobre la hierba en que sonríen las margaritas, y cogidos de la mano, escuchando el canto de las alondras, entrecortado por la voz grave de las campanas que también bendicen al Señor. Raimundo escuchaba, enternecióse; se turbó, miró á Francisquita y bajó los ojos. ¿Por qué se detuvo su mirada en esa niña.....? ¡Qué locura! Porque le enternecieron sus acentos como me enternecieron á mí.....

Estoy leyendo la vida de Santa Isabel de Hungría; ¡cómo me llega al alma.....! ¡Qué amor entre aquellos dos santos esposos, puro como el cariño de dos hermanos, íntimo y tierno, entusiasta y fiel, y cimentado por el amor de Dios, *más fuerte que la muerte!* Sólo la Religión puede levantar así las afecciones humanas y hacer que llegue su vuelo hasta las regiones vecinas del cielo.

Saint-Omer, Enero 18....

Desde que me ha dicho Josefina esa palabra tierna, pero imprudente quizá, vivo más dichosa ciertamente, pero mucho menos tranquila. Siempre esperando. Una especie de cortedad, de timidez, impropia de mi edad, amarga nuestras dulces relaciones. Nuestros amigos no han variado; pero conozco que yo soy menos expansiva y que tengo menos libertad que antes. En cambio Francisquita, cuya inteligencia se desarrolla, me suple y da conversación, mostrando á todos su amabilidad. Es preciso convenir que algunas veces he juzgado á esta niña con demasiada severidad. Con quien sobre todo se muestra su afabilidad es con M. Thurel; parece como que quiere pedirle el cariño paternal que tan bien ha conocido. El único que está más callado es M. Raimundo, pero la alegría y la gracia de Francisquita le gustan como á su padre. ¿A quién no seduce esta jovial sencillez? Si llegan á cumplirse los proyectos de Josefina, mis niños, mis pupilos, también serán dichosos y queridos. Espero en el porvenir.

Saint-Omer, Febrero 18....

¡Espero en el porvenir! Sí ¡Dios mío! Aún espero, pero de Vos es de quien espero. Esta mañana he recibido la siguiente esquela de Josefina:

«Querida Octavia: Hoy irá á ver á usted mi padre..... Va á pedirle á usted para Raimundo la mano de Francisquita.

»Perdóneme usted, ¡ay! me equivoqué. Había consultado con mi corazón y no con el suyo.»

No sé lo que por mí pasó al leer esta esquela; pero mucho tiempo después me encontré sentada en un rincón de mi cuarto, fría, inmóvil, y parecíame salir de una pesadilla. Era un mal sueño en efecto. Es preciso olvidar.

El ruido del péndulo me advirtió que la hora en que podía venir M. Thurel se acercaba; el sentimiento instintivo de la dignidad obtuvo lo que no pudo conseguir la razón, haciéndome levantar, atusar el cabello y recobrar un aire tranquilo. Ya era tiempo, pues Verónica vino á anunciarme que monsieur Thurel me esperaba en la sala.

Dirigióse á mí con la frente risueña, y con aquella fisonomía abierta y franca que le gana los corazones.

—¡Querida amiga, me dijo; vengo á hablaros de un asunto que á todos nos interesa! ¿Quiere usted que su familia y la nuestra se fundan en una, dándome su encantadora hermana para mi hijo Raimundo?

Felizmente estaba prevenida, y si mi alma sintió angustia, mi semblante, al menos, no me descubrió. Respondí algunas palabras, en las que puse toda la simpatía que pude encontrar.

— No necesito hacer á usted el elogio de mi hijo, continuó; ya le conoce usted, y ya sabe que, aun cuando tiene veinte años más que Francisquita, tiene un alma poco gastada, y gustos bastante jóvenes para hacerla feliz. La quiere con pasión, como lo merece, pues es encantadora, ¡tan hermosa, tan amable! y además educada por usted; esto nos responde de su carácter y de la solidez de sus principios. Vamos, querida amiga, ¿acepta usted á mi hijo por hermano? ¿Consiente usted en ser para nosotros, en realidad, lo que era usted ya por el cariño de la familia?

— Quisiera, contesté, consultar con Francisquita, y hablar de su honrosa proposición de usted con M. Duperron, su tutor.

— Nada más justo. Pero me atrevo á esperar que los dos asentirán á mi petición. Haríamos la boda después de Pascuas; Francisquita viviría conmigo, pero vería á usted todos los días; no estarían ustedes separadas.

Costábame mucho trabajo el sostener la conversación; pero embebido con sus proyectos y sus sueños, M. Thurel hacía el gasto. Me dió detalles sobre su fortuna, sobre su familia, sobre la posición de su hijo; me contó rasgos del carácter de Raimundo; en fin, cada vez ahondaba más la herida, y acabó por convencerme de que su hijo es amable y generoso, su posición excelente, y él, que inocentemente me estaba atormentando, el mejor de los mortales.

Prometíle una respuesta positiva para dentro de tres días, y me dejó, estrechándome la mano.

Volví á mi cuarto para poder reflexionar un poco en la soledad. Procuré no enternecerme sobre mi suerte, y no me puse á llorar sobre esta visión desvanecida; traté de mirar de frente la realidad: aislamiento, pobreza, abandono, y de decir: ¡Está bien! ¡Que se haga la voluntad de Dios!

Francisquita estaba con Verónica al lado de mi padre, fuí á llamarla, y me encerré con ella en su cuarto. Me miraba sorprendida.

— Francisquita, la dije; M. Raimundo pide tu mano; ¿qué contestaré?

Levantó la cabeza (una orgullosa sonrisa iluminaba su semblante), y contestó con presteza:

— ¿Puedes dudarlo? Acepto.

— ¿Sin reflexionar, Francisquita?

— ¿Necesito reflexionar acaso, cuando se trata de una persona conocida, de un amigo?

Y echándome una mirada que encontré arrogante y maliciosa, añadió:

— ¿Tú misma no le has elogiado siempre?

— Es cierto; ¡pero se trata de contraer una obligación tan grave.....!

— ¡Oh! por grave que sea, nunca lo será tanto como la vida que llevamos aquí..... ¿Hubieras tú dudado?

— No se trata de mí. Pero ¿podrás amarle?

— Sin duda, sin duda, puesto que será mi marido. ¿No has dicho que no, espero?

— No, la dije; sosiégate, no he rechazado, pero he querido consultarte antes de responder, y mucho quisiera que reflexionaras sobre los deberes que vas á aceptar, respecto á esa familia que te adopta.

— Si me han escogido es porque les parezco mejor que otras, segun parece.....

Y fijó en mí de nuevo su mirada. ¡Ha adivinado el secreto de este pobre corazón y goza de su triunfo!

¡Dios mío, Dios mío! Todo esto está bien, puesto que todo ello me atrae á Vos. ¡Vos sólo en adelante!

(Continuará.)

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Hemos publicado ya en nuestra galería de retratos los de insignes polemistas católicos, oradores y escritores por todo extremo dignos de la fama; hora es ya de que volvamos los ojos á la poesía, esa hija predilecta de Dios, bajo cuyo manto se cobijan todas las almas superiores, y que es en este desierto de la vida como el fresco oasis que presta sus gratas sombras, llenas de encantados misterios, á los que verdaderamente se sienten desterrados en el valle de lágrimas de la tierra.

Y para ofrecer en nuestras columnas el justo tributo á la poesía, ¿cómo mejor que dando á nuestros lectores el retrato de la dulce cantora de la religión cristiana, de la inspirada poetisa en cuya arpa de oro todos los sublimes sentimientos del espíritu humano tienen una cuerda y han encontrado suavísimo y deleitoso eco? Antonia Díaz de Lamarque es hoy por hoy la más hermosa personificación de la poesía religiosa en España; sus cantos revelan un corazón enamorado de Dios sinceramente, y por Dios y en Dios enamorado de todas las cosas de la tierra, un corazón verdaderamente cristiano, y como tal dispuesto á todos los sacrificios. Palpita en los versos de Antonia Díaz el mismo espíritu que en los de Santa Teresa de Jesús y que en las admirables novelas de Fernán Caballero.

Y además, ese bendito entusiasmo por las cosas excelsas no se desborda en los versos de Antonia de un modo irregular é impetuoso, sino que cae como el oro derretido en bien preparados y artísticos moldes, esto es, que á la grandeza del pensamiento y á la vehemencia del sentir corresponde admirablemente la intachable pureza de la forma. Antonia Díaz es cristiana; pero además artista por temperamento y por educación.

«Estas composiciones llenas de vida, dice el eminente crítico Fastenrath refiriéndose á las religiosas de la señora de Lamarque [1], son como el incienso de la plegaria, y se han inspirado á la sombra de la Cruz; todas ellas son un himno de gloria á la religión del Crucificado, ya las que han nacido de la contemplación íntima de la paz del propio espíritu, ya las que han brotado junto á los muros del templo, ya las que el interior doméstico, en su dicha suprema de Nochebuena, ha sugerido á la poetisa. Ésta sí que puede decir lo que pone en labios de Colón en su romance *La Virgen de la Rábida:*

Devota soy de María
Desde mi infancia más tierna.

»Aromáticas flores de María son indudablemente muchos de los cantos de Antonia; pero no por eso deja de alentar en ellos el perfecto sentimiento de la naturfleza que tan grato es siempre para un corazón germánico. ¿Qué alemán no palpita oyendo estas primeras estrofas de la *Despedida de la primavera?*

Ya te alejas presurosa,
Bella estación encantada,
Ya te alejas presurosa
De los campos de mi patria.

—

El prado y el bosque umbrío
En breve sus ricas galas,
Al rayo del sol ardiente,
En polvo verán trocadas.

—

1 *Gaceta de Leipsig*, Febrero de 18..

Moradoras de las selvas,
Leves, apacibles auras,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana? „

No se necesita ciertamente ser alemán para que estos acentos inspirados lleguen á lo más íntimo del corazón. „Pocas veces se vió, escribió el eminente crítico sevillano Fernández Espino, á la verdad pintada con más bello colorido, ni más alentada en la lucha contra el mal.....» „En los versos de la Señora Díaz siempre se halla consuelo para la desgracia.....» „Regístrense sus poesías, y no se hallará una siquiera donde su propósito sea sólo lucir la agudeza del ingenio: siempre busca el ejemplo ó la enseñanza, y nunca rebaja su musa á asuntos vulgares, ni á la frivolidad, ni á la ironía. Modelo de urbanidad y de decoro, su pluma no vuela más que por las regiones serenas en que el alma se acerca á su Hacedor, tipo y fin de toda hermosura.»

Y otra célebre escritora, Doña María del Pilar Sinués, añade á estos juicios tan justos y lisonjeros al mismo tiempo, lo que sigue:

„No hay en el moderno Parnaso lira alguna que aventaje en ternura, melodía, suavidad y sentimiento á la de Antonia Díaz; sus cuerdas, siempre que suenan, parecen pulsadas por las delicadas manos de las Gracias; el ángel de la castidad la ha coronado de flores; el querube guardador de la pureza la cobija bajo sus alas; perlas y azucenas brotan de esa arpa de oro, y si alguna vez entre sus notas nace el llanto, sólo es como el dulce rocío de la virtud.»

„La fe, escribió también otro crítico digno por todo extremo de tal nombre, el Sr. Rubió y Orbs, es como la fuente de donde nacen los ríos de poesía que brotan de todos sus versos..... no la fe fría y más ó menos sujeta á dudas ó á vacilaciones, sino la fe sumisa, y como tal ciega, y por sumisa y ciega favorecida por el cielo con resplandores á veces hasta sobrenaturales..... Podría decirse de la Sra. de Lamarque lo que de sí propio escribía Fr. Luis de León, á saber: *que era poeta por inclinación de su estrella y no por su juicio y voluntad.*»

Imposible descender aquí á un minucioso análisis de las bellezas que atesoran los versos de la Sra. de Lamarque, ni siquiera á presentar un catálogo de sus inspiradas composiciones. Baste añadir á lo ya indicado que Antonia Díaz es una verdadera gloria nacional, la representante genuina de nuestra gran poesía cristiana, henchida de afectos puros y desinteresados, de amor á Dios y por Dios á las cosas creadas. Cuantos conocen y tratan particularmente á la señora de Lamarque se hacen lenguas de su modestia, sólo comparable á la modestia de Fernán Caballero, de su religiosidad, de su caridad para con los pobres, de su naturalísima y sublime elegancia. „Todo es en ella poético, escribió María Sinués, su figura, la expresión de su rostro, y sus costumbres.» Y el crítico alemán antes citado dice á este propósito: „La Excma. Sra. Doña Antonia Díaz de Lamarque, la bella y distinguida esposa del celebrado poeta, amigo y protector del arte, Don José Lamarque de Novoa, pulsa la lira al par que cantan las aves en su magnífico jardín de la poética Alquería del Pilar.....» Esta Alquería es muy celebrada por cuantos han tenido la dicha de visitarla, y pasa por uno de los parajes más amenos y deliciosos de la deliciosa y amena Andalucía. Es como uno de aquellos encantadores verjeles que los Califas de Damasco regalaban á sus vates favoritos. En tan hermoso retiro han brotado, sin duda, las más bellas creaciones de la dulcísima cantora sevillana de la religión y de la virtud.

La Ilustración Católica, que ya en otras ocasiones ha celebrado, cual se merece, el ingenio de la señora de Lamarque, se honra hoy con su retrato, que luce, como es justo, en lugar preferente.

A. SALCEDO.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO XI

Levantamiento de portugueses y gallegos.—Retirada de Soult y Ney. — El Rey José. — El autor se retira á Francia y vuelve á España.

Los habitantes de Portugal se habían levantado en masa como los de Galicia, y los portugueses oponían á los franceses doce mil soldados de línea, y setenta mil hombres de milicia. El Mariscal Soult no podía con solos veintidós mil hombres contener el país que dejaba atrás, y avanzar sobre Lisboa. Permaneció sin embargo más de cuarenta días en Oporto, procurando en vano someter á los habitantes, y restablecer sus comunicaciones; hacía muchos meses que no recibía órdenes ni refuerzos, y á pesar de su peligrosa situación no había querido hacer un movimiento retrógrado por el recelo de perjudicar á las operaciones de los otros cuerpos de nuestros ejércitos, cuyas posiciones ignoraba enteramente. En fin, el 2 de Mayo hizo tomar por la división del General Loison el puente de Amaranto sobre el Tamega, preparándose para retirarse de Portugal por el camino de Braganza.

Entre tanto las avanzadas francesas sobre el Bouga fueron atacadas el 10 de Mayo por los ingleses, y repasaron el Duero el día siguiente. El ejército inglés, que había vuelto á Portugal después de la retirada del General Moore, se hallaba reducido á quince mil hombres, y no se había atrevido al principio á desembarcar su grueso bagaje, manteniéndose pronto á reembarcarse cuando los franceses se acercasen. El 4 y 22 de Abril recibió refuerzos considerables, y componiéndose ya de más de veintitrés mil hombres, se dirigió contra Oporto.

Los franceses salieron de esta ciudad el 12 de Mayo, y su retaguardia tuvo una acción con la vanguardia inglesa. El cuerpo del Mariscal Soult era perseguido por tres ejércitos; el del General S. A. Wellesley, que no perdía de vista su retaguardia; el ejército anglo-portugués del General Beresford, que se dirigía por Lamego y Amaranto sobre Chaves, dejando atrás con muchas marchas la derecha del cuerpo del Mariscal Soult; y el tercero, del General portugués Silveira, que precedía á los dos primeros á fin de cortar á los franceses los pasos de Ruibaes entre Salamonda y Montalegre.

El Mariscal Soult, hallando el camino de Chaves ocupado por el Mariscal Beresford, concentró rápidamente su cuerpo de ejército en Braga, y se dirigió sobre Orense por las montañas: atravesó más de sesenta leguas de un país insurreccionado sin haber tenido más pérdidas considerables que la de su grueso bagaje, y de su artillería que destruyó en los pasos impracticables. Los ingleses no pasaron de Montalegre y Chaves, y retrocedieron rápidamente sobre el Tajo á las inmediaciones de Lisboa.

El Mariscal Soult llegó el 22 de Mayo á Lugo en Galicia, salvó á la guarnición de esta ciudad sitiada por los españoles, y se puso en comunicación con el Mariscal Ney, que volvía de una expedición contra Oviedo en las Asturias, y pocos días después volvió á tomar la ofensiva contra el ejército del Marqués de la Romana, al que persiguió sin poder alcanzar por Monforte, Ponferrada, Bollo y Viana. En seguida marchó por la Puebla de Sanabria á Zamora, abandonando á Galicia, con el objeto de seguir el movimiento, que opinaba querían hacer los ingleses hacia el Tajo en la Extremadura contra el cuerpo del Mariscal Víctor.

Después de la partida del Mariscal Soult, el Mariscal Ney se vió muy pronto obligado á retirarse al reino de Leon. Su cuerpo de ejército no formó en Galicia ni en Asturias ningún establecimiento duradero, porque se lo impidieron siempre los habitantes de las aldeas y las tropas numerosas de los paisanos armados, á quienes era imposible reducir, y cuyas fuerzas se aumentaban diariamente. En estas provincias montañosas del Norte de la península, los franceses, aunque siempre vencedores donde quiera que los enemigos se presentaban en batalla, eran asaltados continuamente por nubes de montañeses armados, que no acercándose jamás para combatir en filas cerradas, ni cuerpo á cuerpo, se tiraban de posición en posición, de roca en roca á las alturas, sin dejar de hacer fuego aun cuando huían.

Eran necesarios á menudo batallones enteros para llevar una orden de un batallón á otro poco distante. Los soldados heridos, enfermos ó cansados que quedaban detrás de las columnas francesas, eran al momento asesinados: era preciso, después de haber vencido, empezar á vencer de nuevo: las victorias eran ya inútiles por el carácter indomable y perseverante de los españoles, y los ejércitos franceses se derretían por falta de reposo en las fatigas, en vigilias y en inquietudes continuas.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en el Norte de la España, que habían impedido á nuestros cuerpos de ejército de Extremadura y la Mancha el aprovecharse de las victorias señaladas de Medellín y Ciudad Real. Las operaciones del ejército de Aragón también se habían suspendido por la necesidad que obligó á los franceses á sacar de aquella provincia el cuerpo del Mariscal Mortier, y de hacerle venir á Valladolid para socorer al mariscal Ney y restablecer las comunicaciones con Galicia.

Después de la campaña de Austria y la salida de Napoleón, los ejércitos franceses en España no recibían ya refuerzos para reparar sus pérdidas diarias; en lugar de concentrarse habían continuado en extenderse cada día más en la península, y débiles en todos los puntos por que estaban desparramados, se extenuaban en el Mediodía de la península por sus mismas victorias, mientras que en el Norte pedían contra los paisanos insurgentes la reputación de invencibles, más poderosa aun que la fuerza real con que habían sometido tantos pueblos.

José mandaba en jefe después de la partida de Napoleón: creía que con la suavidad de su carácter podría en España atraer á su gobierno, así como lo había hecho en Nápoles, los pueblos á quienes sometía la fuerza de nuestras armas: y había dejado que se adelantasen los ejércitos franceses en la península con sólo el objeto de organizar nuevas provincias, y de reinar sobre mayor extensión de país: de este modo había comprometido la seguridad militar de los ejércitos de Galicia y de Portugal, de los cuales no tuvo ninguna noticia en cinco meses.

El Rey José había contraído en el trono de Nápoles costumbres apáticas. Rodeado de aduladores, y de un pequeño número de españoles, que le engañaban, se dejaba llevar de vanas esperanzas. En lugar de seguir los ejércitos, permanecía en la capital sumergido en la molicie, y echando menos las delicias de Italia. Quería dormir y reinar en Madrid como en Nápoles, aun antes que le hubiésemos conquistado, si esto era posible, un reino al precio de nuestra sangre.

Llenaba sus papeles públicos de decretos que jamás se ejecutaban, y apenas se leían: daba á una iglesia los vasos sagrados de otra robada hacía mucho tiempo por los franceses, ó despojada por los españoles mismos. Prodigaba las decoraciones de su orden real á los cortesanos, que no se atrevían á traerla fuera de los lugares ocupados por los franceses por miedo de ser asesinados por los paisanos españoles. Hacía numerosas promociones en sus reales ejércitos, que no existían aun: daba empleos en espectativa de gobernadores, administradores y magistrados de las provincias más remotas de sus reinos de uno y otro hemisferio, mientras que no se

atrevía á dormir en sus casas de campo á algunas leguas de Madrid.

Creyendo agradar al público procuraba imitar por todos los medios posibles el fausto, el ceremonial, y hasta la piedad de los Reyes Carlos IV y Fernando VII. Él mismo conducía á pie las procesiones por las calles de Madrid, haciendo que le siguiesen los oficiales de su Estado mayor, y los soldados de la gendarmería francesa, llevando velas encendidas. Sus pretensiones á la santidad, su afectada munificencia y sus falsas liberalidades no sirvieron más que para ridiculizarle cuando después de la partida de Napoleón se disipó el terror, que lo ennoblece todo.

Los españoles habían tenido el gusto de circular que José era afecto al vino, y sobre todo que era tuerto, lo que hacía mucha impresión en la imaginación de los paisanos: en vano procuró destruir el efecto de estos rumores poco favorables, presentándose á menudo en público, y mirando siempre de frente á los que pasaban; el pueblo no dejó de creer por esto que no tenía más que un ojo. Los devotos que estaban acostumbrados á mezclar en todos sus discursos esta aclamación *Jesús, María y José*, se detenían cuando habían pronunciado las dos primeras palabras, y después de una pausa se servían de esta perífrasis, *y el padre de nuestro Señor*, creyendo atraer una bendición al Rey José nombrando al Santo, que creían su patrón en el Cielo.

La bondad natural de José llegó á ser mirada como debilidad por los franceses mismos. Perjudicaba realmente á las operaciones militares por el deseo ardiente que tenía de hacerse amar de sus vasallos. Atendía á todas las reclamaciones de los españoles, y siempre las atribuía á culpa de los franceses: muchas veces teníamos escasez de víveres no atreviéndonos á exigir las requisiciones indispensables para vivir en el país sometido momentáneamente, como si no hubiera sido enemigo: nuestros soldados morían á centenares en los hospitales de Madrid y de Burgos por falta de las cosas mas necesarias.

Después de las batallas ganadas, el Rey José iba al Retiro á hacer prestar juramento de fidelidad á los prisioneros que el ejército le había enviado, diciéndoles que habían sido engañados por hombres pérfidos, y que él, que era su Rey, no quería más que su bien y la felicidad de su país. Los prisioneros, que se creían en vísperas de ser fusilados, prestaban por el pronto el juramento de sumisión, pero se desertaban y volvían á sus ejércitos luego que los habían armado y equipado. Nuestros soldados los conocían fácilmente en sus uniformes nuevos, y llamaban al Rey José el organizador y administrador en jefe de los depósitos militares de la Junta suprema de Sevilla.

Nuestros Mariscales y Generales no obedecían sino con trabajo á un hombre á quien no consideraban como francés desde que le reconocían por Rey de España, y procuraban contradecirle y descontentarle por todos los medios posibles para que los volviese á enviar á Alemania. Querían á todo trance abandonar una guerra irregular, y que les hacía perder la ocasión de obtener grandes recompensas peleando á la vista de Napoleón.

José no tenía bastante autoridad, ni talentos militares, ni bastante confianza en sí mismo para mandar las operaciones que las mudanzas sobrevenidas en la situación general de los negocios exigían imperiosamente: nada mandaba sin haber consultado á su hermano, y los planes que venían de París ó de Alemania llegaban por lo común muy tarde: por otra parte, el que no los había concebido no podía ejecutarlos sino imperfectamente, y el ejército francés de España carecía absolutamente de aquella unidad de acción, sin la cual no tienen efecto las operaciones más sencillas de la guerra.

En el mes de Abril el cuerpo de ejército del Mariscal Víctor abandonó momentáneamente sus cantones sobre el Guadiana entre Medellín y Mérida, y se acercó al Tajo para reunirse á la división Lapisse. Esta división había ido á hacer intimaciones inútiles á la plaza de Ciudad Rodrigo. Una división del cuerpo del Mariscal Víctor marchó de nuevo á Alcántara el 14 del mes de Mayo, y atravesó el río después de haber tenido una escaramuza de poca importancia con las milicias portuguesas: hizo al día siguiente algunos reconocimientos en la dirección de Castel-blanco, pero habiendo sabido que ocho mil ingleses y portugueses ocupaban á Abrantes, conjeturó que no había tenido efecto la expedición del Mariscal Soult sobre Lisboa, y retrocedió. El Mariscal Víctor reunió entonces su cuerpo de ejército en las inmediaciones de Trujillo entre el Guadiana y el Tajo para asegurar sus comunicaciones por el puente de Almaraz, cubrir á Madrid, y observar el ejército de Cuesta. El cuarto cuerpo, mandado por el General Sebastiani, permaneció en la Mancha después de la acción de Ciudad Real.

El 20 de Mayo los oficiales y sargentos de los cuartos escuadrones de toda la caballería del ejército recibieron órden del Ministro de la Guerra para volver á los depósitos principales de sus regimientos á formar nuevos escuadrones. Por esta disposición salí de España, y apenas llegué á Francia fuí destinado contra los ingleses á las costas de Flandes. No había tenido efecto la expedición que intentaron contra la flota y astillero de Anvers por la lentitud é indecisión de su General en jefe: volví á España, donde entré á principios del año siguiente.

(Continuará.)

POESÍA MEJICANA

(Conclusión.)

on respecto á la poesía dramática no hay que dudarlo: las mismas condiciones que hacen posible su vida y florecimiento en Europa son las que aseguran su cultivo en América. Su sociedad es ya la nuestra, con todas sus ventajas é inconvenientes; en los Estados Unidos se representan, obteniendo el aplauso del público, las obras de autores ingleses, y en las repúblicas hispano-americanas, las de los españoles sin que parezcan trasplantadas, ni aun tomadas de muy lejos. La comedia y el drama pueden presentarse donde quiera, al paso que la tragedia, cuyo concepto sería tal vez preciso modificar, parece exótica en todas partes.

En cuanto á la literatura indígena y anterior á la conquista, preciso es confesar que se han perdido, sin esperanza de recobrarse, los más antiguos monumentos y que no debemos esperar demasiado de las investigaciones de los arqueólogos. Después de penosísimos estudios para tener algún conocimiento de los idiomas, son muy pocos los resultados que se obtienen del estudio de las poesías, que naturalmente han de llevar impreso en unas partes el carácter de pueblos muy sencillos y en otras el de razas, sin otra individualidad que la que les consentían dominaciones patriarcales y absolutas. La civilización de los aztecas en Méjico era muy reciente, la de los incas tan centralizadora y absorbente que el supremo poder, religioso á un tiempo y civil, tenía como en un tablero de ajedrez distribuídos á todas las clases é individuos del Estado. Los restantes pueblos, que no habían llegado á tal esplendor, tampoco llaman hoy la atención de los historiadores, de suerte que el porvenir de las letras en América está hoy reducido á lo que puede sacar de su propio fondo, sin volver atrás la mirada y á lo que adelante en la imitación de los grandes maestros de Europa.

Hoy también renace entre nosotros la poesía lírica y nuestra versificación se abrillanta y enriquece con nuevas combinaciones métricas. Si América las estudia y sabe reunir la imitación de los clásicos griegos y latinos con la de nuestros autores predilectos, no dudaremos del florecimiento de la poesía en cuantos países hablan nuestro idioma, que ya empiezan á estudiar fundamental y analíticamente Ovidio Limardo, Bello, Suárez, Cuervo y otros muchos literatos, cuyos trabajos, sin contar el del gran *Diccionario Etimológico*, de Calandrelli, publicado en Buenos Aires, pueden ya compararse á los más concienzados concluídos en la Península.

Cuando sean más conocidos estos trabajos, el castellano en América recobrará su antigua fisonomía, ya bastante alterada, y desaparecerán insensiblemente ciertos lunares, que de la pronunciación viciosa hánse trasladado á la escritura y deslucen composiciones de no escaso mérito. Sabido es que los idiomas europeos en América se han modificado mucho y Passy, en su reciente excursión literaria y pedagógica á los Estados Unidos por comisión del Gobierno francés, nos ha enterado de las grandes modificaciones que entre los norte-americanos ha sufrido la ortografía inglesa para ponerla de acuerdo con la pronunciación. No ha llegado ni llegará á ese punto la transformación del castellano, y en este supuesto, lícito nos será creer que el renacimiento de nuestra lírica se continuará entre los hispano-americanos, que ya tienen cuanto han menester para conseguirlo, sabios preceptistas y elegantísimos y multiplicados modelos.

He dicho.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

1 de Noviembre 1886.

NOTAS

AL PÁRRAFO I

Además de las colecciones peculiares de Méjico, pueden consultarse la *América Poética*, La Lira del Plata, de Magariños, Cervantes y la de Poetas de la América Española, de la Srta. Ana Wittstein; publicada en Leipzig por una casa editorial que ha dado á luz muchas obras españolas de prosistas y poetas.

Se han publicado en colección las poesías de Carpio y de Acuña.

AL PÁRRAFO II

El sabio D. Francisco Pimentel, en su *Cuadro descriptivo comparativo de las lenguas indígenas de Méjico*, 2.ª edición, Méjico, 1884, dice hablando de la antigua literatura: "Comienzo por negar que el mejicano tenga literatura. La de un pueblo se compone de sus escritos espontáneos, de los escritos en que revela su personalidad, su existencia propia, y eso que Mr. Aubin llama *literatura* no es, en su mayor parte, más que una colección de sermones, pláticas, confesionarios y catecismos referentes á la teología cristiana que se trataba de enseñar á los indígenas. Los materiales que hoy poseemos sobre las lenguas de Méjico son gramáticas, diccionarios y escritos religiosos hechos por los misioneros en su mayor parte. En el tiempo en que escribieron, la gramática estaba muy atrasada, de modo que no tenían, generalmente hablando, más modelo que la latina de Nebrija, y á ella quisieron amoldar las lenguas del país. De aquí han resultado tales errores que es preciso purificar una á una cada gramática para poner en la posible *pureza* las lenguas mejicanas.

La palabra Méjico se deriva de *Mexitl*, dios de la guerra, según la etimología generalmente recibida, y de Méjico viene el nacional *Mexicatl*, es decir, mejicano. *Nahoatl* ó *Nahuatl*, según el diccionario de Molina, significa *cosa que suena bien*, de modo que viene á ser un adjetivo, que aplicado al sustantivo idioma, creo puede traducirse por *armonioso*." (Tom. I, pág. 6.

AL PÁRRAFO V

El célebre poeta Colombiano Soffia ha traducido la poesía *La Nueva Musa*, del Sr. Balaguer, del catalán al castellano, en la que se expresan las nuevas tendencias de la poesía. Por ser poco ó nada conocida entre nosotros esta versión la tomamos en parte del *Diario de Cundinamarca* (Colombia) del 17 de Marzo de 1884:

Del Pindo en las crestas,
O en ocio tranquilo
O en verdes florestas
Tenían su asilo
Enantes las Piérides
Gozando en soñar.

¡Siguiendo su rastro
Vendrán nuevas leyes,
Así como el astro
Que un día á los Reyes
Con luces insólitas
Condujo á Belén!

Hoy son de otro templo
Señoras augustas,
Más alto es su ejemplo,
Más serias sus justas;
La ciencia es su Génesis
Y el yunque su altar.

—

Cual faro sin nombre
Dominas la esfera,
Diciéndole al hombre:
"Yo guío al que quiera
Llegar á las márgenes
Sublimes del bien."

—

RUINAS DE LA ABADÍA DE SAN AGUSTÍN Y VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE CANTORBERY.

EL SALVADOR DE LOS HOMBRES.

¿Quién ya del Parnaso
Con cuentos se ciega;
Si, nuevo Pegaso,
Sus bríos despliega
En llanos y piélagos
Triunfante el vapor?

¿Quién ya la noticia
O el plácido augurio
Con loca delicia
Confía á Mercurio,
Si chispas eléctricas
Los llevan mejor?

—

¿No más cantinelas
De Filis ni Amintas?
Consejas de abuelas
A historias distintas
Rindieron su efímero
Gastado esplendor.

Zampoñas y flautas
Dejadlas ya rotas,
Viajeros y nautas
Refieren las notas
Que lanza en sus émbolos
Silbando el vapor.

—

Dejad la indolencia,
Volad al combate:
La industria y la ciencia
Le ofrecen al vate
Los ramos olímpicos
Del nuevo verjel.
Y aquel que destruya
Lo falso..... y no llore.....
Que anime, que instruya,
Que al mundo mejore,
Será entre sus émulos
Quien ciña el laurel.

No por ser muy delicadas las diferencias que existen, de una á otra provincia entre las frases y construcciones de un mismo idioma, dejan de ser interesantes y dignas de apuntarse en los tratados gramaticales. El castellano de Aragón y de Andalucía difiere sensiblemente del de Castilla, y sin embargo, por falta de un estudio detenido nos sería muy difícil ennumerar todas las diferencias. ¿Cuánto más difícil será esta obra, tratándose de América? Bello en su *Gramática castellana* indica algunos, no todos los *americanismos*, singularmente de Chile y cuantos lean muchas obras de americanos podrán aumentar su número y hasta distinguir los de unas y otras repúblicas. Nuestro Diccionario ha entrado en el buen camino, señalando algunas palabras que únicamente se usan en América; de esperar es que reunidas mayor número de noticias, aparezca esta parte más completa en ulteriores ediciones. La obra de Cuervo, destinada al examen profundo y analítico de la Sintaxis castellana en las obras de los que mejor han cultivado nuestro idioma en los dos mundos, satisfará, si hemos de juzgar por los ya conocidos, los deseos de los más exigentes.

En las poesías de Cuenca publicadas en el *Parnaso Mejicano*, del Sr. Riva Palacios, se lee la siguiente versión libre de Alfredo de Musset, por Cuenca.

A Madrid.

Madrid, princesa de las Españas,
En sus floridas verdes campañas
Que el sol que mata sus resplandores
Envuelve en leves nácares tules
Brillan radiantes y encantadores
Ojos muy negros y ojos azules,
Ciudad hermosa de las verbenas,
De los romances de amantes penas,
De las tapadas, los galanteos,
¡Cuántos pies blancos como jazmines
Huellan las flores de tus jardines
Alzan el polvo de tus paseos!
Ven en la plaza tus picadores
Mil rebocillos provocadores,
Mil blancas manos que palmotean
Cuando tus toros, embravecidos,
La arena escarban, el lomo arquean,
Braman, embisten y huyen heridos.
Ven los luceros en tus callejas
Furtivas sombras junto á las rejas,
Ven embozados tus caballeros,
Ven que de prisa y enamoradas
La oscura calle cruzan tapadas
Damas que llevan sus escuderos.
Madrid, asilo de la ventura;
Madrid, emporio de la hermosura,
Calado alcázar que maravillas
Con tus palacios y tus jardines,
Las blancas blondas de tus mantillas
Y el negro raso de los chapines,
Todas tus rubias y tus morenas
Las que caminan de gracia llenas
Cimbrando el talle, la cara ufana,
Juntas no valen lo que un cabello
De aquellas crenchas que sobre el cuello
Deja caídas mi sevillana.

Para formar contraste con este poema, véanse las siguientes estrofas de la *niña ciega*, de *Lara*.

.....Y con los ojos limpidos del alma
Ves las obras de Dios á tu albedrío,
Y es más esbelta para tí la palma,
Más claro y puro el cristalino río.
En el mundo moral á donde habitas,
Es tu rico farol el pensamiento,
Tu alcázar las regiones infinitas
Y tus silfos los átomos del viento.
Y tinieblas aquí..... pero aquí sabes
Sentir mejor lo que tu labio toca,
Oir mejor á las canoras aves,
Y el manso arrullo de la brisa loca.

Oyes más tierna del surpial la queja,
Más sentidos del euro los rumores,
Más suave el eco que vibrando deja
El suspiro del aura entre las flores.
Sientes mejor el ósculo que imprime
Sobre tu frente la rosada aurora,
Y..... es hasta el llanto para tí sublime
Si oyes que un ángel á tu lado llora.

. . . . . .

Oscuro es tu camino; mas ¡qué importa!
Del rayo sideral no necesitas,
Es la jornada por el mundo corta
Y tú sin lazarillo la transitas.
Sigue la así, que en la tinieblа umbría
Que tu existencia por desgracia trunca,
La rasgará la luz de un nuevo día
Que ha de brillar sin apagarse nunca.

DESVENTURAS DE MARI-PEPA

No se me olvidarán fácilmente, ni el paisaje, ni la historieta trágica y ejemplar que mi imaginación pinta sobre tan hermoso lienzo. Era una garganta risueña é imponente á la vez, de esas que tanto abundan en los Pirineos y en los Alpes, sin que falten tampoco en las cordilleras que cruzan la Península Ibérica. Estrecho y tortuoso valle serpeaba por el fondo entre dos murallas de peñascos altísimos, cortados casi á pico, que, por un lado, encaramábanse los unos sobre los otros como si quisieran escalar el cielo, y por otro estrechaban sus manos, juntando bien cadena con cadena, como para impedir al vallejo que se escapase por quiebra alguna. Las cumbres de estos peñascos veíanse, no obstante, tajadas de trecho en trecho formando como dientes de sierra, y sin que profundizasen mucho los barrancos intermedios que tales hendiduras formaban. Por una de éstas despeñábase en las profundidades de la garganta torrente cristalino y bullicioso, que descendía desde la altura, formando primero graciosísima cascada, conocida en el país con el nombre de la *Cola del caballo*, porque afecta, en verdad, dicha figura; y lamiendo después espumosa y zalamera la roca reluciente, murmurando aquí, saltando como un cabrito allá, dando un rodeo más adelante, salpicándolo todo de agua pulverizada y dejándose caer, por último, sobre la alfombra del vallejo, cubierta de sudor espumoso, sofocada y medio muerta de cansancio.

Ya en el valle la susodicha *Cola de caballo* se convierte en riachuelo de aguas tan cristalinas como frescas, que se retuerce derramando á manos llenas sobre aquel canastillo de flores fertilidad y verdura. A orillas del arroyo y apoyándose sobre el peñasco, vése un edificio, que tanto tiene de granja como de molino harinero, y cuyos pies descansan sobre huertecillos y corrales, sombreados aquellos por árboles de toda fruta y habitados éstos por gallinas, patos, palomas y otros animales menos poéticos, pero tal vez más útiles y rollizos, de esos que Cervantes nombra sin perdón de nadie, y que los molineros recrían y ceban con placer de todos. Uno de estos marranos, que, según los inteligentes, pesaría lo menos veinte arrobas, era el asombro de los parroquianos del molino y el mejor adorno de los corrales; y un rosal trepador, que partiendo del huertecillo subía pared arriba, encuadrando por completo el marco de cierta ventana del piso principal y único de la casa harinera, era el vegetal más preciado y hermoso de aquellos jardines rústicos.

Mari-Pepa, criada del molinero, tan recia de cuerpo como flaca de espíritu, tenía predilección particular por la florida ventana, y entre sus rosas pálidas, múltiples y minúsculas, ostentaba frecuentemente las de sus mejillas sanguinolentas, redondeadas y suaves, como la pelusa de los encendidos melocotones de Campiel.

— Pero Mari-Pepa de mis pecados, ¿qué haces ahí pensando en la mona de Pascua y cruzada de brazos? — decía el molinero, que tenía un genio como la pólvora y no dejaba vivir á nadie en torno suyo.

— Pues miuste, tío Francho, miraba las rosas del rosal, que son más majas que usté, y las palomas del palomar, que se arrullan y acarician como si fuesen personas humanas.

— ¿Y á tí que te importan ni las rosas ni las palomas?

— A mí ná por la presente; pero ¿no me tiene usté dicho y redicho que le cuide las berzas, las palomas, las gallinas y los marranos?

— Sí, ¿y qué?

— Que pa cuidalos como Dios manda hay que velos, miralos y contemplalos.

— No tienes tú mal velo y mal miralo: anda, holgazana, y si acabaste ya tus quehaceres, toma la calceta, siéntate en el umbral del molino y mira á la vez quién entra y quién sale, que el ojo del amo engorda al caballo.

¡Ama yo.....! Pus no se conoce..... porque cada soñón que por ná me echa el tío Francho.....

— Quita allá, marrullera, respondona; quita allá, que estás aquí como una reina en su palacio y aun te quejas.

Como una reina no ciertamente; el tío Francho exageraba sus propias bondades, pero como el pez en el agua sí. Mari-Pepa, huérfana de padre y madre y sin amparo ni apoyo alguno en el mundo, se dirigió cierto día desde Valdepinos, su aldea natal, en donde se moría de hambre, al molino del Barranco, y en éste encontró de un golpe el hogar y la familia que había perdido. El tío Francho, que la regañaba frecuentemente para poner en movimiento las apretadas y frescachonas carnes de la moza, con natural tendencia al *dolce far niente*, en el fondo la quería con entrañas de padre que no tiene hijos y con caridad de cristiano viejo que suele encarnarse más en obras que en palabras; pero Mari-Pepa, que no había inventado la pólvora, atendía menos á las primeras que á las segundas y menospreciaba su felicidad presente, tangible y positiva, por venturas venideras, soñadas é ilusorias que de vez en cuando cruzaban por su mente.

***

Como el pez en el agua vivía, en efecto, Mari-Pepa en el molino del Barranco. Bien comida, bien vestida y no muy atareada, deslizábanse para Mari-Pepa los días, monótonos sí, pero tranquilos y risueños, como risueño y tranquilo es el oleaje de pequeño lago entre floridas y perfumadas laderas aprisionado. Levantábase con los pájaros, y mientras éstos recibían al nuevo día charlando trinos y gorjeos, Mari-Pepa, desgreñada y á medio vestir, salía del molino, aproximábase al torrente, en cuyas aguas, más frescas que la alborada y más transparentes que el cristal, chapoteaba repetidas veces su cabeza, cara, brazos y manos, con fruición tanta y derroche del abundante líquido, que la moza no olía á ajos como Maritornes, sino á ropa recién lavada y colada, y su sangre, riquísima en glóbulos rojos, transparentábase y casi se veía circular humeante y vigorosa al través de su epidermis. Media hora después, y gracias á un peine de cuerno, más habilidoso que fino, lucía su negra, larga y abundante mata de pelo en forma de rodete al rededor de la peineta y de dos rizos en torno de cruces de grandes horquillas, pendientes cada uno sobre la sien y mejilla de su correspondiente lado. Recorría á continuación los corrales y huertos del molino, dando de comer á los cerdos, gallinas y palomas, manteniendo interesantes diálogos con los colegiales dichos confiados á sus desvelos, regando las hortalizas, arrancando flores que lucía después en el pecho y moño, charlando con las parroquianas que á moler venían, destapando pucheros y cacerolas

en la cocina para probarlo todo, y contestando con pares de coces al maquilero, mozo garrido y enharinado siempre, que se moría por los pedazos de Mari-Pepa, pero á la cual no había entrado el galán por el ojo derecho. Uno y otro, cantando unas veces y hablando otras, tiroteábanse con intención nada buena, sin suspender por supuesto sus ocupaciones respectivas y habituales.

Cantaba el mozo, por ejemplo:

Toda mi vida en Argelia
y no me cautivó el moro,
y una vez que te miré
me cautivaron tus ojos.

Y replicaba la moza:

No te compongas, mochuelo;
ni te relames el labio,
que no se cría la miel
para la boca del asno.

Él:

Adán, que era robusto,
dicen por Eva pecó:
no es extraño, siendo flaco,
por Maruja peque yo.

Ella:

No vayas nunca al molino
que la mujer es cristal
y el soplo del maquilero
te puede, moza, empañar.

El mozo:

Asómate á la ventana,
morena de mis pecados;
mírame desde el rosal
y así remachas el clavo.

La moza:

Cuídate de la maquila,
maquilero del molino,
si no quieres que Maruja
te tenga por un pollino.

Exasperado el mozo ante coces como la precedente hacíase el desdeñoso y cantaba:

Me han dicho que no me quieres,
no me da pena maldita,
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

Canción á la que contestaba Mari-Pepa riendo y cantando á mandíbula batiente:

Maquilero, Maquilero,
no te metas en harina,
que el costal de tu mollera
salvado tan sólo cría.

Con estos dimes y diretes y otros parecidos, el mozo maquilero echaba chispas y la moza fregona ponía cada vez sus pensamientos en lugares más altos, para ella inaccesibles, y despreciaba el pájaro que tenía en mano, para correr tras el buitre que por su magín pasaba volando. ¡Cuán cierto que la felicidad no es para el que la busca, sino para el que la encuentra y la recoge!

El tío Francho, arrendatario del molino del Barranco, estaba ya muy viejo y decidido á retirarse, trasladando el arriendo al mozo de maquila, tan trabajador como honrado. El cual reducía toda su ambición y aspiraciones á casarse con Mari-Pepa y se imaginaba ya rodeado de chiquillos, tan hermosos y robustos como su madre, criados al monótono arrullo de la tolva y del rodezno, saltando de risco en risco á orillas del torrente y asomándose enharinados como su padre al peligroso cárcavo.

Con nada semejante soñaba Mari-Pepa, la cual acabó de perder su poca afición al terruño en las fiestas de Valdepinos. Presentóse en la aldea otra Emperatriz del estropajo, contemporánea de Mari-Pepa, que servía en Madrid hacía tres ó cuatro años, según decían las comadres, y se presentó hecha un brazo de mar con vestido de enorme cola y sombrero de maceta, es decir, repleto de flores artificiales, chillonas, sobadas y mustias. Daba lástima y risa á la vez; pero las mujerucas de Valdepinos chillaban estupefactas:

—¡Jesús....! ¡Pero qué suerte ha tenido en los Madriles la hija de la tía Correntona....! ¡Quién te ha visto y quién te ve....!

Y efectivamente, la pobre muchacha de la tía Correntona tuvo suerte tan descomunal en Madrid, que se la veía á todas horas por aquellas calles, paseos y plazas gritando:

—*¡La Correspondencia....! ¡La Correspondencia de España.....* que acaba de salir!

Este deslumbrador espectáculo fué, no obstante, para Mari-Pepa como la gota precisa de agua que que hace derramar la copa. Decidió salir para siempre del molino del Barranco; se despidió del tío Francho y del maquilero sin verter una lágrima y partióse para Valencia en busca de casa donde servir y de mundo que conquistar.

***

Con el pequeño fardo de sus cuatro trapos á la cabeza, Mari-Pepa recorrió á pie todo el trayecto que separa al molino del Barranco de la capital de la provincia. Nunca había hecho jornada tan larga sobre los caballos de San Francisco y llegó á Teruel despeada y encendida de cansancio. Invirtió sus cortos ahorros en un asiento de delantera, porque no quedaba otro vacante, y pasando frío, tragando polvo y, lo que fué peor, sufriendo las groserías y pellizcos del mayoral y de los zagales que junto á la moza se sentaban, comprimiéndola y estrujándola material y moralmente. Después de diez y ocho ó veinte horas de martirio, llegó á Valencia y huyendo de los zafios que, so pretexto de protegerla la asediaban, colocó su hatillo sobre la cabeza y salió de la estación, tomando calle de Ruzafa adelante, hasta la plaza de San Francisco. Allí hizo alto como palomilla atontada y perseguida por el gavilán; dejó su hato en el suelo, se sentó sobre él, quedóse como de piedra ante aquel espectáculo, para la pobre aldeana montañesa nunca visto, se le oprimió el corazón y lágrimas silenciosas comenzaron á rodar por sus mejillas. Los transeuntes iban y venían sin reparar en la afligida forastera, y hasta pisoteándola algunos al pasar á su lado; aumentaban el trajín, la concurrencia y el movimiento, y deslizábanse rápidas las horas sin que Mari-Pepa saliese de su estupor, ni se atreviera á tomar resolución alguna.

Cierta vieja repugnante se acercó de pronto á la moza, y con voz que quería ser melosa y resultaba cascada, le dijo:

—¿Por qué lloras, muchacha?

Aquel indicio de compasión agrupó nuevas lágrimas en los ojos de Mari-Pepa, que no pudo contestar más que con entrecortados sollozos.

—¿Qué te pasa, mujer?

—Soy forastera, quiero ponerme á servir en una casa y me encuentro sola, sin saber dar un paso por esas calles.

—¿Con que..... forastera..... sola..... y no tienes parientes ni conocidos en Valencia?

—Ni uno ni medio.

—Vente, pues, conmigo, paloma, que yo te colocaré en casa de príncipes.

La incauta cayó en el lazo, y el primer día de su estancia en la ciudad del Cid lo pasó en cierta mala casa, no de príncipes, sino de princesas, del barrio de Pescadores. Mari-Pepa no era tan necia ni tan inocente que no adivinara la clase de establecimiento en que se había metido, y aparejada para defenderse á puñetazo limpio, á coz seca y á mordisco rabioso, pasó el día enfurruñada en un rincón de aquella pocilga, rechazando con indignación grande zalamerías, ofrecimientos y promesas, y atisbando el momento propicio para escaparse, el cual se presentó al anochecer, y la infeliz huyó despavorida, sin cuidarse ni aun de recobrar su mezquino hato, que quedó en poder de aquellas malas pécoras.

Durante la velada Mari-Pepa recorrió, sin propósito deliberado ni rumbo fijo, muchas calles y plazas de Valencia; se dirigió á varios transeuntes, preguntando por una casa para servir; rechazáronla con palabras soeces unos y con gestos despreciativos otros, siguiendo todos su camino sin hacerla el menor caso; y muerta de fatiga moral y de cansancio físico, refugióse en obscura escalerilla que encontró abierta, decidida á pasar allí la noche llorando, ya que no durmiendo. Cada ruido que llegaba á sus oídos obligaba á Mari-Pepa á remontarse escalera arriba, llegando así poco á poco hasta la puerta del terrado. Viendo que estaba abierta, se coló de rondón en el tejado de aquella casa, acurrucóse en el sitio más recóndito, junto al terrado de la casa vecina, y mientras bajo el tachonado azul del cielo y sobre el frío y duro ladrillo buscaba descanso el cuerpo vigoroso, pero rendido al fin, de la moza, su alma enflaquecida sumergióse en un mar de confusiones y de encontrados afectos. Ni sabía qué hacer, ni se daba cuenta exacta de su desamparo. El molino, el tío Francho y hasta el mozo maquilero desfilaban por su imaginación sonrientes, y como reprochándola su imprevisión y abandono. Ante imaginaciones tan halagüeñas, lloraba la cuitada como una niña; pero el pavor de incierto porvenir, la humedad y relente que sentía hasta en la médula de sus huesos y el miedo natural que la noche produce en quien, semejante al ladrón, se oculta en casa ajena, secaban aquellas lágrimas refrigerantes y enardecían su sien, ya en peligro inminente de calentura. El sopor, interrumpido únicamente por pesadillas horribles, se apoderó al fin de aquella pobre criatura, tan contrariada en tan pocas horas; reclinó la cabeza sobre el declive del terrado, y quedó como aletargada, hasta que un chaparrón de agua sucia cayó al siguiente día sobre la infeliz desde el terrado próximo como llovido del cielo, y le hizo al despertarla dar, primero un alarido de espanto, y diente con diente después á impulsos de la calentura y del frío.

La vecina que, inocentemente, arrojó el agua sobre Mari-Pepa, creyendo desierto el terrado próximo, se asustó de su obra, y compadecida de su víctima, vino en ayuda de Mari-Pepa, se informó de sus desventuras, y notando que estaba enferma, la condujo al Hospital general.

***

Tres días permaneció Mari-Pepa en aquella santa casa, hospital de los más grandiosos y mejor montados de España, durante los cuales, su constitución vigorosa y nervios bien equilibrados triunfaron de la fiebre y devolvieron las rosas nativas á los rechonchos carrillos de Mari-Pepa, la cual olvidó su ciudadano bautismo de sangre, ante las regocijadas perspectivas del servicio que le proporcionaron las angelicales Hermanas de la Caridad, sus enfermeras hospitalarias.

Colocáronla de fregona en casa de un comerciante, que sentaba á su mesa 22 dependientes, y no hay para qué puntualizar los trabajos que Mari-Pepa pasó levantándose con el crepúsculo matutino, acostándose después de media noche, fregoteando cacharros y pisos á todas horas, no comiendo todo lo que tenía ganas y mondando innumerables kilos de habas y patatas, como para hacer boca y distraer sus ocios. La pobrucha no podía disponer para oir misa ni aun de media hora los domingos y demás días de precepto. En cambio, cada tres fiestas le dejaban una tarde libre para que se solazase en la Glorieta con las demás fregonas y niñeras, en compañía de aprendices y soldados.

No es empresa fácil ni agradable la de seguir paso á paso á Mari-Pepa en su carrera de sirviente. Mudó de amos y de casa como de camisas, aprendió muchas labores que ignoraba, todo lo referente al aseo de las habitaciones, algo relativo á la disposición de estrados y tocadores, poco del manejo de la aguja y plancha, y menos aún del culinario arte; pero sus aspiraciones crecían, en cambio, como el humo, y la vulgarota montañesa invertía todo su salario y propinas en trapos y moños para remedar á su conterránea la hija de la tía Correntona, á cuyo efecto aprovechó las primeras fiestas de Valdepinos para presentarse en el lugar que la vió nacer y vivir con zuecos y zagalejo corto, luciendo guantes, polisón y sombrero de paja adornado con enorme ramillete de cerezas de cera.

El pueblo entero se rió de Mari-Pepa, y hasta el mozo maquilero del molino del Barranco tentó el vado nuevamente, presentándose ante Mari-Pepa más enamorado que nunca; pero la fregona impenitente estuvo á punto de reventar de vanidad, y diciendo cuatro desvergüenzas á las hambronas envidiosas que le roían los zancajos y no pocas sandeces al enharinado mozo que se moría por sus pedazos, regresó á Valencia y entró á servir en casa de un Canónigo de aquella Metropolitana.

***

Los sermones y esfuerzos del Prebendado susodicho para atraer á su criada Mari-Pepa, obligándola indirectamente á que cambiase sus aficiones callejeras y vanidosas por la vida recatada y cristiana del hogar eclesiástico, fueron ineficaces, y seducida por su amor al lujo y por su comezón inconcebible de hacer la señora, trabó relaciones con cierto pretendiente adinerado y sin escrúpulos, que á toda costa se propuso perder á la montañesa de mejillas sonrosadas y apretadas carnes; pero como tocante á este delicado punto Mari-Pepa era una leona, el seductor perdió el tiempo, el ingenio y el dinero en toda clase de procedimientos blandos y amorosos para el logro de su infernal intento. Visto lo cual, combinó en su mente diabólica el engaño con la fuerza, y, con el pretexto de comer una paella y de pasar un día en el campo, el gavilán atrajo á la paloma, y Mari-Pepa riñó con el Canónigo, su amo, que prudentemente se oponía á la jira proyectada, y huyó de su casa para caer en manos del inicuo seductor.

Dónde fué, cómo, por qué y cuándo son cosas que nunca se han averiguado con certeza; pero los periódicos todos de la localidad dieron cuenta de haberse encontrado en la dehesa de la Albufera valenciana el cadáver de una joven, horrorosamente desfigurada y mutilada, que, al parecer, había muerto defendiendo su pureza á patada seca, puñetazo limpio y mordiscos rabiosos.

Nadie reconoció el cadáver.

Tampoco el Canónigo volvió á tener noticia alguna de su criada Mari-Pepa, cuyas desventuras terminaron con fin tan desastroso.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Valencia 17 de Abril de 1890.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Continuación.)

DESPUÉS agarró á su hijo, y brillando sus ojos de indecible orgullo, dirigió al procurador del rey estas palabras:

—Ya veis, señor, que el joven tiene un corazón generoso y bueno.

Media hora después Javier y el mendigo entraban juntos en la pobre morada de éste último.

El joven estaba triste y abatido.

Algunas veces en los laboriosos sueños, llenos de locos temores y de exageradas esperanzas, de que se alimentan las personas que ignoran el secreto de su nacimiento, Javier había pensado, fundándose en ligeros indicios, que el negro conocía á su familia.

En alguna ocasión también se había estremecido con la idea de que este hombre fuese su padre.

Pero entonces desechaba como extravagante esta sospecha, se acusaba de demencia y se reía él mismo del giro inverosímil que había dado á sus pensamientos.

Ahora no era ya una sospecha; no era tampoco una duda; era la realidad, la terrible realidad la que tenía delante de sí.

Ciertamente la Sra. de Rumbrye no había podido adivinar tan extraña catástrofe.

Su plan, tan bien combinado, había fallado por una de esas casualidades que á nadie es dado prever.

¡Pero cuánto no ganaba para su objeto con este contratiempo! ¡Cómo se hubiera regocijado si hubiese podido subir los cinco pisos de la calle Borbón el Castillo, y arrimar su ojo investigador á la cerradura de la pobre morada del mendigo! Javier estaba allí libre, es verdad, y sustraído del lazo que ella le había armado.

¿Pero que vale más cuando se ama á una señorita noble, ser un hombre de mala conducta vigilado por la justicia, ó el hijo reconocido de un negro mendigo?

Javier ignoraba la trama que la marquesa le había urdido; ignoraba también el interés que tenía en perderle; pero todos sus pensamientos eran para Elena, y ahora, que ya conocía á su padre, nada podía esperar.

Sin embargo, su buen corazón obraba y combatía su desesperación.

Procuraba amar á este hombre cuya silenciosa y sublime abnegación le había hecho guardar el secreto hasta que una circunstancia desgraciada le obligó á romperlo.

A medida que reflexionaba se sentía poseído de admiración, de piedad y de ternura por aquel pobre padre que había sacrificado los goces del amor filial á la felicidad de su hijo.

Cuando hubieron entrado en el cuarto, tomó la mano del mendigo y la estrechó contra su corazón.

— Mi primer movimiento, dijo, ha sido una ingratitud; mi primera palabra una bajeza..... ¿Me perdonaréis, padre mío?

—¡Silencio! dijo el mendigo, con religioso respeto. ¡Silencio, joven! No me llames tu padre porque aquí *él* nos escucha!

— ¿Quién? preguntó Javier admirado.

— El, respondió el negro; él.

Y su dedo extendido señalaba el trófeo de armas colgado junto á la lucerna.

Javier no entendía nada.

— El..... continuó el mendigo, temblando de emoción.

Y añadió enjugándose una lágrima:

— ¡Buen amo mío!

Un rayo de esperanza atravesó el corazón de Javier.

— Explicaos, dijo, explicaos os ruego, en el nombre de Dios.

El mendigo meneó lentamente la cabeza.

— Amito, no es el hijo del pobre negro, dijo, usando el dialecto de los negros, como le sucedía siempre que recordaba acontecimientos pasados después de muchos años.

Javier no tuvo fuerzas para responder.

Sus ojos desmesuradamente abiertos y los latidos precipitados de su corazón expresaban únicamente su curiosa ansiedad.

El negro levantó la mano otra vez y mostró de nuevo el sombrero de uniforme y las charreteras de capitán colgadas junto á la ventana.

Javier comprendió todo.

Un rayo de alegría brilló en su rostro y levantándose precipitadamente fué á caer arrodillado debajo del trofeo.

— ¡Padre mío! ¡padre mío! gritó fuera de sí.

— ¡Buen amo mío! repitió dolorosamente el negro.

Javier, entregado todo á su egoista alegría, daba gracias á Dios en el fondo de su alma y pensaba en Elena, que en este primer momento de entusiasmo ya la creía suya sin dificultad ni obstáculo ninguno.

¿No tenía un padre ya?

El negro se había puesto de rodillas á su lado; tenía los ojos cerrados y parecía sumido en un grave y triste recogimiento.

— Era bueno, dijo al fin, dando á su voz un acento solemne; era generoso, era valiente..... Ha muerto, pero yo he quedado esclavo de su memoria.

— ¡Ha muerto! repitió Javier.

Después, ocurriéndole un súbito pensamiento, se levantó.

— ¿Y mi madre? preguntó al mendigo.

— Hace veintidós años que la busco, respondió éste.

El joven bajó tristemente la cabeza.

— ¡Muerto....! ¡Desconocida....! al menos tendré la memoria de un padre á quien amar; su nombre será mi herencia..... ¡Su nombre.....! no me habéis dicho como se llamaba mi padre.

— El capitán Lefebre.

— Lefebre, repitió Javier como para grabar este nombre en la memoria.

— Amito, dijo el negro con melancolía; ese nombre sería al presente el de un gran General, si Dios le hubiese dejado la vida, porque ha muerto bien joven y su corazón era fuerte.

— ¡Habladme de él! exclamó Javier: habladme, que quiero conocer á mi padre. Os amaba mucho ¿no es verdad....?

Al decir esto el joven estrechaba las manos del mendigo entre las suyas.

— Me había dado mi libertad, continuó éste; hacía confianza en mí y yo era suyo; le amaba y le amo todavía más que á vos, amito.

Y besó la mano de Javier con pasión.

— Escuchadme, prosiguió dulcemente, no me culpéis por haberos hecho creer un momento que teníais por padre un mendigo. Ese hombre que administra justicia no me hubiera creído si yo le hubiese dicho: Yo hago eso porque es el hijo de mi amo, que ha muerto.....

— Es verdad, interrumpió Javier. Vuestra adhesión excede á todo lo posible. ¡Oh! ¡yo no soy ingrato, mi buen amigo!

—¡Vos sois su hijo! dijo el negro con énfasis. Nada de gratitud; él había mandado y yo he obedecido.

Y luego tomó la mano del joven, le hizo sentar sobre el cofre y se colocó á sus pies sobre un pedazo de estera.

— No me habléis, continuó pasándose la mano por la frente como para coordinar sus recuerdos, voy á referiros su historia y la vuestra.

Javier se puso en actitud de escuchar atentamente.

El mendigo comenzó con voz lenta y grave:

« Habrá como veintidós años, estábamos en Guadalupe y se recibió la noticia de que los negros de Santo Domingo se habían sublevado contra los colonos.

» Esta noticia dos años antes hubiera hecho latir mi corazón de orgullo y de alegría, pero hacía este mismo tiempo que yo conocía al buen amo, y cerca de un año que me había hecho libre y yo le había dado mi alma toda entera.

» Un día se embarcó para Santo Domingo y yo le seguí; le habían designado para residencia la ciudad del Cabo.

» Era un guerrero valiente, intrépido é infatigable.

» Sabía que los negros, además de su disposición á sublevarse, recibían impulso para hacerlo de una voluntad pérfida y extranjera.

» Todas las mañanas partía conmigo.

» Solos íbamos á los campos de la llanura, y algunas veces penetrábamos hasta las casas aisladas y solitarias de la montaña.

» El hablaba y yo traducía sus discursos á mis hermanos y se los traducía fielmente, aunque el corazón me decía que sus palabras eran contrarias al interés de mis compañeros; pero él mandaba y yo obedecía.

» Cuando se generalizó la sublevación cesó de pronunciar sus discursos para obrar.

» Todas las mañanas dejábamos también la ciudad para ir al campo perfectamente armados.

» Por oculta que estuviese una emboscada, nosotros la descubríamos, porque yo empleaba la sagacidad de los de mi raza en servir su voluntad.

» Cuando estaba solo de noche, pedía perdón á los dioses de mis padres por haberles hecho traición.

» Muchas veces nos sorprendieron y atacaron, pero el buen amo tenía el valor de un león del desierto y los enemigos caían alrededor suyo como las ramas de un bosque virgen bajo el hacha del leñador.

» Yo nunca hería; el capitán tuvo piedad y nunca me lo mandó.

» Solamente cuando una lanza ó una flecha iba en dirección de su pecho, yo presentaba el mío para recibirla. »

Al decir esto el negro separó sus andrajos y mostró el pecho lleno de largas cicatrices; después continuó:

« Cuando después de esto las tropas salían del Cabo, iban siempre á golpe seguro, porque buen amo conocía exactamente la posición de los pobres negros, y siempre volvió vencedor.

» Una vez al volver de una de estas incursiones rendidos de fatiga, el capitán, en lugar de acostarse como tenía de costumbre, se vistió de limpio y salió.

» Yo quise seguirle; pero me mandó quedar y me quedé.

» Desde este día salió todas las noches sin permitirme acompañarlo.

» Unas veces volvía muy triste y otras tan alegre, que su alegría casi tocaba en extravagancia.

» Entonces yo recordaba que había sido así también cuando joven y guerrero seguía los pasos caprichosos de Baida, mi novia, en el país de mis padres.

» El capitán amaba á una mujer; yo lo adiviné y tuve miedo.....

» Sin embargo, no traté nunca de averiguar el nombre de esta mujer.

» Cuando me prohibía seguirlo, era claro que tenía un secreto para mí, y no debía yo penetrarlo contra su voluntad.

» Pasaba las noches fuera y no volvía hasta el día siguiente.

» Yo espiaba su arribo, no dormía esperándolo, y cuando tardaba un momento más de lo de costumbre, mi inquietud no tenía límites; hubiera dado mi vida por correr á su encuentro, por velar por su seguridad; pero no salía porque me había dicho que no saliese.

» Buen amo amaba mucho á esta mujer. ¡Cuántas veces le he oído pronunciar su nombre levantando los ojos al cielo, como se hace para implorar al Todopoderoso! Era su ídolo en este mundo.

» Yo rogaba á Dios que hiciese de manera que ella le diese todo su corazón en pago de tanto amor, porque presagiaba que podría herirlo de un golpe que mi pecho no bastase á evitar.

» Mis presentimientos eran justos; ella no le amaba. »

—¡Pobre padre! dijo Javier.

—¡Pobre buen amo! repitió el mendigo.

« Sin embargo, era muy feliz porque nada sabía, y creyéndose amado, no abrigaba el menor temor ni desconfianza.

» En esta época, amito, fué cuando vos nacisteis.

» Esta mujer de quien os hablo es vuestra madre.

» Yo ignoré vuestro nacimiento y no debía saberlo hasta después, en un momento cuya memoria permanecerá aquí..... »

Y señaló el corazón.

« Como un peso enorme y cruel: hasta que estos miembros ya viejos sean un poco de polvo dentro de una tumba..... »

X

El agujero de una bala.

« Partimos una noche del Cabo con todo el destacamento, continuó el mendigo.

» Los negros habían aparecido en gran número hacia la parte de Río-Grande y debíamos estar bastantes días en campaña.

» Buen amo, la noche que digo, estaba más alegre que de costumbre y marchaba con paso acelerado entonando una canción francesa.

» Yo iba á su lado como siempre.

» Apenas habríamos andado una legua, me alargó su frasco de aguardiente y me dijo que bebiera.

— » Neptuno, añadió luego, si yo tuviera una mujer y un hijo, ¿los amarías?

No supe qué responder á semejante pregunta y me puse la mano sobre el corazón.

— » Tú los amarás, continuó, como me amas á mí, ¿no es verdad, Neptuno? Cuando ella te llame, tú espiarás sus movimientos para servirla más pronto.

» La amarás, no hay duda ¡es tan hermosa! Y también á mi hijo, cuando sonría lo cogerás en tus brazos robustos, lo mecerás en la cuna..... ¡Es tan bonito! ¡se parece tanto á su madre....!

» Yo me estremecí de placer con la perspectiva de tan risueño cuadro.

— » Tengo una mujer y un hijo, continuó el capitán; á nuestra vuelta los conocerás, Neptuno.

» Pasamos la noche en un campamento abandonado por los negros.

» A la mañana siguiente, al tiempo de ponernos en marcha llegó un correo de la ciudad que traía una carta dirigida al capitán Lefebre.

» Buen amo reconoció sin duda la letra de una persona querida, porque su mano temblaba de contento mientras rompía el sobre.

» Leyó y de repente se puso pálido como un cadáver. Volvió á leer por segunda vez, y la carta, escapándose de sus manos, cayó en tierra.

» No la recogió y se metió en su tienda vacilante como un hombre embriagado.

» Yo sabía leer, porque buen amo me había enseñado algo de lo que aprenden los blancos, pero recogí la carta, la doblé y me la metí en el pecho sin leer ni siquiera una letra, porque hubiera muerto antes que descubrirle su secreto.

» Cuando entré en la tienda tenía la cabeza entre sus manos y gemía y suspiraba como un niño.

» Fuí á colocarme en un rincón, con el alma traspasada de pena.

— » Neptuno, me dijo de repente; quiero morir.

» Dos lágrimas salieron de mis ojos y me abrasaron las mejillas, pero respondí:

— » Está bien, mi amo.

— » ¡No tengo ya mujer, he perdido mi felicidad y mi esperanza....! Estoy solo en el mundo, porque ya no me ama.

» En seguida registró sus bolsillos para buscar la carta y yo se la presenté silenciosamente.

» La cogió con avidez, como si hubiese esperado leer distintos caracteres.

» Cuando la hubo recorrido de nuevo, dejó caer otra vez su cabeza sobre el pecho tristemente.

— » Dame mis pistolas, me dijo con voz baja y ahogada.

» Mis piernas eran de plomo; sin embargo, me levanté y le alargué sus armas volviendo la cara á otro lado.

» Sentí que las montaba y en el mismo instante el cielo me inspiró una idea.

— » ¿Ha perdido, buen amo, también á su hijo? le pregunté.

» Estas pocas palabras le volvieron en sí; arrojó las pistolas y se levantó. »

— ¡Excelente padre! dijo Javier. ¡Cuánto me hubiera amado.....! ¿Pero qué es lo que contenía esa carta fatal?

— « La he leído después, dijo el mendigo, pero no he podido comprenderla del todo. »

Acto continuo se levantó, abrió el cofre, buscó una carta en la cartera del capitán Lefebre, de la que ya hemos hablado, y la presentó á Javier.

Esta carta era la que escribió Florencia Ángela á su marido á tiempo de dejar á Santo Domingo, y de la cual tienen conocimiento nuestros lectores.

—¡Qué cinismo, murmuró Javier después de recorrerla con la vista, y qué corazón de hielo! ¡Oh! ¡mi pobre padre debió sufrir mucho! Y esta mujer es mi madre....!

— « Buen amo sufrió mucho en efecto, dijo el negro.

» Los últimos días de su vida fueron todos de crueles y amargas penas.

» No era el mismo hombre.

» Yo, que le había visto tan fogoso y ardiente soldado, no le reconocía.

» Con la cabeza inclinada y los ojos fijos en tierra, pasaba los días y las noches pensando en ella.

» El cielo, en fin, se compadeció de él.

» Estábamos, como he dicho, en las márgenes de Río-Grande.

» Los negros insurreccionados vinieron á atacarnos en número de 10.000; cuando los blancos apenas llegaban á 500.

» Buen amo pareció en aquel momento recobrar toda su energía.

» Mandó cargar al enemigo y se precipitó el primero á su encuentro.

» Fué un horrible combate, y al mismo tiempo que horrible heroico, porque mis hermanos son valientes también..... Desde el amanecer hasta ponerse el sol, permanecieron en el campo de batalla atacando á los soldados, arrancando los fusiles de sus manos ó ahogando en sus brazos nervudos á los contrarios. Varias veces lograron romper la línea á los franceses, pero entonces buen amo acudía al sitio del peligro y los negros huían espantados á la vista de tanto valor: se le podía comparar con esa divinidad de la guerra que nuestros padres representan combatiendo con un hacha gigantesca y esparciendo por todas partes la muerte y el terror.....

» Mis hermanos fueron vencidos.

» Sus cadáveres inundaban la margen del río.

» Unos se echaron á nado para pasar á la otra orilla y otros se pusieron en salvo corriendo á ocultarse en lo espeso de los bosques y plantaciones, favorecidos por la oscuridad de la noche.

» Buen amo no quiso que se les persiguiese, pero en el momento en que cesó el fuego, en el mismo instante que mandaba usar de clemencia á los suyos, una detonación de fusil, la última de aquel fatal día, se dejó oír detrás de nosotros, entre unas malezas que servían de vallado á una plantación de

CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE OVIEDO.

cafetales, y buen amo, herido de una bala en el pecho, cayó en tierra.»

El mendigo se detuvo enternecido con este recuerdo, y Javier con la cabeza inclinada y juntas las manos esperó y guardó silencio.

—«Agarré el sable de un soldado, continuó el negro, y me precipité al sitio de donde había salido el tiro.

»Nunca hasta entonces herí; pero era necesario vengar la muerte traidora de buen amo.

»Cuando volví á su lado, el sable goteaba sangre.

»Era la sangre de uno de mis hermanos.

»Al verme buen amo hizo seña á los que le rodeaban para que se alejasen, y viendo que dudaban

»Mi herida es mortal, les dijo, bien lo conozco; dejadme sólo con Neptuno.

»Yo me aproximé al punto.

(Continuará.)

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentifrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

ALMACENES GENERALES DEL
LOUVRE
Casa de perfección y confianza fundada en 1870
R. YTURBIDE Y C.ª
2, Fuencarral, 2, Madrid.
Equipos para novias, canastillas, ropa blanca, trajes de señora y niños, cortinajes, mantelería, muebles, géneros de punto, lencería, encajes, tapicería, bordados y
MUEBLES FRANCESES

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.
PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

ESTREÑIMIENTO y Afecciones que son su consecuencia CURACION con el uso del VERDADERO
POLVO laxante de VICHY DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dosis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Inventor 29, Bd des Italiens, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.256.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 13. — Madrid 5 de Mayo de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pt. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 20 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pt. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando. — *Abnegación*, novela por Mad. Bourdon (continuación).—*Damián Isern y Miguel García Romero*, por A. Salcedo. — *La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés* (continuación). — *Album de poesías: Flores á María*, por el P. Jiménez Campaña. — *La Historia de Santo Tomás*, por D. Elías Torres. — *El mendigo negro*, novela de Paul Feval (continuación).

Grabados.

D. Damián Isern. — (Véase el artículo.)
D. Miguel García Romero. — (Véase el artículo.)
Convento de San Francisco de Palma y Catedral de dicha ciudad. — En números anteriores hemos hablado de Palma y sus monumentos; hoy reproducimos las bellas vistas de lo que indica el epígrafe.
Casa de campo.

LA DÉCADA

Los críticos al uso, los enamorados del cosmopolitismo á la moda, los cursis que no tienen otra preocupación sino la de no caer en cursilerías; los que se las echan de exquisitos, y huyen como del enemigo de los lugares comunes; todos los seres vulgares, en una palabra, empeñados en pasar por gentes superiores, encuentran de muy mal tono que los españoles aprovechemos el aniversario del Dos de Mayo para recordar las glorias pasadas de nuestra patria y fantasear algo sobre sus posibles glorias futuras.

Eso es, nos dicen muy serios, un españolismo trasnochado, y que no conduce á nada práctico. Sabido es que *no conducir á nada práctico* es la maldición suprema con que procuran pulverizar cuanto no les agrada los ideólogos del vientre, los románticos del *bon vivre* que ahora se estilan.

Y, sin embargo, nosotros (y cuenta que este *nosotros* comprende millones y millones) persistimos en entusiasmarnos y conmovernos en este día solemne. Sentimos que allá, en lo más profundo é íntimo de nuestro corazón, hay una cuerda que vibra armónicamente con el estruendo ronco de los cañones que se disparan desde el amanecer del Dos de Mayo, con el majestuoso doblar de *las lenguas de bronce* de los templos, con el desfile de la comitiva patriótica, con la vista del monumento fúnebre, con el conjunto, en suma, de cosas, ceremonias y personas que constituyen la original festividad del Dos de Mayo.

Y fuimos el año pasado al Campo de la Lealtad, y se nos pasó el tiempo contemplando la pirámide conmemorativa y rezando por las almas de los que bajo la pirámide duermen el eterno sueño. Y hablamos con nuestros amigos de lo mismo precisamente que habíamos hablado hace dos años, y hace tres, y hace cuatro, y así sucesivamente desde que tenemos uso de razón: de que aquel monumento es mezquino para lo que recuerda y lo que representa; de que Daoiz, y Velarde y Ruiz cumplieron á maravilla sus grandes deberes de patriotas y de militares desobedeciendo en momentos supremos las órdenes de sus jefes; de que la protesta del pueblo de Madrid fué la que despertó á España, y el despertar de España el que despertó á Europa; de que nuestros abuelos pusiesen término con su heroísmo á las victorias de un ejército que, salvando el romano, no había tenido en el mundo precedente, ni por su número, ni por su valor, ni por su fortuna; de que si mañana vinieran alemanes, rusos, ú otra vez franceses, sucedería aquí lo que ya sucedió; de que..... pero ¿á qué continuar?.... De todo lo que el Dos de Mayo no hay más remedio que hablar.

D. DAMIÁN ISERN.

Y todo eso sin pizca de odio á los que en 1808 representaron papel de invasores y de verdugos; nuestros sentimientos son puros, y de amor, no de energía, ni de rencores. Un francés podría perfectamente oir cuanto decimos, y si era generoso y bueno, simpatizaría de seguro con nuestros afectos, como nosotros simpatizamos con los franceses cuando nos refieren la leyenda de Juana de Arco, ó nos evocan la memoria de Godofredo ó de Bayardo. Lo que nosotros celebramos es la fiesta de la patria, de la patria nuestra, sí; pero, que por serlo, representa la idea universal de patria. Cantamos la independencia de nuestra nación, que es como cantar la independencia de todos los pueblos. ¡Desgraciados los que no tienen patria! ¡Mil veces desgraciados los que han perdido su generoso sentimiento!

***

El día 1.º de Mayo de 1890 fué la fecha señalada por el *Congreso internacional de París*, en el año pasado, para la huelga general y gran manifestación europea del partido socialista.

Y, en efecto: en todas las poblaciones de Europa en que ese partido está organizado se ha verificado la manifestación acordada por el Congreso internacional.

Sólo hay una diferencia notable entre el pensamiento que persiguió el Congreso y el que se ha realizado. Aquel centro socialista creyó que todas las

clases obreras constituían un solo partido; aquel se inspiraba en las enseñanzas de los célebres Karl Marx y Fernando Lassalle, que en España comenzo á organizarse, y conocimos con el nombre de *La internacional*, y que tanto dió que hacer á los Gobiernos de la Revolución y especialmente al ministerio *calamar* en que desempeñaba la cartera de Gobernación el Sr. Candau; pero después la escuela socialista ha sufrido una profunda é importante división: la de los llamados simplemente *socialistas* y la de los *anarquistas*.

Por fortuna de España sólo en Barcelona se ha lamentado verdadero motín. En las demás poblaciones la gigantesca huelga se ha verificado todo lo pacíficamente posible.

Y á este proposito, un escritor tan insigne como Valentín Gomez se permite las siguientes oportunísimas reflexiones:

«Su conveniencia les aconsejaba ser prudentes; y si á esto se añade la insinuacion, demasiado expresiva, de los cañones, se comprenderá sin dificultad por qué la manifestación ha sido un paseo general de trabajadores que quieren trabajar un poco menos, y ganar, si es posible, un poco más.

»Esto no quita que debajo de esa tranquilidad de las fuerzas obreras, debajo de esa buena educación que han mostrado los que ordinariamente no reciben ninguna, veamos nosotros una amenaza formidable para la sociedad contemporánea, y un problema aterrador que los principios hoy en boga antes han de agravar que resolver.

»Más aún: la misma serenidad de esas muchedumbres ignorantes, en el uso del derecho que se les ha concedido, nos espanta; porque de una parte aleja el temor de las clases que se han echado siempre á temblar al oir la palabra socialismo, y de otra demuestra que la turba fiera no es ya fiera de los bosques, sino fiera de las ciudades, fiera de la civilización y de la buena crianza, que en vez de comerse la carne cruda y palpitante, la quiere condimentada y preparada, de suerte que pueda satisfacer las exigencias del más delicado paladar.

»Es un antropófago de restaurant que pide un solomillo humano á la jardinera, y se bebe para digerirlo una empolvada botella de Medoc.

»Y este es acaso más terrible que el antropófago tradicional de las selvas africanas, precisamente porque de éste procuran defenderse todos, y de aquél no se defiende nadie, sino el que lo conoce á fondo.»

***

Las tradicionales fiestas de San Isidro prometen ser brillantísimas este año. Habrá músicas, iluminaciones, revistas militares, bailes y banquetes. Lo necesario al comercio de Madrid es que vengan muchos *Isidros* á dejarse aquí los cuartos; porque la verdad es que el trancazo todavía colea en forma de miseria y paralización de negocios.

***

Estaba enfermo con peligro de muerte en Barcelona un Sacerdote de aquella Diócesis, tan famoso por sus virtudes como por su agudeza y constante buen humor. Sus deudos y amigos no sabían cómo decirle que se preparase á bien morir, por temor de que el conocimiento de su próximo término no alterase la fortaleza de su espíritu.

Por fin, uno de ellos, hombre que se las echaba de diplomático y *saca-de-apuros*, entra resuelto en el cuarto, y dice al enfermo:

— Amigo: aquí tiene usted al P. Fulano, nuestro amigo y su confesor de usted. Ha venido *casualmente* á verlo á usted, y si usted quisiera aprovechar esta casualidad para reconciliarse.....

— Con mil amores — contestó el enfermo — que pase el P. Fulano.

Y se confesó.

Y no bien hubo concluido la confesión, volvió á presentarse el amigo, y le dijo:

— *Casualmente* viene esta noche el Viático para un vecino de la calle. ¿Por qué, amigo mío, no aprovecha usted tan feliz casualidad?

— Y dando á Dios muchas gracias por el favor — repuso el enfermo.

Y con gran fervor recibió al Señor.

Pero cuando hubo terminado el solemne acto, llamó el enfermo al amigo, y le dijo:

— Muchas gracias, querido. Pero le suplico que si *casualmente* vienen esta tarde los sepultureros por algún vecino, que esperen un rato ahí fuera.

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdin, traducida expresamente para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Febrero 18....

Ha venido á verme Josefina sola, ha llorado mucho al decirme:

— ¡Cómo me equivoqué! creí que sólo á usted podría amar en esa casa..... pero la hermosura y coquetería de la niña esa le han sorbido los sesos. ¡Qué cabezas las de los hombres!

La abracé, y la dije con todo mi corazón:

— Trate usted con cariño á Francisquita.

— Sí, me respondió; pero usted sola, Octavia, es mi verdadera hermana. No puedo perdonar á Raimundo esta tonta preferencia.

— ¡Chitón!

Habló de otra cosa, pero comprendía lo que sufría su corazón del daño involuntario que me ha hecho.

M. Duperrón vino por la tarde, y le pedí su consentimiento para la boda.

— No puedo menos de aprobar, dijo con calor; familia respetable, buenas relaciones, buena fortuna, nada les falta: mi joven pupila ha nacido de pie..... Gran diferencia de edad únicamente..... Ese M. Raimundo Thurel es un galante caballero, y beso sus manos: pero, sobrina, si yo hubiera tenido que escoger aquí, no hubiera sido Francisquita mi mujer.....

Tenía su consentimiento, y bastaba con esto. Ya lo he puesto en conocimiento de M. Thurel, así como en el de Francisquita. He tratado, mas en vano, de hacer comprender á mi padre esta gran noticia. No penetraba el sentido de mis palabras; sin que lo pudiera remediar me saltaron las lágrimas, y también él lloró. Sólo los dos estamos acordes en la casa, en donde ahora reina la alegría: Edmundo está encantado; Francisquita parece ufana y contenta, y M. Thurel y su hijo están en el colmo de la dicha. Veo esta alegría, pero no soy bastante generosa para tomar en ella una parte entera; además, veo muchas sombras en su porvenir, y, al pensar en el carácter de Francisquita, tiemblo por el que coloca en ella su felicidad en la tierra.

¡Dios mío, haced al menos que le ame!

Saint-Omer, Marzo 18....

Acércase el día de la boda, y nuestra pobre casa se llena de galas y regalos. Madama Duperrón ofrece á la pupila de su marido un precioso equipo; otros parientes le han enviado muebles y alhajas; todos se acuerdan de ella, todos parecen quererla, y la palabra de una mujer que conocía el mundo tiene razón una vez más: *Nada hace más fortuna que el éxito*. Por lo demás, es amable con todos, hechízales con esa gracia viva y decidida, que toman por el augurio de la franqueza y de la bondad.

Hay, sin embargo, dos corazones que no siguen al carro triunfal de la brillante novia, Josefina y Fany. Se muestran conmigo más afectuosas que nunca, y se lo agradezco; pero mi alma, un poco herida, necesita soledad y silencio. No deseo que me tengan lástima, no quiero quejarme, no tengo cargos que hacer á nadie; lo que ha sucedido me manifiesta la voluntad divina: es el clavo que separa, y que es preciso bendecir aun cuando hiere.

Mucho me acuerdo de mi madrastra: ¿preveía, acaso, las consecuencias de la manda que me hacía? Me pedía la abnegación, y sin saberlo, me imponía el sacrificio.

Saint-Omer, Abril 18....

¡Mañana se casan! Los regalos del novio han llegado ya, y Francisquita los examina con detenimiento. Los cachemires y las joyas brillan en su modesto cuarto de doncella; el velo y el ramo nupcial están prontos también, y yo soy la que ha de prenderlos mañana en la frente de la desposada. Pero no es la mano de una rival la que hará este oficio, puedo asegurarlo, sino la de una hermana, la de una madre; y Dios, que lee en mi corazón, conoce sólo los votos que hago por su felicidad..... ¡Que el Señor se la dé cumplida, y sepa ella hacer feliz al que tanto la ama! ¡Que sea amante para su marido y generosa madre, aprendiendo á renunciarse á sí misma y á vivir para los demás, gustando así la única felicidad posible acá en la tierra: el deber y el amor bajo la mirada de Dios!

Para mí no pido ya nada, pues se han desvanecido mis esperanzas todas; pero guardo las plegarias más ardientes de mi corazón para mis dos hermanos y para este nuevo hermano que me da la Iglesia. Todas las penas que ha podido darme Francisquita las he olvidado, y no me acuerdo sino de su infancia, de aquel tiempo en que dormía bajo mi custodia, y en el que me sonreía al despertar, y me asombro de haber podido desear mi felicidad á costa de la suya.

Saint-Omer, Abril 18....

Ya están casados; ya ha concluído todo, ó por mejor decir, para ellos todo empieza. Francisquita estaba hermosa, más hermosa que nunca, pues una expresión, no acostumbrada, de timidez y de dulzura prestaba á sus facciones el único encanto que les falta, y él reflejaba la dicha en su semblante. Después del almuerzo, con el que madama Duperrón ha obsequiado á los recién casados, han salido para Venecia, acompañados de M. Thurel y Josefina, que van con ellos hasta Lyon.

Mi hermana se ha afectado al despedirse de nosotros, y ha llorado al darme el último beso de despedida. — Ya te escribiré, nos veremos pronto, me dijo; reza por mí, mi querida Octavia.

También yo he llorado, pero al menos doy gracias al cielo; era un sentimiento sin mezcla, el cariño de hermana el que me hacía derramar aquellas lágrimas.

Fany, comprendiendo lo triste que es semejante día para los que quedan, ha querido acompañarme y vino á casa conmigo. Verónica salió á recibirnos llena de orgullo con la boda de su querida niña y luciendo el vestido y la cruz de oro que le ha regalado Francisquita. — ¡Vaya usted á su cuarto, señorita, me dijo, y ya verá usted!

Subí á él, y, efectivamente, me encontré con una preciosa biblioteca en la que habían colocado todos mis autores favoritos, y con un reclinatorio en el que descansa un Crucifijo de marfil. Este es el regalo de boda de mis hermanos, que no podían haber escogido nada mejor para mí; pues la oración y el estudio son el consuelo de los solitarios.

Pasamos la noche junto á mi padre, que conoció á Fany, y á quien dió algunos testimonios de cariño; pero poco á poco fué cayendo en su acostumbrado silencio, mientras nosotras hablábamos del pasado, de nuestra juventud, de nuestros paseos á Blandecques, de nuestras amigas, de entre las que han muerto algunas. Fany, que es feliz, me habló, sin embargo, de sus cuidados, sombras inevitables que resbalan por el cielo más sereno: la salud de su madre que le inquieta, el genio arrebatado de uno de sus hijos, algunas genialidades de la familia de su marido, que entibian algo las relaciones y las hacen penosas: deteníase en sus penas á pesar de ser tan animosa, y me ocultaba su felicidad, pero yo comprendí la delicadeza de su amistad, y en medio de estas prácticas se acabó el pesado día.

—¡Ya están lejos ahora! me decía Edmundo, que vino bastante tarde de casa de su tutor; mañana en París, dentro de tres días en Lyon, y después Italia, Venecia y el Adriático! ¡Cuando sea grande, yo te llevaré á tí á Italia, verás Roma y al Santo Padre, haremos un viaje los dos, ya verás!

Le abracé contenta de ver que aun tengo quien me quiera: pero después, al retirarme, medité largo rato sobre aquellas palabras de Fenelón, severo lenguaje de la verdad: «¡Alegrémonos de experimentar la nada y la mentira de todo lo que no es Dios; pues esta dolorosa experiencia es la que nos desprende de nosotros mismos y de los deseos de las cosas de este mundo!»

¡Sí, alegrémonos! en las lágrimas y en los estremecimientos de la naturaleza, ¡alegrémonos! Las penas pasarán, pero la fe, empapada en el sufrimiento, permanecerá; y á esa fe perseverante es á la que está prometida la eterna recompensa. ¡Vaya, no más debilidades! *¡Sursum corda!* ¡Miremos á la Cruz y al cielo!

Saint Omer, Mayo 18....

¡De qué sosiego se disfruta en nuestras iglesias, y cómo adormece el dolor la oración hecha á la sombra del altar! Siempre me ha gustado la iglesia y el Santo Sacrificio, y las oraciones de la tarde, y los cantos entusiastas ó melancólicos, y las ceremonias, cuya grave poesía levanta nuestra alma; pero nunca me ha sido la iglesia tan dulce y consoladora como hoy. El menor acto de liturgia basta á veces para revelarnos nuestro verdadero destino. Miraba yo esta mañana en la Misa mayor al acólito, que con el incensario en la mano y vuelto hacia los fieles les incensaba. ¿Por qué? Porque los fieles deben ser el templo del Espíritu Santo: porque sus cuerpos, aunque destinados á una destrucción transitoria, han de resucitar un día gloriosos é inmortales. ¡Qué gran lección y qué símbolo tan consolador al mismo tiempo!

Al salir dejaba vagar mis miradas sobre los viejos muros de esta hermosa iglesia de Nuestra Señora; todos están cubiertos de ex-votos y de inscripciones sepulcrales. ¡Cuánto nombre! ¡Cuánto título! Y siempre para acabar con estas únicas palabras: *Aquí yace.* Penas y alegrías, ¡qué breve es todo lo que acaba! Esto es lo que me repetían las piedras de los sepulcros, las estatuas inmóviles, los blasones mutilados y los epitafios casi borrados por el tiempo.....

Recibimos buenas noticias de los viajeros; ¡ellos no necesitan fortificarse con el recuerdo de la muerte!

Saint-Omer, Julio 18....

El cambio que en mi padre se está verificando me inquieta y me sorprende. Desde hace algunas semanas se va debilitando su cuerpo de una manera sensible; pero su espíritu se levanta y sale del sopor que durante tantos años le había aislado de la conversación de los mortales.

Esta transformación se ha hecho poco á poco: me ha conocido, ha llamado, parecía que le interesaba lo que pasaba en torno de él, y al fin ayer me interrogó.

—¿Qué es lo que ha sucedido, hija mía? Por más que busco en mi memoria, todo lo encuentro borrado, al menos las cosas recientes..... Tú estás ahí; á Edmundo le ví ayer..... Pero, ¿dónde está Francisquita?

Me hinqué de rodillas á su lado, y le dije despacito:

—Francisquita está casada con el hijo de su antiguo amigo de usted....., M. Thurel. Ahora es Mad. Raimundo Thurel.

Mi padre permaneció largo rato en silencio, reflexionando tristemente; al fin respondió: —Ya comprendo, hija mía. Mi pobre cabeza se debilitó, y habéis aguantado mucho tiempo á vuestro anciano y achacoso padre. Pero si Dios me devuelve la razón es porque no tardará en llamarme. ¿Dónde está Francisquita? —En Italia, papá; ha prolongado su viaje de boda. —Y mi querido chiquitín, ¿estudia bien? —Sí, papá querido, á todos nos tiene contentos. —Francisquita está bien casada, Edmundo hará su carrera; pero ¡tú, Octavia.....! —Yo no he dejado á usted, y nunca le dejaré, papá.

Miróme con extremada dulzura y me dijo muy despacio, pues parecía faltarle la palabra para expresar su pensamiento: —Ya que Dios me concede este momento de calma, quisiera aprovecharlo para ver un Sacerdote..... No te asustes, hija mía, no te aflijas, ¿podrías afligirte de que tu padre saliese al fin del cautiverio?

Ya no puedo escribir más: también á mí me faltan palabras para expresar los sentimientos tiernos, amargos, consoladores, crueles, de que fué inundada mi alma al volver á encontrar á mi padre después de tantos años. ¿Para cuánto tiempo será? ¿No es este el último destello de la lámpara que se apaga, y que, cuando se encienda de nuevo en otra parte, me ha de dejar á mí en completa oscuridad?

Saint-Omer, Julio 18....

He escrito á Francisquita suplicándole que vuelva. Mucho me temo, sin embargo, que llegue tarde.

Saint-Omer, Agosto 18....

Todo ha concluído, y el alma de nuestro querido y respetado padre ha recibido ya su recompensa. Nunca podremos olvidar su muerte tan santa y tan tranquila. Había recibido los Sacramentos con entero conocimiento y un fervor admirable en presencia de todos nosotros. Francisquita y su marido, llegados la víspera, estaban allí con Josefina y M. Thurel; Edmundo se arrodilló junto á la cabecera; Fany y su madre se pusieron á mi lado; Verónica lloraba en un rincón del cuarto; de todos se despidió mi padre; estrechó la mano de su antiguo amigo, recomendó Francisquita á su marido, y nos bendijo, al fin, á sus cuatro hijos con toda la ternura y la piedad de su alma. Después clavó su mirada en el Crucifijo para no hablar sino con Dios, y así murió tranquilamente sin que su venerado semblante tuviera más expresión que la de la paz más profunda.

Está con Dios y allí me espera.....

(Continuará.)

DAMIÁN ISERN Y MIGUEL GARCÍA-ROMERO

Dos nombres que el talento, la aplicación, el recto pensar y la simpatía de los católicos han esclarecido. Damián Isern y Miguel García Romero, cuyos retratos honran hoy las páginas de nuestra revista, son de los católicos que no temen llamárselo en público, y que no contentos con adorar á Dios en el templo, se proponen extender la influencia bienhechora del Catolicismo, siendo ambos de aquella porción escogida del rebaño de Jesucristo, de aquella guardia de honor de la Iglesia y del Pontificado, de aquellos legos fervorosos, en suma, que todo, absolutamente todo, lo posponen al triunfo y propagación del Evangelio en las humanas sociedades.

Damián Isern y Miguel García Romero pertenecen, como católicos militantes, á la escuela que reconoce en España por indiscutible jefe al insigne orador Pidal y Mon. Y como la mayor parte de los que tales tendencias filosóficas y sociales siguen, en política se han afiliado hace tiempo al partido conservador de la dinastía reinante.

Por lo demás, no hay otros puntos de semejanza entre el levantino de movible fisonomía, pequeña estatura y pintoresca conversación que se llama Isern, y el alto y fornido riojano que contesta al apellido García Romero. Diferentes aptitudes y diversos géneros de talento engendran en cada uno de ellos distintas maneras de vida y de méritos. Isern, nacido en Palma de Mallorca, la patria de Raimundo Lulio, es, como su inmortal paisano, filósofo, y ha procurado en sus mocedades sondear todos los escondrijos y subterráneos de la ciencia *mater*, reteniendo en la memoria cuantas tesis, antítesis, consecuencias y escolios defendieron los antiguos Doctores de la escuela, y siendo habilísimo para armar un silogismo y desbaratar un sofisma. García Romero nunca salió del terreno de las ciencias puramente sociales. Pero como quiera que Isern, á fuer de levantino legítimo, es de talento tan flexible como su rostro, apenas llegó á la edad en que se comprenden las cosas de la vida, y hubo de advertir que la elevada especulación metafísica no se presta del todo á la propaganda católica en las masas, porque la general ignorancia no lo consiente, imprimió otro rumbo á sus aptitudes, descendió de la cátedra y se sentó en la mesa de redacción de los diarios católicos. Famosas fueron ya sus campañas en *El Fénix*, periódico inolvidable fundado y dirigido por el insigne Suárez Bravo. Pero su gloria en este punto está unida íntimamente con la fundación y sostenimiento de *La Unión Católica*. En este diario ha conseguido Isern lo que parecía imposible antes que él pusiera mano en empresas de tal índole: unir la forma tradicional del periódico, siempre se ha llamado de batalla, ó sea doctrinal y polemista, con la más amplia y completa información noticiera. *La Unión Católica* fué el primer diario de nuestras ideas, redactado al día, en el que se pueden leer por la noche las noticias de la tarde.

Como noticiero tiene Isern brillantes notas en su hoja de servicios. Lo que hizo cuando el primer Congreso Católico está presente en la memoria de todos; organizó de tal modo el servicio de informaciones, y siguió éstas con tal actividad é inteligencia, que ningún periódico pudo competir con *La Unión Católica* en aquel punto. Y lo de entonces se ha repetido siempre que ha hecho falta, v. gr., cuando el Jubileo de León XIII y en otras muchas ocasiones.

Isern ha formado una pléyade de noticieros católicos, ramo del periodismo cada vez más importante, y que en nuestra prensa estaba muy descuidado. Hoy su *alter ego* en las noticias es Ricardo Fernández, joven de gran porvenir periodístico, como su *alter ego* en las disquisiciones filosóficas es Hidalgo, un estudiantón que sabe mucho y escribe muy bien..... cuando quiere.

Porque Isern, metido en los trajines del periodismo á la moderna, no ha olvidado por eso su primitiva profesión de filósofo. Es de los que estudian, cosa más rara todavía en España que un diario católico enterado de lo que ocurre. Todo lo que se escribe, tanto en España como en el extranjero, acerca de Santo Tomás y de los escolásticos, es leído

y meditado por Isern. *La Unión Católica* es un periódico ministerial..... del Tomismo. Por el tomismo se defiende á la Reina regente. ¿Cómo? Eso sólo lo saben Isern é Hidalgo. El mismo Ricardo Fernández está en ayunas: es el secreto de los pensadores de la casa.

Los trabajos filosóficos de Isern son muy notables. Ha publicado artículos de sana y abundante doctrina en *La Ciencia Cristiana*, en *La Unión Católica*, y en *Las Instituciones*, de Palma de Mallorca, periódico católico conservador dirigido por Riera, un abogado mallorquín listísimo que viste bastante mejor que Hidalgo; pero que como Hidalgo lo cifra todo en seguir punto por punto las inspiraciones de Isern. Ahora éste trabaja en una gran obra de filosofía política, que por lo que se conoce de ella quizás sea un monumento.

En el partido conservador es grande y legítima la influencia de Isern. Es querido y respetado por todos. Los llamados íntegros le han hecho durante muchos años una guerra implacable.

Si Damián Isern se fijara un poquito más en la forma literaria de lo que escribe, sería un escritor completo. Verdad es que él puede alegar como disculpa que las hermosas páginas de Balmes están plagadas de galicismos y hasta de faltas de sintaxis, y que el P. Ceferino no ha merecido nunca sentarse en la Academia Española. Pero lo que en Balmes y en el insigne Cardenal González se apunta como defecto, no hay razón para contárselo á nadie como mérito. Lo que sí debe contársele á Isern es el enlace lógico de las ideas y cierta nobleza y seriedad de estilo que, con la oportunidad en tratar las cuestiones, hacen de él, ya que no un Académico, un periodista verdadero y un escritor aceptable.

Por lo que se refiere á la forma literaria, Miguel García Romero es intachable. Sólo cabe censurar su prosa por cierta premiosidad que revela lo que debe quedar escondido, ó sea el trabajo de lima. Pero por lo demás, sus párrafos son *valerianos*. ¡Con qué majestad presenta sus pensamientos! Y luego corre por su estilo un sutil airecillo de sátira de buen tono, que lo hace muy agradable.

Fundó Miguel García Romero hace años la *Revista de Madrid*, en que colaboraron los primeros literatos y escritores españoles, y en la que los artículos del director, no sólo no desmerecían al lado de los otros, sino que eran buscados preferentemente por el público. Porque la *Revista de Madrid*, como todas las revistas bien escritas, tenía su público; es una vulgaridad eso de que en España no hay lectores. Lo que falta es gente que pague lo que lee. Por faltar eso murió la *Revista de Madrid*, como han muerto tantas otras, y tendrán aún que morir en lo futuro. Es bonito que lo encuentren á uno en la calle, le abracen y le digan: «¡Oh! ¡Y que bien ha salido el último número! Siga usted, siga usted por ese camino.» Pero es feo que cuando va el cobrador á una casa con el recibo del trimestre, el señor y la señora hayan salido siempre por casualidad, estén en baños ó no tengan suelto.

Los subscriptores de la *Revista de Madrid* nunca tenían suelto. Por eso García Romero tuvo que suspender la publicación *á ver si cambiaban*.

Pero ya que no dinero, que ése anda por las nubes y en el despacho de la plaza de toros, una revista como la de Madrid no tiene más remedio que dar legítima nombradía. Y se la dió á Miguel García Romero, contado desde entonces entre los buenos escritores contemporáneos.

Miguel García Romero y Damián Isern es segurísimo que en la situación conservadora que, según dicen, no puede tardar, han de representar lucidísimos papeles. Que sea para bien de la Iglesia y de España, y de ellos, es lo único que desea el humilde escritor que subscribe.

A. SALCEDO.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO IX

Maniobras, marchas y contramarchas. — La batalla de Talavera.

Después que el Mariscal Soult se vió precisado á abandonar á Oporto y Portugal, el ejército inglés había repasado el Duero, y vuelto á las ciudades de Thomar y Abrantes cerca del Tajo, preparándose para caer sobre la Extremadura española por Coria y Plasencia. El Mariscal Víctor, cuyo cuerpo de ejército ocupaba las inmediaciones de Trujillo y de Cáceres, recelando que los ingleses tomasen su retaguardia por la orilla derecha del Tajo, volvió á pasar este río á principios de Junio, y se retiró á la Calzada, y después el 26 á Talavera de la Reina.

El 20 de Julio el ejército inglés mandado por el General S. A. Wellesley se reunió en Oropesa al ejército español del General Cuesta. El ejército inglés contaba en sus filas veinte mil soldados ingleses, y cuatro ó cinco mil portugueses. El del General Cuesta se componía de treinta y ocho mil hombres. Otro ejército de diez y ocho á veinte mil españoles á las órdenes del General Venegas se preparaba en la Mancha á cooperar con los de los Generales S. A. Wellesley y Cuesta.

D. MIGUEL GARCÍA ROMERO.

Un cuerpo de tropas ligeras portuguesas y españolas mandado por el General inglés Wilson marchó por las montañas de Arenas hasta Escalona, á donde llegó el 23 para comunicarse con el ejército español del General Venegas, que avanzaba de Tembleque por Ocaña á Aranjuez y Valdemoro. Los Generales Venegas y Wilson debían acercarse á Madrid, é intentar tomarla con ayuda de sus habitantes. Este movimiento combinado tenía por objeto obligar al Rey José á ocuparse únicamente en la seguridad de su capital, é impedirle que concentrase sus fuerzas diseminadas. Los ejércitos anglo-españoles esperaban batir dentro de poco tiempo á los franceses, ó al menos echarlos de Madrid, de todo el centro de España, y obligarlos á volver á pasar las montañas, y retirarse hacia Segovia.

Los ejércitos de los Generales Wellesley y Cuesta avanzaron el 22 de Julio sobre Talavera: la caballería del General Cuesta consiguió no lejos de esta villa una pequeña ventaja contra la caballería de la retaguardia francesa, que se retiraba sobre su cuerpo de ejército. Este suceso ensalzó hasta el más alto grado las esperanzas de los españoles, que queriendo vengar el desastre de Medellín atacando solos á los franceses, á quienes creían medio vencidos porque hacían un movimiento retrógrado, dejaron á los ingleses en Talavera, y se adelantaron por el Bravo y Santa Olalla hasta Torrijos.

El Mariscal Víctor se retiró cerca de Toledo detrás de Guadarrama, donde se le incorporaron el 25 el cuerpo de ejército del General Sebastiani, y las tropas que el Rey José traía de Madrid: el ejército francés del centro de la España reunido entonces constaba de cuarenta y siete mil hombres, y tomó el 26 el camino de Talavera bajo las órdenes del Rey José.

El regimiento de dragones de Villaviciosa fué casi enteramente derrotado en el desfiladero de Alcabón cerca de Torrijos por el segundo regimiento de húsares, que hacía parte de la vanguardia francesa, y el ejército entero del General Cuesta se retiró precipitadamente al otro lado del Alberche. El ejército francés pasó este río el día siguiente á medio día, rechazó las avanzadas inglesas, y llegó á las cinco de la tarde á tiro de cañon de los enemigos.

El ejército español se había situado en una posición, que se creyó inaccesible, detrás de murallas antiguas y de vallados y huertas que rodean y confinan con la villa de Talavera: apoyaba su derecha al Tajo, y su izquierda se unía á la derecha de los ingleses cerca de un reducto construido sobre una eminencia: el terreno que estaba al frente de los ejércitos combinados anglo-españoles era desigual, cortado en diferentes partes por barrancos formados con las lluvias del invierno, y lo largo de su posición estaba cubierto por la madre bastante escarpada de un torrente ó barranco, que entonces estaba seco. La izquierda de los ingleses se apoyaba á una elevación, que dominaba la mayor parte del campo de batalla, y que estaba separada de las cadenas de las montañas de Castilla por un valle profundo y bastante ancho.

La elevación era, por decirlo así, la llave de la posición que ocupaban los enemigos, y un General hábil y dotado de la ojeada rápida que asegura la suerte de las batallas hubiera dirigido contra este punto decisivo la mayor parte de sus medios de ataque, á fin de apoderarse de él, ó bien haciéndole tomar á viva fuerza, ó envolviéndole por el valle; pero el Rey José, de quien desde que era necesario obrar se apoderaba un espíritu funesto de perplejidad y de incertidumbre, ensayaba medidas y medidas, gastaba parcialmente las fuerzas, y perdía siempre en tentativas el tiempo y la ocasión de vencer. El Mariscal Jourdán mandaba en segundo, pero ya no tenía en la guerra de España aquel arrojo de patriotismo que le animaba cuando combatía en los campos de Fleurus por la independencia de la Francia.

Los franceses empezaron al principio á cañonear y á tirotear al frente de su derecha, y enviaron un batallón solamente, y tiradores á ocupar por el valle la elevación á que se apoyaba la izquierda de los ingleses, creyendo que no pensaban más que en retirarse. Este batallón se encontró con tropas numerosas, y muy pronto fué rechazado con pérdida, y obligado á retrogradar: una división de dragones que había ido á hacer un reconocimiento sobre Talavera halló las avenidas de esta villa fuertemente atrincheradas con artillerías, y no pudo avanzar.

Los franceses intentaron de nuevo por la noche apoderarse de la elevación: un regimiento de infantería, seguido á alguna distancia por otros dos de la misma arma, atacó el ala izquierda de los ingleses con un ímpetu sin igual, llegó á la cima de la eleva-

ción, y se posesionó de ella; pero se vió muy luego obligado á retirarse habiendo sido vivamente atacado por una división inglesa entera, en el momento en que vencedor estaba debilitado por el mismo esfuerzo vigoroso que acababa de hacer. Uno de los dos regimientos destinados á sostener este ataque perdió la dirección en los bosques en medio de la obscuridad: el otro retardó su marcha por no haber podido hallar bastante á tiempo el paso del barranco, que cubría la posición de los enemigos.

Estos dos ataques sucesivos se frustraron á pesar de la impetuosidad y del valor de las tropas, porque fueron ejecutados por cuerpos muy poco numerosos. Se había enviado un batallon ó una división, á donde hubiera sido necesaria una buena parte del ejército: estas tentativas sin resultado indicaron á los ingleses los proyectos de los franceses para el día siguiente, y les hicieron conocer aún más la importancia y la fuerza de su posición, y pasaron el resto de la noche en fortificarla con artillería.

El sol halló al día siguiente á los dos ejércitos formados en batalla, y volvió á empezar el cañoneo: la batalla que se iba á dar debía decidir la suerte de Portugal, que el ejército inglés estaba encargado de defender, y quizá también de la Península entera. Los soldados viejos del primer y cuarto cuerpo del ejército francés, acostumbrados hacía muchos años á vencer en toda la Europa, y á ver siempre su ardor auxiliado por las combinaciones hábiles de sus Jefes, esperaban con impaciencia la orden de pelear, contando con derribarlo todo delante de sí por un solo esfuerzo bien combinado.

Una sola división de tres regimientos de infantería fué enviada, como la víspera, por el valle al asalto de la posición que se había tomado momentáneamente por la noche. Esta división consiguió, después de haber sufrido grandes pérdidas, llegar hasta la cima de la elevación; iba á coronarla, y uno de sus regimientos se adelantaba ya sobre la artillería enemiga, cuando su choque fué rechazado, y la división entera obligada á retrogradar. Los ingleses creyeron por este nuevo ataque que los franceses procurarían envolver su izquierda por el valle; hicieron bajar los cuerpos de su caballería, y situaron una división española en la prolongación de las altas montañas de Castilla. Los franceses volvieron á tomar su primera posición; el cañoneo continuó aún por una hora, y cesó en seguida poco á poco. El calor abrasador del mediodía obligó á los combatientes de ambos partidos á suspender la pelea, y á observar una especie de tregua, no consentida, durante la cual se recogieron los heridos.

El Rey José, habiendo ido por fin á reconocer él mismo la posición de los enemigos, mandó á las cuatro de la tarde un ataque general contra el ejército inglés. Una división de dragones se dejó hacia Talavera para observar á los españoles. El cuerpo del General Sebastiani marchó contra la derecha de los ingleses, mientras que las tres divisiones de infantería del Mariscal Victor, seguidas por masas de caballería, se dirigían contra su izquierda para atacar la elevación por el valle. El Rey José y el Mariscal Jourdan se colocaron con la reserva detrás del cuarto cuerpo: empezó muy luego el fuego de cañón y de fusil.

El Jefe de los ingleses, puesto sobre una altura que dominaba todo el campo de batalla, iba á donde quiera que el peligro exigía su presencia. Abrazaba con una sola ojeada los diferentes cuerpos de su ejército, y distinguía debajo de sí los más mínimos movimientos de los franceses: les veía colocarse en batalla, formar sus columnas de ataque, y presagiaba sus proyectos por lo que manifestaban sus disposiciones, y de este modo tenía tiempo de prevenirlas, y de tomar con anticipación medidas contrarias. La posición que ocupaba el ejército inglés, fuerte por sí misma, y de un acceso difícil por su frente y flancos, era accesible con facilidad á retaguardia de su línea, y permitía llevar cuerpos con rapidez á los puntos amenazados.

Los franceses tenían un barranco que pasar antes de llegar á sus enemigos: avanzaban por un terreno cortado, escabroso y desigual, que les obligaba muchas veces á romper su línea, y peleaban contra posiciones fortificadas de antemano. La izquierda cubierta por la elevación no podía ver lo que ocurría en la derecha, cada cuerpo de ejército peleaba separadamente con un valor sin igual, y aun con habilidad; pero no había unión en sus esfuerzos, y los franceses no estaban entonces mandados por un General en Jefe que supliese con sus talentos las ventajas que la naturaleza del terreno les rehusaba y daba á sus enemigos.

La división Lapisse pasó la primera el barranco, atacó la elevación atrincherada, y la escaló á pesar de los tiros de metralla que quintaban sus filas á cada paso, y fué bien pronto rechazada después de haber perdido á su General y un gran número de oficiales y soldados: dejó al retirarse en descubierto la derecha del cuarto cuerpo, que fué flanqueado por la artillería inglesa, y obligado momentáneamente á retrogradar. La izquierda de este cuerpo del General Sebastiani había llegado, sufriendo un fuego de artillería muy vivo, hasta el pie del reducto á la derecha de los ingleses, y en el centro de los ejércitos aliados, y habiéndose adelantado mucho y demasiado pronto, fué rebasado, y en seguida rechazado por los cuerpos de la derecha de los ingleses, reunidos á la izquierda de los españoles. Esta ala fué socorrida, y empezó de nuevo el ataque. En el centro el Mariscal Víctor reunió la división Lapisse al pie de la elevación, renunciando el proyecto de apoderarse de ella. Los franceses procuraron desde entonces envolverla por la izquierda ó por la derecha.

La división Villate se adelantó en el valle y la división Ruffin á la derecha de ésta seguía al pie de la grande cadena de montañas de Castilla: la caballería en segunda línea se preparaba á extenderse en la llanura, á retaguardia de los enemigos por donde quiera que la infantería hubiera abierto un claro.

(Continuará.)

ALBUM DE POESIAS

FLORES A MARÍA

Venid, almas cristianas,
Al templo de María;
Venid como los ríos
Al mar van de corrida;
Venid como las aves
Al bosque donde anidan;
Traed del ave y río
La bulliciosa prisa.
Doblad en los altares
Devota la rodilla
Y salga de los labios
De afán ardiente hechizada
Canción, que á la Señora
Nuestros amores diga.
Bajad de los breñales
De la montaña altiva,
Zagalas y pastores,
Al templo de María.
Dejad, los marineros,
La mar brava ó tranquila
Y blancas caracolas
Traedle de la orilla.
Dejad, buenos labriegos,
Los campos que ya espigan,
Cortad de los arroyos
Azules campanillas
Y rosas entreabiertas
Y las violadas islas,
Y tapizad de flores
El templo de María.
Porque Ella es la Pastora
Que los corderos cuida;
La estrella de los mares
Que á los pilotos guía;
Y de los campos secos
La lluvia apetecida,
Y el sol, que tras la lluvia
Los baña y resucita.
Dejad, nobles magnates,
Vuestra morada rica
Y galas y tapices
Y alfombras damasquinas
Traed raudos y pródigos
Al templo de María;
Porque Ella es la que guarda
Vuestra heredad antigua
Y aumenta los caudales
O los reparte ó quita.
Deja, menesteroso,
La calle en que mendigas
Y en donde te desoyen
Y en vano te lastimas,
Y ven con tu amargura,
Y ven con tus desdichas,
Tus lágrimas, tu hambre,
Al templo de María.
María es Madre nuestra
Y tornará benigna
Las penas en ventura,
Las lágrimas en risas.
Alumnos, que en las aulas
Luchais con las fatigas
De ciencias erizadas
De dudas y de enigmas,
Venid con vuestro anhelo
Al templo de María;
Porque Ella es la doctora
Que enseña é ilumina.
Y si seguimos todos
Sus nobles huellas límpidas,
Cuando la muerte acabe
Nuestra llorosa vida,
En alas de los ángeles
O en nube purpurina,
Iremos á los cielos
Al trono de María
A que nos muestre afable
Con plácida sonrisa
El Fruto de su vientre,
Jesús, la eterna dicha.

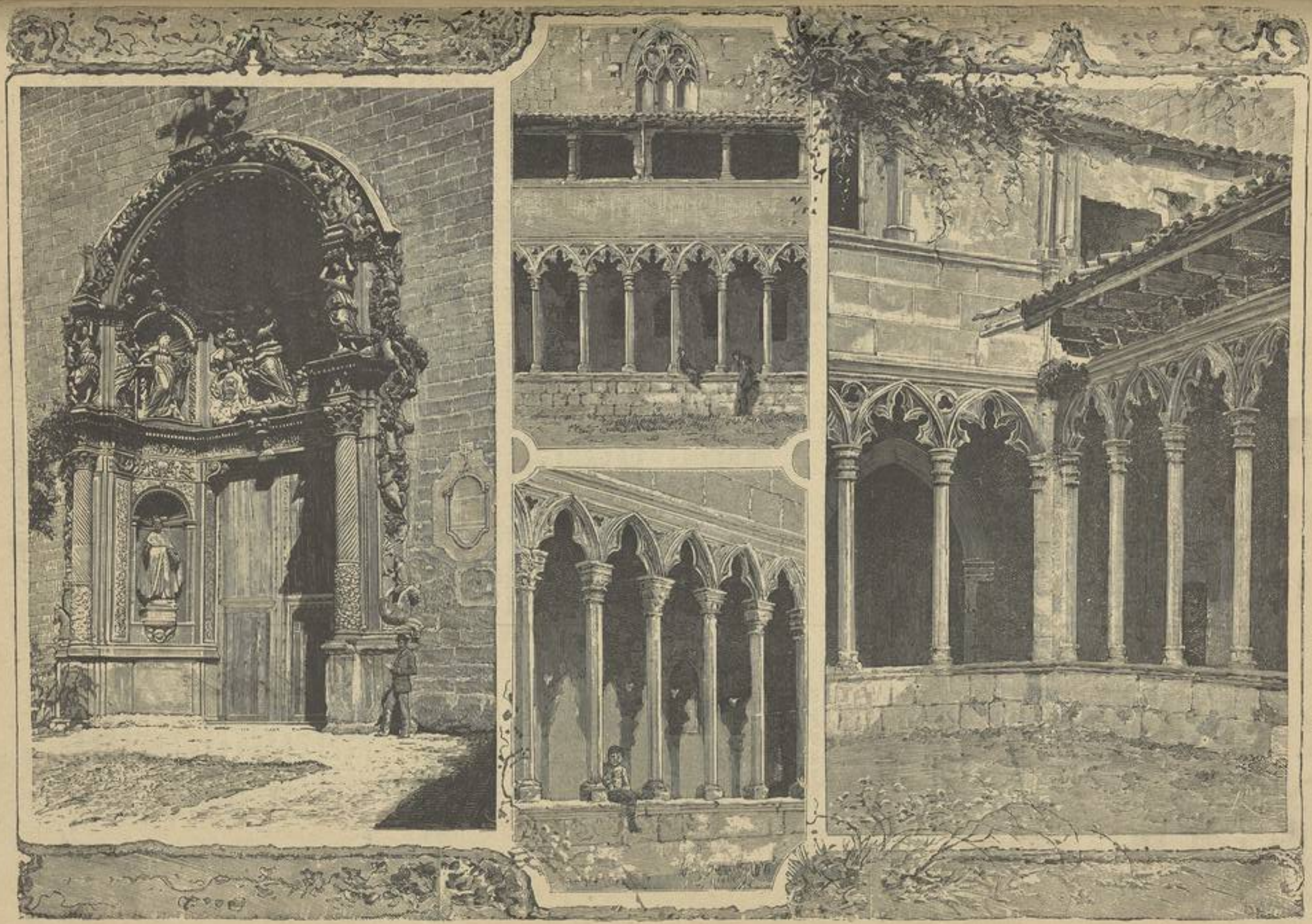
FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
de las Escuelas Pías.

LA FILOSOFÍA DE SANTO TOMÁS

EN LOS SIGLOS XIII Y XIX

II

TRES fueron las fuentes del conocimiento científico del Aquinate: mientras que por la *oración* su alma purísima bebía con ansia en las más claras y límpidas fuentes del divino amor, en materias de no tan altos vuelos su razón potente se reconcentraba en sí misma en grave *meditación*, provocada por el asiduo y constante *estudio*, así de los monumentos que de la sabia antigüedad pagana y principalmente de Aristóteles se conservaban en su tiempo, como de los luminosísimos trabajos de los Santos Padres de la Iglesia griega y de la latina. Era tal su afición al estudio,



CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE LA CIUDAD DE PALMA.

CATEDRAL DE PALMA.

tal su deseo vivísimo de penetrar en los arcanos de la ciencia helénica por recoger en ellos los elementos útiles para su trabajo filosófico, que no contento con las traducciones importadas por árabes y judíos, ordenó á su Hermano de Religión Guillermo de Moerbeka que hiciese nuevas, directas y más fieles traducciones de los mismos; todos vosotros sabéis que la frecuencia de su meditación reconcentrada le dió el nombre de buey mudo; tanto se elevaba su alma por el recóndito camino de la unión con Dios por medio de la oración, que al ser preguntado por el libro en el que aprendía tanta ciencia, mostró con gran humildad el Santo Crucifijo.

De esta inmensa labor nació su obra filosófica, no como ecléctico conjunto de dispersas escuelas, sino como portento asombroso de la Filosofía armónica por excelencia. Desde entonces la Filosofía escolástica es la Filosofía tomística; es decir, ya purificada de los errores de árabes y judíos, de nominalistas y panteístas, tomando por base la Lógica peripatética, teniendo presente la Ideología, la Psicología y la Cosmología del filósofo del Liceo, pero no olvidando el elemento académico: Santo Tomás purga además de sus errores á la Filosofía aristotélica, destruye con su poderosa dialéctica á las teorías contrarias á la Teodicea cristiana que defendieron las escuelas semíticas, y considerando á Platón, aunque mal conocido en aquella edad, como el polo opuesto á su discípulo, pero entre los cuales sigue su majestuosa marcha la ciencia filosófica, Tomás no descuida, no deja fuera de su obra la del discípulo de Sócrates, y hace que se pueda decir (como M. de Vorges ha hecho en el último Congreso científico internacional de católicos) que en la *Summa* « las dos escuelas platónica y peripatética se encuentran reunidas, fundidas, admiradas de verse ligadas en un tan íntimo abrazo. Ya una da el método, la otra el fondo: esto es, Platón habiendo adquirido la Lógica, la estabilidad y el espíritu observador de Aristóteles; y Aristóteles habiendo recibido por mediación de los Padres de la Iglesia las alas de Platón. »

Y sobre todo esto, como principio que informa la Filosofía toda de Tomás, como fin primordial y último de toda ella, la demostración de la verdad católica por las vías de la razón, y ésta iluminada por la antorcha de la fe sigue su rápida cuanto segura marcha en la persecución de la verdad por los caminos marcados por el Angel de las Escuelas.

Esta es la Escolástica « genuína y tradicional, tal como brilla en la Universidad de París y en el Concilio de Trento, tal como resplandece en la *Divina Comedia* y tal como á nuestros ojos se aparece resucitando gloriosa en el ocaso del presente siglo y como presintiendo los albores del venidero, » según frase del más elocuente de sus defensores.

III

Señores, considerando el exceso de vuestra amabilidad por un lado, y la debilidad de mis fuerzas ante la importancia de la segunda parte del tema, permitidme que en ligero esbozo os lo trace, y dispensadme que sea breve en materia tan vasta y trascendental.

Todos vosotros conocéis el desarrollo de la Filosofía desde el momento en que aparece el racionalismo, aunque vergonzante aún en las obras de Bacón, de Verulamio y de Descartes; á través de Hobbes, de Yocke y de Berkeley, la dirección empírica del primero dió por resultado el escepticismo de Hume y el sensualismo materialista de la Enciclopedia; esta misma representa también la última evolución del idealismo cartesiano á través de Spinoza, Pascal, Mallebranche y Condillac; Leibnitz, el gran genio cristiano, ayudado por Bossuet y Fenelón, no pudo contener el movimiento racionalista con aquella doctrina, en la cual con el elemento cristiano entraba á formar cuerpo cuanto de racional y verdadero había en las tendencias empírica é idealista: las corrientes impetuosas de la Filosofía anticristiana arrasaron tan santo edificio, y si no destruyeron la cabaña que en el fondo de sus valles habitaban los humildes filósofos de la escuela escocesa, era porque no les estorbara tan humilde edificio.

« Así es que, al finalizar el siglo XVIII, la Filosofía corroída interiormente por un racionalismo universal y absorbente, y saturada á la vez de escepticismo y sensualismo materialista, se hallaba en un estado de verdadera postración, y no es fácil calcular lo que hubiera sido la Historia de la Filosofía, á contar desde la época indicada, sin la sacudida vigorosa que le comunicó el genio de Kant » [1].

Del filósofo de Koenisberg procede todo el movimiento filosófico de nuestra época: por un lado, al hacer la crítica de la facultad de conocer, ha sentado las bases sobre las cuales los neo-kantianos primero y los positivistas después han llegado al materialismo más ó menos embozado; y por el otro, dando rienda suelta á su poderosísima razón, se lanzó á los espacios imaginarios del panteísmo idealista, y junto con Fichte, Schelling, Hegel y Scopenhauer formaron la más grande demostración, así del poder de la inteligencia humana como de su verdadera impotencia cuando se separa de los senderos de la fe.

Idealismo y materialismo: estas son las últimas consecuencias de la razón sublevada; ya impotente aquél para resistir el empuje avasallador de éste, apenas en nuestros días levanta la cabeza, y despejado el campo se presenta la batalla ya decisiva entre las grandes afirmaciones de la Religión y las absolutas negaciones del materialismo contemporáneo. En esta situación y demostrada ya la insuficiencia y debilidad de la doctrina tradicionalista que defendieron Demaistre y Bonald, Donoso y Ráulica en nuestros días, en los momentos de mayor angustia y de necesidad más apremiante se ha levantado prepotente cual nunca la Filosofía de Santo Tomás, hoy explicada, comentada y defendida por esa gran pléyade de neo-tomistas que así en Italia como en Francia, en España como en la pensadora Alemania, la presentan en las escuelas como robusto sostén del edificio de la fe y como firme base de toda ciencia; no sólo nadie en el campo cristiano le niega ya el derecho á ocupar el primero y más peligroso puesto de la refriega, sino que se la conceden por universal sufragio los honores de la jefatura en el ejército católico y grandes paladines se abroquelan con sus armas para defender con la integridad de la fe los amenazados principios de la razón, el concepto de la libertad y hasta la existencia misma de las sociedades.

Pero ¡ah! señores, fuerza es decirlo: la reacción escolástica y tomista no es hoy aquella de base amplia, sobre la que Santo Tomás con los dispersos elementos de la ciencia de su siglo levantaba el asombroso edificio de la ciencia cristiana toda; no es hoy el escolasticismo aquella doctrina abierta á todos los progresos de la razón tan admirablemente desarrollada por los grandes filósofos de nuestro siglo de oro, que permitía á Melchor Cano transformar el principio de la Filosofía, estudiando como verdades fundamentales las primeras ideas lógicas, separándose del *Organon* del Estagirita, en su admirable tratado *De locis theologicis;* que á Suárez y á Vitoria y á Soto daba alas para crear las nuevas disciplinas del Derecho natural y de gentes: no. Hoy la corriente escolástica, como todas las reacciones poderosas, ha caído en el extremo de la intransigencia y del exclusivismo, y yo lo lamento y lo deploro como escolástico que soy.

Es necesario abrir las puertas á toda verdad nueva, á toda corriente luminosa, á todo procedimiento científico; es necesario que la Filosofía, que es la razón primera de todas las ciencias, no se halle contraída y extenuada, y pueda alimentar y fortalecer con el néctar de sus pechos á las nuevas disciplinas; es necesario no tomar siempre la letra de los escritos de Santo Tomás, sino aquel espíritu prudente y razonado, pero armónico y sintetizador que los informa: porque ¿cómo es posible no admitir la observación interna, principio fundamental de las ciencias psicológicas? ¿Cómo negar ahora á la experimentación su gran valor propio tan grande, desconocido en las escuelas hasta la XVI centuria?

Tomemos de la Filosofía escolástica su espíritu magnánimo y grandioso de armonía con la fe, de *ancilla* de la Teología; tomemos también el elemento peripatético que tanta parte tiene en ella, y en aquellas verdades por el raciocinio demostrables sigamos el camino del Liceo guiados por Santo Tomás; pero no desconozcamos que al inmenso Océano de la *perennis philosophia* como decía Leibnitz, han acudido con el cieno de las corrientes heterodoxas, verdades y principios de grandes y prácticas consecuencias.

Si con las armas del escolasticismo tuvimos bastante los miserables montículos arenosos de la Filosofía racionalista, hoy el fragor de las olas impetuosas del positivismo sabio exigen de los católicos más extensos conocimientos. Estudiemos, pues, en los campos de la experimentación, y la ciencia católica de nuestros días, uniendo las verdades experimentales con el viejo cemento de la escolástica tomista, formará la estatua más admirable del hombre, objeto de la ciencia que hayan admirado los siglos; y si creéis que á pesar de su hermosura es una estatua muerta, á semejanza del santo autor del Oficio de la Eucaristía, encendamos en el corazón de este hombre el sentimiento místico, para que llena su alma de *la llama de amor viva*, en la *noche oscura del alma*, á través de *las moradas*, haga *la subida* al simbólico *monte Carmelo*, y allí siéndole conocida la *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, brote de su corazón el *cántico espiritual del amigo* y *del amado*. — He dicho.

Elías Tormo y Monzó.

1 P. Ceferino González, *Historia de la Filosofía*, tomo III.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA « LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA » POR F. G.

(Continuación.)

Neptuno, me dijo, con voz débil ya; te dejo mi hijo; tú serás su padre..... Buscarás esa mujer, que es su madre ¿entiendes....? La buscarás hasta que la encuentres..... Es preciso que mi hijo, ya que queda sin parientes, tenga bienes de fortuna, y esa mujer es muy rica.

— » ¿Me obedecerás?

— » Sí, mi amo, respondí.

— » ¿Dedicarás tu vida á ese pobre niño?

— » Sí, mi amo.

— » ¿Buscarás á su madre?

— » La encontraré aunque sea en el último rincón del mundo, mi amo..... Decidme su nombre.....

» Quiso hablar, pero las fuerzas le abandonaron y apenas pudo designarme el sitio donde estabais vos.

» En cuanto al nombre de vuestra madre, me hizo señas de que lo hallaría en un papel que sacó del pecho.

» En el mismo instante espiró. »

El negro se levantó, abrió de nuevo el cofre y sacó otro papel.

— Este es, continuó, el papel que me dió. Es vuestra fe de bautismo, amito.

Javier, impresionado y afligido con tan triste narración, tardó algún tiempo en poder hablar; pero había ignorado su nacimiento durante veinte años, y la curiosidad pudo más que el dolor.

—¡Mi fe de bautismo! repitió alargando la mano. Vos me habíais dicho, sin embargo, que no sabíais el nombre de mi madre.

— Y dije bien, respondió el mendigo.

En seguida desplegó el papel, en medio del cual se veía un agujero redondo del tamaño de un duro.

— Buen amo llevaba este documento sobre su seno, continuó mostrando el agujero. Por aquí es por donde ha pasado la bala que le mató y al pasar se ha llevado el nombre de vuestra madre.

Javier cogió el papel con presteza, y examinándole halló que el agujero de la bala estaba en efecto inmediato á estas palabras: Florencia Ángela.....

Faltaba el apellido.

El joven dió mil vueltas á la fe de bautismo.

— Nada, dijo al fin; ni el más leve indicio, ¿qué importa en último extremo? yo renuncio de todo corazón á la fortuna de esta mujer.

—¡Y la voluntad de vuestro padre! exclamó el mendigo.

— Esa voluntad es una especie de último beneficio y yo puedo renunciarlo.

—¡Renunciar! amito, dijo el negro con espanto. ¡Olvidar su voluntad! ¡Despreciar su último mandato! ¡Oh, no lo esperéis! Mientras que haya en mis venas una gota de sangre yo obedeceré, ¿me entendéis? Buen amo habló y yo ejecuto como otras veces, como siempre. Sus órdenes son leyes para mí, leyes supremas que es preciso no alterar ni infringir..... ¿No os he dicho ya que soy un esclavo de su memoria?

En tanto que hablaba así, su alta talla se había elevado, sus ojos brillaban y todas sus facciones expresaban una vigorosa é invariable determinación.

Javier contemplaba admirado esta fidelidad sin límites, y conoció que no debía contrariar á este hombre, que era su bienhechor.

— La buscaremos, puesto que así lo queréis, le dijo; pero sin duda vos habéis debido buscarla ya, y al cabo de veintidós años, cuando no la habéis encontrado es claro que será imposible descubrir el paradero de esa mujer.

— He hecho lo que he podido, respondió el negro; pero eso no impide que continúe trabajando. Le dije á buen amo que la encontraría, y es preciso encontrarla ó morir en la tarea.

« Despues de la muerte del capitan, continuó, comencé inmediatamente la obra que me había confiado.

» Los blancos sufrían reveses por todas partes y se mandó el embarque general.

» Esto fué una gran desgracia, porque en Santo Domingo hubiera podido informarme, y acaso descubrir..... Pero muy lejos de eso, apenas tuve tiempo para iros á recoger al sitio donde vuestro padre os había depositado.

» Nos embarcamos juntos y llegamos en pocos meses á Francia.

» Yo tenía motivos para creer que vuestra madre nos había precedido.

» Durante dos años vivimos con una corta suma que tomé de casa de vuestro padre, que era todo su caudal.

» En estos dos años busqué sin descanso, y no quedó fonda ni posada que no registrase.

» Á falta de apellido, preguntaba por la señora de Lefebre; en París hay muchas, visité á casi todas, pero sin hallar la que quería.

» Por la noche volvía á nuestro pobre albergue, os mecía, amito, y os dormía cantando alguna canción de África ó de las Antillas.

» Un abogado á quien me dirigí escribió á Santo Domingo; pero los negros eran ya dueños supremos de la isla y habían destruído todos los registros y papeles de la colonia.

» Tuve necesidad de pagar al abogado por sus servicios sin sacar ningún fruto.

» Llegó la miseria y traté de trabajar, pero el trabajo de Europa no se parece al de las colonias.

» Necesitaba aprender, y antes de que estuviese en disposición de ganar un jornal hubierais muerto de hambre, amito; en semejante apuro me hice mendigo..... »

Javier apretó silenciosamente las manos del negro.

« La primera vez que alargué la mano para pedir, continuó éste, mi corazón se resistía y mis ojos se cerraron involuntariamente.

» Tuve intenciones de huir para ocultar lo que llamaba yo mi vergüenza; pero me acordé de vos, que llorabais en nuestra miserable casa.

» Me acordé de mi amo que había muerto resignado porque confiaba en mí.

» El orgullo reemplazó el disgusto y me sentí con fuerzas. Todavía tuve vergüenza, pero fué por haber dudado.

» Al principio me daban poco, después más, porque los mendigos tienen su clientela.

» En breve tiempo obtuve un favor señalado; mi figura negra excitó la atención, todo el mundo me miraba y se admiraban las gentes de no oirme solicitar verbalmente la limosna.

» Lo que negaban á los lamentables gritos de otros desgraciados lo concedían á mi silencio.

» Gradualmente mis competidores se alejaron y quedé solo y absoluto dueño del pórtico de San Germán.

» Vos crecíais, y á la edad de cinco años confié á personas extrañas, esto lo hice con intención deliberada, porque sabía que tendríais el mismo corazón altivo que vuestro padre, y no quería que cuando fueseis mayor conocierais el miserable origen de donde provenían vuestros alimentos.

» Á los doce años os puse en un colegio.

» ¿Os acordáis, amito, de aquel hombre que iba de noche á casa de la mujer á quien llamabais entonces vuestra madre?

» Este hombre cuando estabais en la cama y el aposento oscuro, se aproximaba y os daba un beso en la frente. »

— Erais vos, interrumpió Javier con emoción.

— « Yo era..... Más tarde, cuando estabais en el colegio, os seguía de lejos en el paseo; oculto detrás de cualquier objeto contemplaba vuestros juegos..... ¡Siempre estaba a vuestro lado, amito.....!

» Después salisteis del colegio, y un engaño inocente, cuyo resultado me llenó de alegría, hizo que eligieseis para habitar la casa en que vivís.

» Desde entonces ya no nos hemos separado, porque os veía cada día y cada hora, por decirlo así.

» He adivinado vuestra vida, vuestros menores disgustos y vuestras apasionadas esperanzas..... »

— ¡Cómo! exclamó Javier; sabeis también.....

— ¡Es muy bonita! respondió sonriendo el negro, y hace mucho tiempo que amo á esa angelical niña, porque la he visto levantar con amor sus ojos hacia vos..... ¡Quiera Dios haceros feliz, amito, tan feliz como fué vuestro padre desgraciado!

— ¡Es muy bonita! repitió Javier meneando la cabeza; pero es rica..... Es noble.....

En seguida, queriendo variar la conversación, añadió:

— ¿Pero por qué me habéis privado tanto tiempo de saber el nombre de mi padre.

— Vuestra madre os había abandonado. Se necesita un motivo muy poderoso para que una madre abandone á su hijo; calculé que si llegaba á saber que estabais en París redoblaría sus precauciones para ocultarse, y como es indispensable que yo la encuentre, porque buen amo lo ha mandado, necesitaba no aumentar las dificultades.

Sin el acontecimiento inesperado que nos ha puesto en contacto, y del cual yo no tengo valor para quejarme, puesto que me proporciona los únicos momentos de alegría que he gozado hace muchos años, sin este acontecimiento, repito, nada hubiese dicho.

¡Yo mismo dudo si hace una semana hubiera hablado, ni aun para libraros, amito!

Javier hizo un gesto de admiración.

— Siempre soy de él, continuó el mendigo, para responder á este gesto, su voluntad para mí es antes que la vuestra, ántes que todo. Pero desde anteayer ha ocurrido un cambio notable.

He descubierto.

— ¿Qué habeis descubierto? Preguntó con viveza el joven.

— Me parece que he hallado la pista, amito.

El negro sacó de su bolsillo un finísimo pañuelo bordado que presentó á Javier.

— ¡F. Á! exclamó, enseñandole la cifra con cierto aire de triunfo.

— ¿F. Á? Repitió Javier, sin comprender nada.

— Florencia Ángela, dijo el mendigo.

— ¡Ay! Mi pobre Neptuno. ¡Habrá en París por lo menos diez mil cifras iguales!

— Sí, pero no hay más que una cara que se parezca á la vuestra tanto como la de esa mujer.

— ¡Se me parece....! ¿La conoces tú? ¿Donde vive?

Estas preguntas disiparon repentinamente la alegría del negro.

— No la conozco, respondió; no sé dónde vive.

— Entonces, pobre amigo.....

— Pero la he visto, interrumpió el negro recobrando su entusiasmo. La reconocería entre mil..... Distinguiría su cuerpo por detrás..... ¡Su coche á cien varas de distancia....! ¡Oh! no tengáis cuidado, amito; la encontraré, estoy seguro.

Mientras pasaba esta escena en la pobre habitación de Neptuno, Carral estaba de pie delante de un sofá en que se hallaba reclinada

Una sola ventana de cristales daba paso á la luz al través de colgaduras magníficas de color encarnado oscuro, bordadas con el mayor primor.

Excelentes cuadros de buenos autores tapizaban las paredes, mezclados simétricamente con espejos de Venecia de fabuloso tamaño. El resto de los muebles guardaba perfecta simetría.

La ventana daba á un jardín.

El más profundo silencio reinaba en este dulce retiro, donde hasta el ruido de los pasos se ahogaba, sobre la blanda alfombra que cubría el pavimento.

La señora de Rumbrye estaba recostada, como hemos dicho, en un sofá en un estado de completa inmovilidad.

A pesar de la media luz calculada que esclarecía el gabinete, su rostro se veía más ajado que de costumbre, y puede decirse que representaba su edad verdadera.

La culpa de esta desgracia es preciso echarla parte al baile de la víspera y parte también al insufrible humor que tenía en el momento á que nos referimos la Marquesa.

— ¿Tú lo has visto? dijo de repente levantando la vista hacia Carral.

— Con mis propios ojos, respondió el mulato. Es preciso que el diablo lo haya arreglado. Todo marchaba á pedir de boca; había ejecutado vuestras órdenes y el comisario había cumplido con su deber.

Para colmo de felicidad un incidente, que ignoro, había agravado su posición, porque de todos los jugadores sorprendidos en el garito, sólo él fué conducido por la policía al juzgado.

Creí en vista de esto que era negocio concluído, y rondaba al rededor del palacio de la justicia para conocer antes el desenlace y venir á referíroslo,

cuando le he visto salir con un mendigo negro que pide ordinariamente debajo de mis ventanas...

—¿Un mendigo? preguntó la Marquesa.

— Un mendigo.

— ¿Y qué puede haber de común entre ellos?

—¡El infierno lo sabe.....! Le he visto salir libre, y por consiguiente hemos errado el golpe.

— Eres un traidor, ó un torpe, Junquillo, dijo la señora de Rumbrye con rabia.

El mulato se mordió los labios y no respondió.

XI

La invitación.

— Es preciso, sin embargo, que mi hijo tenga esa fortuna, continuó la Marquesa en voz baja como si hablase consigo misma.

¡Es preciso! señor de Carral, añadió con una sonrisa sardónica.

Dicen que manejáis la espada como Santiago, vuestro patrón.

— He tenido quince años de escuela, respondió el mulato con cierta arrogancia.

— ¡Perfectamente.....! También dicen que no tenéis rival con las pistolas en la mano.

— Es verdad, señora, que puedo doblar á treinta pasos.

Eso debe ser magnífico.....! ¿A qué llamáis doblar, señor de Carral? preguntó la Marquesa dando á su voz una inflexión cada vez más insinuante.

— Eso es, respondió el mulato, meter una segunda bala por el agujero que ha hecho la primera.

— Me parece maravilloso, dijo la Marquesa incorporándose dulcemente.

¿Entonces, señor de Carral, debéis ser un hombre temible para ciertos lances?

El mulato reflexionó un instante, y dirigió á la señora de Rumbrye una mirada cautelosa y llena de odio.

Acto continuo reemplazó á esta mirada, rápida como el pensamiento, la expresión habitual de obsequiosa obediencia.

— ¿Tenéis que matar á algún hombre? preguntó.

La Marquesa se estremeció al pronto con esta brutal pregunta; pero en vez de irritarse, tomó la mano del mulato y le dijo con cariño.

— ¡Si hacéis eso, os dejo libre para siempre!

— Si hago..... ¿qué? preguntó Carral fingiendo no entenderla.

— Es preciso que Alfredo sea el esposo de Elena de Rumbrye, contestó la Marquesa con impaciencia.

Ese hombre se ha atravesado en nuestro camino.

— Es verdad, respondió friamente el mulato.

La señora de Rumbrye dió fuertemente con su pequeño pie sobre la alfombra.

— Vos sabéis manejár la espada y las pistolas, prosiguió; ¡un duelo!

— Ya entiendo, dijo Carral.

— Y bien.....

— Soy cobarde, señora, y no me bato nunca.

—¡Miserable corazón de esclavo! murmuró desdeñosamente la Marquesa.

Carral, aparentando no hacer caso de este insulto, continuó sin alterarse:

—Bien puede matarse á un hombre sin batirse con él..... ¿Que os importa el medio si el resultado es el mismo?

La señora de Rumbrye bajó la cabeza y pareció dudar; el mulato entre tanto la observaba, fijando en ella los ojos con aire rencoroso.

Si la Marquesa hubiera visto esta mirada, de seguro no habría vacilado, porque hubiese comprendido que se le tendía un lazo.

—Es muy joven, dijo por último; ¿si pudiésemos deshacernos de él de otro modo....?

—Sería mucho mejor, señora.

—¡Y sin embargo, por este medio venceríamos de una vez todas las dificultades...!

—Todas á la vez, señora.

La glacial indiferencia del mulato era tan extraordinaria en semejantes circunstancias, que Florencia Ángela fijó la vista en él con inquietud.

Pero Carral había tenido tiempo de componer su rostro, y la criolla no descubrió más que una respetuosa y pasiva sumisión.

—Y bien, dijo incorporándose más para aproximarse á su confidente, ¿cómo haremos?

—¿Estáis enteramente resuelta?

—¡Resuelta....! Si..... lo estoy.

—Escuchadme.....

El mendigo se sentó al lado de su antigua ama con la mayor libertad.

Sólo el proyecto de un crimen común los ponía al nivel uno de otro.

—Mañana, continuó, marcháis á vuestra posesion de Rumbrye. El Marqués ha convidado delante de mí á Javier para que vaya. Escribidle vos.

—¡No, no! exclamó la Marquesa. Esa carta podría.....

—Tenéis razón; ¡es preciso no comprometeros....! yo me encargo de escribir..... Solamente es necesario que prevengáis al Marqués que me habéis invitado á mí.

—En hora buena.

— Lo demás queda de mi cuenta..... ¡Hasta mañana, mi buena ama! Nos veremos en la quinta de Rumbrye.

El mulato se marchó.

Cuando estuvo en la calle, una sonrisa convulsiva asomó á sus labios y gesticulaba con tal vehemencia, que los que pasaban á su lado lo creían loco.

—Yo heriré, decía para sí, pero seré su amo despues de haber sido su esclavo, y entonces..... ¡oh! ¡entonces me vengaré!

Entró en un café y escribió rápidamente unas cuantas líneas, en seguida dobló el billete, puso el sobre para Javier y lo envió á su destino.

Era ya muy tarde.

Javier había vuelto á su casa y se admiraba de que Carral no hubiese parecido desde el acontecimiento de por la mañana.

El mendigo no le había hablado de la carta misteriosa enviada al comisario de policía y el joven no abrigaba la menor sospecha.

Tampoco tenía el tiempo que antes para ocuparse de asuntos secundarios.

Su destino había cambiado en pocas horas y su imaginación debía ocuparse en lo pasado, haciéndole meditar sobre el porvenir.

Sin duda que su actual posición distaba mucho de ser brillante, y las revelaciones del mendigo no le habían hecho recorrer de pronto toda la escala social, como acontece de ordinario en las novelescas peripecias de un drama inventado á satisfacción. Su nacimiento era modesto, y bien triste la historia de su familia.

Pero había creído por un momento ser hijo de un negro mendigo, y se encontraba con que su padre era un valiente soldado.

Tenía, pues, un nombre honroso, si no ilustre, y dijera ó hiciese lo que quisiera el negro Neptuno, estaba resuelto á usarlo.

Javier tenía un corazón noble y generoso; sabía apreciar lo que había de grande y sublime en las exageraciones de obediencia que impulsaban la abnegación de Neptuno; pero esta abnegación poderosa y casi irracional no es propia sino de un esclavo.

El buen negro prescindía de sí mismo, por decirlo así, para sustituir á su voluntad propia el texto de una voluntad extraña y cuando decía: «Buen amo ha mandado» todo argumento, toda observación era inútil y de antemano desechada.

Javier no podía seguirlo en este camino, ni deseaba apenas hallar á su madre cuya conducta infame le oprimía el corazón. Había ambicionado ser rico para estar más cerca de Elena, y entonces, como sucede siempre en el primer momento de una felicidad inesperada, pensaba que habían terminado sus penas; su alegría le ocultaba los obstáculos que existían entre él y la heredera de Rumbrye.

Se hallaba perdido en ese laberinto de ideas confusas que asaltan en tropel la imaginación del hombre cuya vida ha experimentado una crisis dichosa ó desgraciada cuando sintió abrir la puerta de su habitación.

El mendigo negro entró sin hacer el menor ruido.

Llevaba un lío debajo del brazo.

— Amito, le dijo, os traigo vuestra dicha.

Y poniendo el lío sobre una mesa, se adelantó hacia Javier.

— Tal vez, continuó, me acusaréis de haberlo conservado en mi poder sobrado tiempo; ¡pero es tanto lo que goza mi alma al contemplar todas las noches esas preciosas reliquias....! Además, ignorabais vuestra historia; estos objetos no hubieran tenido interés alguno á vuestros ojos.

Javier adivino al momento lo que contenía aquel lío.

Le abrió con el más profundo respeto y extendió sobre la mesa los diferentes objetos que ya hemos visto colgados á modo de trofeo en el cuarto del mendigo.

—¡He aquí, pues, cuanto me resta de mi padre! se dijo á sí mismo.

Al oir estas palabras, Neptuno manifestó en su semblante cierto temor é indecisión.

—¡Perdón, amito! balbuceó el sensible negro.

Javier, que no le había entendido, continuó:

—¡Pobre padre! ¡cuánto envidio cada uno de los objetos que componen este triste tesoro....!

—¡Yo os le devolveré, amito, yo os le devolveré! dijo humildemente el negro.

—¿Qué me devolveréis? mi buen amigo.

—Creí.....¡Me causa tanta pena separarme de esto, amito! El uniforme de mi buen amo se me cayó de las manos al hacer el lío..... Quise unirlo á lo demás, pero.....

El negro exhaló un profundo suspiro.

—Ahora estaré solo en mi habitación, prosiguió; ¡nada me queda ya..... nada de él....! Cuando yo diga: «¡Buen amo mio...!» ¿me oirá todavía?...

—Consérvale, Neptuno, dijo Javier enternecido. Tú le has merecido mejor que yo, y el uniforme de mi padre está perfectamente á la cabecera de la cama de su fiel servidor.

Neptuno, frotándose las manos, dió un salto de contento.

— Gracias, exclamó, ¡oh! ¡gracias, amito....! Sois casi tan bueno como él.

Un criado de la casa entró con una carta dirigida á Javier, y después de entregársela se retiró.

Mientras el joven leía la carta fué asomando á su rostro una expresión de gozo, que se reflejó como en un espejo en la ancha cara del mendigo.

Así que la leyó, Javier dió dos ó tres paseos por el cuarto con muestras visibles de alegría.

—La veré, murmuraba; estaré á solas con ella..... ¡Iré, sí, iré! Desperdiciar una ocasión semejante sería una locura..... Neptuno, añadió dirigiéndose al mendigo, voy á dejarte por algunos días, amigo mío

—¡Cómo! respondió el negro; ¿por qué?

—Marcho al campo.

—Os seguiré, amito.

—No puede ser, Neptuno.

El negro inclinó la cabeza y se puso entonces á reflexionar.

—¡Me encargó que velara sobre vos! dijo al fin con voz tranquila y resuelta; y velaré.

Todo es posible cuando se trata de obedecerle.....

En seguida, como iluminado por una nueva idea, prosiguió con agitación:

—Tenéis un enemigo, amito.

Esta era la tercera advertencia de este género que recibía Javier en tres dias.

—¿Le conocéis? preguntó éste.

—¡Le conozco, y he jurado ya, por la memoria de mi buen amo, que le mataré!

—¡Matarle! replicó Javier estremeciéndose; ¿pensáis hacerlo así?

—¡No se olvida un juramento de esta especie! contestó el mendigo con una enegía salvaje.

En seguida, dando repentinamente á su voz un acento mas dulce, añadió:

—Dejadme seguiros, amigo..... Vos no sabeis..... Me había olvidado deciros que el haber ido la policía á la casa de juego no fué efecto de la casualidad. Ignoro el objeto que se propone vuestro enemigo, pero habéis sido arrastrado á un precipicio.

—¿Qué es lo que os hace sospechar.....?

—Lo que he visto.

Entonces el mendigo refirió el incidente de la carta confiada al auverñés, y también lo que éste había leído en alta voz en el pórtico de San German-des-Prés.

—¿Y estáis seguro de que es él? preguntó Javier indeciso.

—Es el hombre que de dos meses á esta parte se ha hecho amigo vuestro á toda costa, y del cual desconfio desde el primer día; el hombre en fin que estaba ayer al balcón con vos, y á quien habéis tenido la imprudencia de revelar cuanto sabíais de vuestros secretos..... ¡estoy seguro de ello!

Javier tardó algun tiempo en contestar, pues tan grande era su sorpresa

—¡Carral! dijo por último; ¡imposible.....! ¿Qué interés puede tener en prepararme esos lazos?

—No lo sé, pero lo cierto es que lo hace..... ¡No me cabe duda.....!

—Pues esta carta es suya..... añadió Javier enseñándole la que acababa de recibir.

—¡No vayáis! ¡no vayáis! gritó Neptuno. Ese hombre es vuestro enemigo.

El joven reflexionó un instante.

—Es necesario que vaya, dijo al fin con resolución, é iré.

Neptuno movió tristemente la cabeza.

—Mi voz es harto débil para combatir la del amor, dijo, pero tengo cierto presentimiento de que ese es un nuevo lazo para conduciros al borde del precipicio.....

—¡Os seguiré, amito.....! ¡no os enojéis! Sé muy bien que hay sitios en donde no puede presentarse el pobre negro; sé que mi presencia os servirá de estorbo, ya que no de vergüenza..... pero me ocultaré; nadie me verá, incluso vos, á menos que.....

Y acompañó estas palabras con un gesto amenazador; pero no concluyó la frase.

—¿A dónde vais? prosiguió despues de una corta pausa.

—Al castillo de Rumbrye, cerca de A..... en el departamento del Eure.

—¡Bien está.....! necesitáis dinero, puesto que habéis perdido e que teníais, amito.

El negro colocó algunos luises sobre la chimenea.

La frente de Javier se cubrió de un encarnado subido.

—No os sonrojéis, le dijo Neptuno con dulzura; mi buen amo me dió mucho más que eso, la libertad..... Con esto no hago más que pagar una deuda.

Asi que hubo dicho estas palabras, se dirigió á la puerta, pero se detuvo en el umbral, y volviéndose hacia Gabriel, le preguntó:

—¿A qué hora partiréis mañana?

—No sé..... á eso de medio dia.

XII

La carrera del fiacre.

Al dia siguiente muy temprano, Neptuno, apoyado en su palo, bajó los cinco pisos de su buhardilla y comenzó su tarea.

Durante los veinte años que llevaba de residir en París, le había recorrido muchas veces en todas direcciones.

Había escudriñado casa por casa, examinado todas las mujeres, cuya edad y presencia tuviese alguna analogía con el tipo que él se había formado en su imaginación, en una palabra, con la madre de Javier segun él se la representaba.

Empero ningún éxito habia recompensado su constancia.

Aquel día no iba fiado exclusivamente en la casualidad; tenia un indicio, muy leve sin duda, pero que era lo bastante para exaltar su valor.

Emprendió, pues, sus indagaciones, lleno de esperanza, llevando continuamente su mano al bolsillo, para asegurarse de que era dueño del famoso pañuelo de batista, en el cual se veían las iniciales F. A.

Acto continuo, y sin titubear un solo instante, se dirigió hacia el arrabal de San Germán, centro de la antigua nobleza que ostenta en brillantes trenes sus ilustres blasones.

Conocía á la dama y su carruaje; y aunque las altas señoras de aquel barrio no abandonan su blando lecho hasta muy tarde, no así los que de madrugada empiezan á preparar y engalanar los elegantes carruajes de sus señores.

El buen mendigo creía hallar antes el carruaje que la dama.

Sus esperanzas no le engañaban.

Despues de haber vagado inútilmente por espacio de tres ó cuatro horas, registrando con su penetrante mirada los patios de todas las casas grandes, acercándose á las puertas cocheras á observar por alguna rendija, llegó delante de un semi-palacio situado á la mitad de la calle de Grenelle, cuya noble arquitectura avergonzaba al parecer á las casas inmediatas.

La puerta cochera estaba entornada.

El mendigo dirigió la vista á lo interior, y vió inmediatamente una silla de posta con cuatro caballos, que inspeccionaba con cuidado un arrogante joven, que parecia inglés, en traje de camino.

No era esto lo que él buscaba.

Iba ya á proseguir su marcha, cuando el joven que inspeccionaba los caballos por diversión, sacudió un latigazo á uno de ellos, el cual dió un bote hacia adelante.

Movióse la silla de posta y dejó ver una preciosa carretela que tenía la lanza levantada, como esperando la esponja de un criado.

Al ver esto el mendigo se quedó clavado en su sitio, y examinó minuciosamente la carretela.

—¡Es la misma! murmuró casi temblando de alegria.

Entró con resolucion en el palacio, adelantándose hacia el arrogante joven, que no era otro sino el señor Alfredo Lefebre de los Valles, el cual había cambiado su brillante traje del dia anterior por una levita á la inglesa, una corbata negra hecha un nudo, y sus botas de campana.

Vestido de este modo Alfredo, no parecía menos fatuo que en traje de baile.

—¡Palabra de honor! dijo examinando á Neptuno á través de su lente. He ahí un diablo de negro que tiene la barba blanca! ¡Es muy particular.....! ¡Jamás había visto cosa semejante!

El negro continúo adelantándose hasta llegar enfrente de Alfredo.

Este dejó caer su lente, que pendía de un elegante cordón.

—*¡John!* dijo en alta voz.

Un chicuelo de la Baja-Normandía, á quien había puesto un nombre y un chaleco ingleses, á fin de convertirle en *groom*, se presentó en la puerta de las caballerizas.

—Toma un látigo, continuó el joven Alfredo Lefebre de los Valles, con una sangre fría enteramente británica.

Y terminó la frase señalando al mendigo con un gesto significativo.

Neptuno entendió sin duda lo que aquello quería decir, pues empuñó instintivamente su largo palo, que no era en verdad un arma despreciable.

Por fortuna no tuvo que hacer uso de ella.

Alfredo no era malo en el fondo, y sólo había querido usar aquella chanza pedantesca.

—Oye, negro del diablo, le dijo riéndose, si *John* tuviera dos años más le haría boxear contigo.... ¿Qué pides.....? No se entra así en el palacio de Rumbrye.

—¡Rumbrye! repitió el mendigo que no pudo contener un gesto de sorpresa.

—Se pide desde la puerta, añadió Alfredo, pero no se entra..... ¡marcha!

Neptuno no contestó, pero sacando de su bolsillo el pañuelo de batista cuidadosamente doblado y envuelto en un papel blanco, se le entregó al joven Alfredo Lefebre de los Valles.

—¿Qué es esto? exclamó Alfredo, que tuvo buen cuidado de ponerse los guantes antes de tocar el paquete; ¡no hay duda, es uno de los pañuelos de la Marquesa!

Dió en seguida una moneda de cinco francos al mendigo, diciéndole:

—Vamos, que no has perdido la mañana, diablo de negro..... ¡adiós!

Neptuno se retiró, pero en vez de alejarse se detuvo apenas pasó los umbrales de la puerta cochera, y fué á sentarse en una esquina de enfrente, cuidando de bajar mucho el ala de su ancho sombrero de paja, de modo que casi le cubría el rostro.

De cuando en cuando deslizaba una mirada penetrante á través del entornado portón.

Sabía ya donde encontrar á aquella mujer cuya fisonomía se asemejaba á la de Javier, y cuyas iniciales eran las de la madre del joven.

Además se había enterado de otra circunstancia.

Aquel palacio se llamaba de Rumbrye, y este nombre precisamente era el del castillo á donde debía ir Javier.

Una silla de posta aguardaba en el patio.

¿El palacio y el castillo pertenecían á una misma persona?

¿Eran los huéspedes de Javier los que iban á partir en aquel carruaje de amito....?

Al hacerse esta última pregunta, el sonido de la campana de un reloj, debilitado por la distancia, llegó hasta sus oídos.

Acababan de dar las dos en la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

El mendigo se levantó bruscamente.

Se le había pasado la hora, y temía que Javier hubiera emprendido ya la marcha.

Poco versado en la geografía del reino, sólo se acordaba del nombre de Rumbrye, y por otra parte, no había retenido en la memoria el nombre de la aldea y ni aun el del departamento donde estaba situado el castillo.

Preparábase á partir corriendo hacia la plaza de San Germán-des-Pres, cuando al lanzar la última mirada al patio del palacio distinguió á la Sra. de Rumbrye, que bajaba por la escalera principal apoyada en el brazo de un hombre.

En aquel momento sólo vió á la Marquesa, y entregado completamente á la alegría de que no se había equivocado, murmuró:

—¡Ella es!

Habiendo en seguida pasado la vista desde la

CASA DE CAMPO.

Marquesa á su caballero, un grito de terror salió de su pecho y sus cejas se fruncieron violentamente.

— ¡Es él! añadió.

Había reconocido al enemigo secreto de Javier, á su enemigo propio por consecuencia, al hombre que escribió aquella carta pérfida al Comisario de policía: acababa de reconocer á Carral.

Ya no pensó en alejarse.

Estupefacto, perdido en medio de aquellas peripecias acumuladas que se sucedían sin tregua y que apenas le daban tiempo para reflexionar, permaneció inmóvil.

—¿Qué hacer?

La presencia de Carral daba á la partida de la Marquesa una apariencia de amenaza.

Este hombre no podía estar allí sino para atentar contra Javier.

Si por desgracia ya había partido este último, ¿cómo seguir sus huellas? ¿Cómo encontrar el castillo de Rumbrye, el cual se le representaba á Neptuno, á través de su imaginación exaltada por el terror, lleno de emboscadas y sangrientos misterios?

Dirigió en seguida su vaga mirada hacia lo largo de la calle y divisó un fiacre que se acercaba tirado por dos robustos caballos.

Entonces respiró con más libertad.

— Les seguiré, se dijo á sí mismo.

En aquel instante, la Sra. de Rumbrye, ligera y graciosa como una joven, se lanzó á la silla de posta.

Antes de subir á ella, le dijo á Carral:

— Iremos solos; de este modo podremos hablar á nuestro gusto.

Pero al hablar así no había contado con el joven Alfredo Lefebre de los Valles, que se había tendido cómodamente sobre una de las banquetas.

La Sra. de Rumbrye no pudo contener un gesto de impaciencia.

— ¡No esperabais encontrarme aquí! dijo Alfredo soltando una carcajada; vamos juntos..... ¡Por vida de.....!

— Creí que ibais con Elena y el Sr. de Rumbrye, djio secamente la Marquesa.

Alfredo sacó del bolsillo un espejito y se miró á él lleno de satisfacción.

— ¡El diablo que viaje con el Sr. de Rumbrye! refunfuñó; es un cazador del tiempo de Luis XV que desearía se llevasen aún la peluca empolvada, la espada horizontal y el cabello sujeto con un peine..... Palabra de honor, señora, yo no puedo acostumbrarme á eso.

La Marquesa hizo de tripas corazón, é indicó á Carral que subiese.

— Creedme, dijo Alfredo á este último, hoy estáis menos feo que ayer..... Teníais la cara de un desenterrado..... ¡á fe mía!

Echó á andar la silla de posta: al atravesar el portón, Carral y la Sra. de Rumbrye divisaron á un mismo tiempo al mendigo negro, cuya ardiente mirada penetró en el fondo del carruaje.

— ¡Todavía este hombre! — murmuró la Marquesa, que no pudo contener un movimiento de terror.

— Hay en la tenacidad de ese tunante, cierta cosa que no comprendo, pensó Carral por su parte.

Por lo que respecta al joven Alfredo Lefebre de los Valles, se contentó con murmurar sonriendo:

— ¡Lo cierto es que, el diablo me lleve! ¡Si John hubiera tenido solamente dos años más, le habría hecho boxear contra ese negruzco.....!

Neptuno, entre tanto, se dirigió al fiacre.

(Continuará.)

✝

R. I. P.

LA SEÑORA DOÑA ASUNCIÓN SALCEDO Y ORTIZ

Falleció el 3 de Mayo último.

Su sobrino el Director de La Ilustración Católica, *D. Angel Salcedo y Ruiz, su hermano D. Francisco y demás parientes suplican á sus amigos y lectores que rueguen á Dios por su alma.*

¡ERRARE HUMANUM EST!

Todo el mundo puede equivocarse. Así, pues, pretender cuidar sus dientes haciendo uso al principio de un dentífrico ineficaz, á veces perjudicial, es excusable; pero lo que no lo es, es el perseverar en ese error cuando, después de asiduos cuidados, no produce ningún resultado en serio.

Bajo este concepto, no merecen, pues, perdón aquellos que, habiendo escogido otro dentífrico que el **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac**, no se apresuran á adoptar éste tan luego como la experiencia ha demostrado la ineficacia del producto que emplearon hasta entonces.

Agente general.—A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

LA VERDADERA

AGUA DE BOTOT

El unico Dentifrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris

El mejor calmante contra los dolores de muelas.

Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina para los cuidados de la boca.

229, Rue St-Honoré, Paris

Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Inventor 19, Rue des Lilas, Paris | JABON VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.[illegible]

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 14.— Madrid 15 de Mayo de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1.50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7.50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pr. fr.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando.—*Almoneda*, novela por Mad. Bourdon (continuación).—*Las fiestas de Getafe*, por S.—*La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés* (continuación).—*Exposición de Bellas Artes*, por D. Leandro Calvo.—*Fernán Caballero*, por A. Salcedo.—*Monumentos religiosos de Madrid en honor de San Isidro*, por un vecino de Madrid.—*El mendigo negro*, novela de Paul Feval (continuación).

Grabados.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Ciriaco Sancha, Obispo de Madrid-Alcalá. (Véase la Década.)

Las fiestas de Getafe. — Estos apuntes están tomados del natural por el dibujante Sr. Jiménez, redactor de *El Correo Español*.—(Véase el artículo.)

Fernán Caballero.— (Véase el artículo.)

La romería de San Isidro.—(Véase la Década y el artículo *Monumentos religiosos de Madrid.*)

La Iglesia de San Isidro el Real, hoy Catedral de Madrid. (Véase el artículo *Monumentos religiosos de Madrid.*)

LA DÉCADA

La solemne fiesta del Patrón de Madrid, del glorioso San Isidro, es el acontecimiento que para todos los buenos hijos de la Corte caracteriza la mediación del mes de Mayo.

Siquiera en estas cosas aún conserva la sociedad moderna el carácter religioso que le imprimieron nuestros antepasados. La fiesta del Patrón de Madrid es la fiesta de Madrid por excelencia.

Para celebrarla dignamente reproducimos en la primera página de este número el retrato de nuestro Ilmo. Sr. Obispo, del padre espiritual de Madrid y providencia de tantos madrileños necesitados. Es nuestro Pastor uno de los Prelados de más inteligente iniciativa y de más generosa constancia en las obras católicas. Sabida es la parte principalísima que le tocó en la organización del Congreso Católico de Madrid, de imperecedera memoria, y cómo procura llevar adelante los acuerdos del Congreso desde la presidencia de la Junta Central. Él ayuda eficazmente todo lo que es católico y caritativo. El Asilo de Huérfanos ha recibido pruebas más de una vez del amor á Dios, y por Dios á los hombres, que siente el Ilmo. Sr. Sancha. La prensa católica le debe en gran parte el sostenimiento de periódico tan importante, bien escrito y bien informado como *El Movimiento Católico*, y de nuestra modestísima revista ilustrada. Y el Seminario, y la futura Catedral, y todo, en suma, lo que es verdaderamente católico encuentra en el Obispo de Madrid-Alcalá generosísimo y jamás negado apoyo.

***

EXCMO. É ILMO. SR. D. CIRIACO SANCHA
Obispo de Madrid-Alcalá.

¡San Isidro! ¡San Isidro! ¡Hermosa pradera! ¡Alegre concurrencia! ¡Día de fiesta como pocos! Hay por ahí ferias, veladas, romerías más dignas de la fama, más cuidadas por los ayuntamientos, más adornadas de flores, cintas y gasas. Pero ninguna quizás tan característica como esta romería de todo Madrid á los cerros de la orilla derecha del Manzanares. Nuestro grabado da idea de los aspectos principales de la fiesta popular. ¡Lástima que para conseguirlo haya sido menester dibujar también escenas como las marcadas con los números 3 y 4! Pero así es la vida humana; no hay en ella cuadro sin sombras, ni fiesta sin borracheras y sin disgustos.

***

Gracias al Sr. Mellado tendremos este año fiestas más sonadas que otros. Falta hace al comercio madrileño que vengan muchos forasteros, y que la cosa se anime algún tanto. La fiesta más original que se ha pensado es la expedición al campo, que desfilará luego por Madrid, corregida y aumentada; y las personas que deseen asistir á ella necesitan inscribirse antes del 25 del corriente en el Círculo de Bellas Artes, Libertad, 16, pagando la cuota que se fije (15 pesetas), á cambio de la cual se les entregará una medalla conmemorativa y un talón que acredite su derecho. Los concurrentes deberán, además, vestir un disfraz caprichoso de época ó contemporáneo, donde cabe, por consiguiente, desde el de Don Quijote al de Sancho, desde el de emperador hasta el de payaso.

La expedición se hará por la tarde á la parte alta y reservada de la Moncloa, donde habrá preparada una suculenta merienda con honores de banquete, y donde seguramente, por el contraste de los disfraces, ha de ofrecer el conjunto motivos sobrados de hilaridad y de bullicio á los copartícipes.

En aquel sitio se hallarán tam-

bién las músicas, los carros alegóricos para el desfile y la numerosa dependencia de la comitiva.

A la caída de la tarde los expedicionarios se organizarán en la carretera que conduce á la Moncloa para entrar de noche en Madrid, utilizando, á gusto de cada cual, todos los medios de locomoción, esto es, á pie, á caballo, en burro, en velocípedo ó en coches adornados convenientemente.

Para este desfile se preparan, costeadas por el Ayuntamiento, principales sociedades industriales, gremios y centros de recreo de Madrid, varias lujosas carrozas, según los proyectos, y bajo la dirección de artistas notables, cuyos nombres, Plasencia, Alvarez, Domínguez, Suñol, Argenti, Urioste, Amador, etc., etc., son la mejor garantía del acierto y buen gusto que ha de presidir á su construcción.

Las carrozas representarán alegorías de Madrid, el Comercio, la Fortuna, América, Vulcano, las Letras y las Artes, etc., é irán seguidas de músicas y cabalgatas.

El trayecto se hallará convenientemente iluminado, además de llevar un gran número de hachones y bengalas la comitiva. Esta se dirigirá desde el paseo de Areneros por las calles de la Princesa y Leganitos, plaza de San Marcial, calles de Bailén y Mayor, Puerta del Sol y calle de Alcalá, al Retiro, donde se disolverá, y bien puede anticiparse desde ahora, que el desfile ha de ser brillantísimo y fantástico, como no se ha visto igual en Madrid.

***

La muerte del General Cassola ha sido muy sentida por cuantos aprecian el valor militar y la entereza de carácter. ¡Que descanse en paz el ilustre finado!

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para La Ilustración Católica *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Noviembre 18...

Muchos son los días transcurridos, pero no puedo acostumbrarme á la soledad de la casa, en la que no volveré á ver á mi padre. Algunas veces me parece que me llama y corro hacia aquel cuarto desierto, en donde, durante tantos años, le he visto padeciendo, sufriendo, es cierto; pero le tenía allí, pero su débil mano me amparaba, pero aquella sombra, aun era mi padre! Ahora reina el silencio eterno en mi triste casa. Ni la voz debilitada de mi pobre padre, ni los frescos acentos de Francisquita se oyen por ninguna parte; aun me queda Edmundo, pero también este se irá.

No me abandonan mis amigos, sin embargo; Fany me solicita con una constancia de amistad bien difícil de encontrar. Josefina es para mí una verdadera hermana; M. Thurel quisiera verme todos los días en su mesa, todas las noches en torno del hogar de la familia, pero yo evito estas reuniones; conozco que no me conviene la sociedad de los dichosos.

Raimundo y su mujer parecen muy unidos, él porque obedece, ella porque reina. Su hermosura tiene hechizados al padre y al hijo; pero ella, tan querida, ¿corresponde acaso á ese cariño.....?

Saint-Omer, Julio 18...

Escribo poco; las confidencias que uno se hace á sí misma no tienen gracia sino en la primavera de la vida; más tarde, cuando ha derramado la experiencia su amargo licor en el fondo de nuestros pensamientos, no encuentra uno gusto en verse; no se atreve uno á decir sus penas, y dannos vergüenza nuestros sueños, pues la esperanza no es ya de la estación. ¡Nada tengo que decir de mí! cumplo lo menos mal que puedo con mi tarea, y confío en Dios.

Apuntaré, sin embargo, un feliz acontecimiento. Francisquita acaba de dar un hijo á su marido, que está loco de contento. Este querido recién nacido llevará el nombre de Pablo.

Mi Edmundo concluye brillantemente sus estudios y ha escogido ya su carrera; quiere ser médico como su padre, y realmente tiene los gustos estudiosos que hacen al hombre de ciencia, y el corazón caritativo y sencillo que hace al hombre de abnegación. Un año aún y me dejará para ir á París; pero volverá á Saint-Omer, me lo promete; no quiere vivir sin mí, según dice.

Saint-Omer, Diciembre 18...

Veo mucho menos á mi hermana y á su familia; Francisquita, para quien siempre ha tenido tantos atractivos el mundo, se entrega ahora por completo á lo que tanto había deseado. Recibe en su casa á la mejor sociedad del pueblo, y no hay día que no tenga su fiesta ó su reunión. Oigo hablar de sus triunfos, y ayer noche la ví salir para un concierto; estaba engalanada y hermosa, que deslumbraba; y ufana, segura de sí misma, se alejó del brazo de su feliz marido.

Quedé sola un instante en aquel cuarto, que parece arreglado para la intimidad de la familia, para las pláticas del hogar, y me chocaba que Francisquita desertara de aquel dulce y seguro asilo; miré al pasar por el cuarto de al lado la cuna, en la que dormía tranquilamente Pablo bajó la custodia de su nodriza, y me asombré aún más de que la madre dejara al niño y llevara al padre..... ¡Oh! ¡Cómo huyen de la verdadera felicidad.....! ¡Está allí junto á aquella cuna, junto á aquella mesa de labor, junto á aquellos libros, junto á aquel piano, y la que huye de ella para correr tras los placeres y la vanidad ¿volverá á encontrarla en su vida? ¡Cuán dichosa hubiera sido yo con lo que ella desdeña!

Saint-Omer, Febrero 18...

Todo el invierno se ha pasado para Francisquita en esta fiebre de placeres, y no contenta con las fiestas que la ofrece nuestra villa, va á buscar á Lille, á Arras, á Dunkerque los bailes en los que brilla su gracia, los conciertos en los que aplauden su voz. ¿Lo diré? Raimundo, que á principios de invierno parecía encantado de los triunfos de su mujer, ya no los aplaude según creo más que por complacencia; varias veces se ha quejado de la multiplicidad de las fiestas, y en fin, ayer, viendo á Josefina indispuesta, expresó el deseo de quedarse en casa. Mas, como se trataba de un baile, Francisquita resistió, pretextando que lo que tenía su cuñada no ofrecía ningún peligro, y que, por consiguiente, no había para qué hacerle aquel sacrificio; ¿por qué, pues, renunciar á una de las últimas reuniones de la estación? Obtuvo lo que quería; pero me pareció ver un secreto descontento en el semblante de su marido.

Esta mañana he ido á ver á Francisquita; quejábase de cansancio y de fastidio, y, según la costumbre de las personas que no saben emplear el tiempo, apresuraba el porvenir con sus deseos y anhelaba que el verano y los baños de mar le devolvieran frescura y fuerzas.

— Te consumes con esta vida mundana, le dije; quédate en tu casa, disfruta un poco del descanso entre tu marido y tu hijo, y tu salud volverá y estarás fresca y contenta como se debe estar á los veinte años.

— A los veinte años debe uno divertirse, según creo, me replicó con viveza. ¿Resérvanse las fiestas para las mujeres de cuarenta, Octavia?— No, le dije, tratando de reirme, aunque los novelistas traten de ponerlas á la moda; pero confiesa que el exceso de fiesta y de vigilias envejece y gasta hasta las mujeres de veinte años. — Estoy algo cansada, convengo en ello, pero al menos vivo. Una existencia como la que tú quisieras que llevara es una especie de muerte; yo no podría aguantarla.— Mi pobre niña, le dije; comprendes poco lo seria que es la vida, y lo insensato que es el que malgasta su dicha y la de los demás. ¿Crees tú que Raimundo es feliz? — ¿Por qué no? respondió con indiferencia. Si deseaba otra felicidad, debía haberse casado con una mujer de su edad, grave y llena de experiencia. Podía escoger, Octavia.

No me detuve en la secreta alusion que creí encontrar en estas palabras, y le dije:

— Tu madre, Francisquita, era mucho más joven que papá, y, sin embargo, ¿qué ejemplos de abnegación y de trabajo no te ha dejado? ¡No creyó que su juventud era una razón para dispensarse de los deberes de una esposa y de una madre!

Francisquita se sonrojó, y respondió á media voz:

— ¡No es lo mismo vuestra posicion, vuestra fortuna.....!—No impide que tú no debas ser una buena esposa para Raimundo, una buena madre para Pablo.

— ¿No quiero á mi hijo, por ventura?

— ¿Quién lo duda? ¡Pero le dejas en manos mercenarias, apenas te conoce, no has tenido su primera sonrisa, no será para tí su primer palabra!— Vamos, respondió Francisquita, haciendo un esfuerzo por parecer alegre, veo que para tí, Octavia, no hay felicidad fuera de la medianía; que tu ideal es el del viejo Filemon y de su antiguo Baucis:

Heureux de ne devoir à pas un domestique
Le plaisir ou le gré des soins qu'ils se rendaient.

Contentos de no deber á ningún criado el gusto ó el placer de sus mutuos cuidados.

Después de esta broma, cambió de conversación; nada había obtenido y nada he de obtener.

Saint-Omer, Julio 18...

Francisquita y Raimundo se han marchado á los baños de mar, á los que seguirá un viaje á orillas del Rhin. M. Thurel y Josefina se quedan en casa con Pablo, y, al encontrarnos solos, parece que nuestra antigua intimidad ha crecido todavía. ¡Yo lo temía: no están satisfechos de mi hermana! Su amor al lujo, sus gastos inconsiderados, esa fiebre de placeres que la devora, les ofenden menos que el poco amor que manifiesta á su marido y á su hijo.—¡No es esto lo que esperábamos! me han dicho con tristeza.

Le han dado todo: fortuna, posición, cariño, tesoro más precioso que el oro y que la plata: ¿y qué les ha devuelto en cambio?

Estas quejas despiertan á veces en mi corazón una especie de satisfacción orgullosa y condenable: confieso mi miseria, y pido á Dios me la perdone. A veces me digo: —Si me hubiera escogido, ¿se hubiera quejado de mí? ¿No hubiera sido feliz? — Pero Dios me concederá su gracia para triunfar de esta debilidad culpable; y al menos no me he descubierto, he defendido á Francisquita como debía hacerlo, y con tanto más calor tal vez, cuanto que en el fondo estaba yo en las filas de sus acusadores. ¡Ah! ¡Quiero defenderla muy alto, y rezar por ella bajito! ¿No es mi hija? ¿Y no sería un crimen el alegrarme de sus faltas? ¡Qué miserable es el corazón humano! Y cuando se sondean sus profundidades, cuando se ve de qué vergonzosos pensamientos es el receptáculo, ¡qué poco motivo tiene uno para enorgullecerse de algunos actos de bondad y de abnegación!

Pero esta humillacion que experimentamos al escudriñar los oscuros rincones de la conciencia es saludable: lleva á Dios, inclina á la oración, á la confianza y á la sincera y penitente confesión de nuestra nada. «*¡Ha sido bueno que Dios me haya humillado!*» dice el rey David, y yo lo repito con él, avergonzada de las tristes debilidades de mi corazón. No desespero de mí, ¿y por qué he de desesperar

de mi hermana? Ya conocerá el vacío y la nada de esos placeres; volverá á la sencillez, á las santas afecciones; el día de Dios llegará para ella y sin duda abusará menos que yo de la divina gracia.

Saint-Omer, Octubre 18....

Mi Edmundo sale mañana para París; va á pasar cuatro años largos lejos de mí. Es un gran sacrificio para mí, que le quiero tanto; pero le dejo marchar sin inquietud, y me parece que su hermosa alma nada tiene que temer de la corrupcion del siglo; su inocencia está cubierta con escudo de la fe y defendida con una voluntad firme, enérgica, que quiere el bien y se aficiona á él con ardor. Raimundo obra como buen hermano en esta circunstancia; él se encarga de los gastos que origine la carrera de Edmundo, y, no lo dudo, será remunerado por el éxito y la buena conducta de este querido niño, que tanto se asemeja en todo á nuestro padre.

Saint-Omer, Noviembre 18....

Ya se ha marchado: ahora estoy completamente sola. La casa paterna está sola, pero en la otra mansión del Padre celestial veo á los que he amado y á ella se encaminan mis deseos.

Saint-Omer, Enero 18....

No volveré á decir nada á Francisquita, que no hace caso de mis súplicas, y continúa su vida de lujo y de placeres: está metida de cabeza en el torbellino, y el interior doméstico, la paz del hogar, no son para ella sino un horroroso aburrimiento. Me da miedo el despertar: cada sueño tiene el suyo.

Saint-Omer, Abril 18....

¡Nueva pena! lo que yo temía sucede; Josefina y su padre, ofendidos de que para nada cuente con ellos Francisquita, se separan de ella y van á vivir á Lyon, su país natal. Así se ha roto aquella dulce y rara unión del padre con los hijos, de la hermana con su hermano; y se ha roto por culpa de la esposa, de la que hubiera debido estrechar aquellos lazos con nuevas afecciones, por culpa de mi hermana. Nada ha querido oir, ni los consejos paternales de M. Thurel, ni las súplicas de Josefina, todo lo ha rechazado con igual desdén: ha introducido en su casa gastos espantosos y fiestas turbulentas, opuestas á sus gustos y costumbres, y viendo que nada pueden obtener de ella, no queriendo turbar la paz del matrimonio, á la que Raimundo sacrifica sus deseos, se alejan.

Este rompimiento se hace sin quejas y sin bulla. A pesar de que me han comunicado esta noticia con todos los miramientos de la amistad, me ha herido, sin embargo, el corazón; pues preveo lo criticada que va á ser mi hermana por la opinión pública, y el riesgo que va á correr en adelante su felicidad.

Raimundo aguanta sus caprichos; ¿pero no disminuirá su amor, no le pedirá un día estrecha cuenta de los lazos que por ella ha roto, de los gustos que ha inmolado, y hasta de la fortuna sacrificada? El porvenir me da miedo.

Francisquita no ha hecho ninguna instancia para detener á su suegro y á su cuñada: en el fondo no la disgusta verse libre de esa tutela, por inofensiva que fuera..... ¿No echará de menos algún día la protección con que una familia respetable puede cubrir á la mujer imprudente y ligera? — ¡Dejas marchar á tus mejores amigos! la dije ayer. — ¡Un mentor y una gazmoña! me respondió. No seré libre y realmente ama de mi casa hasta el día de su marcha; así es que la aplaudo con todo mi corazón; ellos serán más felices, y yo también. — ¿Y Raimundo? — Para Raimundo el cariño de su mujer es lo primero. — Un padre y una hermana podían vivir á tu lado sin hacerte sombra. — Me estorban, como me estorban todos ó todas las que se entrometen en mis cosas. ¡Quiero ser libre, Octavia!

Comprendí: ¡Dios mío, tened piedad de esta pobre niña!

Saint- Omer, Junio 18....

La soledad crece en torno mío, como sucede siempre á los que no han podido levantar una tienda sobre el suelo y fundar una familia. Cuando una mujer no tiene ni hijos ni marido; cuando no ha buscado al pie del altar la familia religiosa que da Dios á las que lo dejan todo por él, está destinada á envejecer y á morir sola. Su abnegación misma no le salva de esta soledad; ama demasiado para detener cerca de ella, á su sombra, un tanto triste, á los que ha educado y visto crecer. ¡Hermanos y sobrinos! estos tiernos amigos, que hacían las veces de hijos, y toda la ilusión de la mujer soltera, la dejan, para lanzarse á la lid, y queda sola. Felizmente, y como ha dicho un poeta:

La nuit est déjà proche à qui passe midi....

La noche está muy cerca del que ha pasado el medio día.....

Y el medio día de la vida sonó ya para mí; el pacífico sonido que á la noche precede ya está aquí.

Recibo cartas de mi buena Josefina y de mi queridísimo Edmundo. Desde que se han ido los dos, conozco la emoción que dan los pasos del cartero, la vista de la caja entreabierta, y su campanillazo, que despierta la esperanza.

Las cartas de Edmundo son cortas, pero buenas: me promete una más larga.

Saint-Omer, Julio 18....

Carta de Edmundo á Octavia.

«Mi buena y queridísima hermana: ¡Cuánto tiempo hace que no hemos charlado juntos! Las cartas no suplen por más que sea á una buena conversación, y desde que estoy en París, confieso que las mías no han sido más que esquelas. Vengo á desquitarte de lo que no era una negligencia, créemelo, sino una necesidad: el tiempo vuela en París; ahora que estoy ya instalado, al corriente de mis estudios, acostumbrado á la vida que voy á llevar durante cuatro años, puedo tomarme un momento de recreo y venir á platicar contigo, mi hermana y mi mejor amiga. Además, he visto en tus últimas cartas traslucirse un sentimiento de inquietud; quisieras ocultármelo, pero te conozco demasiado bien y te quiero más aún para no adivinarlo.

» Pues bien; yo te respondo: *tesiégate*. Conozco los peligros que París encierra, son reales, pero el remedio está al lado del mal. París es la capital de los placeres, de los espectáculos, de las fiestas, es verdad; pero es también la capital de los estudios y de las buenas obras.

» Aquí hay cafés que se parecen al palacio de Aladín, teatros en donde todo es seducción y peligro, paseos en donde el arte iguala á la naturaleza, mil lugares de placer, en fin, en que se pierde el tiempo y en que se evaporan los buenos sentimientos; ¡pero si supieras, Octavia, cuántos otros placeres más puros y más nobles encierra París en su seno! ¡Si vieras esta biblioteca de Santa Genoveva, con sus grandes y armoniosas salas, tranquilas y recogidas, en donde todo convida al estudio, desde los estantes de roble inclinados bajo el peso de los libros hasta las mesas rodeadas de cabezas inclinadas y atentas! La pasión del trabajo nacería allí en el corazón más perezoso y más flojo. ¿Y qué te diré de nuestras Conferencias de San Vicente de Paúl, compuestas de jóvenes tan buenos, tan piadosos, tan llenos de caridad y celo? No te diré sino que si las vieras, comprenderías que la pasión de la limosna brota, sin remedio, en el corazón más frío y más indiferente. Allí he encontrado, no sólo compañeros, sino amigos, amigos que me animan al bien, no con sus palabras, sino con sus ejemplos.

» Si asistieras á las Conferencias de Nuestra Señora; si pudieras ver á la flor de la nobleza francesa escuchando atenta y recogida al orador sagrado; si hubieras asistido á la comunión el día de Pascua; si como nosotros, y como los discípulos de Emaús, hubieras sentido tu corazón inflamado, ¡oh! no te chocaría ver trocada la ligereza de la juventud en deseos formales del bien. Estos son, querida Octavia, los apoyos que he encontrado en París, y ya comprendes que yo, habiendo venido á la gran ciudad con aquel instinto de curiosidad que casi irremisiblemente conduce al mal, no me ha costado mucho trabajo el defenderme de los errores que tal vez temías para mí.

» Ya ves, querida hermana, que estoy bien custodiado, puesto que Dios me envía la caridad, el trabajo y la amistad para que me sirvan de ángeles tutelares. Además, tu recuerdo, Octavia, siempre se cierne sobre mí. ¿Querría contristarte? ¿No sé que el único modo con que podré pagarte tu abnegación y tus sacrificios es portándome como hombre de corazón? Cuenta siempre conmigo. ¿Crees que ignoro todo lo que te debemos, nosotros, huérfanos, sobre quienes has velado con tan solícito amor? Si Francisquita olvida su deuda, yo pagaré por ella; yo te pagaré con el cariño y la confianza y no dándote nunca un momento de inquietud. Sosiégate, pues, te lo ruego; ahora soy feliz con el estudio, con los sencillos goces, con tu cariño; más tarde lo seré viviendo á tu lado, practicando el arte que quiero profundizar y que me gusta, y también espero disfrutar de todos los demás goces, del matrimonio, de la paternidad y hasta de los placeres de la vejez. Quiero todo esto, pero á su tiempo y en su lugar. ¿Te ríes? Ya no tienes miedo; ¿no es esto? Y dices para tí: ¡Lo que guarda Dios nunca se pierde!

» Como te he dicho, no tengo compañeros, sino amigos, entre ellos dos, Estéfano y Adriano, á quienes he conocido en clase, á la que asisten con puntualidad (puntualidad que augura bien para todo lo demás); ellos me han presentado á la Conferencia, de la que son activos miembros, y Adriano, que es el más letrado de los dos, me ha llevado á la tertulia del Luxemburg, en donde leo los periódicos y las revistas.

» Añadiré dos palabras que acabarán de tranquilizarte: no leo novelas, porque no tengo tiempo que perder, y no voy al teatro porque recuerdo la recomendación de Chateaubriand á Ozanam. No tengo la pretensión de creerme más ilustrado que el autor de *Los Mártires*, ni más al abrigo que el fundador de las Conferencias.

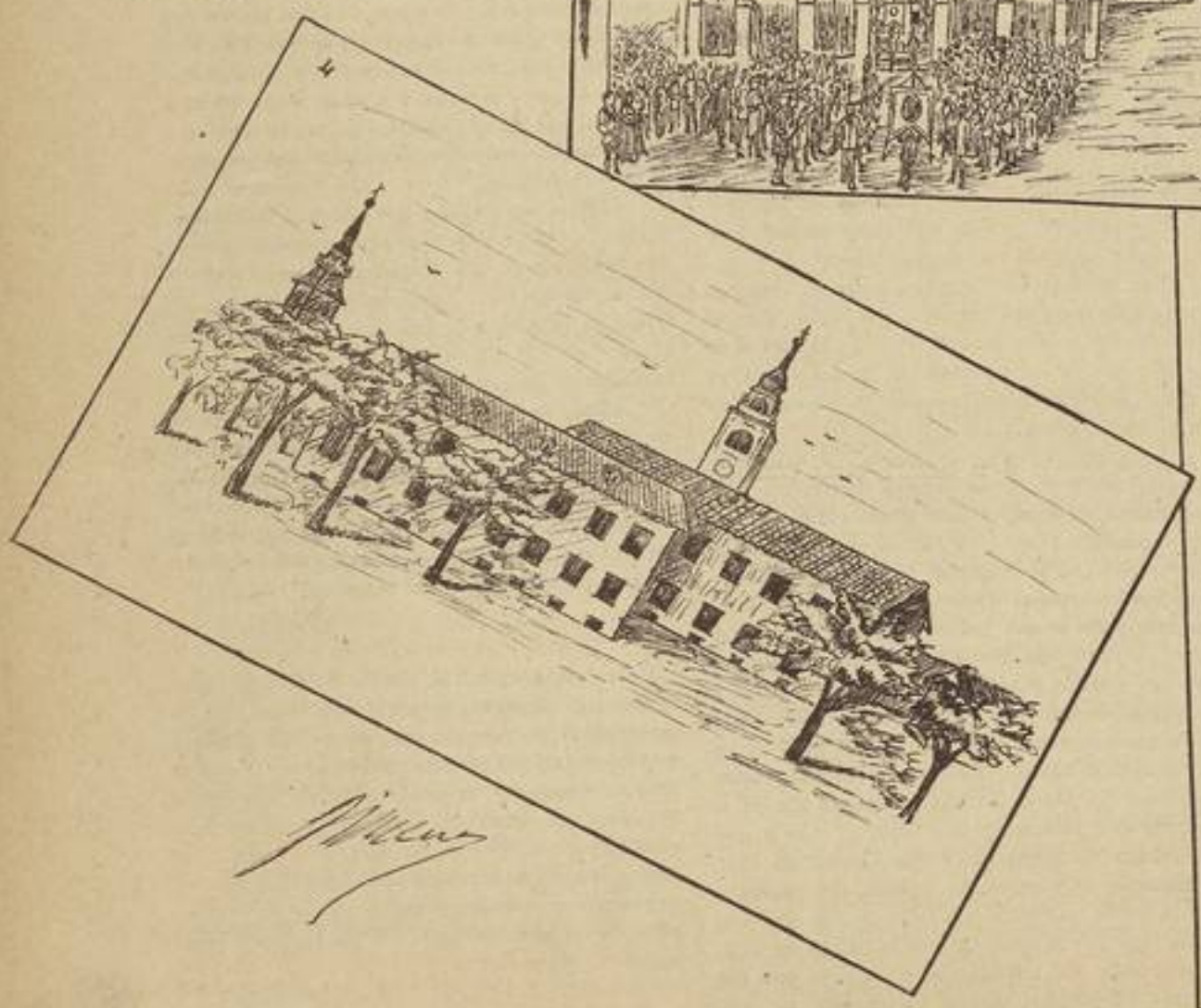
» Adiós, hermana querida, mi buena Octavia, escríbeme largamente, dame cuenta de todo lo que pasa en torno de tí, dame noticias de Francisquita, que no me escribe nunca. ¿Estás contenta de ella? Me temo que no. Un beso á Pablo de parte de su tío de París. Adiós otra vez, y recibe mil cariños del corazón de tu hermano que te quiere,

» EDMUNDO. »

¡Qué buena carta! Sí, en el fondo de mi alma estaba algo inquieta, pero ya estoy tranquila; ha emprendido el buen camino, se aficiona al bien y será feliz; ¿no me sería permitido el morir ahora? ¿No he cumplido ya con mi tarea? Aun queda Francisquita..... pero, qué puedo yo, y qué soy para ella? La veo pocas veces, no quiere mis consejos, mi presencia le estorba; no soy su amiga y no quiero ser su cómplice; pues el que adula ¿no se hace cómplice de las faltas que aprueba? — Mucho le compadezco á Raimundo.

(Continuará).

FIESTAS EN CETAFE



APUNTES

FIESTAS EN GETAFE

(APUNTES.)

Era natural. Desde que se anunciaron las fiestas de solemne beatificación del venerable Pompilio Pirrotti, sabía yo que en ningún Colegio de Escolapios habían de ser esas fiestas tan animadas y ruidosas como en Getafe. Y era natural, repito. En Getafe está hoy de Rector el P. Pompilio Díaz, tocayo del ahora beatificado y *algo más*: el P. Pompilio tenía estrecha obligación, compromiso de honor, de que las fiestas del Colegio puesto bajo su rectorado resultasen lucidísimas y magníficas.

El P. Pompilio Díaz digo que es *algo más* que tocayo del P. Pompilio Pirrotti, y esto exige alguna explicación. Cuando el P. Pompilio profesó en la familia escolapia con el P. Jenaro Miján y otros Hermanos suyos, adoptó el nombre de Pompilio en testimonio de reverencia y devoción al venerable siervo de Dios Pompilio Pirrotti. Aun no estaba este último beatificado, y por lo tanto hubo de concedérsele el nombre á *título provisional*, en expectativa de que pronto fuese beatificado el insigne escolapio napolitano. De aquí se deduce que nuestro amigo el P. Pompilio se ha llamado así desde que profesó hasta el último decreto pontificio de un modo interino: con la beatificación de su tocayo ha ganado, pues, la propiedad de su nombre. Y basta esto para que se tire la casa por la ventana.

Como se la ha tirado el P. Pompilio; pero con inteligencia y buen gusto. No está el *quid* en gastar mucho dinero, sino en saber gastar lo que se gasta.

Los Escolapios, por otra parte, como viven en íntima comunión con el pueblo, *sienten* maravillosamente todo lo que es *popular*; tienen el instinto de las fiestas populares. Las fiestas organizadas ahora en Getafe por el P. Pompilio Díaz serán famosas dentro de un siglo veinte leguas á la redonda.

Porque no han sido fiestas sólo del Colegio. Toda la comarca ha tomado parte en ellas. Los caminos que atravesando estos melancólicos llanos de Castilla van á parar á Getafe se vieron en la mañana del domingo 4 de Mayo llenos de alegres caravanas de *paletos* y *paletas*, caballeros los unos en retozones jumentillos, las otras en majestuosas mulas de paso, éstos recostados en carros, las otras cabalgando en el incómodo pero sano *caballito de Santiago*. De vez en cuando las humildes gentes tenían que apartarse para dejar libre paso al ligero y aristocrático carruaje de campo que conducía á los señoritos madrileños que también iban á la fiesta.

¡Lástima que no brillase el sol con el esplendor propio de los primeros días de primavera! Entonces sobre el azul del cielo se hubieran graciosamente recortado las elegantes líneas de la torre parroquial de Getafe, de que nuestro apunte núm. 1 quiere dar somera pero exacta idea.

Pero si no brilla el cielo como parecía de rúbrica en día tan señalado, la tierra gozosa y alborozada parece despedir aromas de armonía. De la masa de casas negruzcas que componen el apiñado caserío de Getafe salen marciales tonos que dilatan el ánimo. Es la música militar llevada á Getafe por el Padre Pompilio, y que se pasea por todas las calles de la villa precedida de una astrosa vanguardia de chicos desharrapados y seguida de una retaguardia de zagalones palurdos que es lo que tiene que ver en punto á sucios y mal aviados. La música llega á la plaza, bien emperegilada de vistosos trapos, colgaduras, banderolas y gallardetes; dejan de tocar para tomar algún aliento, y mientras tanto, aprovechando el corto asueto, los músicos se sientan á descansar sobre las gradas de la cruz de piedra que hay en medio de la plaza. Es el momento escogido por nuestro compañero Jiménez para sacar el apunte número 2, que podrá apreciar en la precedente página el que tenga el gusto de fijarse.

La función religiosa fué magnífica. Presidíala nuestro veneradísimo Prelado, cuyo retrato va en la primera página de este número, y al que Fernando consagra los mejores párrafos de la Década.

Predicó el P. Pompilio Díaz, y no hay que decir más, porque en Madrid todo el mundo sabe cómo predica el P. Pompilio, y decir de él lo que es justo parecería adulación desenfrenada.

Después de concluídos los oficios, á comer. El Colegio de Getafe tiene una huerta extensa y bien cultivada, de la que ya habla con elogio Madoz en su Diccionario. En la huerta se crían, según fama, unas riquísimas alcachofas. Lo cierto es que el padre Pompilio cuando convida á alguien y trata de aumentarle el deseo de visitar al Colegio, suele decirle: «Le pondremos á usted unas alcachofitas.» Cuenta la fama, sin embargo, que en el Colegio de Getafe se obsequia á los forasteros con algo más sustancioso que alcachofas.

La comida del domingo fué todo lo agradable que puede ser una comida bien servida, mejor sazonada, abundantísima, de platos muy variados, y consumida en paz y gracia de Dios, y en compañía de muchas personas buenas, simpáticas, ilustradas y de amena conversación. Bastaba la presidencia de nuestro bondadoso Prelado para que reinase allí la más franca y cristiana alegría. Hubo sus brindis. Valentín Gómez estuvo inspirado. Y también echó su cuarto á espadas nuestro compañero el dibujante Jiménez, que es, amén de dibujante, literato, como lo demuestra con sus artículos y sueltos en *El Correo Español*. Pero si del brindis salió bien, no así del empeño de sacar un dibujo que diese alguna idea de la fisonomía del P. Pompilio. Resistióse éste tan tenazmente que, aunque Valentín Gómez trató de engañarlo llamándole la atención hacia otra parte, no hubo tu tía; no salió el retrato.

Por la tarde fué la procesión, de cuyo imponente y vistoso acto trata de dar alguna idea el apunte núm. 3. ¡Lástima, repetimos, que el día no favoreciese! Pero no hay más remedio que conformarse con la voluntad de Dios.

Los apuntes núm. 4 y núm. 5 representan, el primero la vista del Colegio de Getafe desde la estación del ferrocarril directo de Madrid á Ciudad Real; el segundo es un contraste de los dos tipos sociales que se educan en las Escuelas Pías: el colegial interno pensionado, y el hijo del pueblo, que recibe en la escuela gratuíta y completa educación. Para educar al último se instituyeron las Escuelas Pías y trabajaron aquellos grandes varones llamados José de Calasanz, Pompilio Pirrotti y otros muchos. Y hoy mismo, si la familia calasancia sostiene sus espléndidos, magníficos Seminarios es para atender con los recursos del rico á la educación del pobre. ¡Admirable artificio de la caridad, nunca bastante celebrado por las musas cristianas!

S.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO X

Sigue la batalla de Talavera. — Retírase los ingleses. — Batalla de Ocaña. — Las guerrillas.

Los ingleses hicieron cargar las masas francesas en el momento en que se ponían en movimiento por dos regimientos de caballería: estos dos regimientos se empeñaron en el Valle, pasaron á pesar del fuego de muchos batallones de infantería entre las divisiones Villate y Ruffin, y se dirigieron con un ímpetu sin igual contra el diez y el veintisiete regimientos de cazadores á caballo. El décimo regimiento no pudo sostener esta carga, abrió sus filas, se reunió un momento después, y el veintitrés de dragones ligeros que estaba á la cabeza de la caballería inglesa, fué casi enteramente derrotado, ó hecho prisionero.

Una división de guardias del Rey de Inglaterra que estaba en primera línea á la izquierda, y en el centro del ejército inglés, fué cargada, y rechazó vigorosamente á los franceses, pero habiéndose adelantado demasiado una de sus brigadas, fué flanqueada por la artillería y la fusilería francesa, tuvo mucha pérdida, y se retiró con mucho trabajo detrás de la segunda línea. Los franceses se aprovecharon de esta ventaja y se adelantaron de nuevo: no les faltaba más que un esfuerzo para desembocar en la llanura, y combatir á sus enemigos en un terreno igual. El Rey José halló que era demasiado tarde para avanzar con la reserva, y el ataque se suspendió hasta la mañana siguiente: en seguida sobrevino la noche, y cesó el combate por cansancio, sin que ninguno de los dos partidos conservase sobre el otro ventajas bastante considerables para tener derecho á reclamar la victoria.

Los cuerpos del Mariscal Víctor y del General Sebastiani se retiraron sucesivamente durante la noche sobre la reserva, dejando una vanguardia de caballería en el mismo sitio de la acción para recoger los heridos. Los ingleses, que esperaban un nuevo ataque la mañana siguiente, se admiraron cuando vino el día de ver que los enemigos se habían retirado á su primera posición sobre el Alberche, abandonando veinte cañones. Los franceses tuvieron cerca de 10.000 hombres fuera de combate, y los españoles é ingleses 6.617, según sus propias relaciones.

El Rey José dejó el primer cuerpo de ejército sobre el Alberche, y marchó con el cuarto cuerpo y la reserva al socorro de Toledo: esta ciudad no tenía más que 1.500 hombres de guarnición, y estaba atacada por una división española del ejército del General Venegas, que se había apoderado el 27 de Aranjuez y Valdemoro. El cuerpo del General inglés Wilson, que se había adelantado de Escalona hasta Navalcarnero, estuvo á punto de ocupar á Madrid algunos días antes. Los habitantes de esta capital le habían abierto las puertas, y habían ido vestidos de gala á recibirle, después de haber obligado á tres batallones franceses, que formaban la guarnición, á encerrarse en el Retiro. José hizo entrar una división entera en Toledo, y vino el primero de Agosto á Illescas, desde cuya posición podía igualmente dirigirse contra el ejército del General Venegas, sostener el primer cuerpo sobre el Alberche, y contener en caso de necesidad á los habitantes de Madrid.

Los ingleses no intentaron atacar al Mariscal Víctor; se retiraron el 3 de Agosto á Oropesa; dejando á los españoles en Talavera, y el cuerpo de Wilson en Escalona, y en la noche del 4 al 5 los ejércitos combinados español é inglés volvieron á pasar precipitadamente el Tajo por el puente del Arzobispo, al acercarse los de los Mariscales Soult, Ney y Mortier, que llegaban de Salamanca por el puerto de Baños, Plasencia y Navalmoral á situarse entre el ejército inglés y el puente de Almaraz.

La vanguardia del cuerpo del Mariscal Mortier pasó el 8 de Agosto el Tajo á nado más arriba del puente del Arzobispo á la una de la tarde durante la siesta; sorprendió una parte del ejército del General Cuesta, y se apoderó de sus cañones, como también de los que habían colocado los españoles para defender el puente. El 11 el ejército del General Venegas fué derrotado en Almonacid en la Mancha por el General Sebastiani. El cuerpo español y portugués del General Wilson fué enteramente derrotado el 12 en las montañas de Baños por parte del ejército del Mariscal Ney, que retrogradaba hacia Salamanca.

FERNAN CABALLERO.

La expedición del General S. A. Wellesley á Extremadura era á lo menos tan expuesta como la que había intentado el General Moore el año anterior contra el Mariscal Soult en Saldaña. Los ejércitos españoles é ingleses hubieran caído enteros en poder de los franceses si los cuerpos de los Mariscales Soult, Ney y Mortier hubieran llegado un día antes á Extremadura; pero José no se atrevió á disponer de estos cuerpos, sin haber conseguido antes el consentimiento de Napoleón. El 22 envió al Mariscal Soult la orden de concentrarse en Salamanca, y de marchar contra el ejército inglés. El Mariscal Soult no recibió esta orden hasta el 27: se puso en marcha el 28, y á pesar de su mucha diligencia no pudo llegar á Plasencia hasta el 3 del mes de Agosto.

Los ejércitos españoles é ingleses permanecieron detrás del Tajo hasta el 20 de Agosto, ocupando á Mesa de Ibor, Deleitosa y Jaraicejo enfrente de Almaraz, cuyo puente de barcas había sido cortado por los españoles. Se retiraron en seguida al Guadiana, y el ejército de S. A. Wellesley volvió á entrar en Portugal.

La invasión de los ingleses en Extremadura había obligado á los franceses á llamar al socorro de su ejército del centro los tres cuerpos destinados á guardar y observar las provincias del Norte de la España, y tenían muchas fuerzas porque se habían concentrado. El gobierno español se obstinó aún después de la partida de los ingleses en obrar en masa: juntó un ejército de 55.000 hombres en las llanuras de la Mancha, y este ejército fué totalmente batido y dispersado el 19 de Noviembre en Ocaña, por sólo el cuerpo del Mariscal Mortier que apenas se componía de 24.000 soldados. Era fácil á los franceses derrotar en batalla campal á tropas levantadas apresuradamente, indisciplinadas y que no sabiendo maniobrar se perjudicaban por el mismo número que debiera hacer su fuerza.

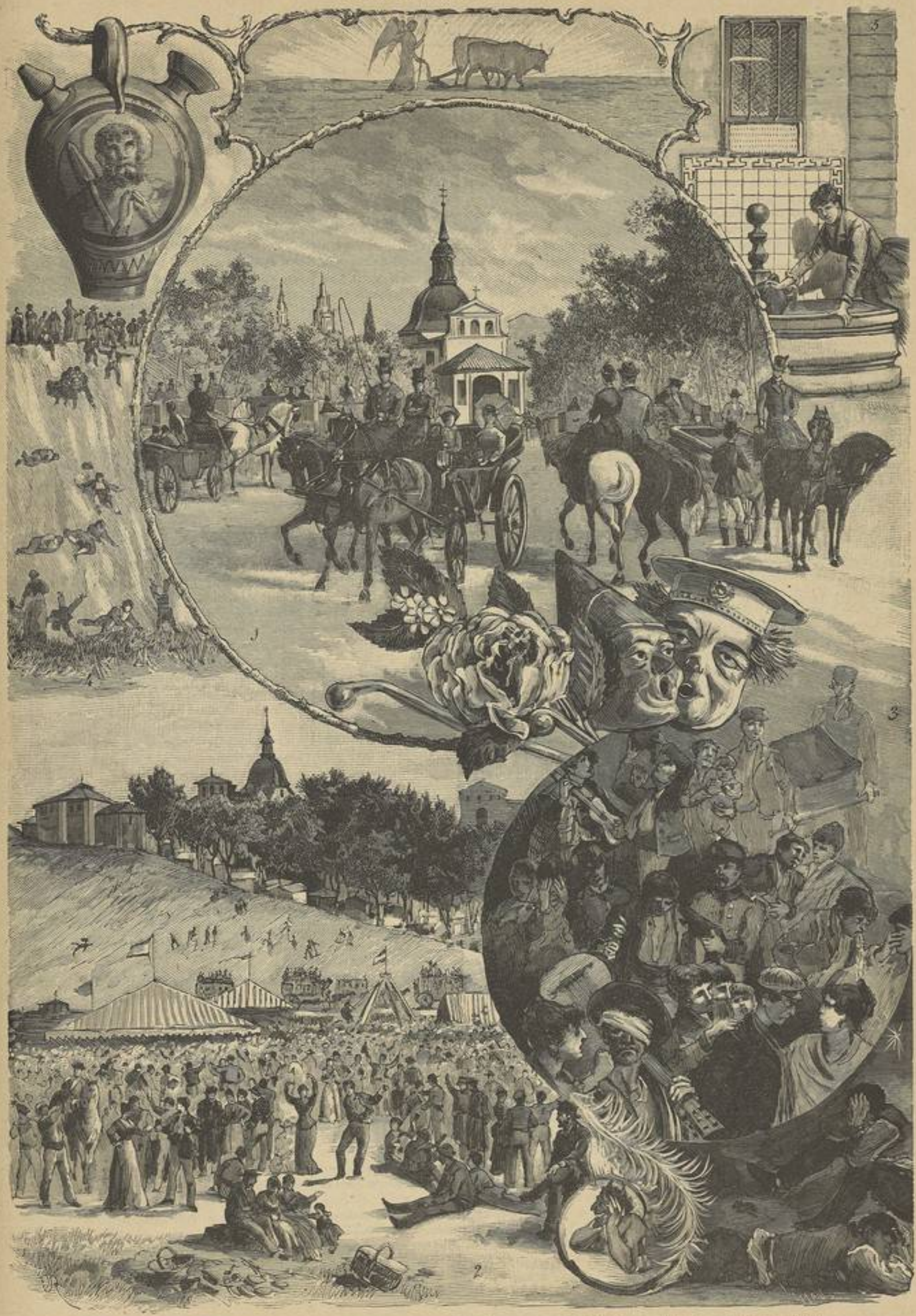
Después de la batalla de Ocaña los franceses debieron reunir de nuevo todas sus tropas disponibles, y marchar rápidamente á Lisboa: pero pasaron á Sierra Morena é invadieron sin tirar un tiro casi toda la Andalucía, exceptuando á Cádiz y la isla de León. Extendiéndose así en el mediodía de la España, dieron tiempo á los ingleses de fortificar á Portugal y organizar las fuerzas militares de este reino. Los franceses se debilitaron porque se diseminaron de nuevo para ocupar, y organizar una grande extensión de país, y los españoles pudieron hacer en casi toda España esta especie de guerra nacional, con la cual habían sufrido tanto los franceses en Galicia, en Asturias y en el Norte de Portugal.

A medida que los ejércitos españoles habían sido destruídos, las Juntas provinciales, no pudiendo comunicarse ya con la Central, empleaban todos sus recursos en la defensa local del país, que administraban los habitantes, que hasta entonces habían sufrido con paciencia esperando su rescate del resultado de las batallas campales, no buscaban ya más que en sí mismos los medios de sacudir el yugo que les oprimía. Cada pueblo, cada provincia, cada individuo conocía más y más la necesidad de rechazar al enemigo común. El odio nacional contra los franceses establecía una especie de unión en los esfuerzos no dirigidos de los pueblos, y se vió suceder á la guerra regular un sistema de guerra en detall, una especie de desorden organizado que convenía perfectamente al genio indomable de la Nación española, y á las circunstancias desgraciadas en que se hallaba.

Los distritos de la España ocupados por los franceses se llenaron bien pronto de partidarios y de guerrillas compuestas de soldados de línea dispersos y de habitantes de las llanuras y de las montañas. Los Curas, los labradores, los estudiantes, los simples pastores se habían convertido en jefes activos y emprendedores. Estos jefes sin autoridad militar, sin tropas permanentes no fueron al principio, digámoslo así, sino unas banderas al rededor de las que venían sucesivamente los habitantes de la campaña á unirse á pelear. Las noticias de las pequeñas ventajas que conseguían estas numerosas partidas las recibía el pueblo con el mayor interés, y se contaban con la exageración meridional: servían para confortar los espíritus abatidos por momentos con los reveses sufridos en otras partes. La misma instabilidad de imaginación, y el espíritu exaltado de independencia que había perjudicado á las operaciones lentas é inciertas de los ejércitos arreglados de la Junta, aseguraban entonces la duración de la guerra nacional, y se podía decir de los españoles que si al principio había sido fácil vencerlos, era ya casi imposible subyugarlos.

Cuando pasábamos de una provincia á otra los partidarios del enemigo reorganizaban al momento en nombre de Fernando VII el país que acabábamos

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO



1. La gente que pasea. — 2. La gente que se divierte. — 3. Los que pagan los vidrios rotos. — 4. Una diversión muy original. — 5. La fuente del Santo.

de abandonar, como si no hubiésemos de volver jamás, y castigaban severamente á los habitantes que habían manifestado celo hacia los franceses. De esto resultaba que el terror de las armas ninguna influencia nos aseguraba á nuestras inmediaciones. Como los enemigos estaban esparcidos por todas partes, los diferentes puntos que los franceses ocupaban estaban todos más ó menos amenazados: sus tropas victoriosas y dispersas, para conservar sus conquistas, estaban desde Irún hasta Cádiz en un un estado de bloqueo continuo, y realmente no eran dueños de más territorio que del que pisaban.

(Continuará.

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

I

Hacer un estudio detenido de todas aquellas obras que en este interesante certamen solicitan la atención del público por sus especiales condiciones, nos forzaría á traspasar los límites que La Ilustración Católica puede concedernos si ha de atender por igual á las diferentes materias que comprende su lema.

Esto en primer lugar, porque hay razones de otro orden que aconsejan y casi imponen el estudio sintético. Atraviesan las artes plásticas un período de crisis que ha de decidir su porvenir por consecuencia del rumbo que á partir de este certamen elijan sus mantenedores. Disputanse el campo dos tendencias poderosas, con prestigios de valor muy aproximado y capitanes de gran autoridad en una y otra parte, y la opinión pública, que en definitiva ha de fallar el pleito, se encuentra irresoluta por falta de obras que expresen con precisión, y sin faltar á aquellas leyes estéticas de eterna observancia, las aspiraciones y propósitos de ambas escuelas ó maneras de traducir la belleza.

Quieren unos mantener en vigor los procedimientos que han servido de norma á los artistas españoles en todo lo que va de siglo, asegurando ser ese el único medio de conservar las tradiciones de aquellas inmortales escuelas que derivando sus nombres de los que distinguían á las ciudades en que tuvieron origen y residencia, tanta gloria dieron á nuestra patria en los siglos XVI y XVII. Pretenden otros inclinar el arte á la observación de la vida moderna, para que transmita á la posteridad todo lo que da carácter á esta época, todo lo que es digno de conservarse, todo lo que puede ser expresado en forma visible y bella.

Hasta hoy, cuando nuestros artistas meditaban una obra de arte, volvían sus miradas al pasado, recorrían las páginas de la historia, y allí encontraban siempre asunto, en armonía con el estado de su ánimo y con su particular manera de sentir. La vida actual, desprovista de las bellezas que la arqueología nos muestra prodigadas en otras épocas, sujetaba demasiado los vuelos de su fantasía y proscribía cruelmente los más brillantes colores de su paleta.

Pero ¿se ha de decir por esto que los artistas españoles, ocupados sistemáticamente en la representación de hechos pasados, descuidaban su misión, si es ésta dar vida á los sentimientos de su época? De ningún modo. Rosales con *La muerte de Lucrecia*, Domínguez con la de *Séneca*, Gisbert con *Los Comuneros*, y Pradilla en *Doña Juana la Loca*, no se limitaron á reproducir escenas más ó menos interesantes de otros tiempos; sus lienzos tienen un profundo pensamiento como origen y perpetúan la estimación del honor, los excesos de la tiranía, el amor á la libertad y los extravíos de una pasión, sentimientos y afirmaciones que son de esta época lo mismo que de las pasadas, y acaso más.

No obstante, no se puede negar alguna razón á los partidarios del «modernismo,» como han dado en llamar á la tendencia que aspira á imponerse. Los artistas citados y otros muchos supieron contenerse en los límites de la exactitud histórica y de la verdad racional; mas sus émulos acudieron á exageraciones de todo género, en las que tuvo no poca parte la falta de cultura intelectual, y ellos han provocado la cruzada contra la pintura «de historia,» dando armas á sus enemigos para ridiculizar los procedimientos de que aquélla se sirve. Los «modernistas» contaban con poderosos auxiliares en París, y ayudados de éstos, dieron el primer golpe á sus adversários, adjudicando el premio de honor en la última Exposición universal al cuadro de D. Luis Jiménez *Visita de un hospital*, prefiriéndole al magnífico cuadro de Pradilla *La rendición de Granada*, que fué expuesto en el mismo certamen.

Acaso están de más en esta crónica más de la mitad de las consideraciones que preceden; las hemos expuesto con el fin de puntualizar las causas que han influído para que la actual Exposición haya sido calificada por muchos, harto ligeramente, como indicio de una gran decadencia artística en lo que toca á la pintura. No hay, en efecto, cuadros de sensación como en las anteriores, mas no por falta de quien los pinte, sino porque los que cultivaban el género suspendieron sus tareas ó desistieron de empezarlas, temiendo un fracaso ante la opinión si ésta se inclinaba del lado de los innovadores: no hay tampoco cuadro modernista que reuna todas las cualidades necesarias para obligar á aquélla á pronunciarse en favor de él; no hay por consiguiente decadencia, sino indecisión. La Exposición representa un alto, una parada en la marcha de las bellas artes: en ella ha de determinarse el nuevo rumbo, y no escasean los artistas, y artistas de talento, para seguirle con bríos.

—

La escultura, en cambio, triunfa en toda la línea. Artistas ya acreditados y otros que ahora emprenden su carrera con innegable talento han concurrido á la Exposición con obras notables, que constituyen el conjunto más brillante que hasta ahora se ha presentado. Hasta tal punto es esto verdad, que con placer hemos observado cómo el público concede especial atención á este nobilísimo arte, que por su carácter abstruso para los no iniciados ha sido tratado hasta ahora, en anteriores concursos, con lamentable desdén.

Contribuye en mucho al éxito que consignamos el que los escultores también se *modernizan;* mas no con las pretensiones docentes que abrigan los del otro arte, sino en un sentido más independiente de todo sistema. Pasaron para no volver en mucho tiempo los asuntos mitológicos, que sólo tienen hoy tal cual rezagado admirador que pugna en vano por dar interés á lo que no puede interesar á nadie; pasó también aquella preocupación malsana que no permitía á los escultores ver la forma sino al través del patrón griego ó romano; y abiertos nuevos horizontes, la escultura sin coturno, sin clámide y sin escudo es más atractiva, más humana y seguramente más interesante.

Las obras más notables de esta sección están firmadas por D. Mariano Benlliure, joven artista de facultades tales, que cultiva todos los géneros, y en todos deja muestras de su extraordinario talento. Hoy es sin disputa el primero entre los escultores españoles, y no es aventurado suponer que el Jurado confirmará el voto general, otorgándole la medalla de honor.

Su estatua colosal, en bronce, representando á D. Diego López de Haro, fundador de Bilbao, es magnífica; está destinada al monumento que se erige en la capital de Vizcaya. Para el mismo lugar son dos bajo-relieves muy buenos, representando sucesos de la vida de López de Haro, que también se admiran á ambos lados de la estatua.

Las demás obras de este artista son:

Busto de playa, estatua en mármol, que representa un muchacho desnudo en el momento en que acaba de sacar del mar una moneda. Es notable la expresión de esta bellísima escultura.

La Marina y *El Ferrocarril*, dos estatuas de tamaño colosal, en bronce, para decorar un monumento dedicado al Marqués de Campo. Su factura es grandiosa y de mucho efecto.

Proyecto de monumento al teniente de infantería Jacinto Ruiz, de muy buen aspecto como conjunto, si bien algo exagerado el movimiento de la figura del héroe.

Jarrón de bronce, asunto mitológico tratado á la moderna, expresión acabada de la fecunda imaginación y buen gusto del autor.

Y, finalmente, cinco retratos en busto, cuatro en bronce y uno en mármol, siendo excelentes los de Gayarre, D. Manuel Silvela y D. Federico Madrazo.

Después de citar aparte, y no con la extensión que merecen, las obras del Sr. Benlliure, por exigirlo así su importancia y el lugar que ya ocupa el celebrado artista valenciano, tenemos que concretar más esta reseña, haciendo la advertencia de que muchas obras de las que citaremos son acreedoras á mayor consideración de la que por necesidad tenemos que concederlas.

Los hermanos Valmitjana (D. Venancio y D. Agapito), muy acreditados por anteriores hermosas obras, presentan dos estatuas: *La Tradición*, muy buena, del primero, y *Escotógenes vencido*, alegoría un poco laberíntica, á juzgar por la explicación que da el Catálogo, del segundo.

Del Sr. Valmitjana, hijo, es un grupo en yeso, muy aceptable, titulado *En peligro*.

D. Angel Díaz ha expuesto una excelente estatua de Quevedo, verdadero retrato físico y moral del egregio escritor, lleno de expresión y de vida. Las dificultades están vencidas con gran acierto, y el conjunto nada deja que desear.

Este autor presenta además una preciosa escultura pequeña, representando á un niño en un sillón.

Al lado de esta estatua figura una deliciosa del Sr. Marinas, titulada *Descanso del modelo*. Su autor sigue el camino trazado por Benlliure, y hace bien.

Los primeros pendientes titula el Sr. Folgueras á un grupo que expone, bien sorprendido del natural, si bien la ejecución deja algo que desear. Como expresión es admirable.

Es muy bueno y está ejecutado con gran verdad el *Náufrago*, del Sr. Inurria Laimosa, y lo mismo puede decirse de la *Violinista*, presentada por el Sr. Reynes, escultor que revela grandes adelantos desde la última obra que de él vimos en otra Exposición.

Los Sres. Gandarias y Sanmartí, bien conocidos, presentan obras que nada contribuyen á su reputación, especialmente el último, cuya estatua representando á Pontejos es una equivocación completa. Mucho mejor que ella es el boceto sobre el mismo asunto expuesto por el Sr. Estors.

Marte herido, del Sr. Alcoberro, es una de las últimas manifestaciones que esperamos ver de ese seudo clasicismo que pasó porque no tenía objeto.

Dos náufragos, grupo en yeso, por D. Miguel Angel Trilles, revela muchas facultades y promete un artista para muy pronto.

La vuelta de la pesca, del Sr. Pastor Valsero, es una gallarda figura de muchacho, que, cargado con los remos, camina á paso ligero hacia el hogar.

El Sr. Alvarez Muñiz, autor del *Hondero mallorquín*, va por buen camino; pero tiene que estudiar mucho y adoptar una ejecución menos dura.

Hasta aquí los asuntos han sido todos profanos, y aunque hay pocos de asunto religioso, hemos que-

rido citarlos aparte, lamentando que nuestros artistas permanezcan alejados de ese perenne manantial de inspiración que les ofrece la Iglesia. En ella buscaron sus más hermosas creaciones los grandes artistas del Renacimiento, que hoy son tan estudiados y no vemos la razón de que en España no se cultive el arte cristiano con la asiduidad y el provecho que emplean y logran artistas de Francia, Italia y Alemania.

De las cuatro ó cinco obras de este género que merecen citarse, es indudablemente la mejor el grupo presentado por el Sr. Susillo y titulado *El beso de Judas:* representa al apóstol traidor en el momento en que de la aleve manera que el título indica, señaló á los soldados quién era el que habían de prender. Algo hay que tachar en la actitud del Divino Maestro, más bien ofendida y desdeñosa que humilde, y algo también en la corrección de las líneas, pero así y todo es digna de estimación y merece aplausos.

El mismo artista, más en su elemento, presenta el boceto de un bajo relieve, cuyo asunto es el *Martirio de Santa Eulalia*, muy bien compuesto y delicadamente ejecutado.

Merece citarse en segundo lugar un busto representando á San Bruno, por el Sr. Atché: es una hermosa cabeza de asceta, llena de unción y muy inspirada.

Angelus, estatua por el Sr. Carbonell y Huguet, sólo puede citarse y aplaudirse como tendencia, pero deja mucho que desear. *Los hijos de Caín*, grupo que representa á dos niños luchando encarnizadamente, es obra del Sr. Amutio, y no ha tenido tanta fortuna en ésta como en la que presentó en la Exposición de 1887.

Finalmente, hay una escultura en madera que representa á *Julia Cristiana*, debida al Sr. Burgalat Ferrer; tiene algo de convencionalismo que impera en las imágenes que se labran para los templos, pero merece citarse.

Cerrando esta breve reseña, citaremos las obras de menor importancia, que hemos dejado para esta ocasión.

El lazarillo de Tormes, grupo de tamaño pequeño, *Risas y lágrimas* y *Aquelarre*, bajo-relieves, por el Sr. Susillo, son producciones delicadas de una imaginación fecunda, predominando sobre las demás facultades y avasallándolas. Este distinguido artista descuella en todos aquellos asuntos en que lo convencional y fantástico predomina y hace un cuadro en un bajo-relieve. Se sale por consiguiente de los límites señalados á la escultura, pero es agradable y de buen efecto lo que crea y logra imponerlo.

Bustos notables hay los siguientes: *Legazpi* por el Sr. Pardo de Tavera, filipino: *Altivez*, *Rafaela* y *Fragmento de estatua*, por el Sr. Reynes: *Retrato del poeta Zorrilla*, por el Sr. Moratilla: cuatro retratos por el Sr. Susillo: dos presentados por los Sres. Díaz y Gandarias, estudios de cabezas que presentan los Sres. Díaz, Trilles y Marinas, sin olvidar una cabeza de chula del primero, de mucha expresión, y modelada con maestría.

La ligerísima enumeración que acabamos de hacer sólo puede dar una idea vaga é incompleta de lo que es la escultura en esta Exposición; pero así y todo sirve al objeto que nos habíamos propuesto, reducido á inventariar, por decirlo así, cuanto hay de notable en las dos salas destinadas al arte que nos ha ocupado.

Al empezar dimos las razones que nos forzaban á hacerlo así, y á ellas nos atendremos al tratar de la pintura en el próximo número.

LEANDRO CALVO.

FERNAN CABALLERO

Entre los vivos que honran nuestra galería de retratos, figura hoy el de la muerta, por todo extremo insigne, que si no tuviera otros títulos para merecer las alabanzas de la posteridad, bastaríala el de restauradora de la novela castellana en los tiempos modernos para garantirle el seguro de una gloria imperecedera. Tiempo hace ya que Cecilia Both pasó de este mundo, y que indudablemente recibe en otro mejor el galardón de sus heroicas virtudes de hija, de esposa, de hermana y de escritora; las flores que sembró ella ya se han secado, los pajarillos que con tanto mimo cuidaba ya se han muerto, las ropas que en sus años postreros cosía para los pobres ya de puro viejas se habrán caído á pedazos..... Fernando de Gabriel, el que trazó sobre su tumba recién abierta una biografía escrita con lágrimas, también es ya un muerto ilustre. ¿Qué resta ya de Fernán Caballero? Desapareció de la vida el Duque de Montpensier, que la protegió con magnanimidad de Príncipe; desaparecieron la Infanta Cristina y la Reina Mercedes, cuyas virtudes de niña contó ella en la *Tarde de Carnaval;* la Reina Isabel, su amiga del alma, es una sombra augusta que vaga silenciosa por los sitios que vieron su gloria de otro tiempo; y en la sociedad ¡qué transformación más completa! la Condesa de Palma, que tan anticuadas encontraba las cosas de su tía la Asistenta, hoy si por ventura vive, será para sus nietos una respetable antigualla que no tendrá nada de *modernista*, ni en su carácter, ni en sus gustos, ni en sus aficiones. Y en aquellos cortijos en que se vivía á *la paz de Dios*, hoy se leen por desgracia *El Motín* y *Las Dominicales*, y se sueña con la nivelación social y con el degüello de los ricos. Ya no hay criadas como María, la de la señora de Calatrava, ni Administradores como D. Benigno, ni Comandantes retirados como el Gobernador del fuerte de Villamar, ni guardan castillos de Menesteo infelices como Doña Liberata. Ni siquiera existen liberales como Carlos, el amante ideal de Elia, ni como el *Liberalito* del famoso cuento. Todo ha desaparecido, todo se ha disipado en la melancólica penumbra de las *cosas que fueron*. Sobre las ruinas ha brotado una generación que no reza el rosario, que lee á Zola y que teme á los socialistas.

No son estas las circunstancias más favorables para que la fama póstuma de Fernán Caballero resplandezca lo que debiera. Es natural: los críticos al uso han convenido en que sus novelas son frescas como ramos de albahaca, tónicas para el alma y para el cuerpo como mañanitas de primavera, pero que al mismo tiempo son..... inocentes. ¡Oh inocentes! Eso no se puede sufrir en los tribunales de la estética presumida y pedantona que ahora se estila. Ser inocente es peor que ser criminal. Porque en las novelas de Fernán Caballero no hay heroína que se desnude delante del público, y por lo tanto no se puede saber si gasta lazos de color de rosa en el corsé ó almilla de batista rameada. Y no hay tampoco esos párrafos largos, interminables; esas páginas yermas y desoladas como sábanas del desierto, llenas de color; esto es, incoloras, llenas de sabor; esto es, insípidas, en que se amontonan las palabras como pirámides de cascote, se dan quiebros á la sintaxis y se *churrigueresa* de lo lindo con ánimo de pintar lo que no es pintable. Fernán Caballero, en punto á defectos, no salió nunca de sus *galicismos* y de sus sermoncicos de abuela que no gustan á los retóricos, y que á los que no somos retóricos nos agradan por la *miga* que contienen, y hasta por el dulce tonillo de sinceridad y de patriarcalidad en que están dichos. Por lo demás, esas novelitas, plagadas de galicismos, tienen la gracia de no aburrir á nadie, y eso que las esmaltan citas de alemanes y de franceses. Y se encuentran en ellas paisajes llenos de sol, marinas encantadoras, sierras vestidas de olorosas silvestres plantas, patios sevillanos, vistas urbanas, y luego una colección de tipos que ningún novelista moderno ha conseguido quizás pintar con tan vigorosa exactitud y en variedad tan asombrosa.

¡Pero son inocentes.....! Psh..... ¡Qué diablo! No es ese, después de todo, un pecado tan grave..... ¿Qué gustan á los niños? ¿Y por qué nos ha de gustar á los hombres lo que agrada á los niños? Dice Emilia Pardo que no es elogio para una novela que la puedan leer sin peligro las colegialas. Convenido. ¿Pero por qué ha de ser un demérito que las colegialas puedan leerlas sin ruborizarse?

Por otra parte, la poesía supone siempre algo de candidez. Para gozarla ya lo dijo Macaulay: el hombre debe procurar transformarse en niño, y tomar algo de la inocencia infantil. Las malicias y marrullerías de la edad madura son poco poéticas. Los cuadros de Fernán Caballero, que respiran ternura y candidez, son apreciados en su justo valor por los niños, por las señoritas delicadas y honestas, por los jóvenes que no han perdido la gracia de sus primeros años. Pero también el hombre corrompido puede gustarlas, y quizás las guste más; porque serán para él un dulcísimo recuerdo y como un eco ó una fragancia del paraíso perdido.

De todos modos, si hoy no es lo que se llama *el gran público* partidario de Fernán Caballero, mañana lo será: las opiniones de la colectividad tienen como el océano su flujo y su reflujo. Y mientras tanto nunca faltarán *devotos* en el altar de la inocencia y de la virtud por Fernán Caballero adornado con fragantes flores campesinas. Y la influencia de la gran escritora patente está en las obras de sus discípulos y continuadores. El P. Coloma, entre otros, cuenta con más lectores que todos los infatuados corifeos del naturalismo á la moda. Y lo mismo que del P. Coloma puede afirmarse de nuestro querido colaborador Polo y Peyrolón. Y si esto es hoy, ¿qué será cuando se disipe, como no tiene más remedio que disiparse, la tormenta actual? Para la gloria de Fernán Caballero empezarán entonces nuevos y más luminosos días.

A. SALCEDO.

MONUMENTOS RELIGIOSOS DE MADRID

EN HONOR DE SAN ISIDRO

LA CATEDRAL

Fundada la casa de Padres de la Compañía de Jesús en 1567, y habiendo tomado el patronato de este Colegio la Emperatriz de Alemania, Doña María de Austria (de donde le quedó el título de Imperial) se construyó en 1651 la actual iglesia, que es un templo grandioso de bellas proporciones y rico de adornos en su interior; siendo dirigida su construcción por el Maestro Francisco Bautista, de la misma religión. Extrañados del reino en tiempo de Carlos III los Padres de la Compañía, quedó destinado este templo á iglesia Real Colegiata, en donde fueron colocados los cuerpos de los Santos esposos Isidro Labrador y María de la Cabeza, y trasladados en solemne procesión el día 4 de Febrero de 1769, pasando á esta iglesia los Capellanes de la Real Capilla de San Andrés, que tomó el nombre de Cabildo de San Isidro. Entonces fué renovada la Capilla mayor por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez.

El cuerpo de nuestro glorioso Patrono está entero; sólo le faltan tres dedos de los pies, y se guarda en dos cajas: la interior, de filigrana de plata, regalada por la Reina Doña María de Neoburg, y la exterior es una urna de oro, plata y bronce, ofrecida por el Colegio de plateros de Madrid. La urna

que contiene los restos de Santa María de la Cabeza está guardada dentro del pedestal que sostiene el sepulcro de San Isidro.

La estatua del Santo, que está sobre el trono de nubes, es obra del célebre D. Juan de Mena; la de la Fe y Humildad al lado de la urna son de Manuel Álvarez y D. Francisco Gutiérrez; las diez de Santos labradores, que antes estuvieron en la Capilla de San Andrés, son de Pereira. Adornan este templo gran número de pinturas notables. El gran cuadro del segundo cuerpo del altar mayor, que representa la Santísima Trinidad, fué pintado por Don Antonio Rafael de Mengs. En las dos colaterales y en la capilla del Santísimo Cristo hay buenas pinturas de Rizzi. En las primeras las que representan á San Francisco de Borja y San Luis Gonzaga; en la segunda dos grandes de la Pasión de Nuestro Señor, y dos óvalos de San Pedro y la Magdalena; y sobre las puertas de la sacristía y capilla de San Ignacio otras que representan la caída de San Pablo, y San Francisco Javier bautizando á los indios, y son de Jordán. En la sacristía también hay una Concepción y un San Ignacio de Alonso Cano, y un cuadro pequeño del Señor atado á la columna, por el divino Morales.

Es esta hermosa iglesia la más grande de Madrid, con una elevada cúpula y está decorada profusamente con numerosas pilastras. La fachada de este suntuoso templo consta de tres puertas entre cuatro medias columnas; sobre las columnas corre la cornisa y encima una balaustrada, rematando el conjunto dos torrecillas laterales, aun no concluídas. El Cabildo de San Isidro volvió á ocupar este templo, después de la supresión de los Jesuítas, y en él se celebra desde hace mucho el suntuoso aniversario de las víctimas del 2 de Mayo de 1808, cuyos restos gloriosos se conservaron en las bóvedas de esta iglesia desde 1814 hasta 1840 en que fueron trasladadas al Monumento del Prado. En las mismas bóvedas reposan multitud de célebres varones por su santidad, dignidad ó ciencia, tales como el P. Diego Laynez, General que fué de los Jesuítas. El otro santo y sapientísimo padre Jesuíta Juan Eusebio de Nieremberg, autor de infinitas obras, y otros muchos hijos de esta insigne casa que figuraron en la república literaria en los siglos XVII y XVIII: y no les acompañan en ellas las de los celebérrimos Padres Isla, Andrés y otras lumbreras por haber muerto en tierra extraña á consecuencia de la expulsión general de los Padres de la Compañía. Brillan al lado de aquéllos los monumentos fúnebres que guardan los restos de otras muchas personas de gran importancia política y literaria: las del célebre diplomático y autor D. Diego de Saavedra Fajardo, que estuvieron anteriormente en la iglesia de Recoletos: las del Príncipe de Esquilache, D. Francisco de Borja, insigne poeta y nieto de San Francisco de Borja; los dos príncipes Muley Xeque, hijo del Rey de Marruecos que se convirtió á la fe cristiana y fué bautizado con el nombre de D. Felipe de Africa, aunque es más conocido por el Príncipe Negro.

La Real Colegiata de San Isidro ha recibido últimamente nuevo insigne honor por ser la designada para primer templo catedralicio de la Diócesis de Madrid-Alcalá. En ella reinó el inolvidable Martínez Izquierdo, y reina hoy el insigne Prelado en que todos los católicos de Madrid tenemos, más que una autoridad, un amantísimo Padre. El pórtico de San Isidro recuerda el martirio de Martínez Izquierdo. Nuestro grabado de la última página representa dicho pórtico en un día de gran solemnidad eclesiástica.

LA CAPILLA DE SAN ANDRÉS

Es suntuosa y fué construída á expensas de los Reyes Felipe IV y Carlos II, y de la villa de Madrid para colocar el sepulcro de su Patrón San Isidro Labrador. Esta, que puede llamarse una iglesia aparte, al lado del Evangelio está adornada con todo el lujo y magnificencia de la arquitectura caprichosa que dominaba en España á mediados del siglo XVII; fué dirigida en un principio por el arquitecto Juan de Villareal, á quien sucedió por su muerte Sebastián Herrera Barnuevo; y si no como modelo de clásico gusto, puede citarse al menos como objeto primoroso del arte y como testimonio magnífico de piedad de una corte y una villa que no titubearon en emplear en ella doce millones de reales. Consta de dos piezas, la primera es cuadrada y la segunda octógona, estando ésta coronada con una bella cúpula con su linterna, ambas adornadas de columnas. En la primera hay cuatro cuadros pintados á competencia por Ricci y Carreño, que representan milagros de San Isidro; en la segunda varios otros de Francisco Caro, discípulo de Alonso Cano, que representan los misterios de la vida de Nuestra Señora. El retablo central en la sala ochavada (en donde estuvo colocado el sepulcro del Santo hasta que fué trasladado al Colegio Imperial), es todo de mármol y de elegante forma, aislado en medio de la iglesia y sobrecargado de estatuas y adornos que, unidos á la multitud de ellos que enriquecen la cúpula, su anillo, pechinas y linterna, dan á esta capilla un aspecto importante. La estatua del Santo es del acreditado D. Isidro Carnicero. La Virgen de una de las portadas es del célebre escultor Pereira, y del mismo el San Andrés que está en la portada de la iglesia.

LA ERMITA

La ermita es anterior al establecimiento de la corte en Madrid, pues fué erigida á expensas de la gran Emperatriz Doña Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, de la que ha cantado en nuestros días Campoamor:

> Yo vi en un medallón sus dos perfiles
> Y la encontré dos veces admirable.

Está situada en un alto á la derecha del Manzanares. De su aspecto exterior dan cumplida idea los grabados que publicamos en la pág. 163. La capilla actual fué restaurada ó mejor dicho construída de nueva planta en 1724 por el Marqués de Valero. Hoy pertenece á la Archicofradía de San Pedro y San Andrés, ó sea Sacramental de San Isidro, que tiene contiguo á la ermita su cementerio, el más rico y suntuoso de los de Madrid.

OTRAS CAPILLAS DE SAN ISIDRO

En la antigua casa de los Condes de Paredes, inmediata á San Andrés, existe una capilla conmemorativa del hecho referido por la tradición de haber vivido en aquel mismo edificio Iban de Vargas, señor de las tierras en que trabajaba San Isidro. Se supone que el santo labrador habitaba en casa de su patrono.

También refiere la tradición que en la casa número 6 de la calle del Almendro, propiedad hoy, según creemos, de los Marqueses de Villanueva de la Sagra, estuvo la cuadra en que San Isidro guardaba su ganado. En memoria de tal hecho existe allí una modesta capilla.

En la calle del Águila, núm. 1, existe, finalmente, otra humildísima capilla consagrada á San Isidro.

OTRAS MEMORIAS

En el famoso puente de Toledo, construído en 1735, están las estatuas de San Isidro y de Santa María de la Cabeza, su bienaventurada consorte. No son obras de mérito.

Antigua es, finalmente, en Madrid la calle de San Isidro, entre las de Don Pedro y la del Angel.

UN VECINO DE MADRID.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAÚL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. Q.

(Continuación.)

Dijo algunas palabras al cochero, le puso un luis en la mano, y se lanzó dentro del carruaje, que echó á andar al instante, siguiendo la dirección de la silla de posta.

Desde por la mañana presintió el negro que le esperaba un día tormentoso.

Antes de abandonar su pobre morada se proveyó del resto de su peculio.

Mientras atravesaba por la ciudad no costó gran trabajo al fiacre seguir á la silla de posta; alguna vez hasta la tomaba delantera, y al pasar el puente de Luis XV los dos caballos de alquiler se encontraron emparejados con los de posta.

El mendigo ordenó al cochero que cediese el paso.

Esta orden era superflua.

Apenas la silla de posta empezó á rodar por la compacta arena de los Campos Elíseos, dejó muy atrás al fiacre.

—¡Arrea! gritó el mendigo por la portezuela.

—¡No tengáis cuidado, patrón! respondió el cochero recalcando esta última palabra con fingida ironía; — á la subida les alcanzaremos.

En efecto: al subir el repecho que hay antes de la barrera de la Estrella, ganó el fiacre el terreno perdido.

Arrastrábanle dos caballos fuertes, pero viejos, y en las bajadas se estropeaban sobremanera.

A una legua de la barrera el cochero se volvió hacia el interior del carruaje.

—¡Eh! *patrón*, le dijo, ¿á dónde vamos de este modo?

Neptuno señaló con el dedo á la silla de posta.

—¡Entendido! replicó el cochero. Vamos á donde ellos....., pero ¿á dónde van?

—¡Adelante! gritó Neptuno con impaciencia; te se pagará.

El cochero sacudió un latigazo á sus jamelgos, y continuó diciendo:

—*Nuestro amo*, habláis muy bien, pero tal vez voy á estropear mi buen par de caballos, y..... salvo el respeto..... no me parecéis..... ¡vamos.....!

Neptuno sacó hasta una docena de napoleones de oro y los enseñó al cochero.

Este chasqueó su látigo en aquel momento con entusiasmo.

—¡Dios mío! murmuró, preciso es creer que este es un buen oficio; ¡tan bueno como el de ese negrote!

En San German-en-Laye, se detuvo la silla á mudar caballos.

El fiacre pasó de largo y tomó la delantera que debía perder muy pronto.

Los dos caballos empezaron á respirar con una fuerza extraordinaria; todo su cuerpo humeaba, y grandes gotas de sudor corrían por sus desmesurados cuellos.

—¿Podrán seguir aun dos postas como ésta? preguntó Neptuno con inquietud.

—¡Dos postas! respondió el cochero; ¡dos postas.....! ¡no haré yo tal aunque me dieseis todas esas amarillas que me acabáis de enseñar!

—Adelante, dijo el negro disimulando su disgusto.

La silla de posta, tirada por caballos de refresco, y que había tomado el galope por ir cuesta abajo, pasó en aquel instante con la rapidez del rayo por un lado del pobre fiacre.

—¡Arrea! gritó Neptuno.

El cochero sacudió dos latigazos á brazo tendido, y los caballos tomaron un galope saltón y desesperado.

Al llegar á otra cuesta ganaron algún terreno; pero á medida que caminaban el atraso era cada vez mayor.

El mendigo se agitaba violentamente sobre los almohadones.

Parecía que con sus desordenados movimientos trataba de dar nuevo impulso á su vehículo.

—¡Arrea! gritaba á cada paso; ¡cuidado con que les pierdas de vista!

El cochero hacía todos los esfuerzos imaginables, pero los caballos aflojaban sensiblemente.

Llegó el caso de que Neptuno, asomado como iba á la portezuela, perdió de vista á la silla en un ángulo del camino.

—¡No tengáis cuidado! dijo el cochero; al llegar al recodo volveremos á verlos.

Doblaron el recodo, pero nada se vió ya.

—¡Diez luises para ti si los alcanzas! dijo Neptuno con desesperación.

—¡Doscientos francos! murmuró el cochero.

Y sacudió tres fuertes latigazos sobre sus fatigados animales.

El dolor les hizo trotar un instante; en seguida volvieron á su paso.

El cochero redobló sus golpes sin piedad.

Los caballos, excitados por una especie de agonía furiosa, salieron á escape con la cabeza entre las piernas, humeantes las narices y tropezando á cada paso; pero al fin corrían como el viento, y el cochero no cesaba de descargar sus tremendos latigazos.

Neptuno, echado sobre la portezuela, como un jockey sobre la crin de su caballo de sangre en el campo de Marte, jadeaba y gritaba maquinalmente:

—¡Arrea! ¡arrea!

Sus crispados dedos destrozaban el forro del interior del fiacre.

Pateaba furioso cada vez que aflojaban algo los caballos, y por el contrario cuando un movimiento repentino le anunciaba una impulsión más rápida, daba un grito de alegría.

Empezaba á anochecer.

Distinguióse al fin en la cima de una cuesta lejana el perfil de la silla de posta que se dibujaba en el oscuro azul del firmamento; y mucho más allá brillaban apenas, arregladas como en un anfiteatro, las luces de las casas de Meulan.

El mendigo lanzó un postrer grito de animosa desesperación, y cayó rendido en el fondo del coche.

Pocos minutos después se sintió un violento choque.... los dos caballos cayeron á la vez.

Pero ya estaba cerca Meulan, y á diez pasos del coche estaba la silla de posta mudando tiro.

Neptuno se lanzó fuera del fiacre, arrojó diez luises al cochero, y echó á correr hacia la silla.

En el mismo instante en que ésta volvió á emprender su marcha, el mendigo con una ligereza extraordinaria y cual si fuera un gato, se agarró á la plancha trasera, y apoyándose algún tanto en los muelles partió con ella.

El maestro de postas quiso gritar al postillón, para que parase, pero la silla rodaba ya sobre las agudas piedras de Meulan, y no hubiera oído caer un rayo: además ya era de noche.

Después de un minuto de ansiedad, el mendigo no temió ya ser arrojado de su puesto.

Durante este tiempo, los caballos del fiacre, tendidos en medio del camino, no daban señales de volverse á levantar.

Levantáronse sin embargo, y creemos, con algun fundamento, que al día siguiente volvieron á correr con mas ánimo que el anterior.

Tales son los caballos de fiacre.

La silla continuaba su marcha á galope.

Al cabo de una hora se apartó un poco del camino, y entró en una larga calle formada por corpulentas encinas, cuyos troncos seculares presentaban á lo lejos cuatro filas perfectamente alineadas.

Enfrente de esta calle aparecía el castillo de Rumbrye, cuya parte habitable iluminada como para una fiesta, sumía en las tinieblas la bella arquitectura de las dos alas construídas de ladrillo, y ostentando aquella forma perfectamente cuadrada de los monumentos del siglo de Luis XIII.

El mendigo continuaba agarrado á la plancha.

Ni la fatiga, ni los vaivenes del carruaje, le hicieron soltar su presa.

Una alta reja con adornos dorados, situada hacia la mitad de aquella pintoresca calle, cerraba lo reservado del parque.

El látigo del postillón hizo salir al guarda de su casucha, y los dos llamadores de la reja rechinaron sobre sus enmohecidos goznes.

La silla de posta pasó como un relámpago y el guarda no divisó á Neptuno.

Este saltó á tierra como á doscientos pasos del castillo y se deslizó sin que nadie le viese, por entre los árboles del parque.

Eran las ocho de la noche.

Los criados expedidos anticipadamente habían hecho los preparativos necesarios para recibir á la familia de Rumbrye y á sus huéspedes.

Apenas llegó la Marquesa, cuando fueron apareciendo sucesivamente otros muchos carruajes.

El salón empezó á llenarse, y cuando á su vez se presentó el Marqués acompañado de su hija, se trasladaron todos al comedor, donde una mesa muy bien provista esperaba la llegada de los viajeros.

Todos hicieron honor á la comida, pues el camino les había excitado el apetito; nuestra imparcialidad, sin embargo, nos obliga á confesar que el jóven Alfredo Lefebre de los Valles dejó muy atrás á los demas convidados.

Antes de finalizar la comida saltaron dos botones de su levita á la inglesa, y la vecina de Alfredo, que era una linda joven, no tuvo por qué quejarse de la charla de su vecino.

—Palabra de honor, señora, le dijo solamente cuando habían retirado los asados. Jamás he comido un pollo tan bueno. ¡El diablo cargue conmigo si no es cierto!

Había hecho un dia magnífico; pero se experimentaba entonces un calor sofocante como el que reina en algunos días de otoño.

Todas las ventanas del salón, situado en el piso bajo, estaban abiertas para proporcionar algo de fresco á los convidados. Detrás de un hermoso rosal, y frente por frente á una de las ventanas del salón estaba agazapado Neptuno en observación de cuanto pasaba.

El pobre negro no había sacado hasta entonces gran fruto de los esfuerzos sobrehumanos que había hecho para llegar al castillo de Rumbrye.

Excluído naturalmente de penetrar en lo interior, sólo podía lanzar ávidas miradas sobre la Marquesa y Carral, quienes sospechaba instintivamente que fraguaban la ruina de Javier.

Estaban sentados á la mesa muy distantes uno de otro, pero sus miradas se buscaban, y más de una vez Neptuno creyó ver á la Marquesa fijar su vista en la que estaba pintado el aborrecimiento sobre el pobre Javier.

—¡Si pudiera decirla que era su hijo.....! pensaba en su interior; pero aun no estoy bien seguro de ello.

Una voz secreta me lo afirma de un modo positivo; pero si se obstina en no reconocerle, ¿cómo probar su engaño?

Además, Neptuno, en medio de su sencillez llena de lógica y de buen sentido, no podía esperar que una mujer que abandonó en otro tiempo á su hijo pudiera reconocerle voluntariamente y escogerle sin oposición, al cabo de veinte años.

En aquel momento se levantaron de la mesa, y la señora de Rumbrye hizo una seña á Carral para que se le aproximase.

En seguida se abrió la puerta del jardín y varios grupos bajaron por la escalera principal.

Aunque éstos pasaron hablando y riendo muy inmediatos al mendigo, éste no se cuidó absolutamente de ellos, pues no quería perder uno solo de los movimientos de Carral y de la Marquesa.

Su mirada estaba fija en la puerta del castillo.

(Continuará.)

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno ha acordado que desde el viernes 16 del corriente, y hasta nuevo aviso, se admitan en negociación en las oficinas centrales del Banco y en las de sus Sucursales en provincias los cupones del vencimiento de 1.° de Julio próximo venidero y de los anteriores, de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los Billetes Hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, emisión de 1886, así como estos mismos Billetes amortizados, con la bonificación de 5 y 50 céntimos por 100.

También ha acordado el Consejo que se descuenten desde el día 3 de Junio inmediato los cupones del mismo vencimiento próximo de la Deuda perpetua interior y los de la amortizable al 4 por 100 y títulos de ésta amortizados, á razón de 4 por 100 anual. El mínimum de percepción por descuento será el importe correspondiente á catorce días y en ningún caso bajará de 15 céntimos de peseta por cada factura.

Los interesados que tengan en depósito ó en garantía de operaciones en el Banco y en las Sucursales títulos de la Deuda exterior ó Billetes Hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, podrán percibir desde el indicado día 16 del corriente el importe de los cupones ó Billetes amortizados con la bonificación expresada, sin otro requisito que la presentación del correspondiente resguardo de depósito ó póliza de préstamo ó de crédito con garantía.

Para descontar los valores á que se refiere el segundo párrafo, que estén depositados ó dados en garantía de operaciones, bastará también la presentación del resguardo ó póliza respectivos.

Madrid 12 de Mayo de 1890. — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda.*

¡PERO ESPEREMOS EL FIN!

Evidentemente que es una excelente cosa el contar diez y ocho años y estar dotado de una dentadura tan fuerte que permita cascar los huesos de albaricoque. Pero ¿que será de esas mandíbulas el día en que la carie haga su primera brecha? Porque este será el fin que deben esperar todas las personas que se olvidan de usar para la higiene de la boca del **Elixir dentífrico de los Reverendos Padres Benedictinos de la Abadía de Soulac.** Es el único que se encargará de mantener en toda su integridad la vitalidad de las encías, de las mandíbulas y de los dientes, y sólo merced á este dentífrico se puede esperar el conservar hasta la edad más avanzada una buena dentadura, tan perfecta como en la época juvenil.

Agente general. — A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentifrico apoyado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Recomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT con Quina** para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL DE **THRIDACE** | **VIOLET** unico Inventor 29 bis Rue Vivienne, Paris | JABON **VELOUTINE**
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos. Juan Bravo, 5.—Teléfono n.198.

LA IGLESIA DE SAN ISIDRO EL REAL, HOY CATEDRAL DE MADRID.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

EPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. | NÚMERO 15. — Madrid 25 de Mayo de 1890. | NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CENTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 ps. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 ps. fs.
Un año..... 8 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando.—*Abnegación*, novela por Mad. Bourdon (continuación). — *El novelista Manuel Polo y Peyrolón*, por D. Jerónimo Forteza. — *El campesino en Galicia*, por Francisco Salgado y Lopez. — *Album de poesías: El Relej*, por D. Angel Lasserda la Vega.— *Exposición de Bellas Artes*, II, por D. Leandro Calvo.— *El mendigo negro*, por Paul Feval (continuación).

Grabados.

D. Manuel Polo y Peyrolón. — (Véase el artículo.)

Gabinete de estudio de Fernán Caballero. — En el número anterior dimos el retrato de la insigne novelista; hoy la vista del gabinete en donde se reunían la incomparable Cecilia para componer tantas obras inmortales.

Disputa de teólogos sobre el misterio de la Trinidad. — Bellísimo cuadro que verán con gusto y admirarán de seguro nuestros lectores.

El hospicio de Madrid. — La abundancia de originales nos obliga á retirar un artículo que teníamos preparado para hoy á propósito del batallón escolar, organizado por el Sr. Gálvez Holguín con niños del Hospicio. El día 30 de este mes de Mayo, fiesta de San Fernando, celebra el Hospicio la de su santo Patrón, cuya estatua hace sobre su puerta principal. Es el Hospicio de Madrid un vastísimo edificio con grandes patios y salones inmensables, muy apropiado para el objeto benéfico á que se le destina. La portada principal es famosa desde el punto de vista artístico; pero con esa fama poco envidiable que es mejor no disfrutar. Se considera dicha portada como el summum de los delirios churriguerescos en materia de arquitectura. Algunos han llegado á proponer que se derribe, de cuya opinión no participamos nosotros; porque, aunque no valga ni mucho menos, por lo mismo que es en su género típica, debe conservarse á título de curiosidad histórica. Y tanto es así, que si mañana hubiera que derribar el Hospicio, como es muy probable que suceda, nosotros propondríamos la conservación de la portada en medio de un jardincito.

LA DÉCADA

De muy poco espacio podemos hoy disponer si hemos de dar cabida en el número á los artículos y novelas obligados, y no hemos de dividir en dos el magnífico estudio crítico que nos ha remitido desde Valencia el Sr. Forteza sobre el ilustre novelista aragonés Sr. Polo y Peyrolón. Y tanto más sentimos esta falta de espacio, cuanto que al artículo crítico hubiéramos añadido nosotros muy gustosos otro biográfico acerca del insigne colaborador de nuestra Revista. Pero ya que no es esto posible, extractaremos aquí los siguientes párrafos de un artículo que hace dos años escribimos á propósito del Sr. Polo con motivo de la publicación de su preciosa novela *Los Mayos*:

«Ha escrito y escribe el Sr. Polo sobre muchas y variadas materias; sus libros de texto repútanse por catedráticos y alumnos como excelentes; su refutación del darwinismo corre parejas en la estimación general con la del sabio obispo de Segorbe, D. Francisco de A. Aguilar y con la elegantísima que debemos á la pluma de la ilustre gallega Emilia Pardo de Bazán; pero en ningún género ha logrado, ni logra tantos aplausos el Sr. Polo, como en el género puramente literario de la novela descriptiva. Con ser tantos y tan buenos los modelos que por dicha poseemos en tan difícil género, las muestras que de él ha dado el Sr. Polo son suficientes para considerarlos entre los más egregios y dignos de admiración y estudio.

Empezó el Sr. Polo su carrera de novelista descriptivo, si mal no recordamos, en las columnas de *La Ilustración Popular Económica*, revista valenciana, que á raíz de la revolución de 1868 consiguió gran circulación é importancia entre las muchas y excelentes publicaciones católicas que por entonces salieron á luz. Dirigía los trabajos de aquella inolvidable revista el literato valenciano D. Agustín López, que por cierto publicó en ella una linda novela titulada *La codicia rompe el saco*, que es lástima que no haya aparecido luego bien expurgada y corregida en tomo aparte. Bajo la inteligente dirección del Sr. López esgrimieron sus primeras armas briosos jóvenes que han sido luego ornamento preciado de las letras patrias. Allí obtuvieron sus primeros lauros Sanmartín y Aguirre, Enrique García Bravo, Guzmán y otros muchos poetas, cuyos nombres con tanto orgullo se citan en la encantadora ciudad del Turia, ciudad justamente llamada «la de las flores» y «la de los poetas,» «Sevilla de Levante,» cuyo Murillo es Juan de Juanes, y cuya Giralda es el Miguelete. Manuel Polo y Peyrolón descolló muy pronto entre aquella brillante juventud.

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

De la ternura de su alma, de la profundidad de sus afectos personales, de su facilidad poética y literaria dió muestras gallardas en la preciosa composición titulada *Lágrimas*; de la pureza de sus sentimientos religiosos, de su nunca desmentida afición á las cosas de la religión y de la patria española y de su laboriosidad, en la colección de artículos eruditísimos sobre la imagen y culto de Nuestra Señora de la Antigua: del género, finalmente, en que debía sobresalir y reinar definitivamente en el público español con el cuentecito titulado *La flor de las vegas*, que al coleccionarse luego en *La realidad poética de mis montañas* mudó de nombre, y se llama desde entonces *El sí de una serrana*.

Cuando escribió *La flor de las vegas*, Trueba debía dominar casi exclusivamente en el entendimiento del señor Polo. Semejantes dominaciones exclusivas son más perjudiciales que provechosas. El estudio de los modelos, para surtir efectos saludables, debe ser amplio y combinado. Sólo así consigue el escritor acertar con su genialidad propia, con su carácter particular; sólo así atina con el arte supremo de apropiarse los elementos estéticos generales, rechazando todo lo que es singular de cada escritor, y cuya asimilación no

es imitación, sino copia. De esto se resiente en cierto modo *La flor de las vegas*. Pero Polo y Peyrolón no era de la raza condenada á servilismo perpetuo. Ya en los cuentos que salieron á luz inmediatamente después del primero, se reveló el escritor originalísimo, de fisonomía propia, que venía, no á seguir las huellas, sino á emular las glorias de los maestros del arte. Así la *Tía Levítico*, que aunque inspirada en el pensamiento de *Simón verde*, de Fernán Caballero, es, por su desarrollo total y por sus pormenores, uno de los cuentos más profundamente originales de la literatura contemporánea; así *Lo que puede una mujer*, también hija por el pensamiento moral que la informa de otro cuento célebre, *La resurrección del alma*, de Trueba, pero muy superior al modelo. *La resurrección del alma* no debe ya contarse entre los cuentos; es una verdadera novela, y para el que esto escribe la mejor indisputablemente de las producidas por el Sr. Polo, aunque autoridad tan respetable como la de Menéndez Pelayo otorga esta prez á la citada *Tía Levítico*.*

Fuera de sus trabajos literarios, el Sr. Polo ha prestado grandes servicios á la Iglesia y á la patria con sus trabajos científicos y apologéticos. La traducción la *Apología cristiana*, de Saint Dulilhé, libro precioso que no debe faltar á ninguna persona católica, bastaría para garantirle una gloria envidiable.

***

La cristiana muerte del valiente marino Antequera, héroe en el Callao y en África, ha sido un acontecimiento, al mismo tiempo triste y consolador, de la década. La Ilustración Católica se asocia al duelo nacional y al que llevará siempre ya sobre la tierra la ilustre familia de Antequera. Era el Vicealmirante fallecido uno de esos hombres que parecen de otra edad por la grandeza magnánima del corazón, por las virtudes heroicas que acrisolaban su carácter, por la fe sencilla que iluminaba su inteligencia. El que ante las baterías blindadas de los peruanos admiró á todos por su serenidad, digna de los tiempos heroicos, tembló antes de morir por haber suscrito y votado el artículo 11 de la Constitución de 1876, que restringió la libertad de cultos, establecida en la de 1869, á mera tolerancia religiosa. Antequera hubiera querido volver á la unidad de 1845, y quizás si en 1876 vota por aquella unidad, en su postrer momento habría lamentado no procurar el restablecimiento de la unidad católica verdadera y eficaz que defendieron con férreos instrumentos de gobierno los grandes reyes y políticos españoles de los siglos XV y XVI.

Cuando se posee una fe como la que tenía el veterano de nuestras guerras marítimas, una fe sencilla y fervorosa, siempre parece que se ha hecho poco, aunque se haya hecho mucho.

Por otra parte, Antequera, verdadero héroe, no tenía su asiento natural en el Ministerio, ni en el Parlamento, por más que en el uno y en el otro luciese como cualquiera. Los hombres como él se empequeñecen en esas rastreras luchas de la política del día, en que hay que tener en cuenta las circunstancias de cada momento y lugar, las ambiciones y las envidias de todos, la maldad como la virtud, y en las que sólo por milagro patente conservan algunos las buenas intenciones. Antequera era para otra cosa; su figura pedía otros cuadros en que campear. Era para bombardear berberiscos en esas inhospitalarias playas de Africa, en que tenía fijo el pensamiento Isabel la Católica en su agonía, y en que pereció D. Sebastián. Era para asombrar á Méndez Núñez por su magnánima serenidad sobre el puente de la *Numancia*. Antequera descendía por línea recta de los que vencieron en Lepanto y de los que murieron en Trafalgar. No pertenecía á esta generación de militares que prefiere veinte duros más de sueldo á una cruz. Antequera prefería la cruz al sueldo, y á la condecoración el cumplimiento austero del deber. Era un caballero, un paladín á la antigua usanza.

¡Que descanse en paz el heroico marino!

***

Estamos en plenas fiestas de Mayo. Iluminaciones, bailes populares; de todo hay. ¡Qué divertidos somos!

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para La Ilustración Católica *por F. de P. S.*

(Continuación.)

Saint-Omer, Agosto 18.....

Los ecos del mundo no me llegan sino por Fany, que á pesar de ser naturalmente delicada y discreta, no puede menos de hablarme alguna vez de Francisquita, de sus fiestas, de su lujo, y de dolerse al mismo tiempo de que comprometa de esta suerte el nombre que lleva, de que aflija á su marido y del abandono en que á su hijo deja. Traduzco al través de sus reticencias que el público cree á Raimundo desgraciado y que Francisquita pasa por una mujer ligera y egoísta. Júzganla con un aumento de severidad desde que no está protegida por la presencia de su suegro y Josefina; sus gastos escandalizan aun á aquellos que más de ellos se aprovechan; sus más asiduos cortesanos son también sus más terribles detractores; y las mujeres, á quienes no gustan ni su hermosura ni su elegancia, la juzgan con un rigor que no anda muy lejos de la injusticia. ¿Quién será el que la defienda? ¿Quién podrá salvarla?

Todo el pueblo se ocupa de ella; un pueblo pequeño, es cierto, pero no sabe aún la desgracia que es el atraer de este modo las miradas del vulgo. El caballo inglés que monta con tanta gracia; el precioso carruaje arrastrado por un tiro de raza; un cachemire; un botón de oro recientemente comprado; una fiesta á la veneciana dada en su hermoso jardín á orillas del Aa, son, en verdad, lo bastante para hacer el gasto de las conversaciones de un pueblo de provincia. A veces háblanme de ella los indiferentes, y creen obrar bien vituperándola solapadamente, bajo el caritativo pretexto que no me ven en su casa ni en sus reuniones; pero estas malignas benignidades no dan en el blanco; me sublevan, y cuando se trata de defender á mi hermana, siento que es de mi sangre, que ha llevado mi nombre y que ha dormido en mis rodillas.

Con Fany es con quien me desahogo un poco; pero conozco, sin embargo, que estas confidencias no son convenientes y seguras sino en el seno de Dios. Después que me he desahogado, es decir, cuando me he quejado, quédame siempre en el alma un fondo de tristeza y amargura. ¡Paréceme que la he vendido, á ella, que es mi hija!

Saint-Omer, Enero 18...

Edmundo está de vuelta. ¡Oh! ¡sí! continúa siendo el mismo que cuando marchó, y en adelante viviré tranquila. Le he encontrado cambiado, es decir, que el niño se ha hecho hombre; que sus facciones, menos redondas, han tomado un perfil grave y una expresión firme y formal; que á los frescos colores de la niñez ha reemplazado la palidez del trabajo, y que en sus modales, siempre sencillos, se nota ahora más soltura; pero con el mismo corazón que ántes, y tiene razón de no cambiar. He encontrado en el hombre la misma ternura que tenía el niño. Alguien comparte la alegría que me causa la vuelta de Edmundo: este alguien es mi otro hermano, es Raimundo. Comprende y siente todas las afecciones de la familia; al casarse con Francisquita se ha hecho realmente nuestro hermano, y si ella hubiera querido, hubiéramos vivido unidos por los más dulces vínculos de confianza y amistad; pero no puede formarse el círculo de familia, puesto que la que forma el lazo lo rompe sin cesar para correr tras los placeres.

¡Qué triste prueba tuve ayer de esta ligereza! Para celebrar las vacaciones de nuestro estudiante querido nos había convidado Raimundo á comer, asegurándonos del gusto con que nos recibiría Francisquita. Fany y su marido eran también de la reunión.

Sorprendióme al entrar en la sala de mi hermana el encontrarla en traje de montar, con un sombrero de castor adornado de plumas y el látigo en la mano. Sonrióse de mi sombrero y me dijo con soltura: — Entre parientes no se guardan etiquetas, ¿no es así, querida Octavia? Por lo mismo he pensado que tú tendrías la amabilidad de reemplazarme y de hacer los honores de la casa.—Pero tú, Francisquita, ¿dónde vas? — Al campo de Helfaut; es una correría proyectada desde hace varios días con Mad. L..... y Mad. D..... Habíame olvidado de advertírselo á Raimundo. Tú me disculparás con Fany..... ¡Ay! Aquí me traen á *Minha*.

Al concluir estas palabras, me dejó y bajó con presteza las escaleras, llevando sobre su brazo la flotante cola de su vestido. Un groom tenía la brida de la hermosa Minha, que volvió la cabeza al oir el ligero paso de su ama; mi hermana montó en silla, echó un beso á Pablo, que la miraba desde una ventana, y marchó á galope, seguida de otro criado. Yo estaba cortada y triste de esta escapatoria, pero domineme para tratar de disimular á los ojos de Fany la falta de consideración de mi hermana.

La comida se pasó bastante bien, á pesar del pensamiento de tristeza, ó de censura, que á todos los convidados dominaba. Después de terminada, los niños de Fany se dispersaron por el jardín, su madre les siguió, y yo estuve paseándome á orilla del río entre mis dos hermanos.

Edmundo nos dejó para ir á jugar al billar con sus primos, y quedé sola con el marido de mi hermana, que me dijo de repente:—¿Qué piensa usted de Francisquita, y cómo disculpa usted esta falta de consideración hacia todos nosotros? Confieso á usted, Octavia, que se acaba mi paciencia, y que no le falta al cáliz sino una gota.

El tono con que pronunció estas palabras, y la expresión severa de su semblante, me aterraron; traté, sin embargo, de disculpar á Francisquita como pude, acabando por apelar al amor que le profesa. — Ciertamente que la quiero con toda mi alma, me dijo; pero ¿cómo corresponde ella á este cariño? descuidando la casa, abandonando nuestro hijo á manos extrañas, obligando á mi padre y hermana á que se alejen de nosotros; no, Octavia, sus afecciones y sus pensamientos no están en armonía con los míos. ¿Y se llama á esto cariño? ¿Qué porvenir nos espera.....? Absorta en sus egoistas placeres, no repara que sufro, y que mi corazón y mi dignidad se ven heridos á un tiempo.—¿Por qué no le habla usted? dije.—Y cree usted que no lo he hecho por ventura, y no permanece sorda á cualquier voz que no lisonjea su vanidad ó su afición loca á los placeres? Pero no volveré á hablar, tomaré un partido..... — ¡Por Dios, Raimundo! ¿Qué quiere usted hacer? — ¡Le quitaré su hijo, contestó con violencia; ¡no es digna de ser madre! — Al concluir estas palabras, su semblante se anegó en lágrimas, las mías también corrieron; pero en el mismo instante salió Pablo á nuestro encuentro, y cogiéndole en mis brazos le coloqué en los de su padre, diciéndole á media voz: — Perdonadla por el amor que tenéis á este niño,

que tanto se parece á ella, y considerad que aún es muy joven, y que la habéis mimado en extremo. Su padre de usted y Josefina le harían el mismo ruego, estoy segura de ello.

No me respondió, pero se me figura que en su corazón estaban selladas las cartas de perdón.

Saint-Omer, Enero 18....

Las cartas de Josefina y de mi querido Edmundo son el único acontecimiento de mi soledad; á los dos les sigo de lejos, á ella en su tranquila ciudad de Lyon, ocupada en sus buenas obras; á él engolfado en el estudio, y preparándose para el porvenir con el trabajo, la oración y la caridad. Esta es toda mi dicha, pues Francisquita continúa siendo la secreta llaga de mi corazón y el constante objeto de mis desvelos. La veo poco, y menos aún á Raimundo, pues me temo sus confidencias, que, sin consolarle en sus penas, podrían debilitar mi alma y turbar mi conciencia. ¡No está escrito en alguna parte que *es preciso llevar el alma entre las manos como un vaso de cristal!* ¡Oh, sí, y bien frágil!

Saint-Omer, Febrero 18....

Esta mañana he recibido una esquela de Raimundo pidiéndome fuera á ver á Francisquita, que, según me decía, estaba muy mal. Marché al momento, y efectivamente, la encontré con una fuerte calentura, el pulso muy vivo y la respiración oprimida. Toda la casa estaba alarmada, y la doncella que salió á recibirme me dijo en voz baja:

— La señora ha cogido un frío al salir del baile, y el médico que acaba de estar aquí ha salido muy preocupado.

¡Ah, todo es de temer! Por de pronto me he instalado junto á ella, aunque no conoce á nadie, pues la enfermedad le ha cogido la cabeza y no habla sino para quejarse..... Pero qué, ¿se cernirá ya la muerte sobre esta vida tan tierna? ¡Oh, no, Dios de bondad! Conservádsela y tomad, tomad los días de la que está cansada del camino, de la que no es útil á nadie..... Dejádselos muy largos á esta niña que los desea.....

Saint-Omer, Febrero 18....

Estamos en el colmo de la inquietud; mi hermana sigue muy mal, y noto en su semblante aquellos síntomas que, desgraciadamente, tan bien he aprendido á conocer. Su salud, quebrantada por las fiestas y las fatigas del invierno, no han podido resistir esta última imprudencia; y en la flor de la edad y de la hermosura, esposa idolatrada y madre dichosa, se adelanta hacia el sepulcro. Si mi vida pudiera rescatar la tuya, hermana mía querida, mi hija; si mi vida pudiera obtenerte algunas horas de juicio y de conocimiento para la salvación de tu alma, ¡oh, con qué gusto la daría! No, nunca se habrán derramado más lágrimas y oraciones al pie de un lecho de agonía.....

(Concluirá.)

EL NOVELISTA D. MANUEL POLO

LIGERO EXAMEN DE SUS OBRAS

La naturaleza nos ofrece ordinariamente lo sencillo como expresión de lo delicado: así la violeta de los bosques sin atraernos por el esplendor de sus matices, ni por la riqueza de sus formas, nos cautiva por la exquisita suavidad de sus perfumes. Lo mismo pasa en la esfera del arte. La obra que tiende á inspirar afectos plácidos, emociones dulces y tranquilos goces, desecha la ostentación y el aparato, lo exuberante y lo vistoso. En ella no caben la complicación, la lucha, el vértigo. Las formas son allí especialmente bellas por lo naturales, ricas por lo expresivas, eficaces por lo modestas, y atractivas por lo delicadas.

Tal es aquel género de novela que apareció en España á mediados de este siglo, alentada por fervoroso espíritu de nacionalidad, inspirada en las vivas é inmaculadas creencias de nuestros mayores, nacida al calor del hogar, perfumada con la brisa de los campos, derramando tesoros de salud y de originales bellezas. En dos puntos casi extremos manaba la fuente de su inspiración; en los cármenes del Sur y en las montañas del Norte, dos paraísos alejados del corrompido hervidero de la madre patria. La risueña Andalucía con sus pueblos de casas blancas y limpias como tacitas de plata, inundados de luz y rodeados de flores, y los amenos valles de las Encartaciones con sus aldeas y villorrios agrupados á la sombra del campanario paternal, á la vislumbre del follaje de crecidos nogales, añejos robles y pomposos castaños, figuran como teatro de aquellas escenas donde la realidad es poesía y la poesía todo alma, donde el pensamiento es siempre sano y la intención siempre recta, el bien puro, el mal enseñanza, y las lágrimas rocío de la Gloria. ¡Loor á Fernán Caballero y á Trueba!

Sin embargo, he aquí dos figuras que irán á sepultarse con la generación presente. Dos astros de primera magnitud, cuyo eclipse durará hasta que termine el *Via Crucis* de los limpios de corazón; hasta que se haya consumado la tragedia materialista. De aquí á entonces, sólo el escaso número de habitadores de la nueva Arca recordará con amor y entusiasmo á esas dos almas nobilísimas, dotadas con largueza de buen sentido é imaginación lozana, ambas de corazón incorrupto y profunda intuición artística. Dios había hecho germinar en ellas el ideal de toda virtud y el anhelo de lo inmaculado, para que dieran expansión á un raudal inextinguible de ternura y revistieran de esplendores la vida del sentimiento. En la esfera de sus producciones, ¿ha existido misión más digna que la suya? Mientras el Angel de Andalucía consagra su genio á la caridad y á la resignación cristiana, á los encantos de la inocencia y á los suaves goces de la felicidad escondida; el amigo del pueblo poseído de las afecciones de su amigo, regocijándose en sus alegrías y esperanzas, le enseña á recoger los frutos del Evangelio por todos los caminos de la existencia, y recrea á los espíritus de buena voluntad con la más risueña y singular apoteosis de la sencillez y del candor, alma de aquellos sabrosísimos cuentos.

Por esta cualidad predominante en ambos autores, ni uno ni otro pueden ya sostener su primitiva popularidad contra las influencias del mal gusto. Así como en la Edad Media imperaba el afán de lo maravilloso, al que sucedió el de lo fantástico hasta la desaparición del Romanticismo, hoy se impone la avidez de las emociones fuertes, unida á la fascinación de los colores abigarrados en la escenografía sensualista y del oleaje pasional movido por los huracanes de la filosofía moderna. Únicamente se dispensan hoy la sencillez de fondo, la falta de argumento, y aun los salpiques y retazos de idealismo, si el novelista es capaz de derrochar su genio entre los laberintos y tornasoles de la idea, reflejados en la rica orfebrería de la palabra gráfica.

Esa pomposidad de las fantasías rutilantes, hartas veces convencional en los clásicos, profundamente lírica en los románticos y pintoresca en los realistas modernos, además de ser un vivo estimulante para ingenios agudos, abre el apetito á los más estragados, y aquí está todo. Añádase la creciente invasión del género pornográfico, si género puede llamarse á la simple exhibición de las inmundicias del pecado. No hace muchos años esos libracos asquerosos aún se ocultaban á la curiosidad pública por un resto de vergüenza; hoy ni siquiera se recatan de la floja y vacilante inquisición de la policía. Es preciso confesarlo: hay dos volcanes en continua erupción que sofocan las semillas del bien en las esferas del arte y de la ciencia: el volcán de la sensualidad y el del libre pensamiento; y ambos funden sus corrientes de abrasadora lava, para sepultar á la familia entre las ruinas del individuo. Se comprende, pues, que en la actualidad sólo puedan competir en fuerza de estímulo con la novela descaradamente licenciosa: para los ilustrados la genuinamente naturalista y para el vulgo la criminalista francesa, fecunda en desbordamientos de pasiones, escenas violentas, trances difícultosos y lances inesperados, y que simpatiza de ordinario con una moral acomodaticia, muy del gusto de la sociedad moderna. De aquí también que la *novela de la familia* creada por la ilustre y virtuosa Cecilia Bolh de Fáber, á pesar de su originalidad y sus encantos, formara su escuela con tan escaso número de discípulos.

Entre ellos figura el discreto y decoroso novelista D. Manuel Polo, cuyos triunfos ha celebrado la literatura creyente nacional y extranjera; pequeño refugio del trastornado mundo intelectual, que no desdeña el talento modesto y generoso. La misma predilección que consagra el Sr. Polo á las doctrinas de Santo Tomás en filosofía, siente por las aspiraciones de Fernán Caballero en la novela. Desde igual altura que éste, contempla los cuadros de familia, la vida del pueblo, los móviles de la actual sociedad, las influencias de la virtud, los laberintos de la pasion, las vías de la conciencia, y las estrategias del amor propio. A la misma luz percibe y define la situación psicológica de sus personajes. No siempre posee la espontaneidad de su modelo en la combinación y aplicación de los recursos artísticos, ni su riqueza de elementos fundamentales, ni la abundancia y energía de rasgos con que aquél vivifica el fondo de sus producciones; pero ambos se nutren de afectos análogos, simpatizan con los mismos objetos, reprueban iguales tendencias y persiguen idénticos fines. El paralelo se acentúa, á medida que uno y otro se acercan á la fuente de sus doctrinas. Existe un librito de divina eficacia y suave soberanía, que empezamos á aprender en el regazo de nuestras madres, ¿qué importa que lo desdeñen los sabios á la moda? Ya les conocemos. Son aquellos ricos de soberbia, á quienes el Señor deja vacíos, mientras colma de sus dones á los sedientos humildes. Fernán y Polo se glorían de beber en ese manantial de sublime enseñanza, y elogian la sabiduría de aquellos á quienes el mundo llama infelices, ofreciéndoles por modelo á todo el que quiera llamarse discípulo de Cristo. Por tal razón subordinan á la moral los recreos de la fantasía, y desprecian con igual entereza las concupiscencias del gusto moderno y los halagos de la crítica utilitaria. Conocen el secreto de libar la poesía en la realidad, sin desechar en ésta sus repulsiones y amarguras.

Para quien no lo mira todo con los ojos de la carne, en todo hay poesía, menos en la caricatura de las grandezas imponentes, en la monstruosidad de los sentimientos, en las orgías del vicio y en los regodeos de la lujuria. Conforme al ideal cristiano, Fernán y Polo, igual que Trueba, no sólo no intentan coger rosas sin espinas, sino que conceden más valor á éstas que á aquéllas; y jamás quemarán un solo grano de incienso en honor del positivismo bajo ninguna de sus abominables transfiguraciones. ¡El ideal cristiano! Algún crítico podríamos citar que prescinde de él en absoluto, no obstante su acendrado catolicismo, al hacer el elogio por circunstancias meramente extrínsecas de una escuela novelesca reprobada por la moral y la dignidad humana. ¿Qué significa para los católicos el simple ideal estético? ¿Y qué es la estética de las formas, sin la trascendencia del bien? La novedad, el

color, la profundidad del pensamiento, la brillantez de la imagen, el centelleo de la palabra feliz, honda, penetrante, figurativa, y hasta las inspiraciones más asombrosas del genio y los vuelos más altos de la fantasía nada absolutamente valen, si no se ordenan á los principios de la ley eterna. Con sujeción á la misma se aquilatan el fondo, el espíritu, la belleza fundamental, la concepción de la obra. Si los principios que en ella alientan, si la expresión que los reviste, no se hallan subordinados á la ley superior del arte; si el fondo ó las formas pervierten, hay que fulminar el anatema. Hora es ya de que nadie se deje alucinar por el fallo transigente de ciertas personalidades ilustres, enamoradas en demasía de la próvida originalidad de la escuela novísima. El idealismo ha muerto: ¿Es más sana la escuela que pretende substituirle? Por qué han pasado de moda las novelas de Jorge Sand? ¿Por sus doctrinas? La sociedad no se ha regenerado. Es porque su inmoralidad surge de los ensueños de la utopía, de la fiebre de la imaginación, de los espejismos de la mente sobreexcitada por un carácter voluble, desencajado, histérico; y las corrientes modernas se inclinan á una inmoralidad más substanciosa, más positiva, más visible, más franca; á la inmoralidad naturalista. La de Jorge Sand y otros soñadores de la misma estofa es ya una antigualla de mal gusto: y á pesar de ello, no hace muchos años uno de los primeros críticos de Europa, D. José María Quadrado, calificó á aquél del más inmoral de los escritores.

No examinemos ahora aparte y en minucioso detalle las obras novelescas de Polo: fijémonos en el espíritu que en ellas domina, porque es el centro de las cualidades que atesoran. Decididamente ese espíritu es la fe de Jesucristo; primera salvaguardia del decoro en las ideas, guía infalible del sentimiento, y única garantía legítima para las conciencias timoratas. ¿Queremos decir que nuestro autor convierte la novela en púlpito, desconociendo los resortes á que el género obedece por su índole recreativa? Jamás. El espíritu de una obra es el perfume de la flor, la savia del árbol, la armonía del paisaje, el *quid divinum* que flota sobre las riquezas y primores artísticos, habiéndose compenetrado en ellas desde el momento de la incubación, como la vida y la excelencia de las formas en el *génesis* de toda belleza. ¿No hay flores sin perfume, árboles de corrompida savia, paisajes áridos y monótonos? ¿No es ese *quid divinum* en ciertos autores de genio la antorcha de Satanás que á todo le da color fatídico, ó lo reduce á pavesas? Pues bien: el espíritu del Crucificado, que es la esencia de lo estético y la divinización de los ideales más sublimes, perfuma, nutre y poetiza en las novelas de Polo; mas allí están para recrear la vista el paisaje con su variedad de perspectivas, el árbol con su follaje y sus regalados frutos, la flor con su figura y sus delicados colores. Den testimonio de mi aserto los *Cuentos populares de la Sierra de Albarracín*, poesía traducida en lágrimas de ternura: los risueños *Mayos*, fino y correcto bordado de figuras típicas, expresivas, palpitantes: *Concubinato y Sacramento*, fidelísimo contraste de dos vínculos iguales en la materia y diametralmente opuestos en su origen y consecuencias; novela donde la fidelidad y el gracejo adquieren tonos magistrales: *Lolita*, glorificación de un carácter modelado con gran precisión y severidad conforme á la idea de la mujer fuerte: y por último, las dos series de relatos y artículos que el autor ha titulado modestamente *Borrones ejemplares* y *Bocetos de brocha gorda*, flor de buen sentido, meollo de crítica social, y tizón de la charlatanería materialista.

Católico sincero el Sr. Polo sin aditamentos ni cortapisas, infunde la lealtad de sus principios y la firmeza de sus convicciones á los cuadros y escenas, á las narraciones y diálogos, á los tipos y caracteres; y por un camino siempre llano y expedito se dirige á las soluciones más prácticas y al único resultado lógico de toda situación claramente concebida. Irradiando sobre su fantasía la claridad de su inteligencia, crea con la misma facilidad que concibe, y se aparta sin esfuerzo alguno de las cercanías de todo abismo y de los peligros de toda incongruencia. Su sensibilidad exquisita, sin nada de tumultuosa, viene á servir de cauce á su pensamiento, que cual manso y sosegado río disimula su profundidad en lo vistoso de la corriente. Este río baja de las alturas; y de allí al Océano la primavera se retrata en sus ondas.

La rigidez de principios cuando se combina con la excentricidad y el mal humor, es expuesta á dos vicios de fondo y á otros tantos de forma: los primeros son el exclusivismo en las opiniones y la dureza en la enseñanza; los segundos el dogmatismo en el estilo y la aridez en la frase. En ninguno de ellos incurre nuestro autor, á pesar de que el novelista no siempre se olvida del filósofo. La ortodoxia (al revés de lo que sucede á varios naturalistas en la opuesta senda) no le lleva á subjetivar sus impresiones á impulsos de un personalismo egoísta, infecundo para el arte ó para la moral cuando menos. Es que posee un espíritu sereno en perpetua armonía de facultades, y el curso de sus afectos es la respiración tranquila de un corazón sencillamente cristiano. ¡Y cómo le acarician el alma las brisas de la sierra! El sosiego apacible de las desiertas lomas le convida con frecuencia á sus benéficas expansiones saturadas de ese optimismo sano, virginal, florido, patente de limpieza que presentan al arte las almas color de cielo. Nunca respira tan á sus anchas, ni deja campear con mayor libertad y holgura en las descripciones el númen poético. A veces se entretiene en un diálogo amoroso, honesto, noble regocijo de dos corazones que se abrazan: los amantes se despiden, todo calla después: el autor se queda solo con su fantasía, y ésta sin apercibirse emprende su vuelo tras los rumores de la selva que se alejan y se alejan, y por último se le convierten en misterioso aleteo de ángeles. En estas recreaciones nada hay de puro idealismo, porque así debe sentirse en presencia de la naturaleza apacible y serena. Leed *El sí de una serrana*: ¡Que manojito de violetas silvestres cuajadas de rocío! ¿Cómo se engendró este lindo cuento? De una manera muy sencilla. Los dulces recuerdos de la edad temprana, que siempre revolotean en torno del ideal artístico lo mismo que los pájaros alrededor de la clara y sonorosa fuente para formar concierto de armonías, uno tras otro se le fueron acercando al corazón, y al calor de sus besos nació aquel sí, de labios puros, el más primoroso y lozano de los *Cuentos populares* de la sierra aragonesa, tan populares en el fondo como el vivo lenguaje que los reviste y los atinados modismos con que se engalanan. Señale en ellos la crítica en buen hora deficiencias y lunares, y más todavía en las novelas, pero será difícil que encuentre sobras ni fealdades. Nada descubrirá de pedantescos discreteos filosóficos, nada de inoportunos desahogos líricos, nada de sentimentalismo y de empalagosos floreos. Allí se narra con ingenuidad, sin pretensiones ni exuberancias; se describe con exactitud y colorido, sin asimilaciones idílicas, ni recortes plagiarios; se dialoga con animación y sencillez y se aconseja con libertad y parsimonia. Se sacrifica en ocasiones la galanura de la frase al movimiento dialogal, ó á la expresión característica de ciertos detalles; nunca su corrección y limpieza.

Por otro lado, el juicioso autor en sus novelas y artículos, sin transiciones violentas en el rumbo de sus ideas, incapaz de sacudidas en el ánimo ni de excederse por bruscas afluencias de la fantasía, fustiga cuando es menester con la sátira de las almas nobles, con gracia y cordura. Es menos acre que Pereda y una que otra vez más intencionado que Fernán, procurando no desleir sobradamente la censura como hace éste, á fin de evitar los escollos de la pesadez y la monotonía. Tiene algo del donaire, mas no siempre la benignidad del incomparable Mesonero; y en ciertos casos su golpe de vista adquiere la serenidad, la precisión y el alcance que distinguen á Santiago Liniers, el más severo, sobrio, galano y ortodoxo de nuestros articulistas de costumbres. Polo no se exaspera, ni se desata en procacidades y destemplanzas, fáciles á enconar, inútiles para corregir. Observa, estudia y adquiere convicciones sin perturbarse. En él no existen prevención ó manía, odios ni rencores, antipatías ni simpatías superficiales. Consecuencia de tan hermosos dones, es la robustez y lozanía de su estilo, y aquel aroma de dignidad y aquella pulcritud de expresión que forman un encanto especialísimo en sus obras recreativas. ¡Lástima que la fantasía de nuestro autor, sin que éste saliera de sus propios ideales, no haya dado mayor alcance á sus vuelos! Ya que se decidió á bajar de sus queridas sierras de Albarracín, bien pudiera haber emprendido este otro viaje. Brindábale á tamaña conquista su última novela.

Según él mismo confiesa, en ella ha entrado de una vez en la senda del realismo. ¿Qué importa? Yo entiendo que la escuela realista presenta dos formas: en una tiende á lo subjetivo sobre lo objetivo, extrae la poesía de la realidad y se divorcia del idealismo sólo por sus principios literarios; en otra propende á lo objetivo sobre lo subjetivo, concede á la realidad el valor de la poesía, y desdeña el idealismo por sus tendencias psicológicas. El autor de *Lolita*, como buen discípulo de Fernán Caballero, es realista en la más bella, espiritual y únicamente benéfica de dichas formas, porque sabe que no hay moralidad donde no existe un ideal puro, práctico y bien definido, por cuya eficacia lo sensible trascienda á lo inteligible, la materia al alma, lo temporal á lo eterno. Esta especie de realismo es el mejor antídoto contra el veneno de Zola y sus secuaces. De esta manera se opone la armonía al desorden, la humanidad á la fiereza, la Providencia al fatalismo. Así se combate con el realismo de la verdad que educa, el naturalismo de la realidad que embrutece. Y digámoslo de paso: hay absoluta precisión de arrojar á ese inmundo coloso de los dominios del arte; á pesar de sus alardes de fidelidad descriptiva, de proto-psicologismo analítico, y de renovación filosófica. Sí: á pesar también de la indulgencia con que le miran los que desdeñan el *patriarcalismo* de Trueba y el *idealismo* de Fernán Caballero. ¿Que no podemos achacar al arte la perversión de las costumbres, porque éste sale de la misma perversión? Está bien; pero no añadamos leña al fuego, aumentando la perversión de las costumbres con el influjo y la sanción del arte. La novela no predica, pero moraliza; y al efecto debe dársele más calor de alma que de materia. Téngase presente que de la realidad expurgada, embellecida, idealizada, al idealismo convencionalista que la borra ó desfigura hay una distancia inmensa. Por último (digan lo que quieran los sensualistas transpirenáicos), entre los recursos de su gran escuela existe el indicador pornográfico, la lubricidad de las figuraciones, el germen de la mácula intelectual, que por la maravillosa complexidad de las operaciones anímicas se infiltra en todo y corrompe en el acto, como la acción instantánea de una partícula de veneno. Y aquí cabe preguntar: ¿hay alguien que pueda creerse inmune, dada la índole del género? A lo sumo admito inteligencias acorazadas y pertrechadas contra los errores filosóficos; en cuanto á la sensibilidad y la fantasía, no tienen peor enemigo que su sombra. *Intelligenti satis.*

En las novelas de Polo no existe verdadera trama:

tampoco la tienen algunas muy celebradas de autores nacionales y extranjeros. Cada cual de por sí es una serie de cuadros primorosamente dibujados, ricos de amenidad y ambiente de tonos suaves, fiel colorido y luz bienhechora. Así la apellidamos á despecho de los noveladores folletinistas de salón ó de plazuela; porque al derramarse en las figuras aviva su efecto moral y estético, al par que ofrece variedad de atractivos sin recurrir al manoseado artificio de dar realce á detalles superfluos y á pormenores inútiles. Los susodichos noveladores, para quienes debió de escribirse aquello de *stultorum infinitus est numerus*, han dado en la flor de abrillantar cualquiera especie de menudencias, fabricando un naturalismo vuelto al revés, que fuera la cosa más ridícula del mundo, á no existir sus pretensiones de ingenio y maestría. En cuestión de tipos y caracteres, generalmente no pasan del esbozo; y tocante á sus diálogos, puede sospecharse sin escrúpulo que poseen media docena de moldes para cuantos se ocurran. De sus chistes no hablemos, porque son conocidos de todo lector de almanaques á peseta. Los más originales suelen ser los más verdes, ó los más tontos. Y ¿quién lo diría? Estos, que llevan su amor á la naturaleza y sus inclinaciones á lo estético, hasta el punto de dedicar una docena de líneas al vuelo de una mosca ó á las ondulaciones del humo de un cigarro, son los que más burla hacen de la *bonhomie* de los moralizadores, y miran á Trueba como á un maestro de aldea semipalurdo y bonachón, que sólo sirve para entretener á los chiquillos y á las comadres. Volvamos á Polo, y digamos que si le falta enredo á sus novelas, tampoco ninguna de ellas resulta un mosáico de frivolidades, rasgos incoherentes, figuras de patrón y recursos de baratillo. Pero ¿quién juzga ya el enredo absolutamente preciso para el interés de la novela? Verdad es que da pábulo á la fantasía, mas tambien suele desvirtuar con el aguijón de la curiosidad y la fiebre del anhelo el fruto de la idea moralizadora, si por fortuna existe. Quédese el argumento intrincado para la novela histórica. Los mismos franceses, tan amigos de lances y peripecias, no dudan hoy que la falta de enredo se halla perfectamente compensada con el movimiento de las escenas, la naturalidad y viveza del diálogo, la realidad de los personajes y la lógica de sus móviles, acciones, contrastes y armonías. Yo opino, con no escaso número de críticos, que la novela vive esencialmente de caracteres y descripciones.

Pues bien: en la ejecucion espontánea, sencilla, sobria y correcta de ambos elementos, estriba en gran parte el mérito de nuestro autor y su reputación de novelista. Vamos al primero. Los preciosos modelos en que se ha inspirado habrán contribuído á fijar el rumbo de sus ideales y á depurar el criterio artístico, enseñándole á escoger entre los tesoros de su alma los frutos más exquisitos de la piedad y de la contemplación de las verdades eternas; pero su maestro es la propia naturaleza, la realidad misma despojada de sus mezquindades y absurdos. Insisto sobre este punto, pues ahí es donde duele. Absurdo y mezquino es considerar la realidad de la vida al modo del escritor ligero, vano, frívolo, rebuscador eterno de ruindades y pequeñeces, que tan lindamente se insolenta con las miserias humanas como se sacude de las *molestias* de la virtud y del decoro; ó á la manera del escritor orgulloso, altanero, descreído, que se gloría de rebelarse contra los divinos arcanos, é inocula suavemente el virus de la blasfemia como un germen de regeneración social y filosófica. Polo comprende la vida humana como es en sí, como peregrinacion al otro mundo; y aprecia las alternativas de bienes y males, exaltaciones y caídas, ilusiones y desengaños, oasis y desiertos, con subordinacion á los principios de la ley eterna y á los designios providenciales. Sabe que en la maravillosa economía del hombre, el dolor es un freno del placer y éste una compensación del dolor; y que uno y otro son necesarios al perfecionamiento del individuo y al equilibrio de sus facultades. Por eso cree, como el ilustre Fernán, en la *felicidad cumplida sólo en la otra vida*, en el valor inestimable de la limpieza de corazón, y en las dulzuras de la resignación cristiana. Dígalo si no la buena *Tía Levítico* en el cuento de este nombre. Mujer de un labrador relativamente acomodado, sin sombra ni perfil mundano de ninguna especie, llena su alma del espíritu del Evangelio, se abandona absolutamente en brazos de Dios, que la somete á duras pruebas, hasta desposeerla de su adorado hogar, con el risueño y bien cultivado huerto, objeto de sus delicias y testigo de sus largas tribulaciones. He conocido mujeres muy semejantes á la Tía Levítico, de virtud sólida y conciencia recta, minuciosa, implacable, sin vacilaciones, componendas ni subterfugios; pacientes, resignadas y humildes. *Lolita*, la de los *Amores archiplatónicos* existe también, aunque no es un tipo tan frecuente. Rasgos aislados de su carácter, figuras embrionarias de idéntico perfil, notas sueltas de esa mística armonía que empieza en el Calvario y durará eternamente acompañada por los coros angélicos, se encuentran y escuchan en todas partes por dicha de la humanidad y para confusion de los incrédulos utilitaristas. No hay más que abstraerse del concierto infernal de pasiones é infamias que nos aturde. ¿Quién no sabe que el mal es más visible que el bien? Además, la virtud no siempre exhala sus aromas para los profanos. ¿Cree en ella quien no es capaz de practicarla? ¿Sospéchanla siquiera los que desde los albores de la razón se nutren de sofismas y obscenidades, en lecturas y costumbres? Preguntad á muchos jóvenes si creen en el *P. Galán*, el de los *Bocetos*, siendo así que ha existido en persona, gozando de gran popularidad y prestigio entre las gentes del pueblo. Soltarán la carcajada y os dirán que este humilde Sacerdote, para quien los heroísmos de la caridad eran la cosa más natural del mundo, debió ser un tonto de capirote, quizás un hipócrita, ó si no un pobre fanático á quien los manicomios debían haber reclamado. Habladles de San Vicente de Paúl, de San Simeón el Simple, de San Pascual Bailón, de San Alonso Rodríguez, y de tantos otros bienaventurados por el estilo, y os replicarán que ninguna persona ilustrada debe acordarse de tal caterva de inocentones, y quizás añadirán que *todo eso* va á barrerlo muy pronto el espíritu de la época. Los que vean en el P. Galán algo de dignidad y nobleza os han de objetar que su tipo es más raro que la nieve en Agosto. Se engañan. El P. Galán de los *Bocetos*, el P. Apolinar de *Sotileza*, y otros tipos de sacerdotes ejemplares que figuran en novelas de diversos autores más ó menos variados en sus circunstancias y detalles extrínsecos, son fruto nada escaso de la semilla evangélica, no ya en España, sino en esas naciones donde la corrupción existe en el mismo aire que se respira. Me atrevo á afirmar que el propio *Cura de la Aldea*, de Enrique Pérez Escrich, no difiere de la realidad sino en algunos toques de colorido; si bien el marco en que el autor ha encerrado esta figura puede abandonarse sin dificultad á la escuela idealista. Tanto ó más que el *Cura de la Aldea* valía un tal P. Gabriel inscrito en cierta parroquia de Palma; clérigo que se resistió á ordenarse de Misa hasta los sesenta años por el profundísimo respeto que le inspiraba el sacerdocio, muerto hace algunos en olor de santidad, y aclamado padre de los pobres y modelo de caridad cristiana hasta por la hez de la truhanería.

Donde extrema Polo en este orden de elementos sus facultades de novelista es en los pueblecitos de sus amadas sierras. Los personajes principales de *Los Mayos*, una vez conocidos, no pueden olvidarse. No les falta un solo rasgo preciso, ni el más nimio toque de claro-oscuro. A medida que nos vamos familiarizando con ellos, los mismos accesorios de que se hallan rodeados se incrustan en la fantasía; y sin saber cómo ni por qué, su lenguaje nos traza los movimientos y ademanes, las arrugas de la la cara. expresión del rostro; y no miento si digo que nos pinta el color del cutis y el de las ropas que visten, Lo más notable es que la labor de dichas figuras, tan primorosa y acabada, sale del diálogo con la misma espontaneidad con que la imagen brota del recuerdo ó la palabra de la idea. ¿Quién puede olvidarse tampoco de la Tía Ruperta, precioso tipo que figura en *Sacramento y Concubinato*? Juraría haber tratado á esta mujer sencilla, frugal, hacendosa, activa, inquieta, verdadera ardilla, alma de todas las faenas de la masada, que madruga la primera y se recoge la última. Su virtud es algo rígida para sí y para los demás, y todos la obedecen sin réplica, porque á pesar de las asperezas de su genio, posee el don de excitar simpatías. A su lado hay que sufrir el impulso continuo de palabra y obra. Su lengua no para, y su modo de producirse es vivo y atropellado, sus dichos breves y agudos, sus contestaciones precisas, sus consejos severos. Es económica, pero no roñosa, pues ella tiene para contentar á sus hijos, para obras de caridad, y para los cepillos de la iglesia. Tipos como éste son más comunes en las aldeas de la serranía que en las ciudades y pueblos del llano. La belleza agreste, los aires puros, los aromas de las selvas contribuyen á formarlos; pero sobre todo el apartamiento de los focos de corrupción, la santa ignorancia de los refinamientos enervadores del lujo y de la molicie. En la masad del *Tío Fachenda*, dignísimo consorte de la *Tía Ruperta*, encontramos en todo el esplendor de su antigua estructura y sano y robusto organismo á la antigua familia cristiana del campo. En este hogar todo lo ennoblece y anima la bendición del cielo. Si el trabajo es rudo, no mata; si hay nubes tempestuosas, se desvanecen; si existen amarguras, no hay ponzoñas. El secreto está en que reina allí la paz de la conciencia. Nuestro novelista rivaliza con el insigne Pereda en su afición á las gentes de la montaña, con su pintoresco lenguaje y sencillas costumbres; y gusta lo propio que el delicado Trueba de ofrecer á éstos como perenne y acusador contraste de esa vida ficticia de los centros populosos, donde el carácter se anula deshecho por la ambición, la salud se pierde minada por la crápula y el libertinaje, y los principios religiosos aprendidos y practicados en la niñez se confunden y embrollan ó se olvidan por completo. Pereda, censurado por tan provechosa y natural tendencia y hostigado por los críticos, acentuó dicho contraste de un modo enérgico y trascendental en *La Montálvez*, formidable protesta de la Montaña contra la Corte, de la verdad contra la farsa, del vigor contra el raquitismo. ¿Pero todo es bello en las montañas para esos autores á quienes place oler á pino y carrasca desde una legua? ¿No habrá encontrado el novelista aragonés en Valle-hermoso ni en Peñascales, por ejemplo, caracteres de mala ralea, odiosos tipos, y perniciosas costumbres? Hablen por mí aquel solemne Cascarrabias de *Los Mayos*, aquel indómito y quisquilloso *Tío Tejeringo* y su eterna contrincante la vecina Tía Moño-hueco, el mellizo Julián de las *Costumbres populares*, el Tío Lobezno de los *Bocetos de brocha gorda*, y los bribones Tío Judas, Solimán y adláteres en *Sacramento y Concubinato*.

Bien comprende Polo que la ley de los contrastes, siempre realizada en la naturaleza, es ineludible en el arte: y si en *Amores archiplatónicos* deja de cumplirse fielmente, es porque el argumento se condensa de tal modo en el carácter de la heroína, que éste necesita por sí solo la convergencia directa de la acción con todos sus recursos. Apenas cabía allí

GABINETE DE ESTUDIO DE FERNÁN CABALLERO.

contraste. Unicamente había lugar á la oposición de congruencia (y permítasenos la paradoja) entre las honradas ilusiones de un espíritu soñador y expansivo como el de Fuente-Clara y el carácter severo y práctico de Lolita; de cuya oposición no sólo no resultan choques de ninguna especie, sino que al contrario sirve de incentivo á aquel amor siempre aplazado por la desgracia. La amiga de Lolita, la veleidosa y casquivana Amparo, no sirve al engranaje de la acción como una pieza fundamental, por más que sea un accesorio de primer orden, y por más que su influjo llegue á ser tan funesto á la desventurada joven en el desenlace de la novela. Por tal razón, no debemos considerarla como contraprotagonista. Obsérvese además que entre los personajes secundarios no hay uno solo que pase de la categoría de simple resorte; lo cual no significaría un defecto si las proporciones de la obra con relación á la índole del argumento no fuesen algo exageradas. Ya que la ocasión nos brinda y para no desmerecer la nota de imparcialidad con que creemos honrarnos, señalaremos otro lunar en esta bella producción de nuestro novelista, que quizás para muchos no lo sea. Se nos figura que domina demasiado el efecto de lo melancólico hasta tocar en el extremo de lo tétrico. El tono de la melancolía en la esfera de lo ideal constituye á veces una belleza superior, mientras que en la concreta realidad de la vida puede disminuir el interés, perjudicando á la variedad, y pesando sobre el alma como sobre la cabeza un día bochornoso. Lo tétrico, que se halla en la melancolía de los presentimientos sucesivamente avivada por la realidad de las desgracias, pide grandes recursos artísticos para no degenerar en pesadez y monotonía. Sin embargo, allí están los caracteres de Lolita y su fino amador como dos brillantes engastados en una joya de simple filigrana. En el secreto consorcio de esas dos almas, en la inspiración de sus intimidades, en el conjunto de sus móviles y afectos hay un fondo de belleza que traspasa los límites de lo vulgar en el arte, y aun nos atrevemos á decir que supera al de varias creaciones análogas de autores á quienes se califica de modelos. La figura de Lolita es imponente, y el autor ha sabido colocarla de tal modo, que desde cualquier punto que se la mire, la impresión no cambia. Su aureola no es obra del amor mundano, es de luz celestial; y la tristeza de su carácter no es aquella que según el libro de los Proverbios daña al corazón como la polilla al vestido y el gusano al tronco del árbol. No se origina precisamente (aunque así lo pueda creer el vulgo) de la sospecha de un funesto germen hereditario, ni de los rudos golpes de la desgracia, ni de las dilaciones que sufre su proyectado enlace con el único sér capaz de labrar su dicha. Estos son allá arriba preparativos para el golpe supremo de la gracia; aquí abajo lágrimas, espinas, tragos de hiel, flores quemadas por la escarcha del dolor y deshechas y esparcidas por la muerte. Lolita posee un corazón mas grande que sus angustias, y una voluntad más firme que su mala estrella. La lluvia azota una superficie de acero. Todo es á costa de su salud por la delicadeza de su organismo, mas su espíritu permanece incólume. No es, pues, una tristeza vulgar la suya. Nace de su propia superioridad unida al vago presentimiento de que la atmósfera del siglo es malsana para su corazón. Ha venido al mundo para ser la Hermana Dolores, y llega á serlo en la hora suprema de sus amarguras. Su resolución pronta, irrevocable, y en cierto modo serena, descubre por completo el enigma de su carácter. Es el rasgo mas genuino de su temple de alma; el maravilloso imán que desde lejos atraía la férrea nave á puerto seguro. También este golpe revela el espíritu de Fuente-Clara.

Cualquier otro amante, de los que se encuentran á cada paso, de educación cristiana menos sólida, no hubiera acatado de repente los designios de la Providencia; no hubiera visto morir de súbito en el momento de mayor pujanza la ilusión de su vida, sin embriagarse de escepticismo, y quizás sin entregarse á peligrosos devaneos como absurda represalia por las *crueldades de la suerte*. ¡Cuántos lectores al llegar al desenlace de *Lolita* hubieran deseado ver frenético de dolor á su infeliz amante! No cabe duda, el legendario Romeo hubiese obrado de otro modo. ¿Pero por qué al concluir la lectura de esta novela, experimentamos un vacío que no sabemos explicarnos? ¿Quién sabe? Tal vez porque el patético no adquiere la debida gradación de tonos en armonía con el desarrollo de la acción: porque le falta viveza al interés dramático en el apogeo de su fuerza.

DISPUTA DE TEÓLOGOS SOBRE EL MISTERIO DE LA TRINIDAD.

Veamos ahora cómo describe Polo. Hacer una descripción en que nada sobre ni falte, es casi tan difícil como equilibrar de golpe una balanza. Precisa hallarse dotados de imaginación briosa y fecunda, y de viva sagacidad que le sirva de freno. La descripción no es un espejo de la naturaleza, pero sí de las impresiones que ésta produce. Luego su núcleo es el sentimiento de la bella realidad objetiva, depurado por el más exquisito gusto; y el matiz especial que reviste depende además de la fuerza intuitiva y de la genialidad del autor. Sabemos cómo siente el novelista aragonés, conocemos el vigor y la severidad de su talento; fácil es adivinar cómo describe. Las revelaciones de la naturaleza han trazado ellas mismas el camino de su alma, y entran en ella vivas y saludables como la palabra de Dios; al reflejarse en el arte se han lavado de las más pequeñas impurezas. El arte no tiene más que una piscina: el corazón del artista. De aquí que Polo nunca expresa lo bello sin la significación de lo bueno: es incapaz de describir cosas indignas. Las escenas del vicio le repugnan de tal modo, que si fuera capaz de convertirlas en elemento artístico, sentiría transformársele en fiscales sus propias reflexiones sinceras, y la misma tendencia moralizadora de sus argumentos. Contempladle en aquel hermoso cuadrito de *los Bocetos* titulado *Bendita equivocación*, cuando se ve precisado á introducir al P. Galán á altas horas de la noche en una reunión de gente *non sancta*, para que ejerza las funciones de su ministerio. ¿Qué hace? Mira de reojo, y pasa como sobre ascuas. Los lectores no se fijan más que en la noble y candorosa actitud del humilde sacerdote. Nadie se reirá del chasco: muy al revés, el prurito de lo cómico se resuelve en una lágrima. También Polo rechaza instintivamente lo grosero. No es común en los realistas el escrúpulo de las repugnancias; como si no fuera marcadamente feo todo lo que excita el asco ó desdice de la finura. Retrátese el más miserable tugurio, prescindiendo de sus inmundicias: hágase hablar á gentes de la peor calaña, sin reproducir sus dicharachos é indecencias: búsquese, en una palabra, no el efecto mismo de la realidad, sino un efecto análogo.

En *Sacramento y Concubinato* hay una escena de taberna. Los personajes que allí figuran son los que suelen reunirse en tales sitios, y hablan y bromean conforme á lo que son; y no obstante no se ofenden los más castos oídos. Si el lector siente ganas de marcharse, es para ir á echar un párrafo con el excelente Tío Bernardo, asistiendo al esquileo en su masada, ó escuchando á la sin par Tía Ruperta, á quien ya conocemos, ó quizás (y es lo más seguro) para sentarse un ratito junto á la umbrosa y pintoresca fuente del Berro, á la entrada del viejo sabinar que escala el monte. Preciosa descripción la que graba en la fantasía aquellos parajes. No cabe mayor riqueza de detalles, ni más exuberancia de vida. En general son muy gráficas las descripciones de nuestro novelista, como la de Cinrabal y Peñascales en la citada novela, y la de la casa del Magistrado Fernández en *Amores archiplatónicos*. De vez en cuando rivaliza en sobriedad con Alarcón, y en espontaneidad y soltura con Pereda, no faltándole nunca la naturalidad y la gallardía de estilo. El ideal del género no reclama aquí cualidades superiores ó más espléndidas. Por otro lado, la plétora de ciencia, el incesante chisporroteo de la figura, las maravillas de colorido que distinguen al más naturalista de nuestros autores, no distinguen á otro alguno. Aunque conocemos imaginaciones más exaltadas y fecundas, ninguna es más viva é intensa en España. Tocante á este punto, sólo existe una: Emilia Pardo.

Más aún que en la descripción, descuella Polo en el diálogo; y me atrevo á afirmar que en fidelidad, animación, gracejo y colorido local, no le aventaja en sus novelas y cuentos populares el propio Fernán Caballero. En todo caso, habría que achacarle un tantico de amaneramiento en la forma. Ha observado atentamente la fisonomía del pueblo. Conoce al dedillo sus costumbres, su lenguaje saturado de modismos é incorrecciones, sus preocupaciones y manías, y los tipos más genuínos, ya extravagantes, ya comunes, según las fases de la vida lugareña. ¿Hay nada más característico que aquel donoso juicio verbal de faltas de *Los Mayos*, ó en *Sacramento y Concubinato* la grotesca ceremonia del matrimonio civil con las celebérrimas gansadas del Tío Solimán que emplea un guijarro por campanilla, y solicita del alguacil la estola del Sr. Cura? ¡Cómo rebosa el donaire en estas dos novelas! Hablemos un poco de la última, que en nuestro humilde sentir es la mejor de Polo, y uno de los más felices engendros de buena escuela.

Su fondo, según en otro lugar hemos dicho, es el contraste de esos dos vínculos iguales en la materia y absolutamente opuestos en su espíritu, que se llaman Sacramento y Concubinato. El autor no se propone la solución de un gran problema social ó de un conflicto de la ley, sino simplemente realzar en principio la contraposición fundamental de esas dos uniones, para marcarla después en sus resultados individuales y en la esfera de las costumbres. El teatro de los sucesos, muy bien escogido, es un pueblo de la montaña, y la época en que se desarrollan la más oportuna, á raíz de la revolución de Septiembre. Nadie ignora que la extraña y ridícula manera de celebrarse este acontecimiento en los pueblos de escaso vecindario, se debió á las trazas y al genio revoltoso de unos pocos tunos redomados que supieron manejar el negocio á maravilla para su propio medro. Estos eran precisamente los que con más ó menos descaro hacían gala de incrédulos, los que entre varios errores de igual trascendencia es parcieron el del matrimonio civil como substitución del canónico, anatematizando el sacramento para fomentar el concubinato. La enseñanza de esta novela no puede ser más saludable. El sacramento vivifica el hogar, impone dignidad y decoro, es honroso ante Dios y los hombres: el concubinato degrada, rebaja, empeora á los contrayentes, no tiene prestigio ni eficacia.

El contraste se hace más visible por el carácter y circunstancias de las dos parejas. ¿Quienes se casan? Angel y Casilda: dos jóvenes cristianamente educados, amigos del trabajo, respetuosos, honrados, fieles á los buenos consejos y á las prácticas religiosas. Los concubinarios Blasillo y Andrea marchan por el camino opuesto. El es descocado, vago, camorrista, le marea el olor del incienso y le dan jaqueca los sermones de P. Cura; ella es vanidosa y despegada, más devota de perifollos y de lucir el garbo que de ocuparse en los quehaceres domésticos. Del citado contraste son elemento esencial las ceremonias que presiden á la realización de ambos vínculos. En el sacramento, las fervorosas y tiernas oraciones de la Iglesia que atraen las bendiciones del cielo y ofrecen abundantes frutos de amor y paz á los desposados; en el contrato civil las lecturas del Tío Solimán á cada paso interrumpidas, y la cara bufonesca de los convidados, con el grotesco aparato de la sala fúnebre. Allí recogimiento y veneración, respeto y compostura: aquí ceremonias ridículas, broma y chacota. Allí creencias, aquí descreimiento: allí lo grande, aquí lo cómico: allí alma, aquí materia: allí el hombre con su dignidad, aquí el bruto con sus instintos. Las consecuencias de esos dos enlaces no las saca el autor, sino que naturalmente las ofrece el desarrollo de la acción y el carácter de los personajes. También éstos se hallan bellamente contrastados. El incrédulo, artero y envidioso Tío Judas es el reverso del Tío Fachenda, hombre piadoso y honradísimo, alma sin hiel y llena de mansedumbre: y ya hemos visto la oposición que existe entre los genios de Angel y Blasillo, y Casilda y Andrea. La intervención del presuntuoso vejete Tío Solimán, el abogado de secano, el consultor ineludible de los lugareños, es sin disputa un recurso artístico de primer orden. El capítulo de las consultas no le va en zaga á ningún otro de igual especie en la novela realista contemporánea. Hay en él cierto dejo exquisito de la gracia y donosura cervantescas. Para concluir, diremos que la agudeza es nota característica de los diálogos en la novela que nos ocupa; y que ésta, además de su atinada distribución, se halla enriquecida por una narración concisa, limpia y proporcionada.

Sinteticemos el efecto capital de las obras novelescas de Polo para recomendarlas eficazmente á la parte más sana de la sociedad, en las siguientes palabras del Marqués de Molins: «Hoy que el egoísmo, la incredulidad y el indiferentismo religioso, no atreviéndose ó no pudiendo presentarse en gruesos volúmenes á contagiar la sociedad presente, se achican y se deslizan á la callada en novelas, que emponzoñan la parte más pura y más bella del género humano, á saber, el ardor juvenil y el corazón de la mujer, parece como que es una misericordiosa disposición el que en esas mismas formas novelescas, se propaguen principios de eterna salud y antídotos de sobrehumana energía.» Háganse cargo de esta reflexión los que más ó menos embozadamente transigen con el realismo frívolo y el naturalismo grosero. Tengan en cuenta que entre la juventud hay una gran porción de inteligencias extraviadas, y que ese extravío en no escaso número tiene su origen en un sentimiento de justicia incesantemente contrariado por la indiferencia y por los vicios de nuestra sociedad corrompida. ¿Hay otro remedio que las inspiraciones de un corazón sano para los errores de una inteligencia enferma? Por último, y tocante al placer del arte, no se olvide que las almas nobles y delicadas anhelan ver siempre pura la fuente de sus goces.

JERÓNIMO FORTEZA.

EL CAMPESINO EN GALICIA

¡Qué hermoso es vivir en el campo! Allí todo sonríe, todo alegra al campesino; allí todo es pureza y sencillez de costumbres, de placeres y de sentimientos.

Arroba y encanta el aura lánguida y voluptuosa que vaga errante pidiendo perfumes; el azul purísimo del cielo que parece sonreir á la tierra como la esperanza; la golondrina que cruza el firmamento; la fuente que murmura; el arroyo que serpea silencioso en la soledad del bosque; la mañana de primavera que hace exclamar al que se sienta en la verde alfombra: ¡Qué feliz es el labrador!

Mas tras el aura lánguida viene el sol tropical ó el frío glacial; después del azul purísimo del cielo, viene el negro crespón y la fría ventisca; tras la golondrina viene el ave carnívora que rasga la atmósfera con sus graznidos lúgubres y hambrientos; la fuente ya no murmura porque la inunda el arroyo, y la alfombra de esmeraldas se convierte en cenagoso lodazal.

¡Que feliz es el labrador! dice el que ve arrullar sus pensamientos en las riberas de los ríos, donde la perfumada brisa le prodiga todas las caricias de una naturaleza complaciente; el cansado de la vida afanosa y de la orgía al reclinarse en el blando césped y contemplar la hermosa campiña escuchando el trino de la alondra y la melodiosa escala del ruiseñor, que parece como si quisiera acallar las amargas quejas de un amante infortunado.....

¡Ah! ¡El pecho se dilata y se siente palpitar la vida!

pero el campesino de esa bella región no es tan feliz como se cree.

Tras ese espejo lleno de luz y de encantos, donde vemos la imagen de nuestra sonrisa; tras el prisma que nos deslumbra y ofusca nuestra imaginación con sus vivos reflejos y variados colores, hay una corona de aceradas espinas que gravita con férrea tenacidad sobre la frente del infeliz gallego.

El labrador en Galicia es la abeja obrera de la colmena social, que á costa de sus vigilias y fatigas trae á ella al fin la mejor miel de las flores, y como la abeja irracional, trabaja constantemente para alimentar al enjambre, regando el pan de nuestra existencia con el sudor de su rostro.

La cuchilla del hombre y las garras de la fiera suelen extraer el alimento á aquélla, que se ve precisada á morir de hambre durante el invierno; el Fisco y el vientre del propietario hacen desaparecer los ahorros del labrador, mártir de la sociedad; y así como los zánganos de la colmena irracional se alimentan con los productos del trabajo ajeno y gozan del amor de la reina, los de la humanidad nacen con buena estrella, ó la suerte se la depara, y viven á costa de la abeja obrera, explotando su miseria y su pobreza, y haciéndole sufrir las mayores humillaciones, para luego echárselas en cara, no pudiendo hablar de nuestros labradores sin que asome á sus labios una sonrisa sarcástica digna de la más vil degradación.

Si esta corona de espinas insoportable no bastara para persuadirnos de la falsedad de los conceptos que por desgracia abundan, sigamos al labrador gallego que después de un día afanoso se retira á lo que los poetas llaman *delicias del hogar doméstico*.

Ha recorrido ya sus apriscos, llevando el haz de hierbas que sus pobrecitos pequeñuelos han acarreado durante aquel día para el sustento de sus ganados, y ha contemplado el rumiar de sus rendidos cooperarios, dejando rodar por sus descarnadas mejillas una lágrima digna de mayor estima, que va á perderse en la sangre de la tierra. Aquella inteligencia sencilla, aquella imaginación hostigada busca con amargo afán el medio de salvar la situación ante el apremio de la contribución y el recargo, y no lo halla sino vendiendo aquella yunta que cultiva sus tierras y que lame agradecida la mano que le da el sustento.

Veámosle luego sentado en el duro escaño de su casa-cocina sosteniendo en sus rodillas los tiernos vástagos de su progenie y mordiendo un papel lleno de nicotina mientras conversa con su vecino, que viene á compartir con él la hora del descanso.

Mas, ya no son los duendes ni las brujas el asunto de aquella conversación; ya no es la *compañía* lo que preocupa y aflige aquellas almas sencillas; la religión sacrosanta del Evangelio tras largos siglos de lucha fué logrando disipar con sus rayos luminosos las tinieblas de aquellos hogares.

No así el Estado realiza la misión que le incumbe, sin reparar en otra clase de preocupaciones que retardan el progreso de la agricultura y sin atender las quejas que, cada día más dolorosas, parten del corazón agobiado de nuestros campesinos hacia las gradas del Poder y mueren ahogadas en la atmósfera sofocante de los Parlamentos.

Esas preocupaciones y esas quejas son el asunto de nuestro protagonista.

Para él son infalibles las ideas que sus antepasados le han imbuído; de ahí que observe las mismas costumbres, dando por falsos los sistemas modernos de plantación y de cultivo ó las mejoras agrícolas que la ciencia aconseja.

No es sólo el labrador gallego esclavo de creencias tan erróneas como la influencia de la luna: esta idea se halla arraigada aún en gentes de otra categoría; y para ellas es tan axiomático, que el que sostenga que las fases de la luna no influyen en la siembra, en la recolección, en la corta de maderas y aun en las carnes muertas, corre el riesgo de ser recluído en un manicomio sin expediente previo.

No son menos perjudiciales á la agricultura el abandono é ignorancia de nuestros labradores en cuanto á los estiércoles y á su formación, y tantas otras rutinas condenadas ha mucho por la ciencia, y que contra su corriente vienen transmitiéndose de los abuelos á los padres y de éstos á los hijos como axiomas infalibles. ¡Desgraciado el hijo que no aprende á contestar á su padre en qué fase de la luna se han de sembrar los nabos ó se ha de matar el cerdo; pues no se contentará tal padre con llamarle burro, sino que aun le *hará medrar más las orejas!*

¡Cuánto ganaría la agricultura sin tales enseñanzas! Siquiera se harían las labores en épocas propicias, aprovechando la buena sazón.

Necesario es instruir al labrador; pero mientras, también sería muy justo aligerar las cargas que sobre él pesan. Por otra parte, todas las teorías de los economistas y de otros hombres de ciencia no bastarán á librarle de la miseria en que yace, si los Gobiernos no ponen en práctica las unas y consideran las otras como un ramo de la ciencia, en cuanto puedan llenar algunos volúmenes en una biblioteca y mantener á unos cuantos profesores que predican en desierto, porque los que les oyen no van á cultivar los campos. Allí debiera llevarse la enseñanza, ya por medio de revistas económicas que llegasen á manos de todos ó siquiera de los que sepan leer, ya principalmente por la educación en las escuelas rurales, que debiera ser gratuíta, como no resulta, y obligatoria la asistencia á estos centros de instrucción, al menos algún día en la semana, procurando ante todo que los maestros merezcan tal nombre y reunan conocimientos de agricultura; ya también enviando algún aparato ó utensilio de los que ofrecen ventaja para la industria agrícola sobre los que hoy se usan, con el objeto de que nuestros labradores los vean usar y conozcan la reforma ó mejora prácticamente, y no por un grabado que no ven y aunque lo vean no lo entienden.

El Estado, si ha de cumplir su misión, debe procurar, por cuantos medios están á su alcance, la solución de la crísis por que atraviesa el campesino en Galicia, atendiendo las súplicas de sus representantes, y en su defecto las quejas del mismo que pide se regule con justicia su inteligencia y su actividad, que son el más importante caudal de que dispone para sustraerse á la necesidad ó al menos para neutralizarla.

La ciencia económica nos demuestra cómo la riqueza, en cualquiera sentido que se interprete, nace *comunmente* del trabajo, y esa ciencia debe ser la guía de todo Gobierno *económico*, si ha de ostentar la bandera del progreso y de la libertad, que es una garantía de la felicidad individual y la esperanza de la sociedad.

El error y las pasiones hacen que los Gobiernos desconozcan con sobrada frecuencia su función, y hoy más que nunca, porque como ha dicho un ilustre escritor: «*tenemos un enjambre de reformadores que profesan la más desdeñosa piedad por la experiencia del género humano*» y pretenden erigirse soberanos pontífices de la Nación y ofrecerle abundancia y dicha sin cuento, echando á sus espaldas tantos humillantes testimonios como tenemos de nuestra falibilidad en todo y por todo.

FRANCISCO SALGADO Y LÓPEZ.

ALBUM DE POESIAS

EL RELOJ

¿Por qué mides y aprisionas
el tiempo, y en tu crueldad
nuestra existencia eslabonas
con la tuya y desmoronas
las dos en la eternidad?

¿Por qué eres nuestra conciencia?
¿Por qué inflexible nos marca
el fin de nuestra existencia
tu mano, que de la Parca
nos traduce la sentencia?

¿Por qué, si hemos de morir,
arcano del porvenir,
con voz vibrante y sonora
nos mides hora por hora
nuestro rápido existir?

¿Por qué con lúgubre son
nos anuncia tu campana
que es la vida una ilusión
que nace con la mañana
y muere con la oración?

¿Por qué anuncia tu acritud
la desgracia, la fortuna,
la vida á la juventud,
al tierno infante la cuna
y al anciano el ataúd?

¿Por qué artífice traidor,
en su mente te dió ser,
de las horas medidor,
tan breves para el placer,
tan lentas para el dolor?

¿Por qué despiertas mi olvido
anunciándome al tañido
de tu lúgubre campana
un presente y un mañana,
quizás para mí perdido?

¿Eres máquina infernal?
¿Por qué arredras de tal suerte?
¿Por qué tu voz de metal
evoca al pobre mortal
el fantasma de la muerte?

No: tu misión es divina;
benéfica es tu misión;
porque tu perpétuo son
es recuerdo que encamina
á su Dios el corazón.

Y eres la guía, el consuelo,
prenda de un Dios de bondad
que te puso en su desvelo
entre la tierra y el cielo,
midiendo la eternidad.

De la vida transitoria
comprendes toda la historia;
porque su aliento en tí encierra
el Dios que mide la tierra
haciendo eterna su gloria.

Y la del genio profundo
que creó tu sér bendito,
tenaz medidor del mundo,
que revelas lo infinito
en la vida de un segundo.

ANGEL LASSO DE LA VEGA Y FISCOWICH.

Madrid 11 de Julio de 1889.

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

II

Para terminar en este artículo el inventario, comenzado en el número anterior, de las obras más notables que se admiran en el Palacio de la Industria y de las Artes, procederemos metódicamente por géneros. Así se apreciará mejor la lucha que mantienen las dos tendencias á que aludimos al comienzo de nuestra tarea.

Cuadros de historia dignos de mención hay los siguientes:

La expulsión de los judíos, del Sr. Sala. Tiene por asunto el momento en que el célebre Torquemada, viendo á los Reyes Católicos inclinados á transigir

autorizando la permanencia en sus Estados de los israelitas, arroja ante ellos sobre una mesa un crucifijo, diciendo: « Judas Iscariote vendió á su Maestro por 30 dineros: Vuestras Altezas le van á vender por 30.000: aquí está: tomadle y vendedle. »

Las opiniones están muy divididas respecto á este cuadro, que unos consideran la joya de la Exposición, y otros inferior á lo que podía esperarse de maestro tan respetado como D. Emilio Sala. Nuestra opinión y voto se une á los últimos, porque los mayores esfuerzos de benevolencia no pueden disculpar el hacinamiento de aquellas figuras que parecen estar en un teatro más que en el amplio salón de un alcázar; la expresión, ó mejor dicho la no expresión de los Reyes Católicos que parecen figuras sin sentido; la actitud rebuscada del gran inquisidor y tantos otros lunares de composición. El cuadro sólo se salva por los prodigios del pincel: el Sr. Sala es colorista ante todo y con alardes vigorosos de color sostiene su obra, que de otro modo sería para él motivo de descrédito.

Otro lienzo tanto ó más importante es *Trafalgar*, magnífica expresión de una de las más hermosas páginas de nuestra historia, realizada con gran éxito por el Sr. Ruiz Luna. Hay en primer término el casco destrozado de uno de aquellos majestuosos navíos que mantenían la gloria de nuestra bandera en todos los mares. El puente está cubierto con trozos de jarcias, lonas, cordajes y algunos cadáveres que atestiguan la heroica defensa llevada á cabo: pero aún respira en sus entrañas algún superviviente á la catástrofe, y en el momento de acercarse un lanchón enemigo para tomar posesión de aquel glorioso resto, sale de él un cañonazo, último esfuerzo del héroe, antes de sumergirse en el fondo del mar. En tanto, mantienen á lo lejos empeñada lucha navíos ingleses y españoles, pues la bandera francesa no luce en ninguno de los que se divisan, en lo cual hizo muy bien el artista. La imponente grandeza del asunto está sostenida por una ejecución de primer orden. El navío desmantelado, el mar, el lejano combate, tienen admirable verdad y no desmerece este cuadro comparado con los mejores de la Exposición.

Después de los citados hay que citar y admirar el que tiene por asunto *La silla de Felipe II en el Escorial*, por D. Luis Álvarez. El nombre de este artista le verán citado más adelante nuestros lectores, cuando nos ocupemos en la pintura religiosa y la de género, pues en las tres descuella con cualidades de primer orden. En el cuadro que ahora nos ocupa aparece el fundador de la octava maravilla ocupando el asiento que mandó labrar en lo alto de una de las rocas que dominan al Monasterio, para inspeccionar de una mirada el estado de las obras. Uno de sus secretarios da lectura del contenido de un pliego, y el Rey parece preocupado, fijando en el suelo su mirada distraída. A pocos pasos está un noble que expresa con su grave actitud el respeto que el Rey imponía aun á los más elevados: en primer término la silla de manos y los lacayos y al fondo, envuelta en las vagas tintas del amanecer, la silueta del magnífico edificio en cuya construcción empleó el Monarca sus afanes. Todo es severo en este hermoso cuadro, todo está buscado para producir efecto: la luz de un pardo azulado, los trajes, las actitudes desprovistas de la elegancia cortesana y por lo mismo más sinceramente respetuosas. El señor Álvarez no necesitaba de este éxito para su reputación, conquistada con anteriores producciones; pero si alguna duda acerca de sus méritos pudiera abrigar alguien, este cuadro la resuelve con gran honra para el autor.

Con estos tres cuadros queda citado lo verdaderamente bueno que en pintura de historia puede verse en la Exposición: pasaremos revista brevemente á otros lienzos que revelan muy recomendable aptitud de parte de sus autores, buenos artistas para el porvenir si no abandonan el estudio de los grandes maestros, cuyos procedimientos son la más segura prenda de éxito.

La defensa de Gerona, por el Sr. Alvarez Dumont, está bien concebido é interpretado con brío y carácter. Sólo falta á este joven artista entender el ambiente, precisar los términos debidamente, para ser un artista de los buenos.

Rea Silvia, por el Sr. Hidalgo, es un cuadro mejor pensado que ejecutado. El fondo y la entonación nos gusta más que las figuras, cuyo color es terroso, principalmente en las situadas detrás del Sacerdote: falta también energía en el dibujo.

El Sr. Maura ha pintado un hecho célebre de la historia romana: le titula *La venganza de Fulvia*, y representa á la esposa de Marco Antonio disponiéndose á atravesar con una aguja la lengua de Cicerón, cuya cabeza presenta un esclavo en una bandeja, mientras su esposo y varios comensales celebran con risotadas la « ocurrencia. » El principal defecto de este cuadro está en la figura de Fulvia, pensada con poco acierto y ejecutada tímidamente, al contrario de otras figuras secundarias que tienen trozos admirables. La entonación es acertada, y el fondo é indumentaria denotan profundos estudios arqueológicos.

El Sr. Herreros de Tejada ha salvado en lo posible las dificultades de un asunto que en realidad no lo es: *Institución del Ayuntamiento de Madrid* se titula, y por el título puede juzgarse del interés que tendrá. El espectador sin catálogo se pregunta qué hacen aquellos personajes bien dibujados, bien pintados y no obstante con todo el carácter de maniquíes, porque son inexpresivos, pese á todos los esfuerzos del artista. Algo bueno hay que admirar en el lienzo, no obstante lo dicho; las dotes que revela el Sr. Herreros de Tejada, las cuales esperamos ver en obra de más interés é importancia.

Del Sr. Casanova es *Llegada de Carlos V á Yuste*, y como hay derecho á exigir á este reputado artista algo más de lo que con ese lienzo nos ofrece, nos limitamos á citarle sin juicios ni comentarios.

Lo mismo decimos de los Sres. Ramírez y Mejía, autores respectivamente de *La noche triste*, y *Un episodio de la defensa de Zaragoza*. Ambos han retrocedido bastante, y lo más acertado es esperar á que vuelvan por su buen nombre.

La muerte de Sertorio, del Sr. Cutanda, merece aplausos por el empeño que pone su autor en aproximarse, hasta con exceso, á la manera de un artista renombrado á quien, si hay que estudiar sin descanso, no se debe imitar servilmente.

Finalmente, el *Asalto del convento de San Francisco*, por D. Ramón Pulido, reproduce una de las muchas dramáticas escenas que se produjeron el 17 de Julio de 1834 en muchos conventos de Madrid, con motivo de la horrorosa matanza de frailes cometida por el populacho. El autor, joven principiante, no ha podido desenvolver todo el horror trágico de la escena, y aunque hay trozos sentidos con energía, sólo estimamos este cuadro como un agradable pronóstico de otros más acertados, cuando las facultades del Sr. Pulido adquieran mayores vuelos.

Terminada la enumeración de los principales cuadros de historia, pasemos á los de género y modernistas.

Llaman preferentemente la atención los que expone D. José Jiménez Aranda, artista español por su nacimiento y amor á la patria que con él se honra, pero francés por el procedimiento y factura de sus obras. Varias son las que ha presentado, notabilísimas todas, maduramente pensadas, y ejecutadas con profundo conocimiento de la forma: ve el natural con pasmosa precisión y nada se resiste á su trabajado pincel, que apura los detalles hasta donde es posible extremar la ejecución, sin caer en el defecto de la dureza. Estas cualidades tan notables se hallan no poco oscurecidas, porque el señor Jiménez Aranda siente el color de la figura con entonación carminosa en unas figuras, pálida y fría en otras, y nunca como pintor español que ha estudiado bajo nuestro sol tan brillante y vivido entre gentes que lucen la más hermosa y sana encarnación. Y es que este eximio artista reside en París, pinta para los franceses é insensiblemente ha perdido las cualidades nativas, por las que caracterizan al arte de nuestros vecinos. No es esto ni podría ser censura; es una razón para justificar que no nos satisfagan sus producciones tanto como acaso merecen, y para explicar cómo siendo tan excelentes, dejan algo que desear á los que estamos entregados en cuerpo y alma « á lo de la tierra. »

De sus cuadros, son los mejores los titulados *Una desgracia* y *Lectura de una poesía satírica*, sin que los restantes desmerezcan mucho de éstos.

Más castizo en el color es sin disputa D. Luis Alvarez, antes citado; que, aparte de otros de menor importancia, pero buenos, presenta uno muy hermoso titulado *Visita de pésame*, en el que con gran maestría ha salvado la dificultad de pintar muchas figuras con una sola expresión, que va indicada en el título, dando amenidad á la composición con la diversidad de actitudes, naturalísimas todas y tomadas de la realidad.

Huérfanos se titula uno de los más conmovedores lienzos; pintado por un joven, el Sr. Cabrera, que revela sentimiento artístico poco común y no menor maestría. El cuadro, como decía un amigo nuestro, está pintado con el corazón.

Las lavanderas, por el Sr. Muñoz Lucena, es un buen cuadro; pero de este artista se puede esperar más, porque es de los que no deben abandonar la pintura de historia, para la que ha mostrado grandes condiciones.

Poético y muy sentido es el del Sr. Andrade; *El aniversario*; de este artista puede decirse lo mismo que del Sr. Cabrera.

El duelo interrumpido, por el Sr. Garnelo, es un cuadro de género con las cualidades de los de historia: pintado con notable habilidad, es de los más admirados en la Exposición y su autor ha alcanzado mediante esta obra, lugar muy distinguido entre los pintores españoles.

El Sr. Sorolla, como el Sr. Muñoz Lucena, es de los que transitoriamente, queremos creerlo así, abandonaron el género que con éxito cultivaban, y presenta un cuadro modernista titulado *Boulevard de París*, muy bien pintado y compuesto con acierto.

Igual conducta ha seguido el Sr. Silvela, que presenta el interior de una *Tienda Asilo*, muy bien pintado, demostrando los progresos hechos desde el anterior certamen.

En cambio el Sr. Bilbao, dentro del género que cultivó con éxito, ha retrocedido y nos limitamos á citar su cuadro *La vuelta al hato*.

El Sr. Moreno Carbonero mantiene su reputación con dos cuadritos, que son prodigios de factura y realidad, y la Señorita Bañuelos aumenta la que merecidamente alcanzó en la última Exposición, presentando dos hermosos cuadros: *El despertar de un niño* y *Retrato de niña*.

El cuadro *Sin labor*, del Sr. Maura, está muy bien hecho y pertenece al modernismo simpático y admisible.

Cerramos esta sección citando los nombres de los Sres. Gros y Polanco, artistas montañeses que se anuncian con dotes para ir muy lejos, el primero en la pintura de historia y el segundo en la de costumbres de su región, que ya ha reproducido con éxito.

La pintura religiosa no tiene en este concurso representación muy lucida; sin embargo, hay algunas obras dignas por todos conceptos de mención, entre ellas las siguientes:

Consummatum est, del Sr. Jiménez Aranda, que presenta con novedad y grandeza al Salvador clavado en la cruz. Es un cuadro de mucho efecto, digno del asunto y del autor.

Stella matutina, del Sr. Alvarez; es una hermosa representación de la Virgen María con su Divino Hijo en los brazos, y parece inspirada en las sentidas pinturas de los artistas anteriores al Renacimiento.

El Sr. Laporta presenta un cuadro de gran tamaño, titulado *San Pablo en Atenas*, que tiene trozos muy bien ejecutados, aunque en conjunto peca por demasiado *bonito;* abundan los blancos y los azules, que dan al cuadro una entonación poco en armonía con la solemnidad del asunto. Es, no obstante esto, muy recomendable.

San Francisco de Paula, por el Sr. Marqués, es un buen cuadro que recuerda mucho, y esto no es censura, los asuntos de Murillo. El artista ha pintado la cabeza venerable del Santo con gran acierto. No vale tanto la *Visión de San Francisco de Asís*, por el Sr. Oliver Aznar, porque los ángeles que ha pintado en el fondo son figuras toscas sin expresión y mal dibujadas.

Salve Regina, por el Sr. Luque Roselló, es una conmovedora escena, que en los campos se ve con frecuencia: un grupo de aldeanos oran ante una imagen de la Virgen, y dos niños la adornan con flores. El cuadro está pintado con maestría y es uno de los más agradables de la Exposición.

Los Sres. Borras Abella y Carbonell, han pintado interiores de iglesias, y ambos acertaron en su empresa.

El Sr. Martínez Abades, marinista distinguido, presenta *El Viático á bordo*, una de las mejores marinas de este certamen, y al mismo tiempo cuadro interesante por su novedad y acertada ejecución.

Origen de la Orden de Calatrava, del Sr. López de Ayala, es, en justicia, un cuadro bastante inferior á los citados, y nos limitamos á citarle.

Quédanos por citar en este grupo, y pudimos hacerlo también en el anterior, el nombre de un artista modestísimo, cuyas obras nos permiten asegurar que será uno de los primeros cuando quiera, ó mejor dicho, *cuando crea* que puede intentar un gran asunto. Es el Sr. Menéndez Pidal, y en su elogio se puede decir que Velázquez no tiene entre los pintores que hoy conocemos más ferviente y acertado discípulo. Es el continuador de aquella natural y castiza escuela que lleva el nombre del gran maestro, y en sus cuadros *A buen juez mejor testigo* y *El espejo del bufón*, en este último principalmente, Velázquez aparece con su sobriedad y con su simpático realismo. Nosotros, que seguimos desde lejos y sin conocerle los progresos del Sr. Menéndez Pidal, tenemos una gran satisfacción en asegurar que es el pintor más español en el día y que llegará á donde se proponga, si de una vez desecha su incomprensible timidez.

El paisaje y la marina tienen en nuestra patria muy acertados intérpretes y la Exposición está llena de obras notables de estos géneros. Con más espacio, haríamos reseña circunstanciada de las mejores; por no poder hacerlo así, daremos una nota de los pintores que las firman.

Descuellan en el paisaje los Sres. Sainz [1], Urgell, Sánchez Perier, Galofre, Morera, Tordesillas, Perinat, Ferrándiz, Larraga, Cánovas, y Lhardy.

Sobresalen en marinas los Sres. Ruiz Luna, Abades, Ardanaz, Meifren, Lleonart, Abril, Gartner, Ocon y Camino.

Los mejores retratos han sido presentados por Mr. James N. Whistler, norteamericano, que se inspira en los antiguos pintores españoles. Son también muy buenos los que presentan los Sres. Masriera, Garnelo, Madrazo, Cubells y Lengo.

Los Sres. Gessa, Sciquer, Nogales y Hoz, han expuesto cuadros deliciosos, de flores, animales y bodegones, ejecutados con distinción y exquisito gusto, y el maestro Ferrán ha honrado el certamen con dos pequeños productos de su paleta: una cabeza y un interior, tan buenos como de él se podía esperar.

En las salas de dibujos hay trabajos admirables, en cierto modo los mejores de la Exposición, del Sr. Jiménez Aranda, que dibuja con sin igual maestría: escenas andaluzas naturalísimas, del Sr. García Ramos; acuarelas excelentes de los Sres. Jiménez Aranda y Alvarez: marinas y figuras al pastel muy excelentes del Sr. Ruiz Luna y grabados al agua fuerte de los Sres. Maura, Araujo, Ríos y otros.

Sería injusto cerrar esta reseña sin hacer mención señalada del proyecto de medalla que ha expuesto el Sr. Cuervo Heras, pensionado en Roma hasta hace poco; por lo mismo que en nuestra patria no tiene porvenir el grabado en hueco, hay que elogiar á este artista que con tanto empeño y acierto se dedica á su cultivo.

La Exposición se titula de pintura, escultura y arquitectura, y así es en efecto; pero extraños por completo al arte de Juan de Herrera, no queremos entrar en terreno vedado á los profanos, y antes que desbarrar preferimos guardar silencio en este punto.

LEANDRO CALVO.

---

[1] Este desgraciado artista, gloria legítima de nuestra pintura moderna, ha perdido la razón, y sus cuadros han sido presentados por sus admiradores.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAUL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Continuación.)

Ni siquiera vió á Elena de Rumbrye y á Javier, que á su vez pasaron junto á él, y siguieron una tortuosa calle que conducía á la reja del parque.

Elena apoyaba su brazo en el de Javier.

Aquella era la primera vez que se veían verdaderamente solos.

Hasta entonces todas sus entrevistas se habían verificado en presencia de las miradas indiferentes, pero instintivamente curiosas, del mundo.

A medida que Elena y Javier se alejaban del castillo, iban dispersándose los grupos, eligiendo según el capricho ó la necesidad de estar solos de cada uno, las calles laterales.

De allí á poco sólo se oían las alegres risotadas que resonaban por todas partes, ó la voz metálica del joven Alfredo Lefebre de los Valles, jurando bajo palabra de honor, que el calor era insoportable, y diciendo que desde su último viaje á Rumbrye habían acortado mucho los días, lo cual afirmaba ser una cosa extraña.

Cuando las negras sombras del parque se extendieron entre el cielo y nuestros dos amantes, había cesado todo ruido. Estaban solos.

Elena sentía en su pecho una emoción desconocida llena de alegría y tristeza.

Adivinaba en aquel instante lo que sería la vida al lado de Javier, y comprendía al mismo tiempo la amargura de una separación.

Por instinto apretó más su brazo contra el de Javier, como si hubiera temido vagamente que alguien se interpusiese entre ella y él.

No hablaba, pero una sonrisa melancólica entreabría sus labios, y sus rasgados ojos buscaban la mirada de Javier.

Este se hallaba absorto con su felicidad. Exaltábanse todas sus esperanzas y se convertían en realidad.

—¡Qué dichosos seremos, Elena! dijo al fin.

Estas sencillas palabras, que ni un solo huésped del castillo de Rumbrye hubiera escuchado sin soltar la carcajada, fué como una respuesta al pensamiento de Elena.

Esta no se asustó.

Mienten los que dicen que la inocencia es medrosa.

Para temer es necesario conocer el peligro.

La coquetería tiembla ó lo parece cuando menos; el candor tiene confianza.

Elena no respondió; pero cambiando ligeramente la frase, repitió allá en el fondo de su corazón:

—¡Qué dichosos seríamos!

—Sabed, continuó Javier, que ya no estoy solo en el mundo; tengo que venerar la memoria de un padre querido, tengo un nombre.

—¿Noble? interrumpió vivamente la joven.

Esta pregunta oprimió el corazón de Javier, como si hubiera sentido la presión de una mano helada.

—No; contestó.

Elena dejó escapar un suspiro.

—No es por mí, murmuró; yo.... adoraré vuestro nombre, cualquiera que sea.

—¡Gracias! exclamó Javier. ¡Oh! ¡cuánto puede sufrirse en un segundo! ¡Había creído... pero me engañé! ¡gracias!

Y tomó la mano de Elena, que ésta no trató de retirar.

En seguida refirió su historia, aunque no con aquel entusiasmo que le enardecía en otro tiempo.

Una sola palabra era suficiente para helarle el corazón, y esta palabra se había pronunciado.

El sueño desaparecía ante la realidad.

XIII

Capitulación.

—¡Ah! señorita, dijo Javier concluyendo, he deseado tan ardientemente, ¡que he llegado á esperar.....!

Elena permaneció un instante pensativa.

—Ignoro, dijo después de un largo silencio, ignoro el porvenir que Dios nos tiene reservado, pero os amo, Javier, y os amaré siempre.

Javier se arrodilló.

Elena, alegre y tranquila, llevó su mano hasta la boca del joven.

—Vamos, añadió, somos desposados. Podré tal vez no ser vuestra esposa, pero jamás lo seré de otro.

Javier apretó las dos manos contra su corazón para contener sus fuertes latidos.

No encontraba palabras con que demostrar su júbilo.

Elena se apoyó de nuevo en su brazo y ambos tomaron silenciosamente el camino del castillo.

Entre tanto Neptuno no perdió de vista la puerta del jardín. Estaba en acecho.

Por último sucedió lo que esperaba.

La señora de Rumbrye bajó á su vez, apoyada en el brazo de Carral.

Al pasar delante de Neptuno, éste se tendió en tierra, y valiéndose de aquella destreza salvaje de que tantas veces había hecho uso en otro tiempo, empezó á seguirles como una culebra.

Ningún ruido descubría su marcha; deslizábase silenciosamente sobre el césped, sirviéndole de abrigo los árboles frutales ó las matas de flores.

La señora de Rumbrye tomó diferente camino que sus huéspedes, abrevió el paso hasta lo último

de la calle y desde allí, siguiendo la orilla del parque sin penetrar en él, entró siempre acompañada de Carral en un cuadro de césped descubierto, en medio del cual se alzaba un hermoso plantel de dalias.

— Aquí, dijo la Marquesa, veremos aproximarse desde lejos á los importunos, y vos podréis explicaros al fin, Carral.

— Eso es lo que deseo, respondió éste, y ya lo hubiera hecho antes á no habérsele antojado á vuestro hijo acompañarnos en la silla de posta.... Pero, ¿qué ruido es ese?

Era Neptuno que acababa de deslizarse entre las dalias.

—No es nada, dijo la Marquesa.

Carral, sin embargo, más prudente, se paró los flexibles tallos de las flores de moda, pero sólo vió una masa negra é inerte.

Un lecho de estiércol, sin duda.

Cuando se hubo retirado, la masa negra hizo un imperceptible movimiento, y Neptuno, colocando la cabeza en lo más espeso del follaje, fijó sus ávidas miradas sobre nuestros dos interlocutores.

— No es nada, efectivamente, dijo Carral reuniéndose á la Marquesa; pero antes de entrar en materia, permitidme, señora, que os haga una pregunta: ¿Continuáis estando decidida á llevar á cabo vuestro proyecto?

— ¡Y vos me lo preguntáis! exclamó con violencia la Marquesa. ¿No habéis observado que el señor de Rumbrye ha traído en su propio carruaje á ese insolente vagabundo?

— ¡Si lo he observado! exclamó Carral con suma frialdad.

— ¡En su carruaje! repitió la señora de Rumbrye; entre él y Elena.....! ¡En el lugar que debiera ocupar mi hijo.....! ¿No habéis advertido también que todas las atenciones del Marqués durante la comida han sido para él?

EL HOSPICIO DE MADRID.

— Sí, señora, respondió Carral.

— ¿En este momento, no está Javier con Elena?

— Sí, señora.

— ¡Y me preguntáis si estoy decidida.....! ¡Ya es tiempo, Carral! Si no me libras de él, la fortuna de mi hijo está comprometida.....!

— Voy á matarle esta noche, dijo Carral con una admirable sangre fría.

Netpuno se estremeció de pies á cabeza.

Sus vagos temores no habían llegado á tal extremo.

La Marquesa tardó algún tiempo en responder.

Estaba ó parecía estar indecisa, y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Pero bien pronto, desechando un pudor inútil, irguió su cuello, y sin aparentar otros sentimientos que el de una inquieta curiosidad, le dijo:

— ¿Cómo lo harás?

— Dándole de puñaladas, respondió Carral.

Neptuno llevó su mano al corazón y le comprimió violentamente.

Temía que sus desordenados latidos revelaran su presencia.....

—Haréis que le dispongan su habitación, añadió Carral, en la extremidad del ala izquierda..... allí.....

Y señalaba con el dedo á la última ventana del sitio que acababa de designar.

El mendigo no perdió de vista aquella seña.

— Así lo haré, murmuró la señora de Rumbrye.

— ¿No hay otro cuarto habitado en esa parte del castillo?

— Ninguno.

—¡Bien está.....! fracturaré la ventana, tomaré su reloj y dinero..... Mañana se dirá que han entrado ladrones en el castillo.

—¡Miserable! dijo entre sí Neptuno, que casi no podía ya contenerse.

— Eres un buen servidor, Carral, dijo la Marquesa alargándole la mano. Haz lo que dices y serás pródigamente recompensado.

— Así lo espero, replicó el mulato con la misma sangre fría que no le había abandonado durante aquella entrevista.

La atmósfera estaba cargada de electricidad; negros y espesos nubarrones circundados de una especie de franja cobriza vagaban rápidamente por el horizonte; las enormes gotas que empezaban á caer aterraron á la Marquesa, que quiso retirarse.

Empero Carral la agarró de un brazo, sin cumplimiento alguno, y la dijo con equívoca sonrisa:

— Esperad, señora, os ruego me escuchéis, pues aún no he acabado.

— ¿Qué queréis decirme? balbuceó la Marquesa, cuyo vago terror la hacía temblar.

Carral reflexionó un momento.

(Continuará).

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas** para el **CULTO CATÓLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

Blanqueo de ceras en gran escala.

Grumo, hoja y panal pura y sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

JABON REAL DE **THRIDACE** | **VIOLET** único fabricante 19, Rue des Italiens, Paris | JABON **VELOUTINE**

Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 16. — Madrid 5 de Junio de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pt. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 12 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pt. fs.
Un año..... 5 »

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

ÚLTIMA SESIÓN DEL COMPROMISO DE CASPE

Cuadro de D. Emilio Fortún.

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando. — *Abnegación*, novela por Mad. Bourdón (conclusión). — *Un artista de esperanzas*, por S. — *La guerra de la Independencia, contada y juzgada por un francés* (continuación). — *Las Ursulinas en Gétafe*, por J. Llanos y Torriglia. — *Album de poesías: El Santo Cristo de las Azucenas*, por el P. Jiménez Campaña. — *Un libro curiosísimo*, por Angel Salcedo. — *El mendigo negro*, por Paul Feval (conclusión).

Grabados.

Ultima sesión del compromiso de Caspe. — (Véase el artículo *Un artista de esperanzas*.)

D. Emilio Fortún. — (Véase el mismo artículo.)

Excmo. Sr. D. Claudio Moyano. — Deuda de gratitud reclamos contraída con la memoria de este insigne patricio, modelo de consecuencia política, hombre honrado si los hay, y uno de los pocos moderados que se mantuvieron en 1876 fieles al principio de la unidad católica, torpemente borrado de nuestras leyes por la revolución de 1868. Por eso sólo conservaremos siempre los católicos españoles, sea cualquiera el partido á que pertenezcamos, un grato recuerdo del Sr. Moyano (q. e. p. d.)

La basílica de San Martín de Tours. — Este hermoso monumento del arte cristiano es de los que tienen tradiciones más insignes y venerables en la católica Francia.

Claustro de San Juan de las Viñas en Francia. — Otro hermosísimo monumento de arte cristiano y estilo ojival.

LA DÉCADA

Siendo la década que acaba de transcurrir de regocijos y fiestas populares, es indudable que nuestro primero y más sagrado deber de cronistas es el de protestar contra tales holgorios y solaces organizados por el Sr. Alcalde de Madrid para recreo de madrileños y forasteros.

Ningún cronista que se estima deja de cumplir esa obligación jamás, ni de dar á sus lectores el correspondiente paralelo sentimental entre el fausto babilónico desplegado por los ricos en estas festividades y la miseria que reina en Madrid.

¿Pues si el cronista, además de estimarse, es filósofo, y se las echa de cristiano? Entonces no puede faltar aquello del carácter *pagano* de los regocijos municipales, comparando de paso al Sr. D. Andrés Mellado, Alcalde constitucional de la villa del oso y del madroño, con aquellos *pios y felices* emperadores que daban al pueblo de Roma *panem et circenses*.

Para esos cronistas trascendentales á lo devoto, todo viene á ser *pagano* aunque no les cueste un cuarto, y todo procede en línea recta de las empecatadas fiestas Lupercales en que los patricios romanos andaban en carnes por las calles, y dándose azotes en aquella parte del cuerpo, cuya flagelación era, según D. Quijote, eficacísima para desencantar á Dulcinea del Toboso.

Ahora claro es que ha salido también lo de las Lupercales y lo del carácter pagano de los festejos.

Porque es indudable. Unas fiestas que empezaron por una Misa de campaña, oída por S. M. la Reina y su Real Familia y toda la guarnición y pueblo de Madrid, y que van á terminar con una solemnísima Procesión del Corpus, como no se ha visto en Madrid desde hace muchos años, son fiestas paganas á lo largo, á lo ancho y á lo profundo.

¡Qué *paganismo* aquel el que respiraba la calle de Alcalá cuando una Reina joven y hermosa y 8.000 gallardos guerreros inclinaron la rodilla ante el Dios de verdad, que al ser elevado por las manos consagradas del Celebrante, era saludado por las músicas de veinte regimientos y por una muchedumbre formada de cientos de miles personas! ¡Qué *paganismo* el que trascenderá de la procesión del Corpus cuando el mismo Dios sea conducido en primorosa Custodia, por calles cubiertas de olorosas hierbas y frescas flores, bajo arcos de triunfo adornados de ricas y vistosas telas, llevando en su lucido cortejo á todo el Clero de Madrid con su venerable Prelado á la cabeza, á las principales Autoridades del orden civil y á un inmenso pueblo! Todo eso es pagano sin duda, y muy pagano: hiede á Júpiter y Venus que tira de espaldas.

Ya sabemos que las fiestas no se han reducido á la Misa de campaña, y á la procesión del Corpus. Ya sabemos que en la plaza de la Cebada y de los Mostenses hubo bailes para la gente popular en que lucieron lindos pañolones de espumilla las mozas de más garbo de los barrios altos y bajos de Madrid; ya sabemos que en el Teatro Real hubo un baile de clase media en que las hijas de los abogados, médicos, militares y demás personas que gastan corbata, y no tienen mucho dinero, se presentaron con sencillos trajes blancos y negros; ya sabemos que se ha quemado alguna pólvora en juegos de pirotecnia recreativa; ya sabemos que..... ¿pero para qué continuar? Que hemos visto á las gentes divertirse más ó menos; pero que el *paganismo* no lo hemos visto asomar por parte alguna. A lo sumo habrá sido ese *paganismo* que siempre convivió con el Cristianismo y que sólo se atrevieron á proscribir en nombre, y arrogándose la representación del espíritu cristiano, Calvino en Ginebra, los puritanos en Inglaterra y los beatucos y beatucas de *Port Royal* el siglo pasado.

Ese cristianismo hugonote, motilón ó jansenista es el que ha pretendido secar en el humano espíritu las fuentes de la alegría natural y del gusto por las honestas diversiones.

***

Entre las fiestas de la Iglesia católica, ninguna tan solemne y tan popular al mismo tiempo, en el verdadero y buen sentido de la palabra *popular*, como la festividad del Corpus. En la universal decadencia de todas las costumbres cristianas y nacionales, no se había de escapar esta tan grata á nuestros antepasados de celebrar con universales, brillantes y sinceros regocijos la gran solemnidad eucarística, y ciertamente que hoy apenas si podemos formarnos idea de lo que eran en este día memorable las ciudades y hasta las aldeas de toda la cristiandad; pero muy especialmente las ciudades y aldeas españolas, porque España siempre fué á la cabeza de los pueblos cristianos, y á ninguno cedió la palma del triunfo en aquellos universales certámenes de la piedad y la civilización que constituían las festividades eclesiásticas. Dispersó el liberalismo las comunidades religiosas que tanto contribuían al esplendor de la procesión del Corpus, y cuyo desfile tan solemne y respetuoso como pintoresco era esperado con ansiedad y saludado con aplausos sinceros por un pueblo que conocía sus beneficios, porque los tocaba de cerca. Prohibiéronse las conmovedoras representaciones de los autos sacramentales, y la musa de Calderón huyó avergonzada de una sociedad que no la comprendía: dejaron de armarse tablados en las esquinas, de vistosos ramos adornados, y en donde las virtudes más excelsas, los santos y los espíritus inmortales hablaban en su lenguaje propio, esto es, en la más regalada y elocuente poesía que cinceló palabras castellanas. La abundancia de espectáculos profanos, las insípidas veleidades de la moda, la dictadura de los sastres y modistas parisienses, el entibiamiento del fervor religioso, hasta el cambio de uniformes en el ejército, mil causas y concausas que á la más fina observación se escapan, han contribuído á la decadencia de esta festividad en su hermoso y simpático aspecto de fiesta popular, pues en cuanto á festividad religiosa claro es que ni ha decaído ni decaerá jamás, como no ha decaído ni puede decaer, considerada en sí misma, la Iglesia inmortal que la instituyó en obsequio á su Esposo inmaculado.

***

No ya para la nación, no ya para la ciudad, sino para todas las familias y para todos y cada uno de sus individuos, era el día del Corpus el más solemne del año en la cristiana sociedad de nuestros padres. Aun cuando, como ha sucedido en esta ocasión, cayese el día del Corpus á principios del mes de Junio, ningún español castizo atrevíase á estrenar el traje de verano hasta que se lo ponía para ir á la procesión. Los soldados lucían también, por primera vez en el día del Corpus, los blancos pantalones almidonados, cuya blancura impecable y correcta tersura era una de las preocupaciones más hondas durante los meses del estío de los sargentos y cabos de aquel antiguo ejército español, que no conocía la palabra pronunciamiento; pero que estaba muy familiarizado con las de honor y victoria. Y á propósito de pantalones blancos, voy á recordar una anecdotilla muy curiosa.

***

En tiempo de Fernando VII, sucedió que se atrasaron las pagas al ejército unos siete meses.

Llegó el día de Reyes, y los grandes, capitanes generales y altos dignatarios desfilaban ante su majestad en respetuoso besamanos. El Rey contestaba afablemente al saludo de todos, y nada alteraba la gravedad de estas ceremoniosas etiquetas. Pero cuando Fernando VII vió aparecer en el salón al ilustre y de todos los españoles tan querido General Castaños, vencedor de Bailén, no pudo contener un movimiento de sorpresa. El glorioso caudillo se presentaba en día de Reyes, y en Madrid, vestido con pantalones blancos, como si fuera á la procesión del Corpus. Llegado que hubo ante las gradas del trono, díjole el Rey á Castaños, con mal reprimida risa:

— Pero, Castaños, ¿no sabes que estamos en Enero?

— Señor, repuso el primer Duque de Bailén, yo, gracias á S. M., aún no he pasado de Junio.

Que era precisamente el último mes que le habían pagado.

***

La procesión del Corpus revestía en los años anteriores mucha mayor solemnidad y esplendor en otras poblaciones de España que no en Madrid. Nada digo de Valencia, cuyas famosísimas cabalgatas tuve la satisfacción de ver desfilar hace pocos años; en Sevilla, la fiesta del Corpus es digna de las de Semana Santa, y con esto basta para su elogio. En Cádiz luce hoy por las calles la magnífica y riquísima custodia de plata sobredorada con millares de piedras preciosas, en un carro monumental, todo de plata maciza y cincelada, prodigio de riqueza, en que se refleja la antigua opulencia de aquel emporio de nobles comerciantes. Custódiase el carro, que allí también llaman *la custodia*, y que es propiedad de la ciudad, en una capilla de la Catedral vieja, bajo tres llaves que conservan respectivamente el Obispo, el Cabildo eclesiástico y el Ayuntamiento. Los cantonales de Salvochea, discípulos fieles del monárquico Mendizábal, quisieron *pulirla*, como dicen en aquella tierra de María Santísima; pero Pavía no les dejó tiempo.....

Este año la procesión en Madrid, gracias al Señor Obispo y al Alcalde D. Andrés Mellado, será todo lo solemne que debe ser. Y ya que elogiamos á tan dignas Autoridades es de nuestro deber consignar aquí que un redactor de La Ilustración Católica y de *El Movimiento Católico*, D. Francisco de P. Salcedo, hermano de nuestro Director, fué el que en la comisión de festejos de la prensa tomó la iniciativa en el asunto de la procesión, proponiendo que se celebrase con gran pompa, pensamiento al que el Sr. Mellado se manifestó desde luego muy propicio.

FERNANDO.

ABNEGACIÓN

(DIARIO DE UNA JOVEN)

Novela escrita en francés por Mad. Bourdón, traducida expresamente para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *por F. de P. S.*

(Conclusión.)

Saint-Omer, Marzo 18....

Una sola de mis peticiones se ha cumplido; ¡pero á qué precio, Dios mío! Dominada por la calentura, Francisquita no estaba en su juicio desde hacía varios días; no hablaba sino para quejarse ó para dirigir palabras incoherentes á seres que sólo eran visibles para ella. No me había separado de su lado ni un segundo, ni tampoco Raimundo, cuyo dolor desesperado hacía daño. Estábamos junto á ella, cuando después de un largo sueño se despertó y fijó sobre nosotros sus ojos tranquilos y abatidos por el sufrimiento.

— He debido estar muy mala, dijo con esfuerzo. ¡Qué sueños más espantosos! Y después buscando con sus miradas, añadió:

— ¿En dónde está Pablo? ¡Hace tanto tiempo que no le he visto!

Raimundo salió del cuarto y volvió con el niño, al que colocó sobre la cama de su madre. La pobre criatura echó los brazos á su cuello, y le dijo llorando: — ¡Mamita, qué pálida estás! ¿Te vas á ir con Dios? ¡Llévame entonces contigo!

Sobrecogióse Francisquita al oir estas inocentes palabras, oídas sin duda por el niño, que las repetía con ingenua crueldad, y que revelaron á su madre la gravedad de su estado. —¿Estoy tan mal? preguntó fijando en nosotros sus miradas con aquella firmeza heredada de su madre. ¿Estoy muy mal?

Raimundo le respondió con un abrazo, y mis lágrimas, que no pude contener, le contestaron por mí. Me miró con atención y no habló más. Luego que vino el médico quiso que la dejáramos sola con él; pero cuando volví á su lado me pareció sumergida en la más sombría meditación.

— Octavia, me dijo; ya se acabó, me voy á morir..... He exigido del médico que me dijera la verdad, y lo ha hecho..... No tengo aun veinticuatro años, y me voy á morir. ¿No es esto espantoso?

La abracé y la dije:

— Dios puede conservarte la vida; pero es preciso pedírsela con corazón resignado. ¿No quieres unir tus oraciones á las nuestras?

Una sonrisa indecible y altanera contrajo aun sus labios.

— Ya te comprendo, dijo; tú quisieras que recibiera la visita de nuestro Párroco, ¿no es esto?

—Querida Francisquita, sólo ahí está el consuelo.

— Pues bien, haz que venga.

No pudo decir más; pero aprovechándome del permiso, escribí dos letras al Cura y me volví á sentar junto á ella. Guardaba profundo silencio, ahogando hasta las sordas quejas que le arrancaban sus dolores; pero su pálido semblante expresaba los combates de su alma, que luchaba contra el siniestro pensamiento de la muerte, terrible para todos, horroroso á los veinte años. ¿Qué era lo que pasaba en su corazón? ¿Era el sentimiento del pasado, ó el miedo del porvenir y de las tinieblas de aquel mundo desconocido en que Dios la esperaba, el que hacía temblar su cuerpo é imprimía en sus facciones, hermosas á pesar de la palidez de la muerte, un no sé qué de extraño y de terrible?

Traté de hablarle, mas fué en vano; tampoco su marido pudo obtener respuesta. No parecía sino que su alma endurecida por una rebelión interior era insensible á nuestro dolor y á nuestro cariño.

Cuando llegó el Párroco nos hizo seña que saliéramos del cuarto, y la dejamos sola.

¡Ay! El médico del cuerpo había pronunciado ya su fatal sentencia; pero el médico del alma ¿á qué venía? ¿No era á traer la paz y la salvación á aquella casa?

Después de estar largo rato con ella, vinieron á llamarnos, y en cuanto la ví conocí que estaba más tranquila, pues una débil sonrisa entreabría sus labios; tendiendo á su marido una mano que éste anegó en lágrimas, le dijo — Voy á dejarte, mi pobre Raimundo, y aunque son muchas mis culpas, ya sé que me perdonarás y recordarás con amor á tu pobre Francisquita, que no te ha hecho lo feliz que merecías..... Te quería mucho, sin embargo.

Se interrumpió, pues el sufrimiento no la dejaba continuar.

— ¡Oh, qué mal he empleado la vida! repuso al cabo de un momento; Dios hace bien en quitármela; pero ese buen Sacerdote me ha asegurado que si ofrezco este sacrificio con todo mi corazón, Dios me ha de perdonar.....

Nuestros sollozos la interrumpieron. Parecíame ver en ella el alma de su madre. ¡Oh, cuán grande es Dios y qué rica su misericordia! — Me lloráis, dijo de nuevo; ¡qué buenos sois los dos..... Mi querida Octavia, te dejo mi hijo..... ¿dí, lo quieres?'

La abracé con toda la ternura de mi corazón, y no le pude contestar, pues las lágrimas ahogaban mi voz; pero me comprendió y me estrechó la mano. Ya no podía hablar; el mal iba en aumento, la noche fué terrible; pero en medio de sus sufrimientos, pidió el Crucifijo, que estrechaba fuertemente, y vímos que sus labios moribundos besaban las llagas del Salvador. A media noche, y á pesar de las más crueles angustias, concluyó su confesión, y recibió el Viático y la santa Unción. ¡Qué fe y qué amor derramó Dios en aquel tierno corazón, en pago de una simple adhesión á su santa voluntad! Se resignó á la muerte, y en seguida se vió colmada de los más preciosos dones, de los que aseguran la eterna bienaventuranza. ¡Se conformó con la idea de la muerte, y desde aquel instante ya no la temió! En cuanto el mal la dejaba un intervalo de descanso, nos hablaba en los términos más tiernos, no olvidando á nadie, y dejándonos á todos su conmovedora imagen, cuyo eterno recuerdo nunca se borrará de nuestra memoria. Suplicó á Raimundo que pidiera, en su nombre, perdón á M. Thurel y á Josefina; me recomendó una vez más su hijo, y viendo cerca de su cama la doncella, la pidió olvidara los malos ejemplos de vanidad y coquetería que la había dado tantas veces. Parecía que en aquella lucha suprema había crecido su inteligencia, derramando abundante luz en su conciencia, y haciéndola comprender los secretos juicios de Dios, que la arrebataba del mundo y sus peligros, sin que ella tuviera más que palabras de bendición para adorar la mano paternal que la separaba de lo que tanto había amado.

Al amanecer perdimos la última vislumbre de esperanza, y el Cura la rezó las oraciones de los agonizantes; mas como ella experimentara cierto sentimiento de inquietud sobre el empleo de su vida, la dijo mostrándola al Señor en la Cruz: —¡Tenga usted confianza, hija mía, en Aquel cuyos méritos le pertenecen! — Comprendió y se sonrió dulcemente.....

Los gritos de Raimundo, á quien sacaban de la habitación, me hicieron comprender que todo había concluído, y al salir yo también del cuarto mortuorio, me encontré con Pablo que, asustado, vino á arrojarse en mis brazos.

Saint-Omer, Septiembre 18....

Seis meses han transcurrido desde la muerte de Francisquita; seis meses de luto y de dolor constante. He visto morir, pues el camino de mi vida, como una nave de iglesia, ha sido trazado entre dos hileras de sepulcros; pero nada en el pasado me ha hecho una impresión tan viva, tan punzante como la muerte de esta niña, arrebatada en medio de sus alegrías; flor brillante segada antes de la tarde, y cuya alma fué revestida en el último instante de un resplandor imprevisto, y que le preparó á las bodas eternas. Ya no vive, ella, tan joven, tan alegre, tan contenta de vivir, y los que, desde hace tiempo, están hastiados del yugo que pesa sobre los hijos de Eva, esos han visto inclinarse aquella cabeza, marchitarse aquellas rosas, desaparecer aquel sér tan bello y tan querido.

La he visto en el sudario: la tranquilidad profunda de la muerte había devuelto á sus facciones su pureza, dándoles además una gravedad inexplicable; y no sé por qué, al verla así, recordé su tersa frente inocente y sería el día de su primera comunion. Ahora juega su niño á mi lado como solía jugar ella. Al oir sus alegres voces en el jardín, parece que nada haya cambiado..... nada; sólo que una generación ha pasado ya, y yo he quedado sola sobre el sepulcro de tanto sér querido.

Raimundo, no pudiendo vivir aquí, donde todo le recordaba la dicha que ha perdido, solicitó su traslado á Argelia, y ahora se encuentra en Constantina, de donde me escribe con frecuencia, para hablarme siempre de lo mismo..... ¡Pero qué bien le comprendo! ¡Pues hubieran sido tan felices en adelante si la pobre Francisquita hubiera vivido!

Las cartas de Edmundo y las de Josefina son mis únicas distracciones, y componen toda mi vida con los cuidados que prodigo á mi querido Pablo, de quien me ocupo con una solicitud demasiado inquieta, según dicen; pero no debo olvidar que es huérfano y que me ha sido confiado. Me ha cobrado gran cariño, y en cuanto las lágrimas, fácilmente enjugadas, de su edad, han dejado de correr, no ha vuelto á nombrar á su madre, de quien le hablo con frecuencia sin embargo; pero ya no es para él sino un vago recuerdo, que se pierde entre las confusas memorias de su primera niñez. El pobre niño quisiera llamarme *mamá;* pero paréceme ver en este nombre una especie de usurpación que me hace daño.....

Saint-Omer, Agosto 18....

Edmundo acaba de sufrir su último examen del modo más favorable, y vuelve para no separarse ya de mi lado. Después de tantas penas, veo, por lo menos aquí, un punto azul en mi horizonte. Ahora arreglemos la casa: Pablo está loco de contento, y la pobre Verónica recupera fuerzas para ayudar á arreglar el cuarto del amo, á quien ha visto nacer.

Saint-Omer, Octubre 18....

Despues de tantos días, de tantos meses de tristeza, tenemos al fin momentos más serenos. Edmundo se ha fijado definitivamente en su pueblo natal, y yo vuelvo á mis dulces costumbres de una vida en familia, en la que reina la unión y la armonía, lo mismo en el pensar que en el sentir. Es un goce desacostumbrado el oir desde por la mañana la voz y los pasos de mi hermano en nuestra casa, por tanto tiempo silenciosa y solitaria; el mirarle frente á mí en nuestra mesa, el verle cómo se ocupa de Pablo, y por la noche, mientras duerme el niño, el poder hablar descuidadamente del pasado, tan largo para mí, y del porvenir tan dilatado que á él le espera. Así solía hablar yo de él en otro tiempo con nuestro padre.....

Todas cuantas dichas he podido soñar yo para mí se las deseo ahora á él, y confío en que no han de salir frustradas mis esperanzas, pues es joven, bueno é inteligente; el favor público le hace buena acogida..... los augurios parecen ser prósperos..... uno de nosotros, al menos, ¿no ha de tener derecho á un poco de felicidad?

Las cartas de Raimundo siguen siendo profundamente tristes y son el eco de un corazón enlutado que no puede olvidar.

Continúa ocupándose principalmente de Pablo, que hace días le emborronó una carta dictada por Edmundo, y que el pobre padre ha recibido con la satisfacción que es natural.

Para él llevó anotadas las grandes hazañas de su hijo, y estos pormenores íntimos, con los planes de educación y los consejos que pido y que recibo, establecen entre nosotros una activa correspondencia.

Saint-Omer, Abril 18....

Había recuperado algún sosiego, que la carta que acabo de recibir de Josefina ha venido de nuevo á turbar. ¿Qué haré, Dios mío? Consultar con vos en la oración y ejecutar aquello que me parezca más conforme con vuestra divina voluntad... . Pero antes de contestar quiero sosegarme y orar, sí, sobre todo orar.

«Lyon, Abril 18....

«Mi querida Octavia: He notado y usted también quizá, en las últimas cartas de Raimundo, que el destierro le va siendo pesado, y que, habiendo Dios calmado la primer violencia del dolor, suspira por los bienes que le quedan: su hijo, su familia y su patria. Hale escrito mi padre, suplicándole no prolongue por más tiempo su estancia en Africa, y diciéndole que teme no volverle á ver, pues su edad, no se cuenta ya por años, sino por meses y por días, y el horizonte que ofrece la esperanza es ya muy limitado. Varias cartas han cambiado tratando de este asunto, y ahora conozco el pensamiento de Raimundo. ¿Me da usted su permiso para que se lo exprese con franqueza, mi querida Octavia?

»Mi hermano aprecia en lo que valen los cuidados que prodiga usted á su hijo, y la idea de que con su vuelta perdería el niño ese cariño de madre y esa acertada dirección le detenía entristeciéndole. Sin embargo, tiene el legítimo deseo de no ser extraño á su hijo. ¿No habría un medio de conciliarlo todo.....? ¡Octavia, acuérdese usted de los sueños acariciados por mí en otro tiempo! ¡Acuérdese usted del nombre de hermana que entonces le dí, y que siempre le ha conservado mi corazón! La hermosura, la gracia encantadora de nuestra pobre y querida Francisquita arrebataron á usted el alma, que aun entonces la buscaba, sin saberlo, en la que había usted formado; pero hoy, después de una triste experiencia y de una desgracia horrible, aquel corazón que debía ser de usted viene á buscarla. ¿Le desdeñará usted? ¿Se negará á recibir por hijo á Pablo, que le llama á usted su madre?

»Mas como estoy oyendo las objeciones que le sugiere á usted aun su abnegación, y la pregunta que me hace de cómo quedará Edmundo, le advierto á usted que tengo ya trazados todos mis planes y que no me cogerá usted en descubierto. Si acepta usted la mano de mi hermano, nos reuniremos todos con usted (y este será el primer beneficio de esa unión); luego llevaría mi padre con él á una de sus sobrinitas, de quien es tutor. Lorenza tiene diez y ocho años y el más agradable rostro, el carácter más feliz y buena posición. ¿Qué le falta, pues, para ser digna de Edmundo, y por qué no haríamos la boda? Reflexione usted sobre ello, y sobre todo, querida Octavia, piense usted en una familia á quien puede hacer dichosa; será usted para mi padre el último rayo de sol; para Raimundo el lazo que la una á la vida; para Pablo la madre que no ha conocido, y para mí el bien más deseado, el que me ha costado tantas lágrimas, pero el que espero hallar ahora para siempre. ¿Se negará usted?

»Le abraza con amor de hermana su más verdadera amiga, *Josefina Thurel.*»

. . . . . .

(Lo que sigue en el manuscrito lleva letra de Edmundo.)

Al recibir esta carta, mi hermana quedó más silenciosa y pensativa que de costumbre, y tuvo una larga entrevista con su confesor, pero muy pronto tuvo otro motivo de preocupación, que absorbió todos sus pensamientos. Pablo cayó enfermo con una escarlatina maligna, y desde aquel momento Octavia no se separó de él ni un segundo, ni de día ni de noche, pasando ocho días sin acostarse y resistiéndose á mis súplicas, y hasta á mis órdenes, á las que siempre me respondía con estas palabras:

— Nos está confiado; nosotros somos los responsables.

El octavo día declaré que la vida del niño estaba fuera del peligro que le había tenido á las puertas de la muerte; pero sorprendióme el ver correr algunas lágrimas por las mejillas de mi hermana, que al escucharme miró al niño profundamente dormido y sosegado, y dijo, tratando de levantarse:

— Ahora voy á acostarme yo.....

Pero se tambaleó, y entonces noté la alteración de su semblante. Llamé inmediatamente á Verónica y á la asistenta que tomamos para ayudarla, y entre las dos llevaron á mi hermana á la cama. Cuando volví á su lado ocurrióseme una idea que me hirió como un rayo siniestro.....

— ¿Has pasado la escarlatina? pregunté.

— No, me respondió; no lo creo, al menos.....

— ¿Qué has hecho? exclamé.

— ¡Mi deber! ¿No soy la mayor? ¿No habían confiado ese niño á mis cuidados? El está fuera de peligro, y yo me pongo en las manos de Dios primero, y después en las tuyas, querido Edmundo. Tú me curarás si el divino Maestro quiere.....

Efectivamente; obedecióme desde aquel momento con la docilidad de un niño, pero no me atrevía á esperar, lo confieso, y tengo el convencimiento de que tampoco ella contaba con la vida. A pesar de esto, no perdió ni un instante su serenidad, y puede decirse que su enfermedad fué una oración no interrumpida, pues aun á media noche la oía repetir con amor estas palabras:

— ¡Lo que vos queráis, Dios mío, y no lo que yo quiero! ¡Os amo, Dios mío!

Era el eco de toda su vida tan sencilla y generosa.

El segundo día de su enfermedad pidió y recibió los Sacramentos con una devoción angelical; después me llamó para recomendarme que escribiera á Raimundo y á Josefina, y que les anunciara que el niño estaba bueno.

Estas fueron sus últimas palabras para ocuparse de la tierra; después de esto ya no pensó sino en el cielo y en preparar su alma á comparecer ante el tribunal de Dios. Mientras lo permitieron sus fuerzas no cesó de rezar, sirviéndose de las palabras del Evangelio y de los Salmos que le eran familiares, y cuando ya no pudo hablar, fijaba sus miradas en el Crucifijo y en la imagen de la Santísima Virgen, y de vez en cuando me tendía la mano.

Nunca, jamás podré olvidar ni su mirada ni su sonrisa. Pues Octavia era todo para mí: mi hermana, mi madre, mi amiga; tenía derecho á todos los nombres que pueden excitar en el alma el agradecimiento y el cariño. La ví extinguirse ante mis ojos, sin que ningún poder humano fuera bastante á salvarla; murió del mal que su abnegación le hizo contraer á la cabecera del hijo de su adopción y fiel á aquella ley de sacrificio que se había impuesto.

¡Oh, cuán noblemente aceptó este deber de *mayor*, este derecho á la abnegación y al sacrificio que recordaba pocos días ántes de su muerte!

¡Cómo no hemos de estar inconsolables! Raimundo la llora con nosotros, más que nosotros quizá; y en cuanto á mí, cualquiera que sea la dicha que me reserva el cielo, nunca olvidaré á mi hermana, ni los ejemplos de su fe, ni las lecciones que con su generosa vida nos legó.

UN ARTISTA DE ESPERANZAS

No por haber ya dedicado dos artículos á la Exposición de Bellas Artes nos creemos dispensados de continuar tratando la gratísima materia que la Exposición sugiere á los amantes de la hermosura artística y de las glorias nacionales.

En la primera plana de este número publicamos el grabado de un cuadro de gran tamaño, que, aunque en pésimas condiciones de luz, gusta mucho á todos los visitantes inteligentes de la Exposición; representa dicho lienzo el magnífico acto que coronó dignamente *El Compromiso de Caspe*, ó sea el discurso pronunciado por San Vicente Ferrer á la muchedumbre, ávida de conocer la decisión de los compromisarios, y en el que proclamó solemnemente por Rey de Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca á Don Fernando de Castilla, regente que era entonces de este último reino, y recién orlado con los laureles recogidos en Antequera. El asunto, como se ve, no puede ser ni más grandioso, ni más patriótico, ni más digno del arte por lo tanto. *El Compromiso de Caspe* constituye por sí mismo, y por lo que revela, una de las mayores glorias del antiguo reino de Aragón, tan fecundo en ellas: es, por decirlo así, la piedra de toque en que se aquilató el valor de aquella constitución aragonesa, tan seria y tan libre, y el carácter moral de aquella gente tan valerosa en los campos de batalla como formal y sabia en sus asambleas políticas.

Si grandes y dignos de admiración son los aragoneses, arrancando á la Media Luna los campos del Ebro y las vegas valencianas; si grandes y dignos de admiración son, en sus empresas memorables de Cerdeña, Sicilia y Nápoles, no lo son menos, ó quizás lo sean más, dando sus poderes á nueve varones esclarecidos para que decidieran quién había de ser su rey. Y la Providencia los premió sin duda; aquel Don Fernando de Antequera fué el fundador de la dinastía de los Alfonso V y Fernando el Católico, los más excelsos monarcas aragoneses.

Este asunto es el que ha inspirado al joven artista zaragozano, D. Emilio Fortún, el magnífico cuadro de que hablamos. Gran mérito tiene, sin duda, el lienzo, sobre todo en la composición y tono general del color, y también es seguro que no le faltan defectos, hijos de la inexperiencia principalmente. Pero, sea como quiera, es el hecho que la elección de asunto revela ya buen gusto y afición á lo grandioso, dignos de sincero y entusiasta aplauso por lo mismo que contrasta con esto que ha dado en llamarse el *modernismo*, y que no es muchas veces sino él culpa de la fatalidad y la insignificancia. Asuntos como *El Compromiso de Caspe* son realmente los asuntos dignos del arte.

El Sr. Fortún, aventajado discípulo de la escuela de Bellas Artes de Zaragoza, acometió su obra con sobra de alientos; pero faltándole muchos de aquellos medios materiales que son hoy indispensables para pintar bien un cuadro de historia. Hasta buscar local adecuado en que instalar su taller fué para

él empresa difícil. Cada modelo, ó sea cada amigo que se prestaba á servir de tal, era una conquista. Y no digamos nada de los trajes, decoración histórica, viajes á Caspe, etc., etc. Y á todo esto el joven Fortún no podía dedicar á su obra sino ratos escasos, pues tenía que atender durante casi todas las horas laborables á otras ocupaciones, si honrosas no muy compatibles con la pintura.

En condiciones tan desfavorables ha pintado su lienzo el Sr. Fortún, y todo el que lo sabe no puede por menos que pensar en lo que será este artista cuando la suerte le permita trabajar en otras condiciones, y el estudio y la experiencia hayan moderado sus facultades. Por lo pronto, su hermoso trabajo lo pone, en nuestro concepto, entre los mejores de los artistas contemporáneos de segundo orden. Un paso más, nada más que un paso, y llega á la meta. Ya en el concepto público hubiera llegado, si se dedicara, como algunos de sus colegas, al ejercicio del *bombo;* pero no hay que apurarse: los bombos prematuros y forzados se evaporan como los discursos huecos de sobremesa y se consumen como el champagne de ciertos banquetes. Solo el verdadero mérito es el que construye á la postre, más ó menos tarde, sólidas reputaciones.

S.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO XI

Difícil situación del ejército francés. — El terror. — Una expedición contra Porlier. — Por Navarra. — Soto.

Las guarniciones que habían dejado en los caminos militares para contener el país eran sin cesar atacadas: se habían visto precisadas para su seguridad á construir pequeñas ciudadelas, reparando antiguos castillos arruinados situados en alturas: algunos de estos castillos eran restos de los fuertes que los romanos y los moros habían levantado con el mismo objeto muchos siglos antes. En las llanuras los puestos de correspondencia fortificaban una ó dos casas á la entrada de las aldeas, con el objeto de tener alguna tranquilidad durante la noche, y de encerrarse cuando estaban amenazados. Los centinelas no se atrevían siempre á estar fuera del recinto fortificado por miedo á ser sorprendidos: se situaban en alguna torre, ó en andamios de tablas construídos en los tejados cerca de las chimeneas, para observar desde allí lo que ocurría á lo lejos en el campo. Los soldados franceses cerrados en sus pequeñas ciudadelas, oían algunas veces los sonidos alegres de las guitarras de sus enemigos, que venían á pasar las noches en las aldeas inmediatas.

Los ejércitos franceses no podían traer sus víveres y municiones sino escoltados por fuertes destacamentos, que eran hostigados continuamente, y hechos prisioneros á menudo. Estos destacamentos no encontraban en la llanura casi ninguna resistencia, pero desde que entraban en las montañas, se veían precisados á abrirse paso á fuerza de armas; y las pérdidas diarias que sufrían los franceses en algunas partes de la España, para procurarse víveres y municiones, equivalían á lo menos á las que hubieran experimentado, si hubiesen tenido que luchar constantemente con enemigos, que hubiesen resistido en batallas campales.

Los pueblos de España no se desanimaban por la duración de la guerra: en algunas provincias los paisanos estaban siempre armados: los labradores tenían en una mano la esteva, y en la otra un arma siempre pronta que enterraban cuando se acercaban los franceses, si no se creían bastante fuertes para reunirse y batirlos. Su animosidad se aumentaba con las vejaciones que los franceses les hacían experimentar. Las desgracias por las cuales otras naciones se sometían, mirándolas como consecuencias inevitables de los males de la guerra, eran para los españoles nuevos motivos de irritación y de odio. Empleaban para satisfacer sus resentimientos la mayor energía ó el disimulo más astuto, cuando conocían que eran los más débiles. Seguían á lo lejos á las columnas francesas como aves de rapiña para degollar á los soldados, que fatigados ó heridos se atrasaban en las marchas. Algunas veces obsequiaban á los soldados franceses cuando llegaban y procuraban emborracharlos, á fin de hacerles tener una seguridad mil veces más funesta que los peligros de los combates. Llamaban entonces á los partidarios, y les señalaban las casas en que nuestros soldados se habían imprudentemente dispersado. Cuando otros franceses iban después á vengar la muerte de sus compañeros, los habitantes huían y no hallaban en estas aldeas sino casas desiertas, en las que no podían tomar más que venganzas perjudiciales á ellos mismos, porque no podían destruir aun las habitaciones vacías, sin disminuir para en adelante sus propios recursos.

Cuando nuestros destacamentos llegaban en fuerza á los pueblos insurreccionados de la Vizcaya ó de la Navarra, los alcaldes, las mujeres y los niños venían á recibirnos como si estuviéranos en medio de una profunda paz: no se oía más que el ruido de los martillos de los ferrones; pero un momento después de nuestra marcha los habitantes tomaban las armas para hostigar á nuestros destacamentos entre las peñas, y atacar á nuestras retaguardias. Esta guerra, en la que no había objeto de reposo para la imaginación, enervaba el ardor del soldado y cansaba su paciencia.

Los franceses no podían mantenerse en España sino por el terror: estaban á cada momento en la necesidad de castigar al inocente con el culpable, y de vengarse del poderoso en el débil. El saqueo se había hecho indispensable para vivir, y estos latrocinios, consecuencias de la enemistad de los pueblos, y de la injusticia de la causa por la que se batían los franceses, atentaba la moral de su ejército, y zapaba hasta los fundamentos más íntimos de la disciplina militar, sin la cual las tropas arregladas no tienen fuerza ni poder.

Volví á España á fines del año de 1809 conduciendo á mi regimiento un destacamento de ochenta húsares. Se creía en lo interior de la Francia, según las noticias de las Gacetas, que los ingleses á su vuelta á Portugal después de la batalla de Talavera, no esperaban más que un buen viento para reembarcarse: que los países conquistados hacía mucho tiempo que estaban sometidos al rey José, y que los ejércitos franceses muy sosegados en buenos acantonamientos, no se ocupaban más que en destruir algunas bandas de salteadores, que robaban á los habitantes pacíficos.

Nos reunimos en Bayona á otros muchos destacamentos de caballería ligera, y atravesamos el Bidasoa para ir á dormir á Irún. Muchos habitantes de todas edades se habían reunido á las puertas de esta villa para vernos llegar, y nos siguieron con aire de curiosidad: creímos por el pronto que querían manifestarnos por esta demostración de celo, la satisfacción que tenían en vernos en su país. Después supimos que los habitantes de Irún, del mismo modo que los de los otros pueblos de la frontera llevaban una cuenta exacta de los franceses que entraban en España, y de los que salían heridos, y por estas relaciones dirigían los partidarios españoles sus operaciones. Todos los destacamentos destinados como nosotros á reforzar los diferentes cuerpos del ejército de España, recibieron orden de reunirse en Vitoria y Miranda, para hacer una expedición contra los partidarios españoles de Navarra y Rioja. El General Simón salió el 13 de Diciembre de Vitoria con 1.200 hombres para ir á ocupar á Salvatierra y Alegría. Los comandantes de las guarniciones de Navarra debían formar columnas móviles, y reunirse al cuerpo del General Simón después de haber rechazado á todas las partidas enemigas que encontrasen en su marcha: esta especie de caza militar tenía por objeto destruir las tropas del partidario Mina, que tenía á Pamplona en un bloqueo casi continuo, atacando sin cesar los destacamentos y convoyes, que iban al ejército francés de Aragón.

Los Generales Loisón y Solignac se pusieron en marcha el 16 de Vitoria y de Miranda, y se dirigieron simultáneamente por ambas orillas del Ebro sobre Logroño, á fin de sorprender en esta ciudad á Porlier, llamado el Marquesito. Las numerosas tropas de este Jefe interceptaban nuestras comunicaciones en el camino de Bayona á Madrid, haciendo incursiones diarias hasta las mismas puertas de las ciudades de Burgos, Briviesca, Miranda, Pancorbo y Vitoria.

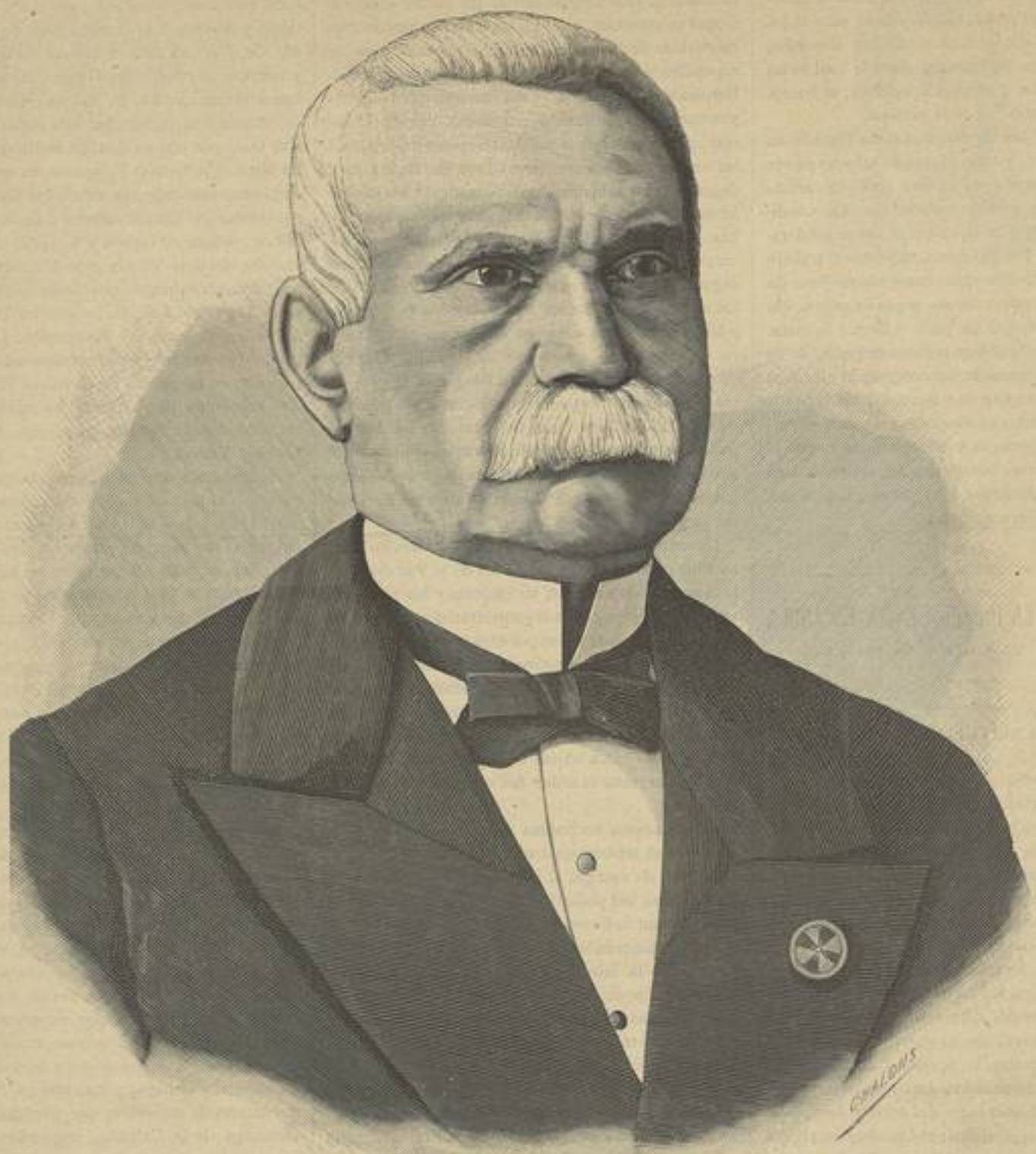
Mi destacamento de húsares componía parte de cuatro ó cinco mil hombres que mandaba el General Loisón. Los soldados de infantería habían dejado atrás sus bagajes, y también sus mochilas para estar más expeditos á correr en las montañas.

Llegamos el 17 á las cuatro de la tarde á la vista de Logroño: las tropas del General Solignac se presentaban delante de esta villa al mismo tiempo que nosotros, y ocuparon las puertas y las salidas que hay en la orilla derecha del Ebro, mientras que nosotros nos apoderábamos del puente que conduce á la margen izquierda de este río. Nos lisonjeamos un momento de haber cercado al enemigo en Logroño; pero un momento después entramos en esta ciudad sin haber tirado un fusilazo.

El enemigo había sabido por la mañana nuestra marcha combinada, y se había salvado por caminos extraviados en las altas montañas de Castilla. Los habitantes de la ciudad, hombres y mujeres, se pusieron á las ventanas para vernos entrar, manifestando en sus semblantes mucha satisfacción y contento: se alegraban de que se nos hubiesen escapado los españoles; pero no de volver á ver las tropas francesas, pues sabían por experiencia que veníamos á exigir las contribuciones atrasadas.

El General Solignac marchó la mañana siguiente á buscar al enemigo, y encontró en Nájera una pequeña partida española, que persiguió hasta Santo Domingo de la Calzada, creyendo que iba á alcanzar al grueso de los españoles; pero éste era un ardid que había empleado el enemigo, á fin de hacernos correr en una dirección opuesta á la que él mismo había tomado con su pequeño ejército. El General Loisón siguió el 19 al General Solignac á Nájera: nos vimos obligados á permanecer dos días en esta ciudad para tomar noticias del enemigo, cuyas huellas habíamos perdido enteramente.

El 21 supimos por fin que los españoles habían tomado el camino de Soto: esta villa, situada en las montañas, era la residencia de una Junta provincial, y encerraba almacenes de armas, municiones y vestuarios. Continuamos de nuevo persiguiendo al enemigo subiendo la orilla del Nagerillo. La división del General Loison fué á pasar algunas horas de la noche en una aldea situada al pie de las altas montañas á diez leguas al Sur de Soto, mientras que un cuerpo destacado compuesto de mi destacamento de húsares, de ciento, y cincuenta lanceros polacos, y de doscientos volteadores seguían á los enemigos; yo formaba la vanguardia de este cuerpo con 25 húsares. Pasamos por caminos estrechos y difíciles en medio de la nieve, y alcanzamos al salir el sol la retaguardia enemiga, á la que hicimos algunos prisioneros. Nos detuvimos muchas horas para dar de comer á nuestros caballos, y tiempo al General Loi-



EXCMO. SR. D. CLAUDIO MOYANO Y SAMANIEGO

Autor de la ley de Instrucción pública de 1857. † en Madrid el 7 de Marzo de 1890.

son á que se acercase á nosotros. Á medio día nos volvimos á poner en marcha por la orilla izquierda de un pequeño río que baja á Soto.

Veíamos en las cimas más elevadas de las montañas más elevadas á nuestra derecha, paisanos que se huían con sus ganados, y piquetes de soldados de caballería españoles, dejados de observación en las alturas, que echaban á correr á galope luego que nos descubrían. Los Curas y los Alcaldes de los lugares por donde atravesábamos nos traían con un celo fingido refrescos para retardar nuestra marcha. De cincuenta ó sesenta paisanos de todas edades, á quienes pregunté en diferentes lugares, no hubo uno que no procurase engañarnos, diciéndonos que no habían visto los españoles, y que no estaban en Soto. Sin embargo, algunos caballos, muriendo de fatiga, abandonados en el camino con sus equipajes, nos manifestaban á cada paso que estábamos cerca de los enemigos.

Cuando llegamos á la vista, y á un cuarto de legua de Soto, nos recibieron con una descarga de treinta ó cuarenta fusilazos, y vimos salir de las peñas detrás de las que estaban emboscados á unos paisanos armados, y bajar corriendo de la montaña hacia Soto. Hicimos alto para esperar á la infantería y al mayor que nos mandaba en Jefe. No pudimos encontrar sitio para formar en batalla en la altura, y permanecimos en el sendero estrecho por donde habíamos venido.

Soto está situada en el fondo de un valle estrecho, que atraviesa un riachuelo: de la otra parte de la villa se eleva una montaña muy alta, en cuyo flanco hay un camino tortuoso. Por este camino veíamos retirarse á los enemigos: los magistrados de la Junta de Soto, y muchos Curas vestidos de negro iban los primeros, y llegaron ya á la cima de la montaña: les seguían el tesoro y los bagajes cargados sobre mulas atadas en reata: detrás iban soldados con uniforme, y un gran número de paisanos armados con escopetas que marchaban sin observar ningún orden; y una multitud de habitantes de todos sexos y de todas edades se apresuraban al mismo tiempo á salir de la villa. La agitación de este gran número de hombres que se daban prisa á trepar las alturas por diferentes sendas ofrecía á la vista un espectáculo muy pintoresco.

Los españoles se desordenaron cuando nos vieron, y aceleraron al pronto su marcha; pero viendo en seguida que no éramos más que una vanguardia poco numerosa se serenaron, y todo el flanco de la montaña resonó con sus gritos prolongados y guturales.

BASÍLICA DE SAN MARTÍN DE TOURS

Los que estaban más cerca de nosotros se detuvieron y colocaron en las peñas, de donde nos tiraban fusilazos á todos alcances, diciéndonos estas palabras mezcladas con mil injurias: *venid, si os atrevéis á ver de más cerca á los brigantes:* así los llamaban nuestros soldados por su modo de pelear en desorden. Estaban separados de nosotros por un barranco de tres ó cuatrocientos pies de profundidad, por el fondo del cual corre un río.

El enemigo dejó para sostener la retirada una compañía de caballería delante de la puerta por donde debíamos entrar en Soto, y colocó á corta distancia de la otra parte del río cuatrocientos ó quinientos hombres de infantería en las peñas que dominan á esta villa. Estos hombres podían en todo caso retirarse á nuestra llegada sin correr peligro, y después de habernos hecho mucho daño.

El Mayor del regimiento 26 de línea, que nos mandaba, juzgó que la posición de los enemigos era inatacable de frente, y determinó envolverla. Ciento cincuenta de nuestros soldados bajaron al barranco, atravesaron el río debajo de nosotros, treparon en seguida con mucha pena la montaña opuesta, y se tirotearon algún tiempo con los enemigos sin ganar terreno. Habiéndoseles concluído la municion se retiraron á una pequeña capilla que estaba en la cima de la montaña, y enviaron dos hombres á instruirnos de su situación. Entonces se redoblaron los gritos, las injurias y los fusilazos de los españoles: habían visto que nuestros volteadores nos habían enviado á pedir socorro, y que no podíamos dársele.

El Capitán de la caballería enemiga se adelantó medio tiro de fusil á la tropa que mandaba en la entrada de la villa, y empezó á provocar con injurias al Oficial que mandaba la vanguardia de húsares franceses. Este Capitán hacia dar vueltas á su caballo, y esgrimía en todos sentidos su sable, para manifestar que le manejaba con destreza. El Oficial de húsares le consideró al principio con bastante frialdad; pero incomodado con las bravatas y gritos de los españoles que estaban enfrente, y cuyo atrevimiento se iba aumentando, pasó solo por el sen-

dero estrecho y rápido, que va á Soto. El Capitan enemigo volvió bridas cuando el Oficial estuvo á algunos pasos de él, y se incorporó tranquilamente en las filas de sus soldados.

(Continuará).

LAS URSULINAS DE GETAFE

(Cuadro de género.)

¡Orí, orí!

María de la Asunción, la mayor del colegio, como sus compañeras la llamaban, al escuchar este grito, sin alzarse del banco en que se hallaba, levantó los ojos del suelo y los fijó sucesivamente en la arboleda de enfrente, en la de la derecha, en la de la izquierda y por último, escorzando sin violencia el adolescente cuerpo, en la que sombreaba á sus espaldas parte de la redonda plazoleta. Nada notó, y continuó sentada: ¿para qué cansarse?

—¡Orí, venga, orí!—volvió á cantar un coro de ángeles cuyas voces surgieron penetrantes y agudas por todos los ámbitos del bosque.

La que *se quedaba* redobló entonces su atención, miró con detenimiento en torno suyo y pareciéndole que unos arbustos próximos se agitaban, saltó ligerísima de su asiento y pisando de puntillas se dirigió hacia ellos y se internó por la espesura, rastrera y silenciosa, como felino que olfatea la presa.

***

No estuvo mucho tiempo sola la *madre*.

Apenas hubo abandonado el banco la muchacha á *quien tocó la china*, por uno y otro lado, resueltas las más atrevidas, recelosas las cobardes, pero mudas y sonrientes todas, fueron llegando á él satisfechísimas de su triunfo hasta una docena de lindas zagalonas, entre las cuales ninguna andaría seguramente por bajo de los trece ni por encima de los quince abriles. Y al congregarse las zancudas de la dispersa bandada, cuchicheaban jubilosas y sencillas, contándose los lances de su juego é interrumpiendo de cuando en cuando su incoherente coloquio para prestar atención á los gritos de regocijo ó de miedo que proferían las otras y que el aire hacía saltar de rama en rama, ó para tomar aliento y proseguir con más descanso el sabroso relato.

Ya era una niña rubia la que, sudorosa y destrenzada, pasándose el amarillento pañuelo por la frente, se dejaba caer sobre las primeramente sentadas, sin fuerza para abrir los labios ni para levantarse de la improvisada é incómoda butaca: ya una morena robustota y erguida la que pisando de plano y doblando las rodillas con la elegancia del braceo de un caballo andaluz, aparecía entusiasmada y viva; los ojos chispeantes; la carcajada comprimida, casi mordida entre los blancos y menudos incisivos: todas, todas, ¡no faltaba ni una! fueron llegando al banco de granito, y allí, amontonándose unas sobre otras, se oprimían, se estrujaban, poco menos que se compenetraban, para que no cupiera duda á Asunción cuando viniera de que habían tocado en *la madre* y estaban libres de su persecución.

Aquella piña de muchachas estaba pidiendo á voces la impertinente intervención de un fotógrafo.

***

Y al fin llegó Asunción..... sola, desfallecida, medio muerta de cansancio, con más languidez que nunca en la mirada y más pálidas que de costumbre las mejillas.

Al verla venir, sus compañeras prorrumpieron en estrepitosa silba, aderezada con burlas más ó menos mortificantes.

—¡Viejaaa! ¡Viejaaa!—canturreó una de las mayores.

El coro de colegialas repitió el canto, y Asunción notó que una llamarada de sangre coloreaba su rostro y le hacía cosquillas en los ojos, predisponiéndola al llanto. Pero supo dominarse, justificó como pudo su torpeza y ya iban á darse por convencidas las muchachas cuando una trigueñita, tan pequeña de cuerpo como sobrada de desvergüenza, exclamó chillona y destemplada:

— Chicas, no la creáis: es que ha visto al novio.

— Cállate tú, Fina — repuso otra, saltando hacia ella como salta el gallo sobre la arena del circo, con el pico abierto y las alas extendidas — á tí nadie te ha dado vela en este entierro, ¿lo sabes?

No fué preciso más: la riña, la *pelotera*, el eterno remate de todas las fiestas de colegio empezaba allí mismo sin apelación y sin remedio. Entonces fué el dividirse en dos bandos la agrupación entera, el acriminarse, el sacar los trapos á la colada, ni más ni menos que si la vocecilla de Fina hubiera sonado en los oídos de aquella tropa con acentos de clarín que toca á zafarrancho.

Del cuadro plácido de antes no quedaba ni vestigio siquiera.

***

El sol desde la altura todavía inclinaba sus rayos dejándolos caer oblicuos sobre la tierra; los gorriones, los jilgueros y las golondrinas congregábanse en las inmediaciones de sus nidos, llevando en el pico las últimas brizas de hierba, las últimas migas del pan del día que antes las arrojaran las ahora encolerizadas ursulinas; oíase á lo lejos el silbido de la locomotora que preparaba su salida para la Corte; y de cuando en cuando atravesaban la plazoleta del juego de las niñas labriegos con sus mulas y pastores con sus rebaños, encaminándose hacia el vecino Getafe y dejando en pos de sí espesísimas nubes de polvo que el viento de la tarde se encargaba de disipar sacudiéndolas con ímpetu sobre los árboles cada vez más terrosos en su color, y sobre los escasos transeuntes de la inmensa llanura.

Era la hora de la vuelta al colegio, y aun cuando no lo hubiere sido, la Madre Concepción que paseaba por una de las alamedas convergentes, y había oído la desconocida algazara, hubiera ordenado el regreso al pueblo en justo castigo de aquella batalla. Así, en cuanto la venerable religiosa se dió cuenta de lo que ocurría cerró su libro de oraciones, batió palmas para congregar á las desperdigadas, y bien pronto todas las educandas, formadas de dos en dos, menos María de la Asunción, cuyo puesto en las filas era el último, al lado de la madre, aguardaban la señal de marcha, que por aquel día cerraba el corto espacio de sus expansiones juveniles.

***

. . . . . .

Poco después, el regimiento de las Ursulinas, con sus trajes negros y sus lazos azules en la cintura, se destacaba sobre la pajiza carretera en dirección al pueblo, semejando una bandada de aves inmigrantes que aprovechaba las templadas horas de una tarde de primavera para caer sobre las mieses y descansar un punto en su carrera.

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.

Madrid y Abril 1890.

EL SANTO CRISTO DE LAS AZUCENAS

TRADICIÓN GRANADINA

I

BATALLAS

Muy mal herido de amores
Anda Don Pedro Avendaño,
Perdido á los devaneos
Y por Doña Luz hallado.
Que es Doña Luz una dama
Tan hermosa como un astro
Y pura como la nieve
Que cubre los montes altos.
Sus ojos de fuego intenso
No alientan los desacatos;
Ni desdeñan, si cautivan,
Ni se vengan, desdeñados.
Las auras de primavera
Veinte veces deshojaron
Sobre sus sedosas trenzas
Las rosas del mes de Mayo.
Con un amor exclusivo,
Unico, sencillo, casto,
Con amor que purifica
Quiere á Don Pedro Avendaño.
Por ella á los amoríos,
Fiel Don Pedro, dió de mano
Y contra el vicio rastrero
Su amor puso por resguardo.
Como quien aguarda un cable
En la tabla del naufragio,
Del padre de Doña Luz
Está la vuelta esperando.
Que mientras Don Gil Valbuena
En Orán da recios tajos,
Con su amor y sus pasiones
Está Don Pedro luchando.
Y en las noches tenebrosas
Ya no es su espada el relámpago
Que brilla, estremece y ciega
Y que mata como el rayo.
Duermen ó rezan las dueñas
Sin miedo á citas ni raptos,
Mientras las damas, que guardan,
Velan con celos amargos.
Se hacen bravas las patrullas,
Que ya no temen su brazo;
Y enamoran los donceles
Sin pesados sobresaltos.
Todo anda en paz; mas la guerra,
A que su amor puso cabo,
Arde dentro de su pecho,
Sostenida por dos bandos.
De la una parte combaten
Dos ojos negros y castos,
Que le miran candorosos,
Que le riñen siempre mansos;
Y una boca, flor abierta,
De cuyos purpúreos labios
Salen consejos prudentes,
En vez de besos y halagos.
De la otra parte sostienen
La lucha dulces abrazos,
Celos, que al abismo empujan,
Protestas, sonrisas, llantos,
Riñas en que dos victorias
Alcanza su fuerte mano,
Codicia de otros placeres,
La sed perenne de Tántalo.
Fiera es la lucha: los vicios
Sin freno, que el rostro blando
Traen de mujer tentadora
De noble linaje y rango,
Llaman hipócrita imbécil
Al pudor honesto y cándido
De Doña Luz, que ni aun osa,
Por verlas, alzar los párpados.
De las pasiones briosas
Sintiendo el fuego Avendaño;
Acosado por las flechas,
Con que el vicio hace disparos;
Loco, delirante, ciego,
La calma encontrar juzgando
Y el remedio á aquellos males,
Pide á Doña Luz halagos.
Y ella, sintiendo del miedo
El frío sudor helado,
Le niega aquellas caricias,
Consigo misma luchando.
Porque es cristiana y no quiere
Su cariño hacer bastardo,
De los vedados placeres
Arrastrándolo en el fango.
Hosco Don Pedro, la espalda
Le vuelve desatentado,
Y en pos de los vicios corre,
Que abriéndole están los brazos.
Mas luego su amor inmenso
Por Doña Luz, soberano
De su corazón, le rinde
Y á sus pies le torna manso.
Así el león, por los hierros
De su cadena apresado,
Con ímpetu fuerte salta,
Ciego creyéndose en salvo,

Y corre oyendo el rugido
De las hienas y leopardos,
Hasta que el hierro le avisa
Que no es libre, sino esclavo.

II

LA TENTACIÓN

Entristecida y llorosa
Y en desmayo la esperanza,
En la soledad de un *carmen*
Doña Luz cuenta sus ansias.
Feneció la noche lóbrega
Y al campo sonríe el alba;
Acabó el invierno y luce
La primavera sus galas.
Sólo no mueren sus penas;
Sólo su ventura tarda;
Porque su padre no vuelve
Y torvo Don Pedro anda.
Como dichas de la vida,
Renacen las flores gayas;
Mas sus dulces ilusiones
Mustias el dolor arrastra.
Las hondas penas le dejan
Flacas las fuerzas del alma;
Y su pasión cobra aliento
Material y se agiganta.
Como encubiertos espías
En ciudad circunvalada,
Otras nuevas ilusiones
De extrañas cosas le hablan;
Y observan si sus virtudes
Fuertes son como murallas,
Y si el pesar enmohece
Del noble pudor las armas.
Confuso, incierto, medroso
Su pensamiento divaga,
Y las ideas informes
Discurren como fantasmas.
En alas de los deseos,
Plañideras y apenadas
Cuitas de Don Pedro llegan,
Enterneciendo su alma.
Luego entre la sombra oscura
De las penas, se destaca
La hermosa faz de su amado,
Llorosa, anhelante, pálida.
Y va surgiendo, surgiendo
Del mar de sus negras ansias
De Avendaño la figura
De gentileza bizarra.
Amor brilla en sus pupilas,
Ardientes son sus palabras,
Los brazos abre..... y un grito
Doña Luz del pecho arranca.
Y como el que se despierta
De pesadilla extremada
Y, el corazón palpitante,
Mirando las sombras vaga;
Así, llena de zozobra,
En la tentación repara
Y, libre del riesgo, esquiva
A aquella sombra la cara.
Nevada como su seno,
Como su talle gallarda,
Como su aliento olorosa,
Como su cariño cándida,
Del viento, que la enamora,
Estremecida, arrullada,
Una azucena contempla
Doña Luz, que la retrata.
Y en ella la imagen viendo
De su candorosa alma,
Como en el cristal del río
Su rostro ven las zagalas;
Iluminados sus ojos
Por la luz de la esperanza,
Como á cariñosa amiga
A la azucena le habla:
— Flor de mis penas testigo
Y bañada con mis lágrimas;
Fragante copo de nieve;
Azucena delicada;
Virgen que á Mayo enloqueces;
Cáliz, donde se embriaga;
Riesgo corre tu hermosura
En mi carmen, solitaria.
Ven á esparcir tus perfumes
Y á ostentar tus ricas galas
Del Hacedor de este mundo
Ante una imagen sagrada;
Que así en el cielo los ángeles,
Cantando sus alabanzas,
Llenan los celestes ámbitos
De las notas de sus arpas.
Ven, porque contigo quiero
Dejar la flor de mi alma,
Hasta que mi padre vuelva,
De un altar sobre las aras.
Dios tendrá allí mi pureza
De Don Pedro custodiada,
Como con vallas de arena
Del mar las iras quebranta. —
Y esto Doña Luz diciendo,
Cortó la azucena cándida;
Y el rostro de ángel velando
Con tocas negras y amplias,
Con Doña Guiomar, su dueña,
Salió, donosa tapada,
Con lágrimas en los ojos
Y la victoria en el alma.

(Continuará.)

Rdo. P. Jiménez Campaña, *de las Escuelas Pías.*

UN LIBRO CURIOSÍSIMO

Tal es, á nuestro juicio, el calificativo que merece en primer término la obra que acaba de publicar D. León M. Carbonero y Sol, de la ilustre familia del Sr. Conde del Sol, bajo el título de *Esfuerzos del ingenio literario*. No es este título, á nuestro juicio, lo más digno de aplauso en el libro; porque si esfuerzo es, como enseña la Academia y recuerda el Sr. Carbonero, *el empleo enérgico del vigor ó actividad del ánimo para conseguir una cosa venciendo dificultades*, es evidente que toda obra literaria representa un *esfuerzo* del humano espíritu, ó sea del ingenio literario, y no hay por otra parte esfuerzo mayor para el ingenio que el que produce las obras que más fáciles, llanas y naturales parecen al lector. La facilidad en escribir, ya lo dijo Inarco Celenio, es dificilísima. La sencillez de que algunos grandes poetas y prosistas consiguen revestir á sus producciones, es necio pensar que la han logrado espontáneamente ó por inspiración directa de las Musas, según creían los antiguos: esa sencillez y facilidad aparente es por el contrario resultado de larguísimas y trabajosas preparaciones: un gran poeta necesita *esforzarse* mucho más para dar á luz un poema realmente bello, y que por ser bello, claro que ha de ser fácil y sencillo, que no para componer un tomo de acrósticos y laberintos.

Así creemos nosotros que el título apropiado á la obra del Sr. Carbonero es el de *Extravagancias ó rarezas del ingenio*, que rarezas y extravagancias son las que el Sr. Carbonero ha coleccionado con paciencia de benedictino y clasificado y expuesto con verdadero talento de crítico.

Pero no por eso es el suyo un libro raro, ni extravagante, ni necio. Por el contrario, es un hermoso y profundo estudio que no acierta uno á explicarse cómo no se había intentado antes. El trabajo del Sr. Carbonero comprende toda la literatura, la sagrada y la profana, la antigua y la moderna; es un tratado de literatura universal, pero en el que la literatura se ve por el revés. Todos los géneros literarios que podríamos llamar extravagantes, el enigma, el logogrifo, la charada, el centón, el monograma, anagrama y cronograma, el acróstico y pentacróstico, el lipograma, el anaciclico, el disparate ingenioso, las aleluyas ó composiciones macarrónicas, el jeroglífico, el calembour y las divisas, todos los juegos y juguetes del ingenio, en una palabra, han encontrado en el Sr. Carbonero, no sólo un pacientísimo coleccionador, sino un crítico literario que ha sabido definirlos, clasificarlos por géneros y especies, poner de ellos ejemplos adecuados, y en suma, darles la importancia que realmente tienen, y que nunca se les había reconocido.

Quizás, sin embargo, esta importancia haya sido exagerada por el Sr. Carbonero, lo que nada tiene de extraño, pues suele acontecerles con sus respectivos asuntos á todos los que los tratan con *amore*. Pero sea como quiera, es imposible asentir á lo que afirma el Sr. Carbonero (pág. X) de que «el abuso de la poesía no consiste en el artificio más ó menos ingenioso, ó si se quiere extravagante de las producciones, sino en la ignorancia de los principios de la Gramática, en el olvido de los preceptos de la Retórica y en la violación de las reglas de la Estética literaria.....» De aquí puede deducirse que algunas composiciones, de las que el Sr. Carbonero colecciona en su libro, y que son intachables gramaticalmente consideradas, y aun desde el punto de vista de la Retórica, y quizás de la Estética literaria, dando á ésta el sentido limitado de Filosofía de la Retórica que parece darle el Sr. Carbonero, son realmente buenas poesías, cuando á lo más pueden pasar por lindos juguetillos, por bagatelas primorosas ó por temas bien ideados por algunos hombres de talento para vencer las dificultades de la ejecución, y prepararse así á la obra literaria, digna de tal nombre.

Creemos que en eso no han caído ni el Sr. Carbonero, ni ninguno de los críticos que ya han aplaudido justamente su libro. Es tan difícil la producción literaria, supone tantos esfuerzos de ingenio, aun en los que han recibido de Dios dotes sobrenaturales para intentarla, que no es aventurado afirmar que cuantos han conseguido algo serio y digno de consideración en este sentido han necesitado seguir largo y tortuoso camino, rudísimo y enfadoso aprendizaje. Como nadie es excelente instrumentista de música sin torturar días y días y años y años los oídos de parientes y vecinos con escalas y tocatas que no tienen otro objeto sino el de vencer dificultades puramente técnicas y domar el instrumento músico, así nadie llega á ser excelente literato sin manchar años y años cuartillas y cuartillas con composiciones, sin otro razonable objeto sino el de vencer las dificultades técnicas del instrumento literario, que es el lenguaje. Pocos literatos habrá, pues, que no hayan compuesto materia suficiente para llenar muchos volúmenes sin más fin que el de acostumbrarse á jugar con el idioma, y sorprender sus secretos más escondidos y sus más sutiles resortes, trabajo todo ello que no es para el público, ni poesía, ni literatura propiamente dichas, sino rudo aprendizaje, tarea lenta y penosa de elaboración, misterios de taller que sólo se comunican á los iniciados y que se reservan de los profanos para dejarlos en la creencia poética de las Musas.

De este orden y con este objeto creemos nosotros que fueron compuestas la mayoría de las extravagancias que figuran en el libro del Sr. Carbonero, autorizadas con las firmas de hombres de reconocido ingenio, exceptuando naturalmente aquellas que hayan brotado de las expansiones del buen humor ó de los vapores del vino en noches de francachela.

Pero que coleccionándolas y clasificándolas por géneros y especies ha prestado el Sr. Carbonero y Sol un eminente servicio á las letras es indudable. Su libro es de aquellos que si hubieran aparecido en lengua francesa ya habría dado la vuelta al mundo, y á su autor una reputación universal. Publicado en España, será leído por un par de miles de curiosos á lo sumo, y será difícil que llegue á la segunda edición. Pero de todas suertes las personas entendidas apreciarán en lo que vale ese trabajo de labor pesada, para la que se requieren condiciones excepcionales de talento y de paciencia. En todas las Bibliotecas públicas y privadas debe figurar esa obra, que es de las que nuestras letras producen con harta parsimonia; porque aquí los que tienen ingenio no suelen tener perseverancia para el trabajo, y los pacienzudos suelen ser unos zopencos. El Sr. Carbonero reune ingenio y paciencia, y por eso ha podido escribir una obra como ésta.

A. S.

EL MENDIGO NEGRO

NOVELA DE PAUL FEVAL

TRADUCIDA PARA "LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA" POR F. G.

(Conclusión.)

QUIERO deciros, señora, añadió que os aborrezco con toda mi alma. Habéis abusado de vuestro poder: me habéis puesto el pie en el cuello, y cuando os he demandado gracia, habéis contestado á mi súplica con una amarga y cruel sonrisa..... Ahora me pedís un crimen. Está bien; ya lo esperaba, lo deseaba, porque ese crimen debe romper mi cadena.

—Sí..... sí, Carral, interrumpió la Marquesa con hipócrita dulzura. En seguida serás libre, te lo juro.....

—¿Qué me importa vuestro juramento, señora.....? Sabéis mentir y no creéis en Dios..... Quiero más, ¿lo entendéis? necesito una garantía.....

—La tendrás.

—¡Cómo! dijo Carral con ironía, me daréis un billete en el que me diréis: ¡He mandado cometer un asesinato al mulato Junquillo!

—¡Junquillo! repitió Neptuno; ¡yo he leído este nombre en los papeles de buen amo.....!

Y se cercioró de que tenía los papeles en el seno.

—Y firmaréis, continuó el mulato, ¿Florencia Angela, Marquesa de Rumbrye.....?

—¡Florencia Angela! repitió el negro, cuya última incertidumbre acababa de disiparse.

—¿Lo haréis? prosiguió Carral.

La Marquesa se soltó bruscamente de su brazo, y tomó aquella actitud imperiosa que tantas veces había dado al traste con la resistencia de Carral:

—¡Creo que tratas de rebelarte contra mí! dijo frunciendo las cejas.

El mulato se encogió de hombros.

Dejad á un lado el trabajo de representar por más tiempo el papel de reina, que hasta ahora tan bien habéis representado, señora, dijo con acento sarcástico; no os temo, porque me necesitáis..... Hay más; vos sois la que teméis: vos, señora, porque poseo vuestro secreto.

La Marquesa no era mujer que se daba por vencida tan fácilmente.

—¡Pobre Junquillo! exclamó: poseés mi secreto.... pero soy la Marquesa de Rumbrye, y cualquiera acusación que se dirija contra mí pasaría por una calumnia!

—¡Muy bien! pero no atentaréis en adelante contra Javier; esa *calumnia* será una especie de barrera levantada entre vos y él..... además, el señor Alfredo Lefebre de los Valles no se casará con los diez millones de la señorita de Rumbrye.

—¡Y tú serás descomascarado! dijo colérica la Marquesa. Te señalarán con el dedo.....

—Yo saldré de Francia, interrumpió el mulato.

Hubo un largo silencio: la lluvia empezaba á caer sobre las espaldas medio desnudas de la Marquesa, que no se cuidaba de ello.

—Carral, añadió en voz baja, pídeme otra cosa y te la concederé.

—¡Hénos aquí ya iguales! exclamó el mulato con una especie de exaltación. Capituláis, mi ama..... ¡Vamos! continuó, dando una carcajada, quiero ser generoso: nada firmaréis, nada; pero vais á ayudarme.

—¡Yo.....! ¡ayudaros.....!

—Soy cobarde, ya lo sabéis, ama: vuestra presencia asegurará mi golpe.....

En aquel momento se oyó la voz del joven Alfredo Lefebre de los Valles que llamaba á su madre y decía, bajo palabra de honor, que llevaba un paraguas.

—¡No..... no.....! balbuceó la Marquesa, yo no puedo.....

—Pensadlo bien, señora, y decidíos..... Si rehusáis, salgo al instante del castillo y no volveréis á verme más.

—¡Ho-op! ¡Ho-op! gritaba Alfredo: ¡el diablo que sepa donde estáis, madre mía!

—Así que yo haya partido, añadió Carral, será de Javier..... El Sr. de Rumbrye le quiere; su hija también.....

—¡Iré! murmuró la Marquesa.

—¡Ho-op! ¡Ho-op! seguía gritando el zángano de Alfredo. Creedme, señora, la noche está oscura como boca de lobo; yo no sé dónde estáis.

Carral y la Marquesa se dirigieron hacia el castillo, cuyas ventanas brillaban en medio de la oscuridad.

—¿A qué hora? preguntó la señora de Rumbrye.

—Se acostarán tarde..... á las dos de la mañana.

—Estaré.

El mendigo se empinó cuanto pudo sobre las puntas de los pies; asomó su negra cara por encima de las dalias y siguió largo tiempo con la vista á aquellos dos asesinos.

—¡También yo estaré! dijo entre sí.

XIV

Al resplandor de la luna.

Javier fué conducido por un criado á la habitación que le había mandado disponer la Marquesa de Rumbrye.

El aislamiento de aquel cuarto no le causó sorpresa ni inquietud, así es que se acostó muy contento y se durmió arrullado por las más consoladoras ideas.

Durante aquella noche en efecto, la Marquesa le había dado pruebas de afecto; y Elena, por otra parte, ¿no le había permitido leer hasta en el fondo de su corazón?

Como á la una de la mañana dormía ya profundamente.

Llamaron con tres golpecitos en los vidrios de la ventana, y como no respondía volvieron á llamar con más fuerza; en seguida una mano envuelta en un pañuelo apretó el vidrio que se rompió sin mucho estrépito, porque los pedazos quedaron entre los pliegues de la cortina.

Javier lo oyó esta vez, pero creyó estar soñando y volvió á dormirse.

Introdújose una mano por el hueco del vidrio roto, y quitó el picaporte de las vidrieras, las cuales se abrieron de par en par.

Entonces apareció un hombre que apoyándose en la ventana saltó á la habitación.

La tempestad había ya cesado.

La luna ya despejada se mecía plácida y brillante en el inmenso espacio.

Su luz reflejaba sobre el rostro de Javier profundamente dormido.

El intruso dió algunos pasos en la habitación y se detuvo cerca del lecho; contempló un instante á Javier y juntando las manos murmuraba al parecer alguna oración.

En seguida estampó un beso en la frente del joven, y al levantarse, iluminó la luna el rostro de ébano del mendigo negro.

Hizo un movimiento como para despertar á Javier, pero mudó de parecer y se dirigió á cerrar la ventana, cuidando de correr las cortinas, lo cual sumió la habitación en la más completa oscuridad.

Hecho esto, se acurrucó sobre la alfombra detrás de la cama de Javier.

Apenas haría una media hora que se hallaba de este modo, cuando creyó oir en el corredor algunas palabras dichas en voz baja.

Casi al mismo tiempo sintió torcer la llave y la puerta se abrió con sumo cuidado.

Carral apareció en el umbral.

No llevaba armas, á lo menos ostensiblemente. El mulato, sin duda temiendo encontrar despierto á Javier por casualidad, quiso poder fingir una simple visita nocturna, autorizada por su mucha intimidad.

La precaución era buena; no era de suponer un asesinato; y si las cosas hubieran seguido su curso ordinario, al despertar el joven sobresaltado, no habría tenido á Carral por un asesino. Pero allí había un testigo que no podía engañarse.

El mulato se adelantó sonriendo, con una bujía encendida en la mano.

Desde que se cercioró del sueño de Javier, cambió de repente su fisonomía. Frunciéronse sus cejas, surcando profundamente las arrugas de sus mejillas y brillaron sus ojos con un fuego sombrío.

Deslizó la mano por debajo de su levita y sacó un cuchillo-puñal abierto.

Dejando entonces la bujía sobre la mesa, la apagó, después de haber elegido cuidadosamente el sitio donde debía herir.

Y levantó el brazo.

Pero en aquel mismo instante sintió aprisionada su muñeca por una mano vigorosa, mientras que otra le apretaba la garganta.

Lanzó un horrible grito: uno solo; pero lleno de atroces padecimientos.

Oyóse el estertor del moribundo y en seguida cayó de espaldas inerte y pesado como una masa de plomo.

El negro se había vengado al estilo africano.

Acababa de estrangular á su enemigo.

Javier, asustado, se incorporó sobre la almohada.

Un silencio profundo se siguió al grito de agonía del mulato.

La Marquesa, temblando en el corredor, y sometida á aquella complicidad positiva que le había impuesto Carral, esperaba el momento de huir.

Al oir el último estertor de un hombre, tembló de pies á cabeza y quiso lanzarse hacia el otro extremo de la galería; pero allí vió, ó creyó ver á lo menos, al resplandor de la luna, una figura indecisa que al parecer se adelantaba lentamente.

Viéndose perdida, se precipitó en el cuarto de Javier, cerrando la puerta detrás de sí.

—¿Está ya? preguntó en voz baja.

Javier quiso responder, pero el mendigo le impuso silencio.

—¡Está! respondió éste.

—¿Muerto? preguntó de nuevo la señora de Rumbrye, tan asustada de la oscuridad como del crimen.

—¡Muerto! volvió á contestar el mendigo.

—Es particular, Carral, añadió la Marquesa: no reconozco vuestra voz.

Javier creía estar soñando.

—¿Dónde estáis.....? prosiguió la señora de Rumbrye.

Y al andar tropezó contra el cuerpo de Carral.

—¡Un cadáver! gritó aterrada.

El mendigo descorrió las cortinas, y el brillante resplandor de la luna iluminó de repente la habitación.

—¡La señora de Rumbrye! dijo Javier estupefacto.

La Marquesa miró á Javier con ojos espantados, y en seguida se inclinó hacia Carral.

Al levantarse vió al mendigo negro de pie, inmóvil y con los brazos cruzados delante de ella.

Quiso huir.

—Esperad, le dijo el negro, esperad, viuda del capitan Lefebre, tenemos que arreglar una cuenta muy larga.

—¡La viuda de mi padre! exclamó Javier; mi madre.....!

Y se frotaba los ojos como queriendo coordinar sus ideas.

La presencia del mendigo, aquel hombre que yacía cerca de su cama, aquella mujer á quien llamaba su madre, todo esto le trastornaba los sentidos.

—¡En nombre de Dios! dijo, ¿qué ha pasado aquí?

La Marquesa, haciendo un esfuerzo desesperado sobre sí misma, había logrado recobrar alguna sangre fría.

— Efectivamente, ¿qué es lo que ha pasado? exclamó. Vengo aquí atraída por el ruido, ¡y me encuentro un cadáver en el cuarto de uno de mis huéspedes!

— El cadáver de un hombre á quien acabo de matar, señora, interrumpió Neptuno, porque cumpliendo con vuestras órdenes, venía á asesinar á vuestro hijo.

— ¡Es posible! murmuró Javier.

— ¡Mi hijo! repitió la Marquesa; yo no tengo más hijo que Alfredo Lefebre de los Valles.

— Le creíais perdido, ¿no es verdad.....? repuso el mendigo. ¡Todo ha pasado tan lejos! ¡Está tan cubierto por el olvido! ¿Pensáis que sólo un mentís bastará para salvaros? Os engañáis, señora; aquí tengo, y se golpeaba el pecho, con qué convenceros. ¡Tenéis dos hijos, de los cuales el uno es legítimo, que es éste.....! ¡mientras que el otro es un bastardo!

— ¡Negro! dijo la Marquesa, como no pudiendo encontrar una injuria mas atroz en su vocabulario criollo; ¡pagarás cara tu audacia.....! ¡Estás en mi casa, sí, yo mando aquí, todo cuanto dices es mentira é infamia!.....

El cadáver del mulato, como galvanizado, hizo un ligero movimiento.

— ¡Levántate tú para defenderme, Carral! continuó la Marquesa, cuya rabia contraía horrorosamente sus facciones..... ¡Habla.....! ¡habla.....!

Carral se incorporó lentamente; y después de algunos esfuerzos inútiles, consiguió hacerse entender.

— Este hombre ha dicho la verdad, murmuró fijando sobre su antigua ama, sus ojos moribundos, pero que respiraban odio. Vuestra vida es una serie de infamias..... ¡así os castiga el cielo, señora!

Cuando hubo pronunciado estas palabras cayó de nuevo, agitándose todo su cuerpo con el esfuerzo de mortales convulsiones.

La Marquesa, fuera de sí, le arrojó con el pie, diciéndole con violencia:

—¡Muere, pues, esclavo!

En seguida volviéndose hacia Javier, añadió:

— ¡Y vos, caballero, temblad lo mismo que vuestro cómplice! En mi casa se ha cometido un asesinato..... y será castigado.....

No conozco bien en qué se fundan vuestras tenebrosas maquinaciones, caballero, pero no ignoro su objeto..... Sé que os atrevéis, vos, hijo sin padre, sostenido por una misteriosa y periódica limosna, sé que os atrevéis á poner vuestros ojos hasta en la señora de Rumbrye..... ¡Necesitáis una madre, caballero! ¡necesitais un nombre....! ¡y me habéis elegido á mí! ¡y habéis querido usurpar el nombre á mi hijo....! ¡Caballero, sois un odioso impostor!

Javier, que estaba desprevenido, é ignorante además de la verdadera causa de todo aquello, no encontraba palabras con que responder á tan furioso ataque.

— ¡Señora....! balbuceó.

— ¡Silencio! dijo imperiosamente el mendigo; soy yo quien va á contestaros, señora. Este hijo no os ha elegido, porque vuestra conducta pasada le causa horror y piedad. He sido yo..... yo, instrumento ciego de la voluntad de vuestro esposo! En vano os obtináis en negar, sí, porque tengo pruebas irrecusables. ¡En cuanto al asesinato, vos sois la que habéis de temblar....!

Sacó en seguida de su seno los papeles del capitán y encendió la bujía.

La Marquesa recorrió con una rápida ojeada la partida de bautismo.

— No falta más que una cosa, dijo con resolución. ¿Dónde está mi nombre?

Carral consiguió levantarse otra vez y miró el papel.

— ¡Mi nombre, dijo, he aquí mi nombre....! Junquillo..... ¡Este es tu hijo..... parricida!

— Este hombre delira, replicó la Sra. de Rumbrye luchando contra la evidencia, con el valor de la desesperación: además, ¿qué vale su testimonio si va á morir!

Carral se dejó caer sobre la cama.

— ¡Concededme aun algunas horas, Dios mío! murmuró el mulato, ¡para que pueda confundirla y vengarme!

Y se cerraron sus ojos.

— ¡Ha muerto! dijo la Marquesa, haciendo el ademán de rasgar la partida de bautismo. ¡Ahora, quién lo creerá, mendigo!

Neptuno y Javier se precipitaron á la vez para arrancar el papel de las manos de la señora de Rumbrye; pero esta, más ligera que el viento, de un brinco saltó fuera de la puerta.

— ¿Quién os creerá? gritó con aire de triunfo.

— Yo, señora, contestó una voz grave y severa.

La Marquesa retrocedió, como herida de un rayo, hasta el medio de la habitación. El Sr. de Rumbrye apareció en el umbral de la puerta.

Adelantóse en seguida, tomó de la mano de su mujer el papel, y entregándoselo al mendigo, prosiguió:

— ¡Todo lo he oido, no digáis una sola palabra para defenderos, señora....! El grito de agonía de ese hombre me ha traído hasta aquí..... y he presenciado la deshonra de mi casa..... Retiraos; mañana os comunicaré mis órdenes.

La Marquesa se alejó sin replicar.

Una benéfica sonrisa asomó á los labios de Carral moribundo.

Moría vengado.

Nada se traslució de este drama extraordinario y lúgubre entre los huéspedes del castillo.

La Sra. de Rumbrye presidió al día siguiente, como de costumbre, el espléndido almuerzo, donde se reunieron todos los convidados, excepto el mulato, de cuya ausencia nadie se inquietó.

Esta clase de gentes mueren como viven, desapercibidos de todo el mundo.

Aquella mañana anunció el Sr. de Rumbrye, que un negocio de la mayor importancia le llamaba á París.

Todos fueron marchándose conforme habían venido; volvió á sentirse el chasquido de los látigos, pero esta vez no hubo ningun fiacre que tratase de competir con la celeridad de las sillas de posta.

El Sr. de Rumbrye partió el último con su hija, Javier y el mendigo negro.

Esto causó grande admiración al joven Alfredo Lefebre de los Valles, que juraba bajo su palabra de honor no haber visto en su vida una cosa semejante.

Empero su sorpresa aún no había llegado á su colmo.

En efecto, mientras que el carruaje del Marqués doblaba el ángulo de la calle de árboles y se dirigía hacia París, la silla de postas de la criolla, girando en sentido contrario, marchó al galope por el camino de la Bretaña.

— ¡El diablo me lleve si este postillón no está borracho! exclamó el joven Alfredo.

La Marquesa le impuso silencio con un gesto y dejó caer la cabeza entre sus manos.

Una palidez mate y lívida cubría su rostro.

— En adelante, habitaremos en la ciudad de ***, en Bretaña, dijo la criolla en voz baja y ahogada por los sollozos.

— Palabra de honor, señora, respondió el joven, todo esto me sorprende extraordinariamente.

Durante mucho tiempo y con bastante frecuencia se preguntaba en el palacio de Rumbrye por la señora Marquesa.

Su marido contestaba siempre que habitaba en provincia, porque así lo exigía el estado de su salud.

Ignoramos si la desaparición del joven Alfredo de los Valles causó gran sensación; pero podemos asegurar que este amable joven, á fuerza de desvelos y estudio, llegó á ser el más hábil jugador de billar de la ciudad de ***, en Bretaña.

Un mes después de los acontecimientos que acabamos de referir, el Sr. de Rumbrye llamó á su gabinete á Javier.

El noble anciano estaba sumamente triste. Sufría en silencio desde que midió el abismo de depravación que existía en el corazón de aquella mujer á quien había dado el nombre de sus padres.

El amor hacia su hija había ído creciendo progresivamente.

— Amigo mío, dijo á Javier, tengo ciento cincuenta mil libras de renta que pertenecen á mi hija. Sé que la amáis y que ella os corresponde; yo os quiero y estimo entrañablemente, y mis deseos se verían colmados si llegaseis á ser mi yerno.

El Marqués se detuvo, y Javier, fuera de sí, quiso demostrar su júbilo.

— Empero, continuó el Sr. de Rumbrye, yo soy el último vástago varón de una familia ilustre; el nombre de Rumbrye no debe perecer conmigo. Es necesario que mi yerno le mantenga y perpetúe, y aunque una infinidad de pretendientes se disputan la mano de mi hija á este precio..... por ella, por vos y por mí, os doy la preferencia..... ¿Queréis ser Marqués de Rumbrye?

Javier bajó la cabeza.

— Están tomadas todas las medidas, prosiguió el noble anciano, interpretando mal la indecisión de Javier; S. M. se ha servido acoger mi petición, y cualquiera que sea mi yerno tendrá derecho á llevar el título y el nombre de Rumbrye.

— Hace un mes, contestó Javier con lentitud, que he sabido el nombre de mi padre..... Es el nombre de un valiente soldado, señor..... y cuando yo le deje, habré cesado de vivir.

El Marqués no pudo contener un gesto de asombro. Se levantó en seguida y dió dos ó tres paseos por la habitación.

Luego, volviendo á donde estaba Javier, le alargó la mano.

— Yo hubiera hecho lo mismo que vos, murmuró; apruebo vuestra conducta..... pero es necesario que me sobreviva el nombre de Rumbrye!

Y se separaron, quedando todo concluído al parecer.

Debe creerse, sin embargo, que la linda Elena sirviese de conciliadora, pues á los pocos días se celebró en la iglesia de San-Germán-des Prés un matrimonio, al cual asistieron por una parte el Sr. de Rumbrye y por otra el intrépido Neptuno.

Este último servía de padre al desposado.

Al atravesar los umbrales de la iglesia alzó la vista hacia el balcón de la casa inmediata.

El desposado también dirigió una mirada hacia aquel lado y en seguida apretó fuertemente la mano al negro.

Inscribióse en el registro matrimonial el nombre del Marqués Javier Lefebre de Rumbrye.

Algunas personas sobrado rígidas criticaron tal vez á Javier el haber aceptado aquél compromiso..... Si hubiesen conocido á Elena en 1816, no se hubieran mostrado tan inflexibles.

Al día siguiente del casamiento fué Neptuno á ver á Javier.

Llevaba una mochila á la espalda, y en la mano su largo palo.

— Amito, le dijo, vengo á despedirme de vos.

— ¡A despedirte! repitió Javier asombrado; estás loco, mi valiente amigo. Ya no nos separaremos nunca.

El negro se sonrió melancólicamente.

— Así lo desearía yo, amito; pero es preciso que parta..... He concluído mi tarea. He hecho cuanto

CLAUSTRO DE SAN JUAN DE LAS VIÑAS EN FRANCIA

él me mandó. Ahora es necesario que me reuna á mis hermanos, que ya son libres..... Marcho á Santo Domingo.

Javier hizo todos los esfuerzos imaginables para disuadirle de su intento; pero el negro continuó inexorable.

— ¿Me quieres menos que á tus hermanos? preguntó al fin Javier.

Neptuno tomó la mano del joven y la llevó apasionadamente á sus labios.

— ¡No! ¡no! respondió, ¡no voy por mis hermanos.....! ellos me han olvidado..... ¡Voy por él..... Quiero ir á su tumba para decirle que su última voluntad se ha cumplido..... quiero arrodillarme donde le ví morir..... quiero, cuando llegue mi hora, poderme dormir para siempre al lado de su sepultura.

La voz del mendigo temblaba; sus ojos se elevaron al cielo, puso su mano sobre el corazón, é hincando una rodilla en tierra, exclamó con inefable ternura:

— ¡Buen amo mío! si muriese en esta tierra, mi alma estaría muy lejos de la tuya..... Allí tu oirás mi último suspiro; y llamarás á tu servidor.....

Volvió á besar la mano de Javier, enjugó con disimulo una lágrima y partió para no volver más.

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas**, para el **CULTO CATÓLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

Blanqueo de ceras en gran escala.

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR** y **POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

JABON REAL DE **THRIDACE** | **VIOLET** único Inventor 29, 1er des Italiens, Paris | JABON **VELOUTINE**

Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

¡HE AHÍ EL ENEMIGO!

Para los dentistas es el enemigo todo producto susceptible de restringir en porporción considerable su clientela. Por lo mismo no hacen caso de los diversos dentfricos que llueven todos los días sobre el desgraciado público; pero, en cambio, se encarnizan contra el **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac**, porque, en efecto, saben muy bien que sólo tienen que temer á este último, cuya acción, á la vez tónica y reparadora sobre la mucosa bocal y sobre la pulpa de los dientes, pone á éstos en estado de resistir á todas las causas de alteración. Ojo, pues, á todas las personas que sientan poco gusto por las operaciones de la boca y que no vean con agrado los dientes postizos.

Agente general. — A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumería, farmacias y droguerías de todel mundo.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

EPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 17. — Madrid 15 de Junio de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 ps. fs.
Un año..... 4 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 » »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 » »

ADVERTENCIA

Terminadas las novelas que con general aplauso de nuestros lectores veníamos publicando, empezamos hoy la de otra de Madame Bourdón, que de seguro agradará también á nuestros favorecedores.

SUMARIO

Texto.

¡Gloria á la Marina! por D. A. Ballvín de Urquera. — *A fuego Peral*, por D. Jesús Lozano. — *Otro artista de esperanzas*, por S. — *La guerra de la Independencia, contada y juzgada por un francés* (continuación). — *El veranco de los ricos*, por A. Salcedo. — *Album de versitas: El Santo Cristo de las Azucenas*, por el P. Jiménez Campaña. — *Las plagas de Egipto*, por F. Vigouroux, traducido por D. Manuel Polo y Peyrolón. — *¿Quién es.....? ¿Qué es.....?* por Miscosa. — *Una parienta pobre*, por Mad. Bourdón.

Grabados.

Un macero del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza. — (Véase el artículo *Otro artista de esperanzas*.)

Paso del río Duero por la ciudad de Oporto y Vista del puerto de Vigo. — Apreciarán nuestros lectores las dos vistas que les ofrecemos de las dos bellas ciudades, una portuguesa y otra gallega, ambas españolas á despecho de la enemiga historia y de las diferencias políticas.

Lago de Arreuela. — (Véase la última plana.)

¡GLORIA A LA MARINA!

Entre cuantas ciencias y artes sirven á los adelantos del militar, son pocas las que pueden competir en utilidad para el verdadero progreso con las que forman los estudios del marino. La astronomía, la meteorología, la geología, la mecánica y la física en general no pueden menos de adelantar cuando se investigan sus secretos relativamente á la navegación: por eso, no sin razón, se ha dicho que un buque representa una verdadera enciclopedia; y si esto sería cierto, aun tratándose de la nave de los argonautas, si pertenece á la historia más que á la mitología, ¿cómo no ha de serlo cuando se aplica á la navegación por el vapor, á los modernos acorazados y al novísimo invento de Peral? De éstos puede decirse que no sería aventurado juzgarlos suficientes para dar cada uno de ellos su nombre al presente siglo.

Habíanse momentáneamente eclipsado, que también decimos que se eclipsa el sol, la ciencia y la fuerza militar de nuestra marina. El de Trafalgar fué hasta la jornada del Callao el último día de gloria para nuestros hombres de mar, y los nombres de los sabios que por aquel tiempo representaban al

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

MACERO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA.
Cuadro de D. Anselmo Gascón y Gotor.

Cuerpo de la Armada no encontraron sucesores hasta nuestros días. El reinado de Fernando VII con sus célebres *buques rusos*, con el desamparo del personal y la ruina del material fué una continuada ignominia. Esto ya no era una gloriosa derrota, era un completo aniquilamiento. No suele perder tanto un vencido, por mucha que sea su humillación; pero la marina española no podía permanecer mucho tiempo en tal estado. Y en efecto, sin ser ahora lo que debía ser, ha renacido y se halla en vías de perfección, y sobre todo la ciencia que representan el Cuerpo general de la Armada y sus importantes auxiliares ha seguido este progreso.

Méndez Núñez ha representado la resurrección gloriosa del elemento militar, y Peral la del científico; ambos nombres, cubiertos de laureles, pasarán á la posteridad como los corifeos de la nueva época. Ambos también son dignos representantes del espíritu cristiano de la Armada, y de uno y otro se recuerdan frases que los honran tanto como sus glorias, y en medio de nuestra actual sociedad los dan á conocer más que sus títulos.

La carrera de los inventores, como el estadio en que se mueven los genios, erizada se halla de espinas, llena de celadas y de obstáculos que por donde quiera siembra la envidia. Suele adivinar la perspicacia de las mujeres lo que no acierta á distinguir la reflexión de los hombres, y desde Colón hasta Peral se ha repetido el mismo fenómeno. Si alguna voz calumniosa se atreve á decir que la Iglesia se opone á los grandes inventos y á los más calificados adelantos, los Prelados, con sus elocuentes manifestaciones y egregios rasgos de protección á los descubridores, contestan á esas calumnias, repetidas por la ignorancia, ó la pasión, aquélla tan privada, y tan amiga ésta de la verdad y de la justicia. La Iglesia jamás se ha opuesto ni se opondrá á los verdaderos y legítimos progresos, cuya fórmula general y divina se contiene en el mismo Evangelio. Ningún filósofo dijo á los hombres que fuesen tan perfectos como él, que al cabo no excedía de la humana condición; Jesucristo nos dijo que fuésemos perfectos como el Padre que está en los cielos.

Por más que este ideal se halle tan alto, la Religión nos da las alas y la vista del águila para elevarnos á las mayores alturas, y por la ciencia, que es hija de Dios, tan alto podemos subir como indicaba el Rey Profeta, que juzgaba á los hombres poco menos elevados que los ángeles mismos.

Unid la ciencia y la fe, que se ayudan y se completan, y así como la primera por sí sola puede trasladar de un punto á otro los más encumbrados montes, no de otra suerte la segunda podrá llegar al límite de lo que es dado al hombre conseguir en el vastísimo campo de las ciencias.

Ni las profundidades del mar podían detener el vuelo de la inteligencia, que tampoco se extraviará en las soledades y abismos del cielo astronómico, ese hermosísimo vestíbulo y anuncio del cielo de la teología. ¿No hay algo de misterioso y de divino en la hipótesis bien empleada, que sin ser la verdad nos conduce á ella y nos la explica? Pues ahí la ciencia se sirve de un medio divino, de un medio que sólo con la razón no se demuestra. ¿Y todo por qué? Porque Dios es el Señor de las ciencias.—*Deus scientiarum dominus.*

Si nos pidieren una señal solamente para conocer al verdadero sabio entre la innumerable turba de los pedantes, daríamos por indubitable señal la fe, la profundísima é inalterable creencia en Dios y el abandono de la propia voluntad en la voluntad del Altísimo. El que tiene fe conculca al dragón y al basilisco, y arrolla cuantas dificultades le salen al encuentro. Habla con la misma seguridad que Arquímedes, pero sabe en qué puede fundarla. *Da mihi punctum et mundum movebo.*

Cuando supimos que altas dignidades de la Iglesia española y que gran número de fieles oraban para que bendijese Dios los trabajos de *Isaac* Peral, que ya ostentaba un nombre predestinado y predilecto de las ciencias matemáticas y físicas, no dudamos de que saldría vencedor en su ardua empresa. Cuando leíamos sus contestaciones á los Prelados, llenas de fe religiosa, comprendimos que había una doble corriente de oraciones desde más abajo de las olas hasta más arriba de las nubes, desde las profundidades del mar á las cumbres del cielo, y á la oración nada se hace imposible y con ella todo se vence.

Pero se dirá que se trata de un elemento destructor y que la religión no quiere, no puede querer ni bendecir el progreso de tales elementos, que ya un poeta gentil dijo:

¡Quis fulit horrendos primus qui protulit enses,
Quam fetus et veré ferreus ille fuit!

Mediten sobre las consecuencias más ó menos probables, más ó menos próximas del descubrimiento los que eso digan. No ha de servir sólo para la destrucción, que abominable fuera en tal supuesto, sino para el adelanto de las ciencias, para el mejor conocimiento de la naturaleza, que por todas partes nos lleva hacia Dios, y ¿quién sabe si para la salvación de muchas vidas? Para todo han servido hasta ahora los globos aerostáticos que Napoleón deseaba aplicar á la guerra. Dios quiera que suceda otro tanto con el descubrimiento de Peral, que pocos años ha parecía una quimera, cuando leíamos en las obras de Julio Verne las hazañas del *Capitán Nemo* en su *Viaje submarino*.

Imposible parece que en nuestros días se haga materialista la ciencia, cuando tan alto proclaman los descubrimientos del siglo la inmaterialidad y la inmortalidad del espíritu. Si los que construyeron la torre de Babel se rebelaron contra Dios, Eiffel, el constructor de la torre de París, lo ha proclamado muy alto, imponiendo silencio á los charlatanes de nuestra época. Los verdaderos sabios no quieren ser descendientes del *mono*, sino hijos de Dios y herederos de las promesas del Altísimo.

Por eso LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA envía hoy á Peral su enhorabuena, reconociendo en él á uno de los sabios *de buena cepa*, tan españoles como católicos.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

A ISAAC PERAL

¡Qué difícil y peligroso es el camino de la gloria! No temió Colón á la soberbia de los mares, á la debilidad de sus carabelas, á la deficiencia de la brújula, ni á la soledad de su talento; pero debió desfallecer muchas veces ante la ignorancia de los necios y la envidia de los sabios.

Así Peral no habrá desmayado por las grandes dificultades materiales que surgen á cada paso en la realización de todo invento; pero ¡cuántas veces habrá desmayado en la soberbia lucha que ha sostenido con el inmenso oleaje de las bajas pasiones! Su fama, su vida, su libertad, su honra, todo ha estado en grave riesgo. Si hubiera tardado unos meses más, Peral habría sido un embaucador ó un loco. Ha acertado á resolver en la práctica el gran problema en un instante, y Peral es un gran hombre. ¿Qué sabios son esos que pueblan el mundo que necesitan ver para creer?

¡Ah! ¡Demos gracias á Dios, que le ha inspirado para tocar en la meta, y felicitémosle con entusiasmo porque se ha salvado de tantos y tan grandes peligros!

JESÚS LOZANO.

OTRO ARTISTA DE ESPERANZAS

También zaragozano, como el que dimos á conocer en nuestro último número, D. Anselmo Gascón y Gotor nació en la heroica ciudad el año de 1865, y en Zaragoza obtuvo sus primeros triunfos, presentando en las Exposiciones regionales de 1885 y 86 dos cuadritos, titulado el uno *Cabeza de anciano de la Edad Media*, y el otro *Anciana orando*, que luego figuraron en Madrid en la Exposición Bosch. Otro bello cuadro, *Un fumador*,, valióle la protección decidida del Ayuntamiento de Zaragoza, que le pensionó por cuatro años para que completase su educación artística en esta Corte. Gascón supo corresponder á tan honorífica distinción, obteniendo la mejor nota en la Escuela especial de pintura, pintando hermosas cabezas de estudio y retratos, y figurando como uno de los más aprovechados discípulos de Unceta. Fruto de sus estudios es el *Macero del Ayuntamiento de Zaragoza*, que figura en la Exposición de Bellas Artes, y que publicamos en primera plana. De este cuadro ha escrito persona tan competente como el Sr. Parada y Santín:

«La gallardía y naturalidad de la figura demuestran que al componerla no ha buscado el autor afectaciones de ningún género. La misma sencillez de las líneas y del plegado de los paños favorece al conjunto.

»El tipo es característico de la enérgica raza aragonesa, que tan alto supo elevar y sostener sus instituciones. El colorido, sobrio y castizo, tiene la buena marcha de los maestros españoles del siglo XVII; ejecución suelta y grandiosa marcan la buena senda por la que Velázquez y Rosales llegaron á la admirable síntesis de su estilo. No se crea por eso que la obra carece de defectos: los tiene; pero es imposible exigir á un joven que empieza el dominio de la forma la seguridad del modelado y la corrección del dibujo en cuanto al detalle y carácter, que sólo poseen los grandes maestros. El cuadro, en resumen, es un buen anuncio, que revela un artista que empieza su carrera dentro de las sanas máximas de la pintura española.»

Lástima es que el Sr. Gascón no se atreva á intentar cuadros de verdadera composición, únicos verdaderamente dignos del arte, y que pueden dar al artista gloria cierta y perdurable. No hay, á nuestro juicio, peligro mayor para un artista que la timidez excesiva; con facilidad cae en la insignificancia. El que no se arriesga no pasa la mar; verdad es que á veces los atrevimientos son coronados por fracasos, pero en las nobles luchas del arte las derrotas son gloriosas como las victorias. Alguna vez se acertará.

El Sr. Gascón ha demostrado ya que sabe pintar. Hora es ya que demuestre que sabe componer. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA así lo desea, y por eso hace fervientes votos, felicitando de paso al modesto artista por sus triunfos, que le auguran brillantísimo porvenir en el ciclo de nuestros pintores contemporáneos. El Sr. Gascón, hermano del distinguido escritor católico del mismo nombre, es digno del apoyo de todos los católicos por sus buenas ideas.

En las escuelas católicas de Zaragoza, mientras estuvieron instaladas en el colegio de los PP. Escolapios, trabajó incesantemente, juntamente con su señor hermano, dando instrucción á 58 ó más alumnos de diferentes clases de dibujo, por lo que merecieron la distinción honrosísima de ser premiados sus alumnos doblemente por S. Emma, y los señores Gascón recibieron dos lujosos tomos con autógrafo del entonces Sr. Obispo auxiliar, hoy efectivo de Huesca.

S.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO XII

Sigue la aventura contra los guerrilleros.—Chasco de los franceses.—De Navarra á Andalucía.—Sevilla.—A la serranía de Ronda.—Olvera.

La inquietud del Mayor del 26 se aumentaba entre tanto á cada momento: el General Loisón no llegaba y estaba muy próxima la noche: ya no veíamos tirotear en la cima de la montaña opuesta, y ninguna noticia teníamos de nuestros volteadores.

Apenas anocheció oímos que el tambor de los españoles tocaba una especie de reunión, y vimos en seguida el fuego de un tiroteo, que se empeñó en el fodo del valle entre dos tropas que se disputaban el paso del río. Un silencio profundo sucedió al ruido de este tiroteo.

La noche y la distancia aumentaban nuestra incertidumbre, y creímos que nuestros volteadores habían bajado de la cima de la montaña opuesta para incorporarse á nosotros, abriéndose camino por entre los enemigos, y temimos que aterrados por el gran número se hallasen en el mayor peligro. El Mayor que nos mandaba en jefe envió mi destacamento á socorrerlos. Al entrar en la villa encontramos, en lugar de los españoles, á la division del General Loisón que desfilaba: esta division, engañada por los guías, había tomado un camino muy largo y muy diferente del que nosotros habíamos seguido: la acción que nos había parecido desde lejos tan viva se verificó entre nuestros volteadores, que bajaban en efecto á la villa después de la retirada del enemigo, y los granaderos de la vanguardia del General Loisón.

Estas dos tropas amigas, llegando á un mismo tiempo por direcciones opuestas, se reconocieron felizmente á la segunda descarga. La noche les impidió el apuntarse bien, y sólo se perdió un hombre.

La villa de Soto había sido abandonada por sus habitantes: se oyeron luego los gritos sordos de los soldados que recorrían las calles, y que tiraban las puertas de las casas á golpes redoblados para buscar víveres y alojarse. En medio de todos estos ruidos confusos, que multiplicaban al infinito los ecos de las montañas inmediatas, se oían los gritos de una mujer loca, que con una voz más que humana, no cesó toda la noche de llamar para que la socorriesen, porque á la salida de los habitantes la habían dejado en el hospital de la villa. La había chocado mucho el movimiento, nuevo para ella, que observaba en las calles por entre las rejas de la habitación en que estaba encerrada. Su voz se percibía en medio del tumulto, como si hubiese sido el órgano de toda la población, que había abandonado la villa. Á breve rato se incendió una casa que estaba en la altura, y vimos una explosión que voló los restos inflamados del edificio: se comunicó el fuego á unos cajones de cartuchos, que los enemigos habían escondido en la paja por no poderlos llevar consigo.

Salimos de Soto al amanecer, y seguimos aun dos días y una noche á los enemigos sobre Munilla y Cervera. Desesperados de poder jamás pelear con ellos, nos acantonamos en la ciudad de Arnedo, y volvimos en seguida á Logroño.

El General Simón no libró mejor que nosotros en Navarra en su expedición contra Mina: este partidario atacado el 19 en Estella, y el 20 en Puentelareina dispersó sus gentes, y escapó así de las tropas que marchaban por todas partes contra él. Mina reunió sus tropas al momento que el General Simon salió de Navarra. Porlier, arrojado de las montañas de la Castilla, volvió atras, y se dirigió á Asturias. No había perdido treinta hombres en esta retirada, en la que había sido perseguido por cuerpos que eran al menos cuatro veces mayores que el que él mandaba.

Por todas las relaciones de los Comandantes franceses en esta época, se ve que había en todas las provincias de España ocupadas por los franceses partidarios, que hacían á nuestros ejércitos un mal incalculable, y á los cuales era imposible destruir. Perseguidos sin cesar, y dispersados muchas veces, se les veía siempre reunirse, y volver á empezar sus incursiones.

Permanecimos un mes en la provincia de la Rioja, mientras que el General Loisón exigía las contribuciones atrasadas, y tomamos en seguida el camino de Burgos, para reunirnos al regimiento que estaba en Andalucía. Llegamos á Madrid el 25 de Enero, y permanecimos cinco días en una aldea cerca de esta capital esperando un destacamento de nuestro regimiento, que llegaba directamente de Francia con bagajes, dinero y un gran número de caballos de remonta. Habiéndosenos reunido este destacamento, el ayudante mayor encargado de él tomó el mando de nuestra columna de húsares; atravesamos la Mancha, y llegamos á Santa Cruz, pueblo situado al pie de Sierra Morena. Estas montañas que separan la Mancha de la Andalucía están habitadas por colonos, que el conde Oliveros hizo venir en 1781 de diferentes partes de Alemania. Los viejos de más edad nos seguían á pie horas enteras para disfrutar aun antes de su muerte la felicidad de hablar su lengua maternal con algunos de nuestros húsares que eran alemanes.

Apenas se llega al reverso de las montañas, se está ya en Andalucía; se experimenta entonces una diferencia sensible en el calor de la atmósfera, y la magnificencia de las campiñas que se descubren forma un gran contraste con la esterilidad de la montaña negra de Sierra Morena, de la que se acababa de salir. Los labradores estaban ocupados en la cosecha de las aceitunas, y la campiña tenía á fin del invierno el aspecto risueño y animado, que no se percibe en los otros países del Norte, sino en el tiempo de la siega y de la vendimia.

Dejábamos á nuestra izquierda las montañas del reino de Jaén, y se distinguían á lo lejos las cimas cubiertas siempre de nieve de la Sierra Nevada de Granada. Estas crestas han sido los últimos asilos de los moros antes de su entera expulsión de España.

El camino pasa entre largos plantíos de olivos, á cuya sombra proctectora crecen alternativamente el trigo y la cepa. Los campos están cercados con setos de áloes ó zavillas, cuyas hojas son agudas como lanzas, y cuyos tallos delgados suben perpendicularmente tanto como los árboles. De cuando en cuando se ven detrás de las casas jardines frondosos plantados de naranjos, y en los terrenos incultos á las orillas de los riachuelos laureles rosados y blancos, que estaban entonces en flor. También se encuentran algunas antiguas palmas, que los Curas conservan en sus jardines para distribuirlas el domingo de Ramos.

Marchábamos por la una ó por la otra orilla del Guadalquivir, según las diferentes vueltas que hace este río entre Andújar y Córdoba. El país no es tan pintoresco caminando hacia Sevilla: se atraviesan algunas veces llanuras de muchas leguas de extensión sembradas de trigo, sin hallar casas ni árboles, y hay también terrenos inmensos incultos, en los cuales se ven pacer numerosos rebaños.

La Andalucía es la provincia de España más fértil y más opulenta por la naturaleza: se dice comunmente en Castilla y en la Mancha que el agua del Guadalquivir engorda más caballos que la cebada de otros países. El pan de Andalucía pasa por el más blanco y más exquisito del mundo entero, y las aceitunas son de un tamaño extraordinario. El cielo de Andalucía es tan sereno y tan puro, que se puede dormir al raso casi todo el año: en el verano y algunas veces también en el invierno muchos hombres se acuestan por la noche debajo de los soportales. Los caballos de Andalucía descienden de las razas generosas de los árabes, á donde los trajeron consigo antiguamente, y existen aun en España las mismas distinciones que se hacen en Arabia de las razas de la sangre pura y noble. El sonido de la trompeta le gusta y anima, y el ruido y el humo de la pólvora no le atemorizan; es muy sensible á la voz y á las caricias, de suerte que cuando está abrumado de fatiga, su dueño en lugar de golpearle le adula y anima: el caballo vuelve entonces á tomar fuerzas, y hace algunas veces por emulación, y por dar gusto al que le monta, lo que no se hubiera podido conseguir de él á espolazos.

Después de haber atravesado á Andújar, Córdoba, Ecija y Carmona llegamos á Sevilla, en donde recibimos orden del Mariscal Soult para incorporarnos á nuestro regimiento en Ronda, ciudad situada á diez leguas de Gibraltar. Estábamos admirados de la tranquilidad profunda que reinaba en las llanuras de Andalucía: la mayor parte de las ciudades habían enviado Diputaciones al Rey José; pero esta tranquilidad era aparente y sólo existía en las llanuras donde los franceses tenían muchas tropas: los habitantes de los reinos de Murcia, de Granada y de la provincia de Ronda, y en fin los de todas las montañas que atraviesan, rodean y confinan con la Andalucía, ó la separan de Extremadura y de Portugal, habían tomado las armas.

Salimos de Sevilla el 18 de Marzo para ir á dormir á Utrera, y el 19 fuimos á Morón, pueblo situado al pie de las montañas de Ronda: los habitantes de esta villa estaban en víspera de reunirse á sus vecinos los montañeses, que hacía tiempo se habían levantado en masa. La mayor parte de la población de Morón se reunió en la plaza mayor cuando llegamos: los hombres nos miraban con una expresión de furor contenido, y seguían con los ojos nuestros más mínimos movimientos, no para satisfacer una simple curiosidad, sino para acostumbrarse á la vista de los enemigos, con quienes se proponían pelear, y separar de sí el terror de lo desconocido, que obra tan fuertemente en los pueblos de imaginación. Algunas mujeres estaban vestidas de telas inglesas, en las cuales estaba pintado el retrato de Fernando VII, y el de los Generales españoles que se habían distinguido haciendo la guerra á los franceses. Cuando vimos la fermentación y el espíritu del alboroto que reinaba en el pueblo, tomamos el partido de alojarnos todos juntos en tres mesones contiguos. Si nos hubiéramos dispersado para pasar la noche en las casas de los habitantes, como pudiéramos haberlo hecho con seguridad en las llanuras, probablemente todos hubiéramos sido degollados aquella noche.

No había más que un pequeño número de hombres en disposición de pelear, porque teníamos que conducir muchos caballos de remonta: escoltábamos además la caja del regimiento y efectos de equipo, que llevábamos en asnos y mulas de requisición, lo cual hacía nuestra marcha lenta y difícil. Un sargento y yo éramos los únicos del destacamento que habíamos estado en España, y que podíamos hablar español. El sargento quedaba con el ayudante mayor que nos mandaba para servirlo de intérprete, y yo me adelantaba todos los días una hora á los pueblos donde debíamos hacer tránsito, para preparar los víveres y el alojamiento.

Al salir de Morón entramos en las montañas de Ronda para ir á dormir á Olvera: yo había salido como los días anteriores un poco antes que el destacamento, para preparar los alojamientos, y me acompañaba un húsar y un cabo joven escogido provisionalmente entre los reclutas, para hacer las funciones de furriel. A las dos leguas de Morón llamé á la puerta de una granja situada en la montaña, y

me abrió temblando un hombre de edad madura, le pedí de beber, y me lo dió al momento con un celo extraordinario. Supe después que había en la casa cinco contrabandistas armados que temían ser descubiertos. Habiéndonos alzanzado un poco después la vanguardia del destacamento, creí que no tendría tiempo de preparar los alojamientos y los víveres: no podíamos marchar de prisa porque el camino era montuoso y difícil, y nuestros caballos traían una marcha de muchas leguas, por lo cual dí mi caballo al húsar, y monté en el de un guía que habíamos sacado de Morón. Me adelanté á mis compañeros, y llegué sólo á la vista de Olvera. Un valle profundo, al cual se baja por un camino pendiente, me separaba de este pueblo situado entre peñas en la cima de una colina elevada que domina todo el país. Según me iba adelantando, los paisanos que cultivaban los campos inmediatos, reunidos en pandillas de ocho á diez, según el uso del país, se preguntaban los unos á los otros con admiración cuál podría ser la causa de mi llegada, y abandonaban en seguida su trabajo, para venir detrás de mí por el sendero. Los habitantes del pueblo me habían descubierto hacía tiempo, y se agolpaban en las peñas por observarme.

Empecé á temer que no hubiese franceses en Olvera, como lo tenía creído, y me detuve en el fondo del valle admirado de la agitación que observaba; titubeé un instante si volvería ó no atrás, pero creí que debía tomar el partido de avanzar á todo trance: el caballo que montaba estaba muy cansado de la carrera que le acababa de dar, y el camino por donde había de volver á pasar era muy escarpado: además me seguían á muy corta distancia una porción de paisanos armados con azadones. Estos me alcanzaron luego, me rodean y preguntaron ¿de dónde era, á dónde iba, y qué noticias traía? Conocí al momento en sus preguntas que me creían al servicio de España, siendo la causa de su error mi uniforme verde oscuro. Me guardé bien de desengañarlos, no sabiendo si lo podría hacer sin correr peligro de perder la vida. Esperé ganar tiempo hasta la llegada de mi destacamento, haciendo creer á los paisanos que era un Oficial suizo al servicio de la Junta, y que iba á Gibraltar: y añadí para ponerlos de buen humor, que el Marqués de la Romana acababa de conseguir una gran victoria cerca de Badajoz. Los paisanos recibieron esta noticia con entusiasmo, y se la repitieron los unos á los otros, llenando á los franceses de mil injurias, lo que me dió una triste idea de la suerte que me esperaba si llegaba á ser descubierto.

Pregunté á los que estaban conmigo si había franceses en el pueblo; me respondieron que el Rey José había sido rechazado, que había abandonado á Ronda, y que esta ciudad estaba ya ocupada por diez mil montañeses. Íbamos á incorporarnos al regimiento de Ronda, y si esta ciudad hubiese en efecto caído en poder de los enemigos, nuestro destacamento habría sido enteramente destruído en estas montañas. Los paisanos se detuvieron á beber en un arroyo, que estaba en el camino, y yo continué subiendo solo la colina.

Ví luego cinco hombres armados, y equipados como soldados, que se apresuraban á pasarme delante por un atajo, y entraron antes que yo en Olvera. Habiendo oído en seguida muchos gritos, no dudé que estos cinco hombres habrían venido á traer la noticia de la próxima llegada de mi destacamento, y que habrían descubierto que era un oficial francés. Me detuve aún titubeando si pasaría adelante. Los habitantes que me observaban de lo alto de las peñas vieron mi incertidumbre, y redoblaron sus exclamaciones. Muchas mujeres se habían puesto en una elevación, que dominaba la entrada del pueblo; sus voces penetrantes se mezclaban con las de los hombres como el silbido de los vientos en la tempestad. Tomé el partido de pasar adelante, y creo que me hubiera perdido, si hubiese entonces intentado retroceder.

(Continuará.)

EL VERANEO DE LOS RICOS

Para las familias verdaderamente acomodadas, para los ricos, el veraneo es recreación, no sólo muy honesta, sino utilísima. No tiene otro inconveniente, sino el que causa en Madrid á los que viven de los ricos, esto es, á casi todos los pobres. En Madrid no reza el antiguo adagio que hace del verano y de la pobreza buenos amigos. Por el contrario, y con la sola excepción del oficio de albañilería y sus auxiliares, para los artesanos todos el verano es una terrible estación, llena de privaciones, quizás de hambre, un rudo tiempo de prueba, una forzada huelga, un paréntesis cruel de la vida.

Pero aparte de esto, que es muy de lamentar, pero irremediable, para el rico es el veraneo fuente de gratos placeres, y para la sociedad en general el veraneo del rico elemento de prosperidad y de progresos ciertos.

El rico que veranea en sus posesiones de campo es el que mejor lo entiende, y el que mayor utilidad suele prestar al conjunto. De la permanencia de un gran propietario en sus fincas depende muchas veces el fomento de la agricultura, el desarrollo de la riqueza, el fomento material y hasta el moral de comarcas extensas. El rico lleva al campo todo ó casi todo de lo que en la corte constituye su vida, y sólo esto hace ya en provincias atrasadas el efecto de una exposición industrial y artística que á la larga produce maravillas. Pero no es esto sólo: el rico ha viajado por Alemania, por Francia, por Inglaterra; ha recibido quizás generosa y espléndida hospitalidad de algún opulento lord ó de algún burgués archimillonario, sabe cómo viven los próceres en las naciones adelantadas, cómo aman á la campiña, cómo se interesan por su adelanto, cómo centuplican sus capitales con el riego fecundo de un continuo, inteligente y costoso trabajo; ha leído mil veces en artículos de periódicos y hasta en voluminosos libros que una de las causas de la decadencia de España es la inercia, el abandono de los grandes propietarios territoriales; siente dentro de sí por todo esto el acicate poderoso del progreso moderno, lo deslumbra la grandiosa perspectiva de la poesía del trabajo; y estimulado, impulsado por la corriente, se decide á entrar en la vía de oro de la civilización, tal y como nuestra edad la entiende.

Trae máquinas del extranjero, pone en cultivo lo que antes era yermo desolado; se le ocurre que los ríos sirven para algo más que para curar la ictericia y la hipocondría, viendo correr las aguas, y monta fábricas en la ribera que aprovechan la fuerza de la corriente; transforma el viejo destartalado caserón en *chalet* á la moderna; construye para sus colonos lindos pabelloncitos campestres que luego hacen de modelo á las casas nuevas del vecino lugar; cubre la montaña de árboles, planta jardines, cruza animales iniciando una industria casi del todo desconocida en España. Y la influencia llega á donde el dinero no alcanza; el poderoso señor consigue, por medio de sus relaciones con Ministros y Diputados, que se activen las obras del ferrocarril en proyecto, que se limpien los caminos carreteros y vecinales, que se declaren monumentos dignos de conservarse las joyas de arte medio-eval, que sin aquella declaración no tiene otro porvenir que *la triste muerte de los sepulcros*, cantada por Quevedo.

Desgraciadamente contamos en España pocos ricos de esta especie. La Sra. Duquesa viuda de Medinaceli, el Sr. Marqués de Cerralbo, alguno que otro más y pare usted de contar. La mayoría de los grandes y de los potentados no han llegado todavía entre nosotros á comprender la *verdadera poesía de la riqueza*. Porque es así: la riqueza tiene su poesía peculiar, como la tiene la medianía dorada que enamoró á Horacio y á Fr. Luis; como la tiene la pobreza en los cuentecitos, sahumados con albucema, de Fernán Caballero. Y así como no todo pobre, ni todo mediano son poéticos, tampoco los ricos han de ser necesariamente *prosaicos*, aunque así se lo figuren algunos majaderos. El dinero en unas manos activas, inteligentes y bien intencionadas, es una bendición de Dios. El rico que sabe gastar su dinero es en la tierra como un trasunto, como una imagen, no del todo pálida, de los ángeles del cielo.

—¿En qué quiere usted que yo me meta? dice don Judas. Tengo mis doce mil duritos de renta, el Banco de Inglaterra me garantiza de que los cobraré perpetuamente. Sería preciso que quebrase ese Banco, esto es, que la estrella de Inglaterra se eclipsase, para que yo deje de cobrar uno solo de mis doce mil pesos fuertes. Con mis doce mil pesos como bien, vivo en buena casa, voy al teatro, veraneo en Biarritz y hago limosnas..... ¡Oh, sí, señor! Hago limosnas..... Puede usted creerlo..... Hay familias que viven de las mesaditas que yo les tengo señaladas, y luego pago mis misas y de cuando en cuando el dote á algunas doncellas, ya para que se casen, ya para que se metan á monjas. ¿Puede pedírseme algo más?

—¡Ah! no, D. Judas; no hay que pedirle á usted más, porque sería como pedir al olmo peras. Usted es un pobre hombre con doce mil duros de renta. Usted es incapaz, absolutamente incapaz de comprender, y mucho menos de paladear los exquisitos, inefables goces que proporciona el dinero á los espíritus superiores. Usted es un jumento al que ha tocado en el reparto un pienso muy abundante. Se ceba usted, y en paz. ¡Dichoso usted! Verdad es que hace usted limosnas; pero ¡ay! usted hace esas limosnas, porque tiene al infierno un miedo cerval; porque teme usted pasar de un salto de la mano respetuosa del criado que le limpia á usted la levita, y le ofrece los guantes en bandeja de oro, á las garras de los demonios que le arañen sin ninguna consideración las espaldas. Y todavía, esto lo creo pensando piadosamente, porque bien puede ser que ni aun atrición tenga usted; y que todo lo que hace, lo haga por pura vanagloria y por temor al qué dirán de las gentes.

Pero no todos los ricos son como D. Judas. Los hay como mi amigo D. Próspero, que gozan con la multiplicación indefinida de su capital, por medio del combate titánico, perseverante y heroico contra las fuerzas ciegas de la naturaleza, contra los obstáculos de la rutina, contra las preocupaciones de sus semejantes. Y no es avaricia, no; ni siquiera atesoran. Cuando ganan no añaden un plato más en su mesa, ni un carruaje más en sus caballerizas, ni un placer sensual más á su vida. Por el contrario, engolfados en el trabajo, ideando continuamente nuevas combinaciones industriales ó mercantiles que ensanchen el círculo ya tan dilatado de sus empresas, viven una vida relativamente morigerada en medio de la opulencia; son sencillos, sobrios, demócratas en el buen sentido de la palabra. Han dejado á su mujer y á sus hijos el coche propio, y ellos prefieren la modesta *manuela* ó el popular tranvía. Tienen su paraguas verde y blanco para defenderse de los rayos caniculares del sol, y muchas veces, casi siempre, almuerzan como cualquier hombre de negocios, en algún café apartado, tortilla de hierbas y bifsteck con patatas. Al verlos tan afanosos exclaman muchos: ¿Para qué trabajan esos hombres? Están podridos de millones, y sin embargo..... Ya los ve usted..... ¿Es eso vivir?.... Sí, señores, es vivir, y vida muy superior á la del rentista D. Judas.....

A. SALCEDO.

EL SANTO CRISTO DE LAS AZUCENAS

TRADICIÓN GRANADINA

(Conclusión.)

III

DUDAS

Iba la noche tendiendo
Su manto de pardas nieblas
Sobre la luz del crepúsculo,
Que ya moribunda tiembla;
Y un apuesto caballero,
Que calza dorada espuela,
Del alto Albaicín cruzaba
Las enredadas callejas.
Su estoque de guardamano
Miran los bravos; las dueñas
Su semblante, y su apostura
Las temerosas doncellas.
Y su figura bizarra,
Al perderse en las revueltas,
Dulces miradas y envidias
Y maldiciones se lleva.
Mas él no escucha el murmullo
Que levanta su presencia,
Y sigue su marcha, impávido,
Como una estatua de piedra.
Y cuando la tarde espira
Y las sombras se condensan,
Ante una casa moruna
Párase, silba y espera.
Casa-blanca ó Daralbayda
Lleva esta morada regia
Por nombre, si son verídicas
Las tradiciones añejas.
Y á pesar de sus techumbres
Ensambladas, sus cenefas
Y sus doradas paredes
De hojas y nexos cubiertas,
Su gracioso alicatado,
Sus motes de árabes letras
Y sus ricos ajimeces,
Un cristiano vive en ella.
Cristiano, que aquel harén
Tornólo cuasi en iglesia
La cruz sagrada de Cristo
Levantando por doquiera;
Y que trocó el alboroto
De las zambras deshonestas
Por las ardientes plegarias
Con que á Dios se reverencia.
Porque es noble y es cristiano
Añejo Don Gil Valbuena
Desde el terso capacete
Hasta la acerada espuela.
Mas si en las regias estancias
De esta asiática vivienda
Es Doña Luz la que mora,
Avendaño es quien la espera.
Los pasos acelerados;
Las puertas, que abren ó cierran;
Algún pájaro, que busca
De aquellos muros las grietas;
El viento que gime vago.....
Todo en su pecho resuena
Con la voz de la esperanza,
Al alma poniendo alerta.
Mas en vano; nadie asoma
Por aquella oscura reja
A hacer día de su noche,
Y Don Pedro se impacienta.
Nueva esperanza en su pecho
El amor inmenso crea;
Y en la marcha de la luna
Pone el término á sus penas.
Mas la luna por el cielo
Camina plácida y lenta;
Se esconde entre pardas nubes
Y deja en sombras la tierra.
Torna á aparecer de nuevo;
Blancos celajes ahuyenta;
Pero Doña Luz no viene
Y el galán se desespera.
En el mar de sus amores
Esta ciega calma eterna
Pone miedo en su alma altiva
Y negras dudas le asedian.
¡Si matando su esperanza
Y desdeñando sus penas,
Doña Luz habrá escogido
La soledad de una celda!
¡Si el aparente desvío,
Que algunas veces la muestra,
Habrá engendrado en su pecho
La glacial indiferencia!
¡O si un mal fiero, atrevido
Más que su pasión extrema,
Habrá tocado su frente
Y en el lecho estará enferma!
¡O si la muerte impasible
En su vida habrá hecho presa;
Y mientras él duda, loco,
Ella en el cielo lo espera!
Mas una sombra indecisa
Se acerca muda á la reja.
¡Ya el sol disipa sus dudas!
¡Afuera el pesar! ¡Es ella!
— Aurora de mi ventura,
De mis ojos hechicera,
Dulce imán del alma mía,
Cielo de dichas supremas;
En la noche de mis duelos
Ven, hermosa, y alborea;
Dame á beber los hechizos
De tus miradas serenas.
En las borrascas del alma,
Norte mío, no te pierdas;
Angel de este paraiso,
Abre ó guarda tú sus puertas. —
Del fiero volcán hirviente
Que en sus entrañas se encierra,
Roto el cráter por el fuego,
Así Don Pedro se expresa,
Mientras vehemente aprisiona
Entre las suyas de atleta
Blanca mano, que un billete
Perfumado le presenta.
— Soltad, soltad, atrevido,
Y cuidad que soy doncella;
Con voz chillona y cascada
Dijo la dama encubierta.
Y dejando aquella mano
Como quien víboras suelta,
Furioso bramó Don Pedro:
— ¡Ira de Dios! Es la dueña.

IV

EL MENDIGO

Apretando entre sus dedos
El billete misterioso
Y hundiendo el rostro iracundo
De la capa en el embozo,
Como quien se siente herido
Y busca remedio pronto,
Alejóse de la reja,
De ver la carta ganoso.
Y cruzando de las calles
Aquel laberinto lóbrego,
De improviso el tibio rayo
De una luz le hirió en el rostro.
Era la luz de una lámpara,
Que de una ermita en el fondo
Ardía, y su llama tenue
Medio alumbraba el contorno.
Quedóse Don Pedro inmóvil,
En la luz fijos los ojos,
Con una idea luchando
O atrevido ó receloso.
Por fin llegóse á la puerta
De la ermita, miró y sólo
Vió á la entrada murmurando
A un viejo menesteroso.
Entróse, fijó en el suelo,
Ante un Cristo muy devoto
La rodilla, y á la luz
Esta carta leyó ansioso:
— «Don Pedro, creo en tu amor,
Mas tengo á tus ansias miedo;
Y á escudar voy mi pudor,
En lucha con el dolor,
Ya que contra tí no puedo.

—

Hasta que torne de Orán
Mi padre, la reja sola
Tus ojos encontrarán;
Mientras mi amoroso afán
Por nuestra dicha se inmola.

—

Quiero darte el corazón,
Si llego á ser tu velada,
Puro, sin que la ilusión
Recuerde con aflicción
Ni una caricia vedada.

—

Con una blanca azucena
Mi pudor puse en resguardo
Ante el Dios, que el mal enfrena;
Mas sé que no he de ser buena
Si yo también no me guardo.

—

En vano de tu hidalguía
El noble respeto invoco.
— Que estás loco — es tu manía;
Loco estás, y no se fía
Mi honor de hablar con un loco.

—

Ya luengas noches agravios
Intentó tu amor vehemente,
Que trae de otro amor resabios,
Y tus suspirantes labios
Sentí cerca de mi frente.

—

Espera, pues; yo te juro
Que cuando torne de Orán
Mi padre, soy de seguro
Tu velada, y mi amor puro
Premiará tu noble afán.

—

En tanto, cual la azucena
Que pase al pie de la cruz
Del Dios que los cielos llena,
Vivirá á tu vista ajena
Sólo para Dios tu
Luz.»
— ¡Maldición! — rugió Don Pedro
La carta arrugando torvo;
Y en este punto el mendigo,
Plañidero y clamoroso,
Con voz apagada y lenta
Suplicaba de este modo:
— Caballero, caballero,
El de la espuela de oro,
El de apuesto continente,
El de más temido arrojo;
Por la Cruz de Jesucristo,
Que os mira y os ve devoto
Y la cruz de vuestra espada,
Dad á este pobre socorro.
Y Don Pedro enfurecido

PASO DEL RÍO DUERO POR LA CIUDAD DE OPORTO.

Al viejo responde fosco:
— Que os ampare Dios, hermano.
— Que Dios nos ampare á todos,
Contesta el pobre, y Don Pedro
Hacia el Cristo alzó los ojos;
Y apaciguóse su ira
Al ver de Jesús el rostro.
La fiebre, que arde en las venas
De Avendaño, en ritmo insólito
Le agita el pulso y da vida
De aquel Cristo á los contornos.
Jesús muere por los hombres;
La luz que acaba en sus ojos,
Para dar vida se escapa
Al mundo yerto y hediondo.
Signos de muerte cercana
Aparecen en su rostro,
Y da señales de vida
La humanidad en retorno.
Pugna por dejar el alma
Del cuerpo los lazos rotos,
Y se rompe la cadena
Con que al hombre ató el demonio.
— ¡Señor! — murmura Don Pedro —
Mi Luz y tu gloria imploro.
Y le responde el mendigo
Plañidero y clamoroso:
— *Caballero, caballero,*
El de la espuela de oro,
El de apuesto continente,
El de más temido arrojo;
Por la Cruz de Jesucristo,
Que os mira y os ve devoto
Y la cruz de vuestra espada:
Dad á este pobre socorro.
Y Don Pedro, conmovido,
Dice al viejo sin enojo:
— Aguardad; — y el pobre reza:
Que Dios nos aguarde á todos.
Miró Avendaño al altar,
Y en jarrón artificioso,
Que el escudo de Valbuena
Ostenta de azul y oro,
Seca, sin frescor ni aroma,
Perdido el color hermoso,
Vió una azucena, y el alma
Herida sintió el encono
De los celos, que levantan
Mil pensamientos recónditos.
La azucena es una imagen
De un amor caído y roto.....
Tal vez Doña Luz le engaña
Y da su cariño á otro.
Olas de su pensamiento
Irritado y tenebroso
En su corazón altivo
Se estrellan con fuerte enojo.
Doña Luz tiene otro amante;
Ya el sol no le alumbra el rostro;
Sus puertas le cierra el cielo;
Su ángel es un demonio;
Virtud le vuelve la espalda;
Y los vicios, como lobos
Que sin pastor ven la grey,
Brincan llenos de aborozo.
Y el pobre viejo mendigo,
Que mira á Avendaño loco,
Con los ojos chispeantes
Y el fiero semblante fosco,
Sin que el miedo le contenga
Y hablando sin saber cómo,
Repite su cantinela,
Plañidero y clamoroso:
— *Caballero, caballero,*
El de la espuela de oro,
El de apuesto continente,
El de más temido arrojo;
Por la Cruz de Jesucristo,
Que os mira y no os ve devoto
Y la cruz de vuestra espada:
Dad á este pobre socorro.
Y Don Pedro, respondiendo
A un pensamiento recóndito
Que bulle dentro su alma,
Le dice al menesteroso:
— *Si esta azucena recobra*
Su color y aroma propios,
Vive Dios, que la limosna
Será un bolsillo de oro.
Entonces cuenta la fama
Que reverdeció de pronto
Aquella azucena seca,
Dando á sus hechizos cobro,
Y que su aroma suave
Se esparció por el contorno,
Como una nube de incienso,

VISTA DEL PUERTO DE VIGO.

Dejando el sentido absorto.
Y que temblando Avendaño,
Y el viejo mendigo atónito,
Con el llanto en las mejillas,
Cambiado el color del rostro,
Y no pudiendo en sus almas
Contener todo el asombro,
Pregonando aquel prodigio
Gritaban como unos locos.

V

EPÍLOGO

Pobláronse las ventanas
De desgreñadas cabezas,
De mil preguntas el aire,
Que tornaba las respuestas;
Y sin encender las luces
Y vistiéndose de priesa,
Revueltos dueños y mozos
Y aun vergonzosas doncellas,
Llenaron pronto la calle;
Y, como avenida inmensa,
Corrieron hacia la ermita
Ansiosos de ver la nueva.
Con la vista del prodigio
Creció viva la sorpresa;
Y á manera de tumulto,
Entre gritos y protestas,
Desfigurada y confusa
Cundió la noticia aquella
Por Granada, de aquel barrio
Rodando de cuesta en cuesta.
Y cuando más el desorden
Se enmaraña, se acrecienta,
Se arremolina, se embrolla,
Se desfigura y se enreda,
Metidos en los arneses,
Enristrando lanzas fieras
Y arrollando ante su paso
La gente que corre incierta
Hacia la ermita, cobarde,
Donde se apiña y codea,
Cien jinetes demandaban
De aquella algazara cuenta.

— Jesús ha obrado un prodigio.
— ¿Con quién?
— Con una azucena.
— Con una dama.
— Igual monta.
— Con la flor.
— Con la doncella.
— Con un viejo.
— Con un mozo.
— Era pobre.
— Rico era.
— Ni viejo, ni rico: es dama.
— Y de rango.
— Esa es la cierta.
— La dama ¿cómo se nombra?
— Diz que es Doña Luz Valbuena.
— ¿Doña Luz? ¿Dónde se oculta?
— En su casa.
— ¡A la carrera!
Gritó el que así preguntaba,
Hundiendo al bruto la espuela
Y revolviéndose altivo
En la muchedumbre espesa.
Cumplieron los escuderos
Sus órdenes, y en reserva
Decía la gente abriéndose:
— Es Don Gil, que está de vuelta.
— ¡Su padre! ¡Dios me lo envía!
Gritó Avendaño, una brecha
Abriéndose entre el gentío;
Y siguiendo al de Valbuena
A su palacio, llegóse
Jadeante á su presencia,
A punto en que el noble padre
A su hija abraza y besa.
Y diz que alzados los brazos
Y las rodillas en tierra,
Pidióle á Luz por esposa,
Porque el Cielo así lo ordena,
Y no hay un noble cristiano
Que á los cielos haga guerra;
Y que aun puesta la armadura
Y calzadas las espuelas,
El buen Don Gil, de entregársela

Dióle solemne promesa.
Y que en la ermita se hicieron
Aquellas bodas soberbias,
Y que el pobre fué testigo
Con lujosa vestimenta.
Y cuentan que desde entonces
No dejaron las doncellas
De ofrecerle cada año
Al Cristo aquel azucenas;
Ni los mancebos galanes
Dieron aceda respuesta,
Sino limosna á los pobres
Que en la ermita pordiosean [1].

Rdo. P. Francisco JIMÉNEZ CAMPAÑA,
de las Escuelas Pías.

LAS PLAGAS DE EGIPTO

CÉLEBRES son los prodigios que Dios obró para librar á Israel de la servidumbre de Egipto, prodigios que se conocen con el nombre de las diez plagas, y que merecen estudiarse por su importancia y por las dificultades particulares á que han dado lugar.

Tiempo hacía que los hijos de Jacob gemían en la opresión, cuando, movido Dios por sus oraciones, resolvió valerse de Moisés, su servidor, para libertarlos. Ocupaba á la sazón el trono de los Faraones según opinión común, Meneftah, hijo de Ramsés II ó Sesostris. Meneftah es uno de los Monarcas más obstinados de que hace mención la historia, tanto que, como veremos más adelante, no cedió sino después de haber sido castigado en cabeza de su propio hijo.

Antes de comenzar el estudio detallado de las diez plagas de Egipto, necesario es hacer algunas observaciones generales [2].

1 En Septiembre de 1811 se derribó esta Capilla á instancias de algunos afrancesados, trasladando la imagen á casa de Doña Francisca Herrera, y aun queda á aquella calle el nombre del Santo Cristo de las Azucenas.

2 Este estudio está extractado de la *Bible et les découvertes modernes, en Palestine, en Egypte et en Assyrie*, Paris, Berche et Tralin, 6.ª ed., t. II, p. 257 y siguientes.

Todas y cada una de las diez plagas son verdaderos milagros debidos á la sobrenatural intervención de Dios. ¿Cuál fué la naturaleza de estos milagros? ¿En qué exactamente consistieron? Cuestiones son estas que no han sido planteadas hasta nuestros días, y acerca de las cuales apenas encontramos algunas palabras incidentales en los Padres y Doctores. Hoy día no es posible omitir su resolución.

De dos maneras puede el comentador católico exponer la historia de los prodigios realizados en Egipto por Moisés para libertar á su pueblo. Consiste la primera en reproducir sencillamente el relato bíblico, sin investigar el carácter de los hechos relatados. Tal fué la que siguieron los autores antiguos, que no conociendo el Egipto limitáronse, á falta de otros indicios, á resumir ó á desarrollar la narración del Exodo, sin otro propósito que el de enseñar la historia santa á sus lectores, si eran historiadores; ó el de edificar á sus oyentes con ciertas lecciones morales, de allí sacadas, si eran predicadores.

Consiste la segunda manera en buscar cuál ha sido la naturaleza de las diez plagas de Egipto y en examinar las relaciones existentes entre aquéllas y las calamidades propias del valle del Nilo. Esta nueva manera de estudio se impone al apologista contemporáneo por las necesidades del día. En otro tiempo los incrédulos negaban algunas plagas como increíbles ó imposibles; en la actualidad los racionalistas las admiten, reduciéndolas á hechos naturales y contentándose con rechazar como « exageraciones poéticas » todo lo que no pueden explicar naturalmente. Du Bois Aymé, miembro de la expedición científica realizada en Egipto bajo el mando del General Bonaparte es el que emplea estas expresiones.

Este cambio de opinión entre los enemigos de los libros santos es debido al estudio de los lugares. Sobre el terreno es imposible negar el carácter histórico del relato mosaico: todos los esfuerzos del librepensamiento tenían, pues, que reducirse á eludir las consecuencias.

Por consiguiente, dos cosas tenemos que hacer en el estudio de las plagas de Egipto: probar desde luego contra los racionalistas que son sobrenaturales; y establecer en seguida por el examen mismo de los castigos narrados por Moisés, valiéndonos para aclararlos de los descubrimientos modernos, cuán digna de fe es la narración del autor inspirado.

No negaremos que Dios, para obligar á Meneftah á que diese libertad á Israel, se sirvió tal vez de plagas ya conocidas de los egipcios. Reconocemos que la mayor parte de ellas son naturales en sí mismas; pero añadimos que todas son milagrosas en las circunstancias que las acompañaban. No carecen de precedentes ó de otras análogas dichas plagas en el valle del Nilo: jamás se ha puesto en dúda la existencia del granizo, del huracán y de la peste; por lo que respecta á la plaga novena, se ha ignorado hasta nuestros días la de las tinieblas, y por lo que á la primera se refiere la del cambio del Nilo en sangre, si no hubiese sido conocido el fenómeno del *Nilo rojo*, de que hablaremos en seguida; pero es imposible inferir de aquí conclusión alguna contra la intervención sobrenatural de la Providencia en la liberación de su pueblo.

Cuanto mejor conocido sea el valle del Nilo, más tendremos que extender á ciertas plagas lo que antes se aplicaba á corto número: á esto se reduce todo.

Esta conducta de Dios, que se vale de la naturaleza misma para el logro de sus fines y la amolda al milagro, es conforme á las vías ordinarias de su Providencia en el orden sobrenatural, lo cual no debe sorprendernos. En efecto, el carácter de la mayor parte de los milagros del Antiguo y Nuevo Testamento y de casi todos los que operó nuestro Señor, lo mismo que sus Apóstoles y sus santos, no ha consistido en la producción de cosas inauditas, sino en la naturaleza de los medios empleados para producir los efectos apetecidos, medios que no guardaban proporción con el fin, como un poco de barro para devolver la vista al ciego de nacimiento ó una palabra para limpiar al leproso. Hay indudablemente milagros en los cuales todo es extraordinario, como en el Evangelio la resurrección de Lázaro y en el Exodo al paso del mar Rojo; pero no es menos cierto que ordinariamente el milagro consiste en producir por medio sobrenatural lo que otras veces se obtiene por medios naturales.

El carácter milagroso de la mayor parte de las plagas de Egipto no consiste, pues, en los castigos mismos, sino en la manera como fueron producidos: « Sin duda estas plagas, dice el abate Glaire, son azotes naturales, y lo que es más, estos azotes devastan de manera especialísima el Egipto. Hiriendo á los egipcios con estas calamidades conocidas y temidas, por lo tanto, Moisés podía estar más seguro de su eficacia que si hubiese empleado algún fenómeno desconocido, cuyos peligros no hubiera podido prever ni calcular ningún egipcio. Era, pues, preciso herir á Faraón con males indígenas, por decirlo así. Por otra parte, siendo Dios el criador y gobernador de todo cuanto existe, debía tener en su mano los azotes todos que afligen á la humanidad, y con los cuales pueda, sobre todo, atemorizar á los impíos. No fué, pues, Moisés el que creó estos azotes; existían, y como acabamos de decir, en todo tiempo fueron conocidos de los egipcios; pero Moisés los evoca como seres malignos que obedecieron inmediatamente sus órdenes, como obedecerían la voz del mismo Dios » [1].

Por lo menos existe, pues, una diferencia esencial entre las plagas de que nos habla el Exodo y las que Egipto ha sufrido en otros tiempos. Lo que distingue las primeras de las segundas, dando á aquéllas un carácter milagroso, evidente é incontestable, es que llegan en un momento dado como sanción de la palabra divina, en circunstancias previamente anunciadas, precisas, que claramente manifiestan intervención sobrenatural; por orden de Moisés se presentan en el momento predicho y de la manera que ha declarado; cesan cuando él lo manda, y en muchos casos en el instante convenido con Faraón, el país de Gessen queda siempre libre; y los egipcios, lejos de poner en duda su carácter extraordinario, se consternan y aceptan estos signos, como prueba de la misión divina de Moisés [2].

De todo cuanto acabamos de decir podemos inferir con fundamento que las plagas de Egipto, por grande que sea su analogía con cierto número de azotes que afligen aquel país, son verdaderos milagros; y que sus relaciones con el estado físico del valle del Nilo prueban la veracidad del relato mosaico. « Estas relaciones, dice con razón el abate Glaire, claramente demuestran contra los mitólogos, que tan terribles calamidades no son ficciones inventadas por un escritor posterior » [1].

Esta doble conclusión resultará más clara todavía del estudio detallado de las diez plagas de Egipto que vamos á comenzar.

La primera plaga fué el cambio del agua en sangre.

¿En qué consistió su naturaleza? El Nilo presenta todos los años un fenómeno singular, que describe así Mr. Osburn: Después que ha empezado á crecer el río, « las aguas pierden la poca limpieza y frescura que el día de antes hacía de ellas una bebida deliciosa. Toman el color verde, viscoso y opaco del agua salobre de los trópicos, sin que filtro alguno de los conocidos haya podido hasta el día librarlas de la substancia nauseabunda y perjudicial que produce su cambio. El fenómeno del Nilo verde procede, según se dice, de las vastas lagunas de agua estancada que su desbordamiento anual forma en las extensas llanuras arenosas del Darfur al Sud de la Nubia. Afortunadamente este fenómeno rara vez dura mas de tres ó cuatro días..... Después el río aumenta rápidamente de volumen y sus aguas se convierten en turbias de una manera gradual. Transcurren por lo tanto diez ó doce días antes de la aparición del último y más extraordinario fenómeno que el Nilo ofrece. Procuraré describir las primeras impresiones que me produjo. »

« Era una noche larga é interminable, á mi juicio al menos: en el momento en que yo me levantaba del sofá sobre el que en vano había intentado dormir, á bordo de nuestro buque sorprendido por la calma frente á Beni-suef, ciudad del Alto Egipto, presentaba el sol á nuestros ojos el borde superior de su disco por encima de la cordillera arábiga. Quedé sorprendido al ver que apenas sus rayos hirieron el agua, un reflejo rojo muy marcado se produjo en el campo. La intensidad de este color aumentó sin cesar con la intensidad de la luz: aun antes de que el sol se hubiese desprendido por completo de las colinas, el Nilo ofrecía ya el aspecto de un río de sangre. Suponiendo que era una ilusión de mis ojos, me levanté apresuradamente, me asomé por la obra muerta del buque y lo que ví confirmó mi impresión primera. El agua toda era opaca y de un rojo oscuro más parecido á la sangre que á toda otra materia con la cual yo hubiera podido compararla [2]. A la vez advertí que el río había crecido algunas pulgadas durante la noche y los árabes me dijeron que aquel fenómeno era conocido con el nombre de *Nilo rojo*. »

« Dicho color y opacidad son objeto de variaciones

---

1 Glaire, *Les livres saints vengés*, 1.ª ed., t. I, p. 355; 2.ª edición, t. II, p. 15. « Conviene notar, dice el anotador de la Biblia de Allioli, que las diez plagas con que Dios castigó á Egipto tienen relaciones naturales con el estado físico del país y los azotes que de ordinario le afligen: no se exceptúan más que las dos últimas, las tinieblas y la muerte repentina de los primogénitos. Aunque pudiera decirse que las nubes de arena levantadas en ciertas épocas del año por los vientos producen verdaderas tinieblas, y que la peste que frecuentemente despuebla aquellas comarcas recuerda el exterminio de los hijos de los egipcios. Pero aunque Dios, para imponer sus juicios, se sirve de causas naturales, de recursos que son como indígenas y endémicos, las plagas de Egipto consideradas en sus circunstancias de tiempos, lugares, maneras y ocasiones, son hechos enteramente milagrosos, que únicamente pueden atribuirse á la omnipotencia divina. » *Nouveau Commentaire littéral, critique et théologique sur tous les livres des divines Ecritures*, por el Dr. Allioli; traducido por el abate Gimarey de la sexta edición alemana; 3.ª ed. francesa, 1860, t. I, p. 287.

2 « Sin duda, dice el abate Glaire (*Livres saints vengés*, 1.ª edición, t. I, p. 354; 2.ª ed., t. II, p. 16), si se consideran los prodigios operados por Moisés únicamente en sí mismos y tomados cada cual por separado, haciendo abstracción de sus circunstancias, tales como la manera como fué realizado y el fin para el cual se efectuó, podrán parecer efectos puramente naturales; pero por el contrario, si se atiende á sus circunstancias como debe hacerse para examinar todo hecho histórico, la cosa se presenta muy distinta. » « En efecto, como juiciosamente nota Janssens, ¿á quién parecerá natural que aguas tan numerosas y terribles, que no guardan relación alguna entre sí, caigan á la vez sobre un país durante cinco ó seis semanas nada más, y que únicamente los israelitas, reunidos en el pequeño territorio de Jessen se vean libres de ellas? ¿Cómo por medios naturales Moisés hubiese podido prever, predecir y producir todos estos castigos, alzando ó bajando su vara, prolongarlos á su gusto y hacer que cesasen con una sola palabra? Estos milagros tenían un fin verdaderamente digno de Dios; eran necesarios para que Moisés, logrando de Faraón la libertad de los hebreos, formase con ellos una nación, les diese leyes justas y les enseñase el culto del verdadero Dios; esta libertad de los israelitas y su salida de Egipto marcaron al género humano el camino del cristianismo, y el designio de Dios de rehabilitar á la humana especie, designio anunciado desde la caída de nuestros primeros padres y la confirmación del cual y consumación deben verse en el hecho que hizo de los hebreos un pueblo; llegó, por último, á su realización completa con la venida de Moisés. » Janssens, *Introduction á l'Ecriture Sainte* núm. 125.

1 Glaire, *Livres saints vengés*, 1.ª ed., t. I, p. 356; 2.ª ed., t. II, página 16. Y añade juiciosamente: « Un poeta ignorante del acontecimiento y que hubiera vivido mucho tiempo después de la época en que se supone que tuvo lugar, no hubiese soñado nunca al describir estas plagas desastrosas en la intervención de los magos faraónicos para producir algunas de ellas; no se le hubiese ocurrido nunca el relato de la muerte de los primogénitos tal como lo cuenta el Exodo: rasgos de esta naturaleza no se inventan. »

2 Bunsen (*Bibelwerk*, t. V, p. 128) no va tan lejos. Compara el color del Nilo al del ocre rojo ó al de la piel de los egipcios, y añade que la coloración dura tanto como la crecida, unos noventa días próximamente.

continuas mientras dura fenómeno tan extraordinario. Ciertos días, cuando la crecida no excede de una ó dos pulgadas, conviértense las aguas en semitransparentes, sin perder no obstante aquel tinte rojo y sombrío de que ha hablado. Carecen, sin embargo, de toda mezcla perjudicial, como sucede durante el fenómeno Nilo verde, y nunca el agua es más sana, más deliciosa y más refrigerante que mientras la inundación. Días hay en que la crecida es más rápida y por consiguiente en que la cantidad de limo acarreado excede en el alto Egipto al que puede arrastrar todo otro río que yo conozco; pero en más de una ocasión he advertido que tanto fango opone un obstáculo sensible á la rapidez de la corriente. Un vaso de agua que tomé entonces y que dejé en reposo durante poco tiempo me dió las siguientes observaciones: la parte superior del líquido quedó completamente opaca y de color sanguinolento, mientras que un precipitado de lodo negro llenó casi la cuarta parte del vaso. La mayor parte de este limo se deposita antes de que la crecida llegue al medio y bajo Egipto, en donde nunca he visto las aguas del Nilo en este estado» [1].

La inundación del Nilo comienza ordinariamente del 15 al 20 de Julio. Alcanza en Octubre su mayor extensión. De Enero á Abril descienden las aguas cada día más, de manera que en Mayo quedan reducidas á la vigésima parte de lo que eran en Octubre.

La causa de la coloración del río al empezar la crecida ha permanecido hasta aquí completamente ignorada. Cuentan los árabes que la noche que precede al crecimiento del Nilo cae río arriba un rocío maravilloso que llaman *nokta*, «la gota» [2]. Tiene la virtud de purificar el aire, de hacer que fermenten las aguas y de producir el fenómeno del agua roja, *ma achmar* [3]. Algunos sabios atribuyen el color del Nilo á la tierra roja que acarrean sus aguas desde Sennaar en adelante [4]; Ehremberg, después de haber examinado el agua con el microscopio, atribuye el fenómeno á los infusorios y plantas criptógamas. Sea la que quiera la naturaleza de esta causa, es indudable, según los recientes estudios de Mr. Linant-Bey, que ha llevado á efecto las investigaciones más formales sobre la naturaleza de las aguas de Egipto, que la coloración del Nilo procede de uno de sus afluentes.

El río no tiene un solo afluente en Egipto. Remontando su cauce, recibe la primera corriente de agua á 2.787 kilómetros del Mediterráneo. No solamente carece de afluente durante tan larga longitud, sino que tampoco se encuentran fuentes entre Assuán y el mar, ó sea en una extensión de 1.202 kilómetros. El aire es muy seco desde Tebas hasta Besber, un poco al norte de Atbara. Las tempestades que producen las lluvias en Abisinia proceden todas del mar de las Indias. Entonces llueve á torrentes en las montañas; más tarde en Sennaar; después en Kartum, y por último en Atbara. El Nilo azul es el primer afluente que aumenta sus aguas, luego el Rhahad y el Deader, y por último el Atbara. Antes de la lluvia, el Nilo azul es cristalino; pero uno de sus afluentes que viene de Suroeste y se junta con él más abajo de Sennaar en Faraglo, acarrea aguas enrojecidas que dan este color al Nilo azul [5].

Este fenómeno natural de la coloración de las aguas del Nilo, producido por Dios de una manera milagrosa en un tiempo en que él no se producía ordinariamente, ¿no sería la primera plaga de Egipto? Muchos lo creen así hoy día; pero por especiosa y seductora que esta opinión parezca, no la encontramos suficientemente fundada y creemos que el Nilo fué convertido en verdadero río de sangre. Ciertamente para Dios no era más difícil convertir sus aguas en sangre real, que colorarlas de modo que tuviesen el aspecto de sangre. Quería castigar á los egipcios á causa de este mismo río, de que estaban tan orgullosos y que veneraban como un dios, y quería sobre todo reprocharles la sangre inocente de los niños de los hebreos, que tan inhumanamente habían anegado y por los cuales eran azotados entonces: de esta manera el castigo era más grande y más significativo. Siempre los Padres y Doctores han entendido como nosotros que las palabras del sagrado texto se referían á sangre verdadera, y no encontramos motivo fundado alguno para separarnos de su opinión.

Debemos reconocer, sin embargo, que algunos apologistas católicos modernos entienden que los términos de Moisés en rigor pueden ser aplicados á una coloración roja semejante á las coloraciones de que hemos hablado más arriba, aunque milagrosa.

He aquí lo que en efecto dice Mr. Glaire: «Podríamos conceder (á los racionalistas) hasta que los tres primeros prodigios, esto es, el cambio de la vara de Aarón en serpiente, el de las aguas en sangre ó en un líquido de color sanguinolento y, por último, la producción de las ranas, prodigios obrados por Moisés y Aarón, eran hechos puramente naturales, como confesaremos sin dificultad que en las demás plagas se advierten fenómenos que no son sobrenaturales en sí mismos.»

No creemos nosotros que los tres primeros prodigios fuesen efectos puramente naturales; pero si concediésemos á los racionalistas que las aguas del Nilo no fueron convertidas en sangre real, nada adelantarían con ello y subsistiría el milagro no menos patente.

En efecto, no puede considerarse como hecho natural al cual atenerse, que el cambio de las aguas se efectuase en Tanis, en donde no es probable que tuviese lugar normalmente, puesto que Mr. Osburn nos dice que hoy día no se observa dicho fenómeno en el Delta; por consiguiente, debió producirse en una época distinta de la ordinaria é importa mucho precisar aquí la fecha.

F. VIGOUROUX.

(Traducido por D. Manuel Polo y Peyrolón.)

(Continuará.)

1 Osburn, *The monumental History of Egypt*. Londres, 1853. t. I.

2 Véase Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. I, págs. 104 y siguientes.

3 Pococke, *Description of the East*, in-f.°, t. I, pág. 199. Anon. *Observations on the Manners of the Egyptians*, pág. 75: Abd-Allatif, *Relation de l'Egypte*, Nota de Sacy, pág. 146.

4 Laborde, *Commentaire géographique de l'Exode*, pág. 28.

5 Carta de Linant-Bey á Mr. Belgrand, *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, 14 de Diciembre de 1874, p. 1.358. Cf. *Journal officiel* de 11 de Diciembre de 1874, p. 8.198-8.199.

¿QUIÉN ES.....? ¿QUÉ ES.....?

Es el sér humano fruto de la unión de dos seres de la misma especie, aunque de distinto sexo. Esto proclama el hecho constante, escrito sin enmienda en la historia de la humanidad.

Mas remontándonos en la investigación, hemos de llegar á los *primeros*, que no pudieron ser producidos por otros seres de la misma especie, porque de ésta fueron los *primeros*.

¿Quién los produjo? La recta razón informa que debió producirlos una causa preexistente y distinta de la que sólo consigue su reproducción.

Lo creado no se ha creado á sí. Para existir necesita la acción de una fuerza anterior, con virtud bastante para crear: á esa fuerza ó causa llamamos Dios.

La creación supone un poder ilimitado, una inteligencia infinita, una voluntad libre que dispone de la soberanía y de la sabiduría.

Luego para Dios nada hay imposible.

La creación está á sus órdenes por dependencia ineludible. Puede suspender y variar las leyes por Él dictadas, esas leyes que todo lo creado cumple necesariamente, fuera los casos de excepción determinados por la voluntad de Dios.

La razón comprende, pues, la posibilidad del milagro.

—

El hombre, ante los hechos que á su vista se desarrollan, investiga y examina las causas, observa sus efectos, y cuando descubre la relación entre aquéllas y éstos, da nombre á la ley que los determina.

A veces falta el conocimiento de la causa y se hace imposible el descubrimiento de la relación: sólo permanece el efecto, que no puede negarse ante la evidencia que se impone á los sentidos. Entonces su inteligencia se humilla asombrada por la inmensa eficacia de una causa ignota, cuyo poder no alcanza, y admite el misterio; ó protestando con altivez de la limitación de su entendimiento, se inspira en la soberbia, y se rebela.

Luego creer en los *misterios* es conforme al dictamen de la razón.

—

Tantos son los seres creados, que con ser su número finito y tener la humanidad historia antigua, nadie ha podido contarlos. Se sabe, sí, que entre todos aquéllos, sólo el hombre tiene inteligencia con la que domina á las criaturas de la tierra, del agua y de los aires, penetra en las entrañas de aquélla, descubre las profundidades de los mares y admira las maravillas del espacio.

Todos los seres son hoy lo que fueron en el primer instante de su existencia: sólo el hombre sigue con afán constante los caminos del progreso, como si continuase un pleito para revindicar el bien perdido: su perfección.

El tiempo no es testigo del perfeccionamiento de esas criaturas, que no han cambiado. Sujetas constantemente á las mismas necesidades, siempre han tenido á su alcance los mismos medios para satisfacerlas: iguales placeres; idénticos sufrimientos.

Pero ¿quién preparó alimento, dispuso abrigo y construyó habitación para el hombre? ¿Quién le procuró medios para servirse de todas las bestias y defenderse de las feroces, ansiosas de devorarle?

Forzoso es inferir, ó que el estado primitivo del hombre fué otro que el actual, ó que á su creación acompañó una sentencia injusta y cruel, con tal injusticia y con tal crueldad, que sólo caben en la extensión de lo infinito.

El autor de ese orden, admirable y admirado á través de las edades, no hubo de infringirlo cuando lo escribía con los inimitables é indelebles signos de la creación, y menos en lo referente á la justicia, que es atributo inseparable de la omnipotencia.

Luego el estado primitivo del hombre no pudo ser el de un delincuente sin delito, condenado con toda injusticia por la suprema justicia. Su debilidad relativa debió tener por escudo el respeto de los otros seres y lo especial de su condición privilegiada.

—

Mas he aquí que la criatura única hecha á imagen y semejanza del Creador abusó de sus privilegios. No satisfecha con la corona que la hizo soberana de la tierra, pretendió ceñirse la del Rey del cielo: ingrata, se rebeló contra aquel Sér á quien, por deberlo todo, debía la existencia; y la ingratitud y la rebelión quedaron castigadas con la privación de todos los privilegios, menos el de entender y obrar libremente.

El hombre y la mujer fueron expulsados del paraíso terrenal; pero se les reservó la herencia prometida del paraíso celestial para cuando el crimen fuese expiado. La ofensa fué inmensa y exigía una reparación análoga. La *bondad suma* había sido

ofendida. Sólo el sacrificio de la *bondad suma* podía representar expiación adecuada.

—

Sucediéronse las generaciones, peregrinando la humanidad en busca de su verdadera patria entre tribulaciones y aflicción.

El hombre, entregado á las concupiscencias, no comprendió otros goces que los del sentido y rindió las rodillas ante los símbolos de sus vicios.

Espíritus levantados pretendieron alcanzar los secretos de su origen y de su destino; pero á medida que se elevaba la débil inteligencia humana, abandonada á sus únicas fuerzas, era agitada por los vientos de su imperfección y caía en las profundidades del caos ó en los abismos de los más groseros errores.

Sólo aquellos que consultaban y cumplían los preceptos de la ley impresa en las páginas de todo corazón humano seguían los rectos senderos de la justicia y de la verdad.

La historia ofrece repetidos ejemplos de imperios que se derrumbaron, no pudiendo sostener el inmenso peso de las liviandades inspiradas por el materialismo dominante.

—

Puede reclamarse lo que según justicia nos pertenece; mas los dones gratuitos se solicitan y se agradecen cuando son otorgados.

El Creador derramó la fuente de sus beneficios sobre la porción más justa de la familia humana, que se multiplicaba, y aquella porción constituyó el pueblo escogido.

Le dió enseñanza con el ejemplo de sus Santos Patriarcas, le habló con la palabra de sus inspirados Profetas, le advirtió con los cautiverios, le libertó abriendo camino enjuto por entre las aguas del mar, le alimentó con el rocío del maná, y le entregó en el Sinaí su santa ley esculpida con caracteres indelebles.

También le prometió la redención para cuando llegase la plenitud de los tiempos.

Los hechos confirmados por la historia y por nadie combatidos con datos dignos de examen crítico deben aceptarse, como previene el dictamen de la razón.

—

Aquel pueblo escogido llegó en su abyección á ser el pueblo más desdichado de la tierra.

Sujeto al imperio del Romano, encontraba suaves las cadenas que le sometían al extranjero.

Sus sabios estudiaban la ley divina con los ojos de la carne.

Sus Sacerdotes interpretaban las profecías, según los informes del sensualismo.

Sacerdotes, sabios y pueblo esperaban un Redentor que les hiciera señores de las naciones, dueños de los tesoros del Capitolio. Fijos los ojos en la tierra, no elevaban las inteligencias á las regiones del espíritu: carecía para ellos de encanto la obediencia de Abrahám, la sumisión de Isaac, la escala mística de Jacob: aspiraban sólo á la posesión de la tierra prometida en el orden de la materia; no comprendiendo ni suspirando por la patria, cuyas puertas había cerrado la rebelión de la soberbia, y que al abrirlas el sacrificio de la humildad había de brindarles con la posesión de todas las bellezas y perfecciones por inteligencia humana no concebidas.

¡Desventurados ciegos, que no veían en medio de la luz!

—

En el reloj de la eternidad sonó la hora.

Aquella fuerza creadora, contra la cual se levantó la rebelión de la obra más perfecta ds su poder sugerida por la soberbia, dirigió su mirada hacia la tierra, y en humilde ciudad descubrió á la criatura más humilde: capullo incomparable de todas las virtudes.

Con la humildad había de recuperarse la pérdida que ocasionó la soberbia.

« María, ¿estás dispuesta á sufrir la murmuración, la maledicencia, la pobreza, la persecución, hasta llegar al sacrificio? »

« He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. »

Y derramando el Creador todos sus dones sobre aquella singular criatura, hace el milagro de que conciba sin la concurrencia de las causas que determinan toda generación humana.

Ya hemos visto que el poder del Creador no reconoce límites, y que el milagro y el misterio se concilian con la razón.

—

¿A quién concibió aquella mujer privilegiada?

Veamos.

En cumplimiento de decreto dado por la autoridad que rige al país, sin examinar si gobierna por fuerza de derecho ó por derecho de fuerza, aquella criatura, que entregó por completo su voluntad al Creador, se dirige á Belén para satisfacer el precepto del que impera. La sumisión resalta en todos sus actos.

La mujer de alcurnia regia no encuentra en el país, donde sus antepasados reinaron, otro albergue que las ruinas de un portal, y allí, sin más auxilio que un hombre, celoso y constante escudo de su virginidad, da á luz el fruto de su absoluta sumisión á la voluntad del Creador.

¿Es posible la generación humana sin obra de varón?

Los que resistan la posibilidad del hecho vayan aceptando la eternidad de la materia: nieguen la omnipotencia á la causa creadora: elévense sobre el pedestal de su orgullo y digan desde la cátedra de su soberbia á muchas generaciones que pasaron y á millones de individuos de la presente que no debe creerse lo que la propia razón no alcanza, aunque la misma razón acepte lo que procedimiento lógico exige que admita sin comprenderlo: proclamen la soberanía única y sin límites de la inteligencia individual, si bien protestando contra las leyes de su desenvolvimiento y ejercicio, y arrojen á la humanidad en los abismos de errores que ya empequeñecieron y hasta envilecieron á los hombres.

Esperen.

—

En las sombras de noche fría; teniendo por protectores únicos á su joven madre y á un humilde artesano sin riquezas ni poder, nace un niño de mujer que no conoció varón y continúa siendo virgen; y á poco de nacer inspira tales inquietudes á un Rey de la tierra, que ordena la degollación de todos los niños para acabar con la vida del nacido en Belén.

Apenas ha abierto los ojos á la luz, es llevado á tierra extraña y vive en la expatriación.

De regreso á la tierra patria, cumple la ley de la humanidad ganando con el trabajo el pan de su alimento.

Y así llegó el tiempo en que había de dar principio á la predicación de su doctrina salvadora.

Llama á unos pescadores, con los que constituye su apostolado y acomete la empresa de conquistar al mundo con las armas del amor y de redimir á la humanidad con el precio de su sangre.

Penetra en la Sinagoga y asombra con su ciencia prodigiosa á los doctores de la ley.

Se acerca al templo y expulsa á los mercaderes, que habían convertido en cueva de ladrones la casa de oración.

Con su voluntad cura enfermos, con su palabra resucita muertos y á su voz se calman las tempestades.

¿Y cuál es su doctrina?

La que enseña á amar á Dios y á los hombres: la que impone más deberes cuanto mayores son las ventajas de que el hombre disfruta: la que determina la armonía en la familia y el orden en las naciones, conduciendo al triunfo completo del derecho sobre la fuerza: la que exige respeto y compasión para el pobre, confunde á la soberbia y exalta á la humildad: la que ensancha los horizontes á la humana inteligencia y le dicta reglas para lanzarse sin peligro en el espacio de sus especulaciones: la que ensalza todas las virtudes y anatematiza todos los vicios y ofrece premios para todo bien y previene castigos para todo mal.

Confirmando con el ejemplo tal doctrina, por los sabios de la tierra no concebida, se somete á un bautismo que limpia la mancha primitiva, y establece la penitencia de un arrepentimiento sincero como llave con que se abran las puertas del paraíso-patria, lleno de mayores dichas que el perdido por la primera rebelión del hombre.

Poco antes de morir da á sus apóstoles un precepto nuevo: les manda que se amen mutuamente como Él les había amado.

Ya anteriormente había declarado bienaventurados en su reino á todos los que sufren en la tierra.

Asombro causó tal predicación á los sabios según la sabiduría de los hombres, y temerosos de perder su prestigio y sus riquezas, determinaron dar muerte al que tuvieron por Profeta nuevo.

La sangre del hombre, único nacido de mujer virgen, regó aquella doctrina que no habían alcanzado las humanas inteligencias.

¿Quién es.....? ¿Qué es.....?

Seguid el proceso que de manera muy especial se le formó.

El que cada día se encontraba en las calles y en las plazas fué buscado en la soledad de un huerto y aprehendido por numerosa turba de hombres armados.

Preguntado por su doctrina, dice que siempre habló en público, y apela al testimonio de cuantos le oyeron.

En presencia del juez sólo contesta que su reino no es de este mundo, al que ha venido á dar testimonio de la verdad, y de las acusaciones se defiende con el silencio.

Si el mundo ha conocido jueces débiles y acusadores injustos, de seguro que no ha visto un acusado como Aquél.

Toma la Cruz, sube con ella al lugar del suplicio y muere con los brazos abiertos implorando perdón para sus verdugos.

¿Quién es el que vivió como hombre otro no ha vivido?

¿Quién es el que murió como hombre otro no ha muerto?

El que así vivió y así murió es Jesucristo.

Y ¿qué es Jesucristo?

Preguntadlo á la historia, preguntadlo á la razón y os contestarán que Jesucristo es Dios, el Hijo del Padre ofendido por nuestros primeros padres y cuya sangre preciosa hubo de ser derramada para reintegrar á la criatura inteligente en la gracia del Criador. Sólo un sacrificio inmenso podía borrar una ofensa inmensa.

Su doctrina da sanción á la respuesta. La sangre de sus mártires le pone el sello. La imposibilidad, según dictamen de la razón, de que sólo fuera hombre, no permite la duda.

Jesucristo es Dios.

MISONTE.

1890.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDON

CAPÍTULO PRIMERO

EL CONSEJO DE FAMILIA

Unos estaban indiferentes y otros fastidiados; se les había interrumpido en sus negocios, en sus placeres y en su *farniente*, para componer el consejo de familia de una menor, desconocida para la mayor parte de ellas, y que les inspiraba poquísimo interés por ser pobre y no tener ningún recurso. El mismo Juez de paz, en cuya casa estaba reunida la asamblea, parecía también muy aburrido; llevaba la voz, y con frecuentes bostezos interrumpía su discurso.

—He aquí, señores, decía, el resumen de la situación, y lo digo con pena:

Mlle. Gertrudis María Ardhuín, cuyos intereses nos han reunido, hoy no posee nada: cuando su difunto padre M. Santiago Ardhuín, tuvo que suspender sus pagos, su pasivo, á pesar de los esfuerzos y fatigas de tan honrado comerciante, excedía á su activo con una suma de sesenta mil francos. Su difunta esposa, de la familia de los Delaborde (aquí el Juez de paz se volvió con una inclinación hacia uno de los miembros de la asamblea), se creyó en la obligación de sacrificar su dote al honor comercial de su esposo, amenazado ya en esta época; ambos esposos han muerto sin ver días mejores, dejando á su hija, como ya he tenido el honor de exponeros, sin fortuna y sin apoyo. Pero la ley y la naturaleza la designan un tutor y protector en la persona de M. Agustín Delaborde, su tío materno, dignísimo bajo todos los conceptos de semejante título. M. Delaborde, ¿aceptáis la tutela de Mlle. Gertrudis Ardhuín?

Un hombre enlutado, que ocupaba uno de los primeros sitios en la asamblea, saludó y dijo:

—Sí, señor; mi deber y mi aceptación no admiten duda alguna.

El Juez de paz se enjugó la frente, satisfecho con el resultado de su elocuencia, y echando una mirada sobre el legajo de papeles que tenía delante, afirmó sus anteojos, y añadió.

—Me parece que no tenemos más que hacer, señores; nuestra menor ya tiene su tutor; según creo, M. Gabriel, primo en tercer grado, no disputará el derecho de tutela; la intención del legislador está cumplida, la pupila protegida, y no creo necesario prolongar nuestra conferencia.

Un cuarto de hora después, M. Delaborde, el tutor, se paseaba solo, y á pasos acompasados, en el muelle de la pequeña ciudad de V..... Reflexionaba en la carga que hacía pesar sobre sus hombros la prematura muerte de su hermana y de su cuñado; se preguntaba qué haría con su pupila, con aquella niña, si no extraña, desconocida por lo menos, porque los intereses le habían hecho romper años atrás con el padre de Gertrudis; se decía que cómo recibirían su mujer y sus hijos, todos de caracteres tan diversos, á la recién llegada. Su mujer, después de los placeres mundanos, nada prefería como la paz del hogar; ¿y no sería un obstáculo Gertrudis?

¿No se fastidiaría Enriqueta, su hija mayor, algo vanidosa, con la compañía de una prima pobre, hija de un padre deshonrado?

¿No le molestaría Roberto con sus rabotadas? Y si Federico tenía más talento y amabilidad que su hermano, ¿aceptaría, á pesar de ello, á la niña extraña? Valeria únicamente la hará buena acogida, decía Mr. Delaborde, nada temo de ella; ¡pero los otros....! Mi mujer no quiere más que á su familia; Enriqueta también se inclina más hacia el partido de la Reina que hacia el del Rey; Roberto es muy bruscote; Federico, muy ligero; ¿qué haré? ¡Y es la hija de mi hermana....! ¡De mi pobre Cecilia, mi única hermana....! ¡Pero, Señor! ¿por qué se empeñó en casarse, contra mi parecer, con ese desgraciado Ardhuín? Era un excelente muchacho, un hombre honrado, pero incapaz para los negocios, sin suerte ninguna; bien lo ha probado el tiempo. Ella se ha muerto de debilidad, y él de pena, y heme aquí cargado con su hija, y sin saber á qué santo acudir. Porque, en fin, su propia familia, sus propios hijos, ya sabe uno cómo manejarlos; pero, ¿qué se hace con una niña extraña que cae como de las nubes? Como es pobre, estará mal mirada en nuestro círculo; como es huérfana, envidiará la ternura que demostramos á nuestros hijos; se encontrará violenta entre nosotros..... Esto es en cuanto á lo presente..... y en cuanto á lo porvenir..... ¿cómo arreglaremos lo porvenir....? No se lo he de quitar á mis hijos; tendrá que trabajar, y ¿cómo la podremos acostumbrar al trabajo?

Meditaba en todo esto, paseando sin cesar, y los que pasaban á su lado podían leer en su cara la mayor perplejidad. El sol que se retiraba por detrás de la grande alameda de tilos, ya despojados por el otoño, le anunció lo avanzado de la hora, y resolvió antes de tomar ninguna determinación ir á ver á su pupila al colegio donde estaba desde la muerte de su padre. Este paso le cortaba, porque, como muchos hombres, M. Delaborde ocultaba con formas bruscas y voces rudas una timidez femenina y juvenil; no le gustaban las cosas nuevas, casi las aborrecía, y su entrevista con Gertrudis le causaba una repulsión tanto más grande, cuanto que le acusaba la conciencia de no haber obrado como un hermano con los desgraciados padres de la niña.

—Si se parece á mi hermana, se decía, será una acusación viva que se me pondrá delante..... ¿No sería mejor, después de todo, dejarla aquí, en su país natal, y en su colegio?

CAPÍTULO II

LA NIÑA

Llamó, diciendo estas palabras, á una puerta sobre la cual se leía este letrero:

COLEGIO DE SEÑORITAS
BAJO LA DIRECCIÓN DE MLLE. IVONA IVONET

En otras partes, el colegio hubiera pasado por una humilde escuela, por su modestia, sus reducidas dimensiones, y su aspecto humilde; M. Delaborde atravesó un patio estrecho y triste, y una criada le introdujo en un salón, cuyas paredes, como las de las estaciones de ferrocarriles, parecían un anuncio perpetuo, un prospecto perenne. Allí se veían, bajo cristal y marco, magníficos modelos de escritura, donde la gótica y la bastarda desplegaban sus más complicados adornos; cabezas de Rómulos y de París, del *Candor* y de la *Resignación*, dibujadas á lápiz y á difumino; mapas de geografía con vivos colores; bordados al pasado y al cañamazo, que representaban fantásticos países; en una palabra, la más completa muestra de los primores y talentos que Mlle. Ivona podía enseñar. M. Delaborde se fijó en todas estas bizarras figuras, y absorto en sus ideas, no vió ninguna hasta que el ruido de unos pasos le sacó de sus reflexiones.

Una señora de cierta edad, vestida de negro, y de rostro sereno y respetable, adornada con una papalina, se presentó delante de él.

—¿Venís á ver á Mlle. Ardhuín, señor?

—Sí, señora; soy su tío y su tutor, M. Delaborde, negociante en Amiens. ¿Tengo el honor de hablar á la directora del colegio?

—Sí, señor; Ivona Ivonet. ¡Qué desgraciada es vuestra pupila!

—Ya lo sé, —dijo él; —mi pobre hermana, su madre, lo fué mucho también. Hay familias perseguidas por la mala suerte.—Y después de una pausa añadió:—desearía ver á la niña antes de tomar ninguna determinación.

—¡Señor! —le dijo con dulzura Mlle. Ivonet—dudo que la podáis dejar aquí. Estará mejor con vos. De todos modos, la vais á ver.

Salió, y volvió en seguida con una niña de unos diez años, vestida de negro, y que se adelantó con un aire triste y temeroso. Su aspecto conmovió interiormente á su tío, pues al ver aquel traje negro, aquel rostro flaco y macilento, y aquella actitud abatida por la prematura desgracia, sus entrañas se compadecieron, pensó en sus propios hijos, y la impaciencia que antes había sentido desapareció de pronto. Atrajo hácia sí á la niña, la abrazó cariñosamente, y con voz que procuró suavizar la dijo:

—Querida niña, soy tu tío, el hermano de tu pobre mamá; ¿no has oído hablar de mí?

—Sí, —contestó Gertrudis sin alzar la cabeza.

—¿Me tienes miedo?

La niña no contestó, pero miró á Mlle. Ivona; ésta se sonrió, y dijo levantándose:

—Señor, voy á dejaros solo con ella.

Y así que estuvieron solos, la niña se acercó á su tío, y con voz muy bajita le dijo:

—¡Sacadme de aquí, por Dios!

—¿No estás contenta con Mlle. Ivona?—la preguntó él, sorprendido.

(Continuará.)

AVISO

Desde hoy las horas de oficina en la Administración de esta Revista serán de ocho á una.

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

Prometer y cumplir son dos cosas diferentes

Por centenares pueden contarse los productos, pretendidos higiénicos, que hacen al público por medio de los periódicos las más seductoras promesas; pero ¡cuán raros son los que las cumplen! Lo mismo que el albañil se da á conocer al pie del muro de un edificio así en la experiencia es donde se juzga del valor de un medicamento. Todas las composiciones ineficaces sólo tienen, por lo mismo, una existencia efímera, porque la experiencia durante algunos meses basta para demostrar su nulidad. Así, pues, para que el **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulac** cumpla sus promesas, necesitaba poseer, como posee en efecto, serias cualidades, una eficacia real y una superioridad incontestable sobre todos los productos similares, por cuya razón disfruta desde hace cinco siglos de una fama que por sus constantes éxitos se acrecienta de día en día.

Agente general.—A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

LAGO DE ARMENIA.

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATÓLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

Blanqueo de ceras en gran escala.

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

BANCO DE ESPAÑA

Habiéndose suscitado dudas sobre la inteligencia de la regla 6.ª para la suscripción de obligaciones del Tesoro, que se ha de verificar el día 16 del corriente, conforme al anuncio del Banco, fecha 4 del actual, se ha resuelto por Real orden de hoy, comunicada por el Sr. Ministro de Hacienda:

1.º Que en el caso de ser necesario el prorrateo, se verificará éste solamente entre los suscriptores que lo sean por más de una obligación, satisfaciéndose siempre éstas por completo y entendiéndose que á los que hubiera de corresponderles sólo parte de una obligación la recibirán completa; y

2.º Que para el cumplimiento de la regla anterior, se entenderán acumuladas y como una sola suscripción todas las que resulten hechas á un mismo nombre, acumulándose igualmente los correspondientes depósitos.

Madrid 12 de Junio de 1890. — El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET único Inventor 23, 5me des Italiens Paris | JABON VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 1.198.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 18. — Madrid 25 de Junio de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pe. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando. — *El veranco de la clase media*, por Angel Salcedo. — *El M. I. Sr. Dr. D. José de Cigorraga y Gorostidi*, por Carmela de Echagaray. — *La guerra de la Independencia contada y juzgada por un francés* (continuación). — *Album de poesías: Al Sagrado Corazón de Jesús*, por D. Enrique García Bravo. — *La esperanza* (soneto), por A. Alcalde Valladares. — *Las plagas de Egipto* (continuación). — *Una pariente pobre*, por Mad. Bourdon (continuación).

Grabados.

D. José Cigorraga y Gorostidi. —(Véase el artículo.)

Excmo. Sr. D. Estanislao de Urquijo. — Tiempo hace ya que falleció este opulento patricio, pues ocurrió su muerte á 30 de Abril de 1839 pero todavía vive, no sólo en el recuerdo y cariño de los suyos, sino por las grandes obras de caridad y pública beneficencia que, ya en vida, ya por su testamento, dejó instituídas y perpetuadas. Esa es la verdadera gloria de aquellos á quienes Dios concedió el beneficio de las grandes riquezas. En los ejemplos de hombres como Urquijo debieran inspirarse todos los ricos.

Capilla de los Corporales en Daroca. — Es Daroca una de las antiguas y gloriosas ciudades de Aragón, situada á orillas del Jiloca, con castillo y murallas, de mucha y accidentada historia. Acabada la conquista de Valencia, dejó D. Jaime el mando de sus tropas á D. Berenguer de Entenza, el cual, deseoso de ocupar las tropas que habían quedado á sus órdenes, se encaminó hacia Alhaidía, deseoso de conquistar á todo trance el fuerte Castillo de Chio, ocupado por los moros. Avanzó D. Berenguer á mediados de Febrero de 1239 al frente de un puñado de cristianos, pues tan sólo llevaba los tercios de las tres Comunidades de Calatayud, Teruel y Daroca; pero acosado por unos 40.000 moros, se vió obligado á fortificarse en un cerro inmediato llamado Puig del Cadol. Cercados que fueron por aquellos, determinó D. Berenguer oír Misa y comulgar con los otros cinco capitanes antes de entrar en la acción. Formados los tercios, principió á decir Misa en una tienda de campaña el Capellán del Ejército Mosén Mateo Martínez, natural de Daroca y Rector de la parroquia de San Cristóbal de aquella ciudad, pero no bien había concluído la consagración, cuando se oyeron por todas partes el estruendo y los alaridos de los moros, que atacaban al cerro; los capitanes marcharon á cubrir los primeros puestos, y el Sacerdote, aterrado con tan repentino ataque, sumió precipitadamente su Hostia, y metiendo las seis Formas dentro de los corporales, las escondió entre unas piedras y cubrió con unos palitos. Retirados los moros, fueron á sacarlas para dar la Comunión á los capitanes, y al desplegar los sagrados lienzos se encontraron las seis Formas bañadas en sangre y pegadas á los Corporales.

Admirados quedaron todos de aquel prodigio, desde cuyo tiempo se las presta una veneración muy grande: se disputaron luego su pertenencia; pero habiéndolas echado en suerte por tres veces, recayó todas ellas en Daroca: se colocaron en seguida los Corporales en las Formas dentro de una caja de plata, y ésta sobre una mula, la que cayó muerta frente al hospital de San Marcos, donde se fundó después el convento de Trinitarios. En el pórtico exterior se conserva una molita de mármol toscamente ejecutada, debajo de la cual se dice fué enterrada la que condujo los Corporales.

Estos sólo se manifiestan al público el día del *Corpus* desde un muralón llamado la Torreta, extramuros de la ciudad, construída al efecto, en atención á que el concurso no cabía en ningún sitio de la población.

El Canal de Suez. — La Compañía del Canal de Suez fué fundada en 1854; la fecha de la concesión definitiva, firmada por el Soltán, es del 5 de Enero de 1856, habiéndose emitido las acciones en 5 de Noviembre de 1858. Los trabajos empezaron en 22 de Abril de 1859, y durante los cinco primeros años fueron ejecutados por *fellahs* á título de siervos. Así continuó hasta 1864, en que la maquinaria sustituyó una gran parte del trabajo del hombre. La navegación se inauguró solemnemente el 17 de Noviembre de 1869.

La navegación por el istmo de Suez es tanto más de celebrar en cuanto muchas personas inteligentes la conceptuaban imposible, y sin embargo, durante las fiestas de la apertura del canal un gran número de buques de guerra de todas las naciones lo atravesaron sin contratiempo y sin sufrir avería alguna; posteriormente muchos buques han pagado los derechos de tránsito, aprovechando esta gran economía de tiempo tan útil para el comercio.

LA DÉCADA

La terrible amenaza que siempre envuelve la aparición en nuestras tierras del cólera morbo ha entenebrecido los últimos días, amargando en muchos el dulcísimo dejo de las últimas fiestas. Pero parece que Dios Nuestro Señor no quiere atribularnos con el temible azote de su justicia. ¡Bendita sea su infinita misericordia!

* * *

D. JOSÉ CIGORRAGA Y GOROSTIDI.

Junio es el mes glorioso para los escolares aplicados y listos: el mes de las terribles compensaciones para los truhanes que no piensan sino en divertirse durante los ocho meses de curso; y el mes, finalmente, de los inmerecidos sinsabores para aquellos jóvenes que, sin condiciones de capacidad para el estudio, pasan la vida amarrados al duro potro de la ciencia, por preocupaciones familiares, tan funestas para todos, como difíciles de desarraigar en ninguno. Como ya es de rigor que todo el que gasta corbata tiene que ser necesariamente abogado, médico ó ingeniero, ningún joven de la clase media se libra de pasar por esas encrucijadas del camino de la vida, que se llaman Universidades ó escuelas preparatorias para carreras especiales.

Si en España no fuéramos tan aficionados á teorizar y á tratar de asuntos que maldito lo que nos importan en definitiva, desdeñando en cambio el estudio de otros que nos interesan, mucho creo yo que habíamos de fijarnos en buscar una solución pronta y radical al problema social que resulta para nuestro país de la abundancia de gente letrada, mucho más pavoroso conflicto que el que se ha dado en llamar antonomásicamente *social*, y que por nuestra escasez de industria no es tan terrible aquí como en otros países.

Conviene desengañarse: en España no puede consistir lo grave del problema social en las muchedumbres de obreros industriales, que no existen, ni en la masa de población agrícola, desheredada; porque exceptuando algunas pocas provincias, la propiedad propende más á dividirse que á reconcentrarse. Lo grave, lo gravísimo del problema está en la cantidad considerable de pobres de solemnidad que gastan toga en vez de taparrabos; en esta muchedumbre letrada y hambrienta, que es materia disponible para todas las revoluciones y para todos los trastornos. Pero, ¿qué le hemos de hacer? No somos nosotros los llamados á poner remedio: el que esto escribe no es rico, y también es Licenciado.

* * *

¿Vendrán los conservadores? ¿Seguirá Sagasta en el poder? He aquí dos preguntas que muchos desocupados se hacen continuamente, todos los

días y todas las tardes, como si realmente de eso dependiera la felicidad del país. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, ajena á las luchas de los partidos, sólo desea que se constituyan gobiernos fuertes y bien intencionados, que procuren dar al país lo que el país necesita, ó sea justicia, orden y prosperidad.

Y ya que, aunque por incidencia se habla de política, hemos recibido un libro notabilísimo, de los pocos que aquí en España se publican. Tal es el libro del Sr. Sánchez Toca, titulado: *Del Gobierno en el régimen antiguo y el parlamentario.*

Al mismo tiempo que esta obra profunda ha llegado á nuestras manos un fragante ramo de flores naturales, un precioso tomo de poesías, que acreditan de inspiradísima poetisa á su autora Doña Carolina Valencia. La índole de nuestra publicación, más literaria que científica, nos exige un detenido estudio de estas poesías, que irá, Dios mediante, en el número próximo.

***

El triunfo de Peral nos satisface, tanto por lo que en sí es y significa, como por haber venido á demostrar de un modo evidente que en España se conserva todavía la gran virtud del patriotismo.

Espléndidas manifestaciones del patriotismo son indudablemente esas pruebas de afecto que todas las clases sociales, las ciudades y las aldeas, los ricos y los pobres, están dando al inventor del submarino.

Nadie nos manda entusiasmarnos; no ha salido ninguna Real orden previniendo que los españoles todos sientan alborozo por el invento de Peral, y, sin embargo, el alborozo se siente y el entusiasmo estalla, y recorren las calles de muchas ciudades multitud de gentes que aclaman á Peral, y el nombre del insigne marino se escribe en áureas letras en los salones de los Municipios y en las esquinas de las calles, y miles y miles de telegramas desde todos los puntos del territorio nacional convergen al modesto hogar en que hasta ahora vivieron unidos la ciencia, el cariño y la decorosa pobreza de un Capitán de Ejército, y en que desde ahora, á esos tres elementos de verdadera y sólida dicha, se une la gloria más preciada en este siglo: la gloria de los grandes inventores.

Efecto del patriotismo, y nada más que del patriotismo, son esas espléndidas manifestaciones.

Y el patriotismo es gran virtud. Sin ella no hay patria, y sin patria no hay libertad ni independencia para los hombres. En nada se opone el patriotismo al amor que debemos á todos nuestros semejantes, ó sea al género humano; en nada al espíritu de la Religión católica, que, aunque católica, ó lo que es igual, universal, reconoce y aplaude todo lo que es natural al hombre. La patria terrestre es para nosotros una como imagen ó símbolo material y sensible de la gran patria verdadera, que es cielo.

En España siempre existió el patriotismo, aunque aliado con otro sentimiento superior que lo dignifica y sublima, y es el sentimiento religioso. Religión y patria fueron para nuestros antepasados, y son hoy para los verdaderos patriotas, cosas complementarias y esencialmente unidas. Las glorias de nuestra patria glorias son de la Iglesia, y las glorias de la Iglesia siempre las miró nuestra patria como suyas propias. Nuestros reyes y capitanes más famosos, portaestandartes fueron de la cruz. Nuestras más célebres campañas fueron cruzadas. Nuestra literatura, católicos fueron siempre.

Esta fusión del sentimiento religioso y del patriotismo se revela poderosamente en nuestros tiempos, á despecho de la propaganda impía y del empeño decidido de los políticos modernos por desnaturalizar, secularizándolo, el patriotismo de los españoles. La generación que hoy vive recuerda todavía que, cuando la

guerra al infiel marroquí,

el carácter de infieles era para nuestro pueblo lo que hacía más aborrecibles á sus enemigos. El fenómeno se repitió hace pocos años cuando lo de las Carolinas.

Hoy, con Peral, los Obispos, las comunidades religiosas, el clero *secular*, la Iglesia, en una palabra, va al frente de las manifestaciones de entusiasmo, sin ceder á nadie el primer puesto. El Cardenal Monescillo telegrafía á Peral en los términos más expresivos; un fraile le besa la mano; los escolapios y demás religiosos no se cansan de alardear de su entusiasmo por el inventor y por el invento. En Cádiz, por último, ya se han dado las gracias á Dios por el feliz suceso desde la cátedra sagrada.

¿No es todo esto consolador?

¿No demuestra que aun existe patriotismo en España, y que el patriotismo continúa siendo, como lo fué aquí siempre, aliado indisoluble del sentimiento religioso?

FERNANDO.

EL VERANEO DE LA CLASE MEDIA

Para un vecino de Madrid medianamente acomodado, el veraneo es artículo de primera necesidad. Para los vanidosos, tan abundantes en la sociedad moderna, es aun más, es la vida entera. No veranear para los últimos es una humillante abdicación. ¿Qué dirían las de Gómez si las de Pérez no salieran de Madrid en todo el verano? Pues para que las de Gómez no digan nada, es preciso que las de Pérez se sacrifiquen y se empeñen, ó mejor dicho, que viajen y se diviertan; porque el único sacrificado y empeñado es el Sr. Pérez. ¡Pobre señor! ¡Siempre sudando y aperreándose, y nunca consigue dejar bien puesto el pabellón de la familia!

Yo me admiro del número prodigioso de mujeres vanas. ¡Parece mentira que este tipo ridículo abunde tanto! Conozco algunas que son buenas muchachas, listas, hacendosas, amantes del hogar y de la familia. Pero ¡ay! que la vanidad, la pícara vanidad las pierde, y son capaces de llegar en alas de tan ruin pasión á los más repugnantes excesos.

A la mujer vana de la clase media no se le cae nunca de la boca esta maldita frase: *es preciso conservar la decencia.* Y para conservar la *decencia* es menester vivir en una calle *decente*, y en casa *decente*, con escaleras y portal *decentísimos*. Es preciso que el mobiliario sea también de lo más *decente*, esto es, que haya una pieza exclusivamente destinada á recibir á las personas *decentes* que visiten á tan *decente* familia, y para *la decencia* del saloncito se requieren sillones maqueados, espejos de gran luna y espléndido marco, colgaduras de raso, alguna tablita con paisaje pintado al óleo, y mucha vitualla de *bibelots*..... ¡Oh! *Los bibelots* sobre todo..... Sin *bibelots* no hay casa *decente*.....

Y como la sala, tiene que ser el comedor y el gabinete y el pasillo. Todo tiene que respirar *decencia*.

A mí no me desagrada (¡qué ha de desagradarme!) este esmero en el arreglo del interior doméstico. Pasaron ya los tiempos en que el despacho de un subsecretario de Hacienda se componía de una docena de sillas de Vitoria, mesa de pino con tapete de bayeta verde, armario de libros pintado de color de chocolate y alambreras para guardar los volúmenes; pasaron los tiempos en que un Calomarde ó un Ballesteros, para calentarse los pies en invierno los metían como hoy cualquier sacristán de monjas en el brasero que sobre amplia rueda de madera oscura lucía en el centro de la cámara ministerial. El confort se ha extendido; el lujo es universal. ¡Qué lástima que no ganemos más dinero para soportarlo!

Porque el caso es ese. La *decencia* que apetece la señora de Pérez es muy bonita, pero cuesta muy cara. Para mantener la casa en el pie de *decencia* que á ella le parece regular, se necesitan por lo menos 40.000 reales al año. Y como la señora de Pérez no trajo un céntimo al matrimonio, pues sus padres eran personas *decentísimas* y nada más; y como el Sr. de Pérez por más que se afana no consigue ganar arriba de 18.000 reales anuales, ahí tiene usted un déficit de 22.000, algo más difícil de arreglar que el déficit del Estado.

Y no se diga que el señor de Pérez es haragán ó que no sabe buscarse la vida.

Eso murmura ó piensa, á veces, su mujer; pero es porque la pícara vanidad, helando su corazón, ha entenebrecido su inteligencia. ¿Haragán.....? ¡Infeliz.....! Se levanta todos los días á las siete de la mañana, se desayuna con un mal chocolate, servido, eso sí, sobre una mesa de roble (de la mesa de roble no es *decente* prescindir), y con el chocolate y un par de buñuelos en el cuerpo se lanza á la calle, ¿á qué.....? Pues á luchar como un héroe desesperado para ganarse en buena lid la *decencia* de su mujer y la suya propia..... Y es empleado en un Ministerio, y lleva las cuentas de un tendero de Ultramarinos, y extiende los recibos á un propietario, amigo suyo, que no quiere pagar administrador; y todavía le queda tiempo para dar lecciones de guitarra á unos chicos estudiantes..... Acaba de trabajar á las diez de la noche, y no es posible: que tire para arriba, que tire para abajo, no salen más que 18.000 reales..... Y la *decencia* cuesta 40.000..... ¿Cómo diablos se arregla esto?

¿Cómo? Con el sable. El señor de Pérez, á pesar de sus múltiples y variadas ocupaciones, tiene también que aprender la esgrima.

Pero los grandes apuros del señor de Pérez son ahora, en el verano. Ahora *la decencia* de su mujer exige imperiosamente un viaje á las playas cúskaras ó cántabras. Hay que oirla. Ir á Normandía, al Rhin ó simplemente á Arcachon es cosa de lujo; sólo los privilegiados de la fortuna pueden intentarlo. Pero quedarse en Madrid, como ya están las cosas, no puede ser. Ir, por consiguiente, á San Sebastián ó al Sardinero es un sacrificio que se impone.

Que impone al pobre marido que en estos días suda y trajina por encontrar el billete de 1.000 pesetas á que se reduce en números redondos el sacrificio exigido por la *decencia*. Y como la verdad es que tiene más talento que su mujer, aunque mucho menos carácter; va por esos mundos sembrando mentiras para cosechar metales, diciendo, v. gr., que á su mujer le hacen falta los baños; porque desde el último parto quedó la pobrecita relajada de la matriz, y al fin consigue ablandar al comerciante para quien trabaja y á título de anticipo saca los malditos 4.000 reales, esto es, se compromete á trabajar sin ver un cuarto hasta fin de año.....

***

Doña Rosario (no importa el apellido) es, para que ustedes se enteren, la vecina de uno de los cuartos cuartos, 3.º de la derecha, de esta su casa. Tiene ya muy cerca de los sesenta; aunque yo quizás me equivoque y sean los setenta cumplidos; ella, como es natural, desde que yo la conozco, hace ya diez años, no pasa de los cuarenta. Y en su rostro, cuerpo y atavío, la verdad es que no se conoce el paso de los días; es siempre la pollita de aire sandunguero, encorselada, que guiña los ojos y los entorna y los pone medio muertos cuando viene al caso. Viste lujosamente y á la moda, prefiriendo en verano los colores claros, *las notas alegres*, como dice el novio de su nieta, que es un buen muchacho de la escuela naturalista. No va casi nunca á la iglesia, y no por-

que deje de ser católica, sino porque el ir á la iglesia con frecuencia es *cosa de viejas*, y ya se vé, Doña Rosario ó Rosario (como ella exige que la llamemos sus amigos) ó Rosarito (como ella quisiera que la llamáramos, aunque no se atreve á decirlo francamente) no puede transigir con nada que huela á vejez.

Doña Rosario tiene una nieta, cosa inexplicable para ella, y esa nieta, que hace más de diez años que está de largo y polleando, debe andar ya próxima á la mayoría de edad contada según nuestras antiguas leyes, no según el moderno Código civil. *El anillo fisiológico* (también esta es frase del novio susodicho) entre Doña Rosario y Amparito fué cortado hace ya mucho tiempo por la muerte. Amparo, la hija de Doña Rosario, murió del sobreparto de Amparito, y su viudo no la sobrevivió más que un año. Según Doña Rosario, era tan testarudo, tan intratable su yerno, que desde que se convenció que tendría que vivir con ella, so pena de que Amparito no tuviese á su cuidado persona de la familia, empezó á enfermar y acabó por reventar cierta noche de cierto día en que ella quiso hacerle ciertos cargos muy justos. Un antiguo amigo de la casa me ha referido que el yerno de Doña Rosario era persona cabal, pero de poco ánimo, y que la causa de su prematuro fallecimiento fué una indigestión producida por un disgustazo enorme, que le proporcionó su suegra, después de comer. Pero todo esto pertenece ya á los tiempos prehistóricos.

En los históricos, Doña Rosario aparece viviendo con su nieta, de la cual, por exceso sin duda del cariño que la profesa, suele decir que es su hija. La abuela disfruta de la pensión de 25 duros al mes, legados por un opulento señor del que el marido de Doña Rosario fué ayuda de cámara (secretario particular y administrador, dice ella). La nieta percibe, como huérfana de empleado, cinco duros y dos pesetas. Un duro diario, es por lo tanto la renta de esta apreciable familia.

Pagan de casa 240 reales al mes, tienen criada; y aunque el trato que se dan, ya se ve que no es excelente, sólo con reparar en la romántica figura de Amparito; como gastan mucho en trajes nuevos y en componer los antiguos, y como dan reuniones con azucarillos, bollitos de aceite y vino de Cariñena, por lo menos cuatro veces al año, bien se puede asegurar que el déficit de Doña Rosario asciende anualmente al duplo de su activo.

Amparito es la virtud misma, sin otro vicio que un poquito de haraganería, ó mejor dicho, de amor á las preeminencias de su clase: es ella de las que, por no rebajarse, no trabajan. ¡Bonita manera de encumbrarse!

Lo cierto es que los dos duros del déficit salen de la trampa, y que Doña Rosario es una especialidad en dar sablazos, ya en metálico, ya en especies. Esto produce situaciones cómicas y terribles al mismo tiempo: terribles para ellas y para el novio de Amparito, que toma las cosas de su retesnegra como él llama á Doña Rosario como propias. Cómicas para los demás.

A principios del mes corriente, los asuntos de Doña Rosario tomaron muy mal aspecto. Fué el caso que diferentes ingleses, desesperados de obtener separadamente un resultado favorable en sus gestiones, se coaligaron con objeto de echarse juntos sobre la paga de Doña Rosario, no bien la cobrase en casa del administrador de los herederos del generoso legatario. Entraron en esta coalición el dueño de la tienda de Ultramarinos, el carbonero, el vinatero, un zapatero, á quien Amparito llama *mi zapatero*, una modista á la que Doña Rosario llama *mi modista*, y el portero de la casa que les ha prestado doce duros hace varios meses, y que ya tenía casi perdida la esperanza de reembolsarlos.

—Pero ¿ha visto usted qué grandísimos pillos? me dijo noches pasadas Doña Rosario. Quieren presentarse á mi administrador, y retenerme la paga. Eso es inicuo; y además imbécil; porque hay una cláusula en el testamento del amo, quiero decir, del amigo de mi marido que nos dejó esa renta, segun la cual en el momento que se pruebe que alguno de los legatarios contrae deudas, á no ser por enfermedad debidamente justificada, cesa el legado. Esos tontos, por lo tanto, quieren beber agua cegando la fuente. Me fastidiarán á mí, pero ellos quedaran peor, mucho peor.....

—¿Pero eso es cierto, Rosarito?

—Mire usted, díjome Doña Rosario, y me exhibió el testamento.

Como todo español, más si es andaluz, tiene algo de Quijote, yo rendí tributo á esta condición de nuestro carácter nacional, y no pude por menos que decir á Doña Rosario:

—Pues esto, señora, ha debido usted advertírselo á sus acreedores.

—¿Y qué, no se lo he advertido? Pero no me creen. Si usted hiciera el favor de metérselo por los ojos, mi agradecimiento sería eterno.

Caí en la tentación. Y á la noche siguiente, en mi despacho, tenía yo reunidos á los acreedores de Doña Rosario, y en voz campanuda, voz de notario, les leía el testamento del opulento Marqués de X.....

—Conque ya lo saben ustedes, dije al concluir la lectura. Si hacen ustedes lo que han dicho, se quedan sin cobrar un ochavo.

Hubo larga discusión, y al fin convinieron en que no irían al administrador; pero que acompañarían á Doña Rosario hasta la puerta con objeto de esperarla, y hacerse cargo de los 25 duros en el momento en que acabase de cobrarlos.

—Así, decía el carbonero, los pillaremos frescuitos, y nos los repartiremos como buenos amigos, toque á lo que toque, á proporción de las trampas de la señora.

Ayer era el día designado para efectuar esta especie de asalto á la pensión de Doña Rosario.

¡Cual no sería mi sorpresa cuando antes de las nueve de la mañana un fuerte repiqueteo me despertó sobresaltado!

Acudí al portón, como en mi tierra se dice, abrí rápidamente; y me encontré manos á boca con el ultramarinero, el carbonero, el vinatero y el portero, los acreedores todos de la coalición famosa.

—¡Infame! ¡Tunanta! ¡Sin vergüenza! ¡Canalla! ¡Tramposa!: así eran las voces que más bien en tumulto que en coro proferían aquellos desdichados.

—Pero, ¿qué hay, señores? pregunté yo casi trémulo.

—¿Qué ha de haber?.... Que se han ido, que han debido tomar el express de las cinco de la mañana.....

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Doña Rosario y su hija..... Aquí tiene usted á la muchacha.

—Y ¿qué dice la muchacha?

—Pues que sus señoritas se han marchado hoy por la mañana á San Sebastián.

—¿Sin cobrar?

—Cá, si la muchacha cobró ayer.....

—Pues si el testamento decía que hasta el día 7 no se haría ningún pago.

—Pero como el administrador ha tenido que marchar á Biarritz, adelantó la mesada de este mes y la del que viene.....

—Nada, señores, esto es inicuo..... No deben ustedes guardar ya ninguna clase de consideraciones..... Ahora mismo, á casa del administrador y denunciar á esta tramposa.

—Es inútil, contestaron á coro los chasqueados acreedores..... Venimos de allí, y no hay nadie..... La casa está cerrada..... Un vecino nos ha dicho que hasta Octubre no hay que esperar á ninguno de la familia.....

—¿Qué hacer entonces? pregunté yo en el colmo de la angustia.

—Tener paciencia hasta Octubre..... Es la de todos: así dijo cachazuda y filosóficamente el carbonero. Y el de ultramarinos añadió, todavía más cachazuda y más filosóficamente:

—Nada, nada..... ¡Cobrar una cuenta en este tiempo, es inútil empeño!

ANGEL SALCEDO.

---

†

EL ILMO. SEÑOR DOCTOR

D. JOSÉ DE CIGORRAGA Y GOROSTIDI

No sólo los que alcanzaron renombre ostentoso en la dirección de los negocios públicos, en la carrera de las armas ó en el cultivo de las letras, son dignos de que los recuerde la posteridad. Varones hay cuya vida, con ser más modesta, ofrece á los por venir no menos provechoso ejemplo y saludable enseñanza.

De estos últimos era, sin duda, el ilustre Sacerdote á quien va dedicado el presente recuerdo necrológico.

D. José de Cigorraga y Gorostidi nació en esta ciudad de San Sebastián en 1841. Desde niño mostró decidida inclinación al estado eclesiástico, y deseosos de favorecerla sus honrados y religiosos padres, le enviaron al histórico convento de franciscanos de la Madre de Dios de Aranzazu, para que bajo la dirección de los celosos hijos del Serafín de Asís, que lo ocupaban, comenzase el estudio de la carrera sacerdotal. De entonces databa la íntima y fraternal amistad que, durante toda su vida, unió al Sr. Cigorraga con el esclarecido guipuzcoano Padre Lerchundi, hoy mantenedor glorioso de la influencia española en el Imperio marroquí.

De Aranzazu pasó el Sr. Cigorraga á proseguir sus estudios en el Seminario de Pamplona. Su aplicación, su conducta y su nada común aprovechamiento, bien pronto le granjearon allí el aprecio de maestros y condiscípulos. Podemos, entre los primeros, citar al ilustrado y respetable D. Sebastián Urra, actualmente Canónigo Chantre de la Santa Iglesia Catedral de León.

Trasladóse luego al Seminario Central de Valencia, y allí, en 6 de Junio de 1865, recibió, tras brillantes ejercicios, los grados de Bachiller y Licenciado en Teología, y en 1866 el de Doctor en la propia Facultad, que le fué conferido por el actual venerable Arzobispo de Burgos Excmo. Sr. D. Manuel Gómez Salazar, quien desempeñaba á la sazón la Rectoría de aquel Seminario. En el propio Seminario se graduó en 1868 de Bachiller, Licenciado y Doctor en Cánones, recibiendo en Diciembre del mismo año el Sagrado Orden del Presbiterado.

Ordenado ya de Sacerdote el Sr. Cigorraga, se estableció en esta su ciudad nativa, consagrándose, con celo apostólico, á las tareas propias de su sagrado ministerio, y mostrando desde el primer momento las relevantes cualidades de que tan altas pruebas había de dar en el curso de su vida. Entre los muchos rasgos que pudiéramos citar de su caridad ardiente, no es para olvidado el sacrificio, no por inútil, menos generoso, que allá en la época revolucionaria hizo el Sr. Cigorraga en unión de otro Sacerdote, — cuyo nombre no creemos discreto revelar — por salvar dos vidas puestas en peligro inminente aun cuando para ello tuvieran que exponerse, como se expusieron, á perder la suya propia. Comenzaba entonces á arder la guerra civil en nuestras montañas, y revestía ese lamentable carácter de

intransigencia y rencor que acompaña siempre á tales luchas en sus comienzos. Una de las partidas carlistas que ocupaban los montes inmediatos á Oyarzun, cogió prisioneros á dos voluntarios de San Sebastián. En cuanto llegaron á saberlo las familias de éstos, fué extraordinaria su angustia, pues temían fundadamente que fuesen pasados por las armas. Ante aquella triste y dolorosísima situación, el señor Cigorraga y su animoso compañero se ofrecieron espontáneamente á presentarse ante las fuerzas (y adviértase que eran fuerzas irregulares), en cuyo poder habían caído los mencionados voluntarios, y salvar, si de algún modo les fuera posible, las vidas de éstos. Ni temores ni peligros les arredraron, ni pararon mientes en la filiación política de aquellos infelices prisioneros: sólo se acordaron de que acaso podrían salvar dos vidas amenazadas de próxima muerte. Esta noble y magnánima resolución fué inútil, pues antes de que aquellos dos dignísimos ministros del Señor pudieran llegar á donde se hallaba la partida que había apresado á los referidos voluntarios, éstos habían sido ya fusilados. Pero no por inútil dejó de revelar la grandeza de corazón y el espíritu de caridad de los Sacerdotes.

Muchos otros honrosísimos actos del Sr. Cigorraga podríamos referir, si su modestia no se hubiera empeñado en ocultarlos á los ojos del mundo. No pasaron, sin embargo, inadvertidos al Prelado diocesano, quien, apreciándolos en lo mucho que valían, nombró en 9 de Diciembre de 1879 á tan digno Sacerdote para el cargo de Arcipreste de San Sebastián y su partido.

El celo y acierto con que lo desempeñó le hicieron acreedor á muy subidos elogios de todos cuantos tuvieron ocasión de tratarle, y de admirar la discreción con que procedía en todos sus actos.

Por entonces se hizo en esta Diócesis el arreglo parroquial, en el cual tomó muy activa parte el que á la sazón era celoso Arcipreste de este partido.

En 10 de Agosto de 1880 obtuvo el Sr. Cigorraga el nombramiento de Examinador Prosinodal del Obispado de Vitoria, y en 27 de Diciembre de 1881 el de Vocal eclesiástico de la Junta provincial de Instrucción pública de Guipúzcoa, prestando á la Iglesia en ambos puestos señaladísimos servicios.

Ellos le elevaron justamente á la dignidad de Arcediano de la Santa Iglesia Catedral de Túy, para la cual dignidad fué nombrado por Real decreto de 8 de Octubre de 1883, tomando posesión en 2 de Noviembre siguiente.

Continuó en Túy hasta que, por Real decreto de 16 de Abril de 1885, fué promovido á Deán de Teruel. En 11 de Agosto siguiente tomó posesión de este nuevo y elevado cargo, en cuyo desempeño adquirió grandes títulos al aprecio y á la consideración de los católicos españoles, secundando eficaz y vigorosamente la iniciativa del ilustre Prelado de aquella Diócesis, para organizar las fuerzas católicas en apretado haz bajo la dirección exclusiva de los Obispos. Este era uno de los pensamientos dominantes del Sr. Cigorraga, y á su realización contribuyó con la grande autoridad moral de que gozaba, y con sus consejos y exhortaciones, inspirados en el más vivo amor á la Iglesia, y en la más amplia caridad para con todos sus hijos.

Su delicado estado de salud no le permitió continuar en Teruel, por serle nocivo aquel clima, y vino en 1888 á esta ciudad en uso de licencia. Aquí se consagró como siempre, á hacer el bien, sin que la penosa afección que le aquejaba fuese capaz de obligarle á retirarse del confesonario. ¡Cuántos y cuántos servicios, ignorados del mundo, pero no ciertamente de Dios, prestó durante su estancia en esta ciudad! ¡Cuántas almas vacilantes en la fe, sostenidas por sus oportunísimos consejos! ¡Cuántos espíritus tibios encendidos en el amor de Dios! De los muchos dones que el Señor otorgó á aquel virtuoso ministro suyo, no era seguramente el menos precioso el de consejo: sabía aconsejar con una prudencia verdaderamente admirable.

Por Real decreto de 14 de Noviembre de 1889 fué nombrado Deán de la Santa Iglesia Metropolitana de Granada. Tomó posesión del Deanato, por medio de Procurador, en 2 de Enero del corriente año, y cuando se disponía á trasladarse á su nueva residencia, donde, por la benignidad del clima esperaba hallar alivio á sus crónicos padecimientos, una grave y aguda enfermedad complicada con ellos, vino á segar en flor en 21 del mismo mes, aquella vida que parecía estar llamada á dar muchos días de gloria á la Iglesia y á la Patria.

Sicut vita, finis ita. Así como fué la vida, así fué también la muerte del Sr. Cigorraga: preciosa, sin duda alguna, en la presencia del Señor. Prenda son de ello la unción divina con que repetidas veces recibió los Santos Sacramentos, durante su última enfermedad, y la entereza y serenidad con que, no sin asombro y emoción de los circunstantes, hizo la profesión de fe cuando se avecinaban por momentos los estertores de la agonía.

¡Dulce muerte la del que cierra así sus ojos con la tranquilidad del justo, confortado por los auxilios de la Religión, y acompañado de las lágrimas y de las bendiciones de cuantos en vida le conocieron!

No faltaron al Sr. Cigorraga ni los sufragios ni las bendiciones de sus convecinos, según lo demostró el numeroso gentío que acudió á sus funerales, rindiendo al ilustre finado un tributo, no por merecido, menos solemne. No lo olvidaremos, no, los que con lágrimas en los ojos y angustiosa opresión en el pecho acompañamos á sus restos mortales hasta el sagrado lugar en que reposan. En medio de la amargura que nos producía la pérdida, ó mejor y más cristianamente dicho, la separación temporal, aunque dolorosísima, de aquel ejemplar Sacerdote, no podíamos menos de experimentar cierto dulce consuelo al ver el elocuente testimonio de respeto que se tributaba á su memoria.

¡Memoria indeleble ciertamente para cuantos tuvimos la dicha de conocer en vida al Sr. Cigorraga y de apreciar sus virtudes! Su afabilidad, su modestia y su rectitud predisponían desde luego á respetarle y á quererle. Reuniendo, como reunía, conocimientos muy sólidos y extensos en cuantas ramas de la ciencia debe abarcar el Sacerdote de nuestros días, para oponerse á los ataques que un falso saber, pertrechado con todos los viejos sofismas, forjados por la soberbia humana, dirige á Cristo y á su Iglesia, nunca quiso, sin embargo, — tal era su humildad — publicar obra alguna, á pesar de que para ello poseía, aparte de sus conocimientos teológicos y filosóficos, una dicción castiza y un exquisito y depurado gusto literario, demostrado por las opiniones que en familiar conversación emitía. Quien esto escribe no olvidará la narración de las fiestas del Centenar de San Pedro, que en cierta ocasión escuchó de labios del Sr. Cigorraga, por la animación y brillantez de colorido con que éste la hizo.

Mas no por eso se crea que dejaba de utilizar su saber en la defensa de los sacratísimos derechos de nuestra Madre la Iglesia. Los utilizaba, en la forma más adecuada á sus tendencias é inclinaciones y acaso — ¿por qué no decirlo? — más provechosa á los altos intereses que defendía: los utilizaba, valiéndose de ellos, para desvanecer caritativamente, y por medio de una frase adecuada, las nieblas antireligiosas que obscurecían la claridad natural de algunos entendimientos; para encender sus corazones, por medio de la persuasión, en el amor á Dios; y para dirigir á espíritus conturbados y pusilánimes, y marcarles el rumbo que debían seguir, si querían arribar al puerto de la dicha eterna.

Para este fecundo apostolado, tenía el Sr. Cigorraga un auxiliar valioso en su fácil palabra, sierva docilísima de su pensamiento. Pero no pudo, á pesar de ella, brillar en la oratoria sagrada, porque sus habituales dolencias le impidieron consagrarse á la predicación.

Otra de las cualidades que más de resalto aparecían en el ilustre finado era el entusiasmo y decisión con que acogía toda obra católica. Pertenecía como miembro de honor á las beneméritas Conferencias de San Vicente de Paúl, y fué de los primeros en inscribirse también como miembro del gran Congreso Católico de Madrid.

No contento con esto, y deseoso de fomentar las vocaciones eclesiásticas, no ha mucho que había fundado una beca en el Seminario de Vitoria.

¡Felices los que, al morir, leguen al mundo tantos ejemplos de virtud como el ilustre Sacerdote á cuya memoria va dedicado este humilde recuerdo!

CARMELO DE ECHEGARAY.

San Sebastián, Mayo de 1890.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPITULO XIII

Seguimos en Olvera. — Un viaje por la serranía. — Curas y Corregidores. — Cómo dominaban á España los franceses. — El Rey José en Andalucía.

Se me presentaron al momento un Corregidor y dos Curas, delante de los cuales venían cinco ó seis personas: uno me dijo: *Ciertamente las mujeres de Olvera aman mucho á los franceses, ellas os recibirán bien:* otro me preguntó con una voz fuerte, qué número de franceses me seguían le dije que eran doscientos poco más ó menos: me respondió al momento: *es falso, entre todos no llegáis á ciento: estos cinco hombres que acaban de entrar en el pueblo los han visto desde la granja en el camino de Morón.* Entonces conocí claramente que sabían quien era. Habiéndose acercado á mí los Curas y el Corregidor, creí que iban á proponerme que tomase la Extremaunción, porque en medio del tumulto oía pronunciar distintamente estas palabras: *es necesario ahorcarle; es un francés; es el demonio mismo.*

Los gritos cesaron de repente con grande admiración mía, y ví á los españoles dispersarse: el cabo! el húsar y el guía que había dejado detrás de mí aparecieron en la colina opuesta, y los paisanos que me rodeaban creyeron que era la vanguardia de mi destacamento. El Corregidor y el Alcalde mudaron de pronto de semblante, y me dijeron, haciéndome mil reverencias, que eran los Magistrados del pueblo que venían á cumplimentarme, para obedecer á un decreto del Rey José, que mandaba á las autoridades constituídas en toda España que saliesen al encuentro de las tropas francesas y las recibiesen bien. Habiéndose aumentado mi confianza con los respetos que me manifestaban las autoridades, y con el miedo que tenían, les aconsejé amenazándoles que contuviesen á los habitantes en la obediencia, y les mandé que preparasen al momento víveres para la tropa que iba á llegar. El Corregidor me dijo, como para excusarse de lo que había sucedido, que me suplicaba no diese ninguna importancia á los gritos de algunos borrachos que se divertían en excitar al populacho; y cuando pregunté qué habían venido á hacer en la aldea los cinco hombres armados, uno de los Curas me respondió con un tono halagüeño y con una especie de ironía, que estos hombres eran cazadores, y que sus mochilas

1 Habíamos querido publicar antes este precioso y edificante artículo; pero aunque nuestra Revista fuera doble de lo que es en tamaño, no podríamos comprender en ella todos los buenos originales que recibimos. *(N. de la R.)*

estaban llenas de volatería. Me obligó á contentarme con estas excusas, por malas que fuesen. Me apeé y fuí con los Curas y con el Alcalde á la casa de Ayuntamiento, que está en la Plaza Mayor en lo alto de la villa, y empezamos á escribir las boletas para el alojamiento.

El cabo que me seguía dejó al húsar con mi caballo á la entrada del pueblo y llegó á galope á la puerta de la casa donde yo estaba. Apenas se había apeado cuando los españoles se precipitaron en las calles inmediatas dando terribles gritos: esperaban la llegada de una tropa numerosa; pero cuando vieron á un solo hombre atravesar el pueblo, salieron furiosos de las casas. Era tal el ardor, que se atropellaban los unos á los otros al pasar por una bóveda que conducía á la Plaza. Me asomé al balcón, mandé al cabo que subiese, y nos encerramos y atrincheramos en la sala de Ayuntamiento. El pueblo se detuvo un momento para apoderarse del caballo, de la maleta y de las pistolas del cabo: las cabezas del motín subieron la escalera, llegaron hasta la puerta de la sala, en la que acabábamos de encerrarnos con el Corregidor y los dos Curas, y por el agujero de la llave nos gritaban que nos rindiésemos.

Hice que el Corregidor, á quien tenía sujeto, les mandase que se sosegasen, y les dije que el destacamento iba á llegar, que les venderíamos caras nuestras vidas, y que si intentaban entrar, el Padre Cura sería la primera víctima de su furor. Después, temiendo que derribasen la puerta, me pasé á la entrada estrecha de la segunda sala, teniendo al Cura por el brazo para servirme de él en caso de necesidad como de un broquel: mandé al cabo que hiciese lo mismo y que permaneciese en el fondo de la pieza para impedir que el Corregidor y el Vicario me sujetasen por las espaldas. Los gritos se redoblaban, y los habitantes, que acababan de parlamentar con nosotros, fueron atropellados por los que llenaban la escalera y la plaza. Empujaron fuertemente la puerta, y viendo que iba á ceder á los esfuerzos de la masa de hombres que la asaltaban, dije al Cura: «Perdonad, Padre mío, bien veis que no puedo resistir más al populacho: la necesidad me obliga á haceros partícipe de mi suerte.»

El Vicario, aturdido del peligro que corría el Cura y del en que él se hallaba, salió al balcón, y gritó con una voz fuerte que el Padre Cura perecía infaliblemente si no se retiraban en el mismo instante. Las mujeres al oir estas palabras dieron terribles gritos, y la multitud se retiró inmediatamente por un movimiento unánime; tan grande era la veneración del pueblo para con los Sacerdotes. El cabo y yo sostuvimos aún algún tiempo esta especie de bloqueo; pero pronto se acallaron en la plaza los clamores del pueblo furioso, y oí los pasos de los caballos de mi destacamento que se formaba en batalla en lo bajo del lugar, tan distintivamente á medio día, como si hubiéramos estado en el profundo silencio de la noche.

Fuimos á reunirnos al destacamento con el Corregidor y el Cura, á quien guardábamos con nosotros como nuestra salvaguardia. Conté á mis compañeros lo que me había sucedido, y les aconsejé que fuésemos aquel mismo día á Ronda, después que hubiésemos dado de comer á nuestros caballos. El Ayudante Mayor que nos mandaba quiso dormir en Olvera, á pesar de todas mis representaciones, diciéndome que las tropas de línea jamás había visto saliesen de su orden por paisanos. Este Ayudante Mayor acababa de pasar muchos años en Francia en el depósito del regimiento, y no conocía á los españoles.

Vivaqueamos en una pradería cercada de paredes pegada al mesón, que está en el camino en lo más bajo del pueblo. Los habitantes estuvieron bastante moderados en apariencia durante todo el día y nos dieron víveres; pero en lugar de un novillo que yo había pedido, nos trajeron un asno hecho cuartos: los húsares notaron que este ternero, como ellos le llamaban, tenía un gusto desabrido; pero hasta pasado mucho tiempo no supimos este solemne engaño. Los mismos montañeses gritaban tiroteándose con nosotros: «Habéis comido burro en Olvera.» Esta era en su sentir la mayor injuria que se podía hacer á cristianos.

No atreviéndose á atacarnos en el recinto en que nos habíamos atrincherado, se preparaban para el momento de nuestra partida, y avisaron á los habitantes de las villas y aldeas inmediatas para que pusiesen emboscadas y fuesen á esperarnos al camino de Ronda. Hacia la noche tomaron una actitud amenazadora, se pusieron en mucho número en las peñas, y formaron una fila cerrada alrededor de la entrada de nuestro vivac. Allí permanecieron inmóviles, observando nuestros más mínimos movimientos. Algunas veces que los Alcaldes los reprimían, al momento rompían el silencio de cuando en cuando para insultar á nuestros centinelas. El Cura se presentó en nuestro vivac poco antes de la noche pidiendo hablarme. Me dijo que había hecho preparar excelentes alojamientos para los jefes de nuestra tropa é instó mucho para que hiciese que mis compañeros los aceptasen. Su intención era, según supimos después, hacernos prisioneros, esperando que los soldados se desordenarían cuando se viesen al día siguiente sin Oficiales.

Rehusé al instante sus ofertas. El Cura me preguntó si conservaba algún resentimiento de lo que había pasado por la mañana y si teníamos confianza en las intenciones de los habitantes. Le respondí que ni teníamos resentimiento ni desconfianza. Entonces me suplicó que fuese al menos yo solo á su casa, porque quería tratarme bien. Fuí á consultarlo con mis compañeros los Oficiales, y convinimos que iría solo á la aldea para manifestar á los habitantes que no teníamos ningún proyecto de venganza y quitarles de este modo todo pensamiento de atacarnos por la noche. También sedujo á mis compañeros la esperanza de que les enviaría de cenar. Pedí al Cura que me diese su palabra sagrada de no hacerme daño; me la dió al momento, y para probarle una entera confianza, dí mi sable en su presencia al centinela y le seguí sin armas.

Atravesamos juntos lo interior del pueblo: todos los habitantes junto á quienes pasábamos saludaban profundamente á mi guía, y me miraban en seguida con una expresión amenazadora; pero cuando se me acercaban mucho, los hacía retroceder el Cura con sola una mirada; tal era la autoridad que le daba el carácter sagrado de que estaba revestido.

Llegamos á la casa, y fuimos recibidos por el ama del Cura, que era una mujer de treinta y cinco á cuarenta años: nos presentó chocolate y bizcochos, y sirvió en seguida la cena en una mesa cerca de la chimenea de la cocina. Envió de cenar á mis compañeros, me senté á la mesa, el Cura se sentó frente de mí, y la ama permaneció sentada á su derecha, casi sobre la chimenea, que era muy alta. Después de un momento de silencio, el Cura me preguntó si el día siguiente iría á Misa antes de marchar, y le respondí que no era católico. A estas palabras sus facciones se alteraron, y la ama, que no había visto jamás herejes, se estremeció, hizo una exclamación involuntaria y dió un gran suspiro. Después de haber dicho muchas veces entre dientes *Ave María*, consultó la fisonomía del Cura para saber la impresión que debía recibir á vista de una aparición tan terrible como la de un hereje; pero se serenó luego que vió al Cura tomar de nuevo el hilo de la conversación.

Después de haber cenado, el Cura me convidó á dormir en su casa, diciéndome que estaría muy cansado, y que él me daría una cama mejor que nuestro vivac: viendo que titubeaba en responderle, añadió que sería bueno dar tiempo á que se disipase la multitud, y que era indispensable que esperase algunas horas. Empecé entonces á temer que quisiese detenerme en su casa y entregarme á los habitantes. Me han asegurado después que este era su proyecto, y que era el jefe de la insurrección. Algunas razones me han hecho creer mucho tiempo después que deteniéndome prisionero me quería hacer escapar de la suerte funesta que los habitantes del pueblo destinaban á mi destacamento.

Como me podía entregar, si lo quería hacer, me guardé bien de manifestarle desconfianza. Le dije que aceptaba sus ofertas, creyéndome en perfecta seguridad, puesto que estaba bajo la salvaguardia de su palabra sagrada y que me iba á dormir; pero le supliqué que me despertase de allí á dos horas lo más tarde, porque tal vez mis compañeros, no viéndome volver antes de la noche, saldrían del vivac y pondrían fuego al pueblo. El Cura me condujo al cuarto inmediato, y me metí en cama, cosa que nos sucedía muy rara vez en España, y se llevó la luz deseándome buenas noches.

La obscuridad en que quedé no contribuyó poco á hacerme ver lo delicado de mi situación; me eché en cara el haberme separado de mi sable, y le echaba de menos como á un compañero fiel que me hubiera podido inspirar un buen consejo. Oía los susurros de los habitantes que pasaban y repasaban por delante de las ventanas de mi cuarto: el Cura entreabría de cuando en cuando la puerta y asomaba su cabeza blanca, y la luz que tenía en la mano derecha para ver si dormía; yo manifestaba estar profundamente aletargado, y se retiraba poco á poco.

Entraron luego muchos hombres en la pieza inmediata; al principio hablaron con bastante calma, y en seguida confusamente todos de una vez; después callaron como si hubieran temido despertarme y que hubiera yo oído su conversación: volvieron á hablar en voz baja y con mucha viveza. Pasé dos horas en esta situación incierta y extraordinaria reflexionando sobre el partido que debía tomar. Me determiné á llamar al Cura, y le dije que quería ir al momento á reunirme á mi tropa: dejó la luz sin responderme, y se marchó sin duda para consultar con los españoles que tenía en casa lo que debía hacer conmigo.

En esto ví con el mayor gozo llegar á mi cuarto al sargento nuestro, que sabía español, acompañado del Corregidor. Me dijo que mis compañeros estaban en la más viva inquietud por mi suerte, y que le habían enviado á informarse de lo que me había sucedido: que los habitantes me miraban ya como su prisionero, que debían atacarnos el día siguiente, y que decían que ninguno de nosotros se escaparía. Me vestí apresuradamente, é intimé de nuevo al Cura que cumpliese su palabra, diciéndole que mis compañeros iban á tomar las armas si no volvía yo al momento. Por fortuna los preparativos de la insurrección del pueblo no estaban aun acabados, el Cura no se atrevió á detenerme más tiempo, llamó al Corregidor, á un Alcalde y algunos otros hombres que nos pusieron en medio, y nos condujeron á nuestro vivac por medio de los habitantes.

El sargento que me enviaron mis compañeros era un normando valiente como su sable. Ocultaba bajo la apariencia de una perfecta honradez toda la finura que se atribuye comunmente á sus compatriotas: se había introducido con los habitantes, diciéndoles que era hijo de un oficial de Walonas que estaba prisionero con Carlos IV; que le habían obligado á servir con nosotros, y que deseaba hacía mucho tiempo encontrar ocasión de desertarse. Los españoles se creyeron lo que decía el sargento: se compadecieron de él, le dieron dinero y le confiaron una parte de sus proyectos: por él supimos que los habitantes de los pueblos inmediatos se debían

EXCMO. SR. D. ESTANISLAO DE URQUIJO.

reunir el día siguiente para atacarnos en un desfiladero peligroso en el camino de Ronda. Este descubrimiento feliz nos libró de una completa derrota.

El Cura y el Regidor vinieron el día siguiente en el momento en que íbamos á marchar á pedirnos una certificación que hiciese ver á los demás franceses que viniesen á Olvera que se habían conducido bien con nosotros. Esperaban que el tono de amenazas de los habitantes nos haría consentir en lo que deseaba; pero les respondimos que no les daríamos la certificación mientras no nos entregasen las armas que quitaron al caballo del cabo que se cerró conmigo en la casa de Ayuntamiento, las cuales habíamos reclamado ya inútilmente.

El Corregidor y el Cura callaron y se dirigieron á lo alto de la villa, y pocos momentos después oímos gritos de alarma: los habitantes acababan de asesinar á seis húsares y dos herradores que habían cometido la imprudencia de ir á herrar sus caballos á la fragua; entonces empezó el tiroteo.

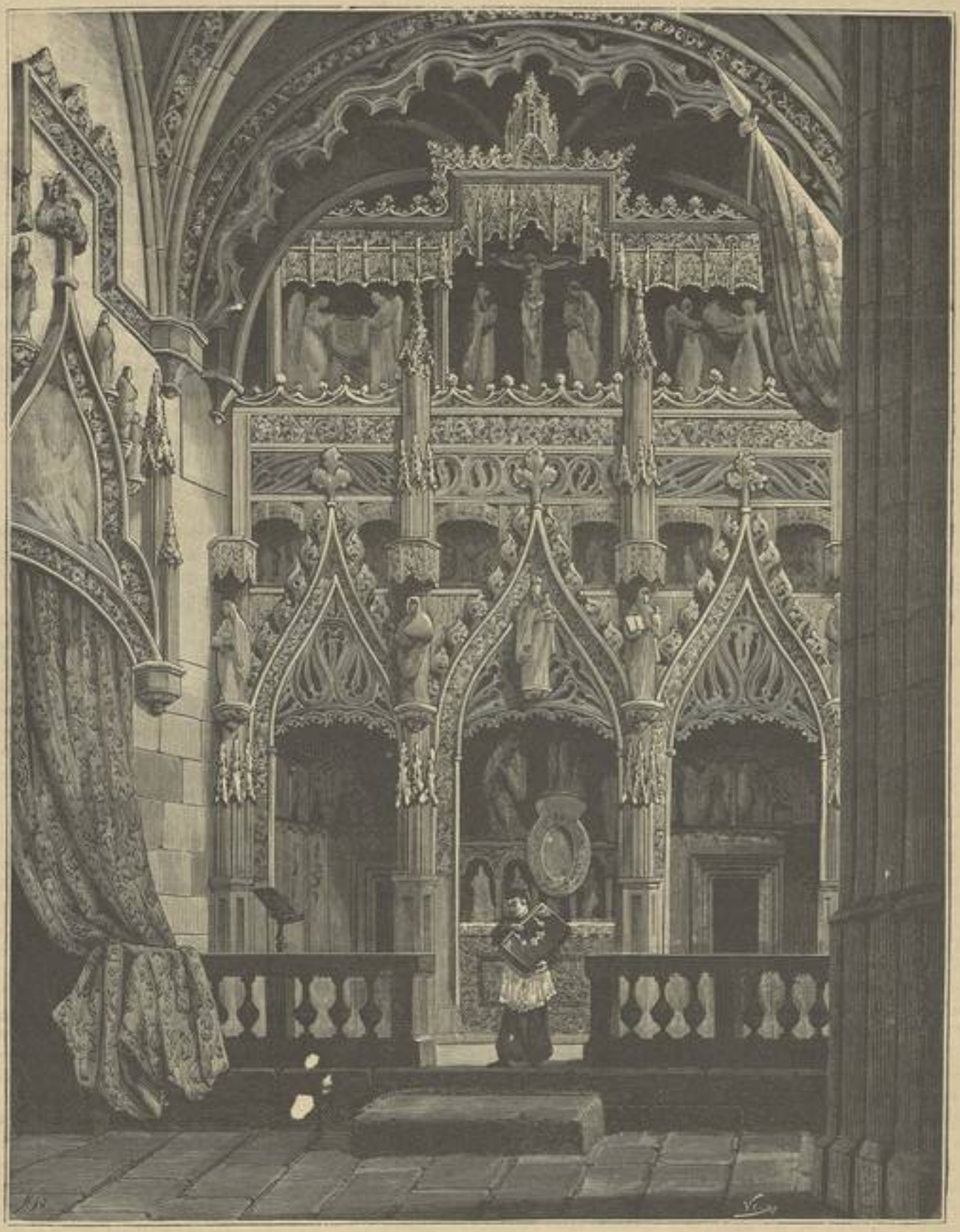
Montamos á toda priesa á caballo, y el grueso del destacamento siguió al Ayudante Mayor que nos mandaba al sitio señalado para punto de reunión, á un tiro de fusil del pueblo. Yo permanecí en el vivac; hice quedar conmigo á diez húsares para sostener la retirada y proteger los bagajes que no se habían podido cargar aún, porque los conductores españoles se habían huído durante la noche.

Uno de mis compañeros volvió al momento á decirme que nuestra retaguardia iba á ser envuelta, y que los españoles, desde lo alto de las peñas y por las ventanas de las casas que estaban al extremo de la aldea que debíamos atravesar, hacían un fuego muy vivo al destacamento. No teniendo ninguna esperanza de ser socorridos, tomamos el partido de abrirnos camino por medio de los enemigos: una bala atravesó el cuello á mi caballo, y mi compañero tuvo poco después un brazo roto de un balazo. Vimos caer sucesivamente así todos los húsares que nos seguían. Las mujeres, ó más bien las furias desencadenadas, se precipitaban con gritos horribles sobre nuestros heridos, y se los disputaban para hacerlos morir en medio de los tormentos más crueles. Les clavaban cuchillos y tijeras en los ojos, complaciéndose con un gozo feroz á la vista de su sangre. El exceso de su justo furor contra los que habían invadido su país les había desnaturalizado enteramente.

Nuestro destacamento había permanecido inmóvil todo este tiempo, haciendo frente á los enemigos para recibirlos. Los habitantes no se atrevían á alejarse de las peñas y de las casas del pueblo, y nosotros no podíamos ir con nuestros caballos adonde ellos estaban para vengar á nuestros compañeros. Pasamos lista en su presencia, colocamos á los heridos en medio de la tropa, y nos pusimos en marcha muy despacio.

No habiendo podido hallar un guía, tomamos, sin saber donde íbamos, el primer sendero que se alejaba del camino trillado, en el cual sabíamos que los montañeses estaban emboscados, y anduvimos algún tiempo errantes por los campos á la ventura. Vimos luego que se escapaba de una granja un hombre montado en una mula: corrí á él, le alcancé y le puse entre dos húsares de la vanguardia, mandándole bajo la pena de ser acuchillado que nos condujese á Ronda. Sin este paisano que la casualidad nos hizo encontrar, jamás hubiéramos podido hallar el camino en un país desconocido para nosotros. De este modo teníamos que luchar sin cesar, no contra dificultades militares y previstas como las que se encuentran en una guerra regular, sino contra obstáculos sin número, que dimanando del espíritu nacional solamente, se renovaban y multiplicaban al infinito, según las circunstancias.

Apenas habíamos entrado en un valle bastante largo, cuando descubrimos en las alturas hacia nuestra izquierda una tropa de mil á mil quinientos hom-



CAPILLA DE LOS CORPORALES EN DAROCA.

bres que observaban nuestra marcha: se distinguían entre la multitud mujeres y también niños. Estos eran los habitantes de Setenil y de las aldeas inmediatas que habían sabido que habíamos mudado de camino para evitar sus emboscadas, y se habían puesto en marcha para perseguirnos. Corrían precipitadamente con la esperanza de cortarnos el paso de un desfiladero que estaba delante de nosotros.

Hicimos tomar el trote á nuestros caballos para adelantarnos á ellos, y pasamos felizmente el desfiladero. Poco después nos envolvió una nube de paisanos, que se destacaron en desorden del grueso de los enemigos, y vinieron á nuestros flancos á tirotear. Nos seguían á carrera en las peñas, sin atreverse jamás á acercarse á nosotros á más de un tiro de fusil, por miedo de no poder subir á la montaña bastante á tiempo si los cargábamos. Los Curas y los Alcaldes corrían á caballo por las alturas para dirigir los movimientos de la multitud. Si alguno de nuestros heridos tenía la desgracia de caer del caballo, al momento era asesinado detrás de nosotros. Uno solo escapó que tuvo la presencia de espíritu de decir que se quería confesar antes de morir, y el Cura de Setenil le salvó del furor de sus enemigos.

Cuando llegamos á un sendero estrecho en el declive de una montaña nos detuvimos algunos minutos para dejar respirar á nuestros caballos, porque las peñas nos ponían á cubierto del fuego de los enemigos que estaban encima de nosotros. Descubrimos en seguida á Ronda, y como nos alegrásesemos de acercarnos, en fin, al término de nuestro viaje, quedamos admirados de ver que nos hacían un fuego muy vivo los enemigos, que estaban emboscados en un monte cerca de la ciudad. Entonces experimentamos las más vivas inquietudes, temiendo que hubiese sido abandonada por los franceses; pero vimos muy luego con la mayor alegría que venían hacia nosotros húsares de nuestro regimiento, que desde lejos nos habían tenido por enemigos.

Entramos en la ciudad y nos detuvimos en la Plaza Mayor: allí vinieron á abrazarnos nuestros compañeros del regimiento y á preguntarnos noticias de Francia y del recinto del mundo, del cual estaban separados hacía mucho tiempo. Nos marchamos luego á los alojamientos que se nos señalaron, contando descansar algunos días á lo menos de las muchas fatigas que acabábamos de sufrir.

La ciudad de Ronda está situada en medio de las altas montañas que atraviesan para ir á Gibraltar, y que generalmente se llaman la serranía de Ronda. Son enteramente estériles, y los declives están cubiertos de rocas escamosas, cuya superficie parece que ha sido ennegrecida y calcinada en el espacio de muchos siglos por el ardor del sol. Las huertas y las praderías se encuentran solamente en el fondo de los valles y á las orillas de los arroyos.

Los belicosos habitantes de estas montañas habían tomado las armas contra los franceses, y cuando el Rey José había venido á Ronda tres semanas antes á la cabeza de sus guardias, había intentado en vano someterlos á su autoridad, primero por la persuasión, y después á fuerza de armas.

El Rey José había permanecido en Ronda pocos días: había dejado de guarnición en esta ciudad doscientos cincuenta húsares de mi regimiento y trescientos hombres de infantería de su guardia real, y había dado á nuestro Coronel el título de Gobernador civil y militar, y los poderes más ilimitados sobre el país circunvecino. La autoridad absoluta, unida á este título pomposo, que equivalía al de Capitán general, hubiera debido extenderse á quince ó veinte leguas alrededor; pero los contrabandistas de la sierra reducían nuestro poder á los estrechos límites de las murallas de Ronda, donde ni tampoco podíamos dormir con seguridad por la desconfianza que teníamos de los habitantes de los arrabales.

Cuando llegó la noche, vimos que se encendían en las montañas inmediatas una multitud de hogueras: la ilusión producida por la obscuridad acercaba á nosotros los fuegos más distantes, y parecía que estábamos cercados de un círculo de llamas: el enemigo acababa de tomar posición alrededor de la ciudad para atacarnos el día siguiente.

(Continuará.)

ALBUM DE POESÍAS

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Amor.

I

Armonía ideal de los suspiros
Que vagan ante el trono del Eterno
Por la suave dulzura cobijados
De la Madre purísima del Verbo;
Dulce murmullo que al batir sus alas
Los ángeles producen en el cielo;
Divinos cantos de celeste gloria,
Que llenan el espacio con sus ecos;
Venid, y suenen en mi pobre lira
Vuestros suaves y mágicos acentos,
Para cantar al Corazón Sagrado
De Jesús, de la dicha único centro,
Centro divino de amorosas ansias,
Hacia el cual tiende el corazón su vuelo,
Y cuyo resplandor, luz de la gloria,
Anhela ver el desterrado y ciego.
¡Oh luz divina! ¡Quién de ti pudiera
Percibir sólo un tenue reflejo,
Y quedar abrasado dulcemente
Por el calor de su amoroso fuego!
¡Oh Dios de amor! ¡Oh vida de las almas!
¡Oh Jesús, del mortal dulce consuelo!
¿Cómo es posible que haya corazones,
Que no ansíen tu amor suave y tierno?
Para ti los creaste y alejados
De ti, es la vida el más cruel tormento.....
Vida y amor y gloria: tú eres sólo
Del alma triste el plácido embeleso.

II

Apenas pasa de la tierna infancia
El cándido, feliz y dulce sueño,
Del que al hombre despiertan las pasiones
Con su pesado y ardoroso aliento,
Cuando siente en el alma la nostalgia
De una dicha, que busca con empeño,
Y que acaso soñó en su edad primera,
Cual de otro mundo halagador recuerdo.
Con ese afán de dicha, vuela ansioso
Tras los placeres que le hastían luego,
Tras las riquezas que al sentido halagan,
Y tras la gloria, sin saciar su anhelo.
¡Ay del mortal que en este mundo triste
No ve que es á su afán todo pequeño,
Y no busca apagar su sed de dicha
En una fuente de raudal inmenso!
¡Tan cerca como está, y no oye el murmullo
De sus aguas purísimas, corriendo
Por entre nardos, rosas y azucenas,
Que al espíritu dan vida y aliento!

III

¡Cuán triste de la vida es el camino
Para el que no te encuentra, dulce dueño:
Siempre entre sombras y la luz ansiando,
Siempre tras el placer y padeciendo!
La sed del infinito abrasa al alma;
Y de tu corazón no ve en el centro
La inmensa fuente, que una lanza abriera
Para satisfacer su afán inmenso.
Hombre feliz, de todo un Dios amado;
Privilegiado ser del universo,
Que brotas de la nada y tu destino
Es gozar para siempre un bien eterno;
Himnos de gloria y gratitud ferviente
Salgan continuamente de tu pecho
É inunden el espacio de armonías,
Que atraigan dulcemente con sus ecos,
Cual corriente de amor, todas las almas
Al corazón divino, que es su centro.

IV

Cantan su gloria sin cesar, la aurora
Con sus rosados mágicos reflejos,
El sol con sus ardientes resplandores,
La noche con sus nítidos luceros,
Las flores con su aroma, la enramada
Con su susurro henchido de misterio,
Con su murmullo el río que á las flores
Les deja perlas con sus castos besos,
Las aves primorosas con su canto,
Y con suspiros los amantes céfiros,
Y cielo y tierra con amor pregonan
La gloria del Autor del universo.
Tan sólo el hombre á quien feliz formara
Rey de la creación y tierno objeto
De sus delicias, se separa altivo
Del majestuoso universal concierto,
Y maldice su nombre sacrosanto
Haciendo estremecer á tierra y cielo.

V

¡Oh Corazón divino, que enardeces
Al serafín con tu amoroso fuego!
La armonía del arpa del Profeta
Hoy quisiera tener para mis versos,
Y tan pobres cual son, que resonaran
Dulces en todo oído sus acentos,
Y á tu amor atrajeran inflamados
Todos los corazones de este suelo.
¡Fuera mucho que todos te rindieran
Amor y culto el más ferviente y tierno,
Cuando por nuestro amor, Corazón Santo,
Padeciste tan grandes sufrimientos,
Que tan sólo de Dios la fortaleza
Pudiera resistir su golpe fiero!
¿Fuera mucho después que nos creaste
Y nos diste tu vida redimiéndonos,
Y no contento aún, quedar quisiste
A nuestro lado, estando prisionero
En los sagrarios desde donde viertes
Fuente inmensa de gracias y consuelos.....?

VI

Dulzura celestial que mana siempre
De la herida amorosa de tu pecho,
Y da ventura inexplicable al alma
Que ansía romper los lazos de este suelo;
Que no haya corazón que no perciba
De tu sabor divino el suave efecto,
Que no haya corazón que no se rinda
A la corriente de tu amor inmenso.
Que en todos resplandezca intacto y puro
De tu adorable Corazón el reino,
Y que todos le imiten anhelantes
Ya que es de perfección tipo supremo,
El sea nuestra enseña salvadora
En el combate contra el mundo artero,
Y nuestra feliz prenda de victoria
Contra ese mismo mundo y sus adeptos.
En él sólo tenemos la esperanza
De más tranquilos y felices tiempos,
En que ahuyentados todos los errores
Reine la caridad en todo pecho
De la llama inmortal de su amor santo
Siendo la tierra venturoso espejo.

VII

¡Oh Corazón dulcísimo y amante!
¿Cuándo de este infeliz y triste suelo
El alma volará, que libre ansía
Verte y amarte siempre en gozo eterno?

ENRIQUE GARCÍA BRAVO.

LA ESPERANZA

SONETO

Desde que el rayo de la edad primera
Alumbró mi razón te voy siguiendo,
Sueño contigo, y en tu fe creyendo,
Siempre en mi corazón tu luz impera.

Me halague el gozo ó el dolor me hiera,
Voy anhelante tras de ti corriendo;
Pero al tocarte, la ilusión mintiendo,
Te apartas con desdén de mi carrera.

¿En dónde estás para que yo te alcance
Y logre de mi suerte la mudanza
Cuando en tus brazos la ansiedad me lance?

¿En dónde estás.....? Lo sé: para consuelo
Me dice mi conciencia: la esperanza
La encontrarás en Dios si vas al cielo.

A. ALCALDE VALLADARES.

LAS PLAGAS DE EGIPTO

(Continuación.)

El fenómeno del Nilo rojo acaece normalmente en el mes de Julio. Pretenden los racionalistas que durante este mes se efectuó la primera plaga, pero su cálculo no armoniza con los datos del sagrado texto. Consta en el Exodo la fecha de la décima plaga: hirió Dios á los primogénitos de los egipcios el día 14 del mes de Nisam, esto es, hacia primeros de Abril. Consta también la fecha de la séptima plaga, ó sea la del granizo: dice el texto que la fecha arrasó las cosechas cuando «ya había espigado la cebada y granado el lino,» esto es, en el mes de Marzo. Por consiguiente, las cuatro últimas plagas duraron cerca de un mes y se sucedieron unas á otras con intervalos aproximadamente de una semana. Es, pues, probable que la misma separación de tiempo hubiese entre las seis primeras, y expresamente dice el texto que la segunda, ó sea la de las ranas, acaeció siete días después de haberse convertido en sangre las aguas del Nilo [1]. Según este cálculo, produjose la primera plaga hacia mediados de Febrero y por consiguiente en una época en que el fenómeno del Nilo rojo nunca tiene lugar naturalmente.

Prescindiendo de esta circunstancia milagrosa del tiempo, podemos señalar otras no menos sobrenaturales: al contrario de lo que sucede todos los años, el agua transformada adquirió todas las cualidades perjudiciales del *Nilo verde*, en vez de las bienhechoras del *Nilo rojo*. Mató además los peces y cesó de ser potable, no sólo en el mismo río y los canales, sino hasta en los estanques y las vasijas de piedra colocados en las ciudades, en las encrucijadas de las calles, y que con sus depósitos de madera bastan ordinariamente para clarificar el agua cenagosa del río. Antes de la inundación con frecuencia se corrompe el agua del río: «Durante los meses que preceden á la inundación, Junio, Julio y Agosto, dice el Dr. Lamber, el agua del Nilo disminuye y queda tan honda en su cauce que no tiene movimiento alguno y adquiere todas las cualidades de las aguas estancadas: se calientan los depósitos profundos, se vuelve verdosa y fétida y fácilmente se llena de gusanos.» Por el contrario, según el testimonio unánime de cuantos conocen el Egipto, el agua del Nilo no se corrompe nunca, al empezar la crecida se enrojece, pero no causa la muerte de los peces y puede beberse sin peligro alguno. Cierta alteración química insólita, que no basta á explicar el fenómeno del Nilo rojo, se produjo por consiguiente en las aguas cuando heridas por la vara de Moisés se efectuó el milagro.

Y sin embargo, este milagro, por portentoso que fuese, no ablandó el corazón de Faraón [1] como tantos otros que vinieron después. Dios envió entonces á Egipto la segunda plaga, esto es, la de las ranas.

Tal vez este nombre se refiera también al sapo, animal más desagradable y repulsivo todavía, porque el hebreo no distingue el uno del otro. Sea como sea, las ranas son abundantísimas en Egipto, y tan grande es su número durante el crecimiento del Nilo que no dejan dormir á los viajeros poco habituados á su canto monótono y desesperante. Puede, pues, suponerse la molestia que causaría una invasión de ranas penetrando en las habitaciones, cubriendo todos los muebles, las mesas, las camas y llenando toda la vajilla y los utensilios todos de cocina. Desde la más remota antigüedad los indígenas han confiado á uno de sus dioses el cuidado de librarles de animales tan importunos. Sus monumentos representan á este dios con cabeza de rana, y tan importante se creía su misión que ocupaba uno de los primeros lugares en el panteón egipcio.

Así como en la primera plaga fué humillado el dios Nilo, dirigióse la segunda contra el dios de cabeza de rana: Jehovah probó así la impotencia de esta falsa divinidad que no pudo librar á sus adoradores de la invasión de las ranas.

En esta segunda plaga multiplicó Dios milagrosamente este instrumento de su cólera contra los egipcios é hizo brillar su dominio soberano de omnipotencia haciendo aparecer las ranas cuando Aarón extendió su mano sobre las aguas y haciéndolas desaparecer cuando en determinado día y en presencia del mismo Meneftah pidió Moisés al Señor esta gracia.

Libre Faraón de este azote y endurecido de nuevo su corazón, desobedeció la voz de Jehovah y fué castigado con la tercera plaga.

La tercera plaga fué la de los insectos llamados en el texto original *Kinnim*. Los Kinnim son mosquitos zancudos que constituyen uno de los azotes ordinarios de Egipto: Herodoto los describe en su historia. Sus picaduras son sobre todo muy temibles cuando el aire es fresco y está terminando la inundación. Persiguen al hombre, le molestan durante las comidas, turban su sueño y chupándole la sangre le llenan de pequeñas pústulas muy dolorosas, que hasta pueden producir calentura. Pococke y Maillet dicen que en el Cairo se reunen á veces formando verdaderas nubes que oscurecen el sol. Desde tiempo remotísimo se han visto precisados los habitantes del valle del Nilo á servirse durante la noche de mosquiteras ó á dormir envueltos por completo en una manta para librarse de sus picaduras. Todavía vemos hoy representados en los monumentos á los siervos con abanicos encargados de preservar de los mosquitos á los grandes personajes.

El carácter milagroso de esta plaga, por otra parte frecuente en Egipto, con que Dios afligió á los habitantes de este país, está en la manera como Moisés la produjo haciendo que su hermano Aarón hiriese el polvo con su vara é indudablemente también en la abundancia extraordinaria de tales insectos. Generalmente sólo se encuentran abundantes en las orillas del mar; pero en la circunstancia dicha, la vara milagrosa de Aarón convirtió en mosquitos el polvo todo de Egipto. Los magos de Meneftah no pudieron remedar este prodigio, como habían hecho con los precedentes, y sin embargo, el corazón del rey continuó duro como la piedra [1].

Se cree generalmente que la cuarta plaga fué la de las moscas, aunque es difícil determinar el sentido exacto de la palabra hebrea *Arób*. Esta palabra propiamente significa «mezcla,» y podemos referirla á toda especie de moscas, sin distinción de género. Las moscas son uno de los azotes de Egipto, y cuando abundan más de lo ordinario hacen la vida intolerable. «Sus enjambres son tan numerosos, dice Mr. Wood, que el extranjero come moscas, bebe moscas y respira moscas» [2]. Pero lo que las hace de todo punto insoportables es que con preferencia se paran en los párpados y en el lagrimal del ojo: sin duda la humedad de esta parte del cuerpo las atrae. Como las oftalmías son muy frecuentes en Egipto, puede suponerse el suplicio que causarán á los ojos enfermos tan impertinentes insectos. Uno de los espectáculos que más asco dan al europeo en las orillas del Nilo es la multitud de niños con los ojos enfermos y llenos de moscas.

Ciertas moscas llamadas *Dthahoé*, largas, de color gris y que se presentan durante la época de la inundación del Nilo, son tan perniciosas, que con sus picaduras pueden producir la muerte de los camellos si se descuida la oportuna curación de sus heridas. Atacan á los hombres lo mismo que á los animales.

Por habituados que pudieran estar los egipcios á la molestia de las moscas, fueron tan grandes los sufrimientos que les produjo la cuarta plaga, que Faraón empezó á hacer concesiones á Moisés, pero no quiso concederle desde luego todo lo que éste último pedía, y fué castigado con una epizootia que mató á gran número de animales.

La historia menciona algunas epidemias de este género en Egipto. En 1786 mató la peste tan gran número de bueyes que viéronse precisados á valerse de búfalos, en su lugar, para los trabajos de irrigación. El azote se cebó de tiempo en tiempo con tan gran violencia en el Delta, que viéronse precisados entonces á adquirir nuevamente bueyes en Siria ó en las islas del archipiélago. Pero por frecuente que sea la enfermedad no se presenta regularmente y sólo un milagro evidente de Moisés pudo predecir su aparición. «Nótese que, como, con sobrada razón, dice Orígenes, la mayor parte de los prodigios obrados por Moisés contra Egipto no procedían del cielo ni tenían claramente á Dios por su autor» [3].

---

1 Exodo, VII, 25.

1 Sorprende que milagro tan grande como el de la conversión de las aguas en sangre casi no produjese impresión en el corazón de Meneftah; pero no hay que olvidar que acostumbrados los egipcios á ver al Nilo enrojecerse todos los años, tenían que impresionarse menos por la transformación de las aguas en sangre, que lo hubieran sido los habitantes de un país que jamás hubiesen visto cosa parecida.

1 Osburn, *Monumental History of Egypt*, t. II, p. 182.

2 «Los mosquitos nacen y se multiplican ordinariamente, dice la Biblia de Allioli, t. I, p. 234, en los países cálidos, en los marjales y lugares húmedos, llenos de detritus ó de cuerpos en putrefacción. Hay muchos en Egipto mientras se retiran y aun después de haberse retirado las aguas del Nilo, y no cabe duda de que entonces los montones de ranas muertas no han contribuido más á multiplicarlos. Sin embargo, la manera como ocurrió esto indica claramente que la plaga no fué producida por causa natural: no era aquella aún la estación en que los mosquitos infestan ordinariamente el Egipto.

3 Las epizootias, las pestes y todas las enfermedades que atacan á los animales ó á los hombres, dice la Biblia de Allioli (t. I, p. 203) pertenecen á todos los tiempos y lugares..... No obstante conviene advertir que los países de Levante, y en particular el Egipto hacia el fin del verano, están más expuestos á estos azotes que las regiones del Norte. Por lo que especialmente se refiere al Egipto, los miasmas que se desprenden del cieno depositado por el Nilo en su desbordamiento, la muerte de los insectos que perecen á millares, el uso tal vez de ciertos frutos crudos por el hombre y malos forrajes por los animales, todo esto y otras muchas causas, como la falta de higiene y de limpieza, ocasionan allí frecuentes epidemias y epizootias. Pero no hay para qué buscar en estas enfermedades epidémicas la causa productora de la peste ó de las úlceras cuyo origen y efectos nos cuenta aquí Moisés: claramente se ve en su relato el carácter sobrenatural y milagroso de las circunstancias todas. (v. 4, 7, 9, 11.) Por otra parte, no era aquella la estación en que las epizootias y enfermedades epidémicas diezman el Egipto.

No habiendo bastado la peste de los animales para ablandar el endurecido corazón de los egipcios, Dios castigó á ellos mismos. Debió producirles este castigo un terror, tanto más saludable, cuanto menos común era en el valle del Nilo. «Con los grandes calores y la humedad que reinan en ciertas poblaciones durante el verano, dice el Dr. Lambert, médico de los caminos de hierro y de los telégrafos del gobierno egipcio, se creería que el Egipto es uno de los países peor sanos, sobre todo después que con la inundación del Nilo todo el país se convierte durante meses enteros en un marjal en donde el agua se corrompe durante cerca de tres meses, marjal cuyas exhalaciones debían producir epidemias graves y enfermedades infecciosas por doquier; pero la experiencia ha demostrado que las emanaciones de las aguas estancadas, causa de tantas y tan mortíferas enfermedades en los demás países, no pueden tener esta cualidad en Egipto, y la razón es muy sencilla: por una parte, las continuas corrientes de viento no tropiezan con el menor obstáculo, con una sola montaña que pueda detener su curso y al circular libremente arrastran consigo todas las exhalaciones y miasmas malsanos; por otra parte, comarcas inmensas vecinas al Egipto, abrasadas y desecadas por un sol ardiente y privadas á la vez de agua, tales como África y Arabia, cubiertas ambas de arena y con una atmósfera cuya sequedad es extraordinaria, aspiran y absorben continuamente toda humedad y con ella las exhalaciones y miasmas todos perjudiciales» [1].

Es imposible determinar con exactitud cuál fué la enfermedad con que Dios castigó á los egipcios en la sexta plaga y que acometió lo mismo á los hombres que á los animales. Los mismos magos no se vieron libres de ella, pero la obstinación de Menefta no fué por eso menos grande.

La séptima plaga fué una tempestad horrorosa, cuyos rayos y truenos fueron seguidos de piedra gruesa que arrasó por completo los campos.

Este granizo espantó tanto á los egipcios porque es rarísimo en aquel país. Nadie había visto jamás desastre semejante, y muchos ni siquiera conocían la piedra. «Durante doce años de permanencia en Egipto, dice el doctor Prunel, no ha llegado á mi noticia más que un solo caso de muerte producido por el rayo y aun éste aconteció en la isla de Rodas. Durante el tiempo dicho, no cayó granizo más que tres veces y muy poco abundante.»

El sagrado texto marca la época en que tuvo lugar esta tempestad, cuando habían espigado las cebadas y granado los linos, esto es, en el mes de Marzo, como hemos dicho más arriba. Destruídas por el granizo las cebadas y los linos, las pérdidas fueron muy grandes; pero pasado el azote, Menefta persistió en su negativa.

Dios resolvió entonces castigar aún más á los egipcios en sus bienes arrebatándoles el resto de sus cosechas que el granizo había respetado, y completando la obra destructora por medio de la langosta.

Las invasiones de langostas son uno de los castigos más terribles que afligen á gran número de comarcas del globo. El territorio entero que se extiende desde el cabo de Buena Esperanza hasta Noruega, desde la China hasta el cabo Verde y en particular desde la Arabia á la India, desde el Nilo y el mar Rojo hasta la Grecia y el norte del Asia menor, todo este inmenso territorio está expuesto á sus devastaciones. Se han visto legiones de estos insectos atravesar el mar Negro y llevar su desolación hasta Polonia, franquear el Mediterráneo y arruinar las llanuras de Lombardía. Pero á pesar de estos viajes lejanos, se le puede asignar como patria á la langosta el Sud del antiguo mundo y más especialmente la frontera de países cultivados como la Arabia desierta y la Persia. Hacia el mes de Octubre las hembras depositan sus huevos en terrenos secos y al abrigo del viento; están envueltos en una sustancia glutinante que se endurece por la acción de la sequía y del sol, y el calor de este último los rompe en la primavera y hace nacer la cría en los meses de Marzo ó Abril. La langosta es entonces mucho más pequeña que nuestra mosca común, tiene las alas arrolladas sobre la espalda y metidas sus grandes patas en una vaina.

Preciso es haber sido testigo del paso de una nube de langostas para representarse el espacio que pueden ocupar sus legiones, cosa que únicamente puede compararse con las gotas de agua y los granos de arena del mar. Parece como si se animase el desierto y cada grano de arena se convirtiese en un sér vivo. Su muchedumbre oscurece la luz del sol y proyecta una sombra espesa sobre la tierra. Esta masa compacta vista desde lejos, produce el efecto de una montaña aérea que avanzase lentamente y sin interrupción con un frente de muchos kilómetros de extensión. ¡Desventurado país el que atraviesan si calma el viento y deja á los insectos devastadores algún tiempo para descansar! Caen con más abundancia y más apretados que los copos de nieve y el sol se cubre por completo de repente como detrás de inmensa vela movible y bulliciosa. Los orientales las han comparado siempre á un ejército invasor. Un ejército enemigo puede causar más daño á las personas, pero no á los campos y á las cosechas. La langosta lo devora todo: en un instante desaparece la hierba verde, y una vez consumida entran en turno los árboles. Suben á ellos por millones, comen todas sus hojas y roen hasta la corteza de las ramas. Escalan los muros de las casas que se encuentran á su paso, obstruyen las ventanas y puertas, penetran en las habitaciones y cuando tienen hambre atacan las maderas y los muebles. Su voracidad es tal, que se oye á gran distancia el ruido producido por estos millares de millones de pequeñas mandíbulas, royendo el césped y el follaje. Delante de ellas el paraíso, detrás el desierto.

Imposible prevenir y evitar sus devastaciones y ruinas. El hombre armado de todos sus instrumentos de destrucción es impotente contra este pequeño animal, cuya unión le da una fuerza incontrastable. Un carruaje sorprendido por esta avalancha se ve precisado á detenerse; los caballos ciegos y enloquecidos se niegan á obedecer no sabiendo cómo librarse de los mordiscos de estos millones de enemigos que se ceban en cuanto encuentran á su paso. Regimientos enteros de soldados han intentado en vano continuar su marcha. Se excavan trincheras para que les sirvan de sepulcro: la vanguardia las llena con sus cuerpos muertos y el resto del ejército continúa por encima su movimiento de avance. Se encienden hogueras á su paso que las primeras langostas apagan con su muchedumbre y las demás prosiguen su marcha. Verdaderamente es este un azote divino, que únicamente puede detener el que lo ha desencadenado.

Tan odiada es esta plaga en las regiones que devasta, que los antiguos maniqueos inferían de su existencia la existencia del principio del mal en oposición al principio del bien, y que un escrito árabe nos ha dejado la siguiente monstruosa descripción de la langosta: tiene la cabeza del caballo, los ojos del elefante, el cuello del toro, los cuernos del ciervo, el pecho del león, el vientre del escorpión, las alas del águila, las piernas del camello, los pies del avestruz y la cola de la serpiente.

En fin, cuando las langostas están hartas, si no ha quedado todo destruído, ensucian todo lo que resta, como las antiguas harpías con su baba inmunda, que corroe y quema cuanto toca. Dichosos aún si el viento que las ha traído se las lleva por último muy lejos, porque todavía harían más daño después de muertas que durante su vida: sus cadáveres formando montones llegarían á ser un foco de corrupción que apestaría la atmósfera, produciendo en seguida enfermedades contagiosas que causarían la muerte de las personas, cuyas cosechas ya habían sido devoradas [1].

(Continuará.)

1 Dr. Lambert, *Hygiene de l'Egypte*, 1874, p. 27, 28.

1 V. H. Newman, *Callista, a sketch of the third Century*. London. ch. xv, p. 138-139. — Joel, II, 2-11.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDON

(Continuación.)

MADEMOISELLE es muy buena; pero las colegialas..... ¡ay, tío, cuánto me hacen llorar! Dicen que mis padres debían dinero á los suyos, y que se han muerto sin pagarlos. Si vierais cuánto me lo echan en cara Agueda y Emma; y no quieren juntarse conmigo en los recreos. ¡Tío, por Dios, no me dejéis aquí!

—Hija mía, hoy no te puedo llevar; tengo que avisar antes á tu tía y á tus primos.

—¿Tardaréis mucho?—dijo la niña con inquietud.—¿Me olvidaréis? ¡Ay, tío! ¡por Dios, lo ruego! ¡que sea yo criadita en vuestra casa antes que colegiala aquí!

—Criada no serás—la dijo él colocando su mano sobre su cabeza con ademán cariñoso.

—Sí, tío; quiero aprender á trabajar para pagarles á todos, y así no hablarán mal de mi querido papá.....

No pudo acabar; el llanto la ahogaba, y su tío la abrazó. En el mismo instante entró Mlle. Ivona, que la acogió en sus brazos y la dijo:

—Querida hijita, no estaréis abandonada, sosegaos.

—A vos siempre os amaré—exclamó la niña abrazándola con efusión;—sois muy buena, nunca lo olvidaré.

—Despedíos de vuestro tío, hija mía, hay que ir á cenar.

—Hasta muy pronto, Gertrudis—dijo M. Delaborde;—no olvidaré mis promesas, quedad tranquila.

—Teníais razón, Mademoiselle—añadió cuando la niña se hubo retirado;—Gertrudis no puede permanecer aquí, por más que os ame y seáis tan maternal con ella. Vuestras colegialas la tienen poca simpatía.

—La niñez es muy cruel—dijo la pobre maestra;—algunas han contado lo que han oído en sus casas: dos de ellas pertenecen á las familias que han perdido sus intereses (dispensadme, señor,) en la quiebra de M. Ardhuín. En el círculo de estas criaturas han corrido ciertas palabras y ciertos comentarios, y de resultas han mostrado á Gertrudis, á pesar de todos mis esfuerzos, un desdén que le ha llegado al alma. Caballero, esta niña está llena de pundonor.

—En este caso, mucho tiene que sufrir; pero en mi casa, al menos, estará al abrigo, y así lo espero, de estas crueles heridas. Aun os la dejaré algunos días, Mademoiselle, y la recomiendo á vuestra bondad; ya tendré el honor de escribíros y os enviaré lo necesario para el viaje y para todo lo que pueda ocurrirla.

Despidiéronse, y dos horas después M. Delaborde, acurrucado en la berlina de la diligencia que le llevaba á Amiens, reflexionaba en todo lo sucedido. Pero ya sentía de otro modo; los inconvenientes que con tanto calor había enumerado, la impaciencia de la carga que le había impuesto la

muerte, desaparecían como desaparecen las asperezas de un paisaje severo con la niebla argentada del amanecer. Se transportaba á los primeros años de su vida, á las escenas de su infancia y de su adolescencia, en las que su hermana había hecho tan gran papel; recordaba cómo había compartido con ella sus juegos, y el interés que ella tomaba por sus estudios; qué feliz era en las vacaciones al volverla á ver y al hablar con ella; qué proyectos hacían para un porvenir que no había de separarles nunca. ¿Y cómo se habían cumplido estas ilusiones infantiles? Se acordaba de una falta que había cometido cierto día, causando un gran disgusto á su padre; ¿quién había obtenido su perdón, quién le había reprendido con tanto calor, y quién le había defendido con amor tanto? Su hermana, su amiga de entonces, aquella á quien tantas veces había prometido que nada podría desunirles. Y, sin embargo, por razones de interés, se había apartado de ella, había dejado de visitarla; es cierto que había asistido á sus funerales; ¿pero asistió acaso á su lecho de muerte y de dolor? ¿Ayudó, asistió y sostuvo acaso al marido que ella tanto amaba, y cuyo honor le era tan caro? ¿No le había rechazado bajo el pretexto de que era un hombre poco práctico, é incapaz para los negocios? Y la niña, la única hija de su hermana, ¿no le había parecido una carga insoportable.....? Mientras que el coche corría, y los árboles del camino le parecían á la luz de la luna espectros que extendían sus brazos descarnados, creía ver en la oscuridad la cara de Cecilia que le miraba tristemente y le decía:

— Sé bueno con ella; ella soy yo..... ¡y nos queríamos tanto! acuérdate.

— Sí, respondía él; — yo seré bueno: pero ¿lo serán los demás?

Al fin el sueño disipó estas meditaciones; pero en cuanto despertó sintió que su resolución era firme y entera, y se acordó de Gertrudis con cariño. Al llegar á Amiens al medio día vió que su mujer le esperaba, y en su rostro leyó el cuidado que ésta sentía en el fondo de su alma.

— ¿Qué ha resultado de la niña? — le preguntó en seguida.

— La asamblea de familia me ha conferido la tutela; he visto á la chiquita, y estoy decidido á traerla con nosotros.

— ¡Dios mío! interrumpió Mad. Delaborde; — esta decisión es repentina, y contraria á lo que pensabas al marcharte.

— Es verdad; pero me he convencido al hablar con Gertrudis de que no podía quedarse en V..... La historia de mi desgraciado cuñado ha hecho cierto ruido, y la niña siente mucho los desdenes que recibe.

Mad. Delaborde alzó los hombros y dijo á media voz:

— ¿Y piensas librarla de ellos?

— En casa, sí; y en este particular estoy decidido; al fin es la hija de mi hermana. Espero, querida mía, que la recibirás bien; exijo esto de tu cariño.

Mad. Delaborde no contestó, porque había comprendido en el tono de su marido que su resolución no admitía réplica y era bastante sumisa para no suscitarle violentas contradicciones, y bastante sagaz para comprometer su influencia en inútiles discusiones.

CAPÍTULO III

LA LLEGADA

El saloncito de Mad. Delaborde presentaba en el anochecer de 18..... el más bonito cuadro de costumbres. Eran las seis, pero ya había oscurecido, y el frío y la lluvia de afuera daban mayor encanto al bienestar interior. Mezclaban su claridad con la de un buen fuego varias velas y una magnífica lámpara, y con sus combinados resplandores alumbraban la roja sillería, los grandes cortinones que caían formando majestuosos pliegues, los dorados muebles de forma antigua, que hoy estarían de moda; las brillantes flores de la alfombra blanca que cubría todo el suelo, y todo aquel lujo sólido de los antiguos tiempos y las antiguas casas. Pero mejor asunto había allí para llamar la atención de un pintor, y éste le formaba la familia reunida en torno de la chimenea, presentando diversas actitudes y contrastes. Junto al fuego, y reposando en una marquesita su alta y robusta persona, M. Delaborde recorría su periódico, y de cuando en cuando lo bajaba para fijar su mirada satisfecha y tranquila en torno de sus hijos, ó para consultar el reloj, como si quisiera adelantar el tiempo.

Enfrente, y resguardada del fuego por una pantalla, estaba sentada su mujer, con una linda labor de punto sobre su falda y leyendo una novela de Walter Scott, recién publicada entonces. Mad. Delaborde había sido muy bonita y le gustaba que los demás lo recordaran; aun conservaba mil gracias de su juventud en sus dorados y sedosos bucles, en su transparente y delicada tez, en sus puras y correctas facciones y en su elegante figura, y todo ello estaba realzado con una expresión amable y mucho esmero en el vestir. Aquella noche llevaba un vestido de seda morado, cuello y puños de *valenciennes*, gorra de encaje negro con lazos morados, y algunas alhajas de buen gusto que la completaban un medio luto muy elegante. Cuando dejaba el libro y volvía á tomar la labor, manejando con gracia la lana y las agujas, brillaba entre sus dedos un magnífico rubí, digno de aquellas manos que Van Dick hubiera escogido por modelo. Y aun tenía otras joyas cuya edad revelaba la suya; sus dos hijas, sentadas junto á la mesa de en medio; Enriqueta, la mayor, tenía diez y seis años cumplidos, menos bonita, pero más bella que su madre, morena, de talle esbelto, y magnífica estatura, hubiera sido encantadora si su boca perfecta tuviera sonrisas más amables, y si sus bellos ojos hubieran mirado con menos desdén á todo el mundo. Silenciosa en aquel momento, con la cabeza inclinada debajo de la luz, con los labios sacados como un chico que hace un mohín, trabajaba con afán en una brillante labor de cañamazo, y parecía ocupada únicamente en contar los puntos y armonizar los colores de las lanas.

Valeria, la hermana menor, estaba también inclinada sobre su trabajo, callada lo mismo que ella, y cosiendo con aplicación; pero cuando levantaba la cabeza para buscar el hilo ó las tijeras, sonreía á á su padre, se volvía hacia sus hermanos y los hacía algunas señas, ó los miraba con cariño. Tenía catorce años, era menuda, pequeña, y carecía de brillantes atractivos; tan sólo los tenía para los que buscan el alma á través del velo de este cuerpo, y aprecian la graciosa lámpara de alabastro cuando al mismo tiempo está alumbrada por un fuego puro. Para éstos hubiera tenido gracia la frente ancha de Valeria, sus ojos oscuros, tan buenos y sinceros, su boca severa, que nunca había tenido una palabra áspera, ni una risa burlona. A ellos les hubiesen gustado aquellas facciones incorrectas, aquella enfermiza palidez, su débil voz y su modesto porte. En toda la noche no había hablado nada, pero mil veces se había levantado para arreglar el fuego y la luz, para alcanzar á su padre un libro ó un periódico; este era su derecho, y el único que reclamaba, y cada uno de los que con tanta alegría servía la seguían con la vista cariñosamente.

En otra mesa estaban los dos hermanos.

Roberto, el mayor, hojeaba con negligencia un libro de estampas; parecía aburrido y sin saber qué hacer. Tendría sobre unos diez y ocho años, y su moreno rostro no carecía de belleza; pero ésta, correcta como la de ciertos tipos griegos, era un tanto obtusa, como ellos. Al otro lado Federico, menor que él, formaba un perfecto contraste con su tipo; dibujaba una cabeza de Miguel Angel, y se aplicaba á su trabajo con un ardor singular, admirándose de lo que le salía bien, borrando enfadado lo que no estaba á su gusto, empezando de nuevo, y ensayando mil maneras sin cansancio ninguno. Su bella cabeza rubia, coronada de rizosos y dorados bucles; su frente blanca y espaciosa; la sombra que hacían sus pestañas sobre unas mejillas que aun conservaban la morbidez y el colorido de la infancia; la belleza luminosa de sus azules ojos; la viveza de sus movimientos, todo en él era el vivo retrato de su madre, y justificaba la mirada orgullosa que ésta le concedía á hurtadillas.

— Ya son las siete y media — dijo al fin Madame Delaborde — y esta diligencia me parece atrasada.

— Tal vez, pero los caminos de aquí á V..... están malísimos; ha llovido á torrentes estos ocho días. ¿Has enviado á Fermín á que espere?

— Ya lo creo; el pobre muchacho y el caballo se consumen allí hace una hora.

— No tanto como nosotros, — interrumpió Enriqueta, — que hemos perdido la reunión de Madame Guilbert por la llegada de esta chiquilla.

— El sacrificio no ha sido tan tremendo — dijo Mad. Delaborde sonriendo; — no faltarán reuniones.

— ¡Y la pobre Gertrudis se hubiera encontrado sola á su llegada! — añadió Valeria compasiva.

— ¿Tiene fuego en su cuarto? — preguntó M. Delaborde.

— Voy á ver, papá.

Y Valeria fué corriendo al cuarto de su prima. Reanimó el fuego que se apagaba, echó una miradita sobre la cama blanca y sobre la mesa que iba á servir de tocador, quitó un ramo de reseda y heliotropo que por la mañana había puesto sobre la chimenea, cuyo calor había esparcido el perfume; luego volvió y tomó de nuevo su labor, haciendo á su padre una señal que quería decir:

Todo está arreglado.

Tengo curiosidad de ver á esa prima — exclamó Federico afilando un lápiz. — ¿Es bonita, papá?

— ¿Bonita? no..... es decir, no sé..... bonita precisamente no.

— Vamos, no es una hermosura; tranquilízate, Enriqueta. Seguiremos siendo la reina de la belleza y de los amores — repuso el muchacho en tono burlón.

— ¿Qué me importa á mí esa niña? eres insoportable, Federico.

— A mí — dijo Roberto, bostezando, sin el menor cumplido — me tiene sin cuidado el que sea linda ó fea, con tal de que nos deje en paz y de que no sea *chinche*.

— ¡Qué expresión, hijo mío! — dijo Mad. Delaborde reprendiéndole. — En verdad, Roberto, que harías bien en venir con nosotros á las reuniones, porque viviendo así como los lobos, vas tomando todas sus maneras.

— ¿Porque he dicho chinche? — respondió Roberto, — podía haber dicho pegajosa.

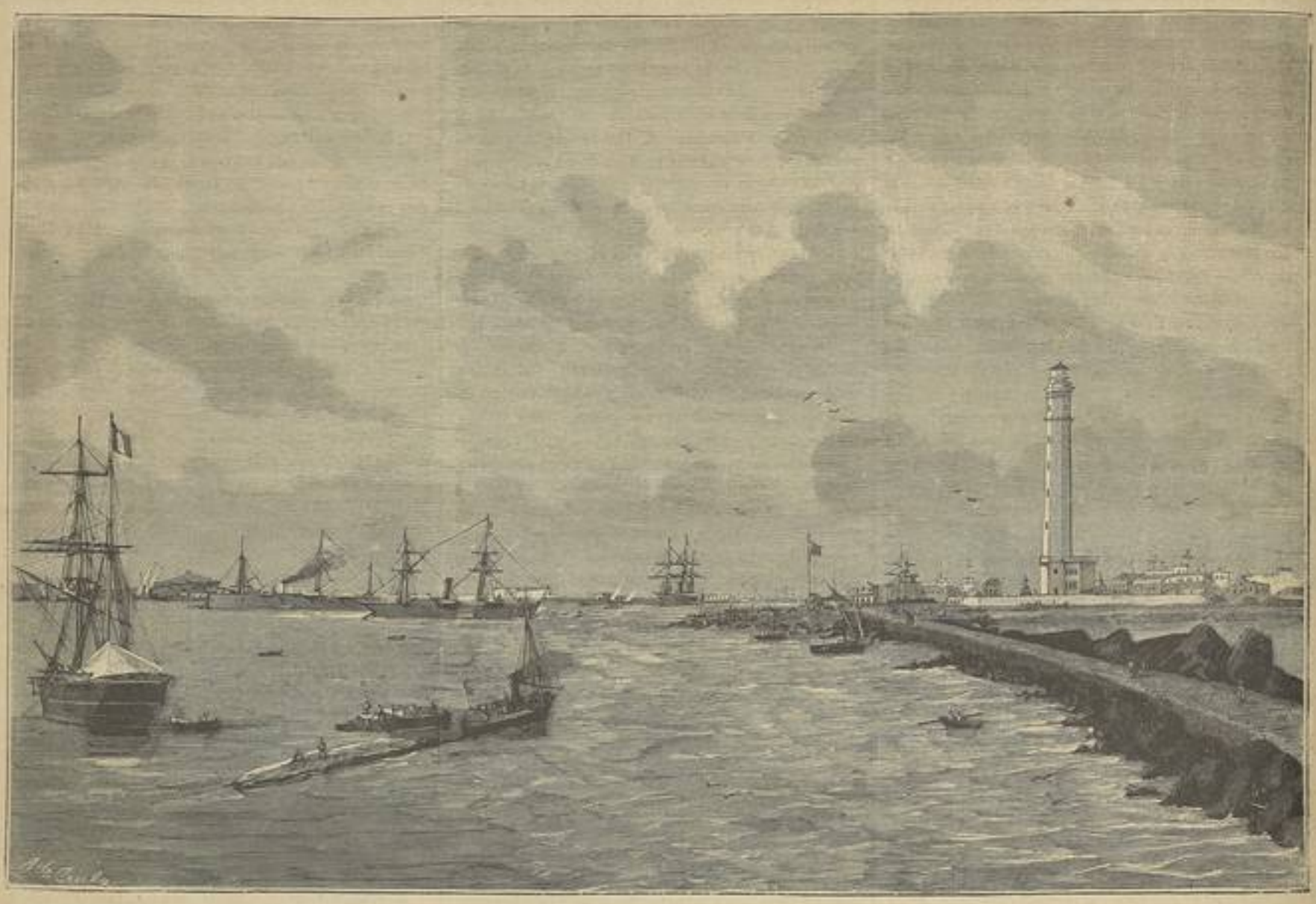
— Sería más elegante, — dijo Enriqueta con ironía.

— ¡Basta, hijos míos! — añadió Mad. Delaborde, — estáis disgustando á vuestro padre.

M. Delaborde se había levantado serio y pensativo, y después de una pausa penosa, les dijo:

— Para la hija de mi hermana no os pido ningún sacrificio, hijos míos, pero sí un poco de protección y de amistad. Tú, Enriqueta, no te burles de ella, y tú, Roberto, no la maltrates...

Un campanillazo, y el ruido de un coche que se paró á la puerta, interrumpió este diálogo. M. Delaborde salió y volvió á poco trayendo á Gertrudis de la mano. Esta venía cansada y abatida, y á la entrada del salón, deslumbrada con las luces, intimidada con todas las miradas, dió un paso hacia atrás.



EL CANAL DE SUEZ.

Pero su tío la arrastró con cariñosa violencia, y la dijo:

— Queridita, esta es tu tía; abrázala.

Mad. Delaborde la atrajo hacia sí cogiéndola una mano; pero la niña, retrocediendo con timidez salvaje, se echó á llorar volviendo la cabeza. M. Delaborde quiso consolarla con mil caricias, mientras su mujer la miraba con desdeñosa compasión, pues la pobrecita, tan interesante por sus desgracias, es preciso confesar que no tenía muchos atractivos: sus melenas negras caían en desorden sobre la frente; la palidez morena y enfermiza de su cara parecía aún más triste bajo el sombrero negro que la habían plantado; el traje de luto y de viaje venía sucio y arrugado, y la única belleza indisputable que tenía, los ojos, llenos de lágrimas y de polvo, y además hinchados, habían perdido sus encantos.

— Abrázame, chiquita, — dijo Mad. Delaborde, después de un examen silencioso. — ¡Si soy tu tía!

Gertrudis movió la cabeza, y agarrándose á los brazos de su tío, dijo, entre lágrimas, con aire resuelto:

— No os conozco, señora; y si fuerais mi tía, estaríais de luto.

— ¡Es muy amable la protegida de papá! — dijo al oído de Federico Enriqueta. — Roberto el gordo tenía razón.

— Querida mía, dispensa á esta criatura; está cortada.

— Bien se ve, — dijo Mad. Delaborde con maliciosa sonrisa. — Vale más que vaya á cenar, y que se acueste; mañana nos conoceremos.

Gertrudis, como una asustada cervatilla, no tenía más deseo que librarse de aquellas miradas; no se la pudo hacer comer, por más empeño que puso en ello Valeria, y muerta de sueño y de cansancio, llegó á su cuarto, se dejó desnudar y acostar sin el menor trabajo, y apenas colocó la cabeza sobre las almohadas cayó en el más profundo descanso de alma y cuerpo, sin conciencia de sí misma ni del sitio en que se hallaba, ni de las penas que momentos antes la habían hecho llorar. Durmió, y no soñó nada..... A las once un débil ruido la despertó; abrió los ojos, sin valor para moverse, y vió entre sueños una figura delicada, envuelta en un peinador blanco, que arreglaba las sábanas, la arropaba, y con mil cuidadosas precauciones la ponía un edredón sobre los pies. Luego, aquella figura se inclinó hacia ella y la miró con dulzura. Gertrudis cerró los ojos, sin decir nada, pero había conocido á Valeria.

(Continuará.)

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PEREZ
Recetados por eminencias científicas y adoptados por los hospitales. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, cólicos de las uñas y de las embarazadas, calenturas y ulceras del estómago, pirosis con eructos fétidos.
Precios. Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas. Depósito general, FARMACIA VIVAS PEREZ, Alicante.
Cuidado con las falsificaciones é imitaciones, porque otros no dan el mismo resultado. Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes, aumento 25 cénts. por certificado.
Se venta en todas las principales boticas de España y Ultramar

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET único Inventor 23, Rue Caumartin, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 2.158.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. | NÚMERO 19. — Madrid 5 de Julio de 1890. | NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 4 1/2 pe. fs.
Un año..... 8 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando. — *Ilusión y realidad*, por A. Salcedo. — *La guerra de la Independencia, contada y juzgada por un francés* (continuación). — *La invención de la imprenta*, por D. Antonio Ballín de Unjueta. — *Album de poesías: El tridente*, por D. C. Suárez Bravo. — *A una nave*, por Doña Julia Flórez. — *Un ángel*, por Don Tomás Bravo y Lacea. — *Las plagas de Egipto* (conclusión), por F. Vigouroux, versión castellana de D. M. Polo y Peyrolón. — *Una parienta pobre*, por Mad. Bourdon (continuación).

Grabados.

El Cardenal Lavigerie (Véase *La Década*).

La Catedral de Burgos (*vistas exterior é interior*). — No es ahora ocasión de describir minuciosamente el magnífico monumento del arte cristiano que en la antigua capital de la Vieja Castilla eleva al cielo sus torres caladas, obra más bien de ángeles que de hombres, según la enérgica y pintoresca frase del Emperador Carlos V. ¿Quién no conoce, siquiera de oídas ó por lectura en alguna guía, la Catedral de Burgos?

Calle Mayor de Fuenterrabía. — La villa de Fuenterrabía, tantas veces ganada y perdida por españoles y franceses, ofrece una fisonomía propia y característica, de que la calle Mayor es como la faceción más saliente.

LA DÉCADA

El asunto de la década es la feroz lucha entablada entre conservadores y fusionistas por lograr los primeros la posesión del poder, y defenderla los segundos con bríos y decisión. A la hora en que escribimos todas las ventajas parecen de parte de los conservadores; pero en política conviene tener presente el antiguo refrán: *hasta el fin nadie es dichoso*.

***

Los partidos se dice que son necesarios. De sus luchas procede según algunos doctores la felicidad general. Hay partidos grandes y partidos chicos, partidos legales y partidos ilegales, partidos que tienen á gloria llamarse partidos, y partidos que, según ellos aseguran, no lo son.

Los partidos están en decadencia, porque el espíritu de partido es rechazado por muchos y se ha debilitado en la generalidad; pero todavía existen, sin embargo, familias apreciables y buenas personas poseídas por el espíritu de bandería. Esas familias y esas personas tienen á gloria el no pensar, el no sentir y el no desear más que lo que los programas de su partido mandan pensar, sentir y desear. Cuando el jefe de su bando dice que ha llegado la ocasión de reir, se desternillan de risa y se admiran de que alguno quede serio; cuando el jefe cree que se debe llorar, se enternecen sinceramente y quieren que nos enternezcamos todos.

El espíritu de partido exige la convicción, no sólo de que cuanto hace el partido está bien hecho, sino de que los negocios del partido van siempre viento en popa y camino de puerto seguro y deleitoso. Si el partido es gobierno, hay que creer que nunca caerá; si el partido está en la oposición, es que está refrescándose para ocupar el poder con nuevos bríos y mayor seguridad.

El jefe del partido es infalible é impecable. Los que están cerca de él, sus íntimos, participan, según los grados de confianza que con el jefe les unen, de cierta parte de su infalibilidad y de su impecabilidad. Cuando el jefe suelta un manifiesto ó pronuncia un discurso, no se toman el trabajo de examinar lo que ha escrito ó pensado. ¿Para qué? ¿Es el jefe? Luego tiene razón.

El hombre dominado por el espíritu de partido es el prototipo del ilusionista. Todo lo ve de un color, y ese color es el de rosa. Que al jefe le han ofrecido una corona de laurel: el hombre de partido no se detiene á pensar si aquella corona se ha mandado hacer por el ayuda de cámara del *leader*; aquella corona, según él, ha sido construída por toda la sociedad. Que al jefe le han tirado una piedra: el hombre no se desanima; es que le reconocen importancia. Á los insignificantes no se les apedrea.

El hombre de partido no vive realmente en la sociedad, sino en una especie de limbo, ó, mejor dicho, dentro de una campana de cristal de color. Mira á

EL CARDENAL LAVIGERIE.

todos lados, y todo lo ve de ese color. Es inconvencible, porque á nadie oye sino á los que hablan dentro de la campana. Y esa campana casi es la campana neumática de los físicos: apenas si hay en ella el aire suficiente para respirar.

Si alguno se asfixia y se sale fuera en busca de más saludable ambiente, se le llama traidor, tránsfuga y desertor. Los hombres de partido son muy aficionados á estas palabras gruesas. Y empleándolas han conseguido una cosa: quitarles el valor y significado que antes tenían.

A los hombres de partido se les oye hablar muchas veces de honradez y de consecuencia. Pero no se crea que estos vocablos tienen en sus labios el sentido que les da el Diccionario. Honrado, según ellos, es el que siempre creyó que su partido tuvo razón. Consecuente, el que persevera hasta morir en esa extraña honradez.

Nacer afiliado á un bando es cosa frecuente. Y el que es fiel hasta la muerte al credo del partido, ese es el hombre, dicen los partidarios, que merece epitafios y estatuas.

Se ve, pues, que los partidos tratan de usurpar las prerrogativas que el derecho divino concede á la Iglesia y que el derecho humano reconoce en la patria. Ellos, á la verdad, se creen Iglesia y patria. Y no es eso lo malo, sino que hay bobos que se lo figuran con sinceridad.

La Iglesia católica no cesa de recomendar, á los Sacerdotes especialmente, y en general á todos los cristianos, que no se dejen dominar por el espíritu de partido. Y hasta la sociedad civil va ya comprendiendo que con el espíritu de partido no pueden coexistir sus instituciones fundamentales. Por eso ha prohibido tomar partido á los militares y á los funcionarios públicos.

Y habrá que concluir por prohibírselo á todo el mundo. So pena de que los partidos concluyan con la sociedad.

***

Publicamos en lugar preferente el retrato del Cardenal Monseñor Carlos Moricial Allemand Lavigerie, Arzobispo de Argel. Sus grandes empresas y proyectos para la libertad de los esclavos de Africa ponen al ilustre purpurado en el rango de bienhechor insigne de la humanidad. Gloria de Francia y de la Iglesia Católica, es el Cardenal Lavigerie una de las primeras figuras contemporáneas.

***

En un exámen:

— ¿Quién fué Julio César?

— La mujer de Cicerón.

FERNANDO.

ILUSIÓN Y REALIDAD

I

¡Á MADRID!

Para los muchachos listos de provincias es incuestionable que en Madrid se hace carrera pronto y bien.

— Será bueno, será malo, todo lo que usted quiera, dicen. Pero el hecho es que Madrid ejerce hoy sobre la nación una verdadera dictadura. Es el cerebro, el corazón, los pulmones y el estómago de España; á él afluyen todos los elementos de vida, y de él salen para derramarse por el organismo entero de la patria, y llegar á las más remotas extremidades. A Madrid van los tributos, y de Madrid salen los gobernadores. En Madrid principian ó acaban (según se tomen las cosas) las líneas férreas y los hilos telegráficos. En Madrid residen la Reina y los Ministros, se reparten los destinos y se charla en el Congreso y en el Senado. El que se hace dueño del salón de conferencias es como si hubiera conquistado á toda España. Los periódicos que más circulan son los madrileños. No hay ejemplo en los últimos años, ó los hay muy escasos, de ningún drama, comedia ó sainete que sin haber recibido el aplauso del público madrileño haya dado la vuelta á los teatros de la Península y sus islas. El Ateneo de Madrid es el ateneo por antonomasia. En Madrid es donde se oye á los buenos oradores, donde se ven los buenos cuadros, donde hay atmósfera para el arte en todas sus espléndidas manifestaciones, donde un principiante puede encontrar estímulos, la piedra de toque del talento verdadero, la corona del éxito posible, hasta el consuelo de la derrota probable.

Empiezan estas ideas á entrar en el cerebro del joven provinciano poquito á poco; pero van llenando todo su pensamiento, y acaban por inundar su fantasía en forma de risueñas imágenes, y su corazón en forma de irresistibles deseos. Madrid, que al principio no era para él sino una estrellita lejana brillando en el horizonte sombrío de una triste y desamparada juventud, he aquí que es ahora una luz vivísima que ciega al joven y que lo atrae como á una mariposilla..... Ya no ve más que á Madrid: la obsesión casi ha degenerado en locura.

El muchacho listo no ve á su alrededor más que tinieblas. La hermosa ciudad en que nació y pasaron su infancia y su adolescencia, aquella ciudad en que se guardan todos sus recuerdos, en que vivieron y murieron sus antepasados, acaba por convertirse para él en lugar de tormento, en una cárcel penosa y dura. Está en su patria, y se siente desterrado. ¡Ah.....! ¡Si él estuviera en Madrid.....! ¡Si tuviese alas! ¡Si pudiese tomar parte en los debates de los ateneos de la corte, si pudiese asistir á los saloncillos de los autores dramáticos, si lo presentasen en la tertulia de tal ó cual personaje político!

Los días son como noches y las noches como días: aquéllos los pasa en la sombra de su pensamiento, éstas de claro en claro en el desvelo de su locura. Ya no le distrae ni el ir á ver á su novia: la misteriosa calleja, el balcón en que ondea durante el verano la cortina de blanco crudillo, en que brotan sobre pintadas macetas las primeras rosas de la estación, aquel delicioso *abre-y-cierra* que, como las nubes errantes, muestran ú ocultan sucesivamente á los astros, delante de los que se interponen, enseña ó esconde la figura gentil de la niña querida; el diálogo nocturno, el tierno cuchicheo, el eterno duo coreado por las ramas de los árboles del jardín vecino, la misa de doce los domingos, y la salida del templo de la elegida de su corazón, vestida de fiesta y resplandeciente de hermosura; todo eso que hasta ahora era su encanto, todo eso que hasta ahora era su vida, ha huído de él como la alegría de una ciudad invadida por la peste. Todos los telones de su teatro interior se han levantado; ya no hay más que un telón confuso, pintado por los sueños, mal dibujado por la ambición; pero en el que un demonio tentador ha escrito con letras de fuego esta palabra mágica: *Madrid*.

Y no hay más remedio que ir á Madrid. La cosa es evidente. No es que aborrezca á su patria, no es que ya no quiera á su familia, no es que ya no ame á su novia. El quiere ir á Madrid; pero no para quedarse: para volver. Irá pobre y volverá rico; irá insignificante y volverá influyente; irá despreciado de todos y volverá de todos enaltecido; irá sin nombre y volverá con gloria; irá derrotado y volverá vencedor; nadie, fuera de su familia, ha de ir á despedirlo; los andenes de la estación serán pequeños para la gente que ha de apresurarse á darle la bienvenida en su regreso; y lo ve, lo ve, sí; aquella es la estación..... Mucha gente..... Allá, en el centro de la multitud, rompiendo la monotonía de los trajes oscuros, una nota morada y otra más vigorosa roja: son el Obispo y el Comandante general que aguardan al hijo ilustre de la provincia que hace años salió miserable de su tierra natal, y que ahora vuelve opulento, ya en dinero, ya en influencia, ya en gloria.....

No hacerle objeciones. ¿Para qué? ¿Qué habíais de conseguir? El os dirá que García Gutiérrez fué como él un joven desconocido, y que se fué andando á Madrid, y que le aplaudieron *El Trovador* y se colocó á la cabeza de los poetas de su tiempo. El os dirá que si Cánovas no sale de Málaga y Sagasta de Logroño, quizás serían ambos ahora alcaldes de aquellas respectivas localidades; pero no lo que son. El os dirá que en Madrid hay, no uno, sino varios abogados que ganan más de 12.000 duros al año. El os dirá que si Castelar no perora en el Teatro Real, quizás pasara hoy por un hombre muy elocuente, allá en su provincia, pero nada más. El os dirá..... ¿qué sé yo.....? Que en su ciudad hay envidias, chismes, murmuraciones de casa de vecindad; que se ahoga, que le llega el fango á la cintura, y luego la *suprema ratio* de los jóvenes; que él se conoce y sabe que morirá, sí; que se morirá si no sale de aquel estrecho círculo en que vegeta, y no va á la corte.

Lo primero es buscar un destino en Madrid. Un destino es un sueldecito, y un sueldecito es una base. Para levantar un edificio, hay que empezar por el cimiento: á buscar el destino. Se pregunta, se inquiere, se escribe á éste y al otro, y se pasan meses, y van y vienen cartas, y se acrecientan los deseos: lo único que no suele venir es el destino.

¡Es claro! ¡Cómo buscar un destino en Madrid desde el rincón de una provincia! El destino hay que buscarlo en el mismo Madrid. No se dice que con que el joven se presente en la corte van á nombrarlo en seguida subsecretario de la Presidencia. ¡Qué tontería! ¡Pero en un Madrid, no se ha de poder sacar un muchacho listo treinta duros al mes! Pues eso es lo único que por el pronto se necesita.

¡A Madrid! Cincuenta duros bastan para el viaje y para los primeros gastos.

Y el muchacho listo acaba por tomar el camino de Madrid. Va en tercera clase. ¿Cómo volverá?

II

EN MADRID

Seguramente que no pasa semana sin que desembarquen en Madrid uno ó varios muchachos listos de provincias, movidos por los razonamientos que muy á la ligera indicamos en nuestro anterior artículo.

Lo primero que naturalmente se les ocurre es buscar casa de huéspedes. La encuentran barata, sucia é incómoda; pero con ración abundante de garbanzos al mediodía y alegres camaradas con quienes charlar en la mesa.

Ya está en Madrid; ya casi se siente vencedor. Como el muchacho listo es también persona de gusto, bien pronto echa de ver que la corte de España no es una ciudad artística, ni bella; que hay en Madrid *cosas buenas* (el Museo, el Retiro, el Palacio Real, ahora la obra del Banco, y pare usted de contar), que todo lo demás vale tanto ó menos que valía en su provincia.

Si es gaditano, no hay que decir. Los dos primeros meses se dedican á comparaciones ventajosas para la ciudad de Hércules, y para la villa del oso muy desfavorables. — Esto no vale nada, dice á sus compañeros mártires de la casa de huéspedes: hay animación, mucha gente, muchos carruajes; pero nada más. ¡Qué caserío tan desigual! ¡Qué fachadas tan obscuras y estropeadas! ¡Qué pasillos lóbregos! ¡Escaleras de madera y portales ó casa-puertas sin una pizca de mármol! ¡Todas las calles en cuesta

¡Las tiendas mezquinas.....! Si vieran ustedes aquellas calles de Cádiz, derechitas, planas, limpias como las galerías de un gran palacio; aquel caserío uniforme, sólido y bello y bien cuidado; aquel alegre color blanco de las fachadas que tan bien armoniza con el azul del cielo y del mar; aquella plaza de San Antonio que parece una sala de baile dispuesta siempre para la fiesta; y luego, aquel fino trato de las gentes, aquella general alegría, aquellas muchachas que no son muchachas, sino ángeles del cielo, con un salero y un no sé qué capaz de volver loco al hombre mas cuerdo.....

Pero Madrid tiene, sin embargo, una ventaja; en Madrid es donde se hace carrera, en donde el hombre listo se abre paso, y nuestro provinciano está decidido á no quedarse atrás.

¡Adelante! ¡Adelante! murmuran á sus oidos, muy bajito, con voz dulce y armoniosa, las musas del deseo y de las ambiciones.

Y va y viene por las calles, y entra aquí y de allí sale, y busca tarjetas y se introduce en la casa de éste y en la de aquél, y pasa un rato por las mañanas en la redacción de un periódico en que ha encontrado un paisano, un amigo de la infancia; por las tardes se cuela en el salón de conferencias, y poco á poco va soltando la lengua, y un día se atreve, y cruza unas palabras con Cánovas ó escucha el metal de la voz de D. Práxedes ó se siente con derecho á reirse de un chiste de Francisco Silvela. Por las noches logra ir á la tertulia de este ó del otro personaje político, no pierde sesión del Ateneo y hasta logra un lugarcillo entre los bastidores de algún teatro de moda.

Llegar á esta altura cuesta mucho; pero pasar de ella, y encumbrarse algo más, es casi imposible. El muchacho provinciano ve cómo pasan las semanas y las semanas, y los meses y los meses, y que no adelanta un paso. Y lo peor es que no encuentra los treinta duros mensuales que *en un Madrid halla cualquiera á la vuelta de una esquina*, y que á él le son absolutamente indispensables para vivir. No puede negarse, su misma modestia no se lo obscurece, que en los sitios á que concurre no hace mal papel; es indisputable que su figura no es antipática, ni su voz desagradable, ni que sus observaciones son desatendidas, ni que sus chistes dejen de ser celebrados: el personaje político cuya amistad cultiva dijo las otras noches: *ese andaluz me gusta, es un chico que hará carrera.* La primera actriz del teatro X..... se dejó decir un día: ¡Qué buenos ojos tiene fulano! Y á todo esto sus amigos ponderan el *sprit* de sus conversaciones, y lo inesperado y sorprendente de sus salidas..... ¡Ah! Es casi seguro que el porvenir se va poniendo claro; uno, dos, tres años de lucha, y el triunfo es seguro.

Pero ¿y el presente? ¿y las vituallas para sostener la campaña? Los duros que trajo pertenecen ya naturalmente á la historia antigua. Nueva remesa recibió, y siguió el mismo camino. En las familias de la clase media hay, no una, sino muchísimas Isabeles Católicas que venden sus alhajas para ayudar á los Colones, descubridores de nuevos mundos: el muchacho listo suele tener, allá en su provincia, una hermana cariñosa, una madre de la que no hay que decir si es ó no cariñosa (basta con saber que es madre), y la madre ó la hermana, y á veces hasta la novia, venden sus alhajillas, y vienen para Madrid en forma de letras del Giro Mutuo, que se ponen furtivamente, á la salida de la misa de diez, sin que se entere el padre, al que ya va pareciendo loca aventura la ida de su hijo á la corte. Merced á estos últimos recursos, llegan al muchacho listo otros treinta, cuarenta ó cincuenta duros para seguir peleando.

Pero ¡ay! también se acabaron..... Y no es eso solo lo peor; sino que se empiezan á recibir cartas así: *hijo mío, vuélvete, aquí siempre tienes tu casa, pero Madrid, sin padrinos.....* ¡Barastoles! ¡Volverse! ¡Reconocerse vencido! ¡Humillar la frente! Jamás..... Adelante, adelante.....

Cartas á la provincia, al padre, á la madre, á la hermana, á la novia, manifestando que, gracias á Dios y á su esfuerzo, ya no necesita socorros. Por desgracia no puede aún remunerarles los sacrificios que por él han hecho; pero todo se andará. Los tiempos se van despejando.

Compromiso moral firmado por el amor propio, de permanecer en Madrid. Y para permanecer en Madrid, falta total de apoyo, de dinero, de todo. ¿Qué hacer?

¡Hondo problema de tres términos que son la miseria, el sable y el sacrificio!

A. SALCEDO.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPITULO XIV

En Ronda. — Un parlamentario. — Los franceses huyen de Ronda. — En Campillos. — Alojamientos. — Tela. — Un loco.

Oíamos tocar casi sin cesar hacía media hora una corneta, cuyo ruido parecía que salía de entre los olivares, y que estaban debajo de nosotros en un pequeño valle fuera de la ciudad vieja. Decíamos mil chanzas sobre estos toques informes, sin poder adivinar cuál sería su objeto, cuando un húsar de nuestros puestos avanzados vino á galope á decir al Coronel que un parlamentario enemigo quería ser recibido en la plaza. El Coronel mandó que le introdujesen, y el cabo le trajo poco tiempo después con los ojos vendados. El parlamentario nos dijo que venía á proponernos que nos rindiesemos, que el General de los montañeses ocupaba con 15.000 hombres todas las salidas por donde podíamos intentar escaparnos; que había cogido pocos días antes un convoy de 50.000 cartuchos que venía para nosotros, y que sabía que no podíamos defendernos mucho tiempo en la plaza, porque casi no nos quedaban municiones. Esto era cierto: los soldados de infantería de la guarnición no tenían más que tres cartuchos por plaza, y nuestros húsares no podían hacer uso de sus sables en las peñas, donde sus caballos les estorbaban las más de las veces, sin serles de ninguna utilidad.

El Coronel respondió al parlamentario que ante todas cosas nos íbamos á poner á cenar, y me insinuó que condujese al recienvenido á la pieza adonde estaba dispuesta la comida, y que le cuidase. El parlamentario era un joven de bastante buena figura: traía un sombrero redondo á la andaluza, y una chupa corta de paño verde bordada de un pespunte azul celeste; su divisa era una banda, que en los extremos tenía algunos hilos de plata: en lugar de sable traía una espada derecha á la antigua.

Después de algunos momentos de silencio le pregunté cuánto tiempo hacía que servía á Fernando VII, y me respondió que hacía un año que había entrado á servir en un regimiento de húsares en la clase de Teniente. Aunque enemigos, le dije, somos compañeros por dos títulos, por el grado, y porque servimos en la misma arma. Le hice algunas preguntas sobre el jefe de su ejército, y me ponderó mucho el mérito del General González, diciéndome que era un hombre que tenía talentos muy particulares en el arte de la guerra, y los conocimientos más profundos en la táctica. Jamás habíamos oido nombrar á este jefe, y supimos después que los enemigos le habían hecho brigadier para hacer creer que era un ejército arreglado. Á fuerza de exagerarnos todas las cosas de su partido, nos manifestó por lo que no nos dijo la única cosa que nos importaba saber verdaderamente, y era si se había unido á los españoles algún cuerpo inglés salido de Gibraltar, lo cual nos hubiera puesto en una situación verdaderamente peligrosa.

El oficial español no se separó al principio de la sobriedad que caracteriza su nación, pero cuando bebimos á su salud, se picó, y nos hizo partido: al principio de la comida no éramos más que compañeros, y á los postres, ya nos llamábamos hermanos: nos juramos una amistad eterna, y entre otras pruebas de adhesión nos prometimos batirnos en combate singular la primera vez que nos encontrásemos.

Después de la comida el Coronel despidió al parlamentario sin darle ninguna respuesta, y yo tomé el encargo de conducirle hasta las avanzadas enemigas. Me separé de él cuando llegamos al primer puesto español al extremo del arrabal de la Ciudad vieja, y volví á dar á mi Coronel cuenta de mi comisión.

Hubo Consejo de guerra, y se convino en que abandonaríamos la ciudad, para ir á esperar municiones á Campillos, pueblo situado á siete leguas de Ronda, á la salida de unas montañas, en una llanura donde nuestra caballería debía necesariamente darnos ventaja sobre los españoles por numerosos que fuesen. Teníamos también muy poca confianza en los 300 hombres de la guardia real que estaban con nosotros, porque los más de ellos eran desertores españoles.

El Coronel mandó que la guarnición se pusiese sobre las armas una hora después sin tocar cajas ni trompetas para no dar noticia de nuestra marcha á los enemigos. Avisé al momento á los sargentos que estaban á mis órdenes, y fuimos de casa en casa á despertar á los conscriptos del destacamento que había traido conmigo; habían éstos contado con permanecer mucho tiempo en Ronda para descansar de las fatigas del viaje, y cuando fuimos á media noche á despertarlos, estaban profundamente dormidos, y no oyendo tocar la trompeta según costumbre, no querían creer lo que les decíamos, y algunos nos tenían por las fantasmas de su Teniente y de sus cabos, que venían á atormentarlos con órdenes de marcha hasta en sus sueños; era necesario darles golpes para hacerlos creer que éramos entes reales.

Marchamos dos horas en un profundo silencio á la claridad de los fuegos, que habían encendido los españoles en el declive de las montañas inmediatas. Cuando amaneció nos detuvimos un cuarto de hora en una pequeña llanura donde podíamos maniobrar, para ver si los enemigos venían á buscarnos; pero se alejaron cuando nos acercábamos, sin querer empeñar acción. Los paisanos de las aldeas inmediatas al camino nos tiraban desde lejos fusilazos á todos alcances: las mujeres se ponían en las peñas para vernos pasar debajo de ellas, y complacerse de nuestra retirada. Cantaban canciones patrióticas, en las que deseaban la muerte á Napoleón y al gran Duque de Berg.

Llegamos por fin á Campillos y vimos en el modo con que nos recibieron los habitantes, que nos había precedido la noticia de nuestra pérdida en Olvera, y de nuestra retirada de Ronda. Fuí muy mal recibido en mi alojamiento, y habiendo mi asistente pedido un cuarto para mí, le enseñaron un nicho negro y húmedo que caía al corral. No se habían podido hacer aún distribuciones de víveres, y el alcalde había publicado una orden para que los habitantes diesen de comer á los soldados alojados en sus casas. El húsar que me servía de ordenanza pidió por señales al dueño de la casa algo que comer, y le trajeron con un aire burlón una mesita muy pequeña con pan y unos ajos. Ví que decía á su mujer: «*demasiado bueno es para estos perros de france-*

ses, ya no hay que guardar consideraciones con ellos: han sido batidos, van huyendo, y si Dios quiere y su Santísima Madre, ninguno de ellos existirá dentro de dos días.» Hice ademán de que no entendía sus maldiciones, para dejarle ignorar que sabía el español.

Salí, y volví una hora después á mi alojamiento, en el que encontré á cinco paisanos del pueblo sentados en un círculo, y fumando cigarros: según supe después, parece que estaban acostumbrados á juntarse todas las tardes en casa de mi patrón, que vendía tabaco. Mi húsar estaba á alguna distancia de ellos; se levantó cuando me vió entrar, y me ofreció su silla, la acepté, y me acerqué al fuego; los españoles callaron al principio: uno de ellos, para asegurarse si yo sabía español, me preguntó si estaba cansado, y habiendo hecho yo ademán de que no le entendía, añadió sonriéndose, que había dos días había hecho á menudo uso de mis espuelas: yo no respondí: entonces creyeron que no sabía ni una sola palabra del español, y volvieron á tomar su conversación. Hablaban con un entusiasmo sin límites de los valientes montañeses, que nos habían echado de Ronda. Contaban con los más circunstanciados pormenores un combate muy sangriento de doce horas, que se había verificado la víspera en las mismas calles de la ciudad. Decían que habíamos perdido seiscientos hombres, y no éramos más que quinientos cincuenta. Afirmaban que el General de los montañeses vendría á atacarnos dentro de dos días lo más tarde, que los habitantes del pueblo tomarían las armas, y que aniquilarían á estos condenados herejes, que eran peores que los moros, porque los franceses, decían ellos, no creen en Dios, ni en la Virgen, ni en San Antonio, y no tienen recelo en alojarse en las iglesias con sus caballos. Repetían otras mil invectivas de esta especie, con las cuales exaltaban más y más su imaginación. Concluyeron con decir que un español valía más que tres franceses, y añadió: yo soy capaz de matar media docena.

Entonces me levanté, y les repetí dos veces: *poco á poco*; quedaron petrificados cuando se persuadieron que había entendido su conversación. Me separé de ellos para ir á avisar á mi Coronel lo que acababa de oir, y al momento mandó al Alcalde que desarmase al pueblo. Los habitantes entregaron las armas malas que tenían, y se quedaron con las buenas, lo cual sucedía siempre que se trataba de desarmar algún pueblo.

Cando volví á mi alojamiento, no hallé ya á los políticos; todos habían huído: mi patrón se había ocultado también, y su mujer consternada había procurado, mientras estuve fuera, suavizar al húsar; al principio no le había dado de beber más que agua, pero después le sacó excelente vino: el húsar, que no sabía que aquellos esmeros procedían del miedo, se admiró de este favor inesperado, y aun llegó á concebir un ligero movimiento de vanidad.

Mi patrona tomó mi sable en el momento en que me le quité, y le llevó con mucho conato á la mejor pieza de la casa, como para que tomase posesión en mi nombre. En seguida vino á suplicarme temblando, que no conservase ningún resentimiento contra su marido, diciéndome, que aunque no me había recibido bien cuando llegué, era sin embargo muy hombre de bien, y de excelente corazón. Yo la aseguré que su marido podía volver, que no le haría ningún mal, con condición de que me informase al momento de todo lo que supiese relativo á los proyectos de los enemigos y de los habitantes. Añadí, para atemorizarla, que si no tomaba este partido haría que le ahorcasen, y me fuí á acostar.

Me levanté el día siguiente al amanecer, y al abrir la puerta de mi cuarto, me encontré con mi patrón, que me esperaba para hacer las paces conmigo. Antes de decirme nada, me presentó una jícara de chocolate con bizcochos, la acepté, y le dije que en adelante mi conducta, respecto á él, sería conforme á su porte, y me respondió que él y toda su casa estaban á mi disposición.

Este día 15 de Marzo supimos que los serranos habían entrado en Ronda la víspera, una hora después de nuestra salida, y se preparaban para venir á atacarnos á Campillos.

El 16 el Coronel envió un destacamento de cien húsares y cuarenta infantes á reconocer á los enemigos. Yo componía parte de esta expedición: nos pusimos en marcha dos horas antes de salir el sol, y encontramos á los montañeses á cuatro leguas de Campillos. Habían pasado la noche al vivac en el declive de una montaña no lejos del lugar de Cañete la Real. Nos detuvimos á dos tiros de fusil para examinar su posición y número, que valuamos sobre poco más ó menos en cuatro mil hombres, y cuando acabamos de hacer el reconocimiento volvimos á tomar tranquilamente el camino que habíamos traído.

Los serranos, viéndonos volver atrás, creyeron que los teníamos miedo, dieron grandes gritos, bajaron de la montaña todos á un tiempo, y sin observar ningún orden, nos siguieron por espacio de una hora por un país cortado y difícil; moderaron su ardor cuando el terreno fué favorable para la caballería, y se detuvieron en las alturas para reunirse, no atreviéndose á adelantarse á la llanura. Enviaron desde allí paisanos á tirotearse con los escaramuceadores de nuestra retaguardia, que habían dado frente al enemigo mientras que la Infantería y el grueso destacamento pasaban un puente de madera construído sobre un arroyo, que corre al pie de una montaña árida, en cuya cima está situada la aldea de Teba, como un nido de aguiluchos.

Las mujeres de la aldea vestidas á la moda del país de trajes encarnados y azul celeste estaban sentadas sobre sus talones en las cimas de las rocas, á donde habían venido, para ver desde un sitio seguro é inmediato la acción que creían iba á empeñarse. Nuestro pelotón de retaguardia reunió sus tiradores, y empezó á pasar el puente; las mujeres se levantaron entonces, y entonaron un himno á la Virgen María; á esta señal empezó el tiroteo, y los españoles, que estaban escondidos en el flanco de la montaña, hicieron caer sobre nosotros una lluvia de balas á todos alcances; continuamos pasando tranquilamente el puente bajo el fuego del enemigo sin responderle; veíamos las mujeres bajar de las peñas, arrancar los fusiles de las manos de sus maridos, y ponerse delante de ellos para obligarles á avanzar, y á perseguirnos del otro lado del puente. Nuestro pelotón de retaguardia, viéndose muy acosado, volvió caras, y los húsares de primera fila dirigieron un fuego bien sostenido de carabina contra los montañeses que se habían adelantado más, y mataron dos, lo que fué causa de que amainase el ímpetu de la muchedumbre. Las mujeres volvieron á subir con precipitación á la cima de la montaña, y unos cien enemigos nos siguieron á lo lejos hasta media legua de Campillos.

Un destacamento de cincuenta húsares, que se envió á la descubierta el día siguiente 17 halló á los serranos acampados del otro lado del puente de madera debajo de la aldea de Teba. Los húsares se adelantaron hasta cerca del puente, y volvieron sin haber tirado un carabinazo: los montañeses se enardecieron como la víspera, y persiguieron á los descubridores hasta nuestras avanzadas. Nuestra intención era atraerlos á la llanura cerca de Campillos para acuchillarlos. Los montañeses estaban generalmente armados de escopetas, y siempre conseguían ventajas en las montañas, donde no podíamos perseguirlos; pero en la llanura su modo desordenado de pelear no les permitía sostener el choque de nuestra caballería, aunque fuese muy inferior en número.

Á las diez de la mañana ví llegar á mi patrón muy apresurado; tenía la sonrisa en los labios, y se frotaba los ojos esforzándose en vano á llorar; me dijo que todo estaba perdido para nosotros; que nuestras guardias habían sido rechazadas; que mil quinientos montañeses bajaban con furia á la llanura para envolvernos mientras que los habitantes alborotados nos atacaban en el centro del pueblo y me apretó entre sus brazos, como si se compadeciera de la suerte que me amenazaba.

En el mismo momento oí tiros y gritos confusos, y la generala que tocaban los tambores y las trompetas: todos corrían á las armas. Uno de nuestros puestos colocado no lejos de la casa en que yo vivía, se vió precisado á retirarse á la entrada del pueblo. Monté á caballo, y reuní mi destacamento: el Coronel llegó al mismo tiempo, y me mandó que fuese á sostener las guardias rechazadas: cargamos á la desbandada en la llanura con el mejor efecto, porque cuarenta húsares acuchillaron cien enemigos: los que coronaron las alturas inmediatas, huyeron al momento en la mayor consternación: nos retiramos y la llanura que pocos momentos antes había resonado con los gritos de una nube de tiradores, quedó en silencio y cubierta de los enemigos que acabábamos de degollar.

Mientras que habíamos montado á caballo para rechazar á los enemigos, los habitantes, persuadidos de que íbamos á perecer, habían asesinado en las calles á los soldados que habían tardado en acudir al punto de reunión. Al volver á entrar en el pueblo, nuestros húsares mataron á todos los habitantes que encontraron armados, y costó mucho trabajo contener el saqueo. Los montañeses no se atrevieron desde entonces á dejarse ver en la llanura, marcharon todo el día y parte de la noche sin detenerse, y se volvieron á situar en las altas montañas de las inmediaciones de Ronda.

El 19 de Marzo vino de Málaga el General Peremont á reunirse con nosotros en Campillos con tres batallones de infantería, un regimiento de lanceros del Vístula y dos cañones. Recibimos las municiones que nos hacían falta, y el 20 á las seis de la mañana salimos todos juntos para volver á tomar posesión de Ronda. Nos separamos del camino para exigir una contribución de los habitantes de Teba, en castigo de haber tomado las armas tres días antes contra nosotros, sin embargo de que se habían sometido al Rey José.

Nuestro Coronel dejó su regimiento al pie de la montaña, en cuya cima está Teba, y subió hacia la aldea con solos cincuenta húsares. Los habitantes, noticiosos de nuestra llegada, y de que veníamos á exigir una contribución, se habían escapado todos, llevándose consigo lo más precioso que tenían. Los vestidos que se encontraban indicaban las huellas de su precipitada deserción.

El Coronel dió orden de derribar las puertas de algunas casas que estaban alrededor de la plaza, para ver si había en ellas algunos habitantes ocultos. No se encontró más que un pobre viejo que en lugar de tener miedo daba gritos de alegría, cuando los húsares entraron en su casa. Se quisieron aprovechar de la buena voluntad de este hombre, y sacarle afuera para tomar lengua, pero se conoció muy luego que estaba loco, y por esta razón sus parientes no le habían llevado consigo á la montaña.

Pasamos cerca de dos horas sin poder hallar en el pueblo un solo individuo para enviarles á decir á los habitantes que no queríamos á ninguno de ellos, y que se les perdonaría si pagaban una contribución por cuenta del Rey José. No queríamos granjearnos enemigos irreconciliables, y desesperarlos con un castigo riguroso, y por otra parte importaba no dejar impune la sublevación.

He aquí el expediente que se empleó para sacarlos de sus guaridas. Los húsares quemaron paja mojada en las chimeneas de algunas casas: estos fuegos

produjeron un humo espeso que, llevado por el viento á la montaña, persuadió á los habitantes que íbamos á quemar su lugar. Se apresuraron á enviarnos una diputación, y vino en seguida el Alcalde con cuatro de los más ricos del pueblo. Traía una capa encarnada y un vestido con galones: se había revestido de todas las señales de su autoridad, porque creía viniendo á entregarse á los franceses que iba á morir por salvar el pueblo. El Alcalde prometió que los habitantes pagarían la contribución que se les pedía: le llevamos con nosotros en rehenes, y volvió á su casa dos días después.

Fuimos á dormir este día á una pequeña aldea á cuatro leguas de Campillos. El 21 salimos al amanecer para ir á Ronda, donde entramos sin resistencia. Los montañeses abandonaron precipitadamente la ciudad cuando nos acercamos, arrojando en las calles sus fusiles y sus capas, para subir á la montaña por senderos de travesía. Los húsares de nuestra vanguardia acuchillaron á los más perezosos en salir.

(Continuará.)

INVENCIÓN DE LA IMPRENTA

REPETIDAS veces hemos encomiado la importancia de la profesión notarial para el estudio de la historia, indicando que sus actas son otros tantos monumentos de la ciencia de las edades antiguas, que á diferencia de las medallas, de las inscripciones y de las crónicas, llevan en sí mismas la autenticidad. Pero aunque para demostrar la referida tesis jamás faltaron pruebas, pocas veces como ahora tuvimos á nuestra disposición un ejemplo como el que presentamos á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, á propósito del descubrimiento de la imprenta, que ya es tiempo de referir.

Sabido es que China reivindica esta gran invención, y entre los europeos, los alemanes y los holandeses, aquéllos con Juan Gutenberg de Sorgeloch y éstos con Lorenzo Koster, de Haarlem. Dicen unos que, si bien á China se debe la primera idea, este pueblo, en todo estacionario y rehacio al progreso, dejó de perfeccionar el arte; otros sostienen, con más ó menos fortuna, la pretensión de los holandeses, en tanto que el nombre de Gutenberg pasa ya como cosa juzgada entre los descubridores de grandes sucesos que más honran á la humana inteligencia. De donde resulta que la cuestión diste mucho de hallarse resuelta, y que no es tan segura la decisión á favor de Gutenberg que no tengamos que modificarla al revisar la sentencia.

Hay en la cuestión puntos bastante obscuros, lo que nada es de extrañar tratándose de la vida de un obrero, que lo era Gutenberg, aunque de bien reputada familia; los mismos descubridores quisieron rodear de misterio la invención, que pronto había de ser perseguida, ya que el temor de los abusos de la imprenta no es de nuestra edad, y apareció simultáneamente con sus primeros adelantos. No siempre fué suficiente la protección de los Papas, Reyes y magnates para poner á los tipógrafos á cubierto de las persecuciones de que fueron blanco. Los escribientes é *iluminadores*, como naturales enemigos de los tipógrafos, conociendo que sus profesiones se iban á extinguir, unían sus esfuerzos á los de los Gobiernos, y poco faltó para que el invento quedase ahogado en germen; pero la Providencia no lo permitió, y gracias á ese nunca bien ponderado descubrimiento se ha dicho: *Verba volant; scripta manent.*

Es costumbre en Francia que se reunan una vez al año en París los representantes de las Academias para conocerse y darse cuenta de los principales estudios practicados el año anterior, y en la reunión que ahora acaba de celebrarse es donde se han hecho curiosísimas revelaciones acerca de este punto histórico. M. Requin, de Avignon, es quien ha tenido la gloria de suscitar el problema á que nos referimos, y los datos que le han puesto en camino para escribir su Memoria no han sido otros que los protocolos de los notarios de la Ciudad Pontificia. Vean ahora nuestros lectores si ofrece excepcional interés la conservación de las actas notariales, que tanto pueden servir para dilucidar cuestiones históricas.

Nos referimos al año 1444. Hojeando M. Requin los protocolos de esta fecha, lo que, entre paréntesis, nos enseña que, adelantándose, hallaba en cuanto á la custodia de las actas el Notariado francés, ha encontrado pruebas indudables de contratos que se referían al establecimiento de imprentas en aquella célebre ciudad, que en el siglo inmediatamente anterior había sido corte de los Papas. A principios del año indicado, un platero de Praga (Bohemia), llamado Procopio Waldfoghel, establecido en Avignon, reveló á un judío de la misma ciudad, Davin de Caderousse, una nueva manera de escribir (*scientia et practica scribendi*). Dos años después, en 10 de Marzo de 1446, se comprometió á proporcionar á éste en breve plazo todo lo necesario para reproducir los textos hebreos (*facere et factas reddere et restituere viginti septem litteras hebraicas formatas, scissas in ferro, una cum ingeniis de fuste, de stagno et de ferro*). Prometió el judío guardar el más profundo secreto sobre los principios y la práctica del arte en que se le iniciaba (*nunquam alicui mundi dicere, notificare nec quovis modo revelare, per se, nec per alium, ullo modo, praesentem scientiam, in teorica, nec practica, et nulli mundi eam docebit, neque revelabit eam fuisse ostensam per quemvis*). El 26 del mismo mes Procopio renovó al judío la promesa del secreto, entregándole los tipos propios para la reproducción de textos latinos (*omnia artificia, ingenia et instrumenta ad scribendum artificialiter in littera latina*). Pocos meses después de iniciado el judío en la práctica de la tipografía, en 4 de Julio de 1444, Procopio confesaba tener en su casa los tipos que pertenecían á un estudiante de Avignon, Manaud Vital, oriundo de la diócesis de Dax en Gascuña. Los tipos se describen así en la escritura: *Duo abecedaria chalibys et duas formas ferreas, unum instrumentum chalibys, vocatum vitis, quadraginta octo formas stagni, nec non diversas alias formas ad artem scribendi pertinentes.* En 1446 el mismo Manaud renunció á la sociedad que, con Procopio y otro estudiante de Avignon, Arnaldo de Conselhac, había contraído para explotar la industria de la escritura artificial (*super arte scribendi artificialiter*), y abandonó sus derechos sobre los *tipos sociales*. La parte cedida fué comprada por Procopio y por un cerrajero ó relojero de Avignon, dicho Girard Ferrosse, oriundo de la diócesis de Tréveris. Al retirarse Manaud de la sociedad á instancias de Procopio, juró que el arte que había aprendido era verdadero, y que su práctica era fácil y muy provechosa al que quisiera ejercitarse en él. En 27 de Agosto de 1444 Procopio se entendió con el acaudalado Jorge de la Jardine, que le dió 10 florines y le prestó 27, con lo que podría ejercitar el arte, cuyo secreto se reservaba Procopio, convenidos todos los socios en que no se lo revelarían á persona alguna, quien quiera que fuese, á no ser que unánimemente lo decidiesen todos de otra suerte.

Como los primeros libros imitaban la letra manuscrita, se comprende que se guardase el secreto con cierto éxito en los más de los casos. El misterio que envuelve las ya conocidas historias de Gutenberg y de Koster vuelve á salirnos al paso en la de Procopio y sus colegas. Pero los documentos notariales, cuya conservación tiene algo de milagroso, carecen de fecha bien determinada. Ahora bien, dirán nuestros lectores: ¿cómo pueden hacer fe en una cuestión histórica en que lo principal es la fecha? Strasburgo y Maguncia triunfarán de Avignon mientras las fechas no se manifiesten de una manera indudable.

Poco á poco, diremos nosotros.

Del estudio de los protocolos de Avignon, hecho por M. Requin, resulta que los notarios de la ciudad pontificia, si bien alguna vez dormitaban, como el buen Homero, no siempre lo hacían y en todos los demás instrumentos, de seguro menos importantes, observaban invariablemente el orden de fechas. No es de poca importancia esta observación para convencernos de que los relativos á contratos sobre el ejercicio de la tipografía eran de las fechas antes indicadas. Es de creer que los sabios franceses continuarán este punto que podrá ser una gloria más para su nación, tanto más, cuanto que se trata de arrebatar á los alemanes una de las mayores y más puras que registran en sus anales.

Otra enseñanza para los notarios. Si tanto valen para la historia los documentos que autorizan, la omisión de la fecha es verdaderamente imperdonable. En este punto como en todos, la cronología y la geografía son los dos ojos de la historia. Así como los puntos de la superficie terrestre se fijan por la intercesión de los paralelos y meridianos, así el lugar y el tiempo determinan con toda certeza los acontecimientos de la historia.

Las revelaciones de M. Requin han excitado el celo de los sabios en toda Europa, y claro es que los de Alemania han de levantar la voz contra los notarios franceses que dieron fe del descubrimiento de la imprenta en Avignon y guardaron el secreto hasta el año de gracia de 1890. Primero negarán estos documentos, dirán después de los notarios lo que se les antoje y se prevaldrán de la misma obscuridad de los orígenes de la imprenta en Alemania para cerrar los ojos á la luz que en Francia ha despuntado. Pero á las pruebas escritas y á la fe pública deberán ceder el amor patrio y las preocupaciones de los sistemas, quieran ó no los doctores alemanes.

El Waldfoghel, que de una manera tan inesperada viene á figurar en la historia de la tipografía, ¿hubo de pasar por Alemania para venir á Francia? Probablemente sí, aunque bien hubiera podido tomar diferente camino. ¿Conoció á Gutenberg alguno de los socios, ó á Just, ó á Schoeffer, compañeros del que hoy pasa generalmente por inventor del arte? Otro problema del mayor interés, reservado asimismo á la investigación de los sabios. La cuestión bien merece el más prolijo estudio.

Como quiera que sea, la invención de la imprenta parece haber sido resultado de los trabajos de los obreros más que de los desvelos de los eruditos. Parece muy fácil su descubrimiento, y sin embargo, los pueblos más insignes de la antigüedad, exceptuando los chinos, la desconocieron. Cicerón, en un pasaje de sus obras, al decir que era tan difícil la creación del mundo por el solo concurso de los átomos como la formación de un verso de Ennio, arrojadas al acaso y separadas las letras que lo componen, parece que vislumbraba la aparición de la imprenta, y sin embargo, hasta nuevas averiguaciones, creemos que le fué absolutamente desconocida.

En todo esto y en lo demás que se diga, no se podrá pasar de presunciones; en cambio las obras del Notariado y los instrumentos públicos estudiados por Requin vienen á mediar en esta cuestión histórica, y con todo el peso y autoridad de la fe pública, si tuvieran esta clase de pruebas en favor de sus compatriotas, ¡cuánto no las harían valer los alemanes!

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

LA CATEDRAL DE BÚRGOS. — VISTA EXTERIOR.

LA CATEDRAL DE BURGOS. — VISTA INTERIOR.

ALBUM DE POESÍAS

EL TRIDENTE

(APÓLOGO)

" Dijo; y el fruncimiento de sus negras cejas anunció su voluntad. "
(Hom., Odys.)

Sobre olas, al Olimpo transportado
Neptuno, á verse fué
con Jove, que entre nubes recostado
tomaba su café.
Al verle chorreando, Hebe una taza
del néctar le ofreció;
mas Neptuno, habituado á la mostaza
y al *brandy*, rehusó.
— Hermano Jove — dijo el Dios del Ponto —
he aquí por qué ocasión,
á los altos dominios me remonto
do tienes tu mansión.
Eolo, á quien del aire el cetro diste
con mimo paternal,
conmigo, por rencor ó envidia triste,
se está portando mal.
Él me lanza los vientos; mas sin arte,
sin método y sin ley;
él me alborota el mar sin darme parte,
á mí, que soy el Rey.
Vuelan como las mieses en las parvas
las naves á su voz;
los vientos se me suben á las barbas
con desvergüenza atroz.
Todo marcha sin rumbo y sin gobierno,
á perdición quizás.
Está el mar convertido en un infierno,
y yo no puedo más.
A ver si en este excelso Capitolio,
le haces volver en sí.
Cito, pues, al culpable ante tu solio.
Hazle venir aquí.

Frunció el ceño el Tonante y telegrama
por un rayo expidió
á Eolo, que saltando de la cama
con prisa obedeció.
En el Real del Olimpo, en un instante,
se le vió aparecer,
montado en remusguillo penetrante
que á Hebe hizo toser.
— Enterado del caso — ¡Por Saturno! —
dijo de mal humor.
— Puesto que hablar me ordenas y es mi turno,
oye, Padre y Señor.
Que el reino de las ondas conturbado
está, de aquí se ve.
Mas que me eche á mí el muerto, el encargado
de regirle, es tupé.
Tú pusiste en sus manos el Tridente,
capaz de domeñar
de Norte á Sur, del Austro al Occidente,
los vientos y la mar.
¿Qué hizo de él? El que empuña ahora su mano
es falso, es de cartón.
¿En dónde está el forjado por Vulcano,
que tú le diste en don?
Viéndose desde Homero omnipotente,
juzgó que poder tal,
de su persona, aparte del Tridente,
era consustancial.
No importándole de éste ni un ardite,
le abandonó al favor;
mientras él en los brazos de Anfitrite
dormía á su sabor.
Desde el punto en que ya no fué regido
por su brazo inmortal,
el temible Tridente, era sabido,
voló al primer Mistral.
Viéndole ya á merced del oleaje,
los vientos en tropel
se arrojaron con furia al abordaje
para mandar con él.
Uno le toma; aquél va á sorprenderle;
quiérele éste arrancar;
soplan unos sobre otros por cogerle,
sedientos de reinar.
El Euro, el Noto, el Bóreas y el Leveche
riñendo están por él,
y hacen á ratos de la mar en leche
caótico burdel.
Yo envío el aire necesario, atento
siempre al divino plan.
Él es el que convierte el aire en viento,
y el viento en huracán.
Si mis odres se llenan, yo sin prisa
les suelto á la ocasión;
mas con este sistema, toda brisa
llegar puede á ciclón.
A él le toca enfrenar los elementos;
para eso es Dios del mar.
Si en vez de mandar él mandan los vientos
¿qué le he de remediar?
Cese, pues, de turbar con sus extremos
tu olímpica mansión.
Que recobre el Tridente y hablaremos.
He dicho. Ahora dispón. —

Un trueno resonó, que sordamente
prolongó su rugir;
anuncio de que Júpiter potente
su voz mandaba oir.
El cual dijo á Neptuno airado y pronto:
— Mi voluntad Real,
fué que el Tridente, domador del Ponto,
rigiese un inmortal.
¿Le perdiste? A cobrarle sin desmayos.
No me vuelvas sin él.
Sólo puedo ayudarte con mis rayos.
Les lanzaré á granel.
¡Sus! ¡A la mar! — Y en el reposo entrando
dió vuelta en el sofá,
mientras Neptuno, la lección rumiando,
se fué. ¿La aprenderá?

C. SUÁREZ BRAVO.

Á UNA NAVE

Una barca atraviesa
Por anchos mares,
La combaten sin tregua
Los huracanes;
Que, desatados,
Intentan que en las rocas
Se haga pedazos.

De lejos se divisa
Sobre las aguas,
En que se mira á veces
Casi abismada;
Mas su piloto
Expone por salvarla
Vida y reposo.

Previsora y prudente
Su mano lleva
El timón poderoso
Que la gobierna,
Y es navegante
A quien nunca el peligro
Volvió cobarde.

Si negros nubarrones
Cubren el cielo;
Si se escucha el terrible
Fragor del trueno;
Si el viento ruge
Y el lívido relámpago
Rasga las nubes;

Si el furioso oleaje
Alza montañas
Que, de hundirla por siempre,
Bramando tratan,
Valiente y sabio
Logra sacarla á flote
De los naufragios.

La majestad augusta
De su persona
Imponente domina
Las altas olas,
Que se retraen
Ante el color ebúrneo
De su ropaje.

La nave misteriosa
Tiene por vela
El Lábaro sagrado,
Que es nuestra enseña.
La manda Pedro,
Y á su impulso, triunfante
Llegará al puerto.

JULIA FLORES.

¡UN ANGEL!

Contra lo que ordinaria y habitualmente acontece, la calle de la Montera se muestra casi desierta.

La noche está fría en extremo, y el viento que con fuerza azota, y la lluvia que con insistencia cae, obligan á los pocos transeuntes que discurren por las calles á caminar con rapidez y guarecerse al abrigo de teatros y cafés.

Los *tram-ways* pasan completamente llenos, y todavía, para satisfacción de los accionistas, las gentes se agolpan á coger un estribo, trabándose verdaderas batallas entre los aspirantes al codiciado puesto.

Los coches de *punto* son tomados por asalto y cruzan en todas direcciones con velocidad bien diferente á la ordinaria; y los caballos, hostigados sin cesar por el látigo del cochero, respiran con fuerza, produciendo alrededor de sus cabezas, con el vaho que sale de sus pulmones, una nube, que disipándose en seguida da lugar á otra. Es la lucha titánica que sostienen los dos elementos, el frío y el calor.

Los portales, en los que existen galerías fotográficas, se encuentran rebosando gente, y aun se ven invadidos por individuos que obligan á los del interior á tomar posiciones en la escalera, á pesar de las protestas que en contra de esta maniobra hacen los porteros.

Como en todas partes donde se agita una multitud, allí hay gritos, risas, imprecaciones, chistes: los niños lloran, las mujeres chillan, los hombres vociferan y los *tomadores* hacen su *agosto*.

Una niña de unos diez años, con el cabello suelto que ondea graciosa ó violentamente á impulsos del aire, con un pañuelo de lana que casi cubre su cuerpo y unas sayitas — que indiscreto el viento levanta como si, curioso, quisiera indagar si la niña llevaba ropa interior, — con los piececitos descalzos, caminaba con dificultad, pues el vendaval y la lluvia parecían querer impedir, al azotar con furia el rostro de la niña, que ésta cumpliera lo que su corazón hermoso la ordenaba.

La niña tiritando de frío trataba de avanzar, no retrocedía.

Con la mano izquierda sostenía debajo del pañuelo algo que oculto quería llevar, y con la dere-

cha trataba de impedir que sus ropas se levantaran.

Sin comprenderlo seguramente, la niña sostenía una lucha entre los elementos naturales, entonces sublevados, y el pudor naciente en aquel corazón femenino.

De sus ojos, de un azul purísimo, se desprendían lágrimas de ternura: ¡ya conocía el dolor....!

¡Triste destino el de algunos seres....!

La angelical criatura quería llorar y al propio tiempo lo sentía; ¡sarcasmo cruel!

Llorando se desahogaba, sí; pero sus lágrimas, si bien servían de lenitivo á sus penas, también haciendo de velo á sus ojos la impedían ver algo que con ansiedad deseaba encontrar.

Era esto un tormento para la pobre muchacha, que cada vez sufría más.

Por fin, á la terminación de la calle sus miradas se concentraron en una bomba blanca que lucía en uno de los balcones del cuarto principal de una elegante casa.

En aquella bomba había un letrero con caracteres negros: «Préstamos.»

—¡Gracias, Virgen Santísima!—exclamó la niña—y en aquel momento y en aquellos labios esta exclamación, al par que una gran frase que retrataba fielmente los delicados sentimientos de su alma, era una oración.

Era un homenaje, y á la vez la prueba manifiesta de la alegría que la había inspirado la satisfacción de un deseo que anhelaba.

A aquella casa dirigió sus pasos.

Subió las escaleras con toda la rapidez que le permitían sus extenuadas fuerzas y entró en aquel laboratorio legal de la miseria, en una habitación, que sin ser grande, poseía en su seno todas las *grandezas*, y sin ser pequeña, pregonaba en alta voz la *pequeñez* humana.

Un individuo de edad avanzada, de rostro indefinible y en cuyas facciones enjutas y apergaminadas se retrataba en toda su repugnante fealdad la avaricia del tanto por ciento, ideal del usurero, salió á su encuentro, preguntándola:

—¿Qué quieres....?

—Aquí una cosa para empeñar. Mi mamá está muy malita en la cama y no puede coser. No tenemos pan y sí mucha hambre.....

—Bueno, bueno:—interrumpió mal humorado el prestamista;—dame lo que traigas y no me cuentes lástimas; ¡todos decís lo mismo!

La niña, obedeciendo, se desató el pañuelo y sacó de entre sus pliegues un objeto.

Era..... ¡su muñeca!

Y la dueña de aquel juguete..... ¡un ángel!

Tomás BRAVO Y LECEA.

Guadalajara.

LAS PLAGAS DE EGIPTO

(Conclusión.)

Dios, que no quería castigar á los egipcios con una gran plaga más que después de haber resistido todos los otros medios destinados á doblegar su voluntad, les envió esta última desventura: un viento del Este condujo las langostas al suelo egipcio y un viento del Norte procedente del Mediterráneo las sumergió en el mar Rojo, donde perecieron; pero después de haber ejecutado la obra devastadora que les asignó la Providencia: el trigo, la espelta, todos los frutos de los árboles, las legumbres todas de la tierra y cuanto había perdonado el granizo fué devorado por esta plaga.

Esta nueva desgracia llenó de consternación á los egipcios. La piedra les había arrebatado la primera parte de sus cosechas, confiaban en salvar al menos la segunda; pero ahora todo había perecido y vislumbraban hambre aterradora. El desastre era tanto mayor cuanto menos frecuente. No abundan en Egipto ni el granizo ni las invasiones de langostas [1]. Sabemos por los monumentos [2] y por los relatos de los viajeros que, aunque no inauditas, son poco comunes. Se las conoce lo suficiente para justificar la narración del Exodo; pero no lo bastante para quitarle su carácter milagroso.

Otro azote no menos terrible que el de la langosta vino á castigar á los egipcios siempre endurecidos.

En el Norte de Africa sopla un viento con violencia tal, que es el terror y azote de las poblaciones. Toma nombres diferentes según los países. En Argelia se llama simoum, esto es «veneno», porque como un verdadero veneno enciende en el cuerpo calor tan intenso que es capaz de producir la muerte [3]. Viene á morir en el Mediodía de Francia, donde algunas veces es aun formidable. El siroco de Italia y el solano de España no son otra cosa más que derivaciones del simoum africano. En Egipto los árabes dan á este viento el nombre de *chamsin*, palabra que significa «cincuenta», porque el chamsin sopla durante un período de cincuenta días hacia el equinoccio de primavera entre los meses de Marzo y Mayo [4], con diferentes intervalos de dos, tres ó cuatro días consecutivos, separadas por una calma más ó menos larga. En el desierto levanta montañas de arena y sepulta á veces caravanas enteras. De esta manera se tragó el ejército enviado por Campises contra los Amonianos: desapareció como si hubiese sido anegado en las profundidades del Océano, sin que quedase de él huella alguna [5].

Las narraciones de los viajeros testigos y algunos casi víctimas de los estragos de este viento terrible, nos permiten darnos cuenta exacta de lo que debió ser la novena plaga de Egipto. Los exégetas modernos creen reconocer en este azote el instrumento providencial de que se sirvió Dios milagrosamente para herir á los egipcios, acompañándole de circunstancias sobrenaturales y concediéndole una intensidad hasta entonces inaudita.

El chamsín es un viento del Sudoeste, que sopla los días en que el sol quema más y se anuncia por un calor de naturaleza especial, que conocen perfectamente los indígenas y los llena de espanto. En seguida un punto imperceptible se divisa á lo lejos en el horizonte, se agranda con rapidez y como si fuese inmenso velo que se despliega, invade el cielo todo. El aire, al principio tranquilo, se agita, desencadénase la tempestad, se forman á veces torbellinos y estos ciclones terrestres arramblan con todo en sus círculos gigantescos. Muchas veces se aproxima el enemigo sin perturbación sensible en la atmósfera, como si fuese un ejército de espíritus que avanzara silenciosamente y no manifestase su presencia más que por sus devastaciones. Ennegrécese el cielo de repente, se llena el espacio de polvo, aparece rojo como la sangre el disco solar, se presenta luego lívido, palidece todo el firmamento y se colora de tintas violáceas y azuladas. Nubes espesas de arena fina, rojas como la llama de un horno, envuelven la atmósfera toda y la convierten en incendio inmenso. Todo lo queman á su paso, absorben la savia de los árboles y se beben el agua contenida en las odres. Cuando el termómetro marca de 20 á 25 grados, el chamsin eleva de repente la temperatura á 45 ó 50. Poco á poco las tinieblas se hacen cada vez más espesas; en seguida todo se oscurece con oscuridad mayor á la de las más negras noches de invierno, ennegrecidas con las nieblas más espesas; nada se distingue á pocos pasos de distancia; no se puede salir ni se puede caminar. Hasta en el fondo mismo de las casas es imposible escapar á este polvo imperceptible que penetra por doquier, lo mismo en las habitaciones mejor cerradas, que en las vasijas mejor cubiertas. Depósitase sobre la cara como máscara encendida, se mete en las narices y en la boca, cargado de moléculas sulfurosas, produce en todo el organismo una irritación violenta y llegando hasta los pulmones, que quema, puede hasta detener el movimiento y ocasionar la muerte. La respiración es entrecortada y penosa, la piel se seca y se crispa, la transpiración se detiene, afluye la sangre á la cabeza y al pecho, cae uno en postración profunda y se siente impotente y desarmado contra enemigo tan terrible. El camello se arroja al suelo y esconde la nariz en la arena, los animales se ocultan, los hombres envuelven su cabeza con su manto, abandonan sus chozas y sus tiendas y se refugian en los subterráneos, en los pozos y en los sepulcros, donde quedan como «encadenados por las tinieblas» [1]. Las calles quedan desiertas y por doquier, en la tierra lo mismo que en el aire, reina un silencio profundo como si la vida hubiese desaparecido del mundo bajo la influencia del soplo mortífero del chamsin. Realmente queda uno sumergido en una atmósfera ó mar de arena encendida, de manera que las tinieblas que le rodean son con exactitud tinieblas palpables [2].

Si tales son los efectos ordinarios del chamsin, ¿cuáles debieron ser aquel día en que desencadenado por la divina cólera contra los egipcios endurecidos este azote formidable causó sus estragos con violencia milagrosa? [3] El relato del Exodo no menciona más que un corto número de circunstancias de esta plaga, á saber: la manera sobrenatural como comienza cuando Moisés por orden de Jehovah extiende su mano, el espesor de estas tinieblas palpables que duraron tres días en todo el Egipto, la imposibilidad de reconocerse unos habitantes á otros y de cambiar de sitio y la exención maravillosa del país de Gessem, que continuó gozando de la luz del día. El calor extraordinario que debió acompañar á estas tinieblas no se menciona sin duda porque el autor sagrado quiso hacer resaltar ante todo el carácter simbólico de este nuevo castigo, imagen exacta de la ceguedad de Faraón, de la cólera de Dios contra éste y de su amor á los hijos de Israel.

El terror causado por este azote á Meneftah, que se apresuró á hacer nuevas concesiones á Moisés y

---

1 «Aunque el Egipto, como la Siria y otras naciones de Asia, está expuesto á invasiones de langosta, sin embargo, no hay documento alguno que acredite que producen allí devastaciones tan extraordinarias como en Siria y Arabia.» Nordea, *Reisen, af. Hougstenberg*, p. 121. *Voyage de Egypte et de Nubie*. Copenhague, 1745 y 1755, 2 in-f.°

2 En las *Instrucciones* al rey Osorteseu I, atribuidas á Amenemhat I, los destrozos causados por la langosta se enumeran entre los azotes que pueden afligir á Egipto y se los compara con las guerras civiles y con la falta de desbordamiento del Nilo. «Sea que las langostas hayan organizado la destrucción», dice, etc. Apud Maspero, Hist. anc. des peuples d' Orient., p. 101.

3 Véase una hermosa descripción del simun y de sus desastres, por Luciano Dubois, *le Pole et l' equateur*, p. 228-231.

4 Mr. Olivier Rin, *Histoire de l' Isthme de Suez*, 2.° ed., 1865, página 168, en una carta fechada en Kantara en la que describe el chamsin que reinó el 18 de Febrero de 1860, afirma que comienza «hacia el 15 de Febrero.»

5 Herodoto, l. III, cap. XXVI, ed. Didot, p. 141.—«En 1838 acampaban en el desierto más de 20.000 peregrinos musulmanes al empezar su viaje, cuando de repente se desencadenó el chamsin, arrancó las tiendas, que arrojó á gran distancia, muchos viajeros fueron acometidos de apoplegía y otros cansados de tan largo viaje ofrecieron de pronto los síntomas cólericos más alarmantes: los que sobrevivieron, llenos de espanto y desordenadamente precipitaron su marcha hacia la *Kaaba*.» Didot, *Univers pittoresque, Egypte moderne*, 3.ª parte, p. 96-98.—Huracanes análogos existen también en China, en donde se le da el nombre característico de «tormentas de polvo.» Mr. Armand David describe de la siguiente manera una tempestad de este género: «Durante dos ó tres días el sol quedó completamente oscurecido por el polvo, sobre todo hacia Tien-Tsing y Takou é impulsado dicho polvo por viento impetuoso penetró mar adentro obligando á un vapor á suspender su marcha durante más de veinticuatro horas.» Emilio Blanchard, *Les recentes explorations des naturalistes en Chine. Revue des Deux-Mondes*, 15 de Febrero de 1871, p. 723.

1 Sap., XVII, 2.

2 Exod., X, 21.

3 «Cuando el viento del desierto, dice el Abate Drioux, Biblia, t. I, pág. 181, sopla en la estación de las grandes calores, oscurece el aire y se encuentra uno como sumergido en las tinieblas; pero nada son estas tinieblas comparadas con las que entonces sumergieron el Egipto durante tres días.»

á quien no hubiese espantado una tempestad ordinaria de el chamsin, nos dice claramente cuál fué el rigor y naturaleza de hecho tan extraordinario. El autor del libro de la Sabiduría nos ha descrito más extensamente estos horrores: nos muestra á los egipcios " cautivos de las tinieblas, „ imagen simbólica del luto y de la muerte, retirándose á los rincones más ocultos, acostándose como lo hacen aun hoy día los indígenas para escapar al azote y resistiéndose á ver y respirar un aire, del que sin embargo no podían huir. Habla también de piras abrasadas en las cuales sumergíanse como criminales condenados al fuego y que ardían por sí mismas llenándoles de espanto.

Sin embargo, golpes tan numerosos como violentos dados por la Providencia no habían podido triunfar aún del endurecimiento de Faraón y de sus súbditos. Llegado era el momento de acabar de una vez con resistencia tan tenaz, y en una sola noche hizo Dios que pereciesen todos los primogénitos de Egipto " desde el primogénito de Faraón que se sentaba en el trono, hasta el primogénito de la cautiva aprisionado en un calabozo y los primogénitos de los animales: de manera que no hubo casa alguna donde no se encontrasen cadáveres. " Esta fué la décima y última plaga.

Evidentemente fué éste un milagro tan extraordinario, que no tiene precedente igual en toda la historia de Egipto. El ángel exterminador pudo servirse de la peste lo mismo que de otro medio cualquiera apropiado al intento divino para castigar á los primogénitos de los egipcios; pero ninguna peste natural puede explicar el hecho como lo han intentado ciertos racionalistas.

Unicamente podemos investigar si se encuentra ó no algo en los documentos indígenas que pueda confirmar el relato de Moisés. Ahora bien: he aquí lo que dice Mr. Chabas: „Hay un monumento en el Museo de Berlín, descrito por Mr. Brugsch, que recuerda la existencia de un hijo de Meneftah I, que murió antes que su padre, como aquel de que nos habla el Exodo." Mr. Lauth nos da acerca del asunto noticias más exactas y completas: „El Faraón que reinaba en Egipto, cuando Moisés regresó de Madiam, no puede ser otro que Meneftah. Esto admitido, debemos fijar nuestra atención en una estatua colosal de Meneftah hoy existente en el Museo de Berlín, donde se representa á su primogénito el príncipe real asociado al imperio (como lo demuestra la aureola que lleva en la cabeza) al cantor que ama, al hijo muy amado que roba el corazón de su señor por él engendrado, al basilicográmato, al jefe de los arqueros, al príncipe Meneftah." Llevaba, pues, el mismo nombre que su padre y está representado adorando á „Sutech, el gran dios y señor del cielo" y á la vez como „Khuma", esto es, „justificado" ó „dichoso." No se necesita ser demasiado crédulo, continúa Mr. Lauth, para ver en este príncipe muerto antes que su padre, cuyo hermano segundo Sethos sucedió á Meneftah, á aquel hijo de Faraón, de que nos habla el Exodo, IV, 23: „Yo mataré á tu primogénito porque no dejas partir al mío" es decir, á Israel, colectivamente tomado. Esta amenaza se cumplió segun el Exodo (XI, 5) que añade esta circunstancia: „el primogénito de Faraón que se sentaba en el trono", detalle que claramente indica la dignidad de *Repa sepa*, ó de asociado al imperio, como arriba hemos dicho."

La décima plaga acabó con la obstinación de Faraón, el cual dejó partir á Israel. Cierto que poco después vino sobre su acuerdo y persiguió á los fugitivos hasta las playas del Mar Rojo; pero es porque allí debía el Señor humillarle por completo.

Tales fueron los principales acontecimientos que prepararon la salida de Egipto y constriñeron á Meneftah á que diese libertad á los israelitas. Su carácter es incontestablemente milagroso, de lo cual ha podido convencerse el lector por el simple relato de los hechos y de las circunstancias que los acompañaron; ofrecen á la vez clarísimo colorido egipcio, como hemos visto, y de esta manera confirman el valor histórico del libro que nos ha conservado su memoria.

F. VIGOUROUX.

(Versión castellana de Polo y Peyrolón.)

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDON

(Continuación.)

CAPÍTULO CUARTO

LA CASA EXTRAÑA.

El sueño de Gertrudis había sido tranquilo y el despertar fué penoso. Aunque menos adelantada que otras niñas de su edad para las cosas intelectuales, conocía ya lo que es la vida, porque con la desgracia había perdido la indiferencia de lo porvenir y la fe ciega en los hombres y en la suerte, que hacen fáciles y suaves los primeros pasos de la vida. Ya sabía que los más estrechos lazos se pueden romper; que las palabras *quiebra*, *suspensión de pagos* é *insolvente*, cuyo sentido no alcanzaba, querían decir para ella desprecios, malos tratos y abandono; que las compañeras y amiguitas de juegos se podían cambiar en enemigas para echarla de sus alegres círculos; sabía, por fin, que era extraña en esta casa, y que no tenía otro refugio en este mundo.

No analizaba su pena, pero la sentía, y el principio del nuevo día le oprimió el corazón con ese miedo que sienten todos los que han sufrido. Hasta los corazones más valientes necesitan cierta energía particular para entrar de nuevo todas las mañanas en la arena del combate y del dolor.

Un brillante sol de otoño había atravesado sus cortinas para despertarla; miró entonces ella á su alrededor con inquietud, y oyó en el cercano corredor el toque de las ocho.

—¡Qué tarde es! me van á regañar, — exclamó saltando de la cama, y sin demora empezó á vestirse y á peinarse; pero cuando hacía inútiles esfuerzos por abrocharse el vestido, llamaron suavemente á la puerta, y entró Valeria.

— Primita, ¿ya levantada? — dijo cariñosamente. — Venía á despertarte y á ayudarte á vestir. Pero veo que ya has concluído.

— No, prima; no me puedo abrochar el vestido. En mi colegio nos ayudábamos unas á otras.

— Yo te vestiré desde hoy, — respondió Valeria con bondad.

La vistió de nuevo, arregló otra vez sus cabellos, la puso bien el cuello de crespón negro, y con el cepillo y el agua de Colonia dejó el vestido de viaje, el único que había, todo lo presentable que pudo.

Gertrudis, con todos estos cuidados, sentía en su corazón un calor suave que derretía el hielo y la dureza de la desconfianza, y cuando concluyó Valeria, alzó los ojos para mirarla, y animada con su dulce sonrisa, la cogió el cuello y la dió un abrazo, diciéndola bajito:

— Dí tus oraciones, — dijo Valeria arrodillándose delante del Crucifijo que ella misma había colgado el día antes en el cuarto de Gertrudis.

Esta obedeció, mientras su prima, de pie junto á ella con los ojos bajos, y santamente recogida, parecía el ángel de su guarda inspirándola celestiales pensamientos.

Luego bajaron juntas á almorzar, y en la puerta del comedor Valeria la dijo al oído:

— Abrazarás á mamá, ¿verdad, Gertrudis? Es muy buena.

Ya estaban allí todos sentados á la mesa, y no hubo uno que no volviera la cabeza para mirarla; de tal modo, que si Gertrudis hubiera seguido sus instintos, hubiera echado á correr como quien huye de un peligro. Pero la presencia de Valeria la contuvo. Al pasar por delante de M. Delaborde, éste la cogió para abrazarla, y ella, acercándose á Mad. Delaborde, la dijo con voz apagada:

— Buenos días, tía.

Esta la besó en la frente, y la dijo:

— ¿Qué tal, chiquita? ¿Te vas haciendo ya á nosotros?

Roberto y Enriqueta no la hicieron caso; pero Federico la hizo un sitio á su lado y la llamó, diciendo:

— Siéntate, Gertrudis, que yo te serviré.

Valeria se puso al otro lado, y entre sus dos protectores, Gertrudis pudo comer y beber sin gran violencia.

Pero había perdido ya la partida. En una ruina romana de las cercanías de Antibes se encontró hace años un mausoleo dedicado á la memoria de un niño celta ó germano, con la siguiente inscripción:

AL HIJO DEL SEPTENTRIÓN
QUE BAILÓ UN DÍA Y GUSTÓ.

Agradar era lo esencial para los paganos, y en este particular Mad. Delaborde era pagana. La pobre Gertrudis no había tenido la fortuna de agradar; era pequeñuela, oscura, triste y poco bella, por lo cual solamente ojos llenos de indulgencia como los de Valeria la podían mirar con agrado; porque la caridad, más aún que el amor, lleva una venda en los ojos.

Al salir Mad. Delaborde del comedor llamó á su doncella, y la dijo:

— Mande usted hacer dos vestidos negros y un abrigo para mi sobrina, pero sencillos. Tenga usted mucho cuidado que todo sea del mismo negro; no hay cosa más fea que los negros desiguales; encárguele usted también un sombrero, porque el suyo es un adefesio..... Puesto que hemos cargado con la niña — añadió volviéndose hacia Enriqueta — es preciso por lo menos que no parezca un espantajo.

— Valeria la protege — contestó Enriqueta riendo.

— Valeria es un ángel — respondió Mad. Delaborde con segura convicción. — Por ella y por tu padre me ocupo yo en la sobrinita.

— Ya es buen fastidio, mamá.

— Hija mía, no hay más remedio que aceptar lo que no se puede impedir.

Pasaron varios días, se acostumbraron en la casa á la presencia de Gertrudis, como ella se acostumbró á la nueva vida y á las nuevas caras, pero nadie le hacía el menor caso. M. Delaborde estaba siempre ocupado en incesantes y graves negocios y en frecuentes viajes. Mad. Delaborde y Enriqueta no pensaban más que en visitas, en tiendas y en reuniones; los muchachos se pasaban la vida estudiando; Valeria tenía que dar sus lecciones y estudiarlas antes; pero aun así no abandonaba á la huerfanita.

Ella la vestía, la hacía rezar y la tenía al lado todo el día dándole un libro ó una labor para que se distrajera. Pero si Valeria salía con su madre, la niña andaba sola por la casa como un alma en pena, y entonces lloraba tristemente al verse en aquella casa extraña, al lado de una familia sin formar parte de ella, sin ser nada para nadie; y echaba de menos el techo paterno, y llamaba con lágrimas y sollozos á sus primeros y únicos amigos, al padre y á la madre que había perdido, y cuyo amor, según entonces comprendía, nunca sería reemplazado.

Estaba una noche sola; Valeria había ido con su madre y su hermana á un concierto, y la pobre, sentada como la Puerca Cenicienta junto á lachi-

menea del comedor, había interrumpido su lectura, y meditaba. Una persona, mientras tanto, había entrado y observaba con simpatía su cara abatida por una pena continua, su actitud desanimada, sus ojos fijos que habían llorado mucho, y que ya expresaban los cuidados de la edad madura, y todo aquel conjunto abatido y sumiso del sér que se entrega en manos de la suerte por ser demasiado débil para luchar contra ella. Esta persona era M. Delaborde, que dió un suspiro, y Gertrudis al oirlo se levantó y corrió hacia él.

— Tío — le dijo; — ¿cómo habéis llegado? ¿Habéis hecho un buen viaje?

— Sí, hija mía, pero me encuentro muy cansado.

Gertrudis arregló la chimenea, y le dijo tímidamente:

— ¿Queréis que diga en la cocina que os den de cenar?

— Ya lo he dicho al pasar, chiquitita mía. Pero ¿cómo es que estás tan solita?

— Porque la tía y Enriqueta han ido á un concierto y se han llevado á la pobre Valeria; pero ésta me ha dado antes de marcharse todos los cuentos del Canónigo Schmid para que me divirtiera.

— Pero estabas como triste.

Gertrudis bajó los ojos.

— Vamos á ver, ¿en qué pensabas?

— En mi querido papá y en mi casa. ¡Se me hacía el tiempo tan largo! Quería recordar todo lo que hacíamos antes cuando papá me sentaba á su lado, y me enseñaba á leer y á escribir, y cuando por la tarde nos paseábamos juntos por el muelle.

— Pero, hijita, ¿no lees ya ni escribes?

— Sí, tío, leo, y Valeria me hace escribir; pero no doy lecciones.

— ¿Y en qué pasas el tiempo? Hace algunas semanas que estoy tan ocupado, tan absorto, que no me he podido ocupar de tí.

— Voy al cuarto de Valeria; mientras estudia y da las lecciones, leo los libros que me da y trabajo á su lado; también voy á la iglesia con ella y con la tía.

M. Delaborde escuchaba estos detalles con seriedad, y sin preguntar más á la niña, la dió un abrazo, y después de cenar con ella la mandó á la cama. Al día siguiente juntó en consejo á su mujer y á sus hijas y les habló de este modo:

— Querida mía — dijo á su mujer; — al recibir en mi casa á mi sobrina, no he tratado de imponerte una carga más. Como ama de casa y madre de familia, bastante quehacer tenías ya; pero no puedo consentir en que Gertrudis se críe como un animalito, sin que nos ocupemos absolutamente de su educación.

— Yo esperaba tus órdenes — dijo madame Delaborde.

— Podríamos ponerla en un colegio — añadió Enriqueta.

— No — dijo su padre; — ha sufrido mucho en el suyo, y me temo que la vida de colegiala se le haya hecho antipática hasta el punto de no poder vencerse contra esta prevención. El verla tan desgraciada en casa de Mlle. Ivona Ivonet me llegó al alma.

— Pues ¿qué haremos? — preguntó madame Delaborde. — ¿No querrás ponerla un ayo, según presumo?

— No.

— ¿Ni la pondrás maestros en casa?

— Sería mucho lujo.

— Ciertamente; pero una educación esmerada es el único recurso que la podrá quedar. ¿De qué ha de vivir la pobre si no aprende nada?

— Pero eso saldría muy caro, y tenemos cuatro hijos que establecer.

— *Que mantener* — respondió su marido con impaciencia, y no queriendo, sin embargo, entrar en lucha abierta con ella en esta cuestión delicada.

Valeria hasta entonces había callado; pero en sus bellos ojos se leía el deseo de decir algo. Su madre lo notó.

— Vaya, Valeria — dijo sonriendo; — hagamos como entre los Mínimos, y que los menores den su opinión los primeros.

Valeria se sonrió.

— ¿Me permitís, mamá? Tengo una idea.

— No es posible — dijo Enriqueta riendo.

— Deja hablar á tu hermana, — repuso M. Delaborde.

— He aquí mi idea. Ya sabeis, querida mamá, cuán poco adelanto en el piano, y los médicos no quieren que cante. Si me permitierais, papás míos, dejaría mis estudios musicales; dedicaría á mi prima las dos ó tres horas que gasto ahora en el piano; la pondría en seguida en estado de seguirme, porque tiene entendimiento, y así podría aprovecharse al mismo tiempo que yo de todas las lecciones que recibo.

— Pero vas á hacer un gran sacrificio — exclamó Enriqueta. — ¡Renunciar á la música!

— Tengo poquísimas disposiciones — dijo con modestia Valeria. — A ti te gusta porque adelantas, Enriqueta; pero yo tendré más gusto en repasar mis estudios con Gertrudis.

— ¿No te cansarás, pobre hijita mía? — dijo M. Delaborde con solicitud.

— No, papá, yo te lo aseguro.

— ¿Y lo deseas de veras?

— Sí, mamá; con todo mi corazón.

Ambos esposos se consultaron con una mirada.

— Puedes probar — dijo M. Delaborde, — y si te cansaras, ó si tu discípula no te diera gusto, ya veríamos.

Y de este modo Gertrudis pasó á Valeria como propiedad exclusiva, comprada con la compasión y el desinterés, habiendo ejercido Valeria en esta circunstancia el doble imperio de su gracia y su debilidad; lo evitaban las contrariedades y las negativas, como se evita á una flor delicada el aire de las tormentas, las heladas y los fuertes calores

CAPÍTULO V

LA EDUCACIÓN

La educación es una grande obra, y está justamente caracterizada en francés con la palabra *elever*, que quiere decir *levantar*, porque su objeto es sacar el alma y la inteligencia de la materia, para dirigirlas hacia las cumbres del orden moral. Aunque Valeria poseía tan sólo una instrucción mediana, aunque era niña y sin experiencia, adivinó con el instinto de un corazón puro estas grandes verdades, y ante todo trató de formar para Dios y de dirigir hacia él aquella alma de quien se había encargado. No pudo comunicar á Gertrudis más que limitados conocimientos, pero nunca en ellos mezcló el oropel con el oro; pocos fueron los libros enque la hizo leer, pero ninguno de ellos fué ni malo ni mediano; la dió tan sólo nociones elementales de las ciencias humanas, pero la enseñó á ver á Dios en el espectáculo de la naturaleza, en las agitaciones de la historia, en los progresos del genio humano, en todo en fin, porque esta era la inclinación habitual de sus pensamientos. ¡Dios en todo, siempre Dios! Y encaminándose hacia su fin, llevaba consigo de la mano á Gertrudis, cuyo corazón se esforzó en purificar y dulcificar, sabiendo que la Religión exige ante todo la buena disposición

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATÓLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

Blanqueo de ceras en gran escala.

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

Ha llamado mucho la atención el magnífico terno, bordado en terciopelo carmesí, y el palio en raso blanco, también bordado en oro fino, que la casa *Hijos de M. Garín* ha construído y expuesto en sus escaparates (calle Mayor, números 2 y 4), con destino á la nueva Iglesia de San Fermín.

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

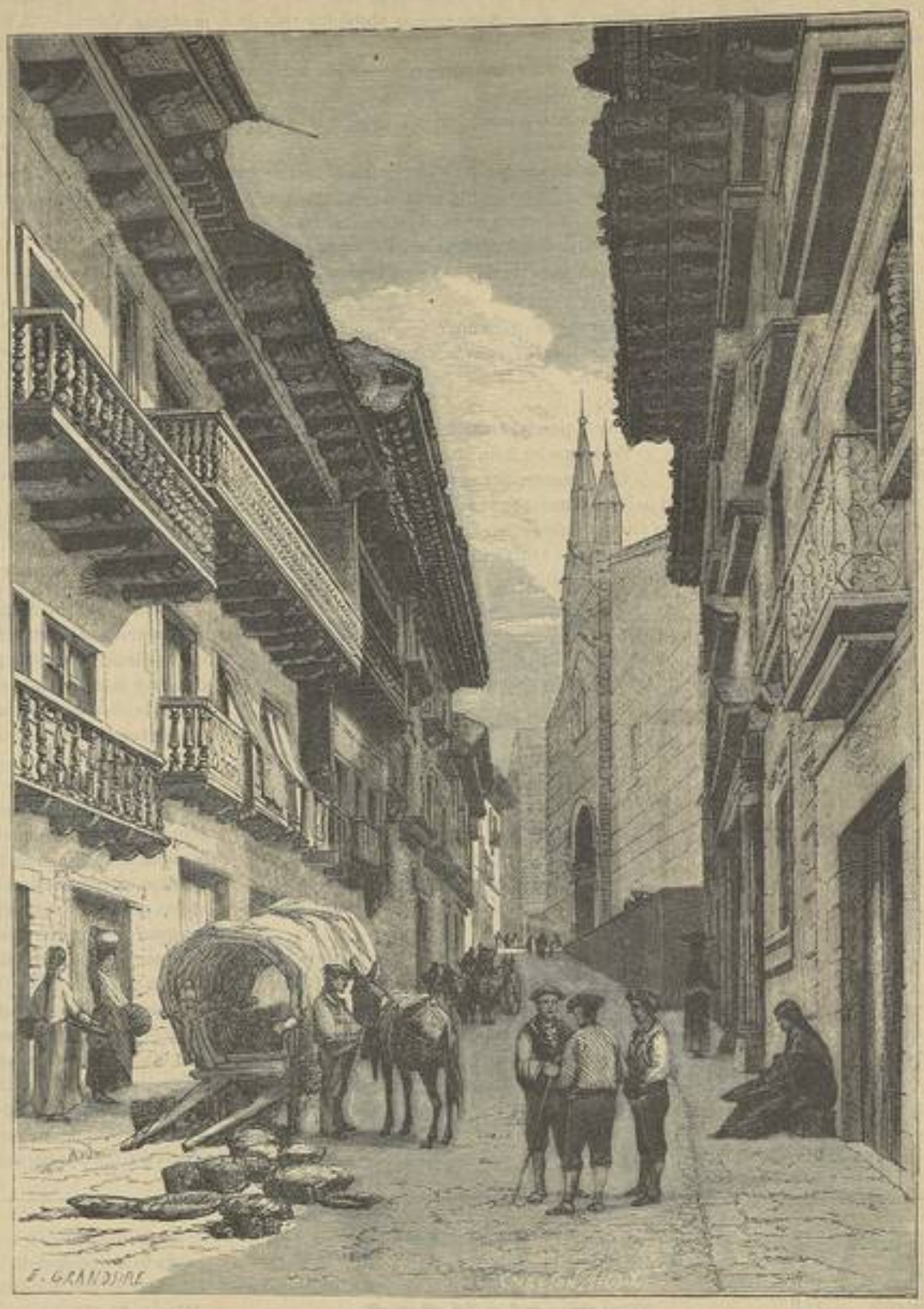
LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR** y **POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.



CALLE MAYOR DE FUENTERRABÍA.

de éste. Buscó su confianza hablándola de sus padres y de su vida pasada; y como la niña se explayara entonces, íbase disipando poco á poco aquella especie de aspereza que tenía encerrada en el fondo de su alma, al oir aquella voz amiga que pronunciaba con respeto el nombre de sus padres amados. Mucho tenía que sufrir con las indiferencias de Mad. Delaborde, con los malos tratamientos de Roberto, que se enfadaba si la niña le servía de estorbo, ó si por desgracia tocaba á sus muebles ó á sus libros. Buen ejercicio tenía su paciencia con los desdenes de Enriqueta, que veía con enfado aquella prima que tenían por caridad en su casa, y mil circunstancias diarias y continuas ponían á prueba su resignación: la pobre se indignaba, á veces quería quejarse á su tío, ó por lo regular la tempestad se resolvía en lágrimas y sollozos; y Valeria, confidenta de todas sus penas, trataba dulcemente de doblegar aquella alma huérfana á la firmeza resignada que Dios la pedía.

— Mi prima Enriqueta me ha reñido mucho porque he entrado en el salón mientras estababa con Mad. Lucía. ¡Estaba furiosa, y nada bonita por cierto, nada bonita, nada bonita!

— ¿Y á ti, Gertrudis, te parece bien hablar así de tu prima? Has cometido una ligera indiscreción con entrar en el salón; esto no es una falta siquiera; pero al enfadarte con Enriqueta, al hablar así de ella, has desagradado mucho á Dios, que dentro de seis meses va á venir á tu pecho.

Gertrudis, sin responder, se puso á llorar en un rincón, porque se hallaba herida en su corazón y en su amor propio; pero con ayuda de la reflexión se le pasó la cólera, y por la noche llevó á Valeria un ramo de violetas, diciendo:

— Las he encontrado bajo las hojas secas, y las había cogido para ti, primita, pero me parece..... quisiera..... pienso..... en fin, ¿quieres que le dé el ramito á Enriqueta?

— Harías muy bien, pichona.

— Pero es un gran sacrificio. ¡Tenía tanto placer en ofrecer á tu virgencita las primeras flores del año!

— Pues la ofreces ese mismo sacrificio: es mejor que una flor, es un fruto.

(Continuará.)

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.138.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

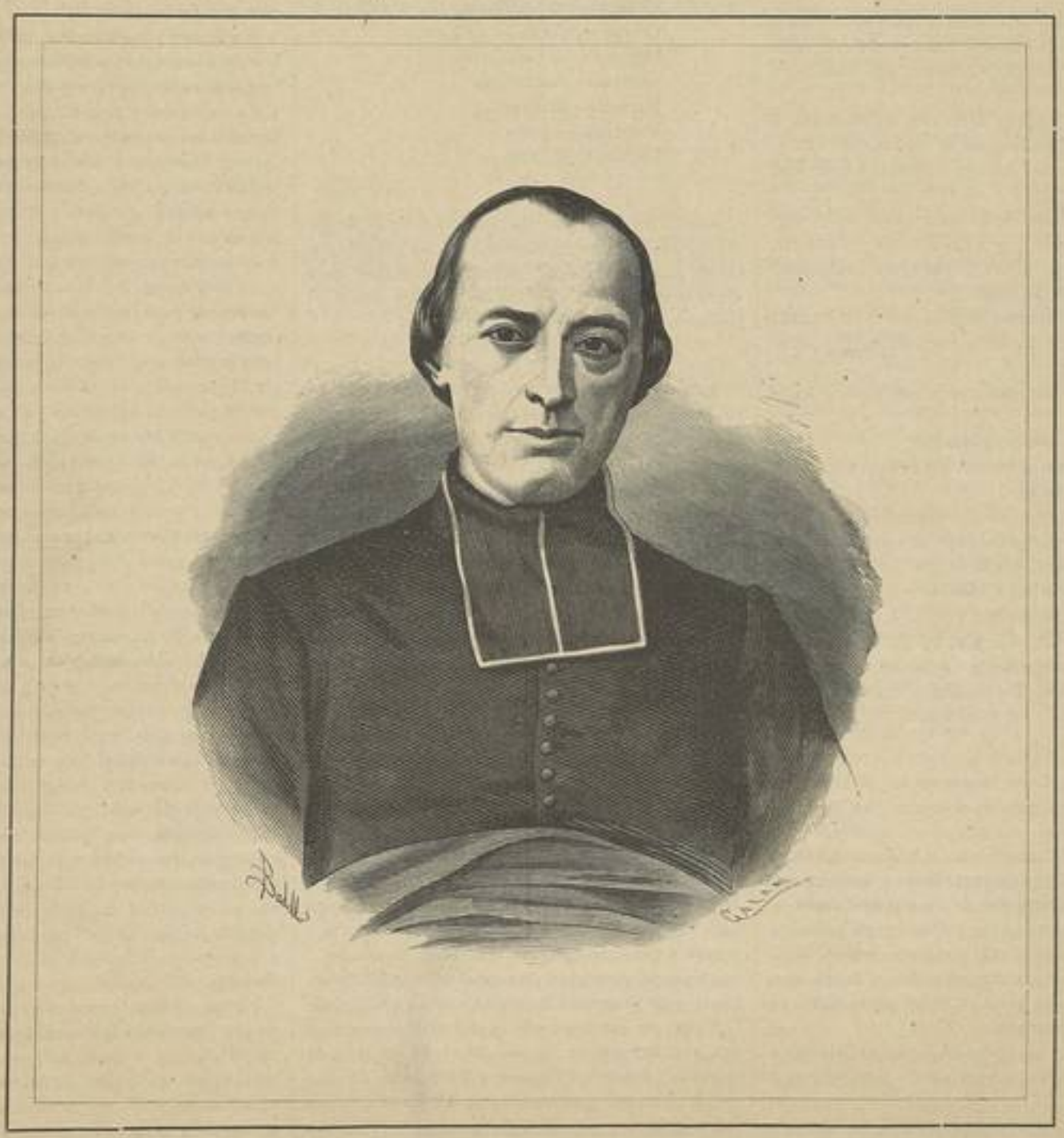
REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 20. — Madrid 15 de Julio de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 ps. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »



MONSEÑOR FREPPEL, OBISPO DE ANGERS.

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando.—*El pánico burocrático*, por Y. Aguilar.—*La guerra de la Independencia, contada y juzgada por un francés* (continuación).—*La gran cuestión*, por A. Salcedo.—Album de versos: *El Laurel de la India*, por el P. Jiménez Campaña.—*El instinto de los animales*, por D. Eduardo Mier.—*Una parienta pobre*, por Mad. Bourdon (continuación).

Grabados.

Monseñor Freppel, Obispo de Angers.—He aquí una de las mayores figuras de la Europa contemporánea, digna de los tiempos heróicos de la elocuencia sagrada y de la política; orador maravillosísimo que, á la majestad de Bossuet, une la gracia y delicadeza de Lacordaire.

Una calle de Malta.—Griegos, italianos, berberiscos, españoles, franceses, todos los pueblos mediterráneos tienen en la estrecha calle su representación lúcida, pasando todos tranquilamente bajo la vigilancia del *policeman* inglés.

San Juan de Dios socorriendo á los enfermos.—Magnífico cuadro en que resplandece la sublime virtud de la caridad.

¡A la góndola!—Lo cual en Venecia es como en Madrid: ¡Al coche, al coche!

LA DÉCADA

Aunque La Ilustración Católica es ajena á las enconadas luchas y evoluciones de los partidos, hoy no podemos prescindir de registrar en nuestras columnas los incidentes de la última crisis, que han variado de la noche á la mañana el aspecto del escenario político.

La esperanza no ha faltado á los liberales hasta el último momento como á los enfermos desahuciados, que no creen en la muerte, aun estando en la agonía.

Cuando el Sr. Sagasta salió del regio alcázar á las once y diez minutos de la mañana del día 5, todas las esperanzas liberales cayeron á tierra con estrépito.

El Sr. Sagasta salió de la cámara Real muy resignado, pero sin dejar nunca sus sonrisas placenteras, lo cual revela en el Sr. Sagasta un consumado maestro en el arte de fingir.

Cuando los periodistas preguntaron al Sr. Sagasta noticias de la solución de la crisis, el Sr. Sagasta se limitó á contestar:

—Todavía no hay nada. Hay que esperar hasta la tarde.

—¿Pero tiene usted esperanzas?

—¡Hombre, las esperanzas no deben faltar nunca! En fin, allá veremos.

Y el Sr. Sagasta se marchó dejando á todos los periodistas, ya experimentados en estos lances de crisis, con la firme creencia de que se iba de Palacio para dar paso al Sr. Cánovas.

Como sucedió en efecto.

Dieron las doce, y el coche del Sr. Cánovas, seguido de varios carruajes con periodistas, llegó á la puerta del Príncipe. Descendió el Sr. Cánovas de su carruaje, y subió las escaleras del regio alcázar.

***

Desde las doce hasta la una menos diez minutos duró la entrevista del Sr. Cánovas con S. M. la Reina.

Al bajar el Sr. Cánovas por la escalera del Príncipe, la aglomeración de periodistas y curiosos impidió el paso al ilustre jefe de los conservadores.

Su aparición impuso á las gentes congregadas en las naves de Palacio el más absoluto silencio.

El Sr. Cánovas comprendió desde luego que toda reserva era ya inútil, y á los periodistas les habló en estos términos:

«S. M. la Reina me acaba de confiar poderes para formar Ministerio. Yo me he puesto desde luego á las órdenes de S. M.

»S. M. la Reina me ha dado cuenta de su entrevista de esta mañana con el Sr. Sagasta. S. M. ha dicho al Sr. Sagasta que en estos momentos consideraba terminada su misión en el poder. Le ha dicho S. M. que en las conferencias celebradas con los diferentes hombres políticos, que han venido durante la crisis á Palacio, unos se habían mostrado partidarios del Gabinete intermedio, y otros defensores de la vuelta del partido conservador, y le ha pedido su consejo.

»El Sr. Sagasta ha dicho en su consejo á S. M. la Reina que el Ministerio intermedio no lo consideraba necesario ni conveniente, ni para el país ni para las instituciones, ni para su partido, y el señor Sagasta, bajo su más absoluta responsabilidad, ha aconsejado á S. M. la Reina la vuelta de los conservadores.»

Una salva de aplausos acogió las últimas palabras del Sr. Cánovas, y acompañado por todos, salió á los pocos momentos de Palacio para comenzar la formación de Ministerio con los poderes recibidos de S. M. la Reina.

Al salir el Sr. Cánovas se le hubo de preguntar:

—¿Y á qué hora vendrá á jurar el Ministerio?

—No lo sé, porque yo tengo que consultar á mis amigos; pero creo que dentro de un par de horas.

***

A las dos de la tarde juró, en efecto, el nuevo Gobierno, compuesto de los señores siguientes:

Presidencia.—Cánovas.
Estado.—Duque de Tetuán.
Gobernación.—Silvela.
Gracia y Justicia.—Villaverde.
Hacienda.—Cos-Gayón.
Guerra.—Azcárraga.
Marina.—Beránger.
Fomento.—Isasa.
Ultramar.—Fabié.

***

Ahora las columnas de los periódicos vienen rebosantes de nombramientos para cargos altos y bajos, grandes y chicos: ya en otro lugar de este número tratamos la cuestión de la crisis desde el lastimero punto de vista de la burocracia.

***

Alzando un poco los ojos, no vemos nosotros en el nuevo Gobierno que ha elegido libremente S. M. la Reina ene.... Pero ¿qué hemos de ver nada? La Ilustración Católica no tiene nada que ver con la política: lo único que quiere es defender á la Iglesia católica y dar al público lectura sana y agradable. Si el nuevo Ministerio apoya y favorece estos grandes intentos, La Ilustración Católica será archiministerial. Si no, si los contraría, será de la oposición. Tal es nuestro programa. ¿Quién no se permite tener programa en estos tiempos?

FERNANDO.

EL PÁNICO BUROCRÁTICO

Tanto se ha escrito y disertado acerca de la estructura burocrática de la población de Madrid, y aun de España entera, que realmente es difícil excogitar nada nuevo para lamentarnos de ese funesto achaque que nos aqueja y persigue con una tenacidad abrumadora. Suprimid y desterrada de la capital de España la burocracia, ¿qué le queda? No nos atrevemos á contestar.

Soplan en estos momentos sobre la burocracia ráfagas tempestuosas, que casi afectan el carácter de calamidad pública. El inmenso contingente de empleados que albergan las oficinas del Estado, y que forma el núcleo y como el distintivo de la población de Madrid, ofrece en estos días un aspecto singular, curiosísimo y triste de observarse. Ha fulminado sobre él el tremendo rayo de una crisis política, y el empleado público sabe perfectamente que á ese rayo sigue impetuoso el trueno de la cesantía. No mentemos lo que sigue á la cesantía, porque ya lo publican por desgracia esos semblantes: ayer satisfechos y regocijados, hoy fruncidos y cavilosos; esas madres de familia, ayer bordando planes para el verano, hoy gimoteando en un rincón de su casa.

Puede asegurarse que en España no tenemos cuestión social, en el sentido que tratan de ella otras naciones. No nos amenaza, mayormente, la renombrada cuestión obrera, pero tenemos siempre sobre el tapete el problema burocrático. Sí, la empleomanía hace en España las veces de cuestión social, y á resolverla hemos de dedicar todos previsoramente esfuerzos análogos á los que intentan las demás naciones para conjurar la cuestión obrera.

Es indudable que en todos los países el turno pacífico ó turbulento de los partidos en la posesión del poder exige é impone mudanzas de personal alto y bajo. ¿Tiene esto algo de extraño, de anómalo? De ningún modo; pero es lo cierto que en ninguna capital de Estado, en ninguna nación, probablemente, estas inevitables mudanzas de personal ocasionan efectos tan visibles, tan predominantes, tan luctuosos. Aquí una mudanza de éstas toma las proporciones de un suceso, de un acontecimiento casi memorable, mientras que en otros puntos es considerada y prevista como cosa corriente que no merece llamar la atención de nadie.

No deben dirigirse los esfuerzos de los prohombres humanitarios á evitar esas mudanzas ó relevos de personal, por lo mismo que son inevitables y hasta conformes con la naturaleza de una buena política. Si los empleos públicos se hubiesen establecido en obsequio de los individuos que los desempeñan (cosa que ruborosamente no podemos ni debemos admitir), entonces tacharíamos de cruel é injusto todo acto encaminado á privar de su destino á un empleado; pero los empleos, al decir de políticos muy competentes en diversas materias, no se han erigido para agasajar á los funcionarios, sino para posibilitar la administración de los intereses generales y obviar el curso de la iniciativa individual. De ahí el que cada partido, obrando sesudamente, necesite un personal apropiado á su especial manera de administrar y favorecer las empresas particulares, y de ahí por lo tanto que el advenimiento de un nuevo partido al poder presupone de necesidad un reemplazo general de empleados ó funcionarios.

Otros razonan más descarnadamente y no vacilan en afirmar con acento persuasivo, que es de todo en todo muy justo el que cada uno de los partidos á quienes es dado turnar en el poder, remuneren la constancia de sus adeptos y galardonen los servicios de ellos recibidos al alcanzarlo; pues el tratar á todos por el mismo rasero y no hacer diferencia entre amigos y adversarios, ó si se quiere, entre servidores y no servidores, equivaldría á conculcar las bases de una equidad bien entendida y á imposibilitar la subsistencia de los mencionados partidos.

No anda del todo desadornada de filosofía esta última opinión, por lo cual nos afirmamos en la nuestra de que el pretender evitar las suplantaciones de funcionarios públicos, y las cintas á ellas anejas, en épocas de crisis políticas, con algunas consideraciones platónicas y muy atinadas, es lo mismo que pedir cotufas en el golfo y predicar en desierto.

El pánico burocrático es un hecho en estas ocasiones, y todo nos induce á creer que ese pánico, ó mejor dicho, esas degollinas burocráticas serán siempre un hecho, consecuencia fatal del hecho de las crisis políticas. Ahora bien: si ese es un hecho lamentable, si en nuestro país adquiere proporciones lastimosas, si en él se revela una lucha poco edificante por la vida, si sugiere una triste idea de

la capital de España, ¿no conviene combatirlo? ¿Y no conviene combatirlo mejor con hechos que con disertaciones y jeremiadas de éxito dudoso y pasajero?

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que en España hay demasiados doctores y escasísimos industriales: es cierto, y nosotros mismos lo hemos deplorado en las columnas de esta revista; pero ¿podrá negársenos que aun de ese escaso número de industriales y agricultores que la manía de las Universidades deja en los talleres y en los campos, tienen que emigrar por falta de trabajo muchos millares?

El problema es arduo y se nos presenta escueto, sin requilorios: si me dedico á labrador ó á industrial, no hallo campo ni taller en que trabajar; si adopto una carrera literaria ó científica, no hallo discípulos ni clientes. ¿Qué hacer? O emigrar, ó acogerse á la empleomanía, caso de no querer engrosar las filas de la mendicidad, ya numerosas en demasía. He aquí, pues, cómo podíamos asegurar que unas mismas causas producen por un lado las emigraciones y por otro la empleomanía, y cómo si lográsemos destruir esas causas tan evidentemente perniciosas, acaso evitaríamos la emigración que despuebla nuestro territorio, y la empleomanía, que empobrece el Erario público y siembra periódicamente la consternación en las familias. Evitaríamos sin duda espectáculos aflictivos como los que presencia la capital de España en días de crisis como los que corremos en estos momentos, espectáculos que seguramente desmoralizan, enconando los ánimos, encendiendo odios y atizando el desolador espíritu de venganza.

Reconocen los fisiólogos en el organismo humano cuatro temperamentos: bilioso, sanguíneo, nervioso y linfático, considerando morboso y expuesto á graves accidentes el predominio de cualquiera de ellos. Del mismo modo el político, ó si se quiere, el sociólogo, puede considerar en el organismo de una población, de una ciudad, diversos temperamentos también; y así como la salud del individuo estriba muy mucho en el equilibrio de los cuatro temperamentos fisiológicos, así la prosperidad de una población estribara en el equilibrio de sus temperamentos económicos. En unas ciudades predomina el temperamento fabril, en otras el comercial, en éstas el científico, en aquéllas el suntuario. En Madrid predomina el burocrático, y lo peor es que predomina de una manera harto exagerada, con no pocas complicaciones del suntuario; dos que no se contrabalancean ni armonizan, sino que mutuamente se exaltan y estragan.

Claro que se estragan mutuamente, y estragándose mutuamente, labran de mancomún, ó al menos sostienen y prolongan la decadencia de las poblaciones donde moran. El burócrata propende espontáneamente á la imitación del aristócrata, y éste, no hallando alrededor de sí empresas á que consagrar sus caudales, se entrega á cierta forzosa indolencia, y gasta su ingenio y su iniciativa en la no provechosa tarea de darse á admirar al primero, ó de premiarle con largueza sus genialidades y agudezas, tan divertidas casi siempre, como infecundas. ¿Y qué utilidad, qué base de engrandecimiento saca de ahí una población, y si se quiere, un país?

En poblaciones como Madrid, donde predomina la burocracia, falta aliento para las grandes empresas, hacia las cuales rara vez hallaréis otra cosa que una glacial indiferencia, ó la zumba de la desconfianza. Es decir, que se menosprecia y se recusa aquello que precisamente entonaría el carácter de los habitantes y apresuraría el engrandecimiento de la población. ¿Quién duda de que la empleomanía infunde en el ánimo del que vegeta á su amparo el recelo, la desconfianza y hasta el servilismo? Y al decir que en Madrid predomina la empleomanía, ¿no decimos por lo mismo que impera la cancerosa cualidad del servilismo?

Hay que incorporar á la población de Madrid el temperamento fabril y comercial, que es donde anida el principal elemento de vida de las poblaciones, y donde se hallan siempre recursos para toda suerte de grandes empresas lícitas. Este temperamento, con ser el más fecundo y prosperador, aparece tan reducido y endeble en la constitución económica del pueblo de Madrid, que muy á menudo queda anulado, aplastado, bajo las oleadas de la burocracia y empleomanía.

Tal vez otro día examinemos algunos de los medios más eficaces para dar á Madrid vida propia y evitar estas alarmas, estos pánicos, que sobre las familias difunden las crisis políticas con su nublado de cesantías; pero desde luego salta á la vista que estos medios han de consistir, no en lamentar que haya muchos doctores y pocos industriales, y en aconsejar á los padres que envíen sus hijos al taller en vez de mandarlos á la Universidad, sino en intentar un esfuerzo supremo, adecuados el Estado, el municipio y asociaciones privadas, para implantar en Madrid las grandes industrias que reciben con los brazos abiertos á tantos hijos de familia que no saben á qué dedicarse.

F. AGUILAR y BIOSCA.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Continuación.)

CAPÍTULO XI

Ronda. — El ejército montañés. — Unanimidad de sentimientos en la serranía. — Guerra popular. — De Rusia á Madrid. — De Madrid á Francia. — La guerra en Portugal. — Masena y Wellington. — Batalla de Busaco.

El General en Jefe de los serranos no había podido llegar á Ronda sino seis horas después de nuestra salida, y había procurado entablar una especie de orden en la ciudad, valiéndose de las que él llamaba sus tropas arregladas. No pudiendo conseguirlo, se valió de esta estratagema: hizo publicar por el pregonero que los franceses iban á llegar. Los montañeses se reunieron entonces en un abrir y cerrar de ojos, y los habitantes tuvieron tiempo de encerrarse en sus casas.

El General Peremont había venido á Ronda con el objeto de hacer una expedición al centro de las montañas; pero se vió precisado á volver á Málaga sin haber intentado nada, porque supo que esta ciudad había sido atacada en su ausencia, y los húsares de mi regimiento quedaron de nuevo de guarnición en Ronda con doscientos valientes soldados de infantería polaca, que nos dieron en reemplazo del batallón de la guardia del rey José que estaba antes con nosotros.

La ciudad de Ronda está situada en un meseta muy elevada, y que sólo por la parte del Norte es de un acceso fácil. Está separada de las montañas que la dominan al medio día, y al Oeste por un valle risueño y cultivado. El Guadiaro baja de la más elevada de estas montañas, y atraviesa á Ronda: parece que un temblor de tierra ha desunido por una cortadura profunda la meseta elevada en que está la ciudad, para abrir la madre tenebrosa de este pequeño río.

La ciudad vieja está en la margen izquierda, y se comunica con la nueva que está en la otra orilla por un soberbio puente de piedra de un solo arco; verjas de hierro sobresalen del grueso de las paredes, que guardan los dos lados del puente, y causa una especie de terror el ver de repente por entre las rejas de hierro á doscientas setenta y siete toesas debajo de sí el río, como un chorro de agua blanca salir de una sima excavada por la violencia de la corriente hace muchos siglos. Una especie de humedad nebulosa se levanta sin cesar del fondo del abismo, y apenas se distinguen (tan pequeños parecen á la vista) los hombres con asnos, que suben y bajan á todas horas, y transportan sacos á los molinos construídos al pie del inmenso terraplén de peñas que sostiene la ciudad. Desde lo alto de las peñas se veía algunas veces en estos tiempos de guerra y de turbulencias á los jardineros del valle abandonar sus trabajos pacíficos, para unirse á los montañeses, cuando venían á atacarnos, ó enterrar sus fusiles cuando se acercaban los franceses.

La parte de Ronda que se llama la ciudad vieja es casi entera de construcción morisca, y las calles son estrechas y torcidas. La ciudad nueva es al contrario muy regular, sus plazas son grandes, y sus calles anchas y bien alineadas. Pusimos fácilmente la ciudad vieja al abrigo de un golpe de mano construyendo algunas obras, y reparando un castillo antiguo, de suerte que podía ser defendida por la infantería. Los húsares se encargaron particularmente de defender la ciudad nueva: para esto hicimos derribar las tapias, y llenar las desigualdades del terreno á las inmediaciones de esta parte de la ciudad, á fin de poder rechazar al enemigo en caso de necesidad con cargas de caballería.

Los montañeses habían colocado sus campamentos en la cima de las montañas inmediatas, y observaban día y noche lo que pasaba en la ciudad. Cuando nuestros trompetas tocaban á la aurora la diana, se oían al momento las bocinas de los pastores despertar á los montañeses en la altura de las colinas inmediatas. Pasaban los días enteros incomodando á nuestras avanzadas en un sitio ó en otro, y cuando los acometíamos se retiraban, para volver al momento á acosarnos.

Cuando los serranos se disponían para atacarnos, daban grandes gritos para animarse al combate, y nos hacían fuego mucho antes que sus balas pudiesen herirnos. Los que estaban detrás cuando oían estos gritos y estas descargas, creían que sus compañeros conseguían algunas ventajas en la vanguardia; se apresuraban á venir á tomar parte en la acción, á fin de participar del honor de un suceso que creían fácil, y se adelantaban á los primeros echando mil bravatas; pero cuando reconocían su error, ya no podían volver atrás. Los dejábamos venir hasta la pequeña llanura alrededor de la ciudad, para poderlos cargar y acuchillarlos, y se retiraban siempre después de haber perdido algunos de los suyos.

El pasatiempo más divertido de los menestrales de la ciudad era colocarse detrás de las peñas entre los olivos á la extremidad del arrabal, y hacer fuego á nuestros centinelas fumando sus cigarros. Salían por la mañana de la ciudad como si fuesen al campo, buscaban sus escopetas que tenían ocultas en las peñas, ó en las granjas, se batían con nosotros, y por la noche volvían sin armas á dormir á sus casas. Llegó el caso de que nuestros húsares distinguieron entre los enemigos, con quienes se estaban batiendo, á los patrones mismos en cuyas casas estaban alojados. No podíamos hacer pesquisas muy rigurosas, porque si se hubiera querido poner en ejecución el decreto del Mariscal Soult contra los españoles insurgentes, hubiera sido necesario ajusticiar á casi toda la población del país. Los montañeses ahorcaban y quemaban vivos á los prisioneros franceses, y nuestros soldados rara vez daban cuartel á los españoles que cogían con las armas en la mano.

Las mujeres, los viejos, los mismos niños estaban contra nosotros, y servían de espías á los enemigos. Yo he visto á un muchacho de unos ocho años venir á jugar entre las piernas de nuestros caballos, y ofrecerse á servirnos de guía; condujo á una emboscada una pequeña partida de nuestros húsares, y de

repente se escapó á las peñas tirando al aire su sombrero, y gritando cuanto podía: *viva nuestro rey Fernando VII;* el fuego empezó en aquel mismo instante.

Los montañeses suplían por la fuerza y perseverancia de su carácter indomable lo que les faltaba con respecto á la disciplina militar; si no podían resistirnos en las llanuras, si se frustraban sus ataques que pedían alguna combinación, peleaban en cambio admirablemente en las peñas, detrás de las paredes de sus casas, y en cuantos lugares no podíamos hacer uso de nuestra caballería. Jamás pudimos reducir á la obediencia á los habitantes de Montejaque, barrio de 50 ó 70 vecinos á media legua de Ronda.

Los habitantes de los pueblos y aldeas de la montaña, que se creían expuestos á ser visitados por los franceses, enviaban los viejos, las mujeres y los niños á las alturas inaccesibles, y ocultaban en las cavernas lo más precioso que tenían. Solos los hombres quedaban en los pueblos para defenderlos ó hacer á hurtadillas incursiones en las llanuras para apoderarse de los ganados de los españoles, que no querían declararse contra nosotros.

La villa de Grazalema era la plaza de armas de los montañeses. El Mariscal Soult hizo marchar contra ella una columna movible de 3.000 hombres. Los contrabandistas se defendieron de casa en casa, y no abandonaron la plaza sino cuando se les acabaron las municiones: entonces huyeron á las montañas después de habernos hecho sufrir pérdidas considerables, y volvieron al pueblo luego que marcharon los franceses.

Una división de tres regimientos de infantería de línea, que se envió un mes después para dispersar de nuevo el ejército insurgente, consiguió fácilmente rechazar á los montañeses en todos los puntos en que los encontró en el campo; pero no pudo jamás apoderarse de Grazalema. Los montañeses se habían atrincherado en la plaza, que está en el centro del pueblo, y habían puesto colchones detrás de las ventanas de las casas, en que se habían encerrado. Doce húsares del regimiento 10.º y 40 volteadores, que formaban la vanguardia de la división francesa, llegaron á esta plaza sin encontrar resistencia; pero ninguno volvió, todos fueron sacrificados por el fuego que salió en un momento de todas las ventanas: los soldados que se enviaron sucesivamente para apoderarse de esta plaza perecieron del mismo modo, sin hacer ningún daño á los enemigos. Las expediciones que hacían los franceses á las altas montañas dispersaban casi siempre á los enemigos, pero no les reducían, y nuestras tropas volvían á Ronda después de haber sufrido grandes pérdidas.

Los serranos frustraban en las montañas por su modo de pelear los esfuerzos de nuestras tropas aun cuando fuesen éstas superiores en número; se retiraban de peña en peña, de posición en posición al acercarse nuestras masas, sin cesar de hacer fuego y de acosarnos: al mismo tiempo que huían nos destrufan las columnas enteras, sin que pudiésemos vengarnos. Este modo de hacer la guerra les había hecho dar por los españoles mismos el nombre de *moscas de la montaña*, aludiendo al modo con que estos insectos obstinados atormentan á los seres vivientes, sin dejarlos jamás descansar.

Los destacamentos que salían de Ronda para hacer expediciones ó reconocimientos eran envueltos por una nube de tiradores desde el momento en que salían hasta que volvían á entrar en la ciudad. Cada convoy de víveres que íbamos á buscar fuera nos costaba la vida de algunos hombres muertos en las emboscadas. Hubiéramos podido decir con verdad que comíamos nuestra carne, y bebíamos nuestra sangre, en esta guerra sin gloria, para expiar la injusticia de la causa, por la que nos batíamos.

Las montañas de Granada y de Murcia no estaban más tranquilas que las de Ronda, y los franceses, atacados á un tiempo por la población del país en todos los puntos de sus comunicaciones, se hallaban en todos los parajes montañosos de la Península en una situación igual sobre poco más ó menos á la de mi regimiento. Este era el descanso, que disfrutábamos después de haber conquistado la España desde las fronteras de Francia hasta las puertas de Cádiz. El sitio de esta ciudad era entonces el único acontecimiento militar digno de llamar la atención.

Cuando nuestros caballos consumieron los forrajes de las granjas inmediatas á Ronda, nos vimos obligados á extender más lejos nuestras incursiones, y á enviar tres ó cuatro veces á la semana partidas de treinta ó cuarenta húsares á buscar paja trillada á muchas leguas de la ciudad. La debilidad de la guarnición no permitía que se pudiesen sostener nuestros forrajeadores con destacamentos de infantería como hubiera sido necesario. Nuestros soldados de caballería no eran bastante fuertes para rechazar á los enemigos en esta clase de expediciones, y procurábamos burlar su confianza tomando cada día caminos diferentes, ó dando grandes rodeos para evitar los desfiladeros peligrosos, y muchas veces nos veíamos obligados á abrirnos paso por entre los insurgentes, que tenían siempre cercada la ciudad.

Hacía un mes que la fortuna me era favorable, salía bien de todas las empresas que se me confiaban fuera de la ciudad, y los días que mandaba la gran guardia no mataban á ninguno de nuestros soldados. Los húsares, que creían hasta cierto punto en la fatalidad, empezaron á tenerme por invulnerable, mas sin embargo fuí herido casi mortalmente el día 1.º de Mayo: pero después me han dicho para consolarme que debía tenerme por tan dichoso como antes, puesto que el ayudante mayor se equivocó al nombrar el servicio, y que marché en lugar de uno de mis compañeros, que tenía mala estrella.

El 1.º de Mayo hacía yo parte de un destacamento de cuarenta y cinco húsares mandados por un capitán, que iba á buscar paja trillada á cuatro leguas de Ronda á las granjas que hay cerca de Setenil; llevamos con nosotros unos cien paisanos y muleteros de la ciudad, que conducían mulas y asnos. Nos habíamos puesto en marcha á las cinco de la mañana, y el capitán y yo íbamos á la cabeza de la tropa; al pasar por un desfiladero á media legua de la villa, nos dijimos el uno al otro: es preciso que los enemigos sean poco prudentes para no haber puesto una emboscada en este sitio; podrían hacernos mucho daño sin ningún riesgo por su parte. Subiendo á una colina elevada descubrí á lo lejos al principio polvo, y después claramente á nuestra derecha 400 ó 500 hombres armados, que se adelantaban en el valle hacia la aldea de Ariate; dije al capitán que los que se veían eran enemigos, y que los conocía en su modo de marchar con precipitación y desorden.

Un sargento aseguró que los hombres que se descubrían eran muleteros, que volvían á Osuna, y que habían venido la víspera bajo la escolta de 200 hombres de infantería á traer á Ronda galleta y cartuchos: sostuve obstinadamente que los que se descubrían eran enemigos, y añadí que si fuese yo el jefe del destacamento marcharía directamente á cargarlos mientras que estaban aún en la llanura, porque si éramos rechazados, nuestra retirada era segura, mientras que no podíamos continuar nuestra marcha sin exponernos á ser atacados á la vuelta en algún desfiladero poco favorable á la caballería. El capitán no fué de mi parecer: continuamos nuestro camino, y llegamos cerca de Setenil.

La lentitud y la mala voluntad de los españoles muleteros que habíamos traído para cargar la paja nos dieron algunas sospechas, y éstas se aumentaron cuando vimos, en el momento en que nos preparamos para volver á Ronda, un paisano á caballo en una altura distante observar nuestra marcha, y partir á galope como para ir á avisar á los enemigos.

Luego que acabamos de forrajear, volvimos á tomar el camino que habíamos traído, hicimos pasar al convoy de mulas delante del destacamento, entre una vanguardia de doce húsares y el grueso del detacamento, á cuya cabeza estábamos el capitán y yo. Cuando llegamos dos tiros de fusil del desfiladero por donde más temíamos pasar, ví á un paisano encaramado en un olivo cortar ramas con un hacha: me adelanté al destacamento, y le pregunté si había visto á los serranos: él mismo lo era, según he sabido después, y cortaba ramos para cerrarnos el paso del desfiladero. Me respondió que el trabajo en que estaba ocupado no le permitía indagar lo que pasaba. El capitán había preguntado también al mismo tiempo á un niño de cinco ó seis años, que le había respondido temblando y en voz baja, como temiendo que le oyesen, algunas palabras confusas é interrumpidas, en las que no fijamos mucho la atención, porque vimos que nuestra vanguardia y el convoy salían de la otra parte del desfiladero, y subían por la colina opuesta, teníamos que pasar por un sendero estrecho y resbaladizo, donde era preciso marchar de uno en uno, que era largo de 400 ó 500 pasos, y cercado de setos muy espesos. El capitán me dijo, como por la mañana, que teníamos mucha fortuna en que los enemigos no tuviesen emboscada en este desfiladero. Apenas había acabado de decir estas palabras, cuando salieron de entre los setos cuatro ó cinco fusilazos, que mataron las tres últimas mulas del convoy, y el caballo del trompeta que iba delante de nosotros: nuestros caballos se pararon de repente.

El capitán debía pasar el primero, pero el caballo que montaba había pertenecido á un oficial muerto pocos días antes en una ocasión semejante, y el animal titubeaba. Viendo esto, arrimé las espuelas, y me adelanté al capitán; mi caballo saltó por cima de el del trompeta, y de las mulas que acababan de caer con sus cargas, y atravesé solo el desfiladero. Los serranos, que se habían escondido detrás de los setos, creyeron que me seguía todo el destacamento, é hicieron con precipitación toda su descarga contra mí según iba pasando. Dos balas me alcanzaron solamente: la una me atravesó el muslo izquierdo, y la otra me entró en el cuerpo.

El capitán que me siguió á alguna distancia, llegó sano y salvo al otro lado del desfiladero, y solos los últimos cuatro húsares fueron muertos, porque los enemigos necesitaron algunos minutos para volver á cargar sus fusiles, y hacer fuego segunda vez. También mataron el caballo del sargento que marchaba detrás del destacamento; él se hizo el muerto, se ocultó entre los matorrales, y volvió por la noche á Ronda sin haber recibido ninguna herida.

Luego que formamos nuestro destacamento en batalla al otro lado del desfiladero, dije al capitán que estaba herido, que conocía se iban acabando mis fuerzas, y que me marchaba á Ronda por un camino bastante escarpado, pero muy corto. El capitán me aconsejó que me quedase con el destacamento, que iba á hacer un rodeo de media legua por la llanura donde el enemigo no estaba para no exponerse inútilmente á segundo ataque. Conocí que no podía soportar una marcha tan larga, y entré en el sendero escarpado, precedido de un húsar que conducía mi caballo por la brida. Como perdía mucha sangre, me veía precisado á reunir todas mis fuerzas para no desmayarme; si hubiera caído del caballo, probablemente me hubieran dado de puñaladas. Me agarraba con ambas manos al arzón de la silla, y hacía inútiles esfuerzos para hacer andar á mi caballo espoleándole con la sola

pierna de que podía servirme; pero el pobre animal no por eso se daba más prisa, porque una bala le había atravesado de parte á parte.

Cuando llegué á un cuarto de legua de la ciudad mi caballo ya casi no podía andar. El húsar que me acompañaba marchó á galope para avisar á la avanzada, que estaba en lo alto de la montaña, y dí aun solo algunos pasos, pero ya no veía, y apenas oía los fusilazos que los paisanos me tiraban desde lejos. En fin, llegaron unos soldados que me socorrieron, y me transportaron á mi alojamiento en la gualdrapa de mi caballo.

Mis patrones españoles me salieron al encuentro, y no quisieron permitir que me condujesen al hospital militar, donde reinaba una fiebre epidémica, de la cual probablemente hubiera sido víctima como otros muchos: mis patrones habían tenido hasta entonces respecto á mí una política fría y reservada, considerándome como á uno de los enemigos de su país. Por respeto á este sentimiento de patriotismo había tratado muy poco con ellos. Cuando me vieron herido, me manifestaron el interés más vivo, y me trataron con la generosidad y caridad que distingue tan eminentemente el carácter español. Me dijeron que desde que ya no podía hacer mal á ninguno de su país, me consideraban como á un individuo de su familia, y sin cansarse un solo instante en el espacio de cuarenta días, tuvieron en efecto conmigo todos los cuidados posibles.

El 4 de Mayo los enemigos vinieron al amanecer á atacar á Ronda con más fuerzas que lo habían hecho hasta entonces. Las balas pasaron tan cerca de la ventana que estaba junto á mi cama, que la trasladaron á la pieza inmediata. Mis patrones vinieron á anunciarme, esforzándose á conservar severidad, que los montañeses estaban al fin de la calle, que ganaban terreno, y que iban á tomar por asalto la ciudad vieja: añadieron que tomarían precauciones para ponerme al abrigo del furor de los serranos hasta la llegada del general Valdenebro, que era su pariente, y escondieron apresuradamente mis armas, mis uniformes, y todo lo que podía llamar la atención de los enemigos. Sus criados me trasladaron en seguida á lo alto de la casa, detrás de una capilla dedicada á la Virgen María, mirando este lugar sagrado como un asilo inviolable. Buscaron también dos Curas para que me protegiesen en caso necesario.

Una señora anciana, madre de mi patrona, quedó sola conmigo, y se puso á rezar; daba vueltas con más ó menos viveza á las cuentas de su rosario, según que los gritos de los combatientes y el ruido de las armas de fuego anunciaban que el peligro se aumentaba ó disminuía. Hacia mediodía se alejó poco á poco el fuego, y luego cesó del todo. El enemigo fué rechazado en todos los puntos, y mis compañeros luego que se apearon vinieron á contarme la acción.

El segundo de húsares recibió de allí á pocos días la orden de marchar al Puerto de Santa María; fué reemplazado por el 43 de línea, y quedé solo de mi regimiento en Ronda: no conocía á los oficiales de la nueva guarnición, y no recibí desde entonces más visitas de franceses que la de un ayudante de infantería, que venía de cuando en cuando á informarse de mis patrones, si había yo muerto ó estaba en disposición de marchar, porque tenía ganas de ocupar mi alojamiento.

Mis patrones redoblaban sus cuidados y sus atenciones para conmigo después de la partida de mis compañeros: pasaban muchas horas del día en mi cuarto, y cuando empezaba á restablecerme, reunían todas las tardes algunos de sus vecinos, que venían á hablar y á darme música junto á mi cama para distraerme de mis males: cantaban canciones patrióticas, acompañándose con la guitarra.

La madre de mi patrona me había cogido mucha afición desde el día que había hecho oración con tanto fervor por mi conservación durante el asalto de la ciudad. Su segunda hija era religiosa en un convento de Señoras nobles: esta señora preguntaba por mí de cuando en cuando, y me enviaba canastillos de hilas perfumadas cubiertas de hojas de rosa.

Las religiosas de los diferentes conventos de Ronda redoblaban sus ayunos y austeridades después de nuestra entrada en Andalucía: pasaban la mayor parte de las noches en orar por el buen éxito de la causa de España, y por el día preparaban medicamentos, que enviaban á los hospitales franceses; esta mezcla de patriotismo y de caridad cristiana se encontraba en España con bastante frecuencia.

El 18 de Junio me levanté por la primera vez después de mi herida. Me ví precisado á hacer el aprendizaje de andar con muletas, porque había perdido enteramente el uso de una pierna. Fuí á visitar el caballo que había sido herido conmigo; se había curado perfectamente, y al principio no me conoció, de lo que inferí lo mudado que debía yo estar. Salí de Ronda el 22 en un carro de municiones que iba bajo una fuerte escolta á buscar cartuchos á Osuna. Me separé de mis patrones con el mismo sentimiento que se tiene cuando se sale la primera vez de la casa paterna. Estaban también tristes por mi marcha, porque se habían aficionado á mí por los beneficios que me habían hecho.

Fuí de Osuna á Ecija, y de Ecija á Córdoba. Tropas de partidarios españoles de doscientos á trescientos hombres corrían el país en todas direcciones, y cuando eran perseguidos, se retiraban á las montañas que separan la Andalucía de la Mancha y de la Extremadura, ó las de la costa. Estas tropas de partidarios, llamadas *guerrillas*, servían para entretener la fermentación que reinaba en el país, y aseguraban las comunicaciones entre Cádiz y lo interior de España: hacían creer al pueblo que el Marqués de la Romana había batido los franceses en Trujillo, y que los ingleses habían salido de Gibraltar, y los habían derrotado completamente cerca del mar. Estos rumores, esparcidos con mucho tino, se recibían siempre con transportes de gozo, por más inverosímiles que fuesen; la esperanza, renovada sin cesar, excitaba en el país insurrecciones parciales sobre uno ú otro punto, y las noticias de ventajas supuestas, circuladas á propósito, originaban muchas veces ventajas reales.

A alguna distancia de Córdoba había una cuadrilla de ladrones, conocida tiempo hacía; estos hombres ya por su mismo estado no renunciaban á la costumbre de despojar á los pasajeros españoles; pero con el objeto de cumplir con la obligación que todo ciudadano contrae cuando nace, de derramar su sangre por la patria invadida por enemigos extranjeros, hacían la guerra á los franceses atacando sus destacamentos, aun cuando no tuviesen esperanzas de botín.

Al salir de la Andalucía atravesé la Mancha; me veía obligado á detenerme muchos días en cada tránsito para esperar la vuelta de las escoltas, que llevaban periódicamente municiones al sitio de Cádiz. Algunas veces, fastidiado de permanecer muchos días en malas posadas, me abandonaba á la suerte, y me aventuraba á ir solo de una etapa á otra. Los comandantes de puestos no podían dar escoltas, sino para el servicio indispensable del ejército, porque perdían á veces muchos soldados por acompañar á un correo algunas leguas solamente.

José no tenía ningún medio de percibir los impuestos; en vano enviaba columnas movibles á reconocer el país; los habitantes se salvaban en las montañas, ó se defendían en sus casas; los soldados saqueaban los pueblos, y las contribuciones no se exigían: los individuos pacíficos pagaban algunas veces por todos los demás; pero en seguida eran castigados gravemente por no haberse huído á la llegada de los franceses. Los habitantes de la Mancha, y los de las provincias inmediatas, estaban exasperados por todo género de violencias, y el número de nuestros enemigos se aumentaba todos los días. Castilla la Nueva, que atravesé también en mi viaje, no estaba más tranquila que la Mancha. Los partidarios españoles habían estado á punto de hacer prisionero al rey José en una de sus casas de campo cerca de Madrid, y arrebataban muchas veces á los franceses de las puertas, y aun de las calles de esta capital.

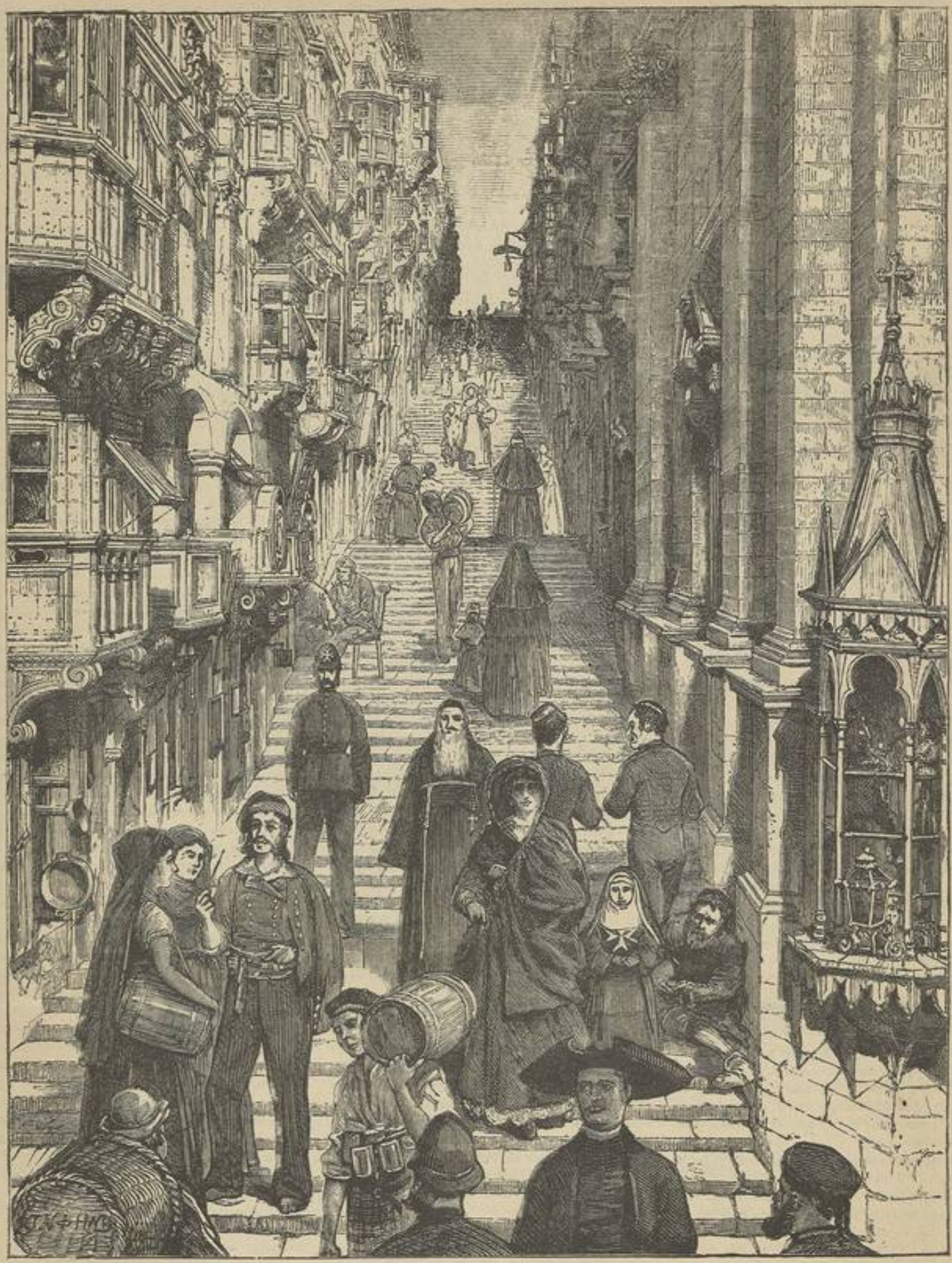
Permanecí en Madrid cerca de un mes esperando la ocasión de marchar. Era fácil venir desde Bayona, porque se viajaba bajo la escolta de numerosos destacamentos que se enviaban á reforzar los ejércitos; pero era preciso estar estropeado para obtener permiso de volver á Francia. Los consejos de salud habían recibido las órdenes más estrechas, y no daban licencias más que á los oficiales y soldados heridos que no daban esperanzas de curar. Yo fuí del número de los enviados á Francia de este modo, y me tuve por muy dichoso de abandonar á cualquier precio que fuese una guerra injusta y sin gloria, en la cual los sentimientos íntimos de mi alma desaprobaban el mal que mi brazo estaba obligado á hacer.

Salí de Madrid con una caravana de oficiales reformados, que iban á Francia bajo la escolta de 75 soldados de infantería solamente: formamos un pelotón de oficiales, mandado por el herido más antiguo, á fin de morir armados si éramos atacados, porque no estábamos en disposición de defendernos, puesto que algunos de entre nosotros tenían que hacerse atar á sus caballos para sostenerse.

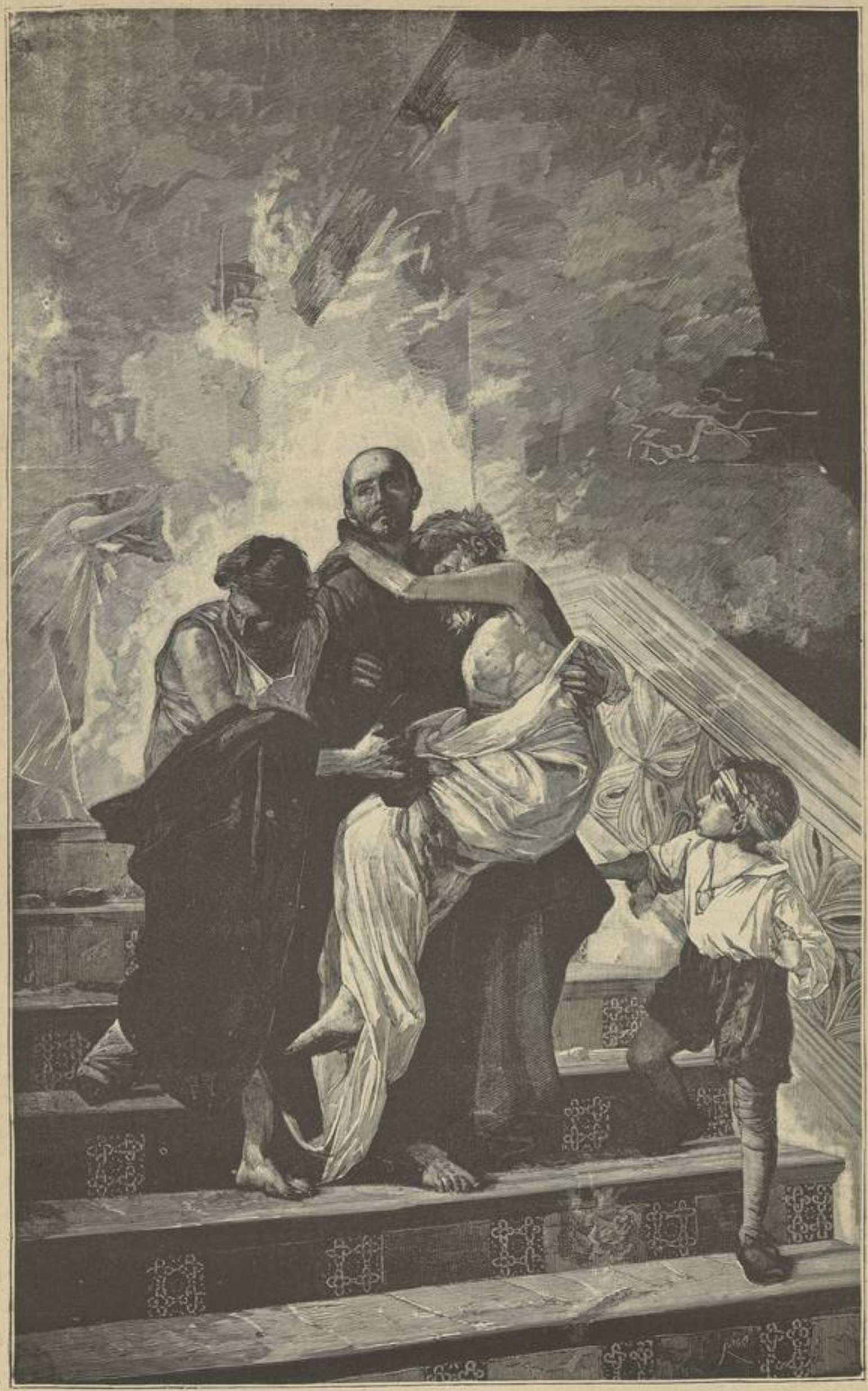
Iban en nuestro convoy dos locos, el primero era un oficial de húsares que había perdido la razón de resultas de las heridas profundas que había recibido en la cabeza: marchaba á pie, habiéndole quitado su caballo y sus armas, por miedo de que quisiese escaparse, ó hacer daño. No había olvidado, á pesar de su locura, la dignidad de su grado, ni el nombre de su regimiento; algunas veces nos enseñaba su cabeza, y descubría sus heridas, que pretendía haber recibido en combates imaginarios que nos contaba á todas horas. Un día fué atacado el convoy durante la marcha, y frustrando la vigilancia de los que estaban encargados de tener cuidado de él, recobró su antigua intrepidez para caer sobre los enemigos con sola una baqueta, que llamaba el cetro mágico del gran rey de Marruecos, su predecesor.

El segundo de los locos era un flamenco viejo, músico de la infantería ligera, en cuyo cerebro el calor del vino de España había fijado para el resto de sus días una alegría imperturbable. Había cambiado su clarinete por un violín, cuyo instrumento tocaba en su niñez en las fiestas de su aldea, y marchaba en medio de nuestro triste convoy tocando y cantando á un tiempo, sin cansarse jamás. Ni un solo viajero encontrábamos, y en el largo y silencioso camino que recorríamos sólo hallábamos cada dos ó tres días convoyes de municiones, ó algunas escoltas, que se alojaban con nosotros debajo de los escombros de las casas desamparadas, cuyas puertas y ventanas había quemado el ejército francés: en lugar de la multitud de muchachos y ociosos que corren en tiempo de paz á ver á los extranjeros á la entrada de los pueblos, sólo se descubría un pequeño puesto francés, que salía detrás de las estacadas ó de los parapetos, y nos mandaba hacer alto para reconocernos. También algunas veces en una aldea desierta descubríamos de repente un centinela situado en una torre vieja, como el buho solitario en medio de las ruinas.

Cuanto más nos acercábamos á Francia, más peligro teníamos de ser arrebatados por los partidarios;



UNA CALLE DE MALTA.



SAN JUAN DE DIOS SOCORRIENDO Á LOS ENFERMOS.

en casi todos los pueblos hallábamos destacamentos, que habían venido de todas las provincias de la Península, y nos esperaban para marchar con nosotros. Los batallones, los regimientos enteros reducidos á sus cuadros, es decir, á algunos hombres solamente, llevaban tristemente sus águilas y sus banderas para ir á reclutar á Francia, á Italia, á Suiza, á Alemania y á Polonia: nuestro convoy salió de España á fin de Julio, veinte días después que Ciudad Rodrigo, plaza fuerte en la provincia de Salamanca, cayó en poder de los franceses.

Debería concluir aquí mis Memorias, pues que habiendo salido de España en esta época de la guerra, he dejado de verla por mis propios ojos; pero después de este tiempo he reunido durante un año que estuve en Inglaterra materiales que entonces no se podían hallar en el Continente, y me he tomado la libertad de añadir á mi relación la de la campaña de Portugal, obra maestra de una defensa nacional y militar.

Después de la campaña de Austria, y la paz ajustada en Viena en 1809, la Francia se vió libre de guerra en el Norte, y la Europa entera creyó otra vez que la España y Portugal iban á sucumbir bajo el peso inmenso de las fuerzas de que podía disponer Napoleón: este vencedor había anunciado que iba á arrojar á los ingleses de la Península, y que antes de un año se verían sus águilas triunfantes en los fuertes de Lisboa, y había enviado poderosos refuerzos á España para invadir á Portugal.

El ejército francés destinado á esta invasión se componía de más de 80.000 hombres: estaba mandado por el Mariscal Masena, y dividido en tres cuerpos á las órdenes del Mariscal Ney, y de los generales Junot y Reynier. Los dos primeros de estos cuerpos estaban reunidos en las inmediaciones de Salamanca, y ocupaban el país entre el Duero y el Tajo. El tercero del General Reynier estaba en Extremadura enfrente de la frontera de Alentejo, comunicando su derecha en Alcántara con la izquierda del Mariscal Ney. Un cuarto cuerpo de reserva se reunía en Valladolid bajo las órdenes del General Drouet, para reforzar y sostener en caso de necesidad el ejército de invasión.

El ejército de Lord Wellington opuesto al del Mariscal Masena contaba en sus filas 30.000 ingleses, y 30.000 portugueses. La Regencia de Portugal tenía además sobre las armas 15.000 hombres de tropas arregladas, diferentes cuerpos de tropas volantes compuestas de milicias portuguesas conducidos por jefes de su nación, ó por oficiales ingleses, y la leva en masa conocida bajo el nombre de *ordenanzas*, que los ingleses valúan en 45.000 hombres solamente, pero que se componía realmente en caso de invasión de toda la población armada de Portugal: estaba animada contra los franceses por el patriotismo, el odio, la venganza, y por memoria reciente de los males que habían sufrido los dos años anteriores en las expediciones del Mariscal Soult, y del General Junot.

Estas bandas indisciplinadas de habitantes hacían un mal incalculable á los franceses, cuando defendían sus hogares entre las gargantas de las montañas, donde tenían una gran superioridad por el número y por el conocimiento del terreno; pero eran inútiles fuera de su país, y por esta razón el ejército angloportugués de Lord Wellington no se alejaba, á pesar de las provocaciones de los franceses, de la línea defensiva, que ocupaba en las fronteras de Portugal al Norte, y al Mediodía del Tajo. El General inglés temía entonces dar una batalla en las llanuras de la provincia de Salamanca, donde sus enemigos desplegaban una caballería numerosa y formidable.

Después de la toma de Ciudad Rodrigo los franceses pasaron el Coa, rechazaron las avanzadas inglesas, embistieron á Almeida, plaza de la frontera de Portugal, y se apoderaron de ella el 27 de Agosto por capitulación, después de 13 días de trinchera abierta.

El cuerpo de ejército del General Reynier salió de la Extremadura española, pasó el tajo en Alcántara, y se concentró sobre los otros dos cuerpos franceses en las inmediaciones de Almeida. El cuerpo inglés que estaba al frente del del General Reynier hacia Elbas y Portalegre, atravesó el Tajo en Villa Velha, y el ejército entero de Lord Wellington se retiró por la orilla izquierda del Mondego, á la posición inexpugnable de la sierra de Marcella, detrás del Alba.

El ejército francés salió el 15 de Septiembre de las inmediaciones de Almeida, entró los días siguientes en el valle que baña el Mondego, pasó este río en Celorico, y le volvió á pasar en seguida por el puente de Fornos: el Mariscal Masena conducía su ejército por la orilla derecha del Mondego, con el objeto de apoderarse por una marcha rápida de Coimbra, que creía dejaban descubierta los ingleses, que se retiraban por la margen izquierda.

Los franceses llegaron el 21 á Viceu, donde se vieron obligados á detenerse dos días enteros para esperar su artillería, cuya marcha se había retardado por las dificultades que ofrecían los caminos, y por los ataques de las milicias portuguesas. El 24 su vanguardia halló á la vanguardia inglesa situada en la orilla opuesta del Dao, y la rechazaron después de haber reparado los puentes, que habían sido cortados. Lord Wellington dispuso que su ejército pasase con celeridad de la margen izquierda á la derecha del Mondego, para defender los desfiladeros de las montañas que se atraviesan para ir á Coimbra, y no había dejado en su primera posición de sierra Marcella sino una división de caballería y una brigada de infantería.

Los cuerpos franceses llegaron sucesivamente el 25 y el 26 al pie de la sierra de Busaco, cuyas cimas hallaron ocupadas por el ejército angloportugués. El 27 á las seis de la mañana marcharon en columnas contra la derecha, y el centro de este ejército por los dos caminos que conducen á Coimbra por la aldea de San Antonio y el Cántaro, y por el convento de Busaco: estos caminos estaban cortados en diferentes sitios, y defendidos por artillería, y por otra parte la montaña que atraviesan está erizada de rocas escarpadas, y se llega á ella con muchísima dificultad. La columna francesa que atacó la derecha de los ingleses se adelantó á pesar del fuego de su artillería y de sus tropas ligeras, y llegó con intrepidez á la cima de la montaña, después de haber sufrido pérdidas considerables: empezaba ya á desplegarse en línea con mucha sangre fría, y con más perfecta regularidad, cuando se vió atacada por fuerzas superiores y obligada á retirarse: se reunió en seguida, atacó segunda vez, y fué de nuevo rechazada. Los batallones franceses que se adelantaron contra el convento de Busaco, donde se reunían las divisiones de la izquierda y del centro de los ingleses, fueron también rechazados cerca de este pueblo, y dejaron en la altura al General Simón muerto en la carga, y á un crecido número de oficiales y soldados heridos.

Los ingleses y portugueses ocupaban en la cresta de las montañas una posición que formaba un arco de círculo, y abrazaba por sus extremidades el terreno por donde avanzaban los francesses: el ejército aliado veía debajo de sí sus más mínimos movimientos, y tenía la ventaja de poder reunir con tiempo grandes fuerzas para recibirlos: esta circunstancia contribuyó principalmente á la ventaja que consiguió. Los franceses perdieron en sus ataques 1.800 hombres, y tuvieron cerca de 3.000 heridos: los ingleses y portugueses sólo tuvieron fuera de combate 1.200 hombres.

(Continuará.)

LA GRAN CUESTIÓN

Es ya un gran recurso retórico de algunos escritores católicos, tanto españoles como extranjeros, cuando combaten un error cualquiera, decir ó escribir de él por vía de preámbulo ó exordio:

«Ese error ya no le sostiene nadie; eso es ya muy antiguo; ya está eso pasado de moda.»

La más completa buena fe y el más hermoso deseo de la salvación de las almas presiden, indudablemente, á los que emplean tales expresiones; pero conviene tener presente que no siempre proceden, y que á veces pueden producir efectos contrarios.

Que se diga eso, v. gr., en España, refiriéndose al krausismo, nada más puesto en razón. El krausismo pasó, afortunadamente, de moda. Hubo un tiempo en que de las Universidades, Ateneos y Academias de España pudo decirse algo semejante á lo que del mundo dijo San Jerónimo. En efecto; si no las mismas Universidades y Academias, todos los españoles nos asombramos, considerando que nuestro mundo docto se había hecho krausista casi en sus dos terceras partes.

Pero pasó, y hoy el krausismo no es más que chochez senil de algunos obscurísimos catedráticos de provincias.

Parece que hay algo más, por una circunstancia que suele inducir á error á los poco enterados. Y es que en las oposiciones á cátedras es costumbre llamar krausistas á todos lo que no son católicos. Es frecuente oir diálogos como este: ¿Cuántos se presentan á las oposiciones á la Cátedra de Metafísica de tal ó cual Universidad? Y se contesta: Tres católicos y dos krausistas. Ahora bien: suele acontecer que los llamados krausistas sólo tengan de común con Krause el racionalismo.

Pero si el krausismo va de vencida, si puede ya contarse entre los muertos, no sucede lo propio con el positivismo, ya pseudo-espiritualista, ya francamente materialista. Este sí que es error del momento, y contra el que no vale alegar que ha pasado de moda, sino que hay que cerrar contra él y derrotarle, porque, digámoslo con cristiana franqueza, todavía no lo hemos derrotado.

El ejército que ahora combate á Sión no es como el de los racionalistas y liberales que antes asaltaban los santos muros con valor, si no heroico, temerario: que traían desplegados al aire estandartes de telas multicolores y brillantes, en los que habían escrito muchas palabras, como Dios, infinito, absoluto, libertad, etc., etc., que de hecho y de derecho corresponden á nuestro Diccionario. Los enemigos de ahora son una falange de minadores incansables que toman muy de lejos la dirección de su acometida, que vienen cachazudamente por el lóbrego subterráneo, con la sonrisita del desdén en los labios y la flema del satanismo estampada en el semblante; no se apresuran, no apuestan neciamente á lo Voltaire: dan cada día su hachazo, y descansan tranquilamente cada noche: no tienen fiebre por concluir cuanto antes su empresa; no chillán, no alborotan; apenas si oídos muy finos perciben, allá lejos, en lo profundo de la tierra, los golpes sordos de la piqueta.

Cuando salen á la superficie y nos disparan, cargan el fusil con esa pólvora sin ruido y sin humo recientemente inventada; así que no es extraño que á muchos parezca que no hay batalla, cuando precisamente la batalla está más empeñada y es más peligrosa que nunca; así que no es extraño que muchos se sientan heridos en la mitad del corazón, quizá cuando gozaban con la idea de que se había firmado un armisticio.

En España no hay que decir que son poquísimos

los que perciben en el fondo de la sombra los rumores casi imperceptibles del enemigo que se acerca. No faltan, por cierto, entre los nuestros oídos finísimos; pero estamos ensordecidos por el fragor y cegados por la polvareda de *las cuestiones estúpidas*, á que con magnífica frase aludía Menéndez y Pelayo en el Congreso Católico.

Aquí muchos de los católicos militantes vivimos aún una vida de casa de vecindad, incompatible de todo punto con las grandiosas y generosas concepciones que exige la moderna estrategia.

Los sabios católicos en otros países han tomado ya por lo serio la gran cuestión; y han acudido á la batalla provistos de abundantes municiones tomadas en el arsenal de las ciencias físicas y naturales. Pelean con valor y con constancia; emplean ya con fruto la contramina contra los astutos, incansables minadores. Es seguro que vencerán.

Pero, ¿y entre nosotros? Aquí con cuatro chirigotas y con un par de gritos, creemos que todo está arreglado. Y si nos aprietan mucho, salimos tocando el registro de que el error que nos acosa está pasado de moda.

Bien es verdad que los impíos que por aquí se usan son también de tal calidad, que quizá fuera despabilarlos emplear contra ellos otros argumentos.

¡Qué impíos los impíos españoles! Son verdaderamente el desecho del infierno. Tampoco saben salir de que nuestras doctrinas son viejas y del variado surtido de las chirigotas.

Pero esto no es una disculpa para nosotros. Los Padres españoles del Concilio de Trento no tenían en España enemigos dignos de ellos y fueron á buscarlos en Alemania y en París. Balmes, que en España no tenía enemigo condigno, lo buscó y lo encontró en Guizot. Y Donoso Cortés en Proudhon.

¿Por qué el positivismo moderno, alemán, inglés y francés, no había de encontrar en España sus debeladores? Esta, como dijo Veuillot, es la nación teológica por excelencia. ¿Por qué no corremos á defender la teología amenazada por la ciencia moderna?

Y no hay que decir que la causa es de Dios, y que Dios mirará por ella. Así es, en efecto; pero Dios quiere que su causa sea defendida por los hombres.

Sí; no hay más remedio que sacudir la pereza y trabajar. Trabajar mucho; porque el positivismo moderno, por la naturaleza de las ciencias en que se apoya, en las que está atrincherado, no es de los errores que pueden combatirse con parrafadas de efecto, ni con brillantes improvisaciones oratorias ó periodísticas. Es de los errores, por el contrario, que exigen para ser combatidos fundamentalmente, larga y para muchos enojosa preparación.

Y hay que hacer más. Hay que hacer hasta profundos sacrificios; porque hay que salir del campo querido de la ciencia predilecta y del método acostumbrado; hay que analizar en vez de sintetizar; hay que abandonar la generalización doctrinal por la observación minuciosa y paciente de los fenómenos naturales; hay que bajar de la trípode y sumirse en la obscuridad modesta del laboratorio ó del gabinete de Historia Natural. Hay que ser, en suma, para defender la Teología y la Metafísica, algo menos metafísicos que somos ahora.

Este es el camino que la Providencia nos traza hoy. Y el polemista católico que quiera ser acepto á los ojos de Dios, y conseguir aun en este mundo gloria perdurable, no tendrá más remedio que entrar por ese camino.

El vencedor de los errores novísimos tiene que ser un profundo naturalista.

¿Cuánto daríamos nosotros por que ese naturalista profundo fuese un español?

A. SALCEDO.

ALBUM DE POESÍAS

EL LAUREL DE LA ZUBIA

TRADICIÓN GRANADINA

Seguida de sus guerreros
más diestros en las batallas,
la Reina Isabel Primera
camina al rayar el alba.
Que como el afán la hiere
de llamar suya á Granada,
gusta contemplar sus torres
por dar placer á sus ansias.
Vestido negro aprisiona
y enaltece su arrogancia,
y de las mangas perdidas
briosa las manos saca.
Palafreneros la sirven,
y sus hijos la acompañan,
y ella, en extremo donosa,
en níveo corcel cabalga.
Y aunque las tierras que pisa
pecho á Castilla no pagan,
y contra Aragón aprestan
sus caballos y sus lanzas,
con tal ánimo las cruza
y las mira con tal calma,
que en sus nobles pone olvido
de que aun resta conquistarlas.
Camino va de la Zubia,
aldea puesta en las faldas
de los cerros que circuyen
la hermosa Sierra Nevada.
Y está la aldea tan cerca
de la ciudad de la Alhambra,
como paloma que bebe
y alza el vuelo de su banda.
De este pago en un balcón,
donde airosas se entrelazan
las azules campanillas
y las verdes pasionarias,
Isabel con sus dos hijos
da hartura á su noble alma,
con la vista deliciosa
de la ciudad mahometana;
y envolviendo sus contornos
en la luz de la esperanza,
ve que la ciudad se mueve
y viene á besar su planta.
La fe que sus pasos guía
engendra, enciende, levanta
olas de sangre en su pecho
que se encrespan y se amansan;
y aunque el cuerpo tiene inmóvil
sus pensamientos avanzan,
y en la Torre de la Vela
la Cruz y su enseña clavan;
y trae el viento á su oído
como en confusas palabras
la bendición de los Reyes
que lucharon por España.
Mas como es flor el placer
que apenas nace se acaba,
gritos de guerra asesinan
aquellas dichas tan cassas.
Son los moros, que atisbando
desde sus altas murallas
el palafrén de la Reina,
de escasos nobles guardada,
acuden, raudos halcones,
á teñir sus fieras garras
en presa que por segura
dan desde sus atalayas.
La Reina Isabel cobija
á sus hijos, como el águila
á sus polluelos esconde
debajo sus fuertes alas.
El Príncipe se embravece,
y la Infanta Doña Juana,
como loca que se irrita,
mira el peligro que avanza;
y los nobles advierten
sus limpias, invictas armas
para el combate, sin miedo
á aquellas fuerzas dobladas.
Mas Isabel, que no gusta
de que el placer del Monarca
sangre cueste á sus vasallos
y á la patria cueste lágrimas,
que excuse al Duque de Cádiz
la escaramuza le manda,
mientras con sus hijos busca
abrigo en una enramada.
Y en tanto que sus guerreros
enfrenando están las ansias
de pelear con el moro,
que les insulta y demanda,
hasta que el valor se enfosca
y la rienda dura tasca,
y se cobra en recios tajos
los insultos y amenazas.
En un bosque de laureles,
do el arte prudente calla,
y adonde Febo no asoma,
aún más prudente, la cara,
dobladas ambas rodillas
sobre alfombra de esmeraldas,
y levantando los brazos
en actitud de plegaria,
está la Reina Isabela,
ni serena, ni asustada,
poniendo en manos del cielo
su suerte en estas palabras:
— Dios eterno, fuerte escudo
de los que temen tu saña:
tuya es la vida del reino
y la vida del Monarca.
A ti acudo con mis hijos;
si nos defiende tu espada
y al Real volvemos seguros
de las corvas cimitarras,
juro que aquí un monasterio
haré á San Luis, Rey de Francia,
cuya es la fiesta de hoy,
apenas tome á Granada. —
Y entonces cuentan que el bosque
del cielo tornóse estancia,
cayendo sobre sus hojas
encendidas cataratas
de luz clara y apacible,
aún más que la luz del alba;
y vióse orlado de estrellas
al Santo de las Cruzadas,
que con acento acordado
como las celestes arpas,
así habló á Isabel Primena,
enajenando su alma:
— Reina, los cielos te escudan
y del peligro te guardan:
la media luna no temas;
de tu cetro será gala.
Eres del mundo querida,
cuanto mi suerte llorada:
tanto la dicha te encumbra,
cuanto me honró tu desgracia.
Advierte, noble señora,
que los laureles te amparan,
formando de la victoria
que te espera, la guirnalda.
Tuya es la ciudad morusa:
tú das fin á la jornada
que comenzó Don Pelayo
en la astúrica montaña. —
Esto dijo el Rey glorioso,
y apenas de hablar acaba
desaparece, dejando
triste el bosque, alegre el alma.
Y antes que de la sorpresa
que la cautiva y embarga,
luengo espacio con misterios,
ya del cielo, ya de España,
vuelva Isabel anhelante,
las enmarañadas ramas
de los laureles, con ímpetu
por fuertes manos se apartan.
Son los Condes de Tendilla,
de Ureña, Escalona y Cabra,
Aguilar y otros guerreros,
rayos de Marte en campaña,
que alzándose las viseras
y bajando las espadas
le hacen mesura, diciendo:
— Reina, vuestra es la batalla. —
Y dando gracias al cielo,
por quien venciendo se salvan,
sale del espeso bosque,
y sus soldados la aclaman
con un viva, que resuena
en los muros de la Alhambra,
como triste vaticinio
de que el reino aquel se acaba.
Y luego sus caballeros
presentan ante sus plantas
mil cautivos, las primicias
de aquella abierta Granada;
y los laureles se inclinan
agitados por las auras,
y con sus ramas coronan
á aquellas huestes bizarras.

* * *

Hoy todo buen español
que levanta una plegaria
en el templo que la Reina
hizo al Santo Rey de Francia,
y luego mira el laurel
que la acogió entre sus ramas,
siente que el alma le brinca
y que del pecho se escapa,
y al besar sus verdes hojas
las lágrimas se le saltan,
y le enmudece el respeto,
y la alegría le traba,
y los recuerdos de gloria
le entristecen y le exaltan,
pues que besa de Isabela
la diadema soberana.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

Granada. *(De las Escuelas Pías.)*

EL INSTINTO DE LOS ANIMALES

I

Cuando en nuestra infancia despertamos á la vida exterior y fijamos la atención en los objetos que nos rodean, se llevan desde luego nuestra preferencia los seres animados, los gatos, los perros y los pájaros, por sus formas, por sus colores, y sobre todo por sus movimientos. Tan grande es nuestra afición, y tan vehemente el afán de poseerlos y manejarlos, que, en la mayoría de los casos, si se consultara á esas prendas de nuestro amor, y pudiesen respondernos, nos rogarían con lágrimas en los ojos que no las quisiéramos tanto. Buffón, el naturalista, admirado en su niñez de la facultad que tienen los gatos de volverse en el aire, y caer siempre de pie, arrojó consecutivamente, uno á uno, por el hueco de una escalera, un saco entero lleno de estos infelices animales, que, sin duda por la novedad de su incómodo alojamiento, protestaban contra el tirano exhalando á porfía los más lúgubres maullidos. El niño, como el hombre, cuando se deja arrastrar de su corazón, acaba por no tenerlo.

Esta afición á los animales, después más racional con los años, crece con nosotros, y nunca nos deja. El caballo para el árabe es antes que su mujer, y esta misma, entre nosotros, distraída en su juventud con otros animales racionales, que suelen absorberla por completo, consagrada á domesticarlos y amansarlos, llega luego á veces, á falta de hijos, ó por sobra de años ó desengaños, á concentrar gran suma de su cariño en perritos, que usan gabanes en invierno y que comen con servilletas en la mesa.

Pero lo que más nos sorprende en los animales es el instinto maravilloso que los distingue, y que, como obra de la naturaleza, sólo brilla en todo su esplendor desenvolviéndose en ella libremente. Nunca es un bosque artificial como una selva virgen, ni el chasquido de nuestras chispas eléctricas como el trueno, ni el león entumecido de nuestras jaulas como el que ruje y siembra el espanto en las vertientes del Atlas.

El instinto de los animales se manifiesta bajo formas tan diversas, y es tan inagotable en su conjunto y en sus detalles, que el mismo exceso de sus riquezas empobrece nuestra elección, y nos llena de dudas y de vacilaciones. No se vería en mayor apuro el avaro en presencia de los tesoros de Creso, con facultad de apropiarse un número dado de sus joyas, ni el hambriento delante de una mesa cubierta de apetitosos manjares, ni París llamado á ser juez de la hermosura desnuda de las tres diosas del Olimpo.

Pero en la necesidad de buscar una senda en este laberinto, y de poner algún orden en caos tan revuelto; y acordándonos, por una parte, de la lucha por la existencia, de moda desde Darwin, y por otra de los formidables armamentos de nuestra Europa, que llevan á las imaginaciones á la guerra, comenzaremos, *paulo minora canendo*, por los medios empleados por el instinto de los animales para ofender y defenderse de sus enemigos.

La paloma ó la garza, atacada por primera vez por el halcón, saben perfectamente, sin haberlo aprendido antes de nadie, que su muerte es segura si el ave de rapiña se eleva sobre ellas. Todo su afán se cifra entonces en sobreponerse á su verdugo, porque si no lo hacen, se desploma aquél como una piedra sobre su víctima, y no hay ya salvación posible. La liebre corrida, antes de encamarse, describe infinitos círculos para que se confundan sus huellas, traspone de un salto el mayor espacio que puede, y deja á los perros ó á los lobos la tarea nada fácil de desenredar aquella madeja de pisadas. El macho de la perdiz y de una especie de pato, para alejar al cazador de la hembra de su cría, sucede á veces fingirse alicortado ó herido, siempre fuera del alcance de la escopeta; y cayéndose y levantándose, aparta largo estrecho al cazador de su esposa y de sus hijos, alzando al cabo el vuelo, y dejándolo burlado. Cuando el gavilán sorprende una bandada de estorninos, se levantan éstos en tropel y sacuden con sus alas al aire con tanta violencia que el gavilán es rechazado, y no le queda otro recurso que girar á cierta distancia alrededor de aquella masa obscura, y apoderarse del imprudente ó del desdichado que se separa. Todos los animales carniceros cazan contra el viento, mirando, oliendo y escuchando atentamente, se aprovechan para no ser vistos de las desigualdades del terreno y de todos los objetos, que los ocultan, se arrastran y atacan á sus víctimas con tanta rapidez y calculando tan bien las distancias, que pocas veces se les escapan. Lo mismo hacen las arañas cazadoras. El cocodrilo, á pesar de su tamaño enorme, es tan astuto y tan sutil en ocasiones, que arrebata de las barcas del Nilo á los que se descuidan, sin notarlo sus compañeros. Hay un pez en el Ganges, que lanza con su boca un chorro de agua, y hace caer á su alcance á los insectos, que devora.

La hormiga-león, que, no obstante su nombre, nada tiene de común con las hormigas, porque pertenece á otro orden entomológico, en su estado de larva ó antes de su transformación definitiva, elije para fabricar su trampa un paso frecuentado por hormigas ó por otros insectos. Traza primero un círculo con su cuerpo, y lo ahonda hacia atrás lanzando fuera la tierra que arranca. Si tropieza al ensanchar el círculo con una piedrecilla, y no puede removerla, prosigue su trabajo sin hacer de ella caso alguno, y después intenta primero despedirla fuera; si no le es posible, la arrastra á donde no le estorbe con sus mandíbulas y con sus patas, y sólo después de apurar inútilmente sus fuerzas y sus recursos, que son muchos, se decide con pena á recomenzar en otra parte su labor. En cuanto termina su obra, se esconde en el fondo de su pequeño círculo, tapándose, y no apareciendo sino para devorar á los insectos aturdidos, que se caen por las pendientes del círculo. Pero si por cualquier causa se detienen en el camino, y se esfuerzan en salvarse, sale de su escondite y les arroja partículas de tierra, que los precipitan en sus garras, haciéndolos rodar al fondo del abismo. Hay una araña, muy común en Andalucía, que se prepara en el suelo un agujero redondo, en donde puede albergarse cómodamente, cuya boca cierra con una puerta fabricada con tierra é hilos, sujeta al mismo terreno con un gozne, que elabora de las mismas sustancias, y que la deja abrirse y cerrarse á su voluntad. Lo más maravilloso es que esta puerta tiene también su cerradura, formada por el reborde interior de la tapadera y por la pared del hoyo, que coinciden en unos pequeños agujeros en los cuales introduce la araña sus patas, sujetando la puerta y haciendo las veces de cerrojo ó de pestillo.

Otra araña blaquecina sólo se aloja en las flores blancas ó amarillentas, que la ocultan mejor, no en las de otros colores. La zorra, cuando se ve perseguida de cerca por los perros, se orina en su hopo y rocía con este líquido hediondo la nariz de sus enemigos. La mofeta, especie de marta de la América, se defiende también expeliendo un licor apestoso, sucediendo lo mismo á muchos insectos, entre los cuales se cuenta un escarabajo, que despide por detrás un tiro con humo, como el de un cañón diminuto. Las gibias y los calamares ciegan á sus perseguidores llenando de tinta el agua que los rodea. La nutria excava su madriguera desde dentro del agua, inclinándola hacia arriba, de suerte que entra en ella nadando y después descansa en seco.

Un instinto particular advierte á muchos animales la proximidad de peligros desconocidos. Los caballos, los perros, los gatos y las aves presienten los terremotos, y dan muestras evidentes del terror que los embarga. Cuando se introduce un hurón en una madriguera de conejos, se oyen desde fuera la confusión, las carreras y el tumulto que producen su olor y su presencia. El rugido del león hace temblar á todos los animales. El perro no puede sufrir al lobo, ni el ratón al gato. La paloma que no ha visto antes á las cigüeñas, se mantiene en su puesto sin moverse, y las contempla impasible describiendo círculos sobre su cabeza, y graznando como las matracas; pero en cuanto columbra á lo lejos un gavilán, y oye su grito, arranca desesperada á volar, ó se refugia precipitadamente en el palomar. Sólo en los días de calma del verano celebran sus nupcias en los aires las hormigas con alas, ó las dotadas de distinto sexo, y sólo en estos días sube el gusarapo (larva del mosquito) á la superficie del agua, para transformarse de insecto acuático en volátil. Colócase entonces á flor de agua en una posición horizontal, manteniéndose inmóvil algún tiempo, y sólo de vez en cuando parece temblar y hacer fuerzas. De repente se abre su piel por la parte que se halla fuera del agua, y con ella se forma la más frágil de las navecillas, pero lo bastante fuerte para sostener en su centro al mosquito, que, húmedo y haciendo esfuerzos para ponerse de pie, lo logra al cabo, y cuando se siente seco, se lanza gozoso volando en su nuevo elemento.

Las hormigas y las arañas se odian mortalmente, y las primeras cazan á las segundas, como los podencos á los conejos, y siguen sus huellas hasta que las encuentran. Las cochinillas, las arañas y otros muchos animales se fingen muertos cuando arrecia el peligro, y no disponen de otro medio más eficaz de defenderse. Hay un cangrejo que introduce una piedrecilla entre las válvulas de la almeja, impidiéndole que las cierre, y la devora así á su antojo. Un pájaro de los países tropicales hace su nido en forma de pera en el extremo de las ramas delgadas de árboles, que, como el sauce, las tienen colgantes hacia abajo, y á donde no pueden llegar las culebras, los monos ni ninguna otra alimaña. No contento con esto, abre la entrada de los dos compartimientos de que consta, uno para el macho y el otro para la hembra y su cría, en la parte inferior del mismo nido, de suerte que sólo se puede entrar en él volando. La salamandra acuática, especie de cocodrilo en miniatura, que vive en los charcos y aguas detenidas, de aspecto poco simpático, pero ágil y de movimientos muy vivos, siente un verdadero terror á la vista de la sanguijuela. Nada extraño se nota en esta salamandra mientras se halla sola en cualquiera depósito de cristal lleno de agua, dispuesto de manera que sea fácil, á nuestra voluntad, interceptar y hacer invisible la mitad ó una parte del mismo depósito. En el momento en que se introduce en él una sanguijuela, la salamandra da á conocer su miedo con señales inequívocas, que cesan en cuanto desaparece su enemigo.

Cuéntase que un gorrión desvergonzado se apoderó, durante la ausencia de sus dueños, de un nido de golondrinas. El dolor de éstas fué tan grande á su vuelta al verse despojadas injustamente de su morada, cuya construcción les había costado tanto trabajo, y que estaba destinada á alojar á sus hijuelos. El feroz usurpador, cuando se agarraban las golondrinas á las asperezas del nido é intentaban recobrarlo, las recibía propinándolas tremendos picotazos. Sus armas y su posición ventajosa lo hacían invencible. No había remedio á la desventura de las míseras avecillas: la fuerza y la maldad habían triunfado de la debilidad y de la inocencia. Así parecieron comprenderlo las desdichadas, porque dejaron en paz al usurpador, y se limitaron á

elevarse en los aires, dar un grito particular, que atrajo á su lado á muchas de sus compañeras, que se alejaron con ellas, sin duda para consolarlas. Mientras tanto había llamado el gorrión á su hembra, y ambos disfrutaban de las delicias de su nueva y fácil posesión, y trazaban sus planes, como es costumbre de los propietarios recientes, acaso para acometer algunas obras y hacer ciertas reformas. Pero el hombre ó el gorrión propone y Dios dispone en el momento más impensado; quizás en el fragor de alguna contienda matrimonial, frecuente en tales casos, reapareció la bandada de golondrinas, se precipitaron muchas de ellas contra el nido, y después otras, trayendo todas en el pico una poca de arcilla mojada, y en breves instantes quedaron encerrados y á oscuras los dos esposos. El que observaba esta tragedia deshizo el nido á los pocos días, y encontró entre sus escombros los cadáveres de los dos cónyuges. El conflicto dramático, según Hegel, se resolvió moralmente, aunque no hubiese indemnización para los perjudicados.

Esto no lo ha visto el autor de estas líneas y sólo recuerda haberlo leído hace ya años en una Revista inglesa. Por tanto *relata refert*, ó cuenta lo que le contaron; no así el combate siguiente, al que asistió en persona.

Hallábase leyendo en su jardín una mañana de Junio á la sombra de un árbol, cerca de una verja sostenida por unos postes de madera. El poste inmediato al lector tenía un agujero profundo, de una pulgada de diámetro, en donde se hospedaba una araña monstruosa, negra y velluda que había revestido con sus redes toda la parte interior y visible del agujero y su reborde exterior. Las moscas imprudentes que llegaban á aquella caverna de asesinos pagaban su temeridad con la vida. Al más leve estremecimiento de los hilos de la red, la disforme araña aparecía en la puerta y arrastraba á la víctima á su antro para chuparla la sangre á su sabor.

De repente llegó volando al poste de madera un insecto de dos alas (díptero) de color negro, del tamaño de una hormiga de las mayores, y notable por la ligereza de su paso, por sus saltos y por su aparente petulancia. Estas cualidades lo hacían desde luego interesante, y aún más el peligro que corría si se acercaba al agujero de la araña. Dió en un momento dos ó tres vueltas por el poste, y al fin, moviendo á lástima á la persona que lo observaba, se detuvo junto al agujero. *¡Insecta habent etiam sua fata!*, pensaba esta persona, recordando los versos de Ovidio: «Edipo mató á su padre y se casó con su madre, á pesar de haber sido expuesto en el monte Citherón; y ¡tú, desventurado, rebosando vigor y salud, vas á ser en breve pasto seguro de una arpía sin alas que se esconde detrás de esa red traidora!»

Pero el casquivano animalejo tocó con sus manos la red, con tanta resolución, como el valiente caballero de otros tiempos golpeaba con el hierro de su lanza el escudo del mantenedor de la lid. La araña se presentó en seguida, y ambos desaparecieron en la caverna; pero pocos segundos después, y cuando el observador hacía muy sensatas y oportunas reflexiones sobre la brevedad de la existencia, hasta tratándose de insectos, notó, con gran sorpresa, que la araña, salía aterrada del agugero, y detrás de ella, y persiguiéndola, el animalejo negro, que parecía á su lado lo que hubiera parecido un perro persiguiendo á un elefante. Lo mas extraño de esta escena era el espanto de la araña, que giraba alrededor del poste sin refugiarse en su agujero, y el encarnizamiento y el valor temerario de aquel improvisado vengador de las moscas. La araña, al cabo, penetró de nuevo en su guarida, pero no sin ser alcanzada, ya dentro, por el otro insecto, que desapareció entre los brazos de la araña, al parecer para ser pasto inmediato de aquella fiera.

El lector, que asistía á este paso, algo pesimista, hizo unos cuantos comentarios mentales á su desenlace, confirmando con aquel ejemplo sus ideas acerca de los trágicos efectos que suelen traer aparejados la ignorancia, la presunción y la imprudencia, y en seguida tornó de nuevo á su lectura y no se acordó más de la araña ni del insecto, convencido íntimamente de que, naciendo todos los séres para comer á otros, ó para ser comidos, el insecto había sido en esta oración el sujeto pasivo y la araña la persona agente.

Habíanle contado algunos días antes que un conocido suyo, de vida algo precaria, había ideado, para salir de apuros, que su mujer escribiera á un hermano de su esposa, y su cuñado, residente en Valladolid, y de posición más desahogada, participándole que su hermano, el marido de ella, había muerto. El de Valladolid le envió algún dinero y una carta muy sentida, se vistió de luto, hizo decir algunas misas por el alma del difunto, y no volvió á saber más de su cuñada. Pero como al año de este suceso vino á Madrid á ciertos negocios, y hete aquí que, cuando consideraba á su hermano enterrado y comido de gusanos, se encontró con él de manos á boca en el puente de Toledo.

Pues bien: un efecto parecido al que hubo de hacer en el ánimo del hermano de Valladolid la resurrección aparente del hermano á quien creía muerto, hizo en el autor de este articulillo la presencia en la boca del agujero del insecto negro con alas. Cuando se posó al principio en el poste, hubiese dicho cualquiera que el hambre le aquejaba, y que, á su salida, al contrario, demostraba la satisfacción y la hartura. Elevóse volando en los aires, hizo ejercicio para facilitar la digestión, y hasta la tarde estuvo repitiendo sus visitas y sus excursiones. El poste fué aserrado dos días después, y en el fondo del agujero yacía el esqueleto carcomido de la araña. Su matador araneófago era, no una hormiga, sino una avispa solitaria, tan fuerte y valerosa como bien armada.

Pero los ejemplos é indicaciones expuestas del instinto maravilloso de los animales, apuntados antes, conforme ocurrían á la memoria, sólo se refieren, como dijimos en su lugar, á los medios que ponen en juego para ofender ó defenderse. Son, sin embargo, una parte mínima y tomada al acaso de lo que se observa y se sabe en esta parte del número infinito de séres organizados y dotados de movimiento del mundo real. Los cuidados que emplean para asegurar la existencia de sus hijos, la previsión de muchos para los tiempos de escasez, sus emigraciones incomprensibles á grandes distancias, y, sobre todo, las particularidades de los que viven en sociedad, exigen capítulos aparte. Este es ya demasiado largo.

E. DE MIER Y B.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDON

(Continuación.)

Recibió Enriqueta con gusto el ramito, y ¡cosa extraña! dió un beso á Gertrudis. Su altivez tenía intervalos, pero el mal carácter de Roberto estallaba á cada instante. En este joven, de carácter obscuro y reconcentrado, la mezcla de su gran vanidad y de sus medianos alcances daban el resultado de un descontento sordo y continuo. No atreviéndose á pagar su mal humor con sus padres, ni con Valeria, á quien amaba, como todos, temiendo las burlas de Federico y Enriqueta, y necesitando una víctima de sus iras, había tomado á Gertrudis bajo su imperio y la trataba sin compasión. La niña le molestaba, y sin embargo, ocupaba poquísimo sitio, no le ofendía nunca, y á pesar de eso se complacía en maltratarla. Cierto día Valeria no pudo menos de reprenderle con cariño.

— Hijo mío — le dijo; ¿por qué tienes tan poco afecto á nuestra pobre prima?

— ¿A tu favorita? Valeria, ya sabes que no me gustan los niños.

— No es extraño que no te gusten; pero ¿por qué no dominas tus impresiones? Esta pobre criatura es digna del mayor interés; esta huérfana no tiene nada.....

— Pues eso es lo que me irrita. Cuando me preguntan quién es esa mocosa, yo respondo: es Gertudis Ardhuin. ¡Ah! sí, contestan, la hija de M. Ardhuin, aquel comerciante que..... y no concluyen por delicadeza; pero yo, sin querer, digo entre dientes «que ha hechó quiebra,» y esto, hija mía, me desconcierta, me saca de tino. He aquí la razón de mi antipatía.

— Y ella ¿qué culpa tiene? Casualmente la infeliz, llena de pundonor, sufre mucho con esta circunstancia que has evocado. Debemos compadecer su pena.

— Bastante tengo con la mía, — murmuró Roberto. — Parece como que somos deudores de los padres de esa chiquilla, y que por eso la hemos recogido.

En vano se cansó Valeria por disuadirle de esta idea poco justa y generosa, y su conducta con la niña siguió siendo la misma. Esta vino un día llorando á quejarse á Valeria.

— Prima — la dijo — ¿te acuerdas de aquel columpio que Federico me había hecho en el jardín? Pues ha venido el mal corazón de Roberto, y me lo ha roto; el almohadón lo ha metido en el nicho de su perro, y con las cuerdas se ha compuesto su red de pescar. Ya se lo he contado á mi tía.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Ha levantado los hombros, y luego ha dicho: «¡Qué muchacho! Nunca será sociable.» En seguida me ha dado un cinturón nuevo con hebilla de azabache; pero yo quería mi columpio. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡Que mal corazón!

Lloraba la pobre sin consuelo. Valeria la sentó en sus rodillas, y enjugaba sus lágrimas: de pronto Gertrudis apoyó la cabeza encima de sus hombros, y la dijo en voz sumisa:

— Si estuviera en casa de papá, me tratarían de otro modo. ¡Ay, Valeria, qué triste es no tener padres!

— ¿Y yo — dijo Valeria — no soy nada para tí?

Gertrudis se sonrojó, y abrazándola estrechamente:

— Sin tí, prima — la dijo — me moriría. ¡Tú eres todo para mí: padre, madre, hermana!

— Ya ves, hija mía, cómo Dios no te ha abandonado. Te prueba solamente, como prueba á sus muy amados. ¿No quieres por su amor perdonar á Roberto?

— ¡Pero si es tan malo!

— ¿Ni por el amor de Jesús? ¿Ni por obedecer á tan dulce maestro?

Gertrudis reflexionó, y después de una gran pausa, dijo cogiendo la mano de su prima:

— Perdonaré á Roberto, pediré por él á mi Dios todos los días, y no me volveré á quejar de sus diabluras; no: ya puede romper cuanto quiera, ya puede revolverlo todo, puede maltratarme si quiere, todo lo aguantaré.

— Vamos, esto ya es algo bueno — respondió Valeria sonriendo; — ya nos iremos venciendo con ayuda de la oración.

Las dos se abrazaron y desde entonces todas las noches oía Valeria con tierna sonrisa esta plegaria

que hacía Gertrudis al concluir sus oraciones: Dios mío, bendecid á Roberto, hacedle muy bueno. „ Casi del mismo modo decían antes las naciones cristianas en las santas Letanías: *Del furor de los normandos, líbranos, Cristo Señor.*»

Así, y entre los mínimos detalles de la vida doméstica, donde Gertrudis ejercitaba su virtud naciente, llegó para ella el día deseado de la primera Comunión, celebrada con grandísima fiesta, en su alma solamente, porque excepto Valeria, para la familia fué un día como otro cualquiera, y la pobrecita huérfana no llevó al banquete de los ángeles más compañía que la única amiga que Dios le había dado; pero no se quejó de su aislamiento, pues con Dios y un amigo, ¿puede faltarle algo al corazón mortal?

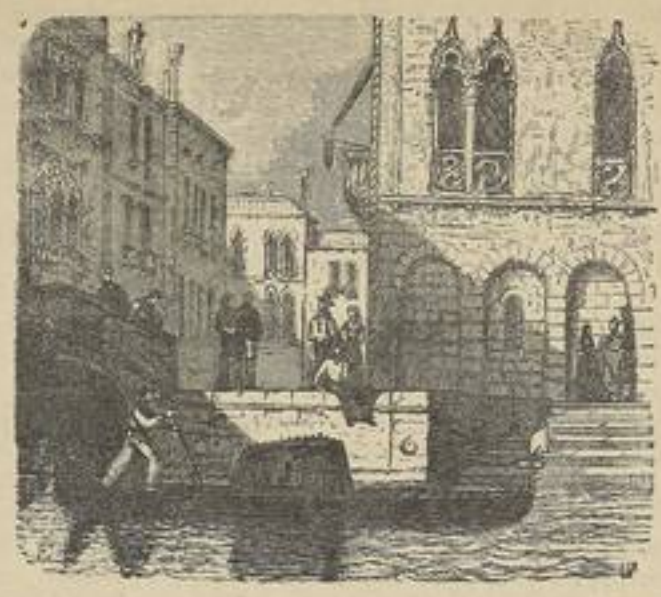
CAPITULO VI

DÍAS FELICES

Dice un autor de nuestro tiempo: „ Hace siglos que la gente se figura la dicha como una magnífica piedra preciosa que todos buscan sin esperanza. Nada de eso: la dicha es un mosaico formado con mil piedrecitas que independientemente tienen poco valor, pero que reunidas con arte forman un gracioso dibujo. »

Gertrudis no había encontrado la piedra preciosa, seguía siendo huerfanita, pobre, sin porvenir, y casi sin amigos; pero no obstante, la caridad divina que calienta al pajarillo del bosque en su nido, y abre su mano á todas las criaturas, no la había rehusado la pequeña dosis de dicha, de la cual se siente en la vida tanta necesidad como del agua, el aire ó el pan. Valeria era su felicidad: ella se esforzaba de esparcir en cada día de la niña alguna de esas partecitas de oro, que más tarde entran en el mosaico de los recuerdos, y que hacen decir al que vuelve la vista atrás:—¡Qué más da! ¡Tuve momentos felices en aquel tiempo!

Tal vez fuesen pequeños estos placeres; pero á pesar de ello, más tarde Gertrudis los encontraba en su memoria como puntos luminosos. Un paseo matutino bajo los hermosos árboles de la Hautoye, ese legado parque delicioso por una aristocrática señorita á su pueblo natal, y que al lado de una población animada y concurrida ofrece á los amigos del campo una completa soledad, tupidas sombras é indefinidas perspectivas, de esas que tanto le gustaban á Mad. Sevigné; el paso dulce y tranquilo que llevaban Valeria y Gertrudis, seguidas de lejos por una criada; la agradable conversación que sostenían; las las paradas que hacían para ver las vacas echadas en praderas; lo que disfrutaban del puro ambiente, del claro día, del hermoso paisaje; el recuerdo de los estudios del anterior día, los planes para el siguiente, las reminiscencias de su corto pasado que por breves ratos las ocupaba, pero nunca las inquietudes del porvenir, del que nada podía comprender Gertrudis, y del cual Valeria parecía no ocuparse. Las repetidas visitas á la catedral á diferentes horas, á aquella maravilla de que nunca se cansa ni la vista ni el espíritu, y á que Valeria profesaba el cariño de una patria dentro de otra patria, de una segunda casa materna, queriendo inspirárselo á Gertrudis. —¡Qué acto de fe es una iglesia, y sobre todo una iglesia como esta! — solía decir. Cuando nuestros antepasados habitaban todavía sus chozas en las márgenes del Somma, cuando no tenían sino muros de madera y techos de paja, hallaban medios de edificar á Dios una casa semejante. ¡Cuánta fe, cuánto amor en cada una de esas piedras! Penetraban con religioso respeto bajo esas bóvedas de que la vista mide apenas la altura; admiraban aquellas naves majestuosas como las calles de un antiguo bosque; contaban los pilares, los altares, los vidrios, las sepulturas, las estatuas; oraban cerca de los antiguos Obispos enterrados á la entrada de su iglesia, como si velasen aún por ella; admiraban las esculturas góticas, tan vivas de forma como de expresión, que representaban la vida de San Juan y la de San Fermín con los trajes de los tiempos feudales; rezaban delante del crucifijo bizantino, tan venerado por el pueblo de Amiens. Valeria, enterada de las tradiciones de familia, había dicho á Gertrudis en una ocasión:



¡Á LA GÓNDOLA!

— Tu madre venía siempre á arrodillarse ante esta Santa imagen.

Gertrudis, á causa de este recuerdo, hallaba en esta capilla dedicada á Cristo sufriendo, una devoción particular.

Iban también á visitar á los pobres. Valeria tenía los suyos, una ó dos ancianas, una muchacha enferma, que esperaban en sus tristes habitaciones esta dulce visita, y contaban los días que faltaban para que volviese. Valeria les llevaba pequeñas limosnas, ahorradas del gasto de tocador, vestidos cosidos por ella, flores por ella recogidas. Poseía el don de alegrar y tranquilizar los ánimos, y este don lo prodigaba de tal modo á sus humildes amigas, que cuando ella entraba en sus casas, parecía que un rayo de sol hubiese inundado de resplandores su habitación y su alma.

También á Gertrudis le gustaban estas excursiones de caridad, parte por instinto de imitación, parte por inocente vanidad: allí su presencia era tenida como un favor; y en otra parte, ¿no era mirada como una carga?

Pero aún existían para ella otros momentos felices en cada día. Aficionada como era al estudio, y dotada de una inteligencia penetrante y de una reflexión poco común en la adolescencia, edad en que todo sonríe y en que tanto distraen los placeres y las vivas afecciones, encontraba en Valeria una compañera y maestra á la vez, para hacerla adelantar en aplicación y conocimientos.

(Continuará.)

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas**, para el **CULTO CATÓLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

Blanqueo de ceras en gran escala.

Grumo, hoja y panal pura y sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

LA VERDADERA

AGUA DE BOTOT

El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París

El mejor calmante contra los dolores de muelas.

Recomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT** con Quina para los enfermos de la boca.

229, Rue St-Honoré, Paris

Y en todas las buenas Boticas, Perfumerías y Peluquerías.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.

Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 21. — Madrid 25 de Julio de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 6/8 pe. fs.
Un año..... 18 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 12 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »

Una señora, que ha sido víctima de un robo, quedando en la mayor miseria, solicita la caridad de las personas piadosas.—Las limosnas se reciben en la Administración de esta Revista, San Onofre, 5, tercero izquierda.

SUMARIO

Texto.

La Década, por Veraz.do.—*Recuerdos de un viaje: Santiago en Espada*, por el P. Fidel Fita y D. Aureliano Fernández-Guerra.—*Santiago de Liniers*, por D. Miguel de Pontejos.—*La guerra de la Independencia, contada y juzgada por un francés* (conclusión).—*¡Mil duros!*, por A. Salcedo.—*Album de poesías: Al purísimo Corazón de María*, por D. Enrique García Reyes.—*Una parienta pobre* (continuación), por Mad. Bourdon.

Grabados.

D. Santiago de Liniers. (Véase el artículo.)
La vieira de Santiago. (Recuerdos): *Estátua marmórea del Apóstol Santiago.—Acrópolis de Santiago.—Reconditorio ó escondite donde se hallaron las reliquias de Santiago.—Relicario de Santiago.—Santiago bendice á Carlo-Magno.* (Véase el artículo *Recuerdos de un viaje.*)
Un canal de Venecia.—Nunca podrán cansarse ni la pluma ni el pincel de reproducir las bellezas de Venecia, la ciudad maravillosa de los grandes recuerdos y de la hermosura sin par.

LA DÉCADA

De poco espacio disponemos hoy para la década, si hemos de dar cabida á los originales reclamados por la solemne fiesta del Apóstol Santiago que coincide con la publicación de nuestro número.

Por otra parte, si nuestras crónicas decenales han de reflejar el estado social, no debieran escribirse en Madrid, sino en San Sebastián, Santander ó la Coruña. La vida social ha huído de Madrid siguiendo sus tradiciones de verano.

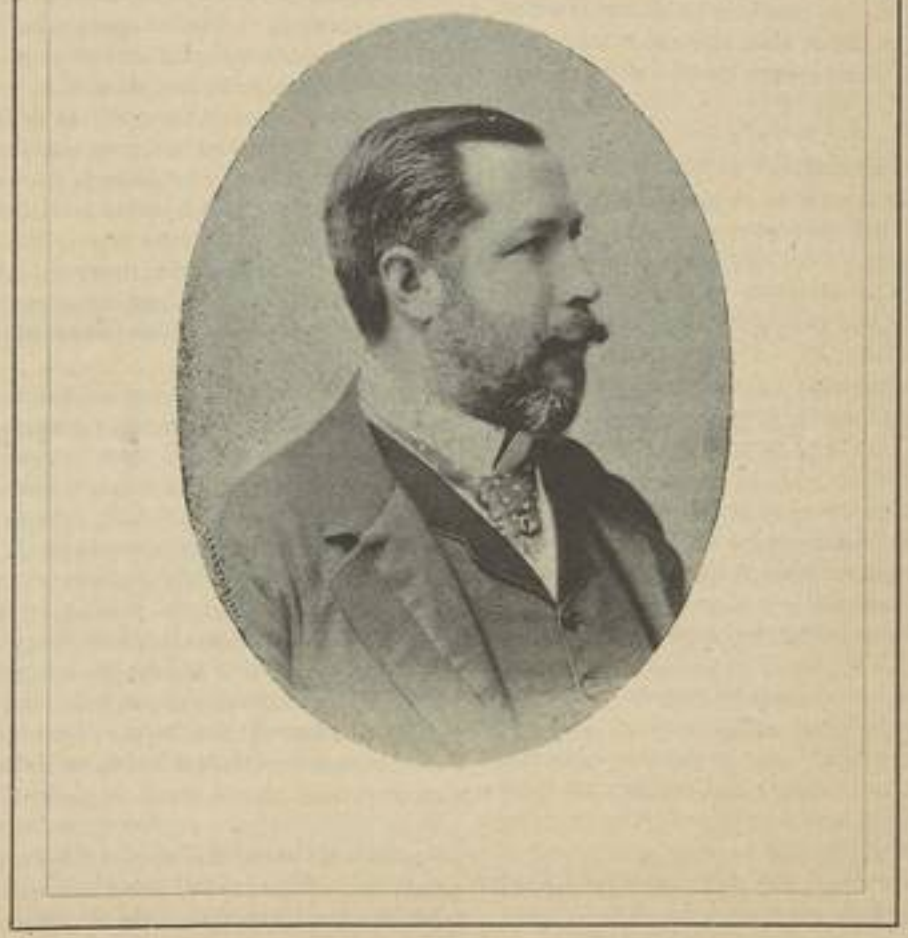
Aquí no hay más que calor, polvo, horchaterías, fusionistas que se van quedando cesantes y conservadores que se van colocando poquito á poco. Algunos chicos de buenas familias se han quedado en Madrid con la mira de que los *encasillen* en algún distrito.

Mientras tanto, la gente que no sueña con distritos, ni con credenciales de 12.000 reales, se procura divertir en las verbenas.

La de la Magdalena ha resultado aún más lucida que el año anterior.

Los puestos se extendían á lo largo de las calles de Sagasta, Hortaleza y sus afluentes, adornadas con mástiles forrados de percalina multicolor, flanqueados por escudos de la villa y corte, y rematados por banderolas.

Hasta la calle del Arco de Santa María, la de Hortaleza estaba iluminada á la veneciana. Había varios arcos que la embellecían extraordinariamente, pero quedaban oscurecidos ante el levantado por el industrial Sr. Picazo, secundado por los maestros Sres. Espinosa y Martín. Está colocado este verdadero monumento de la arquitectura verbenista en la esquina de la calle del Arco de Santa María. Es un templete de 10 metros de elevación, recubierto de corcho y consta de tres cuerpos; el primero forma la bóveda, es muy elevado, y por él pasan sin dificultad los coches y los tranvías; en el de enmedio, una abundante vía de agua se esparce en vistosa cascada, y el superior lo constituye el remate ó chapitel. Todo el templete se hallaba iluminado con focos eléctricos que le dan mayor realce.



DON SANTIAGO DE LINIERS.

La calle de Pelayo se mostraba, como el año pasado, profusamente engalanada. Arcos, templetes, diez grandes focos de luz eléctrica, multitud de farolillos y toda clase de adornos, producían un efecto fantástico.

Abundaban en esta calle los retratos del Sr. Peral, con entusiastas divisas.

En la calle de Gravina había varios arcos iluminados con 800 lamparillas en cascarones de huevo y 200 farolillos de cristal.

La plaza de San Gregorio fué habilitada para salón de baile.

Había también arcos muy notables en las calles del Colmillo, Arco de Santa María, Farmacia, San Marcos y Santa Brígida.

***

Hoy publicamos el retrato del insigne escritor Sr. Liniers, y su semblanza escrita por el no menos insigne Miguel de Pontejos.

***

Un caballero, entrando en un establecimiento tipográfico: «¡Señor regente! Un bañero y ropa.» *El regente, asombrado:* «Señor mío, viene usted equivocado; esta es una imprenta.» *El caballero, como quien responde triunfalmente á un argumento poco sólido:* «Diga usted, amigo mío; ¿y en dónde mejor que en una imprenta puedo tomar un baño de impresión?»

***

Un amigo acostumbraba no beber vino en los establecimientos balnearios que frecuentaba. Cuando alguno se permitía interrogarle sobre el fundamento de esta costumbre, respondía invariablemente:

«El médico me tiene prohibido mezclar aguas.»

***

En la Carrera de San Jerónimo oí á principios del verano el siguiente diálogo:

— Yo voy á Alhama; ¿y tú?

— Yo, á Puertollano.

— Pues yo, á Alzola.

— Y yo, á Vichy.

— Y tú, ¿á dónde vas? — preguntó uno de los futuros viajeros á un joven triste y macilento que no decía una palabra.

— A mí, me han mandado baños sulfurosos.

— Pero, ¿á dónde vas á tomarlos?

— A casa de mi suegra, que se sulfura dos veces al día.

***

Es conocida la máxima de higiene hidroterápica, que aconseja al enfermo pasear un rato entre sorbo y sorbo de elíxir vivificante.

Los comensales del elegante y concurrido balneario de H..... advertían con asombro que uno de los enfermos más asiduos del establecimiento, lejos de acompañarles en sus paseos, se retiraba á su cuarto ó se tumbaba á dormir la siesta en uno de los divanes del salón, después de haber absorbido concienzudamente el número de vasos reglamentarios.

— Pero, hombre — se atrevieron á decirle un día — conseguirá usted con ese método ponerse malo. ¿Por qué no pasea usted el agua?

— ¡Ah, señores! — respondió el aludido con marcado acento gallego — bastante la paseo en Madrid.

¡¡¡El infeliz era un aguador retirado!!!

***

— ¿Sabes, Perico, que tú tienes excelencia? — le decía á un bañero de Carratraca un bañista.

— ¡Vaya una broma, señorito! ¿Y por qué tengo yo excelencia?

— Sí, hombre, sí: no una, sino repetidas veces has recibido ya la *orden del baño*.

FERNANDO.

RECUERDO DE UN VIAJE

SANTIAGO EN ESPAÑA

JESUCRISTO, Dios y Hombre verdadero, Hijo unigénito de Dios vivo, murió clavado en la Cruz, por redimirnos y salvarnos, un viernes 18 de Marzo del año 29. Al tercero día resucitó, y de allí á los cuarenta subió al cielo, jueves 28 de Abril, después de haberse aparecido muchas veces en este medio tiempo á los Apóstoles y hablándoles del reino de Dios, é instruídoles en cuanto debían poner por obra para establecer y gobernar las iglesias, de donde se deriva el raudal precioso y cristalino de las tradiciones apostólicas.

Previnoles no abandonar á Jerusalén mientras sobre ellos no descendiese el prometido del Padre y fuesen vestidos de la virtud de lo alto, porque Juan seguramente bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo dentro de muy pocos días. Entonces le replicaron los Apóstoles: «¿Vas, Señor, en tan breve tiempo á restituir el reino de Israel?» No habían éstos desarraigado aún de su corazón aquella descaminada esperanza de un reino temporal, que á Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, hizo ambicionar las dos primeras sillas en el reino de Jesús tan luego como ciñese la corona.

Ahora el Redentor dijo á los once no tocarles á ellos investigar los tiempos y momentos señalados por el Padre á sus eternos designios, y les mandó ir por todo el mundo y predicar el Evangelio á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas á obedecer los mandamientos de Dios. Quiso, en fin, que dieran testimonio de su Encarnación, vida, doctrina, Pasión, Resurrección y Ascensión á los cielos, y que hubiesen de comenzar su ministerio en la Ciudad Santa (deteniéndose en ella hasta el año duodécimo, pues estaba profetizado que de Sión saldría la ley, y de Jerusalén, según afirma la tradición que nos ha conservado Apolonio Clemente Alejandrino) la palabra del Señor hasta los últimos confines del orbe.

El sábado 7 de Mayo siguiente descendió en lenguas de fuego el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y conocieron ya claramente que de este mundo no era el reino de Cristo.

Al año inmediato de 30, martes 26 de Diciembre, fué apedreado San Esteban, y en el mismo día comenzó cruel persecución contra la Iglesia de Jerusalén. No abandonaron la ciudad los doce Apóstoles (pues ya Matías se contaba entre ellos, habiendo sustituído á Judas el traidor); pero sí los discípulos y gran parte de los fieles, que, dispersándose, evangelizaron la palabra de Dios por las provincias de Judea y de Samaria.

Hasta el verano del 31 continuó Saulo, con autoridad de Sanedrín, respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, y destruyendo á cuantos invocaban su santo nombre; pero á deshora le derribó del caballo el Señor y le cegó, para que se levantase y abriese los ojos á la luz de la verdad y de la vida, escogiéndole desde el cielo por maestro y Apóstol de las gentes, y de los reyes, y de los hijos de Israel. Con esto la Iglesia tuvo paz durante algunos años, y se edificaba en los caminos del temor de Dios, llena de consuelo del Espíritu Santo.

Pero la hora de predicarse el Evangelio á todas las gentes fué revelada á Pedro en Jaffa, hacia el otoño del año 39, con mandarle el Espíritu Santo ir luego á Cesárea para regenerar en las aguas del Bautismo al Centurión Cornelio. Vuelto á Jerusalén el Príncipe de la Iglesia, manifestó al Concilio de los Apóstoles cuanto acababa de pasar, y todos á una reconocieron haber llegado el tiempo de predicar á los gentiles.

Este es aquel Concilio á que se refieren Dídimo Alejandrino y San Jerónimo cuando dicen que «el Espíritu Santo congregó á los Apóstoles, y por suerte dividió y distribuyó entre ellos las provincias de la predicación, de modo que el uno fuese á los Indios, *el otro á las Españas*, otro al Ilírico, otro á Grecia, y cada cual supiese que había de tener sepultura en la región de su Evangelio y doctrina. Acaya tocó al Apóstol Andrés; *España á Jacobo*, el hijo del Zebedeo; Asia á Juan, su hermano; las Galias, á Felipe; los Indios, á Bartolomé y Tomás; los etíopes, á Mateo; Santiago el de Alfeo daría testimonio en Jerusalén; Tadeo y Simon entre los persas y medos, y Matías en Judea.»

Apenas habían transcurrido cuatro años de esto, cuando San Marcos terminaba su Evangelio con tan decisivas y elocuentes palabras: «Y ellos salieron y predicaron *en todas partes*, ayudándolos el Señor y confirmando su doctrina con patentes milagros.»

Aquella sagrada narración fué escrita en Roma el año de 43, con cuanto hubo de oír y aprender el Evangelista de los propios labios de San Pedro; el cual le llamaba hijo suyo, por haberle convertido á la fe y tenerle siempre á su lado. El Apóstol aprobó como auténtico el libro, y mandó que se leyera en las iglesias.

Cúmplenos ahora, al intento que ha puesto en nuestra mano la pluma, encarecer la importantísima circunstancia de limitarse el Evangelio de San Mateo, publicado en Palestina muy poco antes del año 39, á sólo anunciar el mandato divino de haber de predicar los Apóstoles hasta en los más remotos confines del universo mundo; y la de afirmar San Marcos, dictándoselo San Pedro al año 43, que entonces ya estaba cumplido el mandato, y con él las antiguas profecías.

Antes de dispersarse los Apóstoles, reunidos en Concilio y llenos del Espíritu Santo, dictando cada cual de los doce una sentencia de lo que creía y juzgaba, convinieron en el símbolo de la fe, que á todos había de servir de norma para su futura predicación, y á fin de que jamás ninguno de ellos hubiese de exponer cosa que, ni en un ápice siquiera, se apartase de la fe de Jesucristo. Compuesto así el Credo, le recibieron de los Apóstoles sus discípulos y la Iglesia universal diseminada por toda la redondez de la tierra.

Santiago no podía menos de cumplir el mandato del Hijo de Dios y de ir á donde le designó el Espíritu Santo. Debió salir para España en Marzo del año 40, y pudo en ella permanecer hasta fines del 41 ó principios del siguiente. ¡Cosa maravillosa! Los dos *Boanerges*, los dos hijos del trueno, esto es, el rayo aceleradísimo que en un punto corta las nubes y cruza el Oriente al Occidente, ambos Apóstoles hacen brillar á la vez la clarísima luz evangélica entre los parthos del Asia y entre los iberos del Atlántico. Jesús, al llamarlos *Hijos del Trueno*, predecía ya que á un tiempo su voz resonaría en los extremos de la tierra. El oficio visigótico, llamado mozárabe también, canta hermosamente:

> Los fuertes hijos del tonante rayo
> cumplida ven la súplica materna
> de ocupar en la cumbre de la gloria,
> junto al Hijo de Dios, sillas excelsas:
> Juan con su diestra sola rige el Asia,
> y de España su hermano se apodera.

Entre los días 20 y 23 de Marzo del año 42 antes del sábado 24, en que fué la Pascua, Julio Agrippa Herodes, rey de Judea, suscitando nueva persecución contra los fieles á Cristo, hizo degollar á Jacobo, el hermano de Juan, y aherrojar en dura cárcel á Pedro. Tenía resuelto ofrecerle en patíbulo afrentoso á la expectación de la plebe judía tan luego como pasaran las fiestas pascuales; mas en la noche del 1.º de Abril un ángel rompe milagrosamente las cadenas de San Pedro, le saca de la prisión, atra-

viesan por entre el primero y segundo cuerpo de guardia, llegan á la puerta de hierro de la ciudad, que se abre por sí misma, y en cuanto, salvo el Apóstol, respira entre amiga y cuidadosa gente, desaparece el ángel.

Un mes después, el discípulo que más amó á su Divino Maestro huye á Roma en compañía de San Marcos. Nadie, pues, con escepticismo ridículo sostendrá que á San Pedro le fueron desconocidos los pormenores de la misión de Santiago en España y de San Juan en Asia, y que no aludió á ellas San Marcos en el último versículo de su Evangelio, terminado bajo la dirección del Apóstol al año siguiente. A una y otra, sin la menor duda, se refiere el Evangelista: *Illi autem profecti, praedicaverunt ubique: Domino cooperante, et sermonem confirmante, sequentibus signis.*

Antiquísima fué la comunicación recíproca de España, Fenicia y Palestina. Ya Salomón, asociándose á Hiram, rey de Tiro, hacía que su armada partiese todos los años desde el puerto de Asión Gáber en el golfo Elanítico, sobre el mar Rojo, cruzase el valiente canal del istmo de Suez, y saliese al Mediterráneo para ir costeando el África hasta las columnas del Hércules, y recoger allí las riquezas de Tarsis.

Tanta plata aportó de aquella región andaluza (donde, según Estrabón, hasta los mismos pesebres eran de aquel ambicionado metal), que el texto sagrado compara su abundancia á la de las piedras de las calles. Poco antes de hundirse por vez primera el imperio de los asirios (828-789) oye Jonás la palabra del Señor, que le manda predicar en Nínive; resístese á obedecer el mandato, y sale fugitivo para Joppe, de donde había de arrancar luego un navío fenicio con rumbo á la felicísima Tarsis, es decir, á Cádiz y Andalucía. Así el rey Sábio, como los fenicios de Tiro y Sidón, enviaban periódicamente sus bajeles á nuestras costas españolas.

Desde los tiempos de Josué habíanse esparcido por las marinas africanas y andaluzas los habitantes de la tierra de Canaan, fundando emporios y colonias celebérrimos que, en rendido homenaje á la inolvidable madre patria, enviaban ofrendas todos los años á los templos de Tiro y de Sidón. Fugitivas también muchas familias judaicas, ya durante los setenta años de cautividad de Babilonia (990-544), ya cuando las posteriores y crueles persecuciones de Antioco Epífanes (175-164) arribaron á España y á los lugares mismos de los cananeos, avecindándose con ellos, ó por la semejanza del lenguaje, ó por los vínculos de común expatriación. El hebreo, siempre ganoso de atesorar riqueza, sobrio, paciente y astuto, hábil en hacer prosélitos sigilosamente, enemigo de mezclar su sangre con la de extraños cuando en ello no media un interés grandísimo, supo vivir entre los pueblos de la antigüedad con la influencia que da el dinero, y con la cautela de quien no puede ser amigo de nadie. Ya, hacia el cuarto siglo antes de nuestra era, ocupaban los judíos un barrio en Alejandría, el cual venía á componer la cuarta parte de la ciudad; y llegó á tanto su influencia, que empeñaron á Tolomeo Filadelfo (285-247) en la gloriosa empresa de traducir del hebreo al griego la Biblia Santa, valiéndose para ello nada menos que de setenta intérpretes.

Las cartas de los judíos de Jerusalén á los de Egipto, puntualmente reproducidas en el libro segundo de los Macabeos, patentizan la estrecha unión de unos y otros. Pruebas y testimonios los más elocuentes nos ofrece, pues, el Antiguo y el Nuevo Testamento de cuán esparcido se halla el pueblo judaico por la haz de la tierra, y cómo tenían sinagogas en todas partes. Sólo en Roma, durante el imperio de Augusto, moraban 10.000 judíos. Decía el Señor á los escribas y fariseos: «¡Ay de vosotros que rodeáis los mares y la tierra para hacer un solo prosélito: y cuando lo tenéis ya, le constituís en hijo del infierno, y peor que vosotros al doble!»

La andaluza villa de Adra conserva la piedra sepulcral de cierta niña judía, llamada Salomónula, que murió de diez y seis meses, como un siglo antes de la humana Redención, según evidencian los caracteres latinos de la lápida, de la cual sólo un fragmento ha llegado á nosotros.

Jesucristo envió á sus Apóstoles á predicar á todas las gentes, comenzando por las ovejas que perecieron de la casa de Israel: y así vemos que San Pablo lo hacía donde quiera que evangelizaba, ya en el Oriente, ya en el Occidente del orbe romano. Lo mismo habremos de decir respecto de Santiago, y que anunció el reino de Dios á las innumerables familias semitas de la Bética, Lusitania y Tarraconense, donde vivían muchos de la tribu de Judá, á quienes escribas, fariseos y herodianos profesaban invencible odio, suponiéndoles pertinaces conspiradores para restituir el reino de David y despedazar el ominoso yugo de los romanos. Con efecto: Santiago predicaba á Cristo, hijo de David, que había de reinar eternamente y destruir la tiranía de Césares y de Augustos; pero no cual lo podía entender el ciego vulgo, sino como los Profetas lo vaticinaron y lo tenía dispuesto la Providencia Divina; oponiendo la humildad á la soberbia, la caridad á la hidrópica sed de tesoros mal adquiridos, el amor al odio, la pureza de alma y cuerpo á la satisfacción de apetitos brutales; haciendo que el hombre, diferenciándose del bruto, alzase con gratitud y amor su vista al cielo.

Para Cristo no había acepción de personas; todas eran criaturas de Dios, obra de sus manos, partícipes de la redención, herederos de su gloria. La predicación de Santiago tenía, pues, que llegar como encendida flecha al corazón del judío y del griego, del romano y del ibero y celta, cuyos ojos se abrían maravillosamente á la luz de la verdad.

Santiago vino á España. Pero ¿á qué región, á qué punto venturoso arribó primero? Las naves de Fenicia y Palestina surcaban todos los años el mar interno, siguiendo las costas de Egipto, Libia y Mauritania, haciendo estación en los emporios de estas regiones, y en los españoles de Cartagena, Almería, Adra, Málaga y Cádiz. Algunas doblaban luego el cabo de San Vicente, alargándose al de Finisterre, ganosas de recoger el estaño de las islas Galaicas, el oro del Miño, y no menores riquezas.

Por las boreales orillas del interno mar iban las naves griegas, cruzando el Adriático, el Tirreno, el Ligústico, el Balear, y deteniéndose en Marsella, Ampurias, Tarragona y en la desembocadura del Ebro, donde cargaban con ganados, frutos y manufacturas, acopiadas allí por los cerretanos, indígetes, laetanos, berones, vascones, edetanos, ilergetes é ilercaones. Otros buques descendían hasta Cartagena y las colonias griegas, diseminadas entre las fenicias de Andalucía.

El Hijo del Trueno, como ya es de inferir, arribó á España en las naos de Palestina; y debemos á un escritor arábigo del siglo X, que sin duda lo hubo de oir á los mozárabes, la noticia del primer lugar donde pisó tierra española. Fué la ciudad que entonces se denominaba *Cáura*, y hoy Coria, hacia la margen derecha del Guadalquivir y en la izquierda del Guadiamar, dos leguas al Sur de Sevilla. Tenemos, pues, que la reina del Betis, y su famosa *Itálica*, recibieron las primicias de la predicación de Santiago; y que tal vez haya de contarse entre los primeros discípulos del Apóstol á San Geroncio Italicense.

Braga, apoyándose en inmemorial tradición, vindicada por el clarísimo Flórez, se ufana de haber allí el hijo del Zebedeo constituído por Obispo á otro discípulo, á Pedro, el cual padeció martirio en Rates, al Occidente de Braga, entre los ríos Cávado y Dave; y Zaragoza une á la predicación de Jacobo su glorioso timbre del Pilar. Jalones son éstos valiosísimos al intento de conocer por dónde, cómo y cuándo se propagó entre nosotros la buena nueva; y que el Apóstol rodeó la Península, siguiendo los famosos caminos romanos de Itálica, Mérida, Coimbra y Braga, Iria y Lugo, Astorga y Palencia, Osma, Numancia y Zaragoza. Desde aquí, por el Ebro, pudo tomar ya la vía Augustea de Tortosa á Valencia, Chinchilla y Cazlona, para venir á un puerto murciano ó andaluz y en las naves de Oriente regresar á Palestina.

Copiosos debieran ser, á no dudar, los frutos de la predicación de Santiago en la colonia de César Augusto, cuando ya en el año de 64 fué allí sañuda la persecución. Hondamente arraigada la fe tenía que hallarse entonces á las márgenes del Ebro, para hacer frente á las legiones romanas que vivían allí de guarnición, y al dominio absoluto que allí el César ejercía sin cortapisa del Senado. Prudencio afirma que en cuantas persecuciones se promovieron contra la Iglesia, Zaragoza pobló de mártires innumerables el cielo.

Saevus antiquis quotiez procellis
Turbo versatum tremefecit orbem;
Tristior templum rabies in istud
Intulit iras.

Veíanse atribuídas al César las provincias tarraconense y lusitana; y, por consiguiente, hubo de encontrar en ellas la predicación evangélica mayores obstáculos y más dura represión que en las regiones andaluzas, las cuales se veían sujetas al flojo é indolente gobierno del Senado y pueblo romano.

En resolución, Santiago se detuvo más largo tiempo en la provincia tarraconense, y sobre todo en la región que cruzan el Olla y el Tambre, ó allí encontró los discípulos más adictos y más inseparables. Tradición antiquísima y eficaz dice que siete le acompañaron en su vuelta á Jerusalén, y ni un punto se ha de olvidar el decisivo testimonio de San Jerónimo, en su comentario al cap. 34 de Isaías, de que «el Espíritu Santo dispuso que tuviese cada Apóstol sepultura en la provincia de su Evangelio y doctrina: *et unusquisque in evangelii sui atque doctrinae provincia requiescet*» Al dictar San Jerónimo en su extrema vejez el año 415 estas palabras, debió gozarse en verdad si su amado Orosio, gallego de nación, le refería como se veneraba en las comarcas de Iria, junto al cabo más occidental de la tierra, el cuerpo de Jacobo, hijo del Zebedeo.

FIDEL FITA. — AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.

SANTIAGO DE LINIERS

Nombre simpático para los finos amantes de las letras el de este distinguido literato. Escritor de clarísimo entendimiento, de ingenio agudo y flexible, discreto en el concebir, y pronto en la ejecución de lo que concibe, es, sin duda, Santiago de Liniers legítima gloria de la literatura contemporánea.

Nació Liniers en Madrid el año de 1842; en Madrid estudió la Filosofía elemental, ó como ahora se dice, la segunda enseñanza, y á poco, la carrera de Derecho, que si resultaba un tanto prosaica para su alma de artista, la terminó, sin embargo, con la misma brillantez que sus ilustres condiscípulos Silvela, Puigcerver, Cavanilles, Chico de Guzmán y tantos otros; en Madrid imaginó y sacó á luz las obras de su peregrino ingenio; en Madrid, por último, se unió en matrimonio con la dulce señora que es hoy encanto de su hogar; y con todo esto, Liniers no gusta de Madrid. Para él España es Burgos, y si no fuese por las agujas afiligranadas de la soberbia Catedral

y por tantas otras maravillas como la ciudad del Cid atesora, ni Burgos siquiera: bastaríanle los hermosos alrededores del jardín de la Isla, donde Liniers hizo construir un lindísimo hotel, su residencia de verano, para entregarse allí, envidiado, pero no envidioso, al dulce amor de la familia, y á su otro lícito amor, el de las bellas letras.

He dicho que Liniers es abogado, y que estudió con brío la ciencia del Derecho; mas como Dios no le llamaba por tal camino, pronto llevóse el río del olvido las *novelas* de Justiniano, y como otras más regocijadas y alegres le retozasen á él por el cuerpo en aquel entonces, desdeñando el estudio de nuestras prosaicas leyes, entró decidido y armado con bien templadas armas por los floridos campos del arte, si bien eligiendo ¡mal pecado! por teatro de sus primeros ensayos..... ¡el periódico!

Corría el año de 1865. No era á la sazón la prensa periódica lo que con raras excepciones es hoy, asilo de cuatro monos pedantescos, que suelen tomar casi siempre por oro cendrado la vil escoria: el periodista de entonces codeábase en la redacción con un Severo Catalina, con un Selgas, con un Suárez Bravo, con un Garrido..... Así y todo, el periódico, entonces, como ahora y siempre, matará forzosamente el libro, por donde cosa harto triste ha de ser que en él se refugien literatos tan de la buena cepa como Liniers. Este esgrimió sus primeras armas como periodista en las columnas de *El Gobierno*, que dirigió el insigne autor de *Roma*, don Severo Catalina. Colaboró más tarde en *La España*, donde conoció á Selgas, anudando con él lazo de amistad tan firme y estrecha, que no había de entibiarse jamás. La funesta Revolución de 1868 abrió ancho cauce á la vena satírica de Liniers; vena satírica que se derramó pródigamente por las columnas del periódico *La Gorda*, del que fué fundador, y desde el cual, flagelando despiadado las flaquezas y las infamias de aquella triste época, labróse una reputación de escritor satírico de primer orden, que ha ido después acrecentándose con el correr de los años.

Naturaleza batalladora la de Liniers, y sin duda con más generosas ilusiones que ahora dentro del pecho, en 1871, presentóse candidato á la Diputación á Cortes por el distrito de Alcalá de Henares. Con decir que el acta del candidato ministerial fué declarada *grave*, se caerá en la cuenta de quién fué el triunfador en la lucha de los comicios. De nuevo probó fortuna en 1872, pidiendo sus sufragios á los electores de Castrogeriz. Desde esta época, Castrogeriz, políticamente hablando, es suyo. Aparte de que en aquel rincón de tierra castellana se quieren hombres que piensen y sientan á la manera de Liniers, como el día del escrutinio fuese tristemente memorable, porque vencida la Revolución en las urnas, llevó la batalla á la plaza pública, corriendo la sangre por las calles y mostrando Liniers que ardía en sus venas la de sus heroicos antepasados, por todo esto, Castrogeriz mira siempre con especial amor á su candidato predilecto, y cuando la sinceridad electoral es un hecho, lo envía al Congreso, como lo envió el 86 y el 87. Liniers en el Congreso, mostró á maravilla su mucho valer en secciones y comisiones, y mostró además el celo fervoroso con que se dedica al cumplimiento de sus deberes. Pero en sesión pública, no se atrevió á desplegar sus labios. Torpe resolución, pero explicable. Que no posee Liniers en alto grado el don divino de la elocuencia, es harto evidente; quien le tiene no acierta á guardarlo oculto en los senos recónditos del espíritu. Los oradores que de veras lo son pecan por exceso más que por defecto; necesitan á las veces freno, jamás espuela. Quien delante de una Asamblea, donde chocan desesperadamente unas ideas con otras y se hieren los más puros afectos del alma, logra que la cabeza domine al corazón, y no se levanta y enciende con el fuego de su palabra el ánimo de sus oyentes y les hace pensar y sentir como él siente y piensa — que en esto consiste la verdadera elocuencia, no en forjar metáforas ni en hablar atropelladamente y á la carrera, — ese tal..... no es un perfecto orador. Que á Liniers le falta mucho para serlo, lo tengo por axiomático. Pero, ¿es que para ser oído con deleite se necesita tocar en esas cumbres altísimas de la elocuencia á donde llegaron algunos, muy pocos, de sus cultivadores? No por cierto. Y siendo esto verdad innegable, cosa certísima es que á Liniers le sobran condiciones para ser escuchado con respeto y con gusto, en el Parlamento, en el foro, en todas partes. Cuando se tienen arraigadas convicciones en el entendimiento, y se las siente latir dentro del corazón, y el espíritu se goza meditando en ellas y vistiéndolas con mil variados vistosísimos arreos, en tal estado de ánimo fuerza es que se expongan las ideas con ciertos toques y vislumbres de la más subida elocuencia. Así brotan muy á menudo en la fresca, animada y saludabilísima conversación familiar de Liniers; ¿por qué había de faltarle la propia inspiración, si se decidiese á pensar en alta voz delante del público?

Por modestia, ó por miedo infundado, yo creo que por ambas cosas, ello es que Liniers en el Congreso no habló. Dejóle esto el necesario vagar y reposo para procurar con ahinco el mayor esplendor y brillo de *La Unión Católica*, que desde su nacer le tuvo por uno de sus ornamentos más preciados. Santiago de Liniers escribió magistralmente el famoso mensaje á Mgr. Freppel, punto de partida de esta Asociación, que ha convertido en hecho, en nuestra patria, la generosa idea de Balmes y de Aparisi. ¡Qué artículos los que por entonces publicó en *La Unión* con el seudónimo de *Andana!* Llenos de discreción y preñados de ingenio, traían el mismo regulado sello de fábrica que los que iba á publicar más tarde en *La Cartilla*, periódico que no tuvo derecho á matar su fundador y director Juan Gómez Landero, como no le tiene para dejar ociosa su pluma chispeante mientras queden por el mundo tantos ídolos falsos que pidan á grito herido las finas caricias de la buena sátira.....

¡La sátira! He aquí el arma que en prosa y verso ha manejado Liniers desde sus mocedades con soberana maestría. Como la característica de Liniers, en literatura y en todo orden de ideas, es un supremo buen gusto, son de adivinar la agudeza é ingenio felicísimos con que acierta su pluma á mostrarse agria y dura ante todo linaje de ideas perversas ó de sentimientos innobles, pero sin tocar jamás en los lindes de lo que pudiese sonar mal á oídos templados en la virtud y el decoro. Observador finísimo de la sociedad, la hiere de muerte con gracia exquisita, al pintar los vicios que la deslucen y desmedran, logrando á la par derramar en sus escritos, tan profundos como ingeniosos, la rica savia del bien y las regaladas enseñanzas de la verdad. Los chistes de Liniers traen en sus pliegues muy á menudo la quinta esencia de la más alta filosofía; hacen reír y pensar. De donde se sigue que en Liniers se juntan, por modo admirable, las sales y donaires de un ingenio peregrino, con las dotes del pensador notable. Tiene Liniers además algo que ha faltado á alguno de nuestros más insignes satíricos contemporáneos, es á saber: una ilustración nada común. Selgas, por ejemplo, era un ingenio soberano; pero como Cervantes, ingenio lego. No resisto á la tentación de contar lo que me ocurrió cierto día con el llorado autor de *La Primavera* y de *El Estío*.

Hube de pedirle que escribiese un artículo para la *Revista de Madrid*, desdichada hija mía, que murió casi al nacer, y le escribió con efecto. El artículo, claro está, resultó primoroso; pero cátate que á las primeras de cambio, como le viniese á las mientes el asendereado dicho de Francisco I, decía el buen Selgas: «Al desembocar en los alegres tiempos en que vivimos, bien podemos decir, como Francisco I después..... de la batalla de *San Quintín*: «.....todo se ha perdido menos el honor.....» Hízome gracia la equivocación; pero lo que la tuvo en grado superlativo fué la respuesta que me dió el insigne escritor cuando yo le dije: «¿Ha reparado usted que ha traído á cuento en su artículo la batalla de San Quintín por la de Pavía.....?»

«¡Válgame Dios con Francisco I! — respondióme con una beatitud adorable.....; — pues ya he hecho lo propio otras cuatro ó cinco veces..... ¿Va á haber quien dude si se trata de algún peregrino descubrimiento mío.....? Podía S. M. el Rey Francisco haberse callado como un muerto, después de vencido.....»

A Liniers no puede ocurrirle nada de esto. Liniers sabe siempre lo que se dice; y en literatura y en historia lo que sabe lo sabe bien. Así y todo, no por sabio ha de pasar á la posteridad nuestro amigo. Pero sí pasará, de cierto, quien, como él, escribió, en colaboración con Silvela, *La Filocalia*, ó arte de distinguir á *los cursis* de *los que no lo son*; tan alto ingenio, y sin ayuda de nadie, y sólo con el propio suyo, las novelitas *Una zarandaja*; *El collar de perlas*, y *A caza de un prólogo*; *Todo el mundo*; *Líneas y manchas*, y *El novísimo espejo y doctrinal de caballeros*; libros á cual más regocijados y amenos, en los que luce con garbo y gentileza inimitables la vena sátira de su preclaro autor.

Harto quisiera quilatar el mérito de tales libros; pero fáltame espacio, y no me sobran alientos para venir con mi pluma pecadora á celebrarlos como se merecen: ya lo hicieron á maravilla escritores tan ilustres como Valera y el Marqués de Valmar, que vieron en Liniers uno de los más felices é inspirados cultivadores de la sátira en España.

Si valen mucho en Liniers las excelencias del ingenio, valen harto más las de su corazón. Se goza en el bien ajeno como en el propio bien: le exasperan é indignan la corrupción y la perfidia, vístanse ó no de frac y guante blanco: tasa el mérito de los demás con pródiga largueza, y profundo desconocedor del suyo propio, ni sueña con llamar á las puertas de la Academia, que, á mi juicio, habían de abrírsele al primer toque, ni se cree jamás en potencia propincua de ser Ministro, Embajador, ó cuando menos Consejero de Estado. Así es Liniers. Fortuna grande la de llamarle amigo.

MIGUEL DE PONTEJOS.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

CONTADA Y JUZGADA POR UN FRANCÉS

(Conclusión.)

CAPÍTULO XV

Fin de la guerra de Portugal. — Retirada de Masena. — Situación de España. — Cómo terminó la guerra de la Independencia. — Méritos contraídos por los españoles en aquella gran empresa.

El Mariscal Masena tuvo por inexpugnable de frente la posición que ocupaba el ejército de Lord Wellington, y determinó envolverla: entretuvo el combate con tiradores hasta la tarde, y envió un cuerpo de tropas por el camino de las montañas que conduce desde Mortagao á Oporto: los ingleses y portugueses abandonaron en consecuencia de este movimiento sus posiciones de la montaña de Busaco.

Los franceses entraron en Coimbra el 1.º de Octubre, continuaron su marcha, y el 12, después de once días de marchas forzadas en medio de las lluvias, llegaron á Alenquer á nueve leguas de Lisboa. Se hallaban ya cerca de la extremidad más remota de Portugal, y miraban este país como una

conquista segura, creyendo que los ingleses sólo pensaban en reembarcarse, contaban alcanzarlos los días siguientes, obligarles á recibir batalla en la precipitación de un embarque, y abrumarlos con fuerzas superiores; pero los reconocimientos dirigidos á diferentes puntos hallaron al ejército de Lord Wellington atrincherado en una posición que era imposible atacar ó envolver entre la mar y el Tajo, en la cadena de montañas que se extiende desde Alhandra hasta Torres-Vedras, y en la embocadura del Sisandro, y más atrás dirigiéndose hácia Mafra.

Los pasos fuertes, ya por naturaleza, estaban erizados de trecho en trecho con una artillería formidable, y el arte había construído defensas numerosas, desde las cuales se podía dar la muerte sin recibirla. El silencio, el orden y la calma reinaban en los puestos de los ingleses y portugueses todo lo largo de la Península avanzada, en que está Lisboa, como en una sola plaza fuerte. Las lanchas cañoneras situadas en el Tajo flanqueaban la derecha de esta posición, y una bala que salió de sus cañones mató el mismo día al General Saint-Croix, que se había adelantado á una altura para hacer observaciones.

Los franceses intentaron en vano por medio de provocaciones empeñar á Lord Wellington á salir á dar batalla: este Fabio moderno permanecía inmóvil en sus líneas, y contemplaba con frialdad á sus enemigos debajo de sí desde lo alto de las peñas elevadas. Economizando con sabiduría la sangre de los soldados de su ejército, rehusaba derramarla por su gloria personal, y arriesgar á una sola batalla la suerte de un país que estaba encargado de defender; quería entregar á los franceses á la venganza del pueblo invadido, y siguiendo un plan profundamente calculado, iba á hacerlos sufrir la hambre y las enfermedades, azotes eternos de los ejércitos conquistadores, cuando no son llamados ó favorecidos por el voto de las naciones.

A la voz de Lord Wellington, y por las órdenes de la Regencia de Portugal, toda la población del valle de Mondego, y una parte de la orilla septentrional del Tajo habían abandonado en masa sus moradas. Los hombres de una edad madura se habían retirado á las montañas con sus ganados, no llevando consigo más que sus armas, y se vió á la llegada de los franceses una inmensidad de viejos, de mujeres, de niños, de sacerdotes y de religiosos destruir simultáneamente sus propios recursos, para privar de ellos á los enemigos, y retirarse hacia Lisboa, bajo la protección del ejército inglés.

La caridad de los diferentes conventos de la capital ilustrada por el patriotismo, y auxiliada por numerosas limosnas surtió los primeros días á las necesidades de estos desterrados voluntarios, que se habían abandonado á la providencia por salvar á su patria. Les formaron en las calles, en las plazas y en los arrabales de la ciudad de Lisboa, detrás de las posiciones atrincheradas de los ingleses, un campo pacífico casi tan útil á la causa de Portugal, como el de los guerreros destinados á defender este país con sus armas.

Los franceses en su marcha rápida no habían atravesado entre Almeida y Alenquer, por servirme de sus propias expresiones, más que aldeas desiertas: *hallaron los molinos destruídos, el vino derramado en las calles, los granos quemados, y rotos los muebles. No vieron ni un caballo, ni una mula, ni un asno, ni una vaca, ni una cabra,* se alimentaron de ganado que traían consigo, y de la galleta que les habían dado antes de entrar en Portugal para un número de días limitado; porque contaban obtener bien pronto por la victoria los recursos inmensos de una de las capitales más comerciantes de Europa.

Detenidos, sin pensarlo, cuando se creían en vísperas de tocar el término de sus trabajos, se vieron reducidos á vivir de lo que los soldados buscaban individualmente, y á que la casualidad, la necesidad, la actividad natural y un largo hábito de la vida errante y guerrera les hiciesen descubrir los víveres, que los paisanos habían enterrado para librarles de sus pesquisas.

Los franceses estaban envueltos por todas partes, y sus comunicaciones estaban interceptadas por cuerpos volantes aun antes que hubiesen llegado á las líneas de Torres-Vedras. La ciudad de Coimbra, donde habían dejado guarnición, diferentes oficinas para formar almacenes, y sus enfermos y heridos en número de 5.000 hombres, fué tomada el 7 por las milicias portuguesas, del mismo modo que los otros puestos franceses en la orilla derecha del Mondego. El cuerpo que mandaban los Generales Silveira y Barcellar, y los de los Coroneles de milicias Trant, Miller, Wilsont y Grant habían ocupado los caminos, por los cuales debían pasar los convoyes de víveres y municiones que esperaba el ejército del Mariscal Masena. El flanco derecho de este ejército estaba además acosado por las salidas que hacían las guarniciones portuguesas de las plazas de Peniche, de Ourem y de Obidos: los paisanos armados se unían á los cuerpos de milicias para atacar á los destacamentos, y á los forrajeadores de los franceses, que acosados sin cesar no se proporcionaban víveres, sino á costa de pérdidas diarias.

Mientras que se practicaba esta guerra de detall en los flancos y á retaguardia de los ejércitos franceses con toda la venganza y la exageración del odio nacional, los ingleses, alerta siempre en sus líneas, disfrutaban del mayor reposo, y no perdían ni un solo hombre: sus centinelas nunca hacían fuego á las centinelas francesas; y los puestos avanzados de los dos partidos jamás se provocaban, ni se cansaban mutuamente con ataques falsos: esta profunda calma, que reinaba en el frente de los dos ejércitos, era resultado de la especie de convención tácita que se establece ordinariamente entre tropas de línea, que por lo regular no tienen resentimiento ni pasiones, porque sólo se interesan indirectamente en la causa que defienden.

Los franceses permanecieron al pie de las líneas de Torres-Vedras, sufriendo con paciencia las privaciones, con la esperanza de reducir á sus enemigos á la desesperación. Creían que la multitud de habitantes que habían arrastrado delante de sí, y encerrada con la población de la capital en un espacio de terreno estrecho y poco fértil, causaría el hambre en el ejército enemigo, y le obligaría á embarcarse ó dar batalla: pero los ingleses y portugueses tenían detrás de sí el vasto Océano, y sus ligeros y numerosos buques tenían libre comunicación con uno y otro hemisferio. Al pronto se embarcaron víveres de Inglaterra y del Brasil, y luego las flotas numerosas del comercio, atraídas por el aliciente de la ganancia, vinieron á traer en abundancia al Tajo los recursos del África, de la América, y los que se podían sacar de las provincias libres de España y Portugal.

Los franceses, debilitados por las pérdidas diarias, y por las enfermedades, consecuencia de la escasez de víveres y de la inacción, se vieron pronto en la situación á que querían reducir á sus enemigos.

El rio Zezera y la plaza de Abrantes detenían á los destacamentos que hubieran querido ir á forrajear á la Extremadura superior; y el Tajo, cuyos puentes habían sido destruídos, los separaba hacia la izquierda de la Extremadura baja y del Alentejo: estas provincias estaban aun intactas, y su misma inmediación aumentaba el deseo que los franceses, en medio de la escasez, tenían de poseerlas. Hicieron varias tentativas para asegurarse un paso en el Tajo, á fin de ocupar estas provincias: amenazaron á los habitantes de Chaumusca, villa situada en la orilla opuesta del río, que destruirían al pueblo si no les traían sus barcas; y los pescadores no dieron más respuesta que quemarlas. El país se puso sobre las armas, y los ingleses hicieron pasar á la margen meridional del Tajo una división de infantería y otra de caballería para oponerse á las empresas de los franceses. Lord Wellington había recibido un refuerzo de 10.000 españoles que le había traido el Marqués de la Romana, y empleaba en el servicio de tierra una parte de los artilleros de la escuadra inglesa, por lo cual podía destacar divisiones para guardar la orilla derecha del Tajo, sin debilitar sus líneas.

Después de haber permanecido un mes al pie de las líneas de Torres-Vedras entre Villafranca, Sabral, Villanueva, Olta y Alebrente, los franceses llegaron á carecer absolutamente de víveres, levantaron sus campos en la noche del 14 al 15 de Noviembre, y se pusieron en retirada para ir á tomar posición en Santarén detrás del Rio-mayor.

El orden y el silencio que observaron en el momento de su partida fueron tales, que los centinelas ingleses no echaron menos á los centinelas y puestos franceses que tenían á su frente.

Los ingleses enviaron refuerzos considerables á las tropas que tenían en la orilla meridional del Tajo, temiendo que el movimiento de los franceses tuviese por objeto el paso de este río, y su ejército salió de sus líneas, siguió las huellas de los franceses, y avanzó el 19 en columnas de ataque hasta cerca de Rio-mayor, enfrente de Santarén, manifestando querer forzar el paso de este río; pero renunció á este proyecto al ver la fuerte posición que los franceses habían tomado. Lord Wellington estableció su cuartel general en Cartajo, colocando sus avanzadas en la margen derecha del Rio-mayor, entre este río y las líneas de Torres-Vedras, pronto á volver á tomarlas en caso de que los franceses viniesen á atacarle con grandes fuerzas.

La ciudad de Santarén está situada en la cresta de una cadena de montañas elevadas y casi perpendiculares, precedida de otra cadena de colinas un poco más bajas, en la cual se extendía la primera línea de los franceses: al pie de estas alturas corre el Rio-mayor, y más lejos del Tajo; los ingleses tenían que atravesar un espacio considerable de terreno pantanoso por dos calzadas, que del mismo modo que el puente estaban dominadas por la artillería.

El Mariscal Masena había escogido con el mayor tino la posición de Santarén, con el objeto de contener con pocas tropas á los ingleses en el Rio-mayor, y sin correr riesgo alguno poder extender sus cantones hasta el rio Zezera, en el cual hizo echar dos puentes, é hizo ocupar ambas orillas por una división de infantería para observar la plaza de Abrantes, y proteger los destacamentos que iban á forrajear á la Extremadura superior. Quería asegurar sus comunicaciones con España por el camino de Thomar, esperando que los refuerzos que aguardaba, y que le eran indispensables para continuar las operaciones, por las pérdidas que había sufrido, hubiesen venido á arrojar á las milicias portuguesas de los puestos que habían construído en los caminos del valle de Mondego.

El cuerpo de reserva que mandaba el General Douct había salido de Valladolid el 12 de Octubre avanzando hacia la frontera de Portugal, y la división Gardanne, que había quedado de guarnición en Ciudad Rodrigo y Almeida, se puso en camino para reunirse el ejército del Mariscal Masena: llegó el 14 de Noviembre á algunas leguas de los primeros puestos franceses, y retrogradó repentinamente hacia España. Se engañó sobre la situación de los negocios por el gran número de milicias portuguesas que le acosaban después de su entrada en Portugal, y también habían hecho prisionera su vanguardia. La división Gardanne se retiró sobre el cuerpo de

LA FIESTA DE SANTIAGO.

ESTATUA MARMÓREA DEL APÓSTOL SANTIAGO.

ACRÓPOLIS DE SANTIAGO.

RECONDITORIO Ó ESCONDIDO DONDE SE HALLARON LAS RELIQUIAS DE SANTIAGO.

RELICARIO DE SANTIAGO.

SANTIAGO BENDICE Á CARLO-MAGNO.

ejército del General Douct, con el cual volvió á entrar en Portugal en el mes de Diciembre.

El cuerpo del General Douct tomó el camino del valle de Mondego, y se unió al ejército del Mariscal Masena, después de haber dispersado las milicias portuguesas, sin haber podido destruirlas como sucedía siempre; porque el General portugués Silveira volvió á atacar al fin del mes á la división Claparede, que había quedado en Troncoso y en Pinhel, en el distrito del Coa, para guardar las comunicaciones del ejército de Portugal con España. El General Claparede reunió su división, batió al General Silveira, y le persiguió hasta el Duero; pero se vió obligado á volver muy presto á Troncoso y á Guarda, por los movimientos de otros cuerpos de milicias del General portugués Bacellar, y del Coronel Wilson, que se situaron sobre sus flancos y á su retaguardia en el Pavie y en Castro Diario.

Estos cuerpos de milicias portuguesas nunca atacaban sino á las partes débiles del ejército; es decir, á vanguardias, retaguardias, destacamentos, pequeñas guarniciones, ó cuerpos aislados, haciéndoles mucho daño, y era imposible destruirlos á causa de su número, y del perfecto conocimiento que tenían del terreno. Cuando se dispersaban en algunos puntos, se reunían siempre en otros, llevándose siempre á sus expediciones la población armada del país. El General Douct vino á Leira, ocupando con los demás cuerpos franceses el país, que se extiende entre el mar y el Tajo, hacia Punhet y Santarén.

El Mariscal Masena hacía construir en Punhet un gran número de barcas para echar puentes en el Tajo: esta obra era difícil en un país sin habitantes, y que ofrece además en todos tiempos muy pocos recursos. Los cuerpos ingleses que ocupaban á Mugen, Almerin, Chamusca y San Brito en la orilla opuesta veían todos estos preparativos, y por su parte levantaban fuertes baterías.

Tan necesario era á los ingleses impedir el paso del río, como á los franceses el verificarle, porque la suerte de Portugal, y el suceso de las operaciones ulteriores de uno y otro partido parecía que dependía entonces de esto. Si el Mariscal Masena conseguía verificar el paso del Tajo, obligaba á los ingleses á diseminar sus fuerzas y debilitarse, extendiendo más su línea de operaciones en una y otra orilla; las posiciones de Torres-Vedras, menos bien guardadas, y desguarnecidas de un número considerable de defensores, pudieran entonces ser tomadas, sacrificando muchos miles de hombres por un cuerpo francés, que marchase de Leira á Lisboa. Si por el contrario los ingleses concentraban todas sus fuerzas en las líneas de Torres Vedras, los franceses bajando por la orilla del Tajo, después de haber atravesado, se apoderaban de la Península, en que están situadas las ciudades de Palmela y Setubal: desde la extremidad de esta Península se hacían dueños del curso del Tajo, é introducían el hambre en Lisboa: en fin, desde las alturas de Almada que están al frente de esta capital podían bombardearla.

Los Mariscales Soult y Mortier llegaron el 9 de Enero á Mérida con todas las tropas disponibles del ejército de Andalucía, con el objeto de sitiar las plazas de Badajoz y Yelves, obligar á Lord Wellington á distraer sus fuerzas, para defender esta parte de la frontera portuguesa, y cooperar de este modo con el ejército del Mariscal Masena. A la noticia de su llegada á las fronteras del Alentejo, los ingleses hicieron pasar al Sur del Tajo nuevos cuerpos de tropas mandadas por los Generales Hill y Beresford, y los habitantes de esta parte de Portugal se preparaban á abandonar el país para introducir el hambre entre los franceses, según el sistema defensivo, que Lord Wellington había seguido con éxito en la margen izquierda del río.

El Marqués de la Romana envió al General Mendizábal en socorro de Badajoz, con los diez mil españoles que había traído á las líneas de Torres-Vedras. Estaba ya el Marqués indispuesto de la enfermedad, de que murió el 24 de Enero en Cartajo, muy llorado de los españoles y de los ingleses, y estimado de sus enemigos, por no haber desesperado jamás de la causa de su patria, y por haber entretenido constantemente la guerra en medio de los reveses con la actividad y perseverancia que por lo regular sólo es propia de los vencedores. Los Mariscales Soult y Mortier tomaron á Olivenza el 25 de Enero, pasaron en seguida el 19 de Febrero el Gébora y el Guadiana: embistieron á Badajoz y derrotaron enteramente en su campo el ejército del General Mendizábal.

Entre tanto el ejército del Mariscal Masena había consumido los víveres del país que ocupaba en la orilla derecha del Tajo, y sus forrajeadores extendían sus excursiones hasta un círculo de veinte leguas. Una buena parte del ejército estaba sin cesar en correría, para buscar víveres, y con muchísimo trabajo adquirían diariamente una subsistencia precaria. El General Junot, habiendo sabido que los ingleses habían formado un almacén de vino y de trigo en Rio-mayor, marchó á tomarle á la cabeza de dos regimientos de caballería, y de alguna infantería de su ejército. Los ingleses se retiraron á tiempo, y el General Junot fué herido en una ligera escaramuza, que hubo entre su vanguardia y la retaguardia enemiga. La caballería, que debe ser, por decirlo así los ojos y los brazos de un grande ejército, como que por lo regular está destinada á guardarle y asegurar sus provisiones, servía de estorbo á los franceses por su mismo número, á causa de la dificultad que había en mantenerla, y las más de las veces era inútil en un terreno montañoso y cortado por gargantas, y que estaba acosada sin cesar por nubes de milicias y de paisanos.

La irritación y el odio de los habitantes del país crecía con la duración de la guerra, porque seguían adelante las privaciones que sufrían. Los paisanos tímidos que no se habían huido á las montañas sino para vivir pacíficos, salían de sus guaridas acosados del hambre. Bajaban á los valles, se emboscaban cerca de los caminos, y esperaban á los franceses en los pasos difíciles, para quitarles los víveres que ellos mismos acababan de robar. Un paisano de las inmediaciones de Thomar había escogido por guarida una caverna cerca de esta ciudad, y mató con su propia mano en el mes de Febrero más de treinta franceses, que consiguió sorprender solos, y les quitó más de cincuenta caballos y mulas.

Las guerrillas de España habían redoblado su atrevimiento después que estaba empleada en Portugal una buena parte de las fuerzas francesas. Los jefes de los partidarios españoles que hacía siete meses no tenían más que algunos cientos de hombres á sus órdenes, mandaban ya divisiones formidables, y se apoderaban muchas veces de los convoyes de municiones y de víveres destinados al ejército francés de Portugal. Los convoyes franceses tenían que andar antes de llegar á su destino cerca de 200 leguas en un país enemigo é insurreccionado. Estos convoyes se componían de muleteros requisados en el Mediodía de la Francia, y de paisanos españoles que no se exponían al peligro sino á la fuerza, porque estaban seguros de ser muertos ó perder sus ganados. Los paisanos españoles se escapaban siempre que tenían ocasión, ó advertían con anticipación á las guerrillas para ser conservados en los ataques, y el menor descuido de las escoltas podía privar de víveres al ejército.

Al principio del mes de Marzo el Mariscal Masena había conseguido hacer construir doscientas barcas, y todos sus preparativos estaban concluídos; pero no podía intentar el paso del Tajo sin haber recibido nuevos refuerzos; los cuerpos de los Mariscales Soult y Mortier no podían darle una ayuda poderosa adelantándose hacia el Tajo, sino después de la toma de Badajoz, y esta plaza se resistía aun.

El ejército de Lord Wellington no había tenido pérdidas considerables desde el principio de la campaña, acababa de recibir refuerzos de Inglaterra, y ascendía á 40.000 ingleses, sin contar las tropas arregladas portuguesas que se habían aumentado, aguerrido y disciplinado considerablemente: el del Mariscal Masena, por el contrario, estaba reducido á menos de la mitad del número que tenía cuando entró en Portugal por los ataques diarios y parciales de la milicias portuguesas, por la falta de víveres y por las enfermedades.

Esta era la situación de los franceses en este país al principio del mes de Marzo, cuando un convoy de galleta que esperaban de Francia fué tomado por los partidarios españoles. En vísperas de carecer absolutamente de víveres, se vieron obligados á pensar en retirarse, y abandonaron en fin á Portugal después de una campaña de siete meses, sin haber dado una sola batalla campal, cediendo á la perseverancia que puso el jefe de los ingleses en seguir un plan, por el cual había quitado constantemente á sus enemigos hasta la menor esperanza de vencer, privándoles de las ocasiones de pelear.

Los enfermos, los heridos, y los bagajes de los franceses salieron el 4 en un gran número de bestias de carga, y el 5 el ejército empezó su retirada. El Mariscal Ney, encargado de formar la retaguardia, se avanzó con su cuerpo de ejército de Neyra á Maliano, á fin de amenazar con esta demostración ofensiva los flancos del ejército inglés, y obligarle á permanecer inmóvil mientras que los otros cuerpos franceses ganaban terreno.

Los franceses llegaron el 10 á Pombal, su retaguardia detuvo casi todo el día 11 á la vanguardia inglesa delante de esta ciudad, y la abandonó por la tarde, retirándose durante la noche á una fuerte posición delante del desfiladero de Redincha sobre el Adancos; pasaron este desfiladero al acercarse los ingleses bajo la protección de la artillería francesa, que estaba situada en las alturas inmediatas, y disparaba sobre la vanguardia enemiga. La retaguardia francesa se volvió á formar en batalla detrás del desfiladero de Redincha, y se retiró sobre el grueso de su ejército, que la esperaba en la posición de Condeixa.

La habilidad de los franceses, dice un historiador inglés [1], se echaba de ver á cada paso; no dejaban escapar ninguna de las ventajas que les ofrecía el terreno: su retaguardia no abandonaba una posición que había defendido, sino cuando estaba enteramente envuelta, y entonces iba á tomar otra posición para defenderla también. Las columnas francesas se retiraban lentamente sobre un solo punto central en una posición escogida, donde se reunían en masa para descansar, resistir al enemigo, rechazarlo y volver á marchar de nuevo. El Mariscal Ney sostenía la retirada con cuerpos escogidos, mientras que el Mariscal Masena dirigía la marcha del grueso ejército, manteniéndose siempre en estado de apoyar su retaguardia en caso de necesidad. *Los talentos de este gran Capitan, dice el diario militar inglés* [2], *jamas han parecido tan sobresalientes, y nada puede igualar á la habilidad que desplegó en aquella ocasion.*

El 15 los franceses tomaron posición sobre el Ceira, dejando una vanguardia en la aldea de Foz de Avonce, donde hubo una acción bastante viva, rompieron el 16 el puente sobre el Ceira, y abandonaron el 17 su posición para retirarse detrás de Alba; Los ingleses se detuvieron sobre este río para esperar sus provisiones, y los franceses no fueron seguidos hasta Guarda, sino por tropas ligeras, por las milicias portuguesas y por los habitantes del país, que los acosaban sin cesar con grande animosidad, no dando cuartel á los rezagados que caían en sus manos.

1 History of Europe Rhimberg annual register, vol. 4, 1811, p. 257.
2 Militari chronicles, t. 2, p. 405.

La falta de subsistencia obligaba á los franceses á apresurar su marcha; al salir de Portugal del mismo modo que cuando habían entrado, no hallaban sino pueblos desiertos, y habitaciones vacías y sin víveres; exasperados por las fatigas y las privaciones, los soldados se entregaban á todo género de excesos, y quemaban los pueblos y aun las ciudades. En sus pesquisas profanaban las iglesias, despojándolas de sus ornamentos, violaban sus sepulcros, esparcían las reliquias, y se vengaban, en las cenizas de los muertos, de los vivos á quienes no podían alcanzar. Los franceses permanecieron hasta el 29 en Guarda; abandonaron esta ciudad al acercarse los ingleses, para situarse en la fuerte posición Ruivinha, defendieron con ventaja el vado de Rapoula del Coa todo el día 3, y el 4 atravesaron la frontera de Portugal, dejando una débil guarnición en Almeida.

El sistema de defensa que redujo al ejército del Mariscal Masena á abandonar á Portugal después de haberle invadido era el mismo que el de los españoles; toda nación que tiene patriotismo le puede emplear con igual éxito. Consiste en evitar las batallas campales, en obligar á un grande ejército á subdividirse, á fin de batir en detall sus cuerpos paralizados por falta de unión, ó si está reunido en extenuarle, quitándole todos los medios de proporcionarse subsistencias y municiones, lo que será tanto más difícil, cuanto mayor sea su masa, y cuanto más le alejan sus ventajas del país donde debe sacar sus recursos.

En los grandes estados militares del centro de la Europa, cuando las naciones se interesan poco en las contiendas de sus gobiernos, una batalla ganada, ó la simple ocupación de un país, facilitaba á los franceses con abundancia víveres, municiones, caballos, armas, y aun soldados; y se podía decir de su ejército lo que decía Virgilio de la fama, *vires acquirit eundo*, andando aumenta sus fuerzas.

En España y en Portugal al contrario, las fuerzas de los franceses se disminuían siempre cuando avanzaban, por la necesidad de destacar cuerpos numerosos para pelear con la población del país, para proporcionarse víveres, y para conservar largas comunicaciones, y su ejército se hallaba bien pronto reducido, aun después de sus victorias, á la situación del león de la fábula, que se despedazaba con sus propias uñas, haciendo inútiles esfuerzos para destruir las moscas que le atormentaban.

La Europa no debe olvidar que la España ha sostenido casi sola por más de cinco años el peso del inmenso poder del Emperador Napoleón. Vencedor en Italia, en el Danubio, en el Elba, y en el Niemen, había sometido ó unido á su fortuna una gran parte de la Europa. Reuniendo bajo sus banderas los vencedores y los vencidos, había convertido á sus enemigos en aliados de sus ejércitos. Los italianos, los polacos, los suizos, los holandeses, los sajones, los bávaros, y todos las pueblos guerreros de la confederación del Rin, confundidos en las filas de los franceses, y émulos de su gloria se complacían en probar en los combates, que despreciaban como ellos, los peligros y la muerte.

Las grandes Potencias del Norte y del Oriente de Europa, que conservaban á pesar de los reveses, bastantes fuerzas para luchar aun, estaban inmóviles por la ilusión del poder de Napoleón. Distribuía en Europa reinos á sus compañeros de armas, como gobiernos en Francia á los que le eran afectos, y el nombre y la autoridad de Rey no se consideraban ya en sus ejércitos sino como un grado militar.

Cuando empezaron en España las primeras hostilidades en 808, los ejércitos franceses habían invadido ya á Portugal sin tirar un tiro; ocupaban á Madrid, centro de la España, y se habían apoderado por engaño de diferentes plazas. Lo escogido de las tropas españolas estaba reunido á las filas francesas en Alemania y en Portugal, y las que quedaban aun en España no sabían distinguir aun la autoridad de los franceses de la autoridad de los Reyes Carlos IV y Fernando VII.

Napoleón había creido que reteniendo cautivos en Francia á estos Soberanos, y dando á su hermano por Rey á España, el pueblo débil y sin energía, viéndose privado de sus jefes, preferiría el gobierno de un extranjero al azote de una guerra en el seno de su mismo país. La Europa creyó del mismo modo que Napoleón, que los españoles se sujetarían sin resistencia alguna.

Después de cinco años que dura la guerra, los franceses han ganado consecutivamente diez batallas campales, han conquistado casi todas las plazas fuertes, y sin embargo aún no han podido conseguir la sumisión duradera de una sola provincia. La España, por decirlo así, ha sido reducida á Cádiz, como Portugal á Lisboa, y aun cuando los franceses se hubiesen apoderado de estas dos ciudades, no por eso estaba decidida la suerte de la Península. Mientras que los ejércitos franceses estaban debajo de las muralla de Lisboa y Cádiz, los partidarios españoles hacían incursiones hasta las puertas de Tolosa, en el centro de la Francia.

Los españoles formaban una nación animada por un solo y mismo sentimiento, que era el amor á la independencia, y el odio á los extranjeros que querían humillar su orgullo nacional dándoles un gobierno. En España no bastaba vencer ejércitos; era preciso atacar el sentimiento unánime y multiplicado, del cual estaba penetrado el pueblo: era preciso herir en el alma de cada uno, y esta especie de atrincheramientos no pueden ser tomados con balas ni bayonetas.

Escritas ya estas Memorias hemos visto á la nación moscovita, y en seguida á la prusiana, dar al Norte de la Europa pruebas de un desprendimiento por la patria igual por muchos respetos al que ha ilustrado á los españoles; de este modo la España, la Rusia y la Prusia se han visto libres de sus enemigos comunes. Estos acontecimientos, que han cambiado el aspecto de los negocios de Europa, demuestran tan poderosamente, como la larga y noble resistencia del pueblo español, que la fuerza real de los Estados no reside tanto en el número y poder de los ejércitos de línea, como en un sentimiento religioso, patriótico y político, bastante poderoso para interesar á todos los individuos de una misma nación en la causa pública, del mismo modo que si fuese la suya propia.

M. ROCCA. *Oficial de húsares* [1].

¡MIL DUROS!

Es una bonita cantidad, no hay que negarlo. Pero tampoco se puede dudar que su valor varía infinitamente según la clase de gente que habla, desea ó se afana por ellos.

En el mundo de los banqueros, de los comerciantes al por mayor, de los bolsistas, ¿qué significan mil duros? Algo menos que nada. La simpática nieta de Sevillano, Condesa de la Vega del Pozo, suele hacer con harta frecuencia limosnas de mil duros. Y la verdad es que para tan apreciable y apreciada señorita una limosna de mil duros equivale poco más ó menos á una limosna de cinco pesetas dada por un individuo que disfrute 30.000 reales de renta anual. ¿Qué son mil duros para mi paisano, el Marqués de Casa Jiménez? ¿Qué para Urtaeta? ¿Qué para la casa Rostchild?

Y, sin embargo, para la generalidad de nuestros poetas, escritores y periodistas, mil duros representan una fabulosa suma. ¡Cinco billetes de á cuatro mil reales cada uno.....! Ahí es nada para un hombre que por cuarenta ó cincuenta duros al mes, muchas veces pagados con retraso, trabaja seis horas al día, ¡y qué trabajo!, y después de trabajar las seis horas todavía disfruta de fama de haragán, y sufre que su editor le dé golpecitos en el hombro, y le diga: «Tiene usted mucho talento; pero si fuera usted trabajador como tiene talento, usted medraría y tendría una posición desahogada.» «Yo trabajo, D. Judas, lo que puedo.» «¡Trabajar! Vamos, poeta y trabajador no puede ser.....»

Para un hombre así, mil duros son un ideal, un sueño, el genio benéfico que abre la puerta del paraíso. Lleva diez, doce años recibiendo las inspiraciones de la musa, y aun no ha conseguido que cuando su niña mayor tiene zapatos nuevos pueda salir á la calle el pequeño, como no sea con los pantalones rotos..... Es ya coronel en el ejército de las letras, y en el social, por más vueltas que le da, no pasa de alférez de la reserva. Se cree un grande hombre, y su portero y sus vecinos lo tienen por un hombre pobre. De natural generoso, materia excelente para ser magnánimo, caballeresco, magnífico, la miseria lo ha convertido en un avaro de ochavos morunos, en un sér displicente, uraño, quejumbroso, terco y porfiado.....

De nada suelen burlarse los poetas de verdad y los escritores de mérito como de los certámenes. ¡Ellos presentarse á un certamen! Y ¿para qué? ¿Para traerse á casa unos jarrones de barro de Alcorcón, pintados de rojo con vivos dorados? Ni por pienso.

Pero anunciad un certamen en que se ofrezcan mil duros de premio á la mejor oda, al mejor romance ó á la mejor leyenda, y tened la seguridad de que habéis revuelto de los pies á la cabeza toda la república literaria.

—¡Se presenta usted al certamen.....

— Cá, no estoy para certámenes..... Pero el premio, no hay que dudarlo, es tentador. Quizás, si me siento con humor! ¡El asunto es tan bonito!

Y estad seguros de que ya tiene pensada y muy pensada la manera de desarrollar el bonito asunto. Y estad segurísimos de que ya tiene compuesta la introducción, y quizás, quizás la escena ó el pasaje culminantes.

En el hogar, su mujer lo espolea. «Ya ves, Antonio, los chiquillos andan descalzos, los calzones de Periquito no son calzones: son pinreles. Debemos al tendero más de mil reales. En la carnicería no quieren fiar á la muchacha. Es preciso, pero absolutamente preciso, que te ganes ese premio.»

— ¿Pero sabes tú lo que son certámenes? Los poetas de verdad, como yo lo soy, gracias á Dios, no cantamos al son que nos tocan. Cantamos como y cuando queremos. Sin libertad no hay inspiración. La musa es caprichosa. Ahora, v. gr., ¿cómo quieres tú que yo cante á Boabdil el Chico, ni á Zoraima, ni á los Abencerrajes, cuando mis ideas y mi fantasía van por otro rumbo diferente? Yo podría cantar en este momento á las catedrales góticas. Pero ¿la Alhambra? ¡Mujer...! Si te digo que yo no *siento* ahora la Alhambra.....

— ¡Ay! Antonio, lo que yo *siento* ahora, y antes, y después es que no tenemos un cuarto.

— También lo siento yo, y por eso habrás notado que mi lira se va cubriendo por momentos de una nube negra y pesada, vapor asfixiante de pesimismo..... ¿Te acuerdas, Amelia, de cuando te conocí? ¿De aquella mañana de nuestra vida, luminosa y espléndida? ¡Cómo surgió en mi mente aquel romance, el primero que compuse en tu loor, aquel romance en que te comparaba á las rosas tempranas que abren su cáliz de púrpura con el día, y que son

[1] Aquí terminan las Memorias de M. Rocca, que el autor ilustra con un apéndice de documentos, que no creemos nosotros pertinente reproducir. (*N. de la D. de* LA I. C.)

la gala y la envidia del jardín! ¡Cómo satirizaba yo al mercachifle aquel, que se atrevió á levantar hasta tí sus ojillos verdes y viscosos....! Comparábalo á los insectos obscuros, que manchan y roenlas hojas de las rosas..... Pero yo, Amelia, era el genio benéfico de la floresta que acudía, armado de todas armas, y mataba el insecto..... ¡Ay! Amelia, ¡qué feliz me has hecho....!

Y Amelia se siente enajenada. De su fantasía, que el trato y el amor de aquel visionario han exaltado hasta el delirio, se borra el espectáculo triste de su escasez y de la de sus hijos; no recuerda, si no es para despreciarlo, al mercachifle aquel que hoy es millonario y Diputado á Cortes, y sólo ve, sólo siente, que ella, Amelia, es la predilecta, la única en el corazón de un hombre superior, la Beatriz de aquel Dante no comprendido, la musa incógnita de tantas y tan bellas poesías que se leyeron en noches inolvidables, entre los bostezos de ilustres ateneistas, que, ella, en su ilusión divina, creyó que eran aplausos.....

Pero Antonio y Amelia convienen por último en que se hará un esfuerzo, en que se compondrá la poesía á Granada, y por lo tanto, en que se ganará el premio de los mil duros.

Nada de esto es poesía burlesca; es la pura verdad. Cuando las fiestas de Zorrilla en Granada, sucedió *c* por *b* cuanto aquí refiero.

Hubo certamen con premio de mil duros, y la grey literaria hizo los imposibles por ganarse el premio.

Me consta de ciencia cierta que los mejores poetas de Madrid, excepto Campoamor, Núñez de Arce y algún otro, se presentaron al certamen de Granada. Yo los ví en el Ateneo leyendo y releyendo las páginas de Mármol, Hita, Mariana, Chateaubriand, Irvig; los viejos romances moriscos, las Memorias de académicos y eruditos, en busca de asunto que fuera granadino, leyendario y heroico, los tres requisitos exigidos por la Junta organizadora para ganarse honradamente los mil duros; yo les oí disputar acerca de si por granadino se debía entender todo lo referente al reino de Granada, ó sólo lo relativo á la ciudad del mismo nombre; yo los ví acosar con preguntas y consultas á Sánchez Moguel, presidencia científica de los poetas, y oí á Sánchez Moguel animar á éste, criticar á aquél, elogiar el trozo que leía el de más allá, con ese lenguaje hiperbólico que, si no es propio de un académico de la Historia, es muy natural en un conterráneo de los famosos alfajores de Medina; y yo sé, finalmente, que para Granada fueron, no una, sino muchas leyendas heroicas, que si se hubieran pagado en lo que valen, quizás no habría habido en el Darro oro suficiente para hacerlo.

El jurado á nadie concedió los mil duros. Esta fué la mejor manera de hacerlo lo peor posible, de disgustar á todo el mundo, cometiendo de paso una atroz injusticia. Un premio, no de mil duros, sino de mil pesetas, se concedió á uno de los mejores poetas de Madrid, al ingeniosísimo cuanto modesto Carlos Cuenca.

Pero dejemos estos recuerdos concretos de tiempo ya viejo. Lo que hay es que mil pesos constituyen una perspectiva capaz de enloquecer á cualquier poeta. Nunca fuí yo poeta, y la verdad, jamás lo he sentido mucho....., excepto cuando leí los anuncios ó programas del certamen granadino..... Entonces sí que me desvelaba esta idea: ¡Si yo fuera poeta, me podría ganar mil pesos! En lo que se ve que en ciertos asuntos los malos periodistas nos parecemos mucho á los buenos poetas.

A. SALCEDO.

ALBUM DE POESÍAS

AL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

....y tienen siempre sed los que de mí beben.
(Eccli., 24.)

I

Dulce susurro de las auras leves
A las flores besando enamoradas;
Tiernos cantares que en el bosque umbrío
Junto á su nido el ruiseñor exhala;
Murmullo misterioso de la brisa
Su hálito al difundir sobre las aguas;
Rumores armoniosos de una noche
Serena y por la luna iluminada;
Matinal canto de sencilla alondra
Su tierna bienvenida dando al alba;
Universal concierto con que el mundo
A Dios saluda y su poder ensalza;
Vuestras más deliciosas armonías
Vibren hoy en las cuerdas de mi arpa,
Para que suene grato en todo oído
El canto que á su amor dedica el alma.

II

¡Quién pudiera expresar el dulce afecto
Y la ternura deliciosa y plácida,
Que siente el corazón por esa Reina,
A quien dedico mi sencilla cántiga!
¿Por qué la lengua de este mundo mísero,
Es tan pobre, imperfecta, triste y árida,
Que la ternura celestial y angélica
Que siente en su interior el alma estática,
No la puede expresar en su afán místico,
Ni hacer sentir á los demás sus ansias?
Yo quisiera cantarte, Madre mía,
Con una lengua que el amor formara,
Pura cual de querube enamorado
O cual de serafín siempre abrasada;
Mas, hijo triste de Eva, sólo puedo
Gemir y suspirar, y una plegaria
Elevar hasta tí, Reina amorosa,
Que al pobre pecador no desamparas.

III

¡Oh Virgen bella, amor de mis amores,
Dulzura sin igual para mi alma,
Que haces prever la gloria de la gloria
Con tu divina y celestial mirada;
Vuelve tus dulces ojos al romero
Que cruza por el valle de las lágrimas,
Y escucha su cantar, que entre suspiros,
Eleva á Tí, que guías su jornada!
Si fué tu imagen mi primer cariño,
Y fué tu nombre mi primer palabra,
Y tu imagen y nombre llevo siempre
En mi pecho grabados, Virgen santa,
¿Cómo no amarte con delirio inmenso,
Y no cantar doquier tus alabanzas,
Para que no haya un corazón tan sólo
Que no te ensalce y por tu amor no lata....?

IV

¡Ay Madre mía! ¡Cuántos corazones
Existen en el mundo por desgracia,
Que no conocen la sin par dulzura
De tu amor divinal, gloria del alma!
Una sed insaciable de venturas
Al corazón del hombre siempre abrasa,
Y en la gloria y placeres de este mundo
Busca, infeliz, el modo de saciarla;
Y no ve que eres Tú, fuente divina
De la más pura y cristalina agua,
Cuyo murmullo delicioso atrae
Siempre á gozar de su frescura grata,
Y naciendo del centro de la dicha
Da al corazón felicidad sin tasa.

V

Los que una vez probaron su agua pura
Vuelven siempre á saciar la sed del alma,
Y cuanto más la gustan más la buscan
Y á sus raudales llegan con más ansia:
Por eso todos los que se hallan presos
De su amor celestial, nunca se apartan
De esa fuente de vida, en cuyo seno
Brota la dicha inextinguible y santa.
¡Oh! ¡Si todos los hombres conocieran
La virtud portentosa de sus aguas,
Cómo fuera posible que uno solo
A sus raudales de acudir dejara
Para saciar el infinito anhelo
De ventura y amor que siente el alma!

VI

¡Oh Virgen pía y Madre cariñosa!
A Tí siempre acudí desde mi infancia,
Y de tu protección y dulce amparo
He sentido constante la eficacia:
Que no deje de amarte, Virgen pura:
Que no deje jamás en tu alabanza
De hacer sonar mi lira, que, aunque débil,
Vibra siempre en tu honor entusiasmada.
Ya que eres Tú la estrella de mi vida,
Mi refugio, mi bien y mi esperanza,
Concédeme la dicha de que logre
Conducir á tu amor á muchas almas.
Indigno soy de tanto bien, Señora;
Pero mi corazón, que te idolatra,
No á muchas, sino á todas las del mundo
Quisiera conducir ante tus plantas,
Para que un solo corazón formando,
Por Tí latiera sólo, Virgen santa.

ENRIQUE GARCÍA BRAVO.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDON

(Continuación.)

También M. Delaborde la pedía algunas veces sus cuadernos, mostrándole su aprobación con alguna caricia ó algún regalo. Su mujer se contentaba siempre con decir:

—Está muy bien; me gusta que Valeria no pierda su trabajo.

Enriqueta y Roberto permanecían más indiferentes aún que su madre: también Federico les imitó algún tiempo, porque le importaba bien poco la buena letra, el estudio de la historia y el de la regla de tres, que ocupaban á su prima; pero un día le enseñó ésta unos dibujos, y como la pintura era lo único que le gustaba á Federico, y todo lo que con ella tuviere relación le interesaba, no pudo menos de fijar en ellos su atención.

—¡Están perfectamente! Tiene disposiciones tu discípula —dijo á Valeria;—¿te propones enseñarla el dibujo?

—Bien sabes que sólo poseo los primeros rudimentos.

—¿Quieres que yo la dé algunos lecciones? Te aseguro que Gertrudis tiene muy buenas disposiciones.

Reflexionó Valeria un instante, y después respondió:

—Pide permiso á nuestro padre para ello, que yo creo que tus lecciones pueden ser verdaderamente útiles á mi Gertrudis.

Se obtuvo el permiso, y desde entonces todos los días pasaba Federico al cuarto de Valeria, y allí, sentado entre su hermana y su prima, les daba á

ambas la lección de dibujo, pintando ó dibujando él también, al mismo tiempo, algún cuadrito de interior. Una dulce intimidad reinaba entre aquellos corazones; y Valeria, con su simpática indulgencia; Gertrudis, con su abierta franqueza, y Federico con su alegre bondad, y hablando, sobre todo, del arte que llamaba toda su atención, contribuían todos á que las horas se pasaran en la mayor armonía.

—Aquí se puede hablar—decía Federico—en el salon, mamá no me escucha; Enriqueta mira tan sólo al espejo, por si le dice cosas agradables; ese zopenco de Roberto..... ¡Vamos, no te enfades, Valeria.....! Nuestro augusto hermano Roberto, quería decir, sólo se ocupa de sus perros, y papá frunce el ceño y pone mala cara cuando tengo la desgracia de hablar de pintura. Con vosotras dos me encuentro á mi gusto.

Y seguía hablando y emitiendo sus pequeñas teorías, y discutiendo las obras de arte, á propósito de algunos grabados de *La Ilustración* ó de *El Artista*, ó bien contaba á Gertrudis, que le escuchaba con gran atención, la vida de los grandes pintores ó algunas anécdotas que había aprendido sobre los artistas modernos.

Un día, sin embargo, le interrumpió Gertrudis, diciéndole:

—Pero, Federico, ¿para qué puede servir la pintura?

—¡Es posible que seas tan utilitaria! ¡La pintura es el culto, es la reproducción de lo bello en la forma y en el color! ¡La pintura es el libro de los ignorantes! ¡Fija las más fugitivas impresiones, enseña lo pasado á los que no saben leer, muestra la naturaleza á los que no viajan; hace eterna la belleza, cualquiera que sea.....!

—Sí, primo; pero á mí, por ejemplo, ¿para qué me servirá saber pintar?

—¿Quieres tan sólo la parte positiva del arte, Gertrudis? Pues bien; podrás pintar adornos y flores, y ser con ello muy útil á mi padre, que paga bien caro un dibujante para su fábrica de tapices.—A estas palabras, Gertrudis quedó pensativa, y Federico siguió.—Aquí tienes, este muchacho que yo copio en este momento, este pescador boloñés, con sus redes y su caña, haría perfectamente en medio de un tapiz.

—¿Y podría yo ganar pintando?—dijo Gertrudis con su pensamiento fijo.

—¡Dios Santo! Esta chica calcula como un bolsista, ó como el difunto Rembrandt. ¿Por qué tienes esa sed de oro, Gertrudis?

—Bien lo sabe Valeria,—dijo la aludida volviéndose á su amiga.

—Y yo, ¿no puedo ser iniciado en ese gran secreto?

—La estás atormentando, Federico, pero puedes estar seguro que sus pensamientos son honrados.

—No tengo secretos para ti, querido primo,—replicó Gertrudis, levantando sus negros ojos humedecidos;—querría ganar para satisfacer las deudas que mi padre dejó al morir; he ahí todo mi secreto.

Federico enmudeció.

—Trabajemos en ese caso,—dijo ocultando su conmoción con un aire de alegría,—trabajemos con alma, y nos haremos unos verdaderos artistas, querida Gertrudis. Nada se hace sin trabajo.

Desde entonces se hicieron más frecuentes las conversaciones sobre el arte, sus méritos y sus ventajas. Valeria, que hasta entonces había escuchado las palabras de su hermano con sonrisa, poco á poco llegaron á preocuparla.

—Querido Federico,—le dijo un día que estaban solos en este cuarto, que él llamaba ya el taller;—querido Federico, ahora tengo yo ganas de hacerte á ti la pregunta de Gertrudis: ¿para que te servirá á ti la pintura? Te dedicas á ella con un ardor impropio para un futuro hombre de negocios.

—¡Yo negociante!—respondió Federico rompiendo el lápiz con que dibujaba por un movimiento brusco;—¡Dios me libre!

—¡Cómo, Federico! Pues qué, ¿papá no cuenta contigo? Ya has acabado tus estudios, tienes diez y ocho años, y ahora te recibirá en su escritorio.

—¡Qué engañada estás, Valeria! Nunca me harán entrar en el escritorio para secar mi corazón con el libro mayor y la cuenta del *Debe* y *Haber*.

—¡Oh hermano mío!—dijo asustada;—y ¿que dirá papá? ¿No conoces sus proyectos, esos proyectos que ha estado acariciando, casi desde tu nacimiento? Quiere retirarse de los negocios dentro de algunos años, y ceder á sus dos hijos la fábrica de tapices; espera que tú seas el asociado de Roberto..... porque..... porque.....

—Sí, porque Roberto es un necio, y nuestro padre cree ver en mí un poco más de iniciativa. Querida Valeria, conozco estos planes, y confieso que me es muy doloroso el contrariarlos, pero me llama á otra parte una vocación irresistible; no puedo hacer otra cosa que pintar, y seré, Dios mediante, un buen pintor, así como sería un mal negociante.

—Te engañas; te dejas llevar por una ilusión—replicó Valeria con energía—y te expones á tomar una quimera por una verdadera vocación. Y aun cuando tuvieras esta vocación por el arte, ¿no sería mejor sacrificarse al deseo de nuestro padre, á la tranquilidad de nuestra familia? El mundo tiene más necesidad de hijos desinteresados y de honrados negociantes que de hábiles pintores.

—Eso es cuestionable; pero dejando esto á un lado, permíteme que te diga que no sabes lo que es una idea fija, una vocación. Si lo supieras, te convencerías de que á pesar mío dibujaría en vez de escribir, compondría cuadros en los libros de cuentas, y sería, puedes creerlo, para nuestro padre, una causa permanente de impaciencia y de fastidio.

—No lo creo. ¡Si tú quisieras! ¡Querer es poder!

—No quiero, ni puedo..... Mi padre está aún en la flor de su edad; en lugar de retirarse, dirigirá á Roberto, le hará un negociante, según su deseo, y durante este tiempo yo iré á París y á Roma para seguir la carrera que he escogido. ¡Verás, hermana, cómo salgo con la mía! Asistirás á mi triunfo y me dirás entonces: ¡teníais razón!

Valeria sacudió la cabeza con melancolía; en este momento un rayo de sol penetraba por la ventana y aclaraba de lleno su rostro. Miró á Federico pálido y caído, y entonces también desaparecieron de sus mejillas y de sus labios los rosados colores de la juventud. Entonces su cariñoso hermano la cogió la mano, que besó con ternura, y la dijo:

—No te aflijas, querida Valeria, ya trabajaré para atraer á mi padre á mis ideas, y así no le contrariaré de frente. La posición de nuestros padres es por otra parte risueña; Enriqueta no tardará en casarse..... su matrimonio con Charleval me parece seguro..... y ahí tienes; Charleval ¿no podría asociarse con Roberto para darle lo que le falta, arranque y seriedad, azogue y plomo?

—¿Pero no sabes que siendo banquero Charleval no ha de dejar sus negocios por los de Roberto?

—Pues bien: Roberto se casará también, pues buenas ganas tiene y encontrará asociados en su nueva familia.

—¡Tú sueñas! ¡Roberto casarse!

—¡Pués qué! Tiene veinticuatro años, quiere ser independiente, y para esto le hace falta una mujer y una dote, y encontrará la una y la otra gracias al vivo deseo de casarse que hay en las muchachas.

—¡Que sea para su dicha! ¡Pobre hermano! dijo Valeria.

—Así sea. Yo no le deseo ningún mal. Dios lo sabe; pero no puedo inmolarme á la prosperidad de sus tapices.

—Hablo con demasiada viveza, añadió—pero te prometo tener calma en mis acciones. ¡Vamos, sonríete, abrázame, que bien sabes que te quiero!

Su hermana se inclinó sobre su hombro y le dijo:

—Sí, yo también te quiero, Federico, y quisiera verte feliz..... Vivamos en paz..... ¡Es tan corto el tiempo que pasamos sobre la tierra.....! ¡Oh, vivamos en paz!

La abrazó de nuevo y se alejó conmovido más de lo que era de esperar de su carácter ligero, dejándola inquieta.

CAPÍTULO VII

LOS DOS CASAMIENTOS

El gran acontecimiento de que se ocuparon algún rato los dos hermanos fué bien pronto la conversación de la casa. Enriqueta se casaba con Charleval: era una boda brillante y positiva á la vez, que debía satisfacer la vanidad y podía contentar el corazón, porque el novio no era solamente rico y distinguido, sino también bueno y digno de afecto: amaba á Enriqueta, y ésta, aunque no fuera de natural expansivo y amante, sentía predilección por el hombre que había tenido el gusto de escogerla.

Todo era regocijo en la casa; Valeria se asoció de corazón á la dicha de su hermana, y con la gracia que en ella acompañaba siempre á la afección, quiso trabajar para el ajuar de su hermana; eligiendo el bordado de la ropa blanca. ¡Cuántas veces salieron de las agujas de Gertrudis y Valeria las iniciales E. D. enlazadas y adornadas de mil maneras con flores y guirnaldas como una risueña primavera!

—¿Y cuándo marcaré yo tu equipo? preguntó Gertrudis á su amiga.—Tendré en ello placer y pena á la vez.

—Ni lo uno, ni lo otro,—respondió la interpelada.—Si vivo no dejaré nunca á mis padres..... Los otros pájaros volarán, como lo hace ahora Enriqueta; pero yo seré la paloma fiel al nido.....

—Y yo me quedaré siempre contigo; porque, porque, ¡Valeria, decir ese *sí* que causa tanto mal!

—¿No es esa nuestra condición en la tierra? ¿Estamos seguras de un día ó de una hora?

—Sí, pero..... teniendo diez y nueve años y una esperanza de larga vida, ¿piensas ya en la muerte?

—Sabes latín, querida mía?—replicó Valeria con su alegre seriedad:—*Hodie mihi, cras tibi;* hoy yo, mañana tú, he ahí la verdad que la muerte constantemente nos repite; yo confío, sin embargo, en que la bondad divina me concederá algunos años para vivir con aquellos á quienes amo; si así no fuera.....

Gertrudis la puso la mano en la boca para impedirla continuar; se abrazaron, y la conversación se llevó por Valeria hacia otro orden de ideas. Pensaba á menudo en la muerte, pero sin miedo, y cuando sentía el soplo de la vida pasajera debilitarse en su seno, la vida del alma se reanimaba con más vigor, y triunfante decía con el Apóstol: ¡Oh muerte, dónde está tu victoria; oh muerte, dónde está tu aguijón! Por lo demás, su exterior nunca dió á entender lo que pensaba, y en la boda de su hermana se presentó sonriente y bella, asociándose á la alegría de todos, y sin que nadie pudiese adivinar que aquella muchacha que con todo el mundo hablaba con tanta sencillez, que bailaba con tanta modestia, y parecía tan dichosa y tan querida, tuviera en medio de las pompas del mundo la mirada fija en lo invisible y el oído dirigido hacia la eternidad.

Al cabo de algunos meses tuvo lugar una segunda boda, según las previsiones de Federico. Su hermano mayor quería encontrar fuera de la casa paterna una posición que le asegurase la independencia y la autoridad que tanto apetecía: sus padres habían tenido la costumbre de mirarle siempre como un niño: sus hermanos no reconocían en él

el carácter de hermano mayor, por no verlo confirmado por su inteligencia y modo de sér; y viéndose entre los suyos haciendo un papel muy secundario, más querido que considerado, y más protegido que respetado, Roberto quiso buscar en un matrimonio anticipado aquello que constituía su bello ideal. Era joven, de buen parecer, de posición desahogada, y fué del gusto de una parienta del marido de Enriqueta; su prometida, Hortensia Charleval, era huérfana y dejaba con placer la casa algo triste de su tutor. De nuevo volvieron á repetirse los bailes y los banquetes, porque siempre el más serio de todos los actos se rodea de más flores, de más danza y de más alegría, como si en aquel momento solemne y decisivo causara miedo el recogimiento.

Valeria estuvo también igualmente dispuesta para tales diversiones; pero su madre, que había querido dedicarla las atenciones mundanas que hasta entonces se habían dirigido á Enriqueta, exigió en la elección de su vestido más elegancia y lujo que lo que hubiera deseado la joven. Cuando se estaba preparando para asistir á la boda, delante de Gertrudis, que vestía ya un sencillo traje blanco y rosa, Mad. Delaborde se afanaba en adornar á Valeria, ayudada de una criada. La pobre joven, hasta entonces abandonada, había dejado que la rizaran sus hermosos bucles castaños, y apenas había hecho atención á la guirnalda de lindas flores que habían puesto en su frente; pero cuando la acabaron de poner el vestido y echó una mirada al espejo, no pudo menos de exclamar sonrojándose:

— Querida mamá, permítame usted cambiar de traje: la modista no me ha obedecido; mire usted qué escotado me ha traído el cuerpo.

— ¡Qué niñada! — respondió Mme. Delaborde— pues apenas te se ve el cuello.

— Es demasiado, demasiado para mi gusto..... Permítame usted que me ponga el vestido blanco.

— Nunca se pone uno de blanco en un baile de boda.

— No, mamá querida; no puedo confundirme con la novia, pues que llevo claveles encarnados.

— No estarías á mi gusto, Valeria, ni al gusto de tu padre; confía en mí, y no exageremos nada, ni las virtudes.

— ¿Es esto exagerar, mamá? — interrumpió Valeria con los ojos bañados en lágrimas.

— ¡No eres razonable en tu terquedad!

— ¡Mamá querida!

— ¿Te propones contrariarme? Nunca hubiera sospechado.....

UN CANAL DE VENECIA.

Valeria se calló y se dejó vestir en silencio, sin echar una sola mirada sobre el espejo que reflejaba su delicada figura, que aún resaltaba más por el brillante traje que la adornaba. Sobre su desnudo cuello caían sus ligeros rizos, mezclados con flores; su vestido de gasa azul, con un viso ligeramente sonrosado, y su brazalete de hermosas perlas, cuya blancura apenas resaltaba del brazo, todo contribuía á que Valeria se mostrara bella y elegante, y llenara de encanto el corazón de su madre y el de Gertrudis; y, sin embargo, parecía como una víctima preparada para el sacrificio con cintas y flores. Gertrudis, que conocía mejor á Valeria que su misma madre, descubrió á través de aquella aparente serenidad una tristeza profunda, la contrariedad de un alma herida en sus caros sentimientos, y un disgusto del mundo, de que no se apercibirían los que la vieran bailar tan joven y bella.

Salieron acompañadas de Gertrudis, pues Valeria no consintió que la pobre huérfana pasara en la soledad las horas que iban á dedicar á la alegría; pero, durante toda la noche, no desapareció la nube que anublaba la frente de la joven. Al volver triste y agitada, se sentó en el carruaje al lado de Gertrudis, y ésta pudo notar al cogerle la mano que un sudor frío la bañaba..... pero no quiso decir nada.

Valeria se desnudó temblando, y arrojando lejos el traje y las flores, dijo con una expresión que su amiga jamás olvidó:

—¡Ya no volveré á ningún baile!

CAPÍTULO VIII

LO QUE SUCEDE EN POCO TIEMPO

Han transcurrido tres años. En el mismo salón en que hemos introducido á nuestros lectores, hacia la misma hora, á la luz de una lámpara y cerca del fuego se encuentran sentadas dos mujeres. La una escribe en un gran libro de cantoneras de metal, y la otra mira tristemente la llama, apoyando sus pies sobre los morillos de la chimenea. Nada había cambiado en el aspecto exterior de la casa; los cuadros y los muebles, esos testigos silenciosos de los sucesos, tristezas y goces de nuestra vida, permanecían inalterables, y sin embargo, la fisonomía, la expresión íntima de aquel cuarto, que servía para las reuniones de familia, parecía transformado. ¿Podía uno reconocer á la madre, joven y brillante aún, y orgullosa, á la vez que de su hermosura conservada, de la belleza naciente de sus hijas, en aquella mujer pálida y demacrada, vestida de luto, y que parecía una sombra que recorría los lugares que tanto había amado? Y sin embargo era Mme. Delaborde. Pero, ¿en dónde estaban sus hijas, tan graciosa la una y tan interesante la otra? La joven encorvada sobre el gran libro, no tiene ni la estatura, ni las facciones finas y regulares de Enriqueta, ni el encanto melancólico de Valeria.

(Continuará.)

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 2.158.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 22. — Madrid 5 de Agosto de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 ps. fs.
Un año..... 16 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 12 fr.
Un año..... 20 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 ps. fs.
Un año..... 8 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando. — *Benjamina*, novela italiana, por el Padre Franco. — *D. Antonio M. Fabié*, por A. S. — *Margarita*, por Don Florencio Escudero. — *¿Á San Ignacio, ó San Ignacio?* por D. Manuel Polo y Peyrolón. — *Trinca antihistoricólica*, por F. Aguilar. — *Album de poesías: Coplas satíricas*, por D. Manuel Polo y Peyrolón. — *Mi retrato*, por C. Lafont. — *Una parienta pobre* (continuación), por Mad. Bourdón.

Grabados.

Excmo. Sr. D. Antonio M. Fabié (véase el artículo).
La Plata. Puerto de la Ensenada. — Delicioso refugio de la navegación y uno de los lugares más bellos del Continente meridional de América.
Vista interior de la Basílica franciscana de Asís.
San Miguel del Fay, en Cataluña.

LA DÉCADA

La que acaba de transcurrir caracterízase para los católicos madrileños por la celebración de tres festividades, dos de ellas en toda la Iglesia solemnísimas, y otra en Madrid, muy famosa por el prodigio que la acompaña. Nos referimos á la fiesta de San Pantaleón, 27 de Julio, en cuyo día se liquida la sangre de este Santo mártir en el convento de Religiosas de la Encarnación: milagro semejante al celebérrimo de San Jenaro en la ciudad de Nápoles.

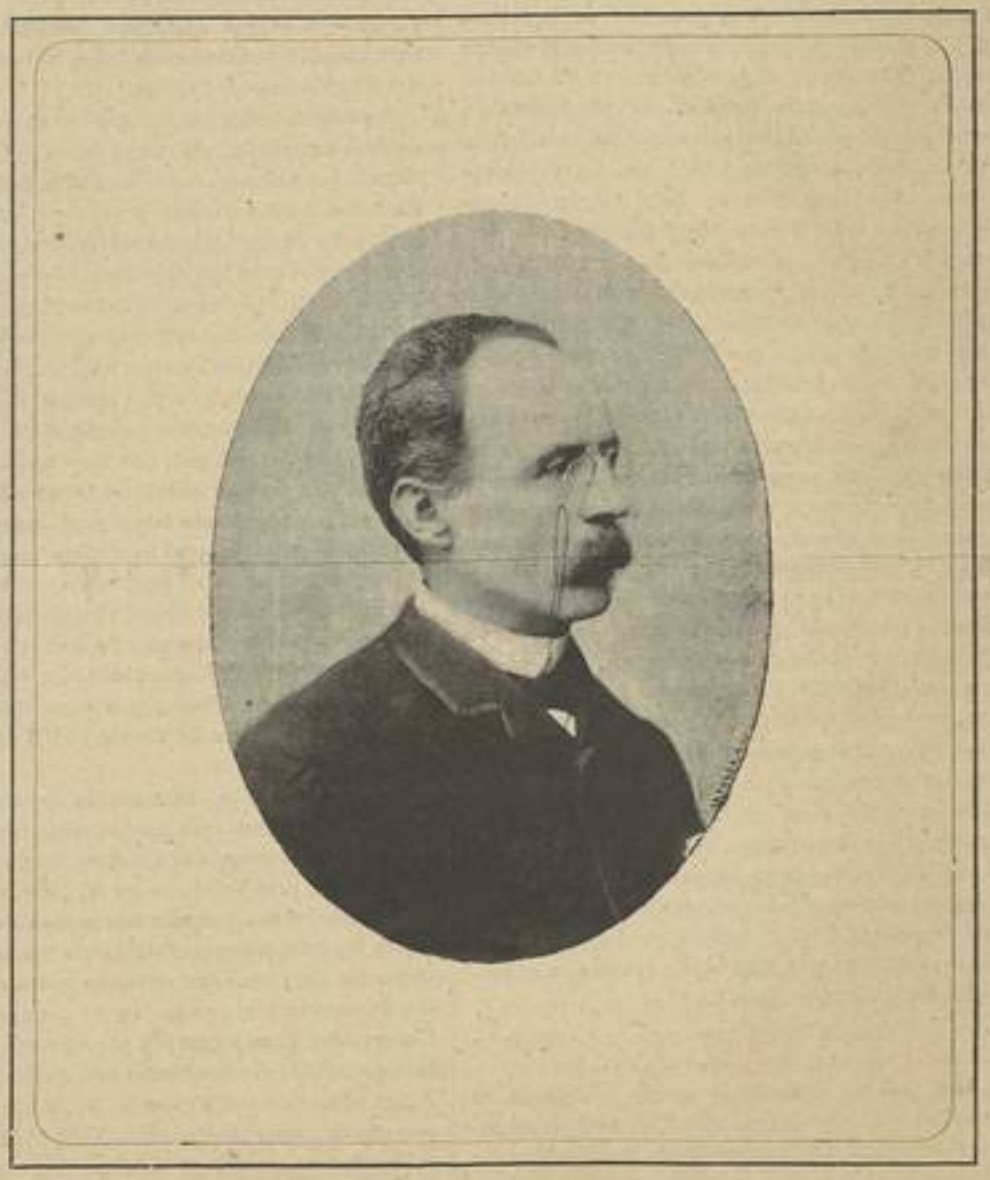
El de Madrid no es tan conocido, ni tan venerado por consiguiente como debiera. En la misma población de la Corte abundan los que lo ignoran. A mediados del siglo XVIII un Capellán Doctoral de la Real Capilla de la Encarnación, D. Joaquín Castellot, tradujo al castellano (muy bien por cierto) la obra monumental del P. Croisset, *El año cristiano*, y añadió, por vía de nota á la vida de San Pantaleón, escrita por el Rivadeneyra francés, las siguientes palabras:

„En la iglesia de las Señoras Agustinas del Real convento de la Encarnación de Madrid se conserva dentro de una ampollita de cristal una pequeña porción de la preciosa sangre de este glorioso mártir (San Pantaleón), la que se asegura que todos los años milagrosamente se liquida en la víspera y día de su fiesta, concurriendo apresuradamente todo el pueblo á venerar la reliquia y á ensalzar el poder de Dios á vista de aquel prodigio.“

Un siglo después de escribir el buen Doctoral Castellot, no es ya todo el pueblo de Madrid, ni mucho menos, el que concurre al templo de la Encarnación á admirar el prodigio que se renueva todos los años el 27 de Julio, y á pedir á Dios misericordia por la intercesión del bienaventurado mártir de Jesucristo.

No faltan, sin embargo, gentes piadosas que durante la tarde del 26 y mañana del 27 llenen la hermosa y severa nave de las más bellas quizás de las iglesias de Madrid.

Hemos oído contar que el General O'Donnell, siendo Presidente del Consejo de Ministros, fué un año de los concurrentes. Se presentó en la Encar-



EXCMO. SR. D. ANTONIO M. FABIÉ

nación con dos Ayudantes, y permaneció en el templo larguísimo rato adorando la santa reliquia más de una vez y presenciando todo el proceso de la liquidación de la sangre.

¿No sería conveniente que algún erudito, curioso investigador de las cosas de Madrid, publicase los antecedentes y noticias, que de seguro radicarán en los archivos madrileños, referentes al culto que se tributa á San Pantaleón en Madrid, origen de su reliquia y datos respecto al estupendo prodigio? Trabajo es este muy propio de la índole de las aficiones del joven y sabio escritor D. Hilario Peñasco, y desde aquí le excitamos á que lo emprenda y lleve á término, poniendo naturalmente á su disposición nuestras columnas por si gusta honrarlas con el fruto de su labor.

***

El 31 de Julio ningún católico olvida que es el día de San Ignacio, del glorioso fundador de la invicta Compañía de Jesús.

«La Providencia, escribió el insigne Cuadrado en su *Discurso sobre la Historia Universal*, sencilla en sus medios cuanto magnífica en sus obras, quiso á tan bravíos y encontrados ataques (los de las modernas herejías) contraponer una falange aguerrida que á cualquier género de lucha se adaptara y en cada brecha pareciera multiplicarse; teólogos profundos, á osados dogmatizadores; sabios maestros, á sofistas peligrosos; elocuentes predicadores, á sediciosos propagandistas; nobles consejeros del poder en recordarle sus deberes, á lisonjeros explotadores del despotismo; decididos campeones de la Santa Sede, á la conjuración de enemigos más ó menos declarados. Estudio de la antigüedad, adelantos del saber, historia, filosofía, ciencias, literatura, política, todo cuanto servía de armas al error, se las arrebataban para convertirlas en defensa de la verdad, por medio de la palabra y de la pluma, de la enseñanza y del púlpito, de la atracción sobre las muchedumbres y de la influencia en los Gobiernos. Flexible y acomodaticia al par que inmutable, siempre firme sin retraso y siempre en marcha sin aturdimiento, la Compañía de Jesús, digna concepción de un soldado creyente, debe á su incomparable organización y á su perfecta disciplina esa permanente virilidad que ha carecido de infancia y de vejez, esa carrera tan ordenada como la del sol y tan rápida como la de los siglos. Su inmortal fundador, honra de España, pasó por los grados de penitente, de misionero, de humilde estudiante, antes de iniciar la empresa en que habían de fundirse todos estos elementos; y el mundo, asombrado de ver brotar de un devoto entusiasta, cuya rectitud y sinceridad no puede menos de reconocer, la obra maestra del genio y de la previsión humana, busca á tientas al verdadero autor entre sus discípulos, no comprendiendo que las *Constituciones* de la Orden sólo se explican por los *Ejercicios espirituales*, que con la santidad se aprende la sabiduría, que virtud y poder son una misma cosa, que la eficacia es proporcionada á la abnegación, y el grado de fuerza al de unidad. Mil talentos eminentes, mil enérgicas voluntades renuncian á sí para formar una sola voluntad y una mente sola, y como los astros en la vía láctea, anegan su gloria personal en la del Instituto, donde se refunde hasta tal punto que el que se separa ya no logra recobrarla. El individuo muere para que viva sólo la sociedad; pero véase qué libre y variado se despliega cada talento, qué luminoso brilla cada nombre en el fondo del esplendor colectivo.»

. . . . . .

«Hoy todavía, después de más de tres siglos, la vivacidad del amor y del odio que excitan atestigua su inextinguible vida y pujanza, y la índole de amigos y de adversarios evidencia más de cada día que su causa va identificada con la de la Iglesia y que corren una misma suerte.»

Conocidos son los elogios tributados á la Compañía por ilustres protestantes como Macaulay y otros.

La revolución de Septiembre de 1868, la primera medida que adoptó fué la expulsión de España de los jesuítas. Así entendían, entienden hoy y entenderán siempre los revolucionarios, la libertad.

La restauración volvió á abrir de par en par las puertas de su patria á la Compañía; porque la Compañía, aunque milicia de carácter universal, es por sus orígenes española, y en tal concepto España es su patria. Hoy, en su magnífica universidad de Deusto y en otros muchos colegios famosos, los jesuítas educan á los hijos de las familias más ilustres y acomodadas; y en la predicación, en el confesonario, en todos los ministerios sacerdotales recogen abundantísimos frutos de salvación, y guían á muchas almas por los caminos de Dios. *El Mensajero del Corazón de Jesús*, dirigido y redactado por ellos, es la revista católica que más circula en España. Se dice que tiran 20.000 ejemplares de ella: ¡número asombroso para nuestra patria!

Cuenta la Compañía en España con verdaderas notabilidades en todos los ramos del saber y de las bellas letras. Al P. Coloma, ¿quién no le conoce como inimitable novelista popular? Después de Fernán Caballero nadie ha descrito como él las costumbres y los paisajes de nuestra tierra, y todavía el novelador jesuíta aventaja á la escritora sevillana por muchos conceptos. El P. Alarcón, director de *El Mensajero*, es un poeta, si los hay en el mundo; el P. Garzón, con su libro sobre Mariana, se ha colocado de un vuelo en la cumbre de la exposición histórica, y aun nos parecen mejores que el libro sobre Mariana los trabajos admirables del P. Cappa sobre Colón y los grandes descubridores y conquistadores de América. El P. Mir, entre tanto, pule y repule la lengua castellana, sirviéndose de ella para cincelar hermosísimas joyas literarias. Del Padre Fita no hay que hablar.

A pesar de todo, los Jesuítas tienen grandes y poderosos enemigos, aun entre los mismos católicos. Algunos carlistas les han acusado de favorecer á los llamados *tradicionalistas* á secas ó *integristas*. Se contó que en su Universidad de Deusto sus jóvenes alumnos leían trabajos históricos en que no sólo se regateaba á la casa de Borbón su título legítimo á la corona de España, sino que se juzgaba con harta severidad á los Príncipes borbónicos más esclarecidos. Y la verdad es que, aunque el hecho fuese cierto, los más acérrimos enemigos de los Jesuítas deben convenir en que, por muy mal que trataran los maestros y discípulos de Deusto á la casa de Borbón, peor ha solido tratar esta ilustre casa á los Jesuítas. Bajo su imperio en España fueron, en efecto, ignominiosamente expulsados, reinando Carlos III, y brutalmente degollados en la regencia de la primera María Cristina. ¿Se quiere, después de eso, que los Jesuítas enseñen á sus discípulos que Carlos III fué un Constantino y que bajo el cetro maternal de la viuda de Fernando VII era todo paz y ventura?

Por otra parte, los discursos de los colegiales de Deusto no creemos que puedan deshacer en un momento la obra levantada á cañonazos por Bervik en Almansa y por Vendome en Villaviciosa. La casa de Borbón es aun bastante fuerte para ser magnánima, y los que somos partidarios de esa casa real no debemos llevar nuestra adhesión hasta el extremo de incomodarnos porque en el paraninfo de una Universidad libre y católica se sostenga en correcto latín ó en atildado castellano que Felipe II fué más insigne Príncipe que Felipe V. No ha de renovarse por eso la guerra de sucesión. Ya que somos tolerantes por necesidad (¡á la fuerza ahorcan!) con las maldades de los malos, ¿por qué no hemos de serlo con las singularidades de los buenos? Y ¡ojalá que no suscite Dios otros enemigos á la casa de Borbón que los jóvenes educados por los Jesuítas!

Y no deja de tener gracia que los mismos que hablan mal de la Compañía sean los primeros que mandan á sus hijos á estudiar á sus colegios.

***

La fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles es la tercera en el orden del tiempo de las que nos ofrece la transcurrida década. El Jubileo de la Porciúncula ó, como nuestro pueblo dice gráficamente, de los Ángeles, lleva al confesonario y al comulgatorio una multitud de fieles, y abre de par en par las puertas de los templos franciscanos á la muchedumbre católica, ávida de limpiar la conciencia en el manantial fresco y purísimo de las gracias apostólicas. Los que no se atreven á confesar mensualmente, ni lo descuidan hasta el extremo de pasar todo el año alejados de los Sacramentos, esto es, los que se confiesan tres ó cuatro veces al año, por el Jubileo de los Ángeles se acercan siempre á la mística piscina y á la sagrada mesa. Fiesta es la de la Porciúncula de piadosa alegría para muchas almas.

FERNANDO.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

CAPÍTULO PRIMERO

LUISA Y MARIO

Al Norte de Bastia se descubre un valle delicioso regado por cierto arroyo de pocas aguas, llamado el *Fango*. Su fondo ancho y despejado está ceñido de pequeñas colinas que conducen por grados á las alturas donde están situados en una parte *Cardo* y en la otra *Santa Lucía delle Ville*, á cuya espalda se elevan las altas montañas que desde el centro de la isla se extienden hasta el mar, perdiéndose de vista en las últimas fortificaciones del cabo de Córcega. En aquellas alturas no se encuentran más que rocas quebradas y lisas y puntas agudas, que espantan; pero las pendientes, que dan al valle, están cubiertas de castaños, de olivos, de almendros, de naranjos y limoneros, presentando hasta en el invierno el verdor constantemente vivo y esplendente de los lentiscos y de los madroños. El centro de la llanura está dividido en gran número de cercados, que contienen las modestas casas de los labradores. En una de ellas había nacido Luisa.

Desde la edad de ocho años partía ésta todas las mañanas de aquel punto dirigiéndose por uno de los infinitos senderos que conducen al gran camino de *Via-Traversa* al de *Sant-Angelo* para ir á la escuela de la *Hermana*. El pueblo bastines conocía á ésta con el nombre de la tía Monja, y estaba gozoso al verla en los viernes de Marzo acompañar á sus discípulas á la parroquia, monjitas en ciernes vestidas de negro, á hacer el Viacrucis. La tía Monja les enseñaba el Catecismo, á coser y bordar y un principio de aquellos variados quehaceres que tanto convienen á las muchachas del pueblo. Pero Mariana, la madre de Luisita, cuando vió la niña algo instruída, como había quedado viuda y menesterosa, la sacó en seguida de la maestra y la acomodó con una costurera para que aprendiese á coser con perfección. Luisa, hecha ya una mujer, era una perla para el oficio. Nunca dejaba el trabajo, de modo que en poco tiempo aprendió cuanto se necesita para tenerse por una buena camisera, llegando á ser lo que se llama una modista; porque reunía el conocimiento de todas las artes afines, que mutua-

mente se dan la mano para los trabajos de aguja. Era excelente zurcidora, nadie la igualaba en los pespuntes y añadidos, extremada en los dobladillos, plegados y fruncidos, y jamás padecía la más mínima equivocación. Pero en lo que más sobresalía era en los encajes, que no sólo sabía colocar con suma gracia en las cofias y en los vestidos, sino que los componía perfectamente si se soltaban algunos puntos, imitando con tal perfección el recamo, que al salir de sus manos los encajes parecían siempre nuevos.

Sólo que tanto como ganaba en el oficio otro tanto perdía en los principios de la virtud cristiana. La buena Mariana, que era mujer de muy buen corazón, pero de escasa inteligencia, se ponía tan hueca cuando iba á preguntar á la maestra y la oía alabar la laboriosidad y destreza de su hija, exclamando entonces: — Gracias á María Santísima, la llevo todos los años á Lavasina, y habéis de saber que dentro de poco ganará para ella y para mí. — Y volviéndose muy satisfecha y orgullosa se iba en seguida á contar las alabanzas de su Luisita á las comadres del lavadero, poniendo de propia cosecha lo que acaso faltaba para su completo elogio, sin pensar en más que en hacer de su hija la mejor costurera de Bastia. Con esto cerraba los ojos, cuando la chica en los días festivos iba al obrador, lo mismo que en los de trabajo. Al principio repugnaba á la pobrecilla trabajar en día de fiesta, porque no le faltaba el buen sentido y no había olvidado las lecciones de la tía Monja; mas poco á poco se fué acostumbrando, hasta el punto de no pensar más en ello. Mil razones se ocurrían á su maestra para librarla, según ella misma decía, de escrúpulos: — El trabajo debe hacerse cuando Dios lo envía. ¿Qué mal hacemos nosotras? Basta no dar escándalo..... La tienda tiene puerta falsa y se puede entrar en ella sin que nadie lo vea. Las que hacen mal son las que roban, las que murmuran: ¡beatonas! Todo el día están restregando las rejas de San Juan, hacen encarecer el agua bendita..... y después quitan el pellejo á las que trabajan secretamente en algún domingo cuando hay una prisa..... Luisilla, lo que importa es que seas buena y obediente á la maestra, y déjalas que digan. El trabajar los domingos un par de horas (y trabajaban desde que rompía el alba hasta medio día) es una bagatela: cuando se trata de despachar un vestido para los amos que nos dan de comer, no es cosa de andarse en escrúpulos.

Luisa conocía perfectamente la falacia de estos raciocinios. — ¿Cómo? ¿es pecado quitar á otro los bienes ó la reputación, y no lo será defraudar á Dios el homenaje y el día de fiesta? ¿El Mandamiento divino de santificar el domingo se ha hecho para los turcos ó para nosotros los cristianos? Los amos, los amos..... Y ¿el Señor no es el amo de todos los amos? ¿No es Él quien da á todos de comer, quien produce la lluvia y hace salir el sol? — Con todo, temerosa de perder las ganancias, dominada por los respetos humanos, arrastrada por el mal ejemplo, deseosa de ser siempre la predilecta de la maestra, de la que se veía tan acariciada, ahogaba los gritos de su conciencia y aparentaba creer todo aquello como el Evangelio. Y de tal manera llegó á pervertirse, que, no contenta con practicar aquel evangelio de nueva especie, repetía á las aprendizas que iban entrando las malas lecciones que había aprendido, adornándolas con nuevos raciocinios de su invención, y añadiendo burlas y chanzonetas para alegrar á la asamblea.

Sin advertirlo había olvidado á su antigua maestra, no la visitaba como al principio, y cuando la encontraba en alguna calle bajaba los ojos ó se distraía, mirando los rótulos de las esquinas ó los géneros de los aparadores de las tiendas. Cuando oía referir algún escándalo lo volvía á contar inmediatamente á sus compañeras con nuevos floreos y comentarios, no pensando que en breve daría que hablar de sí más que otra alguna.

Por esto la picarilla, pasando sin sentir por los grados de costumbre, de las miradas maliciosas á las sonrisas significativas, y de éstas á las cartitas azucaradas y nada enigmáticas, llegó á ligarse vergonzosamente con un sargento de la legión extranjera, natural de Liorna, que estaba de guarnición en Bastia. Por desgracia dió á ello ocasión la llegada al país de una familia americana. Samuel Lokport, rico negociante en madera, natural de Nueva York, viajando por Italia para restablecer su salud en compañía de su mujer y de una hija de juvenil edad, se había detenido algunas semanas en Córcega para examinar los magníficos pinares que comenzaban á abrirse al comercio.

Mario (así se llamaba el sargento mencionado) chapurreaba el inglés y estaba todo el día cosido con el Sr. Samuel, acompañándole á todas partes y sirviéndole de intérprete y cicerone. Luisa iba á casa de aquellos señores para llevarles ropa blanca y prestarles algunos servicios de su oficio, ingeniándose de modo que al momento se ganó la voluntad de *mistress* Elena, que era como se llamaba la esposa de Lokport, haciéndose grande amiga de Benjamina, su hija, la cual era una joven cándida, franca y generosa, que puso toda su confianza en ella y quería tenerla siempre á su lado. ¡Esto hubiera sido bueno para Luisa, si no contrajera otras amistades! La solapada muchacha fingía estar continuamente ocupada en el servicio de los Lokport; pero su objeto principal era encontrarse con Mario. Pasó la cosa oculta al principio y aun algunos meses después de la partida de los americanos; pero era imposible que en una ciudad tan pequeña y murmuradora permaneciese secreto semejante enredo. La inconsiderada é imprudente muchacha, desde que se esparció el primer rumor, llegó en pocas semanas á ser la fábula de la ciudad y el objeto de todas las conversaciones; pero, como suele suceder las más veces, su madre fué la última en saberlo.

La bonachona Mariana, al oir por primera vez de boca de la maestra el trapicheo de la muchacha, se quedó como una estatua: — ¡Es posible, exclamó, Luisita! ¡Mi hija, tan juiciosa, tan modesta, á los diez y siete años tener enredos con un militar! Todo ha de caer sobre la pobre Mariana.....! ¡Este quebradero de cabeza me faltaba! — Y á pesar de decir esto no se atrevía á hablar de ello á Luisa, porque la muchacha se había hecho tan orgullosa y altanera que para darle un aviso era necesario acercarse á ella con toda atención y ceremonia; ni aun de su madre hubiera tolerado una reprimenda brusca la altiva mocita. Mas poco después, como sucede generalmente á las mujeres de su clase, pasada aquella primera impresión de disgusto, empezó á dejarse llevar de la esperanza: — Y ¿si este fuese un militar honrado, que pensara en casarse y establecerse en Bastia....? ¡Quién sabe! No demos con los títeres en tierra antes de saber si es una desgracia ó una felicidad la que se nos entra por las puertas. — En seguida, sin más reflexiones, se echó fuera de casa, y como mujer inexperta se encajó en la del alcalde ó síndico de la ciudad; pero éste la hizo conocer que aquello no era cosa suya, sino de la autoridad militar, y como era hombre compasivo, al ver la aflicción de la pobre mujer, le dió al despedirla una recomendación para el coronel del regimiento, que casualmente era amigo suyo. La pobre Mariana, con su esquela en la mano, no paró hasta encontrar al coronel. Era este también un excelente sujeto, padre de familia, respetado y querido en el país y que gozaba de justa reputación de tener sujetos á sus soldados y de saber reprimir sus desmanes en los lugares en donde estaban de guarnición. Al oir que se trataba de Barandi, que así se apellidaba el sargento, frunció las cejas, y meneando la cabeza dijo:

— Sé quién es. ¿Qué os ha hecho?

Avergonzada Mariana refirió sus cuitas con toda ingenuidad, y concluyó suplicándole que le diese informes detallados.

— ¡Por Dios, señor coronel, tened compasión de una pobre viuda! Se trata del honor y del porvenir de mi familia; somos pobres, pero honrados. Nunca hemos dado que decir á la gente. Mi hija es mi solo sostén, mi única esperanza.

— Buena mujer, respondió el coronel, os compadezco. Mario Barandi, del que me habláis, es un buen soldado; pero sentiría que frecuentase la casa de gente honesta y recatada. Me veo precisado á tenerle siempre el ojo encima; no hemos estado de guarnición en pueblo alguno sin que se me hayan dado quejas de algun trapicheo suyo, poco decente. Procurad apartarle de vuestra casa: nada más os digo.

— Y ¿si tuviese buenas intenciones?

— ¡Qué buenas intenciones, ni qué calabazas! Ya que me obligáis á que os hable claro habéis de saber que es un calavera, y que sus camaradas le tienen por ladrón y por capaz de todo.

— ¡Capaz de todo.....! ¿Cómo.....? ¡Un sargento.....! Con galones.....

— ¡Ah! ¿Creéis que en estos tiempos hacemos los coroneles examen de conciencia de nuestros soldados? Tenemos gente de toda especie: los hay que hacen algo más que travesuras; pero en cumpliendo con su obligación de buenos soldados, ascienden, á pesar de sus faltas de moral, como no falten á la disciplina militar. Quien obedece al tambor, aunque engañe á las muchachas, hace carrera y se planta sus galones de estambre ó plata si los gana. Sé de buena tinta que Mario ha causado la muerte á su madre, que la ha maltratado indignamente y otras cosas que me callo; pero mientras cumpla con su obligación en el regimiento y no cometa fuera faltas graves y escandalosas, no puedo meterme en su vida privada.

— ¡Pobre Luisilla! ¡pobre hija mía! ¡de qué bribón te has enamorado! Y fortuna que lo he sabido á tiempo: os doy mil gracias. Haré lo posible..... Pero si ella no pudiera desprenderse de ese tunante, ¿qué he de hacer?

— ¿Qué habéis de hacer? Cortar por lo sano, ¡diablo! ¿Queréis poner á la oveja en la boca del lobo.....? En fin, ¿queréis que os hable claro y sin rodeos? Vosotras las mujeres, madres é hijas, jóvenes y viejas, cuando se os presenta la posibilidad ó la chiripa, como vosotras decís, de un matrimonio algo ventajoso, os echaríais en brazos del mismo diablo, por largos que tuviera los cuernos, y después decís que os han engañado, os desesperáis y suponéis que se ha hecho burla de vosotras. Sabed para vuestro gobierno que cuando el regimiento estaba de guarnición en Estrasburgo nuestro hombre se metió de hoz y de coz en casa de un sastre, que, como vos, era sencillote y crédulón, y que tenía una hija bonita. Ha corrido la voz de que las cosas pasaron muy adelante; lo cierto es que medió palabra de casamiento y que la cosa se hizo pública. En esto Barandi cayó enfermo, tuvo que ir al hospital y estuvo á las puertas de la muerte. Los parientes de la chica puesta en berlina y el capellán del regimiento, que tomó cartas en el asunto, le anduvieron apurando para que se casase con ella, hasta que el enfermo, por amor ó para librarse de sus importunidades, casi sin esperanzas de vida, le dió el anillo nupcial. Para aquella boda no se pidió mi permiso, indispensable para el acto civil, y se efectuó con gran secreto el matrimonio eclesiástico. Yo hice la vista gorda, porque se trataba de un acto de justicia, y aun estaba dispuesto á procurar el arreglo legal del negocio, si, una vez curado el enfermo, hubiera mostrado una buena voluntad; pero el muy veleta: cuando se vió restablecido, al mudar

de guarnición el regimiento mudó también de modo de pensar y no quiso oir hablar más de casamiento sagrado ni profano [1]. ¿Lo habéis entendido ahora? Vuestro sargento está casado en regla, y su infeliz mujer legítima, abandonada, no puede hacer valer sus derechos por falta del acto civil. Ahora, si se le antojase casarse con otra en presencia del alcalde, las leyes le dan amplia facultad para ello..... Nuestra legislación es así..... Yo nada puedo hacer en esto.

—¡Está casado—dijo Mariana dando un profundo suspiro,—está casado! Con esto está dicho todo. Es preciso un rompimiento, bien lo veo..... Y ¡vos, señor coronel, no podríais hacerme el favor de decir con seriedad cuatro palabras á vuestro sargento para que nos deje en paz!

—Sí puedo y lo haré, si lo deseáis. Pero, ¿de qué os servirán mis buenos oficios y mis reprensiones? Sería machacar en hierro frío. A Mario no le quedan más que cuarenta días para concluir el tiempo de servicio, y sé de buena tinta que no quiere reengancharse más, con la añadidura de que anda diciendo por ahí que en Orleans le espera un buen empleo de seis francos diarios y qué sé yo qué más.

—¡Ah! si no estuviera casado, ¡qué buen partido sería! murmuró Mariana.

Y se fué muy mohina á idear la manera de deshacerse del sargento.

(Continuará.)

DON ANTONIO M. FABIÉ

Al Sr. Fabié se le hacen generalmente dos objeciones, la verdad, muy fundadas. A nosotros nos han hecho siempre tanta fuerza que, confesamos nuestra pobreza de ánimo, hemos vacilado mucho antes de dar cabida á su retrato en la galería de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. La primera objeción se funda en las opiniones filosóficas del Sr. Fabié. El Sr. Fabié tradujo al castellano la *Lógica* de Hegel; y se ha manifestado en diversas ocasiones favorable al sistema filosófico de aquel maestro. Es así que Hegel fué panteísta, luego panteísta es el Sr. Fabié. El argumento no tiene vuelta de hoja. Es como si dijéramos: los escolásticos de la Edad Media profesaban la Filosofía Aristotélica, Aristóteles fué politeísta, luego Santo Tomás, San Anselmo y demás padres y maestros de la Filosofía medio-eval creyeron en la multitud de dioses y diosas, pobladores del Olimpo griego.

No es ahora ocasión de amparar las ideas filosóficas del Sr. Fabié con una sutil apología, llena de frases obscuras y sibilíticas. Hablando en confianza, el que esto escribe no está muy fuerte en eso del hegelianismo. Lo único que conviene aquí decir es que, sean como quieran esas opiniones, cabe armonizarlas perfectamente con las creencias católicas, ó sea con el símbolo de fe que la Iglesia nuestra Madre nos ofrece. Y no afirmamos esto por cuenta propia, sino apoyados en la irrecusable autoridad del Cardenal González, gloria de la Iglesia, de la Filosofía cristiana y de la patria española. El P. Zeferino cuenta al Sr. Fabié entre los representantes de la Filosofía católica contemporánea.

El otro cargo que se hace al Sr. Fabié quizás sea más grave que el anterior. Fúndase en esto: el señor Fabié estudió, antes que la de Leyes, la carrera de Farmacia. Luego no ha debido ser Diputado, ni Subsecretario, ni Ministro. Luego no ha debido entrar en la Academia de la Historia. Luego no sabe una palabra de Filosofía. Es una argumentación concluyente: el que lo soltó primero fué un poeta festivo:

Don Antonio Fabié,
periodista y boticario,
en la botica hace sueltos
y en la redacción emplastos.

La copla hizo gracia y corrió, y hoy muchos la toman en serio. Pero, por otra parte, ¿no debe satisfacer al Sr. Fabié el que después de más de veinte años de vida pública no se haya ocurrido á sus adversarios políticos y al maldiciente vulgo cosa más grave contra él que su carrera de boticario? ¡Cuánto darían muchos porque la crítica no encontrase en ellos flanco más abierto, ni asidero más cómodo en que cogerse!

***

D. Antonio María Fabié y Escudero nació en Sevilla, en el barrio de Triana, donde su padre tenía una Farmacia de gran crédito, por lo cual después de haber tomado su hijo el grado de bachiller, decidió que éste fuese á Madrid á estudiar la carrera de Farmacia, á pesar de su resistencia, pues deseaba haber seguido la de ingeniero militar, teniendo gran afición y gran disposición para el estudio de las matemáticas; como lo prueba el haber obtenido los premios de esta asignatura, que aun conserva, con la firma del ilustre matemático y literato insigne, D. Alberto Lista.

Cuando terminó dicha carrera empezó la de Derecho, formó después parte de la redacción de *El Contemporáneo*, y fué elegido Diputado en 1863. El primer cargo oficial que ejerció fué el de jefe de sección del Ministerio de Ultramar, luego Fiscal de la Deuda, Subsecretario del Ministerio de Hacienda y Consejero de Estado, Presidente de la Sección de lo Contencioso. Como Senador, ha tomado parte en casi todas las discusiones que se han sostenido en esta Cámara, defendiendo siempre lo que creía más justo, y aunque alguna vez pueda haberse equivocado, su intención ha sido siempre la mejor para los intereses del país: en cuanto á su vida, digámoslo así, literaria, ha escrito, la traducción, con comentarios, de la *Lógica de Hegel*, el *Examen del Materialismo moderno*, la *Vida y escritos del P. Las Casas*, libro relativo á la conquista de América y á sus primeros pobladores españoles, á cuyos estudios tiene singular afición; *Las Leyes primitivas de Indias*, la *Vida y escritos de Villalobos, médico de los Reyes Católicos*, la *Vida del conde de Rivadeo* y otra porción de estudios históricos. *Las disertaciones jurídicas* y otras obras que sería prolijo enumerar, le han acreditado como jurisconsulto, y otras obras como uno de los más activos colaboradores de la sociedad de bibliófilos. Sus gustos y aficiones son sumamente modestos, viviendo casi con estrechez del corto capital que le legó su padre; no tiene ambición ni deseo de lujo, y cuando está más contento, es cuando puede encerrarse con sus librotes, gozando con el esplendor de nuestra patria en los antiguos tiempos; pero cuando vuelve á la realidad y contempla la ruina y abatimiento en que hemos caído, se entristece extraordinariamente, y de aquí esa expresión melancólica de todo cuanto dice ó hace.

***

Lo que va entre estrellas, no es del que firma este artículo, sino de una discretísima cuanto angelical persona que ha tenido la bondad de remitírnoslo á título de apuntes para la biografía del Sr. Fabié. Pero resultan, á nuestro juicio, esos apuntes tan bien hilvanados y tan frescos, escritos con tan pocas pretensiones y con tanta gracia interna de estilo, que fuera imperdonable desacato desleirlos en nuestra prosa barroca. En esa sencilla apuntación resulta perfectamente dibujada la silueta moral del Sr. Fabié: su laboriosidad infatigable, sus aficiones de académico, su recta intención, y la nota triste de su carácter poco expansivo, muy concentrado. El círculo de los amigos íntimos del Sr. Fabié es muy estrecho, pero apretadísimo en cambio. Los verdaderos amigos del Sr. Fabié son los libros, de los que tiene una de las mayores y mejores colecciones de Madrid.

Desde el Ministerio de Ultramar puede ahora el Sr. Fabié hacer muchísimo bien á la patria, y es seguro que para intentarlo no han de faltarle recta intención y voluntad firmísima. ¡Quiera Dios premiar sus esfuerzos con éxitos lisonjeros para la patria!

A. S.

MARGARITA

Una noche del mes de Diciembre del año 188..... que llovía mucho, poco después de sonar las diez en el reloj de una iglesia cercana, una de las calles más bonitas de la ciudad de X. se fué llenando de blasonados carruajes, cuyos caballos no dejaban el galope, porque sin duda sus dueños no querían llegar tarde, ó temían penetrara el agua, que arreciaba por momentos.

Parábanse todos enfrente del palacio de los Marqueses de Z... en el cual se iba á celebrar un gran concierto. Su magnífico patio estaba iluminado por varios focos de luz eléctrica, destacándose sobre los obscuros muros de la entrada dos preciosas estatuas, de mármol blanco.

La joven Marquesa esperaba á sus amigos en la puerta de los salones; vestía un riquísimo traje de seda verde y ostentaba joyas que realzaban su ponderada belleza, procurando atender á todos los invitados, con esa delicada galantería, tan natural en las mujeres del gran mundo.

Se iba á oir en el concierto á un célebre violinista húngaro que el Marqués había conocido en uno de sus frecuentes viajes al extranjero y al cual, desde entonces, dispensaba protección, ofreciendo la gran novedad de tocar también aquella noche la hija mayor de los Marqueses, distinguida pianista que había estado oculta seis años en un colegio francés, y cuya fama de artista hacía mucho tiempo que había traspasado los muros del convento para extenderse por sus relaciones.

Tenía diez y seis Abriles la hija de los Marqueses, se llamaba Margarita, y era más pura que las flores que, por nacer en la cumbre de las montañas más altas, aparecen siempre con el color del cielo; educada en la soledad de un convento de religiosas de rigurosa clausura, y no habiendo tenido tiempo más que para educarse y pasar muchas horas delante del piano del colegio, no es extraño que aquella fiesta dada en honor suyo no le divirtiera, le hiciera sufrir; Margarita hubiera estado más contenta sola en sus habitaciones.

Al poco rato de lograrse que hubiera silencio en el numeroso auditorio que asistía al concierto, comenzó éste tocando el violinista húngaro un capricho sobre melodías de su país, espontáneamente aplaudido.

Después, un murmullo de admiración indicó que Margarita sentada delante del piano, se disponía á tocar, confirmándole la ejecución de una difícil obra clásica su merecida fama de gran pianista, y no pudiéndose oir los últimos acordes porque lo impidieron las frases de entusiasmo, y los aplausos tributados á la mujer y á la artista.

Después de ejecutarse varios números del programa, faltaba sólo el último, cuya interpretación correspondía á Margarita, y ésta no se presentaba: todas las miradas la buscaron por el salón con verdadera ansiedad, hasta que se supo que había tenido

[1] La legislación francesa no reconoce el matrimonio eclesiástico; sólo da valor legal al contrato civil celebrado ante el Magistrado municipal.

que retirarse bastante enferma, en ocasión en que se hallaba leyendo junto al piano una pieza de música.

Para Margarita la atmósfera del salón era irrespirable; pensaba, casi sin darse cuenta que lo hacía, en el aire puro de los claustros y de la huerta del Convento, en el cual hasta entonces había estado jugando; se acordaba de los muchos ratos que había pasado rezando delante del Crucifijo de madera de su pobre cuarto, y aquel pensamiento, y este recuerdo, le oprimían el corazón; las flores que veía no le alegraban, la ponían triste; el concierto, el baile, los aromas de las colosales plantas de estufa esparcidas por el salón, le mataban el alma lentamente; Margarita se ponía cada vez más enferma, peor cada minuto que pasaba, y después de resistir todo lo que pudo en el salón, llegó un momento en que no tuvo más remedio que retirarse, llevándose consigo la pieza de música que estaba leyendo cuando empezó á sentirse enferma.

El artista húngaro sustituyó á Margarita, con lo cual terminó el concierto para comenzar el baile, que acabó muy cerca de la madrugada.

Las atenciones que la Marquesa debía á los invitados le impidieron, contra su voluntad, estar con su hija desde que se puso enferma; por eso, en seguida que pudo penetró precipitadamente en la alcoba de su pobre Margarita: en bien poco tiempo la fiebre había abatido sus fuerzas, diciéndole á la Marquesa la doncella que la cuidaba que había sufrido dos ataques cerebrales muy fuertes, y sin pérdida de tiempo se mandó á buscar el médico de los Marqueses.

Al pie de la cama de Margarita estaba la pieza de música que se había llevado distraída á su habitación, y que era la última obra que debía haber tocado en el concierto.

En su portada y á la opaca luz de una pequeña lámpara azul leyó la Marquesa lo que sigue: *La oración de los angeles, Melodía para piano;* y después de leer esto, permaneció unos segundos sin saber que hacer; luego se acercó á su hija, la dió un beso, y comenzó á llorar apoyando su cabeza coronada por una diadema de brillantes sobre la cama de Margarita.

. . . . . .

. . . . . .

Transcurrieron bastantes días y se logró su curación, marchando luego con sus padres al extranjero para cumplir la prescripción facultativa, no sin antes prometer éstos á Margarita que al regresar vería el convento en donde había pasado los mejores años de su vida.

FLORENCIO ESCUDERO.

¡A SAN IGNACIO, A SAN IGNACIO!

I

Reposaba yo tranquilamente de mis tareas profesionales, debajo de un nogal, en Gea de Albarracín, y mataba el tiempo leyendo periódicos, cuando llegó á mis ojos la noticia de que el Cardenal González, el Arzobispo Sanz y Forés y el Obispo Piérola salían para Azpeitia con el propósito de asistir, en Loyola, á las fiestas de San Ignacio, el fundador portentoso de la valiente Compañía de Jesús, y pensé en alta voz: «¿Por qué no he de ir yo también?» Dicho y hecho: salí el 29 á las cinco de la mañana, en carro y diligencia, para Calatayud, á donde llegué diez y seis horas después, empolvado y molido, gracias á que la provincia de Teruel no ha entrado aun en el general concierto de los ferrocarriles. Á las siete de la mañana del 30 tomé el tren y mediante tres trasbordos, en Casetas, Castejón y Alsasua, y dos horitas de diligencia, pasando desde Zumárraga, por Azcoitia y Loyola, aquí me tienen ustedes en Azpeitia, la cabeza de este partido judicial, dispuesto á presenciar las fiestas de San Ignacio.

Del paisaje visto, sobre todo desde Alsasua á Azpeitia, ¿qué decir? España entera sabe que ésta es la Suiza española y que el bienestar general, las comodidades, el buen gusto y la paz campestre, distante del mundanal ruido, reina por aquí en todas partes: en esos cerros altísimos coronados de nieblas y nubes, y vestidos con las más hermosas telas de vegetación risueña y lozana; en esos caseríos empinados sobre las cumbres más altas, á los que prestan cálido abrigo y fresca sombra bosques de hayas, encinas, castaños y robles; en esas granjas, que parece van á echarse á rodar por pendientes á simple vista inaccesibles, tapizadas de heno y helechos, entre cuyo follaje pacen, medio ocultos, pequeños hatos de ovejas y parejas de vacas; en esas gargantas profundas y tortuosas, por las cuales murmuran torrentes espumosos y cristalinos, sombreados por sauces y nogales, y cuyas aguas lamen los malecones y pretiles de hermosas carreteras, abiertas á pico de oro en la misma roca, sin duda para solaz del caminante y para que el riachuelo no se aburra de su soledad; en esas aldeas y villas, tan tranquilas, tan limpias, tan frescas, tan cultas, tan bien regidas y tan hospitalarias, que ganas dan de arraigar en ellas y no son pocos los potentados que, temporalmente al menos, se permiten ese lujo; y en todas estas montañas, valles y vallejos, en suma, con sus granjas, caserías, aldeas, villas y ciudades, sobre los cuales ha derramado el Señor á manos llenas los bienes y bellezas naturales. Para mi gusto, no hay delicia comparable á la de recorrer este país, particularmente la provincia de Guipúzcoa, con sus meriendades, *vilas* y balnearios, en carruaje descubierto.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando llegué á Azpeitia, y poco ó nada puedo decir aun de esta villa y sus contornos; pero recogí impresiones gratísimas, que desordenadamente consigno. En Azcoitia, pueblo de señoril aspecto, que cruzamos á escape por la calle Mayor, nos chocó extraordinariamente ver ocupadas las puertas de casi todas las casas, algunos balcones y hasta un paseo, por jóvenes alpargateros, de boina azul, que con habilidad, rapidez suma y al aire libre hacen suelas de alpargatas. El lugar entero parece dedicado á este oficio, pues muchas mujeres ocupábanse también en coser á la suela de cáñamo la tela de diferentes colores y felanices, que son complemento indispensable de este calzado genuinamente español; tanto, que pasó á nuestro lado una mujer llevando, erguida, una bien equilibrada y grande batea á la cabeza, que desde lejos creímos contendría bizcochos ó pan; pero, no, señor, eran suelas de alpargata artísticamente colocadas.

Poco rato después de haber dejado el valle de Azcoitia, y corriendo siempre río abajo, divisamos el magnífico santuario, construído en torno de la casa natalicia de San Ignacio, cuyas severas líneas y grandiosa cúpula sorprenden al viajero, acostumbrado hasta entonces, en el orden arquitectónico, á lo bello, pero no á lo sublime. El santuario todo respira fiesta y religioso entusiasmo; banderolas nacionales ondean por todas partes, hasta en la veleta de la cúpula altísima; farolillos de colores anuncian la iluminación que se prepara; torrentes de luz y de armonía se escapan por la linterna de la cúpula; la muchedumbre sube y baja por la grandiosa escalinata de la iglesia..... pero como las fondas de Loyola están llenas, tenemos que continuar la marcha valle abajo y minutos después estábamos en Azpeitia. Apenas alojados, aunque ya era de noche, salí á la calle con fortuna tal, que ví descender del Santuario procesionalmente á los Cabildos eclesiástico y municipal de Azpeitia, procesión que, aunque pequeña, me impresionó más y mejor que las interminables de Valencia y Sevilla.

Sin muchedumbre que se apiñase para verla pasar en medio del silencio húmedo de la noche, interrumpido tan sólo por los murmurios sordos del río, el clamoreo de las campanas y los acompasados y dulces sones del tamboril y de la dulzaina, cruzó la procesión por delante de mí como visión fantasmagórica de linterna mágica. Rompía la marcha un tamborilero, que sin atronar á nadie tocaba sobre su parche monótono, acompañamiento como de bajo profundo; venían detrás dos dulzaineros que tañían sus caramillos dulcísimamente con la derecha, dando con un palillo que llevaban en la izquierda golpes de tam tam sobre una caja ó pequeño tamboril pendiente de su cintura; luego la cruz parroquial entre los candelabros de dos monaguillos con roquetes blancos y rizados, y sotanas, sobrepellices y bonetes de grana; á continuación y en dos hileras que lentamente por las aceras de las calles se deslizaban, primero el Cabildo eclesiástico, presidido por su Cura párroco, y después el Ayuntamiento, presidido por el Alcalde, aquéllos de roquetes blancos y éstos de frac negro, corbata y guante blancos. El Alcalde, como prendas y distintivos característicos de su dignidad, en estos montes, llevaba sombrero negro apuntado, más lujoso por supuesto que el de los dos alguaciles que le daban escolta, y un mimbre ó junco corto, blanco y delgado, equivalente al bastón de mando.

Bajaban de la novena, salve y maitines con que acababan de inaugurarse las fiestas religiosas de San Ignacio en el Santuario, y su entrada en la villa se solemnizó inaugurando el alambrado eléctrico, compuesto de dos potentes focos que penden á entrambos lados del balcón principal del Consistorio y de multitud de focos ordinarios que han reemplazado por la villa toda á los antiguos faroles. En los pueblos bien regidos la piedad y la cultura se abrazan amorosamente; que nunca la Iglesia católica, como pretenden sus ciegos y sistemáticos detractores, ha sido enemiga de la civilización y del verdadero progreso.

II

Dos días llevo en el celebérrimo y pintoresco valle de Loyola; doy por terminadas las fiestas del Patriarca San Ignacio, y tantas y tales son las emociones religiosas, las impresiones artísticas, los recuerdos históricos y hasta las notas cómicas que embargan mi pecho ó acuden á mi memoria, que no sé por dónde empezar, ni cómo seguir, qué cosas callar, á qué otras debo dar la preferencia, ni qué carácter literario imprimir á estas líneas; pero como *ex abundantia cordis loquitur os*, lo menos malo para mis leyentes amigos sería que estampase sobre el papel, á todo el volar de la pluma, lo primero que me venga en mientes, sin orden preconcebido ni concierto rebuscado.

Los Jesuítas habitadores de la Santa Casa de Loyola se preparan á conmemorar el día de su santo fundador con solemne novena, que empezó el 22 de Julio y terminó el 31, día del Santo. Como San Ignacio, á la par que Padre de la insigne Compañía de Jesús, es patrono de la noble y piadosa villa de Azpeitia, según puede leerse en el frontispicio de su magnífico templo parroquial *divis Sebastiano Ignatioque dicatum*, los PP. del Colegio ceden á Azpeitia el honor de que dedique sus cultos más solemnes á su gran patrono el día mismo del Santo, de manera que el 31 lo pasé en la villa y no en el Santuario. Azpeitia, pues, que está llena de recuerdos referentes al más ilustre de sus hijos, que ama al Santo hasta el punto de que más de la mitad de sus habitantes ostentan con orgullo el nombre de Ignacio, y que se conserva fiel á las tradiciones per-

LA PLATA.—PUERTO DE LA ENSENADA.

sonificadas en la ínclita Compañía de Jesús, dedica á su patrono el día 31 solemnísimos cultos religiosos por mañana y tarde, y ameniza además las fiestas con castillos de fuegos artificiales, populares bailes, corridas de toretes y novillos y partidos de pelota.

Al despuntar el alba salvas con morteretes y diana por los dulzaineros y la música de la villa que recorren las calles, alegrando á los durmientes y como despertándolos con el simpático grito de ¡Viva San Ignacio! los balcones y ventanas aparecen todos engalanados con colgaduras de todo color y forma, predominando las colchas blancas, de labor casera.

Azpeitia es una villita de unos 5.000 habitantes, compuesta de tres calles principales, largas, rectas, bien adoquinadas y paralelas, que con algunas transversales, varias plazuelas, espaciosa Plaza Mayor y un pequeño paseo, situada está en la parte más baja del valle de Loyola, á la izquierda del riachuelo que, por hondo cauce encajonado entre pretiles, cruza dicho valle. Su aspecto es limpio, ordenado y tranquilo, llamando en seguida la atención del que la recorre el Juzgado de primera instancia, pues es capital de partido, con las cárceles, edificio construído en 1889, y que por delante presenta aspecto de pequeño palacio y por detrás de convento; las Casas Consistoriales con la escuela pública y el cuartel de la Guardia civil en la Plaza Mayor; el lavadero público, construído en 1842 á expensas del *indiano* D. José Javier de Olazábal, y que se compone de un gran estanque de agua corriente y cristalina, con un peñasco coronado por surtidores perennes en el centro y 16 piedras en torno, para que otras tantas mujeres, de pie y con agua hasta la rodilla, como aquí es general y antihigiénica costumbre, puedan macerar la ropa; y la iglesia parroquial, que merece unas líneas. Varias Catedrales hay en España que se avergonzarían á su lado, porque es verdaderamente magnífica. La fábrica primitiva es bizantina, lo mismo que el mazorril campanario, que termina en airosa aguja de piedra labrada; pero se renovó y construyó el nantex ó pórtico, de sillería todo él, en tiempo de Carlos II. Se compone de tres naves, separadas por seis columnas altísimas y gruesas, empotradas las dos extremas en las paredes maestras y que determinan tres naves, espaciosa y alta la del centro y estrechas y rebajadas las otras dos. El coro está en alto y sorprende la anchurosa y doble escalera, como de palacio, que á él conduce. La sillería es tallada y se compone de 27 sillas. Debajo del coro está el baptisterio, en el centro del cual se venera la pila de mármol del país, donde recibió las aguas bautismales el prodigioso niño Ignacio de Loyola y en la que continúan bautizándose todos los hijos de Azpeitia.

En este hermoso templo celebráronse el 31, por mañana y tarde, cultos solemnísimos á San Ignacio. La iglesia, y especialmente el altar mayor, riquísimo en talla dorada, estaban espléndidamente iluminados. Muchos candelabros y arañas no se encendieron hasta el momento crítico de comenzar la función, por cierto de un golpe y utilizando finísima mecha inflamable, colocada de manera que ponía en comunicación las torcidas todas de las velas, procedimiento sorprendente y por mí nunca visto. Después de Tercia llegaron, entre los acordes de la música y el clamoreo de las campanas, el Ilmo. Sr. Piérola, Obispo de la Diócesis, y el Ayuntamiento de la villa. Tuvo lugar la procesión, oficiando de Preste el Sr. Obispo, por los alrededores de la iglesia, con recogimiento grande, pausa solemne y arrodillándose el pueblo al paso de su Pastor, que bendecía sin cesar cariñosamente á sus ovejas, y en seguida la Misa, de Pontifical entero y á toda orquesta, En esta patriarcal tierra todos son músicos y organizan fácilmente para sus funciones religiosas capillas sorprendentes; pero abusan de la filarmonía y cantan por las calles y en los montes, en las casas y en los casinos desatentadamente. En el Azpeitiano, lleno ayer de bote en bote, cantaban no sé qué en vascuence media docena de hombres barbudos, con acompañamiento de piano y en torno del instrumento, humedeciendo sus desaforados gritos con frecuentes vasos de *sagardúa* (sidra de manzanas) y al llegar á cierto pasaje del himno ó lo que fuese, algunos consumidores que dormitaban en sus respectivas mesas, de repente lanzaron sus destempladas voces al aire, mientras jaleaban otros con sus

VISTA INTERIOR DE LA BASÍLICA FRANCISCANA EN ASÍS.

bastones sobre el pavimento de madera, produciendo entre todos algarabía verdaderamente infernal.

En la iglesia, por el contrario, se cantó por excelentes voces, especialmente de bajo, y á toda orquesta, una grandiosa Misa, y predicó las glorias de San Ignacio, en vascuence, un Beneficiado de la parroquial, al parecer entusiasta y elocuentísimo, pues dicho se está que no entendí una sola palabra. A las doce y media terminó la función.

Por la tarde, á las tres, vísperas solemnísimas á toda orquesta, con asistencia de todo el Ayuntamiento, y luego Rosario en vascuence desde el púlpito, que rezaron de rodillas, desde la primera hasta la última Ave María, el Alcalde y los Concejales todos, dignos hijos al parecer de esta piadosa tierra.

Y en prueba de que la piedad no está reñida con la honradez, antes al contrario es su madre natural, échese una mirada por estas provincias y Municipios, y se adivinará en seguida que son los mejor administrados de España, porque todavía no han llegado aquí las irregularidades, las filtraciones, las transferencias, los chanchullos y demás polilla y vergüenzas de las administraciones liberales.

Después del rosario corrida de toretes en la Plaza Mayor, á cuyo efecto arman una de madera con sus correspondientes tendidos, palcos y burladeros, aunque no valla, y una cuadrilla de Valladolid capeó, banderilleó y mató cuatro toros, y los aficionados corrieron un becerro y una vaca. Concurrencia extraordinaria, á pesar de ser la entrada á 6 rs. vn., y afición tan grande, que ayer, á pesar de la menuda lluvia que estuvo cayendo toda la tarde, se efectuó la segunda corrida al amparo de una nube de paraguas. Me chocó también que varios Sacerdotes, con sus correspondientes trajes talares y tejas, presenciasen la corrida desde las Casas Consistoriales, y se me dijo que esto, no sólo está admitido, sino que es tradicional en toda la *cuscudlerría*.

Por la noche, en el redondel de la portátil plaza de toros, bailes populares con acompañamiento, unas veces de tamboriles y dulzainas y otras de la música de la villa, ante la claridad casi meridiana de las luces eléctricas, y sirviendo el tendido de la plaza para el público espectador. Además de las pudorosas danzas del país y del famoso zorzico, bailaron también estos montañeses valses, polkas, schotis y habaneras, como en todas partes, aunque sin agarrarse las parejas, á lo flamenco como en Madrid.

M. POLO Y PEYROLÓN.

Azpeitia 2 de Agosto de 1890.

(Continuará.)

TRIACA ANTIBUROCRÁTICA [1]

Conste, pues, y conste firmemente, que ni la empleomanía ha de amainar, ni las industrias han de robustecerse en nuestro país por el sencillo hecho de que se aconseje desde las columnas de la prensa á los padres de familia que manden á sus hijos al campo ó al taller, en vez de matricularlos en las Universidades.

No basta aconsejar á un hambriento que coma para no sucumbir de necesidad, sino que es preciso proporcionarle manjares, y bien puede asegurarse que es mejor proporcionarle esos manjares y aconsejarle que los tome con parsimonia; que es lo contrario precisamente de lo que aquí en España practicamos, los que más ó menos nos metemos en el arduo negocio de buscar soluciones á *nuestra cuestión social*.

Dios, al crear el mundo, puso en el mismo los elementos indispensables para alimentarnos y hasta para regalarnos, dándonos á nosotros el entendimiento para que por su medio supiésemos buscarlos y darles la debida aplicación. Culpa nuestra será si rehusamos aprovecharnos de uno y otros. Así, por ejemplo, conocemos en España alguna comarca que hallándose atravesada desde hace siglos y siglos por algún caudaloso río, se ve periódicamente asolada por inclementes sequías, y cuando esto ocurre, sus habitantes acuden á implorar de la misericordia divina el don de la lluvia. Claro es que el hombre en su infinita pequeñez debe acudir á Dios para implorar sus mercedes; pero en un caso como el que mencionamos ¿no podría Dios contestar indignado á los que le piden el don de la lluvia? ¿No podría decirles, por ejemplo, que de qué les ha servido el que haya dotado á su comarca de un gran río, si dejan que sus aguas corran en medio de la indiferencia general y vayan á perderse en la inmensidad del Océano sin haber servido para otra cosa que para inspirar á tal cual poeta algunos pinitos de poesía bucólica?

Hay en España, hay en Madrid, medios sobrados para resolver el conflicto burocrático, y sólo falta que se pongan en práctica cuanto antes. El precepto divino de *amaos los unos á los otros* debe estimularnos á ello, pero debemos convencernos también de que ese amor recomendado por el Evangelio de Jesucristo no ha de practicarse de cualquier modo, para salir del paso y de suerte que nos ocasione la menor molestia posible. Cuando se practica así, puede asegurarse que los resultados son siempre contraproducentes, siquiera el sacrificio efectuado para obtenerlos haya sido más costoso.

Madrid es sin duda una de las poblaciones más caritativas del mundo; en pocas capitales las personas acaudaladas se desprenden tan frecuentemente y con tanta cuantía de sus intereses como en la capital de España para socorrer las múltiples necesidades de los indigentes, y sin embargo, en pocas capitales podrá observarse tanta miseria como en Madrid. ¿Por qué no prospera la población de Madrid? ¿Por qué no aumenta el número de sus habitantes, hasta el punto de poder formar por sí solos gruesos ejércitos que defiendan en caso preciso la integridad de la patria, como sucede en París, Londres, Berlín, etc.?

Porque en Madrid, aunque se practica el consejo de amaos los unos á los otros, no se practica en debida forma, no se practica prudentemente, y en vez de obedecer los actos de mutuo amor á una inteligente previsión, sólo provienen la mayor parte de las veces de corazonadas momentáneas, del deseo de librarse de importunaciones, y quién sabe si de cierta vergüenza y de cierto temor que inspira el horrible contraste entre la vida licenciosa y epicúrea de unos y la vida miserable de otros!

Es idea asaz extendida la de que en Madrid se trabaja poco, y de que sus moradores son muy amigos de la holganza y faltos de todo hábito de laboriosidad. Pues bien: nosotros creemos poder asegurar que los habitantes de Madrid, indígenas ó advenicios, son de los que trabajan más de España. Cierto que son algo noveleros y aficionados á diversiones, pero eso no obsta para que pasen encerrados en el taller ó en la oficina horas y horas, sin dar más que el preciso descanso á los brazos y á la inteligencia. ¡Y cuántos, después de salir del taller ó de la oficina, se aplican á otras tareas, en las que pasan largas veladas y vigilias para reforzar un poco sus modestos é insuficientes sueldos!

Y ¿por qué, volvemos á preguntar, Madrid no prospera á pesar de eso, ni aumenta el número de sus habitantes? Porque la actividad del pueblo de Madrid no sólo anda descarriada y se agita en el vacío, sino porque muchas veces se revuelve contra el mismo que la posee, y le consume y le acorta la vida. Considerad el tiempo que invierten muchos madrileños en buscar recomendaciones para obtener un empleo, la energía que gastan en idear medios de obtenerlas, el quebranto que experimentan por los desaires con que tropiezan y por la zozobra que les acosa de continuo, y decidnos qué frutos tan sabrosos no podrían dar de sí esa actividad y esa energía si hallasen objeto adecuado á qué aplicarse.

A los que se lamentan de la empleomanía que aqueja á la capital de España, podría contestárseles lo mismo que á los habitantes de la comarca que menosprecian las aguas de un río caudaloso, y se querellan lastimosamente cuando sobreviene en sus campos tenaz sequía. Podría decírseles: tenéis aptitudes industriales, tenéis facilidades para adquirir herramientas y maquinaria, tenéis riquezas para levantar fábricas, y en vez de aprovecharos de estas ventajas, preferís llevar esas riquezas al extranjero y emplear aquellas aptitudes en obras estériles, en fatigas inútiles.

Los que pueden hacerlo no lo hacen, los que pueden decirlo no lo dicen, y así se andan dando vueltas al rededor de ese padrasto de la empleomanía para acabar con él y curar la enclenquería y raquitismo de la población de Madrid, sin alcanzar resultado alguno, como no sea el de un nuevo gasto infecundo de actividad. Hacemos lo que aquel general que mandó disparar dos cañonazos porque con el primero no alcanzó el blanco. Cada año nos lamentamos del excesivo número de jóvenes que se matriculan en las Universidades: no conseguimos nada, en efecto, pero esto no quita para que con nuestro tradicional sentido práctico, repitamos al año siguiente las mismas lúgubres quejas y renovemos los mismos siniestros pronósticos. Entre tanto prosigue aumentando el contingente de los doctores y extendiendo sus estragos la empleomanía.

La obcecación en este punto llega á un grado increíble, y parece como que una funesta fatalidad nos tiene trastornados los sentidos y embargado el juicio. Fúndanse asilos de todas clases, algunos de ellos sujetos á explotación, y no se atina en que muchos de estos asilos podrían ser sustituídos con inmensa ventaja por fábricas en grande escala, que no sólo darían de comer á los que hoy buscan refugio en los establecimientos de este género, sino que los dignificarían, enseñándoles á ganar el pan por sus propias manos, y aguzándoles la inteligencia con el estímulo de ganarlo mejor y más abundante.

¿Podremos explicar por ahí la incomprensible despoblación de España? ¿Podremos explicar por ahí el que naciones como Italia, por ejemplo, con poco más de la mitad de extensión de territorio que España tenga sin embargo doble número de habitantes? Estamos ciertamente ahitos de leer y de oír que el suelo de España es uno de los más ricos y fértiles, y esto no obstante desconsuela el ánimo el considerar los dilatados desiertos que separan unas de otras las diferentes regiones de la Península.

Si queremos exterminar la empleomanía, preconicemos unos y lleven á cabo otros la construcción de grandes fábricas, que los beneficios que de ahí obtendremos no se limitarán tan sólo á la desaparición de ese cáncer de la sociedad española y especialmente del pueblo de Madrid. Las fábricas dan ocupación, no sólo á los braceros, sino también á los hombres de carrera, puesto que también requieren un complicado mecanismo burocrático, aparte de los cuidados é inventiva facultativa que demanda de continuo su maquinaria y la mejora de sus productos. El día que rechinen en Madrid algunos millares de motores en otras tantas fábricas, podremos decir que la empleomanía habrá concluído y desaparecerán los sobresaltos y cuitas y congojas que consternan á tantas familias madrileñas en días de crisis política, como los que han motivado estas líneas.

1 Véase el número del 13 de Julio.

Decíamos, y lo repetiremos, que para conseguir tan importante éxito deben adunarse el Estado, las corporaciones populares, las asociaciones privadas, y muy mucho las personas acaudaladas. Todos ellos hacen enormes dispendios para obras ó empresas inútiles ó poco menos: si lo que se gasta en ellas se dedicase á levantar hoy una fábrica, mañana otra, pronto surgiría la emulación, cundiría el ejemplo, se aguijonearía el espíritu de empresa con las ganancias obtenidas, y en menos tiempo del que podemos imaginarnos se regeneraría, no sólo Madrid, sino también España entera.

Nos quejamos hoy de que no se encuentra dinero para erigir monumentos, ni reedificar templos dignos de la capital de España; y ¿cómo queremos que en Madrid se hallen las sumas fabulosas que para esas obras se necesitan, si el dinero de Madrid va á parar todo á las arcas de los grandes fabricantes franceses, alemanes, etc.?

En Barcelona, sin ir más lejos, un banquero ha podido aprontar dos millones de pesetas para construir suntuosa fachada á la Catedral gótica de aquella ciudad. ¿Sería fácil hallar en Madrid quien pudiera desprenderse de dos millones para ayudar á la construcción de la Catedral de la Almudena?

Eso puede hacerlo una ciudad eminentemente fabril, porque es de seguro una ciudad rica; pero no puede hacerlo una población burócrata, porque es de seguro una población pobre.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

ALBUM DE POESÍAS

COPLAS SATÍRICAS

La libertad es mi dama,
Los partidos mi elemento
Y el afán de mis afanes
Bullir en el Parlamento.

—

El valor con que batallas
Por llegar á Diputado,
Tu desinterés demuestra
Y hasta tu pecho magnánimo.

—

Hubo un tiempo en que el sol no se ponía
Del imperio español en los dominios:
Hoy no caben del mundo en la ancha vía
De España liberal los infortunios.

—

No me mires de ese modo,
Patriota de mis pecados,
Que para tí no hay más patria
Que galones y entorchados.

—

¡Viva el Rey! gritan, si comen,
Los monárquicos del día;
Pero si quedan cesantes:
¡Abajo la monarquía!

—

Siempre el robar ha sido vergonzoso
Y el mundo ha despreciado á los ladrones:
Mas hoy por digno pasa y es honroso
El arte de efectuar incautaciones.

—

La elocuencia que á raudales
Natura te dió divina,
No basta á ocultar, de sapo
Tu vanidad huera y cínica.

—

Nadie cual tú entre los sabios
Y los hombres de talento.
Es lástima que tu abuela
Se muriese ha tanto tiempo.

M. POLO Y PEYROLÓN.

MI RETRATO

Mi retrato, lector, voy á enseñarte,
procurando copiarle exactamente,
y puedo asegurarte
que, aunque creas que trato de engañarte,
la copia es de un pincel muy competente.
Mi estatura es bastante prolongada,
cada cual á su gusto la moteja;
hay quien me llama espada,
y es mi fea persona tan delgada,
que á caña pescadora se asemeja.
Siempre voy abollándome el sombrero,
en toldos y cortinas tropezando,
y en cualquier reverbero,
por más que esté á la altura de un tercero,
enciendo mi cigarro, y sigo andando.
Es mi nariz un arcabuz viviente,
quiero decir, nariz acañonada,
y copiados fielmente,
son mis ojos cual dos ojos de puente,
y mi boca una boca exagerada.
Mis dientes desiguales y amarillos,
mis labios salientes y abultados,
chupados los carrillos;
mi cabello útil es para cepillos,
y hasta pueden servir por estopados.
No creas que exagero ó miento:
mis orejas son dos aventadores,
que dan bastante viento
para poner un barco en movimiento,
porque son en tamaño superiores.
Hacer sobre mi cuerpo se podría,
despojado de toda vestimenta,
cursos de Anatomía,
pues todo el que estudiase, se ahorraría
el gastar *bisturí* ú otra herramienta.
Mis pantorrillas son dos ilusiones,
no tengo inconveniente, y lo apostara,
á que aun con perdigones,
y por bien que enfilasen sus cañones,
no habría tirador que me acertara.
El día que está el aire levantado
cargo con todo que á la mano encuentro
que sea muy pesado,
pues yendo así de peso pertrechado
no me expongo á ser víctima del viento.
En mi vida han podido retratarme,
pues poseo un *mi feo* tan subido,
que al llegar á sentarme,
(por más que he tratado de arreglarme),
la *edmara* ha pegado un estallido.
En fin, caro lector, yo lo preveo
(y con ello doy pruebas de entenderte),
que en mi fatal deseo
de que me conocieras *te dí un feo*,
sin haber sido mi ánimo ofenderte.
Doy aquí mi misión por terminada,
y dispensa mis versos chabacanos.....
Última pincelada:
me faltaba decir..... (¡pues ahí es nada!)
que toco el violón..... ¡¡pero á dos manos!!

C. LAFONT.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDON

(Continuación.)

Es pequeña, sin ser débil; bucles de cabellos negros dibujan su rostro; unas bien arqueadas cejas adornan á unos obscuros ojos, cuya expresión seria y penetrante daría una gravedad precoz á su mirada si una sonrisa simpática no viniese á sus labios de cuando en cuando. Las facciones de esta joven no tienen belleza; es grande su boca, descarnado su rostro y pálido su semblante; pero todo en ella anuncia la sencillez, la fuerza, la reflexión, y sería difícil á ojos extraños reconocer en ella á la niña tímida y obscura, llevada una tarde á aquel salón delante de la familia entónces reunida y que ahora falta.

Es, en efecto, Gertrudis; pero ¿en dónde está Valeria, su amiga, su compañera, su madre por el cariño, su hermana por la ternura? Lo dejan adivinar el luto y aflicción de la madre; el luto y profundo dolor grabados en la frente de Gertrudis. Valeria ya no está entre ellas. La flor marchita se inclinó sobre la tierra, y la tierra la recibió, elevándose hacia Dios su alma, perfume celeste.

Desde aquel día la casa parecía desierta. Valeria la animaba, la daba calor con su presencia, con su tierna alegría, con el cariño que á todos demostraba; al lado de sus padres suplía la falta de los hijos á quienes el matrimonio había alejado de la casa paterna; era para Federico la amiga más fiel; había comunicado á Gertrudis el ardor de su alma, que á todos prodigaba, sin que en ella se empobreciese; todos la lloraban, y parecía que se hubiera llevado consigo la mejor parte de la existencia de cada una de sus afecciones; y que aquel lugar tan modesto que había elegido en medio de su familia, permanecería desocupado para siempre. Nadie mejor que Gertrudis lo experimentaba; y aunque no hablase de sus penas, aunque dejaba que los demás dieran rienda suelta á su dolor, acudiendo á los recuerdos que redoblaban la pena, sin responder de otro modo que por un copioso llanto, todos sabían que ningún pesar era semejante al suyo, y que si mostraba un sereno semblante, si algunas veces se acercaba á ellos con una sonrisa y una palabra de esperanza, era únicamente por cumplir en un todo los deseos de Valeria.

— Reemplázame — la había dicho.

Mme. Delaborde, después de un largo silencio, levantó al fin la cabeza, y volviéndose hacia Gertrudis, la dijo:

— ¿Qué escribes en el libro mayor?

— Traslado el diario de hoy, tía — contestó, sin dejar de escribir.

— ¿No es ese el trabajo de Federico?

Al oir estas palabras, un suave carmín coloreó las mejillas y la frente de la joven.

— ¿En donde está? — prosiguió Mme. Delaborde. — ¿Seguirá sin duda con su pintura? ¡Dios mío! ¡Cuánto disgusto nos da este hijo! Sólo Valeria tenía alguna autoridad sobre esa mala cabeza..... ¡Mi pobre Valeria!

No dijo más, y apoltronándose en su mecedora, se puso á contemplar el fuego con una fijeza de mirada á través de la cual podían descubrirse algunas lágrimas. Gertrudis fué hacia ella y la abrazó.

— Tía mía — dijo, — Valeria no nos olvida..... ruega por los que la han amado, y es dichosa.

— ¡Qué sé yo de eso! — respondió Mme. Delaborde, con un movimiento de desesperación. — ¡No era feliz entre nosotros, y era preciso que á su edad..... tan joven..... tan querida, nos fuera arrebatada! Es dichosa, me dices, y ¿qué sé yo de esa dicha? ¡También era dichosa con nosotros....! Siempre se me representa en el lecho de muerte..... ¡mi pobre Valeria!

— Otros hijos le quedan á usted, tía.

— Sin duda, Gertrudis; pero el hijo que se va parece el más querido; y, además, ¿no me causan lágrimas los que me quedan? Es verdad que Enriqueta es feliz, está bien casada, sus hijos son sanos y hermosos; pero, ¿y Roberto? ¡Cuántas inquietudes me da la salud de su mujer! Es un sopio esa pobre Hortensia..... y Federico ¿nos recompensa de todas estas contrariedades?

— Sin embargo, la quiere á usted — dijo Gertrudis, — no lo dude usted un momento.

— De todo dudo desde que la desgracia ha penetrado en mi casa: en otro tiempo me creía invulnerable.

— Si mi primo supiera ó pudiese creer que su conducta os ofende — continuó Gertrudis con timidez — puede ser que cambiara.

— ¡Puede ser, sí, puede ser! Para complacernos renunciaría por algunos días á sus colores y á sus pinceles; pero contrariar su carácter..... ¡Ah! no es como Valeria; que era capaz de todos los sacrificios sin recompensa alguna para sí.

— ¡Era tan tierna y generosa! — respondió Gertrudis conmovida.

Mme. Delaborde la apretó la mano y continuó:

— Tú ves á Federico en el escritorio, en donde se contenta con estar presente. Háblale, Gertrudis, y oblígale á que dé gusto á su padre, mostrando un poco de afición al trabajo: ¿no tenemos ya bastantes penas por otro lado?

— Ya probaré, — respondió Gertrudis en tono de duda.

— Y yo te lo agradeceré, aunque nada consigas: no olvido, Gertrudis, que Valeria te quería mucho.

Mme. Delaborde apretó la mano de su sobrina entre las suyas, sin decir palabra. Gertrudis, también silenciosa y reflexiva, permanecía de pie á su lado: su pensamiento pasaba de Valeria á Federico, y se detenía complacido en la imagen de aquella que ya no existía en la tierra, y con viva inquietud sobre la del hijo indócil, caprichoso, y tan amable, sin embargo. Así permanecieron, hasta que entró en la sala M. Delaborde.

Encorvado, envejecido, con el pelo blanco, llevaba pintado en su rostro un dolor más profundo, puede ser, que el de su mujer, aunque más firme y resignado: lloraba en el secreto de su alma á su predilecta, á la hija querida que nunca le había dado un momento de disgusto y que tanto simpatizaba con sus ideas y todas sus afecciones; pero esta amarga pena la sufría en silencio y no la dejaba entrever por palabras ásperas ó violentas. Se sentó cerca del fuego, apretó la mano á su mujer, y echó una mirada risueña á Gertrudis.

— ¿Has salido? — le preguntó Mme. Delaborde.

— He estado en casa de Enriqueta, que no vendrá esta tarde por tener á su niña con algo de calentura.

— ¿No será de cuidado, supongo?

— No; el médico ha ido y asegura que mañana no se repetirá.

— Iré mañana á primera hora. ¡Todo me inquieta después de tanta desgracia!

— También he visto á Roberto y su mujer, que por cierto no la he encontrado nada bien.

— ¡Sucumbirá, lo veréis! gritó Mme. Delaborde desolada.

Su marido levantó los hombros con tristeza, y para mudar de conversación cogió el libro mayor, pasó algunas hojas y dijo á su sobrina:

— Bien trabajas, Gertrudis, en el escritorio: eres un agente muy exacto. Pero ¿qué es esto? ¿Estás haciendo el trabajo de mi hijo?

— Perdóneme usted; pero temía que Federico se retrasase algo.

— No debería dejarse suplir por ti. Estoy muy descontento de él..... No ha hecho nada desde hace tres días, pues veo tu letra por todas partes desde el 12 del corriente y estamos ya á 16. ¿En dónde está Federico? ¿Lo sabes tú, mujer mía?

— No, á la verdad; no le he visto desde que acabamos de comer.

— Ha salido, tío — dijo Gertrudis. — Le he visto salir con su caja de pinturas, y le he oido decir á uno de sus amigos que salía con él: "Voy á Corbie, para hacer un boceto de la antigua abadía."

— ¡Siempre el mismo! — respondió M. Delaborde.

— Pero, tío, ¿no decía Valeria que su hermano tenía gran talento?

— Podrá ser, pero que emplee su talento en nuestra industria, y veremos. Rafael hacía cartones para tapices; Federico no creo que aun sea un Rafael.

— Puede ser que llegue á serlo — respondió Gertrudis sonriendo.

— Hay trazas — dijo Mme. Deloborde con tono de impaciencia; — cuando colegial, descuidaba sus lecciones por dibujar vacas y corderos; ahora que es el agente de su padre, olvida los negocios para tomar puntos de vista, y siempre, siempre sucederá lo mismo.

Nadie respondió á esta profecía, pronunciada con un tono sombrío y absoluto. El culpable entró en aquel momento lleno de lodo hasta la rodilla, con aire satisfecho; encendido el rostro por el viento y el sol, y llevando bajo el brazo una gran cartera de dibujos; nunca se vió criminal con aspecto más inocente.

— Buenas noches, padre; buenas noches, mamá — dijo con tono cariñoso. — Fuera hace un tiempo delicioso: ¡qué hermosa luna! Nunca he visto mejor iluminada la catedral.

— Muy bien — interrumpió M. Delaborde; — ¿pero de dónde vienes?

— De Corbie; encargué á Fermín que se lo dijera á usted. He sacado un boceto del que no estoy descontento.

Al decir estas palabras sacó de su cartera un dibujo hecho con libertad, que representaba las dos grandes torres de la abadía merovingia, rodeada de árboles medio despojados por el otoño. Su padre, sin apenas mirarle, echó el dibujo sobre el libro mayor, y dijo con un tono grave:

— ¿No quieres, pues, renunciar á ese tonto entretenimiento?

— No es un entretenimiento: ¡es un trabajo! ¡una vocación! muchas veces se lo he dicho á usted; soy pintor y moriré pintor; es una inclinación irresistible.

Se paró de repente, al notar que su prima le miraba fijamente con sus negros y expresivos ojos.

— Perdóneme usted, padre — siguió diciendo; — no quiero causaros disgusto, y si quiere usted que mañana esté en el escritorio, allí me presentaré.

M. Delaborde no era muy aficionado á discutir, razón por la cual se contentó con decir á su hijo con cierta frialdad:

— Harás bien, Federico; tu prima en su bondad te ha sustituido ya.....

El joven echó á Gertrudis una mirada sonriente y agradecida, y con un aire decidido y cariñoso, se fué á sentar casi á los pies de su madre; allí con una fuerza suave y victoriosa, consiguió abrazarla. No se resistió; su hijo querido conocía las flaquezas de su corazón, y olvidó su descontento y aun sus amargas penas al ver aquella alegre fisonomía que le recordaban su juventud y sus buenos tiempos; y su riña, si algo riñó, fué como la lluvia de Abril, mezclada con lágrimas y sonrisas.

La madre y el hijo estaban ya tranquilos y reconciliados. M. Delaborde y Gertrudis eran los que aun no habían cambiado de aspecto, reinando todavía en su corazón la misma tristeza é inquietud: echaban de menos á Valeria y temían á Federico.

Después de haber cenado, Gertrudis entró en su cuarto: tenía necesidad de estar sola. Colocó maquinalmente varios objetos sobre su mesita de labor, se acercó á la ventana y levantó la cortina. Una inmensa extensión de cielo se ofrecía á su vista, y entre el oscuro azul, tachonado de puntos brillantes é inquietos, se elevaba airosa la aguja de la catedral, revestida con la luminosa túnica que le prestaba la luna. Los cielos cantan la gloria del Altísimo, y el firmamento revela las obras de sus manos. Gertrudis miró largo tiempo con una tranquila admiración aquel espectáculo, y poco á poco, por una insensible asociación de ideas, vino á preguntarse si verdaderamente hacía mal Federico en preferir al comercio, el dinero y los negocios, la contemplación de la naturaleza y el noble estudio de lo bello y de lo ideal. Estos pensamientos, y el recuerdo de su compañero de niñez, le causaron una secreta emoción, y, decidida, se separó de la ventana, se fué cerca de la mesa, y abrió, según la costumbre de todas las noches, su *Imitación*.

Después de haber leído el capítulo XXVI, *Que es preciso descansar en Dios;* después de haber recibido con estas palabras severas la paz secreta que exhalan, abrió una cajita antigua de concha con incrustaciones de marfil, legado de Valeria, y que para Gertrudis era el relicario de lo pasado. Valeria la había tenido en su pupitre hasta sus últimos días, y la víspera de morir se la había dado á su amiga. En ella se encontraban un bordado á medio acabar, un estuche de labor, de que Valeria se había servido desde su niñez, algunas estampas piadosas, un sello de ágata y un pequeño cuaderno. En sus hojas Valeria había escrito sus impresiones y sus pensamientos desde su primera comunión: había apuntado lo que en sus lecturas le había conmovido, y al legárselo á Gertrudis, le había legado una porción de ella misma. Gertrudis guardaba estas páginas con un esmero extraordinario; las había leído con lágrimas, y las volvía á leer cuando tenía necesidad de valor, cuando le era preciso un *sursum corda*.

El cuaderno empezaba por algunas notas sacadas del Catecismo de la primera Comunión, y además algunos renglones, escritos por Valeria en la tarde de aquel gran día.

"¡Dios mío! Esta mañana os he recibido por vez primera: he sentido en mi corazón cuán dulce sois, y vengo á prometeros seros siempre fiel. Vos permaneceréis siempre el mismo; siempre grande, bueno y misericordioso: no podéis mudaros, porque sois Dios: pues igualmente, yo no quiero cambiar tampoco. Quiero amaros, serviros toda mi vida según mis escasas fuerzas: huiré las ocasiones de ofenderos: haré cuanto esté de mi parte para cumplir lo que vos deseáis de mí: y si hubiese de cambiar, si hubiera de perderme, si amara el mundo y el pecado, haced, Señor, que muera: prefiero menos días, y éstos dedicados á vuestro servicio."

Y más adelante:

"¡Cuánto me ha interesado esta pobre prima que llegó ayer! En su aturdimiento y ansiedades semejaba á aquel hijuelo de golondrina, caído del nido en la última primavera, y que aleteaba en las manos de Federico. Gertrudis echa también de menos su nido y sus padres: lucha contra la suerte; nos teme como el pájaro al cazador. Es singular; cuanto más adusta, tímida y poco cariñosa se muestra, más inclinada á ella me siento. Querido pajarillo de los bosques, yo te domesticaré á fuerza de cariño; yo te haré olvidar las ramas que te dieron sombra; yo sustituiré tus primeras amistades; yo te daré en mi corazón un asilo en que puedas estar en paz. ¡Dios mío! ¡Vos me enviáis esta tierna criatura, pues me inspiráis una afección tan grande hacia ella; haced que vuelva á vos, y que la enseñe á conoceros y amaros!"

Una lágrima de Gertrudis selló este contrato de adopción escrito por su amiga. Pasó un gran número de páginas, muy conocidas y á menudo leídas por ella, y llegó á las últimas.

"Ya está casada mi querida Enriqueta, y Roberto próximo también á enlazarse. ¡Dos lugares vacíos en el hogar de la familia! Nunca le dejaré yo: no tengo más deseo que vivir en él tanto tiempo como

Dios me dé de vida. Procuraré reemplazar al lado de mis padres á los que se van. Enriqueta, muy activa é inteligente, ayudaba á mamá en muchos cosas; iba, venía, arreglaba, preparaba, viva, dispuesta y ligera como los duendes de Escocia. Yo no soy muy activa, pero al fin la hormiga llega á su fin como la alondra y no consentiré que pesen sobre mamá los quehaceres que había ya dejado. Y Roberto, ¿qué hacía este buen Roberto? Siempre estaba dispuesto á jugar á las damas con papá; no estoy en ello muy fuerte, la verdad, pero me dejaré derrotar. Es preciso que mis padres no se aperciban de la falta de estos dos hijos, y estoy segura que Gertrudis me ayudará. Mi padre la quiere mucho, y mi madre la mira ya sin prevención.

» ¡Cuán largo y fastidioso me ha parecido el baile á que me han llevado! No es posible que haya habido en una fiesta brillantes ideas tan tristes como las que abrumaban mi espíritu mientras estaba en aquel sitio, adornada (¡demasiado adornada!) y figurando entre las parejas de rigodón, en que todo el mundo parecía tan contento. La música resonaba en mis oídos como los cantos de los funerales: es verdad que toda música, aun la que quiere ser alegre, tiene siempre un fondo dolorido y melancólico, como el alma humana le tiene.

» Pensaba en las amigas de mi niñez, que han partido de este mundo jóvenes é inocentes con la corona de pureza sobre su ataud: pensaba en Iseult, que entró el pasado año en el convento de Clarisas: á la hora en que yo bailaba, tan preocupada de mí misma y tan triste en lo íntimo de mi corazón, ella con los pies desnudos y cubierta con un tosco sayal, estaría en el coro en oración, y cantaría dulce y recogida las alabanzas del Señor; ¿cuál de las dos era más dichosa ....? He vuelto á casa desazonada: la cabeza me ardía, y malos sueños me atormentaron toda la noche. Creía que bailaba con un esqueleto, que tocaba con sus dedos mi cuello desnudo, y dejaba en él una marca horrible; mis flores se caían hechas polvo y mi vestido se deshacía..... Me desperté temblando y con un sudor frío en todo el cuerpo..... ¿De dónde venían estos tristes sueños.....? Federico me ha hecho ver hace algunos días una danza de muertos de Holbein, y puede ser que este recuerdo haya evocado tan fúnebres imágenes.....

» Qué malestar siento después de este baile: dicen que tengo pleuresía. No he sufrido mucho; mis buenos padres y la pobre Gertrudis sufrían más que yo, pero estaba débil y abatida.

» Sin embargo, la primavera renace, el jardín se cubre de un verde risueño; se acercan ya los correos del verano, pero yo no disfruto de nada .... Ayer me llevaron en coche á la Hautoye, paseo que antes tanto me gustaba, y me he sentido mal al entrar. ¡Gertrudis ha llorado tanto.....! ¡Pobrecilla! su corazón me será siempre fiel; cualquier cosa que me suceda, nunca me olvidará.

. . . . . .

. . . . . .

» Señor, vos lo queréis. Me llamáis á vuestro lado. Los demás dudan, esperan aún, pero yo presiento la separación próxima, y voy á vos, mi Divino Maestro, con entera confianza. Recibidme en vuestra casa, Padre mío, y reunid allí algún día á todos aquellos á quienes tanto he querido en este mundo, aquellos que os han representado cerca de mí, mis queridos padres, mis hermanos y mi hermana, y la hermana de mi alma Gertrudis. ¡Consoladles, Señor! ¡que sean dulces sus lágrimas: que al lado del dolor vean la esperanza, y al lado de allá de la tumba encuentren el paraíso.....! Les dejo á Gertrudis, que es una parte de mi persona: ella me reemplazará..... »

Los últimos renglones eran estos, que no pudo acabar Valeria:

« He comulgado esta mañana, por la última vez, sin duda. Soy feliz. Queridos padres, no lloréis por mí; vuestra hija es dichosa..... »

Gertrudis besó estas páginas, testamento de un alma tan pura, y fortificada en su interior, serena como si se hubiera acercado á un santuario, oró y se acostó en paz.

A la mañana siguiente, después de los cuidados de la casa, de que estaba encargada desde la enfermedad de Valeria, bajó al escritorio. En este momento estaba desierto: abrió el libro mayor, y entre las hojas llenas de innumerables cifras, se encontró un cuadrado de vitela: era el paisaje de Corbie, que Federico había pintado la víspera: estaba concluído con mucho cuidado y delicadeza, y en la parte baja se leía la siguiente dedicatoria:

A Gertrudis, su reconocido amigo

FEDERICO

La leyó y suspiró profundamente.

CAPÍTULO IX

EL SUEÑO DE FEDERICO

Federico no solamente pintaba, sino que también, en momentos perdidos (que él tenía muchos) soñaba:

« Porque, ¿qué hacer en un cuarto,
A no ser que se sueñe? »

Soñaba en ese cuarto, á que él daba el pomposo título de estudio, y que se había arreglado en un rincón de la casa de su padre: soñaba, cuando buscando una inspiración, erraba á lo largo del Somma por esas turberas de aspecto melancólico que rodean á Amiens, ó cuando llevaba su fantasía á las ruinas de Boves ó de Corbie. ¡Soñaba! Aunque poseyera la petulante alegría de la juventud y de que su espíritu se asimilara con facilidad la parte agradable de las cosas, tenía en el alma un fondo inagotable de ilusión y fantasía: el pasado y el porvenir eran los únicos tiempos en que parecía vivir: el presente no lo tenía en cuenta. El descontento de su padre, los proyectos que éste hubiera formado para el porvenir de su hijo segundo, los desengaños que sufría, todas esas pequeñas escenas de la vida doméstica se perdían en el fondo nebuloso y flotante de los pensamientos de Federico: no se paraba en ellos; vivía en otra parte..... Solamente para tranquilizar su conciencia, decía de cuando en cuando:

— Mi padre no está contento; pero cuando tenga nombradía, cuando gane dinero, cosa palpable, olvidará su disgusto.... ¡Bah! todo se arreglará..... Gertrudis hará mi dicha..... la quieren, y no podrán oponerse á que yo la ame, y aun más que ellos..... ¡Querida Gertrudis!

Ese era el sueño de Federico: amar y pintar; Gertrudis y su estudio; una dicha tranquila y una gloria brillante. Tal era el círculo en que giraban sus deseos y sus aspiraciones. Había amado á Gertrudis por bondad de corazón, á causa de su debilidad y de su abandono, y luego la había querido aun más, como un legado de Valeria; había llegado á comprender con cierto buen juicio, que era en efecto, la mujer sufrida, apasionada y amante que le convenía, á él que quería salir de la línea trazada por la rutina, y afrontar los peligros de la vida. Quien hubiese visto los bocetos en los cuales Federico esparcía sus ideas, hubiera seguido fácilmente la pista á sus sueños del porvenir. Un retrato de Valeria y Gertrudis, apoyada una en otra; una figura ideal de Valeria, bajo la forma de un ángel apareciéndose á una joven cuyo rostro estaba cubierto por un velo; una pequeña acuarela representando un estudio lleno de armaduras, de arcones y pequeñas estatuas: el pintor sentado delante de su caballete, como desanimado, dejando caer el pincel de sus manos, pero recibiendo las sonrisas de una joven que tiene las facciones de Gertrudis y le pone la mano sobre el hombro. Más allá las mismas figuras pasean por un largo sendero, en el abandono de una dulce conversación; otro dibujo bastante vigoroso, representa el interior de una iglesia, en la que se ve á un Sacerdote bendiciendo á un matrimonio, y se adivina en la fisonomía de los dos esposos también los rasgos del pintor y de Gertrudis.

De este modo se enlazaban en sus pensamientos el arte y la afección; pero faltaban á Federico la perseverancia y la energía que aseguran el éxito; porque para formar un hombre no bastan talento y juicio, es indispensable el carácter. Mientras que él soñaba, su padre meditaba. M. Delaborde no creía ni en la vocación ni en el talento superior de su hijo; le juzgaba un poco ligero, inclinado á la vagancia y á la ociosidad, y quería asegurar su porvenir, casándole pronto, y asociándole á Roberto, para que así las cualidades y defectos de los dos hermanos se compensaran de tal modo que resultara un perfecto equilibrio. Su plan estaba pensado, su nuera elegida, sus arreglos de fortuna hechos; no le faltaba sino el consentimiento de Federico, que no le parecía dudoso, porque no había penetrado hasta el fondo de las inclinaciones de su hijo, y porque éste había seguido la costumbre de los de su genio y edad de no comunicar á su padre ninguno de sus sentimientos é ideas.

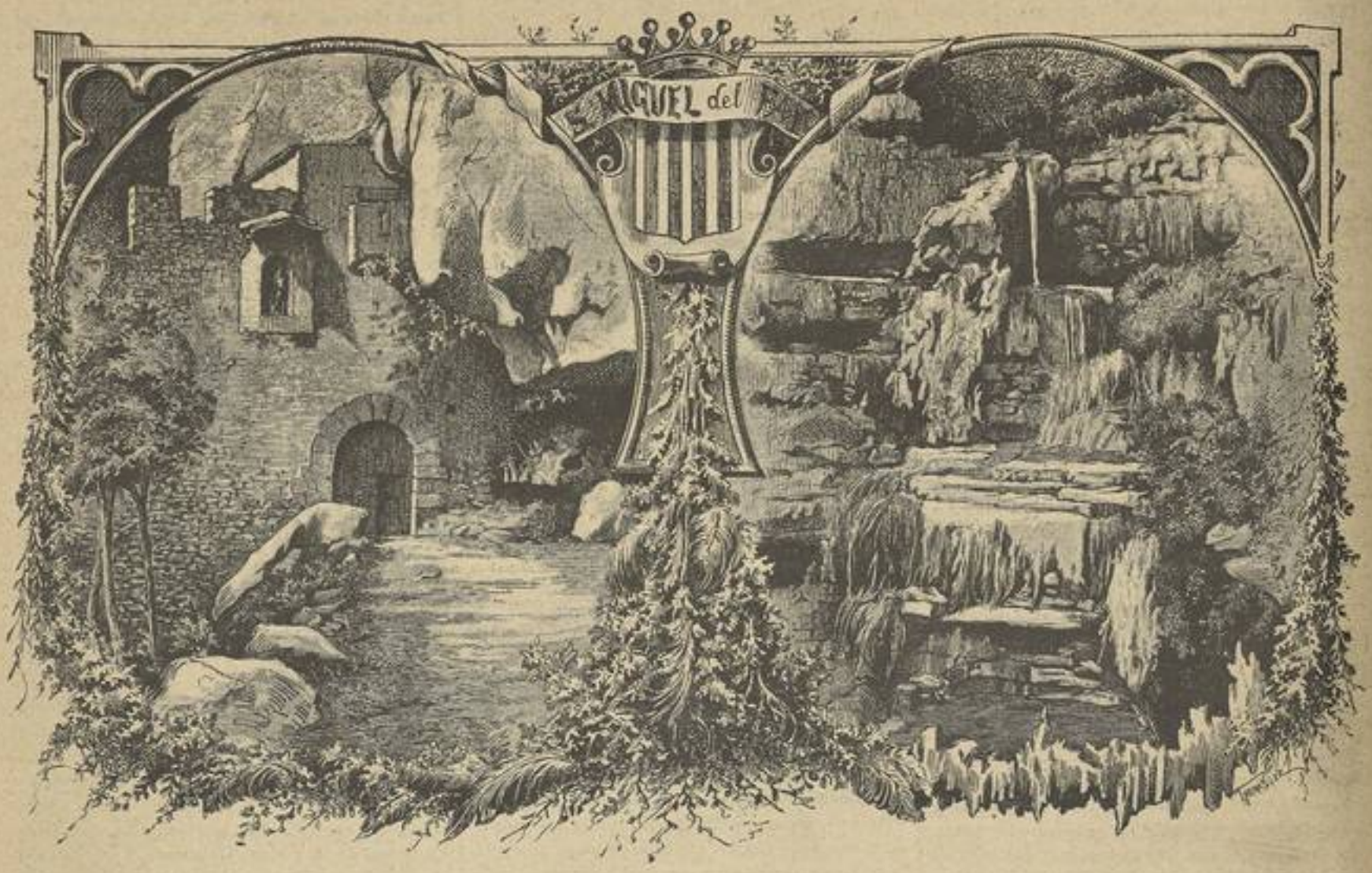
En medio de este conflicto de planes, de sueños vagos y de proyectos tomados, ¿soñaba Gertrudis? No: las almas que verdaderamente han sufrido no viven en el mundo de las quimeras; la ilusión no se apodera de ellas, y el pasado les enseña á desconfiar del porvenir. Por eso Gertrudis, que sabía los deseos de M. y Mme. Delaborde, y que conocía el poder que tenían en el porvenir de Federico, nunca esperó que los sueños de su primo, que ella había ya comprendido, pudieran llegar á ser una realidad.

No lo esperaba, y en el fondo íntimo de su alma sufría por no poderlo esperar. Las cualidades, dignas de estima, de Federico; la amistad que siempre le había mostrado; la afección de Valeria hacia su hermano querido, habían alimentado en Gertrudis una indecible ternura que no hubiera podido otra cosa que ver en su hermano adoptivo, el amigo, el compañero de toda su vida. ¡Oh, si hubiera podido Gertrudis abrir su corazón, con qué alegría se hubiera unido á Federico y le hubiera consagrado toda la afección y todo el amor que hacia él sentía! ¡Qué dicha, verle continuamente á su lado, permanecer unida á él para siempre, participar con él de la buena y de la mala fortuna, dulcificar sus penas, alentarle en los abatimientos que el arte lleva en ocasiones consigo, ser su hermana, su amiga, su mujer!

Ella sentía que la dicha, tal como la podía apetecer, la hubiese encontrado en donde se hallaban los recuerdos de la niñez y de una afección antigua; pero un obstáculo invencible se oponía, y además hacía en ella gran peso otra cosa más fuerte aun que el amor: el conocimiento del deber y el respeto de su conciencia. Casarse con Federico era indisponerle con sus padres y mostrarles una odiosa ingratitud: Gertrudis no podía aceptar la dicha á tal precio; entonces no se hubiera atrevido á pensar en Valeria.

Y los días se pasaban sin que la esperanza agitase sus alas al rededor de su frente, antes al contrario, dejándole un pesar profundo, cuya hiel se depositaba silenciosamente en el fondo de su corazón.

Federico buscaba desde hacía largo tiempo ocasión de hablar á solas con Gertrudis; pero no la había encontrado: la prudencia de su prima evitaba los encuentros, y aun contra los impulsos de su co-



SAN MIGUEL DEL FAY EN CATALUÑA.

razón, procuraba no ver á su primo sino delante de toda la familia.

La muerte de Valeria había roto en apariencia toda su mutua intimidad: ya no la daba lecciones, ya habían cesado las animadas conversaciones, en que tanto interés tomaba Valeria, y ya apenas se veían: y, sin embargo, se comprendían perfectamente; pero estos testimonios furtivos, esas miradas que llevan el pensamiento, esas palabras dichas en voz alta por una sola persona que comprende su sentido oculto, aquellas alusiones, toda esa cadena eléctrica de las almas que se buscan, Gertrudis trataba de romperla. En el despacho, sentada entre M. Delaborde y el viejo conserje, escribía, calculaba, copiaba sin levantar los ojos: en el salón, trabajaba con asiduidad y se mezclaba poco en la conversación general: en sus idas y venidas por la casa, el jardín y los corredores, evitaba el encontrarse con Federico, y su voluntad firme y decidida se sometia á esta estrategia, contra la cual murmuraba su corazón. Valeria no había ejercitado en vano la fuerza de esta alma candorosa, y si á veces Gertrudis se sentía débil y pedía auxilio, si á veces la necesidad instintiva de la dicha se levantaba en ella, Dios solo era su confidente: no lloraba sino en la iglesia, pero salía de la casa de paz sonriente y serena.

(Continuará.)

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATOLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

Blanqueo de ceras en gran escala.

Grumo, hoja y panal pura y sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

JABON REAL DE **THRIDACE** | **VIOLET** unico Fournisseur 23, Bd des Italiens, Paris | JABON **VELOUTINE**

Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitan pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos. Juan Bravo, 5.—Teléfono 1.196.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 23. — Madrid 15 de Agosto de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 pt. fr.
Un año..... 16 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pt. »
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La escuadra (impresiones de la década), por Fernando. — *Benjamina* (continuación), novela italiana, por el P. José Franco. — *El Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Tenerife*, por V. G. — *¡A San Ignacio, á San Ignacio!* por M. Polo y Peyrolón. — *San Pablo en Atenas.* — *Album de poesías: A María Santísima en su gloriosa Asunción á los cielos*, por Enrique García Bravo. — *Una parienta pobre* (continuación), novela por Mme. Bourdon. — *Ecos de todas partes.*

Grabados.

Excmo. Sr. Obispo de Tenerife. (Véase el artículo.)

San Pablo en Atenas. (Véase el artículo.)

La Asunción de Nuestra Señora, cuadro del Tiziano.

Tiziano Vecelli pintó este cuadro en el período más brillante de su vida, rayando en él á la altura de su celebridad; pues sabido es que esta obra, tantas veces reproducida, es considerada como una de las mayores glorias del aquel genio del arte. La Iglesia celebra en este día la fiesta de la Asunción de la Madre de Dios, lo que nos mueve á conmemorarla con este grabado, muestra imperfecta, pero bastante á revelar la grandeza del original.

Catedral de Spira. — La Catedral de Spira, ciudad de Baviera, situada sobre las márgenes del Rhin á 265 kilómetros de Munich. Este notable monumento ha pasado por grandes desastres, de los cuales ha salido como por milagro. La comenzó á levantar Conrado I y la terminó Enrique IV en 1097, llegando á ser el más importante de la arquitectura del siglo XI en Alemania. En 1165 un espantoso incendio destruyó casi todo el edificio. Por otros dos incendios pasó el templo en los siglos XIII y XV. El Príncipe Obispo, Conde de Limburgo-Sömen, comenzó la restauración en 1772. La Catedral de Spira es, después de la de Colonia, la mayor iglesia de Alemania. Sus proporciones son las siguientes: longitud, 147 metros; anchura, 42; coro, 59. La superficie total mide 23.126 metros. De las diez torres antiguas no subsisten más que dos, que son las que representa el grabado, y tienen 78 metros de altura.

LA ESCUADRA

(IMPRESIONES DE LA DÉCADA)

San Sebastián 12 Agosto 90.

Ahí está, enfrente del castillo, meciéndose gallardamente sobre las rebeldes ondas del Cantábrico. Desde la playa se descubren los buques, allá en el fondo, muy lejos, como pintados en el magnífico telón azul celeste que cierra esa espléndida decoración de teatro, sin rival en el mundo, que llamamos la Concha de San Sebastián. ¡Qué pequeños parecen! A la izquierda, fijo como una roca, presenta el *Reina Regente* sus dos enormes chimeneas como único adorno; á la derecha el *Navarra*, y en el centro el *Reina Cristina*, con sus tres palos enlazados por una red de jarcias, como una fragata antigua. Larga y apretada hilera de curiosos festonea todos los relieves y avances de la costa, y de continuo se dirigen á los lejanos cruceros miles de anteojos de todas formas y dimensiones; el júbilo y el orgullo se dibujan en todos los semblantes, y á cada momento se escuchan exclamaciones por este tenor: ¡Qué bonitos son! ¡Qué fuertes! ¡Una docena de esa clase nos hacían falta! ¡Nuestros marinos son los primeros del mundo, y sólo necesitan barcos para meter el resuello para adentro á ingleses y yankées, franceses é italianos!

El español costero es marino por naturaleza y por educación; sólo se excita su patriotismo á la vista de los buques de guerra; no concibe la gloria sino conseguida en medio del Océano. Para él, Napoleón fué sólo un militarucho como otro cualquiera. En cambio todavía conserva fresca en el depósito de sus tradiciones la terrible memoria de Nelson como la del mayor y más formidable de los enemigos de su patria. No habladle hoy de O'Donnell, ni de ninguno de los Generales terrestres que han descollado en nuestras guerras modernas. Pero evocad delante de él el heroico recuerdo de Méndez-Núñez, y veréis cómo se animan sus facciones, cómo sonríe pletórico de noble satisfacción: ¡Aquél sí que fué un hombre! os dirá; ¡Aquél sí que fué un héroe!

Brilla el sol tan esplendoroso y flamígero como en la bahía de Cádiz, y sus rayos de diamante derretido caen á torrentes sobre las aguas de esmeralda y zafiro y sobre los montes abruptos que las contornean y ciñen entre sus robustos brazos. Las blancas espumas se pliegan sobre las fantásticas rocas como velos de encaje; los caseríos, esparcidos por la montaña, semejan palomas posadas sobre la hierba; el hermoso panorama despide luz y colores por todas partes; la multitud se agita y se revuelve y se reconcentra sobre el muelle: es que de la capitana ha salido una barca de vapor que trae á tierra al Almirante, al veterano Contraalmirante Butler, anciano agilísimo y venerable que impone respeto con sus blancas patillas y su faz seria. Toda la gente de mar que cubre el muelle saluda con reverencia suma á *su General*, como ellos llaman siempre á los Almirantes de las escuadras de guerra.

Mucho había yo oído hablar del General Beranger, y no de un modo muy grato para mis ideas. Teníalo por un revolucionario impenitente, demagogo furibundo, monárquico de ocasión y republicano de veras, enemigo de todas nuestras venerandas tradiciones. No discuto yo aquí si esta fama está bien ó mal adquirida, ni los actos públicos á que en su ya no corta carrera de político haya podido contribuir el Ministro de Marina del actual Gabinete. Será todo lo que quiera; pero el hecho es que tratando particularmente al General Beranger, cuesta mucho trabajo persuadirse de que sea el mismo hombre que revolucionarios y demagogos han contado por suyo tanto tiempo.

Yo tengo para mí que uno de los contrasentidos más funestos y más raros que nos ofrece la historia de la revolución española es que esta revolución se

EXCMO. SR. OBISPO DE TENERIFE.

ha hecho y se sostiene merced á hombres que tienen de todo menos de revolucionarios. El deseo de subir ó de vengar ciertas injurias, mil causas y circunstancias que sería prolijo descubrir y enumerar han puesto en manos de ciertos hombres ciertas banderas, con cuyos principios nunca estuvieron de acuerdo. Recuérdese lo que sucedió en 1868 cuando se trató de suprimir la Misa de Espíritu Santo que se decía antes de la celebración de los consejos de guerra: Prim, el terrible Prim, el Gran Maestre de la Francmasonería, se opuso enérgicamente á la supresión de aquella piadosa práctica. La Misa de Espíritu Santo no dejó de celebrarse hasta que fué Ministro de la Guerra el General conservador D. Jenaro Quesada.

Los hombres de armas entienden en España de política mucho menos que lo que cree el vulgo; y aun entendiendo han solido obrar muchas veces en contra de sus convicciones. Sarsfield y Córdova ganaron gloria y honores peleando contra los realistas en la guerra de los siete años. Y Sarsfield y Córdova eran tan realistas como Zumalacárregui. En cambio, Cabrera, que degolló y fusiló á tantos liberales en nombre de la Religión, cuando habló de política, resultó partidario de la libertad de cultos.

El General Beranger, en la intimidad de la confianza, sólo se revela como un cumplidísimo caballero, como un patriota exaltado y como un verdadero marino. Sólo piensa en que España tenga muchos y buenos barcos de guerra, y en que los marinos estén bien pagados y se les considere y respete como merecen. Es tan fino, que hasta de Maura habla bien, y sólo se permite decir del elocuente abogado mallorquín que *es un poquito exagerado en sus censuras á la Armada*. No se puede pedir más á un marino tratando de Maura, que cobra cinco ó seis mil duros por un solo pleito, y encuentra muy mal que un Capitán de puerto cobre una gratificación miserable. Todavía no se sabe de ningún Teniente de navío, ni aun de ningún Contraalmirante, que con sus gratificaciones haya podido levantar una casa como la que el Sr. Maura posee en la calle de Génova. Pero quizás Maura tenga razón; y quizás escribir una demanda en un bufete alfombrado, y junto á una chimenea, rebosante de leños encendidos, sea más meritorio y digno de recompensa que gobernar una nave á la vista de la costa acantilada entre Finisterre y Machichaco.

El General Beranger tuvo la amabilidad de permitirme visitar la escuadra y de permanecer en el *Reina Regente* todo el tiempo que estuvo en el crucero la Augusta persona que da su título al buque. Debo decir en honor de la verdad que el *Reina Regente*, visto desde su cubierta, no me causó agradable impresión. Aquello no es un buque tal y como lo habíamos soñado nosotros; tanto se parece á las naves que pelearon en Trafalgar, como los navíos de Carlos IV á las trirremes de las guerras púnicas. El *Reina Regente* es una flotante colección de complicadísimas máquinas, un curso de mecánica superior, encerrado en un casco de acero. Apenas si hay espacio para caminar sobre cubierta, pues todo lo llenan las innumerables chimeneas, las ruedas y los ventiladores.

Pero ¡qué bella resultó la llegada de la Reina al formidable buque! La Reina Regente siente una verdadera y profunda debilidad por las cosas marítimas; los buques y las escuadras son su orgullo y su placer. Como su augusta tía, la Emperatriz de Austria es una Emperatriz cazadora, la viuda de Alfonso XII quizás aspira á ser una Reina marinera. Quizás se lamenta de no tener su trono sobre un buque y por reino una escuadra, como la reina Dido de la leyenda fenicia. Lo que es seguro que nuestra graciosa soberana tiene por lema político el contrario de su antecesor Fernando VII. Éste decía: *barcos pocos y malos*. María Cristina quiere muchos y buenos barcos. Y es seguro que la interesante viuda, modelo de virtudes públicas y privadas, que la Providencia nos ha deparado por Reina, entiende mejor lo que conviene á nuestro país que el camandulero hijo de Carlos IV.

¡Con qué satisfacción, con qué nobilísimo orgullo retratado en el gracioso semblante visitó la Reina el poderoso barco que lleva su nombre augusto! Con qué intrepidez saltó de la falúa á la escala del crucero, y del crucero á la falúa, á pesar del mal tiempo que reinaba! ¡Con qué familiaridad trató á los marinos y á cuantos se encontraban en el *Reina Regente!* Satisfecha dicen que salió de la visita, y los visitados no dicen, sino que puedo atestiguarlo, quedaron encantadísimos.

Y no escarbo más, que este artículo ya resulta muy largo y tiene que salir en el correo de hoy en sustitución de mis habituales crónicas decenales.

FERNANDO.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

CAPÍTULO II

FRAY CATONE Y EL MATRIMONIO CIVIL

En aquellos días empezó á frecuentar la casa de la cuitada viuda el Cura de la parroquia, hombre hábil, experimentado, prudente y celoso por el bien de las almas de sus feligreses, invitado bajo mano por Mariana para buscar los medios de desencalabrinar á su hija.

El P. Catone [1], que también frecuentaba la casa, empezó á predicarla, pero sin fruto al principio, de modo que aquello era predicar en desierto.

Mas no por esto se desanimaba el santo varón, sino que redoblaba su celo para sacar aquella alma de las garras del demonio, diciéndole cuantopodía imaginar para persuadir á una muchacha enamorada como una loca. Luisa protestaba que el sargento la cortejaba con buen fin y que le había hecho repetidas veces el juramento de no verla, si era preciso, hasta después de haberse casado con ella para hacerla la mujer más feliz del mundo. Fray Catone á tan descabelladas palabras cerraba los ojos, bajaba la barba hasta tocar con ella el pecho, y levantando la mano extendida, exclamaba:

—¡Ah! hija mía. ¿Qué dices? ¿No conoces que todas esas almibaradas palabras son como la miel, que se pone para atraer á las moscas y que las usan siempre los hombres disolutos y corridos para engañar á las muchachas? Á tu edad ya podías conocer que no es tu dicha lo que ese tunante se propone, sino tu perdición.

¿Dónde se ha de casar contigo? ¿en la iglesia? No, que ni tu madre, ni el Obispo, ni el Cura, ni yo..... ni el Papa mismo podemos permitirlo. En la Sala * tampoco, porque tu madre no consentirá en tu ruina.

Pero supongamos que tu madre condescienda y te lleve ante el alcalde para que logres tu descabellado capricho, ¿qué lograrías con esto? Ante las leyes humanas serías esposa de aquel hombre; mas con arreglo á las leyes de Dios quedarías excomulgada: esto es, separada, borrada del número de los cristianos como una hebrea, y aun peor, y como si no hubieras recibido el bautismo. ... ¿De qué te serviría la sala sin el anillo? ¿Crees acaso que en el tribunal de Dios se encuentran los registros de la alcaldía? Ante aquel tribunal (al que á cada momento podemos comparecer) en fuerza de aquellos registros tan sólo tendrías derecho á que tu alma fuese á casa del diablo mientras echaran tu cuerpo al estercolero. Todo lo que podrías esperar del acto civil, efectuado en la sala, es que los bienes que acaso adquirieras pasasen á tus hijos..... Mas ¿qué digo á tus hijos? A tus bastardos debería decir, porque tales serían tus descendientes, si los tenías, sin poderles mirar siquiera á la cara de vergüenza, temiendo siempre que te reprocharan tu delito que llenaría su vida de rubor..... ¡Qué existencia tan horrible llevarías con tanta vergüenza en el rostro y tantos remordimientos en el corazón! ¡Estar siempre en pecado mortal como desbautizada á las orillas del infierno! Si tal hicieras, tendrías que arrancarte del cuello el escapulario de la Virgen del Carmen y las medallas que te dió tu antigua maestra, porque serías una condenada en vida, una heredera hija del demonio. Yo te había considerado siempre como hija mía desde que te dí la primera comunión (¡eras tan buena entonces!) Si continúas en ese precipicio, reniego de tí para siempre..... Y después, aun en este mundo, hablando de tejas abajo, ¿crées por ventura que pudiera serte fiel el que abandonase á su verdadera y legítima esposa para casarse con otra que no podría serlo? Si no respeta á la que unió con él el sacramento de Jesucristo en presencia de la Hostia y el Cáliz, ¿te respetará á tí, desposada sin luz, sin altar, sin bendición, sin Dios? Hija de mi alma, piénsalo bien; así se casan los turcos; pero los hijos de Dios, bautizados, confirmados, consagrados con la Eucaristía, se casan en la Iglesia, y en ella no puedes tú casarte con ese hombre; ningún Obispo, ni el Papa mismo, pueden autorizarlo.

Así hablaba el anciano y venerable Fr. Catone, sencillamente llamando al pan pan, y al vino vino. Luisa no sabía qué contestar: por una parte la seducían el orgullo de un estado señoril, el deseo de gozar de libertad, el ansia de ver el mundo, y sobre todo un amor ardiente y loco; por otra la aguijoneaba su conciencia, los remordimientos penetrantes y dolorosos taladraban sus entrañas y abrían una llaga saludable y benéfica. Las lágrimas comenzaban á hinchar sus párpados; la vergüenza asomaba á sus mejillas y la obligaba á clavar los ojos en tierra, y sin osar levantarlos permanecía muda é inmóvil. Al verla tan bien dispuesta no quiso Fr. Catone desperdiciar la ocasión, y prosiguió alentándola con tierna solicitud para que se separara del sargento, aconsejándole que viviese retirada y que su madre la acompañase al ir y regresar del taller hasta que su seductor marchase á Francia y todo volviese á entrar en orden. Como sello y garantía de todas estas precauciones recomendó á entrambas, madre é hija, que fuesen descalzas á la ermita de la Santísima Virgen de Lavasina, después de haber dado una buena colada á su conciencia, y que mandasen celebrar una Misa en su altar, seguras de que esta misericordiosa Señora las ayudaría en tan terrible aprieto. Aquellas pobres mujeres cayeron de rodillas á los pies del venerable Sacerdote, que alzó su descarnada mano y las bendijo en nombre del Altísimo, dándolas á besar el cordón de San Francisco.

A los pocos días una mujer desconocida, vieja, hocicuda, que á pesar de su aparente modestia des-

[1] Fray Catone fué vástago de la ilustre casa de los Carbuccia. Los bastianeses recuerdan todavía con respeto y veneración á su bondadoso.

* Celebrar un matrimonio en la Sala significa en lenguaje vulgar curso estipular un contrato civil de casamiento ante el primer magistrado municipal. La Iglesia no reconoce este acto como válido para unir á dos fieles, considerando como concubinarios al hombre y á la mujer que después de aquel cohabitan sin recibir el Sacramento en la iglesia. A este segundo acto, único matrimonio verdadero, según el derecho divino positivo para los bautizados, llaman en Córcega *far Paniello*, ó simplemente *Paniello*. Las leyes diocesanas han acostumbrado á anatematizar con la excomunión mayor *ipso facto* á los concubinarios públicos.

cubría la hilaza y se asemejaba á un ave de rapiña, tenía frecuentes coloquios con Luisa. Mariana preguntó á su hija quién era y á qué venía aquella mujer de tan malas trazas; á lo que respondió la taimada doncella que á encargarle una canastilla de recién nacido para una señora que debía parir en breve y quería que los pañales, las fajas, las gorras, los baberos y todo fuese cosido de su mano. Pero era lo cierto que aquella mala mujer iba de parte del sargento, quien, al saber que Fr. Catone y el cura iban con frecuencia á casa de Luisa, y notando la mudanza de ésta, fingió romper toda relación con ella; pero bajo mano determinó valerse de aquella medianera, perversa como Satanás, desvergonzada, hipócrita, taimada y astuta, que hubiera persuadido al mismo diablo á hacerse ermitaño.

—¡Vaya! ¿Qué vacilaciones son estas, mi querida señorita? (decía aquella loba á Luisa). ¿Se os presenta un partido tan ventajoso y lo rehusáis? Pero ¡qué partido! ¡Un hombre joven, instruído, que escribe como un abogado, y que tendrá un empleo de seis francos diarios; ahí es una friolera. 180 francos al mes, más de 2.000 francos al año.....! Seríais toda una señora y señora de sombrero y manteleta sin contar con los ascensos. ¿Dónde encontraréis otro tan buen mozo y que os adore tanto como él? Veréis cómo se derrite por vos y qué rendido le tenéis siempre. Sois la joven más dichosa del mundo.

—Bien lo veo. Pero ¿cómo he de casarme con él?

—Os casará el alcalde delante de testigos en cuanto lleguéis al continente. Entonces ¿quién os tose? Vuestra madre será la primera en apresurarse á enviaros su consentimiento; es lo que sucede siempre.

—Sí, pero los clérigos no querrán aprobar mi casamiento mientras la otra viva; y mientras que ella esté en el mundo, dice Fr. Catone, que nadie, ni el mismo Papa, puede bendecir el anillo.

—¡Qué simpleza! ¡Cuántos hay que se pasan sin esta ceremonia! El verdadero marido es el que ama á su mujer y el que le da la mano con arreglo á las leyes. Fuera de Córcega ¿quién sabrá si estáis ó no casados delante de la iglesia? Mientras tanto vais pasando alegremente la juventud y ganando tiempo hasta que la otra se vaya de este mundo; lo que no tardará mucho, porque he oído decir que padece del pecho y está medio tísica. Entonces los Curas serán los primeros en rogaros que hagáis vuestro anillo en la iglesia. Creedme, no hay dificultad que no allane un buen deseo; sólo que lo que conviene es salir pronto de aquí, donde vuestra misma madre envidia vuestra felicidad, y lo que quiere es encadenaros como una esclava y aprovecharse de vuestro sudor. Reparad cómo desde que vos sola ganáis para las dos no menea siquiera un dedo, andando todo el día de ceca en meca, charlando con las vecinas sin parecer por casa sino á las horas de comer, tragando como un buitre á vuestra costa. Ya lo creo, para no perder tan buena viña se rodea de Curas y frailes, soplándoles los sermones que os predican después. Desconfiad de esos cuervos: los tiene á todos asalariados, y les paga sus servicios con buenas libras de tabaco fino.

—Decid lo que queráis; pero la excomunión no es cosa de broma, ni la ha inventado Fr. Catone.

—¡La excomunión, la excomunión.....! Ciento hay excomulgadas y son excelentes mujeres; aman á sus maridos, siendo unas buenas madres de familia; mientras que Dios nos libre de otras que hacen las santurronas y son las peores del barrio. ¡Pobrecilla! Sois niña y no sabéis que esos espantajos son de papel y se los lleva el viento. Seguid mis consejos; os lo digo por vuestro bien; mientras seáis joven y hermosa dejaos querer: este es un derecho de la naturaleza que el Señor ha de disimular por fuerza, y dentro de poco seréis una señora de tierra firme.

Aunque catequizada así de continuo por aquella pérfida y desalmada, Luisa no caía en la red á fuerza de buen sentido. Descubría demasiado el abismo en que iba á precipitarse, y no osaba medirle siquiera con el pensamiento. Pero la pasión hablaba más alto que el raciocinio. Se conformaba con lo que decía su madre, con lo que le aconsejaba el Cura, con lo que le predicaba Fr. Catone; mas cuando volvía á ver al sargento, y principalmente cuando tenía con él alguna cita oculta, desmentía los buenos propósitos, olvidaba sus promesas y juraba á su galán una y cien veces amor, constancia y fidelidad. Ni podía ser otra cosa después de la vida que llevaba de cuatro años á aquella parte. Trabajando en los días de fiesta, salvaba la Misa, de modo que hacía mucho tiempo que la palabra de Dios no había entrado á purificar su corazón: en vez de ir á las vísperas se marchaba del brazo con las más vanas y frívolas de sus compañeras á coquetear con los pisaverdes de la ciudad; hizo la primera Pascua con trabajo y por costumbre; las siguientes se escabecharon. Sin oración, sin Sacramentos, sin gracia de Dios, al primer choque necesariamente debía caer.

Llegó el día fijado para la peregrinación al santuario de Lavasina; habían comprado las velas que debían ofrecer á la Virgen, estaban arregladas las provisiones, avisadas las parientas y amigas que debían acompañarlas, y Mariana murmuraba en voz baja:

—¿Qué hace Luisita esta mañana, ella que suele ser tan madrugadora.....? ¡Ea, vamos.....! ¡Despacha.....!

La chica no respondía. Mariana sube al cuarto de su hija. ¡Qué terrible espectáculo! Luisa no estaba, no se había tocado á la cama, los vestidos y todo el equipaje de la moza habían desaparecido. La infeliz madre estuvo para caer rodando la escalera, como herida de un rayo, pues conoció su tremenda desventura y que Luisa había huído con el sargento.

Tres días estuvo corriendo de una parte á otra, preguntando á todo el mundo para adquirir alguna noticia ó algún indicio del lugar y del cómo. Al fin averiguó que su hija había partido con su galán en una tartana que se había hecho á la vela para Marsella. Desolada, perdida, sin saber lo que le pasaba, se fué á San Antonio á contar el suceso á Fray Catone, el que con tanta complacencia, pero con tan poco fruto, había tratado de cooperar á la enmienda de Luisa. El buen anciano acababa de decir la Misa, y oída la desagradable noticia se contentó con decir: —Pobre mujer, os compadezco..... También es honda mi pena; le había dado la primera comunión, la miraba como una hija en Jesucristo, y no esperaba que llegara este caso, aunque lo temía; pero vos, me pesa deciroslo, tenéis en parte la culpa. Si hubierais abierto los ojos cuando iba al taller á trabajar en los días de fiesta, lo mismo que en los de labor, cuando no parecía por la iglesia y sí á las diversiones y á las bromas, cuando..... Pero ¿de qué sirve contristaros ahora? Ya no hay que hacer más que rezar, escribirla y hacerla escribir, y sobre todo recomendarla á la Virgen de Lavasina. Confío en que esta soberana Señora sabrá volverla á traer á sus pies arrepentida y humillada. —

Dicho esto, se despidió de Mariana, y se fué al coro á recitar las oraciones que acostumbraba á rezar después del santo sacrificio. Mariana fué á referir á las primas de Luisa las últimas palabras del santo sacerdote, y todas las tuvieron como una profecía; de aquellas profecías, se entiende, que se creen tales por lo mucho que se desea su cumplimiento.

(Continuará.)

EL ILMO. Y RMO. SR. OBISPO DE TENERIFE

El Sr. D. Ramón Torrijos y Gómez, Prelado dignísimo de Tenerife, con cuyo retrato honramos hoy las columnas de La Ilustración Católica, es uno de esos Sacerdotes ejemplares que á fuerza de merecimientos y de laboriosidad alcanzan los primeros puestos en la Iglesia de Dios, más que como recompensa, como una carga que se confía á la robustez de sus hombros y á la enérgica fortaleza de su espíritu.

El 31 de Agosto de 1841 vió la luz el Sr. Torrijos en Cardenete, provincia de Cuenca, siendo sus padres D. Buenaventura y Doña Catalina, honrados labradores y propietarios de una modesta fortuna. No ha cumplido, pues, los cuarenta y nueve años todavía, y hace ya más de uno que tomó posesión del Obispado.

Mas no es de maravillar que tan pronto haya obtenido el honor del báculo episcopal, porque en toda su vida literaria demostró siempre que su inteligencia y su aplicación se adelantaban á los años.

Trece tenía cuando ganó por oposición *media beca* en el Seminario Conciliar de Cuenca, donde comenzó, con tan brillantes auspicios, su carrera, bien que, suprimida en los Seminarios la segunda enseñanza por el Gobierno de aquella época, pasó á continuar sus estudios al Instituto provincial, donde cursó dos años con notas de sobresaliente y obteniendo el premio en ambos mediante los ejercicios reglamentarios.

Volvió después al Seminario, y allí, terminada la segunda enseñanza con igual aprovechamiento, estudió siete años de Teología y dos de Derecho canónico, con nota de *meritísimus* siempre y con varios premios ganados en público certamen. Recibió los grados de Doctor en Sagrada Teología y Licenciado en Derecho canónico con la censura de *nemine discrepante* en el Seminario Central de Valencia.

Vacante el Curato de Cardenete, hizo oposición y lo ganó en propiedad, teniendo la dicha de ser Párroco de su propio pueblo desde el año 66 al 73 con gran regocijo de sus paisanos, á quienes consagró todo el cariño de su hermoso y nobilísimo corazón.

Pero ¡la luz no puede estar mucho tiempo debajo del celemín, sino en lo alto del candelero, y bien pronto el Emmo Cardenal Payá, entonces Obispo de Cuenca, le llamó para que explicase en el Seminario la cátedra de Disciplina eclesiástica y fuese director espiritual de los jóvenes levitas que allí concurrían.

Por mucho que estas distinciones le halagasen, el amor que profesaba á sus feligreses y el que ellos le tenían hizo que la separación fuese realmente dolorosa para el Pastor y las ovejas.

Pero el deber y la obediencia son primero que los afectos del alma, y el Sr. Torrijos fué á encargarse de la cátedra y de la dirección espiritual del Seminario, mereciendo poco tiempo después que el Prelado le agraciase con un beneficio canónico, cuya provisión le correspondía, en aquella Santa Iglesia Catedral.

Era esto el año 1875, y al siguiente fué ya elegido Canónigo Lectoral de la misma Santa Iglesia, plaza vacante por promoción del Sr. Valero, maestro del Sr. Torrijos, á la Sede de Túy. Mas no sólo sucedió al Sr. Valero en la prebenda de Lectoral, sino también en el Rectorado del Seminario, á cuyos cargos añadió luego el de Provisor y Vicario general de la Diócesis, por nombramiento del actual Obispo de Cuenca, Sr. Valero, y hallándose desempeñando

todos ellos fué presentado en Mayo de 1887 para la Silla de Tenerife y preconizado en Noviembre del mismo año.

Verificóse su consagración el 19 de Agosto de 1888 en la Catedral de Cuenca, celebrándose tan fausto acontecimiento con extraordinarias muestras de regocijo por parte de las clases todas de la ciudad, entre las cuales disfrutaba de grandes simpatías el nuevo Obispo. Pero no solamente allí, sino en toda la provincia se recibió la elevación del señor Torrijos al Episcopado como un suceso felicísimo de familia, y por esta razón acudieron á la capital multitud de personas de distintos puntos de la provincia, siendo pequeño el majestuoso templo de la Catedral para contener tan numerosa concurrencia.

El Ayuntamiento de la ciudad, asociándose al gozo general, declaró al Sr. Torrijos hijo adoptivo de Cuenca en sesión extraordinaria de 14 de Agosto de 1888.

Fué consagrante del nuevo Prelado su maestro el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan María Valero, actual Obispo de aquella Diócesis, y asistentes los Excelentísimos Sres. Prelados de Madrid-Alcalá y de Ciudad Real. Tomó posesión del Obispado por poderes en Octubre del mismo año, y el 5 del siguiente Diciembre hizo su entrada solemne en la Diócesis que la divina Providencia confiaba á su apostólico celo.

Grandes esperanzas cifraban sus diocesanos en el saber, la virtud y la actividad de su nuevo Pastor; pero quizá han sido superados en el tiempo que lleva al frente de aquella grey. Su primera pastoral produjo excelente efecto, porque en ella demostraba el Sr. Torrijos que á su ilustración y prudencia unía el corazón más bondadoso y más noble que sus subordinados podían desear.

No tardó mucho en manifestarse que el nuevo Obispo era amado, comprendido y obedecido por sus diocesanos. En efecto; mediante una elocuentísima pastoral, los excitó á todos á la solemne coronación canónica de la Virgen de la Candelaria, patrona de las islas, y con tal entusiasmo respondieron aquellos fieles cristianos al llamamiento de su Pastor, que concurrieron cerca de 30.000 personas al acto solemnísimo de la coronación, produciendo uno de esos espectáculos que dejan huellas indelebles en la memoria y en el corazón de cuantos los presencian.

El Sr. Torrijos ha visitado toda su Diócesis, con gran fruto, y eso que es por extremo penoso y difícil recorrer las cuatro islas de Tenerife, Palma, Gomera y Hierro, de que el Obispado se compone. Pero alegre, cariñoso y sonriente como un niño, el Sr. Torrijos cumple los más ásperos deberes sin perder un solo momento aquellas notas distintivas de su carácter. Apóstol y Padre es incansable en el trabajo y más incansable todavía en su bondad.

Con motivo de la Encíclica de Su Santidad *Sapientiae Christianae*, escribió una bellísima pastoral ampliando brillantemente varios puntos principales del augusto documento pontificio, aunque por fortuna los católicos de Tenerife, unidos incondicionalmente á su Pastor, no necesitaban de excitaciones á la paz y á la concordia como los de la Península.

Hoy el Ilmo. Sr. Torrijos, cumpliendo con otra clase de deberes, se encuentra al lado de su octogenario Padre en su pueblo natal de Cardenete, endulzando con su presencia y su acendrado cariño filial los últimos años de aquel anciano á quien Dios ha concedido la incomparable dicha de ver á su amadísimo hijo revestido con las moradas insignias del Apóstol, y rodeado del respeto y el amor de millares de almas que le tienen por Padre y Maestro.

¡Quiera nuestro Señor conceder á entrambos, al anciano venerable y al Pastor ilustre, largos días de recíproca ventura, como prenda de otra mayor que seguramente les está reservada en el mundo sin fin de los elegidos de Dios!

V. G.

¡A SAN IGNACIO, Á SAN IGNACIO!

III

Pero la fiesta mayor, más popular y entusiasta, celebróse el día 1.º de Agosto en el Colegio de San Ignacio. Ocupa este soberbio edificio la entrada viniendo por Azcoitia, y parte más alta del valle de Loyola, y se comprende, porque allí estuvo la casa solariega y castillo del noble linaje de los Loyolas. Está en la orilla derecha del río y se destaca majestuoso sobre el fondo de verdura y follaje que por todas partes le rodea, dominando el valle todo y como derramando sobre sus cristianos habitantes bendiciones á manos llenas. Presenta la fachada, en forma de cuadrilongo, con tres pisos y 11 huecos en cada lado, es decir, 22 ventanas por piso, prescindiendo del cuerpo central, una serie de líneas rectas, plomizas y severas, que dan al conjunto aspecto de convento ú hospicio; pero la iglesia, que ocupa el centro y se destaca avanzando grandioso pórtico ó nantex semicircular, con tres anchurosas y artísticas escalinatas, de frente una, con la estatua en mármol blanco del fundador de la Compañía sobre alto pedestal, que surge en medio de la gradería, y dos laterales, adornadas las tres con ricas balaustradas de piedra, y la atrevida cúpula, con su cimborrio ó linterna de cristales, su veleta y pararrayos, que se levantan, dominándolo todo, como en busca de las nubes, dan al edificio aires de monumento arquitectónico de primer orden. Al desembocar en la pradera, que precede al Colegio, viniendo de Azpeitia, por el cómodo y pulcro camino de la derecha del torrente, se cree uno transportado de súbito á la plaza de San Pedro en Roma y hasta llega á imaginarse el viajero que aquella cúpula es la celebérrima de Miguel Angel.

La casa natalicia de San Ignacio está entre la iglesia y el ala izquierda del edificio, contemplándole de frente, protegida y oculta por la fachada general; pero el verdadero frontispicio de la casa se conserva intacto como en tiempo del Santo fundador, y se compone la parte inferior de piedra y la superior de ladrillo, notándose aun una aspillera del antiguo castillo y las armas de los Loyolas, esculpidas en piedra sobre la puerta de entrada. El Colegio fué fundado por Doña Mariana de Austria, madre de Carlos II, y poco á poco ha continuado la obra adelantando y enriqueciéndose cada día, hasta darla recientemente por terminada, después de una interrupción de cien años. Por lo visto, para la construcción del ala derecha, que ha quedado exactamente igual á la de la izquierda, cedió solares la casa de Alcañices, con la condición de que se le reservase terreno para construir una habitación con tribuna á la iglesia, derecho que hoy pertenece al Duque de Granada, y que puede utilizar cuando guste, pues en las obras nuevas se le ha reservado el solar convenido. La iglesia, de riqueza incalculable, sobre todo el altar mayor y la cúpula, es circular y se compone de ocho arcos elegantísimos, sobre los cuales se yergue la atrevida cúpula, dividida también en ocho compartimientos, con ricos escudos en mármol de los ocho antiguos reinos de España, y de una especie de claustro circular entre las pilastras de los arcos y las paredes maestras, donde están las doradas tribunas, las capillas y los altares. A derecha é izquierda del mayor, en las pilastras exteriores, lucen dos ricos púlpitos, surmontados de grandes y artísticos tornavoces, y en las pilastras interiores pueden leerse, sobre mármol blanco con tinta roja, las dos inscripciones que siguen:

En el lado del Evangelio:

ANNO. CHRISTIANO. M.DCCC. LXXXVIII
III. KALENDAS. AVGVSTI
BENEDICTVS. SANZ. ET. FORÉS
ARCHIEPISCOPVS. VALLISOLETANVS
ADSTANTIBVS. CORAM. EPISCOPIS
VICTORIENSI. CALAGVRRITANO. PAMPILONENSI
ET. TIT. PHILIPOLITANO
NOMINE. PONTIFICIS. MAXIMI. CIVITATENSI
HOC. TEMPLUM. CUM. ARA. MAXIMA
HONORI. ET. NOMINI
IGNATII. DE. LOYOLA
SOLEMNIBVS. CAEREMONIS. CONSECRAVIT
EIVSQUE. DEDICATIONEM
PRIDIE. ILLIVS. DIEI. PERPETVO. RECOLENDAM
INDIXIT
QUOD. BENE. FELICITER. VERTAT
AD. MAIOREM. DEI. GLORIAM [1].

La del lado de la Epístola empieza con el monograma IHS y, prescindiendo de la distribución artística en las líneas, dice así: «Á la mayor gloria de Dios y honor de sus Santos, el Excmo., Ilmo. y Reverendísimo Sr. Dr. D. Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Valladolid, estando presentes los Ilmos. y Rmos. Sres. Obispos de Vitoria, Calahorra, Pamplona y el titular de Filipópolis, Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo, consagró solemnemente esta iglesia y el altar mayor el 30 de Julio de 1888; el siguiente día los altares de San Pedro Claver y San Alonso Rodríguez y los cuatro restantes el 28 de Julio de 1889; fijando, al consagrar la iglesia, el 29 de Julio para celebrar perpetuamente el aniversario de su dedicación.»

En tan hermoso templo, profusa y elegantemente iluminado, tuvo, pues, lugar el viernes la fiesta, que á grandes rasgos paso á describir. Desde muy temprano y con un día espléndido comenzaron á afluir carruajes y peatones de toda clase al santuario de Loyola. Azpeitia entera, al compás regocijado de las campanas, tocadas á bando, dulzainas, tamboriles y música, se puso en marcha procesionalmente hacia las ocho de la mañana. Por el camino de la orilla derecha del río subió la procesión al santuario, rompiendo la marcha ocho valiosos pendones de seda, oro y plata, bordados sobre fondos de raso blanco y terciopelo carmesí, con las efigies de los Sagrados Corazones de Jesús y María, San Ignacio, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kosca, San José, San Francisco de Asís y otras que no recuerdo, acompañados por sus respectivos cofrades, medalla ó escapulario al cuello. En tres andas llevaban también los tres más grandes Santos de la Compañía, á saber: San Estanislao, patrón de los novicios; San Luis, patrón de los estudiantes, y el fundador San Ignacio, vestido como para celebrar, con preciosas alba y casulla. Venían después tres monaguillos, caprichosa y elegantemente vestidos con sotanas, sobrepellices y bonetes azules, con borlas blancas y rizados roquetes, llevando entre candelabros la cruz parroquial; á continuación todo el clero de Azpeitia, presidido por su Cura Arcipreste; luego el Ayuntamiento, presidido por el Alcalde, con sombrero apuntado, y por último turbamulta de devotas mujeres. Lentamente recorrieron de esta manera los 1.500 metros aproximadamente que dista Azpeitia de Loyola, y al desembocar en la explanada que precede al Santuario presentóse á nuestros ojos un espectáculo que debió regocijar á los ángeles y á los hombres. La Comunidad del Colegio, compuesta de más de 120 jesuítas, entre novicios, estudiantes y Padres, todos con roquetes blancos, las manos juntas y los ojos bajos, esperaba á pie firme á la pro-

[1] Todo con mayúsculas.

cesión, tendida, formando dos filas edificantes, por la gran escalinata central, desde la puerta de la iglesia hasta la explanada. La muchedumbre apiñábase á derecha é izquierda de la procesión, para verla desfilar, y cuando antes de entrar en el templo volvieron hacia Azpeitia la imagen de San Ignacio como para bendecirla ó despedirse de su villa natal, más de una lágrima titilaba en los piadosos ojos y más de un latido hubiera podido oírse aproximándose á los emocionados pechos.

Como el día anterior, ofició de pontifical el ilustrísimo Piérola, cantándose Tercia y la Misa á toda orquesta y con acompañamiento del nuevo y magnífico órgano y de excelentes voces. Predicó el Prelado consagrante del templo, actual Arzobispo de Sevilla, D. Benito Sanz y Forés, desarrollando pausada y elocuentemente, en un discurso de más de una hora, el siguiente pensamiento: «Dios crió, formó é hizo á San Ignacio para instrumento de su perpetua gloria y á fin de que en los corazones de sus hijos nazca el deseo de imitarle.» El sucesor de San Isidoro tuvo habilidad, argumentos, textos de la Escritura, rasgos patéticos y hasta figuras poéticas para entretejer los hechos culminantes de la vida de San Ignacio con la proposición de su discurso, logrando convencernos de que el hombre que vive según naturaleza, por honrado que sea, busca y no puede menos de buscar provecho para sí propio, honra para su linaje y gloria para su patria; pero el hombre que vive según la gracia, en la grandeza de la propia humildad, penitencia y amor divino, busca siempre la gloria de Dios, y tomando á Cristo Jesús por modelo, como hizo San Ignacio, á Él encamina todos sus pensamientos, palabras y acciones. Pero la gracia no destruye la naturaleza; por eso Ignacio de Loyola, espíritu guerrero, militar de profesión, al instituir la Compañía la armó para las batallas del Señor y le dió para su estandarte el glorioso lema *Ad majorem Dei gloriam*. Imitando á su Padre, copiando sus virtudes, los hijos de Loyola y los hombres todos no pueden menos de dar gloria á Dios, entretejiendo para sí mismos una corona de gloria. El Sr. Arzobispo terminó su bien pensado sermón, dirigiéndose á San Ignacio y pidiéndole una bendición para su patria, para sus hijos, para el celebrante, para el orador y para los concurrentes todos.

Durante el ofertorio, se cantó un himno en vascuence, al parecer entusiasta y guerrero, que no entendí, pero que el pueblo azpeitiano debe saber de memoria, porque acompañaba *sotto voce* al coro.

Sirvió el pontifical, oficiando de Diácono, el austero y dulcísimo á la vez Rector de la Casa, Reverendo P. Eduardo Gallo; y presidió á la Comunidad de Jesuítas, que en número de 114 individuos, todos de roquete rizado, ocupaban en aquel instante el centro de la iglesia el muy Rdo. P. Provincial de los Franciscanos, procedente del convento de Zarauz. Aprovecho la oportunidad para advertir que no resultó cierta la noticia de los periódicos referente al Cardenal González. Según mis noticias, se encuentra en el convento de Dominicos de Vergara, en donde oficiará de pontifical el día 4, festividad del Santo.

En cambio, y procedente de Alzola, estuvo en el Colegio de San Ignacio, aunque no pasó de la sala de visitas, el Sr. Sagasta; fué á visitar á su amigo el antiguo director de la revista titulada *La Sociedad*, y conocido alto funcionario Sr. Perier, hoy novicio de la Compañía de Jesús. Cantará Misa en breve el Sr. Perier, y quizá sus oraciones desciendan desde el cielo, transformadas en lluvia de gracia santificante, sobre el corazón del Gran Oriente y ex-presidente del Consejo Sr. Sagasta. ¡Dios lo haga! Otro día escribiré cuatro líneas sobre la santa casa de Loyola.

IV

Las dos alas de edificios que componen el Colegio de San Ignacio de Loyola nada revelan exteriormente de su contenido interior, todo él de piedra, pues hasta los techos de los pisos son abovedados, con claustros anchos, altos y largos; patios interiores convertidos en jardines; escaleras de doble tramada, más que regias, sobre todo la del ala izquierda, que termina con cuatro hermosos pedestales, sobre los cuales lucen otras tantas estatuas en mármol, negro dos de ellas y blanco las otras dos, de San Ignacio, San Francisco de Borja, San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kosca; biblioteca y comedor en salones inmensos; cátedras y bibliotecas particulares y á mano para el servicio de aquéllas; elegante capilla privada con un relicario precioso; celdas numerosas; excelentes cocinas; fuentes abundantes y una huerta admirablemente cultivada, de 15 ó 20 fanegas de sembradura, con sus correspondientes paseos y cementerio. La verdad es, que el que cruza por vez primera tan modestos umbrales no espera encontrarse con tanta anchura, limpieza, comodidad severa, orden premeditado y hasta magnificencia dentro.

Pero el centro de atracción del Colegio de Loyola radica en la santa casa del fundador de la Compañía. Supongo que nació en ella San Ignacio, puesto que fué bautizado en Azpeitia; pero es indudable que en ella vivió, que á ella se refugió después de haber sido herido en el sitio de Pamplona, y que entre sus muros, durante la curación de su herida, recibió las inspiraciones de la gracia, á cuyo amoroso llamamiento no se hizo tardo ni sordo. La santa casa se compone de dos pisos, pues la planta baja, que estaría indudablemente dedicada á cuadras y usos agrícolas, no se expone á la veneración pública. En el principal, donde según indicios recientemente descubiertos debieron estar las cocinas, se encuentran actualmente una antesala con seis confesonarios corridos, formando como una sillería alta de coro, y dos oratorios, consagrados, si la memoria no me es infiel, el uno á San Francisco de Borja y el otro á la beata Mariana de Jesús, del Ecuador, santa mujer tan amante de los jesuítas, que vistió en vida su hábito, con pequeñas modificaciones apropiadas á su sexo. El que fué oratorio de la casa de los Loyolas, cuyo altar contiene un grupo de talla, representando á María Santísima de los Dolores, con el cuerpo sacratísimo de su divino Hijo en los brazos y rodeada de las otras Marías, de San Juan, José de Arimatea y Nicodemus, es uno de los lugares más venerandos de la casa; no recuerdo ahora si está en el primero ó en el segundo piso. Un gabinete particular del Santo y la santa capilla con otra habitación lateral y contigua, que hoy sirve de sacristía, ocupan el piso segundo. Debajo del altar de la santa capilla, en una urna, está la imagen de San Ignacio, vestido con el traje militar de su época, la pierna enferma encogida y un libro en la mano. Sabido es que, para distraerse y conllevar las impertinencias de convalecencia larga, pidió un libro de caballería, únicas novelas que entonces se usaban; lleváronle la Vida de los Santos, y de aquel pobre libro quiso valerse el Señor para convertir al soldado en Santo y dotar al mundo de esa Compañía heroica, que batalla sin cesar por el triunfo de la verdad católica y de la Iglesia. Caballería ligera del Catolicismo, como la llama no sé quién, ante cuyo uniforme, de burdo paño negro, y ante cuyas armas, reducidas á las lanzas de la cruz y al sable de la divina palabra, punzante, tajante y contundente, hay que descubrirse, como se descubren los verdaderos patriotas ante los veteranos aguerridos y llenos de cicatrices, recibidas en el campo del honor.

La santa capilla está siempre iluminada y llena de devotos que de todas partes del mundo acuden á venerar aquel lugar. Cuatro vidrieras, bien pintadas, representan las principales escenas de la vida del Santo Patriarca, y en su techo, bastante bajo, brilla rico artesonado dorado, en cuyos frisos y centros pueden admirarse varios pequeños lienzos de no despreciable pincel.

Pero los recuerdos más venerandos y auténticos que contiene el Santuario de Loyola son: un dedo de San Ignacio, unos pedacitos de la faja con que ceñía su sotana, el altar de su oratorio particular y un dosel de seda, que se supone sirvió de colgadura en la cama del celebérrimo herido de Pamplona.

Siento no haber podido ser más minucioso y exacto en estas ligeras descripciones y apuntes históricos, porque no he podido adquirir monografía alguna del Santuario, quizás por no haberse publicado ó puesto á la venta pública, ni tampoco he podido consultar otro libro alguno. Al despedirme el Reverendo P. Eduardo Gallo, jefe de aquella santa casa, me regaló una hermosa medalla en bronce, primorosamente cincelada y acuñada, que tiene en el anverso el busto de *San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, con la leyenda anterior en torno, y en el reverso la vista del Santuario, con sus detalles más minuciosos con un sol encima, dentro de cuyo disco campea el monograma IHS, en medio del letrero ó lema *Ad majorem Dei gloriam*, y debajo de la cual se lee: *Colegio de San Ignacio de Loyola*. Aprovecho la ocasión para darle las gracias y quiera Dios que estas mal pergeñadas líneas aumenten la devoción á la Compañía de Jesús y estimulen á mis leyentes amigos para que desde el fondo de sus corazones se levante una voz que oportunamente les grite: ¡Á San Ignacio, á San Ignacio!

M. POLO Y PEYROLÓN.

SAN PABLO EN ATENAS

Ha sido éste uno de los cuadros que más justamente llamaron la atención de las personas inteligentes durante esta última Exposición Nacional de Bellas Artes, debido al pincel del notable artista D. Francisco Laporta.

Hablando de este distinguido pintor y de su cuadro, ha dicho no ha mucho un escritor:

«Dada la creciente influencia que las obras de género van teniendo entre nuestros artistas, seguramente por seguir las corrientes del gusto moderno, más frívolo que razonador, el solo acometer la empresa ardua y difícil de un cuadro de historia profana ó religiosa supone más de lo que algunos se figuran.

»Por eso merece todo género de aplausos quien, como el Sr. Laporta, siguiendo la costumbre clásica de llevar á los certámenes nacionales los productos, más que de los caprichos de la vida moderna, del estudio profundo y meditado, se presenta con un lienzo de gran tamaño, de composición complicada, de colorido brillante y de tendencia y sabor como hoy se acostumbra poco.»

Realmente el cuadro, del que hoy ofrecemos á nuestros lectores una magnífica reproducción, es uno de esos lienzos que están llamados á vivir largo tiempo en la memoria de los amantes del arte pictórico. El asunto es muy simpático por referirse á aquella brillantísima época del Apostolado en que se difundió por el mundo, alumbrando las tinieblas del paganismo, la santa doctrina del Crucificado.

Muchos son los artistas que se han inspirado en la colosal figura de San Pablo, y no hay Museo donde no se encuentren reproducidas en cuadros monumentales escenas de la vida del gran Apóstol, que de enemigo de los cristianos, por efecto de la divina gracia, llegó á ser uno de las más grandes Santos de nuestra Iglesia.

El cuadro del Sr. Laporta nos lo presenta predicando en la plaza pública de Atenas ante una turba-multa de sofistas y mujeres del pueblo que le escuchan con admiración y con recelo.

SAN PABLO EN ATENAS.

La figura del Apóstol destaca airosa y severa entre la multitud, colocada sobre una gran escalinata y en medio de magníficos templos y esbeltos obeliscos de la más bella época del florecimiento del arte griego.

La composición es verdaderamente grandiosa; la escena resulta llena de ambiente y de luz; las figuras pintadas con notable soltura y maestría, y el cuadro, en suma, una obra que honra al arte patrio.

El Sr. Laporta, que es de los pocos pintores que se dedican á esta clase de asuntos y que cultivan casi exclusivamente el arte cristiano, nos ha dado una vigorosa prueba de su valer en este lienzo, que figurará en el templo que las Hermanitas de los Pobres tienen en Alcoy.

Hace pocos días ha dado también fin en aquella industriosa ciudad, de la cual es hijo el Sr. Laporta, á la pintura de la magnífica cúpula de la Parroquia de Santa María, donde, después de tres años de constante trabajo y de continua lucha con las múltiples dificultades que estas grandes composiciones ofrecen, ha dejado una obra digna de su pincel, de la que, á ser posible, prometemos dar á conocer algo á nuestros lectores con la reproducción de algún fragmento.

Reciba por todo ello el Sr. Laporta nuestra más cordial enhorabuena y siga cultivando con tanto provecho y con tan nobles fines el arte nacional.

ALBUM DE POESÍAS

Á MARÍA SANTÍSIMA

EN SU GLORIOSA ASUNCIÓN Á LOS CIELOS

¿Á dónde vas, madre mía;
Por qué en medio de esas nubes
Hoy á los cielos te subes
Entre celeste armonía?
¿No veś tú que esta sombría
Mansión de tristes dolores
Será, sin los resplandores
De tu rostro celestial,
Antro oscuro donde el mal
Reinará, y no tus amores?

—

Detén, paloma, tu vuelo;
Permíteme que de hinojos
Te contemplen aun mis ojos
Flotando en el claro cielo.
¿Tú no ves, dulce consuelo,
Lo afligidos que nos dejas,
No llegan á ti las quejas
De nuestro fiel corazón
Que así á la eterna región
Rápidamente te alejas?

—

¡Ay, cuán triste va á quedar
Este valle con tu ausencia!
Sin tu divina presencia,
¿Quién podrá en él habitar,
Si de la aurora el brillar,
Y el suspiro de la brisa,
Y la luz dulce é indecisa
De la luna, placentera,
No son ni sombra siquiera
De tu celeste sonrisa?

—

Detente, madre adorada,
Que espere un instante el cielo
Y goce en ese aun el suelo
El calor de tu mirada.
Una lágrima preciada
Por el ala de un querube
Resbala, en la que te sube
Nube celeste é inmortal,
Virgen pura y celestial,
¿Á dónde caerá esa nube?

—

Ya llegaste á la región
Do todo es gloria y ventura,
Y tu celeste hermosura
Llena la eternal Sión.
Nuestro amante corazón
No te ve, Virgen divina,
Pero doquier te adivina,
En el mar, el monte, el prado,
En el bosque perfumado
Y en la fuente cristalina.

—

Desde la celeste altura
En donde eres coronada
Por la Trinidad sagrada
Reina de toda criatura,
No olvides, vida y dulzura,
A los tristes hijos de Eva,
Y si en sus alas te lleva
Un suspiro, una oración,
Óyela con afición
Y en goce el pesar renueva.

ENRIQUE GARCÍA BRAVO.

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, CUADRO DEL TICIANO.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDÓN

(Continuación.)

FEDERICO, que buscaba el momento deseado de hablar á Gertrudis, la llegó á encontrar un día sola en el salón. Monsieur y Mme. Delaborde habían ido á ver á su nuera Hortensia, cuya salud inspiraba algún cuidado, y estuvieron fuera algún tiempo. Gertrudis cosía, y su rosario, colocado sobre la mesa, daba á entender que había interrumpido sus oraciones por el trabajo. Tembló al ver á Federico á su lado é hizo un movimiento para levantarse.

— Quédate, quédate, Gertrudis — la dijo; — tengo precisión de hablarte. ¡Hace tanto tiempo que no he podido hablar contigo!

— ¡Pues no nos vemos todos los días! — dijo, haciendo un esfuerzo para reirse; — ya puedes hablarme en la mesa, en el escritorio, y por la noche cuando estamos en familia.

— No, no te puedo hablar; lo que tengo que decirte es solo para nosotros dos, Gertrudis.....

— Dilo, pues, primo.

— ¿No me llamabas ántes Federico?

— Dilo, pues, Federico.

— ¿No es cierto que desde la niñez no nos hemos separado, nos conocemos bien y nos amamos?

Esta última palabra la dijo con timidez y Gertrudis se sonrojó.

— Es cierto que te amo como á un hermano: eres el de Valeria.

— ¡No es eso lo que yo quiero decir! Yo te amo, Gertrudis, bastante para no querer existir sin tí: Valeria, á quien quieres tanto, te ha entregado á mí en su corazón: bien sabía ella que aquí era el solo que te apreciara en su justo valor, y si viviera, de seguro te diría: «Sé la mujer de Federico, y serás dichosa y amada.» ¿No me crees? Bien sabes que soy sincero, bien lo sabes, no lo puedes disimular, y también puedes conocer que te quiero muy de veras. Y tú, Gertrudis, ¿no me quieres lo bastante para tener confianza en mí? Respóndeme.

Gertrudis estaba muy turbada: estas palabras habían hecho eco en su alma, y oía la voz insidiosa de la pasión, que le decía: «¡Pon la mano en la de Federico, y el porvenir es tuyo! Obedece al que te ama.....»

Pero se venció, y con una voz temblorosa dijo á su primo:

— Federico, tu padre quiere casarte, pero no soy yo la elegida para ser tu mujer.

— Yo no quiero otra que tú. Es cosa mía, puramente mía, y yo soy solo juez de lo que me conviene. Conozco los proyectos de mi padre; pero jamás, aunque no existieras, Gertrudis, seré el marido de esa orgullosa Anais, envanecida con sus peluconas. Esto es lo cierto, te doy mi palabra de honor, y la lucha en cualquier caso se entablará entre mi padre y yo..... Solamente, que si tú consientes en ser mi mujer, seré más fuerte, más sufrido, más respetuoso, y mis padres saldrán con ello ganancioso..... contigo sería bueno; sin tí.....

— ¡Ay, querido primo! Yo no te hago falta para nada.

— Para más de lo que piensas. Si tienes confianza en mí, trabajaré y adquiriré nombradía; todo me parecerá poco para darte una vida brillante y dichosa; nada me parecerá penoso, porque tú estarás conmigo..... Si me abandonas, se apoderará de mí la melancolía, el abatimiento, ya lo verás. ¡Pero no, Gertrudis, no me abandonarás, á mí que tanto te amo!

— ¡Es imposible! — dijo con energía; — no, Federico, tus padres no te perdonarían la desobediencia, ni á mí la complicidad. ¡Dios me libre de llevarte por ese camino, querido primo, hermano mío! Camino de miseria, de desunión, de remordimientos..... Siempre seré tu amiga, nunca tu mujer.

— Eres cruel, Gertrudis, sólo miras lo que tú llamas tu deber y tus escrúpulos.

— Esa es la verdad — respondió; — pero, ¡bien sentirías nuestra unión cuando ya fuera indisoluble, y echarías de menos la amistad de tu familia, las comodidades y todos los bienes que hubieras sacrificado por mí!

— ¡No me conoces! ¡No sabes que de corazón te amo.....!

Ella le interrumpió.

— Federico, no debo escucharte. No pienses más en proyectos irrealizables; tu padre ha escogido.....

No pudo acabar; pero por un esfuerzo supremo contuvo sus lágrimas y salió del cuarto dejando al joven agitado y triste. Cuando se encontró sola por la noche en su habitación, sin temor de miradas curiosas, lloró, oró; volvió á leer el cuaderno de Valeria, y se dijo más de una vez con lágrimas de pesar y de amargura: — ¡Nunca me casaré.....! ¡Pobre Federico! — No pudo dormir aquella noche; su imaginación iba siempre hacia su primo: se lo figuraba despreciado, atormentado, vacilando acaso entre ella y Anais; entonces le faltaban las fuerzas, y el llanto inundaba su almohada; llamaba á Dios en su ayuda, rogaba, invocaba la fuerza de lo alto para sostener su fragilidad, y el consuelo del cielo para dulcificar sus penas. — ¡Dios mío! — decía en medio de sus lágrimas, — ¡no me abandonéis! ¡Virgen santa, madre mía, rogad por mí! ¡Valeria, mírame, hermana mía, amiga del alma, no permitas que sucumba y falte á mi deber! ¡No puedo nada por mí! ¡Fortificadme, Señor!

El siguiente día y todos los sucesivos no fueron menos agitados. Federico buscaba todos los medios de hablar á su prima, y la pobre Gertrudis, pisoteando su corazón, empleaba toda su diplomacia para evitar su encuentro; no la pudo dirigir ni una sola palabra; tan cruel fué contra él y contra sí misma; en vista de esto, resolvió escribirla. Gertrudis encontró la carta en su costurero, escondida entre unos bordados, y con un movimiento brusco la cogió, la arrolló y la echó al fuego á la vista de Federico. Mme. Delaborde y Enriqueta, que trabajaban cerca de la mesa, no se apercibieron de nada. El joven la echó una mirada iracunda, y al pasar á su lado murmuró:

— ¡Llegarás á irritarme, Gertrudis!

Aquella misma noche tuvo ocasión de dirigirle también otra palabra.

— Hablaré á mi padre, Gertrudis; le diré que no me casaré con otra que tú, y que no quiero á la señorita Anais.

— Federico — respondió ella echando una mirada de angustia; — ¿quieres quitarme la estimación de tus padres y arrojarme de esta casa?

— ¡Dime una palabra de esperanza!

— No puedo.

Mme. Delaborde vino hacia ellos, y les dijo con sonrisa:

— ¿De qué habláis con tanta seriedad?

— De mi porvenir, madre querida — respondió Federico con atrevimiento; — y Gertrudis me daba muy buenos consejos.

— ¡Buena necesidad tienes de ellos, pícaro!

— Pregunte usted á Gertrudis si no asisto ahora asiduamente al escritorio.

Gertrudis no respondió nada; sufría y reflexionaba. — Es preciso que me vaya, al menos por algún tiempo, — se dijo á sí misma.

Al siguiente día pidió permiso á Mme. Delaborde para ir á casa de la señorita Ivona Ivonet, con la cual no había cesado de tener correspondencia amistosa, y la cual varias veces la había invitado á que fuera á verla. M. Delaborde dudó un poco, se lo consultó á su mujer, y se decidió que tuviera lugar el viaje, y que Gertrudis iría acompañada por una señora que iba á V.....

CAPÍTULO X

LA MARCHA Y LA VUELTA

Gertrudis sentía una viva emoción, mezcla de alegría y de tristeza, al volver á su pueblo natal, aquel pobre pueblecillo en que había vivido ignorando las penas de la vida, entre su padre y su madre, que hacía ya tanto tiempo no existían; y cuando el carruaje entró en aquellas calles tan familiares para ella; cuando atravesó el juego de bolos; cuando pasó por delante de la antigua iglesia, experimentó la joven ese sentimiento singular, conocido por todos los que han viajado lejos del pueblo querido, que para ellos era una patria dentro de otra patria. Se admiró al ver que todo para ella tenía un aspecto distinto del que recordaba su memoria. Todo le parecía pequeño y reducido: aquel juego de bolos, tan vasto para sus pasos infantiles, ya no era sino una estrecha y corta alameda; la iglesia, que le parecía elevada y grandiosa como una basílica, veía que era tan sólo una humilde capilla, restos de un antiguo convento. ¡Gertrudis había visto la inmensa nave de Nuestra Señora de Amiens! Las calles le parecían tortuosas y estrechas; las tiendas, que eran antes su admiración, le recordaban con aquellos tejadillos sobre las puertas y sus pequeñas vidrieras, las del tiempo de nuestros padres; y no obstante, Gertrudis volvía á ver con alegría aquella apartada aldea; y cuando descubrió desde lejos el colegio de la señorita Ivonet, siempre el mismo, se le saltaron las lágrimas, y un tropel de recuerdos tristes y alegres lucharon en su corazón.

La señorita Ivona la esperaba, y la recibió en sus brazos con una alegría conmovedora:

— ¡Hija querida! ¿con que no has olvidado á tu vieja maestra? ¡Cómo has cambiado y crecido! ¡No te hubiera conocido, Gertrudis! ¿Y tú, reconoces la casa?

— Nada ha cambiado, ni usted tampoco. ¡Qué feliz me encuentro aquí!

Entraron en la sala de visitas, siempre la misma, con los mismos dibujos de cabezas, los mismos mapas, los mismos paisajes que en otro tiempo adornaban las paredes; y también se oía el murmullo de las niñas que jugaban en el patio. En el primer momento le pareció á Gertrudis que nunca había dejado aquella apacible vivienda; pero el peso que llevaba en el corazón y el aspecto de sus enlutados vestidos le recordaron que había vivido y sufrido en otras partes.

La agradable dulzura de la señorita Ivona y su inteligente bondad atraían la confianza de todos, y Gertrudis tenía necesidad de desahogar sus pesares con un corazón amigo. La refirió todo cuanto la había pasado desde hacía diez años, y no ocultó el eco que habían hecho en su alma los sentimientos de Federico.

La señorita Ivona comprendió mejor que nadie las penas de Gertrudis, por haber sufrido en su juventud angustias análogas.

— Yo era muy pobre — decía, — para haberme casado con el que me amaba, y yo tenía familia, para la cual tenía que trabajar. Sus padres eran ricos, y no quisieron que yo..... y él me ha olvidado, y es dichoso.

— ¿Y usted?

— No le he olvidado, y pido al Señor todos los días por él y por sus hijos: sin embargo, pasados los primeros momentos, no me encuentro desgraciada. ¡El deber, el trabajo, y sobre todo, la Religión, son socorros tan poderosos! ¡Y después, pasa

todo tan á prisa, y llega tan pronto la recompensa de las cruces soportadas con valor! Te parecerá larga la vida, y sin embargo, pasan volando los días, las semanas y los meses; ¿no es verdad? ¡A mí me ha parecido tan corta la existencia, que, aunque tenga el pelo blanco, me parece que fué ayer cuando salí de la niñez; de tal modo ha huído el tiempo intermedio! ¿Merece, pues, la pena de angustiarse por tristezas tan pasajeras?

Gertrudis suspiró.

— Ya te consolarás — continuó su anciana amiga, — mientras que no te consolarías si vieras á Federico siendo tu marido, pobre, triste, y echando tal vez de menos á tu lado la existencia más dulce que por tí había sacrificado. Estas son penas, que una mujer de corazón no puede llevar con paciencia.

— ¡Y la ingratitud de que me hubiera hecho culpable con mi tío, conociendo sus proyectos como los conocía!

— Sí, Gertrudis, no podéis aceptar esta posición.

— Pero usted tenía padres á quien dedicarse y cuya felicidad ha sido la ocupación de vuestra vida; pero yo, siendo sola, ¿qué haré?

— Dios sabrá ocuparte. «*Trabajad fielmente* en la viña,» como dice la *Imitación*, y en el momento dado, El te consolará, te empleará y te recompensará. ¡Ah! ¡Qué libro este! Abrelo á la casualidad, y siempre, siempre, encontrarás las palabras que necesites.

— ¡Cuánto le gustaba á Valeria!

— ¡Cómo me hubiera alegrado conocer á esa amiga que tan fiel te ha sido!

— ¡Qué buena era y qué santa! Quién sabe; si ella hubiera vivido, todo se hubiera arreglado, puede ser.

— ¡Dios no lo ha querido, hija mía; y sus divinos designios son siempre para el bien de sus criaturas! Cuando estemos en el cielo, veremos desplegarse toda la trama de nuestra vida, nuestras penas, nuestras cruces, nuestros desengaños; ¡y qué sorpresa para nosotros! La dicha y la salvación habrán salido de estas asperezas, como la rosa sale de entre las espinas. Habrá pasado el primer tiempo y veremos cosas nuevas; la Sagrada Escritura lo dice.

— ¡Cuánto se hacen esperar! — dijo Gertrudis con tristeza; — y sin embargo, tiene usted razón: con las penas se acerca uno más á Dios; lo conozco, y lo quiero hacer.

— Entonces sí que triunfarás. *¡In hoc signo vinces!* — exclamó la señorita Ivona, cuyo espíritu, bien alimentado, era fecundo en citas.

Los pocos días que Gertrudis pasó en esta dulce compañía, en aquella casa tan recogida, fueron comparativamente dichosos, y varias veces se preguntó á sí misma si haría bien en colocar allí su tienda, y ayudar á su maestra en los cuidados de su colegio, sirviéndola en sus últimos años, y sucediéndola más tarde en la piadosa herencia de su trabajo y sus buenas obras. Pero una carta de Amiens la recordó deberes más apremiantes. Era carta de Enriqueta, y decía:

«AMIENS, 4 *de Mayo de* 18.....

»Querida prima: Te escribo en nombre de mis padres, que desean no prolongues más tu estancia en esa. Muchas cosas han ocurrido desde tu marcha, y como son tristes de contar, mamá me ha encargado que te dé cuenta de ellas en dos palabras. Federico se ha marchado de casa, y se encuentra en París, en donde piensa dedicarse á la pintura. Ha tenido con papá una escena desagradable, en que ha rechazado con una terquedad increíble todas las proposiciones que tendían á asegurar su porvenir: no quiere casarse con Anais, ni quiere ser el socio de Roberto; quiere ser libre y disponer de su suerte á su gusto. Papá le ha indicado que se marchara, y Federico, que no deseaba otra cosa, ha recogido sus trajes, sus pinceles y una buena cantidad que papá le ha dado por única vez, y nos ha abandonado. Yo bien preveía que el carácter voluntarioso de Federico le llevaría á alguna catástrofe. Mamá está muy triste.

»Otro motivo de angustia es que Hortensia ha dado á luz un niño tan débil como ella, y se encuentra muy grave. Los médicos pierden las esperanzas, y se dice que es una peritonitis aguda. ¿Qué hacer, si el pobre Roberto queda viudo con este pobre huérfano? Ya ves nuestra triste situación, y lo precisa que eres para que te hagas cargo de la casa. Mamá tiene necesidad de compañía, y tú bien conoces que no puedo dejar mi casa y mis hijos. Contamos, pues, contigo, y te agradeceríamos te dieres prisa.

»Mi marido te ofrece sus respetos. Los niños estan buenos. Adiós, querida prima. Tuya afectísima,

» *Enriqueta Charleval.*

»La señora con la cual fuiste á esa, debe volver el 6; puedes, pues, aprovechar su compañía.»

Esta carta, por fría y seca que fuese, conmovió el corazón de Gertrudis. Su sacrificio había sido, pues, inútil; pues Federico, reñido con sus padres, había dejado la casa paterna. No lo volvería á ver más, y no oiría hablar de su persona, sino para herirle y maltratarle.

—¡Valor! —le dijo su amiga; —¡valor, hija mía! ¿Quién sabe si algún día le tenderán la rama de oliva? Entre tanto, ahí tienes un deber positivo que Dios te ofrece: consolar á esos pobres padres, sostenerlos, educar tal vez á ese pobre huérfano.....

—Sustituir á Valeria, — interrumpió Gertrudis; — ¡pero cuán difícil me será!

—No hay buena intención perdida delante de Dios: El te ayudará y tendrá cuenta de tus esfuerzos y sufrimientos.

—Rogad por mí,—dijo Gertrudis abrazándola. — La dejo á usted; ¿y cuándo nos volveremos á ver?

A la mañana siguiente salió para Amiens, y llegó á la caída de la tarde.

CAPÍTULO XI

ROBERTO VIUDO

Así que Gertrudis bajó del carruaje, preguntó por M. y Mad. Delaborde.

—Están en casa del señorito Roberto, respondió el criado: la señorita está acabando.

—¿Podré ir allí, Fermín?

—Me parece que les daría usted mucho gusto, porque la señora está siempre diciendo, ¡ah, si estuviera aquí Gertrudis! Perdóneme usted, señorita, no hago más que repetir lo que dice la señora.

—Pues bien, Fermín, llévame allí; ardo en deseos de verlos.

La criada que abrió la puerta de la casa de Roberto, tenía los ojos enrojecidos y el aspecto azorado.

—Todos están arriba, — dijo echando á correr al momento.

Gertrudis no se atrevió á seguirla; entró en la habitación baja, en aquellos cuartos tan conocidos para ella, en que había visto á Hortensia en los primeros días de su matrimonio, tan joven y dichosa. Era ya la caída de la tarde de un día nebuloso y triste, y ya la sombra de la noche caía como un velo fúnebre sobre esta angustiada vivienda. Detrás de los árboles, aun medio cubiertos de hoja, la luna creciente se mostraba entre nubes, y un perro tendido debajo de las rejas aullaba como si el instinto le hubiese revelado la proximidad de la muerte. Todo estaba en silencio; los pasos y las agitaciones ya inútiles habían cesado, y Gertrudis dijo para sí:

—Tal vez aguarden el último aliento de la pobre Hortensia.....

Levantó su corazón á Dios, y permaneció en silencio, como si tuviera miedo de turbar por un movimiento la solemnidad de la hora. Un llanto de niño, que se oyó en la salita habitada de ordinario por la familia, interrumpió su oración. Gertrudis corrió hacia allí movida por ese quejido, tan poderoso para el corazón de una mujer, y por la idea de que al mismo tiempo de que el recién nacido lloraba, su madre se moría; descubrió, gracias á los últimos resplandores del crepúsculo, una mujer con traje de aldeana, sentada cerca de la chimenea, y que tenía sobre su falda un niño en pañales, que lloraba y agitaba en el aire sus débiles bracitos. Gertrudis le miró algún tiempo con profunda compasión: nunca había visto nada más delicado ni melancólico que aquella figurita, apenas bosquejada y ya sufriendo, y se imaginaba que agitaba sus manecitas como para retener á su madre en el momento de su marcha.

— ¡Qué pequeñito es, ama! — dijo al fin.

— ¡Señorita, si no tiene más que seis días! ¡pequeño! Todavía es grande para su edad.

— ¿Es niño?

— Sí, señorita; su pobre madre no lo verá cerr quinto.

— ¿Cree usted que se le puede criar?

— Sí, señorita, bien se aprovecha él.

Gertrudis seguía mirando á aquel pobre huérfano, y sentía en su alma una tierna compasión, mezclada de recuerdos sobre su propia suerte; ya sabía el vacío que deja una madre al salir de este mundo. El niño acababa de dormirse, arrullado por el canticio monótono del ama, cuando se abrió la puerta y entró Mad. Delaborde. En su fisonomía demudada iba impreso su dolor.

— Querida Gertrudis, acabo de saber que estás aquí; te doy gracias por la prisa que te has dado.

— ¿Y Hortensia, tía?

— ¡Ah! todo acabó; puso su mano sobre la de Roberto y..... ¿No te dije yo que había de seguir á Valeria?

— Verdad es que usted tenía ese presentimiento.

— Nada nos saldrá bien en adelante, ya lo verás. ¡Qué será de ese desgraciado Roberto, viudo á los veinticinco años, y ese pobre niño sin madre!

Se acercó al niño que seguía dormido, y le miró con ternura.

— Le tendremos algún tiempo en casa, — continuó, — y Roberto vendrá también hasta pasados los primeros días. ¿Querrías, Gertrudis, llevar al ama y al niño, y hacer preparar el cuarto azul para Roberto, y la habitación cerca á la mía para el niño? Haz que tengan fuego y preparen todo. Vete, querimía, y pronto nos reuniremos.

Gertrudis obedeció, y así que llegó á la casa, entró de nuevo en sus habituales ocupaciones; pero por saludable actividad que desplegase, la tristeza no dejaba de agitar sus negras alas sobre su frente; la ausencia de Federico, y las nuevas desgracias de sus padres, pasaban á la vez sobre su alma, y la sumergían en esa melancolía en que, salvo breves instantes, había vivido desde su infancia.

La tristeza verdadera de Roberto tenía, sin embargo, un carácter muy particular: no quería desahogarse de la pena que le había causado la pérdida de su joven esposa: no trataba de recordar las buenas cualidades de Hortensia; los proyectos de felicidad que juntos habían formado: no oponía, en fin, en esas largas conversaciones en que se complace la pena, la felicidad pasada á la tristeza presente: su dolor taciturno huía del consuelo, y sus lágrimas, silenciosas y poco frecuentes, no querían enjugarse. Al cabo de algunos días, manifestó deseos de volver á su casa; pero el niño quedó confiado á Mad. Delaborde.

Cuando de lo alto de un buque se echa al mar

un ataud, el mar se conmueve, se agita, y muy insensiblemente calma su movimiento, hasta que las olas no vuelven más que sobre el solo punto que ha recibido el depósito; cosa semejante sucede en una gran ciudad, por el ruido causado por una muerte imprevista. Al principio, todo el mundo habla de ella; después la conversación se circunscribe al círculo de amigos y conocidos, más tarde se limita á la familia, y al fin, un solo corazón guarda la memoria: esto es lo que todos los días sucede; esto es lo que ocurrió con la pobre mujer de Roberto.

La población se impresionó, todo el mundo sintió su muerte, se habló de ella algunos días, la familia siguió ocupándose más tiempo; y después ésta misma, por la fuerza invencible de la costumbre, por la necesidad instintiva del reposo, echó á un lado esos recuerdos lúgubres, y el nombre de Hortensia dejó de figurar en las conversaciones, volviendo cada cual á sus ocupaciones y á sus pensamientos. M. Delaborde se metió en sus negocios, Enriqueta se ocupó de su casa y de sus hijos, y Mad. Delaborde volvió á caer en sus preocupaciones ordinarias. Gertrudis nunca la abandonaba, y la ayudaba en los cuidados domésticos y en la vigilancia del pequeño Hugo. Pero, á pesar de tanta ida y vuelta, Mad. Delaborde volvía sin cesar, como hacen las almas heridas, sobre esos íntimos pesares, que no cura el tiempo: la muerte de Valeria, la marcha de Federico, pesares de madre, que duran como su amor.

— No podía creer, — decía á veces, — que hubiese otro dolor que igualara á la pérdida de Valeria; pero la indocilidad de Federico, su indiferencia tan manifiesta hacia nosotros, su marcha sin derramar una lágrima, me han causado una pena tan amarga como la muerte de mi hija. Al menos estaba segura de su corazón, pero no es así del de Federico.

— Es muy joven, tía, y si bien es ligero y aturdido, su corazón vale más que su cabeza.

— ¡Le defiendes! También le hubiera defendido Valeria: haces muy bien, Gertrudis; pero no me convenzo del afecto de mi hijo.

« La fe que no obra....

. . . . . .»

Tú ya sabes la continuación del verso. ¿Y era tan difícil lo que le pedíamos? ¿No podía ocuparse de su dibujo y del comercio á la vez? Charleval es un hábil banquero y eso no le impide ser un excelente violinista. Pero no; Federico quería cierta independencia y la vida de París, y su pretendida vocación no es sino un pretexto que á mí no me engaña.

— Pero tía, — respondió Gertrudis con algun embarazo; — esos proyectos de matrimonio con la señorita Anaís no eran de su gusto.....

—¡Bah! Un pretexto más. ¿Pues acaso no hubiera desarmado á su padre, y á mí misma, si en otras cosas nos hubiera obedecido? No somos unos padres bárbaros, y él lo sabe perfectamente.....

Esta idea, que Mad. Delaborde expresaba á menudo y bajo diferentes formas, iba derecha al corazón de Gertrudis: veía en ella un fondo de verdad. La madre conocía y apreciaba á su hijo, y con un dolor secreto la pobre joven comprendía que, si Federico la hubiera querido con un amor fuerte y sincero, si hubiera sabido sacrificar su voluntad propia por este cariño, y sus gustos de independencia por su amor, hubiera obtenido de sus padres todo, aun el permiso de casarse con ella, á pesar de ser la pobre prima, huérfana, sin dote y sin apoyo. Reflexionando sobre esto, descubrió el punto negro en la flor, el egoísmo en la afección; y aunque trataba de hacerse superior, sufría mucho, y á veces hasta lloraba. ¿Qué queréis? La virtud, por pura que sea, no es armadura de una sola pieza, y, revistiéndonos con ella, no estamos seguros para siempre contra el sufrimiento y la tentación, esos inseparables compañeros de la vida, que todos los días se acercan hasta nosotros: ¡dichosos los que, con igual valor, se defienden de éste y saben abrazar á aquél, consiguiendo una victoria en este combate, cuyos testigos y cuya corona están en el cielo!

Gertrudis luchaba, pues, sin perder el valor; débil, pero no abatida; triste, pero no descorazonada: el recuerdo de Federico, evocado sin cesar delante de ella, hacía más difícil la lucha interior. No podía olvidar á aquel cuya memoria estaba tan viva á su alrededor, á quien veía atacar con dureza, y defender también á veces con amor, porque Madame Delaborde, como todas las madres, no reconocía en otras personas el derecho de acusar á su hijo ausente; y si, por casualidad, Enriqueta ó Roberto hablaban mal de él, en seguida encontraba para excusarle alguna salida ingeniosa, que hacía que el corazón de Gertrudis se uniera á las palabras conmovidas de la madre. Otras circunstancias más tenían despierto el interés por Federico: un día dijo Enriqueta impensadamente á Gertrudis:

— Mal papel representábamos todos para Federico, y aun tú misma, Gertrudis. Recuerdo que un día mientras tú estabas fuera, hablaba yo de ti y hacía el elogio de los servicios que prestas á mamá, y él me interrumpió: « Gertrudis, sí: es una perfecta ama de casa, un agente completo, el brazo derecho de papá y mamá, pero su corazón está seco y su espíritu es ruin y miserable.» Te confieso — añadió Enriqueta dirigiéndose á Gertrudis, que la escuchaba silenciosa y pálida, — que le reñí de veras.

— No hacía falta reñirle, prima, — respondió Gertrudis; — le perdono de corazón.

— Eres demasiado buena: ¿por qué Federico te tiene esa manía?

Gertrudis hubiese podido responder, pero se calló. Sin embargo, esa acritud de Federico le hería: ¡se sentía tan completamente inocente! ¡Atreverse á llamar seco al corazón que más afecto le tenía sobre la tierra, y que al inmolarse había creído darle la prueba más pura de su cariño! Con el objeto de combatir tan amargos pensamientos, Gertrudis distribuía escrupulosamente todas sus horas, pasando de la despensa al escritorio, del cuidado de la ropa al cuarto de Hugo, no dejando un trabajo sino para tomar otro.

La ausencia de Federico se dejaba sentir en una cosa. Aunque no era ni celoso, ni trabajador, se ocupaba á veces por capricho en inventar dibujos para la fábrica de su padre, y estas creaciones originales dejaban un vacío, de que M. Delaborde se quejaba amargamente.

— Aun en mi casa podía utilizar sus gustos y su aptitud, siendo ventajoso para su padre; pero no, le hacía falta la libertad, la falta de consejo; quería ser hombre, como á menudo decía. ¡Qué dolor! Antes ser hombre consistía en servir para algo bueno. ¡Cómo han cambiado las cosas!

— ¿Te hará falta buscar un dibujante? — dijo un día Mad. Delaborde.

— Sí, otra incomodidad.

— Eso — dijo Gertrudis con timidez, — ¡si usted quisiera que ensayara á hacer algunos dibujos! Ya sabe usted que Federico me dió lecciones en otro tiempo, y que muchas veces he observado el método que empleaba.

— Ensaya, hija mía, ¿qué más puedo desear? Y si te sale bien, te pagaré tus honorarios.

— ¿De veras? — dijo.

— Palabra de honor.

Gertrudis, que tenía una gran perseverancia, ensayó, volvió á empezar, se puso á la obra varias veces, y al fin consiguió ver aplicados á las moquetas algunos de sus dibujos. M. Delaborde, entusiasmado, decía:

— He ahí, al menos, algo bueno que nos ha dejado Federico: una excelente discípula.

Aquella misma tarde envió Gertrudis un comisionado á la señorita Ivonet, con una carta que decía lo siguiente:

« No puedo decirle, querida amiga, cuán feliz me encuentro al tener esta ganancia, que me permite cumplir un deseo que he alimentado toda mi vida; pagar á los acreedores de mi padre. Ahora no echo más que una gota de agua en el vaso; pero esté usted segura de que pronto conseguiré llenarlo, y la memoria de mi querido padre quedará limpia de toda mancha. Llegaré á este deseado objeto por mi trabajo, ya que este trabajo tiene algún valor, y por mi buen tío, á quien he manifestado mis deseos, y que espero me ayudará. Quiere, dice, darme sueldo fijo, como agente, y pagar aparte mis dibujos. ¡Cómo me voy á aplicar! Bien sabe usted que este ha sido el pensamiento que desde mi niñez he tenido, y que le he guardado en el fondo de mi corazón todo el tiempo que no he podido realizarlo: hoy me atrevo á hablar á usted de esto, contando con vuestra bondad, y la ruego á usted que satisfaga, con la cantidad que le envío, la más pequeña de las deudas de mi padre. ¡Qué feliz soy: y esta dicha se la debo á mi primo Federico, porque él me enseñó el dibujo de adorno para que pudiera ganar algo. Valeria le manifestó mi deseo..... ¡Querida Valeria! ¡Se apropiaba tan fácilmente las ideas de los que ella amaba!

» ¡Qué Dios bendiga á Federico y le guarde de mal en ese gran París! ¿No es triste, por ventura, verse completamente aislado? Pero no hablemos más de él..... Permitidme tan sólo que os le recomiende en vuestras oraciones y á toda la familia, que tan probada viene siendo hace mucho tiempo. Adiós, querida amiga, y gracias anticipadas. Reciba usted un abrazo de corazón de la que la quiere muy de veras,

» *Gertrudis Ardhuin.*

» Amicus, Quidre. »

Dejemos ahora á Gertrudis con su pluma y sus lápices, y sigamos á Federico en el gran París. ¿Por ventura, no toman también ese camino á menudo el corazón de su madre..... y algún otro.....?

CAPÍTULO XII

FEDERICO EN PARÍS

Vivía sólo, en una habitación de la calle del Infierno, sin otra vista que la de un patio de un colegio, apenas sombreado por raquíticos tilos, lo que no quita para que en los prospectos del establecimiento le llamaran *hermoso jardín;* formaba parte de esa innumerable tribu que se lanza de las pobladas provincias del Norte, de los olivares del Mediodía, de los bosques del Este y de las playas del Océano, para venir á esa tierra de promisión llamada París, y buscar en ella placeres, ciencia ó el pan de cada día.

¿Echaba de menos el hogar doméstico, como tantos otros jóvenes, atraídos por el engañoso esplendor? ¿Tenía algún tierno recuerdo de la casa paterna? ¿Sentía en el fondo de su corazón, aun en medio de los negocios y los placeres, una secreta melancolía, voz imperiosa y dulce que le llamara al país natal? ¿Suspiraba al oir el acento de su provincia, ó viendo un traje ó una fisonomía conocida de antes? ¿Tenía ardientes deseos de dejarlo todo, para contemplar en el horizonte las torres de la villa natal y para entrar con paso veloz en la morada de su familia y decirles á todos: « Aquí me tenéis, soy yo? » Nadie lo hubiera podido saber. Federico tenía una buena dosis de frivolidad y de amor propio, que le hacían olvidar pronto á los ausentes, disminuir sus propios defectos y echar sobre ellos un velo de indulgencia, lleno de excusas, de sofismas, de razones más ó menos concluyentes, pero todas con tendencias á poner el derecho de su par-

te. Su aspecto era alegre, llevaba la cabeza erguida, y observaba, con mirada inteligente y curiosa, los monumentos, los paseos y las tiendas, asemejándose mucho al abate *Quemesedaami*, de que hablan los antiguos fabulistas. A pesar de su ligereza había, sin embargo, conservado de su educación comercial algunas nociones de prudencia, que le hicieron vivir con moderación y dividir en cuatro ó cinco partes la cantidad considerable que su padre le había dado. Cada parte representaba á sus ojos un año de existencia, y cuando el dinero hubiese dado fin su porvenir estaría ya asegurado.

Por esto, sin entretenerse mucho con las diversiones de París, se puso á trabajar con entusiasmo: sabía perfectamente que toda carrera exige una educación preparatoria, y que, por más que se haya recibido el don del genio, es indispensable acostumbrarse á los detalles prácticos del arte, sin los cuales el mismo genio sale mal en sus empresas. Frecuentaba con asiduidad el estudio de un célebre artista, estudiaba con detención en los museos las obras maestras del pasado, trataba de aprender en los libros especiales cuanto se relacionaba con la pintura, y ejercitaba á la vez su mano y su espíritu; se puso, en fin, á trabajar como si se empeñara en salir triunfante en una considerable apuesta. Este entusiasmo tenía, como casi todas las acciones humanas, un doble sentido: el gusto y la inclinación por un lado, y por otro el deseo de mostrar á su familia y á la misma Gertrudis que se habían engañado sobre la firmeza de la vocación que le había llevado á París: el buen éxito debía ser un argumento irrebatible. Y aun antes de lograr este completo éxito, cuando Federico permanecía encerrado en el limbo del porvenir, su trabajo daba sazonados frutos, le alejaba de los placeres de mala índole y de las compañías de mala ley; pasaba, sí, con gusto una hora en el café ó en los jardines del Luxemburgo con sus compañeros de profesión, discutiendo con ellos en clara é inteligible voz, para que los que pasaban se enterasen, varias tesis sobre el arte, denigrando cada cual á la escuela que no seguía, proclamando los unos las ventajas del colorido, y poniendo los otros por las nubes las líneas y el dibujo; pero estas discusiones no iban más allá, y Federico no les dejaba pisar el umbral de su casa. Aun conservaba los gustos de soledad y sueños de la imaginación que sin duda le defendían de las franquezas ilimitadas del compañerismo. Le gustaba estar libre, solo y en su casa.

Pasaba habitualmente las noches en su cuarto; dibujaba, leía ó soñaba, atizando en invierno su escaso fuego, y en verano, sentado al lado de la ventana abierta, y viendo el patio, en el que jugaban los niños bajo los tilos. Algunas veces, un poco triste y aburrido, decía con impaciencia:

—¡Si Gertrudis hubiese querido.....! ¡Sin embargo.....! Seríamos dos en este sitio. ¡Si hubiera hecho falta hubiera trabajado por ella: hubiera hecho copias de los Caminos de la Cruz, pequeñeces, esperando las grandes obras, y hubiéramos sido felices! ¡Pero no..... ella no me quería, y es una locura pensar más en eso.....! ¡*Basta!* como dicen los españoles; ¡no pensemos más en ello! ¡Un alma fría y un espíritu mezquino no comprende la vida de un artista.....!

A pesar de esto, pensaba en ella muchas veces; pero su vanidad, maltratada por la repulsa de Gertrudis, no dejaba llegar á su corazón ningún pensamiento dulce para ella: ya no se le aparecía como la compañera de su niñez, la huérfana á quien él había protegido y Valeria tan tiernamente amado: no veía en ella sino un espíritu agrio, un alma fría y casi dura, que no había sabido ni amarle ni comprenderle; é injusto é ingrato á la vez, á fuerza de amor propio, olvidaba su amor, le pesaba haberla amado, y se forjaba en su corazón una imagen ideal, para dispensarse de quererla.

Estos sueños, sin embargo, y esta soledad, tenían su lado melancólico; por eso Federico acogía con cierta alegría las menores distracciones, y empezaba á dar precio á ciertos placeres inocentes y poco costosos, de aquellos que son el encanto de los prisioneros y solitarios.

Todas las tardes, hacia las nueve, escuchaba las armonías de un piano acompañando á un violín, que tocaban en la vecindad; los dos instrumentos interpretaban dúos alemanes antiguos y modernos de Haydn, Mozart, Beethoven y Weber; el piano parecía tocado por mano más hábil y más firme que el violín; pero ambas parecían animadas de un vivo sentimiento de belleza musical. Mucho gozaba Federico con este diario concierto; le esperaba con impaciencia, y casi se incomodaba cuando *su orquesta* dejaba de tocar; y, sin embargo, ¡cosa rara! nunca había tenido deseos de ver y conocer á los músicos que debieran ser vecinos suyos del mismo piso. Más que verlos, le gustaba pensar en ellos mientras tocaban el dúo de la *Flauta encantada* ó la *Invitación al wals*, y crear cada día una nueva novela, según que la música fuese brillante ó melancólica, alegre ó reflexiva.

Una noche esperaba, como de costumbre, que los músicos empezasen; ya el piano había dejado oir algunos acordes, y Federico se decía á sí mismo: «¡Cuánto me alegraría oir hoy algo de Mozart!» cuando un grito, una voz de mujer que llamaba, llena de ansiedad y de terror, vino á su oído. Saltó del sillón en que estaba, y se dirigió á la escalera: una joven traspasada de dolor le apercibió, y le dijo con acento suplicante:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Venga usted, por Dios..... que mi padre se muere!

(Continuará.)

ECOS DE TODAS PARTES

SUMARIO: Austria: bodas augustas; alegrías y tristezas; concurso de las sociedades corales. — Italia: maniobras navales; precauciones inauditas. — Los millonarios americanos.

EL casamiento de la Archiduquesa María Valeria, retardado durante tanto tiempo por el duelo de la familia imperial, acaba de celebrarse, por fin, en la ciudad de Ischl. Esta boda ha sido una verdadera fiesta para toda la Monarquía austro-húngara. Lo mismo en las ciudades que en las aldeas del Imperio se han celebrado grandes solemnidades religiosas; se han cerrado las escuelas y los soldados han disfrutado de horas extraordinarias de asueto. En un manifiesto que acaba de publicarse, el anciano Emperador ha dado las gracias á su pueblo por la nueva prueba que le ha dado de amor y de fidelidad.

El día de la ceremonia ha sido para los Emperadores día de melancólica tristeza. Contentísimos de esta unión, tan ardientemente deseada por los jóvenes desposados y por toda su familia, no han podido por menos de llorar al ver partir de la casa paterna al único hijo que les quedaba; y este sentimiento se ha manifestado en algunas palabras que ambos han dejado escapar delante de sus servidores íntimos. «Mañana será el último día alegre de mi vida»; exclamó el Emperador la víspera de la ceremonia; y la Emperatriz, al contemplar el suntuoso traje que debía lucir en la fiesta, dijo á una de sus camaristas, con los ojos arrasados en lágrimas: «Ya nunca más me vestiré de claro». Grito de dolor salido del corazón de una mujer, célebre en otro tiempo por su suprema elegancia, y que para siempre se despide de aquellos adornos que ya no sientan bien á su ancianidad, sombreada por las nubes de grandes é inconsolables dolores.

***

El día 15 del corriente habrá comenzado en Viena el concurso de las sociedades corales alemanas. El número de cantores pasa de 15.000. Sabido es que, á despecho de los acontecimientos de 1866 y de los recuerdos de Sadowa, Viena es para los tiradores, los gimnastas y los músicos una ciudad esencialmente germánica. Los individuos de las sociedades corales han tenido un recibimiento magnífico. En el Prater se ha construído para los conciertos un enorme teatro, obra maestra en su género, en cuya estructura general se advierte la influencia de las grandes construcciones del Campo de Marte. Este gran teatro ha sido vendido á una sociedad de Munich que cuenta con obtener pingües ganancias; el escenario es capaz de contener 8 ó 10.000 cantantes y en la sala caben de 20 á 30.000 espectadores.

El concurso de las sociedades corales animará algún tanto á la ciudad de Viena, que se convierte, como es sabido, durante el verano, en una de las ciudades más tristes y desanimadas de Europa.

***

El asunto de todas las conversaciones en Italia es, durante la presente quincena, el resultado de las maniobras navales que acaban de efectuarse, bajo la dirección del Duque de Génova y en las que se ha tratado de estudiar el servicio semafórico y las ventajas de los *Avisos* y barcos sutiles en las guerras marítimas.

El plan de las maniobras presentaba por otra parte verdadero interés; tratábase de rechazar á una escuadra enemiga que se suponía partida de la Maddalena para atacar á Spezzia.

Según parece, el resultado de las maniobras ha sido brillante; tanto la escuadra de ataque como la de defensa han rivalizado en celo y en ardor; y los *Avisos* y los semáforos han cumplido con su deber á satisfacción de todos.

Estas maniobras navales traen involuntariamente á la memoria la famosa leyenda del golpe de mano que, al decir de algunos periódicos, intentaba Francia, hace algunos meses, contra el puerto de Spezzia. A fuerza de repetirse la noticia, el mismo Ministro de Marina de Italia llegó á creer que una escuadra francesa se dirigía á todo vapor contra Spezzia y puso en movimiento á casi todo el país para rechazar la pretendida agresión.

La orden de «estar preparados á la defensa» fué transmitida telegráficamente á Spezzia y los buenos habitantes de la ciudad no abandonaban los terrados de sus casas, creyendo á cada momento que las nubes amontonadas por la brisa en el horizonte era el humo de las chimeneas de los acorazados franceses.

Por más que hombre prevenido vale por dos, aquella inaudita previsión del Gobierno del Quirinal, dió que reir no poco á todas las Cancillerías europeas.

***

En *The True Commonwealth* encontramos una curiosa estadística acerca de los grandes millonarios americanos. Dicha revista ha sido fundada en Washington para sostener y propagar las doctrinas económicas, de que es autorizado representante Mr. Ricardo T. Ely. Este ilustre profesor de Economía política de la Universidad de Baltimore ha escrito una obra, considerada en toda la Unión como maestra en su género, y en la que defiende un socialismo de Estado incomprensible en un país donde ha gozado siempre la iniciativa individual de gran latitud.

El primer millonario digno de este nombre fué un francés, llamado Girard; empezó de marinero, llegando á ser capitán de un barco mercante. Durante una de sus travesías encontró en el equipaje de un pasajero, muerto á bordo de la fiebre amarilla, una suma considerable en oro, que nunca ni por nadie fué reclamada. Este capital, manejado con destreza durante la guerra de 1812 á 1815, creció en tales términos, que el antiguo marinero pudo dejar á sus herederos la cantidad de 9 millones de dollars, ó sean 45 millones de pesetas.

Tan modestos como los de Girard fueron los principios de Juan Jacobo Astor; éste era un pobre alemán, que emigró en 1783 á los Estados Unidos, ganándose la vida vendiendo violines y otros instrumentos de música, que él mismo llevaba sobre sus espaldas, pregonando por las calles la mercancía. Gracias á especulaciones afortunadas, primero sobre provisiones militares, y más tarde sobre compra y venta de terrenos, el hombre que durante su juventud podía llevar á hombros toda su fortuna dejó al morir un capital de 100 millones de francos.

Estos dos precursores de la edad de oro murieron, el primero en 1831, y el segundo en 1848. Ambos vivieron en una época en que eran contados los grandes patrimonios. Este período de relativa sencillez duró hasta la terminación de la guerra civil; en 1865 no había en New-York más que once personas cuya fortuna pasara de un millón de dollars. Entre estos privilegiados solamente había dos de origen verdaderamente yankée; los otros nueve eran: cuatro alemanes, dos irlandeses, dos franceses y un judío.

En la actualidad pasa de mil el número de *nababs* americanos en la sola ciudad de New-York.

En el resto de la Unión americana ha crecido la progresión en proporción más rápida todavía; hoy pasan de cinco mil los millonarios en los Estados Unidos.

CATEDRAL DE SPIRA.

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno ha acordado que desde el lunes 18 del corriente, y hasta nuevo aviso, se admitan en negociación en las oficinas centrales del Banco y en las de sus Sucursales en provincias, los cupones del vencimiento de 1.° de Octubre próximo venidero, y de los anteriores, de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los Billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, emisión de 1886, así como estos mismos Billetes amortizados, con la bonificación de 4,50 por 100.

También ha acordado el Consejo que se descuenten desde el día 2 de Septiembre inmediato los cupones del mismo vencimiento próximo de la Deuda perpetua interior y los de la amortizable al 4 por 100 y títulos de ésta amortizados á razón de 4 por 100 anual. El minimum de percepción por descuento será el importe correspondiente á catorce días, y en ningún caso bajará de 15 céntimos de peseta por cada factura.

Los interesados que tengan en depósito ó en garantía de operaciones en el Banco y en las Sucursales títulos de la Deuda exterior ó Billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, podrán percibir desde el indicado día 18 del corriente el importe de los cupones ó Billetes amortizados con la bonificación expresada, sin otro requisito que la presentación del correspondiente resguardo de depósito ó póliza de préstamo ó de crédito con garantía.

Para descontar los valores á que se refiere el segundo párrafo, que estén depositados ó dados en garantía de operaciones, bastará también la presentación del resguardo ó póliza respectivos.

Madrid 13 de Agosto de 1890. — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

BANCO DE ESPAÑA

35.° SORTEO PARA LA AMORTIZACIÓN DE LA DEUDA DEL 4 POR 100

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100 la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponde en justa proporción por ambos conceptos á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emisión las cantidades siguientes:

A	la	Serie	**A**	Pesetas.	880.000
"	"	"	**B**	"	3.142.000
"	"	"	**C**	"	6.891.500
"	"	"	**D**	"	4.525.000
"	"	"	**E**	"	6.787.500
		En junto, pesetas. . . .			21.726.000

Las diferencias que en cada sorteo resulten de más ó de menos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortización por la necesidad de acomodarlas á lotes cabales se toman en cuenta y se compensan convenientemente.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación, y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortización del trimestre vencedero en 1.° de Septiembre próximo, según el detalle siguiente:

Series.	Bolas encontradas.	Títulos que representan.	CAPITAL — Ptas. nominales.	Bolas que han de extraerse.	Títulos que representan.	Capital que se amortiza. — Pesetas.	A pagar por intereses. — Pesetas.	TOTAL de intereses y amortización — Pesetas.
A	12.551	125.510	62.755.000	51	510	255.000	627.550	882.550
B	8.969	8.960	224.150.000	36	360	900.000	2.241.500	3.141.500
C	9.119	91.190	455.950.000	37	370	1.850.000	4.559.500	6.409.500
D	2.582	25.820	322.750.000	10	100	1.250.000	3.227.500	4.471.500
E	1.367	19.370	484.250.000	8	80	2.000.000	4.842.500	6.842.500
	35.155	351.550	1.549.855.000	142	1.420	6.255.000	15.498.550	21.753.550

En los treinta y cuatro sorteos verificados hasta el presente se han amortizado:

De la serie	TÍTULOS.	Por un capital de — Pesetas.	Se han satisfecho por intereses. — Pesetas.	TOTAL satisfecho por intereses y amortización. — Pesetas.
A	14.490	7.245.000	22.674.350	29.919.350
B	10.310	25.850.000	80.983.750	106.833.750
C	10.510	52.550.000	164.717.000	217.267.000
D	2.980	37.250.000	116.613.750	153.863.750
E	2.230	55.750.000	174.912.500	230.662.500
	40.550	178.645.000	559.901.350	738.546.350

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salón de Juntas generales del Banco, sito en la calle de Atocha, núm. 32, el día 1.° de Septiembre próximo, á la una en punto de la tarde, y los presidirá el Gobernador ó un Subgobernador, asistiendo además una Comisión del Consejo, el Secretario y el Interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirlas en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administración del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 14 de Agosto de 1890. — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

JABON REAL DE THRIDACE | VIOLET unico Fournisseur 19, Bd des Italiens, Paris | JABON VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Cutis.

El gran balneario de Nanclares de la Oca (Alava) es el primero del mundo. Sus aguas alcalinas azoadas curan radicalmente afecciones del hígado, estómago y génito-urinarias. Ved el anuncio.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 1.148.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 24. — Madrid 25 de Agosto de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 ps. fs.
Un año..... 16 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

El convento de Cubas, por Fernando.— *Benjamina* (continuación), novela italiana por el P. José Franco.— *Yo quiero ser periodista*, por Francisco Granados.— *D. Ceferino Suárez Bravo*, por A. Salcedo.— *Album de poesías: El pontificado*, oda, por la Sra. Condesa de Parcent.— *El reloj*, por D. José M. Ortega y Morejón.— *Una pobreza pobre* (conclusión), novela por Mme. Bourdon.— *Ecos de todas partes*, por X.

Grabados.

D. Ceferino Suárez Bravo. (Véase el artículo.)
Interior de la Catedral de Segovia.
Capilla mudéjar en la misma Catedral.
La Villa Pía en los jardines del Vaticano.

EL CONVENTO DE CUBAS

(IMPRESIONES DE LA DÉCADA)

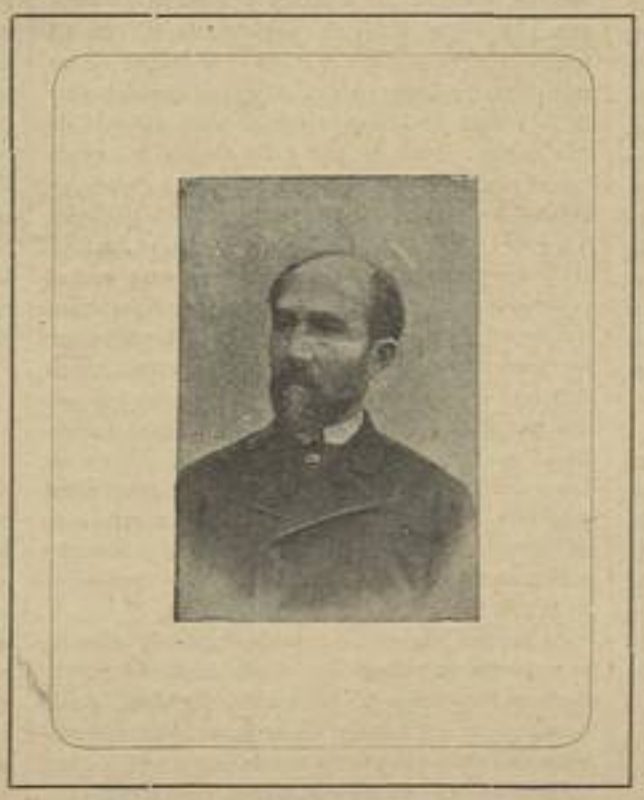
La década anterior, amables lectores, estuvimos en la Concha de San Sebastián, mirando á la escuadra fondeada detrás del castillo. En esta, nos encontramos en medio de un delicioso yermo, á cinco leguas de Madrid, entre Cubas y Casarrubuelos, poblados que, aunque se titulan villas en memoria quizás de antiguas grandezas, hoy ni para aldeas pueden pasar por Londres, como de Vega cantó un poeta. Pero de ambos villorrios, en el fondo del valle desolado en que nos hallamos sólo llegan dos miserables sendas que se cruzan en medio del inmenso desierto tendidas sobre el suelo amarillo como largas cintas, color gris obscuro. Cuanto alcanza la vista, que es muchísimo, no descubre ni un árbol, ni una casa. Allá lejos, muy lejos, el cielo de un azul purísimo baja á confundirse con la tierra, tiñéndose hacia poniente de fantástico color de rosa, y empalideciendo por el otro extremo del horizonte hasta ser casi blanco.....

¡Qué soledad tan absoluta! ¡Qué silencio tan completo! ¡Qué naturaleza tan hermosa por su misma solemne austeridad! Pues allí, sin que nada lo anuncie al viajero, sin jardín que lo alegre, ni edificios que le hagan la corte, solo, silencioso, de humildísima fábrica, se levanta el convento de Cubas. Los sibaritas del arte nada tienen que hacer en él, pues ni gallardas ojivas lo embellecen, ni pórticos bizantinos dan entrada á su iglesia, ni antiguos sepulcros de aquellos con que soñaba Becquer ennoblecen su templo, ni sus claustros. Todo es sencillo, modestísimo, y todo por desdicha ha llegado á ser viejo sin ser antiguo. Los lagartos trepan por las hendiduras de las rotas tapias, mal remendadas, parduzcas y mugrientas como la capa de un pobre. Esta es toda la poesía aprovechable para sacar una meditación lamartiniana de aquel venerable cascajo. Pero por lo mismo quizás que no se ve allí nada de aquello que por convención universal está proclamado archipoético, romántico y digno de admirarse profundamente, no hay más que detenerse un rato ante la mísera fachada para que brote de ella, y de la solitaria campiña que la circunda, un raudal de verdadera poesía, religiosa y campestre, que dulcemente penetra en el alma, y mueve en el corazón toda la máquina del entusiasmo....

Sí, aquel pobre convento solitario en medio del vasto desierto, iluminado por los últimos resplandores del sol poniente; aquella pequeña miseria, el edificio, en medio de aquella gran miseria, la campiña árida, y todo dominado, ennoblecido, transfigurado por la idea religiosa, por la cruz que corona la fábrica, es de un maravilloso efecto en el ánimo; porque encierra dentro de sí, como en cifra y compendio, toda la poesía del Cristianismo; la que encendió el corazón de los eremitas, y los llevó á la Tebaida; la que San Francisco de Asís difundió en sus reglas é ignorados poetas narraron y cantaron en las florecillas; la poesía de la sana y resignada pobreza, de la vida monacal y de la austeridad sublime. ¿Verdad que delante de este convento toman vida en el espíritu las antiguas leyendas, y que aquí, en ese poyo de mampostería, se concibe sentado á San Francisco, en familiar plática con los pajarillos que vuelan en alegres bandadas por el aire, y hasta con los lagartos que trepan por las carcomidas tapias?

***

El convento de Cubas tiene también su leyenda. La poesía es hija de la poesía, como la prosa lo es de la prosa. Era, dicen, ó mejor dicho cantan (porque estas cosas aunque se reciten se cantan), una pastorcilla de trece años de edad, llamada Inés. Desde Belén hasta Lourdes, la historia y la poesía eclesiásticas están llenas de pastores y de pastoras. La pastorcilla de Cubas, como Bernardetta Soubirons, era temerosa de Dios y devotísima de la Virgen María. Y andaba un día, el 1.º de Marzo de 1449, por este yermo en que yo me encuentro ahora cuatrocientos cuarenta años después, y se le apareció la Santísima Virgen, y le mandó que «*hiciese saber á sus padres, Párroco y á todos los habitantes de la villa de Cubas, que era su soberana voluntad y la de su Santísimo Hijo Jesucristo quedarse con ellos, erigiéndola para esto una ermita en aquel sitio.*» La prudente niña quedó admirada y confusa con tan hermosos rayos de luz, y cumplió el mandato que María Santísima le hizo; pero de modo alguno fué creída, y sí tratada malamente, como en tales casos suele acon-



D. CEFERINO SUÁREZ BRAVO.

tecer. Acobardada la niña, no se atrevía á volver á hablar de ello, á pesar del deseo y sentimiento que padecía; pero al día siguiente, á la misma hora, en el mismo sitio y forma, y con la misma amabilidad y hermosura, se le volvió á aparecer, y como la madre más tierna y cariñosa la repitió las mismas palabras, á las que contestó la niña Inés llena de sentimiento: *Señora, ya lo he dicho, pero no me han creído;* y la Virgen la respondió: *Anda y diles que se corrijan de sus pecados, porque la Justicia divina está muy irritada y les amenaza grandes piedras envueltas en sangre si no hacen penitencia y se enmiendan, aplacando de este modo la Justicia divina.* La niña lo contó todo, mas no por eso fué creída; pero María Santísima, cual madre de piedad y misericordia, no cesó de pedir por los pecadores y volvería á repetir sus admirables visitas hasta el día 9 del mismo mes de Marzo, en el que por última vez se la apareció y mandó: «*Que fuera, y en su nombre dijese cuanto en las nueve anteriores la había repetido, añadiendo que era la voluntad de su Santísimo Hijo que edificaran en aquel sitio un monasterio de su gran siervo Francisco de Asís.*» La devota Inés partió al punto á decirlo, llegando, como se lo había dicho la Madre de Dios, á la hora que salían las gentes de Misa mayor; hízolo saber al Párroco y sus feligreses, quienes la dieron crédito al ver algunas milagrosas señales en el cielo que la Señora les dió; y obrando ya la divina gracia se compungieron, y formando una devota procesión, en la que iba el cabildo y todos los vecinos de la villa de Cubas, y los niños de la escuela con la cruz que acostumbran llevar en las procesiones, caminaron con la niña Inés al sitio que dijo se la había aparecido las nueve veces la soberana Reina de los ángeles.

La dichosa Inés iba viendo á la Virgen de la misma forma y traje que las otras veces, y venía con su Santísimo Hijo en los brazos, y algunos niños de la escuela también la veían.

Y cuando llegaron al mismo sitio en que yo me encuentro ahora, y que entonces llamaban el valle de la Cirolera, tomó María Santísima la cruz que traían los niños de la escuela, y con su santísima y divina mano la metió palmo y medio en la tierra, viéndolo visiblemente todos los que iban en la procesión, y señalando que aquel era el lugar destinado para el monasterio, que de voluntad suya y de su Santísimo Hijo se había de edificar á honor suyo y de su siervo Francisco de Asís; desapareciendo los celestiales resplandores, y con ellos María Santísima, quedando solamente la santa cruz metida en la tierra como queda dicho: siendo esta la primera piedra puesta por la divina mano de María Santísima, que sirvió de cimiento á este convento. Quedaron todos admirados de tan raro y gran prodigio, cantaron alabanzas al Señor que tan admirable y misericordioso se manifestaba, y más por los beneficios que después recibieron, pues sanaron varios enfermos, fueron remediados muchos pobres, consolados los afligidos, y en todas las necesidades socorridos cuantos invocaban la protección de tan cariñosa Madre, siguiendo hasta hoy estos prodigios.

Tal es la leyenda.

El monasterio de Cubas reconoce como fundadora á la venerable sor Juana de la Cruz, llamada vulgarmente Santa Juana de la Cruz, que floreció en el siglo XVI; y su historia está íntimamente relacionada con la de personajes famosísimos en la historia de España, como el segundo D. Juan de Austria que restauró el retablo del altar mayor, y que, según cuenta la tradición, fué grande amigo y protector de la humilde comunidad.

***

Hoy la comunidad del convento de Cubas se compone de quince religiosas, á cuya cabeza figura como abadesa una señora por extremo simpática é ilustrada.

Pero, como sucede á todas las comunidades religiosas, y más aun á las que viven fuera de poblado, las franciscanas de Cubas atraviesan una tristísima situación. Tienen destruída la mitad del convento, y carecen de recursos para restaurarla. El Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, abrumado por tantas y tan perentorias atenciones como pesan sobre él, no puede dar á sus sentimientos de caridad toda la expansión que desearía él. Y mientras tanto, el convento de Cubas se viene abajo. En Cubas, villa de fresquísimos aires y agua muy buena, existe una pequeña colonia madrileña de veraneadores, y las señoras y señoritas de esta colonia han ideado una especie de rifa con que acudir al remedio de la urgente necesidad del convento de Santa Juana. Pero para remediarla se requieren 30 á 40.000 reales, y el piadoso arbitrio de la rifa sólo puede producir 2 ó 3.000. ¿Acaso no es esta ocasión para que se explayen los sentimientos de caridad de las personas ricas y piadosas? Nosotros las excitamos desde aquí, contando tantas entre nuestros lectores, y no dudamos que atenderán nuestra voz.

FERNANDO.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

CAPÍTULO III

LAS PRIMERAS ROSAS

Entre tanto la tartana que llevaba á los dos infelices fugitivos se deslizaba lentamente bordeando por falta de viento á la vista de *Pietramera* á lo largo de la costa del cabo Corso. Luisa procuraba entretener su imaginación con los sueños rosados de un alegre porvenir, cuando vió de lejos blanquear entre las ramas de los olivos la fachada del santuario de Lavasina. Un turbión de fúnebres pensamientos se apoderó de su cabeza, cual si hubiera visto un rayo entre las nubes. El lento tañido de la campana, que tocaba á misa, llevado hasta ella por la brisa de la mañana, parecía dar aquellos golpes en su corazón. ¡Ay de mí infelice! (decía entre sí, casi sin repararlo). ¡Si hubiera seguido los consejos de los ministros del Señor, ahora estaría al pie del altar de la Virgen de Lavasina con el alma aliviada de mis culpas, llena de paz y de alegría y nutrida con el pan de los ángeles; ahora extenderíamos un mantel al pie de un árbol para almorzar alegremente é iría en seguida á solazarme con mi madre, parientas y amigas, volviendo después á mi casa con el corazón tranquilo.....! Y ¡en vez de tanta dicha corro tras de mi deshonor, á discreción de un hombre que no es mi marido, y que puede, si se le antoja, abandonarme en un portal.....! Tres veces quiso dirigir una plegaria á la Virgen que desde Lavasina extiende su brazo potente sobre todo el pueblo corso, bendiciendo también al navegante, y tres veces espiraron las palabras en sus labios y la confianza en su corazón. Entonces se retiró triste y acongojada á un rincón de la cubierta y se dejó caer oprimida con los remordimientos y el mareo.

Al llegar á Marsella, en vez de dirigirse á Orleans, se metieron en una miserable habitación, sin que le fuese dado penetrar las intenciones de Mario, y por consiguiente su destino; de lo único de que pudo tener una dolorosa certeza fué de que el empleo tan ponderado, los seis francos diarios y los medios seguríssimos de vivir con comodidad, eran otros tantos cuentos inventados para engañarla y seducirla, y que aquel hombre era un perdido sin otros medios para procurarse la subsistencia que el fraude y el delito. ¡Si á lo menos hubiese pensado en el matrimonio! Pero nada de esto; en vano arriesgó ella tímidamente algunas palabras; al momento presentó Mario una porción de dificultades, entre las cuales era indudablemente de mucho peso la de no tener los papeles en regla, ó, por mejor decir, carecer absolutamente de los documentos indispensables, y sin esperanzas de poder conseguirlos, porque no se atrevía á pedir su consentimiento á una madre á quien tan vilmente había abandonado. Pasáronse así algunos meses de soledad, angustias é incertidumbre, durante los cuales sus ideas respecto á Mario se iban haciendo cada vez más tristes. Este, si bien tenía algunas atenciones con ella y la llevaba en los días festivos á alguna diversión, en realidad cuidaba muy poco de ella, faltándole muchas cosas y la tenía encadenada á su servicio, más bien como una esclava que como una esposa. Se encerraba á menudo y tenía misteriosos coloquios con ciertos hombres de aire feroz, los cuales ella no sabía quiénes eran, ni de lo que trataban, reparando tan sólo que después de aquellas conferencias Mario quedaba pensativo y malhumorado; además, de cuando en cuando solía ausentarse por dos ó tres días, dejándola tan pocos recursos que hasta el pan andaba escaso algunas veces.

Después de una ausencia más larga que las de costumbre Mario volvió macilento, trastornado, fuera de sí, tal cual no le había visto jamás hasta entonces, con lo que comprendió que le había sucedido alguna desgracia ó frustrado algún designio de suma importancia. Conociéndose excluída completamente de la confianza de aquel hombre que la consideraba como una criada y no como una compañera, no se atrevió á interrogarle; pero pronto conoció que las cosas habían llegado á un punto más desesperado de lo que hubiera podido imaginar. Mario le intimó con duras y concisas palabras que no podían permanecer más tiempo en Francia, ni aun en Europa, y que tendrían que partir inmediatamente á los Estados Unidos de América, para donde la familia Lokport le había invitado, habiéndole él dado ya aviso por el correo de que iba en seguida. Que Luisa encontraría buenas ganancias con su oficio de costurera, y que él se acomodaría de algún modo con la protección del señor Samuel; y por lo tanto que se dispusiese á partir al día siguiente para atravesar la Francia y la Inglatera é ir á embarcarse en Liverpool, donde tomarían pasaje en el primer buque que de allí saldría para América, y que no podían perder tiempo, porque la más leve dilación acabaría con los escasísimos fondos con que contaba y que apenas bastaban para tan largo viaje, añadiendo que hiciese con docilidad cuanto le proponía para el bien común. Dijo estas palabras con un tono que daba bien á entender que sus indicaciones eran órdenes severas. No tardó mucho la desventurada en verse expuesta á durísimas pruebas.

CAPÍTULO IV

LA FONDA MONSTRUO

¿Veis allá en el centro de la gran metrópoli de Nueva York, en la mitad del paseo público de Broadway aquel magnífico edificio? Midámoslo, ojo; su fachada tiene unos doscientos veinte metros, su elevación no baja de treinta y cinco, y los flancos que cierran el gran cuerpo, correspondiente á la parte de atrás, miden poco más ó menos lo mismo. Aquel inmenso caserón encierra toda una ciudad, con sus calles, plazas y oficinas públicas, y hasta un reino con su gobierno y monarca; las provincias son los salones para comer y conversar, que ascienden á cuarenta; tiene aposentos para familias particulares en número de doscientos treinta; el de los cuartos

para albergar á los parroquianos y los forasteros sube á ochocientos cuarenta. Añádanse los departamentos de la administración, los gabinetes de los interventores, las oficinas de la hacienda interna y externa, un centenar de estufas para baños á la americana y á la rusa, las cocinas, las despensas, las cantinas, las caballerizas, los heniles y los almacenes. A todo tenemos que agregar un horror de cuartos y cuartitos, alcobas, sotabancos, escondites, desvanes, rincones, rinconcillos y agujeros, donde se acuesta un ejército de empleados, guardianes, cocineros, mayordomos, criados, doncellas de labor, lacayos, señoritas de servicio y gente por el estilo. Añádase..... Pero de qué sirve, ¡oh lector! que te moleste con minuciosas descripciones; sígueme con el pensamiento y entremos en derechura en la Fonda monstruo, en la taberna leviatan, en la más lujosa posada de América; en una palabra, en *Broadway-Hotel*.

La puerta principal, que veis ahí, es un ensamblado de *tuia* del Canadá, claveteado de rosetones de bronce dorado; pero está de perspectiva, porque entrambas hojas permanecen abiertas de par en par, tanto de día como de noche. Pasemos el umbral, todo de granito pulimentado de Cherburgo, lo mismo que las jambas y dinteles. A la izquierda del gran vestíbulo, adornado con una columnata, como un palacio real, se presenta la entrada del ministerio del interior, ó en términos más modestos, del oficio principal del establecimiento: aquí no entra el profano, pasad adelante. Alzad aquella *portiera* y os encontraréis en el soberbio café-*restaurant*; llamad á un mozo y seréis servido en vajilla de porcelana del Japón, con cubiertos de plata, sobre bandejas incrustadas de nácar y de ágata siciliana, y si queréis informaros, mientras viene el apetito, de las noticias políticas y del mundo comercial, no tenéis más que volveros á mano derecha, os encontraréis con la sala de lectura y en ella infinita variedad de libros, serios y amenos, científicos y ligeros, periódicos de toda especie, anuncios, invitaciones, programas, pólizas, remitidos, mercurios, boletines, y en fin, impresos de todos colores, partidos y gradaciones, desde la simple tarjeta hasta el diariosábana del *New-York-Times*. Para distraeros mejor puede que prefiráis jugar una partida á las damas, al chaquete ó al billar; que necesitáis descontar un billete de banco ó el cambio de una moneda para pagar á los mozos de cordel y al cochero del fiacre; entonces no tenéis que hacer más que alzar los ojos, mirad enfrente, y unos rótulos de letras de á vara os indicarán al instante los templos de Momo y de Mercurio.

Si tenéis gusto en ello, podremos rogar al portero principal que nos introduzca en el patio interior, y él, sin hablar una palabra, se levantará del sillón de media luna oscilante, donde se está columpiando americanamente, mientras se limpia las uñas con sus tijeras, pegará con el puño dorado de su bastón en una balaustrada, que se ve en el fondo; nos hará una quinta parte de reverencia tiesa y seca, y nosotros, sin pensar más en su persona, entraremos adentro á examinar las oficinas. Leñadores, colchoneros, peluqueros, zapateros y curtidores, todos están ocupados en sus oficios; pero aun os divertiréis más en el lavadero. ¿Qué? ¿á entretenerse con las pilas, el dornajo y los ladrillos? ¿á oler la lejía y la ceniza? Justamente lo contrario. Así lavaban las lavanderas que nos pinta Homero, á fuerza de lejía y jabón: aquí todo se manipula al vapor; aquellos haces de trapos, aquellos montones de rodillas y piezas de cáñamo, aquellos catafalcos de manteles y servilletas, aquellas balas de sábanas y almohadas, aquellas montañas de camisas y lienzos de toda especie, serán metidos en la colada. Se hunden en las calderas de traquear, pasan al departamento del vapor que los penetra, empapa y purifica hasta dentro de sus pliegues más ocultos, y vuelven á salir á la vista entre los cilindros que los presentan limpísimos y enjutos. Y ¿este laborioso trabajo de Brontes y Esterópes [1] con los brazos arremangados, descalzos de pie y pierna y de rostros atezados, que soplan al atizar el fuego y andan errando al rededor de esos hornillos y calderas? Lector mío, has de saber que estas son las hornillas de los caloríferos. De aquel desmesurado receptáculo como el mar de bronce de los hebreos [2] sale una manga de agua hirviendo é impulsada por émbolos y poderosamente dirigida á todo vapor, en cada piso del palacio se divide, se desparrama, distribuye en conductos de hierro colado, disemina por todas las estancias, y de este modo, como la sangre en las arterias, sin ser vista, va esparciendo por debajo del piso un suavísimo calor, que debe subir á cincuenta y nueve grados de Farhenheit hasta en las estaciones más crudas. Ahora decidme, ¿no es dulce vegetar á cincuenta y nueve grados de Farhenheit, con absoluta precisión, ni un segundo más ni menos? Sí, sin duda alguna, os responderá todo fiel americano, que no ha degenerado de su origen inglés; y mucho más, añadirá vuestro interlocutor, si tenéis el precioso talento de gozar de él, repantigado en un anchísimo sillón de pluma de ganso con orejeras elásticas. ¡Qué triunfo para el que se encuentra á cincuenta y nueve grados de Farhenheit, tan pronto leer una gaceta del día, tan pronto observar desde el mirador á los que van y vienen por el paseo de Broadway y compararse (¡qué parangón!) con la gente aterida de frío, que lleva escarchados los bigotes, aunque envuelta en su impermeable de goma elástica ó en su abrigo forrado de marta del Kamtschatka [3].

¿Tendríais la humorada de probar tamaña felicidad? Ganadla con vuestros pies, saliendo del entresuelo á los pisos superiores. Sino que quizá estaréis derrengado con permanecer tanto tiempo en pie; convendrá ahorrar las escaleras y subir en carruaje. ¿En carruaje? Sí, señor: aquí está: en el centro vacío de esa escalera de caracol, cuyos peldaños de grandes volutas giran hasta la linterna del techo, os espera el coche ó llamémosle el ómnibus de los pasajeros. El estribo está bajo: un salto y estáis aviado; tocad una campanilla; un golpe, y estáis en el primer piso; otro, y subís al segundo. Abordáis al replano, que se os presenta delante, desembocáis en el corredor, como gustéis. Un *half-penny* paga todo esto, y apostaría ciento contra uno que no os quedaríais con la curiosidad y pagaríais un chelin, un dollar, una guinea para ver jugar esta artimaña y después poder decir: Yo estuve presente; yo mismo lo he visto.

Allí es preciso que os arregléis, que arrojéis la punta del cigarro, si ya no lo habéis hecho, que restreguéis las botas en el limpia-barros, y las limpiéis con el cepillo, que colgado en el umbral de la puerta parece decir: Caballeros, aquí se entra en la ciudad del aseo: no os atreváis á penetrar en ella con los pies llenos de barro. Este larguísimo corredor de cielo raso, que se os presenta delante en el primer tramo, es como la afluencia maestra del interior y rodea los cuatro grandes cuerpos de fábrica, que componen el desmesurado paralelogramo. Recibe la luz por las ventanillas de arriba y por las aberturas ovales que hay encima de cada una de las salidas laterales. Aquí, á derecha é izquierda, encontraréis una arca de Noé de cuartos de los más ordinarios, que son pasajeros de poco gasto, que se contentan con una alcoba donde dormir y cenan en el comedor de los criados inmediato al café-restaurant. Para su comodidad, en los extremos de los corredores, hay una especie de pequeñas tiendas ambulantes, donde se encuentra toda clase de agujas, cintas, ligas, elásticos, zapatillas, calzadores, peines, botones, gemelos, guantes, hebillas, alfileres y otras mil menudencias, que suelen ocurrir repentinamente, y dice la fama que lo que siempre tuvo mayor despacho fué aquel género de fruslerías con que las bellas atavían los caprichosos rizados del peinado, que parecen resistir á la forma que les dió el hierro. Sed previsor, mi querido viajero, y comprad un album de papel chino y un lápiz para tomar apuntes y bosquejos del resto de vuestro viaje, pues ya estamos próximos á partir para el segundo piso.

Aquí tienen su cuartel general el lujo y la vanidad; no son cuartitos encajados unos dentro de otros, sino habitaciones espaciosas, extendiéndose antes una majestuosa galería, alta, desahogada, airosa, la cual por todas partes da al patio, recibiendo á torrentes la luz del firmamento, desterrando y ahuyentando la noche, al ponerse el sol, cuarenta mecheros de gas, que te renuevan el día hasta la aurora. Entre hueco y hueco de las ventanas se levanta una cariátide de estuco, magistralmente representada con su vestidura correspondiente, alzándose encima un capitel ligero, el cual no es otra cosa que un cestito de flores con profusión de trenzas de airoso follaje y guirnaldas de rosas, que revisten los ángulos de las paredes y rodean las curvaturas de las bóvedas, donde juguetean enlazados cien amorcillos con lindísimas alas. Flores y niños, todo es de relieve y pintado con suavísimos colores. Las paredes de enfrente, esto es, aquellas en que no hay huecos, guardan armonía con las ventanas, ostentando enfrente cuadrilongos, pintados al fresco, que representan marinas, cascadas, cacerías, batallas, historias, monumentos y fantasías galantes de agradabilísima variedad. En lugar de cariátides, entre cuadro y cuadro, te interpone un busto, obra de mano europea, colocado sobre un *cipo*, que imita el cipolino romano, donde se lee, esculpido en oro: Colón, Washington, Franklin, Penn, Lafayette y otros nombres de los más caros al pueblo americano. El pavimento es de *battuto* veneciano de bonito dibujo, siempre lustroso, como todo lo que se ve allí; por lo que debes conocer que, á excepción de los frescos, todo lo demás está cubierto con un finísimo barniz al óleo al estilo flamenco, y todos los sábados pasa por allí un criado, llevando en un carretón una cubeta llena de agua y jabón, dentro de la cual hay una bombilla; el criado hace jugar en todas direcciones la manga de riego, y de este modo limpia los techos, paredes, cariátides y estatuas, dejándolo todo como un cristal.

Alrededor de esta galería están las habitaciones de respeto y los aposentos de los príncipes y grandes señores, amueblados unos á la griega, otros al estilo gótico, algunos á la americana; los hay también que figuran una estancia etrusca, india, china ó egipcia, según el capricho del arquitecto. Esta antesalita pertenece al género morisco: las puertas de enfrente y las ventanas de encima están adornadas con caritas de carrillos hinchados, que sirven de descanso á la vista fatigada con el colorido de los arabescos y de las monótonas fajas que ciñen las paredes. ¿Crees encontrarte en la arrogante Alhambra de Boabdil el Grande? ¡De ningún modo! El salón, que descubres en el fondo, te atrae por su cúpula bizantina, la que parece desprenderse ligerísima y segura de las pronunciadas nervaturas que la

1 Según la mitología romana, Bronte, Esterope y Piracmon, hijos del cielo y de la tierra, eran cíclopes que forjaban los rayos para Júpiter en las fraguas del Etna. Virgilio hace á ellos referencia en su bellísimo verso *Brontesque, Steropesque et nudus membra Pyracmon.* — *N. del T.*

2 Antes de llenar las funciones de su ministerio, los sacerdotes y los levitas hebreos se lavaban los pies y las manos en un gran pilón de bronce lleno de agua de una fuente de la misma, que fué llamado *mar de bronce* y era la fuente de las purificaciones. — *N. del T.*

3 Gran península de la Rusia asiática en la Siberia oriental, que forma el límite septentrional del antiguo mundo. Compone la riqueza del país sus excelentes pieles preciosas de martas cebellinas, osos, castores, nutrias, etc.

sostienen y permiten que os inunde la luz, que penetra por los pequeños arcos gemelos de su elegante ventanaje. Si entrase un veneciano gritaría: ¡Viva San Marcos! ¡Aquí voy á misa á la parroquia! ¡Equivocación! ¡error! Aprieta aquel reluciente pomo de cristal, empuja las hojas de aquella puerta y conocerás que vives en pleno paganismo: pues esta otra habitación está adornada á la mejicana y en ella todo es historia y figuras de su extravagante gentilismo. El salón, hecho al estilo del antiguo *hamach de Tibulca*, está rodeado de columnas con los zócalos y chapiteles dispuestos al estilo del país: las paredes estucadas tienen por adorno bajo relieves de figuras chatas en actitudes duras y rígidas, que se diferencian muy poco de las figuras egipcias, y sin embargo son copiadas exactamente de las ruinas de Culhuacan, la Ménfis, la Tebas de los pueblos mejicanos. La techumbre está dividida en 8 segmentos de círculo concéntricos, historiados con símbolos astrológicos, imitando el diseño de la famosa piedra calendaria de Motezuma [1]. Aquellos dos trozos de pirámide truncada son rinconeras que contienen vajilla adornada con figuritas, caribes, otómacas, maipures, cabezas de búfalo, arcos, flechas y mazas de los pipilios y los toltecas, pintados y barnizados con jugos encarnados, que representan sus ídolos, dedicados al sol y á la luna en las alturas de Anahuac. Los aparadores y las mesas están cuajados de piezas de loza labradas en Maniquarez, que rodea un precioso simulacro de Cen-teol, que es la Ceres de la religión de los aztecas [2]. En una palabra, parece que te hallas en la vivienda de un cacique de la antigua Tenochtitlan (nuestra Méjico), maldita de Dios y devastada por el furor de crueles conquistadores, que se han encargado de vengar la sangre humana por tantos siglos derramada á torrentes en los nefandos altares de la diosa Teoyaotimiqui [3].

Antes se veía pintada en la alcoba inmediata una imagen de esta diabólica deidad; pero aquellos miembros deformes con alas de murciélago, pies de tigre y brazos de serpiente, cuyo único vestido era una red de víboras enlazadas, mordiéndose unas á otras, con guirnaldas de cráneos descarnados, blancas osamentas y manos y corazones ensartados, ofrecían tan atroz espectáculo que los extranjeros se horrorizaban, y las damas asustadas hacían juramento de no permanecer más allí. Fué, pues, preciso cubrir al pavoroso monstruo con unos tapices de pluma, verdaderos mosaicos mejicanos, que alegran la vista con los mil vivísimos colores con que representan flores, animales y paisajes contorneados y valientes como las taraceas de Roma ó los ensamblados de piedra dura de Florencia. Entonces las *ladies* se detuvieron con gusto en aquellos aposentos, pisaron alegremente con sus delicados pies las crinadas pieles de los bisontes, extendidas en el pavimento, descansaron en los escaños sostenidos por el hélice misterioso de las antiguas fábulas, y osaron por fin dormir en las hamacas suspendidas en los muros como los coys de los marineros.

Pero si no te gustan las artes mejicanas y tarascas, para apartarte de ellas no tienes que hacer sino cambiar de departamento: el gran salón, que está junto, es todo de estilo griego, airoso y risueño. Todas las paredes están divididas en sutiles cuadrados y dentro de ellos óvalos, almendras y puntas, labradas con delgadísimos filetes; á lo largo de las pequeñas cornisas serpentean esbeltos festoncillos de hojas y flores, entre los cuales ostentan las hermosísimas plumas de las alas pajarillos de variados colores, asomándose en los huecos figurillas, mascaritas, monstruos y caprichos volantes que recuerdan los alegres salones de Pompeya. Mas puede que lo que tú quieras sea divertirte á tu satisfacción: en tal caso date prisa, porque el tiempo vuela, éntra en aquella pieza grande, lóbrega y silenciosa, que tienes delante. Los huecos de debajo de las columnas son cenicientos, y éstas agrupadas en forma de haz á lo largo de las paredes. En ellas se extiende una serie de nichos que contienen estatuas abotagadas con caras romas y piernas encogidas, que están interpoladas, ora con florones macizos, ora con ventanillas cuadrilongas, que parecen aspilleras. Si eres natural de un país acariciado de los céfiros y bañado por el sol, te compadezco, porque te veo trasladado de repente de la alegría de la Grecia á la tristeza de las Orcadas [1] nebulosas, y que sientes el frío del remusguillo de la Selva negra [2] y el peso del polo Artico que agobia tus hombros descaecidos; pero si eres un verdadero inglés, ó escandinavo puro, ó finlandés neto, ó espitzbergense de raza, duerme en esa cama, que aunque de hierro dorado huele á hérulo y esveon; duerme en buena hora, y mientras los mullidos colchones te aprieten dulcemente los cansados ijares, tendrás la gloria de soñar en las aventuras del hijo de Fingal [3], ó en alguna Crimilde [4] capaz de causar terror á los mismos Niebelungen [5].

(Continuará.)

1 Se dió este nombre á cierta piedra encontrada en el palacio de Motezuma, cuando los españoles ocuparon la ciudad de Méjico. Era redonda con una cabeza en el centro, que representaba el sol, de donde partían unos adornos en forma de ángulos rectángulos con varias subdivisiones, donde figuraban emblemas alusivos á los diez meses en que los mejicanos dividían el año.

2 Nombre de los antiguos indígenas de Méjico, pueblos de los más civilizados del Nuevo Mundo. Los aztecas en el año 1160 de la era cristiana estaban establecidos en el distrito de Aztlan, situado al Norte del golfo de California. A instigación de un agorero emigraron, atravesando el río Colorado hacia el 35° paralelo de latitud, y se dirigieron al Oriente. En 1216 llegaron á Zumpanco, situado en el valle donde fué construída la ciudad de Méjico; al principio fueron reducidos á la esclavitud, manumitidos después, y expulsos por último de aquel territorio volvieron á establecerse definitivamente en él en 1325. Después de muchas guerras con sus vecinos los aztecas llegaron á extender su dominación por todo el país comprendido en el día en los distritos de Vera Cruz de Oajaca, La Puebla, Méjico y Valladolid, formando un territorio de diez y ocho á veinte mil leguas cuadradas. Antes de la conquista habían hecho bastante progreso en las artes; existiendo todavía numerosos monumentos de arquitectura, pintura y escultura, que provienen de ellos. — *N. del T.*

3 Nombre de una diosa á la que los naturales de Méjico ofrecían sacrificios humanos. Una estatua colosal de esta diosa está en el día enterrada debajo de una galería de la Universidad de Méjico. — *N. del T.*

1 Grupo de islas situadas al Norte de la punta septentrional de Escocia; su clima es muy frío y nebuloso.

2 Territorio situado en el reino de Wurtemberg, cuyo clima es sumamente húmedo y destemplado. — *N. del T.*

3 Fingal fue un héroe caledonio del siglo III, que las tradiciones nacionales hacen descender de Conchal, rey de Morven, que se distinguió entre famosas batallas libradas á los romanos por los escoceses en las que derrotaron á Caracalla. Su hijo Ossian fue el célebre bardo que, privado de su hijo Oscar en el momento en que iba á unirle con Malvina, perdió la salud y la vista, consiguiendo calmar sus dolores cantando las hazañas de su familia y de sus compatriotas. En 1760 Macpherson publicó las poesías de Ossian, que supuso haber recogido en el Norte de Escocia, pero se conoce bien que no publicó más que una infeliz imitación. Se conservan algunos fragmentos del verdadero Ossian. — *N. del T.*

4 Heroína del poema heroico intitulado *Nibelungen*, del que se da noticia en la nota siguiente. — *N. del T.*

5 Poderosa familia alemana que sostuvo una encarnizada lucha contra Atila y cuyas hazañas fueron celebradas en un antiguo poema heroico de mucho mérito, que lleva el nombre de dicha familia y se atribuye á Henrique de Ofterdingen. — *N. del T.*

YO QUIERO SER PERIODISTA

¿Por qué no he de ser yo periodista?

Tengo el *exequatur* de un camarero serio que me sirve café en el Continental todas las noches; me animan con sus consejos dos chicas que han venido á Madrid á hacer oposición á la carrera del matrimonio, aunque me da el corazón que se quedan con nómina, pero sin plaza; me alienta con sus *rendez-vous* un chico que estudia tercero de gomoso, que estaría más en carácter dedicándose á Montes, pero á Montes al natural.

Si con estos aguijones no me lanzo ahora á escribir es que no tengo sangre en mis venas mayormente.

Nada, ya estoy decidido.

— Zenona, agua caliente, que voy á lavarme de pies á cabeza; voy á ver á un señor y no quiero que diga que escribo con los pies; por lo menos con los pies sucios.

Después de esta operación lo menos que pueden decir de mí es que escribo con limpieza.

Pasemos á la *toilette*.

¿Qué camisa me pongo de las dos que tengo?

¿Aquélla de color, con herraduras y látigos, ó la blanca? La de color es más de verano y sobre todo no ha criado flecos todavía; pero á lo mejor resulta que el Director es un guasón y me va á anunciar en la cuarta plana debajo de la Zarzaparrilla del Doctor Ayer: «Hoy se ha presentado en nuestra redacción un chico original que no hemos podido admitir por exceso de ídem; gasta herraduras *hasta* en la pechera; se lo recomendamos á las empresas hípicas.»

Nada, me decido por la blanca.

— Zenona, toma *ese* y recórtale las hilachas al cuello y á los puños; ¡ah! oye, tráete unos botones que he visto en la mesa de noche del señorito del gabinete; al pasar dame el betún de D. Daniel; pronto, hijita, que tengo que marcharme.

Llego hecho un fin *du siècle* á la redacción y me encuentro de manos á boca con una colección suelta de individuos que el que menos usa lentes y el que más gafas.

Me acerco tembloroso á uno temiendo que me pegue la miopía y le pregunto por el director.

— El *director* está ahora ocupadísimo en el fondo.

— ¿En el fondo de qué?

— Pues, hombre, en el fondo.

Visto que el director no quiere salir á flote, esperemos; pero esperemos observando lo que escriben mis casi *colegas*.

Inútil esperar; no veo coger una pluma, todos deshacen papeles á tijeretazos.

— Pero, oiga, amigo: ¿esta es la redacción? Esta será á lo más la sastrería de la redacción: yo pregunto por la redacción.

— No se mole, señor mío; esta es redacción y muy redacción; y con estos tijeretazos que á usted le parecen cosa baladí derribamos muchas torres.

— Si las torres son de papel de fumar, puede; como siquiera sean de cartón, tampoco.

— Guarde la guasa en el bolsillo, que lo mismo corto este Licor Depurativo Vegetal que le corto á usted las narices.

— Con tal que me deje un apéndice para ponerme gafas el día que éntre en la familia, me importa un bledo.

— ¿Ah, pero va á entrar en la redacción?

— Hombre, yo así lo espero: no pediré sueldo como ustedes, trabajaré gratis; pero en cambio á la vuelta de seis meses podré yo solo cortarme las camisas, los calzoncillos y hasta quizá ocupar un distinguido lugar en casa de Benito Moreno: usted, ¿cuánto gana?

— Pues, mire usted, como que no hace más que siete años que corto, digo, que trabajo, *todavía* no gano nada; pero estoy seguro que cualquier lustro de estos me han de dar por lo menos un destino en Estancadas.

— Sí; á ver si se desestanca usted. Oiga, ¿quién es aquel viejo de bigote canoso que está allí comiendo uvas?

— Pues, mire usted, guarda el incógnito más riguroso; yo siempre le he conocido así, guardando el incógnito y comiendo uvas; aquí le llamamos Trompeta; es el que da los bombos á tanto el golpe; es un viejo marrullero que, como quien no quiere la cosa, se ha comprado ya dos corbatas de una

veinticinco en la calle de Capellanes; con que ya ve usted.

Pero, silencio, que se abre la puerta del director, que por lo visto sube á flote.

—Sr. Trompeta, es menester que cargue usted la mano sobre la *originalidad* de la cuestión tratada por D. Fulano; es cierto que antes que él la han tratado nueve periódicos de aquí y once de provincias; pero D. Fulano es el primero, entiéndalo bien, el primero, Sr. Trompeta, el primero que ha puesto los epígrafes con letra bastardilla.

— Así lo haré, Sr. Director; contesta engullendo el último gajo de uvas.

— Y el que escribe la política menuda, ¿dónde anda?

— Señor, ha ido á su casa, porque se le había olvidado el barboquejo.

— Lo que yo quiero es menos barboquejo y más golpes de gracia, más golpes.

— Cuando vuelva le diré que exige usted que golpee.

Y dando un tremendo portazo se vuelve á su camarote, supongo que para seguir haciendo fondos.

En esto entra el de la política menuda, que ha escuchado las últimas palabras, y dice á Trompeta por lo bajo:

— Si querrá ese hombre que por ocho duros al trimestre me convierta yo en codorniz; cuando yo digo una cosa, es que sé lo que digo, digo.

Este no tiene más defecto, sino que todos sus golpes son del mismo sitio, de la Gran Vía.

Pero por fin se restablece la calma y se agarran á sus plumas respectivas el de las uvas y el del barboquejo y empieza el Ortografical and Gramatical Desolation.

— Oye, Trompeta, sabes por casualidad si harina se escribe con h?

— Hombre, eso será según del costal que sea; la de la Tahona de las Descalzas estoy segurísimo que se escribe con h; veo el letrero desde mi piso cuarto, ya ves si estaré seguro; sin embargo, no te fíes de lo que te digo, porque tahona también la escriben con h, de manera que tal vez sea cariño á esa letra; pero, calla, que aquí viene un diputado de Gamazo, y en cuestión de harinas nos va á sacar de dudas.

— Oiga, D. Rufino: ¿harina se pone con h?

— La mía, la que yo fabrico es de lo mejor en su clase; de modo que sin género de duda es la «harina hache» (aquí enciende un magnífico habano para despejar la incógnita): de manera que si se refieren á la mía pónganla con h; y si algún ignorante (otra chupada) les contradice, asegúrenles bajo mi palabra que yo la fabrico así.

A poco sale de su despacho el Director, y después de felicitar cordialmente á D. Rufino por no sé qué brillante rectificación, le dice amablemente á Trompeta:

— Oye, Trompeta, busca entre los lagos de la América del Norte el Victoria-Nianzza; estoy concluyendo un artículo sobre la hidrografía de los países recorridos por Stanley y quiero que quede á marcha-martillo.

Y yo, lector, asustado de que llueva fuego del cielo sobre esta redacción, me retiro conmovido por el foro.

FRANCISCO GRANADINO.

CEFERINO SUÁREZ BRAVO

Honramos hoy nuestra publicación con el retrato de uno de los pocos escritores de verdad que hay en España. Poeta lírico, y dramático, novelador, costumbrista y, sobre todo y ante todo, periodista; Suárez Bravo es una personalidad literaria de primer orden, y cuantos gusten de la fuerza y nerviosidad del estilo, de la claridad, concisión y fuerza del lenguaje, del bien entendido artificio retórico y del sano calor de las convicciones honradas, han de tener en mucho á Suárez Bravo, y considerarle como uno de los más eximios representantes del movimiento literario en la España moderna.

Hay quien dice que es el periodismo diario un helado cierzo que abrasa las flores todas del ingenio; ó lo que es igual, que no hay ingenio capaz de dar frutos si se le aplica por algún tiempo á la labor del periodismo diario. Cervantes, añaden, si viviera en nuestros tiempos, es probable que no hubiera padecido tanta estrechez como padeció en aquella su malaventurada vida de soldado y escritor; en cambio no hubiera escrito el *Quijote*. Nosotros opinamos, sin embargo, que Cervantes, hoy como en su tiempo, hubiera escrito el *Quijote*, y en cambio, como periodista quizás no pasase de medianía. Esto quiere decir que la de periodista es una profesión como otra cualquiera, y el periodismo un género literario que exige para su cultivo condiciones peculiares de ingenio. El Sr. Suárez Bravo, á nuestro juicio, es prueba concluyente de lo que decimos, y en novelas, dramas y libros largos en general, ha descollado, es cierto, como cualquiera; pero en artículos periodísticos ha sobrepujado á todos. Los artículos de Ovidio (seudónimo de Suárez Bravo), son verdaderamente inimitables; constituyen un grandioso poema fragmentario en que se tratasen por superior manera todas las cuestiones que agitan el mundo contemporáneo: filosóficas, teológicas, sociales y literarias. Nada tan delicioso, tan profundo y bello como un artículo de Suárez Bravo, en que, aparte de algunas exageraciones de escuela á lo De Maistre, todo es sencillo, llano, de común sentido, y todo se pega al lector como bien compuesta melodía. Los que en componer artículos periodísticos hemos gastado nuestro tiempo, sabemos de ciencia propia lo inimitable que es el género cultivado por Suárez Bravo.

A. SALCEDO.

ALBUM DE POESÍAS

EL PONTIFICADO

ODA

¡Espíritu de Dios omnipotente!
¡Fuego inmortal que el corazón inflama
Y la mente ilumina!
¡Eterna luz de la verdad eterna!
Yo tus gracias invoco reverente;
Yo un rayo puro de tu luz divina,
De tu celeste llama
Para mi canto imploro;
Que es la verdad el numen de mi canto,
Y á la verdad adoro.
Muéstrame ¡oh Dios! tu poderío santo
Cual lo mostraras á tu fiel caudillo
Del *Oreb* en la zarza misteriosa,
Cuando entre eterno brillo
Y océanos de gloria y de fulgores,
Allá en la cumbre del Thabor gloriosa,
Á los tuyos piadoso te mostraras.....
Deja, Señor, que atravesando edades
Y montañas salvando,
Temple mi sed en las corrientes claras
Del Jordán y el Siloe bendecidos.....
¡Haz que escuche las roncas tempestades
Que levantan llorando
Los mundos por tu muerte sacudidos;
Que incline en tu sepulcro mi cabeza,
De Sión con la Virgen desolada.....
Que admire tu grandeza
Cuando al seno del Padre te volvías,
Entre salmodias santas,
Sobre trono de Arcángeles fulgente,
Con alfombra de nubes á las plantas
Y corona de estrellas en la frente!
De tu Iglesia naciente
Muéstrame Tú la barca misteriosa
Por perennes borrascas combatida:
Muéstramela gloriosa
Y triunfante doquier; sí..... ya la veo
De las pasiones sobre el mar profundo,
Con tu cruz por trofeo,
Hasta los cielos levantando el mundo.
. . . . . .
. . . . . .
¿Quiénes son esos hombres
Salidos de un rincón de Galilea
De bajo origen y de oscuros nombres?
Pescadores humildes y creyentes,
Apóstoles fervientes,
Pobres hijos del pueblo de Judea.
Sobre ellos Cristo derramó sus dones;
Célica chispa iluminó sus mentes;
Van á alumbrar indómitas regiones
De la fe sacrosanta con la tea;
Van á rendir naciones
Con el arma invencible de la idea!
Vedlos..... Pedro los guía.....
Él la nave conduce
Que del Señor la diestra le confía;
Es la piedra angular, la roca santa
Sobre la cual, eterna é inmutable,
La Iglesia del Mesías se levanta.
Vedlos: llenan la tierra
Su doctrina bendita predicando:
Vedlos: la paz oponen á la guerra;
A la materia, al vicio,
El espíritu, el bien, el sacrificio:
A fieros odios, á rencor infando,
La caridad divina que perdona;
Al gentílico fausto y su grandeza,
A la esclava infeliz ó corrompida,
La cristiana pobreza
Y la mujer por Cristo redimida.
A los múltiples dioses,
El Dios único y trino:
El amor fraternal, á la venganza;
Y al terrible destino,
La voluntad del hombre y la esperanza
Señalan su camino
Manantiales de luz y de ventura,
Salud y bienandanza,
Milagros de bondad y de ternura,
Cual los de Aquél, que dijo á los humanos:
«¡Amaos como hermanos!»
Que á Lázaro en la tumba despertaba,
Que al humilde su reino prometía,
Y al soberbio abatía,
Y á la mujer amante perdonaba,
Y á los cándidos niños bendecía.
. . . . . .
. . . . . .
El Tíber caudaloso,
El que cruzan cargados de laureles
Los triunfantes manípulos romanos,
Hoy pasa silencioso,
Sin lanzas, ni corceles,
Pedro con sus discípulos cristianos.
Y desde el siervo al César,
Turbando sus crueles regocijos,
Predica el Santo con ardiente celo
Que son todos iguales: todos hijos
Del Padre universal que está en el cielo.
Y allí planta su solio
A la sombra del árbol venerado

INTERIOR DE LA CATEDRAL DE SIGÜENZA.

Que ha de hundir al gigante Capitolio.....
¡Árbol con sangre y lágrimas regado!
Pedro cayó á sus piés, y otros cayendo
Sus frutos bendecían,
Y sus ramas benéficas creciendo
Sobre todas las razas se extendían.
Mirad..... bajo palacios y jardines,
Bajo termas, vestíbulos y baños
Do el tímpano retumba
Con las danzas de orgiásticos festines,
Se oculta la severa catacumba.
Arriba, las legiones
Coronan el altar de la victoria
Con rendidos arneses y pendones.
El genio de la gloria,
Sobre artistas, y sabios, y guerreros,
Bellas flores derrama;
Arcos, templos y puentes
Por doquier se levantan altaneros;
Son los Césares dioses aclamados,
Y cerniendo las alas refulgentes,
Espléndida proclama
Sobre reyes y pueblos aherrojados,
A esa Roma gentílica la fama.
Hay abajo tan sólo corazones
Que se elevan á Dios, como la nube
Del incienso, y las puras oraciones.
Hay constantes varones
Y vírgenes hermosas,
Que acarician eternos ideales,
Que no humillan sus frentes animosas,
Y corren á las fieras,
Y contestan con cánticos triunfales
Al bárbaro rugir de las panteras.
Aquí está el hombre fuerte;
Allí la antigua sociedad perdida;
La duda allí, la esclavitud, la muerte;
Aquí la fe, la libertad, la vida.
¡Y vence el bien con la verdad triunfando;
Y el símbolo divino
Abrase al fin, el orbe dominando
Sobre el lábaro fiel de Constantino!
¡Mas ah!..... los viejos crímenes de Roma
Sobre su seno impúdico atrajeron
Los horribles castigos de Sodoma:
El dios *Término* mudo retrocede;
Que unos hombres llegaron
Y sus vastas y fértiles fronteras
Feroces arrollaron,
Cual manada de bestias carniceras.
Y del Cáucaso ignoto
Y de los Alpes, bájanse sangrientos,
Como torrente que su dique ha roto,
Como nube de rayos abrasada,
Como buitres hambrientos.....
Neblina emponzoñada
De Meotides arroja la laguna;
Son los hunos; los hijos de los genios,
Los héroes de fortuna:
Los que á Italia bajando,
En gemidos convierten sus cantares,
Y las campiñas tálanle, trocando
En mares rojos sus azules mares.
Sangre, estragos, ruinas
Por doquiera que avanzan;
Terrible inundación; sus olas crecen,
Y crecen más; las águilas latinas
A su nido de Roma se guarecen,
Y sobre ellas se lanzan
Del hielo los intrépidos halcones
Que en su presa cebados,
De los cálidos miembros destrozados
Van formando sus bárbaras naciones!
¡El agua del diluvio se amontona;
El imperio de Rómulo vacila,
Rueda, se desmorona,
Y huellan, fieros, su real corona
El corcel de Odoacro y el de Atila!
Mas el naufragio universal venciendo,
El arca flota de la nueva era,
La humanidad en ella recibiendo:
Es la Iglesia, que el caos dominando,
Magnánima y austera,
La sociedad salvando,

CAPILLA MUDÉJAR EN LA MISMA CATEDRAL.

Hacia el bien esas hordas encamina.
El guerrero selvático no inclina
Su cerviz ante reyes ni magnates;
Mas la voz del Pontífice escuchando,
Suelta el tajante acero,
Donde aun la sangre del vencido humea,
Y se humilla ante el túmulo severo
Del pobre pescador de Galilea!
El Romano Pontífice infalible,
De Jesús el Vicario,
El que conserva el fuego inextinguible
De la moral nacida en el Calvario,
Enseña, al dar sus leyes,
Al fulminar excomunión airada,
Que hay un poder más alto que los reyes
Y una fuerza más grande que la espada.....
Vedle, cuán poderoso,
Con la cruz levantando el Occidente,
Tras el grito de un fraile fervoroso
Se arroja sobre Oriente.....
Cómo dirige el mundo,
Y cómo ostenta su poder fecundo
De región en región, de gente en gente.

. . . . . .
. . . . . .

¡En aquellos jardines
Donde Nerón hacía del cristiano
Antorcha de sus lúbricos festines,
Levántase potente el Vaticano!
Y no hay país que ignore su palabra;
No hay comarca remota
Que al acento de Pedro no se abra.....
Desde el islote por la nieve yerto
Que en el polo se esconde
Hasta el hijo salvaje del desierto,
Todo á su voz responde;
Por doquiera penetra protectora,
Como rayo de paz y de alegría,
La bendición del cielo bienhechora,
La bendición que el Papa les envía.
¿Oís el grito altanero
Que ha tres siglos lanzaron
Y de Roma á la mística Tiara
Preciadísimas joyas arrancaron.....?
¡Mas ah.....! ¡que altiva y clara,
Entonces como nunca resplandece,
Entre la luz del gran renacimiento,
Cuando el genio católico florece,
Y cuando España con heroico aliento,
Surcando el mar profundo,
Que con su cruz y sus pendones doma,
A las plantas de Roma
Arroja, colosal, el nuevo mundo!
¡Y ya cruzan los mares
Ejércitos de fieles solitarios,
Sin más trompas que bíblicos cantares.....
Sin más armas que viejos breviarios.
Esa hueste no mata, ni esclaviza;
Ella levanta altares,
A cuyos pies, muriendo, civiliza;
Esas son las legiones
Con que el Papa domina las naciones.....
Y Él triunfará; porque venciendo edades
Y luchando de recias tempestades
Entre revueltas olas de amargura,
Eterna y luminosa,
Rompiendo nubes célica fulgura
De la verdad la luz esplendorosa!
¡Luz de Roma! ¡Luz pura
Que convirtieras al nacer gigante
En escombros los ídolos paganos;
Que alumbrarás triunfante
Las ruinas de todos los tiranos!

. . . . . .

Y Tú, buen Padre, á quien cruel delirio
Con la aureola ciñe del martirio.....
Tú, que apuras el cáliz de agonía
Que inhumana te ofrece
De tus contrarios la falange impía.....
Torna, torna los ojos
Y mira el árbol de la fe que crece;
Y ve á tus hijos que anhelantes llegan
Y póstranse de hinojos
Ante tus plantas, que con llanto riegan!
Sí..... bendice tu grey;
Padre espiritual, místico rey,
Que los cielos colmaron de sus dones,
Y que tiene por trono la conciencia;
Por cetro, la clemencia;
Por corona, fervientes corazones!

. . . . . .

Pontífice inmortal, yo te saludo,
Y entre los versos de mi canto rudo,
¡Mi corazón católico te envío!
Permite que mi acento,
En las alas levísimas del viento,
Atraviese la mar, y la montaña,
Y á Tí suba, clamando reverente:
¡Padre! Tu bendición sobre mi España.
¡Padre! Tu bendición sobre mi frente.

JOSEFA UGARTE BARRIENTOS,
Condesa de Parcent.
Málaga.

EL BOTIJO

Humilde, de pobre barro,
tal vez nacido en Andújar,
sudando el agua que encierra
en sus entrañas obscuras,
azotado por el aire
que la fresca sombra busca,
y arrinconado en el patio
de mi mansión andaluza,
descubro al blanco botijo
que el puro líquido oculta
y vive porque le cuidan,
y brilla porque rezuma.
Cuando el ardiente verano
con rudo fuego deslumbra
y amarillean los trigos,
que el aire apenas columpia,
y en el olivar las tórtolas,
llenas de pereza, arrullan,
y el tardo buey, desuncido,
echado en los setos rumia,
y abrasa el sol, y el arroyo
que la ancha pradera surca
sin ramas que lo cobijen,
al agostarse susurra,
sale el botijo á la vida,
se le llena y se le apura,
y para que tenga fresco
no hay plan á que no se acuda
ni tela que no le envuelva,
fuerte, limpia, blanca y húmeda.
Junto al pozo de la casa,
en la ventana moruna
ó en el rincón del pasillo,
donde los aires se cruzan,
le ponen para que el agua
venza á la nieve en frescura
y sirva de lenitivo
al que trabajando suda
y vuelve al hogar, ansioso
de encontrar grata penumbra
y agua fresca que reanime
y amor que crea é impulsa.
En el corro que, á la noche,
alegremente se junta
para hablar de cómo *pinta*
el año, de las angustias
del que no cobra y le cobran
mil tributos que le abruman;
de caballos y de toros
que fueron ó que se anuncian,
y de todo se hace un chiste,
que acaso molesta y punza,
el botijo va corriendo
las manos, una por una,
y en alto, medio inclinado,
á usanza de Cataluña,
deja caer fresco chorro
que se retuerce y murmura
y da vigor á quien habla
y paciencia á quien escucha.
Luego, cuando está en silencio
la calle, y brilla la luna
cual broche de blanco nácar
que en manto azul se dibuja,
y está el botijo en la reja,
donde es seguro que acudan
la muchacha de ojos negros
que al tiempo que matan curan,
y el mozo que en ella tiene
puesta el alma, que fué suya,
oirá todas las ternezas,
los celos y las disputas
de los dos enamorados,
que serlo por siempre juran.
Y..... ¿quién sabe? Acaso llegue
en ocasión importuna
un tercero, y con fiereza
las dos navajas relucan,
y pida favor la niña
y siga en tanto la lucha,
y un galán ruede en la calle
y otro ensangrentado huya.
Tal vez un chico travieso
lance una piedra con furia
y haga al botijo un boquete
por donde, cual fresca lluvia,
el agua á los dos amantes
para atemperarlos cubra;
ó tal vez cuando le coja
sin cuidado mano dura
en mil pedazos se estrelle
contra las guijas menudas.
Si no es así, cuando el frío
con los verjeles concluya,
hallará en negro *sobrado*
polvorosa sepultura
sin que le recuerde nadie
ni le eche de menos nunca,
hasta que al rodar los días
que invierno y verano anudan,
vuelva á salir á la escena
de mi mansión andaluza,
y en el cristal de la fuente
que al beso del sol fulgura,
le lave aquella morena
en cuyos ojos se juntan:
la noche, porque son negros,
y el claro sol, porque ofuscan.

JOSÉ MARÍA DE ORTEGA MOREJÓN.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDÓN

(Continuación.)

Le siguió á un cuarto próximo, y allí presenció un espectáculo terrible. Un hombre de blanca cabellera permanecía caído sobre una silla, pálido, inmóvil, con los párpados entreabiertos, sin movimiento, y al

parecer sin respiración. Estaba completamente vestido, y el arco y el violín que tenía á su lado indicaban que la muerte ó un desmayo le habían sorprendido en medio de sus habituales ocupaciones. Federico le levantó, le examinó, y dijo á la joven, que aun temblaba:

— Voy corriendo á buscar á un médico. Usted, señorita, empape un pañuelo en vinagre, y póngaselo en las sienes al enfermo; hacédselo también aspirar.

— ¿Vive? dijo ella.

— Sí, ciertamente; así lo creo; dijo Federico, que no estaba tampoco muy seguro.

Al cabo de diez minutos volvió, trayendo un médico de la vecindad. Una buena mujer, también vecina, se encontraba ya al lado de la joven; pero sus esfuerzos reunidos no habían sido bastantes para que el pobre anciano recuperara el conocimiento.

— ¡Congestión cerebral! dijo el médico á la sola vista de la cara.

Y en el momento hizo una sangría, preparó sinapismos y ordenó se le aplicaran sanguijuelas. Federico prestó grandes servicios; hizo recados, corrió, no escaseó nada, y tuvo el placer, á la vuelta de una de sus comisiones, de ver al enfermo sentado en un sillón, con los ojos abiertos, la mirada tranquila, y oir á la joven decir con agradecimiento:

— ¡Oh, señor! gracias por sus bondades; mi abuelo le da á usted también las gracias..... Mire usted, me ha reconocido.

Federico dejó al enfermo entregado á los cuidados de su nieta y de la vecina, que se había ofrecido á pasar allí la noche, y volvió á su cuarto preocupado por esta pequeña aventura. Se deleitaba pensando que la joven fuese tan bella como sencilla y dulce parecía: el piano que tenían en un ángulo de la habitación, y el violín que se veía sobre la mesa, le revelaban de un modo inesperado que el anciano y su nieta eran los músicos que todas las noches le daban un concierto. Se durmió con estas ideas, y al día siguiente, á primera hora, fué á enterarse de su vecino.

— M. Rassman está mejor — dijo la buena mujer, entreabriendo la puerta.

Durante diez días la respuesta fué la misma, siempre satisfactoria, y al onceno, la jóven abrió ella misma la puerta y dijo con voz tímida:

— Mi abuelo desea ver á usted para darle las gracias: éntre usted si gusta.

Llevó á Federico al cuarto claro y bien arreglado en que M. Rassman estaba sentado cerca de una ventana abierta, adornada con pensamientos y violetas. Federico le miró con gusto: era un modelo de anciano, de fisonomía benigna y llana, y en un francés con mezcla de alemán le hizo calurosas muestras de agradecimiento.

— ¡Pobre Mina! — dijo apretando entre las suyas la mano de su nieta — ¿qué hubiera sido de ella si su abuelo la hubiese dejado sola? No llores, querida, estoy mejor, mucho mejor; y si no tuviésemos que bajar tantos escalones, iríamos los dos á pasearnos al Luxemburgo; pero iremos, y pronto..... ¡ya lo verás!

Mientras esto decía el anciano, Federico echaba una ojeada por la habitación en que se hallaba; todo en ella era modesto y casi pobre, pero una extremada limpieza revestía de cierta dignidad á esta pobreza, y ciertos objetos que en ella se veían la daban alguna poesía. La patria helvética se encontraba traspasada á aquella habitación de la calle del Infierno: los muebles de origen suizo se veían mezclados con los franceses; el sillón de madera, la mesa de familia, un gran cofre y el reloj de caja pintada, eran, con toda evidencia, de fabricación extranjera; sobre la chimenea se veían unos vasos trabajados en madera con la navaja de un pastor, y en medio una imitación en pequeño del León de Lucerna, recuerdo de la fidelidad de los suizos en el 10 de Agosto: encima del piano, una litografía representando la capilla de Guillermo Tell, y otra una vista de Berna: el anciano y su nieta no podían levantar los ojos sin ver una imagen del suelo nativo. Federico, que tampoco pensaba en Amiens, no pudo menos de conmoverse, sin embargo.

También llamó la atención de su mirada de artista el grupo formado por aquellas dos personas, la una de apenas veinte años, rubia, con un fresco color de rosa en las mejillas y los labios, hermosos ojos negros, expresivos y dulces, abriéndose bajo una espaciosa frente blanca, de rara belleza y con expresión de inteligencia y sinceridad; y el anciano, encorvado por el peso de los años, pero conservando bajo su blanca cabellera una fisonomía serena y respetable, en la cual podría leerse una vida sin tacha y una conciencia inmaculada.

— Haré un buen cuadro, — se decía Federico; — tienen figuras de leyenda, de esas que no se encuentran en París; es todo un Holbein, y con trajes de la Edad Media estarán admirables.

Aquella noche no se pasó sin un poco de música; Rassman volvió á coger el arco, y tocó el *minuetto* de *Don Juan;* Guillermina, por obedecer á su abuelo, tocó una sonata complicada de Haydn, y Federico pudo comprender que su talento pasaba de lo ordinario, mostrándose tan satisfecho, que el buen anciano le invitó á que fuera con frecuencia.

— Antes oía usted nuestros conciertos desde lejos, y ahora podrá usted pedir las piezas que más le gusten; el violín y el piano lo harán lo mejor que puedan.

Volvió, en efecto, y poco á poco se fué mezclando en su vida, añadiendo alguna cosa. Ya se le esperaba todas las noches, colocándole su silla de modo que, como decía Rassman, pudiera ver el lago de los cuatro cantones y su capilla; el violín y el piano se armonizaban y tocaban con entusiasmo los más hermosos aires de la música alemana: Federico disfrutaba como verdadero *dilettanti*, porque en general el sentimiento de las artes se extiende, las Musas son hermanas, y gozar de lo bello por los ojos dispone á comprenderlo por el oído. Después del concierto se hablaba, y Federico conoció bien pronto la vida de sus nuevos amigos, como si lo hubieran sido suyos desde la niñez. «Yo era en Berna fabricante de instrumentos de cuerda, y muy dichoso hasta la época en que perdí á mi pobre mujer, que también se llamaba Guillermina; de los cinco hermosos hijos que me dió, cuatro se fueron antes que ella. Me quedó uno, buen mozo y músico como el rey David; era aficionado al movimiento y á los viajes, aburriéndole sobremanera la tranquilidad de mi pequeña tienda, en la plaza de Berna, enfrente del gigante; (¿ha estado usted en Berna, Federico?) Un día me dijo: "Padre, voy á viajar." «Vete en hora buena, le dije, y que el Señor te guarde." Vino á Francia, á París, y según el consejo de algunos compatriotas, se hizo músico de la guardia de Carlos X; y como tenía gran talento, al cabo de algunos años le hicieron músico mayor. Entonces pidió su licencia y volvió al país; se casó con una buena muchacha, á quien había dado palabra en otro tiempo, y me instó á que les acompañara á París. Me dejé tentar, porque al fin estaba solo en Berna, sin mujer y sin hijos, y seguí á mi hijo y á mi nuera á esta gran población. Gracias á los muchos suizos que hay en París, conseguí que no me faltara el trabajo, y así pasamos felices algunos años; ya había venido al mundo la pequeña Guillermina, que á todos nos encantaba. Pero hace seis años murió mi pobre hijo, le siguió su mujer y me quedé solo con esta niña huérfana. Se han caído los árboles robustos, y sólo queda este tronco carcomido y una tierna flor..... Guillermina es música, como lo era su padre; dió ya algunas lecciones bien retribuídas en el colegio de la Sra. Glaré; de manera que podrá vivir cuando yo falte; para distraernos, hacemos buena música, y para consolarnos, aquí tenemos este libro.»

Y puso en la mano de Federico una vieja Biblia que tenía á su lado.

— Soy calvinista, Federico, — añadió Rassman.

Federico no tenía nada que objetar; pues si bien su educación había sido cristiana, había caído en esa indiferencia, tan común en nuestros días, que mira á todas las religiones del mismo modo, las concede el mismo valor, las encuentra igualmente buenas, á condición de no escucharlas, y se persuade, para vivir más en paz, que Dios participa de esta misma indiferencia, y que le importa poco lo que se cree y la manera como se le sirve. Federico estaba en esa situación, y para él valía tanto Calvino como el Apóstol San Pablo. Ninguna discusión teológica turbó, pues, esta amistad naciente.

Por lo mismo que Federico se había visto privado desde hacía algún tiempo de toda afección dulce, disfrutaba mucho con esta relación, y tanto más, cuanto que sus nuevos amigos no le exigían esas etiquetas del mundo, que rechazaba su carácter independiente y soñador. A cualquiera hora que fuese era bien recibido; lo mismo que hablara, que no dijese una palabra, se le miraba con cordialidad; y esta fácil indulgencia aprisionó más su corazón que si hubieran hecho vivas instancias y cumplimientos.

Se deleitaba con la sencilla conversación del buen Rassman; le encantaba la gracia sincera de Guillermina, y cuando por la noche la veía al piano, y contemplaba aquella linda cabeza, animada por la inspiración, y sus cabellos de oro cayendo sobre su cuello, la comparaba unas veces á *Mignon* aspirando al cielo; otras á Margarita en la rueca, ó á la Santa Ursula de Memling: ó acudiendo á sitio más próximo, se la representaba en su imaginación como otra Gertrudis: veía á ésta inclinada sobre el libro mayor, seria, pálida, sin otra belleza que la interior, reflejada en su frente: pero la artista ingenua y entusiasta, cuyos dedos volaban por el teclado, borraba pronto esta austera imagen del deber y de la familia.

— Verdaderamente, — se decía, — Gertrudis no comprende ninguno de mis pensamientos ni de mis deseos: ¿no me ha de comprender mejor Guillermina, que es artista.....?

Y si algún curioso hubiera hojeado su cartera, hubiera encontrado en ella, no el perfil irregular de Gertrudis, á que el lápiz trataba de embellecer, sino la suave cabeza de Guillermina. Guillermina, con las vestiduras de Santa Isabel, llevando rosas en su manto; Guillermina, con túnica verde y arpa de oro, como ondina que vagaba sobre las aguas del Rhin; Guillermina, de druida, de santa, de castellana; en una palabra, unido siempre el nuevo sueño del joven á todos sus proyectos de arte y á todos los caprichos de su imaginación viva y movible.

Guillermina, que permanecía invisible, delante del joven vecino, no sospechaba lo más mínimo: estaba preocupada con razón por la salud de su abuelo: no recobraba por completo sus fuerzas, las noches no las pasaba tranquilo; por las mañanas sentía debilidad, fatiga, y él mismo se inquietaba, no por sí, sino por la huérfana que había de quedar sola. Era un temor terrible que no se atrevía á comunicar á la compañera de su vida; cada uno de ellos temblaba por el otro y sin poder pedirle un consuelo.

Un día Federico subía la escalera de la casa con la ligereza propia de la juventud: llegó al descanso del tercer piso y se sorprendió al ver al buen Rassman pálido, apoyado contra la pared, como si fuera á caer ó desmayarse.

— ¿Qué tiene usted? — le dijo con viveza.

— Me siento mal, — respondió el anciano; — no veo claro, tengo vértigos..... ¿Me podría usted llevar hasta mi cuarto?

Federico le condujo con el mayor cuidado: la habitación estaba sola; era la hora en que Guillermina daba sus lecciones; la sustituyó lo mejor que pudo, y cuando ya el anciano, despojado de la corbata, tranquilo y sereno, volvió á su estado normal, le dejó.

Al siguiente día también le encontró solo, y Rassman le tendió la mano.

— Le estoy á usted muy agradecido — dijo, — querido vecino, por el cuidado con que me tratásteis ayer. No me hago ilusiones; estos vértigos son malos pronósticos. No hay que olvidar que tengo setenta y cinco años.

— ¡Bah! es usted tan fuerte como un roble de vuestras montañas.

— ¡Sí, Federico, pero un roble viejo y carcomido, que ha sido trasplantado, y eso no sienta bien ni á los árboles ni á los hombres! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Nada me importaría la vida, si no fuera por esta pobre Guillermina, que á nadie conoce en el mundo.

— No piense usted en eso, Rassman.

— Sí, y tanto que pienso, la noche y el día. ¡Pobre ovejilla! ¿Qué será de tí? ¡Sola, completamente sola! ¿Volver á Suiza.....? No conoce á nadie; ¿y cómo viviría? ¿Quedarse en París? Es una población muy peligrosa para una niña inocente..... ¿A quién la dejaré? ¿A quién podré recomendarla?

El pobre viejo lloró al decir estas palabras, ya con voz entrecortada, y bien podía asegurarse que aquellas lágrimas no eran arrancadas por debilidad por su propia suerte. Federico estaba inquieto; hubiera querido consolarle; pero ¿qué decir á un temor tan razonable? ¿Qué consuelo pasajero podría ofrecerse á esta angustia de un padre.....? De repente su fisonomía se llenó de vida, como si una conmoción interior le hubiese agitado; permaneció un instante silencioso y pensativo, y después, cogiendo la mano de Rassman, le dijo con tono serio y conmovido:

— No temáis por Guillermina; la amo, y la pido por esposa: prometo ser un marido bueno y fiel.....

CAPITULO XIII

ACTOS DE RESPETO

La llegada del cartero, que en tiempo de nuestros abuelos era un gran acontecimiento, es hoy uno de los acontecimientos esperados del día: el hombre de la cartera misteriosa ya apenas despierta fuertes sensaciones; él, que en otro tiempo tenía el privilegio de hacer que toda la familia le esperase á la puerta de la calle y hacer gritar con voces de entusiasmo: ¡Una carta! ¡hay una carta.....! con esa completa indiferencia con que en nuestros días reciben en las casas de comercio aun los telegramas, esos mensajes aéreos transmitidos por fuerza oculta, recibió M. Delaborde, de manos del cartero, su correspondencia, formada por una docena de cartas y otros tantos impresos.

Hojeó el paquete, echando sobre él una mirada rápida; pero la vista de una de las cartas le llamó la atención, y le hizo subir á las mejillas un vivo carmín, indicio de emoción fuerte é inesperada. Esta carta no tenía aspecto comercial: un sobre cuadrado con filete rojo, un sello de lacre con el emblema de un palo de cucaña y las palabras «*Nada sin trabajo.*» y la dirección escrita con letra detenida y elegante, nada de eso daba á entender que tenía su origen en un escritorio, entre la caja y la cuenta corriente; por otra parte, M. Delaborde había conocido desde el primer momento, con la memoria del corazón, los rasgueados que habían sido en otro tiempo motivo de la crítica paterna; sin embargo, á pesar de sentirse con el corazón agitado venció su espíritu metódico á la curiosidad y la emoción; leyó primero las cartas de negocios, respondió á algunas, dió órdenes en el escritorio con referencia á otras, y al fin, encerrándose en su gabinete, rompió el lacre y leyó en esa soledad necesaria para las cosas serias.

El almuerzo comenzaba á servirse, cuando se unió con su familia. Sentóse sin hablar al lado de su mujer; Gertrudis hacía que comiese el pequeño Hugo, admitido recientemente á los honores de la mesa, y á quien enseñaba el *Benedicite* y la manera de comer con limpieza. Por él duró más el almuerzo; cuando acabó su último bocado, cuando le quitaron su servilleta, juntó sus manecitas y repitió con Gertrudis: — ¡Gracias, Dios mío! — Quiso en seguida correr hacia su abuelo, y como de costumbre, jugar y pelearse con él.

— No, chiquitín, no — dijo M. Delaborde abrazándole, — es preciso ir al jardín; tengo que hablar á tu abuelita. Gertrudis, llévale y vuelve.

Obedeció y volvió, aunque con el corazón algo oprimido, como temiéndose alguna desgracia; la agitaba un presentimiento. ¿La tempestad del cielo no se anuncia también por negras nubes, y mugidos impetuosos? Sentóse, tomó su labor y calló. M. Delaborde había ya sacado de su cartera la carta ribeteada de rojo, y dijo á su mujer con aire misterioso:

— Aquí tienes una carta de Federico.

Mad. Delaborde tendió su mano temblorosa; estaba conmovida, y sus ojos brillaban.

— ¡De Federico! Enséñamela.

— Voy á leerla, contestó M. Delaborde.

Nada dijo Gertrudis; pero no estaba tan turbada como su tía, porque adivinaba que iba á pasar un suceso decisivo. Por esto elevó su corazón á Dios, diciendo en silencio: — ¡Vuestra voluntad, y no la mía!

M. Delaborde leyó con voz sosegada:

«Queridos padres: Creo daros gusto diciéndoos que uno de mis cuadros ha sido recibido en la Exposición. Es un cuadro de género, representando *Una venta judicial en una aldea;* el fondo de paisaje es un recuerdo de las orillas del Authie; estoy haciendo una pequeña reducción, para enviársela á mamá, y espero que este primer paso os reconciliará con la profesión que he escogido, la sola que me llamaba la atención, y en la cual conquistaré, Dios mediante, gloria, fortuna y felicidad.

»He esperado tanto tiempo para participaros mi primer paso, queridos padres, porque deseaba deciros otra cosa más grata á mi corazón. Cuando me cerrasteis la casa, yo respeté vuestra voluntad, esperando del porvenir de mi trabajo un éxito que debiera excusarme á vuestros ojos. Hoy puedo aseguraros que mi existencia está asegurada: tengo bastantes encargos, y bastantes retratos, para satisfacer con desahogo las necesidades de la vida material.

»¿No era esto lo que temíais cuando me visteis abandonar ese comercio lucrativo, que recompensa á los que tienen el valor de entregarse á él con una gran opulencia, ó al menos por un bienestar fácilmente conquistado? La barca de los comerciantes marcha dulcemente con el viento en las velas; yo he preferido remar y fatigarme, exponiéndome entre rocas y escollos. Pero ya pasaron los escollos, y miro la alta mar abriendo sus anchas llanuras á los atrevidos navegantes; ¡y el Toisón de Oro está prometido al talento y á la perseverancia! Pero dejemos el estilo figurado, y volvamos, querido padre, á lo que he sentido cuando os abandoné. Esta separación me fué verdaderamente dolorosa: he sufrido las amarguras del aislamiento, y más de una vez he dedicado un pensamiento y un suspiro á mis primeras afecciones: he pensado en usted, padre mío, en mi buena madre, y me ha sido necesaria toda la imperiosa vocación de que estaba poseído para no volverme con ustedes y someterme en absoluto á vuestros deseos. Pero hay una necesidad de conservación individual, una necesidad de ser suyo, que obligaba á mi alma á permanecer en París: poco á poco he entrado en orden y he hecho relaciones. He acogido algunas afecciones que se me presentaban, y que debían suplir á las que, según espero, sólo se han roto por breve tiempo. Con estos nuevos lazos, nuevos horizontes se han abierto delante de mí: he deseado hacerme una familia y un interior; la Providencia ha puesto á mi vista cuanto pudiera desear, cuanto pudiera serme simpático, cuanto podía cautivar mi amor y mis deseos.

»Una jóven bien nacida, bien educada, dulce, bella, artista, poética, y, sin embargo, buena ama de casa, como alemana que es, he ahí, querida madre, la hija que os suplico adoptéis. Se llama Guillermina Rassman; es huérfana de padre y madre, sola sobre la tierra: su abuelo ha muerto hace algunas semanas, y antes de abandonar este mundo ha recibido mi promesa formal y solemne de ser el marido y protector de su nieta. Esta promesa, queridos padres, es un compromiso de honor, que, como hombre honrado, debo cumplir, y por esto pido vuestro consentimiento.

»Mi prometida, después de la muerte de su abuelo, se ha retirado á una casa respetable, de la señora Meyer, profesora que la quería mucho, y que hace las veces de madre. Nada de más honrado que esta casa, y me atrevo á decir, que nada más puro que los antecedentes de Guillermina. Al presente, da lecciones de música á las educandas de la señora Meyer; pero comprenderéis, queridos padres, que quiero que esta situación tan dependiente cese para ella, y librarla de toda servidumbre y de todo trabajo. Muy feliz sería trabajando por ella, y el porvenir, con una mujer escogida por mí, y que me comprende, me sonríe y me encanta.

»Si la conocierais, queridos padres, aprobaríais mi elección, y adoptaríais á Guillermina por hija. Es tan bella, como puede soñarla un pintor; un tipo raro y encantador: es buena, inteligente y modesta; música notable, y sin embargo, sabiéndose someter á las obligaciones peculiares á la mujer; ¡y si la hubierais visto cerca de su abuelo, enfermo, achacoso y moribundo! Creed al corazón de vuestro hijo: he encontrado la perla única, la media naranja que tantos buscan de continuo. Vuestro consentimiento sellará mi dicha: vuestra aprobación aun le dará un mayor precio.

»Mi prometida ignora mi posición con ustedes; no he querido disgustarla; sabe tan sólo que tengo un buen padre, una madre excelente, y me ha rogado os hable de ella y os ofrezca la expresión de su respeto y obediencia. Más tarde veréis cuánto os quiere.

»Espero vuestra respuesta, queridos padres, con viva impaciencia, y enviando recuerdos para toda la familia, queda siempre vuestro amante hijo

Federico Delaborde.»

Gertrudis se había vuelto del lado de la ventana, como si quisiera tener una luz más fuerte para su costura: no se la veía el rostro. Mad. Delaborde, complacida y sonriente al principio de la carta, se había ido poniendo sombría y taciturna por momentos: á medida que su marido adelantaba en la lectura, se movía inquieta en su sillón, y un color encendido subía á sus mejillas; el descontento y la impaciencia se dejaban ver en su semblante. A la esperanza de volver á ver á su hijo sumiso y cariñoso había sucedido una dolorosa realidad.

Federico quería separar su suerte para siempre de la de su familia, y este grito de independencia bajo formas sumisas, esta llamada al porvenir, esos proyectos en que ella no entraba para nada, ese egoísmo del hombre joven que marcha hacia adelante y no mira las imágenes del pasado, destrozaron su

corazón y le agriaron, porque ese corazón estaba á la vez ofendido en su ternura y autoridad. Al fin exclamó:

—¡Nunca! Nunca daré mi consentimiento..... Es un loco; pero loco de atar..... ¿Y quién es esa aventurera que le ha cautivado hasta ese punto?

M. Delaborde, absorbido en sus pensamientos, no la respondió, y ella continuó desahogándose:

—¡Una profesora de música! ¡Una artista! ¡Una extranjera! ¡Ha perdido la cabeza! ¡Ha olvidado todo por esas quimeras, y él, tan despejado, se ha dejado coger en la red por alguna coqueta que hacía el papel de modesta! ¿Qué contestas á esto? Porque, al fin, hay que contestar.

—En efecto, yo pienso advertir á mi hijo que no puedo darle mi consentimiento. Federico es un aturdido, y nuestra negativa le hará reflexionar. Creo, como tú, que ese pobre chico haya sido víctima de alguna intrigante, y considero de mi deber de padre impedir una tontada, al menos probable.

—Somos de la misma opinion—dijo con prontitud Mad. Delaborde;—pero.....—y su voz se volvió aquí más tímida—si le inclináramos á pasar con nosotros algún tiempo..... podríamos darle consejos...

—No—dijo con firmeza M. Delaborde;—va consiguiendo buen éxito con su trabajo, y no es conveniente distraerle; y después de todo, querida mía, no creo que esta carta sea motivo para reconciliarnos con él, y que tengamos que recompensarle con unas vacaciones en casa de los padres.

M. Delaborde había hablado con ese tono absoluto que tomaba raras veces, que guardaba para las grandes ocasiones, y contra el cual su mujer no pretendía luchar. La dejó para irse á escribir, y ella quedó con Gertrudis, no dejando de hablar durante una hora de la locura de Federico, de las redes que pudieran haber tendido á su inexperta juventud, mezclando con su propia impetuosidad el lenguaje de la ternura con el de la cólera, y las palabras cariñosas para su hijo con las más fuertes invectivas contra su prometida: habló largamente, como el torrente, aumentado por la lluvia, arroja á menudo sus aguas; pero su conversación fué casi un monólogo: Gertrudis, dedicada á la costura, no contestaba sino por algún «sí, no, tiene usted razón, tía,» hasta que, impaciente, le dijo al fin:

—¿Tú tampoco encuentras nada que decir? ¡Otras veces excusabas siempre á Federico!

—Quisiera conocer—dijo con voz débil,—quisiera conocer á esa joven para poder excusar á mi primo á vuestros ojos.....

—¡Deja á esa mujer! ¡á esa cómica que ha engañado á mi hijo! Dice que ignora su posición, y á buen seguro que sabe, á par que tú, la posición de Federico y la de sus padres, y que no se aventura sino á ciencia cierta. ¡Pobre muchacho! ¡Por qué nos habrá dejado!

—¡Por qué nos habrá dejado!—repitió Gertrudis en su corazón, y reteniendo las lágrimas que sin cesar la subían á los ojos:—¡cúmplase, dijo, vuestra voluntad, Dios mío, y no la mía!

Federico, al escribir la carta que hemos transcrito, tal vez había exagerado sus sentimientos y su amor hacia su prometida, exageración habitual en la juventud y tal vez ardid de guerra para ganar la batalla. Pero lo que no había podido exagerar, lo que quedaba en el estado de verdad pura, eran la inocencia, el candor y la confianza generosa de Guillermina. Veía en Federico el esposo presentado por su abuelo; se acordaba de aquel momento solemne en que el anciano había juntado sus manos en las suyas, ya heladas, diciendo con su voz respetable:

—Federico, sé un buen marido con ella. Mina, ama á tu marido, y sée sumisa.....

Estas palabras y este recuerdo bastaron: desde aquel día dió su corazón fiel á este prometido, á este protector á quien su abuelo había amado, y sin duda alguna ninguna desconfianza venía á contristar su naciente amor. Veía á Federico dos veces por semana, en presencia de la señora Meyer, que tenía por ella el más cariñoso interés, y que observaba con vista perspicaz al joven. Guillermina apenas hablaba; triste aún por la muerte de su abuelo, bella con su enlutado vestido, apenas levantaba los ojos hacia su futuro, y apenas se atrevía á responder cuando la hablaba; pero escuchaba con una atencion ferviente, si puede usarse esta palabra, la conversación que se entablaba entre él y la profesora.

Federico hablaba del porvenir, de su próximo matrimonio, del cuarto que deseaba alquilar, del bonito huerto que irían más tarde á ocupar, si la fortuna les sonreía. Con todo esto se comprometía más y más, fortificaba sus votos, añadía nuevos lazos á los que ya le tenían ligado; pero se abstenía de hablar de su pasado, de su país, de su familia; y cuando llegó la respuesta de su padre, guardó para sí tan penoso secreto. Guillermina no supo que la rechazaban.

La señora Meyer tenía una profunda simpatía hacia su joven compatriota, y desconfiada por la triste experiencia, desconfiada como extranjera y solterona á la vez, vigilaba sobremanera á Federico, y le hubiera aguijoneado su buena fe y estimulado su probidad, si necesidad hubiera tenido de ello. Le hablaba de sus proyectos, impidiendo así que la sombra del olvido ó de la pereza se extendiese sobre ellos, y vigilante, desconfiada, cuando pasaron los seis primeros meses del luto de Guillermina, indicó con franqueza á Federico que debía fijar el día de la boda.

La voluntad del joven, nacida de un pensamiento generoso y espontáneo, no se había debilitado, y, sin embargo, se encontró perplejo con esta brusca interpelación. La señora Meyer fijó sobre él sus ojos azules y penetrantes, y le dijo:

—Guillermina es un depósito querido y precioso, y no dudo que no ignoraréis su valor. ¿Vuestros deseos no han cambiado?

—¿Podríais dudarlo?

—No, porque no os considero un hombre vil. Habéis dado y recibido mi palabra, y ya es tiempo de cumplirla, ofreciendo á esta niña una posición fija y un esposo que nadie pueda quitárselo.

—Es mi mayor anhelo: sólo me faltan algunos papeles.

—Es preciso que se los procure usted, que nada es más fácil en Francia. Ocúpese usted de eso, porque le confieso á usted francamente que, si no pudiera fijar y anunciar á mis amigos y compatriotas el día de vuestra boda, ya no me sería posible recibiros en casa.

(Continuará.)

ECOS DE TODAS PARTES

Es ya cosa decidida que el Emperador Francisco José acepte la invitación de Guillermo II para asistir á las grandes maniobras que van á tener lugar en la Silesia prusiana. Los dos Soberanos habitarán el palacio del Conde de Hochberg, Intendente de los reales teatros. Las fiestas se sucederán á las fiestas y dicha entrevista constituirá un verdadero acontecimiento, si bien desprovisto de importancia desde el punto de vista político.

En los círculos de Viena no deja de llamar la atención que el Emperador Guillermo, que viaja sin cesar y que ahora mismo acaba de renovar su visita á los Soberanos de Inglaterra y Rusia, no haya juzgado necesario visitar nuevamente á su vecino el Emperador Francisco José; pero no se deducen de este hecho consecuencias funestas para la triple alianza. Los compromisos adquiridos son demasiado serios y harto solemnes para que pueda surgir dificultad alguna durante el tiempo de validez del contrato. Todo continuará lo mismo hasta la espiración del tratado: entonces sí que será crítica la situación de Europa. Contentémonos, sin embargo, con que la paz sea un hecho hasta entonces. El Marqués de Salisbury acaba de calificar al presente verano de poco interesante desde el punto de vista político; una serie de veinticinco ó treinta veranos, parecidos al actual, y todos á cual menos interesante, sería la salvación del mundo.

***

La ciudad de Viena se encuentra llena en estos momentos de tenores y barítonos, procedentes de todas las partes del mundo, que han acudido á la capital del imperio austro-húngaro á festejar el *lied* alemán. Célebrase en estos momentos la cuarta *Saengerbundesfest*. Toda la ciudad está empavesada y vestida de fiesta. Tanto la Alemania del Norte como la del Sur han contribuído con un enorme contingente de cantantes. La recepción de los músicos berlineses ha revestido especial solemnidad; las dos ciudades que se disputan la supremacía entre las gentes germánicas han olvidado sus diferencias y fraternizado una vez más.

No ha dejado de contribuir á esta cariñosa recepción el tono general del discurso pronunciado por el Emperador Guillermo con motivo de la toma de posesión de la isla de Heligoland. El Emperador alemán ha llamado á este islote, «el último pedazo de tierra alemana que restaba por conquistar.» De modo, que implícitamente, ha dado un mentís á todas las veleidades anexionistas que Austria podría suponer vivas en la cancillería de Berlín. Según el Emperador Guillermo, el irredentísimo pan-germanista no existe; declaración que ha producido el mejor efecto en los Círculos políticos de Viena, llenos de sombríos presentimientos desde que se anunció la visita de Guillermo II al Czar de todas las Rusias.

***

Con motivo de la solicitud elevada al Congreso de los Estados Unidos por los habitantes de la isla de Galápagos, para que se cambie el nombre de dichas islas, creemos oportuno publicar los nombres que han tenido y tienen las mismas.

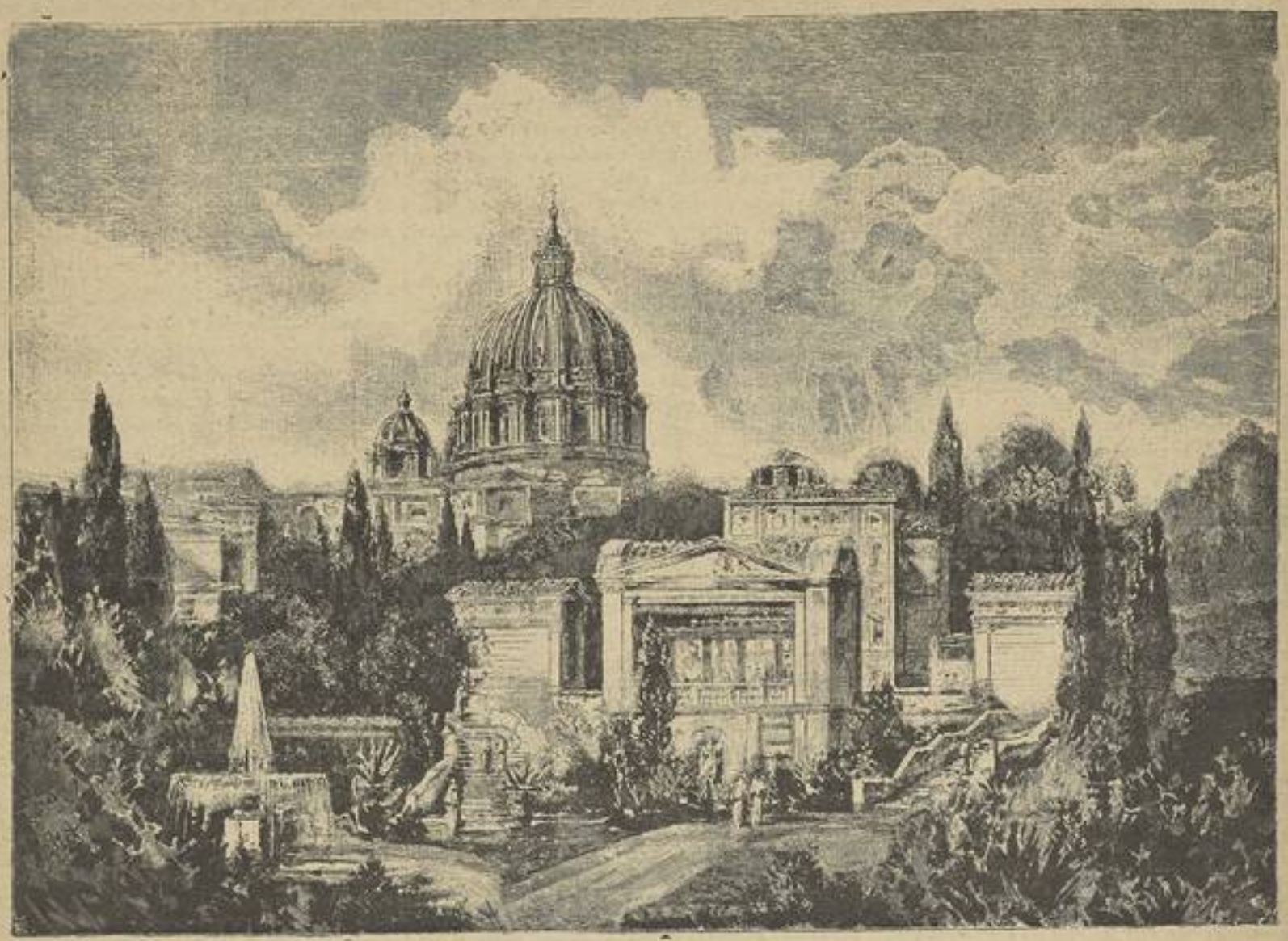
Las islas son cinco mayores, dos medianas y dos pequeñas; las cinco mayores se llaman Albermale, Indefatigable, Narborough, James y Chattham; las dos medianas son Charles y Hood; las tres pequeñas son Abington, Bindloe y Tower. En tiempo de nuestra dominación se llamaban Archipiélago de las Encantadas y las islas tenían los nombres de Mascarin, del Tabaco, del Diablo, de la Salud, San Bernabé y Santiago. Cowle les cambió el nombre y llamó á la primera Charles, á la segunda Crossman, á la tercera Bindloe, á la cuarta Eures, á la quinta York y á la sexta Norfolk. La isla Carlos fué bautizada por el General Villamil, cuando estableció su colonia agrícola con el nombre de Floreana, por más que este nombre no ha prevalecido.

Ahora se conoce que los habitantes de dichas islas han caído en la cuenta de que es un contrasentido, en el siglo del progreso, que sus islas se llamen de los Galápagos, y han pedido al Congreso que otorgue á su patria un nombre más en armonía con el espíritu de los tiempos.

***

Perú y Chile han fraternizado para honrar la memoria del heroico marino Grau y de sus compañeros que murieron sobre el puente del ariete *Huáscar* en cruentísimo, desigual y memorable combate.

Grau yacía enterrado en Santiago por la caridad de una piadosa familia y sus compañeros habían sido inhumados en distintos lugares. El General Cáceres,



LA VILLA PÍA EN LOS JARDINES DEL VATICANO.

Presidente del Perú, pidió permiso á Chile para exhumar y repatriar estos preciosos restos; y Chile, con generosidad y nobleza que le honran, no solamente accedió á lo que se le pedía, sino que por su propia cuenta ha tributado grandes honores á aquellos muertos heroicos; y además, envió al famoso buque de guerra *Esmeralda* á dar escolta de honor hasta el Callao al transporte peruano que conducía aquellos restos mortales.

Soberbias y solemnes han sido las ceremonias de la traslación de los ataudes desde la estación del ferrocarril de Lima hasta el panteón. La ciudad había acudido en masa. Los balcones enlutados, las calles cubiertas por arcos con emblemas adecuados, y en las aceras y ventanas, balcones y azoteas, una multitud inmensa y respetuosa, en la que figuraban las hermosas hijas de Lima, vestidas de luto.

La colonia francesa del Perú destinó todas las cantidades que tenía recogidas para celebrar su fiesta nacional al socorro de las viudas y huérfanos de los militares y marinos peruanos; y la Cámara de Comercio y la Junta militar, siguiendo tan noble ejemplo, contribuyeron asimismo con importantes sumas para tan humanitario pensamiento.

La misa de *Requiem* que se celebró en la Catedral fué solemnísima, habiendo oficiado en ella el Sr. Arzobispo de Lima. X.

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas**, para el **CULTO CATÓLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

Blanqueo de ceras en gran escala.

Grumo, hojá y **panal** pura y sin mezcla.

CERAS AMARILLAS de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colorés.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

LA VERDADERA

AGUA DE BOTOT

El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París

El mejor calmante contra los dolores de muelas.

Encomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT con Quina** para los cuidados de la boca.

229, Rue St-Honoré, Paris

Y en todas las buenas farmacias, perfumerías y Peluquerías.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 1.198.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 25.—Madrid 5 de Septiembre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pt. fs.
Un año..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 pt. fs.
Un año..... 10 »

SUMARIO

Texto.

La década, por Fernandez. — *Los elegantes de antaño*, por Pedro Vargas. — *Benjamina* (continuación), novela italiana del P. José Franco. — *Como un perro y como un hijo*, por M. Polo y Peyrolón. — *Roberto de Mun* (1839-1887), por Pauline Augustus Craven, traducido por María de la Concepción. — *Una parienta pobre* (conclusión), novela por Mme. Bourdon.

Grabados.

JUAN MENENDEZ PIDAL.— Destaca entre los literatos de la nueva generación el joven Menendez Pidal como *inter rilluras cygnus*.

Nació en Madrid, de padres asturianos, en 1861, circunstancia que unida á su entrañable cariño por Asturias, ha hecho que se le considere hijo de aquella región.

Sus primeras obras literarias, dos leyendas, *El Conde de Monsorio* y *Don Nuño de Rondalleges*, esta última en castellano antiguo, le han valido envidiable nombradía.

Difícil era, después de Zorrilla, hacer nada nuevo en el género legendario. Menendez Pidal, en esas dos obras, no sólo innovó, sino que ha creado, y *Don Nuño de Rondalleges* vivirá en nuestra literatura tanto como *Margarita la Tornera* y la *Pasionaria*, del gran maestro, lo que equivale á decir que serán inmortales.

En 1885 publicó un libro, *Poesía popular*, en que recoge y estudia con admirable crítica, valiosísimo tesoro de romances populares, perdidos unos, no bien conocidos otros é interesantes todos para la historia de nuestra lengua y nuestras costumbres. Con esta obra que completa la monumental de Durán, y que mereció elogios de críticos tan reputados como el Conde de Puymaigre, Teófilo Braga, Fastenrath y otros, el Sr. Menendez Pidal ha prestado un servicio eminente á las letras españolas, tanto más de agradecer, cuanto que, para escribirla, su autor ha tenido que realizar dispendios de consideración en largas excursiones por las montañas de Asturias, recogiendo de la tradición oral del pueblo los elementos que la constituyen.

Entre sus trabajos periodísticos figuran sus estudios de Derecho público eclesiástico, *Dios y el César*, sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que le acreditan de notable jurisconsulto.

Pero más que político y legista, Menéndez es poeta; y de lo que como poeta vale habla por nosotros el libro que ha poco hace poco á la venta con el título de *Á-la-há*, grito de guerra de las razas célticas, insoportable á los oídos de los que condenan las literaturas regionales.

MONASTERIO DE POBLET. — Aunque aún existen las ruinas de este antiguo Monasterio, haremos una breve reseña de él.

Se hallaba situado en un extenso valle al pie de una montaña que une con las de Prades. Su superficie se hallaba cubierta de bosques, huertas y viñas, fertilizada por abundantes manantiales.

El día 8 de Mayo de 1151 quedó erigido este Monasterio. Los Reyes de Aragón se mostraron espléndidos y dadivosos con el Monasterio de Poblet, á cuyo favor hicieron infinitas concesiones y donaciones. Fué erigido en sitio real y panteón por los Reyes de la Corona de Aragón. Los Abades de este Monasterio eran mitrados. Durante la calamitosa época de la primera guerra civil ha sido completa la destrucción de este suntuoso edificio. Abandonado por sus Monjes en 24 de Julio de 1835, en virtud del decreto de exclaustración, el hacha en el bosque y la tea incendiaria en el edificio lo asolaron del todo. Allí han perecido curiosos efectos históricos, ricos ornamentos y mil preciosidades dignas de perpetua conservación.

LA UNIVERSIDAD DE OÑATE. — Uno de los edificios más notables de esta población es el que fué Colegio mayor de la Universidad de Sancti Spiritus, situado á O. de la villa, sobre las márgenes del río, y convertido ahora, con motivo de las últimas reformas, en Instituto de segunda enseñanza. Es obra delineada y ejecutada por el arquitecto francés Pedro Picard. En su fachada, de piedra arenisca, se descubren varios cuerpos de arquitectura de orden corintio. Fué su fundador el Ilmo. Sr. D. Rodrigo de Mercado y Zuazola, que deseando imitar al Cardenal Cisneros, su amigo, que había fundado la Universidad y Colegio complutenses, obtuvo en 1540 una Bula de Paulo III para la creación de ambos establecimientos, habiéndose verificado la del Colegio en 1340: después de la muerte del Sr. Mercado, ocurrida en 1548, visto por los testamentarios la insuficiencia de los fondos, erigieron el Colegio en Universidad. Sus estatutos eran los mismos que tenía el Colegio mayor de San Bartolomé de Salamanca.

FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE GUADIX. — La Catedral de Guadix, con sus dignidades, prebendas y demás oficios, fué erigida por el muy Rdo. Sr. Gran Cardenal D. Pedro Gonzáles de Mendoza en 1492, á virtud de la facultad y comisión apostólica que le concedió Inocencio VIII. El templo es obra clásica de arquitectura mista del orden dórico y corintio. Principió á construirse en 1710 y se concluyó en 1796. Está situada en el mismo lugar que ocupó la mezquita mayor durante la dominación de los moros.

D. JUAN MENENDEZ PIDAL.

LA DÉCADA

Ya tenemos aquí á Septiembre, el mes de los melones y de las calenturas. Las noches son más frescas, y la vida social vuelve á reconcentrarse en los hogares. Regresan muchos veraneadores; dentro de poco estaremos en pleno otoño.

Agosto se nos ha despedido con una fiesta espléndida y consoladora: la de la botadura en Bilbao del crucero *María Teresa*. Creemos que *vale más honra sin barcos que barcos sin honra;* pero también creemos que á una Potencia marítima, cual la nuestra, es muy difícil conservar la honra nacional sin barcos.

Necesitamos muchos y buenos barcos de guerra, si no queremos que Inglaterra y Francia nos tengan en perpetua y afrentosa tutela.

Para ir á Marruecos y para permanecer en América y Asia, nos son indispensables poderosos elementos de guerra marítima. Felipe II fué el primer monarca de su época, porque disponía de la escuadra más formidable de aquel tiempo. Merced á la escuadra, humilló al turco, dominó la Europa, fundó y mantuvo vastísimo imperio colonial y conquistó el reino de Portugal. Cuando los temporales dispersaron la Invencible empezó la decadencia de España.

Todo nuestro porvenir, si es que lo tenemos como nación, está en el mar. Por el mar podremos volver á Lisboa y marchar á Marruecos. No hay que pensar en volver á montar en *Babieca;* por este camino sólo encontraremos *Rocinantes*. Si hemos de hacer algo, por el mar ha de ser.

La Reina Regente es partidaria entusiasta de estas ideas. Cree que si su hijo ha de ser un gran Rey, tendrá que serlo por el poderío y fuerza de sus escuadras. Y, á nuestro juicio, no se equivoca: estas mujeres augustas suelen tener intuiciones, presentimientos, corazonadas que aseguran el porvenir de los imperios.

Es conveniente que de cuando en cuando, el cetro, de ordinario en manos de varones, pase á las de una mujer. Estos intervalos femeninos suelen ser fines de unas épocas y principio de otras; el genio de la historia, que se muestra insensible y adusto ante la faz seria de tantos varones de mérito, se sonríe y se presta á todo ante un semblante bello y gracioso. Una mujer fundó el imperio español; á otra debe Inglaterra su prosperidad y grandeza; por otra es Rusia la mayor Potencia continental de Europa.

Dice Emilia Pardo que las mujeres sólo pueden aspirar á dos destinos: el de reina y el de estanquera. Yo tengo observado que nada prospera tanto como un estanco regido por una mujer amable y simpática; quizás lo que la buena Emilia considera como una injusticia social sea en el fondo una suprema justicia; quizás sean los oficios de reina y de estanquera los que mejor sepan desempeñar, aparte del de madres de familia, nuestras bellas compañeras en la peregrinación por el valle de lágrimas.

***

Un asunto más desagradable, el de la epidemia, ó mejor dicho, de las epidemias (porque las hay para todos los gustos, viruela, difteria, cólera), ha preocupado y preocupa hondamente á la opinión pública. Y con razón: porque morir ya estamos todos al cabo de la calle, que es una ley natural, y que de ella no podremos ahora ni nunca eximirnos por más progresos que verifiquen las ciencias médicas; pero morir en una epidemia, en medio, no de la simpatía y piedad generales, sino del terror universal, es doblemente doloroso. El que cae en el campo de batalla es objeto de admiración para propios y extraños; el que agoniza en su lecho, rodeado del amor de los suyos, es acompañado en el instante supremo por una inmensa simpatía de las gentes. Pero el que tiene la desgracia de ser un *caso*, y la familia del *caso*, ya están divertidos. Todos huyen de él y de ellos como enemigos. El egoísmo de la propia conservación ahoga la voz de la caridad. Se considera la enfermedad como un crimen de lesa sociedad. A los pacientes no se les consuela: se les aisla y encierra, ya en su propio domicilio, ya en un hospital en medio del campo. Se suprimen todas las imponentes y en el fondo consoladoras solemnidades del entierro. Y luego se insulta al fallecido: porque ya se sabe, si le dió el cólera, fué porque hacía ocho días comió una ensalada de pepinos ó dos tajadas de melón; por su glotonería, en una palabra.

***

En el fondo, sin embargo, de este cómico aquelarre de miedos ridículos, brillan como estrellas de purísima luz, en medio de la noche, los resplandores de la caridad, hija de Cristo, y que por Cristo se sacrifica en bien de los hombres. ¡Honor al Clero! ¡Honor á las hijas de San Vicente de Paúl! ¡Honor á los fieles que, con desprecio de la propia vida, socorren, puestos en Dios los ojos, el infortunio de sus hermanos! Ese mártir Párroco de Argés es un testimonio heroico de lo que por Dios puede hacer el hombre, de la virtualidad de las ideas y sentimientos católicos, de los beneficios que la Iglesia, nuestra Madre, dispensa á los pueblos.

FERNANDO.

LOS ELEGANTES DE ANTAÑO

Ante todo declaro, con la franqueza que me caracteriza, que los elementos para enhebrar estas desaliñadas líneas me han sido facilitados por un muy amigo mío, gran aficionado á antigüedades, y persona perita y entusiasta en cuestión de pergaminos.

Este amigo, cuyo nombre me reservo, pues no soy dado á cometer indiscreciones, ha tenido la bondad, que le agradezco, de proporcionarme una *Guía de lechuguinos y lechuguinas en Madrid en el año de 1825*, verdadero compendio de nobleza y dechado de gracia y donosura.

Al hojear con verdadera fruición tan interesante *nomenclátor*, he sentido, sin embargo, algo parecido á la dolorosa impresión que embarga el ánimo al recorrer las monótonas galerías de un cementerio.

En efecto, todas ó casi todas las personas que figuran en la curiosa Revista pasaron ya á mejor vida, según unos; á las negruras de lo desconocido, según otros, dignos de lástima y compasión. Y las que aun existen encontraránse seguramente en vísperas de emprender el viaje que tiene por meta la eternidad.

¡Mil ochocientos veinticinco! ¡Qué tiempos aquellos, en que la nobleza española dedicábase única y exclusivamente á hacer ostentación de sus blasones y de su proverbial munificencia, por considerar quizás que sus ilustres antepasados hicieron ya lo bastante para que pudiera ella reposarse sobre sus laureles!

En aquella época los días transcurrían en un continuo rosario de fiestas y de jiras, de novenas y sermones, sin que la más tenue y sutil nubecilla á enturbiar viniese tan despejado horizonte; y sólo de vez en cuando algún desafío, por cuestión de faldas, interrumpía aquella paz octaviana, sirviendo, más bien que de disgusto, de grato motivo para entablar animadas controversias y no pocos sabrosos comentarios en los aristocráticos salones donde la *high-life* de antaño se reunía.

También eran silo de mentiras, pozo de chismes y vivero de lances amorosos el Prado y el Tívoli, sitios entonces muy concurridos por la alta sociedad.

En aquellos tiempos, y séame permitida la repetición, pues nunca por mucho trigo es mal año, la patente de lechuguino ó lechuguina, el *exequatur* para poder funcionar como tal, es decir, en clase de elegantes — hago esta aclaración para que no se crean algunos que inauguro algún nuevo tratado sobre las hortalizas — no se expedía con la misma facilidad que en nuestros días.

No había miedo de que se confundiera á una dama de elevada alcurnia y de prosapia con la hija de alguna portera filarmónica, ó á caballero blasonado con un descañonador y rapador de barbas del sexo feo.

La indumentaria era cosa de liturgia, hallándose tan definida la línea de demarcación que, por el hábito se podía sacar el monje.

Para figurar entre los elegantes era de todo punto imprescindible haber nacido en buena cuna; es decir, con buena estrella, y contar con una lista de ascendientes á partir por lo menos del rey Wamba.

Y si no, para que se vea la clase, allá van algunas muestras de la *Guía*:

¡Dios ponga tiento en mis manos! Que no es grano de anís el traer en lenguas á lo más elevado, atildado y encopetado de la sociedad española.

Los dedos se me hacen huéspedes y siento estremecimientos nerviosos desde las plantas de los pies hasta el occipital. ¿Será la voz de la sangre? ¡No! Debe de ser la falta de costumbre.

Pero volviendo á la curiosísima *Guía de los elegantes de Madrid en el año de 1825*, diré que principia con una sabrosa dedicatoria, en la que el autor, no teniéndolas todas consigo, empieza por colocarse — y hace perfectamente — bajo la protección y amparo del *sexo amable y seductor*, á quien, como nosotros, profesa particularísimo respeto.

Sigue á la dedicatoria una advertencia encaminada á dar á conocer á las damas lo que la voz *lechuguino* significa, y las prendas — claro está que no se refiere á las de vestir — y conocimientos que se requieren para aspirar á distinción tan insigne. Y de seguida nos encontramos con las manos metidas en la masa, digo, en la *Guía*.

El Tívoli ansía saber quiénes son unos mocitos que suelen visitarle por la noche á la hora de nona, y el Prado le contesta con muy buenos modos que son lechuguinos.

Al oir semejante cosa, exclama su compañero, dando muestras de extrañeza:

— ¿Y qué avechuchos son esos?

La pregunta no es ociosa, pues no viéndolos más que de noche los tomaba por mochuelos.

El Prado, para ilustrarle, le hace entonces una descripción que le vendría pintiparada á los *pegajosos* ó *gomosos* de hoy día, y hasta habla de un lente que prueba que los caballeros de la media vista cansada no eran desconocidos en 1825.

Después de ese arrebato poético — hay que advertir que el referido diálogo entre los dos paseos está escrito en verso — tropezamos de manos á boca con la *Lista de los elegantes ó lechuguinos*, y, como es de razón, con su Presidente, el Sr. Conde de N., á quien, según reza el manuscrito, sus distinguidos méritos y *heroica* decisión por las modas elevaronle á tan alto cuan codiciado puesto. Síguele el Sr. A. de T., Vicepresidente, otro héroe en la modas del año pasado (1824), ¡y consecuente bailarín!

Desfilan luego dos Secretarios, como en las Embajadas, D. F. T. y D. C. de la T., ambos dignos del desempeño de tan distinguido cargo por su *elegancia*, *viveza* y *almibaramiento*.

Figura además, en clase de Sotasecretario, un D. D. Demencias, notable por la facilidad con que abandonó *la iglesia por meterse en la diplomacia;* lo cual no me extraña, pues hay apellidos predestinados.

(Y aquí abro un paréntesis para advertir á los lectores que el autor de la *Guía*, á veces, parece un majadero, y otras un socarronazo de los de marca.)

Comparece detrás un enjambre de agregados ó Vocales natos, del cual entresaco, á ojo de buen cubero, los siguientes: Sres. Marqués de M., Conde de S. y de T. F., D. A. G., D. F. Z., D. M. J., D. J. C., D. A. P., D. A. L., D. F. A. G., D. F. M. y D. A. T.

La brillante falange de lechuguinos contaba además con su Capellán ó confesor —le compadezco,— el Padre casero de la Merced, con su médico, el Sr. Faura, que era muy *v'lan*, según cuentan, para tomar el pulso, y había curado á varios *elegantes*, haciéndose acreedor á tan *honorífico* empleo.

Tenían su director de cortesías, hombre flexible y elástico; su director de orquesta, D. Andrés Rosque, *perito en el manejo de toda clase de instrumentos; su portapliegos* ó *demandadero*, especie de correo de gabinete — que era ni más ni menos que el antecesor de cierto mozo muy renombrado hace poco á causa de un famoso crimen. — Llamábase D. José Vázquez Varela y había logrado tamaño honor por los siguientes motivos: *la facilidad con que se explica*, y *sobre todo el ser gallego*.

Había además un cartero, D. Dionisio de las Cuevas, *distinguido en razón de ser manchego, por la agilidad que tenía de pies y manos*. ¡Dichoso él!

Y por último, cierra la serie un portero, el abate Uluapa, conocido por *su introducción sin ejemplar en la sociedad, por su grande presencia y por su elegancia á repunjones*.

La segunda parte de la *Guía* es en verdad donosa. Comienza con esta nota sobre los *aspirantes:*

« Los aspirantes debe entenderse aquellos á quienes únicamente les falta dar un solo paso para llegar á tan distinguida clase; algunos tienen ya el pie izquierdo en el aire, y no dudo le habrán sentado ya para el año que viene. »

Nota segunda: « En esta parte van comprendidos los jubilados con todos sus honores, pero sin entrada; es decir, que se hallan jubilados por razón de edad, flojedad en las piernas y algunos con enfermedades habituales, conservando sus honores para sostener, con aquella marcialidad y aire elegante, que ni aun la edad podrá borrar jamás, en estos apoyos de los nuevos elegantes, mas la entrada (aquí viene lo más gordo) la perdieron por hallarse la mayor parte sin uso en sus principales miembros. »

¡Alabado sea Dios, y qué mal andaban entonces las clases pasivas!

Veamos ahora los elegantes que se hallaban en 1825 en tan crítica situación.

Entre otros muchos figuran los Sres. Duque de H., Marqueses de C., de A., de I., de A., Conde de P., y señoras de G., de C., de B., de G., de M., de S., de T. y de L.

¡Ah! se me olvidaba lo principal. Los casados *no iban* á ninguna parte; es decir, que se les consideraba, por el mero hecho de haberse uncido, como jubilados forzosos.

Y aquí hago punto final, pues no me atrevo á embargar por más tiempo la atención de los benévolos lectores.

Empieza á clarear el día; la niebla flota sobre el Manzanares, cual tupido velo de encaje. Á lo lejos brillan dos lucecitas, cuyos destellos van desapareciendo gradualmente entre la bruma. ¡Son los faros de la muerte, los reverberos de San Justo y San Millán!

. . . . . .

Al verlos, extraña sensación apodérase de mi alma, y sin saber por qué, se me figura ver en lontananza, vagando por aquellos silenciosos recintos, muchas de las sombras que en estas líneas he evocado dejándome llevar de mi carácter escudriñador y aventurero.

PEDRO VARGAS.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

(Continuación.)

De este modo hay para todos los gustos, y aunque tuvieras el capricho de la afectación del lujo ó de la extravagancia, encontrarías con que lograr tus deseos en algún aposento, y precisamente en el más inmediato podrías satisfacer tu gusto delicado y estético admirando un saloncillo construído sobre un diseño del Vaticano de Roma ó de los Pitti [1] de Florencia.

En estos establecimientos de miel y manteca los ricachos de América (que son los príncipes y los duques del país con los escudos de armas formados con letras de cambio y libras esterlinas por cuarteles) se dan buena vida comprando con la cantidad de diez á quince dollars diarios, cuanto halaga á los cinco sentidos corporales. Tapices preciosos en las paredes, alfombras blandísimas bajo los pies; en invierno, colchas de alpaca [2] y pieles de lince del Labrador; camas imperiales de maderas peregrinas, colgadas de damasco con repulgos de oro, escritorios y mesitas embutidas con dibujos y arabescos, traídos del riñón de Europa, de París, de Mónaco, de Sorrento; cuadros, estampas y litografías, que irritan el orgullo y excitan la lujuria; frasquitos de esencias, extraídas de hierbas aromáticas; flores naturales en macetas, colocadas en los antepechos de las ventanas, como rosales, jazmines, asclepias carnosas y otras mil que hacen titilar el olfato y embalsaman el aire. Aquí se encuentran deleites de toda especie, como en los antiguos serrallos de los sibaritas y los babilonios; todo es placer, todo agasajo, todo blandura. Si estás en pie, te rodea un ambiente de ambrosía; si te sientas, te acogen en su regazo almohadones elásticos; si te recuestas, te abrazan amorosos los respaldares de plumón, morbidísimos, como el dulce soplo de los acariciadores céfiros que retozan con la aurora.

Cada hora tiene un deleite particular: el baño, las serenatas, los conciertos, las representaciones dramáticas; pero el más frecuente suele ser la golosina. El hombre sensual ofrece aquí un perenne sacrificio á la divinidad de la panza; así es que (como solemos observar á menudo en Europa en ciertos huéspedes ultramontanos) á todas horas masca un bizcocho para no dejar vacío el estómago, ó bebe una copita de licor para hacer la digestión, ó se echa al coleto un vasito de ajenjo para abrir el apetito, y después de satisfacer sus pasiones procura estimularlas de nuevo. En la fonda monstruo hay consagrado á esta divinidad un altar gigantesco. El comedor tiene veinticinco metros de largo y trece de ancho, todo de mármol, dorados y cristal; el techo no tiene el cielo raso, como se acostumbra en las habitaciones de los americanos mortales, sino que es abovedado como los templos de los dioses y en medio le da claridad un tragaluz, como en el Panteón de Agripa: las pinturas que le adornan representan el convite de Júpiter en el Olimpo, donde se ve al derrengado Vulcano que, cojeando en derredor de los dioses, provoca su risa inmortal.

La gran puerta, por donde se entra á esta interesante parte del establecimiento, está colocada majestuosamente en el centro de la galería, á cuyo frente descuella un gran reloj encajado en el hueco de la fachada. Al dar las cinco de la tarde un mozo toca por espacio de cinco minutos el *tamtam* [1] con un compás animado y solemne, y de este modo avisa á los pueblos que la hora de comer resplandece en el meridiano, y verás acudir en todas direcciones á los parroquianos de aquella metrópoli interior.

¿Quieres saborear una anchoa aliñada con un par de hojas de perejil sobre una tostadita de pan? Pues paga un dollar. ¿Quieres colocar con toda comodidad entrambos pies debajo de la mesa, hincar los codos en ella, comer mucho y bien, y hartarte como tres glotones? Paga un dollar. ¿Quieres remojar el gaznate con diez clases de vinos generosos y exquisitos? Paga un dollar. ¿Quieres humedecer los labios con una tacita de café? Paga un dollar. En una palabra, sea cual fuere la elasticidad y medida de tu estómago, del mínimum al máximum, con un dollar pagarás el gasto. Pero ten cuidado en alzar demasiado el codo, porque si te encariñas con ciertos vinos espirituosos y añejos pronto te encontrarás calamocano, pues has de saber que están puestos allí expresamente para ofuscar la razón y hacerla prevaricar á los pocos tragos. No creo necesario advertirte que podrías dar con tu cuerpo en tierra y deslizarte debajo de la mesa; porque si te sucede este percance, nadie daría señales de admiración, ni de escándalo; sino que, conociendo perfectamente que has pagado el dollar, estarías invulnerablemente en tu derecho y será de cuenta de los criados levantarte. La rúbrica de la función prevé tales accidentes; dos mocetones te sacarán del sitio de la catástrofe, recogerán tu cuerpo no exánime dentro de una red, y te llevarán á la cama, donde serás cuidado y curado por el médico hasta que se hayan disipado los vapores del vino y recobres la razón. El primer uso que tendrás que hacer de ella será pagar dos dollars por la cura, no comprendidas las piezas de loza ó cristal que hayas roto, ó lo que es lo mismo, que los mozos digan que quebraste. Si mañana te sucediese el mismo fenómeno fisiológico, con dos dollars sadrías del paso y así sucesivamente, sin que las repeticiones te hagan pagar más ni menos.

Antes que te sobrevengan tales desastres mira bien cuánto te rodea y guárdalo en la memoria para ilustrar la historia gastronómica de la gente del progreso. Contempla aquel frutero colocado en el centro de la pieza, aparador de comestibles y estante de botellas, digna gradería de un santuario dedicado al genio de lo *confortable*. Cada estación tiene allí su lugar reservado: el invierno está al pie, metido en los pasteles, cremas y natillas; la primavera está cargada de fresas, guindas, grosellas y otras frutas ligeras, propias de la estación; el estío sobre las diversas frutas del tiempo muestra botellas de licores fuertes que estimulan el apetito embotado por la fuerza del calor: en la parte de arriba se ve un Baco rodeado de un formidable parque de toneles y ánforas que recuerda el otoño. No hablo de los platillos de mil verduras y legumbres encurtidas y en vinagre, dispuestos sabiamente en su lugar para encontrarlos cuando se necesite. Te aseguro que si tienes paciencia de leer los rótulos de tantas y tan peregrinas escancias y toneles y estudias los letreros, adornados con tal profusión de miniaturas, dorados y arabescos, de esos admirables manjares, te darían la borla de doctor en la biografía de los glotones y borrachos y en la historia de los Apicios [1] más ilustres de ambos hemisferios; porque el apetito americano hace tributario suyo á todo el globo terráqueo: lo cual es llegar á la cúspide de la civilización.

Pero mientras nosotros filosofamos sobre los letreros, una charanga se acerca..... ya está en la puerta..... ya se abre paso.... ya entra..... ¿Quién es? El *presidente del instituto*, así se llama el fondista de esta fonda colosal y milagrosa. Viene en un cochecito de mano, le arrastra un morito negro como la tinta, con dientes blancos como el marfil, con blusa de escarlata, ceñida á la cintura, y cinturón adornado con campanillas de plata. El presidente se sienta, descubre y declara abierta la sesión: los sirvientes entran por tres puertas con las viandas humeantes; los maestresalas trinchan, los mayordomos distribuyen, los camareros sirven, los mozos escancian, los criados cuidan de que nada falte; se sirven las entradas, se destrozan las carnes, las aves, los pescados, los jamones y embuchados; se reparten los ojaldres, tortas, pastelillos y frituras; se consumen las legumbres, verduras y ensaladas: la grande obra marcha; circulan por todas partes los platillos con rebanadas de trufas, las azucareras, las mostaceras, los exprimelimones, los portamondadientes; chocan los platos, los vasos, las copas, los cubiertos; con la bebida aumenta la char-

---

1 Familia noble del país, que posee un magnífico palacio en la capital. — *N. del T.*

2 Lana marina, confundida muchas veces con la del llama ó vicuña que dan las ovejas, naturalizadas en España y llamadas merinas, con cuya lana se hacen tejidos que en nada ceden á los famosos de Cachemira. — *N. del T.*

1 Voz formada por onomatopeya, que designa un instrumento de percusión originario de la China, y que se encontró también en uso en la India. Es una plancha formada de cierta mezcla de metales á la que se golpea con un mazo elástico en su extremo y revestido de una piel. El sonido de este instrumento es extraño y sumamente fuerte atendido su volumen, asemejándose algo al de una campana. Sus vibraciones son lentas y lúgubres. El tamtam, muy en uso entre los orientales, se emplea raramente entre nosotros. — *N. del T.*

1 La familia de los Apicios debió su ilustración á la gastronomía y á diferentes obras de sus miembros en el arte culinaria. El tratado del primero de los Apicios conocidos, á pesar de sus considerables alteraciones, contiene bastante interés bajo los puntos de vista gastronómico é higiénico. Sus descendientes más conocidos vivieron en tiempo de Tiberio y de Augusto, y fueron todos grandes glotones. — *N. del T.*

la, el vino espumea, los brazos se asemejan á las aspas de los molinos de viento: comienza la orgía. Aléjate, amigo de mi alma, antes que el presidente se cubra y declare levantada la sesión; vete á tus negocios, porque si has de esperar el fin de este grandioso acto cotidiano, cuatro horas mortales no te bastarían y espero que no serás de aquellos bípedos que gustan de estar cuatro horas al pesebre, aunque la gamella sea de plata y en vez de heno te sirvan ambrosía de Jove los dioses del Olimpo.

Has de saber que en ninguna otra parte del mundo encontrarías tan exquisito refinamiento de molicie y sensualidad como en las mansiones de los que no creen en las glorias del cielo y no esperan después de su muerte la sonrisa inmortal de Cristo redentor, que premia el sufrimiento en los que le siguen. El hombre que no piensa en las leyes del Evangelio, por lo general llega á ser una cosa voluptuosa y terrena que, como el cerdo, con dificultad se levanta del lodazal en donde está sumergido cual insecto en un pantano. Cuando repara que tiene muchos compañeros que nadan entre la misma inmundicia, se enorgullece de su propia humillación, se ensucia de lodo la cabeza y hace alarde de su asqueroso estado. Esa es la verdadera sabiduría de la carne, condenada por los Apóstoles y los profetas, que se apacienta con la soberbia y las tinieblas. Subyugado por la impureza, no siente latir el alma humana fuera del vientre; mira con desprecio al que no piensa como él y le compadece como mentecato, ignorante y pobre de espíritu.

Entre la inmensa turba de comensales, ocupados todos en gozar de las delicias de aquel grandioso convite, se encontraban dos parejas, que así como habían permanecido casi apartadas de la gresca general, también participaron poco de la común glotonería. Así es que después de haber tomado un refrigerio, habiendo hecho la una señal á la otra, como para invitarla á tener una conferencia secreta, se levantaron de la mesa casi al mismo tiempo, y sin despedirse de los que tenían al lado se entraron por la contigua galería. Dejemos también nosotros aquel gran mar borrascoso, donde se encuentran más de doscientos comensales, cuya mayor parte está engrandeciendo con gritos, mientras le es posible, y cuando no con animados gestos, la fuerza maravillosa de los Estados Unidos, fuerza que, según ellos, debía durar por los siglos de los siglos para terror de la vieja Europa; pero que por cierto debía perecer antes que muchos de los que tan calurosamente lo afirmaban. Prosigan tanto tiempo como quieran, que en el entretanto nosotros seguiremos á las dos parejas que se han ido.

El principal personaje de la primera es el Sr. Samuel Lokport, que ya hemos conocido en Bastia, cuando estuvo de paso con su familia. El comercio le llamaba á menudo á la ciudad, pero habitualmente vivía en el campo en un casi castillo que se había hecho construir en medio de una amenísima llanura sometida por él á todo género de cultivo. Hombre de probidad, cuanta suele dar por sí sola la naturaleza á un hábil americano, positivo como suele decirse, de pocas palabras, y éstas rígidas y secas, como su figura, metido siempre hasta la punta de los cabellos en los negocios. En él el comercio de maderas constituía, por decirlo así, la osamenta, pero una gran parte de la pulpa y de la sangre era seguramente la Fonda-mónstruo, á cuya erección había contribuído con muchos centenares de acciones, que le conferían el derecho de entrar, como uno de los directores, en el arreglo económico y disciplinario del establecimiento. Y él lo hacía con sumo gusto, tanto para que las acciones le produjeran dividendos más lucidos, como por parecerle que la Union americana nada tenía que envidiar á la Europa y al mundo mientras floreciera tan portentosa institución para honra y gloria de la humanidad. De todo lo demás, inclusas expresamente la religión y la política, no se cuidaba el tal Lokport, ó por mejor decir, se cuidaba de ellas cuando podían influir en el aumento ó disminución de sus intereses, por lo que, salvo éstos, y en igualdad de circunstancias, le eran de todo punto indiferentes, equilibrándose, cuando se trataba de ellas, como la balanza del platero en su campana de cristal.

En tal estado las cosas domésticas, debían estar y estaban en efecto, más bien abandonadas que encargadas á mistress Elena. Era ésta muy semejante á su marido en las cualidades del espíritu y en su continente exterior; sólo se diferenciaba en una cosa, que era en los tenacísimos sentimientos religiosos, que descansaban libres y seguros en la indiferencia marital. Pero en medio del absoluto dominio que ella ejercía en el recinto doméstico, el esposo quería echárselas alguna vez de amo, y en tales casos la prudencia y un poco la experiencia le habían enseñado á enmudecer é inclinar la cabeza, como se hace ante la fuerza del destino, sin pensar en una resistencia que, además de inútil, podría serle perjudicial. Uno de esos casos había llegado algunos meses antes con motivo de la dirección que debía darse á la enseñanza de su hija única, llamada Benjamina, de ambos amada, cuanto puede serlo de padres una niña riquísima en todos los dotes de la naturaleza. Sin embargo, aquel amor sumo por parte de entrambos se diferenciaba por las diversas miras de cada uno, pues mientras el padre le preparaba un tesoro para dote, la madre la hubiera querido hacer otra ella, especialmente en el fervor y el celo religioso, entendido á su manera. Para fortalecer la salud de su adorada hija única habían emprendido el viaje á Italia, de que arriba hemos hablado.

No son precisos largos detalles acerca de las otras dos personas que conversaban con el Sr. Lokport: el lector conoce ya la mitad de su historia y adivina la otra mitad, porque no eran otros que Mario y Luisa. Mario conservaba su natural fisonomía: semblante vigoroso que rayaba en audacia, ojos torvos, inquietos sus movimientos, voluble en sus palabras. Luisa, por el contrario, aunque hacía tres semanas que estaba en América y en aquella fonda, se manifestaba aun como aturdida y atolondrada del nuevo mundo y de la todavía más nueva habitación en que se encontraba sin saber cómo. Al mirar su aspecto adivinábase fácilmente que alguna tristeza profunda la consumía en el interior, notándose en su semblante un mal disimulado abatimiento. En aquellos momentos, en particular, en que se distraía su artificial continente, impuesto por la conversación, el que la hubiera observado hubiese visto pasar por su frente algo como una nube que hasta á los menos sagaces hubiera parecido un remordimiento. Los dos habían conocido en Bastia, como queda dicho, á la familia Lokport, y aquellos señores al despedirse les habían hecho muchos y liberales ofrecimientos de favor, añadiendo la acostumbrada frase de los que van lejos, que si por casualidad llegaban á ir á los Estados Unidos contasen con su amistad. Los hechos no tardaron en demostrar que aquellas ofertas eran más sinceras que lo son de ordinario las de su clase, pues la gran improbabilidad de tener que cumplirlas suele ser causa de hacerlas con ilimitada profusión; luego que desde París dieron aviso á Lokport de su próxima llegada á América con indicación del buque de vapor en el que se habían embarcado, mandó salir á recibirles. Un empleado en Broadway-hotel fué á bordo á preguntar por los recién venidos, y con sólo enseñarle su pasaporte Luisa y Mario fueron conducidos al vasto establecimiento que hemos descrito, y alojados en un cuarto, si bien de segunda clase, cómodo y elegante, con una condición que hubiera hecho aceptable aun otro menos espléndido, consistiendo en que no pensasen en el gasto hasta la llegada del Sr. Samuel, que se verificaría dentro de una veintena de días. El Sr. Samuel llegó el en que se sentaron juntos á la mesa.

Levantados de ésta y habiendo entrado en la habitación de Lokport, después de los formidables apretones de mano, costumbre llevada al otro lado del Atlántico por los ingleses, que son maestros en la materia, tanto en su país como fuera de él, llegaron las extremadas manifestaciones de agradecimiento, que tan naturales eran en los protegidos, á las que respondieron las amistosas pero mesuradas de los protectores. En esto el probo Samuel, cansado de palabras inútiles, preguntó á los recién llegados si habían celebrado ya su casamiento. A esta pregunta palideció Luisa, clavando los ojos en tierra como para sustraerse á la necesidad de dar una respuesta; y advertido por Mario, respondió éste resueltamente por ambos con un diluvio de afirmaciones, la una más atrevida que la otra.

Sin embargo, después de un instante no hubo estratagema que Luisa no empleara para esquivar la respuesta á la interrogación que directamente le hizo la señora sobre si en los días festivos había asistido al *servicio* [1]. La desventurada dirigió la vista á Mario, implorando no sabemos si ayuda ó consejo; mas este le arrojó una mirada tan imperiosa y amenazadora, que ella no pudo menos de tartamudear un trabajoso sí, para cuya inteligencia *fur mestier le viste*, como dice de sí mismo Allighieri, colocado bajo el azote de las represiones de Beatriz [2].

Viendo el mal giro de las cosas, Luisa, para salir del paso, creyó prudente tomar la ofensiva, preguntando cómo y dónde estaba su querida Benjamina, aquella angelical criatura tan buena y tan graciosa, de la que nunca se apartaban durante su permanencia en Italia.

—Está buena y en el convento, contestó secamente la madre.

—¡Es posible! Pues ¿se ha hecho monja? preguntó maravillada la otra.

—Está allí para completar su educación, dijo con sequedad Samuel, quien para cortar una conversacion que no le era muy agradable, y que hubiera podido provocar de parte de su mujer explicaciones quizá demasiado vivas, cogió del brazo á Mario y se fué con él á un rincón de la sala, entablando un coloquio confidencial en voz baja. Las dos mujeres se engolfaron también en una íntima conversación, cuyo objeto se echaba de ver claramente que no podía ser otro que Benjamina. Mas después de quince minutos de separadas conferencias, al reunirse de nuevo se conoció que la conclusión no había sido igualmente agradable para ambas partes. El Sr. Samuel salía del coloquio con la satisfacción de un hombre que ha arreglado á su gusto un negocio sin encontrar ni asomo de dificultad de parte de la persona en quien había puesto su confianza para llevarlo á cabo, mientras que mistress Elena parecía como contrariada por encontrarse con una repulsa de parte de quien menos la debiera dar; y ésta, que naturalmente debía ser Luisa, estaba confusa, aterrada y casi medio arrepentida de su repugnancia. Por lo que la orgullosa matrona no pudo menos de decir con cierta aspereza:

—¡Señor Mario! ¿Con que nuestra modista no es tan dócil y manejable aquí como en Bastia? ¡No la hubiera creído tan difícil y escrupulosa! Pero es natural: habiendo llegado á la tierra de la libertad, tiene derecho de ejercer plenamente la suya.

—¡No! ¡no! ¡No digáis eso, señora mía! Luisilla

---

1 Así se llama entre los protestantes la celebración pública de los oficios de su rito. — *N. del T.*

2 Beatriz es un personaje ideal sumamente perfecto, con el que algunos han creído que el autor quiso representar á la Virgen Santísima; que Dante Allighieri introdujo en su *Divina comedia*, y que el mismo autor supuso que reprendía sus faltas.

siente como yo la debida gratitud, que la obliga á serviros, y detesta lo mismo que yo una libertad que le hiciese olvidar tan sagrado deber. Sea cual fuere vuestro deseo, podéis estar segura, bajo mi palabra, de que se cumplirá fielmente, y os ruego que atribuyáis á la impresión que en ella produce el nuevo país y la diversidad de costumbres la ligera perplejidad que ha manifestado. Por lo demás, estoy tan acostumbrado á encontrarla dócil á mi voluntad, que me atrevo á aseguraros que, en sabiendo que vuestro deseo es también el mío, ni siquiera pensará en la posibilidad de ofrecer repugnancia alguna.

La docilísima se mordió los labios; pero aquel movimiento pasó desapercibido entre los que Mario hizo accionando al reproducir la expresión de su gratitud y al manifestar su deseo de que los cónyuges Lokport hicieran un buen viaje. Estos se marcharon aquella misma tarde, y los otros dos se escabulleron entre el gentío que poblaba el Broadway-hotel.

CAPÍTULO V

DE MAL EN PEOR

¿Qué significaban, pues, aquellos gestos de Luisa, aquellas imperiosas aseveraciones de Mario, en guisa de quien quiere pisotear la verdad y acallar en otro los remordimientos? Hélo aquí en pocas palabras. Al punto que llegaron á América, Mario conoció que la protección de los señores Lokport, su único apoyo en aquel nuevo mundo, podía correr graves riesgos si el fogoso puritanismo de la señora Elena no les veía profesar el *Evangelio puro*, con el que había tratado de seducirlos desde que se conocieron en Bastia, donde ya les había dado una bonita Biblia á cada uno. Y aun cuando por este motivo no les hubiera negado su protección, estaba seguro de que al verlos *convertidos* del papismo aumentaría extraordinariamente sus beneficios, considerándoles como santificados y limpios de aquella lepra. Mario temía también que la conocida honradez del Sr. Samuel se escandalizase si llegaba á saber el verdadero estado de Luisa, no sólo no casada, sino sin poderse llamar, ni siquiera en apariencia, su mujer. Por lo tanto, él, que era el hombre del egoísmo por excelencia y que lo mismo le importaba Cristo que Confucio ó Mahoma, se resolvió á guardar las apariencias, especulando con la conciencia de la infeliz Luisa.

Ante todo dirigió sus baterías á arrastrarla á alguno de tantos *servicios* como pululan entre los protestantes de mil colores de Nueva-York. Mas pronto conoció que la cosa era más difícil de lo que había imaginado. Le anduvo dando vueltas, primero con groseras persuasiones, después con semiamenazas, y principalmente con un asedio pertinaz de reflexiones y reproches, echándole en cara su obstinación (así la calificaba) en oponerse á algunas ceremonias insignificantes cuando se encontraba sin parroquianos para su oficio (lo que de ningún modo era probable), y cuando entrambos serían objeto (y esto era certísimo) de la desconfianza de la señora Lokport. Llegado apenas el primer sábado desde su arribo á América, la atacó con un ejército de razones á su manera: ¡Diantre! ¿qué escrúpulo ridículo es ese? Yo por mí no lo entiendo; se me figura el miedo que tienen los niños al coco. Al fin y al cabo el templo no es otra cosa que un bonito salón, donde se reza, donde hace discursos el que quiere, y que en el invierno es una estufa donde se está perfectamente. A la puerta te ofrecerán una Biblia. ¿Qué es la Biblia? Es la sagrada Escritura. ¡Oh! ¿qué mal te hace la sagrada Escritura? ¿No has oído á los Curas hablar de ella como de una cosa santa? ¿Te quemará acaso los dedos? Si quieres leerla, ábrela; si no, tenla cerrada. Encontrarás á un hombre vestido de negro con corbata blanca, que se sentará á la cabecera de la mesa. ¿No parece sino que ha de ser el bu que te coma! Recitará un discurso embrollado (breve, ¿entiendes?) en el que dirá que es preciso ser bueno, prudente, limosnero, tolerante, etc., etc. ¿Qué daño te hace esto? Aunque dijese un saco de blasfemias, déjale desahogarse. ¿No has oído á las placeras de Bastia? Mézclalas con las otras ú olvídalas si quieres..... Entre tanto nosotros hacemos nuestro negocio: trabajo para ti; para mí la confianza de nuestros protectores (los cuales nos mirarán con malos ojos hasta que tú seas de los suyos), y vida regalada para entrambos. Ea, mañana arréglate; á las diez vengo á buscarte.

Al principio Luisa permanecía firme como una roca á pesar de estas pérfidas reflexiones, y lloraba y se estremecía por toda respuesta. Mas á la larga el deseo de obtener trabajo, el hábito de tratar con los protestantes, y sobre todo la necesidad de reconquistar el corazón de Mario, que se le presentaba más duro que al principio, fueron disminuyendo el horror tan natural de la fe nativa. En vano le gritaba la conciencia dictándola que aquella comunicación en materia de culto con los protestantes era una alevosía hecha á su religión y un alarde público de protestantismo: luchó contra la voz interior que la advertía, se hizo ilusiones lisonjeras, se excusó ante el tribunal de su conciencia, se dió al fin por vencida y ofreció ir al templo. Mas no bastaba prometer; era preciso cumplir. Quiso tomar tiempo. La lectura de libracos ligeros en casa de varias personas, las instigaciones de las vecinas, el constante asedio de Mario, acabaron por extinguir aquella última tergiversación ó resistencia. Dispúsose á ir al templo protestante. Los remordimientos destrozaban su corazón; su cabeza se abrasaba, sus pies vacilaban; en el momento de ir ya á salir se desprendió de los brazos de Mario, dejóse caer en una silla espantada, acongojada, temblorosa, como al aspecto de un monstruo, presa de una terrible consternación. Mario se acercó á ella, la arengó, la adulló, la dió mil seguridades, y levantándola casi por fuerza la dió el brazo, salió á la calle y la condujo al templo de los pietistas. Sabiendo que aquel día había de ser fatal, por la madrugada se arrodilló en su cuarto ante un crucifijo, única reliquia de su antigua piedad, y juró al cielo, á la tierra y á su misma conciencia, á la que se disponía para hacer traición, que jamás había de consentir en cambiar de creencia; que iría al templo sólo para hacer lo que las demás mujeres del país, obligada por la dura necesidad; pero que en secreto permanecería católica hasta el último suspiro. Pero aquella vana protesta no la aliviaba de los espantosos é insufribles latidos de su corazón: al llegar á la puerta la ofrecieron una Biblia; la tomó con mano convulsa, abriéndola como para recoger la vista que no se atrevía á dirigir en derredor suyo, y no advirtió que la tenía abierta al revés hasta que la hubo cerrado.

A la mitad del servicio se dió principio á la *cena*. La desventurada, que hasta entonces había permanecido como una víctima bajo la cuchilla, cuando vió que de repente le aproximaban aquel bocado de pan y sintió que Mario le daba un codazo diciéndole: — Haz lo que los otros, — se sintió sobrecogida de un terror mortal; empezó á dar diente con diente, y en medio de aquella agonía: — ¡Infeliz de mí! dijo para sus adentros, ¡arrojada de los altares por Dios vivo, desheredada del cuerpo y sangre de Jesucristo, de aquí en adelante tendré que contentarme con un pedazo de pan, manipulación de un sacerdote casado! El mismo dice que no es otra cosa que un bocado de pan. ¿No podía comérmelo en mi casa....? Atravesó su mente como un relámpago, la ternura de su primera comunión, celebrada en San Antonio de Bastia, las exhortaciones de Fray Catone, las blancas vestimentas, la pureza del alma, la devoción, las dulces lágrimas de aquel celestial convite; se arrepintió de haber ido allí y hubiera querido verse á cien varas bajo tierra. ¡Arrepentimiento tardío! Estaba allí, por más que le pesase, en el templo, en su asiento; se levantó, recibió el pan y el vino, llevólo á la boca; parecíale que se le pegaba el paladar, que la ardían las fauces. Por fin lo engulló como quien traga un veneno.

Al volver á la fonda no veía la calle, ni sabía donde ponía los pies, pareciéndole que cuantos encontraba la echaban en cara su apostasía y su sacrílega cena. — ¿Qué diría mi madre si lo supiese, y mis primas y la tía Monja, la que me inspiró tan dulce piedad en mi niñez? ¡Hace tiempo que perdí el honor; pero me quedaba la religión! ¡Hoy he abandonado hasta ésta! ¡infeliz de mí! ¡Oh! Virgen santísima de Lavas..... Los sollozos no la dejaron concluir la frase, y la pobre renegada corría oprimiéndose con las manos las sienes, como para buscar su bautismo y retenerlo para que no se le escapase. Y todavía le restaba otro suplicio, el cual consistía en la boda que Mario había resuelto celebrar en breve.

El casamiento se resolvió y preparó de esta manera. Al amanecer un día Mario, que había pasado la noche en una reunión de facinerosos, entra en el cuarto y dice á la chica: — Mañana después de comer iremos al templo de los anabaptistas y me casaré contigo. — Luisa, que ya hacía mucho tiempo que no pensaba en tal ceremonia, se turbó extraordinariamente al oir tan inesperado anuncio. Respondió primero con una sonrisa y después con estas palabras:

— Sabes que no deseo otra cosa.....; pero en el templo.....

— Sí, en el templo de los anabaptistas, ¿has oído? Son los más numerosos en el país y debo estar con ellos. ¿No conoces que lo mismo es ser anabaptista como cuáquero, pietista ó cualquiera otra cosa?

Aquel hablar entrecortado y de amo ofendió á Luisa: ella sabía muy bien que, en poniendo tienda de modista, había de ganar bastante, y le parecía que ciertos principios de equidad le daban derecho á intervenir y dar su opinión en el arreglo de sus cosas: además, la idea del templo anabaptista le encendía la sangre. Mas para no provocar un rompimiento en unos momentos en que tanto le interesaba estar bien con Mario y ganar tiempo para disuadir á éste de su resolución, añadió:

— ¿Tan pronto? ¿mañana mismo?

— Mañana sin falta, ni antes ni después.

— Y ¿las amonestaciones, y los papeles?

— ¡Qué papeles ni qué amonestaciones! ¿Te parece á ti que se necesitan en América? Estas son socaliñas de los Curas en Italia! Aquí somos libres, y cuando se nos antoja vamos ante un Juez de paz, el primero que se nos presenta, sin tantos garrapatos. Estarás lista mañana por la noche á las nueve en punto.

Dicho esto, salió de la fonda. Luisa quedó presa de pensamientos y de afectos encontrados. Unos eran alegres, otros tristes, cuáles dulces, cuáles amargos, y no sabía decidir á los que debía abandonarse. Sentía vivísima necesidad de salir del abismo del concubinato que continuamente le echaba en cara su inexorable conciencia. De cuando en cuando el título de esposa le halagaba la imaginación, pareciéndole tan sagrado, tan sereno, que le hubiera dado aliento para vivir en compañía de Mario, si no dichosa, resignada al menos y con el corazón tranquilo. Por esto el nombre de esponsales y de casamiento le causaba una alegre impresión y parecía calmar en cierto modo su penosa fatiga. Pero la verdad tremenda disipaba, desengañándola, la placentera ilusión que se forjaba en su mente. Celebrar la ceremonia en el templo de aquella nueva raza de

MONASTERIO DE POBLET.

protestantes le parecía añadir el sacrilegio á su apostasía anterior y borrar cada vez más el carácter de católica, del que nunca había renegado en el fondo de su corazón. Pero lo que más la contristaba era el recuerdo de la joven de Alsacia [1]. — Puede que viva aún, decía entre sí, y que esté pidiendo venganza en el altar conyugal..... Mas ¿qué he de hacer? respondía á su conciencia para acallar sus gritos. ¿Qué podría pretender desde tan lejos y abandonada? Mario ya no le pertenece..... Puede que haya muerto, ¡quién sabe! Mientras tanto, más me conviene estar casada que como me hallo.

Por otra parte era mujer sola, debilitada por la posición que hasta entonces había aceptado, cansada del largo despotismo sobre ella ejercitado por Mario, tan terrible en el ejercicio de su voluntad como furioso en la satisfacción de su amor.

No encontró ya en su corazón fuerza suficiente para oponerse á lo del templo protestante, y creyó lo más acertado aceptar juntamente y sin réplica el matrimonio que deseaba y el lugar que aborrecía. Así es que encerró en lo más hondo que pudo de su pecho todo pensamiento desagradable, esforzándose en abrirlo á lo que era halagüeño y consolador. Empleó todo el día en hacer los preparativos para la función del siguiente. Al arreglar su equipaje encontró unas cuantas botellitas de licor de Certosa, y juzgándolas muy apreciables por encontrarse á tanta distancia, quiso ponerlas en el bufete de Mario. Mas, viéndolo en desorden, trató de arreglarlo un poco, cuando se presenta á su vista un trozo de carta con una firma que la dejó como herida de un rayo. ¡Los ojos de una mujer, al encontrar ciertas cosas, son tan penetrantes y ligeros! Al principio se leía: Mi querida Ideleta (he aquí el nombre de aquella otra). Luisa no pudo menos de fijar ansiosamente la vista en aquella carta, y devorarla primero con sobresalto, después con abatimiento, y por último con cruel desesperación. La carta decía lo siguiente:

«Mi querida Ideleta:

«He recibido la tuya y tu regalo, que guardaré eternamente como prenda de tu amor. Mas ¿de qué servirá? Las circunstancias, no lo dudes, las duras circunstancias me obligan á separarme de ti: accidentes de tiempo y lugar me ligaron con otros amores por necesidad; estoy á punto de estrechar lazos que separan para siempre mi destino del tuyo. Usa, pues, también de tu libertad, que no quiero quitarte; pero guárdame un lugar en tu corazón, porque yo te amo siempre y te amaré hasta el último suspiro. Si alguna vez nos encontramos en este mundo, serás siempre..... »

(Continuará.)

[1] Véase cap. 1, Luisa y Mario.

COMO UN PERRO Y COMO UN HIJO

No le conocen ustedes?

Pues yo sí; pero no quiero que salga á la pública vergüenza nombrándole por su gracia, y me limito á señalarle con el dedo de manera que todo el mundo le vea y le mire, aunque no le conozca.

Basta á mi intento con que sepan ustedes que nuestro héroe es un *sportman* de primera talla, más viejo que joven, tres veces casado y viudo otras tantas, de tres damas hermosas y elegantísimas, que marcháronse al otro mundo anonadadas por el talento descomunal de su marido y dejándole, entre todas, por herencia única, un solo hijo, que no fué bastante para que el padre de la criatura dejase de ser viejo-verde y *sportman* contumaz y empedernido. Se me olvidaba advertir que mi hombre se moría además por los pergaminos, los linajes añejos, las ejecutorias, los cuarteles (no de tropa, sino de los escudos) y los títulos nobiliarios, aunque fuesen pontificios; y efectivamente, al enviudar por segunda vez, pescó uno de estos últimos que le autorizaba para lucir en sus tarjetas una corona de Barón (con b, no con v), debajo de la cual se leía elegantemente litografiado lo siguiente: *El Barón de Ximénez*, con X y nunca con J, pues en el cambio de esta letra estribaba precisamente el *quid* de su prosapia y alcurnia.

LA UNIVERSIDAD DE OÑATE.

El Barón de Ximénez, con X por supuesto, quiso que su heredero é hijo único fuese bautizado con el nombre de *Tribly*; pero como el Sr. Cura se negó á colgarle semejante mote porque no figura en el Martirologio Romano, los padrinos le pusieron por su cuenta y riesgo Tiburcio, advirtiendo al padre de la criatura que Tribly era contracción de Tiburcio, y que, por más que inscripto quedaba el muchacho en el libro de bautismos parroquiales con el prosáico nombre de Tiburcio, su nombre real, verdadero, legítimo y *sportmantísimo* era el de Tribly, con lo cual quedaron tranquilos los elegantes anhelos del Barón y el muchacho en potencia nominal y propincua de llegar á ser, con el tiempo, más *clubman*, más barón y más Ximénez aún que su progenitor ilustre.

Todas estas virtudes juntas obligaron al Barón á separarse de su hijo único cuando éste contaba apenas un trimestre de vida, para que lo amamantase y nutriese rolliza ama de cría en el mismo valle de Pas. Tribly mamó cuanto y como quiso hasta los tres años cumplidos, y para destetarle fué el Barón en persona al valle celebérrimo, y en vez de un chiquillo flacucho, encanijado y macilento, como suelen criarse los infantes aristócratas, se encontró con un becerro, muy parecido á su madre de leche la pasiega, que lo había cebado con el néctar de sus pechos. Quiso traerse al heredero de sus blasones y talegas; pero berreó el zamarro, lloró la pasiega é intercedió el pasiego *pro domo sua* con elocuencia tanta, que el Barón se dejó convencer, resolviendo con la plumada de una pensión mensual el único problema que le traía malhumorado y pensativo desde algún tiempo, y disipando por tan sencilla manera la nube única que desde la muerte de su tercera mujer se había presentado en el cielo, siempre azul y límpido, de sus venturas *sportmánticas*.

Confió, pues, la educación é instrucción primaria del futuro Barón á los pasiegos, y regresó tranquilo y regocijado á la Corte.

Pero el tiempo vuela y Tribly, que contaba doce años cumplidos, pedía ya, con su rudeza é ignorancia visibles y hasta palpables, instrucción secundaria, y el Barón colocó á su hijo en uno de los Colegios más renombrados, con la advertencia única de que se desasnase al muchacho sin castigarle, ni torcer su voluntad y caprichos, con los cuales era preciso transigir á toda costa.

En virtud de tales antecedentes y consiguientes, el colegial resultó un zulú, que con trabajo sumo aprendió á leer mal y á escribir peor, pero sin que los profesores del Colegio pudieran meter en su cabeza, aunque por toda clase de medios y con todo género de ardides lo intentaron, el rudimento más pequeño de ciencia ó arte alguno, ni divino ni humano.

Hubo que traerle, pues, á la casa paterna, y allí creció el mozo con la misma libertad y holgura que el espino brotado en las recónditas espesuras de un bosque. El Barón de Ximénez preocupábase de la educación, instrucción y gobierno de su retoño Tribly mucho menos que de sus perros y caballos: al menos vigilaba por sí mismo todo lo referente á la alimentación, higiene y ejercicios de estos últimos, cuando se pasaba semanas enteras sin ver á su heredero más que para sacarle de sus embrollos y frecuentes apuros pecuniarios.

Resultado: Tribly se encanalló apenas empezó á hombrear, consumiendo sus poderosas energías vitales con chulos, toreros y cantaoras, entregándose con alma y vida al *flamenquismo* y encenagándose sin tasa en el turbio y fétido mar de todos los vicios; pero como hasta el acero se quiebra ó se gasta, seis años bastaron para que una congestión del bulbo raquídeo precipitase de repente á Tribly desde las alturas del más desenfrenado libertinaje á las profundidades del destino más tenebroso. El desventurado mozo se marchó al otro mundo sin Sacramento alguno y hasta sin conciencia de que emprendía ese viaje pavoroso, del que nadie ha vuelto.

El Barón de Ximénez, justo es confesarlo, recibió honda herida con la muerte prematura de su hijo: la naturaleza, semejante á caballo indómito, se encabrita cuando siente el hierro de la adversidad.

—¡Pobre Tribly! (exclamaba el padre cuando de la muerte de su hijo único se le hablaba.) Triste cosa es morir en la flor de la vida, cuando apenas ha humedecido nuestros labios la copa de los placeres y empieza uno á comprender y gozar las delicias del *sport*; pero mi conciencia está tranquila. He hecho

cuanto he podido por el desgraciado Tribly. Apenas nacido, busqué para que lo criase á una pasiega, ama digna de un príncipe. Lo coloqué después en uno de los mejores Colegios de España, con prohibición absoluta de que se practicase con él aquel bárbaro y antiguo refrán: la letra con sangre entra. No consentí nunca que se violentase en lo más mínimo su vocación; mi bolsillo ha estado siempre á disposición de sus necesidades y caprichos; mi autoridad paterna no le ha molestado ni poco ni mucho, y nunca impuse á sus actos otra ley, ni más cortapisa que su voluntad y su gusto. ¿Puede hacer más un padre por su hijo? Si á pesar, pues, de cariño tanto y de contemplaciones tales Tribly se ha desgraciado, cúlpese á sí mismo. De nada me arguye la conciencia, y he cumplido como bueno.

¿Hablaba de buena fe el Barón de Ximénez? Creemos que sí; el sentido moral no calza más elevados puntos en las cátedras de los *clubmans* y de los *sportmans*. Y como de nada le remordía la conciencia, ni aun de haber facilitado dinero abundante al infortunado Tribly para la irracional satisfacción de su sed hidrópica de goces, la herida cicatrizó poco á poco, y el aristócrata haitiano llegó á olvidarse con el tiempo de que había tenido un hijo, al cual había tratado en vida y había dejado morir como un perro.

***

En cambio, ocupaba y aun preocupaba hondamente al Barón su compañero inseparable el perro Paco, uno de esos bichos negros, lanudos, de hocico reluciente, tiernos ojos y aspecto más ó menos repugnante, que la moda ha introducido en los salones para solaz de damas y caballeros y martirio de doncellas y criados.

Paco era cariñoso, fiel, juguetón, inteligente y tímido hasta donde puede serlo un bicho perteneciente á la raza canina, es verdad; pero á feo, sucio, insubordinado y mal oliente no le ganaba nadie. Pero ¿qué quieren ustedes? como más vale caer en gracia que ser gracioso, el Barón adquirió semejante perro por 40 duros; cometió en seguida la profanación ridícula de bautizarle con nombre de Santo, y ¡de qué Santo! nada menos que del Serafín de Asís; se aficionó en seguida al animalejo como no había simpatizado nunca con racional alguno, ni siquiera de su propia familia, y hasta se convirtió, por último, en esclavo de las aficiones y travesuras perrunas del famoso Paco.

No se contentaba éste con dormir sobre la alfombra, al pie de la cama del Barón: Paco dormía en la misma cama que su amo, arañando y ensuciando la rica colcha y enroscado sobre los pies á manera de edredón; Paco le saludaba al despertarse lamiéndole la cara; Paco daba un salto hasta el bolsillo del chaqué y le cogía con los dientes el fino pañuelo de batista para romperlo, ensuciarlo y arrastrarlo después por toda la casa; Paco compartía el chocolate y las comidas con el pulcro *clubman*, metiendo á veces el hocico en la misma jícara ó en el mismo plato, sin que al Barón se le ocurriese otra cosa más que celebrar el delicado gusto y las picardías de su Paco, el cual conocía al dedillo la procedencia de los mojicones que le servían de alimento, negándose á probar los no fabricados por la mismísima Doña Mariquita en persona, y Paco, en fin, acompañaba á todas partes á su señor y amigo del alma: al paseo, al club, á las carreras, al teatro y hasta á las mismas iglesias, las pocas veces que el Barón de Ximénez ponía los pies en ellas.

Alardeaba, sobre todo, nuestro viejo verde de poseer el más hermoso ejemplar, en su clase, de la perruna especie y había condenado á su Paco á virginidad perpetua para que no se propagase la raza, ni nadie pudiera gloriarse con el dominio de perro de igual casta, ni de estampa semejante. Los desvelos, los sinsabores, las carreras y hasta las enemistades que le ocasionó éste su capricho extravagante, no son para puntualmente referidos. Despidió á más de un criado por haber permitido la entrada fraudulenta en casa del Barón á alguna perra de la vecindad, sin tomarse la molestia de averiguar si la hembra en cuestión era joven ó vieja, bonita ó fea y si pertenecía ó no al estado honesto. Si se quería sacarle de quicio, no había más que pedirle á su perro Paco para encastar, aunque fuese con la galguita inglesa más superfina y aristocrática. Profesaba también ojeriza grande, viviendo siempre apercibido contra entrambos peligros, á la morcilla municipal y á los laceros de la perrera pública. Hasta el mismo perro se estremecía al paso de cualquiera de éstos ó en presencia de los agentes de aquélla. Por eso el Barón no sacaba nunca á su Paco de casa sin bozal ó atado, por lo menos, á un cordón de seda, que el *sportman* sujetaba después á su muñeca.

Para los que habitualmente veranean por las playas deliciosas de San Sebastián y Biarritz no es desconocido el Barón de Ximénez, con la barba y el pelo, teñidos de negro brillante, los dientes postizos y ebúrneos, y el bisoñé tan hábilmente encasquetado, que parece nacido en la calva misma, cuyas desnudeces oculta. Viste además como el mozalbete más almibarado y según las prescripciones del último figurín veraniego. Zapato blanco de hilo crudo con bigoteras de charol, cintas y lazos azules; pantalón y americana de lanilla, blanca como el ampo de la nieve, con rayas rojas en sentido longitudinal; cinturón de seda roja y brillante placa metálica, con que sujetaba los pantalones á su cintura; camisa de franela finísima, color de avellana, con las iniciales de su dueño, en gran tamaño y seda azul, bordadas á realce sobre el pecho izquierdo y bajo corona de Barón; sombrero blanco, fino y sin armar, de ala estrecha levantada por el cogote y en forma de pantalla sobre la frente; sin chaleco y con la americana desabrochada: tal era la máscara en que el pobre hombre escondía sus años y achaques, contoneándose bullicioso y rozagante por aquellos casinos, paseos y playas, como si fuera un Narciso sin más ocupación que la de contemplarse en los cristales del Cantábrico.

Por sabido se calla que visto el Barón, visto el perro Paco, que no se alejaba un punto de su amo. Cuando lo hacía, para aproximarse sobre-todo á una perrita callejera, el Barón perdía la calma, iba y venía cien veces, silbaba ó gritaba llamando y amonestando al perro juguetón y concluía amarrándolo á su propia muñeca en castigo de libertades y travesuras tantas.

Eran las once de una noche verdaderamente estival; la terraza del gran casino de San Sebastián estaba llena de caballeros y señoras que aspiraban con deleite las suavísimas brisas del Cantábrico y escuchaban embebecidos los acordes que, bajo la inteligente batuta de Bretón, producía la orquesta del Kiosko.

— Gran noticia (dijo un elegante aproximándose á un corro de amigos suyos, todos los cuales alargaron el cuello disponiéndose á oir). El Barón de Ximénez está espirando.

— Hombre, lo siento por el pobre Paco, que se queda huérfano.

— Nada de eso: precede á su dueño en la tumba.

— ¡Cómo! ¿Ha muerto el perro Paco?

— Esta tarde, paseando el Barón por la playa, un niño maleante ha cortado el cordón de seda. Paco, al verse libre, corrió desalado tras una perrita que sobre la arena se solazaba, y jugueteando y persiguiéndose, *ciegos* de amor sin duda la enamorada pareja perruna, se ha metido entre las patas de otra pareja de bueyes que tiraba en aquel momento de una caseta de baño para aproximarla al mar. Un buey ha dejado caer su pezuña sobre el delicado perrito y lo ha despachurrado.

— ¡Pobre perro!

— Al Barón le ha dado un ataque cerebral ante el cadáver de su amigo del alma y hay pocas esperanzas de salvarle.

— De seguro se muere; lo quería como á un hijo.

— A Tribly, en cambio, lo desatendió, educándole como á un perro.

Y aquí tienen mis leyentes amigos justificado el título de estas mal pergeñadas líneas.

M. POLO Y PEYROLÓN.

Gea de Albarracín 1.° de Septiembre de 1890.

ROBERTO DE MUN

1839—1887

Á LOS LECTORES DE "RECUERDOS DE FAMILIA" [1]

ÚNICAMENTE á ustedes, queridos lectores, ¡amigos *conocidos y desconocidos*! únicamente á ustedes me dirijo hoy, porque sé que la simpatía de que tantas pruebas he recibido, y que han venido á veces desde muy lejos, para endulzar frecuentemente mis penas, darme valor y recompensar mi trabajo, sé, repito, que esa simpatía me acompaña aun en este momento.

Sí, estoy segura que al saber la muerte de Roberto de Mun han tomado ustedes parte en el dolor de su familia, y que con toda la Francia cristiana (me atrevo á decirlo sin jactancia) han llorado el fin prematuro y cruel de una vida tan preciosa, tan noblemente empleada y que estaba tan lejos, según la previsión humana, de haber llegado á su término. Indudablemente han pensado ustedes todo lo que otros han sabido expresar con palabras más elocuentes que las mías, y se habrán unido al testimonio de público respeto hacia la memoria del que jamás buscó alabanzas para sí.

También habrán ustedes recordado que era uno de los hijos de *Eugenia*, y habrán abierto los *Recuerdos de Familia* para releer las páginas en que su madre, meditando *sobre este gran misterio del nacimiento, al que sólo iguala el de la muerte*, rogaba de antemano por aquel niño que iba á devolver la alegría á un enlutado hogar, y á hacer brillar un rayo de sol en unos tristes corazones.

La vida de Roberto de Mun fué la respuesta á esta súplica.

I

¿Qué pedía á Dios esta madre cristiana para el hijo que iba á nacer? Que amase siempre á Dios, que fuese piadoso, bueno, y que su alma fuese hermosa y bendecida. Y así que nació, cuando lo tuvo entre sus brazos, repitió esta plegaria con más fervor, añadiendo que mejor aceptaría el dolor de perderlo que el de que este gran deseo no fuese escuchado. Después su maternal corazón formuló otro menos importante, no temiendo, sin embargo, pedirle á Dios que la oyese. Pensó en su fisonomía y deseó que fuese hermoso y que tuviese la clase de ojos que á ella le gustaban.

Dios acogió y bendijo todas estas súplicas, pero Eugenia no debía verlas realizadas en este mundo; sólo vió la promesa y la esperanza. De las dotes que adornaban el alma de Roberto sólo pudo entrever la bondad que se vislumbró en su primer sonrisa como en la última. Pudo también adivinar la ternura y generosidad que le caracterizaban, porque estas dos cualidades se manifestaron en él desde muy niño, al mismo tiempo que un valor admirable, cosa no muy general en la infancia. Sus

1 *Récit d'une Sœur.—Souvenirs de Famille*, par Madame Sianen.

tacciones infantiles indicaban una belleza que la edad había de desarrollar, sin que cambiasen de aspecto, siendo todas estas esperanzas tan dulces para la pobre madre, que ella, que hasta entonces siempre estaba dispuesta á dejar sin pena todas las alegrías de la tierra, sintió de pronto un ardientísimo deseo de vivir, deseo que no había tenido jamás y que tal vez es preciso conocer para que el gran sacrificio tenga mérito..... Antes de emprender el viaje [1] que iba á hacer sola con el compañero de su vida (como Roberto debía hacer más adelante yendo él también á morir bien lejos) lo tomó en brazos y dijo besándolo por última vez: «No volverás á ver á tu madre.» En este supremo adiós no olvidó al pequeñín que había dejado unos meses antes en Lumigny [2] sin temor alguno y con el corazón lleno de esperanza; ahora, por el contrario, estaba convencida de que no volvería á abrazarlo y que la tierra y sus dichas habían acabado para ella...

En estas horas se recogen en abundancia las innumerables gracias prometidas á los que sufren. Su alma, tan próxima á comparecer ante Dios, las obtuvo para sí (mi fe me impide dudarlo) y las obtuvo también para sus hijos, como el porvenir ha demostrado.

II

A poco de volver Roberto á Lumigny para reunirlo á su hermanito de un año (él contaba tres), los restos mortales de Eugenia atravesaban el pueblecillo para ser llevados al lugar de su último reposo, donde cuarenta y cuatro años después debía descansar también Roberto.

El dolor de aquel lejano día fué tan grande como el de éste; Eugenia fué llorada como acaba de serlo su hijo, y entre estas dos fechas fúnebres hay que recordar una tercera, la del día en que fué sepultada en el mismo sitio la que seis años después de haber muerto Eugenia la reemplazó al lado de sus hijos, con una abnegación y ternura tales, que al perderla conocieron éstos la pena de ver morir á una madre, pena que su poca edad les evitó la primer vez.

Lumigny ha tenido la fortuna poco común de ser visitado por almas nobles que han dejado por todos lados señales profundas y visibles de su paso, y á estos recuerdos se evocan hoy con el corazón angustiado y los ojos llenos de lágrimas.....

¡Cuarenta y cuatro años.....! Parecen en verdad un período largo, y lo es bastante para que una carrera sea útil y fecunda, para que la vida sea más que una promesa y para dejar tras sí ejemplos que imitar y trabajos que proseguir. Roberto tuvo tiempo de efectuarlo así, y al ir á reunirse con su madre, había realizado todos los deseos que ésta había concebido. ¡Y, sin embargo, aun después de haber atravesado la infancia, la adolescencia y la juventud, cuán prematura parece la muerte! Más que nunca tal vez sorprende y angustia cuando corta una vida en el lleno de un activo trabajo y cuando parece que su fin debe estar aun muy lejano. Es verdad que aunque Roberto hubiere llegado al fin de su carrera, el dolor que su pérdida causa no hubiese sido menor. Los que viven bien mueren siempre demasiado pronto, y los que los lloran no tienen nunca la bastante fe para comprender que la muerte es el principio de la vida, de la vida perdurable, de la vida en que no se sufre y en la que concluyen las luchas y la muerte; de esa vida, en fin, que todos los hombres, aun los que la niegan, sueñan, desean, llaman y buscan con inútiles esfuerzos y con una desesperación que descubren sus mismas blasfemias!

1 Eugenia fue á Italia por motivos de salud.
2 Residencia habitual de la familia de Mun.

III

Roberto y Alberto crecieron juntos, siendo unos hermanos modelos: en este mundo se encuentra más fácilmente la amistad y el amor que la perfecta unión fraternal. Unión que hace de dos almas una sola, que duplica las fuerzas de la vida y que por el perfecto acuerdo que reina en todas las acciones, acelera las obras y da al tiempo un valor que desconocen los que ignoran el poder de esa dulce intimidad.

La infancia de ambos y su juventud fué la de todos sus contemporáneos: primero el colegio, luego la Academia militar, y por último, el ejército en el que sirvieron juntos, hasta que Roberto se retiró al casarse. Pero al declararse la guerra, á la que fué Alberto con su regimiento, su hermano pidió y obtuvo ser agregado al Estado Mayor de uno de nuestros Generales.

Después de los combates, de las derrotas y de los desastres más graves, aun de la *Commune* (cuando la devastadora ola que había pasado por Francia empezaba á retirarse, cuando pudo medirse la extensión de las ruinas, y darse cuenta de sus causas), al volverse á encontrar los dos hermanos, un gran cambio se había efectuado en sus almas; cambio que no debe sorprender, y que más bien debe extrañar que no se produjese en todos, al menos en aquellos que llevan en el fondo de sus corazones, á la vez que el amor hacia la patria herida, el amor de la ultrajada fe.

En cuanto á ellos, experimentaron la sensación de que después de semejantes dolores y de vergüenzas tales, la vida no podía continuar siendo como antes. No sabían aun lo que debían hacer ó variar en las suyas; pero tenían el convencimiento de que había concluído el tiempo en que podían gozar tranquilamente de sus bienes y de los placeres que habían disfrutado hasta entonces, aun de los puros de familia. Era preciso emplear en algo útil los días y añadir importantes deberes exteriores á la felicidad que iluminaba el interior de sus hogares. Era necesario acercarse á aquel pobre pueblo, enloquecido por las pasiones, y tratar de consolarlo, desarmarlo y curarlo; mezclarse con los que la rebelión contra Dios y los hombres tentaba por todas partes, y estudiar entre los trabajadores sus verdaderas necesidades, escuchando sus verdaderos deseos y prestando atento oído á las justas reclamaciones, que se confundían con sus clamores insensatos. Era preciso ver si era posible atraerlos, socorrerlos y salvarlos, sirviendo así á la patria, quizás mejor que con la más brillante victoria.

Ya sabemos cómo hicieron esa tentativa y que la continuaron juntos, dando Roberto sin tasa ni medida su tiempo, su trabajo y su dinero, y sabemos también que su hermano, privado hoy de tan útil y valioso apoyo, no dejará por eso de seguir sus huellas, como lo hacía á su lado, sin desfallecer y con energía.

IV

El mundo ha juzgado los esfuerzos de ambos generalmente con simpática benevolencia, y á veces con esa crítica de que sabe ser tan pródigo. Yo no soy la llamada á alabarlos ni á defenderlos. El tiempo será el verdadero juez de esa obra; pero nadie podrá negarles actividad, abnegación y valor. Nadie negará que en una época en que los primeros hombres de Francia se ven privados de la legítima influencia que cada uno por su parte debe ejercer, viéndose reducidos á una forzosa inacción, era muy conveniente abrir una vía, en la que todos pudiesen contribuir á la regeneración, si no política, al menos social de su país. Era, por lo menos, un hermoso sueño y un noble llamamiento, y desde el momento que más de 50.000 hombres de todas edades, rango y condiciones han respondido á él, no puede decirse que haya sido estéril, ni que se haya demostrado que ese sueño fuese una quimera.

En todo este movimiento el papel más brillante fué para aquel de los dos hermanos á quien Dios había otorgado un don tal de elocuencia que sus más ardientes adversarios no han podido negarlo; pero ese mismo don le imponía deberes políticos, y á no haber sido por su hermano, tan entusiasta ó más quizás que él mismo por la obra emprendida, le hubiera faltado el tiempo preciso é indispensable para esa clase de trabajos. Pero Roberto poseía las condiciones que se necesitan para organizar y dirigir esas empresas en que deben tomar parte hombres de todas edades y diversos caracteres; ejercía sobre todos un ascendiente poco común, á fuerza de tacto y de habilidad; estaba exento de toda pretensión personal; y tenía un olvido tal de sí mismo, que más de una vez se le oyó decir á los desconocidos que venían á estrechar su mano: «Está usted equivocado; *yo no soy M. de Mun*», como si no comprendiese que aquellas pruebas de admiración pudiesen dirigirse más que á su hermano; pero sobre todo la cualidad dominante, la principal del carácter de Roberto era la *bondad*. Ha dicho el P. Lacordaire que «no es el genio, la gloria, ni el amor lo que da la medida de la elevación del alma, sino la bondad.» Y Roberto fue una viva realización de esa frase. La bondad reinaba en su corazón, en su alma, en su voz, en su mirada, en todos los actos de su vida y en su trato con los demás. Los pobres, los obreros, los compañeros que se asociaron en toda Francia á su obra y, por último, los habitantes de Lumigny, desde los que le vieron nacer hasta los niños pequeñitos, solían atestiguarlo igualmente. ¡Y qué diremos de sus amigos y de aquel círculo familiar, del que esa bondad era el lazo y la alegría.....!

Sí, por la bondad de Roberto es como puede medirse la grandeza de su alma, la ternura que inspiraba, el ascendiente que ejercía y sobre todo el irreparable vacío que causa su muerte y la extensión del dolor universal é inmenso que ocasiona.

Amigos queridos, á quienes dedico estas páginas: ustedes que tantas veces, de palabra y por escrito, me han prometido rezar por mí, rueguen ahora por la pobre viuda de Roberto, pidan por sus hijos, por su hermano, que sufre hoy día lo que yo sufrí cuando perdí á su madre..... Y recen también por su padre, el cual, si bien había sido dos veces herido en su afecto de esposo, no lo había sido jamás en su ternura paternal, siendo en este punto tan privilegiada su suerte que no es posible existiese un jefe de una numerosa familia más dichoso y envidiado que él..... Y ahora este golpe abre en su corazón una cruel herida en los momentos en que además de la ternura, la alegría y el orgullo de que este hijo le había colmado desde su infancia, había puesto en él una absoluta confianza, que le permitía abandonar en sus manos todos los intereses del presente y todas las preocupaciones del porvenir, y daba á los últimos días de su vida un reposo que nos parecía ser la justa recompensa de las pruebas sufridas y del deber cumplido hasta el fin.

Pero la cruz se nos presenta en todas edades: no podemos evitarla, y sólo podemos irla comprendiendo cada día mejor; pero desde el momento que se comprende se aligera su peso..... ¡Dios la haga aparecer luminosa á todas las almas que se hallan prontas á sucumbir; es decir, que la vean iluminada por los rayos de esa *verdad* que disipa las nubes del entendimiento y hace soportar los dolores; porque sólo ella es la que revela cuál es el secreto, la eficacia y la recompensa del sufrimiento.....!

París 19 de Marzo de 1887.

PAULINE AUGUSTUS CRANEN.

Por la traducción,
MARÍA DE LA CONCEPCIÓN.

Madrid 2 de Abril de 1890.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDÓN

(Continuación.)

Esta última frase fué una verdadera espuela, y el temor de no ver á la dulce Guillermina, de perder en su estimación, de perder en su amor tal vez, hizo una gran fuerza sobre el alma de Federico. Hizo nuevos esfuerzos, escribió á sus padres; pero la agitación de su espíritu, que se dibujaba en su estilo, aumentó la desconfianza de aquéllos. Creyeron que sólo una mujer hábil y altanera podía empujar á Federico por este camino de pasión é indocilidad, y volvieron á negar su consentimiento. Dos veces recibieron igual contestación sus cartas, cada vez más apremiantes: la obstinación paterna corría parejas con la temeridad filial, y la señora Meyer, á quien Federico no podía fijar ninguna fecha precisa para la celebración del matrimonio, parecía cada vez más fría y severa; interponía su autoridad, y el joven no veía ya á su prometida sino por breves momentos; no podía hablarla á solas, y creyó percibir en su pura frente una nube de tristeza, que oscurecía esa cándida confianza que había mostrado otras veces.

—¡Cómo pesan sobre su espíritu! —se dijo.— Esta señora Meyer, en su salvaje delicadeza, es capaz de hacerla dejar París, de volverla á enviar á Suiza, y hacerme perder la pista. Domina á Guillermina..... Es preciso casarse, ó renunciar á ella para siempre.

Federico no tenía á su lado ningún amigo sincero: la ruptura con sus padres le había igualmente separado sus hermanos: ningún consejo, ninguna luz podían venirle de lado alguno. Se encontraba encerrado entre la severidad de su padre y la promesa dada á Guillermina.

Existía una lucha en su espíritu entre el respeto debido á su familia, el honor y el afecto, y en esta angustia, causa de las resoluciones extremas, se decidió á hacer uso de los recursos que la ley ponía á su disposición. Con trabajo llegó á decidirse á ello, pero en ese momento el recuerdo de Gertrudis atravesó su mente.

—¡Qué dirá de mí! —se dijo; —¿y Valeria? ¿No me hubiera también echado en cara.....? Pero Gertrudis es la causa de estos males; verá que, á pesar de todo, me he podido olvidar de ella y querer á otra.....

La pobre Gertrudis asistía, en efecto, á la triste formalidad del consejo oficial. Dos notarios pasaron al salón como si fueran una visita ordinaria, y el mayor de ambos, despues de un respetuoso silencio, se dirigió á M. Delaborde, y con tono solemne le dijo:

—Señor, estamos encargados por vuestro hijo Federico Delaborde de una misión en extremo delicada, y nos atrevemos á esperar mi compañero y yo que vuestros sentimientos paternales evitarán lo que este paso de conciliación puede tener de desagradable. Vuestro hijo solicita el consentimiento de sus padres para el matrimonio que desea celebrar con la señorita..... (aquí registró los papeles.....) ¡Ah! con la señorita Guillermina Elena Rassman, nacida en Berna (Suiza). Esperamos obtener de usted una palabra de paz.

La fisonomía de M. Delaborde tomó un aspecto de rigidez severa.

—Hagan ustedes su oficio, señores; pues que mi hijo ha llegado á ese extremo, quiero que la ley siga su curso.

El notario se levantó y leyó en alta voz el acta, redactada, según las prescripciones de la ley, de una manera cortés. Durante este tiempo, M. Delaborde había buscado el Código en su pequeña biblioteca, y lo hojeaba. Cuando se terminó la lectura, dijo:

—Basta, señores, os evitaré una segunda y tercera repetición de esta escena desagradable; podéis anunciar á mi hijo que le doy el consentimiento que exige.

Los notarios saludaron y se retiraron, guiados con toda ceremonia por M. Delaborde. Su mujer sollozaba, apoyando su cabeza sobre el hombro de Gertrudis, y ésta se atrevía por vez primera á dejar correr sus lágrimas libremente. Lloraba, sin embargo, menos por sí misma que por Federico.

—No sabía yo que ya todo había roto. ¿No había hecho ya mi sacrificio? Pero él, ¿podrá ser dichoso y bendecido por Dios.....?

CAPÍTULO XIV

EL NIÑO HUGO

Cuando amigos oficiosos, de esos que siempre y en todas partes se encuentran, participaron que era ya un hecho el matrimonio de Federico, ya cesó Gertrudis en su llanto, y elevó en cambio desde su alma una ardiente oración por el hermano de Valeria.

Ya para ella no tenía otro título que éste, y los pensamientos de cariño que en otro tiempo iban hacia él y le rodeaban como una nube cuajada de bendiciones se dirigieron hacia Dios, por el esfuerzo de su alma severa y pura que, cerrada para las cosas de la tierra, se abría más y más para las del cielo. Y para olvidar este pasado, vana fantasmagoría que ya se perdía en la sombra, para conjurar los vanos fantasmas de su imaginación, se entregó con nueva asiduidad á sus ordinarios trabajos, su dibujo, sus cálculos, sus cuidados caseros, y sobre todo, á las atenciones de que constantemente rodeaba al pequeño Hugo.

Por la fuerza de las cosas, ella sola era la que le educaba. M. Delaborde, demasiado ocupado, y su mujer, sufriendo continuamente, se limitaban á quererle y mimarle: Enriqueta, absorbida por el cuidado de sus tres hijos y por la multitud de sus relaciones sociales, no podía dedicar un minuto al hijo de su hermano; el mismo Roberto, ligado por los negocios, á los cuales daba todo su tiempo y su atención por no serle fácil el trabajo, necesitaba concentrar todas sus fuerzas y dar todas sus horas al comercio, quedándole pocas para Hugo: por otra parte, no vivían bajo el mismo techo; y cuando el niño sufría, ó cuando quería reir, no era á su padre á quien llamaba. Tenía á su lado una cabeza pensativa, que había visto arrimada á su cuna; unos ojos negros, que le habían mirado siempre con cariño; una boca seria ordinariamente, pero que había guardado buenas risas para sus juegos; una voz que le acariciaba sólo con nombrarle; y cuando toda la familia se reunía y se llevaba al niño á la sala, se escapaba de las manos que le tenían ó querían coger, y se acogía entre las de Gertrudis, se apoyaba en sus rodillas, y de allí volvía hacia sus abuelos su linda carita, medio cariñosa y asustada.

Gertrudis se había ocupado de Hugo desde el instante en que le había dejado su nodriza; le había enseñado á andar y á hablar, le hacía jugar por el día y rezar por mañana y noche, é insensiblemente, sin que ella misma se apercibiese, había logrado alcanzar el niño un gran lugar en su vida y en su corazón.

M. y Mad. Delaborde habían aceptado como cosa natural estos servicios y este desinterés; se lo hubiesen pedido á Valeria, y lo aceptaban de Gertrudis; se había realizado el último deseo de su hija menor, del ángel que tenían en el cielo: Gertrudis la había casi reemplazado, y si la pobre prima era menos querida que una hija, inspiraba, sin embargo, la misma confianza, y contaban con ella como con un hijo adoptivo de la familia; por eso á nadie sorprendían sus cuidados hacia Hugo.... á nadie, sino á Roberto. Su carácter oscuro no se había cambiado por la influencia de las penas, aunque el dolor sea á veces el mejor remedio, ni tampoco por la costumbre de los negocios, miserable visual en que los hombres no se presentan bajo su mejor aspecto, y llevado por su natural á creerse abandonado, y pensar que se le concedía menos que á los demás, le chocó notar un día la manifiesta é inocente preferencia de su hijo por Gertrudis.

Esto le hirió sobremanera, y disgustado, como cuando se obra bajo el imperio de la pasión, empleó con su hijo cariños violentos, que no lograron conquistarle.

Un día, entre otros, que por cierto era de verano, en la época de la feria de Amiens, que se celebra hacia San Juan, llegó Roberto á casa de su padre en la tarde de un domingo, y preguntó en seguida por su hijo Hugo. Este venía sofocado y con la cara algo sucia, porque acababa de abrir en su jardín un canal de riego, y tanto sus manos como su cara llevaban las señales de sus rudos trabajos. Corrió á abrazar á su padre.

—Pronto, hijo —dijo,—di á tu niñera que te lave y te vista, que te voy á llevar á la feria, vete: verás cómo te diviertes.

—¿Y Gertrudis vendrá también?

—No, querido, no; vamos los dos.

—¡Quiero que venga Gertrudis! ¡si no va Gertrudis no voy yo! ¡No voy, no, no!

Roberto se armó de paciencia, puso al niño entre sus rodillas y le dijo con voz insinuante:

—No tienes necesidad de Gertrudis para ir á ver las tiendas, ni para comprar soldados, un camino de hierro, y un gran cordero, ni para ir á los circos. Ya verás.....

—¿Qué?— dijo el niño algo cautivado.

—Verás caballos que bailan, otro que le ponen una servilleta y come en la mesa como tú, perros sabios que hacen el ejercicio, polichinelas italianos, figuras de cera.....

—Pero siendo tan bonito —respondió Hugo volviendo á su primera idea,—¡es preciso que venga Gertrudis! ¡No tiene ninguna diversión! ¡Voy á llamarla, papaíto!

Se escapó y corrió hacia la puerta. Su padre le volvió á coger con viveza, llamó á la campanilla y dijo á la criada que vino:

—Coja usted á Hugo y vístale al momento: despache usted pronto.

El niño se calló asustado por las descompasadas voces y los movimientos bruscos de su padre y se dejó llevar. Al cabo de diez minutos, la criada volvió trayéndole vestido, y Roberto, cogiéndole por la mano, le dijo con un tono imperioso:

—¡Vamos!

Pero en seguida el niño se puso á llorar, gritando en medio de sus sollozos:

—¡Gertrudis! ¡Gertrudis!

Acudió á la llamada, y entró diciendo:

—¡Dios mío! ¿Qué tiene mi querido? ¿Te has hecho daño?

Corrió Hugo hacia ella, se echó en sus brazos y escondió la cabeza en su hombro, murmurando:

—¡No quiero ir sin ti! ¡No quiero ir sin ti!

Roberto se puso rojo de cólera, y dando un brusco movimiento, arrancó el niño del cuello de Gertrudis, en que seguía colgado, y se lo llevó. La puerta se cerró tras ellos; pero los sollozos convulsivos de Hugo resonaron largo tiempo en los oídos de la prima y la oprimieron el corazón.

—¡Dios mío! —se decía ella; —¿por qué no tener un poco más de dulzura y de agrado con un sér tan débil y tan pequeño? ¡Quiere divertirle y le lleva como un lobo podiera llevar á un cordero! ¡Pobrecillo!

Todo el día lo pasó pensando en él con tristeza. Roberto tuvo consigo hasta la noche á la inocente presa, de que se había apoderado, y cuando volvieron en coche, después de un largo paseo, mil detenciones en la feria y un vistazo á la casa paterna, el niño se moría de sueño; fué preciso acostarle, y Gertrudis le cogió en los brazos ya casi dormido, metiéndole en seguida en la cama, en donde se quedó en un profundo sueño, pero sin soltar la mano de su prima que había cogido entre sueños. Permaneció así á su lado, y no cesaba de mirarle á la débil luz de una lamparilla. El niño estaba más agitado que de costumbre, y la doble fatiga de placer y de pena se revelaba en el rojo calenturiento de sus mejillas, en sus repentinos suspiros y en los quejidos que interrumpían su sueño.

Durante este tiempo, Roberto se había quedado solo con sus padres, y después de algunas palabras indiferentes, dijo al fin con el tono de un hombre que ha tomado una resolución:

—Creo que aprobarán ustedes que lleve á mi casa á Hugo, como estoy decidido á hacerlo. Es ya tiempo que me conozca y se familiarice conmigo: lo que acaba de sucoder hoy me lo prueba.

—¡Por Dios, —exclamó su madre; —¡vas á tomar en serio el capricho de un niño!

—¡Un capricho que ha durado dos horas! He tenido precisión de llenarle de caricias y de juguetes, de mostrarle hasta la saciedad todas las rarezas de la feria, el paseo de la Hautoye, regalarle fresas y pasteles, y á pesar de eso, me decía á cada momento con el corazón oprimido: «¡Vámonos á casa! ¡Vámonos á ver á Gertrudis!» La paz ha venido con el cansancio. Esto me ha hecho abrir los ojos, porque es preciso que un niño no se aficione de ese modo á otras personas que no son sus padres.

—Gertrudis le quiere, y se ocupa de él constantemente, —interrumpió M. Delaborde.

—La estoy muy agradecido, ciertamente; pero es preciso que acabe esta pasión, y creo, mamá, que no tomará usted á mal que desde mañana el niño venga á casa.

—Creo que haces mal en esto —dijo M. Delaborde; —en todo son necesarias las transacciones.

—Es mejor arriesgarse en ciertas cosas.

—Haz lo que quieras —dijo cansada madame Delaborde. —Hemos creído darte gusto, educando á tu hijo; si ahora ya no quieres, sea.

—¡Por Dios, mamá! —replicó Roberto, un poco contrariado; —estoy muy agradecido á cuanto habéis hecho, y si solo se tratara de ustedes.....

Mad. Delaborde levantó los hombros.

—¿Estás decidido? ¿Completamente decidido?

—Sí.

—Bueno; te llevarán á tu hijo y su pequeño mobiliario. ¿Permitirás, al menos, que vaya con él su niñera?

—Sin duda.

—Hijo mío —dijo M. Delaborde; —haces un ensayo, de que tal vez pronto te arrepientas; pero, imitando á tu madre, tampoco insistiré, puesto que estás decidido. Mañana estará Hugo en tu casa.

—Pero, si lo juzga usted á propósito, padre mío, podré ofrecer á mi prima un regalo, un brazalete, un reloj..... como testimonio de gratitud.

—¿Crees tú que la afección se paga ó se compra? No, Roberto; no conseguirás sino disgustarla, y á la pobre Gertrudis es preciso darle consuelos. . .

. . . . . .

CAPÍTULO XV

EN LA CUNA DEL NIÑO

Al día siguiente, Mad. Delaborde condujo ella misma á Hugo á casa de su padre, y pasó con él el primer día. Confesó á su vuelta que aquellas horas le habían parecido dolorosas y que no había podido retener sus lágrimas, al separarse del niño que se agarraba á ella, suplicándola que le llevase á *casa*, la sola casa que él conocía y quería. Gertrudis suspiró, pero nada dijo contra Roberto, antes al contrario, excusó sus celos de padre, que M. Delaborde criticaba ásperamente: manifestó la esperanza de que el niño se habituara pronto á aquella casa, y que con la ayuda de esa movilidad natural en tan pocos años, se olvidaría de ella, causa inocente de este trastorno. Aspiraba, en efecto, á ser olvidada; pero cuando al llegar la tarde encontró su cuarto desierto y vió el lugar que ocupaba la cuna del niño, suspiró profundamente, y su pensamiento y su plegaria enlazaron juntamente á Valeria, á Hugo y á Federico.

Pasó una semana: Roberto parecía preocupado, y Mad. Delaborde, que iba todos los días á ver á su nieto, volvía más inquieta cada día. El niño comía poco, no dormía apenas, y no quería jugar: se alejaba de su padre, se sentaba triste y silencioso en el rincón más oscuro, y á las caricias y á las instancias respondía siempre: —¡Quiero volver á casa! ¡Quiero ver á Gertrudis!

Roberto se resistió; esperaba dominar ese sentimiento tan fijo y constante; se resistía á su propio corazón, que sufría al ver aquellos ojos caídos, aquel semblante pálido en que se pintaban el dolor y la ansiedad: hizo esfuerzos sobre su propio carácter, sobre la irritabilidad envidiosa que le era natural; tan solo mostró al niño una dulce ternura; jamás le reñía, le acariciaba; quiso jugar y hablar con él; pero Hugo, transportado muy bruscamente á otra atmósfera, no se acostumbró á aquella, como el pajarillo libre de los campos puesto de repente en la jaula.

Cuando se le acariciaba, volvía la cabeza, y aunque estuviese delante de él, y aunque su padre expiaba su menor deseo, no pedía otra cosa que lo que no se le quería conceder. Esta melancolía crecía por momentos, y devoraba rápidamente la salud, que hasta entonces había brillado en sus mejillas y en sus ojos: un día y una noche de fiebre llegaron á asustar á Roberto: lloró escondido detrás de la cortina de la cama en que se agitaba el niño, y pisoteando sus antipatías, escribió á su madre:

—«La ruego, querida madre, que venga á ver á mi hijo, y traiga consigo á mi prima; no ha cesado de llamarla.»

Hugo dormitaba, cuando Gertrudis, conmovida, entró en el cuarto: se sentó silenciosamente cerca de la cuna, y le miró con atención.

—Le encontrarás muy cambiado —la dijo Roberto en voz baja.

Hizo signo afirmativo, porque el cambio le parecía notable y espantoso, y ya turbada, no pudo contener algunas lágrimas.

—¡Cuánto le querías! —interrumpió Roberto.

—Mucho, primo —dijo dulcemente.

Diez minutos después, Hugo se despertó; su primera mirada, triste y perdida en el espacio, se animó de repente cuando vió á Gertrudis, que le sonreía y se inclinaba para abrazarle:

—¡Gertrudis, Gertrudis! ¿Eres tú? —gritó el pobrecillo.

Tendió sus débiles brazos hacia el cuello de la joven, y la dijo muy bajo:

—¡Llévame!

Ella le abrazó, le recostó sobre la almohada y le dijo con un tono tranquilo:

—Voy á estar á tu lado con la abuelita hasta la noche, y tomarás lo que el médico mande.

—Sí —respondió sumiso y contento, —pero es preciso que te quedes.

Sacó la labor de su bolsillo, se sentó é hizo señal á Roberto que ofreciese al niño la medicina calmante, que hasta entonces había rechazado.

—¡Gracias, papá! —dijo Hugo con cierta timidez.

—¡Abrázame, querido! —dijo su padre estrechándole en su pecho.

El niño se dejó coger, y animado por la presencia de Gertrudis y de su abuela, abrazó de buen grado á Roberto con una suave sonrisa en los labios. Volvióse á dormir, y al despertarse, su primer grito fué:

—¡Gertrudis!

Pasó tranquilamente todo el día; pero cuando llegó el momento de la despedida, Hugo lloró de tal modo y con una tan profunda pena, que Roberto se conmovió, y dijo á su prima:

—¿Vendrás mañana?

Volvió, en efecto, al día siguiente, y todos los que transcurrieron hasta la completa convalecencia del niño; y ella misma se preguntaba cómo podría romper de nuevo aquel lazo de cariño, aquella costumbre ya tan arraigada en Hugo, cuando Mad. Delaborde la dijo con sencillez:

—Esta tarde traeremos á Hugo á casa, y aquí terminará su convalecencia.

El mismo niño ayudó á los preparativos de marcha, y vestido de soldado, con su pequeño fusil al brazo, su mochila á la espalda y el képis en la cabeza, esperaba el momento de la marcha, cuando, aproximándose á él su padre, le cogió de la mano diciéndole:

—Papá, ¿vendrás á verme á menudo á casa de la abuelita?

Estas palabras cariñosas hicieron olvidar á Roberto sus celos; besó las mejillas de Hugo, ya frescas y sonrosadas, y volviéndose á Gertrudis, la dijo mirándola:

—¿Me lo traerás, eh, prima?

Durante varios días, Roberto fué asiduamente á casa de sus padres, y se mostraba, más que de costumbre, sociable y confiado. Parecía que tenía gusto en hablar con Gertrudis: Hugo, su carácter, su educación, su porvenir, constituían el asunto de sus conversaciones. A Gertrudis le gustaba hablar de su pequeño discípulo, y notaba, al hablar con Roberto de un asunto que á ambos agradaba, que la vida y la experiencia de los negocios habían madurado su juicio, y que poseía un profundo buen sentido, aunque de no muchos alcances, y cualidades positivas, aunque no muy brillantes. Además, amaba tiernamente á Hugo, y para Gertrudis este sincero amor paternal compensaba muchos defectos. Pasado un mes de la vuelta de Hugo, se encontraba un día M. Delaborde en su despacho, sólo con su sobrina: ambos escribían. Dejó él la pluma y mirando á todas partes, para convencerse que estaban solos, la dijo:

—Querida Gertrudis, bien sabes la estimación y cariño que te tenemos mi mujer y yo. Desde tu infancia ha crecido nuestro afecto, y no es sólo el recuerdo de nuestra querida Valeria el que nos ha ligado á ti de este modo. ¿Quieres recibir de nosotros un nuevo título, y darnos una nueva prueba de tu afecto y adhesión, con que contamos?

—Hable usted, tío —dijo Gertrudis algo turbada.

—Pues bien, querida, Roberto te quiere por esposa, y nosotros apoyamos su deseo con todo nuestro corazón. ¿Qué es lo que tú dices?

—¡Dios mío! Jamás me vino tal pensamiento; no he soñado tal cosa; nunca lo he deseado, —respondió Gertrudis con una sorpresa llena de sinceridad.

— Hija mía — dijo M. Delaborde, — no dejo de conocer que Roberto, á primera vista, previene en contra, y que sus maneras y carácter dejan mucho que desear; pero es honrado, sus principios están de acuerdo con los tuyos, y bajo este aspecto existe entre vosotros una completa paridad: orar ante el mismo altar, mucho es, Gertrudis; y cuando en un punto se tocan las almas, no pueden dividirse. Te desea por mujer, por motivos dignos de estima: sin ti no son posibles, ni la educación, ni la dicha de Hugo. Roberto quiere tenerle consigo: es muy justo, es su derecho; pero, para acostumbrarle á vivir lejos de ti, sería preciso mimarle y consentirle todos los caprichos: tú sola podrías hacerle dichoso, educándole con cuidado y firmeza. Roberto ha comprendido esto, y me lo ha dicho en estos mismos términos: «Deseo que Gertrudis me traiga á mi hijo;» y á mi vez digo yo: «Gertrudis, ¿quieres ser la esposa de mi hijo y la madre de mi nietecillo?»

El anciano, enternecido por sus propias palabras, hizo acercarse á Gertrudis y la abrazó. Ella le apretó las manos y le dijo:

— Querido tío, no puedo responder á usted en el momento..... Es preciso que reflexione, que consulte..... ¿Me quiere usted dar ocho días?

— Sí, hija mía. Dios me libre de querer sacar por sorpresa tu consentimiento; reflexiona, y si es posible, di *sí*.

Al salir del despacho, encontró Gertrudis á Madame Delaborde, que con aire amistoso y risueño la dijo:

— ¿Y cuándo llevamos á Hugo á casa de su padre?

— No sé, tía — respondió Gertrudis sonrojándose.

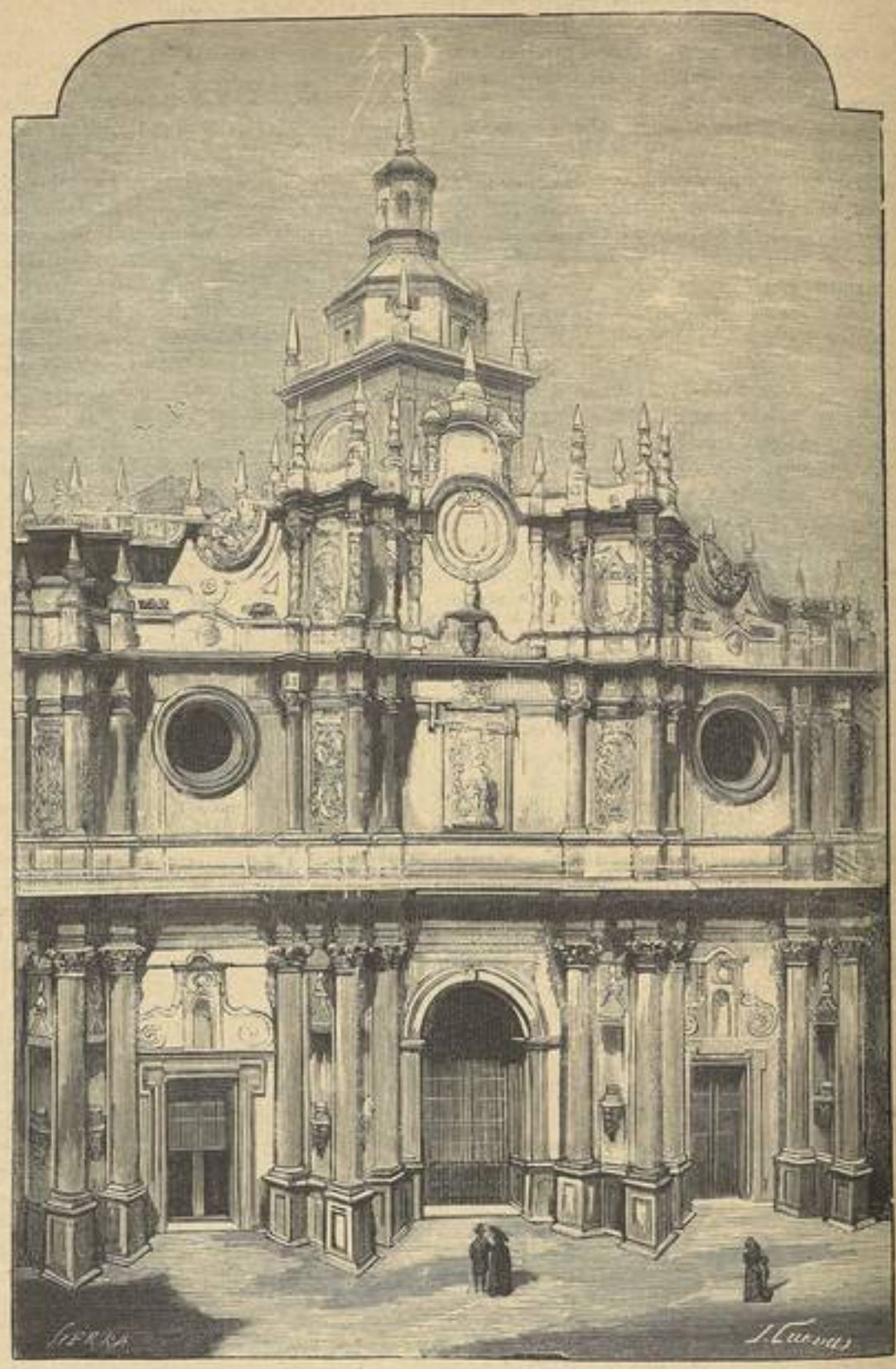
— No sé, tía — dijo Mad. Delaborde tratando de imitarla; — escucha, sobrina, espero que me digas dentro de algunos días: Pronto, ¡mamá!

Y se marchó, dejándola turbada, confusa.

¡Cuántas reflexiones y plegarias! ¡cuántos recuerdos del pasado, cuántas preguntas dirigidas al porvenir llenaron aquellos ocho días! ¡cuántos combates contra recuerdos rechazados, vencidos, pero que renacían en las horas de inquietud! ¡cuántas disputas entre el corazón y la cabeza, entre la imaginación produciendo quimeras y los graves compromisos, los austeros deberes que acompañaban á la realidad!

Nadie influyó en la resolución de Gertrudis; sólo tomó consejo de sí misma y de su director espiritual; y pasado el octavo día, escribió á la señorita Ivona:

(Continuará.)



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE GUADIX.

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATOLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

BLANQUEO DE CERAS EN GRAN ESCALA

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla. **CERAS AMARILLAS** de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA VERDADERA

AGUA DE BOTOT

El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París

El mejor calmante contra los dolores de muelas.

Recomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT con Quina** *para los cuidados de la boca.*

229, Rue St-Honoré, París

Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono n.º 58.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 26.—Madrid 15 de Septiembre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

SUMARIO

Texto.

Carta-década, por Fernando.—*Bonfantes* (continuación), novela italiana del P. José Franco.—*Una hoja suelta*, por Pedro Vargas.—*Recuerdos de un descarrilamiento*, por F. Aguilar y Bioca.—*La sombra de Don Tomás*, por A. Salcedo.—*Album de poesías: Los dos proscritos*, por Francisco Jiménez Campaña.—*Variedades*, por el Doctor Paganel.—*Una parienta pobre* (continuación), novela por Mad. Bourdon.

Grabados.

Iglesia de los Redentoristas en Lyon.—Muchas ruinas ha acumulado la revolución moderna; en toda Europa afligen al viajero los restos destrozados de las antiguas civilizaciones, especialmente de la medio-evica. Pero, en cambio, el movimiento cristiano, verdadera cultura de nuestro siglo, ha querido, no sólo restaurar las ruinas, sino erigir nuevos y grandiosos monumentos de fe, de piedad y de arte. En Francia, desde el advenimiento de Luis XVIII hasta nuestros dias, y singularmente durante la segunda dominación napoleónica, se han levantado multitud de iglesias magníficas, en que los artistas han procurado imitar en lo posible la forma de las antiguas construcciones medio-evales. De este género neo-gótico es la iglesia de los Redentoristas de Lyón un bello ejemplar: graciosa, esbeltísima, con su gran torre coronada por gentil aguja y su hermoso pórtico, al que da acceso una soberbia escalinata, es este templo uno de los ornamentos más preciados de la gigantesca y alegre ciudad de Lyón, la segunda de Francia.

Ruinas del Monasterio de Tresdeswalls.—Si la iglesia de los Redentoristas de Lyón nos recuerda la consoladora restauración cristiana, estas melancólicas ruinas de Tresdeswalls nos hablan, bien elocuentemente y á cierto, de la devastadora ola revolucionaria y atea que ha pasado por Europa. Pero ¡qué románticas, dulces y poéticas aparecen estas soberbias despojos de una gran cultura, iluminados suavemente por la luna! Ahí está el artista, con su carpeta bajo el brazo, dispuesto á copiar el airoso arco: pero no puede, porque la vista de tanta hermosura le tiene embobado y como transpuesto. Mientras tanto, los chiquitos juegan con el polvo de los siglos que tapiza el anchuroso patio. El cuadro resulta completo, y nos recuerda alguno de los más bellos que trazó el inolvidable Becquer con su admirable estilo.

Vista del castillo de Astorga.—La histórica ciudad leonesa es de las que más hacen soñar al viajero con sus evocaciones de pasadas edades. ¡Cuántas veces árabes y cristianos, y los señores feudales, se disputarían la posesión de ese castillo! Ahora no es más que un recuerdo, una poesía romántica, una balada, una cifra de tiempos ya para siempre desvanecidos.

San Millán de la Cogolla.—Venerable por su antigüedad y por las memorias que despierta es este Monasterio; pero aun es más deleitable y hermoso el valle amenísimo en que está enclavado, y que sirve de asiento á la frondosa huerta del convento.

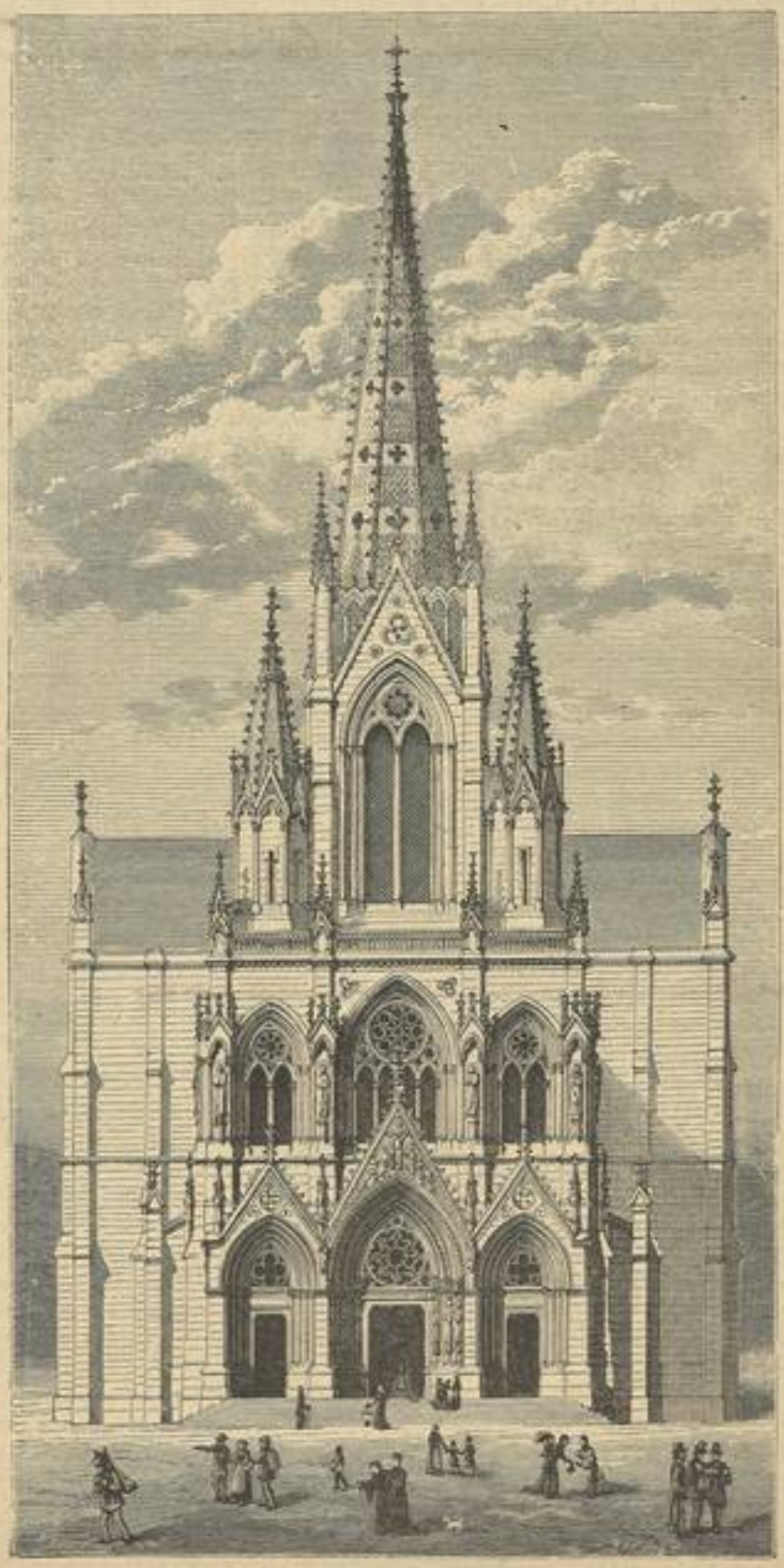
CARTA-DÉCADA

San Sebastián 12 de Septiembre de 1890.

Mis queridos lectores:

Aquí me tenéis por segunda vez respirando los efluvios combinados del mar y de la montaña. Ya no hay tanta gente como antes, y la que queda es por punto general gente medrosa ó amiga del propio pellejo, que no se atreve á entrar en Madrid mientras que no se arregle eso de la viruela y no se sepa en qué paran las amenazas del cólera. Mejor para los fondistas y pupileros de San Sebastián, que así prolongan un poquito más la temporada.

Ayer tarde estaba yo muy aburrido, y para salir del aburrimiento decidí leer, que es lo que aconse-



IGLESIA DE LOS REDENTORISTAS EN LYÓN.

jan los clásicos para semejantes ocasiones. Eché la vista por los libros que traje de Madrid; cojo éste, suelto el otro, miro el de más allá, y resultado, que no me tentaba ninguno. ¿Qué leeré yo? ¿Qué no leeré? Y de repente surgió en mi fantasía el luminoso y magnífico espectro de Macaulay, mi autor favorito. Leeré á Macaulay, me dije con decisión. ¡Qué lástima, ó mejor dicho, qué imperdonable olvido el mío! ¿Por qué no me habré traído á Macaulay? Pero por fortuna no estoy en ningún villorrio; éste es San Sebastián, el emporio de la elegancia y de la cultura españolas, donde se reunen las personas finas y bien educadas, las señoritas que fueron alumnas de los mejores colegios franceses, los pollos que son jurisconsultos y que aspiran á que los saquen Diputados por el Alto Aragón ó por la isla de Puerto Rico, los señores más graves de nuestra tierra y las señoronas que se creen ofendidas si se las supone formadas del mismo barro que sus cocineras. Aquí está la *creme* de la *creme*, y por lo tanto, no puede faltar Macaulay, ya en su grave original inglés, ya en alguna coquetona traducción francesa, ya (y esto es lo más seguro) en la discreta versión española publicada por la *Biblioteca clásica* y debida á los muy estimables traductores Sres. López y Beuder. Nada, por cuatro pesetitas me compro ahora mismo uno de los tomos de la *Biblioteca clásica*, el de los *Estudios biográficos*, p. e., que contiene algunos de los más hermosos trabajos del gran crítico é historiógrafo inglés..... Allí está, v. g., aquel magnífico estudio sobre lord Chatam, admirable esfuerzo del ingenio humano, en que la figura del insigne Pitt aparece dibujada y coloreada con lápiz y pincel dignos de Tácito y de Solís. Nada, nada, á la librería á comprar ese tomo.

Y cogí mi sombrero y me lancé á la calle en demanda de la librería. La emoción más profunda se había apoderado de mi alma. Estaba ya paladeando el placer sublime que había de proporcionarme la lectura. ¡Qué tarde tan deliciosa voy á pasar, decíame á mí mismo, aquí en el jardín del hotel, sentado á la sombra de estos copudos castaños y leyendo mi libro! La vieja Inglaterra va á surgir por entero en el teatro interior de mi fantasía, evocada por la varita de virtudes de ese mago; voy á tratar á los intolerantes wigts del siglo XVIII y á los cortesanos torys, á reirme de la incapacidad de los tres Jorges y á enternecerme con las desventuras inmerecidas del vencido en la batalla de Culloden; y por entre unos y otros, descollando como ciprés sobre sauces, que diría nuestro D. Cristino Martos, veré surgir la figura gigantesca de William Pitt, aturdiendo y deslumbrando á sus adversarios de la Cámara de los Comunes con los resplandores ígneos de su elocuencia maravillosa; subiendo luego, no por combinaciones de las circunstancias, ni por intrigas de gabinete, sino por el propio impulso ascendente de su espíritu superior hasta la cumbre del Gobierno, y desde tan excelsa cima regir con poderosa mano y más poderosa inteligencia el imperio británico, y desafiar y pelear, y vencer por último, á la Casa de Borbón, dueña y señora de todo el Occidente y Mediodía de Europa; bajar luego del poder é ir descendiendo paulatina y reposadamente como un espléndido sol de Julio que después de tocar en el zenit va hundiéndose hacia el ocaso, y se pone finalmente entre nubes de púrpura y oro, como se puso el sol de Pitt en aquella célebre sesión de la Cámara de los Lores, en que trató inútilmente de animar al Gobierno que trataba de reconocer la independencia de los Estados Unidos para que continuara luchando con la coalición borbónica. En todo esto pensaba yo con entusiasmo mientras me dirigía á la tienda de libros más próxima al hotel.

Llego, y digo al librero:

— ¿Me hace usted el favor de los *Estudios biográficos de Macaulay*?

— ¿Macaulay? ¿Macaulay? No conozco ese autor.

— Sí, hombre, lo tiene usted en uno de los tomos de la *Biblioteca clásica*.

— ¿*Biblioteca clásica*? ¿*Biblioteca clásica*? No tenemos esa Biblioteca.

— Es raro.

— Eso lo encontrará usted en la librería francesa, calle de Garibay. Es la mejor surtida de San Sebastián.

— Pues voy allá.

Y en efecto, pronto llego á la librería francesa. Una señorita muy amable es la que allí vende los libros.

— ¿Tiene usted los *Estudios biográficos de Macaulay*?

— ¡Oh, no señor, no tenemos más que lo que usted ve!

Y miro, y veo un par de estantitos en que habría hasta un centenar de volúmenes; novelitas francesas de á tres francos el tomo.

— A los pies de usted, señorita, digo, y salgo disparado, y pienso por el camino:

Esto es una vergüenza. En San Sebastián está reunida ahora, ó acaba de estarlo, la gente de más dinero, de más noble alcurnia, y que hace vida mejor de toda España, y ¡no hay libros! ¡Los libros más vulgares y corrientes, los de más amena lectura, aquellos que se leen por distracción no se encuentran aquí! ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? ¿Pero es que esas gentes tan pulidas, tan cultas en la apariencia, no leen un ratito todos los días? De modo que cuando se retiran al interior de esos magníficos hoteles, rodeados de parques ingleses, están mano sobre mano ó mirando cómo vuelan las moscas, en un quietismo oriental; las señoras abanicándose, los hombres fumando, y unos y otros en eterna cháchara de murmuración.....

Fuí á otra librería, y lo mismo; y no fuí á otra, porque ya no había más en San Sebastián. La tarde había concluído, y una deliciosa noche de otoño subía lentamente del fondo de los valles, mientras que las cumbres de las montañas se mostraban sobre el cielo, todavía azul, verdes y luminosas, reflejando los últimos lejanos resplandores del sol poniente. El día que se alejaba y la noche que venía, convidaban por igual á melancólicas meditaciones. Yo medité sobre esta amadísima patria nuestra, que se cree culta, y que..... no lee á Macaulay.....

FERNANDO.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

(Continuación.)

Aquí lo escrito estaba cubierto con un gran borrón de tinta, que había caído encima y que probablemente era lo que había obligado á Mario á volver á escribir la carta. Aquellas palabras: *por necesidad*..... y *si alguna vez nos encontramos, serás siempre*..... hicieron el efecto de una saeta venenosa que hubiera atravesado su corazón. Buscó la fecha, no estaba; procuró ver lo escrito debajo del borrón, lo rascó con la punta de la uña, procuró leer una palabra más, poniendo el papel al trasluz, todo en vano. Entonces se le ocurrió otra idea: encontrar la carta y el regalo de Ideleta. Registró todo el gabinete, los cajones de la mesa y cuantos escondrijos se presentaron á su vista, escudriñando con los ojos aguijoneados por los celos cuantas cartas encontraba y cuidando de poner cada cosa en su lugar para que Mario no sospechase. No tardó mucho en poner la mano sobre una carta cerrada que llevaba el sello y la fecha reciente aun de Estrasburgo. — ¡Estrasburgo, exclamó, Estrasburgo! Esta es, veamos. — Había dentro un óvalo pequeño de marfil, guarnecido con un cerquito de concha; en el centro se veía el retrato de una mujer apasionada y llorosa, y en el reverso estas palabras: Ida fiel á su esposo Mario. Luisa no recorrió, devoró con la vista la página escrita, y leyó lo siguiente: — Te casaste conmigo en el altar de Jesucristo; huye de esa mujer: nunca será tuya... Luisa dejó caer la carta y el retrato, y como si al coger una flor hubiese agarrado una víbora, no osó leer más: cerró los ojos, torció la cabeza, pasó la mano por la frente como si quisiese borrar de la memoria un pensamiento molesto: ¡era inútil! Aquel rostro enemigo parecía mirarla fijamente: su rostro se animó ante sus ojos, presentándose severo y amenazador: á cualquier parte que se volviese allí se presentaba fiera y obstinadamente á su imaginación. Con él delante arregló el cuarto; con él cenó de mala gana; con él se fué á la cama.

Los cuidados que rodean al justo en este valle de lágrimas cada vez que, soñoliento, cierra los párpados para dormir, suelen concederle una tregua piadosa y dejan á veces reparar con distracciones placenteras la cansada imaginación; pero al culpable le acompaña obstinadamente un sér misterioso, testigo infalible, juez implacable, verdugo armado por la divinidad, que hiere en brazos del sueño y en el regazo del voluptuoso plumón. Bajo su azote invisible la víctima criminal se despierta á deshora con el corazón oprimido de terror ciego é inevitable, bañando de llanto las almohadas. El vulgo le llamaría visión funesta, fantasma maléfico, turbación y delirio: los sabios le llaman remordimiento. Luisa estaba sola en la estancia y buscaba el sueño, que terco y lento se acercaba á su lecho. Por fin, apenas había conseguido un poco de reposo, cerrando los ojos, cuando se le aparecía de nuevo el temido semblante de su rival. Al principio le parecía pequeñito como en el retrato; después, tomando el tamaño natural se iba haciendo grande..... grande..... y se alzaba por fin gigante y amenazador: el vestido era blanco, como de desposada; mas ajado, como de repudiada; tenía el pelo negrísimo y desgreñado; pálida la frente, chispeantes los ojos, abrió sus descoloridos labios, y dijo: — ¡Me he casado con él en el altar de Jesucristo! ¡No, no, jamás será tuya! — Extendió el brazo hacia Luisa y pasó por su frente una mano helada. Luisa se contrajo de horror y espanto y despertó temblorosa, cubierta de mortal sudor.

Ni por un momento le pasó por las mientes que aquel fúnebre sueño fuese una visión verdadera: atribuyólo al malhadado encuentro del retrato y á los funestos pensamientos que la habían perseguido durante aquel día. Sin embargo, no por eso llegó á tranquilizarse del todo, quedándole el cruel temor de que aquel sueño representase la realidad: — Su carta es reciente y de pocas semanas. ¿Quién me asegura que no haya muerto en este intermedio.....? Y si vive, ¿de qué sirve mi casamiento? Pero ahora es tarde, estoy demasiado comprometida, no puedo ya volverme atrás..... Adelante, adelante..... fuera pensamientos despiadados..... Mañana me casaré.

En este estado se presentó al ministro anabaptista para la ceremonia. Procuró serenar la frente, dar á su semblante un aire alegre y tranquilo; pero toda sonrisa le costaba una dolorosa violencia, una congoja mortal; mientras duró el profano rito y el sermón del ministro, estuvo en continua lucha con el terror y la consternación. No entendió ni una palabra y casi no veía lo que pasaba á su alrededor. Al volver á su casa en medio de un estrepitoso acompañamiento mirábase el blanco vestido y se le representaba el que había visto en sueño; los collares le parecían culebras enroscadas alrededor de su

garganta; el retrato de Mario, que llevaba pendiente en el seno, le recordaba la miniatura de Idaleta.

De estas resultas, Luisa, de mal en peor, se encontró casada con arreglo á las leyes americanas; mas, según el juicio de su propia conciencia, encadenada á un yugo infame y maldito de Dios. Entre los obsequios y las felicitaciones de algunos, más bien conocidos que amigos, ella oía más que nada la voz secreta y misteriosa que le repetía: —¡Yo me casé con él en el altar de Jesucristo! ¡No, no, jamás será tuyo! Para huir de cualquier modo tan intolerable opresión imaginó un expediente disparatado: persuadióse de que nunca podría salvarse, miró cara á cara su delito, y se resolvió á no temerle en adelante.

De este modo adquirió Mario el derecho de poder decir á la Sra. Elena que Luisa profesaba el *Evangelio puro*, y al Sr. Samuel que Luisa era su esposa. Por lo demás, si quieres saber con exactitud qué es lo que habló mistress Elena con Luisa, allá en la Fonda-monstruo, lee los siguientes capítulos y quedarás satisfecho.

CAPÍTULO VI

LAS URSULINAS DE BOSTON

Mount-Benedict es una colina que dista algunas millas de Boston: Boston es una de las más populosas metrópolis de los Estados Unidos, y descuella majestuosa y potente en el fondo de la bahía de Massachussets en el Océano Atlántico. En Mount-Benedict florecía uno de los más gratos y serenos asilos de piedad que hubiese en América: en sus pendientes, sombreadas por arces pensilvánicos, liriodendros tulipíferos, encinas tintóreas, verdes y fragantes magnolias, se elevaba sencillo, pero de buenas formas, un convento de monjas ursulinas. Las monjas tenían allí su noviciado, tranquilo refugio de las doncellas, á quienes el espíritu del Señor indicaba un puerto para las mundanas tempestades, y junto á él un floreciente colegio para las jóvenes del país. A este acudían las católicas de Charlestowa, Boston, Tauntón, Cambridge, Salem, y muchas familias protestantes les confiaban también sus hijas para ser educadas en la inocencia y disciplina del sexo delicado.

La presidenta de la comunidad, así se llamaba americanamente la madre superiora, había declarado en el programa publicado por la prensa que la educación religiosa se daría sólo con arreglo á los preceptos de la Religión católica romana; pero que, por otra parte, las disidentes no estarían sujetas á práctica alguna opuesta á su respectiva comunión, que no se trataría de hacer propaganda, quedando prohibido el ingreso en la Iglesia romana, salvo el expreso consentimiento de los padres. Tales condiciones, que olían algo á tolerantismo, impropio de unas buenas religiosas, era sumamente adaptable al país y á la práctica; no sólo no era perjudicial, sino ventajoso al catolicismo. Así es que las jovencitas de creencias disparatadísimas, una vez anidadas en aquel solitario asilo, lejos de la corrompida atmósfera del vicio escandaloso, nutridas con honestísimas enseñanzas, edificadas con los suaves ejemplos de una verdadera piedad, abandonaban ordinariamente los errores de sus familias, y apenas salían del colegio (algunas aun ántes con consentimiento de aquéllas) entraban en el seno de la santa Iglesia, y la que no, quedaba afecta al catolicismo, conservándole cierto respeto.

Como última prueba de lo saludable que era para América aquel refugio de la inocencia y la pureza, es el mal ojo con que era mirado por los malvados. Cuanta mayor complacencia y aun puede decirse noble orgullo causaba á los católicos de Boston y del país circunvecino, más rabiosa era la cólera de aquellos fanáticos y violentos energúmenos, principalmente los protestantes metodistas [1], los cuales odiaban lo bueno, sólo porque era bueno. No podían sufrir que estuviera tan floreciente un convento de monjas, del cual el bello sexo sacaba una morigeración de costumbres sanas y modestas, de la que la gente libertina no podía esperar más que desaires y desprecios. También en aquel gran puerto de mar, llamado Broadway-Hotel, se había declamado varias veces contra las monjitas de Mount-Benedict, y en aquellas furibundas y tempestuosas diatribas se distinguía entre todos, como dando el tono y llevando el compás, cierto John Thomson, primer contador, hombre tan encenagado en todo género de vicios como hipócrita y solapado. Más de una vez se había permitido decir que no pararía hasta reducir á un montón de cenizas aquella manida de víboras: estas eran sus propias palabras. Pero á despecho de aquella ira contaban con suficientes garantías de seguridad las inofensivas religiosas, pues confiaban en la protección del Obispo [2], en la siempre creciente protección de los católicos, en el buen sentido de los protestantes honrados: y más que todo en su propio continente reservado y prudentísimo; así es que contaban con gran número de educandas.

Entre las alumnas católicas se distinguía allí una joven de la secta de los puritanos, hija de aquel Samuel Lokport, rico negociante en maderas que vimos en Nueva York. La madre de Benjamina (que ya conoce el lector) era una de las protestantes más rígidas del país, pietista [3] que rayaba en lo romántico; pero de buena fe, honrada y buena madre de familia. No podía menos de admirar en su interior las cosas de los católicos, señaladamente las religiosas; sin embargo, no acababa de dejar una gran desconfianza que de ellos tenía á causa de las preocupaciones mamadas con la leche, y más aún por las venenosas calumnias de sus ministros y predicadores, que continuamente la estaban sermoneando sobre la Biblia [4]. En cambio el marido, que, como hemos dicho, era hombre de comercio, positivo y serio en sus determinaciones, resolvió dar á su hija una educación que la hiciera lucir; no paró mientes en tales tonterías, y significó secamente á su mujer que Benjamina, ya de trece años, iría á pasar tres ó cuatro en Mount-Benedict para instruirse en cuanto adorna á una joven bien educada.

A tal invitación mistress Elena quedó turbada y poco le faltó para oponerse resueltamente á que su adorada hija fuese encerrada en aquella manida de víboras (puede que hubiese oído aquel concepto al contador de la Fonda-monstruo). Persuadida, empero, de que sería vana una oposición directa á aquel pensamiento de su marido, no hubo tergiversación, dilación, ni dificultad indirecta de aquellas que suele imaginar una mujer, y mujer apasionada, que no opusiese para disuadir á su Samuel de aquella resolución. Como último recurso se agarró á la salud un poco quebrantada de Benjamina, para cuyo restablecimiento emprendieron un viaje á Europa con la condición precisa de pasar por Italia, viaje que los médicos reputaron utilísimo. ¿Pero qué? En cuanto volvieron, apenas la muchacha estuvo verdaderamente fortalecida, se pronunció la sentencia inapelable con aquel tono seco, y que no admite réplica, empleado por Lokport con su mujer en ciertos casos raros y solemnes, tono que no daba lugar á otra cosa más que á la ejecución: —Pasado mañana yo mismo llevaré á Benjamina á Mount-Benedict, dijo él, y así se hizo.

(Continuará.)

1 No tratamos de vituperar á todos los protestantes metodistas indistintamente; pero podemos asegurar que una gran parte de los residentes en los Estados Unidos, en el tiempo de que hablamos, se mostraron tal cual decimos, y se podría de manifiesto en los hechos históricos que referiremos en seguida.

2 Católico monseñor Fenwich.

3 *Pietistas* en general son llamados aquellos protestantes que hacen especial profesión de piedad sin cuidarse mucho del dogma, que miran como cosa indiferente. Este nombre les vino de los primeros propiamente dichos, que forman una secta particular, fundada y predicada por el doctor Felipe Jacobo Spener, muerto en Berlín en 1705. Trataron de reformar la reforma, como tantas otras sectarios, desechó los errores que le disgustaron, modificó otros y añadió algunos de propia cosecha: impuso á sus discípulos una gran práctica de piedad externa é interna, género de invención aprobado por su Espíritu Santo particular, á despecho de los Espíritus Santos de las otras sectas. Los pietistas se dividieron entre sí, como sucede con todas las congregaciones anticatólicas; mas en general son más acerbos enemigos son los luteranos. Tendrían igualmente razón si no dejasen de tenerla. ¡Oh! ¿por qué Felipe Spener no ha de tener derecho de criticar á Martín Lutero, si Martín Lutero se creó autorizado para reformar el cristianismo? ¿Por qué proclamar á voz en grito el libre examen y contrastar después al que le usa? Por lo demás, tengan ó no razón, los pietistas cuentan hoy con un buen número de secuaces en América, Inglaterra y Alemania.

4 Muchos ministros protestantes en su país se contentan con predicar algún pensamiento moral, y tocan al dogma, como los gatos á las ascuas: si alguna vez le tocan envuelven sus ideas con ambages, generalidades y precauciones, para no disgustar á los otros sectas; la razón es la de no haber artículo alguno de creencia que, siendo de agrado de algún oyente, no disguste á su vecino. Mas cuando van á los países católicos son generalmente provocadores en sus discursos, insultantes, calumniadores de la verdad, de los ricos, del clero, del Papa, y para conseguir su intento se valen de los medios más deshonrosos y malévolos. En el tiempo y en el lugar de que hablamos en nuestra novela era estrenzada la guerra que hacían á los católicos, como se verá en capítulos siguientes.

UNA HOJA SUELTA

Luengas tierras, luengas mentiras, reza un antiguo adagio, y por sabido se calla que los refranes, que son el resumen aquilatado de la popular experiencia, rara vez mienten, pese á quien pese, y por más que digan sus detractores.

Por eso al coger la pluma para tratar nada menos que de un país que se halla separado de nosotros por millares de leguas y que muy pocos, entre los peninsulares, han tenido la suerte de visitar, siento cierto natural escozorcillo ante la idea de que sean puestas en duda mis palabras y se crea que el único objeto que me guía al emborronar estas cuartillas es el de monopolizar, aunque sea por breves instantes, la benévola atención de los lectores de esta interesante publicación, en la cual si figuro, única y exclusivamente se lo debo, no á mis aptitudes literarias, que son nulas, sino á la proverbial amabilidad de su distinguido Director.

Hecha esta salvedad, que espero será tenida en cuenta, pues sería para mí motivo de disgusto que alguien se llamara á engaño, enristro la péñola y haciendo abstracción de cuanto me rodea con el espíritu puesto en remotas regiones y la conciencia limpia de toda intención aviesa de disimular la verdad, lánzome de lleno al proceloso mar de las descripciones, sacando fuerzas de flaqueza, temeroso ¿por qué he de negarlo? que el modesto esquife de mi inteligencia naufrague entre los vaivenes y sacudidas de mis casi apagados y difusos recuerdos.

¡El Japón! El país de las maravillas, el *oasis* del extremo Oriente, es de todas las regiones de Asia quizá la más hermosa é interesante por la riqueza de su suelo, la cultura de sus habitantes y la sorprendente originalidad de sus costumbres, que si bien van desapareciendo paulatinamente ante el poderoso impulso de la civilización europea, conservábanse hasta hace algunos años en toda su primitiva pureza y ofrecían ancho campo de estudio á los aficionados á la historia de la humanidad en todas sus múltiples y diversas manifestaciones.

Innegable es de todo punto que cada país tiene sus costumbres, y que si bien éstas difieren en cuanto afecta al carácter de sus habitantes, no por eso dejan todas ellas de obedecer á primitivas causas, que entre sí tienen grandes puntos de contacto y no pocos de analogía.

Generalmente todos aquellos usos que dimanan de religiosas creencias ó brotan del cenagoso manantial de añejas supersticiones, suelen confundirse

y amalgamarse de un modo tan extraño en los pueblos orientales, que la atención del observador no puede por menos de fijarse en ello, con instintiva curiosidad y marcadísimo asombro.

Desde los tiempos más remotos de la antigüedad se ve convertir á todos los pueblos en punto de cita y en objeto de veneración el sitio ó lugar donde se desarrolló alguno de los episodios que constituyen su religiosa historia ó se consumó algún cruento sacrificio que viene á pregonar la bondad de sus doctrinas. De ahí proviene que todos los países que gozan de una civilización relativa tengan un *oasis* donde ir á refrescar sus religiosas creencias ó á dar rienda suelta á sus ridículas supersticiones, cosas ambas que, por desgracia, suelen andar casi siempre de consuno.

Por no ser menos el japonés que sus demás compañeros del planeta, y á semejanza del *parsí*, que dirige sus fervorosas miradas hacia el sol; del musulmán, que las fija en la Meca; del indio, que no las aparta de Benarés, el japonés convierte en objeto de su culto y en manantial de religiosas ansias una altísima montaña, cuya cima, cubierta de nieves eternas, se pierde entre las nubes, y cuyas azuladas vertientes, que se divisan en los días claros y serenos desde todas las costas del litoral del gran *Nipbon*, bañanlas las verdosas aguas del profundo lago, que es hoy día inmenso cráter de apagado volcán.

En la alta cumbre del *Fuji yama*, nombre de ese gigante de la naturaleza, que por cierto suele servir de modelo á los artífices japoneses para que luzcan su habilidad y caprichosa inventiva, operóse, según cuentan los panzudos *bonzos*, el milagro de la ascensión de la religión budista.

Allí, según ellos dicen, despidióse Buda para siempre de sus sectarios, dejando impresa, antes de subir á las regiones etéreas, la huella de sus plantas, como recuerdo de su estancia en la tierra; advirtiéndoles, sin embargo, que acudiría á cualquier llamamiento que se le hiciese, en forma incorpórea é invisible. Para ello válense sus adeptos de una soga que hay colgada á la entrada de sus templos, tirando de ella con gran fuerza y dando á seguida tres palmadas, como si llamaran al mozo de un café. Después aguardan á pie firme la presencia intangible de Buda para dirigirle alguna petición, hecho lo cual depositan su ofrenda á los pies del *bonze* que está de guardia, en espera del buen resultado que le han de dar sus marrullerías y embustes.

Al acercarse el verano empiezan en todo el Imperio los preparativos para ir en devota romería al *Fuji yama*, pues es obligación en los japoneses el visitarlo, aunque sea sólo una vez, durante el curso de su existencia, para prosternarse ante las milagrosas plantas.

Pónense de acuerdo las familias amigas para el día de la marcha; provéense ellos de ancho sombrero de paja, de capa de la misma materia y de fuerte y nudoso palo, provisto de su correspondiente calabaza. Y ellas cuidan de las provisiones, que se componen de arroz y de pescado seco; átanse sendos rosarios alrededor de las muñecas y eligen cuidadosamente el tabaco que ha de servir para distraer los ocios durante el viaje, pues son muy aficionadas á fumar en pipa.

Terminados los preparativos, emprenden la caminata y se dirigen por las diferentes vías de comunicación á la arteria principal que atraviesa la gran isla en toda su extensión, al *Tokaido*, hermosa alameda de cedros seculares, que pasa serpenteando á orillas del lago de *Hackone*, para ir desapareciendo, cual inmenso ofidio, en la cordillera de montañas de *Ashineyu*, entre las cuales se destaca, con natural soberanía, la elevada cima de la sagrada montaña.

La subida de *Fuji yama* es penosa para intentarla en un solo día, y por lo tanto, los indígenas suelen hacerla en dos jornadas. En cuanto empieza la ascensión, los romeros entonan todos á una un canto monótono, algo parecido á nuestro canto gregoriano, y cuando se cansan, cosa que no tarda en suceder, pues lo escabroso del terreno no permite lucir impunemente las cuerdas vocales, continúan la marcha rezando en voz baja. A mitad de camino hay una casucha de tablas, donde pernoctan, dedicándose á prácticas piadosas y guardando una dieta casi absoluta, pues la pureza de la montaña no puede ser por nadie mancillada. Y á las pocas horas de descanso vuelven á formar en procesión para llegar al término de su viaje antes del amanecer.

Cuando el sol empieza á dorar la cima del *Fuji yama*, los japoneses se prosternan y dirigen sus miradas hacia el centro de la meseta algo inclinada que le sirve de remate. Allí se ve, en efecto, la huella de un pie ¡sorprendente capricho de la naturaleza! de un pie que nada tiene de humano, y que cualquiera que no sea budista comprende se trata del cráter de un volcán apagado desde hace algunos siglos, que tomó en sus titánicas conmociones forma tan extraña y originalísima. Pero vayan ustedes á sacar á esas pobres gentes de un error basado en ridículas creencias.

Sin embargo ¿qué digo? de entonces acá variaron mucho los tiempos, á Dios gracias.

La fructífera semilla que dejaron nuestros mártires en aquellas apartadas regiones no cayó en terreno baldío ni desierto; no: y el día no está lejano, en que desgarrado por completo el tupido velo, entre cuyas negruras ocúltanse los falsos ministros de sectas abominables, brillará la verdadera luz del Evangelio, en todo aquel vastísimo imperio del sol saliente, añadiendo un nuevo lauro á la gloriosa é inmarcesible corona de los héroes del cristianismo.

PEDRO VARGAS.

RESULTAS DE UN DESCARRILAMIENTO

Una mañana de esas con que algunas veces nos agasaja el verano al dirigirnos los primeros saludos, una de esas mañanas henchidas de poesía, empapadas de voluptuosidad, pródigas de misteriosos arrullos, Enrique acababa de salir de su dorado lecho, cuando recibió la siguiente esquela:

«Muy señor mío: Adjunto devuelvo á usted el ramo de pensamientos con que ayer se empeñó en obsequiarme por conducto de mi doncella. Es completamente inútil que siga usted adelante en sus pretensiones, porque á pesar del apoyo que mi mamá desea prestar á usted, no conseguirá usted nada. Ya antes de que pudiera usted abrigar esperanza alguna en contrario, le hice saber formalmente que mi voluntad estaba consagrada á otro hombre, de cuya conducta para conmigo estoy plenamente satisfecha. Si esta noche asiste usted al baile, según me ha dicho mi doncella, le ruego que no se acerque á solicitarme para pareja, porque me veré obligada á desairarle. — De usted atenta y S. S., ÁNGELES.»

— No sé por qué se me antoja que Ángeles dice todo esto con la boca chiquita —comentó Enrique, mientras se recostaba indolentemente en el ángulo de un sofá — Me parece demasiado adusta la cartita para que sea sincera..... A no ser que la intervención de su mamá á favor mío la haya exasperado, que eso será lo más probable..... Tengo que advertir á Doña Justina que no por mucho madrugar, amanece más temprano..... ¡No hay que forzar el vapor, Doña Justina, porque nos exponemos á que salten las calderas! Ángeles es muy orgullosa y sabe demasiado lo que vale para que se deje imponer por nada ni por nadie.....

— ¡Quisiera yo saber — prosiguió Enrique después de un momento de cavilación — quién es ese afortunado rival de quien Ángeles se halla tan pagada! ¡Como hay Dios que no puedo menos de envidiarle.....! No: no sólo no la invitaré á bailar conmigo, sino que me guardaré muy bien de presentarme en la fiesta..... ¡Buen papel haría yo allí, aguantando que mi pretendida revolotease abrazada con mi rival, hacia quien seguramente extremaría sus mimos nada más que por darme enojos! Pues si algún día llegase á ser mi mujer, como presiento que lo será, ¿no me levantaría celos el recordar que la había visto bailando con otro hombre á quien amaba y de quien admitía sin inconveniente, tal vez con vengativa gratitud, los halagos que yo estoy deseando tributar á su arrogante hermosura? En fin, por ahora quedo desahuciado en regla, y quiere decir que valdrá más achantarse que no porfiar como un mendigo de oficio..... Voy á vestirme, y en seguida á plantarme en casa de Doña Justina, á ver de qué modo conjuramos este nuevo contratiempo.

* * *

Poco después, en efecto, Enrique se personaba en el gabinete de Doña Justina, la mamá de Ángeles, y afanoso por entrar pronto en materia, sacó la carta que acababa de recibir y la puso en manos de la señora.

— ¿No se enterará Ángeles de que he venido? — consultó Enrique, mientras su interlocutora se disponía á leer la esquela. — ¿Se ha levantado ya?

— ¡Pero muy temprano, Enrique! Ayer la han sacado de sus casillas sus amigas del segundo con la promesa de llevarla esta madrugada al Retiro, y creí que me pegaba sólo porque he intentado disuadirla de que saliera. Mi hija está hecha una fiera, Enrique, y no sé ya cómo domesticarla..... ¿A qué hora ha recibido usted esta carta?

— Ahora mismo. No he hecho más que leerla, vestirme y venir.

— ¿Ha visto usted qué manera de tratar á las personas, á un amigo de la casa?

— ¡Claro, Doña Justina! ¿No comprende usted que su novio la estaría esperando en el Retiro, y habrá querido acudir á la cita con la conciencia tranquila?

— Tengo ganas de echarle la vista encima á ese ensalmador de mi hija para abochornarle. Porque yo no podré obligar á Ángeles á casarse con usted, pero le aseguro que tampoco se ha de casar con ese zascandil, quienquiera que sea.

— Hasta que llegue á la mayor edad, Doña Justina, porque entonces no podrá usted impedir que se case con el que le parezca.

— ¿Cree usted que no está ella en eso? Pues ya me lo ha espetado más de cuatro veces, porque á descarada no hay quien la gane. Pero le falta todavía un año, y en un año pueden suceder muchas cosas.

— ¡Una chica que ha estado siempre tan amable conmigo, que ha dejado crecer y agrandarse mis ilusiones hasta el punto que usted sabe, y en el momento en que se me ocurre declararme, más por pura formalidad que porque lo juzgara necesario, se me pone de veinticinco uñas, y hasta el santo de mi nombre le inspira odio!

— Yo sabré si ha andado con ese novio esta mañana..... De todos modos voy á tomar una determinación que le haga bajar los humos á la mocosa..... ¿Qué más puede desear, por muchas ínfulas que tenga, que un muchacho joven, guapo (y no lo digo precisamente por usted), fino, educadísimo y hasta, para colmo, millonario? Yo no debería decir eso, al menos á usted; pero entre nosotros existe la suficiente franqueza para que pueda expresarme sin remilgos. ¿Qué le ha de faltar con usted? Ni consideración, ni cariño, ni lujo, ni nada. Pues ella erre

que erre con ese mequetrefe, á quien no tengo el disgusto de conocer, pero que no pasará de ser algún estudiante holgazán de los muchos que andan á caza de gangas para arriconar los libros..... ¡No, no se debe salir con la suya, y no se saldrá!

— Yo me he llevado un chasco muy regular, Doña Justina. Daba por tan seguro mi enlace con Ángeles, que ya casi no me faltaba más que encargar las esquelas anunciando el suceso á los amigos.

— ¿Y cómo me ha dejado á mí, Enrique? ¿No estaba yo en la misma creencia que usted? ¡Ah, si viviera su padre!

— En resumen, Doña Justina: no conviene por ahora apurar mucho las cosas. Yo pienso mañana mismo marchar á mis posesiones de Burgos con algunos amigos, donde pasaremos un par de meses haciendo vida de campo. Hubiese querido invitar á ustedes á este veraneo, pero ya se ve que es de todo punto imposible. Tal vez no viéndome en una temporada, ni oyendo hablar de mí, perderá Ángeles el horror que hoy me profesa, y variará de modo de pensar. Usted y yo podremos escribirnos sobre el particular, y por supuesto, con el mayor disimulo posible.

— Pues mire usted, Enrique, mañana mismo empezaré yo los preparativos para marcharnos á cualquier balneario nada menos que del Mediodía de Francia, sin mentarle una palabra á Ángeles hasta la víspera de la salida. Tampoco sabrá á dónde la llevo hasta que nos bajemos del tren. Ya verá usted cómo se ablanda.

Convinieron luego Doña Justina y Enrique la manera de cartearse durante el veraneo, despuntaron alguna de las medidas oportunas que podían plantearse á la primera ocasión, y se despidieron.

***

Á poco de salir Enrique de casa de Doña Justina, llegó á la misma Ángeles con sus amigas, y con ellas entró á contar á su mamá las peripecias del paseo.

A simple vista se adivinaba el carácter travieso é indómito de Ángeles. Penetró en las habitaciones de su casa sofocada por efecto de las carreras que había menudeado, volteando la sombrilla, magullados algunos adornos del sombrero, los zapatos cubiertos de polvo y jadeando y gritando como si sostuviese una lucha á brazo partido con algún gigante.

Parecía una amazona que regresaba victoriosa del campo de batalla.

Ya en presencia de Doña Justina, arrojó con garboso donaire la sombrilla contra un sofá, los guantes contra un velador, y el sombrero fué á caer á un cesto de costura, después de chocar con varias esquinas de un armario.

— ¡Qué calor, mamá! Has hecho bien en quedarte. Con eso no me has visto pasear del brazo con mi novio.

— ¿Á eso hemos llegado ya? Pues mira.....

— No miro nada, porque no es cierto. He querido darte un susto para que te siente mejor el desayuno. ¿Te has desayunado? ¡Ay, hija, nosotras! Lo menos hemos tomado una azumbre de leche cada una ¿verdad, chicas? Mañana vamos otra vez, por supuesto.

— ¿Es esa la orden que te ha dado tu novio?

— No se atreve á tanto, mamá. ¿No te digo que es muy cir... cuns... pec.., to? No se ha acercado á nosotras á menos de treinta pasos, y siempre, claro es, por detrás de los arbustos..... Parecía que jugábamos al escondite él y nosotras.

— Me vas á hacer el favor de despedir á ese mochuelo, Ángeles. No quiero bichos á mi alrededor..... Con que ya le estás mandando el pasaporte.

— ¡En seguidita, y porque tú lo mandes! Tú te empeñas en que arme relaciones con Enrique, y estás machacando en hierro frío. A mí me gusta que me guarden respeto, que me teman y que me sigan con humildad ¿entiendes? Pero no que me traten con esa familiaridad de Enrique, el mocoso, que no parece sino que alguna vez ha sido mi padre..... Hoy le he dado el soñón hache..... Ya verás tú, refugio de afligidos, cómo vendrá á picotearlo..... Dale unos bizcochitos de mi parte, y dile que siento tanto su mala suerte..... Pues no sabe lo mejor, y es que mi novio piensa convidarle á la boda..... ¡Para que luego diga que no le apreciamos!

— Otra cosa tengo que decirte, Ángeles.....

— Toda soy oídos, mamá. Pero ¿no trae esa chica la horchata? Nos vamos á atracar de horchata ahora mismo, Justinita, porque es una gran bebida después de la leche. ¿Quiéres tú?

— Atiende un poco, si te parece.....

— ¿No te digo que soy toda oídos?

— Pasado mañana sin falta, es necesario que.....

— ¡En seguidita!

— Pues te quedarás aquí tú sola.

— ¡Si no sé lo que estas diciendo, mamá!

— Que esté todo preparado para marcharnos á San Sebastián en el tren exprés. Yo no puedo continuar un día más en este horno de Madrid.

— ¡Como si quieres que nos vayamos á Ceuta! Casualmente yo también estoy deseando tomar las de Villadiego, mejor hoy que mañana. ¿Es á San Sebastián donde dices que me vas á llevar?

— A San Sebastián.

— Pues andando..... Ahí está la horchata, mamá. ¡Anda, á refrescar, mientras tanto, y déjate de triquiñuelas!

F. AGUILAR Y BIOSCA.

(Continuará.)

LA SOMBRA DE DON TOMAS

Tiene más fama que el otoño el verano en estas provincias. El otoño, dicen, hay que ir á buscarle en Castilla. Aquí es demasiado triste, y por las noches demasiado fresco. A mí, sin embargo, me encanta el otoño vascongado. Y creo que cuando hay que ver y admirar estos paisajes es ahora, desde que principia Septiembre hasta que muere Octubre entre galernas y temporales.

Cada cosa tiene en la naturaleza su carácter propio, y es tanto más digna de consideración, cuanto que muestra con mayor viveza su propia fisonomía, esto es, en cuanto se parece menos á las otras cosas. Y nunca es, á mi juicio, más visible el carácter peculiar de la belleza de estas montañas que en los meses de otoño. La melancolía propia de ellas aumenta de modo extraordinario, y parece que los torrentes encajonados en las barrancadas, los hondos callejones sombreados por altos pinos, las medrosas crujías en el centro de los bosques, la niebla azul que borra las perspectivas, todo, en suma, parece cantar á coro sombría balada de amores ultraideales y guerras fantásticas, de esas que sostienen enemigos invisibles detrás de los pliegues del terreno, que en los tiempos antiguos pasaban por duendes y ahora se llaman guerrilleros, gente impalpable que mata desde la sombra y muere en el misterio, que surge de repente del fondo de un valle ó á la vuelta de un precipicio, organizado en perfectos batallones, y que luego se dispersa en un momento como los átomos de niebla heridos por un rayo de sol.

Desde Augusto, aquel Napoleón el pequeño del siglo primero, hasta Loma, Trillo y Moriones en nuestro tiempo, han sostenido combates con estos guerreros misteriosos todos los hombres de armas que han pasado por aquí: ninguno realmente los ha vencido, ni ellos tampoco realmente han vencido á nadie: han peleado uno, dos, tres, siete años, á veces dos siglos, y luego, cuando ha sonado la hora de dispersión, han aparecido por todos los caminos, tirados en el suelo, ya lanzas, ya arcos, ya fusiles; no se ha visto un guerrero por ninguna parte, y en su lugar, gordos y pacíficos caseros de cara benévola, ofrecen vasos de leche á los que pasan, y tornidos mozos labran la tierra y juegan á la pelota en los ratos de ocio. ¿Quiénes son éstos? ¿Quiénes eran aquéllos? ¿Son los mismos unos y otros? Nadie lo sabe: es el misterio de la montaña.

Ayer vi yo á un viejo sentado en un poyo de piedra bajo el verde toldo de parra que sombrea la portalada de un caserío. Un perrazo enorme dormía profundamente á sus plantas. Era el anciano alto y derecho como un pino; tenía la cabeza descubierta, y el único rayo de sol poniente que por entre nubes obscuras caía en el valle colándose por entre los pámpanos de la parra hería oblicuamente sus cabellos, blancos como la nieve, dándoles reflejos de plata. El perfil de su rostro era purísimo; la nariz sobre todo, de una corrección exquisita, daba á su fisonomía un aspecto nobilísimo. Estaba fijo, inmóvil como una estatua; sus ojos miraban hacia el extremo oriental del valle, donde las sombras, ya muy espesas, unidas con la niebla, formaban un fondo sombrío, medrosísimo, de lúgubre noche, balada ya en el desenlace, cuando las campanas doblan, porque la heroína de ojos azules y cabellera rubia murió, atravesado el corazón por el puñal de su amante.....

Me senté junto al viejo y le dí las buenas noches.

— Buenas noches — me contestó, sin hacer el menor movimiento, ni de rostro, ni de cuerpo.

Yo quería trabar conversación con él, pero no sabía cómo empezar.

Le pedí leche, y entonces se levantó, entró en el caserío, estuvo dentro algunos minutos, y volvió al punto con un vaso lleno, que me ofreció, tomé yo, y él volvió á sentarse en la misma posición que antes. No desplegó los labios.

— Es buena esta leche — dije yo.

El viejo no dijo nada.

— Pero me parece (añadí, queriendo picar su amor propio) que era mejor la que me dieron ayer en el caserío que está á la otra parte de la ría.

Entonces sí habló; pero lo que dijo fué esto:

— Sí que lo sería.

— No (insistí yo); ahora veo que ésta es mejor, de más cuerpo, más pura.....

El viejo dijo:

— Sí que lo será.

No tenía ya más remedio, so pena de retirarme vencido, que arrostrar resueltamente la dificultad.

— ¿Es usted del país? — le pregunté.

— Sí, señor — respondió.

— ¿Y ha nacido usted aquí?

— Aquí mismo.

— ¿En este caserío?

— Y en él nació también mi padre.

— De modo que toda su vida de usted se ha deslizado en este valle.

— ¡Oh, no! He recorrido casi toda España.

— ¿Ha estado usted en Madrid?

— No, por desgracia. Estuvimos á su vista. ¡Qué feo es el campo por allí! A mí me tocó estar en un caserío que llaman del Espíritu Santo.

— ¡Ah! (exclamé yo) usted fué sin duda á Castilla en la gran expedición de 1837.....

— Efectivamente. Algunos años menos tenía yo entonces. Mi batallón bajó á apoyar á los de Cabrera, que desde el día antes estaban junto á un arroyo muy estrecho y muy sucio, que no recuerdo cómo le llaman.....

— Sería el Abroñigal (interrumpí yo).

— Creo que sí. Pensábamos entrar en Madrid antes de medio día; pero entonces empezaron los pasteles y las traiciones. Nuestro Señor estaba enga-

RUINAS DEL MONASTERIO DE TRESDESWALLS.

ñado. No entramos, y entonces dijo mi capitán: «Muchachos, ya iremos cabeza abajo hasta rompernos las narices»; y se salió con ella.

— Los tiempos traen tiempos (dije yo para animarle). Yo, por mi parte, no desconfío del porvenir. Si no se entró entonces, ¿por qué no se ha de entrar otra vez?

El viejo me miró con desconfianza, fijando en mí con insistencia sus ojillos de un verde claro, y me dijo:

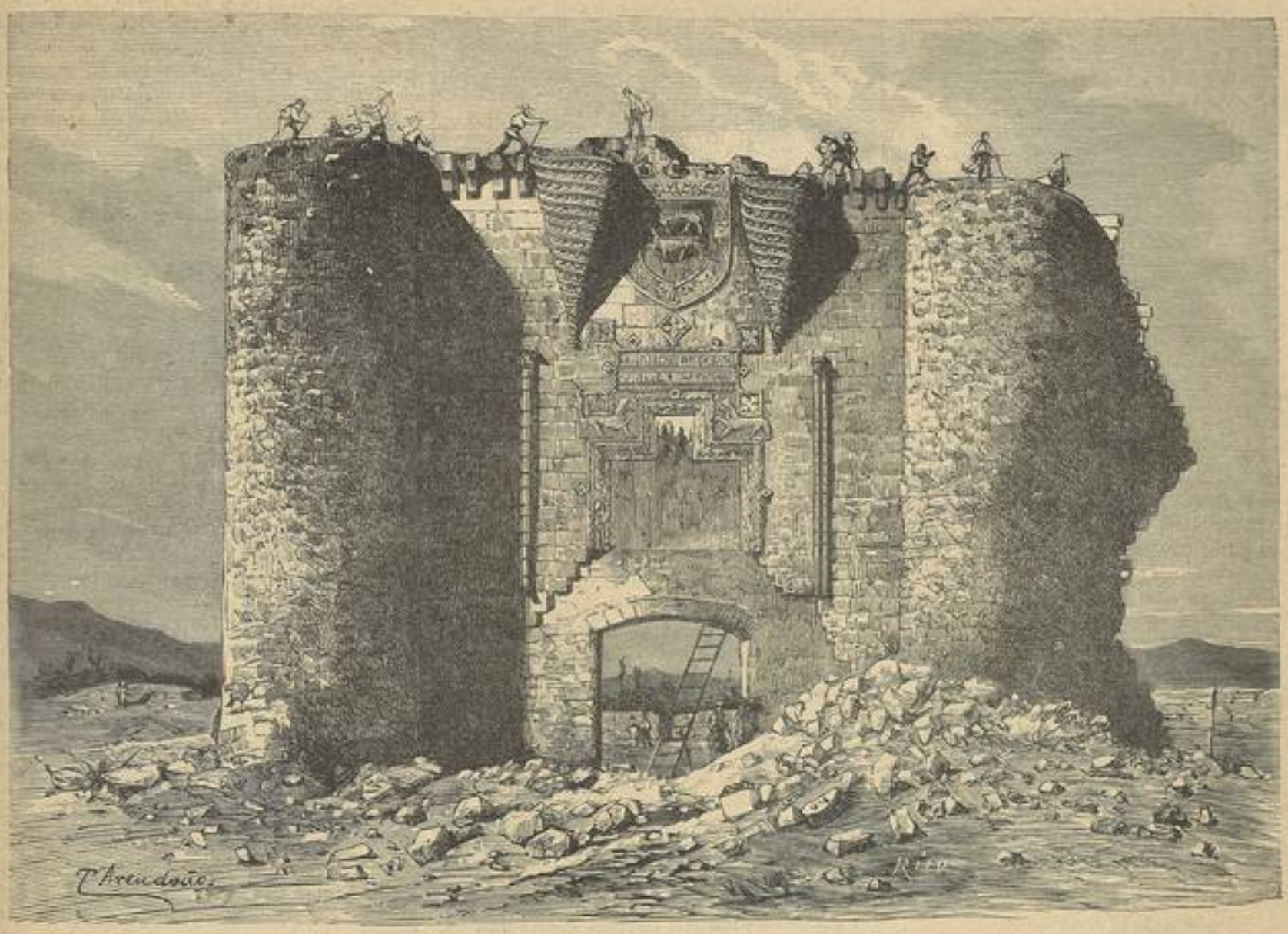
— ¿Es usted de los buenos?

— No me tengo por malo — le respondí.

— Será usted (añadió) de los regulares, que son los peores de todos.

— Sí, no, qué sé yo..... Pero crea usted (añadí con viveza) que por la misericordia de Dios soy católico apostólico y romano, y que nadie me gana á monárquico, y que, aunque no soy vascongado, me dió mucha pena que les quitaran á ustedes los fueros, y que si estuviera en mis manos devolvérselos, ahora mismo se los devolvería centuplicados, y que.....

— Nada más, amigo y señor; usted es de los míos, de los *blancos*, de los buenos (dijo el viejo mirándome con gratitud). No todos los que vienen de Madrid son como usted. Pues ahora estaba yo pensando en nuestras cosas, en aquellos tiempos que usted conoció y que nadie conocerá ya semejantes, cuando yo era mozo, y jugaba mejor que ninguno á la pelota; mire usted, por allí fué (y me señalaba el extremo oriental del valle), por allí apareció. Venía montado en una jaca blanca, que corría más que una liebre. Como hacía mucho frío, porque era cerca de Nochebuena, traía la zamarra abotonada, una bufanda tapándole la boca, y la boina echada hacia delante, de modo que no se le veían los ojos..... No se le conocía más que por el aire, por aquel aire de señor que lo dejaba á uno parado delante de él y con ganas de obedecer todo lo que mandaba..... Yo fuí el primero que le ví, y no era voluntario, no, señor; pero él se volvió á mí, y me dijo: «Anda, muchacho, y di al Alcalde que para dentro de media hora tenga las raciones que le he pedido.» Yo eché á correr, llegué al pueblo en cinco minutos, y ya estaba él en la plaza con el Sr. Cura de Orio y el Sr. Escribano de Tolosa, y Villareal, y Gómez, y Elío, que ahora últimamente vimos tan viejecito, y que entonces era un hombre fornido y muy guapo, capaz de levantar en peso el campanario de Hernani..... «¿Has hecho mi encargo?» díjome sonriendo, con una sonrisa muy amable..... «Señor (contesté balbuceando). V. E. se me ha adelantado.....» «Anda, anda (añadió), y vete á tu compañía, que un zagalón como tú no va á estar jugando á la pelota, ahora que nuestra santa religión peligra y nuestro Rey nos llama.» No dijo más. Yo salí disparado, buscando mi compañía, que..... no sabía cuál era. Fuera del pueblo había un Sr. Oficial, y me acerqué á él con la boina en la mano, preguntándole: «Señor, ¿cuál es mi compañía?» «Pues la mía: ahí en la taberna reparten fusiles..... Vete á escape, porque si no te quedarás sin él.....» Tuve suerte, sí, señor; mucha suerte, y maña también. Había 14 fusiles y los querían más de 200 mozos. Yo me las ingenié, y pesqué uno bastante bueno. De aquí salimos al obscurecer, y un pie tras otro no descansamos hasta Navarra. Según supe luego, más de 14.000 *negros* anduvieron aquella noche por aquí y por allí á ver si nos copaban..... Pero ¡cá!..... ¡Copar á D. Tomás! Ahí es nada: primero subiría el agua á la cima del monte Igueldo. Fuimos á Navarra, y nosotros fuimos los que copamos al Barón de Carondelet en las Peñas de San Fausto. ¡Qué modo de correr *negros* aquel día! Y hoy uno, y mañana otro, á todos los cristinos les zurramos, y no quedó ni uno para contarlo, del Ebro hasta la mar. ¡Con qué facilidad hubiéramos ido á Madrid, y concluído de una vez con la Na-



VISTA DEL CASTILLO DE ASTORGA.

politana que vino á revolver nuestra tierra! ¡Maldita bala la que puso término á una vida que hubiera sido la vida de toda España!

El viejo estaba exaltado. Se había puesto en pie, y no disimulaba la vivísima emoción que sentía. Yo me puse en pie, á su lado, participando por modo artístico de aquella sublime pasión de veterano, que se excitaba al recuerdo del General querido.

Tomó una actitud solemne. Y extendiendo la diestra hacia el Oriente, me dijo en tono sibilático:

— Mire usted, amigo; todas las tardes, hace ya muchos años, sobre todo desde que me quedé viudo, y estoy triste, me siento en este banco y miro hacia allá, recordando aquella tarde, que me parece fué la de ayer, en que apareció él sobre aquel cerrito, montado en su jaquilla blanca, con su zamarra abotonada hasta el cuello, su bufanda, y su bofina echada á los ojos..... Miro, miro, miro, y al fin veo; lo veo, sí, como lo ví entonces, y le oigo que me dice: *Anda, muchacho, ve al pueblo y dí al Alcalde que dispongan las raciones.* Cuando lo veo y le oigo decir esto, me da un frío muy grande por la espalda; pero me repongo luego, rezo un Padre nuestro por el alma de D. Tomás, y me voy á la cama.....

A. SALCEDO.

En las Vascongadas, 8 Septiembre 1890.

ALBUM DE POESÍAS

LOS DOS PROSCRITOS

I

EL PROSCRITO DE FONTAINEBLEAU

De un fuerte castillo real,
En una torre espaciosa,
Un Pontífice cristiano
Cuenta cautivo las horas.
Y aunque le alegra el martirio,
Que es escala de la gloria,
Amargas, como la espuma
De la mar, lágrimas llora.
Que, con él, aprisionada
Gime la Iglesia Católica;
Los templos, sin Sacerdotes;
El altar, sin blanca hostia;
El que nace, sin bautismo;
El que muere, sin victoria;
El náufrago corazón,
Sin puerto amigo en las costas;
Sin alas, la poesía;
Sin luz, la ciencia en las sombras;
Sin patria, el arte divino,
Y sin vida, muerta Roma.

—

Abismándose el anciano
Estaba en sus penas hondas,
Cuando se abrió de repente,
Sin ruido, una puerta incógnita,
Apareciendo un guerrero
De altiva frente espaciosa,
De faz severa, y mirada
Avara y dominadora.
Suyo es el mundo; él los reyes
Los encumbra y los destrona;
Él deshace el viejo mapa
Y nuevos Estados forma.
Pero manda en la materia,
Que ni medita, ni ora,
Ni crea, ni compadece,
Ni edifica, ni perdona.
Porque el mundo es un cadáver,
Que está llamando la fosa,
Si la Religión no es alma
De su vida y de sus obras.
Por eso en son de conquista,
Pues la tierra es suya toda,
Por un alma para el mundo
Viene á esta cárcel recóndita
El guerrero, que no piensa,
Cuando á tal alma aprisiona;
Que, para que al cuerpo mande,
El alma ha de ser señora.
— Pío Séptimo — le dice

Con voz grave y desdeñosa, —
Soy Napoleón el grande,
El dominador de Europa.
Alejandro fué Pontífice
Y rey de tierras y olas,
Y yo que soy más altivo
Soy por tí solo su sombra.
Viejo Papa encarcelado,
Que mis hazañas estorbas,
Ríndete ya á mi albedrío
Y firma presto estas notas. —
Y el Pontífice responde
Con voz triste y sentenciosa:
— Majestad, no te envanezcas
Porque el mundo es tu corona:
Tú eres sólo un instrumento
Que en las manos de Dios obra.
Cuando le canse tu orgullo,
Pues sólo buscas tu gloria,
Como á un vaso vil de arcilla
Te estrellará en una roca.
— Pero, ¿firmas?
— Yo no firmo
Sentencia contra mi honra.
Déjame que digno muera
De mis sufridas congojas. —
Dijo el Papa, y el soldado
Como una pantera torva
Sobre aquel anciano inerme
Puso la mano alevosa.
Mas fuése al verlo impasible,
Ardiendo en vergüenza y cólera,
Atila desesperado
Con su primera derrota.

II

EL PROSCRITO DE SANTA ELENA

En una desierta isla,
Que entre las revueltas ondas
Del Océano se eleva
Como gigantesca roca,
Desbaratado su imperio,
Sin guerreros, ni corona,
Napoleón desterrado
Consigo medita á solas:
— Oh mal querida fortuna,
Un tiempo mi sacra diosa,
Siempre mostrándome el rostro
Halagüeña y seductora:
Ora me vuelves la espalda
Y mis desdichas pregonas
Con aquellos mismos labios
Con que cantabas mis pompas;
Marchitos son mis laureles
De Austerlitz y del Moscowa;
Marengo suena á mi oído
Como una fúnebre nota;
Las pirámides egipcias,
Que me dijeron lisonjas,
Que se empinan, me parece,
Y al horizonte se asoman,
Para ver mis desventuras,
Tan grandes como mis glorias.
Las águilas del imperio,
Por mis desgracias atónitas,
No alzan el vuelo, lo abaten
Por los valles silenciosas.
Y hasta el sol, émulo un día
De mi faz conquistadora,
Que dominaba más tierras
Que él de una mirada sola,
Hoy en el confín del mar
Sangrienta venganza toma,
Porque al dormirse en el seno
De las encrespadas olas,
Paréceme que se ríe
Alumbrando mi derrota.
No soy el feliz Temístocles,
Que en el hogar se acomoda
Del pueblo á quien hizo guerra,
Que ya sus iras perdona;
Si no Conon, que cautivo
Por intrigas que desdoran
Y alejado de su patria,
Gime en prisión afrentosa.
— Gran Pontífice ultrajado
Por esta mano traidora,
Dios te venga, pues que escribo
Los anales de mi historia;
Y la mano que atrevida,
Sin respeto á tu persona,
Osó á tu faz veneranda,
Hoy publica mi deshonra.
Se cumplen tus vaticinios;
Mis hazañas se malogran;
Mientras la Iglesia no muere,
Sino que más vida cobra,
Yo, dominador del mundo,
Yo, tirano de la Europa,
Yo, genio de las batallas,
Que en el carro de Belona,
Corrí derribando imperios
Llevado por la victoria,
Soy un vaso vil de arcilla
Estrellado en esta roca.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.
De las Escuelas Pías.

VARIEDADES

El Canal de Manchester. — El lápiz ígneo. — Inoculación preventiva de la tisis.

DESPUÉS del asombroso puente del Forth, el canal de Manchester, que se está construyendo, que se abrirá al comercio en 1892, es decir, en menos de dos años, es una de las obras más colosales emprendidas en estos últimos tiempos.

La ciudad de Manchester está situada á 132 kilómetros de Liverpool, y aunque tiene cuatro líneas de camino de hierro, es tributaria en cuanto á la mayor parte de su comercio del gran puerto del Mersey.

Los industriales y los comerciantes de Manchester y de los distritos próximos han gastado 375.000 pesetas en los estudios preparatorios de esta inmensa obra, y á pesar de la oposición del Ayuntamiento, de la dirección de los Docks de Liverpool y de las Compañías de caminos de hierro, han obtenido una ley que autoriza la ejecución del canal: de este modo los vapores y otros buques de gran porte pueden llegar desde el mar hasta Manchester, quedando reducidos á la mitad los gastos de transporte y de descarga y suprimido el camionaje desde Liverpool.

El canal de Manchester tiene cerca de 58 kilómetros de largo.

Parte de Eastham, á 10 kilómetros más arriba del Liverpool, donde se construyen esclusas que podrán recibir los barcos á cualquier hora de la marea. El canal se dirige desde allí á Manchester, practicado en medio de tierras ó aprovechando en algunos sitios el curso del Mersey y del Irwell, cuyas aguas sirven para alimentarlo.

La anchura es de 120 pies en el fondo y de 172 el nivel del agua. En ciertos puntos estas anchuras son de 170 y 230 pies respectivamente. En las esclusas la anchura es mucho mayor, y permitirá virar á los buques si es preciso.

Los mayores barcos podrán cruzarse en cualquier parte del canal, y en los lugares destinados á la construcción de docks ó de establecimientos industriales la anchura será tal, que los buques podrán permanecer á lo largo de los muelles sin estorbar á la navegación en todas direcciones.

El trazado del canal marítimo, importante ya por sí mismo, necesitaba la construcción de obras de arte complementarias, pues la nueva vía encuentra en su camino líneas férreas y un canal de agua dulce.

Para este último se ha construído un puente canal giratorio, especie de acueducto ó esclusa móvil, cuyas puertas se cierran en el momento de la maniobra y se abren en seguida, conservando así un nivel constante, y no dando lugar á ninguna pérdida de agua.

En cuanto á las vías férreas, era más difícil establecer puentes giratorios, que hubieran sido una traba permanente para el servicio activo de las diversas líneas y acaso un orígen de graves riesgos; además era necesario permitir la libre circulación á los buques de alto bordo y de arboladura fija, y se ha resuelto emplear el sistema de caminos de hierro de desviación á nivel elevado, es decir, que por medio de terraplenes y pendientes suaves, arrancando desde lejos, se lleva á los trenes á la altura de puentes á 75 pies encima del nivel del canal.

En Manchester tienen los muelles un desarrollo de nueve kilómetros, y en ellos hay pequeños caminos de hierro y planos inclinados hidráulicos para la carga del carbón.

Por último, mediante el uso de la luz eléctrica, podrán los buques navegar lo mismo de noche que de día y pasar el canal en diez horas en toda su longitud.

Los materiales empleados en la construcción de taludes, muros, esclusas y docks son: el asfalto, el granito, el cemento, la greda endurecida, las piedras calcáreas del país de Gales y el ladrillo.

Se ha calculado que el número de ladrillos se elevará á 70 millones, que representan 175.000 metros cúbicos, á los que hay que añadir otros 220.000 de mampostería.

El canal de Manchester costará 300 millones de pesetas.

***

Es un invento que puede tener muy útiles aplicaciones.

Sabido es que para evitar los funestos efectos de la mordedura de perros hidrófobos y de ciertos animales venenosos, no se ha encontrado hasta ahora otro medio que la cauterización; pero esto no siempre puede emplearse con la premura que el caso requiere. Preparar un hierro candente es operación que exige bastante tiempo; y esto aun teniendo á mano el hierro y el fuego encendido.

La cauterización por medio del amoniaco, el agua fuerte y hasta el nitrato de plata no es de resultado seguro; y por lo tanto era indispensable buscar un objeto portátil que adquiriese con rapidez, casi en un instante, la temperatura necesaria para cauterizar con la intensidad conveniente. El doctor Moser ha resuelto este problema de una manera muy sencilla.

El *lápiz fuego* ó el *lápiz ígneo* que acaba de descubrir es un lápiz de carbón especial que se inflama por medio de un fósforo. Este carbón llega á la temperatura del rojo blanco en el solo tiempo indispensable para lavar la herida y extraer la sangre viciada por medio de la presión de las venas ó de la aplicación de ventosas.

En cuanto ha adquirido esa temperatura, se aplica rápidamente á la herida y la cauterización se efectúa en un instante, sin que el paciente perciba más de una impresión pasajera de quemadura; pero es tan rápida la operación que apenas hay tiempo de sentir el dolor.

El *lápiz ígneo* va montado en un mango hueco de

madera ó metal, en el cual pueden colocarse los fósforos, y se cubre con un canuto asimismo de madera, formando el todo un volumen igual al de un lapicero ordinario, que puede llevarse en la cartera ó en el bolsillo del chaleco.

He aquí cómo explica el Doctor Moser el empleo de lápiz ígneo:

Tratamiento. — Los primeros cuidados han de ser rápidos y enérgicos. Si la herida es en un miembro, se aplicará un poco más arriba de ella una ligadura bien apretada.

Se hará salir sangre de la herida, por medio de la presión, abriéndola y hasta desbridándola: se lavará con cualquier líquido que se tenga á mano, y cuando sea posible se le aplicará una ventosa.

Durante este tiempo, y á falta de hierro candente, se encenderá el lápiz con un fósforo, de que estará siempre provisto el aparato, y se quemará tan profundamente como sea posible, y repetidas veces si se considera útil, todas las partes dañadas. Finalmente, se aplicarán á la herida compresas de espíritu de vino ó agua de Colonia y se procurará que el paciente sude lo más que sea posible.

Las mordeduras de serpientes venenosas y alacranes, la pústula maligna, el carbunco, etc., deberán ser tratadas del mismo modo.

El *lápiz ígneo* ha sido tan bien acogido, que el Ayuntamiento de París ha dispuesto que lo contengan los botiquines de todas las casas de socorro de aquella capital.

***

Hace tiempo nos anunció el telégrafo que el famoso bacteriólogo alemán Doctor Koch entregábase á hacer experimentos con curieles, para hallar el medio de llegar á la inoculación preventiva de la tuberculosis, enfermedad que, según se ha visto, coincide con la existencia de un germen, sea éste la causa ó el efecto de la misma. El especialista alemán ha dado lectura ante el Congreso médico de Berlín á un notable trabajo consagrado á este asunto.

El Doctor Grancher, uno de los más aventajados discípulos de Pasteur, persigue el mismo propósito, y ha verificado en conejos una serie de experimentos cuyo resultado le hace concebir las más lisonjeras esperanzas.

Departiendo con un corresponsal del *Herald* de Nev-York, ha manifestado el joven facultativo francés haber practicado en conejos la inoculación del bacilo tuberculoso en cantidad suficiente para producir la muerte infalible: después de esto se les sometió á un tratamiento sobre el cual guarda absoluto secreto el experimentador, y el resultado ha sido prolongar la vida de esos animales indefinidamente, ó sea hasta trescientos días, espacio de tiempo que en el conejo representa varios años de existencia en comparación con la vida del hombre. Estos animales fueron muertos tras del curso de ese tiempo prudencial y la autopsia no reveló en sus organismos la presencia de bacilo alguno tuberculoso.

Por el contrario, otros conejos que sufrieron la inoculación del germen de la tisis y no fueron sometidos al tratamiento del Doctor Grancher murieron á los pocos días con todos los síntomas de la fatal dolencia.

El Doctor Grancher se propone iniciar sus experimentos en monos, cuyo organismo es semejante al del hombre, y si el resultado confirma sus esperanzas, llevaría sus investigaciones á los seres humanos.

Legos enteramente en estos asuntos científicos, no sabemos si compartir ó no las esperanzas de los distinguidos bacteriólogos alemán y francés; pero no se nos oculta, con todo, que sus trabajos son altamente valiosos y meritorios, como lo es cuanto se haga para buscar un remedio seguro á la tisis, esa terrible dolencia que castiga como azote destructor al hombre civilizado. En las estadísticas demográficas de todas ó la mayor parte de las latitudes, así septentrionales como meridionales, así de Oriente como de Occidente, figura la tisis en primera línea por el número de sus víctimas. Calcúlese si conferirá un beneficio inmenso al género humano el sér privilegiado que descubra el medio seguro de combatir tan pavoroso azote.

Las declaraciones del Doctor Grancher y las hechas anteriormente por el Doctor Koch son recibidas de un modo distinto por la profesión médica; pues al paso que persona tan eminente en las enfermedades de los órganos respiratorios como el Doctor Loomis admite la posibilidad de llegar á la inoculación preventiva de la tuberculosis, otros, como el Doctor Lefevre, que se halla hoy al frente de la institución Pasteur en Nueva York, se inclinan á dudar de la eficacia del sistema Grancher como preventivo, pues la tisis es de aquellas enfermedades que puede contraerse repetidas veces por el mismo individuo, á diferencia de lo que sucede con la viruela. Con todo, el propio Doctor Lefevre está dispuesto á creer que el procedimiento Grancher, ya que no preste inmunidad para la tisis, pudiera curarla.

¿Se acercará el momento en que el hombre triunfe en absoluto de uno de sus más terribles enemigos?

EL DOCTOR PAGANEL.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDÓN

(Continuación.)

QUERIDA y respetable amiga:

» Se ha decidido mi suerte, y la noticia acerca de ella la recibirá usted, yo así lo espero, como amiga de mi infancia, y á la cual mi corazón ha quedado tan agradecido. Me caso con mi primo Roberto: tal es el deseo de sus padres, el suyo y el de su hijo, mi querido Hugo, á quien he educado. Hugo es el autor de nuestro matrimonio: él no quiere separarse de mí, y su padre quiere llevárselo consigo: he aquí el secreto de esta unión, que tal vez la sorprenda. Me he resuelto por afección á mis tíos, que desean llamarme su hija, por cariño hacia ese pobre niño, cuya ternura me llega al corazón, y también para dar un fin á mi porvenir.....

» En otro tiempo, otros motivos más tiernos, más íntimos, me hubieran decidido para esta resolución; pero ese tiempo pasó..... ha llegado la hora del deber y del sacrificio, y Dios, bien lo conozco, hace bien cuando dispone.

» Ayer tuve con Roberto mi primera entrevista, y me ha preguntado si consentía en ser su mujer.

— » Con una sola condición, — le dije, — y es que me dejarás pagar las deudas de mi padre.

— » Es cuanto puedo apetecer — dijo con una franca brusquedad: — me comprometo á ello, y cada año haremos economías para eso.

» Ve usted, pues, querida amiga, que el dedo de Dios me indica el camino, pues que el ideal de mi vida, desde que tengo uso de razón, es borrar la mancha que puede haber en la memoria de mi padre: y ahora se presenta Roberto, que me ayudará á llenar este piadoso deber. Desde este día tiene todo mi corazón, y con la gracia de lo alto, que imploro y que le suplico pida, espero hacerle dichoso, ser para su hijo una verdadera madre, y no engañar ni la leal confianza del padre, ni la sencilla amistad del hijo, ni la esperanza de sus ancianos padres, que me llaman ya su hija. ¡Oh! ruegue usted mucho por mí. Pida usted para su pobre amiga las luces y gracias que forman las prudentes esposas y las madres inteligentes! ¡Cuánta necesidad tengo del auxilio del cielo para ser mejor! Ruegue usted, pues, por mí, y por aquel que me va á dar su nombre: no pido dicha, no pido riquezas, pido tan sólo, á la entrada de una nueva carrera, la paz para los que amo, y para mí la gracia de ser fiel á mis deberes. Tengo que dejar á usted: mis ideas están confusas, mi corazón sólo vive y le quiere á usted siempre. Adiós, fiel y querida amiga. ¿Querríais tomaros de nuevo el cuidado de arreglar alguno de los atrasos de mi querido padre? Ahí le envío á usted una pequeña cantidad. Gracias á Dios y á usted.—G. A.»

CAPÍTULO XVI

UNA BODA

Aunque la carta de Gertrudis á su antigua amiga reflejaba un alma tranquila y resignada, es lo cierto que sólo por un esfuerzo inmenso había conseguido pensar con calma en su nuevo destino, y aceptarlo. El adiós al pasado se había cumplido, pero no sin secretos quebrantos: entre el pasado y el porvenir, estaba como un viajero que se detiene en la frontera que separa su país natal de la tierra extraña; mira por última vez las líneas del horizonte, los edificios que blaquean á lo lejos, los árboles que le han prestado su sombra, los ríos que han arrastrado su barquilla, y antes de poner el pie sobre un suelo desconocido, vacila y suspira..... Ella también echaba de menos aquellos días pasados y aun aquellos sufrimientos que tanto tiempo la habían acompañado, y el porvenir no se le presentaba sino bajo la forma grave del deber; el deber abrasa y quiere la parte más noble de nuestra alma, mientras que la fantasía y el corazón, demasiado débil y sensible, le temen y rechazan: pero una religión sublime y una precoz desventura habían enseñado á Gertrudis el peligro de los sueños imaginarios, de esos tiernos recuerdos de sí mismo, y de esos largos silencios, esas vagas aspiraciones, esas miradas dirigidas á las afecciones que nunca pueden desaparecer. Bien sabía cuán pérfidas son estas lágrimas, las más veces amargas, á veces deliciosas, con las cuales la fuerza se enerva y el valor se abate.

Sabía rechazar los pensamientos vanos é inútiles, y aunque sea dulce quejarse consigo mismo, no se detenía en este placer, en que el orgullo encuentra su parte; antes al contrario, se animaba para los combates de la vida, y traía á su memoria su nueva posición, y las santas obligaciones que iba á aceptar. Si alguna vez, volviendo á sí misma, no encontraba en el fondo de su corazón ese desvanecimiento, flor efímera que embalsama el espíritu de las esposas jóvenes; si alguna pena ó algún temor se mezclaban con la idea de su próximo matrimonio, rechazaba tales pensamientos, y se repetía á sí misma los motivos que la habían inclinado á dar su consentimiento. Estos motivos eran generosos y buenos: el deseo manifestado por sus padres adoptivos, el interés de Hugo, la necesidad de un sacrificio activo, de un empleo de sus facultades sensitivas, la habían guiado más que lo que el mundo llama la razón. Y cuando su tío la había dicho: — ¿Qué va á ser de ti después de nuestra muerte? había llorado, porque estaba conmovida, pero su alma no abrigaba inquietud alguna sobre su propia suerte. Sus parientes habían decidido, ella había consentido; ellos escogieron, ella aceptaba, y Roberto había adquirido un derecho imperecedero á su amistad reconocida, prometiendo pagarle esas deudas que la piedad filial de Gertrudis había hecho suyas. Desde ese día, por una sola palabra, por un solo movimiento, él se había hecho lugar en un corazón que no sabía ser injusto.

Un mes antes de su matrimonio manifestó Gertrudis su deseo de pasar algunos días de retiro en un convento: tenía ansia de soledad y oración; co-

nocía cuán preciso la era purificar su corazón y fortificarle á la vez antes de recibir esa bendición imponente y dulce, que liga, no dos fortunas, sino dos almas, en la peregrinación hacia el cielo. La vida cristiana tiene necesidad de esos instantes de reposo; es preciso que el espíritu descanse y contemple; necesita beber en los sagrados manantiales, instruirse y madurarse antes de tomar un camino á veces trabajoso. Gertrudis gustó con delicia este silencio del claustro, y esas horas pasadas con Dios, horas siempre demasiado cortas en la vida del mundo: hizo provisión de fuego y luz para su porvenir, y tuvo la dicha de sentir enérgicamente en el fondo de su alma, que no hay pena que Dios no dulcifique, ni tentación que con Él no se pueda vencer. La paz, la serenidad, se reflejaban en su mirada, cuando despues de una semana de ausencia, entró por la tarde en casa de su familia, que la esperaba. Roberto vino hacia ella, con Hugo en sus brazos, que reía de placer al verla, y que se arrojó á su cuello con tal espansión, que á Gertrudis se le saltaron las lágrimas.

—¡Oh, ya de vuelta, prima mía! no, no, mamaíta quiero decir. Ahora vas á estar conmingo siempre, siempre entre nosotros.

—¡Siempre!—dijo ella entregándoselo á su padre.

—¡Feliz palabra!—dijo éste;—temía que el convento pudiera más que nosotros.

—Tenías ya mi promesa—respondió, dirigiéndose al mismo tiempo hacia sus padres adoptivos.

—¡Cuánto te he echado de menos!—le dijo su tía, abrazándola con viveza.

—¡Qué gusto tengo en volverte á ver, hija querida!—dijo á su vez M. Delaborde.—Ya lo ves; aquí estamos cuatro, para quienes tú eres la alegría: ¡qué bueno es hacer la felicidad de otros!

—¡Oh! sí—dijo ella, apoyando su cabeza en el hombro del anciano: y por vez primera, después de la muerte de Valeria, el sentimiento de una pura alegría inundó su corazón.

La vida le parecía hermosa, consagrada á Dios, en el cumplimiento de un santo deber, y rodeada de nobles afecciones, y las pasadas penas, vistas al través de esta dulce claridad, perdieron sus punzantes espinas. Se acostó en paz con el mundo entero, y rogó particularmente por la mujer de Federico.

Seis semanas después se celebró en la catedral de Amiens el matrimonio de Roberto y Gertrudis. Gertrudis, vestida con sencillez, los ojos bajos, las mejillas ligeramente encendidas, con un aire tan modesto como pura era su frente, casi parecía bella: su alma, en aquel momento solemne, brillaba en sus facciones animadas. Cuando estuvo delante del altar, un solo sentimiento la invadió y dominó con tanta fuerza como dulzura: el del respeto profundo que le inspiraba la unión que iba á contraer. La dignidad del matrimonio cristiano, la grandeza de las obligaciones que impone, la absorbían; se sentía conmovida y transportada por un santo ardor al leer las palabras de la liturgia, y los términos de esa bendición augusta, *la única que no se ha retirado*, y que atrae á los esposos los más importantes deberes y las más celestes esperanzas.

Su corazón no se veía agostado por vanidad, ambición ni ningún otro amor puramente humano, y ese corazón, libre y puro, se entregaba sin reserva á los santos deberes que la boca del Sacerdote le enseñaba; el amor conyugal, la obediencia libremente consentida, la inviolable fidelidad, elevaban más á Gertrudis que lo hubiera podido hacer el entusiasmo de la pasión, y sentía con placer que su desinterés y ternura estarían al nivel del grave estado en que acababa de entrar. Antes de dejar la iglesia, recogida bajo su velo, pidió á Dios la felicidad de Roberto y la de su hijo.

—¡Que los haga dichosos, ya que me han escogido! ¡Que sea para Roberto una mujer en que descanse su espíritu, y para Hugo una verdadera madre, tierna é indulgente.....!

—¿Por qué has llorado?—dijo Roberto á su mujer con cierta inquietud.

—Porque estaba conmovida—le respondió francamente,—pensando en ti y en nuestro hijo.

Le tendió la mano, él se la apretó fuertemente y la dijo con un brusco cariño:

—No hace mucho que verdaderamente te conozco, pero desde ese momento te amo.

La gracia del Sacramento había obrado, y Roberto, que amaba con tenacidad cuanto le pertenecía, amaba á Gertrudis.

CAPITULO XVII

UNA VISITA Á PARÍS

Dos días después, los nuevos esposos salieron para París, en donde Roberto había resuelto pasar una ó dos semanas. Quería dar á conocer á Gertrudis la gran ciudad, y ella se prestó gustosa, visitando museos, iglesias, paseos y todos esos monumentos que los provincianos conocen de ordinario mejor que los mismos parisienses. Ya estaba cansada del ruido y movimiento, y aspiraba en silencio á la vida tranquila y ocupada que era su bello ideal, cuando un día al almorzar la dijo su marido:

—Debíamos hacer una visita en París. Tengo ganas de ir á ver á Federico; ¿qué te parece, Gertrudis?

—Harías muy bien en ello—respondió con dulzura;—ese sería, con seguridad, el deseo de nuestra madre, y también hubiera sido el de Valeria.

—¿Apruebas, pues, mi idea?

—Sí, Roberto, sí.

—¿Querrías que cesara esta separación enojosa?

—Lo querría con todo mi corazón.

—Pues yo también. He encontrado á mi padre un poco severo en esta ocasión, é imagino que Enriqueta le haya excitado á mostrarse tan riguroso..... Nunca he tenido gran afecto á Federico, mientras que yo, soy justo, reconozco que mi hermano á sí solo se ha perjudicado, casándose con una extranjera; y sin faltar al respeto debido á mi padre, creo poder dar á Federico una de esas muestras de recuerdo que no se negaría á un simple conocido. Le dí parte de nuestra boda, y me contestó muy afectuoso.

—Sin duda—dijo—creo que mi tío..... que nuestro padre, no desaprobará este paso.

—¿Y querrás venir conmigo á la visita?

—Con mucho gusto. ¿Tienes sus señas?

—Las tengo apuntadas: calle del Infierno. Vamos decididamente. Voy á hacer traer una berlina y marchamos.

. . . . . .

El portero de la calle del Infierno hizo una inclinación de cabeza al nombre de Federico, y se acercó á decir:

—Se ha mudado hace diez y ocho meses, desde que se casó. Vive en los barrios centrales, en la esquina de la calle de San Lázaro, en una casa de estilo de Edad Media.

Se dirigieron hacia la calle indicada, y el cochero se paró delante de una casa, á la que daban una apariencia gótica y feudal sus torrecillas avanzadas, sus ventanas ojivales, y una crestería historiada en el techo.

—En el tercero, con entresuelo—gritó el portero desde el fondo de su garita.

Roberto y Gertrudis subieron la larga espiral, espanto de piernas provincianas, y llamaron en la habitación del tercer piso. Una criada joven, cuyos rubios cabellos rizados y tocado de terciopelo negro denunciaban su origen alsaciano, vino á abrir la puerta, y condujo á los visitadores á una salita, en que tuvieron que esperar. Este saloncito, de buen aspecto á la verdad, más bien parecía adornado que amueblado: se veían sobre mesas y chimeneas varias estatuítas de bronce y yeso; los muros estaban cubiertos por grabados, acuarelas y bocetos, y en un estante maqueado lucían un sinnúmero de objetos etruscos, griegos, romanos, góticos y de Luis XV, muy admirados de verse reunidos.

—Es enteramente la sala de un artista—dijo Roberto examinando con curiosidad todas aquellas rarezas.—Ya que tanto le gustan estas cosas á Federico, he de enviarle hachas de piedra, de las que se encuentran en nuestras turberas: harán buen papel al lado de estas figuras.

—Y mira aquí el piano de su mujer y un violín colgado en la pared.

—Han puesto una gasa alrededor de la caja armónica. ¡Ah! mira una vista de la catedral de Amiens; ¡qué gusto da verla! Y ahí un retratito al lápiz; debe ser nuestro padre... .

Gertrudis se levantó para mirarle; pero la puerta se abrió, y Federico, en traje de pintor, se presentó con viveza. Se mostró sorprendido al reconocer á sus visitadores, y á la sorpresa sucedió la alegría. Los dos hermanos se abrazaron cordialmente, y Gertrudis, á su vez, tendió la mano á Federico con dulzura y dignidad.

—¡Prima mía, hermana! ¡Qué feliz soy al volveros á ver! ¡Qué gran pensamiento has tenido, Roberto! La carta en que me anunciabas tu casamiento me causó gran placer, pero nada vale comparándolo con esta grata sorpresa. Es preciso que mi mujer os vea, y que vosotros, á vuestra vez, veáis á nuestro hijito.

Tocó la campanilla.

—Dí á la señora que venga—dijo á la alsaciana.

Guillermina no se hizo esperar mucho: voló al momento, llevando en los brazos á su hijo; pero cuando Federico la dijo: —¡Mira, aquí tienes á mi hermano Roberto y á mi cuñada Gertrudis! quedó confusa y avergonzada.

Gertrudis la abrazó con tierna cordialidad, diciéndole:

—Querida Guillermina, mi buena hermana, ¡mírame como una amiga, te lo suplico! ¿No somos ya hermanas?

Guillermina levantó sus tímidos ojos, se sonrió, y tendió á su débil niño para alcanzar los besos de Gertrudis, diciéndole:

—Gracias, querida hermana.—Después saludó á Roberto, y le dijo con su voz musical un poco temblorosa:

—¡Bien segura estoy que vuestra visita da un gran placer á Federico! ¡Os doy gracias por él y por mí!

—Vemos tan poca gente, que nos habéis sorprendido en traje poco digno—interrumpió Federico echando una mirada sobre su blusa manchada con pintura, y una segunda mirada de desagrado sobre el peinador muy sencillo, pero limpio, de Guillermina.

Esta se sonrojó y se puso algo triste.

—Ya nos excusarán nuestros hermanos—dijo al fin.

Gertrudis la apretó la mano, y pasado este incidente, se pusieron á tratar con cordialidad varias cuestiones con preguntas y respuestas entrecortadas. Federico pedía noticias de su familia: se enteraba de todo y de todos, y daba á entender que Amiens, tanto tiempo mirado con indiferencia, y hasta olvidado en apariencia por él, tenía un lugar muy importante en su espíritu y en su corazón. Sin embargo, por delicadeza tal vez hacia su mujer, no hizo la más pequeña alusión á la ruptura causada por su

matrimonio, y después de haberse satisfecho de preguntar, habló á su vez, respondiendo á las indicaciones que Roberto le pedía acerca de su trabajo, el éxito adquirido, y sobre todo, sus ganancias. Gertrudis creyó entrever en estas palabras un fondo secreto de tristeza y pesadumbre: aun después de un principio dichoso, no le había salido todo á su gusto: había encontrado rivales envidiosos, críticas sangrientas y crueles, Jurados mal dispuestos, y un público poco simpático: en pocas palabras, no le habían faltado ninguna de las tribulaciones de que se ven asaltados todos los que exponen á la curiosidad pública la obra de su pensamiento ó de sus manos, y había sentido en la sensibilidad de su epidermis de artista toda clase de pinchazos, desde el del alfiler hasta la herida del puñal. Gertrudis observándole, le encontró envejecido y triste, débil y sobrexcitado á la vez: su mujer, tan llena de encantos por su juventud y candor, llevaba también sobre sus bellas facciones el sello de la melancolía y el temor: cuando hablaba, miraba á su marido, para asegurarse que había hablado bien; pero decía pocas palabras, contentándose con sonreirse y entretener á su niño, para que no interrumpiera la conversación. Gertrudis encontró á su cuñada interesante, y sintió hacia ella una viva simpatía: la compadecía sin saber por qué desgracia, pero hubiera deseado que la mirada de Federico, al dirigirse hacia esta amable criatura, fuese más dulce, que su voz fuera más cariñosa y que mostrara más afecto y cuidados á la que no tenía otro protector en el mundo. Le hubiera querido mejor, menos brusco, menos sensible á las saetas de la vanidad, más arrepentido de las faltas reales, por las cuales su vida se había visto agitada, y al escuchar la conversación, había pensado: « Federico no es cristiano y Guillermina no es dichosa. »

La visita duró largo rato y se terminó con la promesa de volverse á ver. Roberto convidó á sus hermanos á comer, al día siguiente, en un restaurant, y Federico exigió que Gertrudis y su marido vinieran á su vez á comer á su casa en uno de los días sucesivos. La comida en el café de Francia fué elegante y alegre. Federico se animó y tuvo verbosidad y buenas salidas: conocía París y lo hizo conocer: su conversación, viva y salpicada con anécdotas y palabras graciosas, hizo reir á Roberto, é interesó á Gertrudis.

Guillermina, bien vestida, volvió á tener la belleza de su primera juventud, pero no habían vuelto la alegría y la confianza; parecía siempre confundida, avergonzada, aunque Gertrudis y Roberto le hicieran mil demostraciones para manifestarle su cariño. Respondía á las caricias de Gertrudis y á la cordialidad un poco brusca de Roberto; pero su efusión y su reconocimiento tenían algo de suplicante que parecía pedir indulgencia por su cortedad.

La comida en casa de Federico fué menos animada: evidentemente, la dueña de la casa había hecho cuanto pudo para que la sencillez de su convite no estuviese desprovisto de elegancia, y que nada faltase, en una medida modesta, á los convidados que reunía en su mesa. Pero una observación, una mirada de su marido la desconcertaba, y por una ordinariez de la alsaciana, tuvo casi las lágrimas en los ojos, y echó una mirada á Federico, tan triste, que este dijo riendo:

— La cabra tira al monte. Consuélate, mujer mía, y no hagas caso de esas tontadas.

Cuando hubo terminado la comida, los dos maridos se fueron á fumar á la calle, y Guillermina condujo á su cuñada á la alcoba. Fernandito dormía apaciblemente en su cuna; su madre se puso de rodillas á su lado y aplicó sus labios sobre sus lividas y flacas manecitas.

— ¿Cómo le encuentras? — dijo levantando sus ojos hacia Gertrudis.

— Es un niño bien lindo; me parece que ha de tener muy buenas facciones.

— Pero, ¡qué delicadito está.....! Hace ya seis meses que se le ve disminuir, ¡tan débil.....! ¡Siempre está enfermo.....! ¡Pobre querido! ¡Tesoro mío!

Se inclinó sobre la cuna, y Gertrudis notó que lloraba, pero conteniéndose por miedo de despertar al niño. Gertrudis la levantó con dulzura, la abrazó, la hizo sentarse, y la dijo con la dulce autoridad de la amistad:

— ¿Por qué lloras, querida Guillermina? Si estás triste, cuéntame tus penas, pues soy tu verdadera hermana.

— ¡Oh! ¡bien veo que eres muy buena, buenísima! En tí tengo confianza y te referiré mis penas. Muchas he tenido; primeramente porque he sido causa de que Federico haya reñido con sus padres; ¡eso no puede atraer felicidades! Esa es mi primera pena, y no me atrevo á hablar de ella con mi marido, aunque á los dos nos preocupa. Además, estoy triste porque Federico se ve obligado á trabajar mucho, y algunas veces no se aprecian sus cuadros; se ha hablado en los periódicos mal de ellos y estas pullas le han herido sobremanera..... Tal vez, si esos hombres supieran que Federico trabaja para su mujer y su niño, serían menos malvados. En fin, estos artículos de periódico le han quitado ahora un encargo del Ministerio. Teníamos necesidad de él, y nos ha faltado: he estado muy mala y esto nos ocasionó muchos gastos, y al casarse Federico había creído la vida más fácil. Ha alquilado esta habitación, demasiado cara para nuestros recursos; quiso darme elegantes vestidos, y él ha comprado armas y antigüedades para su estudio. Para ir pagando todo esto hace falta trabajar mucho, y sufro al verle comprometido en obras que no pueden servirle para su porvenir..... y el niño mi hijo, cuyos constantes sufrimientos tantos temores me causan..... ¿no tengo motivos de disgusto?

— ¡Pero tu marido es bueno contigo, y compartiréis las penas!

— ¡Ah! no me atrevo á hablarle de ellas; pero es bueno; y además, ¿no debo estar agradecida al que todo lo dejó por casarse conmigo? Aunque fuese duro y malvado, que no lo es, debería sufrirle con amor; ¡pobre Federico!

Gertrudis no quiso preguntarla más, ni llevar á aquella alma delicada á los últimos extremos; antes al contrario, trató de consolarla, haciéndola esperar un porvenir más halagüeño.

— Si nuestros padres te conocieran, te llamarían su hija; pero descuida, que de aquí en adelante tendrás una abogada cerca de ellos. Lo que Valeria hizo por mí puedes estar segura que por ti lo he de hacer: y ese niño crecerá, el talento de Federico se verá apreciado, y él mismo se acostumbrará á las críticas, pues, según dicen, son inevitables; ya verás cómo todo se arregla.....

— Si siempre estuvieras aquí, todo marcharía bien — respondió Guillermina..... — Pero si mi abuelo lo hubiera sabido, no me hubiese dicho que me casara con Fritz, como él le llamaba; porque tenía tanto respeto á la ley de Dios, que no hubiera hecho faltar á nadie al cuarto precepto. ¡Oh! esta idea es la que más me atormenta. Pero silencio, que ahí están Federico y su hermano.

Entraron, y la pobre joven enjugó sus lágrimas, para tomar un aspecto risueño al recibir á su marido. Por la noche la suplicaron que cantase: obedeció y cantó un antiguo aire alemán con voz tan dulce y expresiva, que Gertrudis se enterneció, como cuando un gran talento y un carácter sencillo se encuentran. Guillermina en el piano se transfiguraba, y no obstante, en la inspirada artista se encontraba á la mujer modesta y tímida. Cuando hubo tocado el último acorde, levantó los ojos sobre Federico para ver si estaba satisfecho, él, que á la vez era su público y su juez; él, que tenía el poder de ponerla alegre ó triste, según se presentaba risueño ó grave. Al salir dijo Roberto á su mujer:

— Es preciso procurar reconciliarlos con papá; porque al fin, esta separación no hace mucho honor á la familia.

— ¿Me dejas hacer la prueba?

— Sí, ciertamente, Gertrudis.

— Probaré, pues.

CAPÍTULO XVIII

LA INTERCESIÓN

Después de tres semanas de ausencia, volvieron Roberto y Gertrudis á su casa; él ansioso de volver á sus negocios, y ella feliz con volver á su vida laboriosa y ordenada. Fueron recibidos con alegría por Hugo, que había encontrado muy larga su ausencia, y por sus padres, á quienes la presencia de Gertrudis era más necesaria de lo que ellos mismos creían. Gertrudis disfrutó con estos primeros desahogos: la ternura paternal de M. Delaborde, sobre todo, le tocaba el corazón, y conocía que con él podía atreverse y pedir mucho; sabía, por otra parte, que sería apoyada por la madre de familia, siempre preocupada por el más querido de sus hijos. Una tarde que sentada á su lado miraban los tres á Hugo jugando en el jardín, dijo, no sin cierta zozobra en el corazón, como abogado que defiende la primera causa:

— También tienen ustedes otro nieto. He visto en París á Federico, á su mujer y á su niño..... se llama Fernando, como usted, papá.

— ¡Le has visto! — exclamó Mad. Delaborde, y sus ojos brillaron entre un velo de lágrimas; su marido se calló, pero su fisonomía no era para quitar esperanzas.

— Sí, mamá; Roberto deseó hacerle una visita.

— ¿Y has visto á esa mujer?

— ¡Oh, madre querida! No tengas esa prevención contra ella, ¡si vierais qué buena es, qué sencilla é interesante y cuánto ama á Federico y á su niño!

— ¿Has visto claro? — preguntó sonriendo Monsieur Delaborde.

— Muy claro, padre mío; porque he ido sin juicio formado ni prevenciones. Federico, sin embargo, ha hecho una falta, pero la expía.

— ¿Cómo es eso? — preguntó con inquietud Mad. Delaborde. — ¿Esa..... su mujer, le hace desgraciado?

— ¡Oh, no, madre! La ama y es tiernamente correspondido. Le está sumisa en todo lo posible..... pero es tan cara la vida en París, y temo mucho que mi pobre primo sufra con el exceso de trabajo y la privación de un bienestar á que estaba acostumbrado.

M. Delaborde se había levantado de la silla y se paseaba por la habitación, guardando el silencio más profundo; pero Gertrudis creyó notar en él agitación é incertidumbre.

— Fernando, ¿qué piensas de esto? — le dijo al fin su mujer. — ¿No te conmueve lo que está diciendo Gertrudis?

— Digo — respondió con cierto aire de cólera, — que es desesperante ver sufrir á un hijo, y que no saben, cuando cometen una falta, el daño terrible que hacen á sus mejores amigos. Mi hijo trabaja más de lo que puede, mi hijo se priva..... y ese pequeñuelo quizás..... ¿no es cierto, Gertrudis?

— Es muy delicado, muy debil. ¡Ah, padre, si usted quisiera!.....

Aquí ella misma se interrumpió. Su tío la miraba con complacencia y Mad. Delaborde con cariñosa ansiedad y repitiendo sus palabras:

— ¡Quisiera qué! Continúa, Gertrudis.

— Nunca os he pedido nada.

VISTA Y MONASTERIO DEL VALLE DE SAN MILLÁN DE LA COGOLLA.

— Sí, tienes derecho á pedirme cualquier cosa, hija mía.

— Pues bien; dad á Federico la misma dote que á Roberto y á Enriqueta, y añadid á este beneficio un completo perdón para él, su mujer y su Fernandito.....

Mad. Delaborde cogió á Gertrudis y le abrazó con efusión.

— Escribe — dijo M. Delaborde; — escribe á Federico, Gertrudis. Dile que le doy la dote, y que á mi próxima ida á París le haré una visita.

— ¡Ah, padre mío! — exclamó Gertrudis arrojándose á su cuello — ¡que dichosa soy, y cuántas gracias os tengo que dar!

— Fernando, yo iré contigo á París — interrumpió con viveza Mad. Delaborde.

Gertrudis volvió á su casa, y privándose del placer de transmitir ella misma tan feliz nueva, se la comunicó á Roberto para que lo hiciese. Este escribió con estilo á la vez mercantil y cordial, añadiendo á su carta el primer semestre de pensión. Gertrudis había, pues, hecho su alegre entrada en la familia por un acto de gracia y de perdón.

(Continuará.)

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATOLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

BLANQUEO DE CERAS EN GRAN ESCALA

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla. **CERAS AMARILLAS** de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA VERDADERA

AGUA DE BOTOT

El unico Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris

El mejor calmante contra los dolores de muelas.

Encomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT con Quina** *para los cuidados de la boca.*

229, Rue St-Honoré, Paris

Y en todas las buenas Perfumerías, Perfumerías y Peluquerías.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.

Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR** y **POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huerfanos, Juan Bravo, 1.—Teléfono 1.196.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 27.—Madrid 25 de Septiembre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pr. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 ps. fs.
Un año..... 8 »

SUMARIO

Texto.

La década, por Fernando. — *Benjamina* (continuación), novela por el P. Franco. — *Miguel Cid*, poeta sevillano del siglo XVII, por Don Angel Lasso de la Vega. — *Consecuencias de un descarrilamiento* (continuación), por D. Francisco Aguilar. — *Album de poesías: A San Francisco el Grande*, oda, por D. Angel Lasso de la Vega. — *Misterios de la manigua*, por Pedro Vargas. — *El Clero español juzgado por un inglés protestante*, por Tomás Wiseman, traducción de *La Fe*. — *Una pariente pobre* (continuación), novela por Madame Bourdon.

Grabados.

Daniel O'Connell. — El retrato del gran libertador de Irlanda siempre es digno de publicarse, y por todos de conocerse. ¡Quién no admira su gigantesca figura de orador y de cristiano!

Santo Tomás de Villanueva (cuadro de Murillo) y Muerte de San Bruno (cuadro de Enrique Lesseur). — He aquí dos joyas del arte cristiano, dos cuadros admirables, llenos de verdadero espíritu, y maravillosos de color, composición y dibujo.

Iglesia de San Miguel Arcángel, en Barcelona. — Esta bonita fachada es uno de los ornamentos de Barcelona.

LA DECADA

Cada mochuelo regresa ya á su olivo, y Madrid va recobrando su ordinario aspecto de invierno. ¡Si no fuera por las viruelas! Las pícaras hacen de las suyas, y el consuelo que nos queda es que cuando ellas concluyan, si es que concluyen, empezará la furia de las pulmonías. ¡Esto es imposible, esto es absurdo! exclama D. Plácido, ¡la vida de este modo, con esta continua zozobra no se comprende! Pero ¿qué había creído D. Plácido? ¿Que la vida era valle de rosas? Rosas hay sin duda; pero con espinitas muy abundantes. Y el que quiera vivir tranquilo no tiene otro remedio que morirse, como dijo un filósofo.

***

En Zaragoza se hacen preparativos magnos para que el Congreso Católico resulte digno de los fines elevadísimos que debe llenar tan respetable asamblea, de la bien conquistada fama de nuestro primer Congreso Católico, y de la expectación general con que aguarda el público el segundo. Á nuestro Santo Pontífice, y á los Obispos de España satisfacen por completo estas solemnes manifestaciones de la fe y de la caridad, y esperan que por medio de ellas se preparen para la Iglesia días mejores. En nuestra historia eclesiástica es indudable que estos Congresos han de constituir época aparte, caracterizada por el divorcio absoluto, y probablemente definitivo, de los elevados intereses religiosos y de los mezquinos intereses políticos, tanto tiempo unidos en nuestra patria. El sueño de Aparisi, la unión sincera de los que oyen misa, se realiza por medio de los Congresos católicos. Á ellos concurren todos los que creen que Jesucristo fué Hijo de Dios, y que la Iglesia Católica es de origen y ordenación divinos; todos los que ven en el Papa al Vicario de Jesucristo, y acatan sus infalibles enseñanzas. Á nadie se le pregunta si es monárquico ó republicano, carlista ó alfonsino, tradicionalista ó mestizo. ¿Es católico? ¿Cree en Cristo, en la Iglesia y en el Papa? Pues adelante, puede ser un digno miembro del Congreso Católico, por más que fuera del Congreso profese las mas

DANIEL O'CONNELL.

tontas opiniones en orden á los problemas científicos, sociales y políticos que dividen al mundo contemporáneo.

***

Cuestión de Portugal.

A los portugueses no les ha sabido bien (¿cómo había de saberles?) que Inglaterra les haya puesto el pie sobre el pescuezo, como vulgarmente se dice. Y se revuelven y agitan, embravecidos y furiosos, contra su mala suerte, contra su propia debilidad, contra el poderío de la nación que los humilla..... Si pudieran, declararían ahora mismo la guerra al imperio británico. Si pudieran, mandarían una escuadra con orden terminante de bombardear todos los puertos del Reino Unido. Si pudieran, castigarían á Inglaterra por el delito de haberles querido quitar algunas de sus colonias, quitándoles ellos á Inglaterra las mejores de las colonias británicas. ¡Con qué gusto echarían ellos de Calcuta al virrey inglés, y pondrían en su lugar un virrey lusitano! ¡Con qué gusto, en vez de hacer papel de víctimas, harían el de sacrificadores! ¡Con qué placer serían despojadores, en vez de despojados! ¡Con qué satisfacción pondrían ellos sus pies sobre el cuello de la altiva Albión, en lugar de sufrir sobre su propia cabeza la garra de Inglaterra!

Pero no pueden: la verdad es esa. Una cosa es querer dar un bofetón al enemigo, y otra poder dárselo. Tuvo Portugal fuerza en otro tiempo, y usó y aun abusó de ella cuando quiso; hoy no la tiene, y hay que sufrir las consecuencias de no tenerla, y de que otros la tengan. Esa es la historia.

Pero comprendamos que los portugueses tienen razón en quejarse. Una rata chilla cuando la pisan, y Portugal no es una rata: es de casta de leones; es un león, aunque pequeñito; un cachorro con garras de juguete y melenitas de seda. Los ánimos son grandes; la fuerza es la insignificante. De esta desproporción nacen la pena y el desesperarse y el gemir: nada más natural, y por lo tanto, nada más razonable.

Los portugueses se sienten heridos en su amor propio nacional, en su *nacionalidad*, que dirían en el siglo XVII; en su patriotismo, que solemos decir ahora, y que, llámese como se quiera, es pasión nobilísima y digna de todo respeto.

Las almas no corrompidas simpatizan con esa pasión, y la admiran aun en los enemigos de su patria. Bonaparte en 1813 manifestó pública y solemnemente su admiración por el patriotismo de nuestros padres..... Y eso que el patriotismo de nuestros padres fué causa eficiente de las desgracias de Napoleón y costó á Francia 300.000 soldados.

El patriotismo de los portugueses es sentimiento enemigo de España. Si no fueran tan patriotas nuestros vecinos, España sería más grande y en el mundo más respetada. Ese patriotismo nos fastidió en 1640. Peleábamos contra Europa, y no llevábamos la peor parte. Pero estalló ese patriotismo lusitano, en conjunción con el patriotismo catalán, y ya fueron todas calamidades para nosotros. Ese patriotismo fué en manos de Richelieu y de Mazarino el puñal que nos dió el golpe de gracia.

Pues, á pesar de todo, simpatizamos con el patriotismo portugués, y nos conmueve. ¡Qué lástima, decía Byron, que estos niños se hagan hombres! ¡Qué lástima, decimos nosotros, que estos niños no sean hombres para ajustarle las cuentas á su infame é injusto agresor!

***

Es lástima, sin embargo, que con estas agitaciones patrióticas se mezclen, como sucede ahora en Portugal, las agitaciones puramente políticas ó de banderías y querellas intestinas. Los republicanos portugueses quieren, por lo que se ve, aprovechar la desventura nacional para conseguir la abolición de la Monarquía y la proclamación de la República.

***

Refiere Montecristo, el cronista de salones de *El Imparcial*, que «son muchas las señoritas aristocráticas que han recibido una circular que prueba que en esto de relaciones amorosas estamos ya á la altura de los franceses y de los americanos.

He aquí uno de sus párrafos más interesantes:

«Igualmente nos dedicamos á *poner en relación* á las personas de ambos sexos que desean contraer estado matrimonial, es decir, á aquellas que no hallando manera hábil ú oportunidad para tratarse, quieran conseguirlo por mediación nuestra y explorarse mutuamente la voluntad para el fin expresado y enterarse de la aptitud en que se encuentran para poder llevar á cabo felizmente una asociación que por las condiciones que se presenten por ambas partes sea de conveniente y acertada realización.»

Animo, pues, lectores y lectoras, el camino del matrimonio se os presenta ya libre de inconvenientes: no tenéis mas que entregaros en manos de esa bienhechora Sociedad Hispano-Americana.

Nunca como hoy ha podido decirse con Ricardo de la Vega: *A casarse tocan*.

Hasta aquí Montecristo.

Pero ¿cuándo han necesitado las españolas de los oficios *celestinescos* de esa sociedad para casarse? Les ha bastado con el perfume de sus virtudes y con el brillo de sus ojos.

FERNANDO.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

(Continuación.)

CAPÍTULO VII

LA LUCHA EN EL MONASTERIO

Llegado aquel día, la pobre madre llamó á su gabinete á Benjamina en el momento de subir al carruaje para ir al convento: la acarició, dándole golpecitos en la espalda, la abrazó tiernamente, le dijo mil ternezas, y por último la recomendó con encarecimiento, como era natural, que se mantuviese firme contra el papismo. Que si alguna vez las maestras le instigaran á que adorase á la Virgen ó practicara cualquier otro acto supersticioso la avisase inmediatamente, que ella volaría á salvarla de tan impía seducción. — Cuidado, mi dulce Benjaminita; mira que te quiero buena como Raquel, bella como Judit, dichosa como Ester, y tal serás si te limpias diariamente en las puras fuentes del Verbo divino. — Sacó en seguida de su escarcela encarnada una preciosa Biblia, edición flamante de Londres, encuadernada en tafilete negro con relieves de marfil, arabescos de plata y cantos dorados. Puso el libro sobre la cabeza de su hija, y dando encima un ligero golpe con la mano añadió: — Mi única hija, te doy mi bendición; pero si llegases á ser una papista, esta sería la última..... Esta Biblia te condenaría, y los rayos celestes se unirían á ella, cayendo sobre tu cabeza..... y en mi corazón de madre no encontrarías más que mi mal..... — Aquí temblaron los maternos labios y los sollozos ahogaron su voz. Entonces, como si volviese de una terrible visión, le echo los brazos al cuello, la apretó contra su corazón, la inundó de lágrimas y cubrióla de besos. El padre la condujo al monasterio.

Las monjas hicieron á la niña la más amorosa y cortés acogida, y por una madre que Benjamina había dejado en breve encontró tantas cuantas religiosas había en el convento, y por añadidura tantas hermanas cuantas jóvenes se educaban en él. Ella parecía una criatura sin malicia, pero no sin una buena dosis de buen juicio y de viva prontitud en saltar á poco que la pinchasen.

Observaba todo lo que se hacía á su alrededor en el convento, notaba las acciones y las palabras de las maestras, examinaba, anatomizaba, viendo siempre mal por doquiera. Con todo no podía menos de sentir un dulce afecto hacia las monjas y principalmente hacia la presidenta de su sala. — ¿Cómo, decía entre sí, sabe perfectamente que soy protestante, y sin embargo siempre me llena de caricias.....? Por poco indispuesta que me encuentre no cesa de cuidarme, observarme y halagarme..... Si me riño, se conoce que lo hace á pesar suyo..... Y estas no son adulaciones para seducirme: ¡jamás me ha dicho ni una palabra en desprecio de mi religión! Cuando bajan las católicas á confesarse, es la primera en avisarme para que me quede..... Estas pobres monjas no son los basiliscos que me pintaban mistress Wilcox, la mujer de mi ministro..... ¡Qué tontería, decirme que estas cabezas vendadas eran un amasijo de hiel é hiprocresía, figuras siniestras, lívidas, teñidas siempre con la bilis de que están infiltradas, llenas de ferocidad y disimulo, que en sus claustros azotaban con cadenas hasta hacer brotar sangre á las jóvenes que no querían consentir en su papismo.....! Pues yo las encuentro serenas como el arco iris, me hacen veces de madre y jamás una palabra sobre renegar de mi religión.

Tales eran las reflexiones de Benjamina en los primeros meses de su permanencia en el colegio, y así se lo escribía á su amada madre, la cual al leer tan agradables nuevas se enajenaba de gozo, salía de inquietudes, y tomando su *prayerbook* [1] recitaba incontinenti los salmos de cánticos y acciones de gracias. Mientras tanto la buena y juiciosa joven, habiéndose familiarizado con sus compañeras católicas (lo eran la mayor parte de las educandas) les proponía á menudo sus pequeñas dificultades sobre las creencias y las prácticas del papismo, como ella decía al principio, y después del catolicismo, como le enseñaron á decir en seguida. Algunas veces tenía iguales coloquios con las monjas.

— ¿Por qué, decía un día, paseando por el patio á la hora de recreo y dando el brazo á su maestra, por qué las católicas no leen nunca la Biblia? ¿Acaso no es la palabra de Dios?

— Y ¿quién os ha dicho, niña mía, que los católicos no leen la Biblia? Entre nosotros las personas piadosas leen con frecuencia la divina Escritura, y principalmente el Santo Evangelio, y no encontraréis religiosa alguna que no le tenga con cariño entre sus libros devotos y que no le haga dulce pasto de su alma.

— Pero, excepto nosotras las evangélicas, ninguna colegiala la tiene.

— Os diré: los católicos y aun las personas devotas pueden prescindir de tal lectura; porque su catecismo es una quinta esencia de todas las verdades de la sagrada Escritura, y, por decirlo así, la sagrada Biblia reducida á compendio, claro, fácil, llano. Además, la santa Misa está casi toda compuesta de palabras de la Biblia; los oficios solemnes son salmos y otras sentencias sacras sacadas de la Biblia; nuestros libros espirituales y nuestros sermones son siempre doctrinas de la Biblia. ¿No os parece esto bastante para un cristiano? Tampoco conviene que las niñas y las personas vulgares lean la Biblia en su original, porque no la entenderían, y.....

— Pues ¿no lo entiendo yo acaso? interrumpió Benjamina un poco picada. Lo entiendo perfectamente, tanto como cualquier otro libro.

---

[1] Devocionario.

— Haced el favor de decirme qué es lo que entendéis, hijita mía: ¿las palabras materiales ó la verdad y la religión qué se profesa?

— Lo uno y lo otro.

— Con que ¿vos encontráis llano, llano al puritanismo, ¡eh! precisamente el del gran Knox puro y vivo? Pues ¿de qué proviene que vuestra compañera lady Edwin, de entendimiento como vos, lee en su lugar el episcopalismo neto y claro, y lady Caroll, otra de vuestras amigas, encuentra el anabaptismo hecho y derecho? Por mí creo que ni vos ni las otras encontráis la religión que se ha de profesar; sino solamente las palabras que estiráis, como los zapateros la suela, para hacerla llegar á donde queréis. En fin, los metodistas primitivos estiran la Biblia y la hacen llegar hasta las ideas de su Wesley [1]; los metodistas posteriores la estiran en dirección contraria y la hacen llegar hasta los caprichos de Whitefield [2], enteramente opuesto á Wesley y renegado de él: los cuákeros, discípulos del zapatero Fox, como más valientes en estirar la suela, la extienden gallardamente hasta la región de los tembladores, y los hermanos moravos se encajan allí poniéndose serios, y sin embargo todos son protestantes y juran no tener otra religión que la que encuentran revelada en la Biblia [3].

— Yo no me meto en tantas honduras, tengo la religion que me explicó mi ministro, el que por primera vez me hizo tomar la sagrada cena.

— Esto es lo que yo decía: la religión que habéis abrazado no es la que encontráis en la Biblia, sino la que os dice el ministro; luego leéis la Biblia para encontrar en ella lo que el ministro os ha dicho, y nada más; y he ahí por qué con todas las adoraciones á la Biblia en Inglaterra os lean el anglicanismo, en Suiza el calvinismo, en Ginebra el luteranismo, y en otras partes algun otro *ismo*, según le acomode al lector. Si no fuese así, ¿cómo podríamos tener doscientas ó trescientas religiones protestantes y que todas profesasen la Biblia?

— ¡Doscientas ó trescientas! exclamó Benjamina maravillada. Señora maestra, vos me decís una cosa nueva. ¡Jamás hubiera imaginado que existiesen tantas creencias!

— Para desengañaros basta que toméis el *American Almanach*, publicado por los protestantes, y leer el artículo religiones. Repararéis que sólo desde Nueva York á Boston habéis encontrado por el camino quince religiones armadas de su Biblia. ¡Intentad por un momento persuadir á un presbiteriano que la Biblia no piensa como él! Lo mismo digo de un congregacionalista, de un obispo anabaptista, de un episcopista protestante, de un mennonita, de un plimutista y de otros por el estilo. Persuadíos, hijita mía: una cosa es comprender algo de la Biblia, y otra deducir de ella cuál es la verdadera religión. Nosotros los católicos, para no salir del camino trillado, nos contentamos con entender lo que podemos, y en lo que no, nos atenemos á las explicaciones de los Ministros de la Iglesia.

— ¡Oh! Y ¿esos no pueden equivocarse como nuestros Ministros protestantes?

— No, señorita; porque nuestros Ministros no se sacan de la cabeza las explicaciones de los textos importantes, sino que lo aprenden de los doctores y de los antiguos santos padres de la Iglesia, los cuales representan el sentido común de la Iglesia misma hasta el siglo de los Apóstoles. Y aun sin esto estamos á cubierto de todo error.

— Y ¿cómo?

— Porque nuestros Ministros son vigilados por los Obispos y éstos por el Papa, quien como cabeza de la Iglesia está asistido por el Espíritu Santo..... Jesucristo lo ha prometido: toda la Iglesia antigua y moderna tiene esta tradición, y hasta la Biblia habla claramente de ella.

— ¡Cómo! ¿Hasta la Biblia? Esto sí que no lo había oído nunca.

— Venga acá la Biblia: abrid ahí, San Mateo, capítulo XVI, versículo XVIII: « Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. » Haced el favor de decirme: ¿quién puede ser esta piedra firmísima sobre la que se apoya la Iglesia y que en vano embate el espíritu del error? ¿Será la Condesa Huntingdón con su *conexión*? ¿será quizá Fox que, olvidando el tirapié y la lezna, quiere trabajar en religión? ó ¿será el Pontífice romano, sucesor de San Pedro?

— Bien comprendo que debería haber alguna cabeza de la Iglesia; pero no querría por cabeza al Papa. He visto en mi libro de lectura que el Papa es el tirano de Italia, que él goza de todas las delicias en su palacio y que el resto de Roma gime en cárceles, subterráneos y casamatas, donde vive encadenado el pobre pueblo.

— Sí, sí, decid todo lo que hay en el libro de lectura..... ¿No dice también que Roma es la prostituta del Apocalipsis y que el Papa es el verdadero Antecristo?

— ¡Sí! también me acuerdo de haber leído esto; pero no me atrevía á decirlo claramente.

— ¡Adelante, que estoy acostumbrada á ver esas tonterías en los libracos de los protestantes! Pero vos, mi buena hijita, si queréis saber la verdad pura, interrogad al Doctor Thayer.

— Y ¿por qué á él más bien que á otro?

— Porque ha sido uno de los más famosos predicadores protestantes de Boston, y después se ha hecho católico justamente en Roma [1]; él era presbiteriano y puritano, lo mismo que vos.

— ¡Dios mío! ¡qué oigo!

— No os maravilléis; en nuestro país y en toda Europa resuena aun el eco de conversiones semejantes y principalmente de Ministros que han abandonado la pastoral protestante para quedar pobres y simples fieles católicos.

— Y ¿también mujeres? ¿también muchachas?

— ¡Cuántas!

— Y ¿después se han confesado como los católicos?

— ¡Sí se han confesado! Id, os digo, al señor Thayer, y os enseñará cierta carta de una señorita de las más ilustres casas de Inglaterra [2], convertida poco después que él, en la que ella misma cuenta el inesperado júbilo que experimentó al recibir los sacramentos católicos. Y advertid que son sus palabras, sus confesiones, sus revelaciones tan íntimas cuanto espontáneas.

— Pues yo no sé qué gusto se pueda tener en confesarse, y compadezco de todo corazón á mis compañeras cuando os veo entrar en la sala y anunciar: *¿Quién quiere confesarse? El capellán está en la iglesia.* ¡Es posible! ¡decir á un hombre las cosas más secretas, las más delicadas!

— ¡Os he entendido, Benjamina mía! Vuestro corazón es puro, se os conoce en la mirada, en los ojos se representa vuestra alma, y de seguro no tenéis secretos penosos que revelar. Pero supongamos que en un momento de irreflexión hubieseis manchado vuestro candor: ¡oh! ¿no os gustaría deponer la mancha á los pies de un Ministro del Señor? Y viéndole alzar la mano, según la institución de Jesucristo, oyendo de sus labios: — Benjamina, en nombre de Dios, yo te perdono, vuélvete pura como la paloma que sube de la *fuente* con las plumas blancas é inmaculadas; decid, ¿no sentiríais el alma inundada de inefable alegría?

Benjamina exhaló un profundo suspiro, y aquí concluyó la conversación. La maestra le había tocado en lo más vivo del alma, y había leído en ella claramente la necesidad de su discípula, cuyo semblante decía sin necesidad de palabras: — Sí, necesito un perdón. — No era que la muchacha tuviese grandes culpas que llorar. Pero delante de Dios, ¿quién está completamente exento de culpa? ¿quién no siente la imperiosa necesidad de ser perdonado de alguna falta? Desde aquel día miró con distintos ojos acercarse sus compañeras al sacramento del perdón: muchas veces estuvo para ponerse á su lado y hacer lo mismo que ellas. Especialmente un día de encierro para los ejercicios espirituales le dió la humorada de introducirse con las católicas y ver qué hacían al confesarse. Vió á las más guapas, las más grandecitas de sus amigas, acercarse á las rejillas y estar allí, cuál diez, cuál doce minutos, apartarse con los ojitos húmedos, y con el rostro radiante de júbilo y tranquilidad. Les preguntó en confianza lo que habían hecho y dicho en el confesonario, y ellas, graciosas y alegres, la contestaron á una que habían hecho las paces con el Señor, que habían conseguido el hermoso perdón de Dios, y que se consideraban renacidas á la alegría. Tales confidencias eran para ella otras tantas lanzadas que no la dejaban parar por el ansia que sentía de participar de aquella alegría misteriosa y sobrenatural.

Dos dificultades se ofrecían. Una provenía de las monjas, las cuales, no sólo no la hablaban jamás di-

---

1 Wesley (Juan) fué el fundador de la secta de los metodistas.

2 Whitefield (Jorge), fundador de la secta de los metodistas calvinistas.

3 Los *puritanos* son rigurosos sectarios del calvinismo puro, entendido á su modo; guiados por Knox llegaron á ser feroces y devastadores, y por este motivo terriblemente perseguidos por la reina de Inglaterra Isabel; con su apoyo Cromwell asesinó públicamente al rey Carlos I en 1649; en América se mezclaron con las otras sectas protestantes anglicanas, y principalmente con los católicos. Miran al Papa como al Anticristo y á los obispos protestantes como lustros ridículos; los ritos eclesiásticos, como abominaciones, y luchan contra la impiedad.

Episcopales son generalmente los anglicanos que, á despecho de todos los demás protestantes, conservan obispos, sacerdotes, curas, diáconos y gran parte de la liturgia católica, sin otro paso que el rey ó la reina de Inglaterra. Enemigos de los puritanos los suelen con frecuencia al patíbulo, con ellos hicieron unos con los episcopalistas, cuando pudieron disponer de la horca.

Metodistas son una estirpe protestante, que echó raíces en Inglaterra por los años de 1720. Wesley se metió de por medio y le dió una creencia algo preciosa: salud por vía de la fe sin necesidad de buenas obras; oraciones y lecturas en comun; predicaciones populares de hermanos ó hermanas; cuando les acometía el Espíritu Santo gritos, convulsiones, convulsiones en sus asambleas. Pero Whitefield recompuso el programa del metodismo, arrojó fuera muchos secuaces y muchos asuntos de Wesley. En nuestros días esta *religión* ha procreado con rara fecundidad, y tenemos para nuestro bien metodistas de la asociación wesleyana, metodistas calvinistas, metodistas cristianos de la Biblia, metodistas de la *conexion* de la condesa de Huntingdon, metodistas de la *conexión* primitiva y otros géneros semejantes. Los metodistas están muy extendidos en los Estados Unidos y se agitan en Francia y en Italia, haciendo variar gran número de Biblias manipuladas según sus intenciones.

Cuákeros son los secuaces de Jorge Fox, zapatero inglés, que cansado de arrancar escarpias se metió á echar medias suelas al protestantismo, europeado ya en su país; su revelación fué hacia el año 1648. Según él, se debía licenciar á los obispos, presbíteros y diáconos de la Iglesia anglicana, como un absurdo entre los protestantes, confesar sin biretes, prohibir sus sermones, desembarazar los templos de sus ritos y ceremonias, y reducir la religión á lo puramente espiritual; á su modo de ver la Biblia valía poco respecto á las luces del Espíritu Santo, que habla en nuestro interior; prohibía jurar, dar títulos de majestad, alteza, excelencia, etc., á los príncipes y magistrados, y quitarse el sombrero ante á quien fuese. Habiendo predicado el tal Fox seguramente en un tribunal que era preciso temblar delante de Dios, el juez le dió el título de *cuáker* ó sea *temblador*, título que transmitió sucesivamente á sus discípulos, los cuales en sus reuniones afectaban esperar la voz del Espíritu Santo en un silencio trasmundo. Los cuákeros son muy numerosos en los Estados Unidos.

Moravos, ó hermanos moravos, son un mugrón de aquellos salvajes y horrorosos anabaptistas malditos de Lutero y exterminados á sangre y fuego por sus coherederos de la reforma. El conde de Zinzendorf trasplantó algunas familias en Moravia y las domesticó hacia el año 1722. Desde entonces hicieron profesión de una extremada dulzura, paz y tranquilidad en sus costumbres sociales. En cuanto á la doctrina, como hacen de ella poco caso, sus jefes han perfilaseado los errores necesarios para que sea una secta particular y separada de las otras asociaciones protestantes.

Las otras sectas, que mencionaremos en adelante, son también mezcolanzas de luteranismo, calvinismo, etc., con algún error propio y más distinto, del cual toman el nombre. Es imposible comprender el multiforme espíritu de cada una. (V. á *Bergier*, á *Plaquet*, á *De Potter*, que han compilado varios diccionarios.) Para conocer las *religiones* posteriores es indispensable examinar los periódicos de los países protestantes: raro es el año en que no haya que añadir una pareja de *religiones* para aumentar la *unidad* protestante.

1 El Ministro Thayer se convirtió á fines del siglo pasado; se ordenó de Sacerdote y fué el Apóstol de su patria.

2 La señorita Pitt.

rectamente de hacerse católica, sino que no lo hubieran permitido por más súplicas que ella misma hiciera. Fieles á su programa, postergaban el bien pequeño y particular al bien grande y universal. Cuando poseían alguna jovencita tocada de la gracia y resuelta á pasar al catolicismo, avisaban á sus padres, y en el caso de no consentir éstos, para no oponerse al derecho que tiene toda alma de seguir la verdad, la enviaban á su casa, fortaleciéndola sin embargo con saludables avisos, con buenos libros y los demás auxilios posibles. Así sin sospecha alguna de influencia extraña y sin daño del convento; ellas usaban de su libertad. En cuanto al padre de Benjamina (y ésta lo sabía bien) era indiferente por sí y por su hija á cualquiera religión, y hubiera accedido á que cumpliera sus deseos en el convento ó fuera de él; pero la madre, á cualquier sospecha que hubiese tenido, corriera furiosa como un áspid á arrebatarla de allí, á esconderla y guardarla donde no pudiese ver á un católico, cuanto menos á un sacerdote que la bautizase.

La otra dificultad provenía de Luisa.

¿Cómo entra, ó por mejor decir cómo entraba Luisa en el convento de las monjas ursulinas? preguntará el curioso lector. La respuesta está pronta.

(Continuará.)

MIGUEL CID

POETA SEVILLANO DEL SIGLO XVII

Sevilla es uno de los pueblos que con más fervorosa piedad ha tributado su culto al sublime misterio de la Inmaculada Concepción de María, antes de que lo fuera de fe para el cristiano. Cierto suceso que Ortiz de Zúñiga refiere en sus *Anales* de aquella ciudad, dió á conocer á un poeta religioso que en breve adquirió popularidad inmensa. Llamábase Miguel Cid y tuvo su cuna en aquel suelo fecundo, donde todo concurre á ensanchar los espacios de la fantasía á los vuelos del ingenio. El hecho á que nos referimos es el siguiente, tal como lo cuenta el expresado analista:

«Por el mes de Septiembre del año 1613, en las fiestas de la Natividad de Nuestra Señora, un religioso de cierta religión, á que dió infinito que padecer su particular atrevimiento, mostró en un sermón con claridad, que llevaba la opinión menos piadosa acerca de la Concepción de la Reina de los Angeles, cuya inmaculada pureza, nunca tocada de la culpa original, estaba tan firmemente creída en los ánimos de toda esta ciudad, que desde su restauración tenía fiestas dotadas á su sacrosanto misterio. Fué á esta aborrecible novedad, notabilísima la conmoción pública; cada uno hacía propia la ofensa, y como que le tocaban en la niña de sus ojos, tocando en dudas de la inmaculada pureza de la Concepción, de la que lo era de los de Dios. El Arzobispo, ya devotísimo de este misterio, y su Deán y Cabildo, tuvieron por muy suya la primera obligación de hacer grandes demostraciones públicas en desagravio (así le dió vulgarmente el nombre indicativo de lo grave de la devoción general) de la Reina concebida sin pecado original y fué menester gran cuidado para que la familia, cuyo hijo motivó tanto alboroto, no padeciese estragos grandes del pueblo ofendido que los miraba con horror y los perseguía con oprobios, de que en papeles de aquel tiempo hay notables particularidades. Dióse principio á solemnísimas fiestas, en que después no quedó comunidad, ni quedó templo que no se esmerase: á una voz la ciudad toda detestaba la duda y á los dubitantes; y clamaba aquella voz universal: *María concebida sin pecado original*. Vocéabanla los niños por las calles, y diósela en piadosos metros Miguel Cid, celoso y devoto siervo de la Virgen, que todos tuvieron por estribo aquella célebre cuarteta:

Todo el mundo en general
A voces, Reina escogida,
Diga que sois concebida
Sin pecado original.

Poesía sagrada que no sé cuál en el mundo consiguió más aplausos, ni hizo á su autor más famoso; pero esto fué sucediendo en los años siguientes, dimanando á todo la causa y origen de éste.»

No es de sorprender el vehemente entusiasmo de los hijos de la hermosa ciudad andaluza en sus públicas manifestaciones de desagravio á la ofensa hecha en su recinto á la excelsa Madre de Dios. El pueblo que produjo tan inspirado intérprete de la hermosura de tan augusta Señora en el divino misterio objeto de su culto, como el insigne Murillo, quien sin rival llegó á ofrecerla con toda su idealidad sublime, no es mucho participase del mismo espíritu creyente y profundamente cristiano. La fe, sin duda, guió los pinceles del *pintor del cielo*. El himno de Miguel Cid se popularizó, no sólo en vida de éste, sino que se ha transmitido á las siguientes generaciones, dando á su autor un nombre que, sin el suceso referido, no hubiera alcanzado la celebridad que tuvo. No se olvidó Cervantes de consagrarle un recuerdo en su *Viaje del Parnaso*:

Este que sigue es un poeta santo,
Digo, famoso: Miguel Cid se llama,
Que al coro de las musas pone espanto.

Los versos del Cid se divulgaron por toda España. Fueron publicados en 1615 y glosados después por Alonso de Bonilla y Diego de Castro, naturales de Baeza, y Cristóbal del Castillo, de Sevilla. Los primeros lo hicieron *en forma de chanzonetas este verso que comunmente cantan los niños: Todo el mundo en general etc.* Grande fué la popularidad que aquéllos alcanzaron, más por el piadoso asunto que los inspiró, que por la elevación del numen del poeta.

El docto colector de nuestras antiguas poesías Bohl de Faber, que dió á su obra el título de *Floresta de rimas antiguas castellanas*, muy rara en el día, de la que poseemos un ejemplar, inserta en la misma una composición de Miguel Cid, reproducida en el *Romancero y Cancionero Sagrados* publicado por la *Biblioteca de Autores Españoles*.

Con el título de *Justas Sagradas al insigne y memorable poeta Miguel Cid, sacadas á luz por el hijo y heredero de su nombre, dedicadas á la Virgen Santísima, María Nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original*, se imprimió en Sevilla el año 1647 un libro entre cuyas aprobaciones existe la de D. Pedro Calderón de la Barca. Insértanse en él varias poesías laudatorias á su autor, siendo una de ellas de su hijo Miguel Cid, y otra de su nieto Miguel Cid y de Salcedo.

«Mientras que mi padre vivió, tales son las palabras del primero de éstos, editor del expresado libro, se ocupó en alabar á Dios y á su madre y á sus santos.... Aficionábansele todos, religiosos y seglares, particularmente cuando compuso las coplas de

Todo el mundo en general

en honra de la pura y limpia Concepción de Nuestra Señora, tan celebrada en toda la cristiandad, que muchas veces los devotos de este misterio lo abrazaban y aplaudían por las calles de Sevilla. Pues su memoria y afición quedó tan arraigada, que al cabo de treinta años que es muerto, me han pedido encarecidamente que imprima sus obras.»

Pertenecen á Miguel Cid cuatro romances que se imprimieron en Valencia y después en Barcelona el año 1615 con el siguiente título: «Relación verdadera de lo que ha sucedido en algunos lugares de Andalucía y de la Mancha por causa de ocho moriscos que pidieron licencia al gran Solimán les dejare venir á España, prometiéndole llevarle todas las cosas nuevas que han sucedido después que ellos fueron desterrados y asimismo todas las criaturas que pudiesen haber á sus manos, y lo que les sucedió á ellos.»

Miguel Cid murió el año 1617, y existe una muy curiosa relación del entierro que se le hizo, la cual se conserva en el Archivo municipal de Sevilla.

ANGEL LASSO DE LA VEGA

RESULTAS DE UN DESCARRILAMIENTO

II

Poseía Enrique una considerable extensión de terreno al Norte de la provincia de Burgos, entre Pancorbo y Miranda de Ebro. Cerca del primer punto, es decir, de Pancorbo, habíase mandado edificar una quinta con todos los requisitos indispensables para pasar cómodamente largas temporadas, así en invierno como en verano, puesto que contra los excesos de frío y los de calor procuró alistarla.

Como lo había prometido á Doña Justina, Enrique y cinco ó seis amigos de su confianza tomaron el tren el día prefijado, todos alegres, bullangueros y muy predispuestos á loquear por montes y barrancos, por prados y bosques, apenas pusieran el pie en las heredades del anfitrión. Llevaban consigo á un hermano de Enrique, que, aunque figuraba en la partida de bautismo con el nombre de Alonso, era más conocido entre sus amigos por el apodo de *El filósofo*, á causa de su carácter abstraído y de su invencible afición á indagar la razón de todas ó la mayor parte de las cosas. Por el modo campestre, Enrique creía retardar por algún tiempo el ingreso de su hermano en una casa de orates.

—Por más que he discurrido y reflexionado durante toda la noche—dijo Alonso al punto de emprender la expedición,—no he podido dilucidar las causas y concausas por las cuales me habéis constreñido á seguiros, ni la razón de la conveniencia de trasladar por espacio de nueve semanas mi hogar á la provincia de Burgos.

Una carcajada general aprobó y solemnizó la luminosa disquisición de Alonso; pero éste, sin inmutarse, prosiguió:

—Tampoco he podido deducir ni inducir el fundamento de que esta expedición antinómica haya de encaminarse al Norte de la provincia de Burgos, y no al centro ó al Mediodía de la misma. Si nos preguntan los colonos el por qué de nuestro viaje allí, ¿qué contestación satisfactoria podremos oponerles?

—Ahora hay una razón potísima—le dijo Enrique—para que cierres el pico y empines la bota hasta tanto que yo concluya de explanártela. Has de suponer que, por lo mismo que nuestra excursión se halla desprovista de fundamento en su origen, todo lo que de ella se derive tiene que ser forzosamente ilógico y extravagante. No preguntes, pues, nada más, y limítate á raciocinar por lo bajo y á obedecer por todo lo alto.

Algunas horas después los excursionistas se hallaban instalados en la espaciosa quinta de Enrique, y diseñaban el plan de vida más á propósito que deberían observar durante el veraneo. Interpolaron en ese plan expediciones á Bilbao, á San Sebastián y á Zaragoza; monterías largas y cortas; exploraciones de botánica y mineralogía recreativas; paseos á caballo, y otras muchas diversiones, á cual más amenas y seductoras.

De las primeras que pusieron en práctica fué una batida al azar, sin objeto determinado, como por

vía de ensayo, en los montes más cercanos. Embreñados en ellos, paráronse á contemplar los paisajes á la redonda y á registrar aquellos puntos que en casos dados pudieran servirles de mojones y atalayas. Divisaron también desde las altas mesetas el maravilloso culebreo de la vía férrea del Norte, que aquí rodeaba para rebasar algún tormo, allí se estiraba para cruzar con imponente rigidez un llano y acullá se encogía para sepultarse en un túnel, ó abismarse en la espesura de un bosque. Alonso hallaba siempre muy bien fabricada la naturaleza ó el cosmos, y reprendía acerbamente el afán de sus amigos por disparar sus escopetas contra toda suerte de animales, puesto que en su sentir no podía aceptarse en buena lógica la clasificación en animales útiles y animales dañinos ó alimañas. No fué posible excogitar una razón eficaz que le moviera á disparar el arma, la cual quedó reducida en sus manos á servir de cayado ó de garrocha, según los casos.

De pronto un grito estridente prorrumpió casi á un tiempo de la garganta de los batidores, que se sintieron como ateridos y petrificados mirando á la vía férrea. Subía un tren de mercancías por un lado, y llegaba por otro el exprés de Madrid, sin que los maquinistas de ambos diesen señales de haber advertido el espantoso peligro. Enrique y sus amigos intentaron llamarles la atención agitando sus pañuelos y lanzando alaridos con todo el empuje de los pulmones; pero todo fué inútil. Los dos monstruos de hierro, sin sospecharlo, se precipitaban uno contra otro, y como que pugnaban por llegar cuanto antes al abordaje. Separábalos el corpulento gajo de un monte, que veía impasible el avecinarse de la catástrofe, y estorbaba que los trenes percibieran sus mutuos resoplidos y divisaran sus inmensos penachos. De súbito uno de los monstruos arrojó un silbido agudo, siniestro, prolongado, al cual contestó con otro, horrísono y espeluznante, su adversario..... Después retumbó en la cañada un estruendo colosal, un golpeteo horrible, al que se enroscaban chirridos ensordecedores, mientras ardientes bocanadas de humos y vapores se dilataban girando en la atmósfera y como que se extendían para depositar una mortaja sobre los dos trenes, que yacían inmóviles y quebrantados sobre la vía.

Al estruendo del hierro, del fuego y de la madera sucedió inmediatamente un fúnebre guirigay de quejidos desgarradores y de ayes tremebundos..... Nuestros cazadores se precipitaron ansiosos hacia el sitio de la hecatombe, dispuestos á prodigar inmediato auxilio á los heridos y á secundar la cruenta tarea de los viajeros que quedaron ilesos. Alonso también descendió por el repecho, medio alelado, é impugnando la razón en virtud de la cual había sucedido aquella desgracia.

Distribuyéronse los cazadores por los puntos donde el estrago aparecía mayor, y Enrique se abalanzó rápida é instintivamente al socorro de los heridos del exprés, y no tardó en oir una voz conocida que le invocaba con desconsuelo de este modo:

—¡Aquí, Enrique, aquí! ¡Corre, que mi hija, que Angeles se muere!

—¡Aquí, muchachos! — rugió Enrique dirigiéndose á sus amigos, que acudieron volando. —¡Por favor, á escape..... mi novia y su madre aquí debajo!

Llegó también Alonso, y oyendo gritar tan desaforadamente á su hermano, se echó al suelo, y ojeó por debajo del maderamen. De pronto exclamó:

—¡Qué inconsecuencia! Ahí están mi novia y su madre, Enrique.

—¡Calla, animal, y sé persona alguna vez! — tronó éste. —¡Si no sirves para prestar auxilio, vete de aquí!

— Mi hermano — murmuró Alonso — padece de enajenación mental. Yo no puedo aproximarme demasiado á mi novia, porque sería abusar de su situación.

Y mientras tanto se esforzó y forcejeó por introducir la cabeza y la espalda debajo de una viga, con intención de levantarla, enarcando el espinazo, y cuando más engreído se hallaba en su empeño, oyó debajo de sí una detonación, y cayó de bruces, gruñendo:

—¡Estos fenómenos no tienen explicación plausible, ni por activa ni por pasiva!

Era que se le había disparado improcedentemente la escopeta, rasándole los ojos con el fogonazo y chamuscándole las facciones.

Con sumo cuidado extrajeron Enrique y sus compañeros el cuerpo de Angeles de entre un montón de astillas, maletas y diversos equipajes, observándose por de pronto que, aunque desmayada la joven, sólo presentaba algunos cardenales en el rostro, y pudo inferirse que el desmayo era debido, no tanto á algún golpe recibido en la cabeza, como al susto que la sobrecogiera. Doña Justina salió cojeando, apoyada en dos de los jóvenes, que hubieron de ejercer de muletas.

Practicáronse las primeras curas con los medicamentos que se hallaron, así entre los jirones de los coches destrozados, como en los departamentos que permanecían intactos. No fué grave el pronóstico relativo á Angeles, y mucho menos el referente á Doña Justina y á Alonso. Después se pergeñó un bosquejo de camilla con los equipajes de las dos viajeras, acostaron en ella á Angeles, y de acuerdo con la mamá de ésta, emprendieron todos la vuelta de la quinta.

Alonso, restregándose los ojos, y con la piel del rostro socarrada, se aproximó misteriosamente á su hermano y le susurró al oído:

— Aunque no entiendo el por qué, esa niña que va en la camilla es mi novia.

—¿Quieres callarte, idiota?

— Hace cuatro días que paseamos casi juntos y casi toda la mañana por el Parque de Madrid.

— Pues ya ves que no puedes casarte con ella. ¡Imbécil! ¡Botarate!

— Ni quiero, Enrique. *Mens sana in corpore sano.* Me he desfigurado el rostro, y no puede admitirse que sea yo ahora el mismo que antes. No hay ecuación posible entre Angeles y yo, á no ser que contraiga nuevo compromiso, tácito ó expreso, con mi nueva fisonomía.

—¡No me hables más de esto, mentecato!

— No concibo la razón en que se apoya tu enfado, hermano.

***

Al poco rato de hallarse asistida y acondicionada Angeles en la quinta de Enrique, abrió los ojos, y aunque apenas podía rebullirse, se notó que discernía cabalmente. Su asombro fué grande al despertar en aquel sitio, y se deshizo en una lluvia de preguntas á su mamá, quien procuró suministrarle con cierto método las noticias que le pedía.

Pero Alonso, que no podía sofocar los pujos de la lógica, sin encomendarse á Dios ni al diablo, cogió á Enrique de la mano, lo llevó delante de Angeles, y dijo á ésta:

—¡Angeles! Yo ya no soy Alonso, y no puedes lógicamente proseguir relaciones trascendentales conmigo. Pero este es mi hermano, y no se ve razón alguna que le impida colocarse en mi lugar. No anhelo otra cosa que terminar en los días que me restan de vida mi tratado de *Lógica internacional*, en el que mencionaré la sinrazón del descarrilamiento sobrevenido en este solemne día.

Angeles miró con ojos algo extraviados, y enterada ya por su mamá de todo lo ocurrido, contempló enternecida á Enrique, derramó fugaces lágrimas, y haciendo un esfuerzo levantó un brazo y extendió la mano hacia su salvador.

—¡Enrique, perdóname! — gimió.

Una profunda reverencia de Enrique selló el patético trance, y pocas semanas después se festejaba en aquel mismo sitio la boda de los dos jóvenes, hallándose entre los convidados los amigos de Enrique que habían presenciado con éste el choque de los dos trenes.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

Madrid y Junio de 1890.

A SAN FRANCISCO EL GRANDE

TEMPLO DEL ARTE CRISTIANO

ODA

Cuando el alma extasiada
busca á su Dios, en arte y poesía,
en el cielo, en el mar, en la estrellada
alfombra de su alcázar soberano,
olvidando su mísera morada,
en alas de su ardiente fantasía,
se eleva como el águila á la altura
hacia ese Dios que concibió su idea,
y con la fe del corazón cristiano
ora, cree y desea
otro mundo mejor que el del humano
para adorar el nombre que fulgura
por ángeles escrito
en sí misma, en el sol, en la natura,
en la tierra, en el mar y en lo infinito.

El hombre hace del alma el santuario
donde erige un altar al Dios que adora
con ese amor al hombre necesario
que unido con la fe consoladora,
es un faro en las luchas de la vida;
con la fe en él nacida
quiere dar á su Dios forma sensible
y erigirle otro altar en la natura
que haga su inmensidad más comprensible,
donde imprima su gozo ó su amargura,
la sublime expresión de las plegarias.

Por este santo amor que es instintivo,
en sus agrestes selvas solitarias,
sobre la tosca piedra
que corona la hiedra
y retrata entre juncos la laguna
y tras el verde encaje
dora un rayo de luna,
reza á su Dios el alma del salvaje
que al hallar su silencio religioso,
su majestad, su calma y poesía,
obedeciendo á impulso misterioso
ó quizás por instinto
consagra á su Hacedor aquel recinto,
ó adora al sol entre sus obras grandes,
el gigantesco altar donde le evoca,
ó en las altivas cumbres de los Andes
erige un ara en la desnuda roca,
ó eleva un templo al Dios de cuanto existe
sobre las olas de la mar rugiente,
ó del volcán en la humeante boca
ó al borde del torrente
que azota el cierzo bronco,
en la flor que se cuece en la espesura,
en el añoso tronco,
entre las sombras de la noche oscura,
en las estrellas, en la mies dorada,
en el fulmíneo rayo,
en la calma, en la lucha, en la alborada
y en los verjeles que tapiza Mayo.

Que es innato en el hombre
correr en pos de hermosos ideales
y adorar á otro sér que en forma y nombre
sea un sér superior á sus iguales,
y le adora en sus obras, que el humano,

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA. — CUADRO DE MURILLO.

ya idólatra ó cristiano,
convierte con la fe que inspira el arte
la piedra en gruta, en templo, en todos ora
que la imagen de Dios en todos brilla.
Así desde una cruz sobre una tumba
germinó la semilla
que heredaron los mártires de Cristo,
de aquel mártir del Gólgota, su ejemplo
convirtiendo la humilde Catacumba
en las grandiosas bóvedas del templo.
Así se eleva el que, blasón del arte,
la admiración por su belleza excita,
ostentando el pendón del cristianismo,
su glorioso estandarte,
ciñendo por diadema
la humilde cruz, que á la oración invita,
y alzando su cimiento
donde el santo de Asís labró su ermita.

Un monarca Borbón, cuya memoria
conserva España y guardarán sus hijos
porque es su nombre orgullo de la historia,
reconstruyendo el templo á su grandeza,
unió otro timbre más al del cristiano,
al darle el esplendor y la riqueza
que enalteció el cincel greco-romano:
Hoy restaurado luce con decoro
del arte y de la fe las ricas galas;
mármoles, lienzos, tallas, esculturas,
piedras, joyas, y oro,
columnas, chapiteles y molduras,
del arte y de la fe rico tesoro.
¿Quién al ver la grandeza no se admira
y en la blanca espiral del incensario
no percibe á su Dios, y no se atreve
á cantarte Museo y Santuario,
digno templo del siglo diez y nueve?

¿Cómo podré pintar sus maravillas
y su noble espectáculo grandioso
que une al hombre á su Dios en lazo estrecho
cuando al fijar en el umbral la planta
palpita el corazón dentro del pecho,
sintiendo una emoción sublime y santa,
y admira de la luz á los fulgores
que reflejan los vidrios de colores,
á Salomón, David, reyes, profetas,
Sibilas, santos, vírgenes, querubes
que exornando la cúpula se ofrecen
entre artísticos lienzos y entre nubes?
Ante la vista del poeta crecen;
toman vida y parecen
que surgen de sus puestos al conjuro

MUERTE DE SAN BRUNO. — CUADRO DE ENRIQUE LESEUR.

de los doce discípulos del Mártir,
del Mártir del Calvario
que extendiéndose al pie del alto muro,
parecen caminar al presbiterio
á adorar su sagrario,
inclinarse ante el ara que pregona
la gloria, el arte, el noble magisterio
del cristiano, y alzarse sobre nubes
esparciendo entre arcángeles su brillo
y presidiendo el templo que corona
la Virgen Madre que soñó Murillo.
Trasponiendo marmórea balustrada,
se penetra en el rico presbiterio,
blasón de sus artistas,
donde áereo, elegante, vaporoso
se eleva el tabernáculo grandioso
que custodian los cuatro Evangelistas.
Allí se ve de antiguo monasterio
tallada sillería, luces, flores
y advirtiendo del arte la presencia
la celda del de Asís, el prepotente
Hacedor ante el justo franciscano,
la que es Madre de Dios y vierte amores,
la que da á la Porciúncula su origen
y el entonces Pontífice romano
otorgando su bula de indulgencia
con todo el esplendor del Vaticano.
Hoy cubren una tumba los laureles
del genio que prestara vida al lienzo
al mágico poder de sus pinceles;
el que al rey Carlos su preciada enseña
muestra ofreciendo á la que en albas nubes
la serpiente domeña,
ciñendo su corona de querubes;
y debidos también á otros pintores,
Teresa entre los santos fundadores
adorando la Virgen del Carmelo,
y de la Virgen Madre la belleza,
cantar con sacro anhelo
Pío Nono, proclamando la pureza
que saludan los ángeles del cielo.
De la Merced en la capilla santa
se ven los corazones
de Jesús y María,
la religiosa y bella alegoría
de bíblico pasaje,
la caridad del buen Samaritano
y el sagrado paraje
en que el niño Jesús se presentara
á los ojos del santo Paduano,
y en su asiento de artística memoria,
la Virgen de los niños
enseñando al mortal lo que es la gloria.
De la sagrada Virgen sin mancilla
se ofrece en la capilla
su imagen pura que trazó Maella;
del de Asís y Domingo el grato encuentro,
la sagrada familia que descuella
al costado del ara,
mientras la Virgen su fulgor destella
en su trono de mármol de Carrara.
Aquel lugar del templo bizantino
donde se adora á *Cristo en el Calvario*,
su artístico sagrario
que nos recuerda el Gólgota divino,
es donde está el *Sermón de la montaña*

y se ofrece *Jesús ante el sepulcro*
que Madre amante con su llanto baña.
El gran Francisco que el pincel de Goya
arrancó al cielo y trasladó á la tierra,
es la fe dando vida á los colores.
Junto á él se ofrece de distinta mano
la Virgen que su amor divino encierra,
en sus brazos mostrando sus amores
el niño Dios que ofrece al Paduano
que absorto ve su imagen entre flores,
y San Buenaventura el franciscano
primero entre los santos fundadores.
Las militantes órdenes
con su preclara, inmarcesible historia,
ostentando sus timbres y blasones
nos muestran su poder, la fe y la gloria.
¿Quién toma vida en el sagrado muro?
Son guerreros, en tierra están postrados;
el Pontífice augusto les bendice,
todos llevan la cruz de los cruzados,
la que les guía á los lejanos mares,
y oran con los aceros inclinados
henchidos de valor, de fe divina
que les arranca de sus patrios lares
para librar la santa Palestina.
Y adornando el altar, quien entre nubes
sobre el blanco corcel su roja espada
reflejando en la sólida armadura,
avanza como el rayo en desbandada
poniendo á la morisma su bravura
les hace vacilar, y entre el agudo
acero de la lanza el roto escudo,
muertos y heridos huella su falange
que á su acero desnudo
se rasga el alquicel, tiembla el alfange.
Que al que aterra el alarbe sanguinario
llevando al pecho rojo crucifijo,
es él, el santo, el héroe legendario
de la sangrienta lucha de Clavijo.
A la diestra del ara
se ve al Bautista sobre abrupta peña.
Las aguas del Jordán, las del bautismo
vierte en el hombre señalando al cielo:
en la tierra, en la mar su noble enseña
pudo vencer el proceloso abismo.
Dios premia su desvelo
y en el altar y en el arnés resalta,
cuando hundiendo el poder del Islamismo
en los mares reinó la cruz de Malta.
Toma vida en la cúpula entre nubes
el Bautista que escoltan los querubes;
preside á los cristianos caballeros
que agitan sus banderas,
tremolando desnudos sus aceros
y ostentando en sus pechos sus veneras.
Esparce el sacro templo
en sagrada función sus resplandores
entre luces, tapices, joyas, flores
á los ecos del órgano sonoro,
la artística escultura
el sacro lienzo, el esplendente coro,
el elegante altar, todo fulgura
como un ascua de oro.
Joya del arte, aumenta tu grandeza
la voz del sacerdote
que luce en su ornamento tu riqueza.
La humeante espiral del incensario
que envuelve todo en transparente velo,
ofreciendo el artístico sagrario
como un hermoso resplandor del cielo.
Admiro tu grandeza, soy artista,
y canto ante su vista;
pero ya en tu esplendor como en tu calma
descubro al prepotente Soberano
con los ojos del alma,
y entonces oro, porque soy cristiano.
En el coro los ángeles sostienen
el escudo del santo franciscano
quien su entierro en el muro no contemplo
y al ver que sus figuras se detienen
ante humilde angarilla
donde el hombre descansa, el santo brilla,
que los monjes escoltan con sus cirios
y el pueblo con sus justas bendiciones,
y el pobre que no olvida su memoria,
con lágrimas, suspiros y oraciones.
Y en el cielo rasgándose las nubes
reflejando su gloria
al Padre Eterno alzarse entre querubes
con los ojos del alma le contemplo
desprenderse del cuadro en que fulgura,
y llenando los ámbitos del templo,
fijar su trono en la sagrada altura.
El elegante claustro,
la sala de capítulo, que adorna
los mármoles y el oro
y artística y tallada sillería;
la rica y adornada sacristía
donde vierten sus galas los pintores
coronando á María
que coronan las vírgenes con flores;
la oración del de Asís, tanta riqueza
del genio y de la fe con los fulgores,
forman el esplendor de tu grandeza.
Con el arte y la fe, vierten sus galas
de Rivera y Pradilla
de Plasencia y Casado los pinceles;
Valmitjana y Suñol con sus cinceles
como en el lienzo donde el genio brilla,
de Hernández, de Ferrant y de Contreras
y de otros cien pintores,
tallistas, arquitectos y escultores:
lance su voz el órgano sonoro
que adorna el rico coro.
Al compás de la lira cantad, vates,
el arte y las creencias
lo mismo que el amor y los combates,
ensalzad el grandioso santuario,
que mi voz no se atreve
á cantarte, Museo y Santuario,
digno templo del siglo diez y nueve.
Del incensario entre las albas nubes
percibo al Dios cuyo poder contemplo
en la cúpula altiva y solitaria,
recobrad vida, reyes y profetas,
Sibilas, santos, vírgenes, querubes,
la figura ideal, la legendaria,
y al cielo por las bóvedas del templo
llevadle mi canción, que es mi plegaria.

ANGEL LASSO DE LA VEGA Y FISCOWICH.

Madrid, 1890.

MISTERIOS DE LA MANIGUA

Un campo yermo y salvaje, rodeado de espeso é intrincado bosque, que no ofrecía más salidas que los estrechos senderos trazados con el filo del machete.

Por doquier imperaba abrumadora soledad; en el azulado horizonte una negra bandada de aves carnívoras cerníase en el espacio graznando alegremente al percibir cadavéricas emanaciones.

Entre la hierba seca, mustia y abrasada por los rayos del sol de los trópicos, notábanse algunas oscuras manchas, unidas unas á otras, cual abigarrado mapa; y entre la espesa maleza distinguíanse algunos cuerpos humanos en fatídica postura, crispados los miembros y los dedos contraídos por la rigidez de la muerte.

El espectáculo era imponente, horrendo, de esos que nunca se olvidan. Se comprendía que la lucha debió ser encarnizada entre leales y *mambises*. Los primeros lucharon por la madre patria; por su integridad, por su honra, defendían una causa sagrada; los segundos se batieron por lo que ellos llamaban su independencia.

¡Desgraciados! no comprendían que la separación de un hijo de su madre, por severa que ésta parezca, es siempre la señal de su ruina y que la famosa doctrina de *Monroe* "*America for the americans*" constituye una lamentable utopía, al menos allí donde laten corazones españoles.

. . . . . .

***

Agitada por el viento hecha jirones, tremola en las ramas de un arbusto de aceradas hojas, la bandera de la estrella solitaria en campo azul, abandonada al parecer por el enemigo en su precipitada fuga y quizás despreciada por el vencedor, por ser más bien distintivo de incendio y pandillaje, que emblema de nobles y levantadas acciones.

Un olor acre y penetrante satura la atmósfera contrastando con los suaves y misteriosos perfumes de las selvas americanas; huele á polvora y á sangre: ese perfume de la fuerza brutal y despiadada.

***

El pueblo insurrecto había caído en poder de nuestras tropas. La columna expedicionaria lo tomó á la bayoneta, los soldados necesitaban satisfacer su sed de venganza, dar rienda suelta á sus belicosos instintos.

Dada la señal del ataque, la fuerza se precipitó hacia adelante, arrasándolo todo á su paso, cual mortífero huracán. Entonces oyéronse horribles imprecaciones, lamentos y quejidos que helaban la sangre de espanto.

De vez en cuando un disparo de arma de fuego, seco, ensordecedor, retumbaba en el espacio, y repercutíase en aquellas salvajes soledades hasta perderse cual lejano rumor del trueno en alguna cruja del frondoso bosque; pero los disparos eran pocos, la contienda se dirimía al arma blanca.

El soldado, recordando en aquel instante las penalidades sufridas, las horrendas mutilaciones de que fueron víctimas sus compañeros de armas; quizás algún hermano convertíase en una fiera y mataba; mataba sin tregua ni descanso, sin respetar sexos ni edades.

¡Dios mío! ¡qué horrible es la guerra fratricida!

Las cornetas dieron por fin la señal de "alto el fuego" y el fragor del combate fué reemplazado por un silencio aterrador, imponente: ficticia calma, parecida á los momentos de tregua en las conmociones terráqueas.

***

Ya había anochecido. La luna mostraba su enrojecido disco en el horizonte y las estrellas brillaban en el azulado manto, que les servía de inmenso é incomparable estuche. El silencio reinaba como señor absoluto en sus dominios. La naturaleza parecía elevar silenciosa plegaria al Dios del universo, y el alma unírase á aquella manifestación de amor, sintiéndose poseída de seráfico arrobamiento.

***

En una pequeña habitación veíase á un hombre sentado sobre tosco banco de madera. Su aspecto marcial, su rostro curtido por la intemperie, su color cetrino bien á las claras mostraban que era uno de los guerrilleros más antiguos de la manigua.

Delante de él había una mesa de campaña, y encima de ella una lista. Lista fatal, que encerraba los nombres de aquellos que debían pagar con su vida la rebelión.

A sus pies, deshecha en llanto, el cuerpo presa de convulsivos estremecimientos, hallábase una mu-

jer, una mujer hermosa, con esa belleza arrebatadora de las criollas, que parecen engendradas en un rayo de luna y criadas en el cáliz de las flores de sus lujuriosos verjeles; su actitud era suplicante, humildísima, comprendíase que abogaba por algún sér querido, con voz semejante al murmullo de las palmeras cuando las acaricia suave brisa.

«*Zeñó*, mi amo, decíale al veterano, mi pobrecito esposo está enfermo, no se ha mezclado en nada. Créame, *Zeñó*, se lo aseguro, mi marido es bueno y muy leal.

— Con que es bueno ¿eh? — contéstale el veterano, — pues mañana será aun mejor, pues le enviaré á gozar al país de los justos.

— *Zeñó*, tenga compasión de mí, y de mis pobres hijos; ¡ay! qué será de nosotros sin él, que es nuestro único amparo. Mi amo — añadió la pobre mujer cediendo á un secreto impulso — se lo pido por lo que más quiero en el mundo, por la memoria de su madre, y.....

— Basta ya! — interrumpióla el guerrillero profundamente conmovido por las últimas palabras de la criolla, pues el recuerdo de su santa madre, pobre anciana que quizás le estaría esperando desde hacía años, se le vino á la memoria — estoy cansado de lloriqueos. Lo que pides es imposible de todo punto.

Y la despidió con ademán altivo y desdeñoso.

***

Sería la una de la madrugada. El único ruido que venía á interrumpir el majestuoso silencio de la naturaleza era el monótono rumor de las pisadas del centinela que montaba la guardia delante del caserón, donde hallábanse encerrados los prisioneros, aguardando se cumpliera el fallo, que la ley cruel, aunque justiciera, de la guerra, les imponía.

En el interior del caserón, el cuadro que á la vista presentábase no podía ser ni más triste ni sombrío. Algunos insurrectos estaban sentados en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas; otros fríos é impasibles, con la desesperación retratada en el semblante, parecían hacer alarde de un valor indómito y salvaje, heredado quizás de la sangre africana que por sus venas circulaba. Y alguno había, eran los menos, que buscaba en el sueño el olvido de sus pesares, y del triste fin que le esperaba.

La antorcha que metida en una argolla iluminaba aquella tétrica estancia empezó á chisporrotear, lanzando asfixiante columna de humo, hasta que apagóse al fin, como debía extinguirse al rayar el alba la vida de tantos infelices.

La oscuridad y la desesperación.....; qué amalgama tan horrible!

***

De pronto uno de aquellos desgraciados sintió que le cogían una mano, y una voz tenue como un suspiro díjole al oído: «sígueme y calla.»

Obedeció el pobre hombre la orden latiéndole el corazón con inusitada fuerza, y á los breves instantes hallóse en libertad, en medio del campo solitario por él tantas veces recorrido en mejores tiempos.

Un hombre alto y enjuto estaba delante de él, tratando de ocultar sus facciones con el ala de ancho sombrero. Quísole besar la mano el prisionero en prueba de agradecimiento, pero aquél se opuso diciéndole con voz velada y bronca: «á mí nada me debes; recuerda mientras vivas que todo se lo debes á mi madre.»

Y alejóse con rapidez, enjugando una lágrima que se deslizaba por sus curtidas mejillas.

***

Era de día; los pájaros cantaban alegremente; las flores ofrecían sus pétalos al sol para recibir sus ardientes caricias.

La naturaleza estaba de gala, y sin embargo el terrible fallo se había cumplido.

Al oír sonar la primera descarga, la hermosa criolla llevóse las manos al corazón, como herida por la misma bala, que según ella creía debía haber segado la existencia de su esposo.

Enloquecida de pena, abrumada de dolor, apoderóse de ella mortal paroxismo, nubláronse sus aterciopelados ojos y arrodillóse estrechando en sus brazos á sus hijos ante una imagen de la Virgen de la Soledad, cuyo rostro de angelical pureza parecía brindarla consuelo y resignación.

En aquel mismo instante se abrió la puerta de la modesta vivienda como á impulsos de fuerte vendaval; un hombre, pálido de emoción, precipitóse en ella, arrodillóse al lado de la criolla, que le miraba enajenada, sin dar crédito á sus ojos, y la dijo con voz trémula de cariño: «Tula, esposa mía, mi bien, recemos ante todo, sí, recemos; démosle gracias á esta madre misericordiosa y á la *suya*, por haberme salvado la existencia.»

La pobre Tula inclinó entonces la cabeza en el hombro de su marido, y sus labios balbucearon una *Ave María*, mientras su corazón parecía querer salírsele del pecho.

***

La columna expedicionaria abandonaba el pueblo con su jefe á la cabeza, en busca de nuevos enemigos de la integridad nacional, amenazada constantemente por los ilusos defensores de la Estrella Solitaria.

Esta sin embargo acababa de perder para siempre á dos de sus más valiosos y fervientes partidarios.

Lo que no consiguió la reflexión, lo hizo el agradecimiento.

Al oír Tula y su esposo el toque marcial de las cornetas, sintieron en su alma la primera llamarada del sacro fuego del patriotismo, y prorrumpieron en atronadores gritos de «¡Viva España!» mientras nosotros decíamos con el corazón henchido de gozo, recordando al poeta inglés:

All is well
That end's well.

PEDRO VARGAS.

EL CLERO ESPAÑOL

JUZGADO POR UN INGLÉS PROTESTANTE (*)

Los curas de campo.

SIEMPRE que viajéis por España, y molidos de larga caminata á través de inmensas llanuras desnudas de vegetación, ó por valles pedregosos y estériles, tostados por el sol africano que cae sobre aquella tierra, lleguéis á una de las innumerables aldeas en que viven en miserables viviendas de adobes los campesinos, no preguntéis por la hostería del lugar para descansar de vuestras fatigas y refrescaros á la sombra del techo protector y amigo, aunque mercenario, del posadero: serían vanas vuestras pesquisas, porque el lujo de posadas sólo se le permiten en España los lugares más gruesos de Castilla y Andalucía, y alguna que otra ciudad marítima: leguas y leguas trotaréis por la Península sin encontrar otro albergue que las celebérrimas ventas descritas por Miguel de Cervantes, y que desde entonces acá ni han mejorado de servicio bucólico, ni son más aseadas, ni han cambiado sus camastros por catres más ó menos cómodos, ni siquiera ofrecen al pasajero joven y amigo de aventuras, maritornes más limpias y menos contrahechas que la famosa del cuento manchego; pero al llegar al pueblecillo que supongo, no os apure, por cierto, este atraso, del que los *turistas* más atrevidos se quejan amargamente á la vuelta, no indicando con sus quejas á los bien enterados sino la ligereza característica de estos viajeros á la violeta que emiten juicios absolutos sobre comarcas que conocen tan perfectamente como si jamás hubieran salido de su hogar á visitarlas.

En las aldeas españolas no necesitáis, seguramente, hoteles ni posadas; os basta con preguntar por la casa del *Cura* [1], y no faltará un chiquillo, descalzo, moreno como las morcillas curadas, de cara traviesa, inteligente, mal envuelto en un harapo informe y denegrido, que os conduzca á la plaza, si es lugar agrupado, ó al campo central, si es aldea derramada en caseríos, y en el lugar preferente del campo ó de la plaza, pegada á las tapias del templo, veréis una casita, modesta sí, pero más blanca y aun más elevada que las demás del villorrio, casita que por comparación con las restantes se os antojará desde que la descubráis más linda y primorosa quizás que los más lujosos *chalets* que en vuestra tierra no os llamaban la atención por lo frecuentes; el lujo de la casita española está reducido, sin embargo, al revoque de cal que cubre su fachada, á la parra frondosa que guarece como un toldo de verdura la humilde puerta, y alguna vez á un árbol añoso, corpulento, de inmensa copa, que hace el centinela delante de la puerta, cobijando con sus largas y verdes ramas parte del tejadillo.

Este árbol solitario suele ser en muchas comarcas el único que crece en la feligresía, y si no fuera por él no tendrían los feligreses ni la idea de lo que es árbol; tal es la saña con que los españoles persiguen al arbolado, al que acusan nada menos que de complicidad y encubrimiento en los inocentísimos cuando no benéficos hurtos de los gorriones, siendo axiomático para los españoles que después de los moros y de los franceses no hay sobre la haz de la tierra enemigos más ruines y perversos que los gorriones.

Pero, volviendo á la casita de que hablaba, os diré que es la casa rectoral de aquella parroquia, y que en ella vive el Cura del lugar, personaje, si los hay, poderoso, y sin el cual no podríais dormir en la aldea bajo techado, ni comer alguna cosilla que os reponga de las mermas que la fatiga proporcionó á vuestro organismo, ni, finalmente, podréis explicaros, si sois historiador, las múltiples peripecias de la moderna Historia de España.

Ya os supongo bajo la copa protectora del árbol rectoral: os habéis bajado del caballo, y estáis atándolo al añoso tronco, mientras un mastín enorme que dormía á la sombra, sobre el poyo de piedra que hace oficio de banqueta ó sofá en aquel rústico pórtico, ladra furiosamente, como queriendo embestiros; pero no paséis cuidado: en aquella casa no se muerde á los caminantes. El perro avisa á su dueño, y su dueño ya asoma por la puerta: es un señor de edad indefinible, cuyos blancos cabellos parecen denotar una respetable ancianidad, pero cuyos colores sonrosados y fresquísimos tienen todo el jugo de la juventud; es, por lo común, bajo y gordo, recordando en su traza externa ó física más bien el retrato de Sancho Panza que no el de D. Quijote. Pero no tienen sus ojos la expresión socarrona, burda, maliciosa del célebre escudero; antes bien en su mirada, ya plácida y extática á lo místico, ya relampagueante á lo apóstol, no os será difícil descubrir algún como vago reflejo del espíritu soñador del hidalgo.

Hidalgas son también sus maneras, y aunque su

(*) Este precioso artículo es el capítulo III de la *Vida de Zumalacárregui* escrita en inglés por Tomás Wisdón, que ha publicado en parte el periódico *La Fe*.

1 La palabra *Cura* está en español en el original.

traje, sotana negra, ni por lo flamante, ni por lo rico, ni por lo pulcro, denote opulencia, él sabe llevarlo con cierta majestuosa dignidad, que desde luego os advierte que el que tenéis delante es un sér superior, por su educación y por su clase, á todos aquellos campesinos en cuyo seno vive y que son sus súbditos espirituales. Un sér superior es, en efecto, más superior que lo que muchos se imaginan; y si vosotros sois de los aficionados á las grandes cosas históricas y sociales, si sois de los que, lejos de tener miedo, alardeáis de saludar con el sombrero en la mano los grandes monumentos erigidos por la humildad en su peregrinación por la tierra, no temáis ahora tampoco en quitaros severamente el sombrero delante de aquel hombre, de aquel Cura: porque aquel hombre, aquel Cura, cuya hospitalidad franca y cariñosa vais á disfrutar, representa una institución y una clase que son los verdaderos monumentos vivientes que nos quedan de la antigua España, la institución y la clase que aun conservan como vinculado el espíritu de esa antigua España, tan famosa en todo el mundo.

Es el *Cura de campo*, no os riais: en su sotana raída, mugrienta y agujereada está simbolizado el poderío y la fuerza de toda una nación, hoy decaída, pero que mañana puede volver á reanudar de un modo brillante sus destinos históricos; es el *Cura de campo*, el que no dejó á Bonaparte establecerse sólidamente en ningún rincón de la Península; es el que todavía, después de cincuenta años de lucha, no permite á los liberales dueños del poder, de la riqueza y la sabiduría, que duerman ni una noche tranquilos sobre los laureles conquistados en tantas guerras, la civilización moderna con todos ha podido y á todos ha derribado ya; pero el *Cura de campo* aun está de pie, dispuesto, como el primer día, á reanudar la tremenda batalla [1].

El trato, aunque no sea muy largo, con el Cura del campo, os impone desde luego de los caracteres generales ó típicos de toda la clase. Es hijo del pueblo, estudió con trabajos, gracias casi siempre á la protección de algún potentado ó dama devota; cursó en los grandes Seminarios, sobresaliendo muchas veces por su aplicación, virtud ó despego de los alumnos de familias más acomodadas..... Pero no le valió esto á la conclusión de su carrera; y mientras sus compañeros ricos é influyentes, vencidos por él repetidamente en los torneos escolásticos y en los exámenes de prueba de curso, obtenían á las primeras de cambio los beneficios más pingües de las Catedrales, las capellanías de los monasterios opulentos ó la dirección espiritual de las familias aristocráticas, él tenía que tomar resignado el camino de la pobre aldea, separarse de sus compañeros de estudios, de los centros de población, y renunciar á los púlpitos visibles, en que lucen los frutos del saber y las facultades oratorias y se logran los legítimos y ruidosos éxitos.

Llegó á la aldea cargado de libros, con el alma llena de ilusiones tronchadas por el viento de aquel primer desengaño, pero creyendo de buena fe que su destierro del mundo civilizado sería transitorio; él volvería, sí; ¿no había de volver? Completaría sus estudios en la soledad apacible del lugar; corriendo la campiña deleitable meditaría sobre aquellos textos de Santo Tomás, de Suárez y de otros mil teólogos que tenía revueltos en el cerebro en el brillante torbellino de su imaginación juvenil; y cuando sus estudios estuviesen del todo maduros, cuando fuese capaz por sí mismo de triunfar en unas oposiciones, él reaparecería en el escenario de la sociedad, y le verían ganarse por sus puños el codiciado primer lugar de la terna..... Pero, ¡que si quieres! Si por ventura paso en práctica sus propósitos, si de veras estudió, si llegó á saber más Teología que el mismo Lectoral de la diócesis, si concurrió, en fin á las oposiciones, ¡qué nuevo desengaño, y más terrible aún que el primero!

En las oposiciones á la prebenda reaparecen los sobrinitos, entre los cuales hay uno, poquita cosa, que nunca acertaba en clase con una sola idea, y ¡mire usted qué casualidad! tampoco en las oposiciones acertó con nada; pero fué, según dijeron, por una desgracia, porque se cortó; porque hay que saber que aquel chico se había despabilado mucho después de concluída la carrera, y había dominado de tal suerte la Teología que, si no había escrito ya la *Summa*, es porque, habiéndola ya escrito Santo Tomás, y siendo él hombre muy listo, no había querido tomarse la molestia de volver á hacer un trabajo que ya estaba hecho..... Lo cierto es que el sobrinito se ganó el beneficio, y el pobre Cura de campo, después de haberse desgañitado quince días en la Catedral hablando en correcto latín y citando textos sagrados, tuvo que volver á la posada, desatar el ronzal de su mansa mula, y volver á recorrer el camino de su aldeilla. «Los caminos del hombre sobre la tierra están llenos de iniquidad», va murmurando mientras atraviesa la vasta llanura por el angosto sendero, ó bien lo toma á broma masculiando el conocido refrán de su tierra: *El que nace para ochavo nunca llegará á cuarto* [1].

Lo más común es, sin embargo, que no se sufra este segundo desengaño, porque suele bastar el primero. El Cura de campo se resigna fácilmente con su suerte, teniendo para ello en su favor esa gran virtud de los españoles, que es la alegría de su raza, la virtud de estar contentos y satisfechos en cualquier estado en que se encuentren: virtud en que los agudos observadores ven algo como vislumbres del quietismo semita, y que puede ser, en efecto, por su origen, un legado de la dominación árabe en la Península, pero legado enriquecido y modificado por otras prendas del carácter ibérico y por la influencia bienhechora de la Religión cristiana. Por otra parte, el Cura de campo encuentra á la postre en su vida rural, en su apartamiento de todo comercio intelectual y social con hombres de su esfera, motivos poderosos, no ya para resignarse, sino para vivir contento.

Es el rey de su feligresía; pero no rey al estilo de los que se usan en los países cultos, sino rey como lo sería un hombre civilizado en un país salvaje: un rey incontestable é indestronable. Todos sus súbditos, no sólo están debajo de él, sino que viven convencidos de que deben estar debajo. Es superior á todos en todo y por todo. Cuando habla, son oráculos sus mandatos; si entienden lo que él les dice, le obedecen; si no lo entienden, á buen seguro que lo acusen de falta de claridad, sino que se acusan á sí propios de rudeza de entendimiento. Y este poder tan absoluto ¡qué beneficiosamente lo ejercen los Curas de campo! Yo no digo que no existan abusos; pero un sinnúmero de observaciones me han convencido de que esa soberanía no es sólo omnímoda, sino justa y beneficiosa [2].

TOMÁS WISDÓN.

1 No hemos querido suprimir ni atenuar ni un concepto, ni una frase del original en esta descripción de los Curas de campo, para que así, sobre algunas ligeras inexactitudes que comete el autor inglés, resulte mejor el colorido que ha sabido comunicar ese mismo autor á la descripción. Sólo se nos ocurre decir por nuestra parte: ¡bendita sea la clase que hasta de escritores enemigos en Religión, y extranjeros, merece tantos elogios!

1 Lo subrayado está en castellano en el original.

2 Algunas inexactitudes comete, sin duda, el autor inglés en esta descripción de los Curas de campo; pero el fondo no puede dudarse que es exactísimo y encierra preciosas confesiones para un protestante, como lo es, sin duda, Mr. Wisdón.

Nuestros lectores verán con sumo gusto esta apología del clero español.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDÓN

CAPÍTULO XIX

EL PRIMER AÑO

Entre las numerosas singularidades de esta vida, una de las más raras á buen seguro es la opinión ideal que en general tienen las muchachas del matrimonio. Según ellas, todo lo que en familia, entre el padre, la madre, los hermanos y las hermanas, se vuelve en espinas, se cambia en rosas en la casa del marido; la vida fastidiosa de la casa paterna va á ser en la del marido un tejido de oro y perlas; ni la salud, ni la fortuna, ni el carácter dejarán nada que desear, y un perpetuo encanto acompañará á la esposa, desde que haya recibido el anillo de las manos del esposo. ¿De dónde podrá nacer esta idea de la vida conyugal, esta inapelable sentencia, por lo que se refiere á una vocación en que no lleva la mujer la mejor parte? Nuestras hijas no viven lejos del mundo, encerradas en los claustros hasta el momento de su matrimonio; ven perfectamente algunas cosas, y otras las comprenden; y sin embargo, la venda es tan tupida, la prevención favorable tan persistente, que todas, ó casi todas, entran desarmadas en la carrera, y se asombran á cada uno de los golpes que la suerte las envía.

Gertrudis no participaba por completo de este error: no había conocido los goces peligrosos de los hijos mimados de nuestros días; no había conocido una madre demasiado tierna que la apartara del camino los menores obstáculos; no se había visto siendo la preocupación única y constante de toda una familia atenta á hacerla dichosa; había sufrido, había luchado; su vida, ya probada, la había hecho aprender, y no esperaba de la tierra y sus afecciones sino aquello que podían dar. Sabía perfectamente que si la dicha del cielo sólo se obtiene por la violencia, la de la tierra se debe á la paciencia. No tenía ilusiones, estado más dulce que el de quien las tiene y luego las pierde, y estaba decidida, siguiendo un consejo de San Francisco de Sales, á pedir poco á los otros, y darles mucho y siempre.

No fué insensible á los primeros goces del matrimonio; la deleitó, como á todas las jóvenes, tener una casa suya, un modesto imperio en que pudiese hacer reinar, según sus miras particulares, el orden y la abundancia, la paz y la libertad. Su trabajo, sus conocimientos en economía doméstica, podía aplicarlos por primera vez á aumentar y mejorar los bienes que le pertenecían; y al disfrutar de ese goce íntimo de la libertad y la propiedad, adquiría hacia Roberto un sentimiento de tierna gratitud. Gertrudis era superior á Roberto por su inteligencia, por su ilustración, y tal vez por sus sentimientos más puros y elevados: pero no creía, como sucede á algunas mujeres, que esta superioridad la dispensara de los deberes de alma y corazón inherentes al matrimonio; no creía, hinchada por el orgullo, que Roberto pudiera considerarse como el más dichoso porque ella hubiese aceptado su nombre y su fortuna: se consideraba obligada hacia el hombre que la había escogido, y á menudo, viéndose en su casa con la seguridad de un completo bienestar, recibiendo las caricias de Hugo, y viendo á Roberto tenderla una mano cariñosa, y consultarla alguno de sus negocios ó proyectos, pensaba en él con una íntima ternura, y dejaba dilatar su corazón con el pensamiento de los bienes que la había llevado.

No era un amor de novela, tanto más vivo cuanto menos razón de ser tiene; era el santo amor conyugal, que lleva á las más altas cumbres del alma humana el reconocimiento, el respeto mutuo, el completo desprendimiento de sí propio. Este mismo

amor, sufrido y fuerte, la sostenía en los inevitables disgustos que cada día traen consigo las pequeñas cuestiones domésticas; y pasaban para ella en silencio las dificultades de la vida de familia con este constante pensamiento: —¡Es preciso que haya paz en el hogar! — Los defectos nacientes de Hugo, sus caprichos infantiles, su pereza y mudez á la vista del alfabeto, todo lo soportaba con una sonriente serenidad, porque se decía Gertrudis:—¡Es el hijo de Roberto, y el hijo de mi adopción!—El mismo genio del marido, su brusquedad á veces renaciente, algo de terquedad y miras estrechas, no excitaban su impaciencia, y el suspiro involuntario del fastidio se cambiaba bien pronto en ferviente plegaria, y sin mucho esperar, ni pedir, por sólo la virtud poderosa de la dulzura, Gertrudis se encontraba feliz. A veces, al recuerdo de las amistades de su infancia, de esas primeras afecciones que la muerte le había arrebatado, una sombra pasaba por su frente, pero entonces miraba á su alrededor y se decía: — Yo era pobre, huérfana y sin apoyo en la tierra; un hombre honrado y un niño inocente han tenido confianza en mí; soy mujer y soy madre: ¿no debo pagarles la dicha que me han dado? Valeria es la que me ha concedido estos bienes.

Lo que más que nada la hacía amable su nueva posición era el cariño perseverante que la mostraba Hugo. Este niño tenía los defectos de su edad: le gustaba el juego y miraba el estudio con desprecio; pero su corazón era un diamante sin tacha, y Gertrudis lo poseía por completo. A sus ojos, ella era su verdadera madre, la sola que había conocido, la sola de que recibiera caricias y cuidados; tenía con ella esa confianza profunda, íntima, inquebrantable, que no existe de ordinario sino entre los seres nacidos de la misma sangre; por esto la pobre Gertrudis, á la cual conmovía este ingenuo y apasionado cariño, se vió comprometida y aun algo triste, cuando tuvo que dar á entender á Hugo, por medio de esos cuentos ingeniosos que se dicen á los niños, que pronto nacería un hermanito ó hermanita. Recibió la noticia con alegría, porque el tener un hermano ó una hermana, compañeros de juego, le ofrecía una bella perspectiva. ¡Feliz él, que no pensaba que la dicha podía ser fugitiva! Gertrudis estaba algo más inquieta; sentía, y no sin pena, la fuerte inclinación de su alma hacia ese hijo, que aun no veía, que era el hijo de sus entrañas y no el de su adopción. ¿Sufriría Hugo este desigual cariño? ¿No comprendería algún día, á pesar de los esfuerzos de Gertrudis, que era menos querido? Habló de estos temores á Roberto, que no comprendía gran cosa en estos sutiles refinamientos del sentimiento, y se limitó á decir:

—¡Pobre mujer mía! ¡Qué imaginación tienes! Ya sufres por un mal futuro, por miedo de querer más á esa criatura que esperamos, y de que pueda apercibirse de ello Hugo. ¡Qué quimeras! Bien te conozco, y sé que harás siempre por Hugo más bien más que menos de lo que pueda desear, y esto me basta.

Estas palabras la hacían sonreir, pero no la tranquilizaban por completo; mejor resultado conseguía Hugo cuando, por ejemplo, le decía por la mañana: — Mamita, he soñado. — ¿Y qué has soñado? — He visto á un niño muy guapo, que me decía sonriendo: ¿Estás en buena casa, Hugo? Y yo le respondía: Muy buena. — ¿Podría ir yo á ella? — Sí, ven pronto. Ves, por consiguiente, mamá, que mi hermanito tiene mucha gana de venir: ¡qué contento tendré al verle! ¿Cuándo vendrá?

A estas palabras, á las cuales la alegre é inocente sonrisa de Hugo daba tanta expresión, se dilataba el corazón de Gertrudis, y se decía que no podría menos de querer como á su propio hijo á esta criatura cariñosa, que amaba ya como á un hermano al nuevo sér que esperaban.

Nació al fin este niño deseado; oyó Gertrudis ese primer llanto, primer quejido de la criatura que entra en el mundo y que lleva al alma de la madre una alegría sorprendente y profunda; es tal vez la única ocasión en que la madre se encuentra en desacuerdo con su hijo; mientras él llora, aquélla se sonríe; cuando después de una noche de reposo vió á su lado á Roberto que le miraba enternecido, á Mad. Delaborde con el recién nacido en los brazos, y á Hugo subido sobre un banquillo contemplándole con admiración, invadió su alma una dicha más perfecta de lo que pudiera imaginar. Y cuando Hugo quería besar á aquella tierna criatura envuelta entre velos y puntillas, y decía con aire de sorpresa: —¡No abre los ojos! ¡quisiera que me mirase! — Gertrudis no pudo contenerse, y le dijo:—¡Ven á abrazarme! — Y le estrechó sobre su pecho con una efusión que probaba que un nuevo manantial de cariño había brotado en su corazón, esparciendo su benéfica influencia sobre aquellos dos niños. Roberto se sonrió, y tomando al recién nacido, le metió en la cama, pudiendo así Gertrudis rodear con su brazo á las dos criaturas.

— ¿Se está mejor en el cielo? — se dijo ella.

CAPÍTULO XX

GUILLERMINA

¡Cuán pocas veces halla eco un grito de felicidad en la tierra! Tal vez á la misma hora en que Gertrudis, tanto tiempo desheredada, se complacía en haber traído al mundo un nuevo sér, y se veía en el centro de una familia querida, la pobre Guillermina suspiraba y contenía las lagrimas, siempre dispuestas á correr por sus mejillas. No era feliz; el yugo que cae sobre todos los hijos de Adan pesaba sobre ella, que tanto tiempo había disfrutado de una tranquila dicha. Ya habían pasado aquellos días de la infancia en que volaba tan alegre su vida al lado del anciano Juan, bastando unos módicos gastos á sus modestos deseos, sin temor por el día de mañana y sin pena por la hora presente, que se veía ocupada por una tierna afección y el ejercicio de un arte querido. ¡Qué lejos estaban ya y qué contraste formaban con el momento actual, lleno de disgustos y sinsabores!

En los hermosos años de la juventud tiene tal poder la vida, y es tan viva é irresistible la necesidad de la dicha, que hace falta algún tiempo para cerciorarse que no se es dichoso. *Las alas de la esperanza*, que sostenían al cautivo de Chenier, baten con tanta fuerza en un alma joven, que cada noche, después de mil lágrimas y quebrantos, aun se cuenta con que el día siguiente sea mejor: no importa que el sol se haya puesto entre negras nubes, para que se espere una risueña aurora: se ha llorado la víspera, y ya cree uno asegurada la alegría del día que vendrá. Engaña también este día; pero la viva esperanza no muere á los primeros golpes: hacen falta grandes desencantos, frecuentes decepciones, violentas sacudidas para arrancar de raíz esta flor, destinada á perfumar la existencia: es preciso haber sufrido mucho para decir á la dicha un adiós definitivo, y marchar, sin volver atrás los ojos, por un camino desprovisto de flores y de sombra. No había llegado á tanto la mujer de Federico; su alma vagaba aún en el período intermedio, entre las rosadas ilusiones de la esperanza y la severa realidad del sacrificio. Lloraba á menudo, pero esperando siempre un porvenir más sereno, y causándola asombro que todos los días fuesen iguales.

Mamá, ¿hoy es todavía ayer? decía el pobre Delfín á María Antonieta, durante los desastrosos días de la revolución. Guillermina hubiera podido repetir esta palabra de tristeza infantil, al sufrir todos los días las mismas penas, y al sentirse herida por pinchazos de alfiler, por la misma mano, la mano descuidada de Federico.

No le faltaba corazón ni inteligencia á este Federico, en otro tiempo tan agradable y gracioso; pero la ligereza, el aturdimiento, la insustancialidad, causan en las relaciones domésticas heridas casi tan dolorosas como la más refinada malignidad. No se puede ser aturdido ni indiferente con el bien y el deseo de otro, sin ser al mismo tiempo egoísta: se descuida tan sólo á los otros cuando se prefiere uno á sí mismo, y quiere uno mejor causarles una verdadera pena que proporcionarse una pequeña contrariedad. Así era Federico. Sus movimientos eran prontos; sus sentimientos generosos, aunque mezclados con alguna ostentación: polvo que corroía el oro de sus mejores acciones; pero en él no se veía nada durable: pronto le venía el cansancio de espíritu, le hacía variar la inconstancia, la frivolidad de su alma le llevaba á otra parte, y el *yo*, apareciendo como soberano, le arrastraba hacia los placeres y aun trabajos en que su persona se encontraba más satisfecha. Apenas casado con Guillermina, que tan pronto había sustituído en su corazón inconstante á Gertrudis, se asombró de no disfrutar sino de una felicidad imperfecta, y sentía el peso de las necesidades diarias, las pequeñas humillaciones de una situación poco desahogada, disgustos fáciles de prever, y que su matrimonio había de llevar consigo disgustos, por otra parte fáciles de soportar también, si hubiere ligado á los dos esposos un mismo afecto. Cuando Guillermina cayó enferma estuvo más bien contrariado que triste.

Cuando la crítica persiguió sus obras, se irritó grandemente. La constitución débil y enfermiza de su niño no le proporcionaban las satisfacciones del orgullo paterno, y poco á poco este interior triste, sin riqueza, sin elegancia, en que una pobre mujer inquieta velaba por una criatura que languidecía, le fué pareciendo poco á propósito para alimentar el fuego y la savia de un artista. Holbein y Corregio no eran, sin embargo, ricos. Abandonó el hogar, encontrando un pretexto en la mejor disposición de un estudio de pintura que alquiló en un barrio apartado: desde este momento pasó los días enteros separado de Guillermina: ya se había roto la dulce intimidad en que hasta entonces habían vivido, ya no pedía á su mujer que tocara una pieza de Beethoven ó Mozart mientras que él pintaba, extendiendo así sus alas la inspiración sobre ambos á la vez; ya no podía acercarse con paso menudo á sorprender el boceto que poco á poco iba tomando vida: de este modo se fué quedando aislada Guillermina, mientras Federico vivía en el tumulto de París: durante algún tiempo se reunían todavía para comer, pero insensiblemente el joven marido se fué librando de esta servidumbre. ¡Qué tentaciones no le proporcionaba el restaurant, que en cada esquina abría sus puertas, y en el que se daban cita sus amigos, que le incitaban á sentarse á su mesa, en donde primero la conversación, y después las copas, animaban la comida! Bien pronto algunos viajes separaron más á los jóvenes esposos.

Federico alquiló por una temporada una habitación en Fontainebleau, dió una vuelta por Normandía y Bretaña, tomó baños de mar en Boulogne, trajo de tales sitios preciosos bocetos, destinados á ser buenos cuadros; pero si con esto ganó su ilustración, en cambio perdieron mucho su intimidad y su dicha. La reconciliación con sus padres, solicitada por Gertrudis, dió más desahogo á su vida; pero no pudo devolver la perdida alegría. Guillermina, que no se vió animada por su marido, se encontró atada y silenciosa delante de sus padres, cuando éstos fueron á París: su alma tímida y delicada como una avecilla de los trópicos tenía necesidad de una atmósfera templada de bondad y dulzura, para ensancharse y vivir; las frías miradas de su marido, la curiosidad algo desdeñosa de Madame Delaborde, la dejaron yerta: no se atrevió á

IGLESIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL EN BARCELONA.

mostrarse como era ella, y se marcharon convencidos de que su hijo había hecho mal casamiento, y de que su compañera, de una inteligencia inferior, no podía, ni comprenderle, ni ser amada de él.

En otros tiempos, Guillermina hubiera sufrido con la frialdad de los padres de Federico, cuya amistad tanto había ambicionado; pero desde el nacimiento de su hijo, la absorbía su atención por completo, con esa fuerza que los hijos enfermizos, retenidos en el mundo por un hilo próximo á romperse, ejercen sobre sus pobres madres. Ella vivía en él, y al lado del temor continuo de perderle, una sola pena la preocupaba, y era la causada por la indiferencia y el abandono de su marido.

Fernando iba ya á cumplir cuatro años, y el progreso de sus fuerzas y de su salud permanecía insensible: la inteligencia sólo había crecido, mientras el cuerpo seguía débil y como inepto para vivir. Su madre no le abandonaba ni un momento; le hacía correr, le paseaba lentamente al sol, sin que él se preocupara de las miradas que iban de aquella hermosa cara de mujer, llena de gracia y frescura, á aquella frente infantil, pálida y arrugada por el continuo sufrimiento; ella sola le instruía, pero no con los libros, sino con sus relatos y conversación. El pobre niño, que no había salido nunca de París, que pasaba largos meses en su cama ó sobre un canapé, conocía perfectamente toda Suiza, con sus montes y glaciales lagos y ríos, poblaciones y castillos; había aprendido de la boca de su madre el conocimiento de la patria de sus antepasados, y ella á su vez no había hecho otra cosa que transmitirle las descripciones de su abuelo. La instrucción que Fernando recibía le venía, pues, de una tercera generación; eran relatos de tiempos antiguos que no tenían roce alguno con los días presentes. Guillermina hubiera también querido hablar á su hijo enfermo de religión, pero delante de este dintel sagrado se detuvo. Fernando era católico..... y su pobre madre no sabía qué decirle; le había enseñado el Padre Nuestro, y no había pasado más adelante, porque su ignorancia de los dogmas católicos y los escrúpulos de un alma adherida á la superstición de su infancia le cerraban la boca; pero sufría al no poder decir á su hijo, tan próximo tal vez de la eternidad, esas palabras fuertes y suaves al mismo tiempo, cuyo secreto guarda la Religión. (Continuará.)

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos. Juan Bravo, 3.—Teléfono 2,138.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 28.—Madrid 5 de Octubre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 3 1/2 ps. fs.
Un año..... 6 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando. — *Benjamina*, novela por el P. Franco (continuación). — *El Rosario*, por ✠ Juan, Obispo de Tarazona. — *Las maravillas del amor*, novela por Angel Salcedo y Ruiz. — *Album de poesías: A Santa Teresa de Jesús*, por la Condesa de Parcent. — *De Ripoll á Ribas*, por Leopoldo Tresor y Palavicino. — *Una parienta pobre*, por Mad. Bourdon (continuación).

Grabados.

FR. ZEFERINO GONZÁLEZ. — Hace pocos días llegó á Madrid el sabio Cardenal, ornamento y gloria de la Iglesia española, siendo recibido en el andén de la estación del Norte por su íntimo amigo el Sr. D. Antonio M. Fabié y otras personas notables. El retrato que hoy publicamos del eminente Purpurado recuerda el tiempo en que el Cardenal González no era más que Fray Zeferino González, é ilustraba este nombre y apellido con fama universal en el mundo civilizado por sus obras profundas de Teología y Filosofía.

LEÓN TAXIL Y LUCIANO BRUN. — Ahora que se reune el Congreso Católico de Zaragoza, conviene publicar los retratos de estos dos insignes varones que forman á la vanguardia del movimiento católico contemporáneo. Luciano Brun es el hombre de los Congresos Católicos de Francia: sus discursos sobre Derecho cristiano constituyen la más brillante apología de la Iglesia y de las instituciones jurídicas nacidas á su bendita sombra. De León Taxil no hay que hablar: su ruidosa conversión al Catolicismo y los libros que escribe contra la francmasonería, le constituyen como una de las figuras más simpáticas de la Europa moderna.

DOS ANGELES. — El Angel de la Guarda contempla en silencio al angelito que duerme en la cuna. ¡Qué delicadeza de composición! ¡Qué profundidad de sentimiento!

ESCALERA DEL HOSPITAL DEL NUNCIO EN TOLEDO. — Entre los monumentos que atesora la imperial Toledo, es el Hospital del Nuncio uno de los más notables. Hoy ofrecemos al público la vista de su magnífica escalera.

LA DÉCADA

¡A Zaragoza! Por todos los ámbitos de la España católica resuena este grito, que es á la vez de guerra y de triunfo. Todos los recuerdos, toda la poesía, todas las tradiciones, todos los alientos y todas las esperanzas y el porvenir todo de los españoles y de España, se cifran y se simbolizan, dice uno de nuestros galanos escritores en el periódico *La Unión Católica*, en el Pilar sacro de Zaragoza donde apareció la Virgen Inmaculada Madre de Dios.

El Pilar de Zaragoza es, pues, también una Covadonga de la fe, de la independencia y de las glorias de la patria.

Coincidiendo, mejor dicho, unidas en íntimo consorcio las fiestas que van á verificarse en honor de la Virgen del Pilar, á la cual ensalzan los zaragozanos, no sólo en el templo, sino también en sus cantos populares, en la clásica jota aragonesa, van á llevarse á cabo las reuniones del Congreso Católico de Zaragoza en el templo de La Seo, preparado al efecto de un modo solemne.

Es indudable que si tenemos los católicos españoles la constancia de nuestros antepasados cuando en una lucha heroica de siete siglos expulsaron á los sarracenos, triunfaremos al fin, y ganaremos la victoria definitiva en esta nueva reconquista que llevamos empeñada en todas partes donde se agita el pensamiento y se mueve la actividad y se vive la vida del espíritu, contra los *muslines* del librepensamiento y de la revolución.

El Congreso Católico

FRAY ZEFERINO GONZÁLEZ.

de Zaragoza, que sucede al primer Congreso Católico celebrado en Madrid, va á ser una manifestación vital, poderosa, enérgica de los sentimientos católicos de España y de las fuerzas literarias y científicas del Catolicismo y de la Iglesia en nuestra patria, como lo fué el ya referido de Madrid.

Al Pilar de Zaragoza, al Congreso Católico de Zaragoza, á demostrar á los impíos, á los revolucionarios, á los racionalistas y á los ateos, que la fe no muere en España, que la inmensa mayoría de los españoles son hijos de los héroes de Covadonga, de las Navas de Tolosa y de Lepanto. Al Pilar de Zaragoza. Al Congreso Católico de Zaragoza. A demostrar á los enemigos de la Religión, de la Iglesia y del orden social que la ciencia cristiana es la ciencia, que la filosofía cristiana es la filosofía, que la literatura cristiana es la literatura, que el derecho cristiano es el derecho, que el arte cristiano es la belleza y que la política cristiana es la única política salvadora de los pueblos y moralizadora en la gobernación del Estado.

Al Pilar de Zaragoza. Al Congreso Católico de Zaragoza á proclamar muy alto que los verdaderos hijos de España no descansarán ni desmayarán un momento hasta ver absolutamente libre al augusto prisionero del Vaticano; á proclamar que dentro del orden providencial de la historia la Soberanía temporal del Papa, de la cual ha sido despojada sacrílegamente la Santa Sede, es necesaria y conveniente para la independencia de la Iglesia y para que el Romano Pontífice ejercite con plena libertad y perfecta dignidad su ministerio espiritual; á protestar contra el atropello de la usurpación de los Estados pontificios, sancionados en la historia por el más antiguo y sagrado de los derechos, por el único derecho verdaderamente imprescindible y asegurado por los dictados del derecho internacional y de la paz de las naciones.

Dios quiera, además, que el Congreso Católico de Zaragoza sea un nuevo avance en el camino de que cesen las discordias, las luchas, las divisiones que separan á los católicos españoles por circunstancias políticas y por accidentes de partido.

***

Las solemnidades religiosas, literarias y científicas, que con motivo del Congreso Católico y fiestas de la Virgen del Pilar se celebrarán en Zaragoza, serán probablemente las siguientes:

Sábado 4, Salve solemne en el Pilar; domingo 5 á las siete y media, Misa de Comunión en la santa capilla del Pilar.

A las diez, Misa de Pontifical con sermón, que predicará D. Florencio Jardiel, canónigo y secretario de la Junta Diocesana de Zaragoza.

A las tres, sesión inaugural del Congreso en la Catedral de La Seo.

A las seis, Rosario y Salve por el Rosario en el Pilar.

Día 6, 7, 8 y 9, á las doce, sesiones públicas del Congreso.

Por la mañana y por la tarde ó noche, reunión de secciones en los locales del Seminario conciliar destinados al efecto.

En las sesiones públicas se cantará el *Veni Creator* y *Tu es Petrus*.

Día 10, á las diez, Misa de pontifical con sermón en la Catedral del Pilar y *Te Deum*.

A las cinco, en el salón del colegio de Salvador, solemne sesión científica.

Día 11, á las tres, Vísperas solemnes. A las seis Salve y Maitines en el Pilar.

Día 12, función religiosa á las diez, con sermón, que predicará el Excmo. Sr. Arzobispo de Sevilla.

A las cuatro de la tarde, procesión pública.

Día 13, comienza en la santa capilla la octava de la Virgen.

Por la noche procesión pública del Rosario general.

Día 15, sesión literaria y musical por la Academia de San Luis en el Colegio del Salvador, á las cinco de la tarde.

También la Sociedad Económica Aragonesa prepara una sesión para la distribución de premios á la virtud y el trabajo, y del certamen científico-literario por ella convocado.

***

Siguen dándole vueltas los periódicos, con motivo de la crisis por que atraviesa el reino de Portugal á la unidad ibérica, esa cuestión que tanto preocupó á nuestros antepasados en los grandes días de nuestra gloria nacional, y que, resuelta incompletamente por Felipe II, volvió á plantearse con caracteres más graves, y al parecer insolubles, en los desgraciados días de Felipe IV.

Es una prueba decisiva y terminante de la decadencia, no sólo de nuestra nación, sino aun de nuestra raza, la falta del ideal de la unión ibérica en la muchedumbre, y hasta en la clase media de España. Si en España hubiese algo de verdadero sentimiento nacional, de aquel *amor de nacionalidad* de que hablaba ya nuestro P. Moret, es indudable que la cuestión de la unidad ibérica tendría mucha mayor importancia que la que hoy tiene, que sería una cuestión que preocuparía forzosamente á la generalidad, y que, por lo mismo, los políticos y los partidos tendrían que contar con ella como indispensable factor y elemento obligado de sus programas y de sus luchas.

Desgraciadamente, falta eso. La unidad ibérica por que tanto trabajaron los Reyes Católicos, y que ya tuvieron planteada y hubieran conseguido á no sobrevenir la muerte del príncipe D. Juan; la unidad ibérica, que preparó Carlos I en su matrimonio, y que Felipe II logró por medios tan lícitos como gloriosos; que Felipe III quiso consolidar con sus fastuosos viajes á Lisboa; que Felipe IV, una vez rota por la traición de una española, tan ambiciosa como ingrata á los Reyes que la habían colmado de favores y á la nación en que había nacido, trató á toda costa de reanudar, y por alcanzarlo renunció á su preponderante posición en Europa, y ajustó la paz de los Pirineos, y luchó desesperado y heroico por espacio de veinte años contra la adversa suerte; la unidad que hasta para el Gobierno degenerado de Carlos II fué móvil principal de política exterior, hoy, la verdad es que á nadie parece importarle un bledo en España, y que fuera de algunos estudiantes de segunda enseñanza, de algunos académicos de la Historia, y de tal ó cual escritor de segundo orden, interesa tanto á la generalidad de los españoles como la unión de Suecia y Noruega ó la confederación de las tribus que pueblan la isla de Madagascar.

Por el contrario, en Portugal la cuestión de la unidad es cuestión candente, y siempre discutida y traída y llevada por escritores y por políticos. Pero traída y llevada y discutida en tal sentido, que más nos valía quizá que no hablasen ni se acordasen de ella jamás. Tienen los portugueses la debilidad de creer que forman, no sólo un reino independiente, sino una verdadera nación, error en que no han caído ni en los días de su mayor enemiga recíproca los Estados autónomos de Alemania, pero que es, á pesar de todo, bien disculpable por cierto en nuestros hermanos, porque, hasta no hace mucho, lo padecieron aragoneses, navarros y vizcaínos, y hoy mismo algunos catalanes no están libres de él. Partiendo de ese error, que no es, después de todo, distinto del error de nuestro paisano Almirall, se figuran que para unirse con España no tienen más que dos caminos: ó el de la sumisión, ó el de la confederación. O el de ser dominados por los españoles, ó el de constituirse bajo un pie de igualdad con España, en pacto de alianza ofensiva y defensiva.

Basta enunciar el dilema para comprender que son utópicos é impracticables sus dos términos, pues ambos no son otra cosa sino un medio de eludir la resolución verdadera del problema. Si la conquista de Portugal por España es odiosa á los portugueses, no lo sería menos á los españoles, dado el caso de que pudiéramos intentarlo. Portugal, por otra parte, unido á España por el vínculo de la conquista, lejos de constituir un aumento de fuerza, lo que aumentaría sería la debilidad del conjunto. Y la confederación tampoco cabe entre un reino grande y un reino pequeño, porque, ó sería una máscara de la verdadera unión, ó resultaría absurdo que se tratasen bajo un pie de igualdad seres tan desiguales. No; la unidad ibérica, ó es una unidad cierta y efectiva, ó no es nada ni puede ser nada fecundo y provechoso. Y resulta que la verdadera unidad no se quiere ni en España ni en Portugal: en España se la mira con indiferencia y en Portugal con odio.

Pero no por eso debemos abandonar la cuestión. Lo que hoy no es posible, mañana puede serlo. Lo que hoy se presenta rodeado de dificultades, al parecer insuperables, mañana puede ser llano y facilísimo. Lo que importa es que las personas suficientemente ilustradas para comprender las ventajas de la unión, tanto del uno como del otro reino, se propongan de un modo serio ir trabajando en cuanto de ellas dependa, para que se abran los caminos por donde en el porvenir han de ir á encontrarse y abrazarse los dos pueblos peninsulares. Los portugueses ilustrados, que luchen con el odio de sus paisanos: luchemos nosotros con el indiferentismo culpable de los nuestros, y quizá no pase mucho antes de que España y Portugal unidos, y por lo mismo fuertes, puedan hacerse respetar en el mundo, y no se vean expuestos á las afrentas y humillaciones que hoy tienen que devorar.

¡Dios quiera que los desengaños adelanten ese día glorioso, y que España y Portugal sellen alguna vez su unión sobre los muros reconquistados de Gibraltar, como en otro tiempo sellaron la suya Castilla y Aragón sobre los muros reconquistados de Granada!

FERNANDO.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

CAPÍTULO VIII

TRAMAS Y EMBROLLOS

Hacía dos ó tres meses que Luisa vivía con las monjas de Mount-Benedict, y permanecía allí noche y día, excepto cuando iba á Boston, ó á Nueva York para hacer compras y ocuparse en diversas labores mujeriles; pero las más veces para hablar con Mario, que nunca acababa sus preguntas sobre lo que pasaba en el monasterio. Hacían más fáciles y más frecuentes estas salidas los ferrocarriles que mantenían un regular servicio entre estas dos no lejanas metrópolis de la industria americana. Pero ¿cómo se encontraba entre las Ursulinas Luisilla la apóstata? Un conjunto de circunstancias la habían conducido allí, y el mismo Mario, el irreligioso, el demagogo, el embustero Mario, no sólo la había dado su consentimiento, sino que lo había exigido absolutamente. Procuremos explicar con alguna claridad la trama de este enredo.

Las monjas que dirigían el vasto y noble instituto de Mount-Benedict, secundadas por el obispo de la

diócesis, admiradas por los católicos y por los protestantes de buena fe, y favorecidas por los felices resultados obtenidos, no bastaban ya á las necesidades del gran número de discípulas que aumentaban de día en día.

Sentían además la necesidad de dar mayor extensión á la enseñanza del cosido y del bordado, ramos que deben ocupar un principal lugar en la educación femenil, tanto más cuando en América estaban bastante descuidados con no pequeño perjuicio de las familias. Para tal enseñanza estaban bastante escasas de personal. Habiendo recomendado á los padres mismos de las colegialas que buscasen gente á propósito, mistress Lokport, la madre de Benjamina, sin encomendarse á Dios ni al diablo, pensó en Luisa, que supo que se hallaba con Mario en Nueva York, precisamente en aquel tiempo, y se le metió en la cabeza enviarla á Mount-Benedict.

Sabía que tenía gran habilidad en obras de aguja, bordado y hechuras de vestidos, y estaba segura de que por este lado la elección la honraría. Pero también la movió otro motivo que se guardó bien de manifestar á su marido. Desde que la conoció en Bastia, aquella jóven le pareció no muy entregada á las prácticas católicas, y además Mario la había indicado que cuando se casase con ella procuraría engolosinarla con el *puro Evangelio* de los puritanos, y decía esto para ponerse en buen lugar, desde el principio, con aquella señora y ganarle la voluntad. Pareció, pues, á ésta una jugada feliz colocarla allí en clase de maestra, lo cual sería el destino manifiesto; mas con la secreta comisión de coserse á las faldas de su querida Benjamina, como centinela segura de la fe puritana contra las asechanzas y seducciones papistas de las monjas. Se propuso, pues, arreglar su plan á satisfacción de las partes contratantes: de modo que recomendaría á Luisa, presentándola á las monjas como un portento de capacidad en todas las labores mujeriles, y además prudente, discreta, reservada, decorosa, en suma, nacida y dotada para maestra; á Luisa le ponderaría las monjas como benignas y acomodadizas, y el empleo que á su lado había de gozar honroso al par que tranquilo y lucrativo.

Por su parte el señor Samuel había empleado de otro modo á Mario. En su calidad de grande accionista y de uno de los directores de Broadway-hotel, había concebido graves sospechas de que la administración de aquel establecimiento no fuese llevada con toda la probidad que se tenía derecho á esperar de los pingües salarios con que eran retribuídos los principales empleados, siendo sabido que la fidelidad se paga, como cualquiera otra mercancía, con monises. Sin descubrírselo á nadie la presencia de Mario, al que había conocido por hombre diestro como otro alguno, avisado y atrevido (y en esto no se engañaba), le hizo ocurrir la idea de que podría valerse de él para vigilar disimuladamente la parte económica, tomando en secreto por algunos meses los principales apuntes con toda exactitud, los cuales, comparados con los libros de cuenta y razón, descubriesen la magaña, si es que la había. Y puede que hubiera bastado tomar nota puntual de los parroquianos que llegaban diariamente á la fonda y del tiempo que cada uno permanecía en ella, y con esto se podría hacer un cálculo de los rendimientos.

Y como llegó la época de uno de sus acostumbrados viajes á Nueva York fueron allí, y se encontraron con los recién llegados, teniendo el hombre con el hombre y la mujer con la mujer aquel misterioso é íntimo coloquio que hemos visto al principio. Mario, como persona á quien parecía mentira poderse meter en un gran negocio y manipular á su manera, aceptó la comisión, dió gracias á Lokport por la confianza que en él depositaba, y prometió montes y montones. Pero Luisa se espantó de aquel oficio, en parte de espía y en parte de seductora con la añadidura del fingimiento con que debía acompañarlo delante de las monjas, las cuales, ignorantes y confiadas, no debían ver en ella sino á la maestra de las labores mujeriles. No hay duda en que aquello era algo menos que los excesos en que se había precipitado. Pero ¿qué queréis? En estos en primer lugar el corazón la había trastornado y después la dura necesidad que la tenía encadenada á la voluntad de su seductor. Pero en cuanto al nuevo enredo en que querían meterla, el corazón le decía que no consintiese, pues el cariño que había tomado á aquel ángel de Benjamina desde la primera vez que la había visto en su patria, le hacía mirar como una especie de traición los manejos que se querían emplear con ella. De aquí las repugnancias que desconcertaron á mistress Elena y el remedio un poco tortuoso que puso Mario con sus profusas seguridades de que se le daría gusto en todo. Sin embargo, Luisa no hacía gran caso de los recados que empezaron á menudear de parte de las monjas, ni de los consejos incesantes que comenzaron á llover de parte de la señora Lokport, porque se le hacía cuesta arriba abandonar la idea de poner una tienda para pasar á otra carrera instable por ventura y de corta duración; y lo que peor le sabía era descender de aquel estado en que era dueña de sí misma para someterse á la dependencia de otros. Bien era verdad que las utilidades que le ofrecían balanceaban ventajosamente los lucros que esperaba de su oficio; mas la libertad y vivir en su propia casa no encontraban compensación alguna. Mario, entre tanto, contra lo que temía, no le habló más sobre el particular, ni le gustaba oir hablar de las monjas ni de Mount-Benedict. Fué, por consiguiente, grande su admiración y estupor cuando Mario, mudando repentinamente de parecer, le sacó la conversación acerca de las ganancias que la granjearía su colocación en el convento de las Ursulinas. Desde el principio de su razonamiento la pobre mujer conoció que era cosa deliberada y resuelta, y que Mario tenía algún plan de batalla. Cuanto más, que había dejado traslucir que sus mismos amigos particulares verían con gusto aquel hecho, y que no podía tardar en efectuarlo. — ¡Oh! ¿qué es esto? decía Luisa entre sí. ¿Para qué entra en este asunto el gusto ó disgusto de los amigos de Mario? No hay duda de que aquí se urde algún nuevo embrollo, en cuyos hilos quizá me veré enredada. — De todos modos, aunque aquel artificio la disgustase en extremo, conociendo que al fin y al cabo lo que acomodaba á Mario llegaba á ser para ella ley inevitable, y mucho más después de aquel simulacro de casamiento, bajó la cerviz; sacó fuerzas de flaqueza para mostrarse contenta, y partió primero para la casa de sus protectores para trasladarse después de algunas semanas al convento.

Mario había mudado mucho con motivo de un nuevo incidente que había sobrevenido para enmarañar aquella madeja, de suyo ya algo enredada. Como hombre perdido y sin conciencia, en cuanto recibió la confidencia y la comisión de Lokport empezó á rumiar el modo de sacar partido de aquel secreto y procurarse ganancias sin perder el favor de aquél ni la gratificación prometida. Y le pareció lo más natural del mundo descubrirlo todo á algunos de los principales interesados, los que, para no ser descubiertos, darían más que lo que para descubrirlos le daba Lokport, y así comería á dos carrillos, ahorrando á unos y otros los disgustos que originaría el descubrimiento de la verdad. Pues qué, ¿no es obra filantrópica ahorrar al prójimo los disgustos? Este fué el motivo de revelárselo con el mayor sigilo á aquel John Thomson, que hemos dicho ser el contador principal de la Fonda monstruo y enemigo jurado de las monjas de Mount-Benedict. Thomson era presidente del club llamado de los *hermanos*, que es lo mismo que decir de los más rabiosos protestantes y sectarios que había en América, entreteniendo secretas relaciones con los hermanos de Boston y Charlestown. Recibió este con los brazos abiertos las confidencias de Mario y arregló con él la justa retribución que por el servicio ofrecido se le debía. Pero habiendo oído incidentalmente, en el curso de los tratos, las propuestas de la señora Lokport á Luisa, le pareció ocasión de cogerlas al vuelo, y por esto la alentó á hacerla ir de todos modos. ¿Quién sabe? Quizá por medio de ella se podría pescar alguna explicación para dar un gran golpe; de un negocio sale otro, y tener allá dentro una *de las suyas* que pudiese saber las interioridades, espiar, influir, sería probablemente el medio más expedito para librar á la América de aquél maldito contagio. Inclinado Mario por naturaleza á lo tenebroso, á lo misterioso y á lo malo, no quiso saber más; mandó á Luisa que fuera, y ella marchó en seguida.

Es excusado decir si mistress Lokport la recomendó su dulce Benjamina. Le había estado dando instrucciones muchos días seguidos, encargándola que la estuviese encima como un Argos, sin darlo á conocer, y que tuviese cuidado con las personas que la rodeasen y de sus amistades con las compañeras; que olfatease qué clase de libros ponían en sus manos, que escuchase sus conversaciones, y sobre todo que estuviese vigilante con las monjas para evitar que con estudiados halagos y caricias consiguieran seducirla, y que si la niña vacilase ó diese señales de inclinarse á la superstición volase, doquier que estuviese, á darle aviso, que con ello contraería un gran mérito para con Dios y la obligaría para siempre. Para demostrarle su futuro reconocimiento con la generosidad presente, la buena señora le hizo un magnífico regalo de un hermosísimo estuche de marfil que contenía un neceser con todos los chismes mujeriles, de mucha riqueza y exquisito gusto; y viendo que Luisa, por delicadeza, repugnaba un poco el admitirlo: — Mi querida amiga, añadió, aceptadlo; quiero que os acostumbréis á admitir las prendas de mi sincera gratitud por el celo con que os emplearéis en mi servicio.

La superiora del colegio, que entre otras razones para preferir á Luisa había tenido muy principalmente la de suponerla católica porque era italiana, al saber que era protestante estuvo para despedirla desde luego; pero además de ser negocio casi concluído temió dar pretexto á la maledicencia, que les hiciera pasar por intolerantes, á ella y al convento, y sobre todo estaba segura de que la Lokport hubiera armado un escándalo. Decidióse, pues, á admitirla á prueba, y entre tanto, para evitar todo peligro, la hizo conocer con términos claros y concisos que en materia de religión era estrechísimo el reglamento del instituto, que prohibía hablar en público términos no católicos, y por consiguiente que tomase sus medidas para acomodarse á la regla, lo que le sería fácil, debiéndose sólo ocupar en cosas materiales é indiferentes, y que sobre este artículo no se transigiría. Picó extraordinariamente á Luisa que se la quisiese poner una mordaza. Disimuló, empero, y añadiendo este disgusto á la repugnancia con que tomaba aquel género de vida, se obstinó más y más en representar el personaje de protestante; en despreciar las cosas católicas y proteger ocultamente á la puritana Benjamina. ¡Tanta es la fuerza del despecho en el corazón de la mujer! Por lo demás, Luisa llevaba consigo otros malos espíritus que la pervertían y la cegaban: el sacrilegio, la apostasía y la tenebrosa desesperación de no volver jamás á la verdadera senda de la virtud.

Encargada, pues, de dar principio y de ordenar la labor de las niñas se aplicó á ello como si se tratara de la constitución de un reino. Las alumnas (según el uso americano) le daban el título de *presidenta de sala*, que ella se mamaba perfectamente:

dispuso en buen orden los telarcillos, las almohadillas, los tambores de bordar, los acericos; arregló un arsenal de agujas y alfileres de todas clases, un ejército de ovillos, de roquetes y de madejitas, y en guardia acá y allá las devanaderas y los argadijos. Cuando se sentaba en la silleta de la presidencia la altura del lugar se le subía á la cabeza, y su femenil vanidad se conocía bien por la laboriosa gravedad con que explicaba sus teorías acerca de la ciencia de embastar, deshilar, coser, repuntar y cosas semejantes. Algunas veces, no contenta con preparar las labores y corregir las equivocaciones y errores de sus discípulas, espetaba una disertación sobre el modo de tener en la cintura el palillo para hacer calceta; salía con aforismos sobre los rodetes y armaba catecismos sobre coger un punto suelto y sobre los ojetes, sobre los recamos y sobre toda especie de puntos. Con lo que las muchachas, que tienen ojos de lince para descubrir las debilidades de su sexo, se daban de ojo y se reían disimuladamente de ella.

Benjamina, tan encarecidamente recomendada por su madre á su vigilancia y protección, era por ella acariciada de un modo singular. Le hablaba á menudo de su madre, y cuando volvía de Nueva York, después de sus ordinarias expediciones, nunca dejaba de visitarla y de traer á la hija noticias suyas, besos y confituras. En sus coloquios íntimos con ella no se limitaba á hablarle de cosas de remiendos ni cosidos, sino que entraba en cosas de religión siempre que se le presentaba coyuntura favorable, y no tardó mucho en conocer que la inocente puritana se iba aficionando insensiblemente á las maestras, admirando todas sus cosas. Con este motivo, para congraciarse con la madre, trabajaba en sentido opuesto, procurando con destreza y disimulo hacerla mudar de opinión y apartarla de las monjas. La refería los chismes que corrían por la casa; adornándolos con un poco de sarcasmo y befa para desacreditar á las religiosas, exageraba cualquier impaciencia que hubiera tenido alguna de ellas; si su protegida recibía alguna corrección la compadecía malignamente, suponiéndola víctima de una injuria dimanada de un desahogo de venganza de la maestra. Cuando Benjamina la hablaba de algún uso ó práctica de piedad católica no dejaba de encajarle en seguida las acostumbradas imputaciones de los protestantes, á fin de destruir el efecto de aquella buena impresión. Algunas veces hasta la decía claramente que si se llegase á infatuar excesivamente con las beaterías monacales, sabría dar aviso á su madre, y entonces ¡pobre de ella!

En este apostolado oculto y tenebroso Luisa no obraba espontáneamente y á gusto suyo, antes bien experimentaba un remordimiento cruel y vergonzoso. Mas la furia interna del delito consumado la empujaba á cada instante á él ciegamente; la necesidad de complacer á mistress Lokport, que la colmaba de beneficios, la obligaba y arrastraba más que todo el empeño caprichosamente tomado desde el principio de aparecer protestante despreocupada y sin remordimientos. ¡Ay del que da un primer paso en falso! ¡Cuánta iniquidad, mentira y felonía se acumula muchas veces por no retractarse á tiempo! ¡Hay delitos que hubieran hecho estremecer de horror si se hubiesen previsto sus consecuencias! Lo cierto era que, no pudiendo funcionar los crueles remordimientos de la conciencia con la esperanza de un cercano arrepentimiento, Luisa procuraba sobreponerse á ellos de cualquier modo, arrostrándolos abierta y desesperadamente. Así sucede todos los días á muchos infelices y culpables conspiradores contra la luz que en los corrillos hablan impíamente y obran en público como incrédulos, mientras que en lo íntimo de su corazón un gemido eterno les advierte de su delito, y un terror, combatido en vano, les tortura con el temor horrible de la divina venganza. En sus confidencias con su discípula Luisa llegó hasta el punto de jactarse de que había sido católica, que había cambiado el papismo con la reforma y que se encontraba mejor sin tantas trabas de ayunos, comidas de viernes, confesiones é indulgencias.

Cuando Dios es el que guía, toda calle converge al término por él predestinado. Aquella última revelación con la que Luisa trataba de congraciarse con la muchacha ayudó á abrirle los ojos, removiendo en gran parte los obstáculos que se oponían á su conversión. Y sucedió que la idea de que hubiese apostatado de la religión de las monjas suscitó desdén y desprecio en el ánimo puro y recto de la joven doncella hacia la que se hiciera culpable de semejante delito. Pensaba en el horror que la inspiraría una monja que cambiase su religión de humildad, mansedumbre, caridad, para volverse vana, presuntuosa, importuna, calumniadora como Luisa, infundiendo en ella horror, y por otra parte no veía en aquella mujer más que una traidora, una renegada, de la que debía guardarse cuidadosamente. Desde aquel día la tomó ojeriza, y no le habló de otra cosa que de hilo y bordados, proponiéndose ocultarla con esmero toda nueva idea espiritual ó religiosa.

(Continuará.)

EL ROSARIO

Es la devoción del Rosario una de las más arraigadas, y de las más copiosamente enriquecidas por los Soberanos Pontífices. Es el Rosario un compendio de los más principales misterios y verdades de nuestra Religión; y las oraciones de que se compone son las mismas que ya recitaban los Apóstoles en sus empresas evangélicas, los mártires en las cárceles y tormentos, los anacoretas en el silencio de su retiro, y en sus Asambleas y reuniones los primitivos cristianos. *El Padre nuestro* y *Ave María* repetidos con la pía meditación de los misterios que conocemos con el nombre de gozosos, dolorosos y gloriosos, ahí tenéis en lo que substancialmente consiste la devoción del Santísimo Rosario. La forma que hoy tiene es debida á un glorioso Santo español, al insigne D. Domingo de Guzmán, Canónigo entonces (1208) de la Santa Iglesia Catedral de Osma.

Con motivo de la batalla memorable de las Navas de Tolosa, ganada contra los moros por D. Alfonso VIII de Castilla, envió este Rey al Norte de Alemania con una embajada á D. Diego de Acebedo, Obispo de Osma, quien llevó consigo al entonces D. Domingo de Guzmán, Canónigo de aquella Catedral. Felizmente desempeñada su misión diplomática, regresaron por la capital del orbe cristiano, tanto por visitar las Catacumbas y santas reliquias, cuanto por postrarse á los pies del Vicario de Jesucristo, Inocencio III. Satisfecha su piedad y devoción volvían á España, cuando al atravesar los Alpes y venir por las riberas del Ródano, el itinerario los conduce á Tolosa. Era la primavera del 1205. A la sazón estaban la Provenza y Languedoc infestados de los rutenos y otros herejes albigenses, que llevaban el espanto y la corrupción á los pueblos, con graves perjuicios para la Iglesia y la sociedad. Era necesario un hombre providencial, una voz viva y penetrante que avivase á los buenos y confundiera á los malvados. En semejante apuro llegan D. Diego de Acebedo y D. Domingo de Guzmán.

Al saber los legados del Papa la llegada de estos personajes, conferenciaron con ellos, y como buenos y valientes cristianos y españoles, dicen: «Opongamos el buen ejemplo y verdadera Religión á la falsa piedad, la pobreza y la predicación al lujo, y venceremos; contad con nosotros.» Comienzan la cruzada, que se extiende á Tolosa, Beziers, Carcasona y otros puntos, continuando por espacio de tres años este Apostolado, al cabo de los cuales D. Diego se vuelve á su Diócesis, se ausenta uno de los legados, muere otro, y el tercero es asesinado. Queda sólo Domingo..... recurre al favor de María. Siempre fué devotísimo de la Virgen, lo mismo los primeros siete años que pasó al lado de su santa madre Doña Juana de Aza, como los diez años que cursó en la Universidad de Palencia, lo propio que los nueve que mediaron hasta su vida regular á la sombra del Santuario, y, por último, los otros siete de agitación y actividad que transcurrieron hasta aquel momento.

Animado por esta tierna devoción á María se retira á una gruta en santo recogimiento y oración, implorando del cielo el oportuno remedio á tan gravísimos males. La Virgen se le aparece y le manda que propague la devoción del Rosario..... Sale de aquel retiro, y dirigiéndose á la Iglesia Metropolitana de Tolosa, suenan por sí solas las campanas de un modo maravilloso. Todos se preguntan: ¿qué sucede? Y dirigiéndose al templo, allí les predica y enseña este modo de oración Santo Domingo. No dejan de resistir.....; pero levantándose en el aire una tempestad y apoderándose un temor saludable de todos, y viendo que una imagen de María mueve sus brazos elevándolos al cielo..... se convierten....., y todos piden: «Venga, venga el Rosario.» Y gentes de todas clases, edades, sexos y condiciones rezan el Rosario, y cien mil personas abjuran por de pronto de sus herejías y abrazan sumisas la doctrina de la Iglesia Nuestra Madre. — Triunfo mayor que el alcanzado por Sansón contra los enemigos del pueblo de Dios.

Y no se crea que era solamente la gente vulgar. Sabios doctores en todas las ciencias acredita la historia que se convirtieron, aplicándose á María con propiedad: *Cunctas hæreses interimisti in universo mundo.* Con el Rosario fué derrotado el albigenismo. Y con el Rosario fueron vencedores nuestros cristianos antepasados en la más memorable de las batallas navales, en Lepanto. En la hora misma en que se alcanzaba aquel triunfo sobre la escuadra turca, compuesta de más de trescientas naves, y, por lo tanto, de la Cruz sobre la media luna, se cantaba por las calles de todos los pueblos cristianos el Santísimo Rosario á la Virgen nuestra Señora; y por su intercesión se logró en menos de tres horas tan señalada victoria, de lo cual tuvo clara revelación en aquel instante el Papa San Pío V.

Hoy también tiene la Iglesia y la sociedad terribles enemigos que en tanto grado injustamente oprimen los derechos sagrados de la primera en su Cabeza visible, el Romano Pontífice, y ponen en riesgo los intereses permanentes de la segunda. Contra semejantes enemigos, que son los así declarados por la infalible autoridad de la Santa Sede, parecidos á los rutenos, albigenses y otros, debemos emplear nuestras fuerzas, nuestros talentos, nuestros recursos y nuestras oraciones; particularmente el Santísimo Rosario, que es como la honda de que se valió David para derribar al enemigo del pueblo de Dios, gigante Goliat.

El sabio Pontífice, que hoy tan admirable y prudentemente rige y gobierna la Iglesia, nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, sobremanera confía en la poderosa protección de la Virgen Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, invocada por el pueblo cristiano mediante la devoción del Rosario; y por lo mismo desde el principio de su glorioso Pontificado viene recomendándonos esa tan tierna devoción, especialmente durante el mes de Octubre, en el cual se celebra la solemnidad del Santísimo Rosario.

Deseando como siempre cumplir y ejecutar fiel-

mente los deseos y disposiciones del Vicario de Jesucristo, venimos en reproducir y reproducimos cuanto relativamente á este punto se halla recomendado en los años anteriores, teniendo en cuenta lo que en los números 38 y 39 del *Boletín Eclesiástico* del año próximo pasado se encarga respecto á la oración prescrita al glorioso Patriarca San José, que se ha de recitar al final del Rosario; y en lo restante hacemos nuestras las disposiciones que nuestro venerable hermano y predecesor inmediato tuvo á bien consignar al tenor de las Encíclicas pontificias, en el *Boletín* del 18 de Septiembre de 1884.

Dado en nuestro Palacio de Tarazona á 20 de Septiembre de 1890,

JUAN, OBISPO DE TARAZONA
Administrador apostólico de Tucía.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

novela de costumbres españolas

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

AL INSIGNE NOVELISTA ARAGONÉS

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

MI QUERIDO D. MANUEL: *Discutíamos no ha muchas noches en esta su casa su novela de usted titulada* Amores archiplatónicos; *y mi amigo Juan decía muy serio:*

— No creo en el ARCHIPLATONISMO *del amor. Para mí, el protagonista de esa novela es un sér absolutamente fantástico. El amor, á lo menos en nuestro tiempo, pide correspondencia inmediata; si no, no hay quien pase meses y meses amarrado á una esquina y contemplando en devoto silencio una fachada.....*

— El amor archiplatónico, amigo Juan — intervino Fernando (otro amigo mío), — existe, y existirá siempre. Y es más: ese amor es una prueba decisiva de la nobleza de nuestra especie y de sus altos destinos, no sólo en este planeta, sino fuera de él; en la vida de ultratumba en que no hay más remedio que creer si quiere uno explicarse las cosas de esta vida mundana. Yo, en la novela de D. Manuel, ese querido amigo nuestro, á quien ninguno conocemos, encuentro dos graves defectos: el primero, que el amor de Andrés no es todo lo archiplatónico que ser debiera para justificar el título y dar alcance á la novela; el segundo, que no explica, por modo artístico, como deben explicarse estas cosas, la virtud santificante, la influencia bienhechora que en el desarrollo del carácter moral de un individuo puede tener ese amor archiplatónico, ó sea, puramente psicológico, íntimo, subjetivo, no sentido por la persona objeto de él, que es la nota que caracteriza, á mi juicio, á ese género de amor, distinguiéndole de los otros que son más ó menos correspondidos. Ese amor exige una novela, y esa novela no está hecha. D. Manuel apuntó; pero no dió. Si yo me pongo á escribirla, quizás acierte. Porque han de saber ustedes que yo fuí protagonista de una novela de ese género, y no tendría más que coordinar mis recuerdos, y escribirlos con método y alguna gracia para que resultase la composición artística ....

— ¡Fernando, Fernando! ¡Tú novelista! ¡Tú emulador de las glorias de Polo y Peyrolón! Ya sabíamos que eras vano; pero no hasta ese punto..... Pero, en fin, vamos á ver, cuéntanos eso..... Nos darás un buen rato refiriéndonos algo de tu vida íntima..... Tú, un padre de familia modelo, un marido bonachón si los hay, al que no sabe bueno el café sino tomado en casa, y que lees los periódicos en zapatillas y con bata..... ¡Tendrá que oir....! ¡Tú protagonista de una novela! Vamos á ver; eso será delicioso. Cuéntalo, cuéntalo.....

Fernando se hizo rogar, pero al fin dijo:

— Que no lo sepa mi mujer. Mi mujer cree que yo no he amado más que á ella, y esa creencia no me conviene destruirla. Pero á vosotros, ya que os empeñáis, allá va mi historia..... No sé si os entretendrá; pero quizás os instruya, demostrándoos que ningún movimiento del espíritu hacia el bien y hacia la belleza es estéril á la postre, por mas que parezca baldío en la apariencia..... Mi historia es de esas en que no pasa nada, y en que, por lo mismo, pasa todo; una historia del alma, en que lo exterior no es más que un pretexto; una verdadera novela naturalista, sin indecencias, porque el argumento no las requiere, sin ilusiones; porque toda ella es una ilusión y un sueño. Pero ilusión y sueño que valen, amigos míos, más que todas las realidades de la vida.....

Yo mandé servir unas copas de licor, repartí entre los contertulios unos habanos, y cuando Fernando hubo encendido el suyo, empezó su relato del modo siguiente:

I

LO QUE YO ERA

Yo tenía entonces diez y ocho años mal cumplidos.

Estudiaba el cuarto curso de la facultad de Derecho, y vivía en Madrid completamente á mis anchas.

No eran muy crecidos mis recursos; pero me bastaban para ser un vicioso de primera categoría.

Porque la verdad es esa, amigos míos: yo era un vicioso de marca mayor.

No frecuentaba los altos círculos, eso no; no conocía ni á la Marquesa A. ni á la Baronesa B.; no gastaba frac. Mis algaradas eran por tierras más llanas. Yo me revolcaba en el estiércol más sucio de la sociedad, pero ¡me revolcaba.....! Y acaso, para que el cieno sea cieno, ¿es necesario que lleve partículas de oro? Venus sensual y Baco glotón tienen en todos los órdenes sociales sus adoratorios; para ellos son altares condignos y ofrendas propicias lo mismo el albo cuello adornado de collar de perlas que la garganta de la meretriz de medio pelo; lo mismo el champagne que el peleón. Un sitio, una mujer, un manjar, un licor, serán más elegantes que otro sitio, otra mujer, otro manjar, otro licor; pero la lujuria y la gula siempre son lujuria y gula, siempre son vicios, siempre son corrupción.....

— ¿De modo, interrumpió Juan, que tú eras un calavera indecente de esos que se gastan al día 50 céntimos en gula y una peseta en lujuria.....?

— Pues no era otra cosa. Y á veces, ni la peseta tenía..... En aquel caso había de contentarme con distribuir mis 50 céntimos entre Baco y Venus. ¡Figuraos, amigos míos, á cómo saldría cada uno! Yo estaba degradado..... Y entonces conocí á mi vieja.....

— ¿A tu vieja? ¿Y quién era tu vieja?

— ¡Mi vieja.....! Vergüenza me da recordarlo..... Pero ya voy á decirlo todo..... Era una Doña Remedios que vivía en una calle subalterna, próxima á la Universidad..... Tendría por aquel tiempo más de cincuenta años; pero sabía pintarse la cara y acicalarse el cuerpo de tal modo, que, mirándola por detrás y á cierta distancia, podía tomarla cualquiera por una muchacha de veinte Abriles..... Habría sido graciosa en su edad florida; pero entonces no conservaba de su gracia más que una irresistible afición al chiste verde, que á cualquiera daría ganas de vomitar, al oirla durante media hora hablar de cualquier cosa..... Habría sido muy guapa; pero parece que para ella escribió Donoso aquellos sus terribles y elocuentísimos apóstrofes contra las viejas que conservan algún rastro de su pasada hermosura..... Lo cierto es que ninguna mujer es enfadosa por vieja, excepto aquellas que se empeñan en ser perpetuamente jóvenes. Doña Remedios era de éstas; la naturaleza le pedía que fuera venerable, y ella se resistía; quería seguir siendo linda. De aquí el contraste y el asco que inspiraba. A mí no: yo llegué á encontrarla encantadora. Sus mimos y caricias, de una sensualidad repugnante, me enloquecían. Era la primera mujer que me había dicho: «buenos ojos tienes, Fernando;» y esta prioridad bien merecía alguna recompensa por mi parte, que siempre fuí feo y agradecido. Cuando Doña Remedios me llamaba *su pichoncito*, yo le contestaba que ella era *mi paloma;* y así pasábamos el invierno, sentados en un sofá de tapicería, junto á un velador, vestido lujosamente de seda, y á la luz de una lámpara de petróleo, velada por una pantalla con transparentes que representaban el palacio del Luxemburgo y el incendio de las Tullerías..... De cuando en cuando, yo miraba los transparentes, y exclamaba:

— ¡Qué pícaros comunistas! ¡Incendiar un palacio así!

Y ella, poniendo los ojos en blanco, me contestaba:

— ¡Más incendio has armado tú en mi corazón!

Estas cursilerías me volvían loco, y cuando las escuchaba era capaz de salir á la calle, llevando del brazo á Doña Remedios, y hasta de conducirla á un café próximo; en que ¡oh vileza! me dejaba convidar por ella á cerveza con limón helado, que, aun en invierno, era entonces, como ahora, una de mis bebidas favoritas.....

II

LAS GRANDES BATALLAS

Con estas cosas pasó el invierno y vino la primavera.

Y con la primavera llegó la Semana Santa.

Y yo me eché á temblar cuando me enteré que era Domingo de Ramos.

¡Yo, hasta entonces, me había confesado siempre por Semana Santa; había ido, si no con mucha devoción, con gran sinceridad, á visitar los Sagrarios; me había dejado inundar en tan sagrados días por todas las poéticas y profundas creencias de mi niñez..... Me había creído á dos pasos de Jesucristo; me había sentido miembro místico del cuerpo santo de su Iglesia.....!! ¡Y aquel año no me era posible! ¿Cómo iba yo á confesarme? Para confesarme tenía que romper con Doña Remedios; y Doña Remedios era, no sólo la personificación y la satisfacción de mis vicios, sino que también el orgullo de mi adolescencia..... Y sin confesarme ¿cómo visitar los sagrarios.....? Aquel Dios que otros años me sonreía desde su altar, cubierto de flores y resplandeciente de luces, ahora me miraría irritado y me arrojaría lejos de Él como á un réprobo, como á un maldito..... «Tú, me diría, á quien yo dí por padre á un santo y por madre á una santa para que te enseñasen mi ley y mis caminos, me has abandonado, me has traicionado por una asquerosísima vieja, la más vil y despreciable de mis criatu-

LEÓN TAXIL.

LUCIANO BRUN.

ras..... Apártate de aquí..... No vengas á manchar con tu impuro contacto á esta muchedumbre de cristianos que se prosterna, humillada y contrita, ante mis tabernáculos..... Huye, huye de aquí..... »

Y yo oía esas voces en lo más profundo de mi alma, y temblaba de miedo, de frío y de remordimiento. El domingo de Ramos no me atreví á entrar en la iglesia, ni aun para cubrir la fórmula de oir Misa; pero á un pobre que estaba á la puerta, le dí una peseta ¡la única que tenía! Por la noche ¡mísero de mí! fuí á casa de Doña Remedios.

— ¿Por qué no has venido en todo el día? — me dijo lloriqueando.

— Me fuí á San Martín á los oficios — le contesté yo en tono severo.

— ¿A los oficios tú, remonono? — repuso ella, agarrándose á mi cuello. — ¡Ay! ¡cuánto me alegro! Yo también he estado, no en San Martín, pero sí en San Marcos, que es mi parroquia. ¿Por qué no habíamos de haber ido juntos? A mí me gustan los muchachos cristianos como tú..... Ahora es muy desalmada la gente, y no cree en Dios..... Pero tú, para ser en todo completo, hasta eres devoto..... Remonono mío, ¿quieres que vayamos juntitos á cumplir con la Iglesia?

Yo estaba confuso, anonadado, no sabía qué responder. Aquella salida me desconcertaba. Todo lo preveía yo, menos que Doña Remedios se creyese buena cristiana, ni que cumpliese con la Iglesia. Nunca habíamos hablado de eso; pero juzgando yo conforme á mi educación y á mis ideas fundamentales, la cosa era incontrovertible: Doña Remedios era una pecadora impenitente, una viciosa; luego era una impía ó por lo menos una excomulgada voluntaria. Doña Remedios tenía un galán; luego Doña Remedios no oía Misa, ni se atrevía á entrar en la Iglesia. Y, sin embargo, ¡iba á los oficios! ¿se confesaría también? No tardé mucho en preguntárselo, y no tardé tampoco en saber que se confesaba todos los meses, y que ¡horror de horrores! cuando yo no estaba muy cariñoso con ella, encendía dos velas á una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes que tenía en su casa, para que la Virgen sin mancilla se dignase ablandar mi corazón pecador, y acrecentase los bríos de mi criminal pasión..... ¿Caben abominaciones mayores?

Me convertí en misionero, y quise explicar á Doña Remedios que todo aquello era horrible, el colmo de la superstición, una manera de entender el cristianismo digna de las más bárbaras gentilidades. No me entendió ó hizo que no me entendía. Dijo que ella no sabía Teología, y que yo era muy sabio; pero que ella, pobre mujer, no tenía necesidad de serlo tanto. Y se volvió á colgar de mi cuello, y me abrumó á caricias, y á mí me mareó el olor de ilang-ilang que despedía todo su cuerpo, y me llegó á parecer ridículo meterme allí á predicar buenas doctrinas; y creí que el universo entero desaparecía alrededor de nosotros, y que quedábamos nosotros solos, allá muy altos, flotando en el inmenso espacio, en una isla aérea, resplandeciente de luz como una estrella fija; y la llamé mi sol, mi alegría, el encanto y el calor de mi juventud; y hubo allí locuras, miserias, depravación y necedad, hasta que amaneció el día siguiente, y yo me marché á mi casa con un fuerte dolor de cabeza, ahilado el estómago, los pies fríos, el corazón seco y la conciencia dormida.....

Nunca he sido más perverso que en los días que siguieron á aquel aciago día.

¡Qué lejanas, qué confusas, qué borrosas veía yo las consoladoras creencias de mi niñez! No sentía remordimientos de ninguna clase, y dominaba en cambio á mi alma una especie de tranquilidad feroz, capaz de todas las corrupciones y de todos los crímenes.

Los hedores del vicio tomábalos yo por perfumes; Babilonia tenía para mí más encanto que Jerusalén; y los pensiles de Semíramis, poblados de cortesanas, me parecían preferibles á las galerías del templo en que se arrodillan las vírgenes modestas, consagradas al Señor, que no se atreven á levantar del suelo los hermosos ojos, ni cuando el grave Sacerdote entona el Salmo lleno de poesía y de religión.....

(Se continuará.)

ALBUM DE POESÍAS

Á SANTA TERESA DE JESÚS

ODA

¡Amor! ¡amor! flamígero Oceano,
Que surge, como raudo torbellino,
Del corazón divino,
Y purifica el corazón humano.
No es el amor profano;
No es el que ciñen pasajeras flores,
Que perturban la noble inteligencia
Con su mágica ciencia,
Y cuyas hojas desparrama el viento,
Robador de perfumes y colores.....
¡Ay! ¡el viento glacial del desengaño!
No es el fuego que ciega cuando abrasa,
Que amortigua la luz del pensamiento
Y que declina, se oscurece y pasa
Entre nieblas de dudas y de olvido.. ..
No es el amor terreno,
Grande en su origen, sí, pero caído
Y manchado con lágrimas y cieno,
Cual se mancha la hoja transparente
Al caer de una nube en un pantano.
Es el amor de los amores fuente;
Es el bien soberano;
Es el agua que salta, rica y pura,
Hasta la eterna vida
Y conforta las almas desoladas,
Nunca, nunca saciadas,
Por corriente mortal y corrompida.
Es el potente vuelo
Que te elevó desde la tierra oscura
A los arrobos místicos del cielo,
Al pasar por el mundo suspirando,
Víctima santa de anhelar bendito,
Y entre sombras luchando
Con ansias y con sed de lo infinito.
¡Amor, amor gigante
Que las alturas célicas escalas!
¿Quién tu poder me diera? ¿Quién tus alas

DOS ÁNGELES.

Para volar á Dios? Como ceñido
Por las olientes rosas
Que nacen en el huerto del Amado,
Tu espíritu voló, dulce Teresa;
Volaste, sí: qué hermosa me aparece
Si extática y absorta la adivina
Mi inspiración inquieta; ya la veo
Al pie postrada de la cruz divina
Húmedas las pupilas ardorosas
Padeciendo de amores
Y exhalando suavísimo lamento,
Mientras brillan del alma los fulgores
En tu púdica faz, radiante y bella;
Bella, sí, cual la pálida neblina,
Á quien velado y tímido tras ella
Colora el rojo sol y la ilumina
Herido sufre, herido
Tu corazón dichoso por el dardo
Que vibrara el querub, por la centella
Que del volcán eterno y encendido
Del corazón de Dios al tuyo pasa
Y lo arroba, lo incendia, lo traspasa
De placer y de pena:
Que si júbilo santo lo enajena,
La materia, riéndose cobarde,
Cual vaso quebrantado,
¡Ay! apenas resiste
El fuego sacratísimo en que arde
Tu egregio corazón transverberado,
Y entonces clamas fervorosa y triste:
„Muero porque no muero,
Que es esta vida muerte transitoria
Y yo la vida inacabable espero."
Si tu espíritu fué larva terrestre,
Si gimió aprisionado
En envoltura mísera y estrecha
Por el célico rayo transformado,
Es ya la mariposa,
Que volar á la luz, volar desea
Ansiosa de calor y de hermosura,
Y en su prisión obscura,
Se estremece, se agita y aletea.
Hanle nacido alas;
Ya no puede saciar en lo creado
Su sed de amor, y en vuelo arrebatado
Pasa sobre las fértiles praderas,
Que Abril lozano coronó de flores,
Embriagadas de aromas,
Blando lecho de arroyos bullidores,
Y de puras bandadas de palomas.
Pasa sobre el torrente
Que destreuza la cana cabellera
Al eco audaz de su canción salvaje,
Sobre el rudo oleaje
Del mar inmenso, que la azul esfera
Salpica con sus cándidas espumas,
Sobre enhiestas montañas,
Que albas nieves esconden entre brumas
Y fuego asolador en sus entrañas.
Más allá..... más allá..... tanto ambiciona
La mariposa que brillante sube,
Tras sí dejando la plomiza nube
Que arrastra el remolino,
Y en cuyos anchos senos
Se forjan rayos y se engendran truenos.
¡Aun más allá! Camino
Le marcan las estrellas,
Flores que adornan del Señor el trono,
Polvo que guarda del Señor las huellas.
Y de esplendor en esplendor subiendo,
Fuerte pasa los límites del orbe
Y vuela á lo increado,
Perdiéndose con éxtasis profundo
En ese espacio que la mente loca
Pugna por abarcar en su demencia,
En esa eternidad en que se apoca
La humana inteligencia!

Y cual olas innúmeras de oro,
Oye pasar el deslumbrante coro
De las almas benditas
Que sufrieron amando,
Y para siempre hermosas é inmarchitas,
Los cielos alegrando,
Del cordero las glorias van cantando.
Mas ni aun allí reposa
La escogida de Dios, la mariposa
Que confundirse con la luz anhela,
Y pregunta á las almas que se mecen
De fulgores, y dichas, y reposo
En sempiternos mares:
„¿Habéis visto á mi Esposo.....?"
Cual triste en sus amantes agonías,
Preguntaba á las Vírgenes judías
La Esposa del Cantar de los Cantares.
Ya lo ve..... ya lo siente.....
Ya el espíritu errante y peregrino
Entre delicias inefables vaga;
Sus anhelos aumentan; su sed crece;
Quiere apagarla con el sacro vino
Que de amor embriaga,
Y de amor desfallece.
El dulce nombre del amado invoca,
Y exclama suspirando:
„Béseme con el beso de su boca;"
Y el Esposo escuchando
Aquel reclamo cariñoso y blando,
Húndela de su seno en la grandeza,
Que es la morada por que el alma gime
Al buscar delirando lo sublime.
Luz sin origen, de la luz principio;
Ciencia increada, de las ciencias fuente;
Amor eterno, perdurable calma;
Abismo refulgente,
Foco del sumo bien, centro del alma;
Unión maravillosa,
Santa caricia que pidió la esposa
Cuando erraba perdida
Con el llagado corazón opreso;
Beso, bendito beso
Que disipa las nubes que obscurecen
El pensamiento humano;
Que en el Criador anega la criatura;
Que descubre al espíritu el arcano;
Que llena el corazón, que siempre dura!
La razón soberana,
La que altiva buscó lo verdadero
Entre las brumas de la ciencia vana,
Esa razón indócil y arrogante
Que un más allá clarísimo presiente,
Un más allá que busca en su delirio
Con el instinto que á lo eterno lleva;
Que en ella puso Dios; que hasta Él la eleva
Y es á su vez su gloria y su martirio.
Con qué puro embeleso
Al recibir el sacrosanto beso
Siente que como suelta catarata
De irrefragable luz la verdad suma
Sobre ella se desata;
Lo ve todo cual es; allí descubre
De los seres la esencia
Y el manantial oculto de la vida;
Así propia se ve la inteligencia
En su Dios reflejada,
Cual toda la creación; y confundida
Escucha los conciertos de esas nubes
Que ruedan por la bóveda azulada
Y que llamamos soles:
Sabe por qué en el surco
Con savia nueva reverdece el grano;
Por qué se agita sin cesar rugiendo
El férvido Océano,
Y ante la arena mísera se abate:
Sabe lo que es el alma,
Por qué perdida su inocente calma

De la virtud bendice los destellos
Y la seduce el mal; por qué suspira
Despreciando los bienes terrenales
Y al bien ignoto y absoluto aspira;
Por qué batallan en perpetua guerra
Sus instintos, sus ansias, sus anhelos;
Y sintiéndose digna de los cielos
Se dobla hacia la tierra!
Todo al fin lo comprende;
Lo ve todo alumbrado
Por el fulgor celeste que ilumina
Cielos y mundos con sin par grandeza
Por la sacra belleza,
Claro esplendor de la bondad divina.
¡Ah! ¿Pero yo deliro?
¿El espíritu torpe y prisionero
En su cárcel de barro
Puede volar triunfante y altanero
Hasta la excelsa majestad que adora?
Voló el tuyo, seráfica Doctora;
Voló el tuyo desnudo y desprendido
De humana ciencia, de mentidas galas,
Por su fe sostenido
De la humildad y la oración en alas.
Fuiste la mariposa
Que con el sol juntándose gozosa
En llama se convierte,
Y cuando el rapto misterioso pasa
Y al bajo mundo rutilante llega,
Sus candentes alillas sacudiendo
Va célicos aromas esparciendo
Y del propio calor, calor le pega.
De su seno amoroso rebosando
Brotaba así la caridad fecunda,
Que hizo patente germinar virtudes
Cual germinan tras lluvia bienhechora
Gayas flores de mágica ambrosía,
Que en el cielo alcanzaste
Y entre oleadas de inmortal poesía
Sobre la tierra absorta derramaste.
¡Cómo en ellas deslumbra y resplandece
La inextinguible llama
Del amor poderoso que se inflama!
Te inflama, sí; de la Sión eterna
En las plácidas cumbres
Donde gigante se dilata y crece
Que no acaba el amor: caerán ligeros
Los fúlgidos luceros,
Cual las hojas marchitas de la higuera
Cuando viento de otoño las sacude.
Angeles vengadores,
Sus cabezas velando con el iris
Y blandiendo centellas por espadas,
Entre asombros, castigos y temores
A las míseras gentes espantadas
Dirán: „El tiempo ha sido.....
La eternidad, la eternidad impera!"
Y pasarán volando,
Rastros de fuego tras de sí dejando
Al formar con sus alas colosales
Fragoroso ruido,
Como de muchas aguas desbordadas.
Y morirá la muerte,
Después de herir á la postrer criatura
Con su guadaña fuerte,
Y la fe morirá, cuando sin venda
En la vida futura
Los misterios altísimos comprenda,
Apagando la antorcha
Con que á las almas fortalece y guía
Por que firmes naveguen
Hacia el puerto que ven en lontananza.
¡Cuando á ese puerto venturoso lleguen
Morirá la esperanza!
Y vivirá el amor: al ronco estruendo
De mundos que se hundan,
Que apiñados cayendo

En caóticas masas se confundan
Y entre sombras espesas
Vuelen al fin desechos en pavesas.
Dominará sonoro
De los santos espíritus el coro,
Amor sintiendo y al amor cantando
Toda la eternidad! Dulce misterio,
¿Quién ¡ah! te ensalzaría
Del querub sin el místico salterio?
Yo te adoro callando,
Y en la altura do eterno centelleas
Alzo fervientes mis cansados ojos
Al exclamar de hinojos:
¡Amor, célico amor, bendito seas!

JOSEFA UGARTE BARRIENTOS,
Condesa de Parcent.

DE RIPOLL Á RIBAS

UNA EXCURSIÓN POR LA ALTA MONTAÑA DE CATALUÑA

I

Son las dos de la tarde: largo convoy de vagones de todas clases aguarda el minuto oficial de la salida en la anchurosa y ventilada estación de Zaragoza de la ciudad condal.

La locomotora parece impaciente de emprender la marcha como un caballo de carreras: el vapor hincha sus arterias de hierro, pronto á poner en movimiento los poderosos músculos de ese enorme coloso de la industria; de cuando en cuando desahoga su impaciencia un chorro de vapor, ya con murmullos de descontento, ya con agudos y mal comprimidos silbidos.

Si la locomotora parece impacientarse, los viajeros se desesperan realmente; unos paseando por el andén, otros sentados en el deseado rincón, temerosos de perder el sitio; pero todos espiando atentamente la saeta del reloj de la estación, que sigue con monótona é imperturbable regularidad su curso por la blanca esfera. Eso de imperturbable le parecerá á más de un lector una exagerada poética, y quizás no les falte razón en ello; pues por experiencia habrá visto, acaso, en algún viaje, que no hay reloj que se perturbe y descomponga con más facilidad que un reloj de estación.

Las dos y trece minutos: una sacudida brusca como un estremecimiento nervioso; un sonido estrepitoso, confusa y heterogénea mezcla de rozamientos y rechinar de cadenas y hierros, y el largo convoy se pone en marcha; primero lentamente, luego aumentando progresivamente hasta llegar á la sensata y moderada velocidad de los trenes españoles, modelos de cordura y calma, que no se permiten las acaloradas y temerarias carreras de *rápidos* y *expresos* de otros países.

San Andrés con sus fábricas; Moncada con sus alegres *torres* extendidas por la hermosa ladera de rápida pendiente en que, escalonados, se ven los terraplenes de las distintas vías férreas; Mollet, donde algunos vagones se separan del tren para llevar algún reumático á Caldas de Montbuy; Parets y Granollers, hermosa población, con mucho movimiento industrial, desfilan sucesivamente á la vista del viajero como los cuadros disolventes de una linterna mágica, con los intervalos de los minutos reglamentarios de parada, más ó menos elásticos, á gusto de los empleados y amenizados por toques de campana y vociferaciones de los mozos, *solos*, más ó menos roncos y desabridos de esa salvaje sinfonía de la industria, de ese *galop* infernal de la civilización que constituye un viaje en ferrocarril.

Las Franquesas y la Garriga, cuyo establecimiento de afamadas aguas termales se divisa á la izquierda, tras un frondoso parque, y cuyas hermosas quintas de recreo forman á ambos lados de la vía una bonita calle, siguen después y el tren se interna en el pintoresco desfiladero del Congost.

Tres paradas más, sin fonda, y á lo lejos se ve una población de extenso perímetro y apiñadas casas: es Vich, la patria natal de los legítimos salchichones que han popularizado tanto el nombre de Vich, que millares de falsos salchichones se hacen naturalizar hijos de esta comarca. Al lado de la estación se ve una gran fábrica de salchichones y embutidos con real privilegio. Vean ustedes: hoy que vánse mermando cada día más las regias prerogativas, hoy se les da real privilegio á los embutidos.

Después de estas reflexiones político-gastronómicas, pensamos en que Vich es una población bastante importante, con Sede episcopal y..... y el "¡Viajeros al tren!„ y la consabida campanada interrumpe estas consideraciones más dignas y elevadas que las anteriores.

Manlleu, Torelló y San Quirico son las tres estaciones que nos restan para llegar á Ripoll. Si toda la línea es hermosa, este trozo de camino es hermosísimo.

Los paisajes más sorprendentes se suceden con pasmosa variedad, ya agrestes y salvajes, ya pintorescos y encantadores. Feraces campiñas y verdes prados, frondosos bosques y rudos peñascales, y abriéndose paso á duras penas, el Ter, de cristalina y rápida corriente, que atravesamos varias veces y bordeamos casi todo el camino. Un gran edificio que vislumbramos á la izquierda es Conanglell, campo de maniobras de los Ingenieros militares.

Si todo tiene en este mundo sus inconvenientes, la *accidentación* (palabra que, con inflexiones de voz exageradamente escabrosas, empleaba humorísticamente un compañero de viaje mío, á guisa de onomatopeya descriptiva) del terreno ha ofrecido muchos y muy grandes á la empresa constructora de la línea. A cada paso hay un torrente que salvar, un túnel que perforar, enormes desniveles que terraplenar. Y aun así han tenido que trazarse curvas que por lo rápidas y atrevidas asustan; apenas si el chillido estridente de los trenes calla algún rato. Además de esto la mucha pendiente, pues Ripoll se halla á 681 metros y San Juan de las Abadesas á 798 sobre el nivel del mar, hace difícil y fatigosa la marcha de los trenes.

Son cerca de las seis y media: ya llevamos más de cuatro horas de tren y hace tiempo que bordeamos el caudaloso Ter.

La locomotora lanza unas cuantas notas alegres, anunciándonos la proximidad de Ripoll.

En efecto; á la izquierda divisamos la torre prismática de Santa María, dominando severa y majestuosa los edificios de la histórica villa.

El tren se detiene; buscamos un carruaje, y en pocos minutos nos hallamos delante de los „porxos de la Mare de Déu," grandes arcadas que impiden la vista de conjunto de la fachada del glorioso panteón de los antiguos Condes de Barcelona.

El cochero nos advierte que sólo podemos estar allí pocos minutos, pues la noche se acerca. La torre cuadrangular con sus 24 ventanales bizantinos se nos presenta gallarda é imponente.

¡Alzada sobre ruinas, cuántas ruinas no ha contemplado en sus nueve siglos de existencia!

El tiempo ha dado á sus muros ese tinte melancólico, *altgrau*, gris viejo, como dicen los alemanes. Hace más de medio siglo que sus campanas enmudecieron en los aciagos días del mes de Agosto de 1835. La tea incendiaria prendió fuego al monasterio, y el rencor de los partidos avivó el incendio de aquella mansión de paz. Sólo la torre-campanario, los macizos muros del templo, parte del claustro y la magnífica portada se libraron de la destrucción.

Fundado por Recaredo á fines del siglo VI, destruído, juntamente con la villa, por los árabes en 718, reedificado á últimos del siglo VIII, volvió de nuevo este malhadado monasterio á sufrir la misma suerte, hasta que el Conde *Wifredo el Desyermader* (no *Velloso*, como á causa de incorrecta traducción del *Guifredus pilosus*, de su inscripción sepulcral y de los códices ripollenses, se le ha venido llamando en la historia) lo construyó de nuevo dedicándolo á la Virgen María en testimonio de su agradecimiento por la victoria alcanzada contra la morisma. Este valiente caudillo, repoblador de Ansona (Vich) y Cardona, de la comarca de Montserrat y del valle de Ripoll, edificó también el monasterio de San Juan de las Abadesas, del que fué su propia hija la primera investida de tal autoridad.

El Abad Oliva, biznieto de Wilfredo, fué el que proyectó la obra del templo y de su soberbia portada. Uno de sus sucesores, el Abad Berga, comenzó la construcción de los claustros á fines del siglo XII, que no se concluyeron, después de largas interrupciones, hasta mediados del XV.

La magnífica portada, obra paciente y portentosa del monje Arnaldo, contrasta con la sencillez y austera severidad del resto de la fachada.

„Numerosos é inconexos grupos, que simulan, ora reñidas batallas, ora procesiones triunfantes; centauros luchando con leones, cigüeñas, águilas y monstruos mitológicos, confundidos con Vírgenes, Mártires y Doctores del Cristianismo; músicos con trajes del siglo XI, debajo de citaristas que ostentan la toga romana; el tiempo, representado en faenas campestres y domésticas de los doce meses del año; la eternidad de gloria y la eternidad de penas; tal es lo que descubre el artista en su primera impresión."

Así describe Pellicer y Pagés en su laureada *Memoria sobre el Monasterio de Ripoll*, ese poema escultural, en cuyas sencillas estrofas, labradas en piedra berroqueña, vemos al Cristianismo en sus luchas con el Paganismo, simbolizado por mitológicos monstruos, y en su glorioso triunfo. Todo en él recuerda los grandiosos arcos de triunfo de los Césares de Roma; en sus detalles, á pesar de la tosca sencillez, propia de la época, atrae y encanta; en su conjunto sorprende y admira.

Pero entremos en el templo.

Aunque muy adelantada, la obra de la restauración de esta joya del arte no llega aun á su término. Materiales de construcción, andamios, albañiles, todo nos indica que aun hay mucho por hacer. Y sin embargo, gracias á la acertada é inteligente dirección de estos trabajos de reconstrucción, la impresión que causa la vista del grandioro edificio transporta como por encanto la imaginación á otras edades. La misteriosa luz que, tamizada por los hermosos vidrios de colores de los bizantinos ventanales, penetra en brillantes haces tornasolados, anima la severidad del sagrado recinto, sin hacerle perder su místico carácter.

El plano del templo forma una cruz latina; en el punto medio del crucero se eleva esbelto *cimborium;* la parte longitudinal del templo mide 60 metros y está dividida en cinco naves, que recuerdan las de algunas Basílicas de Roma.

Las bóvedas son de cañón, estribando la principal en dos macizos muros apoyados en 16 gigantescas arcadas: las naves colaterales se hallan separados entre sí parte por machones, parte por columnas.

El altar mayor lo costeará S. M. la Reina Regente: Su Santidad el Papa León XIII enviará un magnífico mosaico representando á la Virgen, trabajado en los talleres del Vaticano.

En el pavimento del presbiterio vénse representadas, en mosaico, figuras de delfines y gallos, simbolizando el nombre de *Riu-poll*.

Con sentimiento tenemos que abandonar la Igle-

sia, no sin admirar las dos graciosas, y bien combinadas cúpulas contiguas á la entrada.

Los claustros forman un grande y desahogado trapecio. Constan de 440 columnitas distribuídas en dos pisos; las de abajo son de jaspe morado, las restantes de hermosa piedra dura. " Los capiteles presentan inagotables concepciones á las que imprimen novedad las hojas de acanto, el follaje y frutas, entrelazado todo con gusto exquisito y animado con fantásticos vivientes variados en cada columna con prodigalidad sorprendente. " A veces las figuras se agrupan, no á capricho de la fantasía, sino formando escenas ya mitológicas, ya tomadas de la historia, ya representando cuadros de costumbres del valle en aquella remota época.

Fuerza es partir, pero no sin abrigar la esperanza de volver á estudiar las bellezas artísticas que encierran templo y claustros, y de orar en el recinto consagrado de nuevo.

¡Gallarda prueba de su cariño al glorioso pasado está dando Cataluña con la reedificación de este histórico y renombrado monasterio!

Los postreros reflejos del crepúsculo colorean débilmente las montañas vecinas; en el valle comienza esa penumbra, en que la claridad del día se funde y amortigua con las sombras de la noche. Al trote largo de nuestros caballos, seguimos la hermosa y bien cuidada carretera de Ribas. El paisaje es encantador: á la izquierda se abre hermoso y prolongado valle: al pie de la carretera muge el Freser (del catalán *Fresa*, miedo, según algunos, de *Fressa*, ruido, según otros.

Ya casi de noche atravesamos una pequeña población, Campdevánol (Camp-de-vandals, pretende alguno que es su etimología), donde hay varias fábricas.

Ya la obscuridad nos impide distinguir nada del paisaje; apenas si rudas y gigantescas siluetas nos hacen presumir que el valle se vuelve á cada momento más agreste. El conductor nos dice que estamos frente al *Pont de la Cabreta*. Como yo nada veo, el camino de aquí á Ribas será objeto de un paseo matinal, si los lectores de LA ILUSTRACIÓN tienen la paciencia de seguirme otro día por las escabrosidades de este hermoso país.

LEONCIO TRENOR Y PALAVICINO.

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDÓN

CAPÍTULO XXI

FERNANDO

El invierno había pasado para Fernando mejor de lo que pudo esperar su madre: los primeros rayos de la primavera, tanto tiempo esperados y tan vivamente apetecidos, le causaron una alegría extrema, y manifestó el deseo de tomar un poco el aire libre y pasearse por las enarenadas calles del jardín del Luxemburgo.

— Ya estoy muy fuerte, mamá; y además ya no estamos en invierno, y en Navidad fué cuando se murió de frío el pobre Godofredo, cuya historia me contaste; pero, ¡mira qué día tan claro y qué buen tiempo hace! eso no me puede hacer daño.....

Fué preciso ceder, y el niño, muy arropado con un abrigo, fué llevado en coche hasta las puertas del Luxemburgo. Tenía una alegría poco común, y su vivacidad se exaltó aun más cuando vió varios grupos de niños jugando, que corrían al rededor de los árboles, todavía sin hojas, y volvían hacia sus madres sus caras llenas de salud y alegría. También quiso correr Fernando: había llevado todos sus juguetes, pero flaquearon sus fuerzas al primer ensayo: quiso saltar, y la respiración le faltaba; probó á jugar á la pelota, y sus brazos debilitados se negaban á ello; trató de echar al aire su volante, y la claridad del día le cansaba los ojos..... y ya cansado y confuso, volvió el pobre niño á sentarse al lado de su madre, volviendo los ojos á aquel espectáculo.

Guillermina pasó la mano sobre su frente bañada de sudor, y le dijo con ternura:

— ¿No estás cansado, querido mío? ¿Quieres que paseemos un poco á la sombra?

— No, mamá, estoy rendido, no puedo más..... preferiría irme á casa..... ¡Ay! ¡qué felices son estos niños! ¡pueden correr!

— También correrás tú..... más tarde..... Es preciso tener paciencia.

— ¿Lo crees tú, mamá?

Y movió su cabeza con aire de duda.

— Mira, — añadió el pobre niño, señalando á un muchacho robusto, sucio y mal vestido, — ¡mira qué fuerte está! ¡cómo salta.....! Y está solo y sin juguetes. ¡Si le diera mi peón.....! ¿Para qué me hace falta?

Guillermina dió su consentimiento á tal idea, aunque le atravesara el alma, y el robusto niño, admirado y sin tener palabras para expresar su contento, se puso en el momento á hacer rodar el peón á los ojos de su bienhechor. Fernando le miró con una melancolía impropia de su edad, y tomando al poco rato la mano de su madre le dijo:

— Vamos á casa, mamá.

A contar desde este día, fuera debilidad física, ó impresión moral, es lo cierto que las fuerzas del niño disminuían de un modo aterrador. La fiebre y la tos le secaban los restos de vida, y no era posible, ni para los ojos de su madre, engañarse sobre el peligro inminente que le amenazaba. Federico, que había hecho una excursión al Contentin, fué tan tristemente sorprendido á su vuelta, al ver á su hijo, que no quiso dejarle, y por algunos días, á la vista del hijo moribundo, se constituyó la familia, y los esposos, sin separarse, pudieron comunicar sus pensamientos. Era el único consuelo que Guillermina podía recibir, y sin embargo, no le bastaba; se encontraba en una de esas crisis en que el auxilio humano es impotente; experimentaba una de esas penas que los consuelos humanos no pueden curar. En el lleno de su sufrimiento, y á la cabecera de la cama en que agonizaba su hijo, su alegría, su amor clamaba á Dios, pedía al autor de la vida, á Aquel para quien mil años son como un día pasado, un respiro de algunos meses, de algunas semanas; le suplicaba que suspendiera la muerte; pero le parecía que no sabía rezar: las palabras morían en sus labios; tan sólo sus lágrimas amargas, porque tenía poca esperanza, y un presentimiento íntimo le decía que su hijo iba á tomar el camino más corto para llegar al cielo.

Una religiosa del Buen Socorro ayudaba á Guillermina á cuidar al niño, y durante el día, cuando la fiebre le dejaba algún respiro, le hacía rezar con ella y á veces le hablaba de la felicidad del cielo. Fernando le escuchaba con un placer evidente; pero su pobre madre, al oir tales razonamientos, sentía herido su corazón por una secreta envidia. — ¡Yo era, se decía, la que debiera rezar con mi hijo, la que debiera enseñarle el cielo! ¿Por qué todo no es común para los dos? ¡Ah! si yo rezase como esta hermana, de seguro sería oída.

Una tarde, cuando la hermana se había ido al convento, Fernando sentía el sueño de la fiebre, que se iba apoderando de él por momentos, y, fiel á las costumbres de su enfermera, dijo á su madre:

— Quisiera, antes de morir, que me ayudaras á decir mis oraciones: sé muy bien el Padre nuestro, pero no estoy seguro en el Ave María; hace poco tiempo que lo he aprendido. Ponte de rodillas, madrecita.

Guillermina obedeció: ¿cómo rehusarse á la súplica de su hijo? Levantó los ojos hacia una imagen de la Virgen que la hermana había puesto en las colgaduras, y se unió al Padre nuestro, que Fernando recitaba en voz dulce. Después, tomando el libro de oraciones de la Religión, leyó el Ave María. Era la vez primera que esta oración, toda embalsamada con el perfume del Evangelio, pasaba por sus labios. Dejó en ella como un gusto delicioso, y, sin apercibirse, la repitió.

— Está bien, mamá, — dijo Fernando; — saluda ahora al Santo Angel, y después dame tu mano..... porque voy á dormir.....

Permaneció á su lado de rodillas, con el libro de oraciones abierto ante sus ojos: así pasó algún tiempo, hasta que Federico volvió de su estudio. Miró á su hijo con inquietud y después á su mujer.

— Levántate, Mina; — la dijo; — te cansarás de rodillas..... Vete á descansar un momento.....

Parecía salir de un sueño: se levantó y se dirigió hacia su marido.

— ¡Qué encantadoras son las oraciones de los católicos! — le dijo. — ¡Oh Federico! ¿Por que no rezas al lado de tu hijo?

— Las oraciones nada pueden, las tengo miedo, — respondió él con tristeza. — Siéntate, Mina, y no te exaltes de ese modo.....

Pasáronse varias semanas en esta lucha contra la muerte, lucha que no se veía consolada por la esperanza. La vida de Fernando se iba acabando por momentos: cada día daba menos luz la lámpara: cada día el niño tenía menos energía, menos palabras y menos dolores: la ternura de su alma fué la única que sobrevivió á su fuerza y á su vivacidad: su alma inmortal protestaba por su fe en Dios y su amor á los suyos contra la próxima separación. Murió, al fin, después de algunas semanas de padecimientos, y murió amando y orando.

¡Qué vacío dejó tras sí aquel cadáver, y qué desolación en aquella casa que tan de repente había quedado solitaria! ¡Qué silencio en el cuarto en que ya no se oía aquella vocecita dolorida! La ligereza de Federico estaba abatida; por la primera vez de su vida sufría profundamente; el niño de que tan poco había disfrutado, que tantas veces había descuidado, se le había llevado un pedazo del alma, y conocía, demasiado tarde, ese bien que Dios le había dado. El pobre joven lloraba y suspiraba á la vista de la cuna de su primogénito, y ¡cosa ordinaria en la vida de la mujeres! era Guillermina la que, á pesar de estar más afligida, le consolaba. Vertía copioso llanto cuando de nadie era observada, y cuando volvía al lado de su marido se presentaba con sereno semblante: procuraba hablarle el lenguaje de la fe, le recordaba la felicidad eterna, en que el hijo de su amor acababa de entrar, y si las palabras no llegaban al corazón de Federico, la que las pronunciaba encontraba en ellas un raudal de ideas de consuelo y dulzura.

— ¡Ya no sufre mi hijo! Es feliz — se decía. — ¿Qué más puedo desear?

Los padres de Federico habían escrito varias cartas llenas de cariño con motivo de la muerte de su nieto. Roberto y Enriqueta habían añadido algunas palabras de pésame, y Roberto, además, anunciaba una carta de su mujer. Al fin llegó esta: Gertrudis escribía á Guillermina:

"He llorado contigo, querida hermana, al saber la muerte prematura de ese niño querido que yo ví en la cuna, y he compadecido desde el fondo de de mi alma tu pena y la de mi hermano Federico. Comprendo, por lo que siento hacia Hugo y Francisco, lo que debéis haber sentido, y sin embargo ¡qué envidiable es la suerte de esas inocentes criaturas!

» Nunca ofenderán á su Creador; disfrutan de una dicha inmensa, inalterable; ruegan por sus padres, y un día los conducirán de la mano á aquella santa mansión, en donde no penetra la muerte. Vuestro Fernando es un proctector que hemos adquirido en el cielo, y os confieso que á menudo le recomiendo á mis hijos, y ellos á su vez rezan al primito que está al lado de Dios.....

» Mis padres me encargan os dirija una súplica: querríamos teneros entre nosotros algún tiempo en Amiens. Venid, pues, los dos al lado de vuestra familia: nuestro cariño podrá, según espero, daros algún consuelo, y daréis un gran placer á nuestros padres. Ellos quieren que vengáis á su misma casa, y para esto mamá ya está mandando arreglar un estudio para Federico. En cuanto á mí, querida Guillermina, reclamaré á menudo tu compañía, porque tengo un vivo deseo de renovar la expresión de mi cariño de hermana: es tan sincero como desinteresado.

» Esperamos una respuesta favorable, y no dudo, querida hermana, que este deseado viaje pueda hacerse prontamente. Te abrazo y soy siempre tuya,

GERTRUDIS DELABORDE. »

— ¿Qué piensas de esto? — dijo Federico á su mujer después de haber leido la carta.

— Iremos, si te agrada — respondió Guillermina.

— Y tanto que me agrada; ¡es lo único que me puede causar un placer en este momento! — exclamó Federico reanimado.

— ¡Vamos, pues!

CAPÍTULO XXII

EN FAMILIA

La llegada de Federico y de su mujer fué un suceso para toda la familia: eran esperados con sentimientos diversos, nacidos de antiguas impresiones: por Enriqueta con cierta curiosidad, mezclada de simpatía por su desgracia, porque ella también había estado expuesta á perder á sus dos hijos; por Roberto con cierta cordialidad, mezclada con algunos aires de protección; por Gertrudis con un verdadero cariño, que avivaban los recuerdos de su niñez y depuraba la religión; por M. Delaborde, como un padre que ha perdonado todo, y por su mujer, como madre apasionada y un poco celosa.

Ella fué la que había propuesto á Gertrudis ir á esperar á los viajeros, antigua costumbre que la frecuencia de los viajes ha hecho olvidar, y que, sin embargo, tiene su encanto. Los patriarcas, esos grandes maestros de la hospitalidad, ¿no salían también al encuentro de sus huéspedes? En otro tiempo, después de la fastidiosa lentitud de un largo camino en diligencia, que llegaba á abrumar, se olvidaba el calor, los vuelcos y el polvo, cuando por la estrecha ventanilla se descubrían en la Administración de postas caras amigas y sonrientes, que os daban anticipados parabienes por la venida: se bajaba uno del coche, y ya en el estribo se cambiaba un cordial abrazo, y el antiguo criado se encargaba del equipaje: después se entraba uno en su casa, y ya se veía á toda la familia reunida, que en unión de varios amigos le venían á visitar: todo os sonreía, todos os recibían con los brazos abiertos, y este momento de la vuelta tenía de este modo una cierta poesía que el seco positivismo de nuestros usos ha cambiado por completo. ¿No se ha convertido uno algo en maleta al viajar en ferrocarril? Y quizás hay que admirarse de que un modo de trasporte, que tiene semejanza con el rayo y los vientos, haya sido origen de costumbres prosaicas y materiales.

Mientras Gertrudis y su suegra esperaban el tren de París, esta última, inquieta y silenciosa, miraba á cada paso el reloj, asombrándose de que el tren no llegara, preguntaba al jefe de estación, y se levantaba á cada silbido ó toque de campana que oía: Gertrudis reflexionaba, pensando en aquel día, ya lejano, en que llegó á Amiens huérfana, pobre y abandonada, con el corazón oprimido y desconfiado, y en que ella venía á entrar en una casa desconocida, y para quien su llegada no causaba gran contento. ¡Cuánto tiempo había pasado! ¡Y qué cambios tan dichosos había obrado en su suerte una providencia maternal! Había sufrido, había mantenido fuertes combates; pero las penas pasadas la hacían apreciar mejor la felicidad presente, y disponían el ánimo de la joven para acoger á Guillermina, extraña á su vez, con aquella afección que en otro tiempo encontró en Valería.

Al fin sonó la campana: el tren entraba en la estación, y un instante después Federico se encontraba en los brazos de su madre, que le estrechaba con cariño, vertiendo copiosas lágrimas y diciéndole:

— ¡Al fin te veo, después de ocho años, Federico de mi alma!

Guillermina se quedaba algo detrás, como encogida, pero Gertrudis corrió á ella y la abrazó con tan tierna cordialidad, que volvió bien pronto á cobrar valor y presencia de espíritu. Se adelantó entonces hacia Mad. Delaborde, que separándose al fin de Federico, tendió la mano á su nuera, diciéndole con bastante bondad:

— Mucho gusto tengo de verte entre nosotros, Guillermina: mi hija y mi marido os esperan; vamos, pues..... ¿Te hallas en Amiens, Federico?

— ¡Sí, madre, y con placer..... París no es una patria, y siento al ver estas caras conocidas, estas casas, estas calles y hasta esas muestras y letreros, que me encuentro en mi casa!

— ¡Sí, sí, hijo mío! — le interrumpió su madre, apretándole la mano: — ¡en tu casa, en vuestra casa!

Hacía ocho años que Federico había dejado su país con el entusiasmo que Colón fué al descubrimiento de un nuevo mundo: sus empresas parecían tener un risueño porvenir, que él no creía tan lejano, para que no pudiera disfrutar de los bienes que le prometían el trabajo, la gloria y la fortuna. Esos ocho años habían producido su fruto: había venido la inevitable experiencia: Federico, desengañado, cansado y triste, volvía con ansia á su patria, y cogía con placer esa vida de provincia que en otro tiempo desdeñó. La buena acogida que le hacían sus padres y amigos, la estimación que los Mecenas de su país parecían hacer de su talento, la tranquilidad de espíritu, los cuidados, las atenciones, todo contribuyó á encariñarle más y más con su pueblo natal, y después de algunas semanas, gastadas en la ociosidad y las visitas, manifestó deseos de trabajar trasladando al lienzo algunos paisajes de la Picardía, animados con escenas de la vida rural. Su estancia se iba alargando con gran contento de su madre; Guillermina, á quien él nada había consultado, se sometía sin repugnancia: nada le llamaba la atención en París: su habitación solitaria le renovaría sus tristes recuerdos; allí Fernando había vivido, y la había amado; allí había sufrido y enfermado; allí le había visto morir..... Temía á París, como se teme la soledad de corazón, y Amiens no le disgustaba. Ocupaba tan poco lugar, exigía tan poca cosa, que la familia entera la había aceptado, desapareciendo por completo las antiguas prevenciones; pero Guillermina, dulce y agradecida con todos ,no tenía particular predilección sino por Gertrudis. Se hizo agradable á Mad. Delaborde, haciéndola compañía y trabajando á su lado, y para ella, esas labores delicadas que los alemanes conocen tan bien: consentía á veces, á pesar del secreto dolor de su corazón, en cantar para complacer á Enriqueta; pero tan pronto que tenía un momento libre iba á buscar á Gertrudis, y á su lado verdaderamente se encontraba satisfecha y en su centro. Federico no la seguía; la presencia de Gertrudis le era poco agradable, porque no existía entre ellos la confianza de la amistad; pero no obstante, veía sin disgusto el afecto de su mujer hacia aquella á que en otro tiempo amó. Este afecto se mostraba dulce y cariñoso, pero poco expansivo: Guillermina, después de la muerte de su hijo, se mostraba más que nunca pensativa y melancólica; parecía como absorbida por una idea única, y Gertrudis respetaba su silencio y su tristeza, colmándola al mismo tiempo de mil pruebas de amistad. A veces pasaban juntas días enteros: Guillermina seguía á su hermana en los detalles de su vida, negocios, ocupaciones de la casa, cuidado de los niños, visitas á los pobres, relaciones del mundo; en una palabra, asistía á la existencia toda de Gertrudis sin mezclarse en ella activamente, pero observándola con mirada siempre amiga. Cuando la mujer de Roberto se veía obligada á dejarla sola, Guillermina pasaba á la biblioteca, y Gertrudis, al verla con libros de piedad entre las manos, pensó que buscaba en la Religión los únicos consuelos que la muerte de un sér querido puede dejar tras sí.

Así iban pasando dulcemente los días: de tiempo en tiempo, Mad. Delaborde espiaba con cierta inquietud los trabajos de su hijo: temía que acabara pronto el entusiasmo que había concebido por la hermosa naturaleza de Picardía; pero se tranquilizaba al ver que todos los cuadros y bocetos representaban *un molino á orillas del Authie, un descanso en la casa* en el bosque de Crecy, ó *un efecto* de luz tomado en alguna quinta inmediata. La patria inspiraba al joven pintor; nunca había tenido más vigor su pincel, ni su pensamiento había aparecido más fecundo: pudiera haberse dicho que mil recuerdos de infancia conservados en una caja secreta de su memoria salían de repente á fijarse en el lienzo. De este modo se fué prolongando la estancia en Amiens, sin que á nadie se le ocurriera la idea de quejarse de ello, y el trabajo y el corazón del artista se encontraban igualmente bien, porque si París puede dar nacimiento al talento, la tranquilidad de que disfruta en provincias le da su plena y fuerte madurez.

También Guillermina venía á examinar los cuadros: la intimidad, que los placeres habían turbado, volvió á restablecerse entre marido y mujer, gracias, primero á la pena sufrida por igual, y después á la vida tranquila y arreglada de provincias, que los unía necesariamente, y gracias también al buen ejemplo de Gertrudis, que vivía con Roberto en una paz tan dulce.

El marido y la mujer se encontraban como en otro tiempo en el taller; Guillermina bordaba ó repasaba sus ropas, y Federico pintaba, y de vez en cuando aquella se levantaba para seguir los progresos de su trabajo.

Un día miraba, de pie, cerca del caballete, un efecto de luz que representaba una campesina mirando unos huevos á la luz de una vela en el fondo de una cocina oscura, y otro precioso cuadrito representando uno de los más románticos y salvajes lugares de aquellos contornos, y de repente dijo á su marido:

— ¿Están ya vendidos estos cuadros?

— Ambos; y para este último me han pedido una pareja.

— Trabajas mucho; más que en París.

— ¡Sin duda! Aquí me animan: el periódico de la localidad dice que después de Ruysdael no se ha visto cosa igual..... Es una porquería, y sin embargo gusta á la gente..... pero, ¿en qué piensas? Tienes aire soñador. Vamos, habla. Leo en tus ojos que algo tienes que decirme.

— No me atrevo.

— Pues hay que atreverse: lo quiero, lo mando.

ESCALERA DEL HOSPITAL DEL NUNCIO, EN TOLEDO.

— Quisiera que no nos marcháramos de Amiens..... Aquí somos más felices que en París. — Y le miraba tímidamente, mientras él se paseaba por la habitación dejando los pinceles y la paleta, y tarareando con distracción la canción:

Érase una navecilla
Que jamás había bogado.....

— Federico — dijo ella al fin, — ¿estás incomodado?

— ¡Pobre Mina! ¿Yo incomodado cuando acabas de adivinar mi pensamiento? A los veinte años dejé á Amiens con entusiasmo; á los treinta vuelvo á él con singular placer..... Sí, somos aquí más felices: tengo mis recuerdos y mis amistades de la infancia, el trabajo me sonríe, la fortuna tal vez me abra sus puertas..... Todo me decía ¡quédate! pero no me atrevía á hablarte, porque tú no tienes en Amiens ni lazos ni recuerdos de otro tiempo.

— Me basta con que tú hayas nacido — dijo ella con ternura, — y encontrar á Gertrudis. No tengo familia; los míos viven muy lejos, al pie de aquellos montes que nunca he visto; pero tú, Federico, tú eres mi patria y mi familia, y Gertrudis es mi hermana y mi amiga. Jamás podría reemplazarla en París, y tengo precisión de una amiga, de un guía.

— ¿La quieres mucho?

— ¡Oh, sí! Es tan buena y sincera.....

— Tú tienes razón, y yo también. Ahora la aprecio en su justo valor; pero volvamos á nuestro asunto. ¿Quieres quedarte en Amiens?

— Te lo suplico. ¡París es tan triste! Allí hemos perdido á nuestro pobre niño; que nazca el que esperamos donde su padre nació.

— ¡Qué buena eres! — dijo Federico abrazándola. — ¡Qué poco caso he hecho de tí, Guillermina; pero tranquilízate, que en adelante irán las cosas de otro modo. Aquí nos quedaremos.

— ¡Ah! ¡Qué placer!

— Vamos á dar la noticia á mamá, que de seguro le agradará. Mira, voy á hacer un cuadro de *La vuelta al país.*

Cuatro meses se habían pasado desde esta resolución. Gertrudis se encontraba sola una mañana, mientras Roberto se ocupaba en el tinte de sus lonas, Hugo daba una de sus primeras lecciones de latín, y Paquito, aprovechando la dulce ociosidad de sus cinco años, jugaba tranquilamente sobre la hierba; Gertrudis escribía á su antigua amiga; la contaba las reuniones de familia, que la presencia de Federico y su mujer hacían más frecuentes, cuando vinieron á interrumpirla.

— Señora, M. Delaborde está en la sala.

— ¿Quién, mi padre?

— No, señora, el señorito Federico; pregunta por usted.

(Continuará.)

GRAN CERERÍA
Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATOLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

BLANQUEO DE CERAS EN GRAN ESCALA

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla. **CERAS AMARILLAS** de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentifrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina *para los cuidados de la boca.*
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Perfumerías, Perfumerías y Peluquerías.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 1128.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 29.—Madrid 15 de Octubre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CENTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pe. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMERICA
Seis meses..... 3 pe. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

EL PILAR DE ZARAGOZA, por Angel Salcedo. — CONGRESO CATÓLICO NACIONAL: *I. ¿Qué son los Congresos Católicos? — II. Preparativos para el Congreso. — III. Antes del Congreso. — IV. Sesión inaugural. — V. Primera sesión. — VI. Segunda sesión. — VII. Tercera sesión. — VIII. Cuarta sesión.* — CONCLUSIONES APROBADAS POR EL CONGRESO CATÓLICO. — EL CONGRESO CATÓLICO Y EL REINO DE ITALIA.—EL CONGRESO CATÓLICO Y LA CUESTIÓN SOCIAL.—EL PRESIDENTE DEL CONGRESO CATÓLICO. — ÁLBUM DE POESÍAS: *Teresa de Jesús*, por el P. Jiscores Campaña. — CROQUIS DEL AULA DEL CONGRESO.

Grabados.

SR. D. RAMON NOCEDAL. — En otro lugar de este número, refiriéndonos á la sesión primera del Congreso Católico, hemos tratado de D. Ramón Nocedal, periodista católico de indudable mérito, jefe de la fracción llamada *integrista*, á que pertenecen hombres tan distinguidos como Sardá y Salvany, Orti y Lara, Gago, Rivas, Asensi y Tirado. También se dice que simpatizan con la causa integrista, si no es que son de ella por completo, algunos esclarecidos hijos de San Ignacio de Loyola, como el P. Alarcón, director de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, y otros. Entre los Prelados, el Reverendo Obispo de Osma es, según opinión general, el que más distingue y prefiere á este grupo de católicos españoles, cuyo principio fundamental es el que sirvió de epígrafe á Sardá y Salvany para su libro famoso *El liberalismo es pecado*. Siendo pecado, y pecado gravísimo, el liberalismo, deben los católicos huir de todo lo que huela á liberal como de la peste y haber á los liberales encarnizadísima guerra. Los liberales más culpables y dañosos al pueblo son para los integristas los conservadores, y entre estos los mestizos son singularmente inicuos. A los mestizos cabe oir estas terribles palabras que pronunció Pío IX, de venerable memoria, contra los católico-liberales, de los que dijo que eran peores que los monstruos de la Commune. Conviene trabajar por el restablecimiento del reinado de Jesucristo, cuyo reinado no existe hoy en atención á que todas las leyes que rigen á los Estados modernos son ateas y á que no tiene principado civil el Romano Pontífice. La unidad católica debe ser tan absoluta, que si se debe tolerar que los extranjeros herejes ó infieles se establezcan en el territorio nacional. La Iglesia tiene la facultad de imponer toda clase de penas, hasta la de muerte, porque es sociedad perfecta. El Estado civil no tiene con la Iglesia otras relaciones legítimas sino las de sumisión completa. En las polémicas conviene no sólo rebatir las razones del adversario, sino desenmascarar á este, cuando se enmascara por supuesto, y desconceptuarlo en el público concepto.

Tales son las ideas que sostienen los integristas, y que á unos parecen muy bien y á otros no tanto. Pero lo que no cabe dudar es que D. Ramón Nocedal las defiende con celo, energía y habilidad y en muy correcto castellano. Los artículos de Ramón Nocedal sólo pueden tildarse por ser algo largos; que en lo demás resultan perfectos por la hermosura viril del estilo y el lógico encadenamiento de las razones en que los apoya.

AULA DEL CONGRESO CATÓLICO. — (Véase la explicación en el texto.)

LA CAPILLA DEL PILAR EN ZARAGOZA. — Doña Blanca de Navarra, hija y heredera del Rey Carlos el Noble, primera mujer de don Juan II de Aragón y madre de Carlos, Príncipe de Viana, fundó el año de 1433 la Orden de Nuestra Señora del Pilar.

El distintivo era una banda azul con un *Pilar* de oro esmaltado en blanco, y en torno del Pilar, en letras de oro, la leyenda *A ti me acojo*.

El número de afiliados era determinado.

Hombres: quince con el Príncipe, en honor de las quince gradas que tenía el templo cuando fué presentada en él María Santísima.

Damas: nueve, en reverencia de los nueve meses que estuvo Dios Nuestro Señor en el castísimo seno de su Santa Madre.

El día 25 de Julio de 1681, festividad del Apóstol Santiago, el ilustrísimo Arzobispo XXVII de Zaragoza, D. Diego de Castrillo, colocó la piedra del nuevo templo edificado á Nuestra Señora del Pilar.

Hallábase á la sazón en Zaragoza, procedente del reino de Nueva España, el Misionero aragonés, Dr. D. Pedro Cubero y Sebastián, nacido en la villa de Fraso el año de 1640, y al tener, como él dice en su libro titulado *Segunda Peregrinación* — Valencia, 1697 — la felicidad de acompañar al citado Prelado á tan solemne inauguración, describe la mencionada piedra en las siguientes palabras: «Pintaré como ella era: blanquísima, hecha en cuadrángulo, de tres palmos en alto y ancho, cóncavo por dentro; en cuya concavidad encerraba una caja, que si no me engaño, era de cedro ó ébano; y esta encerraba otra de plomo, y ésta otra de metal, que á mi parecer ó era bronce, ó mixtura de diferentes fortísimos metales: en ésta, pues, estaban encerrados en joyas los retratos del Rey nuestro Señor Carlos Segundo, Monarca de las Españas, con su nombre y de la Reina Católica reinante Doña María Luisa de Borbón, y de la Reina Madre Doña Mariana de Austria: en una lámina de bronce que se encerraba en dicha piedra, había una descripción labrada en letras de oro que decía: «Reinando en las Españas Carlos Segundo se comenzó á edificar este Templo: pusieron en el cóncavo de esta piedra diferentes monedas de oro, plata y cobre, las que pudieron hallar de los tiempos presentes de todos los dominios del Rey nuestro Señor. La piedra está plantada al triángulo de la fábrica de mano derecha á las corrientes del Helco.»

PLANO DEL INTERIOR DEL AULA. — (Véase la explicación en el texto.)

DON RAMÓN NOCEDAL.

EL PILAR DE ZARAGOZA

La piadosísima y gloriosa tradición del Pilar de Zaragoza, y el culto que en él se ha tributado desde los primeros días del Cristianismo á la Madre de Dios, son fenómenos religiosos realmente admirables, y universalmente admirados á través de los siglos y de las más extrañas vicisitudes históricas.

No existía España. Nadie había soñado en hacer una nación de esta Península, situada en el extremo occidental del mundo entonces conocido. Tribus bárbaras que habían poblado desde antiquísimos tiempos los espesos bosques que, como crespas cabelleras, se tendían sobre las altas y prolongadas sierras de la Península, y sus vastas mesetas, á todos los vientos abiertas, sin verdura y sin aguas, puestas en contacto con gentes más cultas, habían luchado contra ellas como buenos salvajes, y como salvajes tuvieron al fin que ceder y soportar el extranjero yugo. Los fenicios primero, luego los griegos, más adelante los cartagineses y por último los romanos, desempeñaron respecto á nuestros tosquísimos antepasados papel análogo al de los españoles de los siglos XV y XVI respecto á los aztecas y demás bárbaras naciones americanas. Hubo luchas rudísimas: por una parte la civilización, por otra el salvajismo. Después de tres siglos, Roma fué dueña completa y absoluta de España. Los aborígenes, vencidos primero por las armas, subyugados luego por la cultura, se hicieron tan romanos como los mismos romanos. Zaragoza se llamaba *Cesaraugusta*, en honor al Emperador, que cualquier Víctor Hugo del siglo primero pudo llamar *César el Pequeño*, y era uno de los centros del poder latino en el Norte de la Península ibérica.

En época tan remota surge en la historia el Pilar, ya glorificado por la presencia de María, milagro en que creen fervorosamente los primeros cristianos españoles. Sonríase el escepticismo contemporáneo, frunza el ceño el viejo positivista, que sólo creen en hechos matemáticamente demostrados, y al que cualquier periodiquín á la moda hace creer todas las mañanas las invenciones más absurdas y disparatadas. La cosa fué así: Era una hermosa noche de Enero; innumerables estrellas brillaban en lo alto del firmamento, sin que su tranquila y lejana luz se eclipsase ante la casi diurna claridad de la luna, que derramaba torrentes de plata sobre el dormido Ebro. La ciudad romana dormía también, y quizá de vez en cuando la suave brisa traía en sus alitas ligeras el alerta del legionario, que, fiel á los preceptos de una disciplina perdida más tarde durante diez siglos, no dejaba pasar ni una hora de la nocturna *vela* sin avisar á su camarada, que estaba despierto y vigilante, y requerirle á que también él lo estuviese. Un grupo de hombres caminaba por la orilla del río; el que de cerca los hubiera contemplado, hubiese visto que uno de ellos se distinguía de los otros por su traje extranjero y por la veneración que le demostraban los demás. Eran Santiago el Mayor y sus discípulos. Venían rendidos de largo caminar, y, lo que es peor, desalentados; eran un Apóstol de Jesucristo y los discípulos de ese Apóstol; habían predicado ya en muchos lugares de la Península, y en parte alguna les habían hecho caso.

Sentían cansancio inaudito en el cuerpo y en el espíritu. Santiago les dijo: *orad*. Todos se arrodillaron junto á la corriente del río, y cuando más enfervorizados estaban, en el momento más augusto de la noche, he aquí que la Madre de Dios se les apareció entre grupos de ángeles. Sabido es lo demás: la promesa de que la fe no faltaría jamás en España, la orden de construir un templo, el Pilar y la Efigie traídos por los ángeles. De todas las tradiciones que no son dogmáticas, esta es la más respetable, y donde quiera que se la conoce, se cree en ella por los católicos.

Lo cierto es que desde entonces vése el Pilar sagrado á orillas del Ebro, y sobre el Pilar la Imagen, y alrededor del Pilar la muchedumbre prosternada. Cayó el Imperio romano; España fué un reino gótico; todo varió. Otras ideas, costumbres distintas, trajes diversos, diferentes géneros arquitectónicos, una sociedad enteramente nueva, en una palabra. Pero allí permaneció el Pilar con su bendita Imagen, recibiendo el culto entusiasta y fervoroso de nuevas multitudes. Como las aguas del Ebro, pasan por delante del Pilar las generaciones, y con las generaciones las épocas históricas y los Imperios.

Acaba el reino de los visigodos. España gime bajo el yugo de una nación extranjera y de una religión extraña y bárbara. Pero el cristiano vencido no pierde su amor á la Madre de Dios; y como en otro tiempo Israel volvía la vista desde la tierra del cautiverio y de la proscripción al templo de Jerusalén, el pueblo español, el pueblo escogido de la nueva alianza, vuelve sus miradas suplicantes al Pilar bendito que está allí, en su puesto de siempre, á las orillas del Ebro, entre minaretes y mezquitas, como estuvo antes entre adoratorios paganos y fortalezas romanas, como había estado entre sombríos castillos visigóticos; descollando por su sencillez majestuosa sobre las multicolores construcciones árabes, como había descollado sobre los pórticos y las columnatas clásicas y sobre las gallardas muestras del arte bizantino. Palma inmortal, desafía todos los huracanes; monumento muchas veces secular, es contemporáneo de todos los monumentos, y como la columna de piedra elevada en el desierto ve á su alrededor construir ciudades de tiendas en que descansa durante meses la caravana, la ciudad desaparece, la columna no; el *Simoun* ruge á su lado, pero no conmueve á la columna.....

El reino de Aragón aparece alrededor del Pilar bendito. ¡Reino maravilloso, que parece producido adrede por la historia para cuidar, venerar y propagar por el mundo todo la devoción á la Virgen del Pilar! Ese santuario, ese monumento religioso encárnase de tal modo en el espíritu de Aragón, que es como la esencia misteriosa y vivificadora del mismo Reino; es su *alma* nacional, y el Pilar y Aragón se completan, como se completan el ara y el sacerdote. El Pilar es para Aragón como el Arca de la alianza para los israelitas, y Aragón es para el Pilar como la tribu de Leví para el Templo de Jerusalén.

¡Insigne tribu como la de Leví piadosa, y heroica como la de Judá! Si queréis conocer la historia de Aragón en lo que tiene de más grande y maravillosa, no perdáis el tiempo en los viejos archivos, ni preguntéis al Mediterráneo por las galeras vencedoras que lo dominaron en otros días, ni busquéis en las ruinas de Tebas el eco del grito de guerra de los almogávares, ni visitéis los sepulcros de los capitanes, de los marinos, de los doctores, de los santos y de los reyes que recuerdan en Italia y en España, en la Provenza y en el África, el movimiento expansivo de la monarquía aragonesa; si queréis conocer esa historia en su significado íntimo; si queréis sorprender la clave de sus grandes hechos, entrad en la basílica del Pilar, y allí, desde las campanas que convocaban al pueblo para defender sus libertades ó para defender su independencia, hasta la imagen bendita cubierta de pedrería y oro, y el Pilar socavado por el beso de centenares de generaciones, aprenderéis mejor que en ninguna otra parte lo que ha sido y lo que es Aragón: todo parecerá que se anima y que os habla en un lenguaje superior al torpe lenguaje humano; todo os parecerá que pronuncia las dos palabras mágicas: *religión* y *libertad;* esas dos palabras en que se compendia toda la historia y en que se describe todo el carácter del nobilísimo pueblo aragonés.

¡Virgen bendita! ¡Que seas en lo futuro, como fuiste en lo pasado y eres hoy, la protectora de tu Reino de Aragón y la protectora de este tu Reino de España, universal heredero de los antiguos reinos, que es el escabel de tu efigie.....! De tu efigie, que trajeron los ángeles del cielo..... Sí; porque nosotros creemos eso, á despecho de la crítica irreverente que nos enseñaron en las Universidades..... Sí....., porque, si por el fruto se conoce el árbol, y por el efecto la causa, tanto heroísmo, tantas virtudes privadas y públicas, tan noble y simpático carácter social, tantas glorias como han brotado alrededor del Santo Pilar, no han podido producirse sin una especialísima protección tuya, sin un milagro patente de tu santo patrocinio.

ANGEL SALCEDO.

SEGUNDO CONGRESO NACIONAL

I

¿QUÉ SON LOS CONGRESOS CATÓLICOS?

Los Congresos Católicos, dice *L'Osservatore Romano*, han sido inspirados y suscitados por la Providencia de Dios, precisamente en los momentos en que con las mayorías parlamentarias y con los plebiscitos populares se ha conmovido todo el orden providencial é histórico en el régimen político de los pueblos, en la organización natural de la sociedad y en la constitución divina de la Iglesia. Por eso mismo la Revolución será vencida con sus propias armas, repitiéndose de este modo aquella ley suprema, de orden sobrenatural también, en cuya virtud la culpa castiga á la culpa y el mal se hace instrumento del bien.

Es cierto. La obra de los Congresos Católicos, al modo de todas las obras que nacen de la Iglesia, conforme á las circunstancias de los tiempos, como las Órdenes religiosas de enseñanza ó de predicación, contemplativas ó propagadoras del Evangelio, son obras evidentemente providenciales. Dios las suscita cuando la sociedad las reclama para salvarse, y á nosotros no nos cabe la menor duda de que la obra de los Congresos ha sido resucitada por Dios, porque la sociedad reclama un medio de salvación en esta anarquía moral en que se agita, y Dios, tomando á su Santa Esposa la Iglesia católica como á manantial inagotable de todas las instituciones salvadoras, le ha dicho: «Muestra tu fecundidad y enseña una vez más á los hombres que Yo estoy contigo y que por ti no perece el mundo.»

¿Qué son, en efecto, los Congresos Católicos? La representación pública y solemne de este inmenso pueblo cristiano que cubre toda la faz de la tierra, y que, como ejército que es de la Iglesia militante, pelea sin tregua ni descanso por la gloria de Dios y el triunfo de la justicia.

II

PREPARATIVOS PARA EL CONGRESO. LA CIUDAD. — EL TEMPLO.

Zaragoza, 3 Octubre 1890.

El Congreso Católico ha traído á Zaragoza una inmensa población forastera, como jamás se ha visto. Las calles se encuentran á todas horas llenas de multitud de gentes que recorren la ciudad, contemplando los adornos que ya están colocados, y las obras de decoración que aún están haciendo los vecinos con unánime buen deseo. Hay galas más ó menos vistosas y de mejor ó peor gusto, en las calles céntricas y en las de barrios apartados, tanto en las que las tiendas abundan como en las separadas del movimiento mercantil. Y por ello merecen igual aplauso los esfuerzos de todos.

Las calles de San Pablo y de las Armas ostentan en toda su longitud pabellones de colores, de los que penden bombas de porcelana, y á la entrada de la primera se levanta esbelto arco. En la plaza del Mercado hilos cuajados de faroles unen altos mástiles pintados de azul y blanco, y adornados con escudos y gallardetes. Análoga decoración lucen las calles de Cerdán y de las Escuelas Pías, con la di-

ferencia de ser otros los colores, y haber rojos y amarillos pabellones de mástil á mástil.

En los balcones del Coso continúan las banderas que se colocaron ya el día 1. En la calle de Don Jaime hay también altos palos cubiertos de ramaje y orlados de fajas rojas y amarillas. Y también se están colocando en la plaza de la Constitución, donde se unen con hilos de gallardetes.

La calle de Don Alfonso presenta hermoso aspecto, á lo cual contribuyen sus especiales condiciones: en todos los balcones ondean banderas, blancas y azules en los entresuelos, amarillas en los segundos y rojas en los principales y terceros. Además, de trecho en trecho flotan, pendientes de alambres, colocados á la altura de los terceros pisos, enormes y airosos gallardetes.

Las iluminaciones son muy variadas. Artísticos grupos de bombas han sustituído á los faroles del ordinario alumbrado en las calles del Coso y de Don Alfonso. Las de Don Jaime, Mercado y otras, lucirán también globos de porcelana ó farolillos de colores.

El salón del Congreso se halla instalado en la anchurosa nave del trascoro ó Santo Cristo y parte de las dos laterales.

Los muros del salón están tapizados de terciopelo carmesí á grandes cuadros, sobre fondo de damasco del mismo color, y adornados con anchas cintas de oro; en el centro de cada cuadro campean grandes escudos con las armas de Aragón, Zaragoza y su Cabildo Catedral, alternados con los de diversas provincias españolas. En la parte superior corre á lo largo ancha faja azul celeste con galón y franja de oro, cortada á trechos por escudos heráldicos orlados de palmas verdes y coronados por gallardetes de los colores nacionales.

En el cancel de entrada á la iglesia por la puerta del Santo Cristo, que ocupa el centro de uno de los lados del salón, está dispuesto el estrado presidencial, que se extiende á ambos lados en forma de tribuna ó galería, y ocupa casi todo aquel frente. El dosel es de terciopelo encarnado y de estilo bizantino, ostentando en el centro de la caída de su campana las armas de la Diócesis. Bajo él se ha colocado un grande y hermoso retrato de Su Santidad el Papa León XIII, cuyo escudo ocupa el centro de los damascos que cubren las paredes laterales. Cierra la parte superior una gran guardamalleta de terciopelo encarnado, en cuyas caídas se han bordado las armas del Cabildo zaragozano y la Virgen de Montserrat.

Da acceso á la presidencia una ancha escalinata central, cubierta de rica alfombra, y otras dos escaleras auxiliares colocadas á ambos lados de la galería.

Frente á la presidencia está la tribuna del orador, á unos cuatro metros de elevación. Cubre su antepecho y balaustrada de las escaleras laterales rico tapiz de terciopelo encarnado con franja de oro, apareciendo en el centro el escudo de armas de España primorosamente bordado en oro y sedas. Cubre la tribuna un amplio dosel de damasco carmesí con fleco de oro. El fondo y entrepaños que la separan de las tribunas públicas están cubiertos por dos hermosos tapices antiguos sobre fondo de damasco carmesí; y en su parte superior terminan la decoración una faja azul y oro y varios gallardetes á listas encarnadas y amarillas.

Bajo esta tribuna, y á mitad próximamente de elevación, está la de la prensa, con tres líneas de bancos y pupitres.

A ambos lados, las tribunas destinadas á las autoridades y corporaciones, cuyas proporciones son de unos seis metros por lado.

Cerrando aquel lienzo, y prolongándose fuera del salón en las naves laterales, se han formado, sostenidas por pequeñas columnas de unos tres metros de altura, las tribunas de orden ó públicas para los caballeros invitados, dispuestas en forma de gradería en once grandes peldaños. Cubriendo los lados y fondo de estas tribunas se han colocado los tapices que posee el Cabildo, dignos de admiración por su gran mérito artístico y antigüedad notoria, que les dan un valor inestimable. Dan acceso á estas tribunas dos amplias y cómodas escaleras colocadas en las capillas laterales.

Ocupan los muros laterales, que son los de menor extensión, otras tribunas, midiendo una extensión de unos 16 metros de largo por dos y medio de fondo, con tres órdenes de asientos en desnivel.

Los antepechos de todas las tribunas están cubiertos de tapiz de damasco carmesí, sobre el que cae una guardamalleta del mismo color, de terciopelo y raso con fleco de seda.

El centro del salón está destinado para los señores socios del Congreso.

El pavimento y escaleras están convenientemente alfombrados.

Las columnas están adornadas con grandes estandartes de diversos tonos y palmas verdes, y en ellas lápidas con los nombres de los señores socios del primero y segundo Congreso Católicos españoles que han fallecido hasta la fecha.

Al salón se entra por cuatro puertas colocadas en las dos naves laterales de la iglesia, pasando por debajo de las tribunas públicas.

Detrás de la presidencia, en el atrio de la puerta del templo de la calle de la Pabostría, se ha instalado el salón de descanso para los Sres. Obispos y autoridades. Las paredes están cubiertas por bellos tapices de la colección del Cabildo.

El salón, sin tener en cuenta las tribunas de orden, mide una superficie de unos 50 metros de largo por 20 de ancho. El conjunto aproximado de su capacidad, hecha excepción de las tribunas presidencial, de corporaciones y de la prensa, es el siguiente:

En la sala podrán colocarse sobre 2.000 personas, y en las tribunas de orden 1.200; en total, por lo tanto, pasarán de 3.000 los asientos que se preparan para las sesiones.

III

ANTES DEL CONGRESO

Dieron comienzo los trabajos del segundo Congreso Católico español con una Misa de Comunión para los señores socios titulares y honorarios del mismo, la cual se celebró en la santa y angélica Capilla de Nuestra Señora del Pilar, el domingo 5 del corriente, á las siete de la mañana.

Dió la Sagrada Comunión al numeroso concurso de congresistas y fieles que acudieron á esta Misa el Sr. Obispo Auxiliar de aquella Diócesis.

La Iglesia del Pilar estaba profusamente iluminada, luciendo también los faroles del Rosario y las arañas que sólo se encienden todos los años en este día. El efecto que presentaba el Pilar era deslumbrador.

A las diez se celebró solemne Misa Pontifical en el referido templo metropolitano, con asistencia de los Rdos. Obispos y socios del Congreso, oficiando el Excmo. Sr. Arzobispo de Sevilla. El coro fué ocupado por 25 Prelados, presididos por el Cardenal Benavides. El Canónigo Dr. D. Florencio Jardiel, Secretario de la Junta Diocesana, predicó un elocuente sermón, proponiendo el asunto de su notable oración sagrada en estos términos: «La obra de los Congresos Católicos españoles responde por lo menos á dos fines importantísimos: á la necesidad de hacer confesión pública de la fe, y á la de estrechar los vínculos de la caridad, para que la unión perfecta entre todos los católicos se realice.»

Toda la prensa sin distinción de matices elogió el fondo y la forma intachable del notabilísimo sermón del Sr. Jardiel.

IV

LA SESIÓN INAUGURAL — MENSAJE Á SU SANTIDAD

Zaragoza 5.

El aspecto que ofrece el interior del templo es indescriptible; la sala y las tribunas rebosan gente; parece imposible que quepa tanta en el local, á pesar de ser muy espacioso. Calculo que el número de concurrentes pasa de 4.000.

Unas 250 señoras ocupan las tribunas destinadas al efecto. La sala capitular se ha destinado para salón de descanso de los periodistas.

En este instante ocupan el estrado los Obispos bajo la presidencia del Cardenal Benavides. Se canta el *Veni Creator* á voces de hombre, permaneciendo arrodillados entre tanto los concurrentes.

El Cardenal Benavides dirige la palabra á la concurrencia, explicando la significación del Congreso y declarando abiertas sus sesiones.

Acto seguido dióse lectura al siguiente Mensaje:

«*Santísimo Padre:*

»Al reunirse en la heroica ciudad de Zaragoza los españoles que, presididos por sus Obispos, han acudido al segundo Congreso Católico nacional, su primer pensamiento es alzar la mente y el corazón al trono augusto de Vuestra Santidad. En ese trono resplandece la soberanía más grande, la más excelsa y veneranda que se levanta en la tierra. En él se asienta el Jefe Supremo de aquella Institución que ha sido enviada por Dios á los hombres para mostrarles el camino de la verdad, la que los ilumina y ennoblece, la que los salva y eterniza.

»Vasallos humildes de esta Soberanía, vemos con inmenso dolor, ¡oh Santísimo Padre! que la Majestad, representada en vuestra sagrada Persona, la cual debiera estar exenta de todo obstáculo y contrariedad para derramar por el mundo la plenitud de sus benéficas influencias, no sólo goza del prestigio exterior y de la libertad é independencia que le son debidas, sino que está tan vejada y humillada cual no lo ha estado jamás autoridad alguna en el ejercicio de sus derechos.

»Cuando años atrás fué el Pontífice Romano despojado del poder temporal, que la divina Providencia y la sanción de los siglos había vinculado en la Sede Apostólica, quedó privado de la garantía que aseguraba ante el mundo la independencia de la Soberanía de que está divinamente revestido.

»En vano se dijo entonces que esta privación en nada había de mermar su autoridad y prestigio. En vano se prometieron á los fieles y Gobiernos católicos garantías de que se atendería con especial esmero al decoro y libertad de la majestad Pontificia; en vano se aseguró que la Soberanía espiritual, no sólo permanecería inviolable, sino que mejoraría de condición, logrando mayor dignidad de la que había gozado en épocas anteriores. La triste elocuencia de los hechos ha venido á demostrar que las tales protestas fueron purísimo engaño y que las garantías de respeto y acatamiento ofrecidas al Vicario de Cristo no han servido más que de careta vil para más al seguro vilipendiarla.

»Encerrado el Romano Pontífice dentro de los muros del Vaticano, ya no fué libre de salir de ellos sin comprometer su dignidad y los sagrados intereses que le están confiados. La morada del Sucesor de San Pedro fué puesta en estado de sitio. Crueles enemigos la cercaron de continuo, acechando cuantas ocasiones estuvieron á su alcance para vejarla y abatirla. Con el único fin de reprimir su autoridad ideáronse leyes, decretos y disposiciones gubernativas, que, al paso que atropellaban los

más sagrados derechos, eran un insulto desvergonzado á la majestad de la Iglesia, á la dignidad del Pontífice Romano y á las conciencias de todos los católicos. Cosas, instituciones, personas, todo cuanto tenía relación con la dignidad del Vicario de Cristo fué objeto del odio, del rencor y de las pasiones más envilecidas. Nada quedó libre de los tiros de los enemigos de la Santa Sede; nada fué exento de su malignidad y perfidia.

»Esta situación y estado de cosas era ya gravísimo, y tal, que parecía no poder agravarse más; pero en los últimos tiempos se ha agravado de manera que se ha llegado á lo increíble.

»Los atropellos contra las personas y cosas sagradas, las violaciones de los derechos de la Iglesia, la sanción de leyes en las cuales el desprecio de toda justicia compite con la más descocada alevosía, se repiten con tanta frecuencia, que apenas pasa día en que no se registre alguno de estos atentados. En las vejaciones de la majestad pontificia se ha soltado todo freno y miramiento. La farsa indigna, que años atrás se representaba con algún linaje de hipócrita respeto, llévase hoy adelante á la luz del día y con el mayor descaro y cinismo.

»El estado de sitio puesto al Vaticano se ha estrechado de manera que la audacia de sus enemigos ha llegado hasta los puntos más impenetrables. La libertad personal de Vuestra Santidad está, no sólo coartada, sino burlada y escarnecida. Todas las personas que entran ó salen del Vaticano son objeto de la curiosidad y de la pesquisa; sus hechos y dichos, sus tratos y conversaciones, sus gestos y ademanes, todo se observa y comenta, todo se fisga y murmura. Las cosas más sencillas son indignamente interpretadas y tergiversadas. Mil rumores y habilillas se esparcen á todas horas, que, cogidos al vuelo por la insensata multitud, son pasto de la mordacidad y de la calumnia.

»Más vil é indecente aún es el espionaje que se ejerce en las personas que por razón de su oficio están cerca de Vuestra Santidad. La sorpresa y la traición les siguen á todas horas. No hay en ellos cosa que no se espíe y avizore; nada que no se murmure ó calumnie.

»¡Qué más! La misma Persona de Vuestra Santidad es tenida en perpetuo acecho: sus palabras, sus miradas, sus acciones, son materia de la más impertinente curiosidad; lo que hace, lo que deja de hacer, todo se averigua y calumnia; atísbanse ansiosamente por sus ligeros movimientos, habiendo llegado la diabólica inventiva de vuestros enemigos á disponer las cosas de manera que no puede Vuestra Santidad salir á los jardines del Vaticano sin que miradas alevosas observen sus pasos y exploren sus ademanes y registren sus gestos y acciones. Y luego, por cualquier vanísimo pretexto, úrdense mil fábulas y mentiras, las cuales, trompeteadas por los órganos de la publicidad, son lanzadas al público como cebo de la crítica mordaz y de la feroz maledicencia.

»Al pensar en esto arde el pecho de coraje y abrásanse las mejillas de indignación y de vergüenza.

»Esta situación y estado de cosas es ciertamente intolerable. Así lo ha declarado Vuestra Santidad, exhalando amargas quejas por la miseria á que se ve reducido y pidiendo remedio á tantos males; y sus palabras, nacidas no ciertamente de enojo ó abatimiento de ánimo y menos de ambición de honor y bienestar temporal, sino inspiradas por el deber que tiene de guardar incólume ante Dios y ante los hombres el prestigio de la autoridad que la Divina Providencia ha puesto en sus manos, han llenado de profundísimo dolor los corazones de todos los católicos.

»Nosotros, Santísimo Padre, los españoles, que nos hallamos reunidos en el segundo Congreso Católico nacional, declaramos solemnemente que las quejas proferidas por Vuestra Santidad al peso incomportable de los ultrajes que diariamente recibe, han herido vivísimamente los corazones de esta hidalga tierra.

»Así, poseídos de la mayor indignación, protestamos ante Dios y los hombres contra tales injusticias, vejaciones y atentados. La situación en que se halla Vuestra Santidad ha llegado al límite de la paciencia; urge poner remedio á mal tan grande; es preciso que acabe de una vez un estado de cosas que, engendrado por la traición y por el sacrilegio, sólo se ha sostenido á fuerza de injusticias y maldades.

»La santidad del derecho indignamente atropellada la libertad de la Iglesia, la majestad de la Sede Apostólica, la dignidad del Pontífice Romano, la seguridad de todos los fieles católicos, y hasta el orden, el bienestar, la prosperidad moral y material de la misma Italia, cuya dignidad y grandeza han estado siempre vinculadas en la grandeza y dignidad del Sumo Pontificado, demandan á voz en grito que se atienda de una manera digna y definitiva al prestigio del Sumo Pontificado, al decoro de la Sede Apostólica y á la paz de toda la Iglesia. Esto pedimos y reclamamos los españoles reunidos en el segundo Congreso Católico nacional. Tenemos derecho á reclamarlo. El honor y la dignidad del Padre común de los fieles es nuestro honor y dignidad Su causa es nuestra causa. Su libertad es nuestra propia libertad.

»La autoridad espiritual del Vicario de Cristo es la parte más esencial, la más santa y eminente del gobierno de la Iglesia; es la vida de su vida, el alma de su alma. En la viveza y amargura de los acentos con que reclamamos su dignidad é independencia, ha podido ver Vuestra Santidad los lazos del sacratísimo deber con que nos reconocemos á ella obligados; pero la solemnidad del acto que estamos llevando á cabo, la grandiosidad de esta Asamblea, una de las más solemnes que se han reunido jamás en España, la presencia de la Iglesia jerárquica que preside esta reunión, la representación social que revisten nuestros actos, y el eco que nuestras palabras van á despertar en todos los corazones españoles, nos obligan á afirmar con especial energía el deber de obediencia que á todos nos une.

»Dios está en su Iglesia. Su constitución es el medio por el cual la Divina Majestad se comunica á los hombres, la voz de sus oráculos, el reflejo de sus misericordias. Esta Iglesia vive y reina y florece por la autoridad. La primera obligación que impone á sus súbditos, la que resume y realza todas las demás, es la de la obediencia. El que reverencia y acata esta autoridad y obedece sus decisiones y cumple sus mandatos, es hijo suyo legítimo; quien la desobedece y desacata, quien en lugar de seguir pretende prevenir sus resoluciones ó las interpreta á su albedrío ó duda y disputa sobre los pasos que ha de dar antes de someterse á ellas, este tal no es hijo suyo verdadero, este tal no es buen católico, aunque blasone de su fe, siquiera haga profesión de virtud y aun se cubra y ampare con su manto.

»Como Vicario de Nuestro Señor Jesucristo Vuestra Santidad es la cúspide de esta autoridad divina, el Maestro universal en quien está depositada la verdad de la fe, que es transmitida á los que la buscan; la enseña de salud que indica á todos el camino de salvación y la doctrina incorruptible de la verdad.

»Partícipes de la potestad vinculada en su Iglesia son los Obispos, rectores y cabezas de las iglesias particulares que les fueron encomendadas: medios é instrumentos de ejecutar las órdenes de los Obispos son los sacerdotes legítimamente ordenados, y vasallos alegremente sumisos á este orden de divino ministerio son todos los fieles esparcidos por el orbe de la tierra. Tal es la divina constitución de la Iglesia; por tal manera se organiza la suma de fuerzas vivas que componen su cuerpo.

»Llamados por la misericordia divina á formar parte de este sagrado organismo, tenemos altísimo honor, ¡oh Santísimo Padre! en proclamarnos vasallos y súbditos de la Iglesia, en reverenciar su autoridad y en acatar y cumplir fidelísimamente sus órdenes y mandatos. La voz de Vuestra Santidad y la de los Obispos sometidos á la autoridad Pontificia, es la que ha de dirigir y enseñar y salvar nuestras almas. En el orden de las cosas espirituales encomendadas á la Iglesia, no queremos pensar, ni sentir, ni intentar nada que no venga mandado y aprobado por su autoridad.

»Todo cuanto hagamos lo queremos hacer con la dirección y consejo de nuestros Obispos; nada sin su aprobación, nada á sus espaldas. Y ya que al hacer esta declaración solemne tenemos delante de nosotros á gran parte de los Prelados españoles, que han venido á presidirnos, proclamamos en su presencia que ellos son nuestros guías, nuestros maestros en la fe, los directores de nuestra acción, los organizadores de nuestras fuerzas, y que no queremos ni necesitamos otros. Manden, y todos obedeceremos; hablen, y todos acataremos sus palabras.

»Al hablar así no hacemos más que cumplir lo que nos exige imperiosamente nuestra conciencia, lo que nos demanda la lealtad que debemos á Dios, lo que debemos á la memoria de nuestros padres, á los santos recuerdos de nuestra historia.

»Sí; la lealtad á la Iglesia, el celo por la Religión y el afán de defenderla y propagarla por todo el ámbito de la tierra, han formado la base de nuestro carácter cristiano nacional; por ellas nació y creció y se fué agrandando nuestra Monarquía; ellas, como nos ha recordado recientemente Vuestra Santidad, fueron la causa principal de nuestra gloria y poderío.

»No queremos, Santísimo Padre, degenerar de tan altos ejemplos. No queremos renegar de nuestra historia gloriosísima. No queremos afrentar con una vil apostasía la tierra que nos vió nacer, las sepulturas de nuestros padres, los monumentos de nuestra patria. Y puesto que os dirigimos estas palabras desde la heroica ciudad de Zaragoza, metrópoli del antiguo reino de Aragón, añadimos que no queremos manchar las glorias de este reino, el más noble, el más caballeroso, el más heroico de todos los reinos de la tierra.

»Porque si la obediencia á la Iglesia y su Pontífice y Obispos fué gloria común de la patria española, con toda verdad y sin humillación de nadie podemos decir que en ninguna de sus regiones floreció más que en la región aragonesa. Educados en la enseñanza apostólica, cuyo recuerdo tenemos en el Santuario de la Madre de Dios del Pilar, que nos ampara con su protección, confirmados en la fe por la autoridad de santísimos Obispos, y robustecidos en ella por el ejemplo de mártires gloriosísimos, los habitadores de estas provincias, al constituirse en reino independiente, proclamaron, así Reyes como Príncipes y pueblo, su adhesión perdurable á la autoridad de la Iglesia Romana, proclamando que no querían más que un Dios, una fe y un bautismo, y reconociendo por centro de esta bendita unidad al bienaventurado Pescador, como llamaban al Vicario de Cristo, de quien se declararon vasallos y tributarios.

»Desde entonces tuvieron en los aragoneses los Pontífices de Roma los consejeros natos de sus Reyes, los guías y reguladores de sus autoridades, los padres y amparadores de su pueblo. En la majestad Pontificia vieron la reverberación de la divina, y como á tal la obedecieron y veneraron. A ella acudieron en los trances más peligrosos. Y así como al construir el templo de La Seo, cifra de sus glorias,

monumento de su piedad, en el cual estamos reunidos en estos momentos, quisieron que su fábrica grandiosa fuese coronada en su hermosa cúpula por la tiara del Pontífice Romano, así, por encima de todas sus glorias, enfrente de todas sus grandezas, por corona de todo su poder, quisieron que campease triunfante y dominadora la majestad de la soberanía Pontificia.

»*Santísimo Padre:*

»Al dirigiros nuestra voz estamos seguros de que interpretamos los deseos, los sentimientos y las ideas de todos los católicos españoles. Pues bien: en nombre de toda la patria española, en nombre de los sentimientos que más viva y profundamente palpitan en los corazones de esta tierra nobilísima, declaramos solemnemente ante Dios y ante los hombres que, cualesquiera que sean las circunstancias en que nos ponga la divina Providencia, hemos de ser eternamente fieles á vuestra sagrada autoridad, ejecutores sumisos de vuestras ordenaciones y mantenedores invencibles del poder, de la majestad, de la independencia de vuestra inviolable soberanía.»

V

PRIMERA SESIÓN

El Ilmo. Sr. Obispo de Orihuela leyó un magnífico discurso contra los librepensadores, de los mejores trabajos, á nuestro juicio, que se han leído en el Congreso:

«¿Es posible, preguntaba el doctísimo Prelado, que se eche en brazos de la razón librepensadora quien lleva en su propia conciencia el perenne testimonio, la necesidad de solicitar humildemente el apoyo de la fe humana para que se le hagan expeditos los caminos de la ciencia?

»Esto, señores, tiene una explicación muy sencilla, y es que el librepensamiento no reconoce otro origen ni causa ni razón de ser que el odio sistemático á á la fe sobrenatural y á la revelación divina.

»¿Por qué esa contradicción, señores?

»¿Por qué tan palmaria, tan chocante y odiosa consecuencia? ¿Por qué la fe divina ha de ser blanco de las iras de la razón independiente, de los implacables odios del librepensamiento?

»Ya que no me es dado, señores, detenerme á exponer el modo como se verifica el armónico enlace de la fe con la ciencia, séame lícito llamar la atención de nuestros adversarios sobre hechos que saltan á la vista de todos y que demuestran palmariamente toda la sinrazón y toda la injusticia de los cargos con que intenta abrumar y desprestigiar á la Iglesia Católica el librepensamiento.»

Reproduce al efecto gran parte de una Carta pastoral dirigida á sus diocesanos en la Cuaresma del 88. En ella hace notar que la gran filosofía cristiana ha nacido de las entrañas mismas de la Iglesia Católica, y que hoy día todos los que tienen ojos para ver pueden contemplar la razón católica recorriendo el campo de las ciencias experimentales; y termina: «¿Qué armas esgrimen nuestros adversarios que nosotros no manejemos igualmente? ¿A qué terreno es llevada la lucha adonde no acudamos nosotros en seguida? ¿Qué reto científico se nos lanza que nosotros no aceptemos? ¡Ah! sólo la obcecada pasión, sólo el ciego espíritu de partido puede inspirar esos injustificados ataques, que á nombre de la razón y el *librepensamiento* se nos dirige, como si verdaderamente fuéramos nosotros enemigos de la razón ó refractarios á los progresos de la ciencia.»

Habló después el Sr. Fajarnés acerca del Poder temporal del Papa. Su discurso es un proceso, muy bien formado, á los fundadores del reino de Italia por las falacias y malas artes de que se valieron para conseguirlo.

Vean nuestros lectores el siguiente párrafo, como una prueba del conciso y vigoroso estilo del señor Fajarnés:

«Pronto, el día 11 de Septiembre y sin esperar respuesta á tal Mensaje, llevado por Mouza di San Martino, un ejército de 60.000 hombres invadía por tres puntos los bien mermados dominios del Papa: el 13 era declarada Roma en estado de guerra, y sitiada el día 19 por los 60.000 soldados, á las órdenes del generalísimo y apóstata Cadorna. En aquellas horas de terrible angustia para el corazón y la historia de un Soberano y de un Pontífice como Pío IX, el Papa-Rey, ante la inminente consumación del inicuo despojo, subía de rodillas la *Scala Santa*, que Cristo subió en casa de Pilatos, resultando así más grande la identificación del discípulo con el Maestro; y postrado sobre la veneranda vía de oprobios que voluntariamente pisara el Redentor del mundo, le pidió entre sollozos, por los tormentos de su Pasión, piedad para su pueblo y para la Iglesia, misericordias, que evitasen toda mancilla en aquella morada, ofreciendo gustoso el sacrificio de su vida para aplacar la cólera del cielo.

»Había llegado el instante decisivo; negada la rendición que intimaran á la que hasta entonces fuera en la serie de los siglos capital del mundo católico, pues Pío IX había dicho: «Si no podemos impedir que penetre el ladrón, hagamos constar que entra con fractura de las puertas». Al amanecer del día 20, los sitiadores comenzaron el bombardeo de la ciudad por cinco puntos; algunas horas después batían un lienzo reparado de la quince veces secular muralla, entre las puertas Pía y Salara, y por esta brecha, la brecha de la Porta-Pía, penetraron los invasores en la ciudad de los Papas; y la cuestión romana entró en el angustioso período del Calvario, que, con sus tristezas y sus ignominias, debe preceder á las glorias de la resurrección del Papa-Rey.

»El Vicario de Jesucristo estaba ya en el Vaticano, de donde jamás saldría, recluído por los límites de los bastiones San Spirito, que la capitulación de Roma señalara; esto es, el palacio y jardín que once años antes le ofreciera el famoso opúsculo *El Papa y el Congreso*.

»La Monarquía piamontesa, entronizada en el Quirinal, había realizado cumplidamente las ideas de tales folletos; plena justificación del impío significado que les hemos atribuído, porque, en realidad, y merced á la indiferencia, apostasía ó complicidad de muchos Reyes que funcionaron de «jacobinos coronados», aquellas páginas constituyeron el programa exterior de la Cuestión Romana.»

Terminó esta sesión memorable con un discurso del Marqués de Vadillo, en defensa de la enseñanza católica y de los Institutos religiosos.

VI

SEGUNDA SESIÓN

He aquí los discursos pronunciados en esta sesión:

Discurso del Dr. D. Salvador Torres Aguilar-Amat, Catedrático de la Universidad de Madrid, sobre la tesis: «Los sucesos que se han realizado en Roma desde que fué ocupada violentamente por fuerzas italianas, demuestran la necesidad del principado civil del Romano Pontífice».

Discurso del M. I. Sr. Dr. D. Juan Cruz Aranaz, Canónigo Lectoral de Zaragoza, sobre la tesis: «Aunque la soberanía temporal del Romano Pontífice no sea un dogma de fe, sin embargo, es doctrina católica que no puede negarse ni impugnarse sin rebelarse contra la enseñanza de la Iglesia».

Discurso del R. P. Eduardo Llanas, de las Escuelas Pías, sobre la tesis: «Siendo la prensa un simple medio de suyo indiferente para guiar á la cultura ó á la barbarie, señalar las reglas á que debe sujetarse para promover la primera y evitar la segunda».

Discurso del Sr. D. Antonio Morales y Gómez, ex-diputado á Cortes, vocal de la Comisión general de Codificación, sobre la tesis: «En el restablecimiento de la soberanía temporal del Romano Pontífice están interesados, no solamente su dignidad é independencia, sino también el derecho de todos los católicos y el bien de los Estados».

Al final de la sesión no se cantó la antífona *Tu es Petrus*, por haberse cantado después del discurso del Sr. Aranaz. Uno de los telegramas que se leyeron en la sesión de este día fué el de Su Santidad, saludando al Congreso Católico. Las secciones volvieron á reunirse, continuando el estudio de los temas que habían sido presentados.

El Sr. Arzobispo de Sevilla leyó una Memoria proponiendo los medios que deben adoptarse para impedir y corregir, dentro del derecho, la blasfemia.

VII

TERCERA SESIÓN

La más animada, la sesión casi tumultuosa, pero la más brillante también que ha celebrado el Congreso. Los discursos de los Sres. Sardá y Gómez son modelos de bien decir, el primero por su estilo persuasivo, en que es maestro el célebre clérigo catalán; el segundo por la galanura de la frase académica, que tan bien cultiva el Sr. Gómez.

Empezó la sesión con un discurso del Marqués de Valle Ameno, bueno como todos los suyos, sobre el poder temporal del Papa.

Luego subió á la tribuna el Sr. Sardá y Salvany. He aquí algunos de sus más hermosos párrafos:

«¿Es posible como *Estado*, es decir, como modo de ser permanente y regular, esta misma simultaneidad y coexistencia de poderes antagónicos en una misma nación y ciudad?

»No, no es posible. Una autoridad suprema no vive vida robusta sino á condición de serlo verdaderamente. Y la monarquía saboyana en Roma no es suprema autoridad ni puede serlo. Hay allí quien le lleva ganada siglos ha la supremacía, y la conserva aún á pesar de cuanto se ha hecho para que la perdiese. Al Papa se le han arrebatado los palacios apostólicos, se le ha disuelto el ejército, se le han dispersado las Comunidades religiosas; podrán serle incautados mañana por un golpe de fuerza más audaz los museos y los archivos. Lo que no podrá arrebatársele jamás es la fuerza moral, que le hará ser siempre en Roma el primero de todos los poderes, sin que pueda otro alguno alzarse sobre él, ó siquiera ponérsele en línea paralela.

»No, esta última incautación no podrá realizarla jamás el usurpador. Y no porque consideraciones diplomáticas, que pueden cesar mañana, mantengan todavía hoy en poder del Papa el palacio y jardines del Vaticano, donde puede aquél recibir en corte á los suyos y conservar todavía un resto del antiguo regio ceremonial, no; aunque debiese abandonar el Vicario de Dios esta su última mansión de soberano para pasar á vivir en cualquier piso humilde del Transtevere como el postrero de los Sacerdotes romanos; aunque de allí se viese precisado á bajar á las sombrías Catacumbas, que el Pontificado conoce muy bien, porque allí hizo sus primeras pruebas de incontrastable firmeza; aunque en este último asilo fuese á turbarle la impiedad para otra vez arrastrarle á la negra cárcel mamertina ó á la sangrienta arena del vecino Coliseo, ¡oh! no, no temáis; no caería con todo esto de la frente de los Pontífices la corona real, cuya majestad oscurece la de cualquier otra dominación terrena que ante la suya divina presuma erguirse, y que nunca conseguirá en este su loco intento más que verse miserablemente eclipsada. No, no temáis; no puede jamás en una nación haber más que un Rey, y en Roma pasa esto más que en otra capital alguna del uni-

verso. Lo que la historia ó la leyenda cuentan allí de Rómulo y Remo, esto ha pasado siempre y esto pasará hoy. No fué posible en los orígenes de Roma la simultaneidad de dos Reyes hermanos; menos será posible la de dos Reyes rivales y contrapuestos. Rómulo ha de matar también hoy día á Remo, y le está matando ya continuamente, quitándole toda moral ascendiente, que es para los Gobiernos todos, pero muy especialmente para las Monarquías, el aire vital. Mandar puede el Príncipe acampado en Roma, como manda en país militarmente ocupado cualquier jefe de división, ó si queréis, cabo de escuadra. Mandar puede, pero no reinar. Porque el reinado no es un mando de fuerza, sino un señorío de voluntades. El Rey es ante todo un Magistrado, y el cetro simboliza en él la pacífica soberanía del derecho y de la confianza, no el fugaz imperio de la violencia. Mandar podrá, repito, pero no reinar; y por esto veinte años ha que manda allí el soberano usurpador sin haber reinado un solo día. Quien sigue reinando es el Papa: la verdadera corte romana para todos los pueblos, aun para los protestantes é infieles, está en el Vaticano y no en el Quirinal. El Vaticano es todavía un palacio: el Quirinal no ha sido nunca más que una oficina. Es tan alto, tan alto el Vaticano, y es tan bajo, tan bajo el Quirinal, que á aquél se le ve de todos los puntos del globo, hasta desde las regiones más inexploradas del África central, hasta desde los más helados desiertos del Polo Norte, hasta desde las más vírgenes soledades de la Oceanía; cuando al otro nadie le echa de ver hasta que desemboca por casualidad en la plaza donde mira su fachada. Y tan alto es el Vaticano y tan bajo el Quirinal, que aquél con su sola sombra deja á éste deslustrado y oscurecido, como ante la inflamada hoguera del sol, creación de Dios, queda oscurecida cualquier invención humana que ose contraponer á su foco de natural irradiación la menguada luz artificial creada penosamente por la ciencia en el laboratorio. Así reina en Roma solamente el Papa y nadie más. Y si una palabra hace vibrar desde allí las almas, y si un acento ilumina las inteligencias, y si un nombre hace palpitar los corazones, creedlo, es la palabra, es el acento, es el nombre del Papa, no el del Monarca postizo y artificial. El Papado es todavía la idea que llena ella sola á Roma, y no deja lugar para el predominio de otra alguna en la Papal ciudad.

» Decidme ahora después de esto: ¿Es posible, como Estado, es decir, como modo de ser permanente y regular, la simultaneidad y coexistencia de tales poderes antagónicos en una misma ciudad? Evidentemente que no. »

Los amigos íntimos del Sr. Sardá, ó sean los llamados *íntegros*, promovieron al final del discurso del Sr. Sardá una espléndida manifestación d· entusiasmo que no fué del gusto de otros elementos del Congreso. ¡Siempre la pasión! Porque ¿qué hay en el discurso del ilustre Director de *La Revista Popular* que no deba aplaudirse por todo· los católicos? Lo más chusco es que el Sr. Gober..dor civil de Zaragoza, que asistía á la sesión, tuvo la debilidad de escandalizarse, y aun de decir que si se aplaudía al Sr. Orti y Lara con el fervor con que se había aplaudido al Sr. Sardá, suspendería las sesiones del Congreso. Pero ¿no había permitido el Gobernador que se aplaudiese á otros oradores?

Luego el pecado no estaba en las palmadas, sino en lo más ó menos sonoro del palmoteo. ¿Cabe ridiculez mayor? El Sr. Nocedal, jefe del grupo integrista, manifestó con gran entereza que sus amigos no estaban dispuestos á dejarse intimidar por ningún Gobernador, así que aplaudirían al Sr. Orti con más ruído si cabe que al Sr. Sardá. Este rasgo de puro españolismo ha conquistado al Sr. Nocedal muchas simpatías, por más que los amigos políticos del que escribe esta reseña lo hayan encontrado muy mal, como suelen encontrar todo lo que hace, escribe ó piensa el Sr. Nocedal. Pero el humilde cronista que aquí habla, no es de los que van con sus amigos al infierno, ni por lo tanto, al odio al señor Nocedal. ¡Dios nos libre! Que el Sr. Nocedal sea un poquito áspero de condición y se exprese con gran vehemencia, santo y muy bueno; que haya causado con su conducta política una perturbación en el partido carlista..... ¡Pues ahí nos las den todas....! Si es verdad que en *El Siglo Futuro* ha tratado mal á veces á respetables personas, recuerden esas personas respetables que tampoco ellas han llenado siempre de flores al Sr. Nocedal y á sus amigos. Es preciso desengañarse: la suspirada unión de los católicos no consiste en poner como chupa de dómine al Sr. Nocedal; y el Sr. Nocedal tendrá sus defectos, pero que es un católico fervoroso, ¿cómo negarlo?

Después del Sr. Sardá, el Sr. Conde del Sol leyó un discurso magistral sobre la cuestión romana, y luego el Sr. Gómez su bellísimo trabajo sobre la democracia aragonesa.

Hélo aquí en resumen:

« Aún no hace muchos años, cuando la revolución, con astucia de serpiente, se apoderaba de aquellos lemas que por su literal significación podían ser más simpáticos á esa multitud humana que perpetuamente ha anhelado por algo que rompiese los hierros de toda servidumbre y que borrase muchas de las enojosas aunque inevitables diferencias que separan á los hijos del Padre común que está en los cielos, había una palabra que sonaba en los oídos recelosos de nuestros padres como voz salida del Averno, como salvaje grito de guerra contra todo lo que Dios había establecido en las sociedades políticas y los hombres declaraban sólido é indestructible basamento del orden social: esa palabra era la palabra DEMOCRACIA.

» En la cual parecía resumirse el conjunto de principios que formaban el programa de la revolución moderna; todos ellos hermosos á la vista, como aquel fruto emponzoñado que despertó en mal hora el apetito de nuestros primeros padres, pero de jugo no menos amargo, y pudiera decirse de resultados no menos desastrosos, si no hubiera sido aquél el primero que envenenó nuestra sangre y nos condenó á dolor perpetuo y muerte irremediable.

» El revolver de los tiempos todo lo había maleado, trastornado y confundido. Los enemigos de la Santa Esposa de Cristo, queriendo sacudir el suave yugo que enfrenaba sus pasiones y moldeaba su razón en el troquel de la fe, levantaron pendones de rebeldía, so pretexto de libertad y reforma, y al modo que Luzbel arrastró en pos de sí, con análoga bandera, á millares de legiones de ángeles, así un audaz apóstata arrastró á príncipes y pueblos á la negación de la autoridad divina de la Iglesia, al menosprecio del Sucesor augusto é infalible de Pedro y á la anarquía más espantosa de las conciencias humanas.

» Desde aquel infausto suceso, que constituye el sangriento alborear del siglo XVI, y que sembró de cadáveres y ruinas las góticas ciudades y los viejos bosques de la Germania, las anchurosas plazas y las verdes praderas de Inglaterra, los alegres poblados y las fértiles campiñas de Francia, y que, como torrente desbordado, inundó también las risueñas llanuras de Italia, toda doctrina y toda palabra que tuviera algún dejo de emancipación y de libertad, despertaba, y no sin motivo, recelos, ya que no producía espanto en el ánimo de aquellos reyes y súbditos, nobles y plebeyos, que se habían conservado fieles á su bautismo y dóciles á la voz sacrosanta del Buen Pastor que dirige á la humanidad cristiana desde las radiantes alturas del Vaticano.

. . . . . .

» Llegó, en efecto, un día en que todos juntos, los que amaban la libertad con amor cristiano como á una esposa casta y pura que Dios ha bendecido en sus altares, y los que la amaban con amor gentílico, como á meretriz venal que lleva en su rostro descocado y en sus hombros desnudos el incentivo del desorden y las señales indelebles del vicio, proclamaron á una el derecho de los hombres y de los pueblos á quebrantar las cadenas del antiguo régimen, y con esfuerzo gigantesco echaron abajo los viejos muros de la casa solariega; mas cuando quisieron levantar sobre sus ruinas la nueva morada abierta á los cuatro vientos, la turba descreída, que había nutrido su inteligencia con los viles manjares de una filosofía burlona y escéptica, lo invadió todo, y enarbolando la terrible cuchilla niveladora del jacobinismo, ciega de odio, sedienta de sangre, sembró de cabezas humanas el suelo que había redimido con su patriótico martirio Juana de Arco; y sobre aquella muchedumbre de cadáveres apiñados, en cuya cima se destacaba el tronco rígido del augusto descendiente de Clodoveo y de San Luis, junto al de su desventurada esposa la hija de los Austrias, irguió una bandera roja, como la ira, entre cuyos pliegues había escrito en negros caracteres la mano sarcástica del despotismo estas hermosas palabras: *libertad, igualdad, fraternidad.*

» Si la democracia moderna, resumen final de todos estos principios que las dos revoluciones formidables de los siglos XVI y XVIII habían elevado á la categoría del Evangelio del porvenir, se había mecido en esa cuna sangrienta; si la democracia moderna, por boca de sus corifeos, hacía alarde de su odioso abolengo, y persistía con tenacidad satánica en la obra destructora de la Religión, manteniendo el constante equívoco de que la Iglesia y la libertad eran esencialmente incompatibles, como si la libertad pudiera ser representada por los Príncipes tiranos de la Alemania protestante y los crueles verdugos de la Francia del 93, ¿qué maravilla que todas las almas creyentes y honradas sintieran estremecerse de horror al oir esa palabra, bajo la cual parecían hervir las pasiones más abominables de la impiedad y los odios más violentos de las turbas sin Dios, sin moral y sin freno?

. . . . . .

» Mas á pesar de tantos crímenes, de tantos errores y de móviles tan inicuos como forman el proceso de la democracia moderna, es fuerza reconocer que el mundo entero siente en el fondo de sus entrañas algo como palpitaciones del corazón, que cada vez con mayor fuerza va arrojando al torrente circulatorio de la vida social la sangre roja y caliente de la democracia, y que, acaso, cuando se abran para la historia las puertas del siglo XX, todos los que hemos cruzado con rapidez vertiginosa los procelosos días del siglo XIX enarbolando distintas banderas y peleando á su sombra con desigual fortuna, nos apresuraremos á entrar en la nueva centuria, exclamando como el Apóstol de las Gentes: *Civis romanus sum:* todos somos por igual ciudadanos de Roma: la democracia no nos asusta: vamos á purificarla con la virtud, y en vez de encanallar á los Príncipes y nobles vistiéndolos con los harapos de la ignorancia, del vicio y de la disipación, ennoblezcamos á los hijos del pueblo poniendo sobre sus hombros la púrpura recamada de oro que la Iglesia destina á sus santos, la ciencia á sus sabios, el arte á sus genios, la patria á sus héroes, sin pedir jamás á ninguno de ellos otra ejecutoria que la de sus propios méritos.

» ¡La Iglesia! ¿Quién se atreverá á disputar á la Iglesia la gloria de haber grabado en la frente de los pueblos sometidos al yugo de la esclavitud, el sello indeleble de su regeneración? ¿Quién rompió el círculo de hierro de las antiguas oligarquías que hicieron de la humanidad una especie de familia privilegiada, servida por una multitud de seres impersonales anónimos, á quien hasta la filosofía misma

negaba en ocasiones la condición de hombres? ¿Quién más que la Iglesia estableció el principio de la igualdad ante Dios y ante la ley, el derecho de todos á ejercer los cargos públicos con arreglo á los personales merecimientos, y no á privilegios de raza; el procedimiento de la elección popular aun para las más altas representaciones de la soberanía, sin excluir la pontificia, y tantos otros principios y resortes y medios que la revolución ostenta como conquistas suyas, cuando ni ella misma las hubiera conocido si la Iglesia no hubiese empleado cerca de dos mil años en enseñárselas?

» ¡La Iglesia! ¿Ha habido jamás una institución más democrática que la Iglesia? ¿Existiría siquiera la democracia, en el sentido más amplio de la palabra, si la Iglesia, si su divino fundador, en quien lo regio y lo plebeyo se unían en admirable consorcio, á la manera que lo divino y lo humano en misteriosas hipóstasis, no hubieran levantado del polvo á los humildes, á los pobres, á los insignificantes, á los hijos de la nada, según el mundo, para erigirlos en modelos que imitar, hasta el punto de que si nuestro corazón no se hace, como ellos, pobre, insignificante y desheredado, no mereceremos la gloria que á ellos les está reservada? ¿Qué nobles, qué príncipes, qué reyes fueron encargados por Jesucristo para llevar la luz del Evangelio á los confines de la tierra? ¿Qué títulos de nacimiento se exigía ni se ha exigido nunca para ser elegido Pontífice romano, es decir, Rey de Reyes y Vicario de Dios? ¿Qué significa la voz *Iglesia*, y qué es en sí misma, sino Asamblea, reunión, pueblo de Cristo, organizado y regido maravillosamente por autoridades que no se heredan, ni se adquieren por otros medios que por aquellos que la democracia proclama como mejores y únicos: por el saber y la virtud?

. . . . . .

» Mirad, señores, á qué extremo llevaba el pueblo aragonés su amor á la libertad y su horror á lo tiránico y arbitrario, que no bastándole con exigir al Rey que contase en sus juicios y determinaciones con el consejo y el asentimiento de sus súbditos; que no satisfecho con instituir un juez, una autoridad intermedia entre el Rey y el pueblo, que fuese el baluarte de las libertades y derechos de los gobernados; ese juez único en la historia del mundo, que con el nombre de Justicia se levanta en medio de las grandes instituciones de la tierra aragonesa, como la más original, la más bella, la más noble, la más democrática y la más cristiana de todas ellas; no bastándole, digo, con nada de esto, se reserva el pueblo el derecho de elegir otro Monarca aun fuera de la Iglesia católica, lo cual, por atrevido que parezca, no significa otra cosa sino que un Rey cristiano que no respeta los fueros y libertades de sus pueblos, que hace escarnio de las leyes y menosprecio de la justicia, y que puede ser capaz de convertirse en verdugo del Papa y en mofador de la Iglesia, tolerando la apoteósis nefanda de un miserable apóstata, es mil veces peor que un Rey infiel, pero leal á sus juramentos y cumplidor escrupuloso de los deberes que la ley le impone ».

El Sr. Gómez termina así su hermoso discurso, en el que la gallardía de la forma compite con la belleza moral del fondo:

« Aragón, en nombre de la libertad que ha defendido siempre, pide la del Pontífice Romano, que es garantía de la libertad del mundo. Aragón, en nombre de su democracia tradicional, pide que se cumpla la voluntad del pueblo cristiano esparcida por toda la superficie del globo, y esa voluntad dice á gritos que quiere el restablecimiento del poder temporal de los Papas.

» En nombre, pues, de la libertad y de la democracia, que han circulado durante siglos como sangre vivificadora por las venas de las instituciones aragonesas, lancemos la exclamación que comprende hoy todas nuestras aspiraciones, y es la bandera común bajo la cual estamos aquí todos cobijados: ¡Viva el Papa-Rey! »

VIII

SESIÓN CUARTA

Magnífica sesión, en que descollaron el admirable discurso del P. Minguella sobre la Concepción de María, y el discurso del Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.

He aquí los principales párrafos del Sr. Obispo nuestro Prelado:

« El Gobierno italiano, que es el portaestandarte de las revoluciones, latrocinios y guerra tenaz que se preparan en nuestros días contra la Iglesia de Jesucristo, ha obligado también á los clérigos de aquel país á vestir el uniforme del soldado, dejando el hábito eclesiástico prescrito por la disciplina canónica; y como si la reprobación de esa clase de atentados hecha en el *Syllabus* no fuera bastante, insiste el mismo Pontífice, de feliz y grata memoria, en condenar el proyecto de ley del susodicho Gobierno, contrario á la inmunidad eclesiástica, y en Breve de 27 de Septiembre de 1864, dirigido al Obispo de Mondovi, que había refutado el servicio obligatorio de la milicia impuesto á los clérigos, le dice: « Hemos recibido con gran satisfacción los » dos opúsculos que has escrito y publicado, im» pugnando en uno de ellos la ley inicua propuesta » en ese país para imponer á los clérigos el servicio » militar. Esa ley, en efecto, es completamente con» traria á los derechos divinos, eclesiásticos y hu» manos, y merece ser reprobada y condenada. »

» Y á fin de quitar á la iniquidad toda apariencia de prescripción con que pudiera encubrirse para hacerse viable ante la opinión pública, el sapientísimo León XIII ha reiterado la misma enseñanza, con ocasión de lamentar los grandes males que se siguen á la moral, á las buenas costumbres y á la prosperidad de las naciones, de las leyes que llevan á los campamentos toda la juventud de los países y se encaminan á crear y sostener ejércitos inmensos, causando así la ruina de la riqueza pública, y siendo ocasión permanente de temores, amenazas y provocaciones para la guerra, que sólo deja en pos de sí desgracias y desolación.

» No es de extrañar, por tanto, que, á través de los cambios políticos y del derrumbamiento de tronos y dinastías que registra la historia, se haya respetado en todos tiempos y por todos los poderes públicos la inmunidad y carácter sagrado de los Ministros de la Religión, á fin de que así, en medio de las sangrientas luchas de unos pueblos con otros y en los desastres ó triunfos nacionales, sustraídos aquéllos al fragor de las batallas, pudieran llenar su misión de paz y de conciliación y elevar sus plegarias al Altísimo, para interesar su poder providencial en favor de los destinos humanos.

» La voz universal de las naciones, que es la voz de la naturaleza, ha dado constante testimonio de esa verdad, colocando á sus sacerdotes por encima de las demás jerarquías sociales y tributándoles las más distinguidas consideraciones. Entre los egipcios, los sacerdotes elegían á los reyes, tenían derecho á destituirlos cuando no gobernaban bien los pueblos, y su sentencia era irrevocable y acatada como pronunciada por los dioses; en Persia, los magos, que eran los ministros del culto, formaban el Consejo del Monarca: sin su consentimiento y aprobación eran nulas las decisiones tomadas por éste; sus personas eran sagradas, y el prestarles obediencia era un punto obligatorio de su religión: en la India, dividida en castas, los brahmanes, que eran sus sacerdotes, ocupaban la primera jerarquía social, estaban exentos de la milicia y de toda tributación, y les estaba concedida la prerrogativa de anular el fallo de los tribunales cuando los sentenciados se reputaban inocentes y acudían á ellos en apelación: entre los griegos, la ley rodeaba á los sacerdotes de toda clase de inmunidades y prestigios, porque cuidaban de los templos, ofrecían sacrificios, enseñaban la religión, comunicaban con los dioses, revelaban al pueblo los secretos de las musas, y sus oráculos eran incontestables: entre los romanos, los sacerdotes estaban investidos de atribuciones iguales á las de los reyes, excepto el gran sacerdote de Júpiter, que, como representante de éste, las tenía superiores y gozaba del derecho de interpretar sus pensamientos en todos los destinos del Estado: entre los galos, los druidas, que eran los ministros de la religión, gozaban, según testimonio de Julio César, de una autoridad sin límites, no solamente en materias religiosas, sino también en todos los demás asuntos del país; y, en una palabra, pasando revista general á las teogonías de todos los pueblos antiguos, se ve por todas partes que los ministros del culto, llámense bonzos en la China, talaponeses en Siam, lamas en la Tartaria ó muftis en la Turquía, siempre y por doquiera se ha visto, en medio del diluvio de errores y extravíos de la humanidad, flotar salvo ese principio augusto y supremo del respeto y veneración debidos á los ministros de la religión, como fundamento intangible de toda sociedad.

» Era muy justo, señores, que, habiéndose dispensado tantas exenciones y preeminencias á los ministros de las falsas religiones, que quedan al otro lado de la cruz, no fueran de peor condición los Sacerdotes de la Religión verdadera que tenemos la dicha de profesar. Por eso en las escrituras del Antiguo Testamento ya estaba prohibido imponer tributos y exenciones á los Ministros de la Casa de Dios, porque eran sus ungidos y la pupila de sus ojos; y al ser alumbrados de la luz de la fe los Príncipes cristianos, conociendo por ella la gran dignidad y santidad del sacerdocio católico, su primer cuidado fué el dictar sabias disposiciones para amparar y proteger las inmunidades y preeminencias que por derecho le eran debidas en los Estados cristianos. Con ese fin el Emperador Constantino mandó *que los clérigos estuvieran exentos de toda carga ó función profana, no sólo con la mira de no distraerlos de sus santos ministerios, sino también para no exponerlos á los odios y envidias de las gentes;* Justiniano declaró *que se debían conservar y venerar las inmunidades del clero, porque le están concedidas por celestial favor;* Teodorico, Rey de Italia, á pesar de sus simpatías por el arrianismo, dijo que era su deber no juzgar, sino reverenciar todos los fueros pertenecientes á los eclesiásticos; dispuso Carlo Magno que por todos fuera respetado el nombre y la dignidad sacerdotal, y que, ejerciendo los Sacerdotes un cargo divino, no estuvieran sujetos á las autoridades seculares; y finalmente, en ese mismo espíritu se han venido inspirando los Códigos y legislación de las naciones hasta que éstas volvieron las espaldas á la Iglesia, se mostraron ingratas á la misma y se olvidaron de que jamás hubieran llegado al apogeo de prosperidad y grandeza que alcanzaron, sin los gérmenes fecundos de civilización y progreso que ella había derramado sobre los pueblos.

» No desconocían los Estados el derecho que tiene la Iglesia á que se veneren y respeten sus inmunidades y privilegios. Sabían muy bien que esas inmunidades las reclama y exige la santidad de la religión, la dignidad del sacerdocio, la pureza y solemnidad del culto divino, la vocación y educación de los jóvenes levitas y el servicio de los ministerios eclesiásticos. Sabían que la humana sociedad necesita y ha necesitado siempre para su existencia de dos elementos constituyentes, religioso el uno y civil el otro, y que así como en el segundo se admiten atribuciones para hacer uso de la coacción y de la fuerza, si fuera menester, para sacar la juventud del hogar doméstico y separarla de sus familias para formar el ejército nacional, así también

AULA DEL CONGRESO CATÓLICO.

no puede negarse al primero el derecho de elegir y retener los jóvenes que se sientan con vocación para formar la milicia eclesiástica y para consagrarse perpetuamente á los ministerios del culto divino. Sabían, en fin, que si la sociedad necesita de soldados para su defensa, la Iglesia debe tener también ministros de carácter sagrado para satisfacer la necesidad religiosa y social de moralizar las costumbres públicas y privadas, dirigir las conciencias de los creyentes, invocar los auxilios divinos en las desventuras nacionales, y para celebrar los augustos misterios de la religión, que es el baluarte más poderoso de la pública seguridad.

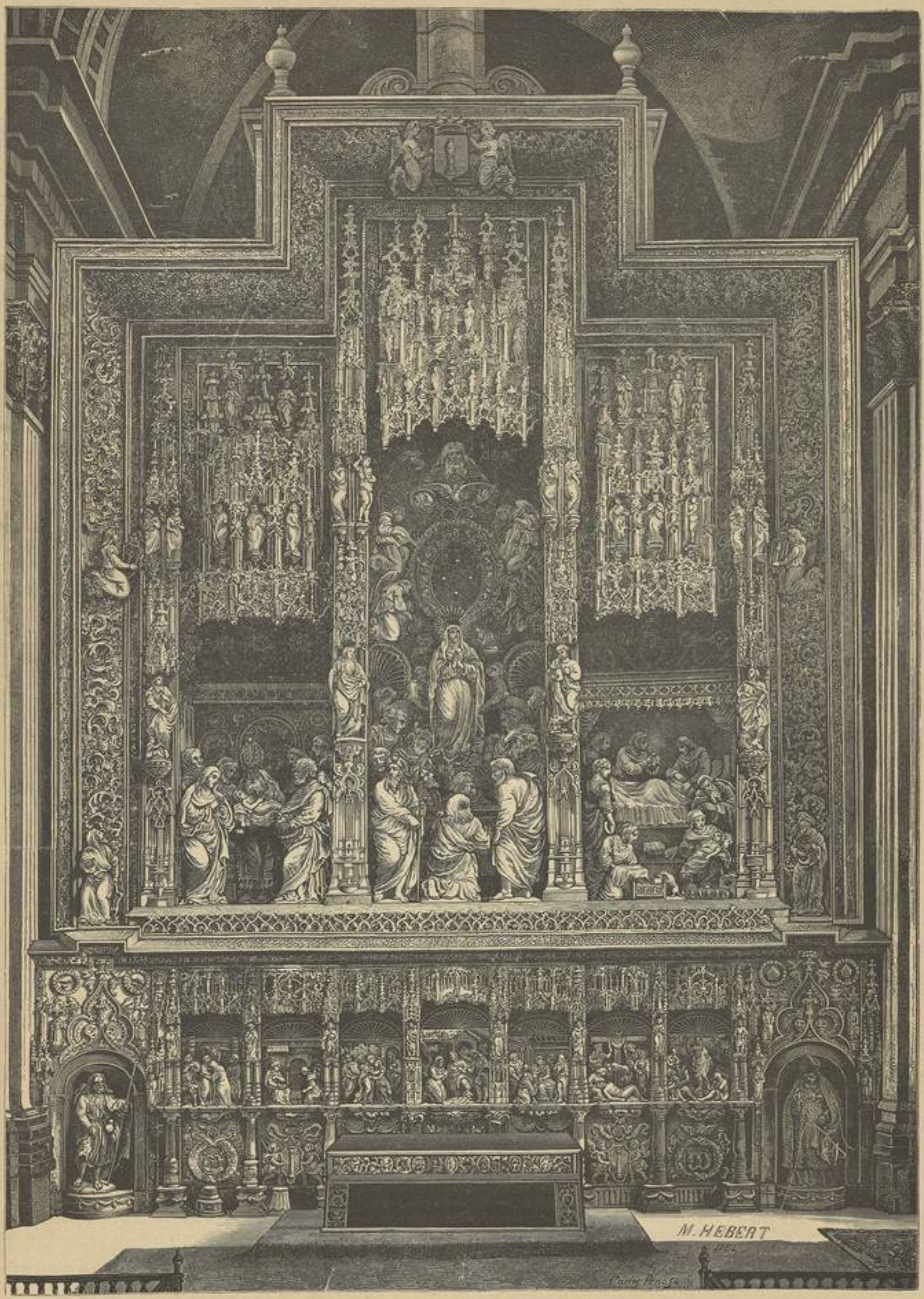
» Mas, sin embargo de saber todo eso y de conocer que es más fácil fundar ciudades sin muros que constituir una sociedad sin el elemento religioso, convenía á los Estados modernos excogitar pretextos para cohonestar su ruptura con la Iglesia, y al efecto afirmaron que las inmunidades de ésta no eran ya compatibles con el progreso social y que era indispensable su abolición.

» ¡Ah señores! Al considerar que todas las revoluciones que han sembrado la anarquía y perturbado el mundo durante las tres últimas centurias se han realizado en nombre del progreso, me habéis de permitir que, con un polemista católico, exprese mi pesadumbre y los temores que en mi espíritu produce esa palabra, tan deslumbradora como mal definida, de la que tanto se ha abusado, con grave detrimento de todos los intereses é instituciones sociales. Vosotros sabéis que hay un gran río en las regiones de América que desarrolla sus ondas á través de desiertos, ciudades, lagos y espesos bosques, y que, precipitándose después repentinamente con fuerza irresistible desde una altura espantosa, forma la corriente más formidable del mundo, que se llama la catarata del Niágara.

» Desgraciados los que se embarcan en ese río sin la prudente precaución de detenerse á tiempo en una de sus riberas, ó de volverse en contra de la corriente, porque de otro modo la suerte desgraciada que los espera es la de morir en las profundidades insondables de un abismo. Pues bien, señores: desgraciados también los Estados modernos que se han embarcado en el progreso positivista, por ellos tan decantado, que no es otra cosa que un río caudaloso que recoge las aguas enturbiadas de todos los errores contemporáneos. Están llamados á perecer si á tiempo no comprenden que ese ruido espantoso, producido por el rozamiento de gigantescos engranajes y adelantos materiales, es la voz fatídica que les anuncia su muerte segura, si con tiempo no se separan de la corriente naturalista en que navegan deslumbrados, y se acogen al puerto seguro de la Iglesia, que es la única nave que está dotada de maravilloso poder para salvarlos del naufragio social.

» No tienen razón los amantes del progreso al aducir éste como causa de su divorcio con la Iglesia y de la ofensa inferida á las sagradas inmunidades de la misma, porque precisamente por la independencia y prestigios que éstas la daban es como pudo más fácilmente cambiar la faz del mundo antiguo, sacar á los pueblos del estado salvaje, desterrar los hábitos inveterados de la superstición, enaltecer la dignidad de la mujer en la familia y en la sociedad, enseñar las normas del derecho, fomentar las letras y las artes y sostener una lucha secular con la barbarie, con el feudalismo, con las soberbias imposiciones de los de arriba y con las inquietudes amenazadoras de los de abajo, para salvar y legar íntegro á las presentes generaciones el riquísimo patrimonio de las verdades y esplendorosa civilización de que disfrutan, sin acordarse de besar agradecidas la mano maternal á que deben tan incomparable beneficio.

» Ni es menos fundado el motivo que se busca en la igualdad ante la ley para negar á los seminaristas la inmunidad de las quintas. No hay ni se concibe sociedad alguna bien constituída sin privilegios y exenciones legales á favor de algunos de sus individuos ó de sus organismos, como no habría belleza en los campos sin la desigualdad de su flora, ni perfección en el arte militar sin la variedad de sus armas, ni progreso en las ciencias sin la desigualdad y variedad de talentos y vocaciones. Por eso los poderes públicos, á pesar de los ideales de igualdad de todos los ciudadanos ante la ley á que



LA CAPILLA DEL PILAR EN ZARAGOZA.

aspiran, no han podido prescindir de acordar excepciones legales por la edad, el sexo, los méritos y las jerarquías sociales. Mientras que á unos ciudadanos se les niega el derecho de ser elegibles y electores, se conceden á otros esos dos privilegios; los Senadores y Diputados son inviolables y exentos de procedimiento criminal sin consentimiento de sus Cámaras, en tanto que los demás ciudadanos quedan sujetos al derecho común; se sanciona un código para la milicia y otro para el comercio, y se deja subsistente la ley para los que abrazan otra profesión; se favorece con privilegios los nuevos inventos, las granjas agrícolas y otros ramos de la industria, y en nada se alivia la tributación al resto de la riqueza nacional; y, en una palabra, mientras que unos ciudadanos gozan de la prerrogativa de hacer leyes, á otros sólo les toca el acatarlas y cumplirlas.

»Si, pues, todas esas preferencias y distinciones en nada perjudican y se reputan compatibles con la igualdad ante la ley, ¿por qué ha de estimarse contraria á la misma la exención del servicio militar en favor del clero? ¿Por ventura no hay en éste méritos y títulos bastantes para que se le reconozca y respete esa inmunidad? ¿No tiene en su favor la legislación canónica de diez y nueve siglos, sancionada por los Romanos Pontífices, confirmada por los Concilios ecuménicos y amparada por todos los poderes públicos, hasta que éstos se han dejado influir y dominar del naturalismo moderno?

»La posesión pacífica y secular de esa inmunidad es también de suyo título bastante para que fuera siempre reconocida y respetada, y no hay Gobierno que pueda considerarse investido de atribuciones para derogarla, toda vez que, sobre estar fundada en el derecho natural y divino, tiene en su apoyo la autoridad de la prescripción y el derecho de gentes; y de no respetarse esos augustos principios, no habría pueblo alguno, en sentir unánime de los jurisconsultos, que pudiera vivir tranquilo ni salvar sus intereses de la arbitrariedad gubernamental.

»Además, señores, la inmunidad eclesiástica, por lo que toca á nuestra patria, está amparada por la ley concordada en 1851, en que se establece que la Religión católica es la de la nación española, que se conservará siempre en sus dominios con todos los derechos y prerrogativas de que debe gozar según la ley de Dios y lo dispuesto por los sagrados cánones, y que en todas las cosas que se refieren al derecho y ejercicio de la autoridad eclesiástica y al ministerio de las órdenes sagradas, los Obispos y los clérigos dependientes de ellos disfrutarán de la plena libertad que prescribe el derecho canónico, confirmándose además la preferencia y prerrogativas de la Religión nacional por el art. 11 de la Constitución vigente del Reino.

»Salta á los ojos, señores, la contradicción que existe entre esas disposiciones fundamentales y la ley de 11 de Julio de 1885, por la que se prescribe en absoluto que el servicio militar es obligatorio para todo español, sin hacer excepción alguna del clero. Si la Religión católica es la de la nación, y si sus ministros han de ajustar su vida y sus funciones á las disposiciones canónicas, desde luego aparece que legalmente deben estar exentos de tomar las armas, puesto que la Iglesia se lo prohibe bajo la pena de inhabilidad para ejercer su sagrado ministerio; y como los clérigos están obligados de una manera especial á obedecer á la Iglesia y á cumplir las reglas canónicas, así como está obligado el soldado á obedecer á sus jefes y á observar la Ordenanza, resulta que nunca jamás se podrá imponer á los primeros el servicio militar, sin comprometer su conciencia, sin hacer violencia á su vocación y sin infringir la disciplina eclesiástica, que es el nervio de la vida clerical y el principio vigoroso para la prosperidad de todas las instituciones del Catolicismo.

»Resta sólo saber, en presencia de esos dos preceptos contrarios, cuál de ellos ha de prevalecer y quedar en pie, por lo que toca á los ministros de la Religión; y para ello basta considerar que, siendo el Concordato una ley concertada entre el Romano Pontífice y la Corona de España, no hay atribuciones para derogarla en ningún Parlamento, por respetable que sea, y por más que sea innegable la fuerza obligatoria de las decisiones de su competencia, cuando estén adornadas de la soberana sanción. Por donde se ve que, á pesar de la ley susodicha del 11 de Julio sobre reclutamiento y reemplazo del ejército, el Concordato está vigente y conserva toda su fuerza y vigor, mientras no sea modificado ó derogado por consentimiento de las dos soberanías independientes que concurrieron para concertarle, y, por consiguiente, al tenor del mismo, aparece injusta é inicua la imposición del servicio militar á los individuos del clero.

»Otra de las razones con que se pretende justificar el ataque á las inmunidades de clase tan respetable es *la defensa de la patria*, y me permito pedir vuestra indulgencia, á fin de emitir alguna observación sobre el abuso que se hace de esa palabra tan augusta y de tan mágico poder para oprimir y empobrecer á los pueblos. Es la patria, señores, en su genuina y primordial acepción, la tierra donde se nace, donde están vinculados los gratos recuerdos de la infancia, las tiernas caricias de la madre, los amorosos desvelos del padre, el hogar de la familia, el árbol que la provee de frutos, la fuente que la regala sus cristalinas aguas, la verde pradera que alimenta sus ganados, las montañas que la preservan del Aquilón, el valle frondoso que forma sus delicias, el canto matutino de las aves que la recuerda la plegaria, el cementerio que guarda las cenizas de seres queridos, y, en una palabra, todo lo que rodea y preside el exordio, el desenvolvimiento, la prosperidad, las desventuras y las mutuas relaciones que labran la dicha de los hijos y constituyen el dulce embeleso de los autores de sus días.

»El carácter social que por naturaleza tiene el hombre, y la tendencia consiguiente que siente á la expansión de su vitalidad y á la seguridad de sus intereses y de su persona, le impulsaron á buscar el apoyo de sus semejantes, y habiéndole encontrado primero en la tribu, y después en el municipio y en la provincia, se asoció á esos organismos, con resolución tanto más grata y racional, cuanto que vió todavía encarnada en los mismos la idea nobilísima de la patria, que suscitaba en su alma los recuerdos de su hogar natal.

»Mas esa idea, que tantos embelesos encierra y tantos encantos, no dándole otra base que los afectos sensibles, los lazos de parentesco, simpatías personales é inclinaciones de carácter puramente local, hubiera estado siempre encerrada en círculo muy restringido, como lo estuvo en los pueblos antiguos, y fué menester que viniera la Iglesia católica á sacarla de tan estrechos moldes y á señalarla mayores horizontes, como lo hizo por modo admirable, enseñando entre inmensos resplandores de divina luz que la fraternidad de la familia y la autoridad patriarcal de la tribu se encontraban en Dios elevadas á su mayor grado de santidad y perfección, y que, por lo tanto, estando en Dios el origen eterno y divino de toda autoridad que se ejerce en la tierra, y siendo Padre de todos los hombres, cualquiera que fuere la zona ó lugar de su nacimiento, debían todos amarse y auxiliarse como verdaderos hermanos, para que de esa caridad universal pudieran surgir grandes nacionalidades, vivir todas informadas del mismo espíritu de fraternidad y ser guiadas á su prosperidad bajo instituciones y gobiernos basados en los principios y consejos del amor paternal.

»Convenía, señores, preemitir esas nociones acerca de la patria, para que se vea que su significación no es la misma en las escuelas católicas que en las del racionalismo. En las primeras la palabra patria, derivada de la latina *pater*, despierta en el hombre recuerdos gratísimos de su infancia y sentimientos de la dulzura, amor y protección con que sus padres le cuidaron en la aurora de la vida, y esos sentimientos le impulsan á amar á su patria como á una madre, asociándose á todas sus glorias y á todas sus desventuras, en tal manera, que, cuando la ve en peligro, huelga imponerle preceptos legales para defenderla, porque el mismo afecto natural que la tiene, avivado, excitado y agrandado por la fe católica, le mueve á tomar su defensa, á imponerse con ese fin todo género de sacrificios y hasta derramar la última gota de su sangre por salvar los intereses, la dignidad y la independencia nacional.

»Las escuelas racionalistas no retienen ese hermoso ideal de la patria, porque, rechazando el orden sobrenatural y extinguida en ellos, como es consiguiente, la llama de la caridad que abrasa á todos los hombres como hijos del mismo padre, tuvieron que separarse de los organismos católicos y abandonar el divino y augusto principio de unidad en la gobernación de los pueblos, reemplazándole por el Estado racionalista, en el cual la sociedad ha quedado reducida á un conjunto de partidos, públicos unos y secretos otros, que haciéndose mutuamente la guerra, no luchan ya por el bien de la patria, sino por el triunfo del que ofrece mayores esperanzas, y después de llegar al poder recompensa con mayores premios y ventajas á los que le ayudaron á conseguirle.

»No hay, pues, que confundir la patria con el Estado racionalista. La patria es siempre dulce y de todos siempre amada; mientras que el Estado, obligado á funcionar y estar representado por un elemento discordante de otros que le son contrarios, en vez de amor y atracción común, inspira odios y repulsión; la idea de patria envuelve las de amparo, suavidad y persuasión, y la de Estado racionalista, dureza y temor servil; la vida de la patria se comunica y se extiende á todos los miembros de la misma, mientras que la del Estado racionalista se trasmite primero y en abundancia á sus secuaces, y si algo sobra de ella, se destina á los que no lo son; y, en una palabra: la patria, por ser madre, no impone costosos sacrificios á sus hijos, ni consiente jamás que derramen su sangre más que para salvar el bien común, y entonces restaña con besos de ternura sus heridas y viste luto en sus desastres; en tanto que el Estado racionalista arranca á los hijos de familia del hogar doméstico y dispone de la modesta fortuna de sus padres para defender los intereses de un partido, para sostener al mismo en el poder y para vencer y destruir á todo trance á los que contrarían sus propósitos y se oponen á sus aspiraciones; y entonces, en vez de derramar lágrimas sobre las víctimas de los vencidos, al contrario, celebra con públicas demostraciones de júbilo la victoria alcanzada contra los mismos; y como para sostener la nueva situación deparada por el triunfo no cuenta con el apoyo común de los pueblos, necesita reemplazar la nobleza de ese elemento con la dureza de la fuerza, é imponerse por el despotismo y el terror.

»De ahí esos ejércitos inmensos creados por un naturalismo pagano, cuyo renacimiento presenciamos en nuestros días; de ahí el empobrecimiento del país, de ahí la corrupción de costumbres, y de ahí, en fin, esas luchas sangrientas en que partidos irreconciliables traen y llevan el pabellón nacional, y empujan delante como rebaños de ovejas á todos los ciudadanos para defender la patria, siendo así, señores, que la patria se va, la patria se pierde en sus manos y acaba por consunción.

»Así como es innegable que á la patria deben servirla todos los ciudadanos, así también es un absurdo el pretender que todos la sirvan de la misma

manera; y bajo ese concepto, dudo, señores, que haya ninguna otra clase social que se imponga tantas privaciones y sacrificios como el clero en bien de su patria, puesto que se consagra, no por todo el tiempo que señala la ley militar, sino por toda su vida, á consolidar los fundamentos constitutivos de toda sociedad.

»Por eso pudo decir con razón el ilustre apologista Donoso Cortés *que el clero era la única esperanza del orden en todos los países*. Si presta gran servicio el ejército restableciendo con las bayonetas la paz perturbada, preciso es reconocer que no es menor el que presta el clero, que con la persuasión y enseñanza católica moraliza á los agitadores é impide que la perturben; y si merece bien de la patria la milicia armada, cuando con el fuego de los cañones vence en las calles públicas la revolución, no hay razón para escatimar testimonios de pública gratitud á esa otra milicia pacífica del clero, que, llevando su influencia y su acción á los centros secretos en que se prepara é incuba la anarquía, modera y cambia los elementos de ésta, dirigiéndolos por las vías de la legalidad; porque sabido es, señores, que los gérmenes de la perturbación social, antes de hacer su explosión en las calles, existen en los clubs y en las ideas, y sabido es también que transformar éstas con anticipación por medios morales, es mejor que el emplear la violencia y la fuerza, de suyo impotentes para triunfar de aquéllas é impedir los males que pueden causar.

»Mirada desde este punto de vista la misión del clero, no cabe poner en duda su importancia social. Su ocupación habitual y diaria es mejorar y esclarecer el alma de los ciudadanos, principio de toda inspiración noble y primer móvil de todas las acciones heroicas. Él enseña la moral católica, madre fecunda de las virtudes y de las buenas costumbres; él vigoriza los vínculos de autoridad, de obediencia, de respeto y de amor, así en el hogar doméstico como en la sociedad; él ataca al vicio en su raíz, é inspira odio á la ignorancia, germen funesto de la criminalidad; él esteriliza la semilla del mal en el mismo instante que aparece en el corazón del hombre; él se toma el cuidado de defender al huérfano, de amparar á la viuda, de socorrer al pobre, de vestir al desnudo, de aliviar al encarcelado, de consolar al afligido y de asistir al moribundo; y, en una palabra, él, de una manera pacífica y poco ostensible, pero no por eso menos provechosa, con la influencia de su ministerio, con sus consejos, con sus exhortaciones, con su celo y con una abnegación sin límites, empleada en todas las calamidades públicas y en circunstancias difíciles, adonde no puede llegar la fuerza material, ni tampoco la eficacia de la ley civil, alcanza prestigios y respetos en favor del orden, y logra reformas trascendentales de común utilidad.

»Y esa consagración absoluta del clero á promover el bien común, ¿no merecerá que se le exima del servicio militar, cuando tantas otras exenciones se hacen por el Estado en favor de los que le sirven? La inmunidad eclesiástica aparece además tanto más justa, cuanto que, bien considerada, no está concedida por Dios al clero para la utilidad particular de sí mismo, sino en bien general de los pueblos; por donde se ve que el combatirla equivale á combatir y perjudicar los intereses comunes de la sociedad, como los perjudicaría el que negase á los Soberanos y Parlamentos la prerrogativa de hacer leyes, y á los militares la de llevar armas, y á los padres de familia el derecho de educar á sus hijos, y el que rechazase cualquier otro de los privilegios cuya concesión se encamina á promover los intereses generales del país.

»Ni sirve decir que los perjuicios que pudieran seguirse á los clérigos privándolos de la inmunidad de la milicia están remediados por la misma ley, que les reserva el derecho al reemplazo y á la redención, porque, aparte de la ofensa que en el orden legal se infiere á la independencia de la Iglesia, semejante derecho de redención es ilusorio por lo que toca á los seminaristas, y con él no se evita la falta de personal para los ministerios eclesiásticos, porque es bien notorio que las clases acomodadas no envían hoy sus hijos á los centros de enseñanza para la carrera eclesiástica, y que la mayor parte de los jóvenes que con ese fin siguen sus estudios proceden de familias pobres que, si bien son honradas, carecen de bienes de fortuna para librarlos del servicio militar. Los seminaristas en nuestros días, son vástagos cortados en el gran campo de la democracia amante del orden y del trabajo. Decidles que os presenten los atributos heráldicos de su casa, y veréis figurar entre ellos los emblemas del obrero, del portero, del sastre, del buñolero, del cajista de imprenta, y los instrumentos de la cerrajería, carpintería, zapatería; y para dar más carácter á ese cuadro, distinguiréis también en él los signos de la miseria y de la mendicidad reflejados en la cara escuálida y en los remiendos del vestido de algunos escolares en quienes Dios se ha complacido derramar á manos llenas grandes cantidades de talento, al paso que les ha escatimado los medios materiales para vivir.

»Ley hostil al pueblo ha llamado el diputado italiano D'Oudes Reggio á la que sujeta á los seminaristas al servicio de las armas, porque cierra la puerta á los pobres para que asciendan á la dignidad sacerdotal, y porque obstruye la única vía que se les ha dejado en el Estado moderno, y eso por habérsela conservado y defendido la Iglesia, para que sigan una carrera literaria y algún día puedan ser el consuelo de sus familias, el honor de la Religión y la gloria científica de la patria. Y esa ley es tanto más odiosa cuanto que empeora la situación de las clases populares, puesto que por ella los hijos de las mismas estarán siempre condenados á formar todo el contingente del ejército, mientras que los favorecidos de la fortuna jamás vestirán el uniforme del mismo, por disponer de recursos para la redención.

»Cuanto más se medita sobre los motivos en que haya podido fundarse la legislación moderna para sujetar los seminaristas á la milicia, se ve con más claridad que la causa principal es el odio á la Iglesia, y así lo ha confesado con brutal franqueza el diputado Piamiani en el Parlamento italiano, cuando decía: «La exención de algunos clérigos del servicio en la armada importa muy poco, y en nada perjudica al país; pero sirve de pretexto para combatir el principal privilegio de las inmunidades eclesiásticas, que quiere conservar el clero á todo trance, en la esperanza de que será la primera piedra para levantar el edificio de la antigua dominación de la Iglesia.» Esa manifestación, señores, es eco fiel del fin que se han propuesto los poderes públicos al establecer el servicio obligatorio, sin guardar miramiento alguno á los ministros de la Religión.

»Mas como á la diplomacia hostil á la Iglesia no convenía manifestar con tanta claridad sus pésimas intenciones, se ha pretendido velar éstas con razones aparentes, diciendo que las circunstancias de la sociedad actual imponen el armamento general en todas las naciones, para que cada una pueda defender sus fronteras y su independencia. Semejante opinión, señores, no ha tenido importancia alguna hasta después de las victorias alcanzadas por Prusia en su última guerra con Francia. Despertóse entonces por todas partes el deseo, más apasionado que fundado, de imitar la organización del ejército prusiano, en tal manera, que se creía que fuera de ella no había seguridad ni defensa para ningún país. Escritores de nota, Generales y estadistas, se ocuparon con excepcional interés en esa cuestión, y aun cuando estuvieron discordes en apreciarla, sin embargo, prevaleció el sistema del servicio obligatorio, cuyas funestas consecuencias están sufriendo los pueblos, que se ven cada día más oprimidos por la tributación insoportable que se les impone y por la miseria consiguiente que los aniquila.

»Sobre ser criterio erróneo y desacertado el querer aplicar las leyes de un país á todos los demás, el atribuir los últimos triunfos de Prusia exclusivamente al servicio obligatorio, es desconocer la influencia decisiva que en las batallas ejercen las costumbres, el carácter, la educación, la austeridad, el arrojo y la disciplina de los ejércitos contendientes. Sin reclutamiento general venció Francia á los batallones austriacos en Solferino y Magenta, á pesar de estar vigente en Austria el servicio obligatorio hacía mucho tiempo; y á pesar también del sistema y carácter guerrero de Prusia, quedó ésta vencida por Francia en la batalla de Jena y en el combate de Balmy. No á todas las naciones se adapta tampoco el mismo sistema para salvar su independencia. La primera vez que se introdujo el servicio obligatorio en Bélgica, sublevó los ánimos y provocó la guerra de los *paisanos*, y el solo intento de volverle á establecer causó la caída del Gobierno de aquel país en 1870; porque en sentir de los hombres más eminentes del mismo, semejante proyecto era rechazado por la nación entera, y tenía en contra la opinión pública, y, por otra parte, con su planteamiento se alteraba el carácter nacional, se causaba una gran perturbación en todas las carreras y profesiones, y no reportaba utilidad alguna al bien común.

»La historia de las guerras enseña que ejércitos formados conforme á diferentes sistemas se han coronado de gloria, y que el valor de los soldados voluntarios ó reclutados por medio del sorteo no es inferior á la bravura de los que han ido á las filas en virtud del servicio obligatorio. No están tampoco comprobadas las ventajas de éste con decir que con él se logra que se conozcan, se relacionen y se asocien con reciprocidad de afectos las clases bajas con las altas jerarquías sociales, porque eso está desmentido de una manera muy elocuente por los resultados que ha dado el servicio obligatorio en Prusia, en donde los socialistas lograron cerca de un millón de votos en las elecciones del año 1877, y sabido es el incremento espantoso que desde entonces ha alcanzado el socialismo en aquel país, cuyos Soberanos han tenido que apelar á leyes excepcionales para reprimirle; lo que prueba que el reclutamiento general, en vez de unir, separa más las clases democráticas de los rangos nobiliarios, y aumenta los odios entre los primeros y los segundos.

»Sin servicio obligatorio se ha salvado por muchos siglos la libertad é independencia de la patria; y la suposición de que la victoria es inherente al ejército beligerante que presente más soldados en campaña, está desautorizada por la historia de las batallas y por el testimonio irrecusable de escritores militares.

»Un puñado de griegos, dotados de genio y patriotismo, bastó para dispersar en Salamina y Platea á dos millones de hombres mandados por Jerges; Don Pedro I de Aragón, con 30.000 hombres, derrota á 100.000 en la batalla de Alcaraz; Alfonso XI de Castilla con 40.000 soldados vence á 200.000 en Tarifa, y 400.000 enemigos son derrotados por 30.000 hombres puestos á las órdenes de Carlos Martel en la batalla de Poitiers; y así, á ese tenor, pudieran citarse innumerables hechos de armas en que la balanza de la victoria, burlándose del mayor número de las mismas, se ha inclinado al lado del valor, de la estrategia y de otros medios empleados por el número menor.

»Ilustres tratadistas del arte de la guerra, Hero-

doto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Turena, Berwick, Villars y otros muchos, demuestran con pruebas inconcusas que el éxito de los combates no depende del número de soldados, ni obedece á preceptos dogmáticos, sino á una complicación de circunstancias inexplicables, y á veces ignoradas hasta de los mismos jefes del ejército vencedor. ¿Sabéis, decía un día el Mariscal Turena, sabéis el gran General que yo conozco? Pues es el General *Azar*. Y en verdad, señores, que sin duda por eso no se dice en vano que la guerra está llena de azares. Aníbal vence á Eumenio, rey de Bérgamo, con la sorpresa de arrojar sobre los barcos de éste ollas de barro llenas de reptiles y serpientes; César vence á Pompeyo en la batalla de Farsalia con sólo disponer que fueran heridos en la cara los soldados de la legión escogida del segundo; el salto casual de una liebre en el asedio de Roma por Arnoldo ocasiona tal confusión en las filas de Guido, Duque de Espoleto, que le obliga á salir de la ciudad, abandonándola á su adversario; y siendo axioma militar que en la guerra conviene ver sin ser visto, los ejércitos aliados contra Rusia toman en 1855 la fortaleza de Malakoff, precisamente por haberla asaltado en pleno mediodía, contraviniendo á lo que establece dicho precepto. No hay, pues, nada absoluto en el arte de la guerra, y así se ve que las reglas que dieron el triunfo á Napoleón en Marengo, las mismas causaron su derrota en Waterlóo.

»Y si deseáis, señores, mayores pruebas en pro de esas afirmaciones, aquí las encontraréis en esta heroica ciudad de Zaragoza. Preguntadla en qué academias aprendió el arte de la guerra y con qué ejército contaba para rechazar las huestes del gran Capitán de este siglo, cuando pretendieron invadirla y privarla de su independencia; preguntadla por la estrategia y táctica militar que había estudiado, cuando amenazada por el enemigo de ser pasada á cuchillo si no se rendía, y cuando preguntada por el Sargento mayor de Extremadura en la plaza del Carmen si juraba defender su religión y su honor sin consentir jamás el yugo del infame Gobierno francés, ni abandonar el pabellón nacional protegido de la Virgen del Pilar, contestó á gritos, con valentía sin igual, que juraba defender derechos tan sagrados; y ella os dirá que, sin preceptos legales de servicio obligatorio, la bastó el heroísmo que inspira el amor de la patria cuando está en peligro, para realizar aquella grandiosa epopeya, sin semejante en los fastos de la historia, de soportar por dos meses un cruel asedio y de vencer con solos mil veteranos y algunos bisoños á trece mil franceses, al mando del General Lefebre, que, asustado de tantos prodigios de valor, tuvo que retirarse sin poder penetrar en esas calles, por haberlas encontrado empedradas con héroes del temple del tío Jorge, de la agraciada Agustina, del capitán Cerezo, de Estefanía López, de Manuel Laserta y de otros valientes defensores, que sólo se crían en esta tierra del Pilar.

»Ahora bien, señores: si en esas crisis supremas que con intermitencias seculares suelen venir sobre los pueblos, les basta á éstos el sentimiento y amor nato de la patria para salvar la dignidad y comunes intereses de la misma, y si en situaciones normales, para mantener la paz interior es suficiente una fuerza armada que esté en proporción con la vida económica y extensión territorial del país, ¿á qué responde ese reclutamiento general que obliga á todo ciudadano á tomar las armas sin tener vocación ni aptitudes para manejarlas? ¿No es tan absurdo é irracional ese sistema como lo sería el obligar forzosamente á que todos los ciudadanos fueran zapateros, agricultores ó abogados? Debiendo ser el ejército por la patria y para la patria, y no la patria por el ejército y para el ejército, ¿á qué subordinar á éste todas las fuentes de la riqueza pública, todas las carreras, todos los talentos, todas las artes y todos los factores que constituyen la grandeza y prosperidad nacional?

»¿Se cree por ventura que es progreso el convertir todos los instrumentos de agricultura, de mecánica y de industria, en cañones y bayonetas, para que toda una nación se lance en masa sobre otra con odios interminables; y que es un espectáculo propio de la cultura social y digno de alabanza el de esas masas enormes, pueblos enteros, ejércitos inmensos, cargamentos sin número, durezas horribles, bombardeos sangrientos de pueblos indefensos, asedios de ciudades, incendiados los campos, atropellado el pudor, abandonado el trabajo, y todos esos horrores y desventuras que son la escuela tristísima de las guerras? ¿Queréis saber á dónde se va á parar por esos caminos de la fuerza? No os lo diré yo, y oidlo, no de los labios de un reaccionario, ni de un clerical, sino del primer magistrado de una sociedad democrática, del radical Cavaignac, presidente de la segunda República francesa: "*Una sociedad*, decía este hombre de Estado, *una sociedad en donde todos los ciudadanos sean soldados, llega muy pronto á la barbarie.*»

»Hacia ahí se camina, señores, y ahí llegarán seguramente los Estados modernos si no varían de rumbo, si no guían la sociedad por otros derroteros, y si, inspirándose, como lo vienen haciendo, en ideales materialistas, se obstinan en crear y sostener esos ejércitos inmensos, propios de la civilización pagana, de los que decía con razón Herodoto, que en una sola comida devoraban todos los frutos del país en que ponían su pie. Dése á la noble profesión de las armas otro objetivo más alto, más digno y más humanitario que el de matar y destruir, y sea la garantía de la religión, de la justicia, del derecho, del orden y de la paz, porque sólo al amparo de esos augustos principios es como pueden prosperar los pueblos y lograrse el adelanto social.

» En vista de las consideraciones que quedan expuestas, podéis comprender, señores, cuán justo es que se respeten las inmunidades eclesiásticas, y que en vez de hacer de cada seminarista un soldado, al contrario, en obsequio del bien común de la sociedad, se le deje tranquilo en los centros de enseñanza eclesiástica, para que, adornado de virtudes, preparado con los conocimientos de las letras y las ciencias, y ungido de la unión y carácter sacerdotal, salga después á predicar á los pueblos el Evangelio, que es bueno para los ricos y bueno para los pobres; á dirigir las conciencias por la senda del deber, á dar á la sociedad ciudadanos honrados y á encaminar todos los hombres á su último fin.

» He dicho. »

***

El día 10 se celebró solemne Misa de Pontifical y *Te Deum* de acción de gracias en el templo metropolitano de Nuestra Señora del Pilar, oficiando el Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en estos reinos.

El mismo día, á las tres de la tarde, en el Colegio del Salvador, hubo conferencia científica sobre física solar, por el Dr. D. Francisco Íñiguez, Catedrático de la Universidad de Madrid.

Han tomado parte en el Congreso Católico de Zaragoza los Prelados de Astorga, Almería, Burgos, Barcelona, Ciudad Rodrigo, Ciudad Real, Coria, Cartagena, Calahorra, Habana, Huesca, Jaén, Lérida, Madrid-Alcalá, Málaga, Manila, Orihuela, Osma, Oviedo, Pamplona, Plasencia, Sevilla, Sigüenza, Santiago de Compostela, Salamanca, Tortosa, Tarazona, Vich, Vitoria, Urgel, Zamora y Zaragoza.

El Emmo. Cardenal Fr. Zeferino González suspendió el viaje que tenía preparado para Zaragoza, por motivos de salud.

El Sr. Alcalde de Zaragoza publicó un bando encargando que por el buen nombre de aquella capital se eviten siempre, y muy especialmente durante las fiestas, toda clase de blasfemias y palabras escandalosas.

Ya no cabe duda acerca de la importancia de la Asamblea que se ha reunido en Zaragoza, ni puede dudarse tampoco de su trascendencia en los destinos de nuestra patria.

Toda la prensa, aun la más sectaria, no disimula el interés despertado en todas partes por el Congreso Católico.

Los largos telegramas que han publicado los periódicos reseñando las sesiones y extractando los discursos, son leídos con gran avidez por todo el público.

CONCLUSIONES DEL CONGRESO CATÓLICO

SECCIÓN PRIMERA

Punto primero. — Además de la predicación, educación y prescripciones de las leyes vigentes, las Obras católicas tituladas Pía Unión y Liga Católica, fundadas respectivamente en Barcelona y Valencia, son medios excelentes para impedir y corregir dentro del derecho la blasfemia contra Dios y las cosas santas.

Punto segundo. — Una Asociación que tenga por objeto recaudar pequeñas cuotas entre sus individuos, oblaciones voluntarias y otros recursos cualesquiera, y que además entienda en las gestiones más convenientes para simplificar y abreviar los expedientes de reparación de templos, es manera utilísima de allegar recursos de un modo permanente para la reparación y conservación de templos parroquiales.

Punto tercero. — La necesidad de que las imágenes expuestas al culto público sean expresión fiel de la vida cristiana y de las enseñanzas de la Iglesia, acusa la conveniencia de que todos los católicos secunden las disposiciones que adopten los reverendísimos Prelados en sus Diócesis respectivas para que las imágenes se ajusten á las reglas litúrgicas.

Punto cuarto. — Las corrientes de indiferentismo é impiedad, que tan poderosamente influyen en las sociedades cristianas de nuestros días, apartándolas del uso de los Sacramentos y siendo causa de que con sobrada y lamentable frecuencia se prive á los pobres enfermos de los auxilios necesarios para reconciliarse con Dios, determinan la necesidad de establecer una Asociación de médicos y otras personas caracterizadas que, de acuerdo con los Centros Eucarísticos, mediante su valiosa ayuda, y siguiendo la Pía Unión de la Buena Muerte instituída en Moncada, Diócesis de Barcelona, remedie estos males y disipe el terror que en tales casos suelen mostrar las familias.

Punto quinto. — La puntual observancia de las prescripciones del Ritual Romano para los entierros de toda clase de fieles, así como también la conducción del cadáver á la puerta de la Iglesia parroquial, mientras las leyes de sanidad no permitan su introducción en el templo, darán carácter religioso á los entierros de los católicos, tanto en las pequeñas como en las grandes poblaciones, siendo además de necesidad suma combatir los abusos secularizadores de las empresas funerarias, bien cristianizándolas si esto fuera posible, ó bien fundando otras que se inspiren en el espíritu cristiano.

Punto sexto. — Atendida la actual ley de reemplazo ú otra que la sustituya, parecen medios convenientes ó forma razonable de conseguir que el Gobierno exima cada año del servicio militar por lo menos cierto número de seminaristas en cada Diócesis: 1.º, la petición al Gobierno en nombre de todo el Episcopado para que admita en beneficio de los seminaristas la sustitución, á la cual podrá atenderse con fondos de Cajas de ahorros que de-

ben crearse en los Seminarios; 2.º, pedir asimismo á toda clase de fieles con insistencia no interrumpida que se haga la excepción por tantos conceptos justísima en beneficio de los seminaristas; 3.º, que los seminaristas declarados soldados se destinen á aquellas poblaciones en que haya Seminarios, donde puedan continuar sus estudios.

Punto octavo. — Siendo el Santísimo Sacramento del Altar la vida toda del Catolicismo, vano intento sería querer restaurar las costumbres sin procurar que por la devoción ferviente al más augusto de los Sacramentos entren las sociedades católicas en ese ambiente divino que las informa suave y eficazmente para la profesión de la verdad y la santidad de la vida. A esta necesidad responden perfectamente las Asociaciones llamadas Centros Eucarísticos, dado que su objeto es la Adoración perpetua de Jesús Sacramentado y la propagación universal de cuanto más ó menos directamente se relaciona con la Eucaristía. Conviene, pues, establecer un Centro de todas las obras eucarísticas de España, designar el punto en que ha de radicar este Centro, señalar un plazo prudencial para la celebración de un Congreso nacional Eucarístico, y tomar en él los acuerdos más conducentes á la *perfecta unidad y armonía* con que deben moverse tan importantes Asociaciones.

Punto noveno. — La instrucción Pastoral sobre la importancia del ejercicio del *Vía Crucis* y de las indulgencias innumerables que le están concedidas; la propagación de la Orden Tercera de San Francisco, dando á los Párrocos las facultades de Comisarios locales y la fundación de la Asociación del *Vía-Crucis* perpetuo; recomendar, en fin, á los Párrocos y Rectores de iglesias la práctica de este ejercicio en común por lo menos todos los viernes del año, son medios adecuados para propagar y sostener el santo ejercicio del *Vía Crucis*.

Punto décimo. — La unidad de acción, el mutuo estímulo y el mayor acierto en el ejercicio de las obras de celo, son ventajas importantísimas que aconsejan la federación para las obras católicas en cada Diócesis y localidad; y las Juntas parroquiales, compuestas por el Párroco y los Presidentes de cada Obra ó Asociación que se entiendan á la vez con la Junta diocesana que el Prelado respectivo organice, constituyen el medio práctico de realizar dicha federación.

Punto undécimo. — Sería medio eficaz para combatir el duelo, consignar como obra especial de la federación de Asociaciones católicas la propaganda de cuanto pueda inspirar justo horror á tan enorme crimen, de las enseñanzas de la Iglesia y de las disposiciones para impedirlo.

Conclusión adicional. — Se nombrará una comisión permanente de católicos fervorosos y entendidos, con el fin de establecer acuerdos en todas las cuestiones que al presente interesan á la Santa Sede especialmente en todo aquello que tenga por objeto la libertad de la Iglesia, la independencia del Pontificado y la defensa de los derechos de la Santa Sede sobre los Estados que le han sido usurpados: sirviéndose al efecto de todos los medios, bien que legales, tan enérgicos y eficaces que ofrezcan las circunstancias.

Al punto noveno. — El Congreso Católico, en atención á la escasez de conclusiones que se derivan de los trabajos presentados, piensa que el punto noveno puede ser materia de estudio en nuevas asambleas; y mientras tanto se preste el apoyo decidido de los católicos, ya personal, ya pecuniario, á las escuelas y catequesis que, por el celo de nuestros Prelados y Párrocos, afortunadamente, están establecidas en toda España.

Al punto décimo. — Por las mismas consideraciones del número anterior, el Congreso se limita á reconocer la necesidad de un plan definitivo de instrucción pública, especialmente en la referida enseñanza, y propone por bases fundamentales lo ya recomendado en el número octavo.

Al punto undécimo. — El Congreso Católico se encuentra extremadamente embarazado para presentar conclusiones concretas al número once, comprendiendo que la fundación de las Congregaciones religiosas ha de venir principalmente de la moción del Espíritu Santo; y como el utilizar las Congregaciones existentes depende de circunstancias varias, de localidad y de los medios de que las Diócesis pueden disponer, entiende que no puede proponerse conclusión alguna acerca de punto tan complejo como beneficioso.

Conclusión adicional. — Para cumplir las resoluciones de este Congreso, la preparación del próximo y redacción de sus tesis, se creará en Madrid una Junta Central, presidida por el Ordinario, en la la cual tendrán representación todos los Prelados diocesanos. La misma Junta Central se encargará de la redacción definitiva del reglamento para los sucesivos Congresos Católicos.

SECCIÓN SEGUNDA

Enseñanza. — Al punto primero (segundo del Cuestionario). — El Congreso distingue tres clases de libertad de enseñanza: *absoluta, doctrinal* y *académica*.

La *absoluta* es la facultad que el hombre tiene de comunicar á otros la verdad; *doctrinal* es la autonomía é independencia del profesorado en el ejercicio de su ministerio, sin más autoridad que su criterio propio, y *académica* es aquella facultad de organizar establecimientos docentes sin intervención del Estado.

La libertad de enseñanza llamada absoluta es de derecho natural en el hombre. La Iglesia, maestra y depositaria de la verdad, sostiene, respecto á la libertad doctrinal, que todos los establecimientosl públicos y privados destinados á la enseñanza caen bajo su dirección directa, suprema y exclusiva, tratándose de materias morales y religiosas; y bajo su dirección indirecta si de las demás ciencias se trata.

La Iglesia, tanto por la ciencia como por la religión, vése hoy precisada á pedir la libertad académica.

Al punto segundo (primero del Cuestionario). — 1.ª El Estado cristiano puede y debe fomentar la enseñanza en todos sus grados y sostener establecimientos públicos con ese objeto, si la iniciativa privada resulta deficiente; pero sin contrariar en lo más mínimo los derechos de la familia y de la Iglesia.

2.ª Cumpliendo con el precepto constitucional y las prescripciones del Concordato, el Estado está obligado á procurar que la enseñanza sea en todos los establecimientos conforme al dogma y á la moral católica, y amparar la inspección que por derecho reconocido en el aludido Concordato corresponde á los Prelados diocesanos.

3.ª La Iglesia desea obtener amplia libertad académica de enseñanza en todos los ramos de instrucción pública.

4.ª Que á los establecimientos libres de enseñanza se les reconozcan, de conformidad con el artículo 12 de la Constitución, los mismos derechos que á los sostenidos por el Estado, siempre que, respecto á profesorado, matrículas y material de enseñanza, reunan las suficientes garantías.

5.ª Que todos los estudios aprobados en establecimientos libres sean incorporables en los oficiales.

6.ª Que para obtener grados académicos y títulos profesionales se constituyan tribunales ó jurados, por partes iguales, entre los representantes de la enseñanza oficial y de la libre.

Al punto tercero. — 1.ª La misión propia de la escuela es formar hombres cristianos, con la instrucción elemental necesaria para gobernarse en la vida, cualquiera que sea la profesión ó el oficio que durante la misma tengan que desempeñar.

2.ª Debe ser el objeto preferente en la escuela cristiana la enseñanza sólida del Catecismo é Historia Sagrada y la práctica de ejercicios religiosos.

Al punto cuarto. — Como quiera que el objeto preferente de la instrucción primaria es la enseñanza religiosa, cuya competencia no tiene el Estado, las consecuencias de la enseñanza obligatoria habrán de ser, si el Estado pretende dar enseñanza religiosa, que ésta sea contraria á la católica; ó si prescinde de toda enseñanza religiosa, la escuela se convertirá en neutra ó atea, resultando siempre el peligro inminente de la perversión religiosa y moral de los niños.

Al punto quinto. — Se consideran medios prácticos para combatir la enseñanza neutra, laica y atea:

1.º Reclamar el cumplimiento de la Constitución del Estado, y por consiguiente la prohibición de abrir escuelas públicas que no sean católicas.

2.º Sostener á la Iglesia en el derecho que tiene de inspeccionar la enseñanza pública en todos sus ramos, haciendo eficaces las resoluciones que la Autoridad eclesiástica adopte, de conformidad con el Concordato.

3.º No permitir que el Estado, la provincia y el municipio cometan el abuso de subvencionar escuelas que no sean católicas.

4.º Promover activa propaganda á fin de hacer comprender á los padres de familia la imperiosa obligación que tienen de educar cristianamente á sus hijos, y como consecuencia, de apartarlos, á costa de cualquier sacrificio, de toda escuela que no sea católica.

Es una tiranía de las más injustas el subvencionar con fondos municipales, provinciales ó nacionales las escuelas que no sean siempre y verdaderamente católicas, ya porque se falta abiertamente á la Constitución del Estado, ya porque se da á los fondos de los contribuyentes una inversión contraria á sus legítimos intereses.

Al punto sexto. — La Religión católica condena la secularización de la enseñanza, porque esa secularización es la negación práctica de Dios, y desconoce los derechos exclusivos de la Iglesia á la educación religiosa del hombre.

Es también contraria á la Constitución del Estado, porque el Estado es católico según el art. 11 de la misma, y no puede justificarse el principio de la secularización, aunque la Constitución tolere opiniones religiosas contrarias al Catolicismo, así como el culto privado de otras religiones; pues esta misma tolerancia prueba que la ley considera aquello que tolera como un mal irremediable en la actual situación de la sociedad, y por esta razón no puede tener legalmente extensión mayor que aquella que la ley expresamente permite, pues las disposiciones relativas á las cosas toleradas no admiten lo que los jurisconsultos llaman interpretación extensiva.

Al punto séptimo. — El Congreso, reconociendo la deficiencia de los planes y medios de la enseñanza primaria, se abstiene de formular sus conclusiones mientras pese sobre la enseñanza el monopolio del Estado.

Al punto octavo. — El Congreso Católico, obediente á las solícitas instrucciones de Su Santidad, desea vivamente que en todos los establecimientos de enseñanza se fomente ó amplíe el estudio del latín, literatura clásica y filosofía escolástica, á fin de depurar el gusto y dar base científica y racional á todos los conocimientos humanos.

Al punto noveno. — El Congreso Católico, en atención á la escasez de conclusiones que se derivan de los trabajos presentados, piensa que el punto noveno puede ser materia de estudios en nuevas Asambleas; y mientras tanto se preste el apoyo decidido de los católicos, ya personal, ya pecunario, á las es

cuelas y catequesis que por el celo de nuestros Prelados y Párrocos, afortunadamente, están establecidos en toda España.

Al punto décimo.—Por las mismas consideraciones del número anterior, el Congreso se limita á reconocer la necesidad de un plan definitivo de Instrucción pública, especialmente en la segunda enseñanza, y propone por bases fundamentales lo ya recomendado en el número octavo.

Al punto undécimo. — El Congreso Católico se encuentra extremadamente embarazado para presentar conclusiones concretas al número once, comprendiendo que la fundación de las Congregaciones religiosas ha de venir principalmente de la moción del Espíritu Santo; y como el utilizar las Congregaciones existentes depende de circunstancias varias de localidad y de los medios de que las Diócesis pueden disponer, entiende que no puede proponerse conclusión alguna acerca de punto tan complejo como beneficioso.

Conclusión adicional. — Para cumplir las resoluciones de este Congreso, la preparación del próximo y redacción de sus tesis, se creará en Madrid una Junta Central, presidida por el Ordinario, en la cual tendrán representación todos los Prelados diocesanos. La misma Junta Central se encargará de la redacción definitiva del reglamento para los sucesivos Congresos Católicos.

EL CONGRESO CATÓLICO

Y EL REINO DE ITALIA

No ocultan los amigos del reino de Italia que al Gobierno del Quirinal saben á cuerno quemado estas ruidosas demostraciones del amor de los pueblos católicos al Pontífice desposeído y encarcelado.

Y verdaderamente es tristísima cosa para un reino que su capital le sea siempre, á toda hora, disputada; que gentes, las más diversas y de todos los países de la tierra, convengan en que la capital y corte de este reino no pertenece á él; que es una usurpación, un robo.

Generalmente, todas las naciones tienen un punto débil. Los mayores imperios, como los héroes de la antigüedad, tienen su lado vulnerable. Pero hasta ahora no se había visto á ningún imperio cuyo lado vulnerable fuese su mismo corazón, su mismo centro, su capital, en una palabra.

Toda nación pone su capital en el lugar indiscutible, invulnerable, de su territorio. Se concibe que á Francia se le dispute la Argelia; más aún: que se le dispute el Rosellón ú otras regiones fronterizas. Pero ¿se concibe que se le dispute á París?

Berlín es el corazón de la Monarquía prusiana. Prusia es un gran campamento; Berlín es un gran edificio militar, residencia natural del general en jefe del ejército allí acampado.

Sólo en Italia se ve el contrasentido monstruoso de un reino que ha puesto su capital en el punto preciso en que es más débil, moral y materialmente considerado, en el punto preciso que le es más disputado, que se le disputa continuamente, que se le disputará en lo porvenir mientras que lo retenga en su poder, por siglos y siglos.

Italia, con Roma por capital, pierde fuerza en vez de ganarla.

Italia, con Roma por capital, es una nación odiada en el mundo entero, cuando, si no tuviese allí su capital, podría ser en todo el mundo amada.

Italia, con Roma por capital, no es una nación: es una secta.

Humberto, que en los jardines de Florencia ó á la sombra de la catedral de Milán parecería verdaderamente un Rey, en Roma no es más que una sombra.

El Gobierno italiano, que en otra ciudad de Italia parecería verdaderamente un Gobierno, en Roma no parece otra cosa que una logia masónica.

¿Por qué, pues, se ha querido que Roma sea capital de Italia?

Pues sencillamente por espíritu sectario, por el deseo infernal de humillar y desposeer á la Iglesia.

En eso se ha demostrado que no se buscaba por la revolución la felicidad, ni la grandeza de Italia, sino la humillación y la esclavitud de la Iglesia.

Italia no puede, pues, quejarse de que los católicos de todo el mundo protesten contra el hecho de tener ella su capital en Roma. Ese era un resultado previsto desde mucho antes de entrar en Roma el General Cadorna; se les anunció en todos los tonos y por todos los medios, y aunque no se les hubiera anunciado, no eran ellos tan imbéciles que no comprendieran que lo que ahora sucede tenía que suceder necesariamente.

Si de algo pueden extrañarse es de que las protestas no hayan sido hasta aquí más ruidosas, más unánimes, más eficaces.

Pero ya lo van viendo. La cosa se va poniendo que arde, y allí, en Zaragoza, lo más lucido de la sociedad española se ha congregado para repetirles que su dominio sobre Roma es una usurpación, un robo sacrílego.

Lo mismo que no hace mucho les dijo en Austria lo más granado de aquella sociedad. Lo mismo que les van diciendo todas las gentes y en todos los tonos imaginables.

Y si quieren evitar esto, no tienen más que un medio: irse de Roma.

Que pongan la capital en Turín, Florencia, Milán ó Nápoles; que dejen al Papa libre en Roma, y no volveremos á hablar de estas cosas. Pero mientras no hagan ellos eso, tendrán que aguantar nuestras protestas y resignarse á que su capital esté siempre en litigio.

EL CONGRESO CATÓLICO

Y LA CUESTIÓN SOCIAL

No ha podido tratarse en el Congreso Católico de Zaragoza tan ampliamente como hubieran deseado los Sres. Obispos y todos los congresistas, la cuestión social por antonomasia, ó sea el aspecto económico del problema social, la gran cuestión de las relaciones entre capitalistas, empresarios y trabajadores. Pero basta con la presentación al Congreso de la Memoria que sobre tan interesante asunto ha escrito el Rdo. Obispo de Barcelona, para que no desmerezca en este punto concreto nuestro Congreso al lado de los que se celebran en el extranjero, y para que quede una vez más demostrado el interés con que la Iglesia y sus fieles hijos miramos el problema más trascendental y angustioso de nuestro tiempo.

No es el Sr. Obispo de Barcelona en este asunto uno de estos autorizantes que se estilan en Madrid, y que hablan ó escriben á destajo de obreros, patronos, fábricas y maquinaria, sin haber salido jamás de la oficina en que pastan tranquilamente su ración de presupuesto. El Sr. Obispo vive y gobierna en el único centro manufacturero digno de tal nombre que hay en España; conoce todas las grandes instalaciones industriales que caracterizan á la ciudad de Barcelona; se ha familiarizado con el trato de los artesanos, que en tanto número y de tanto mérito existen en aquel emporio de la riqueza hija del trabajo, y por lo tanto, las conclusiones del Sr. Obispo están deducidas de la práctica, estudiadas desde un punto de vista imparcialísimo y elevado, porque su autor no es ni propietario, ni capitalista, ni patrono, ni obrero, sino Padre espiritual de todos, de los propietarios, capitalistas, patronos y trabajadores.

La Memoria del Sr. Obispo de Barcelona, que ha lucido un momento en el Congreso Católico de Zaragoza, viene á Madrid á la Comisión de reformas sociales, y aquí es seguro que ha de producir ópimos frutos. No será pequeño el primero que produzca, que será sacar de su apatía á los señores que componen la indicada Junta de reformas sociales.

No es posible desconocer que el problema obrero se nos viene encima á más andar, y que presenta cada vez un aspecto más terrible y pavoroso. Las muchedumbres obreras piden con insistencia su mejora; piden mayor participación que la que han tenido hasta ahora en las ganancias comunes del trabajo, y eso no se aquieta con sonoros discursos á lo Moret, ni con la infantería, caballería y artillería con que sueña Castelar para contener á los que no dejar pasar el *laissez passer*, sueño de la democracia tiránica. Eso se aquieta con pan, con habitaciones más cómodas, con vestidos más abrigados, y sobre todo, con un poco de caridad por parte de los ricos y otro poco de resignación por parte de los pobres. Y esto último, que es la base, sólo puede darlo el cristianismo y la Iglesia católica, por lo tanto que es la representante única y autorizada en el mundo del espíritu cristiano. Y aun lo primero, tampoco pueden darlo más que la Iglesia y los Prelados, y su acción social representada por los Congresos Católicos.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO CATÓLICO

Don Francisco de Paula Benavides y Navarrete, nació en Baeza (Jaén) en 14 de Mayo de 1810: por temprana vocación, y con gran contentamiento de sus padres, los Ilmos. Sres. D. Manuel de Benavides y Doña Francisca de Paula Navarrete, comenzó muy joven á estudiar la carrera eclesiástica; cursando primeramente en el colegio de San Felipe Neri de su ciudad natal, hoy Seminario; más tarde en el Real de San Bartolomé y Santiago de Granada, y terminando sus estudios en la Universidad de dicha capital, para la carrera de Teología.

Mediante brillantes ejercicios de grado, concluyó la carrera de Teología, dedicándose luego al estudio de los Sagrados Cánones: en 1832 fué recibido Caballero profeso de la Orden Militar de Caballería de Santiago el Mayor en la Real Casa de Veles, y en 1836 recibió el orden del Presbiterado.

En el mismo año fué agraciado, mediante brillantes oposiciones, con el Beneficio curado de Colmenar de Oreja, propio de la Orden Santiaguesa, desempeñando este cargo tres años, durante los cuales se conquistó general afecto y simpatías, hasta que en 1840, creados los Institutos de Segunda Enseñanza, y establecido uno de ellos en Baeza, se le designó para desempeñar en él la cátedra de Religión y Moral. Dejó, pues, el joven Sacerdote su Curato de Colmenar de Oreja, y llenos á sus feligreses, á causa de su partida, de un sentimiento, no mayor en verdad que el que experimentaron los profesores y alumnos del Instituto de la mencionada ciudad, cuando el compañero y maestro querido fué promovido al Arcedianato de Úbeda (1847). De allí pasó el Canónigo Benavides á Córdoba, elevado á la dignidad de Deán, primera silla *post-pontificalem*, cargo no exento á la sazón de cuidados y sí lleno de dificultades y peligros, que sorteó con gran habilidad, discreción y talento. Así debieron entenderlo también sus superiores jerárquicos, que lo propusieron para una Sede. El Gobierno definió á este deseo, y lo presentó, en 28 de Agosto de 1857, para la de Sigüenza, para la cual fué preconizado en 21 de Di-

ciembre del mismo año, y consagrado en 14 de Marzo de 1858. Tenía el Sr. Benavides 47 años.

En 24 de Mayo de 1875, lo presentó el Gobierno para Patriarca de las Indias Occidentales y Vicariato general del Ejército y de la Armada, siendo preconizado en 5 de Julio; y debió ser esta presentación tan del gusto del Romano Pontífice (á la sazón Pío IX, de gloriosa memoria), que casi al propio tiempo le creó Cardenal con el título de Santo Tomás *in Pasione*, que después cambió, en el Consistorio de 12 de Marzo de 1877, por el de *S. Pietro in Montorio*.

Fallecido el Santo Pontífice del *Syllabus* y de la Inmaculada, el Cardenal Benavides asistió al Cónclave que había de designar al sucesor de Pío IX. Vuelto después á España, y vacante en 1881 la Sede Arzobispal de Zaragoza por muerte del inolvidable Cardenal García Gil, el Patriarca de las Indias fué trasladado á la Sede de Valero y Brantio, que felizmente gobierna hoy.

El Arzobispo de Zaragoza tomó parte en el Concilio Vaticano, y es, en el orden de antigüedad, el séptimo de los Cardenales Presbíteros del Colegio Apostólico y el Decano de los Purpurados, y probablemente también de los Obispos españoles. Ha presidido el primer Congreso Católico Nacional, y hoy preside también el segundo.

El Emmo. y Rdmo. Sr. D. Francisco de Paula Benavides y Navarrete está condecorado con la gran cruz y collar de Carlos III, grandes cruces de Isabel la Católica y Mérito Naval con distintivo blanco, y con la de San Esteban de Austria-Hungría: es Noble romano, Caballero del Hábito de Santiago y Maestrante de Zaragoza. Entre otra multitud de honores, que no recordamos, es individuo correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.

Goza el Emmo. Sr. Cardenal en Zaragoza del amor y la simpatía de todas las clases sociales. No otra cosa podía suceder, dado su carácter afable, su trato distinguido, su amor á sus diocesanos, su celo en el gobierno de la Diócesis. No hay persona que le hable, que no deje su afecto en cambio de la bondad con que el Prelado le acoge. Su despacho siempre está abierto para todo el que llama á su puerta, rico ó pobre, sabio ó ignorante, y para todos tiene palabras de cariño; y si en ocasiones los deberes de su cargo ponen en sus labios palabras de reprensión, sabe endulzarlas con tal unción y paternal cariño, que la reprensión no hiera y que el reprendido se aleje de la presencia del Cardenal con la gratitud en el alma y el deseo de la enmienda en la voluntad.

¡Dios prolongue muchos años su vida Pontifical para bien de esta Diócesis y de la causa católica!

(De *El Pilar*.)

ALBUM DE POESÍAS [1]

TERESA DE JESÚS

(TRADICIÓN)

Envuelta en tocas monjiles
Y desnudo el pie de nieve,
Por un claustro solitario
Una virgen se aparece.
Y tanto cielo en los ojos
Y en todo el semblante tiene,
Que no parece que el cuerpo
Al alma espléndida envuelve,
Sino que naturaleza
Ha quebrantado sus leyes,
Y el alma al cuerpo aprisiona
Entre flamígeras redes.
Distraída va la virgen
De cosas del mundo aleve,
Sonámbula peregrina
Que nada terreno siente;
Cuando de pronto despierta,
Trémulo el paso detiene,
Y al alma llama á los ojos
Porque se asome y se huelgue.
Blanco, como la inocencia;
Rubio, como el sol poniente;
Tierno, como los pimpollos
De la rosa que florece,
Baja un niño la escalera,
Como un alba que se viene
Orlada de rayos mansos,
Que iluminan y no ofenden.
—¿Quién eres — dijo la virgen
Toda absorta, toda alegre,—
Que siendo muy niño, en casa
Como dueño te apareces?
¿Quién eres, cielo abreviado
Sin un terreno accidente,
Infantico blanco y rubio,
Que en tus sonrisas me prendes?
¿Quién eres, que siento un horno
Que en el corazón me hierve,
Y me quemo, y de cenizas
Renazco, cual ave fenix?
Eres imán, pues me atraes;
Eres mar, pues me sumerges;
Eres sol, pues me iluminas;
Eres vida, vida eres.
No eres tierra, pues te quiero;
Ni sombra, pues no obscureces;
Ni tentación, pues no caigo;
Ni muerte, muerte no eres.
Eres majestad sin ceño,
Y amor sin negros desdenes,
Y verdad sin amargura,
Y vida, la vida eres.
Pues absorta en tu presencia,
Si la amenaza la muerte,
Mi vida apenada y triste
Se muere, porque se muere.
— *¿Quién eres, cielo abreviado,*
Sin un terreno accidente,
Infantico blanco y rubio,
Que en tus sonrisas me prendes?
— ¿Y tú — dijo el niño hermoso,
Con voz regalada y tenue,
Cual si cantaran las brisas,
Como si hablara una fuente;—
Tú, que en tal lumbre te quemas,
Y que en este mar tan breve
Que en mí cabe y no se explaya
Te engolfas y te sumerges;
Tú, paloma arrulladora
Que á los cielos siempre tiendes,
Teniendo en la tierra el nido
Sufridor de tus desdenes;
Tú, que de la luz te gozas
Y las sombras aborreces;
Que á la caridad te rindes
Y en las tentaciones vences;
Tú, que elevas más altares
Que arenas las playas tienen,
Pues son altares las almas
Que á seguirte se resuelven;
Tú, que llevas en tus hombros
La cruz que al mundo entristece;
Tú, abierto volcán de amores,
Cómo te llamas, quién eres?
— Yo, una hormiga.
— Yo soy grano.
— Yo triste abeja.
— Yo mieles.
— Yo vil ceniza.
— Yo fuego,
Lumbre y llama, que te enciende.
— Me enciende el amor divino;
Sólo ese loca me vuelve;
Soy Teresa de Jesús.
— ¿Teresa de Jesús eres?
Y yo Jesús de Teresa:
Dice el Niño, y desparece
Entre rayos y entre aromas
Y nubes como las nieves,
Como un barco que se aleja,
Como un astro que se pierde,
Dejando sumida al alma
En una amargura alegre.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
de las Escuelas Pías.

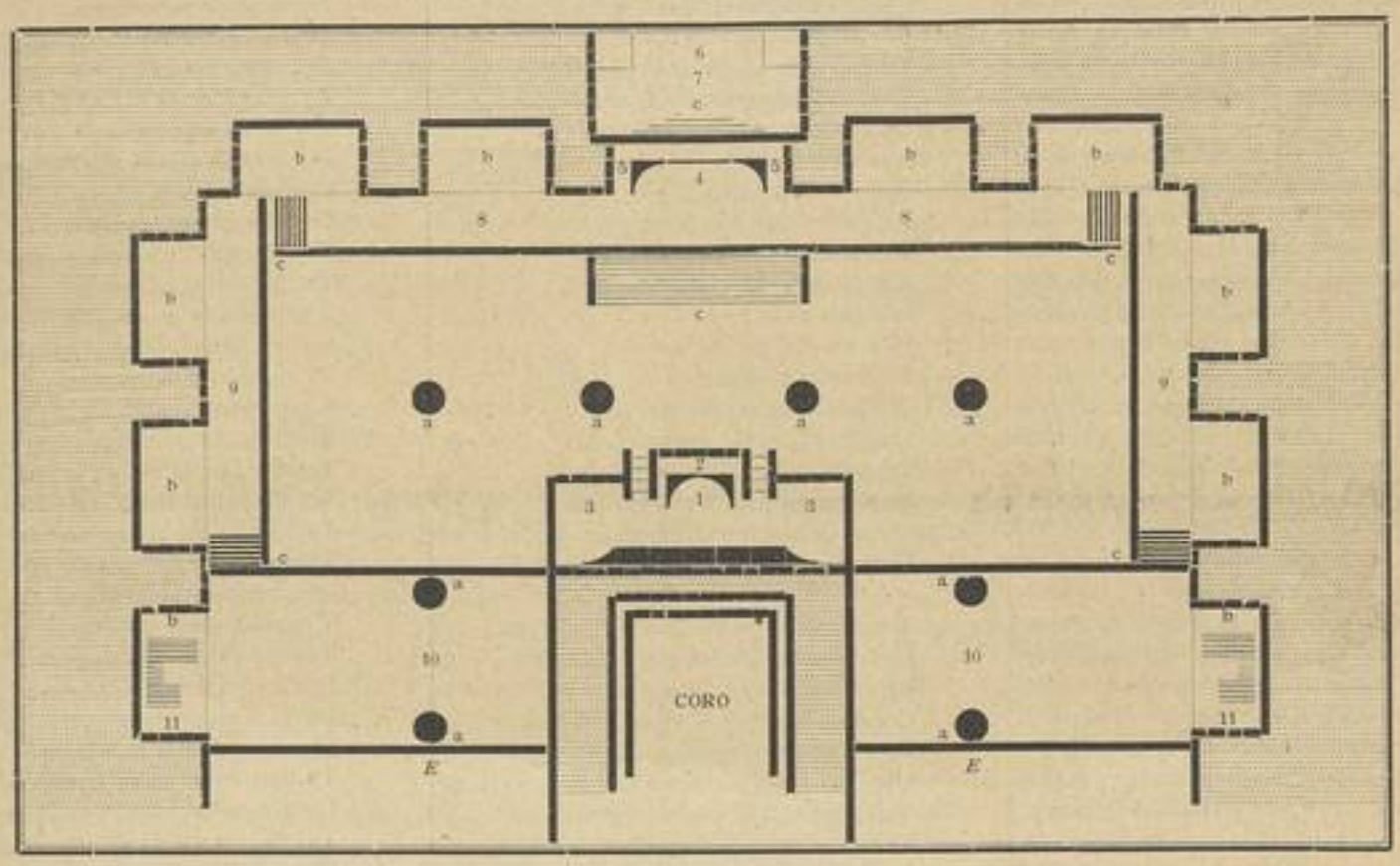
1 Aunque este número va todo consagrado al Congreso Católico, en obsequio á Santa Teresa publicamos la siguiente bellísima poesía.

GRAN CERERÍA
Especialidad
en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATOLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.
GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.
MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**
BLANQUEO DE CERAS EN GRAN ESCALA
Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla. **CERAS AMARILLAS** de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.
FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.
Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.
Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.
Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889
EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.
Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.
Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El unico Dentifrico aprobado por la Academia de Medicina de Paris
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los POLVOS de BOTOT con Quina *para los cuidados de la boca.*
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitaran pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.
PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

CROQUIS DEL LOCAL DESTINADO EN ZARAGOZA, EN EL TEMPLO DE LA SEO, PARA LA CELEBRACIÓN DEL CONGRESO CATÓLICO



En los primeros días del corriente mes, como ya sabrán nuestros lectores, se celebró en esta capital un gran Congreso Católico, que indudablemente ha añadido una brillante página á la historia eclesiástica de nuestro país.

Para este objeto, y después de muchos estudios, se acordó habilitar el metropolitano templo de La Seo, tomando la parte conocida con el nombre de trascoro, habiéndose hecho importantes obras de carpintería con este fin.

La animación ha sido grande.

El acreditado industrial Sr. González construyó unas resistentes tribunas en el plazo que se marcó, para que el adornista catalán encargado del arreglo y decorado del recinto sagrado pudiera cumplir con su cometido en tiempo oportuno.

El croquis que reproducimos puede dar una idea aproximada acerca de la colocación de las tribunas, según el proyecto presentado á la Junta Diocesana del Congreso Católico por el arquitecto municipal Sr. Magdalena.

He aquí una ligera explicación:

Las letras *a* representan las columnas que sirven de sostén á la bóveda del templo, y las *c* sirven para indicar las diversas escaleras que dan acceso á las tribunas construídas.

Los espacios señalados con la letra *b* son las capillas de La Seo que se hallan enclavadas en el sitio donde se ha celebrado el Congreso. Estas capillas quedaron herméticamente cerradas por la línea de puntos suspensivos, como nuestros lectores verán en el croquis, de modo que las paredes estuviesen lisas.

Las letras *E* son las entradas que dan acceso al Congreso.

El sitio destinado para el orador está señalado en el croquis con el número 1.

El espacio que ocupa el número 2 está destinado para la prensa.

Esta parte de tribuna consta de tres líneas de bancos, conteniendo todos ellos un largo pupitre para escribir.

Las tribunas número 3, que se encuentran á los dos lados de ésta, son para las autoridades.

El sitio número 4 es la presidencia, que la forman los tres lados de un octógono, en cuyos dos lados extremos, 5, hay una puerta que da acceso al gran salón de descanso, núm. 7, habiéndose habilitado para este objeto la entrada del templo que da á la calle de la Pabostría.

El número 6 es la puerta que ha permanecido cerrada.

En los espacios marcados en el croquis con los números 8 y 9 había construídas grandes tribunas.

Las del 8 han sido empleadas por los Prelados asistentes á este Congreso y las otras para los que la Comisión tuvo á bien designar.

Los espacios 10 son las grandes tribunas para los miembros inscritos. Esta parte consta de dos cuerpos, uno superior, sostenido por gruesas columnas, donde hubo crecido número de personas.

Debajo de esta tribuna pudieron colocarse otras tantas personas que en la de arriba, con la sola diferencia de que desde allí no podían apreciarse los detalles del solemne acto con tanta perfección.

Ampliando estos datos, diremos unas cuantas palabras más.

Como habrán comprendidos nuestros lectores, el sitio destinado para el orador ocupaba un punto elevado, desde donde podía dominarse á toda la concurrencia.

Esta tribuna, colocada en el altar del Santo Cristo frente á la puerta de entrada por la calle de la Pabostría, constaba de tres partes, separadas entre sí por dos escaleras que daban acceso al mencionado punto; las dos partes de los extremos estaban destinadas para las autoridades, como hemos dicho anteriormente, y para la prensa la del centro.

Sobre esta última se levantaba otra que llegaba hasta la misma cúpula del altar del Santo Cristo, que era la destinada al orador.

Frente, ó sea en la puerta de entrada, se había colocado una larga tribuna que llegaba de extremo á extremo del templo, y en cuyo centro se colocaron tres bastidores conteniendo dos puertas que ponían en comunicación á aquélla con el salón de descanso.

En el centro de la presidencia había colocado un retrato del Padre Santo.

Las obras más salientes han sido sinduda las grandes tribunas núm. 10, que constaban de dos cuerpos.

La parte superior, que formaba un plano inclinado para mayor comodidad, estaba sostenida por fuertes columnas de madera, de modo que sobre el mismo espacio de terreno pudiera colocarse un buen número de miembros inscritos, contando los que podían albergarse arriba y abajo.

Para subida de la tribuna superior se había colocado una escalera en una de las capillas, señalada en el diseño con el núm. 11.

Los trabajos hechos por el Sr. González nada han dejado que desear, pues todas estas tribunas, más que para estar breve tiempo, parece ser que han sido construídas para toda la vida.

Sencillez, elegancia y solidez son el sello que llevan los trabajos del Sr. González.

Esta es, en pocas palabras, la reseña, con pretensiones de explicación, del modo que han sido colocadas las tribunas del Congreso Católico celebrado en Zaragoza.

(De *El Diario de Zaragoza*.)

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 2.196.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 30.—Madrid 25 de Octubre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 ps. fs.
Un año..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando. — *Reminiscencias* (continuación), por el Padre Franco. — *D. José Díez Macuso*, por A. — *Amores arqueológicos*, por D. Manuel Polo y Peyrolón. — *Las maravillas del amor* (continuación), por D. Angel Salcedo. — *Album de poesías: Al Congreso Católico de Zaragoza*, por el P. Jiménez Campaña. — *La Santa Casa*, por Mossén Jacinto Verdaguer, versión castellana de D. Manuel Polo y Peyrolón. — *De Ripoll á Ribas* (II), por D. Leopoldo Tenor.

Grabados.

D. José Díez Macuso. — (Véase el artículo).

París. — Exteriores del Hospicio de las Hermanas de la Caridad. — Las Hermanas socorriendo á los pobres. El Municipio de París, ateo hasta la médula de los huesos, expulsa á las Hermanas de la Caridad de todos los establecimientos de beneficencia oficial. Pero la Caridad, hija de Cristo, no detiene por eso su majestuosa corriente de beneficios sociales. Ahí está el Hospicio, sostenido por las Hermanas; no es suntuoso como los que construye el Estado. Pero ved los pobres que llegan á él y comprenderéis fácilmente que la verdadera caridad sólo al amparo del Cristianismo crece y fructifica.

Vistas de Amberes. — La ciudad de Amberes, una de las más importantes de Europa por su movimiento mercantil, es también de gloriosa historia, y en las luchas heróicas que sostuvieron nuestros antepasados en los Países Bajos durante el siglo XVII, desempeñó uno de los primeros papeles. La hermosa catedral y la histórica plaza Verde recuerdan los tiempos antiguos de la grandeza de Amberes. ¡Cuántas veces, en esa plaza Verde, se congregaron ya católicos, ya luteranos, para ponerse de acuerdo y tomar graves resoluciones! ¡Cuántas veces desfilaron por allí los viejos tercios de infantería española mandados por un Duque de Alba, por un D. Juan de Requesens ó por un Alejandro Farnesio! La Bolsa nos habla, por el contrario, de la moderna Amberes, de la ciudad opulenta, emporio del comercio y centro de una de las comarcas manufactureras más ricas del mundo.

Nueva York. — Seminario de Nuestra Señora de los Ángeles. — El Catolicismo progresa en los Estados Unidos á paso de gigante. Buena prueba de ello son las colosales construcciones que allí erigen el movimiento católico. El Seminario de Nueva York, titulado de Nuestra Señora de los Ángeles, está situado á pocos kilómetros de la ciudad, en deliciosa campiña: su iglesia es magnífica.

LA DÉCADA

Empieza Madrid á recobrar su habitual aspecto. Las aves de paso de la costa del Cantábrico, de los puertos del Mediterráneo y las que tendieron su vuelo hacia extranjeras playas, vuelven á sus confortables nidos después de haber respirado á pulmones llenos las frescas brisas del Océano, ó las oxigenadas emanaciones de las montañas.

¡Ya pueden afrontar con ánimo sereno las heladas caricias del Guadarrama, de suyo tan desabridas y tan ásperas!

Empieza la verdadera *saison* madrileña: rebosando encantos para los favorecidos por la fortuna, tan llena de sobresaltos y disgustos para los desheredados por la dorada rueda.

Madrid vuelve á ser la capital de España, el pueblo culto por excelencia, el ensueño de los provincianos ambiciosos, el paraíso de modistas y estudiantes retozones.

La *familia*, nombre que se suele dar á la servidumbre de las casas de alto coturno, tiene que abandonar sus dominicales excursiones en el *jour in haud*, graciosamente ofrecido por el tronquista, que se dejó crecer el bigote haciendo alarde de escuderil independencia, y volver á sus humildes funciones; mientras el mayordomo se devana los sesos para hallar explicación plausible á la *razzia* que en la despensa se nota, mermada de modo escandaloso en campestres francachelas, dedicadas á ablandar, por de contado, el corazón recalcitrante de alguna fornida *atropellaplatos*.

Se ven ya caras conocidas en la Carrera de San Jerónimo, en la calle de Alcalá, en la del Príncipe, en los teatros y paseos, en todos los sitios, en fin, donde la *vanity fair* se celebra, donde se hace ostentación de lujo y de buen tono.

***

Sin embargo, no es oro todo lo que reluce. En la atmósfera clara y despejada de la villa y corte, en sus alegres calles y plazuelas, en los dorados rayos de su sol, siempre espléndido y sonriente, el microbio infeccioso vaga aún envuelto en el misterio, acechando á sus víctimas, con la crueldad é insistencia del indio bravo.

¡Desgraciado del incauto que

D. JOSÉ DÍEZ MACUSO.

no haya, no, introducido en sus venas el ponzoñoso fluido que, voluntariamente amalgamado con la sangre, convertirse ha, más bien que en agente mortífero, en prenda segura de salud y en eficaz preservativo!

La terrible enfermedad cógele indefenso, se ceba en él, desencadenando todas sus furias, y le abrasa el cuerpo, en inmensa pústula convertido, haciéndole sufrir todos los martirios del averno.

Dichoso mil veces si, al escapar con vida de esa lucha desigual entre lo infinitamente pequeño y la materia, no pierde en tan cruenta pelea alguno de los agentes más importantes de su organismo.

Nada hay que más horrorice á la mujer mundana que pensar en la pérdida de sus atractivos físicos. ¡Ay! Algunas todo lo sacrifican por conservarlos, á pesar de los deberes de familia, de la edad, de las naturales conveniencias; así es que el sólo nombre de «viruela» las aterra, haciéndolas desear cualquiera otra clase de enfermedad, por mortífera que sea.

«Crea usted, me decía un día una señora amiga, que lo único que me impide ir á Cuba es la fiebre *amarilla*. ¡Qué fea se debe una quedar cuando muere de esa enfermedad; si siquiera fuera la fiebre *rosa*!»

Bueno es cuidar de la belleza física, que al fin y al cabo es un legado que al Supremo Hacedor se debe; pero créanme las timoratas lectoras: entre la belleza del cuerpo y la del alma no hay punto de comparación posible: la una es pasajera, como todo lo humano; la otra inmortal, como todo lo que brota de la inagotable fuente de la divina gracia.

***

En nuestro país todo está ya reglamentado. Los resortes de la máquina administrativa funcionan con bastante regularidad, y el engranaje necesita rara vez compostura para dar los apetecidos resultados, al menos hasta un punto que haga la deficiencia, si es que existe, llevadera.

Raro es el día en que no viene algún impreso, echado por debajo de la puerta de nuestras viviendas ó entregado en manos de nuestras porteras, á recordarnos el cumplimiento de algún deber inherente á todos los habitantes que de vivir se precien en poblaciones cultas.

Ora es la hoja de empadronamiento, luego la de cédulas, después el manifiesto perruno; siendo de notar cómo en todas ellas se nos conmina con crecidas multas, ó amedrenta con gubernativos procedimientos. Pues bien: yo entiendo, y ahí va mi parecer por lo que valiere, que estaría muy en su punto se declarase, lo mismo que se hace con el nombre, la edad, el *modus vivendi*, el sitio de nacimiento, si se halla uno ó no vacunado, y se obligara al cabo de cierto tiempo á revacunarse, siendo precisa la exhibición de un certificado que lo acredite siempre y cuando las autoridades lo tuvieran por conveniente.

¿No creéis que así se ahorraría no poco dinero al Estado, se simplificaría el trabajo de las juntas de Sanidad, y se garantizaría hasta donde es humanamente posible la salud pública contra las asechanzas de infecciosas enfermedades?

Pero basta ya de hablar de cosas tristes.

***

El regio coliseo ha abierto sus puertas, y en sus suntuosos palcos exhíbense las más hermosas joyas de nuestra aristocracia.

Divas y tenores lanzan al aire sus notas musicales, que en verdadera lluvia de oro se convierten al salir de sus privilegiadas gargantas, y la juventud del género *cursi* tararea en los martes de las de Gómez, de las de López ó de Jiménez, la última cavatina, adoptando amaneradas posturas para imitar al artista que prive, al *mirlo blanco*.

Los teatros de segundo orden y de más ínfimas categorías prepáranse á engañar al público con sus mal llamados arreglos, sus engendros cómico-flamencos, sus producciones con puntos y ribetes de pornográficas, que demuestran de un modo fehaciente cuán descarriado anda el buen gusto en materias teatrales, y cuán perdido se halla entre nosotros el sentido de la buena moral y del propio respeto.

***

Recuerdo haber leído en un reglamento del siglo pasado para la representación de las comedias, un párrafo que decía al pie de la letra, lo siguiente:

Los autores cuidarán por su parte de no hacer inútil esta providencia con entremeses y sainetes molestos y dilatados. . . . . . .

¿No parecen estar escritos los anteriores renglones para esos que se lanzan á la palestra pluma en ristre, disparando cada semana un juguete cómico en un acto, resignados de antemano al *consabido* pateo, con tal de que suene el nombre y poder acercarse á contaduría en busca del vil metal?

¡Pro pudor.....!

***

Los artículos de primera necesidad han subido, y dentro de poco el alimento más asequible á los pobres madrileños será la fibrosa mojama.

El pan, las patatas, el aceite han hecho un pinito, y la carne anda por las nubes (me refiero á la de vaca, pues hay otra que anda, según dicen, por los suelos).

Pero ¿qué importa? ¿No tenemos sufragio jurado, y un sinfín de zarandajas que á nada conducen? Pues ayunemos gozosos y consolémosnos con tan preciadas conquistas del siglo XIX, y vamos andando.

Otros tiempos, otras costumbres; y *tutti contenti*.

***

Uno de los acontecimientos de la década, para los liberales, se entiende, ha sido la publicación de un diálogo político de un ilustre tribuno, arrimando el ascua á su sardina, *çà va sans dire*.

Apasionado como todos los suyos y obedeciendo más bien que á los intereses del país á las estrechas miras de partido, no me meteré á juzgar ese trabajo, dejando á cada cual que de él saque las deducciones que tenga por conveniente y que mejor cuadren á sus particulares deseos.

Pero lo innegable de todo punto es que en él nótase una tibieza que no se halla en armonía con las creencias de un hombre convencido en la bondad de sus doctrinas.

Y no podía suceder de otra manera. Mal puede defenderse una causa cuando parte de un principio falso y cuando únicamente obedece á juicios particularísimos y personales.

La experiencia es la gran piedra de toque de los hombres políticos, y cuanto mayor es su altura, cuanto más conspícuo su talento y más penetrante su perspicacia, tanto más déjase sentir en ellos esa inexplicable influencia que dimana de todo aquello que no está en íntimo consorcio con los más recónditos sentimientos que se arraigan en las propias convicciones.

Desengáñese el eximio orador: el país quiere hechos y no palabras; el país sensato sabe ya á qué atenerse respecto á la bondad de ciertos procedimientos y á la excelencia de ciertas doctrinas; cree que para muestra bastó un botón.

***

Se celebró ya el primer *meeting* de otoño. El *turf* está de enhorabuena, y los tontos de enhoramala.

Y verdad es que para ir á apostar su dinero en esos certámenes hípicos, sin contar antes con el parentesco de los dueños, las condescendencias de los íntimos y las marrullerías de los jockeys, es preciso haber perdido alguna de las bases fundamentales de la bovedad craneana.

Nada más veleidoso que el *sport*, ni más casquivano que la *pista*. Para unos se presenta tersa como la palma de la mano, para otros erizada de obstáculos, aunque no se corra *the stakees handicap*.

Pero nunca faltan ilusos, y aún hay quien cree que con dejarse guiar por las cuadras meterán la cabeza en el pesebre, es decir, se llenarán el bolsillo de onzas de oro.

¡Allá ellos! Yo, en cuestión de carreras, no tengo mas que la mía, y aún no he llegado á la meta ni con mucho.

***

La prensa debía ser una escuela de buenas costumbres, pero no lo es. Por ahí andan una porción de publicaciones con nombres mal sonantes y hasta obscenos, que debieran cogerse con pinzas y sus autores ir, cuando menos, á solazarse con el Dr. Esquerdo, cuando no á la cárcel.

Esos escritores deben indudablemente estar locos; y digo esto, porque entre ellos hay alguno que yo tenía por respetable.

¡Desgraciados! ¡No comprendéis que al escribir de esa manera corrompéis á vuestros propios hijos, que os darán el día de mañana el fruto de vuestros vergonzosos dislates!

Comprendo que es muy natural quererse ganar un duro, pero según y como..... ¡Una cosa es escribir y otra querer infestar á toda una generación! ¡Atrás, malsines!

FERNANDO.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

CAPÍTULO VIII

BIBLIA Y BIBLIA

Los buenos libros, sus conferencias buscadas diligentemente con el predicador, y más que todo su buen sentido natural, habían borrado insensiblemente en Benjamina cuantas prevenciones abrigaba contra el catolicismo. Los ejemplos de vida irreprensible de las monjas y de no pocas de sus compañeras la atraían con violencia, tan dulce como irresistiblemente, á la Iglesia romana, y para hacer un ensayo quería estar presente á todas sus prácticas y devociones. Sólo la restaba una preocupación profunda y arraigada, no en la persuasión del entendimiento, sino en los hábitos de la infancia, y era una abominación insuperable al culto de la Virgen María. Sus compañeras, reprochadas muchas veces por ella porque adoraban á una mujer, habían tratado de desengañarla sobre este particular, riéndose algunas de su simplicidad.

— Os engañáis, le decía una, pues que es artículo de la fe católica adorar á un solo Dios y no adoramos á la Virgen más que vosotros los protestantes. ¿No veis cómo el sacerdote, al ofrecer incienso á la reliquia de la Virgen, se mantiene en pie derecho, mientras que á Jesucristo Sacramentado se le ofrece de rodillas? ¿Esto no es profesar ante el altar que la veneración á la madre no debe confundirse con la suprema adoración al Hijo?

— En la oración del Ave María, que recitamos diariamente, decía otra: ¿decimos acaso á la Virgen que nos salve con su propia omnipotencia? ¡De ningún modo! Sino que acuda á su Hijo: Santa María, Madre de Dios, rogad por nosotros.

— Y observad que en las letanías, añadía una

tercera, establecemos una gran diferencia entre el Hijo y la Madre. A aquél le decimos: *Miserere nobis*, tened misericordia de nosotros; y á ésta: *Ora pro nobis*, ruega por nosotros.

— Pero entre tanto le rezáis á ella lo mismo que á él, replicaba Benjamina.

— Y ¿qué? ¿No será conveniente rogar á la Madre de Jesucristo, á fin de que interceda por nosotros cerca de su Hijo? ¿Creéis que repare nadie en rogar á una señora que hable á su hijo, si el hijo es un potentado y persona de grande importancia? Lo que es yo estoy persuadida de que mistress Jackson recibe á menudo súplicas y ruegos para que se preste á hablar á su marido, el presidente señor Andrea, y muchos consiguen de este modo empleos y socorros, que sin mistress Jackson jamás lograrían.

— Y ¿vos misma, repuso una monja, apoyada en el respaldo de la silla de Benjamina, no habéis pedido nunca á vuestra señora madre que intercediera con papá para que os comprara un velo para el sombrero, un abanico ó un par de guantes? ¿Por qué no podremos recurrir á María á fin de que impetre de Jesús alguna gracia privilegiada para nosotros?

— Sí; pero en la Biblia no se dice que roguemos á la Virgen del modo que vosotras lo hacéis, teniéndola siempre en la boca.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó la monja. Ya tenemos la acostumbrada gatera por la que siempre se escapan los protestantes. Ponen de por medio la Biblia diciendo esto es y esto no es. Encuentran un texto lo entienden según su sentido individual, á capricho, y con esto se van satisfechos y triunfantes. Hijita mía, miradlo bien, porque os jugáis la eternidad. Ante todo: si la cosa es tan natural y conveniente, como os he dicho, ¿por qué no se podrá hacer si no se encuentra en la Biblia? Además de esto, ¿quién os ha dicho que la Biblia (especialmente la vuestra) contiene cuanto se debe saber y practicar? ¿Dios no puede haber revelado á la Iglesia nada más que lo que hay en ese libro.....? Y luego, vos, que decís: *En la Biblia no está*, ¿la sabéis toda de memoria?

— No; pero he oído decir siempre al ministro y á mamá que la Biblia prohibe rezar y dar culto á la Virgen, y que ella nada puede hacer en nuestro favor.

— Y yo os digo lo contrario, pues hasta la Biblia lo inculca. ¿No se empeñó la Virgen con su Hijo en las bodas de Canaam, con lo que obtuvo de él aquel nuevo y gran milagro? Sí; esto está en la Biblia. Y ¿el ángel Gabriel ¿no fué el primero que la alabó de orden de Dios? Sí: esto está en la Biblia. Y santa Isabel ¿no la exaltó, como el ángel, por inspiración del Espíritu Santo? Sí: y esto está en la Biblia. Y Jesucristo, ¿no obró como humilde hijo, honrándola continuamente por espacio de más de treinta años? Sí: tambien está esto en la Biblia. Y en fin, la misma Virgen en el cántico inspirado por el cielo, ¿acaso no perfetizó que la exaltarían todas las gentes llamándola beata? Sí: esto está asimismo en la Biblia.

Benjamina se maravillaba de oir tantas cosas, referidas todas en la Biblia, y en las que ella nunca había reparado. La monja se contentó con decir:

— Lo que es nosotras de ningún modo recelamos hacer lo que hicieron los ángeles, los santos y Jesucristo mismo; y vuestro ministro exige demasiado si pretende que reneguemos del buen sentido hasta el punto de no saber leer en la Biblia cosas tan claras. ¿Con qué razón van vociferando continuamente que la Biblia es la regla de la fe, que basta leerla é interpretarla según la propia inteligencia, y después, cuando nosotros abrimos la Biblia la leemos y explicamos de un modo tan plausible y natural, nos niegan un derecho tan ensalzado por ellos mismos? Ellos pueden entenderla á su modo y encontrar el calvinismo, el anglicanismo, el schwedenborgismo [1], el hernuterismo [2] y todo lo demás, que hace á pluma y á pelo, y con esto se consideran santos y salvos; nosotros, por el contrario, si no la entendemos á su manera somos papistas, hipócritas, malvados y otras cosas peores.

— Vaya, no son tan intolerantes los evangélicos, ni hablan todos de ese modo.

— Lo sé; por la gracia de Dios es cierto, certísimo lo que me decís; me alegro y por ello alabo al Señor. Pero entre tanto muchos, por ellos engañados, ó más bien engañadores, vierten en sus libracos hiel y veneno contra la Iglesia católica, y especialmente contra la Virgen santísima. El Hijo de María no les estará de seguro muy agradecido por los vituperios que arrojan á la frente de su divina Madre. Días pasados me encontré por casualidad con uno de esos tratados, que venden los libreros ambulantes de la sociedad bíblica; se trataba de la virginidad de María. ¡Dios mío! ¡qué baba de serpientes! No creo que los demonios del infierno puedan aullar de un modo tan diabólico; me ponía *carne de gallina*, y lo eché al fuego..... ¡Ah, querida Benjamina, qué desconsuelo sería para mí que también cayeseis en el fuego!

Al decir esto le echó los brazos al cuello, la besó amorosamente, la apretó contra su pecho, como si quisiera esconderla y defenderla con sus castas tocas de las llamas. Benjamina estaba convencida; mas se alzaba el hábito contra toda convicción. Nunca había rezado á la Virgen: su madre la había inspirado un horror profundo, así como de un pecado enorme de sacrilegio, de idolatría; vencer las preocupaciones mamadas con la leche es empresa difícil é insuperable para un alma timorata que teme faltar á la conciencia. Y sin embargo ¡estaba escrito que precisamente había de recibir la salvación de mano de la Reina de los ángeles!

CAPÍTULO X

LA NIÑA CONVERTIDA

La excelente muchacha rayaba en el tercer lustro de su edad con las disposiciones que acabamos de decir. La Reina del cielo tuvo piedad y la concedió su amparo. Era la última noche del mes de María, y las colegialas de Mount Benedict iban reuniéndose en el espacioso jardín en derredor de una imagen de la Virgen, graciosamente colocada sobre un magnífico pedestal y cubierta con un pabellón que formaba una ligerísima cúpula pintada con variedad de colores por el estilo de un kiosco chinesco. El cielo estaba despejado y sereno; el templete, las columnitas, los arimeces, los modillones, todo estaba adornado con guirnaldas de flores é iluminado con profusión de cirios.

El aire resonaba con los alegres cánticos de las religiosas y las colegialas, y parecía que del rostro del venerado simulacro se irradiaba una luz misteriosa llena de suavidad que dulcificaba aquellos corazones cándidos é inocentes, embriagándolos con un deleite sobrenatural. Andaban mezcladas acá y allá las católicas con las protestantes, y de éstas no todas podían resistir sin conmoverse el encanto de aquel júbilo tan apacible y celestial. Benjamina, sentada aparte en un banquillo, apoyaba la cabeza en el tronco de un tilo, haciendo con la mano almohadilla á la cabeza y pantalla á los ojos: concentrada con todas las facultades de su alma en aquella escena, libraba dentro de sí misma una reñida batalla. Ora se dejaba seducir y arrebatar por el entusiasmo universal, ora se oponía, desdeñosa, á lo que le parecía un fanatismo indiscreto, ora se levantaba y corría á confundir su voz con los cánticos de sus compañeras, para retirarse poco después, como avergonzada de su debilidad, ocasionada por seducción importuna. El último acto de la fiesta fue la ofrenda á la Virgen de un corazoncito de plata, cuyas dos faces, unidas con charnelas, se abrían recibiendo una laminita también de plata, en que estaban escritos los nombres de todas las alumnas que se consagraban por sí mismas á la Reina de las vírgenes. La más tierna de las niñas, angelito de nueve años, vestida de blanco y con una corona de rosas, abrió el corazón, leyó la lista, volvió á ponerlo en su lugar, cerrólo otra vez y alzó en alto el don precioso dentro de un azafate lleno de lirios y jazmines. Estalló entonces, como en són de victoria, el cántico de la oferta, que salía de todas las bocas y de todos los corazones. Benjamina estaba en aquel momento entregada á una cruel fluctuación; vencióla un asalto imperioso de la gracia. Resumió con rápida energía del pensamiento el coloquio que tuvo con la monja, la Biblia, los ejemplos del ángel, de los santos, de Jesucristo; se excusó de nuevo con la conciencia, que ya no sostenía lucha alguna, se levantó y echó á correr desalada con los brazos en alto, sollozando: ¡Mi nombre..... mi nombre ..... quiero escribir mi nombre! Le dejaron escribir su nombre en el corazón dedicado á María.

Dado el primer paso, quedó calmada de una vez y de un golpe toda especie de tempestad, y cantando á la Virgen le parecía remontarse á una serenísima región de paz y alegría sin fin. Desde aquel día en adelante, no sólo no encontró dificultad en reverenciar á la Madre de Dios, sino que hasta en los pesares era su refugio y su consuelo.

Parecía asimismo que desde aquel instante la Virgen piadosa la había tomado bajo su protección con singular cariño, aun en las cosas de pequeña importancia, si pequeños se pueden llamar los medios usados por la Providencia, en cuyas manos las cosas más tenues, los accidentes fortuitos, los nadas, por decirlo así, pueden llegar á ser semilla de acontecimientos grandes y de soberana importancia. Quien lea las historias de las conversiones célebres, al ver los grandes hechos operados por Dios por medio de instrumentos débiles y á veces con simples ocasiones, indiferentes en sí mismas, en hombres de fuerte inteligencia y doctrina, no se maravillará de lo que estamos refiriendo. Llegaba el día en que las alumnas de la sala de Benjamina debían concurrir al premio en la clase de historia. Fuese falta de talento, fuese desaplicación en aquel estudio, ella no pasaba de la medianía: sin embargo, al llegar el momento del examen, tomó confianza en que la Virgen la ayudaría á conseguir el premio. Las preguntas estaban escritas en billetes insaculados: cada una de las examinandas debía responder á diez cuestiones sacadas por suerte en presencia de toda la escuela; la que contestaba mejor era reputada excelente sobre las demás. Benjamina, antes de presentarse, se puso delante de la sacra imagen de María, que estaba en el jardín, é hincándose de rodillas en presencia de todos rogó sencillamente á la buena Madre que le diese una prenda de su afecto, ayudándola á responder bien. Algunas de sus compañeras católicas se le acercaron motejándola y diciéndola que la Virgen no concedía su protección á las holgazanillas que no habían estudiado, para que se mamaran el *ticket* [1] debido á las aplicadas. Pero Benjamina, consolidada ya é iluminada mucho más en su devoción, respondió: —

1 Secta formada por Gaspar Schwenckfeld, discípulo de Lutero, cuyos errores se referían al cuerpo de Jesucristo, á la Sagrada Escritura y á los Sacramentos.

2 Los hermanos eran sectarios que formaban una asociación á la vez religiosa é industrial; los productos del trabajo se repartían entre todos los adeptos; pero la sociedad central poseía los capitales y los talleres. Estos son los hermanos moravos, de los que habla el autor en su nota de la pág. 193.

1 Premio.

Puede más bien que dé una muestra de su poder en quien menos lo merece y que humille á las que confían en sí mismas: también los esposos de Canaam se habían olvidado de proveer de vino para las bodas, y lo obtuvo la Virgen por un milagro de su divino Hijo.

Presentóse al examen: á cada pregunta fijaba los ojos en una imagen de María que estaba colgada en la pared, y como si leyese la respuesta sin detenerse se ponía á discurrir sobre el hecho preguntado con tal seguridad y casi atrevimiento, que maestras y compañeras estaban maravilladas. Habiéndose presentado pruebas le fué adjudicado el *tychet* sin oposición alguna, recibiéndolo entre los aplausos de toda la reunión [1].

Este suceso de poca importancia y quizá enteramente natural fué para Benjamina un motivo para consolidar su conversión, firmemente resuelta ya. Y fué sin duda disposición divina que Luisa estuviera ausente durante todo aquel tiempo. Aprovechando las vacaciones había ido, según solía, á Nueva York, y en la acostumbrada encerrona con la madre de Benjamina la llenó la cabeza de seguridades de la constancia de su hija contra el papismo. ¡Afortunadamente nada sabía de lo sucedido al finalizarse el mes de María! Habíase apartado de la fiesta en buena ocasión, simulando tal desdén á las niñas cuando le hablaron de ella, que ninguna se atrevió á referirle lo sucedido y Benjamina menos que ninguna.

De este modo dispensaba la bondad divina la economía de los incidentes en bien de aquella alma escogida y se acercaba á recoger su presa. Pues había llegado el término de la educación de Benjamina, y pocos días después de la distribución de premios recibió carta de sus padres para que se preparara á volver á casa. El golpe de un rayo la hubiera consternado menos. Entregóse á la oración, á las súplicas y á las lágrimas, cuando dos días después llegó otra carta de mistress Lokport: Benjamina la abrió con un temblor angustioso, temiendo que contuviese la orden de partir..... ¡Oh felicidad! La carta estaba concebida en estos términos: „Niña mía, tengo que salir apresuradamente para Quebec á negocios de importancia: tu padre y yo te dejamos en entera libertad de venir á acompañarme ó de quedarte tres meses, en cuyo caso á la vuelta iré á sacarte del convento." Al leer esto Benjamina dió un salto de alegría, y dirigiendo al cielo la carta exclamó: — Me he salvado: durante estos tres meses, suceda lo que quiera, me haré católica, recibiendo el bautismo. — A correo tirado escribió que sentía no acompañar á su querida madre en aquel viaje, y después, rebuscando algún pretexto para excusarse honrosamente, concluyó que se quedaría aquellos tres meses en el convento.

Apenas habían transcurrido tres días cuando la postró en cama una gastritis fulminante: después de tres semanas el mal se hacía crónico y terminaba en consunción. A la primera noticia su padre voló á visitarla y la propuso hacerla trasladar á su casa en cuanto lo permitiese la violencia del mal. Benjamina se opuso dulcemente, pero con resolución, observando que en el convento estaba asistida con sumo amor, mientras en su casa tendría que luchar con la fiebre sola ó casi sola, suplicando á su padre que no la apesadumbrase, pues iba en ello su curación, y que le hiciese la gracia de no hablarle más sobre el particular, al menos hasta que su madre volviese de Quebec.

El padre encontró juiciosa y prudente la proposición de Benjamina, y se marchó sin otra resolución que encargar á Luisa que le tuviese minuciosamente informado y que no escribiese nada á su mujer, que él ya la escribiría lo que le pareciera. — ¿De qué sirve, pensaba, afligirla con amargas nuevas y tenerla en continua angustia y agitación? Mejor es que á la vuelta encuentre á su hija curada, y entonces se le hablará de la enfermedad. — Por lo demás, poco quedaba que hacer á Luisa, pues suspendida la clase con motivo de las vacaciones, volvía á Nueva-York y pasaba allí dos meses con Mario. Benjamina estaba loca de contento con aquellas medidas y bendecía la benéfica mano del Señor que llegaba claramente á abrirle y desembarazarle el sendero de su conversión. Entre tanto la enferma, que unas veces empeoraba y otras parecía aliviarse algo, siguiendo la enfermedad su curso de mal en peor, iba empleando la mayor parte del tiempo en perfeccionar su instrucción religiosa y se hacía leer los libros más tiernos de piedad cristiana; había aprendido á rezar el santo rosario y lo tenía siempre entre manos. Hubiera querido confesarse inmediatamente; pero el Sacerdote la hizo observar que de ningún modo podía conferírsele el sacramento de la penitencia hasta que recibiese válidamente el bautismo. La pobre niña, de hecho, había sido bautizada (como se practica en algunos países de protestantes) con agua de rosas y por dos ministros juntos, de los cuales el uno derramaba el agua y el otro profería las palabras, y de este modo ninguno de los dos completaba el sacramento. Así es que el bautismo era el más ardiente de sus deseos; y en los más graves accesos de su enfermedad, que solían sobrevenir en ciertos días críticos, solía enviar á llamar á la superiora, y cuando ésta llegaba á su aposento la tendía piadosamente los brazos, la cogía las manos, y con el rostro encendido, inundada de sudor la frente y los ojos de lágrimas, decía dolorosamente entre sollozos: — Madre mía, mirad que me muero..... ¿Por qué no me hacéis dar el agua del paraíso?

— No tengais miedo, hija del alma; curaréis dentro de poco: en vuestra casa, dueña de vos, haréis lo que Dios os inspire; confiad en Él; en su bondad infinita no os abandonará.

— Sí, pero yo siento un desfallecimiento mortal que anuncia mi partida. ... ¡Cuál sería mi suerte si muriese sin bautismo!

— Por ahora no hay peligro, no estais en artículo de muerte; si llega este caso, os complaceré.

— ¡No, no! Creedme, madre mía; el peligro es grande y más próximo de lo que creeis: me muero sin remedio, y pronto.

A veces iban á visitarla á la enfermería sus compañeras, y para tener alguna excusa para entretenerse con ella (porque se les había prevenido que sólo se detuviesen pocos minutos), cuál la mondaba una naranja, cual la llevaba agua para lavarse, quién le alzaba la cabeza metida entre las almohadas y le arreglaba las trenzas del pelo, emplastadas con el sudor de la fiebre. Mas al contemplarla tan mala, tan descolorida, y viéndola sin embargo levantar los ojos sólo para mostrar su gratitud y no abrir la boca sino para bendecir á la Virgen dolorosa y unir sus dolores con los de Jesucristo en la cruz, se enternecían dulcísimamente, y llorando á lágrima viva besaban la medalla bendita que le pendía en el pecho.

— No lloréis, les decía tranquilamente Benjamina; el cielo se abre para mí; la Virgen santísima me sonríe y me llama..... Apenas reciba el bautismo, volaré allá.

— ¡Ea, decían las más pequeñas, no desespereis! Nosotras rogaremos mucho á la Virgen para que os cure. Honorina ha hecho esta semana su Comunión para vos, para vos reza Emma todos los días la corona de la Purísima, para vos Adela.

— Si me amais, respondía la enferma, pedid sólo que yo no muera antes de ser bautizada: de corazón ya soy católica y estoy segura de que Dios me tendría por bautizada de deseo..... Cuando me encuentre ante el trono de la Madre de Dios le besaré los pies..... Sor Generosa (así se llamaba la enfermera): ¿los ángeles me dejarán acercar?

— Sí, hijita mía, y aun besarle la mano..... y la Virgen os abrazará con amor. Os encargo muy particularmente que en aquel momento no me olvidéis.

Así se acercaba Benjamina al término de su corta jornada. Conociendo la Superiora que iba decayendo á ojos vistas y que ya no había posibilidad de enviarla á su familia, escribió inmediatamente todas las particularidades á su padre; pero entre tanto creyó que no podía menos de concedérsela el deseado bautismo, contra la costumbre del colegio. Tanto más cuanto la pobre enferma con voz flaca y lamentosa, redoblaba todos los días las y instancias estaba perfectamente preparada. En aquellos últimos días se había hecho leer y explicar minuciosamente por el confesor las palabras misteriosas y venerandas de los exorcismos que preceden al sacramento, y aclarar las profundas ceremonias llenas de santísimos conceptos y la fórmula de la abjuración; además se había ejercitado en hacerse recitar por la enfermera y por sus compañeras los actos de fe, esperanza, caridad y las demás oraciones devotas. Había quemado ya en la chimenea del aposento su Biblia dorada, el devocionario protestestante, y lo había sustituído con un Nuevo Testamento en inglés enriquecido con notas católicas, y algunos libritos de piedad, donativos de sus amigas.

En fin, las horas transcurrían y parecía que la enferma, lo mismo podía ir á la eternidad dentro de una hora, que dentro de una semana. Se decidió por lo tanto administrarla el bautismo. Durante los preparativos, Benjamina tenía su alma en Dios, y por su semblante se hubiera dicho que no estaba en sí: tan absorta se encontraba en el gran pensamiento del supremo acto que se iba á ejecutar. Respondió con tranquilidad á todas las preces del largo rito, y cuando, derramada ya el agua sacramental, dos monjas le pusieron la blanca estola bautismal se vió brillar en su rostro una sonrisa tan casta é inocente, que transmitiéndose la alegría á los circunstantes, todos se encontraron con los ojos humedecidos por dulces lágrimas. El sacerdote quiso que además formulase la abjuración del protestantismo y la profesión de fe; mas para no fatigarla demasiado se puso á leer entrambas cosas en vulgar en voz baja y haciendo una pausa en cada artículo; y la neófita, no contenta con decir que sí con la voz, se llevaba á la boca, ora las imágenes de los santos, ora el relicario, ora el rosario, para atestiguar con estos actos que profesaba de corazón los dogmas que allí se referían. Por último, después de extender su trémula mano sobre el santo libro y de pronunciar con inesperada firmeza las palabras:—Así creo, prometo y juro; así me asista Dios y los santos Evangelios,—se oyó en la estancia un suspiro universal, como de gente que arrebatada durante largo tiempo en éxtasis amoroso, vuelve en sí y finalmente toma aliento.

Después de una hora de descanso se trató de los supremos Sacramentos de los moribundos. Pocos fueron los testigos admitidos para el bautismo; no así para el santo Viático: por lo que, al moverse la procesión y al oirse recitar los salmos por los corredores, se esparció la noticia como una chispa eléctrica sobre un cuadro mágico, y de allí un saltar de todas partes, un acudir en todas direcciones sin orden ni concierto. Veíase á las Religiosas y colegialas prepararse confusamente, llorando todas de pesar y de devoción: otras permanecían á lo largo de los corredores, otras con las manos juntas estaban arrodilladas en el salón de la enfermería: las más dichosas se colocaron junto al lecho. En medio de la conmoción universal Benjamina descansaba alegre y tranquila, como el arco iris en medio de la tempestad. Los blancos vestidos que le habían extendido alrededor del cuello y sobre la cama para la ceremonia del Bautismo, las flores deshojadas con

1 Histórico.

que estaba cubierta la colcha y esmaltado el pavimento, daban á la función una nueva apariencia de fiesta. Además, por el gozo que inundaba su semblante parecía encenderse en él una nueva chispa de vida: en una palabra, todos se creían arrebatados á un sarao angélico en vez de asistir á los últimos momentos de una tierna joven.

Por la tarde, quedándola apenas un soplo de vida, pensó aún en dictar una carta á sus queridos padres; pero una sola, si bien su padre estaba entonces en Nueva York, dedicado á sus negocios y su madre en Quebec. Fué preciso recogerla penosamente de sus labios y con muchas interrupciones.

«Mis muy amados padres:

»Me estoy muriendo: cuando recibáis esta carta estaré ya en el cielo; tengo de ello una plena confianza. Soy católica, hoy me he bautizado; soy católica en lo más profundo de mi alma y por toda la eternidad..... Nadie me ha inducido á ello, nadie me ha violentado; yo lo he querido absolutamente para obedecer á Dios y á mi conciencia, y esta obediencia ha sido mi más caro consuelo en estos instantes..... Me encuentro tranquila y mi alegría es superior á todo encarecimiento.

»Dulce madre mía, no os apesadumbréis, os lo suplico por la sangre de Cristo, en el que vos también creeis; no os apesadumbréis por mi conversión..... Y aun cuando querráis contristar mi tumba con lo que fué objeto de vuestras amenazas..... ¡ah! no me atrevo á repetirlo; yo desde el cielo pediré sólo bendiciones para vosotros. Os abrazo tiernamente y os envío un beso. Papá y mamá, adios.

»Vuestra afectísima hija,

»BENJAMINA, *moribunda.*»

Cerrada la carta, cerró el ánimo á todo pensamiento terrestre. Había perdido la palabra: los ojos la suplían: le acercaban á la boca la imagen de María ó el crucifijo, y estampaba en ellos besos tan afectuosos que parecía derramar con ellos toda su alma: se entristecía si la daban esperanzas de curación; para verla sonreir de nuevo era preciso hablarle del paraíso, del Ángel Custodio, de los Santos. Lo que la serenaba más que todo era recordarle los primeros abrazos de la Virgen en el cielo y la vista de las llagas del Redentor glorioso; volvía entonces los ojos risueños y los dirigía al cielo de un modo tan satisfecho y deseoso, que los circunstantes se pasmaban de admiración.

El médico le vió mover los labios como quien quiere proferir una palabra; le acercó el oído á la boca:

— Tomadme el pulso, le dijo con voz apenas perceptible, y avisadme al notar la última pulsación para invocar por vez postrera á Jesús y María.

— Ya llegó la última pulsación, respondió aquél encorvándose hacia el oído de la moribunda, bañando la almohada con una ardiente lágrima. El Sacerdote le acercó la vela bendita, rezó las últimas oraciones del tránsito de la muerte y le dió la absolución. Benjamina apretó el crucifijo de un modo apenas perceptible, dió una boqueada y entregó su alma virginal al Criador.

Es imposible referir la conmoción que se suscitó en el monasterio al primer anuncio del fallecimiento de Benjamina. Por todas partes resonaban los gemidos, los lloros, los lamentos. — ¡Ha muerto! se decían las unas á las otras con voz interrumpida por los sollozos, como si se tratase de una hermana suya muy amada. Y se dirigían á la enfermería para mirar una vez aún aquel caro semblante. El cuerpo de Benjamina, vestido ya y amortajado, reposaba en un féretro forrado de paño blanco, adornado con flores naturales y circuído de antorchas encendidas. El horror natural á los cadáveres, y principalmente á los de las niñas de poca edad, parecía borrado con la viva convicción de las virtudes que resplandecieron en la difunta durante su última enfermedad, y especialmente con la santificación de los Sacramentos, con la inocencia bautismal y con los actos celestiales de sus últimos momentos. Su mismo rostro, del que habían desaparecido las huellas de la agonía, había adquirido una sonrisa angélica que inspiraba dulzura y devoción. — Bien se echa de ver que descansa en el Señor, decía una. — ¡Dichosa ella! replicaba la otra. — ¡Ojalá muriese yo así! añadía una tercera. — Angelito de Dios, rogad por mí á la Virgen santísima, era el voto de una cuarta. — ¡Sea nuestra muerte semejante á esta! era la aspiración de todas. — Ni aun las no católicas podían abstenerse de besarla las manos, que envueltas bellamente con el rosario, sostenían sobre el pecho un crucifijo de marfil. Algunas, menos medrosas ó más tiernas, la besaban las mejillas, los ojos y la boca, hablándola como si estuviera viva.

El Sr. Lokport, padre de la difunta, llegó el día después del entierro. Estaba afligidísimo; y su pesar era tanto más amargo cuanto que, engañado con el curso regular de la enfermedad, no se había figurado la última crisis, ni aquella súbita desgracia que le había impedido abrazar á su hija antes de morir. Al contrario, Luisa, que había vuelto unos días antes, estuvo presente al último extremo del mal y fué testigo de los supremos momentos de Benjamina. Mas sin tomar parte en el general movimiento de devoción andaba solitaria, esquivaba la conversación y se consumía interiormente de despecho. No porque tuviese tan mal corazón que sintiese su venturosa muerte, sino porque mediaban varios motivos para agitar y conmover su corazón. ¿Qué diría mistress Lokport á su vuelta de Quebec (y no podía tardar más de un mes); qué diría aquella ardiente puritana, tan celosa de su hija, al saber que ésta se había bautizado según el rito católico y muerto con el Viático de los papistas? Y ella ¡no sólo no lo había impedido, sino que ni siquiera le había escrito dos renglones para avisarla! Confesar por otra parte que su discípula y protegida la había ocultado toda la trama de sus designios, la parecía duro y vergonzoso. Pero más que todo la daba cruc, martirio su propio remordimiento, exacerbado con el parangón de Benjamina. La conversión de ésta la reprochaba su propia conversión: la fe tan pura! tan devota, tan alegre de su discípula vituperaba ásperamente su hipócrita, cobarde y desventurada. A veces, entre los melancólicos y tétricos pensamientos de la vida presente, ocurría á su imaginación la guadaña de la muerte que podía herirla de repente en brazos de su delito y abrirle de par en par la horrible eternidad. Entonces buscaba la salida del abismo en que se había precipitado con desesperada turbación, y no atreviéndose por apocamiento á echar mano de ningún medio vigoroso, se contentaba con exclamar desolada exhalando un gemido: — ¡Pobre de mí! ¡Estoy cercada de todas partes por un muro de bronce! — Y turbada y desesperada detenía el ánimo espantado en su miserable carrera, lisonjeándose con que protestantizándose hasta el fondo del alma conseguiría quizás embotar los sangrientos filos del remordimiento y ahuyentar los implacables terrores de su trabajado espíritu.

CAPÍTULO XI

LA TUMBA QUE HABLA

Triste y lamentable en extremo era el estado de Luisa en el convento de Mount-Benedict, especialmente después de la muerte de Benjamina. Una carta imperiosa é insolente de Mario colmó poco después su desventura. En ella la prevenía sin preámbulos ni embozo que en la junta (no decía cuál, pero Luisa lo adivinaba) se había resuelto desembarazarse de aquella podredumbre de Mount-Benedit; que los hermanos de Boston y de Charlestown la explicarían el comportamiento que debería tener en aquel negocio; que fuese despreocupada y que le sirviese ciegamente, afirmando, jurando y perjurando que permanecería fiel al servicio de las monjas, pues tal era su absoluta voluntad. — Hasta perjura me quiere (exclamó Luisa rasgando la horrible carta). Ahora conozco el por qué del empeño en aprisionarme dentro de estos muros..... ¡Me quiere hasta perjura....! Y ¡contra estas pobres Religiosas, cuyo pan he estado comiendo..... ! ¡Todo para dar gusto á esos endiablados dragones del club....! ¡No le basta haberme arrebatado de mi patria, robado el honor, envenenado la conciencia, hecho rebelde á la religión....! ¡También me quiere perjura....! Mañana pondrá un puñal en mis manos y me dirá: Anda, hiere.

Los hermanos no tardaron en presentarse á Luisa para cobrar la deshonrosa letra. Fue instruída minuciosamente de las calumnias que debía proferir contra las monjas con motivo de la joven protestante muerta en el catolicismo; que diese á entender y dijese que las monjas la habían engañado con lo del tycket; que, renitente, la habían encerrado en lóbrega prisión en los sótanos más profundos del monasterio, donde todas las noches la daban el tormento de baquetas, y que la desventurada, para evitarlo, fingió hacerse católica, y que las religiosas la habían trasladado á otro punto para meterla monja en su convento.

Por inverosímil y aun absurda é increíble que fuese tal invención, entraron en lid para sostenerla los periódicos del partido en Boston y los que los apoyaban en las ciudades circunvecinas. Comenzaron algunos á esparcir alguna sospecha sobre la muerte de la muchacha y otros sobre la causa de ella, sin faltar quienes se maravillasen de que una joven en edad tan florida, que al parecer rebosaba de salud, en un abrir y cerrar de ojos quedase consumida por una tisis fulminante; otros discutían seriamente sobre las pérfidas artes con que las monjas dan caza á las niñas protestantes para atraerlas; otros deslizaban una palabra sobre la Inquisición, haciendo entrever que en los profundos senos de los conventos solitarios podrían tal vez esconderse algunos restos de torturas y de tenazas ardientes. Entre tanto, de palabra y en las conversaciones se enfurecían mucho más que en la prensa; se desfogaban contando como cosa cierta los detalles del martirio, el silencio de la noche, durante el que, en minas bajas y espantosas, cerca de las tumbas de los muertos, las monjas tiraban de las trenzas á sus víctimas indefensas, sacudiéndolas y maltratándolas como tigres, y entre golpe y golpe, enarboladas las disciplinas, presentábanle, ora una estampa de la Virgen para besar, ora una Biblia que pisotear. Apelaron también á las itografías, impresas clandestinamente para no exponerse á la acción de calumnia, en las cuales se representaban las varias escenas de aquella fingida tragedia, en actitudes tan terribles y odiosas, que donde les daban fe por fuerza debían correr furibundas las gentes á buscar los tizones y lanzarse á pegar fuego al convento.

Luisa representaba maravillosamente y aun más allá de su intención su papel en la trama de aquel delito. No osando empero fingir positivamente una infame calumnia contra las monjas, cuando le preguntaban (lo que sucedía continuamente) se limitaba á decir que no quería hablar de aquello. Creía que de de este modo no se acarrearía el resentimiento de sus enemigos, salvándose de la nota de ingrata y calumniadora. Pero el efecto era diametralmente contrario á lo que ella se imaginaba, porque la gente, viéndola eludir y esquivar aquella conversación, se imaginaba lo peor y confirmaba las más pésimas sospechas.

(Continuará.)

PARÍS. — EXTERIOR DEL HOSPICIO DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

AMORES ARCHIPLATÓNICOS [1]

SR. D. ÁNGEL SALCEDO Y RUIZ.

Mi querido amigo y colega: En LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, hoy llegada á mis manos, háme sorprendido gratamente una dedicatoria de *Las maravillas del amor*, novela de usted, que agradezco tanto más cuanto menos la merezco, y que pone la pluma en mi mano, en primer término, para dar á usted las gracias por el honor que me dispensa, y en segundo lugar, para oponer algunos reparos á los dos graves defectos que, en mi novela *Solita*, encuentra ese muy querido amigo mío Fernando, á quien tampoco conozco más que por su prosa elegante y por los hermosos partos de su brillante y poético ingenio.

Es el primero de los graves defectos dichos «que el amor de Andrés no es todo lo archiplatónico que ser debiera para justificar el título y dar alcance á la novela.» ¿Y el de Solita? pregunto yo. ¿Acaso es Andrés el protagonista de la novela? Abrumado Fernando por los múltiples é incesantes quehaceres de su profesión, de su hogar y del periodismo, no tuvo sin duda dos horas completamente libres para leer con reflexivo sosiego mi novela *Solita* y trocó los papeles, atribuyendo á Andrés lo que el título del libraco claramente atribuye á Solita, pues la novela no se titula *Andrés, ó amores archiplatónicos*, sino *Solita*, etc., y por ende de los amores de Solita se trata ó, si se quiere, por estar en plural el calificativo de los amores de entrambos, más ó menos archiplatónicos, pero con este carácter al fin en la acepción vulgar del calificativo. Para que el amor merezca el epíteto *archiplatónico*, exige Fernando que sea «puramente psicológico, íntimo, subjetivo y no sentido por la persona objeto de él,» que es la nota característica, á su juicio, de ese género de amor. Yo entiendo, en cambio, que esto es quintaesenciar los afectos, desnaturalizarlos y prescindir de la humana naturaleza, compuesta de alma y cuerpo, tanto que niego la existencia de amores puramente *psicológicos*, aunque sí los comprendo y los he pintado puros, sin grosera sensualidad alguna, con fines altísimos y aspiraciones suprasensibles. Para que el hombre fuese capaz de amores puramente *subjetivos* sería necesario suprimir el *objeto* amado, y amante sin amado repugnan, no pueden darse; y para que los amores humanos fuesen puramente *psicológicos*, sería preciso poner al alma enamorada libre por completo de las ligaduras de la carne. Aun en el orden místico, cuando de divinos amores trata, los Serafines de Asís y del Carmelo y de San Juan de la Cruz complácense hasta el deliquio viendo al Amado, aunque sea en efigie, besando su imagen, arrodillándose en su presencia, padeciendo corporalmente por Él y muriendo porque no morían. Ahora bien, Fernando amigo: ver, besar, arrodillarse, padecer y morirse, ¿son operaciones puramente psíquicas y subjetivas? ¿Pues qué diremos si de amores humanos se trata? Lisa y llanamente, que por archiplatónicos que sean, no es posible despojarlos en absoluto de las tendencias y caracteres de la carne que los envuelve.

Otrosí. Para que el amor sea verdaderamente archiplatónico, ¿es requisito indispensable que carezca de correspondencia? Entiendo que no. ¿Acaso Jesús no amaba á Santa Teresa hasta transverberar su corazón? ¿Y se atreverá nadie á sostener que no era archiplatónico, y mejor aún angelical, el amor que inflamaba á la Doctora abulense?

Tenemos, pues, que los amores de Solita y Andrés, ambos puros, desinteresados, nobilísimos, duraderos, meticulosos y cristianos hasta el punto

[1] El ilustre autor de este artículo, cuya firma es uno de los ornamentos de nuestra ILUSTRACIÓN, se ha dignado remitirnos el presente donosísimo trabajo en que se defiende de ciertas censuras contenidas en la novela *Las maravillas del amor*, que venimos publicando. En asuntos literarios LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA es campo neutral, y admite todas las opiniones honradas. Pero bien será decir al Sr. Polo que las censuras á que se refiere, y que tan gallardamente desenvuelve en este artículo, no han sido formuladas por el autor de *Las maravillas del amor*, sino por el protagonista de esta novela, Fernando, con cuyas opiniones, sentimientos y aversiones no tiene el autor otra relación que la que el mismo Sr. Polo pueda tener con los personajes buenos y malos de sus novelas. Fernando tenía de los *Amores archiplatónicos* concepto distinto que el Sr. Polo, lo cual nada tiene de ofensivo para nadie, ni arguye gran cosa contra la preciosa novela compuesta por el Sr. Polo, y que es una de las flores de su corona de literato y novelador. También dice Fernando que la novela que él podría escribir sería superior á la del Sr. Polo, lo cual, atribuído, no á Fernando, sino al autor de *Las maravillas del amor*, sería insigne disparate y sandez enorme; porque ese autor tiene al Sr. Polo por uno de los maestros del arte. — (*Nota de* LA I. C.)

VISTAS DE AMBERES: LA NUEVA BOLSA. — PLAZA VERDE. — PÓRTICO DE LA CATEDRAL.

de que Solita renuncia á casarse con Andrés por no causar la desventura de éste y de la descendencia de entrambos, y Andrés desdeña los casamientos más ventajosos por una huérfana, enfermiza y pobre, con fundamento bastante pudieron ser calificados de *archiplatónicos* y justifican el título, ya que no el *alcance*, de la novela.

Y digo que el alcance no (con lo cual me sale al encuentro el segundo grave defecto), porque *Solita* no es novela trascendental, ni tiene alcance alguno, aunque sí la finalidad de poner ante los lectores unas cuantas escenas amorosas mal hilvanadas, pero dignas de imitarse. De donde se infiere que al escribir *Solita*, no me propuse explicar por modo ni artístico, ni de ninguna clase, «la virtud santificante, la influencia bienhechora que en el desarrollo del carácter moral de un individuo puede tener ese amor archiplatónico»; y naturalmente, como Fernando parte del supuesto contrario, afirma muy serio que *apunté, pero no di*. Pues dígale usted de mi parte, que como no apunté en semejante dirección mal podía dar en el supuesto blanco. Esto prescindiendo de que soy tan mal tirador que todo el mundo pueda desafiarme impunemente con la seguridad de que no he de aceptar el duelo. No, querido Salcedo, no se me ocurrió semejante propósito en toda la novela; más aún: siempre se tituló *Solita* á secas, hasta que al llevar el original á la imprenta me dijeron que Pérez Escrich, si mal no recuerdo, había publicado otra con el mismo título, y para no confundirla le añadí el segundo, referente á los amores archiplatónicos, como para dar á entender á mis leyentes amigos que, aunque de amores trataba el nuevo libro mío, eran tan puros, tan ideales, que bien podía leer la novela hasta la señorita más pudorosa. Pero sin duda tengo mala mano para esto de los títulos, porque lo mismo me sucedió con *Sacramento y Concubinato*. De tal manera se despacharon tirios y troyanos contra el rótulo de mi nombrada novela, que recientemente el editor Sr. Quílez, al dar por segunda vez el libro á la estampa, con beneplácito mío, por supuesto, ha creído convenientemente rebautizarla anteponiéndola el nombre de *Matrimonio civil*. A los sectarios se les estomagó el epíteto de concubinato que mi título aplicaba al matrimonio civil, y á los católicos les olía sin duda á lupanar la palabreja, sin que ni unos ni otros se tomasen la molestia de leer la novela para convencerse de que ni con la linterna de Diógenes podría encontrarse título más adecuado.

Por supuesto que, en mi opinión humilde, todo esto es andarse por las ramas, porque ni el nombre hace la cosa, ni el título de una obra puede suministrar razones sólidas á la crítica concienzuda[1] para censurar la obra misma. Aun dado que no hubiese ecuación entre aquél y ésta (cosa que en ninguno de mis libros sucede), dicho reparo equivaldría á censurar á una Blanca porque fuese negra, á un Delgado porque fuese gordo, á un Casado porque fuese soltero y á un Cándido porque fuese bellaco.

Y celebro ahora que no se me ocurriese semejante propósito, porque así dejé intacto pensamiento tan trascendente y capital para que, sin que nadie le tilde de plagiario, Fernando[2] lo personalice y encarne hoy en su novela *Las maravillas del amor*. Lo cual no empece para que yo crea que esas estéticas literarias, construídas *á priori*, esos propósitos trascendentes y tendenciosos, ese afán por convertir á la novela en cátedra donde se planteen y resuelvan problemas sociales, religiosos ó psíquicos, y ese prurito por encajar la obra de arte en el molde estrecho y exclusivo de las escuelas y gustos dominantes, perjudican más que favorecen y agostan en flor á los ingenios más originales y preclaros.

Aunque no soy yo quién para aconsejar á nadie, diga usted á Fernando[1], como de cosecha propia, que se deje de verdaderos ó falsos naturalismos y que, importándole un ardite la crítica demoledora, hoy en uso, escriba como canta el pájaro (frase felicísima de Fernán Caballero), sin cuidarse de ser oído, ni del qué dirán; pero seguro del acierto si logra hacer reir ó llorar á sus lectores, según los casos; si sabe referir y pintar de manera que parezca que se está viendo lo referido ó pintado; si dialoga de modo que contestaciones y preguntas resulten espontáneas, naturales, adecuadas, frescas, ligeras y características de los interlocutores; si hace amable la virtud y aborrecible el vicio; si deleita ó entretiene sin detrimento alguno de la moral más pudibunda y escrupulosa; y si consigue, por último, hilvanar todo esto en acción más ó menos complicada, pero natural, interesante y decente.

Si necesita modelos para educar el oído ó cogerle al oficio la embocadura, que se empape en las nunca bastante ponderadas novelas de mis ilustres amigos Pereda y P. Coloma, astros de primera magnitud en el ciclo de la novela española contemporánea; todo lo cual, hecho y logrado, que se ría á mandíbula batiente de los clarines y trompetas de la crítica, que, como ha demostrado recientemente en sus magistrales artículos sobre el *Naturalismo Galdosiano*, el eximio escritor agustiniano, Fr. Conrado Muiños Sáenz, nunca han de tener elogios, ni imparcialidad, ni justicia para las producciones católicas.

Reitero á usted las gracias y me repito de usted siempre admirador imparcial y amigo devotísimo

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Casa de Albarracín, 10 de Octubre de 1890.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

Días terribles, negros como la noche, fueron para mí aquéllos!

—¿Qué es la religión? me preguntaba yo. Y me respondía: una terrible amenaza para Remedios y para mí; el infierno por única perspectiva final de este placentero idilio. ¿Qué es el pudor? Algo que sería tonto buscar en Remedios, y que si existiera en Remedios contribuiría, no á mi felicidad, sino á mi desdicha. Estos amores tan dulces y regalados, rugía en lo más hondo de mi alma el demonio de la lujuria, son imposibles con pudor. Yo no puedo casarme con Remedios (la empecatada no era soltera, ni viuda); luego el matrimonio es una insigne tontería. ¿Tener hijos? ¿Ser el sostén de una nidada de ángeles.....? ¡Bobería! Buenas están esas necedades para los patanes; pero ¿para un hombre como yo, que tiene queridas á los diez y ocho años.....? Bah, bah..... La corrupción es mi elemento moral y en donde yo únicamente vivo á mis anchas..... Me conviene adoptar un escepticismo elegante, que es ya mi única salvación á los ojos del mundo, pues á los de Dios me considero definitivamente perdido.....

No os negaré, amigos míos, que en todo aquello que yo pensaba entonces, había mucho de retórica pueril, propia de mis diez y ocho años. Pero, creedme, era una retórica íntima y sincera que me destrozaba el corazón y me amargaba la vida..... Yo no era más que un pobre pecador, y me figuraba un monstruo de iniquidad, incapaz de todo arrepentimiento; me creía caído en lo más hondo de la sima, cuando la verdad es que lo que me estaba desgarrando eran las manos asidas á los matorrales que festonean la boca del precipicio.....

Pero hubiera ido hasta el fondo..... Esto es indudable..... Y si no fuí, á Dios se lo debo, á Dios que quiso depararme una salvación inesperada, y por muchos conceptos misteriosa..... Voy tocando, amigos míos, en lo más íntimo, y hasta ahora más escondido de mis recuerdos..... Temo profanarlos con esta conversación; pero ¡qué diablo.....! Adelante..... Lo prometido es deuda. Os contaré la historia del Viernes Santo que fué Pascua de Resurrección para mi alma.

III

DE CUERPO ENTERO

Yo, no sólo creía que Doña Remedios me amaba, sino que me figuraba enamorado perdidamente de Doña Remedios. Aquellos sus repugnantes seniles arrebatos eran para mí espasmos de pasión, y sus chocheces de vieja impura, como caprichitos de niña mimada. Ella me llamaba *su viejecito*, y yo la llamaba *mi niña*, teniendo ambos razón sobrada, pues aquel amor monstruoso, á ella la remozaba, y á mí me envejecía. Nos íbamos á dar largos paseos por los alrededores de Madrid, muy cogiditos del brazo, y diciéndonos muy bajo, al oído, palabrillas melosas. Tenía ella un gusto deplorable para vestirse, y gastaba mucho dinero en trajes, sombreros y manteletas..... Figuraos cómo serían..... Su prurito eran los colores vivos en sus tonos más provocadores y desacordes..... El azul celeste, el verde en todos sus grados, el blanco y el rosa, la encantaban..... Por aquellos días llevaba una falda granate que hubiera embravecido á una vaca suiza, y sobre la falda un gabancillo ligero, rosa y blanco, con grandes pabellones de encaje amarillo. Cubría su cabeza una colosal pastora de paja de Italia, adornada con todo un jardín de dalias enormes y floripondios de forma inverosímil y colores bellacos por lo chillones y mal avenidos. El conjunto resultaba tan abigarrado y chabacano, olía de tan lejos á riqueza de prendera, que más de una vez observé con gran disgusto que las gentes se paraban en la calle para mirarla á sabor, y llevarse, á cambio del disgusto que sin duda experimentarían contemplándola, ración de burla y de chacota para un buen rato. También á mí, en intervalos lúcidos, se me revelaba súbitamente la fealdad intrínseca y extrínseca de aquel adefesio que yo llamaba *mi dama*; pero estos rompimientos de la niebla que limitaba el horizonte de mi vista eran muy fugitivos, y muy pronto volvía á cerrarse más espesa y más negra. ¿Por qué negarlo? A mí me gustaba: me gustaba su cuerpecillo, muy suelto y flexible al parecer; me encantaba la finura de su cutis blanco y transparente; me enloquecía la movilidad de su semblante; algo ligero que flotaba en torno de ella, algo de seducción inexplicable, pero irresistible, que caía de sus ojos, pequeños y vivos como la pimienta; un aire de pecado atractivo que se condensaba para formarle la boca, una bocaza sensual de labios muy gruesos y muy encarnados, que apenas si acertaban á cubrir las dos hiladas de dientes más blancos que he visto en el mundo.....

Por lo demás era una bestia. Nacida y criada en el fondo, había ido subiendo poco á poco hasta la superficie social, merced, primero á la maña con que su madre supo ahorrar algunos duros, de los que le daba con pródiga largueza el siempre desconocido padre de Remedios; y merced luego á la innegable habilidad con que supo explotar aquellos cuartos el que Remedios llamó su marido, hombre ducho en el arte de hacer pasar en el Ministerio de la Guerra la tela que llaman pan mascado por riquísimo paño de Tarrasa, y que en el Ayuntamiento sabía multiplicar á los ojos de Alcaldes y Concejales

1 ¿Qué crítica concienzuda cabe en labios de un personaje de novela? — (N. de LA I. C.)

2 Fernando no es el autor, sino el personaje. — (N. de LA I. C.)

1 ¿A Fernando? ¿Cómo? — (N. de LA I. C.)

el número de adoquines que recibía encargo de poner en las calles, dándose el caso de que millar de ladrillos que él colocaba transformábanse en las cuentas en millón y medio por lo menos. Con estos milagros, y mucho traginar, llegó D. Norberto á conseguir que su mujer tuviese barro á mano para sus vicios, y para divertirse de él, más á su gusto y delante de más público que lo hubiera hecho en la pobreza.

Remedios había llevado á su lujoso cuarto principal todas las curserías que había ido adquiriendo poco á poco en su fatigoso tránsito de mujer de la plebe á mujer de la clase media. Sus pensamientos, sus afectos, sus ilusiones, hasta la manera de manifestar su torpe cariño, todo lo de ella en suma, llevaba un sello de mal gusto insoportable. Era envidiosa de todo y de todos; tacaña y manirrota en una pieza, y según le daba; ponía su vanidad en cosas ridículas, como v. gr., en lo bien que sabía hacer el cocido, que no había, según ella, garbanzo duro que no se ablandase por su táctica especial de cocerlo. Con eso del cocido no dejaba vivir á la cocinera, ni á nadie hablándole de la poca maña de la cocinera. Los muebles que tenía en su sala eran los mejores de todos los muebles, los más fuertes y elegantes. Se daba aires de gran señora, y luego á todo el que iba á visitarla le enseñaba los colchones de su cama para que admirasen lo suave del vellón y la magnificencia del forro. No hablo aquí por respeto de su marido, que era el mueble de la casa que Doña Remedios tenía en menos estima.

Pero lo cierto es que aquel esperpento me tenía á mí entontecido, y lo que es peor, encanallado. Insensiblemente, pero de un modo muy rápido, mis pensamientos, mis ideas, mis afecciones iban descendiendo al nivel de los de aquella pecadora de tan bajo vuelo. Su voluntad era de seguro más fuerte que la mía, y así me explico ahora que puestas ambas en contacto, la suya prevaleciera y la mía no. Yo sentía ya vivísimos deseos de ser como ella, y aquel fango en que nos revolcábamos parecíame césped mullido y recién salpicado por la aurora de líquidas perlas. Cesaron entonces en mi fantasía las luminosas apariciones que son el encanto y la nobleza de la vida; mi inteligencia se apartó de lo teórico, de lo abstracto y general, de todo aquello que es excelso, y era entonces propio de mis estudios. No me gustaba mirar hacia arriba, ni sondear el porvenir, ni embelesarme con mis recuerdos de niño, contentándome con aquel grosero presente que me había sorprendido en un recodo del camino, y que como un ladrón vulgar me había despojado del oro de mis ilusiones y del diamante de mis virtudes. Dejé de escribir á mi madre; ¡á mi madre que me había enseñado cosas tan diferentes! No entraba en la iglesia. No abría un libro. No iba á clase. Huía de los amigos que no eran viciosos como yo. Intimé con todos aquellos que podían comprenderme. Me mudé de casa, sólo porque la patrona era una buena mujer. Cuando por *h* ó por *b* no podía ir á casa de Remedios, me metía en un cafetucho, y me emborrachaba. Mi conversación, por agradar á Remedios, por parecerle más hombre, se empedró de ternos y de vocablos obscenos, como un cutis gangrenado de pústulas. A ella le gustaban los muchachos valientes, y me hice provocativo y temerón. A ella le encantaban las audacias cínicas y los epigramas sucios, y yo, cuando encontraba á D. Norberto le tiraba familiar, ó mejor dicho, chabacanamente de las narices y le llamaba, á estilo parisién, *papá Norberto*.

Y lo peor es que en el fondo la tenía miedo. Yo atribuía esto á que como me atacaba por las lágrimas y el supliqueo, su debilidad femenina triunfaba fácilmente de mi fortaleza de varón. Pero no era esto ¡ay! sino un medio de engañar á mi vanidad de hombre; llegó un día en que, no con lágrimas, ni suspiros, sino con gritos de cólera, trató de imponérseme, y se me impuso. Yo quise también gritar; pero se me trabó la lengua, y las piernas (¡oh vergüenza!) me flaquearon. Y, última degradación del espíritu dominado por una mala pasión, aquel arrebato suyo me fascinó; fué para mí como si una Vénus algo averiada se transformase súbitamente, como por encanto, en una Juno llena de majestad. El cambio no era para deplorado, y la verdad es que la cólera de Remedios era la primera nota humana y natural que yo descubría en su carácter. Me humillé. Se creció ella, y como es natural, acabó el amante y empezó el esclavo.

Á condición tan mísera me veía yo reducido, cuando una mañana, mi nueva patrona abrió la puerta de mi cuarto antes de las siete, y con una voz gangosilla, que me parece estar oyéndola, me dijo:

—Señorito, los compañeros quieren comida de viernes. ¿Usted qué prefiere?

—¿Yo? ¿Qué sé yo? Pero ¿qué día es hoy?

—¡Toma! ¿No sabe usted el día en que vive? Hoy es Viernes Santo.....

—¿Viernes Santo? Vamos..... Entonces ayer fué jueves.....

—Por todo el día.....

—Pero no tengo gana de conversación.....

—¿Qué quiere usted? ¿Carne ó pescado?

—Lo que te parezca, y ahora déjame en paz.

Cerró la puerta la patrona, y yo me tiré de la cama, sentándome en una butaca que había junto á la cabecera.

Pensaba:

—¡Baróstolis....! ¡Hoy Viernes Santo....! Creo que es la primera vez en mi vida que me coge así de improviso un día como éste..... ¿Qué hará mi madre ahora? ¡Pobrecilla! Sin duda estará arreglándose para ir á los Oficios..... Hoy se come mal en mi casa..... Ayer fué día de buen pescado, vino de Jerez y arroz con leche. Hoy el potaje será de lentejas, y en vez de pescada ó salmonetes, el principio será de bacalao con patatas..... Me parece que oigo á mi hermano Raimundo decir á mi madre: *Mamá, la Iglesia manda que se coma de vigilia; pero no que se coma bacalao*..... ¡Ay pueblo mío, qué sol tan rico hará por allí....! ¡Iglesia en que me bauticé, y en la que tantas veces oí cantar la Pasión y las Profecías, qué hermosa estarás ahora con tu severa magnificencia de luto, tu monumento cubierto de flores, y tus *pasos* preparados para la procesión de esta tarde....!

Me puse triste, y en medio de mi tristeza miré hacia la mesa y observé que sobre ella tenía una carta cerrada. La abrí maquinalmente, y maquinalmente la leí. Me decía poco más ó menos:

« Mi adorado viejecito:

» Te espero hoy á comer después de la una. He mandado preparar un riquísimo potaje de castañas como los que se hacen en tu tierra. No faltes; pero no vengas antes, porque como es Viernes Santo, tengo que ir á la Iglesia.

» Tuya,
REMEDIOS. »

—¡Infame! —murmuré yo entre dientes.— ¿Para qué vas á la Iglesia? ¿No sabes, imbécil, que si es verdad lo de la Iglesia, tú te vas al infierno sin remedio? ¿Para qué eres sacrílega? ¿Para qué eres hipócrita...? Pero lo que es yo no voy hoy á tu casa, ni cómo ese potaje, caricatura de los de mi tierra y de los de mi casa..... No, no, eso no..... Hasta ahí pudieran llegar las bromas..... Hoy me emancipo..... Y venga lo que venga.

Me vestí muy deprisa; salí á la calle, y me fuí al Retiro.

IV

LUCHA INTERIOR

La mañana era espléndida; una verdadera mañana de primavera.

El Retiro estaba desierto.

Los pájaros cantaban que se las pelaban, saltando de rama en rama, y de frondosa copa en frondosa copa de árbol.....

Corría un airecillo ligero que apenas movía las hojas; pero que refrescaba suavemente el rostro y las manos.....

Sobre la superficie azul, tersa y bruñida, del estanque caían los rayos del sol oblícuamente, dando á las serenas aguas reflejos de oro y piedras preciosas.....

En las extensas praderas que dan á la calle de Alfonso XII, hoy devastadas, pastaban tranquilamente algunas vacas.

La mayor parte de los paseos eran deliciosas umbrías, casi medrosos túneles en que la luz solar no penetraba sino á través de las verdes y muy cerradas celosías formadas por las frondosas copas de los árboles.

Podía uno olvidarse allí que estaba en Madrid, que aquello era un paseo urbano. Más bien parecía algo de bosque verdadero, algo de campo real y efectivo.

Siempre me ha gustado mucho el Retiro; pero nunca como aquella mañana.

Comparaba yo aquella diafanidad del aire, aquella pompa vegetal, aquel silencio armonioso, aquella soledad poblada de pájaros, aquel espejo brillante de las aguas, aquel cielo tan puro, todo lo que allí veía, en suma, con el gabinetillo de Doña Remedios, en que me había pasado tantos días, mazmorra de mi cuerpo y de mi espíritu; y la comparación se convertía naturalmente en remordimientos.

—Estoy degradado —pensaba.

Pero allá en el fondo de mi alma, una voz entre severa y burlona me decía:

—Y seguirás estándolo.

—¿Por qué?—le preguntaba yo á la voz interior.

Y me replicaba:

—Porque no tienes fuerza para prescindir de sus malas pasiones, y tus malas pasiones sólo ella puede satisfacértelas en la medida que tú deseas, y del modo que tú apeteces..... Porque, desengáñate, Remedios es una pobre mujer que no tiene culpa de lo que te pasa; la culpa es tuya. Eres esclavo, no de ella, sino de tí mismo. Y ¿cómo te vas á emancipar de tí mismo? Tendrías que matar á tu tirano, y eso no sería una victoria, sino un suicidio..... ¿Ves qué hermoso está ahora el Retiro? Anda, piensa, imagina, recuerda, espera; asómate por las ventanas interiores á tu pueblo, á tu infancia, á tu casa; mira á tu madre, á tu padre, á tus hermanos..... Todo eso está bien; te pondrás triste, quizás llores..... No te importe..... Pero cuando llegue la hora del mediodía, una fuerza irresistible te llevará arrastrado á casa de Remedios, y dirás á Remedios que la quieres mucho, que la adoras, que ella es la señora y que tú eres el siervo.....

—¡Pues no iré!

—Vaya si irás.

Y la misteriosa voz se convertía en una carcajada sarcástica. Luego continuaba hablándome:

—No seas bobo. Diviértete lo que puedas, que para eso es la vida, para eso eres joven y para eso el demonio te ha deparado á Remedios. ¿Quién sabe lo que hay al término de la jornada? ¿Quién sabe, quién acierta, ni quién se equivoca? Ese es tu destino, acéptalo resignado. ¿Para qué, ni por qué rebelarse? Para emanciparte de Remedios, necesitarías de la directa protección de Dios, y Dios está muy lejos de tí..... ¡Cuánto y cuánto tendrías que caminar por senderos muy ásperos para llegar hasta Él! Desengáñate; lo mejor es que no pienses en eso..... Déjate correr..... Adelante.....

—Pero, ¿y mi madre? ¿y mis hermanos? ¿y mi carrera? ¿y mis semejantes? ¿y mi porvenir?

La voz interior entonces sólo pronunció una palabra

— Hipocresía.

Yo quedé anonadado. Hubo un momento de silencio absoluto. Luego, la voz continuó:

— Sí, sí, hipócrita. Eso es lo que conviene en la vida. Eso es lo que constituye la felicidad terrestre..... Hay que tener dos caras como Jano..... ¿Por qué no escribes á tu casa? ¿Porque estás enredado con Remedios.....? ¡Bah, bah.....; ¿Habrá mayor necedad? ¿Qué necesidad tienen allí de saber eso? Lo que á tí te importa es vivir bien y en paz con todo el mundo, en paz con tu conciencia principalmente.....

Estas ideas me abrían nuevos horizontes, y la verdad es que me tranquilizaban hasta cierto punto.

(Se continuará.)

DON JOSÉ DÍEZ MACUSO

DIRECTOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

No hay quizás en el Estado moderno Dirección más importante desde cierto punto de vista que la de Instrucción pública. De ella depende en gran parte el porvenir moral de la patria, porque convertidas las antiguas libres universidades en oficinas del Estado, la oficina central y cabeza de esas universidades é institutos tiene una influencia decisiva en el desarrollo y aplicación de los planes de enseñanza, y hasta en la manera de enseñar las diversas ciencias ó asignaturas. En casi todos los países europeos la Instrucción pública constituye por sí sola asunto para un Ministerio. En España lo es sólo para una Dirección.

Pero generalmente se pone al frente de ella á uno de los hombres públicos de más arraigo y autoridad con que cuenta el partido dueño de los destinos del país. Así lo ha hecho ahora el partido conservador, colocando al frente de la Instrucción pública á D. José Díez Macuso, persona notable por muchos conceptos, abogado distinguidísimo en los tribunales de esta corte, orador fácil y sencillo, político consecuente si los hay, y, lo que más vale, hombre muy llano en su trato, de muy apacible condición, y que sabe ganarse las voluntades de todos con su bondad inagotable, gallardamente reflejada en su fina y afectuosa conversación, y en su no fingido deseo de complacer á cuantos de él soliciten algo justo y conveniente. Es el Sr. Macuso de los conservadores que siguen de más cerca las inspiraciones del Ministro de la Gobernación D. Francisco Silvela, del que es grande amigo y al que tutea con envidia de los correligionarios que no tienen tanta dicha. (En un partido político, tutear á los jefes es el honor supremo.)

Mucho y bueno puede hacer el Sr. Macuso en el puesto á que le han llevado sus méritos políticos. Y nosotros creemos que si por desgracia no consigue un éxito lisonjero en su gestión, no ha de ser por falta de voluntad, ni de patriotismo, que ambas cosas brillan en el Sr. Macuso en grado eminente.

A.

ALBUM DE POESÍAS

AL CONGRESO CATÓLICO DE ZARAGOZA

ODA

Vuela, espíritu, vuela;
Ya brilla el sol y acábase la bruma,
Ya no hay pesar que tu vigor consuma;
Alza la frente de la tumba fría,
Donde duermen Fernando é Isabela,
Honor sin nubes de la patria mía;
Enjuga el llanto, abre las dos alas
Y parte como un rayo
Desde el nevado y túmido Veleta
A la tierra, que el bien sólo sujeta,
Do el Ebro corre y yérguese el Moncayo.
Pon el rostro en el polvo de aquel suelo:
Que allí posó su planta
La misma Virgen Santa,
Y allí fué nuestra guía
Antes de ser la luz del propio cielo.
Allí, cuando la cuna se mecía
De la Iglesia española
Entre horrores tiránicos y sañas,
Madre, que quiere al sér de sus entrañas,
Vino hermosa y callada cual la luna,
Que avanza iluminando pardas nubes,
Con su corte de espléndidos querubes,
A besarnos dormidos en la cuna.
Colgada de los sauces lastimeros
Que se miran del Ebro en la corriente,
Prudencio se dejó la eburnea lira,
Con que ensalzó valiente
El ardor de los mártires iberos,
Que por Cristo arrastrando las cadenas
Y sufriendo despóticos agravios,
Dieron con la sonrisa entre los labios
La sangre enamorada de sus venas.
Y hoy, cuando el aura leve
Las verdes ramas mueve
Y se mece la lira, que suspira,
Cantan sus cuerdas por la Fe pulsadas,
Ya de antiguo cantar acostumbradas
Al són del turbio río
Que baña el suelo hesperio,
Los nombres que á Aragón dan poderío
De Engracia, de Vicente y de Valerio.
Allí, en labrada piedra
Á que el tiempo dió el tinte de la gloria
Y tapizados por la verde hiedra
Con mote que pregona la victoria,
Se miran los escudos
Á que volvió la espalda
Mi Padre Calasanz, que desdeñando
El brillo de la fama pasajera,
Ciñó á sus sienes celestial guirnalda,
La virtud á los niños enseñando,
Que no concluye aquí, ni en la otra estera.
Anda, espíritu, anda;
Que la inercia glacial jamás te oprima;
No marchas sólo tú: desde la cima
Del escarpado Canigó severo
Hasta la roca fuerte
De Calpe, en que Midácrito altanero
Miró de los dos mares
Las ondas que le dan batalla ó muerte
Ó la arrullan con bárbaros cantares,
Las almas del cristiano pueblo ibero,
Que en el templo de Dios buscan abrigo
Del torpe dolo, la rabiosa ira
Y la inicua mentira,
Al pueblo del Pilar vuelan contigo.
Allí la patria hidalga se congrega:
Y el sagrado Pastor de augustas canas,
Que á sus ovejas tímidas sosiega
Con sola su presencia venerable;
El sabio á quien las vanas
Y falsas ilusiones de la vida
No arrastraron por senda miserable;
Los hijos de Domingo y de Loyola,
Del noble Calasanz y de Agustino,
Á quien el claustro á meditar convida;
El soldado que intrépido se inmola
Del trono y del altar por el destino
Y hoy tiene arrinconada
La ruginosa espada,
Que de estar en olvido se entristece;
El Cicerón hispano
Que en la tribuna del Senado truena
Y sus rayos coléricos fulmina,
Cuando airado condena
La audacia del moderno Catilina;
Todos puestos de hinojos
Ante la Virgen pura
Y en lágrimas de amor turbios los ojos,
Se duelan de la patria desventura.
É hijos todos de Dios, fieles de Pedro,
Que miran la impiedad cobrando medro
Y cercando de bárbaras prisiones
Al que tiene á sus plantas las naciones,
El perdón aguardando de sus labios,
Llenos de indignación y valentía
Y sintiendo en su rostro los agravios,
Protestan de la infame tiranía.
Y juran por su honor con nobles modos
Que antes que del error morir esclavos,
Serán con santa ayuda,
Si lo ordena la fe, mártires todos,
Y si lo manda el Rey, todos zuavos.
Á sus voces de amor, como evocada
Por conjuro de gloria,
La madre España surge de repente
Envuelta en la bandera de Castilla;
Arde la fe hazañosa en su mirada,
El cetro invicto en su derecha brilla,
Baña la majestad su rostro altivo,
É hiriendo con su voz el vago viento
Yo la escucho decir con ledo acento:
— Ya no muero; ya vivo,
Ya cimbro alegre victoriosa palma,
Ya resucita mi esperanza muerta:
La religión es vida de mi alma
Y hoy en mis reinos por mi bien despierta.
Héroes de Covadonga y Roncesvalles,
De las Navas, de Otumba y de Pavía,
Que torvos y altaneros
Me torcísteis el rostro con enojos,
Porque hollados mirasteis santos fueros
Y se murieron de pesar mis ojos;
Yo siempre fuí creyente,
Á despecho de réprobos bastardos,
Prontos de lengua y en las obras tardos,
Que enlodaron mi frente,
Que hoy lavan con afán hijos mejores.
Que otro desdén mi pecho no taladre:
La piedad y el honor son mis amores,
Hoy como ayer y ayer como mañana:
Miradme al rostro bien: soy vuestra Madre,
La que fué de dos mundos soberana.
Seguid con santo afán esos senderos,
Hijos del alma que la fe congrega:
Sea Dios vuestro sol y vuestra ayuda,
Dios que la brava tempestad sosiega,
Viste al pobre y al príncipe desnuda.
Dios viva del artista en los pinceles;
Y en el buril que da vida á la roca,
Y en los mismos laureles
Del adalid, que á su legión convoca
Á la batalla ruda;
Dios en la ciencia que se asoma al cráter
Del volcán que revienta en el altura;
Y Él que es vida y espléndida hermosura
Que en el mar del espíritu riela,
Por quien abre sus alas la poesía
Y como arcángel vuela;
Él que es el manantial que no se gasta
De amor, de luz, de ingénita armonía,
Sea sólo vuestro fin: « Sólo Dios basta ».

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.
De las Escuelas Pías.

Granada, día de Nuestra Señora del Pilar, 1890.

LA SANTA CASA

POR

MOSSÉN JACINTO VERDAGUER

¡Qué casita tan hermosa
la casa de Nazareth,
donde hacen vida de ángeles
Jesús, María y José!
No hay otra en toda Judea,
desde Dan á Bersabé.
Parecen ellos violetas,
ella parece un vergel:
¡qué de pobreza tan rica!
¡qué modestia y sencillez!
La mesa de terebinto
del Carpintero obra es;
los manjares que la cubren
de la pobreza honra y prez,
si otra pobreza más grande
no los reclama también.
Cierto día, en que á deshora
no tenían que comer,
— ¿qué haremos? dice la Virgen,
— ¿qué haremos! clama José.
— Vámonos al Oratorio,
contesta el niño Manuel.
Hincan todos la rodilla,
y en alas de ardiente fe,
cual pájaro en la enramada,
al cielo vuelan también
sus corazones, subiendo
de estrella en estrella al pie
del áureo divino Trono,
que los querubes no ven.
Del Oratorio á la gloria
el cielo abierto se ve,
escala maravillosa
que Jacob soñó en Betel:
incienso y cánticos suben,
bajan luz y rosicler.
Cuando del éxtasis vuelven
ruido escuchan por doquier;
está cerrada la puerta
y sólo abierta se ve
una ventana, por donde
con alas pudo ascender
un pájaro á la Casita.
De alas se trata, pues
que á cubrir la mesa vienen
con los manteles de rey
los ángeles en persona.
Sobre ella ponen también
dulce leche y pan sabroso:
de los prados de Raquel
es la leche, y aquel trigo
por Rut espigado fué.
Los manteles son blanquísimos,
también el candeal lo es,
y la leche cual la nieve;
pero del niño Manuel,
que los manjares bendice
entre María y Josef,
aun son más blancas las manos,
aun es más blanca la tez.

Versión castellana de
M. POLO Y PEYROLÓN.

DE RIPOLL Á RIBAS

UNA EXCURSIÓN POR LA ALTA MONTAÑA DE CATALUÑA

En un viejo pergamino,
En que tuve que quitar
Un polvo archisecular,
Leí un caso peregrino
Que os quiero luego contar.
(Leyenda húngara.)

II

PARÉCEME ver desde aquí la graciosa mueca de desagrado que hará la picaresca carita de cierto lector en miniatura de LA ILUSTRACIÓN al leer los mal traducidos y peor rimados versos que encabezan estas líneas.

En vez de una *excursión por la montaña*, nos vamos á algún archivo, y nada menos que á sacudir el polvo de los siglos, ¡como si no hubiera bastante polvo en estos meses por esos caminos de Dios!

No te asustes, amiguito mío; el polvo del pergamino que hemos de hojear un momento tan sólo ya lo ha sacudido más de algún estudioso bibliógrafo; pero el caso no será tan peregrino como el de la leyenda magiar, reduciéndose á un poquito de historia.

Guido Ubaldo, cuenta el codex en cuestión, y sus hermanos Cenio y Mando vinieron á este valle, yermo y desierto á la sazón, edificando un castillo en la segunda mitad del siglo V en lo alto de estas montañas. Más tarde (siglo VI) levantóse otro castillo, más fuerte que el primero, sobre una colina entre unas casas situadas en la confluencia de dos ríos. Llamósele castillo de San Pedro, por haberse edificado bajo la advocación del santo Apóstol. A su amparo edificáronse poco á poco otras casas aquí y en otras partes del valle. Sus habitantes tuvieron que luchar dos siglos después con los árabes, que habían asolado Ripoll y su comarca, y que gracias al auxilio de los francos, fueron rechazados. En 900 construyóse la iglesia de Santa María, que reedificada en el siglo pasado en mayores proporciones, es actualmente la iglesia parroquial.

Ribas (del latín *Ripae*) es una población de unos 300 vecinos, situada en la confluencia de los riachuelos Rigart y Sagadell con el Freser, á 880 metros sobre el nivel del mar, con alguna industria por la mucha fuerza hidráulica disponible, y muy animada durante la temporada de verano. La iglesia parroquial, de estilo románico, pintada interiormente con mucho gusto, ofrece un agradable golpe de vista desde el portal; la bóveda azul, sembrada de estrellas, parece convidar á la meditación; en el fondo se ve el hermoso y ancho retablo dorado del altar mayor, en el que está representada, en multitud de bajos relieves, la vida de la Virgen.

Las ocho de la mañana serían cuando bajábamos por la calle Mayor, hacia la carretera, dando tropezones, pues la tal calle está adoquinada con enormes pedruscos, muy separados unos de otros, y que le dan cierto aspecto de barranco. Su pomposo nombre no debe ser superlativo, porque la calle, formada por casas nuevas en la carretera, es cien veces más ancha, si no comparativo, con relación, sin duda, al más angosto callejón que pudiera trazar morisco alarife.

Una tormenta que había estallado por la noche, con su consabido acompañamiento de granizo, relámpagos y truenos, había barrido los nubarrones en el cielo y el polvo en la hermosa y bien construída carretera, dejando la atmósfera pura y transparente, y el suelo limpio y firme como el asfalto parisién. Calles hay en populosas capitales que podrían envidiar á esta carretera.

¡Qué hermosa era la mañana!

La brisa marina, empapada en agrestes perfumes, soplaba fresca y apacible, meciendo las copas de los árboles y rizando apenas el heno de los prados.

El sol animaba el hermoso paisaje con caprichosos efectos de luz; con claros, alegres y risueños, en el verde chillón de la pradera, y misteriosas sombras, ó mejor dicho penumbras, en las hondonadas y repliegues del terreno, en las que dominaba el verde sombrío del boj; todo salpicado de ramilletes de helechos y cuajado de flores. Los rudos perfiles de las montañas vecinas se destacaban vigorosamente en el azul del cielo, y á lo lejos, al Norte, surgían altivas y radiantes del seno de la bruma de la mañana las nevadas cumbres de las montañas de Nuria.

¡Qué hermosa era la mañana!

La brisa en la hojarasca, el ruiseñor en la espesura, los insectos flotando en las ondas tornasoladas de brillantes átomos luminosos, y el agua cristalina y juguetona en las fuentes y arroyos, modulaban una de esas misteriosas armonías de la naturaleza, en que se confunden, unísonos y concertados, rumores susurrantes y gorjeos, zumbidos y murmullos. El Freser dominaba este concierto matutino con el ruidoso estrépito de sus revueltas y atolondradas ondas, que ya se deslizan veloces por rápida pendiente, ya chocan con pedruscos y rocas deshaciéndose en espuma, ya saltan, al menor desnivel, en pequeñas cascadas.

Carretera abajo seguimos alegremente nuestro camino admirando las bellezas de la creación.

Poco después de salir de Ribas vemos á la izquierda el Hotel Recreo, pequeño edificio instalado con mucho *confort* y que posee una hermosa alameda á ambos lados del río. Hasta aquí el valle se ensanchaba por un lado, que limitaban verdes lomas salpicadas de casas de payeses, cuyos techos rojizos interrumpían con alegres notas la uniformidad de los prados. De aquí en adelante se va estrechando cada vez más, hasta convertirse en angosto desfiladero, por el que á duras penas se abre paso el turbulento Freser, y en el que no encontrando sitio, ha tenido que colarse la carretera á fuerza de tajos en las peñas.

Al otro lado del río y casi á su nivel, se ven ruinas de perímetro algo extenso; allí había unos hornos para la extracción del arsénico de minerales de las cercanías.

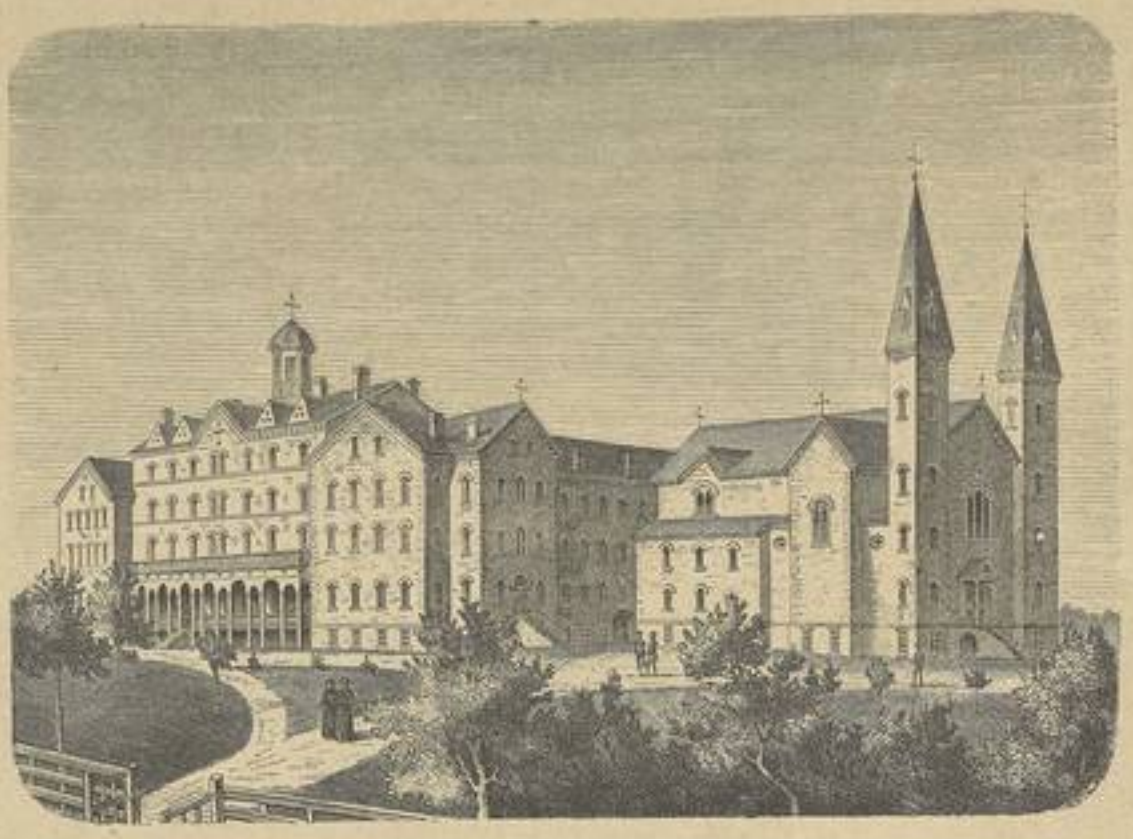
Si hubiéramos de admirar uno por uno los accidentes de este quebrado valle, á buen seguro que no llegaríamos nunca al fin de nuestro camino.

A la derecha salta alegre un torrente entre dos laderas, cubiertas de frondosa arboleda: allá en el fondo, junto á una hermosa cascada brota la *Font dels quatre canons*, vertiendo por sus caños, con abundancia, una agua fresca y cristalina.

La carretera sigue serpenteando, acomodándose á los caprichosos zic-zacs del Freser, á fuerza de desmontes, en los que hay, á menudo desprendimientos de rocas y pedruscos. Así es que el *Deu vos guart!* (Dios os guarde) con que os saluda la gente al paso, suena como el *Behüt' dich Gott!* (Dios te proteja) de los montañeses en los valles alpinos, que devasta á menudo el alud.

Una casita, audazmente asentada sobre una estribación de la montaña, es la Atalaya: desde allí se domina un buen trozo del valle, y en verdad uno de los más hermosos. Al Norte aparecen las montañas de Nuria como inflamándose al resplandor del sol. En primer término quebradas líneas de montañas, jibosas las unas y cubiertas de bosques, ásperas y peladas las otras, terminando en agudos picachos, y en el fondo, á lo lejos, siluetas azules que apenas se distinguen del cielo.

Al pie de las rocas muge el río inquieto y rumoroso: al otro lado vése un gran edificio, el Hotel Montagut, muy concurrido durante la temporada de baños. Al Sur se divisa el punto mas angosto del



NUEVA YORK. — SEMINARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES.

desfiladero de las cuevas de Ribas y en él la casa de los Baños.

Nosotros, que no hemos dejado la carretera, pasada la Atalaya vemos abrirse á la izquierda un valle transversal que comienza por angosta garganta, por la que se cuela un torrente, y que termina en un anfiteatro de altas montañas, cuyas ondulaciones, de rojizo tinte, contrastan con el verdor sombrío de los abetos y el verde claro de las laderas. Es el valle de Bruguera. Seguimos adelante, y á la derecha, por el estrecho cauce del *Torrent roig* (llamado así por el color del rodeno de las rocas que atraviesa, apercibimos otro valle transversal que ofrece un golpe de vista encantador.

Al otro lado del río, que se salva por atrevido puente, está el conocido manantial de aguas bicarbonatadas, mixtas, á que tantos enfermos deben la salud. Despues de beber un vaso de agua medicinal nos internamos en el desfiladero. Enormes moles de piedra se elevan imponentes y amenazadoras, revueltas por terrible conmoción geológica. En ellas se abren las célebres Cuevas de Ribas, de que se ha apoderado la leyenda, y desde las cuales lucharon victoriosamente los antiguos moradores con la morisma. De improviso se ensancha el valle, haciéndose el paisaje risueño y encantador. Extensos y profundos valles secundarios se abren á la derecha, y ¡qué sorpresas no se ofrecen al viajero que visita sus valles solitarios y descansa á la sombra de sus frondosos robles ó sus bosquetes de avellanos, que bebe sediento el agua de sus cristalinos manantiales y cree ver un rincón del paraíso en sus paisajes pintorescos!

Aquí podemos optar entre el antiguo camino de herradura y la ancha carretera; aquél sigue el lado derecho del río, ya al nivel de su cauce entre setos de rosales silvestres, ya trepando trabajosamente por peladas rocas, ya bajando por rápidas pendientes entre matas de boj.

La carretera cruza el Freser, al pie de las cuevas por sólido puente y sigue bordeando el río entre frondosas alamedas de árboles seculares. Antes de llegar al *Pont de la Cabreta* hay un trozo que deja mudo de admiración al viajero más avezado á las bellezas de la naturaleza. Junto al río hay un parque natural como jamás soñarlo pudo un lord inglés; la montaña está cubierta de exuberante vegetación, y por una peña gibosa y agrietada, completamente revestida de musgo, salta la cascada más encantadora que se pueda imaginar. El agua, ó se lanza alegre y espumosa, ó gotea en hilos de plata, ó se amolda como un velo de tisú á las gibas y grietas de la roca. Los rayos del sol, tamizados por el follaje de los árboles, vienen á jugar con las gotas, descomponiéndose en luminosas moléculas de brillantes colores.

Pocos pasos después se nos aparece á horcajadas sobre el río el atrevido arco ojival del *Pont de la Cabreta*.

Desde su cúspide se admira de nuevo el hermoso paisaje realzado por el contraste de las ásperas y peladas rocas de la otra parte del río. No nos detengamos mucho en el puente, porque debido á la falta de baranda, ó á la altura de la cúspide del arco, ó á lo rápido de la corriente, allá en el fondo del abismo la vista se turba, la cabeza vacila y el vértigo nos amenaza irresistible.

Por el antiguo camino de herradura volveremos á Ribas. Su suelo desigual y pedregoso á trozos, con resbaladizos paréntesis de peña viva, debió estar empedrado en sus mejores tiempos de huesos rotos; hoy parece olvidarse de que es camino.

En un frondoso seto de rosales silvestres, á orilla del río, encontramos entre un ramillete de *englantinas* una rosa de musgo.

¿Quéreis saber cuándo brotaron por vez primera estas flores? Oid esta leyenda, que parece empapada en el perfume de sus poéticas corolas.

Junto á un arroyuelo crecía un rosal silvestre: en aquel tiempo no florecían estos encantadores arbustos.

La Virgen tendió un día en sus ramas las ropitas del niño Jesús para que se secaran al sol.

Cuando volvió á recoger la ropa encontró el rosal cubierto de flores blancas en las ramas tocadas por aquellas santas ropitas; desde entonces ostenta el agabanzo sus aromáticas rosas.

El niño creció, creció y se fué por el mundo predicando la Ley de Dios, curando enfermos y convirtiendo pecadores.

La envidia y la maldad de los judíos le clavó en un madero, entre dos facinerosos, en la cumbre del Gólgota.

Aquel niño santo, aquel hombre justo y prodigioso era el Hijo de Dios. Era la tarde de un viernes, que desde entonces se llama Viernes de Pasión. El cielo estaba revuelto y borrascoso, la tierra como sobrecogida de espanto, y el Hijo de Dios agonizaba. Un avecilla compasiva le arrancó una espina de su frente, manchándose el pecho de sangre: todos los pajarillos de su especie conservan esta mancha y se llaman petirojos. Un soldado abrió aquel santo costado con una lanza, y una gota de sangre cayó en el musgo, brotando una rosa de hermosísimo aspecto: la rosa de musgo.

Lector amigo: perdona la inexperiencia de este guía, cuyo único deseo es que admires tantas bellezas como encierran estas montañas por tí mismo, sin tener que recurrir á las pálidas descripciones y mal delineados esbozos de su mal cortada pluma.

LEOPOLDO TRENOR Y PALAVICINO.

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitan pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.156.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 31.—Madrid 5 de Noviembre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 ps. fs.
Un año..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 20 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 ps. fs.
Un año..... 9 »

AVISO

Se ruega á los Sres. Suscriptores que no hayan abonado el año actual lo verifiquen en seguida para evitar los perjuicios que con su retraso se irrogan á la Administración de esta Revista.

SUMARIO

Texto.

La Década, por *Fernando*.— *El Arzobispo de Manila*, por A. S.— *Benjamina* (continuación), por el P. Franco.— *Dos Lágrimas*, por Manuel Polo y Peyrolón.— *Las maravillas del amor* (continuación), por Angel Salcedo.— *La cuestión obrera y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, por el Sr. Obispo de Vich.— *Una parienta pobre* (conclusión), por Madame Bourdón.

Grabados.

El Excmo. P. Nozaleda, Arzobispo de Manila.
Iglesia de San Agustín en Manila.
Iglesia de Sallo en Filipinas.
Mapa de las Islas Carolinas.
(Explicación de los grabados en el artículo *El Arzobispo de Manila.*)

LA DÉCADA

ANTES que nada.

Personas muy respetables, y por todo extremo veraces, se han acercado á nuestra Redacción á suplicarnos rectifiquemos algunos de los conceptos emitidos en la Crónica del Congreso Católico, publicada el día 15 del pasado mes de Octubre.

La más importante de las rectificaciones que se nos exige, y que hacemos con sumo gusto, es la siguiente:

No es cierto que el Sr. Gobernador civil de Zaragoza se manifestase en la actitud que le atribuyó nuestro cronista.

Lejos de eso, los Prelados y los congresistas todos han quedado muy satisfechos de la protección que el Sr. Gobernador ha dispensado al Congreso.

La digna Autoridad civil de Zaragoza empezó por inscribirse como miembro del Congreso, y de este modo reveló una exquisita delicadeza y tacto poco común; porque así pudo asistir á las sesiones (á lo que por su cargo estaba obligado) sin ofender á nadie de los que hubieran mirado la presencia de una autoridad civil, en concepto de tal autoridad, como una intrusión del poder civil en negocios que sólo atañen al eclesiástico.

Y hay más. Cuando el Sr. Gobernador habló con el Sr. Arzobispo del posible trastorno de la paz que debía reinar en el Congreso, lo hizo con una modestia tal y tan digna de un cristiano, afirmando que lo hacía como simple particular, y no como Gobernador, que el Sr. Arzobispo quedó muy complacido.

***

Hecha esta rectificación, no hay que hacer más. Nuestra protesta contra las pasiones que dominan á ciertos católicos quedan en pie, y sólo debemos añadir que esperamos mucho para la paz general de los espíritus de las sabias instrucciones dadas por los Prelados asistentes al Congreso, y que ya han publicado los periódicos.

***

A propósito del día de Difuntos, ha publicado nuestro compañero en periodismo, Eugenio Fernández Hidalgo, un excelente artículo en *La Unión Católica*, del que no queremos privar á nuestros lectores, al menos en parte:

«En el Camposanto, dice el señor Hidalgo, se simboliza la unión del cielo con la tierra, el lazo continuo entre el tiempo y la eternidad, la vida ultratumba, la inmortalidad del alma. En el Camposanto flota la idea santa de que la humanidad tiene Padre y una Providencia que la guía, de que esta vida no es la verdadera vida (*haec vita non est vita*), de que esta vida es un tránsito pasajero, de que en este mundo, como recuerda el Kempis en el libro precioso de la *Imitación de Cristo*, todo es «vanidad de vanidades y todo vanidad, sino es sólo servir y amar á Dios.» En el Camposanto en cada tumba se ve la Cruz, poema divino y drama redentor de la humanidad prevaricadora y caída.

»En el cementerio civil desaparecen, no sólo la idea de la inmortalidad, sino hasta la idea del espíritu racional y libre. Todo respira allí el grosero concepto que surge de la filosofía de la carne. En aquellas fosas no parece que haya los restos sagrados de un sér humano, de un sér racional. El cementerio civil es un muladar.

EXCMO. P. NOZALEDA
ARZOBISPO DE MANILA

»En el cementerio civil no se siente, no se cree, no se reza, no se honra al cadáver que un día será cuerpo incorruptible para unirse al alma inmortal.

»En el cementerio civil no está la cruz de Cristo; no está el signo con que venció Constantino; no está el signo con el cual los patriotas españoles arrojaron á los muslimes después de una epopeya de siete siglos; no está el signo con que los cristianos vencieron á la Media Luna en las aguas de Lepanto, salvando á Europa de la barbarie musulmana; no está el signo augusto, á cuya sombra se ha formado la civilización europea en las ciencias, en las letras, en las artes, en el derecho, en las costumbres públicas, en la sociedad y en el Estado.

»Pascal ha dicho que el hombre es una caña que piensa. En el sepulcro cristiano hay cenizas sagradas de un cuerpo animado por un espíritu racional y libre; hay cenizas que el día de las eternas justicias pueden ser un cuerpo glorioso unido á un alma que nunca muere en la patria celestial de la bienaventuranza eterna.

»En el sepulcro civil parece como que no se guardan más que los restos podridos de un animal, de un mono, como quiere Darwin, de un gusano, engendrado espontáneamente entre los átomos de la tierra y en el seno del Dios Naturaleza, como quiere Hoekel. Muerto el perro, se acabó la rabia. El mundo no es más que un movimiento eterno de los átomos en el vacío, regido al acaso y por ciega casualidad. No hay sustancias, ni causas, ni fines. No hay Dios, ni Providencia, ni alma, ni libertad. Todo es materia. Todo se mueve y vive por fatal determinismo. La moral es el placer. El derecho es el interés. En vez de la Cruz el triángulo y el mandil. Satanás es nuestro Rey. Cantémosle en verso con Carducci. Pasemosle triunfante por las calles de Roma, de la Ciudad Santa, que ha sido profanada por los que se han apoderado del sepulcro de San Pedro, y tiene prisionero é injurian y vilipendian al Pontífice. He aquí la doctrina incrustada en los cementerios civiles.

»Pero no, no, no. Atrás los salvajes de la ciencia moderna, del positivismo moderno, del librepensamiento. Atrás los que niegan el mundo divino de las ideas, como diría Platón: el mundo sobrenatural, el mundo espiritual y el mundo moral. Atrás los que convierten los cementerios en muladares. Atrás: eso es retroceso; eso es oscurantismo.

»Los egipcios antiguos eran más civilizados que ellos; pues hicieron del Arte, que es una forma exterior de las ideas, un monumento perpetuo, consagrado á cantar la inmortalidad del alma y del respeto á los difuntos.

»Atrás los que han apostatado y han dejado de ser católicos y españoles para seguir las banderas del libidinoso ateo é ignorante Giordano Bruno, y las enseñanzas de Voltaire, de Volney, de Moleschot, de Buchner, de Compte, de Itua Mill y de Lombroso. Atrás los que dicen que ha concluído el estado teológico y el estado metafísico de la humanidad, y que debemos revolvernos en el fango del estado positivo.

» Dicen que representa el adelanto, pero no hacen más que repetir y aceptar como borregos los rancios y trasnochados errores de Epicuro, Lucrecio, Demócrito, Empedocles, Leucippo y Celso. Atrás, sí, los representantes de la crítica materialista é impía.

»Somos cristianos, somos españoles; creemos en la divinidad de Jesucristo, en el misterio, en el milagro, en la gracia, en la omnipotencia de Dios, en la Creación divina y libre del Universo, en la Cruz, en el poder de la oración. Sabemos que el ser que en nosotros piensa, siente y quiere es sustantivo, real distinto é independiente del cuerpo, incorruptible, y por consiguiente, inmortal. Por eso en el día de hoy rezamos por los muertos y para que Dios se apiade de esos otros muertos para la fe que ha producido el espíritu moderno.»

Hasta aquí el Sr. Hidalgo, que es uno de nuestros mejores periodistas, y un creyente sincero é ilustrado digno de los días áureos de la civilización cristiana.

***

La Junta del Censo es asunto ahora de todas las conversaciones.

—¿Para qué sirve la Junta del Censo?—preguntaba uno.

—Pues para evitar que los Ministros de la Gobernación hagan trampas en las elecciones.

—Pero ¿no han sido Ministros de la Gobernación todos los que forman esa Junta?

—Claro es. Y por eso mismo se espera de ellos que harán mucho. Para evitar el contrabando no hay como un Consejo de contrabandistas. No hay peor cuña que la de la misma madera.

***

El P. Eustoquio de Uriarte, de la Orden de San Agustín, ha publicado un excelente *Tratado teórico-práctico del canto gregoriano según la verdadera tradición.*

Nadie puede dudar de la oportunidad del libro que anunciamos, ya en prensa y próximo á aparecer. «Desde hace algún tiempo, dice su autor en el prólogo, hay síntomas de reacción; nótase cierto cansancio y aun despego de la rutina; todos los ojos se vuelven en busca de una luz que hemos dejado atrás y que torna á brillar: la luz esplendorosa de esa tradición que, removida en su fondo, se nos presenta ahora de cuerpo entero. Las tentativas datan desde hace cerca de medio siglo; pero hasta poco ha quizás no estaba la crítica á la altura de las buenas intenciones; tal vez no han dicho aún su última palabra sobre ciertos pormenores insignificantes; pero tenemos evidentemente un cuerpo completo de doctrina, apoyado en estabilísimos fundamentos. Y con esta persuasión, al oír ese clamoreo universal como de espíritus inquietos, formulado en mil maneras, al vernos halagados por las excitaciones continuas de eminentes artistas y las benévolas insinuaciones de respetables Prelados, ¿cómo no desechar pueriles miramientos y lanzarnos decididamente á la arena?

» Ya el primer Congreso Católico español, celebrado en Madrid, se hizo eco de esos clamores, de esas tendencias sanamente reaccionarias, proponiendo temas en orden á la restauración del canto gregoriano y adoptando conclusiones acertadísimas, á que creo responder en alguna medida con este ensayo.»

En las anteriores líneas traza el autor el programa de su libro, primero y único de su clase en España. No es éste uno de tantos métodos de canto llano indisciplinado y reñido con la estética; aquí se razonan y discuten ampliamente, y á la luz de la tradición, las teorías ya olvidadas ó desusadas que hacían del canto gregoriano un arte racional, cuando nadie soñó todavía en presentarle como emblema del aburrimiento, sino como manantial y foco de las más vivas emociones del espíritu. En ese libro se dan también las nociones necesarias para descifrar todo género de manuscritos antiguos de canto, como estudio complementario de reconocida utilidad.

FERNANDO.

EL ARZOBISPO DE MANILA

Pocos tipos ofrece hoy la humanidad tan interesantes por muchos conceptos como el fraile español de Filipinas. El que ha visto y tratado religiosos en cualquiera de los países de Europa en que están establecidas las Comunidades, no tiene ni remota idea de lo que es el fraile de la misma regla en las Islas del extremo Oriente, conquistadas por Legazpi para Cristo y para España. Los que de seguro no sólo formarían de él idea cabal sin haberle visto, y si le vieran le reconocerían como antiguo amigo, serían nuestros antepasados del siglo de oro, si por ventura resucitasen. Que, en efecto, el fraile español en Filipinas es aquel mismo fraile que movía los ánimos de la muchedumbre cristiana, reinando los Reyes Católicos, para que cayese como alevión irresistible sobre las tierras de Andalucía que formaban el reino de Granada; es el fraile que aconsejaba á nuestros Reyes en los días de la grandeza patria, y que nuestros Reyes enviaban por Embajadores á las diversas cortes; es el fraile cuya original figura, vestida de tosco sayal y con el crucifijo en la mano, divisaban los herejes flamencos, ingleses y alemanes, entre el bosque de picas de los tercios viejos; es el fraile que subía el primero de todos á la brecha de Maestrich, que pasaba el Rhin ó el Albis á la grupa del caballo de algún ginete cordobés ó napolitano; es el fraile que iba en las carabelas descubridoras del Nuevo Mundo y que se internaba en el Continente americano con los soldados de Cortés y de Pizarro, fundando prósperas iglesias y fervorosas cristiandades en el seno de los bosques vírgenes y de las inmensas pampas: es el fraile de la gloriosa España, en una palabra.

Entonces, cuando España era España, fué ese fraile á Filipinas, y allí continúa hasta el presente con todo su carácter, cualidades y virtudes. Aquí, en Europa, todo ha cambiado. A pesar del fraile y del soldado, esas dos columnas de nuestro poder, nuestro poder cayó. Acabaron los tercios viejos; acabaron las carabelas, las galeras y los navíos. El hereje se sobrepuso. Nos arrebataron las provincias más insignes del imperio. Nuestra misma sociedad se transformó. Se desarrollaron en nuestro mismo seno las furias del infierno, y vino un día, ¡día negro! en que puñales esgrimidos por diestras españolas se hundieron en el corazón de los frailes..... Y toda una generación de españoles llegó á olvidar hasta el color de los hábitos de las diferentes órdenes. En esta tierra frailuna, ver un fraile ha sido cosa rarísima, y ser fraile casi un crimen.

Pero nada de esto ha llegado hasta ahora á Filipinas. Allí las Órdenes, merced á un conjunto de circunstancias favorables, han conservado, no sólo la existencia, sino el antiguo prestigio y el poder antiguo; no se ha roto ni por un momento la tradición, y siguen siendo lo que eran cuando reinaba en España Felipe II.

Bien hubieran querido los pseudo-reformadores que infestan nuestra tierra hace cerca de un siglo que no hubiera sido así; bien hubieran querido hacer con aquellos frailes lo que con los de la Península. Pero no han podido. No se tira tan fácilmente por la ventana un imperio colonial como el de Filipinas, y suprimir los frailes en Filipinas era tirar aquel imperio por la ventana.

La revolución, que no ha podido ahogarlos, se ha contentado con mortificarles. Pero no ha pasado de ahí.

Los frailes son los que mantienen, unida á la Metrópoli, bajo los pliegues de la bandera española, á la numerosa población indígena de Filipinas. Ellos son los que á la cabeza de esos mismos indígenas han rechazado las invasiones de ingleses, holandeses y chinos. Ellos los que verdaderamente han sometido ó reprimido al joloano y al moro de Mindanao. Ellos los que han construído las innumerables obras que atestiguan en Filipinas nuestra magnificencia: iglesias, casas rectorales, escuelas, hasta caminos, muelles y acueductos [1]. Ellos los que han

1 De dos de estas iglesias, verdaderamente monumentales, damos vista en este número.

estudiado la flora y la fauna y los idiomas que se hablan por las diferentes razas y naciones que pueblan el Archipiélago. Ellos los que han civilizado al indio. El día que desaparecieran de Filipinas se borraría hasta el último vestigio de nuestra dominación política en aquellas tierras.

***

El P. Nozaleda, con cuyo retrato honramos hoy la primera plana de nuestra revista, es el tipo del fraile español de Filipinas. Nació el día 22 de Mayo de 1844 en el pueblo de Pruneda, concejo de Nava, de la provincia de Oviedo; y después de haber estudiado la gramática latina con el aprovechamiento que echa de ver cualquiera que le oiga hablar la lengua de Lacio con ciceroniana elegancia, cuando cumplía diez y seis años de edad, pretendió y obtuvo el hábito de los hijos del ilustre Santo Domingo de Guzmán en el colegio de Ocaña. A los veintidos años fué profesor de Filosofía en el mismo Colegio.

En el año de 1873 pasó, de orden de sus superiores, á Manila, y fué agregado al cuerpo de profesores de aquella Universidad. En este centro literario se doctoró en Filosofía, habiendo hecho al efecto unos ejercicios tan brillantes, cual se podía esperar de la magnitud de su talento.

En seguida se hizo cargo de la cátedra de Ampliación de Física, y al año siguiente de la de Disciplina Eclesiástica, la cual regentó hasta su elección para el Arzobispado.

«Desde que se encargó de la cátedra de Disciplina Eclesiástica (dice uno de sus biógrafos) comenzó en realidad la época de gloria para el Padre Nozaleda. ¿Quién ha estado desde entonces en Filipinas, en la capital ó en las provincias, que no conozca al P. Nozaleda? Su nombre se ha hecho verdaderamente popular en aquellas islas. Con su amistad se han honrado Arzobispos, Obispos, Gobernadores generales, Magistrados, Jefes militares y civiles, Corporaciones religiosas y cuantas personas ilustradas ha habido en aquel Archipiélago, tanto entre el personal europeo, como entre el llamado español-filipino y el indígena. A su ilustración han recurrido todos, y no ha habido asunto espinoso sobre el que no se le haya consultado, ni se ha tomado resolución de importancia en que no se haya tenido en cuenta su parecer.

»Difícil es seguir paso á paso al ilustrado joven dominico en esta época de su vida, en que su poderosa inteligencia ha estado consagrada á resolver cuantas consultas se le han hecho, así en Manila como desde las más apartadas provincias del Archipiélago, y hasta de las remotas misiones de China y Cochinchina. Su inteligencia semejaba á un foco inmenso de luz, que esparcía sin cesar brillantes rayos que iluminaban hasta los últimos confines de Filipinas y misiones de los países adyacentes.»

Presentado por el Gobierno de S. M. para la Silla arzobispal de Manila, vacante por fallecimiento del insigne é inolvidable Payá, se consagró durante la Pascua de Resurrección del presente año, y actualmente está en Madrid gestionando asuntos de su vasta Archidiócesis.

Es el Arzobispo de Manila una persona finísima, que gana fácilmente los corazones de todos con su discretísima conversación, reflejo de su agudo ingenio. Los Ministros de S. M. aprecian en lo que valen los méritos de este insigne Prelado, gloria de la Orden dominicana, de la Iglesia y de la patria española.

A. S.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

(Continuación.)

Si bien doliente sin medida, por la muerte de su amada hija única, el padre de Benjamina no había dado crédito á tales habladurías, que le habían parecido evidentemente tan malignas y disparatadas, que un hombre formal sólo podía despreciarlas y darlas al olvido. No así la madre, la que al volver á su casa, herida con el funesto anuncio de aquella muerte, que le había ya llegado á Quebec, se dejó alucinar fácilmente con aquellas crueles nuevas, que tan bien se avenían con sus antiguas sospechas, y la causaron tal turbación que se puso furiosa y como demente. Por más que su marido la predicó y por más reflexiones que la hizo, nada pudo conseguir. Se le había metido en la cabeza el disparate que su hija podía estar viva, escondida y metida monja por fuerza, Dios sabe en dónde. Cierta mañana salió en el tren de la vía férrea y se encaminó por Charlestown á Mount-Benedict.

Lo primero que hizo al llegar al convento fué preguntar por la señora Luisa. Preparábase á darle la primera embestida, echándola en cara su traición, como ella decía, de no haberla avisado á tiempo. —¿Por qué, malvada (gruñía agitada y hecha un veneno), por qué no escribirme, inicua, acerca de los artificios de aquellos fraudulentos papistas? ¿No teníais ojos acaso cuando no visteis aquella porquería del corazón ofrecido á la Vírgen y la engañifa del tycket y á Benjamina metida en las mojigaterías de aquellas pícaras? ¡Si todas aquellas maldades andan referidas en todos los periódicos: señal de que fueron vistas y descubiertas por alguien. Y ella sin decir esta boca es mía: ¡la falsa, la tragantona!... ¿Cómo no había de saber las atrocidades de las monjas? ¿cómo no sospechar? ¿cómo es que no dió señales de vida...? — Mientras daba vueltas á estas cosas en su turbada imaginación, se presentó la madre portera y dijo:

— La señora Luisa no está aquí hoy.

— ¿No está? repitió la Lokport, poniéndose en jarras y agitando la cabeza. ¿No está?

— No, señora, respondió humildemente la monja; si tenéis alguna cosa de importancia que comunicarme, yo me encargo de la comisión para cuando haya vuelto de Nueva York: hace dos días que se fué y la esperamos con el primer vapor.

— ¿Y vuestra Superiora está en casa?

— Para serviros. Pasad adelante; la avisaré y al momento bajará al locutorio.

Poco después entraba la Superiora, Sor Valdeburga. La Sra. Lokport estaba tan fuera de sí, que por poco le dió de cachetes.

— ¡Superiora indigna! gritó. ¡Nueva Jezabel! ¿Qué habéis hecho de mi hija...? Quiero saber dónde está. ¿Así se engaña á una madre, eh....? Lleváis el crucifijo en el pecho y en el corazón la crueldad de los judíos..... No habláis más que de hipocresías y tenéis las manos teñidas de sangre.....

Y continuaba bajo este registro. Sor Valdeburga hizo seña á la portera de que no se moviese de allí; invitó con dignidad á la forastera, por medio de un ademán, á que se sentase en el sofá; sentóse ella primero é interrumpió aquel torrente de injurias frenéticas, diciendo:

— Vuestra señoría será la madre de la joven Benjamina Lokport.

— Benjamina, sí, Benjamina es mi hija; hablad, explicáos.

— ¿Qué explicación os hemos de dar? Tres meses hace que os dimos la triste nueva de su muerte.

— ¿Muerta? Mentís.

— Me admira que no lo sepáis..... Vuestro esposo supo los pormenores día por día; él mismo estuvo aquí y habló con los médicos, y volvió después de las exequias.

— ¡Mentís! Y en esto se puso en pie. No ha muerto, no; ya lo sé todo: quiero á mi hija.

— Buena señora, compadezco el dolor materno que os agita..... Pero, ¿qué más queréis de nosotras? ¿Su cuerpo?

— Quiero á mi hija viva, infames hipócritas.

— Sólo Dios tiene este poder..... Por lo demás, no hay que levantar tanto la voz. Señora, decidme claramente lo que queréis de nosotras. Aquí estamos en nuestra casa, y tengo el derecho y la obligación de hacer respetar nuestro domicilio, que es además un instituto público de educación. Acudiré, si es preciso, á las leyes del país. ¿Pedís ver su cuerpo, sí ó no; ó bien, qué queréis?

— ¿Con que tenéis aquí su cuerpo, y decís que ha muerto?

— Palabra cruel para el corazón de una madre; es cierto; mas al fin y al cabo no ha de veniros de nuevo. El cuerpo de la difunta está encerrado en una caja de plomo y descansa en el cementerio inmediato al jardín, como hemos tenido el sentimiento de escribiros.

— ¡Otra falsedad! No he recibido carta alguna vuestra que hablase de enfermedad grave, y mucho menos de muerte.

— Pero tenemos las contestaciones de vuestro señor marido, que manifiestan lo contrario. Vuestro esposo estuvo aquí al principio de la enfermedad y después de la muerte, como es dije poco ha, y él mismo se encargó de informaros de todo.

— ¡Ay de mí! ¿Con que todo el mundo me engaña? ¿Todos conspiran para arrebatarme mi hija? ¡No! no ha de ser así: la enfermedad y la muerte que contásteis á mi marido es una supercheria que habéis fraguado; y de todos modos, si vive, yo la he de hallar; y si ha muerto, vosotras la habéis asesinado, y me vengaré de manera que.....

— Señora Lokport, perdéis el juicio. ¡Cómo! ¿No vió vuestro marido á su hija en cama rendida por la calentura, cuando ella le suplicó que la dejase aquí para curarse?

— Fué una escena combinada por vosotras; engañásteis á la niña y le dictásteis aquellas palabras.

— Señora, tened la bondad de reflexionar un momento; estos desmanes sólo pueden disimularse al dolor materno que os acongoja y os pone una venda en los ojos. Podemos, si queréis, llamar al médico que presenció sus últimos momentos; podemos enseñaros la tumba.

— ¡El médico! No le creo, es vuestro confidente..... La tumba es una estratagema.

— En una palabra: ¿qué queréis?

— Quiero abrir la caja y reconocer el cadáver con dos médicos de mi elección.

— Sólo el magistrado público tiene semejante derecho; sin embargo, si este reconocimiento indigno é injurioso para nosotras puede serviros de consuelo, consiento en él de buen grado. Escribid aquí los nombres de los médicos que os inspiran mayor confianza, enviaré por ellos y por el herrero y albañiles.

Mientras que llegaban de Charlestown, que está cerca de allí, las personas llamadas, la señora Lokport permaneció sola en el locutorio, hundida en los almohadones del sofá, apretándose la cara con un pañuelo blanco que llenaba de lágrimas y saliva. Entre tanto el llamamiento de los médicos en la botica de la ciudad y verlos tomar los instrumentos é ingredientes adecuados al reconocimiento del cadáver llamaron la atención de las personas que se hallaban presentes.

— ¿Dónde van?

— A Mount-Benedict.

— ¿Para qué?

— A comprobar el envenenamiento de una niña.

La noticia voló como el rayo al través de las nubes amontonadas, de modo que en un instante se esparció por la ciudad, y los enemigos más fogosos de las monjas, después de haberse confabulado, tomaron inmediatamente el camino del monasterio, formando grupos. Pero la Superiora, firme con su derecho, negó la entrada á todo el mundo excepto á los facultativos. Colocaron una mesa en el cementerio al lado de la tumba; la cubrieron con un ancho mantel, y los cirujanos colocaron en ella los frascos de aguas antisépticas, una calderilla con cloro para desinfectar el aire, su estuche abierto y los reactivos químicos para buscar los principios venenosos, conforme á las reglas del arte.

La señora Lokport estaba en pie, de codos en la mesa, observándolo todo en melancólico silencio; alrededor estaba la Superiora con dos religiosas y algunas personas más, á quienes se había introducido como simples espectadores, y eran el médico ordinario del monasterio, un periodista benévolo y algunos otros que habían sido llamados por precaución á fin de que fueran testigos de vista para lo que pudiera suceder. Habiendo sacado los sepultureros la caja de plomo, que colocaron sobre dos banquetas, se trató de abrirla. El herrero hizo con la barrena un agujero bastante grande para introducir el serrucho en un ángulo de la parte superior, empezó luego á aserrar con presteza de arriba á abajo alrededor, y en pocos instantes cortó la tapa; puso un cuchillo en cada lado y con la palanca la alzó de un golpe. Todos pensaban ver un esqueleto corrompido y fétido, cubierto de gusanos: nada de esto. Aparecieron los vestidos de muselina blancos como si estuvieran colocados en el azafate de la modista. Los asistentes se acercaron con curiosidad: un pañuelo cubría la cara y el pecho de la niña; la madre lo levantó con sus propias manos y vió el rostro de Benjamina, blanco como la nieve, sin la menor apariencia de enmohecimiento ni mal olor, plácido y sereno como el de una persona que duerme [1]. — ¡Ah! ¡hija mía! — exclamó, y una oscura nube le cubrió la vista; sintióse desfallecer y cayó desmayada en los brazos de las religiosas. Volviéronla en sí luego los oportunos auxilios, y de nuevo se puso á gritar: — ¡Ah! ¡hija mía! ¡Ah! ¡hija mía! — Después de algunos momentos, transcurridos entre el dolor y el desfallecimiento, se arrojó sobre el cadáver amado, y estuvo largo rato hablándole y cubriéndole de caricias.

Los circunstantes no atinaban en lo que vendría á parar una escena tan patética, y respetando aquel paroxismo de afectos maternales aguardaban el fin en profundo silencio. El desenlace fué el más inesperado que imaginarse pudiera. Porque dirigiéndose á la Superiora dijo: — Tambien yo soy católica desde ahora: recibiré el bautismo donde Benjamina lo recibió y tendré aquí mi tumba al lado de la suya.— Todos se miraron estupefactos unos á otros. Rompiendo el silencio la Superiora, dijo: — ¡Dios sea loado! — Luego después hizo observar que debajo de las manos del cadáver, enlazadas con el rosario, se hallaba escondido un papel doblado en forma de carta: lo tomó, le puso una cubierta que selló con los anillos de los facultativos y el de la señora, y añadió: — Cuando sea ocasión pondré este papel de manifiesto y vosotros seréis testigos de vuestros sellos.

La señora Lokport no pareció la misma desde aquel instante: mandó cerrar la caja y soldar la tapa, no sin haber dado antes un último beso á aquel semblante querido, beso que esta vez fué inundado de lágrimas dulces y serenas. Mandó recomponer la tumba, escribió dos renglones á su marido, diciéndole que no había novedad, y que ella se quedaría algunos días á fin de consolarse con las religiosas. Se hizo instruir y bautizar. Terminada la sagrada ceremonia volvió á su habitación acompañada de las religiosas y embriagada de gozo celestial. Sobre el tapete de la mesa había una bolsita de raso blanco, recamada con hermosos símbolos de devoción. La Superiora, Sor Valdeburga, explicó á la neófita que en aquella bolsa había un papel escrito con sangre, que la sacristana había hallado en el jardín á los piés de la imagen de María el día en que falleció Benjamina, aquel mismo papel que se había encontrado sobre el pecho de Benjamina y que fué sellado en su presencia en el acto de descubrirle. La señora Lokport reconoció los sellos y le abrió. Contenía una carta de Benjamina á la Virgen. La novedad del sobrescrito, la letra conocida de su hija y la vista de la sangre la hicieron prorrumpir en un llanto de ternura cuya suavidad iba aumentando á medida que leía, porque la carta decía exactamente lo que sigue:

„ Madre de Dios, siempre Virgen, Reina
del cielo y de la tierra:

»La hija más indigna se presenta á la más tierna de las madres. Largo tiempo os he desconocido, y más de una vez he obrado como enemiga vuestra: ahora os reconozco y obro arrepentida y desconsolada; mas vos, que veis la sinceridad de mis lágrimas, no me negaréis, espero, vuestro perdón y no desecharéis mis súplicas.

» Mis padres me reclaman, y Vos sabéis que á su lado no hallaré la verdadera fe; viviré siempre en la enemistad de Dios, y al morir no iré á ver vuestro semblante y el de vuestro divino Hijo. ¡Ah! socorredme y haced que muera católica y en gracia de Dios antes de salir de esta casa, donde por primera vez me iluminó la luz del cielo..... Y después de mí salvad también á mis amados padres de la vida de perdición. ¡Por piedad! ¡haced que no quede yo separada eternamente de mi padre y de mi madre!

» Escuchad los gemidos de una pobre angustiada que pone toda su esperanza en vuestra intercesión: libradme de la muerte eterna con una pronta muerte temporal. Por la salvación de mi alma y la de mis padres os ofrezco el sacrificio de mi vida, y desde ahora esta pequeña parte de mi sangre con la cual me consagro á Vos en vida y en muerte.

» En el destierro terrestre, el día de la Asunción.

»Vuestra hija fidelísima,

» BENJAMINA LOKPORT. »

Calculando las fechas, la madre reconoció que la enfermedad imprevista de su hija coincidía con el día tercero después de escrita la carta. Quedó entonces más y más persuadida de que Benjamina le había merecido la gracia inapreciable de su conversión, y la consideró como una alma bienaventurada en el cielo que se había ofrecido como víctima inocente para su salvación, y no podía saciarse de leer y de estrechar contra su pecho aquel querido papel ensangrentado. Durante algunos días, que permaneció en el convento, las monjas la hallaban con frecuencia al lado del sepulcro, ora sentada con un devocionario en la mano, ora de rodillas con el rosario entre los dedos; las más de las veces con la carta de sangre desplegada sobre la tumba, los brazos en cruz y los ojos levantados al cielo. Si le hablaban en aquel acto respondía:

— Contemplo á Benjamina junto al trono de la Virgen..... Un manto de luz la rodea..... Tiene juntas las manos..... Ruega por mí..... y me sonríe.

Otras veces, sentada tranquilamente sobre el césped, apoyada la cabeza en el pedestal de la cruz, decía:

— ¡Esta tumba me habla tan dulcemente!

Mas la tumba de Benjamina habló también con eficacia para la salvación de una persona ausente que la había amado sobremanera mientras vivió.

Volvió á casa mistress Lokport enteramente distinta de los que era antes; su marido, hombre de temperamento frío, pero no desprovisto de sensatez, quedó sumamente conmovido. El conocimiento de la verdad no le era tan difícil como lo había sido á su consorte; indiferente á las cosas religiosas, estaba en suspenso entre todas las creencias, sin profesar ninguna decididamente. Así es que no tenía contra los católicos aquellas preocupaciones arraigadas ni aquella aversión feroz cuyos excesos había deplorado en su mujer, y en consecuencia debió parecerle milagroso verla de repente tan fervorosa católica, como poco antes fanática protestante, siéndole fácil notar la apacible y alegre serenidad que la nueva profesión había inspirado á una mujer que toda la vida había sido violenta, iracunda y viperina. Mas cuando ésta le contó minuciosamente los sucesos que en pocos días le habían colocado casi de repente en el gremio de la Iglesia católica, y sobre todo cuando desplegó en presencia de su marido con mano trémula y ojos bañados en lágrimas aquel escrito de la propia mano de su hija querida, el Sr. Samuel se halló subyugado por una de aquellas irresistibles conmociones á que rara vez suelen sujetarse los caracteres de su temple, pero que cuando se despiertan dejan huellas tanto más profundas cuanto más inesperadas. Estas fueron las causas, digamos naturales, de su conversión; el resto lo hizo sin duda desde el cielo aquel queridísimo ángel de Benjamina, quien positivamente conseguiría la gracia con que Dios se dignó abrir á sus padres las puertas de la vida eterna en recompensa de la vida temporal que le ofreció la hija con este fin. Desde aquella época empezó la familia Lokport á ser contada entre las más piadosas y fervientes católicas de la ciudad.

Para quien quedó muda del todo la tumba de Benjamina fué para Luisa. A ésta le parecía imposible que su causal ausencia del convento, coincidiendo con la llegada imprevista de mistress Lokport, la hubiese librado de las reconvenciones acerbas y eternos interrogatorios judiciales á que se hubiera visto expuesta por ella. ¿Cómo hubiera podido hacer aquella desgraciada delante de la madre el papel que le impuso Mario en cuanto á las causas de la muerte de su hija? Hubiera sido declararse rea; callando hubiera hecho traición á la confianza materna, declarándose cómplice de un asesinato del cual le estaba destinado el papel de testigo.

Resolvió, pues, quedarse en Nueva York y no volver á Mount-Benedict sino después de la partida de la temible señora. Así es que no pudo presenciar los grandes acontecimientos que se realizaron durante su ausencia, y al oirlos contar á las discípulas y á las religiosas, el papel de despreocupada que se había impuesto la obligó á fingir que no hacía caso alguno de todo aquello: fingimiento que contribuyó á neutralizar en ella los saludables efectos que los mismos ecos podían producir.

Entre tanto la inocencia de las monjas quedó reconocida de una manera tan clara y solemne como fuera posible desear. Mas es raro que se puedan refrenar los primeros excesos de la calumnia, una vez suelta; así es que la muerte de Benjamina no tardó mucho en atraer sobre el convento de Mount-Benedict y sus pacíficas moradoras una de aquellas catástrofes tanto más terribles cuanto son más imprevistas.

CAPÍTULO XII

LA TOLERANCIA HETERODOXA

Poco después del bautizo de mistress Lokport en el convento de las Ursulinas, á las ocho de la noche,

[1] Histórico.

un hombre encorvado y de mala catadura se presentó á Luisa y la dijo:

— Mario me envía para deciros que dentro de una hora habéis de estar en la posada de Bruto, en Charlestown, donde pasaréis la noche.

— Pero.....

— No hay pero que valga; haced lo que se os manda, pese á vos. Llevaos el dinero y objetos de valor, y si se os pregunta el motivo de esa partida decid que vuestro marido debe firmar allí un contrato y necesita que os halléis presente.

Luisa reconoció en aquella facha siniestra á uno de los compañeros de Mario con quien éste tenía frecuentes relaciones en Broadway-Hotel de Nueva York: se acordó de que era esclava, y conociendo que toda resistencia podía serla funesta, respondió:

— Decid á mi marido que está bien.

Y habiendo recogido atropelladamente y á hurtadillas su hatillo, buscó un pretexto, y con el cochecito de la casa se llegó al lugar indicado, cerrada ya la noche.

En aquel momento acababa de cenar una porción de gente de blusa junto con otra vestida con más decencia. Mario, que se hallaba entre la última, pidió para Luisa una habitación separada y la mandó que se estuviese allí aparte.

Entre las personas más notables estaban sentados á la cabecera de la mesa dos caballeros con traje de ceremonia: pantalón negro, chaleco negro, corbata blanca y cuellos de camisa altos y tiesos que les llegaban á los carrillos; parecían gemelos, dos fachas afiladas, rapadas, saturninas. Eran dos puritanos acérrimos y además pastores y ministros del *puro evangelio*. A su lado estaba en pie aquel John Thomson, famoso calculista de la fonda mónstruo, enemigo declarado de las monjas, al que hemos visto aconsejar á Mario que les enviase á Luisa con un objeto desde largo tiempo meditado y que les salía mucho mejor de lo que su bestial ferocidad podía imaginar. Este no peroraba, por estar más acostumbrado á zurcir guarismos que períodos; mas de su arrebato y de la fogosidad febril con que se agitaba alrededor de la mesa se infería claramente que él había sido el convocador del conciliábulo, del cual era por cierto el brazo derecho y el corazón, ya que no la lengua. Seguían adelante las arengas; durante la comida se habían pronunciado ya varios discursos. El humo de los cigarros de la Habana contribuía á reunir en una misma atmósfera de doctrinas á los oradores y al auditorio; las copitas de grog, ron y wiskey, circulando á lo largo de las mesas, persuadían á los más renitentes. Desde las sublimes regiones de la Biblia descendían los oradores armados de argumentos incendiarios contra el convento de las Ursulinas. No solamente se daba como indudable el asesinato de la joven Lokport, sino que se pintaba con rasgos de luz siniestra: se describían minuciosamente el potro del tormento, la infeliz víctima, medio desnuda y desgreñada, llorando y suplicando en vano, y las monjas en sombrío silencio, con sus cruces en el pecho y sus rosarios en la cintura, azotándola implacables con disciplinas de hierro; y luego las heridas chorreando sangre, y por fin el extremo abandono y la muerte sin esperanza alguna de consuelo humano.

La gente bobalicona que los rodeaba, con los ojos desencajados, se dejaba persuadir tontamente, á pesar de la evidencia en contrario, y se horrorizaba y se oían crujidos de dientes. A cada instante aumentaba la multitud de los fanáticos, engañados los unos, engañadores los otros. Los furibundos oradores, alternando en la carga, se entregaban á la más fogosa elocuencia. Del suceso de que se trataba pasaban á los más famosos acontecimientos de la historia imaginaria, haciendo la reseña de las persecuciones que la intolerancia papística había ejercido contra los protestantes; se remontaban á los albigenses oprimidos, degollados, pasados á cuchillo por gusto del legado de la santa Sede: á la carnicería de San Bartolomé, ordenada por el Papa; á la revocación del edicto de Nantes, que hizo desterrar á tantos inocentes, etc., etc.; y luego, por un retroceso retórico, se dejaban caer sobre las monjas Ursulinas de Mount-Benedict, como si ellas hubiesen tenido que responder de todas y cada una de aquellas fingidas atrocidades achacadas á la Iglesia católica, gritando: — Hijos de la reforma, á las armas; destruyamos esa manida de víboras papistas que están devorando las entrañas de las vírgenes evangélicas. Del mismo modo que Elías derribó los altares de Baal y mató á los falsos profetas, vosotros borraréis del mundo el templo y el altar nefando, donde tantos idólatras sacrifican sus hijos al Anticristo de Roma. ¿Dónde está el nuevo Josué que ha de asolar la nueva Jericó maldita? ¿dónde está el fuego que devore la nueva Sodoma abominable? ¡Santificad vuestras manos!

Á pesar de disparates tan hiperbólicos y altisonantes nadie se movía aún, si bien por el murmullo universal y las miradas centellantes se conocía que el entusiasmo se había apoderado ya de los corazones. Sin embargo, para lo que se meditaba era necesario algo más significativo que los estremecimientos y las miradas amenazadoras; así es que los cabecillas de la empresa juzgaron que ya había llegado el caso de dar el golpe decisivo, combinado de antemano entre Thomson y Mario. Tratábase de introducir un testigo de vista del hecho atroz, con cuyo testimonio quedasen convencidos hasta los más incrédulos: el lector ha comprendido ya que es Luisa quien debe hacer este papel. Habiendo hecho uno de los ministros un largo y pomposo preámbulo sobre las muchas y raras prendas de la *dama* italiana, que la madre misma había dado por guardadora y que no había podido menos de presenciar sus martirios, se volvió á Mario, para que en calidad de digno marido confirmase el hecho é introdujera en la gran sala á su digna esposa. En cuanto al confirmar, la cosa fué pronto hecha; mas en cuanto á presentar á Luisa, estuvo en un tris que no se pudiera verificar: tanto se horrorizó aquella infeliz con la idea de la vil é infame acción que de ella se exigía. La lucha fué corta, pero terrible; mas al fin triunfó la férrea voluntad del hombre sobre la debilísima y casi aniquilada voluntad de la mujer. Espantada ésta, desfigurada, blanca como la pared, salió del cuarto más bien arrastrada que sostenida por el brazo de Mario. Al aparecer estalló una tempestad de aullidos, aplausos, silbidos y maldiciones, que acabaron de aturullarla, dejándola casi desmayada. Habiéndose conseguido un poco de silencio, otro de los ministros, en ademán de juez procesante, le preguntó en alta voz y articulando mucho las palabras, si había visto con sus propios ojos los suplicios infligidos, según se decía, á Benjamina Lokport, en el convento de Mount Benedict.

— Por caridad, que no me obliguen á hablar.

Fué la única contestación que pudo dar aquella infeliz; pero bastó para el intento. Aquellas cuatro palabras se interpretaron como una plena confirmación de todo y fueron como la chispa que cae sobre la mina ya preparada. Volvieron á comenzar, más ardientes aún, las declamaciones, más furibundas las arengas, y los oyentes prorrumpieron en sombríos rugidos, blandiendo las navajas, preparando los revólvers y trabucos. Mario no era de los más tímidos en aquella obra de sangre y barbarie. La policía de Boston no dejó de ver gente armada que se dirigía á Mount-Benedict, formándose grupos acá y allá; mas no supo ó no quiso adivinar nada de la trama, como sucede todos los días en los países mal gobernados por magistrados cómplices ó cobardes.

Ni un comisario, ni un *policeman* por aquellos alrededores: se hubiera dicho que, aturdidos por el rayo, habían quedado de repente sordos, ciegos, clavados en su puesto. Y eso que aquella turba salvaje y brutal no salía de Charlestown á la sordina, sino con alboroto atronador, como si corriera al asalto de una trinchera enemiga en legítima guerra.

Los unos afilaban sus machetes en las paredes; otros chocaban pistola con pistola; la mayor parte con las armas en el cinto á guisa de facinerosos y las manos metidas en la faltriquera, tenían aquellas conversaciones que podían esperarse de una partida de bandoleros beodos que iba á invadir bárbaramente un asilo de niñas.

(Continuará.)

¡DOS LÁGRIMAS!

Blanqueaba apenas y se sentían ya los primeros fríos del invierno. Amarilleaban, con tintes rojizos, las hojas de los árboles y, en remolinos que agitaba el viento, caían las más secas y combustibles, formando ruidosas alfombras al pie y en derredor de los troncos. Las flores del azafrán y del agicuervo abrían sus corolas con el día, luciendo sus pistilos purpúreos en las laderas de los montes.

Mi vecino, el tío Pelambre, vejete vivaracho, pequeñito, enjuto de carnes y con los calzones remendados y caídos, salía de su casa soplándose las uñas, con el morral de piel de cabra á la espalda y una cesta de asa en la mano.

— Pero, D. Manuel de mis pecados — me dijo al verme, — ¿á dónde va usté á estas horas?

— A Misa primera; ¿y usted?

— Por las rosas de azafrán que hayan salío desde ayer mañana en un *rocho* que roturé en Cerralto, y á ver si la Providencia contesta á mi carta de anoche.

— ¿Qué carta es esa?

— Usté sabe mejor que naide, D. Manuel, que hace poco enviudó mi hija única, quedándole siete hijos, el mayor de nueve años, por todo capital y recurso. No tuve, pues, más remedio que cargar con la enfeliz y los nietos, y como tampoco tengo yo sobre qué caerme muerto, puede usté suponer los apuros y las hambres que pasaremos en aquella casa. ¡Nueve cucharas, D. Manuel, sin más amparo que el del cielo!

— Dios, que viste á los pajaritos del campo y á los lirios del valle, no abandona nunca á criaturas hechas á su imagen y semejanza.

— Eso digo yo siempre, y eso les decía anoche á mis nietezuelos, que me pedían de cenar, cuando revolviendo toda la casa su madre y yo nos convencimos de que no había absolutamente nada que vender, ni que empeñar, para matar el hambre.

— Haber pasado á mi casa.

— Todo se andará, santo varón.

— ¿Y qué hizo usted?

— Los engañé como pude, diciéndole á mi Bernardo, el mayor de los chiquillos, que ya sabe hacer borrones: saca, hijo mío, tu plana de la escuela y vamos á escribirle una carta á la Providencia divina para que nos socorra. Buscó el muchacho el papel y el tintero de cuerno de su abuelo y le hice poner: «Envíanos, Señor, el pan nuestro de cada día, porque tenemos hambre, y como ya no puede ser esta noche á causa de la salida del correo, que sea mañana sin falta.» Tomé el papel, dije que iba á llevar la carta al correo y encargué á su madre que los acostase. Los angelitos se fueron á la cama tan campantes y satisfechos, esperando la contestación de su carta.

Y al decir esto, una lágrima, como cuenta de ro-

IGLESIA DE SAN AGUSTÍN EN MANILA.

sario, rodó mejilla abajo desde el ojo izquierdo, pequeñito y fulgurante del pobre viejo.

— Voy, pues, por la contestación de la carta.

— Si la contestación no parece, véngase usted por casa.

— Parecerá, D. Manuel, parecerá. Ese Señor es tan misericordioso que siempre contesta.

Después de Misa y de haber almorzado me fuí á tomar el sol, carretera adelante, por la falda del monte, cuando ví descender al tío Pelambre con la ligereza de un mozo de quince abriles, el morral á la espalda y con la cesta llena de flor de azafrán en la mano.

— ¡Eh! ¡eh! D. Manuel — me gritó el pobre viejo, — aquí traigo la contestación.

— ¿En la cesta?

— No, señor; esto vale cuatro cuartos, y no ahora, cuando esté seco.

— ¿Pues dónde?

— En el morral; espérese usté un poco y lo verá.

Me esperé, llegó el tío Pelambre y sin quitarse el morral me dijo:

— ¡No se lo aseguraba yo á usté! En mi vida me he quedado sin contestación de la Providencia.

— ¡Bendito sea Dios, que aprieta, pero no ahoga!

— Sí, señor; una y mil veces bendito.

— Pero ¿qué ha sido ello?

— Cuando salí de casa con el pretexto de ir á echar la carta, pensé: «¡Qué haré yo, Dios mío? ¿de dónde sacaré algo para que coman mañana esas criaturas? » Y se me ocurrió que ayer mañana ví en el zafranar unas patadicas, como si por allí merodease alguna alimaña. Voy y ¿qué hago? Me subo anoche mismo al monte, pongo el cepo junto á los rastros, lo tapo con una aliaga, porque las piezas monteses son muy estutas, y me bajo otra vez al lugar. Esta mañana, subiendo cerro arriba, ya me veo que el cepo negreaba y se movía. «¡Por vide, algo ha caído! » me he dicho; y así ha pasao: aquí tiene usté una fuina como un gato de los mayores, que estaba en el cepo cogida por una mano.

Y diciendo y haciendo, sacó la fiera del morral, que, con una piedra en la boca, luchaba aún con las ansias de la estrangulación. Su piel, de finísimo y brillante pelo castaño, no podía ser más hermosa.

— ¿Y para qué quiere usted ese bicho?

— De la piel de la última que cacé saqué 18 pesetas, D. Manuel.

— ¡Cuánto me alegro! Que saque usted otras 18 de esa.

— No será tanto, porque se han abaratao; pero, cuando menos, les llevo á mis nietos la contestación de la carta, y hoy se comerán juntos el almuerzo y la cena de anoche.

— ¡Angelitos!

Y una lágrima como cuenta de rosario rodaba á la vez, mejilla abajo, desde el ojo derecho, pequeñito y fulgurante, del pobre viejo, porque sin duda el ojo izquierdo simpatiza más con las penas y el derecho con las alegrías, siendo uno y otro fuentes clarísimas de los más hermosos sentimientos del alma.

M. POLO Y PEYROLÓN.

Cea de Albarracín 24 de Octubre de 1890.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

PERO nada más que hasta cierto punto.

Y por muy poco tiempo.

En seguida volvían á caer sobre mi alma los pensamientos negros y desesperantes.

¡Qué fatigosa de subir veía yo entonces la cuesta de la vida! Parecíame ésta la más amarga de las bebidas, ó se me representaba como una comedia monótona é insalsa, en que hay que tomar un papel forzoso, y recitarlo hasta el fin entre bostezos.....

¿Para qué vivir?

¿A dónde voy yo con este fardo de remordimientos sobre los hombros, y hundido en fango hasta la cintura?

¿A qué he venido yo al mundo?

¿Cuál es mi destino?

¿Para qué me crió Dios?

Pero vamos á cuentas, me decía yo á mí mismo. ¿Soy libre ó no soy libre? ¿Puedo dejar de ir á casa de Doña Remedios, ó no tengo más recurso que ir á verla? ¿Quién me impulsa? ¿Quién me detiene? ¿Soy yo una fuerza independiente, ó el juguete de irresistibles y misteriosas energías que parten de lo eterno desconocido, y que me llevan flotando sobre las aguas, como llevan los ríos á los troncos de los árboles ó á los cadáveres que arrastran en sus corrientes?

Como veis, amigos míos, yo me abandonaba sin-

IGLESIA DE SALLO EN FILIPINAS.

ceramente á la Metafísica, lo que prueba que ya estaba del todo desesperado.

Y era verdad: yo no sabía cómo salir del atolladero en que me había metido.

El problema era este:

Yo comprendía que mis relaciones con Doña Remedios eran una insigne porquería en sí mismas consideradas. Y con relación á mi humilde persona, un encanallamiento inaudito. Pero comprendiéndolo y todo, no me sentía con fuerzas para romper con aquella mujer, por muchas razones. Porque ella satisfacía mis vicios, y yo era un vicioso. Porque halagaba mi vanidad de mozuelo corrompido, y yo nunca he sido humilde, y menos entonces. Finalmente, porque ella era una vieja de mucha trastienda, y yo un chico sin gran experiencia de mundo; y por resultas de eso, ella se me había impuesto, y yo la tenía miedo.

Había aun más, que os referiré en dos palabras. Dos meses antes, mi madre, enterada por algunos amigos respetables de que yo andaba en Madrid en malos pasos, me escribió una carta de esas que sólo saben escribir las madres dignas de este santo nombre, y en la que me comunicaba la inmediata vuelta á mi pueblo, aunque perdiera el curso, bajo la pena, caso de desobediencia, de retirarme la mesada y romper conmigo toda clase de relaciones.

Yo desobedecí, y se interrumpieron las relaciones entre mi familia y yo.

Pero mi madre, mi santa madre, no tuvo valor para cumplir lo que me había ofrecido como justo castigo; esto es, no mandarme dinero. Y si bien oficialmente me retiró la mesada, *oficiosamente* la remitía con la puntualidad de costumbre por medio de un tío mío, establecido en Madrid, que tenía el encargo de darme á primero de mes el dinero que le enviaba mi madre, diciéndome al mismo tiempo que no era mi madre, sino él quien me lo regalaba.

Mi tío cumplía honradamente la primera parte del encargo, pero no la segunda, pues al darme el dinero, me decía:

— Anda tuno, que no mereces que tu madre haga por tí esta picardía..... Pero cuidado con que le digas que te lo he dicho.

Yo tuve la debilidad necia de contarle todo esto á Doña Remedios, y Doña Remedios la crueldad estúpida de burlarse de ello, y yo la cobardía insigne de no dar á Doña Remedios una bofetada cuando se mofó de cosa que era ella incapaz de comprender; pero que para mí, que la comprendía, debió ser siempre sagrada.

Resolviendo en mi mente estas ideas, dándoles mil formas distintas, caminaba yo por aquellos parajes solitarios que caen al extremo meridional del Retiro, por donde se levanta gallardo el Observatorio Astronómico. Veía yo la rotonda de gentiles columnillas de granito, y la graciosa cúpula destacándose sobre el cielo sereno de un azul vivo y brillantísimo. Me fijaba con una insistencia singular en aquella cúpula y en aquel cielo, y recuerdo que se me ocurrió este pensamiento:

— Allí miran al cielo, y aquí miro yo á mi alma. ¡Qué diferencia entre uno y otra!

Todo por fin se resolvió para mí en una profundísima tristeza. Llegó á parecerme que aquel día tan luminoso estaba oscuro, y que aquel paseo tan bello en su majestuosa soledad era como un cementerio á media noche poblado de fatídicos espectros..... ¡Tuve miedo!..... Me parecía que las hojas de los pinos murmuraban por lo bajo melodías lúgubres, y que las mil gradaciones del color verde que ostentaban macizos y alamedas, se iban fundiendo en un solo color negro; parecíame que el firmamento se me venía encima, y me ahogaba..... ¡Qué momentos aquellos! La creación entera desaparecía rápida, vertiginosamente de mi vista como una espléndida decoración de teatro al conjuro del silbato escénico.....

Me sentí malo. La vista se me extraviaba. Me dejé caer sobre un banco, y con la cabeza baja, apoyada en las manos y los codos sobre las rodillas, pasé mucho, mucho tiempo, no sé hasta cuándo, creo que serían más de las tres de la tarde cuando desperté de aquel fatigoso sueño.....

Y veréis qué cosa más ridícula, ó mejor dicho, más extraña me sucedió al despertar, ó fué causa ocasional de que yo despertase.....

Fué el caso que yo sentí que me tocaban en una pierna y me llamaban por mi nombre, repitiéndolo dos ó tres veces..... Levanté la cabeza, abrí descomesuradamente los ojos, y me encontré muy plantelante de mí ¿á quién diréis.....? Pues al propio D. Norberto, al marido de Doña Remedios.

¿Por qué había ido allí? ¿Qué ocurrencia tuvo de pasear aquella tarde por el Retiro? No lo he sabido nunca ni me ha preocupado el averiguarlo. Lo que oí fué que me daba quejas por no haber ido á comer á su casa.

— Vamos, vamos — me decía, —vamos, D. Fernandito; que nos ha dado usted un plantón de padre y señor mío..... Ha tenido usted la culpa de que se pegue el potaje..... ¿Se ha dormido usted aquí? ¡Vaya un modo de celebrar el Viernes Santo.....!

Yo me había puesto en pie y miraba fijamente á D. Norberto. Me estaba dando asco verle tan plantadete delante de mí, con aquella cara gorda y afeitada que chorreaba estupidez por todos sus poros, con aquel aire de hombre satisfecho de la vida, satisfacción que para él era un oprobio..... No sé lo que pasó por mí; pero es lo cierto que mis nervios, en tensión tantas horas, exigían para calmarse algún desahogo brutal..... Lo que sucedió, que sin decirle una sola palabra, ni alta, ni baja, levanté la diestra y descargué sobre aquel innoble rostro la bofetada más sonora que he soltado en mi vida. Y al mismo tiempo le dije:

— ¡So canalla.....!

D. Norberto debió quedar estupefacto.

Recuerdo que me dijo:

— ¿Esto es broma?

Y yo no le contesté.

Lo que hice fué volverle la espalda con un desdén soberano.

Le oía gritar:

— Oiga usted..... Esto no puede quedar así..... Si se le ha ofendido en algo, no son esas maneras de expresar una queja.....

Y luego, sin duda más repuesto ya, se vino hacia mí, apostrofándome, injuriándome.

Yo hice alto, y le esperé con firmeza.

Él se detuvo un metro escaso antes de llegar á tropezarme.....

Tenía el bastón levantado en actitud trágica, y en su feísimo rostro se pintaba la cólera más atroz.

— ¡Una satisfacción, caballero—decía,—una satisfacción.....!

Yo le respondí:

— Ni usted es caballero, ni yo tampoco, ni entre ambos puede haber otro combate que á coces ó á mordiscos. Con que tenga usted la bondad de retirarse, ó lo desuello aquí mismo como á una res.....

Él me replicó:

— Lo que es usted es un mozalbete insolente, al que en mi casa nunca se le ha faltado.....

Yo no pude resistir á la tentación de hacer una frase epigramática, y le dije:

— Pero se me ha *sobrado*, lo que es igual que faltar: Con que adiós, mastodonte.

Y volví á girar sobre mis talones, dejándole con la palabra en la boca.

— No, no — gritaba D. Norberto, — esto no puede quedar así..... Para broma es muy pesada, y yo no la aguanto..... Párese usted..... Párese usted..... Que tiene que darme cuenta de sus actos.

Pero á mí me había sorprendido una risa de esas irresistibles, de esas contra las que nada puede la voluntad. Era seguramente una nueva violenta expansión de mis nervios, tanto tiempo contraídos, un nuevo salto de cabra de un alma en delirio..... Se me representó súbitamente aquella escena por el lado cómico; comprendí lo ridículo que todo aquello encerraba..... ¡Yo dando una bofetada á D. Norberto! ¿Y por qué? ¿No era acaso D. Norberto el que me la debía haber dado á mí? ¿En qué me había ofendido aquella pobre bestia? Si no cuidaba de su mujer como debiera, tanto peor para él, y ya daría cuenta á Dios..... Pero yo, ¿qué tenía que ver con todo eso? ¿Acaso Doña Remedios me había seducido? No, por ventura; no digo yo que la hubiera seducido á ella, que esto ya pecaría de cándido; pero había sido la confluencia de dos vicios que venían caminando solos hacía tiempo, y que se confundieron en uno solo, mutuo y monstruoso, como dos arroyos infectos en un lago maldito..... ¡Yo era tan culpable ó más que Doña Remedios! Y D. Norberto, que representaba el más triste papel de la historia, desde el punto de vista mundano, desde el punto de vista moral muy bien cabía que fuese inocente; por lo pronto, su único crimen visible era el de ser un estúpido.....

Pero me daba, sí, todo aquello ganas de reir, y así se revestían mis altas meditaciones de una forma burlesca, ridícula, cómica, que hasta cierto punto las hacía gratas, quitándoles gran parte de su sabor amarguísimo y de su color negro. La risa, no hay que dudarlo, es el atemperante de la vida. Hombre que ríe, hombre sereno. Hasta en el sarcasmo, hasta en la risa que llamamos amarga, hay dulzura. Sin reir, sólo puede vivir Alonso Martínez; los demás hombres moriríamos al cabo de una semana en que no riéramos.

¡Bendita risa la de aquel día, que me tranquilizó extraordinariamente! Mis nervios calmados, dejaron libre á mi alma, y mi alma libre se elevó muy pronto á las más sublimes meditaciones.

Entonces volví al punto de partida; entonces recordé otra vez que era Viernes Santo. Apareció de nuevo en el teatro interior la decoración que representaba á mi pueblo, á mi familia, á mi religión santa. Veía yo el bosque de olivos descendiendo majestuosamente desde la excelsa cumbre, coronada por el antiguo castillo, hasta muy cerca de la playa, en que vienen á morir las olas del mar..... Veía aquel paseo de los naranjos, que en aquel momento estaría solitario como el Retiro, pero mucho más perfumado; veía la calle Mayor, con sus casitas blancas y sus enormes ventanas, llena de pueblo que, formado en dos alas, esperaba el desfile de la procesión del Santo Entierro; veía mi casa, á mis padres, quizás llorando mi horrible ingratitud; veía todo, en suma, lo que era mío y me unía con el mundo de los afectos puros, con la patria, con la familia, con la religión, con el cielo; y todo me parecía más hermoso y deseable, hasta más fácil y cómodo que mi Doña Remedios y su torpe concupiscencia.....

Salí del Retiro, y entré por la Carrera de San Jerónimo. Estaba llena de gente: la procesión de los Pasos, como decimos aquí, había concluído ya sin duda, y la gente más ó menos elegante paseaba por la Carrera, según antigua costumbre.

(Se continuará.)

LA CUESTIÓN OBRERA

Y LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

I

Consagrado el mes de Mayo de una manera especial á la Virgen Santísima, por medio de una Circular, fechada en Santa María de Montmaneu, os exhortábamos poco ha á que celebraseis el Mes de María con toda la solemnidad posible, con espíritu de penitencia, práctica de Sacramentos y reforma de vida, hasta que fuese ésta totalmente cristiana, en vista de los males que nos afligen y mayores que nos amenazan por causa de nuestros pecados; de lo cual era síntoma evidente la huelga internacional que se preparaba. No se necesitaba ser profeta para anunciar el resultado. «Esperamos (decíamos) que la manifestación que se anuncia será dominada esta vez, no sin causar daños de consideración». Y en efecto; la manifestación va dominándose, dejando en todas partes tristísimas consecuencias; semejante á una bola que, arrojada con violencia, no oponiéndosele obstáculo formal, va siguiendo su curso hasta que llega á su término, que será el fin del principio, así como ahora es el principio del fin.

Sobre todo en el orden moral, los efectos han sido desastrosos; porque, aunque muchos Estados han opuesto una mayor resistencia que la de esperar, dados sus antecedentes y modo de ser, hasta llegar uno de ellos, que más se distingue por sus procedimientos demagógicos cuando de otros principios salvadores se trata, á hacer arcabucear á débiles é indefensas mujeres, que más ó menos correctamente manifestaban tener hambre y pedían pan para sus hijos; á pesar de esto, casi en todas partes el principio de autoridad ha quedado por los suelos; hase contado una vez más el número de los descontentos; se han dejado conocer mejor sus aspiraciones subversivas; se ha calculado el grado de resistencia que á ellas puede oponerse; se han publicado impunemente impresos que el decoro de la lengua impide copiar: y lo que sentimos con todas las veras de nuestra alma, es que se hayan dejado oir los ecos de este crimen en España, en nuestra amada Cataluña, y aun en una población de nuestra misma Diócesis, capaces para acabar, no con una sociedad débil y enfermiza como la actual, sino con cualquier otra, por robusta que fuere. No es, pues, más que cuestión de tiempo, si no se pone un remedio pronto y radical; siendo entonces, cada día que se tarde, más violentos y terribles sus efectos, como es más rápida la velocidad de un cuerpo caído, á medida que se acerca más al centro de gravedad.

Lo hemos visto, casi en nuestros días, en nuestra pobre España, en el orden religioso y en el político. ¿Y por qué no ha de suceder en el orden social? Por mucha que sea la resistencia que pueda oponerse, que de seguro será grande, porque hay muchos intereses creados, no será tanta como la que debía encontrar en los dos primeros, que aun á principios de este siglo eran la encarnación verdadera del país, y por esto fueron causa de una de las mayores epopeyas de nuestra historia. Ni había tantos motivos para abandonarlos, ni tantas concupiscencias reunidas para hacerlos abandonar; y en gran parte, en su mayor parte, se abandonaron, y precisamente se abandonaron para llegar á la destrucción del organismo actual de la sociedad, por querer participar del festín de la vida, como se dice, de la manera que todos sabemos, y por los procedimientos que á la vista están. Y es que los principios sociales tienen necesaria trabazón entre sí; y destruído uno, caen todos; y de una manera más cierta, más ruinosa y más precipitada, si es el orden religioso el más atacado, como ha sucedido en España y en el mundo entero. Porque sin él no hay autoridad posible, ni freno para las masas, ni sabiduría en los que gobiernan, ni sumisión en los gobernados, ni caridad en el rico, ni paciencia en el pobre, ni justicia en el poderoso, ni resignación en el débil, ni sociedad posible; pues como dice bien nuestro inmortal León XIII, «si en el gobierno de los pueblos se menosprecia á Dios, y para nada se cuida de las leyes morales, desvíase lastimosamente la sociedad del fin que su naturaleza misma le prescribe, mereciendo, no ya el concepto de comunidad ó reunión de hombres, sino más bien el de engañosa imitación y simulacro de sociedad» [1].

---

1 Encíclica *Sapientiæ christianæ*, in princ.

II

Nos es, sin embargo, permitido, como hombres de Fe, creer que nuestras oraciones, con las de toda la Iglesia, durante el mes de Mayo, no han sido ineficaces; antes bien, han contribuido poderosamente á aminorar la intensidad de las consecuencias que lamentamos y temíamos; y á conseguir de Dios, por intercesión de su Madre Santísima, un nuevo compás de espera, una nueva tregua, para que nos enmendemos; un nuevo aviso, á los que gobiernan prescindiendo de Él; una nueva lección á los pueblos que de su divina ley se apartan. Hagamos un esfuerzo más en este mes, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, y consigamos del Hijo lo que no hayamos alcanzado todavía por la Madre: una mayor enmienda de costumbres y un nuevo plazo dentro del cual la Iglesia pueda hacer sentir su acción salvadora y atraer á las almas á camino mejor. No olvidemos la aparición que tuvo en el año 1675 la venerable Margarita María de Alacoque, hallándose delante de Jesús Sacramentado, y que ella cuenta con la candorosa sencillez, hermana de la verdad, que se admira en los relatos de los Santos. Dice así, y la reproducimos, por más que de todos sea ya conocida:

— «Estando en la presencia del Santísimo Sacramento un día de su Octava, recibí de mi Dios pruebas de amor extraordinarias, y, sintiendo deseo de corresponderle y de pagar con mi amor el suyo, díjome: «No puedes hacerlo mejor que cumpliendo lo que tantas veces te he encargado. He aquí, añadió luego, este Corazón que tanto ha amado á los hombres, y que para manifestárselo nada ha perdonado, llegando á aniquilarse y consumirse. A cambio y en reconocimiento de mis extremos de amor, sólo ingratitudes recibo de los más; que ingratitudes son los desprecios, las irreverencias, los sacrilegios y la frialdad para con este Sacramento augusto; siendo lo que más me duele que así se porten corazones que me están consagrados. Pídote, pues, que el viernes inmediato á la Octava del Santísimo Sacramento se celebre fiesta particular en honra de mi Corazón, haciéndole desagravio, en reparación de los ultrajes de que en los altares ha sido objeto». Patente estaba ya, con esto, el pensamiento de Cristo; mas como suelen los hombres ganarse por el interés, quiso el Señor emplear este medio más para hacerse dueño de las almas cristianas; y á las querellas, á los lamentos, á los ruegos, á la formal y explícita enunciación de su deseo, agregó solemnísima promesa. «Yo te prometo (dijo, en efecto, el Señor, para concluir) que mi Corazón se dilatará, á fin de derramar abundantemente las influencias de su amor sobre los que esta honra le ofrezcan y sobre los que se la procuren.» —

Ofrezcamos, pues, todos esta honra, y además procurémosela. Levantemos todos la vista; y sobre todo los corazones, á esta nueva Arca de Alianza, y digamos con los israelitas, al verse derrotados por los filisteos: «*Traigamos aquí de Silo el Arca de la Alianza del Señor, y venga en medio de nosotros, para que nos salve de las manos de nuestros enemigos*» [1]. Y el Arca de la Alianza es hoy la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, acompañada de la práctica sincera y verdadera de todas las virtudes cristianas. Porque sí, á semejanza de lo que nos dice el Profeta Isaías, dijésemos como *por escarnio*: «*Manda, vuelve á mandar; espera, vuelve á esperar; un poquito aquí, otro poquito allí*» [2], es temible nos suceda lo que refiere el mismo Profeta á continuación y que íntegramente reproducimos, porque es pasaje lleno de saludabilísimas enseñanzas:

— «Y el Señor les dirá algún día: Manda, vuelve á mandar; manda, vuelve á mandar. Espera, vuelve á esperar; un poquito aquí, otro poquito allí; y dejará que vayan, y caigan de espaldas, y sean hollados y presos en los lazos. Por tanto, escuchad la voz del Señor, ¡oh hombres escarnecedores, que dominais al pueblo mío que está en Jerusalén! Pues que vosotros dijísteis: Hemos hecho pacto con la muerte, y un convenio con el infierno: cuando venga el azote como un torrente, no llegará á nosotros, porque nos hemos apoyado en la mentira ó intriga, y ésta nos pondrá á cubierto. Por tanto, esto dice el Señor Dios: he aquí que yo pondré en los cimientos de la nueva Sión una piedra, piedra escogida, angular, preciosa, asentada por solidísimo fundamento; el que creyere, no se apresure. Y ejerceré el juicio con peso, y la justicia con medida; y un pedrisco trastornará la esperanza puesta en la mentira, y vuestra protección quedará sumergida en las aguas de la calamidad; y el contrato vuestro con la muerte será cancelado; y no subsistirá vuestro pacto con el infierno; y cuando, como un torrente, vendrá el azote, os arrastrará consigo. Al instante que venga, os arrebatará: porque vendrá muy de madrugada, y continuará día y noche; y sólo la aflicción hará entender las cosas que se han escuchado. Porque el lecho es angosto, en tal manera, que uno de los dos ha de caer: y tan pequeña la manta, que no puede cubrir á entrambos. Sabed que el Señor se levantará, como hizo en otro tiempo en el monte de las Divisiones ó Baalfarasim: se enojará como hizo en el valle de Gabaón, para ejecutar su obra ó venganza, una obra que es ajena de él; para hacer su obra, una obra que es extraña de él. Dejad, pues, ya de burlaros de mis amenazas, porque no se aprieten más vuestras ligaduras. Porque el Señor Dios de los ejércitos es de quien he oído la destrucción de toda la tierra, ó país que habitais; la destrucción que sucederá dentro de poco» [1]. —

Y debe ser un poderoso estímulo para continuar orando, lo mucho que sin duda se ha conseguido hasta ahora. Primero se ha conseguido, que tanto los que gobiernan como los pueblos hayan confesado la necesidad del descanso el domingo, y que es altamente inmoral y antisocial el trabajo de las mujeres y de los niños en las condiciones con que se verifica en muchos puntos, que es lo que ha proclamado en todos tiempos la Iglesia. Y segundo, se ha visto que la inmensa mayoría de los obreros obran por seducción ó por coacción, y que se abandonarían los procedimientos de fuerza el día en que el obrero pudiese obrar con entera libertad, y hubiere recibido noticias exactas de la cuestión que se debate, mediante una instrucción cristiana, exenta de las preocupaciones que en él crean predicaciones y publicaciones tan insensatas como criminales, y las pasiones desenfrenadas que éstas susciten. Esto debe ser obra de la Iglesia y del Estado; mas, desgraciadamente, éste no se contenta con no cumplir sus más estrictos deberes en este punto, sino que pone trabas y cortapisas á la Iglesia, para impedir que cumpla con los suyos; y hasta el día en que haya, entre ambas potestades supremas, una verdadera inteligencia, y se preste mutuo y cordial apoyo, no puede esperarse una verdadera y sólida solución del problema social pendiente, y con ella verdadera paz y tranquilidad.

III

Pero además de la oración, principal recurso con que debemos contar, porque el auxilio ha de venirnos del cielo, *mi socorro viene de Dios, que crió el cielo y la tierra* [2], y si lo merecemos con nuestra conducta, *no se adormecerá el que guarda á Israel* [3]; hemos de procurar, aprovechando el momento de tregua que se ofrece, dilucidar prudentemente la cuestión que se debate, á fin de que, comprendiendo bien las partes litigantes sus obligaciones, base verdadera y sólida de sus derechos, cumplan y disfruten unas y otros, para el bien de todos. Los reverendos Párrocos, pues, los predicadores, los periódicos y las Asociaciones católicas, los círculos de obreros, y cuantos puedan hacer oír su voz, cumplirán un deber, á la vez cristiano y social, estudiando bien la cuestión de antemano; y así, inspirándose en la más ardiente caridad, derramen luz sobre la materia; cuestión delicada y dificilísima; pero que está al alcance del católico bien instruído.

Á nadie podrá sorprender esta tarea, porque la Iglesia la ha practicado y recomendado siempre: á nadie podrá hacerse sospechosa ni de nadie ser mirada con recelo, porque es bien sabido que, depositaria de la justicia, la quiere y la administra igualmente á todos y para todos, *sin acepción de personas* [4]; pues es madre de todos y á todos quiere por igual *para salvarlos á todos* [5]; y semejante á Dios, por ser su representante y mandataria, una misma *de todos*, es rica para todos los que la invocan [6]. Así, por ejemplo, podrán recordar los esfuerzos que ha hecho en todos tiempos la Iglesia, para que en todo resplandezca la justicia; para que no se vulneren los derechos de nadie, antes bien se respeten los de todos, ordenando el bien por equidad y caridad hasta donde aquellos no alcancen, según aquellas palabras de San Juan: *todo aquel que no practica la justicia, no es hijo de Dios; y así tampoco lo es el que no ama al prójimo* [5]. Por el cual motivo Santo Tomás, examinando si los preceptos del Decálogo son preceptos de justicia, resuelve afirmativamente; «porque siendo los preceptos del Decálogo los primeros principios de la Ley, á los cuales con facilidad asiente la razón natural, en virtud de ser principios muy obvios, aparece claramente la razón de obligación que se requiere para el precepto en la justicia, que dice relación á un tercero; y al efecto, sus tres primeros preceptos hacen referencia á los actos de religión, que es la parte principal de la justicia; el cuarto á los actos de piedad, que ocupan en la misma un segundo lugar; y los seis restantes á la justicia, así llamada comunmente, porque hace relación al prójimo entre iguales» [6].

A nadie, que no esté preocupado, repetimos, debe parecer sospechosa la acción de la Iglesia; antes bien á ella ha de acudirse para encontrar soluciones verdaderas á los problemas pavorosos que agitan al mundo; á ella, que ha estado siempre al lado del débil y del necesitado; que ha declarado á todos los hombres iguales ante Dios; que ha repartido sus beneficios por igual á todos; que ha trabajado siempre y con fruto (díganlo ahora León XIII y el Cardenal Lavigerie) para abolir la esclavitud y enaltecer la dignidad del hombre, haciendo de esta dignidad el principal argumento para exigir Su Santidad; que ha erigido establecimientos y creado institutos religiosos, para satisfacer todas las necesidades, desde las Hermanas de San Vicente de Paúl, que se encargan de las casas de cuna y de lactancia, hasta las Hermanitas de los Pobres, que lo hacen de los ancianos en sus últimos días; que ha exaltado la condición de la mujer, fuera del Cristianismo considerada como cosa y no como persona; que ha cuidado de la niñez, testigo el Instituto de San José de Calasanz para las naciones civilizadas, y la Santa Infancia para los países idólatras; que lo mismo se ha opuesto

1 I Reg., IV, 3.
2 Isai., XXVIII, 10.

1 Isaías, XXVIII, 13 et seq.
2 Ps. CXX, 2.

1 Ib., 2.
2 I Pet., I, 17.
3 I Cor., IX, 22.
4 Rom., X, 12.
5 I Joan., III, 10.
6 2.ª 2.æ, quæst. CXXII, art. I, in corp.

á los Reyes y Emperadores más poderosos, llámense Nerón ó Diocleciano, Enrique VIII ó Napoleón, cuando se han apartado de la justicia y han sacrificado á los pueblos, que á las locuras de la democracia, cuando saltando las barreras en que debe detenerse, se convierte en demagogia; lo mismo á los excesos de la aristocracia que á los de la clase media; la Iglesia, en fin, que resume toda la ley de Dios y del prójimo, entendiendo por prójimo *todo hombre que está ó puede estar en los cielos* [1], pero de una manera particular el hombre necesitado, según aquella hermosa parábola de Jesucristo: — «Preguntóle un doctor, después de haber oído de los lábios del Salvador que la ley consistía en amar al Señor Dios tuyo de todo corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda la mente, y al prójimo como á tí mismo [2]. Y ¿quién es mi prójimo? — Y Jesús, después de haberle referido la parábola del robado y herido de Jericó, acabó diciendo: ¿Quién te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? — Aquel, respondió el Doctor, que usó con él de misericordia. — Pues anda, dijo Jesús, y haz tú otro tanto [3]; la Iglesia que nos enseña que la «Religión pura y sin mancha, delante de Dios Padre, consiste en visitar ó socorrer á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupción de de este siglo,» [4] esto es, caridad y santidad, ni sansantidad sin caridad, ni caridad sin santidad, si pudiese la una estar separada de la otra; la Iglesia que al recordarnos la hora tremenda de juicio, dejando aparte las demás obras buenas que es necesario hacer para salvarse, menciona tan sólo las de misericordia, así corporales como espirituales, que hayamos ejercitado para con el prójimo, las cuales el Divino Redentor, ¡oh poderoso estímulo y dignación de Dios! recibirá como practicadas en favor de sí mismo: «Yo tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedásteis; estando desnudo, me cubristeis; enfermo y me visitásteis; encarcelado y vinisteis á verme y consolarme, etc., etc.» [5].

IV

Una Iglesia que de esta manera entiende y recomienda la caridad, la enaltece, la diviniza, es evidente no dejará nunca desamparados los derechos de nadie, ni las justas prerrogativas del rico, ni las verdaderas necesidades del pobre; encontrando ella sola, porque es la única que dispone de todos los tesoros de Dios, los medios para armonizar todas las clases, suavizar todas las asperezas, apagar todos los odios, hacer desaparecer todas las rivalidades, y hasta hacer agradable la abnegación voluntaria y el sacrificio, por las promesas del cielo.

Dispuestos así los ánimos, tanto del rico como del pobre, del industrial como del obrero; preparados para la caridad y buena armonía é inteligencia, y abandonando todo espíritu de egoísmo y codicia por una parte, de rencor é insensata exigencia por otra, podrá darse un paso más adelante y tratar concretamente de los deberes y derechos de cada clase; porque, como dicta la misma razón natural, cada uno tiene derechos y deberes.

El sabio Obispo de Angers, uno de los partidarios más decididos del proletariado, comprendiendo que si los intereses de los obreros son dignos de la mayor simpatía, se levantan otros que tampoco es posible ni justo desatender, los de los patronos; reconociendo la gravedad de los sucesos que se han desarrollado, al prever los peligros que amenazan á todas las clases de la sociedad, en quienes habrán de recaer los desastres que amenazan, decía hace poco en las Cámaras francesas:

— «Hasta me atreveré á decir que el más amenazado de los dos, por las vicisitudes de los acontecimientos, es aquel que tiene comprometidos todos sus haberes, la herencia de sus padres y los recursos de su familia. Si sobreviniese una ruina con motivo de la competencia extranjera ó por cualquier otra causa, ¿quién es el que sufriera más, quién sería el más profundamente afectado? El obrero podrá encontrar trabajo en el establecimiento rival; pero el patrono, ese está irremisiblemente perdido, y su infortunio del día siguiente no tiene comparación con su prosperidad de la víspera. Es preciso, pues, no sacrificar la justicia y la verdad á puras utopías, al deseo de una vana popularidad». —

Dignos son de transcribirse aquí algunos de los párrafos de la notabilísima Carta que acaba de dirigir Su Santidad al Obispo de Colonia:

— «No ignoras (dice) los grandes peligros y dificultades que presenta la cuestión llamada social, cuya gravedad tiene en alarma aun á los que gobiernan los mayores Estados de Europa; y sabes también que ha mucho tiempo que venimos ocupándonos en patentizar las razones íntimas del mal y los remedios más eficaces para combatirlo.

»No puede ocultarse á tu penetración, que por grandes que sean los medios de que disponga la potestad temporal para introducir mejoras en la condición de los jornaleros, la acción de la Iglesia ha de ser más saludable todavía que la del Estado, en orden á la solución del problema social. Y, en efecto: la fuerza divina, inherente á la Religión, que tiene virtud para llegar hasta el fondo de los corazones y las inteligencias de los hombres, de tal modo domina sobre ellos, que los mueve á seguir gustosamente por caminos de justicia y honradez.

»Por su origen mismo, la Iglesia es depositaria fiel de la verdad revelada por Dios, y representa á Cristo, Señor Nuestro, que es la sabiduría del Padre. La Iglesia es heredera de la caridad de Aquel que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que pobres y ricos reproduzcan en sí propios su Imagen, ya que han sido elevados á la altísima dignidad de hijos de Dios; de Aquel que amó tanto á los pobres, que reservó para ellos las señales más expresivas de su benevolencia. El nos dió la santísima doctrina del Evangelio, don más precioso que otro ninguno para la humanidad; y solamente esta doctrina que nos enseña los derechos y obligaciones de cada cual, por la admirable armonía de la justicia con la caridad que en ella se observa, puede suavizar las asperezas que resultan, en la vida social, de la desigualdad de la condición de los hombres; desigualdad que tiene su origen en la misma naturaleza humana. De tal manera, que el pueblo que adoptara por norma de todas sus aspiraciones y todos sus actos privados y públicos la verdadera doctrina evangélica, seguiría el único derrotero seguro y conseguiría los más felices resultados.

»La intervención religiosa es necesaria para impedir que en las cuestiones que se debaten entre las distintas clases sociales, los preceptos de la justicia y de la caridad sean violados, y para que las diferencias que surjan al tratar de resolver esas cuestiones, se arreglen y zanjen por la autoridad paternal de los Pastores sagrados. Urge, por último, que para que sean más soportables á los pobres las incomodidades de esta vida, se induzca á los ricos á que adquieran mayores riquezas en el cielo por medio de una frecuente y generosa práctica de la caridad, y á que no hagan mal uso de sus riquezas, ni las empleen de modo que vayan á despertar la codicia en los pobres.» —

Abundando en estas mismas ideas, y partiendo del principio exacto de que el industrial asocia á su capital su propio trabajo, y que por lo mismo puede obtener en el rendimiento un triple resultado: 1.º, el que corresponde al capital; 2.º, el que corresponde al trabajo; 3.º, el que corresponde á la empresa industrial; leemos en una obrita que acaba de publicarse en España, y que desearíamos ver generalizada por la exactitud de sus conceptos:

— «El capitalista puede perder su capital en la empresa; el empresario puede ver defraudados sus planes y su trabajo; pero el obrero es el que cobra de presente. De modo que, desde cierto punto de vista, la situación del obrero es ventajosa.»

«No: no hay que olvidarse nunca de las relaciones necesarias entre el capital y el trabajo; no hay que olvidarse de que el primero es resultado del segundo, y de que es la palanca más enérgica y poderosa de la riqueza pública. Lejos, muy lejos de que el obrero mire con enojo al hombre del capital, debe procurarse entre ellos una reconciliación noble y generosa, porque de su unión íntima, de su concordia, es de lo que puede esperarse en gran parte el remedio para los males que hoy se advierten, y para conjurar las crisis que amenazan conmover las sociedades en sus más profundos cimientos.

»Todos somos, en general, obreros en el mundo, lo mismo los que trabajan materialmente que los que se dedican á las funciones más elevadas del pensamiento; todos somos obreros, lo mismo los que disfrutan de un jornal que los que libran su existencia ejerciendo artes liberales, menos retribuídos muchas veces que los industriales; lo mismo los que disfrutan un modesto sueldo que los que lo alcanzan pingüe; lo mismo los que disponen de un capital, á quien preocupa y ocupa su administración, que los que lo reciben en préstamo y lo aplican á la industria: todos, por regla general, trabajamos y sufrimos trabajos. No nos hostilicemos, pues; entendámonos y contribuyamos todos á la paz universal» [1]. —

Dando un paso más podrá entrarse en detalles que las circunstancias de cada localidad presentará como más oportunos, sin menospreciar los principios generales. «¿Es una utopía ó puede ser una realidad, se pregunta un escritor ilustre y que se distingue por su buen sentido práctico, la jornada de ocho horas de trabajo?» Y responde: «El célebre economista Mollinari dice que el Parlamento que decrete que un jornalero ha de ganar lo mismo trabajando ocho horas que cuando trabajaba doce, deberá probar antes que en ocho horas produce lo mismo que en doce.» Sin exagerar en sentido socialista ni en sentido individualista, opinamos que el Sr. D. Eduardo Sanz y Escartín [2] pone las cosas en su lugar, cuando dice: «El proyecto de un convenio internacional para fijar las horas de trabajo ofrece grandes dificultades. El clima, la alimentación, las condiciones del trabajo, la diferente capacidad natural ó adquirida de los pueblos, son factores que habría que apreciar en cada nación de distinto modo.

JOSÉ, *Obispo de Vich.*

(Concluirá.)

UNA PARIENTE POBRE

NOVELA

POR MAD. BOURDÓN

(Conclusión.)

MUCHO se sorprendió; nunca la había buscado Federico desde su regreso á Amiens, y en seguida temió alguna mala noticia. ¡Cuántas veces lo imprevisto encierra en sí alguna desgracia! Corrió á la sala y encontró á Federico sentado y como embebido en serias reflexiones.

1 Catecismo de la Doctrina Cristiana.
2 Luc., x, 27.
3 Ib., 30, 37.
4 Jac., I, 27.
5 Matth., XXV, 35 et seq.

1 *La cuestión obrera*, por D. Juan C. Mena, director de la Escuela de Comercio de Zaragoza.
2 *La cuestión económica*, por D. Eduardo Sanz y Escartín.

—Buenos dias, Gertrudis—dijo tendiéndola la mano.

—¿Está buena Guillermina?—preguntó ella con viveza.

—Muy bien; hoy quería venirte á ver, y se lo he impedido.

—¿Y por qué, si tengo tanto placer en verla?

—Es que tenía que hablarte de ella. ¿Me puedes escuchar un momento?

—Sí por cierto.

—Tanto mejor; muchas gracias.

Y diciendo esto, dejó Federico el sombrero sobre una butaca, y tomó en la suya la postura de un hombre que se arrellana; Gertrudis, por su parte, sacó del bolsillo su labor de gancho, y dijo con sonrisa á su cuñado:

—Ya te escucho.

—Empiezo por darte miles de gracias—dijo Federico,—por la bondad y cariño que has tenido con mi pobre mujer. Mucha necesidad tenía de ello, porque la muerte de nuestro pobre niño ha sido para ella una fuerte prueba, y para mí también; lo confieso..... ¡No hubiera podido creer que esos angelitos tuvieran tal poder sobre nuestras almas..... A cada momento veo á ese pobre niño delante de mí, como un retrato, y cuando quiero pintar sus facciones, no puedo; las tengo en la cabeza, en el corazón..... pero el pincel se rebela..... Pero dejemos esto, y ocupémonos en Guillermina. Tu bondad hacia ella es tanto más de agradecer, cuanto que entre vosotras no había simpatía de creencias, y sé, Gertrudis, cuán aferrada estás en las tuyas..... No la has herido ni contrariado nunca, mostrando siempre tu profunda estima hacia el Catolicismo. Pues bien, Gertrudis: por mejor celo y apostolado que quisieras haber empleado, no habrías encontrado otro que obtuviera mejores resultados.

A estas palabras, Gertrudis dejó caer la labor de sus manos, se sonrojó, y miró á Federico con aire de seriedad.

—Sí—continuó;—tu modo de obrar y algunas reflexiones sobre la Religión han producido en Guillermina una viva impresión; ha reflexionado, ha leído algunos libros de controversia, y el resultado de todo esto es que quiere hacerse católica, apostólica, romana.

—¡Oh Dios mío!—exclamó Gertrudis.—¡Cuán bueno sois, y cuántas gracias tengo que daros....!

No pudo decir más: las lágrimas de alegría le cortaban la voz, y Federico, al verla tan conmovida y animada por una alegría celestial, la encontró bella.

—¿Deseas, pues, su abjuración—la dijo,—ya que te muestras tan satisfecha?

—Todos los días lo pedía al cielo. ¿Pero tú, Federico, no estarás disgustado, así lo espero?

—¡No, por Dios! jamás he sondeado las diferencias entre las dos creencias, pero instintivamente me disgusta el protestantismo: es un culto sin carácter ni poesía; y para buscar inspiraciones hay que ir á Roma y no á Ginebra. Añado que no hay nadie más tolerante que yo; no tolerante en el sentido que lo entienden algunos periódicos que sólo quieren la libertad para ellos y sus amigos; creo, por el contrario, que cada cual es libre de obedecer á su conciencia y servir á Dios como mejor le parezca. Guillermina, que es naturalmente piadosa y creyente, ve en el Catolicismo medios de salvación que no la ofrecía Calvino. ¡Que se haga católica! Aunque yo no practique, no soy tan atroz que quiera tiranizar un alma, y doy paso franco á la abjuración de mi mujer.

—Eres razonable y justo, y espero que tú también un día.....

—No prediques, prima. Me convertirás aunque yo no quiera..... ¿Sabes que cuando veo los cuadros de Lesueur, me siento católico.....? Es una verdad; los protestantes no tienen pintores; ¿qué son Reynolds y Lawrence y hasta el mismo Rembrandt, delante de Rafael, Miguel Ángel y Murillo? Pero ¿de qué estábamos hablando?

—Hablábamos de nuestra querida Guillermina.

—¡Ah! sí. Pues bien: la pobre me ha confesado su gran resolución; temblaba y lloraba; tal vez tuviera miedo de que yo hiciera de perseguidor. Pero bien me conoce, la abracé y dí mil felicitaciones, porque te aseguro que encuentro muy dichosas y dignas de envidia á las gentes que creen en algo; después la dije que vendría á darte la gran noticia. Desea mucho hablar contigo y vendrá á verte hoy mismo.

—¡Qué placer tendré en verla!

—Mira..... ya tocan..... Apostaría á que no ha tenido paciencia para esperarme.

Era Guillermina en efecto. Gertrudis corrió hacia ella, la abrazó varias veces, expresándola así los sentimientos de su alma, y Federico tomando el sombrero, dijo sonriéndose:

—Creo que necesitáis una larga entrevista; con que hasta dentro de un rato, Mina; prima, hasta otra vez.

—¡Oh! ¡Querida Guillermina, qué buena, qué dichosa noticia! No te puedo decir la alegría que siento: desde el nacimiento de Paquito, nada me ha proporcionado más gozo.

La fisonomía de Guillermina reflejaba una dulce y serena gravedad; apretó la mano de Gertrudis y la dijo:

—Estaba segura de tu simpatía y aprobación, querida hermana, y deseaba que fueses la primera, después de mi marido, que supiera mi resolución. Soy dichosa en el fondo de mi alma porque poseo la Verdad, la Verdad única, porque es imposible que haya muchas.

—Pero, Guillermina, ¿cómo has llegado á este caso? ¿Qué es lo que te ha iluminado?

—Primeramente, un sentimiento secreto, involuntario, en el fondo del alma, y después un estudio razonado. Voy á decirte todo, Gertrudis mía: tú me comprendes, y me ayudarás á dar gracias á Dios, á ese Dios cuya misericordia he conocido á la hora de las alegrías, como á la hora de las penas. No dudaba en modo alguno de la bondad de mi creencia: me la había enseñado un venerable anciano, mi abuelo, de quien espero que Dios se habrá compadecido, y vivía sin reflexionar en estas materias, que me parecían superiores á mi alcance. Leía los domingos un capítulo de la Biblia, bien oscuro á veces para mi inteligencia; oía en el templo un discurso y algunos cánticos, y con esto despachaba. Cuando se puso malo mi hijo, mortalmente afligida, rezaba; ¡pero Dios me parecía estar tan lejos! Oraba mal y sin confianza: Dios no estaba á mi vista y presente como lo está á los católicos; mi pobre Fernando rezaba también, y, al oirle, tenía un ardiente deseo de rezar con él y como él..... Esta era una de las penas que se unían á las demás, que me originaba la diferencia de la religión de mi hijo. Desde entonces comencé á reflexionar un poco sobre este asunto, y la reflexión me produjo la duda. Vinimos á Amiens. Tuviste, querida Gertrudis, la bondad de darme muestras de cariño; me incliné á tí, y al verte tan buena y ferviente católica, te observé. Me pareció que la Religión que dirigía tus acciones, que inspiraba tus virtudes, debía ser buena. ¡Oh! Cuántas veces te he espiado! ¡Cuántos sacrificios has tenido que hacer! Roberto no siempre se mostraba amable contigo, ni los niños dóciles, ni la vida con la misma uniformidad; pero tú lo tomabas todo sobre ti, y nada dejabas á los demás: tus sacrificios los hacías con la sonrisa en los labios, dulce y paciente, no por temperamento, sino por principios, y remontándome al origen, he observado que era en la iglesia, rezando y comulgando, en donde adquirías tu bondad y tu dulzura. Predicabas sin saberlo..... Quise ir más adelante; leí..... encontré en la biblioteca de nuestro padre las *Variaciones* de Bossuet, las leí, y me convencieron. Quiero ponerme del lado más seguro: los protestantes dicen que en todas partes se salva uno, los católicos que solo en la Iglesia; entremos, pues.

—Ese fué el motivo que convenció á Enrique IV—dijo Gertrudis.

—Sí, esta razón es buena, pero tengo otras: ¡yo creo! y además, Gertrudis, quiero profesar la misma fe que mi hijo, y el que pronto vendrá al mundo no ha de tener separada su alma de la mía. ¡Oh! ¡Bien lo veo! ¡Mi Fernando ha rogado por mí!

—¿Y quieres bautizarte?

—*¡Como el ciervo sediento las fuentes de las aguas!*—respondió Guillermina citando al salmista.—Gertrudis, ¿quieres ser mi madre y responder de mi fidelidad?

—Con mil amores.

—Y una vez bautizada—continuó apoyándose sobre el hombro de Gertrudis,—podré rezar por Federico con más confianza. Dios tocará también su corazón, ¿no es verdad?

CAPÍTULO XXIII

EL BAUTIZO

La abjuración de Guillermina tuvo lugar en la capilla de una comunidad de religiosas, escogida á propósito para evitar el ruido y la curiosidad. Gertrudis y Mr. Delaborde la acompañaron al altar, y toda la familia asistió á la ceremonia. No se podía mirar á Guillermina sin emoción: el largo velo y el vestido blanco de los catecúmenos la rodeaban de una aureola de pureza; su fisonomía reflejaba una inocencia y devoción angélicas; una alegría profunda animaba su semblante; se conocía al mirarla que poseía aquel tesoro de infinito precio, aquella preciosa perla del Evangelio, en comparación de cuyo precio son polvo todas las riquezas de la tierra. Leyó con voz lenta y firme la fórmula de abjuración, y recibió la absolución de herejía. Después se dirigió con sus padrinos hacia las fuentes bautismales.

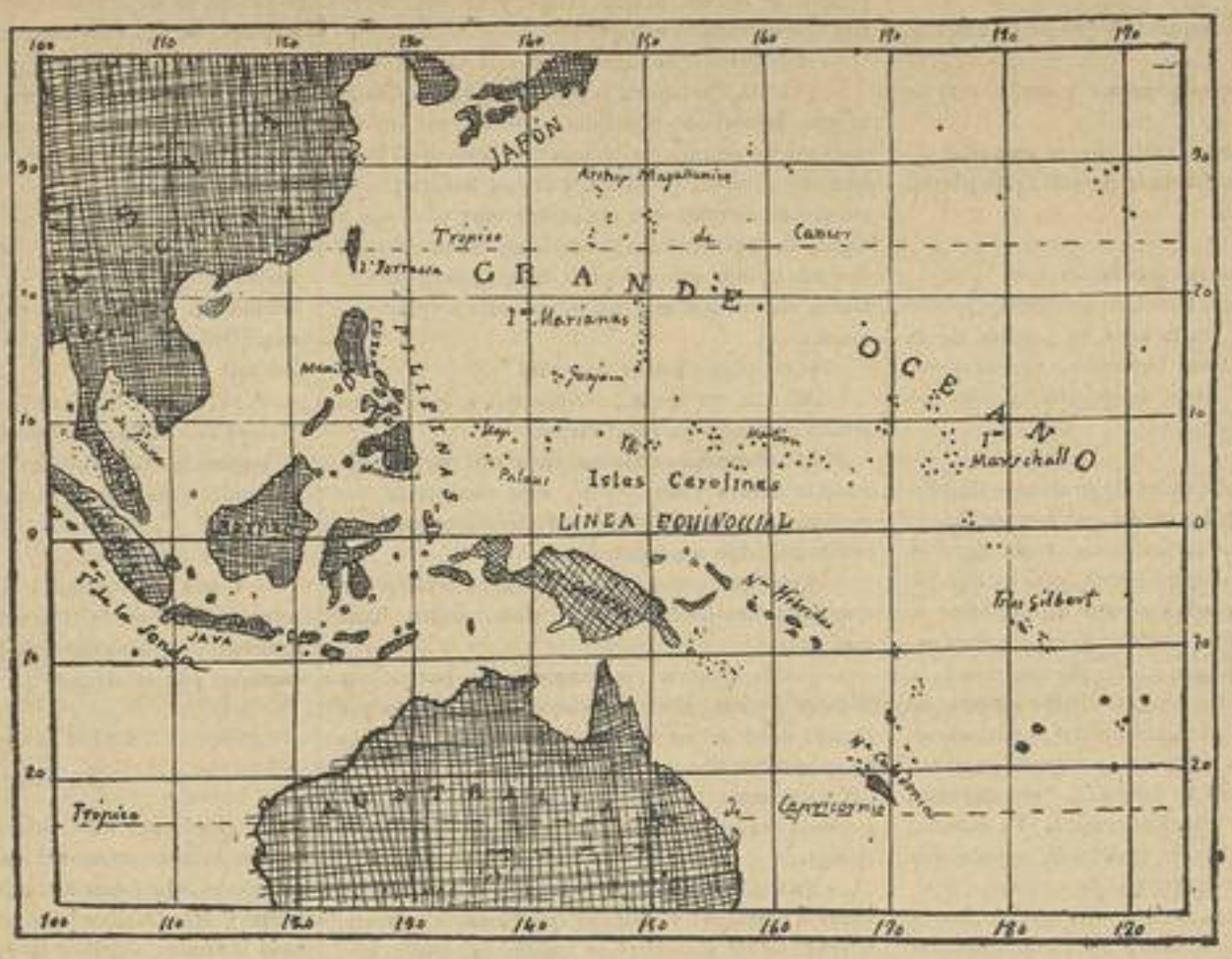
El santo y misterioso rito comenzó: la neófita respondía por sí misma á las preguntas que se la hacían; renunció al mundo, al demonio y á la carne, recibió la sal de la sabiduría, y cuando llegó el momento de recibir el agua que lava las almas, Gertrudis la levantó el velo y Guillermina dobló su cabeza, pálida de emoción y de fervor. Después de las unciones volviósela á llevar al altar: tenía en la mano la vela, emblema de su nueva fe.

Comenzó la misa, y Guillermina, prosternada y recogida, confesó más tarde que estos momentos no habían tenido para ella la duración de un relámpago; pero cuando llegó el momento de la Comunión, de la suprema unión de Dios vivo con su criatura, se levantó, y no podía andar. Un temblor nervioso sacudía sus miembros; se sonreía, y las lágrimas bañaban su sonrisa..... Gertrudis la sostuvo, y juntas se adelantaron y recibieron á su Dios, unión de su amistad. Quedó algún tiempo absorbida y en silencio, disfrutando el bien que nadie le podía arrebatar; y cuando al fin salió de la capilla, apoyada en el brazo de Federico, le dijo al oído:

—Prométeme, en nombre de nuestro hijo, que un día comulgaremos juntos. ¡Si supieras qué felicidad se experimenta!

Él inclinó la cabeza, y la besó en la frente sin decir nada: también él estaba conmovido. Acababa tal vez de saber en aquel momento lo que vale nuestra alma y lo que es el cielo.

Una gran comida reunió á toda la familia en casa de Mr. Delaborde, dichoso por haber sido el padrino de Guillermina. Recibió todos los honores, como un día de primera Comunión ó un día de matrimo-



MAPA DE LAS ISLAS CAROLINAS.

nio; pero estos honores ella se los pasaba á Gertrudis: todos se asociaron á la fiesta, porque Gertrudis era querida de todos, y Roberto disfrutaba con el triunfo de su mujer. A los postres, Hugo y Francisco, unidos como dos verdaderos hermanos, y los hermosos hijos de Enriqueta, llevaron á la madrina y á la ahijada ramilletes cuyos perfumes y ricos colores tenían aire de fiesta.

— Y pronto — dijo Mr. Delaborde — tendremos un nuevo bautizo: mi mujer y Roberto serán los padrinos: ¿y qué nombre se le pondrá?

— Valeria, si es hija — dijo Mad. Delaborde.

— Quiera Dios que sea una hija; que bastantes pilluelos hay con éstos..... — dijo su marido, luchando con los chiquillos que le rodeaban.

— Y si es una hija, ¿no podría casársela anticipadamente con uno de sus primos, por ejemplo, con Hugo ó Francisco?

— ¡Perfectamente! — dijo Roberto con entusiasmo.

— No hagamos proyectos — interrumpió con dulzura Gertrudis. — Fiémoslo á la Providencia, que conduce tan bien las cosas.

FIN DE LA NOVELA

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono n.198.

SOBRINOS DE RUIZ DE VELASCO
Montera, 7.

Equipos para novias. — Edredones seda y Duvet. — Géneros de punto ingleses y franceses.

Tenemos el gusto de poner en conocimiento de nuestra distinguida clientela que hemos adquirido todas las ricas existencias de lienzos, batistas, encajes y bordados finos que las Sras. Hijas de Bianchi, retiradas definitivamente de los negocios, tenían en su acreditado establecimiento de ropa blanca confeccionada. Podemos, pues, ofrecer al publico un surtido inmenso de los mejores lienzos y mantelerías belgas que se fabrican y á la vez la perfección más exquisita en la ropa blanca que se nos encargue, sobre todo en los equipos para novias, hechos siempre en esta casa con telas y bordados de la más absoluta confianza.

LOS QUE TENGAN TOS
va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca tambien la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

GRAN CERERÍA
Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATÓLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

BLANQUEO DE CERAS EN GRAN ESCALA

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla. **CERAS AMARILLAS** de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 32.—Madrid 15 de Noviembre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 8 1/2 ps. fs.
Un año..... 16 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

†

EL SEÑOR

DON MANUEL BENIGNO SALAMANQUÉS

Regente de la Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,

FALLECIÓ

El viernes 7 de Noviembre de 1890, á las ocho y media de la noche,

Á LOS 58 AÑOS DE EDAD

DESPUÉS DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS

R. I. P.

Las Señoras de la Junta del referido Asilo, la Dirección y Redacción de «La Ilustración Católica», su desconsolada esposa Doña Andrea Moraleda Mosquera, tío, primos, sobrinos y demás parientes y amigos,

Suplican á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA *se sirvan encomendar su alma á Dios y le tengan presente en sus oraciones.*

El Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá concede cuarenta días de indulgencia á todos los fieles residentes en esta Diócesis por cada Misa que oyeren, Sagrada Comunión que aplicaren ó parte del Santo Rosario que rezaren por el alma de dicho señor en particular y por las del Purgatorio en general; y si dicho Santo Rosario se rezare en compañía de alguna persona de la familia del finado, cuarenta días más por cada uno de los misterios.

SUMARIO

Texto.

La Década, por Fernando.—*Benjamina* (continuación), por el P. Francos. — *D. Francisco Silvela*, por S. — *Las maravillas del amor* (continuación), por Angel Salcedo. — *Fecundación de las flores*, por Eduardo Mier. — *El Corazón de Jesús y la cuestión social* (conclusión), por el Obispo de Vich. — Album de pobres: *El jesuita* (soneto), por E. G. Bravo.—*Teatros* (á vuela pluma), por Mistigris.

Grabados.

Vistas de Monte Casino. — He ahí el célebre Monasterio, cuna y asilo de las ciencias en la Edad Media.

D. Francisco Silvela. — (Véase el artículo.)

Estatua de Germania. — El dinero conquistado á los franceses en 1870 sirvió para levantar ese colosal Monumento á la gloria de Germania vencedora.

LA DÉCADA

El acontecimiento más importante de la década, y al mismo tiempo el más triste, es el fallecimiento del insigne polemista sevillano D. Francisco M. Gago. Por desgracia, D. Francisco M. Gago, en los últimos años de su vida, tomó una parte demasiado activa en las polémicas intestinas que han dividido á los católicos, poniendo su pluma, digna de reñir grandes batallas, al servicio de un grupo que la utilizó en las escaramuzas y combates de guerrillas que sostenía con los otros grupos, sus rivales. Parece indudable que el Dr. Gago obró en esto con una absoluta buena fe; pero ni su carácter ni su fama ganaron nada con ello. Obligado por las exigencias de una polémica rastrera, por los aplausos interesados de los que le rodeaban y por su natural propensión al estilo mordaz, Gago insultó creyendo que discutía; puso como no quieran dueñas á hombres tan respetables como Pidal, como Vildósola, como Isern, como Sangarrén y otros muchos; hasta tuvo que sostener discusiones más ó menos vivas con venerables Prelados como el virtuosísimo de Segorbe. Pero estas cosas, explicables por la decadencia de un espíritu que fué independiente y burlón como ninguno, no serán de las que pasen á la posteridad: con su muerte se han olvidado todas. El periódico *La Fe*, por cierto, ha dado una prueba notable de cristianismo práctico escribiendo, en cuanto supo la muerte del Dr. Gago, un cumplido elogio de las virtudes del insigne finado.

Porque aparte de eso que apuntamos con dolor, Gago fué un grande hombre, y su memoria merece la gratitud de los católicos.

***

Nació D. Francisco Gago, dice uno de sus biógrafos, en Grazalema, provincia de Cádiz, el 15 de Junio de 1827; quedó huérfano siendo todavía niño, y su educacion corrió principalmente á cargo de un tío suyo, monje benedictino, y último Abad que fué de la casa de Sevilla.

Educado por frailes, y benedictinos por más señas, era natural que el joven Gago tuviera tal amor al estudio y á las ciencias, que en vez de contentarse con las ligeras tinturas de ellas que el siglo propina á sus sabios, estudiara tres carreras á la vez: las de Teología, Jurisprudencia y Filosofía y Letras, y las tres con tal aplicación, que alcanzara siempre nota de sobresaliente y los premios extraordinarios de matrículas y grados; porque así suelen los frailes difundir la.... ignorancia.

Pero algo más que este brillante resultado dice el que á los veintitrés años ganó por oposición el Sr. Gago la Cátedra de Latinidad del Seminario de Sevilla; que á título de ella se ordenó de Presbítero en 1852, y que en seguida fué nombrado Vicerector y Catedrático de Teología Dogmática y de Lengua Hebrea en el Seminario de Cádiz, donde estuvo cuatro años.

Hizo después oposición á las cátedras de Teología, vacante en varias Universidades, y obtuvo el primer lugar para la de Madrid; pero conviniéndole más residir en Sevilla, se quedó con una clase de esta ciudad, desempeñando su cátedra y el cargo de Decano de la Facultad, hasta que la revolución de 1868 la suprimió.

Mas como el Sr. Gago, á fuer de oscurantista y discípulo de los benedictinos, sabía muchas cosas, pudo, después de suprimida la Facultad de Teología, pasar, al cabo de algunos años de excedencia, á desempeñar la cátedra de Lengua Hebrea en la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla.

Fama de sabio debía también tener por todo el orbe el Sr. Gago, á pesar de ser discípulo de los frailes, cuando en 1868 recibió también el nombramiento de teólogo del Concilio Vaticano, que le mandó Su Santidad el Papa Pío IX, honra que agradeció en el alma, pero que rehusó respetuosamente; contentándose con asistir al Concilio como teólogo del Sr. Obispo de Gibraltar.

A pesar de su carácter vivo, debieron los benedictinos, célebres por su paciencia en hacer obras literarias dificultosas, trasmitir algo de ella al señor Gago, pues éste se empeñó en imprimir una gramática hebrea en Sevilla. Para ello empezó el Sr. Gago por refundir, dar nueva forma y mejorar, dejándola como nueva, la gramática de su célebre maestro el Sr. García Blanco, obra que le costó varios años. Una vez terminada, emprendió la de imprimirla, trabajo mucho más pesado, que le hizo pasar dos años, vigilando á los cajistas, corrigiendo constantemente y teniendo que poner á mano, y en miles de pliegos, las letras que se rompían.

Grande fué el trabajo, pero su generosidad no fué menor, pues que cedió la mitad de la propiedad al Sr. García Blanco, cuando realmente podía el señor Gago considerar como exclusivamente suya la nueva gramática hebrea.

No sólo en esta lengua y en los estudios de Sagrada Teología se ha distinguido el Sr. Gago, sino que en la numismática ha dado muestra de profundo saber y ha hecho trabajos notables é insignes descubrimientos que le colocan á la cabeza de nuestros arqueólogos. Su casa es un verdadero museo de antigüedades, su estudio está lleno de obras de arte de todos los siglos, y á él acudían en consulta todos los doctos y aficionados á la antigüedad, oyendo sus explicaciones como las de un maestro en la materia.

Tomó parte muy principal en la publicación de la *Numismática española antigua*, que dió á luz en Sevilla el académico D. Antonio Delgado; rescató del Gobierno alemán las tablas de bronce de la *ley Julia Genitiva*, dadas por el Senado de Roma á la villa de Osuna, y las mandó al Museo de Madrid, y por último, encargado por el Gobierno de hacer escavaciones en Osuna, las dirigió con tanto acierto como actividad.

Todas estas cosas pintan al sabio; pero el señor Gago, antes que sabio, era sacerdote, y como tal ha cumplido siempre con las sagradas obligaciones de su ministerio, dedicándose mucho al confesonario y á la asistencia de enfermos, sobre todo en épocas de epidemias. En las de los años 1854, 55, 56 y 1865, el Sr. Gago, con ese valor heroico que sólo da la caridad cristiana, iba de casa en casa asistiendo á los coléricos, consolando á las familias con el celo de un Apóstol para salvar las almas de los que morían, con el amor de un padre para mitigar las penas de los que sufrían y con el desinterés y el desprecio santo de la vida, que tan propios son del sacerdote católico.

Propúsole el Gobierno, por premiarle, como si esto pudiera premiarse, para la cruz de Beneficencia; pero el Sr. Gago la rehusó, lo mismo que la de Isabel la Católica, con que le brindaron hace pocos años.

Mas las cruces á que aspiraba el Sr. Gago eran más elevadas, y esas se las darán fuera de la tierra. Aquí le bastó con hacer bien, y no sólo ese bien de asistir á los enfermos y consolar á los afligidos en las epidemias materiales, sino el mayor bien de librar á las almas de la peste moral en que las envuelve el siglo para matarlas. Contra esa peste sí que ha trabajado y trabajó con gran éxito el señor Gago, considerándola con gran razón como la peor de todas.

A raíz de la revolución de Septiembre, el protestantismo intentó echar raíces en Sevilla. Varios desdichados sacerdotes apóstatas empezaron á corromper á la gente, fundaron escuela y hasta abrieron su cacho de iglesia; pero el Doctor Gago les salió al paso, y con sus argumentos dogmáticos, con sus razones teológicas, con sus alegres dicterios, en que la gracia andaluza se aliaba á la severidad santa, de tal modo deshizo y pulverizó á los infelices novadores, que ahogó en flor el malévolo gérmen que habían arrojado en la ciudad ganada á la fe por San Fernando.

Lo mismo que á los protestantes trató el Sr. Gago en sus célebres cartas y opúsculos á los revolucionarios, sabios é ignorantes, que se alzaban contra nuestras costumbres, dogmas ó tradiciones, y buena memoria guardarán de sus contundentes razonamientos los Sres. Rubio, Castelar y Ruiz Zorrilla, que le dieron ocasión para esgrimir su bien templada pluma.

Ahí están, para no dejarnos mentir, los cinco tomos de la colección de opúsculos del Doctor Gago, como otras tantas muestras de su fecundidad, de su erudición, de su ingenio, de su castizo lenguaje, y sobre todo, de su amor á la verdad. Todos ellos ponen muy alto á su autor, y especialmente á la causa que defienden, porque el Sr. Gago no era de los escritores que trabajan sólo para lucir y adquirir fama, sino que escribía para convencer, para persuadir, para llevar las almas al bien ó separarlas del mal, mostrándoles lo que son, y tales como son, las doctrinas y los hombres que quieren alejarles de Dios y de su Iglesia.

La Ilustración Católica ruega á sus lectores que encomienden á Dios el alma del ilustre finado. (Q. E. P. D.)

***

El mismo ruego debemos hacer respecto á otro hombre que, en esfera mucho más humilde que el Dr. Gago, supo ganarse también el aprecio de cuantos le conocieron, y fué un modelo de esposos y de católicos artesanos. Tal fué el Sr. Salamanqués que, bajo los auspicios de la inolvidable Ernestina, fundó la imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús y la regenteó hasta su muerte. El justo crédito de que goza esta imprenta, á Salamanqués se debe en gran parte. Que descanse en paz el modesto cuanto ilustrado artesano.

***

Después de tantas noticias tristes, una alegre. Los amigos de D. Damián Isern, director de *La Unión Católica*, obsequiáronle (ó mejor dicho, obsequiámosle) con un banquete en el restaurant inglés. Hubo, como es costumbre, brindis y discursos, y mucho deseo de que el Sr. Ministro de la Gobernación acceda á que el Sr. Isern represente en las futuras Cortes algún distrito electoral de la Península ó de sus islas. Seguramente que ni el gobierno ni el partido conservador perderían nada, antes bien ganarían mucho con que D. Damián tomase asiento en el futuro Congreso de los Diputados. ¿Por qué, pues, esa resistencia que se dice hay para encasillarle? ¿Tiene, acaso, el partido conservador muchos hombres de la talla literaria y política del Sr. Isern? Ya se vió la otra noche: Directores generales, Dipu-

tados, periodistas muy distinguidos, todos á una clamaban por el triunfo electoral del Director de *La Unión Católica*. Nosotros, que sólo miramos estas cuestiones desde el punto de vista católico, hacemos votos porque la Iglesia cuente en el futuro Congreso con un defensor tan entusiasta y probado como el Sr. Isern.

FERNANDO.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

(Continuación.)

Se había tenido el mayor cuidado en ocultar á los católicos el objeto de aquella reunión nocturna, y no sospechando éstos la matanza que se tramaba, se figuraron que aquel tumulto diabólico sería una comitiva de metodistas que iba á alguna selva cercana á celebrar uno de sus monstruosos *revival* [1]. Por esto, mientras que la cuadrilla furibunda incendiaba las puertas de la iglesia, las religiosas y las colegialas dormían aun tranquilamente. Sólo á los repetidos golpes que se daban á las puertas, que caían derribadas, y al oír los aullidos que retumbaban en las escaleras y corredores, se despertó sobresaltada aquella tímida é inocente familia mujeril. — ¡Dios mío! ¿Qué es esto? — ¡Fuego en la iglesia! — ¡Fuego en el claustro! — ¿A dónde huir?—Estamos asaltadas. — Asesinos que suben por la escalera. — Sálvese quien pueda. — Huyamos, huyamos. — Virgen santa, socorrednos. — ¡Dios mío, misericordia! — Quién se cubría con una sábana, quién cogía una mantilla; todas fuera de sí se precipitaban hacía la puerta En aquel instante entró la Superiora, y habiendo dado dos fuertes palmadas, dijo resuelta y enérgicamente: — ¡Silencio! ¡obediencia! Todas al cementerio; esperad allí. — Esta orden oportuna, dada en todos los dormitorios y ejecutada prontamente, fué la salvación de la comunidad.

Como el fuego de la puerta de la iglesia se había comunicado con violencia á un montón de sillas que estaba allí cerca y elevádose la llama á una grande altura, el cielo raso, hecho á la americana, esto es, de tablas y cañas, se vino luego abajo y con él se hundieron incendiados los techos y pisos del antiguo cuerpo de fábrica, cerrando así el paso al corredor que desde la entrada conducía á las celdas y dormitorios. Así que mientras aquellos desalmados, no pudiendo pasar adelante, saqueaban con furia la iglesia, la sacristía, la hospedería y las escuelas inmediatas á la puerta, las niñas con las maestras tuvieron tiempo para ponerse en salvo, y cuando los agresores acordaron arrancar las rejas para colarse en el patio y de allí penetrar en las habitaciones, todas habían llegado ya á un lugar seguro.

Hallábase contigua al cementerio la finca de un rico irlandés católico, que tenía tres hijas educandas en el colegio de las Ursulinas. Este, al ver las llamas que se elevaron repentinamente sobre los tejados del convento, acudió á toda prisa al socorro, acompañado de una docena de hombres, los unos de su familia, los otros colonos suyos, armados todos de azuelas y hachas para aislar el fuego y de otras herramientas para apagarlo. Marchaba en aquella dirección cuando encontró el tropel de fugitivas, y entre ellas á sus hijas. Iban corriendo hacia su casa medio desnudas, desgreñadas, palpitantes, pidiendo auxilio y amparo contra los asesinos, de modo que daba lástima verlas. En el primer momento de furor estuvo por echarse sobre aquellos malvados; pero se contuvo para atender á lo más urgente. Colocó á las religiosas con sus hijas y las más pequeñitas, en su propia habitación; otras fueron alojadas en el piso superior y las demás en los graneros y heniles. Luego, por temor á algun nuevo ataque, apostó en sitios oportunos á la gente de la quinta, dispuesta para todo evento y provista de hoces, guadañas y de cuantas armas de fuego en buen uso pudo hallar.

Despachó algunas de las mujeres más animosas á sus amigos, protestantes honrados, y principalmenmente á los católicos, sus compatriotas, que se hallaban en gran número en las plantaciones circunvecinas, y poco después con su auxilio se halló en estado, no sólo de resistir á cualquier ataque, si que también de tomar la ofensiva. Entonces se dirigió al convento; pero los salteadores estaban ya lejos y nada se veía sino una inmensa hoguera entre los pasadizos de las paredes laterales, sobre las que crugían, retorciéndose, las vigas de los techos superiores, que lanzaban torbellinos de polvo, humo y chispas. Hizo recorrer y explorar las cercanías; los enemigos habían desaparecido; sólo vieron el concurso de la gente que venía horrorizada á prestar auxilio y que llenaba de imprecaciones á los autores de aquella vandálica empresa.

Patricio Mac Culloch, así se llamaba el propietario irlandés, no desperdició el tiempo, y organizó á toda prisa un convoy para conducir á las fugitivas á Boston y depositarlas en casas seguras antes que sobreviniese algún nuevo peligro. Ya se había provisto á las más urgentes necesidades, procurándose de todas partes los comestibles oportunos. Reunió los carruajes que pudo encontrar, ya suyos, ya prestados, enganchando en ellos bueyes, asnos y caballos del mejor modo posible para una partida tan precipitada. En el centro colocó á las más robustas, que podían ir á pie: formó la escolta con un centenar de hombres resueltos y bien armados, repartiéndolos militarmente, parte á la vanguardia y parte cerrando la marcha. Corría ya por Boston la voz de aquella catástrofe, y las personas honradas, tanto católicas como protestantes, iban por las calles en busca de noticias, reclamando á porfía y pidiendo como favor hospedar á las víctimas del fanatismo y proveerlas de las cosas de primera necesidad. A media mañana todas, religiosas y alumnas, estaban perfectamente alojadas y provistas de lo necesario; si bien la mayor parte tuvo que meterse en cama y hacerse sangrar para precaver las consecuencias peligrosas del espanto de aquella noche horrible.

Por otra parte, en Charlestown, después de la hazaña, los malhechores habían regresado en gran número á la posada de Bruto, donde Luisa se quedara aguardando á Mario. Un gentío de curiosos se precipitaba de todas partes para cerciorarse minuciosamente de lo ocurrido. Uno, que se había mostrado de los más furiosos en el saqueo de la iglesia y del monasterio, se subió sobre una cuba volcada y se puso á contar por extenso los más odiosos pormenores. Ensalzaba la grandeza del complot, el sigilo guardado, el valor en la acción, y mientras la mayor parte del auditorio se horrorizaba y algunos pocos embriagados de fanático celo le interrumpían con gritos atronadores de aprobación y aplauso, iba haciendo la historia de la jornada y del asalto por sorpresa, escarneciendo cínicamente el apuro de las papistas y la vergüenza de aquella fuga nocturna atropellada, descompuesta y desprevenida. Y luego se puso á describir el saqueo de las habitaciones, pocos minutos antes abandonadas por las niñas, los porrazos á las imágenes, el destrozo de los cuadros, la mutilación de los santos y vírgenes, y por fin la destrucción general, hasta que obligados por las llamas á retirarse dejaron arrasada aquella guarida de papistas.

— Quien ha dado, añadía, el mejor golpe en la jornada, he sido yo, pues mientras mis compañeros se las habían con los soldados rasos, yo me fuí en derechura al coronel. He desafiado al Dios de los papistas en persona; nos hemos visto las caras... y yo sin más ni menos me lo he metido en el bolsillo.

¡Demasiado cierto era! Aquel demonio encarnado, en medio del bullicio, á la luz siniestra de las llamas, se había subido al altar, y forzando con un guijarro la puerta del tabernáculo había robado el copón, echando con infernal impiedad las sagradas hostias en su faltriquera. No contento con aquel sacrilegio atroz, ahora insultaba con satánico orgullo el cuerpo de Jesucristo Sacramentado, haciendo alarde de su crimen como de una insigne y gloriosa hazaña. Habiendo visto entre la muchedumbre á un irlandés y reconocídole por católico, le dijo:

— Mira tú, amigo Patricio, ahí tienes á tu Dios; si quieres, lo mismo te puedo regalar media docena que un par; así te ahorrarás el trabajo de ir á comértelo en la iglesia.

Y hablando de esta suerte sacó un puñado de partículas consagradas.

El irlandés quedó sobrecogido de horror é indignación. En esto el sacrílego fanfarrón, con una risa sardónica, dijo que tenía que ausentarse un momento para una necesidad. Pasan diez minutos, un cuarto de hora y no comparece. Un presentimiento vago, un terror inexplicable se apodera de toda aquella gente que le estaba esperando. Por fin se van al común. El miserable yacía yerto cadáver; había sucumbido en aquel acto vergonzoso con los intestinos colgando fuera del cuerpo. Es indecible la consternación que se apoderó de todos á la vista de un espectáculo tan solemne de la venganza celeste. Nadie pudo prescindir de un profundo sentimiento de espanto y terror: las circuntancias y lo repentino de aquella muerte confundía las sutilezas de los más obstinados palabreros. Todos los hombres de buena fe compararon el caso que presenciaban con el suceso bíblico de Oza, castigado de muerte por Dios en el acto de tocar el arca del Testamento.

Luisa fué también á contemplar aquel cadáver impuro. La fe católica arraigada en Córcega, aunque ultrajada por ella, no estaba apagada del todo en su corazón; horrorizóse, pues, y tembló. Viendo al irlandés cortar la faltriquera que contenía las santas formas, cayó de rodillas, adorando con la faz en la tierra á su Dios sacramentado, que acababa de dar una prueba tan tremenda de su presencia, y ofreció un pañuelo blanco muy limpio para envolver el precioso depósito. El irlandés, después de haber cumplido aquel deber sagrado con la mayor reverencia posible en circunstancias tan apuradas, se dirigió á la catedral católica para entregar el Sacramento á los sacerdotes [1].

CAPÍTULO XIII

EL ALZAMIENTO CATÓLICO

El trágico acontecimiento de la posada de Charlestown corrió inmediatamente de boca en boca, no

1 Los metodistas llaman así a sus reuniones religiosas.—*N. del T.*

1 El asalto é incendio del convento de Ursulinas de Mount-Benedict sucedió (para quien quiera saberlo) en la noche del 11 de Agosto de 1834, y fué obra de los protestantes, instigados por sus fanáticos ministros. Lejos de exagerar los hechos, hemos pasado por alto sus detalles más odiosos, para no lastimar la sensibilidad del lector. ¡Hasta los sepulcros fueron profanados! Y no fué un hecho aislado: en otras partes, principalmente en Baltimore y en Filadelfia, los sectarios pese dieron una cruzada contra los establecimientos de los católicos y trataron de asolar las iglesias; mas los habitantes, escarmentados con los horrores de Boston, empuñaron valientemente las armas y dejaron frustrada la intentona de sus enemigos. Para convencerse de la verdad de los hechos, basta leer los periódicos de aquella época. El incidente del sacrílego que sonrió repentinamente, es también histórico; rigurosamente históricos son asimismo lo del robo del copón en la iglesia de Mount Benedict, la escena de la posada, la narración de lo sucedido á los curiosos, la sorna satánica dirigida al irlandés, las circunstancias de la muerte del sacrílego y la impresión que esta produjo en los protestantes. Así lo prueba la relación publicada allí mismo en presencia de católicos y protestantes por el Vicario general de la Diócesis, é inserta en los *Anales de la propagación de la fe*, en el legajo de Noviembre de 1837.

hablándose de otra cosa en Boston, que está cerca, y esto contribuyó algún tanto á apaciguar á los más furibundos.

Y aunque esto no hubiera bastado, amenazaba otro peligro á aquella turba de energúmenos, por numerosa que fuera: porque en todas direcciones corrían mensajeros despachados á toda prisa á los padres de las niñas recogidas en Boston. Así es que pocas horas después, el bárbaro suceso de Mount-Benedict se había divulgado por todos los pueblos y ciudades circunvecinas. La fama, oscura y pavorosa, como siempre sucede al principio, abultaba y desfiguraba los hechos. Por lo cual, imaginando y temiendo nuevos desastres, en todas las aldeas y pueblos cercanos donde había parientes, amigos ó deudos de las niñas, no se veía más que correr á las armas, ensillar caballos, subirse ocho ó diez á los carruajes y encaminarse á Boston. Los caminos y senderos estaban cuajados de hombres con armas que corrían á rescatar á sus hijas, hermanas ó parientas, á defenderlas ó vengarlas si era preciso. Los irlandeses particularmente, bizarros y ardientes por naturaleza, y además numerosos en el país, hormigueaban por todas partes, formando grupos en las encrucijadas de los caminos, en las quintas y en los mesones, y formando compañías con la bandera de San Patricio desplegada, se dirigían en columnas cerradas y llenos de ardor hacia la ciudad consternada.

Las autoridades, que en la noche anterior se habían hecho invisibles por traición, ahora se escondían por apocamiento: comisarios y polizontes se escabullían y tomaban las de Villadiego. Verdad es que los más exaltados entre aquella gente amotinada, arengando á sus compañeros por las plazas, decían sin rebozo que, además de pegar fuego á los templos de los protestantes, era preciso sacudir el polvo á los empleados en la policía y pegar fuego á las Casas Consistoriales con la Municipalidad dentro.

—¿Para qué sirven esos gandules de alquiler? decían enfurecidos. No hay taberna, lupanar ni letrina en Boston donde no se vean dos ó más, y cuando á las puertas mismas de la ciudad es asaltado bárbaramente un establecimiento público, no sólo no acuden al socorro, sino que ni siquiera dan señales de vida. ¿Dónde estaban cuando esos monstruos, armados hasta los dientes, partían para Charlestown, mientras se reunían en tropel en la posada y la cuadrilla bulliciosa se encaminaba á Mount-Benedict? ¿Dónde estaban mientras que por espacio de tres horas consecutivas se asolaba una casa de enseñanza, morada de pacíficas religiosas, asilo de niñas? ¿Dónde estaban cuando las llamas del incendio alumbraban con su luz siniestra hasta las calles de la ciudad? No se debe por cierto á sus esfuerzos que nuestras hijas y hermanas, tímida bandada de inocentes palomas, no hayan caído en las garras de aquellos osos impuros para ser ultrajadas en la presencia misma de sus padres y hermanos. Ellas y las religiosas, que se avergonzarían de presentarse al público sin velo, tuvieron á dicha el poderse escapar medio desnudas al bosque. ¿Qué pudiera sucedernos peor, aunque la seguridad hubiera estado confiada á una horda de mahometanos ó salvajes iroqueses? ¿Para esto les pagamos ocho chelines diarios? Juzgadlos con arreglo á la ley eterna de la justicia y la salvación pública. Ataquemos, pues, el mal en su raíz: fuego á las Casas Consistoriales. Sepan esos señores que también hay fuego para ellos.

Hagamos volar esa guarida de malvados, ladrones y asesinos, esa manada de víboras ponzoñosas que nos están asediando. Hoy dejan maltratar á nuestras hijas, mañana la emprenderán contra nuestras casas y nuestras personas. Es preciso prevenirlos y hacerles ver que todo irlandés tiene dos brazos y un corazón. Y ¡si no fuera más que la vida y la hacienda! Pero también está comprometida la religión, hijos de San Patricio. La Inglaterra nos oprime y abandona porque somos católicos; porque somos católicos la América manda ultrajar á nuestras religiosas, incendiar los monasterios y profanar las iglesias; permite que se robe y se arrastre por las tabernas y lugares inmundos el cuerpo de Jesucristo sacramentado. Hermanos, ya que ninguna ley nos asiste, y que en medio de hombres que se dicen civilizados y liberales se nos condena á la rapiña, á la muerte, al deshonor, recobremos los eternos derechos con nuestras propias manos. Cuando se sepa que hemos castigado á esa estirpe villana y que en justas represalias hemos abrasado y destruído los templos protestantes, se irá con más tiento en poner fuego á nuestras iglesias. Respetad á los indefensos; pero si cualquier otro se opone á la aplicación de la ley y del derecho de gentes, acordaos que con la fuerza se anonada la violencia.

Los hombres á quien iban dirigidos estos furiosos discursos estaban armados con sables, puñales y escopetas, con las cartucheras y frascos de pólvora cruzados en la espalda y poseídos de un delirio sanguinario, que les parecía justicia y era sólo venganza. Doquier pasaban no se veía más que un cerrar tiendas y ventanas, atrancar puertas, levantar barricadas á la entrada de las callejuelas y callejones sin salida; mas ellos se dirigían al cuartel general que, sin habérselo dicho uno á otro, cada cual en su mente había colocado en la plaza de la Catedral, como si la revindicación de los derechos de los católicos conculcados debiera naturalmente emprender la marcha desde aquel sitio.

Allí estaba monseñor el Obispo de Boston, rodeado de sus vicarios y clero. Escuchaba ansiosamente á los mensajeros que le traían noticias recientes del bullicio universal de los pueblos y ciudades, temiendo á cada instante nuevos atentados y desgracias más irreparables. Por otra parte, las partidas armadas aumentaban á ojos vistas, y al revistarse entre sí crecía la seguridad y la arrogancia. Sólo faltaba que se levantase entre ellos un jefe para repartir las armas y ordenar el asalto. La zozobra y el temor se habían apoderado de todos los habitantes, como si oyeran ya tocar á rebato, viesen oscurecida la admósfera con el humo de la pólvora y surgir de los templos incendiados las llamas de la insurrección irlandesa para abrasar la ciudad. No había resistencia posible. Porque ¿qué podía hacer un puñado de tropa y de guardias civiles contra veinte mil irlandeses (tal era su número) bien armados, á quienes exasperaba la razón, que buscaban furiosos á sus provocadores?

En esto apareció el Obispo en la puerta principal de la basílica, revestido con toda la majestad de los hábitos pontificales. Como Moisés al descender del monte se presentó con la faz radiante del consorcio con Dios, pero con una luz empañada por el dolor, extendió la mano, impuso silencio y todo el mundo calló.

—Hemos tenido una gran desgracia durante la noche pasada, hermanos é hijos míos, proviniendo esta desgracia de la perversidad de los hombres. Algunos fanáticos, disidentes de la verdadera religión, enemigos de todo orden civil, despojados de todo sentimiento de humanidad, asaltaron ferozmente en el silencio de la noche nuestro monasterio de las Ursulinas, y con el hierro y el fuego destrozaron todas las cosas divinas y humanas. Vuestras hermanas é hijas con sus venerables maestras escaparon, gracias al Señor, de la vergüenza y de la muerte, huyendo por los campos como una bandada de tímidas palomas perseguidas por el gavilán. Profanado el templo, mancillado el altar, forzado el divino tabernáculo, una mano sacrílega osó violar hasta la venerable y tremenda custodia donde Jesucristo, hijo de Dios vivo, descansa entre los mortales. La misma hostia, la hostia divina que los serafines adoran con la faz cubierta con un velo por reverencia, fué robada (me horrorizo al decirlo), arrastrada por las calles y hecha objeto de escarnio é impiedad herética; y á no ser por la venganza sobrehumana que descendió radiante para poner fin al triunfo del impío, continuaría aún el sacrílego insulto, sin tener nosotros medio alguno de librar al Santo de los Santos de los ultrajes de una turba embriagada por un furor infernal. ¿Qué habéis de hacer en vista de tales desastres y de tan execrables delitos? Hermanos míos, ¿qué exige de vosotros la patria? ¿qué os impone la religion? A mí me toca ser para vosotros el intérprete de una y otra, pues que soy vuestro pastor y vuestro padre. Por esto me levanto ahora de la oración; por esto me presento á vosotros en los umbrales del santuario.

Si anteayer hubieseis previsto el horrible atentado que se meditaba, entonces era la ocasión de correr á las armas, de empuñar sables y pistolas y cargar sobre el enemigo. Era vuestro derecho. ¿Qué digo vuestro derecho? Era vuestro deber. Como ciudadanos libres en un Estado libre tenéis que defenderos vosotros mismos cuando os abandona la autoridad pública; como padres debéis atender á la seguridad de la familia; como cristianos debéis formar con vuestros pechos un escudo á la religión. Yo mismo hubiera predicado la cruzada y bendecido vuestras armas protectoras de cuanto es santo y honesto. Sé muy bien que ningún católico hubiera faltado al llamamiento del honor y la conciencia. Mas ahora que Mount-Benedict no es más que un montón de cenizas, ¿de qué servirá derramar sobre esas cenizas inocentes la sangre de vuestros conciudadanos? Dejad, dejad que aquellas cenizas sean un monumento del fanatismo de los hombres que desconocen á Cristo y su palabra de amor, y no permitáis que recuerden la venganza de sus verdaderos creyentes y adoradores. Quizás algún día sean esas cenizas una semilla de nuevos hermanos y sobre ellas aparezca más bella la religión coronada de clemencia.

Sé muy bien que vuestro corazón, herido en las más justas y tiernas afecciones, se subleva agitado por un resentimiento que no es dado al hombre evitar. Creéis ser los defensores de la justicia; pero pregunto yo: ¿cómo hallaréis á los culpables? ¿cómo los distinguiréis? ¿cómo los juzgaréis? Y si vuestra precipitación hubiese de costar la vida á un inocente, no sólo, ¿no sería para vuestra conciencia una tacha inexcusable? Y luego, supongamos que pudieseis alcanzar á todos los culpables: ¿os sería lícito inmolarlos á vuestra indignación? Yo os lo declaro en nombre de Dios: no es lícito. Hay tribunales, y si los tribunales prevarican, los castigará el remordimiento, el deshonor, la infamia pública y un día el Juez supremo. Mas ¿y vosotros? ¡Vosotros perdonais!

¡El perdón! He aquí el solo partido lícito, el solo partido obligatorio: perdón universal, pronto, absoluto..... Perdón sincero, cual rebosa en las puras fuentes del Calvario; perdón cual lo impone Jesucristo. Yo os digo que améis á vuestros enemigos, que hagáis bien al que os odia y que roguéis por los que os persiguen.

¿Hay alguien que no reconozca estas palabras por Evangelio de Jesucristo? Si lo hay, que se separe de nosotros, que empuñe las armas, encienda las antorchas, destruya las moradas de sus hermanos y amontone junto á las cenizas de una casa las cenizas de una ciudad; y culpable de las lágrimas y sangre derramadas, acosado por las imprecaciones de los hombres, maldito de Dios, preséntese luego al tribunal de Cristo, donde todos necesitamos perdón, que nadie obtendrá sin haber perdonado. Nosotros, que creemos en la palabra de Dios y profesamos obediencia á los preceptos del Salvador, depondremos las armas en estos um-

brales, romperemos aquí nuestras espadas homicidas, y así desarmados nos presentaremos al altar de Aquel que muriendo perdona: á sus plantas depondremos nuestro resentimiento, sacrificaremos nuestra venganza; y descendiendo después del santuario desarmados, con el semblante tranquilo, tenderemos una mano amiga á nuestros hermanos disidentes, y les diremos que si el fanatismo de algunos de sus ministros (que no son todos), la barbarie de sus satélites y la connivencia de sus magistrados escogieron la noche para destruir á fuego y sangre las iglesias de los católicos y sus conventos, nosotros á la luz del día, delante de nuestra Iglesia, deponemos las armas y concedemos el perdón.

Apenas terminado ese discurso se levantó en la asamblea, hasta entonces suspensa y silenciosa, un rumor suave de aprobación que corrió luego de fila en fila, de grupo en grupo, hasta los extremos de aquella inmensa reunión.

— Monseñor tiene razón. — El obispo no quiere. — Descarguemos los fusiles. — Fuera dagas. — Abajo las pistolas. — Volvamos á nuestras casas. — Perdonemos. — ¡Perdón! ¡perdón! — Se volvían á sus hogares, silenciosos y mansos como corderos, aquellos que allí habían venido furiosos como leones. En un momento, despejadas las calles, abiertos los almacenes, su tranquilidad y la confianza restablecidas: en una palabra, Boston salvado del incendio y de la destrucción. Los diarios católicos y protestantes estuvieron unánimes en ensalzar hasta los cielos la magnanimidad de los irlandeses. Admiraban sobre todo la prontitud y generosidad con que 20.000 hombres bien armados, provocados tan indignamente, en el momento de lograr una completa venganza que bien pudiera parecer justa á los ojos del mundo, se habían rendido á una palabra evangélica salida de los labios de su Obispo.

Se celebraba además al Prelado como á padre de la patria, como á salvador de Boston, al verdadero ministro del Señor, al representante en la tierra de la clemencia de Dios [1].

(Continuará.)

DON FRANCISCO SILVELA

La importancia y notoriedad de que actualmente disfrutan los Silvelas son de origen moderno, y aunque pese á sus émulos, bien adquiridas. De modestos comerciantes nació D. Manuel Silvela en Valladolid, ya entrado el otoño de 1781; pero gracias á su natural despejo, afición al estudio y espléndida protección de un tío suyo, hacendado en Ávila, que muertos sus padres hizo con él oficio de tales, consiguió á los principios del memorable año de 1808 ceñir á sus sienes el birrete de abogado, que tanto había de ilustrar su descendencia. Escasos medros, sin embargo, podía prometer aquella distinción, peregina en su familia de agricultores y mercaderes, al joven oscuro, sin relaciones ni caudal, en una sociedad tal y como era entonces la española, pacífica, rutinaria y recelosa de todo lo que amenazase perturbar sus costumbres.

La buena ó mala suerte del novel letrado quiso empero que al mismo tiempo en que había él de comenzar su carrera, empezasen para España los tiempos modernos, tan diferentes en todo y por todo de los que, desde la catástrofe de Villalar hasta que asomaron por las crestas del Pirineo las tremendas gorras de pelo y las formidables espadas de los ejércitos napoleónicos, corrieron para ella.

Don Manuel Silvela dejó fama de hombre virtuosísimo al modo filosófico; pero ennoblecida esta manera de ser virtuoso con el recuerdo ó perfume que de su educación cristiana y española conservó siempre su alma; se le reputó universalmente como el español más apto, después de D. Alberto Lista, para dirigir grandes establecimientos docentes; fué partidario del neo-clasicismo en literatura y del contrato social en Derecho político; y tan imbuído anduvo en estas opiniones, que no tuvo reparo en escribir que *la literatura española no podía oponer á la italiana un Tasso, ni á la francesa un Racine*, y en sostener en una correspondencia política, que hasta que Riego se sublevó en las Cabezas de San Juan no había empezado España á ser verdaderamente una patria; supo, sin embargo, atemperar estas ideas, que tan extravagantes parecen á la generación actual, con aquella rara moderación en el pensar, que fué, no sólo la característica de su personalidad, sino la herencia que legó á toda su descendencia: en la *Vida de Moratín* se burló con donosura digna de cualquiera de sus nietos de las exageraciones neo-clásicas, diciendo que *tiraban á dar á la máscara risueña de Talía una seriedad dogmática, á una comedia la importancia de un Congreso, á los actores la tediosa gravedad y mesura de un encargado de negocios, y al estilo la sequedad y precisión de un tratado*.....

La verdad que si este hombre no se hubiera visto en sus primeros años forzado, como tantos otros, á rendirse á la durísima ley de la necesidad, y si en su cerebro más tarde hubiera penetrado siquiera una ráfaga del huracán romántico, difícilmente se encontrara entre sus contemporáneos más cumplido y glorioso varón.

Muerto Fernando VII poco después de D. Manuel Silvela, y variado por completo el escenario político de la nación española, pudo D. Francisco Agustín, hijo de D. Manuel, trasladarse á España después de tantos años de forzada ausencia. Vino con notable caudal de conocimientos, adquiridos al lado y bajo la dirección de su inolvidable progenitor, y con muchas ideas que, hoy vulgares, y la mayor parte anticuadas en España, eran entonces del todo peregrinas para los españoles. Con tales elementos pronto se hizo lugar, ganando reputación de moderado listo, esto es, de listo entre los listos. Su talento y su actividad empleáronse con preferencia en asuntos políticos y jurídicos, aventajando en esto á su padre y quedándose rezagado en lo demás.

Don Francisco A. Silvela casó en París con una señora española, hija de un Coronel que había sido del Regimiento de Asturias, y que con este cuerpo y toda la división del Marqués de la Romana cayó prisionero de los franceses en la guerra napoleónica. De este modo el hijo del afrancesado, del juez de Pepe Botella, unió sus destinos á la hija del Coronel patriota, cuya espada, rendida en el campo de batalla, hubiera podido servir de instrumento de convicción en el Tribunal de Policía de Madrid. La historia de las revoluciones es fecundísima en dolores.

Tres fueron los hijos varones del matrimonio de D. Francisco Agustín con Doña Luisa Delle Vienleuze. D. Manuel, que nació en París, D. Luis y nuestro biografiado D. Francisco Agustín, que vino al mundo en Madrid á 15 de Diciembre de 1843: cuenta hoy, pues, cuarenta y siete años.

***

El anterior trozo, correspondiente á un libro publicado en 1888, explica los antecedentes de D. Francisco de Silvela, cuya vida política, que pertenece á la generación actual, es de todos conocida. Oficial del Consejo de Estado, Diputado en las Constituyentes del 69, Subsecretario de Gobernación en 1875, Ministro de la Gobernación en el Ministerio Martínez Campos, luego de Gracia y Justicia, y ahora de Gobernación por segunda vez, D. Francisco Silvela está considerado como subjefe indiscutible del partido conservador, y heredero forzoso de la jefatura desempeñada hoy por D. Antonio Cánovas del Castillo.

S.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

V

LA APARICIÓN

Lo primero que me impresionó allí, y muy gratamente por cierto, fué aquella fragancia de señorío, de buen tono, de lujo elegante y apropiado á la solemnidad del día exhalada por la concurrencia que llenaba la carrera. En mi pueblo todo el que tiene cuatro cuartos estrena traje nuevo por Semana Santa, y quien no estrena luce sus mejores galas. También en mi pueblo, después de la procesión de Viernes Santo, suelen quedarse los elegantes (y aquel día lo son casi todos) á dar cuatro vueltas por la calle Mayor, y hay sus miradillas, sus murmuraciones, su revista de trajes, y todo lo que por desgracia es consiguiente, tratándose de hombres y mujeres. Lo que nunca oí yo en mi pueblo es á ningún gacetillero librepensador relamerse de gusto pensando que tal paseíto indicase *una disminución de la fe en las clases altas y directoras*, como aquí en Madrid suelen escribir todos los años algunos bachilleres. Verdad es que tampoco á otros bachilleres de mi pueblo se les ha ocurrido nunca que pasear un rato por la tarde del Viérnes Santo, después de haber estado por la mañana en los Oficios, y en las Siete Palabras, y en la Procesión, y preparándose para ir por la noche al Sermón de Soledad, sea una consecuencia del liberalismo que ahora infesta este planeta llamado tierra. No digo yo, sin embargo, que sea santa costumbre esa, y si por mi gusto fuera, todo serían penitencias, desde el Miércoles Santo hasta el Domingo de Pascua; y aun fuera de este tiempo, no toleraría de ningún modo que las muchachas fuesen presumidas, ni mucho menos coquetas, ni que los jóvenes mirasen á las niñas bonitas con otra mira que la de alabar á Dios, que las hizo bellas; pero ¿qué queréis, amigos míos? Yo, por mi desgracia, he sido tan pícaro en este mundo, que en todo lo que no sea rematadamente malo, me siento muy inclinado á la tolerancia, y por salvar mi pellejo tengo miedo á tirar la primera piedra. ¡Pobre de mí si tal hiciera! En las canteras de Guadarrama no habría pelotes ruficientes para castigarme.....

1 Es excusado repetir aquí que todo lo dicho es histórico. Mons. Benito Fenwick se había visto obligado por orden expresa del Papa León XII á pasar del estado de simple religioso jesuita á la sede episcopal de Boston en el año 1825. La ocupó como Obispo y misionero por espacio de veinte años, y murió en 1846, undécimo aniversario de la catástrofe de Monat-Benedict, esto es, el 11 de Agosto. Se observó que después de aquel día memorable de su episcopado los protestantes empezaron á acercársele, y las conversiones se multiplicaron de tal modo, que á su muerte le cupo la satisfacción de haber más que duplicado el número de los fieles. Había llegado á ser como el padre universal de los habitantes de Boston. En su última enfermedad el Gobernador, aunque protestante, mandó cerrar con cadenas las calles inmediatas al palacio episcopal, á fin de librar al enfermo del ruído de los coches. Sus funerales fueron un verdadero triunfo para la Iglesia católica. El séquito se componía de todo lo más ilustre del clero y el pueblo. Además del clero diocesano asistieron los regulares, las hermandades, las asociaciones é institutos católicos, atravesando la ciudad con las cruces altas y banderas desplegadas y seguido el féretro de inmensa concurrencia, católica y heterodoxa, con gran recogimiento y dolor por la pérdida del padre de todos. Hasta los fanáticos, que acostumbraban celebrar el aniversario del asalto de Monat-Benedict como recuerdo religioso, no osaron, al aspecto de aquella ciudad consternada de dolor, renovar la sacrílega solemnidad y la abolieron. Los diarios católicos de América y de Europa publicaron la necrología de Mons. Fenwick.

VISTAS DE MONTE CASINO

Pues lo que digo es que me gustó mucho aquello. Sobre todo me encantaban los grupos de familia en que se veía á la madre presidiendo á sus hijas, éstas hermosas, aquélla respetable, todas vestidas de fiesta.

Iba solo; pero á poco tropecé con un antiguo amigo mío: Pepe Barrientos.

— ¿En dónde te metes, Fernando? — me dijo.

— ¿Qué quieres? — le contesté yo — y la verdad es que su pregunta me hizo daño; porque me puso delante de los ojos en un momento toda mi dolorosa historia de los últimos días.

— Pues chico — insistió Pepe. — Tú te escondes en lo más profundo de la tierra. Tú ni vas á la Universidad, ni te reunes con nosotros. Ó te estás haciendo un sabio de los grandes en el silencio del gabinete, como se dice en lenguaje culto, ó te has buscado por ahí un nido de los buenos..... Pero, mira, hombre, qué gente se gasta en esta villa de Madrid..... Mira qué niñas aquéllas tan..... tan..... No acierto..... Son de lo mejor que he visto..... ¡Qué cuerpos tan hermosos! ¡Qué andares tan señoriles! ¡Qué ojos tan grandes, tan negros, tan expresivos.....!

Y mi amigo me señalaba con la diestra extendida un grupo de familia que descendía por la Carrera hacia el Prado.

Presidíalo una señora muy respetable, que representaba como unos cincuenta años ó algo más, y que no trataba de disimular su edad, vestida con sencillez y lujo: gran traje de seda negra sin requilorios, ni adornos de ninguna clase, y soberbia mantilla, también negra, de riquísimo encaje, de esas mantillas que son ó eran en las familias una tradición; que habían orlado el rostro de la abuela, muerta muchos años ha, cuando la abuela era joven y bonita, y que luego había pasado á la hija, cuando ésta se casó, para que las nietas, ya mujeres y hermosas, pudiesen admirarla adornando la cabeza venerable de su madre. Menos severo era el atavío de las jóvenes que acompañaban, ó mejor dicho, que iban acompañadas por la señora; eran tres, y de ellas, dos muy altas y esbeltas; la que parecía ser de mediana edad, más baja que las otras y algo gruesa. Pero las tres eran verdaderamente hermosas. Á mí desde luego me chocaron los ojos grandes y negros, el nobilísimo perfil, cierta tristeza retratada en el semblante y la figura toda, majestuosa y elegantísima de la que indudablemente tenía menos edad que sus hermanas: unos diez y ocho años bien cumplidos en desarrollo físico y arrogantísima belleza.

Pepe Barrientos era, y es aún, de esos hombres que hablan por los codos, y que piensan en alta voz, por lo que van dibujando con sus palabras todas las variaciones de su pensamiento. Sobre todo, cuando algo le impresionaba fuertemente, soltaba la sin hueso sin reparo de ninguna especie, ni respeto de ningún género.

—¡Baróstolis! — decía entonces en el colmo de la exaltación. — ¡Que chicas! ¡Y que mamí tan grave!..... ¡Son un portento de gracia y de belleza! ¡Y huelen á honradez como á limpieza los niños bien cuidados! ¡Dan deseos de irse tras ellas hasta el fin del mundo! ¡Convidan á los pensamientos honestos! ¡Son de las que prometen placeres puros! Una mujer como esa, como la pequeña, que es la mas alta de todas, es un refrigerio para el corazón..... ¡Ay niña! (mi amigo Pepe, que se creía orador y poeta, era muy aficionado al apóstrofe) te estás reflejando en mi alma como la luna en un lago tranquilo..... Efecto de luna es por cierto el de esos tus ojos, tan grandes, tan oscuros y tan tristes, que miran con tanta modestia, y que parecen faros de las costas lejanas del mundo de las cosas puras, hacia el que va el alma para.....

— Basta, basta ya — interrumpí yo, riéndome á carcajadas. — Déjate de arrebatos líricos, y de párrafos oratorios que son aquí más cursis que nuestras pobres figuras de estudiantes pobres.

— Pero hablando en serio — insistió Pepe, — ¿no te parece esa niña todo lo que he dicho y algo más?

— Eso sí; pero el entusiasmo y la admiración no excluyen el canto llano.

— Pues en canto llano te diré que ya no estoy tranquilo hasta que sepa en dónde viven esos hechizos, y quiénes son, y cómo se llaman.....

— ¿Vas á seguirlas?

— Y ahora mismo, que si no voy á perderlas de vista.

Mi amigo Pepe se puso en marcha detrás, pero á respetable distancia de aquella familia.

Yo, por no saber qué hacer, le imité, y me fuí acompañándole.

Durante todo el camino, Pepe no dejaba de hablar sobre el mismo tema; que no era hombre él que abandonara ninguno tan fácilmente, una vez tomado. Que aquellas niñas eran un prodigio de

DON FRANCISCO SILVELA, MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN

gracia y de hermosura, y la mamá un portento de respetabilidad (palabra textual de Pepe) y de natural distinción. Que olían todas á honradez; pero no á una honradez á la pata la llana (otra frase textual de Pepe), sino á una honradez elegantísima (hasta entonces no sospeché yo que hubiera honradex cursi).

Pepe se desbordaba como un río que rompe sus márgenes cuando encontraba asunto sobre que derramar la poesía y la elocuencia que, según él, le andaban siempre bailando dentro del cuerpo, y sin saber por donde salir. Aquella tarde, hay que convenir en que á pesar de sus extravagancias de estilo, del barroquismo en que gustaba envolverlo todo, estuvo inspirado. Y así, entre apóstrofes, exclamaciones y parrafadas incoherentes al parecer, supo trazar el animado y como ninguno bellísimo cuadro de los amores puros, de esos que la Iglesia bendice y la sociedad venera.....

Pintó con vagos y rosados colores de crepúsculo la primera palpitación de amor que siente la casta doncella, el delicioso mirar á hurtadillas, el primer suspiro, la primera lágrima del idilio; pintó el maternal cuidado como enorme ala que cobija á la cría sin oprimirla: la madre que todo lo ve, y que no ve nada, ocultando su experiencia bajo el velo de un pudor exquisito que respeta el pudor de la hija..... Y estuvo elocuente, sí, elocuentísimo, refiriendo las inocentes travesuras de Amor Honesto: el novio pegado á la esquina, la cortinilla del balcón que se corre y se descorre muchas veces seguidas, la flor que cae, la carta que vuela, la criada vieja de cara benévola que se presta á servir de intermediario, el *hable usted á mis padres*, la presentación en la casa; y luego, el noviazgo oficial, verdaderos esponsales del corazón, y la compra de los muebles, y la petición en regla, y la boda, y el altar, y una nueva familia, la humanidad asegurada por otra generación, el mundo marchando, la historia que no se interrumpe, las madres convertidas en abuelas, ¿qué sé yo lo que Pepe iba ensartando? Lo único que sé es que á mí su oratoria estrafalaria, de un lirismo gongórico, algo simbólica y sibilina, me iba haciendo mucho efecto.....

Habíamos salido de la Carrera de San Jerónimo y entrado en el paseo, al punto en que al día se le iban ya cerrando los ojos. Delicioso crepúsculo vespertino teñía de tintas oscuras los árboles altos y copados, y de blanco mate la bóveda del firmamento.

(Se concluirá.)

LA FECUNDACIÓN DE LAS FLORES

Hay tres clases principales de hombres en sus relaciones con la naturaleza. Para unos son indiferentes por completo, si no antipáticos, los magníficos espectáculos que nos ofrece la tierra y el mar. La salida del sol del fondo del Océano ó detrás de una montaña llenando el espacio de luz, de colores y de vida; la tempestad, cuando los vientos se desencadenan, retumba en lo alto el trueno y parecen confundirse las olas con las nubes; la placidez romántica de una noche de luna en el campo; los animales y las flores, ni excitan en ellos la dulce sensación de la belleza, ni los atraen y los arroban, ni mueven en su alma fibra alguna sensible. Otros gozan con esa música silenciosa, como disfrutan con la vocal ó instrumental, sin preocuparse en lo más mínimo de estudiar esos fenómenos, y en los límites de lo posible, darse de ellos cuenta razonada. Otros, por último, sienten con viveza esos espectáculos y esos fenómenos, y se afanan sin descanso en explicárselos, en investigar sus causas, en analizarlos y compararlos, y en penetrar con perseverancia y osadía en ese mundo encantado, tan fecundo en prodigios y en misterios.

Pero la novedad, uno de los elementos de la belleza, según los estéticos, es á todos agradable. Si, además, puede serles útil su conocimiento, y nada les cuesta sino fijar algunos minutos su atención, suponiendo siempre que los lectores de estas líneas no son sabios, porque no escribimos para ellos, ni son tan arrogantes nuestras pretensiones, no calificarán de tarea ociosa la de saber cuál es el destino en las plantas de las flores, cómo se transforman estas últimas en frutos, y las ventajosas aplicaciones que el hombre ha hecho de estas verdades, adquiridas en siglos, y á fuerza de laboriosidad y de constancia. ¿Quién no aceptará con júbilo tan rica herencia, recogida céntimo á céntimo por la humanidad entera?

Todos los vegetales estudiados por el hombre, ya vivan en la tierra ó en los cuerpos existentes en ella, ya en el agua dulce ó salada, se han dividido en dos clases, teniendo en cuenta su distinta manera de reproducirse, ó los medios aparentes empleados por la naturaleza para perpetuar los individuos, que forman juntos las especies. Unos tienen perceptibles y separados los órganos de la reproducción, y otros no, llamándose fanerógamos (dos palabras griegas, que significa *casamiento visible ó evi-*

dente) los primeros, y *criptogogos* los segundos. Sólo los primeros serán el objeto de este artículo.

Las partes más comunes de la flor son el cáliz ó primer receptáculo, generalmente verde, aunque ya de distinta figura que la hoja, dividido de ordinario en los frutales más conocidos en cinco separaciones triangulares, y que parecen destinados á proteger á la flor propiamente dicha; la corola, que puede estar formada de otras partes denominadas pétalos, en número de cinco como el cáliz, en esos mismos frutales á que nos referimos; los estambres, compuestos de un tronco muy delgado ó hilo (después de los pétalos de la corola) y de un extremo más grueso, casi siempre amarillo y como harinoso, y, por último, en el centro ó el fondo de la flor, una pequeña protuberancia, llamada ovario, que se prolonga en finísimo canal y remata en una boca revestida de un líquido viscoso. Apellídase pistilo esta última parte, y es el órgano femenino de la planta, como los estambres son el órgano masculino. Los estambres y los pistilos son las partes esenciales de la flor; pero estos mismos, como las corolas y los cálices, varían sobremanera en su número, tamaño y disposición. Lo expuesto basta á nuestro fin.

La existencia de las especies, así vegetales como animales, juega en la obra de la creación, según todas las apariencias, importantísimo papel. La vida de los seres organizados puede dividirse en tres períodos distintos: el de preparación, que antecede á su desarrollo perfecto, este mismo período de su perfección, en que alcanzan el complemento de su vigor y de su belleza, caracterizado por su aptitud para reproducirse, y el de decadencia, que sigue en orden al anterior, como si sólo guardara la muerte á los que son inservibles para el logro de aquel elevado fin. El hombre, durante la época de su virilidad, goza de la plenitud de todas sus facultades, y en el mundo vegetal, á su vez el Legislador de la naturaleza prodiga en las flores sin tasa un lujo extraordinario de formas, de olores, de combinaciones y de colores, como si reservara la lluvia de sus dones para el momento solemne en que la planta transmite su existencia á otro sér semejante á ella, destinado á continuar los eslabones de esta cadena misteriosa, que arranca de las profundidades de lo desconocido y termina en la sima, aun más honda, de lo ignorado.

Los estambres, pues, de la flor cuando llega ese instante supremo, se abren con relativa violencia, y forman con las partículas el polen que encierran unas nubecillas microscópicas, que fecundan al pistilo ó al órgano hembra de la planta. Un solo granillo de polen que llegue á la boca ó al estigma del pistilo, desciende por el canal del mismo hasta tocar en el ovario y determinar el nacimiento de la semilla, unas veces aprovechada por nosotros con el nombre de fruta y otras no. Este mismo medio de propagación, con otros accidentes, es tambien el más común en el reino animal, aunque en éste no faltan ejemplos de seres que se reproducen dividiendo en partes á un individuo, que en breve igualan al tronco de donde provienen, ó que, á modo de brotes ó renuevos, salen del animal matriz, ó, por último, como en las abejas ó en la filoxera de la viña, que á veces deben la vida sólo á su madre sin intervención alguna de padre.

De la existencia de medios de reproducción tan diversos se puede deducir lógicamente la facilidad con que incurrimos en graves errores estableciendo leyes universales, fundadas sólo en motivos de analogía; y, sin embargo, el hombre propende siempre á lo contrario, como lo demuestra con toda evidencia la historia íntegra de la humanidad en la política, en las ciencias, en las artes y en las letras. No hay regla sin excepción, ni ley sin privilegio, ni libertad sin restricciones, ni hasta ahora sistema alguno en ningún orden de los conocimientos profanos completo, absoluto y definitivo, porque los que más nos lo parecen se desvanecerán con el tiempo para dejar su puesto á otros, como antes lo dejaron otros á los actuales. Los individuos y las especies viven un tiempo limitado, más ó menos largo, y vuelven á los elementos de que se formaron: las ideas y las invenciones humanas son barridas por el viento de la eternidad, y sólo queda en pie sobre estas ruinas el poder inmutable é infinito del Creador y Conservador de cuanto existe, y los principios perdurables de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, que se ha dignado revelarnos.

Nos expresamos así, aplicándolo á nuestro objeto, porque indudablemente los primeros hombres que examinaron el medio de reproducción á un número extraordinario de plantas fanerógamos, creyeron quizás que ese medio, indicado antes, debía ser universal, y mucho más viéndolo confirmado por tantos y tan conocidos ejemplos análogos del mundo animal; pero el Artífice de estas obras maravillosas es siempre inagotable en sus inventos é infinito en sus recursos.

En efecto; si el pistilo y los estambres de la flor, para que la fecundación tenga lugar de la manera apuntada, han de encontrarse próximamente al mismo nivel, ¿cómo se realizará la fecundación si ese pistilo se halla mucho más alto que los estambres? ¿Y si en la misma planta están los estambres en una flor aparte y el pistilo en otra? ¿Y si todas las flores de un sexo están en un solo árbol ó planta y en otro solo las de distinto sexo, y acaso á larga distancia entre sí? Lo mismo y más puede decirse si se trata de plantas acuáticas, cuyo polen es arrastrado por las corrientes, y de algunas, cuya flor está cerrada y sólo deja una pequeña abertura, y dispuesta además por su estructura de tal manera, que el método ordinario de fecundación es inaplicable á ella.

Se ha convenido en no conceder á los vegetales el don del instinto, y reservarlo sólo á los seres del reino animal; pero si el instinto no es otra cosa en resumen que los medios diversos é inexplicables empleados por los animales para conservarse y cumplir los fines respectivos de su existencia, no sabemos qué nombre se dará á la facultad que tienen los vegetales sembrados entre dos capas verticales de tierra de clase diversa, favorable una y contraria otra á su desarrollo, de dirigir sus raíces hacia la primera y no hacia la segunda; ni á la de presentar sus flores á los rayos del sol y describir un semicírculo diario, como los girasoles ó heliantos, de Oriente á Occidente; ni á la de cerrar unas sus pétalos á los rayos del astro del día, y abrirlos sólo de noche ó viceversa; ni, por último, á la propiedad de que gozan las de largo pistilo de doblarlo en el período de la fecundación y bajarlo al nivel de los estambres.

Pero cuando los órganos masculinos de la planta están en una flor, y los femeninos en otra, ya en la misma planta, ya en otra diversa, el viento ó los insectos son los únicos vehículos que ponen en contacto á los amantes.

Y no es leve el servicio conyugal que el viento presta á los vegetales, llevando en sus alas el polen de los estambres, á distancias enormes, atravesando montañas, ríos y mares dilatados, y fecundando así las flores, que perecerían sin su auxilio, sin perpetuarse en su progenitura. Quien hace lo más difícil poco le cuesta lo fácil. Cuatro corrientes aéreas continuas, dos á dos, soplan desde el Ecuador ó cintura de nuestro globo, hacia los dos polos, y otras dos en sentido inverso de los polos hacia el Ecuador, combinados con el movimiento vertiginoso de la tierra, y modificándose en su primitiva dirección por los obstáculos que encuentran en la configuración de las costas, en las cordilleras y montañas y en otras causas, y distribuyen en nuestro planeta el frío y el calor, arrastran masas de vapores, que deshechos en lluvia ó transformados en nieve, alimentan las fuentes, los arroyos, los ríos y los mares, purifican la atmósfera que respiramos, y dan á plantas y animales lo que necesitan, siendo en todas partes los dispensadores obligados de la variedad y de la vida. Familiarizado el viento en las altas regiones de la atmósfera con el brillo deslumbrador de los relámpagos y con el fragor de los truenos, librando tremendas batallas en las inmensidades del espacio, siempre en continuo movimiento, ¿qué le importa labrar con poco trabajo la felicidad de esos enamorados, si, al contrario, parece gozarse en su obra, acariciándolos sin cesar en su niñez, sacudiéndolos para probar su resistencia, y favorecer al cabo su himeneo, ya que también se encarga después de repartir á sus hijos sobre la faz de la tierra?

El viento, sin embargo, cuenta además con diminutos y numerosos colaboradores que, sin saberlo, y creyendo hacer su negocio, procuran el bien ajeno. Las flores sirven de pasto, de habitación y de refugio á insectos infinitos, y en pos de ellos, para perseguirlos y devorarlos, acuden otros insectos, aves y alimañas, y los que viven de las flores y sus perseguidores las recorren y sacuden, y se llevan el polen de los estambres y lo esparcen y comunican en las flores hembras. Y no se crea que es ineficaz este medio, suponiendo que, siendo tantas las flores, puede haber muchas que no reciban visita alguna de tales personajes. Es un espectáculo curioso fijarse en una flor cualquiera algún tiempo, y observar los insectos que vienen á ella. Moscas, arañas, hormigas, pulgones, orugas, pequeños escarabajos, abejas, avispas, mariposas y otros muchos no cesan de escudriñarla en todas sus partes, pasando luego á otras, si no encuentran lo que desean. Dóciles instrumentos de la Providencia, que sobre todo vela y cuida de todo, los unos vuelan de flor en flor, los otros hacen largas paradas, y algunos, no sin su inspección previa, la eligen para su domicilio ó para su puesto de caza. Estas visitas no cesan de día ni de noche mientras duran las flores; porque á los insectos sucede lo que á los mamíferos y á las aves, esto es, que los hay diurnos, nocturnos y crepusculares.

Hasta que no se averigüe con certeza, en la máquina tan complicada de la creación, qué papel está reservado en ella á cada especie de seres organizados, ya que hasta ahora esta sección de las ciencias naturales se limita á recoger hechos y observaciones por el método analítico, y no ha llegado el momento, ni llegará tampoco en mucho tiempo, de reunirlos en una vasta síntesis que señale á cada una su destino en sus relaciones con el conjunto de lo existente, ó que los determine como partes de un todo; hasta que no llegue ese caso, repetimos, no es posible hacer otra cosa que afirmar de una manera vaga, aunque no por esto menos evidente, que así la hoja que se mueve en el árbol, como la abeja ó la mariposa que atraviesan volando los aires, cumplen una misión importante en el teatro inmenso de la naturaleza. El enlace ó la unión de las leyes especiales á que obedecen esos seres, su derivación y punto de contacto con las generales á todos, y su origen y fin común, son desconocidos hasta la fecha á la inteligencia humana, que se limita á sospecharlas sin establecerlas, y que, notando en lo creado un orden maravilloso, una razón suprema y un poder infinito, cree ciegamente en la existencia de un Legislador invisible, que lo ha previsto todo, que nada hace sin objeto, y que con su soplo misterioso regula á la vez á los cuerpos enormes del firmamento y á los seres microscópicos, que en su pequeñez infinita y en la pequeñez aun mayor de sus órganos, serán quizás enormes para otros, y desempeñarán

también á su vez, en esta serie perdurable de causas y de efectos, algo necesario para el complemento total de lo creado.

Y lo que llamamos felicidad y lo que llamamos desdicha, aplicándolo sólo á los individuos de nuestra especie, alcanza también á los de otras.

Hay una flor, denominada aristoloquia, cuya forma extraña se asemeja á un tubo encorvado, que termina en lengüeta y que vista una vez no se confunde con ninguna otra. El insecto desventurado que llega á su entrada, y atraído por la golosina se decide á visitarla en su interior, no encuentra á su paso obstáculo alguno que lo detenga. Baja, pues, por el tubo, ansioso de botín, llega al fondo de la flor, se harta de sus jugos, y busca luego la salida; pero esta flor es para ellos una isla encantada, como la de Circe para los navegantes, ó los palacios de Armida. La entrada es seductora y fácil, la salida es imposible. La aristoloquia es una ratonera natural, provista en su parte interior de pelos largos y duros, dirigidos hacia el centro, como los alambres puntiagudos del cuello de las ratoneras: ceden á la bajada á los esfuerzos del insecto, pero oponen á su salida un obstáculo insuperable. El pobre animalejo, al verse preso, intenta al principio recobrar con calma su libertad. Viendo que no la consigue, pierde la serenidad, bulle y se agita desesperado, rompe con sus movimientos desordenados las antheras de los estambres, más bajos que el pistilo, y sin saberlo, y á costa de su vida, fecunda á la planta y da el ser á su descendencia. El viento no puede hacerlo, ni la estructura de la flor lo consiente.

Muchas plantas acuáticas, que florecen y fructifican debajo del agua, tienen separadas las flores machos y hembras. En la época de la fecundación, la corriente arrastraría el polen de los estambres é impediría la propagación de la planta, y con tanto mayor motivo, cuanto que siendo el polen más ligero que el agua, sube á la superficie al hallarse en libertad; pero la flor hembra, cuyo pedículo ó sostén es un largo hilo en espiral, lo extiende en el momento necesario hasta llegar á la superficie del agua, se pone en contacto con el polen, y baja, una vez fecundada, al lugar ocupado antes dentro del agua para cumplir sus deberes maternales. Todo está arreglado y previsto.

Estos descubrimientos, y cuantos hace el hombre impulsado por su afán de saber, parecen ociosos cuando se realizan, y pocas veces dejan adivinar ó deducir las fructuosas consecuencias que con el tiempo han de sacarse de ellos. La razón humana, á pesar de su apoteosis por los que la adoran, y de hallarse distribuída entre tantos copartícipes, es mucho más torpe y más lenta de lo que aparece, hasta para quienes la miran como un don, no nuestro, sino de Dios, cuyo uso y cuya responsabilidad nos incumbe. Lo que sucede con la fotografía, con la navegación aérea y submarina, y con la electricidad, aun en la época de extraordinario progreso de las ciencias naturales en que vivimos, acontece con más razón en períodos menos activos y menos adelantados, sobre todo cuando no sospechamos siquiera en lo descubierto algo que material y universalmente nos interese.

Las flores más bellas para los aficionados, y las menos interesantes para los botánicos, las rosas de cien hojas, las dalias, las camelias, los geránios, alelíes, jazmines, adormideras, malvas reales y en general las flores dobles, son en gran parte obra del hombre. Aplicando á las plantas que las producen los principios que acerca de la selección ha enseñado á la humanidad larguísima experiencia; empleando el injerto de especies vegetales afines; fecundando artificialmente á las unas con el polen de otras más bellas ó vigorosas, y perfeccionando su cultivo y variando sus condiciones, se han alcanzado en jardinería, horticultura y arboricultura los más sorprendentes resultados. Los ingleses cultivan hoy las viñas en estufas, y algunas de éstas dan hasta 1.500 libras de uva y racimos de más de veinte libras. Los almendros, albaricoques, melocotoneros, perales, higueras y otros muchos frutales, si no se injertan, producen frutas inservibles. Las flores de muchos pétalos, como las citadas antes, se han formado por abortos ó transformaciones sucesivas de otras partes de la flor. En una palabra, la mano del hombre, guiada por la experiencia y por la ciencia, que no es otra cosa que una perseverante experiencia, ha modificado en su provecho las plantas naturales, como ha sorprendido los secretos del cielo, perforado los montes y cortado los istmos que retardaban la navegación de sus buques, justificando el título de que se envanece, de rey de la creación terrenal. Y lo es, en efecto, cuando no lo extravía ó lo ciega la soberbia, verdadera cizaña de la humanidad, que brota bajo formas infinitas en el campo de la civilización, y que acaba siempre por ahogarlo, dejando sólo en él algunas semillas más resistentes y bienhechoras, que el tiempo se encarga luego de fecundar y de aumentar.

E. DE MIER Y R.

LA CUESTIÓN OBRERA

Y LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(Conclusión.)

Ciertos países, colocados en condiciones desfavorables, podrían ver destruidas sus industrias si se les obligara á limitar su trabajo á la duración del que ejecuta el obrero inglés ó anglo-americano. » « Cada Estado, como dice muy bien C. Jannet, debe permanecer libre en la lucha industrial. » Cada Estado, añadimos nosotros, debe ser el juez de los sacrificios que es lícito imponer á sus individuos para mantener sus condiciones de bienestar y de fuerzas. Las disposiciones destinadas á elevar las clases obreras tienen que estar en armonía con su cultura especial y el grado de su civilización. Si se piensa, además, como indica otro escritor, en los conflictos de intereses, en la impresión y en las ideas estrechas que se oponen en un mismo país á la aplicación de las leyes protectoras, no se pensará tan fácilmente en la posibilidad de estos arreglos internacionales. Esta generosa aspiración del Arzobispo de Maguncia, M. Ketteler, jefe del llamado « socialismo católico alemán », que han acariciado también Wagner, Shomberg y muchos otros, y que hoy mismo se agita en Suiza y Alemania por hombres de verdadero valer, no parece por ahora practicable.

V

Pero si conviene trabajar sin descanso para desvanecer el gran peligro que amenaza á la sociedad, buscando y estableciendo la armonía entre el capital y el trabajo, en orden al salario que ha de abonarse, urge más todavía trabajar para establecer la más completa moralidad en los centros de trabajo, en beneficio de dueños y de obreros. Nunca tendrán unos y otros más garantidos sus intereses que cuando siendo ellos buenos cristianos, se procure sea observada en sus establecimientos la más acrisolada moralidad; pues si es doloroso y sensible quede desatendido el capital, ó sean explotados los cuerpos, mucho más lo es, y de consecuencias infinitamente más funestas, la perdición y ruina de las almas. Al efecto, los dueños deben vigilar constantemente y con la mayor diligencia, y procurar por todos los medios la más severa observancia de la ley cristiana en sus talleres; impedir la blasfemia, la profanación del día de fiesta; establecer la debida separación de hombres y mujeres, etc., etc. *Intelligenti pauca* y nada para el que no entiende ó no quiera entender; que ciertamente no tendría derecho de quejarse el amo al ver sus intereses mal atendidos, si por su parte no cuidara de que fuesen bien atendidos los de Dios y los de las almas de quienes acuden á él en demanda de trabajo, y aun los de los cuerpos por medio de medidas higiénicas que lo hagan soportable sin perjuicio de la salud; y es bien probado, y cae por su propio peso, y sin dificultad podrían citarse ejemplos de contrarios sentidos, porque están en la boca de todo el mundo, que los buenos amos, en general, tienen buenos trabajadores, y los buenos trabajadores tienen buenos amos; y entre ellos habría siempre buena inteligencia y cesarían las huelgas, que en tales centros no tienen más razón de ser que una fraternidad mal entendida, ó bien la coacción exterior.

El día que de buena fe, y con devoción, se rezase en tales centros el *Padre nuestro*, al empezar y concluir el trabajo, todo el mundo quedaría contento, reconociendo que tenemos un Padre común de quien es todo lo que tenemos y todo lo que esperamos; que nos dará, si se lo pedimos bien, y tendremos *el pan nuestro de cada día*, sin codiciar lo ajeno ni desesperar de lo porvenir; pues Él providenciará oportunamente y dará entrañas de caridad al rico, espíritu de paciencia al pobre, y, en compensación de esta sujeción á su voluntad soberana, derramará sus bendiciones celestiales sobre los productos del capital, de la industria y del trabajo. *Arroja*, dice el Profeta, *en el seno de Dios tus ansiedades, y Él te sustentará; no dejará al justo en agitación perpetua* [1].

Sin el respeto á los derechos de todos, por el cumplimiento de los deberes de todos también, bajo la sanción sobrenatural de Dios, que no sólo ve, recompensa ó castiga los actos exteriores, sino también los más recónditos pensamientos y afectos del alma, es imposible el cordial respeto singular y constante; y aunque en absoluto no podemos esperar este estado de cosas, que sería un cielo anticipado, por causa de las miserias humanas, es cierto que debemos trabajar para conseguirlo, hasta donde sea esto posible; y no tendrá derecho de quejarse, el que tal por su parte no obre, de que los negocios no le vayan según su deseo en esta vida, y mucho menos tener la esperanza de una eternidad feliz, que es la corona de las buenas obras, que sólo ha sido prometida á los que, *llenos de fe, desean su venida* [2], esto es, como dicen los Santos Padres, á aquellos que, teniendo testimonio de una buena conciencia, la desean, conformando toda su vida á la ley de Dios por la sinceridad de su fe, la firmeza de su esperanza y el ardor de su caridad, según dice San Agustín [3]; ó según entiende Teodoreto: *Amat, inquit, Domini adventum, qui illius leges sequitur, et ex illis vitam instituit* [4].

Comprendemos dentro de estos actos de inmoralidad el trabajo de las mujeres y de los niños en ciertas condiciones y edades, lo cual destruye por completo la vida de familia, y mata en flor la esperanza de la generación que sube, á la cual se cría raquítica de cuerpo y alma, sin instrucción ni educación alguna, y con los gravísimos inconvenientes de una permanencia prematura entre personas de mayor edad, no siempre circunspecta y edificante, y muchas veces escandalosa y mal hablada. Y en este punto, abusos y defectos hemos encontrado por todas partes: lo mismo se ven niños de corta edad sepultados en una cuadra todo el día ó toda la noche por elección del *dueño*, que por exigencia del

1 Ps. LIV, 23.
2 II Timot., IV, 8.
3 Aug. epist. CXXX.
4 V. Corn. á Lap.

filador, quien pagando por su cuenta al *metxé*, con el fin de sacar mayor jornal, sacrifica á veces su propio hijo, y casi siempre á niños que la ley natural y la cristiana reclaman en otra parte. Y véase lo que puede esperarse de la intervención de los Gobiernos: deficiente ó no, ley tenemos en España que prohibe estos delitos; pero es letra muerta para cuantos no quieren observarla, que son los más, desgraciadamente [1].

Téngase en cuenta estas reglas, aplíquense con sinceridad y con rigor y se dará un gran paso para conseguir una buena inteligencia. Colonia industrial conocemos que, por hacerlo así, goza de paz y tranquilidad, y es como una gran familia bien ordenada, contenta y acomodada relativamente.

VI

Pero los obreros no tienen menores deberes que cumplir por su parte. Ante todo deben dejar todo odio, toda asociación inmoral por sus fines ó sus medios, toda solidaridad reprobable, toda imposición injusta y violenta, y evitar que, deseando salir de una explotación, como ellos dicen, caigan en otra peor todavía: explotación cierta, segura y reconocida por muchos que son sus víctimas. En otras cuestiones se ve siempre la existencia de una mano oculta: en la que estamos tratando no se sospecha siquiera una mano negra, nacional ó extranjera, pero enemiga, de todos modos, de la patria y de sus habitantes.

El mismo afecto y amor que tenemos al obrero es el que nos llena de tristeza y de indignación al contemplar cómo después de haber tratado, y desgraciadamente conseguido en gran parte, robarle la vida del alma, trátase ahora de robarle la del cuerpo con promesas absurdas y descabelladas. Las venganzas personales, las huelgas sin razón ni motivo, la dinamita, en fin, expresión de los medios reprobados que se ponen en mano del obrero, además de ser intrínsecamente malas, no remedian mal alguno ni alivian á nadie; antes bien espantan el capital, retraen al hombre de genio, cierran nuestros mercados, obstruyen los adelantos de la industria, con los cuales podríamos hacer un día la competencia al extranjero, siembran el malestar y alarma, y contribuyen poderosamente á que, espantados ó escarmentados los intereses que se hubieran destinado á la industria, en vista del porvenir que se la espera se apliquen á otra cosa, quizá á empresas de fuera, mientras contemplamos impávidos cómo nuestras empresas más lucrativas pasan á extranjeras manos, que pueden un día envolvernos en una red inmensa de desgracias para la patria.

Medite seriamente el obrero estas verdades, y no se deje llevar por sus verdaderos enemigos. Menos necesidades, menos cafés, casinos, tabernas, casas de baile y de juego: menos lecturas de impresos impíos é inmorales: más tiempo para el templo y la familia; y de esta manera, con tener menos necesidades, hallará alivio más positivo que con el aumento del salario.

No espere el obrero honrado mejorar su suerte, ni por las asociaciones internacionales ó nacionales, ni por medios violentos, ni por la acción de los Gobiernos. Estos, si saben serlo, y se deciden á serlo, no podrán hacer más que proteger la libertad individual y evitar injusticias públicas que se opongan á ella y á la pública moral. Sería pedirles demasiado y esperar demasiado de ellos exigir que se convirtiesen en protectores decididos y paternales de los derechos de todos en lo que mira á las relaciones individuales. Algo podrían hacer, mucho deberían hacer; mas no andan hoy las cosas, desgraciadamente, por este camino, y no es fácil lo emprendan. ¡Y cosa extraña! Mientras la sociedad se queja, y con razón, de la centralización del Estado, que poco á poco va absorbiéndolo todo y nos ahoga, se dirige la mirada á él en esta cuestión, que es la más íntima de todas, y no puede resolverse satisfactoriamente sino por la iniciativa particular y por la libertad individual, salvo casos especiales y extremos que afecten gravemente al orden público. Busque el obrero su bienestar contrayendo hábitos de economía, haciendo vida de familia; en una palabra, siendo buen cristiano.

¿Será que nos acercamos á los tiempos anunciados por grandes pensadores, y de que nos hicimos eco en la primera de las manifestaciones industriales de nuestro país; esto es, «que el mundo marcha á grandes pasos á la constitución de un despotismo, el más gigantesco y destructor de cuantos han visto los hombres; ó sea el triunfo de una tiranía colosal, que haciendo inútiles todos los medios de defensa, nos salve de la ruina universal por la universal servidumbre? [1]. » Mucho de temer es suceda así, si no se cambia radicalmente de rumbo, y no vuelve á pedirse la intervención de la Iglesia y de la acción sobrenatural en el mundo.

O la sociedad perece sin remedio, ó el Estado ha de proteger la libertad justa y racional del dueño, así como ampara la del obrero. Y una de dos: ó la huelga no se presenta espontánea, universal, como sucede hasta el presente, ó bien se presenta bajo aquel carácter. En el primer caso, debe castigarse al que la imponga; en el segundo, sería imposible pudiese subsistir, ya que no sería dable, ni ceder á todas sus exigencias, ni vivir largo tiempo sin trabajo, ni dejar de cometerse violencias é injusticias, avasallando todos los intereses creados, que si han de cambiarse, ha de ser por medio de una evolución lenta y suave, no por medio de revolución violenta; y hénos aquí en este caso en el deber de una represión general y mandamiento del trabajo forzado, hasta llegar á la anarquía ó á la servidumbre, á la cual deberá llegarse de todos modos, aun pasando por la primera, si no vuelve á imperar el reinado de la razón y de la justicia. Pero téngase presente la sentencia del Espíritu Santo, *justus ex fide vivit* [2], el justo vive de la Fe; y sin su imperio en las almas, sin su intervención legítima en el organismo del Estado y en los diversos ramos de su administración; en una palabra, sin el reinado de Jesucristo en la sociedad como en el individuo, es imposible la solución de la cuestión pendiente, es imposible la paz y la tranquilidad, el triunfo y goce de la libertad bien entendida, y de la dignidad humana: como fué preciso se estableciese para salvar una y otra, así de las tinieblas del paganismo en tiempo del Imperio romano, como de las demasías y excesos de la Edad Media. Y ahora con mayoría de razón que en las dos épocas citadas; porque ni en una ni en otra se había desterrado lo sobrenatural, como á toda prisa se está desterrando actualmente, para sumirnos en el naturalismo, positivismo y materialismo más absolutos y más groseros.

A este propósito, dice oportunamente, como siempre, León XIII en su memorable Encíclica contra el socialismo [1]:

—«De aquí que, con una nueva impiedad, desconocida hasta de los mismos gentiles, se han constituído los Estados sin tener en cuenta alguna á Dios ni al orden por Él establecido. Se ha vociferado que la autoridad pública no toma de Dios el principio, ni la majestad, ni la fuerza del mando; sino más bien de la multitud popular, que, juzgándose libre de toda sanción divina, sólo ha permitido someterse á aquellas leyes que ella misma se diese á su antojo. Impugnadas y desechadas las verdades sobrenaturales de la Fe como enemigas de la razón, es fuerza que el mismo Autor y Redentor del género humano sea desterrado paso á paso y poco á poco de las universidades, liceos y gimnasios, y todo el trato público de la vida humana.

» Entregados al olvido los premios y penas de la vida futura eterna, el ansia ardiente de felicidad queda concentrada al tiempo de la vida presente. Diseminadas por todas partes estas doctrinas, introducida en todas partes esta tan grande licencia de pensar y de obrar, no es maravilla que la gente de ínfima clase, cansada de su pobrecita casa ú oficina anste volar contra las moradas y fortunas de los más ricos; no es maravilla que ya no exista tranquilidad alguna de la vida pública ó privada, y que ya el mundo haya llegado casi á la plenitud de la perdición.

» Escrito está para las naciones apóstatas y prevaricadoras: «Os he llamado, dice el Señor, y no » habéis querido venir; os he tendido la mano, y » os habéis desdeñado mirarme; os he avisado, y » habéis despreciado mis avisos y mis amenazas; yo » me reiré también y me burlaré de vosotros en » vuestra próxima agonía; todas las naciones y gobiernos que no sirvan á Dios perecerán: *Gens enim » et regnum quod non servierit Deo peribit.* Y los que » deban ser víctimas de la espada, lo serán; los que » merezcan la esclavitud, serán esclavos; y muertos » los que deban morir: *Quos in mortem, in mortem; » et quos in captivitatem, in captivitatem; et quos in » gladium, in gladium* » [1].

VII

La mano de Dios nos ha herido [2]; díganlo, además de la calamidad que estamos lamentando, tantas otras como las plagas de la viña, por ejemplo: ya la «segur está aplicada á la raíz de los árboles, y todo árbol que no produce buen fruto, será cortado y echado al fuego » [3]. Aprovechémonos, pues, del remedio supremo que Dios nos ofrece por medio de la devoción al Corazón Santísimo de su Hijo; remedio supremo para los casos extremos. Repitamos con San Ambrosio: *Digamos con David, invení cor meum, ut orem Deum meum* [4]: *para esto*, pues, *fué abierto, á fin de que entremos en él* [5]: unámonos á él con hermandad estrecha, con amistad perfecta, por la comunicación de su vida en nosotros, por su actividad y su gracia, trocando por sus riquezas celestiales nuestras miserias; apropiándonos sus sentimientos divinos y sacrificándole nuestros desordenados afectos; apropiándonos sus obras y haciendo que obre en nosotros sus glorias, y ofreciéndole nuestros oprobios, sus virtudes y sus méritos, y mostrándole arrepentidos nuestras imperfecciones y faltas; sus intereses, y sacrificándole los nuestros; sus oraciones, y haciendo pasar por sus manos las nuestras, uniéndonos á su sacrificio perpetuo, y á la entrega que de sí mismo hace al Eterno Padre; imitando sus virtudes, su humildad, pobreza, mortificación, obediencia y abnegación de voluntad, amor á Dios y al prójimo, aborreciendo el pecado; en una palabra, imitándole en todo y en todas partes [6].

¡Oh Dios mío! ¡Cuán lejos estamos de esta vida interior y hasta de entender este lenguaje! Pero ya os lo hemos dicho [7]: *Necit tarda molimina Spíritus Sancti gratia* [8].

---

1 Ley de 24 de Julio de 1873. — *Gaceta* de 28 de Julio del mismo año.

1 Sermón predicado en la Merced el día 24 de Octubre de 1888, impreso por la Junta de Fiestas.

2 Rom. I, 17. — Hebr., 38. — Galat., III, 11.

3 28 de Diciembre de 1878.

1 Proverb., I, 24. — Isaí., LX, 18. — Jerem., XLVII, 11.

2 Job., XIX, 21.

3 Matth., III, 10. — Luc., III, 9.

4 Ambros., Serm. III de Passione.

5 Ibidem.

6 *Meditaciones del Corazón de Jesús*, por E. Hamilton.

7 Circular de 25 de Abril de 1890.

8 Ambros., lib. II, in Luc., cap. IV.

De Vos se ha dicho: «El habló, todo quedó hecho; mandólo, y todo fué creado [1]. ¡*Oh!* (exclama San Ambrosio) *quam operatorius sit sermo Christi* [2]: Ni está abreviada la mano del Señor, de manera que no pueda salvar, ni se ha agravado su oído para no oír. Sino que vuestras iniquidades han puesto un muro de separación entre vosotros y vuestro Dios: y vuestros pecados le han hecho volver su rostro de vosotros para no escucharos [3].

Hagamos, pues, desaparecer el pecado, y Dios nos escuchará y curará todos nuestros males. «¡Justos fueron los juicios tuyos (decía Azarías, paseándose incólume dentro del horno encendido por orden de Nabucodonosor, Rey); justos fueron los juicios tuyos, según los cuales hiciste recaer todas estas cosas sobre nosotros y sobre la santa ciudad de nuestros padres, Jerusalén; porque, en verdad y en justicia, enviaste todas estas cosas por causa de nuestros pecados. Puesto que nosotros hemos pecado y obrado inicuamente, apostatado de Ti y en todo hemos faltado. Sin querer atender á tus preceptos, ni observarlos, ni guardarlos, según Tú habías dispuesto para que fuésemos felices. Todo cuanto, pues, has enviado sobre nosotros, y todo lo que nos has hecho, justísimamente lo has hecho» [4].

JOSÉ, *Obispo de Vich.*

ALBUM DE POESÍAS

EL JESUÍTA

Os lego el mundo.
SAN IGNACIO.

Con faz tranquila y plácida conciencia
Le encontraréis en todas las naciones,
Con amor atrayendo corazones
De Jesucristo á la veraz creencia.
Del saber y virtud en la eminencia,
No busca las riquezas ni blasones,
Y al par de sus fervientes oraciones
Conságrase al progreso de la ciencia.
Guiado por la cruz, siempre radiante,
Y con la cruz tan solamente armado,
Que constituye su dichoso anhelo,
Recorre el mundo con afán gigante,
Que el mundo San Ignacio le ha legado
Y él ha de conquistarle para el cielo.

E. G. BRAVO.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

Cinco estrenos en lo que va de mes, á contar del día 5; es cosa para mirada despacio y que merecería indudablemente ser tratada, no á vuela pluma, sino con todo el detenimiento que el argumento requiere, si contásemos con el necesario espacio para ello. Desgraciadamente, en los tiempos que corren la concisión es el todo, y no hay más remedio que ir al grano, pues todos escribimos, á Dios gracias, y las columnas de los periódicos son más buscadas que lo fueron las de Hércules.

Por lo tanto, dejándonos de ambajes y rodeos, vamos á poner las manos en la masa, ó en la llaga, sin que en ello nos guíe ninguna mira interesada, pues somos completamente ajenos á *las tablas*.

***

El teatro, que debía ser escuela de buenas costumbres y escollo de malos escritores, háse adulterado de algún tiempo á esta parte de modo tal, que hasta la osadía ó la despreocupación para cautivar el interés de un público, al parecer culto, y recabar pingües ganancias explotando inexplicables aficiones.

¿A qué obedece esa lamentable decadencia que, acentuándose cada vez más, tiende á apagar hasta los últimos destellos del buen gusto entre nosotros?

¡*Chi lo sa!* pero nuestra opinión es que no ha dejado de influir en gran manera la *flamencomanía*, esa pasión malsana por todo lo ordinario y grosero.

En cuanto empezaron á salir *chulos* á la escena, hablando como si estuvieran siempre comiendo sopas, y mujeres de modales desenvueltos y descocados, bailando tangos y zamacuecas, volvimos á los tiempos de triste memoria del *Joven Telémaco*, *Robinsón*, el *Potosí submarino* y otras libidinosas producciones, que pervirtieron á tantos corazones en el antiguo teatro de la Plaza del Rey: época aquella en que la inmoralidad se enseñoreó de tal manera, que veíase á personas respetables acudir á presenciar esos espectáculos en compañía de sus familias, cual si se tratase de honestos y agradables esparcimientos.

Claro está que no tardaron en recoger el fruto de su imprevisión y relajamiento; pero ¡cuánto mejor hubiera sido que no se hubiesen aletargado á la sombra del ponzoñoso manzanillo!

***

Hará de esto algunos años — no muchos, — recordamos con cierta fruición no exenta de legítimo orgullo, que había ciertos teatros, reñidos en absoluto con las producciones adulteradas, tanto bajo el punto de vista moral, como literario. Se podía ir á ellos con el espíritu tranquilo, en la seguridad de no verse sorprendido por algún desplante cómico-lírico, ó alguna palabra cartelera de esas que tanto agradan en la actualidad (nos referimos á las de *doble fondo*).

Hoy, ya han variado las cosas; donde menos se piensa salta la liebre; todas las puertas hállanse abiertas de par en par á los ingenios *privilegiados*.

¿Estreno tenemos? Pues de fijo que han de salir malparados el sentido común y la moral.

Cierto es que á veces consignarse pueden honrosísimas excepciones; pero tan contadas, tan raras, que si á mencionarlas fuéramos, bastaríanos para ello unas cuantas líneas al cabo del año.

Lo que ahora priva son las emociones fuertes, tanto de cuerpo como de alma, la pimienta por arrobas; la cuestión es divertirse, aunque la familia perezca.

Las inteligencias sufren el contagio de la atmósfera, están llenas de impurezas. Por eso antes de ir al teatro, no estaría demás proveerse de algodón en rama y de anteojos ahumados para precaverse contra las asechanzas del enemigo que se oculta en las negruras del escenario.

***

Entre las excepciones á que nos referíamos más arriba puede figurar, sin temor á equivocarnos, la primera producción de un compañero nuestro en la prensa, que no por ser primera ha dejado de ser afortunada, si bien no se halle por completo exenta de alguno que otro lunar.

El primer jefe, juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro *Lara*, original de don Federico Urrecha, fué muy celebrado por la elección de tipos, y elogiado por la sencillez del argumento. En la obra hay chistes de buena ley que se pueden oir sin sonrojo, y situaciones cómicas de gran efecto.

Volvemos á repetir que la obra no carece de lunares; pero aun así, quien empieza de ese modo, fácil es que logre alcanzar muchos aplausos en la nueva senda emprendida, si no se malea, y se aparta por completo de ciertos perniciosos ejemplos.

***

El teatro aristocrático por excelencia, el *rendez-vous* del *beau monde*, la *Princesa*, nos sirvió hace pocos días *Les surprises du divorce*, vertido literalmente al castellano.

La empresa y los *vertedores* de idiomas se las prometían muy felices; pero su gozo en un pozo.

La pieza resultó un sainete, basado en un argumento harto escabroso, á la francesa, que no tuvo aceptación entre el público inteligente que asistía al estreno, que dió inequívocas muestras de sano criterio, recibiéndolo con marcada frialdad, cual si se tratara de un plato de judías recalentadas.

Es evidente que las elucubraciones de nuestros vecinos traspirenaicos aclimátanse con dificultad en esta honrada tierra del garbanzo.

***

¡*Calderón!* ¿No es verdad que el nombre tiene pretensiones? Sin embargo, no se refiere al insigne poeta, ni siquiera al asendereado picador de toros. Se trata pura y simplemente de otro juguete — y va de juguetes — estrenado en *Eslava*, en el teatro de los *desnudos*.

El tal juguete resulta, á nuestro entender, una enormidad. Maridos que se creen engañados, niñas enamoradas con exceso, galanes que se introducen á hurtadillas, profesores de música que dan lecciones de *incógnito*. ¿Verdad que es muy moral el argumento?

No obstante, dícese que agradó el tal juguete y que la música es bonita.

No nos extraña: el público que acude al referido teatro es del llamado *extravertido*, y tiene las tragaderas muy anchas, capaces de consumir la pimienta por arrobas, sin que le lloren los ojos y se les encoja el corazón.

***

También la *Zarzuela* ha hecho un pinito, dándonos *La cruz de plata*, que se llamó en otro tiempo *El capitán azul*.

La obra es un melodrama en tres actos y en verso, arreglado al castellano por D. Eduardo Navarro Gonzalvo. Hállase bien versificada, aunque no exenta de ripios; pero eso la da carácter, á juicio de los inteligentes en materias teatrales. ¡Allá ellos!

Entre el público de las galerías recibióse la cruz con mucho agrado, y hasta hubo quien se la hubiera llevado á cuestas si le hubiesen hecho bueno el título.

En resumen: trátase de uno de esos *dramones* á la francesa que le dan á uno la *chair de poule*, y le quitan el sueño por una semana. Las señoras deben proveerse de sales inglesas ó llevar tila.

Creemos, sin embargo, que haya *Cruz de plata* para rato, pues pertenece al género de los platos fuertes, y sabido es que muchos prefieren la cantidad á la calidad de los manjares.

***

Nihil novum, etc., etc. Como era de esperar, la idea del juguete que se estrenó el miércoles último en la *Comedia* fué de un francés. Hace ya demasiado tiempo que el teatro de la vecina República es la *vache à lait* de nuestros autores cómicos, para que nos sorprenda el plagio; aun cuando es de extrañar que hombres tan peritos en achaques teatrales como D. Mariano Pina, apelen á esos subterfugios, que debían ser de la exclusiva competencia de los *vertedores* de idiomas. Pero, en fin, vamos andando.

Fuera de eso, y corroborando aquello de que el

1 Ps. XXXII, 9.
2 Ambros., de Sacr., lib. IV, 4.
3 Isaí, LIX, 1, 2.
4 Daniel, III, 28 et seq.

ESTATUA DE GERMANIA

pabellón cubre la mercancía, preciso es confesar que *¡Mil duros y mi mujer!* gustó lo bastante para que el autor tuviera que salir repetidas veces á la escena, al terminar la representación, á recibir los aplausos de sus admiradores, que sin duda creyeron se trataba de una idea genuinamente original, y no manoseada hasta lo infinito.

***

Y aquí, benévolos lectores, hago punto final á esta crónica de teatros, que, más bien que á vuela pluma, he despachado á *volapié*, por apremiar el tiempo y estar los cajistas impacientes ante mi inexplicable tardanza, despidiéndome de todos hasta el próximo número.

MISTIGRÍS.

AVISO

Se ruega á los Sres. Suscriptores que no hayan abonado el año actual lo verifiquen en seguida, para evitar los perjuicios que con su retraso se irrogan á la Administración de esta Revista.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.158.

SOBRINOS DE RUIZ DE VELASCO
Montera, 7.

Equipos para novias. — Edredones seda y Duvet. —Géneros de punto ingleses y franceses.

Tenemos el gusto de poner en conocimiento de nuestra distinguida clientela que hemos adquirido todas las ricas existencias de lienzos, batistas, encajes y bordados finos que las Sras. Hijas de Bianchi, retiradas definitivamente de los negocios, tenían en su acreditado establecimiento de ropa blanca confeccionada. Podemos, pues, ofrecer al publico un surtido inmenso de los mejores lienzos y mantelerías belgas que se fabrican y á la vez la perfección más exquisita en la ropa blanca que se nos encargue, sobre todo en los equipos para novias, hechos siempre en esta casa con telas y bordados de la más absoluta confianza.

LOS QUE TENGAN TOS
va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA
sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

GRAN CERERÍA
Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATOLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

BLANQUEO DE CERAS EN GRAN ESCALA

Grumo, hoja y panal pura y sin mezcla. CERAS AMARILLAS de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 33.—Madrid 25 de Noviembre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1.50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7.50 » »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 pe. fs.ª
Un año..... 4 » »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

Década, por *Fernando*. — *Teatros*, por Mistigris. — *Las maravillas del amor* (continuación), novela por D. Angel Salcedo.— *Don Antonio Lizarraga*, por S.— *Bruferías*, por D. Enrique García Bravo.— *Album de poesías: El Cid*, por el P. Jiménez Campaña. — *Benjamina* (continuación), novela por el P. Franco.

Grabados.

DON ANTONIO LIZARRAGA. — (Véase el artículo.)

CRUZADAS ANTE JERUSALÉN. — Este hermoso cuadro representa el momento en que Godofredo de Bullon entró en la ciudad de Jerusalén, y á la presencia de la Santa Ciudad se prosternaron los Cruzados, bendiciendo á Dios que los había conducido hasta allí.

PÓRTICO DE LA GLORIA EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO. — La venerable basílica compostelana encierra multitud de maravillas artísticas de primera magnitud, entre las que descuella el magnífico pórtico de que da idea nuestro grabado.

LA DÉCADA

Todas las comunidades escolapias han ido celebrando sucesivamente la beatificación del insigne siervo de Dios Pompilio M. Pirrotti. En estos últimos días, desde el 21 hasta el 23 de los corrientes, ha tocado el turno á la comunidad de Alcalá de Henares, que ha cerrado este brillante período de fiestas con unas brillantísimas, en que han alternado las solemnidades religiosas, los actos de piedad, la magnificencia del culto con aquellos honestos regocijos de orden profano, que, lejos de estar reñidos con el espíritu de Cristo, son, por el contrario, una de sus más bellas y gratas manifestaciones.

El Ilmo. Sr. Obispo de Sigüenza ha honrado con su presencia, ilustrado con su elocuencia pastoral y bendecido con su apostólica diestra estas hermosas festivales. Personas distinguidísimas de Madrid, entre las que recordamos ahora al General Gamir; Sr. Barba Flores, Secretario de nuestro amadísimo Prelado; Sr. Bravo, Magistrado del Tribunal Supremo, y sus hijos; el ex-Senador del Reino Sr. Jiménez Palacios, y otros muchos, han acudido también á la ciudad de Alcalá, y todo el vecindario de ésta ha tomado una parte activa y entusiasta en el regocijo de las Escuelas Pías. Las autoridades militares, judiciales y locales; los Coroneles de los cuerpos acantonados en la antigua ciudad universitaria; los empleados del Archivo; los Abogados de fama, entre los que conviene apuntar al distinguido Sr. Cútoli, honra durante muchos años del foro de Madrid, y que establecido ahora en Alcalá, y bien abastecido de dotes de fortuna no ha podido sin embargo resistir á la tentación de *abogar por otri*, y es ornamento lucidísimo de los tribunales complutenses; toda la sociedad, en una palabra, agradecida á los beneficios de todo género que las Escuelas Pías le proporcionan, ha acudido á la gloriosa Universidad de Cisneros, asilo hoy de los humildes Escolapios, para tomar parte en los regocijos de la santa familia calasancia.

DON ANTONIO LIZARRAGA.

Excelente acuerdo de ésta fué el de invitar, para pronunciar los panegíricos del Beato Pompilio Pirrotti, al ya célebre poeta y no menos famoso orador sagrado P. Jiménez Campaña, de las Escuelas Pías de Granada. Los sermones del P. Campaña han sido verdaderamente admirables. Ya trataremos de ellos con alguna extensión en uno de nuestros próximos números, en que hemos de dedicar al ilustre poeta granadino la atención que se merece.

***

He aquí la fórmula de bendición de los telégrafos, decretada en el año 1865 por Su Santidad Pío IX, á quien algunos han acusado más que á ningún otro Pontífice de oponerse á los adelantos de nuestros días:

Formula benedictionis telegraphi Clero, ab Ecclesia aut loco parato procedat usque ad Stationem canendo vel recitando.

CANTICUM

℣ Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit, ℟ etc.

Statim Episcop. vel Sacerdos inchoat.

ANTIPHONA

℣ Benedic ei, Domine; qui ponis nubem ascensum tuum, qui ambulas super pennas ventorum, qui facis Angelos tuos spíritus et ministros tuos ignem urentem. ℟

Post eam.

PSALMUS

Benedic, 103; et repetita antiphona, dicitur:

℣ Adjutorium, ℟ etc.
℣ Domine, exaudi, ℟ etc.
℣ Dominus vobiscum, ℟ etc.

OREMUS

℣ Deus qui ambulas super pennas ventorum et facis mirabilia solus, concede ut cum per vim huic inditam

fulmineo ictu celerius huc absentia et hinc alio praesentia transmittis, ita nos inventis, novis edocti, tam gratia opitulante promptius et facilius ad te prevenire valeamus.

Per Christum Dominum nostrum.„

Deinde aspergit aqua benedicta.

Y he aquí ahora su traducción literal:

Fórmula de bendición del telégrafo.

El Clero, desde la Iglesia ó el punto que se haya dispuesto, se dirigirá á la Estación cantando ó recitando el

CÁNTICO

„ Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque visitó, etc. „

Acto continuo el Obispo ó el Sacerdote da principio con la

ANTÍFONA

„ Bendícelo Señor, tú que pones tu trono en una nube, que marchas sobre las alas de los vientos, que dispones que tus ángeles ó mensajeros sean espíritus y tus ministros el fuego abrasador. "

Después de la antífona; el Salmo 103.

Y una vez repetida la antífona, se dice:

„ Nuestro auxilio en el nombre del Señor, etc."

„ Oye, Señor, mi oración, etc. „

„ El Señor sea con vosotros, etc. "

ORACIÓN

„ Oh, Señor, que caminas sobre las alas de los vientos, y eres único que haces maravillas, concédenos que de la misma manera que por la fuerza que has encerrado en esta corriente eléctrica (ictu fulmineo, golpe de rayo), transmites con la mayor celeridad aquí lo que está lejano, y desde aquí á otro lugar lo que está presente, así también nosotros, sirviéndonos de enseñanza los nuevos inventos, con el auxilio de tu gracia, podamos llegar á ti con más prontitud y facilidad.

Por Cristo Señor nuestro."

Despues le rocía con agua bendita.

Hemos encontrado esta fórmula en un libro del año 65, y la publicamos como cuanto pueda contribuir á la gloria del inmortal Pontífice de la Infalibilidad y de la Inmaculada.

FERNANDO.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

El autor de *La Estrella Roja*, drama en tres actos, estrenado en el Teatro Español, es un literato cuya reputación está hecha hace tiempo y no necesita ya encomios.

D. José Fernández Bremón se ha manifestado ya en distintas ocasiones como un poeta de *veras;* su última producción, sin embargo, es la mejor que ha salido de su correcta y bien cortada pluma. De tener la obra defectos, hallaríanse plenamente compensados por las bellezas literarias que encierra, que son muchas.

Factura irreprochable, trozos deliciosos, fluidez é inspiración, situaciones escénicas de gran efecto, que conmueven y arrebatan, estas son las circunstancias que reune *La Estrella Roja*, que representada algunos años antes ante un público menos escéptico que el de ahora y más afecto á las católicas creencias de sus antepasados, hubiera indudablemente producido mayor sensación que la que en la actualidad ha causado.

Basado el argumento en un hecho histórico de gran trascendencia y altamente simpático á todos los españoles, cual fué la expulsión de los judíos de nuestra hermosa tierra de España, el drama va despertando cada vez mayor interés, sin que éste decaiga un solo instante, hasta llegar á la escena final, que constituye, hablando con propiedad, un cuadro plástico de indecible belleza.

Hacia ya tiempo que no se representaba en nuestra escena obras que no estuvieran en pugna con la moral católica, y por lo tanto experimentamos una agradable sorpresa al asistir al estreno de *La Estrella Roja*, comprendiendo con íntima satisfacción que el público podría indudablemente sacar de ella alguna provechosa enseñanza, cosa que tan rara vez suele ocurrir en nuestros tiempos.

Nuestra enhorabuena, pues, al Sr. Bremón, que ha sabido apartarse del mal camino y de la apretada cohorte de los *vertedores* de francés, y á Ricardo Calvo y Donato Jiménez, que tan bien supieron interpretar su pensamiento.

***

Y ya que de *vertedores* hablábamos, debemos consignar, con hárto sentimiento nuestro, que la pecaminosa producción de Victorico Sardou, *Serafina la Devota*, ha hecho su aparición en el teatro de la Princesa con gran escándalo de todos los buenos católicos.

¡Mentira parece, y sin embargo es una tristísima verdad, que un público *selecto* haya ido á presenciar la representación de una obra que fué rechazada en París, por *inmoral*, allá por el año 68; habiendo ocurrido lo propio en Barcelona, hará de esto unos tres años, cuando la misma compañía que hoy actúa en la Princesa quiso darla á conocer en la culta capital del Principado!

Sardou es un libre pensador de la peor especie, un hombre que pone su pluma al servicio de la causa de Belial, vertiendo sutilísimo veneno, oculto á veces entre la galanura de la forma y la belleza de dicción, para atraer mejor á los incautos, que se dejan fácilmente seducir por todo lo que brilla.

En *Serafina la Devota* sin embargo hay una porción de incongruencias y de absurdos propios, no ya del gran estritor, según algunos le llaman; pero sí de un principiante en materias literarias, ganoso en su soberbia impía de dirigir público ataque á nuestra santa religión.

La obra del escritor francés es una verdadera *ordure;* toda ella, de urdimbre tan grosera y de hilaza tan basta, que en seguida se conoce donde van á parar los tiros, y á no haberlo visto por nuestros propios ojos, nos hubiéramos siempre resistido á creer que pudiera haber sido del agrado de un público que se precia de católico y de culto.

De la ejecución nada tenemos que decir, siendo los actores de antiguo conocidos en Madrid. Lástima grande, que pongan su talento y sus recomendables aptitudes al servicio de tan mala causa.

Deseamos á Ceferino Palencia y á la compañía que dirige mejor acierto en la elección de obras, siquiera estas sean del repertorio francés.

Aquélla niña que está en relaciones con un Almirante, que resulta ser su padre; el robo antes de ir al convento; esa *Serafina*, que no vacila en llamar á la policía, aun cuando al hacerlo pregona su deshonra; todo ello, en fin, es una monstruosidad que lastima respetabilísimos sentimientos, y una sarta de disparates que moverían á risa si no excitaran la más profunda compasión hacia los que apelan á semejantes medios para herir la moral y las buenas costumbres, valiéndose de tan repugnantes procedimientos.

***

El *Salón Romero* será siempre el *rendez-vous* de los inteligentes y el templo de la buena música *di camera*. Los aficionados están de enhorabuena; la tercera sesión de la Sociedad de cuartetos ha sido más brillante, si cabe, que las anteriores.

El primer número del programa, el cuarteto en *sol*, de Haydn, arrebató al escogido auditorio, que hizo repetir el delicado *minuetto* y el *adagio cantabile*.

Lo mismo sucedió con el gran trío en *do menor*, de Mendelssohn, admirablemente interpretado por la Srta. Chevallier, que cada día va haciendo mayores progresos, y los Sres. Monasterio y Mirecki, cuyas reputaciones artísticas rayan á una altura que hacen de todo punto inútil ensalzarlas.

La cuarta sesión se celebrará el viernes 28 de Noviembre, y será indudablemente un nuevo triunfo para los distinguidos profesores.

***

¡Bonitas están las leyes! ó *La viuda del interfecto*, sainete estrenado en el teatro de la *Comedia*, es una donosísima burla que D. Ricardo de la Vega hace del Jurado.

La obra no ha sido del agrado de los revisteros iberales; pero esto no nos extraña.

El sainete tiende á ridiculizar, y lo peor es que lo consigue, la institución del Jurado, una de las leyes por el mal llamado progreso conquistadas, y que puesta en práctica por personas de escaso entendimiento, viene á constituir un verdadero peligro para la sociedad.

Todos los tipos que nos presenta el distinguido sainetero parecen tomados del natural, ciñiéndose estrictamente á la realidad. Hay un matador de toros delicioso, y un barón de Leño-verde, que pasará á la posteridad.

Mario, se esmeró, como siempre, en el desempeño de su papel, y los demás artistas cumplieron su cometido á satisfacción del público en general. Y decimos en general, pues si bien es cierto que hubo algunas protestas que partieron de los entusiastas del jurado, la mayoría se impuso á los recalcitrantes, haciendo valer su derecho, vista la buena interpretación de la obra.

***

Por complacer al maestro *Verdi*, el músico de la pasada generación, plagiario hasta cierto punto hoy día de *Wagner*, la empresa del teatro *Real*, ha puesto en escena *Simón Bocanegra*, á continuación del *Otello*.

Todas las empresas de Europa, habiánla á nuestro entender, retirado ya de sus repertorios, y por eso nos extrañó en sumo grado que la referida ópera volviera á cantarse en el regio coliseo, donde tan poca aceptación tuvo la primera vez que se oyó. En *Simón Bocanegra* no hay ni una escena, ni un número, ni un tema, ni una melodía, que recuerde la inspiración y frescura del ilustre compositor de *Rigoletto*, de *Hernani* y del *Trovador*.

Los artistas encargados de la ejecución portaronse sin embargo como buenos, aun cuando tuvieron que luchar con la marcada frialdad del público.

La Srta. Mendioroz, cantó con suma afinación y buen gusto, haciéndose aplaudir varias y repetidas veces, así como los Sres. Battistini y Uetam.

Por cierto que el Sr. Uetam ha ganado mucho en estos tres últimos años, siendo su voz mas pastosa y agradable y sus ademanes menos enfáticos y exagerados.

Al verle y oirle la otra noche, olvidamos por completo al Mefistófeles de *Fausto*, que siempre se nos venía á la imaginación, cuando el simpático artista y compatriota nuestro se presentaba en las tablas.

***

Y aquí, á fuer de cronista imparcial y fidedigno, diré que han menudeado los estrenos en estos últimos días en los teatros de tercera, cuarta y quinta fila, pues los escritores abundan que es un primor.

Sin embargo, creemos hacerles un verdadero favor no ocupándonos de ellos ni de sus producciones, ni siquiera dando el *menú* de sus intelectuales primicias. En su mayoría hállanse reñidas con el sentido común y la moral, que es lo peor, y sus autores condenados por tiempo indefinido al ostracismo literario, de donde no saldrían hasta que Dios quiera ó tenga á bien iluminarlos, alejándolos para siempre de la viciosa senda emprendida.

MISTIGRIS.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

Ya no veíamos bien la figura de la niña, que, sin saber por qué, por un instinto misterioso, había merecido nuestra predilección, y era asunto hacía rato de los arrebatos líricos de Pepe: divisábamos su contorno entre los árboles, percibíamos el brillo de la seda de su traje, y sobre todo, aquel andar majestuoso, de verdadera dama, que á Pepe y á mí nos había llegado á lo más hondo del corazón..... Porque yo participaba ya por entero de los sentimientos de Pepe..... No sé..... Quizás su misma conversación me había excitado. Debía ser yo materia muy preparada, porque si no, no comprendo cómo la cháchara de mi amigo hubiese podido conmoverme hasta el extremo en que ya lo estaba. Fué un contagio de la admiración por él sentida. Pero mientras que él daba rienda suelta á la lengua, convirtiendo sus sentimientos en palabras y éstas en aire, yo callaba y meditaba. En mi alma se verificaba una silenciosa revolución. La niña, de correcto perfil, ojos grandes, negros y tristes, vestida de seda y de porte tan majestuoso, se me había colado en lo más hondo de mi ser, y yo enmudecía, asombrado de que un ángel hubiese querido descender al fondo de una mazmorra manchada por toda suerte de abominaciones.....

— Es raro — pensaba yo — que mi espíritu sea capaz aun de concebir la belleza de un modo tan ideal y tan puro.

Y, sin embargo, era cierto: la concedía.

— ¡Baróstolis! — decía entre tanto Pepe! — ¡Qué hora tan bonita y qué niña esa! Pero dime tú, Fernando, ¿no es cierto que esa niña puede ser mi novia? ¡Vaya si lo puede ser! Y, andando el tiempo, también puede ser mi mujer..... Y cáteme usted casado, en una santa intimidad de familia, yendo con mi mujer á misa todos los domingos y fiestas de guardar, en invierno á las doce y en verano antes que caliente el sol..... Eso es delicioso, y lo que vendrá después..... No quiero ni pensarlo..... Se me hace la boca agua y el corazón me da saltos de alegría dentro del pecho..... Pero oye, Fernando, ¿crees tú que me hará caso esa muchacha si yo me declaro.....? La mamá me parece muy seria, y ó mucho me engaño, ó con un estudiantillo como yo no querrá parlamentar aunque la maten..... Y ¡mire usted un estudiantillo! Ahí es nada..... Cánovas, Sagasta, los ministros todos, los literatos de fama, los hombres de posición más firme y desahogada, estudiantillos fueron como nosotros..... Se desprecia muy pronto á un estudiante, pero no se sabe muchas veces lo que un estudiantillo esconde..... Que no tengo una peseta, es verdad; pero, señora (ahora se revolvía en apóstrofes contra la madre), usted es una..... señora de muy buen gusto y de una elegancia irreprochable; luego usted no sabe Metafísica: es inconcuso. Pero ¡ojalá que para este caso concreto la supiese usted.....! Entonces valdría que yo no tengo un cuarto *in actu*; pero lo que es *in potentia* tengo millones..... Los bastantes para mantener con lujo á su hija de usted, y aun para garantir á usted misma una vejez tranquila, si pierde alguna vez, que no lo deseo, el bienestar de que ahora goza ..... Pero no, no; estoy insultando á esta respetabilísima señora que no tengo el honor de conocer más que de vista..... Usted tiene talento..... usted comprende que un chico de buena familia como yo, alumno de la Facultad de Derecho, y bastante listo además, eso sí, bastante listo, fuera modestias tontas, es un excelente partido..... Y ¡poco que querré yo, que consideraré y que mimaré á la niña.....! Pero ¡Baróstolis! ¿en dónde vive esta gente?

Yo ya apenas si veía á Pepe: la noche había cerrado, y las cuatro damas no eran ya para nosotros sino cuatro elegantes siluetas que divisábamos allá lejos, á la luz de las farolas del paseo..... Habíamos seguido todo el Prado por delante del Museo de Pinturas, y luego todo el Botánico hasta la Puerta de Atocha. En aquel sitio las cuatro siluetas torcieron hacia el paseo de Atocha.

— ¡Baróstolis! — seguía diciendo Pepe. — Apuesto doble contra sencillo á que esa señora, *ma belle mère*, es esposa del Jefe del Cuartel de Inválidos ó hermana del Rector de Atocha..... porque no veo por esa dirección que haya otros destinos para personas decentes..... ¡Como no sea que vivan en el Puente de Vallecas.....! Pues lo que es yo no retrocedo..... Aunque vayamos al mismo Vallecas, llegaremos. ¿No hemos de llegar? ¿Estás tú dispuesto, Fernandillo, á seguir esta persecución?

— Hasta el fin del mundo — contesté yo en tono firme.

— ¿Qué? ¿Acaso te gusta también mi niña? ¿O es que te ha impresionado alguna de mis cuñadas?

— No sé porque dices tu niña. Hasta ahora, tanto es tuya como mía.....

— ¿Pero pretendes por ventura.....

— Yo no pretendo nada, ni digo nada, ni creo que esta excursión traiga consecuencias ulteriores, ni para ti, ni para mí, ni para nadie..... Eres, Pepe, un charlatán impertérrito é inagotable..... ¡Cuánto has hablado esta tarde.....!

— Vamos á cuentas..... Yo hablaré todo lo que tú quieras; pero este asunto hay que arreglarlo..... Yo estoy más impresionado que lo que tú te figuras. ¿Cuál te gusta?

— Pues la misma que tú dices que á tí te gusta.

— Te has caído, amigo Fernando, esa es mía, y sería tonto y criminal que trataras de quitármela. Aunque te empeñases sería lo mismo; porque me hará caso á mí, y á ti no.

— ¡Me gusta la pretensión!

— Pero, ¿no ves, desgraciado, que si no es por mí, ni siquiera te hubieras fijado en ella?

— Puede ser; pero eso no importa.

— Claro es, y tu amigo Pepe es un pretexto, una causa ocasional, un.....

— Bah, bah, interrumpí yo con viveza, dejémonos de tonterías..... Ni para ti, ni para mí ha de ser..... ¿Puedes tú figurarte que ni á uno, ni á otro, nos hicieran caso una chica y una familia que desde lejos trascienden á buena posición.....?

— En eso, amigo — dijo Pepe — suele haber en Madrid muchos engaños. Ya voy creyendo que lo que esas señoras que tan encopetadas nos parecían en la Carrera de San Jerónimo, son la familia del guarda mayor del Buen Retiro..... Y si no, mira por donde entran.

En efecto entraban por la puerta entonces existente al final de la calle de Alfonso XII, parte de Madrid hoy completamente transformada.

— Por ahí, siguió Pepe, no se va más que al Retiro, y en el Retiro que yo sepa sólo viven los guardas.

Pero se equivocó en eso como en tantas otras cosas mi buen amigo, para el que pareció haberse inventado el refrán: «*quien mucho habla, mucho yerra.*»

Caminando por la calle de Alfonso XII, calle casi á oscuras en aquel tiempo y enteramente solitaria, frente al Retiro, en la explanada de los Jerónimos, descubrimos un edificio, no muy alto, y cuando nos acercamos más, descubrimos también un jardín que rodeaba el edificio, y una verja que rodeaba el jardín. Delante de la verja se detuvieron los cuatro bultos negros que ya no eran para nosotros otra cosa las cuatro damas..... Se oyó muy luego el vibrante son de un timbre, y en seguida la puerta de hierro que se abría, y unas sonoras «*buenas noches*» cuatro ó cinco veces repetida, y la puerta que tornaba á cerrarse. Despues nada. Nosotros corrimos, y nos plantamos de hocicos á la verja; pero sólo percibimos ya el rumor de una conversación que se alejaba, y después abrirse y cerrarse algunas puertas. En seguida silencio absoluto. Pasaron breves momentos, y una luz muy viva inundó el fondo del jardín; cruzó allá lejos, delante de nosotros, una robusta mujer de pueblo, tipo de campesina, con un farol en la mano. Al reflejo del farol, pudimos ver momentáneamente un trozo de fachada de hotel algunos macizos de plantas, y un sendero enarenado, entre canastillas de césped-alfombra..... Pasó la mujer y con ella el farol, volviendo á quedar todo sumido en la más profunda oscuridad.

— ¡Baróstolis! — decía Pepe. — Y ¡también es gusto vivir aquí.....! Pues si no venimos nosotros, podían haber dado á estas señoras un susto mayúsculo..... Nada, nada, esto es un hotel, un hotel que con el tiempo resultará en uno de los barrios más bonitos y elegantes de Madrid; pero que ahora está en el desierto..... ¡Luego dirán que no hay sorpresas, ni descubrimientos, ni romanticismo.....! Yo me siento lanzado en plena novela romántica..... Esto no es prosa; es poesía pura, y de la selecta..... Aquí tienes un hotel, un jardín, una casita que de seguro tiene persianas verdes, y, dentro, la niña más hermosa de Madrid. ¿Qué más quiere un hombre para volverse loco? Pero ¡ay! Fernando, esta empresa es mía..... ¡Guay del que la toque.....!

Yo no contesté á Pepe. La verdad es que todo aquello, siendo lo más natural del mundo (ahora lo comprendo perfectamente) me parecía fuera del cauce ordinario de los sucesos; encontraba algo de maravilloso, algo de soberanamente poético en la aventura. Transfigurábase ésta á mis ojos; y aquellas tinieblas, aquella mujer hermosa y triste, aquella casita solitaria, aquel jardín frente al Retiro, el cansancio de mi espíritu rendido después de un largo día de lucha, el desfallecimiento de mi sér físico después de tantas horas de paseo, y de no comer, todo contribuyó á que yo cayese en una especie de letargo poblado de ensueños vagos, etéreos, misteriosos, en algo como somnolencia fantástica que no sé cómo me permitió volver á mi casa.

Porque el caso ese fué; que yo volví á mi casa, y me acosté, toda vez que cuando desperté la mañana del sábado estaba en mi cama. Pero creedme, nunca he podido coordinar mis últimos recuerdos del día, cuya historia os he referido. Aquí de Javier De Maistre: sin duda fué mi bestia, sólo mi bestia la que tomó el camino de casa, y ella sola la que se desnudó y tendió á la larga. No he podido averiguar todavía si la pobre bestia se cuidó también, antes de acostarse, de tomar algún alimento.

VI

AL OTRO DÍA

Era muy temprano cuando desperté.

A mi bestia se le había olvidado cerrar las maderas de la ventana, y la luz de Oriente que recibía mi cuarto se había colado sin respeto alguno á

mi sueño hasta las mismas almohadas; más aun, hasta la cabecera de hierro de la cama, desde donde se reflejaba intensa y brillante sobre mis ojos.

Y en cuanto desperté apareció en mi fantasía la aventura de la víspera, más bella aun que como la había yo comprendido y contemplado al ir ocurriendo.

Mis recuerdos, mis dolorosos remordimientos, mi pasado y mi presente para decirlo de una vez, parecían haberse borrado de mi alma, ó mejor aun, parecía que se habían escondido detras de la figura blanca y luminosa que ahora lo llenaba todo.

Y la veía yo, recorriendo majestuosamente calles y paseos, alta, esbeltísima, soberana, mirando melancólicamente hacia el suelo con aquellos sus ojos grandes y tristes, con aquellos ojos que, siendo negros como la noche, despedían una casta claridad de aurora..... Y al pasar aquella figura por las profundidades de mi alma, inundábase ésta de una fragancia exquisita, fragancia de monte, olor á tomillo y á flor silvestre traído por el aire, todo oxígeno, en sus alitas ligeras..... Y mis sentidos, enloquecidos por aquel perfume, emprendían alborotados una peregrinación á los días primeros de mi vida..... Y cátame usted otra vez en mi hogar, y otra vez en mi pueblo, y la playa, y el castillo, y los olivares, y mi madre, y la iglesia, y el Fernandillo inocente que se ponía colorado como las amapolas, cuando el P. Jerónimo le tiraba de una oreja, diciéndole sentenciosamente, en tono profético: *Tú, piel de Barrabás, serás uno de los grandes pícaros de este mundo.....*

Me tiré de la cama, me vestí apresuradamente, y me lancé á la calle.

Ya supondréis adonde fuí: no paré hasta el Retiro.

Y allí estaba el hotelito, no tal como lo había visto la víspera, una sombra más entre las espesas de la noche; sino claro y distinto, recortando con valentía sus líneas de una fútil, pero semi-graciosa arquitectura sobre el fondo azul claro del firmamento. Allí estaba el jardín, á trechos separado de la carretera por una verja de hierro, y á trechos por una tapia de mamposteria. Los árboles, altos y pomposos, ocultaban detrás de su esplendido follaje la línea de balcones del cuarto principal del hotelito..... Sólo lograba verse uno de ellos, el que se abría inmediatamente á la izquierda de la puerta principal, y que se descubría al término, y como remate de una corta alameda que arrancaba de la entrada del jardín é iba derecha hasta la de la casa. Aquel balcón tenía cerrados los cristales, y detrás de los cristales apabellonábanse unos visillos, dejando al descubierto un triángulo de cristales en que jugaba la luz del sol, ya derramando regueros de piedras preciosas, ya encendiendo en algunos trozos de la superficie rojos arreboles como de crepúsculo vespertino, ya dando al cristal en otros parajes una apariencia de metal blanco bruñido, ya sumergiéndolo todo bajo oleadas de resplandores..... Con aquellos juegos verdaderamente apolinos, era imposible, desde donde yo me había colocado, discernir nada de lo que hubiera en el interior de la habitación..... Mucho tiempo pasé allí, aguzando los ojos hasta lo inverosímil, y nada..... Y fué lo peor que el astro quizás se enteró de que yo andaba queriendo sorprender un secreto que él guardaba, y empezó á jugarme más pesadas bromas. Ya no eran fantasmagorías como las de antes; sino de otro género. Ahora me presentaba detrás del cristal rostros humanos, los unos bellísimos, feos hasta lo horrible; otros, que, ora me miraban con benignidad rayana en el cariño, ora me hacían espantosas muecas, gestos ridículos, burlas grotescas. Concluí comprendiendo que el sol y mi fantasía se habían puesto de acuerdo para reirse de mí, y me aparté de aquel sitio,

A todo esto, vi salir del hotel á un hombre alto y derecho que representaría como unos cincuenta años, vestido con decencia al estilo de los artesanos. Detrás de él salió una mujer, en la que reconocí á la que había visto el día antes cruzar por el fondo del jardín con un candil en la mano. El hombre y la mujer llegaron hasta la verja, hablaron allí algunas palabras, y luego la mujer se volvió al hotel, y el hombre salió á la calle. Yo me oculté detras de un árbol, logrando no ser visto por ninguno de los dos.

Y me puse á seguir al hombre á respetable distancia. La verdad es que, al mismo tiempo que los sentimientos elevados, se había despertado en mi corazón, y me dominaba entonces el más prosaico de la curiosidad. Repetíame muchas veces la pregunta que Pepe había hecho en alta voz: «¿Quiénes serán estas gentes?»

Como á 200 metros del hotel había unas cuantas casas, grandes y altas, y de construcción reciente y elegante: un pedazo de boulevard en medio del desierto. En la planta baja de aquellas casas abrían sus puertas algunos establecimientos: uno de ellos, por el color rojo de su fachada, descubría ser una taberna, y en ella entró el hombre.

Ya os lo he dicho antes: yo era entonces audaz hasta el cinismo. Comprendí además que la ocasión no tiene más que un pelo, y que aquél era el pelo que la ocasión aquella me deparaba. Me precipité, pues, detrás del hombre en la taberna.

Era ésta espaciosa, clara, limpia y alegre. Pero por lo que vi aquella mañana y pude observar en otras ocasiones, el tabernero hubiera cedido de buen grado algo de la amplitud, claridad, limpieza y alegría de su establecimiento á cambio de algunos parroquianos. En aquel momento sólo se veían en la taberna al hombre que yo buscaba plantado delante del mostrador y con una copita de aguardiente ya cerca de los labios y al muchachote que había despachado sin duda la copita: un angelón santanderino de mofletes colorados y cara redonda y ancha como un pan de munición.

Mi hombre peroraba, y el muchachote le oía con atención.

— Mira — decía — todos los grandes personajes que ha habido en el mundo han bebido aguardiente por la mañana. Si tú no fueras un zopenco como lo eres sabrías que sin aguardiente no hay alegría para el espíritu, ni salud para el cuerpo..... *¡Corpus humanus!* como se dice en latín..... Pero tú, bodoque, no sabes latín, ni griego, ni nada en suma que no sea echar agua al Valdepeñas..... ¡Diablo.....! Y como os arreglaría yo si tuviera poder..... Vamos, echa otra copita.

— D. Bantista — dijo el muchacho — ya sabe usted que el amo me tiene prohibido servirle más de dos copas.....

— Y ¿quién es tu amo para coartar de ese modo mi autonomía?.....

— Es su amo de usted el que no quiere que se le despache á usted, y ya usted ve..... lo que dice mi amo..... Porque usted tome una pítima no vamos á perder el único parroquiano de formalidad que se sirve de la casa.

— Pues es muy raro — intervine yo — que un Señor quiera privar á otro Señor como este que no es un criado, sino un..... dependiente vamos al decir, un.....

— Usted lo ha dicho, caballero, usted lo ha dicho — contestó el que ya yo sabía que se llamaba Bantista. — Yo no he sido nunca criado de nadie, ni lo sería jamás..... Yo cuido de mi jardín y.....

— ¡Ah!..... ¿Es usted jardinero?

— No señor..... Eso no..... ¿Tengo yo cara de jardinero? Ese es oficio vil al que nunca descenderá el hijo de mi padre..... Mi obligación se reduce á tener bien limpias las sendas, á quitar las hojas secas, á cuidar de que los chicos ó los grandes no salten la verja, y en paz..... No puede usted calcular, amigo, lo que me dan que hacer, sobre todo los perros..... Abre usted la verja un momento, nada, un segundo, y ya tiene usted tres ó cuatro perros dentro del jardín..... Yo no sé de donde salen tantos.....

— ¿Es muy grande el jardín que cuida usted?

— Mírelo usted, ahí está; desde aquí se ve todo perfectamente. Y sacandome fuera me mostraba con el brazo extendido el jardín.

Yo, como es natural, me hice de nuevas.

— Es hermoso — añadí — volviendo hacia el mostrador, mucha extensión y árboles muy bonitos. Y la casa que se ve dentro, tampoco parece fea..... Linda posesión.... Y ¿de quién es, D. Bautista? — pregunté por último afectando la mayor indiferencia.

— Es — contestó Bautista — del Sr. D. Fernando Laguira.

— ¿No es título? torné yo á preguntar.

— Que yo sepa — contestó Bautista — no tiene más títulos que yo..... Pero, como usted comprenderá, es persona muy decente y de dinero; porque si no hay dinero, no se pueden sostener casas como esas.....

— ¡Calla! — exclamé yo entonces dándome una palmada en la frente como si de súbito recordase algo — me parece que yo conozco al Sr. de Laguira..... Diga usted..... ¿No es un Sr..... que..... que tiene tres hijas pollas; y muy guapas por cierto..... Vaya, muchacho, sírvenos otra ronda.

— Pues, sí señor — dijo Bantista empuñando su copa — eso es, tres hijas y por cierto muy guapas..... *¡Pulcræ mulieres!* como se dice en latín. Y todavía quedan otras dos más que son pequeñitas; pero que prometen para su día unos palmitos muy regulares..... Ahí tiene usted la mayor: es algo rara de genio; no le gusta salir á paseo, lo cual no es propio de las muchachas..... No, señor; no, señor; á mí me gusta cada cosa en su tiempo y sazón convenientes..... *Distingue tempora et concordabis jura.....* Donde usted me ve aquí, señor mío, yo soy bachiller en Filosofía y en Latín, y ya estaba estudiando Moral cuando se murió el Sr. Obispo que me protegía, que era mi padre..... Porque así sucede, no hay que darle vueltas: los buenos se mueren y los malos quedamos aquí para atormentarnos los unos á los otros..... Esa es la vida, y yo que la comprendo, amigo mío, me río de todo, y bebo aguardiente. ¿Le parece á usted mal? Pues mira, chico, venga otra ronda.

— Decía usted — dije yo queriendo atraer á Bautista al buen terreno — que la niña mayor es algo rara.

— ¡Oh! sí, muy rara, no le gusta tratarse con nadie, ni que la saluden, ni que la echen chicoleos por la calle..... Es lo que se llama una joven formal, tipo extravagante, *rara avis*, producto de anemia espiritual como la tisis lo es de la física..... ¿Qué quiere usted, amiguito? Yo, como he estudiado, quiero buscar el busilis de todas las cosas..... Por eso, cuando yo cursaba Moral en Sigüenza.....

— Pero, D. Bautista, bebamos otras copas, y no divague usted. Esa muchacha tan rara según usted...

— No vaya usted á creer que es un basilisco..... Yo tengo mis teorías; pero no quiero perjudicar á nadie. Y la señorita es muy buena, eso sí, capaz de quitarse el pan de la boca para dárselo á un necesitado..... A mí me han dicho que tuvo un desengaño amoroso; ya lo dijo Cicerón, creo que fué Cicerón: «el amor hace estragos por todas partes.....» ¡Qué sentencia! Nadie como los latinos para echar sentencias..... Pues lo que he oído fué que tuvo un novio que no quería á la señorita sino que mi amo el señor de Laguira lo protegiese y lo protegió porque parecía un hombre de bien..... *Ab homine iniquo et doloso erue me.....* El novio de la señorita era el homine iniquo et doloso que se reza en el Introito de la Misa..... En cuanto se vió hecho persona dió

una vuelta á la derecha y dijo: aquí no ha pasado nada, señores. ¿Qué le parece á usted la partida?

—Infame, dije yo, y eso es sin duda lo que ha amargado á esa señorita el espíritu.

— Eso, eso es. Pero ¿qué quiere usted? A mí me gusta más el genio de la Srta. Célia. Es tan buena como su hermana; pero mucho más amable, y más viva, y más graciosa, y sobre todo, tan fina que es un primor. Cuando yo entré en la casa, como los señores por lo regular no saben una palabra de buena educación, y además ignoraban cómo me llamaba yo, todo se les volvía nombrarme portero por aquí, portero por allá; oiga usted, pórtero; vaya usted, portero á este ó al otro recado..... ¡Como si yo fuese portero de nadie! Y lo que más me dolía es que á mi mujer también la decían portera..... Pues sucedió un día que bajó la Srta. Célia, y con ese mimito que tiene, dijo á mi mujer. ¿Cómo se llama usted, buena señora? porque á mí no me gusta eso de llamar portera á nadie. ¿Qué le parece á usted ese rasgo?

— ¡Sublime! exclamé yo; y mientras tanto, para mis adentros pensaba: Célia debe ser la mía. En alta voz dije: creo que conozco á Célia; es la más alta de las tres.

— Cá—intervino Bautista — está usted, caballero, muy equivocado. Celia es baja y regordeta, y con unos ojos muy buenos aunque un poquito saltones..... La verdad siempre hay que decirla, y caiga el que caiga; pero es la bondad misma, y siempre se está viendo que es una bendición de Dios..... Es burlona como ella sola. A mí me gustan las gentes que saben burlarse con sombra y salero..... La que usted conoce no es Célia, ni mucho menos; es la pequeña de las mayores que se llama Ángela, y que es muy buena muchacha también, aunque de genio algo *cena á obscuras* como la mayor..... Pero es chica que promete.

(Se continuará.)

DON ANTONIO LIZARRAGA

La última guerra civil ofreció pocos tipos tan interesantes por muchos y notables conceptos, como el General carlista don Antonio de Lizarraga, que amigos y adversarios convinieron en llamar el *caballero cristiano*. Era Lizarraga, en efecto, un hombre piadoso si los hay, de rectísimas intenciones, que buscaba en todo el reino de Dios y su justicia, y que, si pudo equivocarse en los medios que escogió para conseguirlo, fué siempre nobilísimo en sus acciones al par que heroico. Porque Lizarraga fué en esta vida un verdadero héroe, tal como á los héroes pintan las antiguas historias y las modernas. Hombre más sereno no se vió jamás en los combates; cuando entraba en ellos, Lizarraga se persignaba y pedía á Dios por la intercesión de su Madre Santísima, nuestra Reina y Señora, que le diese lo que más conviniera á los altísimos, divinos designios; y quedaba desde luego resignado, lo mismo á la victoria que á la derrota, lo mismo á la muerte que á la vida. Después, llovían las balas ó reventaban las granadas junto al caballo de Lizarraga, y el semblante de Lizarraga no se inmutaba. No gustaba de los actos aparatosos del heroísmo que han afamado en la guerra á muchos militares ardientes y vanidosos: Lizarraga era modestísimo; lo hacía todo y creía no haber hecho nada.

En el ejército, al que perteneció Lizarraga durante el reinado de Isabel II, ilustró su nombre con una conducta ejemplar de militar y de caballero. Su compañía primero y luego su batallón, eran el modelo que los Generales ponían á todo el ejército. En la guerra de África se distinguió como el primero; aquella campaña cuadraba perfectamente al carácter religioso y patriótico de Lizarraga. Allí sí que el piadoso caudillo se creería verdadero continuador de la historia de España. La revolución de Septiembre apartó á Lizarraga del ejército, que no era hombre él para jurar la libertad de cultos, ni para dar guardia á una asamblea en que un diputado consideraba á Dios como á enemigo del hombre. Fuera del ejército tomó una parte activa en todos los trabajos de propaganda católica; fué secretario general de la Junta directiva de la Asociación de católicos que presidía el inolvidable marqués de Viluma. Cuantos allí conocieron y trataron á Lizarraga, conservan una memoria gratísima de sus virtudes, de su fino trato, de su jovialidad de carácter, y más aún, de su fervor religioso. El problema político que se planteó entonces ofrecióse á la mente de Lizarraga por la relación que podía tener con el gran problema de la religión. Él no vió en la guerra una defensa de la ley Sálica, ni aun de la vieja monarquía; para él, D. Carlos era simplemente un Constantino, y el triunfo de D. Carlos una manera eficaz de restaurar la unidad católica. Animado por estas ideas, desenvainó la espada contra sus antiguos compañeros de armas; los militares del ejército regular. Nombrado por D. Carlos Comandante general de la provincia de Guipúzcoa, muy pronto redujo á las tropas del Gobierno á la defensiva dentro de las ciudades de la costa, y al mismo tiempo tuvo que desarmar á una facción carlista que, á nombre de D. Carlos, cometía todo linaje de excesos. Tomó parte en el Norte en innumerables combates, y luego pasó á Cataluña y al Centro, en donde mandó en jefe. En Cataluña fué gobernador de Seo de Urgel, y allí quedó prisionero del General Martínez Campos, con toda la guarnición, después de una heroica resistencia. Martínez Campos, hombre generoso si los hay y justo apreciador del verdadero mérito, trató á su prisionero con todas las consideraciones que merecían sus virtudes y su infortunio.

En Madrid, adonde condujeron al rendido Gobernador, se le veía todas las mañanas en la iglesia de Monjas Capuchinas, arrodillado junto á una pilastra, y oyendo con suma devoción más de una Misa. Por cierto, que los que por aquel tiempo estudiábamos en la Universidad Central soliamos ir también á Capuchinas, guiados del deseo de ver á Lizarraga, y aunque no éramos carlistas, nos imponía respeto la figura de aquel guerrero venerable, arrodillado, inmóvil como la estatua de un antiguo sepulcro. Antes que terminase la guerra, Lizarraga volvió al Norte, y mandó al ejército carlista en su postrer retirada; él fué el que solicitó para Don Carlos y para sus soldados la hospitalidad francesa. La historia tiene su estética; en aquel triste desenlace no podía faltar un hombre como Lizarraga; y al desvanecerse definitivamente el sueño de la monarquía tradicional, era preciso que apareciese al lado del Príncipe, heredero del sistema, ya que no de la fortuna de Felipe II, el español del siglo XIX más digno de haber mandado un tercio viejo en las campañas de Flandes ó Alemania. Que eso era Lizarraga en suma, y nada más: un militar español del siglo XVI resucitado en nuestra centuria.

Jamás participamos de las ideas políticas de Don Antonio Lizarraga. De él, como de Aparisi, siempre creímos que fueron soñadores. Aunque á muchos parezca ridículo, somos de los que estamos convencidos de que los ríos no van nunca para atrás. En los grandes movimientos de las sociedades, en sus transformaciones y revueltas vemos algo más que la maldad de los hombres; porque, como dijo Bossuet, el hombre se mueve y Dios le guía, y esta es la ley de la historia. La obsesión del pasado es peligroso sueño. Sólo Dios es grande, dijo también Bossuet ante la tumba del gran Rey, y eso repetimos nosotros ante el cadáver de la gran Monarquía tradicional de los españoles..... ¡Pasó.....! Todo pasa en el mundo *sicut nubes, quasi aves, velut umbra*.

Pero por eso, ¿no hemos de aplaudir el valor, la recta intención, las virtudes cristianas y caballerescas de hombres como Lizarraga? Sobre las diferencias de escuela y de partido, brillan esas cualidades verdaderamente sobrehumanas, á manera de estrellas del mundo moral que deben guiarnos á todos hacia el bien, ó sea hacia Dios en esta obscurísima y tempestuosa noche de la vida terrena. Nosotros pedimos á Dios por el eterno descanso del héroe carlista de la guerra de los cuatro años, y le pedimos también que si en adelante concede á la patria española hombres del temple de Lizarraga, sean las circunstancias tales, que no tengan que esgrimir su espada contra españoles, sino contra verdaderos enemigos de la Religión y de España.

S.

BRUJERÍAS.

Lo atrasado que se encuentra el pueblo español lo demuestra el que todavía creen muchos en brujas y hechiceros. Mentira parece tanta ignorancia en el último tercio del siglo XIX; pero hay que confesarlo con vergüenza, en varias comarcas de nuestra nación aun se cree á pies juntillas en el *Tardo*, la *Estántigua* y otras brujerías de las que se ríe todo hombre civilizado.

Así declamaba no hace mucho cierto conocido mío, entusiasta espiritista que pasa las noches de claro en claro evocando á Sócrates y á Platón, y creyendo como el más fanático, que sabe por revelación de cierto espíritu el lugar donde se encuentran sus difuntos padres y otras personas de su cariño.

Acaso esté yo en un error, pero es lo cierto que los personajes de algunas leyendas de la Edad Media, valientes y caballerescos, á los que veo penetrar sin temor en el antro del Mago, para pedirle ó mandarle que les auxilie con su fantástico poder á lograr sus deseos, y prestan atención á los círculos de fuego que describe á su alrededor con su mágica vara de nigromante, y escuchan como queriendo interpretarlos en su favor, el graznido del negro cuervo y el chillido de la vieja zorra, habitantes de la caverna; aunque de mayor atractivo sin duda, porque los veo á más larga distancia, me parecen tan locos y descarriados, como los modernos espiritistas con sus sesiones á oscuras y unidos en magnético círculo, esperando los ansiados fenómenos de la aparición de llamas ambulantes y de espiritillos más ó menos graciosos, de los que han de oir la solución de algún problema, alguna revelación ó algún consejo.

No hay que darle vueltas al asunto. El hombre es invariable en su naturaleza, y el transcurso del tiempo no ha hecho mas que variar la forma de sus errores. Sin embargo, entre las dos formas de brujería, prefiero la primera á la última.

Pocos años hace, pasé una temporada en las aguas de Cortegada, pequeña aldea de la provincia de Orense, situada á orillas del río Miño, rodeada de bosques y en medio de una campiña encantadora. Forman la aldea cuatro ó cinco grupos de casas sombreadas por castaños, cerezos y otros árboles plantados en deliciosas huertas rodeadas de emparrados, que riegan saltadores arroyos de aguas frescas y cristalinas.

El aire puro y embalsamado de aquel hermoso sitio es bastante para curar á los enfermos que allí acuden á beber las aguas sulfurosas y ferruginosas que brotan en distintos, aunque próximos manan-

CRUZADA ANTE JERUSALEN.

PÓRTICO DE LA GLORIA EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO.

tiales á la orilla misma del río, á la que se baja por un camino que se abre paso por entre huertas y castañares. Lugar es este, como la mayor parte de los de la pintoresca Galicia, para pasar agradablemente los meses del estío.

Es el pueblo gallego bastante dado á creer en brujas, por lo que no es estraño en aquel país, oir á un aldeano que el *Tardo* no le ha dejado dormir, ó que no puede salir de casa por la noche por temor de que la *Estadiga* se le lleve, como en otra ocasión, por camino contrario al que se proponía andar.

Entre los muchos bañistas que habían concurrido aquel año á Cortegada había un joven matrimonio de la parroquia de Aljáu, cuyo Párroco era muy amigo mío. La palidez de la joven esposa, que resaltaba más por lo encarnado de la esclavina y del pañuelo del mismo color que llevaba á la cabeza al estilo del país, me interesaron á preguntarle por su salud, y habiendo sabido la amistad que me unía á su Párroco, tomáronme confiada simpatía.

Al fin una tarde, al subir de la fuente, les pregunté por la causa de la enfermedad de la pobre mujer, á lo que contestó tristemente el marido:

—¡Ah, señor, me la dañaron, me la dañaron!

—¿Pues cómo fué eso?

—Dos años hace que nos casamos, y éramos tan felices, que causábamos envidia á nuestros convecinos. Al año tuvimos un niño, cuyo nacimiento aumentó nuestra dicha; pero unas vecinas, que no la veían con buenos ojos, consiguieron de una bruja, que vive en nuestra parroquia, que les metiera la envidia en el cuerpo á ésta y á nuestro hijo. El niño no pudo resistir y murió, y ya ve usted ésta, señor, cómo se encuentra.

Admirado quedé de la credulidad de aquellas pobres gentes, á las que traté de convencer de que otra era la causa de su enfermedad; y por saber si tenía la enferma remedio, me avisté con el médico, el cual me dijo que era de difícil curación el mal que padecía, que debió empezar por una gran debilidad por haber querido criar á su hijo sin tener naturaleza para ello, y que á su parecer tenía dañados los pulmones.

Alguna mejoría experimentó, sin embargo, con el uso de aquellas preciosas aguas acromáticas, y decidieron al fin regresar á su casa, entregándoles yo al despedirse una carta para su Párroco, mi amigo, en la que le expresaba la simpatía que me había inspirado aquella joven pareja, y que me escribiera si la enferma recobraba la salud perdida por el demonio de la envidia.

Al poco tiempo regresé á Madrid, donde me encontré con un antiguo amigo, que al parecer andaba apesadumbrado.

—¿Qué le sucede á usted? —le pregunté.

—Estoy muy disgustado, porque mi hija mayor se muere.

—¿Pues qué enfermedad tiene?

—Según los médicos, tisis; pero yo no hago ningún caso de los médicos. Tiempo hace que se que mi hija está destinada á Saturno, por revelación de cierto espíritu.

—¡También usted es espiritista!

—¿Y por qué no? ¿Pues qué no es una gran cosa el poderse comunicar con los seres queridos cuando vagan por esos mundos desconocidos?—dijo mirando al cielo.

—Hombre, no crea usted en otros mundos después de éste, que en el que nos enseña la doctrina cristiana, y déjese de tonterías.

—Tonterías son las de la doctrina.....

Despedíme lo más cortésmente que pude de aquel hombre, al parecer ilustrado, aunque cien veces más extraviado que el pobre aldeano gallego; y á los pocos días supe que su hija había muerto sin ningún auxilio espiritual, aunque rodeada de espiriterías.

Como todo tiene en este mundo dos caras, recibí una carta de Aljáu, en la que me decía mi buen amigo que la joven esposa que conocí en Cortegada había fallecido, víctima de su enfermedad, como una buena cristiana, después de haber recibida con fervorosa devoción lor últimos Sacramentos de la Iglesia.

Alguna razón había de tener para preferir á los que creen en brujerías á la antigua, de los que hacen lo mismo á la moderna. Aquéllos creen más de lo que deben; éstos no creen lo que debe creerse.

ENRIQUE GARCÍA BRAVO.

ALBUM DE POESÍAS

EL CID

ROMANCE

Si de mortales heridas
Fincare muerto en la guerra,
Llevadme, Jimena mía,
A San Pedro de Cardeña.
Así hecharéis buenas ayudes,
Que me fagades la fosa
Par del altar de Santiago.
Amparo á las fidas mesas.

(ROMANCERO DEL CID, 68.)

En el templo silencioso
De San Pedro de Cardeña
Entra victorioso el Cid
Que fizo suya á Valencia.
Con él finca de rodillas
Su gente brava, revuelta
Con los monjes, que de graves
Mudas estatuas semejan.
En el altar de San Yago,
Que amparo en la lid allega
De esta suerte fabla el Cid
Y á los cielos se encomienda:
—Tomad vos, el Santo Apostol,
Tomad vos esas banderas,
Que si antes de moros fueron
Ahora deben de ser vuesas.
Yo he de morir, pues la carne
Fecha la tengo de tierra;
Mas no se facen de barro
Las victoriosas empresas.
Vivan ellas en los siglos
Que se acaban y comienzan
Y á quien con ellas osare,
Vuestra espada le acometa.
El rey con malas andanzas
Galardonó mis proezas:
Que más gustan de lisonjas
Que de hazañas sus orejas.
Mal hayan por mentirosos
Los fidalgos de Sansueña,
Que echan ascas en la Jura
Que tomé en Santa Gadea.
Ellos mi nombre acribillan
Con los tajos de sus lenguas;
Yo á tajos de mi Tizona
Anchas fice las fronteras.
Y sostuve con mis brazos
Las mal tenidas almenas,
Que cobraron de medrosas
Contra el moro fortaleza.
Desterróme de Castilla
La vengativa soberbia
Y leal fuime al destierro
Castellano á las derechas;
Que en tal destierro, del Rey
Puse cautivas las tierras,
Porque en tierras de la Patria
Relinchára mi Babieca.
Hoy torno pisando envidias,
Que muerden como culebras
O que fuyen á ocultarse
De su escondrijo á las quiebras.
De los castillos vencidos
Doy al rey francas las puertas
Y á vos homildes entrego
¡Oh San Yago! sus enseñas.
Que si en fincando cautivas
Del rey las armas son siervas,
Pues que el esfuerzo es del cielo
El honor es de la Iglesia.
La plegaria de estos monjes
De honrada cogulla negra
Vos face andar por el aire,
Cuando yo corro á la guerra.
Guerrero venís conmigo
Y no hace tuertos mi diestra,
Ni pecha el valor esclavo,
Ni fabla audacias la lengua.
Y si yo en mis brazos prendo
Reyes moros que me asedian,
Vuestro nombre es santo grito
Que enardece en la pelea.
Ya lo sabe el rey Alfonso,
Ya lo sabe mi Jimena
Y el buen obispo Don Lope
Y la gente de mi mesa:
Cuando la muerte llamare
Tarde ó temprano á mi puerta,
Que mi cadaver entierren
Cabe al vuestro altar de piedra;
Porque estando á vuestro amparo,
Cuando á la Patria la hieran
Podáis llamarme y yo deje
Para batallar, la fuesa.

FRANCISCO JORNET CAMPAÑA.

BENJAMINA

NOVELA ITALIANA

DEL P. JOSÉ FRANCO

(Continuación.)

CAPÍTULO XIV

LA PISTOLA IMPOSIBLE

Luisa estaba en la persuasión de que el incendio y la ruina del convento de las Ursulinas, poniendo término á su vida agitada y borrascosa, la dejaría en libertad de volverse á Nueva York á su primitiva morada, donde pudiera por fin entregarse á los hábitos y quehaceres de ama de casa; pero Mario desbarató su intento. Acostumbrado á las intrigas secretas de los partidos irreligiosos, inmorales y anárquicos, pasaba con gusto de una agitación á otra, de un peligro á otro, de un delito á otro. Habiéndose retirado precipitadamente á Nueva York cuando vió la tormenta amenazadora de Boston, tuvo ocasión de tratar con un reclutador que le ofreció llevárselo lejos y pronto. No se lo hizo decir dos veces; partió *hospite insalutato*, dejando á aquella infeliz sin recursos para vivir y sin recomendaciones suficientes para procurárselas, y más entonces que los Sres. Lokport, ahora fervientes católicos, habían dejado de tratar casi enteramente con gente peligrosa, y nada quisieron saber de ella ni de su supuesto marido. Ciertamente no le hubieran negado una limosna; pero el orgullo de Luisa jamás se hubiera humillado á pedirla á aquellos papistas improvisados, como solía llamarlos burlándose. Mas entre tanto, ¿dónde había ido á parar Mario?

En los alrededores de Nueva Orleans acababa de organizarse un tribunal de novísima especie, cuyos jueces, plenipotenciarios absolutos de la diosa Témis, se habían arrogado el cargo de suplir á la incuria de los magistrados ordinarios, dándose á sí mismos el decoroso título de *vigilantes* [1]. Se reunían en lugares apartados en número de treinta, cuarenta ó más, con sus satélites y verdugos, y cuando les parecía conveniente se presentaban de súbito en las villas y aldeas donde la justicia humana les parecía lenta ó dudosa; allí proclamaban la corte suprema de la maldad, establecida en nombre de la justicia del cielo. Una vez erigido el tribunal, citaban inexorablemente á comparecer ante él á los ciudadanos que mejor les parecía: ¡guay de los contumaces! Por el mero hecho eran considerados reos confesos, y en consecuencia castigados. Las pesquisas y las sentencias arbitrarias se sucedían como un fuego graneado, sin tregua ni descanso, hasta haber fallado todas las causas y reconciliado al país por

1 Hispánico.

los derechos santos é inviolables de la justicia. Aquella obra de restauración general se hacía con tanta más rapidez, cuanto su código penal era de una precisión y claridad pasmosas. Según él los crímenes todos tenían poco más ó menos la misma gravedad, y el castigo era el mismo. Además, aquellos señores, en su alta penetración, averiguaban la culpabilidad sin sujetarse á la lentitud de formación de causa: bastaba un corto interrogatorio. Libres de todo aquel fárrago de acusadores, testigos, fiscales y abogados, y después de haber cumplido con el deber de buenos jueces, emprendían alegremente la tarea de celosos ejecutores. La pena era la flagelación, y ningún crimen ó delito se escapaba de aquel terrible castigo. En una sola parroquia (el territorio novorleanés está dividido en parroquias) habían sido públicamente azotadas unas setenta personas. La imaginación se resiste á pintar las vejaciones, abusos, violencias y escándalos inauditos que por doquiera, en los desdichados pueblos de aquella comarca, iban en pos de este nuevo procedimiento de justicia insensata y atroz. Mario, pues, como cuervo á la carroña, corrió allí gozoso y sediento de sangre y rapiña. Acostumbrado á los clubs y á las congregaciones más diabólicas, se había arrojado á las cábalas más infames; y ahora le parecía imposible, en calidad de juez vigilante, resarcirse del botín que se le escapó en Mount-Benedict.

Pero poco faltó que no le sucediese como á aquel que fué por lana y volvió trasquilado.

Siendo así que los magistrados del país, en vista del gran peligro que les amenazaba, organizaron á sus policemen en guerrillas, los reforzaron con algunas fuerzas regulares y de voluntarios, y se pusieron bravamente en campaña en persecución de los nuevos sucesores que venían á suplantarlos. Tan pronto como se descubría una partida ó destacamento de vigilantes, corría la tropa á desalojarlos, dejando ante todo bien guardados los pasos y desfiladeros. Así es que los pobres jueces *nuevos*, perseguidos y acosados en todos sus escondrijos, cayeron casi todos en las uñas de los jueces *viejos*, y lo mismo era ser cogido que ahorcado en el árbol más inmediato.

Viendo Mario la cosa mal parada no se entretuvo pensando en las musarañas, sino que, trepando por senderos desconocidos, deslizándose como la serpiente en las gargantas más angostas, atravesando quebradas y torrenteras, disfrazado de viajero italiano pudo zafarse de las trampas y se encaminó hacia Tejas. Habiendo llegado á Natchiotoches, al punto de pasar la frontera, se creía ya en salvo, cuando habiéndose levantado alguna sospechilla sobre su persona fué cogido al vuelo y entregado al tribunal superior de la provincia. La exasperación del pueblo contra los jueces vigilantes era tal, que los hombres y las mujeres de las tribunas públicas amenazaban precipitarse sobre él y hacerle trizas. Mas aun no había llegado su hora.

Hallábase por casualidad en el auditorio un ilustre magistrado de Nueva York, Jorge Keih, el cual, haciendo un viaje de recreo por allí, complacíase en presenciar los juicios de las comarcas por donde pasaba. Divisó á Mario, á quien había tenido ocasión de conocer en la Fonda-monstruo, donde Luisa había hecho para su esposa algunas frioleras de modista. Era, pues, natural que se compadeciese de su desgracia. Escuchó la acusación con el mayor interés. Esta se fundaba principalmente en la declaración de un testigo que afirmaba haber reconocido á Mario como individuo de la famosa cuadrilla, por una pistola que él había examinado detenidamente en Saintmartinsville, en la tienda de un armero, mientras estaban allí instalados los jueces vigilantes, y el armero le dijo que pertenecía á uno de aquellos facinerosos, quien se la había dejado para componer la chimenea. Mario se defendía con brío, asegurando que era hombre pacífico y laborioso, casado, y que vivía tranquilamente en Nueva York; que ahora iba á probar fortuna en Tejas, y que de ningún modo había pasado por Saintmartinsville; y que en cuanto á la pistola, ni siquiera sabría manejarla, pues jamás había amartillado un arma de fuego. — Además, ¿dónde está este supuesto cuerpo de delito? ¿Si la hubiese tenido la hubiera llevado acaso hasta ahora para tirarla y entrar desarmado é indefenso en un país como Tejas? Y aunque hubiera cometido la locura de intentarlo, ¿me era posible hacerlo, ni por pienso, pocas horas antes de ponerme en camino, habiendo sido arrestado de improviso y vigilado continuamente? Hubiera podido limitarse á esto; mas quiso atolondradamente encarecer la defensa, vituperando de un modo atroz á los vigilantes y vomitando contra ellos todos los improperios que le venían á la boca, sin considerar que aquéllos, teniendo algún espía en la audiencia, se lo podían hacer pagar caro el día menos pensado.

A pesar de aquellas y otras buenas palabras, si la pistola hubiera sido presentada al tribunal precisamente con la chimenea nueva, hubiera habido motivo para pedir confrontaciones en Saintmartinsville y quizá para regalar en seguida un dogal al pobre delincuente. Porque en tales momentos de irritación los tribunales, establecidos atropelladamente en las pequeñas ciudades, más de una vez tenían que ceder al furor popular. Pero Keith, después de haber oído la acusación y los descargos, conforme al derecho vigente, pidió la palabra en defensa del acusado. No dejó de lisonjear la vanidad de jueces y jurados el ver un sujeto tan célebre presentarse ante ellos como simple abogado. Este hizo un lucido resumen de cuanto se había dicho en pro y en contra, analizó hábilmente la fatal declaración, demostrándola insuficiente y contradictoria en sí misma; volviendo luego á tomarlo por su parte débil alegó con admirable elocuencia el conocimiento personal que tenía del acusado, la crueldad de molestar á un pasajero inocente, á un laborioso padre de familia, y esto bajo la fe tan sólo de un testigo único que podía estar equivocado, y sin otro indicio que un cuerpo de delito que nadie podía encontrar ni producir. En fin, tanto dijo, que los cándidos de los jurados se dejaron embaucar y dieron *por imposible* la pistola (era expresión de Keith) y pronunciaron el veredicto *no guilty*, no culpable. El presidente, ensalzando al abogado y compadeciendo al reo, declaró incontinenti á Mario absuelto y libre.

Al salir éste rogó á su defensor que se dignase acompañarle hasta la posada: allí le dió las más expresivas gracias por el magnífico discurso que le había salvado la vida.

— Siento infinito, añadió, amigo y singular bienhechor mío, no tener con qué pagar el inmenso favor que acabáis de hacerme; pero dignaos aceptar esta friolera como muestra de mi gratitud.

Hablando así sacó, no se sabe de dónde, una magnífica pistola de dos cañones.

— ¿Una pistola?

— Sí, la pistola imposible.

— Con que ¿la teníais y la escondisteis? ¿Olisteis el arresto? ¿Esta arma os causaba temor?

— No me hagáis preguntas, amigo mío; aceptadla como una memoria; á vos no puede causaros perjuicio alguno; á mí me pondría el dogal en la garganta si me la hallaran.

Keith miró la chimenea: estaba recientemente recompuesta como lo había declarado el testigo. Quedó admirado y corrido. Había hablado de buena fe y no esperaba que su cliente la desengañase tan pronto y de un modo tan terminante.

Al volver el egregio magistrado á Nueva York envió á buscar á Luisa y le contó todo lo sucedido. Esta fué la única noticia que tuvo de Mario después de siete meses de ausencia: nueva que la colmó de vergüenza y dolor.

CAPÍTULO XV

LA ÚLTIMA FIEBRE

Por otra parte, mejor que cualquiera noticia le hubiera venido una letra de cambio, porque desde que salió de Mount Benedict no le iban muy bien sus negocios, amenazándola desgracias mucho mayores. Una mañana se levantó con la cabeza torpe y pesada, ora sentía un calor insufrible sin traspiración, ora un escalofrío semejante á un acceso de tercianas. Se levantó, se miró al espejo: la cara parecía una grana y la lengua un tizón encendido; más tarde sintió dolor de estómago con ganas de vomitar. Envió por el médico, y éste le aconsejó que luego y sin pérdida de momento se hiciese llevar al hospital y colocar en una de las salas de preferencia, pagando un tanto: la dijo que lo que tenía era la fiebre amarilla, y que en ninguna parte se curaría mejor que allí, donde la experiencia de los enfermeros, el servicio y las comodidades daban esperanza de un feliz resultado, mientras que en su casa, mal cuidada por gente mercenaria, peligraba su vida.

Luisa comprendió la triste situación en que se hallaba, y después de haber consultado con su bolsillo, sin detenerse en preferencias de ninguna especie, se hizo llevar al hospital de caridad como una indigente cualquiera.

Pocos días después vió acercarse la muerte; pero las angustias de la enfermedad nada eran en comparación de los tormentos del espíritu.

—¡He aquí, decía para sí, á qué hombre he seguido desde el fondo de Europa! ¡Qué esposo! Va errante por el mundo en busca de aventuras deshonrosas y propias de un salteador de caminos sin dignarse escribirme cuatro líneas en señal de recuerdo: me deja abandonada y sin auxilio después de haber echado á perder mis negocios y mi industria. Por su causa me veo en un hospital, sin un pariente que me asista, sin un amigo que me conozca. Me moriré sin duda antes que él lo sepa, y no habrá en la tierra quien derrame una lágrima por mí. Pasará la visita una de estas mañanas; un enfermero avisará, «el número ciento y dos ha muerto;» y la visita sin dar una mirada, cuanto menos un suspiro, pasará á la otra cama.... Y ¡todo se acabó!

En medio de su desolación experimentaba á veces un deseo de rezar, viniéndole á la mente como una sombra vaga las plegarias de la infancia; mas al punto parecía alzarse entre ella y el cielo un muro en el que se veía escrito: — ¡Hasto de tu familia! ¡de la Iglesia! ¡Concubina! ¡renegada! — Otras veces, no pudiendo ya aguantar el tormento continuo de los remordimientos, buscaba un refugio en su nueva religión. — Al fin y al cabo, decía tratando de engañarse á sí misma, hay muy poca diferencia entre católico y protestante: el Señor verá que estoy obligada á obrar así; estoy en un país de protestantes y tendrá lástima de mí..... ¡Es imposible.....! ¡No tengo otro camino.....! — Así eludía la voz inexorable de su conciencia, ya que no podía ahogarla, quedándose como atontada sin resolverse por el mal ni por el bien. En el entretanto la enfermedad corría hácia un desenlace fatal.

Fuese casualidad, ó por mejor decir providencia de Dios, se hallaba entre dos católicas, y observando que casi no pasaba día sin que el sacerdote fuese á consolarlas, pasando por delante de su cama sin dirigirle á ella ni una palabra: — Y mi pastor ¿por qué no comparece nunca? Resentida de aquella comparación empezó á cavilar. ¡A lo menos vería una faz humana delante de mí algunos momentos y hablaríamos dos palabras! Quiero verle — y envió á buscarle.

Tres días después, por la mañana temprano, se presentó el ministro, llevando consigo la llamada sagrada cena. Paróse á respetuosa distancia de los pies de la cama, y desde allí dijo:

— Buena mujer, me habéis hecho llamar: ¿no es cierto? Este piadoso deseo hace honor á vuestra fe: no todos hacen otro tanto. Es para mí una satisfacción á la vez que un dulce deber complaceros, y á fin de que no os tengáis que tomar otra molestia he traido conmigo todo lo necesario en esta primera visita.... Pero ya os haréis cargo de que vuestra enfermedad es en extremo contagiosa..... ¿De qué os serviría que me sucediese alguna desgracia por una cosa que no es de primera necesidad? Tengo mujer é hijos; vos misma no querríais causar la desolación de una familia. ¿No es cierto? Tened fe, pero una fe viva: la vista sola de la santa cena os procurará las mismas ventajas que si la comieseis. Dice el Señor, en Mateo, que con la fe se trasladan hasta las montañas. ¿Cuánto más fácil será trasladar en vos los saludables efectos de este pan que tomamos en memoria de la muerte del Señor? ¿No es lo mismo hacer conmemoración del Salvador con mirar este pan que con tomarlo? La fe es la que salva y no las obras: tened fe. En esto sacó de debajo de los hábitos una caja de plata, lo que él llamaba el pan y el cáliz de Nuevo Testamento, la abrió, la mostró, volvió á cerrarla, hizo una reverencia y se fué. Luisa había escuchado aquella doctrina con un *crescendo* indecible de despecho, en la última parte acompañada de aquella muestra de santa cena, y se tapó la cara con la sábana sin decirle esta boca es mía. Juró no hablar más al tal ministro, y cumplió su palabra [1].

Mas habiéndole salido tan mal su intento sintió más vivamente la necesidad de algún consuelo religioso. Por la tarde, después de aquella cena de fe, la pobre enferma, enojada con su ministro, vió pasar como de costumbre al Sacerdote católico. Era un venerable anciano que antes había sido ministro protestante distinguido de la secta de los puritanos, y ahora no menos ilustre Sacerdote católico y apóstol de la patria [2].

Luisa resolvió á llamarle desde el lecho y le dijo:

— Reverendo señor, disimulad mi atrevimiento: desearía que al ir á visitar á vuestros enfermos os dignaséis también dirigirme alguna palabra de consuelo..... ¡Lo necesito tanto!

Y al pronunciar esas palabras dos gruesas lágrimas corrieron por sus encendidas mejillas. El Sacerdote respondió:

— ¿De qué comunión sois?

— ¡Oh! No os importa mi religión: soy una infeliz..... ¿No basta esto para merecer algún consuelo?

— Ciertamente; pero ya sabéis que sólo á los ministros protestantes se permite hablar aquí con toda libertad. A nosotros, Sacerdotes romanos, se nos prohibe severamente acercarnos á nadie que no sea de nuestra religión. Si yo quisiera visitaros os serviría de muy poco, mientras arriesgara la facultad de socorrer á las personas de nuestra comunión. Puedo indicaros un medio para legitimar nuestras pláticas: pedidme por escrito que os visite.

Luisa tomó la cartera que con otras friolerías tenía en un lío debajo de la almohada, arrancó una hoja, escribió con el lápiz la instancia formal al roverendo señor de..... para que se sirviese visitarla, la firmó y la entregó.

— Así estamos en regla, dijo el Sacerdote, y se sentó á la cabecera de la cama.

Luisa pretendió ser italiana y protestante; mas él, que había estado en Italia y verificado su conversión en Roma, sabía muy bien que no se halla un protestante nacido en Italia aunque se le busque con la linterna de Diógenes; mas pronto cayó en la sospecha de que la infeliz mujer sería una católica pervertida. No por esto dejó de escuchar con paciencia la iliada de desventuras que le contó, y sin darse por entendido de su apostasía la compadeció exhortóla á resignarse á la voluntad de Dios, y por fin prometió volverla á ver al día siguiente. El buen Sacerdote resolvió buscar todos los medios posibles para rescatar aquella alma extraviada, é ignorando la verdadera causa de la perversión determinó catequizarla con dulzura á fin de apartar de su mente las supuestas preocupaciones, y empezó así:

— Ante todo habéis de saber que si vengo á veros os hablaré alguna vez de religión: estoy seguro que no lo tomaréis á mal.

— No deseo otra cosa. Sólo ruego que no me asustéis; consoladme siempre.

— ¡Oh! esto sí. No os dirigiré sino palabras de consuelo y empezaré por contaros de qué manera me ha consolado Dios á mí, apartándome de los precipicios de la perdición para conducirme al camino de la salud.

— ¿Cómo? ¿*Ersis*, pues, ateo, libre pensador, desbautizado?

— Era protestante.

— Pues ¿entonces sois un reformado pervertido al papismo? repuso Luisa fingiendo una repugnancia que no sentía.

— Era protestante, ministro y predicador, y creo con mi perversión, como ahora la llamáis, haber escapado de la perdición eterna.

— Con que ¿pretendéis que todos los reformados son carne para el demonio? ¡Qué intolerancia tan odiosa de los papistas!

— No os alteréis, hermana mía; no digo que todos los protestantes estén perdidos: lo digo sólo de los protestantes de mala fe, esto es de los que conocen la grave obligación en que están de abandonar el error y no lo hacen.

— Con que ¿no hay para estos esperanza de salvación? dijo Luisa disimulando mal su terror.

— Mucho nos daría que hablar una respuesta adecuada á tal pregunta; mas cortemos la cuestión por lo vivo. Habéis de distinguir, querida mía, dos clases de herejes: los unos lo son de propia malicia, los otros lo son inocentemente. Para los primeros no hay esperanza de salvación; los segundos pueden alcanzarla. Digo que no hay esperanza de salud para los herejes voluntarios, porque desechan á sabiendas la verdad revelada é impuesta por Jesucristo para abrazar libremente el error condenado y prohibido por el Salvador, y de este modo se muestran rebeldes á su divino Soberano, y conforme viven así mueren también en la ira de Dios. Los herejes además..... Pero antes de pasar adelante, ¿dónde están y quiénes son esos herejes que porfían contra la verdad conocida?

Me cabe la satisfacción de creer que no soy de este número; pero no creáis con demasiada ligereza que no haya ninguno bajo la capa del cielo. Con mucha frecuencia se hallan personas que, no solamente aborrecen á la Iglesia católica, sino que la persiguen, calumnian y tratan de abatirla con medios tan abiertamente maliciosos, que dan á conocer en todo el odio que profesan á la verdad. ¡Oh! ¿Disculparíais acaso á aquellos miserables predicantes que excitaron hace poco tiempo á una multitud de hombres desalmados á incendiar el convento de las ursulinas de Mount-Benedict? Y por fin, aunque no hubiese otros herejes de mala fe, lo serían sin duda alguna los desertores del catolicismo. Por lo regular estos cambian de religión sin convencimiento alguno con el único fin de dar rienda suelta á sus pasiones, y á la sensualidad, al orgullo, al interés. Antes y después de su apostasía tienen el alma atormentada por la vergüenza y el remordimiento, y á fin de acallar los gritos de la conciencia van mendigando de propósito preocupaciones de los enemigos de la verdad, se esfuerzan en creerlas, se alimentan ansiosamente de lecturas pestilenciales, y procuran de la manera más perversa imponer á su propia alma tinieblas lisonjeras y cómodas para sus bajos designios. Pues bien: al desnaturalizar así con violencia el alma cristiana para hacerla herética, ¿no os parece desobediencia y rebelión manifiesta, constante y obstinada contra el Señor?

— Y si el paso de la Iglesia católica, como vos decís, al error, se hubiese verificado por debilidad, por circunstancias imperiosas y qué sé yo..... conservando en el corazón la fe antigua, ¿no se podría hallar misericordia?

— Seguramente que no. ¿Existe acaso delito más execrable que creer la verdad y obrar continuamente contra la verdad conocida? ¿una fe de ángel y obras de demonio.....? ¿Sabéis quién puede hallar misericordia? El hereje de buena fe de quien os hablé poco há. Por ejemplo: un pobre artesano, criado en los talleres de Manchester, ó bien aquí una buena mujer de nuestras ciudades protestantes. Desde pequeñitos fueron sin culpa suya imbuídos en el error; la verdad fué presentada á sus ojos por contraposición como una mentira; para ellos el papismo es el símbolo de la hipocresía, de la superstición, de la idolatría; no se atreven á mirarla cara á cara, cuanto menos estudiarla sin horror. ¿Qué queréis que hagan? Y observad que aun personas instruídas y avisadas están á veces, sin saberlo, á lo menos durante algún tiempo, envueltas en aquella red inextricable: tal es la fuerza y el prestigio de las preocupaciones mamadas con la leche. Ahora bien: Dios, que es tan bueno y misericordioso cuanto justo, ¿ha de echar á montones toda esa multitud de herejes en el fuego eterno? La Iglesia católica nunca enseñó una doctrina tan despiadada: se la han atribuído con mucha frecuencia sus enemigos que por ignorancia ó por malicia inventan monstruos de niebla y humo, para tener luego el gusto de pelear con ellos como si fueran de carne y hueso; además, el dictamen de los doctores católicos es enteramente opuesto á esta opinión. Toda persona bautizada (y por lo regular los herejes lo están) que cree en las verdades reveladas, si bien en algunas de ellas yerra invenciblemente, está en vía de salvación.

— Es la primera vez que oigo una doctrina tan tolerante; siempre había creído lo contrario. Mis ministros no cesan de decir que vosotros los católicos predicáis que fuera de vuestra Iglesia no hay salvación.

— También lo digo yo: fuera de nuestra Iglesia no hay salvación; pero esto se entiende respecto de aquellos herejes que se apartan de ella maliciosamente, los cuales no pertenecen al gremio de la verdadera Iglesia, porque se resisten al deber conocido de instruírse y de entrar en ella, y más particularmente respecto de los que, hallándose dentro, han cometido la gran culpa de salirse fuera. Mien-

---

1 Digamos en esta nota de qué manera fué fiel á su palabra. Dice la crónica, y lo sé de buena tinta, que Luisa (ó Luis, que poco importa el nombre de la persona á quien esto sucedió), habiendo salido del hospital, y andando no sé por qué calle de la ciudad, apercibió desde lejos al fiel ministro del Evangelio, que iba con su esposa á un lado y su hija al otro, lo que los ingleses llaman ir de pan mostado con manteca. Luisa se acercó á él, le saludó con fingida cortesía, resuelta á satisfacer su rencor femenil, diciendo:

— Perdonad, señor ministro: ¿no me conocéis?

— Señora, vuestra fisonomía no me es desconocida; pero no puedo decir precisamente quién sois.

— Vuestra reverencia me vió en el hospital con la fiebre amarilla y tuvo la bondad de traerme la santa cena.

— Sí, esto es, iba yo á decirlo.... Pero ¿qué queréis? Vemos tanta gente.... nuestro ministerio nos conduce á tantas casas....

— Pues bien, disimulad si me tomo la licencia de ofreceros una friolera en señal de mi gratitud.

Y al decir esto sacó su portamonedas, y con mucha cachaza y se puso á buscar una libra esterlina flamante. Al ministro se le iban los ojos.

— No, señora, no os incomodéis por mí; es nuestro deber y no exigimos retribución.

— No será más que demostrar mi gratitud.

Luisa presentó la moneda y el ministro tendió la mano; mas la talmada la retiró luego, la hizo relucir á sus ojos, y mirándola con aire socarrón le dijo:

— Tenga fe vuesa reverencia; pero una fe viva. Sólo esta hará el mismo efecto.

El ministro se acordó, aunque tarde, de la santa cena administrada por medio de la fe.

2 Se alude al célebre Juan Thayer.

tras que los herejes de buena fe no son propiamente herejes, porque si bien yerran en uno ó en muchos puntos, no se entiende por esto que desechen ninguna de las verdades reveladas por Cristo, antes al contrario las abrazan implícitamente y estarían dispuestos á profesarlas si las conocieran. Estos convienen en adherirse á todas las verdades reveladas, propuestas por la verdadera Iglesia, y únicamente por el invencible error de que fueron imbuídos desde la cuna creen que la verdadera Iglesia no es la católica, sino aquella en que se educaron. Por lo tanto, en la realidad son más católicos que herejes, y segun se expresan nuestros lectores, se atienen á la esencia y espíritu de la Iglesia católica, aunque exteriormente se hallen separados del cuerpo visible de la Iglesia misma.

—Dios sea loado; somos amigos. Entónces sólo los idólatras é infieles serán condenados.

—No os hagáis ilusiones, hermana mía; acordáos de que se puede ser protestante de mala fe. Y luego en realidad tambien no es lo mismo ser protestante que católico: fuera del catolicismo estáis muy lejos de tener los auxilios que nosotros poseemos; la oración continua y solemne, la predicación veraz, la veneración á los Santos y á la Madre de Dios, los sacramentos de la Confirmación y de la Penitencia, de la Comunión eucarística, y por fin otros medios que os faltan. En una palabra, poca ventaja lleváis á los infieles, pues que estos si saben valerse de las luces y de las gracias que les otorga infaliblemente la sangre del Redentor, derramada para ellos, llegarán gradualmente, sí, pero sin falta alguna, á la luz y á la salvación, y creer que haya alguno creado por Dios expresamente para ser condenado al fuego eterno es una horrible blasfemia proferida por los protestantes.

—Yo no digo tal cosa.

—Mas la dice terminantemente vuestro santo fundador Calvino [1], y muchas otras iglesias que se dicen protestantes lo enseñan á sus secuaces. Pero vamos, no entremos en cuestiones particulares por hoy. Estáis debil y os cansa hablar demasiado. Cada día vendré á veros y poco á poco os haré conocer las doctrinas católicas.

—¿Qué doctrinas católicas? Ante todo habéis de escuchar mis objeciones y no proponerme las vuestras..... Bien sabéis que nosotros sólo creemos en la Biblia y despreciamos lo demás.

—Habrá tiempo para todo: dejadme hacer, sé de que manera ha penetrado la luz en mi espíritu, y así también, si Dios quiere, la haré brillar en vuestro entendimiento, de modo que quedéis contenta y satisfecha. Adiós: mañana á esta hora nos volveremos á ver.

Mas en realidad no era instrucción lo que faltaba á Luisa para convencerse: nunca, no sabemos si por su bien ó por su mal, había carecido de ella, y si le hubiera hecho falta aquella conversación era tan adecuada á su estado, por la parte, digámoslo así, especulativa, que el hombre de Dios no la hubiera hablado más acertadamente si hubiera conocido los más minuciosos detalles de todas las circunstancias que habían motivado su apostasía. Lo que necesitaba era fuerza bastante para romper la cadena que la tenía sujeta á los objetos de sus culpas; era la confianza en el perdon de la divina clemencia, que erradamente creía, no solo no poder obtener, sino ni merecer siquiera.

---

1 Justifiquemos para satisfacción del lector las palabras del Sacerdote. Calvino dice: Llamamos predestinación el decreto eterno de Dios, por el cual determinó en sí mismo lo que quería hacer de cada uno de los hombres. Porque no todos han sido creados de una misma condición, sino que á los unos está destinada (praeordinatur) la vida eterna, y á otros la eterna condenación. *Instit. christ.* lib. 3, cap. XXI, n. 5. Así hablan también muchas confesiones de iglesias protestantes de Francia, Bélgica y Holanda, que se hallan citadas por Moelher *Simbolica*, § 12, pág. 142, ed. de Milán.

CAPÍTULO XVI

BENJAMINA Y LUISA

Hallándose en aquellos extremos de la vida temporal, poco menos que desesperada, y en mayor peligro aun de la eterna, le hirió como un rayo una noticia tan funesta como inesperada. Esta noticia precipitó en pocas horas y en ambos conceptos las cosas hacia el desenlace final. Mas para comprender toda la fuerza de aquella causa es necesario decir antes que aquella infeliz, á pesar de todos los síntomas que la anunciaban un fin próximo y miserable, como para hacer el estado presente menos insufrible, se iba lisonjeando y meciendo en ciertas ilusiones vagas, confusas, lejanas, á las cuales se esforzaba en dar las formas y la consistencia de esperanzas sólidas. La idea de ser la esposa querida de un hombre que fuese todo suyo, como ella hubiese querido ser toda de él, fué siempre el sueño dorado de su juventud; el que, mal acariciado y peor cumplido, la precipitó por fin en aquel abismo de iniquidades y desventuras, del cual no parecía por entonces existir otra salida que la más desesperada. Y ahora, ¿no podría ser que se curase? ¡Se curaron y se curan tantos otros! Además, ¿qué cosa más natural y aun probable que Mario, desengañado de sus errores, aburrido y hastiado de aquella vida disoluta, volviera á reunirse con ella ansioso de quietud? Entonces se hubieran casado de veras; quizás un fruto bendito de sus legítimos amores alegraría la tarde apacible de un día tempestuoso, y fuérale permitido disfrutar durante algunos años, ó meses siquiera, de aquella vida dichosa, objeto constante de su fantasía, y que siempre había huido de ella. Debemos añadir que este era, sin que ella misma lo advirtiese, el más poderoso obstáculo que se oponía á su conversión. Porque si Mario, á su imaginado regreso, la hubiese hallado relapsa en el catolicismo, ¿qué hubiera dicho? ¿no habría hallado en esto motivo suficiente para abandonarla de nuevo? En tal caso lo mejor era quedarse en suspenso para abrazar más tarde el partido que las circunstancias requiriesen.

Así cavilaba la enferma cuando al anochecer, y después de la salida del sacerdote, se quedó sola con sus pensamientos en la sala silenciosa, mientras que sus compañeras de infortunio empezaban á buscar en el sueño alguna tregua á sus dolores. En aquel instante entra un criado del hospital, seguido de un desconocido que llevaba una carta en la mano, y ambos van en derechura al número ciento y dos. Habiendo preguntado el forastero á Luisa si era la amiga de Mario, y contestádole ella que sí, que era su propia esposa, le entregó una carta y se retiraron ambos sin añadir una sola palabra. Figúrese el lector con qué afan doblemente febril debió aquella infeliz rasgar, más bien que abrir, el sobrescrito, en el cual no halló mas que un trozo de papel garrapateado de arriba á abajo con lápiz. Aguzó la vista más que un sastre viejo al enhebrar la aguja; mas no sólo no pudo leerlo, sino ni siquiera cerciorarse de que la letra fuese de mano conocida. Los rasgos confusos del lápiz y la escasísima luz de un crepúsculo nebuloso apenas la permitieron ver que había algo chafarrinado en el papel. Guardólo para cuando encendiesen las lamparillas de la sala; pero esto tampoco bastó: suplicó á las personas que de tarde en tarde pasaban por delante de su cama que tuviesen la bondad de acercarle una luz, pero nadie le hizo caso; probó á levantarse envuelta en una sábana y acercarse al fanal para leer; pero le faltaron las fuerzas hasta para incorporarse en la cama, teniendo por consiguiente que tomar resignación y esperar hasta la mañana. Considere el lector su agitación durante aquella noche, pasada con el misterio debajo de la almohada y sin encontrar medio de poderle aclarar. No obstante, precisada á abandonarse á las conjeturas, los buenos presentimientos como de costumbre, prevalecieron en ella sobre los malos; al pronto imaginó, creyó luego probable y después evidente que era una carta de Mario que le noticiaba su enmienda, su próxima llegada, sus nuevos propósitos de vida tranquila y casera; en suma, la carta era de quien ella quería que fuese, y decía ni más ni ménos lo que quisiera hallar escrito en ella.

Mas ¡cuál fué su sorpresa cuando por la mañana, tan pronto como hubo luz suficiente para leer, encontró al pie de aquel papel el nombre de Jhon Thomson, el calculista de la Fonda-mónstruo, ej cómplice, la perdición de Mario! Ella conocía la letra, que era efectivamente la misma. Los presentimientos cambiaron de repente, y la infeliz, helada de espanto, temió una gran desventura; pero la realidad resultó más terrible que sus temores. Decía el escrito que habiendo caído atolondradamente Mario en manos de los vigilantes, estos para vengarse de los insultos que de ellos había proferido en el tribunal, y de los cuales había tenido exacto conocimiento por medio de sus espías, le habían ahorcado por el pescuezo como traidor á su asociación. Que él mismo (Thomson) había visto su ejecución con sus propios ojos, oído sus últimas blasfemias antes de que quedase yerto cadáver, colgando de una encina con los ojos descencajados, erizados los cabellos, la lengua babosa y fuera de la boca. ... Y terminaba diciendo: «Si quereis, id á buscarle á tal ó cual parte, si es que las fieras y los buitres han dejado algun trozo de él.»

Difícil sería adivinar con qué objeto daba aquel inícuo semejante noticia de un modo tan brutal, como no fuese una venganza del tal Thomson por la poca complacencia que Luisa manifestó en secundar su empresa de Mount-Benedict: lo cierto es que ésta quedó fulminada, aterrada, como anonadada. Agravóse terriblemente su enfermedad, tanto que el doctor, al hacer la visita hacia las diez de la mañana, después de una ojeada, dijo al superintendente que le acompañaba, sin que dejase de oirlo la enferma, que el número 102 no llegaría al día siguiente, y que aquella cama quedaría disponible para otra. No eran, empero, los médicos del cuerpo los que podían medir la fuerza de la tempestad interior que la agitaba, tempestad más fácil de imaginar que de escribir. El fin desastroso de aquel hombre, por quien todo lo había sacrificado y de quien todo lo esperaba en adelante, llenaba su imaginación de horror y de espanto. Aquella faz lívida, desfigurada, asquerosa, inmóvil, no se apartaba de su vista, sin que la fuera posible distraer de ella la mente asombrada y casi delirante. Entre tanto la antigua fe, alzándose como un gigante en su conciencia, le decía que aquella alma réproba no podía estar sino en el infierno con los condenados, y luego, pasando á considerarse á sí misma con horror, oía á pesar suyo una voz que le gritaba: Y ¡tú, mañana á más tardar, irás á reunirte con él! En aquellas angustias desgarradoras, que eran una verdadera agonía y que con poco más le hubieran ocasionado la muerte, cruzóle como un relámpago la idea de que habría aún alguna esperanza para ella si se encomendaba á la Virgen Santísima, cuya misericordia dicen ser mayor que las más enormes culpas. Mas ¿con qué valor, con qué audacia lo he de hacer, después de los vilipendios y sarcasmos sacrílegos que contra ella y su culto he vomitado en el convento de las ursulinas, á fin de pervertir y arrebatarle aquel angelito de Benjamina? ¡Benjamina! angelito de Dios! Y ¿no podría ella misma, ahora, que está en el cielo, rogar por mí á su amadísima Madre para que se digne ser mi intercesora para con su divino Hijo? Ella tan buena conmigo en la tierra cuando yo la atormentaba como si fuera mi enemiga, ¿cómo no ha de rechazar ahora que es

una santa y me dirijo á ella suplicante? Aquella alma atribulada halló algún alivio en esta idea, y rendida con el cansancio de tan prolongada lucha las pupilas se le velaron por algunos instantes por efecto de una especie de sopor parecido al sueño y que tal vez no lo era.

Fuese juego de la fantasía ó verdadera visión, enviada de arriba á su mente, le pareció estar en el jardín de Mount-Benedict, y precisamente en el gran prado donde se halla la capilla con la imagen de la Virgen bendita. Todo estaba allí como ella lo había visto en otro tiempo: los mismos árboles, las mismas flores y cristalinas fuentes: allí estaban en corro las monjas, las discípulas, y recordaba aquellas facciones conocidas; mas todo estaba rodeado de una aureola de nueva y nunca vista belleza, de una luz fulgentísima y suave, cual nos representa la imaginación las mansiones celestes y los dichosos habitantes del paraíso. Mientras ella lloraba tímida y temblorosa, he aquí que, separada de las otras, en un sombrío bosquecillo, se presentó Benjamina envuelta en blanquísimos velos, coronada de rosas, y tan ligera, que parecía que sus pies no tocaban la tierra, dirigióse á ella, y tomándola cariñosamente por la mano la condujo delante de la Virgen, mientras que el aire luminoso resonaba con voces virginales que cantaban dulcísima y melodiosamente: *Solve vincla reis*. Como si descendiese á estos ruegos la gran Reina, sonreía de una manera inefable á la penitente que se había echado á sus plantas con la frente en el polvo.

Aquella grande emoción hizo que se despertase Luisa bañada en llanto y sudor. Mas la confianza había ya brotado en su alma, y no le faltaba más que el perdón. El piadoso sacerdote, como lo había prometido, vino por la tarde, y hallándola enteramente distinta de lo que era la víspera, no trató de indagar la causa, cuando todo indicaba que la enferma tenía pocas horas de vida, y así quiso emplearlas en lo más urgente. Escuchó su confesión y quedó edificadísimo del dolor que la moribunda manifestaba en cuanto se lo permitía su situación, y le administró el Santo Viático y la Extremaunción. Ella no tenía testamento que hacer, pues nada le restaba de lo poco que sacó de su país. Sin embargo, quedábale un legado de reparación y arrepentimiento que dejar á sus amadas ausentes, y con los ojos bañados en lágrimas rogó al piadoso sacerdote que se dignara aceptar aquel encargo, con otro en particular para su madre y sus primas en Córcega, y le aseguró que todos sus deseos serían fielmente cumplidos. No quedándole cosa alguna que hacer, entró en plácida agonía, y hacia las diez de la noche dió su último suspiro entre las melancólicas preces de los agonizantes que recitó el sacerdote, ayudado por una sirvienta católica que lo presenció arrodillada á los pies de la cama. A la mañana siguiente el número 102 estaba ocupado por otra que había de padecer como Luisa. Pero ¡quién sabe si había de acabar tan bien como acabó ella!

CAPÍTULO XVII

EPÍLOGO

Cuarenta días después de los acontecimientos que acabamos de referir, un sábado, á la salida del sol, se vió á una mujer anciana y tres niñas descalzas y con los cabellos sueltos que llevaban un cirio en la mano cada una, é iban á paso lento y rezando por el camino polvoroso del santuario de Lavasina, en Córcega. Eran la madre de Luisa y sus primas que iban á cumplir la última voluntad de ésta. Después de haber oído la misa que hicieron celebrar en sufragio de su alma, y en la cual comulgaron las cuatro, se fueron á la sacristía para depositar los cirios que habían de alumbrar en el altar de la Virgen, y al entregarlos á fray Catone, que estaba ya enterado de todo por la carta de Nueva York que se le había comunicado el dia ántes, Mariana le dijo: «Padre, esperabais que *la Virgen conduciría á aquella pobrecita arrepentida y desengañada á sus pies*. ¡Ahora, loado sea Dios! está arrepentida y desengañada; pero no pudiendo ponerse ella misma á los pies de la Virgen, antes de morir ha querido que viniésemos nosotras en su lugar á verificar la romería que no se efectuó entónces.....» Quiso proseguir, pero se lo impidieron los mal comprimidos sollozos, á los cuales se agregó el llanto, aún más expresivo, de las niñas. El buen religioso trató de consolarlas lo mejor que pudo, y terminó diciendo: «¡Basta! Si no hubiese grandes pecados no conoceríamos la gran misericordia; y de todos modos, los extravíos de aquella infeliz servirán para la instrucción de muchas hijas y muchas madres.» Esta última frase la pronunció fray Catone con una expresión particular, fijando en Mariana una mirada severa, sin duda para darla á entender que de las faltas y desgracias de la hija debía hacer penitencia.

FIN

SOBRINOS DE RUIZ DE VELASCO

Montera, 7.

Equipos para novias. — Edredones seda y Duvet. — Géneros de punto ingleses y franceses.

Tenemos el gusto de poner en conocimiento de nuestra distinguida clientela que hemos adquirido todas las ricas existencias de lienzos, batistas, encajes y bordados finos que las Sras. Hijas de Bianchi, retiradas definitivamente de los negocios, tenían en su acreditado establecimiento de ropa blanca confeccionada. Podemos, pues, ofrecer al publico un surtido inmenso de los mejores lienzos y mantelerías belgas que se fabrican y á la vez la perfección más exquisita en la ropa blanca que se nos encargue, sobre todo en los equipos para novias, hechos siempre en esta casa con telas y bordados de la más absoluta confianza.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 3.—Teléfono 2.136.

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno ha acordado que desde el sábado 22 del corriente y hasta nuevo aviso, que se fijará en su caso en las respectivas oficinas, se admitan en negociación por el Banco y sus Sucursales los cupones del vencimiento de 1.° Enero próximo venidero, y de los anteriores, de la Deuda perpetua al 4 por 100 exterior y de los Billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, emisión de 1886, así como estos mismos Billetes amortizados, con la bonificación de uno y 55 céntimos por 100.

También ha acordado el Consejo que se descuenten, desde el día 2 de Diciembre inmediato, los cupones del mismo vencimiento próximo de la Deuda perpetua interior, los de la amortizable al 4 por 100 y Títulos de ésta amortizados y los de las Obligaciones del Tesoro, á razón de 4 por 100 anual. El mínimum de percepción por descuento será el importe correspondiente á catorce días, y en ningún caso bajará de 15 céntimos de peseta por cada factura.

Los interesados que tengan en depósito ó en garantía de operaciones en el Banco y en las Sucursales, Títulos de la Deuda exterior ó Billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, podrán percibir desde el indicado día 22 del corriente el importe de los cupones ó Billetes amortizados con la bonificación expresada, sin otro requisito que la presentación del correspondiente resguardo de depósito ó póliza de préstamo ó de crédito con garantía.

Para descontar los valores á que se refiere el segundo párrafo, que estén depositados ó dados en garantía de operaciones, bastará también la presentación del resguardo ó póliza respectiva.

Madrid 17 de Noviembre de 1890 — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

BANCO DE ESPAÑA

36.° SORTEO PARA LA AMORTIZACIÓN DE LA DEUDA DEL 4 POR 100

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100 la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponde en justa proporción por ambos conceptos á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emisión las cantidades siguientes:

A	la	Serie	**A**	Pesetas.	880.000
»	»	»	**B**	»	3.142.000
»	»	»	**C**	»	6.231.500
»	»	»	**D**	»	4.525.000
»	»	»	**E**	»	6.787.500
		En junto, pesetas....			21.726.000

Las diferencias que en cada sorteo resulten de más ó de menos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortización por la necesidad de acomodarlas á lotes cabales se toman en cuenta y se compensan convenientemente.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación, y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortización del trimestre vencedero en 1.° de Enero próximo, según el detalle siguiente:

Serie	Bolas encontradas.	Títulos que representan.	CAPITAL — Ptas. nominales.	Bolas que han de extraerse.	Títulos que representan.	Capital que se amortiza. — Pesetas.	A pagar por intereses. — Pesetas.	TOTAL de intereses y amortización — Pesetas.
A	12.500	125.000	62.500.000	51	510	255.000	625.000	880.000
B	8.980	89.800	223.250.000	36	360	900.000	2.232.500	3.132.500
C	9.082	90.820	454.100.000	37	370	1.850.000	4.541.000	6.391.000
D	2.572	25.720	321.500.000	11	110	1.375.000	3.215.000	4.590.000
E	1.929	19.290	482.250.000	8	80	2.000.000	4.822.500	6.822.500
	35.013	350.130	1.543.600.000	143	1.430	6.380.000	15.436.000	21.816.000

En los treinta y cinco sorteos verificados hasta el presente se han amortizado:

De la serie	TÍTULOS.	Por un capital de — Pesetas.	Se han satisfecho por intereses. — Pesetas.	TOTAL satisfecho por intereses y amortización. — Pesetas.
A	15.000	7.500.000	23.301.900	30.801.900
B	10.700	26.750.000	83.225.250	109.975.250
C	10.880	54.400.000	169.276.500	223.676.500
D	3.080	38.500.000	119.841.250	158.341.250
E	2.310	57.750.000	179.755.000	237.505.000
	41.970	184.900.000	575.399.900	760.299.900

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salón de Juntas generales del Banco, sito en la calle de Atocha, núm. 32, el día 1.° de Diciembre próximo, á la una en punto de la tarde, y los presidirá el Gobernador ó un Subgobernador, asistiendo además una Comisión del Consejo, el Secretario y el Interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirlas en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administración del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 15 de Noviembre de 1890. — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 34.—Madrid 5 de Diciembre de 1890. NUMERO SUELTO, CINCUENTA CENTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 ps. fs.
Un año..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 5 ps. fs.
Un año..... 9 »

SUMARIO

Texto.

Década, por Fernando. — *Carta de León XIII.* — *La Concepción Inmaculada*, por el P. Minguella. — ALBUM DE POESÍAS: *Llanto Auracanado* (traducción de D. Manuel Polo y Peyrolón), por M. Jacinto Verdaguer. — *Más allá*, por D. Enrique García Bravo. — *María: La Aurora*, por el P. Jiménez Campaña. — *Las maravillas del amor* (continuación), por Angel Salcedo. — *De todo un poco*, por X.

Grabados.

RDO. P. TORIBIO MINGUELLA. — Así como el Excmo. Sr. Arzobispo de Manila, cuyo retrato publicamos días pasados, es gloria de la Orden Dominicana en Filipinas, el Rdo. P. Minguella lo es de los Agustinos Recoletos, otra Orden religiosa de las que, con más lucimiento, han trabajado en la evangelización y cultura de los indígenas filipinos. El P. Minguella, á su corona de ejemplar religioso, de fervorosísimo apóstol, ha unido la aureola de sabio de verdad, de los *sabios que saben*, género que se va haciendo raro en esta sociedad de eruditos á la violeta y de insufribles pedantones. El humilde Recoleto es uno de los primeros filólogos y lingüistas del mundo: sus estudios sobre las lenguas y dialectos innumerables que se hablan en Filipinas, han merecido no ya la aprobación, sino la universal admiración del mundo culto. Profundo y sólido literato, escribe el P. Minguella el castellano con elegante soltura y elocuencia evangélica, y buena prueba de ello es el discurso que leyó en el Congreso Católico de Zaragoza, y que hoy publicamos en honor de nuestra Santísima Madre, la Virgen María, cuyo gran misterio de la Concepción Inmaculada es el tratado y exaltecido en el discurso. Modelo de bien decir, de precisión teológica y filosófica y henchido de sano y acendrado entusiasmo por las glorias de María, encontrarán nuestros lectores en este discurso la más sana doctrina religiosa expuesta con todas las galas de un estilo que sabe ser florido sin dejar de ser sobrio y sencillo.

HERNÁN CORTÉS, CONQUISTADOR DE MÉJICO. — El martes 4 del corriente fué aniversario del fallecimiento del insigne conquistador, ocurrido en Castilleja de la Cuesta (Sevilla) á 2 de Diciembre de 1547. Aprovechando esta fecha, los paisanos de Hernán Cortés, ó sean los vecinos de Medellín, ayudados por S. M. la Reina Regente, por el Gobierno y por muchas personas entusiastas de nuestras glorias nacionales, han inaugurado un monumento que perpetúe en mármol y bronce la memoria del gran guerrero, vencedor en Tabasco, Tlascala y Otumba, debelador del imperio de los aztecas, glorioso conquistador de Méjico y verdadero padre de la civilización en todo un continente, á donde la llevaron sus armas invencibles. Algunos historiadores ingleses, Macaulay entre otros, han tratado de posponer la gloria de Cortés á la de Warren Hasting, el conquistador de la India; pero no hay paridad entre la empresa del uno y la del otro. Las hazañas de Cortés parecen más propias de los héroes de la fábula que no de los de la historia. Hasta el incendio de las naves para colocarlo en el rango de personaje de epopeya, es algo que sobrepuja á las más grandes figuras históricas. Ha presidido la Comisión del monumento de Medellín el Sr. D. Alejandro Groizard, el Embajador de España en el Vaticano durante la administración del Sr. Sagasta. Por indisposición del Sr. Ministro de Ultramar, D. Antonio Fabié, ha presidido á nombre del Gobierno de S. M. la fiesta de inauguración el señor Ministro de Gracia y Justicia.

SALVAJES CAROLINOS. — Los tristes sucesos de Pompei han vuelto á llamar la atención hacia las remotas islas que el orgullo nacional nos obliga á tener bajo nuestra soberanía; pero sin que tengamos realmente medios para mantenerlas sujetas á nuestra obediencia. Muchos disgustos han de proporcionarnos esos salvajes que andan en cueros vivos y adornan sus cabañas con cráneos humanos. Para evitarlos en parte, no había otro medio que el de expulsar de aquellas islas á los misioneros protestantes que las infestan, y excitan el ánimo de los naturales contra nuestros residentes. Pero parece que á ello se oponen no sé qué tratados internacionales. Lo cierto es que la sangre de nuestros valientes soldados ha regado ya en más de una ocasión las fertilísimas praderas y espesos bosques de las islas Carolinas. Y no es cosa que por respetar á unos extranjeros herejes, expongamos á nuestros soldados á caer bajo el plomo de aquellos bárbaros. Hay establecida en Carolinas una misión de Capuchinos, única esperanza de civilización que allí queda.

PALACIO DE WESTMINSTER EN LONDRES. — He aquí el magnífico edificio en donde celebran sus sesiones las Cámaras inglesas: el edificio es moderno, de 1834, pues el antiguo fué destruído por un voraz incendio; pero en la reconstrucción se procuró imitar en lo posible la traza del antiguo.

PAISAJE DE MONTAÑAS. — Hay verdadera grandeza natural en este paisaje montañés; parece que contemplándolo se respiran efluvios oxigenados, aire purísimo impregnado de aromas.

RDO. P. TORIBIO MINGUELLA

LA DÉCADA

Las últimas elecciones políticas que se han verificado en Italia han demostrado una vez más que aquel Gobierno no cuenta con la adhesión de los italianos. Y no cabe atribuir eso á otra cosa sino á la lucha insensata que el reino de Italia sostiene contra el Pontificado, y por lo tanto, contra el catolicismo.

En efecto; en Roma, centro de la vida política y oficial, la suma de votos reunidos por el candidato gubernamental M. Baccelli, que ha obtenido el mayor número, no llega á la cuarta parte de los electores inscritos (7.164, de 29.182). En Palermo, que es sin embargo la ciudadela del *gran* Crispi, de 21.093 electores inscritos, ni siquiera la mitad, 10.341, han ido á votar. El Sr. Crispi, que estaba en primera fila, ha obtenido 7.605, tercera parte de los electores inscritos. Esta proporción se acentúa más en el resto de la Península. En Venecia, de 14.477 electores inscritos, algunos más de 7.000 han tomado parte en las elecciones, y los candidatos ministeriales han tenido que contentarse con unos 4.000 votos, lo que representa igualmente la tercera parte de los electores. En Nápoles, en el primer colegio electoral, de 19.788 electores, han votado 8.976; en el segundo colegio, de 20.000 inscritos, sólo han votado 10.740. En Mesina, en el primer colegio, de 16.443 electores, no han votado más que 8.000.

En Turín, tercer colegio; de 23.300 electores han votado 3.890, casi la tercera parte, y los candidatos liberales, han obtenido unos 600 votos, lo que representa la cuarta parte de los electores inscritos. En Brescia, de 16.810 electores, han ido á votar 4.991, no llegando á la cuarta parte el número de votos obtenidos por los candidatos liberales. En Belluno, no hallamos más que 8.684 votantes, de 21.865 electores. En Ulma 6.252 votantes, de 17.481 electores. En Sondrio, 5.994 votantes, de 16.380 electores. En Sorli, 8.876 votantes, 18.858 electores.

En Bolonia 12.954 de 31.571 inscritos, habiendo obtenido los candidatos ministeriales 8.000 votos, es decir, la

cuarta parte de los electores inscritos. En Padua, primer colegio electoral, de 1.227 electores inscritos, hallamos 7.150 votantes.

En Rávena, de 19.279 electores, ha habido votantes 9.418, ni siquiera la mitad. En el primer colegio de Milán de 40.712 electores inscritos, sólo 19.000 han ido á las urnas, y esto en la ciudad en donde la vida política es importante.

Los candidatos elegidos han alcanzado 10.000 votos, lo que representa precisamente la cuarta parte de los electores inscritos. Se ve, pues, que la proporción es casi la misma que en Roma. En el tercer colegio la proporción viene á ser igual, es decir, 11.069 votantes de 25.425 electores, habiendo obtenido los Diputados elegidos de 8 á 9.000, es decir, la tercera parte de los electores inscritos. En Plasencia, 6.915 votantes de 16.704 electores, habiendo obtenido los Diputados elegidos un poco más de 3.000 votos, es decir, ni siquiera la mitad.

Sin llevar más allá las cosas, se ve bien claro que la Italia oficial es á la Italia como 1 es á 3. Y si se tienen en cuenta todos los empleados y funcionarios ligados al Gobierno por gratificaciones de que se han dado pruebas, y, por otra parte, si los votos obtenidos por los radicales más acentuados, ¿qué es lo que queda en representación de lo que se llama sostén de las instituciones?

A propósito de los candidatos del partido radical é irrendentista, que en la nueva Cámara serán en número de 40, su oposición constituye un verdero peligro, precisamente porque la prensa y los agentes oficiosos les han denunciado de antemano y en masa, como abiertamente hostiles á las instituciones actuales, ¿Qué decir entonces de los 7.806 votos que han obtenido en Roma las candidaturas del irrendentista Bazzilai y del radical Montenovesi? El primero de estos señores ha sido elegido en virtud del derecho de representación de las minorías y ha ganado el triunfo al Príncipe Odescalahi. ¿Qué decir igualmente de los 9.500 electores milaneses que han votado una lista radical de las más acentuadas, como también de los 19.900 votos igualmente radicales que han obtenido los cuatro candidatos de Rávena, de los cuales M. Bezzái es abiertamente irredentista?

Por otra parte, los 400 Diputados natos de la mayoría no tienen cohesión ni programa definido, y ofrecen la imagen del más odioso *confusionismo*. Un periódico oficioso, *La Italia*, lo declara indirectamente en el siguiente pasaje:

«La impresión que se recibe del resultado general de las elecciones es que quizá el éxito del Ministerio ha sido realmente muy completo, de lo que seguramente no se quejará; pero francamente, confesamos que una gran mayoría no nos parece deseable, y á nuestro modo de ver las cosas, la existencia de una oposición bien constituída, es al mismo tiempo una condición necesaria para el funcionamiento regular del régimen parlamentario, y una garantía saludable para la cohesión de una fuerte mayoría.»

Ya se verá á qué equivale esta confusa é híbrida mayoría, y qué es lo que hará para cumplir la promesa de Crispi, de aliviar el malestar económico que sufre el país desde tanto tiempo hace. En efecto, los datos oficiales acaban de declarar por la Dirección general de Impuestos, que el comercio de Italia con el extranjero en los diez primeros meses del año corriente ha dejado mucho que desear. Resulta de los datos oficiales que ha habido un exceso de 395 millones de liras en la importación sobre la exportación, si bien esta última también ha disminuído en 76 millones y medio con relación á los diez primeros meses de 1888. La depresión está caracterizada por el movimiento cada vez más reducido del comercio de vinos y aceites, y también del ganado y carnes. Para medir en toda su gravedad las pérdidas sufridas por el comercio vinícola, es preciso remontarse á las épocas anteriores al cierre del mercado francés. Así, en 1883, que no fué, sin embargo, el año de la más fuerte exportación se expidieron más de 1.974.722 hectolitros de vino, cuyos $^{4}/_{5}$ fueron destinados á Francia. Durante el año corriente la exportación no ha sido más que de 692.238 hectolitros. Las exportaciones de aceite de oliva, que en 1883 alcanzaron la suma de 690.105 quintales, se hallan reducidas este año á cerca de 300.000 quintales. El *Popolo Romano*, concertando estas cifras, dice que la nueva Cámara debe ocuparse seriamente de este asunto. Bien lo merece, en efecto, pero Crispi está totalmente absorto en sus grandes alianzas y en los desastrosos armamentos, hasta que su política caiga bajo el peso de la miseria y de la indignación general.

Tal es el estado de Italia bajo el yugo de la francmasonería allí dominante.

***

Mientras tanto, en Madrid ha escandalizado á todas las personas, no ya piadosas, sino decentes, la representación de un drama en que por medio del más inverosímil de los enredos se ha defendido cínicamente el divorcio. ¿Es esto digno de la cultura de nuestra sociedad?

FERNANDO.

CARTA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE

EL PAPA LEÓN XIII

AL EMMO. SR. CARDENAL BENAVIDES

EN CONTESTACIÓN AL MENSAJE QUE LE DIRIGIÓ EL CONGRESO CATÓLICO, CELEBRADO EN ZARAGOZA EL 5 DE OCTUBRE DE 1890

A nuestro amado Hijo Francisco de Paula, Presbítero Cardenal Benavides y Navarrete, del Título de San Pedro en el Monte Janículo, Arzobispo de Zaragoza.

LEÓN PAPA XIII

AMADO Hijo nuestro: Salud y apostólica bendición.

Hemos experimentado gratísimo placer al leer la carta llena de los más generosos sentimientos que nos has dirigido en nombre de los fieles españoles que han celebrado su segundo Congreso en esa ilustre ciudad, y difícilmente nos fuera con toda certeza afirmar qué hayamos admirado más en ella, si los testimonios de la constancia en la fe que antiguamente enardeció los ánimos de vuestros antepasados, y de tanta gloria colmó á vuestra nación, ó las sinceras pruebas de vuestra filial devoción hacia Nós y de la altísima reverencia que tenéis á la Sede Apostólica.

De esta fe y devoción filial creemos sin duda haber procedido la solicitud que tenéis por que goce de libertad completa y no esté sujeto al arbitrio de potestad alguna el Supremo Jerarca de la Iglesia, á quien la humana perversidad y la violencia de sus enemigos, después de despojarle de su dominio temporal, han reducido á estado miserable, lleno de peligros y no desemejante á la esclavitud.

Ese vuestro empeño y solicitud no nos han sido pequeño consuelo en medio de las amarguras y cuidados que nos agobian. Porque al vernos aquí terriblemente afligidos por las maquinaciones de los impíos, que confederados en malvado consorcio nada dejan por hacer á fin de llevar adelante sus intentos, moviendo guerra atroz y pertinaz á la Iglesia y á su Cabeza, fácil es colegir cuán grande ha debido ser nuestra alegría al contemplar ahí á los hijos de la luz, puestos bajo la dirección de sus pastores, congregarse para deliberar entre sí sobre la mejor manera y forma de preparar la legítima defensa, animándose unos á otros á sostener constante y esforzadamente la causa de Dios.

Y ha puesto colmo al placer y satisfacción que nos ha ocasionado vuestro Congreso, ya el gran número de Obispos, que acompañados de varones los más escogidos de todas las clases de la sociedad y singularmente aventajados por su ciencia y elegancia en el decir, acudieron de toda España á esa ciudad, donde fueron con tanta cortesía y esplendidez recibidos, ya la muchedumbre del pueblo ahí reunida, ya, en fin, la grandiosa solemnidad de lo sucedido en ese Congreso.

Al reflexionar sobre esto, conocemos muy bien haberse despertado la poderosa energía de la nación española, y que no sólo se mueve ésta á la voz de santísimos deberes á defender, con la aunada acción de todos, los intereses supremos del orden religioso y social, puestos en peligro, sino que tiene perfecta conciencia de las fuerzas y medios con que podría contribuir al bien común, á no tener obstáculos en su acción.

A fin de remover tales obstáculos, es necesario de todo punto que desaparezcan hasta los últimos vestigios de las discordias que miserablemente han dividido á los católicos de España, y que las fuerzas que han andado divididas se junten y sumen, dispuestas y concertadas, no bajo la dirección de hombres faltos de autoridad que atienden ante todo á los intereses de la vida presente y á las pasiones de partido, sino bajo la de aquéllos á quienes Dios puso al frente para la defensa y conservación del orden religioso y moral.

Por esto confiamos que aun aquellos pocos que todavía resisten obstinados á nuestras amonestaciones y que no se dejan aún guiar por el espíritu de la fraternal concordia, que es lo más necesario y lo que más Nós deseamos, se mostrarán al fin dóciles, según cumple á buenos hijos de la Iglesia, y que se juntarán todos en ejército apretadísimo para acudir al socorro de esta amantísima Madre combatida de todas partes por las amenazas y tiros de sus enemigos. Abrigamos en verdad la esperanza de que esos mismos manifestarán claramente de obra y de palabra haber abandonado el camino, en el cual habían entrado temerariamente, y donde ni aprovechaban á sí ni á la Iglesia antes, después de gastar sus fuerzas en inútil trabajo acarreaban tristísima calamidad no menos á la Iglesia que á sí mismos.

Por vuestra parte, tú, oh amado Hijo nuestro, y los demás Prelados españoles que conocéis por experiencia la fuerza invencible de la perfecta concordia que une entre sí las inteligencias y los corazones, habéis dado ejemplo esclarecido de sabiduría y de virtud y os habéis hecho acreedores al título de ilustre gloria que heredasteis de vuestros mayores, cuando puestos bajo los auspicios de la Virgen Madre de Dios, á quien la nación española venera con devoción singular, acudisteis á esa ciudad con unión perfectísima de voluntades.

Proseguid, pues, con ánimo grande y generoso en el camino que habéis emprendido, y esforzaos con energía más que humana, á ser posible, en fomentar la concordia y la paz. Esta paz es la que al presente necesita ante todo la Iglesia, ésta es la que instantemente os pide á vosotros, ésta es la que ardientemente reclama de los fieles sometidos á vuestro cuidado, si ya no quieren absolutamente apartarse de aquello á que les obligan santísimos deberes.

Por esto, siempre que se os presente ocasión, no ceséis de amonestar y de rogar á fin de que se persuadan todos que en lo concerniente á la defensa de la Religión hay que postergar los intereses temporales y cuanto sea de utilidad privada, esforzán-

dose todos á que en la presente lucha el triunfo de la Iglesia sea completo. Mas esto debe llevarse á efecto, no según la prudencia y capricho de cada cual, sino con la aprobación y mandato de aquellos que recibieron de Dios este encargo. Otra cualquiera manera de proceder que se proponga á los católicos, si es contraria á ésta, ó de ella se aparta, produciría no felices, sino deplorables efectos, ya que no sería obra de Dios, y por lo tanto no resultaría de provecho, sino de perdición para los que, según ella, obrasen conforme á lo que dijo Jesucristo: «*El que no está conmigo, contra mí está; y el que conmigo no recoge, esparce.*»

En hecho de verdad no dudamos que todos los Obispos españoles que en todo tiempo han sabido ganar tanto crédito con Nós por su excelente proceder, por la fe que les distingue y por la reverencia que tienen á la Sede Apostólica, unidos con su Clero y con el pueblo que tienen á su cargo, llenarán colmadamente nuestros deseos en el Señor, y darán cumplida satisfacción á nuestra solicitud. Apoyados, pues, en esta confianza, enviamos con toda la efusión de nuestro afecto la Bendición apostólica, prenda de amor paternal, á Ti, oh amado Hijo nuestro, á los venerables Hermanos los Arzobispos y Obispos de España, á todos los que tomaron parte en el Congreso de Zaragoza, ó que aprobaron con sus votos sus resoluciones, y finalmente, á toda la nación española, á la cual hemos amado siempre con entrañable caridad.

Dado en Roma en San Pedro el día XV de Noviembre del año MDCCCXC y el XIII de nuestro Pontificado.

LEÓN PP. XIII.

LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN

DISCURSO

leído en el

CONGRESO CATÓLICO DE ZARAGOZA

POR EL

R. P. TORIBIO MINGUELLA

EMINENTÍSIMO SEÑOR:
EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:
SEÑORES:

Era muy justo que este Congreso Católico, celebrado bajo el patrocinio de la Virgen del Pilar, consagrase uno de los temas de sesiones públicas á honra de la Madre de Dios y Madre nuestra, ni podía coronar su magnífica obra de manera más conforme á los deseos de nuestro amantísimo Padre León XIII, más deleitable para nuestros corazones y más propia de una Asamblea religiosa habida en la inmortal Cesáraugusta. Y como se trataba de coronamiento y de homenaje á María Santísima, la Junta, con buen acuerdo, reservó para tan bello asunto el lugar más prominente, formulando la tesis final del programa en estos términos: *Influencia del Misterio de la Purísima Concepción en el culto de la Virgen María en España.*

Grato deber cumplió también nuestro primer Congreso Católico, dedicando una de las tesis al ensalzamiento de la Virgen María. El tema fué desarrollado magistralmente por el insigne, laborioso y peritísimo aragonés que ya habrá recibido en el cielo el premio de su concienzudo trabajo. Pero D. Vicente de la Fuente (q. s. g. h.) limitó sus observaciones á objetos externos del culto de María, al estudio arqueológico de las imágenes de la Virgen. El actual, pasando de la materia á la forma, de lo exterior á lo interior, desea que, supuesto el culto siempre fervoroso de los españoles á la Virgen María, se muestre la influencia ejercida en ese culto por el Misterio de la Inmaculada Concepción.

Para que á esta honorable Asamblea no falte ninguna de las hermosuras, ni siquiera la que resulta de los contrastes, el único inepto de los que á ella concurren acomete tamaña empresa, sin otros títulos que su entusiasmo por las glorias de la Santísima Virgen, y una confianza grande en vuestra benevolencia.

Es un hecho palpable en la historia eclesiástica, que, desde los principios del Cristianismo, se ha distinguido el pueblo español por su amor solícito, su confianza sin límites, su fe profunda, y su ferviente culto á la Madre de Dios y de los hombres. Si estudiamos la expresión de ese culto, observaremos tres fases, completivas unas de otras, según los misterios que han predominado como objeto más directo de la veneración y creencia de nuestros mayores. Estos misterios son: *La divina Maternidad de la Virgen, su Asunción á los cielos y su Concepción Inmaculada.*

Del I al VIII siglo, España honra á María, principalmente como Madre de Dios. Con el niño Jesús en los brazos le vieron los primeros gentiles, los reyes Magos; así fué representada en las catacumbas, y, sin duda, efigiada también en nuestra Península. El culto á la Virgen María, Madre del Señor, fué en aumento desde que el Concilio de Éfeso declaró dogma de fe la divina Maternidad. *Deipara Virgo, Sancta Dei Genitrix*, le dice á boca llena la España en su veneranda liturgia, en los escritos de sus doctores y en las decisiones de sus famosos Concilios.

Predomina luego la segunda fase del culto á la Virgen María en España. En la aureola de la divina Maternidad brilla otro misterio aún no definido como de fe por la Iglesia, pero siempre creído y desde hace muchos siglos celebrado por los fieles: *La Asunción de la Virgen en cuerpo y alma á los cielos.* No es fácil determinar la época en que España comenzó á solemnizar ese misterio; lo cierto es que á poco de comenzada la reconquista se consideraba *la Asunción* gran fiesta de la Soberana. Como si los fieles, viendo los estragos que los secuaces del *Coran* hacían en nuestra patria, en medio de aquellas profanaciones, de aquellos sufrimientos, de aquella situación tristísima que con tanta verdad y viveza nos describe el Pacense, testigo de vista, buscaron solícitos á su Madre, y no hallándola en la tierra, alzasen sus ojos al cielo, donde efectivamente está sentada á la diestra de su divino Hijo, intercediendo por su amado pueblo español. El cual, fundamentando su culto á la Virgen María en la dignidad de *Madre de Dios*, había deducido la consecuencia de tan supraangélica excelsitud, viendo y venerando á María en el misterio de su *Asunción á los cielos y coronación por Reina de todo lo criado.*

Pues bien: mirando extática nuestra nación á las alturas, contemplaba deleitosamente el brillo y la majestad de la que impera en la gloria; y cual si deslumbraran su vista tantos y tan celestiales resplandores, bajó los ojos....., y vió el cimiento de aquella inconmensurable grandeza en otro misterio, *el misterio de la Inmaculada Concepción.* La Virgen María, por ser Madre de Dios, «fué ensalzada sobre los coros de los Angeles á los reinos celestiales [3], y para ser madre de Dios fué concebida sin mancha de pecado original.

El alma de María fué creada, no solamente buena, como son creadas nuestras almas (porque de las manos de Dios, bondad por esencia, todas las cosas salen perfectas con la perfección que corresponde á la naturaleza de cada una), sino que fué creada en gracia, en justicia original. Desde el primer momento de su sér entró en ese inefable *consorcio con la naturaleza divina* de que nos habla el Príncipe de los Apóstoles [1]; habitó en las cimas de la sabiduría, del endiosamiento, del supernaturalismo. Aquella alma buena, perfecta, purísima, sobrenaturalizada, entra en su cuerpo cual reina en su palacio, cual refulgente sol en horizontes que ilumina y embellece; y los dones preternaturales que acompañan á la justicia original se comunican á la carne inmaculada de la Virgen, eximiéndola del *fomes peccati*, de toda inclinación á la concupiscencia pecaminosa [2]. Esto, y mucho más, indeciblemente más que esto, significa la *Concepcion Inmaculada de la Virgen María*, ese misterio que podemos llamar *español*, porque nuestra patria ha sido la más veneradora, la más entusiasta de tan hermosa creencia, la que más brillantemente ha defendido ese honroso privilegio, la que con su férvida devoción, con sus luminosos escritos, con sus multiplicados ruegos y santa importunidad contribuyó más que nadie á la declaración dogmática de tan querido misterio.

Y, señores, aquí, en Zaragoza, en esta ciudad proclamada por sabios y por Santos nuestra Jerusalén, nuestra Roma, la metrópoli de nuestra fe [3]; aquí, donde tenemos el primer santuario de nuestro culto á la Emperatriz de la gloria, también está la cuna de nuestra devoción á los misterios *de la divina Maternidad, de la Asunción á los cielos*, y *de la Inmaculada Concepción de la Virgen.* Zaragoza es el punto privilegiado de la Península donde por vez primera aparece María cual *Madre de Dios*, en visita, que tiene bellísimas analogías con la que hizo á su prima Santa Isabel. María viene en carne mortal á Zaragoza, visita á Santiago, al Padre de nuestra fe, al que nos llevaba en las entrañas de su apostolado. La España católica, á semejanza del Bautista, salta de júbilo en aquellos momentos; y todas las virtudes, todas las heroicidades cristianas, toda la santidad, todo eso que constituiría en la sucesión de los siglos las glorias españolas, reciben misteriosa vida por celestes emanaciones de la gracia, que proceden de la Madre de la Divina Gracia.

En la invicta Zaragoza da principio el culto á María *como Madre de Dios*, y también está aquí el monumento más antiguo de la creencia de los fieles en el Misterio de la *Asunción*. Un doctísimo arqueólogo ha demostrado que en el sarcófago de los diez y ocho celebérrimos mártires cesaragustanos, que hasta hoy se guarda en la iglesia de Santa Engracia, y que data de los primeros años del siglo IV, está esculpida la Asunción de la Santísima Virgen á los cielos, viéndose una mano que sale entre las nubes, y ase de la derecha á la Virgen para introducirla en la gloria, en tanto que absortos Pedro y Juan contemplan aquella escena [4]. La verdad es que hasta hoy nadie ha presentado argumento serio contra aquella afirmación tan sólidamente probada y que tanto enaltece á España, y en particular á Zaragoza, donde tuvo origen nuestro culto á la Virgen como Madre de Dios, y que posee el título historial más antiguo que hasta hoy se conoce en el orbe católico á favor del culto á María en el misterio glorioso de su Asunción.

La tradición que arranca de los mismos Apóstoles nos dice que María en cuerpo y alma subió á los cielos; y el más respetable comprobante de esa tradición lo tenemos en España, está en Zaragoza. La tradición fundamentada en las Sagradas Escritu-

---

1 II Petr., I, v. 4.

2 Factus est in pace locus ejus: id est, domus sapientiæ sine ullo fomite peccati formata. (*Div. Thomas à Villanova. Conc. 3. in Nativit. B. M. V.*)

3 *España Sagrada*, tomo XXX.

4 «Monumento zaragozano del año 312, que representa la Asunción de la Virgen», por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.—Madrid: tipografía de Pascual Cosesa, calle de la Justa, número 23: 1870.

ras venía también diciéndonos que la Virgen María fué concebida sin mancha de pecado original, y un español, un cesaragustano, es el primer poeta y uno de los primeros escritores católicos que consigna la tradición y expresa el apoyo bíblico del misterio de la Inmaculada.

¡Aurelio Prudencio! el Píndaro cristiano, el príncipe de todos los poetas que han cantado la sublimidad de nuestra religión y las victorias de los mártires de Cristo; el que sintetizó en su corazón, en su inteligencia, en su alma, en su carácter, el carácter, el alma, inteligencia y corazón genuinamente españoles, uniendo en su persona clarísimo talento, corazón de fuego, energía de frase, profundísima fe, rectitud, valor y hasta ese espíritu aventurero, mejor dicho, esa aspiración ingénita de los españoles á lo grande y sublime por desconocido; todo esto vemos en Prudencio, ferviente cristiano, insigne teólogo, poeta de altísimo vuelo, integérrimo magistrado, militar valeroso, peregrino que recorre la Europa, y escribe sus himnos, ya ante las urnas de las santas Masas, ó en el Circo tarraconense, ya en el Coliseo romano y bajo los lucernarios de las catacumbas.

Las tradiciones, las magnificencias y glorias de la fe cristiano-española en los primeros siglos, fueron cantadas con brillante galanura, escrupulosa verdad é intachable ortodoxia por Aurelio Prudencio Clemente, en vigorosísimos versos, enardecedores de la fe, del culto y de la devoción. En uno de aquellos himnos, que popular puede llamarse, puesto que los fieles diariamente lo recitaban antes de comer, se dice: «*Edere namque Deum merita Omnia Virgo venena domat.*» La Virgen, que mereció ser Madre de Dios, está por encima de todo pecado: bajo sus plantas yace enroscada é inmoble la serpiente, verde como la hierba en que arroja el veneno con que no ha podido inficionarla [1].

Esta inmunidad de la Virgen, esta exención de toda culpa, este triunfo sobre Satanás es lo que creían, confesaban y veneraban los españoles en el siglo IV, porque sus padres lo habían creído, confesado y venerado en el III, II y I siglos. ¡Y qué hermoso es ver en el himno del incomparable Prudencio la imagen de la Inmaculada, descrita con inspiración y estilo tan puros como puros habían de ser el pincel y la inspiración del gran pintor hispalense al copiar en el lienzo la Concepción tan admirablemente retratada por el gran vate cesaraugustano!

La creencia de los españoles en el misterio de la Purísima Concepción de la Virgen María jamás sufrió el más ligero eclipse. La España visigótica, como la románico cristiana, creyó constantemente en la pureza inmaculada de María, á quien la liturgia muzárabe llama *siempre pura*, y el undécimo Concilio Toledano *Santa é Inmaculada*, influyendo maravillosamente esa creencia en el culto que á la Señora tributaba España desde los albores del Cristianismo, sin que la lluvia torrencial de la dominación agarena apagase el fuego sacro del amor á la Virgen, que tenía altar y culto en el corazón de cada uno de los españoles. Pues no habían de conseguir las hordas de Tarik y los gobernadores del Califato lo que no lograron las legiones romanas ni los pretores del Imperio, cuando el granizo de tormentosas persecuciones, en vez de tronchar las plantas cristianas, las vigorizaban para que produjesen flores de virtudes, frutos de santidad, palmas de martirio.

Pero es preciso confesar que no siempre se celebró en nuestra patria, como tampoco en parte alguna del orbe cristiano, de un modo expreso y litúrgico, el misterio de la Purísima Concepción de María. ¿Cuándo comenzó á solemnizarse esta festividad en España? Y por consiguiente, ¿cuándo tuvo principio la manifestación de la influencia directa y visible de aquel misterio en nuestro culto á la Virgen?

El primer documento que se nos ofrece, sin que haya motivo racional para rechazarlo, es uno perteneciente al monasterio de Irache, cerca de Estella, escrito pocos años después de la muerte de San Veremundo, que falleció á fines del siglo XI. Dícese en aquel documento que al dar sentencia en cierto pleito del expresado monasterio se difirió hasta el 9 de Diciembre, por reverencia á la fiesta de la Concepción que el día anterior se celebraba de manera solemne en todo el reino de Navarra [1]. Señores, inclinemos respetuosamente nuestra cabeza ante Navarra, que á sus numerosas credenciales de religiosísima agrega este nuevo y valioso título para ser venerada y amada de todo el que se precie de católico. Gloríese el reino que dió reyes á toda España, de haber sido el primero en rendir culto festival al misterio de la Inmaculada Concepción.

Hasta los tiempos de San Bernardo no se había suscitado controversia alguna de esta creencia, y, por consiguiente, tampoco se habían fijado los términos precisos de su enunciación teológica. Y es muy de notar que la vencedora de todas las herejías no quiso que el misterio de su Concepción purísima sirviese de bandera heterodoxa. Un Santo tan favorito, tan devoto, tan acendrado amante de la Virgen como San Bernardo, prestando celoso homenaje á la Santa Iglesia Romana, motivó la cuestión que por espacio de siete siglos se ha ventilado en las escuelas católicas, enardecidos alguna vez los ánimos al calor de la disputa, pero siempre sumisos en la fraternal contienda al Padre común de los fieles; y de este modo la creencia avanzó hasta entrar en los eternos esplendores de la fe dogmática.

La discusión acerca de tan excelsa prerrogativa se elevó á gran altura en el siglo clásico del escolasticismo. Fundado el escolasticismo en los inmutables principios de la verdad, en la más pura y racional metafísica, amigablemente unida con la más alta teología, prestó á la ciencia servicios inmensos. Nunca la inteligencia humana había llegado tan á las puertas de la intuición, porque, merced al consorcio entre la razón y la fe, ésta enaltecía á la razón, y la razón entraba, por lo tanto, en espacios donde, inundada de luz, acrecía maravillosamente su fuerza cognoscitiva y discursiva. En aquel siglo XIII se planteó en términos más precisos la cuestión de la pureza original de la Santísima Virgen. El temor de que pudiera sufrir menoscabo el dogma de la transmisión del pecado de Adán, y de que no se atribuyese aquella prerrogativa á la virtud universalísima, propia y exclusiva de la gracia de Cristo, contenía en cierta reserva á algunos que sólo admitían el que la Virgen fué santificada inmediatamente después de su concepción. Otros, sobre todo desde las célebres conclusiones que en la Sorbona de París sostuvo Juan Duns Escoto, aclamaban á María preservada de la culpa original.

Mientras que los doctores de la Sorbona debatían la cuestión, y aquella escuela oscilaba de una á otra parte, nuestra patria ofrecía actitud resuelta, y expresaba sus antiquísimas convicciones con lenguaje exactamente teológico. Y es que España siempre ha disfrutado de purísimo ambiente católico, y la fe que en otras naciones sólo podía crecer y conservarse como en invernaderos, desplegaba aquí lujosa vida al aire libre, y los que estudiaban maestros extranjeros-sabíalo de coro el pueblo español. En el siglo XIII, un religioso de Nuestra Señora de la Merced, ayo del infante D. Sancho y Obispo de Jaén, el glorioso San Pedro Pascual, martirizado en Granada por los moros, escribe en su *Biblia pequeña*, usando de términos claros, como correspondía á un Catecismo, — que esa es la obra del Santo valenciano, — la fe de los españoles en el misterio de la Purísima Concepción. Plácame referir sus palabras, aunque traducidas, pues como se trataba de doctrina que todos profesaban, la consigna el Santo en la lengua vulgar que entonces se hablaba en Valencia. «La Virgen (dice aquel Catecismo), antes de la creación fué elegida para ser Madre de Dios, y quiso preservarla del pecado original y de toda otra lesión de inmundicia. Porque si la Virgen María hubiese sido concebida en pecado original, habríamos de decir que algún tiempo fué objeto de la ira de Dios, lo cual no se debe decir ni creer.»

Tal era la fe de nuestros padres, que no surgió en el siglo XIII, sino que era la de todos los españoles en todos los siglos cristianos, la que influía por eficacísimo aunque invisible modo en el culto á la Madre de Dios, á la Soberana de la gloria, y que una vez encarnada en la liturgia, ha venido desarrollándose admirablemente, contribuyendo, mejor dicho, determinando, que el culto de la Virgen en España llegue á un grado insuperable de magnificencia; pues sólo en el cielo recibe la Virgen mayores y más puros obsequios....., y aun allí pienso yo que llevarán la palma, por lo grandes y hermosos, los que le tributen los Santos españoles.

Como quiera que á contar desde el siglo XIV son más abundantes los documentos que la historia nos ha legado, sabemos con certeza que ya entonces el culto á la Inmaculada, partiendo del corazón de los fieles, había entrado en las catedrales para recibir bajo sus bóvedas consagración solemne. Se complacen los Obispos y los Cabildos en elevar el rito, en hacer ostentación de los más ricos ornamentos y de las más augustas ceremonias para celebrar con esplendidez la Concepción Purísima de María [1]. Así, ennoblecido el culto con aureola divina, es objeto de homenaje por parte de los municipios, que se honran en darle oficialmente carta de naturaleza española, apresurándose los ayuntamientos á jurar la defensa del misterio, y prometer con voto guardar la fiesta de la Concepción.

La santa y firme creencia prosigue su marcha triunfal, el agrandamiento de la esfera en que influye, y no contenta con vivificar el culto del corazón, y el culto eclesiástico, y el culto popular, penetra también majestuosa en el santuario de la legislación, uniendo á la corona con que la Iglesia ha ornado sus sienes, y al cetro que el pueblo ha puesto en sus manos, el manto de la realeza. Los monarcas aragoneses son los primeros que escriben en los Edictos y Pragmáticas su fe y la fe de sus reinos en la Limpia Concepción, los primeros en rendir culto jurídico al misterio, como lo atestiguan los renombrados decretos de D. Juan I en 1394 y de D. Martín en 1398, que acogen y aplican á sus reinos Carlos VI de Francia y Ricardo II de Inglaterra [2].

El siglo XV recibe en legado la creencia del que

---

1 «Hoc odium vetus illud erat,
Hoc erat aspidis atque hominis
Diffidiabile discidium,
Quod modo cernua feminæ
Vipera proteritur pedibus.

Edere namque Deum merita
Omnia Virgo venena domat;
Tractivus anguis inexplicitis
Virus inerme piger revomit
Gramine tuncolor in viridi.»

(*Cathemerinon* III, 146-155.)

1 «...non multo post ejus (Sancti Veremundi) obitum, in eodem monasterio festivitas Conceptionis Immaculatæ celebrata est octavo die Decembris. Nam non multo post mortem ejusdem Sancti constat ex antiquissima scriptura, characteribus Gothicis exarata, diem illum quotiens celebrari solitum in toto Navarræ regno, ac penitentiam juridicam in quibusdam Ilte hujus monasterii dilatam fuisse usque ad diem Decembris nonam ob reverentiam festi Conceptionis.»

1 Pueden verse el decreto del Arzobispo de Compostela D. Rodrigo del Padrón, dotando la fiesta solemne de la Inmaculada en el año 1309, y lo dispuesto por el Concilio provincial celebrado en Salamanca en 1320. Uno y otro documento dió á luz el muy docto P. Fidel Fita. «Monumentos antiguos de la Iglesia Compostelana.» Madrid, 1883.

2 Las cartas fueron publicadas por el P. Fita en la «Colección diplomática» con que ilustró su hermoso «Panegírico de la Inmaculada Concepción» Barcelona, 1875.

le ha precedido, y lejos de aminorar el caudal de fe, lo multiplica asombrosamente. A tanto llega el tesoro acumulado, que España enriquece á otras naciones; pues los reyes de Aragón, que han extendido sus dominios, no sólo al Rosellón y la Cerdaña, y á Cerdeña y Córcega, sino también á Sicilia, se constituyen en apóstoles de la Inmaculada, difundiendo por doquier la sana doctrina y propagando el ferviente culto. La poderosísima influencia del misterio de la Concepción sin mancha de pecado en el culto á la Virgen se manifiesta en nuevos frutos que germinan de todos los corazones españoles, al pedir que la piadosa creencia sea elevada á dogma. Reúnese en 1430 el Concilio de Basilea, y los españoles trabajan con ahinco para que el Sínodo ecuménico, en su convocación y primeras sesiones, declare punto de fe la Inmaculada Concepción de la Virgen. Escriben é instan los barceloneses al Emperador de romanos, Segismundo, para que recomiende el asunto á los Padres sinodales [1]. Nuestros reyes envían al Concilio oradores con especial encargo de que obtengan lo que España ansía, la declaración dogmática de su querido misterio. Allí nuestra patria está dignamente representada, llevando la voz el profundo teólogo por la Universidad de Salamanca, Juan de Segovia, quien propone los votos de España, y defiende con tanta copia de doctrina, con argumentos tan concluyentes, la creencia y la verdad teológica de que la Santísima Vírgen fué concebida sin mancha de pecado original, que lleva la convicción al entendimiento y al alma de todos; y el Concilio, en la sesión XXXVI, año de 1439, declaró y definió que «la doctrina de la Inmaculada Concepción debia ser aprobada, tenida y abrazada por todos los católicos como piadosa y conforme al culto de la Iglesia, á la fe católica, y á la recta razón y á la Escritura».

Es cierto que los Padres congregados en Basilea carecían ya en aquella fecha de autoridad conciliar, ni tampoco se propusieron definir dogmáticamente el Misterio de la Purísima; sin embargo, la opinión contraria cayó desde entonces en mayor descrédito; quedó corroborada la antigua fe de los españoles, y su favorito misterio ejerció influencia todavía más poderosa en las manifestaciones del culto á la Virgen, pues se acentúa la predilección de los pueblos á invocar á María en el misterio de su pureza inmaculada, y en los peligros hacen voto de ayunar la víspera de la Concepción, de guardar fiesta en su día y de solemnizar la octava. Entonces se construyen iglesias y capillas consagradas á Dios con la advocación de la Purísima; se tallan imágenes que representan el misterio; se multiplican las cofradías y asociaciones piadosas para el culto de la concebida sin mancha, y se fundan Institutos religiosos de Concepcionistas [2]. Doña María, regente de Aragón por D. Alfonso V el Magnánimo, escribe al bailío de Puigcerdá que ella toma á delito de lesa majestad el ofender á la Vírgen diciendo que la Madre de Dios fué concebida en pecado original. Alfonso, el Tostado, aquel ilustre Obispo de Ávila, cuya pluma fecundísima se ha hecho proverbial, dedica su excepcional talento y su erudición inmensa á defender la causa de la Inmaculada. Los teólogos catalanes Ramón Astruch, Canónigo de Vich, y el Carmelita Francisco Martin escriben elegantes volúmenes de la Limpia Concepción de María; los Dominicos Sancho la Puerta, insigne hijo de Zaragoza, maestro del Sacro Palacio, tan célebre predicador que fué llamado el Eclesiastes de su tiempo, y San Vicente Ferrer, apóstol de Valencia, predican con unción arrebatadora el hermoso privilegio de la Vírgen. Y en las cátedras, en los púlpitos y en todas partes María es proclamada Purísima en el primer instante de su Concepción.

En premio de tanta fe y de tan ardiente devoción, el 2 de Enero de 1492, después que los Reyes Católicos hicieron voto á la Inmaculada Vírgen María [3], terminó en Granada con victoria completa la lucha heroicamente sostenida por España durante más de siete siglos: y el 12 de Octubre del mismo año, Cristobal Colón avistaba el Nuevo Mundo; y si á la primera isla que descubre le da el nombre del *Salvador*, que es Jesús, á la segunda correspondía de católica, y por lo tanto de española justicia, el nombre de María, y este nombre recibe en el misterio predilecto de nuestra patria, llamándose la isla de la *Concepción*. Fechas providenciales las de tan grandes y faustos acontecimientos de la historia de España; el triunfo definitivo sobre los moros y el descubrimiento del Nuevo Mundo verificados el 2 de Enero, día en que se conmemora la venida de la Virgen en carne mortal á Zaragoza, y el 12 de Octubre, día en que se celebra la fiesta de la Virgen del Pilar.

Si antes el culto de la Virgen, eficazmente influído por el misterio de la Purísima, había rebasado las fronteras españolas, irradiando de Aragón sobre Italia, Francia y aun Inglaterra, ahora toma con el hallazgo de nuevas naciones maravillosa extensión. La conquista para Dios y para la civilización que en América y Oceanía realiza España, comienza, progresa y llega á las cimas del perfeccionamiento por el culto á la Limpieza inmaculada de la Virgen: y entra España en la patria de la inmortalidad llevando como trofeo incontables almas cuya dicha ha labrado merced al culto rendido á la ennobledora de nuestra naturaleza, á la divina Madre de todos, al dulcísimo lazo de verdadera y santa fraternidad universal, á la Inmaculada Concepción, que se aparece y es venerada con el título de Guadalupe por los indios de Méjico, de Copacavana por los del Perú, y de Nuestra Señora de Guía por los de Filipinas. Á tanto llegan, señores, los destinos altísimos de España, que, consagrada á defender y reverenciar la pureza de la Vírgen, no solamente se celestializa, sino que celestializa la mayor parte de la tierra. Agradecida la Madre de Dios, cede, digámoslo así, toda su grandeza y toda su hermosura á nuestra España; y por eso España preséntase cual bellísima imagen de la Concepción triunfante de la Media Luna en Granada, de pie sobre el Nuevo Mundo que ha descubierto y civilizado, teniendo bajo sus plantas el dragón del protestantismo, y ostentando en su frente la diadema esplendorosa de reina de las naciones.

Esta es la España en nuestro siglo de oro, en el siglo eminentemente español; cuando el sol, enamorado de nuestra grandeza, ni por un momento apartaba de ella sus ojos; cuando Santo Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Pedro Alcántara, San Luis Beltrán, Santo Toribio de Lima, y cien y cien gigantes en santidad, que hacen de nuestra tierra cielo, se distinguen como españoles por devotísimos de la Limpia Concepción de María. Entonces Soto, Medina, Vázquez, Lemo, Salmerón, Suárez, y mil y mil teólogos, los más sabios de la cristiandad, consagran en sus inmortales obras racional obsequio á la Inmaculada. Entonces nuestros Reyes, dueños del Nuevo Mundo y jefes de la política europea, se honraba con mostrar su amor, con ofrecer sus homenajes ante la Purísima. Por eso el emperador Carlos V, inscrito en la Archicofradía de la Inmaculada, que había fundado el Cardenal Jiménez de Cisneros, y en la que figuraban como primeros asociados los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, en todas las armaduras que para su uso hizo construir, quiso que se grabara la imagen de la Purísima Concepción.

Y no contentos los españoles con creer y amar el misterio de la Pureza, insisten siempre en su aspiración á que todos los fieles del orbe católico le abran de par en par sus inteligencias creyéndole, y sus corazones amándole. De ahí que en el Concilio Tridentino nuestros Obispos y teólogos, especialmente el Prelado de Jaén, Cardenal Pacheco, y el Franciscano Andrés Vega, procuren por la causa de María; trabajen con verdadero empeño para conseguir la ansiada declaración dogmática; y si no la obtienen, logran que el Santo Sínodo, al tratar del pecado original, exprese en el decreto que no es su ánimo incluir á la Bienaventurada Vírgen María; antes bien corrobora con su autoridad lo establecido por el Pontífice Sixto IV, en favor de la Purísima Concepción.

Nuestro Bienaventurado Alonso de Orozco, condensando en su alma dulcísima los sentimientos españoles de aquel siglo, al predicar gozoso de la Inmaculada Concepción, expresa en latín la idea que poco después saldrá también del corazón y de los labios de un poeta, no traduciéndola, porque la idea era propia de todos y de cada uno de los españoles, sino emitiéndola en nuestra hermosa habla castellana. Decía el Beato Orozco: «Hermanos míos: En adelante nadie dude que la Sagrada Vírgen y Madre de Dios fué concebida sin mancha. Y para que el honor de la Madre redunde en el Hijo, todos la aclamen pura, santa, inmune de la culpa original: *omnes eam puram, ac sanctam expertemque a labe originali praedicent.*» Y cómo á los pocos años cierto predicador osó decir en uno de los púlpitos de Sevilla que la Santísima Vírgen había contraído el pecado original, se sintió herida en las niñas de sus ojos la reina del Guadalquivir, como en 1530 la reina del Turia cuando mosén Moner escandalizó á los valencianos vertiendo igual concepto. La imprudencia de aquellos predicadores motivó públicas y generales explosiones de indignación contra ellos, y de fe y de amor al querido misterio de la Purísima. En Sevilla se hicieron numerosas funciones de desagravios; y entonces la ardentísima fe del piadoso Miguel Cid le inspira la fórmula más viva y eficaz de la creencia que enardece al pueblo español: entonces el poeta, celoso y devoto siervo de la Vírgen, compuso, ó mejor dicho, prorrumpió en aquel *hosanna* á la Concepción, que los niños y las gentes, nos dice el historiador Zúñiga, voceaban por las calles, y que fué el grito de mayor entusiasmo lanzado por los corazones españoles; aquella célebre redondilla que también nosotros hemos cantado:

> «Todo el mundo en general
> A voces, Reina escogida,
> Diga que sois concebida
> Sin pecado original.»

¡Qué armonía, qué identidad de pensamiento con el *omnes eam puram, ac sanctam expertemque a labe*

---

1 El Jesuita P. Juan de Pineda, en sus «Advertencias al privilegio octavo de los del señor rey D. Juan el I de Aragón en favor de la fiesta y misterio de la Concepción de la Beatísima Virgen María», 1617, dice: «*El privilegio de D. Juan I lo confirmó dos veces el rey Don Martin, primero año 1398, y segunda en Barcelona, año 1408, y después la reina doña María, mujer del rey D. Alonso el V de Aragón, en Barcelona, año 1437; el señor rey D. Juan de Navarra y II de Aragón, también en Barcelona, lo confirmó, año 1451, y el mismo lo volvió á confirmar é innovar en Calatayud, año 1461. Renovóse la misma promisión en tiempo de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, cuando mosén Moner predicó en Valencia contra ella y contra la Concepción, como escribe el P. Fr. Francisco Moreno* [*]. *Tradújose en vulgar y renovóla por los eclesiásticos de Valencia mandándose imprimir y publicar, año 1568, para mayor devoción del pueblo cristiano, como se dice en el mismo original, impreso en Valencia, que yo tengo. Y después la santa memoria de Felipe II nuestro Señor lo mandó de nuevo imprimir con las demás Constituciones de Cataluña en las Cortes que celebró en Monzón, año de 1585».*

2 Dió Inocencio VIII la Bula *Inter nuncios*, año 1489, para confirmar el instituto religioso de Concepcionistas fundado en Toledo por la venerable doña Beatriz de Silva, según los deseos de la reina Isabel la Católica, que donó para ello un predio grande é iglesia. De nuestra Reina dice el Papa en aquella Bula: *Filia Elisabeth Castellae, ac Legionis Regina, illustris ob singularem quam ad Conceptionem Beatae Mariae Virginis gerit devotionis affectum*, etc.

[*] D. Luis María Canzarra, párroco de Valencia, dice que el caso de Mosen Moser sucedió el 8 de Diciembre de 1530.

1 Lo afirman Bernardino del Busto, Lezana, Cartagena y otros.

originali praedicent del Beato Alonso de Orozco!

Así comenzaba el siglo XVII, desplegando asombroso lujo de vida en el culto á la Virgen por la influencia que el misterio de la Inmaculada ejerce en ese culto, que, como habréis observado, no consiste exclusivamente en funciones religiosas hechas con más ó menos solemnidad bajo las bóvedas de los templos, ni en actos de devoción practicados en el hogar doméstico, sino que se revela en nuestra manera de ser, informando la literatura, las artes, las leyes, las costumbres públicas, todo lo que constituye la vida de una nación. Tal es la admirable influencia de que tratamos.

Nuestros poetas Lope de Vega, Calderón, Alonso de Ledesma, el de Bonilla, Sebastián de Córdoba, los Argensolas, como lo habían hecho antes Juan de la Cueva, Manuel de Lando, Montesinos, Pineda, Jáuregui, Fr. Luis de León y tantos otros, consagran á la Inmaculada las notas más melodiosas de su lira, los conceptos más altos de su inspiración. El inmortal Murillo tiene la dicha de ver á María en su Concepción Purísima, y fía su imagen á pincel maravilloso. Todas nuestras Universidades juran defender la Inmaculada Concepción de la Virgen, renovando sus antiguos votos, ó emitiéndolos de nuevo. La fe del pueblo en tan hermosa prerrogativa es vivísima, y por eso los mismos falsarios, sabiendo que su *dolo pío* se captaba la veneración completa de los fieles, aseverando al predilecto misterio toda la antigüedad y claridad posibles, lo consignan en los cronicones, como lo habían escrito en los plomos de Granada. Esta ciudad erigió en 1628 la primera columna que los pueblos cristianos han levantado en honra de la Inmaculada Concepción, grandioso monumento que hasta hoy persevera en el campo llamado por eso del Triunfo.

En todas las manifestaciones de la vida española palpita el misterio de la Inmaculada. Los predicadores ya en aquel siglo dan principio á sus sermones con el «Loado sea el Santísimo Sacramento, y la pura y limpia Concepción de la Virgen María, nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original [1]»; y con esta preciosa fórmula se pone digno fin á no pocos libros de aquella época. La creencia en la Purísima de tal modo cunde en las costumbres privadas y públicas de nuestros padres, que el saludo verdaderamente español, y que por desgracia va perdiéndose á proporción que somos menos españoles, era el *Ave María Purísima*, y la respuesta de *sin pecado concebida* [1].

HERNÁN-CORTÉS.

Este espíritu constitutivo del ser español no podía dejar de encarnarse también en nuestros Códigos. Felipe IV, la Reina gobernadora y Carlos II legislan que para recibir grados universitarios sea indispensable prestar juramento de tener, creer y enseñar de palabra y por escrito el misterio de la Limpia Concepción de María. Instados nuestros monarcas por su propia devoción y por los continuos ruegos de los fieles, de los municipios, de las Universidades, de las Órdenes religiosas, de los cabildos, de los Obispos y de toda España, asedian, — tan insistente era su empeño, — asedian á los Soberanos Pontífices para que eleven á dogma de fe la opinión piadosa: y ya que los supremos Jerarcas de la Iglesia no estiman llegado tan feliz momento, alaban todos, bendicen y estimulan con Breves y Bulas la santa y profunda creencia; distinguiéndose Paulo V, Gregorio XV, Inocencio X, y, sobre todos, Alejandro VII en su célebre Constitución *Sollicitudo*. Sólo Felipe IV durante su reinado envió á Roma sucesivamente doce embajadores con encargo de que abogasen por la mayor extensión y lustre del culto de la Purísima; tanto que Gregorio XV, después de mandar que en el oficio divino de la Virgen se sustituyese la palabra *Concepción* á la de *Santificación*, alabando luego el celo de nuestro Monarca, exclamó: *¡O curam Catholico rege dignam, et Christi Vicario gratissimam!* ¡Oh solicitud digna del Rey Católico y gratísima al Vicario de Cristo!

En el primer año del siglo XVIII otorga testamento Carlos II, y dice que, «si no pudiere conseguir

[1] El Padre Maestro Fr. Felipe Bernal, natural de Logroño, cuando quiso demostrarnos de la Vid. dice en su libro *Sentencia de Santo Thomas en favor de la Inmaculada*, etc., impreso en Burgos, año 1623, lo siguiente: «No hay calle, ni esquina, ni iglesia, ni se comienza sermón, ni se acaba fiesta donde no esté estampado, y por rematar y principio se diga y cante: Alabado sea el Santísimo Sacramento, y la limpia y pura Concepción de María, sin pecado original».

[1] A propósito del espíritu que animaba á los fieles respecto de la Inmaculada Concepción, es notable lo acaecido en Madrid el año 1651 á poco de haberse incendiado la Iglesia de Santo Tomás, que era de Dominicos. El pueblo se presentó en actitud hostil contra aquellos religiosos, y sólo se calmó cuando el Padre Prior de Atocha fué en persona y puso sobre la puerta de la capilla habilitada para iglesia un gran rótulo, en que se leía: MARIA CONCEBIDA SIN PECADO ORIGINAL.

SALVAJES CAROLINOS.

PALACIO DE WESTMINSTER EN LONDRES.

PAISAJE DE MONTAÑAS.

en sus días el que la Santa Sede declare dogma el misterio de la Inmaculada Concepción, ruega á los reyes que le sucedieren continuar en las instancias *con grande aprieto, hasta que lo alcance de la Sede Apostólica* [1]. Felipe V, cumpliendo lo dispuesto por su antecesor, y excitado por el ruego de todos los ayuntamientos de España, eleva preces en 1732 á la Santidad de Clemente XII, en demanda de fallo dogmático á favor de la Concepción Purísima de María. Después Carlos III crea su distinguida Orden de Caballeros, la une á la restablecida Junta de la Inmaculada Concepción que Felipe III había fundado, y obtiene que Clemente XIII, por su Bula *Quantum ornamenti*, declare á la Beatísima Virgen en el Misterio de su Concepción PATRONA UNIVERSAL DE LAS ESPAÑAS..... ¡de las Españas! ¡Todavía nuestra nación era tan grande, que no podía enunciarse sino en plural!

Hijos fidelísimos de la Sede Apostólica y fervientes devotos de la Inmaculado Concepción de la Virgen han sido los españoles del siglo XIX, como lo fueron los de todos los siglos cristianos.

Sin embargo, justo, aunque triste, es confesar que los fines del siglo XVIII y principios del XIX, trabajados por la Revolución con sus trastornos políticos, destierros de los Papas y persecuciones religiosas, no se distinguieron como tiempos de grandes manifestaciones de creencia en el misterio de la Purísima Concepción. Mas también es innegable que de España partió el nuevo y definitivo movimiento que ha convertido la opinión piadosa en dogma católico. El Metropolitano de Sevilla es el primero entre los Prelados del orbe católico que pide para su Archidiócesis que, al celebrarse la Misa de la Concepción, se diga en el Prefacio la palabra *Inmaculata*, y bien pronto todas las Diócesis de España hacen igual súplica á la Santa Sede. Poco después el Arzobispo de Zaragoza, el mismo día que los Obispos de Albarracín, Calahorra, Mondoñedo, Orihuela, Pamplona, Tudela y Valladolid, pide que en la Letanía Lauretana, á los títulos con que invocamos el patrocinio de la Virgen, se agregue el de *Regina sine labe originali concepta*.

Finalmente: ocupa la cátedra de San Pedro el Pontífice predestinado para la definición del misterio de la Inmaculada, el inmortal Pío IX. Devotísimo de la Virgen desde sus más tiernos años, tan pronto como ciñe la tiara medita en *que las prerrogativas de la Santísima Madre de Dios brillen con luz más copiosa;* y crea una Congregación particular de Cardenales y teólogos que se ocupen exprofeso en el asunto de la Inmaculada Concepción de la Virgen. En 1849 escribe desde su destierro de Gaeta la Carta Encíclica *Ubi primum*, á la que contestan todos los Prelados del orbe cristiano, y con especial contento los españoles, manifestando el gran deseo de que la Santa Sede profiriese juicio supremo á favor del misterio de la Purísima. Y ventilada la cuestión amplia y sinceramente; acogiendo las preces de los fieles, oído el parecer unánime de los Obispos; después de multiplicadas y fervorosas oraciones en toda la cristiandad, el 8 de Diciembre de 1854, en la Basílica Vaticana, rodeado el Padre Santo del Sacro Colegio y de gran número de Obispos y Prelados, levantándose, dijo: « *Declaramos, pronunciamos y definimos, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y Nuestra, que la doctrina que afirma que la Bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su Concepción, fué preservada inmune de toda mancha de pecado original, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención á los méritos de Jesucristo, Redentor del linaje humano, es doctrina revelada por Dios, y, por lo tanto, debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles.* »

Los cielos y la tierra aplaudieron el decreto dogmático, resonando por doquier himnos de alabanzas á Dios, de ensalzamiento á la Inmaculada y de gratitud al Pontífice. En España no hubo ciudad, ni villa, ni aldea; no hubo catedral, parroquia, ni iglesia, donde clero y fieles, todas las clases de la sociedad, no mostraran en espontáneas y solemnísimas fiestas el júbilo que inundaba sus almas. Hasta entonces el misterio piadosamente creído venía ejerciendo sobre el culto de la Virgen en España la marcada influencia que hemos visto: desde entonces la opinión libre entra en los espacios de la certeza católica. El misterio deja de ser un motivo más ó menos determinante del culto, y se transforma en causa intrínseca, en necesidad vitalísima, porque ya ese culto á la Virgen es inseparable del misterio de la Concepción Inmaculada.

Hemos visto las tres fases del culto de la Virgen en España, según los misterios predominantes en la devoción de nuestros mayores: el misterio de la divina Maternidad de María, el de su Asunción á los cielos y el de su Concepción Inmaculada; admirando más detenidamente la influencia que este último ha ejercido en todas las manifestaciones del culto á María Santísima, bien en la liturgia eclesiástica, bien en las letras, en las artes, en las leyes y en las costumbres públicas y privadas. De siglo en siglo, sobre todo á contar desde el undécimo, hemos seguido la carrera brillante de esa influencia hasta ver su transformación de elemento externo, por cuanto procedía de la libre opinión de los fieles, en interna vitalidad del culto de la Virgen. Y si justamente hicimos la observación de que Zaragoza fué la cuna que del culto que rendimos á la Santísima Virgen como *Madre de Dios*, porque con este carácter vino á Zaragoza cuando aún vivía en carne mortal; como *Asunta* á los cielos, porque en el sarcófago de los diez y ocho mártires existe el monumento historia más antiguo de esa creencia; y, en fin, como *Concebida sin mancha de pecado original*, porque la primera prueba que á nuestros tiempos ha llegado de la fe española en ese misterio la debemos al gran poeta cesaragustano Aurelio Prudencio, enardézcase aquí nuestro amor á la Santísima Virgen, y mostremos nuestra gratitud á Zaragoza, á esta *Casa llena de grandes Angeles*, como dijo aquel príncipe de los poetas cristianos [1], á esta ciudad santa ornada con la inmortal diadema de capital del Catolicismo en España.

Nobles aragoneses: así como Roma pertenece á todos los católicos del mundo, sea Zaragoza la ciudad de todos los españoles católicos. Aquí venimos todos como á nuestra casa, porque esta es la casa de nuestra Madre, siendo vosotros los mayorazgos de la Virgen. Al separarnos hoy altamente agradecidos á vuestra fraternal acogida, dejemos levantado un monumento que sea la antítesis de aquella torre de Babel edificada en los campos de Senaar, cual testimonio de división. Sobrado tiempo hemos vivido nosotros los católicos españoles en la Babel, en confusión espantosa, porque cada uno hablábamos el lenguaje de nuestro propio parecer. Señores, no tengamos ya más que una misma lengua, una misma palabra, la Palabra del Verbo Eterno, de Jesucristo, que nos habla por medio de su más alta, de su genuina representación en la tierra, por boca del Sumo Pontífice y de los Obispos. Dios lo quiere; lo quiere la Inmaculada Virgen María; lo quiere nuestro amantísimo Padre León XIII. Tenemos ya erigido el monumento; es la columna de nuestra fe, es la Virgen del Pilar. Caigan ante esa Arca de alianza, de la unión sincera, definitiva, inquebrantable, el dragón de la discordia, los ídolos del mezquino interés, de la soberbia, de la vanidad, del amor propio, como ante la columna de nuestra Inmaculada que se alza en la Piazza di Spagna en Roma caerán pronto las estatuas de los usurpadores, de los ingratos y de los apóstatas.

HE DICHO.

---

1 « Plena magnorum domus angelorum
Non timet mundi fragile ruinam,
Tot sua gestans simul offerenda
Munera Christo. »

(PRUD. hímn. decem. et octavus.)

ALBUM DE POESÍAS

LLUVIA HURACANADA

POR

D. JACINTO VERDAGUER

I

Es invierno y noche oscura,
Treme el viento en la enramada,
Llueve, y cada vez que silba
Dos, tres árboles arranca.
¡Ay, pueblo de Nazaret,
Si el buen Jesús no te ampara!

II

Su manto Jesús extiende,
Y no se mojan las flores;
La ventana abre á los pájaros,
Y en su alcoba se recogen;
La puerta al huérfano abre,
Y en la casita se esconde.

III

«Mi aroma es vuestro, oh Jesús,»
Diz la flor agradecida:
Y los pájaros añaden:
«Y vuestra nuestra armonía;»
«Y vuestro — repite el huérfano —
Mi corazón y mi vida.»

(Versión castellana de Pelo y Peyrolón.)

MÁS ALLÁ

Hay notas en la lira
que jamás han sonado,
y en el fondo del alma
henchido de placer escucha el bardo.

—

Unas veces parecen
suspiros ignorados,
que vagan por el mundo
buscando un pecho que les preste amparo.

—

Otras, dulce aleteo
de almas que no encontraron
cuerpos donde posarse
y darles vida y movimiento vario.

—

Ya murmurios suaves
de místicos halagos,
ya armonías celestes,
que jamás escuchara oído humano.

—

¡Quién pudiera expresarlas!
Mas sólo al intentarlo,
se rompe la envoltura
que al espíritu oprime en tristes lazos.

—

¿Y no han de vibrar nunca
con sus sonidos claros,
bañándose el espíritu
en mar sin fin de dichas no soñado.....?

—

Sonarán algún día
que con firme fe aguardo,
porque el afán que siento
lo puso en mi alma Dios para saciarlo.

ENRIQUE GARCÍA BRAVO.

MARÍA

LA AURORA

. . . . . .
. . . . . .

Negras las sombras son: en la ribera
Del sagrado Jordán ó en la colina
De la déspota Nínive severa
El bíblico profeta se reclina,
Rendido del afán de la esperanza;
Y como el sol de redención no asoma
Y á su mente se alcanza
Toda su majestad y poderío
Lo va en sus vaticinios describiendo
Y en su canto el arroyo, que gimiendo
Baja del monte y cruza el bosque umbrío
En busca de la plácida laguna;
O el tibio y dulce rayo,
Que á las tinieblas lanza en su desmayo
De entre las nubes plácida la luna.
A su tenue fulgor, que languidece,
Se ve entre lirios de florido huerto
La Esposa del Cantar de los Cantares
Buscando entre pesares
Y congojas de amor inmaculado,
Como el marino que navega el puerto,
El rostro del Esposo enamorado.
¡Ave que gime en su prisión oscura,
Nacida para ver el sol riente
Y á tanta oscuridad no se acomoda;
Y se apena y suspira,
Renaciendo en su pecho la amargura,
Que seca su deseo y lo florece
De gratas ilusiones,
Por quien su afan y su esperanza crece
Y enajenada de pesar delira
Por verse de la luz en las regiones
Cambiar sus penas por brillantes galas,
Sentir la vida estremecer sus plumas
Y alegre y libre de las densas brumas
Tender al viento sus abiertas alas!

—

Mas si en Salen la plácida esperanza
A trechos las tinieblas ilumina,
Tiene la noche tan inmenso imperio,
Que envuelve entre los pliegues de su manto
Frío, cual nieve de la cresta alpina,
Uno y otro hemisferio.
Ved: los rencores bélicos estallan,
Ciegos los vicios con furor batallan,
Como panteras de la oscura selva,
Y al alcanzar victoria,
Convierten los trofeos y despojos
En pompas de sus lúbricos amores,
Por dar nuevos é indómitos ardores
A sus mezquinos y avarientos ojos.
Que es el mundo una noche renegrida
De impúdicos deleites saturnales
En que brincan bacantes infernales
En bailes deshonestos
Con sátiros de estúpido cinismo
Y alumbran con las teas que revuelven
Los rostros descompuestos
De los dioses sin fin del paganismo.

—

¡Salve, divina y celestial María,
Virgen sin mancha, luz de mi sendero,
Lucero de la mar, faro que guía
Al puerto verdadero!
Salve, mi reina y plácida Señora:
Cristo es el Sol que en esta tierra oscura
Alumbra con su espléndida hermosura,
Y tú, Madre de Dios, eres su aurora.
Coronada con círculo de estrellas
Nieve del sacro Líbano es tu frente;
Rosas marcan tus huellas,
Tu acento es el rumor de clara fuente;
Tu mágica sonrisa
Es la risa del lago y de la brisa;
Tu cabellera es oro;
Y llevas por decoro
Guardia de serafines y querubes,
Carro triunfal de nacaradas nubes,
Aroma de las flores más suaves
Y música de céfiros y aves.

—

Ya cesaron los bélicos clamores;
Ya el Galo y el Scita
Y el Arabe y el Griego y el Germano
Y el Tracio y el Ibero
Sintieron apagados sus furores
Colgando en el hogar el fuerte acero.
Ya cierra á su pesar sus puertas Jano
Y la paz con que brinda Octavio á Roma
Se extiende desde el Atlas al Danubio
Y en sus brazos de amor los pueblos dom : :
Y es ¡oh Virgen Paloma del Diluvio
Y aurora de la gracia soberana!
Que ya alumbran tus ojos este vuelo,
Y la tierra, colmando su desvelo,
Se entrega placentera
Al dulce reposar de la mañana.

—

¿Quién eres tú que vienes del desierto,
Como nube de incienso y de perfumes
Y avanzas majestuosa
Como la nave que se acerca al puerto,
Más grande cada vez y mas hermosa?
¿Quién eres tú por quien el vicio esconde
Su faz ruborizado entre sus galas
Y á la voz del placer ya no responde?
¿Quién eres tú por quien humilde pliega
La indómita ambición sus fuertes alas,
Busca el amor en la pureza abrigo
Y el fiero corazón que se sosiega
Siente impulsos de amar á su enemigo?
¿Quién eres tú por quien fenece el miedo,
Levanta mi razón á Dios los ojos,
No hay deleite de tierra que me cuadre
Y el vicio me da enojos?
¿Quién eres tú, mi bien, sino mi madre?

—

Tú eres la dulce aurora
De la gloria de Dios: en los fulgores
De tus ojos la ciencia se adivina
De los santos doctores;
En la mirada amante y peregrina
Que levantas al cielo
Del éxtasis de amor el raudo vuelo
Con que el justo la tierra da al olvido;
En la modestia de la frente pura
El pudor bendecido
De la Virgen que vive enamorada
De Dios y regalada
Tan sólo de su célica hermosura;
Y en tu sencilla majestad serena
El valor de los mártires cristianos,
Que alzando á Dios las inocentes manos
Mueren por él en la cercana arena.

—

¡Aurora de mi fe! ¡Virgen María!
Baña mi corazón de tierra hecho
En esa blanca luz que te circunda
Que es luz de paz y caridad fecunda.
Que engendra la alegría,
Llena de dulces dichas la memoria,
Guía la barca mística de Pedro,
Da fin al llanto y á la risa medro,
Y es luz en que se baña
El ángel en la gloria,
La Virgen en el pórtico sombrío,
La patria cuando muestra poderío
Y es luz que quiero que circunde á España.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA
DE LAS ESCUELAS PIAS

Granada día de la Inmaculada Concepción, 1889.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

Lo confieso: me hubiera gustado más que Bautista encontrase mejor á *mi Angela* (ya iba yo cayendo en el vicio de Pepe) que no á Célia.

Pero la cosa era de aquel modo, y no como á mí me hubiese convenido. Bautista demostraba por Célia verdadera predilección. Era, sin duda, la mediana de las hijas del Sr. de Laguira una muchacha por extremo bondadosa, amable con todos, afable, graciosa y viva. Pero eso no quitaba que á mí me gustase Angela más que Célia. ¿Por qué? Vaya usted á saberlo; así como ignoramos, salvo la fe, por qué vivimos, ignoramos también por qué amamos. La vida y el amor no tienen otra explicación satisfactoria que la suprema de la voluntad divina.

—La Srta. Angela—seguía diciendo Bautista—es de carácter triste, muy triste, tanto que si no fuera por su hermana Célia, y porque su papá la saca mucho á paseo, moriría de *ictericia* como los jilgueros enjaulados. No deja, sin embargo, de tener su talento, y de cuando en cuando suelta alguna que deja parado á cualquiera. Mire usted; yo la tengo comparada por muchas cosas al Sr. Obispo que me daba carrera, y que á no morirse tan pronto como se murió, me hubiera hecho canónigo de la Catedral de Sigüenza; aquel Excmo. Sr. siempre estaba callado: decía que las palabras ociosas las castiga Dios muy severamente..... ¡Figúrese usted, amigo mío, si me conociese á mi ahora..... ¡Yo que invierto mis días en echar al aire palabras ociosas..... Pero cuando el Sr. Obispo hablaba, había que oirlo; no decía más que una palabrita ó dos; pero que se clavaban en el corazón como banderillas de fuego..... Recuerdo que un día.....

—D. Bautista—intervino el muchachote de la tienda—¿bebía usted ya entonces aguardiente?

—No, hijo, no—contestó Bautista—entonces bebía buen tinto de tierra de Molina..... El aguardiente vino después..... *Post nubila Phœbus;* después del tinto que es la noche, el aguardiente que es la mañana..... Pero, zopenco, ya me has hecho perder el hilo..... ¿Quién te mete á destripar cuentos cuando hablan dos caballeros como nosotros.....? Vamos, échanos otras copitas.

—D. Bautista, que yo no tengo la culpa si usted.....

— Animal. ¿Quieres tú ser mi padre ó mi director espiritual? Echa las copas ó te reviento.

Apuramos las copas, y entonces fuí yo el que dije á Bautista:

— Vamos, hombre, bueno está lo bueno, y ya nos conviene tomar el aire de la mañana. Vámonos, si á usted le parece.

— Perfectamente, caballero — exclamó Bautista — haciendo una profunda reverencia. Pero antes choque usted aquí (y me señalaba su diestra extendida). Usted desde ahora, y para siempre, es amigo mío..... Usted es un hombre como á mí me gustan los hombres..... Una persona decente, sí señor, una persona decente, y que sabe alternar con cualquiera..... El orgullo, amigo mío, no sirve para nada..... Humo vano es el orgullo, dijo un Padre de la Iglesia..... Conque choque usted, y amigos *per secula seculorum*, amén.

Estreché la mano que me tendió aquel pobre hombre, díjele mi nombre y mis señas, ofreciéndome á él cordial y cariñosamente.

— Pero esto no es despedirse — añadió Bautista. — ¿Tiene usted mucho que hacer?

— Nada, amigo mío — le contesté yo.

— Pues entonces voy á pedirle un favor. Quiero que vea usted el jardín..... Y verá también mi casa..... Humilde, sí señor, humilde; pero limpia como los chorros del oro..... Ea, venga usted.

Yo no sabía qué hacer. La verdad es que notaba yo en mí un extraño pudor, revelado por una especie de repugnancia, de cuya naturaleza no me daba cuenta exacta; pero cuyos efectos sentía, una repugnancia casi invencible de colarme así, de buenas á primeras, en aquel jardín. ¡Temía acercarme demasiado al astro, cuyo calor dulce y tónico había inundado mi corazón.....! A punto estuve de negarme á lo propuesto por Bautista..... Pero al fin triunfó la audacia. Adelante, dije, y seguí á mi extraño guía. Dos minutos después, la puerta de hierro que la noche antes se había cerrado tras la familia del Sr. de Laguira, se cerraba tras Bautista y yo.

VII

EN EL JARDÍN

¡Yo estaba en el jardín!

Aquel, sí, aquel era el jardín que rodeaba la casa en que moraba la que ya era, en su imagen, el tesoro de mi corazón!

Nunca podré yo explicaros, no ya los sentimientos, las sensaciones que iba experimentando en mi paseo per aquellas cortas alamedas, por aquellos diminutos senderos, por aquellas plazoletillas y laberintos microscópicos que constituían el jardín del Sr. de Laguira.

Había algunos árboles altos y de sombra que en ciertos parajes presentaban un fondo muy agradable de decoración de bosque; abundaba el boj, perfectamente recortado y formando callejones y revueltas de ingeniosa traza. En un rincón, junto á la tapia, manaba una fuente que repartía luego sus cristales en arroyillos murmuradores; y en otros parajes se veían algunas estatuas ya muy deterioradas y cubiertas de hierba como antiguos ídolos campestres. Lo que más gustaba era un sitio bien elegido para distrutar excelentes vistas, una especie de balcón de piedra, desde el que se descubría gran parte del caserío de Madrid y una campiña inmensa, entonces verde, pues eran aquellos los días de la fugitiva primavera castellana. Bautista no daba sosiego á la lengua, explicándome al por menor todas las partes del jardín é intercalando en su relato citas latinas más ó menos macarrónicas y sentencias de autores más ó menos equivocadas.

Pero yo no le oía. Súbitamente, sin yo saber cómo, había embargado todo mi sér un pudor extraordinario, maravilloso, inverosímil dadas mis condiciones y mis antecedentes. Era un miedo terrible á encontrarme frente á ella, á que pusiese en mí sus ojos; algo del miedo que tienen á la luz las personas desaseadas ó mal vestidas, algo del miedo del reo á verse delante de sus jueces..... Y entonces apareció en mi alma la figura de Doña Remedios y D. Norberto, y se desarrolló rápidamente toda la espiral de mis recuerdos..... Y estando tan cerca de Angela, veíala yo muy lejos, tan lejos que consideraba imposible del todo llegar hasta ella, aunque caminase sin cansarme, no un día, ni dos, sino siglos y siglos de peregrinación constante..... ¡Yo enamorado de Angela.....! ¡Yo pretendiendo que Angela me correspondiera.....! ¡Qué necedad tan insigne! ¡Qué insensatez y qué locura! ¡Qué pretensión tan ridícula! Me sentía verdaderamente humillado..... Comprendía toda mi vileza..... Se agigantaba á mis ojos la enormidad de mis crímenes, mi absoluta impotencia intelectual y moral para elevarme á la concepción purísima de un amor ideal.....

Y salimos del laberinto de senderos, y desfilábamos por delante de la casa, bajo la línea de sus balcones..... Yo miraba al suelo: no me atrevía á mirar hacia arriba.

Bautista charlaba por los codos.

— Usted, caballero, sabe quién fué Cincinato: un Ministro de la antigua Roma, que se retiró á cuidar un jardín. Yo, aquí me creo un Cincinato. Porque yo no he sido Ministro; pero soy bachiller, y ahora sería probablemente, seguramente, mejor dicho, Canónigo de la Catedral de Sigüenza si no muere el Sr. Obispo que me protegía..... Mire usted, aquel señor, lo único malo que hizo en este mundo fué morirse, y para eso fué contra su voluntad..... Sí, señor, contra su voluntad, créalo usted, porque aunque era muy santo, no tenía ganas de morirse, eso no..... ¡Buen susto pasó cuando se le dijo, como tenía encargado, que ya no había más remedio que hacer el viaje....! ¡Y poco que me partió á mí el tal viajecito....! Muy buenos días, señorita Angela.

Esto último lo dijo Bautista en muy alta voz. Yo no pude resistir un movimiento do curiosidad, y alcé los ojos; y era ella, sí, ella, asomada á uno de los balcones, no con el lujoso traje de seda negra con que yo la había visto engalanada el día antes, sino con un sencillísimo vestido casero cubierto, en gran parte por un amplio delantal azul; vestido de faena doméstica, revelador de la señorita hacendosa que alterna con sus criadas en los matutinos quehaceres del interior del hogar. Pero podéis creerlo, sólo un instante la vi, porque bajé muy pronto los ojos haciéndome el distraído para disimular mi verdadera situación en aquel trance, que era la de conmovido; pero bastó aquel instante para que me pareciese mucho más bella que me había parecido la víspera con sus magníficos atavíos de fiesta. Aquel sencillo percal, aquella cabeza admirablemente despeinada, aquel aire modesto, todo, en suma, me impresionó de una manera profundísima, como un perfume penetrante de virtudes y de felicidad domésticas; como un recuerdo de dichas para mí perdidas; como una esperanza ó una revelación de otras dichas que tal vez podría yo alcanzar algún día lejano.....

Hay en la vida ciertos momentos verdaderamente supremos; momentos sintéticos que resumen años enteros de pensamiento y meditación, ó momentos crisis que tuercen el rumbo de las ideas y sentimientos del hombre. Esos momentos nos revelan algo de lo que será la eternidad que, según la enérgica expresión de un Padre de la Iglesia, no es más que un instante. Diez, veinte años de vida se invierten á veces, y aún falta algo en comentar ó en deducir las consecuencias de uno de esos instantes que valen por siglos de siglos.

Aquel momento fué para mí uno de esos. Oí á Bautista dar los buenos días; oí que le contestaban; alcé los ojos y la ví en el balcón. Fué para mí su presencia inesperada en absoluto. Se me presentó su imagen en traje casero. Observé que se sonreía. Luego, ¿qué sucedió? ¿Bajé yo los ojos ó se retiró ella? Nunca he llegado á saberlo á ciencia cierta, por más que he estudiado ese problema con el ahinco y la constancia que pusieron los alquimistas en descubrir la piedra filosofal, y otros majaderos la cuadratura del círculo. ¿Por qué se asomó al balcón? ¿Fué casual? ¿Fué porque oyó hablar en el jardín á Bautista con un desconocido? ¿Pero acaso me oyó hablar á mí? Y cuando me vió, ¿estoy seguro de que reconoció al que la víspera la había seguido? ¿Y qué efecto le haría mi presencia en el jardín? ¿Le parecí guapo ó feo, desgarbado ó airoso, audaz ó tímido? ¿Se tomó siquiera la molestia de pensar en mí un momento? Bagatelas y necedades son seguramente todas estas cuestiones y preguntas; pero yo aseguro bajo la fe de mi honrada palabra, que durante muchísimo tiempo han tenido para mí el valor de trascendentales problemas filosóficos ó históricos, que me he empeñado en resolverlos valiéndome de todas mis fuerzas psíquicas y utilizando todo el bagaje de mis conocimientos; que me fuí á la cama muchas noches con el cerebro cansado de tanto cavilar; que más de veinte veces tropecé en la calle con los transeuntes por marchar abstraído enteramente en la contemplación del insondable problema; que en mi casa, mientras comía, me llamaban en muchas ocasiones al orden con la exclamación: pero, ¿en qué piensas, muchacho, que....? ¿á qué continuar? Todos sabéis perfectamente lo que son estas cosas.

(Continuará.)

DE TODO UN POCO

Curación de la sordera. — Y de la tisis. — Un extraño precursor de Koch. — La Juventud Católica de Valencia y un discurso del señor Cepeda. — Una nueva misión.

El campo de la ciencia es infinito, y los progresos que cada día se realizan en todos sus ramos son hechos prácticos y tangibles, respecto de los cuales no es posible dudar. Se habla de los adelantos de la Cirugía, y se olvidan los de la Medicina: es verdad que hoy, con la mayor facilidad del mundo, abren los cirujanos el cráneo, el pecho ó el vientre de un paciente, y examinan los órganos enfermos, practicando curas maravillosas; pero también es cierto que, á medida que la Química va penetrando en la Terapéutica y en la Higiene, resolviendo con fórmulas precisas los casos que se le ofrecen, la Medicina realiza curas no menos sorprendentes.

Los principales periódicos de París, *El Figaro*, *El Petit Journal* y *L'Evénement*, entre otros, han hablado del sistema inventado por el Dr. Drouet para la curación de la sordera, y de cierto tratamiento que emplea aquel médico y que consigue grandes resultados. La Superiora de un convento de monjas en los Vosgos dícese que se ha curado por completo gracias al tratamiento Drouet.

***

Pero lo que ahora preocupa más en Medicina es la tisis y la linfa del Dr. Koch.

Los médicos franceses que han ensayado en París el medicamento Koch se muestran muy satisfechos de las reacciones provocadas por la linfa; pero creen que hasta que pasen algunos días no podrá juzgarse de la eficacia del remedio, y que sólo cuando haya transcurrido un año sin experimentar recaídas los

enfermos será tiempo de considerar realizada la curación.

Como detalle curioso se cita el de que los aduaneros franceses se han apoderado de varios frascos del medicamento, fundándose en la ley que impide la importación de medicinas cuya composición es desconocida.

A pesar de las elevadas cantidades que se han ofrecido en Berlín para obtener alguna cantidad de linfa, á causa de la escasez de la misma, esta preparación resulta sumamente barata; pues, según un periódico alemán, el precio de un frasco con cantidad suficiente para 400.000 inyecciones no excede de 25 marcos.

Koch ha contestado á la felicitación de Pasteur con una carta en que expresa calurosamente su agradecimiento al insigne sabio francés.

***

Un periódico cita entre los precursores de Koch á Marat, el terrorista, más conocido en estos tiempos por la sombría participación que tomó en la Revolución francesa que por sus talentos de médico.

La curación de la Marquesa de Laubespine, que había sido desahuciada por los médicos más famosos, le creó una gran reputación. Los tísicos empezaron á acudir de todas partes á casa de Marat, y llegó á ser tan considerable el número de enfermos que solicitaban sus cuidados, que, además de pagarse sumas considerables por cada consulta, muchos ponían en juego altas recomendaciones para para ser recibidos con preferencia.

En cuanto al tratamiento que aquel empleaba, parece que sus éxitos se debieron, más que á su eficacia, á la casualidad ó á la naturaleza de los pacientes.

En vez de apelar á las sangrías, que eran entonces muy usadas, el médico demagogo administraba á sus enfermos una emulsión de almendras dulces con sal de nitro, y luego les sometía á un tratamiento cuya parte principal era el uso de un agua mineral artificial y acidulada á la que llamaban « Agua mineral antipulmónica de Marat. »

En 1778, un químico de la Universidad de París hizo el análisis de aquel específico, que resultó ser un preparado de base calcárea, probablemente una disolución de fosfato de cal.

***

La Academia de la Juventud Católica de Valencia inauguró el sábado 29 de Noviembre el presente curso académico, asistiendo por la mañana los señores Socios á la Misa del Espíritu Santo, que celebró en la iglesia de San Juan del Hospital, y administrando el Pan Eucarístico el M. I. Sr. Consiliario Dr. D. Carlos Máximo Navarro, Canónigo Lectoral de la Basílica; y por la noche se verificó en la casa social el solemne acto con una brillante sesión y con la asistencia de una numerosa y distinguida concurrencia que llenaba los salones.

Dió principio á las ocho y media bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Vicente Gadea Orozco, teniendo á sus lados en el estrado á los decanos de las facultades de Derecho y Medicina, Sres. Rodríguez de Cepeda y Ferrer y Julve, respectivamente; el Presidente de la Asociación de Católicos, Don José Royo, D. José María Llopis y D. José María Gadea Orozco, Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad; representación del Colegio de Abogados, Academia de Legislación y Jurisprudencia, de Medicina, del Instituto Médico, Liga de Propietarios, otras Sociedades y Corporaciones y Junta directiva y Presidentes de Secciones.

El Secretario, Dr. D. Roberto Jiménez, leyó una bien escrita Memoria, y á continuación ocupó la tribuna el ilustrado académico Dr. D. Rafael Rodríguez de Cepeda y Marqués, catedrático de la Facultad de Derecho, y leyó un notabilísimo discurso desarrollando el siguiente tema:

« ¿Cuál es la dirección que ha de darse á la actual juventud, en especial á la universitaria, para conjurar los males que amenazan á las modernas sociedades? »

Sostuvo que las ideas del socialismo en el orden religioso, en el de la familia, en el de la propiedad y en el de la naturaleza y fin del hombre, no son más que la consecuencia, y aun á veces las doctrinas mismas, de la ciencia racionalista en lo que va de siglo; deduciendo el orador que lo primero que hay que hacer para atajar la marea creciente del socialismo es combatir el racionalismo, que lo ha engendrado. Urge formar nuevas generaciones que, frente á las negaciones socialistas, sostengan las doctrinas católicas, únicas que pueden salvar á la sociedad.

Para ello es indispensable que en todos los grados de la enseñanza se restauren las sanas ideas religiosas, y por lo tanto filosóficas y sociales. Es además absolutamente necesario que desaparezcan de la enseñanza oficial las teorías racionalistas, demoledoras de la sociedad, y por último, que en todos los establecimientos de enseñanza, incluso las Universidades y las escuelas de carreras especiales, se creen cátedras de asistencia obligatoria, en que se dé la enseñanza religiosa, se haga ver las necesarias relaciones entre la religiosidad de un pueblo y su progreso y perfeccionamiento, así como la influencia que la religión católica ejerce en el individuo, la familia y la sociedad, y la misión que le compete en la resolución de los conflictos sociales que nos amenazan.

El orador fué muy aplaudido.

Dió fin á la sesión el discurso reglamentario del Presidente, que con sentidas y elocuentes frases marcó el rumbo que se propone seguir la Academia de la Juventud Católica para realizar sus levantados fines en el curso cuya inauguración celebraba.

El Sr. Gadea fué calurosamente felicitado por la distinguida concurrencia.

La solemnidad resultó brillante.

***

En tanto que Europa se reparte el África buscando en esta distribución los intereses que más cuadran á sus miras materiales, el inmortal León XIII, que sólo ambiciona la salud de las almas, divide también el continente africano entre las diferentes congregaciones religiosas que buscan exclusivamente las fatigas y la gloria de llevar la luz del Evangelio al país de las tinieblas.

En efecto, poco hace acaba de erigirse una nueva misión en prefectura apostólica: *la misión del río Drange*, que comprende la cuenca media é inferior de este río con una superficie equivalente á la mitad de nuestra Península.

Esta misión ha sido confiada á los PP. Oblatos de San Francisco de Sales. Comprende esta estación el último asilo de las razas primitivas del Africa y ofrecerá ancho campo á los trabajos del antropologista, del historiador, del geógrafo y del lingüista aparte del no menos importante que ha de tener desde el punto de vista religioso. Estas razas harán en su día el sacrificio de sus tradiciones, de sus lenguas y de sus tipos en favor de los sabios que los civilicen, y de sus almas á Dios, por intercesión de sus Misioneros. Esta va á ser la misión ingrata á que muy en breve se dedicarán los oblatos de San Francisco de Sales.

Ya se encuentran en aquellas regiones ocho Religiosos, y 12 que han de luchar contra el clima, contra la indolencia de los indígenas, contra las sectas protestantes y, sobre todo, contra la pobreza y el abandono.

Hay, sin embargo, unos 500 católicos de 50.000 habitantes; convertidos al esfuerzo de los primeros europeos que franquearon el río medio del Drange.

¡Dios corone con sus auxilios la obra intrépida que van á emprender los ínclitos hijos de San Francisco!

X.

AVISO

Se ruega á los Sres. Suscriptores que no hayan abonado el año actual lo verifiquen en seguida, para evitar los perjuicios que con su retraso se irrogan á la Administración de esta Revista.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas**, para el **CULTO CATOLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

BLANQUEO DE CERAS EN GRAN ESCALA

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla. **CERAS AMARILLAS** de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1858. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

BANCO DE ESPAÑA

36.° Sorteo.

Nota de los títulos de la deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

NÚMEROS de las bolas que representan las bolas.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.		NÚMEROS de las bolas que representan las bolas.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.		NÚMEROS de las bolas que representan las bolas.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.	
Serie A.								
56	551 á	60	4.051	40.501 á	10	8.273	82.721 á	30
412	4.111 »	20	4.134	41.331 »	40	8.662	86.611 »	20
1.275	12.741 »	50	4.843	48.421 »	30	9.452	94.511 »	20
1.295	12.941 »	50	4.891	48.901 »	10	10.136	101.351 »	60
1.569	15.681 »	90	5.038	50.371 »	80	10.138	101.371 »	80
1.902	19.011 »	20	5.253	52.521 »	30	10.419	104.181 »	90
2.117	21.161 »	70	5.577	55.761 »	70	10.879	108.781 »	90
2.625	26.241 »	50	5.724	57.231 »	40	11.173	111.721 »	30
2.630	26.291 »	300	5.885	58.841 »	50	11.256	112.551 »	60
2.926	29.251 »	60	6.054	60.531 »	40	11.389	113.881 »	90
2.928	29.271 »	80	6.289	62.881 »	90	11.749	117.481 »	90
2.937	29.361 »	70	6.849	68.481 »	90	12.078	120.771 »	80
3.009	30.081 »	90	7.126	71.251 »	60	12.253	122.521 »	30
3.138	31.371 »	80	7.308	73.071 »	80	12.981	129.801 »	10
3.594	35.931 »	40	7.723	77.221 »	30	13.092	130.911 »	20
3.845	38.441 »	50	7.728	77.271 »	80	13.517	135.161 »	70
3.984	39.831 »	40	7.897	78.961 »	70	13.697	136.961 »	70
Serie B.								
312	3.111 á	20	2.630	26.291 á	300	6.335	63.341 á	50
743	7.421 »	30	3.140	31.391 »	400	6.448	64.471 »	80
752	7.511 »	20	3.506	35.051 »	60	7.809	78.081 »	90
985	9.841 »	50	3.641	36.401 »	10	8.392	83.911 »	20
1.003	10.021 »	30	4.685	46.841 »	50	8.667	86.661 »	70
1.612	16.111 »	20	4.810	48.091 »	100	8.926	89.251 »	60
1.936	19.351 »	60	4.950	49.581 »	90	9.291	92.901 »	10
2.161	21.601 »	10	4.970	49.691 »	700	9.317	93.161 »	70
2.202	22.011 »	20	4.980	49.791 »	800	9.584	95.831 »	40
2.241	22.401 »	10	5.206	52.051 »	60	9.722	97.211 »	20
2.553	25.521 »	30	5.777	57.761 »	70	9.759	97.581 »	90
2.571	25.701 »	10	6.096	60.951 »	60	9.866	98.651 »	60
Serie C.								
208	2.071 á	80	3.946	39.451 á	60	8.051	80.501 á	10
852	8.511 »	20	4.441	44.401 »	10	8.006	80.651 »	60
990	9.891 »	900	4.659	46.581 »	90	8.314	83.131 »	40
1.149	11.481 »	90	5.037	50.361 »	70	8.392	83.911 »	20
1.372	13.711 »	20	5.390	53.891 »	900	8.775	87.741 »	50
1.506	15.051 »	60	5.640	56.391 »	400	8.866	88.651 »	60
1.534	15.331 »	40	5.674	56.731 »	40	8.891	88.901 »	10
1.790	17.891 »	900	5.884	58.831 »	40	9.203	92.021 »	30
1.791	17.901 »	10	5.952	59.511 »	20	9.392	93.911 »	20
1.925	19.241 »	50	6.232	62.311 »	20	9.710	97.091 »	100
3.023	30.221 »	30	6.621	66.201 »	10	10.127	101.261 »	70
3.218	32.171 »	80	7.416	74.151 »	60	.....	.....	
3.613	36.121 »	30	8.032	80.311 »	20	.....	.....	
Serie D.								
733	7.321 á	30	2.144	21.431 á	40	2.584	25.831 á	40
1.546	15.451 »	60	2.213	22.121 »	30	2.631	26.301 »	10
1.612	16.111 »	20	2.282	22.811 »	20	2.682	26.811 »	20
2.033	20.321 »	30	2.306	23.051 »	60	.....	.....	
Serie E.								
36	351 á	60	1.560	15.591 á	600	1.776	17.751 á	60
1.403	14.021 »	30	1.612	16.111 »	20	1.797	17.961 »	70
1.535	15.341 »	50	1.747	17.461 »	70	.....	.....	

Madrid 1.° de Diciembre de 1890.—El Vicesecretario, GABRIEL MIRANDA. — V.° B.° — El Gobernador, SÁNCHEZ BUSTILLO.

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 10 del actual, y bajo facturas que se facilitarán en la Caja del Banco, se pueden presentar para su señalamiento al cobro los cupones de Obligaciones del Tesoro al 5 por 100 anual, vencimiento 31 de Diciembre, y los de títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, vencimiento de 1.° de Enero próximo.

En igual forma se presentarán los títulos á que haya correspondido la amortización, en virtud del sorteo celebrado en este día.

Encargándose el Banco de cobrar por los depositantes los títulos amortizados de los valores depositados en sus Cajas, los interesados que deseen retirarlos para presentarlos por sí al cobro deberán avisarlo por escrito hasta el día 6 inclusive del corriente mes.

Madrid 1.° de Diciembre de 1890. — El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

LOS QUE TENGAN TOS

vá sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

CORRESPONDENCIA CON LOS SRES. SUSCRIPTORES

Sevilla.—J. R. O.—Recibida libranza.
Granada.—F. G. C.—Idem íd.
Gerona.—N. M.—Idem íd.
Ferrol.—E. A.—Idem íd.
Aranda de Duero.—F. de la M.—Idem ídem.
Bilbao.—A. R.—Idem íd.
Santander.—R. de la V.—Idem íd.
Barbastro.—J. L. P.—Idem íd.
Alfaro.—C. de A.—Idem íd.
Reguena.—S. M.—Idem íd.
Granada.—B. S.—Recibida libranza.
Coruña.—C. R. L.—Idem íd.
Gumiel del Mercado.—Casino.—Idem ídem.
Bilbao.—J. A.—Idem íd.
Almagro.—M. de T.—Idem íd.
Burgo.—J. E.—Recibidos sellos
Orense.—C. M. B.—Idem íd.
Orense.—T. de C.—Idem íd.
Arenal.—J. de I.—Idem íd.

SOBRINOS DE RUIZ DE VELASCO

7. Montera, 7

Casa especial para ropa blanca. Equipos para novias. Canastillas para recién nacidos. Camisería.

Gran surtido de las novedades en cortinajes.

Primera casa en España en géneros de punto de las mejores fábricas inglesas y francesas.

EDREDONES DE LEGÍTIMO PLUMON DESDE 20 PESETAS

PRECIO FIJO

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

VENTA

EXTRAORDINARIA PARA LA PRESENTE TEMPORADA

en casa **RODERO Y VILLARRUBIA**

Dos grandes partidas de chales de lana, colores lisos y tamaño nueve cuartas, á 2 y 2,50 pesetas.

Tres ídem de chales ingleses, de dos caras y lana finísima, á 9, 12,50 y 15 pesetas.

Una íd. de telas de abrigo, vara de ancho: 10 por 4 pesetas.

Otra íd. de faldas de abrigo, á 2 pesetas.

Otra íd. de yutes para sillerías y colgaduras, á 0,75.

Otra íd. de sábanas fuertes; el par 3 pesetas.

Otra íd. de alfombrines moqueta, con flores ó figuras, á 2,90 pesetas.

Otra íd. de sábanas grandes, finas, el par 5 pesetas.

Otra íd. de toquillas, á 0,75.

Otra íd. de telas de colchón; cinco varas 3 pesetas.

Otra íd. de pañuelos de seda para corbata; tres 1,75.

Notas.—Entre los chales ingleses hay algunos tan buenos y bonitos, que pueden servir para mantas de viaje.

Todos los géneros puestos en venta extraordinaria han sido comprados á precio excepcionales, y de aquí su extraordinaria baratura.

Gran surtido en géneros de punto.

PRECIO FIJO

Rodero y Villarrubia, Serrano, 38 al 40.

MELLERIO HERMANOS

3, Carrera de San Jerónimo, 3.

Unicos representantes en Madrid de la acreditada casa de orfebrería de los Sres. Christofle y Compañía, de París.

Premiados con diploma de medalla de oro en la Exposición Vaticana.

OBJETOS DE IGLESIA

É IMÁGENES DE CARTÓN PIEDRA, PASTA DE MADERA Y ESCULTURA

Hay á **2,50** pesetas reproducciones en metal del crucifijo ejecutado para Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

BULAS

Se siguen expendiendo como en los anteriores años, en la librería religiosa del *Sucesor de Aguado, Pontejos, 8*, donde se encuentra un gran surtido en obras de Filosofía, Teología, Derecho canónico, Liturgia, ó del Rezo romano, instrucción y recreo.

Especialidad en devocionarios, Semanas Santas, estampas, rosarios, crucifijos, folletos y hojas de propaganda.

8, Pontejos, 8

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO · CERVANTES · BALMES · CISNEROS

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 35.—Madrid 15 de Diciembre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1,50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7,50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 9 1/2 pr. fs.
Un año..... 18 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 pe. fr.
Un año..... 5 »

SUMARIO

Texto.

Década, por Fernando.—*Carta de Su Santidad León XIII sobre la esclavitud.* — *Teatros*, por Mistigris.— *Rafael Hidalgo de Caviedes*, por X.— *Album de poesías: A la Virgen de los Angustias*, por el P. Jiménez Campaña.—*Las maravillas del amor* (continuación), novela por Angel Salcedo.—*El encastillado*, por Antonio de Olmedo.— *Carta pastoral del Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá sobre la urgente necesidad de un Seminario Conciliar.* — *Ciencias y Letras*, por el Bachiller Alonso.

Grabados.

DON RAFAEL HIDALGO DE CAVIEDES. (Véase el artículo.)

CUEVA Y CAPILLA DE COVADONGA.—No hay español que no palpite de férvido entusiasmo al oir pronunciar el nombre de Covadonga. En aquella enriscada cueva empezó la epopeya que siete siglos más tarde terminaron felizmente los Reyes Católicos en la espléndida vega granadina. Nuestro grabado representa la capilla erigida por el Sr. Sanz y Forés en la santa cueva, y en la que se venera á Nuestra Señora, protectora del Rey Don Pelayo y de sus heróicos compañeros en el memorable combate que dió glorioso principio á la libertad y restauración de España.

TIPOS DE MONTAÑESES GRIEGOS.—Estos son los heróicos montañeses que por espacio de tres largos siglos disputaron á los turcos el dominio de las montañas en que habían nacido, demostrando en su resistencia el valor y la perseverancia que sus remotos antepasados habían revelado ante los muros de Troya, y en sus guerras famosas contra los persas. A pesar de que la Grecia entera gimió bajo el yugo otomano, las tribus helénicas conservaron su independencia, merced á una lucha constante con los tiranos de su país. Nada tiene de extraño que en estas condiciones el nivel intelectual y moral de aquellas tribus decayese mucho, como decayó en efecto, y que teniendo por necesidad que vivir de lo que arrebatasen á sus enemigos por medios violentos, concluyesen por ser unos bandoleros que se hicieron temibles, no sólo á los otomanos, sino á los mismos griegos de las ciudades y de las llanuras. Pero estudiando su historia en conjunto, hay que admirar en ella ejemplos de valor bárbaro como el sacrificio de las suliotas, y una perseverancia invencible. Estas tribus fueron en 1821 el nervio de la insurrección, que concluyó por arrancar á toda la Grecia del yugo de Constantinopla.

PUENTE DE ALMARAZ SOBRE EL TAJO.— Aquellos de nuestros lectores que recuerden la interesante obra que publicamos este año en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA sobre la guerra de la Independencia, ó sean las Memorias de M. Rocca, de seguro que tienen presente el nombre de este antiguo y célebre puente que tantas veces ganaron y perdieron los españoles en aquella gloriosa campaña.

LA DÉCADA

ANTES que nada llamamos la atención de nuestros lectores acerca de la magnífica carta de Su Santidad sobre la esclavitud que publicamos en lugar preferente.

***

Varios periódicos católicos han abierto una suscripción para regalar un objeto de arte á nuestro insigne Prelado. Excitamos el celo de nuestros amigos para que contribuyan á tan bella y merecida obra de gratitud. En *El Movimiento Católico* (Silva, 21, principal) se reciben los donativos.

***

Nuestros lectores saben seguramente quién fué Pirro y las grandes victorias que consiguió contra sus enemigos, los romanos.

También saben el resultado definitivo que tuvieron para Pirro aquellas victorias.

Después de haber logrado una decisiva, se quedó sin ejército. En otra perdió la vida. Sus enemigos iban ya de vencida; pero una mujer le tiró una piedra, la piedra dió en la cabeza del rey epírota, y así acabaron para siempre las victorias y la vida de Pirro.

Hace meses que nosotros, los españoles, sostenemos una guerra contra los indígenas de la isla de Ponapé, en el archipiélago de Carolinas.

Empezaron los indígenas por degollar á traición á los soldados de uno de nuestros destacamentos.

La cosa era grave, pedía venganza, y salió de Manila una expedición para castigar á los indígenas. Llegar la expedición, desembarcar y conseguir una completa victoria sobre los indígenas, fué todo uno. Creímos todos que ya estaba concluído el negocio, nuestro pabellón vengado y los salvajes sometidos.

Pero he aquí que hace pocos días llega otro telegrama de Filipinas, ó *cablegrama* (como dicen los pedantes cursis), y el *cablegrama* ó telegrama nos cuenta una nueva, brillante victoria conseguida sobre los indígenas de Ponapé.

Según el último parte, salió nueva expedición de Filipinas, llegó al remoto archipiélago que poseemos, merced al espíritu de justicia de Nuestro Santísimo Padre León XIII, desembarcó en Ponapé, y lo de antes: una victoria brillantísima, los carolinos otra vez vencidos, el pabellón castellano otra vez vengado.

Sin embargo, las gentes no se han entusiasmado con esta victoria, como se entusiasmaron con la anterior. El público ha recordado quizás la célebre frase del Príncipe de los novelistas: *nunca segundas partes fueron buenas.* Y son muchos los que han dicho: ¿bien está una victoria sobre los carolinos, pero dos son ya demasiadas.» ¿A qué, por otra parte, tomarse la molestia de derrotar en nuevo combate á los salvajes, si en el primero quedaron ya completamente derrotados y sometidos?

RAFAEL HIDALGO DE CAVIEDES.

La alarma cunde, y los periódicos se hacen eco de ella.

Y ahí está *El Imparcial*, que pide ya una tercera expedición contra los carolinos, no de algunos centenares de soldados como han sido las dos anteriores, sino de unos cuantos miles de hombres con su artillería y caballería correspondientes.

La Epoca se ha escandalizado ante esa petición. ¡Miles de hombres! exclama: ¡pues ni que se tratara de conquistar á Marruecos! En Ponapé, teatro de esta guerra, no hay más que 4.000 habitantes entre hombres, mujeres y chiquillos. Y no todos los 4.000 están en contra nuestra: tribus enteras son amigas fieles de España. A lo sumo estarán en armas contra nosotros quinientos ó seiscientos salvajes. Y contra quinientos ó seiscientos salvajes ¿vamos á enviar un ejército de cuatro á cinco mil hombres? Cuatro ó cinco millones de salvajes habría por lo menos en Méjico cuando desembarcó Hernán Cortés en Veracruz, y bastaron 900 españoles armados de arcabuces para someterlos.

La Epoca tiene razón; pero no por eso deja de tenerla también *El Imparcial*. Es cuerdo suponer que cuatrocientos españoles bien armados puedan con quinientos bárbaros: pero ¿y si no pueden? ¿No valdría más conseguir una victoria que no tantas como vamos consiguiendo? Que no se olvide la historia de Pirro, y que no vaya esto á concluir por un empacho de victoria.

La historia de Hernán Cortés, á nuestro modo de ver, no tiene aplicación al presente caso. En Méjico, cuando la conquista, existía una numerosísima población idólatra, entregada á las más bárbaras y extravagantes supersticiones; existía imperio además sólidamente organizado. Todo esto es cierto; pero en cambio, no existía ninguna misión protestante. En Méjico no había misioneros metodistas, reconocidos y *protegidos* por el gobierno español, cuando Hernán Cortés invadió aquellos dilatados y hermosísimos territorios.

Y por esto resultó, entre otras cosas, que los mejicanos no se defendieron de nosotros á cañonazos, como ahora se defienden los carolinos.

Figuraos por un momento que en la corte de Moctezuma y de Guatimozín hubiera estado establecida una misión de metodistas yankes, con relaciones directas y continuas con su nación de origen, con una nación tan adelantada en la industria como es hoy la República norte americana

Figuraos que los metodistas yankes, para ganarse la voluntad de los naturales de México, que es á lo que aspirarían con objeto de poder comerciar con ellos y enriquecerse, hubieran regalado al intrépido Guatimozín ocho ó diez cañoncitos, construídos en Boston ó en Filadelfia ó en Nueva York, y luego, para completar el obsequio, hubieran enseñado á los súbditos de Guatimozín el modo de manejar aquellas piezas de artillería, y les hubieran indicado el sitio en que debieran colocarles para que hicieran más efecto en el ejército de Hernán Cortés.

Figuraos, merced á este regalo y á esta enseñanza, las estrechas calzadas sobre la laguna de México defendidas con cañones, y la metralla barriendo las masas de tlascaltecas, nuestros auxiliares, y las filas del batallón castellano que en México valió por un ejército.

Figuraos todo esto, y preguntaos luego si dadas esas hipótesis, la conquista de Méjico hubiera sido como la cuentan Solís y Prescott.

Tenemos tanta fe en el genio de Hernán Cortés y en el genio de nuestra patria, que creemos firmemente que con metodistas y sin metodistas el resultado final hubiera sido el mismo. Pero ¡cuántas dificultades más! ¡Cuánta noble sangre española derramada inútilmente! ¡Cuántos años retrasada la reducción y cristianización de México!

Pues, amigos lectores, eso que no sucedió en México, porque no podía entonces suceder, está sucediendo ahora en Carolinas.

Allí mueren nuestros soldados heridos por la metralla que disparan los cañones que los metodistas han regalado y enseñado á manejar á nuestros enemigos.

Es ciego el que no lo ve, y es antipatriota el que no lo denuncia varonilmente.

Y, sépanlo todos.

Mientras que los metodistas estén en Carolinas, las victorias que allí consigamos se parecerán mucho á las victorias de Pirro.

***

Estamos en épocas de conferencias más ó menos científicas.

Los ateneos y demás sociedades han abierto sus cátedras, á las que no va público, esa es la verdad; pero en cambio los periódicos suelen publicar al siguiente día de las conferencias largas reseñas de lo que dijo el orador, y bombos para éste de lo más fino del género..... bombístico.

***

¿Es verdad lo de la linfa Koch? ¿No es cierto? Hasta ahora, sólo se sabe que no se sabe nada.

FERNANDO.

CARTA DE SU SANTIDAD

SOBRE LA ESCLAVITUD

VENERABLE Hermano.—Salud y bendición apostólica.

La Iglesia Católica, que comprende á todos los hombres de un mismo amor maternal, no ha tenido, por decirlo así, tanto interés, desde su origen, según lo sabéis, venerable Hermano, como en ver suprimida y enteramente abolida la esclavitud que oprimía bajo su yugo el mayor número de los seres humanos.

Celoso custodio de la doctrina de su fundador que por sí mismo y por la voz de los apóstoles ha enseñado á los hombres la fraternidad que les une á todos, rescatados al mismo precio, igualmente llamados á la misma beatitud eterna, ella ha tomado en su mano la causa abandonada de los esclavos y se ha hecho la reivindicadora de la libertad, procediendo, es verdad, gradualmente y con prudencia, como lo exigían el asunto mismo y los tiempos. Logró su empresa por su sabiduría y conducta reflexiva, reclamando constantemente lo que era de la religión, de la justicia y de la humanidad. En esto ha merecido bien del progreso y de la civilización.

En la sucesión de los tiempos no se ha mitigado el celo de la Iglesia por reivindicar la libertad para los esclavos; antes bien, á medida que su voz era más escuchada, ella se mostraba más celosa en hacerse oir. De esto tenemos como testimonios irrecusables los documentos de la historia que han hecho particular honor de su celo á muchos de nuestros predecesores, entre los cuales se distinguen especialmente San Gregorio el Grande, Adriano I, Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX, Pío II, León X, Paulo III, Urbano VIII, Benedicto XIV, Pío VII y Gregorio XVI. Todos pusieron toda su solicitud y actividad en obtener que la institución de la esclavitud se suprimiese allí donde existía, y en impedir que retoñasen los gérmenes después de haberlos cortado.

Tan grande herencia de gloria transmitida por nuestros predecesores no puede ser repudiada por Nós. Por esto, no hemos omitido ninguna ocasión para reprobar públicamente y condenar esta cruel plaga de la esclavitud, y Nós nos hemos aplicado á tratar esta cuestión en la carta que Nós dirigimos el 3 de las nonas de Mayo del año 1888 á los Obispos del Brasil, en la cual Nós les felicitábamos por lo que se había hecho en aquel país, por la iniciativa tan laudable del poder público y de los particulares en dar libertad á los esclavos, haciéndoles ver cuánto repugna la esclavitud á la Religión y á la dignidad humana.

Al escribir esta carta Nós estaba más profundamente conmovido de la condición de aquellos hombres que viven bajo la dominación de un amo, pero más dolorosamente nos afectó la relación de las miserias que afligen á las poblaciones enteras de ciertas regiones del Africa interior.

Doloroso y horrible es tener que decir, como Nos consta por informes verídicos, que 400.000 africanos, sin distinción de edad ni de sexo, son arrancados todos los años de sus poblaciones, y con las manos ligadas y bajo los golpes del látigo de sus conductores, son arrastrados por largos caminos hasta los mercados donde son expuestos y vendidos como rebaños en subasta.

Ante el testimonio de los que han visto, y que los modernos exploradores del Africa han confirmado, Nós nos sentimos abrasados por el deseo de ayudar cuanto nos sea posible, á esos desgraciados, y aliviar su miseria. A este fin Nós hemos confiado á nuestro querido hijo, Cardenal Carlos Martial Lavigerie, cuya actividad y celo apostólico conocemos la misión de ir á las principales ciudades de Europa, para hacer ver la ignorancia de aquel vergonzoso tráfico, y persuadir á los Príncipes y particulares para que socorran á esa desgraciada raza. Damos gracias muy especiales á Nuestro Señor Jesucristo, muy amado Redentor de todas las naciones, que en su bondad no ha permitido que nuestros esfuerzos se ejerciten en vano, sino que ha querido, por el contrario, que fuesen como una semilla arrojada en un suelo fecundo, que ofrece una cosecha abundante.

Y en efecto, los Soberanos y los católicos del mundo entero, todos los que además tienen por sagrados el derecho de gentes y el derecho natural, se han consagrado á porfía á buscar las vías y los medios más favorables para suprimir radicalmente un comercio tan bárbaro. El Congreso solemne celebrado últimamente en Bruselas, en el cual han tomado parte los delegados de los Soberanos europeos, y el Congreso más reciente aún de los particulares, los cuales, con el mismo fin se han reunido de tan buena voluntad en París, hacen presagiar manifiestamente que la causa de los negros, con tanto ardor y constancia como pesadas son sus miserias. Por esta razón no queremos dejar pasar la ocasión que se Nos ofrece de nuevo de dar las más justas gracias á los Soberanos de Europa y á todos los hombres de buena voluntad, y Nós pedimos con grandes instancias á Dios todopoderoso que otorgue el éxito á esos proyectos y á los comienzos de tan grande empresa.

Pero además del cuidado de proteger la libertad, otro cuidado más grave toca más de cerca á vuestro ministerio apostólico, que Nos ordena que velemos, para que la doctrina evangélica sea propagada en las regiones de Africa, á las cuales iluminará con los esplendores de la verdad divina para que sea con Nós participantes del reino de Dios, los habitantes de esos territorios sumidos en las tinieblas y rodeados de grandes supersticiones.

A ese cuidado nos consagramos con tanta mayor energía, cuanto que habiendo recibido esa luz sacudirán lejos de sí el yugo de la esclavitud humana.

En efecto, en todas partes donde las costumbres y las leyes cristianas están en vigor, donde la religión ha enseñado á los hombres á observar la justicia y á honrar la dignidad humana donde quiera que se ha difundido el espíritu de la caridad fraternal que Jesucristo nos ha enseñado, no puede ya

subsistir ni esclavitud, ni servidumbre, ni crueldad, ni barbarie; y todo lo contrario se ve florecer la suavidad de las costumbres y la libertad cristiana adornada con las obras de la civilización.

Ya varios varones apostólicos como valientes soldados de vanguardia de Jesucristo han abordado esas regiones y han vertido en ellas su sudor y su sangre y comprometido su vida por el bien de sus hermanos. Pero si la cosecha es abundante, poco numerosos son los trabajadores, por lo cual es preciso que vayan en mayor número bajo la acción del propio espíritu de Dios sin temor á los peligros ni á las dificultades, ni á los trabajos, y se dirijan hacia las regiones en que se ejerce ese vergonzoso comercio, á fin de llevar á sus habitantes la doctrina de Jesucristo que acompaña á la verdadera libertad.

Pero la empresa de tan gran obra reclama recursos proporcionados á su grandeza misma. No es sin grandes dispendios como se puede proveer al establecimiento de misioneros, á los gastos de caminos largos, á la formación de casas, á la construcción y ornamentos de iglesias y á otras necesidades del mismo género. Todos estos gastos hay que soportarlos durante algunos años, durante tanto tiempo que en los lugares en que se hayan establecido esos predicadores del Evangelio no podrán bastarse con sus propios medios.

¡Ojalá que nuestros recursos fuesen tan abundantes que nos permitiesen asumir este cargo. Mas pues que la miseria en que Nos estamos se opone á esta realización de nuestros deseos; Nós os hacemos paternalmente un llamamiento, venerable Hermano, á vos y á todos los demás Obispos con todos los católicos, y á vuestra caridad como á la suya Nós recomendamos una obra tan santa y saludable. Nós deseamos, en efecto, que todos participen de ella, aunque sea con el más modesto óbolo, á fin de que repartida la carga por todo el mundo sea menos pesada á cada uno, á fin, además, de que la gracia de Jesucristo que se trata de propagar se derrame sobre todos, extendiendo á todos la paz, el perdón de los pecados y todos los dones.

Por esto Nós decimos que cada año en el mismo día y en todos los lugares donde se celebra la fiesta de la Epifanía se abra una cuestación para venir en ayuda de la obra de que Nós acabamos de hablar. Y Nós hemos elegido esta solemnidad entre las otras, porque como comprendéis muy bien, venerables Hermanos, en dicho día el Hijo de Dios se ha revelado á todas las naciones haciéndose ver de los reyes Magos, por lo cual nuestro predecesor San León el Grande la ha llamado «las primicias de nuestra vocación y de nuestra fe.» Así Nós esperamos que Nuestro Señor Jesucristo, tocado de la caridad y de las oraciones de sus hijos que han recibido la luz de la verdad, iluminará también mediante la revelación de su divinidad esa parte tan desgraciada del género humano y le librará de la plaga de la superstición y de la condición miserable bajo la cual ha estado después de tanto tiempo en la abyección y en el abandono.

Es además nuestra voluntad que el dinero recogido en ese día en las iglesias y capillas sometidas á vuestra jurisdicción sea enviado á Roma al Consejo de la Propaganda. A ésta corresponderá distribuir esas ofrendas entre las Misiones que se hayan instalado en las regiones de África «especialmente para destruir la esclavitud;» y la regla de esa distribución será que el dinero procedente de las naciones que tienen Misiones católicas, que tienen por fin la liberación de los esclavos, sea aplicado como Nós hemos dicho á sostener y ayudar esas Misiones. En cuanto al resto de las limosnas, será distribuído con sabio discernimiento entre las Misiones más pobres por el mismo Consejo de la Propaganda, que está al corriente de las necesidades de esas misiones.

Nós no dudamos que Dios, rico en misericordia, acoja con bondad los proyectos que Nos hemos concebido en pro de los desgraciados africanos, ya que vos, venerable Hermano, emplearéis espontáneamente vuestro celo y vuestro esfuerzo para que se vean plenamente realizados. Además, tenemos la confianza de que este socorro temporal y particular dado por los fieles para borrar la huella de un tráfico inhumano y para sostener á los mensajeros del Evangelio en los lugares en que ese tráfico existe, no traerá ninguna disminución en la liberalidad con la cual se acostumbra á ayudar á las Misiones católicas, dando ofrendas á la obra fundada en Linz con el nombre de «Propagación de la Fe.» Esta obra saludable que Nós hemos ya recomendado al celo de los fieles, hoy más que nunca aprovechan la ocasión de honrarla con un nuevo elogio expresando el deseo de que extienda ampliamente sus beneficios y goces de venturosa prosperidad.

Con esta esperanza, venerable Hermano, Nós os damos afectuosísimamente la bendición apostólica á vos, venerable Hermano, así como al clero y á los fieles confiados á vuestra vigilancia apostólica.

Dado en Roma en San Pedro á 20 de Noviembre de 1890, 13 de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII PAPA.

TEATROS

Á VUELA PLUMA

Algún tiempo ha transcurrido ya desde el estreno de *Los Irresponsables*, perpetrado en el Teatro Español, y aun no hemos podido volver de nuestro asombro!

Diríase que nuestras facultades intuitivas hanse atrofiado, suspendiéndose, por lo tanto, todas las funciones propias de nuestra masa encefálica.

Verdad es que hay producciones que anonadan, obras que dejan recuerdos nefandos é imperecederos.

Cuando un hombre propónese escalar las alturas — aunque sea una medianía — atropellando por toda clase de conveniencias, y decir *crudezas*, hállense ó no artísticamente aderezadas, conviértese en un sér peligroso, de conducta perjudicial y molesta.

Hay que ponerle en cuarentena, sacándole á la picota del ridículo para escarmiento de literarios lacayos.

El individuo debe ser ante todo moral; la sociedad tiene el ineludible deber de ser moral, de rechazar todo aquello que se halla en pugna con la moral cristiana y el humano decoro. Exige que se le guarde toda clase de consideraciones; de lo contrario, álzase airada contra los que se atreven á infringir las reglas establecidas para entregar atados de pies y manos, á la vindicta pública, á sus detractores, para que con ellos haga saludable y provechoso acto de justicia.

El teatro; hémoslo dicho en más de una ocasión — y no nos cansaremos de repetirlo, aunque se nos tilde de pesados — ha dejado de ser escuela de buenas costumbres para convertirse en foco de inmoralidad y de corrupción.

¿Quién tiene la culpa de ello? ¿Qué circunstancias han podido influir en tan lamentable estado de cosas?

A nuestro entender, la culpable lenidad de los espectadores, la proverbial indulgencia de la prensa, que obedeciendo ora á particulares intereses, ora á personajes afectos, y en más de una ocasión á debilidades de partido, ha ensalzado lo que era digno de vituperio y rebajado lo que era acreedor á alabanzas.

Semejante conducta tenía, como natural era, que rendir sus acostumbrados frutos, pues es por sabido se calla que se recoge siempre lo que se siembra. Los autores dramáticos han ido creciendo en desvergüenza y osadía, fiados en su versificadora habilidad, empeñándose por la fuerza del asonante ó consonante en servirnos sus pornográficas elucubraciones, sus engendros poéticos, admitidos y patrocinados por individuos, en su mayoría, incapaces de regentar un teatro.

Incapaces, sí. ¡Pues rara vez se levanta el telón en uno de nuestros coliseos como no sea para ofender la moral cristiana, para pisotear toda clase de conveniencias y para destruir lazos importantísimos de vitales é imprescindibles organismos!

Sin embargo, aunque la situación es grave y crítica en demasía ante la bandada de fariseos que toman por asalto la escena, hemos notado con indecible alegría, que algo parecido á una saludable reacción empieza á iniciarse, precursora quizá de una franca corriente de la opinión que venga á encauzar el arte escénico, encerrándolo en sus racionales y bien definidos límites.

Hacía ya tiempo que no presenciábamos una protesta tan unánime, tan ensordecedora y tan justa, como la que hizo estallar la representación de *Los Irresponsables*, drama de D. Joaquín Dicenta, que si bien dejó probado que poseía un mediano número de consonantes y de gerundios, atestiguó también ser un autor de malísima sombra. A las primeras escenas, el público dióse en buen hora por ofendido, las crudezas del ingenioso autor manaban sangre, los oídos negábanse á comprender el significado de ciertas reticencias, y la imaginación volaba despavorida en busca de los empleados de la Sección de higiene.

Verdad es que si la obra hubiera pasado sin protesta, el público en masa hubiese estado á la altura de los naturales del Continente negro. *¡Pro pudor!*

Pero no; la reacción fué rápida, imponente, consoladora; en el teatro había padres, maridos, hermanos, hallábanse representados, en fin, todos los lazos de familia; la protesta fué, pues, unánime, de esas que no dejan ningún género de duda, contra la pornográfica elucubración que tan descaradamente se exhibía y contra el director de escena que se atrevía á presentar semejante engendro poético ante un público culto y decente.

No pararon ahí las cosas; al día siguiente del estreno, la mayor parte de los abonados al teatro Español, dirigíanse al gobernador civil de la provincia, en queja de que se hubiese permitido representar una obra atentatoria á las buenas costumbres y á la moral. ¡En hora buena!

El argumento de *Los Irresponsables* es de todo punto inexplicable; hay una de honor y de deshonor, de celos y tácitas barraganías que espanta..... y nosotros, que respetamos demasiado á los dignos lectores de esta revista y nos respetamos á nosotros mismos, nos guardaremos muy mucho de incurrir en la inconveniencia de reseñarlo, aun á título de *curiosidad*, pues si tal hiciésemos creeríamos hacernos solidarios de tan monstruoso enjambre de disparates.

Bástenos con decir que el drama que nos ocupa es la obra de una imaginación malsana, el fruto de una neurosis pecaminosa y la muestra de las torpezas que puede cometer un hombre cuando se inspira en otras máximas que las de la moral cristiana.

***

El *oasis* de nuestras primeras ilusiones, de nuestros recuerdos juveniles, nos brinda un rato de descanso, alejándonos de esos dramas que cuando no espeluznan, ponen de manifiesto, al desnudo, la

maldad del corazón humano, ó hieren los más respetables sentimientos morales y religiosos.

La ópera nacional ha vuelto á hacer su aparición en el teatro de la Zarzuela.

El Sr. Berges, artista inteligentísimo y cantante del mismo brío, se ha propuesto reavivar la afición del público hacia la buena música española, no omitiendo ninguna clase de sacrificio para ello.

El Molinero de Subiza y otras obras del clásico repertorio han sido muy bien interpretadas por el Sr. Berges y por la Srta. Soler di Franco que comparte con él los aplausos del numeroso público que acude allí todas las noches.

Los demás artistas, conocidos ya de nuestro público, cumplen como buenos, siendo de notar la afinación de las masas corales y la acertada dirección de la orquesta, que matiza con verdadero entusiasmo las bellezas que encierran las obras de nuestros primeros maestros.

***

El Trovador será siempre la ópera popular por excelencia, la creación juvenil de Verdi. En ella todo es vigor, ruido, energía, derroche de notas, exuberancia de voces, despilfarro de sonidos de cobre, explosiones de armonía.

El maestro parece reñir desde los primeros compases descomunal batalla con el pentagrama; echa mano de todos los recursos del arte, de todos los misterios de la composición, y después de estar atronando á sus oyentes con dúos, coros, arias y hasta con campanas, sale victorioso y coronado de gloria de la lucha.

Obtener ovaciones cantando *El Trovador* en el regio coliseo, no es empresa fácil, aun tratándose de artistas de gran reputación y de mérito reconocido.

El público del Real hállase naturalmente predispuesto á establecer siempre peligrosísimas comparaciones, y al alzarse el telón cree oir flotar en los aires la enloquecedora voz de Mario ó el potentísimo *do* de pecho del inolvidable Tamberlick.

Sábenlo ya de antiguo los artistas, y de ahí que la interpretación de ciertas óperas conviértase en una verdadera cuestión de gabinete.

Sin embargo, desde los buenos tiempos del Real no hemos oido interpretar *El Trovador* con más acierto. Las señoras Tetrazzini y Stahl hacen verdaderos prodigios, y los Sres. Durot y Battistini completan perfectamente el cuadro.

El Sr. Durot tiene un órgano vocal de mucho volumen é indiscutible poder, cualidad muy recomendable para abordar sin grave detrimento de la laringe — *the wind pipe* — la ruidosa partitura de Verdi.

***

Los teatros de menor cuantía siguen haciendo de las suyas. Cada tres días un estrenito y su correspondiente escándalo. El menú de las obras estrenadas es abundante, pero tan indigesto, que preferimos pasarlo por alto, fiados en que nuestros lectores nos lo agradecerán.

Como *mot de la fin*, diremos que la moral sigue por las nubes en nuestra escena, y la literatura por los suelos, gracias á los lacayos literarios que la manosean sin el menor escrúpulo ni aprensión.

MISTIGRIS.

RAFAEL HIDALGO DE CABIEDES

Los que visitaron la última Exposición de Pinturas conservan indeleble y gratísimo recuerdo de un gran lienzo representando el martirio de Rea Silvia, la vestal madre de Rómulo y Remo, que lucía en la sala primera de la derecha conforme se entraba en el Palacio de Bellas Artes por la puerta principal. Generalmente no gusta nuestro público de los asuntos clásicos; es más, no los entiende. El abandono de los estudios de humanidades y la bachillería del modernismo con que se pretende cubrir aquella ignorancia que hubiera avergonzado á nuestros padres, son causas que explican por desgracia la especie de menosprecio en que ha caído para muchos de nuestros contemporáneos la docta antigüedad greco romana. Dicen que las escenas de la historia y los pasajes de la literatura de Grecia y Roma no interesan á la generación actual. En efecto, ¿cómo ha de interesar lo que no se conoce ni de oídas? ¿Cómo han de gustar de los versos de Virgilio ó de Horacio los que no saben declinar el *musa, ae*? Y como sería feo confesar esta supina ignorancia y muy trabajoso procurar destruirla (lo que supone larguísimas vigilias y aplicación sostenida), es más cómodo decir que si no se sabe es porque no se quiere saber; porque un modernista no debe leer más que tomos franceses y articulitos de periódicos escritos en el *café á la dernière*, ó sea la jerigonza semiparisién, semitrianera que usan los revisteros de fama.

Así van las cosas. El gusto del público decae visiblemente. La moda con sus caprichos barrocos se ha sobrepuesto á la belleza eterna. El arte japonés con sus jarrones ventrudos, con sus colores chillones, con sus pajarracos inverosímiles, con sus flores estrafalarias y con sus Apolos y Venus..... de raza amarilla triunfa en todas partes de la pureza de líneas, sobriedad de color y divina armonía de formas que las musas del Parnaso inspiraron á sus hijos predilectos los helenos. Y hasta encontramos mal las obras que se inspiran en asuntos tomados de la historia ó de las leyendas clásicas.

El joven cordobés, cuyo nombre encabeza estas líneas y cuyo retrato honra nuestra primera página, ha querido sin duda protestar contra las tendencias generales de la época..... japonesa y de género que atravesamos, y ha ido á beber su inspiración entre las sombras misteriosas que envuelven la cuna del pueblo-rey, de la ciudad de los destinos inmortales. La leyenda de Rea Silva, no hay que dudarlo, es bellísima. Será todo en ello falso, tendrá quizás un fundamento de verdad desfigurado luego en el transcurso de los siglos por la fantasía popular; pero lo que es como valor simbólico tiénelo y muy grande; aquella vestal, representación de la castidad en el mundo pagano, que tiene dos hijos de Marte, representación de la guerra y de la conquista, es sin duda un bello símbolo del origen de un pueblo que fué en sus principios modelo de virtudes domésticas, de severidad y de valor. ¿Quiénes más dignos de llamarse hijos de Marte que los romanos? Y la castidad heroica de que dieron pruebas Lucrecia y otras patricias de los primeros tiempos de Roma, ¿no dice que por las venas de aquellas matronas debía correr sangre de vestales.

Claro es que todo esto tan poético por su sentido íntimo tiene sin embargo toda la barbarie, propia del paganismo. Nada más horrible que el suplicio impuesto á las vestales, ni nada más absurdo dentro del paganismo que el sacrificio que se exigía á tales mujeres. Sólo puede explicarse tal anomalía por un como vislumbre que alcanzaban los gentiles de las excelencias de la virginidad, como virtud santificante para los individuos y para las sociedades.

Rafael Hidalgo ha sabido en el cuadro á que nos venimos refiriendo interpretar, de modo que honra á un arqueólogo é ilustra á un artista, el horror sublime de la escena del enterramiento en vida de Rea Silvia. Nada más terrible que el espanto retratado en el rostro bellísimo de la vestal, la actitud trágica de toda su figura; nada más imponente que la serenidad cruel de los ancianos que presiden y disponen la espantosa ceremonia. Algunos han notado la falta de muchedumbre que sin duda en aquellos remotos tiempos concurriría á las ejecuciones capitales con el mismo insano delirio de curiosidad que asiste en nuestros tiempos; pero quizás un coro numeroso de figuras hubiera quitado al cuadro su clásica sobriedad, y dádole un aspecto desagradable de escena teatral. Si no hay coro, en cambio tiene la escena un fondo hermosísimo de paisaje tiberiano que respira majestad de campiña romana, un fondo que bastaría para colocar á Hidalgo entre los más brillantes coloristas de la época.

Otros muchos cuadros tiene pintados el Sr. Hidalgo que lo acreditan de tal, como, v. gr., Marietta, prodigio de color y delicada factura.

Nosotros creemos firmemente que Hidalgo de Cabiedes es una de las legítimas glorias artísticas de que puede nuestra patria envanecerse.

X.

ALBUM DE POESÍAS

A LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

CON MOTIVO DE SU PROCLAMACIÓN PONTIFICIA COMO PATRONA DE GRANADA

Corazón, brinca alegre; alma, levanta;
Lira de los amores, resuena y canta:
Canta, que ya á las puertas del templo sale
La Virgen que no tiene quien se la iguale;
La que endulza las penas y el mal quebranta,
Mientras ahoga los gritos de su garganta:
Ya su rostro se mira, ya el sol asoma
Y hoy nos la da por Madre benigna Roma.

Salve, Madre del alma, nevada luna;
Arrullo que en mi infancia sentí en la cuna;
Imagen entrañable, que en mis desvelos
Me señalas abiertos los puros cielos;
Tú eres de mi esperanza rica fortuna;
Por ti es la mar rugiente mansa laguna;
Y al fulgor de aquel rayo que me acobarda
Yo te veo en los aires siendo mi guarda.

Tú eres la ansiada nube, que al campo riega,
Y el iris dilatado, que nos sosiega;
Tú das al granadino feraces huertos,
Más bellos que los oasis de los desiertos;
Por eso en oleadas hoy se congrega
La gente campesina de su ancha vega,
Que te aclama por reina de su albedrío
Con la voz susurrante del claro río.

Cuando presa del moro se vió la España
Y el castillo, al romperse dió en la cabaña
Y la torre del templo caída y rota
Fué la señal postrera de la derrota;
El pueblo que en su pecho tu amor entraña,
Te llevaba en los hombros por la montaña,
Creyendo, Virgen pura, por ir contigo,
Que llevaba á la patria siempre consigo.

Por eso cuando vino con sus legiones
De lides victoriosos y de leones,
Levantando los muros de tus altares,
Con rabia de mezquitas y de alminares
Y á Granada rindieron sus campeones,
Mientras el moro del Atlas fué á las regiones,
La reina de Castilla, piadosa ibera,
Te traía en los pliegues de su bandera.

Tú eres la propia imagen de su victoria;
Y eras perpetuo gozo de su memoria;
Fuente de aguas tan puras, como los cielos,
Donde tornaba dulces amargos duelos;

Y Granada, sedienta de aquella gloria,
Que es página dorada de nuestra historia,
Bendiciendo tu nombre cayó de hinojos
Y eres tú desde entonces luz de sus ojos.

Luz de sus ojos viva, que la regala
Y en tu virtud la enciende y el alma exhala,
Por seguir de tus pasos la clara estela,
Nívea cual la del barco de rauda vela;
Luz que es de sus hechizos preciosa gala
Y que sus pies contiene, si se resbala;
Límpio faro del náufrago que torpe oscila,
Dulce panal de gloria, que miel destila.

Postrado de rodillas en tus altares
Y viendo el heroísmo de tus pesares,
Partió D. Juan de Austria firme y sereno,
A humillar la soberbia del agareno;
Y en medio de las ondas de turbios mares,
Sin que logren vencerle negros azares,
Bajo tu planta puso la Media luna
Y Lepanto fué el himno de su fortuna.

Madre, por quien la pena se acaba y muere
Pregúntale á tu pueblo que si te quiere.
¿Qué si te quiere, Virgen de las Angustias?
Si eres tú la que alegras sus horas mustias;
La que espanta el nublado que al campo hiere.
Si no tiene otra Madre de quien espere;
Ni á quien rece, ni adore, bendiga y ame,
Ni en el trance de muerte medrosa llame.

Corazón, no la olvides; fuente, murmura;
Ruiseñor solitario de la espesura,
Canta á la Virgen santa tu melodía.
Sierra, blanco atalaya del Mediodía,
Póstrate ante la Madre de la ternura
Y volviéndote río cantar procura;
Canta, Granada, el triunfo de tu Patrona;
Cielo azul de la Patria, sé su corona.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA
de las Escuelas Pías.
Granada.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

Hoy mismo, el cuadro del balcón con la figura de Angela es uno de los más bellos del museo íntimo de mis recuerdos. Aquí, aquí dentro, donde tan fácilmente se borran las cosas que llamamos graves, y que quizás lo sean, se han conservado siempre, frescos y brillantes, aquel trozo de fachada, aquellos hierros pintados de verde, aquellos cristales abiertos, aquella sombra del fondo, y sobre todo, la figura de Angela vestida en traje casero, á modo de estatua simbólica de las más dulces interioridades del hogar..... Ha corrido el tiempo: imágenes nuevas borraron las antiguas; torbellinos de sucesos cayeron sobre mi pasado y torcieron más de una vez el rumbo de mi vida; mudé de opiniones políticas; me llegaron á parecer execrables instituciones y personas que antes juzgara excelentes; amigos muy queridos me hicieron traición, y algunos majaderos me llamaron traidor por resistirme á ser consecuente con mis propias simplezas; todo, todo ha variado dentro de mí más de cien veces y en mil direcciones diferentes, menos la visión de aquella mañana..... El sol de aquel hermoso día para mí no se ha puesto aún..... ¿Se pondrá alguna vez? ¿Traspasará aquel recuerdo los límites de mi vida terrestre como ha vencido los términos de mi juventud? Cuando mi alma se vea libre de su corpórea envoltura, ¿llevará también á donde Dios la tenga destinada el recuerdo, ó mejor dicho, la imagen viva de aquel balcón y de aquella mujer? No sé: lo que me parece indudable es que en el cielo no tendría por qué avergonzarme de aquel recuerdo, y que en el infierno no podría tenerlo, porque es un recuerdo de felicidad,...

VIII

OTRO CHOQUE

Cuando yo estaba más tranquilo en mi casa, saboreando las primeras íntimas delicias de un ideal puro en la mente, abrióse la puerta de mi cuarto, y apareció en el hueco la grotesca figura de D. Norberto.

No pude contener un estremecimiento nervioso. Aquella singular aparición me disgustaba y me alarmaba á un tiempo.

— Caballerito, me dijo D. Norberto, he mandado á preguntar por usted al manicomio de Leganés; porque para mí era indudable que usted habría ya ingresado á estas horas en aquel establecimiento..... Pero, por lo visto, está usted en casa.....

Y el desventurado se reía estrepitosamente de su agudeza.

Yo no contesté ni una palabra, pues aparte de no saber aun si D. Norberto venía de paz ó de guerra, me lisonjeaba vagamente la idea de librarme de sus inoportunidades por medio del silencio.

Pero no era D. Norberto hombre para retroceder á tan poca cosa. Y comprendí además que la pobre bestia venía de todo, menos de guerra.

— Vamos, D. Fernandito del cuerno, que usted tiene calentura como el león ó es usted hombre de raras chanzas..... Comprendo esas bascas..... Ji, ji, ji..... También me dan á mí de cuando en cuando..... Yo soy terrible en ocasiones..... Pero como tengo mundo suficiente, de nada me asusto..... usted sí que por lo que veo se ha asustado..... usted ha dicho para su capote: D. Norberto está furioso conmigo..... Ji, ji..... No, hombre, no; yo soy el más pintado para una broma..... Pero lo que siento es que no haya usted vuelto por casa..... Ni una palabra de lo sucedido he contado á Remedios..... Pero la pobrecilla, que le aprecia á usted de veras, me dijo hoy: ¿que hierba mala habrá pisado nuestro amigo Fernando? Y yo le contesté: ahora mismo voy á ver si está enfermo ó si es que ha olvidado á sus buenos amigos.....

Yo no contestaba; porque no sabía que me sentía sofocado bajo el peso de tanta imbecilidad.

D. Norberto se sentó frente á mí; puso la chistera sobre mi mesa de estudio, y me ofreció un largo cigarro. Yo, por hacer algo, cogí el cigarro, y lo encendí mientras que mi interlocutor verificaba con otro veguero idéntica operación.

Sí, amiguito (continuó hablando), yo soy un hombre corriente; de nada me asusto en este mundo. Tengo la manga muy ancha. Al pronto, claro es me incomodé, y créalo usted, estuve á punto de matarle á usted. Pero aquello se pasó, y lo que me dió luego fué risa..... Estaba usted en el Retiro como un filósofo rancio. ¡Que seriedad y que empaque.....! Ji, ji..... Nada de eso tiene que ver sin embargo con la consecuencia en las amistades, y usted sabe perfectamente que le apreciamos todos en casa..... Ea, todo se olvidó; hoy, ahora mismo, se viene usted conmigo, y comeremos juntos.

— Otro día será, contesté yo á D. Norberto, pero lo que es hoy.....

— ¿Qué? ¿Viene usted con excusas? ¡Ah!..... Lo comprendo todo..... Tiene usted que hacer.....

— Sí: muchísimo.....

— ¡Bah, bah! lo que yo decía, y aquella no quería creerlo..... Usted está enamorado. Es propio de su edad.

Yo miré fijamente á D. Norberto, y en mi mirada debió revelarse algo de asombro, mejor dicho, algo de ferocidad. Realmente, me ofendía que D. Norberto acertase. Su descubrimiento era para mí una verdadera profanación.

— D. Fernandito, me dijo, no hay que incomodarse. Todos hemos pasado por eso. Yo también tuve mis veinte años.

Era demasiado. Me levanté, y tal debió ser mi expresión, que D. Norberto también se levantó, poniéndose en guardia, y diciendo:

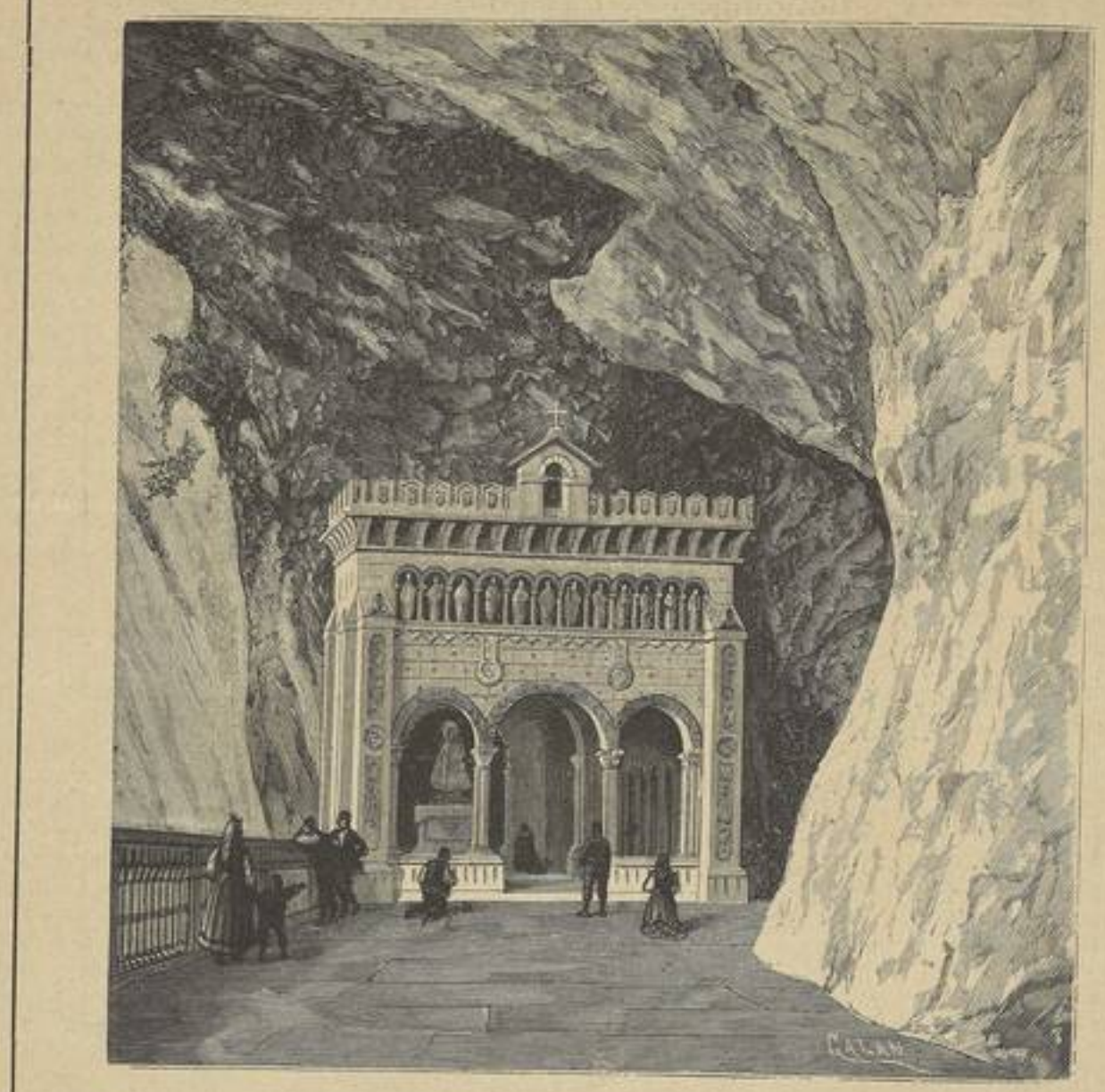
— Poco á poco. ¿Quién se ha creído usted que soy yo? ¿Es que no fué una broma lo del otro día? Ea, ea, dígamelo con franqueza, y concluyamos de una vez. Esto se va poniendo muy pesado..... Para chanza basta ya.

— Pues que baste y aun que sobre, contesté yo mudando de actitud y sonriéndome. Pero debería usted haber comprendido, D. Norberto, que cuando no he ido en estos días á su casa es porque no me ha dado la gana, y que por la misma razón no quiero ir hoy á comer.....

— Ah, vamos, contestó, ya sale la madre del cordero. Usted está incomodado con nosotros..... Pues eso se dice, y en paz. Hablando se entiende la gente.

Para explicar la respuesta que yo dí á D. Norberto, conviene recordar lo que antes dije acerca de los estragos que en mi carácter moral había producido la deletérea influencia de Doña Remedios. Educado yo en la religión de mis padres y en la más exquisita cortesía, hubiera sido incapaz, absolutamente incapaz de contestar á D. Norberto como le contesté, á no mediar en mi vida Doña Remedios, á no haber torcido esta funesta mujer mis inclinaciones y mi natural tímido y encogido. Pero por virtud de mi torpe trato con ella, me había yo encanallado, como antes dije; me había hecho insolente, cínico, procaz, y era llegado entonces el caso de que mi insolencia, mi cinismo y mi procacidad cayesen como un torbellino de agua fangosa sobre el marido de la mujer que había sido causa y origen de ellos. Aparentemente, esta extorsión era injusta; pero en el fondo no.

Verdad es que D. Norberto no había tenido en el torcimiento de mi voluntad una participación directa; pero indirecta sí, y muy eficaz. Verdad es que D. Norberto no aparecía entonces ante mí sino como un majadero; pero en el fondo, no hay que dudarlo, era un consumado bribón. Por ser él un bribón, y nada más que por eso, era una bribona su mujer. Si en vez de ocuparse en robar al Ayuntamiento de Madrid y en prestar dinero á usura inverosímil, hubiese pensado en ser un buen esposo y un buen padre de familia, no se hubiera hecho rico como se hizo; pero en la modestia que hubiera conseguido, y en la que él tenía indudablemente su honrado puesto en la vida, hay que creer que Remedios no hubiera olvidado nunca sus deberes de esposa y de madre. Pero no quiso eso; en vez de ser un oficinista metódico y humilde, ó un servicial mozo de café, se lanzó al mundo como un animal feroz, ávido de innoble ganancia, se perdió en el caos de los negocios sucios, y se dejó olvidada, muy lejos, á su mujer. En vez de protección civil, de cariño conyugal, de santa intimidad de afectos puros, sólo supo darle una cosa: dinero. Mientras que para los infelices que despellejaba sin piedad, D. Norberto era un ave de rapiña, para Doña Remedios fué siempre el burro domesticado que llegaba todos los días delante de ella á vaciar á sus pies el serón lleno de oro. Doña Remedios no tuvo más compañía en el mundo que la de aquel oro; y el oro combinado con una conciencia naturalmente no muy recta, sólo puede producir la infamia. La per-



CUEVA Y CAPILLA DE COVADONGA.

versión de Remedios era hija, pues, de la perversión de D. Norberto, y mis vicios por consiguiente podría yo decir, con frase quizás demasiado pintoresca, que eran nietos de los vicios y del abandono de aquel padre diablo.

No por esto trato de justificarme. Nada me daba á mí el derecho de insultar á D. Norberto, como le insulté. Dígolo únicamente para evidenciar de qué manera las malas acciones por caminos más ó menos largos y tortuosos vienen siempre á reaccionar contra los mismos que las ejecutan.

D. Norberto me pedía una explicación categórica. Yo se la dí en esta forma:

— Dice usted, hombre, que si tengo de usted algun resentimiento. La verdad es que no tengo ninguno. Pero, créame usted, me repugna usted, me repugna su mujer y me repugna su casa.

— ¿Qué quiere decir eso?

— ¿Pues no sabe usted lo que significa repugnar? Mire usted yo soy una persona honrada; mi padre, mi madre, toda mi familia, lo son también. Luego no puedo tratarme con ustedes.

— Eso es demasiado, abultó D. Norberto mirándome con mal reprimida ferocidad. A mí no me insulta nadie, y usted menos. Usted abusa de que está en su casa, y me cree á mí un bobo de Coria. Pero se engaña usted de medio á medio. ¿Qué tiene usted que decir de mí?

— Que es usted un ladrón.

— ¡Un ladrón.....! Y ¿de mi mujer?

— Que es la mujer de un ladrón.

— Mire usted, Fernando, que no aguanto eso. Mire usted que me lo va usted á hacer bueno ante el Juez Municipal.....

— Donde usted quiera. Usted se ha enriquecido desollando infelices y haciendo trampas en negocios viles.... Entre usted y yo no hay amistad ni trato posible..... Ea, ea, largo de aquí.

Y le señalé la puerta.

La cólera sofocaba á D. Norberto; no acertaba á contestarme nada. Por fin, tomó el sombrero y se marchó.

Yo quedé, francamente, muy nervioso. Sentía al mismo tiempo dos géneros distintos de remordimiento: el remordimiento de haber dicho demasiado y el remordimiento de no haber dicho lo suficiente. No se había satisfecho mi deseo de venganza ni se había satisfecho mi espíritu de justicia. No me sentía, no, contento de mí mismo.

— Le he insultado; pensaba, y ¿por qué y para qué? ¿Acaso de ese modo me justifico yo?

Luego mis ideas volaban hacia el hotel de los Jerónimos, y con honda pena me decía una voz interior:

¡Ay si Angela hubiera presenciado todo esto!

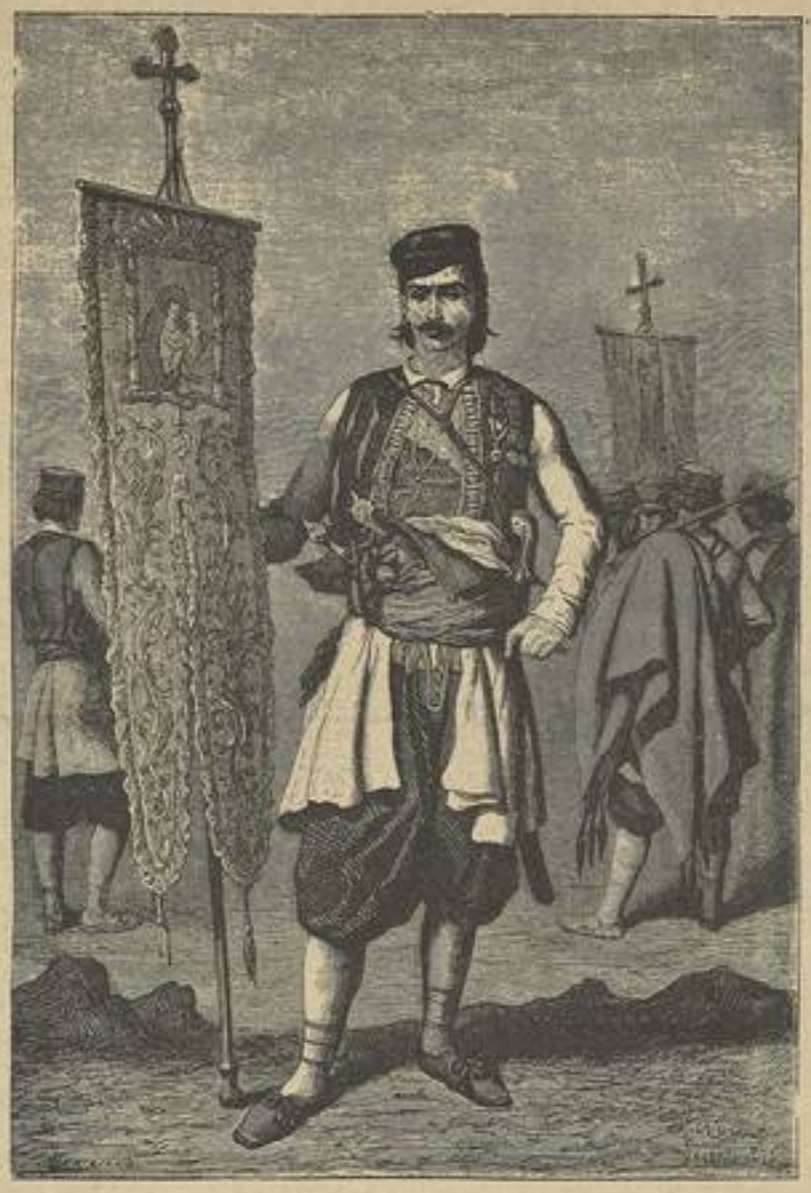
IX

UN TROPIEZO

Y la verdad es que Angela lo había presenciado.

Su imagen estaba allí, en lo más luminoso de mi alma, y yo veía que su mirada era aún más triste que de ordinario, y que me indicaba un profundo disgusto por lo sucedido. Parecía decirme, no con la voz, sino con la triste mirada: *no, Fernando, no, ese no es el camino.....*

Una insólita ternura se apoderó de mí; creo que lloré.



TIPOS DE MONTAÑESES GRIEGOS

PUENTE DE ALMARAZ SOBRE EL TAJO

Por lo menos hablaba yo con la imagen:

— Dímelo, dímelo, niña mía; ríñeme, no me perdones, ya sé que no lo merezco.

Me abstraí y soñé. Soñé que el hotel de los Jerónimos era mío, que yo era el esposo de Angela y que Angela me llamaba suyo..... Y para que veais cómo en mí lo cómico se ha mezclado siempre con lo sublime (lo cual ha sido una de las fatalidades de mi vida, soñando, soñando aquellas cosas dulces y regaladas, llegué á soñar que el Sr. de Laguira era mi suegro, y que, como es regular entre suegro y yerno, habíamos armado una disputa tremenda; él sostenía, me acuerdo bien, que en ningún planeta, fuera de este que habitamos, existían habitantes, y yo me había empeñado que los hubiera, no sólo en los planetas, sino en las mismas estrellas fijas, y aun sobre la cola de los cometas. Como no podíamos ponernos de acuerdo, toda vez que ni su tesis ni la mía consentían comprobación, la disputa llegó á mayores y él me dijo que yo era un tonto, y me incomodé y creo que le faltó al respeto, y Angela lloró, y yo me mantuve tieso, y cuando desperté desternilléme de risa pensando en la vaciedad que había soñado.

Ya obscurecía, y esto me contrarió mucho, porque mi proyecto era volver á la explanada de los Jerónimos á dar un par de paseos por delante de la verja del hotel.

Iba á coger el sombrero y el bastón, cuando me llamaron á la puerta del cuarto; abrí, y me encontré con un par de caballeros que, haciéndome una profunda reverencia, dijeron:

— El Sr. D. Fernando de.....

— Servidor de ustedes.

— Queríamos hablar con usted dos palabras.

— Pasen ustedes adelante.

Entraron, y, previa mi autorización, se sentaron.

— Caballero, dijo el más gordo de los dos (un hombre como de cincuenta años, de cara redonda muy bien afeitada y de benévola expresión), usted nos permitirá, usted tendrá la bondad de permitirnos que nos tomemos la libertad de abusar de su amabilidad, que de seguro nos ha de conceder, para que nosotros, en uso de un derecho que no tenemos ni exigimos, sino de una gracia que humildemente solicitamos (aquí hizo otra profunda reverencia), de un favor que, sin otros títulos que los que nos da la cortesía de usted, le pedimos, podamos reverentemente suplicar á usted (aquí otra reverencia todavía más profunda) que se digne, si no es para usted ofensa, explicar de un modo satisfactorio á cierta persona que ahora está de aquí ausente, pero cuya representación indignamente llevamos, ó, mejor dicho, traemos; explicar, digo, el sentido de algunas palabras, equívocas sin duda alguna (á nuestro juicio por lo menos) y que esa persona, dignísima por más de un concepto, ha creído deber procurar que se esclarezcan y expliquen en su propio y genuino significado, y no en el que oídos harto maliciosos pudieran en un caso dado y en cierta circunstancia, contra la voluntad del que las profirió, prestarles.

El hombre hizo al llegar aquí otra cuarta reverencia, y se detuvo como para tomar resuello antes de soltarme otro párrafo.

Pero yo no estaba de humor; quería irme á la calle cuanto antes, y ya creía haberlo comprendido todo. Vamos, pensé, ese majadero me manda los padrinos. Y á fe que el padrino no es indigno del ahijado.

— Usted, caballero, dije, viene en nombre y con la representación de un Sr. D. Norberto.....

— Justamente.

— No hace dos horas que se marchó de aquí, y antes de que se marchara tuve el honor de insultarle.

— ¡Caballero!

— Lo que usted oye.

— Y ¿podría yo tener el honor de saber de labios de usted en qué consistieron las expresiones que usted, en un momento sin duda de calor, muy explicable en su juventud, aunque tan lucida, aprovechada y madura, califica de insultos?

— Pues ahora mismo. Le he llamado ladrón.

— ¿Ladrón? Pero, Sr. D. Fernando, entendámonos. ¿Usted le ha llamado ladrón á secas ó ha puntualizado algún acto por el que pudiera, en concepto de usted ó de otra persona, justificarse el duro calificativo por usted proferido?

— Mire usted, dije yo ya muy quemado. Le he dicho ladrón, y que ha robado al pueblo de Madrid y que.....

— Basta, basta; usted ha puntualizado un hecho lo que califica el delito de calumnia, pues en otro caso no pasaría nunca de la categoría de injuria, según tiene declarado en más de una sesión el Tribunal Supremo de Justicia..... Yo, caballero, con permiso de usted y pidiéndole mil perdones, me retiro; mi misión aquí, harto desagradable para mí, ha terminado. Yo soy notario de este Colegio, y tengo el honor de servir hace años al Sr. D. Norberto. Ha solicitado mi cooperación esta tarde para levantar un acta notarial en que consten las expresiones que con nobilísima franqueza ha tenido usted la bondad de repetirme. Yo no sé que uso querrá mi cliente hacer de este acta. De todos modos, crea usted que yo le aconsejaré siempre procedimientos de templanza, de conciliación y de paz.....

— Pues hará usted muy mal. Aconséjele la guerra y dígale de mi parte que nada me proporciona mayor placer que aplastar sabandijas nocivas á la humanidad. Y si usted quiere, mándeme el acta cuando la tenga hecha y la firmaré.

Haciendo infinitos cumplimientos, se retiraron el notario y su adlátere que no había despegado los labios.

— Ese imbécil quiere armarme un proceso. ¡Majadero! Ea, vamos de una vez. Al hotel.

Y cojo de nuevo bastón y sombrero y abro la puerta, y cate usted que la puerta está obstruída otra vez. Ahora era la propia Doña Remedios la que pugnaba por entrar.

— ¡Tú aquí! Dije yo realmente muy sorprendido.

— Sí, soy yo. ¿Qué creías? ¿Que á mí se me desprecia de ese modo?

— ¡Ah! ¿Vienes decidida?

— A todo.

— ¿Qué significa eso?

— Ya lo sabrás. Por lo pronto entra. No acostumbro á que me despidan en el pasillo.

Rápidamente cruzó por mi mente la idea de librarme de Doña Remedios por medio de una estratagema que fuera al mismo tiempo una pesada burla. Y tan rápidamente como concebí la idea, la puse en práctica.

— Sí, sí, Remedios, tienes razón, entra y hablaremos.

Entró Doña Remedios.

Una vez dentro, con tono de hipócrita perfecto le dije:

— Voy á cerrar la puerta con llave para que nadie nos interrumpa. Á ver, á ver esta llave..... Parece que no cierra bien.....

Y haciendo como que la probaba, me salí al pasillo y cerré la puerta por fuera. Luego en dos zancadas me puse en la escalera, y en dos saltos en la calle.

¿Cometí una canallada? Indudablemente. No me porté, ni como cristiano que huye de la tentación, ni como caballero que debe antes que nada salvar á la mujer que por él ha incurrido en ciertas debilidades. Pero, ¿no era Doña Remedios la que me había educado de esa manera?

Tan cierto es esto, que, ya en la calle, y muy pronto, me arrepentí de lo que había hecho. No, no, eso no, decía mi conciencia; huye de Doña Remedios, eso está bien, es tu deber; pero dejarla encerrada en tu cuarto es comprometerla á los ojos de su marido y de la sociedad entera. Te crees juez cuando eres cómplice. Lo que has hecho es indigno de un hombre.

Y volví; pero no me atreví á subir las escaleras. Estuve vacilando mucho rato, y al cabo desistí de mi arrepentimiento, huyendo definitivamente de aquel paraje. ¿Por qué no subí? Os lo confesaré, aunque con pena: porque yo le tenía miedo á Doña Remedios. Aquel miedo ella me lo había inspirado, y ahora se volvía también en su daño, cumpliéndose en esto, como en todo, la ley fatal que nos obliga á recoger para nuestro castigo las consecuencias de las cosas malas que hacemos.

Eché á correr como un niño que acaba de cometer una travesura, y corriendo, corriendo, llegué hasta la verja del hotel de Angela.

Ya era de noche, una noche de primavera, algo fresca y tempestuosa. El viento movía descompasadamente, y con estruendo, los árboles del Retiro y del cerrado jardín que rodeaba el hotel de Angela. Veíase entre la pompa vegetal, ya muy fragante, la masa obscura del edificio; y las ramas, al agitarse y chocar unas con otras, formaban una extraña sinfonía nocturna en que predominaban las notas tristes y quejumbrosas, algo como miles de lamentos ó ayes desgarradores; á veces el viento más fuerte dominaba todos estos gritos dolorosos, y entonces era una sola voz potentísima, espantosa, como una protesta de la naturaleza, como un aullido salvaje de rabia y de soberbia.....

Yo, asidas ambas manos á los hierros de la verja, miraba con afán el interior del jardín en que sólo veía sombras y negruras.....

De pronto surge una luz en uno de los balcones del piso principal. Los cristales se iluminan.....

Recortábanse sobre el fondo luminoso los visillos de muselina, y desde donde yo estaba divisé confusamente, allá en el fondo, un mueble que no acertaba á distinguir si era armario, sillón ó cama. Lo cierto es que aquella luz me atraía como si yo fuese una mariposa, y bien pronto llegó á dominarme la curiosidad. ¿Por qué no había de saltar la reja? ¿Por qué no había de acercarme á la fachada? ¿Por qué no había de trepar por ella, y asomarme al interior que me tentaba con su luz solitaria en medio de las sombras de la noche?

Aquel día estaba yo en la situación de ánimo en que han debido encontrarse los héroes cuando han consumado sus mayores hazañas, esto es, excesivamente nervioso. Primero, el amor que sentía, lo cual es ya una excitación peligrosa; después, la visita de D. Norberto, luego el notario, por último la canallesca chuscada del encierro de Doña Remedios. Las tentaciones embriagan más que el vino; el amor terreno, aun el más puro de todos, no puede nunca redimirse de esta mancha de origen; porque el amor, aun el más puro, es sensación, y la sensación, predominando sobre la inteligencia y avasallando la voluntad, es enfermedad.

Yo estaba realmente apasionado ó lo que es igual enfermo. Sentía yo dentro de mí un espíritu de audacia inaudito: síntoma peligroso de las enfermedades del espíritu.

¿Qué si hubiera yo saltado la verja? ¿No había de saltarla? Fuerzas y atrevimiento me sobraban para ello.

Pero sucedió que la casualidad vino en mi auxilio, haciendo más fácil la proyectada y ya casi resuelta empresa. Oí el timbre de la campanilla, y á poco ví un bulto que se escurría por delante de la verja. Reconocí á Bautista, y me dije: *ese va á la taberna á decir unos cuantos latinajos, y á beberse unas cuantas copas.* En seguida combiné mi plan.

Para ponerlo en planta esperé á que Bautista se

alejase algun tanto, é inmediatamente me dirigí á la puerta, y llamé. Hiciéronme aguardar algunos momentos que mi impaciencia tradujo por siglos; ladró un perro, y luego se inundó el jardín de aquella misma claridad de que había ya gozado yo la primera noche que fuí por aquellos lugares: era que la mujer de Bautista venía á abrir la puerta con la misma candileja con que cruzó el jardín en la noche del viernes santo.

— ¿A quién busca usted? me preguntó en tono muy desabrido y sin abrir la cancela.

— Al Sr. Bautista, contesté.

— No está en casa, volvió á decirme en tono aun más áspero.

— Quisiera verlo .... Es de necesidad.....

— Pues vaya usted á la taberna de más arriba.

— De allí vengo, y no está. Usted, señora, no me conoce, y eso que nos hemos visto hace poco..... Yo soy Fernando.

—¡Ah.....! Mucho habla mi marido de usted. Y ¿tiene usted verdadera necesidad de verlo esta noche?

— Imperioss, señora..... Si viniera pronto, esperaría.

— Pase usted, dijo la mujer, abriendo la verja. Creo que vendrá muy pronto. Si no está en la taberna, como usted dice, vendrá en seguida.

Entré; y precedido de la buena mujer, atravesé todo el jardín hasta el hotel. En el piso bajo vivían Bautista y su familia.

— No hace frío ninguno, fbale yo diciendo por el camino. Aunque algo tempestuosa, la noche está muy agradable.

— ¿Agradable? ¡Jesús, María! Nunca oí otra cosa..... Pues no oye usted como gimen los árboles.....

— Verdad es; pero estas noches, creímelo usted, señora, son las que yo pasaría al raso.....

— ¡Ave María! Ya comprendo como ha simpatizado usted tanto con mi Bautista..... También él es hombre de caprichos por el estilo.

Habíamos llegado á su habitación, y la mujer me invitaba á pasar adelante.

— No, por Dios, le dije yo. Si usted me lo permite, aguardaré aquí á la puerta; me sienta bien el aire libre.

La mujer se hizo de cruces, y hasta creo que desconfió de mí; pero mi decisión era irrevocable, ya me había admitido como amigo, y además tenía que preparar la cena, cosas todas que combinadas, la impusieron la obligación de transigir con mi raro capricho, dejándome de centinela, á la puerta del hotel.

Y ¡como había de ceder yo, si en aquel momento estaba viendo sobre el fondo obscurísimo del jardín la proyección luminosa del balcón, perfectamente dibujado y coloreado en la arena del pavimento!

(Continuará.)

EL ENCASILLADO

¿Que es el encasillado?

Pues una lista que hace el Ministro de la Gobernación, ya por sí mismo, ya por lo que dicen sus compañeros de Gabinete, de todos aquellos ciudadanos que quieren ser Diputados á Cortes, y que el Gobierno *vería con gusto que fuesen elegidos*.

Dos condiciones se requieren por lo tanto para figurar en el encasillado:

1.ª Querer ser Diputado á Cortes.

2.ª Que el Gobierno quiera también que sea Diputado el que lo pretende.

La primera condición es mucho más fácil de encontrar en un individuo que no la segunda.

Porque la segunda no depende del individuo, sino del Gobierno.

¿Cómo se forma el encasillado?

La tradición ha establecido ya ciertas reglas á las que no suele faltar ningún Ministro de la Gobernación.

La primera y fundamental de estas reglas es la clasificación de los *encasillables* en diferentes clases y categorías.

Hay encasillables por derecho propio.

Hay encasillables por cuasi-derecho, encasillables por costumbre, encasillables por derecho de agnación ó de cognación.

Y encasillables de gracia.

Encasillables por derecho propio son los Ministros de la Corona, los Subsecretarios y hasta los Directores generales en activo servicio. También entran en esta clase algunos hombres que sin ser Ministros, tienen dentro de sus respectivos partidos mayor importancia que muchos Ministros. Tales son, v. gr., Gamazo, entre los fusionistas y Pidal entre los conservadores.

Encasillables por cuasi-derecho son aquellos exministros del partido que sin tener la importancia de un Pidal ó de un Gamazo, sirven, sin embargo, al juego de los partidos, y pueden en ciertas ocasiones ser útil remiendo á un Gabinete que se descompone, como v. gr., Linares Rivas, Danvila y otros entre los conservadores, y una infinidad entre los fusionistas.

Encasillables por derecho de agnación ó de cognación son los yernos, hijos, hermanos y sobrinos de los Ministros. En esta clase son los primeros de todos los yernos, hasta el extremo de ser preferidos en ocasiones á los encasillables por cuasi-derecho. La razón de esto es que en nuestras costumbres político-sociales modernas, el acta se considera como parte de dote, y ningún suegro que se estima deja de pagar la dote á su yerno. Por eso son antepuestos á los mismos hijos. Pero generalmente, hijos y yernos entran al mismo tiempo en el Congreso.

Encasillables por costumbre, son unos apreciables sujetos que vienen siendo encasillados hace mucho tiempo, y de los que nadie piensa que puedan dejar de ser encasillados. ¿Por qué este privilegio? Nadie lo sabe; pero todos los respetan.

Encasillables de gracia son los pobres diablos que no son Ministros, ni Subsecretarios, ni Directores, ni yernos, ni hijos, ni personas importantes, ni nada en suma; pero que á toda costa quieren llegar algún día á ser algo en el mundo, y para conseguirlo tienen que empezar por ser Diputados. Estos infelices suplican, gimen, lloran delante del Ministro de la Gobernación pidiéndole sendas actas, y el Ministro escoge de entre ellos á los que le parecen más despejados, más instruídos ó más dóciles, y los lanza á la vida pública provistos de sus actas correspondientes.

Los encasillables de gracia son naturalmente los que más se agitan, van y vienen, y acosan al Ministro de la Gobernación, en vísperas de elecciones.

No se comprende que un hombre de talento quiera ser Ministro de la Gobernación. Y sin embargo, es digno de observarse que todos ó casi todos los Ministros de la Gobernación que han pasado por el Ministerio han sido hombres de talento.

¡Oh contrasentidos de la lógica!

Observar la vida de un Ministro de la Gobernación en estos tiempos electores, y no compadecerlo profundamente es imposible.

Constantemente le rodean y le aturden con sus pretensiones y supliqueos los encasillables de gracia.

— Señor Ministro, le dice uno, ya sabe usted que yo he hablado mas de cuatro veces en la Academia de Jurisprudencia y una vez en el Ateneo, y gusté mucho.

—¡Oh, sí! contesta el Ministro.

— Usted recuerda, le dice otro, que yo he dirigido mas de cuatro años *El Eco de las modistas*, y que allí escribí seis artículos defendiendo el partido cuando estaba en la oposición.

—¡Oh, sí! vuelve á decir el Ministro, me acuerdo muy bien.

Y así sucesivamente van desfilando ante el Ministro solicitudes vivientes á cual más documentados de recuerdos que son otros tantos servicios importantes en la fantasía de los que los prestaron

Un tipo muy cómico es el encansillable de gracia darse tono de tener distrito propio. ¡Como si en España hubiese distritos propios!

ANTONIO DE OLMEDO.

CARTA PASTORAL

DEL

EXCMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

sobre la urgente necesidad

DE UN SEMINARIO CONCILIAR

NÓS EL OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

Á TODOS NUESTROS AMADOS DIOCESANOS

SALUD Y BENDICIÓN EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Con la visible protección de la divina Providencia, hemos concluído el año actual la Visita Pastoral de todas y cada una de las parroquias de la Diócesis, y tenido el consuelo de tratar y conocer á los fieles confiados á nuestra paternal solicitud, habiendo aprovechado al propio tiempo ocasión tan propicia para administrar el Santo Sacramento de la Confirmación á los que estaban preparados para recibirle.

No podemos ocultaros, amados hijos nuestros, que durante el cumplimiento de ese deber, prescrito por los sagrados cánones, se ha dignado Dios nuestro Señor aliviar los trabajos y suavizar las asperezas, inherentes á la Visita Pastoral, con los testimonios de fe y con la abundancia de frutos espirituales que hemos visto en cada localidad, como resultado del celo y de la predicación de nuestros predilectos párrocos y de los demás sacerdotes, que Nos han ayudado en los sagrados ministerios.

Sin embargo de eso, se ha sentido grandemente contristado nuestro corazón al contemplar algunos pueblos sin iglesia en donde celebrar el Santo Sacrificio de la Misa y los oficios del culto divino; otros en donde el templo parroquial presenta señales de inminente ruina; la mayor parte de los que tienen iglesia, lamentando el triste estado de deterioro en que se halla la misma, y son también bastantes los que hemos encontrado privados de párroco, que administre los Sacramentos y los auxilios de la Religión á los fieles. Repetidas veces de palabra y por escrito Nos han pedido los Ayuntamientos un sacerdote, y con profundo dolor de nuestra alma no hemos podido dársele por falta de personal eclesiástico. Omitimos hacer relación de otras muchas necesidades que hemos presenciado referentes á la pobreza de ornamentos y vasos sagrados, al deplorable estado de los cementerios y casas parroquiales, al ejemplo corruptor y detestable de algunos maestros de instrucción primaria y al gran número de fieles, que en poblaciones de quinientos y mil vecinos no pueden cumplir el precepto de oir Misa los días festivos, por no haber más que un sacerdote para celebrarla, y no caber todos simultáneamente en la iglesia. En tales condiciones no puede menos de entibiarse la fe, de disminuirse la piedad, de sufrir detrimento la moralidad de las costumbres y de aumentarse en grandes proporciones el vicio y la corrupción.

Sin perjuicio de estudiar, como hasta aquí lo venimos haciendo, la manera y modo de remediar esos males hasta donde alcancen nuestras fuerzas, estamos seguros de que serán estériles en su mayor parte todos los medios que hayan de aplicarse á ese fin, si antes no se atiende á la necesidad principal, más grave y más urgente, de nuestra Diócesis, cual es *la edificación de un Seminario Conciliar*, sobre cuyo punto nos permitimos llamar vuestra atención é interesar todos los sentimientos de vuestra notoria piedad.

Hay en la Diócesis 247 parroquias; hay muchas iglesias de comunidades religiosas, de hospitales, de asilos para toda clase de pobres, capillas públicas y número considerable de oratorios privados. Además del personal que pudiéramos llamar de carácter oficial ó de plantilla, son necesarios bastantes sacerdotes para la solemnidad del culto, para ayudar á la predicación y al confesonario, para dirigir espiritualmente las asociaciones de caridad, para explicar la religión y doctrina cristiana en las escuelas católicas, catequísticas, dominicales y círculos de obreros, y también para desempeñar las cátedras del Seminario Conciliar y explicar varias asignaturas, especialmente las de Religión y Moral, en los colegios de primera y segunda enseñanza, fundados por iniciativa particular.

¿Cómo podrá pedírsenos el numeroso personal que se necesita para todos esos ministerios si antes no se Nos proporcionan los medios ordinarios de formarle en la virtud y en las letras, para que pueda desempeñarlos dignamente en bien de los fieles y de la misma sociedad civil? Si deseáis saber cuáles son esos medios, desde luego nos los señalará nuestra Madre Iglesia, que es la que por derecho divino y altísima misión, que le confió Jesucristo, está encargada de ordenar los ministros de la Religión y de perpetuar el sacerdocio católico en el mundo, á fin de que, mientras haya pecadores que convertir y almas que santificar, no falten jamás apóstoles de la predicación evangélica y *dispensadores de los misterios del Señor*. La misma Iglesia nos manifestará las condiciones y elementos que se requieren para que los llamados al Orden sacerdotal consulten detenidamente su vocación y se preparen para ser algún día *sal de la tierra*, sazonando con sana doctrina las conciencias de los fieles y alumbrando sus entendimientos con las verdades de la divina revelación. La Iglesia, asistida del Espíritu Santo, enseñará las normas á que han de sujetarse las escuelas de la ciencia eclesiástica para que salgan de ellas ejercitados y formados en saber y virtud los maestros de la vida cristiana, y los sagrados magistrados encargados de moralizar las costumbres y de enseñar los deberes religiosos á los pueblos. Por eso, hablando al mundo católico por el Concilio de Trento, nos dice lo siguiente:

« Siendo inclinada la adolescencia á seguir los deleites mundanales, si no se la dirige rectamente, y no perseverando jamás en la perfecta observancia de la disciplina eclesiástica, sin un grandísimo y especialísimo auxilio de Dios, á no ser que desde sus más tiernos años, y antes que los hábitos viciosos lleguen á dominar todo el hombre, se la eduque conforme á la piedad y religión, establece el Santo Concilio que todas las iglesias catedrales, metropolitanas é iglesias mayores, tengan obligación de mantener y educar religiosamente é instruir en la disciplina eclesiástica, según las facultades y extensión de la Diócesis, cierto número de jóvenes de la misma ciudad y Diócesis, ó á no haberlos en estas, de la misma provincia, en un colegio situado cerca de las mismas iglesias, ó en otro lugar oportuno á elección del Obispo..... Destinará el mismo Obispo, cuando le parezca conveniente, parte de esos jóvenes al servicio de las iglesias, y parte detendrá para que se instruyan en el colegio, poniendo á otros en lugar de los que salieron ya instruidos, de suerte que sea este colegio un plantel permanente de ministros de Dios. Y para que con más comodidad se instruyan en la disciplina eclesiástica, recibirán inmediatamente la TONSURA, usarán siempre hábito clerical, aprenderán gramática, canto, cómputo eclesiástico y otras facultades útiles y honestas; aprenderán de memoria la Sagrada Escritura, los libros eclesiásticos, homilías de los Santos, las formas de administrar los Sacramentos, en especial lo que conduce á oir las confesiones y los demás ritos y ceremonias [1]. »

Por esas reglas sapientísimas, y por todas las demás disposiciones que prescribe el Santo Concilio para la erección canónica de los Seminarios, se comprende al momento que éstos son la obra de preferencia y más trascendental de cada Diócesis, y que de su prosperidad ó decadencia dependen la vida y esplendor de todas las parroquias, ó la ruina y depravación de las costumbres de las mismas. Es el Seminario á la Diócesis, lo que el corazón al cuerpo humano, y lo que las academias al ejército.

Así como sin corazón sería imposible la vida del hombre, y sin academias faltarían ilustrados jefes para guiar ordenadamente los soldados al combate, así también sin una escuela normal de virtud, meditación, estudio y observancia de la disciplina eclesiástica, es imposible que haya maestros espirituales que guíen y alienten las almas al cumplimiento de sus deberes, así en el orden religioso como en el social, ni ministros sagrados que en las desventuras nacionales ofrezcan sacrificios y eleven plegarias públicas al Altísimo, interesando la acción misericordiosa de su Providencia en bien de la patria, ni lumbreras que brillen en los dilatados horizontes del cristianismo para disipar las tinieblas de la superstición, y en una palabra, sin un centro de enseñanza eclesiástica dirigido por el Magisterio de la Iglesia, no habrá apostolado que predique el Evangelio á los pueblos, ni normas seguras para la dirección de los creyentes, ni moldes de perfección para los heroísmos de la vida cristiana, ni un principio permanente de acción, á cuyo vigoroso impulso broten ejemplos admirables de piedad, se despierten las portentosas energías del divino amor, y se encarne el espíritu de Jesucristo en todos los órdenes de la vida social, para que recobre su imperio la virtud sobre el vicio, la verdad sobre el error y la fe divina sobre las dudas angustiosas y los vergonzosos extravíos de la razón.

Para amparar y defender todos esos bienes de valor incomparable, el Concilio de Trento decretó la institución admirable de los Seminarios, porque al tenor de las enseñanzas del Apóstol, para que haya creyentes es necesario que antes haya ministros que prediquen las verdades que se han de creer; y como la vocación para ejercer tan alto ministerio no es conocida de vía ordinaria por modo milagroso, ni por súbita inspiración, era indispensable la creación de algún organismo preparatorio, en que los aspirantes al estado sacerdotal acreditasen con pruebas irrecusables que se hallan adornados de la aptitud y condiciones canónicas que la Iglesia les exige para que puedan desempeñarle dignamente en bien de las almas y honor de la Religión. Á ese organismo no le llamó el Concilio escuela, círculo, cónclave ó monasterio, sino *Seminario*, y no sin fundada razón, porque ninguno otro nombre podía expresar mejor sus fines y su significación.

Así como el que intenta plantar una viña, dice nuestro sabio gaditano, Lucio Columela [2], debe formar primero el semillero, ó sea la reunión de nuevos vástagos puestos en tierra separada, á fin de que cuando ya sean arbolejos con señales de vita idad, puedan ser trasplantados á lugares más idóneos, para que den frutos abundantes y de buena calidad, así también los Padres del Concilio tridentino, que sabían que en las sagradas páginas es la Iglesia comparada á una gran viña, consideraron de necesidad que en bien de la misma hubiera un lugar especial en donde se reuniesen los jóvenes que se sintiesen con inclinación al estado eclesiástico, á fin de que, viviendo allí sujetos á una santa disciplina, y alejados de los peligros y seducciones del mundo, aprendiesen de maestros experimentados en la virtud y doctos en las ciencias eclesiásticas y en los diferentes ramos del humano saber las normas de la piedad cristiana, las reglas de la vida espiritual, las industrias de la caridad y de un celo prudente para sacar las almas del pecado y convertirlas á Dios; los dogmas de nuestra sacrosanta Religión; los preceptos de la teología moral y su aplicación discreta y saludable á los actos de la vida humana; los ritos y ceremonias del culto divino; y en una palabra, todo lo que puede ser conducente á rodear de esplendor y majestad los augustos misterios de nuestra santa fe, á fin de que, luego que estuvieren bien amaestrados en esos provechosos ejercicios, y tuvieren bien arraigada en su corazón la virtud, la piedad y el santo temor de Dios, pueda la Iglesia sacarlos de ese fecundo plantel, para destinarlos á diferentes pueblos y lugares, á fin de que con la predicación y el buen ejemplo den abundantes frutos de santidad y bendición.

Por ahí se ve que los Seminarios son las escuelas más respetadas del catolicismo; que son necesarios para el sostenimiento de la disciplina eclesiástica; que contribuyen á la conservación de la pureza é integridad de la doctrina, y que promueven el aumento de la piedad y devoción. Obra divina y por Dios inspirada los llama el sabio Obispo Leonardo Ceconi [1]; el Papa Pío IV alabó con celo apostólico su institución, y la reputó también como inspirada por Dios, y el Cardenal Palavacino, egregio historiador del Concilio tridentino, dice que, aun cuando éste no hubiera hecho otra cosa que decretar dicha creación, ese sólo bien tan inmenso bastaría para compensar los trabajos y desvelos de todos los Padres que tomaron parte en las deliberaciones de aquella veneranda y augusta Asamblea.

La grandísima importancia que reviste el decreto conciliar sobre erección de Seminarios, no se toma solamente de la parte sustantiva de dicha ley, de suyo tan admirable y sapientísima, sino también de que brilla compilado en ella todo cuanto pensaron, escribieron y obraron los Doctores y Padres antiguos de la Iglesia sobre la prudente, discreta y saludable reglamentación á que, según los tiempos y circunstancias, deben sujetarse los jóvenes que se educan y siguen sus estudios para el estado eclesiástico. No pudiendo existir la Iglesia, tal como Jesucristo la fundó, sin sacerdocio que enseñe y ejerza las sagradas funciones, si no hubo en ella desde el principio Seminarios en la forma que á éstos dió el Concilio de Trento, no cabe dudar que necesitó y debió tener algún instituto en que se preparasen los llamados á ser ministros de la Religión.

En eso se fundó sin duda el erudito canónigo Juan de Juan para decir en su *Historia de los Seminarios clericales*, dedicada al Papa Benedicto XIV, que al legislar sobre esos establecimientos el Concilio de Trento, no introdujo una nueva disciplina, sino que restableció la antigua, que estaba en decadencia por causa de las persecuciones y falta de enseñanza de las materias pertinentes; y que los Seminarios, exceptuando su nombre, equivalen en todas sus partes á las antiguas *escuelas episcopales*, con lo que está conforme G. Antonio Benvenuti [2], que demuestra con abundantísima copia de razones

1 Concilio Trident., Sessl. 23, cap. XVIII. *De Reformat.*
2 De arborib., cap. 2.

1 Instituzione del Seminari vescovili, pág. 29.
2 Discorso sulla vita comune de'chirici.

que esas escuelas episcopales tuvieron su origen en tiempo de los Apóstoles; que de éstos tomaron toda regla de perfección y toda norma acabada del espíritu eclesiástico, y que de ellos pasó también á sus sucesores en el episcopado la disciplina y organización de esa clase de establecimientos, que jamás faltaron en la Iglesia.

Según testimonio de San Jerónimo, el mismo Evangelista San Lucas fundó una escuela en Alejandría, de la que salieron distinguidísimos discípulos, entre los que se cuenta San Pantenón, del que hace gran elogio Clemente de Alejandría; al celo de San Alejandro es debida la erección de otra escuela en Jerusalén, á la que dotó de rica librería, en que Eusebio de Cesárea tomó abundantes datos para escribir su historia, y San Justino funda también otra escuela en Roma, en la que se educaron Taciano y Rodón, que figuran entre los hombres doctos de su tiempo, y allí acudían todos los que deseaban instruirse en doctrina cristiana. De las disposiciones tomadas por el Concilio I de Nicea, se deduce que en su tiempo existían ya escuelas eclesiásticas en algunas circunscripciones, y que en ellas se educaban los que más tarde habían de recibir las sagradas Ordenes, cuya disciplina debía ser ya bastante general, toda vez que el siguiente siglo se ve establecida y cumplida en las iglesias de Italia, habiendo en cada parroquia cierto número de levitas, preparándose con el estudio, la meditación y otros ejercicios de piedad para el estado sacerdotal, bajo la dirección de maestros idóneos que los explicaban los salmos, las divinas escrituras y otras materias conducentes al cumplimiento de los deberes clericales.

En esas escuelas, creadas por los Obispos para proveer de sacerdotes las iglesias confiadas á su cuidado pastoral, se cultivaron también las letras humanas, con cuyo estudio se formaron escritores tan distinguidos como Orígenes, Julio Africano, San Basilio, San Atanasio, San Cirilo de Jerusalén, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, Eusebio de Cesárea, San Cipriano, Tertuliano, Minucio Félix, Lactancio, y otras muchas lumbreras del saber, que esparcieron por todas partes luces abundantísimas en el campo de la historia, de la cronología, poesía, elocuencia, hebreo, caldeo, siriaco y otros ramos de la ciencia.

Es opinión común, fundada en documentos históricos de gran autoridad, que las escuelas abiertas en los tres primeros siglos para la educación de los clérigos dieron ocasión al gran Padre de la Iglesia San Agustín para establecer en forma más perfecta y sobre reglas mejor estudiadas el *Monasterium clericorum*, que instaló en un brazo de fábrica levantada junto á su palacio episcopal, y que esa fundación, así organizada, es la que más semeja á los Seminarios Conciliares mandados crear en todas las Diócesis por decreto del Tridentino. Bajo la dirección de tan esclarecido maestro se formaban los clérigos en la virtud y en la ciencia, hacían vida común, vivían alejados de los peligros del mundo, y se disponían á ser algún día dignos *dispensadores de los misterios de Dios*.

El éxito feliz que tuvo la enseñanza organizada por el gran Obispo de Hipona, y los ilustres discípulos que para el servicio de las iglesias salieron de la misma, sirvieron de laudable estímulo á otros Prelados para establecer escuelas bajo el mismo método. Funda San Isidoro su célebre colegio en Sevilla, y salen de él los aventajados discípulos Ildefonso y Braulio, que, promovidos más tarde á las Sillas de Toledo y Zaragoza, dotan respectivamente á cada una de esas iglesias de un centro de enseñanza de ciencias eclesiásticas y de letras humanas. El Concilio II de Toledo, celebrado el año quinto del reinado de Amalarico, dispone en su primer canon que los padres que destinaren sus hijos al clericato estén obligados á llevar éstos á la casa de la iglesia, á fin de que allí sean educados por el Prepósito bajo la inspección del Obispo. Celébrase el año 633 el cuarto Concilio toledano, y después de fijar la edad que han de tener los levitas para recibir las sagradas Ordenes, manda que los jovenes aspirantes á la clericatura vivan juntos en un mismo lugar y se formen, según las reglas de la disciplina eclesiástica, bajo la vigilancia de un maestro experimentado, disponiendo á la vez que los más jovencitos se eduquen aparte, y cuide de ellos un Sacerdote discreto [1].

La gloria alcanzada por San Isidoro se extendió á Francia é Italia, y en esas naciones se propagaron sus ideas y método sobre el modo de educar á los clérigos, ejerciendo también una poderosa influencia en la mayor parte de las iglesias de Occidente.

(Continuará.)

CIENCIAS Y LETRAS

Un naturalista católico. — Los Papas y el Gobierno italiano como protectores de las bellas artes. — Lo que ocurre en España. — Un buen anuncio. — Edisson médico.

El Dr. José Lapponi, médico de Cámara de Su Santidad, ha inaugurado en una Academia romana un curso de antropología moral, en que se propone combatir las doctrinas de Büchner, Moleschott y Darwin, y otros maestros de la misma índole. La juventud romana, á pesar de cuanto se trabaja por pervertirla, asiste con puntualidad y entusiasmo á las explicaciones del Dr. Lapponi. No es poco lo que hoy pueden hacer en defensa del Catolicismo doctores en ciencias físicas y naturales.

***

No ha sido menuda la marejada promovida en Roma durante estos días para la abolición de la orden ó el edicto del Cardenal Pacca.

Prohibe dicho edicto la exportación de las obras de arte, pinturas, esculturas, etc., y somete á los dueños y propietarios de tales obras á cierto reglamento que vela por su conservación.

Razón tuvo de ser este edicto bajo el paternal gobierno de los Papas, porque magnánimos, generosos protectores de las artes y las ciencias, preferían de su propio peculio comprar los objetos de arte y enriquecer galerías y museos, á verlas exportar para el extaanjeró. Hasta hoy ha mantenido el Gobierno italiano el edicto del Cardenal, con la sola diferencia de que en estos últimos tiempos ha arruinado esta ley á los propietarios de obras de arte y á los artistas.

El Gobierno carece de dinero; las arcas del Tesoro han quedado secas y exhaustas á causa de los poderosos armamentos; era necesario fundir cañones para mantener la paz y erigir fuertes para garantirla. ¿Está el tiempo acaso para pensar en obra de arte? Si se piensa en él, todo lo más es para erigir una estatua á Mazzini, Víctor Manuel ó á Garibaldi, para perpetuar la memoria de los héroes del populacho, en obras de gusto artístico bastante dudoso, pero bautizadas con el pomposo nombre de patrióticas. Con esto se contenta el artista piamontés, que no ha sabido producir jamás otra cosa sino calles trazadas á cordel, como las de Turín.

«Id, probad de decirle al Ministro de Instrucción pública que tenéis un cuadro de Miguel Angel, una estatua de algún artista notable ó alguna obra importante de arte que vender.» (Dice el último número del órgano poco sospechoso *Don Chischiotte.*)

Se os contestará: «No nos queda dinero en caja.»

Así es que se lamentan y se quejan los numerosos artistas que pueblan á Roma y reniegan de la miseria de estos tiempos, echando de menos aquellos venturosos días en que el Papa y los Cardenales eficazmente los protegían.

Han referido los periódicos granadinos que un caballero alemán, propietario de la Torre de las Damas (torre que se encuentra en el recinto de la Alhambra), quiso llevarse un techo de la misma á su país.

El Gobernador dictó una orden suspendiendo el traslado, ínterin consultaba con la Superioridad, y ésta, después de examinar las escrituras de propiedad, ha reconocido que no hay derecho alguno para prohibir que el propietario de la Torre disponga de ella como guste.

Dicho señor, en vista de ello, trasladó á la Alemania el techo en cuestión; pero á la vez, en testimonio de aprecio á España, regaló al Estado la Torre. Esta, según se infiere de lo que dice un colega de Granada, perteneció al Estado en otro tiempo.

Nada tenemos que oponer á lo sucedido; todos han procedido de un modo intachable; el alemán queriendo disponer de lo suyo y haciendo luego generosa donación de su propiedad; el Gobernador de Granada, impidiendo que una obra artística saliese de España, hasta saber si legalmente podía salir; y el Gobierno declarando — pues no hay ley que lo impida — que el dueño de la obra lo era de exportarla.

Pero nosotros creemos que esa ley, que no existe, debiera existir, y por consecuencia, cortapisas á la enajenación para el extranjero de productos antiguos del arte nacional. Con ello no pedimos nada insitado, pues ha tiempo que estas cortapisas legales están vigentes en Egipto, en Grecia y en Italia.

***

Es un buen anuncio para los amantes de la literatura castellana el de una nueva novela de Pereda, que ha alcanzado ya el tercer pliego de impresion. Se pondrá á la venta á primeros de Febrero.

***

Si nuestro siglo no ha descubierto todavía la panacea universal, ha reducido y atacado, en cambio, los males que acompañan á la especie humana desde que va rodando por la tierra.

Algunas enfermedades desaparecerán dentro de poco de la faz de la tierra, la lepra, por ejemplo, y otras tenidas al presente como incurables se atacarán por medio de sencillos procedimientos.

El método del doctor Kock y los notables trabajos de M. Pasteur, han abierto un campo vastísimo á las investigaciones científicas, y es de esperar que, con esta base firme y sólida, la ciencia médica inaugurará una serie de conquistas notabilísimas y de decisivo progreso.

Pero existe una enfermedad terrible que se ceba en las gentes acomodadas, harto felices y dichosas, producida por los malos humores de la felicidad, contra la cual no se había hallado remedio alguno, combatiéndole hasta hoy solamente con paliativos: la gota. Nunca se ha logrado reducir las deformidades que este mal produce en las articulaciones, esos humores que hinchan y desfiguran las extremidades y los miembros, convirtiéndoles en un masa de carne horrorosa y deforme.

Sabíase que la lithina y las sales de este óxido

[1] Colección de cánon. por D. J. Tejada, tomo II, pág. 281.

tenían la propiedad de resolver los depósitos calcáreos de la gota, de arrastrarlos por medio de la circulación y eliminarlos por la orina. Hasta ahora, esta sustancia se ingería en el estómago, pero era necesario que la bienhechora sal se esparciera igualmente por todas las partes del organismo y directamente se aplicara á las articulaciones enfermas para atacar el mal en donde estuviese en su mayor desarrollo.

Esto es lo que el célebre apóstol de la ciencia eléctrica, Edisson, acaba de realizar. He aquí el procedimiento: Fundándose en que toda corriente eléctrica que pasa á través de una membrana porosa colocada entre dos soluciones salinas, activa los fenómenos de endórmosis, esto es, activa la mezcla de las dos soluciones á través de la membrana, M. Edisson aplica la corriente eléctrica á través de la piel del enfermo, desempeñando ésta el papel de membrana porosa.

La mano ó parte enferma del enfermo se coloca dentro de una solución de sal lithinia, y el otro miembro correspondiente esta última sal al polo negativo.

Gracias á la electricidad, el remedio contra la gota es directamente aplicado al miembro enfermo. Los experimentos hechos hasta ahora han dado un excelente resultado; el insigne físico acaba de prestar un servicio de primer orden á la medicina: ya no hay gota.

BACHILLER ALONSO.

SIN TEMOR

Mi fama sé que no expongo
si alabo en cien ocasiones
al *jabón* de los jabones
de los PRÍNCIPES DEL CONGO.

De venta en las principales perfumerías.
Víctor Vaissier. — París.
Depositarios en España, Boldú y Romeu, Madrid, Valverde, 37. — Barcelona, Bailén, 83.

Tip. de los Huerfanos, Juan Bravo, 5 — Teléfono 2,198.

Academia de segunda enseñanza.

Leganitos, 10, segundo derecha.

Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero, Doctor en Letras.
Clases de Derecho, por un Doctor.
Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.
Idem de Física y Química, por un Licenciado.
Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estamperia, grabados, oleografías, *Via-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.
Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaraz.

VENTA

EXTRAORDINARIA PARA LA PRESENTE TEMPORADA

en casa RODERO Y VILLARRUBIA

Dos grandes partidas de chales de lana, colores lisos y tamaño nueve cuartas, á 2 y 2,50 pesetas.
Tres ídem de chales ingleses, de dos caras y lana finísima, á 9, 12,50 y 15 pesetas.
Una íd. de telas de abrigo, vara de ancho: 10 por 4 pesetas.
Otra íd. de faldas de abrigo, á 2 pesetas.
Otra íd. de yutes para sillerías y colgaduras, á 0,75.
Otra íd. de sábanas fuertes; el par 3 pesetas.
Otra íd. de alfombrines moqueta, con flores ó figuras, á 2,90 pesetas.
Otra íd. de sábanas grandes, finas, el par 5 pesetas.
Otra íd. de toquillas, á 0,75.
Otra íd. de telas de colchón; cinco varas 3 pesetas.
Otra íd. de pañuelos de seda para corbata; tres 1,75.

Notas.—Entre los chales ingleses hay algunos tan buenos y bonitos, que pueden servir para mantas de viaje.
Todos los géneros puestos en venta extraordinaria han sido comprados á precios excepcionales, y de aquí su extraordinaria baratura.
Gran surtido en géneros de punto.

PRECIO FIJO

Rodero y Villarrubia, Serrano, 38 al 40.

SOBRINOS DE RUIZ DE VELASCO

7, Montera, 7

Casa especial para ropa blanca. Equipos para novias. Canastillas para recién nacidos. Camisería.
Gran surtido de las novedades en cortinajes.
Primera casa en España en géneros de punto de las mejores fábricas inglesas y francesas.

EDREDONES DE LEGÍTIMO PLUMON DESDE 20 PESETAS

PRECIO FIJO

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

BULAS

Se siguen expendiendo como en los anteriores años, en la librería religiosa del *Sucesor de Aguado, Pontejos, 8*, donde se encuentra un gran surtido en obras de Filosofía, Teología, Derecho canónico, Liturgia, ó del Rezo romano, instrucción y recreo.
Especialidad en devocionarios, Semanas Santas, estampas, rosarios, crucifijos, folletos y hojas de propaganda.

8, Pontejos, 8

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea.
Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.
Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MELLERIO HERMANOS

3, Carrera de San Jerónimo, 3.

Unicos representantes en Madrid de la acreditada casa de orfebrería de los Sres. Christofle y Compañía, de París.

Premiados con diploma de medalla de oro en la Exposición Vaticana.

OBJETOS DE IGLESIA

É IMÁGENES DE CARTÓN PIEDRA, PASTA DE MADERA Y ESCULTURA

Hay á **2,50** pesetas reproducciones en metal del crucifijo ejecutado para Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

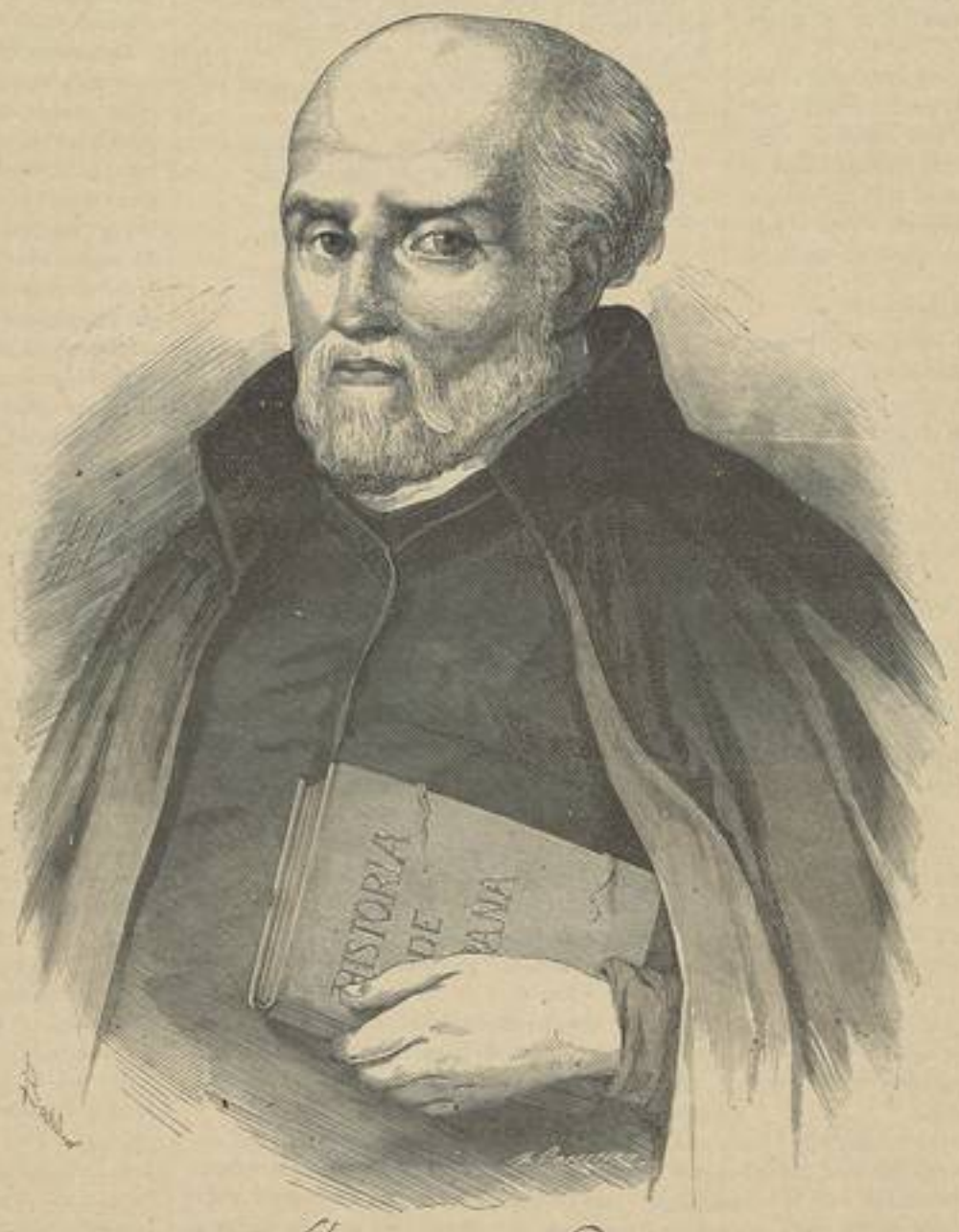
REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.ª — AÑO XV. — TOMO XIII. NÚMERO 36.—Madrid 25 de Diciembre de 1890. NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID Y PROVINCIAS
Un mes..... 1.50 ptas.
Tres meses..... 4 » »
Seis meses..... 7.50 »
Un año..... 15 » »
CUBA Y PUERTO RICO
Seis meses..... 2 1/2 ps. fs.
Un año..... 4 »

PUBLICADO
EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
BAJO LA DIRECCIÓN DE LA
JUNTA CENTRAL DE ORGANIZACIÓN CATÓLICA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO
Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA
Seis meses..... 3 ps. fs.
Un año..... 5 »



Juan de Mariana

SUMARIO

Texto.

Década, por Fernando. — *Teatros*, por Mistigris. — *Las representaciones del Sobre Nacimiento*, por A. Ballín de Unquera. — *Tres en uno*, por D. Manuel Polo y Peyrolón. — Album de poesías: *La Noche Buena*, por D. Ricardo Guijarro. — *Las maravillas del amor*, por Angel Salcedo y Ruiz. — *Pastoral del Sr. Obispo de Madrid.*

Grabados.

El P. Juan de Mariana. — Pocas fisonomías tan nobles, austeras y simpáticas nos ofrece la historia de la grandeza española como la del venerable jesuita, famoso entre los maestros del siglo XVII, que tanta gloria alcanzó como historiador, filósofo y escritor político. *La Historia general de España* es un verdadero monumento, de esos que prodiga de tarde en tarde los siglos; pero aun quizás son más admirables sus opúsculos sobre política, como el titulado *De rege*, en que sostuvo todos los principios de la libertad cristiana en que deben fundarse las humanas sociedades.

Alegoría de Noche-Buena. — El poético cantar que le sirve de epígrafe fué texto para una de las composiciones literarias más celebradas y dignas de celebrarse de los tiempos modernos: el artículo de P. A. de Alarcón, titulado *La Noche Buena del Poeta.*

Casa consistorial y mercado de Breslau en Prusia. — La antigua ciudad de Breslau en Prusia conserva, como otras muchas de Alemania, el carácter medio-évico en sus monumentos arquitectónicos. El mercado es sin duda uno de los sitios en que el color local es más vivo y acentuado.

LA DÉCADA

El *Movimiento Católico* en su número del 24 publicó el siguiente artículo-felicitación; porque expresa perfectamente nuestros sentimientos, ideas y aspiraciones:

«Hoy, vigilia de Navidad, víspera del gran día en que conmemora la Iglesia el nacimiento del Salvador de los hombres, debemos nosotros, cumpliendo el antiguo uso de nuestros cristianos antepasados, levantar nuestra voz hasta el Solio del que es en la tierra Representante augusto, Vicario infalible de aquel Divino Niño que nació en Belén hace 1890 años, y decirle:

Santísimo Padre:

Los católicos españoles, y en su nombre la Dirección y Redacción de *El Movimiento Católico*, os felicitan calurosamente en esta gran fiesta.

Hace 1890 años nació en un establo de la ciudad de Belén en Judea, un Niño que ángeles, pastores y reyes adoraron en los primeros días de su vida terrestre, que patriarcas y profetas habían esperado y anunciado muchos siglos antes de su venida al mundo.

Aquel Niño era el Hijo de Dios hecho Hombre por un prodigio inefable de la misericordia divina.

Vivió entre los hombres treinta y tres años, y al cabo de ellos sufrió muerte y pasión, bajo el poder de Poncio Pilato.

Estuvo tres días en el sepulcro, y luego resucitó, subiendo al cielo en donde está sentado á la diestra de su Padre.

Vos, Santísimo Padre, sois en la tierra el Representante legítimo, único y autorizado de aquel Niño Divino, del Hijo de Dios hecho Hombre.

Siguiéndoos á Vos, se sigue á Cristo; obedeciéndoos, á Cristo se obedece. El que de Vos se aparta, se aparta de Cristo.

No hay salvación para el hombre, ni para la sociedad, sino en Cristo y por Cristo. Y esto quiere decir: no hay salvación para el hombre, ni para la sociedad, sino en Vos y por Vos.

El que es enemigo de Cristo es enemigo de Dios y del hombre. El que es enemigo de Vos, Santísimo Padre, enemigo es de la Divinidad y de la Humanidad unidas en Cristo, de que sois Vicario entre la tierra.

El que gobierna según Cristo y por la gloria de Cristo, ese es Soberano legítimo, Emperador, Rey, Príncipe ó Cónsul por derecho divino. El que gobierna según Vos, obedeciendo vuestras infalibles enseñanzas, ese es gobernador legítimo y benéfico de los hombres, llámese como se llame y sean cualesquiera sus títulos históricos; ese es verdadero Rey, verdadero Prepósito, verdadero rector de los hombres.

El que gobierna contra Cristo ó fuera de Cristo, ese es un usurpador y un tirano aborrecible y todos los hombres de bien tienen el derecho de oponerse á su tiranía, de pedir á Dios que cese su inicua dominación, de procurar que concluya ésta por todos los medios dignos y decorosos.

De igual manera, Santísimo Padre, el que contra Vos gobierna ó prescinde de Vos en el gobierno, es un usurpador y un tirano aborrecible, y todos los católicos tenemos el derecho y el deber de aborrecer su dominación inicua.

¿Qué serán los que directamente os atacan, despojan de lo que es Vuestro y os aprisionarán? Es como si atacaran, despojaran y aprisionaran al mismo Hijo de Dios.

Santísimo Padre:

Estas son las ideas que sustenta en la prensa, y defiende contra todos los que las combatan, *El Movimiento Católico.*»

En esfera más tranquila y apartada de las luchas ardientes de la prensa diaria, esas son también las ideas que sustenta nuestra modesta Revista con mucha menos fortuna que *El Movimiento Católico*; pero con la misma sinceridad y deseo de acierto.

Nuestro programa no es otro que el de propagar las buenas lecturas en provecho de la gran causa de la civilización cristiana.

¿Lo hemos conseguido en el año que ahora termina?

Nuestros lectores son los que pueden juzgarlo.

¿Lo conseguiremos en el año que empieza?

¡Quieralo Dios!

FERNANDO.

TEATROS

A VUELA PLUMA

Cuando hace algunos días tuvimos el gusto de ocuparnos de D. Federico Urrecha para dar cuenta á nuestros lectores del éxito por él obtenido en el estreno de un juguete cómico, si mal no recordamos, no creímos en verdad, que de salvar había en tan corto espacio de tiempo la distancia que media entre las ligeras y jocosas producciones, y la comedia seria, piedra de toque de las inteligencias privilegiadas. En efecto, en esta clase de obras hay que hacer alarde de un perfecto conocimiento del corazón humano, de una gran delicadeza de sentimientos, y de un dominio absoluto de los múltiples recursos del arte escénico, para conmover y subyugar al espectador, siendo de todo punto inútil careciendo de esas cualidades aspirar ni por un momento al triunfo, aun cuando para ello se apelara á esos elementos de fábrica tan en voga, que más bien que de ayuda, servir suelen de laxante á la necedad y falta de experiencia de los que á ellos recurren para la consecución de sus maquiavélicos fines.

El joven, aunque ya antiguo redactor de *El Imparcial*, ha recorrido, sin embargo, en breves horas lo que otros tardaron quizás años en recorrer, comprendiendo que al poner su bien cortada pluma al servicio de jocosos y carnavalescos inventos, rebajaba hasta cierto punto sus envidiables facultades esclavizándolas á mercenarios procedimientos, reñidos en absoluto con los levantados propósitos que deben siempre reinar en las serenas esferas del arte, y, preferido abordar con ánimo sereno las erizadas cimas de la literatura dramática, desde donde tantas inteligencias tenidas por preclaras hánse despeñado, rodando al abismo del olvido, envueltas por el torbellino de la general repulsa ó por la avalancha de reprobación unánime.

Sin pararse en barras, sin preparar el camino, graduando paulatinamente las dosis, el Sr. Urrecha ha abordado resueltamente el problema dándonos á conocer con su obra *Genoveva*, estrenada en el teatro de la Princesa, lo que es, lo que puede llegar á ser, y lo que á nuestro humilde juicio será, si persiste en la buena senda, un autor dramático de buena ley, y no de esos que supeditan sus conocimientos, si es que los tienen, á los moldes convencionales de un ambiente de guardarropía, cifrando todas sus esperanzas de éxito en un desplante acrobático, en una explosión del requinto, ó lo que es peor aun, en un gesto chulesco, propio de los indígenas de la Plaza de la Cebada ó del Portillo de Gilimón.

Es *Genoveva* una de esas obras esencialmente morales, que se oyen con *amore*, sin que el interés decaiga ni un solo instante desde el principio hasta el fin.

La obra no será perfecta, pero está dialogada con soltura, en prosa castiza desnuda de toda ampulosidad y redundancia. Los personajes hablan en ella como todos en la vida real hablamos, y la trama de la comedia hállase admirablemente urdida, puesto que hasta la última escena de la obra el público no presiente el desenlace que ésta va á tener.

La abnegación de *Genoveva* raya en lo sublime, subyuga por lo grandiosa, y, aun cuando algunos la crean humanamente imposible, nosotros estamos perfectamente convencidos de lo que es capaz un corazón animado por las santas doctrinas, y fortalecido por los sagrados preceptos evangélicos, cuando se trata de sacrificarse en aras de un semejante. El argumento de la comedia nada tiene, pues, de inverosímil, y de *humanamente* imposible; tratándose de abnegaciones, nada es imposible para un alma cristiana; eso lo estamos viendo á cada instante en el curso de nuestra existencia y en el mutuo consorcio de la vida real y positiva.

Los demás caracteres de la obra están tratados de mano maestra, destacándose entre todos ellos la dulce y simpática figura de la heroína, cual hermosa creación de un corazón honrado y juvenil que no busca éxitos de mala ley, despertando pasiones bastardas entre el público, y posponiendo la moral á fines interesados y aviesos.

***

El Teatro Español va de capa caída. El poco acierto de la elección de las obras y la falta de sentido moral que todo lo invade, amenazando también con dar el traste con nuestra primera escena nacional, van dando sus naturales resultados.

El drama *Siempre en ridículo*, de D. José Echegaray, ha sido un verdadero fracaso, tratándose de uno de los grandes dramaturgos del teatro nacional. El argumento es repugnante hasta lo infinito, y la trama, la de un folletín del montón.

El poeta se complace en sacar á relucir, como de costumbre, todas las monstruosidades de que él cree capaz á la especie humana, atropellando por toda clase de conveniencias, escudado bajo las galanuras de su inspirado numen. Sin embargo, desengáñese D. José Echegaray, un cáncer lo será siempre, aunque se oculte bajo un paño de brocado de oro; lo que repugna repugnará siempre.

¡Lástima grande que el ilustre autor no emplee sus grandes facultades en otra cosa, que en presentar cuadros de desmoralización y escenas de venganza que dejan siempre algún germen malsano en el público que las presencia!

Siempre en ridículo es un dramón largo y pesado, una obra que recuerda á tiro de ballesta las novelas por entregas ilustradas con grabados más ó menos *climatéricos*. Los caracteres ó son falsos ó antipáticos; aquella Teresina es fusilable, y en cuanto á Vargas es buenamente un *perdido*. Claro está que con estas circunstancias, y un *vivero* de personajes patibularios, el público aguardó el desenlace con la mayor sangre fría.

El estreno de *Siempre en ridículo* fué uno de los muchos casos en que el pabellón ha cubierto la mercancía, pues de lo contrario, abrigamos la íntima seguridad de que el público, por respeto á sí mismo, hubiese extremado las muestras de desagrado.

¡Pero qué manía tiene D. José en enseñarnos las llagas sociales en toda su repugnante desnudez!

***

¡Cavalleria Rusticana! ¡Mascagni! ¡la Bellincioni! He aquí material, no ya para llenar las columnas de una revista, pero sí un tomo de á folio, por poco que quisiéramos explayarnos.

Desgraciadamente no está el horno para bollos, tanto más, cuanto que los revisteros de las publicaciones diarias han agotado ya el repertorio hasta las heces, refiriéndonos la vida y antecedentes de Mascagni, el argumento de la *Cavalleria* y las circunstancias en que fué compuesta, sin omitir punto ni coma.

Para nosotros, sin embargo, decímoslo franca y lealmente: no hay *Cavalleria Rusticana*, ni *Mascagni*, ni *Siciliana* á telón corrido que valga, que á tanto monta que estuviese alzado, pues la tal siciliana, tómese como se quiera, nunca dejará de ser un parche *á gracions gift* del compositor al tenor que debía interpretarla; no hay, ni hubo más que la Bellincioni. Artista de tan maravillosa intuición dramática, de voz tan voluminosa y bien timbrada, de escuela de canto tan irreprochable, bien puede hacer ver lo negro blanco aun cuando sea ante un público tan inteligente y avezado en musicales lides como el que á diario asiste á las paradisíacas alturas del regio coliseo. Bástala esforzar sus asombrosas condiciones de actriz para que el milagro se haga. Hubo momentos en que la señorita Bellincioni eclipsó por no decir oscureció por completo las primeras artistas dramáticas de que hacemos memoria.

La ópera de Mascagni, lo decimos sin ambages ni rodeos, carece de uniformidad y peca de vulgar en demasía; sufre alternativas lamentables, y á no haber sido por los artistas encargados de interpretarla, sufrido hubiese un completo descalabro.

No basta para salvar una ópera un duo más ó menos apasionado, una *fermatta* más ó menos valiante, un acorde más ó menos ruidoso y especulante; se necesita que desde los primeros compases hasta el final, el auditorio conozca la factura del genio, no la del músico novel que lo fía todo en los efectos escénicos del *libreto*. Meritorio, claro está, es saber aprovecharlos, sacar de ellos todo el partido posible; pero eso no basta ni con mucho para creer que el joven maestro llegue á donde han llegado músicos insignes, según se ha dado en decir por ahí.

Nosotros hablamos así, en primer lugar, porque siempre nos ha repugnado *faire l'article* y después porque recordamos dos ó tres óperas españolas, que tienen algo más que un duo y un brindis, pues en ellas campean indiscutibles bellezas armónicas, y sin embargo hállanse de antiguo relegadas al olvido, quizá porque sus autores en vez de llevar apellidos terminados en *ini*, llámanse sencillamente Pérez ó Gómez.

Quedamos, pues, en que la Bellincioni, fué la verdadera heroína de la *Cavalleria Rusticana* y la que salvó á Mascagni de un fracaso, pese á quien pese, y á los solícitos revisteros que, con quince días de antelación permitíanse marcar los derroteros del gusto secuestrando ajenas voluntades cual si se tratare de anunciar «las ricas mantecadas de Astorga.»

La verdad en su punto.....

***

— Ve usted á aquél, nos decía en cierta ocasión un muy amigo nuestro, pues por decir una gracia es capaz de dejar á su familia perecer cualquier día. — ¡Hombre! exclamamos nosotros, la cosa nos parece algo fuerte. — Pues no le quepa á usted duda, es de los que se las echan de graciosos.....!

Y verdad es que desde entonces nos hemos convencido plenamente, no sólo de lo acertado de la observación, sino de la calamidad que suelen ser los que se hallan oficialmente reconocidos como graciosos. Los fabricantes de chistes al minuto son pura y simplemente insoportables, sobre todo cuando poseen el *exequatur* y se lanzan á las tablas, eligiendo los asuntos más descabellados y escabrosos, para dar salida al humorístico vapor que aglomerado se halla en sus amojamados cerebros.

Hay nombres que desgraciadamente sirven de marchamo á la mercancía, aunque sea materia contumaz é infecciosa.

— ¿De quién es el estreno de esta noche? — De fulano. — Y ¿qué cree usted? — ¡Oh! ¡tiene mucha gracia.....!

Y atraído por el celo de la gracia, hasta los más refractarios vamos á bañarnos en ella, al teatro favorecido, aun cuando después ocurra que no se vea la tostada.

A nosotros siempre nos han gustado mucho los *graciosos*..... pero mucho, y no cortos ni perezosos nos encaminamos la otra noche al teatro de la Comedia, *allechés*, por la fama de *gracioso* del autor, y viendo que el cartel rezaba *El Señor Cura*.

Malum signum dijimos sin embargo para nuestros adentros; título sagrado, y autor cómico, que irá á salir de ahí. Y en efecto, salió un ciempiés, un plagio del amigo Fritz y del cura de Longeval, una sopa de ajo con requesón, una mescolanza de gracias cuarteleras y desplantes literarios que daba gozo el oirlos.

Mas no importa: ¿quienes somos nosotros para hincar el diente al autor del *Señor Cura!* ¡Tiene su reputación muy bien asentada, pertenece á la pléyade de los escritores, que según dicen sus amigos, derraman la sal por arrobas.....!

Vayan ustedes, pues, á quitarle esa fama á un hombre que parece haber nacido *gracioso*, como otros nacen gafos, tuertos ó jorobados.

Nada, nada, convenido; ¡valiente, gracioso está el autor del *Señor Cura!*

***

El teatro de la calle de Santa Brígida, la tertulia casera, la ruina infalible de cuasi todos los empresarios..... *Martín*, en fin, está de enhorabuena, aunque parezca mentira.

Dos estrenos y dos éxitos..... para sus autores se entiende, pues la taquilla andará siempre que si me caigo ó me levanto.

Los últimos lauros martinescos, los ha conquistado el simpático músico-poeta y calígrafo todo en una pieza, D. Juan Pérez Zúñiga, con un juguete cómico titulado *Los goteras* que tiene muchísima gracia, y le servirá sin duda alguna para tapar las de sus bolsillos, si las tuviese, en este período de lluvias á domicilio y de pavos ministeriales.

MISTIGRIS.

LAS REPRESENTACIONES
DEL SANTO NACIMIENTO

Entre nuestros gratos recuerdos de la infancia es el más eterno el que va unido á la Noche Buena. Remontándonos desde lo que se ve en nuestros hogares á las costumbres de nuestros padres y á las de generaciones anteriores á ellos, todavía encontramos recuerdos de esas fiestas unidos á nombres muy ilustres en los anales de la Religión; almas cándidas y amigos de Dios, que, como el Moisés de la ley antigua, departían con Él *facie ad faciem*. Las representaciones del gran misterio, que ha venido á ser el eje de la historia del mundo, fueron empleadas ya con el propósito de avivar el amor divino en los antiguos monasterios y conventos, como lo son hoy en el hogar de las familias cristianas.

Para celebrar el Nacimiento se unen todas las comuniones que miran en Cristo al Redentor de la humanidad, es decir, gentes de todos los pueblos, tribus y lenguas, de todas las latitudes, de todos los estados de civilización, encontrando en el Misterio inagotable pábulo á la meditación el adulto, y al amor los niños y los adolescentes. Los que ya saben del Dios de Sinaí, dictando leyes que no prescribirán jamás, entre rayos y truenos, no se cansan de admirarlo en la humildad del pesebre, y expresando las impresiones de la infancia en lastimeros vagidos. Los que le ven dominando el mundo, obra de sus manos y cortejado de Reyes, ¡con qué ternura no le verán únicamente servido por su Virgen Madre y el castísimo Patriarca y rodeado de humildes animales, que en el mismo lugar que el autor del sol buscaban abrigo contra la intemperie!

¡Hay con la meditación de este misterio bastante con que llenar una vida, aunque igual en duración á la de los antiguos Patriarcas; harto con que satisfacer el corazón más ávido de celestiales goces; allí, en un pobre pesebre, está el punto central de la historia, el tesoro de la Providencia, el encanto de los cielos y la inextinguible luz del mundo. Si el niño ve entre sonrisas la representación del Nacimiento, el adulto, el hombre verdaderamente pensador no puede contemplarlo más que con lágrimas arrancadas por la gratitud, cuyos motivos son tan grandes, que aun fundido el corazón como la cera y evaporado como el incienso no podría pagar la deuda que lleva la humanidad sobre sus débiles hombros!

¡Dios naciendo como nosotros para morir por nosotros! ¡He ahí un concepto que ha llenado de admiración, de amor á los más privilegiados ingenios! ¡He ahí una riqueza que no podría codiciar el más avaro!

Como no se atrevían los primeros cristianos á exponer á la vista de los gentiles el suplicio de la cruz, tampoco exhibían la humillación del pesebre. Por eso no existen muy antiguas representaciones del Nacimiento ni aun alegorías, porque la antigüedad pagana los tenía de la Resurrección, pero no del Misterio de que tratamos. Más adelante ya comienzan á verse, por más que los artistas difieran mucho entre sí acerca del mismo lugar del Nacimiento. Belén y el pesebre; he aquí los datos que constan del Evangelio; las demás circunstancias del lugar no nos han sido transmitidas por los sagrados escritores. De aquí amplia libertad para el artista, de la que en efecto se han aprovechado la pintura y la escultura.

Atribúyese generalmente á San Francisco de Asís, verdadero Serafín en carne humana, la representación del Misterio tal como le conocemos hoy, y esta es tradición á la que nunca ha renunciado la Orden de los Menores. Muy característica es seme-

jante institución de aquella alma que lo mismo cantando al *Hermano Sol*, que compadeciéndose del pájaro en la rama y de la hormiga en el camino, rebosaba amor por todas partes. A donde quiera que los Franciscanos predicaron el Evangelio y en todas épocas llevaron consigo las representaciones del pesebre de Belén, y no ha mucho tiempo que algunos Misioneros del mismo Instituto reunían gran número de musulmanes en torno de sí para ofrecerles en santo espectáculo la imagen del Nacimiento del Dios-Hombre en las llanuras de la Mesopotamia.

El Nacimiento, como la Pasión del Señor, llena muchas de las primeras páginas del arte dramático en la literatura de las naciones latinas. *Los autos sacramentales* de nuestros poetas del siglo de oro lo celebran, lo mismo que la Sagrada Eucaristía, y otro tanto podemos decir de los Misterios que son consecuencia del que hoy celebramos: á saber, la Circuncisión y la Epifanía.

Después de San Francisco, distinguióse muy especialmente San Juan de la Cruz en el culto y exhibición del Nacimiento. En los primitivos conventos de la Reforma del Carmelo se representaba todos los años una especie de *auto sagrado*, en que figuraba el mismo San Juan de la Cruz, y sus compañeros de hábito, comenzando la acción desde el momento en que la Virgen y San José buscaban y no encontraban posada en que albergarse.

Los cronistas de la Orden afirman que no puede bien expresarse con palabras el amor que rebosaba de las de San Juan de la Cruz, lastimándose el abandono en que había de nacer el Salvador del mundo. Todavía no escuchaba el *hosanna* de los Angeles y ya no podía sufrir que en unas y en otras casas de Belén se negase alojamiento á los santos peregrinos. De las tradiciones de San Francisco y San Juan de la Cruz, ha quedado memoria en todas las Ordenes religiosas. Los claustros nacen este día á nueva vida, el júbilo suspende las habituales demostraciones de penitencia, y mientras el siglo celebra el Nacimiento del Salvador, no pocas veces con regocijo indigno de cristianos, los que profesan reglas de perfección saben contener en justos límites la alegría y continúan la adoración que en otro tiempo rindieron los pastores y los Reyes al *Deseado de las naciones*.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

TRES EN UNO

I

JUANITO acababa de cumplir nueve años, y era rubio como Febo y hermoso como Apolo. Sus lucengos y ensortijados cabellos de oro se parecían á la sedosa cabellera del maíz; eran sus mejillas como manzanas en la plenitud de su sazón; sus dientes como perlas oblongas y apretadas; sus labios como gajos de granada; su boca ondulante; sus ojos grandes y azules; su mirada amorosa y tímida; sus carnes lucras y sonrosadas; y su estatura, por último, superior á tan corta edad. Prometía ser todo un reamozo, y sus padres querían á Juanito como á las niñas de sus ojos. Verdad es que el querubín se lo merecía, porque su alma era aún más hermosa que su cuerpo. Humilde, obediente, cariñoso, aplicado, de talento precoz y memoria prodigiosa, Juanito era el orgullo del Maestro elemental, que en el hogar doméstico lo había preparado para sufrir el exámen de ingreso en la segunda enseñanza.

Doña Dolores, su madre, había hecho aprender, entre tanto, al hermoso niño el Catecismo completo de la Doctrina cristiana, formando poco á poco su corazón angélico para la piedad y la virtud.

— No te canses, Dolores (dijo don Juan su marido), Juanito no puede continuar en casa: será preciso meterle en un colegio.

— Por Dios, Juan, no me mates con semejantes anuncios. Juanito es un ángel, y separarle de sus padres es perderle para siempre.

— No exageres, mujer: todos hemos pasado por ese trance y no nos hemos perdido.

— ¡Dios sabe en dónde aprenderías tú esa clerofobia que te domina.

— En todas partes y en ninguna: es el natural ambiente de las sociedades cultas. Eso prescindiendo de que no es *clerofobia*, sino anticlericalismo á secas. Gambetta sabía muy bien en donde le apretaba el zapato, y el célebre tribuno francés, remedando á Catón, cuando un día y otro día repetía el *Delenda est Cartago* en el Senado romano, clamaba sin cesar: *El clericalismo es el enemigo*.

— Pues para casarte bien buscaste tú una mujer devota.

— No porque me gusten las beaterías, sino porque son los mejores guardianes de los maridos.

— ¡Ah, marrullero, te estaría muy bien que te saliese el tiro por la culata!

— Tus palabras me aseguran todo lo contrario.

— Gracias, no á lo que tú te mereces, sino á la religión que profeso.

— Para mí el resultado es igual.

— Sólo te faltaba ahora que llevases á nuestro Juanito á algún colegio *laico*, dirigido por cualquiera de tus amigotes y correligionarios librepensadores.

— Yo me guardaré muy bien. No se trataría allí más que con gentuza y en cuatro días me lo volvían loco.

— Entonces, ¿quién te entiende?

— Yo me entiendo y bailo solo.

— Piensas como revolucionario rabioso, y obras á veces como católico ferviente.

— No confundamos, mujercita mía. Vosotras las señoras, gozáis del privilegio indiscutible de no comprender ciertas honduras.

— Dime, pues, ¿qué proyectas hacer con el niño? Déjalo á mi lado y que siga la carrera que tú gustes.

— No puede ser: pegado á tus faldas no pasaría nunca de beato semihombre.

— ¡Dios nos asista! ¡Pobre Juanito de mi alma!

— No te aflijas, mujer; lo pondremos en el colegio de los Jesuítas.

— Del mal el menos, Juan; pero tú cojeas de la cabeza. ¿No estás siempre diciendo perrerías de los hijos de San Ignacio?

— Sí, y con fundamento grande.

— Entonces, ¿por qué ni para qué les confías la educación de tu querido hijo único?

— Por que no tengo más remedio, pues no hay otros colegios tan bien montados como los de los Jesuítas en España, y para que allí adquiera el muchacho ciencia sólida, fina educación y buenas relaciones aristocráticas.

— Naturalismo puro, hijo, y conveniencia egoista. Tú siempre al alma del negocio, sin acordarte nunca del negocio del alma.

II

Dolores X....., educada en el santo temor de Dios, como muchas otras jóvenes de la clase media rica, casó con el ingeniero D. Juan Z....., que había sabido conquistar su corazón inocente, con el propósito decidido y la seguridad casi de convertirle. ¡Tanta era la honradez natural y dulce carácter del joven ingeniero! Pero las mujeres proponen y los hombres disponen: todo fué completamente inútil. Amor derrochado á manos llenas en el hogar doméstico; obediencia sin límites y mansedumbre incesante; economía, limpieza y buen gobierno; resignación no afectada; súplicas oportunas, lecturas tan escogidas é intencionadas como al parecer casuales oraciones continuas y lágrimas frecuentes..... todo, absolutamente todo fué ineficaz y sin fruto. La esposa modelo tenía los ojos puestos en Santa Mónica, cuya intercesión imploraba, y repetía mentalmente aquellas palabras evangélicas: "Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá.„

Pero su marido, hombre profundamente sectario, abroquelábase detrás de su amabilidad sistemática, dejaba en completa libertad á su esposa para que se dedicase á sus piadosas prácticas, facilitábale también recursos para sus obras religiosas y de caridad, nunca le dirigía el primer reproche, y al abrigo de posición tan fuerte creíase inexpugnable. Sólo una chispa de la divina gracia podía ablandar y aun derretir aquel corazón de acero.

Sin creencia de ninguna clase en el orden sobrenatural; sin veneración por más dioses que el Éxito y el Dinero; sin más prácticas religiosas que la burla escéptica y sarcástica de Voltaire, y afiliado, por último, en uno de los partidos políticos más impíos y avanzados, el ingeniero seguía su camino sin cuidarse para nada de las angustias mortales que su incredulidad hacía sufrir á cada paso á su mujer, y atento únicamente á disponer á su hijo para un porvenir materialmente venturoso y brillante.

Faltaríamos á la verdad si dijésemos que D. Juan no amaba á Juanito; pero le amaba según sus ideas y con arreglo á los naturales impulsos de la sangre. Desde este punto de vista, su amor paternal no sólo era grande, sino hasta frenético. Severo en sumo grado con los hijos de los demás, no atendía razones cuando del suyo se trataba.

Ingresó, pues, Juanito en un colegio dirigido por PP. Jesuítas, y entre aquellos 200 niños y mozos internos, continuó sobresaliendo como el ciprés entre los hisopos por su talento, aplicación, inocencia angelical y hasta desarrollo físico y hermosura de cuerpo y alma. Pocos meses después de haber ingresado Juanito, había pasado ya como un relámpago desde la clase preparatoria á la de ínfima, y desde ésta á la de primero de latín y castellano, conquistando en buena lid la faja de Emperador Romano, es decir, colocándose en el primer puesto de la cátedra, figurando todas las semanas en el cuadro de honor, perteneciendo á las Congregaciones más distinguidas de la casa, y habiéndose captado el aprecio y protección del P. Rector y de sus profesores. Don Juan reventaba de orgullo, y por el lazo de su hijo, instintivamente uníase más cada día á los PP. Jesuítas, sin darse cuenta clara de este cambio.

Era día y hora de visitas. Más de veinte carruajes esperaban ya á sus dueños en la puerta del Colegio. Cuantos iban llegando, al pasar por el vestíbulo del salón, dictaban al portero el nombre del colegial que querían ver, y minutos después descendía éste, si no estaba castigado. El gran salón de visitas, rodeado de divanes y casi obstruído por largas hileras de sillas, estaba lleno de caballeros, y sobre todo de señoras, que, formando multitud de corrillos independientes, conversaban alegremente con los colegiales. Nada tan pintoresco y conmovedor como aquellas familias agrupadas cariñosamente en torno de un uniforme y departiendo regocijadas con sus hijos predilectos. El P. Prefecto, con su carterita de notas y el lapiz en la mano, paseábase por el salón, vigilándolo todo, contestando á cuantas preguntas se le hacían, y escribiendo de vez en cuando unas líneas en su cartera.

Llegó D. Juan, pidió por su hijo y esperó, paseando por el corredor inmediato, la llegada del colegial. Paseo va y paseo viene, saludo por aquí y conversación por allá; pero Juanito no bajaba. Llegó á figurarse el ingeniero que su hijo estaba castigado, é indignación inmotivada y prematura asomóse con palidez mortal á su rostro. Con mirada hosca y de mal talante se dirigió al P. Prefecto diciéndole:

— Padre, ¿acaso está castigado mi Juanito, que no baja?

— ¡Castigado Juanito, señor mío! Si es el querubín de la casa: mire usted, ahí lo tiene usted, señor D. Juan.

Juanito llegaba efectivamente en busca de su padre, pero no risueño, juguetón y saltando al cuello del autor de sus días, como otras veces, sino caricontecido y grave, como si algún disgusto enorme y reciente le abrumase.

A D. Juan, ya impaciente y malhumorado, se le cayó el alma á los pies.

— ¿Pero qué tienes, criatura, que después de hacerme esperar no abrazas á tu papá?

Juanito continuó cabizbajo y sin pronunciar palabra.

— ¿Estás enfermo?

— No, señor.

— ¿Te han castigado los Padres?

— No, señor.

— ¿Has perdido algún puesto en las cátedras?

— No, señor.

— ¿Te disgusta la comida?

— No, señor.

— ¿Estás ya harto del Colegio, de tus compañeros, de los Padres?

— No, señor.

— No, señor; no, señor; no señor. Pues á mí no se me comulga con ruedas de molino. Algo te pasa, y gordo; conque á decírmelo ahora mismo. ¡Ea, vivo, vivito, que ya estoy hasta la coronilla de tanto melindre!

Juanito comenzó á llorar en silencio, pero á chorro tendido, como si el alma quisiera escapársele por los ojos.

— ¡Mil rayos.....!

Y D. Juan levantó la mano como para aplastar al muchacho; pero advirtiendo que empezaban á fijarse los circunstantes en aquel nada ejemplar altercado, tomó á Juanito del brazo, le empujó fuera del salón y, en uno de los rincones más solitarios del claustro próximo, le dijo:

— ¡Habla, ó te rompo el alma!

Por toda respuesta Juanito continuó cabizbajo y llorando sin cesar. Su padre ya no sabía qué hacer, ni qué decir. El colegial levantó, por fin, aquellos ojos de cielo en plena lluvia y, con frase entrecortada por hondos suspiros y conatos de hipo, exclamó:

— Yo..... no quiero..... que me insulten.

— Dí quién se ha atrevido á insultarte y le abro en canal.

— Torre..... grosa.

— ¿Qué te ha dicho ese *no!*

— Hijo..... de excomulgado.

— ¿Hijo de qué?

— De excomulgado.

— Lo habrá dicho por mí.

— Sí, por tí..... por tí.

— Pues aun ha de nacer el que me excomulgue.

— Dice..... que te ha excomulgado el Papa..... porque el otro día pronunciaste un discurso lleno de herejías.

— Muchacho, á tí te han llenado la cabeza de viento y no ha sido tu condiscípulo Torregrosa, sino los Padres.

— No, no; los Padres nada me han dicho. Es Torregrosa, que me tiene envidia porque le venzo siempre en los combates.

— Bueno, Juanito, bueno: enjuga esas lagrimillas, no le hagas caso alguno, hijo mío, y si otro día te insulta, dile que más vale decir herejías al aire libre, que enriquecerse con bienes de frailes y monjas, como su padre, y quererlo después reparar todo con Misas y golpes de pecho.

La ira, siempre mala consejera, condujo al ingeniero á considerar acción deshonrosa la desamortización eclesiástica, por él tantas veces defendida.

Deshizo á besos y abrazos á su hijo, se despidió del hermoso niño regalándole una cajita de pastillas de chocolate y salió del Colegio tambaleándose, como si su cabeza no estuviese segura sobre aquellos hombros, y sintiendo opresión angustiosa en su pecho, semejante á la que suele padecerse en las pesadillas.

Al pasar junto á una iglesia, afluyó á sus ojos una oleada de lágrimas y, huyendo de las miradas curiosas, penetró en la casa del Señor y cayó arrodillado en el rincón más oscuro de cierta capilla. La congoja se convirtió en llanto; pero en llanto que descargaba su pecho, permitiéndole respirar con holgura, y que corría hilo á hilo por sus mejillas, como momentos antes corrieran por las de Juanito. Quiso rezar y no supo, porque su memoria de espíritu fuerte había olvidado las oraciones todas aprendidas en la infancia. Se encomendó, pues, á su mujer y á su hijo, encareciéndoles mentalmente que oraseu por él, y al valor de la chispa divina, que con el eslabón de su inocencia hizo brotar Juanito de la piedra de la gracia, comenzó á derretirse aquel corazón sectario y empedernido. El colegial misionero había sido más afortunado que su madre.

La transformación efectuada en el ingeniero don Juan fué tan repentina como inesperada y completa. Convirtióse tan de veras, que de un salto pasó del polo de la impiedad más sistemática al polo opuesto de la religiosidad más devota. Con regocijo grande de su buena esposa hizo confesión general de su vida pasada; despidióse de los antros, clubs y periódicos, que le tenían por santón y como porta-estandarte del libre-pensamiento. Renunció á la política y hasta á la vida pública, y metiéndose en el rincón de su casa, selló el natural lazo amoroso, que le unía á Doña Dolores con la caridad cristiana, y dedicáronse ambos esposos al cumplimiento fiel de sus deberes religiosos, domésticos y sociales, rompiendo el marido al efecto con todos sus antiguos compromisos y relaciones. Juntos oían Misa diariamente, juntos rezaban también el rosario todas las noches, juntos confesaban y comulgaban por lo menos una vez al mes, juntos visitaban á los pobres y enfermos, socorriendo á los menesterosos, y juntos, por último, y sin la menor discrepancia de pareceres, dirigían la educación y carrera de su hijo único.

No fueron pocas las amarguras que por tan ruidosa conversión, atribuída generalmente á los Jesuítas, desencadenaron sobre el ingeniero sus antiguos amigos. Tránsfuga, traidor, cobarde, beato, santurrón, chupalámparas, neo, apagaluces, acólito del P. Fulano ó Mengano, hipócrita, negociante de la santurronería como antes lo había sido de la impiedad, y sobre todo *jesuíta*, cifra y compendio de las injurias, insultos y abominaciones todas, que pueden caer sobre un hombre: tal fué el aluvión de groserías, que de palabra y por escrito, en público y en privado, por medio de anónimos y hasta de los papeles públicos, cayó sobre el recién convertido. El pobre ingeniero, no acostumbrado aún á la mortificación y renuncia de la propia voluntad, sin hábitos de caridad para perdonar, ni de humildad para sufrir, revolvíase colérico contra sus amigos de otra época, quería hacer y acontecer, desafiándolos llevándolos á los tribunales, vengándose, pero su discreto director espiritual le contenía y calmaba diciéndole:

— No hay que contestar una palabra, ni darse por ofendido, ni manifestar siquiera que está usted al tanto de lo que ocurre. Todo eso y mucho más se merece usted por su conducta pasada, y debe usted dar muchas gracias á Dios porque, misericordioso siempre, quiere que purgue usted sus culpas en la vida presente. Silencio, pues, y caridad con todos, amigos y enemigos.

Y el ingeniero se pudría interiormente y se callaba, bajando la cabeza y dando tiempo para que se disipase la tormenta, como pasa el huracán sobre la endeble caña, que se dobla, pero no se rompe.

¡Cuán admirables son los misterios de la divina gracia y cuán asombrosa la fecundidad de la doctrina evangélica!

IV

Seis años permaneció con los Jesuítas, durante los cuales creció en ciencia y virtud, tanto cuanto esa edad crítica de la vida lo permite. Quince cumplidos tenía ya cuando tomó el grado de Bachiller en el Instituto y diez y seis cuando sus padres, determinados por la vocación del chico y de las tradiciones domésticas, separáronse de aquel pedazo de sus entrañas para enviarle á la Politécnica de Madrid, á fin de que se preparase para ingresar en la Escuela de Caminos y revalidarse de ingeniero como su padre.

Éste le acompañó en persona á la corte, le instaló en casa de huéspedes algo cara pero de toda confianza, le recomendó eficacísimamente á los profesores de la Politécnica y á los Padres Jesuítas de la residencia madrileña, no escaseó tampoco las advertencias, consejos y admoniciones y con lágrimas en los ojos y un abrazo apretadísimo se separó de aquella su hechura, temeroso de que tomase por modelo las mocedades del papá. ¡Cosa natural, Doña Dolores, desconocedora del mundo y sus peligros, no temía por el porvenir de su hijo, y el experto D. Juan regresó á su casa muerto de incertidumbre y de pena!

Contristaba verdaderamente el ánimo ver á aquel mozo, hombre en la apariencia y niño en la realidad, demasiado hermoso para pertenecer al sexo feo, aun sin pelo de barba, pero de rosadas mejillas y con ligera sombra difuminada sobre el labio superior, inocente como una monja que no conoce más mundo que el que se columbra al través de los orificios de las conventuales celosías, pudoroso como una virgen, inexperto como pájaro de primer vuelo, y sin saber qué hacer de aquella libertad omnímoda que de un golpe se ponía en sus manos, acostumbradas sólo á las esposas reglamentarias del Colegio; contrista, repito, verle lanzado de repente en el *maremagnum* de una capital populosa donde toda inmortalidad tiene su asiento, toda doctrina subversiva y pestilente su cátedra, y toda pasión brutal y vicio vergonzoso sus altares. Para preservar de todo peligro á estos jóvenes angelicales, ¿no ha de ser suficiente antídoto la educación esmerada, piedad profunda é instrucción sólida? Así parece á simple vista, pero sin duda por aquella ley que dice que toda reacción es siempre proporcionada á su acción correspondiente, muchos son los jóvenes que salen de los Colegios mejor montados y más duramente regidos, como salen los toretes navarros del toril, y abandonados á su propia iniciativa y recursos, se pierden.

Esto precisamente sucedió á Juanito. No creo oportuno seguirle en ese *vía crucis* de la inocencia, del pudor y de la virtud, tan lleno de peripecias poco edificantes como conocido de cuantos hemos hecho la carrera en los grandes centros universitarios. Quien no se satisfaga imaginándoselo, que lea aquel admirable cuadro *après nature* del P. Coloma, titulado *Pilatillo*, y que aplique á Juanito alguna de las aventuras de que es Gabriel protagonista. Para mi intento basta conocer el resultado.

Tres años hacía que Juanito iba á Madrid, durante el curso, y venía á pasar las vacaciones en su casa, tiempo más que suficiente para que el mozuelo se convirtiese en hombre hecho y derecho y para que se llevase la trampa la inocencia, el pudor y la virtud del antiguo colegial de los Jesuítas. Algo temían y aun sospechaban sus piadosos padres; pero

ALEGORÍA DE NOCHE BUENA.

CASA CONSISTORIAL Y MERCADO DE BRESLAU, EN PRUSIA.

el hábito inveterado de mirar á su Juanito como dechado de todo género de perfecciones, unido á la hipocresía adoptada por el mozo con el laudable fin de no disgustar á sus padres, mantenía la venda en los ojos de éstos. Aunque no se efectuó en un curso, la transformación fué relativamente rápida; pero sus efectos no fueron notorios hasta el cuarto curso, á mediados del cual en la casa paterna se recibió un telegrama alarmante del encargado del mozo en Madrid; partióse en seguida D. Juan para la Corte y pocos días después regresó con Juanito enfermo, pero ¡en qué estado!

Sus luengos y ensortijados cabellos de oro, semejantes á la sedosa cabellera del maíz, no lucían ya en su repugnante cráneo, enfermo de alopecia; tampoco eran ya sus mejillas como manzanas en la plenitud de su sazón, sino fláccidas, hundidas, amarillentas; sus dientes, como perlas oblongas y apretadas, aparecían ahora verdosos, negruzcos y separados por oquedades prematuras; sus labios como gajos de granada y boca ondulante estaban marchitos, secos y rígidos; sus ojos grandes y azules, de mirar amoroso y tímido, habían perdido su fulgor y suavidad; y sus carnes, duras y sonrosadas en otro tiempo, macilentas y flojas entonces intentaban caerse á pedazos. Su fétido aliento, ojeras amoratadas, barba y patillas á rodales, dedos como palillos con yemas requemadas por el cigarro, debilidad general y fiebre, poco intensa pero continua, desfiguraban de manera al antiguo serafín, que su madre Doña Dolores casi no se atrevió á abrazarle por no reconocerle al pronto.

—¡Cómo estás, hijo de mi alma!—exclamó aterrada y sin poder contener las lágrimas la buena señora.

— Ya lo ve usted: muriendome — contestó el alumno de la Escuela de Ingenieros.

Doña Dolores rectificó su imprudencia, añadiendo:

— No tanto, hijo mío, no tanto. La barba, el cansancio del viaje, lo alto y delgado que te has puesto y el mucho tiempo que hace que no te he visto me han asustado de buenas á primeras; pero verás como te repones á escape con las atenciones y caldos de tu madre.

El pobre Juanito, que había salido del Colegio robusto como un roble y sano como una manzana, regresaba de Madrid con una de esas enfermedades vergonzosas, llamadas sin duda *constitucionales*, tanto porque socavan y pudren hasta las constituciones férreas, cuanto porque desempeñan en el organismo el mismo oficio corruptor que las constituciones liberales en las sociedades políticas. Aunque lentamente, difundíase por todo el cuerpo de Juanito el virus ponzoñoso, sin que las preparaciones mercuriales y depurativos de la sangre tuvieran virtud bastante para detener su marcha y contrarrestar sus perniciosos efectos. El marchito mozo, que sufría dolores agudísimos en las articulaciones, empeoraba de día en día, y presentaba cada vez más repugnante aspecto. Cayéronsele las pestañas y las cejas, la alopecia invadió también su cráneo, y las antiguas hebras de oro desaparecieron á rodales; sufrió igualmente mucho su sistema óseo, perdiendo algunos dientes y hasta la ternilla de la nariz, la cual quedó ridículamente deformada. Los médicos llegaron á desconfiar de la salvación del enfermo.

Ya no se levantaba y apenas salían sus padres de la alcoba, desempeñando para con su desgraciado hijo los más heroicos oficios de Hermanas de la Caridad.

Más que el inminente peligro de muerte que se cernía sobre la cama de su Juanito, acongojaba á Doña Dolores aquella indiferencia religiosa que por primera vez advertía en el idolatrado enfermo. Sin separarse un punto de su lado, la piadosa madre expiaba el momento oportuno, no sólo para administrarle los medicamentos físicos, sino para suministrar á aquella pobrecita alma, medio muerta á la vida de la gracia, la medicina espiritual de la fe y de los Sacramentos.

Rechinando casi los dientes, Juanito quejábase de insoportables dolores, y daba vueltas sin cesar en busca de posturas cómodas.

—Hijo de mi corazón—dijo Doña Dolores—súfrelo todo con paciencia, que más padeció Jesucristo Nuestro Señor por nosotros.

—Déjese usted de pamplinas, madre, que pasaron ya aquellos tiempos en que más bien parecía yo una monjita ignorante que un hombre.

Doña Dolores tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no prorrumpir en amargo llanto. Dejó, pues, correr alguna que otra lágrima en silencio, y dijo:

— Así es por desgracia, y si no lo oyera de tus propios labios, no lo creería. ¡Qué cambio tan espantoso!

— Bueno, bueno, madre; no venga usted ahora aumentando mis dolores con sermoneos inútiles.

La atribulada madre se encomendó mentalmente á Santa Mónica, y comenzó á discurrir sobre los medios espirituales que era preciso poner en práctica para salvar á su hijo.

Aquella noche la pasó en oración y derramando torrentes de lágrimas. Al romper el día salió de casa, y en la iglesia más próxima confesó y comulgó por la conversión de Juanito. En medio de su honda pena, tenía al menos el consuelo de que su esposo D. Juan secundaba sus propósitos.

Efectivamente, horas enteras permanecía el atribulado padre á la cabecera de su hijo, explando la ocasión propicia para tornarle á Dios, á fin de que recibiese los últimos Sacramentos.

— ¡Qué desventura la mía, padre: no he cumplido aun los veinte!

— Ya los cumplirás; no hay que apurarse por eso.

— O no; me parece que ésta no la cuento.

— Yo no soy tan pesimista, hijo mío. La juventud dispone de poderosos é ignorados recursos contra toda clase de enfermedades; pero tengo el deber de no engañarte y me alegraría de que, por racional precaución nada más, te confesases.

— Con franqueza, padre. ¿Cree usted en la eficacia de la confesión?

— Como católico, apostólico, romano, que por la misericordia divina soy, creo lo mismo que tú, que para salvarse no hay más que dos caminos: inocencia ó penitencia. Desgraciadamente tú has perdido la inocencia bautismal (¿quién no la pierde?) Luego no tienes más remedio que confesarte.

— Pues recuerdo haber leído en el periódico *La Luz* el siguiente párrafo contra la confesión sacramental:

« La confesión, *inventada* por esos explotadores de la conciencia humana, que se llaman clérigos, es el arma más poderosa y vil á la vez, de que la Iglesia se sirve para dominar á los fanáticos y débiles, y sobre todo al que ella llama *devoto femenino sexo*, apoderándose así y de un golpe de su voluntad y de sus caudales »

El mismo D. Juan había escrito aquel párrafo en sus malos tiempos, y el pobre, arrepentido, avergonzado hasta la médula de los huesos, inclinó humildemente la cabeza por falta de valor para arrostrar la mirada de su hijo; pero repuesto pronto y aceptando resignado la penitencia, dijo:

— ¿Sabes, hijo mío, quién escribió esa sarta de sandeces?

— Un tal Eneas.

— Pseudónimo que ocultaba el nombre de tu padre.

— ¡Usted! Me lo habían dicho; pero..... me resistía á creerlo.

— Créelo, pues, Juanito; en mis mocedades fuí peor que tú, cien veces peor, porque tú tienes ahora enfermo el corazón y turbada la cabeza; peor yo, naturalmente honrado y mozo de buenas costumbres, llegué á profesar formalmente la herejía, inscribiéndome hasta en una logia.

— ¡Conque todo lo que contra usted me decían era cierto!

— Sí, hijo mío; pero, por la misericordia divina y las oraciones de tu santa madre, salí de aquel miserable estado, abjurando públicamente mis errores, logrando que se me levantasen las censuras canónicas en que había incurrido y convirtiéndome.

— Pues lo que escribió usted de la confesión.....

— No tiene sentido común, ni pies, ni cabeza. En primer lugar, la confesión no ha sido inventada por los clérigos, sino que es de institución divina En el cap. XVIII de San Mateo se leen estas palabras, dirigidas por Jesucristo á sus Apóstoles; « Todo lo que atareis en la tierra, atado será en el cielo, y lo que desatareis en la tierra, desatado será en el cielo.» Y en el cap. XX refiere el Evangelista San Juan, que el mismo día de la resurreción del Señor, estando reunidos los Apóstoles en la sala del Cenáculo, temblando de miedo y con las puertas cerradas por temor á los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos, y les dijo: «La paz sea con vosotros; yo soy, no temáis. Como mi Padre me ha enviado, yo os envío; recibid el Espíritu Santo. *Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes vosotros se los perdonareis*, y *serán retenidos aquellos á quienes se los retuviereis.*» ¿Quién instituyó, pues, la confesión, Jesucristo á los Clérigos?

— Lo que en ese paraje concede Jesucristo es la potestad de perdonar los pecados; pero no la obligación de confesarlos: son cosas diferentes.

— Pero oye, Juanito, ¿cómo quieres que el Magistrado juzgue con acierto é imponga penas justas sin enterarse del delito y quilatarlo por medio de las declaraciones de los testigos y del mismo delincuente? Y cuando de pecados casi siempre secretos se trata, ¿quién puede informar al juez más que el mismo pecador confesándose?

—Eso es verdad; pero en los primeros siglos de la Iglesia no se practicó la confesión, ni era por lo tanto obligatoria.

—Así discurría yo *pro domo mea* para no confesarme; pero ya en los *Hechos de los Apóstoles* vemos á los recién convertidos paganos de Éfeso, dóciles á la voz de San Pablo, correr presurosos á confesar sus pecados: *confitentes et annuntiantes actus suos* [1]. Las obras de los Doctores de los siglos II y III de la Iglesia contienen excelentes documentos acerca de la necesidad de la confesión. En las Catacumbas se han encontrado confesonarios. San Agustín reprende á los herejes africanos porque pretendían que bastaba confesarse sólo á Dios. San Ambrosio, Obispo de Milán, del siglo IV, pasaba largas horas oyendo las confesiones de sus penitentes, y la historia nos ha conservado el nombre del confesor de Carlo Magno. Lo que ha hecho la Iglesia es regular la confesión, imponiendo á los fieles el deber de confesar por lo menos una vez al año y siempre que está uno en peligro de muerte ó si ha de comulgar. Te ruego, pues, Juanito mío, por las entrañas de Cristo, que te confieses.

— Bueno, bueno, padre; ya lo haré cuando esté en peligro de muerte.

Tentaciones tuvo D. Juan de contestarle que lo estaba ya; pero se contuvo y reservó para otra ocasión tan terrible argumento.

V

La enfermedad del alumno de la Escuela de Ingenieros seguía su curso, progresando siempre y cebándose sobre todo en el sistema huesoso del

1 Act., cap. XIX, v. 18.

Pobre joven; aumentaban los dolores y el decaimiento general del enfermo, y sus padres no se separaban un punto de su lado, procurando á toda costa convertirle y endulzar sus amarguras. La madre, sobre todo, tenía ya secas, de tanto rezar y llorar, las fuentes de su garganta y de sus ojos, en tanto que el padre procuraba convencer y persuadir al hijo de sus entrañas con argumentos incontrovertibles. ¡Tiempo perdido! Aquel mozo, atiborrado de matemáticas, de mecánica y de construcciones, no había tenido tiempo para cimentar científicamente su impiedad, es cierto; pero su corazón corrompido por el libertinaje despedía ciertos nauseabundos vapores, que en su natural ascenso fueron poco oscureciendo tan preclara inteligencia; la raíz del mal estaba pues abajo y no arriba, y el bueno de D. Juan disertaba en vano.

No sabiendo ya qué hacer, ni qué decir, aquellos padres infortunados pasaban muchos ratos en silencio, uno en cada lado de la cabecera del enfermo, mientras el hijo infeliz lamentaba sus dolores acerbísimos.

—¡Ay.....! ¡Esto es insufrible.....! ¡Ay.....! ¡Valdría cien veces más morirse de repente.....!

— Por Dios, Juanito, no blasfemes.

— Madre si estuviera usted en este potro.....

—¡Ojalá! Gustosa tomaría yo tus dolores y te daría, en cambio, aunque no fuese más que como un granito de mostaza de mi fe.

— ¿Para qué la quiero?

— Para padecer como hombre y morir como cristiano, hijo — contestó D. Juan.

— ¡Vaya un par de gangas!

— No desatines, Juanito, ni aparentes más incredulidad de la que tienes, que la hipocresía del vicio es la peor de las hipocresías.

— Yo no soy hipócrita, padre; pero tengo el corazón hastiado, seco y duro como una piedra. Todo me es igual.

— Lo mismo me sucedía á mí cuando te llevé al Colegio de los Padres Jesuítas.

— Pero no faltó quien te puso más blando que un guante — añadió Doña Dolores.

— ¿Quién? — preguntó el enfermo.

— Tú mismo — contestó el padre.

— Y eso que apenas contabas diez años — dijo la madre.

— ¡Yo!

— Sí, tú, que eras entonces un mocoso.

— Nada recuerdo.

— Cuéntale, Juan, aquella escena, sin omitir detalle alguno.

D. Juan refirió minuciosa y tiernamente el consabido caso, cuando Torregrosa llamó á Juanito *hijo del excomulgado*, y de tal manera le conmovieron aquellos recuerdos y detalles, que más de una vez tuvo que interrumpir el relato y sacar el pañuelo para enjugar las lágrimas que corrían hilo á hilo por sus mejillas.

Doña Dolores lloraba también; pero como la alcoba estaba á media luz, Juanito advertía únicamente los suspiros hondos y gemidos ahogados de sus padres, los cuales, con el relato de una escena por él olvidada y en la que hizo de protagonista, bajaban desde su oído á su corazón y fueron poco á poco conmoviéndole y ablandándole. El mozo se resistía á ceder ante lo que mentalmente calificaba de debilidad mujeril, el espíritu del bien y del mal trabaron feroz combate en su conmovido pecho, el silencio y llanto de sus padres resultaban cada vez más imponentes, cernióse la gracia divina sobre aquel lecho y de repente, y por caminos ignorados, una ola de piadosa ternura inundó el corazón de Juanito, subiendo primero á su cabeza y llenando después su ser todo, y el pobre enfermo no pudo más y rompió también en ruidoso llanto, coreado por continuos lamentos y suspiros. Como movidos por el mismo resorte, D. Juan y Doña Dolores levantáronse llenos de júbilo, aproximáronse á la cabecera de la cama cada uno por su lado, cayeron sobre aquel hijo del alma, y los brazos de los tres confundiéronse en un abrazo único, los tres corazones sintieron y palpitaron al unísono, y las tres cabezas, formando un solo ramillete, comenzaron á pensar de la misma manera.

¡Tres en uno!

Tres corazones, tres voluntades y tres entendimientos, sintiendo, queriendo y pensando como siente, quiere y piensa la Iglesia nuestra santa madre.

Dicho se está, para concluir, que el soberbio alumno de la Escuela de Ingenieros hizo confesión humilde y ejemplar de su mala vida pasada; recibió fervorosamente al Señor, con el carácter de Viático, como cuando era inocente colegial de los Jesuítas, y proporcionó con ello á sus atribulados padres el día más feliz y el gozo más puro de su vida.

Además, como Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, al convertirse, adquirió Juanito, con la paz y gozo de su alma, cierta tranquilidad orgánica en su cuerpo, que aunque lentamente le permitió recobrar las fuerzas perdidas y salvarse.

Perdió hasta la ternilla ó armazón interna de la nariz, aplastándose ésta por modo tan antiestético, que cuando regresó á la Escuela para terminar la carrera todos sus condiscípulos le llamaban el *Chato* y nadie reconocía en hombre tan feo al que fué colegial tan hermoso; pero recuperó, en cambio, por completo, la inocencia y hermosura del alma en gracia de Dios, que con ninguna otra hermosura terrena puede compararse.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Casa de Albaracín, 11 de Octubre de 1890.

ALBUM DE POESÍAS

LA NOCHE BUENA

Á MIS HIJOS

Os ruego, hijos amados,
que toquéis el tambor sin pegar gritos;
sois unos angelitos
que parecéis diablejos desatados.
Dulce perfume nuestro hogar exhala
en esta noche de recuerdos llena,
mas va tomando ya la noche buena
un cierto no sé qué de noche mala;
y si seguís alborotando á escote,
hiriendo mis oídos,
os podréis encontrar con un azote,
que buena falta os hace, hijos queridos.
¡¡Horror.....!! en un momento
habéis hecho infructuoso mi trabajo.....
derribasteis por tierra el nacimiento.....
¡todo, todo cayó de arriba abajo.....!
¡Y yo que me he quemado las pestañas
haciendo puentes, riscos y montañas.....!
No lloreis, pequeñuelos,
encantos de mi amor en cuyos ojos
se reflejan purísimos los cielos.....
Levantemos al punto estos despojos
y término poned á esa zozobra;
aquí coloco el puente..... allí la cuna.....
más lejos la montaña y la laguna.....
ya tenemos en pie toda la obra.
Contemplad de ese valle en las riberas
olivares, romeros y lentiscos,
terebintos, granados y palmeras.....
y en los enhiestos y musgosos riscos,
con vellones más blancos que la nieve,
los corderos volver á sus apriscos.
¡Y vuestra madre á censurar se atreve
mis obras inmortales,
cuando ni en Roma, ni en la eterna Roma
en pompa y esplendor las hubo iguales!
Ayer me dijo con punzante broma:
«Ese ángel puro que suspende el vuelo
y entre nubes de rosa resplandece
con florida guirnalda es..... un mocuelo.»
Mi artístico entusiasmo vino al suelo,
pues os digo, en verdad, que lo parece.
Mas ¡oh dolor! envuelto en la maleza,
restos de aquel estrago,
yace el pobre caballo de un rey mago
sin patas, y sin cola, y sin cabeza!
No os apenéis, luceros de mi alma,
y dejad á Melchor que duerma en calma:
duelo no hagáis á su oriental persona;
pues también vuestra madre me decía
que este rey mutilado parecía,
al trasponer el empinado cerro,
con clámide, con cetro, y con corona,
una mona montada sobre un perro.
Os compraré otro espléndido monarca
sobre airoso corcel raudo y violento
que salve audaz cuanto la vista abarca,
desde su ignota y bíblica comarca
hasta el niño Jesús del nacimiento.
Ahora gritad con bríos,
lucid vuestros pulmones, hijos míos,
redoblad los tambores cuanto os cuadre,
alborotad sin tasa,
que yo me largo huyendo de esta casa
mientras dais la jaqueca á vuestra madre.
¡Mas qué miro.....! ¡oh pavor.....! ¡de espanto muero!
¡Van á hacerme cantar sus villancicos.....!
Paco esconde el bastón..... José el sombrero.
¡y lo peina al revés.....! ¡¡malvados chicos!!
Ángeles salta allí con su pandero
lleno de cascabeles y de tules,
¡¡Ángeles...!! esa niña cuyas venas
son arroyos azules
entre rosas, jazmines y azucenas.

VOCES

¡Mirad al Dios niño
qué humilde nació.....!
porque todo humilde
es hijo de Dios.

—

No tiene pañales,
ni cuna, ni hogar.
¡Pero tendrá frío.....!
¡¡Qué pena nos da!!

—

Está desnudito
el Dios de Israel,
el que viste al campo
de mirto y laurel.

—

Si el niño se alegra,
el sol nos alumbra.....
si el niño está triste,
los cielos se anublan.....

—

Si está contentito,
los campos sonríen.....
pero ¡ay! cuando llora,
de abrojos se visten.....

—

Mirad cómo duerme
el niño Jesús;
sus rubios cabellos
son rayos de luz.

CORO

No quiero riquezas,
ni dulce manjar,
ni espléndido traje,
ni gloria fugaz;
pues todo es mentira
y sólo es verdad,
la gloria del niño
que hoy desnudo está.

—

Ya que el niño Jesús está dormido,
y un sello de dolor en él se advierte,
y está la noche nebulosa y fría,
os ruego por piedad que no hagáis ruido;
pues la Virgen María
sentirá que su niño se despierte.
Pongamos fin á la ruidosa fiesta,
y alegres y serenos,
á la cama, á dormir, á ser muy buenos
y á esperar muchas noches como ésta.

RICARDO GUIJARRO.

LAS MARAVILLAS DEL AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR ANGEL SALCEDO Y RUIZ

(Continuación.)

X

LA VISIÓN DE LA REALIDAD

No bien desapareció la mujer de Bautista me deslicé hasta colocarme debajo del balcón luminoso.

La obscuridad es un cómplice y la pasión un acicate. ¿Para qué había ido yo allí? ¿Era por ventura para detenerme á la mitad del camino? Casi no tenía que hacer más que empinarme, saltar un poco, nada entre dos platos. Debajo del balcón había una reja, y una reja, si no poética como una escala de seda, es más cómoda. Yo escalé, no ciertamente para introducirme por el balcón, sino con el único y exclusivo objeto de curiosear..... Aquel interior doméstico me atraía como la luz á la mariposa..... En aquellos días, y sobre todo en aquellas noches de insomnio que son infalible síntoma patológico de las enfermedades del espíritu, había yo fantaseado de lo lindo sobre el hotel de Ángela, figurándome una por una todas sus habitaciones y compartimientos, poniendo aquí la sala, allí el gabinete, más allá el comedor, por estos y los otros parajes los cuartos dormitorios..... Había yo amueblado á mi gusto las piezas, velado la luz meridiana del salón con magníficas colgaduras, entapizado la sillería de raso azul, cubierto los suelos de vistosos tapices..... De los gabinetes había hecho lindos camarines semiorientales; al comedor había llevado el moderno *confort* con algo de suntuosidad, digno de los antiguos tiempos: del aparador recuerdo que me lo representé majestuosamente obra de arte, todo de roble tallado, con cresterías muy complicadas y caprichosas columnillas largas y delgadas rematadas en capiteles que eran preciosas cestas en que artífices de gran paciencia y habilidad habían colocado, primorosamente talladas, todas las frutas que á mí entonces me sabían bien. Así, así fuí yo decorando aquella mansión, y sin quererlo, recordando á cada momento la sátira de Cervantes cuando pinta á Don Quijote representándose el soberbio palacio de Dulcinea, casi yo en la misma locura, sin que la burla del maestro de los novelistas me produjese el más mínimo efecto saludable. ¿Qué había de producirme? Lejos de eso lo que yo creía era que Cervantes no quiso divertirse de su héroe, sino pintar en tonos festivos, pero reales en absoluto, lo que es el alma enamorada.....

Trepé..... Fué la maniobra facilísima. Sin hacer ruido alguno pude colocarme de rodillas sobre la zabaleta del balcón sobre la cabeza á conveniente altura para ver lo que había dentro.....

Era el comedor, sí, indudablemente; no como yo me lo había figurado, sino mucho más modesto, sin aparador monumental, ni sillones de alto y artístico respaldo: un comedor de clase media como otro cualquiera. En medio veíase la mesa cubierta con un paño rojo. Del techo pendía la indispensable lámpara, y sus rayos, proyectándose sobre el tapete, adquirían un extraordinario vigor: esa era la estrella que me había guiado y atraído. Me levanté un poco, y pude mirar á sabor la superficie de la mesa, sobre la que había extendido un periódico: *La Correspondencia de España*. Delante del periódico veíase una silla, y aguzando más los ojos descubrí sobre el periódico unas gafas. Persona no se veía; pero poca imaginación se necesitaba para reconstruir la sencillísima escena que allí acababa de representarse. Alguien que era corto de vista, hombre ó mujer (esto no podía determinarse), había estado leyendo *La Correspondencia* y hacía poco que se había retirado, quizás pensando volver pronto á su tarea, toda vez que ni puso la silla en su puesto, junto á la pared, ni dobló el periódico, ni aún (y esto era lo más significativo y elocuente) se había llevado las gafas.

Mucho se habla y se pedantea hoy acerca de los problemas. Todos son problemas; hay problema político, problema militar, problema económico, problema de no sé cuántas cosas. Pero la verdad es que á lo mejor le surge á uno un problema. A mí en aquel trance, y á pesar de la incómoda postura en que me encontraba me asaltó entonces este problema: ¿De quién eran aquellas gafas? ¿Quién había estado allí leyendo *La Correspondencia?*

Pero, sin embargo, no podía detenerme mucho á resolverlo, porque hubiera sido vergonzoso y peligroso que me hubiera dejado sorprender allí. Y esa fué la suerte, que, si me dejan tiempo, mi problema hubiera tomado grandes proporciones, porque es sabido: problema que uno se empeña en resolver, problema insoluble y hasta pavoroso.

La campanilla de la verja sonó, y yo no bien la oí me precipité de un salto al suelo del jardín. La mujer de Bautista salía en aquel momento de su habitación.

—¿Qué hace usted ahí, hombre de Dios? me dijo.

— Me parece que nada, le contesté yo. Bautista no tiene trazas de volver. ¡Cómo no sea el que llama....!

— Cá, no señor, respondió la vieja caminando hacia la puerta. Le conozco en el modo de llamar..... Son los amos.

Yo la seguí, y ambos llegamos á la verja.

Reinaba una profunda obscuridad que apenas si la candileja de la portera conseguía desvanecer en un espacio de un metro cuadrado. Yo quedaba en lo más espeso de la sombra.

Se abrió la puerta y entró un bulto que por el aire debía ser el de un caballero de edad; indudablemente el Sr. de Laguira. Detrás otros dos bultos, en los que reconocí en seguida las elegantísimas siluetas de la noche del Viernes Santo.

Pero ahora venían con muy distinto atavío, y las cabezas envueltas en toquillas de color claro. Y eran dos, y no tres como aquella noche. ¿Serían Célia y Angela? ¿O la mayor y Célia? ¿O la mayor y Angela? ¡Quién sabe!

No os asombréis de esta exclamación. La verdad pura es que pasaron junto á mí, y que yo no supe si una de las dos era Angela. ¿Os parece ridículo? No me opongo: lo único que sostengo es que así sucedieron las cosas.

Yo estaba enamorado perdidamente de Angela: este es un hecho real, incontrovertible. Yo, en mi fantasía estaba viendo á Angela todos los días y á todas horas; este es otro hecho. Y sin embargo ahora veía, no con la imaginación, sino con los ojos de la cara á dos hijas del Sr. Laguira y no acertaba á discernir si una de ellas era ó no era Angela. ¿No es esto absurdo?

Y que no se culpe á la obscuridad que reinaba en el jardín porque la portera iba delante con su luz, que aunque débil era lo suficiente para que yo descubriese, no sólo el aire del cuerpo, sino aun la fisonomía de las muchachas.

Cuando salí á la calle me acometió súbita tentación de risa.

— ¿Con que tú estás tan enamorado? me decía yo. ¡Me gusta! ¡Y ni siquiera conoces á la señora de tus pensamientos!

Se me ocurrió entonces una extraña idea: la hija del Sr. Laguira, discurrí yo, que vive en este hotel y que ahora ha entrado en su casa, no es la hija del Sr. Laguira que yo llevo aquí en la imaginación: mejor dicho, lo que yo llevo aquí es un ideal, el tipo de la muchacha honrada y nada más. Angela, lo que hizo con su aparición del Viernes Santo fué sugerirme esta idea, y por eso la idea se llama también Angela como ella; pero idea no es ella, y á medida que van pasando los días se van diferenciando más.

Mi alma en su elaboración interna va cincelando el tipo á medida de mi gusto; le va añadiendo perfecciones físicas y morales que no serán quizás superiores á las perfecciones que Angela tenga en realidad, pero que es casi indudable que no son las mismas perfecciones de Angela Laguira. Mi tipo, mi Angela, se va determinando cada vez dentro de mí. Mientras tanto, la otra Angela se va de mi pensamiento; ya si apenas la conozco....

Estas consideraciones me consolaban y me apenaban al mismo tiempo. Yo quería que mi ideal correspondiese perfectamente á una realidad viviente. Si no correspondía, parecíame un ideal huero, metafísico, abstruso, quijotesco.

Y con estas cosas sí que se me iban confundiendo las líneas del rostro de Angela. Miraba yo con atención, y no, no era aquel el rostro que yo había admirado el Viernes Santo; no era aquel el continente, ni aquella la expresión de los ojos..... Me sentía mareado.....

(Continuará.)

CARTA PASTORAL

DEL

EXCMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

sobre la urgente necesidad

DE UN SEMINARIO CONCILIAR

(Continuación.)

Tuvo el Papa San Gregorio I, en su mismo palacio apostólico, un cierto número de clérigos, así regulares como seculares, á los cuales servía de guía con el ejemplo para vivir piadosamente y progresar en el bien, y de maestro para que aprendieran las ciencias, habiendo formado ministros adornados de esclarecidas virtudes, entre los que se cuenta San Agustín, que pasó después á Inglaterra, en donde predicó el Evangelio, estableció en su propia morada una escuela eclesiástica, y recomendó esa provechosa costumbre á todos los Prelados de aquella Isla, llenándola de frutos de santidad, que si bien fueron devorados por la herejía y la persecución el siglo XVI, allí se con-

servan aun sus gérmenes llenos de fuerza vital, para ir alcanzando á través de los tiempos nuevo estado de prosperidad.

El Concilio de Aquisgrán legisló también en el siglo VIII sobre la manera de promover la aplicación en los jóvenes que frecuentaban las escuelas episcopales, y dispone en el siglo IX el Concilio de Tours que ninguno sea promovido al sacerdocio sin haber antes habitado en la escuela episcopal, para aprender en ella las obligaciones de su estado, y dado pruebas de sus costumbres, de su pureza de vida y de su vocación para tan alto ministerio.

Según la disciplina conciliar de la Iglesia de Toledo, no se reputaba suficiente prueba, para los que aspiraban á los sagrados Ordenes, el que hubieren frecuentado bastantes años la escuela eclesiástica, ni el que hubiesen sido examinados delante del clero y el pueblo sobre su vocación y voluntad de entrar en el estado clerical, sino que además quedaban sujetos á una prueba rigurosa de otros dos años, para que acreditasen y confirmasen con su conducta y con sus obras aquello mismo que habían prometido de palabra. Celébrase en Roma un Concilio bajo el pontificado de Eugenio II, y da el decreto siguiente:

« Se nos ha dicho que en algunos lugares no se encuentran maestros, ni hay diligencias para el estudio de las letras, y por tanto mandamos que en todos los *episcopios*, parroquias y otros lugares en que hubiere necesidad, se constituyan maestros y doctores que con gran cuidado enseñen las letras y bellas artes, reteniendo siempre los dogmas sagrados, porque por medio de éstos se revelan y declaran principalmente los divinos preceptos. »

Sintiéndose la misma escasez de maestros á los veintisiete años después de dado ese decreto, se insistió por otro Concilio romano en la necesidad de buscar profesores, añadiendo que si éstos no se hallasen para enseñar las bellas artes, de ninguna manera faltaran maestros de la Sagrada Escritura y de los deberes eclesiásticos; y últimamente el Concilio Meldense, celebrado el año 845, dispuso que á ninguno se concediese la entrada en el estado eclesiástico, sin que antes hubiera vivido en el colegio clerical, acreditando tener la probidad é instrucción correspondientes á su dignidad.

Consta, pues, con certeza que desde los tiempos apostólicos jamás han dejado los Obispos de crear y sostener establecimientos de enseñanza, bien en su propia morada, bien junto á las iglesias parroquiales de cada pueblo, ó bien en edificio adyacente á las Catedrales y Colegiatas; y en esas escuelas episcopales, á la vez que se estudiaban las ciencias eclesiásticas, se explicaban también las letras humanas y las bellas artes, pudiéndose decir con fundamento que la civilización de los pueblos, la formación de las nacionalidades cristianas y el triunfo de la cultura social sobre la ignorancia y la barbarie son obra de los sucesores de los Apóstoles, que al llenar su misión docente sobre la tierra, tuvieron que sostener una lucha gigantesca á través de los siglos, para remover los gravísimos obstáculos y las preocupaciones inveteradas que se oponían á la verdad por ellos anunciada.

Laudable sobremanera y digno de los mayores elogios era el plan adoptado por los Obispos para difundir la instrucción pública; pero no era ya suficiente para remediar las múltiples necesidades que surgieron del acrecentamiento de las parroquias y de los rápidos y asombrosos progresos del Catolicismo. ¿Cómo podían disponer de local en su propia casa, para educar el número tan considerable de Sacerdotes que eran necesarios para los ministerios eclesiásticos? ¿De dónde sacar recursos propios para sostener tanto personal y para cubrir los gastos que se requieren para montar la enseñanza en proporción del aumento de aspirantes á la clericatura y de los pueblos que había que adoctrinar? Teniendo en cuenta esas observaciones, se comprende la necesidad que había de variar el método empleado primero en la iglesia griega, y seguido después en la latina, para educar á los clérigos, reemplazándole por otro más idóneo y acomodado á los servicios y desenvolvimiento de la vida cristiana.

A remediar en parte esa necesidad vinieron las Universidades, á las que los Romanos Pontífices, los Obispos y los Príncipes católicos consagraron todo su celo y munificencia. Los institutos religiosos, cuyos incomparables beneficios sólo pueden ser desconocidos por una sociedad descreída é ingrata, produjeron también maestros eminentes para agrandar los horizontes de la enseñanza, y nadie podrá presentar en el siglo XII lumbreras científicas comparables con San Anselmo y San Bernardo, ni en el XIII esclarecidos Doctores que pudieran competir con Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura y Alberto el Grande. Si aquellos centros docentes hubieran conservado el carácter pontificio y el espíritu católico, de que estuvieron informados en su origen, las ciencias sagradas y profanas hubieran reportado de ellos abundantísimos frutos y un esplendor sin igual.

Mas desde el momento que se sustrajeron á la dirección y vigilancia de la Iglesia, y no se dejó á ésta en libertad de señalar libros de texto, de elegir el profesorado y de ejercer una inspección inmediata sobre los estudios generales, para mantenerlos en la debida armonía con la ortodoxia católica, no podían aquéllos inspirarla confianza, y fué necesario volver la vista á organismos más idóneos y seguros, para que la educación de los clérigos respondiera á los santos y elevados fines del ministerio sacerdotal. Fundados en esa poderosa razón los Padres del Concilio de Trento, decretaron la erección de Seminarios en cada una de las Diócesis, para que esos establecimientos *fueran planteles perennes de Ministros de Dios.*

Desde entonces todos los Concilios nacionales, provinciales y diocesanos se apresuraron á poner en práctica lo mandado por el decreto tridentino, alentándoles al cumplimiento de esa ley el ejemplo de autoridad excepcional dado por el Pontífice Pío IV, que fué el primero en observarla fundando el *Seminario romano*, en donde bien pronto se vieron florecer las ciencias eclesiásticas, recobrar todo su vigor la disciplina clerical y brotar preciosos vástagos del sacerdocio, que con sus esclarecidas virtudes y notoria ilustración dieron días de gloria á la Iglesia y ejemplos de moral restauración á la sociedad.

El Doctor Agustino Theiner, ponderando la excelencia y grandísima utilidad de ese establecimiento, preciosa primicia [1] de los Seminarios Conciliares y honor imperecedero de la Iglesia romana, dice que salieron de aquel Santuario del saber hombres eminentes bajo todos los conceptos, cuatro Romanos Pontífices [2], 80 Cardenales, centenares de Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Prelados y otros muchos genios ilustres en las letras, en las armas, en la defensa de la fe y en las obras de caridad, reputando dicha fundación como un gran Ateneo de piedad, de cultura y de vida científica [3].

Siendo tan abundantes los frutos de esa admirable institución, era muy natural que mostraran su celo apostólico los Jerarcas supremos de la Iglesia en protegerla y recomendarla. El Papa Benedicto XIII creó una congregación, compuesta de Cardenales é individuos de la curia eclesiástica, para que exclusivamente se ocupase en cuidar de que se erigiesen Seminarios, y de que los mismos estuvieran bien gobernados y administrados; exhortó á los Obispos de Italia é Islas adyacentes á que cuanto antes cumplieran el decreto conciliar; dió reglas para excogitar recursos materiales á fin de sostener dicha obra; prescribió las materias que habían de estudiarse, y dispuso la formación de archivos para guardar las escrituras y demás documentos referentes á la enseñanza y á la administración [1]. Benedicto XIV reputó los Seminarios inseparables del bien y prosperidad de la Iglesia [2] y así en su obra *Institutiones eclesiasticae*, como en la *Synodus diocesana*, se ocupa de ellos elogiándolos y demostrando la importancia y fundamento que tienen en la historia. Los Papas Pío VI y Pío VII, para reparar las ruinas y daños inmensos causados á la Iglesia por la revolución francesa, no hallaron medio más eficaz que el volver á restablecer los Seminarios, en cuyo pensamiento insistieron León XII y Gregorio XVI, y últimamente, el Pontífice Pío IX en Encíclica de 21 de Marzo de 1853 dijo al Episcopado de Francia lo siguiente:

« Siendo notorio el bien que reportan la Iglesia y el Estado de la esmerada educación del Clero, no cesáis de consagrar á este fin toda vuestra solicitud y todos vuestros cuidados; esforzaos en trabajar de común acuerdo para que mientras los jóvenes estén en el Seminario, se formen en la virtud, en la piedad y en el espíritu eclesiástico; que á la vez que adelanten en las letras humanas y especialmente en las eclesiásticas, crezcan en la humildad, sin cuya virtud no pueden agradar á Dios, y que, alejados de todos los peligros y de todo error, sean instruídos con tal diligencia que puedan aprender, no solamente el buen estilo y las formas cultas en el hablar y escribir, y también la elocuencia en las obras sapientísimas de los Santos Padres, ó en las de los autores paganos más distinguidos, expurgadas antes de toda errónea impostura, sino además y muy principalmente la ciencia sólida y perfecta de la teología, de la historia eclesiástica y de los sagrados cánones, tomada en autores aprobados por esta Sede Apostólica. »

El establecimiento de los Seminarios, su buen gobierno, disciplina y administración han sido el pensamiento constante de los Romanos Pontífices, desde que se decretó su institución por el Concilio de Trento. Al poco tiempo de la decisión de éste el Papa Clemente VIII dirigió una Bula de grandísima importancia á los rectores, prefectos y alumnos de todos los Colegios y Seminarios, tanto de los sujetos inmediatamente á la Santa Sede, como de los que hubieren sido fundados por el celo de los Obispos ó de los Príncipes católicos. En ese memorable documento exhortó en términos graves y perentorios á los profesores y discípulos al exacto cumplimiento de sus deberes respectivos, para que así correspondiesen á la realización de los altos y nobilísimos fines de la institución; recomendó principalmente á los Seminaristas que elevaran sus oraciones á Dios pidiendo los auxilios y bendición para los Seminarios, á fin de que por este medio se promoviera el bien de la Iglesia, quedasen disueltas las doctrinas erróneas, se conservase la concordia entre los Príncipes cristianos, y se aumentase la paz y el orden en la Iglesia y el Estado.

(Continuará.)

---

1 Aunque de hecho fué erigido el Seminario en Treviño por el Cardenal Amulio antes que el *Seminario romano*, sin embargo, la fundación de este había sido ya acordada por Pío IV.

2 Fueron Inocencio X, Clemente IX, Inocencio XII y Clemente XI.

3 *Zuscologia romana*, trat. 4, cap. 1, obra escrita en alemán y traducida al italiano por G. Mario el año 1834.

1 Bula *Creditæ Nobis*, 9 de Mayo de 1725, y *Maximus vigilantiæ* de 14 de 1727.

2 Encíclica de 3 de Diciembre de 1740.

GRAN CERERÍA

Especialidad

en **cirios, blandones, hachas, candelas** y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección al peso, forma y gusto de cada país, en **Ceras puras de abejas,** para el **CULTO CATOLICO** y con buenas mezclas de varias clases y precios.

GRAN ECONOMÍA por su especial fabricación.

MECHA instantánea especial para cera elaborada de todas clases, **sin humo, olor ni carbón.**

BLANQUEO DE CERAS EN GRAN ESCALA

Grumo, hoja y **panal** pura y sin mezcla. **CERAS AMARILLAS** de todas procedencias para el blanqueo y otros usos. Depósito de **Cerecina, Estearina, Parafina** y demás similares.

FÁBRICA de BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y colores.

Clases económicas para uso doméstico, sin humo ni olor, de todas dimensiones. Velotes para buques y carruajes y cirios de los pesos que se deseen.

Casa fundada en 1853. — Proveedora de la Real Casa. — Privilegiada, etc., etc.

Primer premio y segundo en Buenos Aires en 1889

EXPEDICIONES Á TODOS LOS PUNTOS DE LA PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA ILUSTRACION CATOLICA

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR

D. ANGEL SALCEDO Y RUIZ

Esta interesante Revista se publica los días 5, 15 y 25 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID Y PROVINCIAS

Un mes	1,50 pesetas.
Tres meses	1 » »
Seis meses	7,50 »
Un año	15 » »

CUBA Y PUERTO RICO

Seis meses	2 ½ pesos fs.
Un año	4 »

EXTRANJERO

Seis meses	11 francos.
Un año	21 »

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses	3 pesos fs.
Un año	5 »

Se suscribe en las Oficinas de esta Revista, **calle de San Onofre, núm. 5,** y en las principales librerías.

Academia de segunda enseñanza.

Leganitos, 40, segundo derecha.

Clases de Religión y Moral, Latín, Retórica y Psicología, por un señor Presbítero, Doctor en Letras.
Clases de Derecho, por un Doctor.
Idem de Matemáticas, por un Subdirector de Comunicaciones.
Idem de Física y Química, por un Licenciado.
Idem de Francés é Inglés, por un Intérprete de Lenguas.

LA ARTÍSTICA

8, Caballero de Gracia, 8

Estamperia, grabados, oleografías, *Vía-Crucis*, sacras, fotografías, etc.

IMÁGENES TALLA

Se hacen de encargo y con esmero en la ejecución.

GRANJA DEL ATANOR

Calle de Moreno Nieto, 1, (izquierda de la Calzada del Puente de Segovia.)

MADRID

ARBOLES, ARBUSTOS Y PLANTAS

Catálogos y noticias en el establecimiento (teléfono 1.141), y en la oficina central, calle de San Miguel, 27, primero izquierda (teléfono 1.149).

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA** y se la quitarán pronto, por fuerte é incómoda que sea. *Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.*

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR y POLVOS MENTHOLINA** que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MELLERIO HERMANOS

3, Carrera de San Jerónimo, 3.

Unicos representantes en Madrid de la acreditada casa de orfebrería de los Sres. Christofle y Compañía, de Paris.

Premiados con diploma de medalla de oro en la Exposición Vaticana.

OBJETOS DE IGLESIA

É IMÁGENES DE CARTÓN PIEDRA, PASTA DE MADERA Y ESCULTURA

Hay á **2,50** pesetas reproducciones en metal del crucifijo ejecutado para Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

SOBRINOS DE RUIZ DE VELASCO

7, Montera, 7

Casa especial para ropa blanca. Equipos para novias. Canastillas para recién nacidos. Camisería.
Gran surtido de las novedades en cortinajes.
Primera casa en España en géneros de punto de las mejores fábricas inglesas y francesas.

EDREDONES DE LEGÍTIMO PLUMON DESDE 20 PESETAS

PRECIO FIJO

BRONCES PARA IGLESIA

Primera Casa en España.

Inmenso surtido en lámparas, candeleros y candelabros de altar y pared, cálices, custodias, vinajeras y todo lo perteneciente al culto, desde el más módico precio hasta el más elevado, en latón y bronce. Pídanse catálogos.
Hay también completo surtido en cafeteras, batería de cocina, grifos, cubiertos y toda clase de herrajes en metal blanco y dorado para la construcción de edificios. Exportación á provincias.

RUFINO BASTANTE, ATOCHA, 65, MADRID

Antiguo depósito de San Juan de Alcaraz.